

Tesis Doctoral

**CONTINUIDAD Y CAMBIO
SOCIAL. LAS ACTIVIDADES DE
MANTENIMIENTO EN EL
POBLADO ARGÁRICO DE
PEÑALOSA (BAÑOS DE LA
ENCINA, JAÉN)**

EVA ALARCÓN GARCÍA

Directores:

Dr. Francisco Contreras Cortés

Dra. Margarita Sánchez Romero

**Programa de Doctorado “Arqueología y Territorio”
Departamento de Prehistoria y Arqueología**



Universidad de Granada

Editor: Editorial de la Universidad de Granada
Autor: Eva Alarcón García
D.L.: GR 3496-2010
ISBN: 978-84-693-5382-0

“Las mujeres adelantan por la izquierda al poder masculino y eso está provocando un hermoso terremoto. Quien hoy no se pare a escuchar a las mujeres se lo perderá todo”.

Fernando Marías (Premio Primavera de Novela 2009)

A mi madre por valiente y luchadora.
A mi padre, mi abuelo y a Juan por confiar siempre en mi.
A mis hermanos.
A Luis por su paciencia, apoyo y ayuda

Agradecimientos

Esta tesis es fruto de muchos años de trabajo, de la confianza y la comprensión de mucha gente incondicional quienes desde el primer momento depositaron su confianza en mi persona. Por ello, es imposible comenzar este apartado sin agradecer a un gran número de personas que con su firme apoyo, orientación y consejo me han facilitado considerablemente la elaboración de mi investigación.

A mis directores de tesis, el Dr. Francisco Contreras Cortés y la Dra. Margarita Sánchez Romero, por la gran dirección, colaboración y, sobre todo, por la confianza y apoyo prestado en la realización de este trabajo de investigación.

Al Dr. Francisco Javier Melero, por su inestimable ayuda con el estudio de materiales, así como sus útiles consejos y ayuda prestada en la realización de esta Tesis Doctoral.

A todos los miembros del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, tanto profesores como becarios, que me han ayudado y apoyado, especialmente a:

A Juan Miguel Rivera Groenou, sin el cual hubiera sido imposible la digitalización de las representaciones gráficas del yacimiento de Peñalosa.

A la Dra. Auxilio Moreno Onorato, por su comprensión y aliento así como por sus aportaciones y conocimientos en los trabajos de campo.

A Mercedes, por la realización de los maravillosos dibujos de la cultura material de Peñalosa.

Al Dr. Gonzalo Aranda, por su motivación y acertados consejos sobre mi investigación. En definitiva, a todos mis amigos, compañeros y familiares que, sabiendo que estaba inmerso en esta ardua tarea, no han parado de alentarme y vivificar mi trabajo.

A Luis, partícipe incansable de este trabajo, sin el cual, con toda seguridad éste no hubiese sido posible.

Sirvan estas líneas para mostrar mi más profundo y sincero agradecimiento a todos. Gracias

ÍNDICE

ABSTRACT	1
I. INTRODUCTION	1
II. DEFENING SPACE AT A STRUCTURAL LEVEL	2
III. STRUCTURAL LAYOUT OF THE INSIDE OF HOUSEHOLD IN PEÑALOSA	3
IV. CONTEXTUAL ANALYSIS OF DOCUMENTED MATERIAL CULTURE	4
V. MAINTENANCE ACTIVITIES: A CATEGORY OF ANALYSIS FOR THE STUDY OF PAST SOCIETIES	5
CAPÍTULO I. INTRODUCCIÓN	
I.1. PLANTEAMIENTOS GENERALES	19
I.2. OBJETIVOS	20
I.3. METODOLOGÍA	21
I.3.1. Análisis bibliográfico	21
I.3.2. Nuestras categorías de análisis	22
<i>a) El género</i>	22
<i>b) Las actividades de mantenimiento</i>	23
I.3.3. Estudio del registro arqueológico del poblado argárico de Peñalosa	26
<i>a) Análisis de las Unidades Habitaciones del poblado de Peñalosa</i>	28
<i>b) Análisis de la esfera funeraria: sepulturas, ajuares, e individuos</i>	29
CAPÍTULO 2. PERSPECTIVA TEÓRICA Y METODOLÓGICA	32
II. 1. UN CONCEPTO CLAVE: EL GÉNERO COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS	33
II. 2. ¿POR QUÉ ESTUDIAMOS A LAS MUJERES EN LA PREHISTORIA?	37
II. 3. POSICIONAMIENTO ONTOLÓGICO	54

II.3.1. Los cuerpos	54
II.3.2. Los objetos	56
II.3.3. Las Mujeres como agentes de conocimiento	58
CAPÍTULO 3. ARQUEOLOGÍA DE LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO	63
III.1. ARQUEOLOGÍA FEMINISTA DE MUJERES Y GÉNERO EN ESPAÑA	65
III. 2. ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO. UN NUEVO CONCEPTO EN LOS ESTUDIOS DE LAS MUJERES EN EL PASADO: ORIGEN Y DESARROLLO COMO LÍNEA DE INVESTIGACIÓN	74
III. 3. CARACTERIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO	84
III. 3.1. Aportes de las mujeres al desarrollo histórico, cultural y humano	86
<i>a) Elaboraciones culturales de su especificidad biológica</i>	86
<i>b) Asignación social de tareas</i>	89
<i>c) Posición social de mediadoras</i>	91
III.3.2. Las actividades de mantenimiento: valoración y consideración de los trabajos básicos de la vida cotidiana por la historia y la sociedad	96
<i>a) Otros mecanismos de negación</i>	101
III. 3.3. Virtudes de las actividades de mantenimiento	118
III. 3.4. Actividades de mantenimiento: Caracterización de un concepto	134
III. 4. LA COCINA: PROCESADO Y CONSUMO DE ALIMENTOS	139
III. 4.1. DESDE EL CAMPO DEL OLVIDO	139
III. 4.1.1. Preparación de alimentos: un largo proceso tecnológico	141
III. 4.1.2. Del campo a la mesa	147
III. 4.1.2.1. La moltura o la molienda un proceso tecnologico de largo alcance	150
III. 4.1.2.2. El producto elaborado: harina y derivados	158
III.4.2. EL ALIMENTO, UN NUTRIENTE EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES	161

III.4.2.1. Construyendo y recreando identidades individuales y colectivas	162
III.4.2.3. Implicación de las prácticas culinarias en los rituales y ceremonias simbólicas	167
III. 4.3. VISIBILIDAD EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO	171
III. 4.4. ¿ACTIVIDAD Y PRODUCCIÓN FEMENINA?	175
III. 5. LA SALUD Y EL CUIDADO DEL CUERPO	183
III. 5.1. PRÁCTICAS DE CUIDADO	183
III. 5.2. DEFINICIÓN DE UN CONCEPTO: EL CUIDADO	184
III.5.3. CARACTERIZACIÓN DE LOS TRABAJOS Y PRÁCTICAS DE CUIDADOS	186
III. 5.4. LOS CUIDADOS: ¿UN “DON” O UN “DEBER” FEMENINO?	189
III. 5.5. VISIBILIDAD DE LAS PRÁCTICAS DE CUIDADOS	192
III. 5.5.1. Los primeros cuidados: embarazo, gestación y alumbramiento. Desarrollo de una vida	192
III. 5.5.1.1. El embarazo y el parto: las primeras señas de cuidado de un ser humano	194
III. 5.5.1.2. Salud e higiene: cuidados del cuerpo	218
III. 5.5.1.3. Cuidando a los muertos: las prácticas de cuidado entre la vida y la muerte	229
III. 6. SOCIALIZACIÓN, EDUCACIÓN Y APRENDIZAJE	235
III. 6.1. EDAD E INFANCIA: CATEGORÍAS SOCIALES E IDENTITARIAS	235
III. 6.2. ADQUIRIENDO CONOCIMIENTOS: APRENDIENDO A SER ADULTO	237
III. 6.2.1. Jugar aprendiendo: imitando, recreando y experimentando	238
III. 6.2.2. Trabajar jugando: relaciones entre trabajo, juego y aprendizaje	250
III. 6.2.3. Niños y niñas, construyendo su identidad	260

III. 7. ADECUACIÓN E HIGIENE DE LOS ESPACIOS DE HABITACIÓN	263
III. 7.1. APUNTES SOBRE UNA ACTIVIDAD DE MANTENIMIENTO OLVIDADA	263
III. 8. LA PRODUCCIÓN TEXTIL, UNA ACTIVIDAD DE MANTENIMIENTO	267
III. 8.1. ENTRE MADEJAS, HILOS Y TELARES: TEJIENDO LA VIDA	267
III. 8.1.1. Tejido y mujeres: mito y realidad	268
III. 8.1.1.1. Tejiendo el más allá: simbología y mito	276
II. 8.1.1.2. Vestido versus categorías de identidad	281
III. 8.1.2. Aplicación tecnológica, adquisición y transmisión de conocimientos	285
III. 8.1.1.1. Cestería y cordelería	285
III. 8.1.1.2. Tejido, vestimentas y ropas	294
III. 8.2. VISIBILIDAD DE LA PRODUCCIÓN TEXTIL EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA	301
CAPITULO 4. LA PRODUCCIÓN METALÚRGICA. UNA ACTIVIDAD COTIDIANA Y SUS IMPLICACIONES EN LAS RELACIONES DE GÉNERO	313
IV. 1. INTRODUCCIÓN	315
IV.2. ANDROCENTRISMO E INTERPRETACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL PROCESO TECNOLÓGICO MINERO-METALÚRGICO	315
IV.3. CONSTRUCCIONES CULTURALES EN LA PRODUCCIÓN MINERO-METALÚRGICA: RITUALES, TABÚES Y EXCLUSIONES	318
IV.4. UNA LECTURA DIFERENTE DE LAS FUENTES ETNOGRÁFICAS ES POSIBLE: LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN EL PROCESO TECNOLÓGICO MINERO-METALÚRGICO	323
IV.5. RELACIONES DE GÉNERO Y ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO MINERO-METALÚRGICO EN LAS SOCIEDADES DEL PASADO	326
IV.5.1. Algunos ejemplos arqueológicos de la Prehistoria Reciente y Protohistoria	328
IV.6. UNA PRUEBA MÁS DE QUE LA MINERÍA Y METALURGIA NO ES	

SÓLO COSA DE HOMBRES: DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA Y ETNOHISTÓRICA	330
IV.7. MUJERES, NIÑOS Y NIÑAS, UNA REALIDAD EN LA MINERÍA ESPAÑOLA	334
CAPITULO V. UNA APROXIMACIÓN A LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO EN EL ARGAR: PEÑALOSA	341
V.1. EL MARCO CRONO-CULTURAL DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL SURESTE PENINSULAR	343
V.1.1. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LA CULTURA ARGÁRICA	343
V.1.2. EL GRUPO ARGÁRICO DEL ALTO GUADALQUIVIR: SU DEFINICIÓN E INVESTIGACIÓN	350
V.1.3. EL ESPACIO Y EL TIEMPO DEL GRUPO ARGÁRICO DEL ALTO GUADALQUIVIR. LA EXPANSIÓN DEL ARGAR POR LAS TIERRAS JIENNENSES	356
V. 2. EL POBLADO DE PEÑALOSA	362
V.2.1. INTRODUCCIÓN	362
V.2.2. EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN	363
V.2.3. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO Y SU DOCUMENTACIÓN	373
V.2.4. LA SECUENCIA	380
V.2.5. EL PATRÓN DE ASENTAMIENTO Y LA PLANIFICACIÓN URBANÍSTICA	383
V.2.5.1. El patrón de asentamiento	383
V.2.5.2. El modelo urbanístico argárico	389
V.2.5.3. Planificación y organización urbanística del poblado de Peñalosa	394
V.2.5.4. La disposición formal del interior de las viviendas de Peñalosa	401
V.3. LOS ESPACIOS DOMESTICOS Y LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO: ANALISIS ESPACIAL Y CONTEXTUAL	407
V.3.1. UNIDAD HABITACIONAL I	407
V.3.1.1. Presentación	407

V.3.1.2. Secuencia Estratigráfica	414
V.3.1.3. Complejo Estructural Ia	415
V.3.1.4. Complejo Estructural Ib	419
V.3.1.5. Complejo Estructural Ic	428
V.3.1.6. Complejo Estructural Id	430
V.3.1.7. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	445
V.3.2. UNIDAD HABITACIONAL II	453
V.3.2.1. Presentación	453
V.3.2. 2. Secuencia Estratigráfica	459
V.3.2.3. Complejo Estructural IIa	460
V.3.2.4. Complejo Estructural IIb	474
V.3.2.5. Complejo Estructural IIc	480
V.3.2.6. Complejo Estructural IIId	483
V.3.2.7. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	487
V.3.3. UNIDAD HABITACIONAL III	502
V.3.3.1. Presentación	502
V.3.3.2. Secuencia Estratigráfica	508
V.3.3.3. Complejo Estructural IIIa	509
V.3.3.4. Complejo Estructural IIIb	522
V.3.3.5. Complejo Estructural IIIc	529
V.3.3.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	533
V.3.4. UNIDAD HABITACIONAL IV	550
V.3.4.1. Presentación	550

V.3.4.2. Secuencia Estratigráfica	557
V.3.4.3. Complejo Estructural IVa	558
V.3.4.4. Complejo Estructural IVb	582
V.3.4.5. Complejo Estructural VIc	586
V.3.4.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	588
V.3.5. GRUPO ESTRUCTURAL: LA CISTERNA	608
V.3.5.1. Presentación	608
V.3.5.2. Secuencia Estratigráfica	613
V.3.5.3. Complejo Estructural IVd	614
V.3.5.4. Complejo Estructural IVE	623
V.3.5.5. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	627
V.3.6. UNIDAD HABITACIONAL V	635
V.3.6.1. Presentación	635
V.3.6.2. Secuencia Estratigráfica	639
V.3.6.3. Complejo Estructural Va	640
V.3.6.4. Complejo Estructural Vb	645
V.3.6.5. Complejo Estructural Vc	653
V.3.6.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	659
V.3.7. UNIDAD HABITACIONAL VI	667
V.3.7.1. Presentación	667
V.3.7.2. Secuencia Estratigráfica	672
V.3.7.3. Complejo Estructural VIA	675
V.3.7.4. Complejo Estructural VIb	682
V.3.7.5. Complejo Estructural VIc	689

V.3.7.6. Complejo Estructural VIId	696
V.3.7.7. Complejo Estructural VIe	703
V.3.7.8. Complejo Estructural VIf	705
V.3.7.9. Complejo Estructural VIg	717
V.3.7.10. Complejo Estructural VIh	727
V.3.7.11. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	737
V.3.8. UNIDAD HABITACIONAL VII	764
V.3.8.1. Presentación	764
V.3.8.2. Secuencia Estratigráfica	767
V.3.8.3. Complejo Estructural VIIa	773
V.3.8.4. Complejo Estructural VIIb	784
V.3.8.5. Complejo Estructural VIIc	788
V.3.8.6. Complejo Estructural VIId	789
V.3.8.7. Complejo Estructural VIIe	793
V.3.8.8. Complejo Estructural VIIf	795
V.3.8.9. Complejo Estructural VIIg	797
V.3.8.11. Complejo Estructural VIIi	800
V.3.8.12. Complejo Estructural VIIj	802
V.3.8.13. Complejo Estructural VIIk	804
V.3.8.14. Complejo Estructural VIIl	809
V.3.9. GRUPO ESTRUCTURAL VIII	811
V.3.9.1. Presentación	811
V.3.9.2. Complejo Estructural VIIIa	815
V.3.10 GRUPO ESTRUCTURAL X	821
V.3.10.1. Presentación	821
V.3.10.2. Secuencia estratigráfica	828

V.3.10.3. Complejo Estructural Xa	829
V.3.10.4. Complejo Estructural Xb	856
V.3.10.5. Complejo Estructural Xc	869
V.3.10.6. Complejo Estructural Xd	881
V.3.10.7. Complejo Estructural Xe	887
V.3.10.8. Complejo Estructural Xf	893
V.3.10.9. Complejo Estructural Xg	898
V.3.10.10. Complejo Estructural Xi	901
V.3.10.11. Complejo Estructural Xk	906
V.3.10.12. Complejos estructurales XI, Xj y XIII	909
V.3.10.13. Complejo Estructural Xm	913
V.3.10.14. Complejo Estructural Xn	918
V.3.10.15. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	922
V.3.11. UNIDAD HABITACIONAL XI	942
V.3.11.1. Presentación	942
V.3.11.2. Secuencia Estratigráfica	947
V.3.11.3. Complejo Estructural XIa	949
V.3.11.4. Complejo Estructural XIb	953
V.3.11.5. Complejo Estructural XIc	959
V.3.11.6. Complejo Estructural XId	964
V.3.11.7. Complejo Estructural XIe	968
V.3.11.9. Complejo Estructural XIg	974
V.3.11.10. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana	985
CAPITULO VI. CONCLUSIONES GENERALES/CONCLUSIONS	991
VI. 1. CONCLUSIONES GENERALES	993

VI. 2. CONCLUSIONS	1017
ÍNDICE DE LÁMINAS Y DE FIGURAS	1019
BIBLIOGRAFÍA	1037

Abstract

ABSTRACT

I. INTRODUCTION

A prehistoric settlement does not simply consist of abstract spaces that may be understood according to general patterns applied to a given archaeological group. It also consists of active places and settings comprising behaviours, decisions, and lifestyles of a given society, and the social and logical dimensions of the settlement are constructed by men, women, children, and the elderly (Gonzalez y Picazo 2005: 143).

This thesis analyses spaces and their connection with the remains of material culture found in the Argaric village of Peñalosa. The purpose of this paper is to reconstruct the everyday life of a particular family unit. Past technologies may be understood through the study of material culture (Hendon, 1996), since it constitutes the material and tangible sample of social practices developed by each individual (Conkey and Gero, 1991: 15-16). Individuals provided technologies with meaning by manufacturing and using them. Therefore, the space distribution and organization in household Xa will be analysed and interrelated to the set of activities these individuals probably participated in (Hastorf, 1991). This way, we will find out more about the everyday life in this particular family group. This analysis uses two scales as a source: the time and space scale and the everydayness and domestic contexts respectively (Picazo, 1997).

We consider the scale of everydayness as the framework in which the set of maintenance relationships and activities ruling the daily life of a social group takes place. For this reason, a historical interpretation of the different moments in the lives of individuals in a given society may be conducted from this viewpoint (González and Picazo, 2005: 148-149). Furthermore, domestic settings are the physical support where everydayness takes place, the places where relationships and interpersonal cooperation develop. They allow us approaching the lives of those who are rarely included in historical interpretations: women, children and their respective productions.

Peñalosa is an Argaric village, whose settlement patterns are typical of the Argaric culture. It is located in Rumblar river valley (Contreras, 2000; 2004; Contreras and Cámara, 2002a: 7; Contreras and Cámara, 2002b; Contreras *et al.*, 1997; 2004), on the right bank of the Rumblar reservoir, near the dam. It is settled on a tongue-shaped slate spur. Households are built along two large hillsides with very steep slopes (Contreras, 2000: 34-39; Contreras and Cámara, 2002a: 7; Alarcón, 2006: 48).

The Structural Complex (CE) or household Xa is located on top of the hill, where the highest fortified area is placed. It belongs to a wider area known as Structural Group (GE), on top of the site, as it is located on a lithological schist base that was cut, thus this area is more elevated than the households placed in the Superior Terrace (Contreras, 2000: 274-254).

This area not only underwent plundering, but also an inconvenient intervention in the 70s, when most of the sediment filling was removed from these structural complexes. For this reason, one of the initial goals of the Peñalosa Project was set to

drain the area, delimiting former works, and to make an attempt to recover as many still intact elements of the archaeological record as possible. In order to do so, a small-scale (3.20 meter x 5 meter) stratigraphic drilling was carried out in 1987 in the area where former excavations had been conducted. Therefore, this area is the so-called EC Xa, where a stratigraphic reading of the last stages of the village was obtained (IIIA, IIIB and IIIC). In addition, a small-scale archaeological intervention was carried out, which allowed obtaining information about the most recent occupation stage. Once the damages of former interventions had been assessed, Xa domestic space proved being in very favourable conditions to carry out a micro-spatial excavation. Preservation conditions of the archaeological record were very good, since former excavations had not reached that level (Contreras *et al.*, 1990: 255-257).

Nevertheless, two excavation campaigns were eventually carried out in 2001 and 2005. Both campaigns were systematic and micro-spatial, covered household Xa, and served to widen the excavation area both in terms of extension and depth (Contreras *et al.*, 2004:28; Contreras *et al.*, forthcoming). Thorough excavations were carried out in this area, as well as the record system devised by the Group of Recent Prehistory Studies (GEPRAN) of the University of Granada.

The fact that this area was rectangular allowed setting up four excavation sub-areas. Two stratigraphic sections (S1 and S2) were set up, which allowed setting up stratigraphic and structural relationships over the entire area. Sub-areas in the southern region of the EC underwent excavations during 2001 campaign, while excavations in the two sub-areas located in the northern region took place in 2005 (Contreras *et al.*, 2004:28-29; Contreras *et al.*, forthcoming). Upon completion of excavations, material structures and culture configuring this space were defined during stage IIIA of the village. This made it possible to reconstruct behavioural and everyday life patterns in the lives of the people who inhabited this household around 4,000 years ago.

II. DEFINING SPACE AT A STRUCTURAL LEVEL

Household Xa is delimited by two large parallel walls, one placed on the east side (9.2) and another one on the West side (9.4), direction north-east to south-west. Wall 9.2 is supported by other walls (9.1), therefore this structure and the two supporting walls constitute the fortified zone on the eastern side of the acropolis. The closing wall is broken due to the effect of erosion or to former works. Therefore, walls 9.2 and 9.4 are not linked in terms of stratigraphy. However, one could be right to think that this room was closed to the south, being the entrance placed on the north side, which probably comprised a rectangular door (9.30). The fact that this area was not a passing area may explain why structures and material remains related to food storing and processing are documented in this sector.

An opening was identified as an access opening or door (9.30), delimited by structures in both sides (9.2 and 9.13). A large slate slab working as a threshold is still present (9.32) (Contreras, 2000:274 and Contreras *et al.*, 2004: 30). It is thought that this opening communicated this Household with other spaces inside the fortification (SC Xd and EC Xc), including domestic ones, without requiring space outside the

fortified premises. Access to the central corridor (SC Xc) is thought to comprise a set of steps carved in the rock, while direct access to room Xd was available.

To the north-east, a narrow corridor (9.11) surrounded EC Xd as a continuation of wall 9.2 towards the northern slope (Contreras *et al.*, 2004: 29-30). It worked as a direct access from household Xa to the outside of the acropolis to the North.

Both accesses seem to be closely related to the occupation stage IIIA, documented at ground level in EC Xa. A series of restructuring actions took place in that stage, both at a spatial and at a structural level. They are intended to enhance the fortification of the elevated area. This fact often coincides with redesigns and fortification of the rest of spaces used in the village.

A quadrangular twist-like room is placed to the north of EC Xa, formed by structures 9.9, 9.10 and 9.13. Several questions are being addressed in connection to this area. So far, these structures as a whole are based on a demolishing directly superimposed on the rock, dipping East-south-west. This area is considered to have been built during the latest occupation stage. Meanwhile, structure 9.3 seems a terraced or reinforcement structure for 9.10, which is supposed to have been built when corridor 9.11 was built. The fact that it is connected with EC Xa occupation ground makes us think it was also built during the latest occupation stage. Likewise, the fact that the area was reduced indicates that EC Xd may have been a room that was closely related to EC Xa, at least during stage IIIA. The union of both spaces is supposed to have originated a single (but compartmented) house. These aspects coincide with building criteria identified in other areas inside this village, where adjacent rooms for different purposes were created, such as one of spaces in GE VI, where burial structures are located.

At a sequential level, wall structures defining space heading north-west reach the rock, as it is the case of foundations of wall 9.2. This fact serves as a prove of the fact that this space was planned, at least its structure, regardless of the inner redesigns carried out from the first occupation stage to the moment when it was abandoned.

On the basis of this idea, and taking into account other structures that could correspond with the moment when it was first used, the structure of this context does not change substantially throughout the Argaric stage. However, the inner organization of this complex is visibly different, and maybe much less castellated in stages IIIB and IIIC. This is proven by the fact that the corridor mentioned before (9.11), did not exist. Therefore, EC Xh was used as a *chemin de ronde* only from a given period of time (Contreras *et al.*, 2004: 30). Nevertheless, it would be necessary to wait until results of future archaeological excavations have been obtained, in order to work out all questions related to the structural definition of the different occupation stages of the village, in particular those related to EC Xa.

III. STRUCTURAL LAYOUT OF THE INSIDE OF HOUSEHOLD IN PEÑALOSA

A set of structures making up the inner units related to the occupation ground (9.37) in stage IIIA has been documented in household Xa. They result from the decisions made and existing relationships between the people who were in charge of

building. For this reason, a structural interpretation of the layout and organization of this space is carried out in this section. This allows us approaching social and living behaviours within this space and managing to understand how their everyday lives developed.

A whole set of structures, together with numerous artefacts and ecofacts related to different productive practices (Alarcón, 2005: 176), have been documented over the rolled soil ground. An raised bench (9.14) was found on the occupation ground, attached to the main wall 9.4, and formed by vertical slabs lagged with two consecutive layers of red and yellowish mud. This milling bench is completed by a storing structure (9.36), formed by large slate slabs sunk in the occupation ground, which in turn supported two compartments. A large storing ovate glass vessel was fitted in the first compartment (9.35), while the adjoining one worked as a support for a large ovaloid millstone (Contreras *et al.*, 1990; 2004: 29). A bench (9.15) was documented to the south of these structures and parallel to wall 9.4. Further pieces of pottery, such as an ovate pot with marked neck and open rim, were found, as well as some plant remains, a metal arrowhead and an awl.

In the south end of structure 9.36, a new bench is placed (9.51). It comprises two stone courses bonded with red and yellowish mud. The north side is delimited by an over 50 cm. wide raised slate slab, where different artefacts were found, such as a semi-spherical bowl and different stone tools. One more bench (9.52) formed by a slate slab platform raised over an orangey-reddish rolled mud surface was found on the north-east end, next to the inner side of wall 9.2. A slate lid, a small mill and numerous loom weights with two holes were found on the bench, which is laid from North to south. Those that had been fired were in good preservation conditions. However, the rest of artefacts were crushed when the roofing collapsed. Two hearths were found inside the household, of the two types identified as typical of the “Argaric norm”. The first hearth is circular, built with medium to small size stones, and was found on the south-west side of the house (9.16), next to structure 9.14. Inside the hearth, large amounts of coal, ashes and remains of various elements of material culture, especially ecofacts, were found. The second one is semicircular. It was found in the north-west end of the dwelling, attached to wall 9.2. It was built with small pebbles, and on top of it not only animal ecofactual remains, but also pieces of pottery were found: a small ovate pot, several bowls or parabolic open-sided glasses. Animal bones were documented inside the pot.

Finally, it is worth mentioning that a hole was identified as the one where the beam supporting the area of the roof delimiting this space (9.53). It is a simple circular structure, comprising six small slate slabs sunk in the ground, with carbonized remains of the beam on the inside. It is laid accordingly to the layout of collapsed beams (US 9.3a, 9.4, 9.5 and 9.6), chronologically prior to the occupation ground.

IV. CONTEXTUAL ANALYSIS OF DOCUMENTED MATERIAL CULTURE

There is no doubt that stratigraphy of Structural Group X is the most complex one within Peñalosa, both due to its sedimentary power and due to the terraced layout of EC or Habitation Units, in particular EC Xd and Xe. In addition, external alterations

caused by clandestine excavations must be considered. They affected spaces in EC Xa and XC massively (Contreras *et al.*, 2000). Nevertheless, in this case household Xa includes the most complete stratigraphic sequence obtained so far in the village, since three different occupation stages have been documented (IIIB, IIIA and IIIC).

At a stratigraphic level, house Xa coincides with stratigraphic sequences documented in domestic contexts in Peñalosa as a whole. It is characterized by a first surface level (US 9.1), where a bronze arrowhead was found; and then the upper layers of the stone collapse caused by the fall of the upper side of walls (US 9.2 and US 9.3a and 9.4). Different archaeological materials were found at this level, such as two bone-made artefacts, awls, an ingot cast, different loom weights and remains of two small glasses. One of them is semi-spherical, with inward sloping rim, while the other one has convex bottom and slightly vertical sides. Worked bone items were found inside US 9.4, mainly awls.

In many cases, occupation ground is deeply imbricate with mud wall (US 9.3b), adobes (US 9.5) and beams (US 9.6) that fell down and are laying down on the floor, thus fitting material culture on the ground. For this reason, these Sediment Units and the Unit delimited by occupation ground EC Xa (US. 9.7A) are analysed jointly (Contreras *et al.* 1990; 2000).

Numerous and various objects of material culture have been documented in a series of activity areas, ranging from pottery, metal and uncooked clay remains, to plant and animal ecofacts. The distribution of these objects along the ground provides us with some guidelines to identify how this population articulated inner space, and serves as a basis to find out more about their lifestyle.

Regarding pottery, most vessels found in the occupation ground in this domestic context share similar characteristics. They are ovate or globe-shaped, with a very marked neck and a more or less outward sloping rim (Contreras *et al.*, 2000: 91-43). In the south-west end, very close to the grinding bench (9. 14), up to six vessels of this kind were found. Despite most of them being ovate vessels, with marked necks, some examples of vessels with slightly inward sloping rim were found. In the south-east, next to wall 9.4, a set of seven storing vessels were found. They have the same characteristics as the ones mentioned before. Likewise, at the centre of this domestic context a large vessel of similar characteristics was found. Given its location, it can be stated that it was resting on the wooden beam that used to be inside the main beam hole.

Most of these large vessels were filled with seeds, mainly seeds of wheat and barley (Contreras *et al.*, 2000: 274-259). In addition, numerous remains of pots were found in this area. The most remarkable one is a pot located next to the large vessel documented at the centre of the room, as well as full medium-size and small-size containers, among which different semi-spherical parabolic-like or parabolic bowls, several small glasses with convex base, a small carinated glass and a fragment of a narrow base of a glass are worth mentioning.

On the corner formed by structures 9.10 and 9.11, three very small glasses with convex base were found, with common technological characteristics. They are small receptacles, highly crude and irregular, made of slightly cooked clay.

Metal artefacts are located in the northern end of the house. The fact that two arrowheads were found close to the mill is worth mentioning. Furthermore, a metal awl was found to the north, and one more was located north-east. An archer bracelet and different objects made of worked bone, mostly awls, were found in the east end. In addition, a rarely documented artefact was found: a cork lid, which has been associated with one of the ovate vessels with slightly inward slope (Contreras *et al.*, 2000: 274-259).

Most findings in the south end, inside structure 9.16, are animal traces, especially goat, horse, sheep, rabbit and pork traces. Nevertheless, a mould for ceramic ingot casting and a rounded piece of pottery with numerous rounded die-casts¹ were found (Contreras *et al.*, 2000: 274-265).

Finally, on the occupation ground remains of mats made of braided esparto grass were found. Following the patterns of Argaric domestic contexts, they are located at the centre of the premises. Elements of this kind are normally located at the centre of the house and are considered a part of inner furnishings. However, an unexpected finding was identified on the mat: the remains of a skeleton belonging to an adult person. The layout of bones seems to indicate that this individual got caught by the great fire that affected these premises over this occupation stage. The slope levels of beams and stones suggest that IIIA came to an end as a result of a great fire, at least in this area of the site. The skeleton is fully articulated and located from south to North. The skull rests on the left arm and is literally crushed by one of the main beams of the roofing, while the right arm is crushed by stones fallen from the walls and the roofing beams (Contreras *et al.*, 2004a; forthcoming). This fact may conflict with the possibility of this settlement having been peacefully abandoned, as it has been stated in previous publications (Contreras and Cámara, 2002). However, traces of the fire have not been found as corresponding with stage IIIA in other areas of the village.

V. MAINTENANCE ACTIVITIES: A CATEGORY OF ANALYSIS FOR THE STUDY OF PAST SOCIETIES

Every society creates its own behaviour system, which identifies and defines each society as a social group. Numerous behaviour systems are recreated maintenance activities (Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2002; Sánchez Romero, 2002; 2008a; Alarcón, 2005; 2006). These activities are intended to address basic needs, such as food, clothing, care, welfare, hygiene, networking, social stability, etc. They require the use of new technologies and the application of transferred or acquired knowledge (González, 2006: 22; Sánchez Romero and Aranda, 2006: 74), which leave a trace in an endless repertoire of material experiences (Bray, 1997: 2), and originate most of archaeological findings defining a past society (González and Picazo, 2005: 143; Sánchez Romero and Aranda, 2006: 74).

¹ These two fragments are more or less rounded little dipped pieces of pottery, with numerous die-casts with a depth of around 2 cm, covering the full inner side. They seem to be burnt by colour black covering most of the surface area, and some white stains are present in some areas as a result of the action of mineral salts (no 9.038 and 9.061-1-2). They may be remotely related to metallurgical activity, such as the analysis conducted by Dr. Hook have shown (British Museum Research Laboratory).

Maintenance activities configure social space of a domestic group in the framework of everyday life (González and Picazo, 2005: 144). Domestic contexts belong to the physical support where maintenance activities take place. For this reason, they generate social behaviours and create a set of political, economic and social behaviours (Hendon, 1996: 47) that are vital to study the past (Alarcón, 2006). These contexts work as the framework where a wide range of personal relationships develop. They are featured by cooperation, interaction, living together and complementing, thus they become the main aspects in the construction of social relationships (Picazo, 1997: 60). In addition, they become frameworks where social identities are reproduced and manipulated (Alarcón, 2005; 2006: 90). They are relevant because they are relational, spaces created by individuals of different genre, age, status, etc., who considered them as highly relevant through their use, related decisions, relationships, etc., and managed to define them in social terms (Curia and Masvidal, 1998; Sørensen, 2000).

Among existing studies on genre and women in Prehistory, the study of their productivities stands out (González Marcén, 2006). Productivities have been considered non-historical, immobile and lineal, with no time or change, placed outside social and historical dynamics, thus forgetting that they are crucial for a society to develop and survive, and that they make resilience easier for any past, present or future human group (González Marcén *et al*, 2007: 17; Sánchez Romero, 2008c). In short, they have been underestimated by social research studies and interpretations of past societies, their technological contributions having been ignored, as well as their value in terms of knowledge and expertise (Sánchez Romero and Aranda, 2005; Sánchez Romero, 2008c).

Maintenance activities as a whole have normally been connected with women productivities in ethnographic, ethnohistorical and contemporary societies. This fact has not been beneficial for women or for the way activities are regarded, since hiding, marginalizing and undervaluing both these activities and women knowledge have become encouraged attitudes.

V.1. MAINTENANCE ACTIVITIES AS A CATEGORY OF SOCIAL ANALYSIS

From our viewpoint, we understand and ratify the historical and social value of maintenance activities for the maintenance of social groups. This is why this study is intended to deepen the knowledge of a family group through the study of maintenance activities, by considering them as a category of social analysis. We regard this category as one that allows us finding out more about the type of relationships existing in the framework of the everyday space. These relationships are supposed to have affected every aspect related to the lives of the social group which lived in this archaeological site. In our study, we use the information obtained through the study of archaeological data found in household Xa, a particular house in the village of Peñalosa. Household Xa dates back from ca. 1770/1800-1700 BC to 1500 BC. As it was mentioned before, maintenance activities are the set of tasks taking place in the everyday life of any social group. They refer to the set of activities connected with the maintenance and care of every single member of a social group, and include those practices related to generational replacement, production and the different existing relationships (Sánchez Romero, 2008: 96).

Food-related practices are precisely one of the maintenance activities best represented in the archaeological catalogue of every site.

a) Preparing food, culinary practices and diet

Cooking or transforming raw materials into food ready for consumption (Montón, 2002; 2005:162, Alarcón, 2005; 2006:94), are clear and explicit examples of maintenance activities, among those catalogued as female productive activities having left the best physical traces among the material culture left by former peoples (Hastorf, 1991:133; Brumfiel, 1991; Hendon, 1997; Meyer, 2003, Montón, 2005:162).

Preparing food comprises a series of basic procedures, among which setting up personal and genre networks is determining (Montón, 2005: 164). These are marked by learning and knowledge (Delgado, 2008). They are vital and crucial, and featured by two fundamental aspects for the development of societies: firstly, they are vital for human nutrition (Hastorf, 1991, Colomer *et al.*, 1998; Curia and Masvidal, 1998; Montón, 2000; 2005; Carrasco, 2003; Sánchez Romero, 2008c), and supply biochemical substances and energy necessary to survive (Contreras and García, 2005: 36); secondly, they are important for the maintenance of an economic and cultural balance within a human group (Hartmann, 1981; Hastorf, 1991: 134). They do not only make up feelings, but they also set group and individual identities (Sánchez Romero, 2008c).

Food-related practices are considered a set of activities involving networks of social and symbolic practices linked to food production, distribution and consumption (Montón, 2005: 164-165). For this reason, they are considered practical variables that mark and structure social and cultural relationships and time, since they are the basis for the creation and reproduction of individual and group identities, the creation of power relationships, the negotiation of gender and age, and the creation of intricate symbols and metaphors within the society (Sherrat, 1996).

Food has a social meaning, since raw materials are turned into food that is ready to be consumed. For this reason, tasks that are typical of maintenance activities have to be involved (Montón, 2005: 164). They involve a technological process that requires knowledge of the properties of resources used in each case (Hendon, 1996: 50; Colomer, 1996: 47; Montón, 2005: 165; Delgado, 2008: 166); knowing which the most adequate raw materials for cooking are; knowing the different cooking techniques depending on the culinary system in question –boiling, grilling, stewing, etc.; as well as knowing which food is the most adequate to each process. As a consequence, food-related practices require a deep knowledge of individual and group decision-making, use of facilities and tools, etc., i.e. a strong use of technological applications (Montón, 2005).

The food we consume has left -and still leaves- traces at two levels. Firstly, the human body (in the past bones remains) is a tangible trace of food systems. We can get to know food habits of our ancestors by analysing stable isotopes. In addition, every food-related practice is evidenced by ecofactual and artefactual remains in archaeological records. The large amount of fauna and flora remains, as well as pottery

and other objects found in archaeological sites proves this fact (Sánchez Romero, 2008c). In this paper only the latter are mentioned, since analysis of stable isotopes have not been conducted in Peñalosa in the framework of this study.

Cereals are one of the essential components in surviving practices of ancient groups. Cereals represent the most abounding food plant in any archaeological site. They are easy to preserve and have a very high nutritional value, especially as a source of proteins and carbohydrates. For these reasons, they are one of the main elements in the diet of any human group (Buxó, 2008). It is hardly surprising that cereal processing and storing activities are present in the whole area of Peñalosa (Alarcón, 2005; 2006). This fact supports the relevance of food-related activities both at a family and a group level (Alarcón, 2006: 97), and stresses the prominence of cereals in the diet of the human group in question. Cereals are mainly glucidic nutrients, with a high energetic value, and highly rich in phosphorus. A high proportion of cereals may satisfy the protein needs of humans to a large extent (Buxó, 2008). Nevertheless, they cannot be consumed without undergoing processing. On the contrary, they must be treated and processed in order to be suitable for consumption. The process necessary to transform cereals is milling, i.e. grinding cereal grains in order to release the part rich in nutrients (Watts, 2002: 11). Material remains evidencing this process were found in household Xa. In particular, a large grinding structure, comprising a raised bench supported a large millstone, was found in the south-west end of the house. The millstone is thought to have served as the place where large amounts of grain were processed. Once the grain had been ground through friction, it was stored in the slab-made structure found next to the bench.

Grinding is an incessant, exhausting, slow, demanding and mechanic work (Meyers, 2006: 28). It can be said that the nutritional needs of an adult man require around one kilogram of flour to be satisfied. One hour of grinding results in approximately 0.8 kg of flour, thus a six-member family dedicated at least two to three hours to obtain sufficient flour (Broshi, 2001: 125). Therefore, we could estimate how much time women presumably spent processing the necessary amount of grain to feed their families. The answer would probably be similar to the outcomes of the calculation presented before.

As we mentioned before, storing cereals was a frequent and everyday practice in Peñalosa. Regarding household Xa, this activity took place in the south-west and central areas, where numerous ovate or globe-shaped inward sloped or marked neck glass vessels were found. These shapes shelter content better, especially considering that slate lids are normally used to close vessels containing mainly non-processed –thus not suitable for consumption– wheat and barley seeds. The fact that most vessels are supposed to have been used to store non-processed seeds, leads us to the assumption that the grinding process was carried out on a daily basis to satisfy the basic needs of the family, since only one storing structure (9.36) for processed cereal was found. For this reason, it is thought that the people in charge of grinding would also be in charge of distributing, organizing and managing daily consumption of cereals.

A direct relationship between the house and the storing, processing, cooking and consuming processes is set. It is worth mentioning that the most productive area regarding these activities is located in the south-south-west end of the house, where a higher amount of ceramic remains were found. These are not only related to storing, but

also to cooking, such as it is proven by the large amount of remains of large and medium-size pots with marked neck found, or those of inward sloped sides placed next to the structure of the hearth.

These elements as a whole allow considering some aspects of the subsistence basis of the members who lived in this house. Firstly, they help us to understand that their diet was mainly based on wheat, especially on naked species of wheat. Secondly, barley had a very important role in their diet. Contrary to the evidences found in other houses in the village, in this house in particular barley was a secondary nutrient (Peña, 1995). On the basis of the high percentage of carpological remains found inside pieces of pottery containers and the grinding structure in this house, plant materials are thought to be connected with flour production (Peña, 1995: 162; Contreras *et al.*, 1995). However, the plant-based diet was complemented by fruits or plants considered as wild (*Sorbus/Pyrus*, *Quercus*, *Vitis* sp., *Olea* seeds) and by using other resources, such as roots and rhizomes, which were first identified in a study of parenchyma (Contreras *et al.*, 2000: 338).

Fauna remains are also crucial ecofactual elements for human nutrition. Differences between consumption of fauna remains left by this and other family units in the village have also been found (Contreras *et al.*, 1995), not only regarding the large amounts evidenced in comparison to those found in other houses (house 1 or house 3 in Peñalosa), but also regarding the high percentage of equid remains recovered in this house. They represent 78% of the total record found in this site, followed by sheep & goat remains, bovine remains representing only 2.5%, and deer and pork remains in the last positions. This animal spectrum is unusual in an Iberian site of these characteristics (Contreras *et al.*, 1995).

Likewise, the percentage of horse bone remains stands out, in particular horses that have undergone anthropic manipulation. Dismembering and intentioned manipulation traces have been found in 44% of 178 samples, traces of cuts in 62.88%, and evidences of fire exposure in 7.5% cases². This is evidenced by the different animal remains found among the ashes in the hearth located in the south end of the house, and inside the ovate pot found in the hearth located next to structure 9.II, placed in the north-west end. Axial bones (ribs and vertebrae) are the anatomic parts of horses that were most affected by anthropic processes, although some examples of affected parts belonging to the apendicular skeleton have been found (Sanz and Morales, 2000: 223-233).

Most of these evidences correspond to tasks that were carried prior to cutting meat in steaks for consumption, and probably also prior to preparing bones for cooking. For these reasons, it is considered that these remains as a whole were prepared for human consumption, and are a part of cooking waste or traces (Sanz and Morales, 2000: 223-233).

To sum up, these elements confirm the hypothesis according to which everyday consumption of horse took place in this house, at least during the occupation stage we are focusing on, and even in a higher proportion than the consumption of sheep & goat.

² Bones do not always evidence traces of direct fire exposure, since meat acts as a barrier, preventing bones from been directly exposed to fire, through boiling, grilling, etc. For this reason, bones normally present burning traces in their ends, which are the uncovered parts.

Therefore, the domestic livestock (representing 70% of remains) prevails against wild livestock (deer, wild boar), representing 30% of the record. These data provide information about the cattle and economic system of this social group. Secondly, they ate those parts of the body that had been least affected by aging-related processes. Thus, axial parts were eaten instead of limbs. Thirdly, people in charge of cutting meat in steaks were expert butchers, who carried out butchering-related practices and had a thorough knowledge of cutting techniques, since most of cuts are clean and direct. Fourthly, these individuals used every resource available. They ate grilled steaks, while bones were prepared to be cooked in more elaborated stews through boiling. Numerous animal remains found among the ashes of the southern hearth and inside the ovate pot found in the northern hearth evidence these practices.

Therefore, the data available today indicate that two cooking techniques were used, at least by this family unit: grilling -or direct exposure of food to fire, and boiling. Plant elements might have been eaten in the form of bread or flat round loafs of bread, since wheat has proven to be the most suitable cereal to prepare bread, although it is true to say that other cereals may be used (Buxó, 2008). They might also have been used to prepare porridge, in the form of semi-solid food. Likewise, both cooking techniques were evidenced in animal remains. Large amounts of animal remains with traces of direct fire exposure were found. In addition, the parts of the body used evidence in most cases having been cut in steaks, and some animal remains inside the pot mentioned above were found.

b) Ceramic technology: cooking and eating practices

Every nutritional element and cooking technique mentioned before requires a set of utensils to be turned into food suitable for consumption. Containers of pottery are directly related to these processes. In our study, two types of large pots have been documented: those with marked neck and those with inward sloping sides. Both types usually present ornamental elements, such as incisions in the pot lips or nipples in each end. Some of these pots have been found together with slate lids, two of which were found next to hearths, and one more pot lid that was found and identified to be that of a large glass pot found at the centre of the room. These ceramic pots also show evidences of food preparation and processing, and of the fact that solid or semi-solid and fluid food (Alarcón, 2006: 98) prevailed in the diet of this family unit.

Nevertheless, the morphological and functional study of the pieces of pottery found in this house does not only show technological processes connected with food preparation and diet (Colomer, 1996: 50), but also hallmarks, political, social and cultural indicators (Sánchez Romero and Aranda, 2005: 81). The choice of a given dinner set may be understood as a hallmark of a family unit or a group (Goldstein, 2003), as well as a visible and obvious way of exclusion (Delgado, 2008), always if eating is considered an act comprising numerous normative meanings rather than a mere biological act (Sánchez Romero and Aranda, 2005: 81; González and Picazo, 2005: 142). Food and drinks are substances that may be shared with others and supplied to others, and serving food creates strong material links between the person who supplies with food and the person who receives it, be it a mother, a leader, a rival, etc., (Delgado, 2008).

The dinner set used to present and consume food in this house comprises glasses and semi-spherical bowls, semi-parabolic or parabolic, with open sides and inward sloping rim. Glasses and bowls of varying sizes were found, ranging from medium-size to small-size ones, without inside or outside ornamental elements. They are strongly polished, acquiring an almost metallic look, and distinguishing the technology used for their manufacture from that used in the manufacture of large processing, cooking and storing containers.

The morphological characteristics of ceramic containers evidence the fact that the family which used to live in this house tended to eat semi-solid and fluid food. These nutrients promote a lower degree of mobility among the people at table, thus turning this domestic space into a place for family gathering and social interaction. The size of the pieces of pottery found makes us think that the family members ate individually, although some examples of containers for group consumption were found. Meanwhile, evidences of the social position of the members of this family unit have been found by studying the surface treatment and morphology of the dinner set. The fact that the base of a stemmed glass is included among the dinner set of this family shows that they held a differential identity position with respect to the rest of the inhabitants in the village, since bases of stemmed glasses were associate with grave goods in Argaric societies. These characteristics reveal the fact that those who were in charge of preparing and serving food were interested in showing them in public. Therefore, the moment of serving and food itself acquired special relevance.

The eating-related practices discussed so far are supposed to have taken place close to the two hearths found in the south-south-west and north-west areas of the house. It is assumed that two large benches (9.15 and 9.61) were used to wait until food was ready to be consumed, since remains of bowls and glasses were found in both benches.

For this reason, in our view socio-economic or ecological patterns can not only be determined by studying them. In fact, food-related elements, spaces, practices and material culture serve as a network of social relationships, where power and supportive relationships are made up, thus promoting the construction of social identities.

c) Using space: textile production

As we mentioned above, the inner space of this house was home to a set of activities which were interrelated in terms of space and time. Textile production is one of these activities, which has normally been catalogued as an "indoors task", directly related to domestic contexts and 'female' activities (Mirón, 2007: 112-113).

Archaeological remains of textile production were found in the north-east end of the house, next to the inner side of wall E 9.2. Countless loom weights with two holes were found on 9.62. Many of these weights were not properly preserved, probably due to the fact that this area was not only used as a base for a loom³, but also as a place where weights were dried once they had been manufactured. This could serve as an

³ Looms were made of wood. The fact that wood is a perishable material, direct archaeological remains of looms have not been found in Peñalosa.

explanation to the large number of weights recorded, as well as to the varying degree of preservation. However, textile production uses specific tools, in particular punches and stitching awls, which were made of bone and metal (tools made of either material have been found in this house). Punches were scattered on the entire domestic area, although a higher amount of them was found next to the Herat in the south-west end of the house. For this reason, we assume that this area was also a space for maintaining and fixing different objects, such as punches, arrowheads, etc. The fact that these activities are related to the hearth structure found⁴, turns this area into a place where social relationships were generated, and which was the main place where the everyday life of this family took place.

Therefore, the extent of textile activity in this house cannot only be shown in archaeological terms, but it can also be stated that loom weight production and punch and awls maintenance took place in this domestic area. In addition, it can be stated that these activities were combined and interrelated with the rest of maintenance activities.

Textile production was a part of everyday life, fully integrated within domestic and maintenance activities in this house. Manufacture of clothes and mats, among others, would probably satisfy some of the basic needs related to maintenance. The technological process could be interrupted, resumed, and combined with other productive activities, such as preparing food, childcare, and helping children socialize (Dommasnes, 2006; Mirón, 2007).

d) Children: games, learning and socializing

Childcare and socialization of children are two aspects that have been widely ignored in studies conducted both in the past and in the present. However, both age and gender categories are made up socially (Lucy, 2005). For this reason, they are equally relevant in the social organization of a human group (Sofaer, 1997; 2000; Prout 1999; Sánchez Romero, 2007:26). For this reason, when studying the past, it is worth analysing age-related aspects (Chapa, 2003; Sánchez Romero, 2007: 26; forthcoming b). Children have an economic and social role within the group, just like adults. Therefore, it is worth addressing children's activities and attitudes (Sánchez Romero, 2004; 2007: 26; forthcoming b). In Argaric societies, and in particular among Peñalosa inhabitants, it is possible to observe these attitudes and activities through the study of traces and evidences related to burials. Children are represented almost in the same rate as adults, representing 40% of the people buried in the village (Alarcón, 2006: 108).

Children get involved in societies through certain mechanisms, such as learning (Nájera *et al.*, 2004). Children learn by using toys and interacting with objects and items. They learn how to produce by means of games⁵ (Sofaer, 2000:7), as well as to belong to the economic sphere by promoting their becoming members of a community

⁴ Hearths are considered core elements, not only in conceptual terms, but also due to their location. They are normally placed at the centre of houses (Picazo, 1997:59; Sørensen, 2000:161). Hearths are elements related to light, color, and life, thus not only productive activities, but also social relationships take place around them, turning them into an element generating personal relations.

⁵ Toys and material culture found in this village are a part of playing systems of children within a society. Therefore, these objects become middlemen between children's world and adults' world, conveying knowledge and cultural messages (Sofaer, 2000).

in which social categories (gender, sex, age, status or social class) must be reproduced (Lillehammer, 1989: 94; Sánchez Romero, 2004; forthcoming b).

In the case of Peñalosa, compartmentalization, complementation and interaction of activities carried out within domestic context, such as those observed in household Xa, recreate highly valuable spaces where children can learn. They use toys and games to make up their world, which is featured by repeating actions made by adults and imitating them. By recreating norms, duties, obligations and activities they are expected to comply with when they grow adults, children learn on a continuous basis. For this reason, harmony between children, domestic contexts and material cultures determines their identity as members of the family unit they belong to.

As individuals, children belonged to the communities studied and left evidences that have been recovered as a part of the archaeological record (Sánchez Romero, 2006; 2007: 26; forthcoming b). In this case, different elements of material culture that might have been used by children in this house were found. They are supposed to have been used for specific purposes: playing, thus learning. We are referring to different associate small glasses of pottery that were found, characterized by being crudely and irregularly made, without surface treatment. These glasses might have been made by adults with the aim to contribute to children's games, or by children themselves in order to learn and socialize by imitating both activities adults carried out and artefacts they used and created (Politis, 1998:10; Sánchez Romero, 2004; forthcoming b). It is worth mentioning that the production process of a piece of pottery is laborious, tough, and requires a long learning process and a lot of practice to obtain the intended outcomes (Rice, 1999). Some assumptions indicate that these asymmetric pieces of pottery, which differ from Argaric norms, could correspond with pieces made in the framework of the learning process of children belonging to Argaric villages located in south-east Iberia in Bronze Age (Aranda, 2001; 2004).

Some psychological studies focused on the development of learning and motor skills have proven that children go through different phases during the learning process. They are able to develop and learn a series of techniques related to each technological process in each phase. According to Elizabeth Bagwell, it is unlikely that a child under four is able to make pieces of pottery with specific shapes. In fact, she explains that they start creating shapes that are distinguishable when they become five, and that they do not consolidate this skill until they are nine years old (Bagwell 2002: 91). Therefore, bearing in mind the high degree of standardization on the production of pieces of pottery, as it is the case in Argaric societies, the fact that very small and asymmetric glasses, without surface treatment, both in burial and (Sánchez Romero, 2004; 2007) domestic (Alarcón, 2005; 2006) contexts, seems to indicate that they evidence the learning process and the skill acquisition process of children in connection with pottery. Thus, it is likely that children at a very early age were trained in this technology by adults and specialists, through imitation and observation, oral teaching and practical demonstration (Crown, 2002:108-109; Sánchez Romero, forthcoming b).

In fact, evidences show that children belonging to the population in this village were related to a series of activities, such as physical and emotional care, food, socialization and learning activities, etc. These activities were probably carried out together with the rest of maintenance activities inside this house. Different tasks are supposed to have been carried out by members of the social group of different genre and

age. However, children-related activities have been related to women, both ethnographically and ethnohistorically (Mirón, 2005, Wallace-Hadrill, 1996). Furthermore, thanks to the data available, it is known that socialization and learning processes involve children receiving information and knowledge about production and technology, in such a way that they are able to join the production sphere within societies and build up their identity within the group they belong to (Sánchez Romero, 2006: 132-135; 2007).

Capítulo I

Introducción

I.1. PLANTEAMIENTOS GENERALES

La perspectiva teórica y metodológica de esta tesis doctoral parte de los postulados de la teoría feminista, haciéndose partícipe de uno de los principales debates del pensamiento filosófico, histórico y político contemporáneo, ¿qué posición ocupan las mujeres en las sociedades actuales? El interés por este debate es compartido tanto por la academia feminista, como por los movimientos de mujeres o de género. Desde ambos frentes, se busca introducir el valor de la equidad de género en todos los ámbitos tanto sociales como políticos y económicos. Su propósito, es denunciar y oponerse a las situaciones de desigualdad, discriminación y opresión a las que han estado sujetas las mujeres a lo largo de la historia por el simple hecho de ser mujeres; así como exigir el pleno goce de sus derechos ante la ley, para contrarrestar una organización social patriarcal en la que, de manera continuada, se equiparan las diferencias anatómicas entre los sexos en desigualdad social y política (Benhabib, 1990; Cobo, 1995).

Para ello partimos de la conceptualización del feminismo realizada por Bell Hooks (citada por Fernández y Wilding, 2003: 9). Definido como un movimiento que debe luchar no sólo porque las mujeres tengamos iguales derechos y oportunidades que los hombres, sino que debe comprometerse con la erradicación de cualquier ideología de dominación tanto por razones de sexo, etnia, clase, edad, etc., y con un auténtico interés por contribuir a reorganizar la sociedad de tal forma que el desarrollo de las personas tenga primacía sobre... la expansión económica, el poder político y los deseos materiales individuales (Fernández y Wilding, 2003: 10). Por tanto, entendemos el feminismo no sólo como un movimiento social sino como un posicionamiento teórico y político (Wilkie y Howlett-Haynes, 2006) que influye en nuestra manera de construir el conocimiento y de estar en el mundo.

En las últimas tres décadas, desde las teorías y posicionamientos feministas se viene analizando a las mujeres, a los hombres y sus relaciones sociales dentro de los marcos conceptuales de diferentes disciplinas. Gracias a esto, en cada área de conocimiento científica se ha llegado a descubrir que lo que solemos considerar problemas, conceptos, teorías, metodologías objetivas, verdades trascendentales que abarcan todo lo humano no llegan a ser tanto, ya que todas y cada una de ellas son producto del pensamiento que llevan implícito la marca de sus creadores colectivos o individuales, determinados por su género, clase social, etnia, cultura, etc. (Harding, 1996: 15) y, por lo tanto, marcados (en ocasiones inconscientemente) por la subjetividad en su producción e interpretación subyacente de su identidad como hombres y mujeres.

Como producto de este marco reflexivo y del resurgir del propio movimiento feminista, en los años 70 nace la “categoría de género”. Esta parte de la idea de que lo identificado, asimilado y asumido como femenino y masculino no responde a criterios naturales o biológicos, sino que ambas construcciones identitarias son producto de construcciones culturales determinadas y construidas por cada sociedad a lo largo del tiempo (Cobo, 1995; 2005). El impulso fundamental de esta categoría de análisis fue emprendido por mujeres al amparo de los movimientos feministas, que enfocaron sus críticas hacia el sentido y el orden preestablecido del mundo así como hacia los contenidos y significados asignados a sus vidas, basados en un orden hegemónico, el patriarcado, reflejado en el androcentrismo histórico (Wylie, 1999). Así, la puesta en

común de las experiencias de las mujeres y su análisis se convirtió en el elemento catalizador principal que ayudó a definir esta nueva vía de construcción del conocimiento respecto a las concepciones tradicionales sobre las mujeres y el género, convirtiéndola en la actualidad en una de las principales líneas de investigación académica (Wylie, 1999).

Gracias a la perspectiva de género, hemos conseguido nombrar con nuevas palabras las cosas conocidas, hacer evidentes hechos ocultos y otorgar a lo sabido otros significados. Esto incluye el propósito de transformar el orden de poder entre los géneros y, con ello, la vida cotidiana, las relaciones sociales, los roles y las normas establecidas y legitimadoras del ser mujer y del ser hombre. De manera concomitante, esta mirada ha inspirado cambios en la sociedad contemporánea, en las concepciones del deber ser, del desear ser y del poder ser, si bien, dichos cambios no son fáciles ni rápidos de asumir. Se trata de un proceso de autorreflexión y autocrítica tanto por parte de los hombres como de las mujeres sobre su posición en el mundo pero, sobre todo, reclama cambios personales y vitales. Su lucha y su proceso continuo han supuesto una ruptura epistemológica, ontológica y metodológica con el orden hegemónico impuesto históricamente. Como cualquier otra ruptura de los parámetros establecidos, ésta ha ocasionado malestar entre las personas e instituciones conservadoras y proclives hacia el mantenimiento del orden patriarcal, desde donde se han lanzado críticas entorno a la idea de que a través del estudio y análisis de las relaciones de género no es posible observar y comprender, los procesos sociales de los grupos humanos del pasado.

I.2. OBJETIVOS

Los objetivos generales de esta tesis doctoral quedan resumidos de la siguiente manera:

- ❖ Realizar un exhaustivo análisis a nivel teórico y metodológico de las actividades relacionadas con la gestión de la vida cotidiana y las redes de relación social que entorno a ellas se generan; entendiendo que son imprescindibles para comprender la dinámica de la vida de cualquier comunidad humana a lo largo de la historia.
- ❖ Romper con los prejuicios y generalidades que generalmente han sido calificados a los trabajos y tecnologías atribuidos a las mujeres.
- ❖ Estudiar la experiencia histórica y vital de una gran mayoría de mujeres.
- ❖ Poner de manifiesto la estrategia histórica utilizada por la cultura patriarcal y los posicionamientos esencialistas, biologicistas e historicista para no considerar como parte integrante de la problemática histórica al conjunto de variables relacionadas con la vida cotidiana, desvalorizando así, tanto a las actividades de mantenimiento como a los agentes encargados de realizarlos generalmente, las mujeres.
- ❖ Considerar de manera crítica el análisis que en la actualidad se realiza acerca de las actividades de mantenimiento y poner el énfasis en su caracterización como actividades básicas y elementales tanto para el desarrollo social como para el cambio generacional humano. A través del estudio de las actividades de

mantenimiento nos acercaremos a los cambios sociales, económicos, políticos e ideológicos generados en todos y cada uno de los grupos humanos; ya que entendemos que el marco de la cotidianidad es imprescindible para comprender la dinámica y desarrollo social de cualquier comunidad.

- ❖ Observar como a través de la organización y distribución de la cultura material y de su continuidad o discontinuidad en el tiempo y en el espacio así como de los propios sujetos podemos comprender y conocer pautas conductuales marcadas tanto por la continuidad como por los cambios en las relaciones sociales, culturales y económicas dentro de un grupo humano determinado.
- ❖ Determinar el papel fundamental que juegan las actividades de mantenimiento y por ende una gran mayoría de mujeres en la significación histórica, social, económica y política de un gran número de culturas.

I.3. METODOLOGÍA

A nivel metodológico hemos seguido diferentes líneas de trabajo las cuales han estado marcadas explícitamente por el desarrollo de nuestra investigación y por los presupuestos y objetivos planteados. Básicamente, nuestro trabajo se ha centrado en:

- 1) Análisis de la bibliografía existente tanto en lo referido la específica de cuestiones teóricas y metodológicas relacionadas con nuestro posicionamiento feminista, como de la cultura argárica y, más concretamente, sobre este poblado.
- 2) Elección de una serie de categorías de análisis que nos han permitido acometer el estudio que nos proponemos
- 3) Estudio minucioso del registro arqueológico del yacimiento argárico de Peñalosa desde el inicio de sus excavaciones hasta la campaña de intervención arqueológica del año 2005 inclusive.

I.3.1. Análisis bibliográfico

Para la realización de esta tesis doctoral, en primer lugar, era fundamental determinar cuál era nuestra posición tanto a nivel epistemológico como ontológico. Para ello era necesario realizar una amplia y crítica lectura de las diferentes perspectivas de estudio de las mujeres y de las relaciones de género en los distintos campos de investigación de la ciencia, como la sociología, geografía, antropología, etnología, etc., y por supuesto la Historia y la Arqueología. Entendemos que esta era y ha sido la mejor manera de conformarnos y construir nuestro propio posicionamiento teórico y epistemológico, permitiéndonos a la vez obtener una visión global y crítica tanto de las diferentes líneas de investigación, objetivos y sujetos de investigación de otras áreas del conocimiento. Todo este trabajo de análisis del conocimiento nos ha permitido construir nuestra posición crítica ante una realidad existente y visible. Esta primera fase de nuestro trabajo ha sido fundamental para el desarrollo de esta tesis doctoral ya que el

conocimiento nos ha servido como revelación de la estructura y las estrategias de funcionamiento de las sociedades, donde precisamente el estudio de las mujeres y de sus condiciones de vida y sociales nos ayudan a poner de manifiesto. Por supuesto, somos conscientes de que el conocimiento, en los diferentes campos del saber, esta orientado y condicionado por dos factores fundamentales a tener en cuenta, por un lado, por quién lo produce y por otro, por dónde se produce, es decir, contexto o ámbito social, político, económico e histórico en que se produce.

Con este objetivo durante el desarrollo de nuestra tesis doctoral realizamos diferentes estancias tanto en centros españoles, la Universidad Autónoma de Barcelona, como internacionales, el Departamento de Arqueología de la Universidad de Durham, en el Reino Unido y el Museo Arqueológico de Bergen, en Noruega. Dichas estancias nos han servido y ayudado por un lado a obtener una visión de primera mano de las diferentes líneas de investigación, posicionamientos teóricos y metodológicos que desde estos centros se vienen desarrollando sobresalientemente desde años 70, lo que nos ha ayudado a desarrollar una posición crítica frente a nuestra investigación. Asimismo nos ha permitido establecer lazos personales con las diferentes profesionales de esta temática con las que hemos compartida dicha estancia, las cuales nos han ayudado en determinados momentos de esta tesis doctoral tanto con la referencia y orientación teórica, metodológica, como a través de sus consejos, charlas y conversaciones, marcadas por nuestras inquietudes.

I.3.2. Nuestras categorías de análisis

a) El género

Pensamos que es precisamente a través del estudio de esta categoría de análisis como podemos visualizar las injusticias y el absurdo de nuestra manera de construir las relaciones entre hombres y mujeres en desigualdad, de ahí que consideremos esta noción como una categoría de análisis útil. En base a ello presentamos nuestro primer capítulo de esta tesis doctoral, dejando claro que nuestra intención con este trabajo es poder desenmascarar y poner en primer plano las relaciones de género desiguales, que se han constituido y legitimado durante nuestra historia, para así establecer nuevas formas de construir conocimiento y, por extensión, conseguir una convivencia en igualdad. Así, consideramos que las relaciones que mantenemos mujeres y hombres, no están marcadas en esencia por oposiciones y relaciones desiguales (esto es simplemente una construcción patriarcal) sino que están definidas absolutamente por la complementariedad (Sánchez Romero, 2007). Es precisamente en este sentido donde las investigaciones de género han contribuido a generar cambios significativos en la disciplina arqueológica, promoviendo marcos de representación de las mujeres en el pasado y desestabilizando asunciones preestablecidas sobre las capacidades y papeles de las mujeres a lo largo de la historia (Wylie, 1992; 1997; 2002).

Ha sido nuestra visión crítica de la realidad la que nos ha llevado a plantear esta perspectiva de estudio y análisis para la que tomamos como objeto de conocimiento la experiencia vital e histórica de las mujeres y sus actividades en el pasado. Muchos pueden preguntarse sobre la necesidad de estudiar a las mujeres en el pasado o de

conocer los trabajos y las tecnologías de las mujeres. Sin embargo, pensamos que existe una necesidad en mayúsculas ya que, generalmente, se han tomado las diferencias biológicas entre hombres y mujeres como rasgos diferenciales que determinan sus vidas cuando en realidad, estas diferencias basadas en estos rasgos no son más que construcciones culturales que parten de posicionamientos esencialistas y biologicistas. A la vez, la división sexual del trabajo se ha tomado como estrategia para no valorar las actividades realizadas por las mujeres, ignorándose que tal división sólo marca diferencias en los modos de conceptualizar determinados aspectos como el tiempo o el espacio, pero nunca marca desigualdades.

Esta es la razón y nuestro compromiso que, como arqueólogas e historiadoras, nos ha llevado a tener la certeza de la utilidad social de la arqueología como ciencia que nos permite a través del estudio del registro arqueológico deconstruir el conocimiento establecido por un lado, y de construir conocimiento y aplicarlo a una determinada realidad social, por otro. La arqueología en nuestra investigación es especialmente útil con toda una serie de elementos necesarios como son los cuerpos, los objetos y las relaciones que se establecen entre los objetos y los sujetos. Recordemos que la disciplina arqueológica basa su estudio principalmente en la materialidad física de la experiencia humana, que enfatiza la repetición de las acciones en el tiempo como forma de reconocer prácticas culturalmente comprensibles y, a la vez, es plenamente consciente del vacío existente entre la materialidad de los restos del pasado y las interpretaciones que dichos restos ayudan a crear (Joyce, 2005; Sánchez Romero, 2008b). Así pues, el estudio de las relaciones entre los sujetos y los objetos nos permitirá conocer las condiciones materiales de la vida y la identidad social de las poblaciones del pasado de manera que podamos comprender cuál es la experiencia vital de estas poblaciones y particularmente de las mujeres.

En el caso de las mujeres hemos de entender que partimos de unas mismas características biológicas en lo que se refiere al cuerpo, pero que tanto los sujetos como los objetos con los que se relacionan y las condiciones materiales de sus vidas y su identidad social pueden variar enormemente entre culturales y en una misma cultura a través del tiempo. Por tanto, podríamos argumentar que la experiencia vital e histórica de las mujeres a lo largo de la historia es diferente. Sin embargo, es un hecho comprobado histórica y etnográficamente como en la actualidad que existen factores comunes en cómo son las relaciones de las mujeres con otros sujetos y objetos, en como definen su identidad social y cuáles son sus condiciones materiales de vida. Precisamente, estos factores que han sido identificados y definidos como las actividades de mantenimiento, crean marcos que ilustran ámbitos de saber, de relación y de actividad propios de una gran mayoría de mujeres.

b) Las actividades de mantenimiento

Esta tesis doctoral toma como hipótesis de trabajo la experiencia vital e histórica de una gran mayoría de mujeres. Para ello necesitamos estudiar tanto la escala temporal como espacial donde se concretan las condiciones de vida y la identidad de las mujeres mediante categorías de análisis que las revelen. Por ello, en el siguiente apartado de esta tesis doctoral realizaremos un capítulo centrado exclusivamente a explicar como, cuándo y por qué surge en nuestro país esta línea de investigación en las sociedades del

pasado así como cuál ha sido su repercusión en los sistemas académicos y de investigación.

Seguidamente entramos de lleno en la definición y caracterización de las actividades de mantenimiento como categoría de análisis en el estudio de las sociedades del pasado. Estas actividades han sido definidas como aquellas que comprenden, todo un conjunto de prácticas relativas al mantenimiento y cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad, así como las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional. Estos trabajos incluyen la preparación de alimentos, su distribución y consumo, la deposición o el almacenamiento. Se caracterizan por ser actividades relacionadas con la salud, el bienestar y la curación e higiene, tanto en el caso de los individuos infantiles como individuos incapaces de cuidar de sí mismos (temporal o permanentemente) por razones de edad y/o enfermedad (Picazo, 1997: 59-60). Constituyen el tejido temporal y de relación del ciclo de la vida cotidiana, a la vez que comprenden las formas de cuidado que crean y conservan las estructuras sociales y de cohesión en cada grupo humano (González Marcén y Picazo *et al.*, 2005: 143). Igualmente, formarían parte de estas actividades de mantenimiento, todo tipo de trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo actividades como la manufactura cerámica, útiles de piedra o la producción textil (Sánchez Romero, 2002: 279; 2008a). A pesar del visible valor que estas actividades contienen para la supervivencia humana y el desarrollo de las sociedades estos trabajos generalmente han pasado desapercibidos en los ámbitos y marcos de la investigación.

Tradicionalmente, se ha considerado que estos trabajos no intervienen, ni cambian, en las funciones económicas o en las dinámicas sociales en que van asociados. Esta conceptualización las ha convertido en actividades estáticas, pasivas e independientes del resto de movimientos sociales y económicos que afectan a las sociedades. Sin embargo, nosotras pensamos todo lo contrario, creemos que estas actividades que se encuentran en el marco del día a día, de la vida cotidiana irremediablemente debieron influir y ser influidas por el resto de ámbitos, actividades y trabajos desarrollados en el conjunto del grupo y de cada sociedad (González Marcén *et al.*, 2007; Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). Pensamos que una de las características utilizadas para su ignorancia por parte de los posicionamientos historicistas y la cultura patriarcal ha sido su transversalidad en el tiempo y en el espacio. Sin embargo, pensamos que es precisamente en esta característica donde radica su principal significación social y su máximo valor. Esta característica nos habla de que las actividades de mantenimiento son los únicos trabajos que se mantienen a lo largo del tiempo y del espacio, reflejando así su importancia y consideración dentro de cada uno de los grupos sociales, ya sean pasados o presentes. Si bien, esto no quiere decir que éstas no sufran cambios o más aún, que no sean reflejos de los cambios que acontecen en los grupos humanos, sino todo lo contrario. Precisamente, estas actividades de mantenimiento aseguran la posibilidad de la reiteración y recurrencia del conjunto de las actividades desarrollados por el grupo así como son el sustento de los cambios o continuidad de estas últimas, convirtiéndose en los canales de los nuevos modelos o formas de gestión de la cotidianidad (González Marcén *et al.*, 2005: 136).

También se ha considerado que estas actividades no requieren ningún tipo de tecnología, ninguna pauta de experiencia o conocimientos especializados ni aprendidos. Si bien, pensamos que esto no es así por lo que a lo largo de este capítulo de estudio de las actividades de mantenimiento plantaremos cuáles han sido las motivaciones que han

originado no sólo su infravaloración sino también su invisibilización tanto en el registro arqueológico como en las interpretaciones históricas. Además, se ha pasado por alto que las actividades relacionadas con la gestión de la vida cotidiana y las redes de relación social que se generan a su alrededor, resultan imprescindibles para lograr entender la dinámica de la vida en cualquier comunidad humana a lo largo de la historia (González Marcén *et al.*, 2007). Estas actividades implican la intervención de tecnologías y la aplicación de conocimientos heredados o aprendidos (González, 2006: 22; Sánchez Romero y Aranda, 2006: 74) que dejan su huella en un infinito repertorio de experiencias materiales (Bray, 1997: 2), originando gran parte del registro arqueológico que integra cualquier sociedad de nuestro pasado (González y Picazo, 2005: 143; Sánchez Romero y Aranda, 2006: 74).

Lo cierto es que el desarrollo de esta perspectiva de estudio abre un campo múltiple de posibilidades de conocimiento a través de la cual podemos conocer el legado de saberes y prácticas asociadas con la gestión de la vida cotidiana (Sánchez Romero, 2008d).

Este gran bloque de arqueología de las actividades de mantenimiento finaliza con el exhaustivo análisis de todos los trabajos que forman y que han sido incorporados como parte de las actividades de mantenimiento, el almacenamiento y preparación de alimentos; cuidado del cuerpo y de los sujetos sociales independiente de su edad, género o categoría social; socialización y aprendizaje de los individuos infantiles; adecuación e higiene de los espacios y, en último lugar, la producción textil. En todos los casos hemos realizado un exhaustivo análisis de sus características, su significación humana, social e histórica, sus implicaciones en la supervivencia de los grupos sociales y como no, su relación con las mujeres. Los objetivos principales de estos análisis han pasado por demostrar en primer lugar, la visibilidad de estas actividades en diferentes marcos de investigación encarnados en diferentes marcos cronoculturales. Pretendíamos demostrar la transculturalidad y transtemporalidad de estas actividades y con ello su influencia en el resto de ámbitos sociales de cada sociedad en particular, así como su conexión con las esferas productivas de una gran mayoría de mujeres. De ahí, un segundo objetivo consistía en acercarnos a un gran número de mujeres a través del estudio de una gran cantidad de trabajos realizados a lo largo de sus vidas, las actividades de mantenimiento. En definitiva, este objetivo comprendía observar a los sujetos encargados de realizar dichas actividades y ver si esta asociación se repite a todos los niveles. En último lugar, pretendíamos demostrar la validez, la adecuación y la necesidad de realizar dichos trabajos como marcos inexorables para el mantenimiento y la supervivencia humana. Para responder a todos estos postulados hemos recurrido tanto a las fuentes clásicas, las fuentes etnográficas, la observación de nuestra propia sociedad y, por supuesto, al análisis del registro arqueológico de la Prehistoria Reciente en la Península Ibérica y cuando presentaba una caracterización fundamental para nuestra investigación hemos recurrido al registro arqueológico de otros marcos culturales, lugares y espacios del resto del mundo.

Así pues, nuestro principal objetivo con este análisis ha sido poner de manifiesto la necesidad de analizar las actividades encargadas de gestionar la vida cotidiana así como la importancia de realizar investigaciones arqueológicas desde la escala de la cotidianidad, ya que entendemos que es precisamente en esta escala temporal donde se concentra y a la vez se expresa la experiencia histórica a lo largo del ciclo vital de las personas, del acumulo de memorias, de experiencias, de conocimientos, de trabajos y

producciones, etc. que tienen su reflejo en el registro arqueológico a través de los restos materiales de cualquier yacimiento del pasado o del presente (González y Picazo, 2005: 148). Por ello, éstas resultan imprescindibles para llegar a comprender la dinámica social de cualquier grupo humano del pasado. Como expresa Agner Heller (1972), *la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico. Las grandes hazañas no cotidianas (...) arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad* (Heller, 1972). Con esto, cualquier engranaje social, político y económico ha de ser operativo en la escala de la cotidianidad como ámbito donde se desarrollan las redes interpersonales, siendo éstas las que reflejen las continuidades o cambios a través de la creación, recreación o desaparición de relaciones (González y Picazo, 2005: 147-148).

I.3.3. Estudio del registro arqueológico del poblado argárico de Peñalosa.

Por tanto, nuestra investigación tiene como objetivo el estudio de las experiencias históricas y vitales de las mujeres en un periodo histórico concreto la cultura argárica. Este marco temporal, más que cualquier otro de la historia de la humanidad, ha sido perfilado como una etapa situada entre el mito y la historia, por lo que se ha convertido en un arma poderosa para la construcción, legitimación y deconstrucción de ideologías (González Marcén 2006: 16). La prehistoria ha sido y es utilizada como el mecanismo o instrumento de consolidación y legitimación de la situación y posición femenina en el presente, fundamentada tanto en la transmisión cultural como capacitada por la biología, por lo que creemos que una forma de deconstruir los parámetros institucionalizados del presente es deconstruyendo nuestra forma de interpretar y construir nuestro pasado.

Nuestro marco espacial corresponde al yacimiento arqueológico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) que pertenece a lo que se ha denominado como grupo argárico del Alto Guadalquivir. Este yacimiento lleva siendo objeto de una investigación sistemática desde el año 1985. Desde entonces se han desarrollado diferentes proyectos de investigación los cuales han girado entorno a este yacimiento arqueológico y la complejidad social de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir. Precisamente, esta tesis doctoral se enmarca dentro de la segunda fase del proyecto de investigación *Proyecto Arqueometalúrgico. Las Comunidades de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir* iniciado en el año 2001 y financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología, dirigido por el catedrático de la Universidad de Granada Francisco Contreras Cortés y por el profesor Juan Antonio Cámara Serrano. El objetivo global de este Proyecto de Investigación es definir y explicar la evolución social que tuvo lugar durante la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir.

La decisión de tomar este yacimiento arqueológico como objeto de nuestra investigación ha estado motivada por varios factores. En primer lugar, porque se trata de uno de los pocos poblados argáricos que se viene excavando en extensión y sistemáticamente en el sureste peninsular desde el año 1985. Un segundo factor y determinante para nuestra investigación es el hecho de que su registro arqueológico presente un nivel excelente de conservación, manteniendo los suelos de ocupación *in situ*, tal y como fueron abandonados, lo que nos permite no solo identificar las

diferentes actividades que tuvieron lugar en ellos sino su interrelación en el espacio. El tercer factor ha estado determinado a que este poblado se compone de diferentes espacios compartidos a nivel productivo. Esto quiere decir que este yacimiento se caracteriza por la compartimentación, complementariedad e interacción de diferentes actividades tanto en el marco espacial como temporal, dado que todas y cada una de las actividades que tienen lugar en este poblado están insertas en el marco de la cotidianidad de este grupo social. Y en último lugar, y por ello no menos importante, se debe a que desde el año 2001, momento en que se inició la segunda fase de actuación e investigación de este proyecto de investigación, la autora de esta tesis ha estado vinculada directamente tanto en los trabajos de campo (recuperación y documentación del registro arqueológico) como en los diferentes estudios de materiales. Esta vinculación nos ha permitido tener un conocimiento directo sobre los procesos de recuperación del registro arqueológico y un profundo conocimiento de la articulación y la organización de este poblado argárico.

Así pues, en un segundo gran bloque nos centramos principalmente en el estudio y análisis del registro arqueológico del poblado argárico de Peñalosa. Para ello comenzaremos con un capítulo basado en la contextualización y caracterización no sólo de este yacimiento arqueológico sino del conjunto de la cultura argárica estableciendo a su vez las similitudes y diferencias conductuales con otros poblados de la misma cultura del sureste peninsular. Así, realizaremos una breve sinopsis sobre el mundo argárico como grupo arqueológico, pasando por su caracterización y singularidades. Trataremos, la historia de la investigación junto con la caracterización de este grupo en la mitad norte de la provincia de Jaén, en las primeras estribaciones de Sierra Morena oriental, dentro de la cuenca del río Rumbero (Contreras *et al.*, 2000). Con el fin de encuadrar en el tiempo y en el espacio esta tesis doctoral se incluye una contextualización espacial de dicho yacimiento, deteniéndonos especialmente en sus particularidades con respecto al resto de poblados argáricos. En este mismo capítulo incidiremos extensamente en la metodología de análisis y estudio del registro arqueológico de Peñalosa porque es precisamente su rigurosidad la que ha permitido que se realice este trabajo.

Seguidamente se realiza un exhaustivo análisis del registro arqueológico de este poblado argárico. Para ello estudiamos y analizamos las particularidades que presenta cada uno de los espacios sociales que conforman este poblado. Con esta premisa se efectúa un estudio pormenorizado de cada uno de los espacios a nivel constructivo y estructural, pasando por su organización espacial y relación contextual de cada uno de los restos materiales recuperados. Todos estos elementos serán interrelacionados entre sí con el fin de determinar áreas y patrones de actividad asociados en primer lugar, con las actividades de mantenimiento y, en segundo lugar, la interrelación de éstas con otro tipo de actividades productivas como la metalurgia. Por ello, se considerará a la cultura material, artefactos y ecofactos, no como meras representaciones materiales y funcionales, sino como elementos que contienen un significado negociado socialmente que ayudan a transformar tanto la expresión del estatus, el género o la edad. Estos son el vehículo transmisor de conocimiento entre generaciones y acontecimientos en la prehistoria y la prueba tangencial de ellos en el presente (Orozco, 2005: 247), tal y como expresa Hoskins, *los objetos adquieren un valor metafórico ya que representan una forma de ver el mundo y un modo de vida concreto* (Hoskins, 1998), así como su carácter mediador en la construcción de las identidades personales y grupales (Spector, 1999), ya que nos acercan a las manos que los realizaron, los utilizaron, a los gestos y pensamientos que habitaron un lugar en un momento concreto. Con esta idea

pondremos en común toda esta información y, a partir de establecer su interrelación en el espacio y con los sujetos, realizaremos la interpretación social de estos espacios con la intención de llegar a conocer cuál era el desarrollo de su vida cotidiana. Así, con esto pretendemos reconstruir la secuencia conductual de diferentes momentos de vida de este poblado y acercarnos a la complejidad de la vida cotidiana de este grupo humano.

Como colofón, en el último capítulo de esta tesis se recopilan todas y cada una de las conclusiones a las que se han llegado en el transcurso de este trabajo, así como se incluye una valoración general y global de los diferentes marcos de actuación y significación de las actividades de mantenimiento, estableciendo las continuidades y discontinuidades de estas actividades a nivel global del poblado.

Desde una perspectiva metodológica, la excavación del poblado de Peñalosa se realiza mediante la utilización del sistema de registro arqueológico SIAA creado por el Grupo de Investigación GEPRAN del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. Este sistema de documentación normalizado se basa en la identificación, definición y descripción de cada una de las unidades estratigráficas que mediante su asociación funcional en entidades arqueológicas crea diferentes niveles de análisis igualmente sistematizados en su identificación y descripción.

Este sistema de registro está estructurado en dos tipos de herramientas agrupadas en función de su naturaleza, el registro escrito y el registro gráfico. El registro escrito está fundado en el empleo de fichas normalizadas para su posteriormente informatización que poseen una doble vertiente, o bien están relacionadas con la descripción e interpretación de las diferentes entidades arqueológicas, o bien con el inventario de los materiales muebles recuperados durante la excavación. En cuanto al registro gráfico tres son los tipos fundamentales de representaciones documentadas: el registro de plantas y secciones mediante dibujos y croquis, el registro de las relaciones temporales de las entidades arqueológicas y el registro de imágenes en diferentes soportes. Este sistema minucioso de recogida de datos arqueológicos durante las diversas campañas de excavación de este yacimiento ha sido fundamental para que hayamos podido llevar a cabo un estudio detallado de cada uno de los espacios domésticos definidos en el mismo.

Dicho estudio, como exponemos a continuación, se ha fundamentado básicamente, por un lado, en el análisis de la dispersión de la cultura material documentada en el interior de lo que hemos denominado como unidades habitacionales o “casas”; y, por otro, en el estudio de los enterramientos hallados, tanto de los restos humanos como del ajuar que contenían las tumbas.

Por otro lado, hemos realizado una revisión crítica de las interpretaciones que se han vertido sobre el registro arqueológico de este poblado en anteriores publicaciones⁶ teniendo en cuenta que para el análisis e interpretación de este poblado, mayoritariamente, se había tomado como objeto fundamental de estudio la producción metalúrgica, dejando al margen otras actividades como las de mantenimiento. Esta ha sido una de las principales causas de que en esta tesis se vuelva a realizar una relectura de los datos arqueológicos antiguos, pero ahora desde otra perspectiva de análisis, con el fin de reconocer la existencia de estas actividades en el registro de este yacimiento.

⁶ Nos referimos, fundamentalmente, a la memoria científica que los directores de esta excavación publicaron en el 2001 tras finalizar la primera fase del proyecto Peñalosa(Contreras, 2000).

a) Análisis de las Unidades Habitacionales del poblado de Peñalosa.

Para ello hemos seguido dos líneas de trabajo paralelas, por un lado, el estudio de los espacios y los objetos y, por otro, el análisis de los sujetos y sus relaciones con los objetos que les rodean. Con respecto al primero de los objetos de estudio, los espacios, decir que hemos realizado un análisis exhaustivo tanto a nivel constructivo como funcional de cada uno de los espacios que componen este poblado. Seguidamente hemos procedido a estudiar su articulación y organización mediante la imposición de elementos estructurales o simplemente por la determinación de las diferentes actividades. Paralelamente, se ha estudiado cada uno de los restos culturales (artefactos y ecofactos, los objetos) recuperados en las diferentes Unidades Habitacionales a la vez que hemos realizado su análisis contextual, su asociación con las diferentes estructuras y su organización y dispersión en el conjunto de cada una de las Unidades Habitacionales. Toda esta información ha sido recogida en láminas de asociación de materiales determinados por su uso en diferentes actividades y en mapas de distribución de los mismos con la idea de establecer áreas de actividad y patrones conductuales.

Además, se han examinado todas y cada una de las unidades habitacionales que componen este poblado para proceder a realizar un análisis comparativo de su comportamiento, de su cotidianidad. De esta manera podremos determinar si existen diferencias entre unas Unidades Habitacionales y otras o entre unas fases de ocupación y otras o, si por el contrario, se observa una continuidad tanto a nivel social, económico, constructivo y tecnológico. Es decir, la determinación individual de cada uno de los espacios nos permite poder realizar un estudio general de los comportamientos sociales y conductuales de este grupo humano tanto en una fase determinada de ocupación o entre diferentes fases. A su vez también nos permite determinar las continuidades o discontinuidades en los patrones de comportamiento y establecer cuáles eran sus relaciones con otro tipo de actividades como es la producción metalúrgica, aunque en este caso particular se trate de una actividad cotidiana inserta e interrelacionada con el conjunto de las actividades de mantenimiento.

b) Análisis de la esfera funeraria: sepulturas, ajuares, e individuos

En este punto, se ha realizado un análisis espacial de la distribución de las sepulturas en el yacimiento, así como de la organización y deposición de los ajuares en el interior de las mismas. Por otro lado, se ha llevado a cabo un estudio comparativo entre la cultura material doméstica y la funeraria o los objetos utilizados en las actividades de mantenimiento y los de carácter simbólico. La intención es intentar visibilizar en el registro funerario de Peñalosa las prácticas de mantenimiento. Para ello no solo contaremos con el análisis morfométrico y de pastas de las cerámicas y su comparación con los ajuares domésticos, sino que analizaremos y compararemos la presencia de otros elementos como, restos faunísticos, vegetales, metálicos, etc. Y, por último, en este apartado se han estudiado los restos óseos de los muertos exhumados de este poblado. Para ello se han podido realizar dos tipos de análisis, uno morfopatológico que nos ha permitido diferenciar varios campos de desarrollo; por un lado, tratar las paleopatologías sufridas por el conjunto de Esta comunidad. Esto nos ha permitido conocer las circunstancias mortuorias, las actividades desarrolladas por los distintos

individuos (patrones de actividad), las condiciones de vida, enfermedades y tipos de cuidados adquiridos, así como el reflejo de los cambios vitales sufridos por los habitantes de esta comunidad tras el análisis comparativo de las dos fases de ocupación del yacimiento. Para ello se ha desarrollado el estudio morfopatológico del conjunto de individuos inhumados en este poblado del que contamos con un total de 33 individuos. Estudios que nos han permitido evaluar las características biomorfológicas de los restos óseos humanos recuperados. Inicialmente, se procedió a la identificación individual de cada fragmento óseo, determinación sexual, estimación de la edad aparente de muerte y obtención de variables continuas y discretas del esqueleto craneal y postcraneal que permitan la caracterización morfológica. Además, se ha estudiado la existencia de indicadores de actividad física (asimetrías, entesopatías, etc.) y de marcadores paleopatológicos en función del estado de conservación de cada estructura anatómica. Y otro análisis de paleodieta. En este caso hemos contado un total de nueve elementos traza con el fin de establecer el modelo económico o el patrón alimenticio. La determinación de estos dos tipos de análisis se ha realizado en base a diferentes objetivos. La determinación de la dieta de los individuos de este poblado se efectuó mediante el análisis de nueve elementos químicos, dos de ellos mayoritarios, calcio (Ca) y fósforo (P) y los siete restantes traza (Mg, Zn, Fe, V, Cu, Sr y Ba). El estudio se ha realizado atendiendo a la concentración de dichos elementos mediante espectrometría de emisión de plasma de acoplamiento inductivo (ICP-AES). Metodológicamente, el material a obtener era de unos dos gramos de tejido óseo por muestra analítica (de esa forma se disponía de duplicados).

Con los primeros análisis pretendíamos determinar patrones de actividad a través de los cuales podríamos aproximarnos a la organización del trabajo por sexos en este poblado, mientras que con los segundos pretendíamos determinar diferencias, si las hubiera, en el acceso a los recursos alimenticios por sexo, edad y categoría social así como establecer patrones de comportamiento y relación entorno al consumo de un alimento u otro, además de ratificar las primeras hipótesis obtenidas sobre la preparación y consumo de alimentos obtenidas a través del estudio del registro arqueológico.

En definitiva, el desarrollo de estos planteamientos metodológicos de trabajo responde a los criterios y objetivos establecidos en la realización de esta tesis doctoral. El objetivo fundamental de este trabajo no se centra en demostrar que las mujeres han estado presentes a lo largo de la Prehistoria e Historia, porque es indiscutible que lo estaban, ni en intentar atribuir ciertas tecnologías y prácticas exclusivamente a las mujeres, sino explorar y comprender como hombres y mujeres interactuaban y como las ideologías y estructuras sociales eran influyentes y a su vez influidas por la relación entre ambos sexos y las actividades desarrolladas.

Capítulo II

Perspectiva teórica y metodológica

II. 1. UN CONCEPTO CLAVE: EL GÉNERO COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS

Si hablamos de género, debemos comenzar refiriéndonos al concepto de Identidad. El concepto moderno de identidad ahonda sus raíces en la epistemología del siglo XVII, sobre todo, en la teoría psicoanalítica (Sánchez Romero, 2008b: 25). Se define como la percepción del mundo y de uno mismo, convirtiéndose en el núcleo del sentido de la orientación humana. Se trata del modo más estructural, inconsciente y básico de construir una idea de quién es uno mismo, de cuáles son las relaciones que nos unen a los demás y cómo es el mundo en el que vivimos (Hernando, 2002). La identidad tanto colectiva como individual, se construye a través de las interacciones y las relaciones entre hombres y mujeres y con los demás (González Prieto, 2001: 306) y se transforma a través de las propias modificaciones que hacemos de los objetos, de los espacios y del tiempo (Díaz-Andreu, 2005: 1). El énfasis postmoderno en la diferencia ha fragmentado este modelo de una identidad unificada en múltiples y fluidas identidades con distintas facetas entre las que se encuentran el género, la edad, la etnicidad, la clase social, etc. (Sánchez Romero, 2008b: 25).

Precisamente, como parte de las distintas categorías de identidad, encontramos el concepto de género que ha permitido superar el determinismo biológico que durante siglos argumentó que las diferencias sociales y culturales entre hombres y mujeres se debían a las diferencias anatómicas, fijando su destino en base a la naturaleza y la biología (Birke, 1992).

Así pues, por identidad de género, entendemos, la identificación propia y el reconocimiento por parte de otros de pertenencia a una determinada categoría basándose en las diferencias sexuales percibidas culturalmente. El género es una construcción cultural e histórica y, como tal, se define y se negocia de forma diferente por las distintas sociedades (Díaz-Andréu, 2005: 14). De todas las categorías de identidad, el género, posiblemente haya sido una de las que mayor atención ha recibido en los últimos años (Díaz-Andréu, 2005: 15; Díaz-Andréu y Lucy, 2005: 13), ligado siempre a la investigación feminista y a los estudios de las mujeres. Si bien es cierto, que en los últimos años están floreciendo nuevos conceptos relacionados con la identidad individual y colectiva, tales como la “masculinidad” (Tosh, 1994; Day, 2001) o la llamada “teoría queer” (Casella, 2000; Gilchrist, 2000b; Voss, 2000; Rivera Garretas, 2003: 140-150).

Aunque el concepto de género tal y como lo concebimos actualmente se remonta a los años setenta del siglo XX, su génesis tiene unas raíces históricas mucho más profundas en el tiempo. Éstas nos trasladan a la segunda mitad del siglo XVII, con el pensamiento del autor francés, Poulain de la Barre, quién en diferentes obras plasmó la idea de que la desigualdad social entre hombres y mujeres no es consecuencia directa de la *desigualdad natural*, sino que por el contrario, es la propia *desigualdad social* y política la que produce teorías que postulan la inferioridad de la naturaleza femenina (Cobos, 2005: 2). Así pues, desde el siglo XVII, en los ambientes intelectuales ya se parecía vislumbrar la esencia de este concepto que permitiría siglos más tarde deslindarse de las nociones biologicistas tan presentes en su definición como seres humanos. Será hasta poco más de dos décadas antes de que la categoría de género comenzase a utilizarse en las diferentes áreas de conocimiento como tal, cuando la

feminista Simone de Beauvoir (1949) indagase sobre la condición de la mujer en las sociedades occidentales, argumentando que *ningún destino biológico, psíquico o económico, predefine la figura que reviste en el seno de la sociedad, lo femenino, sino que es el conjunto de la sociedad humana quien elabora ese producto*, por lo que si la intervención social fuese dirigida en otro sentido el resultado sería muy diferente. La filósofa concluye exponiendo que *la mujer no se define por sus hormonas, ni por instintos misteriosos, sino por la forma en que percibe, a través de las conciencias ajenas, su cuerpo y su relación con el mundo* (Beauvoir 2002: 896 (1949)). Sin lugar a dudas, la originalidad de Simone de Beauvoir, fue que a finales de los años 40 reflexionó sobre la identidad de la mujer, pero, sobre todo, el darse cuenta de que el género (dicotomía masculino/femenino) impregna y determina no sólo nuestra visión del mundo sino también nuestra forma de vivir, nuestros pensamientos, conductas, actitudes, relaciones, etc., (Guerra Palmero, 2000: 208-212), y así lo plasmó magistralmente en su frase *no se nace mujer: se llega a serlo* (Beauvoir, 2002: 371; Varela, 2005: 82).

Este pensamiento se convirtió en el primer marco teórico del feminismo de la segunda ola, y una categoría central de la teoría feminista (Cobos, 2005: 1). Ha sido utilizado para rechazar el determinismo biológico y el androcentrismo histórico (Scott, 1990; Cobos, 1995; 2005), erigiéndose como la herramienta analítica más importante para explicar cómo las identidades femeninas y masculinas habían sido construidas y determinadas por los valores particulares de cada sociedad (Guerra Palmero, 2000; Cobo, 2005). Sin embargo, la aceptación y aprobación científica de este concepto no se produce hasta unos años más tarde.

Durante siglos, la noción de “sexo” nos ha parecido un concepto totalmente aséptico, biológico, cerrado y sin posibilidad de matización, si bien, hoy sabemos gracias a los estudios en los años 50 de John Money, que tiene una determinación multivariada. Money era un psiquiatra del Departamento de Psiquiatría y Pediatría del Hospital de la John Hopkins University quien, al enfrentarse a la definición del sexo de bebés hermafroditas, descubrió que el sexo de cada persona es el resultado de la combinación de cinco componentes biológicos (Money 1965 en Katchadourian 1979: 10): *Sexo genético*: determinado por los cromosomas X e Y, *sexo hormonal*: el balance estrógenos-andrógenos, *sexo gonadal*: presencia de testículos u ovarios, la morfología de los órganos reproductivos internos y la morfología de los órganos reproductivos externos (Hernando, 2007).

La mayoría de las personas presentamos coherencia en la conjunción de los cinco componentes anteriormente mencionados, por lo que al nacer lo hacemos con sexo de hombre o de mujer. Sin embargo, se presentan casos donde la combinación puede ser variada, este el caso de los hermafroditas. Ante éstos, John Money tenía que decidir qué rasgos eran dominantes (masculinos o femeninos) para potenciarlos y conseguir una persona de sexo definido que pudiera incluirse con éxito en la sociedad. Ante esta disyuntiva John Money, descubrió que si se equivocaba y comenzaba un tratamiento que potenciase la identidad sexual femenina, por ejemplo, y al pasar el tiempo la evolución física del bebé demostraba que de forma natural se desarrollaban más los rasgos sexuales masculinos, era imposible recuperar la identidad biológica natural dominante de hombre, porque tanto esa persona como todo su contexto familiar y social lo consideraba ya una mujer, y esta convicción de serlo determinaba

completamente que lo fuera, mucho más que las propias características genéticas o biológicas con las que había nacido (Hernando, 2007).

Esta experiencia condujo a John Money a *reflexionar sobre el poder modelador, creador de sentido, de identidad que la experiencia humana temprana postnatal tiene sobre los montantes biológicos* (Díó Bleichmar, 1998: 77), y a comprobar cómo la sociedad identifica completamente el cuerpo de un hombre con determinadas actitudes, creencias o potencialidades, y el cuerpo de una mujer con otras distintas. Money tomó entonces de la gramática el término género y lo utilizó por primera vez en el año 1955 para remarcar el valor del lenguaje y la denominación en la constitución de la identidad sexual humana (Díó Bleichmar, 1998: 78). Constatado que el psiquismo de un nuevo ser adquiere una orientación distinta, masculina o femenina, dependiendo de si se trata de un hombre o una mujer, a través de las interrelaciones que establece con el entorno social durante los primeros dos o tres años de vida (Lamas, 1997). El hallazgo fundamental de John Money fue que *los padres, a través de sus fantasmas, de sus creencias y de sus convicciones, eran capaces de generar una identidad contraria a la anatómica, pero que se revelaba con igual o mayor poder que la misma* (Díó Bleichmar, 1998: 77). Este hecho le llevó a aislar un nivel de identidad completamente diferenciable del propio sexo y determinado por la sociedad, al que llamó “rol de género” (gender role), y en el que se incluía el conjunto de conductas atribuidas a los hombres y a las mujeres.

Será una década más tarde cuando Robert Stoller desarrolle el concepto de “identidad de género” y lo importe al psicoanálisis, a partir de sus discusiones con Ralph Greenson, presentándolo públicamente por primera vez en el XXIII Congreso Internacional de Psicoanálisis, publicado en 1968 (Hernando, 2007). A su juicio *la palabra sexo tiene connotaciones anatómicas y psicológicas. Esto deja tremendas áreas de conducta, sentimientos, pensamientos y fantasías que están relacionadas con los sexos y que no tienen connotaciones biológicas primarias. Es para algunos de estos fenómenos psicológicos que el término género será usado: uno puede hablar del sexo masculino o el sexo femenino, pero también podemos hablar sobre la masculinidad y feminidad y no necesariamente tiene que estar implicando algo sobre anatomía o fisiología* (Stoller 1968: vii-ix en Katchadourian 1979: 21, recogido por Hernando, 2007). Es decir, la asignación y adquisición de una identidad es más importante que la carga genética, hormonal y biológica (Lamas, 1997). Esta publicación marcará el origen de un debate terminológico y filosófico que tardará en cerrarse, sexo y género (Fraisie, 2001).

Debate que será recogido años más tarde por la autora Ann Oakley (1972), quién no solo hará uso del mismo sino que ya establecerá las diferencias entre género y sexo. Definiría sexo como un término puramente biológico, mientras que género como una noción psicológica y cultural (Oakley, 1972: 158). De esta manera comenzó a formarse un nuevo concepto que posteriormente pasaría a formar parte de otras ciencias sociales, con distintos contenidos, desde diferentes posiciones teóricas y en distintas disciplinas, particularmente, la sociología y la antropología cultural (Ortner y Whitehead, 1981; Collier y Yanagisako, 1987). Precisamente, en el marco de ésta última área de conocimiento debemos una de las primeras y más importantes conceptualizaciones de este concepto. Gayle Rubin en su obra *The traffic in women: notes the political economy of sex*, publicada en 1975, definió el sistema de sexo y género como un conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en

productos humanos (Rubin, 1975). Así, a finales de los años setenta quedaba establecida en las ciencias sociales las diferencias entre sexo y género. De tal manera que el primero, se refería a las nociones biológicas y a las características físicas de los cuerpos, mientras que el segundo se refería a los significados que cada sociedad atribuye a esa diferenciación (Burín, 1996: 63).

La cuestión es que todos aquellos elementos que marcan las diferencias entre mujeres y hombres y que por extensión definen el concepto de género, describen el modo en que se organizan los sexos en su relación social. Así pues, el concepto en sí de género implica inexorablemente una relación, que a su vez es además una relación de poder (Scott, 1993a; Molina, 2000: 281; Hernando, 2007: 9). Tradicionalmente, el sentimiento íntimo de saberse hombre (y todas sus actitudes, valores o conductas) iba asociado a la sensación de que se tenía (o se podía tener) poder, mientras que el de saberse mujer iba asociado a la sensación de que se necesitaba ser protegida, porque no se tenía poder frente al mundo (Hernando, 2002). Entendiéndose por poder como *la expresión de una posibilidad particularmente grande de influir sobre la autodirección de otras personas y de participar en la determinación de su destino*” (Elías, 1990: 72). Así, no extraña que en la mayor parte de las sociedades conocidas las relaciones de género hayan sido definidas por la desigualdad y por el desigual ejercicio del poder determinado por las diferencias sexuales (Sánchez Liranzo, 2008; Sánchez Romero, 2008a).

A este respecto, debemos realizar una puntualización. Cuando hablamos de poder, generalmente, lo identificamos y concebimos en base al poder público o político representado por la figura de un líder, generalmente masculino. Sin embargo, ésta es solo una de las maneras en que se desarrolla (Hernando, 2007), porque obviamente existe otro tipo de poder marcado por las relaciones, ejercido a través de la intensidad de los vínculos emocionales que, generalmente, han sido ejercidos por las mujeres. Éste, probablemente haya sido mucho más sutil que el primero y, por lo tanto, su visibilidad ha sido y es más imperceptible, lo que no quiere decir que su intensidad sea menor y su valor más reducido (Juliano, 1998: 17-19; Hernando, 2007). En base a lo expuesto, pensamos que no se trata de que las mujeres no hayan tenido poder, sino que más bien ese poder en manos de mujeres no ha sido reconocido por la historia, por lo tanto, no ha sido legitimado (Rivera Garretas, 2003: 157) y, en consecuencia, no ha sido valorado.

En resumen, el género es un constructo social (Adovasio *et al.*, 2008), que necesita ser constantemente reconfirmado y elaborado por cada sociedad y los individuos deben mantener una actitud activa, es decir, éstos necesitan demostrar en su vida diaria que pertenecen a una categoría de género específica y reafirmarse en ella. En tanto que el género es un producto cultural incide en todos los aspectos del quehacer humano por lo que a cada investigador e investigadora nos corresponde observar esta consideración, bajo la premisa de que las estructuras de poder y sus representaciones repercuten tanto en las relaciones entre los géneros, modificando su interacción de forma gradual pero continuada, como en todas las actividades, incluso en las más rutinarias y cotidianas. Así pues, el género constituye un elemento imprescindible en el proceso de formación y reproducción social.

En definitiva, el género y, en consecuencia, las relaciones de género, son construcciones sociales que varían de unas sociedades a otras y de unos tiempos a otros, siendo susceptibles al cambio ya que están marcadas por la variabilidad. Éstas, como

tales, son susceptibles de modificación, de reinterpretación y de reconstrucción (Falcó, 2003: 70-71). Por tanto, la identidad de género no es estática sino que está sujeta al cambio, constituyendo o formando un proceso continuo (Conkey, 2001; Cirillo, 2005) tanto para los hombres como para las mujeres.

Por todo ello, no extraña que su formulación como concepto a principios de los años setenta supusiera un hecho tremendamente liberador para las mujeres, ya que les permitió poder deshacerse de todo un entramado cultural formado por un tejido densísimo, que circulaba con la etiqueta de natural. Fue liberador, porque la asociación que durante siglos se había realizado del hombre con la cultura mientras a las mujeres siempre se les había asociado con la naturaleza (a la que hay que dominar), parecía obligar a pensar que el género femenino apenas sí era susceptible de análisis histórico ya que el carácter de sus actividades variaba escasamente a lo largo del tiempo o entre un grupo humano y otro. Sin embargo, con la introducción del concepto de género y sus implicaciones, llegó el momento de decir que tanto las prácticas reproductivas como la sexualidad se construyen culturalmente. Distinguir entre datos biológicos y culturales no significa negar la existencia en la especie humana de dos tipos de productores de células necesarias para la fecundación, ni que hombres y mujeres participemos de forma asimétrica en el proceso reproductivo. Lo que se niega, desde este punto de vista, es que estas diferencias marquen y condicionen definitivamente la vida humana, tanto de hombres como de mujeres (Rivera Garretas, 2003). Es decir, no se niega que existan diferencias anatómicas entre hombres y mujeres sino que esas diferencias marquen inexorablemente el comportamiento sexual y social de las personas a lo largo de la vida. Esta “desnaturalización” de las estructuras jerarquizadas presentes en la sociedad, constituye el gran aporte o la gran contribución de la categoría de género.

Ante lo expuesto, nosotros queremos dejar claro que nuestra investigación posee una perspectiva feminista centrada tanto en el estudio de las mujeres como de sus experiencias, trabajos y producciones. Con ello pretendemos transmitir la importancia que tienen las mujeres para el conocimiento de nuestro pasado y la construcción de nuestro presente, como sujetos de estudio. Y una vez hecho esto incidiremos en la necesidad de que su análisis siempre debe realizarse desde el marco de las relaciones sociales que se establecen con otros miembros de su grupo social (hombres, mujeres de diferentes categorías sociales y edades, etc.) los cuales forman parte indisoluble de su identidad. Así pues, este trabajo parte con el intento claro y contundente de estudiar a las mujeres en el pasado pero no como entes abstractos y aislados sino dentro de las relaciones de identidad de género, edad, estatus social, etc.

II. 2. ¿POR QUÉ ESTUDIAMOS A LAS MUJERES EN LA PREHISTORIA?

La respuesta pasa por dos cuestiones interconectadas. Porque entendemos que las desigualdades sociales que se han establecido entre hombres y mujeres a lo largo de la historia son producto directo de construcciones culturales que parten directamente de posicionamientos esencialistas y biologicistas. Por lo tanto, su deconstrucción como tal es posible a través de la disciplina arqueológica, como uno de los mecanismos que nos permite construir conocimiento y aplicarlo a una determinada realidad social.

La Arqueología, como la Historia, constituyen un discurso de legitimación de la Modernidad, mientras que el Mito, propio de las sociedades premodernas o precapitalistas, buscaba que el ser humano sobreviviera sin producir cambios que alterasen su orden racional y relacional (Hernando, 2002); la Arqueología y la Historia entienden que la clave de la supervivencia, es precisamente el cambio (Hernando, 2007). Así que, si queremos llegar a entender el olvido, no sólo de las mujeres, sino también de todas aquellas niñas, niños y hombres que no han sido considerados como protagonistas de los cambios sociales que caracterizan a la Arqueología y a la Historia, debemos partir de que ambas disciplinas constituyen y recrean un relato escrito desde el presente (Adovasio *et al.*, 2008), de los cambios que se han considerado que definen nuestra trayectoria como grupos sociales. Nuestra sociedad considera que el *cambio* está en la esencia de lo que somos, de lo que nos distingue de los demás y, por lo tanto, nos concede más posibilidades de sobrevivir (Hernando, 2007). Así pues, a pesar del ansiado anhelo de la objetividad histórica, en los últimos años, ambas disciplinas han comenzado a ser conscientes de que su discurso, epistemologías, campos de investigación, metodologías e interpretaciones están lejos de ser neutrales dada su marcada “ideología actualista” que demuestra la fuerte vinculación que ambas disciplinas mantienen con la sociedad en la que se inserta (Conkey, 1982: 2; Conkey y Spector, 1984: 5-14; Gero, 1985: 342; Juliano, 1998; Querol, 2008: 28).

Ya a mediados del siglo XX, Orwell, expresó, *quien controla el pasado controla el futuro, quién controla el presente controla el pasado* (Orwell, 1949: 199). Esta frase recrea en gran medida la situación de la disciplina arqueológica tradicional pero también contemporánea, en cuanto a sus epistemologías y ontologías. A la vez que nos hace reflexionar sobre nuestra manera de construir el conocimiento con respecto a nuestro pasado, revelándonos como nuestra disciplina ha construido nuestro pasado en forma de precedente lógico y natural de nuestro presente, justificándolo como resultado forzoso y por lo tanto legítimo de nuestro pasado (Leone, 1984; Gero, 1999; Wylie, 1999; 2002). Sin embargo, como historiadores/as e investigadoras/es tenemos el deber de luchar por un conocimiento limpio, que nos permita transmitir al conjunto de nuestra sociedad una visión lo más real posible de nuestro pasado. Para ello debemos partir de la idea de que al estudiar sociedades pasadas nos estamos enfrentando a realidades distintas a las nuestras, por lo que nuestras semejanzas con el pasado no son reales ni veraces. Si bien, es cierto que con el conocimiento sobre la construcción de identidades y de las relaciones de género en el pasado podemos desafiar las bases de las desigualdades sociales de género que caracterizan nuestro presente (Wilkie y Howlett-Hoynes, 2006).

Un hecho palpable en la mayoría de las interpretaciones prehistóricas e históricas, es el lugar secundario que han ocupado las mujeres. Las mujeres han quedado enmascaradas tanto por la figura masculina como por sus producciones. Convirtiendo su figura, esencia y producción en una sombra legitimada del olvido, relegadas al imaginario colectivo como arquetipos naturalizados, situadas fuera del cambio que legitima la historia y por lo tanto de las interpretaciones históricas (Gifford-González, 1993; Moser, 1998). Así no extraña que en la mayoría de las sociedades modernas, las mujeres sean el contrapunto del modelo sobre el que se asienta la sociedad o grupo, es decir, el modelo masculino. Lo que significa, que lo tradicionalmente tomado como *norma* ha sido el mundo de los hombres, mientras que la mujer y su mundo siempre ha constituido la propuesta alternativa (Juliano, 1998: 7).

En apartados anteriores ya hemos explicado que los vínculos que han mantenido a lo largo de la historia mujeres y hombres han sido definidos por la desigualdad y por el ejercicio desigual del poder (Scott, 1993; Molina, 2000: 281). Precisamente, esta asignación ha generado que las mujeres hayan sido minusvaloradas en su aportación económica y productiva, negadas en sus conocimientos y experiencias y relegadas a posiciones secundarias en la organización social. Todo ello dentro de una estructura patriarcal que ha naturalizado sus comportamientos y los ha convertido en legítimos e irremediables, justificando sus conductas (tanto de hombres como de mujeres) desde la adopción de posicionamientos esencialistas y biologicistas que han mantenido y reproducido estas desigualdades a lo largo del tiempo (Sánchez Romero, 2008a: 94-95).

Ciertamente, una de las mejores maneras posibles de conseguir que las conductas, pensamientos y rasgos sociales permanezcan estables, es través de su biologización y naturalización. Es decir, si conseguimos que determinados comportamientos humanos sean fijados biológicamente, conseguiremos garantizar su permanencia y estabilidad sin que el tiempo les afecte. Esta posición ha sido adoptada por la estructura patriarcal, que consciente de su historicidad, han procurado explicar en términos biológicos los comportamientos y relaciones sociales de hombres y mujeres (Juliano, 1998: 15). Para ello, partieron desde nuestros orígenes más remotos. Recordemos que *la prehistoria, más que en cualquier otro periodo de la historia de la humanidad, se perfila como una etapa situada entre el mito y la historia, entre la ficción y la ciencia; en consecuencia, se convierte en un arma muy poderosa con capacidad suficiente para la construcción de ideologías pero también donde es plausible la de-construcción de las mismas* (González Marcén, 2006; 2008: 92-93). Es en la prehistoria más profunda cuando surge nuestra especie y también donde se han establecido los cimientos de nuestras pautas de comportamiento dotadas de carácter biológico y cultural (Adovasio *et al.*, 2008). Precisamente es en ésta donde tienen cabida la gran mayoría de las ideas androcéntricas mantenidas a lo largo del tiempo. Por ello, no sorprende encontrar relatos de nuestra Prehistoria donde por defecto toda la narración gira en torno a la figura masculina y sus logros, dejando a la mujer como el sexo invisible de la historia (Adobasio *et al.*, 2008).

Así pues no extraña que este tema se erigiese, en primera instancia, como ámbito de denuncia y de investigación preferencial por parte de muchas investigadoras interesadas en el papel que se les otorgaba a las mujeres en la prehistoria (González Marcén, 2006). Ello consiguió dejar al descubierto la carga androcéntrica, presententista y biologicista del estudio del proceso de la evolución humana, reflejado en las concepciones que éste entrañaba sobre las categorías de hombre/mujer, sus asignaciones y, por supuesto, su plasmación interpretativa. De todos es sabido que cuanto más nos adentramos en el origen de la humanidad más complicado es detectar la presencia y los papeles jugados por mujeres y los hombres. En base a ello, pensamos que si tan invisibles han sido las mujeres en las interpretaciones de nuestro pasado, por ende, los hombres también lo son, dado que las presunciones que realizamos sobre la asignación de tareas en nuestro pasado más remoto no dejan de ser eso, presunciones creadas desde y con la mirada del presente, basándonos en la cultura material que encontramos en el registro arqueológico (Adovasio *et al.*, 2008: 106).

Esta *ideología actualista* tan presente en la interpretación y reconstrucción de los papeles de hombres y mujeres del pasado (Conkey y Spector, 1984: 5-14; Gero, 1999: 345), ha legitimado la adscripción de tareas a los sexos y la consiguiente asignación de

comportamientos adscritos a modelos o patrones de conducta diferenciados entre hombres y mujeres. En los cuales, las tareas y aptitudes del sexo masculino han resultado los motores del progreso evolutivo y de la consecución de la categoría de humano⁷ (Juliano, 1998: 7), reflejado de forma explícita en la sucesión de imágenes que, desde el simio encorvado al varón erguido (Lám.1), nos muestran sin el menor género de dudas a los únicos y exclusivos artífices del proceso histórico (González Marcén, 2006; 2008b: 94).

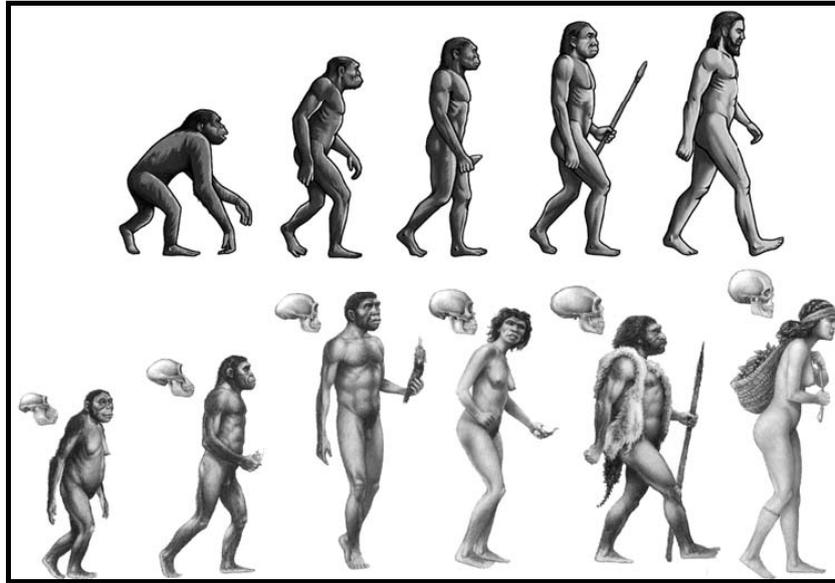


Lámina 1. Dos opciones de representar y transmitir la evolución de la especie humana sin embargo las ciencias sociales, la propia historia y la arqueología generalmente han optado por la primera de ellas (Fuente: González Marcén, 2008b: 92).

Todas estas formulaciones continúan hoy muy presentes no sólo en nuestra disciplina sino en el conjunto imaginario de nuestra sociedad. Un ejemplo de ello ha ocurrido recientemente, a finales del 2004, en la isla Indonesia de Flores donde se descubrieron los restos de un cráneo junto a otros huesos que pertenecían a una hembra humana adulta (bautizada como Ebu), de apenas unos 95 cm. de altura, que vivió hace unos 18.000 años. Posteriormente, muy próximos a estos restos se documentaron nuevos hallazgos que pertenecían a otros seis individuos de la misma especie, el *Homo floresiensis*. Todos ellos comportaban las mismas características físicas. El elemento más sorprendente es que a pesar de que no cabía duda de que pertenecían al género *Homo* y que habían vivido en Flores desde hacía nada menos que 95.000 años, el tamaño de su cerebro era similar al de los chimpancés, siendo incluso más pequeño que el del *Homo Habilis*. Este hallazgo pronto se hizo eco en la prensa y cuando la revista *Time* publicó la historia de la muchacha a finales del 2004, el reportaje fue ilustrado con un hombre que acaba de cazar una rata gigante que llevaba colgando del hombro izquierdo junto con una gran punta de lanza como símbolo de su hazaña en vez de a nuestra protagonista (Lám. 2) (Adovasio *et al.*, 2008: 122-125).

Éste es solo un ejemplo de los tantos que podemos encontrar en la historiografía general sobre la evolución de nuestra especie que continúan mostrándonos la imagen del *hombre cazador* como primordial visión de nuestro pasado. Por el contrario las mujeres

⁷ Homo, significa hombre (Adovasio *et al.*, 2008: 106).

generalmente son apartadas de las representaciones y cuando aparecen en escenas son representadas en el interior de los espacios, llevando a cabo tareas poco valoradas según los parámetros actuales. A su vez el lenguaje escrito utilizado para describir tanto a hombres como a mujeres está marcado por la desigualdad, quedando siempre las mujeres en desventaja con respecto a ellos (Conkey y Spector, 1984: 10; Querol, 2005; 2008). Esto quiere decir que en gran medida nuestro lenguaje escrito y visual ratifica y refuerza, en el más amplio sentido, los valores estereotipados, androcéntricos, esencialistas y biologicistas en los que se ha sustentado la noción del patriarcado (Moser, 1998; Jones y Pay, 1999: 329; Querol y Triviño, 2004).

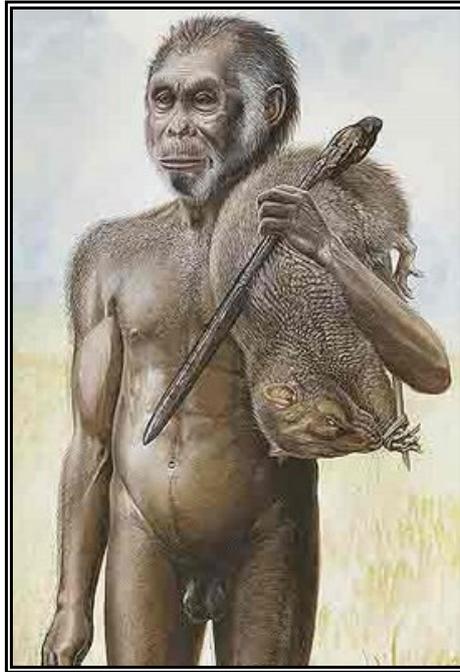


Lámina 2. Recreación de cómo fue y con qué sexo fue reconstruida la imagen de Ebu (Fuente: Adovasio *et al.*, 2008).

Estos hechos ratifican nuestra opinión de que, en la representación de los hombres y mujeres, en las relaciones de género, continuamos apoyando y reproduciendo (de forma consciente o inconsciente) en nuestro pasado todo el conjunto de estereotipos que ponen de relieve fehacientemente las exclusiones sexuales y de género creados por las sociedades actuales (Keller, 1992; Joyce, 2002; Querol, 2001; 2008: 29). Esto ha llevado a fomentar la idea de que los hombres son los auténticos protagonistas de nuestro pasado y los principales responsables de todas las creaciones culturales como por ejemplo el arte o las invenciones tecnológicas (Gifford-González, 1993; González Marcén, 2008b) (Lám. 3). El impacto visual de estas escenas, sobre todo en los medios de comunicación más populares ha contribuido a la legitimación de los roles de género contemporáneos y a la justificación de las nociones de jerarquización patriarcal y de las relaciones de género desiguales en el presente aún cuando no contamos con datos empíricos que nos los demuestre, como por ejemplo en el caso de las pinturas rupestres (Conkey, 1997; Conkey, 2003; Joyce y Tringham, 2007).

Los nuevos descubrimientos y avances en el conocimiento de nuestro pasado gracias a disciplinas como la arqueología, paleontología, antropología, etc., influenciadas por la perspectiva feminista, han hecho que tanto la Prehistoria como la

Historia se replanteen muchas de sus interpretaciones, reconsideren sus perspectivas interpretativas y reconozcan los sesgos ideológicos de sus representaciones gráficas y narrativas así como se han visto en la necesidad de ampliar la mirada hacia el registro arqueológico y de las técnicas empleadas en su estudio analítico (Liesen, 1998). La realidad continúa siendo la misma, ya que los sesgos androcéntricos en nuestro pasado no han cesado, aunque es cierto que en etapas posteriores de nuestra pre(historia) éstos no resultan tan evidentes, lo cierto es que los discursos e interpretaciones históricas continúan estando igualmente sesgados, de cuyas pautas interpretativas se desprenden de una determinada concepción del proceso histórico y de las variables que lo han estructurado (González Marcén, 2006). Para constatarlo, solo hay que observar cómo se han dividido tradicionalmente los grandes periodos de la Prehistoria, “Edad de la piedra”, “Edad de los metales”, siempre elevando a categoría de explicación del cambio social las tecnologías o economías habitualmente relacionadas con lo masculino (la idea del “hombre como único productor de herramientas”): la producción lítica y la metalurgia (Conkey, 1991; 2003: 872-873; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p.).



Lámina 3. Recreación de una escena donde sólo participan hombres en la realización de diferentes actividades tecnológicas y en la producción artística.

Todo este armazón sobre el que se asienta la consideración diferencial de la construcción de la identidad, de hombres y de mujeres, ha dado lugar a un sistema de categorizaciones que han separado lo productivo de lo no productivo, lo técnico de lo no técnico, en extensión, el mundo masculino del mundo femenino (McGaw, 1996). Esto ha creado una rígida jerarquización sexual en función de las actividades desempeñadas por ambos sexos. A pesar de que dicha separación es producto de una construcción social y cultural (Curià y Masvidal, 1998: 230; Montón, 2000: 46-47), este sistema de reconocimiento desigual ha sido asumido y tomado como medida en la reconstrucción de nuestro pasado, motivado seguramente, por el grado de inseguridad (sentimiento que ocasionaría romper con el rígido sistema de poder en el que se sustenta nuestra sociedad) e incapacidad de visualización del género en el registro arqueológico (Sørensen, 2000).

De esta manera, histórica y arqueológicamente, se han forjado y articulado una serie de comportamientos adscritos a modelos evolutivos en los que las tareas, aptitudes y trabajos del hombre han sido tomados como motores y ejes del progreso y el cambio que ha determinado la historia (González Marcén, 2006: 17). Así, se ha creado un campo de actuación para cada sexo, traducido en una disgregación posiblemente irreal de los modos de vida de hombres y de mujeres de nuestro pasado. El eje epistemológico de la arqueología tradicional ha girado en torno al desarrollo dual de dos mundos, el masculino y el femenino, marcados por un conjunto de dualismo (natural/cultura; privado/público; objetividad/subjetividad, etc.) que se han tomado como centrales pero sobre todo como válidos en la construcción del conocimiento de nuestro pasado.

Esta visión androcentrista en la producción del conocimiento ha llevado a establecer las bases de reconocimiento desigual, entre mujeres y hombres, en su aporte histórico, económico, político y social. Pero, precisamente, el que dicho sistema sea resultado de la construcción cultural y social, es lo que nos permite poder decir y demostrar, que la construcción de la historia conlleva una fuerte carga androcéntrica y por lo tanto nos da la posibilidad de poder deconstruirla y ofrecer una nueva mirada (Alarcón García, 2005: 112).

Hasta el momento, a lo largo de este apartado ha quedado patente como la Prehistoria e Historia no han considerado a las mujeres como sujetos de investigación ni generadoras de conocimiento y saber. Y su explicación se debe, en resumen, a que ambas disciplinas no las han considerado como sujetos de estudio, inmersas en los cambios sociales. Ésta concepción pone de relieve que ambas disciplinas del conocimiento no han considerado relevante el coste humano de los grandes cambios tecnológicos y socio-económicos y tampoco han otorgado valor histórico a las condiciones y a los mecanismos que hicieron posible o resistieron la llegada de nuevas formas económicas y sociales (González Marcén *et al.*, 2007). La Prehistoria e Historia o, más bien, los investigadores e investigadoras que han reconstruido nuestro pasado, han optado por formular la dinámica social exclusivamente en términos del poder masculino que rige nuestro presente. Así pues se han tomado en consideración sólo algunas variables como explicaciones históricas, tales como el control de la macroeconomía, el control político y el control de las tecnologías de producción; dejándose en el olvido otro conjunto de variables que marcaron y determinaron (cuando menos en la misma medida que las anteriores) la dinámica histórica de los grupos humanos de la prehistoria (Conkey, 2003: 870-872). Es imprescindible referirnos a la organización social de la reproducción (biológica y cultural) (Sanahuja, 2000; Escoriza y Sanahuja, 2002), a la estructura y las características de los espacios cotidianos, las aplicaciones tecnológicas empleadas en la vida del día a día, tan necesarias para la supervivencia, como el consumo de alimentos, la higiene y adecuación de los espacios sociales, el cuidado, la salud, la sociabilidad, etc. En definitiva, todo el conjunto de trabajos que generan las condiciones necesarias para el desarrollo de vida de un grupo social determinado.

Todas ellas son variables esenciales no sólo para entender la supervivencia sino para explicar el desarrollo de la vida y en extensión de la sociedad (González Marcén, 2006). Como podemos suponer, el problema estriba en que dichas variables se han vinculado con un mundo determinado, el femenino y el ocupado por las mujeres. Así, no extraña que estas variables y las mujeres como agentes y sujetos de estudio no hayan sido tomadas en consideración hasta épocas muy recientes en nuestra investigación. Si

buscamos el momento en que en la Prehistoria a través de la disciplina arqueológica comienzan a investigar a las mujeres, debemos remontarnos a finales del siglo XIX. Será en este momento cuando desde el plano de la antropología cultural se comience a cuestionar y a formular preguntas sobre el papel jugado por las mujeres en el desarrollo de las sociedades del pasado (Arwill-Nordbladh, 1989). Este momento histórico, coinciden dos movimientos, uno a nivel científico, el evolucionismo social; y otro a nivel político y social, nos referimos al primer movimiento feminista de las sufragistas. Ambos movimientos comienzan una lucha en busca de un conocimiento histórico determinado, donde las mujeres son convertidas en agentes sociales de sus planteamientos y tema central en sus investigaciones.

Al contrario de lo que pudiésemos pensar, el verdadero despertar y la auténtica toma de conciencia de las mujeres como objetos y sujetos de estudio en la prehistoria, no comienza hasta la década de los años 70 del siglo XX, coincidiendo con la segunda ola del feminismo, concretamente, en el año 1971 con la teoría de Sally Lyton sobre la importancia de la recolección en la supervivencia de la especie humana, en contraposición de la caza y su asociación como actividad femenina. Teoría que con sus pros y contras abrió el camino en la antropología social a firmes planteamientos que abogaban por modelos explicativos alternativos a la conceptualización y al estudio de las mujeres realizadas hasta el momento provocando un replanteamiento radical de los discursos establecidos hasta el momento (Strathern, 1972; Rosaldo y Lamphere, 1974; González Marcén, 2000: 15).

Este cambio de paradigma y en extensión la ruptura epistemológica en las ciencias sociales y en nuestra disciplina, tendrá un impacto muy significativo en la investigación prehistórica e histórica de los años 80, especialmente en el mundo anglosajón y escandinavo (Canning, 1999; González Marcén, 2000: 15; 2006: 15-16; Wilkie y Howlett Hayes, 2006). Precisamente, serán las investigadoras escandinavas las primeras en introducir los estudios de las mujeres y las relaciones de género en el campo de la arqueología (Bertelsen *et al.*, 1987). Sus primeros pasos estuvieron marcados por las teorías feministas y centradas en las demandas por la igualdad entre los sexos en las sociedades actuales (Wylie, 1999: 30). Se abrió así un camino de reflexión y crítica hacia los posicionamientos ontológicos y epistemológicos de la Arqueología Tradicional y hacia los principales posicionamientos teóricos del momento, marcado por la autorreflexión acerca de la producción y gestión del conocimiento arqueológico (Engelstad, 2007). Seguidamente fueron las arqueólogas anglosajonas, quienes recogen este interés (Conkey y Spector, 1984; Arnold *et al.*, 1988). En nuestro país, las primeras publicaciones sobre la arqueología de mujeres y relaciones de género se remontan a los años 80 (Picazo y Sanahuja, 1989; Colomer *et al.*, 1999; González Marcén, 2000; 2006; González Marcén *et al.*, 2005; Sánchez Romero, 2005; 2007; Alarcón García, 2005; 2006; García Luque, 2008).

En los años 90 se comenzaron a recoger los frutos, a modo de publicaciones, de nuevos planteamientos teóricos, ontológicos, epistemológicos y metodológicos, del profundo debate originado dos décadas atrás en los diferentes campos del conocimiento (Conkey y Gero, 1991; Seifert, 1991; Walde y Saucos, 1991; Wilkie y Howlett Hayes, 2006).

No es casual que la aparición del estudio de las mujeres, las relaciones de género como tema de reflexión, investigación y debates en la prehistoria e historia hayan ido de

la mano de los movimientos reivindicativos de mujeres que intentaban conseguir el control de sus propias vidas así como la mejora de sus condiciones legales, económicas y sociales (Díaz-Andréu, 1994; Díaz-Andréu y Sørensen, 1998; Jones y Pay, 1999; Escoriza y Sanahuja, 2005; González Marcén, 2006). Sus primeras reivindicaciones pasaron por colocar a las mujeres en los procesos sociales como agentes activos de nuestro pasado (Engelstad, 2007: 217-218), hacerlas visibles (Rosaldo y Lamphere, 1974; Rubin, 1975; Reiter, 1975; Conkey y Spector, 1984; Conkey, 2001; 2003). Para lo cual, se hacía necesario entablar una lucha epistemológica que pusiera en relieve la fuerte e imperante carga androcéntrica de las interpretaciones históricas (Conkey y Spector, 1984; Spector y Whelan, 1989).

El desarrollo de este cuerpo reflexivo de corte feminista o inspiración feminista en la disciplina arqueológica era, en mayor o menor medida, compartido por los principales enfoques teóricos del momento, feministas, marxistas, socialistas, radicales, liberales y culturales (Jagger, 1983: 5-8). Con la inclusión de la perspectiva teórica feminista en la arqueológica aparece el primer trabajo que conocemos que explorase de forma sistemática la importancia de los temas de las mujeres y las perspectivas feministas en la disciplina arqueológica (Conkey y Spector, 1984). Esta obra, promovió por un lado, nuevos planteamientos y acercamientos a la interpretación arqueológica, y cuestionó por otro, la rígida universalidad de la división sexual del trabajo desafiando el doble rasero con que se valoraban las actividades masculinas y femeninas (Conkey y Spector, 1984; Spector, 1991). Desde los años 70, en la prehistoria e historia a través de la disciplina arqueológica hemos asistido a un énfasis particular de buscar a las mujeres en los registro arqueológicos, poniendo en relieve la realidad de los métodos androcéntricos en las interpretaciones, y resaltando las contribuciones de las mujeres en el pasado (Spector, 1983; Leone, 1984; Conkey y Spector, 1984; Gero, 1985; Brumfiel, 1991; Gero, 1991; Wright, 1991; Voss, 2000; Wilkie y Howlett Hayes, 2006) como sujetos y objetos de investigación, documentando la gran variabilidad de papeles desempeñados por las mujeres así como los diversos grados en que son agentes activos y no pasivos (Wylie, 1999; González Marcén, 2006).

Así comenzó todo. La teoría y planteamientos feministas influyeron en la disciplina arqueológica para combatir los efectos del sexismo actual en las interpretaciones arqueológicas (Wylie, 1997; 1999; 2002). Simultáneamente, el estudio crítico de las relaciones de género en nuestro pasado abría el camino hacia otros cuestionamientos creándose un corpus teórico y metodológico óptimo para el conocimiento histórico. Con el paso del tiempo, la investigación feminista en el conjunto de las ciencias sociales ha ido desplazando sus reivindicaciones sobre la visibilidad y presencia de las mujeres en el proceso histórico a la reivindicación de sus prácticas, tanto científicas como no científicas. En base a ello, hoy podemos decir que la percepción, valoración y acción de las mujeres en todos los ámbitos de la sociedad se ha transformado de forma radical en los últimos años, lo que ha conducido a una mayor presencia de las mujeres en los diferentes ámbitos del saber y en algunos círculos de poder de nuestra sociedad. Estos logros son interpretados en base a que las reflexiones feministas han sobrepasado los límites de las disciplinas sociales alcanzando la discusión epistemológica, ontológica y sociológica de la ciencia (Harding, 1986, 1987; Wylie, 1992, 1997a; González Marcén, 2006). Consecuencia de ello, el estudio de mujeres, tanto como sujetos como agentes de análisis, estará íntimamente relacionado con posicionamientos ideológicos y políticos.

Precisamente, esta obvia vinculación entre investigación y posicionamiento ideológico y político ha sido utilizada como una herramienta crítica hacia los estudios de género y de mujeres tanto en la arqueología prehistórica como histórica (Wylie, 2002; 2007). Dichas críticas han apuntado que, dadas las connotaciones ideológicas y políticas que conlleva la reflexiva teoría feminista, enturbian su validez y objetividad e impiden el florecimiento de los estudios de mujeres y género como parte de las principales corrientes de investigación (Hannen y Kelly, 1992; Hill, 1998: 115; Sørensen, 2000: 5; Gilchrist, 2000, entre otros). En contraposición, en los últimos años se han sucedido numerosos trabajos que ponen de relieve que precisamente dicha disociación es la que pone en peligro la supervivencia, desarrollo y conceptualización de la llamada Arqueología de género y Arqueología de Mujeres² (Conkey, 2003; 2007; Wylie, 2007; Beausang, 2005, Dommasnes, 2006; Engberg y Welinder, 2003; Engelstad, 2007; Hjørungdal, 2005; Kallen, 2004; Lundø, 2004; Selsing, 2005; Skogstrand, 2005; Barndon *et al.*, 2006). Lo cierto es que en una posición u otra, todos tienen un objeto y sujeto común de estudio, las mujeres y, en su mayoría, sus posturas acerca de los fundamentos epistemológicos de los estudios de y sobre mujeres, son cada vez más alejados de forma explícita o implícita, de los enfoques más ortodoxos de los posicionamientos positivistas y empiristas de nuestra disciplina y comienzan acercarse con mayor asiduidad a las posturas teóricas planteadas por analistas y teóricas de la ciencia, como Sandra Harding (1991) o Donna Haraway (1995) (González Marcén, 20006: 16).

Si bien es cierto que en la actualidad, son muchos los investigadores e investigadoras que se han distanciado de los posicionamientos feministas, a pesar de que los estudios de género y de mujeres se generaron, desarrollaron y florecieron bajo el amparo de los movimientos políticos e ideológicos feministas (Wylie, 1995; 1997). Lo cierto es que con y bajo su perspectiva crítica y reflexiva sobre el género tanto en el pasado como en el presente, se ha conseguido romper con los posicionamientos constructivistas más extremos y levantarse frente al esencialismo y el determinismo biológico imperante en el análisis, interpretación y difusión del conocimiento arqueológico colocando a las mujeres como figuras visibles en el marco de nuestra disciplina (Wylie, 2007; Engelstand, 2007). Sin embargo, como ya apuntábamos anteriormente, sus consecuencias no solo han consistido en lo que muchos autores han definido como la “perspectiva del remedio” sino que además se han empezado a ampliar toda una gama de posibilidades en cuanto a lo sucedido y acontecido en nuestro pasado, demostrando que hay otras historias que contar y otras variables que tomar en consideración en nuestra construcción del conocimiento (Conkey, 2003).

Desde el inicio de este trabajo hemos reivindicado la toma en consideración de la perspectiva teórica feminista como mecanismo a través del cual se han cuestionado y se continúan cuestionando las premisas usuales sobre las mujeres y el género, y que tomarlas como sujetos de investigación, puede (y de hecho lo hace) mejorar substancialmente la integridad conceptual y empírica (la objetividad propiamente construida) de la investigación arqueológica (Wylie, 1999: 28), o cuando menos estaremos construyendo nuestro pasado de forma mucho más leal y real que la conseguida hasta el momento. Aunque la investigación de y sobre mujeres englobe y se nutra de una amplia gama de corrientes del pensamiento y enfoques teóricos (Wilkie y

² Para un análisis más profundo remitimos a los lectores a la basta bibliografía existente, entre las cuales podemos destacar; Conkey y Spector, 1984; Wylie, 1992; 1997; 1999; 2001; Arwill-Nordbladh, 1998; César *et al.*, 1999; Engelstad, 2004a; Hjørungdal, 1994; 1995; Damm, 2000, entre otros.

Howlett-Haynes, 2006), ésta línea de investigación se ha convertido, en un posicionamiento ontológico y epistemológico que exige a la práctica arqueológica tradicional un reconocimiento de sus sesgos androcéntricos provocándole la necesidad de un replanteamiento de profunda reflexión en cuanto a sus bases epistemológicas, ontológicas y metodológicas (González Marcén, 2006). De ahí que su objetivo actual consista en continuar insistiendo en una mejor construcción de nuestro mundo, para lo cual no basta sólo con mostrar como se ha construido la contingencia histórica hacia las mujeres y su mundo sino que debemos poner de relieve los modos en que éste sistema desigual y diferencial se ha construido (Haraway, 1988; 1995: 321). La tarea de la epistemología feminista ha consistido en poner de manifiesto cómo el patriarcado (y en el androcéntrismo) ha invadido tanto nuestro concepto de saber como el contenido concreto de los cuerpos de conocimiento, teniendo en mente que sin un conocimiento adecuado del mundo y de nuestra historia en él (esto incluye el saber como conocer), *no podemos elaborar una práctica social adecuada* (Flax, 1983: 269).

Como investigadoras partimos desde un modelo teórico y epistemológico concreto que nos sirve de guía en el desarrollo de nuestra investigación. Precisamente, nuestro posicionamiento es el que nos ha llevado a realizar este trabajo, utilizando como categoría de análisis así como el eje central del mismo, a las mujeres. Para conseguirlo, necesitamos considerar las formas que adopta la producción de conocimiento en nuestra disciplina desarrollando un análisis detallado de los métodos y las formas de conocimiento que han producido una arqueología particular (Tomaskova, 2007).

En los últimos 30 años los posicionamientos demarcados por la teoría feminista han proporcionado una importante base de cuestionamiento sobre la capacidad de autorregeneración del propio método científico, contribuyendo a la crisis epistemológica de la modernidad (Harding y Norberg, 2005). Y originando un gran debate entorno a qué es el conocimiento, quién lo define, cómo y quiénes lo producen; cuál a de ser el lugar de quien investiga en relación con quienes participan en la investigación, etc. cuyos resultados han generado la exposición pública del presente sesgo masculino tanto en la metodología como en la teoría de la investigación de la ciencia en la multiplicidad de campos del conocimiento que atañe (Harding, 1996; Wylie, 1991). De esta manera entorno a los años 70 comenzó ha reflexionarse extensamente sobre las cuestiones ontológicas y epistemológicas de las diferentes áreas de conocimiento tanto de las ciencias naturales como sociales (biología, primatología, psicología, etc.) así como en la historia de la ciencia, la medicina y como no en la arqueología (Harding, 1986; 1988; 1989; Lamphere, 1987; Harding y Norberg, 2005). Todas y cada una de estas esferas del conocimiento se han visto beneficiadas de los resultados obtenidos por investigadoras que bajo el manto del feminismo político reaccionaron críticamente ante el conocimiento y el tipo de conocimiento que se les estaba ofreciendo hasta el momento.

Podemos decir que con el desarrollo de los estudios de y sobre mujeres y las inclusiones de las teorías feministas durante la segunda ola del feminismo en las diferentes esferas del saber científico y particularmente en arqueología, se puso en marcha un clima de crítica, promovieron por un lado, una perspectiva crítica y reflexiva sobre las relaciones de género y sus construcciones en el pasado a partir de sus recreaciones en el presente, y por otro una perspectiva teórica de apertura hacia nuevos interrogantes que desafiaron los cimientos de las teorías tradicionales (marxistas, constructivistas, post-colonialistas, esencialistas o darwinistas o cualquier otra) utilizadas en el análisis e interpretación arqueológica y hacia la producción del

conocimiento preexistente. A la vez que representaba un ámbito de crítica a una realidad existente y predeterminada con respecto a las vidas de las mujeres, revelándonos una determinada estructura y estrategias de funcionamiento de las sociedades pasadas que a través del estudio de las mujeres y de sus condiciones de vida nos ayudan a poner de manifiesto. Por ello, consideramos que esta línea de investigación, más que tratarse de una corriente teórica o escuela dentro de la disciplina arqueológica es un cuestionamiento de la posición y situación de las mujeres en las sociedades contemporáneas, la cual nos permite (de)construir y (re)pensar nuestro pasado y reconstruir nuestro presente en términos de complementariedad (González Marcén, 2006). Así pues, muchas autoras piensan que este cuestionamiento se ha convertido en una forma de producción del conocimiento que ha conducido a la obtención de un saber “significativamente mejor” que el saber o conocimiento previo (Magallón, 1999: 63). Lo cierto es que no sabemos si será mejor o no, pero lo que sí sabemos es cómo se ha producido y que variables se han tomado para construir el conocimiento en el ámbito de la Arqueología, Historia y Prehistoria hasta el momento.

En estos momentos, nadie cuestiona que muchas de las líneas de investigación, proyectos, que bajo la firma de realizar un giro ante la forma de generar y cómo se genera el conocimiento se le deba al movimiento feminista y a las reivindicaciones políticas que lo acompañaron. La pregunta que surge es por qué, o a qué es debido que un conocimiento enraizado en un movimiento político sea capaz de proporcionar resultados menos distorsionados que el obtenido a partir de presupuestos pretendidamente neutros marcados en el seno de otros planteamientos teóricos como los postestructuralistas, estructuralistas, positivistas o empiristas, etc. (Flax, 1987; Wylie, 1991; 1999; 2007; Harding, 1996: 23; Magallón, 1999).

A este respecto las epistemologías feministas han formulado diferentes respuestas. Una de ellas responde a la idea de que las feministas producen una mejora de la ciencia dado que aplican los estándares del método científico de forma más profunda y cuidadosa, eliminando su sesgo sexista y androcéntrico; en segundo lugar encontramos aquellos que se inscriben en la corriente postmoderna y rechazan la existencia de un saber universal (Harding, 1988) y por último encontramos quiénes consideran que es el partir de la experiencia de las mujeres y el poner en un mismo plano tanto al sujeto como al objeto observado, lo que genera en los estudios feministas una visión menos perversa y más progresiva del mundo natural y social (Magallón, 1999: 63-64). En resumen, las diferentes epistemologías feministas expresan la necesidad de repensar profundamente los modelos explicativos y reconstructivos del conocimiento arqueológico tradicional dado que en su mayoría han dejado fuera de sus intereses a las mujeres y a las relaciones de género construyendo nuestro pasado en base a unos presupuestos marcadamente etnocéntricos y androcéntricos (Wylie, 2002).

En la construcción del conocimiento intervienen múltiples factores que lo determinan a modo de causas generándole unas consecuencias (Egeland, 2004). Dichos factores pueden ser recogidos a modo de resumen en conceptos como el valor, la percepción, la objetividad y la ambigüedad (Pay y Jones, 1999: 328; Gero, 2007; Conkey, 2007). Con respecto a éste último concepto en arqueología Jean-Paul Bourdier considera que hay que ignorar la ambigüedad en la producción del conocimiento e intentar trabajar con la ilusión de que hay *hechos probados* en nuestra disciplina, es decir, considerada que la propia interpretación del conocimiento es conocimiento y no un *modo de transmitir el conocimiento* (Bourdier, 1989). Precisamente, los dos últimos factores han sido objeto de interés por parte de muchas autoras feministas preocupadas

por investigar la dimensión social de la práctica científica, para ello, han denunciado el carácter androcéntrico del positivismo científico desde el cual se considera que toda actividad científica debe buscar la objetividad como condición imprescindible para formular la conceptualización teórica y poder alcanzar el verdadero conocimiento a través de descripciones verdaderas del mundo, así pues desde este posicionamiento teórico se cree necesario y posible separar la actividad científica de los intereses individuales y políticos.

En particular, en su tan ansiada pretensión de objetividad en la producción del conocimiento (que plantean la necesidad de separar la razón de la emoción, para alcanzar el conocimiento), y de neutralidad (que exige a quién investiga realizar su tarea de forma imparcial) (Wylie, 1999; Egeland, 2004; Carmona del Alva, 2009). Autoras como Sandra Harding, piensan que para luchar contra el carácter androcéntrico imperante en la producción del conocimiento científico no sólo es necesario explorar los principios generales que subyacen en el método científico para detectar los prejuicios sexistas y androcéntricos presentes en la cultura, sino que los métodos y normas que se utilizan son también sexistas y androcéntricos, lo que ha dado lugar a una doble exclusión, en este caso de las mujeres: no solo del orden social, sino también de la producción de conocimiento (Harding, 1988; 1991; 1995). En una posición contraria se encuentran las empiristas feministas, que sostienen que mediante la estricta adhesión a las normas metodológicas de la investigación científica es posible corregir el sexismo y el androcentrismo en la producción del conocimiento. (Harding, 1991: 124; Harding, 1996: 23). Por su parte Donna Haraway⁸ pone en tela de juicio la presunción de que la ciencia y su construcción del conocimiento ofrece una visión objetiva del mundo (Haraway, 1991: 189). Desde su perspectiva postmoderna critica el deseo de la trascendencia científica y el carácter irreflexivo porque considera que la producción de conocimiento se encuentra en la cultura y en la sociedad. Para Haraway, la objetividad feminista consiste en reconocer que todos los conocimientos y su producción se encuentran limitados y contextualizados por su ubicación en un momento determinado, en el tiempo y en el espacio, donde sólo con la perspectiva parcial puede alcanzarse una visión objetiva (Haraway, 1991: 188; 1995: 326-327). Esta autora reconoce el carácter situado de la producción de conocimiento ya que el ejercicio para conseguir la objetividad implica una labor conjunta entre los datos conceptuales (reflexión) y empíricos, lo que supone una fuerte actuación de reflexión teórica, a partir de la cual se asuma y se reconozca que la posición que se adopta por quien construye el conocimiento nunca es inocente (Haraway, 1988; 1991; Prins, 1997; Wylie, 2002; Engelstad y Gerrard, 2005; Skogstrand, 2005; Tomaskova, 2007).

En una perspectiva contraria encontramos aquellos autores que consideran que el conocimiento adquiere su estatuto epistemológico independientemente de las operaciones de poder externas. Aunque admiten que pueden influir en nuestra motivación para alcanzar el conocimiento verdadero (en áreas específicas del saber) y por lo tanto puede desviarnos de nuestros objetivos sin embargo, no consideran que

⁸ Donna Haraway, es una de las máximas representantes del feminismo postmodernista, también definido como desconstruccionista. Esta corriente teórica y filosófica se ha constituido en una posición epistemológica y política que rompe con los valores y formas de la herencia ilustrada, y se esfuerza por explicar, mediante reinenciones culturales, múltiples diversidades que antes no habían sido tenidas en cuenta. El argumento base de esta corriente es que, en la época actual impera un orden mundial análogo, en su novedad y objetivos, al creado por el capitalismo industrial; frente al cual es necesario efectuar rupturas epistemológicas que hagan posible un análisis distinto al realizado hasta ahora.

dichos factores externos desempeñen un papel determinante en la construcción de los conocimientos (Rouse, 1987: 13-14). Dado que el conocimiento esta orientado, por un lado por quién lo produce y por otro, por dónde se produce o en que contexto histórico se produce (Tilley, 1989: 105).

Aunque desde la arqueología siempre albergamos la esperanza de conseguir (a través de la aplicación de los modos de investigación adecuados) asegurar un conjunto de evidencias autónomas, que proporcionen un control decisivo y objetivo sobre nuestro pasado, lo cierto es que, la práctica arqueológica es afectada por una gama de intereses idiosincrásicos y contextuales que influyen tanto en la interpretación como en la producción de su conocimiento (Næss y Mandt, 1986: 17; Engelstand, 2007: 221; Tomaskova, 2007). Dichos intereses son causados tanto por la propia dinámica interna de la disciplina (la micropolítica de la disciplina o los intereses de los profesionales) (Gero, 1993; Moser, 2007) como externa (factores sociopolíticos) (Gero, 1999; Wylie, 2002). Es decir, la producción del conocimiento está relacionada íntimamente con la identidad social del productor (son los encargados de tomar todas las decisiones tanto conceptuales, teóricas como empíricas) y determinada por el contexto en el que es producido (Wilkie y Howlett-Hayes, 2006; Conkey, 2007). Son precisamente, estos vínculos que se establecen entre los conceptos que creamos y los datos o elementos materiales que encontramos en el registro arqueológico los que producen el conocimiento. Por lo que el conocimiento no es total, ni absoluto ni neutro sino todo lo contrario, el conocimiento arqueológico es “contextual”, “situado” y “dependiente” de las perspectivas particulares de los investigadores e investigadoras, pero siempre debe fundamentarse en la lectura de los datos y no pueden proponerse interpretaciones que los contradigan (Wylie, 1999; 2002). De ahí que la investigación arqueológica desde el punto de vista feminista asuma que existe un margen interpretativo a partir de los datos que nos proporciona nuestro estudio del registro arqueológico, pero al tiempo, este registro arqueológico nos limita y encuadra nuestras interpretaciones, alejándonos del relativismo e hiperrelativismo⁹ científico. Por ello pensamos que la investigación arqueológica de mujeres o de género debe posicionarse en una estratégica ambivalencia científica desde la cual se niegue el constructivismo reduccionista o radical extremo que tan firmemente rechaza el objetivismo irreflexivo en la investigación, dado que defienden que las interpretaciones científicas no guardan relación alguna con la realidad empírica y que no pueden cotejarse con los datos obtenidos (Wylie 1997: 81; 2007; Conkey, 2003).

Buscando respuestas a estos cuestionamientos, ¿como podríamos construir el conocimiento de una manera más objetiva? encontramos distintas corrientes epistemológicas feministas que tratan con sus diferentes posturas de dar una perspectiva del proceso de estudio. Entre ellas, destacamos la referida al conocimiento socialmente situado (Situating Knowledge) de Donna Haraway (1995; 1988) que en muchos aspectos coincide con el punto feminista (Feminist Standpoint) de Sandra Harding (1997) y el partir de sí mismo, epistemología desarrollada en el marco del feminismo de la diferencia (Rivera Garretas, 1994). Cada uno de estos posicionamientos, han creado una vía de construcción del conocimiento que aunque con matizaciones, en todos los casos comparten un punto en común, las mujeres y sus experiencias vitales e históricas como punto de partida para el desarrollo de hipótesis de estudio y para la construcción del conocimiento.

⁹ Para profundizar más en esta temática puede verse (Trigger, 1989).

Respecto a la primera de las epistemologías referidas, se asume que para estar en condiciones de responder de lo que conocemos y de cómo miramos, ha de intentarse aprender cómo ver fielmente desde el punto de vista del otro (Haraway 1995: 327). De esta manera, al conocimiento pretendidamente universal producido por la ciencia tradicional, se antepondría la alternativa de los conocimientos parciales, localizables y críticos, que admitan la posibilidad de conexiones (Haraway, 1995: 342). A través de la búsqueda sostenida y racional emprendida desde las perspectivas parciales¹⁰, es como podemos transformar los sistemas de conocimiento y nuestras maneras de mirar el mundo con una visión objetiva (Haraway, 1991; 326). Ésta no es tarea fácil, sino todo lo contrario, porque a mirar desde abajo no se aprende fácilmente y supone dificultades, es decir, como cualquier otra posición epistemológica. Aunque las perspectivas parciales, locales o situadas no están exentas de su reexamen crítico. Sin embargo, con esta perspectiva podemos investigar y elaborar un conocimiento con mejores versiones de nuestro propio mundo dado que la construcción del conocimiento parte o nace desde la parcialidad que engendran los sujetos, y no la universalidad en que se entrañan. Sólo tomando el punto de vista de aquellos sujetos desfavorecidos o subyugados (las mujeres en este caso) podremos conseguir que nuestras pretensiones tengan validez y podamos lograr un conocimiento racional. Así pues, el conocimiento situado requiere que el objeto del conocimiento sea representado como un agente creativo con un cuerpo complejo, contradictorio, estructurante y estructurado, en definitiva, como un agente activo y no como un elemento pasivo (Haraway, 1995: 335-341; Egeland, 2004).

Por su parte Sandra Harding, propone la vía de construcción del conocimiento que parte desde un punto de vista privilegiado (Feminist Stanpoint) (Harding, 1996) marcado por un profundo escepticismo hacia la identidad universal (Egeland, 2004). Esta vía ha sido definida por otras autoras como la construcción de “una cultura de las mujeres” (Magallón, 1999: 76-78). Su propuesta parte de que las mujeres existen como grupo dado que comparten aspectos e historias en común (la opresión o subordinación, su invisibilidad y marginalidad, en definitiva su consideración como segundo sexo, siempre tras la figura masculina) al margen de la raza, las creencias, el idioma, etc., por el mero hecho de ser mujeres. Tomando sólo como punto de partida estos elementos, podríamos pensar que este enfoque se basa en la parte negativa de las vidas de las mujeres, sin embargo, éstas también comparten aspectos positivos que determinaron no solo sus actitudes sino sus experiencias de vida como tales. En base a ambos elementos, Sandra Harding, defiende la experiencia de las mujeres, como grupo¹¹. Las mujeres, en un lugar histórico y socialmente determinado, conforman una cultura diferente y por lo tanto son una fuente de recurso indispensable en la producción del conocimiento (Magallón, 1999: 75).

En cualquier caso lo que no podemos hacer es eliminar las diferencias biológicas que están ahí (aunque estas no deben ser interpretadas desde la perspectiva del determinismo biológico) y el conjunto de actividades que histórica y socialmente se han venido asociando con las mujeres, las cuales tienen que ver con todas aquellas tareas

¹⁰ La autora se refiere a todos aquellos “subyugados” a una forma determinada de construcción del conocimiento y de estar en el mundo que desde su perspectiva teórica feminista, en este caso serían las mujeres (Haraway, 1995: 328).

¹¹ Entendemos el concepto de grupo como lo hace Patricia Hill Collins (1997) en su análisis sobre la experiencia de los afroamericanos como grupo. Es decir, Collins entiende que la experiencia en común de un grupo trasciende a la experiencia individual superando las diferencias de género (Collins, 1997; 2007).

relacionadas con su reproducción biológica y cultural (o social) que en su desarrollo han conducido a las mujeres a establecer unos determinados vínculos marcados por un modo distintivo de interacción entre ellas y otros sujetos y el medio natural que les rodea. Sandra Harding, expone que es precisamente en esta distintividad de los elementos biológicos y el desarrollo de determinadas actividades las que han originado que las mujeres interactúen de forma distinta a los hombres construyendo su propia cultura, por lo que su punto de vista será distinto del punto de vista de los hombres. Además, esta diferente interacción ha sucedido a lo largo del tiempo (e incluso de forma más rotunda), lo que ha generado que las mujeres sean las depositarias de un conocimiento desarrollado históricamente sobre ciertos aspectos del mundo natural, ligados con sus vidas, que las perspectivas del *feminist standpoint* permiten recuperar; un conocimiento que la ciencia no puede ni debe ignorar (Harding 1997, recogido por Magallón, 1999: 76-78).

Por su parte, las autoras del feminismo de la diferencia parten de la capacidad de significación del entre-mujeres y defienden la diferencia sexual (Irigaray, 1984, Cigarini, 1996), entendida como una forma específica de relación con la realidad, una forma de relacionarse basada en el reconocimiento de cada mujer, de su estar en el mundo (Lispector, 1991). Desde esta perspectiva, el orden simbólico patriarcal ha rechazado la creación de otros órdenes simbólicos porque no se ajustaban a él. La propuesta de estas mujeres busca escapar de este orden simbólico patriarcal dando nombre a otras formas de estar en el mundo y, de este modo, creando un nuevo orden simbólico en el que las mujeres puedan reconocerse (Rivera, 2000: 105).

Las líneas epistemológicas descritas son muy diversas porque las diferencias en sus prioridades, producen y nos conducen a patrones de conocimiento y a propuestas metodológicas distintas, por lo que no existe un consenso sobre el particular método epistemológico a seguir (Harding, 1986; Longino, 1994, 2001; Wylie, 1995; 2001; Gero, 2007). Sin embargo, todas comparten una misma actitud crítica que exige que las nociones de sexo y género sean reformadas dentro de los distintos marcos de construcción del conocimiento. Asimismo, coinciden en el imperativo de hacer visible la opresión y exclusión de las mujeres, y en la búsqueda de una transformación social en la que las mujeres sean protagonistas de los cambios que quieren, en calidad de agentes capaces de decidir, actuar y controlar sus propias vidas. Para ello, parten de la premisa de que la perspectiva que se ha generado por las experiencias históricas y vitales de las mujeres y su forma de relación con la realidad (sujetos y objetos) no ha formado parte de los discursos científicos, históricos y políticos propios de las sociedades patriarcales. Por lo que hay que buscar la reflexión crítica (particularmente en las implicaciones que aborden las desigualdades de género) en nuestro método e investigación que se extiende desde la formulación de las preguntas de investigación, a las que le siguen la posterior interpretación para terminar recayendo en los resultados de la investigación que desembocan directamente sobre el conjunto de la sociedad (Kirsch, 1999; Reinharz, 1992; Kwan, 2002; Tomaskova, 2007).

El principal valor de estos distintos enfoques feministas, es que nos brindan la posibilidad de continuar enriqueciendo el análisis y nutriendo la práctica de todas aquellas personas comprometidas, ética y políticamente, con un proyecto de transformación a favor de la libertad y la dignidad de las mujeres (Carmona del Alva, 2009). Porque a pesar de las reticencias de nuestro campo del saber, la arqueología, lo verdaderamente importante es que gracias a la influencia feminista en la producción del

conocimiento arqueológico se han conseguido abrir nuevos caminos para la construcción del conocimiento y que, cuando menos, éste será más justo e igualitario con respecto al conjunto de la sociedad, porque hará referencia a ambos sexos. Al menos esta es nuestra intención, establecer las relaciones de género en el registro arqueológico, relaciones que se generan entre hombres y mujeres y sus interrelaciones con los objetos, espacios y los cuerpos. Precisamente, esta es nuestra concepción sobre la arqueología de género. Porque si queremos llegar a conocer un grupo social de nuestro pasado no podemos hacerlo desde una sola mirada sino que necesitamos comprender el desarrollo vital del conjunto de esa sociedad, siendo esta la única manera de llegar a conocer el funcionamiento y la articulación general de un grupo del pasado (Wylie, 2007). Por ello y utilizando palabras de Sandra Harding debemos luchar por una doctrina y una práctica de la objetividad de nuestra disciplina que favorezca la contestación, la reconstrucción, la construcción apasionada, las conexiones entrelazadas y que trate de transformar los sistemas del conocimiento y las maneras de mirar pero sobre todo de estar en el mundo (Harding, 1995: 329). Esto se traduce en la necesidad de rehistorizar y repensar nuestra forma de construir el conocimiento sobre nuestro pasado y nuestra producción teórica en la arqueología, para lo que necesitamos poner en el centro de nuestras investigaciones a las personas en singular, las ideas y conceptos particulares los cuales a partir de su interrogación nos permitirán llegar a los múltiples actos que componen la vida cotidiana de cualquier grupo humano. De ahí que nuestros esfuerzos se estén centrando en generar un gran proceso de reflexión y reorganización de nuestros puntos de intereses o variables de estudio que nos permitirán abrir nuevos campos de actuación y nos llevarán a la recomposición de las situaciones humanas que han dado vida a nuestra larga historia (Conkey, 2007).

A este respecto, la arqueología, como disciplina social, ofrece una poderosa herramienta para explorar las formas en que las desigualdades de género han llegado a construirse y cuáles han sido los mecanismos de reafirmación de estas construcciones. El conocimiento sobre la construcción de las identidades de género en el pasado tiene el poder de hacer cambios positivos en la actualidad (Wilkie y Howlett-Hoynes, 2006). Podemos, si deseamos, realizar conexiones con el pasado para desafiar las bases actuales de inequidad entre los sexos en el presente (González Marcén, 2006). De ahí, que nuestro compromiso como arqueólogas e historiadoras nos lleve tener la certeza de la utilidad social de la disciplina arqueológica ya que a través de ella podemos construir nuevas formas de conocimiento y aplicarlo a una determinada realidad social, las mujeres y otros miembros de la sociedad. Nuestra disciplina es útil porque se basa en la materialidad de la experiencia humana, enfatiza la repetición de las acciones en el tiempo como forma de reconocer prácticas culturalmente comprensibles y es consciente del vacío existente entre la materialidad de los restos del pasado y las interpretaciones que esos restos ayudan a elaborar (Tilley, 1999). Por ello instamos a trabajar por una disciplina arqueológica que interroge nuestro pasado de forma particular y local, ya que es la única manera de continuar avanzando en el conocimiento y no exponiendo conclusiones y categorías cerradas y definitivas sobre las sociedades del pasado (Gero 1993; Spector, 1993; Conkey y Gero, 1991, 1997; Meskell, 2000; Conkey, 2003; 2005; Wylie, 2006).

Así pues, como investigadora tenemos un posicionamiento epistemológico que parte del conocimiento situado y de la perspectiva feminista. Estos diferentes puntos de investigación son los que nos han llevado a plantear esta investigación, utilizando como categoría de análisis, las relaciones de género, tomando como eje central del mismo, a

las mujeres, sus saberes y sus experiencias que tienen su reflejo a través de los cuerpos y los objetos materiales con los que se interrelaciona. Y como arqueóloga tenemos un posicionamiento metodológico concreto que se basa en el estudio de las experiencias vitales e históricas de las mujeres.

II. 3. POSICIONAMIENTO ONTOLÓGICO

En este punto, puede ser una obviedad recordar que el largo camino de la humanidad es un trayecto compartido, donde han operado, interactuado y convivido hombres y mujeres, de diferentes edades, categorías sociales, que con su interrelación y con los objetos (cultura material) y los espacios que les rodean han construido su mundo y lo han dotado de significado y sentido lógico y social. Así pues, en tanto que, la historia es una obra humana y social, es colectiva y heterogénea (González Marcén, 2006: 16).

Sin embargo, una de las premisas más recurrentes de la crítica hacia los estudios de mujeres en el pasado es que el registro arqueológico carece de sexo (aunque sea una paradoja, dadas las interpretaciones tradicionales). Según estas críticas, esto imposibilita observar y comprender los procesos sociales de los grupos del pasado y, en extensión, la experiencia vital de las mujeres sin llegar a caer en simplezas ni esquematismos¹². Sin embargo, en los últimos años la investigación realizada por mujeres y sobre mujeres en la prehistoria ha puesto entredicho esta premisa, de forma implícita y explícita, dado que en el registro arqueológico contamos con los cuerpos y los objetos y, por otro, con una diversidad de fuentes y documentación (etnografía, paleodemografía, antropología, sociología, etc.) fundamentales para darle cuerpo a las interpretaciones que realizamos sobre el registro arqueológico y nos muestran si queremos ver, toda una serie de datos sexuados que nos permiten enriquecer la investigación prehistórica con la diversidad de protagonistas que podemos identificar (González Marcén, 2006; Wilkie y Howett-Haynes, 2006).

II.3.1. Los cuerpos

En nuestra disciplina, tenemos acceso directo a los cuerpos sin vida de hombres y mujeres del pasado, cuyo sexo se puede determinar sin riesgo de duda a través de los análisis antropológicos, partiendo de que la sexualidad es una característica puramente biológica, determinada y representada por diferentes atributos en el cuerpo de los seres humanos. Aunque en un principio pudiese parecer un impedimento o una paradoja acercarnos al mundo de la vida a través del estudio de la muerte (de los muertos), lo cierto es que el estudio de los cuerpos sin vida nos permite conocer tanto historias de vida como la gestión social del cuerpo humano (González Marcén, 2006: 19), entendiendo el cuerpo humano como la materialización de cada una de las hazañas vividas. Por eso, instamos a estudiar el cuerpo (o restos óseos) como sujeto de cultura, como un auténtico campo para la cultura, ya que la existencia de los seres humanos no

¹² Nunca podremos conocer toda la historia como si se tratase de una película, con un principio y un final (Adovasio *et al.*, 2008: 17).

es separable del cuerpo con que se experimenta la vida¹³ (Sánchez Romero, 2008b; 2008d), siendo éste el receptáculo de diferentes influencias que pueden dejar su huella en el esqueleto (Sofaer, 2006: 160).

En base a esta conceptualización del cuerpo se ha desarrollado recientemente la denominada “Arqueología del Cuerpo”¹⁴, que ha puesto de manifiesto la importancia del estudio del cuerpo de las personas del pasado como marco donde tienen reflejo las experiencias vividas y las relaciones con el mundo que les rodean (Joyce, 2005). Así pues, con el estudio y análisis de los cuerpos del pasado, no sólo es posible conocer el sexo y edad de los individuos enterrados, sino también su aspecto físico, enfermedades y patologías (Molleson, 1994; Sofaer-Derevenski, 2000; Rihuete, 2000; Frejeiro, 2004), patrones alimenticios (Price *et al.*, 1985 y Schoeninger, 1989; White, 1993; White y Schwarcz, 1994; Malgosa y Subirá, 1996; García, 2005; Tranco y Robledo, 2008), desarrollo de actividades (Jiménez *et al.*, 2004; Malagosa *et al.*, 2004; De Miguel, 2004), pautas de movilidad (Schulting y Richards, 2001)¹⁵, etc.

En los estudios sobre y de mujeres en el pasado, existen otros recursos de investigación e interpretación que nos permiten acercarnos a los cuerpos de las mujeres en el pasado, al conocimiento de las relaciones de género y a la construcción material de su identidad tanto individual como social. Estos acercamientos pueden venir de la mano de los restos de vestimentas y sus singularidades (Sørensen, 1997; 2000), de los objetos de adorno (Treherne, 1995), pero también a través de las representaciones iconográficas femeninas (figurillas, ídolos, pinturas rupestres, etc.) halladas tanto dentro como fuera de las sepulturas (Díaz-Andréu y Tortosa, 1998; Escoriza y Sanahuja, 2002; González Marcén, 2006). Como vemos, en la actualidad tenemos diferentes vías de aproximación a los cuerpos de las mujeres en el pasado, sin embargo, su estudio a través de las representaciones iconográficas pueden verse sujetas, en algunas ocasiones, a ciertas pautas o reglas de figuración que no se correspondan con la realidad social de las mujeres en el pasado. Por el contrario los estudios del cuerpo son fundamentales, tal y como hemos explicado anteriormente, ya que en ellos quedan reflejadas o materializados rasgos específicos (particularidades, singularidades y excepciones) que nos conducen, en mayor o menor medida, a su historia vital (Escoriza y Sanahuja, 2002). Es por ello que los cuerpos son piezas clave en el estudio de las relaciones de género puesto que las mismas se manifiestan a través de elaboraciones y transformaciones físicas en los cuerpos vivos y muertos que pueden ser reversibles o permanentes (Sánchez Romero, 2008d: 11).

¹³ Este concepto entendido como una forma de tratar el cuerpo como un auténtico campo para la cultura, dado que la existencia de los seres humanos no es separable del cuerpo con que se experimenta la vida ha sido denominado como *embodiment o corporización*. (Sánchez Romero, 2008b; 2008c; 2008d).

¹⁴ La “Arqueología del Cuerpo”, como área de conocimiento, parte tanto de la perspectiva de la fenomenológica como de la teoría feminista. De la primera ha tomado la idea de que la experiencia humana del mundo y con las relaciones que se establecen con otras personas y con cosas (González Rubial, 2006); mientras que de la segunda ha utilizado la existencia material de esas relaciones para reivindicar la posición de las mujeres y volver a explicar las sociedades desde otra perspectiva igualmente coherente que el resto (Sánchez Romero, 2008b).

¹⁵ A lo largo de esta tesis doctoral incidiremos de forma pormenorizada en cada uno de estos patrones a través de los diferentes análisis realizados no sólo en base a la cultura material presente en el yacimiento argárico de Peñalosa sino también desde el punto de vista antropológico en función de los análisis osteológicos realizados sobre los individuos inhumados de este poblado de la Edad del Bronce.

De ahí que el estudio de los cuerpos del pasado requiera de los fundamentos biológicos, que nos permiten comprender la dinámica de las expresiones como respuesta fisiológica a diferentes estímulos. Pero al mismo tiempo, resulta imprescindible diferenciar hombres de mujeres, con sus diferentes edades. Estas diferencias constituyen el *medio* necesario para comprender nuestro objeto de estudio (los sujetos sociales) con el *fin*, ahora sí, de encontrar las conexiones que permitan inferir las relaciones de género que se establecieron entre ellos y su mundo (Cohen y Bennett, 1993). Recordemos que las relaciones de género en la reconstrucción e interpretación de nuestro pasado no deben ser asumidas sino que deben ser analizadas, ya que éstas no tienen una forma específica e inalterable sino que están sujetas al cambio entre una misma cultura y a lo largo del tiempo, lo que las convierte en mecanismos centrales en la reproducción social y en el estudio de los cambios sociales (Sorensen, 2004: 44; Sánchez Romero, 2008a: 94).

Como el resto de la cultura material presente en cualquier registro arqueológico, los cuerpos humanos (tanto de hombres como de mujeres) no flotan en el vacío ni se encuentran en contextos abstractos y carentes de significado, sino todo lo contrario (González Marcén, 2006: 20). Aparecen en contextos determinados, asociados (en la mayoría de las ocasiones) con elementos materiales (ajuar funerario) que en su conjunto conforman la identidad individual y colectiva de los individuos enterrados (Aranda, *et al.*, 2008). En el análisis de los contextos funerarios, es innegable el protagonismo que tiene el cuerpo enterrado, sin embargo, éste no es el único elemento que se debe tomar en consideración porque existen otro tipo de variables que quedan representadas por medio de diferentes acciones y objetos, como puede ser la estructura física de la sepultura o receptáculo y su contenido¹⁶ (ajuar funerario). Estas variables forman parte de la realidad vital de las personas enterradas y, en extensión, nos recrean contextos con sexo (González Marcén, 2006: 20). De este modo, a través del estudio de los restos óseos, la cultura material y sus contextos podemos llegar a conocer aspectos de la vida de las comunidades del pasado entendiendo que el comportamiento funerario de un grupo humano debió formar parte de las interacciones vitales del mismo. Por ello, estudiar arqueológicamente el mundo de la muerte no sólo nos ayuda a entender la vida y las relaciones de género en las sociedades del pasado y nos aproxima a sus biografías a través del estudio de los cuerpos, sino que conjugando todos los elementos presentes podemos indicar construcciones de identidades sociales específicas, asumidas y sancionadas por cada comunidad a lo largo del tiempo (Parker Pearson, 1999; Aranda, *et al.*, 2009; Montón i Subias, e.p.).

II.3.2. Los objetos

Ahora bien, partiendo de que la relación de las personas y su mundo se realiza a través de su cuerpo y de los sujetos y objetos materiales que conforman su mundo perceptible, es necesario investigar las interrelaciones que se establecen entre las

¹⁶ Desde los años 60 en nuestra disciplina, se ha tenido muy en cuenta la interrelación de “soporte y contenido” de las sepulturas, hasta tal punto que han jugado un papel fundamental en la caracterización e interpretación de los grupos sociales del pasado. A través de los cuales se ha intentado comprender cómo era el mundo de los vivos, cómo se organizaban en comunidad, cuales eran sus prácticas y simbologías funerarias, etc., (Childe, 1945; Binford, 1971; Shenan, 1975; Chapman *et al.*, 1981; Shanks y Tilley, 1982; Lull y Picazo, 1989; Parker Pearson, 1999; Lull, 2000; Arnold y Wicker, 2001).

mujeres y otros sujetos y los objetos del mundo que las rodea en el ámbito de la vida cotidiana. El estudio de estas relaciones nos permitirá conocer las condiciones materiales de la vida y la identidad social de las poblaciones del pasado de manera que podamos comprender cuál es la experiencia vital de estas sociedades. Los objetos (o en su sentido más amplio, la cultura material) están íntimamente ligados a las relaciones sociales devenidas entre los miembros de una comunidad en función de sus valores, simbologías, ideas e incluso sentimientos, por lo que actúan como vínculos entre la gente (biología) y la sociedad (cultura) (Sánchez Romero, 2008d: 11).

El estudio de la cultura material de las sociedades del pasado ha constituido una premisa básica en la arqueología como disciplina científica, pero hasta hace relativamente poco tiempo su interés era minimizado a su desciframiento funcional carente de la capacidad de informar más allá de ésta. Es cierto que los objetos por sí mismos no informan directamente de lo social o de las relaciones sociales entre hombres y mujeres o entre ellos, dado que las relaciones no se ven, son intangibles, pero no por ello inexistentes. La diferencia estriba en que podemos considerar un elemento cerámico, por ejemplo, un cuenco semiesférico como un objeto en sí o bien como un producto que requirió una serie de trabajos para su producción asociado con una actividad recurrente en el tiempo, como el consumo de alimentos. Si optamos por la segunda opción podremos indagar no sólo sobre los trabajos necesarios que lo hicieron posible sino que podremos acercarnos al conjunto de trabajos que de él devinieron y que estuvieron marcados por toda una serie de relaciones sociales, necesarias en toda producción, ya sea funcional o social.

Así pues consideramos que la cultura material contiene dos componentes básicos, uno puramente funcional y otro social, a la vez que desempeñan dos funciones significativas. Por un lado son importantes en la biografía y en la construcción de la identidad de los seres humanos y a la vez tienen sus propias historias (Gosden y Marshall, 1999). Cada resto de cultura material recuperado durante el proceso de excavación de un yacimiento arqueológico contiene una historia relacionada directamente con el grupo humano al que perteneció. Así pues la biografía de un objeto puede incluir también información sobre las formas en que fue usado o percibido en diferentes contextos a lo largo del tiempo.

Esta perspectiva biográfica¹⁷ para el estudio de la cultura material trata de entender los sentidos que adquieren los objetos a través de las interacciones sociales de las que un día formaron parte. Si bien, como las relaciones de género, los sentidos propios de la cultura material también pueden variar, cambiar o incluso renegociar su sentido a lo largo de su vida, por ello son buenos indicadores y una expresión activa y tangible de los cambios sociales, económicos, políticos e ideológicos producidos en las sociedades prehistóricas. De ahí que el valor de la cultura material, no sólo radique en el potencial significativo de los objetos en sí mismos, sino en el grado de interrelación que podemos desprender de ellos (Colomer, 1994: 142; 2005). Esto lo conseguimos con el estudio y la determinación de sus relaciones espaciales (incluidos en un espacio arqueológico, ya sea en el conjunto de un poblado, en una casa, un almacén o en un

¹⁷ Este concepto de “biografía de los objetos” fue desarrollado por Kopytoff (1986) quien propuso que las cosas no se pueden entender enteramente en un sólo punto de su existencia sino que los procesos y los ciclos de producción, intercambio y consumo tienen que contemplarse en su conjunto. Esta perspectiva de estudio de la cultura material ha sido recogida por otros autores como Gosden y Marshall en su publicación del año 2000.

basurero) que pasa por considerarlos como parte fundamental en el desarrollo de actividades. Así pues, los objetos en sí mismos nos trasladan a las manos de quién los manufacturó y los utilizó, e incluso a los gestos y a los pensamientos de aquellos que habitaron un lugar determinado en un tiempo concreto porque son parte integral del conjunto de relaciones y acciones que se generan entre el cuerpo y otros sujetos (Spector, 1999; Gosden y Marshall, 2000; Sánchez Romero, 2008d: 7).

En base a lo expuesto, podemos resumir diciendo que los objetos son comunicadores, que operan como transmisores de mensajes sobre las personas que los realizaron o sobre el grupo al que pertenecieron convirtiéndose así en indicadores de la construcción de la identidad de género. Sin embargo, los objetos también pueden operar como mensajes explícitos o autorreferidos sobre la historia o experiencia vital de un individuo determinado, como las mujeres. Y, por último, pueden actuar como elementos materiales que estructuran acciones recurrentes, actividades reiteradas, marcando hábitos y pautas de conducta, donde lo importante será la acción aunque los objetos que las marquen pueden variar a lo largo del tiempo. Asimismo, con su estudio podemos llegar a comprender las tecnologías del pasado (Hendon, 1996), ya que éstos son la muestra material y tangible de las prácticas sociales desarrolladas por cada uno de los individuos, quienes con su manufactura y uso les dieron significado (Conkey y Gero, 1991: 15-16; Hastorf, 1991). De tal manera podremos aproximarnos al desarrollo de la vida cotidiana de un grupo humano. Por todo ello, debemos mirar la cultura material como parte de la construcción significativa de la realidad personal de cada sociedad, ya sean pasadas como presentes, buscando más allá de las biografías propias de los objetos y profundizando en el conocimiento de aquellos elementos que parecen no responder a la “norma”.

Aunque, no siempre contamos en el registro arqueológico con restos óseos (cuerpos) y cultura material susceptible para su asignación de sexo, en la mayor parte de las ocasiones disponemos de los espacios (ya se han de hábitat, basureros, talleres, etc.) que recogen la caracterización de los modos de vida en el pasado. Cada uno de los espacios que constituyen un poblado prehistórico o histórico, no son espacios abstractos, reducibles a patrones o esquemas formales generalizables a un grupo arqueológico determinado, sino que conforman lugares activos y escenarios que recogen conductas, decisiones, relaciones, en definitiva, modos de vida de una sociedad particular, siendo los hombres, mujeres, individuos infantiles y personas de edad avanzada, quienes con sus interrelaciones y con los objetos les dieron un sentido lógico y social (González y Picazo, 2005: 149; Alarcón García *et al.*, 2008). Precisamente, este abanico de relaciones conforma tanto sus condiciones materiales de vida como su identidad social que concretan una experiencia vital e histórica determinada. Dichas relaciones pueden variar entre culturas y dentro de la misma cultura a través del tiempo, concretando o creando una práctica vital e histórica determinada. En base a esto, podríamos señalar que dicha experiencia de las mujeres ha sido y es diferente a lo largo de la historia dado que su elemento en común son las características biológicas referidas al cuerpo.

II.3.3. Las Mujeres como agentes de conocimiento

Si bien, como ya apuntábamos anteriormente, la relación entre las personas y el mundo que les rodea se realiza a través de la interacción de los cuerpos con otros sujetos y objetos materiales. Es precisamente en este abanico de relaciones donde podemos comprobar histórica y etnográficamente que existen factores comunes en cómo las mujeres se relacionan con otros sujetos y objetos, siendo éstos los que en definitiva, han determinado su identidad social y sus condiciones de vida. Dichos factores asociados a las mujeres son todo el conjunto de prácticas sociales que intervienen en el día a día, en el marco de la cotidianidad y que tienen como beneficiarios al conjunto humano de un grupo social determinado. Este conjunto de prácticas, denominadas como actividades de mantenimiento son el resultado de formas de actuación y de formas de estar en el mundo construidas a través de la acción y la práctica que las identifican y definen como un grupo social en su tiempo (Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2000; Sánchez Romero, 2002; 2008a; Alarcón, 2005; 2006). Éstas conforman un mundo de producciones básicas y necesarias como son la alimentación, la vestimenta, el cuidado, el bienestar, la higiene, la socialización, la estabilidad social, etc., e implican la intervención de tecnologías y la aplicación de conocimientos heredados o aprendidos (González, 2006: 22) que dejan su huella en un infinito repertorio de experiencias materiales (Bray, 1997: 2), originando gran parte de la cultura material presente en el registro arqueológico de cualquier cultura o periodo histórico (Conkey y Gero, 1991: 15-16; Tringham, 1991; González y Picazo, 2005: 149; Sánchez Romero y Aranda, 2006: 74). Por lo que su estudio nos debería permitir entender las relaciones que forman a su vez, que nos permitiría acercarnos a observar sus conjugaciones con otras relaciones y prácticas sociales que conforman el desarrollo de un grupo social (Montón, 2000: 54).

Por su parte, las actividades de mantenimiento configuran el espacio social en el marco de la cotidianidad (González y Picazo, 2005: 144). Es en este marco donde se producen, reproducen, negocian y exhiben una amplia gama de relaciones personales (de género), marcadas por la convivencia, la cooperación, la interacción y la complementariedad, convirtiéndolos así, en focos centrales en las construcciones de las relaciones sociales y en marcos de reproducción y manipulación de las identidades sociales (Picazo, 1997: 60; Alarcón, 2005; 2006: 90). Su relevancia radica, precisamente, en su carácter relacional, como espacios vividos y creados por individuos de diferente sexo, edad, estatus, etc., que con su uso, decisiones, relaciones, etc., les confieren un verdadero significado y consiguen su definición social (Curia y Masvidal, 1998; Sørensen, 2000). Sin embargo, han sido a las mujeres a las que de forma mayoritaria se les ha vinculado directamente a estos espacios y marcos de la cotidianidad, quedando en muchas ocasiones como su único campo de actuación (Magallón, 1999).

En base a éstas vinculaciones, podemos asumir que en muchas sociedades las mujeres han sido las responsables directas de las actividades de mantenimiento sin embargo acceder a este conocimiento de manera aseverante en las sociedades prehistóricas es muy complicado hoy por hoy. A través de la etnografía sabemos que en la mayoría de las sociedades conocidas son las mujeres las que llevan a cabo estas actividades como pusieron de manifiesto Murdock y Provost (1973) tras su estudio etnográfico sobre la participación por sexos¹⁸ en un computo de 50 actividades o

¹⁸ Como es lógico pensar, existen muchos factores condicionantes en dichas asignaciones que no pasaremos a considerar en esta parte del trabajo, por lo que trasladamos a los lectores al artículo original

trabajos desarrollados en 186 sociedades correspondientes a seis regiones geográficas de África, del Mediterráneo central, del Este de Eurasia; el Norte de América, el Pacífico y América central y del sur. En este análisis se estudiaron entre otras actividades¹⁹ aquellas relacionadas con la minería y metalurgia; la caza; ganadería; agricultura; recolección de productos; manufactura de útiles (piedra, hueso, cerámica, concha, madera); producción textil; construcción y mantenimiento de las viviendas; acopio de combustible y agua; preservación de alimentos; cocinado y preparación de bebidas y alimentos. Entre ellas sólo dos de las actividades analizadas son realizadas de forma exclusiva por los hombres, la caza mayor de animales terrestres y acuáticos y la fundición de los minerales. Por el contrario, contamos con 45 actividades donde la participación de hombres y mujeres queda probada en aquellas sociedades etnográficas donde se realizan.

A modo de reflexión, este análisis etnográfico nos revela diferentes elementos muy interesantes en cuanto a nuestro objeto de estudio. En primer lugar, nos pone de manifiesto que la atribución de actividades por sexos es no es relevante, dado que sólo contamos con dos actividades (caza mayor de animales acuáticos y la fundición de minerales) en las que el dominio exclusivo es de los hombres, mientras que el resto (las tres restantes) asociadas a ellos son calificadas como predominantemente masculinas. Sin embargo, un hecho que nos llama poderosamente la atención es que la realización de las dos actividades de participación exclusivamente masculina, solo son registradas en 48 y 37 sociedades analizadas, respectivamente. El rasgo distintivo de este hecho, lo que nos está demostrando es que estas dos actividades son propias de sociedades particulares y determinadas. Ambos trabajos no son generales sino particulares de dichas sociedades, por lo que su realización y desarrollo también puede estar condicionado por otros determinantes particulares que podrían girar en torno al desarrollo de dichas actividades.

En el cómputo general de las 50 actividades sólo documentamos una de ellas donde se constata la participación masculina en sólo dos sociedades donde la tendencia general de la participación masculina desaparece para convertirse predominantemente en tarea masculina en dos sociedades, se trata del cocinado. Esta actividad al igual que el resto que hemos documentado es particular, ya que en 184 sociedades de las 185, se trata de una actividad predominantemente y exclusivamente de realización femenina. Sobre ésta, nos llama la atención dos aspectos: en primer lugar, que es la única actividad que no se asocia con los hombres y, en segundo lugar, es la actividad que mayor cómputo de desarrollo y representatividad se ha documentado entre las sociedades analizadas (llegando al 99%), junto con la preparación de alimentos vegetales (en 174

de Murdock y Provost (1973), donde podrán recabar toda la información referente a estas variables o factores condicionantes.

¹⁹ Entre las actividades analizadas en este trabajo etnográfico podemos encontrar trabajos, como la cantería; la construcción de casas, barcos; preparación de los suelos de las viviendas; la caza (tanto de especies acuáticas, terrestres y aves, así como la caza mayor y menor, salvaje, etc.); cuidado del ganado (mayor y menor); la pesca; el trabajo de la madera; la manufactura de instrumentos musicales; el trabajo de la piedra, la concha, el hueso, la madera; la recolección (de miel, de frutos silvestres, etc.); la manufactura de ropa, cuerdas, redes, etc. (tejer e hilar); la cestería; la preparación y trabajo de las pieles; la generación y mantenimiento del fuego; el cultivo de plantas, la remoción de las tierras y el cuidado de las cosechas; el ordeño del ganado; el cuidado de los animales; el transporte tanto de alimentos, combustible, agua o incluso los individuos infantiles, etc.; el acopio de combustible; el acarreo del agua; la fabricación de cerámica; blanquear o encalar las viviendas (acondicionamiento interno y externo de las viviendas); la preservación de carne y pescado; la preparación de bebidas, alimentos (tanto vegetales como de fauna); el cocinado; la preparación de lácteos; las mutilaciones corporales, etc.,

sociedades), el acarreo del agua, acopio de combustible (en 160 y 166 sociedades, respectivamente) y la construcción de las viviendas (en 178 sociedades).

Aunque este análisis nos ratifica en nuestra idea de que la exclusiva participación, tanto masculina como femenina, en el desarrollo de diferentes actividades no es tan rígida porque a pesar de que documentemos tendencias generales, las excepciones tienen significado histórico y nos están hablando de pautas de conducta determinadas.

En resumen, se puede indicar, que las mujeres tienen determinados campos de actuación que las convierten en principales sujetos sociales encargados de realizar determinadas actividades, sobre todo, aquellas relacionadas directamente con el mantenimiento y la supervivencia humana, como son las actividades de mantenimiento. Entre ellas encontramos: la preparación de alimentos vegetales y bebidas, el cocinado, la producción de lácteos; el acarreo y acopio de agua y combustible; el acondicionamiento de las viviendas; la manufactura cerámica, de ropas; producción textil; hilar; la cestería; la recolección; el cuidado de animales pequeños; el ordeño del ganado. Sin duda, los porcentajes respecto a estas actividades son significativos si se compara con el resto de actividades documentadas, dado que éstas se registran en un mayor número de sociedades, lo que nos hablan de su trascendencia social para el conjunto de los miembros que integran cada sociedad analizada.

Igualmente, en las sociedades que conocemos por los documentos escritos también apuntan hacia esta dirección (Wallace-Hadrill, 1996; Mirón, 2005; Picazo i Gurima, 2008). Ahora bien, lo que es seguro es que en las sociedades actuales la mayoría de las actividades de mantenimiento son realizadas generalmente por las mujeres, aunque como en los casos anteriores, pueden y se dan excepciones en las que los hombres hayan realizado o participado en estas tareas de la vida doméstica. Si bien, tanto la consideración actual como histórica de estas actividades ha estado definida por su asociación con los campos de actuación de las mujeres (González Marcén y Picazo, 2005).

Ante esto, no extraña que tanto las producciones femeninas como sus ámbitos de relación hayan ostentado en las interpretaciones históricas calificativos como actividades ahistóricas, inmóviles y lineales desabastecidas de tiempo y cambio, colocadas en la periferia de la dinámica social e histórica, olvidándose que son fundamentales para el desarrollo y pervivencia de una sociedad y que, además, facilitan la resiliencia de cualquier grupo humano pasado, presente y futuro (González Marcén, 2006; Marcén *et al.*, 2007: 17; Sánchez Romero, 2008c). En definitiva, las mujeres no solo han compartido ámbitos o lugares de actuación, experiencias e historias a lo largo del tiempo y el espacio sino que también han compartido una valoración y consideración que las han configurado como grupo. Así, han sido minusvaloradas por las investigaciones e interpretaciones sociales de las sociedades de nuestro pasado, pasando por alto su aportación tecnológica, su carga de conocimiento y experiencia (Sánchez Romero y Aranda, 2005; Sánchez Romero, 2008c). Ocultadas, marginadas, subordinadas y desvalorizadas tanto en sus tareas como en sus conocimientos, por el mero hecho de ser mujeres (Collins, 1997: 363; Harding, 1997).

Sin embargo, las mujeres han utilizado todo este entramado histórico y social para crear sus campos propios y específicos de su acción social derivados de sus

actividades, funciones y conocimientos adquiridos que tienen que ver por un lado (Juliano, 2001: 51-58), con elaboraciones culturales de su especificidad biológica como son todas aquellas prácticas relativas con su reproducción biológica (maternidad, cuidado, sociabilidad y educación, etc.) y, por otro, con todas aquellas tareas propias de la reproducción social, de las que forman parte, la preparación y servicio de alimentos, higiene y bienestar, etc. A su vez, tanto la reproducción biológica como social han promovido su posición social como mediadoras y transmisoras de tradiciones, saberes, conocimientos, etc., a través de su interrelación con otros sujetos y objetos (Juliano, 2001: 57). El conjunto de estas actividades han conducido a las mujeres a interactuar de modo distintivo con el entorno natural y social que les rodeaba creando un mundo cargado de significados que debemos tener presentes en la reconstrucción y el conocimiento de las sociedades del pasado ya que las mujeres son depositarias de un conocimiento desarrollado históricamente y ligado directamente con el desarrollo de sus vidas (Magallón, 1999: 77-78).

Por tanto, se puede señalar que las mujeres han utilizado rasgos de su propia identidad individual para desarrollar estrategias y mecanismos de superación y supervivencia en un mundo en que siempre han estado cuestionadas. Entre estos mecanismos se encuentran la negociación, la persuasión o la conciliación, mecanismos que han ayudado a las mujeres a crear un mundo marcado por la acumulación de saberes y experiencias que las han hecho distintas con respecto a los hombres en la articulación de los espacios y el tiempo (Sánchez Romero, 2008a: 95), ilustrando sus propios ámbitos de relación y actividad que han terminado por construir sus experiencias vitales e históricas y su identidad marcada por la relación y la gestión de los conocimientos (Hernando, 2002).

Con todo lo expuesto, pensamos que podemos explicar la experiencia vital e histórica de una gran mayoría de mujeres a través de los factores comunes de sus vidas que ilustran ámbitos de saber, de relación y de actividades propias, por lo que entendemos que es posible investigar transcultural y transhistóricamente las tareas, los conocimientos y las visiones del mundo de muchas mujeres. Este punto de partida no supone buscar conocimientos universales, sino reconocer la función estructural (se tratan de actividades que se han desarrollado y que continúan desarrollándose en todos los grupos humanos) de estas actividades en la creación, recreación y transformación de las formas sociales de los grupos humanos del pasado.

Para ello tomaremos como objeto de estudio dos niveles de análisis. Un primer nivel relacionado con la experiencia vital de una gran mayoría de mujeres, las actividades de mantenimiento y un segundo nivel referido a las experiencias propias de determinadas mujeres.

Capítulo III

Arqueología de las actividades de mantenimiento

III.1. ARQUEOLOGÍA FEMINISTA DE MUJERES Y GÉNERO EN ESPAÑA

En la disciplina arqueológica de nuestro país, las primeras discusiones/cuestionamientos públicos sobre la situación de las mujeres tanto en el ámbito académico como profesional y personal no surgieron hasta la década de los años 80 (Picazo, 1997; Álvarez *et al.*, 1998; Colomer *et al.*, 1999; González Marcén, 2000). Aunque con anterioridad, se habían expuesto desde diferentes ámbitos, la necesidad de construir una nueva forma de mirar nuestra sociedad y de responder a los planteamientos generales sobre nuestra forma de construir el conocimiento e interpretar el pasado (Colomer *et al.*, 1993; Díaz-Andréu, 1994; Escoriza, 1995). Así, no extraña que sus primeros pasos fueran enfocados en temas como el uso indiscriminado del lenguaje que potencia no sólo la exclusión de las mujeres sino su completa anulación en la literatura arqueológica (Argelés *et al.*, 1991: 6-7).

Como decimos, en la arqueología española este movimiento de mujeres que se había iniciado años atrás en Escandinavia (sobre todo en Noruega y Suecia) y los Estados Unidos, tuvo escasa incidencia, a pesar de que nuestro país contaba con las herramientas teóricas y metodológicas necesarias para llevarlo a cabo. Así, por ejemplo, quedaba patente con su desarrollo en otras áreas del conocimiento como geografía, sociología, historia, antropología, etc. donde ya a mediados de los años 90 se contaba con una pujante y vasta bibliografía de corte feminista. Precisamente, esta demora, sus causas y motivos han sido objeto de reflexión por parte de diferentes autoras, quienes han llegado a la conclusión de que en la disciplina arqueológica de nuestro país, *Marx orientaba ontológicamente, Binford concretaba metodológicamente y epistemológicamente se permanecía impasivo*, anclada en las bases teóricas del siglo XIX (González Marcén, 2000: 12; Díaz-Andréu, 2005: 14).

Esto no quiere decir, que podamos equiparar las bases teóricas y metodológicas del último siglo de la arqueología española con las del siglo XIX. Si bien, lo que si podemos decir es que en la actualidad, en el seno de nuestra disciplina continuamos percibiendo una tradición empírico-descriptiva de corte anticuaristas e historicista. Precisamente, fueron estos posicionamientos teóricos y metodológicos los que se convirtieron en un verdadero obstáculo para el calado de los posicionamientos postprocesulistas²⁰ en la arqueología española, estimulados desde el estructuralismo y el postprocesualismo francés, con lo que su planteamiento crítico al positivismo tradicional se centró básicamente en una oposición directa al descriptivísimo tan imperante en nuestra disciplina, dando sólo pequeños pasos hacia una arqueología social con aún escasos cuestionamientos epistemológicos (Colomer *et al.*, 1999: 17). Esta situación, que bien podríamos definir como estancamiento teórico, ha tenido toda una serie de consecuencias que tienen reflejo tanto en la forma en que reconstruimos nuestro pasado, en la manera en que miramos y observamos el registro arqueológico, en la forma que construimos el conocimiento y, también en el acceso al ejercicio

²⁰ Autoras como Margarita Díaz-Andréu u Olga Sánchez Liranzo (2008), asocian el retraso de la adopción del concepto de género y de los posicionamientos feministas en la arqueología con la lentitud adoptada por nuestra disciplina en incorporar los posicionamientos de la arqueología postprocesual. Precisamente, la primera de las autoras mencionadas expone que la arqueología de género está dentro del postprocesualismo o postmodernismo. Para un mayor conocimiento sobre su argumentación remitimos a su trabajo publicado en el 2005 (Díaz-Andréu, 2005: 16-17).

profesional de las mujeres españolas tanto en el ámbito académico como profesional y al desarrollo de líneas de investigación, docencia, etc., realizadas por mujeres y con respecto a éstas temáticas dentro del marco de la disciplina arqueológica (González Marcén, 2000: 13; Díaz-Andréu, 2005: 14). En este ambiente cargado de reticencias por parte de la arqueología de nuestro país, debemos reconocer que en los primeros momentos de la década de los años 90, el interés por las mujeres vino de la mano de un grupo de investigadoras catalanas que desde sus posicionamientos teóricos (marxista feminista) comenzaron a preguntarse por el papel jugado por éstas no sólo en la prehistoria sino en la sociedad de ese momento. Así pues las influencias de corte marxista y procesualista favorecieron los primeros pasos de este enfoque teórico y su calado en las líneas de investigación que, aunque leves, comenzaron a abrir el camino hacia una arqueología de y sobre mujeres (Sanahuja, 1991; Argelés *et al.*, 1995; Escoriza, 1996; Díaz-Andréu, 1998; Sánchez Liranzo, 1999; González Marcén, 2000).

A pesar de las notorias reticencias expuestas por parte de los posicionamientos teóricos dominantes de la arqueología española en la inclusión de estas nuevas perspectivas de estudio y análisis de corte feminista, en los últimos años estamos asistiendo a un proceso de rápida expansión que queda patente en la fructífera y abultada bibliografía existente como observaremos a lo largo de este apartado y toda esta tesis doctoral.

Como cualquier inicio, los estudios sobre mujeres en arqueología no han sido fáciles, sino más bien, todo lo contrario puesto que éstos posicionamientos suponían una ruptura epistemológica de los posicionamientos tradicionales en nuestra disciplina. De ahí que se haya tratado (continúa tratándose) de un largo proceso de reflexión y autocrítica tanto a nivel teórico, metodológico, epistemológico y ontológico, en el que se encuentran inmersas tanto la Arqueología como la Prehistoria. Como cualquier proceso de cambio o de ruptura, éste también tuvo su punto de arranque en nuestro país, situado concretamente en el año 1982, momento en que la investigadora Encarnación Sanahuja presentó dos ponencias en las “II Jornadas Catalanas de la Dona” tituladas “Sobre las Venus paleolíticas” y “El potencial reproductivo de la mujer: fuente de progreso humano”, ambas tenían como tema central la mujer en la prehistoria (Sánchez Liranzo, 2008: 49). Sin embargo, 10 años más tarde (finales de 1992), en la celebración de la Reunión de Arqueología Teórica en la Universidad de Santiago de Compostela, será donde comenzó a cuestionarse y a plantearse, las mujeres como tema de reflexión y debate en la arqueología española (Díaz-Andréu y Sanz, 1994). En esta reunión se expusieron hasta cuatro ponencias tituladas *¿Somos todas hombres?* (Colomer *et al.*, 1992), *Hacia una arqueología feminista* (Colomer *et al.*, 1992), *Acerca de la contradicción o de la explotación* (Vila y Argelés, 1992), *A muller: ¿sexo secundario?* (Álvarez *et al.*, 1992). Todas ellas recogían cuestiones esenciales para el despegue de la arqueología de género y de la arqueología feminista, como el androcéntrismo presente en el estudio que se venía realizando de las sociedades del pasado; la división sexual del trabajo arqueológico y el origen de la explotación de las mujeres. A pesar de la firmeza y rotundidad expresa de estas primeras cuestiones que, posteriormente, vieron la luz en diversas publicaciones, las repercusiones y el calado real en el ámbito general fueron bastante escasos, relegados a escuetas menciones o a trabajos puntuales (Álvarez *et al.*, 1998).

Tiempo después de esta primera reunión en 1999 se publicaron diferentes artículos a modo de monografía que hacían referencia a la conveniencia y a la

posibilidad de desarrollo de este tipo de perspectiva en la arqueología española. Esta obra titulada *Arqueología y teoría feministas: Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, publicada en 1999 y coordinada por un grupo de investigadoras. Ésta obra suponía la primera monografía sobre estudios feministas y estudios de género y mujeres en arqueología para lo cual se compilaron 12 artículos que recogían seis temas claves para el desarrollo de esta perspectiva de estudio y teórico en nuestro país: teoría feminista y arqueología; espacio y poder, producción y tecnología; la construcción del sexo en los objetos arqueológicos; roles sexuales en las representaciones y prácticas arqueológicas y mujeres en la arqueología (Colomer *et al.*, 1999: 15). Como es lógico, esta monografía recoge una selección, no sólo en cuanto a las temáticas a considerar sino también en cuanto a los trabajos publicados en torno a las mismas, dado que sería imposible recopilar todo lo publicado y todos los temas de y sobre mujeres propuestos en el panorama internacional (Colomer *et al.*, 1999: 15).

Las motivaciones principales que llevaron a la publicación de este trabajo fueron por un lado, dar a conocer y reconocer lo que muchas mujeres habían pensado y defendido durante décadas y que, generalmente, había quedado en el marco del olvido por la historiografía general y, por otro, acercar estas temáticas tanto a las profesionales de la arqueología como a las nuevas generaciones (Colomer *et al.*, 1999: 9). Entre las particularidades que encierra esta monografía sobresale en primer lugar, el hecho de que es la primera vez que se compilan y se traducen al castellano obras referentes a estas temáticas. Así pues esta monografía es el resultado de la traducción al castellano de trabajos realizados por investigadoras anglosajonas y escandinavas, publicados entre los años de 1985 y 1996. Recordemos que, precisamente, en estos países es donde florecen y comienzan a incorporarse los estudios de mujeres de corte feministas en el panorama internacional seguidas por las norteamericanas. Y, en segundo lugar, todos los trabajos comparten una voluntad común que radica en llevar a cabo una profunda relectura y reflexión sobre las bases epistemológicas, ontológicas y metodológicas de la disciplina arqueológica. Para ello parten de la revisión de los datos y del registro arqueológico, incidiendo intensamente no sólo en la metodología desarrollada sino también en el propio carácter de la producción del conocimiento arqueológico. Por todo lo expuesto, no extraña si decimos que esta obra monográfica no solo fue un referente a finales de los años 90 y principios del siglo XXI sino que en la actualidad continua siendo un trabajo de obligada lectura para toda aquella persona interesada en estas temáticas, dado que es el primer trabajo que expresa la necesidad de poner en primer plano la experiencia vital de las mujeres y de los hombres, si queremos realizar un análisis histórico de carácter social (Colomer *et al.*, 1999: 8-10).

Un año más tarde verá la luz la primera monografía editada íntegramente con trabajos de investigadoras españolas²¹ bajo el título *Espacios de género en Arqueología*. En éste se agrupan una serie de trabajos (un total de 12 artículos) dedicados a la interrelación entre las mujeres, la arqueología y los espacios. En ellos se propone una reflexión conceptual orientada a reconstruir por un lado y a deconstruir por otro, ciertos lugares idealizados y mediatizados por nuestras concepciones actuales y modernas.

²¹ La riqueza de esta obra monográfica no sólo radica en la calidad de los artículos que compila sino en la variedad de perspectivas, líneas y temáticas que abarca. Por ello creemos justo especificar los nombres de las diferentes autoras que han participado en esta obra. Éstas son: Paloma González Marcén; Almudena Hernando Gonzalo; Sandra Montón i Subias; María Pallarés; Margarita Sánchez Romero; Eulaia Curia; Cristina Masvidal; Marina Picazo; Pilar Cabrera; María Dolores Fernández; María Ángeles Querol; Francisco Hornos; Carmen Rísquez y Ruth Tringham.

Asimismo se promueve la visualización de los espacios asociados a los ámbitos de acción de las mujeres en la disciplina arqueológica y se realiza una profunda reflexión crítica sobre cómo nosotros hemos explicado, interpretado y transmitido nuestro conocimiento sobre las sociedades del pasado a través del uso de las instituciones públicas, como los museos y de los libros de texto y divulgación (González Marcén, 2000a: 17; Sánchez Romero, 2008).

Podemos decir, que estas dos obras monográficas fueron las encargadas de abrir el camino hacia una nueva forma de expresar nuestro conocimiento, de reflexionar e interpretar nuestro pasado. Es a partir de este momento (finales de los años 90 y principios del siglo XXI) cuando las investigadoras españolas comienzan a cambiar el enfoque o tendencia predominantemente “victimista” que había primado en los estudios de la historia de las mujeres hasta el momento (Sánchez Liranzo, 2000: 499; Sánchez Romero, 2008c) y a alejarse y a luchar contra las ideas androcéntricas que siempre las había dejado en el olvido, además de empezar a plantearse firmemente la idea de construir o reconstruir una historia donde ellas fueran los sujetos protagonistas. La asunción y puesta en marcha de estas ideas suponía tanto reconocerse como co-protagonistas de la historia como co-partícipes del desarrollo y del cambio social que ha generado la supervivencia de nuestra especie. Como consecuencia, las mujeres comenzaron a sentirse no sólo como sujetos protagonistas de la historia sino también como objetos de conocimiento. Obviamente, un nuevo objeto de conocimiento suponía renovar e incluso modificar teórica y metodológicamente tanto la ciencia histórica como prehistórica para que permitiera una nueva lectura de nuestro pasado tomando nuevas categorías de análisis como (las relaciones de género, la vida cotidiana, las actividades domésticas, etc.) las nuevas formas de acceder y producir el conocimiento (Sánchez Liranzo, 2000: 499-500).

Todos estos cuestionamientos dieron sus frutos y, a finales de los años 90, comenzaron a surgir trabajos centrados en estas temáticas, a incorporarse a los sistemas de investigación y docencia²², hasta tal punto, que en la actualidad podemos decir, que este movimiento, iniciado originalmente y de forma exclusiva por mujeres, se ha convertido hoy día en una valiosa perspectiva de estudio que engloba una gran cantidad de líneas de investigación y temáticas en la arqueología española. Entre ellas, encontramos trabajos generales que revisan profundamente los planteamientos ontológicos, epistemológicos y metodológicos de la disciplina arqueológica, particularmente sobre el periodo prehistórico, (Sanahuja, 2002; Díaz-Andréu, 2005) aunque también existen investigaciones sobre las mujeres realizadas por épocas históricas (Chapa, 2005; Hernando, 2005a; Rísquez y Hornos, 2005; Zarzalejos, 2008), y trabajos de carácter específico y especializados en las temáticas que van desde el desarrollo de esta tendencia en España (González Marcén, 2000b; Sánchez Liranzo, 1999, 2000, 2005b; 2008; García Luque y Rísquez, 2005; Rísquez *et al.*, 2008) a la situación y a la profesionalización de las mujeres arqueólogas (Díaz-Andréu y Sanz, 1994; Díaz-Andréu, 1998) pasando por los debates de tipo teórico (Escoriza, 2007; Sánchez Liranzo, 2005a,

²² Desde 1997, sólo tenemos constancia de la existencia de dos asignaturas en toda la universidad española que estén dedicadas exclusivamente a la arqueología de mujeres. La primera de ellas se titulaba “Arqueología de las mujeres” y era ofertada como asignatura optativa dentro del segundo ciclo de la licenciatura de Historia de la Universidad Autónoma de Barcelona, mientras que la segunda, se trata de una asignatura de libre configuración de la misma titulación que lleva por título “Arqueología de la Identidad” impartida por la Universidad de Granada desde el curso académico 2005/2006 hasta el 2008/2009.

2008), entre los que destacamos la importante reflexión sobre la conformación de la identidad femenina y, por extensión, a la masculina (Hernando, 2000, 2001, 2005b, 2007).

Desde sus inicios, los estudios sobre mujeres y las relaciones de género en la arqueología se confrontaron como un desafío metodológico a partir del cual se pudiesen obtener datos susceptibles de ser incorporados a las líneas de investigación, vigentes y dominantes en nuestra disciplina. Para ello comenzaron a realizarse toda una serie de trabajos que analizaban, redefinían y depuraban profundamente la significación social y científica de conceptos tan asumidos por la literatura arqueológica e histórica general, como son el tiempo (González Marcén y Picazo, 2005; González Marcén, 2008) y el espacio (Montón, 2000; Hernando, 2008; Sánchez Romero, 2008a). Ambos conceptos son fundamentales en el estudio de mujeres, en el pasado y en el presente, dado que la escala básica de la temporalidad, la cotidianidad, es el marco donde tienen cabida el conjunto de relaciones y de actividades de mantenimiento que marcan el desarrollo de la vida diaria de un grupo social, mientras que el espacio social (asignados generalmente a los contextos domésticos) es el soporte físico que acoge dicha cotidianidad, lo que los convierte en espacios sociales marcados por la relación y la cooperación interpersonal. La redefinición de ambos conceptos nos ha permitido obtener una interpretación histórica de los diferentes momentos vividos y experiencias vitales de los individuos de una sociedad y acercarnos aquellas figuras, olvidadas de las interpretaciones históricas, como son las mujeres y los individuos infantiles (González Marcén y Picazo, 2005: 148-149).

Como podemos observar, en España, este nuevo enfoque epistemológico, ontológico y metodológico, se ha convertido en una corriente teórica de profundo calado, dado que ha conllevado un cuestionamiento tanto de la posición de la mujer en el pasado como en el presente. Precisamente, éste es uno de los rasgos distintivos de la **arqueología de mujeres y de las relaciones de género**, que ha permitido nuevas cuestiones o planteamientos nunca evidenciados en las líneas de investigación vigentes de la arqueología española, como puede ser la incorporación de los estudios sobre mujeres, relaciones de género y edad al contexto tecnológico y social de las producciones y las tecnologías, habitualmente asociados con los campos de actuación masculinos (Alarcón García y Sánchez Romero, e.p. b). Nos referimos a los estudios dedicados a la producción del utillaje lítico pulimentado (Orozco, 2005, 2006), la industria lítica tallada (Sánchez Romero, 2000, 2005b) y la producción metalúrgica (Sánchez Romero, 2004, Sánchez Romero y Moreno, 2003, 2005; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p. a).

Asimismo, en los estudios de mujeres en el pasado, encontramos un elemento esencial que ha contribuido a la creación y a la consolidación de estereotipos de las mujeres a lo largo de la historia. Éstas son las representaciones de mujeres o más bien, las interpretaciones vertidas sobre lo que estas representaron, encarnaron o significaron en el pasado. Así pues, no extraña que las representaciones femeninas tanto en las imágenes creadas en el pasado como en las interpretaciones realizadas desde el presente, así como en las imágenes creadas desde el presente para explicar a las mujeres en el pasado se hayan consolidado como un ámbito de investigación principal (Sánchez Romero, 2008c).

Con respecto al primero de los puntos, decir que como en el ámbito internacional, en nuestro país, esta temática se ha convertido en una de las líneas de investigación más

atractivas para las investigadoras, incidiendo particularmente en las representaciones iconográficas del arte rupestre (Hachuel y Sanahuja, 1996; Escoriza, 2001, 2002a, 2002b; Ramos *et al.*, 2002), seguidas muy de cerca por las representaciones en época postpaleolítica (Díaz-Andréu, 1998a; Masvidal, 2006, 2007; Masvidal y Picazo, 2005). Entre estas últimas destacan particularmente, las referidas a los análisis realizados sobre la abundante iconografía femenina íbera. Precisamente, en torno a las representaciones del mundo ibérico se viene desarrollando un gran debate centrado en la posible idealización y sacralización de las representaciones de las mujeres de este momento o si por el contrario se tratan de representaciones de mujeres de un determinado estatus social (Díaz-Andréu y Tortosa, 1998; Prados e Izquierdo, 2002-2003; Prados, 2007; 2008; Rueda, 2007; Tortosa, 2007; Aranegui Gascó, 2008).

Por lo que respecta al segundo de los puntos referidos, debemos indicar que la atención se ha centrado básicamente en dos esferas de transmisión del conocimiento. La primera, los museos, como instituciones públicas de carácter estable y sin ánimo de lucro, cuyo principal objetivo debe ser el poner al servicio de la sociedad el conocimiento adquirido, facilitando su transmisión y comprensión (Hornos y Risquez, 2000, 2005; Querol, 2006, 2008; Soler, 2008: 179). La segunda, los libros de texto y de divulgación²³. Los primeros constituyen el soporte básico de la enseñanza, presentan y seleccionan la información que se considera relevante e imprescindible y que debe ser asimilada por el alumnado durante su educación. Estos soportes actúan como verdaderos canales de transmisión de la cultura, dado que utilizan dos canales, el texto y las imágenes que le acompañan, con lo cual se hacen partícipes de una cosmovisión concreta en la imagen de lo masculino y de lo femenino aceptada por toda la comunidad ya que su contenido es fijado por la ley del momento. Por esta razón, estos soportes del conocimiento se han convertido en mecanismos u objetos de análisis de los estudios de mujeres como campos de deconstrucción de ideas androcéntricas sobre las mujeres. En este sentido, se ha prestado una gran atención a las imágenes que nos transmiten y refieren a la evolución humana de nuestra especie (Sanahuja, 1991; Querol, 2000a, 2000b, 2001a, 2001b, 2001c, 2005a, 2005b; Querol y Treviño, 2004).

Ambos aparatos de transmisión cultural y de conocimiento son fundamentales en el conocimiento de nuestro pasado por la sociedad general, sin embargo, si cabe aún más, los libros de texto conllevan un poder añadido dado a su intrínseca vinculación con la formación de nuevos ciudadanos y profesionales de nuestro país. Es por ello que desde la investigación prehistórica, en general, pero muy especialmente, desde la investigación que realizamos sobre las mujeres en la prehistoria se ha exigido un interés particular hacia las imágenes que sobre nosotras se han creado en la práctica educativa y divulgativa. El objetivo ha consistido en poner de manifiesto el gran sesgo androcéntrico del que, por norma, están cargadas todas estas representaciones que se crean y se difunden con el objetivo (directo o indirecto) de seguir manteniendo las situaciones e ideas de inequidad entre hombres y mujeres (González Marcén, 2008: 107).

²³ Uno de los primeros proyectos de investigación centrados en esta temática fue el dirigido por la investigadora María Ángeles Querol, quién durante los años 1998 a 2001 desarrolló un proyecto I+D, financiado por el Instituto de la Mujer, titulado "La Mujer en el Origen del Hombre", donde no sólo se dedicó al estudio de los textos escolares, universitarios o de divulgación sino que realizó un exhaustivo análisis de todos aquellos escritos o textos en los que durante los últimos 150 años se ha narrado, en nuestro país, la aparición y desarrollo de la humanidad.

En último lugar, y no por ello menos interesante en los estudios de mujeres en arqueología, se vienen desarrollando en nuestro país trabajos ligados íntimamente a los estudios referentes al registro funerario de las poblaciones de la prehistoria. Un ámbito en que la capacidad informativa sobre las mujeres y su identidad, su trabajo y sus condiciones de vida son sumamente relevantes en base al estudio de dos elementos fundamentales: la antropología física (Rígete, 2002; Balaguer *et al.*, 2002; Jiménez *et al.*, 2004, De Miguel, 2006) y el estudio de los ajuares funerarios (Sanahuja, 2006, 2007a; Soler y Pascual, 2006; Montón, 2007; Aranda, 2009).

Con todo lo expuesto, hoy podemos señalar que los estudios sobre mujeres y las relaciones de género son cada vez más frecuentes en nuestro país. Incluso, nos atrevemos apostillar que en pocos ámbitos de la investigación arqueológica se está produciendo un debate tan enriquecedor y fructífero como en éste. Si bien, es cierto que queda mucho trabajo por hacer, dado que el proceso no es sólo intelectual o académico sino social, político y público. Se están abriendo no sólo nuevas puertas en la adquisición del conocimiento sino también incrementando con nuevas ideas y mayores recursos, la cantidad y la calidad de estas nuevas interpretaciones del pasado. Con ello se conseguirá una mirada más crítica, real y veraz sobre la construcción de la historia que hacemos y que vivimos.

Para conseguir este objetivo de calado social, la arqueología de las mujeres concibe de forma consubstancial su dimensión investigadora, su dimensión social y divulgadora, tanto en las aulas universitarias (Conkey y Tringham, 1999) como externa al quehacer académico (Holcomb, 1998; Jones y Pay, 1999; Hornos y Rísquez, 1999; Soler, 2008). De ahí, que muchas de estas publicaciones sean producto directo de los cada vez más frecuentes, encuentros, cursos, jornadas, seminarios, congresos y reuniones que se vienen celebrando en España en los últimos años. Sus principales motivaciones (además de por supuesto, de crear focos de relación, comunicación y debate entre las/los investigadores que se dedican a esta temática), han consistido en articular los mecanismos necesarios para que estas líneas de investigación, perspectivas de estudio, debates, reflexiones, etc., llegasen al mayor número de alumnado posible de una manera clara, directa y comprensible. Como también, demostrarle al conjunto de la comunidad científica las perspectivas y posibilidades que supone el estudio de las mujeres y las relaciones de género no sólo como herramienta en el estudio de las sociedades del pasado sino también como medio de construcción de un conocimiento histórico más justo y real (Sánchez Romero, 2007).

Con estos fines, a mediados del año 2002 se celebró en Almería el “I Encuentro de Mujeres y Arqueología” que pretendía constituir un foro de conocimiento y debate y un acercamiento entre mujeres que partían de presupuestos teóricos y políticos distintos y que contaban con una experiencia de trabajo dilatada a lo largo de los años. Después de este primer encuentro se celebrara (2006) una segunda edición en Almería. En este caso se reunió a mujeres que compartían, en un amplio margen, un mismo enfoque y posicionamiento teórico, el materialismo histórico, como planteamiento fundamental para acceder al conocimiento del pasado y de las relaciones que acontecieron entre los sexos (Escoriza *et al.*, 2008).

En Marzo del 2003, la Universidad de Granada, concretamente el Dpto. de Prehistoria y Arqueología, organizó un nuevo curso titulado “Arqueología y Género”. Todos los trabajos presentados durante la realización de éste curso fueron recopilados a

modo de monografía en el año 2005, editados por la propia organizadora del encuentro, la profesora Margarita Sánchez Romero. El principal interés para la organización de este curso fue responder a las nuevas inquietudes de la investigación histórica y arqueológica relacionadas con la arqueología de género a través de conferencias impartidas por diversas investigadoras (con diferentes posicionamientos teóricos) referentes en nuestro país de cada una de las temáticas recogidas. Su objetivo principal, era hacer llegar al alumnado universitario la diversidad de enfoques y temáticas de las que se compone la arqueología de género y de mujeres, además de acercarles esta una nueva perspectiva de investigación histórica, planteando y debatiendo otras posibilidades de interpretación del registro arqueológico que incluyeran a las mujeres como miembros activos de las sociedades (Sánchez Romero, 2003; 2005a; Sánchez Romero y Alarcón García, 2006).

Dado al gran éxito alcanzado en cuanto al debate científico establecido como de asistencia, dos años más tarde se celebró una segunda edición (en Marzo del 2005) que en este lugar fue titulado como “Arqueología y género: Vida cotidiana, relaciones e identidad”. Nuevamente como en los casos anteriores, los trabajos presentados fueron recogidos a modo monográfico en la revista española de Complutum, coordinada, por la profesora Margarita Sánchez Romero y titulada “Arqueología de las mujeres y las relaciones de género”. En este caso, su principal motivación consistió, en poner de manifiesto que los estudios sobre las mujeres en las sociedades del pasado estaban pasando por una importante revisión paralela a la sucedida en el propio movimiento feminista. Por la que se pretende un replanteamiento de los modelos seguidos por las mujeres actuales, de manera que para las mujeres dejan de seguir y tomar como válidos los modelos masculinos (o lo que se ha querido estereotipar como modelo masculino) para entender que nuestras propias experiencias, saberes y trabajos tienen entidad histórica y social por si mismas. Para ello, se entiende que solo se puede conseguir a través del estudio y la revisión de conceptos tales como trabajo, espacio y tiempo doméstico, vida cotidiana y actividades de mantenimiento (Sánchez Romero y Alarcón, 2004-2005).

También en el año 2005, la Universidad Autónoma de Madrid organiza el “Primer Encuentro internacional en la UAM de Arqueología de género”, como parte de un Proyecto I+D “La imagen de la mujer en el mundo ibérico”, subvencionado por el Instituto de la Mujer y el Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales (2002-2004). Donde se expusieron los trabajos de diferentes investigadoras que desde la prehistoria y la arqueología acometían los estudios de las mujeres y del género desde distintos periodos cronológicos y espaciales y diversos presupuestos teóricos mostrando un panorama representativo de la investigación en este campo (Prados y Ruiz, 2008). A pesar de las dificultades encontradas por el camino, en el año 2008 todos los trabajos presentados fueron publicados a modo de monografía titulada “Arqueología de Género, 1^{er} Encuentro Internacional en la UAM” (Prados y Ruiz, 2008).

Siguiendo en este afán de difundir los conocimiento sobre la arqueología de género, en Mayo del 2007 se celebró el “IX Curso de arte y arqueología ibérica: "Otra mirada de la sociedad íbera. Lecturas desde la arqueología del género" organizado por el Centro Andaluz de Arqueología Ibérica de la Universidad de Jaén. En él se planteaba un recorrido por diversos aspectos, no sólo por el rico imaginario ibérico que nos ofrece una amplia información sobre las mujeres (algunas mujeres y su estatus) sino por los espacios y contextos domésticos, sacros o funerarios, que aportan un número importante

de datos que interpretados desde una perspectiva de género lleva a ampliar las lecturas de la sociedad ibera.

Igualmente, tenemos que referir que, desde hace 3 años (Marzo del 2007) se viene organizando en la Universidad de Granada por el Departamento de Prehistoria y Arqueología un curso virtual (Centro de Enseñanzas virtuales de la Universidad de Granada) titulado “Arqueología y Mujeres”. Actualmente, este curso se ha consolidado con el inicio de una nueva convocatoria en abril del 2010²⁴. En este curso se analizan cómo se construyen cultural y socialmente y cómo se negocian y se expresan a través de la cultura material presente en el registro arqueológico las relaciones de género. Para ello, se presta especial atención a las mujeres en los contextos de las sociedades prehistóricas y protohistóricas, como protagonistas activas de los procesos de producción y reproducción de las mismas.

No podemos finalizar este recorrido de cómo se ha ido construyendo el movimiento y los estudios de mujeres en el pasado en nuestro país sin mencionar la exposición realizada por el Museu de Prehistòria de la Diputació de València “Las mujeres en la Prehistoria”. Con esta exposición se ha tratado de recuperar el importante papel de las mujeres que vivieron en la Prehistoria y a las que, tradicionalmente, se les ha relegado a un segundo lugar. La exposición se divide en seis bloques temáticos en los que se desarrollan algunas de las actividades de la vida diaria en las que pudieron participar las mujeres y que se convirtieron en imprescindibles para el mantenimiento del grupo, a través de imágenes y réplicas de objetos arqueológicos. Junto a la exposición se ha editado una guía didáctica y una publicación de divulgación científica con el mismo nombre (AA.VV. 2006).

En un principio, esta exposición nació como una exposición temporal y fija dentro de dicho museo valenciano, si bien, ante el éxito de la misma, se decidió trasladarla a otros puntos de España. Uno de los lugares de acogida de la misma fue la ciudad de Granada, concretamente, el Parque de las Ciencias. Ante su venida, se decidió por parte del Dpto. de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada organizar un ciclo de conferencias denominado “La imagen de las mujeres en la Prehistoria: Miradas desde el presente e imágenes del pasado”. Con éste se pretendía reconocer los estereotipos creados acerca de las poblaciones de la Prehistoria en lo que se refiere a la identidad de género, una creación de imágenes y textos que dista mucho de la realidad de estos grupos humanos. La visión androcéntrica de los textos e imágenes, no sólo en términos de divulgación sino también en el contexto de las publicaciones científicas, priva a la sociedad actual de los conocimientos reales acerca de las mujeres, hombres e individuos infantiles del pasado y condiciona la visión que tenemos en el presente, fomentando y justificando las desigualdades existentes en la actualidad (Sánchez Romero, 2008).

²⁴ Para la realización de este curso, coordinado por la Profesora Titular Dña. Margarita Sánchez Romero, se ha contado con un elenco de profesionales de diferentes Universidades Españolas, como son la Dra. Paloma González Marcén de la Universidad Autónoma de Barcelona, Dra. Almudena Hernando de la Universidad Complutense de Madrid, Cristina Masvidal de la Universidad Autónoma de Barcelona, Dra. Sandra Montón Subías de la Universidad Pompeu Fabra, la Dra. Marina Picazo i Gurina de la Universidad Pompeu Fabra, la Dra. Margarita Sánchez Romero de la Universidad de Granada y la propia autora de esta tesis doctoral.

III. 2. ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO. UN NUEVO CONCEPTO EN LOS ESTUDIOS DE LAS MUJERES EN EL PASADO: ORIGEN Y DESARROLLO COMO LÍNEA DE INVESTIGACIÓN

Continúan siendo muchas las voces críticas que desde diferentes áreas del conocimiento han demostrado que tanto las experiencias históricas y vitales de las mujeres (tanto en el pasado como en el presente) han sido y son habitualmente ignoradas, trivializadas, marginadas y estereotipadas. Dichas ideas, son consecuencia de que desde nuestra disciplina siempre se ha adoptado una posición y un pensamiento “etnocéntrico” y “androcéntrico”, que ha marcado inexorablemente nuestra forma de producir y transmitir el conocimiento (Minnich, 1982). Así, no extraña que la noción del hombre blanco, adulto, de clase media y occidental se haya convertido en la imagen central de las interpretaciones históricas (Argéles et al., 1995; Sánchez Liranzo, 2000: 496).

La asimilación de estas ideas y enfoques, no han sido ninguna excepción en el marco de nuestra disciplina, sino que podríamos decir que en más que ninguna otra área del conocimiento se ha dejado sentir este pensamiento y posicionamiento, marcando no sólo nuestra forma de reconstruir el pasado sino también, y más importante, influyendo en nuestra manera de afrontar la vida. Es por todo ello que no sorprende que desde los posicionamientos feministas, entre sus críticas, prevalezcan las dirigidas al sesgo androcéntrico de nuestra historia, dado que desde la arqueología y los propios arqueólogos han proyectado y continúan proyectando, con demasiada frecuencia (y demasiado a la ligera) nociones culturales concretas y contemporáneas sobre los papeles, posiciones, actividades, producciones y capacidades de los hombres y mujeres en los grupos del pasado (Spector, 1999: 234).

Precisamente, en ésta línea podemos entender cuales fueron los primeros y principales debates desde los movimientos feministas en arqueología, hacer visibles a las mujeres en el pasado como elementos de estudio (Conkey y Spector, 1984). En este sentido, Jane Spector (1983), expresó que una de las principales preocupaciones de la arqueología feminista, tendría que ser *poblar nuestro pasado* mientras que Ruth Tringham (1991) fue un poco más allá, exponiendo la necesidad de poner caras a la gente de nuestro pasado en lugar de referirnos a él en términos despersonalizados. Ambos pensamientos, inciden en un mismo punto, valorar de igual forma las experiencias y las contribuciones de los hombres y de las mujeres. Para conseguirlo es necesario re-examinar la participación por parte de otros miembros del grupo social en los sistemas de subsistencia, la producción agrícola y su intensificación, las estrategias tecnológicas, etc., lo que instaba a poner la experiencia humana y la acción social en la vanguardia. Esto suponía u obligaba a tener un mayor control o precisión de nuestros posicionamientos epistemológicos como metodológicos, es decir, ¿cuáles son nuestros objetos de estudio y de conocimiento? (Conkey, 2003: 869-873).

Envueltos en estos planteamientos epistemológicos, comienzan a desarrollarse en torno a los estudios de género y de mujeres en la prehistoria, una cadena de debates, líneas de investigación, temáticas, etc. (González Marcén, 2006), cuyos frutos se han visto reflejados en el desarrollo de una metodología basada primordialmente en la proposición de ámbitos y formas en que las relaciones de género adquieren su máxima expresión. Para ello es necesaria la creación de nuevas estrategias metodológicas entre

las que destacamos las actividades de mantenimiento entendidas como el conjunto de prácticas cotidianas que comprenden todas aquellas actividades básicas y necesarias para el sostenimiento y el mantenimiento del conjunto de los grupos sociales. Estas actividades engloban *el conjunto de prácticas relativas al mantenimiento y al cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad, como las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional. Estos trabajos incluyen la preparación de alimentos, su distribución y consumo, la deposición o el almacenamiento. Además implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos (temporal o permanentemente) por razones de edad y/o enfermedad* (Picazo, 1997: 59-60). Además conllevan el conjunto de trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo todo ese conjunto de actividades tales como la manufactura cerámica, útiles de piedra o la producción textil (Sánchez Romero, 2002: 279; 2008a).

Precisamente, en la literatura arqueológica española, el concepto de las actividades de mantenimiento, se ha convertido en los últimos años en una de las principales líneas de investigación, siendo un referente internacional en los estudios de las mujeres y las relaciones de género en la prehistoria. Esta perspectiva de investigación arqueológica ha permitido desarrollar una nueva percepción sobre las sociedades del pasado a través de una innovadora relectura del registro arqueológico, abriendo un campo múltiple de posibilidades de conocimiento, dado que, con su utilización, como categoría de análisis, podemos conocer el legado de saberes y prácticas asociadas a la gestión de la vida cotidiana y al ámbito donde se desarrollan, así como nos permite desarrollar estrategias para su recuperación y difusión (Sánchez Romero, 2008c).

Pregunta que hoy por hoy no tiene respuestas. Sabemos que es probable que la división sexual del trabajo sea uno de los primeros mecanismos de organización de la subsistencia y la producción de la sociedad del pasado. La división sexual es una estrategia fundamental aunque las formas pueden ser distintas entre sociedades.

A pesar de ello la investigación en arqueología ha asumido la existencia de una cierta división del trabajo entre adultos desde periodos muy antiguos y desde luego desde el Paleolítico Superior (Conkey, 1991; Dobres, 1995, entre otros). Lo que sí sabemos es cómo han sido considerados y valorados los trabajos asumidos y catalogados como masculinos y cómo han sido tratados por la arqueología tradicional los trabajos asociados o referentes a las mujeres. Esta inferencia ha quedado reflejada en el habitual diagrama creado por la propia arqueología tradicional, hombres como figuras activas y cuyas actividades son principales y esenciales para el grupo mientras que las mujeres son las figuras pasivas y consecuentemente sus actividades son secundarias y auxiliares (Díaz-Andréu, 2005: 24-25).

Las actividades relacionadas con las mujeres han quedado en un segundo plano (cuando han sido tenidas en cuenta) en las interpretaciones históricas, recibiendo calificativos como actividades ahistóricas, inmóviles y lineales desabastecidas de tiempo y cambio, situadas en la periferia de la dinámica social e histórica, olvidándose que son fundamentales para el desarrollo y pervivencia de una sociedad y que, además, facilitan la resiliencia de cualquier grupo humano pasado, presente y futuro (González Marcén *et al.*, 2007: 17).

Por ello no extraña que los estudios sobre las actividades de mantenimiento, sean tan recientes en la historiografía general (González, 2000: 12-14; Montón, 2000: 49). Lewis Binford, en 1983, fue uno de los primeros en definir las como aquellas realizadas para mantener el acondicionamiento y la limpieza necesaria en un asentamiento, ya fuese de forma preventiva o de mantenimiento (Binford, 1983). Este tipo de pensamiento ha prevalecido en gran medida y ha sido considerado y aceptado por gran parte de la comunidad científica como una caracterización válida de las actividades domésticas. Sin embargo, bajo nuestro posicionamiento, pensamos que tanto Binford como los diferentes investigadores en acuerdo con esta posición, pasaron por alto un elemento fundamental en su análisis, las relaciones de género (Pallarés, 2000: 70).

Será, nuevamente con la incorporación de nuevas perspectivas teóricas cuando se pongan de manifiesto nuevas problemáticas como el estudio de la invisibilidad femenina en los espacios ocupados por las sociedades prehistóricas y la rígida universalización de la división sexual del trabajo, especificando el doble rasero con que se habían venido valorado las actividades atribuidas a hombres y a mujeres (Conkey y Spector, 1984). Aunque ambas autoras trabajaron conjuntamente en el desarrollo e incorporación a la disciplina arqueológica del concepto de Actividades de Mantenimiento, lo cierto es que fue Jane Spector (1983) quien primero lo utilizó en un trabajo que llevó a cabo sobre la tribu amerindia de los Hidatsa²⁵. Entre los miembros de esta tribu documentó una diferenciación de actividades atribuidas a hombres y mujeres, lo cual le condujo a plantear dos tipos genéricos de actividades de mantenimiento:

- 1- Actividades de mantenimiento físicas del grupo, que englobarían las tareas dedicadas a la construcción y la reparación de las habitaciones, las estructuras y la manufactura de bienes materiales.
- 2- Actividades de mantenimiento social del grupo, que comprenderían todas aquellas tareas asociadas con la reproducción biológica, la salud, la vida ritual y las relaciones en el grupo (recogido por Pallarés, 2000: 70-71).

Como podemos observar, la divergencia entre la definición vertida por Lewis Binford y Jane Spector junto a Margaret Conkey, estriba en que las segundas definieron un conjunto de actividades cuyo campo de actuación era mucho mayor que el atribuido por el primero. Para ello, incluyeron no sólo la producción y el mantenimiento del grupo sino también la reproducción y el sostenimiento de la comunidad, actividades éstas últimas que no suelen generar restos materiales directos en el registro arqueológico y que, por consiguiente, han pasado desapercibidas en los estudios del pasado pero que sin embargo, son fundamentales para la supervivencia y desarrollo de la humanidad (Pallarés, 2000: 70-71; Falcó, 2003: 217-218).

Partiendo de estos presupuestos, los trabajos de las mujeres se convirtieron en la principal perspectiva de estudio como categoría de análisis de las sociedades de nuestro pasado. Los primeros pasos comenzaron a hilvanarse en el año 1992 y vinieron de la mano de un grupo de investigadoras e investigadores de nuestro. Quiénes comenzaron a desarrollar un proyecto de investigación titulado: *Análisis desde una Arqueología no*

²⁵ Los Hidatsa son una tribu amerindia. Antiguamente vivían entre el río Little Missouri y el río Herat en Dakota del Norte, en Estados Unidos. Actualmente comparten la reserva de Fort Berthold (Dakota del Norte) con los Mandan y Arikara.

*androcéntrica: actividades de mantenimiento y salud pública en la Prehistoria Reciente mallorquina*²⁶, dirigido por la investigadora y prehistoriadora Encarnación Sanahuja y llevado a cabo entre los años 1992 y 1994. Años más tarde entre el 2002 y 2005, la mayoría de los integrantes del anterior grupo de investigación volvieron a desarrollar otro proyecto de investigación titulado *Contra la falsificación del pasado prehistórico. Buscando la realidad de las mujeres y los hombres detrás de los estereotipos*, dirigido nuevamente María Encarnación Sanahuja, en el que continuaron profundizando en este concepto de producción de mantenimiento.

Desde este proyecto de investigación, marcado por posiciones marxistas y materialismo históricos, contribuyeron a la construcción y definición de las actividades domésticas, mediante el desarrollo de un nuevo concepto, *producción de mantenimiento* (Castro *et alii*, 1998; Pedro *et al.*, 1996; 1998; 2002; Sanahuja, 2002; Escoriza y Sanahuja, 2001; 2005; Sanahuja, 2007). Precisamente, será el marco y presupuestos teóricos de los investigadores/as los que marquen su consideración y percepción sobre la producción, en torno a la cual gira todo su planteamiento. Así pues, en base a ella, incluirán tres tipos de producción:

- ❖ *La producción básica*: engloba la reproducción biológica, la procreación, la creación de cuerpos sexuados, de hombres y mujeres (Sanahuja, 2002); es considerada como la producción principal y vital para el desarrollo de la humanidad. La reproducción, es la producción que creará nuevas mujeres y hombres quienes serán precisamente los/as realizadoras/es y destinatarias/os del trabajo humano.
- ❖ *La producción de objetos*: la producción y preparación de alimentos (el cocinado, su consumo o su servicio. La fabricación y producción de objetos materiales, como la preparación cerámica, la realización de la industria lítica o la producción metalúrgica.
- ❖ *La producción de mantenimiento*: englobaría el mantenimiento y sostenimiento no sólo de los objetos sociales sino también de los sujetos sociales, evitando la carencia tanto de sujetos como de objetos. Este tipo de producción permite aumentar el valor social de las cosas sin necesidad de cambiar su valor de su uso. Su valor y necesidad está imbricado en la consecución del bienestar global de la comunidad.

Desde esta perspectiva, la vida social está integrada por tres componentes básicos para el desarrollo humano: hombres, mujeres y objetos; estos últimos son el producto de la acción social de los dos primeros, y hombres como mujeres son el resultado de una acción social entre ambos cuyo producto son nuevos seres humanos (producción productiva de la reproducción) (Castro *et al.*, 1998: 25-26); por esta razón mantienen que tanto los sujetos como los objetos son “Productos Sociales” (Castro *et al.*, 1998: 26). Desde esta perspectiva se critica la tendencia del marxismo ortodoxo ya que éste tiende a reducir el concepto de producción, como una condición material estrictamente valorado económicamente (Escoriza y Sanahuja, 2005: 112), desencadenando la sobrevaloración de la producción de objetos (que es en realidad la que desde el punto de vista mercantil y económico supone un cambio y transformación

²⁶ Proyecto multidisciplinar financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia (DGICYT), cuyo identificador es PB90-0470.

de una materia prima en un producto intercambiable) y por extensión ha provocado la sistemática denigración e infravaloración de los otros dos tipos de producción de objetos y cuerpos (Castro *et al.*, 1998: 31). Además, estos autores/as rechazan la dimensión económica por su sentido reduccionista e instan a la estrecha relación que debe de existir entre la producción y reproducción (Escoriza y Sanahuja, 2005: 113). Pensar que el mantenimiento queda asociado a los trabajos domésticos, entendiéndose como una de las manifestaciones de la producción (Castro *et al.*, 2002).

Por ello, frente al marxismo ortodoxo, reivindican que al colocar en un segundo plano a la reproducción biológica se ha infravalorado no sólo el papel de las mujeres sino también el conjunto de las actividades desarrolladas por éstas (Castro *et al.*, 1998; 2002; Escoriza y Sanahuja, 2005: 112-113; Sanahuja, 2007: 21-28). Se argumenta que la primordial competencia de todos los grupos sociales viene marcada tanto por la reproducción biológica y la capacidad de perpetuarse a través del tiempo, como por su mantenimiento a través de toda una serie de actividades y procesos, ya sean colectivos como individuales, que promuevan la persistencia y la supervivencia del conjunto de la sociedad (Picazo, 1997: 59; Escoriza y Sanahuja, 2005: 112).

Partiendo de estos conceptos y presupuestos, en 1996 se pone en marcha, nuevamente desde la Universidad Autónoma y la Universitat Pompeu Fabra de Barcelona un proyecto multidisciplinar denominado *Las actividades de creación y mantenimiento de la vida social y el género: una perspectiva comparativa e interdisciplinar*²⁷, dirigido por la investigadora Milagros Rivera, para el que contó con todo un equipo de investigadoras del calibre de Montserrat Cabré; Marina Picazo; Silvia Carrasco; Paloma González; Sandra Montón; Eulalia Colomer; Marta Bertrán; Carmen Caballero; Esther Hachuel; Elizabeth Uribe; Silvia Pili; Cristina Rígete; Encarna Sanahuja y Ana Vargas. En lo que se refiere a los resultados en el campo de la arqueología se produjeron publicaciones de un gran interés (Bardavio y González Marcén, 1996; Picazo *et al.*, 1997; Colomer *et al.*, 1998).

El objetivo principal de este proyecto fue obtener una definición más amplia de la categoría de las actividades femeninas. Se trataba de plantear una nueva manera tanto de concebir como de estudiar el espacio no sólo social sino también físico, de manera que se pudiera buscar a las mujeres fuera de los límites establecidos y fijos de la casa o el espacio privado. Por ello, su primer objetivo pasaba por pensar una categoría de análisis de la sociedad y de la historia que pusiera en contacto las producciones historiográficas, antropológicas y filosóficas, realizadas desde la teoría de los géneros, con el pensamiento de la diferencia sexual²⁸ que el movimiento político de las mujeres había ido creando en Europa, especialmente en Francia, en Italia y en España, en las últimas dos décadas y, a su vez, desarrollar un marco teórico y metodológico de estudio de las actividades domésticas, intentando así eliminar las connotaciones androcéntricas y duales del término doméstico, proporcionando una nueva visión de dicha esfera como reflejo de la actuación humana en todo su esplendor (Montón, 2000: 52; Pallarés, 2000: 72). Como resultado, este grupo de investigadoras definieron todo un conjunto de actividades relacionadas con las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana, que consisten, por un lado, en la obra materna (cuerpos y relaciones, cuerpos humanos que han aprendido de la madre, la lengua, es decir, el

²⁷ Se trató de un proyecto multidisciplinar desarrollado entre los años 1996 y 2000, financiado por el Instituto de la Mujer y el Ministerio de Asuntos Sociales. Su código identificador es PM 75/97.

²⁸ Feminismo de la igualdad y de la diferencia.

universo simbólico, la coincidencia entre las palabras y las cosas); y, por otro lado, en todas aquellas actividades vinculadas con: la cultura del nacimiento; el cuidado de los seres humanos no autónomos del grupo; el procesado y la distribución de alimentos; la socialización de las criaturas; las prácticas y los hábitos de higiene; el descanso y el cobijo; y por último, las técnicas relacionadas con todas esas tareas.

Como podemos comprobar, este grupo de investigadoras conciben y entienden el concepto de mantenimiento en un sentido más amplio. De esta manera, consiguieron reconocer y nombrar las prácticas de creación y recreación de la vida y la convivencia humana en el mundo de hoy y en la historia. Es decir, con el desarrollo de este concepto consiguieron traer a la luz un gran ámbito de lo real que no quedaba definido con la categoría “género”. Se trata de un ámbito de lo real que viene a ser la obra primaria de la civilización, una obra históricamente más femenina que masculina. La categorización de este ámbito de lo real abría, a su vez, una vía a la cuantificación de su valor; la cual permitiría incrementar la precisión con que hoy valoramos la contribución de las mujeres al conjunto de la sociedad.

Así pues, podemos decir que entre las propuestas iniciales que marcaron estas autoras e investigadoras no sólo está la reflexión sobre el concepto de actividades de mantenimiento como una denominación más amplia de actuación y desarrollo de todas las actividades desempeñadas por las mujeres (Montón, 2000: 53; Pallarés, 2000: 72) sino también la percepción que tienen sobre el espacio, tanto físico como social, que difiere de cómo ha sido tomado en consideración por la tradición académica y científica. Entienden, así pues, el espacio sin límites, ni fronteras preestablecidas que sobrepasarían los límites de las “Household”²⁹ definido por Wilk y Netting (1984) (Montón, 2000: 53-54).

De este modo, este grupo de investigadoras pretendían desplazar la caracterización de los patrones de las actividades efectuadas históricamente de forma predominante por mujeres de la categoría habitual y androcéntrica de “actividades domésticas” a una categorización que les permitiera redefinir la experiencia cotidiana femenina en relación a tres premisas fundamentales de orden teórico, histórico y metodológico, respectivamente: la diversidad interna y externa de las actividades femeninas a partir de un patrón genérico; la centralidad de estas actividades femeninas en los procesos de permanencia y cambio socio-históricos y, por último, la adecuación de las fuentes materiales como informadoras prioritarias para la caracterización sincrónica y diacrónica de estas actividades. Bajo estos planteamientos y con el transcurso y el desarrollo de su investigación, este grupo de investigadoras, terminaron por decantarse por el uso y el término de “Actividades de Mantenimiento” anteponiéndolo al de domésticas, dada su fuerte carga semántica y androcéntrica (Montón, 2000: 53).

Las nuevas propuestas de análisis que comenzaron a surgir en torno a este nuevo planteamiento y línea de investigación, les llevó a seguir profundizando en la caracterización de este nuevo concepto y, para ello, comenzaron a desarrollar toda una serie de proyectos de investigación cuyo tema principal proseguían siendo las

²⁹ Teniendo en cuenta el marco epistemológico, ontológico y teórico de esta tesis doctoral no creemos necesario entrar más detenidamente sobre el concepto del Household así para una mayor información remitimos a algunas de las siguientes referencias bibliográficas (Flannery y Winter, 1976; Wilk y Rathje, 1982; Wilk y Netting, 1984; Ashmore y Wilk, 1988).

actividades de mantenimiento, como marco donde hacer visibles a un mayor número de mujeres junto a sus producciones y contribuciones sociales y económicas. Con éstos objetivos iniciaron en 2003 un nuevo proyecto que llevaba por título “Aproximaciones al estudio de las mujeres rurales desde la cultura material: registros arqueológicos y etnográficos”. En este caso, decidieron realizar una estrategia inversa a la planteada en proyectos anteriores, que consistía en desarrollar una metodología arqueológica capaz de proporcionar claves de interpretación de la cultura material de una sociedad viva. Para ello resultaba necesario formular aquellas preguntas que fueran susceptibles de ser respondidas, primordialmente, desde el análisis de la cultura material, aún cuando dichas respuestas pudieran ser enriquecidas con la multiplicidad de fuentes disponibles para una comunidad en funcionamiento del siglo XXI. El objetivo de este enfoque era conseguir aportar una lectura diagnóstica de las actividades de mantenimiento, llevadas a cabo por un colectivo específico, las mujeres; y en un contexto socio-histórico determinado, áreas rurales de Europa occidental.

Con éstos mismos objetivos, han continuado desarrollando nuevos proyectos³⁰ de investigación que están permitiendo seguir profundizando en la caracterización de este concepto de investigación como es el titulado, “La interpretación de las prácticas femeninas: reflexiones sobre las dimensiones económicas y sociales de las actividades domésticas” desarrollado entre los años de 2006 al 2007, y con el que se pretendía establecer los costes sociales y económicos que suponía el desarrollo de actividades de mantenimiento para quién las llevaba a cabo; mientras que en la actualidad, continúa vigente, el proyecto “Los trabajos de las mujeres y el lenguaje de los objetos: renovación de las reconstrucciones históricas y recuperación de la cultura material femenina como herramientas de transmisión de valores”. Éste último tiene como objetivo cumplir con un de los deberes de la investigación, la difusión, y con una obligación de los estudios de mujeres en arqueología, la de-construcción de estereotipos de las figuras, imágenes e iconografía de mujeres en el pasado y en el presente. Así pues, una de las razones de ser de este proyecto de investigación es reproducir imágenes alternativas a las convencionales para proporcionar una reinterpretación de las actividades adscritas a las mujeres. Todas y cada unas de alternativas que se proponen en el marco de este proyecto de investigación están testadas arqueológicamente, históricamente, etnográficamente y contemporáneamente.

El desarrollo de este concepto ha permitido un avance espectacular en el conocimiento de las mujeres en época prehistórica, aunque su aplicación conceptual y metodológica puede realizarse en cualquier periodo histórico como podemos apreciar a lo largo de este apartado (Picazo, 2008; Rísquez y García Luque, 2008). Su definición y su bagaje teórico han sido objeto de múltiples publicaciones desde perspectivas ideológicas diversas (Picazo, 1997; Curia y Masvidal, 1998; Balaguer y Oliart, 2002; González Marcén y Picazo, 2005; Hernando, 2005b; Escoriza y Sanahuja, 2005; Pedro Michó, 2006; González Marcén *et al.*, 2007; González Marcén *et al.*, 2008) que han llevado, por ejemplo, al replanteamiento de ideas y conceptos tan asumidos como el término doméstico (Montón, 2000; González Marcén *et al.*, 2005) y el propio concepto de tiempo (González Marcén y Picazo, 1998; González Marcén, 2008). Asimismo, contamos con trabajos que no sólo engloban las actividades de mantenimiento en su esfera doméstica y cotidiana sino que trasciende al mundo funerario como reflejo de la identidad femenina (Aranda *et al.*, 2008; García Luque y Rísquez, 2006; 2008; Montón, 2008; e.p.) o, también casos de

³⁰ Ambos proyectos han sido dirigidos por la profesora Paloma González Marcén y han estado financiados por el Instituto de la Mujer y el Ministerio de Asuntos Sociales.

estudio específicos sobre asentamientos prehistóricos (Sánchez Romero, 2004; Alarcón García, 2005, 2006; Alarcón *et al.*, 2008; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p.; De Pedro, 2006).

Todo este trabajo que se viene desarrollando desde hace quince años en nuestro país, ha desembocado en el desarrollo de diferentes líneas de investigación cuyo denominador común, no es otro que el estudio y revalorización de las actividades de mantenimiento como producciones femeninas. Como apuntábamos hacíamos referencia anteriormente, esta línea de investigación se ha constituido principalmente como un método analítico de la Edad del Bronce. Sin embargo, es cierto que desde otros periodos prehistóricos e históricos se está llevando a cabo una gran labor en este sentido, teniendo en cuenta que una de las principales características de los trabajos femeninos es su transculturalidad. Así, aunque dichos trabajos queden fuera de nuestro marco-cronocultural haremos referencia a ellos, dado que en la actualidad constituyen una parte fundamental en los estudios de las actividades de mantenimiento. Así pues, y con el trabajo conjunto de investigadoras y estudios pormenorizados de nuestro país y del exterior, se están consolidando toda una serie de líneas de investigación que han tomado como objeto de estudio una o varias de las prácticas que definen las actividades de mantenimiento. Por supuesto, sin perder de vista en ningún momento, la interrelación existente entre ellas, que es fundamental si queremos obtener un estudio detallado de las sociedades del pasado.

Por tanto, encontramos líneas de investigación relativas a la adecuación y organización del espacio doméstico, a las **actividades de abastecimiento y procesado de alimentos** en el ámbito cotidiano (Brumfield, 1991; Hastorf, 1991; 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2002; 2005; Sánchez Romero y Aranda, 2005; 2008; Sánchez Romero, 2008b; Gifford-González, 2008a y b; Delgado, 2008a; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p.), donde destacan particularmente las actividades referentes a la molienda, trituración y preparación de harina (Meyers, 2002; 2005a y b; 2006) como las llevadas a cabo en las prácticas de comensalidad y ritualidad (Meyers, 2005c; Sánchez Romero y Aranda, 2005, 2008a y b; Sánchez Romero *et al.*, 2007; Delgado, 2008b; Delgado y Ferrer, e.p.).

Asimismo, han tenido especial trascendencia los estudios de las **actividades de gestación, crianza y socialización de individuos infantiles** que en la actualidad junto con la anterior línea de investigación, se han convertido en las de mayor empuje y difusión en nuestro país (Sánchez Romero, 2006, 2007a, 2007b, 2008b, 2008c). Muy próxima a esta línea de investigación se viene trabajando sobre las **actividades relativas a las prácticas curativas, higiene y cuidado del cuerpo** profesadas y recibidas en el marco del día a día (De Miguel, 2004; Alarcón García, 2007; Sánchez Romero, 2008c), así como en aquellos casos en que dichos trabajos trascienden desde la esfera cotidiana abarcando la esfera funeraria (Gilchrist, 2000; 2006; 2008). De esta manera, las actividades de mantenimiento, procuran el sostenimiento y el bienestar del conjunto de los miembros de un grupo social, desde su nacimiento y a lo largo de su ciclo vital, incluyendo su tratamiento para afrontar la muerte.

Además, como hemos podido comprobar en el análisis de la conformación de la definición de las actividades de mantenimiento, éstas también, incluyen el conjunto de trabajos que se relacionan con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo cada una de las prácticas que incorporan, tales como la manufactura cerámica (Rice, 1991;

Colomer, 2005), útiles de piedra o la producción textil (Sánchez Romero, 2002: 279; 2008b; Dommasnes, 2006; Mirón, 2007; Picazo, 2008).

Lo cierto, es que con esta línea de investigación y perspectiva estudio, se ha ampliado la gama de posibilidades en cuanto a lo sucedido en nuestro pasado, a la vez que ha demostrado y está demostrando que hay otros muchos capítulos e historias que contar además de las que nos han contado. Decimos esto, porque dichas actividades, a parte de las diversas formas de trabajo y conocimiento que representan, exigen y, al mismo tiempo, crean prácticas de relación social que tienen una dinámica, un tiempo (la cotidianidad) e, incluso, una organización espacial propia que es necesario estudiar y analizar y, no asumir y olvidar.

Por último, apuntar que esta valorización y desarrollo del campo de actuación de las actividades de mantenimiento, nos ha permitido un acercamiento a otros aspectos relevantes de la vida social, que representan la posibilidad de nuevas miradas a temas tales como la relación entre las prácticas de las mujeres y la resolución pacífica de conflictos (Mirón *et al.*, 2004, 2005; Sánchez Romero, 2007d) o la reflexión sobre la relevancia que tienen estos estudios para las mujeres en la actualidad (Vila, 2002; González Marcén, 2005; 2006). Reflejo de ello es que no sólo ha despertado un gran interés entre las investigadoras españolas sino que desde su origen se viene trabajando conjuntamente con otras investigadoras del ámbito internacional, dándose lugar a la conformación de una amplia red de investigación y relación, donde la puesta en común de diversos proyectos, investigaciones, pensamientos y reflexiones, han perfilado un gran concepto y una gran línea de investigación marcada por diferentes parcelas del saber femenino. Fruto de todo este trabajo, marcado por la crítica (e incluso en muchas ocasiones autocrítica) y la reflexión, se viene consolidando desde hace años con la celebración de encuentros, cursos, workshop, etc., cuyo carácter particular y concreto se han constituido como su máxima particularidad.

Nos referimos a la celebración de dos workshop centrados en una temática concreta, nos referimos al estudio y análisis de las actividades de mantenimiento. El primero de ellos responde bajo el título de “Mujeres y actividades de mantenimiento en tiempos de cambio”, organizado por las universidades Autónoma de Barcelona y Pompeu Fabra en Noviembre del 2005. El objetivo de este encuentro era dar un paso hacia delante en la consolidación de una de las líneas de investigación en torno al estudio arqueológico de las mujeres y sus ámbitos de expresión material más interesantes de la actualidad, como son las actividades de mantenimiento. Incidiendo, intensamente en su potencial tanto a nivel conceptual como metodológico, como ámbito de estudio donde no sólo podemos hacer visibles a los mujeres en los trabajos arqueológicos sino que también nos permiten ubicarlas en las sociedades prehistóricas a través de los estudios de la cultura material (González *et al.*, 2005). Uno de los valores principales de este encuentro, fue que permitió distanciarse e incluso escapar de la visión histórica de las actividades de mantenimiento y analizar su función social como sostenedoras de la sociedad en los momentos de cambio (Hernando, 2006: 130).

Continuando con el hilo conductor del workshop celebrado en 2005, dos años más tarde, en Noviembre del 2007 se convoca un nuevo espacio de reflexión y debate interdisciplinario sobre las actividades de mantenimiento. En este caso, el workshop se tituló, “Interpretar las prácticas domésticas. Reflexiones sobre el papel social y cultural de las actividades de mantenimiento desde la arqueología y la historia”. Su principal objetivo consistía en mostrar el papel fundamental que juegan las actividades de mantenimiento para la comprensión de las dinámicas vitales de cualquier comunidad (pasado, presente y

futura), dado que son parte integral de las acciones humanas y indisociables del resto de acciones y decisiones que afectan el desarrollo de las comunidades humanas a lo largo de la historia (González *et al.*, 2007b; 1-2).

Todas y cada una de las reflexiones, pensamientos y trabajos expuestos a lo largo de la celebración de estos dos Workshop han quedado recogidas en tres obras monográficas. La primera de ellas titulada “Dones i activitats de manteniment en temps de canvi” (González Marcén *et al.*, 2006), la segunda “Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities”, (González Marcén *et al.*, 2008), y por último en 2009 se publicó un monográfico referente a ambos Workshop titulada “Engendering social dynamics: The archaeology of maintenance activities” y editada por Sandra Montón y Margarita Sánchez (Montón y Sánchez Romero, 2009).

III. 3. CARACTERIZACIÓN DE LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO

Cada cultura y cada grupo social y humano, para su organización desarrollan toda una serie de mecanismos que tiende a *naturalizar* sus decisiones, pensando que son los únicos posibles y que se corresponden con normas universales. Esto ha sido particularmente evidente en las construcciones históricas de las relaciones de género que han determinado qué lugar ocupan hombres y mujeres en las sociedades, dando lugar a la dicotomía de mundo masculino y mundo femenino que con tanta frecuencia se ha asociado respectivamente con *cultura y naturaleza, público y privado*. Precisamente, dichas asignaciones están en la base de las discriminaciones o del lugar subordinado que se les ha asignado a las mujeres. El problema no reside en que dichas asignaciones no se hayan considerado sino que, se ha legitimado, creando una estructura idealizada y jerarquizada de la vida de los hombres y de las mujeres que ha terminado aceptándose sin necesidad de comprobación (Juliano, 1998: 14). Ésta es justamente la razón por lo que nosotras consideramos que es especialmente relevante la incorporación de la categoría de las relaciones de género en los estudios del pasado, porque podemos indicar que todas aquellas diferencias y disimetrías que se han establecido entre hombres y mujeres no son más que producto de construcciones históricas y sociales (y por lo tanto son dinámicas, construidas y mutables) y, son consecuencia del tan arraigado determinismo biológico e histórico y producto de la tradición y estructura patriarcal que ha dominado el discurso de nuestra historia y su consiguiente asimilación en nuestro presente (Juliano, 2001: 35).

Ha sido precisamente en este pensamiento de corte esencialista y biologicista, marcado por oposiciones y dicotomías binarias, en el que se han apoyado todos los presupuestos teóricos para justificar su consideración de inferioridad hacia las mujeres como grupo social y su consiguiente dominación como agente social e institucional (Valencia, 2001: 72). Desde el pensamiento feminista, con su crítica y análisis se ha conseguido analizar las bases teóricas de la discriminación de las mujeres y establecer cuáles han sido los mecanismos utilizados para conseguir la abrumadora acumulación de poder en manos de los hombres (Juliano, 2001).

En repetidas ocasiones a lo largo de esta tesis hemos indicado que una de las implicaciones de los estudios de las mujeres del pensamiento feminista, consistió en visibilizar a las mujeres en la historia. Para conseguirlo, se hacía necesario sacar a la luz las funciones que habían desarrollado en las diferentes sociedades históricas, enfatizando particularmente, la consideración obtenida y cómo el ostracismo había reinado en todo aquello que tuviese que ver o referirse con las mujeres, influyendo directamente sobre su construcción de la identidad y en sus experiencias vitales e históricas. Seguidamente, el pensamiento feminista pasó por toda una serie de etapas que han permitido plantear nuevos objetivos en las investigaciones de género y de mujeres. Éstas estuvieron centradas en un primer momento en un alegato directo cargado de denuncia y crítica al que le siguió otro mucho más interesado en destacar las estrategias reivindicativas femeninas, exponiendo claramente los ámbitos y esferas del saber de las mujeres como agentes sociales y sujetos históricos (Juliano, 2001: 42).

Estas nuevas visiones y perspectivas de estudio, centradas en las mujeres, comenzaron a buscarlas en aquellos campos de actividad asignados a los hombres, como puede ser la producción lítica o la metalurgia, poniendo en evidencia que tales

asociaciones no son tan rígidas como se pensaba (Sánchez Romero, 2005; Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2005; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p.). Paralelamente, se empezaron a visibilizar en aquellos otros campos considerados como exclusivos de las mujeres, bien por su tradicional asociación con la naturaleza o la biología, como eran los espacios y actividades denominadas como domésticas y privadas, ya fuese la maternidad y cuidados de los infantiles o la recolección, preparación de alimentos o en su posición de mediadoras y transmisoras de conocimientos y experiencias (Valencia, 2001: 73-74; Conkey, 2003). Los resultados de todas estas investigaciones que intentaban hacer visibles a las mujeres y colocarlas en el centro de sus investigaciones como agentes y sujetos sociales y de conocimiento, llegaban a un mismo punto, la historia de las mujeres había estado marcada por la indiferencia que provocaba el no reconocimiento de sus producciones y trabajos desarrollados a lo largo de la historia y por el victimismo con el que habían sido catalogadas, que llegó a definir las como el sexo secundario o invisible (Adovasio *et al.*, 2008).

El valor de estos trabajos consistía en sacar a la luz la situación real que han padecido las mujeres a lo largo de la historia, ocultadas, marginadas, subordinadas y desvalorizadas no sólo en sus tareas, actividades y funciones sino también en sus conocimientos, saberes y experiencias por el mero hecho de ser mujeres (Collins, 1997: 363; Harding, 1997). Así, pronto comenzaron a quedar en evidencia los pilares que sustentaban tales circunstancias y las mujeres comenzaron a dar respuesta a este comportamiento hostil, a través de una serie de pautas marcadas por sus señas de identidad que les permitieron desarrollar inteligentes estrategias de defensa y autovaloración (Juliano, 2001: 41-42; Sánchez Romero, 2008a: 95).

Entre dichos mecanismos están la negociación, la mediación, la persuasión o la conciliación, con los que consiguieron superar muchas de las trabas impuestas por la estructura social patriarcal (Sánchez Romero, 2008: 95). Pero, como ya hemos repetido en numerosas ocasiones, el proceso no ha sido (ni está siendo) nada fácil, porque la estructura social patriarcal ha continuado haciendo un uso negativo de estos mecanismos para proseguir despreciando y justificando la explotación y subordinación de las mujeres. Sin embargo, en los últimos años se ha producido un gran cambio, sobre todo en las mujeres, porque hemos comprendido que no necesitamos mirarnos en el espejo de los hombres para reconstruir nuestra historia ni revalorizar nuestro presente, es decir, las mujeres no necesitamos tomar como modelos de nuestras vidas las de los hombres, ni tampoco necesitamos tomar la *norma* masculina (actividades, trabajos, experiencias, saberes y espacios) como nuestra norma, porque nosotras tenemos nuestra propia genealogía como mujeres, dado que los referentes de nuestras historias y experiencias somos nosotras mismas (Sánchez Romero, 2008a: 95). Por lo tanto, la única manera de romper con la tradición anterior es buscar nuestros propios espacios, ámbitos de saberes, etc., en definitiva, nuestro mundo y nuestra historia.

Sin embargo, son precisamente todos estos mecanismos de negación, los que nos han constituido bajo una realidad común. Es decir, las mujeres, por el mero hecho de ser mujer (nos referimos exclusivamente a los rasgos biológicos), han compartido a lo largo de la historia, una determinada valoración y consideración que las han conformado como grupo y colectivo, marcadas por toda una serie de mecanismos y estrategias sociales y vitales que les han motivado a una experiencia histórica en común (Sánchez Liranzo, 2000: 501; Juliano, 2001: 51-56). Si bien somos conscientes que no

todas las experiencias protagonizadas por las mujeres son iguales, dado que por un lado, las mujeres de una misma sociedad no actúan de forma automática ni aislada sino que se interrelacionan entre ellas y otros sujetos e interactúan con el uso de los objetos que envuelven sus vidas y, por otro lado, porque cada cultura construye para sí misma unos sistemas de relaciones de género que no son extrapolables de una cultura a otra. Esto quiere decir que, dentro de la *singularidad* que existe en la historia común de una gran mayoría de mujeres, debemos respetar la *multiplicidad* que determinan otras categorías sociales, como son el estatus social, la etnia o raza, la edad, la religión, etc., las cuales quedan totalmente determinadas por el contexto social e histórico en el que viven (Martínez, 1996: 9; Sánchez Liranzo, 2000: 501). Esto no quiere decir que no podamos estudiar a una gran mayoría de mujeres, ya que éstas a lo largo de la historia han compartido una serie de ámbitos que las agrupa en un colectivo marcado por una serie de realidades que conforman su identidad como grupo y sus experiencias vitales e históricas.

II. 3.1. Aportes de las mujeres al desarrollo histórico, cultural y humano

La realidad de la que partimos para nuestra investigación, es que a las mujeres no siempre se les ha considerado ni reconocido su valor e importancia en el desarrollo de las sociedades. Sin embargo, pensamos y entendemos que las mujeres a lo largo del tiempo y del espacio, han ocupado, creado y constituido unos campos específicos de su acción social derivados de sus actividades, funciones y conocimientos adquiridos, lo que nos permiten investigar transhistórica y transculturalmente las tareas, los conocimientos y las visiones del mundo de un gran número de mujeres. Éstos los podemos agrupar en tres grupos o campos totalmente interrelacionados entre sí (Juliano, 2001: 51-58):

- ❖ **Elaboraciones culturales de la especificidad biológica** → Tareas relacionadas con la reproducción biológica
- ❖ **Asignación social de tareas** → Cultivo y preparación de alimentos; tareas de reproducción social
- ❖ **Posición social de mediadoras** → Lenguaje y comunicación; transmisión de tradiciones

a) Elaboraciones culturales de su especificidad biológica

Con respecto al primero de los ámbitos, si decimos que la única tarea, trabajo o actividad asignable a un sexo determinado es la reproducción, la actividad de gestar, cuidar, parir y amamantar, no estamos cayendo en ninguna falacia y tampoco en ninguna incoherencia, ya que es obra única de las mujeres, porque para cada una de estas acciones se requiere siempre a una mujer, aunque no sea la madre biológica (Escoriza y Sanahuja, 2001: 3). Esto implica la existencia de una maternidad biológica y otra social (Bolen, 1992: 49; Díaz-Andréu, 2005: 31).

Por ello, no extraña que la maternidad haya sido considerada como uno de los elementos definidores de las mujeres a lo largo de la historia de forma que, en numerosas ocasiones, su capacidad reproductiva ha sido el elemento fundamental en la construcción de su identidad de género (Sánchez Romero, 2006: 118) y, en torno a la cual se ha articulado, en gran medida, su función social, en el imaginario colectivo y su representación a lo largo de la historia. Ejemplo de ello lo encontramos en el mundo griego donde la función principal de las mujeres y esposas consistía en proveer a sus maridos de hijos legítimos, mientras que en el mundo romano, parir ciudadanos romanos, hijos de Roma, era su máximo objetivo (Martínez y Mirón, e.p.)

La maternidad, su valor y su control han sido objeto de fuertes debates, de reflexiones filosóficas, científicas, religiosas, a lo largo de la historia y, cómo no, han formado parte de los propios planteamientos feministas. Sin embargo, en pocas ocasiones se ha tenido en cuenta todo lo que supone a nivel individual para las mujeres el acto de la maternidad y la reproducción. Las mujeres tienen que pagar una serie de costes que no sólo se refieren al desarrollo de un mayor esfuerzo, trabajo, dedicación y cuidado de su propio cuerpo sino también de experiencias y adquisición de conocimientos, dado que durante el embarazo sufren toda una serie de modificaciones y cambios en sus cuerpos. Estas transformaciones marcarán en cierta medida el desarrollo de sus relaciones y sentimientos, no sólo con respecto al nuevo ser que verá la vida sino que amplíara este mismo tipo de relación basado en el *preocuparse por* y *cuidarse de* al resto de individuos que integran el grupo con el que conviven (Escoriza y Sanahuja, 2001: 244; 2005: 116; Sánchez Romero, 2006).

Así pues, las mujeres comparten una dimensión más amplia de su cuerpo que los hombres en base a diferentes razones fundamentales y básicas. Sólo su cuerpo tiene la capacidad de gestar vida, lo que les determina una manera de relacionarse vinculado con lo materno, pero que a la vez le provoca un sentimiento de miedo dada la vulnerabilidad de su propio cuerpo, pudiendo darse la posibilidad de ser agredidas sexualmente (Bocchetti, 1996: 71-84). A este respecto, la autora Gerda Lerner indicó que el control de la capacidad de reproducir de las mujeres y su sexualidad, han sido utilizadas como una de las primeras formas de represión hacia las mujeres a lo largo de toda la historia (Lerner, 1990). Ejemplos de ello los podemos encontrar a lo largo de toda la literatura española y europea del s. XIX, donde se especifica el abuso hacia las sirvientas por parte de los señores de las casas (en este caso se une una doble opresión, mujer y de clase baja, frente a hombre de clase alta) y como no, en la actualidad, la expresión máxima de la esclavitud femenina es el derecho a su uso sexual por parte del dueño.

A pesar de que la maternidad es una reproducción básica en el desarrollo de las sociedades, pasadas, presentes y futuras, la estructura social tradicional o patriarcal ha hecho uso de ella como un mecanismo más de discriminación sexual y social hacia las mujeres (Sanahuja, 2007: 58). De tal manera, muchos autores han utilizado la maternidad como mecanismos de justificación biológica de la construcción de la identidad de las mujeres en base a los vínculos creados y a las relaciones de dependencia que establece. Al respecto, Almudena Hernando en sus diferentes estudios sobre la identidad de las mujeres (Hernando, 2001; 2005), sitúa el origen de este tipo de identidad en las consecuencias derivadas de la pérdida de movilidad debido a los constantes cuidados que requieren las crías humanas, esgrimiendo a la maternidad como causa directa de la valoración de las mujeres. Su argumento radica en que las crías humanas son las más débiles del reino animal, producto de la prolongación de los

tiempos de crecimiento que se produjo en el género *Homo* hace unos dos millones y medio de años, lo cual supuso la prolongación del periodo fetal a veintiún meses aunque de los cuales, solo nueve son intrauterinos. De esta manera, los seres humanos nos convertimos en seres dependientes dedicados, básicamente, a permitir que nuestro cerebro alcance la mitad del tamaño que tendrá en la vida adulta (Domínguez Rodrigo, 1996: 157). Es, precisamente, esa necesidad de cuidado por parte de los individuos infantiles la que ha provocado la reducción de la movilidad de las mujeres, las cuales, tuvieron que articular nuevas formas de entender y organizar tanto el tiempo como el espacio en el que vivían, lo que terminó marcando de manera muy sutil, las primeras desigualdades entre hombres y mujeres y sus consecuentes valoraciones como seres humanos (Hernando, 2005: 83- 90). Esta vinculación de los sentimientos implicaba una asignación social general en las distintas culturas, según la cual, las mujeres se especializan en las relaciones humanas, mientras que los hombres se especializan en las relaciones con las cosas. Del primer ámbito nace la vida social y, del segundo, la tecnología. El problema ha existido en que la explicación histórica de las sociedades ha superpuesto la segunda sobre la primera, cuando ambos campos son cuanto menos, igual de importantes para proveer de los sistemas necesarios que aseguren la supervivencia de los grupos humanos (Juliano, 2001).

Por otro lado, la especificidad biológica de la maternidad no sólo consiste en dar a luz, sino que conlleva toda una serie de actividades y trabajos anexos, necesarios para mantener con vida a los niños y niñas que acaban de nacer y procurar su desarrollo. En base a esto, una tarea que desempeñan las mujeres desde el inicio de la humanidad, y que se conserva hasta nuestros días, es la crianza a través del alimento, el cuidado y la atención de hijas e hijos. Así lo dejaba claro Jenofonte cuando hablaba de la división de trabajos y espacios de hombres y mujeres, *ésta era una tarea natural y divinamente encomendada al género femenino, pues las mujeres sentían mayor cariño hacia los bebés y porque su cuidado se llevaba a cabo bajo techo y, (...) era tarea femenina a ellas les correspondía*³¹ (Martínez y Mirón, e.p.).

A pesar de las posibles manipulaciones, perspectivas y posicionamientos con los que se ha mirado (o se continua mirando), la maternidad y todo lo que ésta conlleva para las mujeres, lo que parece apuntar es que tanto en las sociedades prehistóricas como históricas las prácticas maternas fueron desarrolladas en la mayor parte de las ocasiones y, al menos, durante los primeros años de vida del individuo infantil, por las mujeres, debido al hecho fundamental que constituyen las necesidades alimenticias³² de los niños, conformando así uno de los principales ámbitos de actuación de las mujeres a lo largo de la historia (Sánchez Romero, 2006). Si bien, esto no quiere decir que los padres no participen en algún momento de la crianza de los hijos. Uno de los pocos ejemplos que encontramos en las fuentes clásicas es la mención realizada por Homero

³¹ Jenofonte, *Económico*, 7, 21, 24.

³² El amamantamiento, que encierra el periodo de lactancia de los neonatos, es necesario para su supervivencia, dado que su organismo en el momento de su nacimiento no está preparado para la ingesta de alimentos directos. Recordemos que esta actividad podría ser realizada tanto por la madre biológica o por otras mujeres pertenecientes al grupo o, como sucede en el mundo griego, por nodrizas, pero siempre son mujeres ya que son el único ser humano que tiene dicha capacidad.

en la *Ilíada*, sobre la actitud cariñosa que tenía Héctor con su hijo, Astianax³³ (Homero, 22: 499-514). Igualmente encontramos sociedades etnográficas actuales (los Arapesh de Nueva Guinea), donde tanto para hombres como para mujeres, el cuidado y crianza de los niños y niñas recién nacidos, es la tarea fundamental y entorno a la cual gira todo su desarrollo y entramado social. Entre este grupo humano, la cooperación, la solidaridad, la ternura y los sentimientos constituyen sus principales valores (Juliano, 2001). Curiosamente, nos estamos refiriendo a todos aquellos apelativos y calificativos con los que se ha designado la identidad femenina y a la vez todas aquellas características utilizadas como mecanismos para proveer su infravaloración. Debemos recordar que, a pesar del gran valor humano que supone el trabajo reproductivo de las mujeres, éste en la investigación y consideración histórica ha sido poco valorado tanto social como económicamente, inclusive no se ha considerado como trabajo sino calificado como un *rasgo* de las mujeres impuesto naturalmente (Tabet, 1986).

b) Asignación social de tareas

Por todo ello, podemos decir que este ámbito es el más obvio y coherente de actuación femenina dada la fuerte vinculación que tiene con su propio cuerpo y con su especificidad biológica, sin embargo, no es el único. Cuando estudiamos la asignación social de tareas y actividades en el pasado, siempre nos encontramos con una dicotomía, los hombres adscritos a la práctica de la caza mientras que las mujeres son vinculadas con el conjunto de tareas que engloban la recolección. Una mirada al registro etnográfico nos muestra la existencia de excepciones a esta rígida asociación como sucede entre los miembros de la tribu aborigen australiana Tiwi³⁴ (ocupan las islas Bathurst y Melville, del Norte Australiano), donde las mujeres son las encargadas no sólo de cazar los animales terrestres sino que también de la recolección mientras que, los hombres se dedican exclusivamente a la pesca (Goodale, 1971: 156-158); o entre los Alakalufes³⁵ (ocupan la zona media y sur del derecho de Magallanes), donde eran las mujeres las que dedicaban gran parte del día al marisqueo, para lo que se adentraban en el mar buceando y con un canasto en la boca, mientras que los hombres pasaban la mayor parte del tiempo en la playa, como centinelas, ataviados con su arpón y flecha dispuestos a realizar una caza eventual. Además es curioso que en este caso, donde el mar y su productividad formaba parte fundamental de su desarrollo, las mujeres fueran las únicas que sabían nadar, además de que cuando utilizaban las canoas (tanto hombres como mujeres) eran ellas las encargadas no sólo de remar sino también de dirigir el trayecto.

Aunque estos ejemplos nos sirven para remarcar que dichas asociaciones y asignaciones de tareas entre hombres y mujeres no son siempre tan veraces ni tan rígidas como nos han hecho suponer; lo cierto es que, entre ambas actividades, las mujeres siempre han sido asociadas con la recolección de alimentos y su procesado.

³³ Se trata de la única imagen en la literatura griega donde se observa a un padre en una tierna y cariñosa actitud hacia su pequeño (Homero, *Ilíada*, 22, 499-514).

³⁴ Un dato característico sobre esta tribu, es que las mujeres tienen que permanecer casadas antes de su nacimiento y hasta su muerte.

³⁵ Con respecto a esta sociedad etnográfica se puede encontrar toda la información referente a ella en la siguiente página web: <http://www.limbos.org/sur/alak.htm>.

Donde reside el problema es que en las interpretaciones históricas, la caza, como actividad masculina, ha sobrepasado todos los límites de su valoración como actividad esencial en el desarrollo y supervivencia de los grupos humanos, mientras que la recolección se ha considerado como una actividad meramente secundaria, carente de valor e importancia en la subsistencia de los humanos. Esto ha dado como consecuencia, no sólo una división sexual del trabajo sino también una división sexual del conocimiento marcado jerárquicamente por las producciones exclusivamente masculinas (Conkey, 1991: 100-101), así queda reflejado en el conocimiento de las sociedades, que basan su subsistencia en ambas actividades, son reconocidas generalmente como pueblos de cazadores-recolectores, anteponiendo la primera sobre la segunda, olvidándose que la mayoría de los alimentos subsistenciaros provienen de la recolección (Conkey, 1991; Juliano, 2001).

De esta manera, los posicionamientos tradicionales han pasado por alto la exigencia de conocimiento, experiencia, trabajo, esfuerzo, etc., que requiere esta actividad, dada la gran variedad de vegetales existentes en nuestra naturaleza. Es decir, en el caso de que las mujeres fuera o en la mayoría de los casos son (y en las sociedades etnográficas actuales son) las encargadas de llevar a cabo este trabajo, por ende, tenían que ser conocedoras de las propiedades y capacidades nutritivas de cada uno de los vegetales y frutos que recolectaban, así como las partes de las plantas que eran comestibles (raíces, tallos, hojas, flores o frutos) o cuáles directamente eran venenosas o tóxicas y también cuáles de estas podían ser consumidas pero restringidas a una preparación y cocinado determinado. Como podemos comprobar, el conocimiento que entraña esta práctica es equivalente a la caza dado que la producción de esta era enteramente consumible. Además, la recolección suponía e implicaban largas horas de trasiego por los lugares cercanos, conocidos, lo que además implicaba una marcada estacionalidad, que terminaba por originar un gran conocimiento en las mujeres no solo de las plantas sino también de sus ciclos vitales y características reproductivas. Lo que las situaría en un lugar privilegiado para el desarrollo de la agricultura (Juliano, 2001).

Como decimos, la asociación de las mujeres con la recolección sería la explicación más coherente para explicar el desarrollo de la práctica agrícola y la horticultura, dado que eran ellas las que tenían un mayor conocimiento y control de la propia naturaleza. Sin embargo, como todas aquellas actividades de mantenimiento cuando pasan a la esfera de la especialización, innovación e invención, las mujeres son apartadas y aparecen las figuras masculinas. Un ejemplo de ello lo encontramos en la explicación del nacimiento de la agricultura en el este de Estados Unidos (Wylie, 1999; 2001), donde dicho proceso ha sido explicado a través de las aportaciones y conocimientos de los denominados chamanistas (representados en las figuras masculinas), marcados por caracteres simbólicos y mágicos (Prentice, 1986; citado por Watson y Kennedy, 1991: 263) o bien explicada a través de la casualidad, carente de implicación humana, donde las propias plantas se domesticar así mismas (Smith, 1987) o directamente como una innovación propiciada por los hombres y expropiada a las mujeres (Conkey, 1991: 101). Sea cual sea la explicación o teoría utilizada para explicar el nacimiento de la agricultura, las mujeres siempre juegan un papel pasivo a pesar de que su vinculación con las semillas y con la recolección parece un hecho más que testado, tal y como ponen de manifiesto las informaciones etnográficas e incluso el sentido común. En el caso de los Aguaruna, grupo étnico de los Jíbaros que habitan en el Amazonas peruano, son los hombres los encargados de elegir el lugar y desmontarlo

para la ubicación de la chacra, pero en realidad son las mujeres las encargadas de su cultivo y mantenimiento (Hernando, 2005: 91-92).

Tanto las prácticas recolectoras como agrícolas se relacionan con otra serie de trabajos que generalmente también han sido asociados con los campos de actuación de las mujeres, la preparación de alimentos³⁶, el cocinado y el mantenimiento de los alimentos. A este respecto, parece que no tengamos que justificar la vinculación de las mujeres con la preparación de alimentos, más que nada porque la historia y la tradición, ya se ha encargado de justificar esta conducta, para lo cual no hay más que mirar quiénes realizan estos trabajos en el marco de la cotidianidad en la actualidad (Wallace-Hadrill 1996). Lo cierto es que la preparación del alimento en materia orgánica lista para ser consumida también fue todo un descubrimiento. Es decir, la carne puede consumirse cruda, sin embargo, nuestro aparato digestivo no está preparado para consumir vegetales y semillas directamente, sin pasar por un proceso de transformación, a excepción de la fruta. Así, la alimentación con granos, hojas, raíces y semillas sólo es posible si se transforma mediante la cocción, tostación etc. En este sentido, el descubrimiento del fuego, el cual se ha asignado al ámbito de la casualidad, lo cierto es que nuestras antepasadas hicieron un verdadero uso de él, consiguiendo con su mediación convertir cereales en harinas comestibles y otros productos vegetales, ampliando notablemente y de una manera decisiva la adaptabilidad y variabilidad alimentaria de los seres humanos y, por consiguiente, sus posibilidades de supervivencia (Juliano, 2001: 54-55). Este descubrimiento junto con la producción de recipientes, motivaron no sólo el desarrollo de nuevas prácticas alimenticias sino la aplicación de innovaciones tecnológicas que han caracterizado nuestras vidas.

c) Posición social de mediadoras

Estas actividades y su buen desarrollo, implican siempre la construcción y creación de redes sociales y humanas que frecuentemente asumen la forma de relaciones entre quienes prioritariamente profesan los cuidados y por quienes son recogidos. En su conjunto, son formas de interacción que generan formas importantes de comunicación y conexión de la vida social y se gestan, superponen, interconectan e interrelacionan con otras formas de relación. Precisamente, dado que de forma mayoritaria han sido las mujeres las que han realizado dichos trabajos, también les corresponden a ellas esta virtud de ocupar una posición social como mediadoras e intermediarias, en primer lugar, entre sus hijos e hijas, biológicas o sociales y, seguidamente con su entorno, la naturaleza y con el conjunto de objetos que intervienen en el día a día.

Estos mecanismos y la posición de las mujeres se ha incentivado con el uso del lenguaje y la comunicación oral, mecanismo a través del cual las sociedades prehistóricas carentes de escritura realizarían la transmisión de tradiciones, costumbres, conocimientos y saberes, necesarios para el desarrollo de un sin fin de trabajos básicos para la supervivencia humana (Juliano, 2001: 55). En esta posición de mediadoras, la memoria como grupo o colectivo ha jugado un papel esencial en el desarrollo de sus vidas, porque la memoria (como la memoria histórica) no sólo es colectiva y personal,

³⁶ En este punto sólo haremos referencia puntual a la vinculación de las mujeres con la preparación de alimentos como uno de los campos asociados con las producciones femeninas ya que a lo largo de esta tesis doctoral trataremos en profundidad este trabajo.

sino también subjetiva e individual, y se estructura a través del lenguaje, de las imágenes, de las ideas y experiencias que colectivamente comparten de generación en generación. Ésta, para convertirse en una memoria social debe ser transmitida y articulada a través de métodos de transmisión como pueden ser los discursos, rituales y el propio lenguaje del cuerpo marcado por las relaciones. Así pues, la memoria social es la expresión máxima de la experiencia compartida y colectiva que identifica a un grupo (ya sean de un mismo sexo o diferente), dándole sentido tanto a su pasado como a su presente y definiendo sus aspiraciones para el futuro (Fentress y Wickham, 1992: 25). La memoria social está íntimamente unida a la identidad personal y a la de grupo, ya que aunque la experiencia es la que forma la memoria y la identidad personal, los grupos son un marco estable para la identidad y la memoria, porque proporciona al individuo la estructura necesaria para que éstas se sostengan (Fentress y Wickham, 1992, recogido por Sánchez Romero, 2008b: 31-32).

La creación, la organización y el mantenimiento de lazos sociales y humanos conllevan una gran carga de creatividad en términos comunicativos, además de técnicas de enseñanza, de comunicación y conocimiento (Juliano, 2001), donde encontramos a muchas mujeres en una posición de mediadoras o intermediarias en la transmisión del conocimiento. Un ejemplo claro lo encontramos en su íntima y estrecha relación con los individuos infantiles desde que nacen y hasta pasados los primeros años de vida, entrando, posteriormente, en un nuevo periodo de la infancia marcado por el aprendizaje y la sociabilización, dado que tanto en las sociedades prehistóricas, históricas como actuales, la integración de los niños al mundo que les rodea se realiza a través de su educación, aprendizaje y enseñanza, campos que generalmente han estado y están en manos de las mujeres, sobre todo, en lo que respecta a las niñas.

Por todo ello debemos reconocer un gran aporte de las mujeres, como transmisoras de conocimientos y tecnologías. Estas pautas de conductas y comportamientos, los podemos encontrar no sólo entre las sociedades etnográficas actuales sino que también ha quedado reflejado en documentos etnohistóricos e históricos. Este es el caso de las mujeres aztecas, en México, donde las madres transmiten todos sus conocimientos a sus hijas en el arte de preparar las tortillas de maíz. Este trabajo, como veremos en apartados posteriores, se califica por ser un trabajo muy extenuante y laborioso, que implica fuertes inversiones de gastos de energía, tiempo, aplicación de conocimientos y saberes, conocimiento y uso de herramientas y útiles, producción y mantenimiento de los soportes necesarios para su desarrollo, como son los molinos, recipientes cerámicos, hornillos, morteros, hogares, a través de los cuales procesaban el maíz liberando la niacina de los cereales que los hacen compatibles con la digestión humana (Brumfiel, 1991: 237).

Íntimamente relacionadas con las tareas de cuidar, educar y velar por los hijos para mantener su desarrollo se encuentran las tareas correspondientes con la higiene, la salud y los cuidados. Los campos que conllevan estos trabajos son diversos, desde procurar la alimentación necesaria e idónea en cada fase del crecimiento de los infantiles, pasando por la fabricación de ropas u otros elementos relacionados con la dimensión más objetiva de los cuidados hasta el desarrollo de prácticas curativas, necesarias no sólo para mantener con vida a los infantes sino también para procurar unas mejores calidades vitales a las personas de más edad.

Estos trabajos, como los anteriores, también parecen estar en el campo de actuación de una gran mayoría de mujeres, así nos lo transmiten las fuentes escritas de las que disponemos las cuales nos muestran en la mayoría de los casos, mujeres nodrizas, encargadas de velar por la salud de los infantes, propiciando diversos cuidados para los que tenían nociones de puericultura y, a menudo, aparecen como auténticas expertas en fármacos y drogas, aunque no siempre eran efectivas, así como en ensalmos que podían seguir empleando cuando la criatura había alcanzado la edad adulta³⁷ (Martínez y Mirón, e.p.). Es más, esta actuación de las mujeres es una constante en nuestra sociedad, tal y como pone de manifiesto la propia antropología médica, quién ha apuntado que al estudiar el cuadro clínico de un paciente, se observa y admite que éste, con anterioridad ya ha recurrido a variados tratamientos realizados como parte de las prácticas domésticas, a partir de los cuales, han clasificado los síntomas e, incluso han realizado diferentes intentos por paliarlos con la intervención de medicinas caseras o fármacos con los que se tiene una experiencia previa. Como decimos, estas prácticas han sido una realidad durante toda nuestra historia y como en la actualidad, dada la intensa vinculación que las mujeres mantienen con los seres desprotegidos (sobre todo infantiles), se ha calificado nuevamente como una especialidad femenina, cargada de un alto nivel de conocimiento empírico el cual está marcado por la sabiduría que les da su experiencia como cuidadoras.

Sin embargo, como sucede en todos los campos importantes de desarrollo de la humanidad cuando pasan de su carácter de mantenimiento a la especialización, las mujeres son apartadas de ellas y acaparadas por los hombres, esto sucede con actividades como la molienda, la producción cerámica, la producción textil, entre otras y, también como no, con la actividad relacionada con la salud e higiene. Durante el siglo XVI en adelante, se produce la profesionalización de la medicina, lo que trajo consigo el desligamiento de las mujeres con estas prácticas. Este desligamiento entre el desarrollo de estas actividades y las mujeres ocasiona que, en muchas ocasiones, las mujeres, tanto en grupo como individualmente, no se beneficien de los resultados de estos avances, y podemos decir que en el caso de la salud e higiene, probablemente, éstas no sólo no se beneficiaron sino que además tuvieron que pagar, en la mayoría de los casos, un alto coste, incluso con su vida, dado que muchas mujeres sanadoras fueron acusadas de brujería y apartadas de este campo sin tomar en consideración la gran labor que durante milenios habían venido desarrollando, y la gran capacidad de reacción obtenida por su sabiduría y experiencia que, además, habían ido transmitiendo de generación en generación (Ehrenreich y English, 1990; Juliano, 2001; 55-56).

Relacionado intrínsecamente con estos campos o ámbitos de carácter prominentemente femeninos, podemos argumentar que las mujeres realizaron y realizan una gran labor como transmisoras de conocimiento, experiencias y saberes, traducidos en patrones culturales y conductuales determinadas del grupo social y humano en el que se insertan. Este aspecto es tan importante porque no sólo nos hace referencia a los comportamientos humanos y sociales, sino que también nos marca las pautas de las relaciones sociales, sistemas de cohesión del grupo o no, valores básicos que marcan cada sociedad o grupo humano, como también todo el conjunto de conocimientos, saberes y experiencias que ayudaran a generaciones venideras a su supervivencia y mejora de sus calidades de vida. En las sociedades prehistóricas, carentes de escritura, las costumbres, tradiciones y comportamientos se debieron transmitir por vía oral,

³⁷ *Himno homérico a Démeter*, 226-30; Eurípides, *Hipólito*, 507-513, 698-699.

costumbre conservada en la actualidad por muchas madres que ejercen como educadoras de sus hijas en las actividades básicas de la supervivencia humana. Dentro de las tradiciones o de la literatura oral (antepasada aún existente de la escrita) forman parte todo un conjunto de artes de convivencia, como son los cantos, música, danzas, etc. Estos elementos no sólo son fuentes de transmisión cultural sino también fuentes de conocimiento, expresiones de relaciones intra y extra-sociales, modos de vida, señas de identidad colectiva, etc. y, donde nuevamente encontramos un campo en el que, con mayor o menor capacidad, estuvieron presentes las mujeres.

Tras todo lo expuesto, no puede extrañarnos que en muchas culturas se considere que la sabiduría misma, en cualquiera de sus formas, era un principio femenino tutelado por diosas, como es el caso entre los griegos con Palas Atenea; Minerva entre los romanos o Sarasvati y Kundalini en los pueblos de la India. Todos estos ejemplos de la esfera mítica nos hablan de un reconocimiento temprano de las capacidades intelectuales de las mujeres, que ha medida que fueron conformándose las desigualdades sociales y discriminatorias entre hombres y mujeres, fueron cayendo en el olvido más absoluto o tomadas como actividades reconocidas como masculinas un buen ejemplo se halla precisamente, en una de las representaciones míticas más simbólicas para las mujeres, nos referimos a la diosa ateniense Palas Atenea, quién a través de sus símbolos (la lechuza y la doble serpiente) representaban la sabiduría. Sin embargo, estos mismos símbolos terminaron convirtiéndose y transformándose en insignias malignas relacionadas con la brujería y maleficios (Juliano, 2001: 53-54).

A pesar de las lecturas que se puedan verter sobre el conjunto de estos campos o, como nosotras hemos definido, sobre las actividades de mantenimiento humanas y sociales, lo cierto es que todas estas actividades comparten una serie de elementos, rasgos y características que las comporta como actividades fundamentales y necesarias para el desarrollo de cualquier sistema social, económico y político, ya sea pasado, presente o futuro. Porque comprenden todos aquellos trabajos que van desde el *conjunto de prácticas relativas al mantenimiento y cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad, así como las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional. Estos trabajos incluyen la preparación de alimentos, su distribución y consumo, la deposición o el almacenamiento. Además implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos (temporal o permanentemente) por razones de edad y/o enfermedad* (Picazo, 1997: 59-60). Además de todos aquellos otros trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo todo ese conjunto de actividades tales como la manufactura cerámica, útiles de piedra o la producción textil (Sánchez Romero, 2002: 279)

De tal manera, las actividades de mantenimiento se caracterizan por tener unos objetivos en común definidos por su indispensabilidad en cualquier grupo social y humano, dado que su principal función es mantener y posibilitar la reproducción social, humana y económica de los grupos humanos, lo que las convierte en las únicas actividades transversales tanto en el tiempo como en el espacio. Además, todas comparten una temporalidad marcada por la constante repetición y reiteración de acciones, lo que las convierte en actividades constantes, periódicas, puntuales, estacionales, etc., para las cuáles se necesita el empleo de tanto conocimiento adquirido o aprendido como la utilización y aplicación tecnológica. Es decir, cada una de estas actividades conlleva la aplicación de instrumentos determinados no sólo por el tipo de actividad sino también por el contexto socioeconómico en que se desarrolla. Sin

embargo, todos los instrumentos, herramientas, conocimientos y acciones primarias empleadas han sido asociados directamente con el ámbito de la cotidianidad y con las tecnologías domésticas y testadas, tanto etnográfica como etnohistorica y actualmente, con las tecnologías femeninas. Por lo tanto, podríamos decir que dichas tecnologías femeninas son uno de los núcleos tecno-sociales y simbólicos básicos de los grupos humanos. Unidas a todas estas razones, las actividades de mantenimiento también comparten, en la mayoría de las ocasiones, unos agentes sociales encargados de proporcionarlas y realizarlas, nos referimos a las mujeres y unos agentes sociales perceptores y beneficiarios de estos trabajos, el grupo humano donde se desarrollan. Así pues, debemos señalar que las actividades de mantenimiento, por su carácter social y humano, conllevan y desarrollan todo un entramado de relaciones, vínculos sociales y humanos.

Todo lo expuesto, puede resumirse del siguiente modo, las actividades de mantenimiento son iguales entre los diversos grupos sociales en cuanto a los objetivos que persiguen porque son indispensables en cualquier grupo social y humano. Dado que posibilitan la reproducción de los grupos humanos, de ahí su presencia constante y perdurabilidad en el tiempo y en el espacio. Se trata de una actividades que tienen una presencia constante, estacional, periódica, puntual, etc., con lo que su escala temporal es la cotidianidad y la micro-escala. Para su procesamiento requieren de la utilización de instrumentos y tecnologías pertenecen al ámbito de la cotidianidad, relacionadas directamente con las mujeres. Por tanto, las tecnologías femeninas fueron y son el núcleo tecno-social y simbólico básico de los grupos humanos, en todo momento los beneficiados de estas actividades son el grupo social, tanto hombres, mujeres, individuos infantiles e individuos seniles, de distintas categorías y estatus sociales, etc. Por lo tanto si las mujeres, son parte integrante de los grupos humanos, debieron participar en su desarrollo, por lo tanto, su asociación se puede rastrear tanto transtemporal como transcultural y transhistóricamente.

Precisamente, todos estos elementos, características y rasgos comunes de las actividades de mantenimiento son los que nos permiten examinarlas, estudiarlas y analizarlas a nivel transhistórico y transculturalmente. Sin embargo, aunque el armazón y funciones principales sean comunes a lo largo del tiempo y del espacio, es cierto que en su estudio también encontramos diferencias. Dichas diferencias son marcadas porque no olvidemos que cada sociedad o grupo social construye para sí misma un sistema de conductas, que la identifican y definen como grupo social determinado. El conjunto de estas actividad se interrelacionan no sólo con otras actividades o ámbitos de actividad (que varían en función de aspectos socioeconómicos, medioambientales, etc.) lo que originan su especificidad y singularidad como grupo humano, sino que dichos aspectos incidirán en los instrumentos y aspectos tecnológicos necesarios, creados para la consecución del proceso que conlleva cada una de las actividades de mantenimiento. Es decir, las actividades de mantenimiento están presentes en todas las culturas a lo largo del tiempo y del espacio pero, cada una de estas culturas y sociedades contienen sus propias particularidades y singularidades que intervienen en los aspectos y en el empleo de unos determinados instrumentos u herramientas específicos para su desarrollo, lo que también condiciona el tipo de relaciones y de vínculos que éstas engendrarán, aunque en esencia, estas precisamente son similares entre una cultura y otra y a lo largo del tiempo. Por lo tanto, podemos decir que sus diferencias están marcadas en cuanto a la relación con otros ámbitos de actividad y con instrumentos y acciones secundarios.

Si bien, lo que es una realidad y una constante, es que buena parte de los sistemas sociales y de conducta de las sociedades son recreados a través de la articulación de las actividades de mantenimiento (Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2002; Sánchez Romero, 2002; 2008a; Alarcón García *et al.*, 2008).

Llegados a este punto, pensamos cuáles han sido (y en cierta medida son) las razones por las que la historiografía general, tanto la sociología, antropología, pero sobre todo, la historia y la propia arqueología, no han reconocido el valor, la importancia vital de estas actividades para la supervivencia histórica. La respuesta es compleja y atañe diferentes aspectos que trataremos en el siguiente apartado. Sin embargo, en este momento sólo queremos subrayar que reconocer el valor de estas actividades así como a los posibles agentes sociales que las han llevado a cabo a lo largo de la historia y en la actualidad, propiciaría nada más ni menos que la caída del discurso de legitimación en el que se basa toda nuestra sociedad patriarcal y la posición de poder que han disfrutado no sólo los hombres sino también sus producciones (Hernando, 2006). Por ello, ante esto, la estrategia seguida queda muy bien reflejada en las palabras de la autora Dolores Juliano, *si conseguimos que determinados comportamientos humanos sean fijados biológicamente o naturalmente, conseguiremos garantizar su permanencia y estabilidad sin que el tiempo les afecte* (Juliano, 1998: 15), evitando así el desmoronamiento del sistema prefijado, establecido y legitimado a lo largo de nuestra historia.

III. 3.2. Las actividades de mantenimiento: valoración y consideración de los trabajos básicos de la vida cotidiana por la historia y la sociedad

Creemos que la manera más eficaz de relegar, negar y cancelar cualquier hecho, acción o persona es cuestionando y poniendo duda su valor. Consideramos que ésta ha sido una de las estrategias elegidas por la estructura patriarcal para infravalorar las actividades de mantenimiento y, por ende, a los agentes encargados de desempeñarlas, mayoritariamente las mujeres.

Es cierto, que en el estudio del pasado a través del registro arqueológico no encontramos ni rostros ni voces lo cual implica que no podemos vincular directamente las actividades de mantenimiento con las mujeres (Tringham, 1991; 1999), pero en la actualidad, sí que podemos asociarlas, ya que en una gran mayoría de las sociedades y culturas somos las mujeres las encargadas de realizar dichas actividades. Si a esta asociación le unimos la posición secundaria que han ocupado las mujeres en la investigación prehistórica e histórica, siempre enmascaradas por la figura y las producciones masculinas que han convertido su figura, esencia y producción en una sombra legitimada del olvido, quedando ambas relegadas al imaginario colectivo como arquetipos naturalizados (Gifford-González, 1993; Moser, 1998), no nos extraña que tanto las mujeres como las actividades de mantenimiento hayan quedado situadas fuera del *cambio* que legitima y que define nuestra historia.

Es un hecho que la historia y la Arqueología no ha reconocido el valor y las virtudes de las actividades de mantenimiento. Precisamente, ésta es una de las razones de ser de esta tesis doctoral. Si nos cuestionamos cuáles han podido ser las razones o motivos de dicha negación, rápidamente pensamos que se ha debido a su asociación y

vinculación con las producciones propiamente femeninas, sin embargo, nosotras pensamos que son precisamente las actividades de mantenimiento las que han sido pasadas por alto en el discurso y en la construcción histórica (que recordemos se ha realizado desde la óptica de todo aquello que implican los genes masculinos) que consecuentemente ha conllevado y provocado la invisibilidad de las mujeres como principales responsables de su desarrollo (Hernando, 2006: 116). Por tanto, si conseguimos revalorizar las actividades de mantenimiento, por ende, también lo haremos sobre las mujeres.

Así pues, abordamos esta investigación con la idea de acercarnos a la vida del pasado sin perjuicios presentistas ni asunciones generalizadas tratando así de dismantlar la invisibilidad de las mujeres y su trabajo, impuesta como herencia de la cultura patriarcal y asumida por las sociedades modernas y capitalistas, donde la figura masculina ha permanecido en el paso de la historia como el eje y el motor de la misma (Argelés *et al.*, 1991).

La investigación histórica y arqueológica (marcadamente positivista en nuestro país) han utilizado en el análisis y reconstrucción de nuestro pasado ideas preconcebidas, tomadas por la valoración actual y social que tienen el conjunto de las actividades de mantenimiento en nuestras sociedades modernas, dejando en el marco del olvido sus valores y virtudes para la supervivencia humana. Para conseguir este carácter de invisibilidad hacia las actividades de mantenimiento se ha hecho uso de parámetros estructurales propios de nuestras sociedades modernas (el tiempo y el espacio) que han conllevado a una consideración negativa tanto de los procesos de producción y mantenimiento como de las propias mujeres, dado que la mayor parte de lo que a su trabajo se refiere está marcado por una temporalidad determinada (cotidianeidad), mientras que el resto de actividades sociales son cuantificables a través del *tiempo mercantil*, el que se remunera y se cotiza. Sin embargo, las actividades de mantenimiento se escapan de estos parámetros porque el tiempo de dichos trabajos es tiempo vivido y cotidiano. El hecho de que se consideren rutinarias, reiterativas, estáticas, diarias, cotidianas las ha convertido por parte de la historiografía general en actividades carentes de aplicación tecnológica y conocimientos especializados adquiridos o aprehendidos, con ausencia total de cualquier pauta de experiencia y sabiduría. Por el contrario, nosotras pensamos que son precisamente estas características las que convierten a las actividades de mantenimiento en las únicas actividades transculturales, transtemporales y trahistóricas porque son indispensables, permanentes, perdurables y elementales para la supervivencia humana por lo que deben ser situadas como parte del conjunto de los movimientos sociales, económicos y políticos, ya que irremediamente éstas debieron influir y ser influidas por el resto de ámbitos, actividades y trabajos desarrollados en el conjunto del grupo y de cada sociedad (González Marcén *et al.*, 2007; Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009).

Así pues, la pregunta que correspondería en este momento vendría a recoger las palabras de la autora Almudena Hernando “¿Por qué la Historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?” (Hernando, 2006). La respuesta es compleja dado que no se puede dar en singular sino en plural porque son muchos los aspectos tomados como mecanismos de negación. Sin embargo, para esta autora la respuesta está sujeta al discurso de legitimación de la modernidad que ha marcado la historia, la individualidad y el cambio, mientras que las actividades de mantenimiento responden a otro discurso de legitimación marcado por el mito, propio de las sociedades pre-modernas o pre-

capitalistas que consiste, en la necesidad de vinculación al grupo al que se pertenece. Por tanto, mientras el resto de actividades comparten actuación con el discurso de legitimación de la modernidad, el desarrollo de la individualidad relacionado con el tipo de identidad desarrollada por los hombres (Identidad Individual); las actividades de mantenimiento actúan como trabajos que refuerzan los vínculos sociales y humanos, construyendo redes de supervivencia física y psíquica necesarias para el sostenimiento y supervivencia del grupo humano, en este caso relacionadas con la identidad femenina (Identidad Relacional) (Hernando, 2000; 2002; 2006).

Por ello, ante esto, las mujeres, a lo largo de la modernidad han ido desarrollando mecanismos diferentes que las acerca a la obtención del poder (tal y como es entendido tanto por la historia como los hombres, porque recordemos que hay diferentes formas de poder). Sin embargo, estos mecanismos no son los mismos que los utilizados por los hombres, ya que estos últimos carecen de los vínculos y de las relaciones, lo que ha llevado a las mujeres a desarrollar también una identidad personal e individual, pero con una diferencia, en el caso de las mujeres es mucho más completa y compleja, dado que es menos negadora y más coherente con las necesidades de nuestra supervivencia (Hernando, 2007).

Sin embargo, la construcción de este proceso tiene una explicación mucho más compleja e histórica que dicha investigadora explica de la siguiente manera. Conforme las actividades productivas, en nuestro pasado, fueron diversificándose y avanzando hacia la división de funciones y la especialización del trabajo, se fue generando una doble pauta: por un lado, aquellas no especializadas y recurrentes, limitadas a un espacio (el doméstico y privado y consideradas como exclusivamente femeninas) y, por otro lado, las especializadas, asociadas al poder y a la individualidad (que recayeron en manos masculinas). En consonancia con el aumento de esta división de funciones y especialización del trabajo se produce el desarrollo de la escritura (otra vez, principalmente, en manos masculinas) y poco a poco, determinados hombres del grupo comenzaron a ocupar posiciones distintas a los demás (comenzaron su individualización y la realización de actividades especializadas y cargadas de poder). Se trató de un proceso lento y gradual que con la llegada de la Modernidad y la eclosión de la Revolución Industrial (vinculada a la división de funciones y especialización del trabajo), supuso la sustitución del discurso de legitimación del mito por otro construido estructuralmente de forma diferente, nos referimos al discurso de legitimación histórico. Éste se caracteriza y organiza a partir del tiempo y del cambio, siendo las personas las que generan estos y no como designio divino (Hernando, 2006: 122-123).

De tal manera, las mujeres siguieron realizando aquellas actividades relacionadas con la no especialización, marcadas por las relaciones y la recurrencia, es decir, las actividades de mantenimiento son una representación de todos los rasgos estructurales de las actividades ligadas a la identidad relacional desarrollada por las mujeres (Hernando, 2005; 2006), englobando aquellas actividades no especializadas y no asociadas a los cambios sino a la recurrencia, lineales. En definitiva, que no implican el desarrollo de la individualidad sino que se asocian al sostenimiento de los vínculos y cohesión del grupo. Éstas están marcadas por un mundo cargado de relaciones intersubjetivas y no racionalizadas objetivamente, sino que son actividades impersonales y anónimas. Ante esto, esta autora llega a la conclusión de que la Historia y con ella las sociedades modernas (las personas y gentes) no han valorado a las misma ya que éstas se construyen con un discurso de bases opuestas a las que dan sentido a la propia

Historia, es decir, consiste en la contradicción estructural que existe entre la lógica y el orden de racionalidad que implica la Historia, en primer lugar, y los que implican las actividades de mantenimiento por otro lado (Hernando, 2005; 2006: 121-122). A pesar de que las actividades de mantenimiento son vitales y esenciales para el mantenimiento del grupo, al ser contrarias estructuralmente a las actividades asociadas a la individualidad y al poder, nunca han sido consideradas por la historia como objeto de estudio ni como pieza analítica en el conocimiento de las sociedades pasadas ni presentes, ya que si se hubiesen valorado histórica y socialmente se hubiese puesto en peligro el sistema establecido, prefijado y legitimado como propio de la modernidad.

La ruptura de los parámetros llegaría en la disciplina arqueológica con la entrada en escena de los posicionamientos teóricos post-procesualistas, en la década de los 80 y 90. A partir de este posicionamiento, comienzan a plantearse con fuerza la idea de que los/las profesionales e investigadores/as que estudiaban el pasado, habían ido construyendo una disciplina arqueológica, en la que solo tenían cabida y gozaban de interés científico aquellos elementos, rasgos o campos catalogados como importantes para el desarrollo de las sociedades modernas y capitalistas, como apuntábamos anteriormente, determinados por los valores de la Identidad Individual (Hernando, 2007). Nos referimos a campos como la especialización del trabajo y su industrialización, el dominio y el control tecnológico, el cambio cultural y el desarrollo económico y político, etc. Es decir, la arqueología se había erigido como eje central para *construir un discurso de legitimación de nuestra sociedad, representada en la Modernidad* (Hernando, 2006). De tal manera, la proyección positivista de la arqueología tradicional hacia el pasado no sólo legitimaba nuestra sociedad actual, sino que normalizaba la estructura patriarcal dominante en la historia y en la historiografía general, dado que ambas disciplinas (la arqueología y la Historia) entienden que la clave de la supervivencia es, precisamente, el cambio. Pero sólo aquel protagonizado por hombres. Ya que, tradicionalmente, éstos habían acaparado aquellos trabajos calificados como especializados, habían inventado y manipulado las novedades tecnológicas y técnicas o habían liderado y disputado las guerras (Hernando, 2007). Por contra, tanto las mujeres como sus producciones (actividades de mantenimiento), han quedado fuera de cualquier participación en los cambios sociales, históricos, económicos y políticos (Fernández Martínez, 2006), dado que no se ha considerado relevante explicar el coste humano que han provocado los grandes cambios tecnológicos y socio-económicos acontecidos (González Marcén, 2006).

Todas estas pautas o variables interpretativas han ocasionado una forma determinada de producir el conocimiento y, por lo tanto, una determinada concepción sobre el proceso y la producción histórica que se ha visto marcado por una serie de variables que han tendido a subdividir la vida en diferentes periodos, basados en aspectos tecnológicos, económicos y políticos, en definitiva lo que se define como macro-escala. Este hecho, queda patente en nuestra propia organización del tiempo en el pasado que tradicionalmente se ha dividido en grandes periodos prehistóricos como la Edad de la piedra, Edad de los metales; o históricos, como la Edad Media, Edad Moderna o Edad Contemporánea. En todos los casos observamos como siempre se ha elevado a categoría de explicación del cambio social las tecnologías y sus innovaciones, las macroeconomías y las políticas habitualmente relacionadas tanto con lo masculino como con el ámbito público (Conkey, 1991; 2003: 872-873; González Marcén, 2006; Alarcón García y Sánchez Romero, e.p.).

Esto ha dado como resultado por un lado, *un estudio de la prehistoria e historia caracterizado por variables macrohistóricas, un tipo de relato que resulta incompatible con la presentación de la imbricación de estos cambios con las acciones y vivencias humanas concretas, puesto que las personas son sustituidas por tendencias o factores sociales abstractos cuya caracterización se configura como objetivo de la investigación* (González Marcén y Picazo, 2005: 150); y, por otro, una reducción del número de temas a tratar, ya que se han pasado por alto otro conjunto de variables que jugaron y juegan un papel esencial en el desarrollo de las sociedades. No es menos cierto que, junto a estos cambios tecnológicos de amplio espectro, a los condicionamientos que suponen las variables medioambientales y a las estructuras geopolíticas que surgen en la Prehistoria e Historia, también existieron otro tipo de variables susceptibles de estudio y análisis los cuales jugaron y juegan un papel fundamental, además de marcar a todos los niveles, la dinámica histórica de los grupos humanos. Nos referimos a la organización social de la reproducción (biológica y cultural) (Sanahuya, 2000; Escoriza y Sanahuya, 2001), a las estructuras y las características de los espacios cotidianos y a las aplicaciones tecnológicas empleadas en la vida del día a día, tan necesarias para la supervivencia, como el consumo de alimentos, la higiene y adecuación de los espacios sociales, el cuidado, la salud, la sociabilidad, etc. En definitiva, todo el conjunto de trabajos que generan las condiciones necesarias para el desarrollo de la vida de un grupo social determinado. Todas ellas además son variables esenciales no sólo para entender la supervivencia sino para explicar el desarrollo de la vida y, en extensión, de la sociedad (González Marcén, 2006).

Como podemos observar, el conjunto de variables ignoradas son todas aquellas que tienen que ver con el marco de la cotidianidad y con las producciones femeninas. Es por ello que creemos necesario romper con la idea evolucionista de progreso de la historia, bajo la cual solo algunos avances técnicos o tecnológicos se han considerado como transcendentales para la historia de la humanidad (Sanahuja, 2007: 16-17).

Con todo esto, no queremos decir que debemos anteponer una escala sobre la otra (es decir, la microescala sobre la macroescala), ya que si lo hiciésemos estaríamos cayendo en el mismo error que criticamos. Sino todo lo contrario, como investigadores/as tanto históricos como prehistóricos tenemos el deber o el objetivo de conocer y entender la vida de nuestro pasado para así realizar una reconstrucción lo más veraz posible, por lo que para conseguirlo necesitamos conocer de forma conjunta tanto su escala macro como micro. Es decir, para llegar a entender aspectos conductuales, sociales y humanos (micro) de una sociedad, con anterioridad debemos conocer como ésta se conforma y funciona (a nivel macro). Esto quiere decir, que si queremos comprender las sociedades del pasado, debemos trabajar a nivel multiescalar (Conkey, 2001: 871).

Parece claro, que sea el enfoque que sea o el posicionamiento teórico con el que se aborden los trabajos de las mujeres, estos enfoques fueron, son y serán fundamentales para el sostenimiento y mantenimiento de todos y cada uno de los seres humanos, teniendo entre sus cometidos, el mantenimiento de los vínculos y la condición de la unión y cohesión, los cuales son vitales para conseguir el desarrollo tanto económico, social, cultural como político (Hernando, 2006). Por tanto, ésta última reflexión nos aporta una nueva característica de la magnitud relevante de estas actividades, que han sido el elemento estabilizador que ha permitido el cambio y con él, el desarrollo y evolución del grupo humano. Esta característica ha sido negada por la Historia y por los

diferentes posicionamientos históricos con el fin de invisibilizar la presencia de estas actividades, tanto en el cambio social como económico, político e ideológico.

a) Otros mecanismos de negación

a.1) Naturalización

En nuestro estudio sobre las sociedades pasadas encontramos fuertes mecanismos y variables asignadas que han sido legitimadas con el paso del tiempo y con la actuación especial de la estructura patriarcal, tanto en el marco de la interpretación como de la investigación histórica y arqueológica. En torno a este marco han girado las consideraciones acerca del espacio doméstico, el trabajo doméstico y la propia figura femenina. Sin embargo, cuando estudiamos sociedades pasadas (o presentes, etnográficas), no solemos tener en cuenta aspectos como que, cada cultura³⁸ construye y otorga sentido a las oposiciones identitarias que se construyen en su seno, incluyendo en primer lugar las construcciones de género. Por ello, si utilizamos el análisis de la cultura como texto legible y al que se le atribuyen significados, podemos llegar a entender cuáles han sido los mecanismos utilizados por las interpretaciones para llegar a construir una historia androcéntrica que resulta en primera instancia de la naturalización de comportamientos y conductas que, en realidad, son el resultado de complejas construcciones culturales y, por lo tanto, idealizadas e imaginarias (Juliano, 2001: 37).

Así pues una asociación muy común es la que ha relacionado a las mujeres con la *naturaleza* mientras que a los hombres los asocia con la *cultura*. Esta dicotomía ha perjudicado enormemente tanto nuestra percepción de la historia como de las ciencias sociales en general (Moore, 1991), dado que ha supuesto que las actividades de mantenimiento hayan sido consideradas como actividades humanas *naturales*, innatas a las características biológicas de las mujeres (Álvarez *et al.*, 1992; Colomer *et al.*, 1992; Picazo, 1997; Curia y Masvidal, 1998; Sánchez Liranzo, 1999; 2000; Montón, 2000; Alarcón García, 2005; Sánchez Romero, 2008a). Esto ha provocado que se perciban como improductivas y a ser asumidas como generales y establecidas por la propia condición humana, llegando incluso a ser atribuidas a la propia creación del mundo de Dios (imposición divina); éste en su creación del mundo, fijo o asigno unas actividades destinadas a cada ser humano, la mujer como cuidadora, apoyo moral y laboral y compañera, pero eso sí, siempre atada a la figura masculina, mientras el hombre era el productivo, al que había que cuidar y atender.

Esta idealización, se ha establecido y mantenido a lo largo del tiempo a través del aprendizaje infantil y difusión, como parte de los medios de comunicación e investigación (Conkey, 2001; 873), que han jugado (y juegan) un gran papel en la consolidación de los cimientos del discurso que fomenta una sociedad jerárquica y desigual, porque con este tipo de tradiciones lo que se consigue es conceptualizar las categorías sociales de las diferencias como naturales (Sánchez Liranzo, 2005: 459). Así, se constituye uno de los principios que sostiene la sociedad patriarcal, los trabajos

³⁸ La cultura está constituida básicamente por códigos que permiten hacer inteligibles las conductas (Juliano, 2001).

domésticos constituyen por excelencia el lugar natural de las mujeres, fundamentado por su cercana relación con la reproducción biológica (Peredo, 2003: 98). De tal manera, el trabajo doméstico es considerado como *no trabajo* (Peredo, 2003: 98) y la mujer, como *figura inactiva* (Carrasco, 1991: 20; 2001: 8; 2003a: 9; 2003b: 41).

Si bien, esta presunta y pretendida *naturalidad* de las conductas y actividades asignadas a cada sexo (mujeres y hombres, principalmente) ha sido cuestionada desde diferentes estudios y análisis antropológicos, los cuales han dejado en evidencia que dicha construcción únicamente responde a planteamientos esencialistas y biologicistas actuales y modernos, ya que muchas de aquellas conductas y actividades, que consideramos o calificamos como naturales, sólo responden a nuestra óptica del presente y a nuestra manera de entender el mundo. Por ello, solemos olvidar que cada grupo humano, cada cultura o sociedad construyen para sí mismas una serie de límites, conductas y comportamientos marcados por las relaciones de género (entre hombres y mujeres) Precisamente, estas relaciones no pueden ser asumidas sino analizadas, dado que varían de una sociedad a otra y de una cultura a otra, por lo que dichas asignaciones no responden a la realidad vital de un grupo determinado y, por lo tanto, pueden contravenir completamente las expectativas generadas dentro de nuestra propia cultura (Juliano, 2001). Así pues, ningún rasgo conductual responde a criterios biológicos, es decir, ningún trabajo, actividad, conducta, acción etc., son respuesta directa de los caracteres biológicos de los seres humanos sino que son consecuencia de todo el armazón y entramado de relaciones sociales y humanas respuesta de construcciones sociales y culturales.

a.2) Superando dicotomías: público versus privado/político versus doméstico

Uno de los principales objetivos de esta tesis doctoral es poner de manifiesto la relevancia de estas actividades a través de la investigación del amplio rango de tareas mayoritariamente desarrolladas por las mujeres, actividades que como ya hemos repetido, son básicas y elementales tanto para el desarrollo social como para el cambio generacional humano. Si bien, como ya hemos expresado en otras ocasiones a lo largo de esta tesis doctoral, ésta no es una tarea fácil, ya que tenemos que romper con una gran cantidad de presupuestos y asunciones androcéntricas, ideas preconcebidas, construcciones culturales y biológicas, actualismos, etc., que han tendido no sólo a mirar con gafas androcéntricas un grupo determinado de actividades sino también el espacio social donde se realizan por excelencia, calificándolo como doméstico e improductivo y, por extensión, el conjunto de actividades llevadas a cabo en ellos como domésticas y, por lo tanto, carentes de aplicación tecnológica y al margen de la especialización. Como consecuencia, las personas encargadas de realizarlas también han corrido la misma suerte, al no ser tomadas como objetos ni sujetos de investigación (Carrasco, 2001: 8; 2003: 17).

La mayoría de las consideraciones acerca de las mujeres y sus implicaciones en cada uno de los campos de la vida diaria (tanto pública como en la privada), son el resultado de una larga trama intelectual, teórica y metodológica llevada a cabo desde la tradición patriarcal. Ésta comienza con la utilización de dos parámetros básicos en la constitución de nuestra realidad, que nos definen como personas y forjan nuestro sentido de racionalidad, nos referimos al tiempo y al espacio. Precisamente, este último

concepto ha sido utilizado de forma brillante por la cultura patriarcal y lo ha convertido en un mecanismo de encasillamiento y definición hacia una parte de la población (Hernando, 2000: 32). El concepto de espacio ha sido impregnado de un carácter cerrado, inaccesible, marcado por toda una serie de implicaciones y consideraciones denigrantes en cuanto a su sentido y determinismo cultural. Ésta es la herencia de la que se ha hecho eco todo el pensamiento moderno que empapa nuestra historia y el resto de las ciencias sociales, convirtiendo a éste en un pensamiento etnocéntrico, egocéntrico y dicotómico (Sánchez Liranzo, 2005: 458). Ésta última apreciación, es la que ha calado hondo en la consideración diferencial de la vida de hombres y de mujeres, separando su espacio vivido y convirtiendo sus vidas en existencias no paralelas sino jerárquicas.

Desde los posicionamientos teóricos estructuralistas se ha abogado por el estudio de la organización del espacio a partir de la diferenciación binaria en base al género (Sørensen, 2000). De esta manera, se concretó, asumió y determinó la idea tradicional y antigua de la asociación de lo femenino como el sentimiento, la reproducción y la subjetividad, representado esto en la esfera doméstica, convertida así en el ámbito privado mientras que lo masculino era directamente asociado con la razón, la producción y, por supuesto, la objetividad que concedía el poder del reconocimiento social (Sánchez Liranzo, 2005: 458). Así, poco a poco se fue construyendo la asignación de lo privado como el espacio femenino y lo público como el masculino convirtiéndose en uno de los principales elementos de la construcción ideológica de las culturas mediterráneas desde la antigüedad hasta actualidad (Mirón, 2005: 337).

Sin embargo, esta dicotomía no es más que una construcción social y cultural (Curià y Masvidal, 1998: 230; Montón, 2000: 46), cuya aplicación en la investigación arqueológica habría que buscarla probablemente en el grado de inseguridad e incapacidad de visualización del género en el registro arqueológico (Sørensen, 2000), que curiosamente, para su elaboración, no se han tomado como referentes las actividades, experiencias y vivencias de mujeres y hombres, sino que ha sido creada bajo las premisas referidas del mundo masculino, tomando como base exclusiva al hombre, sus actividades públicas y privadas, concretando como privado aquel espacio donde el hombre desarrolla sus actos más íntimos y personales, todo el conjunto de sus prácticas no públicas. Así pues, el espacio social privado será tildado como tal desde el yo masculino (Montón, 2000: 46). ¿Pero, dónde está el otro yo, el femenino? porque el espacio social ya sea privado como público está integrado tanto por hombres como por mujeres y el conjunto de objetos y cultura material e inmaterial que los rodea.

Dentro de esta línea de interrogantes y pensamientos podemos recurrir a la obra de Soledad Murillo (1996), *El mito de vida privada. De la entrega al tiempo propio*. S. XXI. Esta autora expone dos acepciones respecto a la vida privada y a privacidad. En primer lugar, la vida privada de una persona, denominada como privacidad, consistirá en una voluntaria retirada que puede ser puntual o definitiva de un espacio social público para beneficiarse, disfrutar de un tiempo propio y para sí. Sin embargo, la segunda concepción sobre la privacidad, es entendida como una privación de uno mismo, de su persona y desarrollo como tal, vetándole su existencia a las demandas y necesidades de los demás, sumiendo en el olvido las suyas propias (Murillo, 1996: 16). Como podemos observar, la primera diferencia que establece es la libertad, para decidir, hacer, actuar y la última, la sumisión y encarcelación de la persona. En esta última es en la que se encuentran las mujeres y de la que se caracteriza su espacio y su acción (Montón, 2000: 48).

A partir del establecimiento y asentamiento de la dicotomía entre lo público y lo privado se creará una diferenciación sexual de las actividades y, por extensión, esto propiciará la jerarquización rígida de las actividades realizadas por cada uno de los individuos sexuados que conforman el grupo social (Montón, 2000: 47). Su consecuencia será que las actividades masculinas ocuparán los espacios públicos, cuyo carácter le concederá de por sí, el reconocimiento general y la valoración social como actividades trascendentales para el conjunto del cambio social. Por el contrario, las labores de las mujeres serán desarrolladas en el marco del ámbito privado o doméstico, por lo que sus actividades serán domésticas y, al contrario que las masculinas, éstas no gozarán del reconocimiento ni la valoración general ni social, ya que serán tildadas de intrascendentales para el grupo social y calificadas como denigrantes al ser consideradas como cotidianas, rutinarias y, sobre todo, como ya hemos apuntado, naturales (Benhabib, 1990: 134; Montón, 2000: 47; Carrasco, 2001; 2003). Esto desencadenará una consideración desigual, no sólo del espacio ocupado y determinado por el género al que se pertenezca, sino también un reconocimiento diferencial de las actividades llevadas a cabo en cada uno de ellos, que sólo ha servido para infravalorar todo lo que implicaría el modelo, las producciones y la identidad femenina (Guerra Palmero, 2000: 213), lo que nos lleva a realizar un análisis sesgado de nuestro pasado, basado fundamentalmente en la proyección de una de las tantas ideas androcéntricas contemporáneas.

Esta dicotomía basada en la diferenciación binaria de los sujetos ha sido el blanco de diferentes críticas, sobre todo, por parte de antropología que la ha calificado como reduccionista en la representación de las relaciones de género (Rosaldo, 1980; Moore, 1988; Curiá y Masvidal, 1998). Si bien es cierto, también ha tenido sus defensoras/es desde el propio feminismo, que han utilizado este modelo para exponer la posición de las mujeres en las sociedades actuales, calificándolo como un modelo de aplicación universal bajo el que se puede estructurar la vida humana. De todas formas, ha sido un apoyo con matizaciones, porque desde el propio pensamiento feminista se ha expresado la necesidad de eliminar la carga androcéntrica tradicional que conlleva no sólo esta dicotomía sino su propia definición (Rosaldo, 1974; 1980; Ortner, 1974). Bajo otra óptica diferente es significativa la aportación de M. I. Young, quién no niega la distinción entre lo público y lo privado, pero eso sí, la división social entre la esfera de lo público y la esfera de lo privado (Young, 1990: 114),

Aún así, desde la mayoría de las posturas teóricas feministas se asumió como un objetivo primordial el descubrir el carácter ideológico que hay detrás de dicha dualidad, comenzándose a poner de manifiesto el conjunto de prejuicios androcéntricos que contaminaban directamente la mayoría de las descripciones, interpretaciones y explicaciones tanto de nuestro pasado como de nuestro presente (Sánchez Liranzo, 2005: 458). A pesar de ello, hoy por hoy, se sigue manteniendo dicha dicotomía, sobre todo, en lo referente a los estudios y análisis de las sociedades del pasado, aunque existen diferentes matizaciones en cuanto a su aproximación, principalmente, desde los propios posicionamientos feministas:

- ❖ *Quienes han mantenido la idea de lo público-privado pero negado su identificación mecánica y universal a la asociación con hombres y mujeres, negando la asociación público-masculino, privado-femenino-doméstico. Esta*

posición ha puesto de relevancia las actividades extra-domésticas realizadas por las mujeres.

- ❖ *Quienes han atacado la independencia de esos dos planos de actuación.* Estas críticas han sido más contundentes, argumentando que la acción humana está caracterizada por un amplio abanico de prácticas, pero es absurdo identificar algunas de ellas, precisamente, las que tradicionalmente se han definido como domésticas como carentes de repercusión pública. Como empezó a apuntar la crítica feminista de los años sesenta y setenta, lo personal (privado) es también político, lo doméstico es también público, tal y como señalaba Young en 1990, (Bender, 1967; Oakley, 1974; Yanagisako, 1979; Moore, 1988; Cowan, 1989; Young 1990; Sciama, 1993; Montón, 2000: 47-48).

Este último argumento resulta muy interesante analizarlo, porque tal y como expresa la investigadora Sandra Montón, continuamos cayendo en un grave error, sinonimizar doméstico y privado (Montón, 2000: 48). Generalmente, lo doméstico se sitúa al lado de lo privado, cuando en realidad tanto lo público como lo privado deberían ser adjetivos de lo doméstico, dependiendo de la relación entre los mismos y del contexto social particular en el que se ubique (Sciama, 1993).

Por todo esto, creemos necesario terminar con la mencionada dicotomía, ya que realizar análisis e interpretaciones basadas en ella conlleva una serie de problemas. El primero de ellos, sería que como todas las oposiciones estructurales, las diferencias entre lo público y privado convierten necesariamente las transformaciones dinámicas de los grupos sociales en estáticas, lo que impide observar los cambios en los procesos históricos a través de los cuales cambian los sistemas sociales. Por otro lado, basar nuestro análisis en una dicotomía binaria, nos condiciona en la valoración de nuestras interpretaciones, teniendo en cuenta que se trata de una construcción cultural de nuestra sociedad capitalista-moderna europea, dominada por nuestra idea androcéntrica del trabajo productivo y remunerado (Yanagisako y Collier, 1987: 19-25; Gero y Conkey, 1991: 11-14; Tringham, 1991; Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Curià y Masvidal, 1998: 230). En tercer lugar, porque un espacio privado puede pasar en cualquier momento a formar parte del espacio público y viceversa, lo cual quiere decir que no están regidos por parámetros constantes ni rígidos (Sørensen, 2000). Y, por último, porque si de hecho, hay alguna faceta poco privada, ésta será la ocupada tradicionalmente por las mujeres y sus actividades, que son constantemente relacionales y personales (Rosaldo, 1974; Murillo, 1996).

Por supuesto, esta asociación, mujeres y ámbito privado y la designación natural de privado como doméstico ha supuesto toda una serie de mecanismos no sólo de negación hacia las propias producciones femeninas y su figura sino también de encasillamiento de ambos aspectos, lo que ha provocado que la historiografía general y tradicional histórica haya obviado todo aquello que tuviese que ver o catalogarse bajo este concepto. Así, tradicionalmente, el espacio doméstico ha sido considerado como el lugar de actuación propia de mujeres e individuos infantiles constituyendo un sistema asociativo entre el espacio, la actividad y el individuo (Montón, 2000: 46; Curià y Masvidal, 1998: 230). Como hemos visto, el espacio privado ha sido calificado y definido como doméstico, término que también se ha utilizado para denominar el conjunto de trabajos que se llevan a cabo en este espacio.

Muchos autores mantienen que se trata de una confusión asociativa de larga duración desde el siglo XVII hasta la actualidad (Montón, 2000: 46), pero bajo nuestro punto de vista, no se trata de una confusión sin más, sino más bien de una concepción construida de larga tradición que habría que buscarla en la construcción ideológica de las culturas mediterráneas (Arendt, 1993; Mirón, 2005: 337). En la Grecia antigua, ya era considerado el espacio natural de las mujeres el interior del *oikos*, mientras que en el caso de los hombres, era la ciudad, el espacio público (Mirón, 2005: 338). Esta conceptualización de la ocupación del espacio y su naturalización como espacio exclusivamente femenino es tal, que los ideales de la casa llegan a simbolizarse en la figura de las mujeres, en su persona, que se recrea en una expresión griega como es el adverbio: *oikon u oikade* (el cuarto de las mujeres) (Mirón, 2005: 340). Esta conexión es tan importante en el mundo Homérico, que la figura femenina representaba al *oikos* del marido. Esto queda patente en la historia de los diversos pretendientes que tuvo Penélope, los cuales querían apoderarse del *oikos* de Ulises (esposo de Penélope) a través de contraer matrimonio con ella (Mirón, 2005: 340).

De esta manera, la esfera doméstica ha sido encarnada como un espacio físico construido (marcado por límites construidos y fijos), recogido en el concepto de “casa” que comienza a ser objeto de interés a partir del desarrollo de la arqueología espacial (Montón, 2000: 49). Aunque es un debate amplio y de larga tradición en la literatura arqueológica, nos limitaremos aquí a aceptar la definición de casa como el espacio donde se negocian, interrelacionan y tiene lugar las prácticas sociales. El ámbito donde se producen las relaciones entre hombres y mujeres y donde aparecen los objetos envueltos en las diferentes actividades desarrolladas en estas áreas (Tringham, 1999: 106; Montón, 2000: 49; Sørensen, 2000).

Teniendo en cuenta esta definición, nuevamente, nos vuelve a sorprender, como la tradición arqueológica, como ciencia social que cuenta con la metodología y teoría necesaria, no ha prestado la atención suficiente a estos espacios y ámbitos. Probablemente, esto se deba a que se han considerado como un ámbito que carece de poder explicativo (Montón, 2000: 49). Sin embargo, esta consideración está fuera de lugar ya que la relevancia de estos contextos radica, precisamente, en su carácter relacional, como espacios vividos y creados por individuos de diferente sexo, edad, estatus, etc., que con su uso, decisiones, relaciones, etc., les confieren un verdadero significado y consiguen su definición social (Bourdieu, 1977; Curia y Masvidal, 1998; Sørensen, 2000). Concretamente, es en estos espacios o en estos espacios es donde se estructuran y reproducen las rutinas esenciales de la vida diaria (Richards, 1990: 113), se organizan conductas políticas, económicas y sociales de vital importancia (Hendon, 1996: 47); se manifiestan las diferencias de género, sexo, edad y estatus; se establece el nexo de relación entre generaciones junto con el entramado de las relaciones sociales y de género (Gilchrist, 1999: 100; Sørensen, 2000). Por tanto, estos son marcos de reproducción y manipulación de las identidades sociales y parte de ese soporte físico donde se llevan a cabo las actividades de mantenimiento (Alarcón García, 2005; 2006: 90).

Aunque, por regla general, todos/as las investigadoras/es que nos dedicamos al estudio de las actividades de mantenimiento estamos de acuerdo en que dichas actividades configuran el espacio social del grupo doméstico en el marco de la cotidianidad (González y Picazo, 2005: 144), creemos necesario superar la yuxtaposición utilizada entre *doméstico* y *público* (Moore, 1991: 38) ya que, el espacio

cotidiano del grupo (en el que tienen cabida el conjunto de las actividades de mantenimiento) debe ser estudiado como un medio ilimitado, tanto conceptual como físicamente, porque todo el conjunto de acciones diarias, cuya función no es otra que asegurar y garantizar el mantenimiento del grupo, pueden tener un espacio físico de desarrollo que va mucho más allá de un espacio físico construido y delimitado. Normalmente tendemos a limitarlo a la idea de casa o contexto doméstico y, si bien, se puede (y en realidad lo hace) extender a todas las áreas de su entorno, en otras áreas frecuentadas y habitadas (González Marcén y Picazo, 2005: 144).

Por todo ello pensamos que una de las tantas razones o mecanismos utilizados por parte de la investigación histórica y arqueológica para no valorar las actividades de mantenimiento ha sido su constante y, a la vez, errónea vinculación y encasillamiento con el espacio doméstico, pasándose por alto que dichas actividades se caracterizan por ser multiespaciales. Esto quiere decir, que pueden ser desarrolladas en diferentes espacios sin tener que estar sujetas a un espacio específico, limitado y limitador, aunque es cierto que determinadas actividades, como la preparación de alimentos que necesitan de unas mínimas estructuras, suelen estar representadas en espacios determinados. Si bien, éstas tampoco son rígidas en su establecimiento y ubicación (Pallarés, 2000: 74; González Marcén y Picazo, 2005; González Marcén, 2006). Con esto, no queremos decir que las actividades de mantenimiento no tengan lugar en los espacios domésticos, sino todo lo contrario. Pero, lo que si debemos criticar, es el mal uso que se ha hecho de esta asociación, cuando en realidad la dimensión espacial de las actividades de mantenimiento es mucho más amplia que el propio espacio doméstico, ya que abarca al conjunto del grupo social y, por lo tanto su acción y actividad, impregna cada uno de los espacios, rincones, estancias, zonas de comunicación etc., presentes en una sociedad.

Precisamente, esta característica multiespacial de las actividades de mantenimiento fue el punto de partida para su definición como tales, dejando de lado el concepto de doméstico como término para designar los trabajos de las mujeres. Como hemos expuesto en párrafos anteriores, la asociación o vinculación entre doméstico y privado ha conllevado toda una serie de sesgo negativo, utilizado como adjetivo androcéntrico y despreciativo por parte de la investigación histórica en general. Esta situación ha originado que el concepto *doméstico* no haya gozado de las simpatías de diversas investigadoras dedicadas al análisis de las mujeres en las sociedades prehistóricas (Tringham 1991; 1999; Montón, 2000: 53), ya que su acepción más profunda, conlleva una calificación peyorativa de las actividades, presumiblemente, desarrolladas por las mujeres, calificándolas como naturales e infravalorándolas y negándoles su importancia histórica (tanto por su relación con las mujeres como por los espacios en los que se asocia) y actual (Montón, 2000; Sánchez Liranzo, 2005).

Tradicionalmente, los espacios domésticos se han contemplado con una doble consideración: en primer lugar, se ha simplificado su contenido mediante asunciones universales de lo que los caracteriza, normalmente a través de oposiciones binarias, privado-público, sucio-limpio, pasivo-activo (Hodder, 1990; Gilchrist, 1997). Todo ello a pesar de que la antropología y la etnografía nos están hablando constantemente del potencial que tienen actividades tales como la preparación de alimentos o la organización del espacio doméstico para entender cómo se están articulando estas relaciones de género. La segunda de estas consideraciones consiste en que estos trabajos, por simple translación de situaciones contemporáneas, han quedado relegados a la marginalidad y tratados como actividades de escasa importancia, apareciendo en la

investigación en un segundo plano, tanto en su aportación social como económica, y en la mayoría de las ocasiones, limitados a un tratamiento descriptivo y cuantitativo. Por todo ello, creemos sumamente importante reflexionar sobre el significado de espacio, tiempo y trabajo doméstico, porque el calificativo y término doméstico, como estamos viendo, es un concepto confuso, con un sesgo negativo y, como otros tantos que utilizamos en la descripción e interpretación de las sociedades prehistóricas, está cargado de ambigüedad (Sánchez Romero, 2008a: 94-95).

Esta razón, junto con el hecho de que el abanico y el campo de actuación de las actividades de mantenimiento es mayor que el de las normalmente consideradas domésticas, fueron las razones por las cuales se decidió construir una nueva categoría de estudio y análisis de las producciones femeninas, cuya idea fundamental era nombrar cosas conocidas de forma diferente, depurando así su significado y reclamando su valor. Sin embargo, es cierto, que desprenderse del concepto de doméstico es una tarea muy difícil, sobre todo, porque en nuestras sociedades modernas hay muchas mujeres que se sienten identificadas y definidas tanto en cuanto a sus actividades, sus experiencias y sus tiempos, además de que muchas de las propuestas de conciliación de la vida laboral y familiar que se presentan, dependen, precisamente, de la valoración de este concepto. Por tanto, las opciones pasan por una nueva reelaboración del concepto y de su significado, y volverlo a llenar y dotar de contenido pero, por supuesto, depurándolo (Montón, 2000: 53; Alarcón García, 2005; Sánchez Romero, 2008a: 94-95).

a.3) Juegos de palabras: trabajo versus labor

Evidentemente, otro de los obstáculos que debe superar el concepto de actividades de mantenimiento es el *actualismo* tan imperante en nuestra idea del pasado y que aplicamos en nuestras interpretaciones sobre estas sociedades. En el estudio de la prehistoria utilizamos conceptos actuales extrapolados al pasado, sumidos por toda la carga semántica de la actualidad, como ocurre con el concepto de “doméstico”, pasándose por alto que estamos en marcos espaciales y temporales diferentes y estudiando a grupos humanos de complejidad socio-cultural y económica que nada tiene que ver con la nuestra. Esto está determinado debido a que se suele la idea equivocada de que los conceptos son neutrales, inocuos e independientes al contexto socio-histórico en el que se crean. Sin embargo, estamos muy equivocados, ya que cada concepto construido en el presente, forma parte de este contexto-histórico. Por lo tanto, ha sido creado como producto de reacción generado por las relaciones sociales que marcan hombres y mujeres y objetos (Durán, 1986: 19).

Precisamente, esta idea equivocada es lo que ha ocurrido con dos conceptos utilizados aparentemente como sinónimos pero que en realidad su función ha sido diferenciar y anteponerse uno sobre el otro, nos referimos como no, al concepto de trabajo, con el que se han calificado todas aquellas actividades desarrolladas por los hombres, mientras que en el caso de las actividades de mantenimiento o producciones femeninas han sido catalogadas como *labores* o *labores domésticas*, que en la actualidad tiende a cambiarse por el término *ama de casa*. Esto significa continuar manteniendo similares connotaciones o, en algunos casos, empeorando la valoración social de las mujeres que son quiénes de forma mayoritaria las realizan (Durán, 1986: 31). Todos estos conceptos han sido asumidos a lo largo del tiempo y entre las culturas

y sociedades, hasta tal punto, que en nuestra sociedad moderna, capitalista y occidental, una mujer que trabaja exclusivamente en el ámbito doméstico se identifica con dichas conceptualizaciones interiorizadas como parte de su identidad, encarnadas como parte primordial de su funcionalidad social y económica.

Por ello, entre los mecanismos de negación cabe preguntarse el por qué de su denominación como labor o labores y no como actividades de mantenimiento y producción, lo que ha implicado su no consideración como *trabajo*³⁹. Curiosamente, respecto a éste último concepto, a pesar del gran valor y reconocimiento social del que goza, hoy por hoy no hay consenso en una definición aceptable sobre el mismo (Carrasco, 2005: 1), aunque su acepción más común es *la aplicación de un esfuerzo mental o físico para obtener un fin determinado* (Durán, 1986: 31). Esta noción es heredera de los principios que fijaron los economistas que hace doscientos años pusieron los cimientos teóricos de lo que en adelante sería considerado objeto de la propia economía, como objeto asalariado y valor de cambio (García Sainz, 2002: 140). No obstante, autores como J. Gershuny, R. E. Pahl y E. Mingioni, ya han planteado la necesidad de formular una definición de trabajo coherente y acorde con la realidad social actual en que vivimos (Gershuny, 1987; Pahl, 1991; Mingioni, 1993). Si bien, pensamos que aún como fuere y utilizando la definición anterior, el trabajo de las mujeres, ya sea doméstico o extra-doméstico, debería haber formado parte de esta acepción (Durán, 1986: 31).

Ateniéndonos a esta definición universal, nosotras pensamos que este término o concepto (trabajo) engloba cualquier actividad que implique gasto de energía y de tiempo cuyo fin está encaminado a la obtención de algún objetivo primordialmente social. Por lo tanto, consideramos trabajo a toda aquella actividad social realizada tanto por hombres como por mujeres. *Por un lado las de las mujeres sería una producción tanto de cuerpos como de objetos y mantenimiento tanto de sujetos como de objetos, mientras que en el caso de los hombres, estarían relacionados exclusivamente con las prácticas políticas e ideológicas. Sin embargo, ambos trabajos están orientados a la reproducción de la sociedad, manteniendo las mismas condiciones de las relaciones sociales* (Castro *et al.*, 2002: 3). Este hecho no ha sido considerado por la mayoría de las interpretaciones históricas, y se ha optado por olvidar que los trabajos de las mujeres son útiles y básicos para el mantenimiento de la vida. Es decir, por un lado crean nuevos seres como parte de la reproducción que serán los que prosigan con el desarrollo social y económico (que mayor producción), y a la vez, tanto a éstos como a los ya existentes, los dotan de una vida mejor proporcionándoles los cuidados y actividades de mantenimiento⁴⁰ necesarios para su sustento y supervivencia (Picazo, 1997; Castro *et al.*, 2002).

A pesar del visible valor de este conjunto de actividades de mantenimiento que, generalmente, son asociadas a las mujeres, la historia no ha reconocido su valor social en cada uno de los contextos históricos y sociales donde se han desarrollado, lo que nos lleva a plantearnos, tal y como expresa Dolores Juliano (1992), que *no es que las mujeres hagamos cosas poco importantes, sino que formamos parte de una sociedad*

³⁹ La palabra trabajo proviene del latín *tripaliare*, que significa “torturar” (Durán, 1986: 31).

⁴⁰ Nos referimos como no a la preparación de alimentos, creación y cuidado de la vestimenta, cuidado y limpieza del hogar y por supuesto toda una gama de cuidados subjetivos caracterizados por la dimensión más afectiva.

que cataloga como poco importante cualquier cosa o actividad que hagamos las mujeres (Juliano, 1992). Esta reflexión nos plantea una importante preocupación, y es que como historiadores/as e investigadores/as, tanto del pasado como del presente, no somos conscientes de que nuestras definiciones y conceptos están determinados claramente por nuestro contexto socio-histórico (Sánchez Liranzo, 2000: 501). Ello nos hace incurrir en una mala interpretación de nuestro pasado, dado que lo cargamos de ideas preconcebidas y androcéntricas.

Esta situación de extrapolación conceptual al pasado a través de las diferentes disciplinas (economía, historia y la propia arqueología) nos ha llevado a mantener en peldaños diferentes y dispares las actividades masculinas de las femeninas, promoviendo la diferenciación sexual del trabajo y jerarquización laboral (Montón, 2000: 47) y no viéndolas como actividades que actúan recíproca y complementariamente (Escoriza y Sanahuja, 2005: 113; Sánchez Romero, 2008a: 95). Ante esta división sexual de actividades dominada por las denominaciones y terminologías, Hannah Arendt en su obra publicada en 1974, *La Condición Humana*, sostiene que la tradición historiográfica y de la filosofía política occidental ha tendido a no diferenciar lo que ella denomina labor y trabajo, atribuyendo dicha diferenciación a las diferenciaciones entre los idiomas europeos que optaron por mantener ambos conceptos de etimología diferente pero con un mismo significado. De ahí, que labor y trabajo se hayan diferenciado y se le haya dado más valor al segundo que al primero (Arendt, 1993: 98).

El concepto de labor está relacionado con la noción de esfuerzo, sin embargo, su desarrollo no implica que tenga que dejar huella de su acción ya que el producto de su ejercicio puede consumirse tan rápidamente como se gasta el propio esfuerzo empleado. En sí, la idea substantiva de labor nunca implica o designa el último producto, mientras que la noción de trabajo está generalmente relacionada con la manipulación de objetos, actividades manuales que crean productos que se usan y tienen valor (Arendt, 1993: 98-102). Sin embargo, la investigadora Arendt pone énfasis en que la vida de todos los seres humanos depende de las actividades de mantenimiento, la labor⁴¹, incluyéndolas como requisitos necesarios para el mantenimiento y sostenimiento de la vida humana. Todo este tipo de apreciaciones han promovido la infravaloración de la realización de las labores domésticas, cuando en realidad éstas son básicas, pues qué mayor producción puede haber que el crear un cuerpo a partir de otro y su mantenimiento, cuidado, crianza, educación, aprendizaje, en definitiva, su socialización como individuos y futuros productores (Arendt, 1993).

En completo acuerdo con la autora Hannah Arendt, pensamos que para conseguir sobrevivir y permanecer como seres sociales necesitamos un sin fin de elementos que van desde los más perecederos (dimensión subjetiva de las actividades de mantenimiento) a las más imperecederos (dimensión objetiva de las actividades de mantenimiento). Si bien, es curioso porque con seguridad podríamos sobrevivir sin las

⁴¹ Hannah Arendt (1974), en su obra *La Condición Humana* analiza el concepto de labor indicando que en el mundo antiguo, el significado de *labor* o *laborar* significaba estar esclavizado por necesidad sinonimizado con el propio concepto de esclavitud, servidumbre, etc. Por su parte, *la institución de esclavitud en la antigüedad, no era un recurso para obtener trabajo barato o un instrumento más de explotación en beneficio de los dueños, sino más bien el intento de excluir la labor de las condiciones de vida del hombre libre* (Arendt, 1974: 100).

cosas más imperecederas pero, por el contrario, no podríamos hacerlo sin contar con las menos duraderas, como decía Locke, *todas esas buenas cosas que son realmente útiles para la vida de los hombres, para la necesidad de subsistir, tienen por lo general breve duración en el tiempo* (recogido por Arendt, 1993: 109). Los elementos más perecederos son los que se han asociado con el carácter de labor mientras que los segundos son los vinculados con el trabajo. Sin embargo, la única diferencia establecida y posible entre ambos conceptos y acciones es su tildada permanencia en el tiempo y expectativa de vida⁴² (Arendt, 1993: 107). Esta característica que creemos ha sido mal interpretada porque, como apuntábamos en el párrafo anterior, las actividades de mantenimiento tienen una repercusión funcional y, a su vez, social, ya que son actividades que mantienen la supervivencia humana. Por tanto, qué mayor perduración en el tiempo que la supervivencia de un ser humano. Así pues, las actividades de mantenimiento son las únicas actividades humanas que no tienen conclusión ni un final sino todo lo contrario, siempre están en proceso (Bardavio y González Marcén, 1996: 8).

Por ello, pensamos que ha sido precisamente el acogimiento ante la calificación de improductividad, perecibilidad e invisibilidad de las actividades propias de la labor la que ha conllevado toda esta carga de infravaloración y menosprecio. Sin embargo, cualquier actividad calificada como labor, conlleva y posee una *productividad* propia, por perecederos que pueden llegar a ser sus productos, porque su productividad no reside en el objeto en sí mismo, sino en que la fuerza y empeño que ponen los que las profesan no se agota cuando ha producido los medios para su propia subsistencia y supervivencia sino que prosiguen con su labor hasta generar un *superavit*. Además, su poder no se agota una vez asegura su propia reproducción, sino que puede usarse para la reproducción de más de un proceso de vida (Arendt, 1993: 103). Unido a esta generación de *superavit* hay que señalar que todos los seres humanos necesitamos para sobrevivir a otros seres humanos cargados de pensamientos, experiencia y saberes que utilizan para el desarrollo de diferentes trabajos que alcanzan todas las esferas de nuestra vida en sociedad.

Todo este marco reflexivo de la segunda mitad del siglo XX, fue años más tarde recogido por Marina Picazo (1997), quién mantiene la necesidad de diferenciar entre *trabajo* y *labor* como un mecanismo necesario para poder visualizar y clasificar las actividades de las mujeres. Según esto, trabajo engendraría todas aquellas actividades manuales que generan productos con valor y uso, mientras que labor, acogería todas aquellas actividades y tareas que no dejan restos (registro arqueológico), pero que son necesarias para el mantenimiento de los grupos humanos (Picazo, 1997). Ésta considera de gran utilidad este concepto ya que da cabida a la mayoría de las actividades, sobre todo, las concernientes a la dimensión más subjetiva (afectos, atenciones, cuidados, etc.) realizadas por las mujeres (Pallarés, 2000: 70). Si bien, con estos argumentos, vuelve a caer en el mismo problema que ocurre con el concepto de *doméstico*, el término labor ha sido cargado con una gran fuerza semántica y androcéntrica.

⁴² La autora explica ambos conceptos y su terca diferencia a través del consumo de pan, es decir, hacer pan es una actividad que conlleva tiempo, esfuerzo, aplicación tecnológica y conocimientos. Sin embargo, su expectativa de vida es máxime un día o dos, mientras que una mesa de madera o de hierro tiene una mayor prolongación en el tiempo. La única diferencia entre una actividad y otra o, entre un producto y otro, es su perecibilidad o consumición rápida (Arendt, 1993: 107).

Todo este sistema de nomenclatura diferencial tiene una larga tradición en el tiempo, la cual la podemos remontar a la Grecia clásica (propagada a través de la filosofía y sus pensadores) desde donde se tendió a situar jerárquicamente estos dos ámbitos o esferas de la acción humana, en un sistema piramidal, donde en cuya cúspide o cima se encontraba la denominada vida política (Arendt, 1993). Esta jerarquización terminó dividiendo en dos esferas el conjunto de las acciones humanas, colocando en la cima de la cúspide todos los trabajos realizados por los hombres y situando en el peldaño inferior todas aquellas actividades que tenían que ver con el mantenimiento de la vida cuya actuación era constante y reiterativa y que generalmente están relacionadas con las mujeres.

La escasa o nula valoración de las actividades de mantenimiento no ha sido producto de un proceso histórico rápido sino todo lo contrario, se ha tratado de un proceso lento y no universal, marcado por momentos puntuales y específicos de la historia de las sociedades humanas. Precisamente uno de estos momentos clave, en que se consolida el sistema de nomenclatura diferencial de los trabajos de hombres y de mujeres, fue la Revolución Industrial (Montón, 2000: 47). A partir de este momento todas las actividades llevadas a cabo tanto por hombres como por mujeres fueron denominadas como trabajo (Carrasco, 2005: 1). Con ello, el desarrollo de la modernidad y el capitalismo marcaría el concepto de trabajo para la posteridad, diferenciándolo del de labor y olvidándose que toda actividad humana tiene una dimensión espacio-temporal que variará a lo largo de la historia como consecuencia de los cambios sociales y tecnológicos (Carrasco *et al.*, 2003: 67). Además, será a partir de este momento histórico cuando se promueva una división de funciones acompañada de una especialización del trabajo (Hernando, 2006), que sin lugar a dudas originará el comienzo de la *cuantificación temporal*, a la vez que está establecida en un determinado *espacio físico, controlado (menor grado de movilidad)*, como son las fábricas (encierro de los obreros para desempeñar cualquier actividad productiva, acopio de mano de obra), y sobre todo, lo más importante, estas actividades comienzan a ser *remuneradas económicamente*, el trabajo comienza a formar parte del mercado y de sus leyes internas. Esto se traduce en el hecho de que un individuo realiza una actividad por la que tras un determinado tiempo recibirá a cambio un sueldo, una compensación económica, un pago, es decir, el trabajo comienza a ser pagado, cuantificado y valorado económicamente, como capital necesario para el desarrollo del mercado general. El pago o intercambio en forma de dinero o remuneración económica era la única manera de que los hombres conservasen elementos o cosas que no se estropeasen, deteriorasen y decayesen con el paso del tiempo (Arendt, 1993: 114), dicho de otra manera, la remuneración económica reconocía socialmente su labor, esfuerzo y tiempo, no sólo como agentes productivos sino también como productores de artefactos.

Este hecho marcará la historia y la propia vida de hombres y mujeres, ya que comienzan a diferenciarse dos tipos de trabajos, uno realizado dentro del umbral de la casa (doméstico), no remunerado y, en definitiva, no valorado, mientras que al exterior, se realiza otro tipo de trabajo, pero este sí remunerado y, por supuesto, valorado social y económicamente. Por lo tanto, desde este momento, toda actividad que no estuviese bajo los parámetros establecidos como capital o como producto directo de bienes intercambiables o de consumo no se considerara explícitamente como trabajo (Carrasco, 2001: 2-3; Carrasco, 2003; Carrasco, 2005). Es por esto que la generalidad de los enfoques modernos en los estudios o marcos analíticos de la estructuración laboral se han centrado casi en exclusividad en la esfera de la producción mercantil, ocultando así

la gran parte de los procesos de reproducción humana sin la cual, el mercado capitalista, no sobreviviría (Carrasco y Mayordomo, 2000).

Como ya hemos visto, cada grupo social, cada ser humano tiene que cubrir toda una serie de necesidades básicas y elementales para su supervivencia. En un primer momento de forma individual que se terminará convirtiéndose en un estado gradual y de repercusión para el conjunto de la comunidad. Por tanto o ello, el trabajo doméstico puede ser examinado tanto como un factor de socialización como un factor de reproducción del sistema económico (Sánchez Romero, 2008a). Esto quiere decir que el conjunto de las actividades de mantenimiento responden a trabajos que tienen como finalidad cubrir el conjunto de las necesidades básicas y elementales de los seres humanos.

Las actividades de mantenimiento responden a la satisfacción de las dos dimensiones básicas y elementales que constituyen las necesidades humanas, cualquiera que sea su marco temporal y espacial. La primera de ellas, es la que se ha determinado como dimensión más objetiva, ésta respondería a aquellas necesidades de mayor carácter biológicas, como puede ser la protección contra el frío, las enfermedades, preocupación por la adquisición de la vestimenta, alimentos, etc. Sin embargo, un ser humano exclusivamente con la cobertura de estas necesidades no tendría un desarrollo completo, ya que requiere de la segunda dimensión que es denominada como subjetiva. Ésta esfera incluiría todo el entramado de los afectos, cuidados, estabilidad física y seguridad psicológica, en definitiva, toda la creación de relaciones y lazos humanos, aspectos estos tan importantes y esenciales para el desarrollo de la vida y la continuidad humana como la propia preparación y aprovisionamiento de alimento (Carrasco, 2001: 15; Carrasco *et al.*, 2003b: 41; Carrasco, 2003a: 14-15).

Ya hemos apuntado que los procesos de reproducción y de vida se han resuelto desde el ámbito de los espacios domésticos que se han convertido en verdaderos centros de gestión, organización y cuidado de la vida (Carrasco, 2003a: 10), por lo que, históricamente, la producción doméstica⁴³ ha sido un subsistema que ha garantizado la reproducción del sistema económico de cualquier sociedad y que aún hoy día se presenta como imprescindible para la reproducción del sistema socio-económico (Carrasco, 1991; Carrasco, 2003a: 19-20). Sin embargo, tradicionalmente los sistemas económicos se han presentado como autónomos e independientes, lo que ha provocado una ocultación de las actividades de mantenimiento (Carrasco, 2003: 18-19), recayendo así en otro de los condicionantes para su no análisis histórico ni económico. Pero, otra vez, esta ocultación o invisibilidad ha venido motivada por la concepción moderna de valorar el trabajo doméstico, el trabajo de las mujeres bajo los parámetros de análisis del tiempo mercantilista (Carrasco, 1999; 2001; 2003; 2005; Carrasco *et al.*, 2003: 9). Es decir, con el desarrollo del capitalismo, se desarrolla una nueva forma de medición temporal que condicionará el trabajo como fuente importante para la obtención de beneficios, cuyo desencadenante será la mercantilización del tiempo y de la propia vida (Carrasco, 2005: 1).

El problema es que las actividades de mantenimiento han intentado ser regidos ociosamente por los mismos mecanismos de medición mercantilística. En su conjunto,

⁴³ Recogiendo palabras de María Ángeles Durán, *pocos economistas actuales saben que la economía u oikonomia fue en su origen el nombre de la buena administración de la casa y de sus cosas* (Durán, 1986: 19).

hay actividades inseparables de las relaciones afectivas que no se han tenido en cuenta, a lo cual se une que los estudios económicos dominantes ha considerado el tiempo como homogéneo y éste, por tanto, equivale a un precio de mercado (Carrasco *et al.*, 2003b: 9). El sistema establecido en la jerarquía temporal es el tiempo mercantilizado y, por ello, el trabajo remunerado, así pues, todo aquel trabajo que no se rija bajo estos parámetros será considerado como *No-Trabajo* y la figura que se encargue de realizarlas como *figura no-productiva* o *figura inactiva*, de esta manera se ha conseguido enviar al limbo del olvido y a la invisibilización de éstas (Carrasco, 2001: 8; Carrasco *et al.*, 2003b: 9).

Esto hay que tenerlo muy presente, ya que tanto la concepción del tiempo como la cuantificación y remuneración económica han sido los que han determinado las categorías usadas por la investigación histórica para designar una actividad como trabajo o labor, como productiva o in productiva. Sin embargo, estamos convencidos de poder asegurar que tras haber buscado en diferentes diccionarios españoles ambos conceptos, la única diferencia que hemos encontrado entre uno y otro ha sido precisamente ésta. El trabajo doméstico o las actividades de mantenimiento no tienen una compensación económica y por lo tanto no son actividades remuneradas económicamente (Durán, 1986; Carrasco, 2001; 2003; 2005). Ante estos argumentos debemos preguntarnos si estas actividades son verdaderamente innecesarias para el desarrollo social y económico.

Creemos que unas de las razones actuales para no valorar dichos trabajos es simplemente su coste, su remuneración económica sería incalculable⁴⁴, porque son trabajos diarios, realizados durante 24 horas diarias y 365 días al año, por lo que ¿cuál sería su cuantificación económica? O en verdad, son actividades que por su propia relevancia no tienen precio económico. Personalmente, pensamos que ésta es la cuestión, son trabajos tan heterogéneos, tanto en su función y producción como en su proceso, que los convierten en inabarcables económicamente. Frente a esto, la cultura patriarcal y su herencia moderna han intentado enmascararlo bajo la obligación y el deber femenino, pero esto, no es excusa para que no hayan tenido ni el reconocimiento económico ni social, porque el conjunto de trabajos que engloban las actividades de mantenimiento hacen de ellos que su jornada laboral sea interminable (Durán, 1986). En este sentido entra en juego otro parámetro del que se ha hecho un mal uso por parte de la historia general, nos referimos al concepto de tiempo.

Las actividades de mantenimiento no pueden ser cuantificadas en base a la escala temporal mercantil, sino que requieren un concepto de tiempo ajustado a los parámetros requeridos por la vida cotidiana, lo que se ha denominado como, *tiempo cotidiano* (Bardavio y González Marcén, 1996; Picazo *et al.*, 1997; Colomer *et al.*, 1998), entendiéndolo como un tiempo cíclico, no acumulativo, fragmentario y disperso, que permite caracterizar la dimensión temporal de la organización de las actividades de mantenimiento (Picazo, 1997; Masvidal, 1997). En definitiva, debe verse, *más que como tiempo medido y pagado, como tiempo vivido, donado y generado con un componente difícilmente cuantificable* (Carrasco, *et al.*, 2003: 10). Mantenemos, al igual que ocurría

⁴⁴ El dinero, la remuneración económica se trata de un sistema creado y construido, por lo que consiste en un sistema artificial que permite homogeneizar artificialmente los bienes de los que disponemos. Sin embargo, para el caso de las actividades de mantenimiento y sus producciones no tenemos ningún sistema homogeneizado, lo que las convierte en vulnerables frente a los parámetros mercantiles establecidos y capitalistas (Durán, 1986: 54).

con el concepto de espacio, que el tiempo, ha sido considerado y extrapolado desde nuestro concepto actual sin considerar el tiempo cíclico, el que rige la vida cotidiana de los grupos del pasado, al igual que ocurre con grupos actuales no occidentales, aquellos considerados como no especializados, que mantienen una economía basada en la agricultura y ganadería, los cuales rigen su conocimiento, su vida y tiempo, en periodizaciones cíclicas, anuales, estacionales, ciclos lunares y, sobre todo, diarias. La autora Marina Picazo (1997) plantea que uno de los problemas por lo que dicha concepción del tiempo, como cíclico y flexible, no ha sido considerado como tiempo histórico ni mercantil, es debido a su asociación con la naturaleza, al mundo natural, de ahí que éste haya sido considerado como tiempo ahistórico (Picazo, 1997: 65; Montón, 2000: 47; Curia y Masvidal, 1998: 232; González Marcén *et al.*, 2007). Sin embargo, la escala temporal de lo cotidiano es la escala de la microhistoria, de las vivencias y experiencias personales e históricas, que se transforman a lo largo del ciclo vital de las personas que integran el grupo social a través de la acumulación de memorias, experiencias y saberes propios y colectivos (González Marcén y Picazo, 2005: 148).

a.4) “La pretendida invisibilidad”

Por otra parte, otra de las causas atribuidas a esta cadena de negación de las actividades de mantenimiento es su pretendida falta de visibilidad en el registro arqueológico que desencadenó una visión historicista y descriptivista de la disciplina arqueológica (Tringham, 1991; 1999; Sorensen, 2000; Hendon, 1996; Spector, 1999; Montón, 2000). Se ha mantenido que su plasmación y reflejo en el registro arqueológico es invisible, que su huella es imperceptible, por lo que algo que no se puede apreciar ni ver, no se puede explicar ni valorar. Nosotros si consideramos que las actividades de mantenimiento dejan su huella en el registro arqueológico como reflejo de todas y cada una de las acciones e interrelaciones sociales. Sólo debemos aprehender y querer mirar con otros ojos el registro arqueológico de las sociedades del pasado, puesto qué mayor reflejo que nuestra supervivencia y nuestro desarrollo en lo que somos en la actualidad.

Cada uno de los espacios (zonas de habitación, zonas de paso y comunicación, espacios abiertos y comunes o individuales, etc.) que constituyen un poblado prehistórico e histórico no son espacios abstractos, reducibles a patrones o esquemas formales generalizables a un grupo arqueológico determinado (González Marcén y Picazo, 2005: 143), sino más bien, conforman lugares activos y escenarios que recogen, conductas, decisiones, relaciones, en definitiva, modos de vida particulares de una sociedad determinada que quedan marcados por el conjunto de las actividades de mantenimiento. Es decir, cada sociedad construye para sí misma un sistema de conductas que la identifican y definen como grupo social y, precisamente, buena parte de estos sistemas son recreados a través de la articulación de las actividades de mantenimiento que, como decimos, conforman un mundo de producciones básicas y necesarias para la supervivencia y desarrollo humano (Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2002; Sánchez Romero, 2002; 2008a; Alarcón García, 2005; 2006). Éstas implican la intervención de tecnologías y la aplicación de conocimientos heredados o aprendidos (González, 2006: 22; Sánchez Romero y Aranda, 2006: 74) que dejan su huella en un infinito repertorio de experiencias materiales (Bray, 1997: 2), originando gran parte del registro arqueológico que define cualquier sociedad de nuestro pasado (González y Picazo, 2005: 143; Sánchez Romero y Aranda, 2006: 74).

Dada la gran variedad de trabajos que articulan las actividades de manteniendo y, por ende, su comprobado empleo de herramientas, podemos decir sin temor a equivocarnos que gran parte de la cultura material presente en cualquier registro arqueológico formó o intervino en el desarrollo de las actividades de mantenimiento. Por ello, pensamos que a través del estudio de la cultura material podemos llegar a comprender las tecnologías del pasado (Hendon, 1996), porque éstas son la muestra material y tangible de las prácticas sociales desarrolladas por cada uno de los individuos (Conkey y Gero, 1991: 15-16) quienes con su manufactura y uso, les dieron significado (Hastorf, 1991), y a través del estudio del cuerpo humano podemos llegar acércanos a todas aquellas señas, fisuras, grietas que forman parte de su vida (Sanahuja, 2007: 34).

Si bien, somos conscientes de la dificultad que entraña el aproximarnos al pasado sin textos escritos que nos representen de una manera más obvia (por qué no objetiva) las conductas y comportamientos de nuestros antepasados. Sin embargo, nosotras partimos desde la base de que es imposible acceder a las ideas primarias de nuestros antepasados, aún así, pensamos que a través del estudio de los objetos podemos acercarnos a las propias manos de quienes los realizaron, los utilizaron, sus gestos y al entramado de sus pensamientos, creencias y conocimientos de aquellos que habitaron un lugar determinado en un tiempo y espacio concreto (González Marcén y Picazo, 2005: 149), ya que detrás de un artefacto, un grano de cereal, una viga de madera, etc., siempre hay un hombre o una mujer o ambos engendrando vida en una materia tangible y visible que, generalmente, está relacionada con alguna o varias actividades de mantenimiento (Sanahuja, 2007: 34).

Por ello pensamos que es curiosa su calificada invisibilidad, cuando el conjunto de estas actividades cotidianas son las que mayor volumen de registro material y tangible nos han dejado en todos los contextos arqueológicos, cualquiera que sea su marco temporal y espacial (Conkey y Gero, 1991: 15-16). Así queda testado a través de la presencia de hogares, restos de ceniza como uso del trabajo del fuego para la preparación de alimentos, todo tipo de artefactos cerámicos, herramientas líticas o pulimentadas, de metal o hueso trabajado, pesas de telar, telares como instrumento para tejer, molinos, manos de molinos, etc.

En definitiva, y bajo nuestra percepción y pensamiento sobre el amplio rango de actividades que engloban las que denominamos de mantenimiento, consideramos que todo espacio arqueológico está constituido, establecido y configurado esencialmente por experiencias, vivencias y saberes que los convierte en espacios habitados y vividos, dado que responde a una intención determinada por una realidad producto de las necesidades propias de un grupo humano particular (Tringham, 1991; 1999; Hendon, 1996; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2000; 2005; Pallarés, 2000; Carrasco, 2001; 2003; González y Picazo, 2005). Por lo tanto, todo yacimiento arqueológico constituye el marco espacial de la cotidianidad y el conjunto de las actividades de mantenimiento queda reflejado en cada uno de sus espacios y en cada uno de los elementos que componen su cultura material.

a.5) La ausencia de tecnología

Dentro de las actividades de mantenimiento también forman parte, *todos aquellos trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo todo ese conjunto de actividades tales como la manufactura cerámica, útiles de piedra o la producción textil* (Sánchez Romero, 2002: 279; Sánchez Romero, 2008a). Con esto entramos en otro debate acerca de la negación del uso de la tecnología a las mujeres, negando, por tanto, los avances tecnológicos, los conocimientos y la experiencia derivada de su práctica. Este es otro de los problemas con los que se enfrentan las actividades de mantenimiento, la idea de que estos trabajos no requieren ningún tipo de tecnología, ninguna pauta de experiencia o conocimientos especializados. Como consecuencia, mientras que en el estudio de las sociedades prehistóricas es usual encontrar la palabra tecnología unida a conceptos como metalurgia, lítica o cerámica, es más difícil encontrarla ligada a productos alimenticios, higiene y salud, adecuación de espacios, cestería o textil, cuando realmente en todos los casos estamos hablando de aplicación de conocimientos, de sabiduría, de aplicación y utilización de herramientas. Incluso, en los expuestos anteriormente, hablamos de procesos en los que una determinada materia prima se transforma y tras la aplicación de una serie de técnicas, conocimientos y habilidades hasta conseguir un producto elaborado (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009).

Esta consideración ha partido desde su propia consideración histórica que las ha calificado como actividades ahistóricas, inmóviles y lineales, desabastecidas de tiempo y cambio, colocadas en la periferia de la dinámica social e histórica, olvidándose que son fundamentales para el desarrollo y pervivencia de una sociedad y que, además, facilitan la resiliencia de cualquier grupo humano pasado, presente y futuro (González Marcén *et al*, 2007: 17; Sánchez Romero, 2008c). Así, han pasado a formar parte de aquellas actividades tildadas de escasa aportación tecnológica, carente de conocimiento y experiencia (Sánchez Romero y Aranda, 2005; Sánchez Romero, 2008c). Sin embargo, como veremos posteriormente, esto no responde nuevamente a la realidad, dado que si *las actividades de mantenimiento son el marco inexorable de la cotidianidad, se presentan así como la convergencia de saberes técnicos orientados a la relación, tanto para transmitirlos como para sustentarlas y hacerlas posibles* (González Marcén y Picazo, 2005: 149).

Como hemos podido comprobar, todos estos mecanismos, estrategias y valores responden a meras construcciones culturales, sin embargo, el que hayan sido utilizados tanto por la estructura patriarcal como por la propia epistemología, ontología y metodología de la disciplina arqueológica e histórica han conseguido su aceptación sin la necesidad de comprobación, lo cual ha ocasionado graves consecuencias tanto en la valoración como en la consideración de las producciones femeninas y de sus figuras como agentes humanos e históricos. Las mujeres han sido consideradas como meras observadoras pasivas de los cambios sociales, económicos y políticos, por lo que no se han tomado en consideración ni su experiencia vital e histórica, ni sus conocimientos ni saberes como tampoco se han considerado sus aportes tecnológicos, dado que sus producciones han sido relegados al mayor ostracismo posible ya que su consideración supondría una caída irremediable del sistema establecido.

El hecho de que no hayamos tomado en consideración ciertas necesidades materiales e inmateriales para la supervivencia humana ha hecho que permanezcan en la más oscura invisibilidad e ignorancia, todo un conjunto de trabajos imprescindibles para satisfacerlas y generar el desarrollo de todos los grupos sociales. Como recoge María

Encarnación Sanahuja (2007), *lo humano ha sido especialmente valorado por la facultad de pensar, interrelacionada en nuestros primitivos orígenes con la capacidad de fabricar herramientas, mientras que el cuerpo y sus urgencias, necesidades básicas, han quedado en un segundo plano pasando a la esfera de lo no significativo o insignificante, de tal manera han quedado relegadas en el olvido todo el conjunto de prácticas sociales, económicas y políticas relacionadas con la vida y la satisfacción de las necesidades básicas, trabajos que en la mayoría de los casos han estado y están a cargo de las mujeres* (Sanahuja, 2007: 16). Se tratan de tareas rutinarias, repetitivas, tales como limpiar, barrer, lavar, cocinar, cuidar, planchar, coser, etc. En definitiva, todo un conjunto de trabajos que exigen una disponibilidad completa, porque su interrupción no está mediatizada por la nocturnidad, festividad, vejez sino solo se ve interrumpida por la propia muerte, lo que supone una jornada laboral indefinida e indeterminada, cuya producción es imposible valorar en los parámetros mercantiles actuales (Durán, 1986; Mellor, 1999; Amoroso *et al.*, 2003; Sanahuja, 2007).

III. 3.2. Virtudes de las actividades de mantenimiento

Todos estos mecanismos, elementos, parámetros, etc. utilizados, no sólo han repercutido en la consideración de inferioridad de las actividades de mantenimiento sino en la valoración de las propias mujeres. Gracias a ellos, las mujeres no han sido observadas como promotoras ni artífices de los cambios sociales o económicos, su trabajo ha sido considerado como “labor” carente de significación social dado que a sus productividades no se les ha atribuido ni el uso ni el conocimiento tecnológico. En definitiva, a las mujeres no se les ha considerado figuras productivas porque en la mayoría de las ocasiones sus productividades no dejan huella en el registro arqueológico. Pero esto no es así. Una de las principales virtudes o características de las actividades de mantenimiento es que contienen la capacidad de perpetuarse entre las sociedades a lo largo del tiempo y entre culturas. Su producción repercute en el conjunto del grupo puesto que sus procesos se desarrollan en el marco de la vida cotidiana. Además las actividades de mantenimiento, desde la preparación de alimentos, la fabricación de textiles al cuidado de otros miembros del grupo requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias que producirán, como todas las tecnologías, innovaciones y cambios en las sociedades. Sin embargo, el hecho de que la tecnología haya sido vista generalmente como un contexto en lugar de una parte central de la cultura (Wilson y Peterson, 2002: 450), unido a que en su mayoría estas actividades están ligadas a las necesidades más básicas de las sociedades, a las necesidades biológicas y de relación, han hecho que sus tecnologías se naturalicen haciéndose menos visibles que el resto de actividades productivas asociadas con el ámbito de actuación masculina (McGaw, 1996; Sánchez Romero, 2006: 75-76).

Podríamos decir que las tecnologías inherentes a las actividades de mantenimiento son definidas como tecnologías básicas que en definitiva son instrumentos materiales diseñados para facilitar la realización de tareas materiales básicas y elementales para la supervivencia humana. Las tecnologías domésticas conectan el consumo y la producción de un modo más directo que cualquier otro bien. Por ejemplo, un microondas, en la sociedad actual dominada por la comida rápida, igual que otras tecnologías domésticas, constituye una interfaz o transmisión y define flujos entre la casa y el mundo exterior. La implantación del microondas en la mayoría de las

casas del siglo XX estimuló el crecimiento de una industria que producía un tipo de comida y una vajilla específica para su uso, también sucede con la lavadora y toda su programación para el lavado de tejidos sintéticos, no delicados, etc. Ambos ejemplos forman parte de un conjunto de herramientas que fueron creadas en un principio como un lujo pero que en la actualidad se han convertido en auténticas cubiertas de necesidades para las rutinas diarias del grupo familiar. La diferencia entre estas tecnologías y otras como pueden ser las nuevas tecnologías encarnadas en móviles, ordenadores, ipod, coches eléctricos etc., es que las tecnologías de mantenimiento forman parte del ámbito privado de la casa y, por lo tanto, no les prestamos apenas atención, a pesar de cumplir una función tan importante como comportarnos tanto nuestra supervivencia como nuestro bienestar. Son, precisamente, por estas características que no podemos ni debemos aislarlas de las investigaciones científicas sino utilizarlas como un instrumento válido y muy valioso en el estudio de las relaciones sociales (Bray, 2005: 19-20).

Sin embargo, esta invisibilidad tecnológica no nos extraña si tenemos en cuenta que en la actualidad (sobre todo en los países occidentales), tanto los conocimientos como las aplicaciones tecnológicas continúan estando en las manos masculinas. Generalmente, se ha considerado que los hombres tienen un particular “gen” que les hace proclives o más adecuados al uso de tecnologías e inventivas mientras que las mujeres suelen presentarse como sujetos temerosos e inseguros ante las nuevas tecnologías. Así sucedió en la década de los 70 del siglo XX cuando aparecieron los primeros ordenadores (Lie, 2003a: 21; Lohan, 2001).

Por ende, si en la actualidad se tiene este sentimiento sobre la aplicación tecnológica y las mujeres, no nos extraña que esta misma consideración se haya trasladado al pasado, dejando a las mismas como meros sujetos pasivos o meras observadoras de los procesos inventivos (Bray, 2007). Hasta tal punto se ha llegado en esta exclusión de las mujeres de cualquier innovación tecnológica que hasta bien entrado el siglo XX, en la mayoría de países occidentales a las mujeres no les estaba permitido patentar sus inventos. Para poder hacerlo, tenían que buscar un benefactor masculino, que además de “apadrinar” y controlar el diseño, era también el que se beneficiaba de la posible explotación industrial del invento. Con este panorama tanto el arte, la creatividad como la comunicación trascendente se ha planteado generalmente como logros y expresiones individuales de ciertos seres humanos con capacidades y sensibilidades excepcionales (González Marcén, 2008).

Con todo ello, la historiografía general se ha olvidado de que las tecnologías (cualquiera que sea su índole) forman parte de cada actividad por lo que cada comportamiento humano implica tecnología con lo cual las tecnologías de las mujeres no son marginales sino que son una parte integral de los procesos históricos por lo que merecen nuestra atención e interés (Schiffer, 2004; Bray, 2005).

Si tuviésemos que remontarnos a las primeras evidencias relacionadas con la tecnología y su aplicación tendríamos que hablar de los primeros útiles realizados en piedra, los “choppers”. Estas primeras herramientas fueron halladas en el nivel arqueológico denominado Lecho 2 del yacimiento de Olduvai en Tanzania. Tradicionalmente, estos “choppers” han sido considerados como las primeras herramientas de factura humana documentada científicamente y, por ello, suponen, un punto de inflexión, por no decir *el* punto de inflexión en la larga marcha de los

homínidos hasta los humanos (González Marcén, 2008: 94). Lo curioso es que estas herramientas están íntimamente relacionadas con una de las prácticas cotidianas más importantes de la supervivencia humana, la preparación de alimentos. Esta asociación supone que las primeras evidencias humanas de innovaciones y aplicación tecnológica estuvieron destinadas a facilitar y cubrir parte de las actividades de mantenimiento. Sin embargo, el valor de estos artefactos no han pasado a la historia por su utilización y uso en las actividades de mantenimiento sino porque su manufactura generalmente se ha asociado con las producciones propias de los hombres.

Entendemos por tecnología básica, *el conjunto de tecnologías materiales que la sociedad considera importantes o a aquellas que resultan fundamentales para encarnar los valores sociales o para conseguir los objetivos de algunos o de todos sus miembros* (Bray, 2007). Un ejemplo claro y contundente es la utilización de un recipiente para beber agua, es cierto, que en una fuente natural o artificial este proceso se puede realizar mediante la imposición de nuestras manos o directamente beber desde el mismo caño de agua. Sin embargo, este proceso no se puede realizar en todos los contextos ni en todos los momentos, por lo que para la ejecución básica de hidratarse se requiere de al menos algún elemento o recipiente. En la Prehistoria utilizaban cuencos u otras variedades como botellas, etc., siempre recipientes pequeños o bien grandes pero de borde entrante o cuello cerrado. En la actualidad utilizamos vasos, botellas o los característicos “pitones”. Los segundos son descendientes de los primeros. La funcionalidad, uso y tipología no ha variado a lo largo del tiempo, en lo que si se ha innovado ha sido tanto en su diseño como en la composición material de cada artefacto, etc. Como podemos comprobar, para realizar esta actividad no ha sido necesario realizar grandes innovaciones tecnológicas sino que más bien se ha mantenido la esencia del instrumento a lo largo del tiempo y entre culturas manteniendo un continuo en las innovaciones tecnológicas de las actividades de mantenimiento. La pregunta correspondiente sería ¿por qué?, pensamos que la respuesta pasa precisamente por el hecho de que todas las innovaciones tecnológicas relacionadas con las actividades de mantenimiento han sido realizadas en función de las necesidades que requerían, pensadas en base a su funcionalidad y creadas para su utilización como elementos básicos para el desarrollo humano. De ahí que con el paso del tiempo no hayan sufrido demasiadas variaciones y cuando se han producido dichas innovaciones la esencia de las actividades de mantenimiento se han mantenido.

En las sociedades modernas contamos con infinidad de aparatos y herramientas que nos ayudan, entre comillas, a la realización de dichas actividades, como pueden ser los mencionados microondas, lavavajillas, lavadoras, hornos, etc., que nos permiten agilizar estas actividades lo que no quiere decir que han suplido por completo su realización. Esto quiere decir que en la actualidad es cierto que contamos con infinidad de innovaciones tecnológicas que nos ayudan en la realización de las actividades de mantenimiento pero no que tengan la capacidad de desarrollarlas sin ayuda. Por ejemplo un microondas u horno nos permite preparar alimentos con gran rapidez sin embargo, estos no tienen la capacidad de aprovisionar los alimentos, prepararlos y acondicionarlos para ser sometido a su última fase de preparación el cocinado. Una lavadora y lavavajillas, tienen la facilidad de limpiar la ropa y la vajilla de la preparación y consumo de alimentos, sin embargo, estos trabajos conllevan unas tareas previas de selección, organización, y puesta en marcha que por si mismas estas herramientas no pueden realizar. Es decir, con todos estos ejemplos lo que queremos dejar claro es que aunque en la actualidad contemos con gran cantidad de innovaciones

tecnológicas que nos ayudan y agilizan gran parte de la cadena productiva de las actividades de mantenimiento su procesamiento aún requiere tanto de unos trabajos previos y necesarios y de unos sujetos encargados de realizarlas. Por ello aunque muchos pudieran pensar y sugerir que hoy día se ha conseguido sustituir gran parte de los trabajos de las actividades de mantenimiento lo realmente cierto es que su esencia continua completamente viva, que para su consecución se necesita a sujetos que las realicen y que por muchas innovaciones tecnológicas que consigamos la esencia de las actividades de mantenimiento como elementos primordiales para el mantenimiento y sostenimiento humano seguirá estando viva porque determinados aspectos son irremplazables (Cowan, 1989).

Todo el conjunto de artefactos que encontramos en los registros arqueológicos de cualquier yacimiento arqueológico estuvieron pensados y destinados para llevar a cabo una función. Esto quiere decir que dicha aplicación tecnológica estará determinada en función de quién lo vaya utilizar y para qué. Esto significa ¿qué las personas encargadas de realizar dichas actividades intervendrían directamente en el proceso de manufactura del útil?. La respuesta no la sabemos y tampoco la podremos saber ya que el registro arqueológico carece de la característica de poner caras a los objetos pero lo que si podemos indicar es que, ¿quién va a conocer mejor un útil que quién vaya hacer uso directo sobre el mismo? (Bray, 2007). Por lo que si mayoritariamente las actividades de mantenimiento se han asociado con la figura de las mujeres podemos decir que toda la innovación que estas conllevan también sería patrimonio de las mujeres, o ¿no?.

Además, como ocurre con el resto de características sociales, para el funcionamiento y que surta efecto una innovación tecnológica debe ser incorporado a nuestra vida, es decir, deber ser correctamente “domesticado”, por lo que debe ser operativo en el marco de la vida cotidiana (Sørensen y Berg, 1991, Silverstone y Hirsch, 1992, Lie y Sørensen 1996). Esto quiere decir que las tecnologías domésticas codifican virtudes domésticas, facilitando los estándares de cuidado, limpieza y calidez definidos culturalmente. Asimismo, las visiones del mundo y la ética global se encarnan en las tecnologías domésticas y diarias, por lo que su estudio y análisis resulta clave para entenderlas (Bray, 2005: 21).

Así pues, como cualquier otra forma de expresión cultural, la tecnología divide y une a la vez, sus formas no significan lo mismo para todo el mundo y las controversias que genera, son importantes tanto para la historia cultural como para la economía. Por ello, los cambios tecnológicos quedan reflejados en el registro arqueológico dado que crean tensiones sociales y requieren una configuración o renegociación de las relaciones que se establecen en el seno de una sociedad. Además, la tecnología resulta determinante para la estabilidad cultural ya que crea las formas materiales que encarnan los valores y creencias compartidos y une a la gente en una ortodoxia a través de las prácticas cotidianas.

La forma que adopta este conocimiento es por su naturaleza, polisémica y flexible, puede transmitir valores e ideas de un modo incluso más eficaz que las palabras o los textos. Por tanto, la tecnología no es sólo interesante o importante cuando ocasiona rupturas sociales o epistemológicas sino también por su mantenimiento, precisamente, en este aspecto son especialmente relevantes las actividades de mantenimiento, las innovaciones tecnológicas son realizadas tan a conciencia que en la

mayoría de los casos no ha sido necesario su retoque a lo largo del tiempo. Se tratan de avances tecnológicos aplicados directamente sobre las necesidades lógicas y básicas que requieren en cada momento una sociedad. La continuidad o el continuo tecnológico no implica una menor cantidad de energía, conocimiento, experiencia y saberes sino todo lo contrario. Precisamente, la continuidad tecnológica implica que en su origen dicho elemento, herramienta o utensilio fue realizado tan a conciencia y con un conocimiento tan profundo de lo que se quería conseguir que el objeto obtenido es tan sumamente eficiente que no necesita fuertes y profundas modelaciones e innovaciones porque a pesar del paso del tiempo continua siendo eficaz, rentable y necesario. Los avances de las actividades de mantenimiento han sido y son mucho más coherentes con las necesidades que plantea una sociedad. Por tanto, si decimos que la estructuración básica de las tecnologías femeninas es el núcleo tecno-social y simbólico básico de todos los grupos humanos, no nos estamos equivocando.

Por ejemplo, en nuestras sociedades occidentales europeas donde tenemos una tradición culinaria basada en la dieta mediterránea, fundamentada, en gran medida en una cocina semisólida y líquida (potajes, etc.), es lógico que en el ámbito cotidiano y en la esfera de las actividades de mantenimiento surgiese un instrumento que facilitase ante todo el consumo e ingesta de alimentos de esta índole. Este instrumento no es otro que las cucharas (artefactos presentes en nuestras vidas desde la Prehistoria) Este artefacto ante todo es funcional, innovador y adaptado perfectamente a las necesidades básicas que supone el consumo de alimentos. Decimos que es adaptado porque en una sociedad como la nuestra, cuyo patrón alimenticio es el mediterráneo caracterizado por el consumo de alimentos semisólidos preferentemente, no sería lógico utilizar otro artefacto o elemento que no fuese de las características morfológicas y físicas de la cuchara mientras que en sociedades como las orientales cuya base subsistiría se basa en el consumo de alimentos sólidos es lógico que su experiencia y desarrollo les llevase a desarrollar otro tipo de artefactos más adecuados para su patrón alimenticio como por ejemplo, los “palillos”.

Con estos ejemplos sencillos lo que pretendemos señalar es, por un lado, que las implicaciones tecnológicas de las actividades de mantenimiento están en función de las necesidades básicas y elementales que marcan los grupos sociales y contienen una enorme capacidad de adaptación a las necesidades del momento, caracterizadas por la rápida improvisación y decisión; y, por otro, que las actividades de mantenimiento ofrecen y desarrollan algunas de las técnicas e innovaciones llevadas hasta tal punto que han llegado a convertirse en verdaderas artes de la vida, alzándose como auténticas vertebradoras de los cambios sociales e históricos (Dommasnes, 2006).

Como recoge Dolores Juliano (2002), las mujeres, a lo largo del tiempo y a lo ancho de las culturas, con su trabajo, esfuerzo, tesón y compromiso han conseguido importantes logros para la humanidad, entre ellos se encuentran *la utilización del fuego, la agricultura, la cocción de los alimentos (de donde surge la química), la crianza de animales domésticos, la cestería, el hilado y el tejido de telas, la alfarería, la cerámica, la medicina con hierbas, masajes, cataplasmas (en general todas las técnicas curativas salvo la cirugía), las técnicas de acondicionamiento de los muertos desarrolladas por amortajadoras y plañideras, la atención de partos (matronas y parteras), el cuidado de niños (alimentación, protección, salud y enseñanza), el canto y algunos instrumentos musicales, la predicción de acontecimientos, la literatura oral para niños, los juegos de coordinación vasomotora fina. Las actividades estéticas y recreativas. Todas las*

actividades relacionadas con el cuidado personal (adornos, cosmética, peluquería). Las primeras viviendas. Todas las técnicas de reparación y conservación de cosas, lavado, planchado, zurcido, remendado, pintado. Medidas de tiempo (Juliano 2002: 57).

Teniendo en cuenta estos campos de actuación de las mujeres, si nosotros nos preguntamos ¿cuál es la función básica de todos los grupos sociales (pasados y presentes)? La respuesta es la supervivencia y ésta pasa, en gran medida, tanto por la reproducción biológica (que incluye la gestión, el alumbramiento, la lactancia materna o artificial, la planificación de la natalidad, etc.), como por el desarrollo de todo un conjunto de prácticas, actividades y procesos que colectivamente facilitan la persistencia y la supervivencia de las sociedades, las actividades de mantenimiento (Sánchez Romero, 2008a). Éstas, incluyen elementos de producción y de relación ya que no sólo hay que reproducir los medios de producción sino también la fuerza de trabajo (Carrasco, 1991: 20; Sánchez Romero, 2008a). Dichas actividades han sido agrupadas por la autora Cristina Carrasco y completadas por conceptos desde la economía feminista en dos esferas u dimensiones básicas de las necesidades humanas. La esfera objetiva, relativa a las necesidades biológicas (la alimentación, el vestido, la protección contra el frío...) y la esfera subjetiva que incluiría los afectos, el cuidado, la seguridad psicológica, elementos básicos para el desarrollo de la vida humana (Carrasco *et al.*, 2003: 41). Desde el primero de los puntos de vista, la producción doméstica garantiza la reproducción del sistema económico de cualquier sociedad y que, aún hoy día, se presenta como imprescindible para la reproducción del sistema socio-económico (Carrasco, 1991). De esta manera, llega a la conclusión de que el trabajo doméstico y en sí, las actividades de mantenimiento y sus innovaciones tecnológicas pueden ser examinadas como factores de reproducción del sistema económico y de socialización de los grupos humanos (Sánchez Romero, 2008a).

Todo esto es así en gran parte porque tanto sus prácticas como sus procesos tienen su desarrollo en la escala básica de la cotidianidad. Es decir, son actividades que pertenecen y están presentes en el marco de la vida cotidiana de todos los grupos sociales pasados, presentes o futuros (González Marcén y Picazo, 2005: 147).

Todas las innovaciones tecnológicas que caracterizan a las actividades de mantenimiento pertenecen a las que han sido denominadas como tecnologías básicas, dado que su principal campo de actuación y de desarrollo es el marco de la cotidianidad, en la esfera de la vida cotidiana. Por lo tanto, si queremos proceder no sólo al estudio de dichas tecnologías sino también al conjunto de las actividades de mantenimiento debemos partir del estudio de la vida cotidiana. La vida cotidiana no es otra esfera que la vida de todos los seres humanos (hombres y mujeres), independientemente de cuál sea el lugar que ocupen dentro del grupo. Esto quiere decir, que a pesar de los cambios que se puedan sufrir a lo largo del ciclo vital, todo hombre y mujer siempre pertenece a la vida cotidiana, porque ésta está por encima de cualquier otro ámbito social, económico o político (Heller, 1972: 39).

Sin embargo, la vida cotidiana tanto en su contenido como en su significado es en gran medida heterogénea (cambiante, diversa, múltiple, etc.) pero a la vez jerárquica. Mientras la primera característica atañe a la construcción cultural identitaria e individual de cada hombre y mujer, la jerarquía no es entendida de forma eterna e inmutable, sino que se modifica de modo específico según las diferentes estructuras económicas y sociales del momento en que se vive y de las necesidades que se requieren, lo que

origina la primera de las características. Esto no quiere decir que las actividades que realizan hombres y mujeres en su vida diaria no están definidas por razones y estímulos azarosos pero tampoco están totalmente determinadas, sino que corresponden en gran medida al resultado de múltiples influencias (de todos los ámbitos de su estructura vital), en función de sus deseos, intenciones, proyectos, normas de conducta, de su representación y de las actitudes y valores adquiridos desde que nace, pero a la vez también dependen, evidentemente, de las condiciones en las que viven, de las posibilidades que les ofrece su entorno social y natural, de su posición social y, en definitiva, del conjunto de redes relacionales e interpersonales que se conforman a partir de la acción humana (Mígueles *et al.*, 1998: 152; González Marcén y Picazo, 2005: 148).

Con todo lo expuesto, pretendemos dejar claro es que la vida cotidiana, no es otra cosa que la vida de todo hombre y de toda mujer. Sin embargo, su entendimiento no puede enmarcarse en la especificidad y particularidad que marca la individualidad del individuo. Quiere decir que ningún hombre ni ninguna mujer de forma individualizada representan ni expresan la esencia y la heterogeneidad de la que se compone el conjunto de la humanidad y, por ende, la vida cotidiana (Heller, 1972: 42-45). Precisamente, la heterogeneidad, como decíamos, es uno de los elementos principales que definen, marcan y esencializan la vida cotidiana, dado que ésta sólo se construye a través de la interrelación social y humana, por lo que, a pesar de la individualización que presenten hombres y mujeres, éstos no pueden sobrevivir sin su inserción, integración y asimilación como parte de un grupo humano y social a partir del cual construyen la conciencia del nosotros como grupo (Heller, 1972: 44). Por tanto o por ello, para conseguir el mantenimiento del equilibrio social, económico y político, era y es necesario el funcionamiento rutinario de diferentes trabajos, es decir, las actividades de mantenimiento.

Hombres y mujeres, pertenecemos a un marco espacio-temporal concreto desde el momento de nuestro nacimiento, lo que hace que desde el primer momento nos veamos integrados en una cotidianidad determinada. Ésta estará marcada por unos valores, actitudes y comportamientos desarrollados por el grupo al que pertenecemos, los cuales no sólo debemos aprender sino también asimilar, ya que sólo de esta manera podremos convivir en el marco de cotidianidad. Todo este proceso que podríamos definir como *maduración* es largo, continuo, rutinario, en definitiva, cotidiano pero a la vez necesario tanto para vivir en el marco de la cotidianidad como para sobrevivir en sociedad. Éste proceso fue denominado por la autora Agner Heller (1972) como la *asimilación de manipulación de las cosas*, el cual sólo se consigue a través del aprendizaje, educación adquisición de conocimientos, lo que se traduce en trabajo, esfuerzo, cariño, cuidado, atenciones, sentimientos o, lo que es lo mismo, el conjunto de actividades de mantenimiento (Heller, 1972: 41-42). Así pues, podemos señalar que son este conjunto de productividades mayoritariamente femeninas las encargadas de llenar de contenido la vida cotidiana de cualquier grupo social tanto por su carácter, como básicas y elementales para la supervivencia de los seres humanos, como por su necesidad en la articulación de la vida cotidiana (Alarcón García *et al.*, 2008). Dicho con otras palabras, este proceso de maduración consiste en el cuidado y mantenimiento de los seres sociales y, como tal, se inicia desde el momento de la gestación del individuo con los cuidados de la propia madre para que dicho embarazo se desarrolle en óptimas condiciones que se trasladan al niño o niña al momento de nacer y prosiguen a lo largo de todo el ciclo vital hasta insertarlos en sociedad y/e, incluso, en muchos

casos, trascienden la esfera de la muerte (Picazo, 1997; Gilchrist, 2005). Sólo de esta manera se puede conseguir la supervivencia y la sociabilidad como ser humano, social y productivo.

En numerosas ocasiones, a lo largo de esta tesis doctoral, hemos repetido que son generalmente las mujeres las encargadas de realizar este proceso de maduración cargado por el conjunto de las actividades de mantenimiento, lo cual nos lleva a plantear por un lado, que son estas mismas las encargadas generalmente de crear y mantener las redes sociales en las comunidades humanas a lo largo de la historia en el marco de la cotidianidad y, por otro, que la continuidad o cambio de determinadas funciones sociales marcadas por las relaciones e interrelaciones personales vienen definidas, por la creación o desaparición de las redes de relación que establecen y configuran las actividades de mantenimiento.

Sin embargo, al contrario de lo que se ha pensado, todas las actividades, acciones, hazañas, comportamientos y actitudes cotidianas no son independientes de lo que sucede en el resto de los ámbitos de la vida social. Todo el conjunto de planos, valores, representaciones, actitudes, posición social y capacidad de decisión y poder, que componen e intervienen en la actuación, configuración y estructuración de la vida cotidiana, intervienen a la vez también en otras formas referentes más a la escala macro-social de la vida social y viceversa, ya que, estos procesos de interacción no son mecánicos ni deterministas, pero tampoco son absolutamente libres y voluntaristas. En la medida en que se es adulto y la gente se inserta en la vida social, su identidad y posición social se genera a partir de la articulación de las actividades que realiza en diferentes ámbitos y de la integración de los distintos planos de su personalidad social, dado que las vidas cotidianas de hombres y mujeres no están determinadas y marcadas por el determinismo biológico, en su ADN (Mígueles *et al.*, 1998: 152). Precisamente, esta interacción y su resultado articulado es lo que se ha denominado como vida cotidiana (Lozares *et al.*, 1998: 132).

Dicha articulación ha sido brillantemente recogida por la autora Agner Heller en su obra “Historia y vida cotidiana”, donde recoge que: *la vida cotidiana no está fuera de la historia, sino en el centro del acontecer histórico: siendo ésta la verdadera esencia de la sustancia social. Porque todas las grandes hazañas no cotidianas que se reseñan en los libros de historia arrancan de la vida cotidiana y vuelven a ella. Toda gran hazaña histórica concreta se hace particular e histórica precisamente por su posterior efecto en la cotidianidad* (Heller, 1972: 42). Con esto, cualquier engranaje social, político y económico ha de ser operativo en la escala de la cotidianidad como ámbito donde se desarrollan las redes interpersonales, siendo éstas las que reflejen las continuidades o cambios a través de la creación, recreación o desaparición de relaciones (González Marcén y Picazo, 2005: 147-148; Alarcón García *et al.*, 2008: 288).

Así pues, todas las decisiones políticas, económicas y sociales de las diferentes estancias de poder se dirigen en última estancia a la vida cotidiana a través de la articulación de las relaciones interpersonales y las condiciones que se establecen entre hombres y mujeres (González Marcén y Picazo, 2005: 148). Es decir, todos los actos o toma de decisiones de cualquier índole repercuten directamente en el engranaje de la vida en sociedad y, por lo tanto, en la vida cotidiana.

Por la misma razón, la ruptura del funcionamiento de cualquier sistema socialmente establecido sólo es posible si con anterioridad se ha conseguido romper o cuando menos resquebrajar en el ámbito cotidiano, es decir, solo se consigue un cambio real si se logra que tanto hombres como mujeres cambien con su rutina en su cotidianidad vital. Así, no nos extraña que con la emergencia de las élites sociales y el consecuente desarrollo de la estratificación social, la primera medida tomada para conseguir sus objetivos fuese el control de los recursos y de los sistemas productivos domésticos y cotidianos y, con ellos, el dominio y presión sobre las actividades de mantenimiento, o ; *porque sólo influyendo en las actividades de mantenimiento es posible conseguir construir y justificar nuevos espacios de poder sobre los que asentar el dominio económico y social, estableciendo las bases óptimas para la formulación de la jerarquización social* (González Marcén y Picazo, 2005: 147; González Marcén *et al.*, 2007). Por tanto, cualquier periodo de transición, transformación macroeconómica, reestructuración de la organización socio-política, etc., sólo son comprensibles históricamente si se consideran de forma prioritaria los cambios que afectaron y sufrieron las prácticas cotidianas de los grupos humanos (González Marcén *et al.*, 2007).

Por lo mismo o asimismo o por el mismo hecho, cualquier engranaje social no sólo debe ser operativo en la escala de la cotidianidad si se quiere conseguir que sea factible para el conjunto de la sociedad tanto a medio como a largo plazo (González Marcén y Picazo, 2005: 147), sino que cualquier cambio, periodo o estadio de crisis (de cualquier índole) repercute directamente en las estructuras de la vida cotidiana y, por extensión o consiguiente, tiene su reflejo en ésta. Esto nos indica que la conciliación entre la vida cotidiana y no-cotidiana (lo que ha sido denominado como la vida pública o política) es tal, que en ninguna esfera de la actividad humana es posible trazar una línea divisoria tajante y rígida entre el comportamiento cotidiano y el no-cotidiano o, como dice la autora Agner Heller, *no existe una muralla china entre la cotidianidad y la no-cotidianidad* (Heller, 1972: 49), ya que o puesto que cualquier acción, hecho, actividad que puede iniciarse de forma azarosa sin mayor repercusión en cualquier momento⁴⁵ puede convertirse en una acción, actividad, etc., cotidiana mediante su repetición, reiteración, rutina, costumbre, asimilación, etc. Esto quiere decir, que aunque determinadas acciones o actividades no pertenezcan al ámbito de la cotidianidad en el momento en que son asimiladas por los hombres y mujeres e incorporados a sus modos de vida, se convierten en un elemento más de la vida cotidiana, ocasionando a su vez su mantenimiento y perdurabilidad funcional en el resto de escalas sociales (Heller, 1972: 50).

En mayor o menor medida, la mayoría de las investigadoras/es coinciden en que, lo cotidiano va inexorablemente unido a la reiteración y repetición de acciones (González Marcén y Picazo, 2005; Escoriza, 2007). Sin embargo, es precisamente en este mismo concepto donde encontramos más divergencias, ya que hay autoras que sostienen que lo cotidiano no sólo va unido inexorablemente a todo aquello que se hace todos los días, sino que dichas tareas se desarrollan en los mismos lugares y espacios, lo

⁴⁵ Para un mayor y mejor entendimiento reproducimos aquí uno de los ejemplos expuestos en su obra *Historia y Condición Humana* de Agner Heller (1972), el inicio o el despertar de un amor apasionado es producto de la intensidad de la elección y de la pasión, que no pertenece a la cotidianidad. Sin embargo, en el momento en que ese amor se convierte en amor y pasión duradera, en el momento en que se convierte en una costumbre que conlleva una rutina, este sentimiento (pasional) puede, y con seguridad lo hace, hundirse de nuevo en el marco de la cotidianidad.

cual, quiere decir que la vida cotidiana necesita, para concebirse como tal, actividades y espacios reiterados y recurrentes. La reiteración, la existencia de un ritmo estable de las acciones humanas requiere un armazón de relaciones y de elementos materiales que aseguren su replicabilidad. Esta red de relaciones, que asegura y gestiona las condiciones materiales que hacen posible la cotidianidad, articula las actividades de mantenimiento (González Marcén y Picazo, 2005). Y, precisamente, son estas tareas las encargadas de asegurar la posibilidad de reiteración y de recurrencia de todas las actividades del grupo y que los cambios en estas últimas se canalicen en nuevos modelos de reiteración y recurrencia, es decir, en nuevas formas de gestión de la cotidianidad.

Sin embargo, el ritmo fijo, la repetición, la rigurosa regularidad de la cotidianidad no están en modo alguno en contradicción con esa espontaneidad, sino que, por el contrario, lo uno implica lo otro. Si nos dispusiéramos a reflexionar sobre el contenido de verdad material o formal de cada una de nuestras formas de actividad, no podríamos realizar ni siquiera una mínima fracción de las actividades cotidianas y de mantenimiento lo cual imposibilitaría la producción y la reproducción de la vida de la sociedad humana. Pero la espontaneidad no se expresa solamente en la asimilación del comportamiento consuetudinario y del ritmo de vida, sino también en el hecho de que esta asimilación va acompañada por motivaciones efímeras en constante alteración, en constante aparición y desaparición (Heller, 1972: 55). Ésta es la esencia de las actividades de mantenimiento, la actuación directa, la rápida resolución de problemas, el aporte de soluciones básicas, elementales y eficaces aún cuando en la mayoría de las ocasiones no se obtenga un beneficio directo sino más bien colectivo. Además son estas actividades de mantenimiento las que conforman y sostienen la práctica cotidiana de los grupos humanos. Precisamente, ésta es la función primordial de las actividades de mantenimiento, *asegurar la posibilidad de reiteración y de recurrencia de las actividades del grupo y que los cambios en estas últimas se canalicen en nuevos modelos de reiteración y recurrencia, es decir, en nuevas formas de gestión de la vida cotidiana* (González Marcén, 2008: 70-71).

En definitiva, la vida cotidiana es la vida de hombres y mujeres y, como tal, es el espejo público de las sociedades pasadas, presentes y futuras porque sin nuestra relación con la vida cotidiana y, por extensión, con las redes interpersonales que las caracterizan, perderíamos nuestra esencia como seres humanos, cayendo en un abismo social del que no podríamos recuperarnos. Así pues, el marco de la cotidianidad es el marco de la vida en sociedad, en política y en economía, es la esfera donde repercuten y donde tienen lugar todas y cada una de sus acciones, pensamientos, etc., y son, precisamente, las actividades de mantenimiento las que esencializan la existencia del marco de la cotidianidad y las que enseñan a los individuos a vivir su cotidianidad. Además, estas producciones son las encargadas de hacernos particularmente, hombres y mujeres en sociedad, ya que estas actividades humanas son las que con seguridad siempre han sido y serán cotidianas (González Marcén y Picazo, 2005). Por lo tanto, para proceder al estudio de la vida cotidiana y al estudio de las actividades de mantenimiento debemos partir de una escala temporal que acoja la diversidad de hábitos, rutinas, experiencias y relaciones interpersonales que se generan en cada marco social.

Cuando hablamos de cotidianidad o vida cotidiana nos estamos refiriendo a un marco temporal determinado y a un tiempo cotidiano, marcado por tareas y prácticas sociales relacionadas con la creación y el mantenimiento de la vida de hombres y

mujeres. En dicha escala de temporalidad, al contrario de que lo sucede con el tiempo histórico, se concentra y a la vez se expresa la vivencia humana e histórica concreta y singular a lo largo del ciclo vital de las personas. Esto sólo se consigue por el acumulo de memorias, de experiencias, de conocimientos, de trabajos y producciones, etc. que tienen su reflejo en el registro arqueológico a través de la cultura material (englobamos artefactos, ecofactos y cuerpos) de cualquier yacimiento del pasado o del presente (González Marcén y Picazo, 2005: 148; Alarcón García *et al.*, 2008) y, por otro, a un marco espacial. La escala por excelencia y natural de la cotidianidad y la vida cotidiana ha sido el contexto doméstico, como lugar o marco espaciales donde se estructuran y reproducen las rutinas esenciales de la vida diaria (Richards, 1990: 113); se manifiestan las diferencias de género, sexo, edad y estatus; y, por último, se establece el nexo de relación entre generaciones junto con el entramado de las relaciones sociales y de género (Gilchrist, 1999: 100). Si bien, en el estudio de las actividades de mantenimiento debemos tener presente que su campo de actuación no se restringe exclusivamente al ámbito doméstico sino que abarca el conjunto del espacio social que conforma un grupo social determinado.

La división sexual del trabajo permite la explotación de un rango de recursos mucho más extenso y más productivo. Sin embargo, tenemos que tener en cuenta que la habilidad de los grupos sociales de perpetuarse a través del tiempo depende, en gran medida, tanto de la reproducción biológica como de la práctica de una serie de actividades y procesos que colectivamente facilitan la persistencia y la supervivencia de esas sociedades y que se desarrollan dentro del marco de la vida cotidiana. Por otro lado, Nos olvidamos de que la división sexual del trabajo permite a los miembros de un grupo social la explotación de un rango de recursos mucho más extenso, productivo y beneficioso para todo el grupo o el común del grupo, por lo tanto lo que son diferencias en conocimientos, incluso podríamos decir que puede marcar diferencias en los modos de conceptualizar determinados aspectos como el tiempo o el espacio, pero nunca marca desigualdades entre hombres y mujeres (Sánchez Romero, 2008a).

Como ya hemos dejado patente en apartados anteriores y en este mismo, nuestro objetivo primordial con esta tesis doctoral pasa por el estudio de las experiencias históricas y vitales de las mujeres y las relaciones de género de las sociedades del pasado, para lo cual nos es necesario formular nuevas categorías de análisis y desarrollar planteamientos metodológicos empíricos que nos permitan dotar de contenido social e histórico nuestra investigación. Para alcanzar este objetivo debemos conseguir acercarnos a los actores y actrices que protagonizaron cada uno de los episodios que han dejado su huella en el registro arqueológico. Para ello es fundamental rechazar la idea y concepción de una única escala-temporal como marco definitorio en la interpretación e investigación arqueológica y abrir nuevas puertas que doten de relevancia histórica los contextos arqueológicos específicos y los objetos materiales que los conforman, no como paso intermedio entre los datos y las interpretaciones generalizadoras de los grandes cambios sino como proveedores, en sí mismos, de indicios directos que nos permitan realizar otro tipo de lecturas arqueológicas y, por supuesto, históricas, que como comprobaremos son posibles.

Por ello, partimos desde la premisa que el tiempo no es único. Por ejemplo en nuestro caso, el tiempo histórico no es igual al de otras ciencias sociales o naturales ya que la Historia como disciplina social se ocupa de estudiar y entender el “tiempo humano” y al “humano en el tiempo” (González Marcén y Picazo, 1998: 10; González

Marcén, 2008: 63). Para conseguir este objetivo, la historia como disciplina científica ha construido una forma de ordenación de los acontecimientos del pasado a través de un orden temporal lineal, la datación (González Marcén *et al.*, 2007). Sin embargo, este método de análisis no sólo deja fuera cualquier discusión sobre género u otro cualquier condicionamiento teórico sino que también deja fuera de su interés la significación histórica que debe atender cualquier estudio o análisis histórico (González Marcén 2008: 63).

Tanto el tiempo como la periodización⁴⁶ han sido siendo el principio temporal que organiza el discurso de nuestra disciplina, la arqueología (González Marcén 2008: 66). Reflejo de ello es que para su articulación se han creado una serie de mecanismos de ordenación basados en las cronologías, periodizaciones, fósiles directores, etc., que *han permitido ordenar en un sentido con mayor o menor lógica la realidad de nuestro pasado pero también de nuestro presente* (González Marcén *et al.*, 2007). Para ello, en arqueología se han desarrollado las periodizaciones, consistentes en articular las cronologías relativas de conjuntos empíricos, establecidas a partir de las secuencias evolutivas de artefactos (cerámica, elementos líticos, etc.), series estratigráficas⁴⁷ o seriaciones de dataciones, en un tiempo histórico global y abstracto. Esto quiere decir, que en arqueología, son las periodizaciones las encargadas de ordenar series diacrónicas particulares en referencia a criterios de significado general para distinguir entre la continuidad y el cambio (González Marcén y Picazo, 1998).

El resultado que se ha obtenido y que continuamos obteniendo mediante la utilización de este sistema de ordenación es una “Historia de las Estructuras” o “tiempo largo o a largo plazo”, basada en las estructuras políticas, económicas y sociales que rigen un periodo cultural determinado, representando la esfera “macro” de la historia y por supuesto del tiempo. Esta escala temporal no es otra que la que engloba las realidades históricas que subsisten por debajo de los acontecimientos o de los cambios de coyuntura económica, política o social.

Una situación similar ocurre en la disciplina arqueológica, donde el tiempo es esencial. Es más, podríamos decir que este parámetro de construcción de la realidad es la variable fundamental en la metodología arqueológica, dado que, como hemos apuntado anteriormente, no contamos con elementos enmarcados en un tiempo concreto sino que contamos con todo un conjunto de cultura material fruto de episodios, por supuesto reales, pero al fin y al cabo episodios superpuestos y no historias completas enmarcadas en un marco temporal concreto. Como decía uno de los padres de la Nueva Arqueología, Lewis Binford, *los hallazgos arqueológicos, por muchas nuevas técnicas de análisis y de reconstrucción que se apliquen, son estáticos, y sólo podemos inferir, pero no ver, el comportamiento humano de aquellas sociedades que nos dejaron sus rastros materiales* (Binford, 1983). En arqueología, las periodizaciones han dado como resultado la reconstrucción de nuestro pasado basado y regido por periodos (Paleolítico, Neolítico, Edad del Cobre, Bronce, etc.) que se caracterizan por una serie de

⁴⁶ El tiempo que recrea el sistema de las periodizaciones (tiempo largo de los periodos) coincide con el Tiempo de largo plazo conceptualizado por Fernand Braudel en su obra *El Mediterráneo y el Mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (1949).

⁴⁷ Los principios básicos y fundamentales de la tipología y estratigrafía arqueológica parten del proceso de estratificación observado por los geólogos. Sus principios básicos son la idea de temporalidad profunda y un concepto de cambio muy cercano al que se maneja generalmente en las ciencias naturales (Groennen, 1994, recogido por González Marcén, 2008: 66).

innovaciones marcadamente masculinas. Estas innovaciones se han tomado como elementos y variables de medida dejando de lado los investigadores otro tipo de variables igualmente funcionales e importantes. Esta forma de interpretar nuestro pasado se ha visto marcado por las relaciones intragrupalas, lo cual ha provocado la simplificación de la multiplicidad social real del pasado, tornándose exclusivamente nuestro interés en aquellos ámbitos y actividades asociadas histórica y etnográficamente al género masculino (González Marcén, 2008: 68).

Mark Haddon en el año 2004 indicó que *el tiempo no es más que la relación entre el modo en que cambian las diferentes cosas*. Precisamente, éste ha sido el principio tomado tanto por la historia como por la arqueología en el desarrollo de sus investigaciones sobre el pasado y en su narración del presente. Ambas disciplinas han valorado el cambio en positivo entendiendo *que el cambio social del pasado nos ha conducido cada vez a tener mayor control material sobre la realidad en que vivimos* (Hernando, 2002: 75), lo que ha desencadenado que tanto la historia como la arqueología hayan tomado como variables de explicación y significación histórica solo aquellos episodios que para los investigadores e investigadoras actuales encierran un cambio sobre momentos anteriores, como puede ser la sustitución de la piedra por el metal como materia prima en la elaboración de herramientas y utillaje (González Marcén *et al.*, 2007).

En consecuencia, la tradición disciplinar arqueológica de los estudios prehistóricos ha hecho abstracción, en sus inferencias, de la diversidad de la agencia humana y ha formulado la dinámica social exclusivamente en términos del poder masculino que rige nuestro presente: el control de la macroeconomía, el control político y el control de las tecnologías de producción. Para el conocimiento de nuestro pasado se han tomado como marco de estudio sólo aquellas variables pertenecientes a la escala macro-social de la humanidad dejándose precisamente de lado aquellas otras variables referentes a la vida cotidiana y que pertenecen a la esfera de lo micro-social y la micro-historia como son el conjunto de las actividades de mantenimiento (González Marcén, 2008: 68).

Pero si pretendemos conseguir conocer, en la medida de lo posible, el desarrollo de cualquier grupo humano en todos los aspectos referentes a su vida en sociedad necesitamos partir de otros presupuestos o escalas temporales que nos acerquen a sus vidas. Éste bien podría ser el denominado como tiempo corto o de los acontecimientos, de los sucesos que tienen un lapso temporal breve, a medida de la sensación del paso del tiempo que puede tener la vida individual.

Recordemos que las redes interpersonales se conforman a partir de la acción humana relacional y del mundo material que las envuelve y en la que operan. Por tanto, la arqueología de la cotidianidad se ocupa de aquellos objetos y contextos arqueológicos interpretados e interpretables en términos de redes interpersonales, partiendo de la certeza de que las relaciones interpersonales, básicas que se generan en una sociedad son las derivadas de las actividades de mantenimiento. Esta premisa es básica para plantear el análisis de determinados tipos de artefactos cuya aparición, por ejemplo, en los ajueres funerarios, debía estar frecuentemente asociada a esa forma de redes interpersonales más que a otras formas de identidad que han dominado en la interpretación arqueológica. En este apartado, la arqueología es especialmente útil porque el registro arqueológico es la manifestación material de la acumulación de experiencias humanas en el tiempo y en el espacio. Así pues lo que hay que hacer es

estudiar la escala temporal y espacial en la que se concretan las condiciones de vida y la identidad de las mujeres mediante categorías que las pongan de manifiesto.

Teniendo en cuenta lo expuesto hasta el momento, creemos que una de las estrategias metodológicas de aproximación al estudio de la vida cotidiana y de las actividades de mantenimiento es mediante la escala temporal del tiempo de los acontecimientos o de la microarqueología (microhistoria). Hablar de microarqueología es hablar de la significación de la pequeña escala, de las experiencias personales, singulares y de las relaciones interpersonales, del “acontecimiento”. Este método de análisis nos permite acercarnos a determinadas cuestiones a generalizaciones a través de la iluminación sobre las diversidades y particularidades personales o locales (Serna y Pons, 2000: 239). Para esta escala temporal, el acontecimiento, la particularidad, la singularidad adquiere un protagonismo absoluto en tanto que se trata de un indicio que nos permite abrir el camino de nuestra investigación (González Marcén, 2008: 71). Si consideramos el diferente rango de aproximaciones y de significados del género en varios momentos y en varios escenarios, más que oscurecer la visión total, la microhistoria nos permite comprender su complejidad y su riqueza (Rhodes, 2000). Además, reducir nuestra escala temporal de estudio nos permite proponer nuevos temas de investigación, poner en práctica nuevos métodos metodológicos más cercanos a la figura del individuo, lo que nos proporcionará explicaciones cualitativas sobre sus vidas (Serna y Pons, 2000: 240).

Este método de análisis conocido como el “método indiciario” (Ginzburg, 1989), opera de forma diferente al método de análisis de la arqueología, ya que en este caso no se trata de buscar la continuidad de la norma de los comportamientos, de la cultura material, sino que más bien lo que busca es la excepcionalidad, aquellos elementos que se salen de la norma. Serán precisamente estos elementos, que podríamos denominar como “diferentes”, que no encajan en la norma establecida o creada, los que requieren una explicación (González Marcén, 2008: 71-72). Mediante este método, la microhistoria pretende conseguir dos objetivos, por un lado metodológico, proponiendo un método alternativo para la evaluación de la evidencia histórica y, por otro, ontológico, situando en el centro de la reflexión aquellas voces y experiencias que han sido marginadas como parte de la historia (Muir, 1998).

Por tanto, el objetivo principal de la microhistoria y la microarqueología es buscar una descripción más realista del comportamiento humano, tomar como punto de partida otras variables que son igualmente lógicas y fundamentales para el estudio de las sociedades. A través de los casos de estudio concretos se intenta hacer la reducción de la escala de observación y al estudio intensivo del material documental, en nuestro caso, el registro arqueológico (Sánchez Romero, 2008c). La metáfora del microscopio es muy útil para explicar el procedimiento, ya que cuando un científico aplica una lente aumenta la visión de lo que era imperceptible y, sin embargo central para la vida orgánica; del mismo modo, el microscopio del historiador agranda objetos que tradicionalmente no habrían sido observados permitiendo así una escala más intensa (Serna y Pons, 2000). En este contexto han comenzado a surgir toda una serie de aproximaciones que pretenden crear un discurso más “humanizado” de la evidencia arqueológica que se oponga a los proyectos generalizadores del positivismo. Sin embargo, en términos generales la escala interpretativa en arqueología prosigue siendo y empleando el procedimiento sintetizador del tiempo social (González Marcén, 2008: 71-72).

La pregunta sería ¿cómo se puede estudiar la macrohistoria sin perder de vista la situación real de la gente, la cotidianeidad de las poblaciones, o viceversa? (Levi, 1981). Pensamos que este problema lo soluciona, la microhistoria o la microarqueología, porque entiende que las situaciones locales (micro-escala) no son sólo el reflejo de las más generales (macro-escala), sino que pueden presentar desviaciones que contradigan y a su vez expliquen comportamientos generales. Tres son los rasgos distintivos de la microhistoria, la consciencia explícita de la construcción del objeto, es decir, lo que vemos es el resultado de la elaboración del observador a partir de sus instrumentos cognoscitivos; el segundo, es el de la dimensión experimental del trabajo microhistórico ya que obliga al historiador o historiadora a tomar conciencia de las condiciones de observación. Y, el último aspecto es la atención expresa que la microhistoria prestaría a las formas argumentativas, a los modos de enunciación y a las metáforas que emplean cuando escriben. Construcción, observación y argumentación son los tres ingredientes característicos de esta práctica, o mejor dicho, la conciencia de esos tres procesos (Revel, 1989; Serna y Pons, 2000, 256, recogido por Sánchez Romero, 2008c).

La arqueología está especialmente preparada para acometer estos procesos ya que nos permite trabajar con la cultura material. Los cuerpos y objetos se usan como metáforas en el proceso de comprensión e interpretación del mundo y así podemos conectar objetos, hechos y acciones. Nuestra disciplina es útil porque se basa en la materialidad de la experiencia humana, enfatiza la repetición de las acciones en el tiempo como forma de reconocer prácticas culturalmente comprensibles y es consciente del vacío existente entre la materialidad de los restos del pasado y las interpretaciones que esos restos ayudan a elaborar (Tilley, 1999). Así pues, en primer lugar debemos dejar de lado nuestras gafas androcéntricas cuando observemos el registro arqueológico y cuando estudiemos la cultura material, aprendiendo a mirar más allá de lo que a simple vista podemos ver.

Con esta inclinación hacia la toma de la microarqueología y de la escala de los acontecimientos como metodología de estudio de las actividades de mantenimiento no estamos diciendo que debemos dejar de lado el estudio de macrohistoria y con ella el conjunto de variables que integra. Lo que pretendemos decir es que para llegar a comprender la dinámica interna y externa de cualquier grupo humano debemos interrelacionar ambas escalas temporales, precisamente en dicha interrelación esta la base de un conocimiento más objetivo y real dada la interconexión interna existente entre ambas escalas temporales o como decía la autora Agenes Heller, *la cotidianidad y la no-cotidianidad no están separadas por una muralla china* (Heller, 1972).

En definitiva, la división, medir, cuantificar y contar el tiempo de los momentos históricos y vitales por supuesto marca diferencias en los modos de conceptualizar determinados aspectos como el tiempo y el espacio, pero nunca nos marcan desigualdades. Por ello en nuestra investigación esta es la metodología a seguir.

Por último, nos gustaría resaltar el carácter fundamental que contienen las actividades de mantenimiento en la configuración y en la dinámica del entramado social. Esto se debe a que estas actividades intervienen en la toma de decisiones de cualquier grupo humano y, a la vez, sustentan la base que permite el desarrollo de otro amplio abanico de actividades grupales, además de proporcionar la cohesión del grupo

(Montón, 2005: 160). De esta manera, se justifica la gran repercusión que ha supuesto para el estudio de las mujeres, en el pasado y en el presente, los estudios de las actividades de mantenimiento, presumiblemente como productividades femeninas.

Las actividades de mantenimiento tienen otro compromiso fundamental dado que representan todos los rasgos estructurales de las actividades ligadas a la identidad relacional (Hernando, 2000; 2001). Son actividades asociadas con la recurrencia y la reiteración; que no exigen el desplazamiento a espacios desconocidos, sino precisamente su ejecución se realiza en un lugar absolutamente conocido y completamente investido de sentido y emociones, como es el espacio doméstico. No implican el desarrollo de la individualidad, sino que precisamente se asocian al sostenimiento de los vínculos y la cohesión del grupo, al mantenimiento del núcleo al que se pertenece, a un mundo de relaciones inter-subjetivas y no de racionalizaciones objetivadoras. A través de ellas no se expresa la vocación personal, ni la creatividad o la particularidad de un autor, sino que son actividades que se rigen por su carácter impersonal, anónimo, que caracterizan el modo de hacer del grupo general, pero que a su vez no promueven las individualidades dentro del grupo (Hernando, 2006: 125-126). El hecho de que las actividades de mantenimiento benefician al conjunto de la población han supuesto una parte esencial en las experiencias cotidianas de la vida de la gente y, sobre todo, de las mujeres durante los siglos (González Marcén y Picazo, 2005).

Esta atribución de las mujeres como encargadas de llevar a cabo las actividades de mantenimiento, no está exenta de debate. Como hemos explicado en apartados anteriores, encontramos autoras que en esta asignación ven una íntima relación con posicionamientos esencialistas y conservadores que encasillan a las mujeres en un campo de actuación social limitado y limitador (Magallón, 1999). E, incluso, en ocasiones, se ha ido mucho más allá, argumentando que salvo la producción de nuevos individuos, no existen formas de trabajo universales, es decir, excepto la reproducción biológica, toda mujer y todo hombre pueden realizar cualquier tipo de trabajo, siempre y cuando se le socialice de forma adecuada (Escoriza, 2007). Es cierto, que al margen de la reproducción biológica, cualquier trabajo puede y podría ser realizado tanto por hombres como por mujeres, y nuestra intención no pasa por realizar una atribución arbitraria de las actividades de mantenimiento con las mujeres, porque lo que sí es una realidad es que ¿quién o quiénes realizan estos trabajos en las sociedades actuales? Las mujeres, por supuesto hay excepciones, pero ¿qué consideración tienen estas actividades en las sociedades actuales? Por tanto, aunque no podamos atribuirles sexo a través del estudio del registro arqueológico, lo cierto, es que la valoración del conjunto de estas actividades ha estado condicionada por su asociación con las mujeres. Por ello, y aunque contemos con datos actuales, etnográficos y etnohistóricos que avalan esta asociación y asignación, debemos apuntar hacia las críticas vertidas en este sentido, que la atribución sexual de estas actividades no es lo realmente importante, sino exponer el verdadero significado humano, social, económico y político que éstas tienen y juegan en el desarrollo de todos los grupos sociales y en la supervivencia y en el progreso de la humanidad, ya que así también podremos acercarnos a un gran número de mujeres que compartieron y comparten estas actividades como modos de vida.

Lo cierto es que con la división social del trabajo y la aparición de las sociedades complejas aquellas actividades de mantenimiento que generan productos con valor de cambio pasan a ser realizados por artesanos especializados (hombres), La

alfarería, la molienda o el tejido. esta masculinización de las actividades que generalmente han sido asociadas con las mujeres coincide directamente con momentos marcados por cambios e innovaciones tecnológicas como puede ser la aparición del torno para la producción de cerámica, la aparición de los molinos rotatorios o hidráulicos para el caso de la molienda o los telares mecánicos para la producción textil. Concretamente, para el caso de esta masculinización de la producción textil tenemos referencias a partir del siglo IV como también sucede en época helenística para el caso de la preparación de alimentos con el surgimiento de los primeros cocineros que, aunque pertenecientes a la servidumbre de la casa o contratado para la ocasión, se ocupaba de la comida sobre todo en ocasiones especiales, como banquetes con invitados, que requerían un refinamiento gastronómico mayor al de la comida cotidiana (Martínez y Mirón, e.p.).

III. 3.3. Actividades de mantenimiento: Caracterización de un concepto

Esta definición ha sido el punto de partida, tomado por muchas investigadoras/es⁴⁸ de nuestro país para desarrollar su propia investigación, quienes a través de sus estudios, análisis y aportaciones generales (basados en la reflexión y en otras ocasiones en la crítica) han conseguido crear, matizar y a la vez ampliar un campo de actuación arqueológico válido para el estudio y revalorización del papel jugado por las mujeres y sus producciones, tanto en el pasado como en el presente. Así pues, no sólo se ha conseguido crear un corpus teórico sino también metodológico que nos está permitiendo recuperar tanto parcelas de saber como experiencias vitales de un grupo de la población que generalmente han pasado desapercibido en las interpretaciones históricas, las mujeres.

El presupuesto inicial de esta línea de investigación, es que todos los grupos sociales (pasados y presentes) dependen en gran medida tanto de la reproducción biológica (que incluye la gestión, el alumbramiento, la lactancia materna o artificial, la planificación de la natalidad, etc.), como del desarrollo de todo un conjunto de prácticas, actividades y procesos que colectivamente facilitan la persistencia y la supervivencia de las sociedades (Sánchez Romero, 2008mad:). Incluyen elementos de producción y de relación ya que no sólo hay que reproducir los medios de producción sino también la fuerza de trabajo (Carrasco, 1991: 20; Sánchez Romero, 2008a). Asimismo, esta misma autora, las ha agrupado en base a las dos dimensiones básicas de las necesidades humanas; la objetiva, relativa a las necesidades biológicas (la alimentación, el vestido, la protección contra el frío...) y la subjetiva que incluiría los afectos, el cuidado, la seguridad psicológica, elementos básicos para el desarrollo de la vida humana (Carrasco *et al.*, 2003: 41). Desde el primero de los puntos de vista, la producción doméstica es un sistema que garantiza la reproducción del sistema económico de cualquier sociedad y que aún hoy día, se presenta como imprescindible para la reproducción del sistema socio-económico (Carrasco, 1991). De esta manera, llega a la conclusión de que el trabajo doméstico y en sí, las actividades de mantenimiento, pueden ser examinadas como factores de reproducción del sistema económico y como factores de socialización de los grupos humanos (Sánchez Romero,

⁴⁸ En la conformación de éste concepto han participado investigadoras tanto del área de conocimiento de la arqueología, como de la historia, sociología, antropología, etc. Todas estas aportaciones han conllevado su enorme riqueza como categoría de análisis en las sociedades del pasado.

2008mad), dado que la preparación de alimentos, la fabricación de textiles o el cuidado de los otros miembros del grupo requieren una serie de habilidades técnicas y un cúmulo de experiencias que producirán, como todas las tecnologías, innovaciones y cambios en cada sociedad. Sin embargo, el hecho de que en muchas ocasiones estas actividades estén ligadas a las necesidades más básicas de las sociedades, a las necesidades biológicas y de relación ha provocado que sus tecnologías se naturalicen haciéndose menos visibles que el resto de actividades productivas asociadas con el ámbito de actuación masculino (McGaw, 1996; Sánchez Romero, 2006: 75-76).

Por otra parte, esta misma autora ha incluido como parte de las actividades de mantenimiento, *el conjunto de trabajos relacionados con la producción de útiles necesarios para llevar a cabo todo ese conjunto de actividades tales como la manufactura cerámica, útiles de piedra o la producción textil* (Sánchez Romero, 2002: 279; 2008a), ampliando, nuevamente, el campo de actuación para su análisis y por extensión de las producciones femeninas. A este respecto, encontramos críticas que afirman que con estas inclusiones lo único que conseguimos es alejarnos de la evidencia empírica, dado que en el registro arqueológico solo encontramos restos de cultura material que no pueden acercarnos a las manos, gestos y pensamientos de las mujeres y hombres del pasado (Escoriza, 2002; 2007). Sin embargo, nosotras pensamos que a través del estudio de la cultura material podemos llegar a comprender las tecnologías del pasado (Hendon, 1996), puesto que ésta son la muestra material y tangible de las prácticas sociales desarrolladas por cada uno de los individuos (Conkey y Gero, 1991:15-16), quienes con su manufactura y uso les dieron significado (Alarcón García *et al.*, 2008).

Lo cierto es que en este sentido se abre otro debate, la negación del uso de la tecnología a las mujeres, negando por tanto los avances tecnológicos, los conocimientos y la experiencia derivada de su práctica. Éste es otro de los problemas con los que se enfrentan las actividades de mantenimiento, la idea de que estos trabajos no requieren ningún tipo de tecnología, ninguna pauta de experiencia o conocimientos especializados. Como consecuencia, mientras que en el estudio de las sociedades prehistóricas es normal encontrar la palabra tecnología asociada a conceptos y actividades como la producción metalúrgica, la producción lítica o la producción cerámica, es más difícil encontrarla ligada a la producción de alimentos, a la producción textil o de cestería, cuando en realidad, estamos hablando de procesos productivos de similares características ya que todos y, cada uno de ellos implican la transformación de una materia prima mediante la aplicación de una serie de técnicas, conocimientos y habilidades hasta conseguir el un producto elaborado (Sánchez Romero y Aranda 2006 y 2009; Sánchez Romero, 2008). En definitiva, las actividades de mantenimiento, requieren un bagaje de conocimientos especializados y unas prácticas tecnológicas y simbólicas específicas (González Marcén, 2006: 136-137).

Por otro lado, y a parte de las diversas formas de trabajo, la aplicación de conocimiento y tecnología que conllevan y representan estas actividades, las cuales exigen y, al mismo tiempo, crean prácticas de relación social que tienen una dinámica, un tiempo (la cotidianidad) e, incluso, una organización espacial propia. Por ello se parte de que las actividades humanas que con seguridad siempre han sido y siempre serán cotidianas son precisamente las actividades de mantenimiento, las cuales, normalmente han tendido a equiparse con lo doméstico (González Marcén y Picazo, 2005). En mayor o menor medida, la mayoría de las investigadoras/es coinciden en que,

lo cotidiano va inexorablemente unido a la reiteración y repetición de acciones (González Marcén y Picazo, 2005; Escoriza, 2007). Sin embargo, es precisamente en este mismo concepto donde encontramos más divergencias, ya que hay autoras que sostienen que lo cotidiano no sólo va unido inexorablemente a todo aquello que se hace todos los días sino que dichas tareas se desarrollan en los mismos lugares y espacios, lo cual, quiere decir que la vida cotidiana necesita, para concebirse como tal, actividades y espacios reiterados y recurrentes. La reiteración, la existencia de un ritmo estable de las acciones humanas requiere un armazón de relaciones y de elementos materiales que aseguren su replicabilidad. Esta red de relaciones que asegura y gestiona las condiciones materiales que hacen posible la cotidianeidad articula las actividades de mantenimiento (González Marcén y Picazo, 2005). Y, precisamente, son estas tareas las encargadas de asegurar la posibilidad de reiteración y de recurrencia de todas las actividades del grupo y que los cambios en estas últimas se canalicen en nuevos modelos de reiteración y recurrencia, es decir, en nuevas formas de gestión de la cotidianeidad. Así pues, podemos resumir diciendo que entre las características que conlleva la cotidianidad, podemos distinguir en primer lugar, una forma de temporalidad (tiempo cotidiano) diferente que el que rige el resto de esferas sociales, ya que es marcada por el conjunto de relaciones y actividades de mantenimiento que imprimen el desarrollo de la vida diaria de un grupo social, pero, además, este marco temporal, tiene un componente espacial y se supone que su emplazamiento “natural” es el ámbito doméstico (González Marcén *et al.*, 2006: 136-137).

Contra esta opinión encontramos quienes consideran que lo “cotidiano” no sólo es constituido por las actividades de mantenimiento, ya sean de sujetos o de objetos, sino por toda aquella actividad rutinaria asociada a la reiteración de tareas, en cualquier ámbito de trabajo o de consumo (Escoriza, 2002; 2007), porque aunque las unidades domésticas están asociadas a la recurrencia de actividades, no se puede generalizar cuáles son estas actividades recurrentes (Castro *et al.*, 1996). Aunque, en los grupos domésticos, los vínculos que se establecen a partir de la convivencia cotidiana proporcionan el contexto más eficaz para los cuidados implicados en el mantenimiento de hombres y mujeres. Por lo tanto, se trata de grupos de reducidas dimensiones y que en una sociedad se presentan como unidades celulares recurrentes. Sin embargo, en el marco de las unidades domésticas, no sólo pueden encontrarse las actividades ligadas a la producción de cuerpos y a la de mantenimiento de individuos, sino que también aparecen otras actividades de trabajo y de uso/consumo/disfrute de la producción. Así, dentro de las unidades domésticas suelen realizarse tareas de producción de objetos y de mantenimiento de los mismos, que mostrarán también un carácter recurrente. Es por ello que no consideran las actividades de manteniendo como tales sino como actividades económicas (Castro *et al.*, 1996; Escoriza, 2007). Y, en todo caso, no debe considerarse propio del ámbito doméstico todo aquello que aparece en una unidad doméstica, puesto que, de no haber recurrencia, habrá que pensar que depende de un ámbito extradoméstico. Es decir, la tendencia a la recurrencia corresponde a las unidades domésticas y la tendencia a la singularidad a los ámbitos extradomésticos.

Por el contrario, las investigadoras anteriormente citadas, cuando piensan en la noción de las actividades de mantenimiento lo hacen preferentemente para enfatizar el hecho de que el factor común y el patrón básico de este conjunto de prácticas, predominantemente femeninas, no estriba en el desarrollo de las mismas en un único espacio, el doméstico, sino en su función estructural, dado que se tratan de unas

actividades que se mantienen a lo largo del tiempo y del espacio en todos los grupos humanos (González Marcén *et al.*, 2007).

Además, las actividades de mantenimiento tienen otro compromiso fundamental dado que representan todos los rasgos estructurales de las actividades ligadas a la identidad relacional (Hernando, 2000; 2001). Es decir, han sido calificadas como actividades no especializadas no asociadas al cambio, pero sí a la recurrencia y reiteración; pero que no exigen el desplazamiento a espacios desconocidos, sino precisamente su ejecución en un lugar absolutamente conocido y completamente investido de sentido y emociones, como es el espacio doméstico, y que no implican un desarrollo de la individualidad, sino que precisamente se asocian al sostenimiento de los vínculos y la cohesión del grupo, al mantenimiento del núcleo al que se pertenece, a un mundo de relaciones inter-subjetivas y no de racionalizaciones objetivadoras. A través de ellas no se expresa la vocación personal, ni la creatividad o la particularidad de un autor, sino que son actividades que se rigen por su carácter impersonal, anónimo, que caracterizan el modo de hacer del grupo general, pero que a su vez no promueven las individualidades dentro del grupo (Hernando, 2006: 125-126). El hecho de que las actividades de mantenimiento benefician al conjunto de la población, de ahí que durante siglos, hayan supuesto una parte esencial de las experiencias cotidianas de la vida de la gente y, sobre todo, de las mujeres (González Marcén y Picazo, 2005).

Esta atribución de las mujeres como encargadas de llevar a cabo las actividades de mantenimiento, no está exenta de debate. Como hemos explicado en apartados anteriores, encontramos autoras que en esta asignación ven una íntima relación con posicionamientos esencialistas y conservadores que encasillan a las mujeres en un campo de actuación social limitado y limitador (Magallón, 1999). E incluso, en ocasiones, se ha ido mucho más allá, argumentando que salvo la producción de nuevos individuos, no existen formas de trabajo universales, es decir, excepto la reproducción biológica, toda mujer y todo hombre pueden realizar cualquier tipo de trabajo, siempre y cuando se le socialice de forma adecuada (Escoriza, 2007). Es cierto, que al margen de la reproducción biológica, cualquier trabajo puede y podría ser realizado tanto por hombres como por mujeres, y nuestra intención no pasa por realizar una atribución arbitraria de las actividades de mantenimiento con las mujeres, porque lo que sí es una realidad es que ¿quién o quiénes realizan estos trabajos en las sociedades actuales? Las mujeres, aunque por supuesto que hay excepciones y ¿qué consideración tienen éstas en las sociedades actuales? Por tanto, aunque no podamos atribuirles sexo a través del estudio del registro arqueológico, lo cierto, es que la valoración del conjunto de estas actividades ha estado condicionada por su asociación con las mujeres. Por ello, y aunque contemos con datos actuales, etnográficos y etnohistóricos que avalan esta asociación y asignación, debemos apuntar hacia las críticas vertidas en este sentido, que la atribución sexual de estas actividades no es lo realmente importante, sino exponer el verdadero significado humano, social, económico y político que éstas tienen y juegan en el desarrollo de todos los grupos sociales y en la supervivencia y en el progreso de la humanidad, ya que así también podremos acercarnos a un gran número de mujeres que se compartieron y comparten estas actividades como modos de vida.

Por último, nos gustaría resaltar el carácter fundamental que contienen las actividades de mantenimiento en la configuración y en la dinámica del entramado social. Esto es así porque estas actividades intervienen en la toma de decisiones de cualquier grupo humano y, a la vez, sustentan la base que permite el desarrollo de otro

amplio abanico de actividades grupales, además de proporcionar la cohesión del grupo (Montón, 2005: 160). De esta manera, se justifica la gran repercusión que ha supuesto para el estudio de las mujeres, en el pasado y en el presente, los estudios de las actividades de mantenimiento, presumiblemente como producciones femeninas.

Como podemos observar, con esta perspectiva de investigación arqueológica, se ha abierto un campo de múltiples posibilidades de conocimiento, a través de los cuales, estamos pudiendo conocer el legado de saberes y prácticas asociadas a la gestión de la vida cotidiana y al ámbito de las actividades de mantenimiento (o ámbito doméstico), así como desarrollar estrategias y mecanismos metodológicos para su recuperación y difusión.

III. 4. LA COCINA: PROCESADO Y CONSUMO DE ALIMENTOS

Consideradas un poco desde lo alto y un poco desde lejos, los trabajos cotidianos de la cocina parecen, en la esfera privada, condenados del todo a la repetición, de estructura arcaica, un saber ligado a códigos sociales muy antiguos, estabilizado en viejas formas de equilibrio, es decir, en un añadido oscuro y poco racional de preferencias, necesidades y usos recibidos (Certeau, 1999)

III. 4.1. DESDE EL CAMPO DEL OLVIDO

Las prácticas alimenticias, el cocinado, forman parte esencial de las actividades de mantenimiento (Lám. 4) (Picazo, 1997), y se sitúan en uno de los niveles más elementales, necesarios y fundamentales de la vida cotidiana (Certeau, 1999: 159). Para la supervivencia de cualquier ser humano es fundamental la ingesta de alimento que aporte los nutrientes necesarios para sobrevivir y desarrollarse. Sin embargo, el alimento no es sólo un elemento básico para la supervivencia humana sino que además tienen un significado social ya que las sustancias primeras sólo se convierten en alimento y nutrientes básicos mediante el empleo de diferentes trabajos característicos que pertenecen a los campos de actuación de las actividades de mantenimiento (Montón, 2005: 164).



Lámina 4. Organigrama de las actividades de mantenimiento: la preparación de alimentos (Fuente, a partir de González Marcén *et al.*, 2007).

La escasez de estudios científicos y académicos sobre el conjunto de las prácticas culinarias en arqueología, queda patente en los diferentes discursos históricos (Hastorf, 1991; Montón, 2000; 2005; Colomer, 1996; Sánchez Romero, 2002; 2008a; González Marcén *et al.*, 2007). El hecho de que estas actividades hayan sido asociadas con los espacios domésticos y como parte de las productividades femeninas ha hecho que sean ignoradas en la mayoría de las interpretaciones históricas (Curia y Masvidal, 1998; Colomer *et al.*, 1998; Tringham, 1991; 1999; Hastorf, 1991; Montón, 2000; Hendon, 1996; 1997; Sánchez Romero, 2005; Mirón, 2005; 2007).

Desde la Antropología y Sociología se han elaborado algunos trabajos centrados en la cocina y el alimento. Por ejemplo, desde el *estructuralismo* se ha considerado a la cocina como un elemento fundamental del conjunto social (Montón, 2005: 160). El antropólogo estructuralista Claude Levi-Strauss, consideraba que *los sistemas culinarios expresan oposiciones cosmológicas y sociológicas de las sociedades humanas por lo que resultan cruciales para poder comprender las estructuras sociales de éstas*; es decir, a partir de la exclusión o prohibición de determinados alimentos en momentos particulares de la vida de un ser humano es posible observar las diferencias sociales, de género o de edad (Levi-Strauss, 1958; 1965). Así pues, el estudio de las prácticas alimenticias da información muy relevante sobre las reglas subyacentes que rigen la vida cotidiana de un grupo humano (Levi-Strauss, 1969). Por su parte, Roland Barthes considera al *alimento no sólo como un símbolo sino también como una necesidad completamente estructurada*. Por tanto, considera las materias primas, las técnicas de preparación como los hábitos de consumo como parte de un sistema de comunicación estructurado (Barthes, 1975). Otros autores como Arjun Appadurai (1981), Jack Goody (1982), Pierre Bourdieu (1988) o Mary Douglas (1984) califican la alimentación, la comida y la cocina como auténticos marcos de representación social, ideológica y simbólica (Delgado, 2008: 165).

Partiendo desde los posicionamientos de estos autores, nosotros pensamos que a través del estudio de las prácticas alimenticias podemos llegar a determinar pautas de conducta, comportamientos sociales y simbólicos que nos acerquen a los modos de vida de las sociedades del pasado. Consideramos el conjunto de prácticas que van desde la obtención de materia prima hasta la preparación y el consiguiente consumo de alimentos como actividades esenciales en los estudios del pasado ya que, como apuntaba el Jack Goody, el cocinado es la fase final de la preparación de alimentos, siendo ésta la actividad humana más importante de los grupos humanos dejando a un lado inclusive la propia reproducción humana (Goody, 1994: 43). Esto quiere decir que las prácticas alimenticias forman parte de una cadena de producción, larga y extensa donde intervienen factores de diversa índole por lo que con su análisis podemos extraer información propia sobre el ritmo del sistema productivo, social y económico de cualquier grupo humano (Gifford-González, 1993; Montón, 2005: 161).

Aunque es cierto que en la literatura general se han realizado diferentes trabajos de cómo y en qué consiste la preparación de alimentos, realmente su estudio se ha realizado mayoritariamente desde dos perspectivas: en primer lugar, y de forma mayoritaria, dicha actividad se ha identificado con el mero consumo de alimentos objetivado como un producto final (Falk, 1994). En segundo lugar y, en menor medida, la investigación se ha interesado por las formas de obtención de materias primas para llevar acabo dicha actividad (Montón, 2005: 161), tomando en consideración su distribución y su intercambio (Delgado, 2008: 165). Ambos puntos de vista han

ignorado el conjunto de prácticas, técnicas, relaciones sociales y humanas, implicadas en el largo proceso de elaboración de los alimentos (Montón, 2005). Precisamente, este olvido ha sido en gran medida el causante de que no se preste atención a la naturaleza de los sujetos sociales que las llevan a cabo, generalmente, las mujeres de los grupos sociales (Montón, 2005; Hendon, 1996).

Sin embargo, en los últimos años, se ha despertado un renovado interés no sólo por la sociología de la alimentación, sino también por la interacción entre el alimento y la creación del propio cuerpo, resaltándose de nuevo las cualidades culturales y subjetivas del alimento, que pasan a formar parte del sujeto a través de su posesión y consumo (Fischler, 1988; Curtin, 1992; Falk, 1994; Lupton, 1996; Montón, 2005: 161; Sánchez Romero, 2008a). Esta perspectiva de estudio no considera la práctica del consumo como un acto puramente biológico sino como un acto cargado de significados normativos donde se tienen en cuenta diferentes expresiones o patrones de comportamiento social, con sus normas, tabúes religiosos, aspectos simbólicos y la propia diversidad de significados culturales (Bourdieu, 1984; Weismantel, 1994; Aranda, 2006; 2007; 2008; Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). En base a ello, entendemos que la comida, la preparación de alimentos, el cocinado y el consumo, son actividades importantes que estructuran el tiempo y las relaciones sociales, que forman y reproducen identidades, que forjan relaciones de poder, que negocian género y edad, así como proveen a la sociedad de intrincados símbolos y metáforas (Sherrat, 1996). Por todo ello, tanto las formas y las técnicas de preparación, los alimentos consumidos, los recipientes y el utillaje empleado como los espacios sociales donde se desarrollan estas actividades nos ayudarán no sólo a conocer las relaciones sociales y humanas entre las sociedades del pasado sino que también nos dará información sobre las pautas económicas y subsistenciales de cada grupo humano analizado.

III. 4.1.1. Preparación de alimentos: un largo proceso tecnológico

La escasez de conocimientos arqueológicos sobre los procesos de preparación de alimentos en el pasado es consecuencia directa de los posicionamientos teóricos que han regido hasta el momento nuestra disciplina. Desde la arqueología, este tipo de procesos se han tildado de invisibles amparándose en la idea de que no dejan una huella directa sobre el registro arqueológico como sí lo hacen otro tipo de actividades como pueden ser la metalurgia o la producción lítica. Sin embargo, como sucede con el resto de las actividades de mantenimiento, esta invisibilidad no es más que un pretendido mecanismo de negación en la mirada del registro arqueológico ya que si hay una actividad que deja señas directas de su procesamiento esa es sin lugar a dudas la preparación de alimentos y su consiguiente consumo (Colomer *et al.*, 1998: 66). Cada vestigio, cada artefacto y cada ecofacto conservado hasta la actualidad en un yacimiento arqueológico no es sólo reflejo de la toma de decisiones y relaciones entre el conjunto de un grupo humano (Tringham, 1991; 1999; Montón, 2000; Pallarés, 2000), sino que en la mayoría de las ocasiones es consecuencia de una fase de la cadena de producción de alimentos.

La preparación de alimentos consta de toda una serie de procedimientos básicos donde son determinantes el establecimiento de redes personales y de género, marcadas por el aprendizaje, el conocimiento y la aplicación tecnológica (Montón, 2005: 164;

Delgado, 2008). Pero además, la conformación de estas tareas crean unos lazos personales que recogen una amplia red de relaciones sociales y simbólicas que terminan imbricándose en el momento de la ingesta del alimento (González y Picazo, 2005: 142). Actividades vitales y centrales, que poseen dos aspectos fundamentales para el desarrollo de las sociedades: por un lado, son vitales para la nutrición humana (Hastorf, 1991, Colomer *et al.*, 1998; Curia y Masvidal, 1998; Montón, 2000; 2005; Carrasco, 2003; Sánchez Romero, 2008b), proporcionándonos las sustancias bioquímicas y la energía necesaria para sobrevivir (Contreras y García, 2005: 36); y por otro, son importantes para mantener el equilibrio económico y cultural de cualquier grupo humano porque no sólo construye sentimientos sino que marca identidades colectivas e individuales (Hartmann, 1981; Hastorf, 1991: 134; Sánchez Romero, 2008b).

Durante todo este proceso desde la obtención de la materia prima apta para ser tratada y procesada hasta su consumo e ingesta, es necesario la intervención de un sinfín de tareas que en su ejecución implican tiempo, esfuerzo, energía gastada, adquisición de conocimientos, uso de tecnología y utilización de distintas herramientas que estarán determinadas por la funcionalidad y el requerimiento del momento del proceso de producción en que nos encontremos (Hastorf, 1991: 134; Hendon, 1996: 50; Colomer, 1996: 57; Castro *et al.*, 2002: 5-6; Montón, 2005: 165).

Además de todo ello, la preparación de alimentos supone un proceso tecnológico de amplio espectro porque no solo implica procesar los alimentos mediante diferentes técnicas sino también conocer las propiedades de los recursos que se utilizan en cada caso. Recordemos que entre la gran variedad de vegetales que crecen en nuestra naturaleza podemos encontrar determinadas especies que no son comestibles ni aún cuando son procesados mediante el cocinado (Hendon, 1996: 50; Colomer, 1996: 47; Montón, 2005: 165). Saber cuáles son los recursos materiales más aptos para ser cocinados y conocer las diferentes técnicas dependiendo del sistema culinario empleado, por ejemplo conocer los pasos a seguir en la técnica del hervido, asado, guisado, frito etc.... al igual que los alimentos más aptos para cada proceso, conlleva un gran conocimiento y años de aprendizaje y experiencias, en la mayoría de las ocasiones, compartidas entre madres e hijas u otros lazos familiares.

El conocimiento que implica la preparación de alimentos va mucho más allá que el acto de conseguir transformar diferentes nutrientes en alimento listo para ser consumido. Esta experiencia vital, ha hecho que en determinados momentos de nuestras vidas, como puede ser la presencia de una enfermedad, se opté por el consumo de uno u otro tipo de nutriente, o que se evite la ingesta de determinados nutrientes.

Otras particularidades que reviste el consumo y la preparación de alimentos la podemos encontrar en el consumo diferencial entre adultos e infantiles (en sus primeros momentos de vida) (ver capítulo III.5). Precisamente, esta variedad tanto en el modo de preparación como en los alimentos consumidos nos marcan diferencias sociales, de género y edad así como nos muestran evidencias del gran conocimiento que emplea esta actividad (Hastorf, 1991: 132). Por ello, debemos tener presente que los seres humanos no sólo consumimos alimentos en forma de nutrientes o sustancias metabolizables que se encargan de satisfacer nuestras necesidades fisiológicas sino que, cuando preparamos y consumimos dichos alimentos, lo que hacemos es crear sustancias comestibles mezcladas, preparadas y organizadas según normas, estados de salud, recetas, tabúes,

etc., determinadas por nuestro grupo social y por momentos particulares de nuestras vidas (Delgado, 2008).



Lámina. 5. Reconstrucción ideal de la vida de un grupo humano, siendo el hogar uno de los elementos principales (Fuente: Exposición Las Mujeres en la Prehistoria. Museu de Valencia).

Por otra parte, esta actividad no sólo requiere conocimiento aplicado al momento de procesado y de la elección de la materia prima, sino que éste va mucho más allá. La preparación de alimentos requiere aplicación tecnológica marcada por el hecho de que cada proceso de producción requiere o no de la utilización de herramientas, utillaje y estructuras. Con respecto a estas últimas debemos decir que en determinados momentos de su procesamiento necesita de estructuras fijas o cuando menos determinados espacios acondicionados para su establecimiento. Éste puede ser el caso de los hogares u otras estructuras de combustión. Estas estructuras tan características en el registro arqueológico, comunes y mayoritariamente asociadas con el cocinado de alimentos, conllevan intrínsecamente una serie de connotaciones tanto simbólicas como materiales en la vida y el desarrollo del grupo. Los hogares son calificados como elementos centrales, tanto conceptualmente como físicamente por su localización generalizada en el centro de una estructura física de vivienda entorno a la que se ha considerado que gira el desarrollo de la vida cotidiana, generando toda una serie de relaciones físicas entre las personas (Lám. 5) (Picazo, 1997: 59; Sørensen, 2000: 161). Alrededor de este elemento se suelen articular las unidades de habitación y la organización general del espacio (Sánchez Romero, 2002: 282). Además de estas estructuras generalmente fijas, aunque es cierto que su establecimiento puede ser móvil y perecedero, también podemos hallar datos indirectos que nos lleven a pensar que nos encontramos ante las huellas de realización de esta actividad, nos referimos a los restos de cenizas. La presencia de estos niveles de ceniza puede indicar tanto un periodo de combustión continuado como fugaz, sin embargo, la funcionalidad continúa siendo la misma que con el establecimiento de los hogares (Moore, 1986; Weismanter, 1988; Hastorf, 1991; Colomer, 1996; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2005). En cuanto al uso de estructuras y organización del espacio es cierto que debemos tener en cuenta otros elementos, como por ejemplo, a lo largo del proceso de transformación de los alimentos puede producirse una cierta movilidad, que

los lugares en las que se realiza la actividad pueden cambiar dependiendo de diversos factores tales como la seguridad o la idoneidad del espacio (Colomer *et al.*, 1998: 66).

Dada la íntima relación que guarda con estas estructuras y con la producción de alimentos tenemos que hablar sobre la utilización del fuego. La emergencia de esta innovación supuso un avance espectacular en la preparación del alimento en la Prehistoria (Montón, 2005: 166-167). Se trató de una innovación a nivel tecnológico y económico que conllevó cambios nutricionales y patrones alimenticios que ocasionaron una mejora de la calidad de vida de nuestros antepasados. Su uso refleja no sólo los conocimientos relativos a la utilización del combustible idóneo, sino también los saberes y conocimientos relativos acerca de la temperatura adecuada para cocinar en cada momento mediante el empleo de las diferentes técnicas de cocinado así como el control del mismo.

En las prácticas de cocinado, cada momento del proceso y en función del alimento que se esté preparando, se necesita un aporte calorífico determinado (Montón, 2005: 166). Cocinar con fuego supuso en la Prehistoria un enriquecimiento de la dieta con la introducción de nuevos alimentos que hasta el momento no eran comestibles o, al menos, no se consideraban comestibles, como por ejemplo, determinadas partes anatómicas de animales que anteriormente no eran aprovechadas (Leopold y Ardrey, 1972; Farb y Armelagos, 1980). De igual modo, influiría en la manera de obtener y preparar la materia prima, tal y como apunta Diane Gifford-González (1993) *probablemente el momento del despiece del animal dependería en cierta manera del producto final que se quisiese obtener* (Gifford-González, 1993). Por ejemplo, si se querían obtener fracciones para asarlos al fuego, huesos y trozos de carne para estofarla, si se trataban de porciones fileteadas para sacarlos o, por el contrario, piezas manejables para su posterior congelación y conservación. En este sentido James S. Oliver (1993) llega más lejos señalando *que el cocinado influiría en las decisiones acerca del transporte y despiece de la pieza inicial* (Oliver, 1993: 222).

Por otro lado, el usar un determinado método o técnica en la preparación de alimento provoca que tanto la elaboración como el resultado final a obtener sean diferentes. Tanto la textura, la apariencia y el sabor de la comida difiere si a la hora de procesarla cortamos, rallamos, molemos, machacamos o trituramos los alimentos, así como también según la técnica de cocina que empleemos, ya sea freír, hervir, moler, hervir, cocer, asar, cocinar al vapor, ahumar, marinar, fermentar, etc.. Lo cierto es que tanto las tecnologías como las técnicas de cocina alteran intensamente tanto los sabores como la apariencia y la textura del alimento (Montón, 2005: 164; Delgado, 2008: 167). Por ejemplo, en el caso de la Península Ibérica donde nuestra dieta es conocida como la dieta mediterránea desde la antigüedad, las fuentes clásicas nos hablan de que una de las técnicas de cocinado más cotidianas es freír las viandas y seguramente el pescado en aceite de oliva (Aristófanes, *Asamblea*, 220). No obstante, los testimonios son menos abundantes referentes al asado, tanto a la parrilla o, directamente, sobre ascuas, como en asador de espeto. Otro método habitual es la cocción en ollas de sopas, estofados o purés (Aristófanes, *Asamblea*, 843-845). No es extraño encontrar imágenes y representaciones donde se puede observar a mujeres sentadas removiendo con un gran cucharón de madera el contenido de una olla, que descansaba sobre unas trébedes, puestas en el suelo sobre el fuego o similares (Lám. 6). Esta última imagen es bastante cotidiana en la actualidad, sobre todo, en zonas rurales de la Península Ibérica.

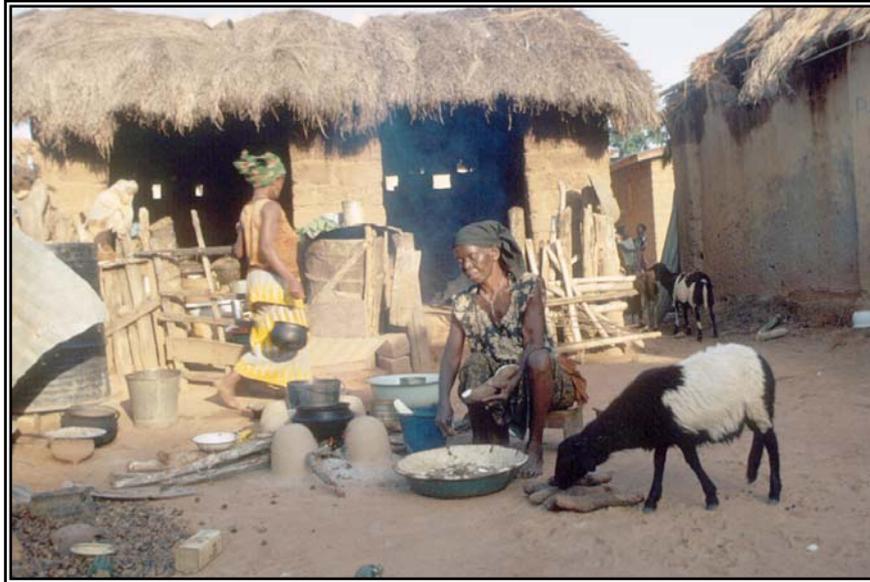


Lámina 6. Mujer Baule cocinando sobre unos trébedes fijas a las puertas de su vivienda.

El registro arqueológico nos proporciona otra serie de huellas acerca de la realización de estas actividades. Es el caso de los materiales orgánicos, restos de alimentos, tanto faunísticos y botánicos; o la presencia de los instrumentos necesarios para realizar la producción, por ejemplo vasijas cerámicas (con restos de su exposición al fuego) o útiles líticos (cuchillos, raspadores, etc.). En lo que se refiere a los útiles necesarios para la implementación de la actividad, se pueden diferenciar diferentes tipos de recipientes cerámicos. Por un lado, estarían aquellos recipientes destinados directamente al procesamiento, como pueden ser las ollas y cazuelas que suelen presentar un tratamiento de sus superficies más toscas y groseras y más austeras físicamente. Además, éstas suelen tener formas de mayores dimensiones y presentar señas de haber estado expuestas al fuego (Lám. 7). Por otro lado, estaría la vajilla destinada al consumo de los alimentos. Ésta se compone por fuentes, vasos y cuencos y es totalmente diferente a la anterior en su morfología, acabado y tecnología (Hendon, 1997) (Lám. 8). El consumo o, mejor dicho, los restos materiales del consumo, que suelen dejarnos numerosos restos en el registro arqueológico que van desde elementos cerámicos a todo tipo de desechos (faunísticos, vegetales, etc.) (Colomer *et al.*, 1998: 66), son una muestra más que palpable de que con anterioridad a estas prácticas se llevaron a cabo todo un proceso de procesamiento y cocinado de los mismos. El consumo de alimentos es un reflejo directo de las propias prácticas y técnicas de cocinado.



Lámina 7. Recipientes cerámicos destinados al procesamiento y consumo de alimentos de la Edad del Bronce (Fuente: Contreras *et al.*, 1997).



Lámina 8. Algunos ejemplares de recipientes cerámicos destinados al servicio y consumo de alimentos (Fuente: Contreras et al., 1997).

Con respecto a estos elementos, los recipientes cerámicos, su aportación al proceso culinario es mucho más profunda que lo expuesto hasta el momento. La introducción de los recipientes cerámicos supuso cambios sustanciales en el preparado del alimento ya que forma parte de todo el proceso culinario. La cerámica será el soporte más común de esta actividad. Su presencia en esta actividad se registra desde el principio de su cadena, formando parte de los contenedores (grandes contenedores, orzas, etc.) donde se almacenaría la materia prima previamente a su procesamiento, intervendría en la transformación del alimento mediante el cocinado con las ollas, cazuelas, etc., y, finalmente, intervendría en el servicio y consumo del alimento con los artefactos que conforman la vajilla (cuencos, copas, y fuentes).

Su importancia radica en dos aspectos principales. El primero, las cuestiones técnicas, la forma y características de la cerámica está fuertemente influenciada por su funcionalidad y por la técnica de cocinado a emplear (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009; Delgado, 2008). En segundo lugar, al igual que ocurre con la incorporación del fuego, este elemento supuso un cambio dietético (Colomer, 1996: 50). Con respecto al primero de los puntos debemos señalar que estos elementos técnicos intervienen directamente tanto en el sabor como en la apariencia (si son sólidos, líquidos o semisólidos los alimentos preparados). Las variables morfológicas como la materia prima con la que se realiza el recipiente, el grosor que presenta sus paredes, el volumen, el diámetro de la boca o la forma de su base están relacionadas con tecnologías y apariencias culinarias diferentes (Smith, 1988; Killebrew, 1999). Además, estos elementos cerámicos influyen en las características tan intrínsecas del alimento como pueden ser los gustos, olores, apariencias y texturas. Estas características variarán en función de si cocinamos en un horno o en una olla de base convexa o plano o, bien, si utilizamos otra de fondo y paredes gruesas o finas dado que cada uno de estos recipientes y su exposición determina un método y un tiempo de cocción diferente (Delgado, 2008: 167). Igualmente, las características petrográficas de las vasijas se ha relacionado con las diferentes pautas culinarias (Ben-Shlomo *et al.*, 2008). Por ello, estas características morfológicas de los recipientes cerámicos debemos tenerlas en cuenta a la hora de estudiar las prácticas culinarias de las sociedades del pasado. Asimismo, otra de las ventajas de emplear los elementos cerámicos está el poder cocinar elementos vegetales y convertirlos en alimentos comestibles así como conseguir las toxinas propias de las materias primas. Esto se consigue gracias a la posibilidad de

mantener temperaturas de 100° C durante un tiempo prolongado el alimento, básicamente a través de la técnica del hervido (Colomer, 1996: 51-52).

Como se observa, el procesado y consumo de alimentos son actividades que reúnen todos los requisitos necesarios para ser consideradas como una actividad de mantenimiento, básica y productiva fundamental para la supervivencia tanto social como biológica de los grupos humanos. Son actividades que necesitan un tiempo necesario para su realización, que implican un gran gasto de energía, que supone una enorme fuente de conocimientos, saberes y experiencias y que necesita sin lugar a dudas la aplicación tecnológica (Hendon, 1996; Hastorf, 1991; Castro *et al.*, 2002). Se trata de una actividad compleja, extenuante y diversa, compuesta por un sinnúmero de procesos que se inician desde el momento en que se piensa qué y cómo se va a cocinar a través de la obtención, elaboración y consumo. Cada uno de estos procesos conlleva intrínsecamente unos contactos personales, unas relaciones básicas totalmente necesarias para la obtención de un producto final que sería el alimento preparado y tratado de manera óptima para el consumo (Montón, 2005: 164).

Además, estos procesos incluyen, entre otras actividades la obtención de elementos subsidiarios como el combustible y el agua, que generalmente son esenciales para metamorfosear las materias primas en productos alimenticios (Montón, 2005: 164). Asimismo, suponen otro tipo de actividades paralelas como el mantenimiento y adecuación de los lugares y estructuras de procesado: hornos, basureros y lugares de almacenamiento, de los artefactos empleados durante el proceso de procesamiento entre los que se encuentra todo el conjunto del utillaje de cocina, las piedras de moler y molinos, los recipientes cerámicos y, por supuesto, también aquellos elementos relacionados con el consumo (Montón, 2005:164).

Por todo ello, las técnicas y los ingredientes que se utilizan en cada momento de la preparación de alimentos son una fuente inmejorable de información sobre las sociedades del pasado dado que constituyen marcadores de la variabilidad histórica y cultural de cada grupo social (Delgado, 2008: 166), porque nos permiten por un lado, acercarnos y observar los diferentes contextos económicos y ecológicos que actúan como importantes condicionantes y, por otro, realizar determinadas percepciones sociales y culturales que definen lo que se considera una comida adecuada o comestible o no (Goody, 1982). Este largo proceso, como ya apuntábamos al comienzo de este capítulo, se caracteriza por el aprendizaje ya sea por observación o por imitación que se inicia desde el periodo de la infancia y se mantiene en nuestra memoria a lo largo del tiempo mediante el recuerdo de sabores, olores, texturas y apariencias (Certeau, 1999; Lyon, 2007: 350).

III. 4.1.2. Del campo a la mesa

Vamos a centrarnos en el estudio pormenorizado de una de las actividades fundamentales de la preparación de alimentos y en su análisis tecnológico, la molienda.

Todos los seres humanos somos seres vivos omnívoros. Esto quiere decir que nuestro organismo está preparado para consumir y digerir la mayoría de los alimentos ya sea animal o vegetal. Ejemplo de ello es el consumo de secreciones rancias de

glándulas mamarias (queso) u hongos o rocas (sal) (Aranda, 2008: 108). Esta capacidad de digerir diferentes nutrientes y alimentos nos ha permitido a lo largo del tiempo conseguir una gran capacidad de adaptación a diferentes entornos y medioambientes (Contreras, 1993; Garine, 1995). Sin embargo, es cierto que el abanico dietético de los seres humanos es bastante reducido. Algunos productos son biológicamente inadecuados para nuestro organismo; por ejemplo, nuestro intestino no puede asimilar grandes cantidades de celulosa o digerir continuamente grandes cantidades de carne cruda sin haber pasado con anterioridad por un proceso de cocinado (Aranda, 2008: 108). Al contrario que la carne, los vegetales (a excepción de la fruta) no pueden ser consumidos en crudo, ya que nuestro aparato digestivo no está preparado para digerirlos directamente si con anterioridad no son tratados por un complejo proceso tecnológico que los convierten en alimentos aptos.

Los cereales se han convertido desde su origen en uno de los alimentos principales en las prácticas subsistenciales y dietéticas de los grupos humanos. Con la adopción de la agricultura hace aproximadamente 12.000 años, los grupos sociales consiguieron obtener un nuevo recurso alimenticio que aumentó la variedad de los alimentos ingeridos a la vez que multiplicaron la esperanza de vida de las comunidades del pasado (Buxó, 2008: 43-44). El cultivo de cereales ha permitido obtener una semilla tan rica en nutrientes cuyo fruto se consigue en pocos meses, aunque para conseguirla, se necesite una fuerte inversión tiempo, esfuerzo, trabajo y conocimiento.

El cereal es el único alimento cuya conservación se puede prolongar durante todo el año sin necesidad de ser tratado durante ese tiempo, para su conservación sólo es necesario mantenerlo en unas condiciones óptimas de humedad. Las características propias de los cereales los convierten en un alimento de larga duración pudiéndose almacenar, lo que asegura la alimentación humana durante todo el año, algo imposible de conseguir con la mayoría de frutas y verduras que son productos perecederos si no son tratados para su conserva. Por todo ello, los cereales son los vegetales domesticados más importantes incorporados en los patrones alimenticios de los grupos humanos y así queda testado arqueológicamente (Buxó, 2008: 45).

Su importancia radica principalmente en que se tratan de un alimento glucídico, con un gran valor energético, muy ricos en fósforos, que consumidos en grandes cantidades pueden satisfacer, las necesidades humanas en proteínas (Buxó, 2008). Los granos de cereal están formados por diferentes capas superpuestas, y cada una de estas capas tiene una diferente estructura, y una composición nutricional particular. Sin embargo, la estructura anatómica de todos los cereales (trigo, cebada, etc.) es muy similar. En todos los casos, los granos son relativamente grandes y en su interior contienen las semillas. En algunos casos los cereales pueden ser vestidos, como es el caso de la avena, la cebada, el arroz, etc., que presentan una cáscara o cubierta que envuelve el fruto. Esta cáscara externa está formada por unas cubiertas florales denominadas glumas, que permanecen plagadas incluso después de haberlos procesado por medio de la trilla (consiste en la separación del grano y la paja). A su vez podemos encontrar otras variedades como pueden ser el centeno, el maíz, el trigo, etc., los cuales se caracterizan por perder con gran facilidad la cáscara durante el proceso de trillado, y a estas especies se las conoce como cariósides desnudas.

Por tanto no es extraño que los cereales se hayan convertido a lo largo del tiempo en el principal alimento energético de consumo humano. En su composición

destaca la presencia de agua, de hidratos de carbono, grandes cantidades de fibra (los integrales o enteros), y proporciones más moderadas de proteínas y lípidos. Gracias a su riqueza en hidratos de carbono no complejos, los cereales pueden ser considerados alimentos esenciales en la alimentación humana. Como decimos, su componente mayoritario son los hidratos de carbono, y de glúcidos que oscilan entre un 70% y 76% (estos niveles corresponde al trigo y cebada). Éstos son representados en su mayor parte por el almidón, y en menor medida por la celulosa, hemicelulosa, pentosanos, dextrinas y azúcares simples. Si bien es cierto que los niveles de almidón pueden ser menores en base al tipo de cereal como sucede con los mijos donde su representatividad no llega a alcanzar el 40%. Sin embargo, este componente de hidrato de carbono (almidón) es el principal nutriente de las semillas de los cereales, ya que le proporciona una doble capacidad nutritiva, por un lado le otorga una mayor y fácil digestión y, por otro lado, su absorción por nuestro organismo es bastante lento, lo que asegura la liberación constante de glucosa en la sangre. Precisamente, esta característica es la que convierte a los cereales en un alimento fundamental en las dietas alimenticias de personas con problemas de diabetes, ya que su ingesta no provoca picos de glucemia, tan arriesgada en personas con este problema de salud.

Las especies vestidas fueron las primeras en cultivarse en diferentes regiones europeas incorporándose posteriormente las variantes desnudas. Sin embargo, este proceso no se cumple en la Península Ibérica, donde desde el inicio de la agricultura se puede apreciar la gran variedad de especies cultivadas y consumidas entre cereales y leguminosas. Sin embargo, todos los datos arqueológicos parecen apuntar que durante la Edad del Cobre sí existió una mayor prevaecía sobre la cebada desnuda, mientras que durante la Edad del Bronce se tendió más al consumo de los cereales vestidos aunque la variante del trigo desnudo continuó siendo muy importante durante este último periodo. Este cambio en la variedad del cereal cultivado, procesado y consumido, ha sido interpretado por profesores como Ramón Buxó como consecuencia directa de los cambios climatológicos, concretamente el paso a unas condiciones climáticas más secas y áridas (Buxó, 1993). Esta razón parece bastante probable ya que a través de los análisis antracológicos se ha testado para este momento de la Prehistoria Reciente peninsular un cambio climático en este sentido (Rodríguez Ariza, 1992). A pesar de las variedades que existen tanto entre los cereales de cebada y trigo, y aunque en determinados momentos el consumo de una variedad se superpone sobre la otra, lo cierto es que ambas especies (trigo y cebada) cerealísticas son las que alcanzan una mayor representatividad en todos los yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica, al menos durante estos dos periodos crono-culturales de la Prehistoria Reciente española. Durante la Edad de Hierro asistimos a nuevas incorporaciones como es el mijo, el panizo y la avena (Buxó, 2008: 51).

Para proceder a su almacenamiento es necesario someter al grano a una serie de operaciones de limpieza y acondicionamiento tanto si va a ser consumido entero como si se va a reducir en forma de harina u otra variante. Así, el primer paso es la limpieza de los granos, eliminándoles las pequeñas malas hierbas, que se hayan pasado durante el proceso de su recolección y almacenamiento. Seguidamente, se procede a sumergirlos en agua con el objetivo de eliminar las impurezas restantes y una vez que ya se tienen limpios, se depositan bien en grandes contenedores realizados con cerámica u otra variante o, bien se introducen en silos o alacenas con la idea de conseguir que el grano consiga la humedad adecuada para posteriormente separar las capas del mismo mediante el proceso de fricción que conlleva la moltura o la molienda. Debemos tener

en cuenta que los recursos cerealísticos suelen conservarse en forma de grano y no en forma de harina o productos preparados que resultan perecederos pasado un corto periodo de tiempo (Risch, 1998: 138; Alarcón García *et al.*, 2008). Esta práctica de almacenamiento del grano sin procesar (tanto el trigo como la cebada) en grandes contenedores cerámicos y silos ha sido testada arqueológicamente en yacimientos de la Edad del Bronce del sureste peninsular, como Gatas, Fuente Álamo, Monachil o Peñalosa. Esto nos hace plantearnos el significado que tendría la práctica del almacenamiento entre los miembros de estos grupos sociales, donde presumiblemente el trabajo de molienda sería realizado diariamente, condicionado por las necesidades subsistenciales del grupo familiar. Ante esto podríamos pensar que las personas encargadas de llevar a cabo la actividad de molienda tendrían a su vez el poder de distribuir, organizar y gestionar el consumo diario de estos alimentos.

III. 4.1.2.1. La moltura o la molienda un proceso tecnologico de largo alcance

La moltura y la molienda son los procesos a través de los cuales se consigue pasar los granos de cereal a fracciones más pequeñas propicias para el consumo humano (Mellers, 2005). Las primeras evidencias directas sobre este proceso y su funcionalidad son con toda probabilidad anteriores a su utilización como parte del proceso tecnológico que conlleva la reducción del cereal e incluso al inicio de la práctica de su cultivo o domesticación (Moritz, 1958). Todo apunta a que la técnica de moltura o de moler estuvo relacionada (y así se constata etnográficamente) con el tratamiento de las pieles, la preparación de las cerámicas, actividades mágicas o de prestigio pasando por el procesamiento y moltura de pigmentos, colorantes y minerales empleados tanto para los murales de las pinturas rupestres como para la decoración cerámica (Adams, 1999; Babot, 1999; Schlaner, 1991).

Ambos procesos (moltura-molienda) tienen un mismo objetivo, la reducción del cereal en partículas más pequeñas por medio del proceso de fricción. Este proceso es fundamental ya que contribuye a que los nutrientes de los cereales sean más asequibles como consecuencia de la ampliación de su superficie, lo que supone una mayor exposición del almidón a las enzimas digestivas. Además esta reducción del tamaño es necesaria para el consumo humano ya que aumenta el tiempo de permanencia de la comida en el estómago, es decir, las partículas más pequeñas entran más rápidamente en el intestino delgado reduciendo el tiempo de la digestión y aumentando la absorción por nuestro organismo.

La única diferencia entre el proceso de moltura y el de molienda concierne exclusivamente al grado de especialización tecnológica referida al segundo de los conceptos. El primero de los procesos correspondería a las sociedades prehistóricas mientras que el segundo sería fruto de las innovaciones tecnológicas generadas por el paso del tiempo y del conocimiento adquirido por la experiencia heredada. Asimismo, en el desarrollo e innovaciones con el segundo método debieron incidir elementos tales como la atribución de las tareas por sexos, la especialización, el aumento poblacional y con ello el aumento de las necesidades básicas alimenticias de los grupos sociales (Mellers, 2005).

Este proceso tecnológico de moltura de los cereales conlleva una fase intermedia que va desde su almacenamiento hasta su procesado por esta técnica. Este paso intermedio consiste en la limpieza previa del grano, en el descascarillado del mismo que consiste en la separación de los granos de sus cubiertas exteriores y, por último, la desagregación que consiste en el desprendimiento de las partículas de cubierta adheridas a los endospermos. En este momento, el cereal ya está preparado para pasar por el proceso de fricción que conlleva la moltura del mismo para conseguir harina u otra variante tan necesaria para la subsistencia humana.

Para conseguir alimento apto para ser consumido es necesario realizar este proceso mecánico de la moltura o molido, mediante el peso y la fricción de un objeto pesado que es el encargado de triturar y descascarillar las capas externas del grano liberando así el endospermo o lo que es lo mismo el potencial nutritivo de la cáscara. Según el modelo Shoumacker (1993) para producir un descascarillado más o menos eficaz se debe realizar por fricción sin componente compresivo directo, es decir, dejando una cierta distancia entre la “muela” o “mano de molino” y la “moleta” o “piedra de molino”. La dificultad que puede encarnar este proceso estriba en la posibilidad de realizar esta fase del descascarillado con otro medio diferente como es el caso de los morteros hondos con sus manos de mortero alargados de madera tal y como revelan algunas evidencias etnográficas (Hillman, 1981), experimentales (Meureurs-Balke y Lünning, 1992) o los materiales procedentes de excavaciones arqueológicas en medios lacustres (Anderson, 1992; Pètrequin y Pètrequin, 1968).

Según Grègoire (1992), la técnica empleada en un molino de tipo barquiforme y empleando la técnica de vaivén, determina la calidad del producto final. Este es mucho más grosero, produciendo una harina con un gran contenido de salvado a pesar de realizar esta operación en repetidas ocasiones (5 veces mínimo). También se puede conseguir una especie de sémola o harina gruesa, repitiendo este proceso al menos durante 9 veces continuadas y, sólo es posible conseguir una harina fina con la realización de este proceso al menos durante 15 veces continuadas. Si se quería conseguir un producto más refinado, tras esta operación de vaivén se debía proceder a realizar un segundo proceso que consiste en la realización de un movimiento circular continuo con la pieza móvil (o mano de molino), es decir, con la mano de molino o con cualquier tipo de percutor duro (Grègoire, 1992). A pesar de esta larga operación, la harina resultante puede continuar conteniendo pequeñas partículas de fracción arenosa producto del continuo rozamiento con la piedra de molino o también provenientes del propio cereal como consecuencia de no haberle realizado una limpieza profunda (Tresserras *et al.*, 1995).

Este proceso extiende sus raíces en miles de años de antigüedad (Lám. 9), concretamente durante el Natufiense tardío. En yacimientos arqueológicos del levante europeo se han documentado instrumentos de piedra, los cuales podrían estar destinados al procesado de cereales (Ebeling y Rowan, 2004). O bien, como nos muestran algunas sociedades etnográficas donde utilizan un mortero hondo de piedra y para realizar el aplastamiento o triturado utilizan unas manos alargadas de madera (Hillman, 1981). Sin embargo, el equipo más común de molienda en la antigüedad lo componía un par de piedras, una superior encargada de realizar el movimiento de vaivén en sentido adelante y atrás llamada “mano de molino”, “machacador” o “percutor”, de los tres el primer término es el comúnmente utilizado por la historiografía general, mientras que la piedra inferior que puede ser fija o móvil pero siempre de mayores dimensiones que la superior

se denomina molino o muela inferior (Mellers, 2005). Estas herramientas suelen ser piezas comunes en la mayoría de los yacimientos arqueológicos de la Edad del Bronce, así queda testado en poblados de la cultura argárica como Fuente Álamo, Gatas, El Argar, el Cerro de la Encina y, por supuesto, el poblado de Peñalosa donde hasta el momento se llevan contabilizados más de 400 ejemplares tanto en superficie, reutilizados como *in situ*.



Lámina 9. Sirvienta del antiguo Egipto moliendo el cereal en un molino barquiforme.

Esta representatividad cotidiana de los molinos y de las actividades de molienda en los espacios habitacionales y domésticos queda testada a través de las informaciones de las sociedades etnográficas conocidas. Por ejemplo, en Centroamérica y África, la mayoría de las unidades domésticas y de habitación cuentan con uno o dos molinos (Gronenborn, 1994). En Guatemala (Lám. 10), cada unidad habitacional debía disponer de un número de molinos correspondientes con el número de mujeres adultas que integrasen la unidad familiar, ya que éstas eran las encargadas de realizar dichas actividades (Horsfall, 1987: 358-359). O como sucede entre los pueblos que componen el País Dogón, que se distribuyen tanto por el altiplano como por las paredes de la falla de Bandiágara, y por la llanura que une ésta con Burkina Faso, donde se han documentado tanto la molienda mediante molinos portátiles ubicados en las unidades domésticas aunque también suelen tener áreas de molienda grupales situadas en los alrededores de sus poblados. En ambos casos son las mujeres del grupo las encargadas de realizar estas actividades de molienda y también las encargadas de controlar diariamente el almacenamiento y distribuir el alimento.

Como podemos comprobar, los molinos representan un artefacto indispensable en las comunidades agrícolas, cuyo uso debió ser diario, dada la necesidad de transformar las semillas o granos de cereal en el preparado apto para el consumo (harina), lo que hizo de su manufactura una necesidad. En cuanto a la secuencia de producción de los molinos tan sólo contamos con la información procedente del análisis que de estos artefactos se ha llevado a cabo en el yacimiento argárico de Fuente Álamo. Con este estudio se ha podido definir y reconstruir toda la secuencia de producción y de desgastes de las piedras de molino. Estos artefactos suponen el 68% de la muestra de restos macrolíticos recuperados de este yacimiento argárico. En su mayoría, todos los ejemplares de clastos naturales de grandes dimensiones se encontraban en el interior de

espacios habitacionales donde se ha podido documentar ejemplares en fase de producción que unido a que la materia prima utilizada en su manufactura es local se ha llegado a apuntar que estos artefactos de piedra eran producidos en este mismo poblado. Además, las pruebas experimentales realizadas durante el análisis indicaron que la forma y la rugosidad de la superficie activa de los molinos no son el resultado directo de su uso, sino que responden a un diseño intencionado, ya que una superficie ligeramente convexa en el eje menor y parcialmente alisada es más efectiva que una cóncava o recta e irregular. Esto revela que, dentro de la organización económica de Fuente Álamo, el mantenimiento de los molinos es superior a la fuerza de trabajo necesaria para la producción de los mismos, especialmente si tenemos en cuenta la larga vida de estos artefactos. Evidentemente, la frecuencia de estos trabajos de mantenimiento iría en función de la intensidad de la producción de molienda realizada (Risch, 1998).

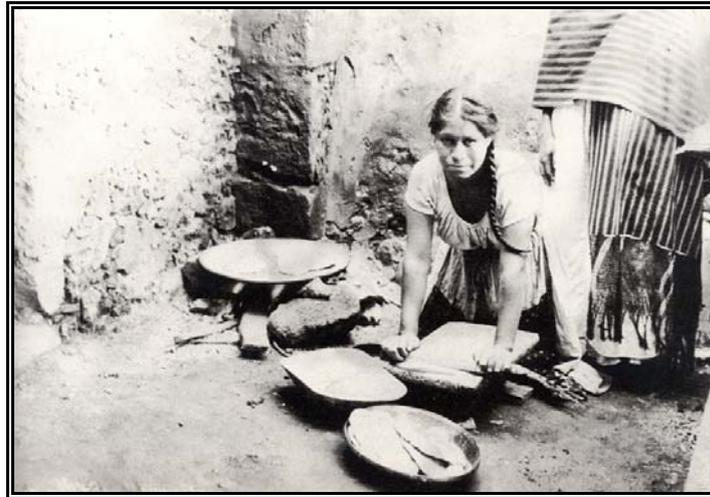


Lámina 10. Mujer Guatemalteca moliendo cereal.

Como podemos comprobar, los molinos representan un artefacto indispensable en las comunidades agrícolas, cuyo uso debió ser diario, dada la necesidad de transformar las semillas o granos de cereal en el preparado apto para el consumo (harina), lo que hizo de su manufactura una necesidad. En cuanto a la secuencia de producción de los molinos tan sólo contamos con la información procedente del análisis que de estos artefactos se ha llevado a cabo en el yacimiento argárico de Fuente Álamo. Con este estudio se ha podido definir y reconstruir toda la secuencia de producción y de desgastes de las piedras de molino. Estos artefactos suponen el 68% de la muestra de restos macrolíticos recuperados de este yacimiento argárico. En su mayoría, todos los ejemplares de clastos naturales de grandes dimensiones se encontraban en el interior de espacios habitacionales donde se ha podido documentar ejemplares en fase de producción que unido a que la materia prima utilizada en su manufactura es local se ha llegado a apuntar que estos artefactos de piedra eran producidos en este mismo poblado. Además, las pruebas experimentales realizadas durante el análisis indicaron que la forma y la rugosidad de la superficie activa de los molinos no son el resultado directo de su uso, sino que responden a un diseño intencionado, ya que una superficie ligeramente convexa en el eje menor y parcialmente alisada es más efectiva que una cóncava o recta e irregular. Esto revela que, dentro de la organización económica de Fuente Álamo, el mantenimiento de los molinos es superior a la fuerza de trabajo necesaria para la producción de los mismos, especialmente si tenemos en cuenta la larga vida de estos

artefactos. Evidentemente, la frecuencia de estos trabajos de mantenimiento iría en función de la intensidad de la producción de molienda realizada (Risch, 1998).

Se ha estimado que el tiempo de trabajo empleado para la realización de un molino argárico era inferior al que se necesita para fabricar un “metate” Centroamericano. En base al estudio de macrolítico realizado en Fuente Álamo, se ha determinado que para la consecución de un artefacto utilizable se requería poco más de una hora de trabajo con un percutor para obtenerlo (Risch, 1998: 130). Por su parte, en el noreste de Nigeria se pudo comprobar que la inversión de trabajo para su manufactura es mayor, concretamente dos días (Gronenbom 1994). Un ejemplo más próximo respecto al tiempo empleado en la obtención de los molinos argáricos lo encontramos en los molinos del Heládico griego, los cuales, según las estimaciones realizadas por medio de trabajos experimentales, se obtendrían al cabo de unas dos horas y veinte minutos aproximadamente (Runnels, 1981: 250, recogido por Risch, 1998: 129-130).

Por norma general (dependiendo de la materia prima utilizada) los molinos suelen ser artefactos con una vida de uso prolongado. En las comunidades agrícolas tradicionales de Guatemala, la vida media de los molinos, utilizados sobre todo para el procesado de maíz, se sitúa entre 20 y 40 años (Hayden, 1987: 193). En el caso de los molinos de granito mesoamericanos, la vida media se sitúa en torno a 15 años (Cook, 1970). Otros estudios realizados en Nigeria, documentan vidas de uso de entre 20 y 99 años, con una media de 55,5 para molinos que suelen ser de granito (Gronendorn, 1994). La vida útil de otros materiales, como la arenisca o el conglomerado, puede ser aún más breve. Los molinos de arenisca de 10-15 cm., de grosor utilizados en el Sahara oriental parecen tener una vida de uso de entre 5 y 6 años, aunque también existen útiles con mayor antigüedad (Schön y Holter, 1988).

Las dimensiones de los molinos suelen ser variadas tanto en su tamaño como peso ambas variables son importantes considerarlas ya que éstas intervienen tanto en el espacio como en el movimiento de gestión y producción de dicha actividad, es decir, en yacimientos arqueológicos como Peñalosa encontramos molinos de gran tamaño, de medianas y pequeñas dimensiones (Lám. 11 y 12). Generalmente, los primeros son los que suelen estar relacionados con estructuras de molienda, mientras que el resto suelen carecer de ellas convirtiéndose en molinos móviles. El uso de estos molinos móviles permite llevar a cabo esta actividad en cualquier espacio, sin atadura a una estructura, lo que a su vez concede una mayor movilidad a los agentes encargados de realizarlos. Asimismo, autores como Adams o Diehl han utilizado estas variables para determinar la eficiencia y productividad de estas herramientas dado que estas características guardan relación directa con el área de superficie del artefacto activo (mano de molino) y pasivo (muela inferior), de tal manera que los de mayores dimensiones son más productivos ya que permiten ahorrar tiempo de proceso pero esta características también hace que el esfuerzo empleado sea considerablemente mayor (Horsfall, 1987; Adams, 1999; Diehl, 1996; Hard *et al.*, 1996). Esto nos lleva a plantear que la realización de un molino de mayores o menores dimensiones estará en relación a la resistencia física de la persona encargada de desarrollar dicho trabajo (Adams, 1999; Hard *et al.*, 1996; Babot, 2006). Además otras variables con la que también se podrían relacionar las dimensiones de los molinos es con la sustancia que se fuera a molturar, por ejemplo no es lo mismo moler mineral o la masa resultante de una reducción de mineral que cereal o pigmentos.



Lámina 11. Molino de grandes dimensiones adscrito a una estructura de molienda del Poblado de Peñalosa (Fuente: Proyecto Peñalosa).

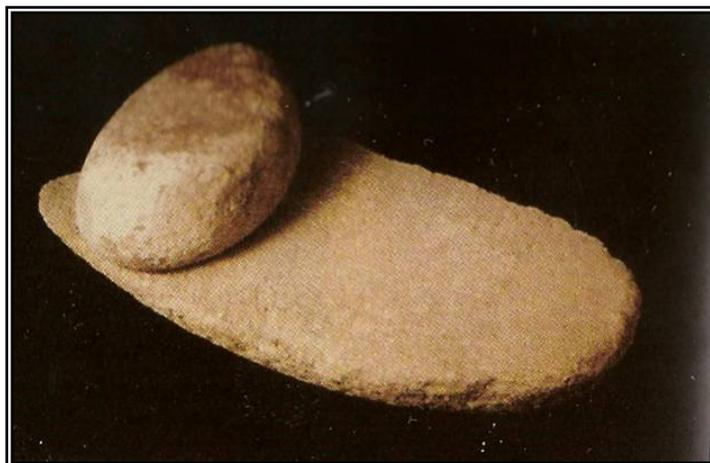


Lámina 12. Molino móvil de la Edad del Bronce (Fuente: Aranda y Esquivel, 2007).

Sea como sea, lo cierto es que el trabajo de moltura es incesante, extenuante, lento, laborioso, mecánico y peligroso (Meyers, 2006: 28). Se ha calculado que aproximadamente la mitad del aporte calorífico de un adulto se basa en el consumo de grano, por lo que para cubrir las necesidades básicas nutritivas de un varón adulto de mediana estatura se necesitaría aproximadamente un kilo de harina. Si sabemos que en una hora de molienda se pueden obtener alrededor de unos 0,8 kg., de harina, llegamos a la conclusión de que para una familia de seis miembros, que consume unos 3 kg. de harina al día, se necesitarían al menos de dos a tres horas de molienda continuada para conseguir esa cantidad (Broshi, 2001: 123-125).

Por tanto, si se tiene en cuenta las características funcionales, productivas y estructurales de los molinos antiguos, no nos extraña que estas aparentemente simples herramientas se utilizasen durante más de 8000 (alcanzando en determinados zonas unos 10.000 años) sin recibir ningún tipo de innovación tecnológica. Así a lo largo de la historia, esta actividad ha sido definida como *la fuerza de trabajo humano aplicado al uso de herramientas de escaso nivel tecnológico* (Mellers, 2005). Esta idea que podríamos tomarla bajo la consideración de escasa innovación tecnológica nos habla

precisamente de lo contrario, su gran aporte productivo ha hecho que a lo largo de la historia no haya sido necesario introducirle grandes innovaciones, lo cual quiere decir que no ha necesitado de variaciones e innovaciones profundas para la obtención de un buen resultado. Las escasas variaciones testadas durante estos más de 8000 años sólo han quedado marcadas por algunas innovaciones ergonómicas, concernientes a colocar las losas de piedra en una plataforma fija o disponerlas de forma inclinada para una mayor adopción de la postura del cuerpo para su procesamiento (Mellers, 2005). O como se ha documentado en algunas ciudades griegas donde en torno a los siglos VI y IV a.C. se llevaron a cabo una serie de modificaciones en el proceso de molienda, que conllevaron un aumento del tamaño de las piedras o soportes líticos utilizadas en esta actividad. La superior adopta un rehundimiento, creando una superficie cóncava a modo de tolva para el grano, mientras que la inferior adopta una superficie convexa, con el fin de mejorar la molienda. Esta innovación conllevó una mejora de la actividad así como también propiciaba una mayor facilidad para evacuar la harina (Latorre y López, 1996). Ya en época romana, también para facilitar la molienda, se pican las superficies de trabajo de ambas piedras formando estrías y canales semicirculares o rectos, y se emplean guardapolvos o cajones de madera que envuelven las piedras para recoger la harina. (Latorre y López, 1996).

No será hasta los últimos siglos antes de nuestra era cuando se produzca cambios tecnológicos. Concretamente, nos referimos a tres innovaciones técnicas, las cuales favorecieron a realizar esta actividad con una mayor eficacia, es decir, mayores rendimientos frente a menos tiempo invertido, lo que conllevaba también un menor gasto de energía, esfuerzo y menor exposición a los efectos salubres que comportaba realizar esta actividad. Es cierto que no se sabe exactamente cómo y cuándo se inician estos cambios, o si pueden considerarse frutos de innovaciones propias de la forma tradicional de la técnica de la molienda. Si bien, de lo que no cabe duda es de que aunque no se usaron simultáneamente en todas las regiones del mundo grecorromano, si que tuvieron una amplia difusión hacía finales del siglo I a.C.

La primera de las novedades a las que hacemos referencia se registra en el molino de manivela, o molino giratorio, llamado frecuentemente molino tipo Olinto. Recoge su nombre de las excavaciones realizadas en Olinto (Grecia) donde se encontraron sus ejemplares por docenas. Estructuralmente se compone por dos piedras rectangulares situadas horizontalmente una sobre la otra, con estrías acanaladas en las superficies opuestas (descripción realizada por Frankel, 2003a: 45-46). Este nuevo modelo implicaba dos mejoras considerables, consistentes por un lado, en la realización de una apertura en la piedra superior, de modo que se pudiese introducir el grano sin que la persona encargada de realizarlo tuviese que pararse constantemente para colocar los nuevos granos de cereal en la piedra inferior y, por otro, se consiguió una mejora que afectaba al movimiento de la piedra superior sobre la inferior. Ésta consistió en realizar una acanaladura en la piedra superior donde se colocaba una manivela de madera en un pivote, lo que cambiaba radicalmente la capacidad mecánica del molino. Estas dos mejoras implican que a partir de ahora, podemos hablar de la existencia de una máquina para la obtención de harina (Curtis, 2001: 282). El grano se molía con un mecanismo que mejoraba la fuerza humana de manera que podía procesarse más grano en menos tiempo y con menos inversión de esfuerzo. El movimiento requería una acción recíproca, para mover la manivela en forma de arco y se necesitaban al menos dos personas para poder realizarlo (Frankel, 2003b: 54).

Como cabría pensar, al incrementarse el tamaño del molino también incrementó su valor. Esto suponía la inmovilidad no sólo de este mecanismo de molienda sino también del procesado y de las personas encargadas en llevarlo a cabo. Su gran tamaño suponía un aumento de la producción de harina lo que ha llevado a plantear que su utilización estuviese destinada al consumo grupal o de una gran parte de la comunidad, más que a unidades domésticas individualizadas (Curtis, 2002: 283). Se puede decir, que con esta innovación en la instrumentación de la molienda se llega a la especialización de una actividad que hasta el momento había estado destinada al consumo directo y muy posiblemente familiar (Alarcón García *et al.*, 2008).

La segunda gran innovación a la que hacíamos referencia en párrafos anteriores es el nacimiento del molino rotatorio. Todo parece apuntar que éste convivió durante algún tiempo con el molino tipo Olinto. Su origen probablemente tengamos que buscarlo en el mediterráneo occidental, concretamente la Península Ibérica. Estructuralmente consistía igualmente en dos piedras horizontales con agujeros en el centro de cada una de ellas. Ambas piedras eran circulares con un orificio central en la piedra base que era la encargada de sostener un eje sobre el que se colocaba la piedra superior. Para moverlo se usaba un asa vertical de madera, fijada en la solera (Curtis, 2001: 339; Watts, 2002: 33). Técnicamente, se trataba de un instrumento superior al de Olinto ya que permitía obtener mayor cantidad de harina y para su funcionamiento sólo era necesario contar con una persona. Sus dimensiones son variadas, pero lo común es que todos fuesen de grandes dimensiones y, por consiguiente, de gran peso, lo que ocasionaba nuevamente la inmovilidad tanto del proceso como de las personas encargadas de llevarlo a cabo. Sin embargo, entre el ejército romano en Palestina se han documentado como éstos instrumentos formaban parte de su equipamiento básico (Mellers, 2005: 30).

La tercera de las innovaciones documentadas en el mundo antiguo sobre el procesado del cereal mediante la moltura o molienda. Como ocurre con las dos innovaciones anteriores, no sabemos cual es su origen, aunque todo parece indicar que es producto del conocimiento extraído de los dos instrumentos anteriores, aprovechando sus ventajas y los conocimientos técnicos de su utilización durante largos periodos de tiempo. El nombre que recibe este nuevo molino es “pompeyano” o “molino de sangre”. La primera calificación le viene dada por su gran abundancia en Pompeya (Peacock, 1989), mientras que la segunda lo recibe por la utilización de energía de tracción animal o humana, los cuales se colocaban en las manivelas que sobresalían a ambos lados de la estructura y comenzaban a realizar movimiento en forma circular (Latorre y López, 1996; Mellers, 2005). Éstos, como los anteriores, eran muy caros y de grandes dimensiones, lo que complicaba su puesta a punto para su funcionamiento. Normalmente, su funcionalidad estaba ceñida al uso comercial y no al uso doméstico. Se han llegado a realizar cálculos de la producción de un molino de estas características, de carácter industrializado y se ha estimado que podían llegar a proporcionar la harina necesaria para una media diaria de pan ya fermentado para unas 1000 o más personas (Storcke y Teague, 1952: 84-85 recogido por Mellers, 2005: 31).

Aunque sea lógico pensar que este tipo de molino se extendiera por todo el imperio romano, todo parece indicar que no llegaron a utilizarse en el mediterráneo oriental, aunque es cierto que existen fragmentos de sus ejemplares procedentes de excavaciones palestinas. Su razón puede ser debido a su mayor productividad, por lo que su presencia sería menor, es decir, dado que su productividad superaba sobradamente la que se podía alcanzar con cualquiera de los ejemplares anteriores no sería necesario

realizar tantos ejemplares (Mellers, 2005: 31). Éstos estuvieron en funcionamiento hasta los siglos III y IV de nuestra era, momento en que comenzó a utilizarse de forma generalizada la energía hidráulica y con ella llegaron los molinos hidráulicos. Su composición generalmente era la misma, consistía en el empleo de dos piedras de forma circular y planas, la primera colocada al interior y dispuesta de forma fija, mientras que la segunda y superior era la encargada de girar. Este tipo de molino se mantendrá tal cual hasta la aparición de los rodillos cilindros, a mediados del siglo XIX (Latorre y López, 1996: 11-13).

III. 4.1.2.2. El producto elaborado: harina y derivados

El objetivo principal de todo este proceso de molienda era obtener un nutriente apto para ser transformado y consumido en su amplitud de variedades, la harina, en forma de pan (Lám. 13), tortitas, etc. como nos hablan las fuentes etnográficas y las sociedades actuales las cuales presentan una gran variedad de comidas compuestas por estos nutrientes.



Lámina 13. Mujer Farzin Malawi moliendo preparando pan.

Las fuentes clásicas nos hablan de todo este proceso de molienda, de los agentes encargados de realizar dichos trabajos y de cuál era su principal forma, técnica o manera de consumir los cereales en la Grecia clásica. Como ya hemos explicado en el apartado anterior, el grano es traído desde el campo a la casa, generalmente esta actividad es llevada a cabo por los hombres de la casa, mientras que las mujeres son las encargadas de proceder a la molienda del mismo. Para ello, el sistema de procesado más usual era el uso del mortero. La mujer se colocaba de pie ante un gran mortero con grano, sosteniendo con ambas manos un grueso palo de madera, con el que machacaba el producto hasta obtener harina, como se muestra en algunas terracotas de Tanagra. Este mismo procedimiento lo utilizaban nuevamente las mujeres para triturar semillas o

frutos secos que posteriormente serían procesados en base a diferentes técnicas de cocinado (Martínez y Mirón, e.p.).

Una vez molido el grano, la harina era colada mediante un cedazo o un harnero con el objetivo de separar el polvo fino de los fragmentos más gruesos. Posteriormente, la harina era amasada con las manos en una artesa, circular o cuadrada (Lám. 14). Era una tarea realizada a menudo en grupo. Una terracota beocia del último cuarto del siglo VI a.C. muestra a cuatro mujeres de pie ante una artesa, amasando piezas de pan cilíndricos. En un extremo se sitúa una flautista, lo que sugiere que las mujeres podían trabajar con acompañamiento musical, como en el posible caso de la labor textil. La música ordenaba los movimientos del trabajo manual. Según cuenta Ateneo, los tirrenos acompañaban *con el son de la flauta a aquellos que amasan el pan, a los que luchan y a los que azotan* (Portier, 1900).



Lámina 14. Figura de terracota que recoge el proceso de panificación conjunto.

Seguidamente, el pan amasado era introducido en un horno de leña. De acuerdo con las representaciones en terracota, la forma del horno de leña solía ser de forma semicilíndrica o absidal, sobre una base rectangular, que alojaba el fuego. Finalmente, el pan era extraído del horno con una pala de madera (Higgins, 1981). Dos terracotas procedentes del Ática muestran una viva imagen del proceso completo. En una de ellas, se destaca en el centro un banco lleno de panes planos. Cerca de él hay un horno cuadrangular en la base y rematado en forma cónica por un arco. En uno de los lados de la base, hay una abertura rectangular, dentro de la cual se ven trozos de leña. Frente al horno, una mujer que sostiene un niño en su brazo izquierdo, parece atizar el fuego con un largo palo. Junto a ella, otra mujer tiene una bandeja de mango largo con una gran masa de pan sin hornear. A la derecha, una tercera sacude un harnero de altas paredes, cuyo contenido vierte en una gran artesa redonda que hay delante de ella. La cuarta y la quinta trituran grano en un mortero con pesadas manos. A la izquierda, una sexta, de

mayor tamaño y de tocado más elaborado amamanta a un bebé y lleva en la mano derecha un grueso bastón.

En lo que se refiere a la Península Ibérica encontramos en diferentes yacimientos arqueológicos fenicios del sur de la Península Ibérica elementos y tecnologías relacionadas con este tipo de producción. Éste es el caso de los yacimientos fenicios localizados en Málaga como el Cerro del Villar, Toscanos, Morro de Mezquitilla o Chorreras. En Huelva se han documentado una serie de discos de cerámica caracterizados por una serie de acanaladuras muy marcadas. La utilización de estos elementos sería a través de su exposición directa sobre el fuego sobre los cuales se depositaría la harina ya amasada y dispuesta para su cocción. En otros casos se han documentado restos de pequeños hornos domésticos similares a los documentados en el área sirio-palestina (González *et al.*, 2004: 78-79), ubicados en algunas casas de barrio de los enclaves del Cerro del Villar, Castillo de Doña Blanca, Las Chorreras, etc., (Gailledrat, 2007: 34-35). Sin embargo, a pesar de que los análisis paleobotánicos disponibles de estos enclaves del sur peninsular no se hablan de que su base subsistiría eran los cereales (Iborra *et al.*, 2003), es cierto que en muchos de estos yacimientos no se han documentado restos algunos ni de las posibles tarteras ni de los pequeños hornos. Esto ha llevado a plantear de que probablemente esta actividad se realizaría en zonas comunes y mediante la utilización de estructuras comunes ubicadas en el exterior de las viviendas, como así se ha documentado para la zona sirio-palestina (Meyers, 2005; Delgado, 2008: 168).

Sin embargo, los cereales no sólo son utilizados a modo de harinas, ya que recordemos que el cereal más adecuado para la panificación es el trigo, pero, tanto en la antigüedad como en la actualidad, la variedad de cereales que consumimos es alta y, por lo tanto, sus técnicas y procesos de procesamiento también es variada. Así pues, los textos bíblicos nos hablan de la preparación y consumo de los cereales de otras maneras. Mediante el hervido, los fritos o el cocido se pueden conseguir alimentos en base al cereal y sus variedades tanto a nivel sólido como semisólido que se pueden ver cumplimentados por la mezcla de otro tipo de alimentos y vegetales a modo de gachas, guisos, etc. (Spanó, 2005: 417 recogido por Delgado, 2008: 168). Otro ejemplo lo encontramos en el pasaje bíblico que relata como Elías se encuentra con una mujer viuda y de escasos recursos de Sarepta quién le dice: *vive el señor, tu Dios, respondió ella, que pan yo no lo tengo, no tengo más que un puñado de harina en la orza y un poco de aceite en la alcuza, he aquí que estoy cogiendo dos palitos para ir a cocerla para mi y para mi hijo, y comémosla y después moriremos (...)* (1 Re 17, 12-13). Estos datos se confirman con los localizados en la zona sirio-palestina. En estos yacimientos se han documentado toda una serie de elementos y utillaje culinario como cazuelas bajas y abiertas indicadas para freír alimentos y ollas de cuerpo esférico y borde vertical, provistas de dos asas y de base redondeada que están perfectamente adaptadas para ser depositadas sobre las ascuas de los hogares, de braseros o de hornillos portátiles (Ben-Shlomo *et al.*, 2008).

Volveremos a retomar este tema cuando analicemos el registro arqueológico de Peñalosa.

III. 4.2. EL ALIMENTO, UN NUTRIENTE EN LA CONSTRUCCIÓN DE IDENTIDADES

Para la comprensión de la organización social del pasado, además de este proceso tecnológico necesitamos conocer el por qué, cuándo, cómo y en qué circunstancias se preparan y consumen determinados alimentos. El consumo de alimentos y bebidas constituyen escenarios fundamentales para la construcción, reproducción y transformación de las relaciones de poder y prestigio, de la identidad individual y colectiva (de género, edad o clase) y de determinadas formas de comprensión del mundo y de las relaciones de los seres humanos con la naturaleza y consigo mismos (Aranda *et al.*, e.p.).

La función fisiológica de comer es, esencialmente, una actividad social. En realidad los alimentos no son sustancias meramente nutritivas ni la alimentación es un acto puramente biológico sino que los diferentes alimentos que consumimos durante nuestra vida son sustancias seleccionadas, preparadas y organizadas que responden a normas culturales establecidas y construidas en cada grupo social y humano. Por tanto, la alimentación no es sólo un factor nutricional sino también social y cultural en el que intervienen factores muy diversos como la definición de qué es apto y que no para ser consumido, en qué condiciones debe realizarse, qué cantidad debe consumirse o la forma y maneras que debe ser consumido, difiere de un contexto social e histórico a otro e, incluso, en el seno de un mismo grupo social (Delgado, 2008: 165 y 175). Así, la definición de lo que es comestible o no, no sólo está definido por valores sensitivos sino también por valores socialmente establecidos y relacionados con principios socialmente construidos e históricamente determinados por cada uno de los grupos sociales en base a la construcción de su propia identidad por medio de la utilización de tabúes, disposiciones rituales, prohibiciones religiosas etc. Cada uno de estos aspectos aparece socialmente regulado por normas aprendidas y compartidas socialmente desde la infancia (Hastorf, 1991; Counihan, 1999; Meyers, 2002). El alimento y su preparación es un elemento básico en la conformación y construcción de la identidad por lo que debe ser entendido como un elemento socialmente construido que incorpora diferentes aspectos culturales que interceden desde las formas y técnicas de preparación hasta los significados simbólicos, rituales o religiosos, pasando por los factores estrictamente nutricionales (Aranda, 2008: 11-12).

La preparación y el consumo de alimentos son factores básicos en la conformación y construcción de la identidad que a su vez puede (y de hecho sirve) como marcador de diferencias sociológicas como puede ser el género, la edad, el estatus social, la religión o etnicidad, etc., en definitiva construye sentimientos e identidades tanto individuales como colectivas (Sánchez Romero, 2008c: 28; Delgado, 2008: 166). Preferencias y aversiones por determinados tipos de alimentos, por la forma de preparación, presentación y consumo proporcionan una identidad en el sentido de pertenencia a un grupo, de expresión y exhibición de determinados contrastes entre uno mismo y los demás, pero también puede crear sentimiento de exclusión o rechazo. Por medio de la prohibición o exclusión de determinadas personas o de determinados grupos de una comunidad ante el consumo de determinados alimentos los condiciona fuera de las estructuras sociales y culturales que rigen dicho grupo humano (Appadurai, 1981; Counihan, 1999; Sutton, 2001; Lyons, 2007).

La preparación y consumo de alimentos también son funciones fundamentales de cohesión social dentro de una misma comunidad o entre varias comunidades. A través del acto de comer construimos un aspecto esencial en la memoria social (Sutton, 2001). Es decir, la comida se puede compartir, lo cual permite crear unos potentes vínculos de cohesión social entre quién la ofrece y quién la recibe, tejiéndose una amplia red de relaciones sociales y se construyen y negocian relaciones de poder (Dietler y Hayden, 2001; Holtzman, 2002; Hastorf, 2003; Pollock, 2003; Rodríguez, 2003; Delgado, 2008, entre otros). Por ejemplo, nacimientos, bodas, muertes, ritos de paso, festividades religiosas, cosechas, siembras, cambios de estaciones etc. son ocasiones donde el consumo de alimentos adquiere una importante carga emocional, contribuyendo gracias a su carácter cíclico a estructurar y definir el tiempo y la vida de personas y grupos sociales (Hayden, 2001; Parker, 2003). La comida constituye un medio universal para expresar sociabilidad y hospitalidad, por eso, compartir alimentos es una forma de crear y mantener un sentido de comunión dentro de un determinado grupo social (Gariné, 1995). Por todo ello, la preparación y el consumo de alimento está íntimamente asociado a la imagen que cada uno tiene de sí mismo y la que proyecta al resto de la comunidad a la que pertenece (Aranda, 2008: 12; Aranda *et al.*, e.p.).

Lo que comemos y la forma de prepararlo es un vehículo que transmite memoria del pasado, dado que contienen conocimientos históricamente establecidos, define el presente pero a la vez son elementos que construyen los fundamentos normativos del futuro de los grupos sociales. Las personas y grupos sociales muestran aptitudes hacia la comida que han sido aprendidas dentro de determinadas redes sociales, ya sea en la familia, en el grupo étnico, en la clase social o en la comunidad local o regional (Counihan, 1998; 2004). El aprendizaje de las normas culinarias forma parte de los conocimientos y habilidades transmitidos y adquiridos en el proceso de socialización de los grupos humanos. *Desde esta perspectiva, la comida supone el embodiment de los valores y relaciones de la sociedad en que se vive, es el producto de una determinada ideología que se reproduce pero que también se modifica con la conducta individual y colectiva* (Aranda, 2008: 12-13).

En definitiva, la alimentación supone un medio privilegiado para manifestar y reproducir formas de pensamiento, patrones de conducta, sistemas de creencias y comprensión simbólica de la realidad. Categorías de alimentos como saludables y no saludables, ordinarios y festivos, buenos y malos, femeninos y masculinos, infantiles y adultos, sagrados y profanos, de señores y esclavos, puros e impuros etc. son la base sobre la que se construyen las normas que definen nuestra relación con otras personas, con nosotros mismos o con el entorno social y medioambiental del que formamos parte. Sin embargo, a pesar de este carácter tanto de la cocina como de los alimentos no debemos perder de vista que estas actividades son un reflejo directo y extensible del marco de la vida cotidiana (Sutton, 2001).

III. 4.2.1. Construyendo y recreando identidades individuales y colectivas

La cocina constituye un complejo proceso social con diferentes niveles de acción, actuación y repercusión no sólo nutricional, sino también social, económico, político y cultural (Montón, 2005: 163). Pierre Bourdieu, Mary Douglas o Cristhine A. Hastorf proponen la existencia de una relación directa entre los sistemas de comida y las

relaciones sociales y económicas (Bourdieu, 1979; Douglas, 1984; Hastorf, 1991; Brumfiel, 1991; Hendon, 1996; 1997; Montón, 2005). A través del uso, preparación y distribución de comida, además o al margen de poder conocer los sistemas nutricionales de las comunidades del pasado, es posible observar las relaciones políticas, sociales, económicas, simbólicas o rituales, y su implicación en las relaciones de género en la prehistoria (Hastorf, 1991; Curia y Masvidal, 1998: 235). Por ello pensamos que una de las categorías de identidad más adecuadas para observar como funcionan las prácticas alimenticias es a través de la categoría identitaria del género (Sánchez Romero, 2008c: 26).

Las relaciones de género pueden marcar el consumo de alimentos de muy diversas formas, a través de distinciones espaciales, temporales, cualitativas y cuantitativas. De ahí que sea interesante observar, las relaciones que se establecen entre los que preparan los alimentos y aquellos a los que están destinados (Montón, 2005: 163). En ocasiones coincidirán las mismas personas en cada uno de los procesos y en otras habrá una exclusión, una prohibición del consumo de determinados alimentos hacía parte de la población. Mary Douglas, relaciona dichas exclusiones con la necesidad de control masculino, por ejemplo, en la comunidad Walbiri de Australia central, existen tabúes creados entorno a la comida, al igual que existen otros relacionados con restricciones en la actividad sexual, que sólo aparecen cuando los hombres no son capaces de controlar las relaciones de poder y sociales (Douglas, 1966: 141). Miriam Kahn constató la diferenciación en la valoración de ciertos alimentos en los Wamira de Nueva Guinea. A través del consumo o prohibición de alimentos como el pescado y los alimentos grasos pudo ver reflejadas expresiones de género y su relación con la comida como también expresiones de poder. Por ejemplo, durante el periodo de gestación y nacimiento a las mujeres se les restringe la ingesta de comidas grasas y de pescado, alimentos con un fuerte valor social, cultural y de poder y muy apreciadas por estas poblaciones, porque piensan que se puede dañar al feto. Sin embargo, al hombre sólo se le prohíbe la ingesta de dichos alimentos en el momento en que esté cultivando el taro. La diferencia temporal es obvia, mientras que un embarazo dura nueve meses, el cultivo del taro no dura más de varios días (en Kahn, 1986; recogido en Hastorf, 1991).

Otro ejemplo del consumo diferencial entre hombres y mujeres de un mismo grupo y de un mismo tiempo lo encontramos en el análisis realizado sobre los restos óseos de 230 individuos adultos procedentes de Grasshopper Pueblo (Arizona). En este caso, los análisis realizados no solo revelan la considerable variabilidad en la dieta de estas poblaciones sino también sus cambios alimenticios a lo largo de sus vidas. Los datos obtenidos para el periodo inicial (1275-1325 d.C) indican una clara diferencia alimenticia entre hombres y mujeres. Los primeros tienen una dieta basada fundamentalmente en carne y diversos cultivos como son el maíz y las judías, mientras que las mujeres se alimentaron mayoritariamente de plantas salvajes procedentes de la recolección. Si bien, la situación varía durante las fases más tardías de la ocupación (1325-1400 d.C) haciéndose las diferencias entre hombres y mujeres prácticamente inapreciable. Esto quiere decir que durante este periodo de tiempo tanto hombres como mujeres tenían el mismo acceso a los recursos alimenticios en el momento en que comienzan a tomar mayor fuerza los alimentos cultivados. La interpretación vertida sobre este cambio pasa por ser una respuesta directa ante un episodio de crisis medioambiental y factores sociales, los cuales obligan a estas sociedades a centrar su atención en la producción del cultivo agrícola (Ezzo, 1992).

Pero estas evidencias de formas diferenciales en cuanto al acceso de alimento por parte de hombres y de mujeres, sobre todo, en episodios relacionados con prácticas rituales, quedan recogidas por otras fuentes etnográficas y etnohistórica. Uno de los casos más representativos sin duda es el maya. En el mundo maya, la producción de alimento y su consumo fue una fuente de poder para las mujeres dado que controlaban el uso del alimento en los rituales. Sin embargo, los datos de análisis de isótopos han proporcionado como resultado que, por norma general, las mujeres consumían menos alimentos considerados ideológicamente como importantes por estas sociedades. El dato curioso es que esta norma se ha constatado sobre todo para las mujeres que pertenecían a un nivel social elevado, mientras que las mujeres de un estatus inferior podrían haber consumido tanto el mismo tipo de alimento como la misma cantidad que los hombres. Estas informaciones nos sugieren cuando menos, que el acceso y participación en los rituales por parte de las mujeres era menor o al menos diferencial que en el caso de los hombres, aunque también podría darse que el consumo de determinados alimentos estuviese determinado por la categoría de género (Hastorf, 1991; White, 2005). Si bien, si hay un alimento que es símbolo de las desigualdades en cuanto a su consumo entre hombres y mujeres, ese es el alcohol (Dietler, 2005).

Precisamente, en este sentido y tomando el consumo del alcohol como reflejo de los cambios de las relaciones de género y en la creación de nuevas identidades culturales (Sánchez Romero, 2008b: 28). Cristhine Hastorf en su estudio del área prehispánica de Sausa, en los Andes Centrales, la autora describe como el acceso diferencial a ciertos alimentos puede significar diferentes posiciones sociales en función del género de los individuos. El análisis de los isótopos estables de los restos óseos de la necrópolis de Wanka II-III señala que no se produce una diferenciación en el consumo de los vegetales entre hombres y mujeres durante el periodo de Wanka II (1300-1460 d.C.). Durante este periodo la dieta de estos grupos sociales estaba compuesta principalmente por tubérculos, la “quinua” (un cereal) y, en menor cantidad, el maíz. Esta equidad es indicativa, dado que nos habla de un igual acceso a los recursos para los hombres como para las mujeres, así como una complementación en la participación de los principales acontecimientos de este periodo, como pueden ser los rituales y las fiestas sociales o políticas.

Sin embargo, cuando el control político Inca alcanza a esta sociedad, durante el periodo de Wanka III (1460-1532d.C.) si se observa una diferenciación en cuanto a la ingesta del maíz. Los datos que aportaron los isótopos estables confirman una ingesta diferencial de maíz, entorno al 50% a favor de los hombres y de alimentos cárnicos (Hastorf, 1991). Éste incremento del consumo de maíz por parte de los hombres Sausa durante el control Inca, aunque fuesen las mujeres las que lo preparasen, supone que durante este periodo se establecieron nuevas formas de organización política donde probablemente los hombres tuvieron una mayor representatividad por medio de la celebración de eventos rituales y ceremoniales (Hastorf, 1991). Esto es reflejo precisamente de que en un mismo grupo cultural pero en tiempos distintos, las relaciones de género son diferentes, variantes, y, que los cambios sociales se ven reflejados en el comportamiento de la vida cotidiana, a la vez que se puede decir que los procesos alimenticios son reflejo de los cambios sufridos por parte de una comunidad en distintos niveles. Además podemos extraer otra conclusión más, y es que, entre estas sociedades Sausa durante su periodo Wanka III son las mujeres las que continúan realizando la producción de la chicha (bebida) e incluso acarreando todos los pormenores que conlleva su intensificación (Harstof, 1991), porque recordemos que la

fabricación de esta bebida equiparable en Europa a la cerveza conlleva una ingente cantidad de tiempo, esfuerzo y trabajo (Sánchez Romero, 2008b: 29).

Otros ejemplos de esta vinculación de la alimentación con los cambios sociales lo encontramos en el Valle de Montaro, Perú, alrededor del siglo XV d. C. Las mujeres incas dedicaron gran parte de su tiempo y esfuerzo a la fabricación de la cerveza de maíz, una actividad costosa físicamente y laboriosa temporalmente, que se utilizaba como tributo alimenticio hacia los conquistadores, en las fiestas y celebraciones patrocinadas por el Estado Inca, es decir, se pagaba parte del tributo en forma de alimento. Esto indica no sólo las relaciones sociales y personales que se establecen entre los conquistadores y los conquistados sino que refleja quienes participaban en esos actos sociales. Los análisis de isótopos realizados sobre restos humanos muestran que los consumidores de dicho alimento eran generalmente los hombres, por lo que, probablemente, éstos serían los participantes de estos actos políticos, mientras que las mujeres serían el agente productor (Hendon, 1996: 51).

El consumo de alimentos también es un buen método mediante el cual oponer resistencia y expresar protestas ante una situación social, política y económica determinada. Un claro ejemplo lo encontramos en el trabajo de Dylan Clark (2004) basado en las prácticas alimenticias de los grupos punk en Seattle o más concretamente con el restaurante “Black Cat” entre 1993 y 1998. Para esta comunidad, la comida y la cocina es la base que sustenta la estructura y las ideologías sobre las que asientan su mundo. Sus prácticas alimentarias sirven para combatir los comportamientos racistas, consumistas, patriarcales, la degradación ambiental o el capitalismo de la sociedad estadounidense. Para comprender el sentido de esta comunidad y la cocina es bueno tener presente el sistema gastronómico tripolar de Claude Levi Strauss (1969), basado en lo crudo, lo cocinado y lo putrefacto. La comunidad punk entiende, en base a este sistema, que cuanto más elaborado y transformado este un alimento, más civilizado estará. Por ello, éste investigador piensa que el consumo de alimentos integra a las personas en todas las normas, reglas y polución moral procedentes del capitalismo y del imperialismo. Así pues, estos grupos sociales basaran su alimentación básicamente en alimentos cuanto más crudos mejor, o bien poco elaborados o, incluso, putrefactos, recogiendo y consumiendo aquellos productos desechados con anterioridad por la sociedad (en tiendas, restaurantes, etc..) en señal de protesta y crítica contra el sistema establecido y las reglas que lo rigen (Clark, 2004).

Pero los cambios alimenticios, también pueden ser un claro y directo reflejo de los cambios socioeconómicos en un grupo social (Brumfiel, 1991; Montón, 2005). Un ejemplo de ello lo encontramos en el Valle de México, entre periodo pre-Azteca y periodo Azteca, en torno al 1430 d.C. Elizabeth M. Brumfiel, (1991) defiende que hasta estos momentos, en este lugar se produce un cambio alimenticio promovido por un cambio económico. Estas poblaciones realizaban sus actividades en el territorio circundante del grupo, por lo que sus necesidades alimenticias quedaban abastecidas a través de preparados como las gachas o estofados. Sin embargo, en torno al 1430 d. c. se sustituyen estos alimentos por las denominadas “tortillas de maíz”, acompañadas de una serie de salsas y rellenas de todo tipo de vegetales. Este cambio alimenticio supondría dos consecuencias inmediatas: por un lado, la preparación de las tortillas de maíz significaría invertir más cantidad de tiempo, esfuerzo y gasto de energía por parte de las consideradas productoras de las mismas, las mujeres, su preparación podría prolongarse hasta 8 y 10 horas. Su preparación incluye el desgranamiento del cereal, su

trituration y su acondicionamiento hasta conseguir la harina suficiente para la producción. Por otro lado, al tratarse de un alimento fácilmente transportable permitió a sus consumidores el desplazarse a más larga distancia para trabajar fuera del entorno de la casa y, por tanto, una mayor movilidad (Brumfiel, 1991).

¿En que medida afectan estos cambios al desarrollo vital y social de las sujetos encargados de realizar estas actividades? Es difícil concretarlo con exactitud, pero a través del registro arqueológico podemos acercarnos a esta realidad. Cualquier tipo de intensificación de formas de producción conectadas con las actividades de mantenimiento o el trabajo doméstico implicará sin lugar a dudas tanto un cambio como una presión directa sobre los agentes encargados de llevarla a cabo, en este caso las mujeres (Peredo, 2003; González *et al.*, 2006; 2007). El producto de la intensificación productiva generalmente será utilizado para establecer no sólo un control sobre la producción sino también sobre la población en general (González *et al.*, 2007). Esta reflexión es general y válida para cualquier planteamiento de intensificación productiva, siendo el trabajador el que sufra esa presión, concretamente, la persona encargada de realizar dicha actividad, a la que le supondrá todo tipo de costes físicos, de tiempo y emocionales (Brumfiel, 1991). Cualquier cambio en la organización económica modifica todo lo relacionado con los alimentos que se consumen, su organización, almacenamiento pero también como se sirven (Montón, 2005). Como ya hemos explicado, las actividades de mantenimiento no sólo influyen directamente en la organización del espacio, la ordenación del tiempo y la construcción de identidades sino que también son reflejo de cualquier cambio social acontecido en un grupo humano (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). Precisamente, en esta línea se han realizado diversas investigaciones que han tomado como base de estudio, los restos de cultura material presentes en diferentes yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica, los recipientes cerámicos y sus variaciones a lo largo del tiempo.

Los cambios registrados en las diferentes producciones cerámicas representan una organización del trabajo doméstico diferente y unas relaciones sociales con nuevos contenidos, escenarios de representación, reproducción y modificación, a la vez que también nos muestran las modificaciones en el proceso culinario (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). A continuación vamos a analizar estas diferenciaciones en dos momentos culturales diferentes del sureste de la Península Ibérica, el Argar y el Bronce Final.

La principal funcionalidad de las vasijas cerámicas a lo largo del tiempo ha sido el almacenamiento, transporte, preparación y servicio tanto de alimentos como de líquidos (Colomer, 1996). Atendiendo a esto, los cambios en los tipos y capacidades de los contenedores han sido tradicionalmente considerados como indicadores de cambios en los patrones alimenticios, en la transmisión sobre el conocimiento de determinados alimentos o en las transformaciones reflejadas en el contexto social de la preparación y consumo (Mills, 1999; Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). Los elementos cerámicos pueden ser entendidos como señas de identidad de un grupo determinado, al igual que la preparación y consumo de la comida o bebida (Goldstein, 2003).

Las diferencias que se establecen entre las comunidades argáricas y las del Bronce Final quedan reflejadas entre otras muchas cuestiones, en sus elementos cerámicos. En el caso de las comunidades argáricas, predominan las formas cerradas frente a las abiertas o muy abiertas del Bronce Final y los fondos convexos frente a los

fondos planos del segundo de estos dos periodos para las cerámicas de cocina y almacenaje. Además, durante el Bronce Final se acentúan las diferencias en la vajilla de mesa, que presenta un tratamiento superficial más cuidado con un fuerte bruñido y pastas de alta calidad y con motivos decorativos (Molina, 1978), diferenciándose considerablemente de las cerámicas calificadas de cocina y de almacenaje, que presenta generalmente unos acabados simplemente alisados (Aranda, 2001). Los resultados de análisis morfométricos en el yacimiento de Cerro de la Encina (Granada, Monachil) centrados en la relación entre el diámetro de la boca y la altura, han dado como resultados, diferencias observadas hacia una tendencia más profunda de los vasos carenados frente a los platos y fuentes. Esto se relaciona con la posible funcionalidad como contenedor de líquidos para su consumo, lo que obliga a los vasos carenados, cuencos, etc., a tener una mayor profundidad en el Bronce Final. Esta característica está relacionada con los elementos de perfil en “S” (Aranda, 2001).

Todas estas transformaciones responden a cambios ideológicos y sociales que quedan reflejadas en la forma en la que se sirve el alimento. Durante el Bronce Final, las formas cerámicas no sólo están pensadas para contener la comida, sino fundamentalmente para mostrar sus contenidos. Esto quedaría avalado tanto por la morfología como por las decoraciones que afectan tanto a las superficies internas como externas. Igualmente destacar que en este periodo, Bronce Final, se generaliza una nueva forma cerámica, los llamados soportes o carretes (tipo cerámico desconocido hasta este periodo), los cuales están al parecer relacionados con la presentación y consumo de alimentos, sirviendo de soporte a las vasijas (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009). Esto significa cambios en las formas sociales de consumo tanto individual como colectivo. La importancia que adquiere la forma de consumir alimentos, desconocida en las sociedades anteriores, supone un nuevo escenario para la representación de las relaciones sociales. Igualmente, estos cambios en las producciones cerámicas también pueden relacionarse con nuevas estrategias en la preparación y procesado de los alimentos, con un mayor peso de los alimentos sólidos o semisólidos durante el Bronce Final (Sánchez Romero y Aranda, 2006; 2009).

Por tanto, como podemos observar, esta actividad está impregnada con un alto grado de significado simbólico, y parafraseando las palabras de Levi-Strauss, *la simbología de la comida y sus significados depende de la escena cultural en que fue preparada, como fue preparada, quién la sirvió y con qué fue servida* (1988). Entre los ejemplos más interesantes está el consumo de “atole” (harina cocida al vapor) en zonas centrales de México en el periodo Azteca. A este alimento se le atribuían poderes medicinales y curativos y se tomaba para así prevenir enfermedades. Pero su poder se simbolizaba a través de su consideración, como la carne humana, y el recipiente utilizado para su cocción simbolizaba un útero. Como podemos observar, en muchas ocasiones, no sólo el producto es simbolizado sino también el proceso de preparación expresa y está cargado de un gran significado cultural (Brumfiel, 1991: 150), ya que los individuos y los grupos sociales se definen por lo que comen, donde lo comen y como lo comen. Esto supone que la comida expresa y construye tanto la identidad social e individual como la posición social de los individuos (Aranda, 2008: 117).

III. 4.2.3. Implicación de las prácticas culinarias en los rituales y ceremonias simbólicas

Uno de los aspectos más relevantes en el análisis del consumo especialmente comunal de alimentos sería su importante papel en la representación y transformación de las relaciones sociales. Los diferentes modos de alimentarse constituyen un medio de afirmación del propio estatus frente a los demás, así como un medio de promoción y transformación social. A través de estas prácticas, los individuos y grupos sociales compiten por el poder, luchan por objetivos económicos y políticos o discuten un determinado orden social o autoridad. En este contexto, el consumo de alimentos y bebidas suponen el establecimiento de relaciones de reciprocidad que se traducen en crédito social, en determinadas formas de influencia, prestigio, débitos, obligaciones etc. El esfuerzo y recursos invertidos, especialmente en las prácticas de comensalidad, se transformarían de esta forma en elementos intangibles de gran valor, en lo que ha sido definido como capital simbólico. La compleja polisemia de las prácticas comensales favorece que se creen relaciones transversales de cohesión a la vez que se definen fronteras y sentimientos de inclusión-exclusión. Los comportamientos alimentarios marcan tanto las semejanzas como las diferencias sociales, clasifican y jerarquizan a las personas y a los grupos, expresan formas de concebir el mundo e incorporan un gran poder de evocación simbólica hasta el punto de evidenciar que, efectivamente, *somos lo que comemos* (Aranda, 2008: 13).



Lámina 15. Reconstrucción de una posible escena de las prácticas de comensalidad en el mundo argárico (Fuente: poster del congreso internacional “Rituales de comensalidad en las Sociedades Prehistóricas”).

Las prácticas de comensalidad son una forma de actividad ritual pública centrada en el consumo comunal de comida y bebida para un propósito u ocasión especial (Lám. 15). El criterio que define el ritual sería que son actividades simbólicamente diferenciadas de las actividades realizadas diariamente en el marco de la cotidianidad en términos de forma de acción y propósito (Aranda, 2006; 2007). Como decimos, esta

actividad es una forma particular de ritual⁴⁹ en la que la comida y bebida componen un medio de expresión y el consumo comunal constituye el lenguaje simbólico de esta práctica (Sorensen, 2000). De esta forma, tanto la comida como el consumo se convierten en un elemento o recurso simbólico de primera magnitud, adscribiéndose así, como un medio para la representación simbólica de las relaciones sociales. Como cualquier otro tipo de ritual, la comensalidad puede camuflar o naturalizar el poder o ser objeto de luchas sobre el control de las representaciones simbólicas y su interpretación, porque no olvidemos que los rituales constituyen una fuente importante de manipulación de los individuos o grupos sociales que pueden competir los unos con los otros, bien sin alterar el orden social establecido que la comensalidad reproduce, o bien subvirtiendo dicho orden (Dietler, 2001). Por supuesto, como ocurre en el caso de la preparación y consumo de alimentos, en el ámbito de la vida cotidiana estas prácticas también dejan huella en el registro arqueológico. Ejemplos de ello son las acumulaciones de residuos alimenticios (Parker, 2000); el uso de contenedores tanto para su preparación como para el consumo (Colomer, 1996), lo que supuso la introducción de formas cerámicas como metálicas (Hayden, 2001).

Las prácticas de comensalidad, son muy variadas y dependen del contexto cultural específico y del tipo de comensalidad desarrollado. Si bien es cierto, uno de los elementos que nos hablan sobre estas prácticas, vuelven a ser las cerámicas. Las características formales, decorativas y contextuales de los conjuntos cerámicos así como el análisis de sus contenidos han sido frecuentemente utilizados como indicadores de comensalidad (Aranda, 2006; 2007).

En el estudio realizado para la cultura argárica por Gonzalo Aranda (2006; 2007) se plantea que muchas de las muestras de ajuares consideradas tradicionalmente como ofrendas de carácter íntimo, familiar, no tuvieron porque ser así, sino que pudieron participar al menos una parte de la comunidad. Los principales elementos utilizados para plantear esta hipótesis han sido esencialmente los ajuares cerámicos⁵⁰ y las ofrendas cárnicas documentadas en gran parte de las sepulturas pertenecientes a esta cultura de la Edad del Bronce peninsular (Aranda, 2006; 2007; 2008). Los soportes cerámicos utilizados en las prácticas de ritual funerario de época argárica suelen ser producciones fuertemente estandarizadas con algunas características que muestran la relevancia que estos contenedores adquieren en el ritual. Las formas cuantitativamente más características de los ajuares son los vasos carenados, los cuencos más o menos profundos y las fuentes, además de la típica copa (nueva forma en el registro arqueológico del sudeste peninsular). Todo parece indicar, que son formas que pueden relacionarse con la presentación y consumo de alimentos y bebidas y posiblemente el almacenaje a pequeña escala. Igualmente hay que destacar la documentación de vasijas de boca más cerrada como las formas lenticulares, las botellas de perfil globular u ovoide que marcan fuertemente el cuello. Se tratan de formas que dificultan el acceso al

⁴⁹ Los rituales, las prácticas rituales son realizadas generalmente para crear y mantener un sentido de comunidad dentro del grupo humano, puede calificarse como el mayor elemento de cohesión social, dominación, etc.

⁵⁰ Los elementos cerámicos de uso específico en el ritual constituye unas características tecnológicas igualmente específicas. El autor se refiere a la aparición de determinadas producciones que presentan pastas muy depuradas, superficies muy bruñidas, que proporcionan el típico aspecto metálico y, sobre todo, una cocción a bajas temperaturas (Contreras *et al.*, 1987-88), lo que hace imposible su uso cotidiano y continuo (Aranda, 2006; 2007; 2008). Por tanto, estas producciones cerámicas serían específicas del ritual funerario, es decir, se elaboraría exclusivamente con esta finalidad.

interior pero que preservan el contenido (disminuyendo la evaporación, etc.). En el caso de estos últimos recipientes parece que estemos ante formas diseñadas para contener y almacenar líquidos a pequeña escala (Aranda, 2006; 2007).

Una de las características más destacadas de estas cerámicas es que han sido creadas para ser observadas, como un elemento de prestigio y de exhibición de riqueza. Suponen una mayor inversión de tiempo y de esfuerzo debido a sus acabados y decoraciones. El carácter decorativo acentúa el atractivo visual de estos elementos relacionados con el consumo y bebida que están acompañadas además de otra característica, su estilización, con formas muy esbeltas y, por lo tanto, menos estables y con unas propiedades tecnológicas que en parte le infieren una baja durabilidad (Aranda, 2001).

Por tanto, las cerámicas funerarias parecen relacionarse tanto por su morfología como por su contenido con la presentación y consumo de alimentos, bebidas e incluso sustancias narcóticas, como el caso de la adormidera. Pero la cerámica no es el único indicador que poseemos, también es sugerente la aparición de bóvidos como los encontrados en el interior de una vasija de la sepulta 9 del Cerro de la Encina (Aranda y Molina, 2006). La presencia en sepulturas de elementos cárnicos se considera como parte del ritual, su aparición es una característica ritual de gran relevancia ya que posee un alto grado de normalización (Aranda, 2006; 2007). Su integración como parte del ritual, se ha constatado en comunidades etnográficas, convirtiéndose en una de las prácticas sociales más recurrentes y su implicación en los actos de comensalidad (Hayden, 2001). Lo relevante es que parece igualmente existir una estandarización tanto de las especies como de las partes del cuerpo a incluir, prevalecen en el primer de los casos, los bóvidos y ovicápridos; en segundo lugar, suelen ser los extremos distales de las patas; y, por último, como se ha podido comprobar a través del registro arqueológico de Fuente Álamo, estos elementos cárnicos pertenecen a animales jóvenes o proceden del sacrificio de animales jóvenes. Todo esto nos indica que existe una selección clara de los animales a utilizar, generalmente acaparan la presencia de los jóvenes, los que suponen un consumo en mejores condiciones (Aranda, 2006).

Como vemos, el consumo de alimentos no es sólo un acto puramente biológico sino que conlleva toda una serie de connotaciones que van desde el contexto de realización a los soportes utilizados y la ideología impregnada en el acto. La preparación de alimentos, el servicio y el consumo de los mismos, tanto en su carácter cotidiano como especial, pueden ser entendidos como medios de expresión simbólica entre los miembros de un determinado grupo o en interrelación de diversos grupos sociales. La comida es reflejo y objeto de las relaciones sociales y humanas, tanto en el marco espacial como temporal. Es un demarcador cultural de poder, género, edad o estatus, y su finalidad está marcada por unos patrones sociales, económicos y políticos. La preparación del alimento refleja un juego de tareas y significados que son asumidos como esenciales (Hendon, 1996: 50) y que están marcados por la repetición de acciones, volviéndose ésta en una tradición, en un reflejo cultural, en una costumbre colectiva que está impregnada en todo momento de un sin fin de relaciones y significados sociales de vital importancia para el sostenimiento del grupo humano.

Por tanto, debemos poner de relieve y manifestar que los estudios sobre el conjunto de las actividades implicadas en la cocina son esenciales para obtener una información completa de *como fueron* y *como se modificaron las principales redes de*

relación social que permitieron la vida de las comunidades humanas en el pasado (Montón, 2005:170), ya que *el proceso de transformación de materias primas en alimento es un proceso culturalmente pautado, que confiere valores culturales al alimento y a la gente que lo consume. Por todo ello, la cocina es también un proceso moral por el que se transfiere la materia prima desde la propia naturaleza y el ser humano con sus conocimientos termina convirtiéndola en cultura, y de ese modo domina y domestica a la propia naturaleza* (Lupton, 1996: 2).

III. 4.3. VISIBILIDAD EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO

No cabe duda que una de las actividades de mantenimiento que mejor podemos observar en el registro arqueológico de cualquier yacimiento son las relacionadas con las prácticas alimenticias. El cocinado o transformación de materias primas en alimentos listos para el consumo son ejemplos claros y explícitos de las actividades de mantenimiento y de las catalogadas como actividades productivas femeninas que mejor testimonio físico han dejado en la cultura material de cualquier poblado (Hastorf, 1991:133; Brumfiel, 1991; Hendon, 1997; Montón, 2002; 2005: 162; Meyers, 2003, Montón, 2005: 162; Alarcón, 2005; 2006: 94).

Los alimentos y su consumo tanto en el pasado como en el presente tienen un reflejo a dos niveles. Por un lado, el cuerpo humano (en el pasado, los restos óseos) es muestra tangible de nuestros sistemas alimenticios y, por otro, toda práctica alimenticia queda evidenciada en los registros arqueológicos a través de los restos ecofactuales y artefactuales como ya hemos hecho referencia en los apartados anteriores (Sanahuja, 2007; Sánchez Romero, 2008c). Por ello, en este punto nos centraremos principalmente en los cuerpos. Si tomamos como referencia la famosa frase de *somos lo que comemos* entendemos que el cuerpo en sí es un instrumento de estudio donde quedan marcadas las experiencias vividas y donde se inscriben determinadas prácticas llevadas a cabo durante la vida (Sánchez Romero, 2008c). Esta perspectiva de estudio sobre el cuerpo surge a partir del concepto de “corporización” creado a partir de los estudios filosóficos de Maurice Merleau-Ponty, quién los describe como un producto creado a través de las experiencias vividas, elementos encargados de expresar el mundo y siendo la forma visible de nuestras intenciones (Merleau-Ponty, 1994: 11). En este sentido, las prácticas alimenticias tienen un especial interés dado que el alimento pasa a formar parte de nuestro cuerpo desde el mismo momento en que lo consumimos y éste tiene su reflejo en el registro óseo. Desde la arqueología tenemos dos opciones de aproximarnos al estudio de los cuerpos sin vida del pasado. Por un lado, tomándolos como componentes físicos que nos definen en la medida de lo posible la especie humana que nos dan información sobre elementos tales como la salud, la dieta, la esperanza de vida, patrones de actividades realizadas, etc., y, por otro lado, podemos tomarlos como marcos inexorables del reflejo de las transformaciones culturales, es decir, en el cuerpo quedan registradas todas aquellas transformaciones, modificaciones que experimentan los cuerpos a través del uso del vestido, el adorno, las escarificaciones, el tatuaje o las modificaciones óseas, entre otros ejemplos (Rautman, y Talalay, 2000).

Precisamente, en este apartado tomaremos el cuerpo como escenario de materialidad de las experiencias vividas por nuestros antepasados, dado que nuestro objetivo principal como arqueólogos consiste en reconstruir la forma y conductas de

vida de las poblaciones del pasado, el conocer el tipo de dieta, la alimentación que llevaron nuestros antepasados. Todo ello es fundamental porque nos permite entender algunos patrones de comportamientos tanto a nivel social como económico, además de responder a cuestiones sobre la adaptación biológica y cultural de los grupo humano. A este respecto, tanto desde la arqueología como desde la antropología, contamos con datos suficientes que nos permiten indicar condiciones alimenticias.

Hasta mediados del siglo XX, la alimentación de las poblaciones del pasado se estimaba fundamentalmente mediante tres procedimientos arqueológicos básicos. El primero se centraba en el análisis de los recursos vegetales y faunísticos disponibles en un yacimiento arqueológico (análisis polínicos, evaluación del peso del material faunístico, presencia de coprolitos, entre otros) (Kowalewski, 1977). En segundo lugar, tomando como punto central la evidencia arqueológica basada en la presencia de estructuras (nos referimos al análisis de herramientas o artefactos, cerámica, silos, basureros, entre otros) y el estudio de indicadores de salud de los individuos inhumados (El-Najjar, 1976). A estos métodos, en los últimos 30 años se han incorporado otras técnicas paleoquímicas que permiten estimar el tipo de alimentación mediante la evaluación del material arqueológico que representa el propio tejido óseo de nuestro esqueleto. Se basan en técnicas microscópicas (determinación del patrón de estriación dentaria, fitolitos) de la reconstrucción química de la dieta como son los análisis de isótopos estables (δ_{C13} o δ_{N15}), el análisis de oligoelementos (elementos traza) (Trancho y Robledo, 2008), o el análisis de pequeños restos óseos y residuos de proteínas procedentes de coprolitos humanos (Reinhard *et al.*, 2007). Hoy en día, tanto los análisis de isótopos estables como los análisis de elementos trazada son dos métodos de diagnóstico esenciales en la reconstrucción e interpretación de los yacimientos arqueológicos dada su fiabilidad y precisión (Price y Kavanagh, 1982; Price *et al.*, 1985 y Schoeninger, 1989; White, 1993; White y Schwarcz, 1994; Malgosa y Subirá, 1996).

Los estudios de elementos traza como indicadores de paleodieta fueron iniciados por Toots y Voorhies en 1965 al reconstruir la cadena trófica basándose en el contenido de estroncio en huesos fósiles. Desde finales de los años ochenta se han integrado otros elementos químicos en los estudios de paleodieta (Hatch *et al.*, 1985; Oster, 1988; Zumkley y Spieker, 1988; Runia, 1988; Francalacci, 1989; Katzenberg, 1992 y Sandford, 1992).

Bario (Ba), magnesio (Mg), estroncio (Sr) y vanadio (V) se han considerado siempre como indicadores de ingesta de vegetales. El bario es un elemento frecuente en todos los alimentos de naturaleza vegetal. Su mayor radio atómico respecto del calcio hace que la absorción del tubo digestivo sea menor, de forma que se detectan diferencias entre cada nivel trófico, y resulta un interesante marcador (Ezzo *et al.*, 1995). El magnesio tiene una distribución muy amplia; es abundante en vegetales verdes, cereales, legumbres y frutos secos. El estroncio se ha utilizado sistemáticamente como indicador de dieta vegetariana, aunque estudios recientes también asocian elevadas concentraciones de este elemento a los alimentos de origen marino. De forma que un aporte de pescado, crustáceos y moluscos, se vería reflejado en los niveles de estroncio. El vanadio ofrece indicación sobre el consumo de leche, legumbres, frutos secos y tubérculos, mientras que el cobre (Cu) y el zinc (Zn) se utilizan como marcadores de dieta carnívora, esencialmente carne roja de vertebrados terrestres.

Los principios básicos en los que se fundamenta la técnica del análisis de oligoelementos (elementos traza) permite evaluar el tipo de dieta de un individuo atendiendo a la concentración de oligoelementos presentes en el hueso. La aplicación de este método de análisis se basa en el fraccionamiento de ciertos iones a través de la cadena trófica (Sillen y Kavanagh, 1982). Los compuestos orgánicos e inorgánicos disueltos en el terreno son incorporados por las plantas a través de sus raíces. Los tejidos vegetales reflejan la concentración de los elementos disponibles en el medio porque estos seres vivos parece que no poseen mecanismos activos de eliminación diferencial. Los animales sí disponemos de dichos mecanismos, en especial con respecto a los compuestos químicos que entran en competencia con el calcio (Ca) como son, entre otros muchos, el bario (Ba) y el estroncio (Sr). El tubo digestivo y el sistema excretor son los encargados del control fisiológico de la homeostasis de estos elementos a favor del calcio, de forma que la concentración de bario y estroncio en los tejidos animales será significativamente menor que la detectada en los vegetales (Trancho *et al.*, 1995; 1997).

Muchos iones minerales, además de actuar como elementos circulantes, metabólicamente funcionales, suelen ser depositados en el esqueleto como factores estructurales y de esa forma el propio soporte óseo actúa como reservorio. Como consecuencia de ello podemos deducir la existencia de un flujo iónico diferencial en función del tipo de ingesta; una dieta basada en alimentos vegetales proporcionará un mayor aporte de ciertos elementos químicos respecto a una alimentación basada en la carne. Esto es lo que permite evaluar las diferencias entre animales herbívoros y carnívoros diferenciando los distintos niveles tróficos (Trancho *et al.*, 1995; 1997).

Utilizando este método Margaret Schoeninger (1979) determinó que las mujeres de Chalcatzingo, una población prehistórica de Mesoamérica, consumían menores cantidades de carne que los hombres. Este hecho ha sido interpretado por la autora como un desigual acceso a los recursos alimenticios entre hombres y mujeres de este grupo social. Prácticamente llega a la misma conclusión Lawrence Ángel (1984) para su estudio del yacimiento de la Edad del Bronce de Baratas (Grecia), donde la población femenina presenta niveles de zinc menores que los hombres (Schoeninger, 1979) y, por su parte, Buikstra (1984) indica una disminución de las proteínas de animales en la dieta de las mujeres durante el período *Woodland* del Valle de Illinois (Buikstra, 1984).

Mientras que los análisis de isótopos estables tienen su base de estudio en el análisis de los isótopos de carbono y nitrógeno y en menor medida en el estroncio y azufre que forman nuestros huesos. Los isótopos de carbono nos indican ante todo si las proteínas consumidas son de origen marino o terrestre, mientras que los isótopos de nitrógeno nos indican los porcentajes de las proteínas vegetales consumidas con respecto a las de animales, lo que nos proporciona el conocimiento sobre el nivel trófico en el que se encuentran los individuos analizados. Como todos los métodos analíticos, éste también tiene sus inconvenientes, y es que, no en todos los casos se conservan los tejidos óseos con presencia de estos niveles (García, 2005). Asimismo debemos tener en cuenta los procesos postdeposicionales que sufren los restos óseos, como pueden ser los episodios de regadíos, los cuales influyen en los niveles de los isótopos de carbono mientras que el abonado de la tierra con excremento de animal puede hacer variar igualmente los niveles de nitrógeno (Bogaard *et al.*, 2007).

La base analítica de este método de investigación se realiza sobre la parte orgánica del hueso, siendo el colágeno la proteína más abundante, ocupando el 90% de la parte orgánica. Los procesos de remodelación ósea que sufre un individuo durante su vida hacen variar la composición de los huesos que para el caso del colágeno se ha establecido entre los 5 y los 20 años. Esto quiere decir que el análisis de isótopos estables sobre el colágeno de hueso sólo reflejará la parte proteica de la dieta de un individuo y durante un periodo de tiempo (aproximadamente, la última década de su vida) no del conjunto de su vida. Por ello se suele recurrir a complementar estos resultados con el estudio de los isótopos estables de la dentina de los dientes a través de los cuales se puede establecer la variación dietética intra-individual, ya que la dentina no se remodela a lo largo del ciclo vital de una persona. El distinto periodo de mineralización de cada uno de los dientes permite establecer un rango de edad en el cual la dentina se formó. Así pues, analizando diferentes dientes de etapas vitales diferentes de un mismo individuo podemos determinar si ha habido cambios relacionados con su nutrición y patrón de vida (García Guxé, 2005; Trancho y Robledo, 2008).

Toda esta información nos es muy útil para conocer aspectos relativos a los desarrollos socioeconómicos y organizativos de las sociedades (Sánchez Romero, 2008c). Por ejemplo, estos análisis de isótopos de carbono ofrecen claras indicaciones sobre la alimentación de los homínidos fósiles, lo que nos permite valorar en qué medida la dieta formó parte de los procesos evolutivos. En este caso se han realizado estudios sobre homínidos del Plioceno y el Pleistoceno sudafricanos cuyos resultados han sido que su dieta estaba conformada por el amplio espectro vegetal del ecosistema de la sabana de pastizales sudafricanos. Los australopitécidos sudafricanos ampliaron sus recursos alimenticios para incluir alimentos no consumidos por los grandes simios. Esto pudo suponer un hecho extremadamente importante para la evolución humana ya que la tendencia hacia un clima más seco durante el plioceno, transformó primero gradualmente y después con más velocidad los bosques en pastizales y bosque bajo (Lee-Thorp *et al.*, 2003 recogido por Sánchez Romero, 2008c: 21).

Otro ejemplo lo encontramos si estudiamos la introducción del maíz en América del Norte. La introducción de este nuevo cultivo, el cereal en las praderas de Norteamérica conllevó un enorme cambio dietético entre estas poblaciones de cazadores-recolectoras, quienes rápidamente lo adoptaron entre los años 1000-1200 d.c. como base primaria de su subsistencia. En este momento el aporte vegetal a la dieta de estas poblaciones pasó a representar casi el 70 % de los nutrientes ingerido a lo largo de vida (Hutchinson y Norr, 2006; Sánchez Romero, 2008c: 21).

Sin lugar a dudas los ejemplos más claros y relevantes de la alimentación humana en clave para la supervivencia humana vienen de la mano de los individuos infantiles y se traducen en la fase del destete y los procesos de lactancia⁵¹ (Sánchez Romero, 2006) (ver capítulo III.5).

En último lugar debemos tener en cuenta los estudios realizados acerca de la movilidad de los individuos. El vínculo entre la composición del esqueleto y el lugar de residencia reside en las variaciones naturales en los isótopos de elementos determinados entre distintas localizaciones. En determinadas áreas del planeta hay diferencias claras en los valores de este elemento entre ecosistemas marinos, acuáticos y terrestres (Burton

⁵¹ Con respecto al análisis del periodo de lactancia y destete remitimos a los lectores al capítulo de (ver capítulo III.5) en el que hemos realizado un estudio somero de los mismos.

y Price, 1999). Esto quiere decir que es posible realizar estudios del medioambiente local para detectar los individuos residentes en ese lugar y los llegados desde otros lugares. En la antigüedad, el agua para el consumo se recogía de las aguas superficiales, de manantiales o directamente de las precipitaciones y en ninguno de los tres casos son uniformes en sus componentes isotópicos. Las piezas dentales son particularmente ventajosas para este tipo de estudios porque suelen tener el mejor nivel de preservación de los elementos biogénicos en el esmalte y que, como ya hemos señalado con anterioridad, se forma en diferentes estadios de la vida del individuo. Una vez formado, el esmalte no sufre variaciones de manera que su composición es un indicador muy fiable para el periodo infantil. Los isótopos estables presentes en el agua se integran en los dientes de los individuos antes de los 12 años y queda marcada el área donde pasó su infancia y bebió el agua, así por ejemplo, analizando el oxígeno y en menor medida los isótopos de estroncio se pueden identificar primeras generaciones de inmigrantes enterrados en un determinado lugar e, incluso, identificar el probable lugar de residencia durante la infancia (Price *et al.*, 2006; Sánchez Romero, 2008c).

Al contrario que en los casos anteriores, para estos estudios de movilidad serán los análisis de los isótopos de estroncio los más adecuados para las sociedades prehistóricas aunque también conllevan sus “contras” (Price *et al.*, 2006). Que consisten en las variaciones de la composición del agua (Budd *et al.*, 2004). Por ello se suele recomendar realizar paralelamente el estudio de los huesos de animales, ya sean antiguos o contemporáneos, para así poder comparar y eliminar posibles errores (Price *et al.*, 2002; Betley *et al.*, 2004). A este respecto los análisis de isótopos de azufre también son utilizados dado que estos niveles también varían en distintas formaciones geológicas por lo que son muy útiles para distinguir recursos marinos y terrestres (Richards *et al.*, 2003; Privat *et al.*, 2007).

III. 4.4. ¿ACTIVIDAD Y PRODUCCIÓN FEMENINA?

En su conjunto estas actividades han sido generalmente (tanto en sociedades etnográficas, etnohistóricas y contemporáneas) asociadas con las productividades propias de las mujeres (Hastorf, 1991; Hendon, 1996; Colomer *et al.*, 1998; Hendon, 1996; 1997; Sorensen, 2000; Meyer, 2003; Montón, 2000; 2005; Sánchez Romero, 2005; Mirón, 2005). Esta asociación ha quedado patente tanto por los datos etnoarqueológicos, etnohistóricos como los actuales, donde en muchas ocasiones las mujeres se asocian con hogares, equipamiento para la molienda, recipientes para la transformación y preparación de alimentos y su servicio (Asfhar, 1985; Hastorf, 1991; Brumfield, 1991; Hendon, 1996; 1997; Curia y Masvidal, 1998; Meyer, 2003; Montón, 2005; Hernando, 2006). Además, en muchas sociedades etnográficas, tanto las mujeres como los individuos infantiles se han relacionado con la recolección de moluscos y la pesca de animales marinos (Classen, 1991; Murdock y Provost, 1973). Otra prueba la podemos encontrar en las representaciones iconográficas de diferentes épocas y culturas. Por ejemplo, las figurillas femeninas del periodo clásico que aparecen representadas moliendo el maíz, preparando alimentos diversos y sirviendo la comida (Hendon, 1992; 1997; Joyce, 1992); las escenas similares recogidas en el *Codex Mendoza* (1964) donde se escenifican a las mujeres realizando todo el proceso de la producción del pan (Brumfiel, 1991: 224) (Lám. 16) o la aparición en época griega de representaciones de mujeres amasando el pan (Lám. 9) (Meyer, 2003: 431). Sin

embargo, esta asociación no ha beneficiado ni a su propia consideración ni a las propias mujeres. Porque ha fomentado la ocultación, marginalización y desvalorización de estas tareas así como los conocimientos femeninos. Esta actitud y comportamiento es cuanto menos curiosa ya que estas actividades son necesarias y su procesamiento es fundamental para la supervivencia humana, por lo que es fundamental que alguien se encargue de realizar las mismas (Certeau, 1999: 158).

Por tanto, la relación entre preparación de comida y las mujeres no parece demasiado discutible ni discutida, aunque encontramos algunas excepciones (Hastorf, 1991: 132; Montón, 2005: 163). Además, en muchas ocasiones, las prácticas alimenticias son vistas como formas únicas de observar particulares formas de memorias femeninas (Brumfiel, 1991; Hendon, 1997; Sánchez Romero, 2008c), ya que a través de las historias y memorias de las mujeres en relación con esta producción se consigue la transmisión del conocimiento de un patrimonio cultural y social y se las reconoce como garantes de dichas tradiciones (Counihan, 1998; 2004; Sánchez Romero, 2008). Generalmente, esta información, transmitida a través de la tradición oral y de los textos, en las sociedades históricas y contemporáneas se ha materializado en forma de recetas de cocina u otros textos que pasan de madres a hijas, generación tras generación. Sin embargo, en el registro arqueológico también es posible documentarlas a través del estudio de los restos de cultura material (artefactual y ecofactual), teniendo en cuenta su disposición y asociación.



Lámina 16. Escena madre enseñando a su hija la preparación de tortitas de cereal (Fuente: Brumfield, 1991).

De esta manera, la vinculación entre las mujeres y la cocina y la transmisión de su conocimiento queda, en muchas ocasiones, reflejada en la construcción de su propia identidad. Ejemplos claros de esta relación se pueden encontrar en las fuentes etnohistóricas como es el caso del periodo postclásico maya, donde la preparación de

alimentos junto con el trabajo textil forman actividades esenciales con unos fines productivos directos, pero a la vez son actividades que las definen como mujeres (Hendon, 1997). Otro ejemplo lo encontramos en los documentos etnohistóricos del siglo XVI en México. En estos se recoge claramente que tanto la preparación de alimentos como la producción textil son las actividades productivas más comunes entre las mujeres, las cuales eran consideradas en base a la productividad en estas actividades, es decir, *la mujer de mediana edad [es] buena tejedora, tejedor de planes, artesano, buena cocinera, buena preparadora de comidas, etc.* (Sahagún, 1950: 69). Ambas actividades en esta cultura eran consideradas de un alto estatus social y gozan de importancia política, porque ambos trabajos servían como lenguaje en la negociación política. Para formar parte de este rango social y poder cooperar con sus parejas en las reclamaciones de mayor estatus y poder, las mujeres, solo tenían que cumplir un requisito, cocinar y tejer hábilmente (Brumfield, 1991) (Codex Mendoza, 1964). Por lo tanto, ambas actividades conllevaban un largo proceso de aprendizaje y transferencia de conocimientos que pasaba de madres a hijas. Las madres enseñaban a sus hijas a preparar tortillas de maíz, y a trabajar el textil (Brumfield, 1991). Precisamente, la preparación de tortillas de maíz conllevaba una gran cantidad de tiempo, esfuerzo, energía y adquirir unos conocimientos adecuados (Brumfield, 1991) (Lám. 16).

Como podemos comprobar por los datos etnográficos (Lám. 17) y etnohistoricas estas actividades formaban parte de las actividades de aprendizaje y socialización de los individuos infantiles. Por ejemplo, recordemos la cita de Walter Hough (1915) quién señala que *a la niñas pequeñas Hopi se les enseña muy pronto a moler el grano, y a menudo se les incita a que muestren sus habilidades ante los visitantes* (Hough, 1915: 63). Concretamente se ha apuntado que las niñas aprenden a moler el grano de maíz a los ocho años (Dennis 1940:41). En estas sociedades Hopi, la molienda es una actividad diaria, repetitiva y extenuante que necesita una fuerza física considerable y una resistencia para poder ser efectiva y prolongada, por lo que parece aconsejable, para el caso de las niñas muy pequeñas, que éstas empezasen a realizarla a esta edad. Sea un año más o menos lo que sí es seguro es que las niñas fueron incorporadas a esta tarea lo antes posible, para cuando llegaran a la pubertad, se esperaba que fuesen competentes en la molienda. Además esta actividad formaba parte de las ceremonias de pubertad de estas niñas (Dennis 1940: 79).



Lámina 17. Mujer navajo cocinando junto bajo la mirada de una niña de edad corta edad.

Sin embargo, la relación que mantienen las mujeres con el almacenamiento, tanto de materia prima como de producto elaborado y su distribución ha sido más discutida (Hastorf, 1991: 134). Esto es debido a que controlar el almacenamiento no sólo supone controlar la producción sino también gran parte de la economía y, por ende, un cierto tipo de poder lo que se asocia a la masculinidad. Sin embargo, se conocen casos etnográficos en los que las mujeres tienen ese control. Por ejemplo las mujeres adultas nigerianas de la meseta de Kofyar son las encargadas de guardar el excedente en sus propias casas y, en su caso, proceder a su venta lo cual le confiere un cierto reconocimiento social (Hastorf, 1991: 134-135). También encontramos ejemplos en poblaciones andinas como las de Sausa (Perú) (Hastorf, 1991: 138) o el de las mujeres keniatas de Marakwet en Kenya (Moore, 1986).

Las fuentes clásicas también nos remiten a estas ideas. Homero en la *Iliada* expresa que la preparación de bebidas, como el abastecimiento del agua en general podía ser una tarea femenina (Homero, *Iliada*, 8, 185-190). Esta actividad era muy importante en el mundo griego por su estrecha relación con el vino. El vino en la Grecia antigua era muy ácido con lo que para consumirlo se hacía necesaria su mezcla con agua. Esta mezcla podía ser efectuada por las mujeres en las cráteras, aunque, a menudo, ha sido relatada como una tarea propia de los hombres en el momento de celebración de banquetes. Otra de las actividades asignadas en el mundo antiguo a las mujeres, como el caso del trabajo textil, es la elaboración del pan y el procesado de cereales. La realización de este proceso, sobre todo en las casas grandes donde habitasen muchas mujeres, debió ser un momento marcado por la relación personal, cargado de bullicio entremezclado con charlas, canturreos, llantos y juegos de niños (Martínez y Mirón, e.p.).

Como en el caso del textil, en la elaboración del pan también se asiste a una evolución. En el mundo homérico, este trabajo era una de las labores fundamentales de las esclavas de la casa, mientras el ama atendía al más aristocrático telar, sin embargo, no debemos olvidar que las casas homéricas son siempre casas ricas, bien abastecidas de esclavas. En cambio, Heródoto señala como antiguamente todas las casas, incluso las reales, eran pobres, y así encontramos, en la primera mitad del siglo VII a.C., a una reina de Macedonia encargándose personalmente de hacer el pan. La mayoría de las terracotas, sobre todo, las que representan la molienda, proceden de Beocia y se han fechado a finales del siglo VI a.C. y primera mitad del V a.C. En las dos terracotas que hemos descrito es posible que la figura de mayor tamaño correspondiese a la señora de la casa, que dirigía el trabajo. La cerámica ática, tan centrada en el trabajo textil, tan sólo representa escasísimos ejemplos de mujeres moliendo grano en figuras negras, de finales del siglo VI a.C. La cerámica de figuras rojas, del siglo V a.C., apenas han dejado imágenes, y éstas son a menudo ambiguas.

No obstante, la elaboración de trigo y harina en las casas de la Atenas clásica es un hecho constatado. Precisamente, uno de los rituales de las niñas atenienses de diez años consistía en moler trigo para Atenea (Aristófanes, *Lisístrata*, 641). Sin embargo, parece ser que, como en época homérica, la elaboración del pan era una labor, sobre todo, propia de las esclavas, a juzgar por las quejas que en la tragedia clásica *Hécuba* vertía acerca de su próxima condición servil (Eurípides, *Hécuba*, 362). En efecto, Ferécates recuerda como en los tiempos antiguos, la gente no tenía esclavos, *sino que*

las mujeres tenían que hacer todas las tareas de la casa; se levantaban al amanecer para moler el trigo, de modo que el pueblo resonaba con el sonido de su molienda⁵². Además, a partir del siglo V a.C., en Atenas y otras ciudades, se constata la existencia de panaderas, mujeres seguramente libres que vendían sus productos en el mercado e, incluso, pudieron tener sus propios hornos y tiendas públicas Lazzarini, 1976, 46).

En casas ricas, autoabastecidas, como la de Iscómaco, la molienda y la fabricación del pan, eran realizadas por las mujeres del *oikos* (Jenofonte, *Económico*, 7,21). Era el ama de casa quien se encargaba de cuidar por la buena conservación del grano (Jenofonte, *Económico*, 7,36). Pero la elaboración del pan era, sobre todo, un trabajo servil. En casa de Iscómaco existía una panadera especializada, seguramente esclava de la casa, a la que la señora debía vigilar muy especialmente (Jenofonte, *Económico*, 10,10). Sin embargo, Jenofonte, sin duda reivindicando los valores tradicionales, considera una labor apropiada para el ama de casa *humedecer y amasar la harina* (Jenofonte, *Económico*, 10,10). En la época helenística, tampoco es extraño hallar a una mujer de clase media moliendo el grano (Herodas, 6,81-84). Todavía en el siglo II d.C., en las casas grandes griegas seguía destinándose una habitación a la molienda del grano (Martínez y Mirón, e.p.). Relacionada con la elaboración del pan, se encontraban otros productos que tienen la harina como base, como tortitas (Aristófanes, *Asamblea*, 223) o pasteles Aristófanes, *Asamblea*, 223).

Otra de las actividades y técnicas de procesado y preparación de alimentos la podemos constatar en algunos hogares de los pescadores de la Grecia antigua, nos referimos a la conservación del pescado, generalmente aportado por los hombres, era también tarea eminentemente femenina. La poetisa Erina describe como en la isla de Telos, las niñas ayudaban a la madre en la salazón del pescado (Schürman, 1989: 82). Sin embargo, apenas hay información sobre otros productos. La elaboración del aceite y el vino, tal vez era asunto de hombres. No obstante, la conservación en las casas de estos alimentos era, como todo lo de la despensa, en principio función de la ama de casa, aunque ya se ha visto que esto dependía del grado de confianza que un hombre otorgara a su esposa. Sí pudo ser femenina la conservación de alimentos. Por ejemplo, la existencia de vendedoras de aceitunas para comer y de higos secos puede indicar que estos productos eran habitualmente transformados por mujeres, como hoy en día en muchas casas de campo mediterráneas (Martínez y Mirón, e.p.).

Además de esta transformación básica de alimentos, la cocina, la alimentación cotidiana, junto a la elaboración del pan, eran tareas también propias de mujeres de toda condición. El control sobre la comida era uno de los instrumentos de conspiración y venganza más típicamente femeninos, en especial mediante el envenenamiento, preparaciones truculentas con materias primas muy “especiales” u ocultación de objetos en el interior. También, como ocurría con los útiles para el trabajo textil, y con mayor propiedad, las mujeres podían usar las herramientas de cocina (cuchillos y espetos eran muy adecuados) como arma defensiva en caso de necesidad.

En el caso del registro arqueológico de la Prehistoria Reciente no contamos con datos directos ni textos que nos permitan argumentar directamente la asociación de estas actividades con las producciones femeninas, sin embargo, si que contamos con datos referentes a los cuerpos de las mujeres que nos permiten apuntar hacia la realización de

⁵² Ferécates, *Salvajes*, 10.

determinadas actividades. La antropología física, concretamente a través del análisis de los patrones de estrés-muscular y enfermedades degenerativas como la artrosis, nos pueden proporcionar una visión bastante directa de aproximación a la especialización del trabajo de molienda a través del análisis de las deformaciones óseas en las personas que participaron de tales actividades (Molleson 1989).

Los cambios en el trabajo productivo que se suceden tras la implantación de la economía agrícola y ganadera y la progresiva sedentarización de los grupos humanos (Stearns, 2005: 11), debieron afectar a todos los miembros del grupo social, pero tuvieron especial incidencia en las mujeres y los individuos infantiles. La implantación de las labores agrícolas empeoró considerablemente la vida de las féminas debido a las nuevas cargas de trabajo (Erehmberg, 1989; Claassen, 2002), como por ejemplo, la molienda del cereal. Las evidencias relativas a la morfología de los huesos, los marcadores de estrés y las patologías de los restos óseos indican un incremento en el tiempo dedicado a la preparación de alimento, particularmente a la molienda (Crown, 2000: 283).

En nuestro caso concreto contamos con diferentes yacimientos de la Edad del Bronce del sureste peninsular donde se han establecido diferentes marcadores de enfermedades. Las principales lesiones halladas en los restos óseos de las poblaciones de la Edad del Bronce del sureste peninsular han sido artrosis, estrés muscular y los traumatismos⁵³. La artrosis es una enfermedad degenerativa que afecta sobre todo al conjunto óseo marcada y determinada por el paso del tiempo, generalmente suele estar relacionada con individuos maduros (Rogers *et al.*, 1987: 180; Contreras *et al.*, 1997: 126; 2000: 298; Contreras y Cámara, 2002a: 104). En el desarrollo de la enfermedad incide fuertemente la realización prolongada de determinados trabajos que provocan una sobrecarga muscular (Contreras, 2000; Sánchez Romero, 2008a). La artrosis suele ser más común en los hombres, afectándole sobre todo el sector dorsal de la columna vertebral, el hombro y el conjunto del pie. En lo que se refiere al resto de la columna vertebral, el codo y el miembro inferior afecta por igual a ambos sexos (Jiménez *et al.* 2004: 145). Sin embargo, en el caso de las mujeres se halla con más frecuencia en la región lumbar, codos y muñecas (Contreras, 2000: 125). Precisamente, encontramos una correlación entre la localización de estas patologías y las articulaciones que se ejercitan en la realización de esta actividad mediante la posición que adquiere el cuerpo humano arrodillado realizando movimientos de vaivén.

En la actualidad, en Francia es una tradición que la cocina y la preparación de alimentos es una actividad casi exclusivamente de las mujeres y que estas tareas sean objeto de sentimientos ambivalentes. La cocina francesa se valora en relación con la de las naciones vecinas, la importancia de la alimentación para la crianza de los hijos y la higiene de la familia son puestos de relieve por los medios, la responsabilidad y el papel de ama de casa como primera compradora y proveedora del hogar marchan a la cabeza. Al mismo tiempo se juzga este trabajo como monótono y repetitivo, desprovisto de inteligencia e imaginación, se le mantiene fuera del campo del conocimiento, en los programas escolares se olvida la educación dietética. Sin embargo, con excepción, casi siempre son mujeres las que están a cargo de la cocina, sea por sus propias necesidades, sea para alimentar a los miembros de la familia y sus invitados ocasionales u otras tantas razones. En cada caso, hacer la comida es el sostén de una práctica elemental,

⁵³ Para ver un análisis más detallado sobre las diferentes patologías documentadas en la Cultura del Argar remitimos a los lectores al capítulo III.5 cuidados.

humilde, obstinada, repetida en el tiempo y en el espacio, arraigada en el tejido de las relaciones con los otros y consigo misma, marcada por la novela familiar y la historia de cada una, solidaria tanto con los recuerdos de infancia como con los ritmos y las estaciones. Trabajo de mujeres que las hace proliferar en arboledas de acciones (Certeau, 1999: 153-159).

Sin embargo, es curioso como tanto el valor, consideración y reconocimiento de estas actividades es diferente cuando son realizados por hombres en vez de por mujeres. Por ejemplo, en la actualidad y de forma casi en exclusiva pertenece al mundo masculino el arte gastronómico (Certeau, 1999: 224), y con él todo aquello que tiene y que conlleva el arte de transformar y crear nuevos alimentos o sustancias comestibles. Para ello no hay más que mirar quienes son los cocineros que en la actualidad en nuestro país tienen el reconocimiento social, Ferrán Adrià, Martín Berasategui, Andoni Luis Aduriz, Juan Mari Arzak, mientras que por el contrario se encuentran menos ejemplos de mujeres con un reconocimiento social similar, una de ellas es Carme Ruscalleda.

El procesado de alimentos, la cocina, etc. en definitiva, todo el conjunto de actividades que implica y conlleva la transformación de alimentos ha sido fruto del esfuerzo, tiempo y trabajo de determinados individuos, por lo que *ha generado y expresado un conjunto de sentimientos asociados a la etnicidad, clase, género, nacionalidad, etc.* (Barthes, 1979; Bourdieu, 1984; 1985; Klopfer, 1993; Weismantel, 1994). Todo este proceso representa y refleja las características generales de la humanidad tanto pasada como presente. Como hemos podido ver a lo largo de todo este apartado, la unión de eventos especiales, junto con el consumo de comida y bebida, supone el marco inmejorable para la escenificación y naturalización de las relaciones sociales (Aranda, 2006; 2007).

Por lo tanto, nuestro objetivo a lo largo de este capítulo no ha sido demostrar que estas actividades han sido realizadas exclusivamente por las mujeres del pasado sino prestar atención a su definición como un conjunto de actividades fundamentales para el cambio social y su consideración como actividades productivas (González Marcén *et al.*, 2006). Nuestra preocupación ha pasado fundamentalmente por entender y revalorizar las relaciones que se desprenden de las prácticas culinarias, las interconexiones que se establecen entre la cocina y otras actividades y, sobre todo, poner énfasis en su importancia para el funcionamiento y sostenimiento de los grupos sociales. Con ello pretendemos que estas actividades dejen de ser ignoradas simplemente por el hecho de ser asociadas con mujeres, que se visualice su contribución en la producción y su relevancia en los cambios sociales económicos y políticos (Brumfiel, 1991: 224; González Marcén *et al.*, 2006; 2007).

La revalorización del proceso culinario pasa por revalorizar todos sus contextos, donde se localizan restos de comida, depósitos de comida, los restos paleobotánicos, los arqueofaunísticos, etc. es decir, observar estos contextos arqueológicos bajo una óptica diferente a la utilizada hasta el momento, ya que, como comentábamos anteriormente, la comida es un factor vital para la supervivencia de una comunidad, a la vez que es el reflejo de la interacción social tanto entre los miembros de una misma familia como con el resto de la comunidad, se trata de una actividad central, tanto para la nutrición (supervivencia) como para la economía y la cultura (Hastorf, 1991: 132; Hendon, 1996: 50). Asimismo, no debemos olvidar que lo que hace importante a una actividad es la

dimensión social que alcanza dentro de un grupo (Sánchez Romero, 2008a), es decir, el bagaje de su calificación deberá de estar determinado en cómo afecta a los miembros de una sociedad el trabajo que realizan los demás componentes del grupo, ya que es bien cierto que una actividad no tiene por qué dejar huella en la persona que las realiza, sin embargo, si la deja en las personas sobre las que se realizan o se benefician, un ejemplo de ello lo acabamos de observar a través de las prácticas alimenticias.

Por todo ello creemos que a través del análisis de las prácticas alimenticias y consumo es posible observar su implicación en la construcción y negociación de las distintas identidades. Por ejemplo, las relaciones de género que se establecen a través del alimento pueden tener dos vías de desarrollo: en primer lugar por el poder que cada sociedad concede o deniega a hombres y mujeres en lo que se refiere al acceso y control del alimento, es decir, la capacidad de mujeres y hombre para producir, proveer, distribuir y consumir los alimentos, en función de factores como el estatus, clase, etc.; y en segundo lugar, explora como las relaciones de hombres y mujeres con el alimento y su significado contribuyen a su propia valoración dentro de su grupo social.

III. 5. LA SALUD Y EL CUIDADO DEL CUERPO

Todos y todas estamos en deuda, hay cuentas que no se pueden saldar, dones para los que no es posible la reciprocidad, a partir del primero que recibimos (el nacimiento). Todos y todas formamos parte de una cadena, en la que dependemos unas/os de otras/os y es eso precisamente lo que produce el valor que enriquece la vida.
(Longobardi, 2001, recogido por Sanahuja, 2007)

III. 5.1. PRÁCTICAS DE CUIDADO

Las prácticas de cuidado forman parte de las denominadas actividades de mantenimiento, definidas como aquellas actividades relativas al *sostenimiento y cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad así como las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional. Implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos (temporal o permanentemente) por razones de edad y/o enfermedad* (Picazo, 1997: 59-60) (Lám. 18).

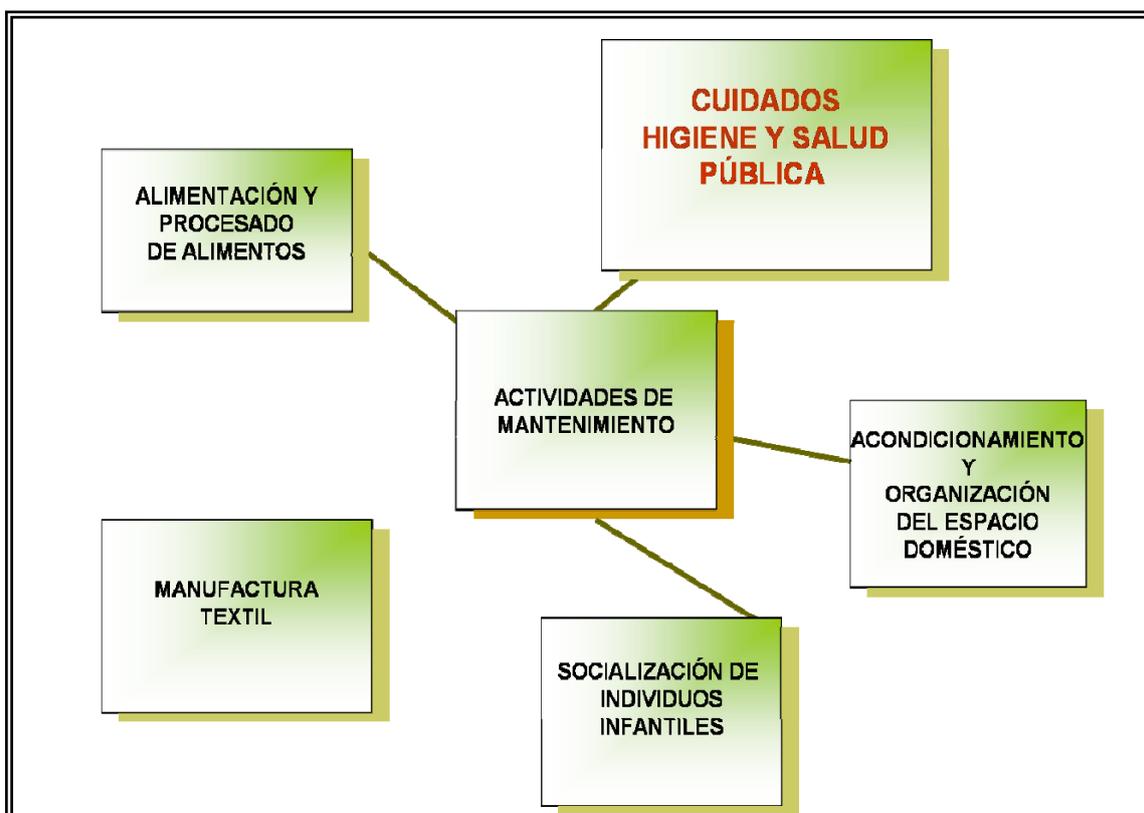


Lámina 18. Organigrama de las actividades de mantenimiento: prácticas de cuidado, higiene y salud (Fuente, elaborado a partir de González Marcén *et al.*, 2007).

Como el resto de las actividades de mantenimiento, los estudios sobre los trabajos de cuidados, no han sido cometidos como categorías de análisis y estudio en las sociedades pasadas ni presentes. El desinterés por parte de la historiografía general hacia este tipo de trabajos se debe a varios factores. En primer lugar, a que el conjunto de las prácticas de cuidado han sido concebidas como actividades relacionadas con el mundo femenino y sus productividades domésticas, lo que las ha convertido en actividades carentes de remuneración económica y, por consiguiente, no han obtenido ni el reconocimiento ni la valoración social (Sainbury, 1996 y 2000; Sarraceno, 2004; Aguirre, 2005). En segundo lugar y más concretamente centrado en el campo de nuestra disciplina, la arqueología, se ha debido principalmente a un factor metodológico. La dificultad que entraña la interpretación de este tipo de prácticas a través del estudio y análisis del registro arqueológico. Sin embargo, como podremos comprobar a lo largo de este capítulo, dicha dificultad metodológica se refiere más que a una falta de visibilidad real, a la inexistencia de estrategias de investigación específicas para el conocimiento y reconocimiento arqueológico de este tipo de trabajos (Alarcón García, 2005; Sánchez Romero, 2007).

En términos generales, las prácticas de cuidado han sido concebidas como actividades propias de mujeres, dada la relación que guardan con las relaciones, las sensaciones, los sentimientos etc. Sin embargo, no se ha explorado que incidencia tienen estas prácticas en la vida de las mujeres como tampoco se ha investigado el coste y el trabajo que les supone su realización. Se ha olvidado que son trabajos que crean un estrecho vínculo entre el que los brinda y el que los recibe porque su base es totalmente relacional, humana y directa. No olvidemos que en la actualidad no son sólo una obligación jurídica establecida por ley⁵⁴ sino que involucra emociones que se expresan en las relaciones familiares (Aguirre, 2005). Por tanto una de sus principales deferencias es su contribución a la construcción y mantenimiento de las relaciones personales y sociales que definen y construyen nuestra convivencia.

III. 5.2. DEFINICIÓN DE UN CONCEPTO: EL CUIDADO

Los conceptos cuidar, cuidado, cuidadora/o, son muy comunes en nuestra sociedad, podríamos decir que están de moda. Continuamente nos están bombardeando con frases como *cuida tu cuerpo*, *cuida tu mente*, *cuida tu ciudad*, frases cotidianas que escuchamos a diario. Entre éstas prevalece la individualidad que envuelve nuestra realidad, el yo, único elemento que nos preocupa, convirtiéndose casi en una necesidad el hacer nuestro el medio que nos rodea para que de esa manera seamos capaces de concederle el valor y la importancia que tiene.

Cuidar, proviene del latín, del vocablo *cogitare* y significa pensar. Su definición más extendida es *poner diligencia, atención y solicitud en la ejecución de algo. Consiste en atender, asistir, guardar, conservar, etc.* (Dicc. Real Academia), mientras que entre sus afecciones podemos encontrar desde aquellas que van de *cuidar a un enfermo*, *cuidar a los niños*, *a cuidar la casa*, *cuidar la ropa*, *cuidar la hacienda*, etc. Como podemos comprobar, el término cuidar se caracteriza por englobar bajo su definición un amplio abanico de trabajos y tareas que van desde las relacionadas

⁵⁴ El viernes 15 de Diciembre del 2006 se publicó en el BOE la ley de Dependencia de España.

directamente con el cuidado del cuerpo humano como al conjunto de elementos materiales que nos proporcionan en nuestras vidas una sensación de bienestar y comodidad. Además de la gran diversidad de tareas que pueden englobar en su conjunto, estas prácticas están determinadas y marcadas por aspectos tan relevantes como son las relaciones interpersonales que se verán determinadas por circunstancias y necesidades de diversa índole. Los cuidados, son absolutamente indispensables para la estabilidad tanto física como psíquica de los miembros que integran cada grupo social, así como indispensables para el mantenimiento de la cohesión familiar, comunal y grupal (Carrasco, 2003a: 5; 2003b).

En definitiva, todo el conjunto de actividades, tareas o atenciones que configuran los cuidados, se encargan de cubrir un amplio conjunto de necesidades personales tanto biológicas como emocionales básicas para el sostenimiento de la vida humana. Estos trabajos van desde la preparación de los alimentos, la vestimenta, la limpieza y la conservación del hogar, junto con otras actividades marcadas por los sentimientos, afectos, emociones y atenciones. A este respecto, la autora Arlie Russell Hochschild (1990) define el cuidado como *resultado de muchos actos pequeños y sutiles, conscientes o inconscientes que no se pueden considerar que sean completamente naturales o realizados sin esfuerzo (...)* (Aguirre, 2005: 4).

Estas actividades están presentes en la vida de todos los seres humanos, desde el momento de su gestación, pasando por su nacimiento y acompañándoles en los diferentes episodios de sus vidas hasta su muerte e, incluso, tras ésta (Gilchrist, 2005). Su desarrollo es constante a lo largo de la vida de cualquier ser humano pero a la vez es diferencial, ya que intervienen diversos factores como la edad, la salud, etc., los cual las convierte en prácticas de carácter personal marcadas por las relaciones personales. Por tanto, éstas son determinantes en el mantenimiento y sostenimiento de cualquier grupo social y a la vez complementan la construcción social de la vida de cada uno de los miembros que integran los grupos humanos (Alarcón García, 2005).

Así pues, el conjunto de las prácticas de cuidado se insertan como parte integrante y fundamental del conjunto de actividades relativas al mantenimiento y cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad, donde se presta especial atención a las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional, las cuales no sólo incluyen elementos y tareas relacionadas con la producción sino también con la relación (Picazo, 1997), ya que para conseguir mantener la vida es necesario reproducir tanto los medios de producción como los factores y fuerzas productivas o de trabajo, que no son otros que los propios seres humanos (Carrasco, 1991; Castro *et al.*, 1996; Escoriza y Sanahuja, 2005: 112-113).

Para el estudio de estas prácticas de cuidados, partimos de la idea de que todas las sociedades tienen un objetivo común, reproducirse y sobrevivir. Para conseguirlo, es necesario alcanzar un equilibrio entre las necesidades emocionales como biológicas, las denominadas *necesidades básicas* (Carrasco, 2003b: 14), que consisten en establecer las condiciones necesarias para salvaguardar el reemplazo generacional (Sánchez Romero, 2008a: 96). Cristina Carrasco (2003b) ha clasificado estas necesidades, en dos dimensiones básicas, por un lado estaría la esfera objetiva, íntimamente relacionada con las necesidades biológicas y compuestas por todos aquellos trabajos o servicios que tienen que ver con nuestro bienestar físico consistentes en la protección contra las inclemencias del tiempo, procuración de vestimenta, cuidado del hogar y de todo el

conjunto de bienes muebles (artefactos) que pueden formar parte de la vida de un ser humano (Carrasco, 2003b). Sin embargo, el ser humano no es capaz de sobrevivir y conseguir su estabilidad vital simplemente con la producción de objetos sino que necesita cubrir una amplia gama de necesidades compuestas por afectos, relaciones interpersonales, sentimientos, atenciones, que les ayudará a mantener una seguridad psicológica y emocional sobre sí mismo y el medio que les rodea (Castro *et al.*, 1996; 1998; Sanahuja, 2002; 2007; Castro *et al.*, 2002; Escoriza y Sanahuja, 2005; Sánchez Romero 2008a; Alarcón García, 2005; 2006; 2007). Ésta es la denominada esfera subjetiva (Carrasco, 1991; 2003a/b; Carrasco *et al.*, 2003).

III. 5.3. CARACTERIZACIÓN DE LOS TRABAJOS Y PRÁCTICAS DE CUIDADOS

Las prácticas de cuidado están definidas por toda una serie de características generales no sujetas a la temporalidad ni determinadas por el espacio lo que las convierte en actividades transculturales y transhistóricas en el conjunto de las sociedades humanas. Así pues, sus principales características pueden quedar recogidas de la siguiente manera:

- ❖ Los cuidados, al igual que el conjunto de actividades de mantenimiento, son trabajos realizados en el día a día, en el marco de la vida cotidiana y cuyos destinatarios son los propios individuos (Himmelweit, 2003: 1).
- ❖ Tienen unos emisores y unos receptores, para ambos casos pueden ser individuales o colectivos. Sin embargo, el beneficio compete por norma general a los últimos, es decir a quién recibe dichos trabajos, aunque es cierto que su buena praxis repercute sobre el conjunto de la comunidad. Es decir, aunque en la mayoría de las ocasiones los trabajos de cuidado estén destinados a una parte de la comunidad, su buena realización repercutirá en el conjunto del grupo social ya que su realización supondrá un triunfo de la propia supervivencia. Recordemos que el fin último de estas prácticas de cuidado es la sostenibilidad y el mantenimiento general del grupo humano donde se profesan (Carrasco, 2003a).
- ❖ Son trabajos marcados por el ámbito emocional y relacional (Himmelweit, 2003: 1). Cada uno de los pasos, fases etc. para su procesamiento están determinados por una extensa red de relaciones personales e interpersonales (entre quien los da y quién los recibe). A pesar de la intangibilidad de las relaciones, éstas deben ser consideradas e inferidas en cualquier acto, trabajo o actividad humana (Frejeiro, 2005).
- ❖ Son unipersonales y no transferibles aunque pueden dispensarse de forma individual o colectiva. Debemos tener en cuenta que cada ser humano tiene unas necesidades básicas y elementales, las cuales dependen de otros elementos como puede ser la edad, el contexto o el marco social que les envuelve, estado físico y mental, etc. que determinarán el tipo y el ritmo de su realización (Alarcón García, 2005; 2007).

- ❖ Están marcadas por la heterogeneidad, no son actividades lineales aunque si pueden ser continuadas y reiterativas. Por ejemplo, el padecimiento de una enfermedad determinará el tiempo y el tipo de atención que se debe emplear y dispensar así como también marcará el espacio de su desarrollo y el ritmo de su aplicación (Alarcón García, 2005).
- ❖ No son trabajos espontáneos y carentes de dificultad sino todo lo contrario. Su realización y procesamiento requiere de una organización y planificación tanto para su gestión como de la propia vida de quién se encarga de profesarlos.
- ❖ Se tratan de trabajos marcados por la experiencia personal como elemento esencial para su óptima administración (Himmelweit, 2003). Es decir, dado que se tratan de trabajos de largo recorrido, su práctica y reiteración comportan en quienes los llevan a cabo el desarrollo de habilidades, saberes, experiencias y conocimientos necesarios que serán transmitidos generacionalmente por medio del aprendizaje y socialización de los individuos infantiles. Por ello, el conjunto de estos trabajos están envueltos por una enorme complejidad profesional, convirtiendo a las personas encargadas de realizarlos en auténticas expertas en anatomía humana (Murillo, 2003; Aguirre, 2005), remedios medicinales, o el instrumental necesario que le ayude a proporcionar el cuidado (Frejeiro, 2005).
- ❖ Consumen tiempo, aunque sea indeterminado y no se obtenga una mayor producción cuantos más cuidados se realicen. No son computables en términos mercantiles ni comerciales, por lo tanto, no están sujetos a los sistemas económicos que rigen las sociedades capitalistas (Alarcón García, 2005; 2007).
- ❖ Son nexo de unión entre el mundo privado y el público. El trabajo doméstico permanece oculto o al menos ignorado por parte de la sociedad aunque sus resultados repercutan directamente en la esfera pública (Alarcón García, 2005; 2007).

Como podemos comprobar, los cuidados y sus prácticas son uno de los pilares básicos de cualquier sociedad, pasada, presente o futura. Constituyen tanto las condiciones materiales como psicoafectivas necesarias para el mantenimiento de cohesión social, la cual, se nos ha presentado de forma generalizada a través de la fuerza física o la violencia estructural pero no mediante las relaciones afectivas, olvidándose que nuestra vida y nuestro mundo está marcado por las relaciones humanas, a la vez que promueven la continuidad y el reemplazo generacional de los grupos sociales (Escoriza y Sanahuja, 2005: 118). Son las encargadas de recrear en la vida de las gentes un grado de estabilidad necesario que les permiten su desarrollo vital y, por ende, su supervivencia. Es por ello que en cualquier estudio tanto del pasado como del presente deben ser consideradas y tomadas como uno de los puntos de partida en el conocimiento de las sociedades del pasado, ya que constituyen trabajos fundamentales y definatorios de los patrones conductuales de las sociedades.

Estas prácticas forman parte de las denominadas actividades de mantenimiento, las cuales, responden a la satisfacción de las dos dimensiones básicas y elementales que constituyen las necesidades humanas, cualquiera que sea su marco temporal y espacial. La primera de ellas, denominada dimensión objetiva, respondería al conjunto de necesidades de carácter biológico, la realización de vestimenta, previsión de vivienda,

enfermedades, preparación de alimentos, etc. Sin embargo, un ser humano no puede sobrevivir exclusivamente con la cobertura de estas necesidades porque no tendría un desarrollo completo, necesitando paralelamente el desarrollo de la segunda dimensión denominada subjetiva. Esta esfera incluye el entramado de afectos, cuidados físicos y mentales, estabilidad física y seguridad psicológica, en definitiva, la creación de relaciones y lazos humanos que son tan importantes y esenciales para el desarrollo de la vida y la continuidad humana (Carrasco, 2001: 15; Carrasco *et al.*, 2003: 41; Carrasco, 2003a: 14-15).

Generalmente, se ha asumido categóricamente la asociación entre la dimensión objetiva con la producción masculina dotándola con el valor y el reconocimiento social (Carrasco, 2003a). Por su parte, la dimensión subjetiva ha sido relacionada directamente con la figura femenina y la constitución de su identidad (Hernando, 2000). Esta división social entre hombres y mujeres ha convertido a las mujeres en figuras inactivas, débiles, incapaces de hacer frente al mundo individualizado regido por los hombres (Hernando, 2002; Carrasco, 2003a/b). Precisamente, en esta segunda dimensión o esfera subjetiva entrarían a formar parte el conjunto de las prácticas de cuidado, las cuales no se han considerado ni valorado como una categoría analítica en los estudios de las sociedades, quedando marcadas por las dos características fundamentales, la invisibilidad y la escasa valoración devenida por la no consideración de estas actividades como trabajos (Carrasco, 2003a: 12; Sánchez Romero, 2007: 186). No han gozado ni del reconocimiento social, ni económico y ni político.

El problema emerge en el momento en que estos trabajos no pueden ni deben ser regidos por los mismos parámetros fijos y establecidos desde la esfera mercantil. Su realización está marcada por ritmos completamente distintos a los marcados por el mercado y el capitalismo. Se tratan de los ritmos del día a día (Picazo, 1997; Carrasco, 2001: 3-4), de la vida cotidiana (González Marcén *et al.*, 2007) que consumen 24 horas diarias para satisfacer el cúmulo de necesidades vitales del grupo. Por tanto, su cuantificación debe realizarse en base al *tiempo cotidiano* (Picazo, 1997), sin olvidar que son trabajos organizados, realizados con esfuerzo y dedicación, que suponen no sólo un desgaste (físico y psíquico) en las personas que los realizan, sino una enorme capacidad de organización y decisión tanto en la administración como ejecución de dichas actividades, que tienen como beneficiarios al conjunto de la comunidad (Alarcón García, 2005).

A su vez, estos trabajos y prácticas de cuidados han sido clasificados como actividades inherentes a la figura de las mujeres constituyéndose como trabajos “naturales”. En apartados anteriores ya hemos explicado extensamente lo que implica el uso de este término en la catalogación de las actividades tanto para los hombres como para las mujeres. Si bien, creemos necesario volver a remarcar que el uso de este término implica unas fuertes connotaciones de infravaloración para la vida de las mujeres. Involucran connotaciones biológicas, interponiéndose su calificativo como intrínseco a la figura que los realiza (generalmente a las mujeres de cada grupo social), creando lazos invisibles de unión entre las personas y las actividades a realizar. Sin embargo, nosotros pensamos que cada sociedad tiene la capacidad de construir culturalmente su división sexual del trabajo (Gilchrist, 1999), dependiendo de unos u otros intereses, así como la construcción del sistema de valoración y reconocimiento de los trabajos que también recae directamente sobre el grupo.

Estos mecanismos han sido muy bien utilizados por parte del sistema del patriarcado desde donde se ha conseguido que estas prácticas sean vista como naturales, carentes de valor histórico, social y económico, establecidas fuera de cualquier tipo de investigación histórica y arqueológica y negadas en su desarrollo (Alarcón García, 2005). Como podemos presuponer, el interés por este tipo de trabajos por parte de las líneas de investigación en arqueología es muy reciente. Los primeros estudios debemos buscarlos en el entorno de los países anglosajones. Habrá unas primeras aproximaciones ya en los años 70 con el impulso de las corrientes feministas en el campo de las ciencias sociales, pero su promoción se iniciará a partir de los años 90 con la inclusión de los estudios de género y mujeres (Aguirre, 2005). En este momento surgen los primeros debates entorno al trabajo y a el tiempo de trabajo, debido a dos hechos fundamentales: por un lado, la progresiva participación de las mujeres en el trabajo mercantilizado, que ha desencadenado el segundo hecho, la tensión entre el tiempo exigido por el trabajo de mercado y el tiempo dedicado al cuidado de la vida humana. En resumen, se tratan de dos hechos contradictorios, por un lado, la obtención de beneficios mercantiles y por otro lado, el cuidado de la vida humana (Carrasco, 2003a: 11), su cuestionamiento en la actualidad ha sido básico para el replanteamiento de su relevancia.

III. 5.4. LOS CUIDADOS: ¿UN “DON” O UN “DEBER” FEMENINO?

En la actualidad es común la consideración de que todo el conjunto de trabajos referentes a la sostenibilidad de la vida humana son desarrollados en el marco de la vida cotidiana, entendiéndose así como una responsabilidad puramente femenina. Desde las Ciencias Sociales y la Economía se identifica la figura femenina con la imagen de *cuidadora* (Lagarde, 2003: 2), la encargada de satisfacer las necesidades vitales de los otros, tanto en su desarrollo como en su evolución, su bienestar. En definitiva, las mujeres somos vistas como las encargadas de cuidar tanto la vida como la muerte de los otros (Alarcón García, 2005).

Habitualmente, la mujer ha ostentado el título de cuidadora de la comunidad a la que pertenece. A pesar de la dificultad empírica que supone demostrar esta afirmación, tenemos indicios que así lo demuestran, a través de los documentos escritos y los datos etnográficos (Sánchez Romero, 2008a), aunque el mejor ejemplo de ello, es que en la actualidad son principalmente las mujeres las encargadas de llevar a cabo estos trabajos. Sin embargo, esta supuesta cualidad innata de las mujeres, no es más que una mera construcción cultural y social, heredada y aceptada por las sociedades modernas, transmitida por la cultura patriarcal y asumida por la categoría de naturalidad femenina concedida a estas prácticas. Llegados a este punto, podemos afirmar sin ánimo de equivocarnos que, a pesar de que la imagen de cuidadoras en femenino no es errónea, si es cierto que ha sido utilizada como mecanismo de control y sometimiento de las mujeres por parte de la cultura patriarcal para conseguir mantener el sistema de valoración desigual entre hombres y mujeres. En la construcción de la Identidad de las mujeres han estado muy presentes las prácticas de cuidados, como práctica gratificante en lo emocional, construyéndose como sentimientos de utilidad y validez en su conformación como personas. De ahí que la construcción femenina haya sido definida como “identidad relacional” (Hernando, 2000: 40).

Sin embargo, este vínculo marcado por la sensación de satisfacción entre las mujeres y las prácticas de cuidado que desprende la realización de los trabajos de cuidados

ha sido utilizada y convertida en una obligación femenina (Murillo, 2003: 5), en *deber* requerido por parte del resto de la población, como si se tratase de un derecho por su parte. Se fomenta en las mujeres la satisfacción del deber de cuidar, convirtiendo dichos trabajos, en una tarea ahistórica y natural de las mujeres (Lagarde, 2003: 2). Estas consideraciones ya venían expresadas en el contrato social de Marx, exponiendo que las mujeres debían cuidar a la población satisfaciendo las necesidades de los varones para que así, éstos pudieran cumplir con sus condiciones de ciudadano y trabajador asalariado (Pateman, 1995). De ésta manera, los trabajos de cuidados forman parte de las vidas de las mujeres desde su niñez, permaneciendo activos, bien como tarea, responsabilidad, obligación o satisfacción en todo el proceso de su reproducción social (Murillo, 2003: 3). Como señala Nuria Varela *Todas las mujeres son educadas desde su niñez en la creencia de que el ideal de su carácter es absolutamente opuesto al del hombre: se les enseña a no tener iniciativa y a no conducirse según su voluntad consciente, sino a someterse y a consentir en la voluntad de los demás. Todos los principios del buen comportamiento les dicen que el deber de la mujer es vivir para los demás; y el sentimentalismo corriente, que su naturaleza así lo requiere; debe negarse completamente a sí misma y no vivir más que para sus afectos* (Varela, 2005: 66).

Desde nuestra perspectiva teórica y epistemológica consideramos que dicha relación entre las prácticas de cuidado y las mujeres es real, que se inicia con las prácticas maternas a partir de las cuales se establece un vínculo especial entre la madre y el bebé que se prolonga a lo largo de la vida. Sin embargo, pensamos que el uso que se ha hecho de esta relación no es la idónea, ya que se ha utilizado para infravalorar tanto a la figura femenina como a su producción. De ahí que si queremos construir nuestra sociedad desde la equidad, nuestro trabajo pasa precisamente por desnaturalizar el término de cuidado asignado al género femenino como un deber intrínseco, ya que *el cuidado como deber de género es uno de los mayores obstáculos en el camino a la igualdad por su inequidad* (Lagarde, 2003: 3). El cuidado no debe asumirse como una obligación de la figura femenina abnegada, ya que esta consideración ha sido impuesta por el patriarcado, quien ha jugado con las virtudes de sacrificio, entrega y renuncia de las mujeres para así mantenerlas vinculadas a una responsabilidad social inherente a un comportamiento puramente marcado por pertenecer a un género determinado por el sexo biológico (Murillo, 2003: 5).

El hecho de que la mujer haya sido el sexo biológico asociado directamente con estas prácticas viene determinado en gran medida por su capacidad procreadora y reproductiva. Las mujeres son los sujetos sociales capacitados biológicamente para albergar otra vida en su propio cuerpo. Esta relación ha llegado a convertir a las prácticas maternas como parte constituyente de la conformación identitaria de las mujeres. Hasta tal punto este hecho ha sido así, que el pensamiento ilustrado afirmaba que las mujeres tenían que estar dedicadas a ser madres y esposas ideales porque solo de esa manera serían consideradas tan importantes como los hombres tanto en la realización de su trabajo como en su aportación a la sociedad donde se insertan (Rousseau, 1990). Rousseau, consideraba que los procesos biológicos llevaban a las niñas a convertirse en madres (con todo el conjunto de trabajos y atenciones que suponen) de manera inexorable de forma que en su proceso educativo se debe prestar especial atención a su preparación para la maternidad y todo lo que ésta conllevaba (Sánchez Romero, 2006: 120). Esto quiere decir que la maternidad, las prácticas maternas, el conjunto de trabajos de cuidados que conllevaban, forman parte

indisoluble del proceso productivo de las niñas mientras que en el mundo masculino no existe preparación similar (Kaplan, 1992: 20).

Si bien, la maternidad como cualquier otra práctica es socialmente construida por lo que en esencia no define ni debe definir las vidas de las mujeres. Por ello, debemos preguntarnos hasta que punto, las mujeres son las únicas que pueden ejercer el conjunto de estas prácticas. Está claro que existe una maternidad biológica y una maternidad social que pueden ser desempeñadas por la misma persona o por personas distintas, pero siempre son mujeres (Bolen, 1992: 49). Los mecanismos reproductivos ciertamente necesitan de los cuerpos de las mujeres para que se pueda producir el embarazo y el parto y esto es un fenómeno universal. Ahora bien, lo que le sucede al niño o la niña una vez deja el útero materno conlleva múltiples posibilidades, incluso es distinta la forma en la que las mujeres experimentan la maternidad, precisamente porque es una construcción cultural (Sánchez Romero, 2006: 123).

Ciertamente, ambos hechos o actividades están influidas por significados sociales, económicos, culturales, políticos, psicológicos y personales (DiQuinzio, 1999). Sin embargo, creemos poder afirmar que en las sociedades prehistóricas (como queda testado también en las fuentes clásicas) las prácticas maternas fueron desarrolladas en la mayor parte de las ocasiones y, al menos, durante los primeros años de vida del individuo infantil, por las mujeres, debido al hecho fundamental que constituyen las necesidades alimenticias de los niños (Sánchez Romero, 2006: 123). Precisamente, la importancia que tiene el desarrollar con éxito la crianza de los niños y niñas de cualquier sociedad, es la que ha ocasionado que la maternidad se haya convertido en uno de los principales focos de debate en la investigación feminista (Wilkie, 2003:2). Los principales argumentos se han centrado en cuestiones relativas a si está biológicamente predeterminado que las mujeres son las cuidadoras primarias de los individuos infantiles, considerando que este hecho y uso de las prácticas maternas son una forma de represión de las mujeres a nivel transcultural. Esta consideración ha dado lugar a la elaboración de críticas hacia la utilización del concepto de maternidad como un posicionamiento esencialista desde el que se define a las mujeres y a la feminidad por su capacidad de producir y criar a los hijos, considerándolo como un fenómeno natural e inevitable en la vida de las mujeres. De esta forma, las mujeres que en la actualidad manifiestan su deseo de no ser madres, han sido vistas como mujeres poco femeninas, personas deficientes y poco comprometidas con la sociedad y deficientes en su identidad femenina (DiQuinzio, 1999: xiii).

No podemos olvidar que los conceptos centrales de la teoría feminista que incluyen el sexo, el género, el cuerpo, el deseo, la conciencia, la experiencia, la representación, la opresión, la igualdad o la libertad están implicados en el análisis de la maternidad desde las distintas perspectivas feministas (DiQuinzio, 1999; Masón, 2002). Así no extraña que la conceptualización de la maternidad y sus prácticas han pasado por varias fases de tratamiento dentro de los posicionamientos feministas. Podemos encontrar posiciones que conciben la maternidad como la base y justificación del rol subordinado de las mujeres en la sociedad, debido a que es la experiencia en la que sufren mayor y con más intensidad la tiranía de la naturaleza, la biología y el control de sus cuerpos por parte de la sociedad (DiQuinzio, 1999: ix), hasta otras posiciones que la señalan como una opción más de las mujeres, dejando de lado su carácter de obligación (Magallón, 2001: 124) y que forma parte de su propia identidad. Esto supone que se considere el hecho de la maternidad no como un obstáculo para el desarrollo personal,

sino como un hecho de gran importancia y por el que se exige la reorganización de los espacios y del ritmo de la sociedad para adaptarlos plenamente al desarrollo de la misma (Sánchez Romero, 2006).

Bajo nuestro posicionamiento epistemológico y ontológico consideramos las prácticas de cuidado y socialización como dos trabajos esenciales en la construcción de cualquier grupo humano. Por ello, a lo largo de este capítulo incidiremos expresamente en ambos trabajos, aproximándonos primeramente a cómo y qué mecanismos se utilizan para cubrir las necesidades biológicas y afectivas de los individuos desde que son concebidos o gestados, por lo que partiremos con el estudio de las prácticas maternas, hasta y tras su muerte; y, en segundo lugar, analizaremos las formas de aprendizaje y socialización utilizando para ello principalmente el registro arqueológico de varios yacimientos de la Edad del Bronce de la Península Ibérica.

III. 5.5. VISIBILIDAD DE LAS PRÁCTICAS DE CUIDADOS

III. 5.5.1. LOS PRIMEROS CUIDADOS: EMBARAZO, GESTACIÓN Y ALUMBRAMIENTO. DESARROLLO DE UNA VIDA

Las prácticas de cuidado forman parte de la vida de todos los seres humanos, están presentes a lo largo de todo su ciclo vital, desde el momento de su gestación y trascienden tras su muerte. A pesar de esta generalidad, su estudio sobre todo en las sociedades prehistóricas se ha visto condicionado por varios factores. En primer lugar debido a la falta de estrategias metodológicas para observar y detectar su visibilidad en el registro arqueológico, a lo que se une el segundo factor marcado por el hecho de que estas prácticas normalmente son relacionadas con el trabajo femenino, lo que ha supuesto su escasa valoración y reconocimiento dejando de lado lo que supone para las mujeres su realización (Sánchez Romero, 2006; 2007). Además también debemos tener en cuenta, que las prácticas de cuidado, como parte integrante de las actividades de mantenimiento, han sido catalogadas como trabajos que no cambian, que permanecen estáticos e inalterables frente al medio que les rodea, cuando en realidad tanto las prácticas de cuidado como el resto de las actividades de mantenimiento se caracterizan por estar relacionadas directamente con el desarrollo de la vida cotidiana y los vínculos de relación social en que se envuelven. Esto las convierte en unos trabajos adaptables a cada una de las condiciones de la cotidianidad y en permanentes en la vida de cualquier ser humano. En base a estos factores entendemos que su análisis y estudio es fundamental y necesario para estudiar y comprender las dinámicas sociales y humanas de cualquier grupo o comunidad (González Marcén *et al.*, 2007).

Anteriormente, ya hemos hablado sobre las dimensiones (objetiva y subjetiva) que engloban el desarrollo de estos trabajos, sus campos de actuación y el amplio abanico de actividades que generan y engendran. A partir de este momento realizaremos un estudio exhaustivo de cada momento de la vida de un ser humano donde las prácticas de cuidado interceden y juegan un papel fundamental. Para ello utilizaremos no sólo la información extraíble del registro arqueológico sino también las fuentes etnográficas, etnohistóricas y la observación directa sobre las sociedades actuales. El objetivo no es otro que poner de manifiesto su valor e importancia tanto en la constitución,

conformación y mantenimiento de las sociedades pasadas, presentes y futuros. Para conseguirlo debemos comenzar nuestro estudio desde el principio, es decir, desde el primer momento en que los trabajos, prácticas y actividades de cuidado comienzan a profesarse en la vida de cualquier persona. Este punto de partida se inicia en el momento en que una mujer queda embarazada y un neonato es gestado. Los primeros cuidados para el nuevo bebe comienzan con los cuidados propios que la madre se dispensa o le dispensa ya que ésta actúa como materia prima o de base para la creación del nuevo ser (Escoriza y Sanahuja, 2005: 116; Sanahuja, 2007: 57). Dichos cuidados implican el reforzamiento de la dieta de la madre, la reducción de sus actividades laborales (Sanahuja, 2007: 57), su mantenimiento físico que se puede conseguir a través de los largos paseos⁵⁵ como aconsejaban Platón y Aristóteles para las mujeres embarazadas de la Grecia Clásica (Martínez y Mirón, e.p.).

Estos cuidados de la madre, generalmente, se prolongan durante los nueve meses que dura el embarazo e implican tanto gasto de tiempo como de energía por parte de la madre biológica pero también por parte del resto de miembros del grupo. Porque, como cualquier otro momento de “estrés” o “cambio en los patrones establecidos”, la repercusión de este proceso maternal no sólo recaerá sobre quien lo desarrolla sino también sobre el conjunto social en que dicha persona se inserta, dado que intercede en el desarrollo de la vida cotidiana y, en este caso, el hecho de que una mujer quede embarazada y el neonato sobreviva conlleva un compromiso por parte de la madre y del grupo humano al que pertenece. La visibilidad de este compromiso no es otro que la propia supervivencia de la madre, ya que ésta durante este periodo tiene que abandonar gran parte de su actividad laboral, la cual tendrá que ser realizada por otros miembros del grupo o de la unidad familiar. Además, parte del grupo será el encargado de proliferar el conjunto de cuidados que mantengan su estabilidad tanto emocional como física., es decir, la mujer durante el periodo de maternidad necesita una serie de cuidados que en parte puede profesarse ella misma pero a la vez necesita el apoyo y el sustento que le da el resto de la comunidad.

A lo largo de la historia, la maternidad ha sido utilizada como una herramienta de definición de las mujeres. Inclusive en muchas ocasiones, su capacidad reproductiva ha sido tomada como el elemento más importante en su construcción de la identidad de género. Así pues, si una mujer está en edad reproductiva o no, si ha tenido hijos o no, son consideradas de diferente manera, de forma que sus responsabilidades, su autoridad, su poder y su prestigio van transformándose a lo largo del tiempo y estos cambios repercuten en la forma en la que manifiestan su identidad a través del vestido o de los ornamentos (Childs, 1991; Sorensen, 1997; Sofaer, 2000; Crown, 2000: 17).

Sin embargo, en muy pocos trabajos centrados en el estudio de la maternidad, se ha tenido en cuenta lo que la reproducción, la maternidad, el parto y el alumbramiento de una nueva vida supone para las mujeres a modo de trabajo, experiencias, conocimientos, modificaciones de sus cuerpos, sus relaciones, sentimientos y emociones. Generalmente, la maternidad se ha tomado como un rasgo puramente biológico de la figura de las mujeres, sin considerar que en realidad se trata de una construcción cultural que como cualquier otra experiencia social ésta también es susceptible de ser redefinida y renegociada tanto en el discurso público como privado, dado que la carga ideológica que sustenta la maternidad es fluida y se encuadra dentro

⁵⁵ Platón, *Leyes*, 7, 789.

de las cambiantes realidades sociales, económicas y políticas. Siempre se ha partido de que los individuos infantiles suponen un recurso cuyo desarrollo en seres adultos es un triunfo y asegura tanto la reproducción biológica de la humanidad como la social. Sin embargo, nunca se ha considerado el enjambre de trabajos y cuidados que este proceso de socialización conlleva y el desgaste físico y emocional que supone para las personas encargadas de realizarlos.

Precisamente, en nuestro estudio sobre las prácticas de cuidado, las prácticas maternas son fundamentales, porque en ellas emergen los primeros cuidados de cualquier ser humano. Ambos trabajos son incluidos dentro del campo de actuación de las denominadas actividades de mantenimiento (Picazo, 1997; Sánchez Romero, 2006) donde quedan incluidos aquellas actividades relacionadas con la producción, el almacenamiento, el cuidado o los conceptos vinculados al reemplazo generacional y la infancia que implican relación entre individuos. Esto es de vital importancia porque los lazos existentes en esa reciprocidad implican la creación de una esfera en la cual los individuos infantiles aprenden a ser, a sentir, a desarrollar sus habilidades, a ser incluidos como miembros del grupo y a conformar su propia identidad (Sánchez Romero, 2004: 378).

A pesar del florecimiento de los últimos años de los estudios sobre mujeres, individuos infantiles, relaciones de género, sexo o sexualidad en nuestra disciplina no se ha mostrado demasiado interés en el estudio de la maternidad y las consecuencias que conlleva para la vida de las mujeres. Aunque se trata de una actividad transhistórica y transcultural socialmente construida, con importancia crucial para la articulación de las relaciones de género (Bentley, 1996: 23), no ha tenido el suficiente calado en la investigación arqueológica (Bolen, 1992; Beausang, 2000; O'Donnell, 2004; Wilkie, 2003). Sin embargo, debemos destacar que en la literatura arqueológica de nuestro país el tema de la maternidad y la reproducción en las últimas décadas se ha convertido en el punto de partida de interesantes hipótesis en los estudios del comportamiento humano y de las experiencias y trabajos de las mujeres. Este es el caso de las investigaciones de Almudena Hernando, con sus diferentes estudios sobre la identidad de las mujeres (Hernando, 2001; 2005) o de M^a Ángeles Querol (Querol, 2005). También desde los posicionamientos marxistas feministas se ha analizado con profundidad la reproducción biológica desde las teorías de la producción de la vida social, poniendo énfasis en los trabajos de producción de cuerpos y de mantenimiento de sujetos y de objetos, mediante los cuales no sólo se crean cuerpos sexuados imprescindibles para la reproducción social del grupo, sino que también se cuidan, atienden y socializan a estos individuos (Balaguer y Oliart, 2002; Sanahuja, 2002; Escoriza y Sanahuja, 2005).

III. 5.5.1.1. El embarazo y el parto: las primeras señas de cuidado de un ser humano

Los mecanismos reproductivos ciertamente necesitan de los cuerpos de las mujeres para que se pueda producir el embarazo y el parto. Ambas prácticas son esenciales en el estudio de las prácticas de cuidado de cualquier sociedad. Como parte de la maternidad y como aspectos esenciales en el estudio de las prácticas de cuidado, la gestación y el parto son dos actividades de las cuales no nos cabe la menor duda que son realizadas por mujeres, ya que ellas son el agente social que tiene la facultad de

reproducir aunque se les niegue la facultad de creación. Recordemos que en los mitos de creación de los orígenes de nuestra cultura occidental, como por ejemplo en el Génesis es Dios quién da la vida y el mundo griego Zeus es el padre de los dioses de los hombres, por lo que las mujeres y sus cuerpos sólo tienen la función de alimentar y albergar en su seno la semilla recibida. La mujer reproduce pero no crea, por ello las genealogías no se organizan entorno a ellas. La maternidad no es un referente o co-constituyente de la comunidad. Es sólo una función. Incluso la propia creación de las primeras mujeres se enmarca en esta misma perspectiva. Los primeros hombres son obra del Padre, mientras que las mujeres son creadas posteriormente y, como en el caso de Pandora de ella surge la “raza de las mujeres”.

Esta capacidad reproductiva de las mujeres ha quedado reflejada tanto en el registro arqueológico, en los textos escritos como en las observaciones etnográficas. Estas fuentes de estudio nos proporcionan abundante información sobre el conjunto de las prácticas maternas relacionadas con el proceso de gestación y parto y con los cuidados que se proporcionan a los individuos infantiles tras su nacimiento. Precisamente, la primera muestra de que dichas prácticas son realizadas por las mujeres de los grupos sociales sería la propia reproducción de la imagen femenina con los atributos específicos de estar pasando por un embarazo. Son precisamente éstos (los embarazados), los que se han convertido en uno de los temas más recurrentes y significativos a la hora de interpretar las escenificaciones realizadas en la prehistoria sobre las mujeres. Los mejores ejemplos los encontramos con las primeras representaciones del cuerpo humano, las llamadas “Venus Paleolíticas”. Estas Figurillas femeninas realizadas en diferentes soportes y localizadas en diversos contextos las cuales generalmente se han interpretado como representaciones de la diosa-madre. Sin embargo, en la actualidad, en base a la gran pluralidad de los cuerpos representados y a su localización en un amplio periodo temporal y espacial, se están proponiendo nuevas alternativas interpretativas a la idea generalizada de las diosas-madre (Dobres, 1992; Durad, 1993; Masvidal y Picazo, 2005; Nelson, 1993; Rice, 1981; Rusell, 1993; McDermott, 1996).

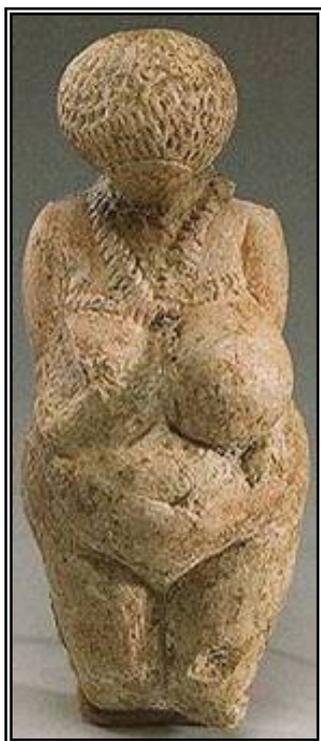


Lámina 19. Figurita de Kostenki 1 (Rusia) con 22.700 años de antigüedad.

Estas representaciones, han sido uno de los mecanismos más utilizados desde el presente para configurar, crear, justificar y transmitir los estereotipos sobre los papeles de las mujeres en las sociedades del pasado basados sobre todo en su capacidad reproductiva (Masvidal y Picazo, 2005: 15; Sánchez Romero, 2006). Sin embargo, aunque sí pensamos que la presencia femenina de estas figurillas es indicativa de una categoría de identidad femenina culturalmente reconocida y enfatizada, también creemos que el conjunto de estas representaciones no siempre encarnan mujeres en los distintos momentos del proceso reproductivo (Sánchez Romero, 2006). Como parte de ellas podemos mencionar la figura de Grimaldi que correspondería con el modelo de acumulación de grasa conocido como esteatopigia y sólo cuatro, las representaciones de Lespugue, de Willendorf, de Gagarino y la citada de Grimaldi tienen proporciones extremas (Bahn y Vertut, 1999). Por otro lado, la escultura XIII de Kostenki (Rusia) ha sido interpretada como una mujer embarazada a punto de parir (Lam. 19). También en este contexto del reconocimiento de la capacidad reproductiva de las mujeres se deben interpretar las representaciones de símbolos sexuales femeninos que aparecen grabados en las paredes de cuevas y abrigos durante el Paleolítico Superior en toda la Dordoña, como las de vulvas documentadas Abri Castanet (Delluc y Delluc, 1991), La Ferrassie (Leroi-Gourhan *et al.*, 1995), Cazelle (Aujoulat, 1996), La Font-Bergeix (Barriere *et al.*, 1990), La Cavaille (Delluc y Delluc, 1991) o La Comarque (Durad *et al.*, 1993).

En nuestro caso, la Península Ibérica, sólo podemos recurrir al arte rupestre levantino si queremos encontrar posibles figuras femeninas embarazadas. Ejemplos de ello pueden ser las figuras del abrigo Los Chaparros (Albate del Arzobispo, Teruel) o el Abrigo de la Higuera (Alcalde, Teruel), aunque debemos apostillar que en la actualidad esta asignación está puesta en duda (Beltrán, 1989; Beltrán y Royo, 1994; Escoriza, 2002).

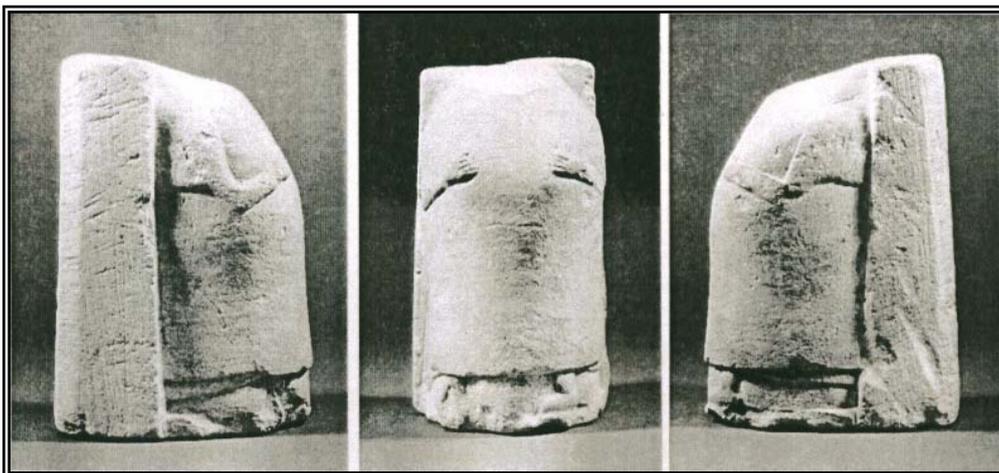


Lámina 20. Exvoto de una mujer embarazada realizado en piedra procedente del santuario ibérico de Torreparedones (Córdoba) (Fuente: García Luque, 2008: 207).

Por su parte, en el mundo íbero podemos encontrar representaciones que generalmente han sido interpretadas como mujeres embarazadas o símbolos de fertilidad. Estos ejemplos los podemos encontrar en el caso de los exvotos de piedra en el santuario ibérico de Torreparedones (Córdoba) (Lam. 20), el del Santuario de Torre

Benzalá (Torredonjino, Jaén) o el exvoto de bronce del Museo de Valencia de Don Juan (Madrid) (Lam. 21) (García Luque, 2008). Por su parte, en las plásticas griegas, las únicas representaciones de mujeres embarazadas se limitan a unos pocos ejemplos en terracotas. Habitualmente, éstas suelen presentar un semblante casi caricaturesco e incluso, en muchas ocasiones, suelen aparecer en escenas de teatro representadas por actores varones⁵⁶. La práctica ausencia de estas representaciones nos lleva a pensar en un vacío intencionado, como también ocurre con la representación de la vejez y con todo aquello que en las sociedades clásicas se ha considerado como deforme y carente de elementos estéticos. En cierta manera, esta escasez de imágenes embarazadas contradice las recomendaciones realizadas por Platón y Aristóteles de que las mujeres embarazadas debían dar largos paseos diarios lo que les llevaría a estar presentes en zonas públicas. Lo que nos inclina a pensar que en la realidad de estas sociedades la maternidad no estaba bien vista o cuando menos no públicamente (Martínez y Mirón, e.p.).



Lámina 21. Representación de mujer embarazada en exvoto de bronce (Fuente: García Luque, 2008: 208).

A pesar de no contar con demasiadas representaciones de mujeres embarazadas en el pasado, probablemente nos esté hablando de la naturalidad y aceptación de esta práctica, es una realidad que cualquier mujer embarazada tanto en la actualidad como en el pasado están ofreciendo su cuerpo para la producción de otra vida, producción que repercute directamente sobre el grupo. Para conseguir este producto de reproducción, las mujeres embarazadas, deben tanto prodigarse como prodigarle toda una serie de atenciones, cuidados y trabajos que la ayuden a mantener su bienestar y, por consiguiente, la del bebe que contiene en su vientre. Así pues, los cuidados comienzan en la vida de cualquier ser humano desde el momento en que se produce su gestación. Estos se inician con los cuidados propios de la madre, porque el apoyo al embarazo

⁵⁶ TK II 421,10; 456,5.

implica el refuerzo de la dieta de la madre y la intensificación de los cuidados, que exigen la reducción de sus actividades laborales. Una dieta alimenticia deficiente durante el periodo del embarazado unida a un intenso volumen de trabajo puede producir abortos espontáneos (Sanahuja, 2007: 57). La visibilidad de estos trabajos de cuidado durante el embarazo queda confirmada con la llegada del parto, lo que demuestra la supervivencia tanto de la madre como del bebe a los nueve meses que generalmente dura el embarazo, habiendo superado un largo periodo de tiempo donde han tenido que contar con la ayuda, cuidado y solidaridad de otras personas del grupo para mantener su vida.

Sin embargo, donde posiblemente los cuidados sean más patentes tanto para la madre como para el niño es en el momento del parto o del alumbramiento. Éste es el momento más esperado para toda mujer embarazada pero a la vez es el momento más temido y sobretodo si se es primeriza. El mito de que las mujeres paren solas y sin ningún tipo de dificultad y tras éste trance vuelven a reanudar automáticamente sus actividades no es más que una de las tantas falacias vertidas sobre las mujeres y sus productividades que tenemos que erradicar. Este tipo de consideración lo único que persigue es desvalorizar tanto el momento del parto como el propio cuerpo de la mujer y, por consiguiente, su capacidad reproductora, ya que si hay un momento peligroso y difícil en la vida de toda mujer es, el parto (Sanahuja, 2007: 58). Así lo manifestó Medea⁵⁷ en su obra “Eurípides” cuando dijo que *prefería tres veces formar parte del escudo del ejercito que parir sola*. Al respecto, Adriana Cavarero (1996) señala que: *sí morir es siempre singular (...) nacer es el lugar donde la singularidad de cada uno/una aparece como lo que es nuevo, impredecible e impredecible, aunque no marcado por la soledad. Pues frente a la muerte, en el nacimiento la singularidad y la soledad no van juntas sino que se repelen porque, en el nacimiento, siempre viene alguien al mundo y se les aparece a otros que ya están en el mundo (...)* (Cavarero, 1996: 136).

El parto no es sólo un trance difícil sino que con asiduidad se convierte en un momento de máxima peligrosidad pudiendo acabar con la vida de la madre o del feto o con ambos. Así queda constatado en las estelas funerarias áticas donde las representaciones de mujeres muertas durante el parto han sido consideradas como difuntas heroicas equiparadas en cuanto a su valor a los hombres muertos en batalla. Un ejemplo, lo encontramos en la sociedad espartana donde Licurgo llegó a legislar que las estelas funerarias no se podía grabar con el nombre del difunto o difunta sino se trataba de un hombre muerto en batalla o de una mujer muerta en el parto. Dicha legislación parece recoger los papeles de género más significativos del momento, representados por sus trances más peligrosos (Martínez y Mirón, e. p.). Al contrario de que lo sucede con las representaciones de mujeres embarazadas, en el mundo clásico, en las estelas áticas, si contamos con numerosas representaciones de mujeres sosteniendo bebés recién nacidos, con gesto de dolor y frente a mujeres sentadas que probablemente serían las madres difuntas durante el parto. En muchas ocasiones, los bebés sobrevivirían a sus madres, aunque en la mayoría de las ocasiones tanto madre como hijo/hija morirían. En este sentido, es muy expresiva una estela tesalia pintada, en la que aparece una mujer echada en un lecho, asistida por su marido, y, tras de ella se pueda ver a una sirvienta con un bebé en brazos. El epigrama que la acompaña revela que ambos, madre e hijo, murieron durante el parto. En sintonía con estos ejemplos de las fuentes clásicas

⁵⁷ Medea, *Eurípides*, 250-251. Cfr. también Teócrito, *Idilio* 27, donde una mujer aduce para negarse a las proposiciones sexuales de su seductor el temor a parir.

podríamos interpretar una sepultura documentada en la abadía franciscana de Hartlepool, donde se localizó a una joven madre que albergaba entre sus rodillas los restos, muy posiblemente de su bebé recién nacido, situación similar se ha documentado en el sepulcro sellado localizado en la abadía Agustina de Hull que albergaba conjuntamente a una mujer adulta y a un pequeño ataúd con un recién nacido en su interior (Gilchrist, 2005: 60).

Por su puesto, es de suponer que el riesgo y el peligro tanto para la madre como para los bebés debería aumentar en el caso de tratarse de un embarazado múltiple. Ejemplo de ello queda recogido en la representación de un relieve sobre un plinto ático del Museo Británico, que representa a varias mujeres que rodean a una mujer sentada. Tres de las mujeres representadas sostienen en sus brazos a recién nacidos. Aunque este relieve ha sido interpretado como una ofrenda a Ilitía, los gestos de dolor de algunas de las presentes parecen responder más bien a la representación de una muerte múltiple, de los hijos y de la madre (Martínez y Mirón, en prensa).

Actualmente no contamos con datos fiables ni cifras exactas sobre el porcentaje de mujeres que morían durante el trance del parto en las sociedades pasadas, sin embargo, si que conocemos los porcentajes y datos que proporciona el Fondo de Poblaciones de las Naciones Unidas (UNFPA) y la Organización Mundial de la Salud (OMS). Estos datos apuntan a que en la actualidad cada minuto muere una mujer durante el parto, sobre todo en los países subdesarrollados (Sanahuja, 2007). Con lo cual podemos decir que incluso en la actualidad uno de los trabajos más peligrosos desarrollados por las mujeres es el de dar vida.

El registro arqueológico también nos habla del alto grado de peligrosidad que encierra este momento del parto. Mediante el estudio de los cuerpos sin vida en el pasado a través de los análisis paleoantropológicos, no sólo podemos llegar a conocer el sexo y edad de los individuos, enfermedades sufridas durante su vida, causas de la muerte y en el caso de las mujeres incluso podemos llegar a conocer si dio a luz durante su vida o no, el número de hijos que pudo tener, aunque este método que consiste en el análisis de los huesos pélvicos es muy discutido en la actualidad por muchos antropólogos (Kelley, 1979; Ehremberg, 1989: 60; Escoriza y Sanahuja, 2005); también podemos conocer las posibles complicaciones que se les pudieron presentar a las mujeres durante el parto provocando la muerte del bebé, de la madre o de ambos. Las complicaciones más comunes es la conocida distocia de hombros que provoca el encajonamiento del bebé en el canal de parto como las complicaciones del posparto provocadas generalmente por unos cuidados incorrectos o nulos, cuya ausencia podía provocar en la mayoría de los casos hemorragias e infecciones fatales para la vida de la madre (Scout, 1999: 54; O'Donnell, 2004: 164), lo que incitaba a que si se quería conservar la vida de la madre se le prolongasen los cuidados tras el parto de tal manera que se consiguiera evitar un desagradable desenlace.

La visibilidad de que tanto la madre como el bebé no superaron este trance del parto queda constatada en el registro arqueológico. Ejemplo de ello lo encontramos en el cementerio indio de Windower Site en Estados Unidos, datado aproximadamente entre unos 8000 y 7000 años, donde se ha constatado un elevado porcentaje de mujeres muertas durante el parto. Además, gracias a la buena conservación de los restos óseos y de las propias sepulturas, se ha podido confirmar como una de las mujeres enterradas tenía entre sus piernas una bolsa de tela que contenía los restos de un neonato (Hamlin,

2001: 121), lo que nos indica que ni la madre ni el hijo pudieron superar el trance del parto a pesar, con toda probabilidad, de haber contando con la ayuda y los cuidados de otros miembros del grupo ya que el neonato consiguió nacer. Otro de los ejemplos data del siglo cuarto a.n.e. del yacimiento de Beit Shamesh en Israel, donde se ha documentado la sepultura de una joven de unos catorce años con el esqueleto de un bebe encajado en su área pélvica. Probablemente, tanto la muerte de la madre como del bebe, fue provocada por la estrechez del canal de parto de esta joven niña. En época medieval también contamos con ejemplos. Estos son los casos documentados en la comunidad de los Hospitalarios de Clerkenwell, Londres, donde se localizaron diferentes enterramientos de mujeres que presentaban en su útero los restos de su bebé (Sloane y Malcolm, 2004: 185), situación similar parece detectarse en la abadía dominica de Guildford (Poulton y Woods, 1984).



Lámina 22. Mujer y bebe muertos durante el parto a causa de la distocia pélvica (Malgosa *et al.*, 2004).

En la Península Ibérica también contamos con ejemplos en los que tanto la madre como el bebe murieron durante el parto. El primero de ellos, se trata de un cuadro distócico documentado en el yacimiento argárico del Cerro de las Viñas (Murcia), donde se documentó los restos óseos de una madre con su bebe aún en el canal de parto (Lam. 22) (Malgosa *et al.*, 2004). Un segundo ejemplo, se documenta en la necrópolis tardorromana de Mas Rimbau (Tarragona), situada a extramuros de Tarraco. En ésta se localizaron 69 tumbas con restos humanos entre las cuales se encontraba la sepultura de

una mujer madura que contenía aún en su vientre los restos óseos del neonato. Todo parece indicar que la muerte de la madre y del neonato fue ocasionado por la complicación del encajonamiento del neonato, que en este caso se encontraba como comúnmente se define *de nalgas*, lo que provocó que el cuerpo del bebe quedase encajonado en el canal de parto. Si bien, tanto los datos antropológicos como arqueológicos (disposición del cuerpo del neonato) nos indican que el proceso del parto se había iniciado (Campillo *et al.*, 1998). Esta situación y la posterior sepultura de la mujer tras este trance nos demuestran que en el momento en que se produjeron los hechos con toda probabilidad, estarían presentes otros miembros del grupo, los cuales probablemente la asistieron en el parto aunque sin éxito. En la actualidad, ésta es una de las complicaciones más comunes en los partos que se solventa con la “cesárea”, práctica que se remonta a la antigüedad (Lam. 23).



Lámina 23. Representación pictórica de época medieval de la realización de una cesárea.

Todos estos ejemplos ponen de manifiesto la peligrosidad que debió encerrar el momento del parto en las sociedades del pasado cuando no contaba con los avances médico y técnico actuales. Además también evidencian que este momento es colectivo, tanto si se presentan complicaciones como si no, las mujeres durante este trance reproductivo necesitan la ayuda de otros agentes sociales, probablemente, otras mujeres, quienes con sus conocimientos y experiencia no sólo les ayudarían, facilitarían y aliviarían los constantes dolores sino que también la alentaría, animarían, motivarían y consolarían en esos momentos. Por otro lado, debemos tener en cuenta que el peligro, sobre todo de la nueva madre, no se solventa con el nacimiento del neonato, sino que este momento presenta un doble riesgo para las mujeres. Tras el parto pueden sucumbir hemorragias, infecciones, etc., las cuales son evitables si tras este proceso, la madre es cuidada, higienizada, alimentada adecuadamente, etc. Así pues, aunque el desarrollo de estos trabajos se haya calificado como invisible dado que no dejan huella directa sobre las personas que recaen, lo cierto es que la supervivencia tanto de la madre como del neonato es muestra de ello. Por lo tanto, que mayor reflejo de su actuación que la supervivencia y desarrollo de la especie homo.

En este momento entramos en otro aspecto que debemos valorar en nuestro estudio de las prácticas de cuidado. El valor de la experiencia y el conocimiento

adquirido. Con esto queremos decir que si durante el trance del parto, las madres estaban acompañadas por otros miembros sociales del grupo, lo lógico sería pensar en otras mujeres, ya que estas son los agentes sociales que tiene la capacidad de albergar en su vientre una nueva vida, por lo que la experiencia de haber pasado con anterioridad por este trance las avala para ser la mejor opción para ayudar y cuidar a otras parturientas. Así lo recogen las fuentes escritas clásicas donde la figura masculina queda excluida y marcada en muchas sociedades como un tabú. Ocasionalmente, cuando la situación durante el parto se complicaba y no se bastaba con la comadrona se pedía la ayuda de un médico, sin embargo, lo habitual era que en ese momento solo estuviese la parturienta rodeada de mujeres. Esta presencia generalmente femenina durante los partos queda reflejada en las estelas áticas donde son representadas parturientas muertas que son sostenidas y rodeadas únicamente por otras mujeres. Eventualmente en estos relieves epigráficos aparecen varones aunque siempre son recreados algo apartados, que junto por su edad y por la propia declaración en la inscripción lo normal es que esta figura masculina fuese el padre de la difunta. Así su representación parece eludir más bien a una figura simbólica marcada por el dolor que encarna el hecho de perder a un hijo o hija más que a una presencia física y real (Garland, 1981: 307). En cambio, la aparición de la que posiblemente sería la madre de la parturienta, sin duda era real y fundamental en ese momento, siempre y cuando continuase con vida. Ejemplo de ello lo encontramos cuando Alceste va a morir tras dar a luz a su hija y se lamenta muy especialmente diciéndole que *no tendrás madre que te entregue a tu novio, niña mía, ni aliento que te infunda en tus preñeces, ocasión en que nada más que una madre ayuda*⁵⁸. En muchas ocasiones en caso de que la madre biológica ya hubiese muerto, este papel podría ser tomado por la madre sustituta o nodriza. Si bien, sea como fuere, las fuentes escritas nos dejan la idea de que son estas mujeres (posibles madres de las parturientas), las parteras como también eran las encargadas de realizar los sacrificios purificatorios del décimo día, etc., o de decidir en caso de complicaciones entre la vida de la madre o del bebé⁵⁹. En esta misma dirección nos habla la propia mitología griega con el caso de la diosa Leto quien para dar a luz fue asistida por la mayoría de las diosas⁶⁰ (Martínez y Mirón, e.p.).



Lámina 24. Relieve recreando la escena del momento del parto ayudado por una comadrona.

⁵⁸ Eurípides, *Alceste*, 317-319.

⁵⁹ El tratado de Soriano recoge que en caso de dificultad en el parto, se prefería salvar la vida de la madre aunque conllevara la muerte del bebé. Para ello, en muchas ocasiones, utilizaban métodos muy radicales y sangrientos. Nuevamente esta función volvía a recaer en la figura de la comadrona y no del médico, siendo ella quien tuviese la dirección de los partos problemáticos, en los cuales la habilidad de la matrona podía ser fundamental ya que se trataba de una cuestión de vida o muerte (Martínez y Mirón, en prensa).

⁶⁰ *Himno homérico a Apolo*, 92-125.

Tanto las fuentes escritas, etnográficas como en la mayoría de las sociedades actuales, las figuras de las comadronas suelen ser mujeres (Lam. 24), y aunque en el registro arqueológico no podamos determinar esta asociación, lo cierto es que la práctica histórica y vital de la mujeres y del propio proceso reproductivo nos lleva a plantear que en nuestra historia más antigua este papel también debió ser desarrollado por ellas. Así pues podemos decir que el momento del parto está marcado por la identidad de género, pero también por la categoría de edad. Para ello nos basamos, nuevamente en los escritos de Soriano que nos hablan de la asistencia de mujeres maduras, de edad avanzada y generalmente en edad menopausia como encargadas de asistir a las parturientas en los partos. Aunque también podían acudir amigas y vecinas de la parturienta pero nunca mujeres que no hubiesen dado a luz ya que dicho momento podía mediatizarlas en su función reproductora (Taylor, 1996: 89). Esto quiere decir que las mujeres asistentes a los partos tendrían una experiencia previa en el desarrollo de estos trabajos lo que las convertía en buenas conocedoras de los pasos y cuidados necesarios para conseguir un buen resultado. Las fuentes de época greco-romana nos hablan de que generalmente serían cuatro mujeres⁶¹, una de ellas sería la comadrona y encargada de asistir a la parturienta en el parto mientras que el resto de mujeres se encargarían de calmar sus miedos, dándole consuelo emocional (Lam. 24 y 25). Por tanto, esta asistencia femenina durante el parto no sólo tenía como misión ayudar físicamente a la parturienta sino también procurar y dar tranquilidad y sosiego a las futuras madres frente a los fuertes dolores que estaban pasando. Esto convertía a este momento en un marco especial para el desarrollo de relaciones de solidaridad y comprensión, marcadas por el procesamiento de un sin fin de cuidados que generarían unos especiales vínculos emocionales y sentimentales entre la parturienta y las asistentes al parto (Martínez y Mirón, e.p.).



Lámina 25. Grabado de un parto nuevamente ayudado por una comadrona y acompañada por otra mujer encargada de prestarle apoyo emocional.

⁶¹ Cuerpo Hipocrático, *Sobre la escisión del feto*, 4.

Esta asociación entre el proceso reproductivo y la experiencia vital e histórica de las mujeres también queda recogida en los textos hititas donde nuevamente la categoría de edad juega un papel importante. En estos textos se indica expresamente, que son las mujeres las encargadas de realizar los rituales previos al parto, que son ellas las que tienen la capacidad de prevenir la fecha del nacimiento mediante su consulta a los oráculos; de realizar los rituales durante el parto que consistían en el recital de versos mitológicos; de supervisar el ritual del posparto que consistía en pronunciar unas fórmulas mágicas que prevenía la presencia de demonios (posiblemente se refieran a enfermedades infecciosas y cuadros de hemorragias). Así, de estos textos es extraíble la idea de que eran las mujeres las encargadas y las que tenían la capacidad de asegurar la salud y la supervivencia tanto de la madre como del niño, pero también eran ellas quienes tenían y habían adquirido los conocimientos necesarios para asistir adecuadamente en el parto y la habilidad y la destreza que conlleva dicha asistencia, dejando entrever la enorme complejidad de este trabajo (Martínez y Mirón, e.p.). Al respecto, en estos textos podemos encontrar frases y alusiones como son *las que saben de órganos internos* o *las que tiene habilidad para tratar el parto* (Pringue, 1993). También el mundo egipcio nos ratifica en esta asociación transcultural y transhistórica entre mujer, proceso reproductivo y cuidados durante el parto (Meskell, 1999: 48; Roth, 2000).

Las fuentes etnográficas también nos hablan de que son las mujeres las que tienen la posesión de todos los conocimientos necesarios para la asistencia a estos trabajos. Ejemplo de ello lo encontramos en las tribus de las colinas de la zona del Norte de Tailandia, donde se ha documentado, según los datos etnobotánicos, un inmenso arsenal de medicinas relacionadas con la fertilidad, el embarazo, el parto y el cuidado en las semanas críticas inmediatas al parto. Este mismo tipo de recursos han sido documentados en sociedades de la India y Sudamérica donde las preparaciones elaboradas mediante plantas son complejas. Su administración se realiza mediante diferentes medios y para su consumo es necesario un conocimiento muy especializado en cuanto a la cantidad de la dosis para administrarla así como se debe conocer muy bien el estado físico de las mujeres sobre las que se aplican (Taylor, 1996: 89).

De todas estas informaciones se desprenden varias ideas fundamentales. El proceso productivo conlleva una enorme carga humana y social marcada fundamentalmente por el conocimiento que concede la experiencia vital e histórica de otros miembros del grupo. Así pues, si consideramos que eran las mujeres los sujetos sociales encargados de estos trabajos a lo largo del tiempo y del espacio, lo que nos indica que también serían ellas las depositarias y transmisoras de una gran cantidad de saberes, entre los que se encontraba el conocimiento sobre anatomía y especialmente femenina, ginecología, enfermedades y complicaciones posparto, en definitiva, del proceso reproductivo y del conjunto de recursos medicinales necesarios para conseguir tanto paliar los dolores del momento como para conseguir la supervivencia tanto del bebe como de la madre. Hipócrates, Sorano o Dioscórides, en sus textos nos hablan tanto de métodos anticonceptivos y abortivos basados en la toma de hierbas como la mirra o la artemisa (Taylor, 1996: 89), representando a las mujeres (comadronas) como auténticas ginecólogas (Martínez y Mirón, en prensa). El libro de *Amor de Mujeres* escrito en hebreo de posiblemente el siglo XIII recoge todos estos conocimientos. Se trata de un gran compendio en forma de recetario recopilando una gran cantidad de saberes, marcados por un escaso aporte teórico pero donde dedica un extenso apartado a

la cosmética, ginecología y la obstetricia. Es en esta sección donde se describe rigurosamente el conjunto de medidas terapéuticas, amuletos, ungüentos y remedios medicinales por medio de los cuales las mujeres eran capaces de concebir o no, de averiguar si estaban embarazadas, de ayudar o aumentar la producción de la leche materna, de interrumpir el embarazo y ayudar en el parto (Caballero, 2003).

Otro ejemplo de que este conocimiento estaba en manos de las mujeres nos lo transmite las tablillas hititas del segundo milenio a.n.e. (Pringue, 1993). Éstas se tratan de una pequeña colección de textos escritos desde el punto de vista médico, concentrados sobretudo en los rituales y encantamientos referentes a las parturientas. Entre los escritos podemos encontrar como recogen que la depresión del sistema inmunológico de la mujer durante el embarazo puede minimizar el rechazo del feto y su consiguiente aborto (Ortner, 1998: 88). También nos explica los riesgos de prolongar el periodo de lactancia en mujeres con un déficit nivel nutricional como bien pudo ocurrir en determinados periodos de la prehistoria o como sucede en la actualidad en zonas rurales deprimidas o en vías de desarrollo (Martín, 2000: 281). Este hecho queda patente en las estadísticas y estudios antropológicos en los que se pone en evidencia la elevada mortalidad tanto de las madres como de los bebés, pudiendo llegar al 50% de los niños nacidos (Bolen, 1992: 52) y con porcentajes semejantes para las madres (Ortner, 1998: 81). De esta manera, el uso de amuletos, oraciones y encantamientos han sido mecanismos cuya práctica proporcionaba cierta tranquilidad y sosiego a las mujeres lo que nos hace pensar en que no serían menospreciadas sino todo lo contrario, reconocidas y valoradas.

Como decimos, el momento del parto está cargado por un sin fin de trabajos de cuidados y atenciones en primera estancia sobre la madre. Estos consistían desde simples manipulaciones externas, como masajes en el vientre, frotaciones con hierbas húmedas u oleaginosas, compresiones con la mano sobre la parte superior del abdomen como hasta la utilización de toda una serie de utensilios y herramientas adecuadas a las necesidades de cada momento que marcaba el parto, que podían ser una venda, un cinturón de cuero o una cuerda utilizada para apretar el fondo de la matriz de la madre o bien la introducción de la mano en el útero para realizar la extracción de la placenta o del propio feto (Sanahuja, 2007: 59). La utilización de estos artefactos durante el proceso del parto queda constatado en los textos hititas, donde al igual que en las sociedades etnográficas nos hacen referencia a la utilización de los taburetes de madera y cuchillos u variados utilizados para cortar el cordón umbilical (Pringue, 1993: 132). Mientras que la identificación del uso de estos cuchillos es prácticamente imposible en las sociedades del pasado, los datos etnográficos también nos hablan para este menester de la utilización de una caña afilada, una astilla, una concha marina o también se encuentran casos donde es machacado con una piedra (Sanahuja, 2007: 60). Por su parte, los taburetes para el parto son fácilmente identificables debido a la apertura en forma de media luna que poseen en el asiento. Su uso es consecuente con la postura que facilita el parto a las madres, con el cuerpo en posición erecta ya sea sentada, en cuclillas, de rodillas o de pie (Balaguer y Oliart, 2002: 61-63). Este objeto mobiliario está documentado en muchos lugares y en culturas diversas, que van desde las representaciones neolíticas de Sesklo (Talalay, 2000) o Gobekli (Anatolia) (Hauptmann, 1999) hasta el mundo egipcio (Meskell, 1999: 100) también están presentes en los restos interpretados en relación a rituales de fertilidad y nacimiento evidenciados en el yacimiento de la Edad de Cobre de Kissonerga-Mosphilia en Chipre, Donde también se documentaron en el interior de una fosa, piedras rotas por la aplicación de calor y

material orgánico en una matriz de arena y cenizas. Entre los más de cincuenta objetos depositados deliberadamente, merecen especial atención un vaso cerámico que imitaba una construcción calcolítica y ocho figurillas cerámicas entre las que destacan representaciones femeninas, algunas sentadas en taburetes en cuclillas, y una en especial representada dando a luz con la cabeza de un niño emergiendo entre las piernas (Lam. 26) (Bolger, 1992: 149).

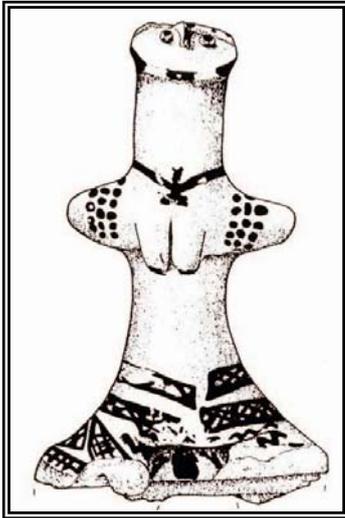


Lámina 26. Figurilla femenina de cerámica localizada en el yacimiento de la Edad de Cobre de Kissonerga-Mosphilia en Chipre (Bolger, 1992).

Estas evidencias materiales nos hablan de que la postura habitual para las mujeres durante el parto sería sentada en una silla (Lam 24 y 25), que podía proporcionar la misma matrona, como se ha constatado en época romana⁶²; o/e incluso sentada sobre las rodillas de otra mujer; pero, en caso de dificultad y de excesivo miedo de la parturienta, era preferible echarla en un lecho. También contamos con representaciones donde la mujer aparece de pie, con un cesto para acoger al bebé entre las piernas abiertas, y asistida por detrás por otra mujer, como muestra una terracota (Garland, 1981: 64). Las fuentes clásicas y, sobre todo, las representaciones de estelas funerarias nos describen a mujeres reclinadas sobre lechos, con vestidos sueltos en los que se destaca especialmente el vientre, cabellos por lo general sueltos o desordenados (Martínez y Mirón, e. p.). Las fuentes etnográficas nos vuelven a ratificar esta posición y la utilización de estos elementos durante el parto. Ejemplo de ello son las sesenta y dos de las setenta y seis sociedades no europeas examinadas por Mead y Newton, donde las posiciones adoptadas son más o menos verticales del torso (Balaguer y Oliart, 2003).

Estas posiciones son las más lógicas si pensamos que la flexión del cuerpo de la madre provoca la encorvadura de su espalda lo que le ayuda que los músculos abdominales secunden al útero en el momento de expulsar el bebé. En las posturas mencionadas se modifica el diámetro transversal y antero-posterior de la pelvis entre 1 y 2 centímetros, porque, al estar flexionados los fémures, actúan elevando los huesos de aquélla. De hecho, la maniobra más utilizada para solucionar una de las complicaciones obstétricas más temidas, la distocia de hombros, se basa en que la madre flexione lo más posible los muslos contra su abdomen, lo que provoca el aumento del diámetro de la pelvis y permite la salida de los bebés que tienen dificultades por su excesivo tamaño

⁶² Cfr. Soriano, *Ginecología*, 2, 2, sobre los materiales que debe llevar la matrona. La esponja aparece en manos de la posible comadrona de un relieve ático (CAT 3.442).

torácico. Además no debemos olvidar que esta posición es la que permite que la madre pueda ver el nacimiento de su bebé lo que le sirve de motivación para empujar sin descanso (Sanahuja, 2007: 58).

Como hemos podido comprobar en párrafos anteriores, la asociación entre proceso reproductivo y mujer, queda reflejada en la mayoría de las sociedades conocidas que cuentan con información referente a este momento de sus vidas (Mead y Newton, 1967), llegando incluso a equiparse este momento como un ritual de práctica femenina. A este respecto, la documentación etnográfica de la que disponemos nos habla sobre espacios concretos donde tienen lugar los partos. Se pueden observar diferentes posibilidades, en unos casos se ubican en el interior de las Unidades de Habitación, en otra ocasiones se realizan al aire libre o en estructuras construidas especialmente para este menester pero siempre ubicadas alejadas del núcleo de la comunidad (Sánchez Romero, 2006). Cada uno de estos lugares implica y tienen unas connotaciones sociales e ideológicas de lo que significa el embarazo y el momento del parto en las distintas sociedades analizadas (Balaguer y Oliart, 2002: 73), y en todas ellas tendrían que cumplirse unas condiciones que minimizaran el estrés medioambiental. Algunas propuestas sugieren que los abrigos y cuevas fueron los lugares idóneos para los partos durante el Paleolítico Superior ya que pudieron proporcionar un lugar con las condiciones de temperatura y espaciales adecuadas, de manera que muchas de las representaciones femeninas encontradas en las paredes de estos abrigos estarían relacionadas con estos momentos críticos y sus manifestaciones rituales (O'Donnell, 2004). Sin embargo, el escaso resto arqueológico que dejan estas prácticas hace prácticamente imposible reconocerlas en el registro arqueológico (Sánchez Romero, 2006).

Con todo lo expuesto hasta el momento hemos querido no sólo hacer referencia a una de las prácticas o campos de actuación que más fiablemente se asocian con las mujeres a lo largo de la historia, sino también dejar patente que las prácticas de cuidado forman parte de nuestra vida desde el mismo momento en que somos concebidos. Dichos trabajos que prosiguen durante todo el periodo de nuestra gestación y se acentúan en el momento de nuestro alumbramiento, son posible rastrearlos a través del estudio de las fuentes clásicas, la etnografía y el registro arqueológico. Somos conscientes que su identificación en el registro arqueológico es muy complicada, lo que no quiere decir que es imposible. Simplemente hay que contar con las herramientas y metodología adecuada y querer mirar más allá de los simples cuerpos sin vida, de los espacios abstractos y buscar las razones de cómo y en base a qué nuestra especie ha sobrevivido, se ha desarrollado y se ha perpetuado.

Sin embargo, al contrario de lo que pudiésemos pensar, los cuidados tanto de la madre como del bebe recién nacido no terminan en el momento en que el trance del parto es superado con éxito, sino todo lo contrario. Una vez finalizado el parto, la madre requiere de toda una serie de trabajos y cuidados que abarcan tanto la dimensión objetiva como subjetiva de las actividades de mantenimiento. Nos referimos, a trabajos que comprenden tanto su mantenimiento físico marcado por tener una buena y continuada higiene, alimentación, descanso, así como también apoyo moral, atención, sentimientos y gestos de consuelo, etc., ya que el riesgo de muerte de una mujer tras dar a luz es muy alto debido fundamentalmente a hemorragias y cuadros infecciosos. La mayoría de las complicaciones post parto no suele dejar huella en el cuerpo humano, sin embargo, es precisamente la ausencia de estas señales o la presencia de algunos cuadros

como pueden ser las infecciones, las que nos pueden poner bajo la sospecha de que una mujer pudo sucumbir bien por la ausencia de cuidados durante el parto y/o tras éste. El conjunto de estos trabajos nuevamente serían profesados por miembros del grupo quienes no sólo serían las encargadas de realizarlas sino de mantener con vida a la mujer y al niño recién nacido ya que la madre en cierta medida no podría ocuparse directamente sobre él y los individuos infantiles desde el momento de su nacimiento necesitan y requieren toda una serie de trabajos que aseguren su supervivencia. Estos comienzan con el examen físico del bebé a los que rápidamente se les sacan las flemas de la boca para evitar que se ahoguen y posteriormente son lavados e higienizados y alimentados (Lam. 27). En el caso de la madre habría que extraerle delicadamente la placenta, la cual sería enterrada en un hoyo, quemada o tirada al mar (Sanahuja, 2007: 60).

Además, las mujeres tras el parto debían de guardar un periodo de reposo que les ayudase a recuperarse tras el esfuerzo realizado. Los tratados Hipocráticos en el mundo clásico nos hablan de que las mujeres debían guardar una cuarentena de cuarenta y dos días si el recién nacido era una niña, mientras que en el caso de los niños sólo se guardaban unos treinta días (Martínez y Mirón, e.p.). Este periodo de cuarentena se caracteriza por la intensificación de los cuidados de la madre tanto física como psíquicamente, ya que estos primeros días tras el parto son propensos a tener algún tipo de hemorragia o infección lo que sería letal para la madre como también el hecho de volver a quedar embarazada.



Lámina 27. Representación pictórica de los cuidados tras el nacimiento. Ejemplo entre las sociedades chinas.

En las fuentes clásicas encontramos referencias que aluden a la actuación de las mujeres en los primeros instantes tras el parto. Un ejemplo de ello se halla en el tratado ginecológico de Soriano el cual incluye una amplia sección dedicada al cuidado del bebé, incluida la elección de la nodriza, quien se encargará de cuidarlo y de la que se supone tiene los conocimientos de las comadronas. Por tanto, atendiendo a estos escritos podemos suponer que las mujeres asistentes a los partos durante la antigüedad

tendrían conocimientos tanto de ginecología, puericultura como de pediatría (Martínez y Mirón, e.p.).

Una vez que tanto el embarazo como el parto han sido exitosos, se abre todo un camino de larga duración en el que el infante debe ser cuidado, mimado, protegido, alimentado y socializado (Sánchez Romero, 2006). Los individuos infantiles necesitan y reclaman una atención constante. Hace unos 2.5 millones de años, el periodo de vida fetal de las crías de Homo paso a ser de veintiún meses, de los cuales solo nueve se desarrollan en el útero materno. Esto supone que las crías humanas en sus primeros momentos son los seres vivos más dependientes de un adulto, generalmente las mujeres. Durante su primer año de vida, su organismo está destinado a su desarrollo de tal manera que el cerebro alcance la mitad del tamaño que tendrá en la vida adulta. De esta manera, el género homo tiene las crías más inteligentes, pero a la vez las más frágiles y dependientes, por lo que reclaman tanto la necesidad de atención y cuidado convirtiéndose en acciones esenciales para las poblaciones humanas (Hernando, 2005). Esta atención constante y estos trabajos de cuidados reiterativos quedan bien patentes en la propia supervivencia de los individuos infantiles.

Volviendo nuevamente a los textos de Soriano, estos explican que los bebés, una vez que nacían, necesitaban de un gran compendio de prácticas de cuidado, iniciadas con el involucramiento cuidadoso del bebé a través de vendas (*spargana*). Su objetivo era inmovilizar al bebé para que enderezara sus torcidos miembros, en la creencia de que había que moldear su cuerpo y que la libertad de movimientos, dada la ternura de sus carnes y huesos, podía llevar a malformaciones⁶³. Ésta parece que era una práctica generalizada, salvo en casos excepcionales. Así queda reflejado en la plástica griega donde se presentan a los bebés de corta edad rígidamente envueltos en mantillas y con la cabeza cubierta por un bonete⁶⁴. Platón, además, no sólo recomienda el uso de las vendas durante los primeros meses sino que llega a recomendar que las nodrizas de su ciudad ideal acarreen al niño en brazos hasta la edad de tres años hasta que sus piernas se fortalezcan de manera suficiente y no se tuerzan bajo el propio peso de la criatura⁶⁵.

La función reproductora de la mujer no termina al dar a luz ya que había que asegurar la supervivencia y el crecimiento del nuevo individuo infantil. Un primer punto importante es la alimentación. La lactancia es la nutrición básica de los primeros meses y un elemento básico y elemental de la dieta de los primeros años. Lo ideal (y lo natural) es que esta actividad recaiga directamente sobre la madre biológica, en el caso de que ésta hubiese muerto o tuviese problemas para amamantar al bebé, las fuentes clásicas nos hablan de que se recurriría a otra mujer del grupo (nodriza, esclava o simplemente una mujer del grupo en periodo lactante) para que lo hiciera. Una misma mujer podría dar de amamantar a dos individuos infantiles o más como queda constatado a través de la representación de la placa de terracota del mundo íbero (Lam. 25) localizada en el poblado-santuario de la Serreta de Alcoy (Alcoy, Alicante). En esta representación podemos observar la denominada “diosa nutricia o Kourotrophos”, que en este caso no conserva la parte superior de su cuerpo. En sus brazos sujeta a dos

⁶³ Sorano, *Ginecología*, 2,13-15, 30-35, 40.

⁶⁴ TK I 139,1; 140,6; 140,7, 8; 143,1; II 271. Ver además nota sobre estelas con bebé.

⁶⁵ Platón, *Leyes*, 7, 789e.

individuos infantiles a los cuales se encuentra amamantando. A su derecha se puede observar una paloma, como símbolo de la fecundidad que debió tener otra simétrica. A la izquierda de esta imagen central encontramos nuevamente una mujer con otro individuo infantil pero, en este caso, ambas imágenes están representadas de frente, sosteniendo en brazos a un niño o niña. En el extremo opuesto, observamos otra figura de sexo indeterminado tocando una flauta. Este Instrumento en el mundo ibérico forma parte del ritual de fertilidad (Griñó, 1992). Otras representaciones son la terracotas curótrofas documentadas en las tumbas 341 y 343 de la necrópolis de Cabecico del Tesoro datada en el siglo IV a. C. (Verdolay, Murcia). Estas representaciones recrean a una mujer sentada en un trono, provista de largas trenzas que enmarcan sus rostros. En su regazo porta a un individuo infantil al que se encuentra amamantando. Similar representación se localiza en otras terracotas documentadas en la necrópolis de la Albufereta, donde inclusive en una de las imágenes se puede observar como la imagen femenina sostiene en un brazo a un individuo infantil mientras que en el otro sostiene un artefacto en forma de paloma que probablemente se trate de un biberón (García Luque, 2008: 197-199) (Lam. 28). En cuanto a exvotos de bronce también contamos con algunos ejemplos que nos recrean esta actividad del amamantamiento de los individuos infantiles, es el caso del exvoto de bronce del Instituto Gómez Moreno (Granada) (Lam. 29) (Olmos, 2000-2001),



Lámina 28. Terracota de la tumba F-100 y L-127A de la necrópolis ibérica de La Albufereta (Alicante). Ambas representan a una mujer amantando a sus bebés.

Por su parte, en el mundo griego volvemos a encontrar tanto la madre biológica o social y las nodrizas como las encargadas de velar por la seguridad vital y emocional de nuevos niños y niñas. Serían las Responsables de su alimentación, llegando incluso a masticarles la comida durante el destete, tal y como dejan constancia las fuentes clásicas (Martínez y Mirón, e.p.). En el estudio de las sociedades prehistóricas no contamos con representaciones ni con otros elementos materiales similares que nos pueden dar señas de que son las mujeres las encargadas de realizar estos trabajos, sin embargo, el sentido común y la lógica nos llevan a decir que las mujeres de nuestro pasado serían las encargadas de realizar esta actividad ya que son las únicas que tienen la capacidad de procrear, reproducir y amamantar por sus rasgos biológicos.

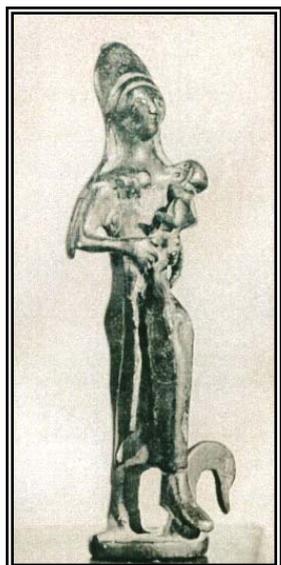


Lámina 29. Exvoto de bronce. Mujer sosteniendo a su bebe en brazos (García Luque, 2008: 2006).

El análisis de los restos óseos de los individuos infantiles de la mayor parte de las sociedades prehistóricas muestran que los niños murieron por dos conjuntos de factores, causas endógenas, influenciadas por las condiciones antes o durante el parto que ya hemos analizado con anterioridad, y causas exógenas, originadas por la calidad del medioambiente e higiénico y sanitarias postnatal (Lam. 30) (Herring *et al.*, 1998: 426; Rígete, 2002: 44; Sánchez Romero, 2006; 2007). Entre las últimas cabe destacar la crisis sufrida por muchos individuos infantiles durante los procesos de lactancia y destete. Por destete se entiende el periodo que se inicia en el momento de la aplicación de alimentos adicionales (líquidos, semisólidos o sólidos) en la dieta del niño hasta el momento en que se deja de tomar la leche materna. En sociedades no industrializadas, la lactancia materna o por una nodriza es la única fuente de alimentación en niños menores de 6 meses. La leche materna aporta proteínas e inmunidad por anticuerpos. Los 6 meses coinciden con la aparición de los primeros dientes y hasta esa edad los niños toleran mal la leche de otros mamíferos como la de vaca, cabra u oveja (Nájera *et al.*, e.p.). El paso que realizan los individuos infantiles desde la seguridad de la leche materna a otro mundo de alimentos a través de la ingesta de leche de aportación animal en las poblaciones prehistóricas, debió ser un periodo de alto riesgo y una causa alta de mortalidad infantil (Sánchez Romero, 2006; 2007). Esta transición (retirada de la leche materna e ingesta de otro tipo de alimentos) exponía al individuo infantil a un incremento de infecciones bacterianas, virales o parasitarias, fundamentalmente por la falta de higiene en la preparación de los alimentos, dado que su sistema digestivo e inmunológico no está totalmente formado que, junto con otro tipo de condicionantes, como una salubridad insuficiente, provoca una alta mortalidad infantil (Katzenberg *et al.*, 1996: 178). Este hecho parece registrarse en poblaciones de la Edad del Bronce del sureste de la Península Ibérica. Por otra parte, una dieta pobre en contenido nutricional provoca el retardo del crecimiento y desarrollo. En general, la edad media del final de la lactancia materna suele estar en dos años y medio coincidiendo con la erupción de la totalidad de las piezas de la dentición decidua. En sociedades cazadoras-recolectoras la lactancia podía prolongarse más tiempo como método anticonceptivo para regular el crecimiento de la población (Nájera *et al.*, e.p.).



Lámina 30. Enterramiento infantil menor de 3 años con signos desnutricionales del yacimiento de la Edad del Bronce de Cerro de la Encina (Monachil, Granada).

Entre los indicadores utilizados para determinar la edad del destete encontramos la hipoplasia dental. Esta patología, producida por la tenencia de enfermedades y, sobre todo, por la desnutrición durante los primeros años de vida, afecta a los dientes permanentes ocasionando deficiencias en el grosor del esmalte de los mismos y es producido sobre todo por desnutrición (Nájera *et al.*, e.p.). Ésta afecta especialmente a los individuos infantiles tras el destete (Contreras *et al.*, 1997: 128; 2000: 295; Contreras y Cámara, 2002: 104). Entre los ejemplos más destacados de la Cultura Argárica encontramos el caso de la sepultura 72 de Castellón Alto, (Galera, Granada) que alberga los restos óseos de un individuo infantil que presentaba una severa hipoplasia la cual, con toda seguridad, provocó su poco crecimiento y como consecuencia su muerte (Contreras *et al.*, 1997: 128). Similar situación debió sufrir el individuo infantil enterrado en la sepultura 1 del Cerro de Viñas (Murcia, Lorca) (Malagosa Morera, 1997) etc. Otros ejemplos de problemas nutricionales, los encontramos reflejados en enfermedades como anemia y su reflejo en la criba orbitalia, esta última relacionada con la falta de hierro. Los datos empíricos sobre ambas enfermedades o deficiencias nutricionales los podemos encontrar tanto en los individuos infantiles como en mujeres gestantes, lactantes, premenopáusicas (en estos momentos vitales de las mujeres, éstas presentan un cuadro de debilidad salubre). Ejemplo de ello, es la tumba 25 de Castellón Alto (Galera, Granada), donde se localizó un adolescente con presencia de hipoplasia y criba orbitaria (Contreras *et al.*, 1997: 128). La toma de este indicador para determinar el momento del destete infantil no es del todo fiable dado que al tratarse de un factor nutricional también puede, como hemos expuesto en el caso de la sepultura 25 de Castellón Alto, aparecer en adultos como consecuencia de factores medioambientales, periodos de estrés nutricional, cambios en los patrones alimenticios, etc. (Katzenberg *et al.*, 1996: 186), como se ha detectado en los estudios osteológicos realizados sobre la sociedad de Florencia del siglo XIX (Moggi-Cecchi *et al.*, 1994) o las poblaciones del nordeste norteamericano del siglo XVIII (Wood, 1996).

Como decimos, estos indicadores de la hipoplasia dental no son del todo seguros para la determinación del momento del destete infantil y, por lo tanto, nos pueden

trasladar a erróneas interpretaciones de determinados aspectos sociales y culturales, como puede ser el establecimiento de ciertas tendencias en el desarrollo de este proceso del destete en nuestro pasado. Si bien, desde hace unos años se vienen llevando a cabo otro tipo de análisis cuyos resultados son más fiables, los análisis de isótopos estables de nitrógeno ($^{15}\text{N}/^{14}\text{N}$) y carbono ($^{13}\text{C}/^{12}\text{C}$) de los huesos y dientes de poblaciones pasadas. Estos valores son indicativos del nivel trófico que ocupa el individuo (DeNiro y Epstein, 1981; Schoeninger y DeNiro, 1984; Schwarcz y Schoeninger, 1991; Ambrose, 1993; O'Connell y Hedges, 1999). Los niños amamantados estarán un nivel trófico por encima (en 3%) del presentado por sus madres (Schwarcz y Schoeninger, 1991; Ambrose, 1993). Los valores de los niños varían con la edad, mientras que en el nacimiento son equiparables a los de la madre, dado que su alimento lo reciben directamente a través de la placenta con su ingesta, a partir de la lactancia los valores del niño se van incrementando y llegan a situarse entre un 3 y 5 % por encima de los niveles de la madre (Fogel *et al.*, 1989; Fuller *et al.*, 2006). Al iniciarse el proceso del destete, dichos niveles $\delta^{15}\text{N}$ comienzan a descender hasta ocupar el nivel que les corresponde en la cadena trófica según la alimentación que reciban. De esta manera, los valores isotópicos del niño nos indicarán el origen de las proteínas suplementarias que empiezan a introducirse con el destete (Fuller *et al.*, 2006; García Guixé, 2005; Sánchez, 2005). Esta técnica analítica ha sido empleada en el estudio de restos de uñas y pelos de madres y bebés lactantes, los cuales han confirmado la fiabilidad de estos estudios (Fuller *et al.*, 2006).

Utilizando este tipo de análisis e indicadores se han realizado diferentes estudios sobre sociedades del pasado. Este es el caso del yacimiento arqueológico medieval de Wharrant Percy (Reino Unido) donde los resultados evidenciaron que los individuos infantiles dejaban la lactancia alrededor de los dos años, justo la edad recomendada por los textos de la época, los cuales además aconsejaban que el cambio alimenticio se realizase de forma gradual alternando la leche materna con la leche animal o con alimentos semisólidos como son las gachas (Richards *et al.*, 2002: 210). Otro ejemplo lo podemos encontrar en los estudios realizados sobre las poblaciones cazadoras-recolectoras del Holoceno medio del abrigo Matjes River en Sudáfrica. En este caso se ha demostrado que los individuos infantiles estuvieron amamantados cuando menos hasta los 18 meses de vida y a partir de esta edad es cuando inician el proceso del destete pero de forma paulatina (Clayton *et al.*, 2006).

Estos métodos de análisis no sólo nos dan muestras del momento del destete sino que también nos permiten establecer posibles diferencias sexuales. Ejemplo de ello lo encontramos en los estudios realizados sobre poblaciones prehistóricas del suroeste de Estados Unidos donde se ha podido detectar que las niñas sufrían este cambio alimenticio con anterioridad a los niños (Martín, 2000). Un caso similar se documenta en los textos medievales del Reino Unido, los cuales indican que niños y niñas no comparten el mismo tiempo de lactancia, siendo las niñas las que presentan un proceso más reducido como queda reflejado en su armazón óseo (Richards *et al.*, 2002: 210).

La existencia de diferencias entre el momento del destete de los niños y las niñas, nos lleva a pensar que este proceso o los periodos de lactancia, son producto directo de factores culturales, marcados por los códigos internos de cada grupo social que suelen variar de unas poblaciones a otras pero no dentro de las mismas (García Guixé, 2005), y donde las mujeres del grupo tienen un gran papel en cuanto a la toma de su decisión. Ejemplo de ello lo encontramos en los libros de Sorano y Galeno, donde

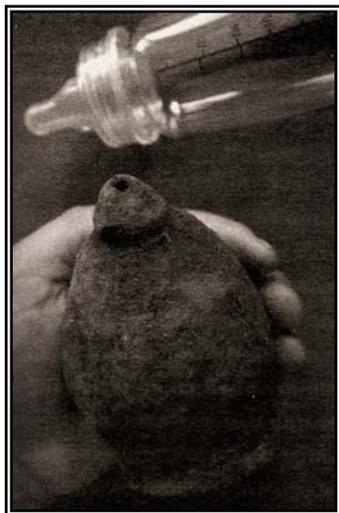
aconsejan introducir una mezcla de miel y leche de cabra en la alimentación de los niños a partir de los seis meses de edad. Su constatación arqueológica la localizamos en el yacimiento egipcio de época romana de Kellis (Dupras *et al.*, 2001: 210, recogido por Sánchez Romero, 2006). Gracias al tipo de patologías y enfermedades que provoca el proceso del destete (cambio del patrón alimenticio), se ha podido conocer aproximadamente la edad en que se produciría éste. Seguramente, el destete de los infantes debió producirse durante un periodo prolongado más que en un momento puntual. Un ejemplo es el estudio realizado de dos yacimientos mayas de época postclásica, cuyos resultados de los análisis de isótopos muestran que este proceso comenzó alrededor de los 12 meses en los individuos infantiles pero que la aportación de leche materna no cesó hasta los tres o cuatro años de edad (Williams *et al.*, 2005, cit. por Sánchez Romero, 2007).

Todos estos datos e informaciones acerca del momento del destete de los individuos infantiles nos apuntan a que este proceso responde a una decisión cultural (García 2005). En él intervienen aspectos sociales y económicos generales del grupo, por lo que con su estudio podríamos establecer ciertas tendencias entre diferentes culturas o periodos culturales, es decir, el periodo de lactancia no es el mismo para el Paleolítico Superior que para el Neolítico. En este último periodo, caracterizado por la sedentarización humana y la aparición de una economía productora con la Revolución de los Productos Secundarios (Sherrat, 1981), debieron interceder en la elaboración de los alimentos para los niños, introduciendo en su dieta, respecto a los periodos anteriores, productos derivados de la domesticación animal, sobre todo, la leche, etc., lo que probablemente provocaría un periodo de lactancia más breve (Sánchez Romero, 2007).

Otros posibles condicionantes que pudieron intervenir en el rebaje del periodo de lactancia infantil, se han documentado a través de la etnografía. Cuando las madres tienen que intervenir en procesos tecnológicos, en la realización de diferentes trabajos subsistenciales no compatibles con la lactancia, estas optan por interrumpirla e iniciar el periodo del destete (algo similar a lo que ocurre en la actualidad). En estas sociedades, los sustitutos nutricionales de la leche materna los consiguen a través de las gachas preparadas con cereales (equivalentes a las actuales papillas infantiles), consideradas como el alimento ideal para llevar a cabo este cambio alimenticio. Sin embargo, la preparación de este sustitutivo alimenticio supone un esfuerzo y dedicación de largas horas para su realización, ya que necesitan una cocción (unos 100°C) larga y constante para conseguir su optimización y ser ingeridas sin riesgos saludables (Sánchez Romero, 2006; 2007).

Igualmente, en este proceso del destete, las personas encargadas de realizarlo utilizan un conjunto de artefactos creados de forma exclusiva para este uso, nos referimos, a los distintos elementos relacionados con la alimentación y consumo de los infantiles. En la Inglaterra anglosajona, se han localizado diferentes ejemplos de *biberones* realizados con astas de bóvidos (en la mayoría de los casos es la propia astas, sin sufrir modificaciones, la encargada de estos menesteres) (Willeman, 2005: 23). También de la misma época, se han documentado los primeros biberones realizados en cerámica (Lam. 31) (Taylor, 1996: 171). Además, nuevamente en el mundo ibérico contamos con representaciones de mujeres amamantando a individuos infantiles mediante estos elementos. Éste es el caso de la terracota anteriormente citada documentada en la necrópolis de la Albuferete (Alicante) o de la terracota de Puig dels

Molins (Ibiza) (Lam. 32) (García Luque, 2008: 201). En ambos casos, la forma que utilizan para representar este utensilio es una paloma. En el mundo ibérico sólo se cuenta con un artefacto documentado en el departamento 14 del Puntal dels Llosp (Bonet y Mata, 2002). La documentación de estos utensilios y sus representaciones es una prueba más de este proceso y su asociación con las mujeres, pero a la vez nos están hablando de la estrecha relación que contienen tanto las prácticas de cuidado como las actividades de mantenimiento con la tecnología y su innovación.



**Lámina 31. Biberón Prehistórico y biberón actual
(Fuente: Taylor, 1996).**

Todas estas decisiones, prolongación o finalización del destete, influyen directamente sobre la vida de las mujeres quienes son las principales encargadas de realizar este proceso. Por ejemplo, la lactancia a demanda tiende a suprimir la ovulación en la madre y a prevenir o reducir las posibilidades de embarazo dependiendo de la frecuencia con la que se produzca el amamantamiento (Bentley, 1996: 33; Katzenberg *et al.*, 1996: 178). Esto quiere decir que durante este periodo, la fertilidad de la madre se ve mermada y por lo tanto también la reproducción del grupo. Pero a la vez, la reducción de este proceso supone un incremento del trabajo de las mujeres las cuales no dejan de asistir como madres a las crías y paralelamente continúan realizando todo el conjunto de trabajos que les están demandados por el grupo. Así pues tanto una decisión como otra incumben e incide fuertemente en la vida de las mujeres tanto como madres como sujetos sociales, lo que las convierte no sólo en participes sino en auténticas protagonistas de las decisiones del grupo y de los cambios que pudiesen ocasionar una decisión u otra.

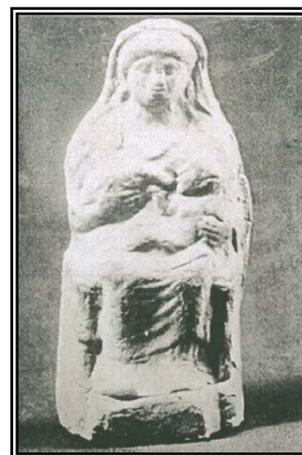


Lámina 32. Terracota de Puig dels Molins (Ibiza) de mujer amantando a su bebé con la utilización de un biberón-paloma (Fuente: García Luque, 2008: 201).

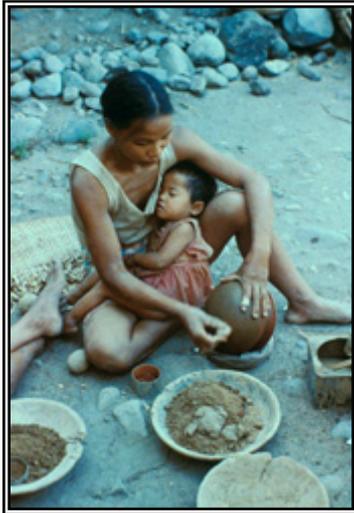


Lámina 33. (Izquierda) Mujer Kalinga realizando el proceso de manufactura cerámica mientras sostiene a su hijo de corta edad en brazos. Lámina 34. (Derecha) Mujer Massai recolectando algodón con su hijo colgado en su espalda.

Si bien, la decisión del destete del niño o niña no supone un abandono por parte de la persona encargada de cuidarlo, sino todo lo contrario. Sabemos, tanto por las fuentes etnográficas (Lam. 33 y 34) como históricas que las crías suelen acompañar o estar acompañados por un adulto durante todo su proceso de la infancia. Así, la etnografía pone de manifiesto una de las evidencias más claras sobre el procesamiento de los cuidados durante todo este periodo. Las mujeres a pesar de contemplar el fin del destete como un momento que les proporcionaba una mayor movilidad y les permitía reanudar completamente el conjunto de sus actividades, éstas se las ideaban para no dejar a sus crías y llevarlas siempre consigo. El mecanismo más utilizado de forma generalizada son los dispositivos en forma de sacos o bolsas para transportar a sus hijos. Se trata de un utensilio realizado en piel de animal u otro textil con los que se consigue recrear una bolsa donde se introduce el bebe y suele situarse en los hombros o espalda de la madre u otra mujer o niña del grupo. Este elemento es uno de los que mayor presencia tienen en las diferentes sociedades etnográficas conocidas, ejemplo de ello lo encontramos entre los Aguaruna, un grupo étnico de los jíbaros, del departamento peruano del Amazonas. En este grupo son las mujeres las que llevan el peso principal de la subsistencia del grupo, dicha responsabilidad no desaparece cuando son madres. Para salvar su dependencia y aumentar su movilidad ya que éstas se mueven por el territorio y trabajan en la chacra desde las 7 o 7:30 de la mañana hasta las 2 o 2:30 de la tarde, utilizan estos sacos o bolsas para llegar siempre consigo a sus hijos/hijas a las espaldas (Hernando, 2005: 91-92). Desgraciadamente, el hecho de que los materiales utilizados para su realización sean mayormente perecederos ha provocado que no nos queden restos de su presencia en los registros arqueológicos conocidos (Taylor, 1996: 45). Sin embargo, existen algunas representaciones como la que muestra una de las plaquetas del yacimiento paleolítico de Gonnendorf (Alemania) que describe algo parecido (Sánchez Romero, en prensa c). Además, su mayor y mejor testimonio es el uso de este elemento en las sociedades modernas, convirtiéndose en un complemento fundamental de los utensilios que requieren los niños y niñas para su cuidado. Es cierto que los actuales son muy sofisticados pero su esencia continúa siendo la misma como también su funcionalidad (Lam. 35). Este es uno de los tantos ejemplos que nos ponen de

manifiesto la intrínseca relación entre tecnología y actividades de mantenimiento, ya que a pesar de tratarse de un artefacto de una gran simpleza tecnológica y de fácil elaboración, su funcionalidad ha trascendido a lo largo del tiempo sin perder en ningún momento su innovación y practica.

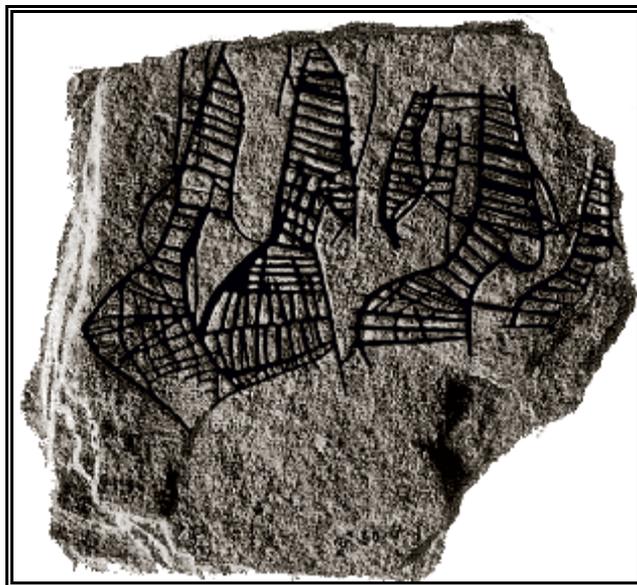


Lámina 35. Plaqueta de Gonesdorf (Alemania) (Fuente: Sánchez Romero, 2006: 129).

Por supuesto, estas innovaciones técnicas debieron tener repercusiones en la organización social del grupo y en la propia vida de sus madres. El desarrollo de estos avances tecnológicos permitirían por un lado, una mayor movilidad de las mujeres e independencia para la realización de diversas actividades y, por otro, beneficiaría a la familiarización de los individuos infantiles desde sus primeros momentos con la vida de los adultos, lo que agilizaría y motivaría su rápida y más eficaz incorporación y, por lo tanto, su socialización como miembros del grupo (Sánchez Romero, 2007).

En este último sentido, el registro osteológico con el que contamos hasta el momento en la Edad del Bronce de la provincia de Granada nos proporciona evidencias relativas a los modos de vida de estas niñas y niños del pasado así como cuáles fueron los mecanismos para articular sus relaciones con el mundo adulto. Se analizaron las lesiones sufridas por 77 individuos infantiles. Todas ellas apuntaban a que en la mayoría de las ocasiones eran producto directo de caídas fortuitas o casuales generalmente ocasionadas mediante los juegos infantiles. En este tipo de accidentes los niños tienden a caer de cabeza intentando frenar el golpe con los miembros superiores. En el caso de las sociedades Argáricas examinadas, el tamaño de las viviendas y el clima templado que implican mucho tiempo al aire libre y el urbanismo escarpado ayudan a explicar este tipo de accidentes. Las claras diferencias que se establecen entre las lesiones en individuos infantiles y adultos parecen indicar que los niños no estuvieron especialmente expuestos a riesgos como maltrato o violencia intergrupala (Jiménez Brobeil *et al.*, 2004; Sánchez Romero, 2006; 2007).

Sobre esta dedicación maternal, paciente y desinteresada, son expresivas las palabras que dirige Sócrates a su hijo, Lamprocles, que se ha disgustado con su madre, Jantipa:

La mujer, tras haber concebido, acepta la carga, aguantando molestias y poniendo en peligro su vida, comparte el mismo alimento con el que ella se sostiene, y, después de llevar el embarazo hasta su término con grandes trabajos, a continuación del parto lo mantiene y lo cría, sin haber recibido previamente ningún beneficio de él y sin que el retoño sepa de quién recibe buen trato ni pueda dar a entender qué le falta, sino que ella misma, conjeturando lo que le conviene y lo que le puede gustar, intenta satisfacerle y lo va criando a costa de fatigas, sin saber qué agradecimiento recibirá por ello (Jenofonte, Memorabilia, 2, 2,5).

III. 5.5.1.2. Salud e higiene: cuidados del cuerpo

Al comienzo de este capítulo hacíamos referencia a que las prácticas de cuidado son aquellas actividades relativas al *sostenimiento y cuidado de cada uno de los miembros de una comunidad así como las prácticas relacionadas con el reemplazo generacional. Implican el cuidado de los miembros infantiles de la comunidad y de aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos (temporal o permanentemente) por razones de edad y/o enfermedad* (Picazo, 1997: 59-60). Precisamente, en este apartado nos vamos a centrar en el estudio y el reflejo de las prácticas de cuidado dispensadas sobre aquellos individuos incapaces de cuidar de sí mismos por razones de enfermedad. Aunque se ha considerado que las enfermedades han jugado un papel importante en el desarrollo de las sociedades (Sotomayor, 1992; Ubelaker, 1994), no se ha planteado en profundidad que detrás de una enfermedad siempre existen trabajos de cuidados y atenciones que permiten prolongar la vida y paliar el dolor que esta ocasiona (Sanahuja, 2007: 119).

En este caso nos centraremos básicamente en el registro arqueológico como marco de desarrollo de esta tesis doctoral. Para ello utilizaremos el registro funerario de diferentes necrópolis de la Cultura Argárica en el sureste de la Península Ibérica, entre las que se encuentra, Castellón Alto (Galera, Granada), Cerro de la Encina (Monachil, Granada), Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería), La Terrera del Reloj (Dehesa de Guadix, Granada), Illeta Dels Banyets (Campillo, Alicante), Cerro de Viñas de Coy (Lorca, Murcia) y El Cerro del Alcázar (Baeza, Jaén). La elección de estos yacimientos arqueológicos se debe a que en la actualidad estos cuentan con los análisis antropológicos de los individuos inhumados, estudios paleopatológicos, que nos permitirá realizar una aproximación a lo acontecido en la vida de las personas del pasado. Podremos observar el paso o el fin de una enfermedad, así como los cuidados implicados para su superación y ayuda. No debemos olvidar que las enfermedades forman parte de la vida como la gestación y la propia muerte. Por lo tanto, si una persona cae enferma, debe haber alguien que le cuide y atienda para no sucumbir ante la muerte y continuar viviendo, siempre y cuando no exista una decisión social que no considere importante la conservación de su vida (Sanahuja, 2007: 97).

El cuerpo humano contiene dos realidades paralelas, una social y otra subjetiva. Se trata de un producto social cuya definición y uso es aprendido socialmente, lo que lo convierte en un productor de sentido y significado en nuestro estudio sobre el pasado. En el cuerpo intervienen las instituciones de control (médicas, educativas, etc.), la tradición, las costumbres, los hábitos relacionados con la higiene, la sexualidad, la alimentación. El cuerpo posee, de esa forma, un estatus objetivo, porque es un producto

dotado de sentido y un instrumento simbólico, reflejo de la construcción biológica y de la realidad hecha por las sociedades donde se inserta. Las prácticas, las regulaciones y los conocimientos relacionados con él son muchas veces instancias donde se pueden leer visiones del hombre, de la mujer y del mundo, expresiones de una creencia socialmente construida, huella de un orden simbólico y señas de identidad colectiva e individual. Pero a la vez, el cuerpo es un elemento privado, marcado por la experiencia directa, individual y personal, producto de una historia singular, fuente de sensaciones y base de mensajes particulares. El cuerpo posee un estatus subjetivo irreductible, que determina todas las modificaciones de los significados y contenidos adquiridos socialmente durante el desarrollo vital de cualquier ser humano.

Es por ello que consideramos el cuerpo o, en nuestro caso, los restos óseos como un marco de estudio fundamental en el análisis de las actividades de mantenimiento ya que estos contienen una enorme fuente de información, albergando uno de los elementos más reveladores de nuestro estudio del pasado. El cuerpo es el resto material tangible que nos permite acercarnos directamente hacia nuestros antepasados y a través del uso de las técnicas antropológicas adecuadas podemos llegar a conocer la historia personal, vital y social de las sociedades del pasado. Por todo ello, consideramos que el cuerpo debe ser entendido como sujeto de la cultura o en otras palabras, como el ámbito existencial de la cultura (Sánchez Romero, 2008c). Los cuerpos sin vida o más concretamente el almacén óseo tanto de hombres como mujeres, es reflejo directo del medio en que vivieron, recordemos que un gran porcentaje de nuestra supervivencia depende del medio que nos rodea. Precisamente este carácter de “dependencia” es el que hace que nos veamos sometidos a distintos factores de presión ambiental que afectan a nuestra propia capacidad de adaptación (Robledo *et al.*, 1995).

Por su parte, el estado de salud de cualquier grupo humano influye en factores como la esperanza de vida, el potencial reproductor y la capacidad de trabajar y aprender, labores todas ellas cruciales para el mantenimiento de una sociedad (Bush, 1991). Los análisis paleopatológicos permiten abordar la valoración del estado físico de un individuo a partir de los restos esqueléticos, y en ocasiones analizar las razones de la detención o ralentización del crecimiento hasta la propia muerte. La paleopatología permite evaluar el grado de adaptación individual y colectiva a la presión sufrida durante el transcurso de su vida. Cuando se analiza una enfermedad a nivel poblacional, a veces se puede reconstruir el acceso diferencial a los recursos y la diversidad de modelos en las respuestas ante la exposición a una presión ambiental, teniendo en cuenta que existe un número importante de factores predisuestos que pueden contribuir a la formación de un determinado fenotipo: la edad, el sexo, la nutrición, forma de vida, la resistencia y susceptibilidad genética, entre otros muchos (Goodman *et al.*, 1988; Word *et al.*, 1992; Robledo, 1998).

La paleopatología permite estudiar desde enfermedades poco frecuentes, como es el caso de las infecciosas (osteítis, tuberculosis, osteomielitis), neoplasias (Benignas o malignas), deformidades óseas, problemas endocrinos u hormonales, deficiencias de dieta, desórdenes sanguíneos (talasemia, anemia, sicklemlia), hasta otras más comunes como son la osteoporosis, traumatismos, artrosis o las patologías orales (Brothwell, 1987; Robledo y Trancho, 2003). A pesar de los grandes avances en los últimos años, en nuestro intento por reconstruir las formas de vida de las poblaciones del pasado nos encontramos con diferentes problemas, el primero de ellos es que desgraciadamente, la estructura ósea reacciona sólo ante determinadas enfermedades y además podemos

encontrar parecidas manifestaciones como consecuencia de diferentes etiologías (Rogers y Waldron, 1995; Robledo, 1998). Sin embargo, la localización de los cambios óseos generados por una enfermedad se puede distribuir de manera distinta y característica, bien en una región concreta, bien en distintas partes del esqueleto, permitiendo proponer al investigador el factor causal de la lesión (Rogers y Waldron, 1995).

Íntimamente relacionadas con las tareas de cuidar, educar y velar por los hijos para mantener su desarrollo se encuentran las tareas correspondientes con la higiene y la salud. Los campos que conllevan estos trabajos son diversos, desde procurar la alimentación necesaria e idónea en cada fase del crecimiento de los infantiles, pasando por la fabricación de ropas u otros elementos relacionados con la dimensión más objetiva de los cuidados hasta el desarrollo de prácticas curativas, necesarias no sólo para mantener con vida a los infantes sino también para procurar unas mejores calidades vitales a las personas de más edad.

Estos trabajos, generalmente, se han asociado con los campos de actuación de una gran mayoría de mujeres a lo largo de la historia, así nos lo transmiten las fuentes escritas de las que disponemos, las cuales nos muestran en la mayoría de los casos, mujeres nodrizas encargadas de velar por la salud de los infantes, propiciando diversos cuidados para los que tenían nociones de puericultura y, a menudo, aparecen como auténticas expertas en fármacos y drogas, aunque no siempre fuesen efectivas, así como ensalmos que podían seguir empleando cuando la criatura había alcanzado la edad adulta⁶⁶ (Martínez y Mirón, e.p.). Es más, esta actuación de las mujeres es una constante en nuestra sociedad, tal y como pone de manifiesto la propia antropología médica, desde donde se ha apuntado que a la hora de estudiar un cuadro clínico, se observa y se admite que éste, con anterioridad ya ha recurrido a variados tratamientos realizados como parte de las prácticas domésticas, a partir de los cuales, han clasificado los síntomas e, incluso han realizado diferentes intentos por paliarlos con la intervención de medicinas caseras o fármacos con los que se tiene una experiencia previa. Como decimos, estas prácticas han sido una realidad durante toda nuestra historia y, como en la actualidad, dada la intensa vinculación que las mujeres mantienen con los seres desprotegidos (sobre todo infantiles), se ha calificado nuevamente como una especialidad femenina, cargada de un alto nivel de conocimiento empírico el cual está marcado por la sabiduría que les da su experiencia como cuidadoras.

Sin embargo, como sucede en todos los campos importantes de desarrollo de la humanidad, cuando pasan de su carácter de mantenimiento a la especialización, las mujeres son apartadas de ellas y acaparadas por los hombres. Esto sucede con actividades como la molienda, la producción cerámica, la producción textil, entre otras y, también como no, con la actividad relacionada con la salud e higiene. Durante el siglo XVI en adelante, se produce la profesionalización de la medicina, lo que trajo consigo el desligamiento de las mujeres con estas prácticas.

En las construcciones sociales siempre han jugado un papel importante las interpretaciones del pasado. Estos capítulos de la historia han sido utilizados como mecanismos de justificación de nuestra realidad en el presente. Las actividades de mantenimiento no han escapado a este sistema histórico, y en particular, los cuidados y

⁶⁶ *Himno homérico a Démeter*, 226-30; Eurípides, *Hipólito*, 507-513, 698-699.

su pretendida invisibilidad en el registro arqueológico han sido objeto de manipulación por parte de las interpretaciones pre(históricas) para no tomarlos en cuenta en la construcción de la historia. En esta pretendida invisibilidad de los cuidados no se ha tenido en cuenta que lo que realmente hace importante a una actividad es la dimensión social que ésta alcanza dentro de un grupo humano (Sánchez Romero, 2008 a). Hay trabajos que no tienen por qué dejar huella en la persona que los está realizando, sin embargo, sí que las dejan en las personas sobre las que se realizan dichas actividades (Sánchez Romero, 2007).

Como señala Inés Fregeiro (2005), la enfermedad o la necesidad de cuidados no deben ser consideradas exclusivamente desde un punto de vista biológico sino que supone un problema social; cualquier síntoma de dolencia o necesidad de protección pone en movimiento de manera automática, una serie de conocimientos, trabajos, actitudes y experiencias por parte de los grupos sociales. La mayoría de estas actuaciones pueden ser observadas en el registro arqueológico a través de los restos óseos. Para esta investigadora, por ejemplo, *los huesos sanos en individuos infantiles y juveniles (documentados en sepulturas), lejos de señalar un estado saludable, nos hablan de una enfermedad aguda que no llegó a involucrar otras partes del organismo como el esqueleto. Esto indica que no existió superación de la enfermedad, ya sea por falta de conocimientos terapéuticos para curarla o porque hubo una decisión social para que no se dedicara tiempo de trabajo en el mantenimiento de su vida. Los huesos con señales patológicas y evidencias de regeneración, en cambio, señalan trabajos de cuidados que hicieron posible la prolongación de la vida* (Fregeiro, 2005). Así pues, tanto el cuidado como el descuido quedan reflejados en los huesos, órganos y tejidos del cuerpo humano (De Miguel, 2004: 221-222; Fregeiro, 2005), por lo que, nuestra forma o modo de vida creará un amplio conjunto de señales quedando registradas en nuestra armadura ósea.

Los grupos humanos soportamos unos episodios en algún momento de nuestro desarrollo que hemos denominado *enfermedad* ya que forma parte del desarrollo vital de cualquier ser humano (Fregeiro, 2005). Su determinación a través de los restos óseos es complicada. Hay muchas enfermedades que no dejan huella de su paso, como puede ser, un determinado cuadro infeccioso de corta duración que no provocase la muerte del individuo. Por otro lado, podemos encontrar huesos sanos en individuos infantiles y juveniles. Este cuadro de ausencia de patologías está lejos de señalar un estado saludable de los individuos sino todo lo contrario, nos hablan más bien de una enfermedad aguda que no llegó a afectar a otras partes del organismo como el esqueleto. Esto indica que no existió superación de la enfermedad, ya sea por falta de conocimientos terapéuticos para curarla o porque hubo una decisión social para que no se dedicara tiempo de trabajo en el mantenimiento de su vida. Por el contrario, las señales y evidencias de regeneración muestran la dedicación e inversión de tiempo, esfuerzo y trabajo por parte de la comunidad (De Miguel, 2004; Fregeiro, 2005).

En el caso concreto de nuestro estudio, la Cultura Argárica, han sido detectados una serie de lesiones y patologías que caracterizan al conjunto de esta sociedad. Nos referimos concretamente a la artrosis, el estrés músculo-esquelético y traumatismos (Al-Oumaoui *et al.*, 2004). Son las patologías mejor representadas debido a su origen degenerativo y traumático, provocando una huella en el registro osteológico identificable con relativa facilidad (De Miguel, 2006). La artrosis, es una enfermedad crónica degenerativa que se origina con la destrucción del cartílago articular y continúa

afectando al hueso con la aparición de osteofitos, osteoporosis y cavidades pseudoquísticas que permiten su identificación antropológica. Se trata de una afección que afecta sobre todo al conjunto óseo. Ésta está determinada y marcada por la edad (Rogers *et al.*, 1987: 180; Contreras *et al.*, 1997: 126; Contreras, 2000: 298; Contreras y Cámara, 2002: 104; Jurmain, 2003), aunque en su desarrollo incide fuertemente la realización prolongada de determinados trabajos que provocan una sobrecarga muscular (Contreras, 2000; Sánchez Romero, 2008a). Esta patología suele afectar de forma generalizada a ambos sexos. En el caso de los hombres, se detecta su afección sobre todo, en el sector dorsal de la columna vertebral, hombros y el conjunto del pie tanto metacarpianos como falanges. Por su parte, en las mujeres, se focaliza en la región lumbar, codos y muñecas (Contreras, 2000: 125). Su desarrollo en el resto de la columna vertebral (cervical, etc.) como en los miembros inferiores suele presentarse en ambos sexos aunque con diferencias en las incidencias (Jiménez Brobeil *et al.*, 2004: 145).

En lo relativo a la incidencia de la artrosis en estas poblaciones se ha estudiado una muestra de 110 individuos procedentes fundamentalmente de las necrópolis de Castellón Alto y Cuesta del Negro, ambas suponen el 69% de la muestra, y en menor medida de la necrópolis de Fuente Amarga, Cerro de la Encina, Cerro de la Virgen y Terrera del Reloj (Jiménez-Brobeil y Ortega 1992; Jiménez-Brobeil *et al.*, 1995, 2004). Los restos humanos analizados pertenecen a 53 varones y 57 mujeres que se han distribuido por su edad en las categorías de adultos (21-40 años), maduros (41-60 años) y seniles (más de 60 años).

En relación con el sexo hay más hombres que mujeres afectadas por esta patología 38% y 25.9% respectivamente aunque las diferencias no son estadísticamente significativas (Jiménez-Brobeil *et al.*, 1995). El estudio de las articulaciones y conjuntos articulares anatómicos sí que permiten establecer diferencias significativas en la incidencia de la artrosis. Para ello se han analizado de forma individualizada las articulaciones: hombro, codo, muñeca, cadera, rodilla y tobillo y los conjuntos articulares columna lumbar, dorsal y cervical. En la columna vertebral las diferencias entre ambos sexos no son significativas a excepción del sector dorsal. En el miembro superior, los varones muestran una afectación del hombro muy acusada ya desde edad adulta, mientras que en las restantes articulaciones, sobre todo en el codo, las diferencias entre sexos no son muy destacadas. En el miembro inferior, los valores de los varones tampoco exceden de forma considerable a los de las mujeres, con la excepción del conjunto del pie, donde de nuevo, la diferencia resulta estadísticamente significativa (Jiménez-Brobeil *et al.*, 1995, 2004).

En el yacimiento argárico de Castellón Alto (Galera, Granada), son diferentes individuos de ambos sexos los que padecieron la afección de la artrosis. Los varones de las sepulturas 6 y 16 y las mujeres de las tumbas 75 y 90, presentan niveles artrósicos muy severos y avanzados. Mientras que ambos sexos presentan esta patología en la columna vertebral, los hombres la focalizan en los hombros, rodillas y pies, y las mujeres, en las manos (muñecas) y rodillas (Contreras *et al.*, 1997: 127). En el Cerro de la Encina (Monachil, Granada) el individuo masculino de la sepultura 14a tiene lesiones artrósicas concentradas en la columna vertebral (vértebras dorsales como las lumbares). La mujer madura de la tumba 14b muestra nódulos de Schmorl. Ambos casos, han sido interpretados como resultado de una hiperflexión continuada o prolongada de la columna. Patologías similares las encontramos en los individuos adultos masculinos de

las sepulturas 15 y 16, concretamente artrosis lumbar y hernia intradiscal dorsal, en el primero y artrosis en la rótula, en el segundo (Jiménez Brobeil y García Sánchez, 1989-1990: 173-174).

En Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería), poblado de la Edad del Bronce, documentamos esta patología en diferentes sepulturas de ambos sexos. La mujer adulta de la tumba 52 con poliartritis crónica en las articulaciones de muñecas y toda la columna vertebral, sobre todo cervical. El individuo masculino maduro de la sepultura 54 muestra un fuerte cuadro artrítico, generalizado en el esqueleto óseo. En la sepultura doble número 69, el primer individuo (hombre joven) recoge los niveles artríticos en la articulación temporomandibular izquierda y las vértebras cervicales y lumbares, mientras que la mujer joven presenta artritis occipitoatloidea y en la articulación de la rodilla. La mujer senil de la sepultura 80, muestra señales de artrosis en las articulaciones de los codos y muñecas así como en las metatarsianas y falanges de los pies. Por último, en la sepultura 89 encontramos un individuo masculino senil con artrosis débil en hombros, codos, caderas y rodillas y deformidad cuneiforme de las vértebras dorsales (Kunter, 2000: 278-279).

En la sepultura 1 del yacimiento argárico de la Illeta Dels Banyets (Campillo, Alicante) se documenta un individuo masculino maduro con artrosis generalizada (lumbar y cervical, rótulas, extremidades superiores e inferiores) y severa. El hombre adulto de la tumba 2 presenta artrosis en las vértebras dorsales, lumbares y en las articulaciones distales de ambas clavículas y en falanges de los pies. En el enterramiento doble de la tumba 4, el hombre muestra artrosis en las vértebras lumbares y el húmero, mientras que en la mujer se concentra en la columna vertebral (cervical y lumbar). En el caso de las sepulturas 5 y 6, cuyos inhumados son una mujer y un hombre adulto, respectivamente presentan hernias discales en el primer caso lumbares y en el segundo discales (De Miguel, 2001; López Padilla *et al.*, 2006).

Por último, en el yacimiento argárico del Cerro de Viñas de Coy (Lorca, Murcia), esta patología se ha registrado en un sólo caso correspondiente al hombre adulto de la sepultura 2 con artrosis vertebral y en las costillas (Malagosa Morera, 1997: 91).

El segundo de los indicadores paleopatológicos diagnosticados en las poblaciones argáricas son los denominados marcadores de estrés-muscular (Al-Oumaoui *et al.*, 2004). Este tipo de marcadores se producen en las inserciones de los ligamentos y tendones. Estos marcadores pueden caracterizarse por calcificación de las entesas y aparecen como crestas o espículas, denominadas entesofitos, o como surcos o zonas deprimidas. Suelen ser causa de un aumento prologando en el desarrollo muscular, como consecuencia de la actividad física o hiperactividad llevada a cabo por los individuos así como la influencia del sexo, la edad y por los propios niveles hormonales y las diferencias genéticas (Jurmain 2003; Jiménez Brobeil *et al.*, 2004: 146). En el Castellón Alto (Galera, Granada) estos marcadores han sido localizados en los mismos individuos anteriormente expuestos afectados por las lesiones artrósicas (Contreras *et al.*, 1997: 127). En el Cerro de la Encina (Monachil, Granada) los individuos varones de las sepulturas 14a, 15 y 16 presentan un fuerte desarrollo muscular, concentrado principalmente en los miembros superiores. El caso del individuo femenino 14b, no presenta un severo desarrollo muscular, sin embargo, parece presumible que lo sufrió ya que refleja periostitis y su columna está totalmente

dañada por la hiperflexión continuada (Jiménez Brobeil y García-Sánchez, 1989-1990: 174).

Por último, tenemos las alteraciones traumáticas, éstas son de orígenes muy diversos; pueden estar provocadas por caídas, sobrecargas musculares o incluso lesiones violentas (Jiménez Brobeil *et al.*, 2004: 147). Podemos diferenciar entre los traumatismos craneales pueden ser fisuras, fracturas con o sin hundimiento de la bóveda, lesiones incisivas, punzantes o erosiones. Por su parte, la mayoría de fracturas y luxaciones del esqueleto postcraneal suelen producirse de manera accidental habitualmente en el desarrollo de determinadas actividades (Aranda *et al.*, 2009). El carácter fortuito o intencionado de un traumatismo es difícil de valorar salvo que se aprecien claras señales de huellas de objetos punzantes o cortantes (Campillo 2001).

Al contrario que en los casos anteriores, la visibilidad de los traumatismos en el registro óseo es mucho mayor en relación a las anteriores precedidas por los marcadores artrósicos (Jiménez Brobeil *et al.*, 2004: 144). Su mayor observación, probablemente esté determinado por su alto porcentaje o por la huella que esta patología mantiene en el esqueleto a pesar de una óptima reosificación (De Miguel, 2004: 221). El principal estudio sobre los traumatismos en poblaciones argáricas ha sido realizado a partir de una muestra de 155 individuos pertenecientes a las necrópolis del Cerro de la Virgen, Cuesta del Negro, Castellón Alto, Cerro de la Encina, Terrera del Reloj y Fuente Amarga. La muestra estudiada se corresponde con 48 masculinos, 50 femeninos y 57 indeterminados, analizándose de forma individualizada las lesiones craneales y postcraneales (Botella *et al.*, 1995). Por edad, los traumatismos se concentran especialmente en individuos que superan la edad adulta no habiéndose documentado trauma en edades infantiles, a excepción del individuo de ocho años (21.2) del yacimiento argárico del Alcázar de Baeza que presenta una alteración incisocontusa cicatrizada a nivel del frontal (Robledo y Trancho, 2003).

Precisamente, en este yacimiento argárico, el Alcázar de Baeza, se han detectado diferentes lesiones de traumatismos tanto en su localización como en su origen. En el caso del varón adulto de la tumba 2 se ha detectado una fractura en el tercio proximal de la clavícula izquierda. Dicha lesión está plenamente consolidada, pero presenta una alineación incorrecta. Asimismo, cinco individuos 18.2, (Femenino) 20.4, 25.1, 25.2 y 35.2 presentan fracturas en la parrilla costal. Las costillas, al tratarse de huesos planos, están formadas por unas corticales delgadas. Éstas se fracturan al golpear o al ser golpeadas con un objeto duro, pero en ambos casos difícilmente los extremos de la fractura se desplazan ya que las costillas se encuentran unidas entre sí por los músculos intercostales, por eso consolidan con relativa facilidad y esto es lo que ha ocurrido entre estas personas del Cerro del Alcázar (Robledo y Trancho, 2003).

Más graves fueron las lesiones de la mujer 4.1 de dicho yacimiento de El Alcázar de Baeza. Presenta fractura oblicua completa del tercio distal de tibia y peroné, ambas consolidadas y bien cicatrizadas. Sin embargo, la falta de un tratamiento terapéutico adecuado le ocasiono una mala alineación diafisaria de la tibia provocando el acortamiento de la extremidad izquierda. Por su parte, el varón adulto (9.3) sufrió la fractura del segundo metatarsiano izquierdo. La lesión que afecta a la diáfisis presenta un evidente callo de fractura. Los metatarsianos suelen fracturarse por la caída de un objeto pesado sobre el antepié (Robledo y Trancho, 2003).

En el yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), el individuo maduro 14a, presenta una fractura transversal en el tercio medio de los huesos nasales y también se puede observar la fractura de tres costillas del lado derecho, de la sexta a la octava lo que le provocó un traumatismo simple. En cuanto a la primera fractura, todo hace pensar en una contusión directa, provocado probablemente en un enfrentamiento directo (Jiménez Brobeil y García Sánchez, 1989-90: 173). Por su parte, en el registro funerario de Castellón Alto (Galera, Granada) tenemos al menos un caso de traumatismo. Corresponde con una mujer madura con fractura de fémur (Contreras *et al.*, 1997: 127). En Fuente Álamo, en la tumba 80 y 90 se documenta correspondiente, un hombre senil con traumatismo óseo en el frontal derecho y una mujer senil con fractura oblicua del fémur izquierdo, en ambos casos la causa pudo deberse por un fortísimo traumatismo directo o indirecto (Kunter, 2000: 279). Por último, en la Illeta Dels Banyets en el enterramiento número 2 la mujer adulta presenta fractura de Colles en el radio izquierdo (De Miguel, 2001: 4; López Padilla *et al.*, 2006).

Estos marcadores son utilizados generalmente para establecer patrones de actividad. La artrosis, el estrés muscular y los traumatismos (Jiménez *et al.*, 2004: 143), son marcas provocadas por diferentes causas, entre ellas por el conjunto de actividades necesarias para mantener la producción, la economía y, por lo tanto, la subsistencia, como la ganadería, agricultura, metalurgia, preparación de alimentos, procesamiento del cereal (molienda), etc., Sin embargo, no debemos olvidar que estas lesiones o enfermedades necesitan de toda una serie de atenciones constantes o intermitentes, marcados por cuidados heterogéneos, que serán definidos por el grado e intensidad de estas lesiones en cada fase de su padecimiento (Alarcón García, 2005)

Si bien es cierto, los casos en que los cuidados son más palpables, por las huellas que dejan en la armadura ósea, son los traumatismos. A lo largo de los ejemplos expuestos anteriormente, encontramos casos en que las lesiones traumáticas marcaron no sólo el desarrollo vital sino las relaciones sociales entre los individuos que sufrieron la enfermedad y quien los cuidaban. Son los casos de la mujer madura del poblado Castellón Alto (Galera, Granada) con fractura del cuello del fémur. Esta lesión no llegó a consolidarse, lo que le ocasionó a la misma una dependencia hacia otras personas y la utilización de unas muletas o bastón necesario para poder moverse (atestiguado esto último, por el gran desarrollo muscular de los antebrazos) (Contreras *et al.*, 1997: 126). En Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería), la mujer de avanzada edad de la tumba 90, presentaba hiperóstosis de la bóveda craneal, probablemente causada por un fortísimo traumatismo. Dicha patología dejó unas graves secuelas, un fuerte destrozo muscular y hematomas de alto grado, lo que le provocaría la inmovilidad durante una larga temporada. Con la consolidación de la fractura del fémur izquierdo, éste se recortó unos 3 centímetros quedando más corto que el derecho (Kunter, 2000: 279). Esto le ocasionó una cojera que probablemente salvaría como, en el caso anterior con la utilización de un bastón o muleta. Mientras que el hombre senil de la tumba 80 presentaba un traumatismo óseo frontal derecho. En el yacimiento argárico de La Terrera del Reloj (Dehesa de Guadix, Granada), encontramos un individuo masculino que sufrió un traumatismo craneal, una luxación del hombro derecho y una fractura en el húmero derecho. Todo parece indicar que dichas lesiones fueron provocadas por una caída (Al-Oumaqui y Jiménez-Brobeil, 2004) que dejó al individuo incapacitado para valerse por sí mismo (Alarcón García, 2005).

En la zona del levante peninsular, las mujeres adultas localizadas en el yacimiento de Illeta dels Banyets (El Campillo, Alicante) correspondientes con las sepulturas 2 y 5. La primera de ellas presenta fractura de Colles en el radio izquierdo, mientras que la segunda presenta con fractura costal (López Padilla *et al.*, 2006), o el individuo de Tabayá (Aspé, Alicante) que presenta una fractura de fémur. En todos los casos es apreciable la reosificación de la fractura (Alarcón García, 2007).

Dentro de este apartado hemos incluido las lesiones periostíticas. En realidad se trata de un indicador patológico inespecífico causado fundamentalmente por traumatismos, enfermedades infecciosas, carencias nutricionales y trastornos hemodinámicos. La respuesta inflamatoria del periostio comienza como un fenómeno vascular para posteriormente originar nuevo tejido óseo incrementando el propio espesor del hueso.

La periostitis, aunque puede aparecer en cualquier punto del esqueleto, es más común en los huesos largos y especialmente en la tibia. La razón es difícil de establecer, pero podría influir la menor protección de dicha estructura ante los traumas directos al estar poco protegida muscularmente y localizarse en una zona donde es frecuente el éxtasis venoso. En trabajos previos (Trancho *et al.*, 1993) se ha establecido que el agente causal más frecuente son las infecciones inespecíficas generadas por traumatismos, en otras palabras, la mayor parte de las periostitis estarían relacionadas con lesiones traumáticas y estarían localizadas en la cara medial o lateral de la tibia (Robledo y Trancho, 2003).

En lo concerniente a este tipo de lesión periostítica podemos diferenciar entre dos aspectos morfológicos: estriada y en placa, a veces, a lo largo de la diáfisis, pueden aparecer ambos tipos morfológicos combinados, aunque lo más interesante es si la lesión se encuentra activa o inactiva (Trancho *et al.*, 1992). En Cerro del Alcázar todas las lesiones están cicatrizadas, o si se prefiere, son inactivas; lo que sugiere que la patología no se había producido poco antes de su fallecimiento. La tipología más frecuente es la estriada (16 casos), morfología que interesa a una mayor extensión de la superficie de tibias y peronés; en segundo lugar aparecen las periostitis en placa (siete casos) mucho más localizadas al ocupar superficies muy reducidas.

A pesar de las más que probables deficiencias médicas, lo cierto es que en todos los casos expuestos, los individuos lograron superar las secuelas sufridas por los diferentes traumatismos, gracias al conjunto de cuidados tanto físicos como emocionales prodigados por el conjunto de la comunidad. Sin embargo, también hay casos en los que no se produce la superación de la enfermedad lo que no implica que no se practicasen determinados trabajos de cuidado. Éste es el caso del individuo infantil de unos 18 meses aproximadamente, localizado en Camramoro I (Alicante). Éste presentaba una herida en el frontal izquierdo y aunque se pueden apreciar signos de reosificación su supervivencia no fue larga (De Miguel, 2004: 221-222). Si bien, el grupo o al menos alguna persona del grupo intentó con todos sus medios lograr su supervivencia.

Aunque en este trabajo nos hemos centrado en el estudio de los individuos de diferentes necrópolis argáricas, las prácticas de cuidados y atenciones se remontan arqueológicamente al menos al Paleolítico Medio. De este periodo se han documentado individuos con deficiencias físicas que denotan haber sido objeto de diferentes tipos de

cuidados realizados a distintos ritmos. Ejemplo de ello lo tenemos en el esqueleto de Shanidar I, un individuo adulto de unos cuarenta años que presenta un altísimo grado de incapacidad, estaba ciego de su ojo derecho, artrítico y con un brazo atrofiado. Todo este tipo de deficiencias suponen un enorme conjunto de cuidados: ayuda y guía para sus desplazamientos, preparación de alimentos, higiene, afectos, etc. A pesar de todas sus complicaciones el individuo alcanzó la madurez y contribuyó al ámbito productivo del grupo a través del trabajo realizado sobre las pieles, constatado por el propio desgaste dentario (Escoriza y Sanahuja, 2005: 119; Sanahuja, 2007: 99). Otro ejemplo es el caso del individuo masculino adulto procedente de La-Chapelle-aux-Saints (Paleolítico Medio) que presentaba artritis en las vértebras cervicales, deformación de la cadera izquierda, un dedo del pie aplastado, una costilla y una rodilla lesionada y mandíbula rota, la causa del conjunto de lesiones (salvando la artrosis, que tiene mayor relación con el desarrollo de una actividad y edad) pueda ser o bien una caída fortuita o un enfrentamiento directo (Escoriza y Sanahuja, 2005: 119). Pero lo que sí está claro es que su supervivencia estuvo marcada por la atención y los cuidados prodigados desde el grupo social al que pertenecía (Alarcón García, 2005). En yacimientos del Bronce Final como El Puig (Alcoy, Alicante) encontramos un individuo que presentaba una herida de arma blanca en el parietal derecho especialmente grave no sólo por la herida y el traumatismo causado, sino también por el riesgo de contraer infecciones favorecidas por las malas condiciones higiénicas sanitarias. A pesar de todo ello y gracias a la aplicación de cuidados, la vida de este individuo fue longeva y la causa de su muerte no estuvo en conexión con esta lesión (De Miguel, 2004: 222).

En último lugar, debemos referirnos a otro tipo de enfermedades que dejan su huella en el registro óseo y que requieren una gran atención y cuidados y, por supuesto, también una gran cantidad de conocimientos, las lesiones tumorales. Concretamente en el yacimiento arqueológico el Cerro del Alcázar de Baeza se han detectado dos casos de lesiones tumorales osteogénicas benignas. Una de ellas corresponde con la mujer adulta (4.1) y un hombre correspondiente con la asignación 7.1. En ambos casos se tratan de osteomas en placa, de bordes bien delimitados y localizados sobre el hueso frontal. El de mayores dimensiones (10.3 x 11.07 x 1 mm.) corresponde al varón. Del mismo modo, se aprecia un osteoma osteoide (40 x 13 x 5 mm.) en la diáfisis del fémur derecho del varón 18.1. Sabemos que este tumor afecto exclusivamente a la cortical del hueso ya que al existir una fractura post mortem de la misma zona ha podido comprobarse que no existe naturaleza invasiva sobre el tejido subyacente y es igualmente un tumor benigno (Robledo y Trancho, 2003). En el caso del yacimiento argárico de Fuente Álamo se ha detectado que la mujer adulta de la tumba doble 69 estaba afectada por esta lesión, concretamente se le ha hallado un quiste radicular en el segundo incisivo y en el canino izquierdo.

Con el conjunto de estos ejemplos hemos querido poner de manifiesto que los cuidados forman parte de nuestro propio desarrollo humano, son los mediadores en nuestra continuidad como seres humanos y por supuesto, son la articulación entre la vida y la muerte y sus mayores apreciaciones están en la superación de cualquier tipo de enfermedad y desarrollo de cualquier ser humano (Frejeiro, 2005). Sus rasgos principales son, en primer lugar la supervivencia humana y, en segundo lugar, las evidencias de regeneración, reosificación y por su puesto la supervivencia del individuo afectado. Es por ello que no debemos olvidar que todo tipo de lesiones, enfermedades, etc., ocasionarían una dependencia personal del afectado hacia aquellas personas que les rodean, que serían las encargadas de moverlos, mantener su higiene personal, su

alimentación. Esto crearía entre ellos una serie de redes y relaciones personales e interpersonales, estableciendo vínculos de cooperación, coexistencias, y sobre todo de convivencia y superación conjunta (Alarcón García, 2005; 2007). Por ejemplo, tanto un hombre como una mujer con una fractura de fémur quedaría inmovilizado durante un largo periodo de tiempo, por lo que para sobrevivir necesitaba ser atendido, transportado, recibir cuidados directos sobre su herida para evitar su infección lo que podría provocar la muerte, además de conocimientos médicos que les permitiesen recolocar el fémur en su lugar de origen. Cada uno de estos pasos, quedan registrados en el armazón óseo de estos individuos, por lo que podemos determinar el grado e intensidad de su curación y de los cuidados percibidos (Sanahuja, 2007: 98).

Por supuesto, no debemos olvidar el valor añadido que las personas encargadas de profesar dichos cuidados, generalmente, dependientes del ámbito doméstico y con toda probabilidad en las mujeres del grupo, tendrían en un ambiente y en una época donde no existían ni farmacias, ni medicamentos, ni conocimientos médicos como si ocurre en la actualidad. El hecho de superar cualquier cuadro de enfermedad nos hace pensar que las personas encargadas de realizarlos sin duda debían poseer unos conocimientos básicos sobre farmacología y cuidados al enfermo, aunque su sabiduría no alcanzase por supuesto el nivel que se tiene en la actualidad. Por ejemplo, en la casa ideal de Jenofonte, la señora de la casa es la encargada de velar por la salud de los esclavos⁶⁷, lo que puede aludir tanto a estos conocimientos básicos, sobre todo, de enfermería y farmacología fundamental, como al seguimiento de la enfermedad. En una unidad doméstica mallorquina del período talayótico, se han localizado restos de semillas de Mercuriales junto al área del hogar, lo cual se ha asociado al hervido de tisanas con finalidades terapéuticas (Castro *et al.*, 2003). Así pues, podemos decir y así se ha querido dejar patente a lo largo de este capítulo que dado que las mujeres se pasan media vida cuidando las muchas enfermedades que acontecen en la vida de cualquier individuo infantil desde el momento de su nacimiento hasta que se hace adulto, es lógico pensar que también estas serían las encargadas de ocuparse de aquellos enfermos adultos, quiénes por su falta de vigor, regresaban, en cierto modo, a la infancia y, por consiguiente, el conjunto de estos conocimientos también recaería sobre ellas. De esta manera, podemos decir que las mujeres tienen un amplio abanico de saberes, conocimientos y experiencias que ponen de manifiesto en cada momento del desarrollo de la vida cotidiana ayudando con ello al desarrollo vital de cualquier grupo social.

Además de todas y cada una de las prácticas de cuidado expuestas (dimensión objetiva) paralelamente acontecen otro grupo de prácticas de cuidado, lo que se ha denominado como dimensión subjetiva de las prácticas de cuidado. Estas son definidas como el conjunto de prácticas relativas a las necesidades afectivas que incluirían los afectos, las relaciones, la seguridad psicológica, etc., elementos vitales en el desarrollo vital y psíquico de cualquier ser humano (Carrasco *et al.*, 2003: 41). Dichas necesidades afectivas, sentimentales y relacionales son intangibles por lo que no es fácil analizar su presencia a través del registro arqueológico, sin embargo, aunque no sean visibles eso no quiere decir que no existiesen. Ha sido precisamente esta falta de visibilidad la que ha provocado la escasa importancia que se les ha dado a estas actividades en un elemento tan elemental y definitorio en las sociedades del pasado como es el mantenimiento de la cohesión social, la cual generalmente ha sido considerada a través

⁶⁷ Jenofonte, *Económico*, 7,37.

de la fuerza física o mediante la violencia estructural y no mediante el establecimiento de relaciones interpersonales, afectivas y sentimentales.

En este contexto deben ser interpretadas determinadas sepulturas dobles como la aparecida en el yacimiento de Vedbaek al norte de Copenhague perteneciente a la cultura de Eterbølle en la que una mujer fue inhumada junto al cadáver de un recién nacido, tanto el tratamiento de los cuerpos como el cuidado delicado con el que fueron inhumados indican unos afectos que van más allá del mero enterramiento social (Wileman, 2005). También es destacable la sepultura de una mujer con un niño de cinco años en sus brazos perteneciente al yacimiento neolítico y calcolítico de la Grotte de Gazel (Aude, Francia) (Molas y Guerra, 2002: 17). Un caso muy parecido lo encontramos en la sepultura número 6 del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) en la que aparece una mujer adulta de mediana edad en posición de decúbito lateral derecho con las piernas flexionadas entre cuyos brazos figura un sujeto infantil, en decúbito lateral izquierdo con las piernas también flexionadas y las cabezas están situadas cara a cara (De la Torre y Saéz, 1975). Las actitudes en las que fueron enterrados los individuos significan mucho más que una simple deposición de los cuerpos.

Así pues la tan tildada invisibilidad de estos trabajos no es más que una construcción cultural para impedir su reconocimiento y valoración, ya que como hemos podido comprobar en el análisis del registro funerario de las sociedades de la Edad del Bronce peninsular, estos forman parte del registro arqueológico. Simplemente hay que comenzar a buscarlos, utilizando herramientas metodológicas propias y ponerlos de manifiesto, por lo tanto, son categorías útiles de estudio en la reconstrucción histórica. Su valoración y consideración en el pasado nos ayudará a construir nuestro presente desde una óptica diferente, en igualdad entre hombres y mujeres.

III. 5.5.1.3. Cuidando a los muertos: las prácticas de cuidado entre la vida y la muerte

A lo largo de este apartado hemos explicado y explicitado claramente la gran diversidad de prácticas y trabajos que abarcan las actividades de cuidado desde el momento en que se nace pasando por el cuidado de las personas enfermas o inválidas. Sin embargo, como avanzábamos anteriormente, el alcance de estas prácticas es mucho mayor ya que abarca al completo el ciclo vital de cualquier persona. Este ciclo vital se inicia con el momento del nacimiento y finaliza con de la muerte. La investigación de este apartado es complicado sobre todo si nuestro trabajo consiste en el estudio de las sociedades prehistóricas dado que no contamos con textos escritos que nos puedan cerciorar sobre nuestra hipótesis. Pero lo cierto es que como ya han apuntado otros investigadores, los muertos no se pueden enterrar a sí mismos sino que necesitan la ayudan y el cuidado de otros miembros de la comunidad (Parker Pearson, 1993: 203).

Nuestro objetivo primordial de este apartado no es poner de manifiesto expreso el más que probable papel jugado por una gran parte de mujeres en las prácticas de cuidado del muerto. Pero si consideramos que la mayoría de las prácticas de cuidado han recaído generalmente en las manos de mujeres, es lógico que pensemos que ellas también son en la mayoría de las ocasiones las encargadas de prodigar la atención a los moribundos en sus últimos momentos de agonía y que tras el fallecimiento, se

encarguen de la preparación del cadáver, de las lamentaciones por el ser fallecido y del aliento y solidaridad hacia los familiares más directos, así como también se dediquen a la preparación de los alimentos y del posterior mantenimiento, visita y cuidado de la tumba del muerto (Gilchrist, 2005). Además, en muchas sociedades tradicionales las afecciones que sufren las mujeres por el sentimiento de duelo les hacen atender contra su propio cuerpo, como puede ser cortarse el pelo, vestir de negro, cubrirse de ceniza o con un velo negro, privarse de comida o de higiene e, incluso, llegando a practicarse determinadas mutilaciones de su cuerpo (Bloch, 1982).

Sea como sea en este trance de nuestras vidas, la muerte, necesitamos tanto el apoyo emocional y sentimental como todo un conjunto de trabajos de cuidado que abarcan la higiene y preparación del cuerpo, su deposición y mantenimiento de la sepultura que solo pueden ser desarrollados por otros miembros del grupo. Para ello contamos con diferentes ejemplos que nos especifican los diferentes pasos y, por ende, la extensión de las prácticas de cuidado al mundo de la muerte. El primero de ellos corresponde a las sociedades cristianas medievales de los siglos XII al XVI en el Reino Unido (Gilchrist, 2005). El principal argumento de Roberta Gilchrist es la influencia de la maternidad en los ritos funerarios, en los que la mujer prolongaba su papel de cuidadora más allá de la muerte (Gilchrist, 2005: 52). Si tomamos como ejemplo (así lo hace la autora) el “Libro de las Horas” podremos observar cómo nos detallan los diferentes pasos a seguir desde el momento de la muerte. Una vez fallecido un individuo se procedía a lavarlo y a amortajarlo, tras esto el cuerpo sin vida era depositado en el interior de un féretro. Generalmente, todos estos pasos eran desarrollados en el marco de la vida cotidiana y en el contexto doméstico o del hogar desde donde se sacaba el féretro únicamente para dirigirlo mediante el cortejo funerario hasta su lugar de descanso eterno. Para este caso concreto se ha confirmado mediante los textos que son las mujeres de la época las encargadas de hacer cada uno de estos pasos. Además serían ellas las encargadas (en un contexto donde se había dictaminado que los muertos no se enterrasen con ajueres funerarios) de colocar objetos junto al difunto simbolizando así las preferencias expuestas con anterioridad expresadas por el difunto. En este sentido se han encontrado monedas, pequeñas piedras dispuestas sobre la boca, cruces o bulas colocadas en el pecho o en la mano y candados localizados cerca de la pelvis. Así mismo en determinadas ocasiones se han localizado otros elementos relacionados con determinadas actividades de mantenimiento como pueden ser los husos (Gilchrist, 2005: 56). También se ha localizado un caso particular que se trata del enterramiento de un hombre de unos 40 años de edad sepultado en la parroquia de St. Bees, Cumbria, en el siglo XIV, que se localizó envuelto en capas de tela bordadas de plomo y bañadas en cera. Sobre su cuello se localizó una trenza de cabello, que era más larga que el suyo, lo que hace suponer que se trató de una ofrenda marcada por el gesto de dolor, con probabilidad por parte de su mujer, madre o hija (Gilchrist, 2005: 58).

Otro tipo de elementos que se localizaron en entre estas deposiciones funerarias están relacionadas directamente con otra de las actividades de mantenimiento, la preparación y consumo de alimentos. En muchas sepulturas se han localizado cenizas esparcidas debajo del cadáver. Entre las mismas cenizas se han llegado a documentar restos de huesos de animales, espinas, caparazones de moluscos, plantas y cerámica carbonizada, objetos de metal y carbón vegetal. Todos estos elementos hacen pensar que dichas cenizas provendrían directamente de un fuego doméstico. Este tipo de hallazgos han sido interpretados por parte de Roberta Gilchrist (2005) como una extensión en la muerte del papel de las mujeres en la cocina. Lo que podría hacer pensar en un *acto*

ligado a su posición como responsables del ceremonial fúnebre familiar (Gilchrist, 2005: 56-57).

Hasta el momento nos hemos referido a los individuos muertos adultos, sin embargo, la misma autora se detiene especialmente en el caso de estudio de los individuos infantiles. En páginas anteriores hemos hecho referencia al papel de la mujer durante el embarazo, el parto y el cuidado posterior de los individuos infantiles tomando como referencia su capacidad procreadora y convirtiéndola en la figura principal de la maternidad. Precisamente, esta capacidad de dar vida crea unos lazos inexorables entre ella y los individuos infantiles que se mantiene a lo largo de la vida. Las madres de la Gran Bretaña medieval eran las encargadas de preparar los cuerpos de sus hijos e hijas sin vida para que obtuvieran el descanso eterno y pacífico. Estos individuos solían ser depositados en forma acurrucada, descansados sobre uno de sus costados, es decir, en posición fetal recreando una actitud de descanso y sueño eterno (Gilchrist y Sloane, 2005: 155-156). Las madres no sólo eran las encargadas de determinar el lugar y tipo de la sepultura de sus niños y niñas sino que además eran las encargadas, con gran probabilidad, de determinar el tipo de elementos que acompañarían a sus hijos e hijas en su viaje al más allá. Esto es lógico si pensamos que los individuos adultos podrían determinar y decidir durante su vida con que elementos identificativos querían ser enterrados los individuos infantiles no tenía esa capacidad dada su corta edad, por ello se piensa que esta decisión recaería sobre los familiares directos sobre los que sobresaldría la figura de la madre.

En diferentes sepulturas de niños y niñas de época medieval en Gran Bretaña se han localizado deposiciones de cruces e insignias de peregrino como si fuesen amuletos dentro de los sudarios y sobre los cuerpos de los individuos infantiles. Un ejemplo de ello puede ser el localizado en la iglesia agustiniana de Sr. Mary Ginsborough, Cleveland donde se localizó un bebé con una cruz en el pecho (Heslop, 1995: 93-94) o en la abadía de cluniacense de Pontefrac, Yorkshire que se localizó sobre la boca del niño o niña enterrado (Bellamy, 1965: 93). Con la presencia de estos elementos podemos pensar dos cosas, una primera que parecen estar conjugando con la tradición religiosa y la popular, lo que nos lleva a proponer en una extensión hacia más allá de la costumbre femenina de usar remedios curativos tradicionales que, como ya hemos apuntado en páginas anteriores, estarían en manos generalmente femeninas y una segunda que los y las encargadas de preparar los cuerpos de los individuos no sólo se preocupaban de preparar los cadáveres para la obtención de su sepultura, sino que además se preocupaban muy especialmente en ofrecer una protección especial a los pequeños aún en su vida en el más allá (Gilchrist, 2005: 62-63).

Roberta Gilchrist finaliza su estudio indicando que *al preparar los cuerpos para el funeral, las mujeres de la Edad Media expresaban su dolor y las decisiones que tomaban en las ceremonias fúnebres enfatizaban la vocación femenina cristiana de cuidadora, ya fuese como esposa, comadrona, enfermera o madre* (Gilchrist, 2005: 68).

Por su parte, en el mundo clásico contamos con otros ejemplos sobre el desarrollo de las prácticas de cuidado en la esfera funeraria. Como en el caso anterior, en el mundo clásico, la Grecia antigua, la dimensión de cuidadora de las mujeres trasciende la esfera de la vida manifestándose en la esfera de la muerte. Las principales actividades vuelven a ser el lavado y ungido de los cuerpos tras el momento de la muerte. En un momento posterior, en el mundo clásico el cuerpo sin vida era expuesto

en un sarcófago o sobre un lecho. A partir de este acto el momento más importante consistía en las llamadas lamentaciones fúnebres que corrían a cargo de la familia y de las plañideras de alquiler. A este respecto, disponemos de diferentes representaciones en vasos áticos y de época anterior en las cerámicas áticas de figuras negras, en los lébitos funerarios áticos e incluso contamos con estelas funerarias donde estas mujeres se estiran del pelo en señal de duelo, mientras que los hombres parecen golpearse la cabeza. Aunque en la escena pueden aparecer tanto hombres como mujeres, lo cierto es que son las mujeres las que suelen aparecer junto a los cuerpos sin vida, siendo incluso solo ellas las representadas en posición de poder tocar al difunto (Molas, 2002: 111). Seguidamente, se realizaba una procesión funeraria donde según Molas, las mujeres podrían perder parte de su protagonismo el que sería ganado en este caso por los hombres. No obstante, serían las mujeres las que proseguirían mostrando las mayores señas de dolor, sentimiento y emoción (Molas, 2002: 116).

Una vez finalizado el proceso del entierro, nuevamente eran las mujeres las encargadas de velar por la seguridad y el cuidado de la tumba. Su trabajo consistía en visitar de forma periódica la sepultura, de efectuar libaciones y llevarle ofrendas de alimentos.

Como podemos comprobar, en ambos ejemplos queda patente por un lado la figura de la mujer como principal responsable de realizar el conjunto de trabajos que se requiere para afrontar de buena manera la vida del más allá y, por otro lado, podemos comprobar cómo las prácticas de cuidado, en todos sus sentidos, trascienden y abarcan el ciclo vital de todo ser humano desde que nace hasta que muere y tras ésta. Esto nos lleva a indicar que las mujeres prolongan su carácter de cuidadoras más allá de la esfera de la muerte.

En la actualidad, podemos comprobar como la consecución de estos pasos desde el momento en que una persona enferma de forma terminal no ha variado en esencia a lo largo del tiempo y del espacio. Por supuesto, al tratarse de elementos culturales estarán determinados por las reglas internas de cada cultura y sociedad. Si bien, en muchas sociedades europeas sigue siendo un verdadero ritual el momento en que una persona fallece. Tomemos como ejemplo casos cercanos en el espacio como podrían ser determinadas pueblos del sureste peninsular. Hasta hace escasos años y hoy por hoy, las personas enfermas que saben que su vida se está acabando intentan por todos los medios morir en sus casas. Si esto es así, es el entorno más inmediato el encargado de preparar el cuerpo sin vida para su último viaje. Generalmente, son las mujeres de la familia las que se encargan de lavarlo e higienizarlo, vestirlo o amortajarlo, peinarlo, aunque los hombres de la familia pueden estar presentes durante todo este proceso, lo cierto es que estos trabajos de acondicionamiento y tratamiento del cuerpo solo les suele corresponder a las mujeres. Sin embargo, actualmente son más comunes los “tanatorios” quienes se encargan tanto de la preparación como deposición en el féretro del fallecido y de realizar su deposición en el camposanto. En este caso suelen ser mayoritariamente hombres los encargados de realizar estos trabajos.

Otros ejemplos de la realización de estas actividades las encontramos de la mano de la ley judía, la cual establece lo que se conoce como la “tahrá”. Este es un proceso de purificación del cuerpo, que se consigue a través del lavado del cuerpo del difunto antes de proceder a su entierro. En el mundo judío a todos los fallecidos se les viste con mortajas blancas llamadas “Tajrijim”. Además muchos judíos se preocupan durante su

vida por conseguir un poco de tierra de Israel para que en caso de morir en la diáspora ésta le sea colocada debajo de su cabeza en la tumba o sobre los ojos.

Si bien, sea como sea, lo cierto es que el conjunto de estas prácticas de cuidado son visibles tanto transtemporal como transculturalmente, por lo que podemos argumentar la trascendencia de las mismas más allá de la vida. Como investigadoras somos conscientes que no podemos hacer generalizaciones universales sobre comportamientos, aunque hay algunos estudios antropológicos influenciados por Carl Jung, realizados sobre 78 culturas del mundo que muestran la existencia de modelos de experiencias humanas, lo que en la psicología junguiana se denomina arquetipos y que en el caso de la muerte, se expresa en el sentimiento de duelo reflejado en una amplia gama de expresiones materiales (Savage, 1992), cuyo significado y valor cultural es concedido específicamente por cada cultura (Gilchrist, 2005: 59).

Como decimos, contamos con datos directos, como son los textos antiguos y nuestra propia comunidad. Si bien, el análisis de esta transferencia y trascendencia de los cuidados a la esfera de la muerte en culturas desaparecidas y que carecen de escritura es muy compleja, lo que no quiere decir que sea imposible. En la Cultura Argárica carecemos de textos escritos pero por el contrario contamos como con los cuerpos sin vida y con el conjunto de cultura material presente en los contextos funerarios. Uno de los rasgos que diferencian esta cultura del resto de los grupos humanos de la Edad del Bronce peninsular es su particular práctica funeraria que pasa por la decisión de enterrar a sus muertos en el propio ámbito familiar y doméstico. El espacio de la vida y de muerte no se separa espacialmente al quedar el segundo incluido en el primero y formar parte del paisaje doméstico cotidiano (Montón, 1997: 253). Esta domesticidad del contexto funerario puede sugerir en sí misma una gestión doméstica del tratamiento funerario y un vínculo estrecho entre las mujeres y aquellas actividades que la muerte generaba.

Otro aspecto que sorprende en la cultura argárica es que a pesar de tratarse de un proceso realizado en la esfera de la casa y, por lo tanto, corresponde con un espacio cerrado se comparta un patrón bastante estandarizado y homogéneo en la mayoría del mundo argárico. Respecto a la identidad de las personas enterradas no está clara cuál es su filiación con la casa, ya que bien podrían ser los propios habitantes de la misma (algo lógico y natural) o bien podrían darse otro tipo de aspectos que en la actualidad no conocemos. Sin embargo, fuere como fuese lo que sí parece más que probable es que el conjunto de los miembros que habitasen en la casa, también serían los encargados de realizar de una manera u otra en el ritual funerario, consistente tanto en la preparación y adecuación del espacio concreto donde se llevaría a cabo dicho proceso de enterramiento, preparando los objetos e instrumentos necesarios y que intervendrían en el ritual, acondicionando y preparando el cuerpo y en algunos casos, construyendo los recipientes que se utilizarían durante este acto y que serían depositadas en el interior de las sepulturas (Aranda y Esquivel, 2007).

Como hemos señalado anteriormente, no sabemos quién o quiénes se encargarían de realizar estos trabajos aunque probablemente esto no sea lo realmente importante, sino que lo verdaderamente relevante es que se realizaron y que su procesamiento fue aceptado y, por lo tanto, considerado y respetado tanto por el resto de la comunidad como por el conjunto humano que integraba la vivienda donde fue depositado.

Insistimos nuevamente en que no sabemos si en las sociedades prehistóricas la preparación del difunto es un acto que implique a ambos sexos o solo a las mujeres, lo que si podemos, mediante ejemplos puestos de manifiesto en investigaciones recientes, es vincular el enterramiento de individuos infantiles más pequeños a las prácticas maternales (Colomer, 2005). El argumento expresado por Laia Colomer parte de que si se tiene en cuenta que la cerámica del mundo argárico se caracteriza por presentar un alto grado de estandarización (Aranda, 2004; Colomer, 2005). Sin embargo, dentro de esta estandarización podemos encontrar algunos datos curiosos o particulares que pueden relacionarse con la intervención de las mujeres del grupo (posiblemente las propias madres) en la gestión del mundo de la muerte. Concretamente, en yacimientos argáricos como El Argar, El Oficio, Fuente Álamo o Gatas (Almería) se han documentado una serie de urnas cerámicas totalmente anómalas destinadas al enterramiento de individuos infantiles. Las particularidades que presentan estas urnas son sobre todo su mal acabado y mala manufactura. Hasta el momento, en el interior de todos los recipientes se han documentado los restos de neonatos menores de 18 meses. Este hecho ha sido interpretado por la investigadora Laia Colomer como producto de la manufactura de madres jóvenes quienes intentando seguir la norma argárica, pero con escasa destreza, habrían fabricado los recipientes para el sepulcro de sus propios hijos e hijas (Colomer, 2005). De acuerdo con esta evidencia arqueológica podemos proponer que existen indicios en la Prehistoria Reciente del sureste peninsular de que las mujeres participaron en los procesos funerarios argáricos.

Concluyendo, indicar que el valor de estas actividades de cuidado y su desarrollo exitoso es crucial para la reproducción no sólo biológica sino también social tanto en las sociedades del pasado como del presente y futuro. El conjunto de las prácticas de cuidados como el resto de las actividades de mantenimiento comportan un elemento esencial y es que su desarrollo se define fundamentalmente por el carácter relacional. Por tanto, estos trabajos de cuidado crean sin duda las condiciones materiales y psicoafectivas de la vida social humana (Sanahuja, 2007: 87).

En definitiva, con estas páginas hemos querido aproximarnos al estudio de este conjunto de actividades que suponen elementos productivos, ideológicos y sociales y representan trabajo, relaciones afectivas, modificación de cuerpos, conocimientos tecnológicos y mecanismos de aprendizaje, cuyo alcance y significación no deben ser menospreciada a la hora de analizar los grupos del pasado. La progresiva articulación de mecanismos teóricos y metodológicos para el estudio de estos procesos permite, cada vez con más frecuencia, la elaboración de interpretaciones e hipótesis que incluyan estos procesos como parte integrante de la vida de las sociedades prehistóricas.

III. 6. SOCIALIZACIÓN, EDUCACIÓN Y APRENDIZAJE

III. 6.1. EDAD E INFANCIA: CATEGORÍAS SOCIALES E IDENTITARIAS

La edad como el género, es una categoría de identidad. Sin embargo, a pesar del desarrollo en los últimos años de los estudios de mujeres y las relaciones de género en los trabajos del pasado, la categoría de edad no ha gozado de un gran interés por parte de la historiografía arqueológica. Si bien, la toma en consideración de la categoría de edad es fundamental en los estudios sobre la organización de los modos de vida y pautas conductuales de los grupos sociales del pasado (Lucy, 2005: 43).

El desinterés, por parte de la arqueología y la propia historia, por las niñas y niños de las sociedades pre(históricas) se debe a varios factores. En primer lugar, por el propio concepto de niñez que tenemos en las sociedades europeas occidentales actuales y la no consideración de sus capacidades económicas y sociales (Chapa, 2003: 116; Lucy, 2005: 43). El segundo de los mismos, se refiere a un problema metodológico que atañe a la dificultad que encierra la interpretación del registro arqueológico relacionado con los individuos infantiles. Con respecto a este último factor, debemos señalar que a ello ha contribuido fuertemente la inexistencia de estrategias de investigación específicas para el conocimiento y reconocimiento de este grupo o categoría social en el registro arqueológico (Sánchez Romero, 2006). Por último, debemos referir el hecho de que estas prácticas han sido relacionadas generalmente, con el conjunto de prácticas o campos de actuación de las mujeres.

La confluencia de estos factores ha originado que tanto el cuidado como la socialización infantil formen parte de esos grandes temas olvidados tanto en los estudios del pasado como de nuestro presente. Sin embargo, pensamos que el estudio de esta categoría identitaria nos permite acercarnos a la principal fase de formación de cualquier persona, como sujetos sociales y productivos, a la vez que nos aproxima a los comportamientos y patrones conductuales de los grupos humanos a lo largo del tiempo y del espacio.

El estudio de esta categoría social ofrece la posibilidad de explorar no sólo las posibles relaciones que se establecen entre los individuos de un grupo social, sino también valorar de una manera distinta los espacios y las actividades relacionadas con la infancia. La categoría de edad, al igual que la de género, está socialmente construida y como ésta, está sujeta a los parámetros y condicionamientos sociales del grupo (James *et al.*, 1998; Sofaer Derevenski, 1999; Lucy, 2005; Sánchez Romero, 2004; 2007). Por lo tanto, como la categoría de género y estatus, la edad es igualmente relevante en la organización social de cualquier grupo humano lo que la convierte en una categoría útil de análisis en los estudios del pasado (Sofaer Derevenski, 1997; 2000; Prout, 1999; Chapa, 2003; Sánchez Romero, 2007: 26). Su papel en las sociedades y su composición será determinante, articulando y estructurando al grupo, de ahí que los individuos infantiles tengan su reconocimiento no sólo dentro del grupo familiar sino general (Sofaer Derevenski, 1999; 2000; Lucy, 2005; Sánchez Romero, 2006), como demuestra su presencia en los espacios funerarios (Sánchez Romero, 2006; 2007; Alarcón García *et al.*, 2008). Por ello, no debemos olvidar que como los adultos, los niños y niñas han jugado y juegan un importante papel económico y social en todas las sociedades y es,

por tanto, necesario tener en cuenta la aportación de sus actividades, actitudes y valores (Sánchez Romero, 2004; 2007: 26; Lancy, 2008; Kamp, e.p.) lo que los convierten en sujetos perceptibles a través del registro arqueológico. Por tanto, debemos verlos no sólo como reflejo de lo que ocurre en el mundo adulto sino como sujetos activos y participes de él (James *et al.*, 1998; Sánchez Romero, 2006; 2007).

El hecho de que la categoría de edad y el periodo de la infancia sean un fenómeno socialmente construido, suponen un proceso dinámico, fluido y activo dado que su significado y definición atiende a las especificidades propias de los contextos socioculturales que estemos analizando (Prout, 1999; Sofaer Deverenski, 1997; 2000). Esto quiere decir que con su estudio podemos llegar a entender características fundamentales de los comportamientos relacionados con la infancia dentro de una misma sociedad lo que nos permite observar patrones conductuales de dicha sociedad particular (James *et al.*, 1998). Por ejemplo, entre los grupos etnográficos Inuit de Belcher Islands (Bahía de Hudson), el nacimiento de un nuevo bebé no se concebía como una nueva persona a la que había que socializar y educar sino que era considerado como producto de un antepasado recientemente fallecido, quién se encargaría de transferirle alguno de sus atributos tras darle su nombre (Guemple, 1979: 48-49; 1988: 134-135) ayudándolo a desarrollar su carácter y personalidad (Burch, 1988: 90). Hasta tal punto conciben esta idea que a los bebés Inuit Qiqiqtamiut no se les daba nombre hasta el cuarto día de su nacimiento. En este caso particular, el objetivo principal de la socialización consistía en ayudar al nuevo miembro (que en realidad era uno antiguo) a reconocer el potencial de su identidad preestablecida (Park, e.p.). En base a este tipo de concepción de la infancia, podemos señalar que a los nuevos bebés Inuit se les consideran completos socialmente desde poco tiempo después de su nacimiento, por lo que requerían no tanto ser enseñados, como ser guiados y dirigidos por adultos. Esta concepción es diferente a la que se tiene en nuestro mundo occidental donde a los niños se les consideran como seres que hay que socializar y enseñar a través de diferentes mecanismos de aprendizaje, mientras que, en el caso de los niños y niñas Inuit, su socialización y aprendizaje se conseguía simplemente ayudándoles a sacar fuera lo que se entendía que ya sabían (Guemple, 1988: 135).

Con estos datos, simplemente, queremos poner de manifiesto que como sucede con la categoría de género, la categoría de edad y su consideración no debe extrapolarse de una sociedad a otra ya que su condición y significación está determinada por características específicas de la cultura. Cada sociedad tiene su propia definición de edad y a la vez cada sociedad identifica y define las categorías de edad significativas de la infancia (como de la madurez o vejez) con sus procesos, pasos y características (Nájera *et al.*, e.p.). Estas divisiones internas de la edad pueden ser definidas a partir de los patrones de desarrollo y crecimiento biológico, la dependencia de los adultos en cuanto a comida y cuidado o la madurez sexual (Ardren, 2006). Pero además, debemos considerar que la infancia implica en su definición otras formas de identidad tales como el género o el estatus, que no olvidemos, son principios estructuradores de cualquier sociedad y que se configuran no sólo a través de prácticas, discursos y representaciones simbólicas, sino también a través de la cultura material y de experiencias físicas relacionadas con el cuerpo (Sánchez Romero, 2008b/c).

Ante esto, la categoría de edad deber ser considerada pero no asumida por lo que debe ser tratada como un componente más de las estructuras sociales de las sociedades a lo largo del tiempo y del espacio, lo que la convierte en reconocible y visible. En el

momento que nos ocupa nos centraremos en una de las fases o periodos marcados por la categoría de edad, la infancia. La infancia se caracteriza por su plasticidad, no sólo porque su definición depende de los contextos socioculturales de las distintas sociedades, sino porque estos significados sociales comparten ciertas características con el crecimiento biológico como demuestran ciertos ritos de paso a través de los cuales los inevitables cambios fisiológicos relacionados con el crecimiento y la madurez se negocian culturalmente y se incorporan en la vida social de las comunidades (Grimes, 2000; Holm y Bowker, 1994; Van Gennep, 1994). Por ello, en los estudios sobre este periodo humano (la infancia) debemos tener presente la existencia de cuando menos, dos tipos edad; por un lado, la edad biológica y, por otro, la edad social, las cuáles no tienen porque coincidir en el desarrollo vital de un ser humano (Van Gennep, 1994; Holm y Bowker, 1994; Sofaer Derevenski, 1997; 2000; Prout, 1999; Tiznes, 2000).

En definitiva, la categoría de edad y, particularmente, el periodo de la infancia son componentes básicos y elementales en la organización social de cualquier grupo humano, de tal manera que sus estructuras deben ser reconocibles en cualquier sociedad tiempo o espacio, dado que se tratan de procesos sociales y vitales que interactúan en diferentes parcelas de la vida cotidiana.

III. 6.2. ADQUIRIENDO CONOCIMIENTOS: APRENDIENDO A SER ADULTO

Todo individuo infantil, niño y niña, necesitan durante el periodo de su infancia la ayuda, la atención y el cuidado de otros miembros del grupo adulto pero también necesitan su interrelación con otros individuos infantiles y con la cultura material que los envuelve en su vida cotidiana. Precisamente, los individuos adultos son considerados los encargados (por norma general) de conseguir la socialización tanto social como biológica de los infantes. Con el desarrollo de este proceso, la infancia, aunque suponga gasto de trabajo, tiempo y energía por parte de quién lo realiza, se consigue mantener el orden, la integración y la estabilidad social del grupo, algo esencial si se quiere conseguir el mantenimiento y la supervivencia del mismo (James *et al.*, 1998).

En todas las sociedades conocidas, tanto niñas como niños requieren y necesitan para su reproducción social de un proceso de entrenamiento o de maduración que les prepare para su inclusión en el mundo adulto como seres productivos y, por supuesto, como seres sociales. Este proceso de largo recorrido en la vida de cualquier individuo infantil se realiza a través de los mecanismos de socialización y aprendizaje. La socialización de los individuos infantiles estaría en manos de diferentes miembros del grupo social con identidades de género y edad diferencial (Kamp, e.p.). A través de éste periodo formativo y educacional, los individuos infantiles reciben información y conocimientos específicos y relativos a la producción y a la tecnología que les permitirá introducirse en la esfera productiva de las sociedades, pero además recibirán información acerca de su propia identidad. Igualmente, se situarán en una esfera social determinada, conocerán características de su identidad de género y comprenderán y compartirán la forma de ver el mundo de esas sociedades de manera que consigan alcanzar tanto la reproducción biológica como la social (Sánchez Romero 2004; 2006; 2007). Al respecto, debemos recordar que uno de los principios básicos de la categoría de edad y concretamente del periodo de la infancia, es su interacción con el mundo

adulto y sus producciones y la interrelación con otros sujetos sociales de su misma edad, y con la cultura material que los envuelve en su vida cotidiana (Kamp, e.p.). A través de esta interacción, los niños y niñas, son incluidos en los sistemas relacionales y conductuales del grupo, formando parte de los patrones sociales y económicos del grupo humano al que pertenecen donde se convierten en sujetos sociales y determinantes para el grupo (Prout, 1999: 7; Kamp, e.p.; Nájera *et al.*, e.p.).

A menudo se ha asumido que los individuos adultos son los principales encargados de conseguir tanto la reproducción social como biológica de los infantes. Sin embargo, con respecto a la primera reproducción podemos decir que en su consecución también interviene las relaciones personales existentes entre los propios individuos infantiles. Esto es algo evidente, si tenemos en cuenta que los niños y niñas suelen pasar largas horas de su tiempo en compañía de otros niños y niñas realizando diferentes juegos a través de los cuales desarrollan toda una serie de capacidades y habilidades (Kamp, e.p.). Douglas Bird y Rebecca Bliege Bird (2000) *han caracterizado este patrón de aprendizaje de niño a niño como la pérdida del control total adulto, llegando a afectar al proceso real de aprendizaje* (Bird y Bird 2000). Por tanto, en el estudio de esta fase de la constitución social y biológica de los individuos debemos tener presente tanto las relaciones con los adultos pero también las interrelaciones entre los individuos de su misma categoría de edad.

Este sistema de aprendizaje se caracteriza por ser largo, continuo y progresivo, a través del cual los niños y niñas van adquiriendo conocimientos, saberes, que los dota de experiencias que irán consiguiendo paralelamente con el aumento de su reproducción biológica mediante la asimilación de conceptos, prácticas y manipulación de objetos, relaciones interpersonales, etc. Este proceso se realiza a través de los conceptos de *habitus* y *hexis* definidos por Pierre Bourdieu. El *habitus* se refiere a la lógica práctica y al sentido de orden que se aprende inconscientemente a través de las normas establecidas en la vida cotidiana. El *hexis* se describe como esas experiencias sociales creadas por las categorías de género, clase o edad que se reflejan en el cuerpo (Gilchrist, 1999: 81) y, por ende, todos estos procesos deben dejar necesariamente huella en los registros arqueológicos (Sánchez Romero, 2006: 132).

III. 6.2.1. Jugar aprendiendo: imitando, recreando y experimentando

Las niñas y niños se incorporan a las sociedades a través de mecanismos como el aprendizaje (Nájera *et al.*, 2004). Entendemos por aprendizaje la adquisición por parte de los individuos infantiles de determinados conocimientos, experiencias, saberes, etc., y el uso de ciertas tecnologías que les permitan realizar determinados trabajos en el mundo adulto. El vehículo utilizado será el uso de juguetes y juegos, a través de los cuales reforzarán sus enseñanzas, comportamientos propios de la edad, género o de la clase social pero, igualmente, éstos son mecanismos empleados por los adultos para comenzar a delegar determinados trabajos, responsabilidades y actitudes en los infantes. Por ello, tanto los juguetes como los sistemas de juego son y debemos considerarlos como transmisores de mensajes culturales y mediadores entre el mundo adulto y el mundo infantil (Baxter, 2004: 42; Sánchez Romero, 2007). Así pues, el uso de juguetes y la interacción de los individuos infantiles con los objetos que les rodea forman parte de su aprendizaje, a través del juego (Sofaer Deverenski, 2000: 7). Con este proceso

aprenden a producir y a introducirse en la esfera económica, promoviendo su incorporación como miembros de una comunidad en la que las categorías sociales de género, sexo, edad o clase social deben ser reproducidas (Lillehammer, 1989: 94; Sánchez Romero, 2002; 2004; 2007).

Este proceso de aprendizaje (como en gran medida sucede en las sociedades actuales) de los niños y niñas suele realizarse tomando como base la diferenciación sexual de las labores realizadas por hombres y por mujeres adultas del grupo, es decir, su educación, su aprendizaje y, probablemente, sus juegos girasen entorno a la categoría de género que se incorporarían una vez pasasen al mundo adulto y, éstos a su vez pueden variar diametralmente entre distintas culturas (Bradley, 1987; 1993; Keith, 2006: 27; Nájera *et al.*, e. p.; Kamp, e.p.). Esta diferenciación ha sido constatada etnográficamente en las poblaciones actuales del Pueblo del suroeste americano, donde las niñas realizan los trabajos de sus madres a una escala menor (Dennis, 1940: 40-41; Hough, 1915: 56-69; Marinsek, 1958: 51; Naranjo, 1992: 39-40). Entre estas poblaciones las niñas con alrededor de ocho años de edad comienzan a moler el maíz, actividad desarrollada por las mujeres del grupo, pero cuando cumplen doce años permanecen en las casas familiares ayudando y desarrollando el trabajo doméstico para el que están siendo educadas (Dennis, 1940: 41). Esta misma asignación es recogida entre las niñas Hopi⁶⁸ de época histórica (Beaglehole, 1937: 15). Walter Hough señala que *a la niñas pequeñas se les enseña muy pronto a moler el grano, y a menudo se les incita a que muestren sus habilidades ante los visitantes de la reserva* (Hough, 1915: 63).

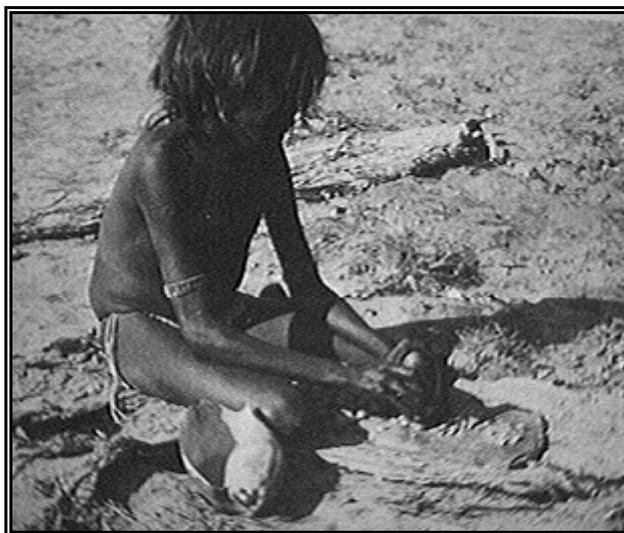


Lámina. 36. Individuo infantil realizando la actividad de molienda.

Por su parte, las fuentes clásicas (griegas y romanas), las representaciones plásticas y estelas funerarias también nos dejan patente esta diferenciación donde encontramos que el juguete exclusivamente femenino eran las muñecas. Curiosamente, dichas muñecas corresponden a representaciones de muchachas, que las niñas vestían y adornaban, aprendiendo a ser adultas (a ser novias, como dice Erinna), y nunca a bebés. No obstante, mediante el cuidado de sus muñecas, las niñas aprendían el proceso mental

⁶⁸ Los indios Hopis pertenecen al grupo de antiguos habitantes de la meseta central de los EE.UU. actualmente comparte espacio con los indios navajo en la reserva federal de Arizona (Davis, 2008).

básico que consagraba a las mujeres al cuidado de sus semejantes. Al casarse, las niñas pasaban sin transición de la edad infantil a la adulta, entregando como ofrenda a las diosas, y en particular a Ártemis, patrona de las vírgenes, sus juguetes de infancia, sobre todo, su amada muñeca. En realidad, ésta representa más que a nadie a la propia niña. No en vano, en la Grecia antigua, la misma palabra *kore*, designa tanto a la virgen como a la muñeca (Martínez y Mirón, e.p.). Un fragmento del largo poema titulado *El Huso* de la poetisa Erinna de Cos, del siglo IV a.C., dedicado a su difunta amiga Báucide, describe los juegos infantiles de ambas —entre ellos, el corro de la tortitortuga— y da pautas acerca de la educación de las mujeres:

[...] De niñas, siempre a vueltas con las muñecas en el cuarto, jugando, despreocupadas, a las novias. Y al alba la madre que repartía lana entre las criadas que la trabajaban; venía ella a pedirte ayuda con la salazón. [...]

Esta división también queda reflejada en la educación actual de nuestros niños y niñas. En la mayor parte de las sociedades actuales, los niños pequeños practican juegos relacionados con la caza, la guerra, las peleas, etc., para lo que utilizan juguetes que recrean estos episodios catalogados como masculinos mientras que entre los juegos de las niñas son las muñecas y utensilios relacionados con las prácticas de actividades de mantenimiento las que tienen una mayor presencia (Kamp, e.p.).

Por ende, los juegos como los juguetes tienen una doble visión. Por un lado, a través de ellos los niños y niñas imitan el mundo adulto reproduciendo roles biológicos y sociales que reflejan las relaciones que los adultos tienen en la sociedad; y, por otro, son los encargados de construir la identidad social e individual del niño y niña. Por lo tanto, su identificación nos permite acercarnos de forma directa a la vida de los adultos dado que definen y refuerzan sus señas de identidad (edad, género o clase social) (Sánchez Romero, 2006; 2007; Kamp, e.p.; Park, e.p.), con lo cual, el juego es algo particularmente significativo para su cultura, ya que, durante su práctica, se produce un aprendizaje de importantes valores, habilidades y capacidades sociales fundamentales para su incorporación al mundo adulto y su función productiva (Kamp, e.p.).

En la mayoría de las sociedades conocidas, la adquisición del conjunto de conocimientos que adquieren los individuos infantiles durante el periodo de la infancia los consiguen a través de este proceso de aprendizaje que se caracteriza por la imitación, la observación directa, la ayuda prestada por los miembros adultos de su comunidad y por su interrelación con otros individuos infantiles. Sin embargo, al igual que la propia consideración de la categoría de edad como del periodo de la infancia, este proceso de aprendizaje también es variable en cuanto a su desarrollo en función de la cultura a la que estemos haciendo referencia. Es decir, podemos encontrar casos en que este proceso de aprendizaje se caracteriza exclusivamente por la observación o, como sucede en otras ocasiones, ésta puede verse interrelacionada e intercalada con la imitación y el juego. Por su parte, en otras culturas, a los niños se les entrenan para que sean observadores habilidosos y activos (Rogoff, 1990: 129-131) y ponen más empeño en esto que en otro tipo de instrucción formal. Si bien, en otras sociedades existe poca o casi ninguna instrucción formal o directa, como sucede entre las sociedades Inuit de la zona ártica de Norteamérica (Park, e.p.). En estos casos, el aprendizaje y la enseñanza se produce por sutiles interacciones, verbales o no, a través de las cuales se enseñan valores y roles sociales combinado con habilidades, técnicas y conocimiento práctico. Igualmente, la cantidad de tiempo dedicado a esta instrucción, así como las técnicas pedagógicas

utilizadas, está en función del tipo de actividad a desarrollar y determinada por las características propias de la cultura en cuestión. A menudo se aprende tan sólo con la observación (Kamp, e.p.).

El reconocimiento y estudio de este proceso reproductivo y productivo no es nada fácil en las sociedades del pasado. Mientras que en las sociedades con escritura contamos con fuentes directas sobre su formulación y desarrollo, especificándonos lugares concretos para su desarrollo, la utilización de elementos particulares como los textos u otros utensilios empleados en este proceso, en los grupos humanos que no poseen esta facultad como pueden ser las sociedades prehistóricas, las evidencias de la que se dispone para su estudio se restringen únicamente a la documentación recuperada durante el proceso de excavación del registro arqueológico o a través de las observaciones realizadas sobre sociedades actuales etnográficas (Sánchez Romero, 2006; 2007). Dado al carácter que tiene la documentación con la que contamos en arqueología, la estrategia más coherente y efectiva para su estudio consiste en no perder de vista en ningún momento de nuestra investigación el contexto de aparición de los artefactos, ya sean juguetes u otros objetos relacionados con los individuos infantiles.

En su identificación en el registro arqueológico nos encontramos con un inconveniente, y es que generalmente, estos restos materiales se caracterizan por presentar una pequeña y deforme forma que han hecho que se cataloguen en la práctica arqueológica como simple dato curioso, miniaturas, etc., haciéndolos pasar desapercibidos en los estudios de la cultura material, quedando ausentes de las interpretaciones de nuestro pasado (Sánchez Romero, 2007). En este sentido, desde la disciplina arqueológica, se ha olvidado que cualquier tipo de cultura material presente en un yacimiento arqueológico nos permite acercarnos a los diferentes momentos o episodios vividos y consumidos por estos sujetos sociales durante su periodo de formación o aprendizaje, así como ocurre con los objetos y espacios relacionados con el mundo adulto. Nosotras consideramos que la cultura material relacionada con el mundo infantil son señas de comportamientos y conductas, muestras de su proceso de aprendizaje, marcadores de su identidad de género, etc. En definitiva, éstas son evidencias claras de la vida de estos niños y niñas del pasado que nos transmiten mensajes culturales mediante los cuales, los adultos definen y refuerzan las identidades de edad, género, clase social, etc., de manera que los nuevos sujetos productivos acepten y asuman como propios determinados trabajos, responsabilidades y obligaciones propias de su grupo y de su género (Sánchez Romero, 2006; 2007).

En el registro arqueológico existe una gran diversidad de objetos, artefactos, cultura material que probablemente fueron utilizados por los individuos infantiles y formaron parte de sus juegos y, por consiguiente, de su proceso de aprendizaje. En ocasiones localizamos objetos que debido a su categorización⁶⁹ parecen haber sido realizados por manos adultas destinados al juego de las niñas y los niños, u objetos procedentes del mundo adulto que por desecho o rotura son utilizados por los individuos infantiles y, por último, objetos sin transformar (Politis, 1998: 10). También se han documentado elementos que han sido realizados por los propios individuos infantiles como parte de su aprendizaje y socialización, imitando tanto los trabajos como los artefactos utilizados y creados por los adultos (Nájera *et al.*, 2006), como sucede con los

⁶⁹ Gustavo Politis en 1998 publicó un estudio realizado sobre las poblaciones Nukak de la Amazonia colombiana donde explicaba las diferentes categorizaciones que había identificado entre estas poblaciones (Politis, 1998).

pequeños objetos cerámicos. Aunque es cierto que en la actualidad es difícil discernir si un objeto es realizado o no por un individuo infantil o por un adulto, lo cierto es que como apuntan Sally Crawford y Carenza Lewis *existe una importante diferencia tanto a nivel conceptual como social entre los artefactos utilizados y adaptados por los niños para la realización de sus juegos y entre aquellos elementos que han sido objeto de fabricación por parte de los adultos para formar parte de sus juegos* (Crawford y Lewis, 2008: 12).

Indudablemente, es complicado determinar a través del registro arqueológico quién fabrica los útiles y cuál es el proceso por el que los niños y niñas terminan usándolos (Park, e.p.). Sin embargo, en la Península Ibérica contamos con diferentes ejemplos que parecen apuntarnos hacia una dirección u otra, como también algunas informaciones etnográficas nos marcan las diferentes posibilidades.

Concretamente, en la Península Ibérica encontramos ejemplos que nos apuntan hacia la posible relación entre las prácticas de aprendizaje y socialización con posibles producciones de los individuos infantiles. Este es el caso del yacimiento argárico del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) (Aranda, 2004), donde se localizó una doble inhumación infantil que contenía un ajuar funerario compuesto por un cuenco parabólico, un collar perfectamente articulado de pequeñas cuentas de piedra y un vasito (Aranda, 2001: 84). Ambos vasos cerámicos presentan pequeñas dimensiones que imitan las diferentes formas cerámicas del mundo adulto. Sin embargo, tanto su manufactura como su acabado presentan diferencias con respecto a las del mundo adulto. En primer lugar se tratan de elementos cerámicos recreados a pequeña escala, de factura muy tosca, con desgrasantes muy gruesos, que les da una calidad muy baja, contrastando con los excelentes acabados que presenta la cerámica argárica; en segundo lugar, se tratan de formas asimétricas o desproporcionadas; y, por último, la mayoría de los ejemplos presentan señas de haber sido cocidos a poca temperatura. Todos estos elementos hacen plantearse ante una sociedad tan homogénea y estandarizada como la argárica que estos pequeños recipientes cerámicos podrían ser juguetes que reproducían comportamientos adultos o productos del proceso de aprendizaje de la manufactura cerámica de los individuos infantiles de esta sociedad. Éstos suelen aparecer tanto en contextos domésticos como funerarios y en estos últimos casos siempre asociados con individuos infantiles (Sánchez Romero, 2004; 2007; 2010).

Precisamente, un ejemplo de esta asociación entre enterramiento infantil y elementos materiales que recrean formas del mundo adulto, lo encontramos en otro yacimiento arqueológico de la Edad del Bronce de la Península Ibérica, la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real). En una de las sepulturas documentadas en este poblado se localizó junto a un individuo infantil, probablemente masculino, de unos ocho o nueve años, un ajuar consistente en la reproducción en miniatura de cuatro vasos cerámicos, de los cuales uno de ellos es de forma parabólica, un carrete y dos fichas de arcilla, una de ellas presenta una perforación central y un pequeño canto esférico de piedra (Lám. 37). El dato de interés de este hallazgo no sólo responde al hecho de que en todos los casos se traten de elementos de pequeñas dimensiones sino que todos ellos responden a un similar proceso tecnológico y de manufactura como el descrito en el caso anterior (Nájera *et al.*, 2006). Con este hallazgo podríamos por un lado, confirmar la relación entre los individuos infantiles y las reproducciones cerámicas a pequeña escala, como representaciones de objetos de su vida cotidiana, ligados a la socialización y aprendizaje; y, por otro, nos remite a aspectos específicos y relevantes en cuanto a las

formas de identidad social de los niños y niñas de la Edad del Bronce manchego (Sánchez Romero, 2004; 2007).

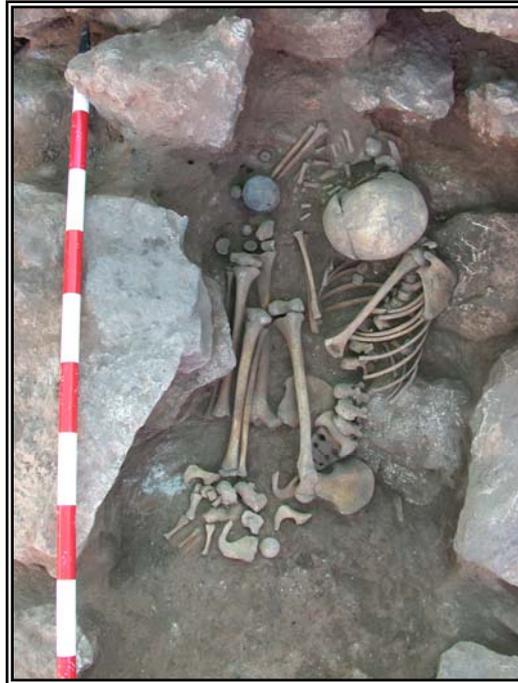


Lámina 37. Sepultura 34 del yacimiento arqueológico de la Motilla del Azuer (Ciudad Real, Daimiel) (Sánchez Romero, 2007).

Para el periodo crono-cultural objeto de nuestra investigación no contamos con otros datos empíricos como fuentes escritas o iconográficas que ratifiquen nuestra hipótesis sobre la relación entre la participación infantil y la producción cerámica. Por el contrario, conocemos perfectamente cuales son las técnicas manufactureras y las características morfológicas de la cerámica argárica, La cuál se caracteriza por ser una producción realizada a mano, muy estandarizada y homogénea con muy buenos acabados superficiales, dotadas de una gran calidad técnica, morfológica y funcional. También sabemos que el proceso de manufactura de la cerámica a mano que es laborioso, costoso y que requiere un largo proceso de aprendizaje por lo que demanda mucha práctica para conseguir la pieza deseada (Rice, 1999). Con respecto a estos últimos elementos, hay que señalar que se han realizado diversos estudios psicológicos del desarrollo cognoscitivo y de habilidades motoras que han demostrado que los niños y niñas atraviesan en su proceso de aprendizaje por diferentes etapas de formación. En cada una de estas etapas, los niños y niñas son capaces de desarrollar y aprender determinadas técnicas de cada proceso tecnológico. Al respecto, Elizabeth Bagwell, defiende que es improbable que un niño o niña menor de cuatro años de edad pueda realizar formas cerámicas concretas y que sólo a partir de los cinco años estos son capaces de manufacturar formas cerámicas reconocibles, quedando afianzada esta habilidad a partir de los nueve años (Bagwell, 2002: 91). Si bien, esta adquisición de conocimiento conllevaba una gran cantidad de tiempo y práctica para afianzar dicha habilidad, por lo que durante este proceso de aprendizaje lo lógico es que comenzasen a realizar pequeñas formas que serían más fáciles de manejar, controlar y de realizar. Tal y como afirma Elisabeth Bagwell para la producción cerámica del río Pecos (Nuevo México, Estados Unidos), donde niños y niñas manufacturan pequeñas formas

cerámicas que utilizan a modo de juguetes pero también como objetos funcionales (Bagwell, 2002).

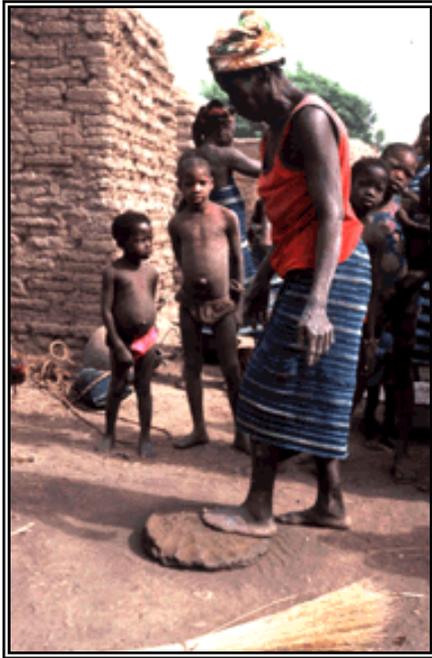


Lámina 38. Mujer africana modelando la arcilla bajo la atenta mirada de los individuos infantiles de su comunidad.

Patricia Crown (1999, 2002) también ha realizado diferentes estudios encaminados en esta dirección sobre la cerámica pintada del sureste americano. Esta investigadora ha basado su análisis tanto en la forma como en la decoración de la cerámica pintada, cuyos diseños presentan características manufactureras muy toscas y deformes. En su análisis diferencia varios tipos de vasos cerámicos, por un lado encuentra aquellos que presentan diseños mal dibujados dado que presentan problemas formales. Este carácter puede implicar que dichos elementos fuesen realizados y decorados por aprendices. Por otro lado, encontró otros ejemplos que presentaban una decoración muy descuidada; y, por último, aquellos que estaban mal fabricados, pero bien decorados o había zonas que presentaban decoración bien realizada mientras que en otras partes del vaso la decoración no era buena (Crown, 1999; 2002). Patricia Crown, llega a la conclusión de que estas cerámicas son reflejo de los diferentes niveles de habilidad y conocimiento de los individuos infantiles y las interpreta como evidencias de colaboración y de participación activa de alfareros adultos y habilidosos en el proceso de aprendizaje infantil (Kamp, e.p.).

Esta posible secuenciación del aprendizaje infantil en la producción cerámica también ha sido documentada en cierta medida por Carol Kramen en sus trabajos sobre la India (Kramen, 1997: 28), dónde documentó la posible existencia de un patrón de aprendizaje transcultural para aprender habilidades relacionadas con la manufactura cerámica (Lám. 38). Por su parte, Donley-Reid (1990) no sólo nos traslada la misma idea que los casos anteriores sino que en su estudio observa como son las niñas pequeñas, de entre 3 y 5 años, de las poblaciones Swahili (entre el sur de Somalia y el norte de Mozambique, Africa subshariana) las que realizan la cerámica que en un principio utilizan como juguetes pero que paralelamente utilizan para su aprendizaje de las actividades consideradas propias de su categoría de genero, la preparación de alimentos. Conforme las niñas van creciendo, su producción cerámica también se incrementa de tamaño hasta que terminan reproduciendo las formas cerámicas

adecuadas para cada actividad (Donley-Reid, 1990: 55). Una situación muy parecida es la que se explica en narraciones etnográficas de los Pueblos en el suroeste americano; *las niñas también juegan a hacer cerámica, realizando formas pequeñas y cocidiéndolas en espacios abiertos. Algunas veces acompañan en el proceso de fabricar cerámicas a una mujer adulta, pero como manufacturar cerámica es una actividad ocasional, las niñas a menudo realizan estos simulacros de fabricación cerámica por sus propios medios* (Dennis, 1940: 50, cit. en Kamp, e.p.).

Otros ejemplos etnográficos de cómo los individuos infantiles utilizan la arcilla como materia base para la realización de sus juguetes es el caso de las niñas Navajo, (Hough, 1919); las niñas iraníes de las zonas rurales (Ochsenschlager, 1974; Watson, 1979: 202) o como también, posiblemente sucedería entre los Pomo y los Miwok (poblaciones indias de California Central) (Morss, 1954) o las poblaciones andinas (Sillar, 1997).

Volviendo nuevamente a los ejemplos arqueológicos de la Península Ibérica, si tenemos en cuenta todos estos casos etnográficos y los diferentes estadios del aprendizaje descritos, podríamos pensar que en una producción cerámica tan estandarizada como la de las sociedades argáricas, el hecho de encontrar restos de vasos cerámicos de muy pequeñas dimensiones, asimétricos y carentes de tratamientos superficiales, tanto en contextos funerarios (Sánchez Romero, 2004; 2007) como domésticos (Alarcón García, 2005; 2006), nos pueden referir a que éstos formaron parte de esos procesos de aprendizaje y adquisición de habilidades de los niños y niñas en la tecnología cerámica, siendo instruidos desde edades muy tempranas por los adultos y especialistas a través de la observación e imitación, la instrucción verbal y la demostración práctica de ésta tecnología (Crown, 2002: 108-109; Sánchez Romero, 2007).

Otras evidencias que nos apuntan a que esta producción tecnológica de la manufactura cerámica formó parte del aprendizaje y de la vida de los niños y niñas del pasado es el examen de huellas dactilares marcadas en la arcilla húmeda, y preservadas durante la realización de la cocción de las mismas mediante su exposición al fuego (Kamp, e.p.). La formación de las huellas dactilares van en paralelo con el crecimiento del individuo, si bien, su dibujo comienza a perfilarse a partir del séptimo mes de crecimiento (Holt, 1968: 6), con lo que a partir del estudio de su huella podemos determinar la edad aproximada del individuo. Esta determinación de la edad se realiza mediante la medición desde el centro de uno de los surcos pasando sobre la cresta hasta la mitad siguiente del surco (Penrose, 1968), lo cual permite su examen incluso en huellas parcialmente recogidas en el registro arqueológico (Kamp, e.p.).

Utilizando este método de investigación, entre otros investigadores, Katheryn Kamp (1999) realizó hace unos años un estudio experimental para el que utilizó a 101 individuos de edades comprendidas entre los 65 meses (equivaldría a niños y niñas de entre 5 y 6 años aproximadamente) hasta adultos, con el objetivo de que estos realizasen figurillas en arcilla similares a las localizadas en yacimientos arqueológicos del suroeste americano, para posteriormente proceder a la medición de las anchuras de las crestas de las huellas dactilares marcadas en los objetos cerámicos. Los resultados del experimento mostraron una alta correlación tanto entre la edad y la anchura de la cresta ($r=.85$) como entre la altura y la anchura de la cresta ($r=.87$) (Kamp *et al.*, 1999). Estos resultados fueron utilizados para estimar la edad de los fabricantes de las figurillas de arcilla y

vasos prehispánicos recuperados en diferentes yacimientos arqueológicos y que presentaban huellas dactilares (Kamp, e.p.).

Concretamente, el registro arqueológico utilizado para este estudio corresponde con los asentamientos Sinagua de la fase Elden Inicial y Media, un periodo en el que los poblados, como sabemos, son en general pequeños y muy dispersos. Entre todas las piezas analizadas se llegó a documentar evidencias de objetos de cerámica que habían sido posiblemente fabricados por los niños y niñas Sinagua como parte de su juego. Dicha fabricación o manufacturación fue intercalada y combinada entre juegos y trabajos marcados por su aprendizaje desde muy corta edad. Las primeras piezas realizadas serían figurillas en arcilla y vasijas en miniatura. Además, como en todos los casos descritos con anterioridad, estas piezas presentan por norma general características manufactureras similares. Con superficies rugosas y poco cuidadas, presentando una terminación bastante precaria e, inclusive, en el caso de las figurillas de animales. Éstas suelen presentar una gran tosquedad, sobretodo en cuanto a la manufactura de determinadas partes de los cuerpos de animales, las colas y las patas. Por último, señalar que estos elementos (figurillas y vasijas), en su mayoría, tienden a estar poco cocidos (Kamp, 2001). Aunque la mayoría de estas piezas se han localizado en fosas y basureros, como sucede en la Península Ibérica, además de documentarse asociadas a sepulturas infantiles. Esta asociación, nos puede sugerir, como ya apuntábamos para el caso documentado en la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), que se tratasen de los propios juguetes del individuo infantil enterrado (Kamp y Whittaker, 1999: 60; Schaefer, 1986: 424-425).

La participación y aprendizaje de los individuos infantiles no sólo se ha detectado asociada a la producción cerámica, sino que también es constatable en otros procesos productivos como puede ser la talla de sílex y útiles líticos. Este tipo de producciones requieren, además de una gran habilidad, un proceso largo de aprendizaje marcado por una gran intensidad en cuanto a su práctica. Por ello, es lógico pensar que su enseñanza se iniciara desde edades muy tempranas. Esta idea ya ha dado resultados prometedores en el estudio de los artefactos líticos tallados (Milne, 2005; Stapert, 2007; Bamforth y Finlay, 2008; Högberg, 2008). Además, en determinados yacimientos paleolíticos franceses se han documentado acumulaciones de talla y desechos propios del sílex, que han sido interpretados como espacios de iniciación y aprendizaje (Finlay, 1997; Grima, 2000).

Asimismo, debemos tener en cuenta que tanto la producción cerámica como lítica conllevan una larga cadena de producción, por lo que los niños y niñas pueden participar en determinadas actividades previas a la manufactura de los artefactos. Su participación en estas tareas auxiliares y necesarias para la consecución de estos productos también formaría parte de su proceso de aprendizaje. Nos referimos aquellas tareas necesarias pero calificadas como menos técnicas de la producción, lo que no quiere decir que estén carentes de significación, aplicación tecnológica y conocimiento. Por ejemplo, para el caso de la producción cerámica se necesita contar con la principal materia prima, la arcilla, pero también se necesitan desgrasantes y agua. La arcilla y los desgrasantes pueden ser diferentes tierras que deben ser preparadas, las partículas no necesarias quitadas a mano (decantación) y la arcilla amasada (Kamp, e.p.).

Por el momento hemos hecho referencia básicamente a los elementos en miniatura como posibles artefactos productos del proceso de aprendizaje infantil en

diferentes sociedades y registros como consecuencia de la supervisión, observación e imitación de las producciones adultas. Sin embargo, a la hora de interpretar estos elementos debemos tener cautela ya que estas miniaturas no tienen porqué significar lo mismo conceptual y funcionalmente que los objetos en tamaño real y, por tanto, su procedencia y funcionalidad puede ser distinta (Park, e.p.). Como por ejemplo estar relacionados con algún tipo de ritual y en su defecto no tengan nada que ver con los individuos infantiles (Sánchez Romero, 2004; 2007; Sánchez Romero, 2006/2007).

A pesar de las cautelas necesarias en la interpretación de estos elementos, pensamos que la identificación (como sucede en el conjunto de los casos expuestos) de ciertas clases distintivas de errores (como sucede en la producción cerámica) pueden atribuirse al proceso de aprendizaje, que unido a la detección de una recurrencia y aparición concurrente de esos errores, podemos apuntar a que nos encontramos con determinados instrumentos de piedra o reproducciones cerámicas que formaron parte de los procesos de aprendizaje y socialización infantil y que son reflejo y producto de sus inexpertas manos (Park, e.p.).

Sin embargo, en el proceso de aprendizaje infantil pueden utilizarse, como ya exponíamos al comienzo de este apartado, por otros muchos mecanismos. Entre los cuales podemos encontrar posibilidades en que son los propios adultos los que producen determinados elementos u artefactos, a una escala menor, propios del mundo adulto, acorde con las características físicas de los infantes, con las que pudiesen prácticas determinadas actividades propias de su categoría de género. Ejemplo de ello lo encontramos entre los habitantes Inuit de la parte central del Canadá Ártico, donde la mayoría de los artefactos en miniatura manufacturados por los adultos estaban destinados a los “juegos de las casitas”, como pueden ser muñecas, lámparas, etc. Sin embargo, los elementos de mayores dimensiones (sin llegar a ser de la misma escala que los del mundo adulto) parecen destinados a conseguir unos efectos funcionales, lo que hace pensar que su manufacturación sería realizada en base a que los niños y niñas pudiesen utilizarlos mientras estaban realizando sus juegos (Park, e.p.).

Franz Boas (1901:111) nos ofrece una descripción muy detallada de los instrumentos en miniatura realizados por los padres y madres en su crónica acerca de cómo los niños Inuit jugaban a cazar focas. *Cada uno de los niños Inuit poseía un pequeño arpón y unas cuantas piezas de piel de foca con muchos agujeros que representan a estos animales. También tenían un hueso ilíaco de foca cuyo orificio representaba el respiradero por el que las focas salen a la superficie. Los niños mueven los trozos de piel que representan a las focas bajo el ilíaco mientras imitan el resoplido de las mismas, y se disponen a cazarlas a través del respiradero. Aquel que consigue atrapar con su pequeño arpón el trozo de piel se lo queda, y el que acaba el último debe poner todas sus focas bajo el hueso iliaco para empezar de nuevo con el juego. Los pequeños arpones eran fabricados por los padres de los niños, mientras que las piezas de piel eran manufacturadas por sus madres* (Boas, 1901: 111).

Si tenemos en cuenta esta descripción, observamos como aunque estos juguetes estuviesen destinados mayoritariamente al juego de los menores su manufactura funcional ayudaba a reproducir en todo momento tanto actividades, producciones como comportamientos de género adultos, siendo con seguridad esta su principal motivación. Jennes (1922), por su parte, también nos ratifica que son los adultos los que en estas sociedades Inuit se encargan de fabricar los arcos y flechas adecuándolos a las

capacidades y a la fuerza de los niños. Su objetivo no era otro que el que estos niños desarrollaran todas las destrezas y habilidades necesarias para de mayor poder cazar caribús, así pues, durante este periodo de edad su actividad consistían en simular el desarrollo de esta práctica. Obviamente, estos arcos y flechas varían en su tamaño dependiendo de la edad de los niños pero son completamente funcionales a la hora de disparar flechas. Otra vez, lo que los convierte en juguetes, al menos en este contexto, es el hecho de que arrojen las flechas contra un caribú imaginario (Jennes, 1922: 170 y 219, cit. Por Park, e.p.). Además de todo lo mencionado, en los registros etnográficos de estas poblaciones Inuit se describen versiones en diminuto de muchos útiles usados por individuos infantiles como son los trineos, kayaks, umiaks, vasijas de cocina, cuchillos de nieve y sacos de dormir (Birket-Smith, 1945: 214; Boas, 1888: 571).

Las fuentes clásicas también nos hablan respecto a los procesos de aprendizaje de los individuos infantiles. Concretamente, respecto a la educación de las niñas, Jenofonte (Jenofonte, *Económico*, 7,5-6) señala que la joven esposa de Iscómaco, de apenas quince años de edad, tan sólo había aprendido a ser discreta, a controlar sus apetitos, además de nociones básicas sobre el trabajo de la lana. Aunque en las familias ricas había suficiente servidumbre como para realizar estos trabajos, el ama debía saber en qué consistían e incluso ejercerlos ella misma, como se contempla en la literatura o en las frecuentes imágenes de la cerámica ática. En las familias pobres, el conocimiento y la realización de este trabajo era fundamental. De hecho, la joven casadera aprende a hilar junto con su madre y las esclavas, dedicando la mayor parte de su tiempo, como cualquier otra mujer adulta, al trabajo de la lana. Incluso, en algunas ciudades se hacían concursos de trabajo de la lana, como testimonia un trofeo (un vaso ático de figuras negras) que la niña Melisa obtuvo en un concurso de cardado de lana para chicas (Martínez y Mirón, e.p.).

Además del trabajo de la lana, las niñas aprenden otras labores domésticas mediante la observación, imitación y ayuda de sus madres, compartiendo con éstas determinadas actividades como sería la salazón del pescado, o como recoge una terracota de Tanagra (Beocia), del siglo V a.C., que representa a una mujer sentada frente a una olla al fuego, en la que vierte sal. A su lado hay de pie una niña, que la toma del brazo derecho y mira curiosa al interior, en gesto que parece indicar que está aprendiendo a cocinar. Aún en el caso de que no recibiesen una instrucción específica al respecto, la permanencia constante de las niñas en el interior de la casa, contemplando con curiosidad los trabajos de las mujeres, sin duda acabaría familiarizándola con ellos y aprendiendo a realizarlos (Martínez y Mirón, e.p.).

Tanto los datos etnográficos, históricos como nuestra observación directa sobre las sociedades actuales, nos trasmite la idea de que los niños y niñas en determinados momentos de su infancia juegan con objetos que pertenecen al mundo de los adultos, probablemente, de sus padres o familiares (Park, e.p.). Pues ello es lógico, si pensamos que los niños y niñas están inmersos en el desarrollo de la vida de las poblaciones del pasado. Partiendo del gran sentido de curiosidad que los infantiles tienen sobre todo aquello que les rodea unido a la interna vinculación con los adultos les hace tener un acceso directo sobre todo lo que les rodea y observar y relacionarse directamente con el conjunto de actividades acorde con su género que tendrán que desarrollar una vez que alcancen la edad necesaria marcada por el grupo.

Nuevamente, Franz Boas (1888) recoge esta idea en el caso de las sociedades Inuit, en las que describe como *los bebés siempre van a la espalda de sus madres pero cuando éstos tienen alrededor de un año y medio se les deja jugar en la cama y sólo se les coge en brazos si son traviosos*. En esta situación, los pequeños y pequeñas tendrían acceso a un buen número de objetos pertenecientes al mundo de adultos, de sus padres (Boas, 1888: 565-566). Por su parte, Jean Briggs (1974) nos describe que los niños y niñas Inuit comienzan a jugar con elementos propios del mundo adulto a una edad muy temprana (inclusive antes de comenzar a andar), recreando tanto actividades como patrones de conducta. Concretamente, las niñas Inuit aún sin saber andar, juegan a portar a sus espaldas muñecas, cacharros o cualquier otro tipo de artefacto que se adapte y coloque con facilidad a la forma de su vestido o abrigo. De esta manera, las niñas Inuit no sólo utilizan elementos propios del mundo adulto sino que recrean actividades, comportamientos, actitudes y valores propios de sus madres, que con el desarrollo de su infancia y el alcance de su madurez llegarán a realizar y a practicar tanto con sus hermanos menores como con sus propios hijos (Briggs, 1974: 269).

En la actualidad, o concretamente entre los niños y niñas de la actualidad también podemos recoger estas ideas. Los niños y niñas se sienten atraídos por la mayoría de las cosas que les rodea, sobretodo, aquellos elementos vistosos como pueden ser las nuevas tecnologías (móviles, ordenadores, televisiones, etc.), pero también es normal encontrar a niños y niñas pequeñas cuidando de sus propios hermanos o ejerciendo como tales con otros infantiles con los que se rodean (Lám. 39). Otro elemento muy atrayente para ellos y ellas son todo lo relativo a las ropas y accesorios adultos, etc.



Lámina 39. Joven Massai al cuidado de su hermano menor.

En último lugar, también debemos tener en cuenta aquellos otros juegos que no dejan huella en el registro arqueológico y, en muchas ocasiones, no nos transmiten las fuentes etnográficas ni clásicas. Nos referimos a aquellos juegos relacionados con las tradiciones orales como pueden ser los cuentos, fábulas, canciones, narraciones, relatos mitológicos narrados a niños y niñas en las sociedades del mediterráneo en época clásica (Martínez y Mirón, e.p.) etc. y, por supuesto, también aquellos otros que utilizan elementos perecederos o que carecen de su utilización. Recordemos que los adultos inician a los individuos infantiles no sólo en normas y comportamientos sociales sino también en las creencias rituales y religiosas que sostienen su mundo (Breedon, 1988).

A tenor de lo expuesto hasta el momento, debemos señalar que uno de los principales objetivos de la mayoría de las sociedades es y ha sido socializar, impulsar y desarrollar el proceso de maduración de la infancia mediante los diferentes mecanismos. Estos mecanismos de aprendizaje se basan sobre todo en la observación directa, la imitación, la experimentación, la ayuda y colaboración del resto de miembros del grupo. Por lo tanto, este proceso está marcado por un conjunto de normas, relaciones interpersonales y por el conjunto de elementos materiales que envuelven sus vidas. Así pues, estas prácticas de socialización y aprendizaje son ante todo sociales y humanas, productivas y económicas, psíquicas y espirituales, y por ende, con su análisis y consideración nos acercamos a los patrones conductuales de los grupos sociales. No olvidemos, que su estudio es individual y no es extrapolable, ya que los sistemas utilizados pueden ser variados y, generalmente, están condicionados a las normas y a los patrones internos de cada sociedad en cuestión. Es por ello que, en nuestro interés por el conocimiento de las sociedades y sus patrones de conducta, nos interesa conocer aquellos elementos relacionados con los juegos de los niños y niñas, ya que estos forman parte de un sistema de recreación social dedicados a enseñar, educar y reafirmar determinadas habilidades y a remarcar determinadas normas sociales de manera sutil y diametral, como pueden ser los roles de género, los valores sociales, las categorías sociales etc. Muchos juegos modernos acentúan habilidades contables y, como el Monopoly, pueden ser vistos como medios para inculcar determinada cultura del mercado competitivo.

III. 6.2.2. Trabajar jugando: relaciones entre trabajo, juego y aprendizaje

Partiendo de que el objetivo último de todo proceso de aprendizaje no es otro que la incorporación del niño y niña al mundo adulto y su desarrollo como seres productivos dentro del grupo que se insertan. Debemos tener en cuenta que los niños y niñas son parte del sistema social y económico de cada uno de los grupos humanos por lo que no debemos ignorar sus contribuciones económicas a lo largo del tiempo y el espacio (Lancy, 2008).

Una de las fórmulas más utilizadas para el aprendizaje infantil es la práctica y realización de determinados trabajos, marcados con distintas y progresivas responsabilidades. Estos trabajos, en un principio, pueden o no formar parte de sus propios juegos. En la mayor parte de las sociedades y durante la mayor parte del tiempo podemos asegurar que los individuos infantiles han estado participando activamente en trabajos no sólo ligados a la subsistencia sino también a otros de carácter productivo, a pesar de que el rechazo y la preocupación por la explotación infantil que se empezó a gestar a mediados del siglo XIX en el mundo occidental desarrolló la conciencia de que los niños y niñas debían aprender y jugar y no a trabajar (Cunningham, 1996). Este nuevo sentimiento moderno provocó el olvido de la importancia que el trabajo infantil ha tenido en las sociedades del pasado dejándolos fuera de los trabajos productivos en la prehistoria y de su consideración en el presente (Baxter, 2005: 65; Willeman, 2005: 55). Sin embargo, es una realidad latente en muchas sociedades actuales donde tanto niños como niñas son utilizados como trabajadores adultos e, incluso en muchos casos, como expodremos a lo largo de este apartado, serán utilizados como mano de obra idónea para la realización de determinados trabajos insalubres, duros y penosos. Así podemos recoger los datos del censo estadounidense de 1910, en el que figuraban entre sus filas

al menos a dos millones de trabajadores entre los 10 y los 15 años, en los cuales no se incluían aquellos trabajos no pagados o aquellos realizados por menores de 10 años (Zelizer, 1985: 56).

Como con el estudio de las actividades desarrolladas por los individuos adultos, en el caso de los individuos infantiles tampoco debemos trasladar aquellas actividades y trabajos que, tanto en la actualidad como en muchos periodos históricamente conocidos, realizan niños y niñas. Sin embargo, los datos etnográficos como históricos nos permiten realizar inferencias sobre lo que pudo pasar en nuestro pasado, ya que el hecho de que determinados trabajos asociados con los individuos infantiles se nos presenten marcados transhistóricamente y transculturalmente, nos hacen pensar en ¿por qué no pudo suceder algo similar en la Prehistoria Reciente?.

Transculturalmente, existen trabajos que son realizados por niños y niñas de los grupos sociales, el principal y más obvio y coherente es el propio cuidado de los individuos infantiles de menores edad de su mismo grupo familiar (Lám. 39) que, como queda recogido en las fuentes clásicas, les servía de entrenamiento para su propia maternidad y capacidad de ser madres (Martínez y Mirón, e.p.), seguidamente encontramos los trabajos relacionados con la recogida y abastecimiento de madera y agua (Kamp, e.p.). A este respecto utilizaremos el estudio realizado por Candice Bradley sobre 91 culturas. En este estudio, esta investigadora, observa como en el 97% los niños de entre seis y diez años se dedican a cuidar a los individuos infantiles más pequeños de su grupo social. Esta asignación y asociación queda también ratificada por Whiting y Edwards (1988). Respecto a la segunda de las actividades, la recogida y abastecimiento de combustible, Bradley documenta que es la actividad más común en el 25% de las sociedades analizadas, mientras que los que tienen entre seis y diez recolectan el combustible en el 88% de las culturas analizadas. Por último, el abastecimiento y acarreo del agua ha sido documentada por la misma autora pero entre individuos infantiles de mayor edad y sólo ha sido registrada en un 13% de las sociedades a menores de seis años, mientras que en el 97% de las sociedades son los niños y niñas de entre seis y diez años los que realizan esta actividad (Bradley, 1988).



Lámina 40. Niño recolectando caña de azúcar.

Sin embargo, estas tres actividades no son las únicas que pueden asociarse con los individuos infantiles. En el caso de los grupos de Pueblo del suroeste americano se han documentado a los individuos infantiles realizando actividades como recoge Kathryn Kamp. e.p.:

- Recaderos (Dennis, 1940: 40).
- Recogiendo y recolectando frutos salvajes, a cazar, a pescar, a cultivar los campos, a cosechar y almacenar el grano (Hough, 1915: 121; Dennis, 1940: 41; Naranjo, 1992: 39) (Lám. 40).
- Persiguiendo a pájaros, roedores y otros pequeños depredadores de las cosechas, (Dennis, 1940: 40; Hough 1915: 56, 69 y 121).
- Abasteciendo de materia prima para la manufactura cesterá (Hough, 1915: 121; Spencer, 1899: 78) y de piedras para la construcción de las viviendas (Hough, 1915: 121; Naranjo, 1992: 39).
- Preparando la arcilla para la producción cerámica (Marinsek, 1958: 51; Naranjo, 1992: 39; Spencer, 1899: 78).
- Recogiendo de combustible para el fuego (Spencer, 1899: 78); cortar madera (Dennis, 1940: 40).
- Barriendo las plazas (Naranjo, 1992: 39) y los suelos de las casas (Dennis, 1940: 41).
- Acarreando del agua (Spencer, 1899: 78; Parsons, 1925; Dennis, 1940: 41 y 83; Whitman, 1947: 42; Marinek, 1958: 51).
- Moliendo del maíz y otros granos de cereal y su descascarillado (Hough, 1915: 63; Dennis, 1940: 41; Marinsek, 1958: 51).
- Cocinando (Dennis, 1940:41; Naranjo, 1992: 39) y preparando los alimentos (Lám. 41).
- Limpiando (Dennis, 1940).
- Cuidando de los niños más pequeños, generalmente hermanos menores (Dennis, 1940: 35, 41 y 85; Eickemeyer y Eickemeyer, 1895: 85; Spencer, 1899: 78; Hough, 1915: 56; Naranjo, 1992: 39; Wyaco, 1998: 12).
- Cuidando del ganado (Lám. 42).



Lámina 41. Niña boliviana preparando una gallina para ser cocinada.

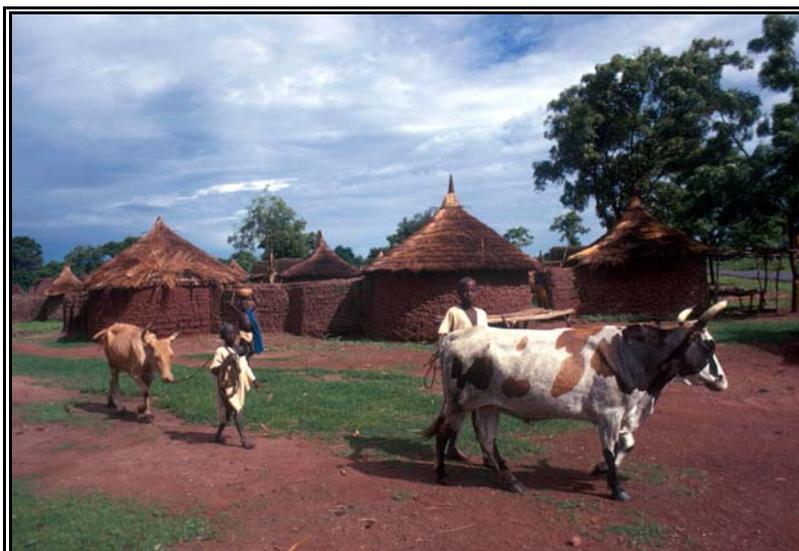


Lámina 42. Niños banama cuidando del rebaño familiar.

Evidentemente, en sincronía con el crecimiento de los niños y niñas aumentaría su responsabilidad, recayendo sobre los mismos mayor número de trabajos y de mayor intensidad, lo que supone también el incremento del tiempo dedicado, esfuerzo exigido y habilidades requeridas, hasta que son capaces de imitar completamente las responsabilidades de los adultos. No obstante, tal y como hemos expuesto anteriormente y como expondremos en el texto que sigue, los niños y niñas desde muy corta edad son sujetos contribuyentes a la economía doméstica del grupo social en que se insertan. Recordemos el caso de las niñas Hopi que aprenden a moler el grano antes de los ocho años (Dennis, 1940: 41). La molienda es una tarea diaria y repetitiva que necesita una fuerza física considerable y una gran resistencia para conseguir un buen resultado y un producto óptimo. La media de consumo de una familia Hopi es de un cuarto de galón⁷⁰ de maíz (Barlett, 1933). Para producir esta cantidad de harina, las mujeres Pueblo de época histórica pasan varias horas cada día moliendo. La cantidad de tiempo necesaria para la molienda podría haber convertido esta tarea en algo necesario de colaboración. Por ello, se podría pensar que una niña menor de ocho años de edad no conseguiría estos objetivos, sin embargo, sabemos que entre estas sociedades dicha tarea forma incluso parte de ceremonias de pubertad de las niñas, por lo que desde edades tan cortas son incorporadas a la realización de este trabajo, consiguiendo su familiarización y que en el momento de su total incorporación como adultas fuesen competitivas (Dennis, 1940: 79).

La mayoría de las actividades mencionadas están marcadas tanto por la categoría de género como de edad en las diferentes sociedades etnográficas referidas. Esto nos indica que no podemos extrapolar dichas asignaciones y asociaciones a otras culturas conocidas. Sin embargo, la determinación de estas asociaciones si nos permiten ratificarnos en nuestra idea de que los niños y niñas pasan por un largo proceso de aprendizaje y socialización que dejan su huella precisamente en el desarrollo posterior de una serie de actividades de carácter productivo. Es decir, la mejor manera de comprobar que un individuo infantil ha pasado por el proceso de aprendizaje es poder

⁷⁰ El galón es una unidad de medida usada en Estados Unidos, un galón en seco supone un volumen de aproximadamente 4.40488377086 litros. Por tanto, un cuarto suponen 1.101220942715 litros.

observarlo desarrollando determinadas actividades dentro de su grupo social tras haber superado este periodo de su vida.

Teniendo en cuenta la gran variedad de actividades que en las sociedades etnográficas sean asociado con las participación infantil, podemos suponer que los niños y niñas de las sociedades cazadoras-recolectoras del Paleolítico pudieron tener esta misma variabilidad y entre las actividades que pudieron realizar, se podían encontrar la recolección, la caza de pequeños animales o el cuidado de otros miembros del grupo menores que ellos. Por supuesto, la realización continuada de estas actividades implicaría también la adquisición de una serie de conocimientos relativos al entorno, los tipos de plantas y de animales, los peligros a evitar o la búsqueda de materia prima para la fabricación de útiles (Willeman, 2005: 55), lo que les ayudaría a que en su vida adulta desarrollaran estos trabajos sin ningún tipo de problema además de convertirlos en seres totalmente integrados dentro del grupo.

Lo que es claramente evidente es que la aportación económica que resulta del trabajo de individuos infantiles cambia visiblemente de unas sociedades a otras. Entre los grupos de cazadores-recolectores, el trabajo de los individuos infantiles está determinado más por razones culturales que subsistenciales, por ejemplo entre los Hadza del sureste de Tanzania, los niños se implican desde muy pequeños en la recolección de combustible para el fuego o en el acarreo de agua (Spector, 1983), además de recolectar alimentos los cuales les llegan a suponer la mitad de su aporte nutricional (Blurton-Jones *et al.*, 1989). Sin embargo, entre los !Kung, de economía claramente similar, la vida de los individuos infantiles se limita a la práctica de juegos tanto en el interior como en el exterior del campamento (Nájera *et al.*, e.p.).

Por supuesto, no debemos olvidar que los diferentes trabajos desarrollados por los individuos infantiles en una sociedad u otra están determinados por las características internas de cada grupo social. Así pues, los trabajos que presumiblemente realizarían los niños y niñas paleolíticas serían diferentes a los que presumiblemente realizarían en sociedades sedentarias, agrícolas y ganaderas. Es decir, estos cambios económicos y sociales no sólo afectan a la organización interna de un grupo y a los individuos adultos sino que, como consecuencia de su integración en el grupo, también afectarían y determinarían la vida y las producciones de los individuos infantiles (Erehmberg, 1989; Claassen, 2002). La necesidad cada vez mayor, a partir de este momento en adelante, de una fuerza de trabajo en estas economías productoras debió provocar posiblemente la aparición de algún tipo de control sobre el comienzo del trabajo de los individuos infantiles, los cuales, probablemente, debieron ser incorporados al mundo adulto y a la vida productiva en edades más tempranas que en el caso de las sociedades cazadoras-recolectoras (Sánchez Romero, 2006). Además, el conjunto de actividades a desarrollar podrían ser mayores ya que a las anteriormente asignadas en estos periodos habría que añadir las que emergían de la nueva economía del grupo como el cuidado del ganado, la ayuda en la plantación, la recolección y el procesado de las cosechas, etc. (Sánchez Romero, 2004; 2007).

Por su parte, en las fuentes clásicas encontramos pruebas de cómo los niños y niñas (en su condición de esclavos como libres) formaron parte de otras actividades desde edad muy temprano como puede ser la producción minero-metalúrgica. En el mundo clásico contamos con los datos procedentes de las tablas de Aljustrel, en el capítulo I, 3, donde se legisla el uso de los baños, y por otro lado, una cita de Diodoro

(IV, 13, 1) que señala cómo los niños eran muy apreciados para el trabajo en las minas debido a la estrechez de las galerías y rafas, donde los hombres adultos no podían llegar. En las tablas de cera de *Alburnus Maior* se recoge un dato muy interesante, como que el coste de un niño esclavo de seis años era de 205 denarios (Mangas y Orejas, 1999: 289). Los niños trabajarían gran parte del tiempo en el interior de las minas, tanto en el arranque del mineral y su transporte en las zonas más estrechas y complicadas, como en el proceso de transformación del mineral a metal y en la industria secundaria dependiente de esta actividad minera (carpintería, herrería, abastecimiento de combustible, etc.) (Arboledas, 2007; e.p.).

Respecto de los salarios que recibirían los niños (en su condición de libres) no tenemos ningún dato, si bien una de las lecturas aceptadas actualmente de la décima tabla de cera de *Alburnus Maior* (de las minas Dacias), según Mrozek, sugiere que el salario de 70 denarios por 179 días trabajados de un trabajador libre asalariado, era pagado, no sólo para él mismo sino también para su hijo, que trabajaría con él (Mrozek, 1989: 169), esto supone que un niño de alrededor 10 años de edad trabajaría las mismas horas y en las mismas condiciones que un adulto.

Concretamente en el distrito minero de Linares-La Carolina (Jaén) contamos con un elemento inestimable para establecer la conexión de los individuos infantiles en la minería. Se trata de una estela sepulcral procedente de la rafa de Baños de la Encina (Jaén). Las lecturas sobre esta estela han sido varias, desde *Q. Artulus* o *Quartulus* (Blanco y Luzón, 1966; García Serrano, 1969; Pastor *et al.*, 1981; López *et al.*, 1983) siendo un niño libre posiblemente hijo de un minero (CIL, II; 3.258;) o también, quizás, *Q(u)ar(tus) Tul(lius)?* un niño esclavo (CILA, III, 214: 238; Mangas, 1994). Sea cual sea su interpretación, lo que si esta claro es que representa a un niño de unos cuatro años, vestido con un *sagum* corto, y que en su mano derecha porta un pico-martillo y en su mano izquierda una cesta. Ambos instrumentos, tradicionalmente, relacionados con la indumentaria y herramientas mineras aunque también se podrían identificar con cualquier trabajo de herrería o cantería (Arboledas, 2007). Independientemente de la lectura sobre su linaje, estatus, etc., lo que si parece evidente es que este niño a su corta edad pudo estar relacionado con el trabajo minero-metalúrgico o de cantería.

La participación de los individuos infantiles, sus condiciones laborales, y las tareas asignadas a éstos en la minería a pequeña y gran escala podemos seguir constatándola hasta épocas muy recientes en nuestro país. Sabemos que hasta 1901 en los diferentes cotos mineros de la Península Ibérica la mano de obra empleada tanto en el interior como exterior de las minas se diferenciaba exclusivamente entre hombres, mujeres y muchachos (serían menores de 16 y 17 años de ambos sexos). La realización de los trabajos y su jornada laboral solo estaba determinada por la categoría de edad no por la del sexo de los individuos que los realizaban.

Su reflejo lo encontramos en la promulgación de una serie de leyes desde el último tercio del siglo XIX hasta prácticamente la mitad del siglo XX. La primera que conocemos es la llamada ley de Benot (C.L.M., II: 80-81) aprobada el 24 de Julio de 1873. Esta ley tenía un objetivo claro, establecer y regular las bases del trabajo de los menores en las fábricas, talleres, fundiciones y minas peninsulares, ya que el de las mujeres se concertaba al mismo nivel que el de los hombres. En ella se estipulaba que no podían ser admitidos como trabajadores de los cotos mineros los menores de 10 años de ambos sexos. Los niños menores de 13 años y las niñas menores de 14 deberían tener

una jornada laboral que no superasen las cinco horas diarias, mientras que para los jóvenes de 13 a 15 años y las jóvenes de 14 a 17 años se establecía en ocho horas máximo. La nula aplicación de ésta ley es palpable en los informes y discusiones de la Comisión de Reformas Sociales de 1889 a 1893, como también en los diferentes partes y libros de los hospitales de la época. Entre ellos podemos exponer uno de los casos de un niño menor de 11 años, procedente de la mina “Desechada” (La Unión, Murcia), que ingresó aquejado por fuertes heridas por contusiones directas que le ocasionaron la muerte (Cohen,1993). A pesar de que fueron creadas comisiones de vigilancia regidas por Inspectores de minas, que debían velar por el cumplimiento de dicha legislación (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005:1-2) el trabajo y empleo de menores en las explotaciones mineras estaba marcada por la connivencia entre los padres y las propias empresas mineras (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005:3).

A comienzos ya del siglo XX, concretamente el 13 de Marzo de 1900 sale a la luz una ley de carácter muy concreto hacía dos sectores particulares de la población trabajadora en las minas; mujeres, niños y niñas. En esta se continúa manteniendo el límite de edad de 10 años establecido en la anterior pero en este caso se amplía hasta los 17 años como edad permitida para el empleo de niños y niñas en los trabajos subterráneos, además, no se permitía el trabajo nocturno de los menores de 14 años y establecían su jornada laboral máxima en 6 horas en los establecimientos industriales y 8 en las instalaciones comerciales (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005:3). Las voces críticas hacia esta nueva ley no se hicieron esperar, pocos meses después de su dictamen, La Unión (Murcia) solicita la disminución de la edad mínima de los menores para desempeñar trabajos en el interior de las minas. Para ello aclaman que éstos son indispensables (probablemente debido a la estrechez de las galerías subterráneas como también por el ahorro que suponía el contratar a un menor antes que a un adulto) y que constitúan una fuerte fuente de ingresos para sus familias, siendo en ocasiones la base de su sustento.



Lámina 43. Niño de corta edad transportando a sus espaldas los útiles necesarios para trabajar en el interior de la mina.

Resumiendo, el empleo de menores durante la segunda mitad del XIX, es del 10 al 14% como media nacional de estos años. Córdoba, Jaén, Huelva y Vizcaya son las provincias que barajan estos porcentajes, mientras que la minería asturiana tenía un

empleo infantil del 15 y el 20%, siendo superada claramente por el 20%, de Almería y Murcia. Este esquema sufrirá algunas alteraciones con la llegada del nuevo siglo (Sánchez Picón y Pérez de Perceval, 1999). Esto se refleja en el distrito de Linares-La Carolina donde el porcentaje de trabajadores menores aumenta considerablemente a partir de 1910 superando el 15.5% del total de los trabajadores para comenzar a descender fuertemente a mediados de los años 30 (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005:11).

El trabajo infantil estaba fundamentalmente vinculado a las tareas del transporte de los materiales arrancados, tanto interior, desde el tajo hasta el enganche⁷¹; como exterior, desde las inmediaciones del pozo hasta los talleres e instalaciones de concentración o limpieza de los minerales donde realizaban su clasificación antes de introducirlos en los hornos (Lám. 43, 44, 45 y 46) (Pérez de Perceval, 1989:89-90, recogido por Arboledas, 2007). Las condiciones de trabajo en ambos escenarios resultan diferentes desde varios puntos de vista. Desde el punto de vista de la salubridad y el desgaste energético y físico de los muchachos, en primer lugar; y desde el punto de vista del rendimiento obtenido. No sabemos todavía si esto repercutía en diferencias salariales entre los que trabajaban en el exterior y subterráneamente, pero seguramente las diferencias de rendimiento se compensaban con la dispar penosidad del trabajo, con lo que suponemos (por datos aislados) que el salario infantil era bastante homogéneo en general, al menos, en las cuencas mineras del sur. En el distrito minero de Linares-La Carolina, el empleo infantil predominante (en sus tres cuartas partes) era el de los *paseantes* del exterior, que arrastraban carretillas con un peso bruto de unos 85-90 Kg. desde el pozo hasta los talleres. El rendimiento unitario por trabajador infantil en el exterior ascendía aquí a los 850-900 kg/hora (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005:17-18).



Lámina 44. Niño trabajando en el interior de la mina.

Más cercano en el tiempo, concretamente en 1861 la compañía minera de Dolly's Creek (Melbourne, Australia) tenía censadas 619 personas, la mitad eran mujeres y niños menores de 15 años (Alarcón García y Sánchez Romero, 2010: 369). Una Situación similar recoge el informe de la Organización Internacional del Trabajo publicado en Septiembre de 2007, que recalca la verdadera realidad de niños y niñas en el mundo minero, advirtiendo del empleo de las niñas en la explotación de minas en

⁷¹ El ingeniero de minas Caride Lorente apuntó tras observar las características de la antigua galería de la mina de La Loba, en Cartagena “*que por ellas no podría circular nada más que niños que cargados a sus espaldas con las espuelas de mineral subirían inclinados y apoyándose con las manos en los costados, que aparecen pulidos como espejos por el continuo roce*” (Caride, 1978:32, recogido por Arboledas, 2007).

pequeña escala. Las investigaciones llevadas a cabo en Ghana, Níger, Perú y la República Unida de Tanzania señalan que las niñas, además de trabajar en el lavado del oro y en la remoción de los escombros de la mina, realizan tareas como transportar y cargar los alimentos, provisiones, agua y rocas, y asisten a sus madres en la preparación de la comida y bebidas para toda su familia. Para llegar hasta los consumidores en las minas, las niñas deben atravesar terrenos peligrosos, exponiéndose a derrumbes y desplomes de tierra, a contaminación por mercurio o a fragmentos afilados de rocas⁷² sobre las que tienen que pasar en la mayoría de los casos descalzas.



Lámina 45. Niña brasileña realizando trabajos de cantera fuera de la mina.

Este estudio de la OIT (Organización Internacional del Trabajo) pone en discusión la idea general sobre el papel del género en las comunidades que explotaban minas a pequeña escala. Además, Demuestra que las niñas realizan con frecuencia tareas tan peligrosas como las que realizan los niños, trabajan más horas, con una carga de trabajo más grande y tienen menores oportunidades de escolaridad, de salir de esa situación o de rehabilitarse. De acuerdo con el estudio, las niñas entre 12 y 17 años de edad en algunas minas explotadas a pequeña escala en la República Unida de Tanzania trabajan entre 42 y 70 horas por semana en el comercio de piedras preciosas. Los niños también realizan esta actividad pero con la tendencia a ser mayores (más de 15 años) y a trabajar un número menor de horas (entre 28 y 52). Aún cuando se elaboran proyectos sobre el trabajo infantil, las niñas son ignoradas. Además, las mujeres y las niñas en la explotación mineras a pequeña escala mantienen una doble presencia alrededor de la mina, ya que se ven obligadas a trabajar para contribuir con el tambaleante ingreso familiar y, paralelamente, están atrapadas en las tareas del hogar cuando regresan de la mina (Alarcón García y Sánchez Romero: 2010: 370).

Por su parte, el registro arqueológico también nos da muestras del desarrollo de diferentes trabajos realizados por los individuos infantiles. El objeto de estudio desde la arqueología no es otro que los cuerpos sin vida recuperados en las excavaciones

⁷² Girls in mining: Research finding from Ghana, Niger, Peru and the United Republic of Tanzania (Niñas en la minería: Estudio en Ghana, Níger, Perú y la República Unida de Tanzania), Oficina para la Igualdad de Género, Programa Internacional sobre la Eliminación de Trabajo Infantil, Oficina Internacional del Trabajo, Ginebra, 2007.

arqueológicas de números yacimientos argáricos del Sureste peninsular. La metodología para este tipo de investigaciones se basa en los análisis antropológicos mediante los cuales se puede llegar a identificar los diferentes marcadores de actividad. En base a estos parámetros, recientemente sea realizado una investigación centrada en los cuerpos de los individuos infantiles localizados en el yacimiento arqueológico de la Edad del Bronce peninsular de la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) (Nájera *et al.*, e.p.) *Los restos esqueléticos por sí solos no pueden aportar información sobre la edad de inicio del aprendizaje de un oficio, pero sí describir si un sujeto subadulto tenía o no marcas indicativas de desarrollo muscular que pudieran responder a la práctica más o menos continuada de actividad física intensa* (Nájera *et al.*, e.p.). En sociedades actuales, la presencia de este tipo de marcas puede simplemente indicar la práctica de un deporte que, en este caso, correspondería a una actividad lúdica y no a un inicio profesional. Por ello, en sociedades antiguas hay que combinar el estudio de los marcadores de estrés músculo-esquelético con las características de los enterramientos para intentar aproximarse al conocimiento de la edad social de los sujetos estudiados.

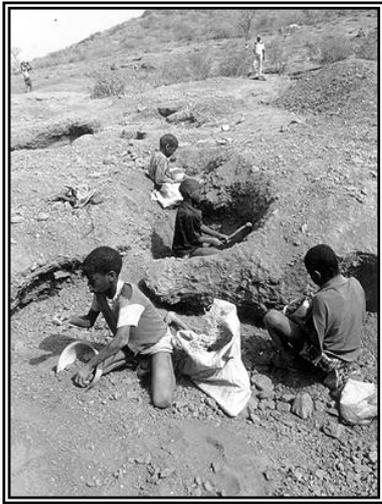


Lámina 46. Niños realizando trabajos de criba del mineral al exterior de las minas.

En este trabajo se han analizado cuidadosamente los posibles indicios atribuibles a estrés músculo-esquelético en todos los sujetos con huesos largos conservados y no se ha hallado ningún caso en los individuos menores de 7 años. Entre los 8 sujetos con edades comprendidas entre los 7 y 14 años y que conservaban más o menos completo el esqueleto postcraneal, cuatro de ellos presentan indicios de desarrollo muscular. Estos son: una posible niña de 7 años (93) que tiene marcas en los huesos de las piernas; un posible niño de 8-9 (74) que también muestra los mismos síntomas en los miembros inferiores; un varón de 9.5-10 (89) que presenta estas mismas lesiones en los brazos; y otro varón de 12 años (73) que posee marcas de desarrollo muscular en todas las extremidades.

Obviamente, con sólo estos datos no pueden extraerse conclusiones. Sin embargo, hay que señalar que de los dos más pequeños se podrían decir que ya hacían largas caminatas y que su vida no estaba circunscrita únicamente al interior del poblado. El individuo de 8-9 es al que hemos hecho referencia a lo largo de este texto que se localizó asociado a un ajuar en miniatura (Nájera *et al.*, 2006). Precisamente, este hallazgo es el que hace pensar que este individuo que tendría entre 8 o 9 años los miembros de su grupo lo continuaban considerando en la infancia en el momento de su muerte. Los individuos restantes son más mayores, ambos al parecer de sexo masculino,

y tienen marcas de desarrollo muscular en los miembros superiores. Todo esto apuntaría a que ya realizaban acciones que conllevaban intensidad muscular y que se habían iniciado en una actividad propia de los adultos.

III. 6.2.3. Niños y niñas, construyendo su identidad

Que las niñas y niños forman parte de los grupos sociales pasados, presentes y futuros es una realidad que no parece tener cuestionamiento. Sin embargo, la consideración que estos individuos infantiles tienen en cada una de las sociedades si parece que hay que justificarla y analizarla. Precisamente, este será el objetivo de este último apartado.

El proceso de socialización y aprendizaje no sólo se produce en la esfera productiva sino que queda igualmente enmarcado en el desarrollo del ritual totalmente normalizado dentro del mundo adulto. A través de estos mecanismos tenemos constancia de la articulación de diferencias sociales claras en las dinámicas políticas y sociales de las poblaciones prehistóricas. Un reciente estudio realizado sobre los ajueres de las sepulturas infantiles pertenecientes a la Cultura del Argar en diferentes yacimientos del Sudeste peninsular ha expresado las diferencias sociales (Sánchez Romero, 2006: 133; 2007). Los individuos infantiles se ven inmersos en la jerarquización social de su grupo social mediante su incorporación en el mundo funerario, si tenemos en cuenta que en el mundo argárico no todos los individuos son enterrados y que los individuos infantiles representan entre el 25% y el 50% de la muestra argárica. Esto nos indica que los individuos infantiles están totalmente integrados en el desarrollo de la vida cotidiana de estos grupos sociales. Además, el hecho de que entre las inhumaciones infantiles encontremos diferenciación en cuanto a los ajueres depositados, muestra que estas sepulturas nos están marcando rasgos propios de la categoría social de los inhumados. Sin embargo, este hecho es además muy relevante ya que nos revela que la categoría de identidad de cada individuo infantil enterrado trasciende la esfera de la vida, alcanzando la esfera de la muerte. Así pues, el acto de su propio enterramiento nos acerca a la propia consideración que estos individuos infantiles tenían entre las poblaciones argáricas y su integración en la vida cotidiana, pero además, su diferenciación en el ajuer nos determina su categoría social (Sánchez Romero, 2007).

Entre los ajueres infantiles se han localizado desde sepulturas sin ajuer a otras que contenían uno muy rico (objetos metálicos, ornamentos en piedra, hueso, recipientes cerámicos, etc.). Para la realización de este estudio se han tenido exclusivamente en cuenta los enterramientos infantiles individuales. Seguidamente, se establecieron grupos de individuos en base a la edad. La primera de las categorías está formada por el conjunto de neonatos (hasta un mes de vida); la segunda recoge aquellos individuos de entre 0 y 3 años. Recordemos que este periodo de edad es muy importante en la vida de los individuos infantiles ya que es durante esta edad cuando se produce el destete de los niños. La tercera categoría incluye a los niños y niñas de entre 3 y 7 años, mientras que la última se incluye a los individuos entre los 7 y 15 años. El hecho de considerar una edad tan avanzada para esta categoría se debe a la intención de comprobar si podemos establecer la adultez a través de cambios en el contexto funerario (Sánchez Romero, 2004; 2007).

Conjuntamente, también se tomaron la presencia de los diferentes elementos de ajuar para establecer cinco categorías diferentes. La primera de las categorías sería aquella que no presenta ningún tipo de ajuar; la segunda englobaría a los elementos de adorno en piedra, concha o hueso, que en alguna ocasión aparece acompañado de vasijas cerámicas; la tercera categoría sería la que se caracterizaría tanto por elementos de adorno en metal (oro y plata) y en la que pueden aparecer adornos en otros materiales; por su parte, la cuarta categoría estaría compuesta por la presencia de útiles metálicos (punzones, cuchillos o dagas) y en los que pueden aparecer objetos de adorno en todo tipo de materiales y/o vasijas cerámicas; por último, la quinta categoría estaría determinada por elementos que aparecen de forma aislada y, en escasas ocasiones como son las piezas cerámicas y las ofrendas cárnicas. El análisis realizado pone de manifiesto que los objetos que mejor definen los ajuares de los individuos infantiles durante época argárica son los objetos de adorno (brazaletes, cuentas de collar, aretes), los cuales aparecen en el 80% de los ajuares estudiados (Sánchez Romero, 2007).

Los resultados obtenidos del citado estudio son los siguientes. El grupo de los neonatos representan la categoría de edad que mayor porcentaje recoge sin ajuar, que alcanza el 85,71% del total de la muestra. Este dato es muy importante e interesante a la hora de considerar que los individuos recién nacidos o los que no alcancen determinado número de semanas no son considerados como miembros del grupo social. En las ocasiones en que aparece ajuar, éste está compuesto o, bien por elementos de adorno en hueso, piedra o concha (10,71%) o, bien por una vasija cerámica (3,57%). Dentro del grupo de edad que transcurre entre los primeros meses de vida y hasta los tres años, encontramos que los casos de individuos sin ajuar disminuyen hasta el 64,28%. Un 8,57% del total de individuos enterrados, poseen ajuares compuestos por objetos de adorno en hueso, piedra o concha lo que supone un descenso respecto a los neonatos y la tendencia más fuerte, la marcan los ajuares compuestos por adornos realizados sobre metal que aparecen por primera vez con un 22,85% del total de las sepulturas; comienzan a aparecer ajuares con útiles metálicos (1,42%) (Sánchez Romero, 2004; 2007).

En el caso de los individuos entre tres y siete años, estas tendencias siguen apareciendo con una disminución del número de individuos sin ajuar (57,81%). El 6,25% de los individuos enterrados poseen como ajuar objetos de adorno en hueso, piedra o concha y los adornos realizados en metal suponen el 20,31%. El número de tumbas infantiles en las que aparecen útiles metálicos alcanza el 6,25%. Dentro de este grupo merece la pena destacar el ajuar más rico encontrado para un niño en época argárica hasta la fecha, éste es el documentado en la sepultura 8 del Cerro de la Encina. En esta tumba, el individuo infantil apareció enterrado junto a un brazalete de oro, un puñal largo y estrecho con dos escotaduras para el empuñadura, varios remaches de cobre, cuatro clavos de plata con cabeza semiesférica y un vaso carenado (Aranda y Molina 2006). Por último, en el grupo comprendido entre los siete y los quince años, encontramos un 60% de individuos sin ajuar. El hecho más significativo es el crecimiento del grupo de ajuares compuesto por útiles metálicos, que llega esta vez al 14% de los individuos enterrados, señalando claramente un cambio en la consideración social de estos individuos (Sánchez Romero, 2004; 2007).

Este estudio revela diferentes cuestiones de las que vamos a resaltar las más importantes a continuación. Así, por ejemplo, los individuos infantiles de la cultura

argárica definen su identidad a través de los objetos de adorno que aparecen en los ajuares de sus tumbas, una identidad que presenta cambios a lo largo del desarrollo vital de los individuos. El hecho más significativo es la progresiva introducción de útiles metálicos a medida que se avanza en edad, con esa última adquisición en el último grupo de edad que suponen las dagas. El estatus diferencial de estos individuos infantiles vendría marcado por la utilización de determinados metales como plata y sobre todo oro, en la elaboración de los objetos de adorno. Por otro lado, no parecen muy significativas en los primeros años de vida las diferencias de género, ya que aunque es aún muy complicado establecer el sexo de los individuos infantiles, la profusión de elementos de adornos nos hace pensar en una clasificación más ligada a la edad que al género, tendencia que empezará a cambiar a partir probablemente de los cambios en los ciclos reproductivos tanto de mujeres como de hombres, y que aparecen asociadas al tipo de trabajo que desarrolle cada individuo (Sánchez Romero, 2007). Estas diferencias han sido claramente demostradas en estudios sobre distintas poblaciones etnográficas actuales en las que, si bien la identidad de género es asumida desde la infancia más temprana, su manifestación real en la división del trabajo o en la adquisición de determinados hábitos en la vida cotidiana o en los usos del espacio sólo se producirá con individuos de edad más avanzada (Keith, 2006).

En definitiva, los estudios que incorporan como categoría de análisis, la edad, nos permiten acercarnos a cuestiones relativas a las prácticas sociales, económicas e ideológicas de los grupos, ya que aportan información muy relevante en el conocimiento de las sociedades tanto pasadas como presentes. Precisamente, la toma en consideración de esta categoría de edad y el concepto de niñez nos permite abrir nuevas líneas de investigación y a su vez, crear nuevas perspectivas y oportunidades de estudio hoy por hoy poco explotadas (Sánchez Romero, 2006; 2007). Al respecto, debemos recordar que hasta hace escaso tiempo, su invisibilidad era su principal característica, sobre todo, en los estudios arqueológicos, debido fundamentalmente a la relación que comportaban los procesos de aprendizaje y socialización con las figuras femeninas del grupo. Sin embargo, dicha invisibilidad ha dejado de ser evidente con el desarrollo de los estudios de mujeres y de las relaciones de género. Porque observar a los individuos infantiles como receptores de cuidados y de prácticas de socialización, verlos como actores dentro de los procesos productivos y de creación del registro arqueológico o como protagonistas de estrategias sociales de jerarquización y analizar como se han desarrollado estas prácticas de cuidado, alimentación y socialización en los distintos grupos culturales de la prehistoria nos brindará nuevas perspectivas y oportunidades que hasta ahora no han sido exploradas.

Por tanto, nuestro objetivo a lo largo de éste capítulo, ha sido por un lado poner de manifiesto que los niños y niñas necesitan y requieren de un conjunto de trabajos y dedicación por parte de otros individuos del grupo en el que se insertan, pero independiente de esta relación, los individuos infantiles son seres protagonistas de la vida cotidiana y, por ello, requieren de nuestra atención como investigadores del pasado. Asimismo, hemos querido poner de manifiesto que tanto los niños y niñas del pasado como del presente son actores activos presentes en los procesos productivos y en el registro arqueológico, además de ser protagonistas de estrategias sociales de jerarquización.

III. 7. ADECUACIÓN E HIGIENE DE LOS ESPACIOS DE HABITACIÓN

III. 7.1. APUNTES SOBRE UNA ACTIVIDAD DE MANTENIMIENTO OLVIDADA

El mantenimiento y la limpieza de las estructuras de habitación y su cultura mueble es otro de los elementos claves de las actividades de mantenimiento. Con respecto a esta actividad encontramos un gran vacío en la historiografía general tanto relacionada con la investigación sobre mujeres como de la Prehistoria en general. Probablemente la razón de este vacío de investigación se deba a que estas actividades tienen un menor reflejo en el registro arqueológico de los yacimientos Prehistóricos. Sin embargo, pensamos que para nuestro estudio y conocimiento de las sociedades pasadas es fundamental determinar estas actividades ya que su realización incide fuertemente en aspectos tan vitales para la supervivencia humana como es la prevención de enfermedades, la obtención de un grado de salubridad, idoneidad, bienestar etc.

Como el resto de actividades de mantenimiento el conjunto de estas prácticas que engloban un sin fin de trabajos como pueden ser la limpieza de los suelos de las viviendas y su acondicionamiento interior, el mantenimiento, reparación y cuidado de las vestimentas y otros elementos textiles como estereras, cuerdas, etc., la limpieza de los artefactos materiales que nos ayudan en nuestra vida diaria a mantener un grado de salubridad ideal para nuestra subsistencia, etc. no han sido tenidos en cuenta en los estudios del pasado. Curiosamente, en la definición original de las actividades domésticas, Lewis Binford apuntó que estas actividades se relacionaban directamente con la higiene y el acondicionamiento de los espacios. Así pues a pesar de tratarse de una actividad básica y elemental su tratamiento ha sido totalmente nulo en la investigación arqueológica. Ello hace que en estos momentos en que la investigación sobre y de mujeres en el pasado nos encontremos un vacío referente a estas prácticas en la antigüedad. Por lo tanto no contamos con estudios realizados ni a nivel teórico ni metodológico con respecto a estas actividades.

Ante la escasez de datos obtenidos a lo largo de esta investigación en este apartado simplemente realizaremos un pequeño apunte sobre el valor, la consideración y las implicaciones que estas actividades tienen así como expondremos futuras vías de investigación para su estudio y análisis en las sociedades del pasado haciendo hincapié en aquellos aspectos y elementos localizables en el registro arqueológico que bajo nuestro punto de vista nos permiten apuntar hacia la realización de estas prácticas cotidianas.

Pensamos que su no consideración, al igual que ocurre con gran parte de las producciones de las actividades de mantenimiento, se ha debido fundamentalmente a que en el registro arqueológico no suele quedar huella de su procesamiento. Sin embargo, esta es la primera de las características que debemos apuntar para su futura investigación. El hecho de no documentar niveles de acumulación de desechos entre el suelo de ocupación de una habitación o casa en la Prehistoria es indicativo de una limpieza sistemáticas y periódica del interior de la vivienda. Por ejemplo esta actitud y esta superposición del nivel de destrucción de la vivienda sobre el suelo de ocupación se ha detectado en yacimientos de la Edad del Bronce Final, concretamente en el interior de las viviendas del poblado de Cabezuelos (Jaén).

Otro elemento a tener en cuenta en la investigación de estas actividades es la cantidad de restos faunísticos y cerealísticos presentes en las viviendas. Ambos restos son sintomáticos de la realización del conjunto de actividades de mantenimiento y otro tipo de producción por lo que no documentar acumulaciones de estos restos son síntomas de haber realizado previamente unas tareas de limpieza y acondicionamiento del espacio.

Con respecto a esta limpieza del interior del espacio en nuestro del pasado debemos tener en cuenta otros aspectos como es el encalado exterior e interior de los espacios de habitación, la presencia de determinadas plantas aromáticas como por ejemplo la *lavanda* o el *cistus*. Autores como Rivera y Obón (1991) apuntan que ambas plantas pueden ser utilizadas para aromatizar el té u otros usos, como el hecho de que sus flores y hojas secas sean fumadas, pero también esta planta tiene cualidades medicinales como calmante en los reumatismos y traumatismos, pero a la vez también puede ser utilizada como repelente de insectos. Antiguamente, sus hojas se quemaban para asegurar que el sueño fuera apacible. En Andalucía, es todavía costumbre quemar flores de lavanda en pebeteros para perfumar las habitaciones (Peña, 2000: 250). Además esta planta contiene otras capacidades como su propiedad antiparasitaria, función que probablemente sería utilizada entre los grupos sociales del pasado. En la actualidad continúa utilizándose en este sentido para la eliminación de los temidos piojos producto generalmente de una mala higiene personal. Su método consiste en poner una gota de su aceite detrás de las orejas a modo de prevención.

Otro elemento que nos permite apuntar que los espacios de vida están siendo limpiados sistemáticamente en el pasado es la detección de diferentes capas de enlucidos sobre los paramentos murarios. Esta información es extraíble a través de los análisis de micromorfología de los barros encargados de enlucir las paredes en el interior. Se trata de una metodología de estudio relativamente reciente en nuestro país por lo que no contamos con datos que nos permitan hacer referencia a estas prácticas. Solo recientemente se han realizado análisis con esta intencionalidad en yacimientos de la Edad del Bronce peninsular como es Cabezo Redondo⁷³ (Alicante) donde se ha podido determinar varias capas de enlucido en el interior de las viviendas o en el yacimiento argárico del Cerro de las Viboras (Murcia) donde se ha apuntado que se habrían detectado hasta siete capas superpuestas de enlucidos, asimismo en el poblado que es objeto principal de esta tesis doctoral en la actualidad se está llevando a cabo una tesis doctoral centrada este tipo de estudios cuyos.

Todos estos elementos nos sirven para detectar la presencia de una intencionalidad clara por mantener y acondicionar los espacios de vida en el pasado. Sin embargo, somos conscientes que no siempre el registro arqueológico te permiten determinar estos rasgos, ya se a por falta de investigación, medios u objetivos propios de la investigación.

En apartados anteriores ya hemos explicado que el verdadero valor de una actividad no estriba en el reflejo que tenga sino en la repercusión social que esta tenga dentro del grupo social donde se desarrolla. Además en muchos yacimientos arqueológicos existen basureros comunitarios o incluso se han documentado estructuras destinadas para los desechos.

⁷³ Comunicación personal de Juan Miguel Rivera Groenou.

Así pues podemos resumir diciendo que estos trabajos consisten en limpiar, recoger, adecuar, reparar y rehabilitar cada una de las áreas de ocupación de un lugar de habitación ya sea familiar, comunal o grupal. Trabajos, estos que en la mayoría de las sociedades actuales se asocian nuevamente con una gran mayoría de mujeres, ejemplo de ello son los trabajos domésticos de sirvientas, ama de llaves, etc., tanto histórica, etnográfica como actualmente asociados a una gran mayoría de mujeres.

En este sentido tanto las fuentes clásicas, como etnográficas e históricas también son bastante parcas. Con respecto a las primeras, decir que sólo hemos encontrado menciones especiales a este tipo de trabajos y a su asociación con las mujeres. Dicen que son las mujeres de la época las encargadas de ocuparse de la limpieza de la casa y de todo aquello que formaba parte ella. En época clásica, desaparece toda mención a la colada. Es posible que la escena de un cuenco ático de figuras rojas, en la que aparecen sendas mujeres inclinadas sobre lo que parecen lavabos, con los cabellos recogidos con un pañuelo, brazos sin mangas, y vestido ajustado a la cintura como un delantal, represente a mujeres lavando ropa⁷⁴. La limpieza de los suelos también corresponde a las mujeres.

Por su parte las fuentes etnográficas ratifican esta asociación como sucede en poblaciones como los pueblos campesinos de Irán donde son las propias mujeres de la Unidad familiar las encargadas de encalar las casas de forma periódica, de limpiar y acondicionar su interior, de adecuar los objetos de los que se dispone, etc. (Lám. 47).



Lámina 47. Mujeres Farzin Malaki, campesinas encalando la fachada de sus casas con barro y estiércol.

Nuestra intención con la realización de esta tesis doctoral no pasa por realizar un estudio exhaustivo de estas prácticas en la prehistoria porque para ello tendríamos que contar con una serie de datos del registro arqueológico de todos los yacimientos peninsulares tan sumamente minucioso que abarcase desde la publicación de sus resultados carpológicos, faunísticos, de secuenciación estratigráfica y contextual de la cultura material, análisis y de construir un marco metodológico para su análisis sin embargo, si que nuestro como objetivo plantear la necesidad de su toma en

⁷⁴ Berlín, Museo Nacional, KAMMERER, p. 12.

consideración como parte de los estudios de las sociedades del pasado e incidir que su visibilidad en el registro arqueológico es posible y solo hay que saber buscar los elementos necesarios que nos permitan apuntarlos. Pensamos que entre estos elementos es fundamental detenerse en aspectos tales como el hecho de que al excavar una zona de hábitat completamente sellado por los niveles de derrumbe de techumbres

En la actualidad contamos con una amplia tecnología que nos ayuda a realizar estos menesteres, como puede ser la lavadora, secadora, plancha a vapor, vaporeta o una simple fregona. Todos estos elementos son instrumentos, herramientas pensadas en la modernidad que han generado un cambio en la realización de estas actividades sin embargo, en su esencia continua primando una asociación directa con las producciones femeninas. Ya que aunque contemos con todo estos adelantos tecnológicos son mayoritariamente las mujeres las que se encargan de poner en funcionamiento estos aparatos y de realizar estas tareas, porque recordemos que aunque su realización sea más fácil y probablemente menos laboriosa que hace años dichas actividades hay que seguir desarrollándolas para conseguir un bienestar adecuado para nosotros y nuestra familia. Así pues, estos avances tecnológicos han supuesto un beneficio para una gran mayoría de mujeres sin embargo, estos avances no han supuesto la pérdida de su realización.

III. 8. LA PRODUCCIÓN TEXTIL, UNA ACTIVIDAD DE MANTENIMIENTO

III. 8.1. ENTRE MADEJAS, HILOS Y TELARES: TEJIENDO LA VIDA

Una comprensión adecuada de la producción textil debe partir y tomar en cuenta tanto las técnicas y los materiales aplicados en la producción de las telas como su significado religioso y simbólico, su uso social, la variedad de las influencias históricas y prehistóricas, su desarrollo a través del tiempo, el espectro de las variaciones dentro de la tradición y, finalmente, las intenciones de los y las artistas que conciben, crean y producen las texturas (Fox, 1979: 39). Se podría pensar que a través del registro arqueológico es complicado determinar todos estos elementos, sin embargo, en la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica contamos con suficientes datos para poder acercarnos a la complejidad que entraña esta actividad. Es cierto que los restos de tejido conservados de la Prehistoria son escasos porque, como es sabido, para su conservación se requiere de unas condiciones medioambientales determinadas que no todos los lugares las tienen. Sin embargo, a la vez que contamos con los ejemplos recuperados en el registro arqueológico también contamos con los datos históricos, etnográficos y actuales, que nos permiten reconstruir el proceso productivo y social de una actividad esencial para el mantenimiento humano.

La producción textil es una actividad de largo recorrido. Tejer es una actividad conocida en todas las sociedades de las que tenemos conocimiento y, posiblemente, dentro del conjunto de las actividades de mantenimiento es aquella que mayor tratamiento ha recibido a nivel general por tratarse de una actividad catalogada como artesanía y, por lo tanto, caracterizada con implicaciones tecnológicas. Sin embargo, para nuestro periodo cronocultural de estudio, la Prehistoria Reciente de la Península no contamos con trabajos sistemáticos de investigación, por ello en este capítulo pretendemos dar una visión general de este proceso productivo con todas sus implicaciones a nivel social para lo que contaremos con la documentación histórica, etnográfica y el propio registro arqueológico.

La producción textil forma parte indisoluble de las actividades de mantenimiento y, como tal, forman parte de la vida cotidiana de los grupos sociales. Los productos resultantes de esta actividad en forma de ropas y vestimentas no sólo forman parte de la base material de la vida por su cualidad de cubrir y proteger el cuerpo humano con una capa caliente, asegurando de este modo la supervivencia física de los miembros de una sociedad, sino que el textil también presenta unas características propias que nos permiten realizar un análisis sobre la división del trabajo por género y, especialmente, sobre el trabajo de las mujeres las cuales mayoritariamente realizan todas las tareas previas necesarias, desde la elaboración del hilo hasta las labores finales, en el proceso de creación de un tejido.

Son muchas las escenas que conocemos que representan la relación entre hombres y mujeres en el marco de esta actividad y en un marco temporal determinado, la cotidianidad. En todos estos casos se tratan de escenas marcadas por la relación y la solidaridad. La producción textil forma parte de la vida cotidiana integrada completamente dentro de las actividades de mantenimiento de la casa. Su realización

cubre parte de esas necesidades básicas que integran las actividades de mantenimiento, a través de la manufactura de ropas, realización de esteras como soportes para el descanso o para colocar recipientes tanto de consumo como de almacenamiento, etc.

La división del trabajo entre hombres y mujeres en la fabricación de tela, la distribución y la asignación de simbolismo de género a la tela podemos rastrearla a través de las fuentes clásicas, etnográficas y las sociedades actuales. Sin embargo, la mayoría de las referencias con las que contamos indican que parece que se establece un vínculo muy especial entre el tejido y las mujeres, tal es así que en sociedades clásicas como la griega esta actividad era la encargada de definir la identidad individual de las mujeres. Sin embargo, tenemos que tener presente que como en el desarrollo de la mayoría de trabajos existen excepciones, por lo que esta asociación entre tejido y mujeres no es universal. Para realizar el análisis de las relaciones de género en la producción textil es esencial en primer lugar reconocer la multiplicidad de fases y pasos intermedios que esta actividad requiere para su procesamiento. Esta actividad conlleva una larga secuencia de acciones previas que pasan desde la consecución de la materia prima, su tratamiento y transformación hasta el proceso final con la obtención del producto deseado.

Una de las principales características que contiene la producción textil es su carácter transversal al conjunto de las actividades de mantenimiento, ya que su sistema tecnológico es totalmente compatible con el desarrollo del conjunto de dichas tareas. Así, los trabajos de hilado y tejido se pueden interrumpir y reanudar con facilidad lo que permite a las mujeres desarrollar otro conjunto de trabajos como puede ser el cocinado, el cuidado de los individuos infantiles, de los enfermos, del rebaño a la vez que establecer y mantener relaciones con otros agentes sociales de su grupo. Estos trabajos requieren de largas horas de trabajo y de conocimientos tecnológicos que necesitan un largo proceso de aprendizaje. Si bien su proceso tecnológico puede ser interrumpido, reanudado y compartido con la realización de otras actividades productivas como la preparación de alimentos, cuidados y socialización de los niños/niñas sin que ello suponga una pérdida de la esencia y funcionalidad de dicha actividad. Esto nos indica que se trata de una actividad marcada por los ritmos particulares de la vida cotidiana de cada grupo social (González Marcén y Picazo, 2005; Dommasnes, 2006; Mirón, 2007).

III. 8.1.1. Tejido y mujeres: mito y realidad

Son millones y millones las mujeres que han hilado, tejido, cosido y bordado para sí mismas y los suyos, para emperadores, reyes y señores, ejércitos y sacerdotes; para vestir cabañas, templos, palacios, castillos y conventos. Tenemos constancia de esta dedicación femenina en todas las culturas y civilizaciones conocidas, ya sea por el legado mitológico e iconográfico o por las propias herramientas, instrumentos y producciones que se han conservado.

Cuando hablamos de producción textil es muy difícil no hablar de mujeres. En nuestro caso personal, guardamos un rincón muy especial para aquellos momentos de nuestra niñez en que, junto y bajo la atenta mirada de nuestra madre, tías, abuelas, vecinas y amigas aprendíamos a tejer una bufanda o similar, a coser, bordar o hilar en la puerta de nuestra casa mientras que nuestros amigos (varones) jugaban alrededor

nuestro a fútbol, a las carreras de coches, etc. Esta escena de mujeres de diferentes categorías sociales y edad reunidas en un espacio común para desarrollar esta producción se ha podido repetir en multitud de culturas, tiempos y espacios (Lám. 48). Paloma González y Marina Picazo (2005) apuntan que desde el Neolítico, probablemente, las mujeres se han sentado juntas para hilar, tejer y coser creándose un ambiente de relación y solidaridad entre ellas. Episodios que han marcado la experiencia vital e histórica de un gran número de mujeres, convirtiéndose en aspectos fundamentales en la construcción de su identidad. A este respecto el autor griego Menandro, en su obra *Samia*, puntualiza que tanto las mujeres, libres como esclavas, se reunían en el cuarto del telar, donde pasaban largas horas trabajando la lana, charlando en confidencia y puede que incluso este fuese el lugar donde recibían a sus amigos (Menandro, *Samia*, 225-268).



Lámina. 48. Escena de mujeres de diferentes edades reunidas tejiendo (<http://www.lacaracola.es/biografias.html>).

Las primeras pruebas escritas con las que contamos sobre la relación entre el tejido, la producción textil y las mujeres se remontan a unos escritos de carácter micénico del Lineal B. Se trata de un documento relativamente tardío, las tablillas de Pilos. En ellas se alude a la actividad textil como una de las tareas propias de la mujer (Pomeroy, 1987: 45).

Aunque escasas y fragmentarias en el mundo íbero contamos con textos y representaciones iconográficas que nos transmiten esta misma asociación. Con respecto a la primera de las fuentes contamos con los fragmentos de dos textos recogidos por María Antonia García Luque (2008) los cuales expresan que, *las mujeres de los iberos todos los años exponen en público las telas que han tejido. Unos hombres elegidos por voto juzgan y honran preferentemente a la que ha trabajado más. Tienen también cierta medida del talle, y si el vientre de alguna no puede ser rodeado por ella se tiene por infame* (Nicol. Dam. Fraga. 102. *Fragmenta Historicorum Graecorum*, III, 456) y *los iberos es costumbre, en cierta fiesta, honrar con regalos a las mujeres que muestran*

haber tejido más y más bellas telas (Paradoxogr. Vate. Rohdii, ed. O. Keller, *Rer. Natural. Script. Grae. I, P.*).



Lámina 49. Terracota de La Serreta de Alcoy (García Luque, 2008: 231).

Respecto a la segunda de las fuentes, las representaciones iconográficas existen diferentes ejemplos tanto en pintura como relieve en las que se recogen escenas donde aparece una mujer tejiendo en un telar vertical con un huso en una de sus manos e, incluso, puede intuirse, pese a la fractura del fragmento cerámico, lo que podría ser un bastidor (Lám. 49). Otra escena la encontramos en la sepultura número 100 de la necrópolis de la Albufereta (Alicante). En este caso se trata de una pequeña estela en altorrelieve donde se representa a una pareja (un hombre y una mujer), cuyos espacios genéricos están perfectamente definidos en base a los diferentes utensilios que comportan. El hombre porta una lanza mientras que la mujer en su mano izquierda tiene una rueca y un huso. Ésta se encuentra en posición para comenzar el hilado (Lam. 50) (Izquierdo, 2001). Otra de las pocas imágenes con las contamos para este periodo histórico es el fragmento de terracota que recoge la representación de una mujer con un huso en la mano (Jumilla, Murcia) (García Cano, 1997) donde se puede apreciar una mujer representada con un huso en su mano derecha (García Luque, 2008).

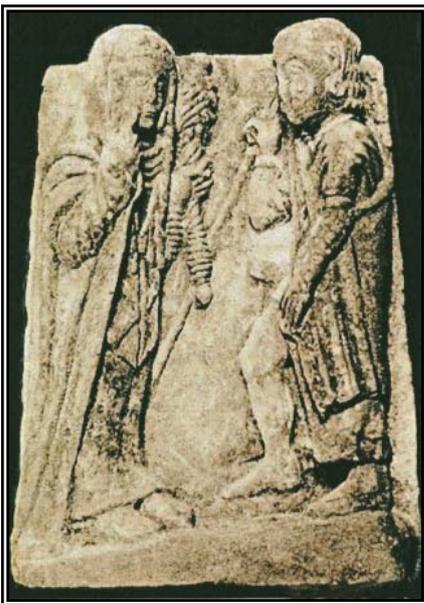


Lámina. 50. Pequeña estela funeraria de la sepultura nº 100 de la necrópolis de la Albufereta (Alicante) con representación de un hombre y mujer con huso en la mano.

Sin embargo, donde podemos observar con mayor intensidad y elocuencia esta relación entre el textil y las mujeres es en las fuentes escritas clásicas. La ideología

griega desde los tiempos de Homero hasta la época helenística y romana, vincula estrechamente a las mujeres con el tejido, hasta el punto de asimilar directamente, mujer y labor textil. Esta actividad era utilizada para definir y representar la *philergia* o amor al trabajo, considerado como una de las virtudes esenciales de toda mujer. Así pues, se consideraba que esta tarea era intrínseca a la naturaleza y la identidad femenina, considerándolo como un don innato que las diosas habían otorgado a las mujeres. Concretamente, se trataba de un regalo de la diosa Atenea como inventora del trabajo de la lana, cargada por una gran destreza en estas artes como el himno Homérico a Afrodita, *Atenea enseñó a las doncellas de piel delicada, en sus aposentos, espléndidas labores, inspirándoselas en el ánimo a cada una (Himno homérico a Afrodita, 11-15)*. De este modo, las fuentes ponen de manifiesto que, en el mundo antiguo, la producción textil era considerada como una cualidad intrínseca de las mujeres, encargada de definir el sexo femenino y tomado como uno de los rasgos principales de la construcción de su identidad.

Tan estrecha es esta relación, mujeres y textil que en Atenas comenzaba prácticamente desde el momento de nacimiento. En Atenas era costumbre colocar una corona de olivo en la puerta de la casa de donde nacía un niño como símbolo de su futura ocupación política y de la producción agrícola, sin embargo si se trataba de una niña esta corona de olivo era sustituida por un ovillo de lana (Martínez y Mirón, e. p.). Hasta tal punto estaban identificadas mujeres y trabajo textil durante este periodo que, cuando alguna mujer trasgredía su papel de género para dedicarse a otra actividad, ésta no era considerada como femenina, simbolizándose este hecho con la imagen del abandono del telar. En la extraordinaria inversión de roles de *Lisístrata*, el proceso de trabajo de la lana sirve para explicar el modo en que las mujeres gobernarán la ciudad⁷⁵.

En el mundo clásico el tejido también podía ser el medio principal de expresión de las mujeres. A través de bordados y dibujos entretejidos se podían contar numerosas historias, como por ejemplo el mito de Filomela (Apolodoro, 3, 14, 8) o de Helena, que narra a través de su telar todas las luchas producidas por su causa (Homero, *Iliada*, 3, 125-128). Estos elementos tejidos como reflejo de su labor personal también se convierten en los instrumentos más utilizados por las mujeres a la hora de reconocer a los hombres a los que se los entregaron (Eurípides, *Electra*, 540-542).

Por todo ello, el trabajo de la lana en el mundo antiguo simbolizada la esencia femenina construyendo su identidad de género hasta tal punto que, cuando en la Grecia clásica se habla de trabajo femenino no se refiere a la generalidad que incluye sino exclusivamente a la producción textil. En estas culturas hacer telas y vestidos eran trabajos apropiados para las mujeres ya que consumían gran parte de su tiempo por lo que apenas les quedaba tiempo para el ocio, evitando así los malos pensamientos. Este hecho junto a la ubicación general en el ámbito doméstico hizo de esta actividad en el mundo clásico, una realidad para las mujeres (Martínez y Mirón, e. p.).

Según todos los indicios, los instrumentos empleados eran propiedad de las mujeres, posiblemente formaran parte de su dote. Así, encontramos alusiones como cuando Creúsa se refiere a *mi telar*, a la hora de hablar del que se ha tomado la molestia de llevar desde Atenas a Delfos, junto con las esclavas que lo trabajan. Incluso, en el momento de una confiscación de bienes del marido, el telar era considerado como un

⁷⁵ Aristófanes, *Lisístrata*, 565-586; *Ranas*, 1346-51. Sobre inversión de roles, ver también Sófocles, *Edipo en Colono*, 340-342.

bien no enajenable, de ahí que ningún instrumento del trabajo de la lana se introdujese en las largas listas de objetos confiscados a ciudadanos que incurrieran en delitos. Como decimos, probablemente estos instrumentos eran aportados por la esposa al matrimonio en forma de dote pero, al contrario de otros elementos, estos nunca llegaban a ser propiedad del marido. Sin embargo, la producción textil era dependiente en cierta medida de lo que los hombres de la casa aportaban desde fuera. Es decir, la lana tanto si era propia como si era adquirida en el mercado, era traída por los hombres de la casa (Teócrito, *Idilio*, 15). Ejemplo de ello se halla en una krátera del pintor de Walters (siglo V a.C.), donde se recrea una escena que recoge como una mujer adulta se muestra con gesto airado con una rueca en la mano mientras su esposo parece disculparse por no haberle proporcionado la lana necesaria. Similar simbología encierran los vasos en que un hombre ofrece un cesto de lana a la mujer, indicando la división de papeles: los hombres aportan los bienes de fuera que las mujeres trabajan dentro (Martínez y Mirón, e. p.).

Otra pista indirecta del valor del trabajo femenino, en concreto de la labor textil, la ofrece la ley de la ciudad de Gortina, en Creta. En ésta se establece que, en caso de divorcio, la mujer recupera su dote y, en general, todos los bienes que había aportado al matrimonio, además de la mitad de las rentas de éstos, y la mitad de las telas que haya tejido desde el matrimonio hasta ese momento. Igual ocurre con las viudas e idéntico legado reciben los herederos de una difunta. Aunque estas leyes posiblemente no eran aplicables al resto de Grecia, sí son un indicador del valor de este trabajo femenino concreto, quedando recogido y estipulado por ley. Todos estos hechos nos permiten argumentar el fuerte valor social y el reconocimiento general que la producción textil tenía entre estas sociedades antiguas (Martínez y Mirón, e. p.).

Otro indicador del valor de esta actividad entre estas sociedades clásicas es que, en muchas ocasiones, el trabajo textil era utilizado para sostener y mantener económicamente a la familia, sobre todo, en aquellos casos en que se trataba de una familia de escasos recursos. En estos casos, probablemente, serían las mujeres las encargadas de vender las piezas manufacturadas en los mercados. Así, por ejemplo, las mujeres de la casa de Aristarco consiguieron una importante rentabilidad económica a través de su producción textil (Jenofonte, *Memorabilia*, 2, 7).

Todos estos indicadores no sólo nos hablan del valor social que disfrutaba la manufactura de los textiles sino que además nos transmiten la idea de que dicha producción aumentaba el valor y la consideración de la propia mujer. Por ejemplo, las esclavas homéricas más valiosas, entregadas como trofeo a los hombres más destacados y poderosos, eran ante todo bellas y hábiles en el trabajo de la lana (Homero, *Ilíada*, 9,128-130, 270-271). El aprendizaje de esta labor doblaba el valor de una esclava (Jenofonte, *Económico*, 7,41). Por ejemplo entre las posesiones de Timarco, destacaba una esclava especializada en hilado de lino fino, que producía importantes beneficios en el mercado. Además, en un plano más personal, esta habilidad textil era tenida, por las propias mujeres que lo realizaban, como un motivo de orgullo del que vanagloriarse ante las demás. Sin duda, esta aptitud para realizar bellos trabajos textiles aumentaba tanto el prestigio de la mujer como el propio *oikos*, enorgulleciéndose éste de cara al exterior. No sólo por el valor económico del producto en sí mismo, sino por lo que implicaba de horas de trabajo doméstico dedicadas por la mujer a este menester, y que suponían un reflejo de sus virtudes domésticas. De ahí que frecuentemente en los epigramas funerarios se una esta habilidad a otras virtudes del ama de casa, como la

sophrosyne. De Comalis de Mileto, asegura su esposo que *primorosas eran las labores que salían de tus manos y llevabas una vida virtuosa y ordenada: ningún reproche se te podía hacer*⁷⁶. Sin embargo, esta valoración, pese a estar muy generalizada, no era unánime, no sólo entre las mujeres espartanas, que consideraban más valioso producir hijos sanos y fuertes (Plutarco, *Moralia*, 241), sino en la misma Atenas, donde Platón, una vez más, alza su voz discordante.



Lámina 51. Representación de mujeres tejedoras de la Edad Media europea. (<http://www.la-caracola.es/biografias.html>).

También durante la Edad Media Europea la producción textil permanecía en manos de las mujeres. Gracias a los textos conocemos bien el gineceo de la Alta Edad Media, donde las mujeres trabajaban bajo la dirección de la esposa del amo: allí se hila, se teje y se preparan las fibras (Lám. 51). Nuestra disciplina, la arqueología, ha sacado a la luz, para la misma época, talleres aldeanos de tejido, simples cabañas, distintas de la casa, donde se instalaba el telar vertical. Las mujeres continuaban siendo en gran medida las encargadas de realizar la mayor parte del proceso, pasando por las tareas más ingratas como es la exudación o el teñido y la selección, el cardado, el hilado, el devanado y el tramado del tejido. Tanto es así, que en Italia, a partir del siglo XII y XIII, el trabajo de la seda adquirió una importancia considerable llegando las mujeres a cultivar los propios gusanos de seda, a preparar los capullos, realizar el devanado y la torcedura de la seda (Lám. 52).

La esencia, la práctica y la simbología de esta práctica aún continua vigente en gran parte del mundo. En este sentido los datos etnográficos nos confirman no sólo el papel que esta producción juega entre los distintos grupos humanos sino su estrecha y directa relación con las mujeres. Estos son los casos de las culturas Aymara, Mapuche, Chapilca, Chilóe, Penuhue (entre otras) del Norte de Chile. En todos estos ejemplos son las mujeres de estas culturas las que se encargan de realizar todo el proceso productivo de esta actividad tecnológica (Lám. 53). Por tanto, ellas son las depositarias de todos los conocimientos, saberes y experiencias que comporta estos trabajos y, en consecuencia, son estas mismas las encargadas de transferir dicho conocimiento a través de generación en generación, guardando en su memoria las técnicas, los diseños y las prácticas tintóreas desde tiempos ancestrales. Para estas sociedades, la producción textil

⁷⁶ GV 90. Otros ejemplos: AP 7,425.

no supone solo un medio de vida sino que su valor y significado va mucho más allá. Se tratan de elementos identitarios que les conforman como grupo humano y social y así lo transmiten al resto del mundo. Pero en este caso, el tejido incluso va un poco más allá, ya que es un marco de expresión, representación y manifestación de estas sociedades.



Lámina 52. Representación de Mujeres recolectando capullos de seda y al tejido (<http://www.la-caracola.es/biografias.html>).

En todos estos casos son las mujeres las que tienen el control de esta producción y su aprendizaje comienza a corta edad. Con seis o siete años encontramos a niñas tejiendo sus primeras piezas. Éstas en un principio son simples y sencillas, pero con el paso de los años y con la práctica continua van adquiriendo una gran habilidad, convirtiéndose en auténticas tejedoras que le permite realizar piezas de una gran complejidad tecnológica.

Por tanto, la actividad textil recrea un marco inestimable para la construcción de relaciones, vínculos personales, intercambio de pensamientos, ideas, experiencias, conocimientos y saberes propios de las mujeres (Lám. 54 y 55). Como actividad desarrollada en el marco de la cotidianidad juega un papel determinante en la construcción de la identidad de género.

Sin embargo, el valor, la consideración y el significado social del trabajo del tejido va mucho más allá de la vida cotidiana, trascendiendo al mundo simbólico y mitológico. La diosa Atenea es conocida por ser la protectora de las artes y oficios junto a Hefesto (su medio hermano), aunque parece quedar claro que la destreza femenina en el hilado y el tejido puede ser atribuida exclusivamente a la intervención de Atenea (Pomeroy 1987: 19). Una relación directa de esta diosa con la tejeduría y habilidad en este oficio, la encontramos en la fábula de Aracne (Lám. 54) la cual dice así: *Aracne, princesa de Colofón en Lidia, famosa por su tinte purpúreo era tan hábil en el arte del tejido que ni siquiera Atenea podía competir con ella. Cuando le mostraron un paño en el que Aracne había tejido ilustraciones de los amoríos olímpicos, la diosa lo examinó atentamente para encontrarle un defecto, pero como no pudo hallarlo, desgarró el paño con una ira fría y vengativa. Cuando Aracne, aterrorizada, se colgó de una viga, Atenea la transformó en una araña (el insecto que más odia) y la cuerda en una*

telaraña, por la que trepó Aracne para ponerse a salvo (Graves, 1988: 119). Este mito es interpretado como fruto de la rivalidad comercial entre atenienses y lidiocarios de origen cretense, ya que Mileto (cuyo emblema parece haber sido una araña) se erigía como la mayor exportadora de ropas de lana teñida a comienzos del segundo milenio a.C. (Graves, 1988: 121).



Lámina 53. Mujer mapuche tejiendo en un telar vertical.
(<http://www.google.es/imgres?imgurl=http://>)



Lámina 54. Mujeres tejiendo en grupo en el pueblo de Don Fabrique (Granada) (Foto de Pilar Gutiérrez Talavera).

Otros mitos conocidos que recogen esta relación es el de las Parcas: Zeus, quien pesa las vidas de los hombres e informa a las Parcas de sus decisiones, puede según se dice, cambiar de opinión e intervenir para salvar a quien desee cuando el hilo de la vida, hilado en el huso de Cloto, y medido con la vara de Láqueis, está a punto de ser cortado con las tijeras por Atropo (Graves, 1988: 55-56). El otro mito es el de Penélope, famosa por su tela, de la que se decía que tejía noche y día para engañar a sus pretendientes aunque tela que la mayoría de los investigadores interpretan como un paño funerario en forma de sudario o mortaja (Barber, 1994). Incluso, en muchas culturas, el huso y la rueca han sido símbolos de mujeres honestas y trabajadoras, como refleja la memoria

popular en los cuentos de hadas (Las tres hilanderas) (Lám. 54). Este reflejo de la producción textil en el mundo idealizado de la mitología nos ratifica los valores que estos trabajos tuvieron en la antigüedad.



Lámina 55. La fábula de Aracné o El sueño de Aracné, popularmente conocido como Las hilanderas es un lienzo de Diego de Velazquez (<http://es.wikipedia.org/wiki>).

Nuestra intención en este trabajo no pasa por demostrar ni argumentar la existencia de una relación directa e intrínseca del tejido con las mujeres porque sabemos y somos conscientes de que, como en el resto de actividades productivas, la división social del trabajo está determinada por las características propias de cada grupo humano y ninguna actividad esta biológicamente determinada por el sexo de los agentes y viceversa. Sin embargo, lo que si queremos exponer es la fuerte relación que durante los diferentes episodios de la historia han mantenido las mujeres con el tejido, convirtiéndose esta actividad en una seña de su identidad de género hasta tal punto que la manufacturación de tela ha sido considerada como un ritual o parte del mismo como símbolo de la creación y de la fertilidad. En el proceso mismo de tejer la mujer es la encargada de crear un nuevo elemento u objeto (Barber, 1994).

III. 8.1.1.1. Tejiendo el más allá: simbología y mito

Muchos autores han advertido que las estructuras sociales quedan escenificadas en la organización de la sepultura (Parker Pearson, 1999; Rautman y Talalay, 2004;

Sofaer, 2006). Sin embargo, pensamos que tanto la muerte como la vida se entrelazan en el ritual funerario quedando reflejado en el registro funerario, por lo que si estudiamos este marco contextual podemos llegar a determinar aspectos relacionados con las estructuras sociales de dichos grupos humanos (Aranda *et al.*, 2009).

El registro funerario nos da la opción de acercarnos tanto a los agentes sociales como al conjunto de elementos de cultura material con los que estos fueron depositados en la sepultura. Precisamente, esta decisión de depositar un elemento u otro en una sepultura u otra respondería a una serie de criterios y decisiones establecidos por las normas internas de cada grupo social. En este sentido la investigadora Liv Helga Dommasnes (2006) quién ha investigado los papeles de género en la Edad del Hierro Nórdico (desde el 200 a.c. hasta época vikinga), considera que a las personas enterradas se les acompañaba de aquellos elementos que un día formaron parte de su trabajo y, por lo tanto, de su vida cotidiana. El fin de esta actitud no debía de ser otro que la intención de que dichas personas continuasen con su trabajo en el más allá. En su estudio a diferenciado dos tipos de ajuares principales, uno de ellos relacionado con el combate y las armas que se asocia principalmente con las sepulturas masculinas mientras que las femeninas suelen aparecer acompañadas de elementos relacionados con el trabajo de tejer⁷⁷, como fusayolas. Concretamente, la autora considera que la presencia constante de estos elementos en sepulturas hasta época romana entre las mujeres de clase alta puede tener un significado más profundo y simbólico del que se le ha dado tradicionalmente. La autora entiende que estos elementos tienen un significado simbólico que le concede a la mujer un rol fundamental para la continuación de la vida y en el orden del mundo, de hecho el huso podría simbolizar el carácter circular del tiempo, es decir, el tiempo cíclico, cotidiano (Helga, 2006). Similar relación establece Roberta Gilchrist (2000) en su estudio de las costumbres funerarias en la Baja Edad Media del Reino Unido. Esta autora considera que la presencia de husos en sepulturas es la asociación de la vida cotidiana con el más allá (Gilchrist, 2000).

Para el mundo ibero en la Península Ibérica también se ha tratado este tema. María Antonia García Luque y Carmen Rísquez (2008) han publicado recientemente un análisis de la sepultura 200 del Cigarralejo (Mula, Murcia) en el que llegan a la conclusión de que los elementos materiales de prestigio hallados en dicha tumba (entre ellos 10 ponderales de bronce) responden más que a la consideración de la producción o actividad donde participan estos elementos, a la altísima consideración social y económica que tendría la mujer allí enterrada (García Luque y Rísquez, 2008).

Ante todas estas interpretaciones pensamos, como apuntábamos en párrafos anteriores, que la vida y la muerte se entrelazan y que la primera puede quedar reflejada en la segunda. Precisamente, con esta idea se planteó realizar también un estudio pormenorizado sobre los ajuares funerarios y las sepulturas de la cultura argárica (Aranda *et al.*, 2009).

Por todos es sabido que la cultura argárica mantiene un ritual funerario particular que consiste en la ubicación de las sepulturas en el interior de las unidades de habitación y la deposición de objetos específicos como ajuares funerarios. Concretamente, la presencia de unos elementos y no otros como parte de los ajuares es lo que ha llevado a

⁷⁷ Debemos tener en cuenta el gran valor que la producción textil comportaba para estas sociedades nórdicas no sólo como elementos de protección contra el frío sino también como medio de transporte por medio de la realización de las velas de las embarcaciones.

pensar que la percepción social de las personas enterradas estaban conectadas en cierta manera con los roles sociales y las actividades realizadas a lo largo de su vida. En este sentido debemos destacar el hecho de que, entre la cultura material seleccionada para ser introducida en la sepultura como acompañante del individuo fallecido, se hallen objetos que se utilizan y emplean para la realización de las actividades mantenimiento en el marco de la vida cotidiana (Aranda *et al.*, 2009). Esto quiere decir que la materialidad de la vida cotidiana también actúa en la compleja interacción que se recrea a través del registro funerario entrando a formar parte del universo simbólico de la muerte (ver cap. III.5).

Ya en los años ochenta, se puso de manifiesto para esta cultura que, junto con la asimetría jerárquica del registro funerario, había evidencia de una diferenciación clara entre las sepulturas de hombres y de mujeres (Calma y Estévez, 1986: 449). En 1991 Paloma González Marcén demostraba que en las sepulturas de mujeres se producían menos cambios en la deposición de ofrendas funerarias que en el caso de los hombres. Esto se expresa claramente por la apariencia recurrente y continúa, a lo largo de más de 500 años, de leznas y punzones metálicos en las tumbas femeninas, mientras que en las tumbas masculinas la presencia de objetos metálicos presentaba una mayor variación sincrónica y diacrónica (Siret y Siret, 1886; Lull, 1985; Lull y Estévez, 1986; González Marcén, 1991, Castro *et al.*, 1993-1994; Lull *et al.*, 2004; Montón, 2007; Sanahuja, 2007; Aranda *et al.*, 2009). Además, debemos decir que esta asociación persistente en el tiempo es independiente del resto de categorías sociales, siendo este elemento el único que se asocia con un sexo determinado. Tal es su asociación que su presencia en alguna sepultura infantil ha hecho a los investigadores determinar que dichos restos óseos pertenecían directamente a una niña⁷⁸ (Castro *et al.*, 1994; Lull *et al.*, 2004) como parece suceder en otras sepulturas infantiles (Weglian, 2001) y con otros objetos como las agujas (Rega, 2000).

A pesar de las evidencias observables hasta hace escaso tiempo no se había realizado un trabajo exhaustivo de examen crítico hacia dicha asociación (Aranda *et al.*, 2009). El punzón es el o un elemento relacionado con actividades de la vida cotidiana, la producción textil y, en este caso, se encuentra exclusivamente en sepulturas femeninas. Ciertamente, en la actualidad no contamos con análisis de traza en los punzones de esta cultura, sin embargo, a través de la evidencia etnográfica y textual, podemos llegar a apuntar que estos artefactos pudieron ser utilizados en actividades desarrolladas en el marco de la vida cotidiana, relacionados con actividades como el trabajo del cuero, de la madera, el textil, la cestería y el mantenimiento y reparación de ciertos objetos, etc. Además recordemos que los punzones son útiles que se documentan en la Cultura Argárica no sólo en contextos funerarios sino también en Unidades de Habitación, relacionados en la mayoría de los casos con otros elementos como pueden ser las pesas de telar, etc., como se ha atestiguado en como El Argar, El Oficio, Fuente Álamo, Gatas, Cerro de las Viñas, Cerro de las Víboras y Peñalosa (Montero, 1994; Moreno 2000; Eiroa, 2004).

Teniendo en cuenta todos los aspectos anteriores, recientemente hemos vuelto a evaluar la asociación punzón-mujer, teniendo en cuenta para el análisis que los

⁷⁸ Hamlin (2001) ha apuntado que debemos tener en cuenta que la presencia de punzones en sepulturas infantiles no tiene porque significar que dichos individuos infantiles sean niñas ya que durante el proceso de aprendizaje de los infantes tanto niños como niñas pudieron participar en actividades propias de sus madres (Hamlin, 2001).

individuos enterrados contasen con los análisis osteológicos por medio de los cuales se contara con el sexo determinado de cada uno de los individuos, además de contar también con información responsable sobre el proceso de excavación. Así pues en este trabajo se estudiaron las tumbas de Gatas y Fuente Álamo en Almería, Peñalosa en Jaén (Jaén), el Cerro de la Encina y Fuente Amarga en Granada y Lorca (calle Zapatería 11, Convento de las Madres Mercedarias y Tintes Los), Los Cipreses y Cerro de las Víboras en Murcia (Schubart y Arteaga, 1986; Schubart *et al.*, 1987; 1993; 2000; Eiroa, 1993-94, 2004; Castro *et al.*, 1995; Martínez *et al.*, 1996; 1999; Fresneda *et al.*, 1999; Contreras *et al.*, 2000; Kunter, 2000; Martínez y Ponce, 2002; 2002; Aranda y Molina, 2006). El número de tumbas analizadas no se corresponde con el número total de tumbas presentes en estos yacimientos ya que para este estudio solo se han considerado aquellas sepulturas que tienen los análisis antropológicos realizados y publicados. Así pues, contamos con una amplia muestra de un total de 140 sepulturas y 185 individuos identificados. De los cuales, 43 son mujeres y 4 más que, probablemente, también eran mujeres; mientras de varones se identificaron sin margen de error a 47 y 5 más, que al igual que en el caso de las mujeres, seguramente fueran de sexo masculino, el montante restante unos 86⁷⁹ eran de sexo indeterminado. Entre las mujeres, 15 fueron inhumadas en sepulturas individuales (19 si contamos las 4 posibles mujeres), 22 depositadas en sepulturas dobles, 5 en tumbas triples y tan sólo una fue localizada en una sepultura cuádruple. A excepción de una sepultura individual y dos dobles, el resto de sepulturas femeninas contenían elementos de ajuar (Aranda *et al.*, 2009).

Entre sus ajuares se documentaron un total de 27 punzones, de los cuales 25 eran de metal mientras que 2 eran de hueso trabajado. Uno de ellos fue localizado en la sepultura cuádruple de la que hacíamos referencia pero durante el proceso de excavación se pudo asociar directamente con la figura femenina. Tres de ellos fueron recuperados en tres tumbas triples y uno de ellos también podría estar relacionado con una mujer. Once más fueron encontrados en tumbas dobles y, en dos casos, se estableció una asociación con las mujeres. Ocho fueron encontrados en tumbas individuales femeninas, dos fueron encontrados en tumbas individuales de posibles mujeres, uno de hueso en una probable tumba de un individuo de sexo masculino y, por último, uno más fue hallado en la tumba de un niño. A simple vista podríamos decir que esta relación confirma la asociación anteriormente establecida entre mujeres y punzones en el mundo argárico. Sin embargo, para corroborarlo se decidió llevar a cabo dos análisis diferentes X2.

En el primero, se incluyeron todas las sepulturas utilizadas para este estudio para lo cual se aceptó como real el sexo de los esqueletos a los que nos referíamos como probable, y considerando que los punzones localizados en sepulturas no individuales pertenecían también a mujeres. También se ha estimado que la sepultura infantil donde se localiza un punzón pertenece a una niña. En este caso, el valor p obtenido fue $p=0,0001$, lo que significa que las diferencias observadas en la presencia de punzones entre hombres y mujeres son muy importantes desde el punto de vista estadístico.

En el segundo análisis, que sólo se considera como femenino y masculino esas tumbas cuyo sexo se da por seguro. En esta ocasión, no incluimos las sepulturas no individuales, a menos que tengamos la certeza absoluta de que mediante el proceso de excavación se pudo determinar dicha asociación. En este caso, se obtuvo un total de 106

⁷⁹ En su mayoría todo este grupo pertenecen a individuos infantiles lactantes, por lo que no se ha podido determinar su sexo.

individuos: 19 mujeres, 25 varones y 62 indeterminados. También aquí el resultado fue $p = 0,0001$, lo que indica que debe haber una explicación no aleatoria de la presencia de punzones en tumbas femeninas.

Las conclusiones frente a esta asociación pueden ser varias, si bien, nosotros pensamos que tiene que ver con el tipo de prácticas llevadas a cabo por las mujeres argáricas y los tipos de relaciones sociales necesarios para realizar estas labores, pero sobre todo, a la visión que las mujeres podrían tener de ellas mismas, como reflejo de su identidad y su manera de estar en el mundo (Aranda *et al.*, 2009). Recordemos que la identidad esta conectada a diferentes aspectos de la vida y con una manera específica de ver y experimentar el mundo que nos rodea. Entre estos aspectos, las prácticas y actividades llevadas a cabo a lo largo de la vida junto con las relaciones personales que implica, influyen en el proceso de creación de identidad. A este respecto si tomamos en consideración lo que apuntan Christine Hamlin (2001) *la constante asociación entre una herramienta y un sexo determinado, es porque el sexo está relacionado con las actividades realizadas con dicha herramienta* (Hamlin, 2001: 125). Así pues, la asociación de mujeres con punzones se puede leer como una clara indicación de las tareas desarrolladas por estas y por lo tanto tiene que ver con un sentido específico de la identidad de género. Parece lógico que el elemento elegido para marcar la identidad femenina por estas sociedades argáricas se asocie con la vida cotidiana y con el desarrollo de las actividades de mantenimiento, es decir, con aquellas actividades que mantienen el proceso de creación y recreación de la vida, y que requieren un carácter relacional.

Como ya hemos expuesto en párrafos anteriores, estas prácticas, la producción textil, ha sido (y en muchos casos siguen siendo) una parte fundamental de la vida cotidiana y la experiencia de una gran mayoría de mujeres. Su funcionamiento implica el sostenimiento de una red de relaciones y una organización social y temporal diferente a otras actividades especializadas. A través de su desarrollo se forja un determinado tipo de identidad dominado por las relaciones con los demás, la recursividad en relación con el tiempo y en condiciones de servidumbre a los espacios fijos (Geertz, 1973; Markus y Kitayama, 1998; Min-Sun, 2001; Hernando, 2002). De esta manera, el punzón sería un elemento de conexión, marcando la continuidad en varios niveles: en el cronológico perviviendo durante todo el período argárica; en la escala social; y, entre el contexto interno de la vida cotidiana y de la muerte (Montón, 2007). Además, los resultados paleoantropológicos parecen apuntar a que las mujeres serían las encargadas de desarrollar esta actividad, esto se puede determinar a través de la diferenciación de los patrones de actividad entre hombres y mujeres. Las mujeres en la cultura argárica parecen estar más relacionadas con un menor grado de movilidad, asociadas a espacios más reducidos como es el marco del propio poblado, lugares donde con toda probabilidad fueron desarrolladas el conjunto de las actividades de mantenimiento (Aranda *et al.*, 2009).

En definitiva, sea como sea, lo cierto es que tanto a nivel transhistórico y transtemporal las mujeres son las que han tenido y tienen un vínculo muy especial con la producción textil, independientemente, de la clase social y la etnia a la que pertenecen. En la mayoría de los casos monopolizan su procesamiento y cuando menos controlan gran parte de la secuencia productiva (Schneider y Weiner, 1989: 3). Es tal la comunión entre el tejido y una gran mayoría de mujeres que, en cierta medida o en gran medida, las relaciones que produce esta producción ha influido en la construcción de

una determinada identidad de género para las mujeres. Identidad marcada expresamente por las relaciones personales.

III. 8.1.1.2. Vestido versus categorías de identidad

El estudio del vestido, del producto final elaborado, nos permite aproximarnos a la trama social de la que un día formó parte, es decir, a los patrones de conducta, comportamientos y relaciones sociales que determinaron y condicionaron cómo se confeccionarían y por qué, ya que entendemos que *la vestimenta y sus diferentes partes tejidas... no son obras aisladas o separadas de la vida cotidiana que únicamente tienen valor estético, sino que son parte del mundo real y por lo tanto constituyen una unidad de función y forma* (Fischer, 2008). Así pues, el estudio y análisis de estos elementos nos proporciona la posibilidad de acercarnos directamente a las gentes del pasado, porque los tejidos en su variante de vestido son indicadores de formas de conducta, de patrones sociales que nos acercan a lugares y a tiempos particulares y que nos transmiten información detallada de un tiempo y de un espacio particular y de una persona o grupo en singular.



Lámina 56. El burka, seña de identidad religiosa (cedida por Begoña Soler).

Si realizásemos una encuesta y preguntásemos a la gente que conocemos por lo que significa para ellos el tejido, la ropa, las vestimentas, en su gran mayoría responderían que en primer lugar que se tratan de elementos necesarios para resguardarse o protegerse de los agentes meteorológicos. Por supuesto, esta es su principal función y probablemente su lectura inicial, sin embargo, es cierto que no es la única acepción extraíble de su papel que es mucho más diversificada. Por ejemplo, entre sociedades de ideología árabe las mujeres con fuertes creencias religiosas suelen optar libremente o por imposición por utilizar el burka (Lám. 56). Esta vestimenta generalmente es de color oscuro y tiene la función de cubrir completamente el cuerpo de las mujeres. Su utilización por las mujeres es indiscriminada tanto en invierno como en verano. En este caso particular, la función de esta vestimenta no es resguardarse del frío

dado que en verano también hacen uso de ella sino que estos elementos son un indicador de su identidad de género y religiosa en el marco de su comunidad y sociedad. Este ejemplo nos pone de manifiesto que la ropa en toda su variedad es usada en base a razones sociales lo que la convierte en un marcador directo de la identidad social individual y colectiva abarcando en ello tanto la categoría de género, edad, estatus social, estado civil, religión, etnia o raza, etc. (Sørensen, 1997).

Para el análisis de este apartado partimos de la idea de que el tejido es uno de los elementos más maleables que existen. Sus características moldeables, su flexibilidad para ser tratado, cambiando de color y textura y su permisividad en cuanto su tratamiento (confección y manufactura), lo convierte en un elemento idóneo para ser utilizado como transmisor de las características internas de cada grupo social y en particular de cada persona.



Lámina. 57. Mujeres de luto en la Almería de principios de siglo XX.

Los seres humanos, somos los animales sociales por excelencia, capaces de transmitir y de recibir información social constantemente a través nuestro cuerpo y de nuestra vestimenta. Estos elementos se han convertido desde la antigüedad en óptimas herramientas para marcar y representar mensajes sociales. Los tejidos estampados contienen variables infinitas como el propio lenguaje lo que permiten codificar arbitrariamente cualquier mensaje. A diferencia del lenguaje y del idioma que se organiza a través de patrones sintácticos las vestimentas y el tejido puede acumular grandes cantidades de información a partir de pequeñas reglas. Esto quiere decir que debemos ver la producción textil y por lo tanto las prendas de vestir como un código social, de género, edad, clase social, etc.

Las ropas y las vestimentas son símbolos visuales, tanto de carácter permanente como semipermanente. Por ejemplo, la utilización de un cetro como símbolo de poder, autoridad. Generalmente su significado es semipermanente para la persona que lo porta como puede ser un alcalde o presidente de algún tipo de institución cuyo nombramiento no sea vitalicio. Otro ejemplo del carácter semipermanente lo encontramos de la mano de los vestidos de “luto” (Lám. 57). Estas vestimentas suelen ser de color oscuro, preferentemente negro, marcadas por tratarse de ropas de corte sencillo y poco vistoso

que se caracterizan por cubrir mayores partes del cuerpo que la ropa utilizada normalmente. Estas son solo utilizadas en determinados momentos con motivo del fallecimiento de un ser querido. La prolongación de su uso estará determinada tanto por cuestiones personales como sociales y culturales. Por tanto sea cual sea el carácter de su utilización lo cierto es que la vestimenta, es un marcador claro de información.

Los múltiples significados que conlleva un determinado tipo de ropa, su color, textura, ornamentación, etc., es incuestionable. Un claro ejemplo lo encontramos en las sociedades occidentales y católicas donde en el momento del matrimonio por la Iglesia la novia es ataviada con un gran vestido blanco en señal de su pureza y honradez. Esta distinción sobre el resto de los presentes en esta ceremonia la convierten en el centro de las miradas y autoras como Elisabeth Barber (1994) lo asemejan al acto de entregar un regalo totalmente envuelto, que en este caso sería la propia novia.

Además, la vestimenta es un indicador directo de la categoría de género, con lo cual juega un papel fundamental en la construcción y manifestación de la identidad individual. Esta identidad es marcada tanto por la manufactura de la vestimenta como por la propia coloración de los tejidos. Con respecto al primero de los casos, las mujeres siempre se han asociado con vestimentas marcadas por faldas. Estas son conocidas desde el Neolítico en zonas como centro Europa, Egipto y probablemente Mesopotamia, donde podemos encontrar representaciones de figurillas provistas de faldas rectas, a menudo largas hasta el tobillo. Mientras que los hombres se han asociado generalmente con otro tipo de atuendo como son los modernos pantalones que agilizan su movilidad. Asimismo el color de la ropa también es indicativo de la categoría de género de los individuos infantiles. En sociedades como la nuestra la vestimenta de una niña recién nacida es generalmente de color rosa mientras que en el caso de los niños esta es de color azul.

La vestimenta también actúa como un indicador de la categoría de edad. Por ejemplo en las montañas del centro-sur de Asia las mujeres En las montañas del centro-sur de Asia las mujeres Cafre portan un casco distintivo pero este es retirado durante un periodo corto de tiempo coincidiendo con el momento en que tienen la menstruación.

Al mismo tiempo, la tela, el tejido y en sí la vestimenta es un indicador social tanto del estatus social que se ostenta como del que se quiere llegar a ostentar. A lo largo de la historia, los arquitectos de la centralización de organizaciones políticas han impresionado a los espectadores con esplendor en el vestir, estratégicamente distribuidos entre los clientes de hermosas telas, y exportó la producción textil de los talleres reales y campesinos para obtener divisas. La tela con frecuencia se ha convertido en un estandarte de valor, similar al papel jugado por el dinero llegando incluso a sinonimizarse con el valor de cambio que tienen el oro, plata, joyas y minerales exóticos y de poder. Con respecto a este último indicador, el poder, podemos decir que la utilización de determinados símbolos que van desde el propio diseño, la confección, su embellecimiento con ornamentos e incluso con piedras y metales preciosos como el oro. Por ejemplo en época romana el único personaje que tenía el honor de llevar un traje compuesto de púrpura real era el emperador. Si se pertenecía a familias nobles o se era sacerdote se podía llevar un traje también de color púrpura pero en este caso con rayas o morado. Otro ejemplo de la interrelación entre la categoría de género y de estatus social la encontramos en el mundo egipcio donde los faraones (siempre en masculino) portaban como símbolo de su poder y de su virilidad un tocado real y una barba postiza.

Cuando entorno al 1500 a.C., Hatshepsut, madrastra y regente de Tutmosis III, optó al trono egipcio se enfrentó a la incongruencia de tener que asumir rasgos propios de “faraón” en masculino. Aunque en dichas representaciones se intentaba mostrar la calidez de su figura y la delicadeza de su cara lo cierto es que Hatshepsut, aparece representada provista de la falda tradicional masculina, la barba postiza y una peluca faraónica que marca su categoría de faraona o reina. Estos elementos en el antiguo Egipto no solo eran marcas de la categoría social y del poder ostentado sino que además actuaban como señas de identidad de género (Barber, 1994: 149-150).

También las vestimentas pueden ocultar o revelar, mostrar u ocultar información sobre una persona, su identidad y los valores sociales de forma individual o colectiva, como comunicar valores ideológicos y reclamaciones, complejas cuestiones morales y éticas de dominación y dependencia, riqueza y pobreza, sexualidad, etc., todas estas variables son recogidas y expresadas a través del vestido. A la vez que es un elemento fundamental que refleja la identidad colectiva la ropa también es indicador del lugar de origen, etnia, grupo social, del trabajo desempeñado o del puesto ocupado, etc. (Barber, 1994). Un ejemplo que homogeneiza todas estas categorías lo podemos encontrar en un

Así pues las prendas de vestir se nos presentan como la evidencia más directa de transmisión de información sobre las personas. La práctica del uso de vestimentas ha supuesto la manera más fácil y práctica de transmitir mensajes sociales, visualmente, en silencio y de forma continuada. Cuando hablamos de mensajes silenciosos nos estamos refiriendo aquellos casos en que la ropa no es visible, por lo que gente tanto del pasado como del presente hemos ideado otros sistemas o dispositivos visuales que continúen transmitiendo señales sociales. Ejemplo de ello lo encontramos en el desarrollo e incentivación durante la Edad Media europea de los escudos heráldicos o en la actualidad con el uso de pegatinas en los coches, motos o grafitis en las casas, tiendas, etc.

En definitiva la vestimenta puede ser utilizada para marcar o anunciar información relativa a la persona individual o del conjunto del grupo social al que se pertenece, por ejemplo un grupo de empresarios, mujeres embarazadas, viudas, seguidores de un equipo de fútbol, baloncesto etc., También puede ser utilizada como un recurso nemotécnico para registrar eventos y otros datos relativos a patrones conductuales. Y en tercer lugar puede ser utilizado a nivel simbólico y ritual. La tela también es utilizada para determinar la asistencia o no de una persona a la celebración de un ritual o ceremonia. En la escena minoica de recolectar azafrán, una de las mujeres jóvenes participantes llevaba un velo con puntos rojos. El portar este elemento parece que las convierte en el centro del ritual. Entre las mujeres Minoicas encontramos representaciones que portan una bufanda enrollada alrededor del cuello con un gran nudo en la parte posterior del cuello. Todo apunta que el hecho de llevar dicha bufanda en ese momento no respondía a cuestiones funcionales sino más bien a otro tipo de cuestiones marcadas probablemente por la asistencia algún tipo de ceremonia utilizada como símbolo (Barber, 1994: 150-151). Ejemplos similares los continuamos encontrando en pueblos rurales donde las mujeres de edad avanzada portan un velo de color oscuro en la cabeza en el momento de su asistencia a una ceremonia religiosa.

La ropa en general está marcada por pequeñas sutilezas que varían de una sociedad a otra, de un pueblo a otro, de un grupo social a otro y de un tiempo a otro, etc., por lo que son elementos válidos para el estudio del comportamiento social de las sociedades pasadas y presentes. En la actualidad la ropa, las vestimentas son símbolos e

indicadores de la moda, una moda que marca nuestras formas de relación, de convivencia y que varía con el paso del tiempo.

III. 8.1.2. Aplicación tecnológica, adquisición y transmisión de conocimientos

Hablar de producción textil no sólo es referible a la elaboración y manufactura de telas y vestimentas, aunque es cierto que ambos elementos por antonomasia son las que han definido y por las que mayoritariamente se entiende esta actividad productiva. Si bien, la producción textil abarca muchos más trabajos como la cestería y la cordelería, procesos tecnológicos considerados arqueológicamente como los precursores del entrecruzamiento de tallos flexibles y, por lo tanto, antecedentes directos de la producción textil en la Prehistoria. Ambas actividades son conocidas desde la antigüedad y perviven en la actualidad sobre todo en lugares rurales, siendo uno de los trabajos subsistenciales de muchas familias. Al igual que el tejido en forma de vestimentas o similares, la cestería y la cordelería o mejor dicho sus productos en forma de artefactos como cestos, zapatillas, espuestas, esteras, cuerdas, etc., son elementos pensados, creados y utilizados en funciones y actividades concretas que ayudan a hacer la vida de las gentes más fáciles y confortables.

III. 8.1.1.1. Cestería y cordelería

A nivel general, el trabajo de las fibras vegetales con motivo de la realización de diversos elementos como pueden ser recipientes, esteras, calzado u otro tipo de artefactos relacionados con el bienestar de las gentes hunde sus raíces en la Prehistoria, concretamente en el periodo Prehistórico del Mesolítico. Son muchos los autores que han intentado dar respuesta acerca del origen de estas técnicas de trabajo que se iniciaron con la “técnica espiral” y posteriormente con el “entrecruzamiento de las fibras vegetales”. Hay quien opina que este proceso se inició en el antiguo Egipto desde donde se extendió al norte de África; algunos, apuntan hacia navegantes cartagineses o fenicios mientras que otros autores lo sitúan en el norte de Europa, desde donde se extendió hacia las zonas del sur de Europa. Lo cierto es que sea cual sea el origen de ambas técnicas, la realidad es que este tipo de actividad se ha mantenido como una constante a lo largo del tiempo cuyo objetivo principal no ha sido otro que obtener un producto que beneficiase la subsistencia y el bienestar humano. Si bien, como ocurre con los restos de tejido, al tratarse de una materia perecedera (restos vegetales), las huellas de su presencia son bastante escasas en el registro arqueológico conocido, lo cual no quiere decir que no existan como así quedará patente a lo largo de este apartado (Castellote, 1982: 39).

Como decimos, tanto la cestería como la cordelería son dos actividades que utilizan una misma materia prima, las fibras vegetales. Sin embargo, entre las fibras vegetales existe una gran variedad que desde antiguo se han venido aprovechando para estos menesteres. Éste es el caso de la paja de trigo y cebada, el mimbre, el esparto mientras que más moderno es la utilización de la enea. En nuestro caso, nos interesa centrarnos en una de estas fibras vegetales dada su representatividad y utilización en la realización de diferentes artefactos en la Prehistoria de la Península Ibérica, el esparto.

El esparto es una fibra vegetal que pertenece a la familia de las *gramineas* y a la tribu de la *stipacea*. El esparto presenta unas hojas largas, que pueden llegar a alcanzar hasta un metro de altura y de anchura pueden llegar a medir hasta cuatro milímetros. Estas hojas son tenaces y se encuentran unidas por lo que los esparteros actuales españoles conocen como ña a la atocha o raigón.

Una de sus principales características que además nos remite a su antiquísima utilización, es su fácil desarrollo en climas duros, tanto en inviernos fríos como en veranos ardientes. Por esta razón se encuentran en todo tipo de terrenos aunque es cierto que su clima ideal es aquel que se caracteriza por una gran sequedad atmosférica y escasas lluvias. Su proximidad a la costa favorece su calidad y se encuentra hasta 1.000 metros de altura. Con estas características no nos sorprende que una de las provincias actuales de nuestra comunidad autónoma con mayor cantidad de esparto sea Almería, aunque también se da en otros lugares con son las provincias de Albacete, Murcia, Baleares, Granada, Huesca, Jaén, Toledo, Valencia, etc., y fuera de nuestras fronteras en el Norte de África, en Argelia o Marruecos.

Así pues, los meses estivales (Julio y Agosto) son los más adecuados para iniciar el proceso de la artesanía que se origina con su recolección. Este proceso estará determinado por el producto final que se quiera conseguir. Por ejemplo, si se pretende realizar un cesto, éste no puede ser segado sino que debe recogerse la planta entera, incluida la raíz. Para ello, la espartera, como se conoce a la persona encargada de realizar esta recolección reúne manojos de hojas de aproximadamente unos 20 o 30 cm. las cuales son enrolladas sobre un pequeño palillo pequeño del que se tira enérgicamente hacia arriba en la dirección de las fibras hasta arrancar el tallo. Este es un método rápido pero con frecuencia se llega a desprender también la cepa inferior y además las finas colas superiores de las hojas quedarán dañadas por el palillo, *cogeor* o *talisa*. Por ello, existe otro método de recolección que es menos agresivo pero a su vez es más lento. Consiste en reunir un ramo de unas 8 o 10 tallos que son apretados fuertemente con la mano y se tira hacia arriba enérgicamente. Éste, aunque es cierto que es más lento, daña menos las hojas, siendo las mismas más aprovechables. Para la Prehistoria no sabemos cuál de estos métodos usarían en el proceso de recolección, aunque lo cierto es que ambos serían válidos y posibles.

Tras su recolección hay que limpiarlo realizando paralelamente una selección de las mejores piezas, desechando las piezas secas, partidas o dañadas. Los espartos recolectados se suelen agrupar y atar en pequeños mazos lo que permite su movilidad.



Lámina 58. Manojos de esparto puestos a secar.

Seguidamente, el esparto pasa por una fase intermedia de su procesamiento, el secado y curación que consiste en la exposición al sol durante al menos 40 días de los mazos (Lám. 58). Este proceso es importante para que el esparto se cure y tome su color amarillo pálido. Una vez superado este proceso, tal y como se conoce, *curadas las hojas de esparto*, éstas pueden seguir dos caminos o tratamiento diferentes en función de la utilidad que se le vaya a dar posteriormente. Se puede trabajar directamente como *esparto crudo* o en forma de *esparto cocido* o *picao*, la elección de uno u otro, como ya hemos señalado, estaría en función de cuál fuera su destino final, es decir que artefactos u objetos se pretenden conseguir.

Como decimos, este proceso de manufactura o procesamiento previo varía en función de si se trata de esparto crudo o cocido. El *esparto crudo* una vez recolectado es expuesto al sol, durante un tiempo prolongado, oscilando entre 1 y 2 meses. Durante este tiempo, el esparto es humedecido y cambiado de posición al menos dos veces por semana. El objetivo de este proceso no es otro que conseguir secar el esparto y blanquearlo. Mediante la acción fotoquímica se consigue que el esparto pase de color verde al dorado claro o rojizo. Es en este momento cuando se sabe que el esparto está preparado para ser empleado en la realización de los diferentes artefactos para los que se emplea.

Este tipo de esparto se tejerá en anchas tiras (pleita) formadas por tantos ramales como se desee, siempre que sean impares, los más usuales están comprendidos entre 13 y 19. Cada ramal está formado a su vez por 4, 5 y 6 espartos. Esta larga cinta configurará las cestas, capazos, esteras, tizneros y otros objetos, según la voluntad y criterio del artesano.

Por su parte, el *esparto cocido* o *picao* se prepara sometiéndolo en haces a la operación que en la actualidad se denomina como *enriado*, que consiste en sumergirlo en agua corriente o estancada en balsas, procurando que ésta los cubra por completo durante un tiempo más o menos de unos treinta días continuados. Dicha operación tiene como objetivo disolver la sustancia gomosa que mantiene unida a la fibra las materias incrustantes, dando a la hoja mayor flexibilidad y permitiendo trabajarla con mayor facilidad. Una vez transcurrido este tiempo, el esparto es lavado y expuesto al sol. Cuando el esparto ya ha perdido la humedad que contiene es sometido al proceso de machacado o picado. La intensidad de este proceso de machacado o macerado está en función de la utilidad posterior. Para éste se utiliza un mazo de madera duro con el que se golpean las manadas de esparto, sobre losas o molino de piedra, hasta que las múltiples fibrillas que conformaban las hojas quedaban separadas, pero eso sí con cuidado de no romper las fibras ya que el objetivo de este proceso es conseguir una mayor maleabilidad de las fibras.

El esparto cocido o picao se destina principalmente a tejer la *guita* que consiste en anchas tiras formadas por tantos ramales como se desee siempre que sean impares, por ejemplo, para la cuerda se emplean 3 ramales y para las sogas cernejas, recincho, se suelen utilizar 5 o 7 ramales. Asimismo se tejen, las soguillas de 4, 5 y 8 ramales. Los de 8 ramales destacan por el resultado, que consiste en una cuerda de sección cuadrada utilizadas frecuente como ramalera para las bestias. La *guita* es la labor más sencilla y socorrida para casi todo. Con tres cabos o ramales de esparto cocido o picao se teje de modo rápido. Se hacían lías o cuerdas para atar elementos o piezas del trabajo. La diversidad funcionalidad es su principal característica.

Posteriormente, las fibras de esparto conseguidas de mayor calidad son destinadas a tareas más finas, por lo que deben pasar por un último proceso que consiste en el rastrillado para eliminar los restos que no son fibras y poder así dividir las haces en toda su longitud. Con este tipo de esparto se hacen las *lías* o *trenzas*, que son la base de toda la artesanía posterior.

En otros casos el esparto ni siquiera es mojado. Este es denominado *esparto común*. En este caso el único proceso al que se somete consiste en su exposición al sol durante algunos días con la intención de que este pierda la humedad mediante la evaporización de los jugos que contiene la fibra con la finalidad de que no se pudra cuando se almacene. Puesto que está seco ha de ser remojado uno o dos días antes de trabajarlo para que recupere la flexibilidad necesaria. Este esparto es muy apropiado para confeccionar la pleita, el cordelillo, etc., es decir objetos usados para la agricultura.

Tras estos diferentes procesos, la fibra vegetal del esparto ya está en condiciones de ser utilizada para la realización de diferentes actividades como puede ser la cestería y la cordelería a través de las cuales se pueden conseguir diversos artefactos que ayuden al desarrollo de otro conjunto de actividades como puede ser el almacenamiento de alimentos, la construcción de viviendas, la sujeción de vigas de madera, etc.

Como ya apuntábamos con anterioridad, el trabajo del esparto y, por lo tanto, el trabajo de la cestería y la cordelería se conoce en la Península Ibérica (y en el resto del mundo) desde la Prehistórica. Particularmente, los yacimientos arqueológicos españoles demuestran que el esparto (*Stipa tenacissima*) tenía un arraigo en los asentamientos finales del neolítico del sudeste de España, extendiéndose hasta la actualidad como materia prima empleada en la manufactura del cordelaje naval (Alfaro, 1980; Díaz Ordoñez, 2006). Un ejemplo es el yacimiento de Castellón Alto (Galera) donde se han recuperado grandes cantidades de esparto sin manufacturar, tanto en crudo como en cocido. Estos hallazgos han hecho pensar por un lado que la recolección de dicha fibra no se realizaría en lugares muy lejanos del poblado y, por otro, que la manufactura del mismo se realizaría en el propio poblado. En este yacimiento se han recuperado un total de 200 muestras que comprenden tanto productos manufacturados como restos de la planta sin elaborar (Contreras *et al.*, 1997: 91).

La elaboración del esparto procesado tiene una primera etapa que consiste en el trenzado de la pleita, que posteriormente será la utilizada para la realización de las diferentes piezas. El trabajo de cestería está dotado de un gran número de técnicas las cuales están en función del tipo de artefacto y acabado que se quiera conseguir, por ejemplo podemos encontrar desde la cestería tejida o en damero, la cestería atada o cordada, la cestería espiral verdadera o cestería cosida en espiral, la cestería pseudotrenzada o en rabo de cerdo, la cestería trenzada. Ejemplares de estas técnicas se han documentado en los restos de cestería localizados en la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada) (Alfaro, 1980). Mientras en el yacimiento arqueológico del Castellón Alto la técnica más representada es la correspondiente con la cestería cruzada en diagonal. En este yacimiento se han documentado una gran cantidad de restos cruzados en diagonal y cosidos entre sí por una fina cuerda de cordelillo, que en ningún caso sobrepasa los nueve haces de fibras. Esta cestería es muy común en la realización de espuestas, capachos, cestos grandes y esteras (Contreras *et al.*, 1991: 92).

Si bien, aunque esta es la técnica más representada en este yacimiento lo cierto es que también se han documentado fragmentos que parecen estar realizados en una variante que da lugar a la cestería cruzada en sargas, que posee otras pautas de trenzado. También, y en menor medida se han documentado trenzados en damero de entramado liso y cestería en espiral similar a la documentada en la Cueva de los Murciélagos en Albuñol.

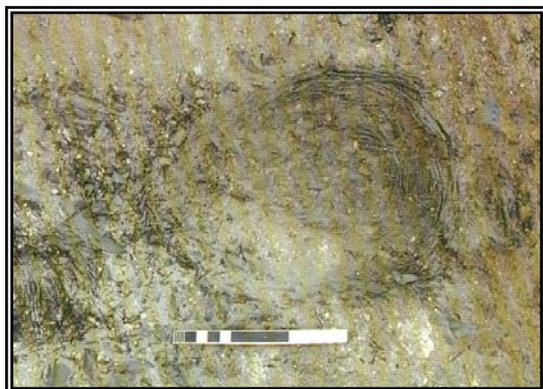


Lámina 59. Restos de un cesto de esparto en el poblado argárico del Castellón Alto (galera, Granada) (Contreras *et al.*, 1997).

Las cestas de esparto crudo han aparecido en todas las áreas de dicho poblado de Castellón Alto (Lám. 59). En éstas pequeños haces se entrelazan con una serie de elementos fijos perpendiculares y que a su vez están entrelazados por medio de la alternancia de dos elementos móviles, que forman entre sí una pequeña cuerda por torsión. En alguna de estas cestas se han utilizado otras fibras vegetales, aún sin identificar, aunque probablemente se trate de enea⁸⁰ en los momentos perpendiculares (Contreras *et al.*, 1991: 92).

Hay fragmentos que muestran una variante que da lugar a la cestería cruzada en sargas, que posee otras pautas de trenzado. También, aunque en menor proporción existen trenzados en damero de entramado liso y cestería en espiral. Las cestas de esparto crudo han aparecido en todas las áreas del poblado. En ellas, pequeños haces se entrelazan con una serie de elementos fijos perpendiculares, y que a su vez están entrelazados por medio de la alternancia de dos elementos móviles, que forman entre sí una pequeña cuerda por torsión. En alguna de estas cestas se han utilizado otras fibras vegetales, aún sin identificar, pero probablemente se trate de enea, en los elementos perpendiculares. Además, en los estratos carbonizados del poblado se han identificado varios ejemplos claros de esteras de esparto realizadas con pleitas cosidas entre sí, sobre las que se han documentado recipientes cerámicos relacionados con la preparación de alimentos y el almacenamiento. Para la realización de estas esteras de esparto sus “esparteros y esparteras” utilizaron indistintamente tanto el esparto crudo como el cocido aunque entre ambos sobre sale el segundo mientras que en tercera posición se encontraron esteras realizadas con trenzado en damero de entramado liso (Contreras *et al.*, 1991: 92-93).

Sin embargo, estos no son los únicos restos de cestería documentados en la Prehistoria Española. En el yacimiento calcolítico de las Angosturas de Gor en Granada se localizaron restos de cestería en forma de estera de esparto. Sobre ésta se localizaron los restos de una vasija cerámica así como los restos de una cesta que conservaba parte

⁸⁰ En la actualidad la Anea no se utiliza para los trabajos de cestería pero si para la realización de los culos de sillas (Castellote, 1984).

de su contenido, restos de granos de cereal. Por su parte, Louis Siret ya atestiguo la manufactura de este tipo de material en yacimientos como Almizaraque (Cuevas de Almanzora, Almería) y el yacimiento de Los Millares (Santa Fé de Mondújar, Almería). Sin embargo, donde son más comunes, al menos sus hallazgos es en los yacimientos de la Cultura del Argar como pueden ser Ifre (Murcia) y el Oficio (Almería) donde se localizaron fragmentos de cestos que debieron contener granos de cereal tal y como nos demuestran las propias adherencias de estos elementos sobre los cestos. Estos hallazgos han hecho pensar que estos artefactos realizados en fibras vegetales estaban destinados para el almacenamiento del grano del cereal sin procesar (Siret, 1890). Asimismo en otros yacimientos de la Edad del Bronce, tanto argáricos como del bronce manchego, como el de Cerro de la Encina (Monachil, Granada), la propia Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real) o el de Cabezo Redondo en Villena (Alicante) se han documentado restos de estos objetos de esparto. Concretamente, en el último de los mismos se localizaron los restos de una zapatilla (Alfaro, 1984).

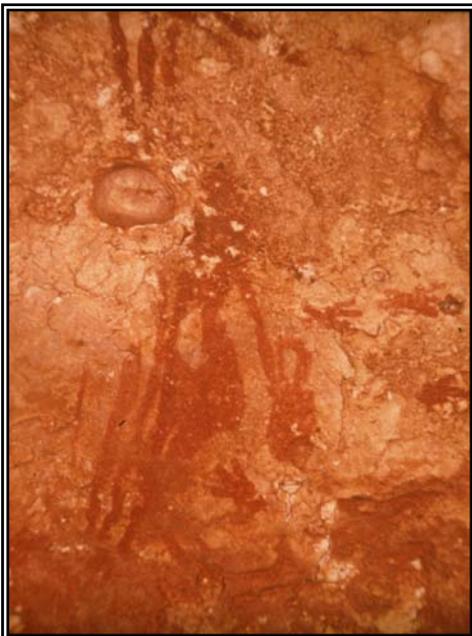


Lámina 60. Arte rupestre levantino. Representación pictórica de una mujer recolectora de miel La Araña de Bicorp (Valencia).

La manufactura y uso de cuerdas desde la antigüedad es una realidad. Su utilización en labores relacionadas con la construcción de viviendas, como puede ser para el ensamblaje de postes, vigas de madera, techos, etc..., y con las labores agrícolas y ganaderas queda constatado en gran cantidad de yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica. Probablemente, en su origen, nuestros antepasados utilizaran los filamentos vegetales en estado natural empleando la técnica del trenzado de cordones de fibras. Sin embargo, como ocurre con el resto de los procesos tecnológicos, con la experiencia vital debieron ir perfeccionando todo el proceso hasta construir nuevas técnicas de trenzado como por entrecruzamiento (Castellote, 1984). En el caso concreto de España podemos destacar las representaciones pictóricas rupestres del arte levantino de las cuevas del Macizo del Caroig en Alicante. En éstas aparece claramente una figura humana sustentada por unas cuerdas, mientras recoge la miel de un panal como las más antiguas evidencias del uso de la cordelería (Lám. 60) (Alfaro, 1980). En otros yacimientos como la cueva de Nerja de Málaga se localizaron restos de un fragmento de cuerda de esparto en su nivel superior del calcolítico (Jordá *et al.*, 1983: 64). En la sima de la Curra en Carratraca, también en Málaga, se conservaba un fragmento de fibra vegetal datado a nivel contextual en el Eneolítico (Sanchidrán, 1984-85: 240). Por

último, en el yacimiento del Cerro de la Virgen de Orce (Granada) también se han constatado restos de fibras vegetales adscritos a niveles del Calcolítico (Shule, 1980).

Por su parte, en la cultura argárica también se encuentran restos de estos elementos y de este procesado técnico. Este es el caso del anterior yacimiento argárico mencionado, el Castellón Alto. En este poblado se han podido localizar depósitos o estratos que contenían un gran número de restos de cuerdas en estado de carbonización. Indiferentemente, están realizadas en esparto crudo o cocido, probablemente, ello estaría determinado por su funcionalidad. Entre los restos documentados se han localizado restos de *atillo* y *soga*. Ambos casos manufacturados con esparto cocido, realizando el torcimiento de la fibra y no mediante la técnica del trenzado. Estos elementos debieron estar destinados a trabajos más simples, como atar las haces de las cosechas⁸¹ y en los distintos arreos para el ganado. Sin embargo, el esparto trenzado está más ampliamente representado, abundando las trenzas de tres cabos de esparto cocido, llamadas también *lías*, las cuales en ocasiones aparecen formando parte de restos que se han supuesto de cestería. También es frecuente, el sobijo, la trenza de tres ramales de esparto crudo, y la tamiza o madejilla de mayor grosor que se ha presentado en ocasiones utilizada como bateo de piezas de mayor tamaño, y como atadero de los troncos que estructurarían las paredes y techumbres de las viviendas (Contreras *et al.*, 1997: 93).

Sin embargo la utilización de las cuerdas no era exclusivamente para estos menesteres y como base de la cestería trenzada sino que también tenía otra vertiente en cuanto a su funcionalidad. La confección de calzado. En este mismo yacimiento argárico se han documentado dos fragmentos de sandalias o esparteñas (Lám. 61). Una de ellas realizado en base a cuerdas de esparto cocido y núcleo central compuesto, alrededor del cual giraría el trabajo posterior (Contreras *et al.*, 1997: 93-94). Si bien, estos no son los únicos restos de cordelería documentados para el mundo argárico, también se han localizados restos de improntas de cordelería de esparto en el poblado de los Cipreses (La Torrecilla, Lorca).



Lámina 61. Fragmento de esparteña realizada en esparto trenzado (Contreras *et al.*, 1997).

⁸¹ En la actualidad se sigue conservando la utilización de este tipo de técnica precisamente para esta actividad como corderaje para las haces de fibras vegetales.

Todas estas evidencias nos hablan de que el esparto, sobre todo, se encontraba plenamente integrado en el utillaje humano de la Prehistoria en su gran variedad de formas como puede ser mediante cordelería, cestería o tejidos. Pero su fragilidad y perecibilidad lo convierte en elementos difícilmente recuperable mediante excavación arqueológica. Sin embargo, el hecho de que se trate de una arte de largo recorrido y tradición ha hecho que se conservase en la actualidad la mayoría de sus formas y diseños que los convierten en objetos dignos de estudio a la altura de los artefactos de metal, piedra, cerámica, etc. (Contreras *et al.*, 1997: 94).

Con el paso del tiempo y los avances tecnológicos podríamos pensar que este arte ancestral de la cestería y cordelería ha desaparecido, sin embargo nada más lejos de la realidad. En zonas rurales de Galicia, Extremadura, Castilla la Mancha o Andalucía es común encontrarte a personas adultas trabajando las fibras vegetales sentados en las puertas de sus casas, en la calle. Generalmente, son los hombres los que pasan largas horas practicando esta actividad.



Lámina 62. Mujeres españolas realizando esteras de esparto trenzado (<http://acestaciondehuesa.com>).

Atendiendo a la división sexual del trabajo en estas actividades debemos decir que en la actualidad se han detectado diferencias de género en base a la técnica de manufactura y a la materia prima empleada. A las mujeres se les ha atribuido la técnica de espiral mientras que a los hombres desarrollaría la técnica del entrecruzamiento. La primera de ellas es bastante más arcaica y en determinados ambientes, denominada como *simple* y *sencilla* mientras que la segunda conlleva una mayor cantidad de conocimiento y aplicación tecnológica. Si bien, todo parece apuntar, y así lo exponen autoras como Eulalia Castellote (1984) que señala que *fue la mujer quien primero se dedicó a este tipo de actividades sedentarias, perdiendo mas tarde a favor del hombre estos quehaceres, al llegar a la etapa artesanal* (Castellote, 1984: 40) (Lám. 62).

A su vez, la materia prima empleada también parece estar determinada por la categoría de género. En el caso de las mujeres parece ser que sólo se dedican al trabajo de la paja de trigo y cebada mientras que el centeno puede ser elaborado por ambos sexos, aunque en este caso, el hombre se encarga de realizar las cestas de mayores dimensiones mientras que las mujeres realizan las de menores dimensiones. El mimbre

y la enea suelen estar en manos de los hombres de forma casi exclusiva. Dada esta división sexual de ambas actividades el aprendizaje de ambos trabajos estaría igualmente determinado por la categoría de género de los individuos infantiles. En la actualidad, las niñas practican la cestería de paja, mientras que los niños se concentran en el aprendizaje del trabajo del mimbre y el centeno, siempre que esta última materia prima sea destinada para la elaboración de grandes recipientes porque, en el caso contrario, este proceso recae sobre las niñas del grupo. Sin embargo, en ambos casos (tanto niñas como niños), este proceso de aprendizaje como el resto de actividades de mantenimiento son aprendidas en el seno familiar, en el marco de la vida cotidiana y titularizadas por algún miembro familiar. Por su parte, el proceso de aprendizaje variará en función de las características internas de cada sociedad, aunque suelen ser mediante la observación directa e imitación de estos trabajos dado que, generalmente son realizados en el marco de la vida cotidiana. En la actualidad, estas actividades no se tratan de una imposición hacia los individuos infantiles sino que en la mayoría de las ocasiones su aprendizaje es opcional y producto generalmente de la curiosidad de los individuos infantiles (Castellote, 1984).

Asimismo en la actualidad también contamos con datos suficientes para determinar que elementos realizan las mujeres y cuales otros son realizados por manos masculinas. Generalmente, las mujeres manufacturan *gorros de segador o de segarosa*, cosen esterillas para disponerlas directamente sobre los suelos, cuyo objetivo es la adecuación de los espacios domésticos. También realizan *capados*, pequeñas cestas de paja o de trigo de formas y puntos variados (cilíndricas, de boca rematada con un cordoncillo, destinadas generalmente para contener los útiles de costura), *encellas* que se tratan principalmente de artefactos relacionados con la producción de queso aunque si son provistas de una amplia asa central y dos tapas también son utilizadas para contener la merienda en el campo. Si presentan una forma ovalada con una amplia base y escasa altura suelen ser utilizadas para colocar las ropas planchadas y, si por el contrario tienen una forma cilíndrica y paredes estarían destinadas al almacenamiento de huevos o cualquier otro alimento. Otros elementos manufacturados por las mujeres son las cajas, maletas y cestas de variadas formas y técnicas.

Por su parte, los hombres suelen realizar piezas de grandes dimensiones, destinadas generalmente al almacenamiento de alimentos sólidos, de uso doméstico como pueden ser las lentejas legumbres, cereales o harina. También realizan los *escriños o nasas* utilizadas como depósitos o contenedores que son colocados en el interior de los espacios habitacionales o *espartidores, partideras* o capachas de mayores dimensiones y, por lo tanto, de mayor peso que las realizadas por las mujeres (Castellote, 1989: 73-74).

Como podemos observar, la variedad de productos realizados por medio de ambas técnicas es infinita. En relación a ellos podemos sacar dos ideas fundamentales. Una primera que consiste en que la manufactura no sólo determina el producto a conseguir sino también la categoría de género que lo procesa. Sin embargo, como podemos observar son las mujeres las que primeramente comienzan a trabajar y practicar esta tecnología aunque como sucede con el resto de las artesanías la alfarería, la molienda, etc., en el momento en que se promueve la especialización de la misma esta pasa a manos de los hombres. Y una segunda se refiere a que en su mayoría todos los productos obtenidos tanto realizados por hombres como por mujeres están en su

mayoría destinados o relacionados con las actividades de mantenimiento, como es la adecuación de los espacios y el almacenamiento.

III. 8.1.1.2. Tejido, vestimentas y ropas

Al contrario que el resto de actividades de mantenimiento, la producción textil ha sido catalogada a lo largo de los años como una actividad artesanal lo que le ha elevado a la categoría de actividad tecnológica. Además, su desarrollo se ha visto marcado por la innovación técnica y aplicación tecnológica iniciada con los trabajos de cestería y trenzado de tallos flexibles, juncos o lianas, los cuales son considerados arqueológicamente (Mesolítico) como los precursores del entrecruzamiento, mediante la ayuda de un marco rígido, de hileras paralelas y perpendiculares entre si de fibras, dando como resultado un tejido plano (Castro, 1984: 100). El carácter perecedero de los materiales utilizados ha imposibilitado su documentación actual, sin embargo esta imposibilidad se ve compensada con los ejemplos que podemos encontrar en representaciones gráficas como sucede en algunos abrigo del arte rupestre español. Este es el caso del abrigo o cueva de La Araña de Bicorp (Valencia) (Lám. 58) donde se puede observar posiblemente una figura femenina recolectando miel. Dicha imagen aparece trepando hacia la colmena para lo que va provisto de un cesto con un asa superior muy amplia (Castellote, 1982: 32).

Si hablamos directamente sobre el tejido, los primeros testimonios conservados de fibras gruesas sin hilar pertenecen al yacimiento de Catal Hüyük, fechadas entorno al 5.400 a.C. (Durham, 1965). Además, en el antiguo Egipto entorno al V milenio se constata la presencia del hilado de fibras diversas, vegetales o animales, con la ayuda de husos, tal y como demuestra la presencia de fusayolas. Los hallazgos de fusayolas en yacimientos del Neolítico europeo corroboran la producción de hilados, al menos desde el IV milenio (Castro, 1980: 129). Ciertamente, estos útiles no eran necesarios e imprescindibles para realizar el hilado, sin embargo su presencia desde estos momentos nos hablan de influencias y avances culturales. Existen testimonios escritos (lineal A) que nos indican las cantidades de hilados de lana y lino producidos en centros cretenses por numerosos trabajadores así como de los talleres donde se tejía, estando estas dos actividades especializadas a cargo de ambos sexos. En contextos posteriores son múltiples las referencias de sitios dedicados a la producción y el teñido textil.

Si bien, antes de adentrarnos a la recreación de la actividad del tejido debemos decir que, como cualquier proceso tecnológico y productivo, esta actividad de mantenimiento conllevaba una serie de trabajos que partían desde la toma de decisión de cómo, qué y con qué material se iba realizar dicha prenda pasando por la obtención de la materia prima y su procesamiento hasta la obtención del producto, en este caso de un elemento esencial, como ya hemos expuesto anteriormente. La producción textil es una actividad compleja, se inicia con un gesto arquetípico por parte de la persona encargada de realizar el tejido, mayoritariamente, como ya hemos dejado patente, las mujeres. Primero se concibe la idea de la obra e inmediatamente la diseña en su pensamiento. Posteriormente, pasa de la potencia al acto, aplicando la geometría, es decir, la medida y la proporción, a través de las cuales se plasma las ideas o conceptos en la tela, el cuerpo, el papiro, o cualquier otra materia prima ideada para realizar las vestimentas. A partir de este momento llega el momento de su ejecución, se procura la

materia prima que previamente será sometida a una serie de trabajos y procesos de transmutación, pues tanto la seda, como el lino, el algodón o la lana necesitan una manufacturación desde su origen animal o vegetal hasta la obtención del hilo.

Pensemos en la realización de un vestido de lana sobre el cual las fuentes escritas y clásicas nos permiten apuntar cual sería el proceso de producción partiendo desde el propio abastecimiento de la materia prima, la lana. En un *oikos* ideal toda la materia prima debía proceder de ovejas de propiedad, siendo estos animales cuidados con especial mimo y criados expresamente para producir lana. Una vez esquiladas las ovejas, la lana era lavada con agua caliente y otros productos y puesta a secar al sol. Ésta era una labor femenina (Aristófanes, *Asamblea*, 215-216), como ha seguido siendo en últimos cuarenta años entre las campesinas griegas. Esta actividad requería ser realizada bajo la luz del sol, sin embargo también era posible llevarla a cabo en los propios patios de las casas ciudadanas como en recintos vallados del campo. El teñido de la lana, que era previo a su transformación, si es que tenía lugar, podía ser realizado fuera del *oikos* en ámbitos urbanos, ya que se podía adquirir en el mercado. A este respecto, decir que si atendemos a la división sexual del trabajo podemos decir que estas tareas pertenecientes al ámbito público, posiblemente, fueron realizadas por los hombres del *oikos*, como sucedía con la mayoría de las actividades que tenía que ver con el mundo exterior. Sin embargo, el resto del proceso tecnológico o más bien, el verdadero proceso tecnológico recaía en las manos femeninas. La primera tarea para las mujeres griegas consistía en el cardado de la lana, que consistía en poner sobre su pierna, concretamente sobre su rodilla desnuda, la lana la cual era estirada generalmente con los propios dedos. Una vez estirada, la lana era cardada con un peine de hierro, hasta producir lo que se denominaba como *hilo de estopa*, que seguidamente era depositado en una cesta o *kalathos* de esparto. Esta lana cardada era enrollada en una especie de rueca, que la hilandera tomaba en su mano izquierda mientras tiraba del hilo de lana con su mano derecha, donde también sujetaba el gancho del huso⁸² y lo retorció con los dedos, procediendo a enrollarlo alrededor de éste hasta llenarlo (Mirón, 2007).

Esta actividad, Al tratarse de un trabajo monótono que requería gran cantidad de horas, era el que más tiempo ocupaba a las mujeres. Concretamente, el cardado y el hilado. Por la ligereza y sencillez de los instrumentos usados en ambos procesos, la poca concentración requerida y la facilidad para abandonar y retomar la tarea, podía ser llevada en todas partes, permitiendo al mismo tiempo cuidar de los niños, vigilar a las esclavas, charlar y atender otros trabajos. Como ocurría con la mujer Peonia, *capaz de hilar al tiempo que conducía un caballo y llevaba un cántaro lleno de agua sobre la cabeza*. Este ejemplo nos pone de manifiesto que en el mundo griego el ver a una mujer atareada tejiendo sería bastante cotidiano, porque fácilmente una mujer podía hilar desde la salida hasta la puesta del sol, mientras los varones atendían otros asuntos fuera o descansaban en el interior de la vivienda (Martínez y Mirón, e. p.).

Una Descripción similar del proceso de producción textil la encontramos en sociedades actuales españolas como la de Gran Canarias (Ballester, 2005). En esta sociedad se realiza un proceso de preparación y adecuación de la materia prima de similares características a las descritas para el mundo griego. Aquí, nuevamente el proceso se inicia con la obtención de la materia prima mediante el esquilado de las ovejas, que prosigue con el lavado de la lana con el objetivo de limpiarle toda la grasa

⁸² El huso consistía en un bastón largo rematado en su extremo inferior por una tortera (Mirón, 2007).

natural y la suciedad que ha ido acumulando el animal. Tras esto ésta se pondría a secar al sol. Una vez seca la lana se desmenuza los mechones y se esponjan con las manos. Seguidamente se procede a la abertura de los copos de lana y lo que se conoce como cardado. Esta tarea se realiza por medio de la utilización de una serie de palas denominadas cardas. Se coloca una cantidad apropiada de lana en medio de las dos cardas y se aprietan al mismo tiempo que se tira de los mangos, cada uno en un sentido opuesto al otro, repitiendo esta acción de peinado varias veces y con la que se consigue que la lana esté en condiciones óptimas facilitando así el hilado. Por último se procede al hilado con el huso y la rueca tradicional de caña para formar el hilo, el devanado de los husos de lana y el enmadejado del hilo (Ballester, 2005). La etnografía nos ratifica no sólo en la cadena de trabajos previos que conlleva el tejido sino que además nos vuelve a confirmar que la figura encargada de llevarla a cabo son las mujeres. Pero también, la etnografía nos muestra otros sistemas de tejido que nos permiten conocer la gran variedad tipológica de sus herramientas y utensilios utilizados. Así pues, como podemos comprobar, el desarrollo de esta técnica, tecnología, actividad o productividad no ha variado demasiado a lo largo del tiempo lo que no quiere decir que no se hayan producido innovaciones propias de la industrialización y el desarrollo.

Para componer toda la cadena productiva de la producción textil debemos hablar de la segunda parte de su procesamiento y de las herramientas empleadas, lo cual la vuelve a caracterizar como una actividad propiamente tecnológica.

Los frecuentes hallazgos de restos de telas en inhumaciones en Escandinavia, en poblados emblemáticos del Bronce Centroeuropeo, así como en la Península Ibérica en las sepulturas de la cultura Argárica y el mundo ibérico, nos revelan ante todo una gran habilidad en la obtención de hilados uniformes y un alto nivel técnico en cuanto a su tejido. Por todos es conocido que en la prehistoria el procedimiento más comúnmente empleado para producir hilados de diferentes torsiones es preferentemente en Z y en S, tanto simples como dobles, sin embargo, desde siempre y continuamente se especula sobre el tipo y mecanismos de los telares donde se tejía. La realización de esta aproximación y estudio del modelo del telar a través del análisis de las telas prehistóricas es bastante complicado, al menos, esto es lo que apuntan los especialistas en la materia (Hald, vogt, Hoffman, Henshall, Rouff, Sondag y otros). Las razones que dan estos autores es que para producir este tipo de tejido se podía optar por diferentes técnicas y métodos, por lo que para poder determinar cuál de las técnicas y métodos fueron las empleadas, necesitamos conocer un poco más sobre los componentes y herramientas que acompañaban a un telar, así como realizar el análisis minucioso de las diversas clases de entramado documentadas para explicar acertadamente cuál fue el instrumento empleado: telar con urdimbre horizontal o de urdimbre vertical, con o sin pesas, con o sin placas, etc. Esto nos lleva a plantear la gran capacidad adaptativa y de experimentación por parte de las personas encargadas de realizarlo, la cual estaría determinada principalmente por el tipo de tejido a realizar.

Si tenemos en cuenta las interpretaciones etimológicas de las fuentes griegas y romanas efectuadas por reputados filólogos en las primeras décadas de este siglo sobre las referencias a tejidos o a implementos usados para tejer, éstas nos hablan de al menos de dos formas de tejer (Ahrens, Landercy, Blumer, Johl). Para la nomenclatura moderna y uso de los distintos implementos citados en los textos, se basaron por un lado, en las representaciones que aparecen en los frescos romanos (II a. C.), relieves en mármol (Forum de Nerva) y en las ilustraciones medievales (5. IX-XI) de los telares verticales

con un travesaño superior y otro inferior, entre los cuales, se tensaba la urdimbre y la trama se ajustaba hacia abajo con un peine o punzón (como en el telar actual para tejer tapices) y, por otro lado, en el sistema de tejer de la versión nórdica del telar con pesas colgando de la urdimbre, (Olavius, 1780; Worsaae, 1849); en los cuales desde un travesaño colgaban los hilos de urdimbre tensados con pesas, y el tejido se hacia ajustando la trama hacia arriba con una especie de espada de madera.

Aunque en el registro arqueológico no han quedado restos de los telares griegos y las escenificaciones son bastante simples, podemos decir en líneas generales que el telar griego vertical era bastante sencillo en cuanto a su montaje. Constaba de dos palos o postes dispuestos verticalmente, los cuales sostenía una barra de madera o travesaño superior horizontal, el cual podía ser giratorio con el objetivo de ir enrollando el tejido ya elaborado. En éste se atarían los hilos de la urdimbre a cuyo extremo inferior irían amarradas en pequeños grupos las pesas de telar de cerámica, piedra o terracota. Estos elementos serían los encargados de proporcionar la tensión necesaria a los hilos. Sobre este travesaño encontramos lo que se denomina contralizo que servía para separar alternativamente los estambres facilitando así el paso de la trama. Dada la posición y estructura del propio telar, éste sería utilizado por las tejedoras de pie, empleando estas lanzaderas o bobinas, las cuales eran pasadas llenas de hilo horizontalmente entre los hilos verticales. Por último, la trama era apretada y empujada hacía arriba con una especie de bastión en forma de espada (Mirón, 2007). La proliferación de pesas de telar o bobinas de hilo, adornadas o no, que aparecen por diversas áreas en las excavaciones arqueológicas, tanto en casas particulares como en santuarios como el de Perachora, en Corinto (sobre todo, de diosas), da una idea tanto de la cotidianidad de esta práctica como de los propios telares del mundo griego (Payne, 1962: 129-131). Esta presencia constante de las pesas de telar nos hacen pensar que en el mundo griego cada casa estaría provista de un telar (Mirón, 2007). Además de este telar vertical, en la pintura cerámica aparece a veces representado un pequeño telar de mano, que permitía realizar la labor sentada. Seguramente, era un instrumento empleado para realizar trabajos menores y de primor, como paños o adornos de vestido (Martínez y Mirón, e. p.).

Las fuentes etnográficas también nos permiten acercarnos a otros tipos de telares como es el telar de cintura (Lám. 63). Este instrumento desde época prehispánica se convirtió en una herramienta fundamental para la creación de los textiles indígenas en México. Consiste en dos tiras horizontales y paralelas sujetadas por correas, llamadas enjulios, que se colocan en los extremos de la urdimbre. El enjulio superior se fija a un elemento vertical, sea una estaca clavada al suelo, un poste o un árbol, en tanto que el enjulio inferior se coloca mediante otra correa alrededor de la cintura de la tejedora, lo que le permite tensar firmemente el telar con un movimiento de su propio cuerpo sin necesidad de un marco adicional.

En los telares de cintura o de palillos y en la actualidad es común el nombre de mecapal, la organización de la urdimbre, los hilos se separan en dos grupos a diferentes alturas, los pares y los impares, los cuales se mantienen separados por un carrizo o *varilla de paso*. El lizo es otra varilla auxiliar, a la cual se atan todos los hilos, pares o nones de la urdimbre, por medio de un cordel auxiliar, manteniendo cada grupo de hilos separado. Al accionar alternadamente la varilla de paso y el lizo, se entrecruzan los hilos de la urdimbre y se abre un espacio (la calada) entre los dos grupos. Por la calada se pasan transversalmente a la urdimbre los hilos de la trama, generalmente enrollados en un palito. Luego interviene el machete o espada, una tabla plana, muy bien pulida y

pesada que sirve para apretar la trama y para abrir la calada. Después de pasar la trama por la apertura lograda en el lizo, se inserta el machete del lado de la varilla de paso y se pone de canto para abrir otra vez y pasar la trama por esta nueva calada, y así sucesivamente. Finalmente, un templador colocado bajo la tela, cercano al hilo de trama que se está pasando, o lo que es lo mismo, cercano a la orilla de la tela que se está enrollando, permite mantener un ancho constante en el tejido.



Lámina 63. Joven guatemalteca tejiendo con un telar de cintura (<http://www.la-caracola.es/biografias.html>).

El mecapal pasa detrás de la espalda de la tejedora y está amarrado a los dos extremos de la varilla de tela. Un cordón está amarrado a los dos extremos de la varilla superior de la urdimbre y está enlazado a un respaldo. El telar es portátil, pero fatigoso de operar porque la tejedora constantemente tiene que ajustar y mantener la tensión de la urdimbre. Este tipo de telar es el más tradicional de Guatemala, donde es exclusivamente utilizado por mujeres.

Por supuesto, los telares de cintura tienen sus ventajas y sus inconvenientes. En cuanto a las primeras decir que este tipo de telar es muy versátil, porque con él se pueden tejer diversas prendas de cuantas componen la indumentaria de los diferentes grupos étnicos en México: huipiles, fajillas, enredos, los rebozos que tienen la urdimbre teñida, los quechquémitl, etc.; por otro lado, sus *palitos*, o sea el conjunto de varas mencionadas anteriormente, se constituye como una prolongación de los brazos de la tejedora, lo que le permite improvisar y ejecutar técnicas manuales difíciles de realizar con otros tipos de telar. Por ejemplo, hay ciertas técnicas de hilado que sólo son posibles con este tipo de telar, como es el caso de los lienzos de cuatro orillas terminadas. Esto se logra fijando mediante un cordel, los extremos de la urdimbre con el enjullo superior, iniciando la trama justamente en la orilla de la tela. Se teje una corta franja y luego se voltea el telar empezando por el otro lado de la misma manera. Al unirse los dos tejidos ya no es posible meter el machete para apretar el tejido, por lo que la tejedora se vale de peines o agujas para cerrarlo con la misma tensión.

Entre sus desventajas podemos mencionar que dado que con él se pueden tejer lienzos de tela largos, lo que supone que el enjullo inferior sostenga el lienzo ya tejido

y, por ende, éste tiene que ser sostenido por la artesana con su cuerpo, lo que supone una enorme incapacidad de movimiento y limitación espacial de la persona productora, implicando además un gran esfuerzo y capacidad física. Por otro lado, en virtud de que la tejedora se encuentra frente al telar y lo tensa con su cuerpo, sólo dispone del largo de sus brazos para determinar el ancho de la tela, que suele tener entre 60 y 70 centímetros en lienzos sencillos y hasta 45 centímetros en telas muy elaboradas por la maniobra que se necesita en los lados de la urdimbre. La anchura de la tela tejida en este telar comúnmente no tiene una anchura de más de 75 cm., el alcance de la tejedora. La tela normalmente se teje a la medida exacta requerida y puede ser tejida y terminada en los cuatro lados.

La urdimbre, amarrada a los dos enjulos del telar, debe ser fuerte para mantener la tensión. Una varilla de lizo está amarrada a cada una de las urdimbres. Cuando la varilla de lizo se levanta, se forma una apertura de calada, dejando pasar por la apertura el hilo de la trama. Posteriormente, se quita el batidor (machete) al mismo tiempo que la tejedora se inclina un poco hacia el frente y levanta la barra del lizo con una mano mientras empuja hacia abajo con el batidor (machete) en la otra mano sobre las urdimbres para crear la otra calada. La tejedora (Lám. 63) se inclina hacia atrás causando una tensión que hace que los hilos de la urdimbre estallen arriba entre los lizos, formando la apertura de la otra calada mientras descansan sobre el rollo de la calada. Un batidor (machete) empuja la trama para abajo, luego se pasa otra trama por la apertura nueva de la calada. La tejedora se inclina para adelante mientras levanta la barra del lizo y se repiten las acciones. Repitiendo este procedimiento, se lleva a cabo un tejido sencillo, la más sencilla de las estructuras tejidas.

Como podemos observar, encontramos una gran variedad en cuanto a la aplicación tecnológica y uso de artefactos relacionados con esta actividad desde la antigüedad hasta la actualidad. Estas variaciones nos permiten hablar de dos aspectos importantes para nuestro trabajo. Por un lado, nos dicen que a pesar de las innovaciones tecnológicas sufridas, sobre todo, a partir de la Revolución Industrial, la esencia de esta producción continúa perviviendo en muchas mujeres actuales; y, por otro, que se trata de una actividad tecnológica con una gran capacidad adaptativa.

Esta forma de producción de tejidos o esta actividad requeriría una gran cantidad de tiempo, energía y dedicación ya que es compleja, diversa y tediosa. Por ejemplo, en el mundo griego la elaboración de principio a fin de un vestido podía llevar a una mujer sola un mes de trabajo (Platón, *Leyes*, 12, 956a), similar tiempo se necesitaría en la actualidad para confeccionar un traje sino se cuenta con tantos medios mecanizados. Se trata, por tanto, de un proceso tecnológico largo y reiterativo en el tiempo.

La complejidad de dicha actividad conllevaría un largo proceso de aprendizaje que es iniciado desde muy corta edad entre los seis y siete años, tal y como ya hemos expuesto anteriormente para el caso de las tejedoras mapuches, pueblos chilenos. En este caso, no sólo son las mujeres las que tienen el control de la producción sino también de su conocimiento, por lo tanto son solo las mujeres las encargadas de su aprendizaje. Al tratarse de una actividad compleja, marcada de variaciones, aplicaciones tecnológicas, etc. el proceso de aprendizaje del mismo es continuo y largo, iniciándose a una corta edad y desarrollando trabajos simples y sencillos. Con el paso del tiempo y con la práctica continua consiguen convertirse en auténticas tejedoras e hilanderas. Un ejemplo específico de esta fase de aprendizaje y del propio valor que tienen la

adquisición de este conocimiento lo encontramos entre las mujeres aztecas de México del siglo XVI. Los documentos etnohistóricos nos muestran como una madre enseña a su hija no sólo a tejer sino a utilizar el telar (Lám. 64). Entre estas sociedades las mujeres eran consideradas en base a su habilidad para tejer bien.

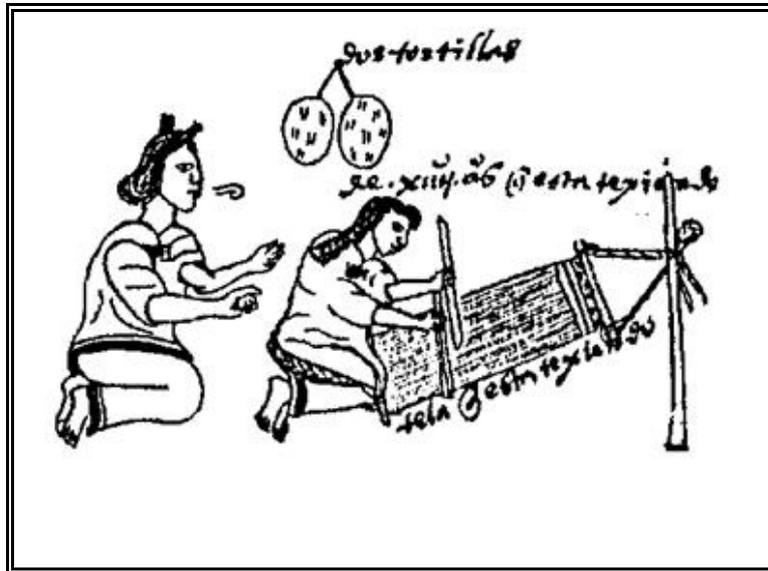


Lámina 64. Mujer azteca enseñando a su hija a tejer en el telar (Brumfield, 1991).

Su proceso de aprendizaje pasa de generación en generación, lo cual supone, como el resto de las actividades de mantenimiento, que la producción textil ha formado parte de la experiencia vital de una gran mayoría de mujeres durante milenios formando parte importante de nuestra memoria. Tanto es así que en la actualidad las madres intentan transmitir sus conocimientos textiles a sus hijas echando, mano de las relaciones de parentesco como recurso nemotécnico.



Lámina 65. (Izquierda) Mujeres Búlgaras reunidas tejiendo. Lámina 66. (Derecha) Mujeres tunecinas tejiendo juntas.

Para finalizar, debemos de resaltar una de las principales características de estas actividades. En la mayoría de las ocasiones, este proceso tecnológico queda enmarcado en un contexto de socialización y relación personal. La producción textil es una

actividad compartida. Pero cuando hablamos de compartida no sólo nos estamos refiriendo al hecho de que sea compatible en cualquier momento con otras actividades sino que es compartida entre las propias mujeres. La imagen idealizada que mantenemos en nuestra memoria son la de grupos de mujeres sentadas, hilando, tejiendo y compartiendo un sin fin de relaciones, conversaciones, cantos, etc. que hacen de esta actividad un auténtico marco de solidaridad y reciprocidad entre una gran mayoría de mujeres. Por tanto, su estudio nos permite acercarnos no solo a una determinada actividad fundamental para la confortabilidad humana, sino también a una determina identidad social que acoge a una gran mayoría de mujeres.

Esta manera de ver la producción textil no es una imagen idealizada en nuestro pensamiento, sino que la tradición de diferentes pueblos ya sean europeos, asiáticos, africanos o americanos nos hablan del carácter relacional que esta actividad comporta (Lám. 65 y 66). En el Reino Unido, estas reuniones o lugares cerrados donde realizan el hilado, cosido, bordado, etc., con asistencia de un número indeterminado de mujeres se llama *spinning bees*. A estas reuniones asisten tanto muchachas jóvenes como mujeres casadas, viudas o solteras. Ante todo estas reuniones están marcadas por el desarrollo de esta actividad, aunque también se ven acompañadas de comida, leña o pequeñas cantidades de dinero que portaban y entregaban el resto de participantes para la organización y su confortabilidad. Con frecuencia solían ir también hombres o muchachos jóvenes que comían y conversaban con las muchachas jóvenes, estableciéndose así un marco inmejorable para la relación entre ambos sexos. En Alemania, a partir del siglo XVI se impulsó la misma costumbre a raíz de la emergente industria textil y se denominó como *spinnstube*. En este caso, este marco de actividad y relación se vio con frecuencia desaprobado por los clérigos dado que se trataba de un contexto de socialización de muchachas y hombres jóvenes, sin excesivo control. Por su parte, en la Península Ibérica también contamos con contextos similares. Este es el caso de Cantabria donde diversos autores hablan de las hilas. Se tratan de reuniones invernales de muchachas que como su nombre indica, hilan al tiempo que conversan con otras mujeres y con hombres de la aldea. Estas reuniones parecen haber cumplido una función social en la que la charla, la música, la comida, estaban ligadas a las actividades de producción de telas de las mujeres. Por lo tanto, la producción textil es un buen ejemplo de una de las características de las actividades que mantienen los procesos de creación y recreación de la vida realizadas fundamentalmente por las mujeres (González Marcén y Picazo, 2005).

III. 8.2. VISIBILIDAD DE LA PRODUCCIÓN TEXTIL EN EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO DE LA PENÍNSULA IBÉRICA

El registro arqueológico es un marco y contexto vivido de inconmensurable riqueza e información sobre los grupos humanos del pasado. Respecto a la producción textil podemos decir que las evidencias son fragmentarias y escasas, sin embargo disponemos de dos tipos de evidencias. Por un lado, contamos con las evidencias directas de esta producción como puede ser el producto de su proceso, nos referimos a los fragmentos de telas, posibles restos de lana, etc., pero a la vez disponemos con otro conjunto de evidencias materiales que nos muestra de forma indirecta la realización de este proceso tecnológico. En este segundo grupo entran a formar parte las pesas de telar,

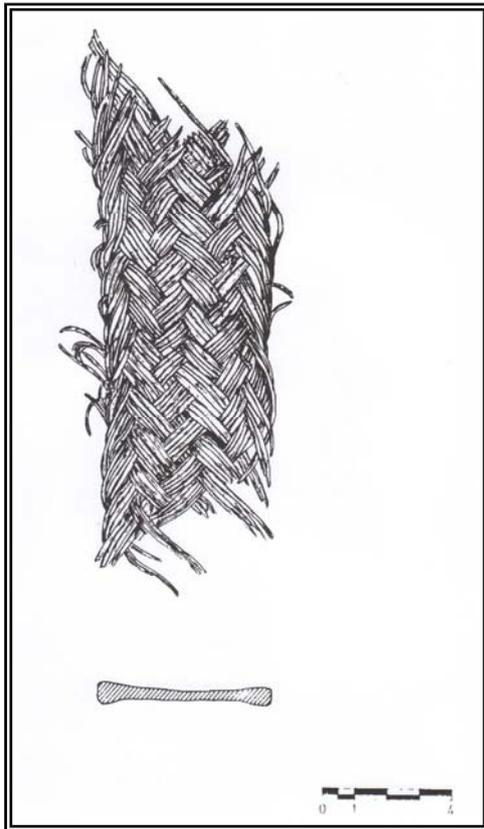
placas de telar, estructuras asociadas, fragmentos de husos, semillas de lino y la propia existencia de ovejas.

Aunque escasos, desde el Neolítico Final en transición con el Calcolítico en la Península Ibérica se han documentado en diferentes yacimientos arqueológicos del sureste peninsular restos de tejidos. Este es el caso del enterramiento colectivo localizado en la Cueva de los Murciélagos (Albuñol, Granada), donde aparecieron no solo restos de tejido sino también de esparto trenzado, junto con cestos realizados con fibras vegetales los cuales se conservaban en un estado bastante bueno (Alfaro, 1980; Cardito, 1996). Otro ejemplo lo documentamos en la sepultura 3 del Cortijo Bartolo (Alhama de Granada) del que proceden varios fragmentos de tejido de lino blanco (*Linum usitatissimum*), de *puccinellia* (*Glyceria*) *dislans* (de la familia de las gramíneas) y glumas de la *Stipa* junto a *Medicago Littoralis* (“carretón” o “mielga”) de la familia de las leguminosas (Capel *et alii*. 1981: 131-132).

En el calcolítico peninsular y en el registro arqueológico del emblemático yacimiento de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) se documentó tanto en la sepultura 11 como en la 38, un pequeño fragmento de tejido de lino carbonizado (Alfaro, 1984: 121). Pero si tuviésemos que destacar un hallazgo espectacular de este periodo prehistórico debemos hablar de la Cueva Sagrada en la Sierra de la Tercia (Lorca, Murcia) (Ayala, 1987). En ésta se localizó una pequeña cámara situada a la izquierda de la sala, denominada como Zona A, donde sobre una estera de 1,70 x 1,60 m. se documentaron los restos óseos de un cráneo de un individuo infantil asociado a un ajuar compuesto por un plato de roble que contenía restos de uva, una bellota, semillas carbonizadas y lo que podrían ser restos de diversos alimentos. A su vez, este recipiente se encontraba sobre un hallazgo maravilloso, un traje de lino completamente plegado. A su derecha se documentó una punta de flecha de sílex y junto a todos estos elementos se pudieron recuperar además las cuentas de un collar compuesto por conchas de piedra y semillas, una serie de alfileres de hueso para el cabello, tres punzones de cobre, un mango de madera, cuatro puntas de flecha de sílex, un ídolo oculado de madera y, por último, un ramo de flores secas (Ayala, 1987: 11).

Por lo que respecta a la estera de esparto debemos decir que se trata, tanto por sus dimensiones como su buen estado de conservación, de uno de los mejores hallazgos de la Península Ibérica. Tanto es así que se ha podido reconstruir completamente el proceso de su manufactura. Este consistió en el macerado de hilos de esparto que terminó formando un trenzado suelto. Manuela Ayala (1987), a partir de un fragmento, pudo realizar la contabilización de los hilos utilizados llegando a la conclusión de que serían entre 13 y 14 hilos los utilizados (Lam. 67). Todos ellos presentaban una maceración parcial quedando el inicio sin macerar pues posiblemente esta parte quedaría al revés, es decir, en la zona inferior de la estera. En la actualidad, este tipo de procesado y, por consiguiente, este tipo de estereras se denominan de recincho. Asimismo, se documentaron los restos de cuerda trenzada de esparto de aproximadamente unos 22 cm. (Ayala, 1987: 11-12).

Pero sin lugar a dudas, lo más espectacular es la buena conservación que presenta la vestimenta documentada. Ésta, a pesar de que le faltaban algunas partes como la zona central presentaba unas dimensiones de 1,5 x 1,5 m. Para su elaboración, tal y como demuestra, su composición debieron utilizar diferentes telas, cuando menos dos pliegos que debieron coser o unir por el centro delantero del mismo (Ayala, 1987).



Lamina 67. Reconstrucción del proceso de manufactura de la estera de esparto recuperada en Cueva Sagrada (Ayala, 1987: 17).

La interpretación que se ha realizado de cómo se colocaría este vestido ha sido la siguiente (Lám. 67). Todo apunta a que la parte central delantera del traje iba sujeto al cuello, cosido con hilo de lino o un collarino o cerco de mimbre o anea, muy flexible y que actualmente se conserva con numerosos hilos finos de lino realizados con dos cabos. Esta sujeción debió imprimir al traje unos pliegues o frunces que caían en la sección delantera del mismo. Por la parte superior, y a ambos lados de la gargantilla, se puede observar un cordón de varios hilos de lino que se encuentra cosido al vestido y del que, espaciadamente, afloran unos cordones similares al cordón principal, terminados en otros más finos con flecos. Posiblemente sirvieran para la sujeción del traje a los hombros con tres pares a cada lado del collarino. Debido al número de mañas de cordones rematados por flecos y su localización en el traje, han hecho pensar en la posibilidad de que éste se atase a la espalda por medio de estas mañas de cordones, exactamente igual que en los hombros (Lám. 68 y 69) (Ayala, 1987: 11)

Además, alrededor de este hallazgo se documentaron restos de unas “bolitas” de lino que al ser observadas por el microscopio se ha podido constatar que estas estaban trenzadas. En la actualidad no se conoce su funcionalidad y si pertenecían en su momento al abalorio que podría haber llegado este traje. Con ellos, también debemos decir que se han documentado numerosos fragmentos de tela tejida con hilo fino, que en ocasiones presenta una trama fina, poco densa, clara y, en otras, dicha trama es más tupida pero con el mismo grosor del hilo. También se documentan tramas tejidas con un hilo más grueso y tejido más tupido. Posiblemente, estos restos correspondiesen a diferentes prendas que no se han conservado ya que en todos los casos la fibra de la gramínea es la misma *Linux usitatissimum*, lino (Ayala, 1987: 11).

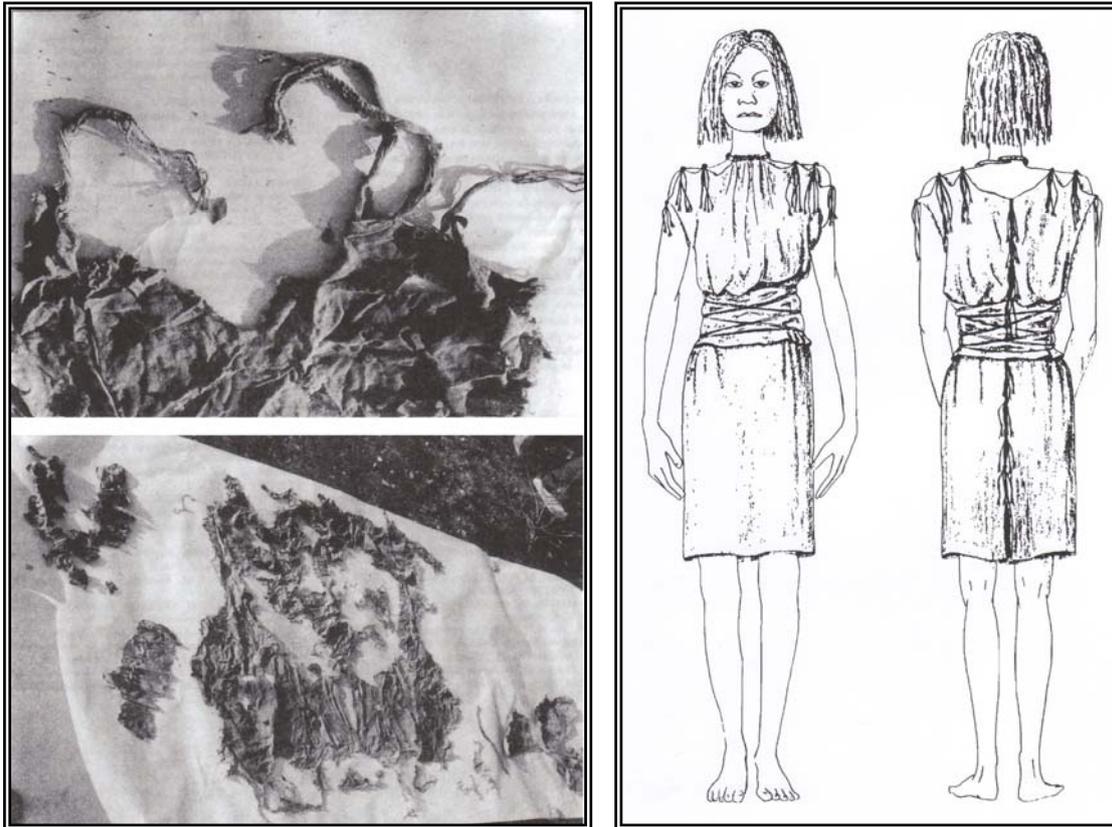


Lámina 68. (Izquierda) Restos de tejido de lino que Conformaba el vestido recuperado en Cueva Sagrada (Ayala, 1987: 23). Lámina 69. (Derecha) Reconstrucción del vestido (Ayala, 1987: 15).

Por su parte, el color de los tejidos parece ser que es el mismo en todos los casos, ocre terroso, aunque algunos fragmentos presentan unas tonalidades rojizas. En algunos de estos casos, el tejido presenta un orillo de refuerzo, algunos fragmentos presentan “de visu” y, sobre todo, a la visión del microscopio binocular se ha podido documentar unas “puntadas” sucesivas en dirección diagonal con relación a la trama del tejido realizadas con un hilo de color granate. Este cosido de los orillos posiblemente fuera un elemento de adorno del traje, pues las “puntadas” con hilo rojo agrupadas a más de cinco hilos de la trama, aunque también puede ser que estas “puntadas” fuesen con motivo de la unión de las dos telas. Este color rojo del hilo debió ser tintado por medio de algún proceso de teñido de origen animal o vegetal (Ayala, 1987: 11-16).

Por completo, el tejido documentado y descrito anteriormente, se ha realizado con entramado liso 1x1 que es el más simple lo que supone que para su manufactura tan solo necesitó un lizo que bien pudo ser un telar horizontal como vertical, de pesas, marco o de placas (Alfaro, 1984: 112). Con respecto a la manufactura de los orillos de refuerzo debieron utilizar un telar de rejilla o telar-lizo (Ayala, 1987: 16).

Como decíamos desde el inicio de este apartado, son pocos los hallazgos en este sentido sin embargo, en la prehistoria contamos con otro tipo de elementos que nos hacen pensar en como serían las vestimentas, las ropas y accesorios de nuestros antepasados, las representaciones iconográficas. Ejemplo de ello son los que podemos encontrar en las pinturas rupestres levantinas (Beltrán, 1968; Acosta, 1986), como

pueden ser La Cueva de la Vieja de Alpera (Alpera, Albacete) (Alonso y Grimal, 1999); La Solana de las Covachas (Nerpio, Albacete) (Grimal y Alonso, 2007), el Barranco de Valltorta (Castellón) (Viñas, 1982), entre otros ejemplos.

En cuanto a la colocación del vestido, en las representaciones iconográficas localizadas en Dos Aguas y Fuente de la Arena se ha observado que ésta se podría hacer por medio del atado de cintas o cordones de corpiño. Por su parte, en la escena de “la mujer y el niño” de Minateda (Hellín, Albacete) se constata la presencia de faldas rectas, mientras que los flecos como ornamentos de la vestimenta, colocados tanto en los brazos, caderas como rodillas, se han documentado por ejemplo en La Risca (Lillo Carpio, 1980).

En una segunda cueva localizada en Cueva Sagrada se localizó otra inhumación de un individuo en posición de decúbito supino con las manos colocadas sobre el abdomen. Este individuo se encontraba acompañado de un ajuar compuesto por dos “rollos de pleita”, esparto trenzado con siete y ocho vueltas cada uno, atados con un esparto para evitar que los rollos se abriesen. Uno de estos rollos fue localizado sobre la cabeza del inhumado y otro sobre el hombro derecho. A su vez, tronco y abdomen permanecía cubiertos por un “manejo” de esparto, tan sólo quedaban exentos por esparto los miembros inferiores. El trenzado de pleita de esparto estaba realizado con un total de 5 a 8 hilos en cada haz de fibras dejando, como actualmente se efectúa en su fabricación, la base del esparto, curvado, en el borde del trenzado de pleita o en el interior (Alaya, 1987: 24).

En el centro y norte de Europa, por razones ambientales, es donde son más frecuentes los hallazgos de restos de telas prehistóricas, sin embargo, en nuestro caso de estudio, la cultura argárica, también contamos con diferentes ejemplos. En este sentido tenemos que hablar del yacimiento argárico de Castellón Alto (Galera, Granada) donde se han localizado restos de tejido de lino. Los fragmentos localizados son todos de entramado liso, también llamado de 1 x 1 por su característico aspecto de damero. Este tipo de entramado es el más simple de los conocidos y requiere para su empleo un único lizo (Contreras *et al.*, 1997).

La mayoría de los fragmentos recuperados en este yacimiento presentan el mismo grosor de hilos para la urdimbre y la trama. Esto nos indica que con toda probabilidad sólo era una persona la encargada de realizar dicho trabajo ya que en el caso de haber participado más de una persona, los hilos presentarían un diferente grosor como sucede en algún otro ejemplo localizado también en este yacimiento argárico. Los fragmentos de tejido de lino del Castellón Alto están realizados con hilos de dos cabos, es decir, cada uno está formado por la torsión de dos. La dirección de la torsión es predominantemente en Z, aunque hemos observado algunos en S (Contreras *et al.*, 1997).

Recientemente, en este mismo yacimiento argárico, Castellón Alto se produjo el fantástico hallazgo de la sepultura 121 localizada en la terraza inferior de este poblado de la Edad del Bronce. Esta se trata de una estructura funeraria en covacha, excavada en la roca. Su entrada fue sellada por medio de un muro de mampostería y a su interior se colocaron tres tabloncillos de madera de pino salgareño (*Pinus nigra*) a modo de travesaños, sellados por medio de una capa de barro. En su interior se localizaron los restos de dos individuos, un individuo infantil varón y un adulto también varón, ambos presentaban señas de estar momificados decúbito lateral izquierdo, con las piernas y

brazos fuertemente flexionadas sobre el pecho. Era un hombre de 1,60 m. de altura que tenía entre 27 y 29 años cuando murió (Lám. 70). Físicamente, ofrece mediana robustez, con las inserciones musculares poco marcadas y tiene algunas señales que indican que realizó en vida duros trabajos. Conserva restos de tejidos corporales en la cabeza y parte del esqueleto postcraneal. Destaca especialmente la buena conservación del pelo de la cabeza, peinado con dos trenzas laterales y una coleta central cogida por un coletero compuesto de varias cuentas. Una de las trenzas está deshecha en su extremo y se encontró arrollada sobre el brazo y antebrazo. También conserva restos de pelos de la barba y del cuerpo, todavía adheridos a trozos de piel. Se han recuperado varios fragmentos de tejido de lino, así como existen impresiones del mismo en algunos huesos como las falanges de las manos. Es de resaltar la aparición de una especie de redecilla, realizada concuerda de esparto, que se encuentra enrollada en la pierna derecha y junto a la que aparecen, posibles restos de lana (Molina *et al.*, 2003) (Lám. 70 y Lám. 71).



Lámina 70. Enterramiento 121 del yacimiento argárico de Castellón Alto (Grupo de Investigación GEPRAN).

En la parte anterior derecha de la sepultura aparecen restos de un niño parcialmente articulado, en posición secundaria. La conexión anatómica de segmentos vertebrales y algún miembro superior indican que el niño no estaba esqueletizado en su totalidad, sino parcialmente momificado cuando se extrajo de su sepultura original y se depositó junto al adulto. También conserva restos de partes blandas y de pelo oscuro, corto y peinado hacia delante formando en la frente un flequillo. Se han encontrado restos de lana tejida que por la posición y asociación con el cuerpo podría ser un gorro.

Aunque es cierto que en la Prehistoria Reciente no sabemos como se realizaba el hilado, sin embargo, contamos con algunos elementos indirectos que nos permiten apuntar hacia una hipótesis u otra. Por ejemplo, en yacimientos como Fuente Amarga (Galera, Granada) se han localizado algunos elementos óseos (asta de ciervo) circulares provistos de una perforación central. Estos elementos han sido interpretados como contrapesos de un huso manual, función que también podrían desempeñar algunas placas de piedra perforadas (como las localizadas sobre todo en los yacimientos del

Neolítico) o piezas/pesas cilíndricas de arcilla de pequeño tamaño (Contreras *et al.*, 1997).



Lámina 71. Reconstrucción de la indumentaria del individuo adulto de la sepultura 121 de Castellón Alto (Grupo de Investigación GEPRAN).

Todos estos elementos han hecho pensar cómo sería el artefacto utilizado para realizar dicho tejido, los telares. Tanto en este yacimiento como en otros del mundo argárico se han documentado abundantes restos de piezas cilíndricas de arcilla con una o varias perforaciones dispuestas en la mayoría de las ocasiones en hilera junto a una pared o a una estructura que serviría de sostén al armazón de madera. Esta disposición espacial de las pesas de telar ha hecho pensar que se trataría de un telar vertical de pesas dispuesto en el interior de las Unidades de Habitación y, generalmente, asociadas con puntos de luz, zonas de paso, aperturas en las techumbres, etc. El número de pesas de telar localizado en un espacio determinado de un poblado nos puede indicar las dimensiones del telar y en el caso de la cultura Argárica se ha apuntado a la existencia de telares cuya anchura podrá variar entre 70-80 cm. y los 100-120 cm. En el Castellón Alto se ha determinado que los telares corresponderían a las primeras dimensiones mientras que en otros yacimientos como es nuestro caso de estudio, Peñalosa, serían más comunes los del segundo tipo.

En ningún caso se han encontrado las partes percederas de madera de los telares, si bien en Troya II (2500 a. C.), dos hoyos de postes, a unos 110 cm. de una pared fueron atribuidos al emplazamiento de los montantes de un telar. Tesis que se ve avalada dado que en su cercanía se recuperaron unos 26 ejemplares de pondera separados entre sí por unos 25 cm. de media (Bleguen, 1950: 338). Precisamente, la iconografía del telar con pesas colgando de los hilos de la urdimbre ha sido muy difundida, desde principios de siglo y aparece en toda la bibliografía relacionada con la industria textil prehistórica. Sin embargo, será en el centro y norte de Europa donde por razones ambientales sean más frecuentes los hallazgos de restos de telas prehistóricas

(Castro, 1984: 102). Precisamente, por esta razón tenemos que recurrir a las representaciones iconográficas, las fuentes escritas y clásicas, la propia etnografía así como los restos indirectos observables a través del registro arqueológico, como puede ser la organización y disposición espacial de las pesas de telar, placas de telar, presencia de tensadores, peines, etc. La continuidad y variedad de estos elementos relacionados con la producción textil nos habla ante todo de la cotidianidad de esta práctica entre las sociedades conocidas además de hacernos llegar su carácter y capacidad tecnológica tanto a nivel transcultural y transhistoricamente.

Con respecto a la primera fuente, podemos decir que la representación más antigua de un telar de suelo se localizó en la sepultura de una mujer de Badari en Egipto. Esta sepultura fue datada a principios del cuarto milenio a.c., concretamente referida al Neolítico Final. Esta representación se trata de un disco donde en sus cuatro esquinas aparecen cuatro estacas mantenidas por dos travesaños y con ellos la urdimbre. A su vez en uno de los extremos aparece un pequeño tejido mientras que en el centro se pueden observar tres barras atravesando el telar (Barber, 1991: 82).

En la Península Ibérica también contamos con representaciones de estos instrumentos. Para ello, tenemos que recurrir a las representaciones del arte levantino. Carmen Alfaro piensa, tras analizar ciertas prendas del vestido reproducidas en las pinturas, que su confección pudo haber sido realizada en un telar de placas, de rejilla o en un telar lizo (Alfaro, 1986: 235). Otro testimonio procede de la Cueva de la Nogalera en Villaseca (Segovia) (Municio, 1988: 305). Y otro ejemplo lo encontramos de la mano de María Rosario Lucas Pellicer (1980) quién dio a conocer un friso pintado con varios motivos. Entre ellos destacaba la existencia de dos figuras de tendencia rectangular con una línea horizontal en el tercio superior de la representación. Precisamente, de esta última línea arrancan seis trazos verticales en una y ocho en otra, en ambos casos cortados horizontalmente por otros en el extremo inferior. La autora ha interpretado esta representación como la representación de un posible telar (Pellicer, 1980).

Si bien, no será hasta la Edad del Bronce Final y la Edad del Hierro cuando las reproducciones de telares sean más numerosas. Las piezas textiles no sólo forman parte de los conjuntos materiales encontrados en los yacimientos, constatando la existencia de telares, sino que además, aparecen en la decoración de cerámicas, estelas, arte rupestre etc. Suelen tener unas características comunes, como son la realización de los tramos básicos del telar (pies derechos, lizos, soportes de lizo, urdimbre, separador de urdimbre y pesas), un pequeño lienzo tejido (quizás para reforzar la idea del trabajo hecho) y uno o varios personajes. Un ejemplo de telares fechados, por paralelos iconográficos, durante el Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, lo encontramos en la Losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz) (Lám. 72) (Berrocal, 1987). En ella aparecen grabados un antropomorfo y una figura indeterminada, junto a dos estructuras. Estas presentan un cuerpo rectangular con la parte superior en semicírculo (¿Podría representar un pedazo de tela ya tejida?). La base del semicírculo está cortada por una línea horizontal (travesaño superior) de la que penden siete líneas verticales (urdimbre) en una de las estructuras y, al menos, cuatro en la otra. En ninguno de los dos casos se puede ver la parte inferior debido al deterioro de la losa (Cardito, 1996).

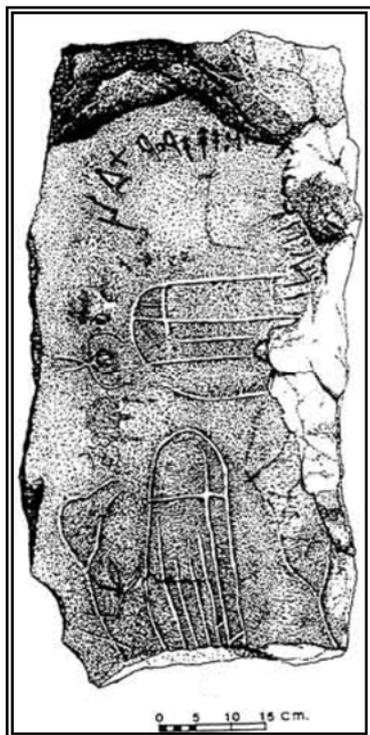


Lámina 72. Representación de un telar vertical en la Edad del Bronce Final y Hierro. Losa de Capote (La Higuera, Badajoz) (Cardito, 1996).

Guardando las distancias, en la Urna Hallstática de Sorpon en Ódenbur (Hungría) encontramos una pieza similar a la descrita con anterioridad (Lám. 73). En este caso, su carácter funerario está reforzado por tres figuras femeninas de las cuales una de ellas porta un huso, otra parece ser la tejedora situada frente al telar (con un pedazo de labor ya tejida), y una tercera porta una tijera en la mano. La representación de esta escena puede correlacionarse con el mito griego de Las Parcas: *Cloto, la "hiladora"*; *Láquesis, la medidora* y *Atropo, la que corta la vida*. En el ejemplo de la estela de Capote encontramos otra figura más de sexo indeterminado y que ha sido interpretado como un antropomorfo. En este caso lleva en las manos lo que podría ser tanto un huso como una tijera. Si esto que decimos en último lugar es así, la similitud con la escena de la Urna de Sopron y su finalidad también sería similar.

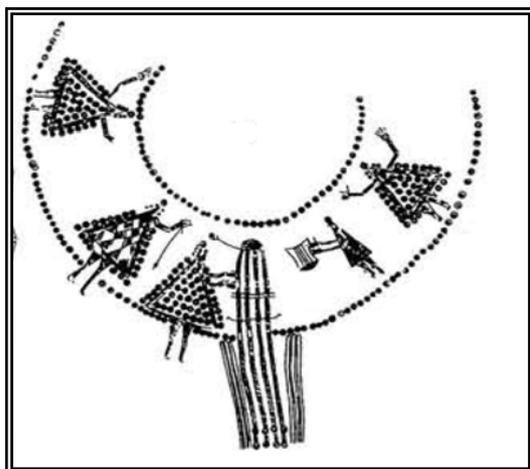


Lámina 73. Urna Hallstática de Sorpon en Ódenbur (Hungría) (Cardito, 1996).

Entre los siglos VII y IV a.C. encontramos telares dibujados como parte de las representaciones iconográficas clásicas de Europa. En estos casos, como ocurre en las representaciones nórdicas del siglo XVIII, aparecen provistos de diferentes hileras

paralelas de numerosas pesas de tamaño uniforme. Sin embargo, un hecho, advertido con lógica reserva, es el escaso número de objetos con perforaciones o pesas de telar hallados en el interior de viviendas del Bronce y del Hierro europeo (Henshall, 1950: 144; Ling Roh, 1978: 41; Hoffman, 1974: 314). Observación también efectuada en relación con la industria textil y hallazgos de ponderales en yacimientos de la Península Ibérica (Arribas, 1968: 53).

En las excavaciones de Maiden Castle (IV a.C. y I d.C.) se localizaron más de 200 ejemplares entre los diversos contextos excavados. De éstas destaca su excesivo peso lo que llevó a plantear si realmente se trataban de pesas de telar (Wheeler, 1943). Similar situación se dio en la excavación de Grimstone End (s. VII d. C.) donde también se ha llegado a poner en duda de que las dos hileras de 30-32 ponderas circulares documentadas a una distancia entre sí de unos 22 cm. y alineados en una extensión de 2,45 m. (Hoffman, 1974: 313). A esta conclusión se llega porque si estas pesas fuesen realmente de un telar tendríamos que hablar de una urdimbre demasiado grande para pasar la lanzadera y ajustar la trama, con regularidad en todo su recorrido, con la espada de madera (Castro, 1984: 105). Sin embargo, en el caso de que estos elementos fuesen parte de los telares de estos momentos podríamos pensar que ante la in manejabilidad de estos telares solo serían utilizados en momentos determinados y para la realización de un tejido particular como podrían ser por ejemplo los paños dedicados a divinidades como Odisea, Penélope, Ariadna, etc., como señalan las fuentes literarias griegas y latinas sobre Grecia (Crowfoot, 1936/37,45/46).

Los telares utilizados en Europa podrían ser horizontales o verticales, similares a los encontrados en tumbas egipcias. Estos telares egipcios son conocidos a través de pinturas y modelos realizados en madera (2000-1200 a.C.) dejados en las tumbas de Tebas (Ling Roth, 1978). Un ejemplo de su representación pictórica lo encontramos en el periodo predinástico Badariense sobre un plato. También, en Palestina y, probablemente, por influencia egipcia, los telares horizontales son los más representados y usados. Sus hilados y tejidos de lana han sido el reclamo en numerosos salmos, cánticos y capítulos de los textos bíblicos. La tintura de hilados y telas estaba muy difundida y el Talmud menciona trabajos especiales de hilado y tejido realizados por mujeres y hombres (Castro, 1984: 107).

Otro tipo de telar del que tenemos constancia es el vertical. Este aparece recogido en relieves egipcios y en ellos se puede observar como los hilos de urdimbre quedan tensados entre dos maderos (enjulios o plegadores) paralelos, calzados en montantes. Estos montantes aparecen apoyados en el suelo en su parte superior aparece un techo o viga a modo de travesaño (Ling Roth, 1978). Con este tipo de telar, uno o dos tejedores/as trabajarían sentados en un banco o en el suelo con los pies en un hoyo cavado debajo del telar (Cowfoot, 1936). La trama obtenida era ajustada hacia abajo, para ello utilizarían peines de madera de diverso tamaño. El tejido se iba arrollando en el plegado inferior pero también la urdimbre podía girar entre los dos travesaños de modo continuo, a medida que se progresaba en el tejido. Estos telares pudieron ser utilizados en poblados europeos de la Edad del Bronce.

Por su parte, los telares de tino horizontal continúan siendo muy comunes sobre todo en poblados beduinos actuales como puede ser en Transjordania, Siria, Palestina, Tunez (Lám. 74) (Crowfoot, 1936: 37-38). En estos telares la urdimbre, queda extendida horizontalmente entre dos maderos paralelos que mantienen la tensión de los

hilos por medio de dos cortos pilotes introducidos en el suelo. El tejido podía iniciarse separando los hilos pares e impares de la urdimbre, introduciendo luego una varilla de madera entremedio para separarlos con movimientos hacia arriba y abajo y poder pasar la lanzadera con el hilo de la trama. Ésta se ajustaba con otra pieza de madera, por movimientos de tracción hacia el pecho del tejedor. Los tejedores trabajan o trabajarían en cuclillas o sentados en el suelo.



Lámina 74. Mujer tunecina tejiendo en telar horizontal (<http://www.la-caracola.es/biografias.html>).

Por ello, es ilógico definir el hallazgo de pondera como testimonio exclusivo de una industria textil. El telar con pesas no admitía variantes o mejoras, con los inconvenientes de obligar a trabajar de pie, producir un limitado tamaño de tela, y en ellos, la separación de la urdimbre y su atadura a más de dos lizos sería una tarea sumamente complicada. El ensamblaje de los otros telares, con urdimbre vertical horizontal, con numerosos lizos para producir varios diseños, sigue siendo esencialmente el mismo hasta el presente.

Sin embargo, de lo que no cabe ninguna duda es de la utilización y muy posiblemente del espacio que estas estructuras ocupaban en la organización interna de las viviendas de nuestra prehistoria. Dado que recordemos que estas herramientas formaban parte de una de las actividades mantenimiento que conformaban la vida cotidiana de los grupos sociales donde la reparación y la confección del tejido en prendas de vestir debieron constituir una constante de sus vidas (Wells, 1988: 23). Tal y como se ha podido documentar en el registro arqueológico, la disposición de las estructuras de telar estarían cercanas a puntos de luz, como puertas o zonas de paso y comunicación.

Capítulo IV

La producción
metalúrgica. Una
actividad cotidiana y
sus implicaciones en las
relaciones de género

IV. 1. INTRODUCCIÓN

La producción de objetos metálicos ha sido considerada como una de las actividades tecnológicas de mayor relevancia para las sociedades del pasado. Ligada al incremento de la complejidad social, y marcada por una tecnología y unos métodos de producción específicos cargados de novedades. En su estudio se ha pasado de trabajos, que han prestado especial atención a lo relacionado con la descripción de los aspectos geológicos y tecnológicos (Childe, 1944), a publicaciones dedicadas a explicar el incremento de la complejidad social a partir del control sobre la producción y el intercambio de cobre y bronce (Kristiansen, 1984; Shennan, 1982, 1986; Tylecote, 1987; Mohen, 1991), u otras líneas de investigación que, proponen que el uso de los objetos de cobre y bronce han sido un aspecto fundamental en la expresión de la desigualdad y las diferencias en el ejercicio del poder (Skomal, 1980; Gilman, 1981), y marcadores de las relaciones disimétricas entre hombres y mujeres (Sofaer Derevenski, 1999: 389). En los últimos años, se ha sugerido que la influencia de la producción metalúrgica en la aparición de procesos de jerarquización en las poblaciones prehistóricas ha sido excesiva y motivada, fundamentalmente, por el deseo de ver la Edad del Bronce europeo como el “nacimiento de la civilización”. Es por todo ello que, pretendemos con este capítulo dar una visión alternativa en el estudio de la producción minero-metalúrgica, haciendo hincapié en la idea de que los diferentes aspectos de la economía y la vida social de la Edad del Bronce están mucho más conectados de lo que hasta ahora hemos considerado (Shennan, 1993, 1998).

La incorporación de los estudios sobre mujeres, relaciones de género y edad al contexto tecnológico y social de la producción metalúrgica es relativamente reciente. La producción de objetos metálicos ha sido considerada como una de las actividades tecnológicas más complejas llevadas a cabo por los seres humanos (Childe, 1944), clasificada como una producción de fuerte influencia en el desarrollo de la complejidad social de las comunidades prehistóricas. Como cualquier otra actividad productiva de amplia influencia se ha considerado como eminentemente masculina por parte de la historiografía general. Los estudios etnográficos y etnoarqueológicos tradicionales no han ayudado a cambiar esta imagen. Sin embargo, la incorporación de los estudios sobre mujeres y relaciones de género en el contexto tecnológico y social de la producción metalúrgica aportará a la arqueología de la minería y la metalurgia, basada en el análisis de un amplio rango de factores sociales, culturales, físicos y técnicos, una información mucho más precisa tanto del proceso tecnológico como de la organización económica y social que los sustenta (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a).

IV.2. ANDROCENTRISMO E INTERPRETACIONES HISTÓRICAS SOBRE EL PROCESO TECNOLÓGICO MINERO-METALÚRGICO

No conocemos ninguna sociedad en la que la división del trabajo por sexos no sea un factor fundamental en su organización, y que no esté ligada además a otras relaciones complejas de carácter social y político. La atribución del trabajo por sexos es un problema abordable que puede ser acometido específicamente y con rigor, ya que hay diversos tipos de datos que pueden ser utilizados para interpretar el registro arqueológico. Dos aspectos clave de la identidad social, a saber, las relaciones de género

y edad y las responsabilidades productivas y reproductivas dentro del grupo son claves fundamentales para la organización de la división sexual del trabajo, pero no es probable que permanezcan iguales a través del tiempo y entre diferentes culturas (Sánchez Romero, 2005). Aunque entendemos que las diferencias de clase son aún más poderosas e influyentes que las de género y edad, no debemos olvidar que estas identidades son factores primarios que indican claramente quién hace qué, cómo y dónde lo hace. Pero además, las relaciones de género son especialmente significativas en las sociedades complejas ya que su economía se caracteriza por la especialización en la producción y el intercambio que crean lazos y conexiones sociales. Al mismo tiempo, esta especialización significa enriquecimiento y poder, mientras que a temas tales como el estatus se les ha concedido importancia en la organización de la producción, el género y la edad han sido excluidos de tales discusiones (Costin, 1998: 113-114; Gilchrist, 1999; Sánchez Romero, 2008).

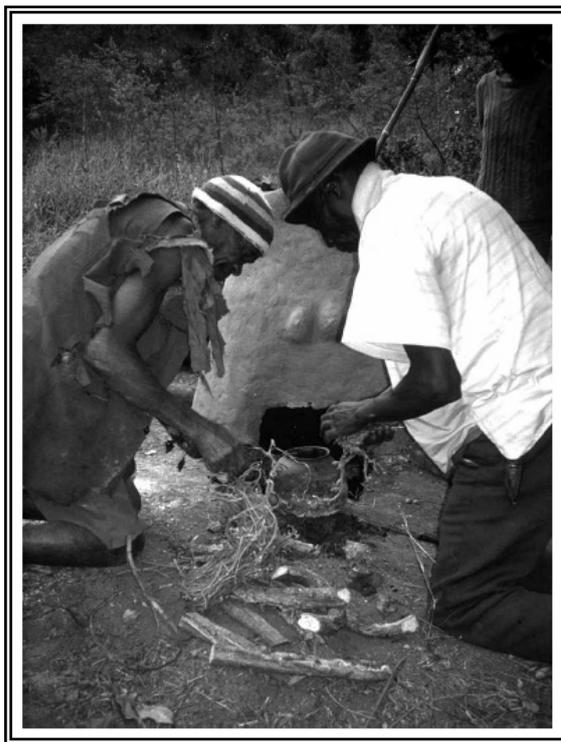


Lámina 75. Fase del proceso de producción en un horno de fundición de hierro Pangwa (Barndon, 2004).

La actividad metalúrgica ha sido considerada hasta el momento como una producción exclusivamente desarrollada por hombres tanto en sus aspectos técnicos (Lám. 74) como rituales (Sørensen, 1996) (Lám. 75 y 76). El uso de los referentes etnográficos o históricos han sido los elementos más comunes para apoyar la exclusiva participación de los hombres en las actividades metalúrgicas. Somos conscientes de que hay que evitar tratar las situaciones etnográficas acerca de la atribución de géneros a ciertas actividades como iguales a las del pasado. A pesar de todo y teniendo en cuenta los estudios realizados en los últimos años creemos que comparar estas actividades y sus manifestaciones materiales con los materiales arqueológicos es una inferencia, pero al menos tienen la capacidad de descubrir, confrontar y explicar algunas situaciones, excepciones y contradicciones que podamos encontrarnos en el registro arqueológico (Schmidt, 1997, 1998; Sánchez Romero, 2004; Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2005).



Lámina 76. Maestro fundidor Barongo y su consejero ritual aplastando la tierra del horno tras la deposición de los elementos rituales medicinales que aseguran el éxito de la fundición (Schmidt, y Mapunda, 1997).

En la mayor parte de las sociedades documentadas etnográficamente, el trabajo del metal ha sido visto como una actividad exclusivamente masculina. Pero esta asociación no es una condición inherente en la tecnología metalúrgica, ya que las mujeres son capaces de realizar tanto la fundición como la forja a pesar de lo extenuante que pueda llegar a ser este trabajo. En ciertas poblaciones africanas subsaharianas, las mujeres contribuyen al trabajo de preparación del mineral para la fundición y hay referencias de mujeres colaborando en las tareas de fundición y del forjado del material. Por tanto, no hay razones tecnológicas que las aparte de este trabajo (MacLean, 1998) como tampoco hay una asociación entre unas determinadas características biológicas (masculinas) y los procesos tecnológicos de la metalurgia (Schmidt, 1998). Esto nos hace pensar, más bien en un control sobre el conocimiento del proceso tecnológico minero-metalúrgico que en el establecimiento de un control sexual del trabajo, al menos en este grupo social. Porque la “anatomía no es un destino” (Harris, 1987: 79-80), porque las diferencias sexuales innatas (biológicas) no pueden explicar la distribución desigual de privilegios y poderes entre hombres y mujeres en las esferas domésticas, económicas y políticas (Aixela, 2006: 151).

Las razones utilizadas para explicar la ausencia de las mujeres en la actividad minero-metalúrgica son varias, entre ellas la tendencia androcéntrica presente en las investigaciones etnográficas. Durante gran parte del tiempo los investigadores han sido hombres que les han preguntado a hombres y que se han interesado por temas exclusivamente masculinos. El sesgo androcéntrico tanto de los etnógrafos como de los entrevistados han hecho primar el trabajo del hombre sobre el de la mujer en el proceso productivo (Schmidt, 1998). Por ejemplo, veremos que la exclusión de las mujeres de esta producción está presente en todas las sociedades que trabajan con métodos tradicionales el hierro en África, y toda la documentación etnográfica sobre las tradiciones de fundición en el África subsahariana hablan sobre fundidores y herreros exclusivamente masculinos (Schmidt, 1997, 1998). Por ello, desde la antropología social, la arqueología y la propia historia se está reclamando un revisionismo de los trabajos realizados desde antiguo en este sentido. Se trata de reexaminar las teorías y

métodos utilizados en dichos estudios etnográficos para así intentar su relectura desde otras perspectivas de análisis. El objetivo es recuperar y conocer realmente la participación social de las mujeres en este proceso tecnológico, así como al tiempo hacer frente a la fuerte carga androcéntrica que prima en muchas de las conclusiones extraídas de éstos análisis antropológicos (Schmidt, 1998; Warren, 1988: 51).

Otro de los argumentos, responde a razones culturales muy potentes que han conseguido apartar a las mujeres de la producción metalúrgica. En muchos pueblos africanos el proceso de producción metalúrgica está íntimamente relacionado con el proceso reproductivo y con la fertilidad. Características que se han utilizado como elementos y mecanismos de discriminación, de exclusión y de segregación de la figura femenina articulando toda una serie rituales, tabúes, símbolos y mitos que en algunas ocasiones podemos remontar varios milenios y que apartan a la mujer de la última fase del proceso tecnológico, la fundición y de la posesión del producto final, los objetos metálicos (MacLean, 1998).

IV.3. CONSTRUCCIONES CULTURALES EN LA PRODUCCIÓN MINERO-METALÚRGICA: RITUALES, TABÚES Y EXCLUSIONES

En la mayor parte de las sociedades documentadas, analizadas y observadas etnográficamente, el trabajo metalúrgico no sólo ha sido visto como una actividad exclusivamente masculina sino asumida y difundida como tal. De ahí que la bibliografía etnográfica examinada, concretamente concerniente a los trabajos tradicionales del hierro en África nos remitan generalmente a fundidores y herreros (Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2005). Esta observación etnográfica esta apoyada por la determinación inicial sobre el género de los metalúrgicos marcados por acepciones de la especialización tecnológica creada en base al modelo industrial ortodoxo que no deja espacio para las mujeres. Como expresa Gordon Childe (1944), *las mujeres estaban demasiado ocupadas en la esfera doméstica y el trabajo metalúrgico no puede ser combinado con otros trabajos* (Schmidt, 1998). Gordon Childe definió la tecnología metalúrgica como un proceso muy complejo, que requería una fuerte inversión de tiempo por parte de las personas dedicadas a él (promoviendo así la figura de un metalúrgico dedicado a tiempo completo) (Budd y Taylor, 1995). Si aceptamos esta consideración, asumimos que los hombres, en el pasado, trabajaban a tiempo completo en la producción metalúrgica, y ante esta calificación, nosotros nos preguntamos ¿qué ocurre con el resto de trabajos como la agricultura y ganadería que también han sido asociadas a las producciones masculinas? o es que ¿estos trabajos si son compatibles con la producción metalúrgica? (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

En el análisis profundo del proceso metalúrgico del hierro en África, observamos que no solo consiste en producir instrumentos de trabajo y armas; sino que como “producto social” en el sentido más exacto del término, el trabajo del metal implica creencias sobre la naturaleza y la cultura que actúan de manera directa y básica en la selección de los procesos que transforman el mineral en artefactos (Gosselain, 1999). Así, la manipulación de la tecnología del hierro como medio de control se manifiesta a menudo en una actividad ritual que es parte integrante del proceso tecnológico. Esta producción metalúrgica implica la asunción de una cosmología

completamente organizada en la que se va incluyendo paso a paso el proceso tecnológico (Herbert, 1993; Reid y MacLean, 1995).

Entre los Fipa y los Pangwa, poblaciones de habla bantú de Tanzania, la fundición del hierro no es una tarea cotidiana sino que lleva consigo un ritual en el que se sacrifican gallinas, vacas o cabras a los ancestros y a los hornos de fundición. Los fundidores danzan, cantan y rezan alrededor de los hornos y se aplican sustancias mágicas y medicinales para conseguir el éxito de la fundición; se decoran los hornos con pintura roja y blanca y con flores, y los rituales traen al horno a la vida dándole una identidad de género femenino ya que el proceso de producción metalúrgico es concebido como todo un acto de procreación. Aparecen, por tanto, una serie de tabúes sobre el acceso de las mujeres a los trabajos de fundición y una prohibición de relaciones sexuales durante el periodo de fundición del metal. Los trabajadores del hierro pregonan una ausencia total de las mujeres durante las actividades de fundición; niegan incluso la participación femenina en la recolección del mineral y del combustible ya que las mujeres podrían afectar a la calidad del mineral e incluso provocar que el horno no produzca metal de calidad suficiente para realizar la forja (Barndon, 1999; Childs, 1991; Schmidt, 1998).

Por tanto la presencia de mujeres, y más concretamente de mujeres en edad fértil, se considera que puede perjudicar el proceso de fundición y que debe ser prohibido. Pero las mujeres que están en la menopausia y las niñas pueden no quedar excluidas, por tanto, es el ambiguo e incontrolable poder de la fertilidad femenina lo que se teme, no a la mujer. Este poder podría dañar el hierro embrionario y por tanto, para evitar que suceda no sólo se excluye a las mujeres de la fundición, sino que a los fundidores a menudo se les prohíbe mantener relaciones sexuales antes y durante el proceso de fundición con otras parejas que no sean su “horno”, inclusive sus mujeres, ya que el “espíritu” del horno puede entenderlo como un adulterio y estropear el producto final. La ambigüedad del poder procreador presente tanto en el horno como en las mujeres se refleja también en el hecho de que las mujeres eviten los lugares de fundición por miedo a que el contacto pueda dañar su fertilidad (Herbert, 1993; Reid y MacLean, 1995).

En algunas partes de África, esta exclusión de las mujeres se refleja en el aislamiento de los lugares de fundición de los asentamientos; en otras zonas, el espacio de fundición se sitúa dentro del asentamiento, aunque manteniendo la prohibición. Por ejemplo, en el área Igurwa (Tanzania), la abundante vegetación local y el patrón de asentamiento (casas aisladas rodeadas de campos de cultivo) permite que la fundición quede suficientemente escondida y protegida de las mujeres del poblado sin mover el horno fuera de la comunidad. Esto es interesante desde un punto de vista arqueológico ya que las evidencias de la actividad fundidora recogidas dentro del asentamiento no tienen porqué significar necesariamente la no existencia de secretos o tabúes asociados. Los patrones de asentamiento y el potencial de la cobertura vegetal deberían también ser tenidos en cuenta (Herbert, 1993; Reid y MacLean, 1995).

Sin embargo, es curioso como en un sistema de trabajo y creencias que excluye a la mujer se revela como completamente inspirado por la identidad de género que, como veremos a continuación, se encuentra materializado en toda la imaginaria y el lenguaje de la producción metalúrgica que se basa precisamente en las mujeres, en el cuerpo femenino y en la fertilidad (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

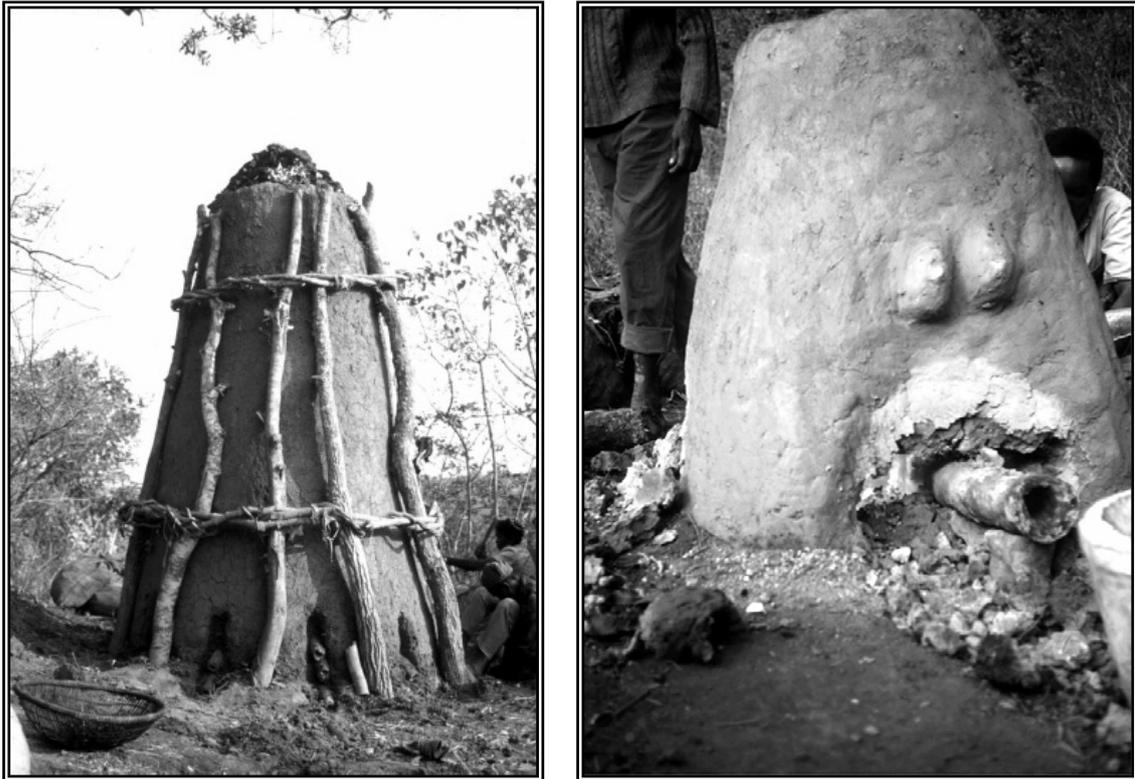


Lámina 77. (Izquierda) Horno primario de los Fipa (Barndon, 2004). Lámina 78. (Derecha) Horno Pangwa (Barndon, 2004).

De los dos hornos que usan los Fipa, el primario no tiene marcadores de género que puedan ser detectados arqueológicamente, pero cuando se construye, se celebra como la boda de una muchacha y se decora en blanco y en rojo (Lám. 77). El día en el que empieza la fundición, el maestro fundidor realiza un ritual en el que simula mantener relaciones sexuales con el horno con la asistencia de dos hombres de más edad llamados *allumba* que significa escoria aunque tiene un parecido muy significativo con la palabra *amalombwa* que significa partera. Entre los Batshokwe se utiliza el mismo nombre para el orificio de salida del metal que para describir el canal de parto de la madre al dar a luz. Los Phoka de Malawi describen los hornos de fundición cuando están en construcción como mujeres jóvenes y como sus “esposas” cuando comienza la fundición. Por otro lado, el horno de los Pangwa representa claramente a una mujer con senos y escarificaciones (Lám. 78), y al horno secundario de los Fipa se le colocan unas piernas para que parezca una mujer dando a luz (Lám. 79). En el caso de los Masona los hornos suelen estar profusamente decorados e incluyen la representación de los senos y las escarificaciones (Lám. 80); a veces aparecen representaciones de cordones umbilicales y un cinturón con un alto significado simbólico ya que es el que reciben las mujeres cuando se casan y están preparadas para tener hijos para salvaguardar su fertilidad y concederle potencial sexual (Childs, 1991). En otros hornos documentados arqueológicamente en Zimbabwe encontramos decoraciones de figurillas femeninas dando a luz. Mediante todos estos rituales los individuos masculinos traen el hierro al mundo apropiándose del poder reproductivo de las mujeres mediante símbolos, rituales y metáforas (MacLean, 1998; Schmidt, 1998).

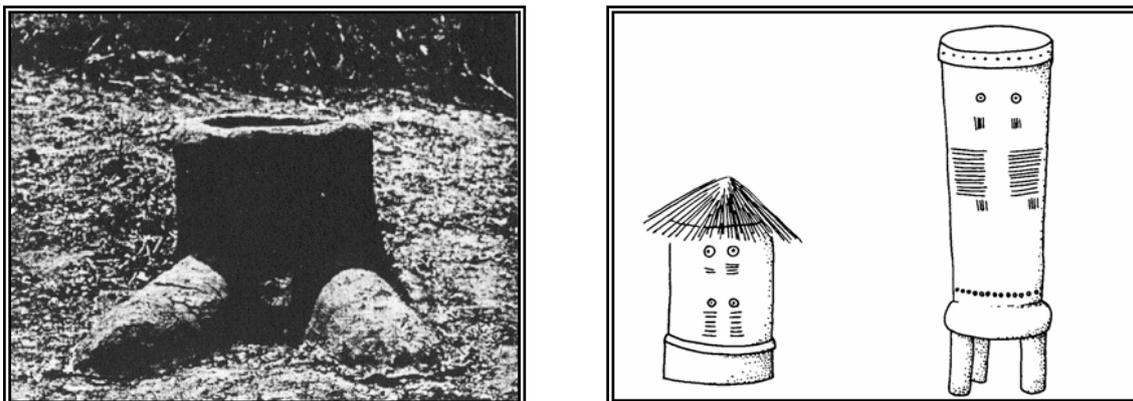


Lámina 79. (Izquierda) Horno secundario de los Fipa (Barndon, 1999). Lámina 80. (Derecha) Objetos Masona decorados con senos y escarificaciones (Childs, 1991).

En muchos casos esa división tan estricta se lleva mucho más lejos de manera que el acto de la fundición se conceptualiza como un acto de procreación, y los fundidores, el horno y el fuelle toman los roles de compañeros sexuales. El horno, representa la fertilidad femenina, mientras que, los fundidores y el fuelle representan la sexualidad masculina, el vigoroso bombeo de los fuelles recuerda al ritmo de las relaciones sexuales y los fundidores pueden llegar a escupir dentro del horno para añadir “semen” al mineral (Reid y MacLean, 1995). Por ejemplo, los productores de hierro de las poblaciones que habitan el área de Igurwa, en la actual Tanzania, aunque no lo describen explícitamente, conciben la fundición como un acto sexual. Los ancianos que sostienen los fuelles cerámicos los sitúan en sus rodillas y con un gesto mantiene el mango erecto, más tarde durante el transcurso de la fundición, el fundidor acompaña su trabajo con el fuelle con movimientos de la pelvis (Reid y MacLean, 1995).

Todos estos elementos rituales se refuerzan con el tratamiento de algunos de los instrumentos utilizados en la fundición, por ejemplo entre las poblaciones Toro, el proceso de insuflar aire al horno implica, como ya hemos comentado, todo un simbolismo relacionado con las relaciones sexuales. Los dos fuelles cerámicos usados son particularmente importantes, uno es femenino, el *nyinabarongo*, que significa *madre de gemelos*, mientras que el otro es masculino, el *esebarongo* o *padre de gemelos*. El fuelle femenino se decora con un diseño que se encuentra en las cerámicas producidas por los Toro, aunque en áreas vecinas se decora con una representación de los genitales femeninos. El fuelle masculino se decora con un pene de arcilla situado sobre el tubo realizado para insuflar aire (Lám. 81). Los dos fuelles se atan juntos bajo una piel de oveja con el masculino a la izquierda y el femenino a la derecha, que además es la posición de las mujeres y hombres Toro en multitud de situaciones, incluyendo como duermen en la cama. La unión de estos dos fuelles proporcionará aire al horno durante las seis u ocho horas que dura la fundición (Lanning, 1954, Childs, 1998).

Estos mismos elementos pueden ser descritos durante la fase final en la producción de un objeto de hierro, es decir, la forja. El lugar donde se realiza es un espacio social muy valorado, consiste en una pequeña cabaña abierta que contiene la fosa para la forja con su fuelle, al menos un yunque y varios martillos. Cualquiera, incluidas las mujeres, pueden entrar a este espacio e incluso ayudar en las tareas de bombeo del aire. Para los martillos tenemos una descripción similar a la de los fuelles,

también hay un martillo masculino el *omurubiko*, uno femenino, el *enyondo*, e incluso pequeñas versiones de los martillos femeninos, también de hierro, que se consideran los hijos de los martillos más grandes; todos se usan en el proceso de final del trabajo metalúrgico (Childs, 1998).

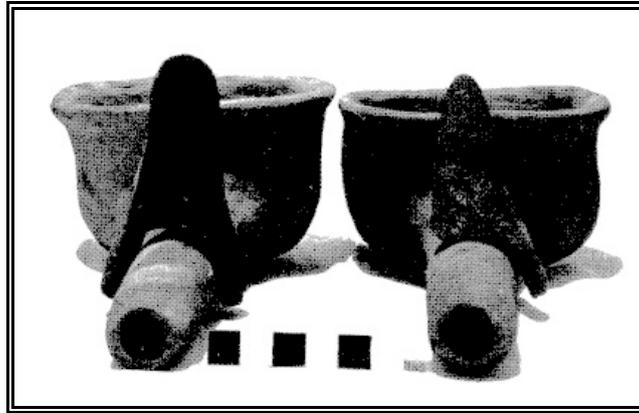


Lámina 81. Partes de un fuelle para el horno considerado como masculino (Lanning, 1954: 168).

Además, esta relación entre la metalurgia y la procreación y la fertilidad humana va más allá del proceso productivo. La inclusión de elementos metálicos en las dotes matrimoniales posee igualmente connotaciones simbólicas ya que un material producido por el éxito procreador de un horno puede trasladar sus propiedades a la fertilidad de la mujer en un círculo que se cierra (Herbert, 1993). El metal además es usado para señalar importantes cambios en el ciclo de vida de las personas. El género y la edad son a menudo determinantes en cuanto al tipo, forma y número de objetos metálicos usados (Sofaer Derevenski, 1996). Los Tamberma de Togo usan una joyería muy elaborada en la ceremonia de darle nombre a un recién nacido ya que simboliza la conexión con los ancestros del bebe y la continuidad familiar a través del “renacimiento”. En otras áreas, las mujeres jóvenes utilizan determinados adornos de metal cuando tienen la primera menstruación, cuando contraen matrimonio o cuando tienen descendencia, debido probablemente a esta unión simbólica con la fertilidad (Childs y Killick, 1993; Sofaer Derevenski, 1996).

La existencia de estos rituales relacionados con la reproducción, la fertilidad etc., presenta ejemplos actuales en los que podemos constatar la importancia de los mismos, por ejemplo el caso de la zona del Potosí (Bolivia). En esta región minera de América Latina, la tierra es llamada “Pachamama”, y se le considera como un ser vivo que siente y padece cuando se actúa sobre ella, como en el caso de la minería, por ello la Pachamama puede enfadar e ir en contra de quien la está dañando. La manera de mantener una buena relación entre la “Diosa Tierra” como es definida es a través de la realización de diferentes sacrificios consistentes en bebidas, sacrificio de animales, etc. Esta Diosa es representada como un diablo pintado en rojo con cornamenta de cabra, un reptil en la cabeza y un gran falo como señal de la fertilidad. En todas y cada una de las minas horadadas en el Cerro de Potosí, concretamente, en el punto y final de cada una de sus galerías se dispone la representación de la Diosa Tierra a la que todos los mineros rinden culto. Todos los viernes de cada semana al finalizar su jornada, los mineros se reúnen entorno a ella y le ofrecen hoja de coca, bebidas y otras ofrendas a la vez que éstos celebran con ella hasta llegar a emborracharse. En este acto de celebración y

rendición de culto, culmina cuando los mineros totalmente embriagados por el alcohol derraman sobre la imagen de la Diosa parte de su bebida a modo de libación y finalizan prendiendo fuego a la imagen. De esta manera los mineros quedan protegidos por la Diosa de la Tierra o Pachamama ante cualquier adversidad en el trabajo, enfermedades, etc., como también les procura encontrar mineral rico que les ayude a mejorar su calidad de vida (Rodríguez de la Esperanza, 2001).

Lo que queremos reseñar con todos estos ejemplos, es que las comunidades mineras, ya sean antiguas o modernas, tienden a producir identidades comunales y a crear vínculos muy fuertes donde los rituales juegan un papel fundamental en la articulación, establecimiento y reproducción de las relaciones sociales existentes (Bloxam, 2006).

IV.4. UNA LECTURA DIFERENTE DE LAS FUENTES ETNOGRÁFICAS ES POSIBLE: LA PARTICIPACIÓN DE LAS MUJERES EN EL PROCESO TECNOLÓGICO MINERO-METALÚRGICO

A pesar de lo expuesto anteriormente y atendiendo que no siempre lo que se expone es la realidad sino una pequeña parte de ella, si realizamos una observación más detallada sobre los procesos de trabajo del hierro de las poblaciones sub-saharianas nos revelan que en la realidad, en la práctica cotidiana no existe esa división sexual tan marcada que los propios fundidores se han encargado de asegurar y transmitir. El trabajo de producción del hierro requiere una serie de operaciones tales como: elegir el lugar de fundición en relación con el poblado y los recursos, seleccionar y procesar la arcilla y otras materias primas necesarias para construir el horno; encontrar, extraer, procesar y transportar el mineral de hierro al lugar de fundición; realizar el triturado de este para separarlo de la ganga; escoger el combustible de mayor poder calorífico, hacer carbón y transportarlo al lugar de fundición; realizar rituales previos a la fundición, a menudo mientras se construye el horno; buscar medios para estimular la combustión aportando aire y controlando el comportamiento del fuego; como también son necesarios toda una serie de actividades indirectas a la fundición como; proveer de alimentos a los fundidores durante el desarrollo de la fundición o distribuir el metal resultante al final del proceso (Barndon, 1999; Childs, 1991).

Al respecto, se ha documentado cómo las mujeres participan como prospectoras en busca de la veta de mineral, llevan el agua, cargan y transportan el combustible y el mineral parcialmente procesado al lugar de fundición, participan en el moldeado de la arcilla para la construcción de los hornos y aunque no siempre realizan las toberas (debido al simbolismo sexual que las relaciona con lo fálico), a menudo sí que las transportan al lugar de fundición. Aunque las prohibiciones y rituales excluyentes varían a lo largo y ancho del África subsahariana las mujeres participan siempre en la producción de oro, cobre y hierro como mineras o porteadoras. Preparan el alimento necesario durante la fundición ya que la división sexual del trabajo cotidiano es más fuerte que el tabú de acceso al lugar de trabajo; en ocasiones, esto lo solucionan mediante la permisión de la mujer del maestro fundidor al lugar de fundición; en otras ocasiones se asigna un hombre para la preparación del alimento, denominándolo “*mi esposa*” por el maestro fundidor de manera que se produce una reinterpretación del tabú de la ausencia de las mujeres (Barndon, 1999: 64-65). Incluso se han documentado

mujeres embarazadas o menstruando que participan en estas actividades ya que, aunque ellas no pueden tocar el mineral o el carbón directamente, sí que pueden transportarlo en cestas (Barndon, 1999).

Como vemos, las mujeres participaban de manera esencial en la preparación del mineral y del combustible, de manera que quizás un examen menos tendencioso y más centrado en los recursos tanto materiales como escritos nos ayudarían a desafiar esta imagen de dominancia androcéntrica de la experiencia metalúrgica y darnos cuenta de que tanto hombres como mujeres estaban plenamente integrados en la producción metalúrgica (Knapp, 1998). Procedamos pues haber algún ejemplo concreto.

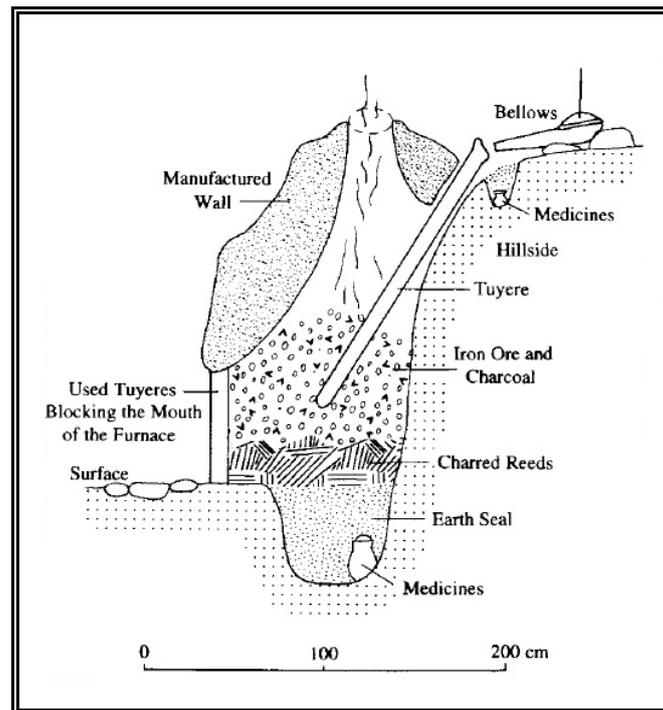


Lámina 82. Sección de horno actual en el que quedan reflejadas las partes mencionadas en el texto con la vasija medicinal enterrada (Schmidt y Mapunda, 1999).

En las sociedades agrícolas y ganaderas que predominan en el África subsahariana, el trabajo minero-metalúrgico es realizado por las mismas personas que realizan el resto de los trabajos. Por ejemplo, durante la mayor parte del año, los Kwanyama del sudeste de Angola son granjeros y cuidan de su ganado, pero durante la estación seca, todas las familias dejan sus aldeas permanentes y se van a una región rica en mineral de hierro situada en territorio !Kung Bushmen. En este lugar, se asientan durante algunas semanas y realizan labores de minería, fundición y forja del hierro. Las mujeres cavan en busca del mineral, fragmentan los bloques con martillos y yunques, lavan el mineral, lo seleccionan, lo pulverizan y lo transportan a los lugares de fundición en las mismas canastas que utilizan para la pesca (Herbert, 1998).

Otros casos más rotundos donde no solo las mujeres sino también niñas y niños participan activamente en el desarrollo de la fundición y forja del hierro son en una comunidad nigeriana de finales del siglo XIX. Se trataban de una sociedad dedicados completamente a la producción metalúrgica, que no practican más que una agricultura para la subsistencia diaria. Esta sociedad se componía por unos 100 o 120 individuos y

toda la población, tanto hombres, mujeres, niños y niñas, a partir de los cinco o seis años, se ocupaba de todos los trabajos necesarios para el desempeño de la minería, la fundición y la forja del hierro (Bellamy, 1904: 101-102 cit. en Herbert, 1998).

Entre los Fipa también se rompe la marcada exclusión de las mujeres, introduciendo además otra muestra de identidad que es la edad. Mientras las mujeres de más edad participan en la celebración de un horno recién construido, las más jóvenes participaban en el ritual de los momentos previos a la fundición. Igualmente, hay variaciones de tipo cultural entre los distintos grupos, en el caso de los Pangwa, la esposa del maestro fundidor es la que fabrica el contenedor cerámico para la medicina especial que contiene una serie de sustancias mágicas y que se cubre mediante una tapadera con orificios (Lám. 82) que será depositado en el centro del horno. Ella es la encargada de dormir cerca del horno la noche antes de la fundición, la encargada de cocinar a la mañana siguiente una cabra sacrificada para el ritual, además de participar en la colocación de las toberas cuando las están sujetando al horno e igualmente colabora en el inflado de los fuelles que darán aire al horno, otra tarea que se ha mencionado siempre como exclusivamente masculina (Barndon, 1999; Childs, 1991; Schmidt, 1998).

Una situación similar ocurre entre las poblaciones Toro (Uganda). Cuando los hombres encuentran una veta de mineral, llaman a la *nyakatagara*, normalmente una mujer médium que contacta con los espíritus y realiza una serie de rituales para dar las gracias por el mineral encontrado y pedir que las colinas sigan dando mineral y no se desperdicie el mismo durante la fundición. A estos ritos se permite la asistencia de las mujeres del clan al que pertenece el hombre que encontró el mineral, siempre que no estén menstruando. Estos rituales realizados por la *nyakatagara* están presentes en todos los pasos del proceso metalúrgico de los Toro (Childs, 1998).

La cuestión es, si existen tantas excepciones que ponen a prueba la regla de la exclusión de las mujeres en diferentes sociedades etnográficas ¿por qué se continúa insistiendo tanto en la no participación de las mismas tanto en el proceso tecnológico como en la articulación de rituales? Debemos entender que los procesos técnicos a menudo sirven como metáforas para explicar determinados aspectos de la experiencia humana y ciertas conductas (Barndon, 2004). Entre las poblaciones africanas mencionadas, la producción metalúrgica está íntimamente conectada con experiencias específicas de la existencia humana y se utiliza para explicar las estructuras y procesos sociales (Childs y Killick, 1993; Gosselain, 1999). El poder derivado del control y la manipulación del conocimiento técnico y ritual de la producción de hierro funciona a distintos niveles dentro de la sociedad y opera claramente en varios niveles, además del puramente técnico. Los hombres excluyen a las mujeres, los clanes que trabajan el metal excluyen a otros clanes, y la jerarquía (jefes tribales o reyes) intenta mantener el control sobre estos trabajadores del hierro mediante el uso del ritual, de la religión y del simbolismo. El control de la producción de hierro es esencial por su importancia económica, pero lo es más aún por los peligros simbólicos asociados con la fundición (pérdida de fertilidad no sólo en las personas, sino también en la comunidad). Los elementos simbólicos están presentes y son altamente visibles en cada momento específico del proceso técnico, de manera que el grupo social en el que se desarrolla pueda entender el conjunto de prohibiciones, metáforas y rituales que rodean esa actividad (Gosselain, 1999).

El control y la manipulación exitosa de este poder se adquiere a través del uso del ritual y del simbolismo inherente a las diversas cosmologías de los grupos, que también actúa a varios niveles y que es confrontado y controlado por diferentes miembros de la sociedad. El poder transformador del horno se articula mediante el uso de imágenes de fertilidad, procreación, gestación y parto y, puede ser parcialmente controlado mediante el uso de “medicinas secretas”. Esta vinculación a las relaciones de género se extiende a la división básica del mundo masculino y el femenino. Durante el proceso de producción metalúrgica, los hombres traen el hierro al mundo apropiándose a través de símbolos y metáforas del poder reproductivo de las mujeres (Childs y Killick, 1993; Herbert, 1993). Esto implica la exclusión particular de la fertilidad femenina de los lugares de fundición, la protección del fundidor de la sexualidad de su esposa y, sobre todo, la exclusión generalizada de las mujeres de la poderosa posición social del fundidor (Reid y MacLean, 1995).

Por tanto, el principal objetivo de la articulación y desarrollo de los rituales es seguir manteniendo unas relaciones sociales determinadas y justificar la posición de las mujeres y los hombres dentro del grupo social al que corresponden. Los rituales son mecanismos de control no solo social sino también de las estructuras de poder establecidas. Con lo cual, al olvidar y al negar la participación de las mujeres en los procesos productivos metalúrgicos, se les está excluyendo igualmente de la posibilidad de disfrutar del producto final, extremadamente valioso para estas poblaciones, quedando así el poder de su posesión en una sola parte del grupo social (Sánchez Romero, 2003; Sánchez Romero y Moreno, 2005) generalmente en los hombres.

IV.5. RELACIONES DE GÉNERO Y ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO MINERO-METALÚRGICO EN LAS SOCIEDADES DEL PASADO

La premisa básica de una Arqueología que incluya el estudio de las mujeres y las relaciones de género debe ser que, si podemos discutir y teorizar acerca de etnicidad, clase, estatus, ideología y otras construcciones sociales a través del registro arqueológico, también debemos ser capaces de conocer las relaciones de género que se establecen en las sociedades, a través de la Arqueología. Una vez que hemos aceptado esta premisa, debemos preguntarnos cómo podemos hacer asociaciones coherentes entre la actividad minero-metalúrgica y la identidad de género (Knapp, 1998).

Cualquier inferencia defendible y significativa sobre género, requiere que podamos establecer el contexto y las condiciones sociales de los restos materiales que utilizamos para hacer estas afirmaciones. El conocimiento acerca de la disponibilidad de recursos, la habilidad en la manufactura, el desarrollo tecnológico, la organización de la producción y el rango de nuevos productos y actividades que implicaron esta nueva industria comprende una serie de capacidades y actitudes que de ningún modo pueden ser atribuibles u otorgables a sólo una parte de la población. El avance tecnológico producido por la experiencia cotidiana en la elaboración de productos o en el uso de los mismos no puede ser considerado sólo como el fruto de la experiencia y la práctica exclusiva de los hombres (Sánchez Romero, 2003; Sánchez Romero y Moreno, 2005).

Para ello, debemos analizar dónde se producen, usan y depositan los elementos metálicos. De manera general, para la Edad del Bronce en Europa, el primer elemento a

tener en cuenta es la asociación de la producción metalúrgica a los espacios domésticos. Esta observación hace que pasemos del modelo del “gran fundidor masculino” a otro en el que la actividad metalúrgica está situada dentro del grupo; mientras que el primero de los modelos estaba pensado para el individuo masculino, el segundo modelo no tiene ninguna implicación de género. Además, a nivel local y como actividad cotidiana podría implicar a toda la población, así como su combinación con la realización de otros trabajos mientras se estaba produciendo. En este proceso pudieron haber intervenido tanto mujeres como hombres. Por otra parte, si analizamos el ámbito funerario, no encontramos ningún resto que nos identifique a ningún individuo como productor de metal como tampoco existe una correlación entre moldes y hombres o mujeres, por tanto la tan utilizada asociación hombres y metalurgia no está refrendada por evidencias empíricas (Sánchez Romero, 2003; Sánchez Romero y Moreno, 2005).

Como hemos observado en el caso de las poblaciones etnográficas, el uso de los objetos de metal en época prehistórica también puede estar cargado de simbolismo relacionado con las identidades de género y edad. Ejemplo de ello puede ser la aparición de punzones metálicos en tumbas femeninas de la Cultura del Argar (Montón, 2007). En el estudio de las sociedades argáricas, los ajuares cerámicos y sobre todo los metálicos han sido utilizados como la base interpretativa por parte de determinados investigadores, particularmente desde los posicionamientos marxistas, para establecer claras desigualdades sociales en el seno de estas comunidades (Montón 2007). Estos trabajos no sólo han influido en el desarrollo de las líneas de investigación sino que han condicionado el conocimiento sobre la Cultura Argárica. Nosotras consideramos las prácticas funerarias como el reflejo de las decisiones tomadas por los propios argáricos de dónde, cómo y con qué objetos iban a ser enterrados los individuos de su comunidad y de las relaciones mutuas desarrolladas entre ellos así como su manera específica de entender la realidad que les rodeaba.

Ya en los años ochenta, se puso de manifiesto para ésta cultura que, junto con la asimetría jerárquica del registro funerario, había evidencia de una diferenciación clara entre las sepulturas de hombres y de mujeres (Calma y Estévez, 1986: 449). En 1991 Paloma González Marcén demostraba que en las sepulturas de mujeres se producían menos cambios en la deposición de ofrendas funerarias que en el caso de los hombres. Esto se expresa claramente por la apariencia recurrente y continúa, a lo largo de más de 500 años, de leznas y punzones metálicos en las tumbas femeninas, mientras que en las tumbas masculinas la presencia de objetos metálicos presentaba una mayor variación sincrónica y diacrónica (Siret y Siret, 1886; Lull, 1985; Lull y Estévez, 1986; González Marcén, 1991, Castro *et al.*, 1993-1994; Montón, 2007; Sanahuja, 2007; Aranda *et al.*, 2009).

Los punzones y leznas son las únicas herramientas atribuidas a un género particular en la Cultura Argárica (González Marcén y Montón, en prensa). Además, su presencia parece ser independiente a la categoría social a la que pertenece el individuo femenino que acompaña. Es decir, pueden encontrarse en sepulturas donde la cantidad y la calidad del resto del ajuar funerario sea de un estatus social bajo. Éste no es el caso de las herramientas masculinas exclusivas (puñales, alabardas, etc.) que son asociadas con uno u otro grupo social (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

La pregunta es, ¿por qué esta herramienta en particular se ha asociado exclusivamente con un género determinado?, y aún más, ¿sin tener en cuenta la edad y

estatus de las mujeres?, la investigadora Sandra Montón (2007) lo relaciona con el tipo de prácticas llevadas a cabo por las mujeres argáricas y los tipos de relaciones sociales necesarias para realizar estas prácticas, pero sobre todo a la visión que las mujeres podrían tener de ellas mismas, como reflejo de su identidad y su manera de estar en el mundo (Aranda *et al.*, 2009).

Un segundo ejemplo sería el papel que los objetos metálicos juegan en la conformación y expresión de las identidades sociales relacionadas con el género en la Edad del Cobre de los Cárpatos. Los objetos de cobre han sido considerados como elementos de prestigio dentro del grupo social, sin embargo, pueden haber estado cargados de otros significados que incluyen sexo y edad, de manera que han sido activamente usados para crear diferencias dentro de la compleja y bien asentada construcción de las vidas y de las trayectorias de hombres y mujeres. Esa manifestación material de la identidad social y del papel del metal se observa particularmente bien en el yacimiento de Tiszapolgár-Basatanya, donde las cuidadas descripciones de las inhumaciones individuales junto con la documentación antropológica de sexo y edad permiten un detallado estudio de la distribución de artefactos por sexo y edad (Sofaer Derevenski, 1999).

A partir de esta información es posible distinguir los cambios tanto graduales como súbitos que suceden en la vida de los individuos enterrados, de manera que hay objetos que permanecen durante mucho tiempo ligados a los individuos que los poseen, por ejemplo anillos y brazaletes en espiral que pueden ir abriéndose y ensanchándose durante largos periodos; por ejemplo en Tiszapolgár aparecen entre los 5 y los 25 años de edad en ambos sexos. Sin embargo, los brazaletes desaparecen de las tumbas masculinas cuando los individuos alcanzan su madurez esquelética que, como indica el acto deliberado de quitar el brazalete, debe traer aparejados cambios en la concepción cultural y de su propia identidad (Sofaer Derevenski, 1999).

IV.5.1. Algunos ejemplos arqueológicos de la Prehistoria Reciente y Protohistoria

Las relaciones entre la producción minera, la fertilidad y la reproducción registrada en diferentes sociedades etnográficas expuestas anteriormente, puede ser encontrada en otros lugares y épocas, por ejemplo, durante el Imperio Medio egipcio (2055–1650 BC), los trabajos de minería alcanzaron un desarrollo importante debido a que gemas como la amatista o la turquesa se pusieron de moda para la joyería. Como consecuencia se desarrolló una amplia explotación minera tanto fuera como dentro de las fronteras egipcias (Bloxam, 2006).

Entre estas nuevas comunidades que se asientan en esos territorios fronterizos emerge con fuerza el culto a la diosa Hathor (Lám. 83), normalmente representada como una mujer en su papel de pareja sexual o como una vaca en relación a la maternidad. Con la elección de Hathor como deidad predominante se cumple una doble función; por un lado, su vinculación a la reproducción, asegura un ejercicio fructífero del trabajo minero; y por otro, como deidad fundamental en el panteón egipcio, asegurando así la cohesión y la solidaridad a través de la identidad entre esos grupos que explotan las minas y que están alejados del control central del imperio. La otra deidad venerada en estas áreas, es en este caso masculina, es Min, el dios de la fertilidad

con forma de falo erecto que confirma la vinculación de la extracción mineral con el hecho de la reproducción (Bloxam, 2006).

Las evidencias señalan que la imaginaria femenina tomó una especial relevancia en las redes locales de estas zonas mineras, tal situación es la que parece darse en las minas de galena de Gebel Zeit en las que encontramos objetos votivos femeninos tales como Hathor representada en estelas o figurillas de la fertilidad en terracota relacionadas con su culto como “Señora de la Galena” (Bloxam, 2006).



Lámina 83. Estela perteneciente al Imperio Medio egipcio con la representación de la diosa Hathor y el rey Amenemhat II (Bloxam, 2006).

En la Edad del Bronce Europeo es posible encontrar otros ejemplos donde la participación de las mujeres e individuos infantiles puede ser más que probable. Éste es el caso del yacimiento del Bronce Antiguo Klinglberg (Alemania). Su patrón subsistencial estaba limitado a cosechas de crecimiento corto y con pocas necesidades de cuidado lo que ha sugerido que esta comunidad limita su producción del alimento para dedicar más tiempo a la producción de cobre que más tarde intercambiarían con cereales ya procesados. La hipótesis que se plantea es que estas pequeñas comunidades, probablemente permanentes y formadas por mujeres, hombres y niños, organizaron la producción de cobre en una amplia variedad de lugares cercanos al asentamiento y en la que las mujeres y los niños participarían en las primeras fases del proceso tal y como se ha descrito para las poblaciones etnográficamente documentadas (Shennan, 1998).

Avanzando en el tiempo y en el sur de la Península Ibérica, encontramos otro ejemplo, nos referimos a la habitación (locus 6) de la casa 2 de la colonia fenicia del Cerro del Villar fundada en la segunda mitad del siglo VIII a.n.e. Este es uno de los asentamientos más importantes del mediterráneo occidental. La casa 2 es una construcción típica con diferentes habitaciones cuya funcionalidad ha sido interpretada en base al registro arqueológico que encontramos en cada una de ellas. Precisamente, en una de estas habitaciones más pequeñas se han documentado restos de actividad metalúrgica, concretamente, de actividad de combustión y pequeñas gotas de metal cercanas a una fosa quemada (Delgado y Ferrer, 2004). Debemos poner de relevancia en el hecho de que en los talleres metalúrgicos del Cerro del Villar los instrumentos y el equipamiento relativo al trabajo metalúrgico se mezclan con los instrumentos relativos a

las prácticas de mantenimiento, a la manipulación y al consumo de alimentos, tal y como ocurría en el poblado de Peñalosa. Aquí además de la identidad de género podemos definir otras identidades en un espacio en el que se relacionan poblaciones nativas con poblaciones fenicias en un área en la que se mezclan tradiciones culturales de uno y otro lado para terminar definiendo nuevas identidades. Así, en este caso, las prácticas metalúrgicas están ligadas a las poblaciones locales en lo que se refiere a técnicas y conocimientos. Las prácticas materiales asociadas a la arquitectura, rituales llevados a cabo en la esfera funeraria y las de los espacios domésticos, la vajilla de servicio utilizada para el consumo de determinados alimentos y bebidas y las innovaciones tecnológicas de las industrias tales como la minería del hierro o el torno cerámico son ejes que permiten un particular proceso de construcción de la identidad tanto étnica como de género (Delgado y Ferrer, 2004).

Sin embargo, la participación de las mujeres en el proceso tecnológico minero-metalúrgico, puede ir más allá de su intervención en las actividades previas a la fundición y en esta, pueden haber participado, como hemos observado en determinadas poblaciones etnográficas en la propia extracción del mineral. En la Península Ibérica contamos para la Prehistoria Reciente con un ejemplo claro, el de las minas de cobre prehistóricas de Áramo (Asturias). En el interior de ésta explotación se documentaron diferentes individuos probablemente fallecidos a causa de un accidente fortuito. Entre los restos humanos se documentó un cráneo femenino⁷⁵ de una mujer relativamente joven lo que la situaría en el grupo de trabajo que actuaría dentro de la mina (De Blas Cortina, 1998). Otro caso nos remonta en el espacio y nos lleva a las minas prehistóricas de sílex austríacas de Mauer donde no sólo se ha podido confirmar la presencia de mujeres en la explotación sino también de individuos infantiles (Ruttkay, 1970, recogido por Shepherd, 1980: 103-105).

Estos datos nos sitúan a las mujeres en el desarrollo de numerosas tareas dentro del proceso productivo y tecnológico minero-metalúrgico, de manera que su participación iría más allá del puro tratamiento del mineral estando presentes en la propia explotación de las minas (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

IV.6. UNA PRUEBA MÁS DE QUE LA MINERÍA Y METALURGIA NO ES SÓLO COSA DE HOMBRES: DOCUMENTACIÓN HISTÓRICA Y ETNOHISTÓRICA

Si hacemos un repaso por la documentación histórica y etnohistórica que nos proporcionan los estudios acerca de las comunidades mineras, veremos de qué manera las mujeres han estado presentes siempre en estos grupos sociales de diversas formas ya sean como amas de casa, comerciantes (Lawrence, 1998), sirvientas (Rose, 1870), prostitutas (Pomeroy, 1987), trabajadoras en las minas o ferreteras (Stevenson, 1996).

La puesta en explotación de yacimientos mineros tanto en Sierra Morena como en el resto de áreas de la Península Ibérica, exigió y exige el concurso de múltiples trabajos y conocimientos (geología, sistemas de extracción, topografía, etc.) de diversa índole. Desde el comienzo de éste capítulo venimos repitiendo la amplitud de

⁷⁵ La identificación del sexo de los restos óseos han sido realizados por Eguren (1917: 15). Aún sabiendo que no todos los antropólogos dan por válido el diagnóstico sexual a partir del estudio de los cráneos es cierto que si éstos están completos aportan mayores indicios siendo éstos suficientes para la atribución sexual de un individuo (Brothwell, 1987:89).

actividades que conlleva en sí la práctica tecnológica de la minería y metalurgia, que van desde la localización del filón mineralizado hasta la obtención del producto final. A lo largo del apartado anterior hemos podido comprobar cómo la participación de las mujeres en diferentes momentos de la cadena productiva era posible y constatable arqueológicamente. Sin embargo, la participación de las mujeres e individuos infantiles puede documentarse más allá, es decir, en la propia explotación y localización del mineral, su extracción del filón, etc. Un ejemplo lo tenemos en las comunidades de Sierra Leona (África) donde las mujeres y niños son los prospectores que buscan las vetas de mineral (<http://migueltrobo.wordpress.com/>).

En el mundo, al igual que en el resto de las fuentes clásicas, la alusión a la minería ha estado singularizada por la figura del herrero y el forjador. Sin embargo, en los grupos mineros antiguos donde podemos hablar de verdaderas comunidades dedicadas de una u otra manera a la extracción, procesamiento, puesta en marcha y difusión del producto del metal, se hacía necesario todo un conjunto de personas dedicadas por entero a otros menesteres. Desde una gestoría administrativa, contables, hasta los propios obreros de las minas que no solo se encargarían de realizar los diversos trabajos en el interior de la mina sino también en el acondicionamiento de toda la infraestructura pasando por todo un complejo sector de servicios (ferretería, batán, barbería, escuelas, baños, etc.) como prestación a todo el grupo minero (Arboledas, 2007).

La mano de obra durante la antigüedad dependió en buena medida de la propia naturaleza de las minas así como de sus posibilidades técnicas de explotación, es decir, de su rentabilidad y de las características de los minerales extraídos. También influirían el tipo de posesión y los sistemas de gestión de las mismas explotaciones. Las circunstancias variarían entre las grandes explotaciones gestionadas por importantes sociedades o el estado que necesitarían gran cantidad de mano de obra (asalariada o esclavos), de las pequeñas minas que estarían bajo el control de pequeñas sociedades o particulares (Mangas y Orejas, 1999: 212; Arboledas, 2007).

Tanto los restos arqueológicos como las citas de los autores clásicos normalmente, cuando hablan de la mano de obra utilizada en las minas antiguas, se refieren a los esclavos, los trabajadores libres (*mercenarii*) y los *damnati ad metalla*, como mano de obra barata y abundante en las minas. Pero casi nunca se habla de las mujeres y los infantes (tanto en su condición de esclavos como de trabajadores libres). Las fuentes clásicas referidas a temas tales como los cuestionados en éste capítulo se muestran parcas y sesgadas en sus explicaciones, ya que generalizan el trabajo de la mina siempre en masculino, por lo que rastrear la figura de las mujeres y niños no es tarea nada fácil (Arboledas, 2007). Aún así, es posible encontrar tanto referencias directas como indirectas de su participación, integración y organización laboral dentro de las minas. Aunque, cuando se habla de mano de obra barata y abundante como son los esclavos, (que como categoría social, estaba integrada tanto por hombres como mujeres de diferentes edades), se ha olvidado que ésta categoría social, implica una serie de connotaciones e implicaciones que alcanzaban al conjunto de sus integrantes. Es decir, tanto hombres, mujeres como niños esclavos estarían a la merced de sus dueños, siendo empleados en las tareas más duras y extenuantes, encargados de realizar una diversidad de actividades que pasarían desde las actividades domésticas que en éste caso estarían íntimamente relacionadas con el sustento y el mantenimiento del equilibrio

necesario para el desarrollo de la actividad minera hasta su participación más directa en el interior y exterior de la mina (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

Las fuentes clásicas nos hablan de mujeres, libres o esclavas, que desarrollarían su trabajo en las propias explotaciones y en su entorno desarrollando trabajos como hilanderas, tejedoras, amas de casa, criadas, empleadas domésticas, prostitutas y por supuesto como auténticas mineras—(Pomeroy, 1987). Estrabón, cuando habla de las minas de oro del noroeste peninsular, señala que: *unas mujeres con rastrillos recogen el mineral y lo lavan en cribas tejidas encima de unas cajas* (Estrabón III, 2, 9), asimismo, un texto de Agatárquides sobre las minas de oro nubias, transmitido por Diodoro, también hace alusión a las mujeres mineras (Diodoro IV, 13, 1).

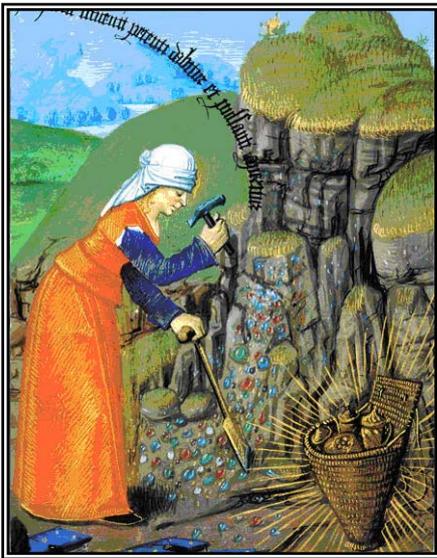


Lámina 84. Minera (siglo XV) miniatura perteneciente al manuscrito francés (Les douze dames de rhétorique. En www.minrec.org).

Por tanto, en la organización laboral de las comunidades mineras tanto prehistóricas (anteriormente analizadas) como históricas, las mujeres y los ancianos se dedicarían fundamentalmente, como muy bien señala Estrabón (III, 2, 9) para las minas del noroeste, al procesado del mineral, a la criba y selección del mineral más rico, así como al lavado del mismo una vez triturado y seleccionado, con el objetivo de disminuir la ganga y dejarlo listo para ser fundido. Un ejemplo claro lo encontramos en las propias Tablas de Vipasca, donde se alude a la presencia de la mujer dentro del distrito minero, concretamente en el capítulo I. 3, dedicado a la legislación del uso del baño, en el que se indica que el arrendatario cobrará medio as por el hombre y un as por cada mujer. El baño se reservaba para las mujeres hasta las 13,15 horas, lo que hace suponer que trabajaban durante toda la mañana, dedicándose a las tareas anteriormente citadas (triturado, selección, etc.), verosímilmente, en la superficie aunque como veremos a continuación esto no era siempre así. Ello parece corroborarse por el hecho de que las mujeres *damnati ad metalla* realizaban trabajos más ligeros que los hombres (al respecto D. 48, 19, 8) (Mrozek, 1989: 165). Por otro lado, las mujeres libres trabajarían en las minas, en los diferentes servicios que existían dentro del distrito minero, y en sus propias tareas domésticas (Arboledas, 2007).

En el análisis de las fuentes epigráficas también es plausible la visualización del trabajo de las mujeres en las minas. Concretamente, en los epígrafes procedentes de las minas del Suroeste, donde por su puesto se alude a hombres pero también encontramos

alusiones directas hacia las mujeres, generalmente se refieren a mujeres originarias de otros lugares, tanto lejanos como cercanos a esta área minera. Este es el caso de *Licina Materna*, la celtíbera; de *Vibia Crispa*, la arabrigensis (CIL II, 2.964); de *Fabia Prisca*, la serpens (CIL II, 2.971); y *Baebia Crinita*, la turobrigensis (CIL II, 2.964) (Blanco, 1962; Blanco y Luzón, 1966: 84). Realmente, desconocemos la ocupación concreta que tendrían en nuestro distrito minero en la antigüedad, pero su aparición en la epigrafía, hace visible y evidente algo que es lógico, y es que la mujer formaría parte de la sociedad de las minas, tanto en su ocupación como trabajadora como en su función doméstica, como mujer de los mineros o de los arrendatarios de los pozos mineros o de otras actividades dentro del *metallum* (Arboledas, 2007).



Lámina 85. Mujer trabajando en las labores de lavado y cribado del mineral (Agrícola, 1556).

Continuando con nuestro avance en el tiempo encontramos representaciones gráficas de mujeres laboreando tanto en las inmediaciones como a pie de minas donde aparecen realizando trabajos relacionados con la actividad metalúrgica; encontramos desde las visiones alegóricas como la representación del siglo XV de una mujer extrayendo las “gemas” de la retórica, utilizando los útiles que usaban los mineros en la época, esta imagen pertenece a un manuscrito francés de un autor desconocido de Montferrant titulado “Les douze dames de rhétorique” (Lám. 84). A mediados ya del siglo XVI contamos con los concisos grabados mineros de Agrícola, concretamente, dos de ellos representan a una mujer trabajando en las labores de lavado y cribado del mineral, ocupando el plano principal junto a otros personajes tanto masculinos como individuos infantiles (Lám. 85) (Agrícola, 1556). Asimismo a finales del siglo XIX fueron localizados unos grabados anónimos (Lám. 86 y 87) dónde no sólo se recrea la activa participación femenina en la metalurgia sino que se les dedica en exclusiva grabados completos, lavando, seleccionando, triturando el mineral así como aprovisionando material de combustión.

IV.7. MUJERES, NIÑOS Y NIÑAS, UNA REALIDAD EN LA MINERÍA ESPAÑOLA

La participación de las mujeres e individuos infantiles, sus condiciones laborales, y las tareas asignadas a éstos en la minería a pequeña y gran escala podemos seguir constatándola hasta épocas muy recientes en nuestro país. Sabemos que hasta 1901 en los diferentes cotos mineros de la Península Ibérica la mano de obra empleada tanto en el interior como exterior de las minas se diferenciaba exclusivamente entre hombres, mujeres y muchachos (serían menores de 16 y 17 años de ambos sexos). La realización de los trabajos y su jornada laboral solo estaba determinada por la categoría de edad no por la del sexo de los individuos que los realizaban.

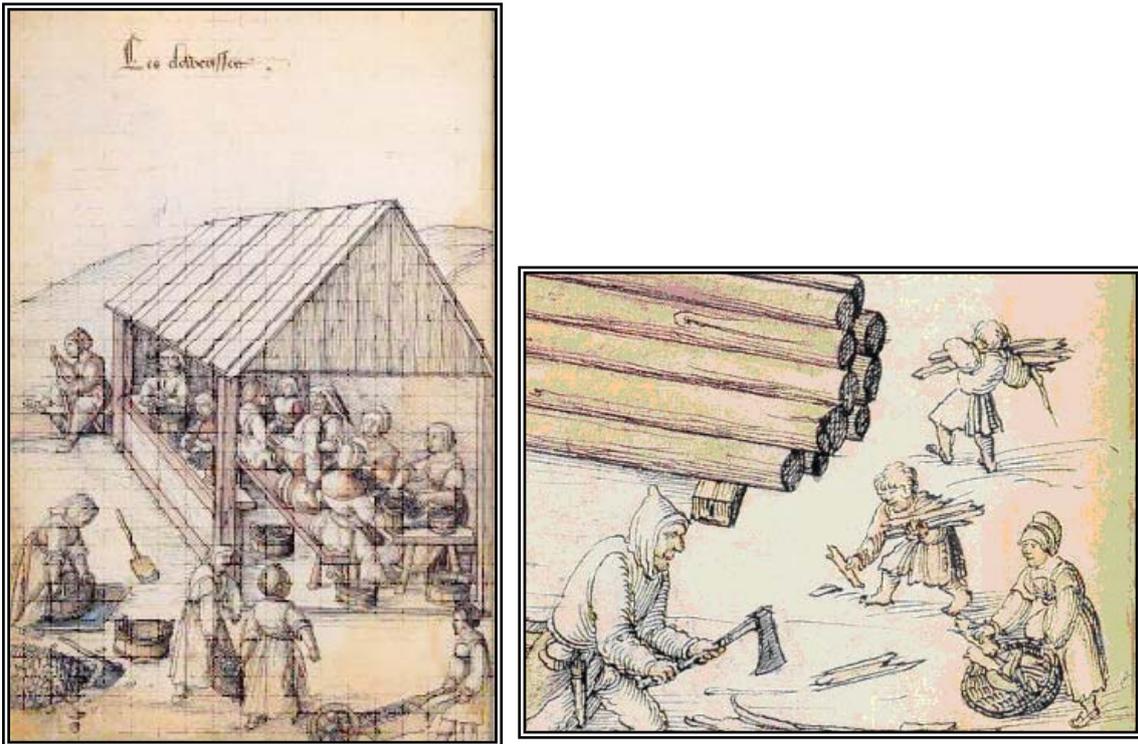


Lámina 86. (Izquierda) Representación de grupos de mujeres, lavando, seleccionando y triturando el mineral (Anónimo, 1882). Lámina 87. (Derecha) Representación de niñas recogiendo combustible (Anónimo, 1882).

Su reflejo lo encontramos en la promulgación de una serie de leyes desde el último tercio del siglo XIX hasta prácticamente la mitad del siglo XX. La primera que conocemos es la llamada ley de Benot (C.L.M., II: 80-81) aprobada el 24 de Julio de 1873. Esta ley tenía un objetivo claro, establecer y regular las bases del trabajo de los menores en las fábricas, talleres, fundiciones y minas peninsulares, ya que el de las mujeres se concertaba al mismo nivel que el de los hombres. En ella se estipulaba que no podían ser admitidos como trabajadores de los cotos mineros los menores de 10 años de ambos sexos. Los niños menores de 13 años y las niñas menores de 14 deberían tener una jornada laboral que no superasen las cinco horas diarias, mientras que para los jóvenes de 13 a 15 años y las jóvenes de 14 a 17 años se establecía en ocho horas máximo. La nula aplicación de ésta ley es palpable en los informes y discusiones de la Comisión de Reformas Sociales de 1889 a 1893, como también en los diferentes partes

y libros de los hospitales de la época. Entre ellos podemos exponer uno de los casos de un niño menor de 11 años, procedente de la mina “Desechada” (La Unión, Murcia), que ingresó aquejado por fuertes heridas por contusiones directas que le ocasionaron la muerte (Cohen, 1993). A pesar de que fueron creadas comisiones de vigilancia regidas por Inspectores de minas, que debían velar por el cumplimiento de dicha legislación (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005: 1-2) el trabajo y empleo de menores en las explotaciones mineras estaba marcada por la connivencia entre los padres y las propias empresas mineras (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005: 3).

A comienzos ya del siglo XX, concretamente el 13 de Marzo de 1900 sale a la luz una ley de carácter muy concreto hacía dos sectores particulares de la población trabajadora en las minas; mujeres, niños y niñas. En esta se continúa manteniendo el límite de edad de 10 años establecido en la anterior pero en este caso se amplía hasta los 17 años como edad permitida para el empleo de niños y niñas en los trabajos subterráneos, además, no se permitía el trabajo nocturno de los menores de 14 años y establecían su jornada laboral máxima en 6 horas en los establecimientos industriales y 8 en las instalaciones comerciales (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005: 3). Las voces críticas hacia esta nueva ley no se hicieron esperar, pocos meses después de su dictamen, La Unión (Murcia) solicita la disminución de la edad mínima de los menores para desempeñar trabajos en el interior de las minas. Para ello aclaman que éstos son indispensables (probablemente debido a la estrechez de las galerías subterráneas como también por el ahorro que suponía el contratar a un menor antes que a un adulto) y que constituían una fuerte fuente de ingresos para sus familias, siendo en ocasiones la base de su sustento.

Resumiendo, el empleo de menores durante la segunda mitad del XIX, es del 10 al 14% como media nacional de estos años. Córdoba, Jaén, Huelva y Vizcaya son las provincias que barajan estos porcentajes, mientras que la minería asturiana tenía un empleo infantil del 15 y el 20%, siendo superada claramente por el 20%, de Almería y Murcia. Este esquema sufrirá algunas alteraciones con la llegada del nuevo siglo (Sánchez Picón y Pérez de Perceval, 1999). Esto se refleja en el distrito de Linares-La Carolina donde el porcentaje de trabajadores menores aumenta considerablemente a partir de 1910 superando el 15.5% del total de los trabajadores para comenzar a descender fuertemente a mediados de los años 30 (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005: 11).

El trabajo infantil estaba fundamentalmente vinculado a las tareas del transporte de los materiales arrancados, tanto interior, desde el tajo hasta el enganche⁷⁶; como exterior, desde las inmediaciones del pozo hasta los talleres e instalaciones de concentración o limpieza de los minerales donde realizaban su clasificación antes de introducirlos en los hornos (Pérez de Perceval, 1989: 89-90, recogido por Arboledas, 2007). Las condiciones de trabajo en ambos escenarios resultan diferentes desde varios puntos de vista. Desde el punto de vista de la salubridad y el desgaste energético y físico de los muchachos, en primer lugar; y desde el punto de vista del rendimiento obtenido. No sabemos todavía si esto repercutía en diferencias salariales entre los que trabajaban

⁷⁶ El ingeniero de minas Cárde Lorente apuntó tras observar las características de la antigua galería de la mina de La Loba, en Cartagena “*que por ellas no podría circular nada más que niños que cargados a sus espaldas con las espaldas de mineral subirían inclinados y apoyándose con las manos en los costados, que aparecen pulidos como espejos por el continuo roce*” (Cárde, 1978: 32, recogido por Arboledas, 2007).

en el exterior y subterráneamente, pero seguramente las diferencias de rendimiento se compensaban con la dispar penosidad del trabajo, con lo que suponemos (por datos aislados) que el salario infantil era bastante homogéneo en general, al menos, en las cuencas mineras del sur. En el distrito minero de Linares-La Carolina, el empleo infantil predominante (en sus tres cuartas partes) era el de los *paseantes* del exterior, que arrastraban carretillas con un peso bruto de unos 85-90 Kg. desde el pozo hasta los talleres. El rendimiento unitario por trabajador infantil en el exterior ascendía aquí a los 850-900 kg/hora (Pérez de Perceval y Sánchez Picón, 2005: 17-18).

Muy lejos en el tiempo y en el espacio, también encontramos ejemplos de la participación y contribución de las mujeres a la producción minera. Este es el caso de la arqueología histórica de la minería Australiana. Se trata de un caso particular, vinculado al universo masculino en el que se ha enfatizado la tecnología y el interés por las máquinas y en las que se han considerado que los únicos pobladores de los asentamientos australianos eran hombres; esto ha generado y perpetuado una imagen popular a través de la cual se ha visto la minería como un exótico dominio masculino, negándose el examen detallado y coherente de las comunidades mineras. Precisamente, ha sido la perspectiva feminista la que ha facilitado tal examen retando la imagen dominante masculina y poniendo de manifiesto el rol de las mujeres y de las familias en la cultura de las minas de oro de éste país. Este es el caso por ejemplo del asentamiento minero Dolly's Creek al oeste de Melbourne, en el que se demuestra la utilidad de los análisis que incluyen elementos de cultura material y que nos hacen ver las complicadas relaciones entre el asentamiento, la comunidad y la explotación minera (Lawrence, 1998).



Lámina 88. Mujeres mineras de época Victoriana (Hiley, 1979).

Dolly's Creek (Melbourne, Australia) en 1861 tenía censados 619 personas, la mitad eran mujeres y niños menores de 15 años. Probablemente la mayoría de los habitantes formaban parte de grupos familiares, ya que en situaciones de frontera los vínculos forjados entre individuos a través del matrimonio eran instrumentos que cementaban o iniciaban relaciones políticas y económicas; a partir de aquí podemos considerar las distintas experiencias de mujeres y hombres con respecto a la producción minera. En los mencionados censos las mujeres eran agrupadas en la categoría de "esposas o viudas" sin tener en cuenta que eso es una categoría social no una ocupación

laboral. Lo cierto es que el trabajo de la minería del oro no ocupaba todo el año a los mineros, la subsistencia de estos grupos dependían también de la producción agrícola cuyos ciclos reproductivos empezaron a determinar la producción minera (Lawrence, 1998). A este respecto, eran las mujeres, las que aparte de llevar a cabo todos los trabajos relacionados con las actividades de mantenimiento (Picazo, 1997: 59-60) regentaban tiendas, vendían alcohol y compraban oro pero esta labor económica no era el único componente de su trabajo. De hecho, igualmente importante, era la labor de cohesión social que realizaban para la comunidad a través del inicio y mantenimiento de instituciones tales como las iglesias o las escuelas (Lawrence, 1998).

Semejantes circunstancias las encontramos en otros lugares del mundo durante el XIX, por ejemplo en época victoriana (Lám. 88). Donde las mujeres trabajaban en las minas de carbón en superficie de Lancashire (Inglaterra) (Lám. 89). En otras regiones del Reino Unido, mujeres y niñas eran empleadas como porteadoras en las minas de carbón. A sus espaldas llevaban grandes canastas repletas de carbón, a menudo tan pesadas que se necesitaban dos hombres para poder situarla en la espalda de las mujeres, con una jornada laboral de once o doce horas diarias (Lám. 90). Otro ejemplo lo encontramos en Rhondda Valley al sur de Gales (Lám. 91).



Lámina 89. (Derecha) Mujeres trabajadoras en las minas en Lancashire. (© NCMME copy photograph. En National Coal Mining Museum for England). Lámina 90. (Izquierda) Niña porteadora de carbón (ilustración perteneciente al Children's Employment Commission Report, 1842 © NCMME copy photograph).

Si avanzamos un poco más en el tiempo, ya en el siglo XX, concretamente durante la Segunda Guerra Mundial y sobre todo a partir de 1942, las mujeres estadounidenses jugarán un papel activo no solo en la producción minera sino en el mantenimiento del equilibrio económico de su país. La entrada de Estados Unidos en el conflicto, provoca que mucha población masculina se desplace a Europa para participar en la lucha armada. Esto ocasiona un desabastecimiento de mano de obra masculina en la mayoría de las minas americanas y su consecuente decadencia. Será en ese momento cuando el gobierno estadounidense realice un llamamiento ante la población femenina

para que ayuden a superar la grave crisis por la que estaba pasando el país. Las mujeres comienzan a ser reclutadas para ocupar puestos de trabajo como maquinistas, mineras, fabricantes de bombas, electricistas y otros trabajos considerados como masculinos (Hager, 1997). Un ejemplo lo tenemos en las mujeres que trabajaban en las explotaciones mineras de la Oliver Iron Mining Company (Lám. 92) mujeres que se exponían a un trabajo peligroso, difícil y muy extenuante en las galerías de las minas de hierro (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a/b).

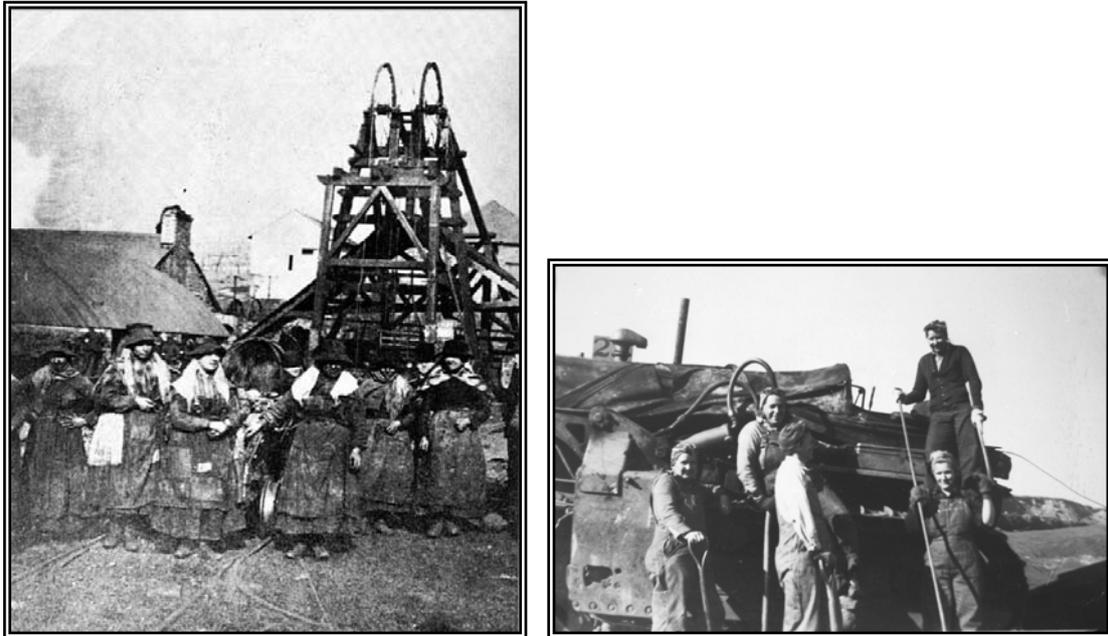


Lámina 91. (Derecha) Mujeres porteadoras trabajando en las minas de carbón de Abergorki Colliery, Treorchy (http://www.glamorganwalks.com/local_features_mid.htm). Lámina 92. (Izquierda) Grupo de mujeres empleadas en la Oliver Iron Mining Company durante la Segunda Guerra Mundial (www.ironrangeresearchcenter.org/).

La paradoja viene cuando una vez finalizada la guerra, desde las mismas instancias institucionales y gubernamentales que se les había requerido para mantener el equilibrio económico del país se les obligada a abandonar todos aquellos trabajos sobre los que habían demostrado estar totalmente capacitadas y a la altura de cualquier hombre para realizarlos, argumentando que las mujeres tenían que regresar a sus hogares para continuar desempeñando el trabajo doméstico por el que realmente estaban capacitadas (Hager, 1997).

Como venimos reclamando a lo largo de éste capítulo, es un hecho más que evidente, aunque normalmente invisibilizado, que las mujeres han estado y están frecuentemente involucradas en las operaciones de minería a pequeña escala. En Bolivia, por ejemplo, las mujeres representan alrededor del 40% de la fuerza laboral de la minería artesanal y en pequeña escala (MAPE); en Madagascar, Malí y Zimbabwe, la proporción es del 50% y en Guinea la cifra es del 75%. Además, las mujeres pueden tener predominio en partes especiales de la industria: por ejemplo, en la región de Gaoua de Burkina Faso, la explotación y venta de oro tradicionalmente ha sido una actividad realizada en forma exclusiva por mujeres. Las mujeres están involucradas en casi todos los aspectos de la minería, a excepción, por lo general, del manejo de equipo mecanizado, que normalmente se reserva a los hombres, aunque como siempre hay

excepciones que confirman la regla, este el caso de Lumi Quiroga, minera de la mina de HUNOSA (Asturias, España), donde desempeña las funciones de maquinista. También están indirectamente involucradas en otras actividades productivas como la provisión de alimentos, bebidas, herramientas y equipamientos, además de la comercialización del oro y las piedras preciosas⁷⁷.

⁷⁷ "Abriendo Brecha" – el informe final de Minería, Minerales y Desarrollo Sustentable (MMSD) Cap. 13 Minería artesanal y en pequeña escala. International Institute for Environment and Development.

Capítulo V

Una aproximación a las
actividades de
mantenimiento en el
Argar: Peñalosa

V.1. EL MARCO CRONO-CULTURAL DE LA EDAD DEL BRONCE EN EL SURESTE PENINSULAR

V.1.1. HACIA UNA DEFINICIÓN DE LA CULTURA ARGÁRICA (Lám. 93)

Nuestro conocimiento de la Edad del Bronce en Andalucía y, concretamente, en su zona Alta, descansa en los primeros trabajos realizados en la región de Almería por los ingenieros y hermanos belgas, Louis y Henrique Siret. Quienes desde 1881 a 1887 y, alternando con sus trabajos como ingenieros de minas en Herrerías, practicaron una serie de excavaciones arqueológicas en diversos poblados y necrópolis de dicha provincia andaluza. A partir de ese momento sus trabajos se van a convertir en una referencia básica para posteriores investigaciones, llegando su vigencia hasta nuestros días. Entre las intervenciones que realizaron, debemos citar las llevadas a cabo en los yacimientos emblemáticos, para el periodo crono-cultural que nos atañe, de Fuente Álamo en Cuevas de Almanzora, El Oficio y Gatas en Turre, El Garcel, La Gerundia, Campos, Tres Cabezos y El Argar en Antas, todos ellos en la provincia de Almería. Asimismo, documentaron diversas sepulturas de incineración en las regiones costeras de Almería y Murcia, entre las que destacan Qurénima, Barranco Hondo, Parazuelos o Caldero de Mojácar (Siret y Siret, 1890: 59-65 y 81-86). Estos yacimientos, durante buena parte de la historiografía relacionada con el Bronce Final del Sureste, han sido los únicos elementos conocidos, junto a diferentes hallazgos metálicos de tipología atlántica, que fueron utilizados para su definición e interpretación (Aranda, 2001).



Lámina 93. Localización geográfica de la Cultura del Argar. Detalle del grupo argárico del Alto Guadalquivir (Contreras *et al.*, 1997).

Grosso modo, a los hermanos Siret debemos agradecerles tres cuestiones. En primer lugar, que el conjunto de sus intervenciones estuviesen siempre marcadas por

una gran rigurosidad a la hora de obtener la información de cada uno de los yacimientos que excavaron así como su capacidad de análisis de los sitios arqueológicos en los que intervinieron, catalogada como excepcional para su época. En segundo lugar, gracias a su formación como ingenieros de minas llevaron a cabo una importante documentación topográfica y planimétrica, localizando los yacimientos en su contexto geográfico y geológico, realizando plantas y alzados de los conjuntos estructurales y situando, en determinadas ocasiones, los distintos materiales en relación con las estructuras documentadas o con sus contextos sedimentarios (Aranda y Sánchez, 1999). Estos trabajos no sólo han sido referencia obligada para la mayoría de los investigadores de la Edad del Bronce del Sureste peninsular sino que en la actualidad continúan formando parte de las bases empíricas a la hora de abordar un estudio global de la Cultura Argárica. En tercer y último lugar y, como consecuencia directa de los dos anteriores, les debemos agradecer también, el haber sacado a la luz numerosos hallazgos de alto valor científico, que les permitieron poner de manifiesto toda una serie de cuestiones como los remotos orígenes de la metalurgia en el occidente de Europa (Siret y Siret, 1890), la creación de esquemas de periodización (Siret, 1913) o la realización de la primera definición de la Cultura de El Argar, en base a un determinado número de rasgos, los cuales, pasaremos a exponer a continuación.

Los esquemas de periodización, los límites cronológicos y culturales precisos de la Cultura Argárica en la Alta Andalucía, han constituido el centro de una prolongada investigación marcada por la controversia (Lull y González Marcén, 1987). Podemos distinguir tres grandes etapas. La primera de ellas, representada por los trabajos realizados, al respecto, de B. Blance (1971), H. Shubart (1975) y M^a L. Ruiz-Gálvez (1977). Quienes, básicamente, utilizaron la cultura material funeraria. Concretamente, establecieron la interrelación entre los elementos particulares de su cultura material (artefactos metálicos y cerámicos de los ajueres funerarios) y el uso determinado de los distintos contenedores funerarios (cistas, urnas, fosas, etc.).

Pero, como sucede en cualquier estudio de una Cultura particular, una vez superadas estas primeras fases de estudio se prosigue con su estudio a partir de otros elementos. En una segunda fase, se tomaran como objetos de investigación y datación, la asociación entre las fases constructivas de los poblados argáricos (Castro *et al.*, 1996), la evolución de la tipología cerámica (bases ya planteadas por H. Shubart en 1975), y la expansión de los rasgos considerados dentro de la “norma argárica” más allá del valle del Almanzora: enterramientos bajo las casas, elementos cerámicos y metálicos de unas características particulares y la elección de un hábitat en altura aterrazado y dotado de un cierre amurallado (Castro *et al.*, 1996; Contreras, 2000; Molina y Cámara 2004a/b). A la utilización de estos elementos, en una tercera gran etapa, se le añaden otros más, que consisten en las dataciones radiocarbónicas calibradas (González Marcén, 1994).

Así, en la actualidad, un grupo de investigadores dirigido por el catedrático de Prehistoria Fernando Molina (Molina, 1978), han ofrecido una nueva periodización para la Cultura Argárica, en base al estudio de las dataciones disponibles para el conjunto de yacimientos del Sureste, contando especialmente con aquéllas de los yacimientos que han proporcionado un mayor número de dataciones (Gatas, Fuente Álamo, Cerro de la Encina, Cerro de la Virgen, Peñalosa, entre otros):

1. En primer lugar, tendríamos, un periodo de formación durante el Bronce Antiguo, constatado arqueológicamente entre la zona de Lorca y la Depresión de Vera. Este periodo se desarrollaría durante las fechas del 2200-1900 A.C.
2. A éste le sucedería un periodo de plenitud durante el Bronce Pleno en el que tendría lugar la expansión de la Cultura de El Argar hacia los Altiplanicies Granadinas y el Alto Guadalquivir. Su datación sería del 1900-1650 A.C.
3. Por último, contamos con un periodo de crisis, que es considerado como Argárico, durante el Bronce Tardío (1650-1450 A.C). Durante éste, tendrían lugar determinadas transformaciones y una ulterior expansión de la Cultura de El Argar hacia áreas periféricas como, por ejemplo, la comarca de Villena (Alicante).

El poblado de Peñalosa responde a los criterios cronológicos marcados durante el periodo del Bronce Pleno o Medio, coincidiendo con ese momento de máxima expansión de la Cultura Argárica hacia el Alto Guadalquivir entorno al 1900-1650 A.C., fechas que quedan constatadas dadas las dataciones obtenidas a partir del análisis de su registro arqueológico y de las dataciones de C-14 efectuadas hasta el momento.

Es sabido que la caracterización de una cultura arqueológica se basa en la reiterada aparición de determinados restos de cultura material en una asociación determinada y en las diferencias de éstas respecto a los conjuntos materiales posteriores, contemporáneos y anteriores (Molina y Cámara, 2004a: 458). A este respecto, la Cultura Argárica ha sido catalogada como una sociedad bastante homogénea y estandarizada en sus comportamientos (Siret y Siret, 1890; Lull, 1983; Alarcón García *et al.*, 2008). De ahí que, a partir del estudio del registro arqueológico podamos observar una serie de diferencias e innovaciones, entre las culturas calcolíticas y argáricas (Contreras *et al.*, 1993; Jaramillo, 2005: 30). Éstas pueden ser tanto por lo que respecta a la propia ubicación de sus poblados como en lo que se refiere a los componentes de su complejo material mueble y ecofactual. Nuevamente, fueron los hermanos Siret los primeros en realizar una primigenia clasificación de los elementos recurrentes detectados entre los restos culturales recuperados en los asentamientos argáricos intervenidos (Siret y Siret, 1890). A continuación vamos a enumerar algunas de estas innovaciones que tradicionalmente, han sido utilizadas para su definición como entidad o grupo cultural:

1. Se detectan cambios graduales en la estructura económica desde el Cobre Pleno, con la intensificación de la actividad agrícola, sobre todo, en el Sureste (Almería, sureste murciano, Granada, y el noroeste de Jaén), aunque debemos decir que, en el territorio granadino parece tener una mayor incidencia la práctica ganadera, mientras que, en la provincia de Jaén y concretamente en las primeras estribaciones de Sierra Morena Oriental prevalece la explotación de los recursos metalíferos, lo que no significa que no practicasen las dos actividades anteriores, tal y como testimonia el registro arqueológico de Peñalosa.

Lo cierto, es que durante la Edad del Bronce se observa una mayor “especialización industrial” y una intensificación de la producción metalúrgica respecto a la Edad del Cobre. De hecho, se han realizado cálculos sobre las cantidades de objetos producidos en metal en un periodo y otro y se ha llegado a la conclusión de que durante

la época argárica se supera en casi cinco veces la producción Calcolítica (Montero, 1992). Sin embargo, la producción metalúrgica en época argárica se caracteriza tanto por su técnica (utilizando el cobre arsenicado, moldes univalvos, etc.) como por las formas u objetos obtenidos. Respecto a la segunda cuestión, los propios hermanos Siret (1890) realizaron una primera ordenación de los artefactos metálicos, seguidos por B. Blance (1971) quién ya formuló una tipología de los mismos (Blance, 1971). Ésta fue revisada años más tarde por V. Lull (1983), quién realizó una caracterización morfométrica de las diferentes categorías formales y funcionales con la intención de definir las diversas tendencias de fabricación (Lull, 1983).

A rasgos generales, en la producción metalúrgica argárica destacan los elementos de adornos (brazales, anillos, coleteros, aretes, etc.), que suponen más del 50% de los elementos metálicos documentados en los poblados argáricos (Esquivel y Aranda, 2007: 50). A éstos les siguen, los elementos y herramientas cortantes como cuchillos y puñales (Sanahuja, 2007), excepto los relacionados con la siega y la trilla donde continúan prevaleciendo el uso de la piedra como materia prima, aunque también se realizan en metal (Lull y Risch, 1995), como se desprende de los análisis de los cortes de los restos faunísticos de Peñalosa (Sanz y Morales, 2000). Por último, destaca muy especialmente, la aparición por primera vez en el registro arqueológico de instrumentos especializados en la coacción física, como las armas que engloban las alabardas, espadas cortas y largas y anchas, puntas de flecha y las hachas, aunque la función como arma de esta última no es tan evidente (Sanahuja, 2007). Completan las novedades tipológicas referentes a los elementos de metal, los punzones en este material. Éstos suelen aparecer asociados con el mundo funerario y con sepulturas femeninas (Montón, 2008; Aranda *et al.*, 2009) siendo en hueso los más cotidianos en los contextos domésticos y habitualmente asociados al desarrollo de actividades textiles.

2. Los cambios económicos provocarán también cambios tipológicos en los elementos cerámicos. Las características formales y tecnológicas de las cerámicas argáricas suponen un cambio drástico respecto al periodo anterior, el Calcolítico. Tanto es así que entre la vajilla cerámica argárica prevalecen de forma general las formas cerradas o profundas, contrastando con los platos y fuentes más abiertos de la Edad del Cobre (esto expresaría el paso de una comunidad comunal al desarrollo de una sociedad de carácter más individualizado) (Contreras *et al.*, 1997; Molina y Cámara, 2004a/b; Esquivel y Aranda, 2007).

De nuevo, los hermanos Siret (1980) fueron los primeros en realizar una primera aproximación tipológica basada en los conjuntos cerámicos documentados en las 650 sepulturas excavadas en el poblado de El Argar. Éstos propusieron en su obra ocho formas o tipos y tres subtipos o subformas, que, básicamente, se han mantenido hasta la actualidad que tras revisiones y matizaciones, primero por E. Cuadrado (1950) quién mantiene la clasificación realizada por los hermanos Siret completándola e incorporando, el material cerámico de carácter doméstico y, después por Vicente Lull (1983), han constituido la base para confirmar la tendencia de una producción totalmente normalizada y fuertemente estandarizada (Castro *et al.*, 1999), lo que significa un alto grado de uniformidad en sus propiedades formales y tecnológicas. Esta homogeneidad es principalmente importante entre el repertorio cerámico presente en el registro funerario (Contreras, 1986).

Como hemos señalado, la típica cerámica argárica se va a distinguir por la singularización de su producción, tanto en la forma como en su acabado. Los vasos carenados y las copas con pie, serán las formas más representativas de esta cultura. Éstas últimas eran desconocidas en el repertorio cerámico de la Prehistoria de la Península Ibérica, hasta este momento. En cuanto a sus rasgos generales, podemos apuntar que se tratan de una producción íntegramente realizada a mano, cuya principal materia prima es la arcilla. Normalmente se presentan sus superficies totalmente lisas, carentes de decoración, con presencia de carena y con predominio de coloraciones oscuras debido a su sistema de cocción reductora. Suelen presentarse con un tratamiento muy bruñido de sus superficies que les dan en muchos casos un aspecto casi metálico (Contreras *et al.*, 1997: 18-19).

En primer lugar debemos referirnos a una de las formas más comunes documentadas en los registros arqueológicos de los poblados argáricos, las formas de perfil parabólico o semiesférico con tendencias cerradas y hondas. En este tipo podemos encontrar desde cuencos hasta fuentes (incluirían los tipos 1 y 2 descritos por los Siret). Estos recipientes cerámicos se caracterizan por asociarse fundamentalmente con el servicio y presentación de alimentos y bebidas, aunque de forma más excepcional han sido asociados a contextos de almacenamiento y procesado del alimento (Esquivel y Aranda, 2007: 52).

Seguidamente, encontramos otro grupo cerámico que se caracteriza por presentar unos perfiles globulares y ovoides (Tipo 3) que, en algunos casos, marcan el pie. Suelen poseer elementos de aprehensión y elementos decorativos como mamelones. Entre estas formas sobresalen, sobre todo, aquellos recipientes relacionados con la transformación alimenticia, nos referimos a las características ollas, aunque es cierto que en función de su tamaño éstas también serían recipientes relacionados con el almacenamiento. Su uso es general en los contextos domésticos pero también se han documentado en el interior del registro funerario como contenedor de inhumaciones. Dentro de este grupo también aparecen determinadas formas de medianas dimensiones que presentan el cuello muy marcado y cerrado y que han sido definidas como botellas (Tipo 4). Al contrario, que en el caso anterior, estos elementos si parecen tener una mayor presencia en el registro funerario como contenedor de líquidos que acompañaría al ajuar de los inhumados.

Sin duda, una de las formas más características de este grupo cultural, son las formas carenadas (Tipo 5). Estas abarcan formas que van desde los vasos a los grandes contenedores como las orzas. Se caracterizan por presentar una fuerte inflexión en la dirección de sus paredes creando de esta forma dos cuerpos netamente diferenciados. Su variedad en cuanto, a su tamaño ha profesado su organización en diferentes grupos funcionales. Lo que equivale probablemente, a un uso variado que iría desde contenedores para el consumo de alimentos y bebidas como de procesamiento y de almacenaje, presentes tanto en los contextos domésticos como funerarios formando parte de los recipientes contenedores de ofrendas a los difuntos.

Otro de los tipos que podemos encontrar, son las formas lenticulares o bicónicas (Tipo 6) que provocan una abertura de la boca muy estrecha. Su presencia en los registros arqueológicos de los diferentes poblados argáricos, suelen ser bastante más escasas que todos los ejemplos anteriores. De ahí que junto con las copas (Tipo 7)

hayan sido considerados como los elementos más innovadores dentro del mundo argárico.

Junto a estos elementos podemos encontrar otras formas como las que presentan una tendencia troncocónica o paredes rectas (Tipo 8) (Siret y Siret, 1980; Aranda, 2001), las cucharas o cazos (Tipo 9) (Cuadrado, 1950). Y, por último otros elementos o formas cerámicas relacionadas con la producción metalúrgica, nos referimos a los moldes o crisoles, así como a determinados vasitos (que recrean todas las formas descritas anteriormente) de muy pequeñas dimensiones que han sido interpretados como juguetes y elementos relacionados con el aprendizaje infantil (Alarcón García *et al.*, 2008).

3. Completan las novedades tipológicas los elementos relacionados con la actividad textil: punzones de hueso, fusayolas y pesas de telar circulares dotadas de dos perforaciones y otros elementos como “fichas” fabricadas en arcilla. El sílex y otras materias primas sólo se empleaban en la Edad del Bronce para la realización de denticulados destinados a la fabricación de hoces (Martínez, 1985; Afonso, 1993), mientras que la fabricación de otros útiles por piqueteado y pulido sobre rocas más o menos duras en este periodo alcanzan un gran desarrollo, es el caso de los molinos, manos de molino, martillos de minero, etc., (Molina y Cámara, 2004a/b). Respecto a los primeros (las piedras de molino) son elementos muy característicos y abundantes en Peñalosa donde se cuentan por centenares, los podemos encontrar de todos los tamaños desde aquellos que parecen tener un carácter portátil hasta otros que tanto por sus dimensiones como su peso estarían fijos, este es el caso del localizado en el corte 38 de Peñalosa. Su localización dentro de este poblado es indiscriminado, es decir, su ubicación normal es el interior de los contextos domésticos como parte de su mobiliario interno porque suelen formar parte de auténticas estructuras de molienda, es el caso de la estructura 9.14 en el Complejo Estructural Xa. Sin embargo, también es común su presencia en las zonas pasillo o comunicación entre una estancia y otra, es el caso del CE IVa⁷⁸.

4. Los patrones socioeconómicos ahora imperantes van a exigir un nuevo patrón de asentamiento en cerros escarpados, con buenas defensas naturales complementados con fortificaciones o murallas (Contreras *et al.*, 1997). Su hábitat se adapta perfectamente a la orografía del terreno a través de aterrazamientos artificiales donde se alzan las casas. Normalmente, los asentamientos argáricos se localizan en posiciones de defensa en zonas óptimas dotadas por un control hacia las vías de comunicación, y siempre en lugares cercanos a fuentes de agua. Aunque recientemente se han documentado asentamientos en llanura, con cultura material típicamente argárica. Estos suelen presentar menores dimensiones del espacio ocupado y se sitúan en posiciones dependientes a los poblados fortificados (Ayala, 1986; Arteaga, 2000).

5. Durante este periodo, también se constata en el conjunto de los poblados argáricos conocidos, la existencia de un urbanismo más complejo con respecto al periodo anterior, el Calcolítico. Las viviendas suelen presentar formas rectangulares o pseudorectangulares, compuestas por varias estancias o habitaciones con distinta funcionalidad, separadas por tabiques de escasa envergadura. En la mayoría de los

⁷⁸ Referente a la descripción, ubicación y funcionalidad de los molinos presentes en el yacimiento de Peñalosa la acometeremos a lo largo de esta tesis doctoral de forma profunda y en intersección con el resto de elementos culturales a los que se asocian.

casos, las casas están comunicadas por calles longitudinales que ponen en contacto las diferentes terrazas artificiales y pasillos internos. Además se documentan recintos especiales y sistemas de fortificación más simples pero más efectivos al reducir el perímetro y enfatizar la nuclearización del asentamiento (Contreras *et al.*, 1997; Molina y Cámara, 2004a/b).

6. Sin lugar a dudas, una de las innovaciones que más repercusión ha tenido en la generalidad de la historiografía dedicada a este periodo de nuestro pasado ha sido, el mundo funerario. La sustitución del enterramiento colectivo en necrópolis situadas a extramuros de sus poblados de la Edad del Cobre, por los enterramientos en sepulturas individuales o familiares (dobles, triples u cuádruples) localizados en el interior de los contextos domésticos, en su mayoría bajos los suelos de ocupación o incrustados en las paredes de las viviendas, ha sido uno de los elementos más radicales entre los dos periodos culturales. Podemos encontrar diferentes formas o tipos de sepulturas, en fosas o covachas, en vasijas cerámicas o *pithos*, en cistas de piedra, etc. La existencia de rituales específicos, con la posición flexionada de los cadáveres y la colocación, la variedad y la calidad de los ajuares que los acompañan han sido las claves utilizadas durante años de investigación para el estudio de esta sociedad tan particular (Molina, 1983, Lull, 1983; Lull y Estévez, 1986; Contreras *et al.*, 1987-88; Lull y Risch, 1995; Arteaga, 2000; Cámara, 2001; Aranda y Molina, 2006). Precisamente, el acompañamiento de ajuares funerarios a los individuos inhumados se convierte en uno de los elementos más característicos de este ritual funerario. Entre los elementos más comunes se encuentran artefactos de metal, entre los que sobresalen los ornamentos (pulseras, anillos, brazaletes, coleteros, etc.) seguidos de los punzones, puñales y cuchillos y, en menor medida, las alabardas, espadas, diademas y hachas. Igualmente importante es la presencia de elementos cerámicos. También aparecen elementos realizados en otras materias primas, como la piedra, esta es muy usual en la presencia de collares formados por cuentas de piedra pulida. Por último, merece una especial mención, la aparición de restos cárnicos como elementos integrantes de los ajuares funerarios. Los restos de terneras, ovejas y cabras sobresalen entre el resto de animales. Éstos fueron sacrificados en edades muy tempranas y, posiblemente, consumidos durante la realización del ritual funerario (Aranda y Esquivel, 2006; 2007; Aranda, 2008a).

Todos estos cambios debieron provocar como no, también cambios ideológicos, sociales y culturales que marcaron el ritmo del desarrollo de las comunidades argáricas. Respecto a ello, nosotros nos planteamos la siguiente cuestión ¿cómo afectaron todos estos cambios a la reorganización de la vida diaria y a expensas de qué o de quienes en el seno de estas comunidades argáricas? Su respuesta no es nada sencilla, al contrario, entraña toda una (re) conceptualización sobre el uso de las variables macrohistóricas empleadas hasta el momento en el estudio de este grupo social donde las acciones y vivencias humanas de las personas que integraron cada uno de los poblados han sido sustituidos por tendencias o factores sociales abstractos cuya caracterización se ha configurado como el objetivo fin de las investigaciones. Con este trabajo pretendemos aproximarnos a dar una respuesta, si bien ésta entraña ante todo un estudio en base a la microhistoria de un poblado que nos es otra cosa que el desarrollo de su vida cotidiana. Precisamente, la esfera de la cotidianidad es el centro y motor del acontecer histórico por lo que cualquier engranaje social, político y económico ha de ser operativo en la escala de la cotidianidad como ámbito donde se desarrollan las redes interpersonales siendo

éstas las que reflejen las continuidades o cambios a través de la creación, recreación o desaparición de relaciones y producciones (González Marcén y Picazo, 2005: 147-148).

Un ejemplo de ello es precisamente la intensificación del trabajo metalúrgico en época argárica, que con probabilidad generó gran parte de los cambios documentados en la Edad del Bronce con respecto al periodo calcolítico. Cambios que podemos observar a través del estudio de la cultura material y la organización de su espacio social que acogen.

V.1.2. EL GRUPO ARGÁRICO DEL ALTO GUADALQUIVIR: SU DEFINICIÓN E INVESTIGACIÓN

A pesar de que eran muchas las noticias recogidas y los yacimientos arqueológicos localizados que se podían adscribir a la Edad del Bronce (2100–1100 cal. A. c.) en la provincia de Jaén, esta área no había sido objeto de un análisis regional que propiciase la definición crono-cultural de las entidades arqueológicas de esta zona tanto a nivel espacial como temporal. No había recibido un tratamiento metodológico apropiado y tampoco se había inscrito en un programa científico que fuese capaz de abordar todas las posibilidades que el tema suscitaba. Los trabajos centrados en la zona quedaban enmarcados en meras actuaciones aisladas de sondeos estratigráficos o en simples actuaciones de urgencia que aunque evidenciaban la importancia de esta fase cronológico-cultural, demostrando una compleja problemática que, al no estar resuelta, hipotecaba su interpretación histórica, siendo sus esquemas simples reproducidos por todos los especialistas (Contreras *et al.*, 1993a).

Podemos decir, que hasta la puesta en marcha del proyecto *Análisis Histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena*, esta región había carecido de un planteamiento de estudio sistemático de su registro arqueológico lo que generaba una carencia de conocimiento y limitaciones de los datos para la reconstrucción de las culturas arqueológicas en ella presentes (Contreras y Cámara, 2002a: 1).

Frente a este panorama de escasez de intervenciones y con ellas de investigaciones arqueológicas contracta el hecho de que las primeras noticias de la relevancia y de las posibilidades de estudio de esta zona, si exceptuamos las referencias problemáticas, sobre enterramientos de presuntos “santos”, recogidas por los “párrocos-eruditos” del siglo XVII y enmarcadas en lo que se ha denominado “Arqueología Sacralizada” (Ruiz *et al.*, 1986; Contreras *et al.*, 1997; 2000; 2002), nos remontan a los años 20 del siglo XX. Concretamente, a 1924 cuando Juan de Mata Carriazo y Arroquia realizó una excavación de 24 horas en el conocido yacimiento quesadeño del Corral de Quiñones. En éste, se localizaron tres individuos inhumados en el interior de una cabaña excavada en la roca. El primer individuo, se trataba de un adulto joven del que sólo se conservaban en muy buenas condiciones los restos del cráneo. A este individuo le acompañaban una serie de elementos que componían su ajuar: un hacha metálica de talón redondeado y los fragmentos de un vaso cerámico de morfología indeterminada (mal conservado). El segundo individuo era una mujer. Se encontraba dispuesta en el centro de la cabaña y, como en el caso anterior, presentaba una serie de artefactos que componían su ajuar funerario, concretamente, un puñal y un hacha de cobre con restos

de madera del propio empuñadura y un punzón igualmente de metal. Junto a su cuello se encontraba un gran vaso cerámico acampanado y un vaso en forma de copa de pie ancho. Por último, se encontraron los restos humanos de un individuo infantil de entre 9 a 14 años y su ajuar consistía en un vaso de casquete esférico y un pequeño fósil de un alcaparrón aparecido entre sus restos óseos (Carriazo y Arroquia, 1925: 123-195). Posteriormente, en 1975, este investigador publicaría una primera síntesis de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir junto con su Colección Diplomática de Quesada y múltiples artículos referidos a éste periodo crono-cultural (Carriazo y Arroquia, 1975).

Tras la Guerra Civil española, en 1944, C. Mergelina, realiza los trabajos de excavación en Haza de Trillo (Peal de Becerro, Jaén), a unos 8 Km. de Quesada. Se trata de una cueva artificial, cuyas estructuras pertenecen a la Edad del Cobre, en la que aparecieron hasta cinco individuos con ajuares calcolíticos en los que ya se vislumbraban los influjos argáricos a través de la aparición de diversos objetos metálicos y vasos cerámicos típicos de la norma argárica (Mergelina, 1944: 27-29). En torno a los años 50-60 se localizaron restos similares en la Cueva del Canjorro (Carrasco y Medina, 1983: 371-381) y en las cuevas artificiales de Marroquíes Altos (Jaén), (Espantaleón, 1960: 35-51) que fueron elementales para determinar la posible expansión de la cultura argárica hacia las vegas del río Guadalquivir. Se abrió así una nueva perspectiva sobre la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir. Sin embargo, debemos apuntar la deficiencia de los datos y los sesgos de las informaciones y documentos entorno a este último yacimiento debido a que se trató de una excavación de urgencia a la que se le había aplicado una pobre metodología (Contreras *et al.*, 1993: 23; Contreras y Cámara, 1997: 24-25; Contreras y Cámara, 2002a: 1).

En los años 60, serán descubiertas una serie de sepulturas y enterramientos argáricos en el municipio jienense de Úbeda (Vañó, 1963). De estas fechas data la primera Carta Arqueológica de la provincia de Jaén realizada por el Dr. García Serrano (García Serrano, 1962). De igual modo, será en estos momentos, cuando el yacimiento argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), sufra su primera intervención arqueológica. Ésta vino de la mano de R. García Serrano, quién entre otros datos ya puso en consonancia la conexión existente de este yacimiento con el mundo argárico, al igual, que manifestó las primeras relaciones de este asentamiento con el foco minero de Sierra Morena. Los datos de esta primera intervención están perdidos para siempre ya que nunca vieron la luz en forma de publicación (Contreras *et al.*, 1993a: 430; Contreras, 2000: 23; Contreras y Cámara, 2002a: 1-2).

A partir de la primera mitad de los años 70, se volverán a tener noticias de esta zona giennense. Esta vez vendrán de la mano de J. Maluquer, quién publicará en 1974 los resultados de sus trabajos en el yacimiento de los Hornos de Segura. En esta publicación ya pone de manifiesto la complejidad que entraña en la zona el periodo denominado como argárico, concretamente en la región del Alto Guadalquivir (Maluquer, 1974: 43-66). Aunque será a finales de esta década cuando un grupo de investigadores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, al frente F. Molina González, quienes llevarán a cabo una serie de sondeos estratigráficos de urgencia en La Loma de Úbeda, localizándose un pequeño asentamiento conocido como, Úbeda la Vieja. Los resultados de estas intervenciones arqueológicas adscribieron este yacimiento en la Edad del Bronce peninsular (Molina *et al.*, 1979: 287-296), gracias a la aparición de unos enterramientos en fosa y en urna. Este asentamiento se trata de un poblado vinculado cronológicamente al Bronce Pleno

que presentaban restos de cultura material asociados a un momento antiguo, al periodo del campaniforme tardío (Molina *et al.*, 1978; 1979). De forma casi paralela, este mismo grupo de investigadores realizaban la excavación sistemática del yacimiento del Bronce Final del cerro de Cabezuelos, del que dista del primero, apenas 6 Km., y que proporcionó documentación lo suficientemente loable que ayudó al conocimiento de los momentos finales de la Edad del Bronce en la zona, fundamentalmente, del urbanismo de este periodo ya que se documentaron una serie de cabañas ovales y un recinto amurallado (Contreras, 1982; Contreras, 2000).

Como resultado del conjunto de estas intervenciones arqueológicas, en 1978, F. Molina y su equipo de investigadores del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, publicaron la primera síntesis cultural de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir, mostrando básicamente una oposición entre el Norte y Este de la provincia y el resto de las zonas que integra la misma (Contreras *et al.*, 1993a: 430). Éstos, además, apuntaban que la actual provincia de Jaén en el pasado se constituyó por un auténtico mosaico cultural, donde debieron convivir, al menos en sus primeros momentos, diversos complejos humanos de tradición eneolítica con auténticas poblaciones argáricas (Contreras, 2000: 23; Contreras y Cámara, 2002a: 2).

A finales de la década de los 70 se realizan dos trabajos de excavación en yacimientos de la Edad del Bronce. Nos referimos, por un lado a la Cueva del Canjorro (Jaén) y por otro lado, al Rincón de Olvera (Úbeda, Jaén). Ambos trabajos fueron dirigidos por J. Carrasco. Del primero de ellos se publicó una breve reseña de la estratigrafía, mientras que, el segundo proporcionó datos que mostraban la conexión con los últimos momentos de la Edad del Bronce en la Alta Andalucía o Alto Guadalquivir (Carrasco y Medina, 1983: 371-381). Este último yacimiento presenta un gran interés, ya que se trata de un poblado de nueva planta, con enterramientos en cista y en urna. Ambas actuaciones arrojaron una débil luz sobre los diferentes tipos de yacimientos de la Edad del Bronce que podemos encontrar en la provincia de Jaén (Contreras, 2000: 24).

Esta composición cobrará más cuerpo con el aumento de las intervenciones en la zona, a lo largo de los años 80, a la que se incorporará el valle del Guadiana Menor (Contreras, 2000: 24). En 1981, nuevamente, el equipo del departamento de Prehistoria y arqueología de la Universidad de Granada, a cargo de Fernando Molina y Pedro Aguayo, comenzaron los trabajos de excavación de urgencia en el yacimiento arqueológico de La Terrera del Reloj, situado en el término de Dehesas de Guadix, Granada. Un trabajo previo en este mismo yacimiento por parte de los profesores Pedro Aguayo y Francisco Contreras dio a conocer un repertorio amplio del material arqueológico procedente en su mayor parte de sepulturas de clara filiación argárica. Entre los materiales recuperados destaca la presencia de un martillo minero. Y su patrón de asentamiento responde a los criterios definidos para la Cultura Argárica. Junto a éste, también, se llevan a cabo intervenciones sistemáticas en otros yacimientos argáricos como Castellón Alto y La Loma de Balunca que proporcionaron una gran base documental para el estudio de la Cultura Argárica y sus vías de penetración en la provincia de Jaén desde la altiplanicie granadina (Aguayo y Contreras, 1981; Molina *et al.*, 1986; Contreras, 2001: 495).

A raíz de los buenos resultados obtenidos, los trabajos en el pasillo del Guadiana Menor se verán intensificados. M^a. Raya, en 1985, realizará unas prospecciones

superficiales en el borde oriental de la Depresión de Guadix, sin embargo, en este caso, los resultados serían escasos. Igualmente merece atención las diversas prospecciones y trabajos de campo llevados a cabo por Teresa Chapa y Juan Pereira en Los Castellones de Ceal, yacimiento dado a conocer en 1955. Sus trabajos comenzaron en 1986 y se centraron casi exclusivamente en la necrópolis ibérica. Este yacimiento presenta niveles del Bronce Final, no estando confirmada, hasta el momento la presencia de datos más antiguos (Chapa *et al.*, 1985; 1986; Chapa y Pereira, 1992).

Sin embargo, será el investigador Marcelino Sánchez, en 1985 quién en su memoria de licenciatura, *Estudio Arqueológico de los yacimientos del Valle del Guadiana Menor y la Zona de Confluencia con el Guadalquivir desde el Neolítico al Bronce Final*, realizará una serie de prospecciones sistemáticas centradas en las proximidades del Guadiana Menor. El logro de este trabajo, inédito, fue completar el catálogo de yacimientos localizados en la provincia de Jaén. En dicho estudio se dieron a conocer una serie de yacimientos nuevos, como Cerro Negro, adscrito al Bronce Antiguo (Sánchez, 1984). Esta labor se completaría más tarde con el inventario arqueológico provincial y los trabajos de excavación realizados en Porcuna (Jaén) por O. Arteaga (Arteaga, 1987: 279-288) y en Cazalilla por Arturo Ruiz (Ruiz *et al.*, 1983: 199-249), junto con las excavaciones de urgencia en los yacimientos de Iznatoraf, Santa María de Úbeda y Puente del Río de la Vega (Santo Tomé, Jaén) (Ruiz *et al.*, 1986).

Será en esta misma mitad de los años 80, cuando se comience a plantear el análisis de la zona de la Depresión de Linares-Bailén y su relación con Sierra Morena. Nuevamente, será un equipo integrado por investigadores de la Universidad de Granada, pertenecientes al Departamento de Prehistoria y Arqueología (Lizcano *et al.*, 1990), quienes lleven a cabo toda una serie de prospecciones sistemáticas en las cuencas hidrográficas altas y medias del Rumblar imbricadas con el río Guadalquivir. Éstas no sólo fueron elementos básicos para la realización de una clasificación, identificación y ubicación de una serie de yacimientos arqueológicos calificados como estratégicos por su ubicación, sino también incentivó la elaboración de una serie de planteamientos culturales, como el por qué de esos asentamientos, su distribución, vías de comercio y su relación con otras zonas de la Sierra. Estos estudios se asociaron a la evaluación de las cuencas hidrográficas próximas del Jándula, Guadiel, Rumblar, Guadalimar y las terrazas del Guadalquivir (Jaramillo, 2005).

En estas fechas el investigador Vicente Lull publica en 1983 su tesis doctoral, *La Cultura del Argar: Un modelo para el estudio de las formaciones sociales prehistóricas*, quien integrará prácticamente todo el Alto Guadalquivir dentro de una formación social argárica, colocando al yacimiento de Peñalosa como una auténtica avanzadilla argárica fruto de la búsqueda de los recursos mineros de Sierra Morena. Esta cuestión es abordada de forma general en las síntesis publicadas hasta el momento donde se piensa que el yacimiento de Peñalosa y la ocupación en la Edad del Bronce del valle del Rumblar son consecuencia de una auténtica “colonización” argárica en busca de las minas de Sierra Morena (Lull, 1983; Contreras, 2000: 24; Contreras, 2001: 495; Contreras y Cámara, 2002a: 2).

En 1984, aprovechando el Homenaje a Luis Siret, se publicaran varias síntesis referentes a la zona. Javier Carrasco y Juan Antonio Pachón realizaron una valoración de la Edad del Bronce en la provincia de Jaén a partir de la catalogación de los yacimientos arqueológicos de los que se tenían noticias (Carrasco *et al.*, 1980)

planteando el Guadiana Menor como zona de paso y ruta de comunicación de las poblaciones argáricas desde los altiplanicies granadinas hasta Jaén (Carrasco y Pachón, 1986). Por otro lado, Arturo Ruiz, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez realizarán una aportación muy positiva como es el análisis del paso de la Edad del Cobre a la Edad del Bronce y la influencia de la Cultura Argárica sobre las poblaciones indígenas del valle del Guadalquivir (Ruiz *et al.*, 1986).

Los trabajos hasta aquí expuestos ponen de manifiesto la importancia de esta zona en la Edad del Bronce y manifiesta la relevancia del yacimiento de Peñalosa y la cuenca minera de la Depresión Linares-Bailén para resolver problemas fundamentales de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir junto con toda una serie de cuestiones histórico-culturales que afectan al conjunto del mediodía peninsular (Contreras y Cámara, 2002a: 3).

Desde mediados de los años 80 se incrementarán los trabajos de campo en la zona coincidiendo con el *boom* que supuso el traspaso de competencias en materia de gestión del patrimonio arqueológico desde el Estado Central a las Autonomías en 1984. En lo referente a Andalucía, a partir de este momento se genera un modelo específico de arqueología andaluza, cuyo objetivo básico sería el de racionalizar las investigaciones que hasta ese momento se venían realizando. La arqueología pasa a ser concebida como instrumento de investigación histórica alejándola así de las concepciones que interpretaban como su finalidad de la investigación el objeto y sus connotaciones artísticas. Así pues, en éste periodo se observa un doble campo de actuación: por un lado, el desarrollo de la gestión de la arqueología y, por otro, el nacimiento de la figura de los **Proyectos de Investigación**. De esta manera se rompía con el periodo anterior caracterizado por la realización de diversas campañas de excavación en yacimientos puntuales. Obligando a través de la figura de los proyectos de investigación a plantear y clarificar los objetivos históricos del proyecto y a desarrollar una programación de la intervención nunca superior a los seis años, donde se alternaría la realización de una excavación anualmente y el año siguiente estaría dedicado al estudio de la cultura material resultante de dicha intervención (Salvatierra, 1994: 4-5; Aranda, 2001: 37; Contreras, 2004: 495).

Gracias al desarrollo de la llamada, Arqueología de Gestión, aumentaron las intervenciones de urgencia en la zona objeto de nuestra investigación, realizándose numerosas excavaciones cuyos resultados obtenidos en las diversas intervenciones, eran obligados desde la propia administración a su publicación periódica en los “Anuarios de Arqueología de Andalucía”. Es curioso observar como desde mediados de los años 80 hasta los años 90 el grueso de las actividades de urgencia se centraron en el patrimonio arqueológico prehistórico. Y como a partir de esta fecha se observa una ruptura en esta tendencia, con una mayor preocupación por la investigación arqueológica de los periodos clásicos y medievales (Contreras, 2001: 495).

Sin embargo, en el Alto Guadalquivir sólo se realizaron intervenciones en yacimientos prehistóricos gracias al interés de determinados investigadores, quienes desarrollaron una serie de prospecciones sistemáticas en toda la zona que dieron como resultado el aumento del número de yacimientos conocidos hasta el momento que incentivaron la realización de una serie de excavaciones de urgencia en yacimientos adscritos a éste periodo crono-cultural, como La Muralla de Úbeda, el Castillo de Sabiote (Hornos *et al.*, 1987: 199-205), el Cerro del Salto en Vilches (Nocete *et al.*,

1986: 171-198), Iznatoraf (Lizcano, 1990: 354-357) y el Cerro del Alcázar, donde se documentó un poblado de la Edad del Bronce con enterramientos individuales bajo las viviendas. Todas estas intervenciones de diferente carácter van a proporcionar una idea más exacta del patrón de asentamiento de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir y, en definitiva, una mayor comprensión de este periodo crono-cultural (Pérez y Zafra, 1993).

Hasta este momento hemos podido comprobar como durante más de sesenta años las noticias recogidas y los yacimientos localizados en el Alto Guadalquivir adscritos a la Edad del Bronce peninsular pueden pasar de los cincuenta. En lo expresado hasta el momento, observamos como lo que podríamos considerar como una primera fase en el análisis regional de esta zona, es decir, la definición de las entidades arqueológicas en el tiempo y en el espacio, trabajo que ha realizado la Arqueología Histórico-Cultural en otras áreas, aún no ha sido concluida para el Alto Guadalquivir. Ello ha hecho que apenas se haya avanzado en el estudio sistemático del registro arqueológico y que la mayor parte de las síntesis construidas hasta este momento estuvieran muy limitadas por la falta de datos secuenciales y cronológicos (Contreras, 1995: 143-144).

En base a esto, iniciábamos este apartado apuntando que el análisis de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir, no había sido tratado con un planteamiento metodológico apropiado como tampoco se había inscrito en un programa científico capaz de abordar todas las posibilidades que del tema se desprende, quedando así enmarcado en meras actuaciones aisladas de sondeos estratigráficos en simples actuaciones de urgencia. Será el proyecto de investigación *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y Piedemonte meridional de Sierra Morena*, dirigido por Francisco Contreras, Marcelino Sánchez y Francisco Nocete, y financiado por la Dirección General de Bienes Culturales, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, el que dinamice la investigación en esta zona. Este proyecto no sólo llevó a cabo prospecciones sistemáticas tanto en la Depresión Linares-Bailén como en las cuencas de los ríos del Jándula, Guadalén, Guadiel y el Rumblar, sino que inició la excavación microespacial y sistemática del poblado argárico de Peñalosa (Contreras, 2000). Los resultados de esta primera fase de este proyecto de investigación que tuvo una vida de seis años (1985 a 1992) vieron la luz en forma de memoria de investigación en el año 2000, *Proyecto Peñalosa: Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y Piedemonte meridional de Sierra Morena*, trabajo de síntesis coordinado por el catedrático y codirector del mismo, Francisco Contreras Cortés. Este proyecto inició una segunda fase de actuación e investigación en el año 2001, dirigida en este caso por Francisco Contreras y Juan Antonio Cámara, en el que se ha abordado la excavación de la parte superior de Peñalosa y se han intensificado los trabajos de prospecciones arqueometalúrgicas en el valle del Rumblar (Contreras *et al.*, 2003) que continúan en la actualidad.

V.1.3. EL ESPACIO Y EL TIEMPO DEL GRUPO ARGÁRICO DEL ALTO GUADALQUIVIR. LA EXPANSIÓN DEL ARGAR POR LAS TIERRAS JIENNENSES

El marco geográfico en el que se centra nuestra tesis doctoral se localiza en la actual provincia de Jaén, dentro de la región del Alto Guadalquivir, más concretamente, en la mitad norte de la misma, en las primeras estribaciones más orientales de Sierra Morena, dentro de la cuenca del río Rumblar, afluente del río Guadalquivir en su curso alto (Lám. 94).

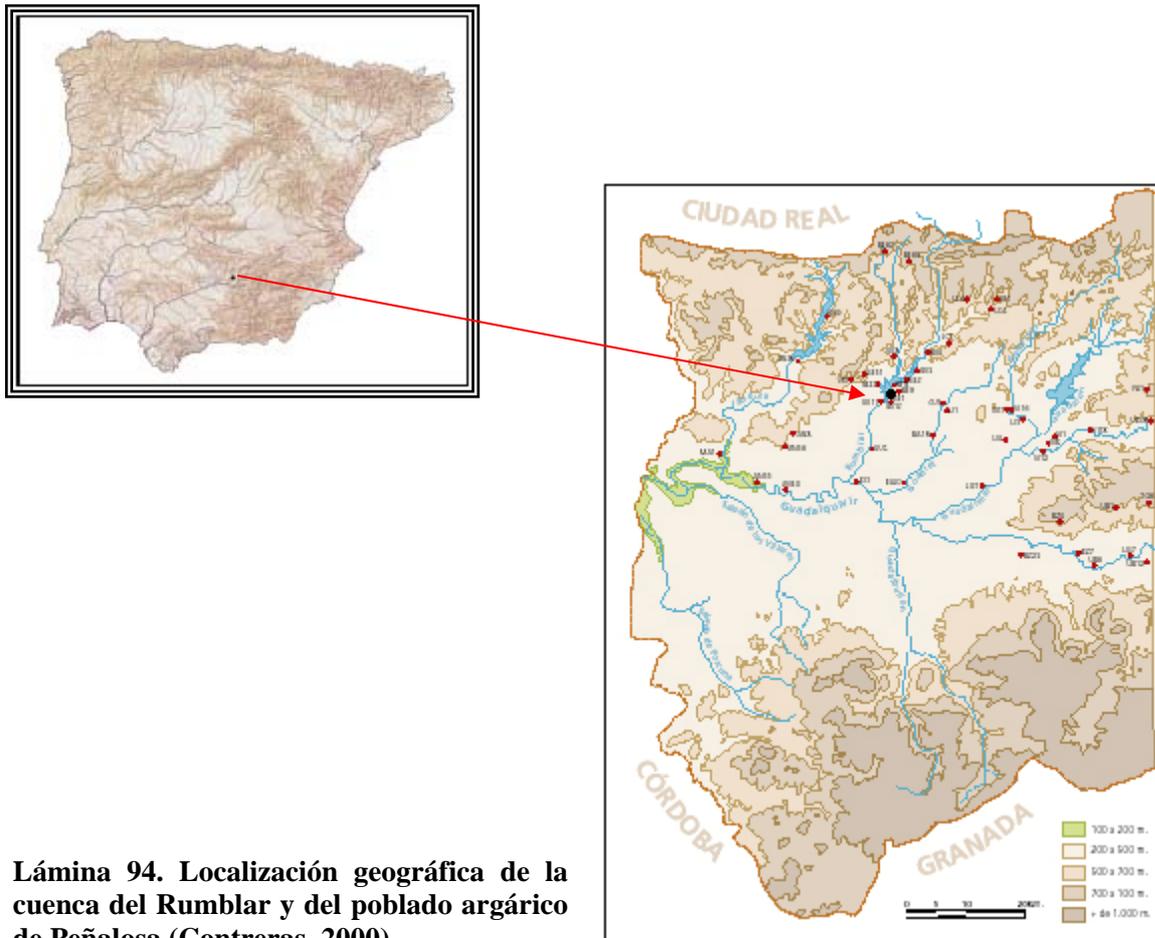


Lámina 94. Localización geográfica de la cuenca del Rumblar y del poblado argárico de Peñalosa (Contreras, 2000).

El encuadre geográfico de la zona es de máximo privilegio, dado su carácter de encrucijada de caminos y de grandes vías de comunicación que unen la región del Sureste peninsular con la meseta meridional, a través del paso de Despeñaperros junto con otros caminos secundarios entre la zona meridional de Sierra Morena y la Depresión Linares-Bailén donde se observa una clara conexión con la Meseta a través de los ríos Grande y Pinto (que en su confluencia conforman el Rumblar), Jándula y Guadalén. Igualmente, en la Loma de Úbeda se dividen otros dos pasos relevantes en el poblamiento antiguo de esta zona, uno encaminado hacia el Levante y otro hacia el Guadiana Menor (paso natural entre el sureste de la provincia de Jaén y la provincia de Granada) (Contreras *et al.*, 1997: 54-56; Contreras, 2000: 30; Contreras y Cámara, 2002a: 4).

El área de interés drena hacia el suroeste buscando en todo momento las cuencas de los ríos que vienen desde Sierra Morena al encuentro del curso del río Guadalquivir. Entre los cauces más importantes destacan el río Guadalimar, Jándula y Rumblar. Es precisamente en la cuenca media de este último donde se asienta el yacimiento de la Edad del Bronce, Peñalosa (Jaramillo, 2005).

La cuenca hidrográfica del río Rumblar, se circunscribe a las coordenadas UTM x1: 420.000–y1:4210800 y x2:452100–y2:4258800, su altitud máxima se halla a 1141 msnm. en el Cerro Cereza en su límite más septentrional, mientras, su mínima altitud se halla en su desembocadura en Guadalquivir a 220 msnm., con un desnivel medio de 920 m. de altura (Jaramillo, 2005: 13). Abarcan las áreas rurales del sur de la provincia de Ciudad Real y norte de Jaén. Está formada de norte a sur por los municipios de: Viso del Marqués, Santa Elena, La Carolina, Guarromán, Baños de la Encina y Bailén (Jaramillo, 2005: 13).

En la actualidad, el valle del río Rumblar está inundado por las aguas del embalse del mismo nombre, encuadrado en un paisaje natural dominado por la dehesa, aunque en algunas zonas cercanas existen repoblaciones actuales de pino y eucalipto, y con aprovechamiento, fundamentalmente, cinegético (ciervo, jabalí, perdiz, liebre...) y de pasto para ganadería de reses bravas existente en esta zona. Hay que añadir que existió también una explotación agrícola centrada en el fondo del valle con minifundios cerealistas y que los terrenos situados junto al pueblo de Baños de la Encina están hoy destinados básicamente a la explotación olivarera (Contreras *et al.*, 2000: 39). Aparte del uso agro-silvo-pastoril, hay que destacar la presencia de los filones de mineral de cobre (que han sido objeto de explotación hasta hace dos décadas)⁷⁹ más importantes de la provincia que se estructuran en afloramientos longitudinales (Cámara *et al.*, 2004: 505).

El valle del río Rumblar forma parte, en la actualidad, de los Parques Naturales de Sierra de Andújar y Despeñaperros, en pleno corazón de Sierra Morena (Contreras, 2000: 39), particularmente, en la zona más meridional de la Sierra de San Andrés y Sierra del Agua (Jaramillo, 2005: 10-13) que viene a coincidir así mismo en el límite provincial entre Jaén y Ciudad Real.

Diferentes autores han considerado al territorio del Alto Guadalquivir como un auténtico mosaico cultural durante la Edad del Bronce (Molina *et al.*, 1982: 40). Precisamente, una de estas entidades arqueológicas asentadas en este territorio es el Grupo Argárico del Alto Guadalquivir (Contreras *et al.*, 1995; 2000; Contreras y Cámara, 2002a), que a su vez ha sido calificado como una entidad arqueológica que incluye un grupo de formaciones sociales cuya vinculación de elementos de prestigio aristocrático durante la Edad del Bronce (mediados del II milenio a.C.), incluiría enterramientos en los subsuelos de las casas y el aterrazamiento de los poblados (Contreras y Cámara, 2002a: 130; Contreras, 2004: 493).

⁷⁹ Para todo aquel/a que estén interesados en la explotación de los recursos metalíferos del distrito minero Linares-La Carolina, al que pertenece el valle del Rumblar, remitimos a la publicación, Contreras y Dueñas (eds.) (e. p.): *La minería y la metalurgia en el alto Guadalquivir: desde sus orígenes hasta nuestros días*.

Hoy, son todavía difusas las diferencias zonales respecto a los grupos culturales que poblaron el Alto Guadalquivir. Esto se debe fundamentalmente a lo sesgado de la recuperación del registro arqueológico que se ha centrado especialmente en la Depresión de Linares-Bailén y en los entornos de Jaén y Porcuna. Los resultados obtenidos de los trabajos en estas zonas parecen avalar la relación existente entre el Grupo Argárico del Alto Guadalquivir y la intención de controlar toda la cuenca del Rumblar en conexión con los centros del Oeste de la Depresión Linares-Bailén en un primer momento para continuar su avance en cuña hasta la zona de La Carolina (Cámara *et al.*, 1996). La lectura que nos ofrecen los datos arqueológicos de los que disponemos en la actualidad, nos hablan de que el límite occidental del Grupo argárico del Alto Guadalquivir estaría en la divisoria de las aguas de los ríos Rumblar y Jándula⁸⁰, ya que el valle de este último río, a la luz de los resultados de las prospecciones realizadas (Pérez *et al.*, 1992) parece indicar importantes diferencias en cuanto a la articulación de los poblados con respecto al valle del Rumblar (Contreras, 2004: 493). Éstos muestran un grado mayor de centralización en torno al yacimiento de Las Cabrerizas, (Pérez *et al.*, 1992c; Contreras *et al.*, 1993a; Cámara *et al.*, 1996), diferencia ésta, que puede tal vez, extenderse a determinadas zonas de la Vega del Guadalquivir (Contreras *et al.*, 2000: 397).

Mas al Sur, y siempre en relación con los datos arqueológicos de que disponemos en la actualidad, parece que este grupo argárico no debió alcanzar el cauce del río Guadalbullón (Arteaga, 2001). Y, con seguridad, las formaciones sociales de la zona del pasillo de Alcalá-Moclín no formarían parte de esta unidad social sino que estaría relacionado más bien con los grupos culturales de la costa malagueña y el alto-medio Guadalquivir (Contreras, 2004: 494). En este sentido, no sólo es interesante que los límites reproduzcan prácticamente la situación expresada para el Bronce Final del Sureste (Molina, 1978). O que nos recuerden la zona de ocupación “Oretana” en época ibérica, y “Bastetana” en el caso del área granadina con su límite en la zona oriental de la Vega. Lo que también se muestra desde el análisis arqueológico, dado además que las diferencias entre el área oriental y la occidental se plantean también en el mundo ibérico (Ruiz y Molinos, 1993: 557)⁸¹. Sino que, también, podemos referirnos al posterior *saltus Castulonensis*⁸², e incluso al hecho de que en la Alta Edad Media los límites de la Cora de Jaén (Yayyan) parecen incluir, en algunos momentos del siglo X, casi toda la antigua Oretania y la Bastetania⁸³.

⁸⁰ Con respecto a la zona del Jándula debemos tener en cuenta que debido al relieve tan escarpado que presenta, los trabajos de prospección se hacen bastante complicados. No obstante, el grupo de investigadores del Proyecto Peñalosa, iniciarán próximamente nuevos trabajos de prospecciones sistemáticas en toda esta área.

⁸¹ También en el Levante se aprecia la pervivencia de las facies locales hasta el mundo ibérico (Hernández Pérez, 1985: 102; González Prats, 1992).

⁸² En época romana, el límite entre las provincias Ulterior y la Citerior, también lo marcaba en esta zona el valle del río Jándula (Arboledas, 2007).

⁸³ Con excepción de los territorios situados al sur del río Víboras y al sur de Albuñuel y Bedmar, las tierras de Jaén pertenecieron a la Cora de Yayyan, que también llegó a incluir, en algunos momentos del siglo X, a buena parte de la depresión de Baza hasta Purchena por el Sureste, y de parte de las actuales provincias de Ciudad Real y Albacete hacia el Noreste, aprovechando las cuencas de los ríos Guadalmena, Dañador y Guadalén, que permiten un fácil y cómodo acceso a la Meseta meridional (Salvatierra, 1990: 91).

Pero es sobre todo la Campiña Occidental de Jaén, denominada como “Cultura del Bronce de las Campiñas”, la que queda fuera de lo que ha sido definido como “Grupo Argárico del Alto Guadalquivir”, debido entre otras razones a que no presentan enterramientos bajo las casas, aunque si, presentan fortificaciones y torres circulares (Arteaga, 1987; Arteaga *et al.*, 1987; Nocete, 1994). Precisamente, en esta última entidad arqueológica es donde presumiblemente deberíamos incorporar los enterramientos en cuevas artificiales en Jaén y la adaptación de la nueva ideología aristocrática en las poblaciones del Oeste de Granada, bien inhumando en antiguos dólmenes o bien creando necrópolis formadas, sobre todo, por grandes cistas a extramuros de los poblados (Contreras, 2004: 493).

A tenor de lo expuesto, el Alto Guadalquivir, no representa una unidad homogénea sino que existieron varios ámbitos geográficos que pudieron tener cierta entidad durante la Edad del Bronce peninsular: La Loma de Úbeda, la Depresión de Linares-Bailén, las estribaciones meridionales de Sierra Morena, áreas que presentan diferencias que se explican en gran medida por la dicotomía de poblados de nueva planta y la pervivencia de otros (Contreras, 2004: 494).

Actualmente, no existe consenso entre los investigadores a la hora de definir cual ha sido el elemento generador que ha motivado la dinámica interna de las sociedades andaluzas, haciéndolas pasar de una organización social igualitaria como la existente en el Neolítico a una sociedad estratificada y compleja como la Edad del Bronce (Contreras, 1995: 145). Así como tampoco encontramos consenso en la determinación de las causas de movimientos de población (grupos argáricos) hacia Sierra Morena en la Edad del Bronce y sus vías de penetración desde su zona nuclear. Éstos y otros temas se han convertido en puntos centrales de debate entre los diferentes investigadores de esta Cultura.

Parece que la mayoría de los investigadores de la sociedad argárica, coinciden en que el principal motivo fue la explotación de los ricos filones de metal de cobre de esta zona. V. Lull (1983), respecto a la primera de las cuestiones planteadas en el párrafo anterior, expone que debido a la abundancia de minerales de cobre y plata acompañado por el desarrollo de la metalurgia local, cada vez más especializada, fue el elemento que ocasionó la estratificación social (con la que se calificada a los grupos argáricos) que potenció la diferenciación social del trabajo en comunidades donde hasta ese momento cada familia era capaz de autoabastecerse por sí misma, creándose un estado plenamente estratificado con la presencia de esclavos ya desde estos momentos tan antiguos. En cuanto al segundo tema de debate, este mismo investigador, plantea la existencia de un estado argárico y una ocupación de estas tierras dirigida posiblemente desde los lugares centrales de Almería como El Argar (Lull, 1983).

Otros autores, como Fernando Molina (1982) o Arturo Ruiz, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez (1986) plantean la expansión argárica desde las altiplanicies granadinas a través del Guadiana Menor, considerando, que la ocupación argárica de las tierras jienenses, sería su punto de máxima expansión. Así, para estos investigadores, el actual municipio de Baños de la Encina sería una auténtica avanzadilla argárica en busca de los filones metalíferos ricos en cobre (Molina *et al.*, 1982: 40). Para los segundos, el factor dominante de esta expansión o movimiento humano se debió a la crisis agraria, consecuencia del agotamiento de los suelos, resultado de la práctica de

una agricultura intensiva de rozas, y la demanda de metales (tanto por parte de la población del Sureste como por la población indígena) que conllevaría un aumento del desarrollo defensivo (Contreras, 1995: 146).

Por su parte, el grupo de investigadores del **Proyecto Peñalosa** encabezados por Francisco Contreras (1993) que aunque estando de acuerdo con lo expuesto en el párrafo anterior respecto a los motivos y vías de difusión de la Cultura Argárica desde su zona nuclear hasta nuestra zona de estudio (Molina *et al.*, 1982) van más allá en sus hipótesis de investigación. Éstos creen que la ocupación del valle del Rumblar y la explotación de sus filones metalíferos tuvo que diseñarse desde los lugares centrales de la Depresión Linares-Bailén, donde han sido localizados asentamientos de gran entidad que pudieron desempeñar un papel protagonista en estos menesteres, como es el caso del Cerro del Alcázar en Baeza. Las élites aristocráticas de estos centros, conocedores del papel del metal decidieron su explotación a gran escala en las estribaciones meridionales de Sierra Morena, reproduciendo un modelo socio-político basado en un fuerte control del territorio a través de aristocracias locales sustentadas en una fuerte masa de campesinos-guerreros y siervos (Contreras, 2000). De esta forma se crearía un sistema político de alianzas entre las aristocracias de las distintas zonas argáricas que reproduciría el modelo desde Almería hasta el Alto Guadalquivir (Contreras, 2000), reforzando los sistemas y estrategias defensivas (Contreras y Cámara, 2002a: 133).

Lo cierto, es que, todos estos factores conllevaron a una modificación substancial del poblamiento con un cambio profundo en la tipología de los asentamientos (Contreras, 1995: 146). De esta forma encontramos asentamientos de primer orden, como el Cerro de la Virgen, la ciudad de Úbeda o el Cerro del Alcázar en Baeza que muestra una continuidad entre la Edad del Cobre y la Edad del Bronce y junto a ellos numerosos ejemplos de poblados de nueva planta como, Peñalosa, el Rincón de Olvera, la Terrera del Reloj, el Castellón Alto, etc. lo cual no quiere decir que la mayor parte de los poblados de este grupo se asentasen en tierras vírgenes o totalmente despobladas (Carrasco *et al.*, 1980: 72), sino que el cambio en el patrón de asentamiento los obligó a elegir nuevos emplazamientos que respondieran a las nuevos patrones y necesidades socioeconómicas de la sociedad argárica.

Hoy día, quedan muchos interrogantes por resolver, porque en la actualidad, no contamos con una secuencia estratigráfica que nos de una ocupación continuada de la zona. Añadido a que conocemos muy poco de las poblaciones de la Edad del Cobre del área que nos ocupa, lo que nos hace, que, no podamos precisar el impacto de la Cultura Argárica en esta zona (Contreras, 1995). No obstante, en base a las evidencias arqueológicas, podemos decir que es a partir del 2000 A.C. cuando se inicia la explotación intensiva de los recursos mineros del Piedemonte de Sierra Morena. Esta fecha está avalada por los resultados de C-14 obtenidos en poblados de nueva planta como La Terrera del Reloj (Dehesas de Guadix, Granada), Cerro del Alcázar (Baeza, Jaén), Rincón de Olvera (Úbeda, Jaén) y Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).

En la actualidad y pese a todas las cuestiones que quedan por esclarecer, podemos decir, a grandes rasgos, que el poblamiento de esta zona (Alto Guadalquivir) por parte de los grupos argáricos, en principio parece dirigido desde los altiplanos granadinos a través del paso del Guadiana Menor. Su intención sería la de controlar toda la cuenca del río Rumblar en conexión con los centros del Oeste de la Depresión Linares-Bailén y realizar su avance en forma de cuña hasta la zona de La Carolina

(Contreras, 1993a: 144-145; Cámara *et al.*, 1996: 91-108; Contreras y Cámara, 2002a: 134) para así poder controlar y explotar los filones metalíferos (Contreras, 1995: 146). En su establecimiento configuran un poblamiento jerarquizado y dirigido al control de esos centros mineros (Contreras, 2004: 496; Jaramillo, 2005). Sin embargo, como ya hemos indicado anteriormente, aún queda por determinar cómo nos informa el registro arqueológico de las relaciones entre los indígenas (poblaciones calcolíticas), lo que se ha denominado como el Bronce del Piedemonte y estos nuevos poblados. Algunos investigadores piensan que dichas relaciones no debieron ser del todo pacíficas, debido posiblemente a que las “élites guerreras”, como han sido denominadas, pugnarían no sólo por el control del metal sino también por controlar las rutas de intercambio y circulación del metal y de las piezas manufacturadas, justificado así el componente defensivo que presentan los poblados argáricos (Contreras, 1995: 147). A su vez, el control del metal les debió posibilitar el establecimiento de relaciones de intercambio y contacto con las áreas circundantes, como el valle del Guadalquivir y entre las poblaciones ganaderas de la Meseta, como atestiguan las cerámicas decoradas del tipo *Proto-Cogotas* localizadas, prácticamente de forma generaliza, en todas las casas de Peñalosa durante la fase de ocupación IIIA. Quizás, en este sentido el Cerro de la Magdalena con el yacimiento argárico del Corral de Quiñones (Quesada, Jaén) jugara un papel decisivo como punto de control de la ruta ganadera hacia las altas tierras granadinas (Contreras, 1995: 147).

V. 2. EL POBLADO DE PEÑALOSA

V.2.1. INTRODUCCIÓN

El yacimiento de la Edad del Bronce Peñalosa se sitúa en el término municipal de Baños de la Encina (Jaén), concretamente en el valle del río Rumblar (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002a:7). Se emplaza en la margen derecha del embalse del Rumblar, a poca distancia de la presa de dicho pantano. Sus coordenadas geográficas son 38° 10' 19" de latitud Norte y 3° 47' 37" de longitud oeste (Hoja 19-35 "La Carolina" del Servicio Geográfico del Ejército a escala 1:50.000) (Contreras *et al.*, 1993: 143; Contreras, 1995: 147; Contreras, 2000: 39) y sus UTM son x = 430354 e y = 4225274.

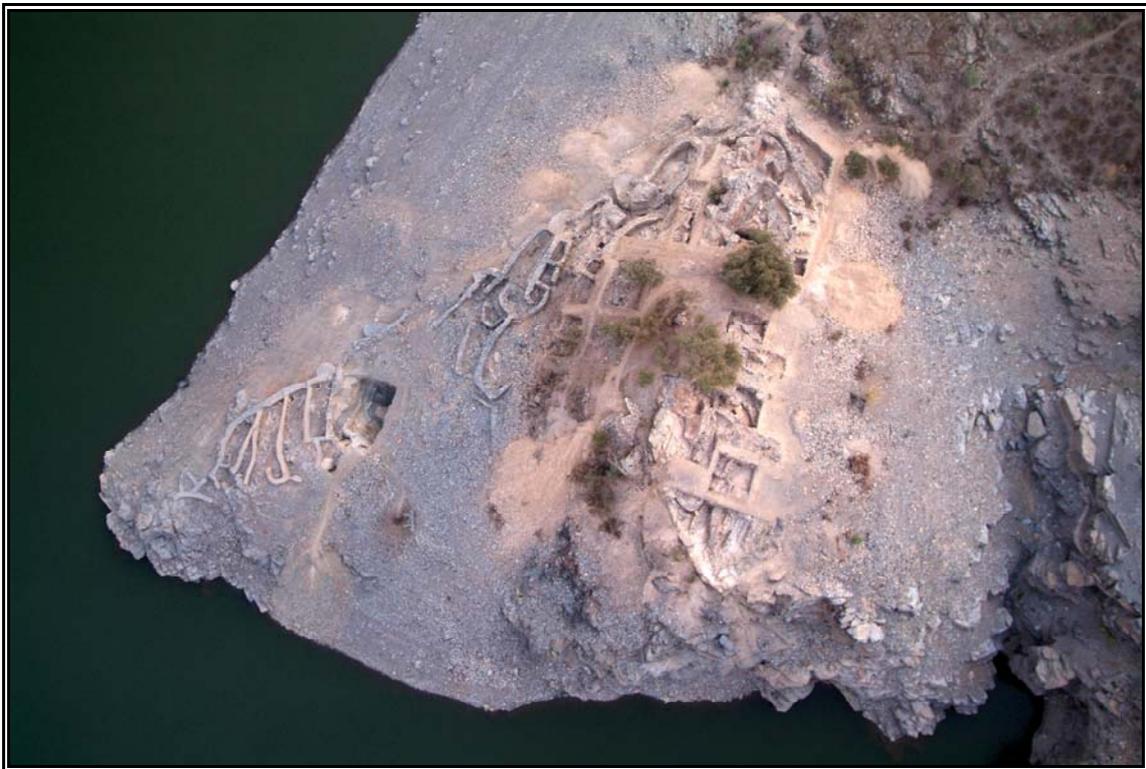


Lámina 95. Fotografía aérea del poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (proyecto Peñalosa).

Se asienta sobre un espolón de pizarra en forma de lengua, discurriendo éste por dos grandes laderas de fuertes pendientes (Lám. 95). El yacimiento posee una gran uniformidad morfológica, delimitado al Sur por el arroyo Salsipuedes y al norte por el propio río Rumblar, concretamente, por las aguas del pantano del mismo nombre, las cuales, generalmente, cubren la Terraza Inferior y parte de la Terraza Media del poblado (Contreras, 2000: 34-39; Contreras y Cámara, 2002a: 7). El emplazamiento de este yacimiento arqueológico se corresponde con las pautas que ofrecen los típicos asentamientos argáricos, que generalmente eligen una orografía escarpada, muy accidentada junto a fértiles y ricos valles cercanos (Contreras y Cámara, 2002a: 14).

El espolón natural en el que se encuentra el yacimiento de Peñalosa presenta un difícil acceso tanto por su flanco Sur (acotado por arroyo Salsipuedes) como Oeste debido a la excesiva pendiente y a lo escarpado del terreno. Por el contrario, su vertiente Norte presenta un leve descenso de la pendiente en comparación con las dos anteriores que hace que ésta junto con la vertiente sureste del poblado sean las zonas de más fácil acceso, hecho éste que incidiría a las gentes que poblaron durante la Edad del Bronce este asentamiento a imponer un gran muro de cierre serpenteado por diferentes bastiones macizos de forma semicircular, amurallando así, ambos flancos del poblado desprotegidos de forma natural.

Como hemos señalado en el párrafo anterior, el poblado de Peñalosa, se encuentra sobre un espolón natural del recorrido del valle medio del Rumblar, hoy día, inundado por las aguas del pantano construido en los años 50 del siglo pasado. Por ello su acceso, tradicional durante su excavación, pasa por dos opciones, a través de las aguas del pantano desde la Playa del Tamujoso con barcas o a pie desde el pueblo por la cola del pantano de dicho embalse que se adentra hasta las misma falda del cerro donde se ubica el castillo de Burgalimar (en la localidad de Baños de la Encina).

Si optamos por el primer medio de transporte lo más aconsejables es dirigirnos en vehículo motorizado hasta el pueblo de Baños de la Encina. Podemos continuar con el coche hasta el sitio que los lugareños denominan “la playa”, a orillas del pantano y desde allí, tomar una barca y llegar navegando hasta el yacimiento arqueológico, que se encuentra a unos diez minutos de remo. Tan solo tenemos que virar hacia la izquierda del primer promontorio y enseguida nos encontraremos de frente con la majestuosidad del poblado fortificado de Peñalosa.

La segunda opción como decimos sería a pie, descendiendo desde el castillo de Burgalimar hasta la cola del pantano que se encuentra a sus faldas. Una vez abajo cogeríamos la orilla izquierda y la iríamos siguiendo durante unos treinta minutos hasta llegar directamente al yacimiento. Siguiendo esta ruta nos encontraríamos casi al principio, y si el pantano está a bajo nivel, con la Fuente Cayetana, construcción de época romana que todavía hoy sigue proporcionando un agua de excelente calidad que es recogida por los bañucos para su consumo (Contreras *et al.*, 1989: 345; Contreras, 2000: 42).

Sin embargo, desde la campaña de excavación de 2005 se puede acceder a este yacimiento por una nueva pista forestal que parte desde la carretera comarcal JV-5041, a la altura de los depósitos del agua municipales (a 1 Km.), y que termina a pocos metros de este asentamiento. Todo el trazado del mismo discurre a través de la finca privada de reses bravas perteneciente a D. Raúl Larios).

V.2.2. EL PROYECTO DE INVESTIGACIÓN

El poblado de Peñalosa se conoce en la literatura arqueológica desde principios de los años sesenta cuando R. García Serrano realizó una serie de intervenciones centradas en las partes altas del mismo, concretamente, en la zona más occidental y de mejor acceso desde el Cerro de la Peña Losa. Sin embargo, la documentación e

información obtenida en esta actuación, nunca llegó a ver la luz en forma de publicación, por lo que en la actualidad continuamos sin saber cuales fueron sus frutos.

Salvando, estas primeras intervenciones de carácter altruista, las primeras noticias publicadas al respecto y de las que se derivaron las adscripciones culturales con que se dotó a este yacimiento, en los años pasados, son las referentes a una colección de materiales obtenidos del expolio del sitio y publicados por Muñoz Cobos en 1976. El primer investigador en realizar la adscripción de este poblado al mundo argárico, fue Humbert Schubart en 1973 cuando al estudiar algunos materiales de la colección de Muñoz Cobo y, más concretamente, la famosa alabarda recogida en dicho poblado, adscribió definitivamente, el yacimiento de Peñalosa a la cultura del Argar, considerándolo como la avanzadilla más septentrional de este grupo social. A partir de este momento, Peñalosa, será conocido como el yacimiento que representa la “máxima avanzada argárica” desde su zona nuclear (Molina *et al.*, 1978; Carrasco *et al.*, 1980; Lull, 1983; Contreras *et al.*, 1989).

Sin embargo, tuvo que pasar una década más para que el poblado de Peñalosa se alzase como el centro de desarrollo de una larga y ardua investigación. En 1985, comienza a andar el proyecto de investigación *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena (Jaén) (1 Fase)*, dirigido por investigadores del departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, Francisco Contreras Cortés, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez y financiado por la Dirección General de Bienes Culturales, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

Sus planteamientos originales estribaban, en primer lugar, en el análisis histórico de las comunidades que vivieron en las zonas metalúrgicas del Alto Guadalquivir durante el segundo milenio a.C. y, en segundo lugar, como elemento imprescindible para la comprensión histórica, estudiar las relaciones de estas comunidades con las que ocupan áreas vecinas, su integración u oposición y la evolución que tiene lugar en estas comunidades a lo largo del tiempo estudiando especialmente las transformaciones más relevantes. Esto serviría como punto de partida en el desarrollo, a largo plazo, de estrategias de investigación globales que permitirían explicar el desarrollo del proceso de jerarquización durante la Prehistoria Reciente en el Alto Guadalquivir, tema que ha sido objeto de investigación plasmado en diferentes trabajos realizados por los miembros del equipo de investigación (Lizcano *et al.*, 1995; 1996; 1997; Contreras *et al.*, 2000; Cámara *et al.*, 2002).

En base a estos presupuestos iniciales, este proyecto de investigación, quedaba enmarcado geográficamente en dos núcleos fundamentales: el frente meridional externo de Sierra Morena y el Horst Linares-Vilches-La Carolina.

Una de las primeras actuaciones de este grupo de investigadores marcados por la idea de extraer una síntesis crono-estratigráfica y cultural de la zona fue la de intervenir, someramente, en el yacimiento de la Plaza de Armas de Sevilleja (Espeluy, Jaén). Su elección estuvo mediatizada, por los trabajos de reconocimiento superficial previos, que evidenciaban a nivel superficial, restos de cultura material y estructuras emergentes, referentes a diferentes momentos de ocupación, así también intervino su situación, indudablemente estratégica en las cercanías de la confluencia del Rumblar con el Guadalquivir. Todo unido, presagiaba un fuerte desarrollo ocupacional durante la Edad

del Bronce (Contreras *et al.*, 1985). En 1985 se le realizaron cuatro sondeos estratigráficos a lo largo de sus laderas. Estos trabajos permitieron una lectura completa de la secuencia estratigráfica de este poblado, diferenciando cinco grandes periodos culturales: Neolítico Final, Edad del Bronce, Época Ibérica, Época Romana y Época Medieval (Spanedda, 2004).

Sin embargo, este yacimiento no sería el elegido como centro de las investigaciones de este proyecto de investigación, a pesar de la gran cantidad de información que proporcionaron esos primeros trabajos. Sino que en 1986 tras la realización de una prospección centrada en la cuenca media-baja del río Rumblar (Contreras *et al.*, 1986), se iniciaron los trabajos de excavación sistemática y microespacial del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).

Su elección como eje central y clave para la investigación de este proyecto de investigación no fue gratuita, sino todo lo contrario, respondía a toda una serie de criterios establecidos tras los trabajos de prospección en 1985. Con los que se documentaron en las proximidades de la localidad de Baños de la Encina, y más concretamente, en torno a la presa del pantano del Rumblar, una serie de yacimientos que mostraban una ordenación del territorio y un patrón de asentamiento complejo, dotados de unos esquemas y patrones urbanísticos desarrollados y situados en nichos ecológicos donde las actividades pecuario-forestales y cinegéticas se verían completadas con la realización de actividades agrícolas.

Tras barajar todas las posibilidades y realizar un reconocimiento previo de la zona, se hacía evidente la necesidad de una actuación arqueológica en éste yacimiento. Dada la importancia que se le confería en la tradición historiográfica durante más de 20 años; a su localización en uno de los núcleos mineros más importantes del Sur de Sierra Morena en relación a la explotación y el trabajo del cobre; a las buenas posibilidades de documentación espacial en base a las estructuras que visibles en superficie; y, en último lugar y no por ello menos importante, por el peligro de destrucción que entrañaba debido a la acción erosiva del Pantano del Rumblar que llevaba actuando sobre él desde mediados de los años 50 y que estaba abocando este poblado a la extinción.

Es así como desde 1986 a 1992 se llevó a cabo un conjunto de trabajos arqueológicos centrados en el yacimiento de Peñalosa y en el estudio exhaustivo de la cuenca del Rumblar. Se desarrollaron cuatro campañas de excavación centradas en el poblado de Peñalosa (en los años 1986, 1987, 1989 y 1991). Estas estuvieron enfocadas en aquellas áreas más susceptibles de desaparecer por la actuación del pantano, concretamente, en la Ladera Norte del yacimiento; aunque también se realizaron trabajos de limpieza en los sondeos realizados por R. García Serrano, interviniéndose en forma de sondeo estratigráfico en la parte alta del cerro, zona actualmente denominada como Acrópolis Este. Paralelamente, se desarrollaron trabajos de consolidación del yacimiento, sobre todo, de aquellas zonas más susceptibles de verse afectadas por las aguas del pantano (Lizcano, 1989; Contreras, 1991). Y, conjuntamente, se llevaron a cabo cuatro campañas de prospecciones sistemáticas donde se realizó un reconocimiento superficial y catalogación de los yacimientos adscritos a cada una de las zonas objeto de estudio (en los años 1986, 1987, 1988 y dos más en 1990). A pesar de que los restos de cultura material extraídos en cada uno de los trabajos eran procesados en el momento, se realizó una última campaña de trabajo, que consistió, básicamente, en el estudio exhaustivo y pormenorizado de cada uno de los conjuntos materiales (ya

fuesen cerámica, piedra, metal, hueso, etc.) durante el año 1992. Todas estas intervenciones fueron subvencionadas, de forma general, por la Dirección General de Bienes de la Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía. Si bien, debemos mencionar la buena voluntad por parte del propio ayuntamiento del municipio de Baños de la Encina (Jaén), a través del cual, en determinadas ocasiones se pudo contar con la concesión de subvenciones por parte del servicio del INEM de Jaén⁸⁴.

Los resultados de todas y cada una de las intervenciones arqueológicas realizadas en el poblado de Peñalosa se han visto materializados en forma de publicaciones, donde se han reflejado los sistemas y planteamientos metodológicos en cada una de las campañas de excavación así como los resultados obtenidos (Contreras *et al.*, 1986; 1987, 1989, 1990; 1991; 1993a). Por su parte, los trabajos de prospección merecieron una mención aparte, concediéndoles espacios documentales individuales, en los que primaba la misma línea de expresión esgrimida para las campañas de excavación (Pérez *et al.*, 1993a y b; Nocete *et al.*, 1989; Lizcano *et al.*, 1988; 1990). Asimismo, se tuvo a bien, dar a conocer los proyectos y trabajos de consolidación efectuados paralelamente a las campañas de excavación anteriormente mencionadas (Lizcano, 1989; Contreras, 1991).

La recuperación del registro arqueológico de Peñalosa conllevó un arduo trabajo marcado por un gran rigor científico en cada una de sus actuaciones. Durante más de diez años, todos y cada uno de los elementos materiales recuperados tanto artefactos como ecofactos han sido objeto de diferentes análisis marcados en todo momento por el carácter propio de los mismos. Así podemos ver como en la larga historiografía desprendida de esta primera fase de este proyecto se ha prestado gran atención en hacer llegar todos y cada uno de los resultados obtenidos de cada uno de los estudios en forma de avances preliminares con publicaciones periódicas a la vez que se abrían diferentes líneas de investigación marcadas en todo momento por el estudio y análisis del conjunto de artefactos (Contreras *et al.*, 1992) y de los ecofactos (Contreras *et al.*, 1995b; 1996) recuperados en el registro arqueológico de este yacimiento de la Edad del Bronce. Entre estos últimos trabajos, centrados exclusivamente en aspectos o análisis concretos de una parte de la cultura material recuperada, debemos destacar la realización y su posterior publicación de los análisis antracológicos (Rodríguez Ariza y Contreras, 1991), carpológicos (Arnaz, 1991; Peña Chocarro, 1995). Concretamente a través de estos estudios se realizaron aproximaciones generales del desarrollo de la agricultura prehistórica en el Sureste de la Península Ibérica desde el Neolítico a la Edad del Bronce (Peña Chocarro, 1999); arqueo-acarología (Morales y San Bretón, 1994) y estudios faunísticos (Cereiño, 1993; Morales, 1996). El compendio de todos y cada uno de los estudios presentados conforman una enorme fuente de información esencial para realizar una interpretación conjunta y plural de la vida social, económica y cotidiana de este poblado, así como también, son ejes centrales en la comprensión de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir.

Sin embargo, las líneas de investigación vertidas en base al estudio del registro arqueológico de Peñalosa, también, englobaban ámbitos de actuación concretos por parte de las gentes que ocuparon este yacimiento, nos referimos como no, al mundo

⁸⁴ Nos sería imposible nombrar a todas aquellas personas que con su esfuerzo, talento y entrega han hecho posible la realización de esta tesis doctoral, por ello, desde aquí queremos mostrar nuestro más sincero agradecimiento a todas aquellas mujeres y hombres que durante más de 25 años han dedicado parte de su tiempo y de su vida a los trabajos realizados en el yacimiento arqueológico de Peñalosa.

funerario y su ritual de enterramiento. A este respecto, se realizaron trabajos preliminares, que establecían las bases teóricas y metodológicas para el estudio del ritual funerario (Cámara, 1998), a partir de los cuales se establecieron interpretaciones centradas en la diferenciación social entre las gentes de Peñalosa (Contreras *et al.*, 1995a; Cámara *et al.*, 1996; Cámara, 2000; 2001; Contreras, 2001).

Respondiendo a uno de los calificativos propios del yacimiento minero-metalúrgico de Peñalosa, se establecieron las bases de una de las principales líneas de investigación de este proyecto que alcanzará su máxima expresión en la segunda fase del proyecto, nos referimos a los estudios arqueometalúrgicos en la Prehistoria Reciente en el Sureste de la Península Ibérica (Moreno Onorato *et al.*, 1995).

Como resultado de cada una de las investigaciones y líneas individuales se realizaron trabajos de carácter global que intentaron dar respuestas sobre cómo, por qué se establecieron estas poblaciones argáricas en el Alto Guadalquivir y, concretamente, en las cuencas del Rumblar, centrandó la atención en la definición de los patrones de asentamiento para llegar a comprender como se organizaría el territorio de la cuenca del Rumblar durante la Edad del Bronce (Lizcano *et al.*, 1996). A este respecto se llegaron a realizar análisis comparativos entre el poblamiento de las tierras andaluzas del Alto Guadalquivir y la organización del territorio en tierras italianas, concretamente, Sardas (Cámara, 1998). Así, paso a paso y con el avance de las investigaciones, en los últimos años de vida de esta primera fase del proyecto se hizo posible el realizar estudios y valoraciones generales sobre la vida y el desarrollo de las comunidades de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir (Contreras *et al.*, 1986; 1991; 1993b; Contreras, 1995; Contreras, 1999; Contreras y Cámara, 2001; Contreras y Cámara, 2002a/b).

El carácter científico de este proyecto es tal que desde el momento de su gestación se erigió en el núcleo y el centro de diferentes líneas de investigación, tal y como hemos expresado anteriormente, pero también se convirtió en la cuna de formación de muchos investigadores que hoy en día continúan trabajando en estudios relacionados con la prehistoria reciente y la protohistoria de la Península Ibérica. Este proyecto de investigación se convirtió en el reclamo por parte de muchos investigadores noveles para el desarrollo de sus investigaciones, realizando en su seno tanto memorias de licenciatura como tesis doctoral. Estos trabajos fueron variados, trataron desde elementos y aspectos concretos de la cultura material recuperada en el registro arqueológico de Peñalosa, como es el caso del análisis morfométrico de los restos cerámicos prehistóricos del yacimiento de Plazas de Armas de Sevilleja, Espeluy (Jaén) (Lizcano, 1986), u otro más centrado en el análisis arqueofanístico de Peñalosa (Sanz Bretón, 1996) hasta estudios mucho más generales como el desarrollo de la práctica agrícola en el Sureste peninsular desde el Neolítico hasta la Edad del Bronce (Peña Chocarro, 1995). También, se llevaron a cabo trabajos centrados en aspectos sociales, relacionados con las relaciones internas en el asentamiento de Peñalosa (Cámara, 1992) en base al estudio del ritual funerario (Cámara, 1994; 1997). Y se asistió a la realización de trabajos que abarcaban periodos cronoculturales predecesores (Neolítico Final) al marco que nos ocupa, donde se intentaba observar la articulación entre poblados con una continuidad ocupacional y aquellos que eran de nueva planta (Lizcano, 1995; Zafra y Perez, 1993; Pérez, 1994). Sin embargo, atendiendo a uno de los objetivos principales de este Proyecto, la reconstrucción del poblamiento de esta área, también, se atiende al estudio de periodos cronoculturales postreros a la Edad del Bronce, tal es así, el análisis del poblamiento y la captación de recursos en el valle medio y bajo del río del Rumblar

durante la época romana (Casado Millán, 2001). Todos estos trabajos, resultan esenciales para la reconstrucción cronocultural del Alto Guadalquivir desde la Prehistoria hasta nuestro días.

Desde el inicio de este Proyecto se plantearon dos líneas básicas de actuación para hacer llegar todos y cada uno de los resultados de la investigación. Por un lado, se desarrolló todo un proyecto de difusión científica articulada en base, como ya hemos referido en párrafos anteriores, a la publicación periódica de este proyecto, sus líneas de investigación y resultados obtenidos, como a su presentación, en seminarios, cursos, congresos, simposio, etc., tanto de carácter nacional (Contreras *et al.*, 1988; 1989; 1990; Contreras, 1990; 1991a; 1991b; Rodríguez Ariza y Contreras, 1991; Lizcano *et al.*, 1995; Lizcano *et al.*, 1997) como internacional (Contreras, 1993) pero en todos los casos dotados de un fuerte carácter científico.

En segundo lugar, se llevó a cabo un fuerte trabajo de difusión de los conocimientos elaborados tras las investigaciones. Se respondía así a las necesidades propagadas a partir de los años 90 por las nuevas inquietudes sociales sobre la gestión del patrimonio arqueológico. Con esta idea se organizó una exposición itinerante, donde de manera didáctica se daba a conocer a la sociedad los resultados de dicho Proyecto de Investigación con el título “Hace 4000 años... Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía”. Esta se centraba, en el yacimiento de la Edad del Bronce, el Castellón Alto (Galera, Granada) y Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). La exposición fue financiada por la Caja General de Ahorros de Granada y la Dirección General de Bienes Culturales. Su andadura comenzó en la Sala de Exposiciones de la Caja General de Ahorros de Granada en Puerta Real, el 13 de Noviembre del 1997 donde permaneció hasta el 8 de Diciembre de ese mismo año. El éxito cosechado por esta primera entrega al público, fue tal, que se abrió un periodo de recorrido por diferentes centros culturales de Andalucía desde 1997 al año 2002, recorriéndose todas y cada una de las provincias andaluzas. Como resultado del interés que despertó esta exposición itinerante sobre la reconstrucción de la vida de la Edad del Bronce a través de dos yacimientos argáricos, se realizó una publicación que respondía al título de la misma, en la que se recogían todos y cada uno de los segmentos explicativos integrados en ésta exposición (Contreras *et al.*, 1997) y su adaptación al entendimiento infantil a través de la realización de un cuento titulado “El viaje de Aral. Vida y muerte en dos poblados argáricos” (Rodríguez Ariza y Moreno Onorato, 1997).

Así, poco a poco y como resultado del esfuerzo y entrega de muchos y muchas investigadores/as, el poblado de Peñalosa, se fue convirtiendo en un yacimiento modélico para el estudio y contrastación del mundo de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir. En ello no sólo influyó su localización en los núcleos mineros de Sierra Morena, sino también su buen estado de conservación del registro arqueológico, a pesar de la erosión postdeposicional, con una última fase del poblado marcada por el abandono pacífico del mismo, lo cual se manifiesta en una buena conservación no sólo de los Complejos Estructurales, sino del conjunto de su cultura material. Que hizo posible el estudio del registro arqueológico de este poblado a nivel microespacial, permitiendo realizar la interpretación funcional de cada uno de los espacios de éste asentamiento. Consiguiendo, así, reconstruirse las labores de transformación del mineral hasta la obtención por medio de diversos procesos químicos tanto de útiles como de lingotes aptos para el intercambio. Ya que esta producción es un factor clave en la reconstrucción socioeconómica de estas comunidades. Por lo que terminó,

constituyéndose como una de las principales líneas de investigación en el estudio de este poblado en su primera fase de actuación y en uno de los pilares básicos en los que se fundamenta el estudio del proceso histórico de las comunidades de la Prehistoria Reciente del sur peninsular, no sólo por su nivel tecnológico, sino sobre todo por su valor económico y social en ésta área.

La parte total de los datos proporcionados por esta primera fase del Proyecto (incluyendo todas y cada unas líneas de investigación, publicaciones, estudios y análisis) encontraron su punto de encuentro en una publicación a modo de monografía o Memoria Final titulada, *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión de Linares-Bailén* coordinada por Francisco Contreras Cortés (Contreras, 2000).

El contenido de esta monografía será el punto de partida para el arranque de una segunda fase de este mismo Proyecto, convirtiéndose, los resultados de la primera fase referida en datos utilizables en el nuevo proyecto y en la antesala para la formulación de nuevas hipótesis de investigación. Esta segunda fase comenzó en el año 2001 con el Proyecto, *Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Ato Guadalquivir (Proyecto Peñalosa. 2ª Fase)* dirigida por Francisco Contreras Cortés y codirigido por Juan Antonio Cámara Serrano y financiado por la Dirección General de Bienes Culturales, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía.

En esta segunda fase del Proyecto se han mantenido tanto los principios como los objetivos planteados en la primera fase de investigación, junto a otros nuevos. Esto explicaría el por qué durante la primera fase los esfuerzos de los investigadores se centraron, como hemos expuesto en párrafos anteriores, en el estudio y la definición de la Cultura Material mueble e inmueble, tanto a nivel microespacial (análisis sincrónico y diacrónico de la cultura material como medio de expresión y distinción entre los grupos sociales, los sectores económicos, los momentos cronológicos, etc.) como macroespacial (definición de los grupos arqueológicos, culturas, horizontes y secuencias culturales como forma de aproximación a la identificación de formaciones sociales). Sin embargo, en la segunda fase se planteó la necesidad de profundizar en estas cuestiones, pero también incidir en nuevas líneas de investigación como el análisis de los recursos disponibles (condiciones naturales de la producción) y su evolución, las diferencias urbanísticas dentro del mismo poblado y respecto a otros, los diferentes patrones de asentamiento, la concentración de medios de producción (el uso y producción de la tierra, los rebaños, la producción de instrumentos, herramientas, etc.), la circulación de los productos al interior de una formación social y entre éstas (Contreras *et al.*, 2004) y entre otros. El objetivo global de esta segunda fase del Proyecto de Investigación pretende definir y explicar la evolución social que tuvo lugar durante la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir. En base al cual, el poblado de Peñalosa, y, concretamente su registro arqueológico, ha continuado siendo el centro de las investigaciones de éste Proyecto.

Así, en el verano del 2001 se reiniciaron las intervenciones arqueológicas en el poblado. Hasta el momento, con esta primera se han realizado dos campañas de excavación más, una en el año 2005 y otra en el 2006. En ellas se ha prestado especial atención a las zonas superiores del cerro, la acrópolis Este y Oeste, la Terraza Superior y la estructura hidráulica en la Terraza Inferior de la Ladera Norte. Como ya sucediese en la primera fase del Proyecto, cada una de estas actuaciones, sus planteamientos

metodológicos como sus resultados han sido objeto de diferentes publicaciones periódicas (Contreras *et al.*, 2004; en prensa; Moreno Onorato *et al.*, 2008). Asimismo se han realizado paralelamente a los trabajos de campo, trabajos de laboratorio centrados en el estudio de la cultura material recuperada en el registro arqueológico de Peñalosa, concretamente podemos referirnos al estudio arqueométrico de los restos cerámicos (Milá Otero, 2004; Cámara *et al.*, 2005) y su papel e implicación en un proceso productivo como es la metalurgia (Cortés Santiago, 2007). Conjuntamente, en el seno de este proyecto se han continuado realizando trabajos centrados en el yacimiento de la Plaza de Armas, Sevilleja (Espeluy, Jaén) (Villanueva *et al.*, 2004). Los continuos estudios centrados en el registro arqueológico y su patrón de asentamiento han sido tomados como elementos de contrastación con respecto a los resultados obtenidos del registro arqueológico de Peñalosa. Estos estudios comparativos son muy útiles para alcanzar un conocimiento global sobre el comportamiento social de las sociedades de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir.

Aunque esta segunda fase es una continuación de la primera, es cierto que en base a los resultados obtenidos y a los nuevos interrogantes planteados en el seno de este proyecto se han abierto nuevas perspectivas de estudio. Respecto a las primeras decir que, desde los primeros momentos de este Proyecto se mostró una gran preocupación por el patrón de asentamiento y la organización del territorio de la cuenca del Rumblar, tanto es así, que en esta segunda fase asistimos a una profundización integral a este respecto, a partir de la cual, se intentará desentrañar cuáles son las relaciones entre los asentamientos y el medio que se explota (Jaramillo, 2004) y a que tipo de organización social responde (Contreras, 2004; Cámara *et al.*, 2004a/b), permitiendo establecer si existió continuidad o cambio entre las sociedades calcolíticas y las de la Edad del Bronce en esta área geográfica (Contreras *et al.*, 2004b). En esta línea se ampliará el área geográfica de actuación alcanzando una de las zonas calificadas de contrastación del Rumblar, nos referimos a la cuenca del río Guadiel y el análisis de su patrón de asentamiento durante la Edad del Bronce, pero introduciendo en este caso una nueva perspectiva de investigación, el paisaje (García Solano, 2004).

Aunque son muchas las líneas de investigación desarrolladas en esta segunda fase, es cierto que sobre todas destacan dos líneas fundamentales en torno a las cuales han girado gran parte de las investigaciones y publicaciones vertidas por los investigadores inmersos en él. Una es el estudio de la minería y la metalurgia en el Alto Guadalquivir y la otra es la arqueología de las mujeres y las relaciones de género. Como ya hemos reseñado, la base de ambos proyectos ha estado y está constituida por el registro arqueológico recuperado en el yacimiento de Peñalosa (Contreras *et al.*, 2008) y en el valle del Rumblar (Campos *et al.*, 2005). A pesar de que durante la primera fase del Proyecto Peñalosa, la línea de investigación centrada en el estudio del proceso metalúrgico había quedado más o menos bien definida, en esta segunda fase, se hace necesario reforzar el conocimiento adquirido a través de una serie significativa y amplia de análisis cuantitativos y cualitativos, metalográficos y de otro tipo, que proporcionen los datos objetivos para poder reconstruir estos procesos. En este proyecto se ha tratado de manera más amplia la fase extractiva del mineral con el estudio de una mina prehistórica centrada en la explotación de minerales del cobre (Contreras *et al.*, 2004; Arboledas y Contreras, en prensa). También se ha querido incidir en el conocimiento del instrumental lítico relacionado con la metalurgia (moldes, martillos, molinos, etc.), estableciendo la relación entre la materia prima, la funcionalidad y su abastecimiento

realizando para ello todo un análisis de la distribución por el territorio de los georecursos (Jaramillo, 2004).

Acorde para alcanzar estos objetivos, ha sido necesario realizar todo un diagrama de actividades o trabajos de campo, centrados en las prospecciones arqueometalúrgica en la cuenca del Rumblar (Contreras *et al.*, 2004 y 2005b). En la incidencia de estos trabajos recae la responsabilidad de la localización de posibles minas (Arboledas *et al.*, en prensa) o áreas de abastecimiento de las materias primas localizadas en el poblado de Peñalosa, así como la determinación de tales materias primas (Contreras *et al.*, 2005a/b). A partir de la caracterización metalogenética del entorno del yacimiento y de la cuenca del Rumblar se ha intentando establecer, por un lado, las relaciones del foco minero de Sierra Morena oriental (La Carolina-Linares) y con otros grupos culturales de la Edad del Bronce de las áreas vecinas, tanto en La Mancha (Cultura de las Motillas), como en el Valle del Guadalquivir (Cultura de las Campiñas), como en el litoral mediterráneo (Bronce Valenciano).

Sin embargo, el interés mostrado por esta línea de investigación ha sobrepasado los límites cronológicos establecidos en un primer momento, en la Edad del Bronce, llegando a analizar estadios históricos tales como la minería prerromana en el Alto Guadalquivir (Arboledas, en prensa), la minería romana (Contreras *et al.*, 2005c; Arboledas, 2007; Contreras *et al.*, 2008a/b) y la minería industrial o contemporánea (Dueñas *et al.*, 2005). A partir de aquí encontramos trabajos dedicados al estudio pormenorizado de yacimientos minero-metalúrgicos concretos (Arboledas *et al.*, 2006 y 2008) así como la exposición de las bases para la puesta en valor de estos sitios arqueológicos (Campos *et al.*, 2005b). El trabajo constante en esta línea de investigación ha permitido, a partir de los datos obtenidos, con los trabajos de campo y los estudios de las fuentes clásicas, realizar un gran avance en el conocimiento de los aspectos sociales y fiscales de la minería antigua en el Alto Guadalquivir (Arboledas, 2008). El conjunto de todos estos trabajos no solo nos ha permitido tener un conocimiento más cercano sobre la minería prehistórica sino que nos ha permitido poder reconstruir a lo largo del tiempo los entresijos de esta actividad productiva y su incidencia en el campo socioeconómico de las distintas poblaciones que han habitado en ésta área geográfica.

El interés mostrado por los investigadores de este proyecto ante esta línea de investigación, esta motivado en primer lugar, por el propio carácter metalúrgico del poblado de Peñalosa, donde esta producción se alza como un elemento imbricado con la vida cotidiana y por otro lado, por su importancia desde antiguo, como una de las principales fuentes económicas de las tierras Jienenses. Es por ello que desde el año 2000 al 2003 se han desarrollado varios proyectos consecutivos, en el seno del Proyecto de Peñalosa, manteniendo como temática central precisamente el estudio de cada uno de los estadios de la producción minero-metalúrgica. El primero de ellos fue un Proyecto I+D financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología denominado *Proyecto Arqueometalúrgico: Las comunidades de la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir*, dirigido por Francisco Contreras Cortés. Sin embargo, la programación de este proyecto no cubría una necesidad crono-cultural completa del área, y tampoco hacía hincapié en uno de los objetivos iniciales de los proyectos, acercar el conocimiento de nuestras investigaciones a la sociedad, ya que a pesar del valor histórico y económico de la provincia de Jaén en cuestiones mineras, la sociedad actual, prácticamente, ha perdido la noción de que esta tierra fue antes que nada, minera y que los restos arqueológicos

que siembran nuestro paisaje Giennenses nos hablan continuamente de la importancia que tuvo esta actividad en nuestro pasado. Por ello, se quiso incidir en este aspecto histórico del devenir de nuestra tierra con la programación de un nuevo proyecto: *Una Historia de la tierra: la minería en Jaén* (2005-2006), coordinado de forma conjunta por los profesores Francisco Contreras Cortés y José Dueñas Molina, financiado por el Instituto de Estudios Giennenses (Diputación de Jaén). Este Proyecto se ha llevado a cabo gracias al estrecho vínculo creado entre los diferentes miembros del departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada y el Colectivo Arrayanes de Linares. Los resultados de este proyecto, verán próximamente la luz a modo de una monografía editada por los directores del proyecto y titulada *La minería y la metalurgia en el alto Guadalquivir: desde sus orígenes hasta nuestros días*.

Paralelamente, al desarrollo de este proyecto de investigación el grupo de investigadores e investigadoras del Proyecto Peñalosa capitaneado nuevamente por Francisco Contreras Cortés, llevaron a cabo durante los años 2005-2008 un nuevo proyecto I+D (DGCYT) financiado por el Ministerio de Ciencia y Tecnología denominado *Minería y metalurgia en las comunidades de la Edad del Bronce del Sur Peninsular*. Éste pretende continuar y avanzar las investigaciones sobre la transformación metalúrgica en el contexto social de la Edad del Bronce del sur de la Península Ibérica atendiendo, en primer lugar, a la circulación de las materias primas y los productos elaborados en lo que respecta a la industria vinculada a la explotación de los minerales de cobre (Arboledas y Contreras, en prensa); en segundo lugar al desarrollo técnico alcanzado en lo que respecta a ésta pero especialmente en lo que concierne a la explotación de la plata, y en tercer lugar a la diferente participación de los individuos en las diferentes actividades implicadas en el proceso y su diferente acceso a los productos (Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa).

La segunda gran línea de investigación en la que se comienza a trabajar en esta segunda fase del proyecto son los estudios sobre mujeres y las relaciones de género en el contexto tecnológico y social de la producción metalúrgica (Sánchez Romero, 2004; Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2003; 2005; Alarcón García y Sánchez Romero, en prensa a). Esta línea de investigación parte de la *arqueología de género*, que comprende el estudio de las relaciones entre mujeres y hombres como una dinámica social fundamental. Se preocupa de analizar cómo esas relaciones se expresan y se negocian, a través, de la cultura material que recuperamos del registro arqueológico. Porque las relaciones de género no tienen una forma específica o inalterable sino que están expuestas a cambios no sólo entre culturas sino también en una misma cultura a través del tiempo. Por tanto la manera en la que se articulan las relaciones de género en cualquier época debe ser analizada y nunca asumida.

En la actualidad, en el marco de esta segunda fase del Proyecto, se están llevando a cabo estudios en este campo de investigación pero con dos vertientes, por un lado, el estudio de las relaciones de género y edad y la producción minero-metalúrgica en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir partiendo de un caso de estudio concreto, como es el registro arqueológico de Peñalosa (Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2003; 2005; Sánchez Romero, 2004; Alarcón García, y Sánchez Romero, en prensa a) y, por otro, estudios generales a nivel crono-cultural (Alarcón García, y Sánchez Romero, en prensa b;). De esta manera se está consiguiendo obtener una mirada más amplia y objetiva sobre esta producción en el pasado, con la incorporación de las mujeres en este campo tecnológico al que con toda seguridad debieron participar tal y como se ha observado a

través del registro arqueológico de Peñalosa. Paralelamente a ésta, y volviendo hacer uso del registro arqueológico de este poblado metalúrgico, se están llevando a cabo investigaciones centradas en las denominadas **Actividades de Mantenimiento** (Picazo, 1997: 59-60). Dichas actividades han sido definidas como, el conjunto de prácticas o actividades relacionadas con el mantenimiento humano. Es decir, todos aquellos trabajos relacionados con el cuidado y el sostenimiento de la vida de los grupos humanos, relativas a las prácticas alimenticias, a la gestación y a la crianza de los individuos infantiles, a la higiene y a la salud pública, en definitiva, todos aquellos trabajos que se llevan a cabo en el marco de la vida cotidiana y que son esenciales para la supervivencia de cada generación y para la superación e innovación tecnológica. El por qué de estos estudios, se debe a que cada sociedad construye para sí misma un sistema de conductas que la identifican y definen como grupo social y gran parte de estos sistemas son recreados a través de la articulación de las actividades de mantenimiento (Picazo, 1997; Colomer *et al.*, 1998; Montón, 2002; Sánchez Romero, 2002; en prensa a). Por lo que su estudio es fundamental si queremos llegar a comprender la dinámica interna de cualquier grupo humano pasado o presente (Alarcón García, 2005; 2006; 2007; Alarcón García *et al.*, 2008).

Precisamente, el trabajo que presentamos queda enmarcado en ésta última línea de investigación, por supuesto, bebiendo siempre de todas las anteriores sin las cuales sería imposible poder realizar un trabajo de investigación desde ésta perspectiva de estudio.

Para finalizar no nos gustaría pasar por alto, como ya hiciésemos para la primera fase del Proyecto, el resaltar uno de los principales pilares de estos proyectos de investigación y su transformación más real, como cuna de nuevos investigadores. Prueba de ello es que en estos últimos años se han llevado a cabo, diferentes trabajos de investigación recogiendo temáticas dispares, pero todos ellos con un denominador común, el Poblado de Peñalosa o la cuenca del Rumblar. Éstos van desde estudios ambientales (Jaramillo, 2002); análisis de los patrones de asentamientos (García Solano, 2004); estudio de la minería y metalurgia romana en el Alto Guadalquivir (Arboledas, 2007); análisis de las actividades de mantenimiento en el Poblado de Peñalosa (Alarcón García, 2005); estudio del papel de los elementos cerámicos en los procesos metalúrgicos (Cortés Santiago, 2007); y por último un trabajo centrado en los planes urbanísticos (Nieto, 2007) y en los sistemas constructivos de Peñalosa (Ribera Groennou, 2007). Muchos de estos trabajos ya han visto la luz a modo de tesis doctorales (Jaramillo, 2005; Arboledas, 2007).

V.2.3. EL REGISTRO ARQUEOLÓGICO Y SU DOCUMENTACIÓN

Los trabajos realizados en Peñalosa son fruto de una larga investigación y de la realización de todo un proyecto de investigación, *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena*, codirigido por los investigadores F. Contreras, F. Nocete y M. Sánchez que se inició en el año 1985 y finalizó en 1991. Éste ha continuado en una segunda fase, iniciada en el año 2001, *Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir (2º Fase, Proyecto Peñalosa)*, y dirigida por Francisco Contreras y codirigido por Juan Antonio Cámara Serrano, y de la que actualmente se

está elaborando su correspondiente memoria de investigación que verá la luz a modo de publicación.

Dentro de los planteamientos iniciales de los sistemas de trabajo se decidió dividir el yacimiento en Zonas arqueológicas o de actuación. Estas fueron definidas en base a criterios topográficos determinados por la propia geomorfología del terreno que ocupa el poblado. Su objetivo estribaba en el intento de facilitar la estructuración, recuperación y documentación de su registro arqueológico. Así pues, se distinguieron las siguientes zonas arqueológicas:

- ❖ A / Ladera Norte.
- ❖ B / Ladera Sur.
- ❖ C / Corona del Cerro.
- ❖ D / Ladera Oeste.
- ❖ E / Aledaños al yacimiento.

Seguidamente, para un mejor registro de la documentación se procedió a subdividir las zonas en unidades espaciales inferiores, siguiendo un criterio topográfico, en primer lugar y criterios urbanísticos que se verían reafirmados tras campañas de excavación, quedando el yacimiento dividido en; Terraza Inferior, Terraza Media, Terraza Superior y cima del poblado (también denominada como Acrópolis Este y Oeste) (Contreras, 2000: 34-274; Contreras y Cámara, 2002a: 8; 2001: 221).

Desde la primera campaña de intervención arqueológica en el verano de 1985, ya se denotaba el excelente estado de conservación del registro arqueológico de Peñalosa, que entre otros resultados, nos permitió documentar, pormenorizadamente, la última fase de ocupación conocida, hasta este momento, de este poblado argárico (fase IIIA) tanto a nivel de estructuras, artefactos y ecofactos, lo que nos ha proporcionado una amplia mirada sobre el desarrollo de la vida cotidiana de los habitantes de Peñalosa (Contreras, 2000: 35; Contreras y Cámara, 2002a: 8; 2001: 221).

Para su estudio se ha prestado especial atención a la relación entre los elementos de cultura material mueble y el contexto sedimentario y estructural en el que se insertan. De esta forma se han definido en el primero de los sentidos Unidades Sedimentarias (o Unidades Estratigráficas No Construidas) en cuya matriz se incluyen los artefactos, los ecofactos y los diferentes elementos estructurales que, en segundo lugar, han sido clasificados como mejor forma de comprender su articulación con los elementos muebles y como vía para acceder a la caracterización histórica de los espacios (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2001: 221). Así a nivel descriptivo se han distinguido: Unidades Estratigráficas Construidas, Estructuras, Complejos Estructurales y Grupos Estructurales.

La integración de todos estos elementos y su articulación entre las Unidades Estratigráficas Construidas y No Construidas nos ha permitido la definición de las diferentes fases estratigráficas, que acontecen en este asentamiento, cuya relación con las fases culturales se establecerá posteriormente a partir del análisis (incluyendo la comparación) de la cultura material recuperada.

La metodología empleada para la recuperación del registro arqueológico ha tenido dos direcciones. Por un lado, la realización de los trabajos de campo

desarrollados a lo largo de seis campañas de intervención arqueológica y por otro, los trabajos de laboratorio que han conllevado el estudio del conjunto de la cultura material mueble e inmueble recuperada que han acompañado a cada una de las campañas de excavación arqueológica (Contreras *et al.*, 1997: 33-36).

En cuanto a la metodología de intervención, los trabajos de campo han consistido fundamentalmente en la excavación sistemática y en el análisis microespacial del registro arqueológico de Peñalosa

La metodología de trabajo desarrollada ha consistido en la realización de una excavación sistemática con carácter microespacial realizada en extensión, lo que nos ha proporcionado un conocimiento global y de conjunto del desarrollo de la vida cotidiana de este grupo humano (Contreras, 2000). La primera actuación consistió en la realización de una limpieza superficial del yacimiento, cuyo objetivo estribaba en la ejecución de los trabajos planimétricos y topográficos que nos permitieran conseguir una aproximación a la organización estructural del poblado. Este levantamiento topográfico del yacimiento fue realizado por J. L. Ros Ruiz. La representación se realizó a escala 1:25, con una equidistancia de un 1 m. de las curvas de nivel. Una vez detectadas las estructuras superficiales se realizó una planimetría, procediéndose al dibujado a la misma escala 1:20. Simultáneamente, se recogieron todos los restos de cultura material que aparecían en superficie con el objetivo de poder relacionarlos, posteriormente, con las diversas áreas de actividad que fueron documentadas en las sucesivas actuaciones arqueológicas (Contreras *et al.*, 1989: 347).

Teniendo en cuenta todos los condicionantes post-deposicionales que había y que continuaban actuando sobre este yacimiento arqueológico (erosión y las aguas del pantano del Rumblar), una de las mayores preocupaciones del grupo de investigadores, fue el poder conocer el estado de los depósitos sedimentarios y de los ítems arqueológicos así como las modificaciones que éstos podían haber sufrido a lo largo del tiempo. Para tales efectos, se realizaron pequeños sondeos estratigráficos (corte 1, 2, 3, etc., en la Ladera Sur y Norte, respectivamente) que permitieron precisar las fases estratigráficas de este poblado de la Edad del Bronce.

Para obtener la secuencia estratigráfica se plantearon unos sistemas metodológicos adaptados directamente a las características propias de este tipo de yacimiento. Se trazó un eje estratigráfico en dirección norte-sur, en el centro del yacimiento partiendo el espolón en dos mitades, con la pretensión de poder correlacionar las estructuras y las zonas de hábitat que emergían en ambas laderas. La longitud de este eje fue de 90 m. (Contreras *et al.*, 1989: 347).

A partir del conocimiento estructural y estratigráfico y del propio eje estratigráfico, se plantearon grandes áreas de excavación para delimitar los en primer lugar las estructuras emergentes y posteriormente, los Complejos Estructurales, que una vez vislumbrados, se pasó a su excavación a nivel microespacial⁸⁵ y su definición como Grupos Estructurales.

⁸⁵ El sistema empleado consiste en la excavación o rebaje de los niveles naturales por alzadas artificiales. Éstas estarán determinadas por las características propias de cada una de las Unidades Sedimentarias, aunque de forma general éstas no sobrepasarían en la mayoría de los casos los 20 cm., contando con excepciones como es el caso del Complejo Estructural IVd/e, que presentan unos fuertes rellenos sedimentológicos de carácter prácticamente estériles.

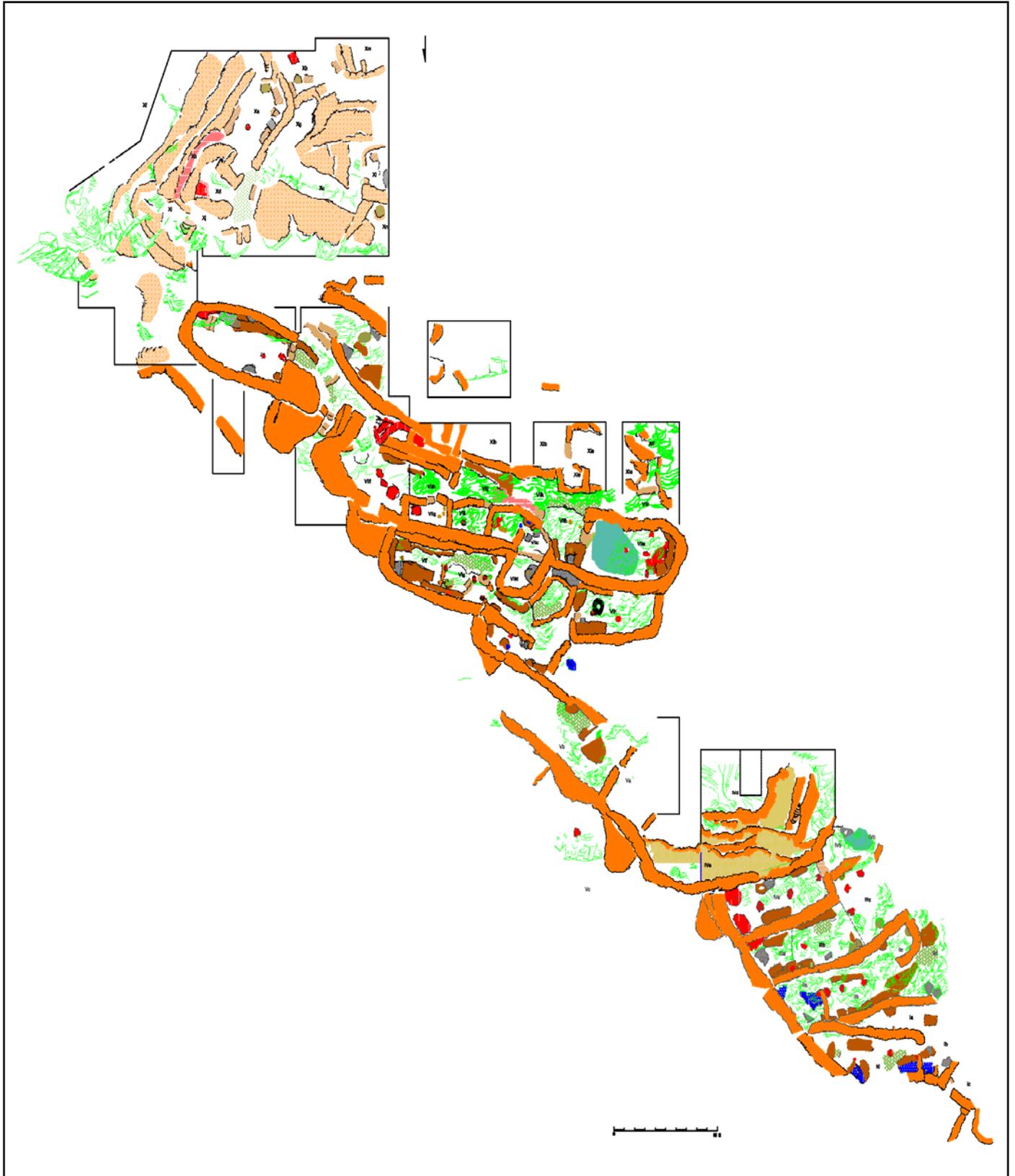


Figura 1. Planimetría general del poblado de Peñalosa.

Este tipo de análisis significa definir los procesos deposicionales y las alteraciones post-deposicionales que ha sufrido el registro arqueológico con el fin de delimitar los procesos socioeconómicos que tuvieron lugar en el yacimiento hasta la coyuntura de hallazgo y realizar una primera aproximación de las causas que lo motivaron. La metodología desarrollada para el análisis contextual, puede resumirse en los siguientes puntos:

- ❖ *Análisis de la distribución de artefactos/ecofactos por unidades sedimentarias* para reconstruir los procesos naturales y culturales que condujeron a la formación del registro arqueológico y para, a su vez, conseguir un material útil para la contrastación del proceso de excavación (Kroll e Isaac, 1984: 10-16).
- ❖ *Análisis descriptivo/interpretativo de las estructuras y unidades sedimentarias* para poder delimitar de forma más fiable la relación entre las unidades sedimentarias y los procesos constructivos y destructivos relacionados con los complejos habitacionales y de circulación que comprende el poblado (Departamento de Prehistoria de la Universidad de Granada, 1986).
- ❖ *Elaboración de mapas de densidad* de diversos productos con el fin de aproximarnos a posibles áreas de especialización en la producción en cada complejo estructural (Johnson, 1984: 81-83) e incluso ayudarnos a identificar posibles estructuras prececeras desaparecidas.
- ❖ *Ordenación y seriación de las estructuras y unidades sedimentarias* mediante la construcción de un diagrama estratigráfico para cada complejo estructural. Ésta será la base para el posterior análisis diacrónico de los artefactos y la interrelación espacio temporal de los complejos habitacionales y de circulación del yacimiento.
- ❖ La conjunción de los trabajos y pasos anteriormente expresados, nos permitirán el poder realizar la *reconstrucción de la vida cotidiana y comportamientos sociales acogidos en el seno de los espacios conductuales de cada complejo estructural* (Contreras, 2000: 75; Contreras y Cámara, 2001: 223-225; 2002a: 11).

Desde esta perspectiva metodológica, la excavación de este poblado argárico, ha estado acompañada por el empleo del sistema de registro arqueológico SIAA, ideado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía (GEPRAN) del departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. Este sistema de documentación totalmente normalizado se basa en la identificación, definición y descripción de cada una de las unidades estratigráficas que mediante su asociación funcional en entidades arqueológicas crea diferentes niveles de análisis igualmente sistematizados en su identificación y descripción. El sistema de registro queda así estructurado en dos tipos de herramientas o fichas de trabajo (17 en total) de campo y laboratorio agrupadas en función de su naturaleza en registro textual y registro gráfico.

El registro escrito está fundado en el empleo de fichas normalizadas que poseen una doble vertiente, o bien están relacionadas con la descripción en interpretación de las

diferentes entidades arqueológicas, o bien con el inventario de los materiales muebles recuperados durante el proceso de excavación. En relación con el registro gráfico tres son los tipos fundamentales de representaciones documentadas: el registro de plantas y secciones mediante dibujos y croquis, el registro de las relaciones temporales de las entidades arqueológicas y el registro de imágenes en diferentes soportes (Aranda *et al.*, 2008: 225-227). Así a lo largo del proceso de excavación de cada uno de los Complejos Estructural y a modo de resultado final, de cada uno de los Grupos Estructurales definidos en el conjunto de este poblado, se ha procedido a la recogida en plantas de dispersión de artefactos y ecofactos de cada una de las unidades estratigráficas hasta alcanzar los suelos de ocupación. Precisamente, la realización de este trabajo tan minucioso y exhaustivo es el que nos ha permitido poder realizar una interpretación sobre los diferentes comportamientos sociales de las gentes de este poblado.

La segunda fase del tratamiento de la información arqueológica recuperada del registro arqueológico de Peñalosa, pasaba por un complejo sistema de estudio de carácter pormenorizado. Ya que, la metodología arqueológica, no sólo consiste en la recuperación de su registro arqueológico sino que conlleva todo el estudio y análisis del conjunto de la cultura material mueble e inmueble. La información o documentación obtenida conjugada con la fase anterior nos permiten alcanzar el fin último de nuestra profesión, el conocimiento, en toda su amplitud, de las sociedades y culturas del pasado.

Los trabajos de laboratorio han consistido fundamentalmente en las siguientes tareas:

a) *Informatización del registro arqueológico*

Dentro de la segunda fase de actuación, la informática ha proporcionado y proporciona a la Arqueología los instrumentos necesarios para realizar un buen almacenaje y tratamiento de los datos arqueológicos. Es por ello que este Proyecto de Investigación, tanto en su primera como segunda fase, ha abordado este instrumento, desde la óptica de un sistema integrado de gestión informática, la informatización del registro arqueológico, siguiendo las pautas marcadas en este campo por el Grupo de Investigación Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía Oriental (GEPRAN) (Molina *et al.*, 1991).

Este proceso, realizado tanto en el campo como en el laboratorio, lleva implícito la actuación de diferentes niveles:

- ❖ *Informatización del Registro Maestro de Peñalosa*. En él se recoge la información referencial, locacional, contextual, analítica e interpretativa de los artefactos y ecofactos del yacimiento.
- ❖ *Informatización del Registro de Estructuras, Unidades Sedimentarias y Estructuras Funerarias*, según el modelo de fichas presentado por el Departamento de Prehistoria de Granada al Coloquio de Arqueología Espacial de Teruel en 1986.
- ❖ *Informatización textual y gráfica de los complejos estructurales* donde se articula la cultura material procedente de Peñalosa (Contreras *et al.*, 2000: 72; Contreras y Cámara, 2002a: 10).

De forma paralela se realiza un estudio pormenorizado de la cultura material documentada, tanto cerámica, lítica, hueso, metalúrgica, etc.

b) Análisis morfométrico de los datos arqueológicos obtenidos

El análisis morfométrico de los objetos arqueológicos ha sido abordado desde una perspectiva multivariable, especialmente, a través del Análisis Cluster y Análisis de Componentes Principales, siguiendo la metodología presentada por Francisco Contreras, Fernando Molina y Juan Antonio Esquivel (Contreras *et al.*, 1991)⁸⁶.

Este conjunto analítico se ha desarrollado especialmente con la cerámica. Para ello ha sido necesario el remontaje de los vasos aparecidos en el interior de las estructuras, labor ardua, si se tiene en cuenta el elevado número de vasijas de almacenamiento documentado en este poblado, por lo que el procedimiento general es una selección de las mejores conservadas para así proceder a un completo y complejo estudio tipológico y morfológico de los datos empíricos, que ha generado la creación de una tipología formal acontecida en Peñalosa, que será esencial para la realización de posteriores análisis de dispersión espacial por los distintos complejos estructurales (Contreras, 2000: 74; Contreras y Cámara, 2002a: 11) y su atribución con determinadas actividades de mantenimiento de primer orden.

c) Clasificación y análisis de los restos ecofactuales

Conciernen a los análisis y estudios referidos a la clasificación de los restos faunísticos, antracológicos y carpológicos, así como los correspondientes análisis de patrones de matanza, sistemas de descuartizamiento, sistemas de cultivo, utilización de la madera, etc. documentados en el registro arqueológico de Peñalosa (Arnanz, 1991; Peña, 1995; Sanz Bretón, 1996; Contreras *et al.*, 2000: 74; Contreras y Cámara, 2002: 11).

d) Análisis funcionales y tecnológicos

Este tipo de estudios, hasta el momento, se han centrado en los análisis de hueso trabajado, piedra tallada y no tallada. Sin embargo, en la actualidad se están centrando en el análisis del metal y la cerámica. Con estos análisis se intenta observar:

- ❖ Estudio funcional de la cerámica de Peñalosa ceñida a su contextualización espacial y su carácter tecnológico, para así intentar determinar las relaciones, y

⁸⁶ Todos los datos referentes a este apartado se encuentran recogidos de forma detallada en la publicación de la memoria del Proyecto Peñalosa (Contreras *et al.*, 2000) a la cual remitimos a todas/os aquellos que tengan interés en la descripción formal, morfométrica y tipológica del conjunto cerámico de este Poblado argárico.

las diferencias entre las viviendas así como entre las distintas áreas de actividades.

- ❖ Técnicas de manufactura en los restos cerámicos y procedencia de materias primas usadas.
- ❖ Manteniendo la misma línea sobre el metal. Estudios sobre la composición de los útiles metálicos.
- ❖ Estudio sobre las técnicas metalúrgicas (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002a: 11).

En base a todo este planteamiento de estudio y análisis del registro arqueológico de Peñalosa, podemos decir que este yacimiento argárico ha sido objeto de una excavación de carácter microespacial donde en todo momento se han mantenido unos planteamientos de trabajos específicos y marcados por las características propias de su registro arqueológico, siendo éstas las promotoras de cada una de las metodologías empleadas.

V.2.4. LA SECUENCIA

Una de las características más importantes de este poblado argárico, es el buen estado de conservación de su registro de arqueológico. Esto nos ha proporcionado (y continua proporcionando) una gran cantidad de información, y, de muy buena calidad. Aunque se trata de un poblado de la Edad del Bronce de nueva planta, en la actualidad, sabemos que posee una fuerte secuencia estratigráfica que abarca diferentes periodos tanto Prehistóricos como Históricos.

A través del estudio de su registro arqueológico, hemos podido constatar la presencia de diferentes periodos culturales y con ellos la existencia de distintos grupos humanos marcados por diferentes comportamientos sociales. Para su definición, han sido determinantes los restos constructivos (las definiciones estructurales, cambios en los sistemas constructivos, reorganizaciones del espacio social y físico, etc.) y el conjunto de su cultura material mueble. A continuación, presentamos una breve síntesis de los diferentes momentos de ocupación, centrándonos en la etapa prehistórica que por ende, es objeto de nuestro estudio.

En primer lugar, encontramos la denominada, *fase I*. Esta constituye la fase de ocupación más reciente de Peñalosa, en cuanto, a temporalidad se refiere. Corresponde con la época medieval. Dicho periodo histórico ha sido constatado en el registro arqueológico de Peñalosa, a partir, de la documentación de una fosa de enterramiento que contenía una urna funeraria.

La *fase II* corresponde a época romana. Su presencia en el yacimiento hasta la realización de la última campaña de excavación, en el verano 2005, se limitaba escuetamente a la existencia de algunas fosas localizadas en la ladera Norte (Zona A). Sin embargo, tras la realización de los últimos trabajos, se ha registrado igualmente su actuación tanto en la parte alta del cerro (cortes 35, 41 y 42) como en la ladera Sur.

Llegamos así a la época prehistórica. Donde se han documentado al menos tres grandes fases constructivas en la ocupación del yacimiento argárico de Peñalosa, éstas han sido designadas como fases III0, IIIA y IIIB, aunque los últimos resultados obtenidos de los trabajos de excavación, realizados durante las campañas del verano 2001 y el verano del 2005, constatan la existencia de una fase anterior a estas, la denominada IIIC, ejemplo de ello es su constatación en los contextos arqueológicos del CE Xa, CE IXa y IXb, se han documentado de igual modo varias fases constructivas anteriores (Contreras, *et al.*, 2001), al igual que en las nuevas áreas objeto de estudio en la parte alta del yacimiento, concretamente en los cortes 35, 40, 41 y 42.

Respecto a los niveles estratigráficos de la fase antigua más generalizada en el poblado, es decir, la fase IIIB, presenta una conservación precaria, especialmente en el GE VII como consecuencia de la reestructuración espacial que se hace en la siguiente fase IIIA. En ella la ocupación del poblado se extiende hasta el gran muro de aterramiento que divide la Terraza Media y Superior, es decir, hasta el límite correspondiente al GE VII en la fase IIIA, este gran muro de aterramiento estará reforzado por una serie de bastiones cuadrangulares. A los investigadores encargados del estudio les ha llevado a pensar que incluso en los momentos anteriores a esta etapa ocupacional, nos referimos a la fase IIIC, la composición o estructuración del poblado sería de la misma extensión ya que a causa de la dicha reestructuración se procede a la desaparición de algunos niveles.

Durante la fase IIIA, el poblado se expandiría hacia el norte, bajando en busca del río Rumblar (Contreras y Cámara, 2001: 222). Parece ser que se repite el esquema anterior y se construye un gran muro de fortificación que corre en dirección noroeste-sureste, reforzado con bastiones macizos de forma semicircular. Este muro parece ser el límite más externo del poblado, no obstante habría que esperar a próximos trabajos para constatarlo fielmente. A esta fase corresponderían los suelos de ocupación que muestran un abandono repentino y supuestamente pacífico del poblado. Este suelo de ocupación, con artefactos, ecofactos y estructuras en buen estado de conservación es homogéneo en todas las áreas del poblado excavadas hasta el momento, tanto en la ladera Norte (GE I-VII) como en la cima del cerro, que concierne al denominado sector/9, CE Xa y Xb (Contreras, 2000).

En cuanto, a los datos cronológicos debemos decir, que en la primera fase del proyecto (1985-1991) se realizaron cuatro análisis de datación por C-14 para la datación de inicio de la fase IIIA, siempre sobre muestras de madera carbonizada, posiblemente vigas, que han dado unas fechas muy contradictorias. Las dataciones las ha obtenido el laboratorio americano Teledyne Isotopes y son las siguientes:

- ❖ I-15184 (sector 9): 1440 ±100 a.C. 1701 cal. A.C.
- ❖ I-16064 (sector 15): 1470 ±100 a.C. 1733 cal. A.C.
- ❖ I-16063 (sector 14): 1730 ±100 a.C. 2065 cal. A.C.
- ❖ I-16352 (sector 20): 1690 ±100 a.C. 2025 cal. A.C.

Las dos fechas más coherentes, proceden de restos de las partes altas del yacimiento, escasamente afectadas por las aguas. Otro problema subsidiario hace referencia al soporte de la muestra, son vigas de madera, que pueden haber tenido una larga utilización (reutilización de una fase a otra). Sin embargo, en la campaña del 2001, se volvieron a realizar análisis, cuyas muestras vuelven a ser de restos de carbón, frente

a la incapacidad de obtener muestras de vida corta, semillas, debido a los planteamientos de excavación de esta campaña. No obstante, los resultados obtenidos (todas las muestras corresponden con la parte alta del yacimiento, GE. X), sobre todo de las muestras recogidas de niveles claramente de suelo (madera asociada a recipientes) son congruentes con las muestras antiguas (Contreras *et al.*, 2001: 35) Los resultados son los siguientes:

❖ BETA 167222:	3800 ± 70 B.P.	2210 cal. A.C.
❖ Beta 167223:	3630 ± 70 B.P.	1970 cal. A.C.
❖ Beta 167224:	3490 ± 60 B.P.	1770 cal. A.C.
❖ Beta 167226:	3300 ± 70 B.P.	1540 cal. A.C.

Como podemos ver los resultados de éstas muestras junto con las anteriores, se siguen manteniendo la problemática pero igualmente, se mantiene los inicios de la fase IIIA entre el 1770/1800 y el 1700 A.C. mientras que el final de ésta parece indicar que se situaría al menos hacía el 1500 A.C. (Contreras *et al.*, 2001: 29-35). El planteamiento de final de la fase, es avalado por la constatación de la presencia en contextos domésticos en el conjunto del poblado de diferentes vasos de consumo, entre los que destacamos fuentes y cuencos, la particularidad de éstos, que son materiales cerámicos decorados, con dos técnicas características, la incisión e impresión, que imitan los motivos decorativos de la *Cultura de Cogotas*, su huella está presente en la generalidad de los contextos domésticos del poblado (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002a).

Tal y como se puede apreciar a partir de la escasa representación en el registro arqueológico del poblado de Peñalosa, en lo concerniente a la fase I-II, inclina a pensar de que se trataron de ocupaciones esporádicas. Sin embargo, la presencia en el yacimiento arqueológico de ambas fases no es de extrañar. En lo concerniente a la fase I (periodo medieval) el municipio de Baños de la Encina, (Jaén) tuvo una ocupación altomedieval muy relevante, tal y como se constata con la instauración del Castillo de Baños de la Encina (Burgalimar), en cuyo interior se han documentado restos pertenecientes al Calcolítico y a la Edad del Bronce (Nocete *et al.*, 1987; Lizcano *et al.*, 1990), no obstante próximamente se llevarán a cabo en el interior de éste unos trabajos de excavación, que probablemente nos revelen y confirmen viejas sospechas. Esta presencia queda igualmente reflejada por la localización de las construcciones denominadas “granjas”, que salpican los bordes del pantano del río Rumblar y que probablemente debieron formar parte de un hábitat disperso desaparecido con los conflictos de fines del Califato.

En lo concerniente a la Fase II, dominada por la ocupación romana en este área, tal y como se ha apuntado anteriormente la presencia hasta la última campaña era escasa, sin embargo, la realización de los últimos trabajos de excavación (campaña de intervención del 4 de Julio al 10 de Octubre del 2005) han arrojado nuevos indicios que probablemente replanteen la interpretación sobre la presencia y actitud en éste yacimiento por parte de este grupo humano, sin embargo, dichos datos están siendo procesados y estudiados.

Por último el periodo prehistórico, este es el periodo cultural que más nos interesa en el desarrollo de esta tesis doctoral. Esta fase ha sido denominada por los directores del proyecto Peñalosa como Fase III, periodo adscrito temporalmente a la Edad del Bronce Pleno, concretamente al mundo argárico. A pesar, de no descartarse la

presencia de grupos humanos anteriores (de la Edad del Cobre), lo cierto es que hoy día, éste horizonte de la Edad del Bronce es el más antiguo constatado en el yacimiento de Peñalosa. Si bien, debemos apuntar que en las prospecciones sistemáticas llevadas a cabo en el entorno y en las diferentes cuencas del río Rumblar, han sido localizados diferentes yacimientos arqueológicos que nos atestiguan el poblamiento calcolítico de esta área, un ejemplo representativo es el yacimiento del Cerro del Tambor (Nocete *et al.*, 1987; Lizcano *et al.*, 1990; Contreras *et al.*, 1997; 2000; Contreras y Cámara, 2002a).

V.2.5. EL PATRÓN DE ASENTAMIENTO Y LA PLANIFICACIÓN URBANÍSTICA

V.2.5.1. El patrón de asentamiento

En la ocupación humana de la cuenca del valle del Rumblar se han observado, claras diferencias entre el periodo crono-cultural que nos ocupa y los periodos anteriores (Lám. 96). Es por ello que tras la realización de diferentes trabajos (Contreras *et al.*, 1993; 2000; Contreras, 1995) podemos apuntar que durante el periodo del Neolítico Reciente los poblados en el área de Linares-La Carolina (Pérez *et al.*, 1992) como en la cuenca del río Guadiel y, sobre todo, en el valle del Guadalimar, ocupaban zonas cercanas a las grandes lomas, tierras aprovechables en la actividad ganadera, pero en ningún caso perdían de vista los pequeños arroyos que desembocaban en los ríos principales de la zona (Pérez *et al.*, 1992; Cámara *et al.*, 2004: 505).

En las fases avanzadas del Calcolítico se observa una doble tendencia en cuanto a la ubicación de los asentamientos en la cuenca. Por un lado, se aprecia una aproximación a los filones metalíferos (Pérez *et al.*, 1992; Nocete, 2001) y por otro, se requieren que los lugares elegidos para su emplazamiento estén dotados de una gran visibilidad y control tanto al interior del valle como hacia las zonas exteriores, aunque, como se ha resaltado (Nocete, 2001: 126) no se han podido obtener evidencias de ninguna obra defensiva en estos asentamientos. Algunos ejemplos son el yacimiento de Siete Piedras (Villanueva de la Reina, Jaén), el Castillo de Burgalimar (Baños de la Encina, Jaén), el del Cerro de la Mesta (Baños de la Encina, Jaén) y el del Cerro del Tambor (Baños de la Encina, Jaén) (Cámara *et al.*, 2004: 511).

Por su parte, gracias al conjunto de prospecciones sistemáticas realizadas por el grupo de investigadores del Proyecto Peñalosa en toda la cuenca del Rumblar (Nocete *et al.*, 1987; Lizcano *et al.*, 1990) (Lám. 96), hoy sabemos que durante la Edad del Bronce, a partir del 2000 A.C., se produce un cambio en el patrón de asentamiento de esta cuenca hidrográfica. Se evidencia, la existencia de una ocupación territorial jerarquizada junto a una proliferación de nuevos asentamientos fortificados, situados en lugares estratégicos desde donde debieron optar a un control exhaustivo de los filones metalíferos de cobre y desde donde controlaron los pasos y vías de comunicación e intercambio comercial (Contreras, 1995; Cámara *et al.*, 1996; 2004; Contreras, 2004).

Durante este periodo, el poblamiento de la cuenca parece conformarse de forma encastillada que avanza en cuña hacia la tierra minera de La Carolina. Especialmente al Oeste de la cuenca, encontramos toda una serie de poblados (tipo I) que crean una

verdadera frontera de El Argar en Sierra Morena (Molina y Cámara, 2004: 45). Estos asentamientos se caracterizan por situarse en áreas de fuertes pendientes, con un fuerte control del territorio, aunque a veces se ubican cercanos a los cursos fluviales pero en posiciones relativamente dominantes sobre ellos. Con respecto a estos poblados existe una importante variedad en lo que se refiere a su tamaño (sus caras Oeste y Norte que superan las 2 Has.), situados en las inmediaciones del pantano del Rumblar. Se trata de La Verónica, Piedra Letrera y Quinto de la Majadilla (Cámara, 2004: 510). En relación a estos poblados y dentro del tipo I se sitúan el resto de asentamientos de menores dimensiones, pero también otros poblados de pequeña entidad pero ya del tipo II que son los encargados de dibujar la segunda línea de control alrededor del pantano del Rumblar, zona que tendría particular importancia no sólo por sus recursos metalúrgicos (Lizcano *et al.*, 1990) sino por tratarse de la zona de confluencia de varios ríos, por lo tanto como aprovechamiento agropecuario y de penetración hacia diversas zonas del piedemonte de Sierra Morena (Contreras y Cámara, 2000; Cámara *et al.*, 2004).

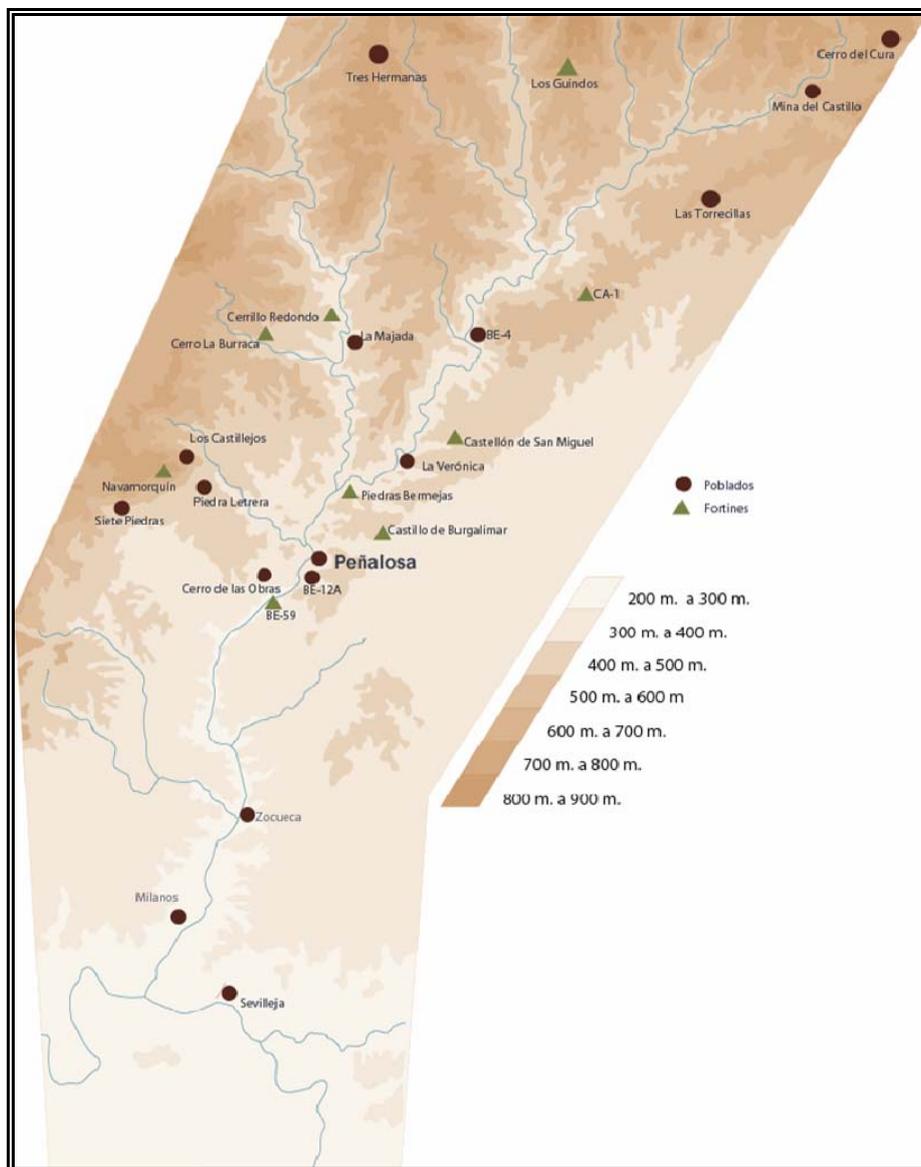


Lámina 96. Patrón de asentamiento en la cuenca del Rumblar en la Edad del Bronce (Contreras *et al.*, 1997).

Como decimos, se crea una segunda línea de defensa occidental compuesta por poblados situados tanto en las inmediaciones del valle fluvial de la cuenca del Rumblar como alineados con fortines conectados visualmente entre ellos y situados en lugares estratégicos con una gran visibilidad y control del territorio los cuales, además, estarían relacionados con los poblados anteriores. Entre los fortines encontramos el de Piedras Bermejas (Lám. 96) (Contreras *et al.*, 1993). Todos ellos estarían encargados de cerrar este frente limítrofe con la Depresión Linares-Bailén (Contreras, 1995: 153). Al interior de esta segunda línea defensiva de Sur a Norte se incluye los poblados principales de más de 2 Has. nos referimos a los yacimientos de Cien Ranas, Las Torrecillas, el Castillo de la Mina, pero sobre todo, al yacimiento de Peñalosa que es prácticamente de la misma extensión. Sin embargo, otros como el Cerro de las Obras y el Castillo de Burgalimar⁸⁷ presentarían mayores dimensiones (Cámara *et al.*, 2004). Estos poblados interpretados como del tipo II se caracterizan por presentar un menor Índice de Pendiente del Área Geomorfológico⁸⁸ (Cámara *et al.*, 2004) con respecto a los de la primera línea defensiva y se encuentran siempre en las inmediaciones de los cursos fluviales, aunque también podemos encontrar fortines situados en las mismas posiciones y relacionados con los grandes poblados del tipo I, como ya hemos mencionado. Un ejemplo sería el fortín de Piedras Bermejas (Cámara *et al.*, 2004: 510).

En el interior de la Sierra y hacia el valle del Guadalquivir encontramos dispersiones que se caracterizan, respectivamente, por yacimientos de menores dimensiones (Tipo III) ubicados lejos del curso fluvial principal. Los únicos ejemplos conocidos en la actualidad son el Cerro del Cura y el Cerro Barragán. Y, en segundo lugar, encontramos poblados que superan la 1,5 Has. (Tipo IV) que conforman la dispersión lineal hacia el Guadalquivir, situados en el valle bajo del Rumblar, junto al río. Entre ellos encontramos, el yacimiento Milanos (que es de menores dimensiones) y el de Sevilleja (que sería el de mayor tamaño) (Cámara *et al.*, 2004; Molina y Cámara, 2004).

Este sistema de poblados encastillados, aterrizados y de tamaño similar, dispersos desde los bordes de la Depresión hasta el interior de las cuencas mineras debieron estar controlados por los núcleos centrales de la Depresión que parecen arrancar de períodos anteriores y subsistir más allá del fin de El Argar, especialmente Cástulo (Pérez *et al.*, 1992). Esta permanencia caracteriza también los yacimientos centrales de la Loma de Úbeda, bajo los núcleos urbanos de Baeza (Pérez, 1994) y Úbeda (Ruiz *et al.*, 1986), donde se constata una importante sucesión de fortificaciones con bastiones y enterramientos (Molina y Cámara, 2000: 45).

A modo de conclusión, podemos decir que tanto al interior como exterior del valle del Rumblar nos encontramos con una organización territorial compleja (Cámara *et al.*, 2004: 512) durante la Edad del Bronce. Donde incluso autores como F. Contreras, plantean que se asiste a un auténtico proceso de colonización, similar al que ocurre en otras zonas en este mismo periodo (Moreno Onorato *et al.*, 1991-92). Donde la mayor

⁸⁷ Con respecto al Castillo de Burgalimar, las superposiciones del periodo medieval obligan a ser cautos, aunque a la vista de los resultados de las últimas intervenciones todo parece apuntar a su ocupación durante la Edad del Bronce. No obstante, debemos esperar a la publicación de estos resultados.

⁸⁸ Para obtener una información más completa y detallada de cada una de las variables e índices utilizados en el análisis territorial y del patrón de asentamiento remitimos a los lectores a la publicación de Cámara *et al.*, 2004.

preocupación de estos nuevos grupos humanos, es la de controlar los filones cupríferos del interior de la cuenca, razón por la cual, conforman un sistema de poblamiento totalmente jerarquizado articulado dentro de un modelo económico de aprovechamiento del territorio (Contreras, 2004: 496) donde podemos apreciar varios modelos de asentamientos:

- ❖ Poblados como La Verónica, Cerro de las Obras, Cerro Barragán y Peñalosa (también se podría incluir, Sevilleja) que superan 1 Has. Se ubican en espolones sobre el valle del río Rumblar y el río Grande. Todos ellos presentan unas características similares, un hábitat aterrazado provistos de potentes sistemas de fortificación.
- ❖ Poblados como Piedra Bermejas, que se caracterizan por tener un tamaño inferior a 1 Has. Que profesa un carácter estratégico, dotado de sistemas de fortificación y alta visibilidad, vinculados a necesidades de control.
- ❖ Por último, encontramos aquellos asentamientos ligados íntimamente a los afloramientos metalúrgicos, en la divisora de las aguas del Rumblar y el río Jándula, situados en lugares altos, este es el caso del yacimiento de Siete Piedras, Salas de Galiarda, etc. (Contreras *et al.*, 1993a/b; Contreras, 1995: 153).

Este modelo de organización territorial de la cuenca del Rumblar parece responder a unas necesidades geoestratégicas marcadas por el:

- ❖ Dominio y control de zonas propicias para el desarrollo de actividades agropecuarias y ganaderas.
 - ❖ Control de zonas ricas en yacimientos metalíferos y de las rutas naturales que conducen a estos yacimientos (Jaramillo, 2005).
 - ❖ Control territorial de las vías de comunicación relacionadas con las actividades de intercambio.
- a. Ocupación de una posición estratégica de autodefensa del poblado y de las zonas que explotan económicamente (Nieto, 2007).

El yacimiento argárico de Peñalosa se encuadra dentro de una organización territorial perfectamente planeada para el valle del Rumblar. Junto con otros poblados, como La Verónica o el Cerro de las Obras, recrean un grupo de yacimientos caracterizados por tener una extensión superior a 1 Has. y localizarse al interior de la segunda línea defensiva de la organización territorial para la cuenca del Rumblar. Todos éstos y, por supuesto, Peñalosa, objeto de nuestras investigaciones, responden a las características argáricas expresados en párrafos anteriores. Ocupa una posición estratégica dentro del valle del Rumblar, alzado sobre un espolón o cerro desde el que domina el valle de este río y mantiene una interconexión visual con la zona minera del Navamorquin-Salas de Galiarda y de la cuenca alta del Rumblar (El Centenillo y La Carolina). Tanto Peñalosa como los otros dos yacimientos mencionados, presentan un hábitat aterrazado (Contreras *et al.*, 1997: 57; Contreras y Cámara, 2002a: 15).

En el contexto del Alto Guadalquivir, Peñalosa, queda así delineado como uno más de los asentamientos metalúrgicos que en la cuenca del río Rumblar desarrollaron una estrategia productiva especializada en la obtención y transformación del mineral de cobre/plata. Precisamente, la importancia que tiene la actividad metalúrgica para la vida económica de este poblado, es lo que nos hace reafirmar la hipótesis de que nos encontramos ante un patrón de asentamiento asociado y dirigido a la explotación de los ricos filones cupríferos que afloran en el paisaje de Sierra Morena Oriental (Contreras, 1995: 152-153).

Peñalosa, a nivel cultural, es un yacimiento argárico, y como tal se caracteriza por presentarse como un asentamiento, perfectamente, adaptado a las características morfológicas que presenta el terreno a través del aterrazamiento de las laderas del cerro entre las aguas del Rumblar y las del Arroyo de Salsipuedes (Contreras *et al.*, 1997; 2000: 275; Contreras y Cámara, 2002a; 2001: 228-233). Para ello, construyen grandes muros de pizarra que recorren longitudinalmente dicha ladera y cortan los afloramientos rocosos (Contreras y Cámara, 2002a: 16). De ahí, que la configuración del poblado, tras las diferentes campañas de excavación de más de 25 de años, haya quedado establecida bajo el siguiente esquema⁸⁹ (Contreras, 1995: 148; Contreras, 2000: 47-66; Contreras y Cámara, 2002b: 68; 2001: 227):

- ❖ Terraza Inferior: GE I, II, III, IV y la gran cisterna.
- ❖ Terraza Media: GE V y VI
- ❖ Terraza superior: GE VII, VIII y IX
- ❖ Parte superior del Cerro: lo que ha sido denominado como Acrópolis Este que engloba el GE X y la Acrópolis Oeste (Lám. 96).

El aterrazamiento artificial del cerro se consiguió cortando las laderas, siguiendo las curvas de nivel del terreno, conformando así, unas anchas plataformas a partir de las cuales se disponen las estructuras de habitación (Contreras, 1995: 148; Contreras, 2000: 275; Molina y Cámara, 2004a/b). Un gran muro maestro y defensivo de pizarra recorre longitudinalmente (dirección Sureste-Noroeste) la ladera oriental que sirve tanto para delimitar las distintas terrazas como de pared oriental de las casas. El amplio espacio generado se compartimenta mediante tabiques o muros medianeros, dibujándose así una serie de estancias comunicadas y entrelazadas a través de puertas, de las que se conservan normalmente los goznes excavados en la roca (Contreras, 1995: 148; Contreras *et al.*, 1997: 69-70; Contreras, 2000: 284; Contreras y Cámara, 2002a: 16; 2002b: 68).

Los espacios de circulación y comunicación entre unas estancias y otras son especialmente estrechos, sobre todo, los que tienen su comunicación con el exterior que dibujan la forma de embudo (estrechándose hacia el exterior y ensanche al interior), posiblemente para proteger mejor los accesos al interior y obstaculizar el paso a las personas ajenas al poblado al igual que propiciaría la protección de su interior. Esta manifestación es especialmente representativa en la parte superior del poblado, en la vertiente Este del cerro, la zona más fortificada del conjunto del poblado siendo

⁸⁹ El esquema que presentamos solo concierne a la Ladera Norte y la cima del cerro del poblado, la razón de no incorporar la Ladera Sur es porque ésta prácticamente no ha sido objeto de intervenciones de carácter sistemático y a nivel microespacial, salvando puntuales actuaciones realizadas en los años 50 cuando García Serrano intervino en este yacimiento arqueológico.

apreciable en CE VIIa-XI (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002a: 16; 2001: 223-234).

Estos pasillos junto con la propia configuración de callejuelas que ponen en contacto unas terrazas con otras, junto con la posible techumbre plana de las casas que favorecería la conexión entre una terraza y otra constituyen los sistemas de circulación del poblado (Contreras, 2000; 2001: 28; Contreras y Cámara, 2002a: 16). Se ha podido constatar en diversos casos el enlosado de estos espacios de circulación con pizarras de grande y medio tamaño, tanto en habitaciones (Contreras y Cámara, 2001: 233), ejemplo de ello CE Xd, como en los propios accesos reflejados directamente en la constitución de calles, pasillos, etc. Al igual, que la utilización de la propia roca como enlosado natural que da acceso a estancias, dependencias o para la propia circulación constatado en el paso del CE Xd al pasillo CE Xc, CE XIa y en su continuación hacia el sur integrándose en el CE XIIf (Contreras, 2000: 285).

La variedad multifuncional del espacio de Peñalosa no sólo quedará reflejada en las estructuras de habitación, con la realización diferencial de actividades en un mismo espacio, sino que, de igual modo quedará reflejada en los pasillos, utilizados no sólo para la circulación, sino también para realizar labores de almacenamiento y de transformación de alimentos como queda patente en las estructuras de molienda y vasijas de almacenamiento que se pueden observar en el CE Xa. Incluso se ha llegado a documentar la realización de actividades relacionadas con la metalurgia (Contreras, 2000: 285).

La definición de los esquemas urbanísticos del poblado de Peñalosa se erigía como uno de los objetivos iniciales de este Proyecto. Precisamente, en nuestra investigación, creemos que este tema es de gran interés ya que como han expresado otros autores, las técnicas y sistemas constructivos junto a sus cambios, a los materiales empleados, etc., son uno más de los documentos legibles de las formas de vida humana en el transcurso de la Historia (Zevi, 1998: 163). Porque cualquier tipo de construcción es una evidencia que claramente nos permiten dilucidar los conocimientos, pensamientos, métodos y sistemas de trabajo de los primeros constructores y constructoras ya que estos rasgos continúan patentes a través de sus construcciones y a lo largo del tiempo (Mark, 2002: 20) siendo fruto directo del pensamiento humano. Es por todo ello que desde nuestra disciplina debemos aprehender a mirar los restos materiales de nuestros antepasados, como el reflejo material y tangible de una sociedad, para así poder aproximarnos a los patrones conductuales que guiaron sus vidas.

La construcción de muros, pavimentos, techumbres, etc., en definitiva, casas y en su conjunto los poblados, responden a la necesidad social de la creación de espacios habitacionales donde llevar a cabo la reproducción biológica de los futuros agentes sociales y del conjunto de actividades de mantenimiento (Castro *et al.*, 1999; 2003). La construcción de los espacios sociales responde a un complejo sistema mental pensado y estructurado por los hombres, mujeres y niños del pasado que con su trabajo lo hicieron posible.

V.2.5.2. El modelo urbanístico argárico

El modelo urbanístico argárico se caracteriza por su adaptación al terreno, como ya hemos reiterado en anteriores ocasiones. Dicha adaptación conlleva la realización de un esquema urbanísticos y constructivo homogéneo en sus fundamentos básicos aunque como veremos a lo largo de estos apartados, existen diferencias regionales (Molina y Cámara, 2004).

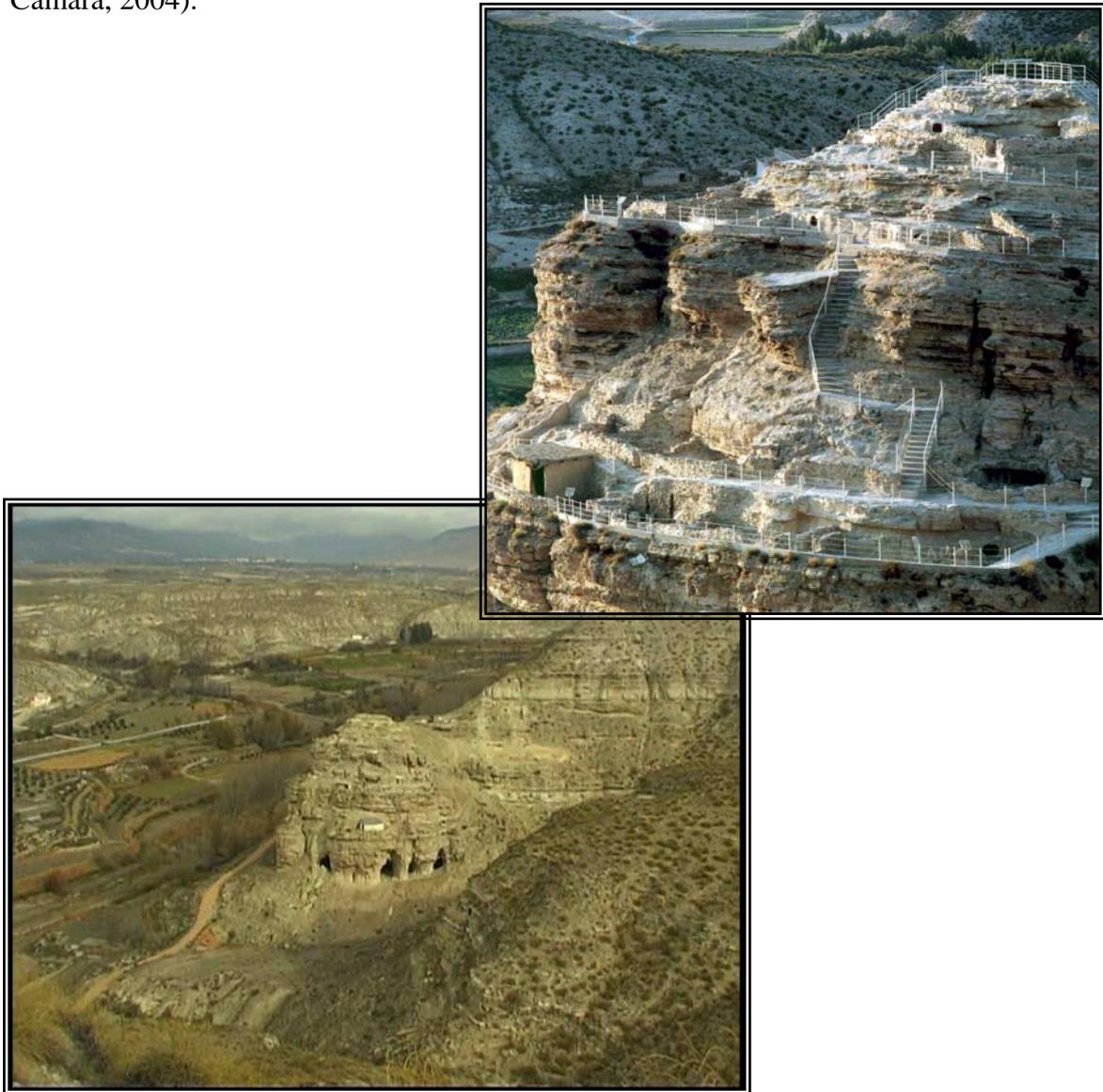


Lámina 97. Patrón de asentamiento y urbanismo argárico. Castellón Alto (Galera, Granada).

La construcción de los poblados argáricos (salvando los hallazgos recientes en llanura, como ya hemos mencionado) se realiza, siempre, sobre terrazas artificiales. Para ello cortan las laderas de forma artificial, las cuales ofrecen un punto de apoyo horizontal y vertical a las viviendas y el resto de edificaciones que los conforman (Nieto, 2007). Las viviendas alineadas a lo largo de las terrazas, dejan espacios vacíos para el tránsito, comunicación entre las distintas terrazas y para la propia recogida del agua de la lluvia, a modo de estrechas y tortuosas calles (Molina y Cámara, 2004a/b).

Lo cierto es que los constructores y constructoras argáricos, no sólo tenían muy claro donde y con que características elegían su emplazamiento sino que además supieron desarrollar toda una serie de conocimientos técnicos y prácticos para obtener un máximo aprovechamiento del entorno inmediato, a través de los cuales prevenían los más que probables efectos de la erosión, anticipándose a la propia naturaleza (Nieto, 2007).

El poblado argárico en sí se articula como un conjunto compacto, integrado en el espacio físico en que se establece. Las viviendas alineadas a lo largo de las terrazas son básicamente de planta cuadrangular aunque prevalece la idea de la circularidad, es decir, los muros que las constituyen se adaptan perfectamente a la forma del terreno circundando la colina en aquellas zonas donde es posible, lo que le produce unas construcciones pseudocirculares en cada terraza, siendo las terrazas concéntricas entre sí y respecto a un eje central, la cima del cerro o acrópolis. Esta zona del poblado sería lo que podríamos llamar como el “área central o principal”, la más destacada tanto por su ubicación como por, en la mayoría de los casos, su sistema constructivo y defensivo, ya que generalmente sería el área más estable y mejor protegida. La interpretación vertida hasta el momento sobre como se constituyeron y conformaron los poblados argáricos solo es válida para aquéllos que mantienen fielmente la “norma argárica” (Nieto, 2007), ya que en nuestro caso concreto, Peñalosa, no todo el cerro es ocupado y esta seccionado transversalmente por un gran muro de fortificación, muralla, que lo recorre en sentido Sureste-Noroeste.

Las casas pueden estar agrupadas entre sí conformando auténticos “barrios”, tal y como, sucede en el poblado de La Bastida (Totana, Murcia) o también pueden aparecer aisladas, a modo de granjas, como se ha constatado en el yacimiento en llano de El Rincón de Almendricos (Lorca, Murcia). Cada casa se compone por diferentes estancias o habitaciones que recrean formas cuadrangulares, rectangulares y trapezoidales aunque, en ocasiones, ofrecen cabeceras u otros espacios semicirculares o absidales (Molina y Cámara, 2004:15) o como sucede en el yacimiento de Los Cipreses (Lorca, Murcia) donde se documentan casas de planta de tendencia oval (Martínez *et al.*, 1999). El espacio útil de las viviendas es muy variado, puede ir de los 4 m. a los 150 m. (Nieto, 2007). En Fuente Álamo, las estancias suelen ser espaciosas ocupando un espacio habitable estimado de 5,30 m. x 4,40 m. (Schubart y Artega, 1986; Molina y Cámara, 2004b). Las habitaciones suelen estar separadas por pequeños (tanto en altura como en grosor) tabiques o muros medianeros construidos en piedra, tapial o cañizo, barro y, como veremos en otras ocasiones, la propia roca jugara su papel en este sentido, tal y como ocurre en el poblado de Peñalosa. En el yacimiento de la Terrera del Reloj (Dehesas de Guadix, Granada) sus tabiques son realizados en tapial, revocados con barro y enlucidos con cal mientras que en la Loma de Balunca (Castillejar) son siempre de cañizo y tapial sobre zócalos de piedra; en el Castellón Alto (Galera, Granada) se componen por un entramado de barro y cañas o tapial (Molina *et al.*, 1986). El carácter endeble de estas estructuras es lógico si pensamos que su función no es de sostén sino sólo de compartimentación interna de las viviendas.

La tendencia de los hombres, mujeres y niños argáricos, como auténticos constructores de sus poblados, fue la de utilizar la materia prima de su entorno físico más inmediato. Sin embargo, es cierto que en sus sistemas constructivos, el uso de la piedra jugara un gran papel, convirtiéndose en un elemento principal, sobre todo, en sus momentos iniciales y en determinados poblados como Peñalosa. Esta entre otros

aspectos más técnicos, les confiere a las construcciones una mayor solidez y estabilidad. Aunque, como decimos, lo normal es que utilizasen el material que encontraban en las proximidades de los asentamientos. Por ejemplo, en el yacimiento de Fuente Álamo (Cuevas del Campo, Almería) y en Castellón Alto (Galera, Granada), el alzado de las casas estaba formado por un zócalo de piedra dispuesto sobre la explanación previa del terreno y apoyado en postes de madera hincados sobre los cuales se disponían las estructuras de tapial (Contreras *et al.*, 1997). En otras zonas, como bajo la actual ciudad de Lorca (Murcia), encontramos zócalos de piedra y alzado de adobes (Martínez, 1995) y en el yacimiento de Los Cipreses (Lorca, Murcia) se han podido recuperar hasta cuatro capas superpuestas de revoco alternando los colores rojo y beige, lo que permite apuntar que estas paredes debieron ser revocadas periódicamente (Martínez *et al.*, 1999). Por su parte, en el Rincón de Almendricos (Lorca, Murcia) se ha detectado una capa exterior de arcilla y estiércol en la base de los muros. De esta manera conseguirían impermeabilizar la casa frente a los agentes adversos externos, generalmente, meteorológicos (Ayala, 2001). En Gatas (Turré, Almería) durante su periodo II, se documentan postes de madera y paredes de tapial, material empleado también en la realización de sus tabiques (Castro *et al.*, 1999). Esta variedad de usos de las diferentes materias primas utilizadas por parte de los grupos argáricos en la construcción de sus casas, nos hablan de su fuerte capacidad en la acumulación de conocimientos y experiencias a la hora de reconocer en su entorno medioambiental los elementos más idóneos para la producción de sus construcciones así como también de su capacidad para establecer mecanismos lo suficientemente depurados a la hora de emplear cada uno de los materiales utilizados. Ejemplos de ello es el uso del estiércol, que actúa como un agente aislante de las humedades, y de la cal por su uso, utilizada igualmente, como aislante contra las bacterias y como impermeabilizante y control de la temperatura interna de la casa.

La techumbre de sus casas es otro de los elementos que nos hablan de la capacidad urbanística y arquitectónica de estos grupos sociales. Éstas suelen ser por lo general planas y a una vertiente con una ligera inclinación, aunque también se conocen casos en que se presentan a dos aguas. Suelen estar compuestas por un entramado de cañas o tablas de madera que apoyaban directamente sobre vigas maestras y postes (Molina y Cámara, 2004: 17). Con la idea de alcanzar la impermeabilización de sus casas, los hombres y las mujeres argáricos, aplicaban una masa arcillosa sobre este entramado vegetal, aportándole así una mayor estabilidad y consistencia a sus casas ante las inclemencias del tiempo. En otros casos, como en Peñalosa, se ha constatado la colocación de grandes lajas de pizarras sobre todo este entramado (Contreras *et al.*, 1997; Contreras y Cámara, 2002a/b).

Las propias características de la forma y la construcción de las techumbres conllevaban intrínsecamente una doble acción, dar y propiciar el carácter de habitabilidad y estabilidad a la casa y por extensión a sus integrantes y, por otro lado, su forma plana facilitaba la conexión entre unas terrazas y otras y por extensión la propia circulación y movimiento humano a través de ellas (Contreras *et al.*, 1997: 63; 2000: 285; Contreras y Cámara, 2002a: 16; 2001: 233).

Los suelos de las viviendas suelen estar formados por una capa de barro endurecido de color rojizo o por auténticos enlosados o empedrados compuestos por lajas planas de piedras (Contreras *et al.*, 1997; Molina y Cámara, 2004; Nieto, 2007). En muchas ocasiones, que analizaremos más detalladamente en el poblado de Peñalosa, la

variedad de los suelos están íntimamente relacionados con la funcionalidad y uso de ese espacio.

Como podemos observar, con respecto a la conformación de los poblados argáricos como en la constitución, formas, sistemas constructivos, etc., de sus propias viviendas existen diferencias sustanciales con respecto a los periodos anteriores (Nieto, 2007). Tanto es así que la propia vivienda argárica ha sido definida por parte de algunos autores, entre los que destacamos a Jorge Juan Eiroa (1986), quién la califica como *el reflejo parcial de una sociedad urbanizada, en relación directa con las posibilidades del medio físico y con un carácter práctico y funcional adecuado en todo momento al modo de vida adoptado por estos grupos humanos* (Eiroa, 1986).

En los poblados argáricos, junto a las viviendas, se localizan otras construcciones de carácter singular. Uno de los mejores ejemplos lo encontramos en el yacimiento almeriense de Fuente Álamo. En la cima de éste, en ese espacio determinado como “central o acrópolis” se localizan grandes construcciones de formas cuadradas, que por su robustez pudieron tener en su momento de uso un carácter de almacén fortificado, a modo de grandes torres exentas de al menos dos pisos de altura. Anexas a esta estructura, probablemente central, también se localizaron cinco construcciones más de forma circular, que han sido interpretadas por parte de los investigadores a cargo de su excavación e interpretación, como auténticos silos de almacenamiento, que alcanzan 1 m. de altura y un diámetro de 2,50 m., que a su vez, parecen corresponder con unos zócalos sobre los que debieron situarse estructuras realizadas en barro que conformaría una auténtica cámara superior (Shubart y Arteaga, 1986).

Otros recintos de formas y dimensiones variadas han sido interpretados como auténticas cisternas o estructuras constructivas cuyo carácter sería el aprovisionamiento de un recurso tan apreciado como el agua. Éstas, normalmente, se ubican en las zonas altas del asentamiento, en las denominadas acrópolis (Moreno Onorato *et al.*, 2008). Uno de los casos mejor y más conocidos es el del yacimiento de Fuente Álamo (Cuevas de Almanzora, Almería) (Schubart *et al.*, 1985; Schubart y Pingel, 1995; Arteaga, 2001). Su estructura hidráulica ha sido documentada en su totalidad. Presenta una planta ovalada y un fondo plano. Fue excavada en la roca de naturaleza esquistosa, estando revestida por un muro de mampostería, trabado con limos de filita, que actuaría como material impermeable. Las paredes de la cisterna formaban un talud, alcanzando una longitud máxima de 6,20 m. en el fondo y 9 m. en el borde. En cuanto a la profundidad podría oscilar entre 3 m. y 3,50 m., calculándose su volumen en unos 100.000 litros (Schubart *et al.*, 2000). Así mismo, los propios hermanos Siret, documentaron una estructura similar en el yacimiento argárico de El Oficio (Cuevas del Almanzora, Almería) (Siret y Siret, 1890; Leira, 1987). Otros ejemplos han sido documentados en yacimientos como La Bastida (Totana, Murcia) (donde se han identificado diferentes restos constructivos que podrían responder a este tipo de estructura) (Eiroa, 1986) y la Illeta dels Banyets (El Campelló, Alicante) (Simón, 1997; Soler *et al.*, 2004), donde se han documentado hasta dos cisternas. Por último y la última conocida hasta el momento debemos referirnos a la de Castellón Alto (Galera, Granada) (Molina y Cámara, 2004) nuevamente localizada en esa zona central y alta del cerro al interior de su recinto fortificado.

En otros casos, como en el Castellón Alto (Galera, Granada) la aparición de una gran cantidad de coprolitos de cabra y conejo junto a un nivel de estiércol han hecho

pensar en la existencia de un establo al interior del poblado. Éste se localizó en el extremo occidental de su terraza intermedia (Contreras *et al.*, 1997; Molina y Cámara, 2004a/b). Tanto este elemento constructivo como el anterior, las cisternas, debieron tener un carácter público dentro de los poblados.

Por último, tenemos que referirnos a los sistemas de fortificación que constituyen uno de los elementos característicos de esta cultura particular. Precisamente, los sistemas defensivos naturales se verán reforzados por la construcción de estructuras que refuerzan las zonas más débiles y desprotegidas del asentamiento. La variedad, en cuanto a las formas, la localización y el tamaño, vuelven a depender de las zonas donde nos encontremos. Estas pueden ir desde auténticas murallas, torres, bastiones etc., que en unas ocasiones envuelven un espacio o lugar determinado del poblado y en otras se convierten en auténticos cierres perimetrales del asentamiento.

En la zona nuclear almeriense es característica la existencia de una “acrópolis” que ocupa la parte alta del cerro. Generalmente, ésta sería el área dotada de una muralla perimetral situándose las viviendas a extramuros y en cuyo interior encontraríamos los edificios más singulares junto a otros elementos arquitectónicos especiales como almacenes, cisternas, silos, etc. Ejemplo de este sistema lo encontramos en yacimientos como Fuente Álamo, El Oficio, Gatas o Lugarico viejo (Antas, Almería). En este último caso, se constata la existencia de una muralla que cierra toda la ladera Sur del asentamiento que arranca desde su cúspide y en la que se ha localizado una posible torre (de 2,60 m. de diámetro) que conserva escasamente una hilada de altura (Ruiz Gálvez *et al.*, 1990). En la zona del Alto Almanzora, en el yacimiento de El Picacho (Oria, Almería) se ha documentado la existencia de un muro de cierre (caracterizado como una muralla) de 50 cm. de anchura (Hernández y Dug, 1975). También se han documentado restos de construcciones fortificadas en el Cerro de En medio/Cerro del Rayo, en el valle del río Andarax (Molina *et al.*, 1980; Molina y Cámara, 2004a).

En el Altiplano de Baza-Huéscar, en la provincia de Granada, se mantiene el modelo general de la zona nuclear, un ejemplo lo encontramos en el Castellón Alto (Galera, Granada) donde se localiza un muro defensivo en la cima del cerro delimitando así una zona de acrópolis junto con varias viviendas y una cisterna (Molina *et al.*, 1986). Por el contrario, en las depresiones centrales y occidentales de esta misma provincia se localiza un gran recinto fortificado de planta rectangular situado sobre una meseta en la zona central del asentamiento en cuyo interior no se determinan ni casas ni sepulturas. Ejemplos de este tipo de fortificaciones las encontramos en el conocido yacimiento del Cerro de la Encina (Monachil, Granada) donde la fortificación se localiza en la meseta central del asentamiento, se constituye como un gran recinto de planta absidal (Arribas *et al.*, 1974) y en la Cuesta del Negro (Purullena, Granada) (Molina, 1983). Además, en este último yacimiento, también se documenta un pequeño fortín, de planta casi circular que se encuentra aislado en la zona superior de la cuesta y protege la entrada al poblado. De esta manera, los constructores y constructoras completan una línea de protección de todo el poblado (Molina, 1983).

Por último, debemos referirnos a la zona argárica murciana. En esta área si algo destaca es que el 95% de los poblados documentados carecen de zonas y estructuras de fortificación (Ayala, 1986). Entre los que aparecen dotados de las mismas destacamos el Cerro de las Viñas de Coy (Lorca, Murcia) donde se ha constatado la presencia de una muralla con torres y bastiones cuadrangulares (Ayala *et al.*, 1993-94), aunque lo más

normal es localizar torres aisladas en el interior de los poblados. Este es el caso del yacimiento argárico de Ifre (Totana, Murcia) o el Cerro de la Cruz (Totana, Murcia) (Ayala, 1986; Molina y Cámara, 2004a).

Al comienzo de este apartado hemos expresado la idea de que el poblado argárico conforma un espacio compacto, armónico y en muchos casos estandarizado. Sin embargo, cada una de sus similitudes y diferencias nos permiten acercarnos a un modo particular de pensar, sentir y comportarse, que en su articulación conforma un grupo cultural concreto. Porque, cada yacimiento o poblado, responden a unos criterios individuales marcados por unas necesidades y elecciones concretas y particulares. De ahí que aunque existan estudios globales sobre la Cultura del Argar, es necesario el conocimiento individual de cada uno de los grupos sociales que la integran ya que sus necesidades y comportamientos varían según la zona que se estudie.

V.2.5.2. Planificación y organización urbanística del poblado de Peñalosa



Lámina 98. Reconstrucción ideal del poblado de Peñalosa.

El hábitat de Peñalosa se organiza adaptándose perfectamente a las características morfológicas del terreno mediante el aterrazamiento de las laderas del cerro (Lám. 98). Éstas son cortadas en el sentido de las curvas de nivel para conformar plataformas más o menos anchas cuyo espacio resultante se compartimenta, creando una serie de viviendas en las diferentes terrazas artificiales. Una vez cortada la roca, ésta es revestida por un gran muro de pizarra que arranca de la Terraza Inferior de la ladera Norte. Este muro conformará la pared trasera de una vivienda, o de una parte de ella y la delantera de otra, tal y como sucede por ejemplo entre los espacios centrales (CE IIIa y IVa) de las viviendas III y IV, respectivamente (Lám. 96) (Contreras, 1995; Contreras *et al.*, 1991a; Contreras y Cámara, 2002b).

La disposición de las casas en este poblado es a veces ciertamente singular, sobre ello incidiremos a lo largo del capítulo de análisis de cada una de ellas. Si bien,

podemos adelantar que parece existir una mayor preocupación por la planificación de la superficie a ocupar por cada vivienda que una adaptación rígida al terreno. Esto lo podemos apreciar en la articulación del CE Ia y Id, ya que la separación entre las viviendas I y II no tiene lugar en una depresión natural del terreno pero tampoco asistimos al esfuerzo, por parte de los/las constructoras, de realizar el vaciado de la roca del CE Ia hasta llevarla al nivel del CE Id, sino que por el contrario, prefieren perder un espacio de forma triangular que origina una forma escalonada en la constitución de esta casa (Contreras *et al.*, 1993a; Contreras y Cámara, 2002b).

En este sentido, debemos recordar que la disposición de las viviendas se verá afectada por la dirección del muro de cierre y por la construcción de ciertas estructuras especiales, como es el caso de la cisterna en la Terraza Inferior (Contreras *et al.*, 1993a; Contreras *et al.*, 1997: 66-67; Contreras y Cámara, 2001: 235).

Hasta el momento, en base al nivel de excavación e intervenciones arqueológicas realizadas en este poblado podemos hablar de forma exclusiva del sistema de construcción de las viviendas de Peñalosa durante la fase IIIA. Esta fase, considerada por el momento como el último período de ocupación del poblado, denota una mejor y mayor conservación de su registro arqueológico, como es habitual en la Cultura Argárica (Siret y Siret, 1890). Sin embargo, no debemos olvidar que el poblado de Peñalosa es multifásico, característica que también se verá reflejada en sus sistemas constructivos. Hasta 1750 A.C. aproximadamente, la construcción de las viviendas del poblado se alineaba en paralelo a las curvas de nivel adosando sus muros maestros de forma oblicua al muro de cierre del poblado. A partir de dicha fecha, los y las habitantes de este poblado decidieron llevar a cabo una reestructuración y ampliación del mismo, los muros maestros de las viviendas, serían prácticamente perpendiculares al muro de cierre del poblado (Contreras y Cámara, 2002a: 19).

Hasta el momento, en Peñalosa, se han constado un número mínimo de once Unidades Habitacionales que se distribuyen de la siguiente manera (Lám. 96):

- ❖ Terraza Inferior: Casas I, II, III, IV
- ❖ Terraza Media: Casas V y VI
- ❖ Terraza Superior: Casas VII y IX
- ❖ Cima del cerro o fortificación: Casas Xa, Xb, Xi (en esta última se han identificado hasta el momento tres espacios domésticos distintos).

Todas ellas presentan una misma forma, son rectangulares, aunque su orientación varía dependiendo de su localización. Por ejemplo, en la zona de fortificación, se orientan de Sur a Norte, mientras que, en la ladera Norte se presentan en sentido Este-Oeste. Si bien, todas ellas son de grandes dimensiones, entorno a unos 25 m², aunque no todas presentan el mismo tamaño (Contreras *et al.*, 1991a). Por ejemplo las situadas en la Terraza Media y Superior son de mayores dimensiones que las localizadas en la Terraza Inferior, si bien, en éstas últimas hay que tener presente que la actuación del pantano ha hecho desaparecer partes de ellas, sobre todo en sus extremos occidentales (Contreras, 1995). Todas las casas de esta Terraza Inferior, tendrían su entrada en este extremo así como también las de la Terraza Media (Contreras *et al.*, 1991a). Sin embargo, en el caso de la Terraza Superior se ha constatado una puerta en su parte norte flanqueada por dos bastiones que permite la comunicación entre ésta y el exterior del poblado.

Cada una de las viviendas documentadas constan de varias habitaciones o estancias de distinto tamaño. Conforme nos vamos aproximando a las zonas altas del poblado, la complejidad urbanística queda más latente, tanto es así que en las viviendas de la Terraza Media, Superior y Acropolis Este la organización del espacio de cada una de las casas es mucho más compleja. Si bien, cada una de las estancias o habitaciones definidas en el conjunto de las viviendas están determinadas por la utilización de muros medianeros o tabiques realizados en piedra, de forma mayoritaria, como sucede en la vivienda II, VI y VII. En otros casos, como en la casa III aprovechan el afloramiento rocoso para dividir dos espacios con funcionalidades diferentes. Estos tabiques suelen constar de escasa altura. Hasta el momento en Peñalosa se han documentado un máximo de diez hiladas de piedras en su constitución y presentan escasa envergadura en relación con la magnificencia que recrea el poblado en sí.

Otras estructuras relacionadas con la construcción de las viviendas son los pilares de mampostería (documentado en la casa VI en su Complejo Estructural VIe). También tenemos constancia de puertas más o menos estrechas entre los distintos CE como es el caso entre el CE Id y b (Casa I) la puerta de acceso del exterior del poblado al interior de la Terraza Inferior por el Ie. En la vivienda VI se documentó la puerta con su escalón de entrada por la disposición vertical de una gran laja de pizarra como sucede también en la Unidad Habitacional Xa. En otros casos se aprovecha la propia roca que tras su adaptación mediante su recorte se consigue el mismo objetivo. Ejemplo de ello lo encontramos en el acceso de la estancia CE Xd al pasillo central de la fortificación CE Xc (Contreras *et al.*, 1997: 71; 2000: 278-279; Contreras y Cámara, 2002a: 16). Otros elementos arquitectónicos constatados arqueológicamente, son las jambas (casa VI y IX) con huecos para los goznes y con postes para ayudar a sostener la techumbre en sus inmediaciones. En otros casos los accesos los consiguen a través de una simple prolongación de los pasillos (CE VIIIf) o bien por la interrupción de los tabiques (CE IVa y VIIj, Xa).

Precisamente, la comunicación entre los distintos Grupos Estructurales están perfectamente constatados por una serie de pasillos estrechos que van recorriendo el poblado por su interior y poniendo en comunicación las distintas áreas de habitación. Un ejemplo muy claro lo encontramos en el pasillo que comunica el CE IXb y IXd en la Casa IX, en la Terraza Superior, o el CE Xc que conecta a través de él toda la Acropolis Este del poblado. En muchas ocasiones estos pasillos, situados al interior de las propias casas se nos presentan provistos de sistemas de cubrición en todo su recorrido favoreciendo así la realización de determinadas actividades como la molienda o el almacenamiento pero en otras ocasiones presentan un carácter semicubierto lo que los convierten en espacios factibles para el desarrollo de actividades de carácter metalúrgico.

Como podemos observar, los hombres y mujeres que construyeron las estructuras de habitación del poblado argárico de Peñalosa, no solo supieron aprovechar al máximo los recursos naturales circundantes, lo que pone de relieve tanto su gran conocimiento del medio, como su enorme capacidad constructiva para su aprovechamiento, sino que cada construcción respondía a un por qué, marcado por un objetivo inicial. La pizarra constituye el principal componente del basamento rocoso donde se encuentra asentado el poblado de Peñalosa, por ello, no es extraño su uso generalizado en la construcción del asentamiento. La pizarra es una roca metamórfica homogénea formada por la compactación de arcillas, generalmente de color opaco

azulado oscuro. Su principal característica es su carácter exfoliable, por lo cual se puede romper en hojas delgadas, planas y elásticas (Ribera Groenau, 2007). En la actualidad, debido a su impermeabilidad, la pizarra se continúa utilizando en la zona del municipio de Baños de la Encina para la construcción de tejados, como piedra de pavimentación e incluso para fabricación de elementos decorativos, tal y como también ha quedado patente en el registro arqueológico de Peñalosa donde se han documentado diferentes ejemplos de colgantes en esta materia prima.

Teniendo en cuenta todos los elementos y características expuestas anteriormente, no es de extrañar que los tramos de los muros fueran realizados de mampostería con aparejo irregular de pizarras revocadas con barro (Contreras *et al.*, 2000; Contreras y Cámara, 2001: 228; 2002b: 68). Al contrario de lo que sucede en otros poblados argáricos, en Peñalosa, todos los paramentos son acabados hasta su máxima altura en piedra⁹⁰ (Contreras *et al.*, 1990), sus constructores no utilizan el tapial ni el adobe para el alzado de sus muros, sólo la piedra trabada con un barro de color rojizo. En algunos casos se ha podido observar como la piedra fue recortada parcialmente para conseguir una forma lo más cuadrada posible, aunque generalmente, tuvieron la preocupación de seleccionar aquellas que de forma natural ofrecían la forma propicia. También se ha podido comprobar cómo la mayoría de los lienzos de muros estarían acabados en su interior por medio de la aplicación de un revoco de barro, a modo de enlucido, consiguiendo así la regularización de las paredes de las estructuras de habitación.

Por su parte, el sistema constructivo de los lienzos de muro, consistía en crearles una ligera cimentación, de aproximadamente unos 40 cm., habiéndose documentado, en ocasiones, la propia rotura de la roca madre (Contreras *et al.*, 1997: 62; 2000: 275; Contreras y Cámara, 2002a: 16). Normalmente, la construcción de los muros la realizaron colocando una doble línea de pizarras de mediano y grande tamaño, formando la cara externa e interna con un relleno compuesto por pizarras de menor tamaño, de formas irregulares trabadas por barro endurecido. En determinadas ocasiones, sobre todo, en los muros de mayor envergadura en cuanto a su espesor, parece constituirse una tercera línea interior. Éste es el caso del sistema constructivo utilizado para el muro de cierre de la Fase IIIA. En otras ocasiones, la construcción de los muros se realiza con una sola línea de piedra lo suficientemente ancha para conformar en sí misma el lienzo deseado.

En el poblado de Peñalosa, sobre todo en la Terraza Superior y en la denominada Acrópolis Este (pasillo central denominado CE Xc), mejor conservado, se han llegado a documentar paramentos de más de 2 m. de altura, lo que ha hecho pensar que podrían llegar a alcanzar unos 3 m. de altura en el estado primario de uso (Contreras *et al.*, 1997: 69; 2000: 275; Contreras y Cámara, 2002a: 16). Como vemos, a grandes rasgos, Peñalosa mantiene los sistemas constructivos de los típicos asentamientos argáricos, como Fuente Álamo (Shubart y Arteaga, 1986). Si bien, como en otros muchos aspectos, este poblado contiene una serie de particularidades y, entre ellas, el uso exclusivo de la piedra como principal materia prima.

⁹⁰ El excelente estado de conservación de los lienzos de muro en la cima del cerro, en la zona denominada como fortificación, y la acumulación de los potentes derrumbes de piedra, documentados en esta área así como en el resto de las Terrazas de la ladera Norte, nos permiten argumentar esta cuestión.

Como podemos observar, tanto la piedra como la tierra del entorno del poblado, fueron utilizadas en función de la técnica constructiva de la mampostería (piedra trabada con barro o mortero). Por su parte, la utilización de especies arbóreas en forma de madera fue utilizada como soporte de la techumbre, mediante postes o vigas, al igual que para la construcción del propio techo (Contreras *et al.*, 2000).

A este respecto, debemos decir que se ha podido constatar su sistema constructivo en base a la documentación obtenida del registro arqueológico, sobre todo, en base a las viviendas situadas en la Terraza Superior y la fortificación, concretamente en los CE VIIIh, XIId y Xa. En estos espacios domésticos o de habitación se ha podido comprobar la instauración de unos techos planos, constituidos por un entramado de ramas bien de alcornoque, encina⁹¹ o jaras (Rodríguez Ariza, 2000). Este entramado estaría recubierto por una gruesa capa de barro de color rojo⁹² mezclado con fuertes cantidades de materia orgánica como la paja. De esta manera conseguían dos objetivos, por un lado, salvar las irregularidades dejadas por el entramado del ramaje y por otro lado se conseguía impermeabilizar la zona. En relación al último objetivo, en el registro de Peñalosa, se ha documentado la existencia de grandes lajas de pizarra en el derrumbe de adobe (ejemplo de ello lo encontramos en el sector 6 o CE VIg o el sector 9 CE Xa). Estas grandes piedras parecen cubrir la función de impermeabilizar y conseguir dotar a la techumbre de la vivienda de una mayor estabilidad. Su colocación sería sobre el entramado de ramas y el recubierto de barro ofreciéndole así una mayor consistencia a la techumbre. A su vez, el registro arqueológico, nuevamente, nos informa de que los creadores de las viviendas colocarían corcho⁹³ en los huecos naturales originados por este sistema de cubrición (Contreras y Cámara, 2001: 229; 2002b: 68). Es de suponer que estas techumbres, aún siendo planas, presentarían una leve inclinación hacia el este u oeste para facilitar la escorrentía de las aguas y evitar así la acumulación de las mismas en las Terrazas Superiores sobre las Inferiores, que dirigidas por las callejuelas existentes acabarían en la cisterna situada en la Terraza Inferior del poblado (Contreras *et al.*, 1991). En este sentido, se podrían interpretar los sistemas de canalización excavados en la roca y dirigidos hacia los estrechos pasillos presentes entorno al CE VIIa (Contreras y Cámara, 2001).

La sustentación física de la techumbre de las casas se realizaría mediante la imposición de una serie de postes de madera (Contreras *et al.*, 1997: 70), bien de alcornoque o encina, que serían los encargados de sostener el armazón de ésta. Éstos se encajarían directamente en el nivel del suelo de ocupación. Su disposición y distribución espacial en el interior de las viviendas sería longitudinalmente a lo largo de toda la habitación (ejemplo de ello lo podemos observar en la Casa, III, IV, VI y IX) o también ocupando una posición central (como se ha constatado en el espacio doméstico Xa). Sin embargo, todos ellos presentan unas características semejantes; están sujetos al

⁹¹ El empleo de las encinas tanto para las vigas como para los postes queda atestiguado por la localización de sus restos en el sector 14 o casa IV.

⁹² Esta aplicación se ha atestiguado gracias a los hallazgos de diversos fragmentos de barro endurecido que presentaban las improntas de las ramas utilizadas (Ribera Groenau, 2007: 12).

⁹³ Los análisis antracológicos han generado una gran fuente de información a este respecto. Incluso la utilización del alcornoque como material de construcción ha llevado a plantear la posible utilización del corcho como un elemento constructivo de carácter impermeabilizante de los techos (Rodríguez Ariza, 2000). Se han recuperado numerosos fragmentos de corcho entre los niveles sedimentarios concernientes al derrumbe de adobes y tapial de la techumbre

suelo, a través de unos hoyos o recortes de la propia roca o del suelo de ocupación, donde encajaría directamente la viga de madera siendo calzada (interna y externamente) con lajas de pizarra o piedras de pequeño o mediano tamaño. La unión de los postes, las vigas y el ramaje se realizaría con cuerdas de fibras vegetales de diversa variedad, sobre todo, esparto (*Stipa tenacissima*) (Contreras y Cámara, 2002a: 16; Contreras *et al.*, 1997: 69-70; Contreras, 2000).

Otro de los elementos característicos de este poblado argárico, son sus vías o espacios de comunicación, las calificadas como estrechas y tortuosas calles. Hasta el momento se han documentado dos auténticas calles. La primera de ellas se localizó en la zona occidental de la Casa VI (Corte 18) compuesta por la deposición de lajas de pizarras planas formando un auténtico enlosado. Ésta se caracteriza por encontrarse a extramuros de la vivienda y hace pensar en que sería la encargada de recorrer el espacio desde la Terraza Superior y Media hasta la Terraza Inferior, sin necesidad de pasar a través de las diferentes casas.

La segunda de ellas, fue documentada en la sexta campaña de intervención del poblado durante el verano de 2005. Se trata de un auténtico espacio de circulación a extramuros de la fortificación. Al exterior de la línea de muralla, y bajo un potente derrumbe se localizó una rampa de circulación exterior al poblado, constituida por diferentes tramos marcados por losas planas y cada uno de ellos pavimentado por guijarros todos ellos muy homogéneos en tamaño y color (pequeños y en colores blanco y gris). En parte esta rampa aprovecha los buzamientos de la roca que asciende hacia el norte y que fue recortada (formando auténticos escalones) y vuelve a descender hacia el camino paralelo al río y de dirección oeste-este (Contreras *et al.*, e. p.). La utilización de los desniveles de la roca como forma de acceder escalonadamente a los diferentes espacios, también se aprecia perfectamente en el acceso al CE XIa.

Sin embargo, la circulación por el interior del poblado también se vería favorecida por los techos planos de las viviendas que facilitan la conexión entre unas terrazas y otras, especialmente allí donde el aterrazamiento o la reestructuración del poblado hizo necesarios dos muros adosados, siendo particularmente interesante la relación entre el CE VIIIh y XIId, dado que en el último de los cuales la zona de acceso a la vivienda XI quedaba restringida a su espacio funerario totalmente sellado (Contreras y Cámara, 2001: 233). También se ha constatado la aparición de un doble muro, llegando el inferior sólo hasta la altura de la techumbre de la casa que ocupa una posición inferior aprovechando el muro superior (de la casa de arriba) para embutir las vigas transversales destinadas a sostener la techumbre de esta vivienda inferior. Ejemplo de este sistema se ha documentado entre las viviendas VI y VII, donde se aprovechó el muro de cierre originario de la fase IIIB que fue desmantelado en parte en la construcción de la primera de las casas, utilizándolo tanto como soporte de la techumbre embutiendo las vigas en él y como estructura interna para el soporte en la realización de determinadas actividades.

En cuanto a los suelos de ocupación en Peñalosa encontramos dos modalidades. Los más generalizados se componen de capas endurecidas de barro rojizo (aproximadamente unos 5 cm. de espesor), precedida de una cimentación blanquecina (donde utilizan la roca degradada y fragmentada) y de menor grosor (2 o 3 cm.) como en el CE Xa. Pero también encontramos pavimentos formados por lajas planas de pizarra o piedras de arenisca conformando un auténtico enlosado, CE Xd (Contreras *et al.*, 1997: 71; Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002a: 16). Aunque, otros casos,

como ocurre en la vivienda I, se compaginan ambas modalidades. Su distribución en el espacio de esta casa está en función y en relación con las actividades que se van a desarrollar. La utilización de un sistema u otro parece estar relacionado con el tipo de actividad que se va a realizar y, por lo tanto, con el carácter productivo de dicho espacio. En estas cuestiones incidiremos de forma más explícita en el análisis pormenorizado de cada una de las viviendas documentadas.

Como sucede en el resto de los poblados argáricos, en Peñalosa, también encontramos ejemplos de construcciones especiales. Nos referimos a la gran estructura hidráulica. En nuestro caso, la cisterna se documenta en la parte central de la Terraza Inferior, en una zona relativamente llana y baja del poblado. Recordemos que entre las documentadas en el mundo argárico, las cisternas se ubican siempre en la cima de los cerros, sin embargo, esta es otra más de las características particulares de este yacimiento arqueológico. La cisterna en este poblado se ubica en una zona alejada del centro del mismo, tanto así que en el momento de su construcción y durante un tiempo prolongado de su uso, ésta estuvo a extramuros del poblado hasta el momento de las reestructuraciones en la fase IIIA. Su ubicación dentro del poblado, se entiende desde el punto de vista de su uso, como contenedor de agua, en la única zona del yacimiento donde afloran junto con la pizarra, bancos de conglomerados, y donde es posible recuperar el agua de lluvia procedente de la zona superior del cerro la cual sería conducida, muy posiblemente, hasta la cisterna. En este momento podemos decir que la cisterna de Peñalosa sobresale entre el conjunto de cisternas documentadas en el mundo argárico por: su posición en la parte baja del yacimiento, perfectamente adaptada al recorrido de la muralla en la zona este y adosada al norte de la vivienda IV; su gran capacidad volumétrica, que junto con la presencia de fosas cercanas a la misma delante de las casas de la Terraza Inferior, nos hacen pensar en que parte del agua se utilizara para labores artesanales, bien relacionadas con la metalurgia o bien con la fabricación de la cerámica u otras actividades de mantenimiento; su complejo sistema constructivo en lo que respecta al uso de las estructuras naturales y al acondicionamiento de los accesos; y, por último, por sus extraordinarias dimensiones (Moreno Onorato *et al.*, 2008).

Todo este complejo nudo urbanístico que constituye el poblado de Peñalosa queda delimitado en su parte oriental por un gran muro defensivo que lo va cerrando en este flanco. Este discurre por toda la ladera Norte, arrancando desde el punto más alto del cerro, donde se recrea y construye la zona más fortificada de todo el poblado, la denominada Acrópolis Este. En esta zona como en otros poblados inscritos en la cultura argárica (Cerro de la Encina de Monachil y la Cuesta del Negro de Purullena), no sólo se concentran determinados restos faunísticos, que en el caso de Peñalosa sobresalen fuertemente con respecto al resto del poblado los restos de équidos (Sanz Morales, 2000) sino que además se suelen localizar las sepulturas más ricas en cuanto a su ajuar (Molina, 1983; Molina y Pareja, 1975; Cámara, 2001). A este respecto, en el extremo sur (CE Xb) de la fortificación de Peñalosa y asociado al suelo de ocupación de la fase IIIA se encuentra una sepultura doble (Número 13). Volviendo al muro defensivo se ha localizado una puerta estrecha en rampa, flanqueada por dos bastiones macizos de forma semicircular que cierran aún más el espacio de la misma. Este gran muro defensivo se construye desde el primer momento de vida de este poblado y pervive durante toda su ocupación. Tanto es así que durante la fase IIIA la dirección general del muro de fortificación en la ladera Norte es en sentido sureste-noroeste. Sin embargo,

existen algunas peculiaridades de trascendental importancia, tanto para la configuración de las viviendas que se dispone en su interior como para explicar el diferente estado de conservación del muro según la resistencia que ofrezca a los embistes de las aguas del embalse (Contreras, 1993; Contreras *et al.*, 1997; 2000; 2001; Contreras y Cámara, 2001: 234). El papel que juega esta gran estructura defensiva en la complejidad urbanística de Peñalosa es crucial, no sólo por su carácter defensivo sino por su intervención en la propia organización del hábitat de este asentamiento.

V.2.5.3. La disposición formal del interior de las viviendas de Peñalosa (Lám. 99)

Como ya hemos apuntado, las casas de Peñalosa son de grandes dimensiones y presentan una forma rectangular o pseudorectangular. Su definición interna queda atestiguada por su compartimentación a través de la construcción de tabiques o muros medianeros o también por los propios recortes de la roca. Estas compartimentaciones internas son producto directo de una planificación urbanística muy meditada y en su mayoría responden a criterios funcionales y productivos del espacio creado.

En el poblado de Peñalosa podemos hablar de una gran homogeneidad en cuanto a su mobiliario interno y su disposición espacial. Algo característico dentro de la Cultura del Argar, definida como una sociedad bastante homogénea y estandarizada en sus comportamientos (Siret y Siret, 1890; Lull, 1983).

En cuanto, a la organización interna en Peñalosa, en los suelos de ocupación se documentan una gran cantidad de restos de madera carbonizada, en especial encina y roble (Rodríguez, 2000), localizada en diferentes áreas dentro de los contextos doméstico, por lo que sería una de las materias primas más empleadas tanto como elemento constructivo -soportes de techumbres, vigas maestras, elementos de techos, etc.- como para construcción de todo tipo de estructuras referentes al mobiliario interno (a modo de repisas, poyetes, estructuras colgantes, etc.) y doméstico de las viviendas (Contreras *et al.*, 1997: 72; Contreras y Cámara, 2002a: 16; Alarcón *et al.*, 2008). Sin embargo, reiterando nuevamente, los constructores de Peñalosa se adaptan perfectamente al sustrato geológico natural, modificándolo en parte para crear estructuras diversas, a veces excavadas en la roca y revestida o no, que servirían de apoyo a determinadas actividades productivas y, de forma más generalizada, utilizarían las piedras para la realización de estructuras de mampostería de variedad diversa (Contreras, 2000: 279; Contreras y Cámara, 2001: 230).

Una de las estructuras más frecuentes en el interior de las casas de este poblado son los **bancos**. Su principal elemento constructivo es la pizarra. Aunque en muchos casos son recubiertos de una capa de adobe de color rojizo, que le confiere una mayor homogeneidad a la estructura (Contreras *et al.*, 1997: 72; Contreras y Cámara, 2002b: 68).

La morfología constructiva de estas estructuras es muy variada al igual que su funcionalidad. En unos casos utilizaron la mampostería para realizar la estructura básica del banco (CE IVa, VIIe), en otros, se ha documentado un revestimiento del mismo con revoco (CE IVa), mientras en otras ocasiones, los bancos presentaban una sola plataforma de lajas planas (CE IVa, VIh) o bien una superficie de barro apisonado (CE

IIIb y CE Xa) (Contreras *et al.*, 2000: 279). En los casos en que se mezclan tanto piedra como barro para la construcción, las piedras están colocadas perimetralmente y en sentido vertical dispensándose el barro sobre un pequeño sustrato de piedras que configuraban la base de dicha plataforma (CE IVa, VI f) (Contreras *et al.*, 2000: 279).

El sistema constructivo empleado parece atender a la funcionalidad que vaya adquirir dicha estructura, es decir, en cuanto a la utilización de mampostería, este sistema es utilizado, sobre todo, cuando sobre él se va a colocar un molino. Éstos se han documentado inclinados y fijos de tal manera que se facilitaba la realización de la molienda (CE IVa, VIIe, VIIIa, Xa). Con respecto a estas estructuras, encontramos una excepción, nos referimos a la estructura 9.14 en la casa Xa. Se trata de un banco sobreelevado formado por lajas verticales revestidas de dos capas consecutivas de barro rojo y amarillento. Como en muchos casos, asociada a esta estructura se han localizado vasijas de almacenamiento embutidas en estructuras contiguas a estas estructuras de molienda. La morfología de estas estructuras de molienda pueden ser de forma rectangular como son los casos anteriormente descritos o, también, pueden presentarse formando un semicírculo y adosado a la cara interna de un muro. Su ubicación no sólo se ciñe al interior de un contexto doméstico sino que también suelen aparecer en las zonas de comunicación como pasillos (un ejemplo lo encontramos en la casa IV y VI, entre otros).

Por su parte, los denominados como bancos corridos o longitudinales suelen ubicarse bien en el interior de las viviendas, junto a la entrada y/o adosados a los lienzos de muros maestros y de compartimentación o bien al exterior, adosados a las paredes de dichas viviendas (Contreras, 2000; 2001; Contreras y Cámara, 2002a; Alarcón García, 2006: 64). Igualmente, varían en cuanto a sus dimensiones y funcionalidades. Su uso estándar sería como soporte para la deposición de restos culturales de grandes vasijas o contenedores, ollas, recipientes de consumo, etc., así como construcciones asociadas con el momento del consumo de alimentos. Sin embargo, cuando sus dimensiones son mayores, creemos que éstos podrían estar relacionados con soportes de descanso humano. Probablemente, un ejemplo de ello podrían ser las estructuras 20.9 en la casa III o las estructuras de la estancia central de la casa II, la 21.10 y 21.19. A pesar de que las correspondientes a la casa II presentan un escaso nivel de conservación, es cierto que en el momento de su localización aún conservaban restos de una capa de revoco de barro anaranjado. Este hecho junto con su ubicación en el interior de la vivienda y sus dimensiones y características constructivas, es lo que nos inclina a pensar que probablemente estén relacionadas con estructuras de descanso, lo que no quiere decir que no tuviesen otros usos dentro del contexto doméstico.

La reutilización de estos bancos de mampostería también queda constatada en el poblado de Peñalosa. Uno de los ejemplos más claros lo encontramos en la casa III (20.5). En este caso se trata de un gran banco corrido, también calificado como poyete de cocina, sobre el que se realizan dos oquedades donde se introducen sendas vasijas cerámicas cuyo contenido interno varía desde un enterramiento infantil hasta la realización de prácticas de cocina.

Otro de los elementos recurrentes en el registro arqueológico de Peñalosa, son las denominadas **estructuras de almacenamiento o contenedores de pizarra**. Estas estructuras son formadas por lajas de pizarra hincadas en el propio terreno, para contener vasijas cerámicas de gran tamaño, aunque es cierto, que, en ocasiones no se

realizada la deposición y acoplamiento de vasijas en su interior sino que la propia estructura se utiliza como contenedor, en la mayoría de los casos, de cereales.

Como veremos, sus constructores/as utilizaran la misma técnica constructiva que en las cistas de enterramiento, situando las lajas en oblicuo pero sin presentar revestimiento exterior de mampostería en la mayoría de los casos. Podemos destacar los ejemplos localizados en los CE Ib, IIIa, IVa VIIc y Xa (Contreras y Cámara, 2001: 230; 2002b: 68; Contreras, 2000). En la mayoría de los ejemplos documentados, estas estructuras o contenedores de almacenamiento suelen estar asociadas a las estructuras de molienda, anteriormente referidas, este es el caso de la 9.36 (Casa Xa) o 14.5 (Casa IVa). Por su parte, la relación de este tipo de estructuras con el registro funerario, está totalmente constatada en el poblado de Peñalosa. Este es el caso de la sepultura nº 7 en la casa VI. Asociado y en íntima relación con esta sepultura triple se localizó un depósito en forma de estructura de lajas hincadas, que contenía masivamente restos de animales acumulados en su mayoría en su extremo sur. Tanto por la entidad de la tumba en sí como por el momento en que tuvo lugar la utilización de ese espacio para esos depósitos y que no pudo ser anterior a la erección de todo el CE VIc (Contreras, 2000: 280), nos ratifica nuestra hipótesis de que ambas estructuras están en íntima conexión⁹⁴. Sin embargo, en otros ejemplos como los documentados en los CE IIIb y VIc no está tan clara la asociación entre una estructura de almacenamiento y una funeraria. En el caso del CE IIIb aparecen dos sepulturas en el interior de dos ollas embutidas en un banco de la vivienda (20.5) (sepulturas 15A y 15B) y el silo está algo alejado de ellas, por lo que parece que no existe relación entre ambas estructuras (Contreras *et al.*, 2000: 280).

Encontramos otras estructuras relacionadas con el almacenamiento, nos referimos a las estructuras excavadas en la roca o silos. Un claro ejemplo de este tipo de estructuras la encontramos en la casa II, concretamente, en su CE IIc, cuyo espacio parece girar entorno a la funcionalidad de esta estructura o silo excavado en la roca (21.26). Apuntamos que este es uno de los ejemplos más claros de este tipo de estructura porque en su interior se localizaron grandes cantidades de grano sin triturar. Otra estructura serían las denominadas como alacenas realizadas igualmente con pizarras para la conservación de los alimentos (Contreras *et al.*, 1997: 72; Contreras *et al.*, 2000: 279-280; Contreras y Cámara, 2001: 231). En definitiva, el almacenamiento de alimentos está documentado prácticamente en todas las viviendas del poblado, pero destaca la presencia de concentración de grano en la zona alta de éste, concretamente en el GE X (Contreras, 2000: 282) mientras que el almacenamiento de mineral, debemos destacar el caso relevante del CE VIIe donde se ha documentado una gran concentración de galena en una estancia particular y cerrada al resto de esta casa (Contreras *et al.*, 1991; Contreras *et al.*, 2000).

En cuanto, a la presencia de estructuras relacionadas con el desecho o basureros su constatación es problemática. Sin embargo, en la casa III se documentó una estructura (20.19) de sección rectangular en cuyo interior se localizaron abundantes restos cerámicos totalmente fragmentos mezclados con restos carpológicos y faunísticos.

⁹⁴ Tanto el análisis estructural como contextual de este espacio está realizado de forma pormenorizada en el estudio de la Casa VI. Es por ello, que no creemos necesario incidir reiteradamente en estas cuestiones trasladando a los lectores de este trabajo al apartado correspondiente.

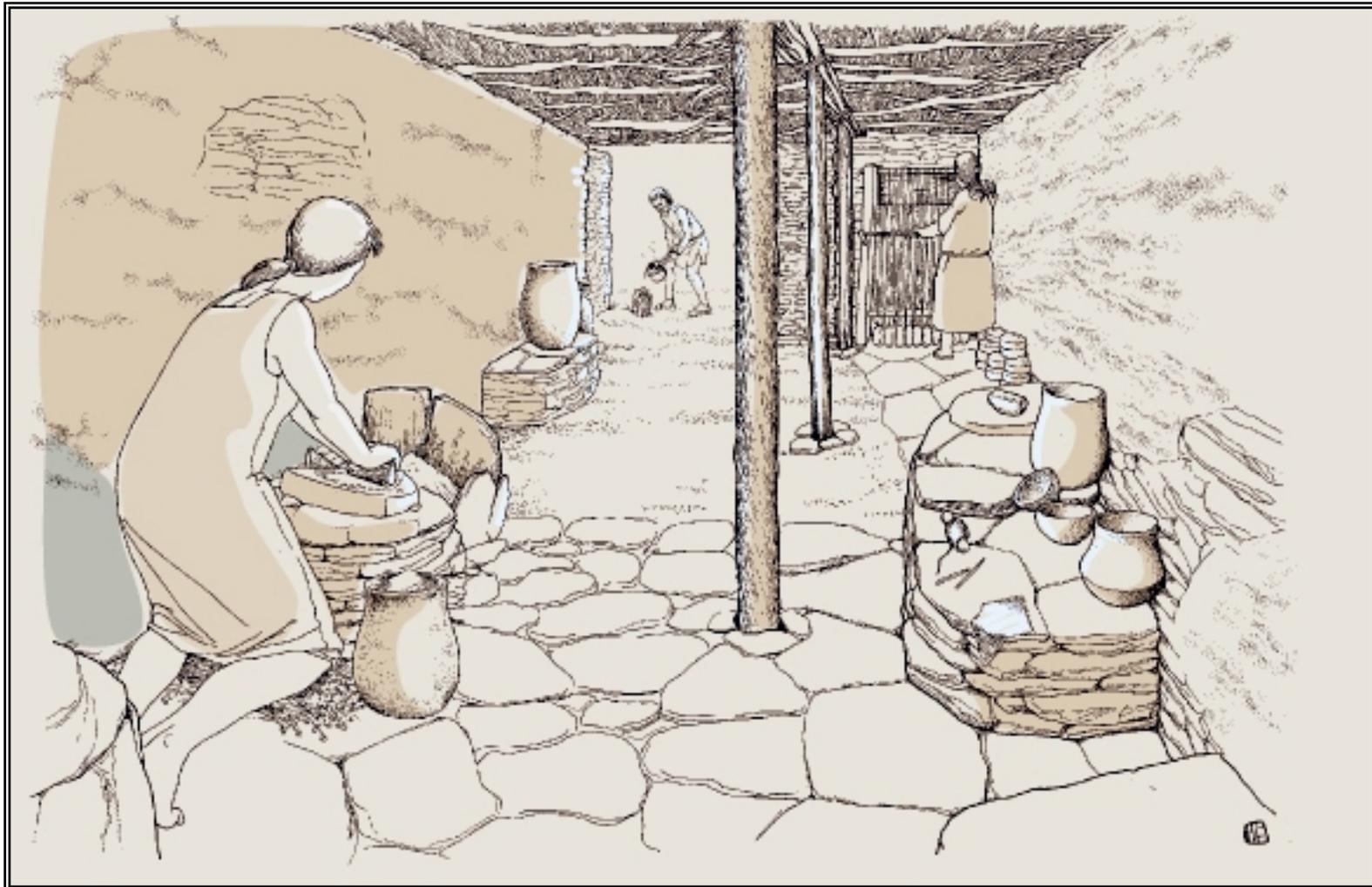


Lámina 99. Reconstrucción ideal a partir del registro arqueológico de una de las casas de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).

Asimismo, en el denominado como sector 35 de Peñalosa (entre la Acrópolis Este y Oeste), junto a un hogar de sección semicircular de gran tamaño, se documentó una posible estructura de similares características anexa a la primera donde se localizaron grandes cantidades de restos de fauna, sobre todo, mandibulares.

Seguidamente, tenemos que referirnos a uno de los elementos más cardinales en cualquier contexto doméstico, los **hogares**. Elemento esencial y central en cualquier unidad de habitación (Sorensen, 2000), están realizados bien con piedras (cantos de río de pequeñas y medinas dimensiones) o bien con pizarras recreando una forma circular. Respecto a su localización espacial, suelen situarse en el centro de las habitaciones o adosados a los muros formando un semicírculo (Contreras, 2000: 278-279; Contreras y Cámara, 2002: 16-17). La presencia de dichos hogares en zonas de habitación (CE Xa, donde se localizó uno de forma circular 9.16 y otro semicircular 9.62) como en otras por lo general no techadas (CE VIg y Xb), en donde se registran diversos elementos asociados a la actividad metalúrgica sugiere que se utilizaban indistintamente en la transformación de alimentos como en la fabricación de útiles ligados a otras actividades del poblado, sin que exista una distinción en cuanto a su tipología aunque sí en cuanto a su disposición espacial (Contreras *et al.*, 2000: 278-279).

Otro de los elementos estructurales claves que definen la cultura argárica son las **sepulturas**. El ritual de enterramiento en la cultura argárica y concretamente, entre el grupo humano de Peñalosa, respalda la estrecha vinculación que existe entre los miembros de una familia incluso después de la muerte. Como es habitual las sepulturas se localizan dentro de las unidades de habitación unas veces enmascarados como bancos sobre los que se desarrollan actividades domésticas y otras bajo el suelo de ocupación (Lull, 1983; Contreras *et al.*, 1997: 72; 2000; Contreras, 2001; Contreras y Cámara, 2002; Aranda y Molina, 2006).

En el poblado de Peñalosa, sobresalen, las estructuras funerarias en cista (sepultura 1, 2, 5, 6, 9, 11, 12, 14, 16, 18, 19, 21, 22, 24 y 25). En ocasiones se han documentado muros de mampostería rodeando o circundando estas estructuras. Siguiendo muy cerca a éstas están los enterramientos en *pithos* utilizados para la deposición de individuos infantiles, es el caso de las sepulturas 4, 15A, 15B, 23 y 26; y, en un último lugar, se encuentran escasos ejemplos realizados en covachas (sepultura 20), aunque éstas no son propiamente dichas sino que se aprovecha el vencimiento hacia el interior de una estructura muraria para adosarle una estructura de mampostería en forma semicircular conformando así las formas de las covachas. Este es el caso de la sepultura 28, contrastando así con otros yacimientos argáricos, como el Cerro de la Encina, Monachil (Granada) (Aranda y Molina, 2006) o el Castellón Alto (Galera, Granada), donde este último tipo de enterramiento sobresalen del resto, mientras que en la zona nuclear almeriense (es el caso de Fuente Álamo) van a dominar las cistas de pizarra, como en Peñalosa. Con esto lo que queremos expresar, es que la tipología de las sepulturas de la Cultura del Argar, va a variar en función del poblado que estudiemos, ya que como en el resto de construcciones, sus moradores, atenderán preferentemente al medio geográfico en el que se insertan (Contreras, 2001-2002).

A pesar de que este no es el espacio donde debemos profundizar en sus particularidades, sí que deseamos realizar una mención especial hacia la sepultura número 7. Ésta constituye y conforma todo un espacio central en la Casa VI. Se trata de

una construcción en forma de cista rodeada por toda una serie de muros de mampostería que encierran un enterramiento triple.

Como hemos podido observar el mobiliario interno de las casas de Peñalosa está relacionado con una serie de actividades referidas directamente con el sustento y mantenimiento de los individuos que las integran, esto es, con actividades de almacenamiento, procesado y transformación alimenticia, que junto con otras actividades productivas como la metalurgia y el trabajo textil, otorgan a los contextos domésticos una dimensión de espacios centrales y ejes motores en la articulación social de la vida de este poblado.

V.3. LOS ESPACIOS DOMESTICOS Y LAS ACTIVIDADES DE MANTENIMIENTO: ANALISIS ESPACIAL Y CONTEXTUAL

V.3.1. UNIDAD HABITACIONAL I

V.3.1.1. Presentación

Los trabajos en la Casa I comienzan con la tercera campaña de excavación durante los meses de agosto y septiembre de 1989 y finalizan en Septiembre de 1991 (cuarta campaña de intervención), dentro de la primera fase del proyecto *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión de Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena*, dirigido por Francisco Contreras, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez, miembros del Departamento de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada. La razón por la que esta zona del yacimiento no había sido objeto de investigación, en los primeros años del proyecto, fue porque tanto la Terraza Inferior como la Terraza Media se encontraban cubiertas por las aguas del pantano que no descendieron hasta el verano de 1989 (Contreras *et al.*, 1989: 227), momento en que quedaron al descubierto las estructuras de las casas, que articulaban un barrio en la parte más baja del espacio conocido hasta ese momento en el poblado de Peñalosa. El objetivo inicial de la intervención en esta área fue por un lado, obtener y complementar la planimetría general del asentamiento y, por otro lado, documentar un registro arqueológico que estaba siendo destruido paulatinamente por el pantano.



Lámina 100. Panorámica de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).

El Grupo Estructural (GE) I se ubica en la parte más baja de la Terraza Inferior en la ladera Norte del poblado de Peñalosa (Fig. 1). Ocupa la zona más externa de la cara norte del yacimiento limitando directamente con las aguas del pantano del Rumblar, mientras que al sur linda con el Grupo Estructural II (Lám. 99). Como sucede en el resto del poblado, su cara este, está totalmente sellada por la línea de muralla que discurre desde la parte alta del mismo hasta esta zona, cerrando todo el poblado en su flanco oriental. El extremo oeste está completamente erosionado por las continuas fluctuaciones de las aguas del pantano que han destruido gran parte de las estructuras murarias, lo que nos impide determinar las conexiones externas entre unos Grupos Estructurales y otros en esta terraza, como también nos imposibilita establecer el cierre del poblado en su extremo más occidental.

Como veremos a lo largo de este análisis, cada uno de los complejos estructurales que conforman este espacio doméstico complejo tienen entidad propia. Nos referimos con esto a que cada uno de los espacios que constituyen esta casa responde a una intencionalidad constructiva posiblemente marcada por el desarrollo de determinadas actividades. Sin embargo, mantenemos que todas las estancias pertenecen a un mismo espacio doméstico basándonos en las diferentes estructuras de compartimentación, vías de comunicación directa o indirecta que documentamos en su interior así como por la realización de diferentes actividades compartidas que en su conjunto atenderán al desarrollo económico de esta unidad social particular.

Estructuralmente, esta casa se define a partir del muro de cierre al este, que en este caso se corresponde con la estructura 17.24 (Fig. 2 y 3). A pesar de que la mayor parte de su recorrido ha desaparecido como consecuencia de la erosión, todo parece indicar que en un momento determinado de su trazado giraría hacia el oeste manteniéndose así sobre la línea marcada por el propio afloramiento rocoso en el extremo norte, recogiendo y cerrando todo el espacio al norte del CE Id. Pensamos que el cierre de esta Terraza al norte está determinada por el afloramiento rocoso que nos demarca la posible línea del muro de fortificación. De esta manera la estructura 17.15 supondría el punto y final del recorrido del muro de cierre. A partir de éste, toda una serie de estructuras de aterramiento se disponen longitudinalmente y en sintonía a las curvas de nivel, que son las encargadas de cerrar al sur el espacio de esta casa, nos referimos en un primer momento a la 23.2 y, en segundo lugar, a la 23.1.

Por otra parte en su interior se articulan cuatro estancias o unidades de habitación o producción (Complejos Estructurales, CE), todas ellas definidas por una serie de estructuras que conforman bancos longitudinales, semicirculares, estructuras de mampostería o excavadas en la roca, pavimentos de lajas planas, estructuras de almacenamiento, estructuras funerarias, etc. En referencia a éstas últimas, debemos decir que en los CE Ia y Ib documentamos dos posibles sepulturas (17.15 y 23.6, respectivamente) que parecen responder en sus criterios constructivos a dos cistas de enterramiento. Si bien, en el momento de su excavación ambas se encontraban prácticamente vaciadas, no habiéndose encontrado ningún resto óseo en la primera de ellas, mientras que en la segunda sí se pudieron recuperar pequeñas muestras, aunque insuficientes para determinar sexo, edad y patologías del individuo inhumado. Asimismo tampoco se pudieron fijar elementos de la cultura material como parte del ajuar funerario que acompañaría a los difuntos. Esto es lógico si pensamos que el barrio de la Terraza Inferior y particularmente la Unidad

Habitacional I ha estado expuesta durante más de 50 años a las continuas subidas y bajadas de las aguas del pantano que han arrasado gran parte de la cultura material y estructuras dispuestas en su interior. A esto se une que cuando las aguas descendían, las sepulturas quedaban a merced de las actuaciones de los clandestinos.

Otro de los elementos que destaca en la articulación espacial de esta casa es la construcción de diferentes hoyos de poste (17.25, 17.17 y 17.26), todos ellos localizados en el CE Id, si bien, esto no quiere decir que no hubiese otros ejemplos en Complejos Estructurales como el CE Ib. El interés sobre estos elementos no sólo nos lo marca su particularidad en determinadas estancias y casas, sino que su construcción condiciona en gran medida la funcionalidad de un espacio determinado, es decir, la forma de construir un espacio está en función de la noción que se tenga de él y por el tipo de actividad que en él se va a desarrollar. Por ello, su construcción no sólo nos habla de que nos encontramos ante un espacio cerrado y techado, sino también de patrones y sistemas constructivos en la formulación funcional de un espacio.

Con respecto a sus conexiones internas entre unos complejos y otros, podemos decir que se realizaban a partir de la construcción intencional de diferentes puertas de entrada, como es el caso de las puertas 23.13, que comunica el CE Id con el Ib, y 23.14 que conecta el CE Ib y Ia. Como hemos apuntado anteriormente, el conjunto de casas de la ladera norte se encuentran cerradas en su extremo este a través del muro de fortificación, sin embargo, a lo largo del recorrido de este muro encontramos diferentes entradas que comunican esta parte oriental del poblado con su interior. Precisamente, en esta casa I documentamos una de estas entradas, 23.12. Teniendo en cuenta todas las salvedades que comentaremos posteriormente, creemos que esta puerta sería la entrada externa del poblado hacia el interior del barrio bajo de Peñalosa. Es decir, pensamos que esta puerta de entrada sería la única vía de comunicación externa entre el exterior e interior del poblado en el Barrio de la Terraza Inferior, ya que el resto de conexiones se realizarían directamente por el interior, conectando una casa con otra a través de pasillos y estrechas calles, que precisamente en esta terraza han sido imposibles documentar arqueológicamente, pero que si tenemos constancia en el caso de la Terraza Media. El conjunto de todas estas estructuras son las que muestran la unidad estructural y espacial de cada una de las estancias que en su relación marcan su unidad, como una casa particular.

Los trabajos de la Terraza Inferior y, concretamente, los de esta casa tuvieron una doble vertiente en su desarrollo. Por un lado, se trataba de realizar una limpieza superficial seguida de la excavación en profundidad y en extensión de aquellas zonas que hubieran conservado su registro arqueológico; y, por otro lado, llevar de forma coordinada los trabajos de consolidación y restauración de aquellas estructuras que fueran objeto de excavación. Esta última cuestión era una labor primordial y de especial trascendencia en esta casa, ya que ésta se sitúa en el extremo final del espolón que ocupa el yacimiento, y, por tanto, es una de las construcciones a la que más le afectan la crecida y bajada de las aguas del mencionado embalse (Contreras *et al.*, 1989: 227).

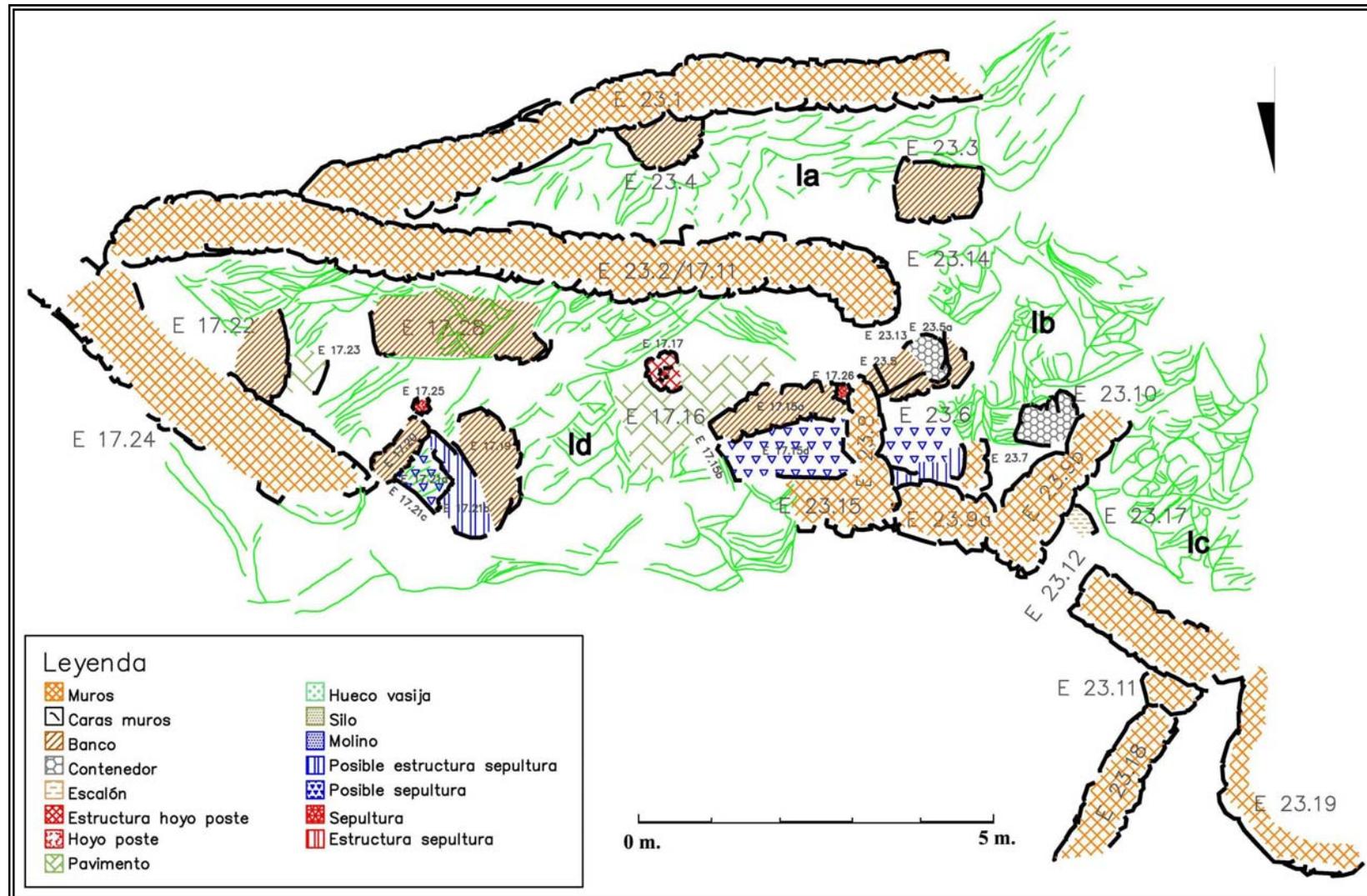


Figura 2. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).

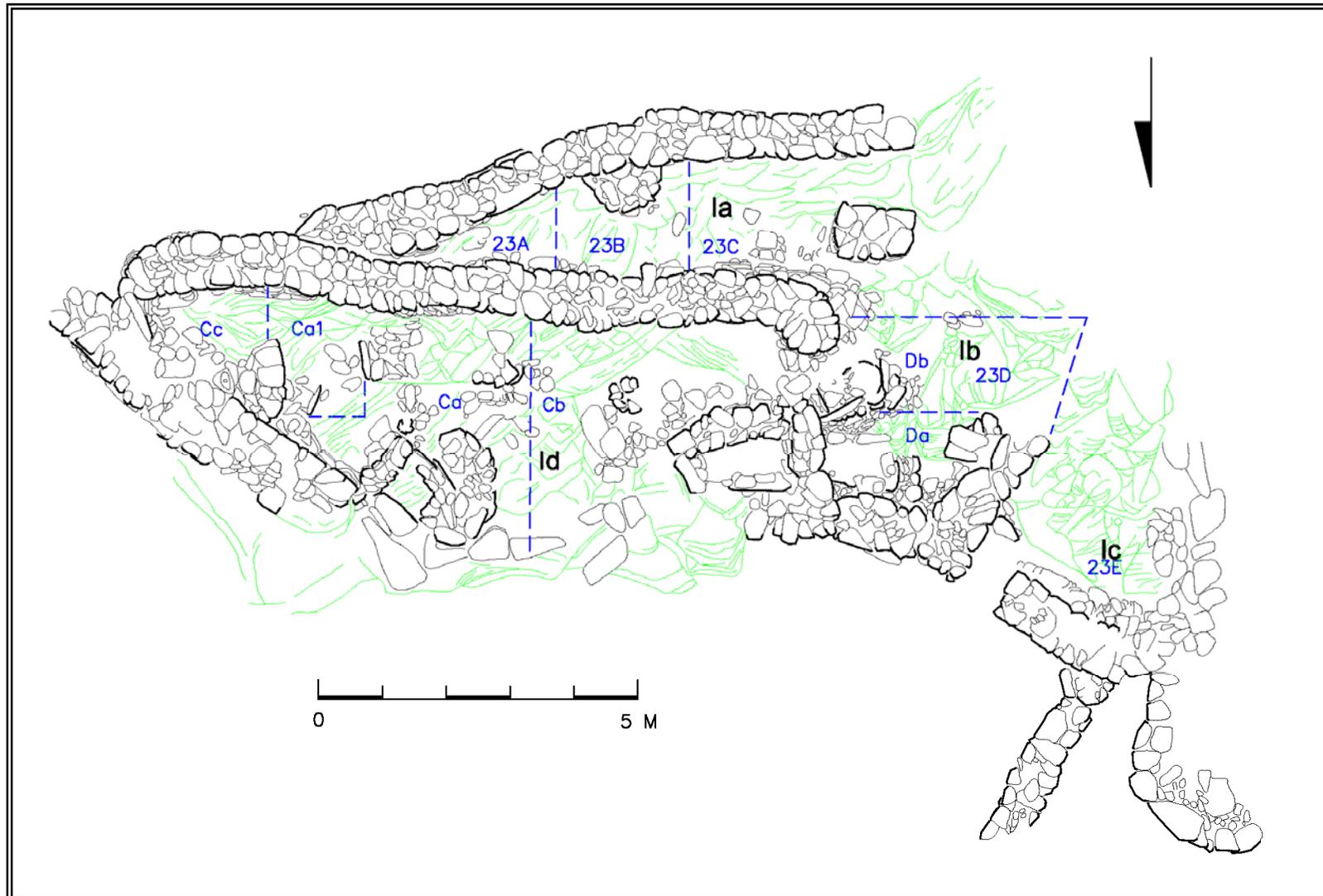


Figura 3. Planimetría general y sistema de excavación de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).

La metodología y sistema de trabajo a seguir consistieron en plantear grandes áreas de limpieza que serían seguidas por la realización de trabajos de excavación en profundidad y extensión. Su planteamiento estuvo mediatizado por la disposición de las estructuras que definían cada uno de los espacios o estancias y articulaban en su conjunto un espacio doméstico complejo (Fig. 3). De esta manera quedaron diferenciadas dos grandes áreas de trabajo: la primera de ellas ocupaba la zona sur y occidental de este Grupo Estructural, y fue designada como sector 23, englobando los Complejos Estructurales Ia, Ib y Ic, mientras que la segunda, fue denominada como sector 17 y ocupaba toda la zona meridional, concretamente el señalado Complejo Estructural Id (Fig. 2 y 3). La metodología utilizada en la recuperación del registro arqueológico de esta casa ha seguido los criterios de excavación a nivel microespacial y en extensión (ver cap. IV.1). El rebaje de los diferentes niveles sedimentarios estuvo condicionado por las características propias de cada uno de ellos, así los niveles superficiales (marcados por la erosión y tierra de arrastre del pantano) fueron acometidos a través de alzadas artificiales de unos 20 cm., o 25 cm., mientras que los niveles que presentaban una mejor conservación sedimentaria fueron rebajados por alzadas artificiales de 10 cm. Toda la información recuperada en cada uno de los estratos naturales fue recopilada a través del sistema de fichas de registro y documentación ideado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía (GEPRAN).

La construcción de este espacio social estuvo mediatizada por la disposición de la roca natural que ha condicionado la forma de la vivienda y en especial la articulación, por un lado, entre los CE Ia y Id y, por otro, entre el Ib y el Ic. En el primero de los casos, la presencia de un escalón de roca un poco más al norte del límite meridional de la vivienda facilitó el proceso de aterramiento pero sólo a costa de mantener una habitación triangular como espacio separado (CE Ia), sobrelevándola al resto de la casa. Esta situación no sólo sugiere una planificación previa de la distribución del espacio en todo el poblado a partir del gran muro de cierre oriental, sino que implica que en la división y compartimentación de las viviendas a sus constructores les primaba el hecho de que el espacio físico que ésta ocupase fuese similar al del resto de las viviendas más que una adaptación rígida a los condicionantes de la unidad geomorfológica en la que se asentaba el poblado (Contreras *et al.*, 1991b; Contreras, 2000).

En su definición se han documentado diferentes Complejos Estructurales o Espacios Habitacionales definidos a partir de la disposición, delimitación y organización de las estructuras emergentes. Sin embargo, cada uno de los complejos que la constituyen tienen entidad propia como unidades espaciales aunque a nivel estructural y funcional están totalmente relacionados entre sí, lo que nos ha permitido constituir una casa con diferentes estancias o espacios en su interior donde sus habitantes realizaron actividades productivas relacionadas todas ellas no sólo con la supervivencia del grupo sino con el mantenimiento de su sistema económico. En total son cuatro complejos o espacios estructurales definidos. En primer lugar, tenemos el Complejo Estructural Ia que ocupa la parte sur de esta vivienda, mientras que los Complejos Estructurales Ib y Ic, ocupan la parte occidental para quedar ocupada su parte norte por el Complejo Estructural Id (Fig. 3).

Aunque consideramos este conjunto de Complejos Estructurales como parte de una misma vivienda (Unidad Habitacional o Casa I) cabe la posibilidad de que el Complejo Estructural Ic formara parte de una casa distinta junto con las zonas erosionadas en el

extremo septentrional con las que se comunica a través de la puerta 23.12. La imposibilidad de optar por una u otra opción viene condicionada por la desaparición del cierre septentrional del CE Id y por las estructuras que se situarían al oeste del CE Ic. En cualquier caso, la forma absidal del espolón unida a la dirección del muro de cierre 17.24 sugiere que o, bien todo el Grupo Estructural formaba una única vivienda en este extremo o, la estancia más septentrional mantendría una disposición ligeramente oblicua a las integradas en los GE I, II, III y IV (Barrio de la Terraza Inferior) (Contreras, 2000). Referente a esta última posibilidad, hay que señalar, que los constructores y constructoras de este barrio tenían una preocupación fundamental, mantener el equilibrio constructivo respecto a las casas de la Terraza Superior, es decir, como observaremos en el análisis de las siguientes Unidades Habitacionales, estas gentes están enormemente preocupados porque sus viviendas mantuviesen la misma disposición que las construidas en las fases de ocupación anteriores (Fase IIIB) del poblado dejando en un segundo plano la adaptación al propio terreno.

V.3.1.2. Secuencia Estratigráfica

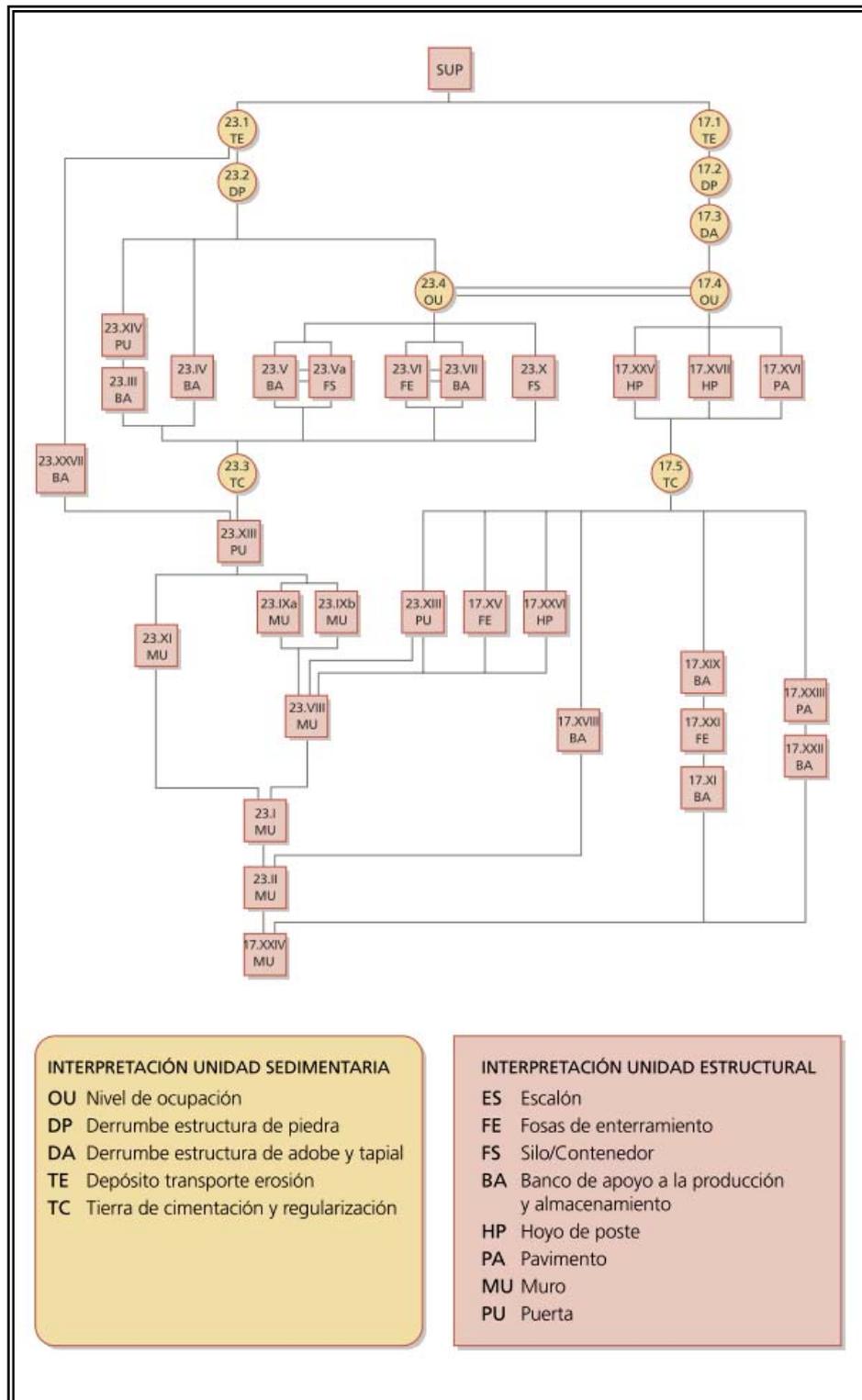


Figura. 4. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional I.

V.3.1.3. Complejo Estructural Ia

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 2)

El Complejo Estructural Ia ocupa la zona sur de la Casa I y es el espacio encargado de delimitar esta Unidad Habitacional con la II. Se caracteriza en primer lugar, por ser un espacio de reducidas dimensiones, aproximadamente de unos 8.14 m² y, en segundo lugar, por tener una forma triangular, orientado en sentido oeste-este. Sus coordenadas UTM son las siguientes: 77.30-86.00 x; 110.70-114.50 y; 27.94-29.45 z. (Contreras, 2000: 274-1).

El origen de este espacio es consecuencia del afloramiento natural de la roca en la zona. La existencia de un cortado de unos 2-3 m., al norte del Grupo Estructural II condicionó el hábitat en la zona inmediata a éste, donde se situaría lo que hemos denominado como Casa I. La roca sólo se recortó para aterrizar en los límites del cortado, aprovechándose en su mayor parte la plataforma natural para construir el CE central Id, perdiéndose un espacio triangular (CE Ia) que posiblemente quedaría descubierto debido al carácter del registro sedimentario y la ausencia en el registro arqueológico de elementos relacionados con la techumbre (derrumbe de adobes). Su explicación parece hallarse en la zonificación que tuvo lugar en el área al ampliar el poblado, que para evitar tener que rebajar una gran zona de afloramientos rocosos se prefirió perder un espacio estrecho (Contreras *et al.*, 1991b: 290).

Los trabajos de excavación fueron iniciados en la campaña de excavación de 1991, concretamente durante los meses de agosto y septiembre de ese año. Con el objetivo de llevar a cabo una metodología de carácter microespacial, se procedió de forma inicial a la retirada de la tierra de arrastre originada por la acción del pantano, de esta manera quedaba claro el espacio que sería acometido con una metodología de excavación a nivel microespacial. Para conseguir una recuperación minuciosa de los restos culturales en cada uno de los niveles sedimentarios y establecer las relaciones estratigráficas a nivel espacial y estructural se procedió a trazar una secuencia estratigráfica (S1) perpendicular a los grandes muros de aterramiento y compartimentación (23.1, al Sur y 23.2, al norte) (Fig. 3). De esta manera este Complejo Estructural se subdividía en dos zonas de excavación, el subsector b (que ocupaba la zona central de este espacio al Este de la S1) y el subsector C (que ocupaba la zona occidental del mismo al oeste de la S1), entre ambos subsectores se marcó un testigo de un metro de ancho, pudiéndose observar así en todo momento las correlaciones estratigráficas entre un subsector y otro. En función a los criterios metodológicos y a las características del registro arqueológico de este espacio, se decidió marcar un tercer y último subsector, el A, que ocuparía el extremo Este del CE Ia. Los trabajos de excavación a nivel microespacial y en profundidad fueron iniciados en el extremo Occidental, el subsector C, seguidamente, se extendieron al subsector B, para finalizar la excavación en extensión de este contexto con el subsector A (Fig. 3). Cada uno de los subsectores marcaron el ritmo de sus trabajos, determinados por las características propias de cada uno de los niveles sedimentológicos, si bien, salvando los niveles superficiales que fueron rebajados en alzadas artificiales de unos 20 cm., debido al grado de esterilidad que presentaban, el resto de los estratos naturales fueron rebajados a través de

alzadas artificiales de 10 cm., de media. De esta manera, podemos decir que este complejo estructural ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, en profundidad y en extensión.

Estructuralmente, este espacio, queda definido por dos lienzos de muro que son los artífices de conformar un espacio triangular. La primera de las estructuras que se construye para definir este espacio es la estructura 23.2 o 17.11 que actúa como muro trasero del Corte 17 (CE Id) y delantero de la estancia Ia. Su sección no supera el metro de diámetro. La elevación de la roca en esta zona hizo más fácil el diseño de una habitación triangular, evitándose el tener que recortar una gran extensión de roca para aterrizar la zona inferior donde se situaría la habitación más espaciosa de esta casa (CE Id). Constructivamente esta estructura está compuesta por dos líneas paralelas de pizarras de grande y mediano tamaño siendo revestido su interior por pizarras de menor tamaño y, en su conjunto, trabadas con mampostería simple. Ésta se alza directamente sobre la roca, precisamente sobre ese cortado relativamente alto y en parte artificial del banco rocoso, que lo dejaron a la merced de los embistes de las aguas del pantano del Rumblar que han actuado sobremanera en su cimentación, provocando la desaparición de gran parte de su alzado.

La estructura 23.1 es la encargada de cerrar el espacio al sur y, como en el primer caso, tiene una doble función, actúa como muro de aterramiento (norte) de la casa II y estructura trasera de la Unidad de Habitación I. Definido como un muro de aterramiento, cierra completamente contra los afloramientos de roca en línea recta. Se trata de una estructura construida con dos líneas de pizarras de mediano y gran tamaño y su interior está relleno por piedras de formas irregulares trabadas con barro. Presenta una sección de entre 70 cm., y 1,00 m., de diámetro. Como en el caso anterior, esta estructura se ha visto fuertemente afectada por las aguas del pantano, de ahí que conservemos escasas hiladas de piedra de la misma. Sin embargo, su base o cimentación, que apoya directamente sobre la roca, se encuentra en perfecto estado, posiblemente, debido a la cercanía con la estructura 23.2 que habría actuado como parapeto ante los empujes de las aguas. Esta estructura se adosa directamente al primer tercio del recorrido de la estructura 23.2 o 17.11 en su trazado hacia el Oeste, creando este choque esa forma triangular que caracteriza a esta habitación.

Como ya hemos apuntado, estos dos muros son los que conforman este espacio triangular. La orientación de ambos es de este a oeste. La primera de ellas (23.1) pierde parte de su trazado por la acción del pantano, concretamente, su límite más occidental, mientras que la segunda conserva todo su recorrido, rematando en su apéndice oeste en forma redondeada, punto en que se abre una puerta (23.14) que comunicaría con la estancia central Id. Esta característica particular de la estructura (23.2) nos marca, entre otras cosas, la intencionalidad de sus constructores de mantener estos espacios en continua comunicación.

Con esta definición estructural externa, su interior se intenta regularizar a través de la tierra de cimentación que será la encargada de disponer este espacio como un lugar habitable y óptimo para la realización de diferentes actividades. Si bien, esta nivelación no es homogénea ni regular en todo el CE, ya que en determinadas áreas será la propia roca la que actúe como suelo de ocupación.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional Ia (Fig. 3)

En su interior se documentan claramente dos estructuras (Fig. 2). Si seguimos la línea de muro 23.1, a mitad de su recorrido hacia el oeste, y ocupando la parte central de esta estancia, justo en el espacio en que la roca se sitúa más elevada, encontramos un banco (23.4) de forma semicircular y sección de 1,20 m., x 90 cm. Compuesto por lajas de pizarras planas de mediano tamaño trabadas con barro de color rojizo, dispuestas directamente sobre la roca. En el extremo oeste, junto a la entrada o punto de comunicación (23.14) entre el CE Ia y el resto de la Casa I y con la estancia Id, se halla un segundo banco, el 23.3. Al contrario, que en el caso anterior, éste es de forma rectangular aunque presenta sus esquinas redondeadas. Su sección es de 1,30 m. x 90 cm., y se construyó con lajas de pizarra de mediano tamaño trabadas con barro rojizo.

Ambas estructuras (23.4 y 23.3) (Fig. 2) se levantan directamente sobre la roca que actúa en la mayoría del espacio a modo de suelo de ocupación a pesar de que en determinadas zonas se ha podido constatar tierra de relleno o cimentación (US 23.3) cuyo objetivo no sería otro que salvar los desniveles de la propia roca creando así un espacio lo más homogéneo y horizontalizado posible que fuese propicio no solo para la realización de diferentes actividades sino simplemente para vivir.

La existencia sobre todo de la estructura 23.3 y la rotura y práctica desaparición de la estructura 23.1 en su extremo oeste nos obligan a pensar en la existencia de más estructuras en este extremo Occidental de la estancia, ya que la localización en mitad del espacio de la estructura 23.3 no responde a los criterios estructurales de los sistemas constructivos de los habitantes de este poblado de la Edad del Bronce.

c) Análisis Contextual (Fig. 4)

A nivel estratigráfico este espacio responde a los procesos postdeposicionales documentados en el conjunto de la Terraza Inferior. En primer lugar, nos encontramos con la US 23.1, que consiste en una tierra suelta de textura limosa y estructura laminar de color gris oscuro que procede de la sedimentación de tierra arrastrada por el pantano. Entre los materiales recuperados sobresalen, fundamentalmente, materiales en piedra. Destacan una serie de molinos (nº 23.001 y 23.004), un molde de barritas en piedra arenisca (nº 23.005) y un alisador (nº 23.006); junto a estos aparecen en pequeña cantidad, restos de mineral de cobre y plomo (galena) (nº 23.003), los fragmentos de un crisol hondo (nº 17.107) y un escoplo (nº 17.105) que presenta la particularidad de conservar alguna rebaba en el extremo proximal justo en la zona cubierta por el mango. Todos estos elementos fueron localizados en el sector 23C, es decir, en el extremo más occidental de este espacio, cerca de la estructura 23.3. También en esta misma área, encontramos los fragmentos de una gran orza con decoración incisa en el borde (nº 23.002).

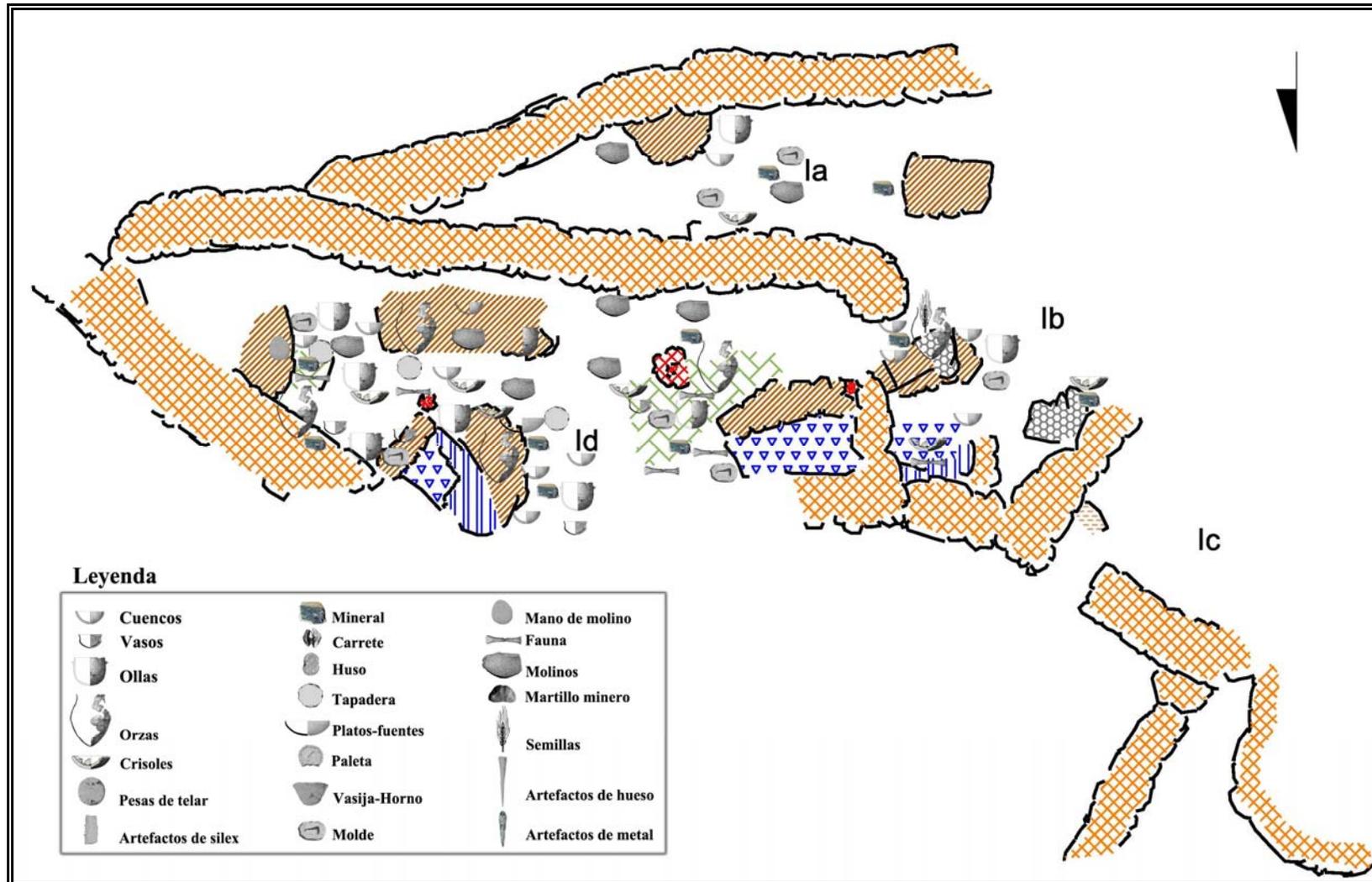


Figura 5. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional I.

Seguidamente, encontramos la US 23.2, que corresponde al derrumbe de piedras de las partes altas de las estructuras⁹⁵. Está compuesta por una tierra marrón blanquecina cuya matriz contiene pizarras de tamaño medio. Presenta una textura arenosa y una estructura compuesta por bloques de piedra. Incluye dentro de sus materiales aquéllos que debían estar asociados al suelo original y que se han visto fuertemente alterados por la actuación del pantano que ha encontrado aquí escasa resistencia al tratarse posiblemente de una zona descubierta (no se ha documentado el derrumbe de techumbres) cuyo suelo estaría un poco más abajo de la altura máxima que alcanzaría el muro 23.2.

Entre el escaso material documentado encontramos una piedra de molino (nº 23.021) en el extremo este de la estructura 23.4 y junto al muro trasero, que posiblemente esté en relación con la primera estructura ya que esta responde a los criterios constructivos de los bancos de molienda (ya sea cereal como mineral o ambos intercaladamente). Al otro lado de la estructura 23.4 (al oeste) se documentaron diferentes elementos cerámicos, entre ellos destaca una olla ovoide con decoración incisa en el borde (nº 23.008), un cuenco semiesférico de superficies cuidadas (nº 23.009) y los restos de una pesa de telar (nº 23.008-2). Mientras que al norte del sector B, junto a la estructura 23.2, se localizaron los fragmentos de un molde de cerámica de paredes rectas (nº 23.016) (Fig. 6: 3) y un crisol plano (nº 23.018) (Fig. 6: 10).

V.3.1.4. Complejo Estructural Ib

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 2 y 3)

Siguiendo nuestro recorrido por la casa I, hacia el noroeste, nos encontramos con el Complejo Estructural Ib. Éste ocupa la parte más al Occidental de esta Casa. Sus límites físicos quedan establecidos al sur por el CE Ia; al norte por el CE Ic; mientras que al este encontramos el CE Id. Los límites más occidentales de este Complejo Estructural ha sido imposible documentarlos, como ocurre en gran parte de la ladera norte. En este flanco, la actuación de las aguas del pantano y la acción de la erosión con el paso del tiempo unido a que probablemente se tratase de un espacio aterrazado han ocasionado la pérdida de gran parte de los restos estructurales en este extremo.

Esta unidad social presenta una forma trapezoidal con una superficie aproximada de 11 m². Está orientada en dirección este-oeste y sus coordenadas UTM son 84.00-88.20 x; 113.80-118.20 y; 29.23-30.27 z. (Contreras, 2000: 274-7).

Al igual que sucedía con el CE Ia, el origen del Ib debe estar relacionado con el intento de aprovechar al máximo los espacios facilitados por la base geológica del terreno, llevando a cabo las mínimas transformaciones. Se conforma así como un espacio

⁹⁵ De este nivel se conserva escasa potencia ya que las fluctuaciones de las aguas del pantano se han encargado de limpiar gran parte del derrumbe de piedra, conservándose escasamente la parte final del derrumbe en contacto directo con la US 23.3 (suelo de ocupación).

secundario con respecto a la estructura central de la casa, que en este caso sería el Complejo Estructural Id. Sin embargo, es cierto que en su construcción física tanto externa como interna se ha aprovechado al máximo el espacio del que disponían, siendo la plataforma de roca al suroeste el único lugar relativamente libre donde se realizarían diversas actividades relacionadas con la transformación alimenticia, especialmente si no existía ninguna estructura al oeste del CE Ia⁹⁶. En favor de esta hipótesis habla también el hallazgo de abundantes molinos caídos desde la zona de la plataforma rocosa (al sur) que estarían dispuestos directamente sobre este banco de roca y en los que se procedería presumiblemente a la molienda del cereal. También por esta zona se enlazaría con los Complejos Ia y Id a través de las puertas 23.14 y 23.13 respectivamente. Por su parte, la comunicación con el Complejo más al norte (CE Ic) se debería realizar también por la zona occidental. Sin embargo, este enlace no ha sido posible documentarlo aunque sí parece claro que el espacio de este complejo estructural en algún momento debió cerrar su flanco occidental, tal y como muestra la rotura de la estructura 23.9b.

En cuanto a los planteamientos de excavación debemos señalar que este espacio fue dividido en dos zonas de excavación. La subdivisión del área se hizo en función de la distribución de las estructuras al interior. Se marcó una sección estratigráfica (S1) en sentido este-oeste (desde la estructura 23.8 a la 23.10), quedando el espacio dividido al norte por el subsector Da y al sur por el Db. Durante la campaña de excavación de 1991 se llevaron a cabo los trabajos de excavación en el subsector Db, una vez que se llegó al suelo de ocupación (Fig. 3). Así se realizaría la excavación en extensión de este espacio, proporcionando una gran cantidad de información sobre la articulación funcional, social y productiva del mismo. Cada uno de los subsectores fueron objeto durante esta campaña de una excavación a nivel microespacial, rebajando los niveles naturales a través de alzadas artificiales de unos 10 cm., de media aunque por supuesto, será la caracterización de cada uno de los estratos naturales los que determinen el grado de intervención de las diferentes alzadas.

A nivel estructural, este espacio es definido de la siguiente forma. En su cara sur no se han conservado restos de estructuras murarias debido a la fuerte acción de las aguas del pantano. Una situación similar ocurre con parte de su extremo oeste, originándose así un espacio abierto entre los Complejos Estructurales Ia y Ib. Sin embargo, pensamos que a pesar de que en el extremo oeste debieron existir otras estructuras (no sabemos de que índole), la comunicación entre ambas estancias debió realizarse a través del gran banco o plataforma de roca (23.14) que en este extremo se presenta más elevada y que, como veremos posteriormente, será aprovechado como soporte para la realización de diferentes actividades productivas, aparte de establecer dicha comunicación (Fig. 2).

Al este, encontramos la estructura 23.8. Ésta es de forma rectangular y discurre perpendicularmente a la línea de aterrazamiento. Se compone por lajas de mediano y gran tamaño trabadas con barro rojizo alzada directamente sobre la roca. Su funcionalidad no está clara, no podemos determinar si se trata de un muro, banco o, simplemente, una tabicación, debido a las escasas hiladas que se conservan. Si bien, su posición perpendicular

⁹⁶ Debido al grado de arrasamiento que ha sufrido esta zona, nos es imposible poder determinar si existían más estructuras en este espacio.

a la línea de aterramiento nos sugiere la primera de las hipótesis. Por el contrario, sí podemos precisar que esta estructura actúa como elemento de separación física entre los Complejos Estructurales Ib y Id y que su extremo norte está trabado directamente con la estructura 17.15, con lo que su construcción es originaria desde el primer momento de ocupación de esta casa (Fig. 3).

Así el apéndice final redondeado de la estructura 23.2/17.11 junto con el extremo final de la 23.8 dan lugar a una nueva estructura, la 23.13. Se trata de un vano, puerta o vía de comunicación entre el CE Id y Ib de forma directa e indirecta con el CE Ia. Su forma abocinada provoca un estrechamiento al interior del CE Ib. Como decimos, la principal estructura que marca la creación de la 23.14 es la estructura 23.2. Sin embargo, tampoco sería posible sin el punto final hacia el sur de la estructura 23.8, que junto con la 23.5, generan este pasillo estrecho pero de perfecta comunicación. No obstante, no descartamos la existencia de otra vía de comunicación entre ambos Complejos Estructurales más al oeste, debido a la continuidad de la estructura 23.1 hacia este extremo.

Seguidamente, esta estancia se cierra al norte, donde encontramos adosada a las estructuras 23.8 y 17.15c, la estructura 23.9a. Se trata del muro norte de este Complejo Estructural que presenta un lóbulo o refuerzo (23.9b) a partir de su orientación inicial de este-oeste que le hace cambiar de orientación de noreste-suroeste, perdiéndose su recorrido en este sentido. A pesar de no saber donde tiene su final, recrea un espacio de sección rectangular al norte de este Complejo Estructural que ha beneficiado a la conservación interna de determinadas estructuras y restos materiales y culturales.

Como hemos comentado en el caso de la estancia anterior, las irregularidades de la roca en el interior de los Complejos Estructurales se han salvado de distinta forma, lo más común es disponer tierra de cimentación como elemento regularizador. Sin embargo, en el caso que nos ocupa estas irregularidades de la roca han sido aprovechadas por los habitantes de esta casa para construir diferentes estructuras adosadas y excavadas en la propia roca distribuyendo la tierra de cimentación exclusivamente en aquellos lugares donde era necesario para propiciar así un espacio completamente habitable.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional Id

En el interior de este Complejo Estructural Ib, se instalan diferentes estructuras con funcionalidades diferentes. La primera estructura se alza al interior de este espacio en el extremo sur (23.5) adosada la cara externa de la 23.8. Esta estructura se trata de un banco de forma rectangular, construido en lajas de pizarra dispuestas en sus lados norte, este y oeste de forma vertical, mientras que al sur presenta la roca recortada. Éste estaría destinado a contener recipientes. Además, presenta un refuerzo de mampostería en talud, al norte y al oeste de seis hiladas, que forma la transición hacia la zona norte del CE Ib el cual está en un nivel inferior (1 m.). En íntima relación con la anterior, en su interior, se encuentra la estructura 23.5a. Se trata de una estructura de lajas hincadas de pequeño tamaño de forma circular que se va estrechando hacia el interior de la misma. Esta disposición en oblicuo de las lajas provoca que en el fondo lleguen a estar en contacto

conformando una estructura en forma de embudo. En el interior de dicha estructura se encontraba una gran orza carenada (nº 23.165) (Fig. 6:1).

En la zona norte y adosada al muro delantero de este Complejo Estructural (23.9) encontramos lo que podría ser una cista de enterramiento (23.6). Ésta ocupa la mayor parte del extremo norte de este espacio. Presenta una forma rectangular y está formada por lajas de pizarra de tamaño mediano y grande dispuestas horizontalmente e hincadas sobre el nivel sedimentario. En su cara oeste presenta un posible refuerzo o banco (23.7), aunque no podemos determinarlo, de forma rectangular en cuyo aparejo se utiliza el reaprovechamiento de tres piedras de molino y sobre el que se apoyaban los calzos que debieron sustentar la laja oriental de la estructura 23.6. Como hemos señalado, es posible que ésta se trate de una cista de inhumación cuya cubierta habría desaparecido dejando a la intemperie su contenido. Esto habría posibilitado su expolio como ha ocurrido con la gran mayoría de los enterramientos documentados en la parte baja de la ladera norte. Sin embargo, y a pesar de que su interior se había vuelto a rellenar con la tierra de arrastre del pantano fue posible recuperar algunos huesos humanos pero eso sí, en un estado lamentable. El hecho de que se trate de una cista confirmaría aún más el grado de articulación entre los complejos Id y Ib, aunque especialmente en el caso de la 17.15, su situación en la zona occidental de la habitación en que se sitúa, contrasta con todas las cistas documentadas hasta ahora con seguridad en el yacimiento (Contreras, 2000: 274-9).

En la zona suroeste, una serie de lajas planas cubren un pequeño agujero que nos está marcando la existencia de la estructura 23.10. Se ubica, concretamente, en el espacio que queda entre la plataforma rocosa y el muro 23.9b. Es una estructura de forma oval con un diámetro aproximado de unos 90 cm. Se caracteriza por estar excavada en la roca y revestida por lajas hincadas y, cubierta por lajas de pizarra horizontalizadas. Todo hace indicar que se trata de un silo, sin embargo, en el momento de su descubrimiento, éste se encontró perfectamente sellado y en su interior no se documentaron restos de semillas ni otros elementos culturales. Es por ello que no podemos precisar su funcionalidad como contenedor a pesar de ser semejante a la estructura 21.26 documentada en el complejo estructural IIC. A partir de aquí el desnivel con respecto a los afloramientos rocosos se hace mucho más suave. Al sur y oeste de esta estructura ha desaparecido todo vestigio arqueológico, aunque el muro 23.9b continúa en una línea de roca que debió ser aprovechada.

c) Análisis contextual (Fig. 4 y 5)

La US 23.1 se origina por la sedimentación de tierra arrastrada por el pantano. Su composición es de textura limosa en forma de tierra suelta y estructura laminar de color gris oscuro. Entre los restos de cultura material encontrados en esta Unidad Sedimentaria destacan fragmentos de crisoles planos y borde entrante (nº 23.025 y 23.054) (Fig. 6: 11 y 13); otros ejemplos presentan pico vertedero pero con el borde saliente (nº 23.060) (Fig. 6: 14). Todos ellos fueron localizados en el extremo norte de la estancia, en el espacio que posteriormente ocupara la estructura 23.6 donde se encuentran los fragmentos de un crisol indeterminado y elementos indeterminados en piedra pulida (nº 23.037).

Sin embargo, entre los restos recuperados en este espacio de cultura material sobresalen los de pequeño y mediano tamaño relacionados con el consumo y el servicio de alimentos. Destacamos la presencia de un cuenco semiesférico de borde entrante (n° 23.055-2); elementos cerámicos decorados, con borde curvado y saliente pertenecientes a una posible fuente que presentan una decoración a base de impresiones de punzón en forma de “zig-zag” bajo la línea del borde (n° 23.023) o un pequeño cuenco semiesférico de borde ligeramente entrante con mameloncillos en el borde (n° 23.055-1) (Fig. 9: 4) junto a un vasito carenado (n° 23.053). Todos ellos fueron localizados en el sector Da, en el extremo norte del Complejo Estructural Ib, donde también debemos resaltar un elemento curioso realizado en piedra trabajada con escotaduras laterales que pensamos podría tratarse de un “huso” (n° 23.034).

La US 23.2 está compuesta por los restos del derrumbe de piedras que aún se conserva pese a la acción del agua del pantano. La actuación de éste y la inexistencia del derrumbe de adobes, hecho que nos sugiere que fuera un espacio descubierto, ha hecho que en sus niveles inferiores sea difícil distinguir este nivel del propio suelo de ocupación (US 23.4). Por ello, aunque hemos separado los materiales de estas capas, los hemos considerado como un conjunto a la hora de realizar interpretaciones sobre su función.

Debido a la gran cantidad de restos culturales documentados en esta US 23.2, realizaremos su análisis de distribución siguiendo su localización y asociación con las diferentes estructuras que componen este espacio con el fin de poder finalmente atribuirlos a las diferentes actividades de las que formaron parte en su momento de uso. De esta manera podremos determinar la continuidad de la secuencia en la siguiente Unidad Sedimentaria (US 23.4) así como podremos establecer la continuidad o discontinuidad del uso del espacio en cada momento, marcado por su funcionalidad, etc.

En el extremo más al sur, justo en ese punto de espacio abierto que comunica con el CE Ia, documentamos numerosos fragmentos que pertenecerían a recipientes de pequeño tamaño. Junto a éstos encontramos los restos de una gran olla, casi una orza de perfil ovoide con un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión del cuerpo. Ésta presenta el borde decorado a base de impresiones de punzón y dos mamelones a los lados para la sujeción (n° 23.100). Hacia el oeste y sobre uno de los salientes de la roca se documentan innumerables restos de piedra pulida, entre ellos, piedras de molinos (n° 23.076; 23.083, 23.084, 23.086 y 23.092) (Fig. 6: 8 y 9), un elemento de piedra pulida (n° 23.044) (Fig. 6: 8) del tipo que hemos denominado “moldes para barritas”, aunque pudieran ser también afiladores, junto con otros elementos indeterminados (n° 23.049, 23.087 y 23.088) y los fragmentos de un crisol (n° 23.046) (Fig. 6: 12).

En el centro de esta estancia y sur de la estructura 23.5 nos encontramos con un cuenco de grandes dimensiones de paredes de tendencia ligeramente verticales (n° 23.104) (Fig. 9: 12) y los fragmentos de un crisol de fondo plano (n° 23.114).

En el extremo oeste de la estructura 23.5, se localizaron tres fragmentos de crisoles planos (n° 23.097, 23.111 y 23.118) (Fig. 6: 21, 15 y 16), restos de mineral (n° 23.098. y 23.099) y los fragmentos de una olla ovoide de grandes dimensiones de paredes rectas y borde entrante, más o menos honda y fondo plano. Tecnológicamente presenta una

manufactura muy tosca aunque con decoración en el labio a base de pequeñas impresiones cortas con punzón (nº 23.096).

Sobre la estructura 23.10, concretamente en la esquina suroeste de ésta, documentamos los restos de un crisol plano de borde recto (nº 23.157) (Fig. 6: 22), restos de mineral de cobre y metal (nº 23.157-1). También sobre esta estructura, en el punto de asociación con la estructura 23.9b, se localizaron los fragmentos de un molino (nº 23.125), mientras que en el extremo norte de la misma se encontraron diferentes elementos de piedra no tallada y de forma indeterminada (nº 23.073 y 23.074) y los fragmentos de una piedra de molino (nº 23.078).

Por su parte, en el extremo norte y sobre lo que sería la estructura 23.6 se localizaron restos de escoria (nº 23.062) y un fragmento de un crisol plano (nº 23.060) (Fig. 6: 14), aunque serán los materiales cerámicos relacionados con la transformación alimenticia los que acaparen la mayoría de este espacio. Entre estos últimos se han documentado diferentes ejemplares de ollas ovoides, una de ellas de forma simple y sin decoración (nº 23.059), mientras que otra se trata de una gran olla de perfil ovoide con un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión del cuerpo (nº 23.069) decorada con pequeñas impresiones en el borde; una tercera, igualmente, ovoide y localizada en el centro de esta estructura (23.6), presenta el borde entrante y medianas dimensiones de paredes gruesas, además de un tratamiento superficial tosco (nº 23.057). Un poco más al oeste, junto a la estructura 23.7, se encontraron los restos de un crisol de forma indeterminada (nº 23.065).

Para finalizar esta US 23.2 apuntar que sobre la estructura oeste (23.9b) se localizó un cuenco con pequeños mamelones en el borde (nº 23.155).

La US 23.4 se corresponde con el suelo de ocupación que se compone por tierra apisonada mezclada con restos orgánicos de la acción humana, de textura suelta y color marrón oscuro. El estado en el que se encontraba era alterado debido a la acción del pantano hasta tal punto que el agua había arrasado la parte superior de los recipientes contenidos por la estructura 23.5a u hoyos de postes, si los hubo. Para analizar la distribución de la cultura material del suelo de ocupación comenzaremos por el extremo sur. La mayoría de los restos materiales documentados en este sector están en íntima relación con la estructura o contenedor 23.5a, ya que en este nivel, la zona más al suroeste del subsector Db queda totalmente despejada en la cual, prácticamente no se registra rastro de restos de cultura material.

El primer elemento que destaca en este extremo sur es una gran piedra de molino (nº 23.095) sobre el centro del subsector Db, justo en la cara oeste de la estructura 23.5a, junto con otra serie de elementos sobretodo restos cerámicos. Éstos destacan por ser en su mayoría recipientes de pequeño y mediano tamaño, como dos cuencos semiesféricos de superficies trabajadas (nº 23.141 y 23.149), precisamente del interior del primero de ellos se recuperaron un conjunto de semillas de cebada (nº 23.139-1); un cuenco o plato de carena baja y borde entrante muy corto y ligeramente recto, de superficies muy bien trabajadas, tratadas a base de la técnica del bruñido y con decoración de mamelones en el borde y fondo ligeramente convexo (nº 23.109) (Fig. 9: 8); una olla de paredes muy rectas y

salientes y fondo plano que presenta pequeñas impresiones en el labio (n° 23.123) (Fig. 8: 15) junto a un crisol de forma indeterminada (n° 23.123-1).

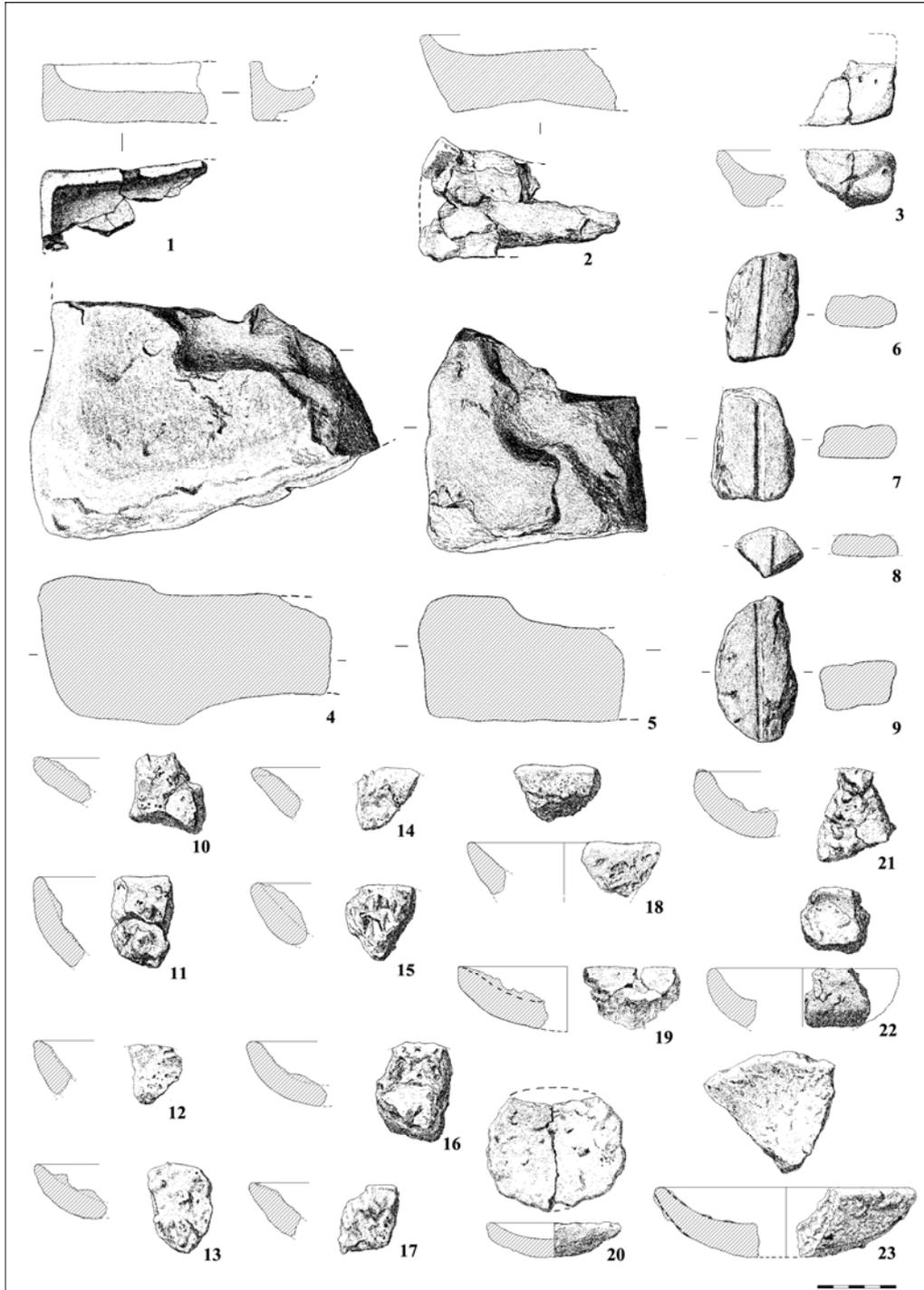


Figura 6. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:4). 3 (Ia); 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 21 y 22 (Ib); 1, 2, 5, 6, 9, 19, 20 y 23 (Id), 7 (Ic).

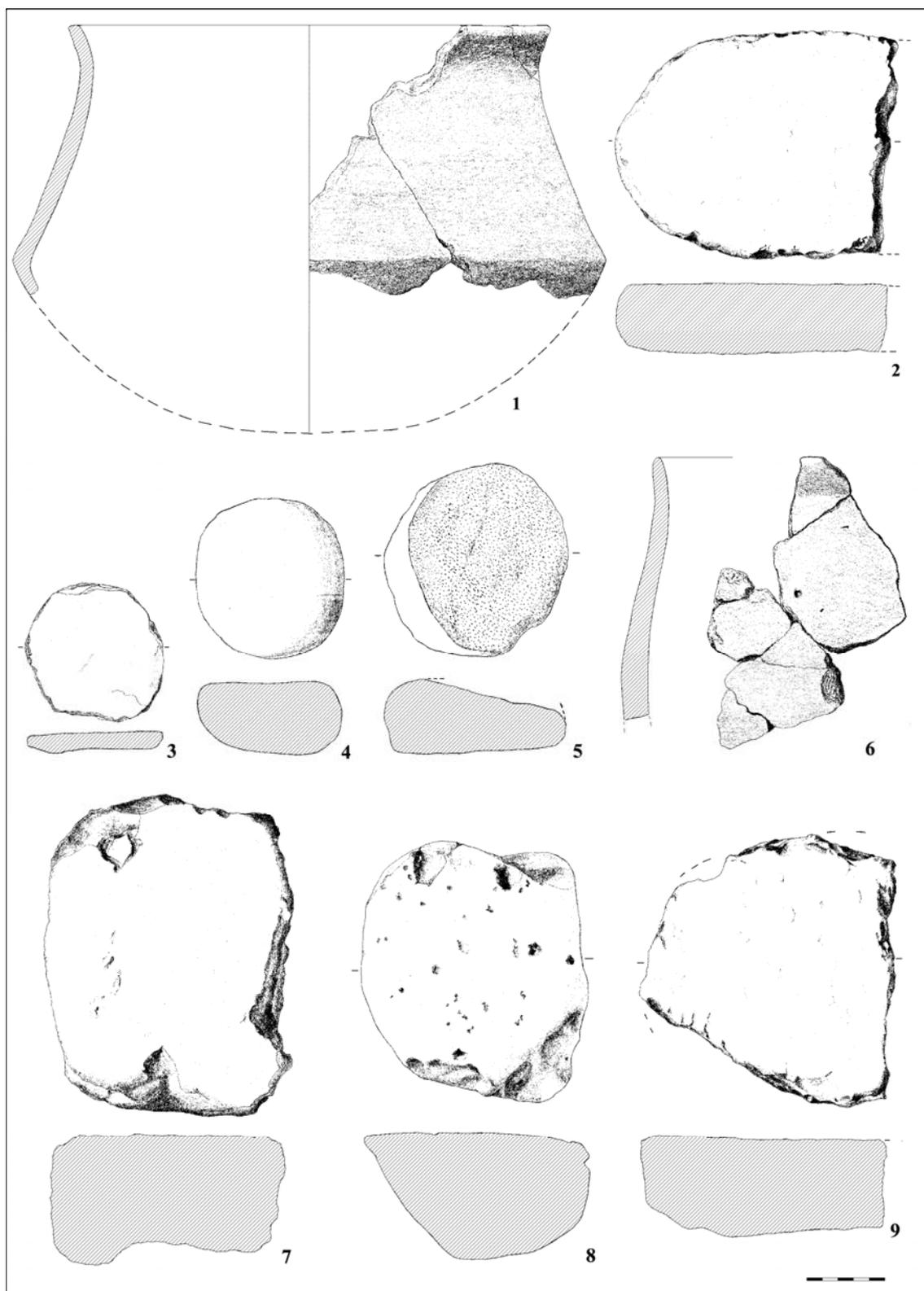


Figura 7. Piedra pulimentada y recipientes cerámicos. Cultura material relacionada el almacenamiento y la preparación de alimentos (Escala 1:3). 1, 2, 6, 7, 8 y 9 (Ib); 3, 4 y 5 (Id).

Sobre la estructura 23.5a y sus inmediaciones se siguen documentando restos culturales de características similares a las presentadas en el párrafo anterior. Encontramos fragmentos de cuencos semiesféricos de borde vertical (n° 23.104-1); cuencos de pequeñas dimensiones y superficies bien trabajadas (n° 23.126) (Fig. 8: 11); un vaso plano de carena baja (n° 23.129) (Fig. 8: 9). En el interior de la estructura 23.5a se encontraban los restos de una orza de grandes dimensiones, de perfil carenado y borde saliente (n° 23.165-1) junto a una olla o botella ovoide de medianas dimensiones, de cuello marcado, boca pequeña y paredes gruesas (n° 23.165-2) (Fig. 8: 6). Sin embargo, entre todos los restos de cultura material destacan los elementos relacionados con el almacenamiento, transformación y consumo de alimentos. Es cierto que en este mismo espacio se registraron restos de mineral y escoria de cobre como es el caso del n° 23.176 y 23.169. Este último corresponde a pequeños restos de escorias, de aspecto redondeado, con vacuolas de color negro mate en superficie y con inclusiones de cobre metálico pero estos elementos probablemente sean producto del arrastre y provengan de la estancia superior (Moreno Onorato, 2000). También aquí se localizó uno de los escasos elementos en piedra tallada del yacimiento realizado en sílex (n° 23.122).

En el extremo norte (subsector Db), en la cara sur de la estructura, cista o contenedor (23.6), justo en ese espacio que queda entre ésta y la estructura 23.Va, se documentaron abundantes restos cerámicos de pequeño y mediano tamaño: un cuenco de paredes rectas y borde ligeramente entrante de tecnología tosca con decoración de mamelones en el borde (n° 23.117) (Fig. 9: 5); una olla ovoide de paredes abiertas, de medianas dimensiones con decoración de incisiones en el borde y mamelones a los lados (n° 23.068); y, un elemento poco frecuente en el repertorio tipológico del complejo cerámico de Peñalosa, una botellita de boca cerrada y borde saliente (n° 23.039) (Fig. 9: 6). Todos estos elementos se ven acompañados por diferentes fragmentos de piedras de molinos (n° 23.071 y 23.112) (Fig. 7: 2 y 7).

Sobre la estructura 23.6 y concentrados sobretudo en su parte norte, se localizan abundantes fragmentos cerámicos de tipología indeterminada pero que parecen responder a elementos de pequeñas dimensiones. Sin embargo, destacan los elementos relacionados con la actividad metalúrgica, es el caso de un crisol plano de fondo convexo y paredes abiertas (n° 23.174) (Fig. 6: 18) y un molde de barritas en arenisca (n° 23.159) (Fig. 6: 7). Ambos elementos nos sugieren que a pesar de la escasez de restos materiales relacionados con la actividad metalúrgica en este espacio, ésta no estaba completamente ausente. Destacar, por otro lado, el colgante en piedra (n° 23.128) (Fig. 9: 19) de forma tubular con una perforación longitudinal realizada sucesivamente por ambos extremos y una perforación secundaria en perpendicular a ésta en el extremo más delgado que localizado entre el sedimento interior de esta estructura. Éste, posiblemente, formaría parte del ajuar funerario depositado y expoliado en la actualidad.

Por último, resaltar que sobre esta estructura de contenedor o cista se documentaron restos faunísticos (n° 23.171). Es importante precisarlo porque, como sabemos, la conservación de estos ecofactos ha sido muy escasa en todo el conjunto de la Terraza Inferior.

Continuando con nuestro recorrido hacia el oeste, en el espacio que se origina entre la estructura 23.6 y 23.10 se documentó uno de esos elementos destinados al almacenamiento, una cazuela honda de mediana dimensiones con superficies trabajadas (nº 23.142) (Fig. 9: 17). Ésta destaca por presentarse *in situ*, completamente incrustada entre los salientes de la roca que se originan en este pequeño espacio.

En último lugar, decir que sobre la estructura 23.10, en la Unidad Sedimentaria anterior se concentraban gran cantidad de piedra pulida, la que creemos que pertenecía al suelo de ocupación y en este nivel sólo podemos añadir un resto de fauna asociada con esta estructura (nº 23.167-2).

V.3.1.5. Complejo Estructural Ic

a) Descripción: formal y metodológica

El Complejo Estructural Ic ocupa la parte noroeste de la Casa I. Sus límites quedan establecidos al sur y este por el Complejo Estructural Ib y, al norte, por las aguas del pantano del río Rumblar. Sus coordenadas UTM son: 86.20-90.90 x; 116.00-120.12 y; 30.13-31.00 z. Se trata de una zona muy degradada pero a pesar de ello ha sido objeto de una excavación con metodología microespacial. Aunque el terreno que ocupa es indeterminado (no ha sido posible establecer el límite oeste debido a la erosión), los límites de su excavación ocupan unos 6 m². Esta zona es de forma triangular y presenta una orientación norte/noreste-suroeste.

A pesar de la escasa potencia arqueológica que presentaba este complejo estructural, fue acometido durante la campaña de excavación de Agosto y Septiembre de 1991, a través de una metodología de carácter microespacial, sistemática y en profundidad. En este caso, no se realizó la subdivisión del espacio quedando toda el área bajo el sector C (Fig. 3). Como indicamos, la esterilidad arqueológica que presentaban los niveles sedimentarios obligó a establecer unos sistemas de excavación particulares para este espacio. De esta forma, los escasos estratos naturales documentados fueron rebajados en extensión, a través de alzadas artificiales de unos 20 cm. recogiendo toda la información referente tanto a las unidades sedimentarias, estructuras y cultura material en las fichas de registro ideado por el mencionado grupo de investigación.

Al contrario de lo que sucede en el CE Ib, en este complejo estructural nos encontramos con la roca prácticamente horizontal, aunque con numerosas fracturas que debieron exigir una cierta pavimentación, de ahí que se haya documentado abundante cascajo entre el aparejo de los niveles de ocupación.

Dado el mal estado de conservación del registro arqueológico de este Complejo Estructural Ic, nos es muy difícil articular su espacio tanto interno como externo. Sin embargo, la relación con los otros complejos estructurales a través, por ejemplo, del alineamiento de las estructuras 23.9a y 23.11 nos permiten asociar este espacio en el

extremo norte del poblado y a su configuración interna en la Casa I, si bien no sabemos exactamente como se realizaba la comunicación con el CE Ib (Contreras, 2000: 274-13).

En la actualidad podemos decir que este espacio se levanta directamente sobre el espolón final del cerro donde se asienta este poblado argárico ya que en las últimas campañas de excavación (2001, 2005 y 2006) y la bajada del agua del pantano ha sido tan extrema que se ha podido determinar, gracias a la disminución del agua embalsada en este pantano, que tras este espacio no existen más Unidades Habitacionales al norte del poblado. Es decir, este Complejo Estructural marca el punto y final de la extensión territorial por el norte de este asentamiento ya que después de este complejo se encuentra un fuerte cortado que hace inaccesible este poblado por su flanco norte.

En lo relativo a las estructuras que lo componen, quedaría delimitado al sureste por el complejo Ib, en concreto por la estructura 23.9b. Al norte el cierre lo configura el muro 23.11 que junto con el extremo noreste de la 23.9 forman la puerta 23.12. Se trata de un muro compuesto (23.11) por lajas de pizarra de tamaño medio y muy planas trabadas con barro formando tres hiladas. Junto a la 23.9b forma un acceso o puerta que es definido como estructura 23.12. Y al norte se le adosan nuevas estructuras como la 23.28 y la 23.29 que discurren hacia el punto final del espolón. La primera de ellas presenta una sección semicircular de cuyo alzado solo se han podido recuperar unas dos o tres hiladas de piedras superpuestas y trabadas con barro. A éste se le adosa la estructura 23.29, que al contrario del caso anterior presenta una sección rectangular y responde a los mismos criterios constructivos que las anteriores. Mientras tanto, la última de las estructuras documentadas en este espolón (23.30) es de sección semicircular que se pierde, precisamente, en su giro hacia el oeste. En este caso, debido a su alto grado de degradación, sólo se pudo recuperar su cara externa por lo que no podemos precisar su carácter.

La estructura 23.12, se trata, como decíamos anteriormente, de un vano en forma rectangular siendo más largo (1,40 m.) que ancho (70 cm.). Se conforma por el espacio que deja la estructura 23.11 con respecto a la estructura 23.9b. En su interior se encontraron una serie de piedras adosadas sobre la roca que forman una pequeña estructura rectangular, que bien pudiera ser parte de un umbral en forma de escalón (23.27). Por tanto, esta estructura es la puerta exterior más clara de toda la Unidad Habitacional I y la segunda puerta de entrada al poblado de la ladera norte.

Al oeste, la presencia de algunas alineaciones de piedra parece sugerir otro muro o algún banco, aunque el nivel de arrasamiento provocado por el pantano impide su caracterización.

b) Análisis Contextual (Fig. 4 y 5)

En este Complejo Estructural se documentó de forma rigurosa el relleno formado por la tierra redepositada por el agua del pantano. Esto ha provocado que se recuperaran escasos restos de cultura material, ya que, evidentemente, los niveles de ocupación fueron arrasados completamente por la fuerza del agua.

El material arqueológico recuperado pertenece en su totalidad a la US 23.1 (tierra depositada por el pantano), siendo muy escaso como consecuencia de las alteraciones postdeposicionales que ha sufrido. En el extremo más occidental encontramos los restos de un crisol indeterminado (nº 23.158-1) y fragmentos de mineral de cobre que, posiblemente, estuvieron en contacto con el fuego (nº 23.160), aunque están muy erosionados. Aparecen algunos fragmentos cerámicos decorados: uno de ellos muestra un cordón con impresiones (nº 23.150); un fragmento de borde curvado con decoración sobre ambas caras a base de impresiones cortas en “zig-zag” (nº 23.152). Este último apareció sobre la estructura 23.9b que actuó como elemento protector.

V.3.1.6. Complejo Estructural Id

a) Descripción: formal y metodológica

Por último y completando el análisis estructural, estratigráfico y contextual de la Casa I llegamos al espacio central. Éste ha sido denominado como Complejo Estructural Id. Se corresponde con el subsector C del Sector 17 y se ubica en la zona más oriental de toda la Casa I. Sus coordenadas UTM son: 73.58-84.60 x; 112.70-118.40 y; 28.20-30.34 z. y consta de una superficie superior a los 36 m². Este espacio tiene forma trapezoidal y está orientada de Oeste a Este.

En cuanto a sus límites espaciales, al sur comparte estructura de aterramiento con el Complejo Estructural Ia (23.2) mientras que al este y norte es cerrado en parte por la estructura de cierre del poblado (17.24). Al oeste limita con el Complejo Estructural Ib, siendo la estructura 23.8 la encargada de compartimentar el espacio (Contreras, 2000: 274-15).

Este complejo estructural fue el primero de los cuatro de esta casa en ser objeto de excavación. Los trabajos comenzaron con la tercera de campaña de excavación en el verano de 1989. Como ya hemos mencionado, la Terraza Inferior no había sido investigada anteriormente y en esta campaña se pudo hacer debido al bajo nivel del pantano y así cumplir con uno de los objetivos planteados para esta campaña de excavación, completar la planimetría general del poblado. Los trabajos comienzan con la retirada de los niveles superficiales y, por tanto, los que presentaban un mayor grado de esterilidad arqueológica. Esta limpieza superficial que acaparó en extensión el sector 17, también sirvió para valorar el grado de conservación y el potencial arqueológico de este sector, que presentaba unos niveles de conservación bastante deficientes, sobre todo al oeste, de este espacio.

Tras estos primeros trabajos de limpieza superficial, se realizó una excavación microespacial y sistemática. Para ello cada uno de los estratos naturales fueron rebajados a través de alzadas artificiales de unos 10 cm., o 20 cm., en función del carácter de éstos. Siguiendo esta metodología se decidió subdividir el sector 17 en nuevos subsectores de excavación con el propósito de realizar una mejor y más minuciosa recogida de la información de su registro arqueológico. De esta manera, el espacio quedó definido por el

subsector Cb, al oeste; el subsector Ca, que ocuparía todo el centro de la estancia y que a su vez sería subdividido en otra nueva área de excavación, el subsector Ca1, contiguo al subsector Cc, que ocupaba la zona más al este. La definición de estos subsectores estuvo predeterminada por las estructuras y su carácter en el interior del espacio, aunque su trazado fue siempre perpendicular a los dos grandes muros de aterramiento (23.2 y 17.24). Se estableció una única sección estratigráfica S1 (trazada en el punto medio de la estancia con orientación de sur-norte) que sirvió para delimitar el subsector Cb del Ca (Fig. 3). Ésta muestra la existencia en este complejo de todas las unidades sedimentarias distinguidas en las excavaciones de la Terraza Inferior de Peñalosa. Incluyen los sedimentos procedentes del derrumbe de las estructuras de adobe que parecen corresponder en su mayor parte a la techumbre US 17.3. Aunque algunos datos podrían sugerir que parte del subcomplejo estuvo descubierto, sin embargo, las zonas en que no se han constatado restos de la US 17.3 coinciden con aquéllas más lavadas por el pantano por situarse en las elevaciones de la roca al Sur o en las inmediaciones del cortado situado al norte, aunque en este último caso, el espacio vacío de restos de la US 17.3 se sitúa junto a la gran concentración de elementos metalúrgicos en la estructura 17.19 (Contreras, 2000: 274-16). Todos los subsectores fueron excavados con una metodología de carácter microespacial y en profundidad durante esta tercera campaña de excavación, sin embargo, los trabajos en el subsector Cb se prolongaron durante la cuarta campaña. En todo momento, la excavación minuciosa de este espacio fue acompañada con la utilización del mencionado sistema de registro.

En cuanto a sus componentes, la estructura básica de la habitación viene dada por la articulación del muro de cierre oriental del poblado, que en esta zona se corresponde con la estructura 17.24. Con seguridad esta estructura, que recorre en sentido sureste-noroeste el yacimiento de Peñalosa, fue construida en primer lugar. A ella se adosaron diversos muros de aterramiento, como en este caso el 23.2 al sur. Esta estructura de forma rectangular está compuesta por pizarras de mediano y gran tamaño en su alzado interno y externo, mientras que su interior lo componen pequeñas pizarras, cantos de río de medianas dimensiones y cascajo. Su estado de conservación es bueno en el tramo sureste, sin embargo, conforme avanza hacia el norte éste va desvaneciéndose paulatinamente hasta desaparecer por completo no pudiendo articularse el cierre estructural y espacial de esta casa en este extremo.

Al sur, esta estancia se cierra con el muro de aterramiento principal, la estructura 23.2 de la que se conservan unas seis hiladas. En la zona oeste la estructura 23.8 y la puerta 23.13 marcan la transición hacia el CE Ib. Esta estructura ya ha sido descrita en el apartado anterior.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional Id (Fig. 2 y Lám. 101).

Al interior se disponen toda una serie de estructuras que aprovechan las superficies aplanadas (en la mayoría de los casos) que ofrece la roca, mientras que, en otros se ha documentado el nivel de cimentación para regularizar y horizontalizar el espacio que ocupa este Complejo Estructural.

En la zona sur y discurriendo paralelo al muro de aterrazamiento 23.2, nos encontramos con uno de los bancos longitudinales de esta estancia, la estructura 17.18 (Fig. 2 y Lám.101). Se trata de un banco corrido que aprovecha el escalón existente en este extremo de la roca. Ésta, a su vez, es recortada y revestida con lajas de mediano tamaño que actúan como delimitadores de la propia estructura hacía el norte. Tanto es así que en su extremo este se dispone una laja de grandes dimensiones en posición vertical y calzada con cantos de río de mediano y gran tamaño, que actúa como delimitador en este flanco (Fig. 2). En el extremo oriental, se origina un espacio en triangulo definido por la articulación de las estructuras 23.2, 17.24 y 17.8 que queda ocupado casi en su totalidad por el escalón rocoso, que es aprovechado al máximo continuándolo hacia el norte dando así lugar a la estructura 17.22 a la que se asocia a nivel inferior la estructura 17.23, que al igual que esta última está compuesto por lajas de mediano tamaño que revisten la roca recortada. Continuando hacia el oeste de la estructura 17.23 nos encontramos el escalón de roca pero sin revestimiento de forma completa, es decir, se han documentado diferentes lajas de tamaños variados dispuestas horizontalmente, recreando como en la estructura 17.16 un pavimento o suelo, que ha sido aprovechado para la disposición sobre él de diferentes restos culturales relacionados con diferentes actividades como veremos posteriormente.

En el extremo nororiental existe una compleja articulación de bancos asociados con una estructura de contenedor en posición central. Este contenedor o estructura 17.21d que se adosa la cara interna de la estructura de cierre 17.24, presenta una sección casi rectangular y sus dimensiones oscilan entre 40 cm., y 50 cm. Éste fue realizado recortando el alforamiento rocoso de este espacio, quedando definido en tres de sus frentes por distintas estructuras o bancos. El primero de ellos es la 17.20. Se trata de un pequeño muro (banco o tabique) de unos 40 cm. de forma rectangular, realizado con pizarras de mediano tamaño y dispuestas horizontalmente. Este muro que delimita la estructura 17.21d al sureste, tiene una orientación de noreste-suroeste cuya extensión se prolonga hasta la propia estructura de hoyo de poste (17.25).

En el extremo sur de la estructura 17.21d, tenemos la estructura 17.21a, de similar composición que la anterior, asociada por el este a la 17.20 y al norte a la 17.21c, estando compuesta por una serie de lajas de gran tamaño que cerrarían al norte el gran contenedor (17.21d), por supuesto, al margen del desaparecido muro externo de la terraza inferior. A espaldas de la 17.21a y adosada a ésta encontramos la estructura 17.19 de la que simplemente la separan dos lajas de pizarras en posición vertical. Esta última estructura (17.19) consiste en un muro construido de pizarras de pequeño tamaño y tiene una forma arqueada que rodea a la estructura 17.21d. Probablemente se trate de una estructura de apoyo a la estructura central (17.21d). Sin embargo, su conservación no ha sido buena, habiéndose documentado tan sólo dos hiladas de piedra, igual ocurre con los restos de cultura material asociados a ésta, que aparecen muy fragmentados y deteriorados, lo que nos impide realizar hipótesis funcionales de forma concreta.



Lámina. 101. Vista general del Complejo Estructural Id y detalle del banco longitudinal 17.18.

En el extremo occidental de la estancia, la cista o contenedor 17.15d muestra un esquema constructivo similar a la estructura 17.21d estando revestida por una serie de bancos o tabiques (Fig. 2). En su construcción se aprovecha como cierre de su cara oeste el muro 23.8, actuando éste como delimitador no sólo de esta estructura al este y al oeste de la 23.16, sino como límite y punto de unión entre los CE Id y Ib. Como en el caso anterior, se trata de una estructura rectangular excavada en la propia roca que posteriormente se reviste por una serie de estructuras anexas. Por su morfología constructiva, cabe la posibilidad de que se trate de una cista de enterramiento, que fue violada en época moderna ya que en su interior se han documentado, aunque escasos, restos humanos. Sin embargo, presenta una anómala posición con respecto a las estructuras de enterramiento excavadas hasta este momento en la Terraza Inferior, ya que en todos los casos documentados, los enterramientos en esta terraza se localizan en la parte Este de las viviendas. La estructura 17.15a es de forma rectangular aunque ligeramente arqueada hacia el noreste y está construida de pizarras de mediano tamaño y pequeño tamaño, siendo estas últimas las que componen su relleno (Fig. 2). Sabemos que el espesor de este muro supera los 50 cm. de diámetro, mientras que en su alzado apenas si conserva dos hiladas de piedra. Se trata de un

muro, banco o tabique que rodea al contenedor-cista por su flanco sur. Esta estructura engarza completamente hacía norte con la 17.15b, posiblemente un banco de apoyo a las actividades realizadas entorno a la estructura principal, aunque solo se ha conservado una sola hilada de piedras sobre unas lajas de mediano tamaño en posición vertical. Este hecho nos hace pensar que estarían conformando un banco de apoyo. Sin embargo, su nivel de conservación es precario porque no sólo ha tenido que soportar los envites del agua del pantano sino también la actuación de los furtivos. Mientras, al norte, encontramos la 17.15c que rodea por esta cara a la 17.15d.

Como en los casos anteriores presenta una forma rectangular pero su composición o aparejo es diferente, se tratan de pequeñas pizarras de las cuales solo se han conservado una sola hilada *in situ*.

En los alrededores de esta cista o contenedor, justamente asociado a las estructuras 17.15a y 17.15b, encontramos pizarras planas de tamaño medio que configuran un suelo o pavimento (17.16). Sabemos que se extiende hasta chocar en el centro de la estancia con el hoyo de poste central (17.17), si bien es cierto que está muy alterado por su propio carácter o morfología y la acción del pantano (Fig. 2).

Por último, para completar el panorama estructural de esta estancia, encontramos la presencia al menos de 3 hoyos de poste alineados y centrados en todo el espacio que, de Este a Oeste, se corresponden con las estructuras 17.25, 17.17 y 17.26. El primero de ellos se documenta justo en el extremo Suroeste de la estructura 17.20. Es una estructura excavada directamente en el suelo de forma aproximadamente triangular. Alineado con éste, encontramos el segundo hoyo de poste que ocupa el centro de la estancia. Éste, al contrario que en el primer caso, tiene sección circular de unos 40 cm., excavado en la roca y revestido a modo de calzos externos por pizarras de pequeño tamaño. El último hoyo de poste (17.26) se encuentra embutido entre las estructuras 17.15a y 23.8 que le sirven de calzos externos. Es de forma casi circular y está conectado con los dos anteriores aunque su posición cerca de la puerta 23.13 da a esta línea originada por los tres hoyos de poste una forma arqueada en su extremo final

c) Análisis Contextual (Fig. 4 y 5)

A nivel superficial se documentó uno de los pocos elementos metálicos de este estilo, una hebilla de cinturón (nº 17.236). Durante la campaña de excavación de 1991, momento en que se finalizan los trabajos en este Complejo Estructural se localizan nuevos elementos pero en este caso todos aparecen sobre el subsector Cb que ocupa la parte más occidental del Complejo Estructural Id. Destacan sobremanera los elementos relacionados con el procesado de alimentos y consumo de los mismos. Ejemplos de ellos son los que encontramos en los restos de dos grandes orzas con decoración en el borde (nº 17.579-1 y 17.579-2) (Fig. 9: 7); una olla ovoide con decoración de mamelones (nº 17.579-4) y otra de paredes muy rectas y salientes con pequeñas impresiones en el labio, así como elementos relacionados con el consumo como los tradicionales cuencos semiesféricos (nº 17.545, 17.579); dos más de medianas dimensiones y tendencia parabólica (nº 17.547 y 17.579-3)

(Fig. 9: 2), el primero de ellos presenta un rebaje de su fondo que lo convierte en un cuenco de fondo plano. No obstante, también se localizaron restos de mineral (n° 17.544) y de fauna (n° 17.548).

La US 17.1 se corresponde con la tierra que ha sido fuertemente removida por el pantano. Se compone por tierra suelta y con pequeñas placas de descomposición de pizarras y arena, aunque en este caso, tal como viene mostrado por la sección estratigráfica S1, conserva su carácter original de derrumbe de piedras. Ya desde estos niveles iniciales encontramos restos de cultura material relacionados con la actividad metalúrgica y con el consumo de alimentos. Aparecen crisoles planos de cerámica (n° 17.200) y hondos (n° 17.239), los restos de un elemento en piedra pulida, concretamente un alisador (n° 17.204) y fragmentos de mineral calentado (17.202). Éstos se localizaron al sur de la estructura 17.18.

En esta unidad sedimentaria se han recuperado abundantes molinos (n° 17.203 y 17.231). Este último asociado a la estructura 17.18. Entre los elementos cerámicos de pequeñas dimensiones sólo encontramos un vasito carenado (n° 17.242).

En el extremo este, concretamente en ese espacio que ha sido denominado como subsector Cc y que se define a través de la estructura 17.22, se han localizado escasos restos reduciéndose simplemente a fauna (n° 17.311) y una piedra de molino (n° 17.303).

Mientras en el espacio occidental del Complejo Estructural Id, ocupado por el subsector Cb, destacan desde este primer nivel sedimentario sus abundantes restos materiales. Resaltamos, sobretudo, una torta de metal (n° 17.281), localizada en línea recta con el banco corrido 17.18, a la que se ha practicado análisis de isótopos de plomo (Hunt, 2006). Junto a ellos recuperamos un fragmento indeterminado (n° 17.282); restos de mineral de cobre (n° 17.286 y 17.287) y un crisol plano de cerámica (n° 17.313). También se localizaron numerosos fragmentos de piedras de molino (n° 17.304, 17.305 y 17.306) y una pieza discoidal (pieza circular) no perforada en piedra (n° 17.307). Los elementos cerámicos también están presentes en estas primeras Unidades sedimentarias en la parte más occidental de esta gran estancia. Destacan aquellas piezas del repertorio cerámico relacionadas con la preparación y consumo de alimentos. Entre las primeras encontramos los restos de una olla ovoide de medianas dimensiones con decoración de mamelones (n° 17.283-7), mientras que las relacionados con el consumo encontramos dos cuencos medianos de paredes rectas y borde apuntado (n° 17.283-8 y 17.283-11) (Fig. 9: 10). Al conjunto de todos estos elementos debemos unir los diferentes restos faunísticos (n° 17.284 y 17.296).

La US 17.2 es producto del derrumbe de los muros de pizarra, habiendo visto reducido su grosor como resultado de la actividad del pantano. Nuevamente comenzaremos nuestro análisis en sentido este-oeste. Anteriormente ya hemos apuntado que en el subsector Cc se habían recuperado escasos materiales culturales, el reducido espacio que ocupa junto a su forma triangular y la localización de la estructura 17.22 deja poco espacio libre siendo precisamente esta estructura la que acaparase el centro de la funcionalidad en este espacio. Por estas razones pasamos analizar el comportamiento de la US 17.2 en el espacio central del CE Id, concretamente el subsector Ca. En este espacio se localizaron

numerosos restos de piedra pulida, entre ellos diferentes molinos (nº 17.212, 17.248 y 17.255) y dos alisadores (nº 17.222 y 17.278). Todos éstos fueron hallados dispersos en sentido este-oeste, al igual que numerosos restos de mineral de cobre (nº 17.211, 17.215, 17.220, 17.223, 17.225, 17.246, 17.249, entre otros), fundamentalmente, en los alrededores de la estructura 17.18 y bolitas de metal oxidado de cobre asociado a veces con mineral de cobre posiblemente calentado (nº 17.241 y 17.272); dos crisoles indeterminados en cerámica (nº 17.233 y 17.257) y uno más hondo (nº 17.254) localizados cerca de las estructuras 17.16 y 23.14.

En cuanto al material cerámico, aquél que se dispone sobre el banco de roca o sobre la estructura 17.18 es difícil de distinguir del que aparece en el suelo de habitación como consecuencia de la misma diferencia de nivel al interior de la habitación (Contreras, 2000: 274-16). Sin embargo, al sur de ésta, se localizaron los fragmentos de tres cuencos semiesféricos decorados (nº 17.244, 17.259 y 17.280) y un elemento poco frecuente, una fuente honda decorada en su pared exterior con impresiones en “zig-zag” formando una banda compuesta por tres líneas paralelas bajo el borde (nº 17.235).

A pesar del carácter especial de los elementos cerámicos relacionados con el servicio y consumo de alimentos, es cierto que los restos materiales que más abundan y destacan en este espacio central son aquellos relacionados con el almacenamiento y la transformación del alimento, nos referimos a la gran variedad de ollas y orzas documentada en este espacio. Entre ellas podemos resaltar, una olla de paredes abiertas de grandes dimensiones con fondo convexo y sin decoración (nº 17.216) (Fig. 8: 11); otra ovoide de fondo plano y grandes dimensiones que presenta paredes rectas y entrantes con decoración de impresiones en el labio y mamelones para la aprehensión (nº 17.221) (Fig. 8: 4). Cerca de éstas apareció otra más de perfil ovoide de cuello marcado y borde recto y cerrado con decoración de mamelones (nº 17.227), mientras que en el extremo más al oeste se localizaron dos ollas más, una de ellas presentaba características similares a la anterior (nº 17.252 y 17.253). Por último, la gran olla ovoide (nº 17.226-1) (Fig. 8: 10) situada sobre la estructura 17.23 y apoyada contra la 17.22, mientras que cerca de ella y, sobre la misma estructura, se encontró una orza de grandes dimensiones con paredes muy rectas y salientes, con fondo apuntando (nº 17.217) (Fig. 8: 18). Ésta presenta una decoración impresa en el labio y dos mamelones que facilitarían su movilidad. Por último, destacar una gran orza ovoide de cuello marcado y boca cerrada con decoración de incisiones a base de punzón en el borde (nº 17.227). Cerca de ésta gran orza se localizaron diferentes fragmentos amorfos con decoración en cordón que probablemente correspondan al mismo recipiente.

Los elementos en arcilla también están presentes como es el caso de una pesa de telar localizada al oeste de este subsector Ca (nº 17.256) y otro artefacto de forma indeterminada (nº 17.260). Por último, señalar los abundantes restos de materia orgánica carbonizada (nº 17.208, 17.209 y 17.210), sobretodo en la parte oriental de este subsector, posiblemente, correspondientes a la viga de madera que contendría el hoyo de poste 17.25.

Seguidamente al nivel de derrumbe de piedra nos encontramos en la secuencia estratigráfica la US 17.3 que es el resultado del derrumbe de las estructuras de adobe. Su geometría consiste en bloques de textura compacta y repartidos homogéneamente por todo el espacio, sin embargo, en las proximidades a la estructura 17.19 no se han documentado

restos de esta techumbre lo que hace suponer que podría estar descubierto o que al encontrarse en la zona de mayor erosión, las aguas del pantano se han llevado gran parte. La parte superior de los recipientes del suelo aparecen en esta unidad sedimentaria, al no haber perdido su posición original. En nuestro análisis los adscribimos al suelo de ocupación. Por esta razón, pasamos directamente al tratamiento de la siguiente Unidad Sedimentológica, la US 17.4.

La US 17.4 corresponde a los restos del suelo de ocupación del CE Id. El carácter de las actividades llevadas a cabo en él, metalúrgicas y de mantenimiento, han generado desechos abundantes, pero de escaso tamaño. La fragilidad de los recipientes, en su mayoría destinados al consumo, y la actividad del pantano han provocado que la disposición de los restos hallados en la excavación no muestre una articulación espacial tan perfecta como por ejemplo la determinada en el GE IV. Sin embargo, aún se pueden deducir algunos puntos de actividad, especialmente si no olvidamos la distribución espacial de los restos en las anteriores unidades sedimentarias (Contreras, 2000).

En el suelo de ocupación nos encontramos con todo tipo de elementos relacionados con diferentes actividades productivas. En el extremo este del Subsector Ca, concretamente, en el espacio que ha sido subdividido y denominado Ca1, es en el que centraremos inicialmente nuestra atención, para proseguir con nuestro estudio hacia el oeste de esta estancia. Como decimos la cantidad de material recogido en esta Unidad Sedimentaria es abrumadora por lo que hemos decidido realizar un análisis exhaustivo lo más fidedigno posible, por lo que comenzamos precisamente con ese espacio al este que queda entre el banco 17.18 y las estructuras 17.22 y 17.23. El primer elemento que encontramos dispuesto directamente sobre la roca es una piedra de molino de grandes dimensiones (nº 17.315) localizada junto a la estructura de aterramiento 23.2. Próxima a él encontramos otros elementos en piedra pulida, un alisador (nº 17.483), dos piezas discoidales no perforadas y recortadas (nº 17.453 y 17.540) (Fig. 9: 20). La primera ellas se trata de una pequeña fichita de piedra mientras que la segunda se trataría de una tapadera de pizarra probablemente relacionada con alguna de las tres ollas localizadas en sus cercanías, y nuevas piedras de molinos (nº 17.388, 17.447 y 17.468). Asimismo continúa la secuencia de los restos de mineral de cobre (nº 17.471); restos de mineral de plomo (nº 17.454) y un crisol de fondo plano (nº 17.338) (Fig. 6: 19). En cuanto al material cerámico encontramos los restos de tres ollas, la primera de ellas de grandes dimensiones, perfil globular y fondo convexo que presenta el cuello marcado y boca muy cerrada, de una pasta muy bien cocida y con las superficies menos trabajadas que en otros casos. Además, tiene decoración de impresiones digitales en el borde y mamelones a los lados (nº 17.472) (Fig. 8: 16). La segunda es una olla simple con decoración de mamelones (nº 17.473). Y la tercera se trata de una olla de medianas dimensiones de superficies toscas y tecnología gruesa con una boca muy cerrada (nº 17.487) (Fig. 8: 17). Ésta fue localizada cerca de la estructura 17.23, junto a un cuenco de perfil simple (nº 17.499). Por último, mencionar diferentes restos de carbón (nº 17.452) y fauna (nº 17.485).

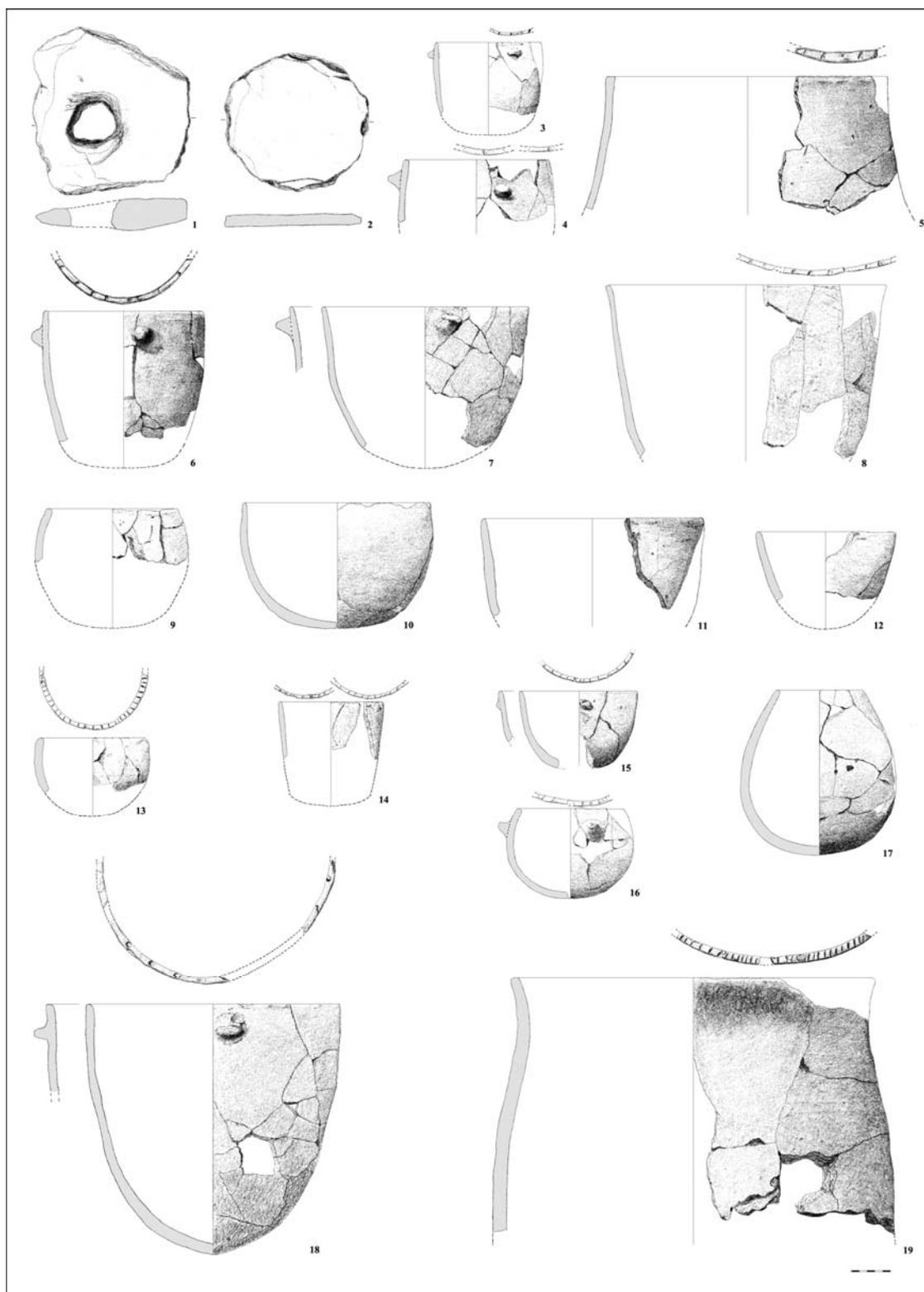


Figura 8. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos en la Unidad Habitacional I. 1-19 (Ib); 15 (Ib).

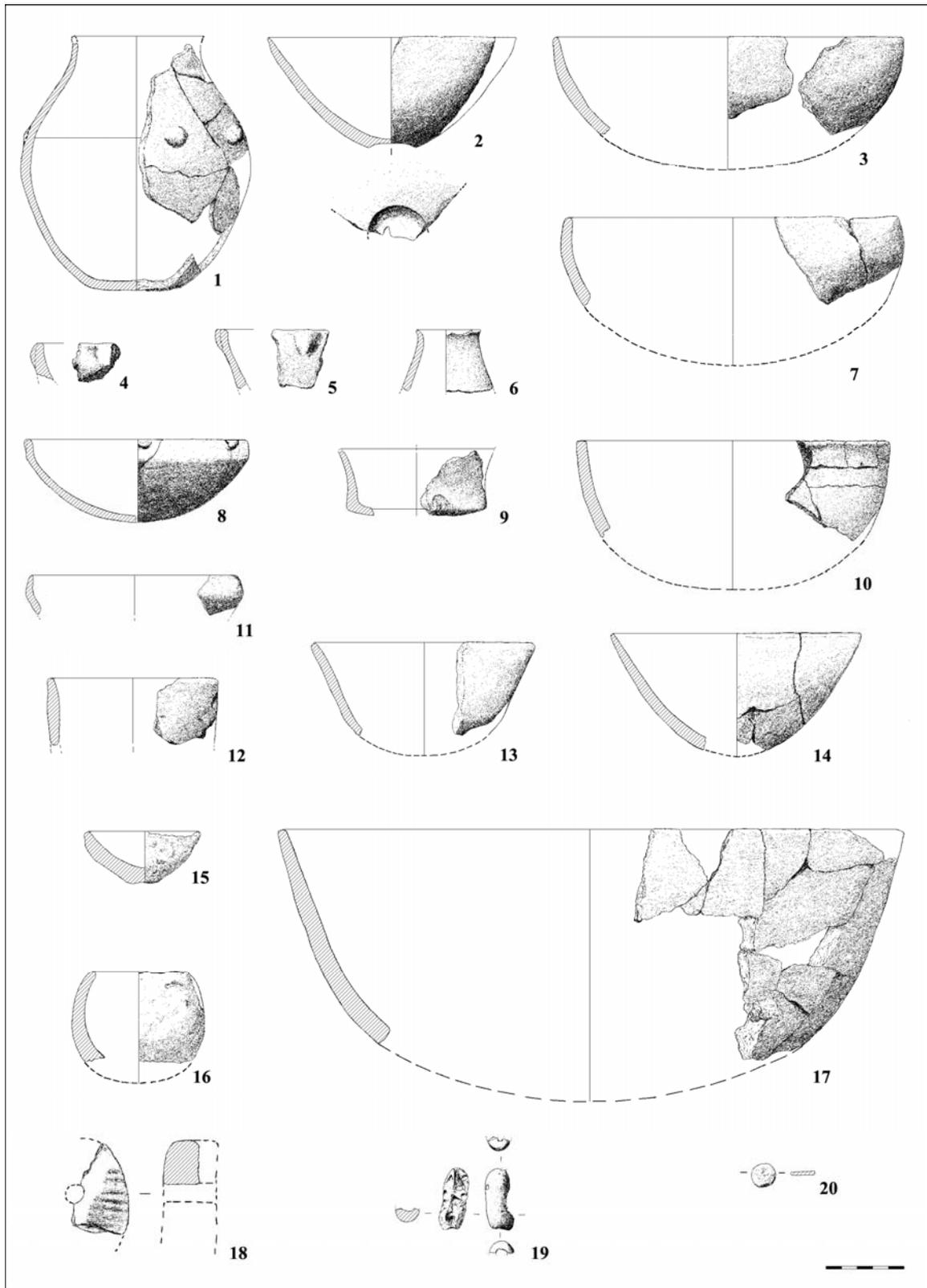


Figura 9. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional I. 1, 2, 3, 7, 10, 14, 15, 16 (Id); 4, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 13, 17, 18 y 19 (Ib).

Asociados directamente con esta estructura (17.18) encontramos toda una serie de restos culturales relacionados con la actividad metalúrgica y las actividades de mantenimiento, concretamente, con la transformación y consumo de alimentos. Referente a la primera de las actividades mencionadas, destacamos la presencia de restos de mineral de cobre (nº 17.211, 17.223 y 17.215) y restos de escorias (nº 17.205), localizadas en el centro de esta estructura y en el extremo sur, junto a la estructura 23.2 y dos cuencos semiesféricos de perfil simple (nº 17.224 y 17.529). Junto a éstos, encontramos tres ollas (las dos primeras ya las hemos referido en el análisis de la US 17.2), localizadas *in situ*, la primera de ellas en el extremo este de este banco. Se trata de una olla ovoide de fondo plano y grandes dimensiones, presentando sus paredes rectas y entrantes con decoración de impresiones en el labio y mamelones para la aprehensión (nº 17.221). En el centro-sur encontramos otra olla de paredes abiertas de grandes dimensiones con fondo aplanado y sin decoración (nº 17.216); y en el extremo oeste, una más de perfil simple (nº 17.269). Por último, encontramos en el extremo centro-norte de este banco dos elementos en piedra pulida, un molino (nº 17.426) y un alisador (nº 17.222).

Al este de la anterior estructura, y sobre la 14.22 se extienden los restos de mineral de cobre (nº 17.451, 17.474, 17.496, 17.522), una piedra de molino (nº 17.391) y un cuenco semiesférico de forma parabólica (nº 17.480) (Fig. 9: 14).

Sobre la estructura 17.23, encontramos diferentes piedras de molino (nº 17.212 y 17.389) junto a una mano de molino (nº 17.391) y abundantes restos de mineral de cobre (nº 17.380, 17.422, 17.451, 17.474, 17.496 y 17.522). Entre el material cerámico localizamos ollas y orzas dispuestas directamente sobre esta estructura de banco, una olla ovoide de grandes dimensiones (nº 17.226-1) y una gran orza (nº 17.217) (ya comentadas en la US 17.2). También se hallaron elementos cerámicos relacionados con el servicio y el consumo de alimentos. Éstos estarán marcados por los cuencos semiesféricos grandes de tendencia parabólica como el nº 17.480 y nº 17.487-1; asimismo destaca un cuenco o plato carenado de borde muy corto y ligeramente recto o entrante con fondo plano, de superficies bien trabajadas, bruñidas y con decoración de pequeños mamelones en el borde (nº 17.495-2). En último lugar destacar la recogida de muestras de fauna (nº 17.523) y restos de carbón (nº 17.210 y 17.218). No debemos olvidar que en la US 17.2 ya aparecían elementos relacionados con el almacenamiento y transformación de alimentos (ollas y grandes orzas) recogidos *in situ* (por lo que pertenecen al suelo de ocupación) sobre esta estructura.

En la cara este de la estructura 17.20 y norte de la estructura 17.23, justo en esa esquina creada por estas estructuras y el contacto de la primera contra la 17.24, sobre la roca fueron localizados diferentes fragmentos de piedra pulida, molinos (nº 17.318 y 17.327), varias manos de molinos (nº 17.342 y 17.442) (Fig. 7: 5) y una pieza discoidal sin perforación (nº 17.460). Por la inclinación que presenta de sur-norte, nos hace pensar que estaría relacionada con alguna de las ollas localizadas *in situ* sobre la estructura 17.23 a modo de tapaderas. Mientras que el mineral de cobre (nº 17.336, 17.341, 17.348 y 17.561) continúa su avance hacia el norte cerca de estas estructuras 17.20 y 17.24 (donde también hay galena nº 17.254) junto a algunos restos de escoria (nº 17.353 y 17.317).

Serán los elementos cerámicos los que dominen este espacio, encontrándose un conjunto de cuatro ollas prácticamente en esta esquina. La primera (nº 17.310) (Fig. 8: 6) es

una gran olla ovoide honda de fondo plano que presenta decoración impresa en el labio y mamelones para la sujeción; la segunda y tercera son ollas simples, una con dos mamelones (n° 17.316) y la otra con decoración impresa en labio (n° 17.439-2); la cuarta es una olla ovoide de fondo plana y borde ligeramente entrante, de grandes dimensiones (n° 17.439-1) (Fig. 8: 9). También está presente una gran orza con decoración incisa en el labio (n° 17.443) relacionada con el almacenamiento de cereal. Mientras que los restos de carbón (n° 17.276, 17.301 entre otros) aumentan en esta zona que vienen desde el este buscando el norte de este espacio.

Sobre la estructura 17.20, en su extremo más norte, se han documentado sobretodo restos de materiales en piedra pulida, concretamente, tres alisadores (n° 17.278, 17.445 y 17.578), una piedra de molino (n° 17.319) y un molde de lingotes de cobre en cerámica (n° 17.328) (Fig. 6: 1) localizados en su extremo más al norte. Por otro lado en su extremo sur y cerca del hoyo de poste se encontraron abundantes restos de carbón (n° 17.264, 17.516, etc.) y un elemento cerámico relacionado con el consumo de alimentos, un vasito de borde entrante y fondo convexo (n° 17.509) (Fig. 9: 16).

En la estructura 17.21d sólo se han localizados dos elementos materiales; por un lado y en el extremo sur un crisol de fondo plano (n° 17.335) y en el lado opuesto, una hebilla de cinturón metálica (n° 17.236). No debemos olvidar que esta última fue localizada en el nivel superficial, lo que nos da muestras de cual era el grado de arrasamiento de los materiales que se encontraban sobre esta estructura. Probablemente, ello explica la escasez de artefactos.

Continuando con nuestro análisis, asociado a la estructura de hoyo de poste encontramos restos de carbón (n° 17.320) asociados directamente con la viga de madera que sostendría esta estructura. A su alrededor se hallaban elementos relacionados con la actividad metalúrgica, probablemente no estén vinculados a esta estructura sino con las estructuras cercanas 17.19 y 17.16. Nos referimos a los restos de mineral (n° 17.220) y un crisol de cerámica con fondo plano (n° 17.321). Junto a éstos había un cuenco o vasito carenado con el borde muy corto y ligeramente entrante, con las superficies muy bien trabajadas, bruñidas y decoración en el borde de pequeños mamelones (n° 17.525).

Si sobre alguna estructura destaca la abrumadora presencia de restos materiales es precisamente sobre la estructura 17.19 y sus alrededores dispersándose hacia el oeste de esta estancia habitacional. Los restos de escoria se localizan todos sobre o junto a esta estructura, así como los numerosos restos de mineral de cobre (n° 17.299, 17.336, 17.355, 17.374, 17.425, 17.429, 17.457, 17.458, 17.538, etc.), y de hierro (n° 17.354), restos de metal de cobre (n° 17.384, 17.326-2, 17.371, 17.376 y 17.476) y gotas de cobre metálico (n° 17.272 y n° 17.437). Sin embargo, encontramos un elemento acabado en metal, un punzón (n° 17.470). Asimismo están presentes los crisoles planos de pequeñas dimensiones (n° 17.324, 17.335, 17.338, 17.459, 17.477 y 17.500-1) que en algunos casos presentan pico vertedero y en todos los casos se ha documentado en su interior abundantes restos de escoria de cobre adherido.

En cuanto al material en piedra pulida destacan los molinos, de los que tan sólo se ha documentado uno en este espacio, asociado a esta estructura (nº 17.527) y las placas de pizarra recortadas que son muy numerosas (nº 17.541, 17.542 y 17.543).

Por otro lado, destacan los numerosos fragmentos de ollas en diferentes variantes dentro de su tipología morfológica. Tenemos ollas ovoides simples de medianas dimensiones y fondos convexos con decoración impresa en el borde (nº 17.322-1, 17.330, 17.344-2, 17.356, 17.362, 17.368, 17.427, 17.435-1 y 17.469) (Fig. 9: 1). De semejante morfología pero carente de decoración encontramos otros ejemplos (nº 17.521). Otros ejemplos, los encontramos en la existencia de las ollas de paredes abiertas, rectas y salientes con el fondo plano de tamaño medio como la nº 17.331-2 (Fig. 8: 14) que presenta decoración impresa en el borde a base de punzón; u otras dos más de perfil igualmente globular de gran tamaño, casi de las dimensiones de una orza, que presentan un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión en el cuerpo con el fondo ligeramente plano (nº 17.331-1 y 17.511) (Fig. 8: 7). La primera de ellas presentaba solo impresiones en el labio mientras que la segunda exhibía también éste tipo decorativo junto con dos mamelones. Encontramos otras dos ollas ovoides más, aunque presentan un mayor diámetro y una menor altura que las anteriores, con el borde entrante y el fondo ligeramente convexo, con decoración en el labio a base de pequeñas impresiones cortas de punzón (nº 17.406 y 17.408) (Fig. 8: 13). El último tipo documentado en esta zona se trata de una olla de gran tamaño de paredes rectas, entrantes y gruesas con fondo plano, con un tratamiento superficial bastante tosco y decoración en el borde a base de pequeñas impresiones y mamelones en ambos extremos (nº 17.331-3) (Fig. 8: 3).

En esta misma estructura documentamos diferentes ejemplos de restos cerámicos relacionados con el almacenamiento de cereal. Se tratan de fragmentos de grandes orzas de tipo ovoide simple con decoración impresa en el labio (nº 17.488, 17.515, 17.409) y, en otros casos, carente de decoración (nº 17.322-1, 17.331-4) (Fig. 8: 8), más dos grandes orzas de perfil ovoide que presentan un estrechamiento cerca de la boca y el borde marcado y abierto (nº 17.500 y 17.333) (Fig. 8: 19).

Entre los recipientes de menores dimensiones destaca el hallazgo de una botella pequeña de cuello marcado, cuerpo redondeado y fondo plano. Presenta una serie de mamelones decorativos en el cuerpo superior con las superficies muy bien cuidadas (nº 17.344); un vasito pequeño de fondo convexo (nº 17.509) junto con varios cuencos semiesféricos de perfil simple, (nº 17.428-1 y 17.489), uno de ellos presenta decoración (nº 17.490) y, en otros casos, tienen unas dimensiones mayores pasando a ser denominados fuentes, es el caso del nº 17502-1. Por último, resaltar un nuevo cuenco de forma indeterminada que destaca por tener impregnadas sus paredes de restos de metal de cobre y ocre (nº 17.424), lo que nos inclina a pensar, a pesar que el segundo de los elementos sería su contenido originario y el segundo sería un elemento añadido por localizarse cerca de las gotas de mineral, que bien pudo verse salpicado por el desarrollo de la actividad metalúrgica en este espacio.

Es interesante resaltar la presencia de diferentes restos faunísticos (nº 17.422-2, 17.434-2 y 17.478). Por último, merece la pena destacar la aparición en este Complejo Estructural de una cuenta de hueso trabajado (nº 17.489).

Al este de esta estructura (17.19) y asociado a ella seguimos encontrando restos de mineral de cobre (n° 17.279 y 17.314); un crisol plano de pequeño tamaño (n° 17.321); una piedra de molino (n° 17.466); los fragmentos de una pesa de telar en arcilla (n° 17.271) (Fig. 9: 18) y por último, una olla ovoide (descrita ya en la US 17.2) (n° 17.227) (Fig. 8: 5) y restos de carbón (n° 17.463).

En el extremo occidental de esta estancia continuamos documentando abundantes restos de cultura material. Al oeste de la estructura 17.19 y asociado con ésta continuamos encontrando fuertes cantidades de mineral de cobre (n° 17.326, 17.347, 17.350, 17.355, 17.373, 17.370, 17.377, 17.432, entre otros más); restos de escorias (n° 17.352, 17.353, 17.375, 17.378, etc.) así como también gotas de mineral calentado (n° 17.398) que incluso impregna otros elementos como es el caso de una pizarra redondeada no perforada (n° 17.361) y una olla simple (n° 17.368). Sin embargo, destaca el hecho de que sólo encontramos junto a estos elementos los restos de un pequeño crisol plano (n° 17.404) (Fig. 6: 23). Pero, como sucede en gran parte de este espacio, serán los elementos cerámicos junto con los restos de metal los que promuevan las grandes concentraciones de restos culturales. Concretamente, a los primeros, siguen en número los restos de ollas simples de perfil ovoide, la mayoría de ellas con decoración de impresiones en el labio. Contabilizamos hasta cuatro ejemplares (n° 17.346, 17.349, 17.358 y 17.367-1) de las que sólo uno de ellos carecía de decoración (n° 17.395). Por su parte, tampoco están ausentes los elementos relacionados con el almacenamiento, fundamentalmente de cereal, nos referimos a las grandes orzas. Concretamente, se encontraron dos ejemplares con decoración de impresiones en el labio y mamelones para la sujeción (n° 17.411 y 17.441).

En cuanto al repertorio cerámico de menores dimensiones destinado al servicio, exposición y consumo de alimentos, solo encontramos un vasito carenado (n° 17.412) y restos de fauna (n° 17.365 y 17.446).

Directamente sobre la roca, al oeste de la estructura 17.19, ya lindando con la estructura de pavimentación de lajas horizontales (17.16) vuelven a aparecer los restos de mineral de cobre (n° 17.402, 17.403 y 17.420) incluso sobre la estructura 17.15a (n° 17.464); restos de escoria (n° 17.288 y 17.289) y gotas de metal más al norte (n° 17.397). Una piedra de molino (n° 17.465) de medianas dimensiones la localizamos justo al sur junto al afloramiento rocoso sobre el que se alza la estructura 17.18 junto con una pieza discoidal con perforación (n° 17.416) (Fig. 7: 1) y otra placa circular de pizarra recortada sin perforación (n° 17.444) (Fig. 7: 2). Mientras que entre el repertorio cerámico, al contrario de lo ocurriría a escasa distancia de aquí, predomina la presencia de orzas sobre las ollas. De las segundas sólo hemos localizado los restos de un ejemplar de cuerpo ovoide y forma simple (n° 17.415) mientras que de las primeras se han localizado tres grandes orzas (n° 17.392, 17.400-1 y 17.449), todas ellas con decoración impresa en el labio. Y, en cuanto al repertorio característicamente destinado al consumo, tan sólo se ha localizado un ejemplar de un cuenco de paredes abiertas (n° 17.360). Aunque se han documentado gran cantidad de fragmentos de pequeños recipientes si bien ha sido imposible determinar a que grupo tipológico pertenecen debido a la fuerte erosión sufrida en esta área.

En la estructura de pavimentación (17.16) destaca la fuerte concentración de moldes de piedra (nº 17.520, 17.519, 17.568 y 17.569) (Fig. 6: 4, 5, 6 y 9) y de cerámica (nº 17.550 y 17.555) (Fig. 6: 2) a excepción del molde de cerámica (nº 17.328) que lo hace en la zona opuesta, sobre el banco 17.20. Sin embargo, continuamos encontrando sobre este algún resto de mineral de cobre (nº 17.464, 17.506, 17.530), crisoles, algunos de ellos de pequeño tamaño (nº 17.512-2 y 5; 17.572) (Fig. 6: 20). Pero tenemos que destacar, a pesar de haberla mencionado con anterioridad al explicar la US 17.1 y 2 la presencia de una gran torta de metal (nº 17.246) junto a un artefacto de metal de tipo indeterminado (nº 17.282). También hallamos placas circulares de pizarra recortada (nº 17.307 y 17.513) (Fig. 7: 3) relacionadas, posiblemente, con los grandes recipientes o contenedores de almacenamiento localizados también en esta área, a modo de tapaderas, junto con otros elementos en piedra (nº 17.514 y 17.576).

Como ya ocurría en el espacio anteriormente analizado (oeste de la estructura 17.19), en el repertorio cerámico continúan dominando las grandes orzas con decoración impresa en el labio (nº 17.533) o sin ella (nº 17.531 y 17.532), y las ollas (nº 17.563 y 17.570), ambas con decoración impresa en el labio. Una tercera olla, siendo casi una orza, presenta un perfil ovoide con un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión del cuerpo, sin decoración (nº 17.552) (Fig. 8: 12).

Como en el caso anterior, el repertorio cerámico destinado al consumo aparece muy fragmentado en esta zona. Sin embargo, si podemos reconocer diferentes elementos como un vasito de pequeñas dimensiones de fondo plano y paredes muy abiertas (nº 17.512-1) (Fig. 9: 15) y un vaso carenado (nº 17.242) ya definido en la descripción de la US 17.2. Su excepcionalidad en cuanto a forma y posición y el hecho de que proceda también de sus inmediaciones los restos de una fuente honda decorada (nº 17.235) descrita al tratar la US 17.2, obliga a dar mayor realce si cabe a esta zona pavimentada del CE Id. Así como el hecho de haber recogido diferentes fragmentos de huesos de fauna (nº 17.507, 17.508 y 17.536) localizados en la parte norte de la misma, nos certifican que el consumo de alimentos estaba siendo practicado en este espacio en interrelación con la producción metalúrgica.

En último lugar, nos queda por exponer la dispersión de la cultura material hacia el suroeste. Se trata del área más cercana al extremo oeste de la estructura 17.18 y de la puerta o entrada 23.8. Directamente sobre el afloramiento rocoso y en sentido este-oeste, los restos de mineral de cobre continúan repitiéndose (nº 17.249 y 17.530). El primero de ellos fue localizado directamente sobre el vano de la misma puerta como las gotas de mineral (nº 17.241) y los crisoles indeterminados (nº 17.233 y 17.257). Por su parte, los restos cerámicos documentados en esta zona son en su mayoría relacionados con el consumo de alimentos, predominando los cuencos semiesféricos de fondo apuntado (nº 17.268) y dos más provistos de decoración (nº 17.244 y 17.259) junto a una fuente honda con decoración impresa en “zig-zag” bajo el borde (nº 17.235) y dos ollas, citadas en líneas anteriores al tratar la Unidad Sedimentaria 17.2, ya que estaban relacionadas directamente con la estructura de banco 17.18.

V.3.1.7. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana.

Esta vivienda corresponde con la casa más al norte y baja de esta ladera. Concretamente, ocupa parte final del espolón en el que se alza todo este poblado. Esta característica la ha convertido en la vivienda peor conservada hasta el momento de todo el poblado de Peñalosa. La acción del pantano ha sido muy fuerte que ha provocado la pérdida de gran parte del muro de fortificación y cierre de la vivienda al norte. Dicha actuación ha afectado en cierta medida al suelo de ocupación lo que ha supuesto que nuestro conocimiento sobre el mismo sea menor que en otras viviendas de esta Terraza, lo cual, a su vez, en la realización de este análisis. Por esta razón, en este análisis sólo atenderemos a aquellos elementos que tengamos la completa seguridad que corresponde con su suelo de ocupación, no recogiendo elementos que se encuentren en otras Unidades Sedimentarias dado que puede ser que estos provengan de las zonas del sur de esta Terraza.

Su localización en la zona baja de la ladera Norte la convierten en una zona de gran interés para nosotros. Por un lado, se trata de la vivienda que conectaría directamente el exterior del poblado con su interior al menos en la Terraza Inferior. El resto de viviendas de la Terraza Inferior (II, III, IV) no tienen conexión con el exterior dado que se encuentran cerradas en su flanco oriental por el muro de cierre que discurre desde la Terraza Superior. Dicha conexión se establece a través del Complejo Estructural Ic y, concretamente, de la puerta o vía de comunicación que se construye en este espacio (23.12). Esta vía de comunicación permitiría a los habitantes de este barrio bajo salir del poblado sin ningún tipo de problema y por vía directa, lo cual convierten a esta vivienda en el nexo de unión de del exterior con el interior del poblado en la zona baja de la ladera.

Su construcción estuvo mediatizada por la disposición del afloramiento rocoso que en este extremo aflora en forma de plataforma sobreelevada. Esta actuación incidió en la articulación espacial de esta vivienda la cual ha condicionado tanto su forma como su articulación interna, además de haber influido en la construcción de dos espacios contiguos (Ia y Id). En el primero de los casos, la presencia de un escalón de roca, un poco más al norte del límite meridional de la vivienda facilitó el proceso de aterramiento pero sólo a costa de mantener una habitación triangular como espacio separado (CE Ia), sobreelevándola al resto de la casa. Esta situación no sólo sugiere una planificación previa de la distribución del espacio en todo el poblado a partir del gran muro de cierre oriental, sino que implica que en la división y compartimentación de las viviendas, a sus constructores y constructores les primó el hecho de que el espacio físico que ésta ocupase, fuese similar al resto de las viviendas más que una adaptación rígida a los condicionantes de la unidad geomorfológica en la que se asentaba el poblado (Contreras *et al.*, 1991b; Contreras, 2000). Precisamente, este condicionante ha condicionado la forma de la vivienda que, en este caso, no presenta una planta más o menos rectangular orientada en sentido este-oeste como si lo hacen el resto de viviendas de la Terraza Inferior, sino más bien triangular, cuya orientación es más difícil de precisar.

Aún así contamos con una vivienda de una gran complejidad tanto a nivel constructivo como funcional aunque no llega a los niveles que se alcanzan en la Terraza Media, Superior o “Acrópolis” del poblado. Su construcción, como el conjunto de la

Terraza Inferior, responde a la fase de ocupación IIIA datada entre el 1770/1800 y el 1700 A.C y el 1500 A.C. según los análisis de carbono 14 practicados a unas muestras de materia orgánica. Como sucede con el resto de viviendas de esta terraza, la fuerte actuación del pantano del Rumblar ha hecho desaparecer todo su flanco occidental, concretamente, su cierre original con lo cual no podemos establecer las posibles conexiones entre esta vivienda y el resto de la Terraza Inferior. A pesar de ello sabemos que esta debió ocupar un gran espacio que en la actualidad supera los 51.14 m².

Su organización espacial se compone por al menos tres espacios tanto a nivel constructivo como funcional. Se trata de una vivienda mutiespacial y multifuncional, dotada de al menos tres estancias destinadas a la realización de diferentes actividades productivas. Cada una de estas habitaciones de las que se compone tiene entidad propia, aunque en todo momento mantienen una conexión directa entre ellas. Lo cierto es que todas están interconectadas a través de diferentes puertas o zonas de paso que permiten estar en continua comunicación y relación. Si bien, como en el resto de viviendas de este poblado, el desarrollo de la vida cotidiana parece girar entorno a un gran espacio central (CE Id), lugar donde tienen cabida la interrelación de las actividades de mantenimiento y la producción metalúrgica. Esto no quiere decir que el resto de estancias documentadas en esta vivienda no tenga una función o productividad o que se traten de espacios secundarios sino todo lo contrario. Dichas estancias (Ia, Ib y Ic) funcionan de manera anexa y complementaria a la estancia central tanto en el desarrollo de la vida cotidiana como en el conjunto de actividades que tienen lugar en su marco.

Aunque consideramos este conjunto de Complejos Estructurales como parte de una misma vivienda (Unidad Habitacional o Casa I) cabe la posibilidad de que el Complejo Estructural Ic formara parte de una casa distinta junto con las zonas erosionadas en el extremo septentrional con las que se comunica a través de la puerta 23.12. La imposibilidad de optar por una u otra opción viene condicionada por la desaparición del cierre septentrional del CE Id y por las estructuras que se situarían al oeste del CE Ic. En cualquier caso, la forma absidal del espolón unida a la dirección del muro de cierre 17.24 sugiere que o, bien todo el Grupo Estructural formaba una única vivienda en este extremo o, la estancia más septentrional mantendría una disposición ligeramente oblicua a las integradas en los GE I, II, III y IV (Barrio de la Terraza Inferior) (Contreras, 2000). En cuenta a esta última posibilidad, hay que señalar que los constructores y constructoras de este barrio tenían una preocupación fundamental, mantener el equilibrio constructivo respecto a las casas de la Terraza Superior, es decir, como observaremos en el análisis de las siguientes Unidades Habitacionales, estas gentes están enormemente preocupados porque sus viviendas mantuviesen la misma disposición que las construidas en las fases de ocupación anteriores (Fase IIIB) del poblado, dejando en un segundo plano la adaptación al propio terreno.

Sus constructores y constructoras tomaron la decisión y la determinación de cómo sería su construcción y optaron con todas las consecuencias a perder espacios potencialmente constructivos, antes de romper la armonía constructiva que desde fases anteriores a la IIIA se habían ideado para la construcción de este poblado. Así pues, contamos con una vivienda dotada de un espacio en forma de vestíbulo o zona de paso (CE Ic); una zona de almacenamiento y molienda, principalmente, del cereal (CE Ib); otra zona

ubicada al sur y, en cierta medida, separada de la zona central de esta vivienda dedicada fundamentalmente al procesamiento del mineral y el consumo de alimentos (CE Ia); y, por último, una zona central que parece actuar como espacio centralizador donde convergen la gran mayoría de las actividades documentadas para esta vivienda (CE Id). Con todo ello podemos decir que nos encontramos ante una vivienda compleja, diversa y de grandes dimensiones que recoge la vida cotidiana de este grupo social.

Partiendo de esta idea y siempre en base a la lectura del registro arqueológico de esta casa podemos determinar toda una serie de actividades, entre las que se encuentran tanto los trabajos relacionados con las actividades de mantenimiento como con la producción metalúrgica. Si bien, antes de empezar con el análisis de las diferentes actividades documentadas en esta casa, debemos de recalcar nuevamente que, al contrario de lo que nos sucederá con el resto de viviendas de esta Terraza, la estancia central, en torno a la que parece girar gran parte del desarrollo de esta vivienda, se encontraba muy alterada por la actuación directa del pantano. Así pues, en la medida de lo posible intentaremos reconstruir como se organizó la vida en esta vivienda, siempre atendiendo a la información que nos trasmite el registro arqueológico.

A pesar de las cautelas que debamos tener a la hora de abordar este análisis, una de las actividades que mejor representación ha generado en el registro arqueológico de esta vivienda ha sido la cadena de producción de la preparación de alimentos, desde el almacenamiento hasta la obtención del alimento listo para el consumo, pasando por el proceso de molienda del cereal. En cuanto al almacenamiento, tenemos que decir que ésta debió tener tal incidencia en la organización social de esta vivienda, que sus constructores y constructoras idearon un espacio de forma rectangular, completamente cerrado al exterior y comunicado principalmente con la estancia central, destinado prácticamente de forma exclusiva a estos menesteres. Este espacio es la estancia occidental Ib. En este complejo se documentan dos estructuras destinadas a estos menesteres. Una primera se trata de un pequeño silo excavado en la roca, adosado a la cara interna de la estructura de cierre 23.27, el cual, en el momento de su documentación, se encontraba tapado por una tapadera de pizarra recortada. En su interior no se localizaron restos de alimentos (ni cereal ni fauna). Sin embargo, su morfología constructiva semejante a las localizadas en otras viviendas de esta misma Terraza como la casa II, así como su ubicación particularmente en este espacio, nos hacen apuntar que esta estructura debió actuar como contenedor de alimentos. Una segunda estructura destinada precisamente a esta actividad es el gran contenedor ubicado prácticamente en la entrada a la estancia central. En este caso sí que hemos podido constatar los restos de su contenido interior. Concretamente, dentro de esta estructura se encontraba una orza carenada de grandes dimensiones encajada perfectamente en su interior junto a la cual se encontraba también una olla o botella ovoide de medianas dimensiones, paredes gruesas, cuello marcado que le originaba una pequeña boca.

En este caso tampoco ha sido posible recoger muestras de su contenido interior⁹⁷, sin embargo, suponemos que dadas las condiciones y morfología que presenta esta cultura material relacionada con el almacenamiento, la orza carenada estuvo destinada al contenido de cereal tanto en grano como para depositar el subproducto tras el proceso de fricción

⁹⁷ Debemos tener en cuenta que la actuación del pantano en esta vivienda ha sido muy fuerte.

mediante la molienda realizada en el banco de roca localizado a sus espaldas y en el que se han localizado diferentes piedras de molino asociadas a esta actividad. Este espacio sería ideal para la realización de esta actividad ya que además de ser utilizado como zona de paso entre las diferentes dependencias sería utilizado como soporte de las piedras de molino móviles. La utilización de estas herramientas móviles permite una mayor movilidad a las personas que lo realizan que, generalmente, son las mujeres del grupo (ver cap. III.4), a la vez que nos transmite la idea de que esta actividad tiene una enorme capacidad de adaptación, no estando regida a un espacio y una estructura concreta por lo que su productividad no se ve alterada por su determinación espacial. Por su parte, el otro contenedor, la olla, debió estar destinado al almacenamiento de líquidos como también al cocinado de los alimentos.

Esta relación entre almacenamiento y la molienda está presente en otras zonas de esta vivienda. Concretamente, nos trasladamos hasta la estancia principal de esta vivienda, donde debió generarse la gran mayoría de la actividad de esta casa y en torno a la cual debió girar gran parte de la vida cotidiana de este grupo corresidencial o familiar. En este espacio encontramos localizados *in situ* distintas orzas en diferentes espacios concentrados en su mayoría en la zona oriental de esta vivienda que, como observaremos, es la zona donde se produce una mayor articulación del espacio mediante la construcción de distintas estructuras. Apoyada directamente contra el banco 17.22, se encontraba una orza de grandes dimensiones con paredes muy rectas y salientes, con fondo apuntado dotado de dos mamelones que facilitaban su movilidad e implica que su ubicación en el espacio podía variar. Junto a esta se hallaba otra más de ovoide pero en este caso de cuello marcado y boca cerrada con decoración de incisiones a base de punzón en el borde. La primera de ellas parece ideal para contener alimentos sólidos mientras que la segunda parece destinada al contenido de líquidos como podría ser agua u otros variados. En las cercanías, directamente dispuestas sobre el saliente rocoso de esta zona localizamos una piedra de molino de medianas dimensiones que, probablemente, estuvo relacionada con la molienda del contenido interno de la orza de fondo apuntado anterior. Sin embargo, como en el caso de las estructuras de almacenamiento citadas anteriormente, no contamos con los restos de los contenidos interiores de estas grandes orzas. En general dentro del registro arqueológico de esta vivienda no se han recuperado restos carpológicos y, prácticamente, tampoco restos de fauna que nos permitan apuntar qué tipo de alimento podrían consumir sus habitantes. Así pues, en este sentido solo podremos basarnos para su definición en los restos de cultura material recuperada en esta vivienda.

Sin embargo, en esta casa destaca el hecho de una representación muy alta de ollas comparada con el resto de objetos cerámicos recuperados. Estos recipientes serían los encargados de transformar la materia prima en alimento listo para ser consumido. Es curiosa la enorme cantidad de estos recipientes así como su variedad en esta casa a la vez que no se ha localizado arqueológicamente una estructura destinada a la combustión y a su posible asociación con una estructura de hogar o similar. Con respecto a ellas decir que estas se localizan en prácticamente toda la zona oriental de la gran estancia de esta casa (Id). Para su ubicación parecen aprovechar tanto estructuras como zonas o puntos ciegos creados por la confluencia de dos o más estructuras. Este es el caso de las tres ollas localizadas *in situ* y en asociación con las orzas anteriores entre el banco longitudinal 17.18 y el banco 17.22. Dos de ellas son ovoides, de fondo plano y paredes rectas y factura muy

tosca mientras que la tercera de ellas es globular y presenta su boca cerrada y el fondo convexo. Relacionadas con estas ollas podría estar la tapadera de pizarra recortada localizada en sus inmediaciones, la cual tendrían la función de salvaguardar su contenido mientras su procesamiento y tras éste. Sin embargo, será sobre el pavimento 17.23 donde se localicen hasta cuatro ejemplares de estos recipientes. En este caso, todos son ovoides, de grandes dimensiones (prácticamente llegando a ser orzas) de fondo convexo y fondo plano. Probablemente relacionadas con alguna de estas grandes ollas se encuentre la tapadera localizada en el extremo opuesto al norte, junto a las siguientes ejemplares, ya que este elemento presenta una inclinación en sentido este-norte lo que nos indica su desplazamiento en este sentido. En tercer lugar y muy cerca de esta gran concentración volvemos a encontrar otra concentración más de estos recipientes. Éstas no se encuentran apoyadas a ninguna estructura sino más bien en el punto ciego que crea la confluencia de la estructura 17.20 con su choque contra la 17.24. Nuevamente se tratan de cuatro ejemplares ovoides de fondo plano y grandes dimensiones. Por el contrario, los últimos ejemplares registrados se localizaban *in situ* directamente sobre el banco longitudinal (17.8). La primera de ellas se encontraba en el extremo este de este banco y se trata de una olla ovoide de fondo plano y grandes dimensiones, con sus paredes rectas y entrantes y decoración de impresiones en el labio y mamelones para la aprehensión. En el centro-sur encontramos otra olla de paredes abiertas, de grandes dimensiones con fondo aplanado y sin decoración; y en el extremo oeste, una más de perfil simple.

Con respecto a éstas son varias las conclusiones que podemos extraer. En primer lugar, su gran representatividad, podemos decir que se trata de la casa con mayor número de estos recipientes recuperados en el conjunto de este poblado. En segundo lugar, su localización *in situ* nos habla de que al menos en los últimos momentos de vida de este espacio anterior a su abandono, éstas se encontraban ubicadas tal y como las hemos descrito. En tercer lugar, en su mayoría son de grandes dimensiones lo que nos indica el procesamiento de grandes cantidades de alimentos. En cuarto lugar, podemos establecer dos grupos, uno de aquellas que probablemente estarían destinadas a la transformación de alimento con carácter más sólido y otras que probablemente estarían vinculadas al procesamiento de alimentos de composición más líquida o semisólida. La característica que comparten todas es su muestra de haber estado expuesto al fuego de forma prolongada lo que demuestra claramente su uso en estos menesteres. Y en último lugar, su relación, en todos los espacios donde se localizan, con el almacenamiento y, como observaremos posteriormente, con el consumo y la producción metalúrgica.

Respecto a la actividad de molienda o el consumo de alimentos son también varias las zonas donde detectamos su presencia. La primera de las zonas se localiza sobre la estructura 23.14 (banco de roca entre el Ia y Ib) donde recordemos se ha atestiguado arqueológicamente la realización de la molienda posiblemente tanto del cereal como del mineral. En este caso contamos con un gran número de cuencos semiesféricos de perfil simple, carenados con decoración como con mameloncillos en el borde o sin ella, vasos de pequeñas y medianas dimensiones, carenados, etc. Todos estos elementos se encuentran en asociación no sólo con la molienda sino también con una olla ovoide y de fondo plano. Recordemos que este ejemplar es el único localizado en esta zona de la vivienda pero que responde a las características que presentan en el resto de la misma. Sobre la estructura 23.5a y sus inmediaciones se siguen documentando restos culturales de características

similares a las presentadas en el párrafo anterior. Sin embargo, estos elementos relacionados con el consumo de alimentos tienen en este espacio una representación mayor y, es que estos se encuentran sobre la estructura 23.5a donde encontramos cuencos semiesféricos de borde vertical; cuencos de pequeñas dimensiones y superficies bien trabajadas, mientras que son más variados y más singulares en la zona norte de esta estancia, en asociación con la estructuras-cista-contenedor 23.6. Los elementos que encontramos en este extremo no difieren demasiado de los anteriores, exceptuando un cuenco de paredes rectas y borde ligeramente entrante de tecnología tosca con decoración de mamelones en el borde y, un elemento poco frecuente en el repertorio tipológico del complejo cerámico de Peñalosa, una botellita de boca cerrada y borde saliente ideal para el consumo de bebida. Todos estos elementos nos dan muestras claras del consumo y bebida de alimentos en este espacio donde, probablemente, pudieron tomarse tanto en esta zona norte como sur, apoyándose en las diferentes estructuras que componen estos espacios. Si esto fuese así, en la zona sur conviviría el consumo con la realización de otras actividades como el procesado. Además encajada totalmente en un saliente de la roca entre esta estructura 23.6 y el silo 23.10 se documentó una gran cazuela honda de mediana dimensiones con sus superficies exteriores e interiores muy bien trabajadas y sin muestras de su exposición al fuego.

Más restos asociados al consumo de alimentos se hallaron sobre el banco longitudinal 17.18, concretamente, varios cuencos semiesféricos decorados junto a otro elemento también poco frecuente en el repertorio de consumo de este poblado. Se trata de una fuente honda decorada en su pared exterior con los elementos protocogotas. Por su parte, en el pavimento 17.23 se encontraban otros cuencos semiesféricos de tendencia parabólica y de mayores dimensiones, un cuenco o plato carenado de fondo y mamelones en el borde. Todos estos elementos presentan sus superficies muy bien trabajadas. También sobre la estructura 17.20 y 17.16 se localizaron este tipo de ejemplares relacionados con el consumo de alimentos, sobre todo, destaca la existencia de vasitos de pequeñas dimensiones en el pavimento.

Como podemos comprobar son muchos los ejemplares de estos elementos relacionados con el consumo pero también son muy característicos los recipientes relacionados con el servicio y la exposición, los cuales nos indican que nos encontramos ante unos alimentos preferentemente líquidos donde la técnica ideal para su preparación es el hervido y el cocido. Además, dadas las características, su gran dispersión y el volumen que presentan los recipientes de menores dimensiones podríamos plantear un consumo individual frente a uno comunal.

Las diferentes fases del proceso metalúrgico se documentan dispersas por las distintas estancias de esta casa. Concretamente detectamos dos zonas principales, la primera de ellas corresponde con el CE Ia, al sur de esta vivienda. En esta estancia podemos hablar de una parte del proceso metalúrgico, concretamente, el machacado y triturado del mineral. Para su realización utilizarían, al menos, el banco semicircular ubicado en la zona norte de la misma donde se ha localizado una piedra de molino desplaza en la cara norte de éste. En este caso, esta estructura no se trata de un banco de molienda propiamente dicho, sino que más bien las piedras de molino serían dispuestas directamente sobre éste y, probablemente, también el 23.4 en el momento de la realización de esta

actividad. Esto nos habla de una actividad móvil, es decir, no se encuentra fija a una estructura lo que implica una mayor movilidad de la persona encargada de realizar a la vez que nos habla sobre la propia movilidad de esta actividad y su adaptabilidad. Muchas de estas piedras de molino que debieron ser utilizadas para estos menesteres se han localizado en las capas de derrumbe de la estancia contigua (Ib). Precisamente, en relación con esta estancia debemos decir que esta actividad de trituración de mineral también pudo realizarse en la zona de paso de ambas estancias (Ia y Ib). Concretamente, sobre la estructura de banco de roca 23.14 se han localizado diferentes piedras de molino de medianas dimensiones y forma barquiforme que parecen ser originarias de la parte superior de esta estructura y que estuvieron destinadas tanto a la molienda de cereal como del mineral. Ambas actividades podrían compartir una misma estructura aunque no así una misma herramienta en el caso de esta casa.

Una segunda zona la podíamos definir como la zona central de la estancia Id. Entre las estructuras (17.22, 17.18 y 17.20) aparecen abundantes restos de mineral de cobre con algunos restos de escoria. En torno al banco 17.18 y sobre él, concretamente en el centro y su extremo sur, se localizan fragmentos de crisoles planos y numerosos restos de escorias, bolitas de metal oxidado de cobre asociado a veces con mineral de cobre posiblemente calentado

Si bien, la zona donde más restos metalúrgicos existen, es en la estructura 17.19 y sus alrededores. Concretamente, en este espacio se han recogido restos de escoria, numerosos fragmentos de mineral de cobre y de hierro, restos de metal de cobre y gotas de cobre metálico y un elemento acabado, un punzón. Asimismo están presentes los crisoles planos de pequeñas dimensiones que en algunos casos presentan pico vertedero y en todos los casos se ha documentado en su interior abundantes restos de escoria de cobre adherida. Por su parte, sobre el pavimento 17.16 destaca la fuerte concentración de moldes de piedra y de cerámica a excepción del molde de cerámica que lo hace en la zona opuesta, sobre el banco 17.20. Sin embargo, continuamos encontrando sobre éste algún resto de mineral de cobre, crisoles, algunos de ellos de pequeño tamaño y, sobre todo, debemos destacar la presencia de una gran torta de metal junto a un artefacto de metal de tipo indeterminado localizada sobre esta estructura.

Sin embargo, estos elementos no son los únicos que encontramos relacionados a esta estructura, ya que se localizaron al menos tres ollas ovoides y fondo plano distribuidas por todo el banco, así como también grandes recipientes relacionados con el almacenamiento y el consumo de alimentos. Un poco más al norte de dicha estructura y al este de la 17.20, seguimos encontrando restos de mineral y escorias, pero, nuevamente serán los elementos cerámicos los que dominen este espacio al este de esta estancia, sobre todo aquellos relacionados con la transformación y almacenamiento de alimentos, con los que se ha relacionado, en muchos casos, las tapaderas de pizarra recortada. Podemos señalar que en este complejo estructural, posiblemente, se habría producido la fundición de los nódulos metálicos obtenidos de la reducción del mineral, que se habría realizado en otro lugar, lo que explicaría la asociación de crisoles planos y escorias, realizándose después el vertido del metal líquido en los moldes de lingotes en la zona más occidental, concretamente, sobre el pavimento de lajas planas (17.16). Aparecen también crisoles

planos y hondos, mineral y varios moldes que se sitúan sobre esta estructura 17.16. Los abundantes molinos y manos de molinos recuperados, sobre todo, en el área oriental de esta estancia, nos hacen pensar que algunos de ellos estarían relacionados con la trituración de los minerales (Alarcón, 2005; 2006).

Esta profusión de elementos relacionados con la producción metalúrgica es lo habitual en el resto de los complejos estructurales. Así, aparecen crisoles planos, crisoles hondos, moldes en piedra, abundantes restos de mineral de cobre, escorias que muestran adheridos restos de carbón, molinos, manos de molino, martillos de minero y percutores pero todos estos elementos conviven en el tiempo y en el espacio junto con otros elementos relacionados directamente con la supervivencia humana representadas por las actividades de mantenimiento (Alarcón, 2005; 2006).

Como se ha observado, la actividad metalúrgica esta íntimamente relacionada con las actividades de mantenimiento, se interrelacionan y conviven en un mismo espacio e incluso comparten estructuras en sus procesos. En su conjunción conforman el día a día del grupo humano de Peñalosa, y marcan el desarrollo de la vida cotidiana de todos sus miembros.

V.3.2. UNIDAD HABITACIONAL II

V.3.2.1. Presentación

Esta casa se localiza en la zona intermedia de la Terraza Inferior de la ladera Norte del poblado de Peñalosa. Ésta, junto con las denominadas I, III y IV, conforman el barrio bajo de la ladera Norte de este poblado argárico. Sus límites, estructurales y espaciales, están determinados al norte por el Grupo Estructural I, concretamente por las estructuras de aterramiento del CE Ia; al sur, encontramos la Casa III, con la que nuevamente comparte la estructura de aterramiento 21.1; al oeste, como ya hemos explicado en el caso anterior, no se han documentado los límites espaciales de esta casa debido al fuerte nivel erosivo que presenta esta terraza, sin embargo, sus límites estructurales podemos establecerlos en el giro hacia el noreste de la estructura 21.1 o lo que es lo mismo en el CE IIc. Por su parte, y manteniendo la tónica constructiva de la ladera Norte, al este se encuentra cerrada por el muro de fortificación, que en este caso concreto, es definido como estructura 21.2.

Los trabajos de excavación en esta Unidad Habitacional comenzaron a finales del mes de Agosto de 1989, se prolongaron durante el mes de septiembre de este mismo año (tercera campaña de excavación) y finalizaron en la cuarta campaña de excavación en el verano de 1991. El inicio de los trabajos, tanto en esta casa como en el conjunto de la Terraza Inferior, fueron consecuencia directa de la fuerte sequía que padeció Andalucía hasta finales de 1995 que ocasionó la bajada, considerable de las aguas del pantano y con ella quedaron al descubierto toda una serie de estructuras, hasta el momento desconocidas por el propio equipo de excavación del proyecto Peñalosa, que conformaban en su conjunto las diferentes casas del barrio bajo de este poblado. Este hecho obligó a modificar los objetivos iniciales propuestos para tal año (Contreras *et al.*, 1991b), y así la excavación en extensión se centró en las nuevas áreas que, para sorpresa de los investigadores y ante la desaparición de las partes altas de los derrumbes de piedras, proporcionaron, con un esfuerzo mínimo, una importante cantidad de información referente al uso diferencial del espacio al interior y entre las casas de Peñalosa (Contreras *et al.*, 1991b, 1992, 1993a, 1995a) así como la propia organización y desarrollo de actividades.

Los trabajos de excavación, que en todo momento estuvieron condicionados a las futuras acciones de las aguas del pantano, consistieron en el intento de salvaguardar las zonas expuestas en superficie así como la recuperación del registro arqueológico en la medida de lo posible (Contreras *et al.*, 1991; Contreras, 2000: 43-16).

Esta casa, como hemos comentado, fue objeto de investigación durante dos campañas sucesivas (1989 y 1991). La metodología seguida fue de tipo microespacial, tanto en extensión como en profundidad. Durante el verano de 1989, la intervención se concentró en la zona meridional y oriental del CE IIa, extendiéndose hacia el oeste de este espacio en la cuarta campaña, finalizando así la investigación en extensión y en profundidad de esta casa. Cada uno de los niveles sedimentológicos naturales fueron excavados a través de alzadas artificiales. Su carácter determinó en todo momento el volumen de su cavada, es decir, los niveles superficiales fueron rebajados a través de alzadas artificiales de 20 cm.

mientras que los estratos que presentaban un mayor grosor arqueológico se excavaron con alzadas artificiales de unos 10 cm. En todo momento se utilizaron en estos trabajos las fichas del sistema de registro ideado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente (GEPRAN) de la Universidad de Granada.

La Casa II presenta una forma oblonga, definida estructuralmente por una serie de muros de diversa índole: 21.1, 21.2, 21.3 y 21.4. En su extremo occidental está lo que creemos que sería la entrada a ésta. Su forma de pasillo, el conjunto de estructuras excavadas en la roca, así como la ausencia de techumbre y escasez de restos culturales, nos inclinan a pensar que se trata precisamente de la entrada occidental de esta casa, que hemos definido como CE IId.

A nivel constructivo y en cuanto a la estratigrafía muraria de la Terraza Inferior, sabemos que la estructura 21.2 que forma parte del lienzo de muralla que cierra el poblado en su flanco sureste-noroeste y que discurre en paralelo a las curvas de nivel del cerro, es la que se construyó en un primer momento a partir de la cual los constructores plantean, organizan y planifican la construcción del resto de casas, al contrario de lo que sucede con la casa IV. Esta estructura se define como un muro maestro no sólo en la configuración de este Grupo Estructural sino en el conjunto de la ladera norte. Éste es el encargado de cerrar esta casa en su extremo este y sobre el que chocan directamente las estructuras 21.1 (al sur) y 21.3 (al norte). Se alza sobre la misma roca madre que actúa como cimentación. El sistema constructivo consiste en la disposición de pizarras de mediano tamaño trabadas por barro endurecido. En cuanto a su conservación en el momento de su investigación se localizaron un máximo de cinco hiladas de piedra y un mínimo de dos hiladas en su parte más erosionada (noreste). Sin embargo, su grosor (de 1 m. a 1,10 m.) responde a su funcionalidad, como muro de cierre y de fortificación.

Tanto al sur como al norte, esta casa está cerrada por dos grandes muros de aterrazamiento. El primero de ellos, que constituye la parte trasera de la vivienda, es el 21.1. Este muro maestro hace de parte trasera de la Casa II y delantera de la Casa III. Su punto de arranque lo encontramos en el choque con la estructura 21.2 y discurre en paralelo a las curvas de nivel del cerro hasta llegar al extremo oeste de esta unidad habitacional momento en el que gira y adquiere una forma curva, originando el CE IId, el cual, a la vez, nos confirma el cierre de esta habitación en este sector. En cuanto a su sistema constructivo, se basa en la disposición horizontal de pizarras de mediano tamaño que quedan trabadas con barro endurecido. La estructura 21.1, como la anterior, apoya directamente sobre la roca careciendo de un nivel de cimentación inicial que sí se ha documentado en otras estructuras del poblado. Tanto la roca base como las pizarras de sus hiladas inferiores se encuentran muy exfoliadas a causa de la acción del agua del pantano, provocando el vencimiento de dicha estructura hacia el norte en su parte central. Sin embargo, en su alzado contamos un máximo de 10 hiladas de piedra y un mínimo de 3 en sus zonas más deterioradas.

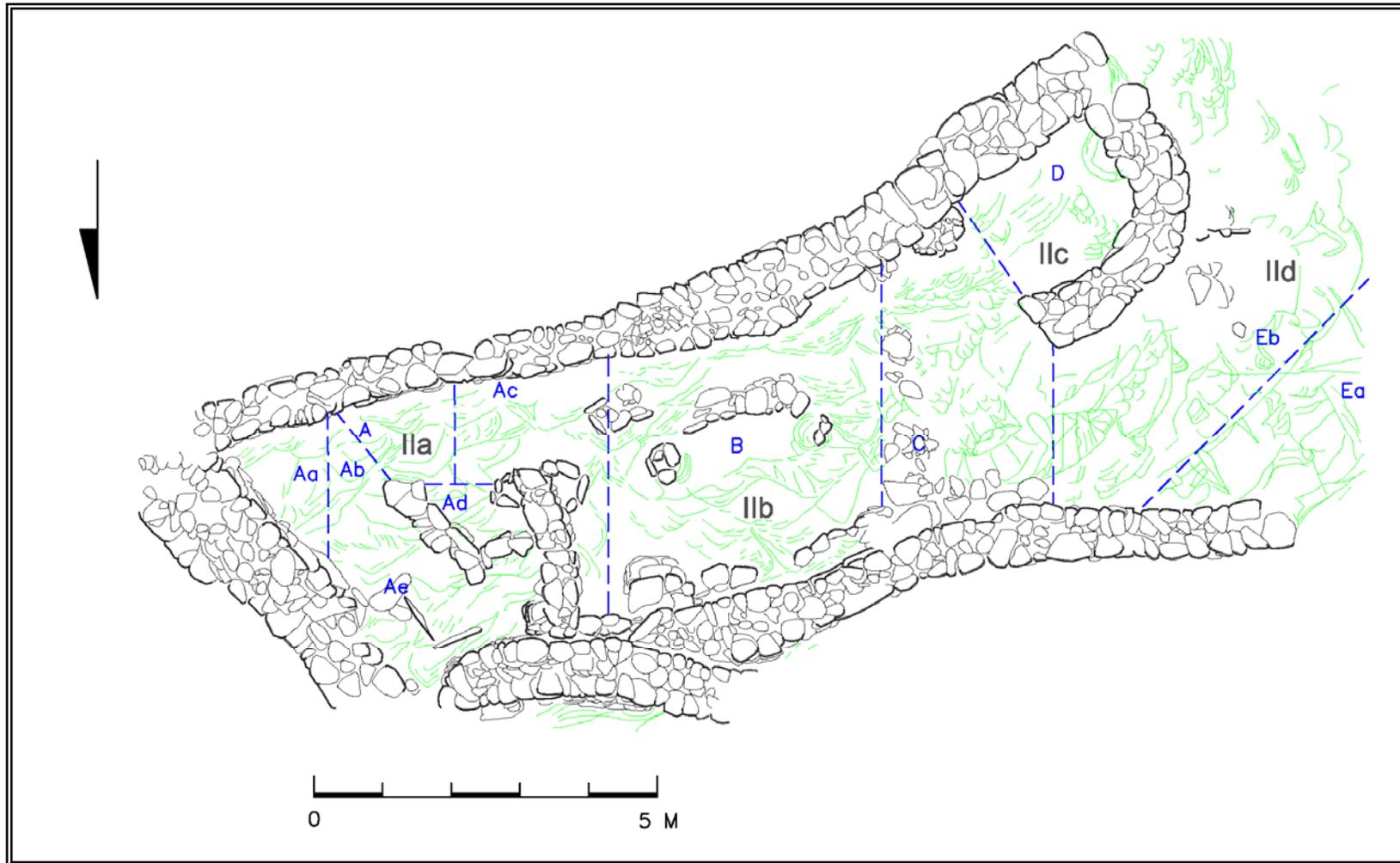


Figura 10. Planimetría espacial y sistema de excavación de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).

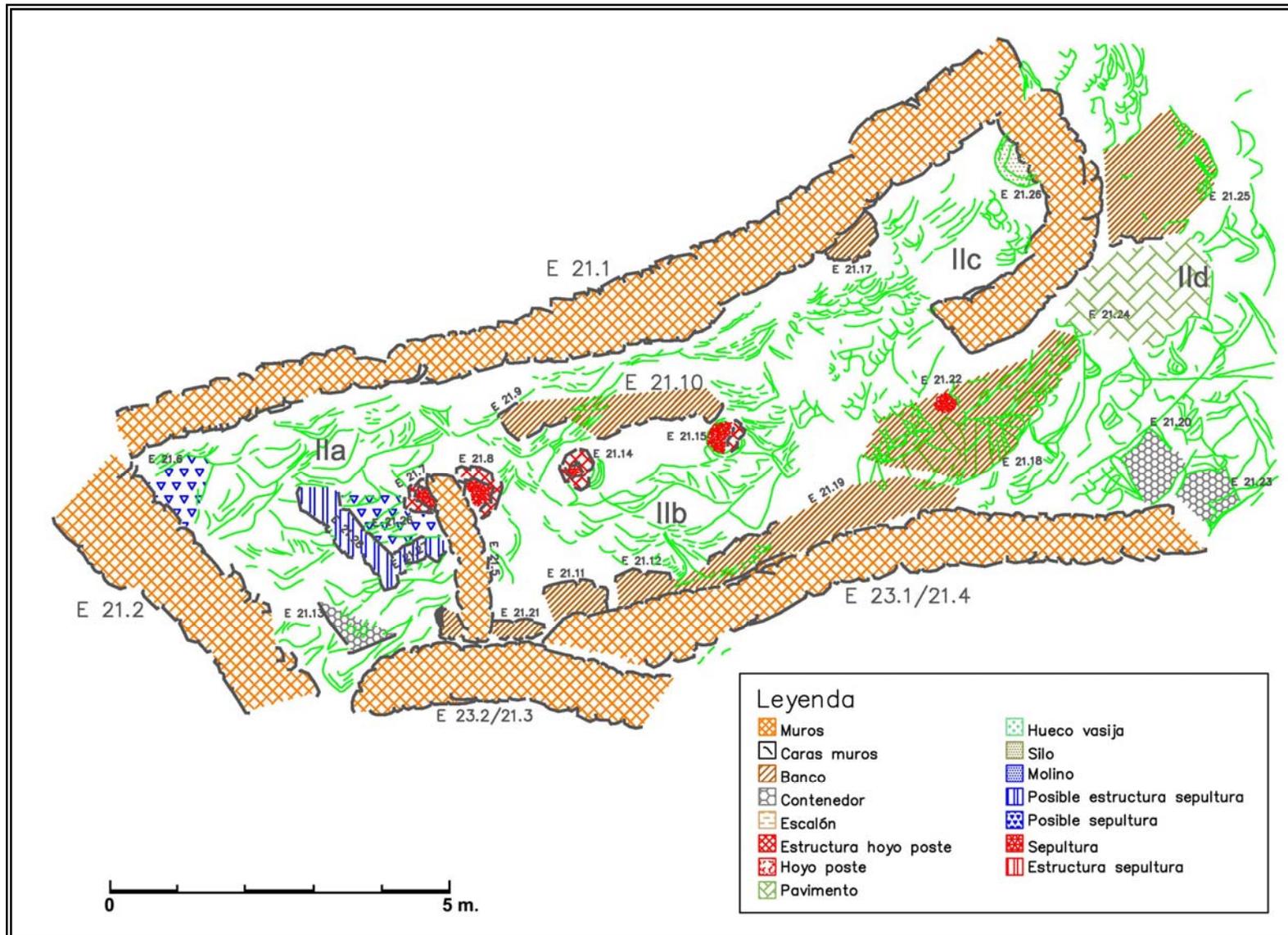


Figura 11. Planimetría espacial y estructural de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).

Su extremo norte está compuesto por dos estructuras, la 21.3 y la 21.4. Como en el caso anterior, ambas actúan como muros medianeros y de aterrazamiento entre el Grupo Estructural I y II.

El Grupo Estructural II se origina tras la construcción del muro de cierre (21.2) y está estrechamente relacionado con la amplia plataforma de roca que queda entre el centro de la casa III (al sur) y las estructuras 21.3 y 23.4 (al norte). Así se construye un espacio aterrazado ideal para el desarrollo de diferentes actividades productivas como veremos más adelante. La compartimentación de la casa II (CE IIa y IIb) se sitúa precisamente en la única zona de ligero escalonamiento natural (un desnivel de 0,80 cm.) de la roca madre y va a quedar incluida dentro del espacio habitado para evitar corregir la dirección del muro de cierre (21.2). La irregularidad del espacio fue aprovechada, al igual que en la zona oriental de la casa III y, en menor medida, en la casa IV, en un espacio mucho más horizontalizado de la casa II, para la excavación de una serie de estructuras revestidas de lajas (21.13) o de muros de mampostería (21.28 y 21.26 en relación a la estructura 21.28) utilizadas ya sea para enterramiento o, para almacenaje (Contreras, 2000: 274-25).

Con el fin de llevar a cabo (como en el resto de casos de estudio) una investigación rigurosa y minuciosa, el espacio interior de esta casa fue dividido en diferentes estancias, unidades habitacionales o de producción o Complejos Estructurales. En este caso concreto, nos encontramos con una casa que presenta una gran homogeneidad en cuanto a su construcción, estructuras, cultura material y desarrollo de actividades. La división interna (en parte artificial) estuvo determinada tanto por la instauración de tabiques, este es el caso del Complejo Estructural IIa que ocupa la zona más oriental de la casa y fue definido a partir de la estructura 21.5, como por la existencia de estructuras de piedra, caso del Complejo Estructural IIb, que ocupa la zona central y se definió en función de una serie de bancos longitudinales tanto al sur como al norte del espacio. Por su parte, el Complejo Estructural IIc (ocupa la zona suroeste del GE II) fue definido a nivel estructural. Éste parece estar determinado por el giro de la estructura 21.I y por la existencia en su interior de una estructura excavada en la roca, un silo (21.26). En último lugar, debemos referirnos al Complejo Estructural IId, el cual presenta una particularidad como ya hemos aludido anteriormente. Éste fue definido por sus excavadores como la entrada en forma de pasillo descubierto a esta casa. A esta conclusión se llegó tanto por la inexistencia de vestigios de la techumbre como por la existencia de determinadas estructuras excavadas en la roca y estructuras de mampostería.

Como podemos observar cada uno de los Complejos Estructurales o espacios sociales tienen una entidad propia, si bien, en este caso no caben salvedades como sí ocurrían en la Casa I. Porque, aunque, todos y cada uno presenten un carácter particular y, posiblemente, definido en cuanto al desarrollo de diferentes actividades cotidianas y productivas, lo cierto es que todos ellos están tanto estructural como estratigráficamente conectados, articulados y relacionados entre sí, conformando una única casa. No obstante, en su interior encontramos elementos únicos que nos marcan la unidad de todos estos Complejos Estructurales en una única casa. Nos referimos a la existencia de cinco hoyos de poste distribuidos por el centro de las estancias IIa y IIb, que en definitiva ocupan la zona más extensa y plana de toda la casa II. Su distribución en línea junto con la documentación

del nivel sedimentológico US 21.2 (derrumbe de adobes correspondiente con el desplome de los techos) extendido por toda esta área nos confirma el hecho de que encontramos ante un espacio en la mayor parte de su extensión provisto de techumbre. El segundo elemento que confirma la unidad de estos CE y que en su unión constituyen una casa, es la existencia de diferentes sepulturas. Aunque, la erosión del pantano, que puso al descubierto estas estructuras, facilitando así la labor expoliadora de los clandestinos atraídos por el carácter especial de estas estructuras excavadas y revestidas de lajas. Tanto es así que sólo en la estructura 21.27 parecen quedar restos de su relleno original (restos óseos humanos y probablemente cultura material concerniente al ajuar funerario) entremezclados con aquellos restos materiales filtrados desde el suelo de ocupación. Junto a todos estos elementos también debemos puntualizar la existencia de un pasillo estrecho en su interior, nos referimos al pasillo que se crea entre el Complejo Estructural IIa y IIb al sur de su espacio. Éste es ocasionado de forma directa por el realce de la roca en este extremo así como por la construcción de la estructura 21.5 en primer lugar y en segundo lugar, por la constitución de la posible estructura funeraria 21.27.

Queda claro, si se observa la articulación de esta casa, que los constructores de la misma organizaron muy bien el espacio disponible. Por un lado, el espacio interior lo articularon a través de estructuras de compartimentación, tabiques o muros medianeros, como por ejemplo, la estructura 21.5. Por otro, se documentan estructuras de almacenaje (21.12) y como hemos planteado, dos posibles sepulturas. Lamentablemente, esta zona es una de las más afectadas por las continuas subidas de las aguas del pantano del Rumblar.

V.3.2. 2. Secuencia Estratigráfica

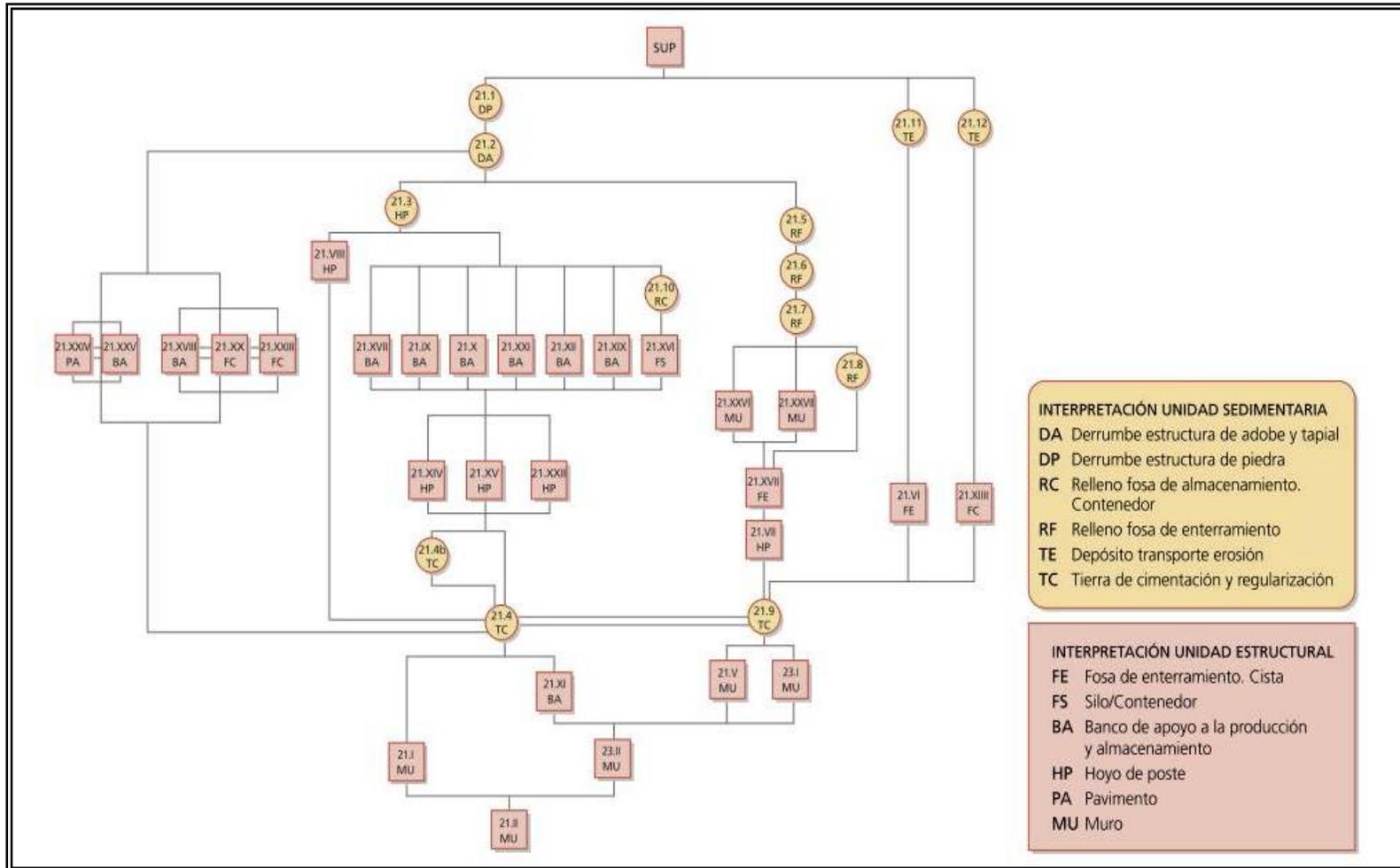


Figura 12. Secuencia estratigráfica general de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).

V.3.2.3. Complejo Estructural IIa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 10 y 11)

El primero de estos Complejos Estructurales es el IIa. Corresponde con el subsector A del sector 21 de esta Unidad Habitacional y ocupa su parte más oriental. Sus coordenadas UTM son las siguientes: 69.20-75.20 x; 108.40-113.80 y; 27.19-29.06 z. Su superficie que es ligeramente inferior a los 27 m², presenta una forma romboidal orientada de este-oeste dentro del Grupo Estructural.



Lámina 102. Vista general del Complejo Estructural IIa.

La excavación del CE IIa comenzó con la limpieza superficial del sector y, posteriormente, la delimitación de una primera zona de intervención, el subsector Aa. Éste fue definido aprovechando la existencia de una fosa actual (probablemente, realizada por clandestinos que estaban a la búsqueda de las mencionadas sepulturas) en el extremo Este de esta estancia. A partir de ella se estableció una sección o perfil estratigráfico que arranca desde la cara interna de la estructura 21.1 hacia el Norte para chocar directamente con la cara interna de la 21.2. Sus coordenadas UTM son las siguientes 71,80 x y 109,64 y. Esta sección permitía efectuar una primera aproximación del estado de los depósitos sedimentarios de la terraza antes de realizar la ampliación de los trabajos de excavación hacia el oeste de la casa. Desde el comienzo y, a pesar de tratarse de un perfil de pequeñas

dimensiones, ya nos mostraba la secuencia y deposición sedimentaria de este espacio, reflejando que la estructura 21.1 en este flanco Sur no superaba los 40 cm. en su alzado. Lógico, si pensamos que la actuación del pantano en esta área ha sido muy fuerte. Además, esta sección será también la encargada de marcar la distancia con el siguiente subsector al oeste, el Ab, del que se separa a través de un testigo de un metro. Este último se extiende hacia el oeste, hasta chocar con la siguiente sección estratigráfica (S2) que será la encargada de determinar el espacio que ocuparán los subsectores Ab y Ac (al oeste) cuyo recorrido vuelve a ser perpendicular desde la cara norte de la estructura 21.I al subsector Ad (o lo que es lo mismo, la estructura 21.27). De esta forma, el organigrama del espacio queda de la siguiente manera. El subsector Aa, en el extremo Este, seguidamente, en el centro del CE, se halla el subsector Ab, mientras que el Ac queda en el extremo más occidental de este Complejo Estructural para colindar directamente con el complejo estructural IIb. Por su parte, una vez avanzada la excavación y en función de los diferentes rellenos sedimentológicos que se documentaron se definieron dos nuevos subsectores; el Ad que correspondería con la parte interna y, en sí, el conjunto de la estructura 21.27 y el Ae que, igualmente, está determinado por la existencia de un relleno sedimentológico diferente al norte del espacio de este complejo estructural, englobando lo que sería posteriormente la estructura 21.13 (Fig. 10). Como podemos observar, los sistemas de trabajo han sido minuciosos y rigurosos, llevándose a cabo una excavación sistemática, en extensión y en profundidad de todos los niveles sedimentarios.

Todos los trabajos de excavación fueron realizados durante la tercera campaña de excavación. Ella fue la encargada de realizar una excavación de carácter microespacial recogiendo toda la documentación e información desprendible en el compendio de fichas de registro (tanto de campo como de laboratorio) creadas por el GEPRAN.

Estructuralmente, podemos decir que este espacio está definido a partir de tres estructuras. Nos referimos al muro de cierre (21.2) al este, a la estructura 21.1 al sur y al norte por la estructura 21.3 (23.2), muro que determina junto con la 21.4 el espacio físico de esta Unidad Habitacional. Por su parte al oeste, será la estructura o tabique interno 21.5⁹⁸ el que marque su límite con el CE IIb. El choque de estas estructuras con el muro de cierre y la transversalidad del murete o tabique conforman un espacio totalmente articulado.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IIa (Fig. 11)

Precisamente, su individualización como Complejo Estructural viene dada por la existencia de dos estructuras murarias la 21.5 y la 21.28, ambas transversales a los muros de aterramiento (21.1, E 21.3 y 21.4) que originan un espacio abierto al sur de la estructura 21.5 a modo de pasillo, estableciendo así la conexión y comunicación directa entre el CE IIa y b, como veremos posteriormente.

⁹⁸ El análisis constructivo y secuencial de esta estructura la realizaremos en el apartado correspondiente a la descripción estructural interna de este espacio, porque consideramos que esta estructura forma parte de la articulación del espacio interior determinando en parte la organización estructural y funcional de esta casa.

Como decimos son estas estructuras las que dan entidad propia a este espacio conformando así un Complejo Estructural independiente pero conectado con el resto de esta casa. Concretamente, la 21.5 es el punto de conexión, y a la vez de división, entre dos espacios, diferenciados no sólo espacial y físicamente sino también funcional y productivamente. Esta estructura se alza en el extremo oeste de este CE. Se trata de un murete transversal a los muros maestros de la vivienda. Su funcionalidad parece estar determinada por ese carácter divisor entre los CE IIa y IIb a modo de tabicación interna. Su sistema constructivo consiste, básicamente, en una serie de pizarras de mediano y pequeño tamaño trabadas con barro rojizo. La orientación del mismo es de norte a sur. Éste arranca en el extremo septentrional, adosado al interior de la estructura 21.3, no teniendo continuidad hacia el sur sino que remata más o menos a 1,5 m. de la 21.1 en forma redondeada, dando lugar a un pasillo interno que comunicaría el extremo oriental y occidental de esta casa. En el momento de su investigación sólo se pudieron documentar unas 6 hiladas de piedra de las cuales dos de ellas estaban prácticamente vencidas hacia el exterior, lo que confirma la escasa consistencia de esta estructura que, por otro lado, se ha visto muy afectada por la actuación del pantano.

A escasa distancia de la estructura 21.5, a poco más de un metro, se documenta una nueva estructura, la 21.28. Como en el caso anterior es de escasa envergadura. Se trata de un muro transversal a la configuración de los muros maestros cuya orientación es en paralelo a la 21.5. Presenta una forma rectangular y fue construida con pizarras de mediano y pequeño tamaño trabadas con barro. De su alzado se conservan escasamente 3 ó 4 hiladas de piedras de aspecto poco consistente, las cuales, se encuentran muy vencidas hacia el este. Ésta conecta en su extremo norte con la estructura 21.26 que consiste en una serie de piedras de mediano y pequeño tamaño trabadas con barro rojo. Aunque no presentan cara definida, sí forma parte del cerramiento de este espacio, así entre los dos muretes (21.28 y 21.26) y la estructura 21.5, contra la que choca precisamente la última de ellas, crean un pequeño espacio en forma de U, abierto hacia el sur que da lugar a una nueva estructura, la 21.27. Esta última está parcialmente excavada en la roca siendo revestida por las estructuras anteriores (21.5, 21.28 y 21.26) conformando así un espacio con entidad propia, razón por la que fue objeto de excavación de forma particular diferenciándose como un subsector (Ad) más dentro del CE. Ésta ha sido interpretada como una posible sepultura o una estructura de almacenamiento.

A nivel secuencial, el conjunto de estas estructuras no sólo definen el espacio de este Complejo Estructural, sino que, son producto de una reestructuración espacial, ya que la 21.28 y 21.27 están parcialmente excavadas en la roca, e incluso en el caso de la 21.28 se adapta a los afloramientos y se levanta aprovechando el propio desnivel de la roca al sur. Su funcionalidad pudo ser la de un pequeño zócalo de piedra que delimitaría una posible cista de enterramiento o contenedor de almacenamiento (21.27) siendo también ésta, la razón por la que conecta con las estructuras 21.26 y 21.5. Sin embargo, cabe la posibilidad de que se trate de una cista de enterramiento, si bien debemos concretar que en su interior no se evidenciaron restos óseos humanos. Por el contrario, el relleno sedimentario de este espacio es particular en su génesis, contrastando con el resto del Complejo Estructural. La razón puede estribar en la fuerte actuación erosiva que sufre esta área con motivo en primera estancia de la acción del pantano y, en segunda, por la actuación de clandestinos que una vez bajaban las aguas de dicho embalse actuaban sobre el poblado en busca de

hallazgos de diferente valor. Si bien es cierto que la posibilidad de que se trate de una cista de enterramiento, explicaría la reestructuración espacial de esta estancia en un momento avanzado de su ocupación tal y como demuestra la superposición sobre la estructura 21.27 de la 21.7 (hoyo de poste) y su posterior sustitución por la 21.8.

Ambas estructuras, 21.7 y 21.8, consisten en dos hoyos de poste de los cuatro que figuran en la construcción de este contexto doméstico. Ambos se ubican junto a la 21.5, uno en su cara este y el otro, en su cara oeste quedando por lo tanto dentro del CE IIb. El primero de ellos se superpone directamente sobre el sellado de la estructura 21.27. Éste es una estructura sencilla, cuyas dimensiones oscilan entre los 40 cm. x 50 cm. de sección y forma semicircular. Constructivamente, este hoyo de poste está excavado en la roca, rodeado con cuatro pizarras de pequeño tamaño a modo de calzos que se disponen verticalmente en su reborde interior. Precisamente, en el interior se conservaban aún los restos de material vegetal carbonizado de la viga que contendría (BE1-21.238).

La particularidad de ambas estructuras, es que son la prueba de una reestructuración espacial de este contexto doméstico. El motivo de dicha reestructuración puede ser debido, como apuntábamos anteriormente, a la colocación de una cista de enterramiento (21.27) que ocuparía el espacio que hemos denominado como sector Ad. Esta modificación del espacio es importante porque, por un lado, nos indica el valor social y emocional que alcanzan los individuos una vez que mueren, el sentimiento familiar y la cohesión grupal que los miembros de esta casa profesaban, hasta el punto de que no les importaba inutilizar estructuras y tener que crear otras nuevas para mantener la estabilidad cotidiana de sus vidas. También nos habla de las modificaciones, criterios, sistemas constructivos y productividades. Es decir a pesar de reestructurar el espacio en un momento determinado de vida de esta Unidad Habitacional la esencia y la funcionalidad del espacio continúa siendo la misma. Se trata de un espacio semicubierto destinado en gran medida al desarrollo de diferentes actividades de mantenimiento y de la producción metalúrgica.

En el extremo este, justo en el ángulo que configura el choque de las estructuras 21.1 y 21.2, localizamos una estructura de sección cuadrangular excavada en la roca (21.6). A pesar de que en su interior solo se documentaron escasos restos de fragmentos amorfos pertenecientes a una orza (nº 21.002-2) no se ha podido determinar con claridad su funcionalidad debido a que la génesis de la matriz del relleno interno consiste básicamente en un gran paquete de limos y arenas originarias del proceso de arrastre ocasionado por la acción del pantano (Fig. 10 y 11). No obstante, podría tratarse de un posible silo o estructura de almacenamiento aunque también pudo ser el receptáculo de un enterramiento sobre el que habrían actuado los clandestinos.

Justo en el extremo norte, junto a las estructuras 21.2 y 21.3 y en perpendicular a las 21.26 y 21.28 se localizan los restos de otra estructura, la 21.8. Todo parece indicar que se trata de una construcción de sección cuadrangular aunque, solo se conservan dos de sus laterales (este y norte), ambos formados por dos grandes lajas de pizarras hincadas verticalmente en el suelo de ocupación, que nos recuerdan a las frecuentes estructuras de almacenamiento de lajas hincadas.

c) Análisis Contextual (Fig. 12 y 13)

A nivel estratigráfico, este Complejo Estructural responde a la secuencia reconocida en el conjunto de la Terraza Inferior. Los trabajos en este espacio comenzaron con una limpieza superficial en el sector más oriental denominado Aa donde se procedió al levantamiento de ese primer nivel superficial (constatado en la totalidad de la casa II). Consistía, básicamente, en tierra de arrastre producto de la acción del pantano y de la propia erosión. Los escasos restos de cultura documentados se ceñían a fragmentos de piedras de molino (nº 21.013).

Seguidamente, encontramos el nivel de derrumbe de piedra correspondiente con la Unidad Sedimentaria 21.1. Se compone por una tierra arenosa de color marrón-blanquecina. Será justo en este nivel y en el extremo sureste de la terraza, en el ángulo que origina el choque de las estructuras 21.1 y 21.2 donde desde el primer momento se localizaron las piedras de las hiladas superiores de ambas estructuras.

Aún siendo escasos los restos de cultura material en esta Unidad sedimentaria, aparecen fragmentos de molinos (nº 21.014, 21.229, 21.230 y 21.231) y manos de molinos (nº 21.000) y ya, comienzan a aparecer restos de mineral de cobre (nº 21.004 y 21.020) y elementos relacionados con la producción metalúrgica. Es el caso de un crisol plano de fondo convexo en cerámica (nº 21.037). Todos estos restos materiales fueron localizados en el centro de este CE IIa, concretamente en las proximidades a la estructura 21.27, en ese punto de comunicación entre los CE IIa y IIb. Esta tónica de concentración de los restos materiales en el extremo sur se mantendrá hasta nuestra llegada al suelo de ocupación momento en que la cultura material presente se extenderá hacia el norte de este espacio.

En la US 21.2 sí contamos con hallazgos interesantes que nos irán revelando los procesos productivos desarrollados en este espacio antes de llegar al suelo de ocupación. Este nivel ha sido considerado desde el principio como el resultado del derrumbe de los techos y del revoco de las paredes dadas sus características de la descomposición de los adobes y el tapial. Esta unidad está compuesta por una tierra compacta de color rojiza o anaranjada. En la parte superior de este nivel estratigráfico, justamente en el espacio que fue designado como sector Ab, se documentó una fuerte concentración de cantos de río totalmente regulares y de pequeñas dimensiones cuya disposición concentrada en este extremo sur y junto a la estructura 21.1 nos hacen plantearnos si estos formaron parte de algún tipo de estructura con elementos en madera o bien un pavimento, ya que sus profundidades oscilan entre 27,75 m. y 27,82 m.

Los restos de cultura material se concentran en la zona sur del Complejo Estructural, especialmente en la zona de comunicación con el CE IIb, donde aparecen restos de carbón (nº 21.021 y 21.022), tal vez procedentes de las vigas de las techumbres y posibles estructuras muebles. Son frecuentes los restos de mineral de cobre (nº 21.023), la categoría más representada, aunque no están ausentes otros restos del proceso metalúrgico como reflejan los fragmentos de un crisol plano de fondo convexo (nº 21.005) (Fig. 15: 8) localizado en las proximidades a la estructura 21.VI, restos de mineral calentado (nº 21.041 y 21.043) o los fragmentos de una posible tobera en arcilla (nº 21.024) (Fig. 16: 15) que no

presenta restos de actividad metalúrgica como adherencias metálicas o escoriaciones (Moreno Onorato, 2000: 218-4). Aunque se ha apuntado en otros contextos que los molinos localizados en este sector podrían estar relacionados con la producción metalúrgica, concretamente con el triturado de los minerales (Contreras, 2000: 274-31), debemos decir que esta afirmación exige un estudio más detallado de los mismos, si tenemos en cuenta que entre el sedimento flotado perteneciente a esta unidad sedimentaria, recogido en el extremo sur junto a la estructura 21.1 y asociado a este conjunto de materiales, aparecieron abundantes semillas (nº 21.030-1, 21.031-1, y 21.044-1) pudiendo por tanto estar relacionados estos elementos en piedra con la transformación de cereal, lo que no quiere decir que determinados ejemplares estuviesen destinados a la trituración del mineral. Sin embargo, con respecto a esta última opción los molinos recuperados no parecen presentar adherencias de los minerales.

Sin embargo, es cierto que no podemos negar la realización de diferentes fases de la producción metalúrgica en este espacio, tanto es así que se han documentado residuos de cobre impregnando ecofactos, como es el caso de la fauna (nº 21.079).

En cuanto al repertorio cerámico se han localizado tanto cuencos pequeños relacionados directamente con el consumo de alimentos como son los cuencos semiesféricos de borde entrante (nº 21.042 y 21.025-3) (Fig. 14: 5 y 6). Ambos casos presentan pequeños mamelones cerca del borde a modo de decoración, sí difieren en cuanto a su tamaño, el primero de ellos, es de medianas dimensiones mientras que en el segundo es de mayor tamaño y presenta su fondo plano. Otros ejemplos son los cuencos carenados de borde corto y apuntado entrante, con superficies bien trabajadas, bruñidas y en ocasiones presentando una decoración consistente en pequeños mameloncitos en el borde (nº 21.002-1, 21.002-10, 21.010, 21.006) (Fig. 14: 10, 12) excepto en el tercer caso que los presenta en la línea de la carena. Todos ellos son de medianas y grandes dimensiones salvo el último caso que presenta unas dimensiones muy pequeñas. Por último, se documentaron dos cuencos semiesféricos de perfil simple (nº 21.016 y 21.018). El conjunto de estos restos cerámicos se hallaron en el pasillo artificial que crea la estructura 21.1 y la 21.5 al sur de esta estancia.

En este mismo espacio y asociados con los restos culturales anteriores, documentamos otros elementos cerámicos relacionados con otras fases de la producción alimenticia. Nos referimos, concretamente, a los soportes o contenedores utilizados para la transformación del alimento. Ejemplo de ello son los numerosos vestigios de ollas (nº 21.002-6, 21.025, 21.039). En algunos casos, presentan decoración en el borde a base de impresiones realizadas con punzón. Por su parte, en esta US solo hemos localizado un ejemplar de un gran contenedor de almacenamiento, que como en el caso anterior no podemos precisar su tipología debido a que solo se trataba de un fragmento del borde que presentaba decoración similar a las anteriores ollas (nº 21.002-2). Todos estos elementos están relacionados con ese pasillo artificial que se crea al sur.

Seguidamente, documentamos la US 21.3. Ésta se corresponde con la parte superior del suelo de ocupación, como ya apuntábamos anteriormente, muestra un patrón de distribución similar a las unidades anteriores aunque, mejor caracterizado por los elementos culturales presentes que son muy homogéneos. Su nivel de conservación no es óptimo

debido a que sobre estos restos materiales cayeron tanto los derrumbes de piedra como de adobes de las paredes y techos.

La composición genética del suelo de ocupación es tierra de color rojiza apisonada cuya fisiología es consecuencia directa de la actividad humana llevada a cabo en este espacio, producto de las diferentes productividades y relaciones humanas organizadas en este ambiente. En cuanto a su geometría, señalar que se trata de un nivel formado por lentejones muy horizontalizados, de textura suave y suelta de color negruzco. La distribución de la cultura material sobre este nivel nos marca el diagrama habitacional de este grupo humano, su desarrollo y por su puesto su día a día. Es por ello que para nosotros es fundamental el estudio pormenorizado de estas Unidades Sedimentarias que nos conducirán a establecer los patrones conductuales del marco de la cotidianidad de las diferentes personas que habitaron esta casa de Peñalosa.

La distribución espacial de la cultura material en esta Unidad Sedimentaria continúa teniendo el mismo patrón en cuanto a su organización y caracterización que en los niveles superiores. Albergando las mayores concentraciones de restos artefactuales y ecofactuales en el extremo sur (extendiéndose en paralelo al recorrido de la estructura 21.1) y en los alrededores a las estructuras 21.27 y 21.13, en el extremo norte.

En todo el recorrido de este espacio nos encontramos con abundantes restos de metal de cobre dispersos (nº 21.091, 21.092, 21.095 y 21.112) entre el centro de este pasillo artificial y junto a la estructura 21.I. También aparecen diferentes fragmentos de crisoles planos y de fondo convexo (nº 21.072-1, 21.129 y 21.138) (Fig. 16: 11, 6 y 10) y un punzón de metal (nº 21.050). Todos estos materiales fueron localizados en las proximidades a la gran orza apoyada sobre la estructura 21.1 (nº 21.125) (Fig. 15: 2). En primera estancia, todo parece indicar el uso de la actividad metalúrgica sobre este espacio aunque, no debemos olvidar que en las proximidades y asociadas a la gran orza fueron localizados abundantes restos de semillas (nº 21.031-1, 21.032-1, 21.142-1, 21.055-1, etc.) y restos faunísticos (nº 21.134, 21.136, 21.163-2, etc.) un poco más al oeste, en el paso entre el CE IIa y IIb. Habría que resaltar también la presencia de uno de los pocos restos de material silíceo hallados en este poblado (nº 21.143-2).

Entre el repertorio cerámico de nuevo, domina la presencia de los cuencos, en su mayoría semiesféricos, ya sean simples de medianas dimensiones (nº 21.064) (Fig. 14: 2), de paredes ligeramente verticales y de borde recto (nº 21.086) (Fig. 14: 6) o también aquellos de tendencia muy abierta de sus paredes lo que les confiere una forma parabólica (nº 21.102 y 21.139-1) (Fig. 14: 18). Este último, además presenta el fondo plano. Junto a éstos, encontramos otros dos cuencos, uno de perfil simple (nº 21.141) y otro, de paredes con tendencia abierta y casquete esférico (nº 21.140) (Fig. 140: 16), ambos son de pequeñas dimensiones y aparecieron asociados a la gran orza ovoide de borde ligeramente entrante y fondo convexo, con mamelones a los lados e incisiones en el labio (nº 21.125) localizada apoyada directamente sobre el muro trasero de esta estancia. Por último, destacar la presencia de tres tapaderas circulares de pizarra (nº 21.137, 21.142-1 y 21.142-2) asociadas a estos restos cerámicos y a la gran orza.

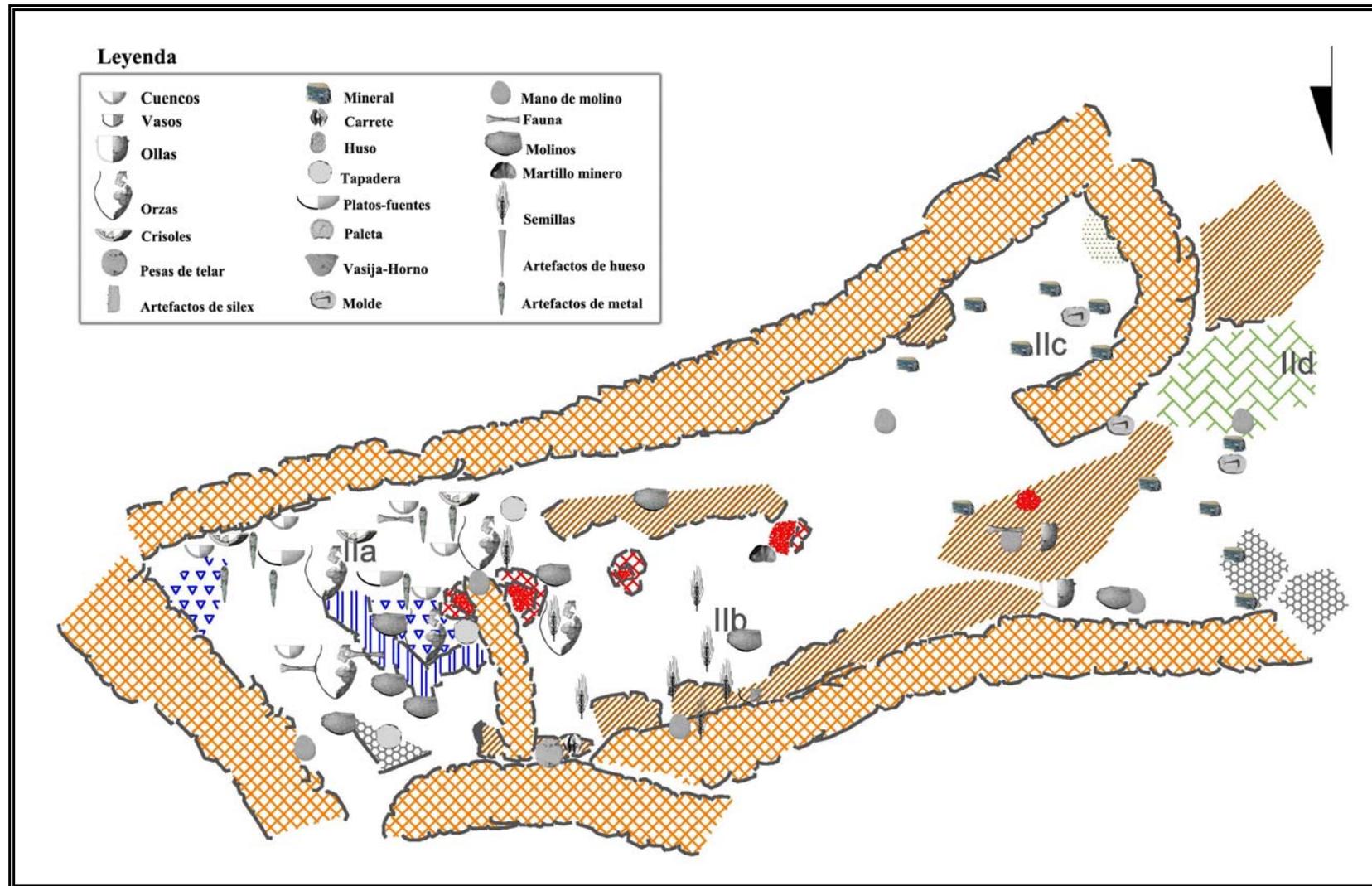


Figura 13. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional II.

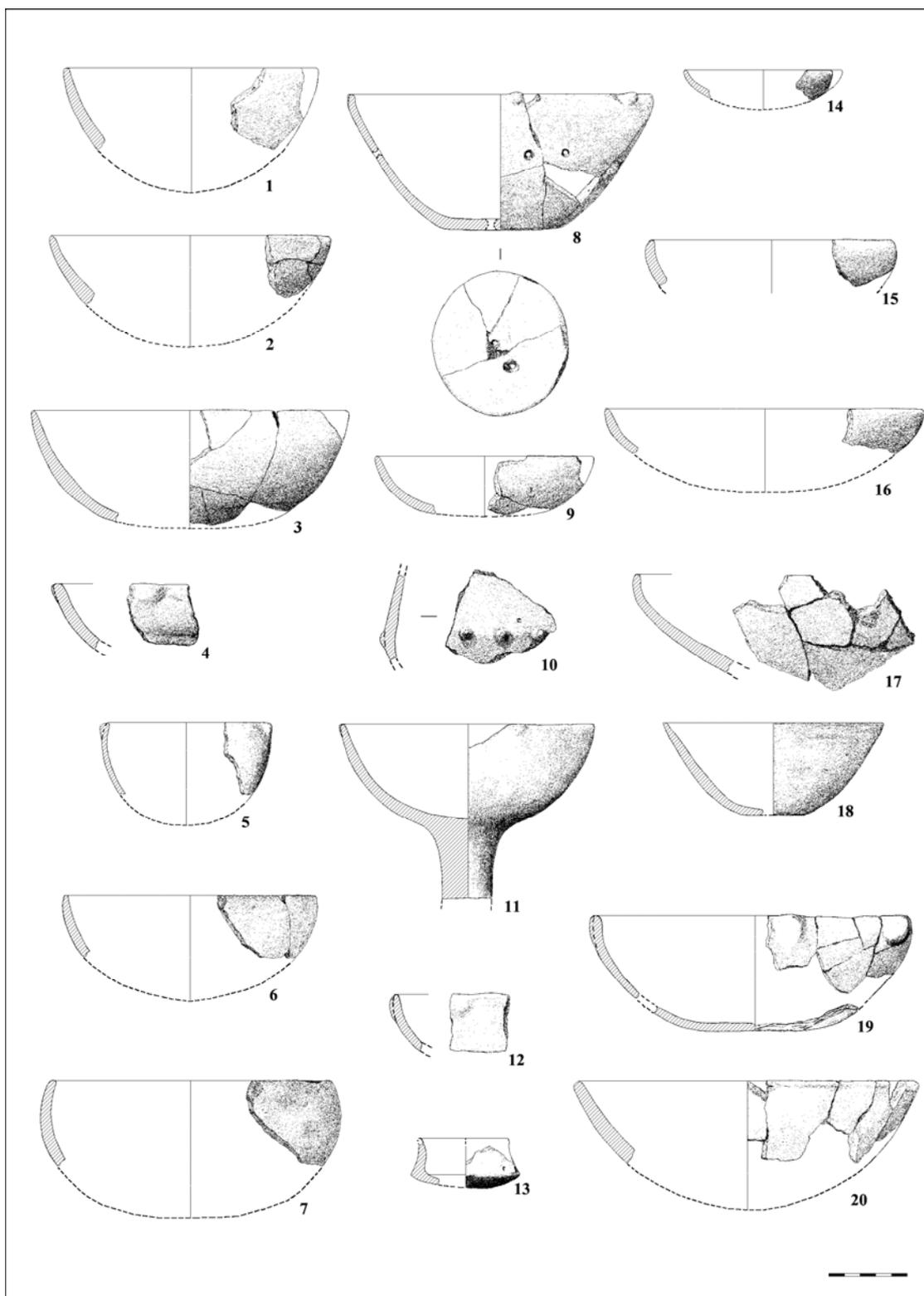


Figura 14. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3).1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 (CE IIa).

La parte inferior del suelo, la única conservada en la zona sur del sector, se le asignó durante la excavación la denominación de US 21.5, si bien, como se ha referido en otro lugar, no creemos posible, dada la abundancia y entidad de los restos, que se trate de un suelo posteriormente aplanado y sin limpiar, ya que este patrón de comportamiento no ha sido observado en ningún caso en Peñalosa. Por tanto, este suelo no se relacionaría con la estructura 21.VII antes de su inutilización. La nivelación de este sector se hizo con la deposición de una tierra pizarrosa ligeramente más compacta que apenas contenía restos culturales (por ejemplo, la US 21.9) y que garantiza un piso más uniforme (Contreras 2000: 274-32).

En esta US 21.5 la distribución vuelve a ser prácticamente idéntica al caso anterior y en general a la génesis de la estratigrafía de este espacio. Los restos de metal de cobre se extienden hacia al sur (nº 21.144), aunque también al sureste (nº 21.151). Por su parte, los fragmentos de escoria ligeras con formas arborescentes (nº 21.152) aparecen en el paso al CE IIB, junto a una fuente honda de forma simple y grandes dimensiones (nº 21.150) (Fig. 14: 20) al sureste. Todas las muestras recuperadas de escoria muestran restos de carbón adheridas a las mismas. También se hallaron restos de crisoles planos, completos (nº 21.147 y 21.181) (Fig. 16: 4 y 13) o fragmentados, (nº 21.145) (Fig. 16: 7) y mineral de cobre (nº 21.151, 21.155, 21.165) en el centro-sur de este espacio dirigiéndose su distribución hacia el extremo este. Asociados a éstos se documentaron restos de fauna (nº 21.146). En todos los casos, estos elementos relacionados con la fundición del mineral se encuentran asociados al conjunto de restos materiales producto de la realización de las actividades de mantenimiento documentadas en este contexto doméstico. Si bien, podemos decir que el trabajo metalúrgico que se realizase en este espacio, estaría relacionado directamente con este paso artificial que crean las estructuras 21.5 y 21.1, posiblemente, al amparo de la cercanía de los dos hoyos de postes (21.7 y posteriormente 21.8) situados en el límite sur de la estructura 21.5. Seguramente, este paso estuvo provisto de una abertura en la techumbre consiguiendo así la evacuación de los humos resultantes del proceso de fundición. Esto explicaría también, la caída hacia esta zona de los elementos de sujeción del techo, apenas sin material de adobe bajo ellos, que lógicamente los hubiera acompañado de ser una caída perpendicular y no un desplazamiento hacia el hueco (originado por las estructuras 21.5 y 21.1). Esto provoca que lo primero que se deposite sobre el suelo de ocupación sea justamente aquello que se situaba por encima (Contreras, 2000: 274-32). Esta cuestión se trata de una hipótesis ya que las secciones y el propio registro de excavación no nos permiten aclararlo.

Los restos cerámicos documentados en este pasillo artificial continúan respondiendo al patrón característico de la vajilla doméstica de esta casa. Predominan los cuencos semiesféricos (nº 21.158) localizados en el extremo más occidental. Aunque en el extremo este, y asociado a la estructura 21.6, se documentaron los fragmentos de dos cuencos más (nº 21.269 y 21.260). En esta misma zona, se halló una fuente honda de perfil simple (nº 21.150) a la que se asocian los cuencos semiesféricos (nº 21.149 y 21.154).

En las proximidades del CE IIB se encontraron toda una serie de restos cerámicos, casi todos pertenecientes a cuencos de borde apuntado y entrante (nº 21.164) con decoración de pequeños mamelones en el borde y también con el fondo plano (nº 21.083-3, 21.160 y 21.285) (Fig. 14: 7 y 19). Este último presenta una de esas particularidades que

realzan su valor, dos pequeños agujeros que representan la técnica del ñado. Más al oeste, se hallaron nuevamente los cuencos semiesféricos (nº 21.178, 21.179 y 21.187-2) y dos cuencos carenados de borde entrante (nº 21.184 y 21.185) (Fig. 14: 17), el primero de ellos con el fondo apuntado. En el extremo más oeste y junto al extremo suroeste de la estructura 21.27, se documentaron una mano de molino (nº 21.201) y una piedra de molino (nº 21.223) que formaban parte de la estructura de hoyo de poste (21.VII).

Entre los restos cerámicos, resaltan otros elementos relacionados con el almacenamiento y procesado de alimentos. Nos referimos a tres grandes orzas de cuello marcado y borde abierto (nº 21.162) (Fig. 15: 7); una de ellas (nº 21.156) presenta decoración en el borde a base de impresiones de punzón y otra más, de la que desconocemos el borde pero si conocemos el fondo y este es plano (nº 21.162-1) (Fig. 15: 7). Todas ellas se localizaron *in situ* orientadas en sentido sureste (fondo) noroeste (boca) en el extremo sureste de la estructura 21.27.

Por último, destacar, también, la documentación de una serie de ollas situadas en el centro de este espacio, en las cercanías de la primera de las orzas mencionadas, una de ellas (nº 21.157) se localizó al este de la gran orza y otra (nº 21.172) en su lado oeste; una tercera olla (nº 21.200-1) fue localizada en las proximidades a la estructura 21.10, prácticamente ya en el CE IIB.

Otro rasgo importante de la distribución de la cultura material recuperada es la gran concentración de molinos (nº 21.251, 21.252, 21.253, 21.271, 21.272, 21.273 y 21.274) que se da entorno a la estructura 21.13 (al norte de este espacio) junto con algunas manos de molino (nº 21.254 y 21.201) y dos piezas de pizarra discoidales no perforadas (nº 21.242-1 y 21.242-2) (Fig. 15: 9 y 10). La ausencia de otros elementos significativos en la zona cabe atribuirlos al alto grado de alteración que presenta como resultado de la erosión y de la acción de los expoliadores. Precisamente, esta podría ser la explicación de que estos grandes molinos se encontrasen desplazados de sus instalaciones de uso y su correspondiente fracturación. Pese a todo, queda por explicar su presencia, prácticamente exclusiva en este espacio, junto a los restos de una orza de cuello marcado y borde saliente (nº 21.216-1) (Fig. 14: 3), que podrían señalar su caracterización como contenedor de la estructura 21.13, recipiente donde sería depositado el cereal una vez pasado por el proceso de fricción, sobre todo, si tenemos en cuenta que en este espacio han sido recogidos numerosos restos de semillas recuperadas a través de la flotación del sedimento de esta área de la casa. Asimismo, debemos mencionar, un cuenco semiesférico de medianas dimensiones (nº 21.214) (Fig. 14: 1); una olla de paredes rectas y borde ligeramente saliente de pequeñas dimensiones y fondo plano (nº 21.213) con decoración de grandes mamelones a los lados e incisiones en el borde y un poco más al este encontramos otra olla ovoide plana y de grandes dimensiones (nº 21.246) (Fig. 15: 1). Debido a la cercanía de estos elementos cerámicos (el gran contenedor cerámico, nº 21.216-1 y la primera de las ollas, nº 21.214) (Fig. 17: 3) con las dos tapaderas de pizarra, nº 21.242-1 y 21.242-2 (Fig. 17: 9 y 10), podemos sugerir que ambas estarían relacionadas y, por lo tanto, destinadas a salvaguardar el contenido en forma de alimento de estos restos cerámicos.

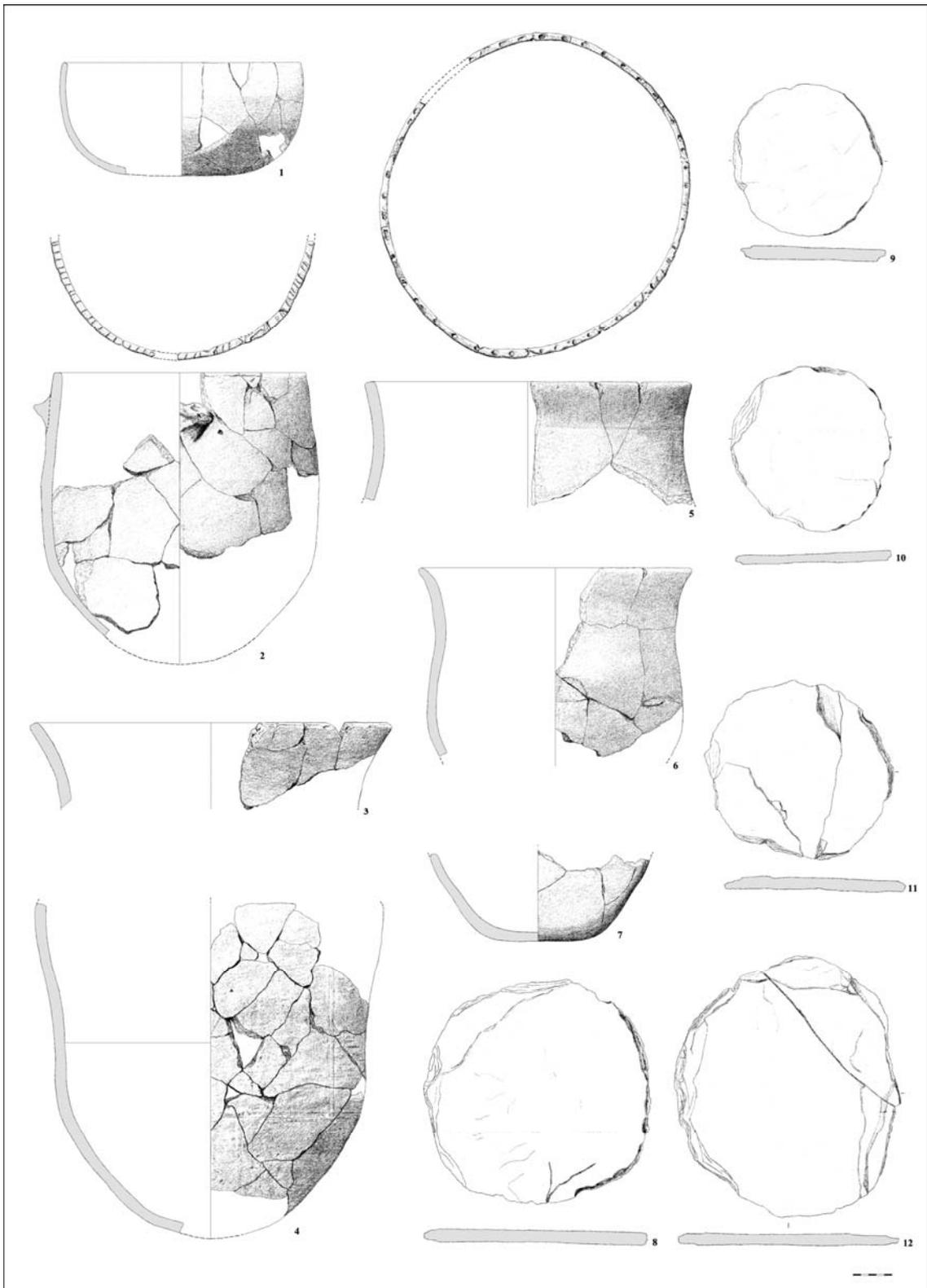


Figura 15. Cultura material relacionada con el almacenamiento y preparación de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:6). 1, 2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 (CE Ia); 4 (CE Ib).

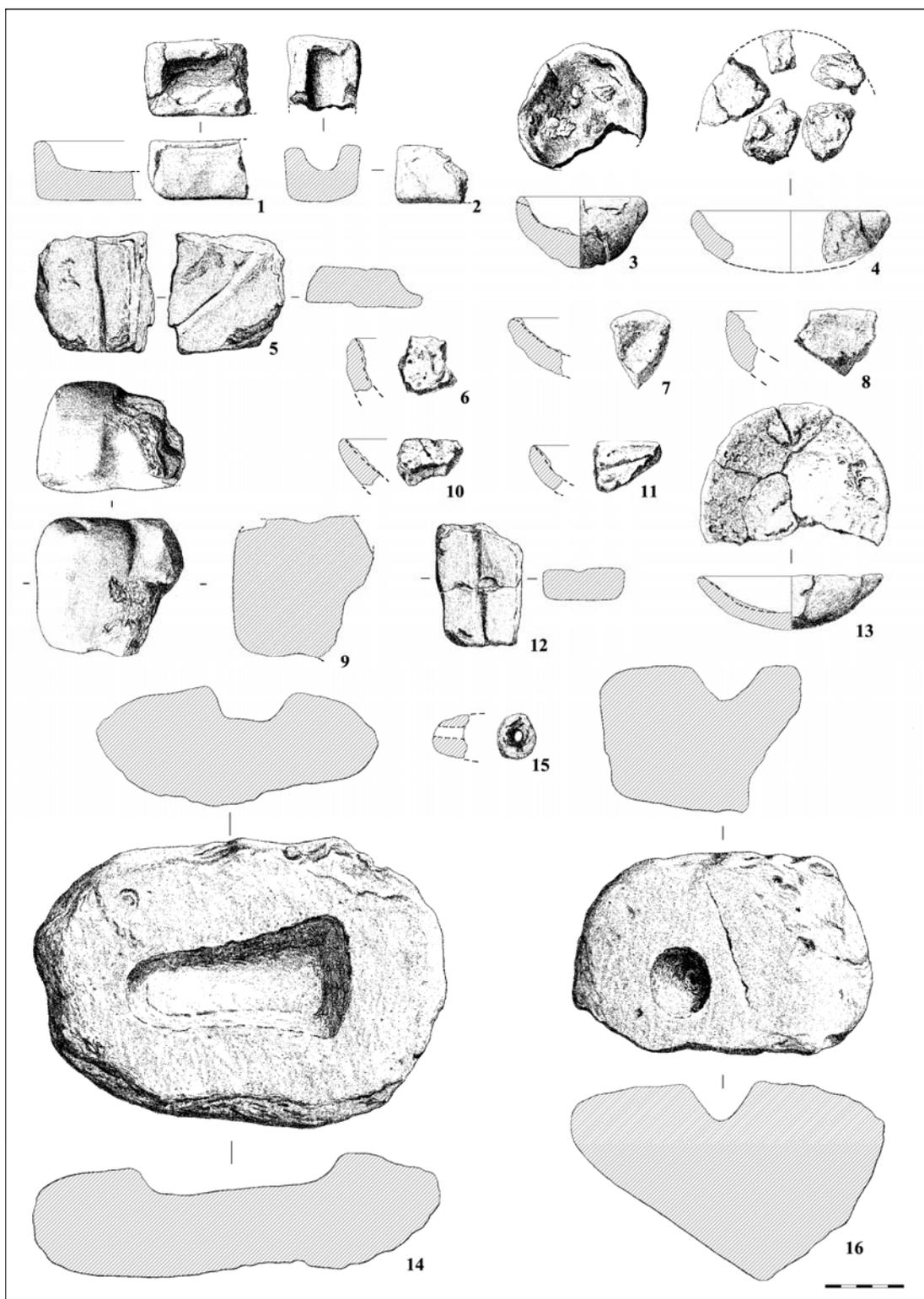


Figura 16. Cultura material relacionada con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3). 1, 2, 3 y 5 (CE Id); 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15 y 16 (CE Ia); 14 (CE Ib)

Por la particularidad que entraña hemos creído conveniente referirnos de manera independiente al relleno sedimentario del interior de la estructura 21.27. En gran medida, corresponde a intrusiones desde el suelo de ocupación tras el hundimiento de la cubierta ocasionado por el derrumbe de las estructuras y la continuada acción del pantano del Rumblar en épocas recientes.

En primer lugar, nos referiremos a la US 21.4a, que corresponde con la parte superior del relleno, que junto a la 21.6 es la que con más probabilidad incluye elementos del suelo de ocupación. Como veremos, la proporción entre los diferentes elementos materiales registrados permanecen estables, aunque con una mayor abundancia de metal de cobre en este nivel (n° 21.066, 21.073, 21.097, 21.098, 21.103, 21.107, 21.110 y 21.111), en su mayoría localizado en la parte norte de esta estructura. Este hecho también es constatable en la US 21.6 por lo que no vamos a insistir en ello. Así, queremos resaltar la presencia en las diferentes unidades sedimentarias de algunos elementos cerámicos no comunes en el registro doméstico de Peñalosa y que dada la forma de la estructura 21.27, el carácter de los materiales recuperados y la pésima conservación de los huesos recuperados debido a la acción del pantano (y a veces también de los furtivos), son susceptibles de ser considerados parte del ajuar de esta posible sepultura. Se trata, en cuanto se refiere a la cerámica, de un fragmento de copa de peana estrecha con pequeños mamelones en el borde (n° 21.099) (Fig. 14: 11), hallada entre los restos de lajas de pizarras susceptibles de ser parte de la cubierta de la cista justo en la esquina este de la estructura 21.27 y recuperada en lo que se ha denominado como US 21.4a. En esta misma unidad sedimentaria encontramos un plato de casquete esférico de pequeñas dimensiones y fondo plano (n° 21.166) (Fig. 14: 9) y un cuenco semiesférico de tendencia parabólica de medianas dimensiones y fondo convexo (n° 21.194). A ellos se unen otra serie de elementos cerámicos, los cuales, no podemos asegurar su localización *in situ*, es el caso de un cuenco de casquete esférico de muy pequeñas dimensiones (n° 21.211-7) (Fig. 14: 14) y restos de cuencos de borde apuntado; un cuenco carenado de borde entrante con decoración de mamelones (n° 21.105); diferentes ejemplos de cuencos semiesféricos de medianas dimensiones (n° 21.104, 21.167 y 21.195) y otros de menor tamaño y borde entrante (n° 21.168) y por último, otros ejemplos de cuencos de borde apuntado y entrante con decoración de pequeños mamelones en el borde (n° 21.065-5, 21.071-1, 21.101, 21.221 y 21.244-6) (Fig. 14: 3 y 4).

En cuanto a elementos no cerámicos, el mismo hecho de las filtraciones impide valorar la presencia de semillas y si proceden de algunos de los grandes recipientes documentados (Contreras, 2000: 274-38). Sin embargo, sí debemos destacar la presencia de un punzón de cobre (n° 21.077) en la US 21.6; un anillo de arcilla (n° 21.239) junto con otro artefacto de arcilla indeterminado (n° 21.199) en la US 21.7 que tal vez pertenezcan también a ese posible ajuar al que nos hemos referido.

Por su parte, de la Unidad Sedimentaria 21.7, se registró una gran cantidad de carbón (n° 21.235, 21.236, 21.237 y 21.238) susceptible de ser parte de una placa sobre la que se depositaran los restos y ofrendas en el interior de esta posible sepultura. Asimismo, se recogieron dos tapaderas circulares de pizarra (n° 21.240 y 21.241) (Fig. 15: 11).

La US 21.8 corresponde al suelo de la cista. Se trata de un pavimento de color amarillento de textura compacta que forma una capa fina sobre la que se localizaron los

restos de una gran orza ovoide de cuello marcado y borde saliente (n° 21.264) (Fig. 15: 6), lo que ha llevado a pensar que se pudiera tratar de un *pitthos* o un contenedor de una ofrenda de grano para el inhumado ya que se han encontrado restos de semillas (n° 21.269-1 y 21.292-1) y fauna (n° 21.278). Asociada a esta gran orza encontramos una de las tapaderas circulares de pizarra hallada en sus proximidades (n° 21.266). Asociada a estos elementos, también, se documentó los restos de una olla ovoide de fondo plano y grandes dimensiones (n° 21.106)

Llegando al final de la estratigrafía de esta Unidad Habitacional, encontramos la US 21.9 que consiste, básicamente, en la tierra de cimentación y regularización de la roca, con pocos hallazgos significativos y reducidos exclusivamente a elementos de piedra no tallada como una mano de molino (n° 21.287), una pieza discoidal perforada (n° 21.286), restos de fauna (n° 21.290) y los fragmentos de un cuenco semiesférico (n° 21.291).

V.3.2.4. Complejo Estructural IIb

a) Descripción: formal y metodológica (10 y 11)

El complejo Estructural IIb ocupa la zona central del Grupo Estructural II, estableciéndose en el área llana más amplia de la zona baja del asentamiento de Peñalosa, similar a la que se sitúa al sur de la casa IV, la cual parece ser que estuvo destinada, como ya veremos, a actividades muy diferentes. Este espacio alcanza las mayores dimensiones hasta ahora analizadas, aunque la erosión, aún aquí muy fuerte, ha podido condicionar este hecho en la medida que puede haber llevado a la desaparición de tabiques. Si bien en contra de este argumento nos habla la presencia alineada de hasta 4 hoyos de poste en sólo este espacio.

Concretamente, esta área delimitada corresponde con los subsectores B y C del sector 21. Sus coordenadas UTM son las siguientes: 75.60-82.60 x; 106.40-112.80 y; 27.50-28.47 z. En esta ocasión, nos encontramos ante un espacio de unos 26.50 m² aproximadamente, de forma trapezoidal con una orientación de oeste-este.

A finales del mes de Agosto de 1989 extiende la excavación de esta casa hacia el oeste, comenzando los trabajos de investigación en el espacio que ha sido definido como CE IIb, los cuales perduraron durante la siguiente campaña de excavación en el mes de Septiembre de 1991. Los planteamientos metodológicos continúan siendo los mismos que en el resto de áreas intervenidas. Para ello, desde el inicio de los trabajos se plantearon dos grandes secciones estratigráficas cuyo fin era tratar de establecer las conexiones y relaciones estratigráficas de este espacio. Ambas secciones discurren perpendicularmente desde la parte trasera de este espacio (extremo sur) a las estructuras que definen el espacio al norte. La sección (S4) va perpendicular a la estructura 21.1 y a la 21.21 pasando a través de la 21.9; mientras que la S5 tiene la misma orientación de sur-norte chocando directamente con la 21.1 y la estructura de aterramiento al norte, 21.4. Ambas secciones marcaban el espacio de dos áreas de excavación quedando subdividido el CE IIb, en el

subsector B (que ocuparía toda la zona central y oriental de este complejo) y el subsector C (que concerniría a todo el espacio occidental de este complejo hasta los límites con el CE IIc y IIId).

Al igual que el Complejo Estructural IIa, éste queda conformado fundamentalmente por dos grandes muros de aterrazamiento. Al norte por la estructura 21.1 y al sur, por la 21.4. Este último, como ya hemos indicado anteriormente, adosado a la 21.3/23.2 y por lo tanto posterior en el tiempo. Este muro es el que verdaderamente ayuda a configurar un espacio pseudorectangular con un piso bastante uniforme, que incluye prácticamente toda la plataforma original de la roca de esta terraza a excepción de la zona incluida en el CE Ia y la que quedaría al norte de la casa III (Contreras, 2000: 274-39). Al este, el tabique 21.5 haría de elemento separador entre este Complejo Estructural y el CE IIa así como soporte y apoyo para determinados elementos de la cultura material. Precisamente, el tabique 21.5 deja un espacio de comunicación en la zona sur, que presumiblemente parece ser que estuvo semi-descubierto creándose así un acceso directo entre ambos Complejos Estructurales (IIa y IIb), mientras, al oeste la transición hacia los CE IIc y IIId es menos brusca, siendo la estructura 21.17 y el giro de la 21.1 las que marquen sus límites en el extremo oriental de esta casa.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IIb (Fig. 11)

Sobre el suelo de tierra apisonada se documentan toda una serie de estructuras acompañadas de un gran repertorio de artefactos y ecofactos, relacionados con diferentes prácticas productivas (Alarcón García, 2005: 176). Así, sobre el suelo de ocupación y adosado al muro de aterrazamiento 21.4 al sur del espacio, se localizan diferentes estructuras: 21.11 y 21.12, 21.21 y 21.19.

La primera de ellas, la estructura 21.11 es un banco construido de forma paralela a la construcción del tabique (21.5) y el muro trasero sobre el que se adosa (21.4). Se trata de una estructura semicircular, compuesta por pizarras dispuestas horizontalmente levantadas sobre la roca, aunque en dicha base se han podido documentar diferentes cantos de arenisca a modo de calzos. De esta estructura se han conservado diferentes hiladas de piedra, trabadas con barro cuya matriz variaba de una coloración grisácea a anaranjada. Debido a su morfología constructiva podemos decir que siguiendo los esquemas propios tanto de la cultura argárica como concretos de este poblado, posiblemente se trate de una estructura relacionada con la producción y transformación del cereal, concretamente con la actividad de molienda.

En cuanto a la 21.12, nuevamente estamos ante un banco corrido, en este caso de tipo rectangular cuya orientación es de noreste-suroeste. Está compuesto por dos hiladas de pizarras de pequeño y mediano tamaño apoyadas directamente sobre la roca. Presenta un aparejo simple con una matriz de color grisácea. Esta estructura se adosa al muro medianero 21.4, aunque todo parece indicar que tendría su continuidad hacia el oeste conformando posiblemente así una única estructura junto con la 21.19. Su cercanía con la

estructura 21.11 nos muestra un espacio articulado entre diferentes estructuras relacionadas, como veremos posteriormente, no sólo a nivel estructural sino también funcional. El estado de su conservación es precario, habiéndose perdido gran parte del relleno interno (es decir, su choque con la estructura 21.3) del que se conserva escasamente su límite exterior, presentando una rotura justo en el centro de su recorrido. Entre ambas estructuras se han documentado diferentes restos de cultura material relacionada sobretodo con la producción metalúrgica, es el caso de restos de minerales (nº 21.369, 21.371, 21.372 y 21.374), un alisador (nº 21.394) (Fig. 17: 7) localizados junto a un vaso carenado (nº 21.380), mientras que en su parte más interna, prácticamente en el choque con la estructura 21. IV, se localizó una mano de molino (nº 21.384) junto con nuevos restos de mineral (nº 21.385).

Por su parte, la estructura 21.21, al igual que en el caso anterior, se trata de un banco. Su punto de origen está al este, justo en el límite más oriental de la 21.11, y termina chocando directamente con la 21.5. Está adosado a la 21.3, su forma rectangular y su diámetro que apenas supera los 50 cm., nos recuerda a los bancos corridos tan comunes en el conjunto de las casas argáricas. Sin embargo, su funcionalidad en este espacio, es tanto de un banco corrido como de referencia a la estructura 21.5.

En el extremo sur y asociados a la 21.1 documentamos otra serie de estructuras, concretamente las 21.9, 21.10 y 21.17. La primera de ellas es una estructura cuadrangular que discurre en paralelo a la 21.1 siendo su orientación de suroeste-noreste. Ésta se alza, directamente, sobre la roca aprovechando el propio desnivel de ésta. Constructivamente, difiere de los anteriores. Se compone por una serie de lajas dispuestas verticalmente sobre este afloramiento rocoso y relleno interiormente por pizarras dispuestas horizontalmente y trabadas con barro rojo. La base de este relleno interno se levanta sobre una base de cantos de arenisca de mediano tamaño así como también diversos cantos de río de menor tamaño. Como en los casos anteriores, la conservación de ésta estructura es precaria hasta el punto de que no se ha localizado ni su punto de unión con la 21.1 como tampoco su posible choque con la 21.10.

Precisamente, esta última (21.10) se trata nuevamente de un banco de sección rectangular, al contrario que en el caso anterior, presenta una orientación de noreste-suroeste. Compuesto por piedras de pequeño y mediano tamaño trabadas con barro de color anaranjado dispuestas horizontalmente y alzado sobre la roca, su límite norte está formado por pequeñas lajas de pizarras dispuestas verticalmente. A pesar de que su límite Sur no ha sido posible documentarlo en todo su perímetro sí podemos definirla estructuralmente ya que su diámetro nos lo determina su extremo oeste el que se conserva en perfecto estado, alcanzando prácticamente dos metros (1,80 m.) de diámetro. Su límite al este está marcado por la propia estructura 21.9 mientras que al Noroeste lo delimita el hoyo de poste, 21.15.

Siguiendo la línea que marca la estructura 21.1, en el extremo más oriental de este Complejo Estructural nos encontramos con la estructura 21.17. Nuevamente estamos ante un banco adosado al muro trasero de esta casa. De sección semicircular con 90 cm. por 40 cm. de diámetro nos marca el punto de unión entre el Complejo Estructural I Ib y I Ic. Su alzado se compone por una serie de lajas de pizarra de mediano tamaño hincadas directamente sobre el suelo de ocupación cuyo interior está relleno con sedimento y cubierto por una serie de pizarras dispuestas horizontalmente. Pensamos que esta estructura

pudo ser utilizada como soporte o punto de apoyo para diferentes recipientes relacionados con el almacenamiento y procesado de alimentos. Sin embargo, no podemos precisar este hecho ya que no hemos documentado ningún resto de cultura material *in situ*, debido fundamentalmente, a las alteraciones sufridas por los envites del agua del pantano.

Por último, en la construcción social y física de este espacio todas las estructuras internas quedan articuladas por el establecimiento de diferentes hoyos de poste perfectamente alineados, a lo largo de todo este espacio, con una dirección de este a oeste. La estructura 21.8 es el primer hoyo de poste que nos encontramos en la conformación de este espacio, al este. Se trata de una estructura semicircular formada por varias piedras dispuestas verticalmente cuyo objetivo era poder encajar perfectamente una de las vigas de madera que soportaría la techumbre. A pesar de que las características de los hoyos de poste no suelen diferir demasiado unos de otros, es cierto que la particularidad de éste no solo estriba en su ubicación (en la cara oeste) o sustitución funcional de la 21.7 en la cara este de la 21.5 sino también constructivamente ya que presenta dos cantos de arenisca como calzos externos.

A escaso un metro de distancia y en línea recta se encuentra el siguiente hoyo de poste, la 21.14. En este caso, estamos ante un hoyo de poste de sección circular que supera el medio metro de diámetro, excavado directamente sobre la roca utilizando una serie de piedras a modo de calzos en su interior como asideros de la viga de madera que sostendría. El siguiente se halla a poco más de un metro y medio del anterior, el 21.15. Éste responde a las mismas características morfológicas que el anterior manteniendo, incluso, la homogeneidad en el tamaño.

En puntos anteriores ya hemos tratado la problemática relación secuencial entre la estructura 21.7 y la 21.8 en relación a la construcción de la cista 21.27, pero no es menos interesante la situación del hoyo de poste 21.22. Éste está directamente excavado sobre la roca y, además, presenta aparentemente un mayor tamaño que el resto, a pesar de que no conservaba los calzos exteriores ni interiores. Asimismo difiere del resto en su forma siendo rectangular. Este hoyo de poste se sitúa en el límite del CE Iib, justo en la transición hacia el CE IId, en el cual las distancias entre los muros de cierre, la presencia de algunas estructuras especiales y la ausencia de evidencia de otros hoyos de poste seguidamente a éste pueden sugerir un carácter descubierto de este último complejo estructural (IId), justificándose, así, la diferente formación del relleno sedimentario de ambos complejos estructurales (CE Iib y CE IId). De ahí que la abundancia de carbón documentado en el CE Iib como resultado del derrumbe de vigas y postes nos remarque la importancia y la existencia de estas estructuras de techumbre en este espacio junto a los restos de adobe documentados, mientras que por su parte, en el CE IId los restos de adobe se reducen al revoco de las estructuras 21.25 y 21.26, a pesar de que se encuentran muy erosionadas.

Por último, resaltar que entorno a la línea de hoyos de poste definida por las estructuras 21.8, 21.14, 21.15 y 21.22, se han localizado otras áreas de roca excavadas que bien podrían haber ayudado a solucionar los problemas de cubrimiento de un espacio tan amplio, sirviendo estos recortes de roca como soportes secundarios a la compleja techumbre de este espacio.

c) Análisis contextual (Fig. 12 y 13)

De nuevo en esta Unidad Habitacional el primer nivel sedimentario que documentamos se corresponde con la US 21.1, derrumbe de piedras. La continuidad estratigráfica con el CE IIa se ha podido establecer a partir del espacio que queda al sur de la estructura 21.V. Lo mismo sucede con el resto de las unidades sedimentarias que ofrecen una distribución del material mucho más interesante. En éste caso, sólo destacar la presencia de un fragmento amorfo decorado con incisiones circulares de gran tamaño (nº 21.407-2) junto a los restos de una orza de forma indeterminada con decoración en el labio a base de impresiones (nº 21.403). En este sedimento, casi superficial, se localizaron los restos de dos moldes de piedra, uno de ellos de hacha (nº 21.404a) (Fig. 16: 14) y otro de lingote convexo (nº 21.408a) (Fig. 16: 16) (Contreras, 2000: 274-40) y restos faunísticos (nº 21.568).

Las circunstancias, ya comentadas, que rodean a la US 21.2 en esta casa por la importancia que tienen en relación a la caracterización del cubrimiento de este espacio y la relación con los niveles inmediatos, unidas a la distribución de su material y al grado de alteración a que el registro sedimentario de esta zona se ha visto sometido por el pantano del Rumblar, obligan a considerar de forma conjunta en el análisis las unidades sedimentarias 21.2 y 21.3. Los fuertes derrumbes de vigas y postes así como la instalación en este espacio de tres de los cuatro hoyos de poste que contiene esta casa sugieren que, este espacio estuvo provisto de importantes estructuras de madera en forma de vigas y postes configurando una especie de vestíbulo con respecto al CE IIc.

En la US 21.2 se recuperaron diferentes elementos relacionados con la producción metalúrgica dispersos en su mayoría por la zona norte de este espacio, entre ellos se recuperaron dos crisoles de fondo plano, uno de ellos de pequeño tamaño casi completo (nº 21.419) y los fragmentos de otro (nº 21.413) (Fig. 16: 3) de muy pequeño tamaño localizado al oeste de esta estancia. Respecto a los útiles en piedra destacan un martillo con escotaduras para el empuñamiento (nº 21.346) localizado en las proximidades del cuarto hoyo de poste (21.15) junto a un alisador de piedra (nº 21.320 y 21.421) (Fig. 17: 5), manos de molino (nº 21.425 y 21.426) y placas de pizarra recortadas de pequeño tamaño (nº 21.327). Ésta podría tratarse de una pequeña fichita destinada al juego tanto de adultos como de individuos infantiles, elementos tan comunes en el registro arqueológico de Peñalosa.

Dispersos por toda el área, aunque la mayor concentración se encuentra en el centro de esta estancia, se hallaron innumerables piedras de molino de grandes dimensiones (nº 21.308, 21.309, 21.310, 21.311, 21.313, 21.316, 21.322, 21.323 y 21.324). Por su parte, la gran mayoría de los fragmentos de mineral (nº 21.412, 21.445 y 21.422-3) y metal de cobre junto con pequeñas escorias (nº 21.302, 21.303, 21.305 y 21.319) se localizaron en el extremo norte, en las cercanías de las estructuras 21.12 y 21.11, aunque algunos restos se localizaron en la zona oeste.

En el extremo norte, en las cercanías a los bancos 21.21, 21.11 y 21.12 se documentaron una gran cantidad de restos cerámicos indeterminados que se dispersan hacia el sur hasta el choque con la estructura 21.10. En su conjunto, éstos se encuentran muy

deteriorados y lavados debido a la fuerte acción del pantano sobre esta área llana de la casa II, aunque podemos rescatar dos fragmentos. Uno de ellos se trata de un pequeño cuenco con decoración (n° 21.301-3) y, otro, un fragmento de amorfo pero que presenta decoración compuesta por una línea incisa y sobre ésta pequeñas impresiones (n° 21.422-2).

En el extremo oeste, de la estructura 21.10, justo en el espacio que queda entre esta y la 21.I localizamos los restos una olla con decoración incisa en el borde (n° 21.318) y los restos de una gran orza (n° 21.325-3) con decoración de mamelones a los lados.

Por su parte, lo que ha sido denominado como el suelo de ocupación US 21.3 que como en el caso de la estancia anterior se compone por una tierra de color rojiza arcillosa y compacta en cuya matriz apenas si encontramos restos de pizarras machacadas como si se ha documentado en otras estancias y casas de Peñalosa.

En este momento podemos distinguir diferentes áreas de actividad. Los artefactos relacionados con la molienda se sitúan mayoritariamente al sur de este espacio. Destaca la presencia de una piedra de molino (n° 21.379) en el extremo Este de la 21.10 y de otro molino, el n° 21.375, asociado a esta misma estructura, así como dos elementos indeterminados de piedra pulida (n° 21.376-1 y 21.376-2). En esta área, también, se halló un lebrillo de forma abierta de grandes dimensiones, de paredes rectas y salientes y fondo plano (n° 21.340) (Fig. 17: 1), muy útil, por las grandes dimensiones de su boca para recoger el grano una vez triturado. A escasa distancia de estos elementos se documentó una mano de molino (n° 21.398) (Fig. 17: 6) y un elemento indeterminado en arcilla (n° 21.397). Por su parte y asociados a la estructura 21.IX, al Este, se localizó un nuevo elemento en piedra, una placa decorada a base de impresiones (n° 21.368).

Al norte, concretamente junto a la 21.12, contamos con grandes recipientes o contenedores como es el caso de dos grandes orzas ovoides de grandes dimensiones (n° 21.378 y 21.395) (Fig. 15: 4). La segunda de las orzas tiene cuerpo irregular, con el fondo convexo y el borde entrante; junto con dos casos más que presentan decoración de mamelones a los lados (n° 21.403 y 21.410) (posiblemente tuviese el borde entrante aunque no ha sido posible recuperarlo pero el perfil de la misma parece marcar esta morfología) localizadas en la delantera de la estructura 21.12. Sin embargo, alrededor de ésta se han documentado numerosos restos de mineral de cobre (n° 21.369) e incluso impregnando la propia estructura 21.12 tanto en su parte superior como en su alzado sur (n° 21.371, 21.372, 21.374 y 21.385) donde también se hallaba una mano de molino (n° 21.384) (Fig. 17: 8) y un alisador (n° 21.394).

Respecto al repertorio cerámico destacar los restos de un vaso carenado (n° 21.380) sobre la propia estructura 21.12, un cuenco de borde apuntado que presenta pequeños mamelones en la línea del borde (n° 21.307) y diversos fragmentos cerámicos que exhibían una decoración de cordones (n° 21.307-3). Todos estos elementos se localizaron en la zona oriental del CE IIb. También resulta especial el hallazgo de una placa de pizarra recortada con una serie de grabados en su superficie, posiblemente un reticulado (n° 21.368).

En relación con la estructura 21.21, encontramos escasos restos, fundamentalmente, muestras de metal (n° 21.412) y elementos en piedra, pero destaca sobre el resto la

abundancia de carbón (n° 21.275, 21.386, 21.387, 21.397, 21.261). Este último se hallaba al exterior del hoyo de poste, mientras que, el resto de la materia carbonizada se encontraba en línea recta entre esta estructura y el hoyo de poste 21.8. Esta abundancia de materia orgánica carbonizada continúa su recorrido en sentido este-oeste, entre el anterior hoyo de poste y el siguiente (21.14). Junto a este hoyo de poste (21.14) y el siguiente (21.15) se localizaron un elemento muy escaso en este poblado, un carrete de arcilla (n° 21.315) y una pesa de telar (n° 21.304 y 21.347).

Por su parte, en el extremo más occidental, justo en la conexión entre los dos restantes Complejos Estructurales, al sur el CE IIc y al norte CE IIId, la localización de artefactos y ecofactos es más reducida. Concretamente, en la parte sur y en las proximidades a la estructura 21.17 se registraron fragmentos de mineral de cobre (n° 21.445) y, hacia el centro de la estancia, encontramos un fragmento cerámico con decoración de tipo Proto-Cogotas, consistente en una línea incisa sobre la que penden impresiones de líneas pequeñas y cortas (n° 21.422-2) y un cuenco semiesférico (n° 21.436) localizado en la esquina del giro del muro 21.I. En el extremo norte y, en sus proximidades al CE IIId se documentaron grandes cantidades de materia orgánica carbonizada (n° 21.435, 21.437, 21.440, etc.), sobre todo, entorno al quinto hoyo de poste (21.22). Además, se recuperaron restos de mineral de cobre (n° 21.445), un cuenco semiesférico (n° 21.446), los fragmentos de una orza con decoración de mamelones (n° 21.447); también, se encontraron elementos más especiales, como un vaso lenticular con el cuerpo globular y el borde muy entrante y fondo plano (n° 21.407) (Fig. 17: 4) y un fragmento cerámico con decoración de tipo Proto-Cogotas (n° 21.407-2) que presenta como decoración un motivo inciso circular.

Por último, resaltar la concentración de restos carpológicos basados fundamentalmente en semillas de cebada vestida (*Hordeum vulgare* subsp. *vulgare*) y semillas de plantas silvestres, aunque también se han documentado restos de lino (*Linum usitatissimum*), lavanda (*Lavandula stoechas*) y citus (*Cistus* sp.) tanto al sur como al norte de este espacio. Concretamente relacionados con dos estructuras, la 21.10 (n° 21.356-1, 21.361-1, 21.364-1, 21.366-1, etc.) y la 21.11 (n° 21.321-1, 21.350-1, 21.354-1, 21.358-1, 21.359-1, 21.362-1, 21.353-1, 21.400-1 y 21.409-1). En el primero de los casos, los restos de semillas mantienen su continuidad con los recuperados en el CE IIc como veremos más adelante, mientras que el segundo se extiende hacia el este. En contraposición, debemos apuntar que los restos de fauna recuperados en esta estancia son muy escasos y están marcados por una fuerte degradación debido a la fuerte acción del pantano.

V.3.2.5. Complejo Estructural IIc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 10 y 11)

Con este Complejo Estructural llegamos al extremo más occidental de la Casa II. Corresponde con el subsector D del sector 21, siendo sus coordenadas UTM las siguientes: 81.40-84.80 x; 105.30-108.00 y; 27.54-28.08 z. El espacio que ocupa éste es bastante más reducido que el de los dos casos anteriores, respondiendo tan solo a 3,80 m²

aproximadamente. Su configuración está determinada por el propio giro hacia el interior y hacia el noreste de la estructura 21.1, que origina un espacio semicircular, en forma de herradura con una orientación de este-oeste.

Estructuralmente, queda formado por el giro de la estructura 21.1. Su demarcación con el Complejo Estructural Iib está determinada por la estructura de banco (21.17). Los límites estructurales están marcados por el banco semicircular 21.17 y el propio Complejo Iib. En cuanto a la metodología desarrollada, nuevamente se llevó a cabo una excavación a nivel microespacial, de forma sistemática, en extensión y en profundidad. Para ello se utilizó el límite artificial del corte o sector D como sección estratigráfica (S7), que como en casos anteriores, era perpendicular a los muros de aterrazamiento. Sin embargo, en este caso, su orientación es de sur a noroeste, ya que se topa directamente con el punto y final del giro de la estructura 21.1. Con ella, obtuvimos tanto la relación estratigráfica de este Complejo Estructural y su correlación con la estratigrafía del CE Iib. Dichos trabajos de investigación fueron desarrollados durante el mes de Septiembre de 1991.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la estancia Iic (Fig. 11)

A pesar de tratarse de un reducido espacio físico, en su interior se ha documentado una de las pocas estructuras de almacenamiento excavadas en la roca de todo el poblado de Peñalosa. Se trata de un silo semicircular o rectangular con los ángulos redondeados excavado en la roca (21.16) (Lám. 103) y revestido de pizarras hincadas en su interior. Está asociado directamente a la parte central del giro de la estructura 21.1 (Contreras, 2000: 274-44). Su construcción parece ser paralela a la construcción de la 21.1, por lo que estaría en funcionamiento desde el inicio de la construcción de esta habitación siendo cubierta en un momento posterior.



Lámina 103. Detalle del momento de documentación de la estructura silo 21.16.

A pesar de que en este espacio no hemos documentado ninguna estructura de sustento de la techumbre como sería un hoyo de poste, los diferentes niveles estratigráficos registrados junto con la determinación productiva de esta área nos hacen pensar en la posibilidad de que este espacio estuvo cubierto. Esto estaría propiciado por las pequeñas dimensiones de este espacio respecto a los demás complejos de la Casa, pudiéndose apoyar las vigas de madera de una parte del muro a otra sin necesidad de colocar una sujeción central. La estructura de aterrazamiento 21.1 habría servido también de soporte de la techumbre.

c) Análisis Contextual IIc (Fig. 12 y 13)

En la primera de las Unidades Sedimentarias (US 21.1) no se documentaron restos materiales destacables, ciñéndose exclusivamente a la toma de muestras de sedimento entre el que no se encontraron restos culturales.

Como en el Complejo Estructural anterior, debido a las características propias de este espacio nos interesa estudiar la US 21.2 y la US 21.3 en conjunto, correspondientes al derrumbe de adobes y al suelo de ocupación, respectivamente.

Una posición central la ocupa un posible molde de barritas (nº 21.494) (Fig. 16: 12) y una piedra de molino (nº 21.496), mientras que en las cercanías a la estructura 21.16 se localizó el fragmento de crisol de fondo plano (nº 21.495). Llama la atención en esta zona la presencia de escorias y mineral calentado (nº 21.484-3, 21.484-4, 21.493, 21.501, 21.502 y 21.504), aunque en escaso número.

Mención aparte merece el relleno de la estructura 21.16. Éste ha sido denominado como US 21.10. En el interior de esta estructura se han recuperado restos de semillas gracias a la realización de trabajos de flotación de su sedimento (nº 21.534-1). Sin embargo, estos elementos carpológicos también están presentes al exterior de esta estructura (nº 21.484-1, 21.455-1) donde también se localizaron otra serie de elementos en piedra pulida como son una mano de molino (nº 21.514) (Fig. 17: 10) y un percutor de extremo redondeado (nº 21.515). En el interior de silo se localizó un cuenco semiesférico (nº 21.505) y los restos de un gran contenedor, una orza con decoración de mamelones (nº 21.513 y nº 21.532). Probablemente, el cuenco se haya utilizado para sacar el grano del propio contenedor, debido a que en todo el espacio sólo se ha encontrado un ejemplar y su localización es el interior del silo. Por último, debemos destacar el hallazgo de un interesante colgante circular realizado en piedra caliza (nº 21.452) junto a esta estructura.

El relleno sedimentario está marcado por la abundancia de restos vegetales carbonizados (nº 21.450, 21.456, 21.486, 21.500, 21.509, 21.510, 21.511 y 21.529, entre otros). Estos últimos fueron recuperados en el interior del silo que unido a las pequeñas dimensiones del mismo nos sugiere que estamos ante un espacio cubierto, una estancia marcada funcionalmente por el almacenamiento de cereal aunque también debido a la cercanía de la estructura de banco (21.17) creemos que se realizaría el trabajo de la molienda así como determinadas fases de la producción metalúrgica. Por tanto, se trataría

de un espacio de especialización, aunque la escasez de cultura material, en este caso, no responde a la actuación de la erosión ya que el giro de la estructura 21.1 crea un espacio relativamente protegido de los embistes del pantano sino que se deba probablemente a la articulación social propia de este espacio.

V.3.2.6. Complejo Estructural IId

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 10 y 11)

Por último, y completando el estudio de la casa II de Peñalosa llegamos al extremo más occidental, definido como Complejo Estructural IId. Éste ocupa por completo el subsector E del sector 21 y sus coordenadas UTM son: 82.60-87.00 x; 104.00-112.90 y; 27.90-28.40 z. Estamos ante un espacio de forma irregular que tiene una orientación de Oeste a Este. Como ya hemos repetido en otras ocasiones la acción del pantano ha sido muy fuerte en esta ladera del poblado, sin embargo, este Complejo Estructural se ha visto especialmente afectado por las fluctuaciones del pantano así como por la propia erosión debido al aterrazamiento de la ladera que le ha afectado sobremanera. El resultado es la practica inexistencia de restos de cultura material así como de estructuras murarias, ausencia de elementos que nos van a condicionar en parte el proceso de su análisis no permitiéndonos determinar la posible entrada de esta casa, así como tampoco su conexión con el resto de casas de la ladera norte.

En el mes de Septiembre de 1991 (cuarta campaña de excavación) comienzan los trabajos de investigación en este sector E. El planteamiento metodológico estuvo condicionado en todo momento por la escasa potencia arqueológica que presentaba. A pesar de ello, se llevó a cabo una excavación microespacial, sistemática, en extensión y en profundidad de todo el espacio. Se plantearon dos perfiles estratigráficos: la sección (S6) trazada perpendicularmente a las estructuras 21.1 (a su giro) y 21.4 con el objetivo de obtener una lectura de los procesos deposicionales y post-deposicionales sufridos entre este Complejo Estructural y el CE IId; y la sección (S10). Para calibrar el estado de conservación de los niveles sedimentológicos, realizar una lectura de los procesos postdeposicionales y de las relaciones estratigráficas de las diferentes estructuras excavadas en la roca o realizadas en piedra o mampostería presentes en este espacio. Su trazado transversal al muro de aterrazamiento 21.4 permitía a su vez la diferenciación de dos áreas de trabajos. El Subsector Ea (toda la zona sur) y el Eb (zona norte). En el primero de ellos quedaban encuadradas todas aquellas estructuras realizadas en piedra y mampostería, mientras que en el segundo, quedaban incluidas las posibles estructuras de lajas hincadas con relleno de adobes y excavadas en la roca.

Como en el resto de esta casa II, será la estructura 21.4 o 23.1 la que determine tanto la construcción como la configuración de este espacio denominado CE IId, en su parte norte. Como apuntábamos anteriormente, el cierre así como la posible entrada de esta vivienda, no ha sido localizada arqueológicamente, debido a la fuerte erosión existente en el extremo oeste de la Ladera Norte del yacimiento. Este hecho ha impedido poder

determinar la vinculación y vías de comunicación internas entre este Grupo Estructural y el resto de Unidades Habitaciones que constituyen el conjunto de la Terraza Inferior.

A pesar de no localizar la entrada y salida de esta casa, si podemos apuntar algunas cuestiones. En primer lugar, dada la configuración rectangular y cerrada de la parte oriental, la única vía de comunicación con el exterior debería estar en la parte occidental; en segundo lugar, como sucede en el conjunto de esta terraza, las conexiones con el exterior del poblado sólo podrían realizarse a través del interior de las viviendas, pasando de una casa a otra a través de los diferentes mecanismos de comunicación documentados, calles y pasillos. Esto quiere decir, que tanto la ubicación de esta casa como sus comunicaciones con el exterior están restringidas a la vez que resguardadas frente a posibles adversidades venideras del exterior del poblado.

Es la estructura 23.1 o 21.4 la que configura morfológicamente este espacio, sin embargo también esta determinado por la estructura 21.1, más concretamente, por su giro hacia el noreste. Precisamente, en el punto final de este giro se optó por establecer una sección estratigráfica que iría a chocar con el interior de la 21.4 o 23.1. De este modo tendríamos resueltas las conexiones estratigráficas entre los CE IIb y d. al este, siendo estructuralmente el hoyo de poste 21.22 el que crea el punto de conexión con el Complejo Estructural IIb.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional II d (Fig. 11)

El interior de este espacio está conformado por una serie de estructuras, fundamentalmente muros de mampostería y estructuras excavadas en la roca y su recorte a modo de lajas.

Precisamente, el uso de las estructuras de mampostería se ubica en el extremo sur de este Complejo Estructural, asociadas al giro del muro 21.1, al que se adosan diferentes estructuras de bancos que, a pesar de su mala conservación, podemos precisar su morfología (21.24 y 21.25). El primero (21.24), es un posible banco de sección rectangular compuesto por lajas y piedras irregulares cuya orientación es de este-oeste. Debido al precario nivel de conservación no podemos precisar su conexión con el siguiente (21.25) o si por el contrario nos encontramos ante una misma estructura. Por su parte, el banco 21.25 es de sección más cuadrada e, igualmente, se compone por lajas de pizarra hincadas sobre el afloramiento rocoso y su orientación es este-suroeste. Como explicábamos, no podemos precisar la conexión de estas estructuras aunque sí parecen compartir elementos que las conectan, ambas están revocadas de adobe (nº 21.479 y 21.517).

En dirección noreste-suroeste y trazando un arco en paralelo al lóbulo de la estructura 21.1, encontramos un muro (21.18) con una sección de 80 cm. x 3 m. de longitud aproximadamente. Su composición es similar a las localizadas en el extremo norte. Es una estructura excavada en la roca, de forma rectangular para lo cual aprovecharía el propio banco de roca que afloraba en este punto.

En el extremo norte se concentran las estructuras excavadas en la roca, las cuales podrían estar relacionadas a nivel funcional (21.20 y 21.23). La 21.20 es una estructura de sección cuadrangular formada exclusivamente por la roca recortada así como por lajas extraídas de la misma, mientras que la 21.23 utiliza un recorte en inclinación de la propia roca hacia el norte. Ambas estructuras parecen estar relacionadas entre sí, a pesar de no haber podido determinar su funcionalidad debido a la escasez de restos materiales asociados. Si bien, podemos apuntar que las características de la estructura 21.20 recortada en la roca, alisada e inclinada nos sugieren una actividad de decantación de cal aunque con reservas, debido al grado de alteración en que se encuentra este Complejo Estructural.

Por último, señalar que el mal estado del registro arqueológico de este Complejo Estructural nos impide precisar con más detalle como se conformaba estructuralmente. Sin embargo, los escasos indicios de material de derrumbe, sobre todo, la práctica ausencia de restos de carbón, parecen indicar que sería un espacio descubierto.

c) Análisis Contextual (Fig. 13)

A pesar de que se trata de un espacio muy erosionado cuya potencia sedimentaria es menor que en el resto de la Casa II, esta estancia destaca por la presencia de gran cantidad de restos materiales. En la US 21.1 hemos documentado elementos en piedra pulida y materiales cerámicos. Entre ellos podemos destacar una olla con decoración incisa en el borde y dos mamelones a los lados (nº 21.470), un vasito de carena baja de muy pequeñas dimensiones (nº 21.480) (Fig. 14: 13) junto a un pequeño cuenco de borde muy corto y ligeramente recto o entrante (nº 21.485) (Fig. 14: 15). Ambos presentan superficies bien trabajadas y bruñidas. Junto a estos elementos cerámicos se encontraron también una pesa de telar (nº 21.465), restos de fauna (nº 21.464 y 21.471-2), semillas (nº 21.472-1, 21.473-1 y 21.476) y restos de metal de cobre (nº 21.478 y 21.490), aunque escasos.

En la US 21.2 y 3 a pesar de la escasa potencia sedimentaria conservada, llama la atención el gran número de grandes recipientes recuperados en este Complejo Estructural, especialmente en las inmediaciones del CE IIb. En este lugar se documentaron diferentes ollas ovoides, una de ellas, de fondo plano y borde recto (nº 21.459) (Fig. 17: 2) en el que presenta decoración incisa y dos mamelones para la sujeción. Otra olla más (nº 21.463) se localizó al norte cerca de la estructura 21.4 junto con restos de semillas (nº 21.455-1 y 21.461-1).

Precisamente, en este extremo norte y cerca de la estructura 21.4, se registraron numerosos elementos de piedra pulida, como son, piedras de molino (nº 21.536 y 21.539), una mano de molino (nº 21.537) (Fig. 17: 9), todos ellos junto a una olla ovoide plana (nº 21.541) con decoración en borde a base de impresiones. Continuando hacia el oeste, en las proximidades de la 21.20, las muestras de mineral de cobre comienzan aparecer y ha generalizarse hacia el sur (nº 21.507, 21.516, 21.518, 21.545, etc.). Asociados a estos fragmentos, se localizaron restos de un crisol hondo de forma compuesta y grandes dimensiones (nº 21.549), un cuenco (nº 21.535) que presenta su superficie bien tratada y bruñida y una olla ovoide de paredes abiertas y fondo ligeramente plano (nº 21.542) (Fig.

17: 3). En el extremo más occidental y, directamente, sobre la roca se hallaron diferentes cuencos semiesféricos de superficies cuidadas (nº 21.559, 21.563), restos de una olla de paredes abiertas y decoración incisa en el borde (nº 21.564-2) y restos faunísticos (nº 21.468-2 y 21.561) concentrados en los alrededores de las estructuras 21.20 y 21.22.

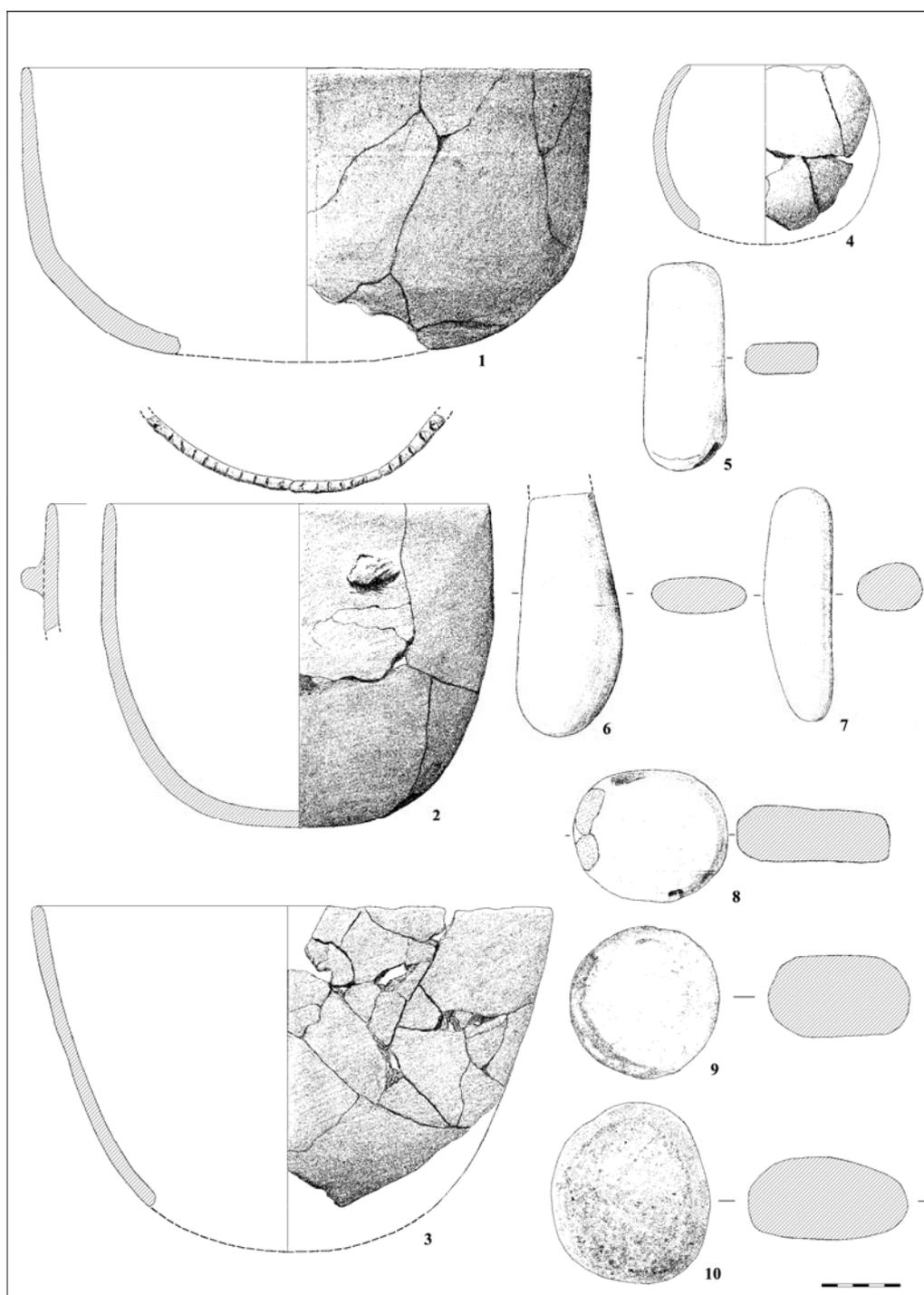


Figura 17. Cultura material relacionada con la preparación y transformación de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3). 1, 4, 5, 6, 7, 8 (CE Ib); 2, 3, 9 (CE Ic).

Mientras los elementos relacionados con la producción de objetos metálicos, como son los moldes, tanto en cerámica como en piedra se concentran en el espacio central, cerca de la 21.24. Encontramos dos manos de molinos (nº 21.527 y 21.528) junto con restos de mineral de cobre (nº 21.526), dos moldes de cerámica (nº 21.523 y 21.560) (Fig. 16: 1 y 2) y otro en piedra (nº 21.520) (Fig. 16: 5). Este último se localizó sobre la 21.24 junto al alzado exterior de la 21.1.

V.3.2.7. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

Esta vivienda es una de las casas que mayor homogeneidad presenta en cuanto a nivel constructivo de todas las documentadas en la Terraza Inferior, aunque, como en todos los casos de esta zona baja del poblado, ha visto cercenado su extremo occidental por la erosión provocada por el agua del embalse del Rumblar.

Se trata de una vivienda de forma rectangular, orientada en sentido este-oeste, dotada de una gran superficie habitable, provista de techumbre en su mayor parte. Puntualizamos este aspecto porque arqueológicamente se ha podido verificar que el pasillo creado entre el CE IIa y b, carecía de ella como también gran parte del espacio ocupado por el CE IIc, que podría estar semicubierto. Sin embargo, con este último tenemos reservas dado que es la zona más afectada de toda la vivienda por las continuas fluctuaciones del agua del pantano, la cual han hecho desaparecer gran parte de su paquete sedimentario y con él gran cantidad de los restos culturales que debió albergar. Con respecto al caso del pasillo creado entre el CE IIa y b, debemos decir que arqueológicamente parece responder a un espacio abierto o, cuando menos, provisto de una apertura en la techumbre de grandes dimensiones, como también se ha constatado en la casa VI en el CE VIg. Dicha apertura explicaría la caída hacia esta zona de los elementos de sujeción del techo, apenas sin material de adobe bajo ellos, que lógicamente los hubiera acompañado de ser una caída perpendicular y no un desplazamiento hacia este hueco (originado por las estructuras 21.5 y 21.1). Esto provoca que lo primero que se deposite sobre el suelo de ocupación sea justamente aquello que se situaba por encima (Contreras, 2000: 274-32). La ubicación de esta apertura seguramente estuvo motivada por el tipo de actividades que tuvieron lugar en este espacio y que a continuación detallaremos.

Lo cierto es que los constructores y constructoras de esta vivienda pensaron muy bien como y para que actividades iba a estar destinada. Así acondicionaron un gran espacio y lo dotaron de toda una serie de espacios interrelacionados entre sí. Al contrario de que lo que sucede con la vivienda anterior (casa 1) nos encontramos ante una casa de grandes dimensiones compartimentada escasamente en tres espacios habitacionales principales interrelacionados en todo momento. Una zona de vestíbulo o entrada a la misma (CE IIId), un pequeño espacio en forma de lóbulo caracterizado por el almacenamiento principalmente de cereal (CE IIc) y una gran zona central que acoge dos complejos estructurales (CE IIa y IIb) divididos básicamente por la imposición de un tabique central en sentido norte-sur (21.5). La relación estructural, funcional y social de estos espacios parece girar entorno a este gran espacio central, funcionando como habitaciones anexas y

dependencias auxiliares pero a la vez caracterizadas con entidad propia tanto a nivel constructivo como funcional.

Su construcción se produjo durante la última fase de ocupación (IIIA) (entre el 1770/1800 y el 1700 A.C y el 1500 A.C.) del poblado de Peñalosa, momento en que éste se extiende hacia el norte ocupando espacios que hasta el momento no se habían constituido como habitables sino reconocemos como tales a la gran estructura hidráulica ubicada en esta zona, a espaldas de la casa IV que sería construida desde los primeros momentos de vida de este poblado. La respuesta a esta reestructuración no sólo interna de los espacios en la Terraza Superior sino de la propia extensión del poblado parece responder más que a una falta de medios y conocimientos durante fases de ocupación anteriores (IIIB y C) para acondicionar determinadas zonas, a que su habitabilidad no era necesaria dado probablemente a un número más reducido de habitantes, a una intensificación de los trabajos desarrollados en este poblado y centralización y control de los mismos. Lo cierto es que fuese la razón que fuese lo que sí parece claro es que lo importante para los habitantes de cada uno de las viviendas y, particularmente, ésta no pasaba por la especialización de las diversas áreas sino más bien por la consolidación de la unidad familiar reflejada y su integración en el conjunto del poblado buscando en todo momento la armonía constructiva y urbana del poblado, confirmando la identidad propia de este poblado argárico.

Así, en este caso particular nos encontramos ante una vivienda unifásica, dado que únicamente se ha documentado un suelo de ocupación (IIIA) sobre el que se disponen *in situ* tanto los restos culturales muebles como inmuebles, que en su momento de uso ayudaron y formaron parte del desarrollo de la vida cotidiana de este grupo familiar.

En cuanto a su organización espacial debemos reseñar un hecho que nos indica un patrón de comportamiento particular de este grupo social pero a la vez de la forma de actuar de este conjunto social. En un momento avanzado de la vida de esta casa, el grupo familiar o corresidencial que habitaba en ella decidieron realizar reestructuraciones del espacio y de determinadas estructuras, concretamente en la zona que ha sido definida como CE IIa. Este espacio en su inicio se constituyó como un espacio integrado por diferentes estructuras 20.6, 21.12, 21.5 y 21.7 las cuales se ubicaron de tal manera que dejaban un espacio central para la realización de diferentes actividades. Sin embargo, en un momento avanzado de vida de esta casa, sus integrantes decidieron la construcción de una nueva estructura 21.27 que posiblemente (como hemos explicado en el apartado correspondiente) se trató de una sepultura tipo cista entorno a la cual giraba parte de la vida cotidiana. Su construcción conllevó diferentes consecuencias: en primer lugar, la pérdida de este gran espacio central y libre de estructuras que permitía no sólo el trasiego y mayor desahogo a la hora de realizar las diferentes actividades, en segundo lugar, provocó la inhabilitación del hoyo de poste 21.7 que en un inicio se ubicó adosado a la cara oriental de la estructura de compartimentación 21.5 para ser trasladado al extremo opuesto a esta estructura (cara occidental); y, en último lugar, probablemente determinó la movilidad de una actividad tan fundamental como es la preparación y cocinado de alimentos. Puntualizamos en este último caso en condicional porque en la recuperación del registro arqueológico no hemos documentado restos directos de la presencia de un hogar en esta zona, sin embargo, si contamos con otro tipo de datos. Se trata del hecho de que la estructura-cista se alza, al contrario que el resto de estructuras de esta vivienda, sobre un paquete de color grisáceo

oscuro, cuya matriz es de textura suelta compuesta por un grano muy fino, recordándonos fuertemente a los paquetes de ceniza, posiblemente, formados por la existencia de un hogar en este lugar. Esta hipótesis no es descabellada dado que en las inmediaciones de donde presumiblemente se debió instalar el hogar se han documentado recipientes cerámicos relacionados con esta actividad como son las ollas de fondo plano.

Todos estos elementos certifican que la reestructuración estructural incidió cuando menos en la organización espacial de determinadas actividades, lo que no significa que dicha actividad desapareciera, simplemente, se trasladó de lugar. Si bien, el hecho de que se anteponga la imposición de una sepultura en un espacio reducido, dejando libre gran parte de la vivienda para llevar a cabo la actividad de preparación de alimentos nos indica, por un lado, de la movilidad inherente que tiene el cocinado y la preparación de alimentos, su diversidad y adaptabilidad tecnológica; en segundo lugar, el gran valor social que tenía para este grupo social la persona a la que se dedicaría dicha sepultura a la vez que el valor social y emocional que alcanzan los individuos una vez que mueren, el sentimiento familiar y la cohesión grupal que los miembros de esta casa profesaban, hasta el punto de que no les importó inutilizar estructuras y tener que crear otras nuevas para mantener la estabilidad cotidiana de sus vidas. Por último, esta reestructuración nos revela la continuidad de los patrones sociales de este grupo, aún a pesar de esta reforma, la funcionalidad final de este espacio continua siendo la misma, hasta tal punto que la propia estructura-cista es integrada como parte fundamental para el desarrollo de las diferentes actividades de mantenimiento y metalúrgicas. Así pues, lo único que no modificó esta reestructuración fue en la concepción de esta vivienda como un espacio social, relacional y compartido, lo que no quiere decir compartimentado y dividido, entre las diferentes actividades y los sujetos sociales. Así nos lo muestra la estrecha relación que se establece entre las actividades de mantenimiento y la actividad metalúrgica. Dicha interrelación nos lleva a pensar que se tratan de espacios compartidos por ambos sexos e, incluso, que el conjunto de trabajos que albergan fueron compartidos entre hombres y mujeres.

Partiendo de esta idea, no nos extraña que diferentes espacios y estructuras ya sean bancos, estructuras de lajas hincadas o pavimentos compartan y a la vez alberguen diferentes actividades. Así, en base a las evidencias arqueológicas documentadas y analizadas con anterioridad podemos plantear toda una serie de actividades de mantenimiento asociadas a las relaciones de género de este grupo humano.

Una de estas actividades es por supuesto la preparación y consumo de alimentos. Como ya hemos explicado en su capítulo correspondiente, el cocinado o transformación de materias primas en alimentos listos para el consumo son ejemplos claros y explícitos de las actividades de mantenimiento y de las catalogadas como actividades productivas femeninas (Hastorf, 1991: 133; Brumfiel, 1991; Hendon, 1997; Meyer, 2003; Montón, 2005: 162, Alarcón, 2006: 94), que mejor testimonio físico dejan en el registro arqueológico de cualquier poblado y particularmente en nuestro caso de estudio, Peñalosa. Se tratan de trabajos que conllevan una larga cadena de producción que se ve determinada por la utilización de herramientas, estructuras y espacios marcados por unas determinadas características. Precisamente, a través del análisis estructural y contextual realizado de esta vivienda podemos determinar tanto las diferentes áreas de su actividad como las diferentes fases productivas desde que se obtiene la materia prima, pasando por su procesamiento

hasta su consumo y su interrelación con otras actividades de mantenimiento y con la propia actividad metalúrgica.

El almacenamiento, mantenimiento y preservación de los alimentos es una de las tareas fundamentales para conseguir en primer lugar un alimento apto y listo para ser consumido y, en segundo lugar y como consecuencia de la primera, es básico para la supervivencia humana. Precisamente, en el registro arqueológico de esta casa hemos identificado diferentes áreas marcadas por el desarrollo de esta actividad. Una de ellas relacionada directamente con la estructura 21.13 en la zona noroeste de la vivienda, otra en la zona central entre los dos hoyos de poste 21.8 y 21.14 y, por último, un espacio social destinado exclusivamente a esta actividad, el Complejo Estructural IIc.

Con respecto a la primera de las áreas mencionadas, decir que esta actividad gira entorno a la estructura 21.13 que se trata de un receptáculo de medianas dimensiones formado por lajas hincadas, cuya funcionalidad muy posiblemente estuvo relacionada con el almacenamiento del cereal una vez triturado, como se ha atestiguado en otras habitaciones y unidades habitacionales de este poblado. Las semillas sin procesar, que en este caso son mayoritariamente de cebada vestida con el 22% del total de la muestra recuperadas en esta vivienda y, en menor medida, de trigo desnudo en su variante de *Triticum durum* con el 3%, estarían en el interior de un gran recipiente cerámico (orza) que se encuentra en sus proximidades junto a la cual se han documentado abundantes restos de piedras de molino de medianas dimensiones y sus correspondientes manos de molienda. Sin embargo, estos grandes contenedores y con ellas las semillas de grano podían estar originaria y cotidianamente en otro espacio relacionado con esta estructura, nos referimos al pasillo creado entre el CE IIa y IIb. En este espacio, concretamente en la zona sureste, se documentaron hasta tres grandes orzas *in situ*. Una de ellas se trataba de una orza de cuello marcado y borde abierto; otra presenta decoración en el borde a base de impresiones de punzón; una tercera de la que desconocemos el borde pero si conocemos el fondo que es plano y otra más de similar característica. Todas ellas, excepto la tercera que se encontraba directamente apoyada sobre la cara interna de la estructura 21.1, se localizaron *in situ* orientadas en sentido sureste (fondo) noroeste (boca) en el extremo sureste de la estructura 21.27. Junto a ellas se localizaron hasta tres tapaderas de pizarra recortada encargadas de salvaguardar su contenido.

En base a todo ello pensamos que probablemente el almacenamiento del grano del cereal sería almacenado en la zona sur de esta estancia siendo trasladado en los propios contenedores hasta el lugar que ocupa la estructura 21.13, la cual sería utilizada para depositar el producto obtenido tras el proceso de molienda. Precisamente, este proceso de molienda se realizaría en esta área utilizando piedras de molino de medianas y pequeñas dimensiones móviles lo que nos indica entre otros aspectos que la molienda era cotidiana y diaria, a partir de las cuales, las personas encargadas de esta actividad pasarían varias horas hasta conseguir el subproducto deseado ya sea en forma de harina, sémola u otra variante. Este subproducto obtenido sería directamente depositado en el interior de la estructura de lajas hincadas (21.13) anteriormente mencionada desde donde nuevamente se volvería a extraer para ser depositada en las respectivas ollas y ser tratadas por las diferentes técnicas de cocinado y ser consumida en forma de alimento. El hecho de utilizar molinos de pequeñas dimensiones nos lleva a plantear que esta actividad de molienda era desarrollada

como una actividad diaria dentro de su cotidianidad. Su tiempo dedicado estaría en función de la cantidad de subproducto que se quisiera conseguir que a su vez dependería de la cantidad de comensales. Esto es lógico si pensamos que la conservación del grano es muy duradera pero no es así la conservación de su subproducto, ya sea en forma de harina, sémola, u otros.

Pero ésta no es la única zona y estructura relacionada con esta actividad de mantenimiento sino que esta vivienda alberga todo un espacio dedicado exclusivamente a la actividad del almacenamiento, el CE IIc, ubicado en la zona suroeste de la casa y dotado de unas características constructivas particulares. Se trata de un pequeño espacio en forma de lóbulo, cerrado en todos sus flancos por las estructuras que conforman la estructura principal de la casa y abierta solo en su extremo oriental como vía de comunicación con el resto de la vivienda. En su interior se ha localizado un elemento estructural característico de esta práctica nos referimos a un silo excavado en la roca (21.16) de forma semicircular adosado a la pared interna de la estructura 21.1. En el momento de su excavación se documentó sellado por una tapadera de pizarra, encargada de proteger y mantener en óptimas condiciones de humedad su contenido interno que en este caso volvían a ser granos de cereal sin procesar junto con restos de malas hierbas. Al contrario que en el caso anterior esta zona si está exclusivamente destinada a esta actividad de almacenamiento y gracias a las buenas características del registro arqueológico podemos precisar, describir y reconstruir este proceso hasta su paso por la molienda.

En capítulos anteriores (ver cap. III.4) ya hemos descrito las tareas previas al almacenamiento, cómo y en qué consiste todo este proceso de molienda así como hemos apuntado quién o quiénes son mayoritariamente las figuras encargadas de realizar dichos trabajos, las mujeres. En este caso particular contamos con restos carpológicos que nos permiten argumentar parte del proceso previo al almacenamiento. La presencia de fragmentos de raquis mezclados con los restos de grano de cereal nos indica que alguna de las fases cruciales del procesado de los cereales (al menos el cribado grueso) se realizó *in situ*. Señalamos este hecho porque en el resto de la Terraza Inferior los restos que nos indican una situación similar son muy bajos suponiendo en este caso el 20%, mientras que en la casa III supone el 2% y en el resto de viviendas no se ha documentado (Peña, 2000). La constatación de esta fase del proceso es muy escasa en el conjunto del poblado de Peñalosa, sin embargo, su causa se puede deber al hecho de que la probabilidad de que los productos y subproductos (entrenudos del raquis y pequeñas semillas de malas hierbas) de estas fases sobrevivan a la carbonización es mucho menor que la de aquellos productos y subproductos (granos, horquillas de las espiguillas, bases de las glumas y semillas de malas hierbas de mayor tamaño) de etapas posteriores (Hillman, 1981 y 1984a; Boardman y Jones, 1990). De esta manera se justificaría el hecho de localizar tanto grandes cantidades de granos de cereal como restos de malas hierbas en esta estructura, que generan un subproducto originario casi al final de la secuencia del procesado del grano cuando éste es cribado en un cedazo de malla fina con la intención de eliminar los contaminantes más gruesos, como son las semillas de malas hierbas de tamaño pequeño, fragmentos gruesos del cascabillo que envuelve al grano, etc. Es esta fracción, que se cuele a través de la malla, la que compone este sub-producto. Este tipo de muestra es muy común en yacimientos arqueológicos (Hillman, 1981 y 1984a) que se carboniza habitualmente al ser arrojado al fuego. Todos estos elementos nos indican que en esta estancia se llevarían a cabo las fases

de preparación, limpieza y mantenimiento de los granos de cereal previamente a su paso por el proceso de molienda.

Con respecto a quién realizaría esta actividad, ya hemos dejado clara nuestra postura argumentada en todo momento por las fuentes etnográficas, etnohistóricas y actuales. Ciertamente, el registro arqueológico carece de caras, rostros o indicaciones directas que nos permitan acreditar la realización de esta actividad a las mujeres u hombres de este grupo familiar. Sin embargo, si que sabemos que estas actividades eran realizadas, cómo eran realizadas y el valor e importancia que su desarrollo tenía para el conjunto de este grupo familiar, tal es así que sus habitantes destinaron toda una estancia para su procesamiento. Para ello contamos con la cultura material, su organización en el espacio y su interrelación que nos permite poder sugerir y reconstruir como sería este proceso básico y elemental para la subsistencia humana de este grupo, posiblemente familiar.

Una persona (que pensamos sería generalmente una mujer del grupo) se dedicaría a realizar esta actividad. Cada día, con anterioridad a proceder a la preparación de alimentos, teniendo en cuenta que la molienda del grano de cereal es un proceso largo y continuo, llegaría a esta estancia para abastecerse del grano necesario cuando menos para alimentar al conjunto de su grupo más directo, posiblemente familiar. Se agacharía y cogiendo en su mano el cuenco semiesférico que hemos documentado en el interior del silo depositaría en el gran contenedor, la orza el grano necesario para ese día. Dado que se trata de un cuenco semiesférico de medianas dimensiones no podemos determinar que se tratase de un elemento de medición sino que más bien en este caso se trata simplemente de un soporte necesario que agilizaba este proceso. En algún momento de este proceso, dicha persona perdió un colgante realizado en piedra, colgante que no fue recuperado bien porque no se pudo por determinadas circunstancias o bien porque no se quiso recuperar lo que nos indicaría el escaso valor de éste elemento de adorno para la persona que lo perdió.

Una vez realizado el abastecimiento del cereal necesario para conseguir el alimento sería tratado mediante la molienda sin embargo, al contrario de lo que podríamos pensar observando las características del banco adosado 21.17 construido en el límite de esta estancia hacia el CE Iib, todo parece indicar que esta actividad de molienda no sería realizada sobre esta estructura sino más bien sobre molinos móviles de forma barquiforme y de medianas dimensiones dispuestos directamente sobre el pavimento (21.18) que une el vestíbulo y la estancia principal (Iib), donde se han localizado numerosos molinos y sus correspondientes manos junto con restos de semillas sin triturar, o bien pudo procesarse, como ya hemos señalado anteriormente, en la zona próxima a la estructura 21.13. Esto nos indica que este espacio solo estuvo destinado al almacenamiento y no a su procesado.

Respecto a la realización de esta práctica en la zona occidental de esta vivienda debemos reincidir en la idea de que el proceso de molienda esta en íntima conexión con el momento del procesamiento de estas materias primas en alimentos listos para ser consumidos tras pasar por las técnicas de cocinado, así nos lo vuelve a confirmar la relación de estos elementos junto a una olla de fondo plano.

Esta actividad de molienda también pudo realizarse en el centro de esta gran vivienda aprovechando los diferentes bancos corridos construidos (21.9 y 21.10) en el

extremo sur de la misma, aunque en menor medida también esta presente en el norte. En conexión con estas estructuras se han documentado una gran cantidad de piedras de molino y restos de semillas de cereal, pero sobre todo, de malas hierbas y plantas silvestres que nos permite apuntar hacia esta teoría. Pero, en este espacio, no sólo se procedió a la trituración y molienda del cereal sino que esta actividad estuvo acompañada y con toda probabilidad compaginada en el tiempo con la trituración del mineral destinado a la producción metalúrgica. Esta relación queda establecida arqueológicamente por la presencia tanto de restos de mineral de cobre sin procesar como por la presencia de algunos crisoles, receptáculos donde sería depositado las gotas de cobre obtenidas de la reducción tras la trituración de la masa reducida en las vasijas-horno para ser fundidas y un martillo minero. En próximos párrafos volveremos a incidir directamente sobre la asociación de estas actividades.

Junto a estos elementos documentamos dos elementos relacionados con la preparación de alimento, se tratan de dos ollas de fondo plano asociadas a su vez con dos tapaderas de pizarra recortada. Estos elementos relacionados con la producción y el cocinado de alimento nos hablan de que esta actividad bien podría realizarse en este espacio que, como ya hemos apuntando anteriormente, en este zona con anterioridad a la instalación de la estructura-cista 21.7 parece responder a una zona de combustión o bien podrían ser trasladadas hasta la zona del pasillo donde se han encontrado más ejemplares de estos recipientes. Sin embargo, lo que si está claro es la morfología de los recipientes utilizados para esta práctica del cocinado. Pero su desarrollo no está exento en otras zonas de esta casa como es el complejo estructural IIc, donde también se han documentado diversas ollas de similares características tanto morfológicas como tecnológicas a las expuestas anteriormente.

En esta casa la actividad de molienda guarda una estrecha relación con la preparación y cocinado de alimentos. Así queda reflejado a través de la cultura material presente en la zona oriental (cercanía de la estructura 21.12) en el pasillo entre el CE IIa y IIb y en la zona occidental en el complejo estructural IIc. En todas estas áreas los recipientes relacionados y reconstruibles recuperados con esta actividad, responden a un mismo patrón tecnológico. Se tratan de ollas ovoideas de paredes gruesas y rectas u ovoide de paredes finas, pero eso sí todas tienen el fondo plano, de mediano y gran tamaño, con o sin decoración, en el caso de presentarla, se trata sobre todo de incisiones en el borde y de elementos de sujeción lo que nos indica la movilidad de estos elementos tanto con contenido como sin él.

Este tipo de recipiente nos permite acercarnos a los tipos y técnicas de cocinado empleado por este grupo social. El hecho de no haber documentado restos de hogares podría explicar el fondo de estos recipientes, los cuales serían dispuestos directamente sobre las ascuas del fuego, tal y como nos ratifica el hecho de que en todos los casos presenten señas de su exposición directa al fuego al exterior. Este tipo de fondo confiere una mayor estabilidad al recipiente sin tener que utilizar otro tipo de soporte o tener que llegar a calzarlo o estabilizarlo directamente sobre el suelo de ocupación u hogar, con lo cual su uso da una mayor autonomía a este proceso. Esta característica no es la única que podemos extraer de este proceso en esta vivienda. En base al análisis de estos enseres podemos determinar en gran medida la técnica de elaboración y preparación de alimentos.

El hecho de que sean mayoritariamente formas rectas o abiertas muestran una predisposición hacia la técnica del hervido y cocido, en forma de potajes, gachas, sopas, etc. El tiempo de cada una de estas técnicas se encuentra en función del grosor y el tipo y cantidad de degradantes con que se haya caracterizado este recipiente. En nuestro caso, contamos con ollas de similar morfología pero con grosores diferentes, algunas de ellas presentan paredes gruesas, con abundante degradante y de mediano y gran tamaño como de paredes finas por lo que la presencia de degradante será de menor tamaño. La existencia de estos dos tipos de cuerpos de las ollas nos hablan por un lado del tiempo de cocción que en el primero de los casos sería más largo, dado que el aporte calorífico tardaría más tiempo en reflejar sobre todo el recipiente, dado al grosor de sus paredes, pero sin embargo, en este caso se obtendría una ebullición constante mientras que en el segundo de los casos obtendríamos una rápida ebullición y con lo cuál un rápido proceso de cocción o hervido. La utilización de un recipiente u otro estaría en consonancia con el tipo de materia prima que se fuese a procesar, no es lo mismo cocinar grano de cereal sin procesar que en forma de harina u otra variante. El primero de los ejemplos requiere un mayor tiempo de exposición al fuego y una temperatura constante, mientras que la segunda forma de cocinar el cereal no necesita de un tiempo prolongado sino que este es mucho más breve y, por lo tanto, más rápido. Así pues podríamos decir que en esta vivienda practicaron cuando menos dos técnicas de cocinado para las que utilizaron dos tipos de recipientes distintos, en ambos casos, se tratan de recipientes abiertos lo que permitía una mayor accesibilidad a su contenido.

El volumen de estas ollas oscila entre las que tienen de diámetro de la boca desde 200 a 240 mm., a máximo 204 a 266 mm., y de altura entre 162 y 203 mm. ángulo del borde de 80 a 99° a las que presentan un diámetro de boca de máximo entre 300 mm., y ángulo del borde 93° y 310 mm. y de altura un total 147 mm.,. Como podemos comprobar, las proporciones son muy grandes lo que dice que su utilización debía suponer la preparación de grandes cantidades de comida, las cuales podían tener un carácter comunal.

También podríamos pensar en la existencia de otras técnicas de cocinado, el asado o la propia panificación por la cantidad de cereal y la gran representatividad que tiene en esta vivienda el proceso de molienda, sin embargo, ni la primera ni segunda se han atestiguado arqueológicamente, posiblemente se deba, a la gran degradación que ha sufrido la fauna de este registro arqueológico habiéndose recuperado escasos restos en esta vivienda. Concretamente uno de estos restos de fauna perteneciente a un ciervo adulto presentaba marcas de desmembramiento. Esta práctica no la podemos atribuir a este espacio, dada la escasez de restos recuperados pero si podemos inferir su realización y motivación, la preparación y el consumo de alimentos. Respecto a la segunda opción (la panificación) decir que no se ha localizado ningún tipo de elemento que pueda relacionarse con esta actividad.

Asociadas a estas ollas se han localizado en todos los casos tapaderas de pizarra que actuarían en dos momentos claves. En primer lugar, durante el proceso de cocinado que permitiría no escapar el aporte calorífico y el resguardo del contenido y, en segundo lugar, tras el proceso de cocinado como protector del alimento hasta el momento de su servicio.

Respecto al tipo de alimento que debieron consumir en esta vivienda tanto los restos paleobotánicos como los propios recipientes cerámicos apuntan que tenían un carácter semisólido o líquido. La cebada era el principal cereal consumido y, sólo en segundo lugar, aparece en este registro el trigo. Estos alimentos serían acompañados de plantas silvestres y diversos frutos⁹⁹.

Hasta el momento, hemos realizado el análisis principalmente sobre dos actividades interrelacionadas funcionalmente que como hemos podido comprobar tienen una relación espacial y probablemente también temporal. Sin embargo, estas no son las únicas actividades que coincidieron en el tiempo y en el espacio sino que la actividad metalúrgica en sus diferentes fases de procesamiento también lo hizo y así lo hemos apuntado anteriormente para el caso de las estructuras 21.9 y 21.10, donde con toda seguridad se compaginó la selección del mineral y trituración del mismo como del cereal. Siempre se ha dicho que la actividad metalúrgica en este poblado está presente en todos los espacios (Contreras, 2000), y esto es una realidad. Sin embargo, su realización no era individual y apartada del resto de actividades fundamentales para la supervivencia humana como son las actividades de mantenimiento, dado principalmente porque en este poblado la producción metalúrgica es ante todo doméstica y cotidiana. Así bien, donde parece realizarse con mayor claridad esta actividad de molienda del mineral es entorno al banco semicircular 21.17 y en el pasillo creado entre el CE IIa y IIb. En sus inmediaciones se han localizado abundantes restos de mineral de cobre, gotas de metal y restos de escorias junto a fragmentos de piedras de molino que parecen indicarnos al menos una parte del proceso metalúrgico. Puntualizamos en una parte, porque lo que sí nos dice tanto el registro arqueológico como la cultura material presente, es que cuando menos, en esta zona se realizó la primera trituración del mineral (o más bien la trituración de la masa producto de la reducción en las vasijas-horno) y su vertido en los moldes que acompañado de material de combustión sería reducido mediante la fundición que probablemente no se realizó en este espacio sino en el pasillo entre el IIa y IIb o en el CE IIc. Tras su enfriamiento la masa resultante (escoria) sería extraída del crisol o vasija-horno y nuevamente triturada con la intención de separar los nódulos de mineral de los de escoria y proceder tras este proceso a su segunda fundición y vertido en los moldes, por ejemplo en uno de los conocidos moldes de barritas como se ha recuperado en comunión con el resto de materiales anteriormente mencionados.

Otra de las áreas referidas como zona donde la producción metalúrgica está presente es en el área definida como pasillo creado entre el CE IIa y IIb, lugar en el que, como veremos posteriormente, parece concentrarse una gran actividad social. En este pequeño pasillo, si tenemos en cuenta las dimensiones del resto de la casa, se concentran toda una serie de actividades de mantenimiento y prácticamente toda la secuencia productiva de la actividad metalúrgica. Respecto a la segunda de las actividades referidas decir que a través de los restos culturales recuperados podemos determinar la realización del primer triturado

⁹⁹ En este caso no contamos con análisis de paleodieta que nos determinen concretamente que tipo de alimento consumieron mayoritariamente durante su vida los hombres y mujeres de diferentes edades de esta vivienda y si existieron diferencias en el acceso a los alimentos, dado que no contamos con los cuerpos sin vida de estas gentes. Sin embargo, en otras viviendas si tendremos la posibilidad de contar con esta información tan importante para establecer determinadas relaciones de género, edad y posiblemente de estatus social.

del mineral y su puesta en los crisoles. Así nos lo trasmite el hecho de que las escorias recuperadas en este espacio presenten fuertes adherencias de carbón. Una vez realizado este proceso, el mineral reducido debe dejarse enfriar para poder extraer la masa resultante de este proceso. Dicha masa debe pasar por un segundo proceso de trituración cuyo objetivo es separar los nódulos de mineral de la escoria y así conseguir el metal. Seguidamente, estos nódulos de metal se depositarían en el crisol para su fundición y posterior vertido en los moldes. Todo este proceso se ha podido constatar en este espacio que se vería propiciado por la abertura de la techumbre dejando salir los humos tóxicos que todo este proceso provocaba sin problemas. Aunque en este espacio no se ha recuperado ningún resto de molde como muestra de la última fase de producción de esta actividad no podemos descartarla, ya que estos elementos son escasos en el conjunto artefactual del poblado, documentándose diferentes ejemplares por casa, por lo que su utilización estaría en continuo movimiento en función de donde se fuese a realizar este último paso de la metalurgia. Es decir, este proceso sería móvil dado que tampoco necesita de una estructura fija sino que el vertido del mineral desde el crisol al molde podría realizarse directamente en el suelo de ocupación. Sin embargo, es en este espacio donde documentamos el único producto de metal, un punzón.

Todo este proceso metalúrgico que acabamos de explicar también parece estar presente en cierta medida en otras zonas de esta vivienda, concretamente en la zona norte de la estancia IIc y particularmente sobre las estructuras 21.11 y 21.12. Sobre éstas hemos podido constatar la realización cuando menos del segundo triturado del mineral (escoria), dada la concentración de piedras de molinos y sus correspondientes manos, restos de escorias y metal enfriado, así como restos de metal de cobre impregnando tanto el alzado como la parte superior de la estructura 21.12.

La otra zona donde se constata la actividad metalúrgica es en vestíbulo (CE IId), tal y como demuestra la presencia de abundante mineral, fragmentos de crisoles, restos de escorias (escasas) y piedras de molino y sus correspondientes manos. Así pues, la asociación de materiales y sus características nos hacen pensar que en este espacio se realizaría especialmente la primera fase del proceso metalúrgico, la selección del mineral y su posterior trituración y en algún momento sirvió de soporte para el vertido del mineral una vez fundido. Si bien es cierto, tenemos que tener cuidado con esta hipótesis porque este espacio al encontrarse en su mayor parte descubierto se ha visto más afectado por la actuación de la erosión, lo que provocado seguramente que desaparezca parte de sus restos culturales.

En definitiva, respecto a la producción metalúrgica podemos concluir indicando que su práctica se realizaría en cuatro áreas de esta casa: la primera de ellas ubicada en el pasillo central entre el CE IIa y IIb, la segunda de las áreas se concentra en la zona central y norte de la estancia central IIb mientras que la tercera corresponde con el banco 21.17 y la cuarta al complejo estructural IIc. Si recordamos la localización de las actividades de molienda y de procesamiento de alimentos observaremos que la producción metalúrgica coincide en el espacio y en el tiempo con estas actividades en tres de las cuatro zonas donde se desarrolla. Sin embargo, aún es más significativo si cabe la estrecha relación que guarda esta actividad (metalurgia) y el servicio y el consumo de alimentos.

Para el análisis del servicio y consumo de alimentos comencemos por la zona que guarda una mayor cantidad de restos cerámicos relacionados con esta actividad y con el resto de actividades de mantenimiento y la producción metalúrgica, la zona oriental de la vivienda. En esta área se ha localizado uno de los elementos más característicos con el servicio de alimento, una fuente honda¹⁰⁰ de forma simple y de grandes dimensiones. Su localización en el extremo oriental guarda una estrecha relación con la producción metalúrgica y con la propia preparación de alimento. Mientras que una segunda de estas fuentes es localizada en el pasillo (entre el CE IIa y IIb) asociada a dos cuencos semiesféricos. Precisamente, en esta zona serán los cuencos semiesféricos los elementos relacionados con el consumo más común aunque también se han documentado cuencos de borde apuntado, entrante, con decoración de pequeños mamelones en el borde y el fondo plano. Concretamente, uno de ellos, que responde a las últimas características apuntadas, presentaba una característica particular, y es que en algún momento se fracturó pero éste, en vez de ser desechado, fue mediante la técnica del lañado, cualidad que realza su valor y su implicación en el conjunto artefactual de esta casa. También en esta área se localizaron dos cuencos carenados de borde entrante, uno de ellos con el fondo apuntado.

Como ya ocurriese con la actividad metalúrgica, en la zona oriental del CE IIb también se documenta esta actividad, concretamente sobre la propia estructura 21.12 que, recordemos, aparece impregnada de gotas de metal. En ésta, además, localizamos tanto un cuenco de borde apuntado con pequeños mamelones en la línea del borde como abundantes fragmentos de otros cuencos que exhibían una decoración de cordones. Precisamente, en esta estancia central recuperamos uno de los elementos más emblemáticos utilizados en el servicio y el consumo de alimentos, un carrete de arcilla dado que su utilización en el mundo argárico es básicamente nula haciéndose generalizada durante el Bronce Final. Éste fue localizado en las proximidades del hoyo de poste 21.15.

En último lugar y prosiguiendo en sintonía con la producción metalúrgica y la preparación de alimentos, el servicio y consumo de alimentos también se ha documentado en el CE IIc, donde vuelven a estar presentes los cuencos semiesféricos pero sin embargo, sobresalen otros elementos por su excepcional presencia en el registro artefactual de este poblado, nos referimos a un vaso lenticular con el cuerpo globular y el borde muy entrante y de fondo plano que fue localizado junto con los restos de un vaso cerámico con decoración tipo Proto-Cogotas.

Todos estos elementos presentan ante todo un tratamiento superficial de una gran calidad, basado en la técnica del bruñido y, en este caso particular, también con pequeños mameloncillos en el borde, en su superficie exterior. Estos elementos decorativos no sólo le profieren un carácter especial a los recipientes cerámicos sino que este carácter se traslada al propio alimento y por lo tanto al acto de ser consumido. Si a estos elementos le sumamos el hecho de que en esta vivienda se utilizasen para estos menesteres elementos tan particulares y escasos en el registro material de este poblado como son los vasos lenticulares podemos pensar en la importancia que adquiere la forma de consumir alimentos y el valor de los alimentos consumidos.

¹⁰⁰ Aunque este elemento podría relacionarse también con la preparación de alimentos, en este caso no parece ser así, dado que su cara externa no presenta signos de haber estado expuesta en el fuego.

Esta asociación entre la producción metalúrgica, la preparación de alimentos y el consumo de los mismos, nos sugieren diferentes ideas o hipótesis de trabajo. Una primera que la ingesta del alimento entre este grupo familiar se realizase en el lugar donde se estaba desarrollando en ese momento el trabajo, lo que supone un uso indiscriminado del espacio por parte de este grupo para la realización de una actividad tan fundamental como es el consumo de alimentos. Recordemos que esta práctica contiene no sólo un carácter nutritivo sino también un carácter social y simbólico lo que nos indica cuales eran los lazos sociales de este grupo en el que primaba la realización de la actividad ante la práctica del consumo de alimento. Otra hipótesis consiste en que entre este mismo grupo social hubiese diferentes zonas de consumo de alimento por lo que también podría haber una ingesta y acceso a los recursos diferenciales (sin embargo, sobre esta teoría no tenemos datos arqueológicos que la avalen). Otra y última hipótesis sería que el servicio del alimento se realizase en el mismo espacio donde se va a consumir, sin que para ello tenga que coincidir el lugar de su procesamiento con el servicio y/o el consumo.

Como podemos comprobar, este grupo humano y social (hombres y mujeres de distinta edad) no realizaron una distinción estructural ni espacial entre la molienda de cereal y de mineral. Ambas actividades conviven en el tiempo y en el espacio sin ningún tipo de problema, aprovechando las mismas estructuras e incluso en determinados momentos utilizando los mismos elementos materiales, lo que nos indica no sólo la cotidianidad de una actividad que hasta el momento ha sido considerada de máximo rango tecnológico sino también la complementariedad entre esta y las actividades de mantenimiento y la interrelación entre los diferentes sujetos sociales. Esta interrelación nos plantea que las diferencias establecidas, construidas y marcadas respecto a estas actividades no son reales, al menos no lo debieron ser para nuestros antepasados. Su relación nos está marcando tanto la consideración como la valoración social que ambas tenían dentro de este grupo social, por ello preguntamos ¿en qué nos hemos basado hasta el momento para establecer categorías diferenciadas entre las diferentes actividades desarrolladas en el pasado? Pensamos que la respuesta ya ha sido realizada con el primer gran bloque de esta tesis doctoral, si bien volveremos a incidir en ella en el apartado correspondiente a las conclusiones generales.

Otra de las actividades de mantenimiento que hemos localizado arqueológicamente es la reutilización y mantenimiento de la cultura material, pero también del espacio y de las estructuras. Con respecto a la cultura material debemos hacer mención al cuenco dotado de la técnica del lañado localizado entre los recipientes de consumo recuperados en el pasillo entre el CE IIa y IIb. Este elemento o mejor dicho el empleo de esta técnica nos indican el valor que dicho recipiente cerámico tenía para este grupo social, hasta el punto de que una vez fracturado fue reparado para proseguir con su función social, el consumo de alimentos. Y, en segundo lugar, hacer referencia a la composición constructiva del hoyo de poste central de la estancia IIb (21.15). Este se trata de una oquedad en la propia roca, sin embargo, la viga de madera que debía albergar (y de la que nos quedan restos) estuvo calzada por restos materiales relacionados por la actividad de molienda. Concretamente, se ha localizado una piedra de molino y varias manos de moler. Esta práctica de reutilización de las piedras de molino como material constructivo es muy común no sólo en este poblado sino en otros casos como Fuente Álamo (Risch, 1999). Con respecto a la reutilización de estructuras, el ejemplo más claro con el contamos en el mundo argárico con las estructuras-

cista, las sepulturas. Estos elementos se conforman con receptáculos de un cuerpo sin vida, sin embargo, su ubicación en el interior de las estructuras de habitación los convierten en mucho más que un elemento relacionado con el más allá. En este caso esta posible sepultura fue utilizada como soporte de la producción metalúrgica y apoyo al servicio y consumo de alimentos tal y como atestigua la abundancia presencia de restos de metal localizado en el primer nivel de relleno y de cuencos de diferente morfología y tipología. A pesar de que como hemos indicado en apartados anteriores, esta sepultura debió ser violada, por lo que no contamos con restos óseos sin embargo, en el último paquete sedimentario documentado en su interior se recuperaron determinados elementos que nos pueden hacer pensar que pudieron formar parte de su ajuar. Estos se tratan de un pequeño anillo de arcilla. Sobre el suelo de la cista se localizaron los restos de una gran orza ovoide de cuello marcado y borde saliente (nº 21.264) (Fig. 15: 6), que nos puede llevar a pensar que se pudiera tratar de un *pithos* o un contenedor de una ofrenda de grano para el inhumado ya que se han encontrado restos de semillas (nº 21.269-1 y 21.292-1) y fauna (nº 21.278) como se han recuperado entre el sedimento flotado. Asociada a esta gran orza encontramos una de las tapaderas circulares de pizarra hallada en sus proximidades (nº 21.266) y por último una olla ovoide de fondo plano y grandes dimensiones (nº 21.106).

Por su parte en el área central bien pudo llevarse a cabo otro tipo de actividades que aunque su reflejo en el registro es complicado y especialmente, en este caso, donde no contamos con restos de esteras de esparto ni similares, damos por hecho que se llevaron a cabo, nos referimos al descanso. Esta actividad es fundamental para el mantenimiento y supervivencia de cualquier ser humano. Así pues, apuntamos que la realización de esta función fisiológica bien pudo llevarse a cabo en este gran espacio central, techado y dotado de una serie de estructuras que acompañan a esta actividad, los bancos longitudinales (21.9, 21.10 y 21.19).

El mantenimiento y la limpieza del espacio social y cotidiano de esta vivienda esta más que atestiguado por varias razones. En primer lugar porque tal y como demuestra la secuencia estratigráfica. Los espacios provistos de techumbre, ésta se disponía directamente sobre el suelo de ocupación mientras que en aquellos casos en que se carecía de ella es el nivel de derrumbe el que se superpone directamente sobre el nivel de ocupación. Esta superposición es una prueba de una limpieza sistemática a la que era sometida el interior de estas estructuras de habitación. En segundo lugar dispersos por todo el espacio de esta vivienda localizamos abundantes restos de semillas de *cistus sp.* Sus mayores cantidades se han recogido sobre todo en el área central. Entre las propiedades de esta planta destacan sobre todo sus capacidades aromáticas, de hecho, en algunas zonas de España existe todavía la costumbre de quemar ramas de *Cistus* para perfumar el ambiente. Sin embargo, aunque todo apunta a que esta es su función y utilizad mayor, autores como Rivera y Obón (1991) señalan también su uso como condimento en la preparación de alimentos en el norte de África, así como su uso en la elaboración del pan (mezclando las semillas con harina de cereales) en el norte de Marruecos (en la región de Ketama) (Rivera y Obón, 1991). Sin embargo, ésta no es la única planta que nos da muestras de un acondicionamiento, higiene y mantenimiento del espacio continuo sino que también se han localizado otras como es la común *Lavandula stoechas*. Entre las diferentes subespecies localizadas destaca sobre todo el cantueso también conocida como tomillo borriquero. Sus principales características y propiedades son aromáticas, utilizándose aún en la actualidad tanto para el aromatizar el

ambiente de la casa como de los propios guisos. Además, como bien han apuntado Rivera y Obón (1991) se pudo emplear para aromatizar el té u otros usos, como el hecho de que sus flores y hojas secas sean fumadas, pero también esta planta tiene cualidades medicinales como calmante en los reumatismos y traumatismos. Si bien, como decimos, esta subespecie es la que alcanza una representación mayor en todo este poblado, sin embargo, en esta casa como en otras muchas también se han localizado otras subespecies de la misma como son *Lavanda. angustifolia* o *Lavanda. Latifolia*. Los mismos autores mencionados anteriormente han atribuido su utilización como repelente de insectos, perfume, aromatizante, etc. Antiguamente, sus hojas se quemaban para asegurar que el sueño fuera apacible. En Andalucía, es todavía costumbre quemar flores de lavanda en pebeteros para perfumar las habitaciones (Peña, 2000: 250). Además esta planta contiene otras capacidades como su propiedad antiparasitaria, función que probablemente sería muy utilizada entre este grupo social. En la actualidad continúa utilizándose en este sentido para la eliminación de los temidos piojos producto generalmente de una mala higiene personal. Su método consiste en poner una gota de su aceite detrás de las orejas a modo de prevención. Y en último lugar, debemos puntualizar el hecho de que en todo el espacio social de esta vivienda no se han localizado zonas de desperdicios ni desechos, lo que nos ratifica en nuestra teoría de que estos espacios eran continuamente limpiados e higienizados con el fin de mantener unas condiciones óptimas de habitabilidad y salubridad.

En último lugar tenemos que hacer mención a otro tipo de actividades que tienen un gran valor tanto a nivel social, económico como subsistencial. Aunque en este caso no podemos precisar su ubicación en el espacio ni su relación con la cultura material y las diferentes estructuras que integran esta vivienda damos por hecho que tuvieron lugar en el marco social y cotidiano de este espacio habitacional. Nos estamos refiriendo como no, a otra de las actividades de mantenimiento fundamentales para el desarrollo humano, las prácticas de cuidado y la socialización de los individuos infantiles. En el apartado correspondiente a su análisis ya hemos explicado cuales son sus principales características, sus rasgos identificadores y sus implicaciones sociales. Con respecto a la primera de las actividades decir que en este caso particular, por desgracia, no contamos con uno de los principales elementos que nos muestran su reflejo, los cuerpos de las mujeres y hombres de diferentes edades que integraron, trabajaron y habitaron este espacio. Sin embargo, contamos con otro tipo de elementos que nos pueden ayudar a puntualizar en cierta medida la realización de algún tipo de práctica de cuidado. Este es el caso de las abundantes semillas de plantas silvestres¹⁰¹ recuperadas en el espacio de esta casa, concentradas mayoritariamente en la estancia central en el CE Iib. Entre ellas debemos destacar sobretudo la abundante presencia de tomillo borriquero, el cual tiene entre otras capacidades ya mencionadas la propiedad de ser un antiséptico utilizado comúnmente en la limpieza de heridas, llagas, etc., así pues también podemos relacionarlas con estos

¹⁰¹ Sólo algunos bulbos como *Allium* o *Muscari* producen semillas a la vez que sus bulbos son comestibles. Este es el caso también de las quenopodiáceas cuyas semillas y hojas son comestibles al mismo tiempo. Por lo tanto, salvo en determinadas casos, es necesario tener en cuenta, que la presencia de semillas de plantas silvestres en el yacimiento no necesariamente indica que sus hojas u otras partes comestibles se consumieran. Su presencia puede deberse a usos muy diferentes. Así pues, excepto cuando las semillas recuperadas en el yacimiento sean de especies que exclusivamente se utilizan en la alimentación, es necesario barajar toda la gama de posibles usos en el contexto en el que aparecen. Así pues, en este caso, sólo mencionaremos aquellas que poseen también propiedades medicinales.

menesteres los restos de semillas de lavanda *angustifolia*, documentada en esta casa. Su aceite esencial sirve para el tratamiento de los insomnios, la irritabilidad del aire, para los dolores de cabeza (a través de un masaje continuo), en definitiva entre sus propiedades destaca su capacidad de calmante y relajante tanto para dolores leves como agudos, como pueden ser problemas reumáticos o contracciones musculares. Características similares tiene la *Valeriana sp.* que también se ha documentado en esta vivienda aunque en porcentajes menores que las anteriores (65 semillas respecto a las 90 recuperadas de lavanda). A su vez estas plantas tienen la propiedad de desinfectante y cicatrizante comúnmente utilizado para la cura de diferentes heridas, quemaduras y picaduras de insectos, por lo que es también antiinfecciosa y antibacteriano como la *Lavanda latifolia*. Lo cierto es que todas las propiedades de estas plantas pudieron ser conocidas por nuestros antepasados y su presencia en esta vivienda puede interpretarse como muestra de su uso y conocimiento.

Respecto a la segunda actividad, la socialización y el aprendizaje infantil podemos hacer referencia a dos elementos particulares. El primero de ellos es que en el centro de la estancia se han documentado diferentes elementos indeterminados de arcilla, los cuales no parecen responder a ningún patrón sino que se tratan de trozos de arcilla amorfos. Señalamos la presencia de estos elementos porque, como observaremos en otras viviendas, la producción textil está muy presente a través de la gran cantidad de pesas de telar documentadas. Sin embargo, en esta casa es curioso que sólo se hayan recuperado dos pequeños fragmentos de estos elementos, pero eso sí, cocidos y visiblemente bien manufacturados. Por su parte, estos elementos a los que hacemos referencia parecen responder más bien al inicio de un proceso de manufactura que no se tiene aprendido y que se está familiarizando con las propiedades de la arcilla y su capacidad para reproducir restos de cultura material. No será solo en esta vivienda donde estos elementos se localicen sino que su presencia es bastante constante en el resto de viviendas. Un segundo elemento consiste en una pequeña fichita de pizarra recortada recuperada junto al poste central de la estancia IIc. El hecho de su aparición no estaría relacionado directamente con los individuos infantiles aunque si queríamos puntualizar el hecho de que se encuentre asociada a un área de producción de molienda tanto de cereal como de mineral. Sin embargo, si es cierto que este elemento podría ser un elemento utilizado y creado por cualquier adulto de este grupo social en la realización de diferentes juegos.

En este profundo análisis hemos podido comprobar como a través del estudio del espacio y su construcción, de la cultura material y su interrelación es posible reconstruir la vida cotidiana de un grupo familiar o corresidencial. En este caso como en otros, es probable que cada persona tuviese una función social dentro del grupo y que dentro del grupo existiese una división laboral, sin embargo, para nosotros, lo realmente importante es que determinadas actividades que generalmente no se han tenido en cuenta en las investigaciones del pasado son visibles, están presentes en el registro arqueológico y nos acercan tanto a las gentes que un día habitaron dichos espacios como a sus comportamientos.

V.3.3. UNIDAD HABITACIONAL III

V.3.3.1. Presentación

La casa III se localiza inmediatamente al sur de la Casa II, en la Terraza Inferior, incluida en el barrio bajo de Peñalosa. Como ya hemos mencionado en otras ocasiones en nuestra referencia a la casa I y II, todas éstas junto a la Casa IV ocupan la zona más llana de la Terraza presentándonos un espacio muy homogéneo y plano. En su construcción se mantiene la orientación marcada por las curvas de nivel del terreno, en sentido este a oeste.

Así, sus límites estructurales quedan establecidos al sur, por la Casa IV; al norte, por la Casa II; mientras que al este, como en el resto de casos, tenemos el muro de cierre o de fortificación que en esta casa recibe la definición de 20.2, y por último, en su extremo occidental, al igual que en las otras casas de la Terraza Inferior, no se han podido documentar con claridad los límites debido a la erosión ocasionada por el aterrazamiento de esta zona y también por las fluctuaciones de las aguas del pantano. Como en la Casa I, no se han podido determinar las características propias de su acceso, como tampoco se han podido establecer las conexiones internas de unas casas con otras.

Como ya ocurriese con las Casas restantes de la Terraza Inferior, fue objeto de investigación durante las dos últimas campañas (1989 y 1991) de excavación de la primera fase del proyecto *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión de Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena* (Lám. 104). Los trabajos durante la tercera campaña de excavación (1989) estuvieron concentrados en dos grandes áreas, el Complejo Estructural IIIa y el IIIb. Mientras que en la cuarta campaña llevada a cabo durante los meses de septiembre a diciembre de 1991, se procedió al rebaje del testigo existente entre los complejos anteriores, cuya estratigrafía correspondía a la clásica presentada por esta terraza. Por otro lado, se acometió la investigación de la zona más occidental, el Complejo Estructural IIIc.

Ambas campañas tuvieron unos criterios metodológicos específicos. Se concretó la investigación de cada una de las grandes áreas a través de una excavación de carácter microespacial, realizada de forma sistemática tanto en profundidad como en extensión. La excavación de los rellenos sedimentarios naturales se realizó a través de alzadas artificiales determinadas por el carácter y la potencia arqueológica que presentaban. Acorde con el planteamiento minucioso de su investigación, toda la información fue acopiada en base al sistema de registro creado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía de la Universidad de Granada.

La forma rectangular de la Casa III, aunque su extremo occidental se abre hacía el sur infiriéndole un carácter cuadrado a esta zona (norte-sur), responde a los criterios planimétricos concretos marcados en todo momento por la planificación urbanística de este grupo humano. En este caso será, como en el resto de la planificación urbanística de la Terraza Inferior, el muro de la fortificación el que determine su construcción. El resto de estructuras externas que configuran su espacio se disponen perpendicularmente a éste, mientras que las estructuras internas mantendrán un equilibrio constante siguiendo en la mayoría de los casos el trazado de los muros de aterrazamiento.



Lamina 104. Panorámica del proceso de excavación del Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).

Como decimos, en su definición estructural vuelve a ser el muro de cierre 20.2 el encargado de articular el espacio en esta fase de ocupación (IIIa) en toda la Terraza Inferior y concretamente en la articulación interna y externa de esta casa III. Se trata de una estructura compuesta por dos líneas exteriores de piedra de tamaño mediano que delimitan un aparejo irregular aunque con tendencia a un mayor tamaño hacia el norte. Tiene una orientación sureste-noroeste. Presenta un estado de conservación bastante elevado a pesar de que el pantano ha ido afectando fuertemente su extremo norte. Esta estructura queda delimitada al norte y sur por los dos grandes muros de aterramiento 21.1 y 14.3 que conforman el espacio de esta casa así como también las unidades habitacionales II y IV, respectivamente. En la interrelación e interconexión de las tres estructuras se conforma la mayor parte del espacio habitado de esta casa.

Al norte, la estructura 20.1 equivale a la 21.1, que ya ha sido definida en el complejo estructural IIa. Mientras, al sur la encargada de cerrar el espacio de esta casa es la estructura 20.3 que se corresponde con el muro norte de la casa IV y, como en el caso anterior, se trata de un muro de aterramiento y compartimentación. Éste está compuesto por lascas de pizarra de gran tamaño dispuestas horizontalmente y trabadas con argamasa o barro rojizo. A pesar de que su estado de conservación es bueno hay que señalar que la fuerza del pantano ha provocado el vencimiento general del mismo hacia el sur y, en el caso de las hiladas superiores, la pérdida de la argamasa, ocasionándole la consiguiente inestabilidad.

Posteriormente, cuando incidamos sobre cada uno de los Complejos Estructurales que componen esta casa, haremos espacial hincapié en la serie de estructuras de soporte de las techumbres, nos referimos a los hoyos de poste documentados en el extremo meridional del CE IIIc, un espacio muy llano, que sin lugar a dudas se trata del espacio más occidental de esta casa y, por lo tanto, más cercano a la entrada principal de la misma. No obstante, en este momento queremos apuntar una posible hipótesis referente a este complejo estructural y a los hoyos de postes que presenta. La concentración de al menos tres hoyos de poste en este espacio tan occidental, nos hacen pensar, que la entrada de esta casa pudo estar techada a modo de porche, lo cual sería lógico, si tenemos en cuenta la abundante cantidad de restos de materia orgánica carbonizada documentada en los depósitos arqueológico del CE IIIc, al contrario de lo que parece suceder en la Casa II, donde debido al origen de las estructuras, la ausencia del nivel de derrumbe de adobes y la forma abocinada del CE IIId nos inclina a pensar en una entrada descubierta aprovechada para la realización de diferentes actividades relacionadas con la producción metalúrgica, decantación de cal, etc.

La compartimentación interna del espacio, se lleva a cabo a través de estructuras de mampostería o recortadas en la roca. Este último caso lo encontramos entre los CE IIIa y IIIb. Concretamente, estamos hablando de la estructura 21.4, construida en la roca recortada sobre la que se elevaría la separación o tabique medianero. Posiblemente, su alzado no tendría contacto con la techumbre.

Aunque el Grupo Estructural III podría configurar junto al GE IV una única vivienda, sin embargo, y pese a que la erosión producida por las aguas del Rumblar que han eliminado el extremo occidental de ambos grupos estructurales, hemos preferido señalar la posible existencia de dos viviendas, basándonos, en la repetición y recurrencia de actividades relacionadas con el almacenamiento, la molienda de grano en los CE IIIa y IVa (Contreras *et al.*, 2000: 274-69), unido a la existencia de diferentes estructuras de soporte de las techumbres y de diferentes estructuras funerarias que conforman espacios unitarios. Referente a estas últimas, debemos concretar que en el conjunto de esta casa se han documentado claramente 4 sepulturas o estructuras funerarias. Al norte, se encuentra la sepultura 9, una estructura en cista que conservaba los restos humanos de una mujer adulta con un interesante ajuar. Al sur, la disposición en oblicuo de unas lajas junto al muro de aterramiento configuraba una nueva estructura funeraria, la sepultura 11, la cual correspondía a un individuo infantil de corta edad que no contenía ningún ajuar. Y por último, en el banco 20.5, entre los CE IIIa y IIIb, se localizaron dos contenedores cerámicos (ollas) en sendos hoyos que contenían los restos de dos individuos infantiles. La existencia de al menos cuatro enterramientos en la disposición interna de esta casa nos confirma su entidad propia como Unidad de Habitación y su identidad como núcleo familiar.

A partir de todo ello se ha considerado que este Grupo Estructural estaba compuesto por diferentes Complejos Estructurales, estancias o espacios sociales. Resumiendo, esta apreciación ha sido realizada en función de las compartimentaciones internas, la existencia de diferentes estructuras funerarias y la presencia de determinadas estructuras que articulaban un espacio social dedicado a diferentes actividades. De este modo quedan establecidos tres complejos o espacios (CE IIIa, IIIb IIIc) con entidad propia aunque articulados entre sí, tanto es así que comparten estructuras como es el caso del banco longitudinal 20.5 que tiene su arranque en el CE IIIa y se prolonga hasta en el CE IIIb, conformando la unión de todos ellos lo que hemos denominado casa III. Veamos a continuación la descripción y análisis de cada uno de estos complejos que en su articulación son el reflejo de la vida cotidiana de un grupo familiar concreto.

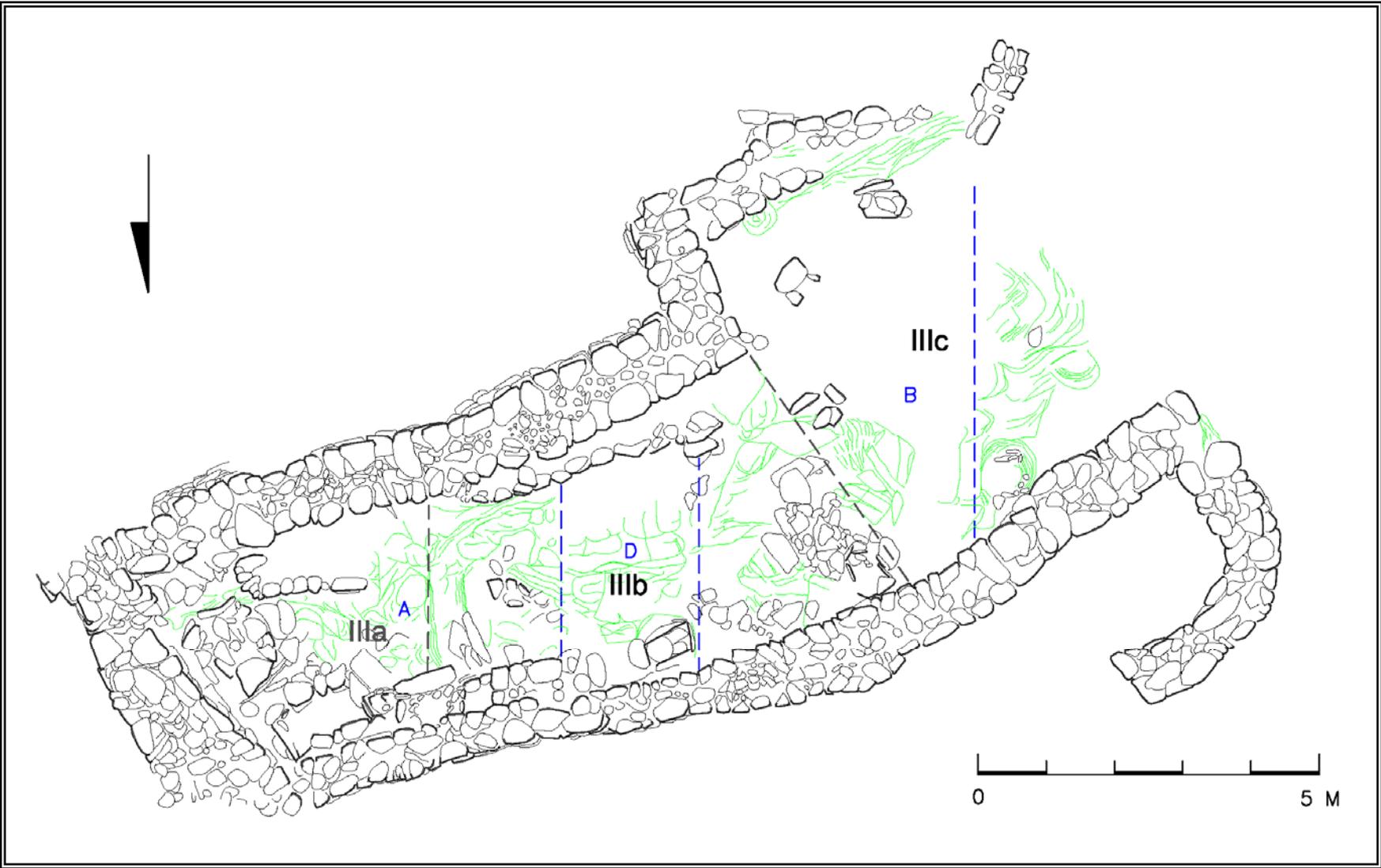


Figura 18. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).

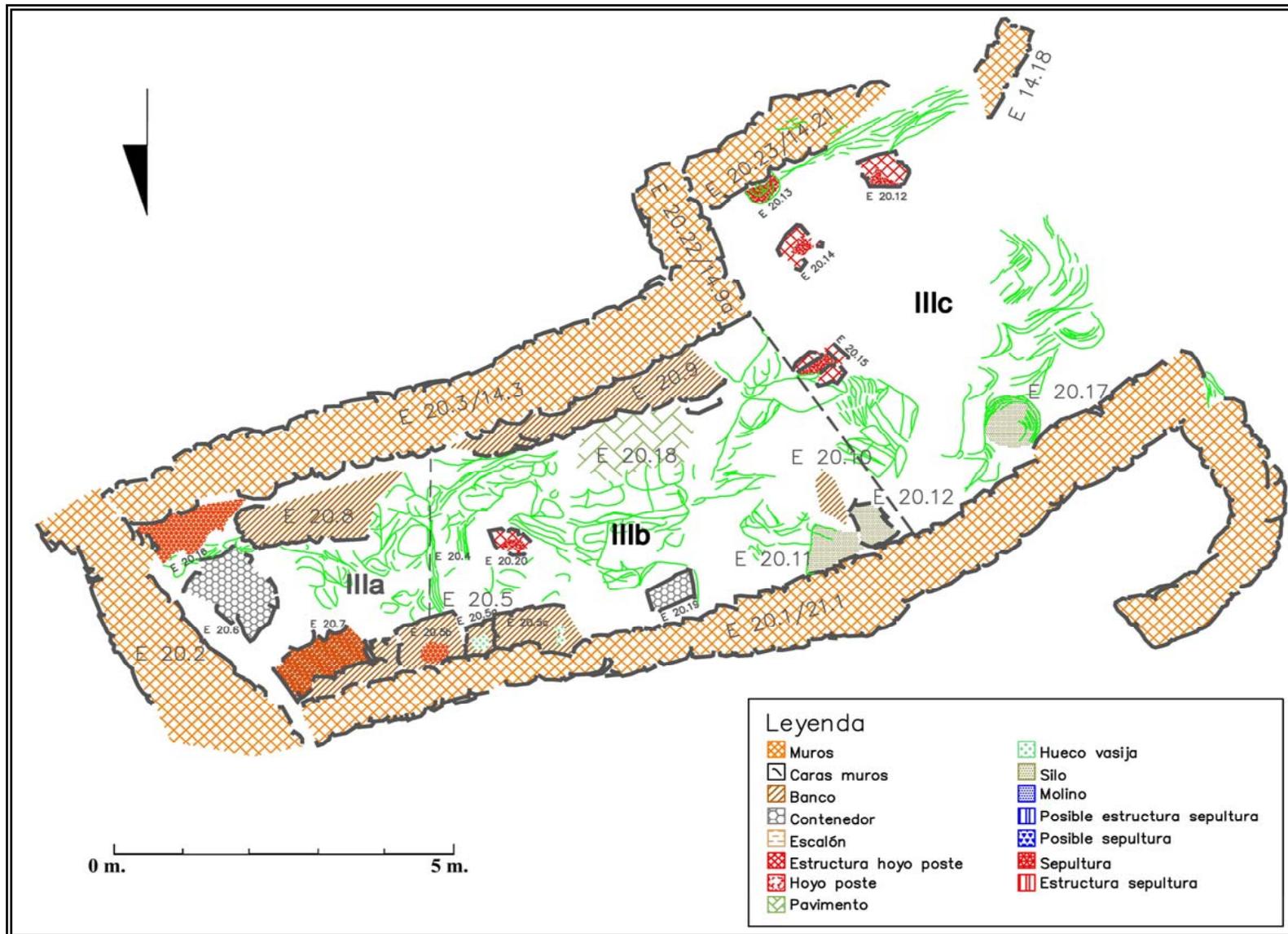


Figura 19. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).

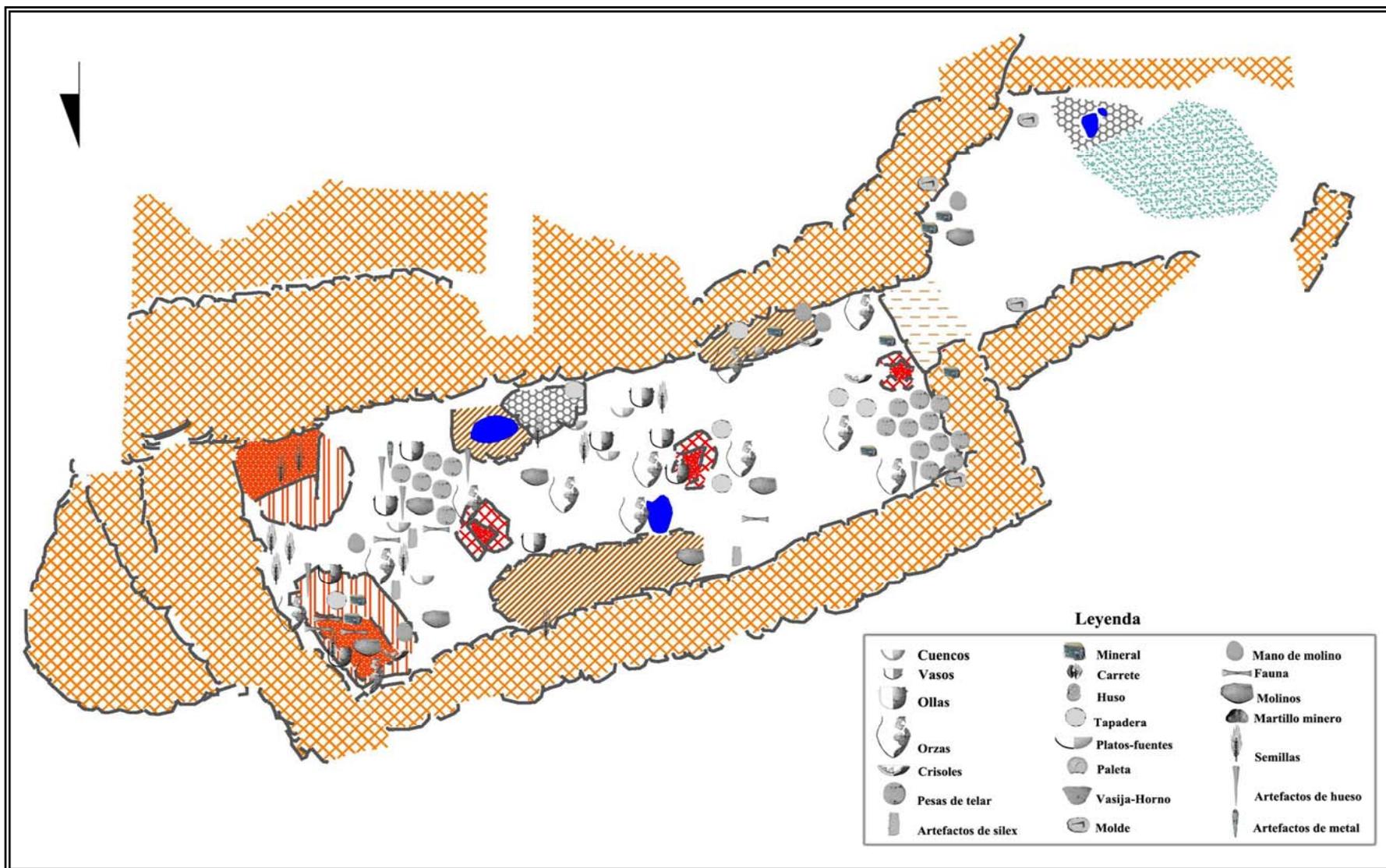


Figura 20. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional III.

V.3.3.2. Secuencia Estratigráfica

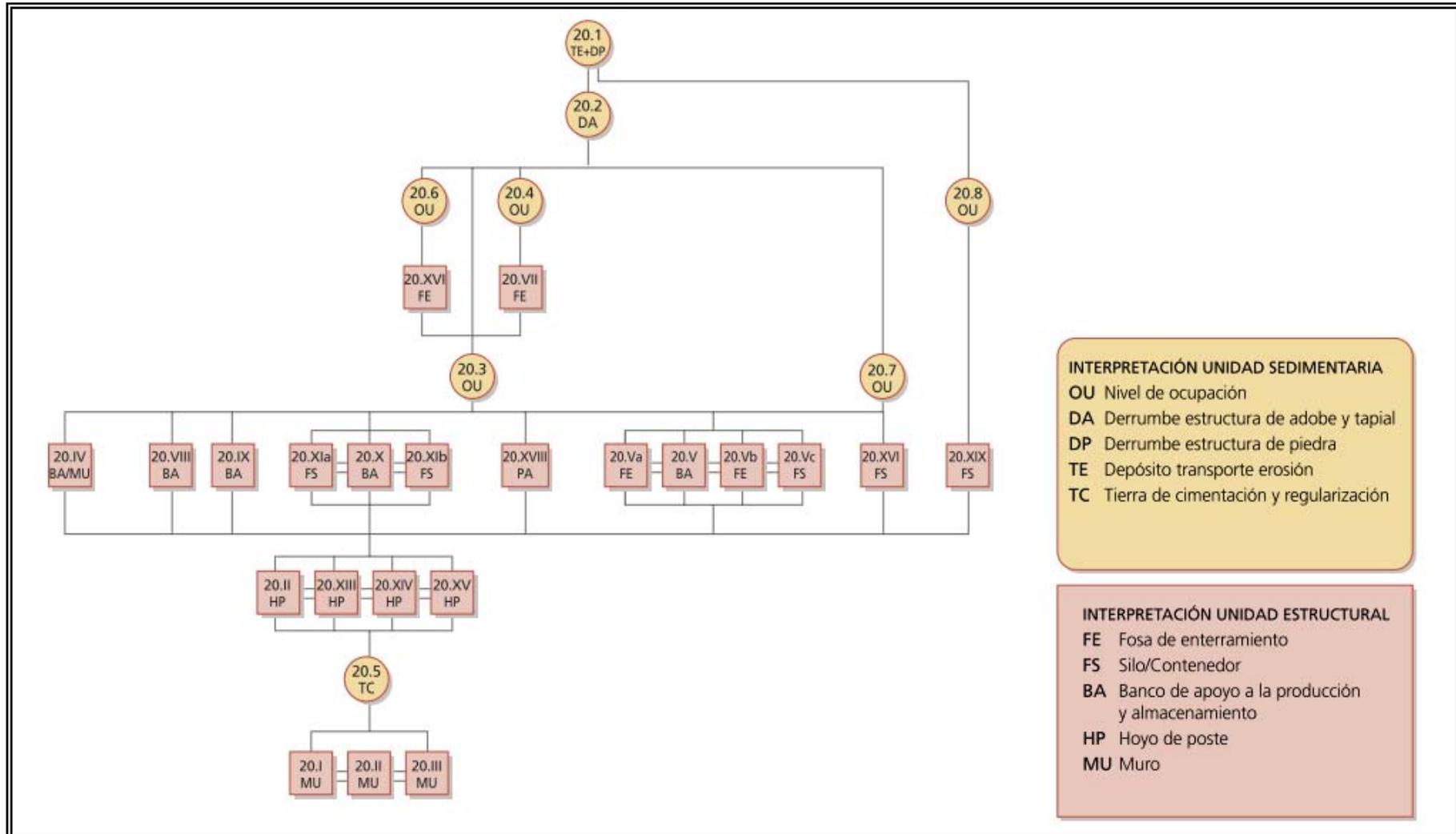


Figura 21. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).

V.3.3.3. Complejo Estructural IIIa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 18 y 19)

El primer Complejo Estructural definido en la compartimentación interna de la Casa se corresponde con el IIIa. Concretamente, es denominado como subsector A del sector 20 y se localiza en la parte Oriental de este Grupo Estructural III. Sus coordenadas UTM son: 66.20-71.94 x; 104.40-110.20 y; 26.30-28.30 z. Se trata de una estancia con una superficie de unos 10,30 m² de forma trapezoidal, orientada en sentido oeste a este. Además, ésta ocupa la parte central de la Casa III y limita por el oeste con el Complejo Estructural b y c.



Lámina 105. Panorámica general del Complejo Estructural IIIa.

Esta estancia y la IIIb, fueron las primeras en ser objeto de una intervención arqueológica en el conjunto de esta casa. Los trabajos se iniciaron durante la tercera campaña de investigación en los meses de agosto y septiembre de 1989 y finalizaron durante la cuarta campaña de verano de 1991. Tras una primera aproximación que consistió en la retirada del nivel superficial depositado directamente por la acción del pantano se procedió a la delimitación espacial que sería acometida a través de la excavación arqueológica. Dicha delimitación quedaba marcada por la sección estratigráfica S1 creada a raíz del testigo trazado inicialmente entre este complejo IIIa (al oeste) y el IIIb (al este) de forma perpendicular a los dos grandes muros de aterramiento (Fig. 18). Desde los estratos iniciales ya era apreciable que nos encontrábamos ante una zona cerrada y provista de techumbre, aunque no encontramos restos de sustentación como hoyos de poste. Dicha techumbre debería ir desde un muro de aterramiento a otro ya que la distancia entre ambos no es demasiado grande.

Así este espacio ofrecía grandes posibilidades para su excavación a nivel microespacial dadas las buenas condiciones de conservación del registro arqueológico y, concretamente, del suelo de ocupación (Contreras, 2000: 275-48). En este espacio se llevó a cabo una excavación en profundidad y en extensión, rebajándose todos y cada uno de los niveles estratigráficos a través de alzadas artificiales de 10 cm., y recogiendo toda la información a través del sistema de registro del GEPRAN.

Para la edificación de este espacio, las alineaciones de roca sólo fueron modificadas parcialmente, básicamente para la construcción de dos estructuras fundamentales. Por un lado, el banco 20.8 al sur, que halla su continuidad en el CE IIIb a través de las estructuras 20.9 y 20.18 y, por otro lado, por la tabicación que supone la estructura 20.4 de dirección sur-norte. Junto a ésta se pudieron colocar postes o vigas de madera al quedar el límite entre el banco de roca y la zona inferior aproximadamente en el centro de la casa. Mientras los rincones noreste y sureste fueron aprovechados para situar estructuras de enterramiento (20.16 y 20.7). El espacio central aplanado también con lajas de pizarra planas sirvió para desempeñar actividades relacionadas con la molienda en conexión con el contenedor situado al este (20.6) (Contreras, 2000: 274-48-49).

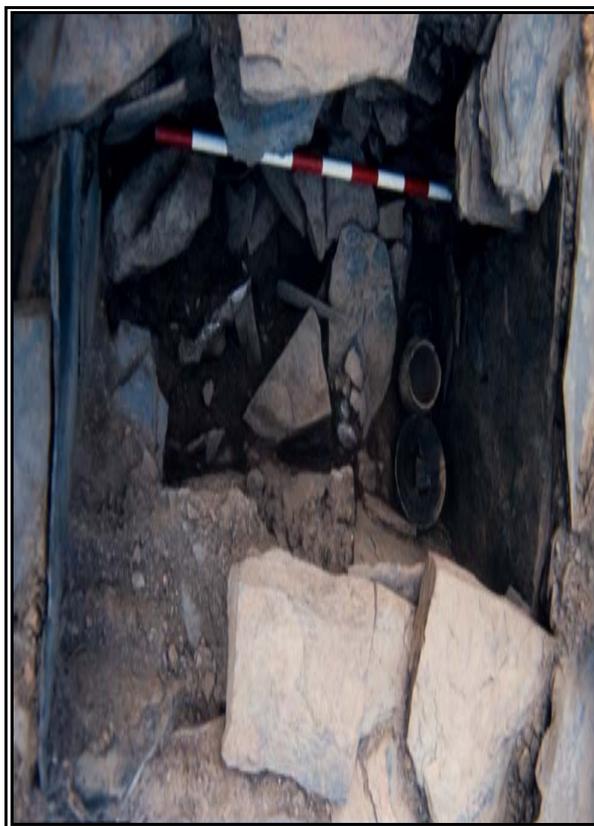
Al oeste, será la estructura de roca 20.4 la que separe esta estancia del CE IIIb quedando al sur un paso elevado a través de la estructura 20.8 y el ya mencionado banco de roca recortada. Estamos ante una situación similar a la acontecida en Casa II, concretamente en la habitación IIa con la estructura medianera 21.5 aunque, en este caso, la estructura delimitadora presenta unas características constructivas diferentes. La estructura 20.4 se trata de un murete que parece formar un pequeño escalón de tabique o un banco originado a partir del recorte de la roca sobre la que se elevaría la separación que posiblemente no alcanzaría la techumbre, ya que en la parte superior se disponen una serie de lajas de pizarra planas en forma horizontal que nos marcan su máxima altura. Esta estructura, junto con la prolongación hacia el oeste de la 20.5, nos dejan claro que el tránsito entre el CE IIIa y el IIIb sería fácil y que ambas estancias estaban relacionadas entre sí a nivel funcional, espacial y social. Probablemente, esta estructura de roca funcionase no solo como paso de una estancia a otra sino también como apoyo a la realización de actividades y soporte para la colocación de restos materiales, como veremos a continuación.

Por ello, pensamos que tanto la estructura 20.4 como la 20.5 son el resultado de una estrategia de planificación y organización del espacio, pensadas por sus constructores como estructuras compartidas encargadas de relacionar entre sí dos ambientes marcados, probablemente, por actitudes, conductas y actividades diferentes pero determinados por el marco relacional que genera el tratarse de un grupo familiar. Por su parte, la estructura 20.4 es un claro ejemplo de la perfecta adaptación a las condiciones del terreno como de la idea de aprovechar al máximo el espacio y las estructuras. En este caso, no les importa mantener las características de la roca porque a cambio ganaban dos espacios funcionales interrelacionados pero, seguramente, con diferente carga social y humana. Esto será analizado cuando abordemos el apartado de la interpretación social de este espacio.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IIIa (Fig. 19)

En el interior de este espacio encontramos diferentes estructuras sobre el suelo de ocupación que articulan un espacio de producción, mantenimiento y cohesión social entre el grupo de los vivos y de los muertos. Incluyen diversas estructuras recortadas en la roca y revestidas de lajas verticales: dos de ellas son enterramientos (20.7 y 20.16), mientras que la tercera (20.6) presenta características que la asocian a la recogida del grano molido.

La primera estructura que encontramos, la 20.16, ocupa, como sucede en el resto de las casas de la Terraza Inferior, en el extremo más oriental de esta estancia, entre la conexión de las estructuras 20.2 (al este) y 20.3 (al sur). Ésta corresponde con la sepultura número 11 de este poblado. Consiste en una pequeña cista de enterramiento recortada en la roca aprovechando un hueco entre ésta y el muro 20.3. El interior de la sepultura estaba forrado por lajas de pizarras dispuestas verticalmente y apoyadas en oblicuo contra el muro sur (20.3) y este (20.1) y reforzadas con una serie de piedras en su parte inferior a modo de calzos. Su orientación es de este-oeste. Aunque conservaba la cubierta, ésta era de escasa entidad, formada por pizarras de mediano tamaño. En su interior no se documentaron restos de ajuar funerario, probablemente, por el derrumbe de piedra y adobe, que prácticamente desarticularon la sepultura, dejándola desamparada ante la acción no sólo de los procesos erosivos naturales sino también a la actuación de los expoliadores. Sin embargo, si se recuperaron los restos del cráneo de un individuo infantil (nº 20.306).



Lamina 106. Sepultura-cista 9, estructura 20.7 (Proyecto Peñalosa).

En línea recta con ésta y en paralelo al muro de aterrazamiento al sur, nos encontramos con un gran banco o estructura de producción, la 20.8. Como en el caso anterior, estamos ante una estructura originada a partir del recorte del afloramiento rocoso, que, posteriormente, se delimitó a través de la colocación de pequeñas y medianas lascas de pizarra en posición horizontal. Este banco es de forma rectangular en toda su sección aunque su extremo este finalizada en forma redondeada. Éste (20.8) tiene su continuidad en el CE IIIb a través de las estructuras 20.9 y 20.18, aunque no podemos precisar que se traten de estructuras conectadas entre sí ya que la cara occidental de este banco ha desaparecido.

Por otra parte, en el extremo este y en íntima conexión con las dos anteriores ocupando el espacio restante entre el choque del muro de la fortificación (20.2) y (20.3), encontramos la estructura 20.6. Sus características constructivas son similares a las dos anteriores. Se origina tras el recorte de la roca formando una estructura de forma oval que será recubierta por la disposición en vertical de lascas de pizarra de gran tamaño lo que le ocasionaría una forma curva al fondo.

En el extremo opuesto, al norte, adosada sobre el banco 20.5, nos encontramos con la cuarta estructura recortada en la roca y revestida por lascas de pizarras de diversos tamaños. Nos referimos a la cista de enterramiento 20.7 (Lám. 106). Al contrario de lo que sucede con la sepultura 11, en este caso nos encontramos con una estructura compuesta, ya que tanto su cara este, sur y oeste son rodeados o reformados por muros de mampostería formados por grandes lascas de pizarra, mientras que en su cara norte aprovecha el banco 20.5. En este caso, su cubierta es de mayor entidad lo que hizo posible la conservación *in situ* de su interior tanto de los restos humanos de una mujer madura como los diferentes elementos que componen su ajuar funerario. En cuanto a los procesos postdeposicionales podemos decir que sólo se han detectado filtraciones sedimentarias en su interior.



Lámina 107. (Izquierda y Derecha) Detalle desde dos perspectivas diferentes de la estructura horadada 20.5 en el Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).

En la zona de transición hacia el CE IIIb y junto al muro norte (21.1) aparece el arranque de un banco (20.5) que representa un auténtico poyete de cocina, con varias vasijas (ollas y cuencos) incrustadas (Contreras *et al.*, 1991: 290). En cuanto a su genética constructiva, podemos decir que se trata de un banco corrido adosado al muro de aterrazamiento 20.1, de sección rectangular que no supera los 50 cm. En un momento posterior de la fase de ocupación IIIA se le adosa la estructura de enterramiento (20.7). Se construye con pequeñas piedras que determinan una zona apelmazada horadándose en diversos puntos para contener recipientes relacionados con el calor, originándose así nuevas

estructuras en íntima relación con la primera o la de origen. Su límite exterior está marcado por lajas planas hincadas verticalmente.

La primera estructura que encontramos horadada sobre el banco 20.5, es la 20.5a (Fig. 107 y 108). Esta ocupa la posición central de esta gran estructura conformada por un hoyo circular cuya sección no supera los 45 cm. Presenta un aparejo recubierto por cerámica y en su interior se encuentra un recipiente cerámico (n° 20.149) que se adosa a sus paredes. Al este de ésta se halla la 20.5b de similares características a la anterior, aunque el espacio que ocupa es superior. Como en el caso anterior también contenía un gran recipiente cerámico (n° 20.178) en cuyo interior se documentaron restos de cenizas (n° 20.188-3) y huesos humanos (n° 20.178-1 y 20.188-4). En el otro extremo, al oeste se encuentra la última estructura horadada, 20.5c. Esta estructura tiene forma rectangular, al contrario de las dos anteriores, pero igualmente contenía dos cuencos (n° 20.369 y 20.370) en un mismo hoyo, mientras que un tercero se encontraba vacío, pero que posiblemente habría contenido una vasija de similares características a las localizadas en las estructuras 20.5a y 5b.



Lamina 108. Detalle de dos cuencos in situ en el banco 20.5 localizados entre las dos oquedades destinadas a la ubicación de dos enterramientos (Proyecto Peñalosa).

c) Análisis Contextual (Fig. 20 y 21)

Estratigráficamente, vuelve a repetirse la secuencia documentada en toda la Terraza Inferior. En primer lugar, encontramos la US 20.1, que corresponde al derrumbe de las partes más bajas de los muros vencidos hacia el interior de la casa ya que las capas superiores del derrumbe han sido limpiadas por el arrastre de las aguas del pantano. La geometría de la sedimentación es uniforme, cubriendo toda el área del corte 20, compuesta por grandes y

medianas lajas de pizarra muy arrasadas por la actividad del pantano. Documentamos sobre todo restos de mineral de cobre (nº 20.001 y 20.005), galena argentífera (nº 20.010) y un molde en piedra arenisca de hacha fracturado e incompleto (nº 19.020). Estos elementos acaparan sobretodo la parte sur de la estancia. Aunque los recipientes cerámicos son escasos en estos primeros momentos, destaca un elemento interesante debido a su escasez en el repertorio cerámico de los poblados argáricos; se trata de una fuente carenada con decoración de impresiones de punzón en “zig-zag” junto al borde, presentando en la carena unas líneas cortas incisas en “zig-zag” de las que salen dos pequeñas líneas paralelas también incisas (nº 20.013) (Fig. 27: 9). Esta fuente carenada fue localizada entre el muro de aterramiento al sur (20.3) y el banco (20.8), por lo que probablemente su ubicación original podría ser sobre dicho banco. Los elementos más completos, aunque recogidos cerca de la superficie, son un cuenco esférico de medianas dimensiones (nº 19.025) (Fig. 27: 8); los restos de una gran orza ovoide de grandes dimensiones y de borde marcado (nº 20.011) (Fig. 22: 4) con pequeños mamelones sobre éste y un punzón de metal (nº 19.056) junto a escasos restos faunísticos (nº 20.090).

En la siguiente Unidad Sedimentaria, 20.2 el material cultural es más abundante. Esta corresponde al derrumbe de las estructuras de adobe y vigas, parte de la techumbre como muestran las improntas de cañizo y revoco de las paredes. Conforman una capa homogénea y compacta, que en algunas zonas de esta casa apenas presenta grosor. Si bien, es en este CE donde mejor se ha conservado este nivel debido a la cercanía de unas estructuras con otras como también por el pequeño espacio que configura en relación con el resto de la casa. El mineral de cobre comienza a cobrar fuerza (nº 20.014, 20.029, 20.033, 20.036 20.037 y 20.044) y se sitúa principalmente en las zonas centrales, más allanadas, y sobre el banco 20.8 mientras que un crisol de cerámica de fondo plano (nº 20.034) (Fig. 23: 4) se localiza más al norte. Junto a este banco (20.8), en su extremo sur, encontramos también restos de abundante carbón (nº 20.012 y 20.023) y fauna (nº 20.022).

Los fragmentos cerámicos decorados vuelven a ser interesantes y abundantes si los comparamos con los Grupos Estructurales anteriores. Entre ellos destaca un cuenco semiesférico, hondo y de grandes dimensiones de paredes abiertas, con un suave mamelón en el borde y con una perforación de lañado (nº 20.085-1) (Fig. 27: 15), otro más que no presenta decoración (nº 20.085); una gran orza ovoide (nº 20.085-2), una ollita ovoide honda, de fondo plano y de gran altura, con el diámetro de la boca estrecho y el borde ligeramente entrante, de paredes gruesas y factura tosca (nº 20.085-7) (Fig. 22: 7). Todos estos elementos se sitúan sobre la estructura 20.6, concretamente en su extremo norte. Mientras que en el extremo sur de esta misma estructura y muy cerca del banco 20.8, se registraron elementos cerámicos más comunes en el repertorio cerámico de Peñalosa, como son los cuencos semiesféricos de perfil simple (nº 20.020 y 20.020-1) (Fig. 27: 1), dos ollas ovoides de borde ligeramente saliente, con decoración en el borde a base de incisiones y mamelones muy cerca del borde (nº 20.020-3 y 20.020-4) (Fig. 27: 1) y por último, una fuente carenada plana de medianas dimensiones (nº 20.020-8).

Los restos culturales en piedra se concentran fundamentalmente en este nivel, en las cercanías de la futura estructura 20.5, al noroeste del espacio. Concretamente, tan sólo se halló una mano de molino (nº 20.031) (Fig. 23: 1). Aunque no se trata de un elemento en piedra hay que destacar la presencia junto a la mano de molino, muy cerca del CE IIIb, de un elemento muy particular debido a su escasez en el registro arqueológico de este poblado, una quesera en cerámica de forma acampanada (nº 20.030) (Fig. 27: 7).

Cerca de la estructura banco-cista 20.16 y sobre la roca, se documentó una fuente carenada de grandes dimensiones que presenta la línea de carenación muy marcada y situada a media altura. El cuerpo superior es bastante cóncavo y el borde muy saliente (n° 20.024) (Fig. 27: 18), aunque se halle sin decorar, recuerda a las formas típicas sobre las que se utiliza la decoración “tipo Cogotas”.

La US 20.3 representa el suelo de ocupación de la fase IIIA. Se compone por una tierra suelta con abundantes restos de materia orgánica mezclada con restos de ceniza, probablemente originaria de elementos de combustión, como hogares. Presenta una textura muy fina con machas y lentejones de diversa entidad correspondientes a las diversas actividades desarrolladas sobre él. Su origen lo determina el paso del tiempo y el desarrollo continuo de diferentes actividades cotidianas, aunque, sabemos que los suelos de la cultura argárica son sometidos a limpiezas de forma periódica. Sin embargo, la rápida caída de la techumbre junto con el abandono repentino de este contexto doméstico, originó que el suelo de ocupación se conservase en buen estado de conservación, manteniendo gran parte de su cultura material *in situ*. Esto nos permite poder establecer criterios conductuales de estas personas en el interior de este espacio, así como, determinar las relaciones funcionales del espacio y de las estructuras que nos lo marca la distribución de la cultura material como muestra de las tecnologías pasadas.

Al sur, sobre el banco 20.8 encontramos abundantes restos de mineral de cobre (n° 20.086, 20.199 y 20.203-1) a los que se les unen ahora restos de escoria ligera (n° 20.066 y 20.158). Sin embargo, serán los elementos en piedra los que destaquen sobre estos primeros, nos referimos a los innumerables molinos (n° 20.167, 20.168, 20.169, 20.170, 20.173 y 20.174) y pizarras discoidales no perforadas, que caracterizan a las abundantes tapaderas de los grandes y medianos recipientes (n° 20.203) (Fig. 23: 9) distribuidos por todo el banco en sentido este-oeste. Sobre éste se localizaron también, algunos restos de pesas de telar (n° 20.153 y 20.155) (Fig. 27: 11 y 12), pero al contrario de lo que sucede en las casas IV y VI no podemos hablar de la imposición de un telar sobre esta estructura. Si bien podemos señalar que estas estaban cocidas y por lo tanto listas para ser utilizadas en los menesteres textiles.

Referente, al material cerámico, encontramos dos cuencos semiesféricos de tendencia parabólica (n° 20.065 y 20.109). En el extremo suroeste del banco se hallaba otro de esos elementos poco habituales en el registro material del yacimiento de Peñalosa, una fuente carenada sin decoración pero con las superficies muy bien trabajadas “tipo Monachil” (n° 20.064-1) (Fig. 27: 17) que presenta el borde corto y recto con tendencia vertical de su cuerpo. A este respecto debemos recordar que es la tercera fuente de similares características morfológicas que se disponía con toda probabilidad sobre este banco. Mientras que, en el extremo sur del banco y apoyadas sobre la estructura de aterramiento (20.3), se localizaron dos grandes orzas (n° 20.156-2 y 20.220) acompañadas de gran parte de las piedras de molino anteriormente mencionadas junto a un cuenco de casquete esférico, de fondo plano y tendencia parabólica (n° 20.156-1).

Hasta este punto hemos comentado todos los elementos materiales localizados sobre la estructura de banco 20.8 (Lám. 109), sin embargo, podemos asegurar la relación con esta estructura de un gran conjunto de orzas debido a la orientación que presentaban en el momento de su localización, teniendo en cuenta la morfología y genética de los derrumbes de piedra, adobes y tapial.

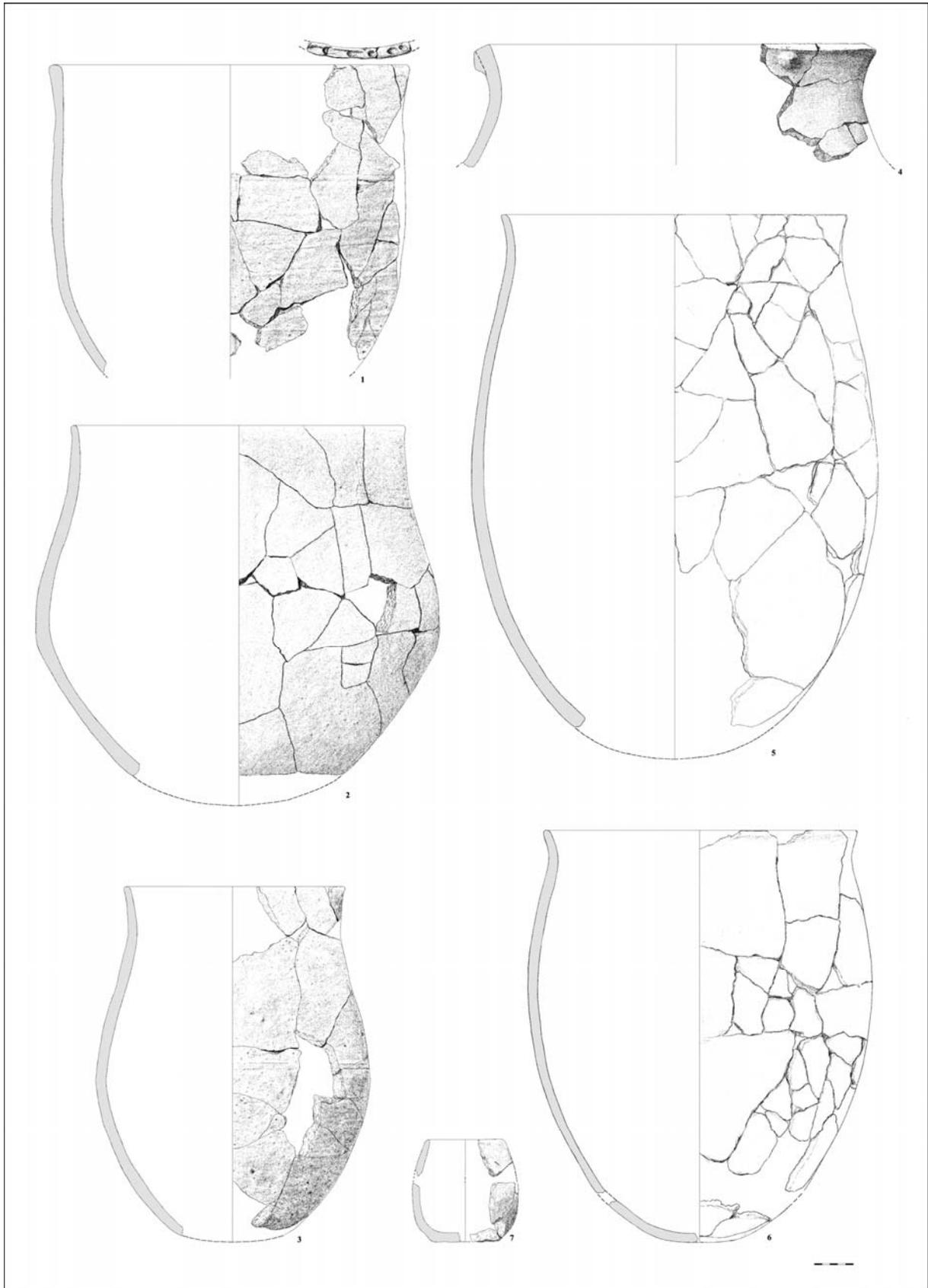


Figura 22. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:6).1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).

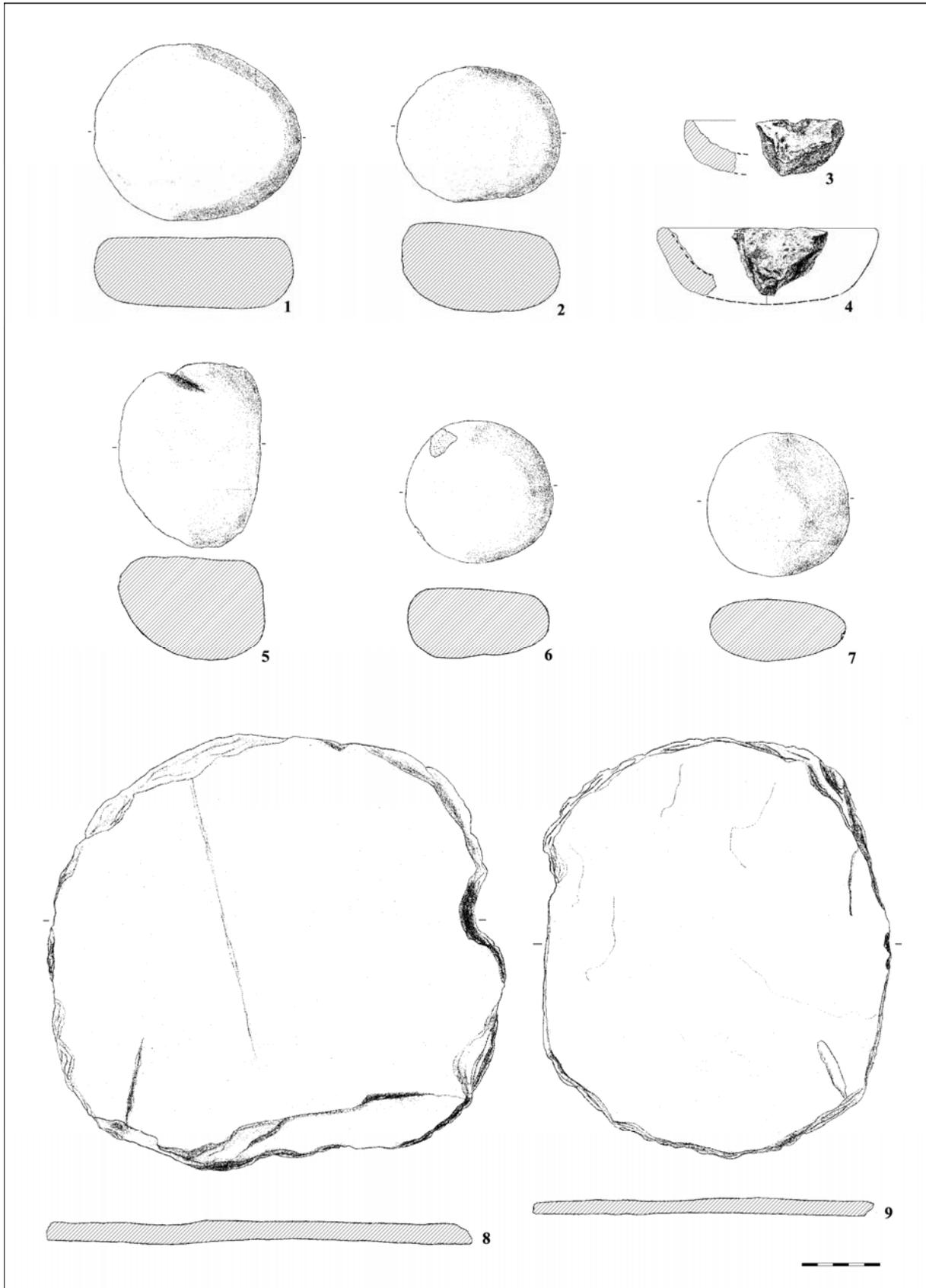


Figura 23. Cultura material relacionada con el procesado y almacenamiento de cereal junto a los dos únicos elementos recuperados relacionados con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3). 1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).



Lámina 109. Detalle del conjunto de orzas localizadas en el extremo oriental del banco 20.8 en el Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).

La primera de estas orzas (n° 20.196) (Fig. 22: 1) se localizaba sobre la propia estructura 20.6 (la separa de la estructura 20.8 en su extremo sur a penas 25 cm.), aunque todo apunta a que ésta cayó desde la estructura 20.8 ya que el cuerpo inferior se encontraba prácticamente a los pies del banco 20.8 siendo el borde el que apoya sobre la 20.6. Se trata de una orza de medianas dimensiones de paredes rectas y ligeramente verticales con decoración impresa en el labio. La segunda orza (n° 20.175) (Fig. 22: 5) fue descubierta en el extremo este de este banco, con su boca mirando hacia el este y su fondo en este mismo extremo de la estructura 20.8. Esto nos hace pensar que se desplazó desde el borde este de esta estructura quedando encajada entre ésta y la 20.16. Esta es una gran orza de perfil ovoide muy honda con el borde marcado y saliente y el fondo aplanado. En tercer lugar, hallamos una orza (n° 20.176) (Fig. 22: 2) de cuerpo globular que presenta una inflexión en el cuerpo, el borde recto y el fondo plano (n° 20.181) (Fig. 22: 6). Creemos por la disposición de sus fondos y bocas que todas estas grandes orzas aparecieron caídas desde el extremo oriental de la estructura 20.8, a pesar de que los dos últimos casos fueran localizadas en el extremo norte de esta estructura, justo en el espacio aplanado que queda en el centro de la estancia. Si bien, todas ellas parecen estar en íntima relación con esta estructura sur y la estructura 20.6 al este. Reseñar un dato importante, y es que en las proximidades de estas grandes orzas fueron localizados abundantes restos de semillas (n° 20.085, 20.095 y 20.183), que probablemente procedieran del interior de estas grandes vasijas de almacenamiento y que, tras su caída, quedó desparramado por toda esta área este de la estancia. Asociadas a las grandes orzas y a los restos carpológicos se encontraron toda una serie de tapaderas de pizarra de forma circular (n° 20.195 y 20.203) (Fig. 23: 8) y una serie de manos de molienda (n° 20.041, 20.192 y 20.224) (Fig. 23: 5 y 7). No debemos olvidar, que más arrinconada y sobre la esquina originada por las estructuras 20.3 y 20.2 se situaba una olla casi globular, honda y plana (n° 20.226) (Fig. 27: 5), de paredes curvas y gruesas, que aunque presentaba un tratamiento tosco de sus superficies exhibe una decoración impresa en el labio. Por último, destacar la localización de diferentes restos faunísticos (n° 20.125 y 20.202) en este mismo extremo y cerca de la estructura 20.6.

Sobre el extremo este de la estructura 20.6 se encuentran una fuerte concentración de piedras de molino (n° 20.171, 20.172, 20.222 y 20.223), manos para moler (n° 20.224) y otros elementos en piedra, como un alisador (n° 20.205). Todos ellos los podemos relacionar con los anteriores, localizados en las inmediaciones a esta estructura y sobre la 20.8. Tampoco es de extrañar que sobre esta misma estructura se hayan seguido localizando grandes orzas de similares características a las referidas anteriormente (n° 20.108 y 20.212); como también una olla (n° 20.185) (Fig. 27: 4) ovoide honda, con el punto de inflexión más cerca al borde y con las paredes curvas, con pequeños mamelones e impresiones cortas de punzón en el labio, haya sido localizada junto al extremo oeste de la estructura 20.6. Junto a esta olla, se localizaron otros dos ejemplares más de similares características, una sin decoración (n° 20.191-1), y otra con decoración impresa en el labio (n° 20.191-2) y una mano de molino (n° 20.192) (Fig. 23: 6) localizadas en este mismo extremo muy cerca también de la estructura 20.8. En este caso están ausentes los recipientes de menor tamaño y los restos de mineral se ciñen exclusivamente a una sola muestra (n° 20.184) y a escasos restos de escoria ligera (n° 20.190). Ambos elementos metalúrgicos fueron localizados en el extremo oeste de la estructura, mientras que una muestra de metal se documentó en el centro de la estructura (n° 20.213).

En la esquina norte de esta estructura junto a la sepultura 11 se localizó un cuenco parabólico de medianas dimensiones (n° 20.117) (Fig. 27: 5), de paredes abiertas y con las superficies bien trabajadas. Curiosamente, este tipo cerámico suele corresponder, fundamentalmente, a los contextos funerarios de la cultura argárica (Contreras, 2000: 91-10), posiblemente en nuestro caso esto también sea así, ya que en el interior de esta estructura banco-cista no se han encontrado muestras del ajuar.

A pesar de que los restos de mineral de cobre, escorias ligeras, etc. no son tan abundantes en este espacio como ocurriese en otros Complejos Estructurales, sí es cierto que determinadas fases de este proceso productivo y tecnológico, como podría ser la trituration del mineral tanto en su primera fase como tras la fase de la reducción, tendría lugar en esta estancia. Esto lo demuestra el que sobre el área allanada en el centro de la estancia y en la delantera del banco 20.8 y sobre esta misma se documentaron restos de mineral y metal de cobre (n° 20.070, 20.074, 20.091 y 20.144), donde también se sigue constatando la fuerte abundancia de piedras de molino (n° 20.119 y 20.166) con sus respectivas manos (n° 20.041) y otros elementos en piedra, como alisadores (n° 20.124), aunque, no debemos olvidar que la gran concentración de estos elementos se localizada en las proximidades a la estructura 20.6.

En cuanto a los recipientes cerámicos de menor tamaño destacar un cuenco semiesférico que presenta en el fondo un ónfalo (n° 20.106), un cuenco semiesférico pequeño con tendencia parabólica y paredes muy abiertas y fondo plano (n° 20.116) (Fig. 27: 33); otro cuenco más parabólico y plano (n° 20.177). Si bien, como ocurre en el extremo este, serán los recipientes de mayores dimensiones y relacionados con la producción y transformación de alimentos los que predominen. Así lo demuestran las dos ollas ovoides registradas: una de ellas presenta decoración impresa en el labio (n° 20.113-1) y la otra carece de ésta (n° 20.065). Por último, reseñar la recogida de diferentes restos faunísticos (n° 20.071, 20.076 y 20.118). Reiterar que todos estos elementos nuevamente se localizaron en las cercanías del banco 20.8 y el extremo norte de este espacio, es decir en la zona más llana y central de esta estancia.

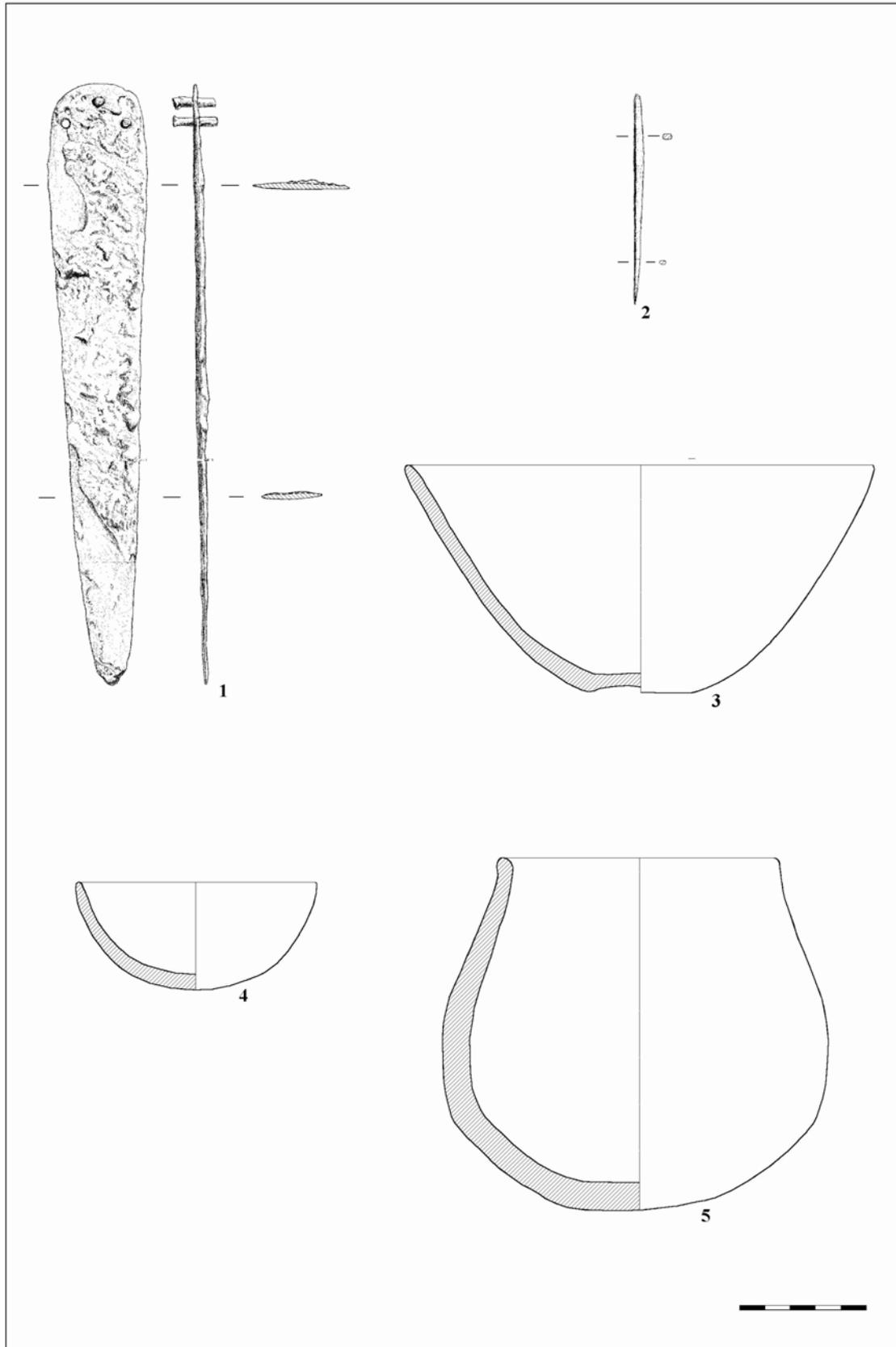


Figura 24. Ajuar funerario de la mujer de la sepultura 9 que acompañaba los restos humanos de una mujer (Escala 1:3) (Contreras, 2000: 282-22).

Precisamente en el extremo norte del espacio de esta estancia es donde se encuentra la cista de enterramiento (20.7) y el banco corrido con diferentes oquedades para contener recipientes, nos referimos a la estructura 20.5. Esta última, como ya hemos explicado anteriormente tiene su continuidad hacia el Complejo Estructural IIIb, sin embargo manteniendo el orden establecido en todos los Complejos y Grupos Estructurales conservaremos los límites establecidos para sus divisiones. A pesar de esto la estructura 20.5b que se encuentra en mayor parte en el Complejo Estructural IIIa, hemos decidido analizarla en este apartado.

Comenzamos el análisis del extremo norte por la estructura 20.7, que corresponde a la sepultura nº 9 del poblado, cuyo relleno sedimentario ha sido incluido en la US 20.4, el que se puede considerar casi en su totalidad como perteneciente al ajuar funerario. Entre el material cerámico encontramos dos cuencos, uno de ellos parabólico plano (nº 20.128) (Fig. 27: 3) y otro semiesférico de tendencia parabólica de paredes muy abiertas y fondo convexo de muy pequeñas dimensiones (nº 20.130) (Fig. 27: 4). Junto a ellos se situaba una olla globular de pequeñas dimensiones, de cuello marcado y borde abierto casi recto (nº 20.129) (Fig. 27: 5). Todos los recipientes se agrupaban junto a la cabeza de la inhumada, en el extremo oeste de la sepultura. Un poco más al sur de su cuerpo flexionado se localizó un punzón de cobre (nº 20.232) (Fig. 27: 2), mientras que un puñal de cobre con dos remaches (nº 20.132) (Fig. 27: 1) apareció en una posición casi central en la tumba, a la altura de la cintura de la inhumada (Contreras, 2000). Estos elementos acompañaban los restos óseos de una mujer madura (nº 20.231) dispuesta en posición fetal y orientada en sentido este-oeste y mirando hacia el sur a la que le han sido detectadas diferentes patologías, entre ellas caries en el cuello del M2 superior derecho a nivel de la cara distal, que afecta tan sólo al esmalte. El M1 inferior derecho presenta caries de esmalte de la superficie oclusal zona linguomesial. El canino inferior derecho tiene bandas de hipoplasia del esmalte. En las piezas observadas se ha descubierto paradontosis, destacando sobre todo la lesión craneal a causa de un traumatismo (Robledo, 2000: 297-21).

Algo normal, en el mundo argárico, es la reutilización de las cistas de enterramiento como soportes o auténticos bancos domésticos. Precisamente este es el caso, como hemos visto anteriormente, de la sepultura 11 y también de la sepultura 9. La cubierta de esta sepultura que en el momento de su excavación se encontraba totalmente sellada, sería el lugar idónea para soportar determinados elementos culturales, concretamente en su extremo este. Justo en ese muro de mampostería que rodea esta sepultura encontramos un cuenco semiesférico con tendencia parabólica (nº 20.123) (Fig. 27: 6) junto a otro más de perfil simple (nº 20.105). Estos elementos cerámicos estaban acompañados por un molino de medianas dimensiones (nº 20.163) y restos de mineral de cobre (nº 20.197). Estos últimos elementos se encontraban en el extremo opuesto a los restos cerámicos, es decir al oeste, extremo que linda con la cara este de la estructura 20.5b.

Por último, referirnos a la estructura 20.5 o banco corrido (poyete de cocina), más concretamente, como hemos explicado anteriormente, en este contexto nos centraremos exclusivamente en aquella parte de la estructura que corresponde con el Complejo Estructural IIIa a pesar de que ésta tiene continuidad hacia el oeste y, por lo tanto, se trata de una única estructura con diferentes oquedades y posiblemente funciones. La estructura 20.5b, se localiza en paralelo a la sepultura 9 con la que comparten la estructura 20.5. Esta estructura contenía una olla ovoide (nº 20.178) de medianas dimensiones de paredes rectas y salientes. En su interior se recuperaron algunas piezas dentarias entre las que podemos destacar tres coronas de molar definitivo y dos de incisivos superiores permanentes sin terminar de formar en

ninguno de los casos. Estos restos óseos (n° 20.178-1 y 20.188-4) pertenecían a un individuo infantil de unos 3 años \pm 12 meses. Han sido denominados como la sepultura 15B de Peñalosa. El gran pithos se encontraba cubierto por una tapadera de pizarra recortada (n° 20.177) y a su alrededor se localizaron diferentes elementos relacionados con actividades productivas, como es una mano de molino (n° 20.162), un molino (n° 20.164) y dos cuencos semiesféricos con decoración (n° 20.157 y 20.151) (Fig. 27: 2 y 6) junto a una botella decorada con incisiones en el cuerpo.

La US 20.5, corresponde con la tierra de cimentación y no contenía ningún material digno de resaltar.

Mientras que la Unidad Sedimentaria 20.6 concierne al relleno de la estructura 20.16 denominada sepultura 11. Tras levantar la frágil cubierta de la estructura funeraria, encontramos sobre la roca fragmentos de huesos humanos, concretamente, se documentaron tan sólo algunas piezas dentarias y los restos de un pequeño cráneo de un individuo infantil de corta edad (n° 20.316) (3 años \pm 12 meses) acompañados de restos de semillas (n° 20.314-1) y gotas de metal (n° 20.318). Creemos que la aparición de estos ecofactos en el interior de la sepultura se debe, fundamentalmente, a los procesos postdeposicionales y al conjunto de actividades productivas desarrolladas en sus inmediaciones, seguramente, sobre esta misma estructura. Si bien, no podamos precisarlo como en el caso anterior, ya que como hemos dicho anteriormente la cubierta de esta sepultura se encontraba totalmente vencida en su interior.

V.3.3.4. Complejo Estructural IIIb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 18)

Colindante al Complejo Estructural IIIa encontramos el IIIb. La división de este espacio central de la Casa III está determinado por la estructura 20.4, que es la encargada de crear dos espacios conectados interna y funcionalmente como veremos a continuación. Este Complejo o estancia es definido como subsector B del sector 20. Sus coordenadas UTM son: 71.94-79.00 x; 102.26-109.50 y; 26.20-27.70 z. Ocupa el área central de la casa III con una superficie aproximada de unos 20,30 m². Presenta una forma trapezoidal y está orientada en dirección oeste-este. Esta zona de la casa III es la que queda más libre de estructuras, siendo más llana y más abierta al oeste. En parte, ello, le ha perjudicado en cuanto a la escasa resistencia a la erosión. Así, por ejemplo, el revoco de la estructura 20.18 se ha conservado sólo en un pequeño tramo.

Como la estancia anterior, los trabajos iniciales de la limpieza superficial e inicio del rebaje del nivel de derrumbe de piedra fueron realizados durante la tercera campaña de excavación en 1989 aunque, no será hasta la cuarta campaña, realizada en los meses de verano de 1991, cuando se proceda a la investigación sistemática y a la excavación microespacial de este espacio. En un primer momento, se procedió a la limpieza superficial de toda el área, tras la última campaña (1989), realizada en una sola alzada artificial de unos 25 cm. Seguidamente se excavó el desmonte del derrumbe de piedra para continuar con el derrumbe de adobes y la documentación del suelo de ocupación. Salvando el primero de los estratos, el resto de niveles documentados fueron excavados o desmontados con alzadas artificiales de unos 10 cm. Tras los primeros trabajos, se pudo valorar que el estado de conservación de su registro

arqueológico difería en cierta manera (estaba más afectado por la erosión entre otros motivos debido a la distancia de unas estructuras con otras, su mayor escasez así como por el ensanchamiento del espacio de esta estancia hacia el oeste) de el complejo IIIa. Sin embargo, y cumpliendo con uno de los objetivos prioritarios de la excavación de este yacimiento arqueológico, se continuó mantenimiento los mismos sistemas de excavación que en la estancia anterior, llevándose a cabo los trabajos a nivel microespacial, en extensión y profundidad de todo el complejo. Se continuo manteniendo la sección estratigráfica marcada por el testigo inicial entre esta estancia y el complejo IIIa. Así, desde el comienzo de los trabajos, a través de este perfil este o, más concretamente, oeste del IIIa podíamos establecer todas las relaciones sedimentarias entre ambos espacios, ratificando en este sentido su conexión.

A nivel estructural, este espacio queda limitado al este por la estructura 20.4 y con ella por el Complejo Estructural IIIa, mientras que al oeste queda mal definido debido a la erosión causada por el agua del pantano. Por ello, la separación entre los CE IIIb y IIIc se ha realizado teniendo en cuenta tres rasgos básicos: en primer lugar, la línea marcada por el muro 14.9; en segundo lugar, la plataforma de roca alisada que queda alineada con éste al norte, y en tercer lugar, la situación de la estructura 20.11 al límite interior de ésta (Contreras, 2000).

La actividad erosiva del pantano marca una diferencia de conservación básica entre la zona oriental y la occidental del CE IIIb, si bien las estructuras adosadas al muro 21.1 se han conservado bastante bien. Entre éstas podemos citar el banco 20.5 en el que se sitúan diversos contenedores para recipientes (20.5a, 20.5b y 20.5c), el silo o basurero 20.19 y el contenedor 20.11.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IIIb (Fig. 19)

Como hemos explicado anteriormente, este espacio de forma conjunta comparte con la estancia anterior (CE IIIa) el espacio central de la Casa III, ambas habitaciones o estancias han sido distinguidas debido a una compartimentación artificial realizada a través de una estructura medianera (20.4). Es por ello que este CE comparte las estructuras exteriores de la conformación de su espacio con el CE IIIa, razón por la que en este apartado omitiremos su análisis estructural, habiéndose realizado detalladamente en el análisis de la estancia anterior y en la descripción general de este Grupo Estructural.

En su interior, este espacio alberga un conjunto de estructuras que se distribuyen en su mayoría paralelas a los dos grandes muros de aterramiento, tanto al sur (20.3) como al norte (20.1) quedando un área central plana. Exceptuando la existencia de un hoyo de poste (20.20), esta área central estaría desprovista de estructuras lo cual no quiere decir que se trate de un espacio improductivo sino todo lo contrario.

Al sur y adosado al muro de aterramiento (20.3) encontramos el banco 20.11. Esta estructura discurre en paralelo a las curvas de nivel, con una orientación de este a oeste. Tiene su continuidad hacia el extremo oriental a través de la estructura del CE IIIa, 20.8. Se trata de un gran banco corrido compuesto por grandes lajas de pizarra hincadas y apoyadas directamente sobre la roca. Presenta una mampostería simple consistente en pizarras de pequeño y mediano tamaño que le dan consistencia. Aparte de su papel de banco también

pudo servir como refuerzo al muro de aterramiento 20.3, especialmente en su extremo este. En su nivel inferior, la roca recortada sobre la que se asienta, debió de exfoliarse con gran facilidad, lo que hizo que, sus constructores le dieran una capa de revoco consistente en adobe o barro apelmazado facilitando así el desarrollo de trabajos sobre ella pero, sobre todo, proporcionándole una mayor consistencia y estabilidad. Todo hace indicar que esta estructura tendría su continuidad hacia el este ya que aparece a una altura similar a la de las estructuras 20.8 y 20.4, sin embargo, durante el proceso de excavación de estos subsectores A y B no fue localizada.

Anexa a este banco se halla la estructura 20.18. Ésta es un pavimento de lajas planas de mediano tamaño. Presenta restos del revoco, como la parte inferior de la 20.9, que debió proporcionarle un aspecto mucho más uniforme, salvando las irregularidades de las piedras. Esta estructura además de su propia funcionalidad como pavimento y lugar de desarrollo de posibles actividades también debió facilitar la propia utilización y funcionalidad de la estructura 20.9.

En el extremo opuesto, al norte, nos encontramos nuevamente con otras estructuras asociadas a actividades de mantenimiento. En primer lugar, aunque ya analizadas anteriormente, el banco corrido 20.5. Contigua a éste, se encuentra la estructura 20.19 excavada en la roca que forma un hueco pentagonal y revestido por lajas de pizarras de mediano y grande tamaño lo cual le proporcionaba un aspecto interno más cuadrado. En el momento de su excavación conserva gran parte de la cubierta, aunque la caída del derrumbe de piedra de la estructura 20.1 lo había fracturado en parte. La interpretación de esta estructura está totalmente determinada por la gran cantidad de restos materiales, tanto artefactos como ecofactos, registrados y, sobretodo, por el nivel de fracturación que presentaban, han hecho pensar que estamos ante un posible basurero.

En el extremo noroccidental una serie de lajas de pizarras planas de gran tamaño parecen ser los restos de un banco (20.10) semicircular con el arco hacia el este. De éste, sólo se conservan dos o tres hiladas apoyadas directamente sobre la roca. Aunque se encuentra muy alterado por el pantano parece que sobre él se situarían diferentes molinos, los cuales se han localizado desplazados en sus inmediaciones. Junto a esta estructura una serie de lajas verticales formando una estructura hexagonal delimitan un contenedor tabicado interiormente (20.11) formando dos nuevas estructuras: por un lado la 20.11a, que se trata de un pequeño silo de forma oval o circular formado por lajas hincadas; y, por otro lado, la estructura 20.11b, de características similares a la anterior. Ambas estructuras en el momento de su excavación se encontraban completamente vacías. Sin embargo, creemos que estas cuatro estructuras están en íntima relación, la primera de ellas (20.10) consistiría en una estructura de molienda mientras que las restantes conformarían los abundantes contenedores de lajas hincadas donde se almacenaría o recogería la materia orgánica resultante de la molienda del cereal.

Por último, analizar la estructura central de la habitación que consiste en un hoyo de poste (20.20) de forma poligonal. Éste es un hueco excavado en la roca y revestido de piedras con una sección no superior a los 40 cm. Junto a este hoyo de poste, en el hueco dejado entre la estructura 20.4 y el banco de roca, algunos restos de carbón pueden pertenecer a otro poste de sostén de la cubierta (nº 20.069 y 20.145) (Contreras, 2000: 274-64). Asimismo, sobre la estructura 20.4 aparecen unos huecos recortados que bien pudieron albergar grandes postes para la techumbre, actuando como soportes adicionales a la viga maestra que contendría el hoyo de poste central. Esto explicaría que el CE IIIa y en su conjunto el IIIb estuviesen techados tal y como prueba el potente nivel de derrumbe de adobe y tapial documentado en

ambos espacios. Apuntar que, probablemente, en las cercanías de la sepultura 9 pudo existir otra estructura de similares características a esta, sin embargo, no ha sido posible su definición.

c) Análisis Contextual (Fig. 20 y 21)

La US 20.1 corresponde al derrumbe de piedras y en esta zona va desapareciendo casi por completo hacia el oeste hasta convertirse simplemente en piedras removidas por el pantano (Contreras 2000: 274-62). Entre los materiales culturales recuperados contamos con abundantes fragmentos de molinos (nº 20.300, 20.301, 20.302 y 20.304), elementos indeterminados en piedra (nº 20.002-1, 20.002-2, 20.002-3, 20.004-4, 20.002-5 y 20.3317) y restos de mineral de cobre (nº 20.006 y 20.305).

Similar situación ocurre con la US 20.2 que va desapareciendo hacia el oeste y en ella aparte de restos de mineral (nº 20.336), elementos indeterminados en piedra (nº 20.021-1 y 20.021-2), fragmentos de molinos (nº 20.320) y restos de carbón (nº 20.015, 20.018 y 20.335) procedentes de las vigas nos interesa señalar dos elementos cerámicos decorados. El primero de ellos, localizado en el centro del espacio muy cerca del CE IIIc, se trata de un fragmento de borde curvado y saliente con pequeñas impresiones en "zig-zag" tanto al interior como al exterior del mismo (nº 20.337) (Fig. 27: 4). El segundo corresponde a un borde recto y vertical de un vaso, con impresiones a punzón (nº 20.341-4) (Fig. 27: 5). Por último, reseñar la recogida de muestras de fauna (nº 20.341-2).

El suelo de ocupación responde a la US 20.3, conformado por las mismas características que en la estancia más próxima a él, el CE IIIa. En cuanto a la distribución de restos culturales debemos decir que en su generalidad se concentran desde la estructura 20.18, ocupando todo el centro de la estancia, la zona más allanada y el extremo norte. Por su parte en su franco sur, solo merece resaltar la localización de una paleta (nº 20.179) (Fig. 27: 1) de dimensiones pequeñas junto con una olla ovoide de perfil simple y carente de decoración (nº 20.180), localizado junto a la estructura sur (20.3), al este de 20.9 y junto al banco (20.8) del CE IIIa.

Mientras que, en el nivel inferior y ocupando todo el área central y más aplanada de este espacio se concentran gran parte de los restos culturales documentados en esta estancia. Su distribución marca una orientación de sur-norte y este-oeste, localizándose básicamente concentrados en esa área llana que se origina al oeste de la estructura 20.4; al norte de la 20.18 y sur de la 20.5. Como sucediese en las Unidades anteriores, los restos de mineral (nº 20.051 y 20.081), también aparecen aquí, aunque escasos, sobresalen algunos fragmentos de crisoles planos (nº 20.039, 20.057 y 20.152) (Fig. 23: 3 y 8) aunque el nº 20.082 pudiera pertenecer a un crisol hondo. Todos estos elementos relacionados con la producción metalúrgica fueron localizados al sureste del espacio, en un hueco de la roca y junto al hoyo de poste (20.20). Por último, en esta área vuelve aparecer una piedra de molino (nº 20.165) y abundantes restos de carbón (nº 20.052 y 20.140).

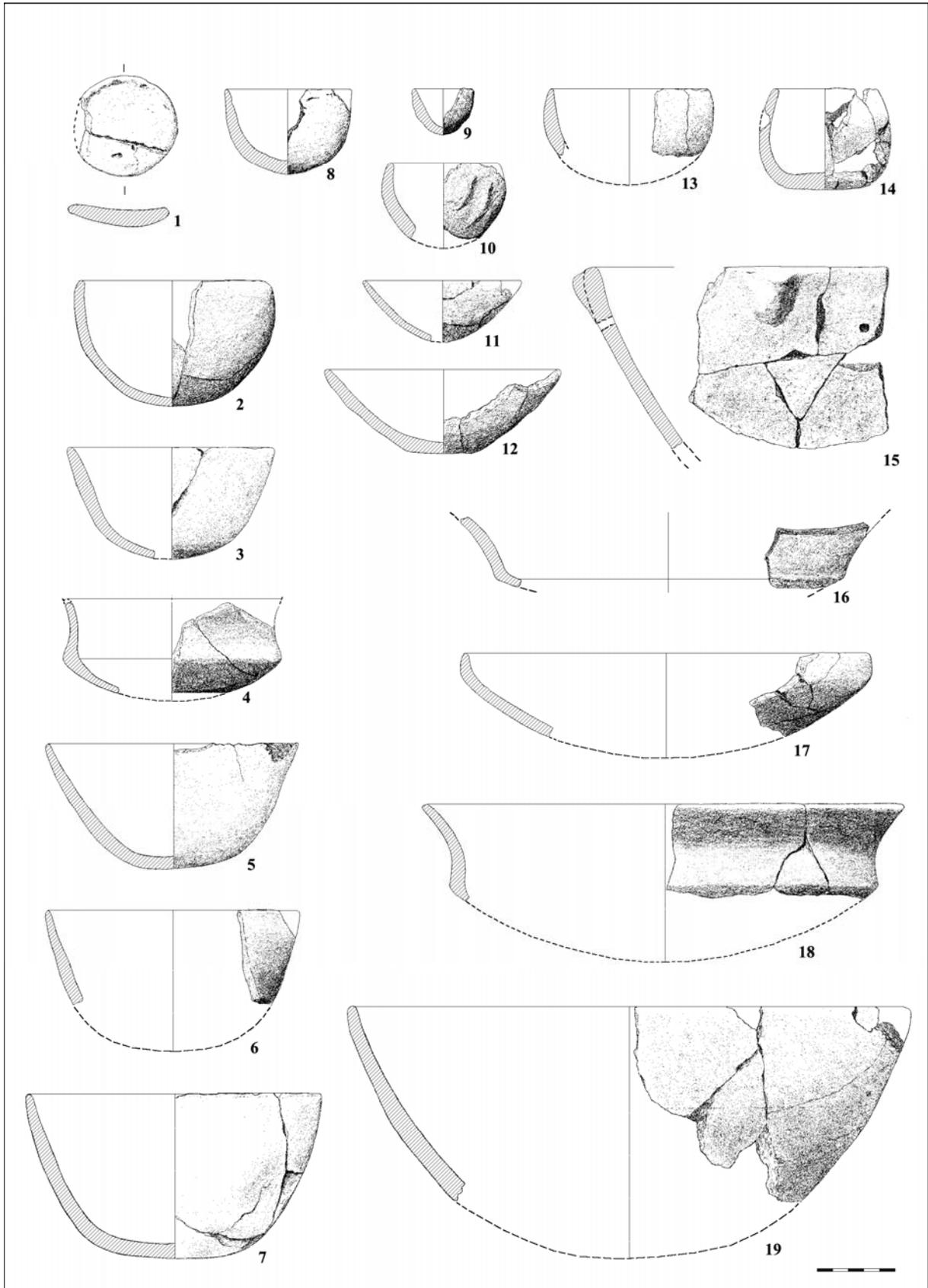


Figura 25: Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).

Serán los elementos cerámicos los que proliferen en este espacio, localizando tanto grandes recipientes como orzas de cuello marcado y perfil ovoide con un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión del cuerpo. Éstas son bastante hondas con el fondo convexo (n° 20.137 y 20.139) (Fig. 22: 3), mientras que otra orza más ovoide y de forma indeterminada presenta decoración incisa en el labio (n° 20.099-2). También encontramos recipientes relacionados con la transformación de alimentos, concretamente, tres ollas ovoides y fondo plano carentes de decoración (n° 20.077, 20.099-6 y 20.099-9) mientras que una cuarta presenta una morfología diferente. Se trata de una gran olla ovoide y plana con el borde ligeramente entrante y carente de decoración (n° 20.099-7) (Fig. 27: 9). Singulares son los recipientes de menor tamaño, relacionados con el servicio y el consumo de alimentos. Entre ellos destacan sobre todo los elementos decorados, es el caso de un vaso o fuente (n° 20.047) (Fig. 27: 1) con impresiones cortas formando un doble “zig-zag” tanto al interior como al exterior del borde; una fuente (n° 20.048) (Fig. 27: 8) honda simple con impresiones de punzón circular en el exterior del borde. Pero, la variedad formal respecto a los recipientes de consumo es mucho mayor, así lo marca un vasito ovoide de fondo plano, de paredes gruesas y factura tosca (n° 20.136) (Fig. 27: 14); una cazuela honda de paredes abiertas y fondo aplanado (n° 20.099-1) (Fig. 27: 19) con las superficies muy bien trabajadas; más dos cuencos, uno de ellos, parabólico y de pequeñas dimensiones y otro de casquete parabólico y fondo plano (n° 20.084 y 20.138 respectivamente) (Fig. 27: 12). Todos estos elementos aparecen en la parte sur de esta área aplanada, sobre lo que sería la estructura 20.18 en su extensión hacia el este¹⁰².

Sobre la estructura 20.18 propiamente dicha, continuamos encontrando elementos cerámicos relacionados sobretodo con los mencionados en último lugar, concretamente un vasito de carena media y pequeñas dimensiones y superficies muy bien trabajadas a través de la técnica del bruñido (n° 20.345) (Fig. 27: 4); un cuenco semiesférico de borde entrante de pequeñas/medianas dimensiones (n° 20.228) (Fig. 27: 13) presenta sus superficies bruñidas y por último los restos de otra quesera (n° 20.339).

Avanzando hacia el norte y ocupando el área más central, continúan apareciendo numerosos restos culturales relacionados con diferentes actividades productivas. Es el caso de los restos de mineral que aparecen dispersos por toda esta área central, aunque es cierto que se concentran en la parte más al norte muy cerca de la estructura 20.5 (n° 20.040, 20.043, 20.094, 20.098 y 20.055). Este último se trata de mineral calentado, junto a ellos se localizaron restos, aunque, mínimos de escorias (n° 20.102). Todos ellos completan su distribución con los localizados más sur y al oeste (n° 20.348). Justo en esta área también encontramos una mano de molino (n° 20.101) (Fig. 23: 2) y un poco más al norte una piedra de molino (n° 20.096). Mientras que los restos de carbón aparecen dispersos por toda el área.

La mayoría de los recipientes cerámicos, tanto grandes como de menores dimensiones, se concentran en las cercanías de estructura o poyete 20.5. Encontramos recipientes relacionados con diferentes actividades, es el caso de dos ollitas ovoides de muy pequeñas dimensiones, paredes toscas y fondo convexo y presentan los restos de una posible asa (n° 20.093-3 y 20.189) (Fig. 27: 3); una más de perfil simple (n° 20.072); una gran orza ovoide (n° 20.097). Sin embargo, vuelven a ser los elementos cerámicos relacionados con el servicio y el consumo de alimentos los que dominan este espacio. Así, encontramos cuencos de casquete esférico y tendencia parabólica hondo (n° 20.143) (Fig. 2: 7), un cuenco semiesférico

¹⁰² Debemos recordar que esta estructura (20.18), al oeste, no fue documentada en el proceso de excavación, debido a que se componía por pequeñas lajas planas que probablemente y atendiendo a los diarios de excavación ésta pudo no ser reconocida en el terreno.

de grandes dimensiones y tendencia parabólica (n° 20.093-1) (Fig. 27: 11) junto a un vaso carenado (n° 20.050). También documentamos elementos decorados en este extremo central-norte, es el caso de un borde curvado y saliente, pequeñas impresiones en zigzag tanto al interior como al exterior del borde (n° 20.337 y 20.063). Todos estos elementos cerámicos se caracterizan por presentar un tratamiento muy cuidado de sus superficies.

Aparte de todos estos materiales distribuidos por toda el área central (ocupando tanto el norte como el sur) destaca sobremanera los elementos cerámicos, en piedra y metal documentados sobre la estructura de banco o poyete doméstico al norte (20.5). Como ya hemos explicado en el apartado del análisis estructural se trata de una estructura corrida sobre la que se realizan una serie de oquedades dando lugar a tres nuevas estructuras inmersas en esta. La primera de ellas la hemos analizado estratigráficamente en el complejo estructural anterior, sin embargo, todas pertenecen a una misma estructura relacionadas no sólo espacial sino funcionalmente.

Ocupando la parte central de la estructura 20.5, encontramos la estructura 20.5a, en su interior se documentó una olla ovoide de paredes rectas y entrantes y finas con el fondo convexo (n° 20.149) que posiblemente estuvo provista de una tapadera de pizarra (Lam. **). En su interior se localizaron restos mandibulares de un individuo infantil (n° 20.062). Esta estructura ha sido definida como la sepultura número 15A del poblado de Peñalosa.

Sobre la estructura 20.5c encontramos otro tipo de recipientes, como un cuenco parabólico hondo (n° 20.367) y un cuenco carenado de borde apuntado entrante (n° 20.369) con decoración de pequeños mamelones en la línea del borde. Asociados a éstos se recuperaron un cuchillo de lengüeta y hoja recta de metal (n° 20.368) y una pieza lítica tallada de sílex (n° 20.356). Todos ellos estaban acompañados de numerosos fragmentos de cerámica selecta, alguna de ella presentaba restos de decoración impresa a base de punzón (n° 20.361 y 20.363). Este conjunto de útiles nos podrían dar idea de una actividad de cocina basada en la producción y transformación de alimentos, aunque parece más probable que la estructura 20.5c y los elementos que contiene estén relacionados con la 20.5a y 20.5b como un ajuar conjunto para ambos enterramientos, en favor de lo cual hablaría su inclusión en el mismo banco longitudinal (20.5).

Por otro lado, se localizó un crisol plano (n° 20.039) sobre la estructura 20.5, entre la 20.5a y 20.5c.

En la US 20.5, correspondiente a la tierra de cimentación y de regularización, lo más interesante es la aparición de una orza ovoide con decoración impresa en el borde (n° 20.355).

Más interesante, si cabe, es el relleno de la estructura 20.19 que se corresponde con la US 20.8 que se ha podido caracterizar como un basurero en los últimos momentos de su utilización gracias a la gran cantidad de vasos fragmentados que contenía. Entre ellos se han podido reconstruir dos vasitos con fondo convexo (n° 20.371-8 y 2; 20.371-5) (Fig. 27: 10 y 9), ambos de muy pequeñas dimensiones que presentan unas superficies bastantes toscas e irregulares desprovistas de cualquier tratamiento de alisamiento; un cuenco esférico de medianas dimensiones (n° 20.376) (Fig. 27: 2); un cuenco parabólico hondo con pequeños mamelones en la línea del borde (n° 20.337-3) y dos ollas globulares de borde ligeramente entrante y fondo convexo (n° 20.371-5 y 20.385) de paredes finas, la primera de ellas presentaba una decoración impresa en el borde. Junto a estos restos materiales cerámicos encontramos dos piedras de molino barquiformes (n° 20.377 y 20.378) y otro elemento en

pedra no determinado (n° 20.379). También se recogieron abundantes muestras de semillas (n° 20.374-1 y 20.383-1) (Contreras 2000: 274-63). Al oeste de esta estructura localizamos nuevamente una pesa de telar con dos perforaciones y perfectamente cocida (n° 20.303) (Fig. 27: 13).

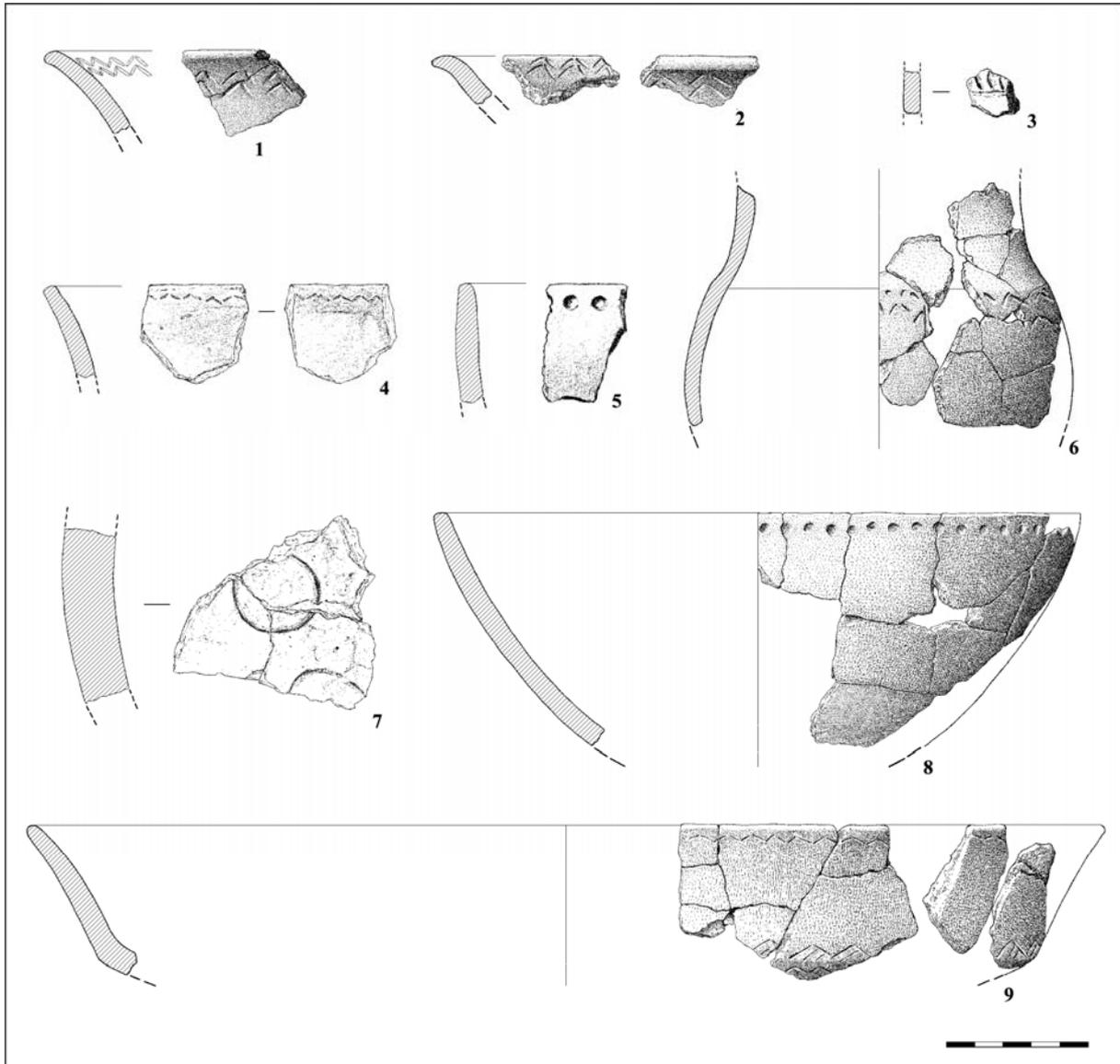


Figura 26. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3).

V.3.3.5. Complejo Estructural IIIc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 18 y 19)

En último lugar, encontramos el Complejo Estructural IIIc. Éste ocupa la parte más Occidental de la Casa. Se corresponde con el subsector C del sector 20 y tiene las siguientes coordenadas UTM: 77.00-82.00 x; 99.80-108.00 y; 27.97 z. Al contrario de lo que ocurría con

los otros dos espacios analizados anteriormente, en este caso estamos ante un espacio físico no definido estructuralmente, la causa vuelve a ser la que ya hemos repetido en muchas ocasiones, las aguas del pantano del Rumblar han provocado que nos encontremos con un gran área de forma rectangular que corre en sentido suroeste-este de más de 25 m² totalmente erosionada. Sin embargo, esto no ha impedido que mantengamos el mismo sistema de trabajo, utilizado en el resto de Complejos Estructurales, una metodología microespacial, procediendo a su investigación sistemática, en profundidad y en extensión. Los trabajos de excavación se llevaron a cabo durante la cuarta campaña de excavación en 1991. Como en el resto de esta casa la excavación comenzó con la retirada de los sedimentos acumulados por el pantano. En este caso, debido a la fuerte actuación de las aguas del pantano, nos encontramos con un espacio que presentaba una potencia del relleno arqueológico conservado no superior a los 14 cm. a pesar de ello, se mantuvieron los sistemas de trabajo y la metodología empleada en el estudio de todo el Grupo Estructural recogiendo toda la documentación extraíble a través de los sistemas de registro del GEPRAN.

Si algo tenemos claro, respecto a la construcción de este espacio, es que su articulación está condicionada por la disposición de los complejos estructurales que lo delimitan al este y al sur, nos referimos al IIIb y IVa, respectivamente. Este espacio parece ganar terreno al CE IVb, que queda aislado como un pasillo de acceso al IVa y a las estructuras que se sitúan al Sur de éste. Se ha formado así un espacio anómalo de gran extensión en el eje sureste-noroeste, susceptible de ser cubierto con facilidad en su extremo sur, donde contamos con la prueba empírica de un conjunto de hoyos de poste (Contreras, 2000: 274-68). Precisamente, uno de los rasgos más destacables de este Complejo estructural es ese carácter totalmente aplanado sobre una plataforma previa de roca y, por supuesto, su gran amplitud y ausencia casi total de estructuras tipo banco, que facilitarían el desarrollo de actividades de producción complejas. Sin embargo, este hecho también podría ser óptimo para la realización de actividades productivas que utilizarían como soporte físico precisamente ese allanamiento de la roca. Sin embargo, la erosión nos ha impedido constatar estas hipótesis debido a la fuerte carencia de restos culturales documentados en esta estancia.

Los límites estructurales de este complejo al oeste no quedan claros debido a la fuerte actividad erosiva del pantano, mientras que su zona norte queda totalmente cerrada por la estructura 21.I. Al sur queda un pequeño espacio entre las estructuras 14.17 y 14.18¹⁰³ aunque la alineación de roca bajo el muro 14.17 sugiere que éste continuaba hasta enlazar con el 14.18. El acceso al complejo estructural IIIc se daría así en dirección oeste-este.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IIIc

Como ya hemos apuntando con anterioridad uno de los elementos más interesantes de este espacio sería la articulación de estructuras al sur. El debate sobre si este espacio estaría cubierto o no se cierra cuando en esta área se documenta un mínimo de tres estructuras de techumbre, nos referimos a una serie de hoyos de postes alineados entre sí con una orientación de sur-norte (20.13, 20.14 y 20.15). El primero (20.13) de ellos es el que se

¹⁰³ En este caso no procedemos a realizar el análisis estructural de estas estructuras o muros ya que estos se han asociado directamente con la Casa IV, actuando en este caso como estructuras delimitadoras mientras que en la Casa IV son elementos físicos que definen la articulación de esta Unidad Habitacional. Por todo ello realizaremos su análisis estructural cuando tratemos la problemática de la Casa IV.

encuentra más alejado. Presenta una forma casi pentagonal y en su exterior es rodeado por una serie de lajas de pizarra de mediano tamaño hincadas. En segundo lugar y ocupando una posición más central, se halla la estructura 20.14. Al contrario que en el caso anterior, éste presenta una forma circular y está excavado en la roca. No se han podido documentar los calzos externos ni internos. En último lugar, ocupando una posición más al norte y cerca del Complejo Estructural IIIb, encontramos el tercer y posiblemente el último hoyo de poste de este espacio, la estructura 20.15. En este caso, la estructura no está compuesta por un hueco en la roca sino por una serie de piedras irregulares (tres concretamente) que apoyan directamente sobre la roca, colocadas formando un cuadrado abierto hacia el norte. Este hoyo de poste está alineado con los dos anteriores en sentido norte-sur y oeste, respectivamente.

Más al suroeste, y adosada a la estructura 14.17, encontramos la 20.12 que presenta unos rasgos poco definidos si bien, a pesar de su estado tan precario, se puede observar que tiene una forma oval o circular y está compuesto por lajas hincadas. Esta estructura ha sido interpretada como parte de un banco adosado, sin embargo, si tenemos en cuenta las pautas constructivas de las personas que habitaron este poblado argárico, parece responder más bien a un silo o contenedor. A esta hipótesis le acompaña el hecho de que estemos ante un espacio cerrado, provisto de techumbre que propiciaría la realización de una serie de actividades como es el almacenamiento de alimentos, aunque la carencia de restos culturales no nos permite apuntar hacia una u otra hipótesis.

En el extremo opuesto, nos referimos a la parte norte, adosado a la estructura de compartimentación entre el Complejo Estructural IIc y IIIc se halla con otra estructura en forma de saco (circular) excavada en la roca, la 20.17. Todo parece apuntar que en este caso sí nos encontramos ante un silo o contenedor.

c) Análisis Contextual (Fig. 20 y 21)

Estratigráficamente, este espacio contenía un relleno sedimentario escaso, habiéndose documentado a nivel superficial escasos elementos materiales y ecofactuales. Tan sólo cabe mencionar los restos de fauna (nº 20.313) y fragmentos de mineral de cobre (nº 20.322).

La US 20.2, corresponde con el derrumbe de adobe y tapial. Al igual que en el caso anterior se trata de un relleno muy pobre, con escasa cultura material. Destacar la presencia de un fragmento de quesera (nº 20.327-1) que pone en relación este espacio con los complejos estructurales IIIa y IIIb; y los restos de dos ollas decoradas. La primera de ellas se trata de una gran olla de perfil ovoide, paredes abiertas y borde recto, con un pequeño estrechamiento y una ligera inflexión del cuerpo con decoración incisa en el borde y pequeños mameloncitos en el arranque de esta ligera inflexión (nº 20.326-6) (Fig. 27: 6). La segunda, consiste en un fragmento de una olla simple de borde abierto y decoración incisa en labio (nº 20.326-11) (Fig. 27: 2). Por último un cuenco semiesférico con decoración (nº 20.334). No obstante, debemos decir que a pesar de que el material cerámico reconstruible es muy escaso, si hemos encontrado fuertes cantidades de restos cerámicos pertenecientes a bordes, fondos y cuerpos de diferentes elementos, pero todos ellos se encontraban tan fragmentados que nos ha sido imposible determinar su morfología y tipología.

Por su parte en la US 20.3 no se constata en este espacio, por lo que no ha sido posible asociar ningún resto material a esta Unidad sedimentaria.

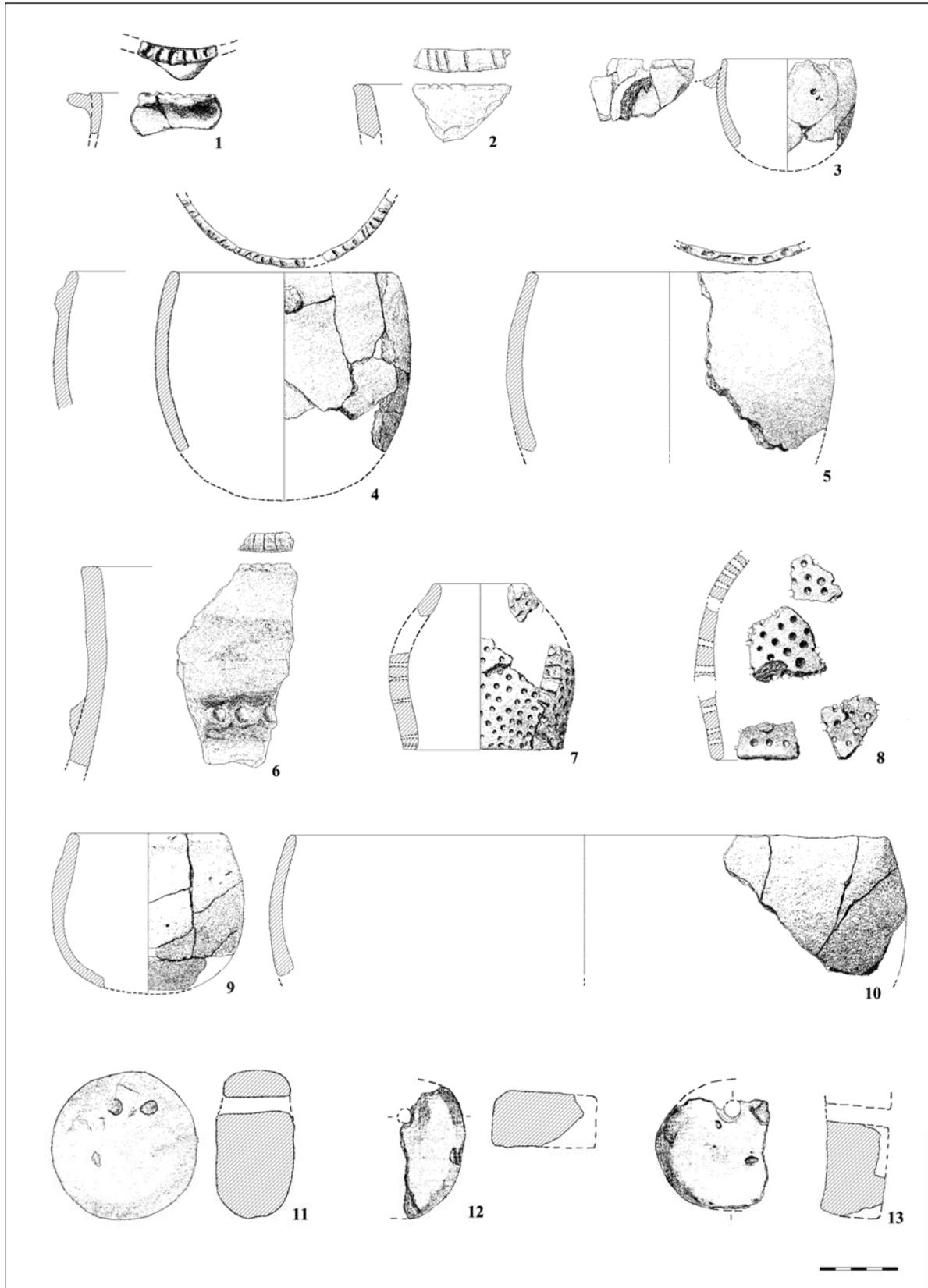


Fig. 27. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos y la producción textil recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).

Sin embargo, lo más interesante de este espacio es el contenido de la estructura 20.17 (US 20.7) que ofreció además de fragmentos de mineral de cobre (nº 20.328 y 20.333) restos de semillas (nº 20.329-1).

V.3.3.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

En algún momento de la investigación se llegó a pensar que esta vivienda podría formar parte junto con la casa IV de una única vivienda (Contreras *et al.*, 2000: 274-69). Sin embargo, tras haber realizado el análisis detallado de la misma, tanto a nivel estructural como funcional, pensamos que esto no es así, dado que ésta contiene unas características funcionales y constructivas que son particulares no sólo en la Terraza Inferior sino en el resto del poblado.

Así pues, y dadas las características que presenta la cultura material como las dataciones realizadas sobre materia orgánica carbonizada podemos fechar esta vivienda en la fase de ocupación IIIA (entre el 1770/1800 y el 1700 A.C y el 1500 A.C.). Presenta, como tres de las cuatro viviendas de la Terraza Inferior, una forma rectangular orientada en sentido este-oeste, aunque en este caso su extremo occidental se abre hacia el sur conformando un gran espacio de aproximadamente unos 25 m². Como sucede con el resto de viviendas de esta terraza, la fuerte actuación del pantano del Rumblar ha hecho desaparecer todo su flanco occidental, concretamente, su cierre pero a la vez su entrada y vía de comunicación con el resto de viviendas de esta zona. En conjunto representa un gran espacio totalmente acondicionado y construido para su habitabilidad que alcanza los 55'60 m².

Puntualizamos el rasgo del acondicionado porque en esta vivienda, al contrario de lo que sucedía en la casa I y II, sus constructores si decidieron realizar modificaciones parciales de las alineaciones de la roca para su mejor y mayor acondicionamiento y conseguir diferentes espacios sociales y diferentes estructuras funcionales. En este mismo apartado pero en las casas anteriores, ya hemos indicado que a pesar de encontrarnos en una de las zonas más llanas de todo el poblado, el afloramiento rocoso se presenta en forma de recortes, salientes que si no son modificados y acondicionados determinan en gran medida el espacio y su organización. Pues bien en esta vivienda si documentamos esta práctica. Decidieron y tomaron la decisión de aprovechar los diferentes salientes de la roca para construir diferentes estructuras y establecer dos ambientes principales en el interior de este espacio. Estos trabajos de reutilización y acondicionamiento del espacio se documentan sobre todo en la zona oriental de la vivienda o complejo estructural IIIa. Dichos trabajos consistieron por un lado, en la construcción de un gran banco longitudinal (20.8) sobre el que giraría gran parte de la carga productiva de esta casa aprovechando el saliente de banco de roca sur (orientado en sentido este-oeste) y, por otro, en la edificación en otro saliente de roca, de similar características al anterior, pero en este caso orientado en sentido norte-sur, de un pequeño tabique, escalón o incluso un banco (20.4) encargado de separar el gran espacio central de esta vivienda en dos ambientes relacionados entre si. Por tanto, estamos ante una situación similar a la descrita para la Casa II, concretamente en la habitación IIa con la estructura medianera 21.5. Aunque no podemos precisar exactamente como fue concebida en el momento de su construcción, si podemos indicar que, cuando menos, se trata de un murete alzado a partir del recorte de la roca sobre la que se disponen una serie de lajas de pizarra plana a modo de nivelación, lo que nos indica que su alzado no llegó en ningún momento a estar en contacto con la techumbre que cubría todo este espacio. Esto es importante porque, aunque se trata de un tabique medianero

lo idearon de tal manera que en todo momento permitiera tener un acceso directo y visual entre el espacio más oriental y el centro de esta vivienda, a la vez que tuviera una funcionalidad respecto al conjunto de actividades que se iban a desarrollar en el interior de esta vivienda.

Así pues esta estructura (20.4), junto con la prolongación hacia el oeste del banco 20.5, nos dejan claro que el tránsito entre el CE IIIa y el IIIb sería fácil y que ambas estancias estaban relacionadas entre sí a nivel funcional, espacial y social. Por ello, pensamos que ambas o dichas estructuras (20.4 y 20.5) son el resultado de una estrategia de planificación y organización del espacio, pensadas por sus constructores como estructuras compartidas encargadas de relacionar entre sí dos ambientes marcados, probablemente, por actitudes, conductas y actividades diferentes, pero determinados por el marco relacional que genera el tratarse de un grupo familiar. Por su parte, la estructura 20.4 es un claro ejemplo de la perfecta adaptación a las condiciones del terreno como de la idea de aprovechar al máximo el espacio y las estructuras. En este caso, no les importa mantener las características de la roca porque a cambio ganaban dos espacios funcionales interrelacionados y complementarios y una estructura para el soporte de una gran cantidad de actividades. De esta manera, los constructores y constructoras de esta vivienda conformaron un gran espacio social y cotidiano de carácter homogéneo e interrelacionado espacialmente.

Otro rasgo distintivo de esta vivienda con respecto a las casas anteriores es que todo apunta a que se encontraba provista de techumbre en todos sus espacios. Esto lo podemos confirmar en primer lugar por la presencia de hasta cuatro hoyos de poste. Ellos se localizan en la parte más occidental de este espacio mientras que un tercero se encuentra en el límite de esta zona con el área central de la casa, y un último se ubica en el centro de esta gran zona central (IIIb). La presencia de al menos dos de los cuatro hoyos de poste en el CE IIIc nos hace pensar que la entrada de esta casa pudo estar techada a modo de porche, lo cual sería lógico, si tenemos en cuenta la abundante cantidad de restos de materia orgánica carbonizada documentada en los depósitos arqueológicos del CE IIIc, al contrario de lo que parece suceder en la Casa II, donde debido al origen de las estructuras, la ausencia del nivel de derrumbe de adobes y la forma abocinada del CE IId nos inclina a pensar en una entrada descubierta o semicubierta aprovechada para la realización de diferentes actividades relacionadas con la producción metalúrgica, el servicio y el consumo de alimentos, etc. Aunque en el extremo oriental (CE IIIa) no se hayan localizado restos constructivos de estos elementos de sujeción, no implica que este espacio estuviese descubierto, ya que sobre el suelo de ocupación se ha documentado perfectamente el derrumbe de adobes y piedras provenientes de la techumbre, el cual estaba acompañado de abundantes restos de materia orgánica carbonizada. La razón de la ausencia de estos elementos en este espacio puede ser debida a la proximidad (entre 2 y 3 m.) que presentan las estructuras de cierre de esta vivienda (al sur la 20.3 y al norte 20.1), pudiéndose colocarse las vigas de madera de dicha techumbre de lado a lado soportados directamente por el alzado de ambas estructuras sin necesidad de tener un soporte central. En la recuperación del registro arqueológico de este espacio se han documentado abundantes restos de carbón y materia orgánica carbonizada que ratifica nuestra hipótesis.

Hemos señalado este aspecto ya que para nuestra interpretación es fundamental el hecho de que un espacio se encuentre o no techado, dado que, como podremos observar, en el conjunto del poblado, su imposición (como observaremos posteriormente) incide directamente sobre el tipo y el desarrollo de las actividades que tuvieron lugar en ella, con lo cual este aspecto determina en cierta medida el desarrollo de la vida cotidiana.

En último lugar, respecto a la organización del espacio de esta vivienda debemos apuntar la construcción de una serie de estructuras que conllevan una implicación muy fuerte en el carácter, la conducta y las relaciones sociales y de género de las gentes que habitaron esta vivienda. Nos referimos a la imposición de dos estructuras tipo cista (sepultura) y dos enterramientos más localizados en el interior de recipientes cerámicos, concretamente, ollas localizadas sobre lo que podría ser un auténtico poyete de cocina, la estructura 20.5. Las primeras dos estructuras se ubican en las esquinas norte y sur del espacio oriental (CE IIIa) mientras que las segundas se embuten directamente sobre el banco longitudinal (20.5) que une el espacio social central con este extremo oriental.

Como podemos observar, respecto a estas estructuras lo primero que llama la atención es que todas las tumbas localizadas con certeza se sitúan en la zona oriental, la más alejada de la entrada y junto al gran muro de fortificación que sirve de límite al poblado al este. Antes de afirmar o lanzar algún tipo de hipótesis debemos tener presente que esta zona es la mejor conservada en la mayoría de las casas de la Terraza Inferior, salvaguardada por la propia entidad del muro de cierre como por la dirección de los embates del agua del pantano. Si bien, es cierto que esta actitud presenta una constante en la mayoría de la Terraza Inferior, sobre todo, en esta vivienda y en la siguiente (casa IV) en las cuales ha sido posible su determinación.

Todo apunta que al menos la estructura-cista 20.27 no fue construida desde el primer momento de vida de esta casa sino a lo largo de ésta. Este hecho lo podemos constatar dado que se adosa a la cara externa de la originaria estructura 20.5, la cual arrancaba desde el extremo occidental, en el CE IIIb y prácticamente finalizaría chocando contra el muro de cierre del poblado en el extremo oriental. Sin embargo, en este caso nuevamente la construcción de una sepultura marca y determina la organización y uso del espacio. Su construcción supuso en cierta medida la pérdida de la utilización del extremo oriental del banco longitudinal 20.5. Éste, en cierta medida, quedó inutilizado y sustituido a nivel funcional por la propia cubierta de la sepultura 9. En este caso sabemos que el espacio físico ocupado por esta estructura-cista no estuvo con anterioridad destinado a la imposición de otra estructura como podría ser un hogar o similar, como si ocurriese en la casa 2 con la estructura 21.7, porque esta estructura se levanta directamente sobre el nivel del suelo de ocupación y no se han documentado indicios de ninguna índole para apuntar lo contrario. A su vez, esta construcción también compacto muchísimo el espacio, pero en todo momento mantuvieron la armonía constructiva recreando un espacio heterogéneo respecto a la construcción de estructuras, totalmente homogéneo en cuanto a su ubicación. Ciertamente, perdieron un espacio y parte de una estructura que actuaba como soporte para el desarrollo de diferentes actividades, pero a su vez construyeron otra nueva.

En el caso de la sepultura 11 (20.16) tampoco podemos precisar el momento de su construcción pero, en este caso, al contrario que en la casa II, parece que sus constructores desde el momento en que idearon este espacio, pensaron cual iba a ser la utilidad de esta esquina formada por las estructuras de aterrazamiento 20.3 y 20.2. Esta sepultura se encuentra totalmente encajada y circundada por dos estructuras construidas desde el primer momento de vida de esta casa, el banco longitudinal 20.8 (al oeste) y la estructura y contenedor de grano 20.6 (al norte). Además si tenemos en cuenta que se trata de una estructura excavada en la roca lo que implica su vaciado y acondicionamiento, que sería mucho más fácil de realizar en los primeros momentos, cuando aún no estaba configurada completamente la vivienda. Así pues, estas características constructivas nos indican que, posiblemente, su construcción se realizaría de forma paralela a las modificaciones de los salientes del afloramiento rocoso en el

momento de la construcción de la 20.8 y 20.4. Unido a su momento constructivo, planteamos otra cuestión y es el hecho de que en su interior solo se han recuperado restos óseos pertenecientes a un individuo infantil, pero en realidad ¿esto fue así o por el contrario contuvo más de un individuo?, puntualizamos este hecho porque en el poblado de Peñalosa los niños y niñas no suelen ser enterrados en cistas sino en *pithos* o grandes contenedores cerámicos. Cuando aparecen en estructuras como cistas o covachas estos se encuentran acompañados de un adulto (hombre o mujer indistintamente) sin embargo, en este caso si esta sepultura fue construida exclusivamente para albergar a este individuo infantil de corta edad (3 años \pm 12 meses) exclusivamente acompañado de restos de semillas y alguna gota de metal producto de los procesos de filtración, a los procesos postdeposicionales y al conjunto de actividades productivas desarrolladas en sus inmediaciones, seguramente, sobre esta misma estructura. Con todo ello lo que queremos decir es que esta sepultura pudo ser “violada” tras su abandono, removida y saqueada pudiendo en su origen contener otro individuo y elementos de ajuar o bien la pregunta sería, si este individuo infantil fue uno de los individuos que en primer lugar se entierran en esta casa, marcado por unas características determinadas por el tipo de sepultura, ¿podemos pensar en características especiales en cuanto a su tratamiento? y ¿por qué?.

Precisamente, este tipo de enterramiento (infantil en el interior de un *pithos*) se localiza en la estructura 20.5. Las características de los dos enterramientos localizados al este de esta estructura nos marcan una serie de particularidades que nos determinan, sobre todo, el carácter, la consideración y la valoración de los individuos infantiles cuando menos, en esta vivienda, pero como observaremos en el conjunto de este poblado, donde tienen una altísima presencia en el registro funerario. Concretamente, sobre esta estructura se localizan dos enterramientos, el 15A y 15B. Ambos se encontraban en unas oquedades creadas y construidas posteriormente a la construcción del banco longitudinal 20.5, depositados en el interior de dos recipientes cerámicos muy característicos que se relacionan con la preparación de alimentos, las ollas.

La primera de estas inhumaciones ocupaba la parte central de la estructura 20.5, (denominada como 20.5a). Los restos humanos del individuo infantil de unos 3 años \pm 12 meses, aunque escasos ya que consistían sólo en restos mandibulares, se encontraban en el interior de una olla ovoide de paredes rectas, entrantes y finas con el fondo convexo y acompañado de una tapadera de pizarra. Por su parte, el segundo enterramiento (15B) se localizaba al este de la primera. En este caso, el receptáculo también se trata de una olla ovoide de medianas dimensiones de paredes rectas y salientes, el cual se encontraba cubierto o cerrado por una tapadera de pizarra recortada (Lám. 107). En su interior, se recuperaron diferentes piezas dentarias que pertenecían a un individuo infantil de unos 3 años \pm 12 meses.

La localización y relación de estas inhumaciones son muy significativas. En todo el espacio de la casa se localizan cuatro individuos enterrados, tres de ellos se tratan de menores de 3 años mientras que un cuarto consiste en una mujer madura. Esto ha sido podría hacer pensar que los enterramientos infantiles se encuentran en relación directa con la mujer, indicándonos su analogía y la importancia del lazo familiar existente entre ellos. Sin embargo, si esto fuese así es curioso que el enterramiento de la mujer sea individual cuando en otros casos en Peñalosa esta estrecha relación queda atestiguada por su enterramiento conjunto. Esto nos inclina a pensar en la función social y consideración que los individuos infantiles como seres individuales tendrían en el conjunto de este grupo humano. A pesar de que se trata de enterramientos carentes de ajuar, elementos que generalmente han sido utilizados como componentes diferenciales de la posición social de los individuos, lo cierto es que el hecho de

su propio enterramiento en sociedades como ésta, donde no todos los individuos recibieron sepultura, es muy significativo, dado que nos demuestra la relación y la valoración de estos pequeños individuos como parte integrante del grupo. Su inhumación no es sólo señal y producto de la toma de decisiones por parte del grupo sino que además es indicación de unas determinadas formas de entender la vida y la muerte y, de una manera particular, de recrear y construir sus relaciones sociales de género.

Por otro lado, también nos gustaría incidir en un hecho particular y es en la ubicación de las mismas. Estas sepulturas se localizan en una de las zonas de mayor actividad social y humana de la casa. Esto también es muy significativo ya que nos refleja el sentido de pertenencia a un grupo, su pérdida no supone su olvido porque la comunión entre la vida y la muerte va más allá de una barrera, de un espacio o de una estructura. En Peñalosa, como en el resto de poblados de la cultura argárica, las sepulturas se encuentran perfectamente integradas en las viviendas, en los espacios sociales, formando parte de su cotidianidad. Este aspecto no es sólo significativo de la importancia que para los habitantes de ésta tenían sus difuntos sino también porque nos muestra el espacio social de la vivienda como lugar central en el que se empiezan a reconocer determinadas identidades y éstas influyen directamente sobre la conceptualización y organización de su espacio cotidiano, como hemos observado en estas dos sepulturas y las anteriores.

Como podemos observar, los constructores y constructoras de esta vivienda pensaron muy bien cómo y cuál iba a ser la función social de esta casa. Acondicionaron un gran espacio y lo dotaron de toda una serie de espacios interrelacionados entre sí a todos los niveles. Como sucede con el resto de viviendas de la Terraza Inferior, ésta se caracteriza por presentar un gran espacio central compartimentado y dividido en dos ambientes (IIIa y IIIb) entorno a los cuales giraría gran parte de su vida cotidiana. Dicha zona, como decimos, se encontraba separada físicamente por la estructura 20.4, la cual no era en ningún momento un impedimento para su relación. A su vez, el espacio central (IIIb) estaría comunicado directamente, dado que no se ha documentado ningún elemento que dividida estos dos espacios. Con lo cual nuevamente tenemos una casa compuesta en este caso por tres estancias, habitaciones o unidades sociales interrelacionadas entre sí a nivel social, económico y humano. En su interrelación conforman una vivienda, un espacio social compacto y homogéneo tanto a nivel estructural como espacial que responde perfectamente a la ideación de la planificación urbanística de la Terraza Inferior.

Así, nos encontramos con una vivienda unifásica, constatándose solo un suelo de ocupación sobre el que se disponen *in situ* un amplio conjunto de restos culturales que nos permite, a través de su interrelación y asociación con el conjunto de estructuras que compone su espacio, reconstruir en gran medida el desarrollo de la vida cotidiana de este grupo social. La rápida caída de la techumbre junto con el abandono repentino de este contexto doméstico, originó que su suelo de ocupación se conservase en buen estado de conservación, manteniendo gran parte de su cultura material *in situ*. Esto nos permite poder establecer criterios conductuales de estas personas en el interior de este espacio, así como, determinar las relaciones funcionales del mismo y de las estructuras, marcadas por la distribución de la cultura material como restos de las tecnologías pasadas. En definitiva, nos permite acercarnos a observar como sería la vida cotidiana de este grupo social y las relaciones de género que en su marco se desarrollan.

Una de las actividades que mayor representatividad tiene en este espacio es sin lugar a duda el almacenamiento. Al menos podemos hablar de dos grandes zonas donde esta

actividad tuvo una incidencia muy importante. Una de ellas es en el extremo oriental de esta casa mientras que la otra se localiza en el centro de la vivienda asociada al pavimento de lajas planas documentado en el mismo espacio.

Nuevamente serán las semillas de cebada vestida (43%) las que predominen sobre el trigo (3%) equiparándose prácticamente a la presencia de plantas silvestres y malas hierbas (54%). En Ésta área no sólo localizamos elementos que nos indican la realización de esta práctica sino también contamos con estructuras y cultura material que evidencian que esta misma zona se llevaría a cabo, principalmente, la molienda del cereal.

Con respecto a la primera de las actividades, el almacenamiento, debemos decir que en este caso, al contrario que en la caso II, no contamos con un espacio dedicado exclusivamente a su realización, sin embargo si existen determinadas áreas y estructuras relacionadas con dicha actividad. La mayor parte del almacenamiento se desarrolló en el banco 20.8, sobre el cual y en sus inmediaciones, se ha documentado toda una serie de grandes contenedores, que tras observar su disposición y asociación nos atrevemos asociarlas directamente con esta estructura (Ver análisis anterior). La primera de las orzas fue localizada sobre la estructura 20.6. La disposición en la que se documento esta orza, nos indica que fue tras su abandono y posterior caída de la techumbre, cuando se desplazó hacia la estructura 20.6. Así explicaríamos el hecho de que su cuerpo inferior se encontrase prácticamente en los pies del banco 20.8, siendo el borde el que apoya sobre la 20.6. En este caso se trata de una orza de medianas dimensiones de paredes rectas y ligeramente verticales con decoración impresa en el labio. La segunda localizada se encontraba en el extremo oriental de este banco, entre esta estructura y la estructura funeraria 20.16. En este caso la boca del contenedor miraba hacia el este y su fondo se disponía sobre este mismo extremo de la estructura 20.8. Esto nos hace pensar que se desplazó desde el borde oriental de esta estructura quedando encajada entre ésta y la 20.16. Se trata de una gran orza de perfil ovoide, honda de borde marcado y saliente y fondo plano. En tercer lugar encontramos una nueva orza de cuerpo globular, borde recto y fondo plano orientada en sentido sur-norte. Nuevamente la orientación que presentaban en el momento de su localización nos hace apuntar que se encontraban dispuestos sobre el extremo oriental del banco 20.8. Asociadas a estos tres grandes contenedores encontramos tres grandes tapaderas de pizarra recortada, las cuales serían las encargadas de proteger y mantener su contenido, que como decimos, se trata principalmente de cebada y restos de malas hierbas producto del momento de su recolección y posterior limpieza acontecida previamente a su almacenamiento. Estas semillas no fueron localizadas como parte de su contenido interno pero su asociación nos la marca el hecho de que fueran recogidas entre el propio sedimento de estos grandes contenedores y en sus inmediaciones. La escasa presencia de malas hierbas junto con la ausencia de elementos derivados de la criba fina nos lleva a pensar que la limpieza anterior a su almacenamiento y el acondicionamiento general de las semillas se pudo llevar a cabo en otras zonas del poblado, a las afueras de la vivienda, o bien que dicho cereal cuando llegase al poblado ya fuese limpio (recordemos que no se ha conservado este extremo de la vivienda). Con la caída de estas grandes orzas su contenido quedó esparcido por toda la zona oriental lo que nos indica, como ya hemos apuntado a lo largo de esta tesis doctoral, que el almacenamiento del grano del cereal se realiza en los grandes contenedores cerámicos y no en las estructuras de lajas hincadas.

Si bien, éstas no son las únicas señas de esta práctica de almacenamiento con respecto a esta estructura (20.8). En el extremo sur de este banco y apoyadas directamente sobre él y sobre el muro trasero 20.3 se localizaron dos orzas más) de similares características a las anteriores, pero en este caso se encontraban acompañadas de diferentes piedras de molino

barquiformes de medianas dimensiones y un pequeño cuenco esférico de tendencia parabólica y fondo plano. Esta asociación nos recuerda en cierta medida a lo que ocurría en el caso anterior con el cuenco semiesférico localizado en el interior del silo de la casa II. En aquel caso apuntábamos la hipótesis de que dicho elemento cerámico estuviese relacionado con el aprovisionamiento del cereal desde el interior de dicha estructura de almacenamiento. En este caso podría ser una situación similar, dado que en asociación a estos elementos no hemos recuperado más ejemplares de estos pequeños recipientes generalmente relacionados con el consumo de alimentos. Sin embargo, preferimos ser cautos y simplemente apuntar la posibilidad ya que el cuenco no se encontraba directamente en el interior del contenedor. Pero lo cierto es que es mucho más manejable y efectivo obtener el grano de cereal con un recipiente y depositarlo sobre el molino, aunque esta acción también se podría realizar directamente con las manos

Las características constructivas de este banco eran las más propicias para realizar directamente el proceso de molienda y así pensamos que sucedió. El hecho de que hayamos localizado diferentes manos de molino y piedras de molino dispuestas directamente sobre esta estructura y en asociación con las orzas anteriormente expuestas, demuestra claramente que sobre la misma se realizaría la molienda del cereal. Por otro lado, también debemos apuntar la asociación de esta actividad sobre esta estructura con la trituration del mineral. Aunque los restos de mineral de cobre, escoria y metal en esta casa son muy escasos lo cierto es que los pocos restos documentados parece que se concentran en el entorno de esta estructura. Básicamente, se han documentado restos de mineral lo que podríamos asociarlo con la primera fase de trituration antes de su reducción en vasijas-horno. Sin embargo, donde pensamos que esta actividad (la molienda) tuvo mayor incidencia fue en el entorno de la estructura de lajas hincadas 20.6. Ésta se trata de un gran contenedor formado a partir del recorte de la roca y recubierto por la disposición en vertical de lajas de pizarra de gran tamaño lo que le ocasionó una forma curva o embudo en su fondo. Si bien, sobre su extremo oriental se localizó una fuerte concentración de piedras de molino de medianas dimensiones y en todos los casos de forma barquiforme junto a las respectivas manos de moler y otros elementos en piedra, como alisadores. En íntima relación con esta estructura también se localizaron grandes contenedores, pero en este caso no se ha podido determinar restos de semillas de cereal asociadas a su contenido. Esto nos podría indicar que estos grandes recipientes (orzas) se encontraban vacíos como consecuencia de haber realizado la molienda de todo su contenido.

Por tanto, con toda esta documentación arqueológica podemos reconstruir prácticamente como se desarrollarían o llevarían a cabo estas actividades. Generalmente, las orzas con cereal se dispondrían directamente sobre el banco 20.8. Así, en algunas ocasiones el cereal se procesaría sobre esta misma estructura, probablemente cuando se necesitara una cantidad menor de esta materia prima para el consumo y, en otros casos, dichas orzas serían trasladadas hasta las cercanías de la estructura de lajas hincadas 20.6 donde se molerían los granos de cereal depositando directamente su resultado en el interior de esta estructura, desde donde nuevamente sería recuperado para ser depositado en los diferentes recipientes para su procesamiento y cocinado en sus diversas variantes.

Si bien, éstas no serían las únicas zonas donde esta actividad tuvo presencia. En la zona central de esta vivienda, concretamente, sobre el pavimento de lajas planas (20.9), también se documentaron ejemplos de orzas apoyadas directamente sobre este pavimento y en el alzado del banco 20.9. Al contrario que en los dos casos anteriores, no se documentan elementos asociados con la actividad de molienda a pesar de que ésta bien pudo realizarse

sobre el propio banco 20.9. Este hecho nos ratifica en nuestra hipótesis de que dicha actividad sólo tuvo lugar sobre el banco 20.8 y en las inmediaciones de la estructura 20.6. Aunque es cierto que en la cista 29.11, una estructura de lajas hincadas posiblemente destinada al almacenamiento de cereal, en el momento de su documentación se encontraba vacía, la cual pudo estar acompañada en esta actividad por la estructura 20.10, la cual pudo ser utilizada como soporte para la colocación de las diferentes piedras de molino que se han documentado desplazadas. Ésta no es una hipótesis descabellada si tenemos en cuenta que, en el interior de lo que debemos definir como una estructura circular excavada en la roca un poco más al oeste, se localizaron algunos de restos de semillas de cereal junto con malas hierbas, lo cual nos induce a pensar de que se trate de una posible estructura de almacenamiento (silo?). Sin embargo, manteniendo la tónica de esta tesis doctoral, dado que carecemos de restos arqueológicos que nos certifiquen esta asociación no realizamos su asignación sino que simplemente señalamos su posibilidad.

En base a esta actividad podemos extraer diferentes reflexiones en cuanto a su desarrollo y procesamiento. La primera, sería que su procesamiento se realizaría en diferentes áreas y con probabilidad, paralelamente, en el tiempo, dada la proximidad de ambas estructuras relacionadas con esta actividad de molienda (20.8 y 20.6). Esto a su vez nos lleva a pensar que serían varias las personas (generalmente, las mujeres de este grupo social) encargadas de realizar esta actividad, tenor de la abundancia de piedras de molino y sus respectivas manos de moler localizadas en contextos de uso y no de reutilización.

En último lugar, el hecho de que en su mayoría se traten de molinos de medianas dimensiones nos lleva a plantear la idea de su movilidad y adaptabilidad a la vez que pensamos que esta actividad de molienda sería desarrollada día a día por lo que determinaría parte de la vida cotidiana de las personas a su cargo. Éstas tendrían que emplear una cantidad de su tiempo, esfuerzo y energía para conseguir un subproducto lo más aceptable posible para su posterior consumo. Recordemos que realizar esta actividad en molinos de medianas dimensiones incrementa el tiempo de su proceso (ver cap. III.3). Este tiempo y, por su puesto, esfuerzo estaría en consonancia con la cantidad que se quisiera obtener que generalmente estaría en función de los comensales, dado el subproducto obtenido no tiene una buena conservación en el tiempo.

En íntima relación con estas estructuras, espacios y restos materiales localizamos otro tipo de recipientes que nos informan de la fase de procesamiento de alimentos y su cocinado mediante diferentes técnicas de preparado, volviéndose a repetir así un patrón de comportamiento que ya hemos indicado en las casas anteriores.

Directamente sobre el banco 20.8 no hemos localizado aquellos recipientes relacionados con la preparación y el cocinado de alimentos, sin embargo, debemos destacar el hallazgo de una olla globular, honda y plana, de paredes gruesas y tratamiento superficial muy tosco que se encontraba totalmente encajonada en la esquina originada por la confluencia de las estructuras de aterramiento 20.1 y 20.2. Por el contrario, sí parecen tener una presencia más constante en las inmediaciones de esta estructura y la 20.6, concretamente en un pequeño espacio que queda entre ambas, donde se concentran, como ya hemos apuntado anteriormente, las grandes orzas sino también las ollas. Precisamente en este espacio se recuperaron dos ollas, una de ellas, de pequeñas dimensiones, es ovoide honda, de fondo plano y de gran altura, con el diámetro de la boca estrecho y el borde ligeramente entrante, de paredes gruesas y factura tosca; la otra, de mayor dimensión también es ovoide y fondo plano, así como otros ejemplares que parecen responder a la misma tipología (ovoide) pero de las que por desgracia

no se ha podido reconstruir su fondo. Sin embargo, lo que si podemos apuntar para todos los casos es que sus superficies exteriores presentan fuertes señas de su exposición directa al fuego.

Otra de las zonas donde documentamos estos recipientes cerámicos relacionados con el procesamiento y el cocinado de alimentos es sobre el banco 20.5 o, como también hemos denominado ya en alguna ocasión, poyete de cocina. Sobre éste se han localizado diferentes ejemplos de estas ollas, como dos ollitas ovoides de muy pequeñas dimensiones, paredes toscas y fondo convexo que presentan lo parece una pequeña asita, y una tercera de perfil simple. Concretamente, en asociación y relación con estos restos materiales se documentó uno de esos escasos elementos relacionados con la preparación de alimentos de los que tenemos escasa constancia en el conjunto de este poblado, nos referimos a un cuchillo de lengüeta de metal y un elemento denticulado de sílex. Si a este elemento le unimos los restos de manos de manos de moler, piedras de moler y restos de ceniza esparcidos por todo su alzado e inmediaciones podríamos llegar a la conclusión de que esta estructura se consolidó como un auténtico poyete de cocina. Donde no solo se procedió a la preparación y cocinado de diversos alimentos sino como veremos posteriormente a su servicio. Lo particular de esta estructura es que es precisamente en esta donde se documentan dos de los tres enterramientos infantiles (15A y 15B). Estas inhumaciones de individuos infantiles convivieron desde el momento de su deposición hasta el abandono de la casa con esta actividad, compartiendo espacio y estructura, estrechando aún más si cabe los lazos existentes de los miembros de esta vivienda. Esta asociación entre la muerte y una de las principales actividades de la vida como es la nutrición y el consumo alimentos nos lleva a pensar en diferentes aspectos: en primer lugar, la íntima relación que guarda esta actividad con dichos individuos infantiles inhumados hasta el punto de compartir espacio, estructura y recipientes; y, por otro, la íntima conexión que debían guardar los sujetos sociales encargados de realizar estas actividades de cocinado con los individuos inhumados que los mantuvieron a su lado tras su muerte. Con respecto a esta última apreciación decir que si etnográfica, histórica y actualmente estas actividades de cocinado son prácticas de producción mayoritariamente asociadas a las mujeres, podríamos pensar que dichos sujetos sociales serían los responsables de estos enterramientos, tomando la decisión de su inhumación. Esta posible asociación ha sido apuntada en cierta medida en otros ejemplos para el mundo argárico (Colomer, 2005).

En último lugar, otro de los lugares donde se localizan abundantes recipientes relacionados con esta actividad cotidiana, el cocinado, es en el entorno del pavimento de lajas planas 20.18, en el centro de esta gran vivienda. Concretamente, en su extremo oriental, en las proximidades con el banco 20.8 y cerca del conjunto de orzas mencionadas anteriormente, recuperamos hasta cuatro ejemplares de ollas, todas ellas presentan una misma morfología, ovoides y de fondo plano con señas de haber estado expuestas directamente al fuego. Quizás a éstas deberíamos unir los dos únicos ejemplos de ollas de características distintas, concretamente, se tratan de dos ollas globulares de mayores dimensiones recuperadas del interior de la estructura definida como basurero (20.19). Este aspecto es significativo, porque si consideramos que los materiales recuperados de esta última estructura son producto del desecho intencionado de los habitantes de esta vivienda, tenemos que pensar que su utilización cuando menos fue en paralelo a las ollas ovoides o, con mayor probabilidad, anteriores. Si fuese así, y su uso en esta práctica cotidiana hubiese sido anterior, nos haría pensar en un cambio del patrón de cocinado a lo largo de la vida de esta casa que incide en la técnica, los tiempos y en el tipo de alimento a preparar.

Así pues, en este caso particular también constatamos dos tipos de patrones culinarios, sin embargo, en este caso no parece coexistir en el tiempo. Esta sustitución o abandono de un patrón por otro tiene que tener un por qué. Probablemente, se pudo deber a una menor accesibilidad de los recursos o escasez de estos o, simplemente, aún cambio de los gustos culinarios de los habitantes de esta vivienda. Como decimos sea cual fuese la razón, el aspecto verdaderamente significativo es que estas diferentes formas de preparar y cocinar el alimento debió influir y determinar en mayor o menor grado las relaciones sociales entre los habitantes de esta casa.

A estos elementos debemos unirle el hecho de que las ollas ovoides presentan menores dimensiones que las globulares y en algunos casos se tratan de recipientes de pequeñas dimensiones, lo que nos indica una disminución de la cantidad de alimento procesado por recipiente cerámico, hecho que nos lleva a plantear dos cuestiones. Una primera que fuesen pocos los comensales y, una segunda, que su procesamiento se realizase en diferentes espacios coetáneos en el tiempo. Sin embargo, como en las casas anteriores, en esta tampoco hemos documentado claramente estructuras de hogar o combustión con las que podamos relacionar estos recipientes cerámicos, en cambio si hemos testado diferentes lentejones de ceniza sobre todo en la zona oriental, entre las estructuras 20.6 y 20.8 (Lám. 19) y en el mismo poyete de cocina 20.5, áreas donde se documentan gran cantidad de estos recipientes.

De esta manera podríamos relacionar directamente otra de las características que presentan estos segundos recipientes cerámicos, y es su exposición directa sobre las ascuas del hogar sin tener que utilizar ningún tipo de soporte dado que en todos los casos se tratan de ollas planas dotadas de gran estabilidad tanto al recipiente como al propio contenido. Sin embargo, la propia morfología de los recipientes también determina la accesibilidad al contenido, lo que puede implicar posiblemente una menor elaboración de los alimentos en contraposición de lo que podría suceder con el uso de las ollas globulares y paredes abiertas.

En resumen, los cambios bien pudieron ser producto de nuevos requerimientos sociales lo que debió implicar un cambio a su vez de las formas de organización del trabajo doméstico y de relación humana.

Respecto al tipo de alimento que debieron consumir en esta vivienda tanto los restos paleobotánicos como los propios recipientes cerámicos apuntan que tenían un carácter semisólido o líquido. En este caso vuelve a ser la cebada el principal cereal consumido, seguido desde muy lejos por el trigo. Sin embargo, debemos destacar un aumento de la presencia de otro tipo de alimentos como son las verduras y las plantas silvestres, por ejemplo, la *silene armeria* o la *cruciferae/trifoliae* que aún en la actualidad son muy utilizadas para la preparación de ensaldas. Completaron su dieta con aporte carnico tal y como queda constancia por los restos de fauna recuperados. Aunque, como en las casas anteriores, su presencia es escasa, sin embargo, en esta vivienda si nos es posible determinar diferentes aspectos. El primero de ellos se refiere a que el consumo preferencial parece girar entorno a la vaca mientras que se han recuperado escasos restos de otros animales como el conejo y los ovicápridos, aunque su presencia si está constatada. Y en segundo lugar, podemos puntualizar que las partes anatómicas más aprovechadas para el consumo tanto de la vaca como del conejo son las apendiculares (extremidades superiores e inferiores y torso) mientras que en el ovicaprido son las axiales (costillas y vértebras). La utilización de estas últimas partes anatómicas corresponden fundamentalmente a las tareas previas del fileteado de la carne para el consumo, así como probablemente a la preparación de los huesos para un proceso de cocción. Por su parte, las extremidades inferiores y superiores mientras que las

primeras son generalmente utilizadas para su exposición directa al fuego¹⁰⁴ mediante el asado (Sanz y Morales, 2000: 223-233). Precisamente, en la zona cercana a la estructura 20.6 se localizó el único resto de animal con señas de haber estado expuesto al fuego. Los investigadores que han realizado el análisis de los restos faunísticos han determinado que su exposición se debió deber cuando aún estaba rodeado de carne, dado que son los extremos los que presentan una mayor incidencia de esta actividad.

Todos estos alimentos se verían acompañados de otro tipo de alimentos como sería la fruta. Este aspecto también ha sido constatado entre el registro de esta vivienda, concretamente se trata de semillas de pera (*Pyrus*).

Con la intención de poder conocer un poco más y directamente desde el propio cuerpo de los individuos, dado que estos son los receptáculos de los cambios vitales y de los patrones sociales y de comportamiento, se decidió realizar análisis de oligoelementos (elementos traza) de la mujer madura localizada en el interior de la sepultura 9. Los resultados obtenidos nos muestran que sus niveles de vanadio llegan al 25.8 ppm. mientras que el valor medio es de 11.4. Estos valores permitirían diferenciar de forma significativa su patrón alimenticio ya que, respecto a otras mujeres de este mismo poblado, presenta casi el doble de este componente en su dieta. A este respecto los datos antropológicos permiten relacionar el vanadio con el consumo de lácteos y no con cereales o legumbres, porque las muestras con mayores contenidos de magnesio tienen bajos niveles de vanadio en contra de lo que cabría esperar de ser cierta la asociación de ambos elementos. Este resultado sugiere un consumo marcado, habitual y frecuente de leche o derivados lácteos. Precisamente, en este sentido debemos puntualizar la presencia de dos queseras (poco frecuentes en el registro de este poblado) entre el repertorio de la cultura material relacionada con la preparación de alimento de esta casa. Una de ellas se localizó en el centro de la estancia en relación con el conjunto de orzas y ollas ubicadas sobre y en las inmediaciones del pavimento 20.18., y un segundo ejemplar, como era de esperar, se halló sobre el poyete de cocina, al norte (20.5). Con lo cual, su indicación en el registro arqueológico lo tenemos a través de estos elementos, por lo que su práctica y desarrollo se debió realizar.

A su vez los niveles de zinc en esta mujer se encuentran también fuera de los niveles establecidos como normales, superando (4753 ppm.) con creces 415 ppm. los niveles considerados normales. Su posición nuevamente nos sugiere un aporte muy elevado de carne y claramente distinto del resto de muestras analizadas. Similar situación ocurre con el cobre. Este elemento se encuentra sobre todo en vísceras, moluscos, crustáceos y frutos secos y todos los niveles documentados entre los individuos analizados presentan sus niveles de cobre superiores a los detectados en la fauna, lo que nos indica, antes que nada, una homogeneidad entre la población de Peñalosa, sin embargo, nuevamente nuestra inhumada presenta 1127 ppm., lo que supone casi nueve veces el valor medio obtenido (139 ppm.) en la muestra analizada.

Si pudiésemos tomar como válidos y reales todos estos niveles presentados por esta mujer llegaríamos a la conclusión de que se trata de una persona alóctona al grupo y que se incorporó a este poco antes de su fallecimiento. Sin embargo, como nos han señalado los antropólogos físicos encargados de realizar este estudio, estos altos niveles de estos elementos

¹⁰⁴ Debemos tener presente que no siempre sucede que los huesos muestren la marca directa de su exposición al fuego, ya que la carne actúa como defensa evitando así la exposición directa del hueso mediante el proceso de cocción, brasa, etc. es por ello que generalmente percibimos quemaduras en los extremos no protegidos del hueso.

pueden ser la consecuencia y el efecto diagenético producido por los artefactos metálicos que componían su ajuar (punzón y puñal). Nuestra deducción se basa en que los niveles de cobre de las muestras sedimentarias no superan las 140 ppm. y, por tanto, no pueden ser la causa directa de la elevada concentración detectada en esta mujer. Esto, unido a que sus restos esqueléticos presentan una coloración verdosa (Robledo y Trancho, 1994; Contreras *et al.*, 1995) que afecta especialmente al borde alveolar y cuerpo mandibular, nos sugiere que elementos de cobre estuvieron cerca de su cuerpo. Así pues, aunque los datos obtenidos sean muy significativos no los podemos tener en cuenta en nuestro análisis general del poblado y en esta interpretación tampoco, por ello con respecto a la preparación de alimentos mantenemos lo apuntado con anterioridad, aunque en realidad no llega a contradecirse ya que la cultura material nos muestra fundamentalmente un consumo cerealístico, completado con plantas silvestres, fruta y carne, sobre todo, roja. Todos estos alimentos serían presentados, servidos y consumidos a través de una determinada vajilla.

La elección de una determinada vajilla doméstica para el servicio y consumo de alimentos puede ser entendida como reflejo de la identidad de un grupo familiar (Goldstein, 2003), siempre y cuando, se conciba el consumo como un acto cargado de significados normativos, más que como un mero acto biológico (Sánchez Romero y Aranda, 2005: 81; González y Picazo 2005: 142). Precisamente, en este sentido encontramos diferencias con respecto a las casa anteriores aunque se continua manteniendo una constante asociación de los recipientes cerámicos destinados a la preparación de alimentos con los recipientes destinados al consumo, aunque ello no signifique (como hemos explicado en el caso de la casa II) una relación directamente entre su lugar de preparación y servicio, dado que las ollas pueden y al menos así nos lo muestra en determinadas áreas donde la ausencia de restos relacionados con hogares o zonas de combustión no implica que dicha relación se rompa. Este aspecto ha sido interpretado en la Casa II como que la olla y su contenido podría ser tralado hasta su lugar de consumo que estaría distanciado del lugar de cocinado.

Así parece ocurrir con respecto a la estructura 20.18 (pavimento) donde se han localizado una gran cantidad de recipientes cerámicos relacionados al consumo de alimentos y estos relacionados con los de la preparación de alimentos. En relación a esta estructura se han localizado recipientes para el consumo tan diversos, como una paleta de pequeñas dimensiones junto con una olla ovoide de perfil simple y carente de decoración, recipientes decorados como un vaso o fuente con impresiones cortas formando un doble “zig-zag” tanto al interior como al exterior del borde; una fuente honda simple con impresiones de punzón circular en el exterior del borde. Pero, la variedad formal respecto a los recipientes de consumo es mucho mayor, así lo marca un vasito ovoide de fondo plano, de paredes gruesas y factura tosca; una cazuela honda de paredes abiertas y fondo aplanado con las superficies muy bien trabajadas y cuatro cuencos, parabólicos, semiesféricos, esféricos de pequeñas y medianas dimensiones, con el fondo convexo o plano. En todos los casos presentan sus superficies exteriores muy bien trabajadas a través de la técnica del bruñido.

El resto de las áreas donde se ha documentado esta actividad coincide, como ya apuntábamos anteriormente, con las dos zonas donde podría haberse realizado la preparación de alimentos. La primera de ellas se trata nuevamente de la estructura 20.5. En este caso contamos con cuencos parabólicos hondos y carenados de borde apuntado entrante con decoración de pequeños mamelones en la línea del borde, semiesféricos, etc., en definitiva todo el repertorio de recipientes utilizados en el consumo de alimentos. Además, debemos destacar el hecho de que sobre este mismo banco se documentaron dos cuencos de similares características, totalmente incrustados en el banco, lo que nos lleva a plantearnos si realmente

esta estructura fue utilizada para este menester o, si por el contrario, se trata de una estructura de soporte o como la hemos definido en varias ocasiones a lo largo de este texto, poyete de cocina, por lo que su funcionalidad sería albergar dichos recipientes. Si tenemos en cuenta la proximidad existente con la estructura 20.18 y 20.9 donde si se han documentado grandes cantidades de estos elementos podríamos pensar que esta estructura estuvo más bien destinada a la preparación de alimentos, mientras que su servicio y consumo se trasladó hasta dichas estructuras vinculadas a estas estructuras podríamos interpretar al banco 20.9 como una estructura ideal para el aposento mientras se está consumiendo dichos alimentos. Así, en parte explicaríamos el hecho de que en la zona central aparezcan restos de estos recipientes cerámicos como es el caso de diferentes cuencos de morfología diferente, casquete esférico y tendencia parabólica hondo, un cuenco semiesférico de grandes dimensiones y tendencia parabólica junto a un vaso carenado. También en esta zona relacionada íntimamente a la estructura norte 20.18 encontramos elementos decorados tanto en su interior como exterior del borde, todos ellos, como ocurriese en los casos anteriores, presentan un tratamiento muy cuidado de sus superficies.

Pensamos que similar situación debió ocurrir con la zona oriental, sobre todo, entorno a las estructuras 20.6 y 20.8. En párrafos anteriores ya hemos indicado que la imposición de las diferentes estructuras, entre ellas las dos sepulturas 9 y 11 condicionó en gran medida la organización espacial de esta área de la casa. Sin embargo, es muy significativo que en las inmediaciones y sobre este gran banco longitudinal se localizaran hasta tres ejemplares de fuentes. Una de ellas se localizó en el extremo sur de este banco apoyada sobre éste y el muro trasero 20.3. Se trata de una fuente carenada con decoración de impresiones de punzón en “zig-zag” junto al borde, presentando en la carena unas líneas cortas incisas en “zig-zag” de las que salen dos pequeñas líneas paralelas también incisas. Una segunda, localizada también sobre éste, se trataba de una fuente carenada plana de medianas dimensiones mientras que una tercera se localizó al este de este banco, sobre un saliente rocoso y en las proximidades con la estructura-cista 20.16. En este caso se trata de una fuente carenada de grandes dimensiones con la línea de carenación muy marcada y situada a media altura. El cuerpo superior es bastante cóncavo y el borde muy saliente, aunque se encuentra sin decorar, recuerda a las formas típicas sobre las que se utiliza la decoración “tipo Protocogotas”. Reseñamos estos tres ejemplares porque su utilización durante el proceso de servicio y consumo de alimentos nos permiten apuntar diferentes aspectos importantes en relación al tipo de relación social que se pudo dispensar en esta casa. Su utilización nos presenta una exposición directa de su contenido y, por lo tanto, una intención clara de la exposición del alimento. Es decir, la funcionalidad de estos elementos no consistía exclusivamente en contener el alimento sino en su exposición. Este énfasis en la visibilidad puede conllevar diferentes connotaciones, que los alimentos fuesen más elaborados, que estos se tratasen de alimentos más sólidos y que su consumo fuese comunal y no individual.

Sin embargo, en consonancia con estos elementos localizamos otro tipo de recipientes destinados también a esta actividad como son los cuencos semiesféricos, parabólicos de fondo convexo o plano de los cuales, uno de ellos presentaba en su fondo un rehundimiento que le daba una mayor estabilidad y seguridad tanto al propio recipiente como a su contenido.

Todos estos elementos nos marcan una serie de pautas de conducta y es que su asociación a determinadas estructuras, espacios y otra cultura material como son los recipientes cerámicos relacionados con el almacenamiento y preparación de alimentos nos indican que probablemente, en el mismo lugar donde se realizaban estas actividades, se realizase también el consumo de alimentos, haciendo uso para ello de las diferentes

estructuras utilizadas como soportes. Asimismo debemos destacar la asociación que se establece en la zona central entorno a la estructura 20.18 entre el almacenamiento, el servicio y el consumo (recordemos que en esta área no se ha documentado la preparación de alimento) con lo que podríamos apuntar la misma hipótesis que para el caso de la vivienda II, basada en que los alimentos una vez preparados serían trasladados hasta una zona determinada para esta actividad de consumo que en este caso, al contrario que en la casa II, podemos hablar de una zona central y, muy probablemente, común para el conjunto de los individuos de esta casa. Esto implicaría que no existirían diferencias sociales ni de género en el acceso a los recursos alimenticios.

Como hemos comprobado, todas las actividades relacionadas con las actividades de mantenimiento tiene una fuerte incidencia en la organización y el desarrollo de la vida cotidiana de este grupo social, sin embargo, al contrario de lo que sucede con otras viviendas, la producción metalúrgica y su interrelación queda poco reseñada dada la escasez de restos culturales vinculado con este trabajo. Si bien, se han podido constatar determinadas fases de este proceso productivo y tecnológico, como podría ser la trituración del mineral tanto en su primera fase como tras la reducción del mismo. Sus restos culturales son muy escasos impidiéndonos en determinados momentos poder determinar su proceso. Precisamente esta escasa presencia de cultura material asociada a la metalurgia del cobre es el rasgo significativo de esta vivienda con respecto a las dos anteriores y, como veremos en los análisis siguientes, con el conjunto del poblado. Sin embargo, se han podido determinar dos posibles áreas en las que se practicaría esta actividad, una de ellas asociada al banco 20.8 donde localizamos restos de mineral y algún fragmento de crisol.

Avanzando hacia el norte y ocupando el área central de la vivienda, continúan apareciendo aunque dispersos restos de mineral compartiendo espacio con el servicio y consumo de alimentos que se genera en este espacio y en sintonía con el pavimento 20.18. La dispersión de estos elementos parece dirigirse hacia el norte, en las cercanías del poyete de cocina 20.5 en el que se ha documentado metal calentado, junto algún resto de escoria. Recordemos que sobre esta misma estructura y asociados a ella se han recuperado diferentes manos de moler y sus respectivas piedras, lo que nos podría llevar a pensar que en esta zona se pudo realizar la trituración de la masa resultante de la reducción del mineral en las vasijas horno con el fin de separar los nódulos de cobre metálico de la escoria para su posterior fundición. Esta fase del proceso de producción de la metalurgia también parece realizarse al sur, sobre el banco 20.8 donde nuevamente encontramos (aunque escasos) restos de mineral de cobre a los que se les unen restos de escoria ligera.

Como podemos comprobar sólo hemos localizado parte del proceso metalúrgico en todo el espacio de esta vivienda y su relación con el conjunto de las actividades de mantenimiento se ciñe prácticamente a su asociación con la molienda con la que comparte tanto espacio como estructuras, mientras que en la zona central podría volver a repetirse el patrón de su asociación con el consumo de alimentos.

Esta escasa incidencia de la producción metalúrgica nos permite decir que básicamente la funcionalidad de esta casa fue el mantenimiento y cuidado del grupo social. Si bien, esto no implica que sus habitantes no participasen ni desarrollasen la actividad metalúrgica. Éstos pudieron desarrollarla en otros espacios o incluso viviendas, compartiendo con otros hombres y mujeres la realización de esta actividad productiva.

En esta vivienda contamos no solo con los objetos, los espacios y las estructuras y su interrelación sino que también contamos con otro tipo de elementos fundamentales para nuestro análisis y el estudio de las relaciones de género, los cuerpos sin vida de los difuntos de esta vivienda. Los cuerpos son indicadores directos de nuestros modos de vida, de nuestra manera de actuar y de relacionarnos entre nosotros y con los demás. En este caso particular contamos con un mínimo de 4 individuos de los cuales, tres son individuos infantiles que fallecieron entre los 2 y 3 años de edad, mientras que el cuarto se trata de una mujer adulta que durante su vida se vio afectada por una serie de patologías que determinaron no sólo sus condiciones de vida sino sus relaciones sociales.

Con respecto a los primeros, llama poderosamente la atención que nos encontremos con restos de individuos infantiles comprendidos entre unas mismas edades. En todos los casos oscila entre los 18 meses a 3 años de edad. Este periodo de sus vidas se caracteriza por un trance que puede llegar a determinar su supervivencia, el abandono de la leche materna para consumir otro tipo de alimentos. Y es aquí donde encontramos la respuesta a tal coincidencia, estos individuos infantiles, dada la edad que presentan, se debían de encontrar en el momento de cambio alimenticio o lo que es conocido como destete. Este momento es muy peligroso para la vida de los bebés porque exponía al individuo infantil a un incremento de infecciones bacterianas, virales o parasitarias, fundamentalmente, por la falta de higiene en la preparación de los alimentos, dado que su sistema digestivo e inmunológico no está totalmente formado que, junto con otro tipo de condicionantes, como una salubridad insuficiente, provoca una alta mortalidad infantil.

Como ya hemos indicado a través de los datos arqueológicos, etnográficos, históricos y actuales en el capítulo (III.4), la determinación de cuándo se inicia este proceso de sustitución alimenticia puede estar determinada por diferentes factores sociales y económicos generales del grupo que responde a una decisión cultural (García 2005), pero donde las mujeres del grupo tienen un gran papel en cuanto a la toma de su decisión.

En nuestro caso particular no podemos determinar cuál fue el sustituto nutricional de estos individuos infantiles. Sin embargo, en la mayoría de las sociedades etnográficas y actuales, éste suele consistir en gachas preparadas con cereales, equivalentes a las actuales papillas infantiles. Si bien, al contrario de lo que se podría pensar, este cambio alimenticio conlleva una serie de consecuencias para las mujeres del grupo y es que la preparación de este sustituto alimenticio supone un incremento del trabajo a realizar, esfuerzo y dedicación durante largas horas para su realización, ya que necesitan una cocción (unos 100°C) larga y constante para conseguir su optimización para ser ingeridas sin riesgos saludables (Sánchez Romero, 2006; 2007). Así pues, a través de estos datos, podemos decir que el patrón del cambio de alimento entre los individuos infantiles de esta vivienda rondaba entre los 2 y 3 años de edad y que muchos de ellos no lo superaban a pesar, probablemente, de los esfuerzos del grupo y más intensamente de las mujeres de la comunidad por conseguir su supervivencia.

En segundo lugar, tenemos que referirnos al caso de la mujer madura inhumada en la sepultura 9. Esta mujer madura presenta en el canino inferior derecho bandas de hipoplasia en el esmalte. Estas bandas son señales de cuadros de desnutrición y bajada de los niveles de hierro. Si tenemos en cuenta la edad de la fallecida junto con estos signos patológicos podemos pensar que esta mujer se encontraba en el periodo de la menopausia. Sin embargo, estos no son sólo las patologías que presenta sino que además en algún momento de su vida se vio afectada por una lesión de traumatismo craneal. Esta lesión pudo ser causada por

diferentes factores, como una caída, dadas las características del terreno, o también por un golpe de diferente índole o similar. Aunque la razón no la podamos determinar como tampoco el momento en que se lo provocó dado que presenta reosificación de la zona, sí que podemos precisar que le ocurrió a esta mujer y como debió incidir en su vida posterior. Durante un periodo de tiempo indeterminado esta mujer debió estar convaleciente, lo que le supuso no poder realizar las actividades desarrolladas en su vida normal, siendo sustituida por otro miembro del grupo pero tampoco podría atenderse a sí misma, etc. Esta mujer en el momento de provocarse la lesión debió recibir atención directa marcada por el conocimiento que implica qué saber hacer y cómo actuar ante una lesión de este tipo, con la higienización de la herida, cuidados posteriores, etc. En todo este proceso se pudieron utilizar determinados remedios medicinales obtenidos en base a la utilización de determinadas especies vegetales. Este es el caso de la *valerianella* que recordemos tiene propiedades para conseguir una pronta cicatrización a la vez que actúa de antibacteriante como también sucede con la *lavanda*, que también es un remedio casero para conseguir aliviar el dolor de cabeza, o la malva parviflora que tiene propiedades desinflamante. Ciertamente no podemos asegurar los usos de estas plantas, así como tampoco su utilización como remedios medicinales, sin embargo, es cierto que su presencia se constata en el registro arqueológico de esta casa, en niveles relativamente altos, por lo que si los habitantes de esta vivienda consiguieron la supervivencia de esta mujer bien pudieron emplear determinadas técnicas medicinales que incluyera estos restos vegetales. Si bien, ante esta cuestión guardamos todas las reservas ya que sólo tenemos constancia de la supervivencia de esta mujer y que dicha lesión no fue el origen de su muerte y porque los usos de estas plantas es variado tanto como plantas aromáticas e higienizantes como medicinales e, incluso, como malas hierbas (*malva parviflora*).

Sin embargo, esto no impide para que podamos extraer determinadas conclusiones. La reosificación ósea de esta lesión por traumatismo indica que la mujer requirió de un conjunto de prácticas de cuidado desde el momento en que se la produjo, prolongándose durante todo su tiempo de convalecencia hasta su completa recuperación. Esto supuso una ingenta dedicación por parte del resto del grupo, incrementando el trabajo de las personas que los realizaban, pero a la vez conformaba una serie de relaciones además de fortalecer las ya existentes, creándose así unos lazos muy especiales (dependencia, solidaridad, etc.) entre quienes realizan los cuidados y quienes los reciben.

Como ocurriese en casas anteriores, el mantenimiento, la limpieza y la adecuación del espacio social y cotidiano de esta vivienda está bien atestiguado, sobre todo, porque en el momento de la documentación de los suelos de ocupación directamente tras la retirada del nivel sedimentario correspondiente al derrumbe de la techumbre, estos se encontraban prácticamente intactos, no apreciándose signos de basureros *in situ*, zonas de desecho, etc., La ausencia de estos elementos como la directa superposición de los niveles sedimentarios nos indican que esta casa estuvo sometida a una limpieza sistemática y periódica. Otro aspecto a tener en cuenta es que como en la vivienda II (donde ya hemos explicado sus propiedades)¹⁰⁵ se localizaron restos de semillas de *cistus sp.* Sus mayores cantidades se han recogido sobre todo en el área central y oriental, aún así, los niveles de su presencia son más bajos que los localizados para la casa II a pesar de que la erosión del pantano les ha afectado a ambas por igual. Asimismo ocurre con la presencia de otras especies aromáticas o relacionadas con la limpieza e higiene del espacio social como es la *Lavandula stoechas*, aunque en este caso se localiza en unos niveles más bajos que en la vivienda anterior. Además debemos tener en

¹⁰⁵ Con la idea de no repetir información y hacer más llevadera la lectura de esta tesis no volveremos a repetir las propiedades de los elementos que ya hayan sido referidos en apartados anteriores remitiendo a los interesados a los apartados correspondientes.

cuenta su utilización en otro tipo de tareas, como la mencionada anteriormente. Con estos escasos niveles no podemos precisar que hiciesen un uso común y cotidiano de estos elementos vegetales con la intención de higienizar su espacio, sin embargo, en este caso contamos con otro elemento que nos indica precisamente sobre esta preocupación de mantener la limpieza e higiene de su zona habitada. Nos estamos refiriendo a la estructura de lajas hincadas 20.19 cuyo contenido interno se caracteriza por presentar abundantes fragmentos cerámicos, entre los que se pudieron reconstruir dos pequeños vasitos de fondo convexo con las superficies muy toscas, carentes de cualquier tipo de decoración ni de tratamiento superficial. Estos se podrían relacionar con otra actividad de mantenimiento, el aprendizaje y la socialización. Estos pequeños elementos cerámicos bien pudieron ser realizados en su proceso de aprendizaje por los individuos infantiles que habitaron en esta casa o bien realizados por los adultos para que formasen parte de su juego. Sin embargo, como hemos explicado en el capítulo correspondiente (ver Cap. III.5), tanto etnográfica como histórica y actualmente los individuos infantiles forma parte del grupo y como tales son sujetos sociales que forman parte de la vida cotidiana de los grupos sociales, por lo que durante su proceso de convertirse en adultos pasarían por diferentes fases de aprendizaje obtenido directamente de las personas más cercanas.

Entre estos materiales también se encontraban otros elementos relacionados con el mundo adulto directamente como son diferentes cuencos esférico y parabólico; ollas globulares y diferentes piedras de molinos barquiformes como algunos restos de semillas. La presencia de estos últimos elementos nos pueden hacer pensar en otra funcionalidad de este contenedor, sin embargo, es cierto que resulta cuando menos curioso, que en una estructura que en base a su morfología podría haber sido concebida como un gran contenedor, ya sea para un individuo inhumado o cultura material, se caracterice por presentar abundantes restos materiales cerámicos y, en su mayoría, con un altísimo grado de fracturación y sin presentar signo alguno de la intención de reutilizarlos.

V.3.4. UNIDAD HABITACIONAL IV

V.3.4.1. Presentación

Este Grupo Estructural se sitúa en la parte inferior de la ladera norte y completa con las tres casas anteriores (Casa I, II y III) lo que hemos denominado Terraza Inferior, ocupando la zona sur de la misma. Está limitada al norte por el Grupo Estructural III y al sur por la gran estructura hidráulica, la cisterna del poblado con la que comparte toda una serie de estructuras. Al igual que los Grupos Estructurales ya descritos de la Terraza Inferior presenta su parte oriental cerrada por la línea de muralla, mientras que el extremo occidental, en la parte que ha sido excavada está definido el cierre por una estancia rectangular (CE IVb).

Esta casa y con ella el sector 14 del poblado de Peñalosa será el primero de los sectores en el que se comience a trabajar en la Terraza Inferior. El objetivo inicial de estos trabajos fueron planimétricos. Con ellos, se pretendía delimitar la disposición de los diversos Complejos Estructurales, en una zona que habitualmente se hallaba cubierta por las aguas del pantano y que se suponía profundamente alterada por las continuas subidas de éste. En esta línea se pretendía definir el posible fin del poblado hacia el norte y, concretamente, en este sector se pretendía determinar y documentar el estado de los depósitos sedimentarios. El corte aparecía cruzado en superficie por un muro en dirección este-oeste, y que a priori dividía dos presuntos niveles de aterrazamiento. Sin embargo, al sur no se reveló ningún resto arqueológico de interés durante la excavación realizada durante la campaña de 1989 ya que por debajo de los niveles superficiales aparecía un relleno estéril sólo roto por una incineración en urna en la esquina sureste del espacio. Por el contrario, los resultados fueron totalmente distintos y bastante más prometedores al norte, donde los trabajos iniciales de limpieza superficial ya nos revelaban una casa de forma rectangular y alargada en sentido este-oeste. La intervención arqueológica dio como resultado el final de la excavación en profundidad y en extensión de la Casa IV. Para ello, se empleó una metodología microespacial, motivada por el excelente estado de conservación que presentaba su registro arqueológico. Se procedió al rebaje de todos los estratos naturales por alzadas artificiales no superiores a los 10 cm. a excepción de los niveles superficiales que fueron rebajados en una sola alzada de 30 cm., mientras que, las sepulturas localizadas durante esta campaña de 1989 solo fueron documentadas a nivel estructural y acometidas a una excavación microespacial en el año 1991 (cuarta campaña de excavación).

La definición estructural de este contexto doméstico o unidad social queda marcada por la construcción inicial del muro de aterrazamiento y compartimentación 14.1 al sur. Se trata de una estructura de largo recorrido en sentido este-oeste, de forma rectangular, aunque irregular en algunas partes de sus tramos, compuesta por lajas grandes de pizarra dispuestas horizontalmente y otras de menor tamaño que componen su relleno interior. Tanto unas como otras son trabadas por medio de barro endurecido de color gris oscuro. Se levanta directamente sobre el afloramiento rocoso y su cimentación está compuesta principalmente por pequeñas piedras, sobre todo, en su extremo más oriental. En la actualidad, este muro se encuentra vencido hacia al sur, efecto provocado tanto por la fuerza del pantano como por la inexistencia aparente de un relleno sedimentario fuerte en los subsectores A y B, que también le han ocasionado la pérdida de la argamasa de las hiladas superiores de piedra y con ello la consiguiente inestabilidad. Este muro 14.1 cumple una doble función, no sólo es el muro de aterrazamiento sur de la casa IV sino que también conforma el muro exterior de la gran

cisterna al norte, cerrando todo su perímetro en sentido este-norte-oeste, actuando como muro de cierre durante la fase IIIB de ocupación del poblado.



Lámina 110. Panorámica general de la casa IV (Proyecto Peñalosa).

A raíz de la construcción de la estructura 14.1 es cuando se configura el espacio físico que ocupara la Casa IV. Al contrario de lo que sucediese en el resto de Casas de la Terraza Inferior, será esta primera estructura y no el muro de fortificación el que determine la definición estructural de esta unidad doméstica.

Cerrando el espacio al norte (14.3), se halla una estructura que vuelve a tener una doble función, de aterrazamiento y compartimentación entre CE IVa y IIIa/b, como consecuencia de esta última. Esta estructura ya ha sido analizada estructuralmente en la casa anterior, al tratarse los Complejos Estructurales correspondientes de la Casa III.

Interesante es el tramo correspondiente al gran muro que cierra el poblado al este (14.8a). Esta estructura de cierre (general del poblado) choca directamente al sur con la 14.1 a la que se adosa, mientras que en sentido norte continúa su camino hasta llegar a la casa I, en la parte más llana y baja de la Terraza Inferior. Como en el primer caso, ésta es una estructura de sección rectangular y de gran grosor. Presenta un buen estado de conservación a pesar de conservar sólo tres o cuatro líneas de piedra, siendo las exteriores más regulares y de mayores dimensiones y grosor. En su extremo sur, justo en el choque con la estructura 14.I, su

inestabilidad se acrecienta, siendo precisamente en este punto donde recibe un refuerzo formado por un pequeño murete de escasa entidad (14.8b). Como en la estructura principal, ésta tiene una forma rectangular, aunque su sección se va estrechando conforme avanza hacia el norte. Está compuesta por pizarras de mediano tamaño trabadas con barro endurecido de color gris y discurre en paralelo a la 14.8a manteniendo el mismo sentido de orientación. Posteriormente, a esta estructura se le adosó un bastión de forma semicircular (14.8), construido con pizarras de mediano y gran tamaño trabadas con argamasa. Esta estructura o bastión es el primero del que tenemos constancia arqueológicamente en la Terraza Inferior. Como sabemos, todo el trazado del muro de cierre del poblado de Peñalosa está reforzado por sucesivos bastiones.

Por su parte, en el extremo occidental, este espacio queda cerrado por la estructura 14.9a que, posiblemente, se construyó posteriormente, aunque en la misma fase de construcción que las estructuras 14.1, 14.3 y 14.8 y en relación a un pasillo que parece vislumbrarse hacia el oeste, con el hoyo de poste 14.13 como elemento asociado y divisor. La estructura 14.9a arranca en el extremo oeste del muro 14.3 y discurre en sentido norte-sur. De sección rectangular está formada por lajas de pizarra muy regulares dispuestas horizontalmente y trabadas por un barro de color gris. Como en los casos anteriores, ésta, se alza directamente sobre la roca. En la cara interna de dicha estructura se han documentado numerosas pesas de telar cocidas lo que hace pensar que ésta pudo ser un murete de apoyo a la estructura de telar. Hipótesis ésta que estaría apoyada por el hecho de que en la parte superior de esta estructura el derrumbe de piedra se encontraba muy bien trabado y escasamente había afectado al alzado de la misma, haciéndonos pensar que su alzado original poco podría distar del documentado en la actualidad. Por ello, aunque esta estructura de forma indirecta tuviese una función delimitadora (como tabique medianero), su origen debió estar motivado y pensado para la imposición de una estructura de telar. Por otra parte, esta estructura junto con el extremo oeste del muro 14.I genera una puerta (14.11/14.9b) que nos pone en relación directa con el CE IVb así como nos cierra estructuralmente el espacio del contexto doméstico central (CE IVa).

La complejidad de este Grupo Estructural nos lo marca la presencia de dos espacios claramente diferenciables: la Unidad Habitacional IV, que estaría compuesta por los Complejos Estructurales IVa, IVb y IVc, y el espacio que queda al exterior que ha sido dividido en dos complejos o espacios con entidad propia aunque articulados entre sí que serían los CE IVd y IVe o lo que es lo mismo el Grupo Estructural de la gran cisterna. La definición de cada uno de estos complejos se ha realizado en base a diferentes criterios; por las relaciones y las características estratigráficas que presentaban cada uno de ellos; por las diferentes actividades productivas que se desarrollaron en cada uno de los espacios; y por último, a los propios límites estructurales o físicos que presentaban en cada caso.

Ya hemos explicado que nos encontramos ante una casa de forma rectangular (definida sobre todo en base a la estancia central, CE IVa) y alargada. Sin embargo, su definición es mucho más compleja ya que su configuración como tal está totalmente influida por la construcción, la funcionalidad y el uso de la gran estructura hidráulica al sur de su espacio. En su definición cabe distinguir dos grandes espacios así como dos grandes fases estratigráficas. Respecto al segundo de los aspectos, en este GE se hallan representadas las dos grandes fases estratigráficas o de ocupación del poblado de la Edad del Bronce hasta el momento mejor conocidas y documentadas.



Figura 28. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).

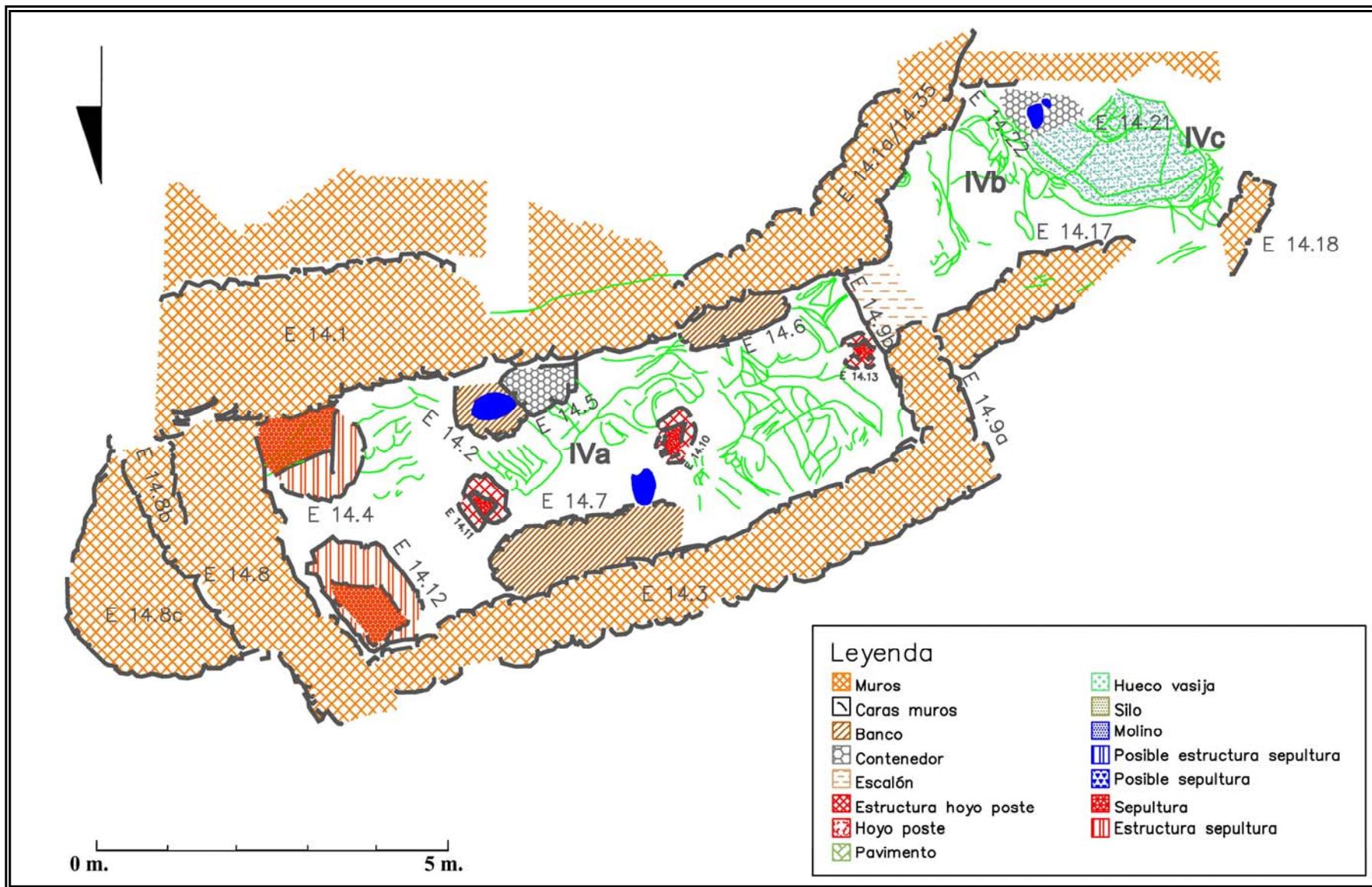


Figura 29. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).

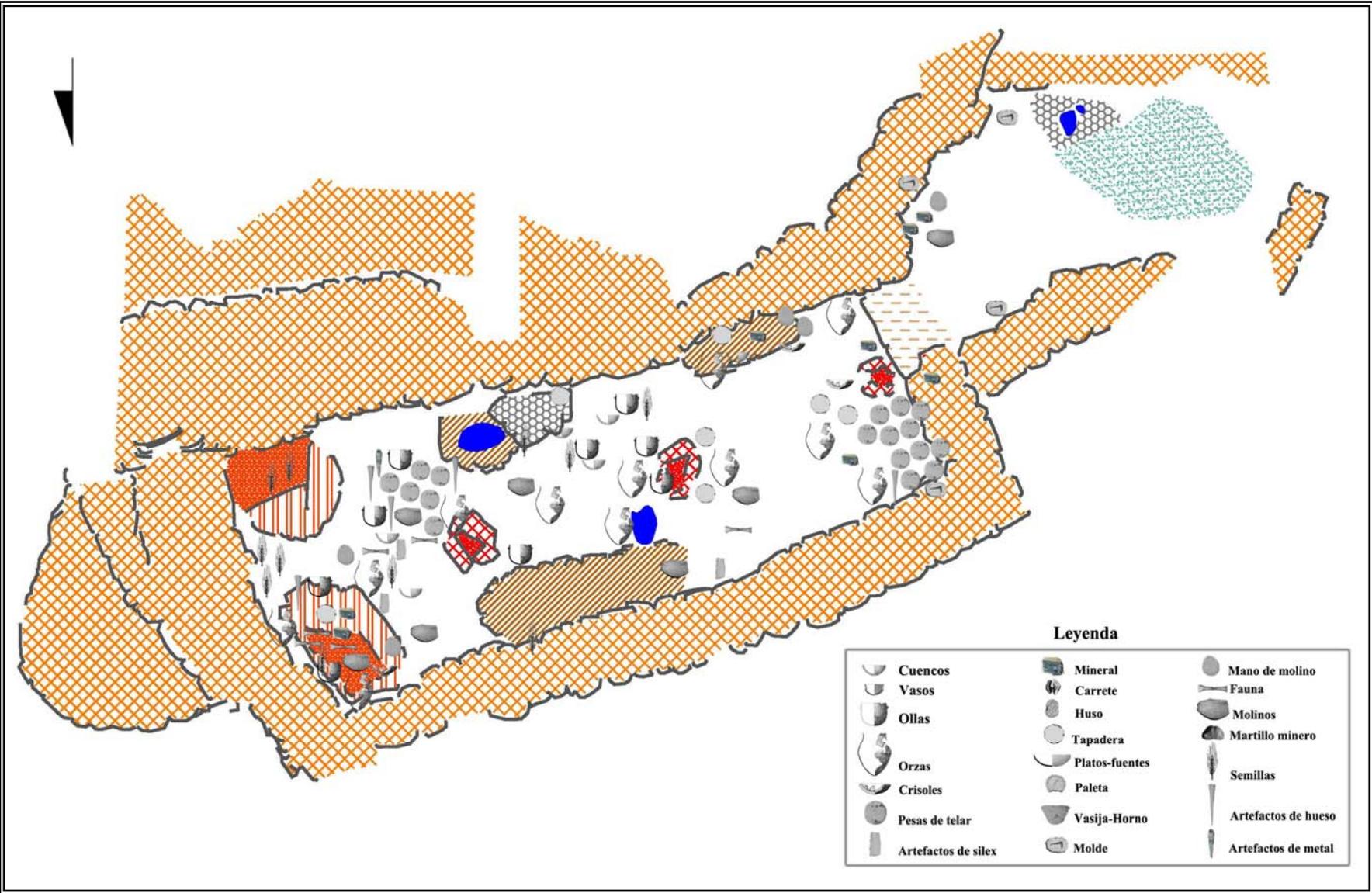


Figura 30. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional IV.

En la primera de ellas, la fase IIIB, el GE IV estaría formada por una gran cisterna y un sistema de acceso escalonado hacia ella (CE IVc), así como algunas pequeñas estructuras en fosa en lo que consideramos como el CE IVe. Durante esta fase, este espacio situado al exterior del poblado pudo utilizarse para la realización de actividades metalúrgicas relacionadas con la primera fundición como mostraría los restos de crisoles hondos recuperados en los sedimentos más profundos de la posible cisterna. Los niveles superiores de ésta, por el contrario, apenas muestran materiales como corresponde a un progresivo cegado sedimentológico después del cese de su utilización. Sin embargo, el carácter del sedimento, muy limoso, y su disposición en artesa nos han llevado a proponer su funcionalidad a la espera de una excavación en extensión y en profundidad hacia la zona sur que nos permita delimitar su todo su perímetro y determinar sus cambios y reestructuraciones espaciales¹⁰⁶ (Contreras, 2000: 274-114).

Durante la fase IIIA, el CE IVd o cisterna mantendrá su funcionalidad como contenedor de agua, aunque al norte de ella se configurarán las diferentes viviendas que hemos descrito en las líneas precedentes y, particularmente en la zona más inmediata, la Unidad Habitacional IV, incluyendo al menos los CE IVa y IVb. Este último se sitúa en la zona del antiguo acceso escalonado, denominado CE IVc, lo que obligaría a modificar el camino hacia la cisterna quedando ahora configurado por una rampa localizada en el extremo sur del sector 14, concretamente el subsector B (Contreras, 2000: 274-114; Moreno Onorato *et al.*, 2008).

En la zona del CE IVe (sector 24) el muro de cierre erigido en esta fase del poblado (IIIA) presenta un giro este-oeste posiblemente para adaptarse a la línea de la cisterna dejando un espacio interior apisonado junto a ella, reforzado con piedras como se demuestra en el sector 14, subsector A. Sin embargo, esta misma disposición ha facilitado la erosión de esta zona al colocarse en paralelo a las mareas del embalse del Rumblar. En la fase I (época medieval) de Peñalosa sobre los rellenos sedimentarios que cubren la cisterna se realizó una gran fosa en la cual junto a molinos procedentes de la alteración de los niveles prehistóricos y restos de materiales a torno apareció una urna cerámica globular con tapadera en forma de plato en cuyo interior aparecieron los restos óseos de una cremación.

Son sin embargo, los CE IVa y IVb adscritos a la fase IIIA del poblado (casa IV) los que ofrecen un panorama más interesante en cuanto a la utilización del espacio, la articulación de sus estructuras y el desarrollo de diferentes actividades de mantenimiento las que modulen este espacio como una vivienda independiente de la casa III. En el CE IVa se han documentado una gran variedad de actividades desde los trabajos de molienda y el almacenamiento de grano, transformación de alimentos y su consumo hasta la existencia de un telar en el extremo occidental, junto a la puerta de enlace con el CE IVb.

Si bien, su estado unitario como unidad habitacional vendrá acrecentado por la existencia de una línea de hoyos de postes (14.11, 14.10 y 14.13) que situados en la mitad del espacio de la casa la recorre de este a oeste junto con dos estructuras funerarias; la sepultura nº 6 (14.12) en la que destaca la presencia de una copa de peana estrecha, una botella y un puñal y la tumba nº 16 (14.4), la cual se encontraba totalmente expoliada. Ambos elementos,

¹⁰⁶ En este apartado no realizaremos una investigación pormenorizada sobre la gran cisterna del poblado de Peñalosa, ya que por sus propias características como Grupo Estructural y su determinación en la configuración de la Terraza Inferior, será atendido en el siguiente apartado. Sin embargo, si hemos creído conveniente debido a la estrecha relación que mantiene con la casa IV realizar aquí una breve aproximación a su carácter como tal, y a las implicaciones que conlleva su construcción para la conformación de esta casa.

tanto los hoyos de poste como las sepulturas nos marcan la unidad estructural y social de una sola casa.

V.3.4.2. Secuencia Estratigráfica

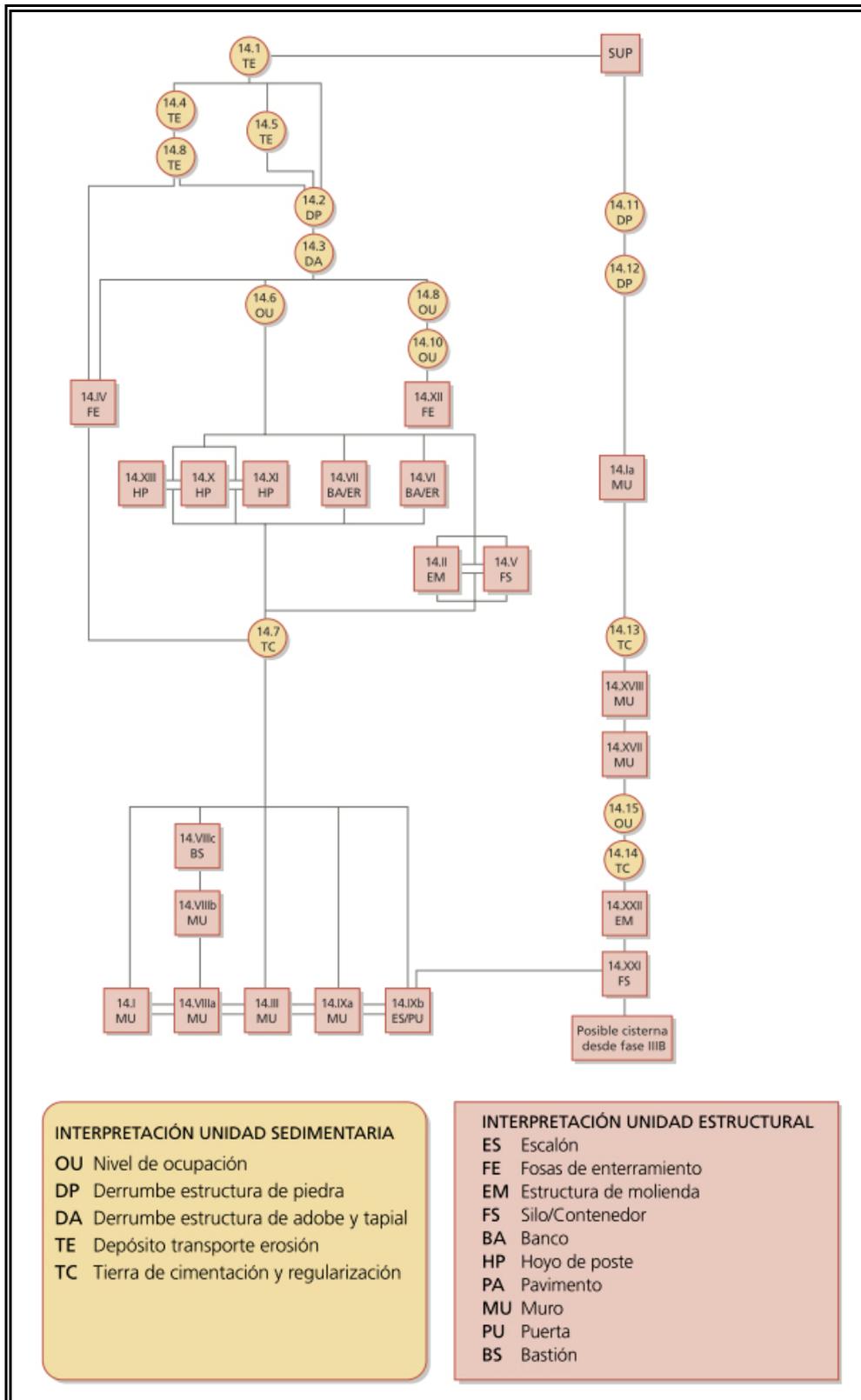


Figura 31. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).

V.3.4.3. Complejo Estructural IVa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 28 y 29)

La unidad doméstica IVa corresponde al sector 14 del poblado de Peñalosa. Ocupa el espacio principal de la Casa IV, el extremo oriental, con una extensión de 34 m² y una forma completamente rectangular. Sus coordenadas UTM son: 64.00-76.20 x; 100.50-106.80 y; 25.19-26.80 m. la z. Su orientación es de este-oeste.

En este caso particular, nos encontramos con una zona perfectamente cerrada (atestiguado arqueológicamente por la presencia de tres hoyos de postes y la US14.3), lo que incentivó un buen nivel de conservación de su registro arqueológico, sobre todo, la unidad sedimentaria del suelo de ocupación, a pesar de tratarse de una zona sumergida en las aguas del pantano. Aguas que ocasionaron la retirada de las partes superiores de los derrumbes de piedra permitiendo un fácil y rápido acceso al suelo de ocupación. Por estas razones y como ya hemos explicado en otros apartados, la totalidad de este contexto doméstico fue excavado con una metodología a nivel microespacial hasta su llegada a la roca, realizándose el rebaje sedimentario a través de alzadas artificiales de unos 10 cm. Estos trabajos de excavación fueron los primeros en realizarse en la Terraza Inferior, concretamente, se iniciaron durante el mes de Julio de 1989 y finalizaron en el mes de Septiembre de este mismo año. La recuperación del registro arqueológico se realizó de acuerdo con el sistema de registro del S.I.A ideado por el GEPRAN.

Motivado en todo momento por el desarrollo de una excavación de carácter minucioso se procedió como parte de los planteamientos iniciales de los sistemas de trabajo a la subdivisión de todo este Complejo Estructural en diferentes áreas de excavación. Para ello se tomaron en consideración las características morfológicas de los niveles sedimentológicos documentados en cada área que conforma esta unidad habitacional, las características funcionales de estas áreas y su conexión con estructuras particulares. Se establecieron tres secciones o perfiles estratigráficos que permitieron mantener las conexiones y relaciones deposicionales de este espacio en toda su amplitud, ya que la S1, discurre perpendicular desde el hoyo de poste (14.11) hasta el muro de aterramiento al norte (en la zona este); la S2, nuevamente perpendicular desde el punto de conexión que mantiene la estructura de molienda 14.2 y el contenedor 14.V hasta el banco longitudinal al norte 14.7 (zona central); y, por último, la S3 se planteó en oblicuo desde el muro de aterramiento al sur (14.1) al norte (14.3) (zona occidental). A través de ellas se logró obtener una exhaustiva lectura estratigráfica de toda esta estancia central de la Casa IV. Partiendo de estas secciones estratigráficas se subdividió el espacio interno de esta unidad habitacional en cuatro subsectores o áreas de excavación separadas todas ellas a través de testigos sedimentarios de un metro. La zona oriental estuvo ocupada por el subsector C; la zona central fue denominada como subsector D; el área occidental ocupada por el subsector G, mientras que el subsector F quedaba en el extremo nororiental, concretamente definido por la génesis que presentaba el relleno sedimentológico entre la sepultura 6 y el banco longitudinal 14.7.

En la creación de este espacio estructural influyó decisivamente la configuración del espacio en la zona durante la fase cronológica anterior, la IIIB. En esta fase de ocupación (IIIB) los y las constructoras de este poblado aprovecharon la disposición natural de la roca en

esta parte superior de la Terraza Inferior, que tras acondicionarla artificialmente obtuvieron una amplia superficie de gran profundidad, donde construyeron la gran cisterna a las espaldas de la Casa IV. Esto queda constatado en el límite sur del CE IVa y IVb, especialmente, es apreciable por la mala conservación del muro de aterramiento (14.1) en su extremo más oriental. Será, pues, durante la fase IIIA cuando se levanten los muros o estructuras (14.8a, 14.8b, 14.8c, 14.3, y 14.9) que conforman el espacio originario de la Casa IV. Para ello sus constructores atenderán a tres condicionantes iniciales: el primero, la existencia previa de la gran cisterna referida, a cuyos límites hubo de ceñirse el muro 14.1; el segundo, la propia topografía del cerro tal y como había quedado tras la fase IIIB; y, por último, el recorrido del gran muro de fortificación (denominado 14.8a en este tramo) al que se asocian en la zona dos refuerzos (14.8b y 14.8c), de los cuales el último es un bastión semicircular, mientras el primero es un muro de refuerzo a la estructura principal (14.1).

Así, el CE IVa se sitúa al borde de la gran cisterna que queda delimitada al sur por el muro 14.1, de tal modo que sólo el espacio al norte de este muro fue preparado como lugar de habitación en el que progresivamente tras el cierre de sus cuatro lados se fue articulando su espacio interno con la construcción de diversas estructuras dotadas por diferentes funciones. Antes de su construcción se regularizó el suelo hasta conseguir hacerlo habitable a través de los recortes de la roca y rellenando sus huecos con una tierra de cimentación.

Los límites físicos y estructurales de esta primera estancia quedaron establecidos de la siguiente manera; al sur por la gran cisterna; al norte por la Casa III; al este por el gran muro de fortificación, su refuerzo y bastión y, por último, al oeste, por el Complejo Estructural IVb al que da acceso el escalón y la consiguiente puerta (14.9b).

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IVa (Fig. 29)

La articulación del espacio interior de esta estancia central de la Casa IV, acoge toda una serie de estructuras de diversa índole que se alzan directamente sobre la tierra de cimentación (US 14.7) con la que es regularizada de forma general toda esta área. Entre ellas tenemos bancos de molienda, banco longitudinales a los muros de aterramiento, estructuras de almacenamiento, estructuras funerarias reutilizadas como bancos de apoyo a las producciones domésticas y, por supuesto, diferentes hoyos de postes que conforman un espacio cerrado y techado, totalmente articulado funcionalmente.

De todas las estructuras internas las primeras en construirse fueron la 14.2 y 14.5. Ambas se sitúan en el extremo sur del espacio, ocupando el tramo central del recorrido del muro 14.1 hacia el oeste. La primera de ellas (14.2) es una estructura o banco de molienda de forma semicircular compuesta por lajas de pizarra de pequeño tamaño, dispuestas horizontalmente. Esta estructura fue recubierta por una capa de adobe de color anaranjado, tal y como se ha conservado en su mayor parte. Aunque se alza directamente sobre la tierra de cimentación (US 14.7) tras el rebaje de toda el área hasta la roca se pudo constatar que algunas de las hiladas inferiores partían directamente desde la roca, rompiendo así esta Unidad sedimentaria.

En cuanto, a la estructura 14.5, localizada al oeste de la 14.2, a la cual se adosa y utiliza como punto de apoyo, así como también a la estructura 14.1, se trata de uno de los

recipientes o contenedores definidos por lajas hincadas. Su propia definición articula su sistema constructivo. Se compone de lajas de pizarra de mediano y gran tamaño colocadas en posición oblicua e hincadas directamente sobre la tierra de cimentación. Estas grandes pizarras son trabadas por tierra de color gris claro. Pese a que, a simple vista, esta estructura parece tener poca consistencia, el hecho de que aparezca apoyada a las estructuras 14.1 y 14.2 y gracias a la forma abombada de la primera, obtiene una gran consistencia. Su funcionalidad está en íntima relación con la actividad que desarrollaría la primera (14.2), es decir, en este caso tendríamos una estructura que serviría de apoyo a la actividad de la molienda, funcionando la 14.5 como contenedor o silo encargado de recoger el resultante del cereal una vez tratado a través de la fricción sobre el molino de la estructura 14.2.



Lám. 111. Detalle de la estructura de molienda 14.2 y el gran contenedor de lajas hincadas 14.5 en el CE IVa (Proyecto Peñalosa).

Sobre la estructura 14.2 apareció colocado *in situ* una gran piedra de molino de forma barquiforme (nº 14.386) con una inclinación muy marcada hacia el oeste donde se situaba la estructura de lajas verticales e inclinadas (14.5) que sería la destinada de recoger el grano molido (Lámina. 111) (Contreras *et al.*, 1991: 233; Contreras, 2000: 274-70). El hecho de que aparezca la piedra de molino *in situ*, nos hace pensar y corroborar la hipótesis de la funcionalidad de ambas estructuras anteriormente expuesta. De ahí que pensemos que ambas fueron construidas de forma inicial y en parte marcaron la organización interna de esta casa, así como las actividades que se iban a llevar a cabo.

Seguidamente a estas dos estructuras, tanto al sur como al norte se construyeron otros dos bancos longitudinales a los dos muros de aterramiento (sur y norte respectivamente). El primero de ellos, el banco o estructura 14.6 discurre en paralelo al muro sur (14.1) en la zona más occidental de la estancia en las cercanías de la puerta (14.9b). Su construcción se hizo

con una serie de lajas de pizarra de mediano tamaño en el perímetro exterior (es decir, en la delimitación Norte que marca el recorrido de este banco y por lo tanto su longitud) mientras que las pizarras son de menor tamaño en la delimitación de su sección. Tras esta delimitación externa de la estructura que en su flanco sur aprovecha el choque con la estructura trasera (14.1), su interior fue rellenado por un amasijo de piedras y tierra apelmazada, que es en realidad lo que confiere la altura del banco quedando sellado en su alzado por esta misma tierra apelmazada de color grisácea. De esta manera, se construyó un banco pseudo-rectangular con ambas esquinas redondeadas idóneo para soportar diferentes recipientes de



dimensiones variadas y, probablemente, diferentes actividades productivas.

Lámina 112. Vista general del suelo de ocupación de la zona central del complejo estructural IVa (Proyecto Peñalosa).

En el extremo opuesto (norte) se construyó el otro banco (14.7) (Lám. 112.). Sus dimensiones son mayores que el anterior. Presenta una forma ovalada con una dirección suroeste-noroeste, marcada sobre todo por el extremo este que es redondeado mientras que el extremo oeste ha desaparecido. A nivel constructivo es diferente del anterior. Se compone por lajas de pizarra colocadas directamente sobre la US 14.7 horizontalmente y trabadas por un mortero de color gris. En el momento de su descubrimiento se pudieron constatar pocas hiladas de su alzado, sin embargo, éstas presentaban una gran consistencia. Como en el caso de la estructura de molienda (14.2) en el extremo oeste parece que apoyaría una piedra de molino (n° 14.385) que se halló desplazada en su cara sur.

Para entender tanto la articulación interna de esta casa como su funcionalidad y su productividad, no podemos dejar de destacar la construcción de al menos tres hoyos de poste, alineados a lo largo de la estancia y ocupando siempre posiciones centrales (14.10, 14.11 y 14.13), que unido al relleno sedimentario (US 14.3) nos confirman que nos encontramos ante

un espacio doméstico provisto de techumbre. La primera de estas estructuras la encontramos en la zona oriental, se trata del hoyo de poste 14.11. Tiene forma pentagonal y esta formado por grandes lajas exteriores y otras de menores dimensiones en el interior. Estas últimas forman los calzos de la viga de madera, que por tratarse de una estructura poco adecuada para esta función los calzos de la viga debieron ser remplazados continuamente. Seguidamente y ocupando la parte central de la estancia encontramos el siguiente (14.10). Al contrario que el anterior, éste presenta una forma angular, concretamente, recrea la mitad de un cuadrado, compuesto por dos pizarras de medianas dimensiones sobre las que apoyan otras de menor tamaño. En su interior no se constatan calzos ya que los constructores directamente realizaron un hoyo en la propia roca sobre el que se dispondría directamente la viga de madera. Por último, en el extremo más occidental y muy cerca de la puerta de entrada (14.9b), se encuentra el último de los hoyos de poste de esta estancia (14.13). Éste presenta una forma casi cuadrada que se la confiere la disposición de tres piedras que con la combinación de la estructura 14.9b le proporcionan la estabilidad suficiente para contener una viga de madera. Como en el caso anterior, se trata de un hoyo de poste perforado directamente sobre la roca y las escasas piedras y la propia estructura 14.9b le servirían de calzos.

En un momento posterior, pero dentro de la misma fase de ocupación (IIIA), se construyeron dos cistas de enterramiento reaprovechadas como soportes en la realización de diferentes actividades de mantenimiento (Contreras *et al.*, 1991:233). Concretamente, estas dos cistas ocupan el espacio más oriental de toda la casa, podríamos pensar que se trata de un hecho que carece de importancia, ya que es la parte de la estancia que más libre quedaba tras la organización interna de sus estructuras. Sin embargo, como ya ha sido apuntado en apartados anteriores, no creemos que esta ubicación responda a meros criterios espaciales y tampoco a criterios de organización espacial sino que más bien responden a otro tipo de criterios, probablemente, de carácter simbólico, ya que todas las sepulturas documentadas en la Terraza Inferior están dispuestas en este extremo de las Casas.

Al sur, adosada al muro de aterramiento 14.1, se halla la primera de las estructuras de enterramiento (14.4). Se trata de una estructura de forma trapezoidal, compuesta por lajas hincadas y rodeadas de piedras de menor tamaño a modo de sostén que forman un círculo alrededor. Ésta se levanta directamente sobre la roca. La construcción de esta cista orientada en sentido noreste-suroeste aprovecha las caras internas de las estructuras (14.1 y 14.8a) como sus paredes sur y este respectivamente, quedando así esta estructura totalmente salvaguardada por estos flancos. De esta manera, reaprovechando las estructuras existentes sus constructores ahorran, en tiempo, energía y esfuerzo. Sin embargo, en los flancos restantes (norte y oeste) se les construyen unos muros de mampostería, consiguiendo así la sepultura, una mayor consistencia y estabilidad, además de adquirir una estructura de mayores dimensiones para la realización de diversas actividades domésticas.

En el momento de su descubrimiento, esta sepultura en cista carecía de cubierta y su interior se encontraba violado. Es por ello, que la funcionalidad de esta estructura la hemos tenido que extraer con la observación de elementos indirectos, como es su forma y sistema constructivo (afloramiento de las lajas verticales sobre el suelo de ocupación del CE IVa) como también por los escasos restos óseos humanos documentados en su interior. Es una constante, el expolio de las sepulturas de la Terraza Inferior, ya que la actuación de las aguas del pantano las dejaba a la intemperie convirtiéndose en las estructuras más apreciadas por su posible botín interno para los excavadores clandestinos.

En el extremo opuesto, al norte, se encuentra la segunda estructura de enterramiento, nuevamente se trata de una sepultura en cista (14.12) orientada en sentido sureste-noroeste. En cuanto a su sistema constructivo, debemos decir que en primer lugar se realizó un hueco en la roca; posteriormente, este recorte de la roca fue circundando por lajas de pizarra de gran tamaño dispuestas verticalmente, alternadas con algunas más pequeñas y utilizadas para rellenar los huecos que originarían las primeras. Así, obtuvieron una estructura cuyo interior estaba definido por un hueco rectangular, mientras que el exterior presentaba una forma pseudo-rectangular. Su orientación es en sentido sur-norte y presenta una mayor envergadura en sus extremos sur y oeste, mientras que el norte y este están totalmente salvaguardados por la estructura de aterrazamiento (14.3) y el muro de cierre (14.8a) respectivamente.

Por último, no debemos pasar por alto una de las actividades domésticas y productivas mejor documentadas arqueológicamente en la Casa IV, los telares. La composición de estas estructuras durante la Edad del Bronce sería de madera, de la cual no han quedado restos arqueológicos en el yacimiento de Peñalosa dado el carácter perecedero de esta materia prima. Sin embargo, en diferentes espacios de esta casa si que nos han quedado elementos indirectos de su realización y medios de trabajo como es, la fuerte concentración de pesas de telar localizadas al Este de la estructura de molienda (14.2) y en las cercanías de la puerta (14.9b). Este último lugar se adecua perfectamente para la práctica de esta actividad gracias a su cercanía a los puntos de luz. Asimismo, como ya apuntábamos anteriormente, la estructura 14.9a podría ser un murete que sirviese de apoyo a la estructura de telar.

c) Análisis Contextual (Fig. 29 y 30)

La primera unidad excavada, la US 14.1, corresponde a la tierra de erosión originada por las remociones que el pantano en sus continuas subidas y bajadas ha efectuado sobre los derrumbes de estructuras de piedra. Este nivel sedimentario de textura granuloso y de color gris negruzco se compone por una tierra muy suelta con abundantes restos de piedras que se depositó por todo el espacio en forma laminar con abundantes oquedades. Es en la zona central del espacio habitacional donde mayor grosor presenta esta US, si bien, algunas remociones cercanas a la estructura 20.6 parecen haber puesto al descubierto los restos de las vigas y postes que sustentaban la techumbre recogiendo gran cantidad de restos de carbón (nº 14.013, 14.014, 14.015, 14.016, 14.017, 14.018, 14.019 y 14.060) concentrados, sobre todo, en el extremo este de la estructura de molienda 14.II. Los fragmentos de molino (nº 14.000, 14.001, 14.002, 14.006, 14.061, 14.062 y 14.063) son abundantes especialmente en la capa más superficial de esta US y cerca de la estructura 14.1, así como otros elementos indeterminados también en piedra (nº 14.007, 14.022, 14.023, 14.064 y 14.072) y un alisador (nº 14.068). Aunque escasos, también están presentes los elementos relacionados con alguna fase de la producción metalúrgica, este es el caso de los restos de mineral (nº 14.025 y 14.302) y los fragmentos de un crisol plano con restos de mineral en su interior (nº 14.059), pero sobre todo debemos destacar la localización de un molde en piedra (nº 14.253) situado en la esquina noroeste entre las estructuras 14.9 y 14.3 y un molde de cerámica de lingotes (nº 14.021) que presenta un ahumado interior, a escaso medio centímetro del borde.

Sin embargo, será la producción cerámica junto con los elementos en arcilla (pesas de telar) las que presentará una gran diversidad y afluencia a lo largo de toda la secuencia estratigráfica. En este primer nivel, sólo se documentaron elementos cerámicos relacionados con el almacenamiento y la preparación de alimentos. Ejemplo de las primeras, encontramos

dos grandes orzas; la primera de ellas, es una orza ovoide de paredes rectas y medianas dimensiones, presenta decoración en el borde a base de pequeñas incisiones a punzón y dos mamelones en el límite del borde (nº 14.020) (Fig. 32:6). Ésta fue localizada en las inmediaciones de la parte alta de la estructura 14.2; mientras que de la segunda orza no podemos determinar su tipología por tratarse de un borde que presenta decoración incisa nuevamente (nº 14.026-3). Con respecto a los elementos cerámicos relacionados con la preparación de alimentos, solo contamos, en este caso, con una olla de gran tamaño que presenta las paredes rectas, entrantes y gruesas y con un tratamiento superficial bastante tosco (nº 14.026-5). Por último se localizaron restos de fauna (nº 14.033).

El siguiente nivel estratigráfico, la US 14.2, está originado por el derrumbe de las partes superiores de las estructuras de pizarra. Ésta se compone de pizarras de gran tamaño acompañadas de tierra suelta de color blanco-rosácea, de textura similar al yeso descompuesto. Entre las piedras aparecen numerosos restos de vigas y postes, especialmente en la zona oriental, su origen estaría marcado por el hecho de que anterior a la caída de las piedras de los muros, cae la techumbre y ésta provocaría el resentimiento de las partes altas de los muros originando así su pronto derrumbe. Por todo ello, no es de extrañar que se recogiesen restos de adobe procedente del sistema de techumbre (nº 14.285) y los restos de carbón sean los más abundantes en esta unidad sedimentaria (nº 14.034, 14.035, 14.039, 14.041, 14.046, 14.070, 14.087, 14.088, 14.091, 14.092, 14.093, 14.102, 14.104, 14.106, 14.0107, 14.109, 14.110, 14.115 y 14.116) como producto de ese desplome de la techumbre que dejó indefensas las partes altas de los muros provocando seguidamente su derrumbe.

Los restos de mineral son abundantes repartiéndose prácticamente por todas las zonas del CE a excepción del extremo noroeste (nº 14.028, 14.080, 14.165, 14.251, 14.275 y 14.307). Aparecen también restos de escoria de aspecto esponjoso y color amarillento-verdoso con algunas inclusiones de cobre y otros compuestos minerales, posiblemente, de la propia matriz mineral (nº 14.077 y 14.079). Sin embargo, son los crisoles planos (nº 14.170, 14.256 y 14.257) los elementos más abundantes relacionados con la producción metalúrgica, localizados, sobretodo, en el extremo occidental. Aunque, se recuperó un interesante fragmento de un crisol hondo (nº 14.103) en la zona centro oriental, lugar donde se documenta la máxima concentración de mineral de cobre, posiblemente calentado (nº 14.094, 14.095 y 14.096); restos de mineral de plomo (galena nº 14.259) y donde existe mineral de cobre en apariencia machacado y concentrado junto a otros restos calentados probablemente (nº 14.273), que parecen estar dispuestos quizás para ser cargados en los crisoles (Contreras 2000:274-78). Además de todos estos elementos, en esta misma zona oriental se recuperó un fragmento cerámico amorfo que bien podría pertenecer a un crisol hondo como ser un parte de la pared de un horno (nº 14.255) (Moreno Onorato, 2000: 218-8).

Por su parte, los elementos de piedra no tallada cubren toda la superficie del sector siendo muy abundantes desde estos primeros momentos. Los molinos (nº 14.069, 14.071, 14.160, 14.168 y 14.185) tienden a concentrarse desde la zona central hacia el suroeste como también las típicas tapaderas de pizarra no perforadas (nº 14.191 y 14.258) (Fig. 36: 3) o perforadas (nº 14.287), mientras que, los alisadores lo hacen desde el centro hacia el Este (nº 14.030, 14.042, 14.043, 14.105 y 14.185). La ubicación de los molinos como hemos visto en otros CE parece relacionarse con las zonas más libres de estructuras de los CE, aunque siempre cerca de los bancos longitudinales (Contreras, 2000: 274-79).

En cuanto, al repertorio cerámico, en esta unidad sedimentaria es bastante escaso, además de aparecer en su mayoría muy fragmentado. Entre los elementos reconstruibles

encontramos al este de la estancia elementos relacionados con el almacenamiento y la producción de alimentos. Concretamente, encontramos los fragmentos de una orza (n° 14.037), concretamente, su borde que presenta una decoración incisa y los restos de dos ollas de perfil indeterminado (n° 14.183 y 14.192). La primera de ellas, situada en el extremo occidental, mientras la segunda se encontraba en la cara norte de la estructura 14.2. Asimismo se han recogido diferentes restos de fauna (n° 14.101, 14.198 y 14.285). Como también, se localizaron dos elementos relacionados con el servicio y el consumo de alimentos situados cerca de la gran orza (n° 14.037). Al este de ésta, se encontraba un vasito carenado de superficie muy bien trabajadas (n° 14.052), mientras que en la zona central de este sector encontramos un cuenco de forma indeterminada (n° 14.284) y otro más de perfil semiesférico y fondo plano con decoración de pequeños mamelones en el borde (n° 14.171) (Fig. 37: 9).

A la US 14.3 se ha adscrito muy poco material, pues muchos de los restos que incluye corresponden a la parte alta de los grandes recipientes situados sobre el suelo. Los restos de viga siguen siendo muy abundantes y se concentran en la zona oriental y central (n° 14.044., 14.045, 14.047, 14.053, 14.073, 14.074, 14.118, 14.119, 14.120, 14.123, 14.193, 14.194 y 14.195) llegando a alcanzar las partes altas de algunas estructuras, es el caso de la 14.7. El grosor de este estrato producto de la caída y descomposición de los adobes es bastante homogéneo a excepción de la zona norte, que se ha visto fuertemente afectada por la erosión. Aún así, nos interesa destacar la ubicación de algunos recipientes, aunque desplazados de sus emplazamientos originales, como son los fragmentos de orzas situados al este, entre las dos estructuras funerarias 14.4 (al sur) y 14.12 (al norte). Se tratan de tres orzas de gran tamaño. La primera de ellas (n° 14.055) con un perfil de tendencia globular y borde marcado; la segunda (n° 14.056) (Fig. 32:1) de tipología similar aunque, presenta decoración impresa en el labio a base de punzón, mientras que una tercera de similares características y con decoración impresa en el labio (n° 14.065) (Fig. 32:9) se sitúa junto a la banco 14.7. Esta última parece estar en íntima relación con la recogida del cereal triturado, ya que como hemos apuntado anteriormente, en este lado oeste de la estructura 14.7 se localizó una gran piedra de molino deslizada desde esta esquina del banco, por lo que esta gran orza podría ser el contenedor donde fuese a parar el cereal una vez triturado. Frente a la fuerte presencia de los grandes recipientes como contenedores de alimentos, solo encontramos los fragmentos de una olla de forma indeterminada (n° 14.240), y entre el repertorio cerámico de pequeñas dimensiones destinado al servicio y consumo de alimentos solo merecen ser destacados dos cuencos semiesféricos de borde vertical y medianas dimensiones (n° 14.240-1 y 14.240-2) (Fig. 37: 11 y 14), ambos con decoración de pequeños mamelones en el borde.

El mineral de cobre es mucho más escaso en esta unidad sedimentaria (n° 14.098 y 14.134), aunque contamos con restos de mineral de plomo (n° 14.214) en el extremo suroeste, muy cerca de la puerta (14.9b) y restos de dos crisoles planos (n° 14.213 y 14.237), el primero de ellos localizado junto al mineral de plomo.

Por su parte, los restos de piedra no tallada se ciñen a alisadores (n° 14.054-1, 14.054-2 y 14.190) y pizarras discoidales no perforadas (n° 14.189) los cuales se concentran desde el centro (alrededor de la estructura de lajas hincadas 14.5) hacia el este.

La US 14.4 corresponde a la parte superior del relleno de una estructura tipo cista que apareció expoliada (14.4) al sureste de esta estancia. La geometría de esta sedimentación consiste en un relleno horizontal de tierra muy suelta mezclada con elementos vegetales y coprolitos, de textura muy fina y laminar, con una coloración gris-verdosa. Entre sus restos, algunos de los cuales se pueden relacionar con las orzas n° 14.055 y 14.056 como resultado de

la remoción de los clandestinos, destacan las semillas de *gallum* y otras de una planta con alto contenido en azúcar (n° 14.507, 14.510, 14.511) que en base a los estudios realizados se apunta que fue cortada en otoño (Peña Chocarro, 2000). También se encontraron restos de fauna (n° 14.122, 14.263, 14.508, 14.509 y 14.528). Por último, ya en esta primera unidad sedimentaria formada por el relleno y el propio revuelto de tierra posterior encontramos los primeros restos humanos (n° 14.509-1) de esta Sepultura 16.

La US 14.5 es resultado de la actividad humana postdeposicional. Se localiza entre las estructuras 14.7 y 14.12 al noreste de la estancia y se compone por una sedimentación de tierra arenosa con restos orgánicos y textura muy fina y estructura laminar de color gris-verdoso que rellena un pequeño hoyo. En ella lo más interesante es la presencia de un crisol hondo de grandes dimensiones que presenta decoración en el labio a base de incisiones de punzón (n° 14.277); un alisador (n° 14.280) y restos de adobe (n° 14.278).

La US 14.6 representa el suelo de ocupación de este CE. Presenta una composición de restos de materia orgánica y otros elementos arcillosos que en su mezcla originan un nivel de textura muy suelta marcada por manchas orgánicas de distribución variable como reflejo de una deposición continuada de restos en un contexto de uso y una coyuntura de abandono precipitado. Sobre este suelo de ocupación se desarrollaron diferentes actividades, en su mayoría relacionadas con las actividades de mantenimiento que en base a la descripción estratigráfica procederemos a analizar en los siguientes apartados.

Los elementos relacionados con la metalurgia son escasos aunque variados además de presentar una distribución diferencial. Los fragmentos de mineral de cobre (n° 14.291 y 14.292) galena (n° 14.293) se sitúan en la estructura 14.6 en su extremo oeste y sobre el mismo escalón de la estructura 14.9b (n° 14.299). Los restos de escoria ligera ferrosilíceas de aspecto negro brillante que presenta inclusiones de metal de cobre (n° 14.216) aparecen al este de la primera (14.6) y unos restos de gotas de mineral (n° 14.226) al oeste de la estructura 14.7, al noreste del espacio. En cuanto a los crisoles se constata la presencia de dos tipos como sucediese en los niveles superiores, mientras el fragmento de un crisol plano de cerámica se sitúa en la estructura 14.6, junto a los fragmentos de mineral, los dos crisoles hondos en cerámica se colocan al oeste, siendo ambos muy interesantes en cuanto a su tipología. Así, el n° 14.589 presentaba decoración en el borde a base de impresiones digitales, colocado sobre la estructura 14.12, consta de una perforación relacionada posiblemente con la tapadera, mientras que el cuenco de grandes dimensiones n° 14.266 (Fig. 37: 4) aparecía muy poco cocido al este de la estructura 14.2 y cerca de la concentración secundaria de pesas de telar.

La localización de estos restos metalúrgicos no debe extrañar, pese su cercanía a los grandes recipientes de almacenaje, si tenemos en cuenta que mientras que todo el CE IVa estaba cubierto, el inmediato CE IVb permaneció descubierto aun cuando el hecho que haya sufrido en mucho mayor grado la erosión nos impide valorar correctamente la relación, como también el hecho de que en el poblado de Peñalosa nos encontramos ante espacios sociales compartidos a todos los niveles.

Al este, entre las estructuras 14.2 y 14.4 se localizaron la mayor concentración de restos culturales, tanto ecofactos como artefactos relacionados con el desarrollo de diversas actividades de mantenimiento. Los que primero destacan, por su fuerte concentración y por su lejanía de la zona donde se documenta la mayor congregación, son las pesas de telar circulares de dos perforaciones (n° 14.124, 14.246, 14.388, 14.484, 14.390, 14.391, 14.392,

14.394, 14.515, 14.516 y 14.517). Éstas no parecen representar una estructura de telar destruida como si sucede en el extremo oeste, ya que hasta una de ellas fue localizada en el interior de un pequeño cuenco esférico abierto (n° 14.235). Sin embargo, estos elementos aparecen asociados a otro tipo de elementos relacionados también con la producción textil, nos referimos a la concentración de elementos apuntados en hueso trabajado (n° 14.244, 14.411, 14.413, 14.417, 14.425, 14.498/14.288 y 14.563) (Fig. 39: 5) y otros en metal (n° 14.243 y 14.366) (Fig. 39: 7 y 8). Referente a los primeros, debemos decir que entre estos se han podido identificar cinco punzones (n° 14.244, 14.411, 14.413, 14.425 y 14.563) (Fig. 39: 1, 3, 4) y dos alfileres (n° 14.498/14.288 y 14.417). El primero de ellos (n° 14.244) se trata del extremo distal de un punzón de sección circular de 2,5 y 2 mm. de diámetro. Conserva un lustre intenso y general y las estrías finas de abrasión transversales en la punta sobre la zona lustrada parece indicar un posible reafilado de la pieza o un cambio de uso. El segundo, (n° 14.413) es un punzón fino realizado sobre hueso largo indeterminado fracturado en el fuste y en el extremo proximal, conserva una longitud de al menos 70 mm. De sección plana en el extremo mesial y circular en el distal. Su superficie está alterada por el fuego. El tercero (n° 14.563) es realizado sobre el metápodo de un ovicáprido. Está realizado mediante el corte longitudinal y por la abrasión de la cara interna del soporte del que se conserva parte del canal medular. Las estrías finas se distribuyen de forma oblicua en toda la superficie que está cubierta, además, por un lustre generalizado e intenso. El color natural está alterado por el depósito sedimentario presentando además fracturas en ambos extremos.

Por su parte, el primer alfiler (n° 14.498/14.288) está realizado sobre un hueso largo indeterminado que presenta una longitud original aproximadamente de unos 130 mm. La sección distal es circular de 3 mm. de diámetro y cóncava-convexa en el extremo proximal. Se realizó mediante el corte longitudinal del soporte y la abrasión intensa en ambas caras conservándose una pequeña parte de la epífisis en la que se practicó una perforación cilíndrica de 2 y 2,5 mm. de diámetro a modo de elemento de sujeción. Las estrías de abrasión muy atenuadas por el lustre de aprehensión que cubre de forma general toda la pieza son cortas y finas y se disponen de forma oblicua en toda la superficie. El segundo, (n° 14.417) (Fig. 39: 2) pertenece al extremo distal de alfiler plano elaborado sobre hueso largo indeterminado mediante corte longitudinal y la abrasión intensa de las superficies hasta conseguir una sección mesial aplanada. Las estrías finas de abrasión se distribuyen de forma oblicua aunque se observan algunas verticales en la cara superior predominando las oblicuas en la inferior. Estas estrías parecen suavizadas por un lustre intenso que cubre toda la superficie. El color natural está alterado por los sedimentos salvo en la punta (Mérida, 2000:164-1 y 2). También en este mismo material se localizó un pequeño colgante circular (n° 14.498).

Todos estos elementos realizados tanto en hueso como en metal nos hablan de que la actividad textil estaba presente en este extremo de la habitación, que probablemente estuvo más relacionada con la actividad de cosido, fabricación y reparación de las ropas. Aunque, esta zona se caracteriza por presentar una amplia y específica variedad tipológica de todas clases de cultura material, destacando entre ellos, un brazalete de arquero en piedra (n° 14.409) que sólo conserva una perforación en uno de sus extremos y una punta de flecha en metal, de pedúnculo largo con el extremo proximal fracturado (n° 14.492). Ambos elementos fueron localizados en clara asociación (Contreras, 2000: 274-81).

En cuanto al repertorio cerámico, decir en primer lugar, que destaca la abundancia de orzas a nivel general en toda la habitación. En su disposición aprovechan como puntos de apoyo diversas estructuras como los postes o los bancos y los rincones que quedan entre éstas. Concretamente en este extremo este encontramos ejemplos de orzas ovoides carenadas, de

borde marcado. Junto a la estructura 14.12 (noreste) se sitúan diferentes orzas de borde marcado y fondo plano de pequeñas dimensiones (nº 14.401, 14.401-1 y 14.404) (Fig. 34: 7,6 y 2), la última de ellas presenta decoración incisa a base de punzón en el borde y es la que ocupa la posición central sobre la estructura y de la que deben proceder la mayor parte de las semillas recuperadas en esta zona. En este mismo lugar se hallaba otra orza de medianas dimensiones de perfil ovoide y paredes rectas y salientes, con decoración impresa en el labio (nº 14.466) Sobre esta misma estructura (14.12) se puede atestiguar la presencia de varias orzas más (nº 14.560 y 14.551) (Fig. 33: 2 y 4). La primera de ellas se trata de una orza carenada de fondo convexo, mientras la segunda es una orza ovoide plana y borde ligeramente marcado de medianas dimensiones. También localizamos restos muy fragmentados de orzas de forma indeterminada (nº 14.265 y 14.422) que en algún caso presentaba decoración incisa en el labio (nº 14.573) la cual también se encontró sobre la estructura 14.12.

Completando el repertorio de recipientes relacionados con la transformación y almacenaje de alimentos, encontramos una enorme variedad de ollas presentes en este extremo este. Entre las estructuras 14.2 y 14.4 se documentaron, sobre todo, ollas ovoides planas de grandes dimensiones que presentan sus paredes rectas y entrantes (nº 14.234-8, 14.234-12, 14.399, 14.400 y 14.569) (Fig. 34: 5) (Fig. 35: 2, 8). Todas ellas exhiben decoración en el borde a base de impresiones y, concretamente, la nº 14.400, presenta una decoración a base de digitaciones. En la zona central del área oriental de éste Complejo Estructural, es donde aparece el único ejemplar de una olla cilíndrica de fondo plano y paredes gruesas (nº 14.234-1), donde también encontramos ejemplos de ollas globulares planas, este es el caso de la nº 14.387 (Fig. 35: 3) de muy pequeñas dimensiones que se localiza en el centro de este espacio este. Adosada a la cara sur de la estructura 14.12 se halló una segunda (nº 14.459) (Fig. 35: 10) y sobre la estructura 14.12 se recuperó una olla ovoide plana de boca muy cerrada y paredes muy entrantes (nº 14.463-2) (Fig. 35: 4) en cuyo interior aún conserva restos de semillas (nº 14.387-2).

Los pequeños recipientes relacionados con el servicio y el consumo de alimentos, también están presentes, prevaleciendo los de forma simple, concretamente, los cuencos semiesféricos serán los más abundantes al Este de este espacio doméstico. En primer lugar, contamos con dos ejemplares de éstos que aparecen sobre la estructura 14.12 (nº 14.565 y 14.568) (Fig. 37: 1) al igual que sucede con uno de los cuencos semiesféricos de tendencia parabólica (nº 14.564) (Fig. 37: 2 y 5). Sin embargo, el otro recipiente (nº 14.490) (Fig. 37: 3) recuperado de este tipo se sitúa muy cerca de la misma estructura (14.12). Todos ellos son de pequeñas dimensiones.

Precisamente, en este extremo oriental de la casa, destaca sobremanera la fuerte presencia de semillas de lavanda (*Lavandula stoechas*) (nº 14.304, 14.14.334-1, 14.335-1, 14.340-1, 14.344-1, 14.348-1, 14.387-2, entre otras muestras). Donde, también se han encontrado restos de semillas de lino, concretamente de la especie (*Linum usitatissimum*). Según Zohary y Hopf (1993) el lino pertenece al grupo de plantas relacionadas con el origen de la agricultura en el Próximo Oriente. Sin embargo, las semillas de lino muy raramente se han documentado en contextos arqueológicos peninsulares y, sobre todo, andaluces (Buxó, 1993) aunque, los hermanos Siret (1890) señalan su presencia en 5 yacimientos de la Edad del Bronce en Andalucía: Campos, Lugarico Viejo, Zapata, El Oficio y el propio El Argar (Peña, 2000: 246), a los que podemos añadir el poblado de Peñalosa.

Entre las estructuras 14.2 y 14.10, encontramos otros pequeños recipientes de similares características. Se trata de un cuenco esférico de paredes rectas u borde ligeramente

entrante y fondo aplanado, aunque también, podría pasar perfectamente por ollita de pequeñas dimensiones (n° 14.235) (Fig. 35: 1). Éste, localizado entre la estructura 14.2 y el hoyo de poste 14.10, tiene una factura tosca, con las paredes rugosas y presenta incisiones en el borde a base de punzón y mamelones. Anexo a éste, documentamos otros cuencos más, el primero de ellos carenado con el borde muy corto y ligeramente recto y fondo convexo, de superficies bien trabajadas y con decoración de pequeños mamelones en el borde (n° 14.462); el segundo es un parabólico hondo y fondo convexo de medianas dimensiones (n° 14.266). Todos estos elementos cerámicos se sitúan en la gran concentración existente entre la estructura 14.2 y 14.4.

Los molinos, por su parte, se distribuyen por todo el CE, aunque son más interesantes aquellos que se sitúan sobre las estructuras 14.2 y 14.7 (n° 14.386 y 14.381 respectivamente). El primero de éstos se localizó *in situ* sobre el banco semicircular (14.2), mientras que el segundo se hallaba deslizado sobre la cara sur del banco (14.7). Al lado de estas estructuras se sitúan otros molinos (n° 14.389 y 14.385 siguiendo el mismo orden). Al este de la primera estructura y la 14.4 se encuentran diferentes ejemplos de estos elementos (n° 14.402 y 14.403) además de una de las pocas manos de molino registradas en éste espacio (n° 14.427) (Fig. 36: 6). Por su parte, una concentración secundaria se da sobre la cista 14.12 (n° 14.542, 14.553 y 14.561), aunque no creemos que sobre ella se realizase la actividad de molienda, dada la fragilidad de la cubierta que se hundió con el peso del derrumbe. Si bien, dada la fuerte concentración de elementos materiales diversos si creemos que esta estructura funeraria fue reutilizada durante la vida de este espacio convirtiéndose en un auténtico poyete de cocina. Lo curioso, es que sobre esta misma estructura se pudo constatar la asociación de dos claras manos de molino (n° 14.276 y 14.576) (Fig. 36: 7) con lo que podría apuntar a que sí fue utilizada como soporte para la molienda.

Todos los restos de fauna (n° 14.334-3, 14.335-2, 14.340-2, 14.408-2, 14.410-2, 14.419-2, 14.423, 14.426-2, 14.472, 14.73-2, 14.474-2, 14.479-2) se sitúan de forma generalizada en esta área Este de este espacio doméstico, lugar donde como hemos observado se produce la gran densidad de artefactos y ecofactos. Entre los restos se incluyen una falange de vaca (n° 14.249), una ulna de ciervo (n° 14.405) y un húmero de oviscaprino (n° 14.424) junto con otros restos indeterminados (n° 14.555-1, 14.491, 14.571-2, 14.573-2, 14.405 y 14.470). A pesar de que se han localizado abundantes restos, sobre todo, concentrados en la parte oriental de la casa, donde también es cierto, se han documentando mayor número de ollas, tenemos que decir, que los huesos de animales aparecen muy fragmentados. Esto junto a la baja densidad de sus hallazgos comparados sobre todo con los recipientes cerámicos relacionados con la transformación de alimentos, nos hace pensar que las personas que habitaron esta casa realizaban una limpieza superficial de este espacio de forma periódica.

Continuando al sur de este espacio doméstico, encontramos sobre la estructura 14.2 un cuenco de perfil simple (n° 14.376), mientras que un cuenco esférico muy pequeño y de paredes abiertas (n° 14.250) se hallaba sobre la estructura 14.5. Entre la estructura 14.2 y el hoyo de poste 14.11 (sobretudo al suroeste de ésta) se extiende la fuerte concentración de restos materiales del este. Destacamos, el hallazgo de uno de los punzones de hueso (n° 14.498), una pizarra redondeada no perforada (n° 14.223). Ésta, probablemente, estaba relacionada con una orza ovoide de borde marcado y fondo plano (n° 14.231) (Fig. 33:1) hallada al oeste de la estructura 14.11. Esta orza, seguramente, estuvo apoyada sobre el hoyo de poste ya que su borde está orientado hacia el oeste y su fondo apunta hacia dicha estructura. Por último, nos parece interesante resaltar el hallazgo de un elemento especial en arcilla, una pequeña ficha recortada (n° 14.212) que se recogió entre las dos estructuras

anteriormente referidas y la documentación de una fuerte concentración de restos vegetales carbonizados (nº 14.304) procedentes de la viga de madera que sostendría la estructura 14.11.

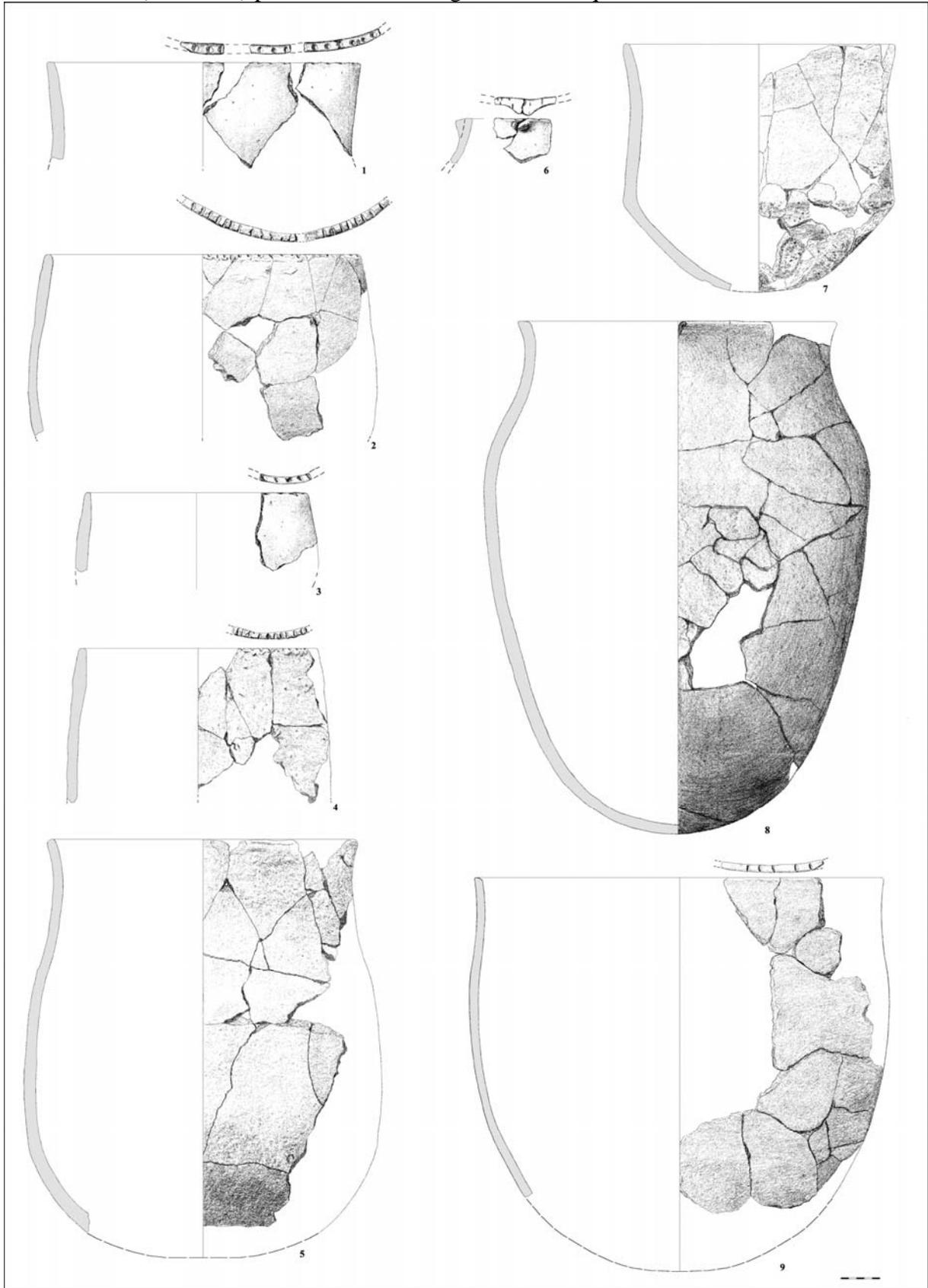


Figura. 32. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).

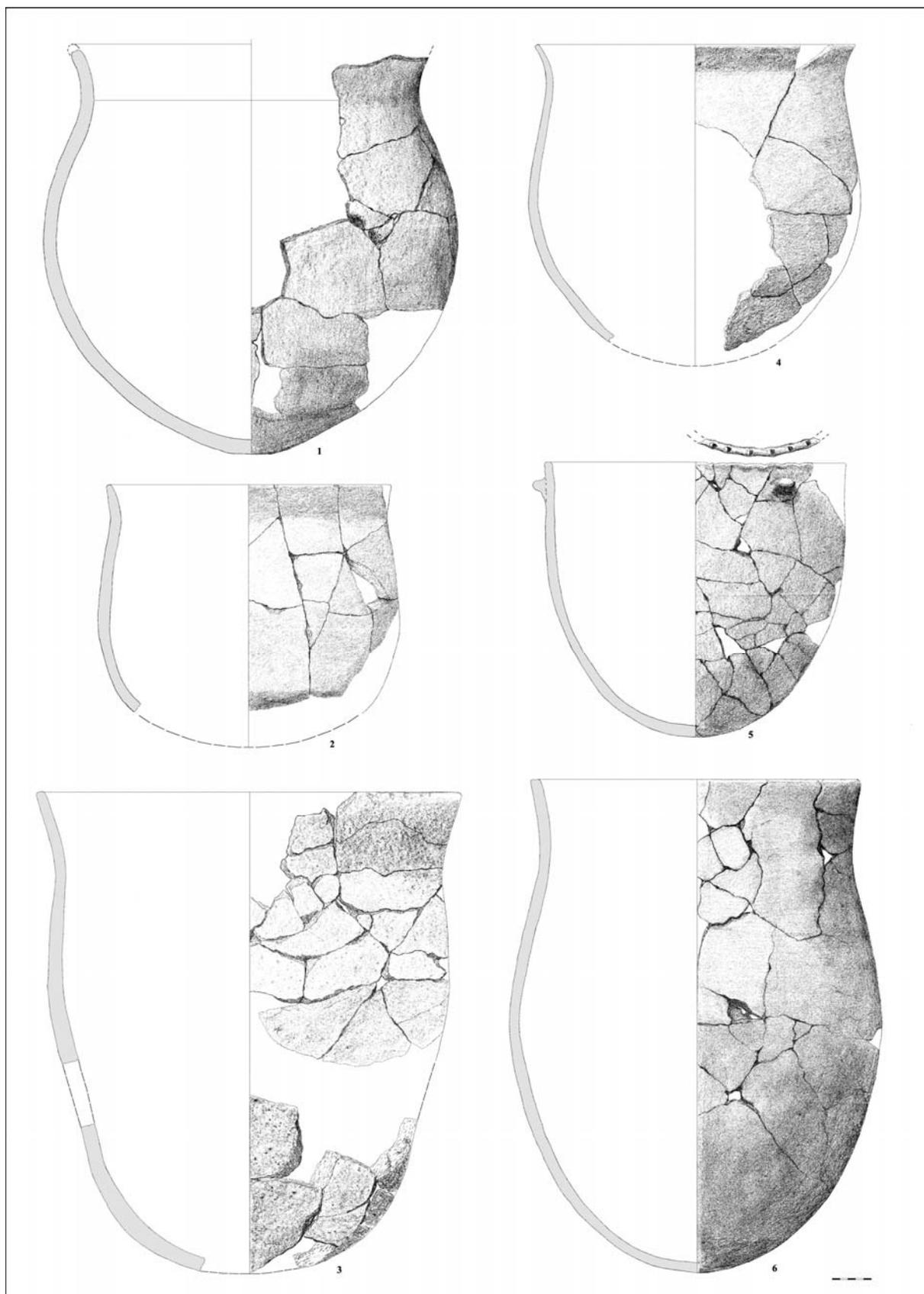


Figura 33. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).

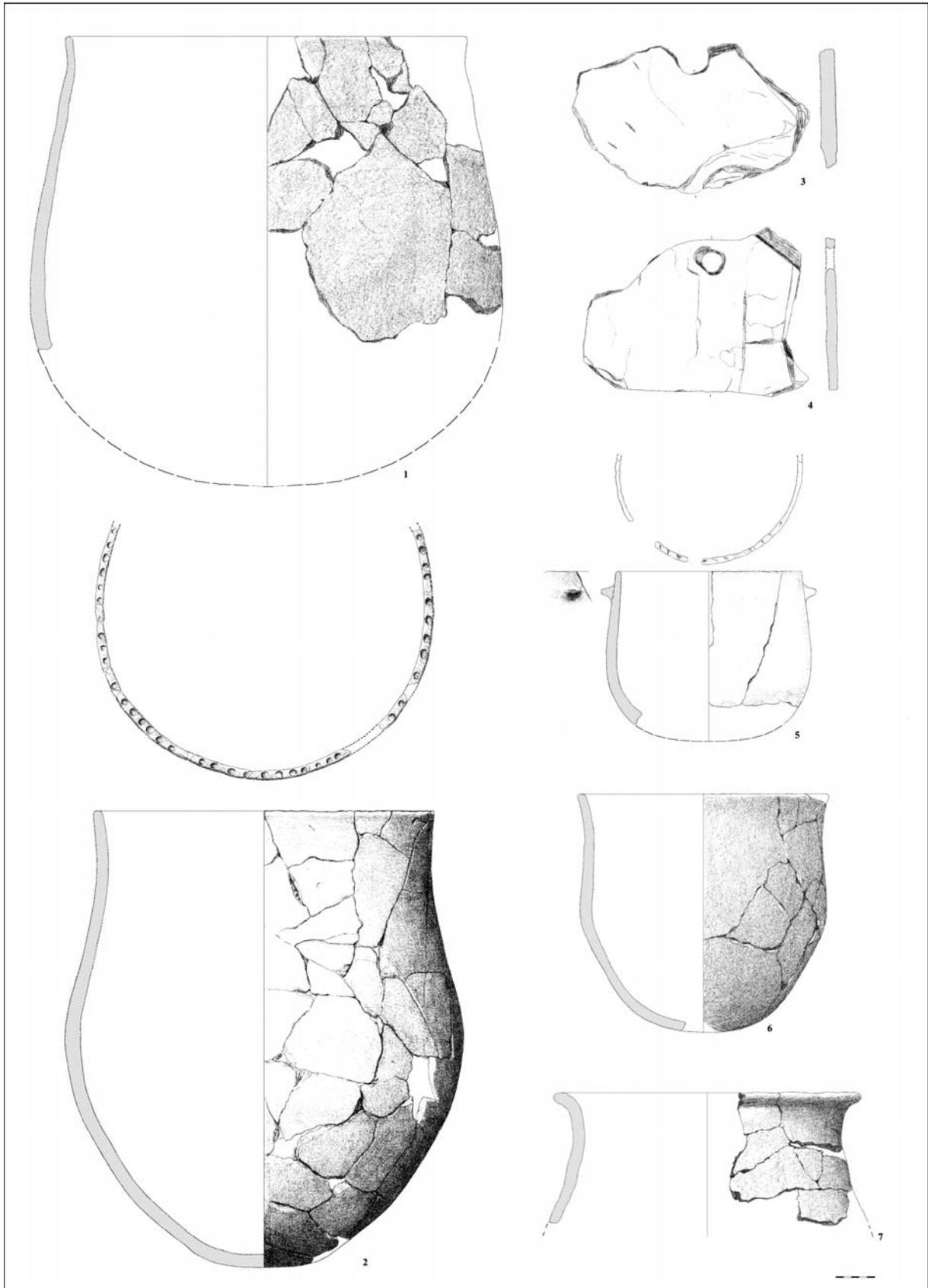


Figura 34. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).

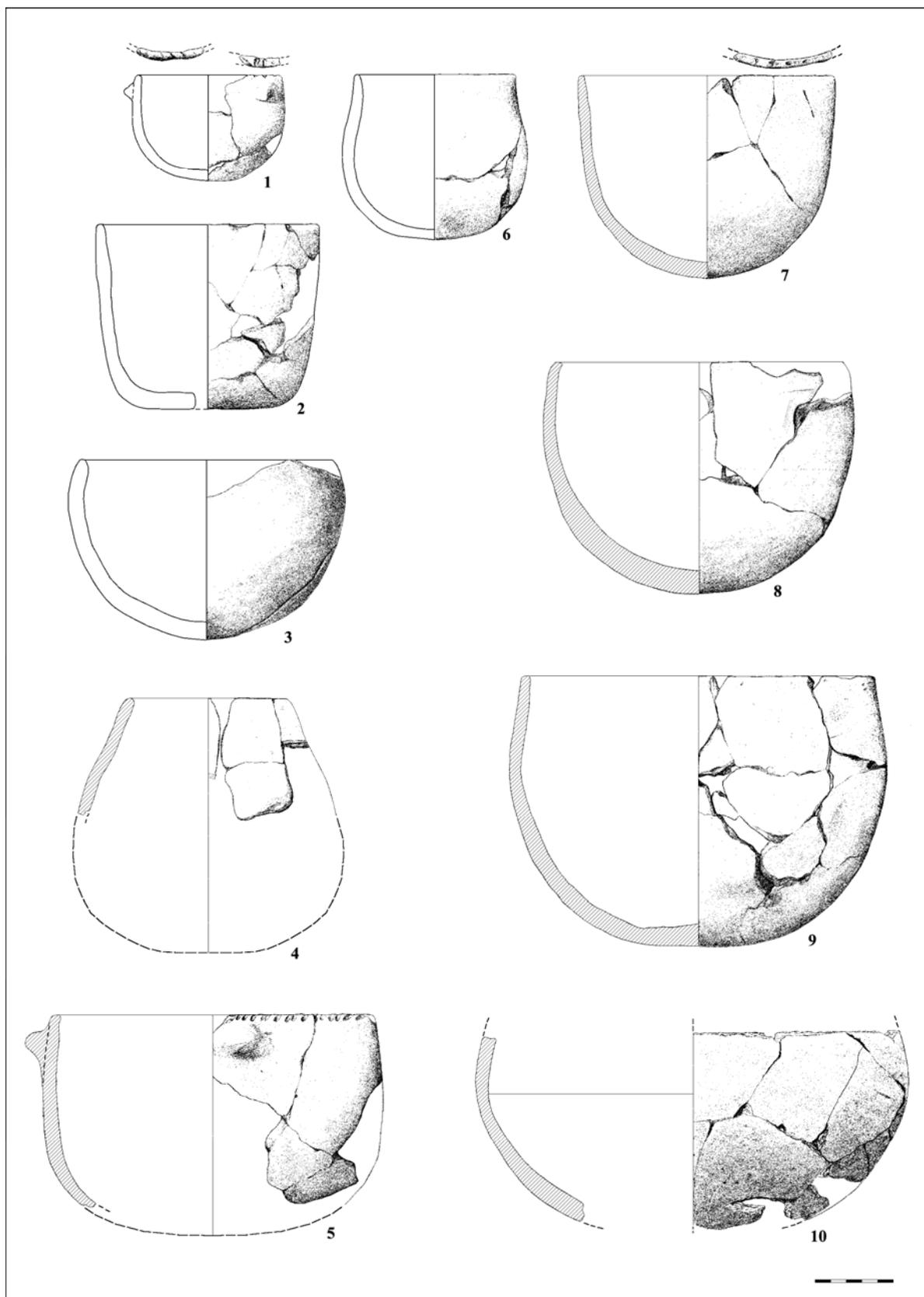


Figura 35. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa y b (Escala 1:3).

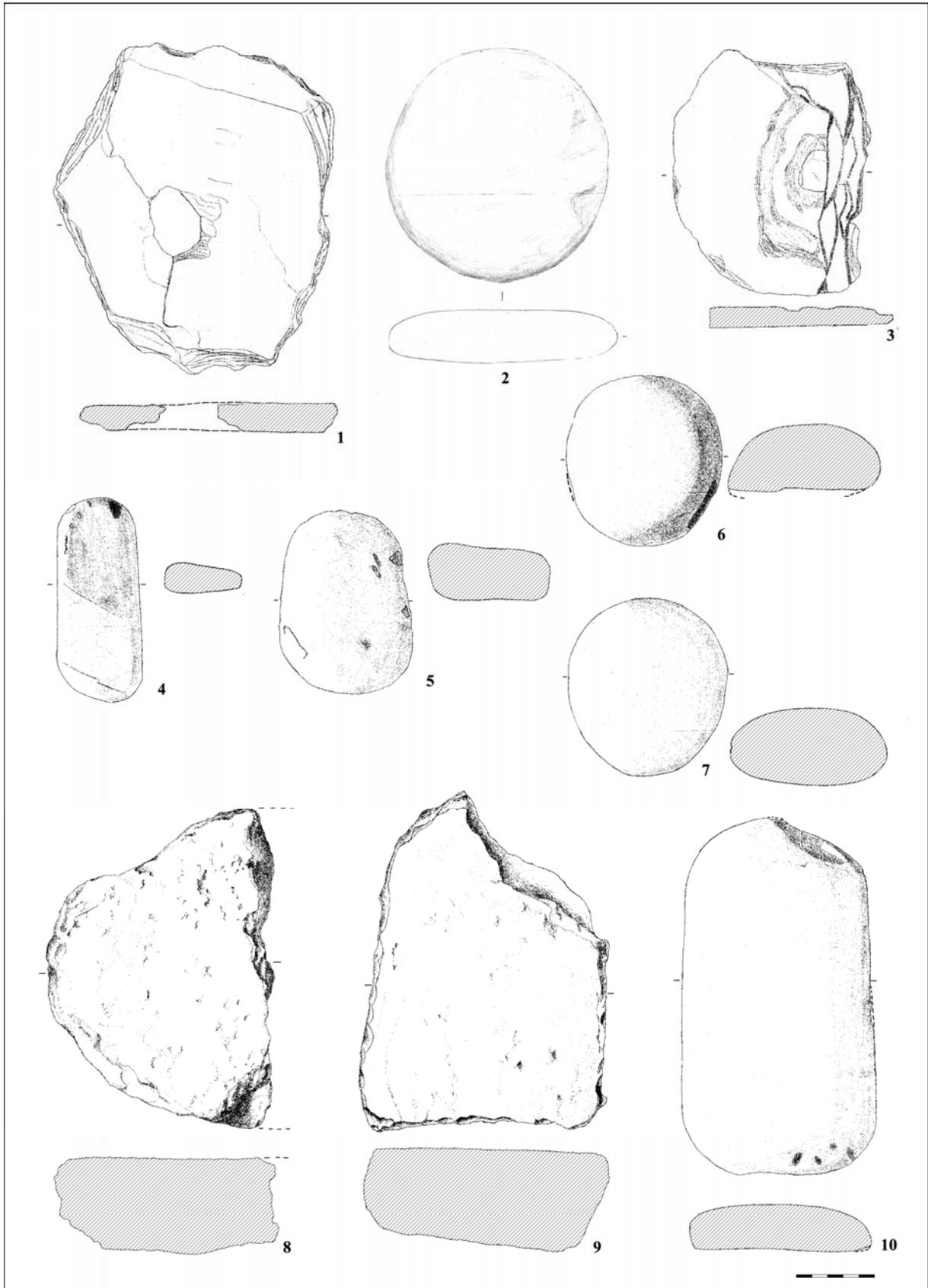


Figura 36. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).

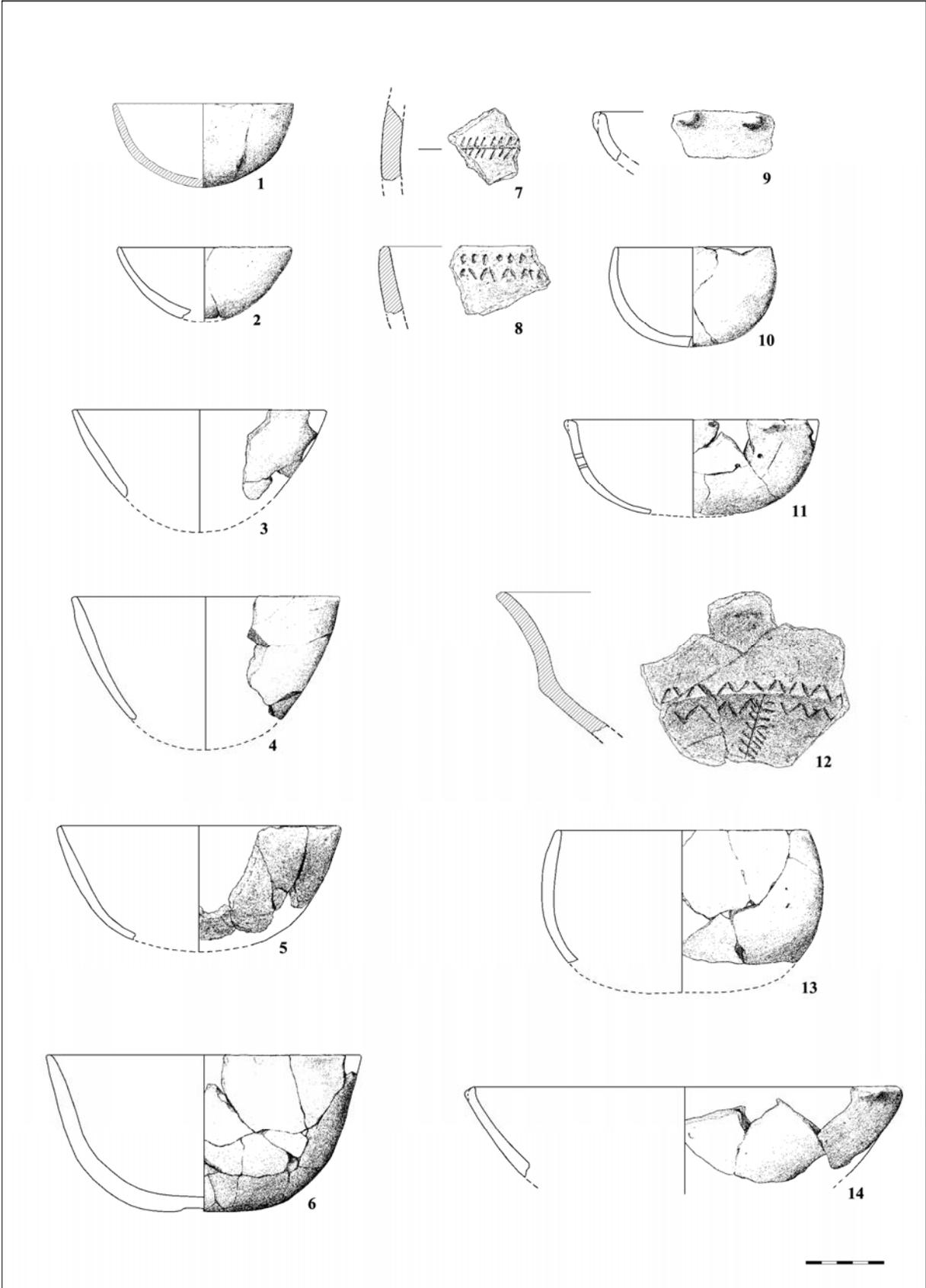


Figura 37. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).

Al oeste de la estructura de lajas hincadas (14.5), cerca del muro sur (14.1) documentamos una gran cantidad de carbón (nº 14.206). Sin embargo, lo que destaca es la concentración de tres elementos cerámicos, una gran olla ovoide casi globular plana de borde recto (nº 14.327) (Fig. 35: 9), un cuenco de perfil simple y medianas dimensiones (nº 14.345) y una olla de pequeñas dimensiones (nº 14.329) (Fig. 35: 7), de paredes rectas y salientes con pequeñas decoraciones de impresión en el labio. Ambas ollas aparecieron en posición invertida y en su interior contenía aún restos de materia orgánica y semillas (nº 14.328-1 y 14.330-1 respectivamente). Muy cerca de estos elementos cerámicos al norte encontramos dos tapaderas de pizarra recortada que bien pudieron estar relacionadas con las cubiertas de ambas ollas (nº 14.347 y 14.369) (Fig. 34: 3 y 4).

En el centro-occidental, entre la estructura 14.5 y el hoyo de poste 14.10 se vuelven a documentar abundantes restos materiales que se extiende con dirección sureste-noroeste, concentrándose, sobre todo, en el extremo sureste y este del hoyo de poste central. Entre los grandes recipientes merece destacar un lebrillo de perfil sencillo y de grandes dimensiones (nº 14.368) de una forma abierta, con las paredes rectas y salientes, situado al sureste de la estructura 14.10. Junto a éste, encontramos dos cuencos, uno de ellos semiesférico de borde entrante y de pequeñas dimensiones (nº 14.232) (Fig. 37: 10) y otro de perfil simple (nº 14.376) y, apoyando directamente sobre la parte inferior de la estructura de lajas hincadas, una nueva pesa de telar con dos perforaciones (nº 14.205). Asimismo, como sucediese en el extremo más al norte, volvemos a documentar una fuerte concentración de carbón (nº 14.204 y 14.377).

Continuando en la misma zona, debemos decir que en los alrededores, fundamentalmente en la parte sureste y este del hoyo de poste (14.10), se encontraba un gran conjunto de elementos cerámicos relacionados con el almacenamiento de alimentos. Prueba de ello son las cinco orzas documentadas. De ellas, tres son de perfil indeterminado (nº 14.350, 14.351 y 14.364), una cuarta de borde marcado y tendencia globular (nº 14.230/14.346) (Fig. 32: 4 y 5) y una última de medianas dimensiones de perfil ovoide y paredes rectas casi salientes (nº 14.373) (Fig. 32:2) con decoración impresa en el labio. Junto a éstas se localizaron dos tapaderas de pizarra recortadas (nº 14.347 y 14.369) sin que de momento podamos afirmar a qué orza corresponde concretamente. Alrededor de esta estructura también se recuperaron fragmentos cerámicos relacionados con la transformación de alimentos, nos referimos a las ollas. Si bien, destaca que sea precisamente en este espacio donde se documente una de las escasas formas del repertorio de las ollas, una olla globular de grandes dimensiones que presenta el borde corto y casi recto (nº 14.372) (Fig. 35: 6).

Al oeste del hoyo de poste (14.10) se sitúa otra gran orza de perfil ovoide, con muy poca inflexión del cuerpo, el borde ligeramente y vertical y con un gran diámetro de la boca muy (nº 14.362) (Fig. 34: 1), a esta se le asocia una tapadera de pizarra con perforación central (nº 14.224) (Fig. 36: 1). Junto a estos dos elementos encontramos un nuevo molino (nº 14.217) (Fig. 36: 10). Precisamente, será en este espacio donde se hallaba un resto de fauna fuera de la zona Este donde se produce la concentración de estos ecofactos (nº 14.228).

Cercándonos ya a la zona más occidental, hallamos entre las estructuras de hoyo de poste 14.13 y 14.10, una gran orza (nº 14.229) de borde marcado y boca muy cerrada de perfil ovoide y muy honda. Ésta es la que se sitúa más lejos de cualquier punto de apoyo en la zona centro-occidental entre las estructuras 14.13 y 14.10. Su orientación es de sur-norte.

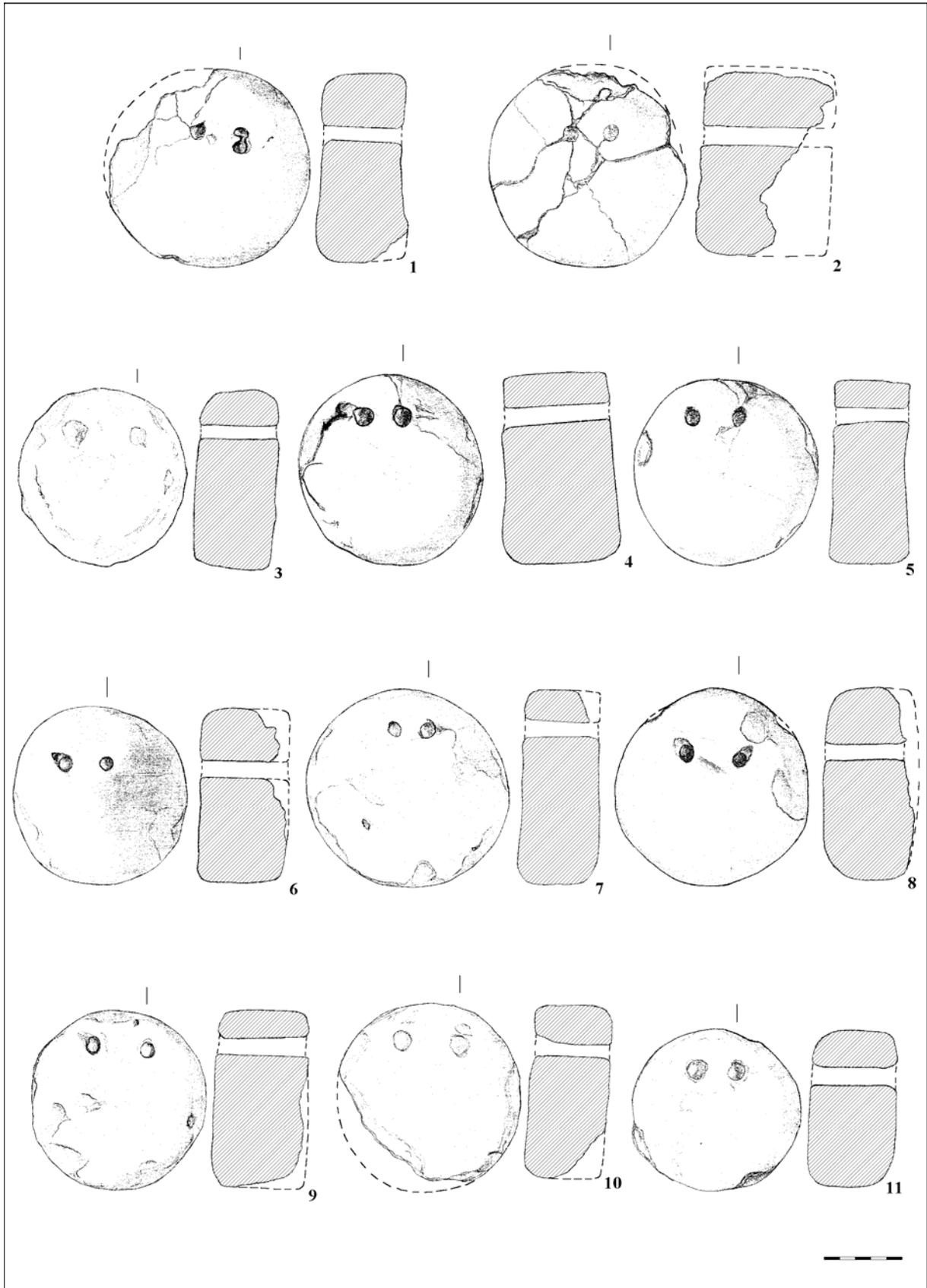


Figura 38. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3). 1-11 (CE IVa).

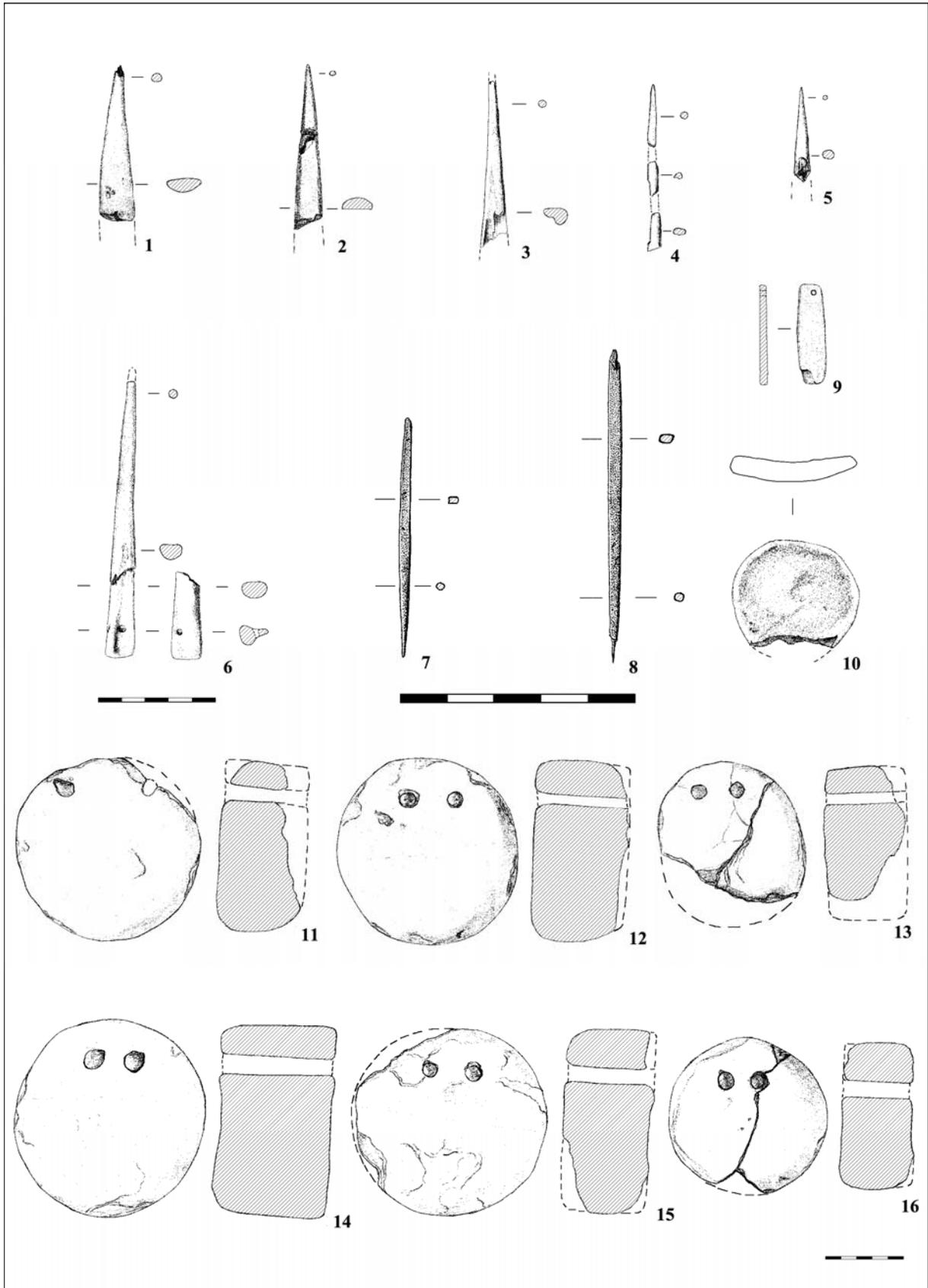


Figura 39. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3/1:2/1:1) 1-11 (CE IVa).

En el extremo sur y sobre la estructura 14.6 se localizaron la mayor parte de los restos relacionados con la producción metalúrgica, sin embargo, sobre ésta también se encontraban una orza de paredes ovoides y borde (n° 14.332) y un cuenco parabólico hondo con fondo aplanado y ónfalo (n° 14.333) (Fig. 37: 6) y medianas dimensiones. Por último, resaltar por su escasez en este contexto doméstico la presencia de una tercera mano de molino (n° 14.294) (Fig. 36: 5) sobre esta estructura.

Al este de esta estructura (14.6) había tres pizarras redondeadas no perforadas (n° 14.225-1, 14.225-2 y 14.225-3) (Fig. 36: 4) las cuales, probablemente, estaban relacionadas con estas grandes orzas ya que la orientación que presentaban éstas era hacia este extremo, quedando sus bordes en el extremo Este de la estructura. Por lo tanto, podemos pensar que las tapaderas de estos recipientes cayeron directamente al suelo al producirse el desplome de la techumbre y de las piedras de la línea superior de la estructura 14.1.

Mientras que, al oeste de este banco longitudinal (14.6) y la puerta de este contexto doméstico (14.9b), los habitantes de este grupo familiar utilizaron los rincones o puntos ciegos de este espacio como soportes para el sostenimiento de dos grandes orzas ovoide de cuello marcado. La primera de ellas, presenta el cuello marcado y abierto con fondo plano (n° 14.349) que apoya directamente sobre la cara interna de la estructura trasera 14.1 y la 14.9b. La segunda presenta su cuello ligeramente marcado y el borde muy saliente pero con el fondo convexo (n° 14.343) (Fig. 33: 6). Ambas orzas se disponían directamente sobre el suelo de ocupación y son los recipientes más grandes y de mayor voluminosidad documentados en este contexto doméstico, cada una superaba los 25 Kg. de peso. Junto a estas orzas encontramos también un cuenco esférico (n° 14.539) (Fig. 37: 13) de fondo plano y borde entrante de grandes dimensiones con la superficie muy bien trabajada.

Al norte de la estructura 14.13 (hoyo de poste más occidental) y justo donde comienza a documentarse la fuerte concentración de pesas de telar de la estructura textil del noroeste, localizamos un nueva orza. Ésta de perfil ovoide de borde abierto y paredes ligeramente verticales y salientes (n° 14.331) (Fig. 33: 5) con el fondo convexo y con decoración impresa a base de digitaciones en el borde y dos pequeños mamelones para la sujeción.

Por último, nos es obligado destacar la presencia de numerosísimas pesas de telar circulares provistas de dos perforaciones concentradas en su mayoría en la zona inmediata a la puerta donde hay más luz (estructura 14.9b), justamente, en la cara interna de la estructura 14.9a. Todas ellas presentan las mismas características, están cocidas, son circulares y tienen dos perforaciones. Su tamaño y peso también es similar, aunque este último difiere unas de otras. De forma completa se pudieron recuperar un total de 38 pesas de telar (entre ellas señalar algunos ejemplos, n° 14.430, 14.432, 14.433, 14.434, 14.436, 14.437, 14.438, 14.439, 14.440, 14.441, 14.443, etc.) (Fig. 35: 11, 12, 13, 14, 15 y 16) (Lám. 112). La inclinación que presentaban en forma oblicua y parcialmente superpuestas entre sí, ha permitido señalar la existencia aquí de un posible telar en el que los hilos quedarían tensados por éstas. Entre todas estas pesas de telar encontramos una de las tapaderas de pizarra documentadas en este contexto doméstico (n° 14.609). Esta tapadera de pizarra recortada presenta una inclinación de sur-norte, lo que nos hace pensar que estaba en relación con las grandes orzas (n° 14.343 y 14.349) (Fig. 33: 3) documentadas justo en el choque de las estructuras 14.1 y 14.9b (al sur de este extremo occidental).

A nivel de suelo de ocupación se han recogido innumerables muestras de sedimentos que una vez tratados por la metodología adecuada se ha logrado identificar una gran cantidad

de restos de semillas (nº 14.309-1, 14.310-1, 14.311-1, 14.312-1, 14.314-1, 14.315-1, 14.316-1, 14.319-1, entre otras más). Su estudio ha documentado la presencia de *hordeum vulgare*, en todas sus variantes, tanto vestidas como desnudas, aunque es cierto que el mayor porcentaje lo acumula el vestido (87%), mientras que el *triticum vulgare* aparece en unos porcentajes prácticamente inexistentes. *Vicia faba*, bellotas y algunas semillas de plantas silvestres (*satureja sp.*, *campanula sp.*, *malva sp.*, *veronica sp.*) compondrían el resto de los componentes cerealísticos de la dieta de las personas que habitaron esta casa con un 13% de representatividad (Contreras, 2000: 274-82).



Lámina 113. Detalle de la zona donde presumiblemente estuvo impuesto telar en esta vivienda (Proyecto Peñalosa).

La US 14.7 se corresponde con la tierra de cimentación que tiene como objetivo el allanamiento y regularización del lugar que se va a habitar. Se compone por tierra apelmazada, cerámica y la propia roca. Presentaba una textura gruesa aunque transformada artificialmente ya que responde a la deposición cultural intencionada en los recovecos de la roca, de estructura compacta y color marrón claro. Incluye restos de mineral, fundamentalmente de cobre (nº 14.357, 14.397 y 14.398), el primero de ellos junto a la cara norte de la estructura 14.6 y el resto en el centro de la zona occidental; fragmentos de un crisol plano y otro hondo (nº 14.358 y 14.375 respectivamente) localizados junto a la puerta (14.9b), recuperados bajo las orzas, y por tanto, podría pensarse que, como los elementos situados en el banco 14.6, estarían en relación con la actividad metalúrgica desarrollada en el CE IVb y que una vez extraída la masa metálica quedaron aplastados en el suelo (Moreno Onorato, 2000: 218-8). Pero sobre todo, destaca una mayor abundancia de fauna (nº 14.361, 13.370, 14.383, 14.501, 14.502, 14.527 y 14.558) respecto al suelo de ocupación. Se encontraron dispersos por toda el área del Complejo Estructural, siempre en las cercanías de las estructuras internas y externas de este espacio, lo que quizás indique una deposición de la basura al exterior del poblado en la segunda fase de ocupación de éste (IIIB). Se constatan dientes y húmeros de ovicápridos, cráneos y metacarpos de cabra y metápodos de vaca y jabalí/cerdo, los cuales también podrían equivaler a la misma interpretación, restos desechados fuera del poblado durante la fase IIIB, por encontrarse en este nivel de cimentación.

Junto a la estructura 14.4 se encontró un elemento indeterminado en piedra (n° 14.503) y los restos de una gran orza (n° 14.526) con decoración impresa en el labio y cerca de la estructura 14.5 se recuperaron los fragmentos de una olla (n° 14.506) de perfil indeterminado.

La US 14.8 es una unidad sedimentaria originada por la alteración antrópica del registro arqueológico. Se trata de los restos del expolio que se llevó a cabo sobre la estructura 14.4. Se compone por una tierra suelta, de textura muy fina pero granulosa de tipo arenoso y estructura laminar pero de aspecto homogéneo y color gris verdoso. Incluye lo que pueden ser los restos del ajuar de la sepultura 16 con un cuenco semiesférico de tendencia parabólica (n° 14.544), un fragmento de borde apuntado, tipo copa (n° 14.545), y una olla ovoide más o menos honda (n° 14.546) con el borde decorado y mamelón. También aparecen restos de mineral de cobre (n° 14.537 y 14.548), el primero de ellos encontrado fuera de la estructura pero sobre ella y el segundo en el interior, así como restos humanos (n° 14.549-1) y vértebras lumbares y huesos carpales de ovicápridos (n° 14.541-2 y 14.549) y un colmillo (n° 14.543).

La US 14.9 corresponde a los restos del suelo de ocupación filtrados en el interior de la cista 14.12 o sepultura n° 6. Se compone por una tierra blanquecina (blanco-rosácea) de textura fina, incluye en su matriz restos de cerámica y semillas. Su origen está determinado por la deposición de los derrumbes de piedra y adobes que precipitaron el hundimiento de la cubierta en su parte central provocando así la deposición en su interior de algunos elementos cerámicos que se encontraban apoyados en ésta. Incluyen fragmentos de crisoles planos (n° 14.586-1 y 14.592), mineral de cobre (n° 14.591), cebada de varios tipos y plantas silvestres, entre ellas, la lavanda (n° 14.581, 14.581-1 y 14.581-2), y vértebras cervicales de vaca (n° 14.581-3, 14.582 y 14.494).

La US 14.10 corresponde con el sedimento interno de la cista o sepultura n° 6. Su génesis responde con una tierra de color marrón oscuro de textura muy fina. El proceso de excavación de esta sepultura como la anterior, se inició con la retirada superficial del sedimento depositado tras la última campaña de excavación en 1989, eliminando así todo aquel sedimento no arqueológico, para proceder a su excavación microespacial. Tras la limpieza y retirada de todo el paquete sedimentario interno (muy escaso) se procedió a la limpieza de la sepultura para dejar en planta los restos óseos y elementos de ajuar y elementos de ajuar presentes en el interior de la misma. En cada una de las alzadas realizadas hasta la llegada a los restos humanos se fueron tomando diferentes muestras sedimentológicas, las cuales, prosiguieron conforme se retiraron los restos óseos hasta completar los trabajos de excavación de esta estructura funeraria. Asimismo todo el contenido sedimentológico interno ha sido recogido para su posterior flotación. En cuanto a la recogida o retirada de los restos óseos y su correspondiente ajuar, podemos decir que se realizaron hasta 8 recogidas o alzadas artificiales hasta alcanzar la roca base.

Una vez estudiados los huesos se pudo determinar que éstos correspondían a un individuo adulto (n° 14.585, 14.603-2, 14.605-1, 14.605-2, 14.605-3, 14.605-6, 14.605-7, 14.605-8 y 14.608) colocado en posición fetal de cubito izquierdo. A pesar del escaso nivel de conservación de esto, este inhumando que se ha podido determinar que falleció adulto se encontraba acompañado por toda una serie de elementos que componían un rico ajuar funerario. Concretamente, se componía por cuatro recipientes cerámicos, un puñal de cobre con dos remaches (n° 14.604) y fragmentos de fauna, concretamente una falange (n° 14.605-4) y un húmero (n° 14.605-5) de ovicáprido y los restos de un hueso largo indeterminado (n° 14.602). Entre los elementos cerámicos contamos con dos vasitos de fondo convexo de pequeño diámetro (n° 14.583 y 14.596). Ambos presentan unas características tecnológicas

similares, de factura bien cuidada y de superficies muy bruñidas, junto a una botella de grandes dimensiones (nº 14.584) que presenta el cuerpo muy globular y el fondo convexo, con el cuello muy marcado y la boca cerrada y el borde saliente. Tecnológicamente sus paredes están muy bien cuidadas, con superficies bruñidas y ha recibido una cocción baja. Su interior contenía abundantes semillas de bellotas. También encontramos una copa de grandes dimensiones (nº 14.601), el cuenco de la copa es esférico de borde entrante y luce bajo éste una decoración compuesta por pequeños y abundantes mamelones, además exhibe las muestras del lañado. En el vástago de la peana presenta una perforación que posiblemente esté relacionada con la tecnología de fabricación de la misma copa para asegurar el pie al cuenco. Vuelven a documentarse restos de semillas de las mismas morfologías (nº 14.584-2, 14.598-1 y 14.5603-1) que las indicadas anteriormente, pero en este caso proceden del suelo de ocupación por lo que su origen en el interior de la sepultura es por filtración postdeposicional. Estos elementos se encontraban ubicados de la siguiente manera en el interior de la sepultura. La copa se encuentra acompañada por el puñal de dos remaches y uno de estos pequeños recipientes cerámicos a la altura del torso del inhumado, mientras que la característica botella junto con otro de los pequeños recipientes y la ofrenda cárnica de ovicáprido se localizan en los pies del inhumado.

V.3.4.4. Complejo Estructural IVb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 28 y 29)

La zona más occidental de la casa IV está ocupada por el Complejo Estructural IVb. Éste se corresponde con el subsector G del sector 14. Se trata de un espacio en forma trapezoidal con una superficie de más de 12 m². Sus coordenadas UTM son las siguientes: 74.20-80.80 x; 97.00-101.80 y; 26.16-27.55 m. la z. Su orientación es de oeste-este (Contreras, 2000: 274-103).

Los trabajos se iniciaron a finales del mes de Agosto de 1991, concretamente, éstos fueron de los últimos que se realizaron en el poblado de Peñalosa durante la primera fase del Proyecto. Éstos tuvieron un carácter en extensión y en profundidad, realizada en base a una metodología de excavación a nivel microespacial. El rebaje de los diferentes niveles sedimentarios se hizo a través de alzadas artificiales de 10 cm. Toda la información extraída del registro arqueológico se documentó empleando el sistema de registro creado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de la Universidad de Granada.

Como ya hemos comentado, la intervención en esta área fue tardía, ya que desde el inicio de la campaña todos los esfuerzos se concentraron en la zona central-oriental de la casa IV. Sin embargo, ante la necesidad de definir su espacio a nivel estructural, concretamente, el exterior de la estructura 14.9a, se planteó la excavación del testigo mantenido en la anterior campaña (1989) entre el corte 14 y el corte 16 (al oeste), abriéndose una nueva área de intervención y con ella la definición de un nuevo Complejo Estructural.

Al igual que sucede con el CE IVa, en la génesis del CE IVb incide fuertemente la existencia previa de estructuras de la fase IIIB relacionadas con la construcción de la gran cisterna que ha sido denominada como CE IVd. La fosa escalonada que se documenta al interior del CE IVb, y que se ha incluido en lo que denominamos CE IVc, queda sellada antes

del uso de este espacio durante la fase IIIA. Esto quiere decir, que durante la fase de ocupación IIIB, el espacio ocupado por los CE IVb y c eran parte de la gran estructura hidráulica siendo reestructurado su espacio, momento en que se sella todo esta área (US 14.13) para ponerla a disposición de la nueva casa y su funcionamiento durante la Fase de ocupación IIIA. Hoy día continuamos teniendo algunos problemas para la adscripción cronológica de las estructuras murarias y de los suelos de ocupación documentados tanto en este Complejo como en el siguiente (CE IVc). Así en un primer momento (fase IIIB) todo este espacio queda configurado a través de las estructuras 14.22 y 14.21 a las que pueden relacionarse la estructura 14.18, aunque su escasa entidad y mala conservación, no nos permite lanzar aseveraciones a este respecto. Por su parte, y según nos informa la estratigrafía sedimentaria (ya que bajo esta se documentan dos niveles de tierra de cimentación (US 14.13 y 14 y un suelo de ocupación, US 14.15) de este espacio todo parece apuntar a que el giro hacia el oeste de la estructura 14.1a no se construyó hasta la Fase IIIA, cuando aún no se había rellenado por completo la fosa 14.21 (Contreras, 2000; Contreras *et al.*, e.p.).

Los límites estructurales y por tanto espaciales de este CE son los siguientes: al este la Unidad Habitacional IVa; al norte el CE IIIc; al Sur la propia cisterna, mientras que en su cara occidental se encuentra el CE IVc.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional IVc (Fig. 30)

Tanto estructural como espacialmente este Complejo es originario de la fase IIIA. Surge cuando en un momento determinado ya en la fase IIIA, los habitantes de Peñalosa por razones hoy día inexplicables deciden reducir tanto las dimensiones como los accesos a la gran cisterna. Será en este momento de reestructuración espacial de la cisterna cuando se le gane terreno a la gran fosa 14.20 en sus aledaños, concretamente, en una zona que parecía tener forma escalonada (estructura 14.21) cuando se origine este nuevo espacio, el CE IVb.

En cuanto a la secuencia muraria de este espacio la primera estructura en construirse para la definición de este espacio será al norte, la estructura 14.17, que a su vez se adosa a la estructura 14.9a en su extremo sur y que separa este Complejo Estructural del IIIc. Probablemente, el tramo más occidental de esta estructura debía continuar con un giro paralelo al de la estructura 14.1 tal como parece mostrar la estructura 14.18, cerrando así este espacio al norte.

Estructuralmente, el muro 14.I gira en su tramo más occidental hacia el sur, formando un ángulo de unos 120° a partir del momento en que se le adosa la estructura 14.9b, cerrando el espacio al sur. Al suroeste ha quedado por el momento un testigo cuyo perfil (S7) nos permite seguir la evolución del espacio. Dentro de esta evolución nos debemos referir a las estructuras de la fase IIIB, selladas posteriormente y relacionadas con la gran fosa del CE IVd que incluye posiblemente la estructura 14.22¹⁰⁷ y con seguridad la estructura 14.21.

¹⁰⁷ El hecho de que esta estructura (14.22) se adose a la estructura 14.25 que se perfila anexa al extremo oeste de la 14.1a, lo que nos hace dudar sobre su adscripción cronocultural, ya que las últimas estructuras parecen responder al momento de reestructuración de la cisterna y por lo tanto a la fase de ocupación IIIA.

c) Análisis Contextual (Fig. 29 y 30)

En este CE a nivel sedimentario lo más interesante es la ausencia completa de derrumbe procedente de las estructuras de adobe, si bien, se han logrado separar dos momentos diferentes de derrumbe de estructuras de piedra cuya geometría es en capa.

El último de ellos constituye la US 14.11. Éste se compone por piedras de gran tamaño junto a tierra de color marrón-grisácea de tonalidad media y textura suelta. A pesar de la alteración que presentaba su relleno, se han podido determinar las características de como estaba disperso el material arqueometalúrgico en este CE. La mayoría de los restos de mineral de cobre posiblemente calentado se sitúan al este, en las cercanías a la puerta 14.14 (nº 14.007, 14.710, 14.712, 14.726 y 14.727). La escoria ligera se sitúa en el extremo occidental (nº 14.709) y un molde cóncavo de fundición de piedra arenisca (nº 14.718) se localizó junto a la cara interna de la estructura 14.17.

En cuanto, a los elementos en cerámica debemos apuntar que junto a la puerta de entrada 14.9b y la cara externa de la estructura 14.9a se recogieron diferentes pesas de telar de dos perforaciones (nº 14.708-3 y 14.717) (provenientes del telar instalado en esta zona) a la vez que se documentaron abundantes fragmentos de cerámica procedentes de elementos tales como ollas con decoración incisa en el borde y dos mamelones para su transporte (nº 14.708-1) y dos grandes orzas provistas igualmente de decoración incisa en el borde (nº 14.722 y 14.724). Merece la pena destacar la presencia en esta US de un fragmento amorfo decorado del “tipo Cogotas” (nº 14.715) (Fig. 37: 7) con una línea incisa con impresiones cortas a ambos lados de la línea. En el extremo opuesto, en las cercanías de la estructura 14.1a se documentó una paleta (nº 14.713) y un molino (nº 14.721) (Fig. 36: 8) de medianas dimensiones. En cuanto a la fauna sólo se han podido identificar dientes de ovicáprido (nº 14.711 y 14.725).

Un nivel de derrumbe inferior viene constituido por la US 14.12. Está compuesto por la abundancia de piedras de gran tamaño y tierra de color gris y textura fina. Esta US mantiene el repertorio formal incluyendo los mismos elementos que en la US anterior, si bien, la variedad es mayor. Así contamos con mineral de cobre (nº 14.734, 14.745, 14.756-1 y 14.812) dispersos en sentido noreste-suroeste y un molde de barritas en cerámica (nº 14.756) localizado en la zona en que anteriormente había estado la estructura 14.22 sobre lo que pudiera haber sido un banco de molienda tras su inutilización. En cualquier caso, éste nos habría llegado muy alterado, mientras que en el extremo opuesto, en una zona muy alterada (extremo noroeste), se encontraba otro molde de cerámica, pero esta vez de lingotes (nº 14.738).

También son abundantes en esta US los elementos en piedra no tallada, entre ellos se localizaron diferentes molinos de medianas y grandes dimensiones (nº 14.759 y 14.760) y un fragmento de ellos que parece ser barquiforme y de medianas dimensiones presentaba incrustaciones de restos de mineral como prueba de procesado y triturado (nº 14.729) y dos manos de molino (nº 14.729 y 14.767) (Fig. 36: 3). Todos estos elementos fueron recuperados en el extremo sur, junto a la estructura 14.1a, excepto la primera de las manos de molino que se localizaba en el extremo opuesto, al noroeste del espacio.

Sin embargo, serán los elementos cerámicos los que sobresalgan del resto, no sólo por su abundancia sino por sus características especiales. En primer lugar, debemos hablar de una

fuelle carenada, decorada con impresiones formando un doble “zig-zag” a ambos lados de la carena (n° 14730-1). De la carena parte una línea incisa con impresiones cortas a ambos lados. Junto a esta fuente se localizó un cuenco que, nuevamente, presentaba en el borde impresiones formando “zig-zag” y sobre ellas una línea de pequeñas impresiones (n° 14730-2). Asociado a éstos elementos cerámicos se recogieron las únicas muestras de semillas documentadas en este espacio (n° 14.733-1). Todos estos elementos fueron localizados en el extremo norte de este CE, en las cercanías de la estructura 14.17.

Si bien, éstos no serán los únicos elementos cerámicos que destaquen por su particularidad, ya que también se localizó uno de los fragmentos más interesante de una orza ovoide de pequeñas dimensiones, de borde marcado y saliente que muestra impresiones en el borde e incisiones en V sobre el cuello (n° 14.737-1). Junto a ésta, en el centro de este espacio, se documentó una pequeña ficha de cerámica recortada (n° 14.737-2) que por su escasez en este material merece ser destacada. Un poco más al norte se encontraba un cuenco de paredes abiertas y fondo convexo de grandes dimensiones (n° 14.742). Por su parte, en el extremo sur, sobre lo que habría sido la estructura de banco 14.22 se recogieron los fragmentos de un cuenco semiesférico y otro más carenado con el bordo curvo entrante (n° 14.749). Y, apoyada sobre la cara interna de la estructura 14.1a se hallaban los restos de una olla ovoide con cuello marcado y fondo convexo (n° 14.755).

Respecto a los restos de fauna, a los dientes de ovicáprido (n° 14.735) se suman en este nivel los restos de vaca (n° 14.740) y los metápodos y astas de ciervo (n° 14.758 y 14.766).

La US 14.13 constituye básicamente la tierra de cimentación, la utilizada para rellenar la gran fosa de la fase IIIB. Presenta una composición de tierra marrón y blanquecina y textura compacta. Si bien en su capa superior al igual que en la inferior (US 14.14) de la anteriormente referida pueden encontrarse los restos del suelo muy alterados. Incluye restos de mineral de cobre (n° 14.784, 14.787, 14.790, 14.7791, 14.812 y 14.813) y de plomo (n° 14.774), escorias (n° 14772, 14777 y 14775) y un pequeño crisol plano (n° 14.778). Todos estos restos se localizaron en el extremo occidental en los alrededores de la antigua fosa (14.21), mientras que otros restos de cobre (n° 14.788 y 14.819) se encontraron sobre lo que habría sido la estructura de banco 14.22. Por último, un molde de fundición de barritas en piedra arenisca (n° 14.782) se hallaba sobre la propia estructura 14.1a.

Debemos decir que entre las escorias recogidas en este espacio son usuales las masas informes con bolitas metálicas de cobre como inclusiones junto a mineralizaciones verdes, también de cobre, y en algunos casos se pueden observar granos de otras fases minerales como cuarzo (n° 14.777). Son igualmente frecuentes los restos metálicos en forma de bolitas que no conservan su núcleo metálico procedentes de procesos de transformación y/o fundición (Moreno Onorato, 2000: 218-12).

En cuanto a otros elementos, solo merecen mención la existencia de un molino barquiforme (n° 14.771) y un percutor en piedra (n° 14.781) localizados en el extremo suroeste. Muy interesante por su escasez en el registro arqueológico de este poblado es la presencia de un elemento en sílex (n° 14.779). Entre la fauna sólo se han podido identificar dientes de vaca (n° 14.783).

Con salvedades habría que considerar dentro de este conjunto la US 14.15, asociada a la estructura 14.22 y que incluye un tipo de elementos. Dos molinos (n° 14.800 y 14.801). El

primero de ellos localizado sobre la estructura de banco 14.22 mientras que el segundo se encontraba en las cercanías de la entrada 14.9b. Esta Unidad debe considerarse como el primer suelo de la fase de ocupación IIIA que posteriormente fue sellado quizás por un cambio de funcionalidad del espacio.

V.3.4.5. Complejo Estructural VIc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 29 y 30)

Ya, en el apartado anterior nos hemos referido a las particularidades de este CE. A pesar de que nos encontramos ante un nuevo Complejo Estructural, éste forma parte del anterior, el CE IVb. Ocupa la zona occidental del CE IVb y nuevamente se corresponde con el subsector G del sector 14. Consiste en una fosa excavada en la roca, de forma pseudo-circular, de unos 7 m², de forma escalonada, desciende hacia el sur y presenta una orientación en sentido oeste-este. Sus coordenadas son: 76.50-80.00 x; 97.00-99.56 y; 26.90-27.90 m., la z. (Contreras, 2000: 274-104).

Como en el caso anterior, fue objeto de intervención durante la tercera campaña de excavación, a finales del verano de 1991. Para su excavación se empleó una metodología a nivel microespacial. Si bien, en la secuencia sedimentológica sólo se ha documentado una unidad, la correspondiente a su relleno (US 14.14) que a su vez actuó como tierra de cimentación en el momento de su inutilización.

Este CE pertenece a la fase IIIB, estando relacionado con el funcionamiento de la gran estructura hidráulica al sur, de la que, seguramente, sería su acceso. Cuando en la fase IIIA se edificó el CE IVb, éste quedó sellado y a su vez inutilizado como fosa. En este cierre se pudieron documentar dos momentos. El primero se atestigua a través de la estructura 14.21 y la US 14.15 (primer suelo de ocupación de este espacio durante la fase IIIA). El segundo de ellos viene conformado por la tierra de relleno (US 14.14) que es similar a toda la que se ha documentado como tierra de cimentación en todos los Complejos estudiados de esta casa, es decir, tierra marrón clara con pequeñas pizarras degradadas.

Aunque las diferencias tipológicas entre la cultura material de las fases IIIA y IIIB son apenas apreciables, la diferenciación temporal al interior del asentamiento se ha realizado en base a la superposición estructural y a su relleno estratigráfico. Los datos obtenidos adscriben este CE IVc a la fase IIIB, en un momento en que esta zona del asentamiento no estaba ocupada como hábitat, siendo este espacio, probablemente, la vía de acceso al CE IVd durante la primera fase de su uso. Posteriormente, este espacio fue cegado y cerrado por el muro 14.1a, a cuyo sur quedaría un pasillo en rampa entre éste y la estructura 14.16 (sector Bd del C/14) que, probablemente, cumpliría en la fase IIIA las funciones anteriormente desempeñadas por la estructura 14.21.

b) Análisis Contextual (Fig. 30 y 31)

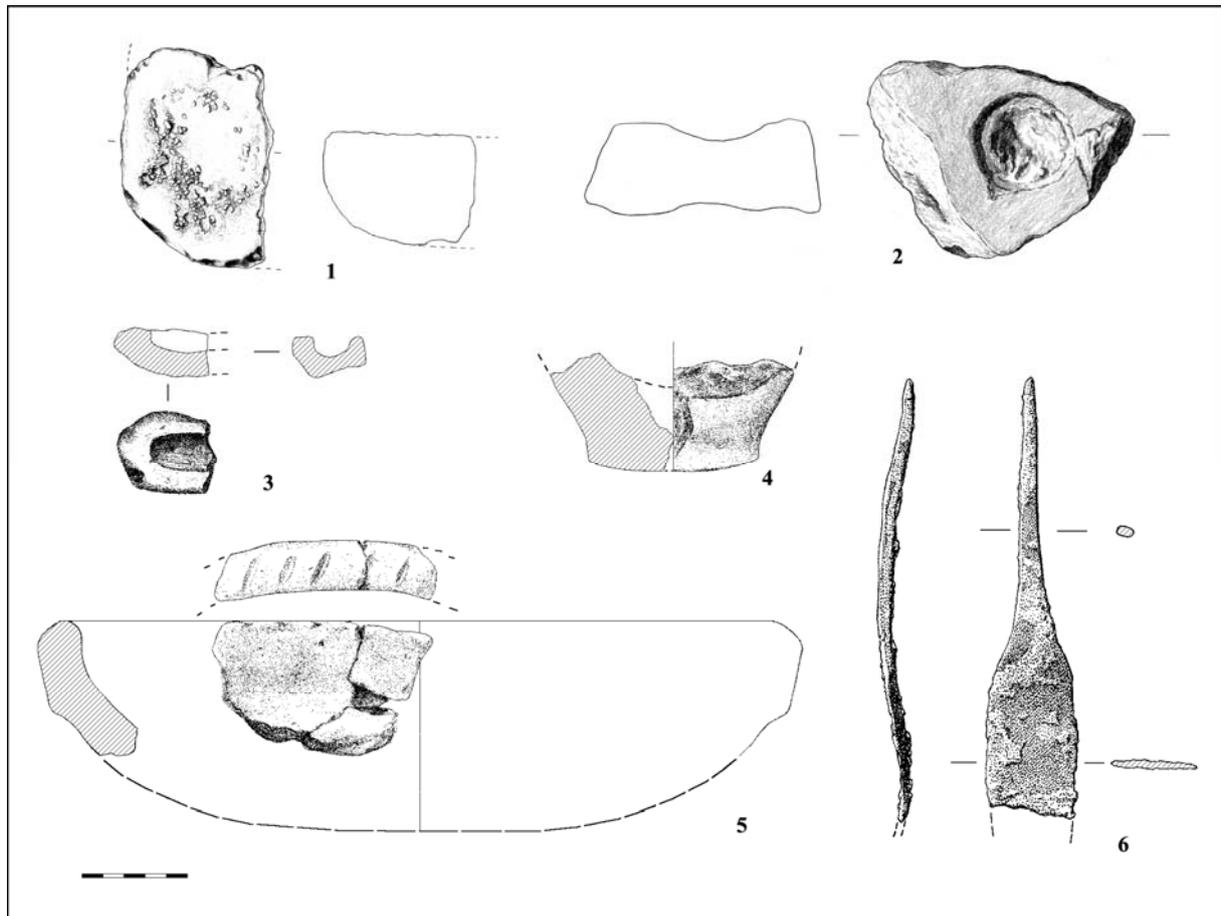


Figura 40. Cultura material relacionada con la producción metalurgia en la Unidad Habitacional IVb/c (Escala (1:3/1:1)).

Como ya hemos expresado anteriormente, sólo se ha documentado una unidad sedimentológica, denominada como 14.14. Ésta se trata del relleno de la fosa 14.21 y se caracteriza por presentar una génesis acorde con la tierra de cimentación documentada en el resto de Complejos Estructural de esta casa IV. Se compone por una bolsada de tierra marrón-blanquecina de textura limosa y compacta. En el relleno interior de esta fosa (US. 14. 14) se han documentado escasos restos materiales, sin embargo debemos resaltar los documentados por su coincidencia tipológica con los restos recuperados en el CE IVb. Se trata ante todo de restos de mineral de cobre de diferente tamaño (nº 14.797, 14.798, 14.805y 14.808) y algunos fragmentos asociados con mineral de hierro (nº 14821 y 14826). La escoria es relativamente poco abundante (tan sólo dos muestras de diez) y parecen ser de fundición. Son escorias heterogéneas, de poco peso, que presentan granos atrapados de cuarzo entre otros, así como partículas de carbón (nº 14.796 y 14.806).

También se recogió una gota de fundición en forma más o menos redondeada que no conserva núcleo metálico (nº 14.795) y que apareció junto a varios restos de mineral posiblemente calentado y algunos fragmentos de crisol plano. Éste presenta restos de escoriaciones internas de color negro mate con algunas inclusiones verdes de cobre metálico (nº 14794-1 y 14820).

Al margen de los predominantes elementos arqueometalúrgicos en esta unidad sedimentaria están presentes otros restos de cultura material entre los que destacan los restos de una orza decorada en el borde a base de incisiones (nº 14.825), restos de semillas (nº 14.14.798-1, 14.807-1 y 14.823-1), huesos de animales (nº 14.762) y algunos fragmentos de molinos (nº 14.802, 14.803, 14.804, 14.827, 14.828 y 14.829) (Fig. 36: 9) junto a una mano de molino (nº 14.818).

V.3.4.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana



Lámina 114. Reconstrucción ideal a través del registro arqueológico del desarrollo de las diferentes actividades llevadas a cabo en la vivienda IVa.

Con esta vivienda llegamos a la zona sur de la Terraza Inferior. Se trata de la casa ubicada delante de la gran estructura hidráulica, la cisterna del poblado con la que incluso comparte estructura de aterramiento. La construcción de esta vivienda se origina a raíz de la estructura ya existente, la 14.1 de la cisterna y no el muro de fortificación a partir del cual se define la construcción estructural del resto de casas de la Terraza Inferior. En este caso se aprovecha la adaptabilidad del gran contenedor de agua para conformar un gran espacio cotidiano y social al norte.

Ésta, junto con las tres casas analizadas con anterioridad forman, el barrio bajo de la Terraza Inferior. Se trata de una gran vivienda de forma rectangular y alargada, adaptada

perfectamente a las curvas de nivel de la terraza y construida durante la fase de ocupación IIIA, aunque los espacios definidos como complejo estructura IV b y c pudieron ser originarios desde momentos anteriores y funcionar como zonas aledañas de la gran estructura hidráulica en sus primeros momentos. Sin embargo, en el momento en que se piensa la construcción de esta zona queda integrada como parte formal y constructiva de esta casa. Así pues, si tenemos que definir cronológicamente este espacio, tendríamos que decir que se trata de una vivienda construida durante la fase IIIA del poblado de Peñalosa pero utilizando tanto construcciones como espacios anteriormente funcionales en la fase IIIB. Esta característica urbanística y constructiva no influyó en sus que idearon una gran vivienda dotada de un gran espacio central entorno al cual giraba la vida cotidiana marcada especialmente por el desarrollo de las actividades de mantenimiento. A ésta se accedía desde el exterior por medio de unos escalones a través de una puerta de poco más de un metro de vano. Esta zona de comunicación conectaba dos espacios relacionados funcional y socialmente, dado que en este momento de vida de la vivienda funciona como vestíbulo a la gran zona central.

Así pues podemos decir que se trata de una casa marcada por una entrada en forma de vestíbulo que presenta una forma de embudo (del interior al exterior), el cual muy probablemente se encontró descubierto durante el tiempo de vida de esta casa, tal y como lo demuestra la ausencia del derrumbe de adobes y techos. Esta zona conectaba el exterior con el interior de la casa, la cual sí se encontraba completamente cubierto por un techo. Esta techumbre fue sostenida por medio de la imposición de tres hoyos de postes alineados en el centro de la vivienda. Este carácter cubierto nos permite aventurar que función de este espacio estuvo en íntima relación con la vida cotidiana y con la realización de actividades de mantenimiento y cohesión social.

La articulación de su espacio interior, acoge toda una serie de estructuras de diversa índole construidas directamente sobre la tierra de cimentación con la que sus constructores regularizaron de forma general todo esta área, proporcionándole la uniformidad necesaria para conseguir la habitabilidad. Entre ellas encontramos bancos de molienda, longitudinales a los muros de aterramiento, estructuras de almacenamiento, estructuras funerarias reutilizadas como bancos de apoyo a las producciones de mantenimiento y, por supuesto, los diferentes hoyos de postes que hemos mencionado con anterioridad, que son los encargados de conformar un espacio completamente cerrado al exterior y totalmente articulado funcionalmente. Casi podríamos decir que se trata de la casa ideal, dotada de toda una serie de comodidades, de estructuras que reflejan una gran actividad, marcada por el conjunto de actividades de mantenimiento y la producción metalúrgica y por un suelo de ocupación que se localiza *in situ* cargado de restos materiales totalmente asociados entre sí, en gran medida salvaguardados de las aguas del pantano y de la erosión por la caída de la techumbre.

La única diferencia que podríamos anotar con respecto a las casas anteriores es que este espacio central no es subdividido por la imposición de estructuras medianeras sino que se trata de un espacio corrido donde además todas las estructuras que conforman su estructura interna quedan asociadas a las caras internas de las estructuras de aterramiento y definición de esta casas, creando así un gran espacio central, libre de estructuras, exceptuando la presencia de los diferentes hoyos de poste. Serán estos elementos, soportes de las techumbres los que jueguen un gran papel en esta vivienda. Estos, en gran medida, serán aprovechados o reaprovechados como soportes a una actividad tan fundamental como es el almacenamiento. Es decir, estas estructuras son utilizadas como elementos o puntos de apoyo para disponer las numerosas orzas o contenedores cerámicos que en la vida cotidiana de estos grupos se encontrarían cargados de restos de semillas, líquidos u otros alimentos, dignos de conservar.

Estos también estuvieron dispuestos sobre los dos bancos longitudinales y sobre la propia estructura funeraria 14.12 reutilizada como un auténtico poyete de cocina.

Además debemos reseñar que es, en la primera de las viviendas del barrio bajo, donde constatamos una auténtica estructura de molienda, dotada de un banco levemente inclinado con la imposición de una piedra de molino *in situ* junto a un gran contenedor de lajas hincadas en el que se recogería el producto final obtenido del proceso de molienda y se realizaría otra actividad hasta el momento no documentada arqueológicamente. La producción de tejido y su consiguiente manufacturación y producción de vestimentas. Como observaremos en el análisis que sigue, el conjunto de estas actividades definen en gran medida la organización de este gran espacio central, interrelacionadas como no, con la preparación de alimentos y su consiguiente consumo.

Manteniendo un patrón en la organización del espacio interior, volvemos a localizar dos estructuras tipo-cista en la zona oriental de esta vivienda. Ambas estructuras parecen haber sido construidas desde el inicio de esta casa, así nos lo demuestra el hecho de que su construcción arranque desde el nivel de cimentación y regularización del suelo de ocupación. Éstas presentan otra semejanza con las anteriormente documentadas en las casas I, II y III, y es que en el momento de su documentación, una de ellas se encontraba completamente vacía, probablemente violada a posteriori (14.4), mientras que la otra contenía escasos restos humanos provocado por la fuerte actuación de la erosión, sin embargo, su ajuar se conserva (creemos) intacto.

La construcción de estas dos estructuras tipo-cista estuvo muy meditada dado, sobre todo, por la orientación que presenta la última de ellas, en sentido norte-sur. Probablemente, el objetivo de su construcción en este sentido tuvo que ver con la idea de conseguir dejar espacios libres entre las diferentes estructuras teniendo en cuenta su relativa cercanía al oeste con el banco longitudinal 14.7. Sea cual fuere la razón, lo cierto es que ambas estructuras quedan totalmente integradas en este espacio desde los primeros momentos de vida de esta casa y en el desarrollo de su vida cotidiana, siendo reutilizadas a lo largo de la misma como auténticos poyetes de cocina, volviendo a estrechar y marcar las relaciones entre lo doméstico y lo simbólico, entre el mantenimiento y la cohesión social.

Sin más preámbulo entremos de lleno en la vida cotidiana de estas gentes del pasado. En párrafos anteriores, ya hemos apuntado que en este caso no contamos con tabiques medianeros, imposición de estructuras a modo de elementos divisores, ni elementos similares que a nivel funcional nos indiquen divisiones del espacio. En este caso contamos con una gran habitación donde tanto hombres como mujeres, niños y niñas convivieron, compartieron y se relacionaron. Así nos lo muestra la interacción de la cultura material con el espacio y las estructuras que nos permiten reconstruir en cierta medida los últimos momentos de vida de esta vivienda y llegar a entender y comprender los comportamientos sociales de estas gentes

Una de las actividades de mantenimiento que mayor relevancia e importancia tiene en este espacio es sin lugar a dudas el almacenamiento de alimento. En este caso no contamos con un espacio dedicado exclusivamente a su procesamiento, pero su actividad es tan importante que impregna y determina prácticamente todo el espacio de esta vivienda. Como en el resto de casas de la Terraza Inferior y en definitiva en el conjunto del poblado, el almacenamiento del alimento, principalmente el cereal sin procesar, que es la materia prima que en mayores cantidades hemos constatado, se almacena en grandes recipientes cerámicos, las grandes orzas. Para su disposición, los habitantes de esta casa y seguramente aquellas

personas encargadas de este almacenamiento y de su posible distribución aprovechan todos los puntos de apoyo existentes en la vivienda, hoyo de poste, rincones entre dos estructuras, bancos, etc.

Los grandes recipientes cerámicos destinados al almacenamiento se han localizado apoyados directamente sobre los dos hoyos de poste centrales de la vivienda. Concretamente, apoyadas en el extremo oriental del hoyo de poste central (14.10) se han recuperado hasta cinco grandes orzas, todas ellas presentan una inclinación que nos indican su apoyo directo entre ellas mismas y sobre el hoyo de poste. Tres de ellas presentan un perfil indeterminado dado que solo se han podido reconstruir parcialmente debido a la dificultad de asignar los restos cerámicos a cada uno de las recipientes, por su propia mezcla en el momento de la fracturación; una cuarta presenta el borde marcado y de tendencia globular; y, por último, la quinta se trata de un recipiente de medianas dimensiones, concretamente, una orza ovoide de paredes rectas con decoración impresa en el labio. Casi con toda probabilidad, todos estos recipientes se encontraban provistos de sus respectivas tapaderas que se encargarían de salvaguardar y mantener su contenido. Así lo demuestra el hecho de haber documentado al menos dos tapaderas de pizarra recortada en asociación a estos restos cerámicos. Sin embargo, dado el grado de fragmentación de la cerámica no podemos atribuir su asignación a una orza u otra como tampoco descartar que las tres restantes carecieran de ellas. Al oeste de esta misma estructura localizamos otra gran orza de perfil ovoide, con un gran diámetro de la boca y el borde ligeramente entrante. En esta ocasión, ésta si la podemos asociar directamente con una tapadera de pizarra que presentaba una perforación central. Alrededor de esta estructura no solo se encontraban recipientes relacionados con el almacenamiento sino también con su procesamiento. Este es el caso de una de las ollas menos representadas en el repertorio cerámico del poblado de Peñalosa, globular de grandes dimensiones que presenta el borde corto y recto. Junto a estos elementos encontramos una piedra de molino de medianas dimensiones.

Sin embargo, estos no son los únicos ejemplares de grandes recipientes, un poco más al oeste documentamos otro de estos contenedores (cerca del siguiente hoyo de poste 14.13). En este caso se trata de un recipiente que responde a unas características morfológicas diferentes. Consiste en una gran orza muy honda de borde marcado y boca muy cerrada. En base a sus características tipológicas debemos destacar el hecho de que es el único ejemplar que fue localizado más alejado de cualquier punto de apoyo, orientada en sentido sur-norte *in situ* entre ambos hoyos de poste. Esta orientación nos indica que no se encontraba apoyada sobre ninguno de los hoyos de postes sino dispuesta directamente sobre el suelo de tierra apisonada, lo que nos lleva a pensar que el suelo de ocupación tendría una buena regularización dado que este recipiente necesita de estabilidad debido a la estrechez de su cuerpo. Por las características que presenta este gran recipiente pensamos que la inaccesibilidad de su boca estuvo destinada al contenido de líquidos o similar. Reseñamos este dato porque pensamos que si alguna vivienda no tendría problemas para conseguir el agua directamente debía ser ésta, ya que se encontraba a las espaldas de la gran estructura hidráulica, sin embargo, es precisamente en esta vivienda donde se recupera este gran contenedor de líquidos y no en el resto de viviendas de la terraza inferior, cuyo abastecimiento supondría a sus habitantes una tarea diaria. Por otro lado, más al este, en el siguiente hoyo de poste 14.11 localizamos otra orza de grandes dimensiones de borde marcado y fondo plano apoyada directamente sobre éste y dotada nuevamente de una tapadera de pizarra recortada.

Estos no son los únicos elementos relacionados con esta actividad sino que su presencia continua hacia la puerta o entrada a esta estancia principal de la casa IV.

Concretamente, al norte del hoyo de poste 14.13 y justo donde comienza a documentarse la fuerte concentración de pesas de telar de la estructura textil del noroeste, localizamos un nuevo ejemplar. En este caso vuelven a repetirse las formas anteriores, se trata de una orza ovoide de borde abierto con el fondo convexo y dotada de decoración impresa a base de digitaciones en su borde, pero además ésta dotada de otros dos elementos que nos permiten apuntar que este recipiente estuvo destinado a la movilidad y que su ubicación y localización dentro del espacio social y cotidiano de esta vivienda pudo variar, nos referimos como no, a dos pequeños mamelones. Reseñamos este dato no sólo decorativo sino funcional porque en los ejemplos anteriores se ha podido determinar su decoración en el borde pero no la dotación de mamelones, lo que nos lleva a pensar que su ubicación sería fija más que móvil, siendo el lugar donde se han localizado su área cotidiana para su disposición como decisión del grupo¹⁰⁸.

El banco longitudinal 14.6 también fue utilizado para disponer sobre él algunos de estos ejemplares. En este caso hemos documentado dos orzas, una de cuello marcado pero abierto, de fondo plano y otra de similares características pero de fondo convexo. Con respecto a éstas tenemos que señalar dos aspectos, uno que se encontraba en el extremo noroeste del banco, sobre el suelo de ocupación y asociadas a dos tapaderas de pizarra recortada, lo que nos implica la conservación y protección de su interior y en segundo lugar su voluminosidad. Estas dos orzas representan los recipientes o contenedores cerámicos de mayor volumen de esta casa. Cada una de ellas superaba los 25 Kg. de peso. Esta característica es muy particular y las determina como elementos particulares, sin embargo, esta no es la única particularidad. También debemos destacar el hecho de que sean precisamente estos grandes recipientes los que se decidieron ubicar junto a la puerta de entrada a esta gran estancia de la vivienda. Junto a estas orzas encontramos también un cuenco esférico de fondo plano y borde entrante de grandes dimensiones con la superficie muy bien trabajada. En relación con ellas pensamos que están las tres tapaderas de pizarra localizadas al este del banco (14.6) que debieron caer directamente desde el banco al suelo en el momento en que la techumbre se desplomó. Este recipiente no creemos que esté relacionado con el aprovisionamiento del contenido interno de estos grandes contenedores (fundamentalmente semillas) sino que más bien su destino estuvo relacionado con el servicio y consumo de alimentos.

Si bien, como ya apuntábamos anteriormente, la presencia de esta actividad es de un gran alcance y su presencia no se ciñe exclusivamente a estas dos zonas sino que se extiende hacia al fondo de la casa, lugar dotado de un conjunto de estructuras destinadas a diversos menesteres.

Al comienzo de este análisis se ha apuntado que esta actividad de almacenamiento impregna todo el espacio social de esta vivienda e, inclusive, creemos que gran parte de la vida cotidiana giró entorno a ella, así pues no extraña que en el extremo oriental de la vivienda también se localicen ejemplos de estos elementos. Concretamente junto a la estructura 14.12 se sitúan diferentes orzas de borde marcado y fondo plano de pequeñas dimensiones, la última de ellas presenta decoración incisa a base de punzón en el borde, mientras que una última es de medianas dimensiones, de perfil ovoide con paredes rectas y salientes, con decoración impresa en el labio. De este conjunto de orzas deben provenir la mayoría de los restos de semillas recuperados en esta zona. Además sobre la propia estructura-cista se documentaron varios ejemplos de diferentes características a las anteriores.

¹⁰⁸ Recordemos que ciertamente el registro arqueológico carece de caras, rostros pero la cultura material nos refleja en gran medida la toma de decisiones de estas gentes.

La primera de ellas se trata de una orza carenada de fondo convexo, mientras que la segunda consiste en una orza ovoide plana y borde ligeramente marcado de medianas dimensiones. La primera de las mencionadas es el único ejemplar recuperado en todo el repertorio cerámico relacionado con esta actividad.

Si hacemos recuento de la tipología de las diferentes orzas ovide observaremos que en su mayoría se tratan de orzas de medianas y grandes dimensiones, paredes abiertas y boca de gran diámetro, por supuesto, también encontramos excepciones, como es la orza de boca muy cerrada y muy honda o la orza carenada localizada sobre la estructura 14.12. Su relación con el almacenamiento y conservación de los alimentos queda más que testada no solo en esta casa, poblado sino en el resto de los poblados argáricos o de la Edad del Bronce conocidos o excavados. Sin embargo, es cierto que dadas las características que presentan creemos que no todas estuvieron destinadas a almacenar los mismos alimentos o materias primas. Las características de las primeras nos trasladan la idea de una gran accesibilidad hacia su contenido interior, sin ser demasiado hondas lo que propicia un abastecimiento rápido y directo sobre la materia prima que esta contuviese. Similar funcionalidad podemos atribuirle a la orza carenada (único ejemplar en esta vivienda) que aunque presente un estrechamiento mayor de su cuerpo superior su accesibilidad hacia el contenido estaría asegurado. Sin embargo, de la orza honda de paredes rectas y boca muy cerrada no pensamos que esté relacionada con el almacenamiento del cereal sino más bien con líquidos, respondiendo así a las características fundamentales de estos recipientes como son las típicas botellas argáricas, etc. Por tanto, podemos hablar de cuando menos de dos tipos de alimentos básicos para la supervivencia humana, el agua que es fundamental para la hidratación (comida e higiene), y sin la cual moriríamos, y el cereal, que se ha convertido desde el inicio de su cultivo en un alimento esencial para nuestra dieta.

Tanto la morfología como la tipología de todos estos recipientes parecen ideales para la conservación y el almacenamiento principalmente de cereal, aunque muchas de ellas no podamos determinar su asociación con las semillas recuperadas en este registro arqueológico. Son precisamente estos restos carpológicos los que nos indican el tipo de semillas que en su mayoría almacenaron en esta vivienda. En este caso encontramos claras diferencias con las casas anteriores. Siguiendo la tónica general que se ha observado en las casas anteriores, en ésta desaparece completamente la presencia de semillas de trigo, mientras que por el contrario, la cebada aumenta sus porcentajes, alcanzando hasta el 87% y el 13% restante pertenece a las plantas silvestres. Este dato es muy importante porque, como explicaremos, en la mayoría las plantas silvestres recuperadas responden a una serie de necesidades básicas que tiene mucho que ver con el conjunto de las actividades de mantenimiento desarrolladas en esta vivienda y poco que ver con las malas hiervas identificadas en muchas muestras de cereal.

En esta unidad habitacional, los restos carpológicos, nos hablan de que los procesos de limpieza del cereal para su posterior almacenamiento no se realizaron en el interior de la vivienda. Estos trabajos bien pudieron realizarse fuera de esta, en algún lugar conjunto del poblado o concretamente de la Terraza Inferior o simplemente venían limpios cuando llegaron a esta casa. Sabemos esto porque no se han documentado, como si sucedía en la casa II, restos de subproductos de la trilla, del primer aventado y su limpieza. La ausencia de estos elementos o residuos cerealísticos o presencia de malas hierbas, nos indica por un lado que el cereal debía llegar a esta vivienda (su zona de almacenamiento) en las mejores condiciones para ser almacenado, conservado y posteriormente procesado y consumido y, por otro, que

estas labores de limpieza del cereal eran realizadas en otras zonas diferentes del almacenamiento.

Como ya hemos apuntado en el apartado correspondiente (Ver Cap. III.4), el desarrollo de la actividad de almacenamiento tiene un objetivo claro que es conseguir que el grano consiga la humedad adecuada para posteriormente poder separar las capas del mismo mediante el proceso de fricción que conlleva la molienda. En nuestro caso, este proceso de mantenimiento y conservación de los granos de cereal en crudo se haría mediante la imposición sobre las orzas de las tapaderas de pizarra recortada. El cereal es el único alimento cuya conservación se puede prolongar durante todo el año sin necesidad de ser tratado durante ese tiempo. Para su conservación sólo es necesario mantenerlo en unas condiciones óptimas de sequedad y en unos niveles estables de humedad. Las características propias de los cereales los convierten en un alimento de larga duración pudiéndose almacenar, lo que asegura la alimentación humana durante todo el año, algo imposible de conseguir con la mayoría de frutas y verduras que son productos perecederos si no son tratados para su conserva. Por todo ello, los cereales son los vegetales domesticados más importantes incorporados en los patrones alimenticios de los grupos humanos y así ha quedado testado arqueológicamente (Buxó, 2008: 45).

Dadas sus características, estas materias alimenticias pueden ser consumidas tanto en crudo como procesadas, sin embargo, su principal variedad es su consumo tras su procesamiento mediante el mecánico proceso de molienda. Este proceso comunmente conocido como molienda, se consigue mediante el peso y la fricción de un objeto pesado que es el encargado de triturar y descascarillar las capas externas del grano liberando así el potencial nutritivo de la cáscara. Recordemos que según el modelo Shoumacker (1993) para producir un descascarillado más o menos eficaz se debe realizar por fricción sin componente compresivo directo, es decir, dejando una cierta distancia entre la mano de moler y la piedra de molino. La realización de este proceso es esencial porque facilita la accesibilidad a los nutrientes como consecuencia de la ampliación de su superficie, lo que supone una mayor exposición del almidón a las enzimas digestivas. Esta reducción del tamaño del grano del cereal es necesaria para el consumo humano porque su consumo en esta variedad aumenta el tiempo de permanencia de su transformación en comida en el estómago, es decir, cuanto más pequeñas sean las partículas más rápidamente entran en el intestino delgado, reduciendo el tiempo de digestión y aumentando la absorción por nuestro organismo.

Así pues, teniendo en cuenta estas características tanto de los propios cereales como de su proceso de transformación no nos extraña su representación en el conjunto de esta vivienda así como tampoco nos extraña la gran representación que tiene el proceso de molienda. La relación de ambos procesos, su documentación coétanea en el espacio nos determina, ante todo, la realización del proceso al completo que culmina, como veremos posteriormente, en el consumo humano, siendo éste un alimento esencial entre los individuos que se han recuperado inhumados en esta casa.

Anteriormente ya hemos mencionado (Ver Cap. III.4) que las dimensiones de las piedras de molinos son variadas y que dichas dimensiones son determinantes para su producción. En esta casa constatamos dos tipos de molinos asociados o no a estructuras. Estos elementos nos determinan en gran medida como sería este proceso de molienda. Por un lado, contamos en el registro arqueológico de esta vivienda con molinos, que hemos denominado móviles, dadas sus dimensiones (pequeñas) que se distribuyen por todo el espacio de esta

casa. Por ejemplo, en la zona oriental entre la estructura tipo cista (14.4) y la propia estructura de molienda 14.2 donde además se localiza una de las pocas manos de moler de este espacio, que en realidad no solo podría estar en relación con estos ejemplares sino con la propia estructura de moler 14.2. Si bien, lo destacable verdaderamente es la concentración de estos objetos sobre la estructura-cista 14.12, donde se han localizado tres piedras de molinos de medianas y pequeñas dimensiones. El hecho de encontrarse sobre esta estructura nos podría hacer pensar que esta sepultura tipo-cista fue reutilizada para la realización de esta actividad. Esto bien pudo ser así, dado que junto a ellos se han localizado hasta dos manos de moler (tendiendo en cuenta la escasa presencia de estos elementos en este espacio), sin embargo, es cierto que la cubierta de la sepultura tipo-cista era muy frágil. La otra posibilidad que también podría barajarse es que esta estructura fuese reutilizada como un auténtico poyete de cocina donde serían dispuestos diferentes elementos, no solo los mencionados sino también otros relacionados con otras prácticas alimenticias y culinarias.

Dado el carácter que presentan estas piedras de molino, su tamaño y localización podrían ser ejemplares de estos molinos móviles, los cuales permitían llevar a cabo esta actividad en cualquier espacio, sin atadura a una estructura, lo que a su vez concede una mayor movilidad a los agentes encargados de realizarlos.

Sin embargo, esta actividad también fue realizada sobre una estructura de molienda. Esta se compone por un banco semicircular revestido de barro endurecido y incorpora de manera fija en su superficie superior una piedra de molino de forma barquiforme. En este caso, esta piedra de molino presenta una inclinación muy marcada hacia el oeste, lugar donde a su vez se sitúa una estructura o contenedor de lajas verticales e inclinadas (14.5), destinada a recoger el resultado del grano una vez molido. La persona encargada de realizar esta actividad, que como ya hemos apuntado anteriormente, tanto etnográfica, histórica como actualmente se asocia directamente con las mujeres de los grupos sociales, se situaría de rodillas o levemente inclinada hacia delante en su extremo oriental y con sus dos manos cogería la mano de moler que mediante un proceso de vaivén continuado, realizaría el proceso de fricción por medio del cuál conseguiría reducir las semillas de cereal en elementos más pequeños aptos para el consumo humano.

Un segundo molino que, aunque no se localizó *in situ* dado que se encontraba deslizado en la cara sur del banco longitudinal 14.7, podemos ubicarlo sobre esta estructura dadas las características que presentaba en el momento de su documentación que nos indican que se vio desplazado por no encontrarse inserto en la estructura como producto de la caída de todo el derrumbe de piedra y techumbre (Lám. 31). Probablemente asociado a este molino se encontrara alguna de las orzas documentadas en este extremo del hoyo de poste como recipiente receptor del subproducto conseguido.

La realización de este proceso de fricción es laborioso y tedioso, en el que se debe invertir una gran cantidad de tiempo y esfuerzo, que como hemos comentado en el apartado correspondiente (Ver Cap. III.5), conlleva un enorme desgaste físico de la persona que lo realiza día a día. La determinación de las patologías que ocasiona esta actividad son posibles determinarlas a través del estudio antropológico. Recordemos que esta técnica de vaivén sobre un molino de tipo barquiforme, determina la calidad del producto final. Así pues en función del tipo de producto que se desee conseguir este proceso será más lento o más rápido en su defecto, aunque en líneas generales el producto a obtener es grosero, produciendo una harina con un gran contenido de salvado a pesar de realizar esta operación en repetidas ocasiones (5 veces mínimo). Aunque también se puede conseguir una especie de sémola o harina gruesa,

repetiendo este proceso al menos durante 9 veces continuadas y, sólo es posible conseguir una harina fina con la realización de este proceso al menos durante 15 veces continuadas. Si se quería conseguir un producto más refinado, tras esta operación de vaivén se debía proceder a realizar un segundo proceso consistente en la realización de un movimiento circular continuo con la mano de moler. A pesar de esta larga operación, la harina resultante puede continuar conteniendo pequeñas partículas de fracción arenosa producto del continuo rozamiento con la piedra de molino o también provenientes del propio cereal como consecuencia de no haberle realizado una limpieza profunda.

Una vez realizado todo este proceso de manera continuada el subproducto sería directamente depositado en la estructura de lajas hincadas (gran contenedor) desde donde nuevamente sería recogido y utilizado mediante el procesado de cocinado como un alimento listo para consumir.

Así pues, el cereal sería conservado y almacenado en los grandes contenedores desde donde sería tomados, en función de las necesidades diarias, subsistenciales y apetitivas del momento, para ser transformadas directamente mediante las distintas técnicas de cocinado en crudo o bien procesadas mediante el proceso de molienda a partir de la cual se obtendría un subproducto listo también para ser transformado y consumido.

Los recipientes encargados de realizar este proceso de transformación son las ollas. En este caso contamos con un gran repertorio que como en los casos anteriores se asocian directamente con las áreas de actividad de los trabajos de almacenamiento y molienda. Así, como en los casos anteriores, también podemos apuntar que el aprovisionamiento de los cereales necesarios para realizar la comida del día a día sería directamente obtenida, procesada (en el caso deseado) y transformada en un mismo lugar o en íntima asociación. Reflejo de ello son las ollas documentadas entre la estructura de molienda y la estructura tipocista 14.4 al este. En este espacio se localizaron hasta cuatro ollas ovoides, todas ellas de grandes dimensiones, de fondo plano, paredes rectas y entrantes con decoración en el borde. Mientras que otras tres fueron localizadas al oeste de la estructura de lajas hincadas (14.5), cerca del muro sur (14.1). Dos de estas presentan grandes dimensiones siendo una de ellas casi globular de fondo plano, al contrario que la tercera que es de muy pequeño tamaño y de paredes rectas. Además su morfología lo destacado de esta segunda concentración es que la segunda que era ovoide se documentó en posición invertida conservando en su interior restos de materia orgánica y semillas carbonizadas. En asociación con estos recipientes (sobretudo las grandes ollas) recuperamos dos tapaderas de pizarra recortada que nos indican que el alimento una vez procesado era mantenido y conservado de intrusiones externas, como bacterias, insectos, las cuales también pudieron ser utilizadas mediante el proceso de cocinado como elemento que ayudaba a conseguir un hervido o cocido constante manteniendo una temperatura estable. Asociado a estos elementos de procesado de alimento documentamos un cuenco de perfil simple, de medianas dimensiones relacionado directamente con el consumo de alimentos, probablemente del contenido interno de estas ollas. Todos estos elementos se encontraban en una zona de posible combustión dada la cantidad de materia orgánica carbonizada, sin embargo, no podemos determinar la existencia de un hogar aunque si podríamos hablar de un área de combustión destinada probablemente, acoger directamente, sin ningún tipo de soporte, estos recipientes cerámicos destinados a la transformación de alimento.

Sin embargo, esta no es la única área donde podemos constatar esta asociación y la realización de la actividad de procesado de alimentos. En el centro del área oriental

localizamos el único ejemplar de una olla cilíndrica de fondo plano y paredes gruesas, acompañada de otros ejemplares, concretamente, de una olla globular plana de muy pequeñas dimensiones y de otra de similares características que fue localizada directamente adosada a la cara sur de la estructura tipo-cista 14.12. Sobre esta misma estructura se halló otro ejemplar de estos recipientes que es totalmente distinto a los anteriores. Se trata de una olla ovoide plana, de boca muy cerrada y paredes muy entrantes, en cuyo interior aún conserva restos de grano de cereal.

En base a la distribución espacial de la cultura material de esta casa podríamos considerar que la gran área central-occidental de esta casa estaría destinada, preferentemente, al almacenamiento de cereal y líquidos mientras que la molienda sería desarrollada sobretudo en la zona central, en torno a la estructura de molienda y el banco longitudinal 14.7. Por su parte, la preparación de alimentos estaría asociada a estas actividades en las proximidades de la estructura de molienda y la estructura tipo-cista del extremo noreste.

Si bien, con todos estos datos podríamos saber cuestiones tales como, ¿cómo preparaban sus alimentos?, ¿cómo consumían los mismos?, donde los consumían, ¿también existe una relación entre su consumo y la preparación? Éstas y otras preguntas, en cierta medida, se pueden resolver en base a las características propias de los recipientes cerámicos, a las características y tipos de materia prima localizada en el registro arqueológico y en asociación directa con los recipientes cerámicos, así como por la relación de estos elementos vinculados con la preparación y el consumo.

Como es lógico pensar, uno de las principales sustancias o materias primera utilizadas en la preparación de alimentos sería, como no, el cereal. Éste se ha documentado en asociación directa con el contenido interno de las ollas así como en las inmediaciones de su establecimiento. La especie más consumida debió ser la *hordeum vulgare*, en todas sus variantes, tanto vestidas como desnudas, aunque es cierto que el mayor porcentaje lo acumula el vestido (87%), mientras que el *triticum vulgare* aparece en unos porcentajes prácticamente inexistentes. Es decir, su dieta debió de estar basada fundamentalmente en el consumo de cereal, bien de forma cruda, tal y como se han documentado en el interior de diferentes ollas localizadas *in situ* y boca abajo. El modo o técnica de preparación de este alimento sería mediante el empleo del cocido o hervido que ser vería favorecido por las propias características de los recipientes cerámicos ya que en su mayoría presentan paredes gruesas¹⁰⁹. Para ello seguramente se utilizarían las grandes ollas ovoides y globulares recuperadas en esta vivienda. De esta manera conseguirían un alimento listo para ser consumido en forma de potajes, pero también de gachas, purés, sopas u otro tipo de preparación que fuese ante todo semisólido o líquido. Sin embargo, la localización al menos de un ejemplar de olla ovoide de boca muy cerrada nos indica que su contenido debió estar más relacionado con la preparación de alimentos de forma líquida, como podrían ser sopas, purés, etc. La diferencia entre estos dos tipos principales de ollas, abiertas y cerradas, no solo es identitaria para la definición de la existencia, cuando menos, de dos formas de preparar los alimentos, sino que también es una señal de la accesibilidad a su contenido que, en este último caso, sería más dificultoso, así como probablemente nos estén indicando un menor grado de elaboración de los alimentos.

Sin embargo, la dieta de los habitantes de esta vivienda no solo se vio compuesta por el consumo de cereal sino que todo indica (dada la recuperación de restos faunísticos) que el consumo de carne roja principalmente, seguida muy de cerca del cerdo y completada con el

¹⁰⁹ No volveremos a repetir las características que conllevan estos recipientes en cuanto a su carácter reflectante de calor por lo que remitimos a la explicación realizada respecto a ellos en la casa II y III.

conejo, componía una dieta bastante variada que se veía aún más acrecentada y variable por la cantidad de plantas silvestres recuperadas como son bellotas, habas (*vicia faba*) (*leguminosae*). La compaginación en la preparación de alimentos de todos estos nutrientes pudo ser más que probable, en la actualidad en las zonas de sierra y campiña de la provincia de Jaén es muy común la preparación de alimentos a base de tortas de cereal o en grano, incluyéndole grandes cantidades de habas y partes apendiculares de los conejos¹¹⁰. También consumirían otro tipo de plantas silvestres como son la *Malva parviflora*, de la que sus mericarpos son comestibles como ocurre en la actualidad en áreas de Albacete y Álava en forma de ensaladas, para lo que también pudieron utilizar la planta *Rumex* sp. La hoja de esta última planta no solo puede ser consumida sin pasar por ningún tipo de proceso de preparación a modo de ensalada sino que también puede ser preparada cocida, o mezclada con otros alimentos como huevo o la *Campanula* sp. de la que sus raíces y tallos son comestibles (Rivera y Obón, 1991). Así pues, como podemos comprobar el patrón alimenticio de estas gentes estuvo muy bien compartido y compaginado entre diferentes alimentos básicos para el sostenimiento humano, tanto semisólidos como líquidos y sólidos.

Respecto a las técnicas de preparación se pueden apuntar algunos datos más basándonos en los restos faunísticos recuperados en esta vivienda. En conjunto, los restos de fauna más documentados en esta casa corresponden principalmente a zonas craneales, axiales y apendiculares de los diferentes animales documentados, sobre todo, la vaca, ovicápridos, el cerdo y el conejo, aunque también se han documentado los restos de dientes de un perro de medianas o pequeñas dimensiones. Sin embargo, con respecto a los primeros tenemos que decir que los indicios de que las vacas eran utilizadas especialmente por su carne los hemos encontrado, primeramente, en las huellas de desmembramiento y fileteado documentadas en los huesos y, en segundo lugar, en la pirámide de edades. El alto porcentaje de subadultos parece estar indicando que la mayor parte de los animales eran matados cuando alcanzaban la madurez en respuesta a una necesidad de ser eficientes en la obtención de la carne. Es decir, los animales sacrificados al apenas alcanzar la edad adulta producen la mayor cantidad posible de carne (pues han alcanzado su pleno desarrollo) y, al mismo tiempo, se gasta un mínimo de alimento y esfuerzo en su cuidado. Entre sus restos destacan sobre todo los fragmentos de hueso de cráneo, alcanzando el 66.67% del total de la muestra documentada para esta casa, mientras que las zonas axiales no superan el 7% y las apendiculares no alcanzan el 24%. El hecho de que documentemos sobretodo restos de dientes y fragmentos de cráneo no implica que consumieran y que tuvieran una gran cantidad de estos animales, sino en muchos casos, una fragmentación (o lo que es lo mismo, un alto grado de alteración postdeposicional elevada, especialmente en el caso de los dientes¹¹¹). Es decir, a mayor grado de alteración de los restos mayor abundancia de dientes (también de defensas), respecto del total de restos recuperados.

Sin embargo, este hecho además de indicarnos que los huesos (así como las partes de los huesos) más resistentes son las que tienden a sobrevivir más tiempo, puede que nos sugiera, que los terneros fueran sacrificados a una edad temprana. De ahí que las epífisis fértiles de los huesos largos apendiculares no aparezcan. Sencillamente, porque eran

¹¹⁰ Este es el componente básico de un guiso muy tradicional del sureste peninsular que recibe diferentes nombres según las poblaciones, así por ejemplo en algunas zonas se conocen como andrajos, guiñapos o talarines, una variante de este guiso sería el conocido como “trigo” en la zona almeriense.

¹¹¹ Recordemos que el esmalte es la parte más dura del cuerpo de un animal y la más resistente a la destrucción mecánica o a la disolución bajo la acción de los ácidos del suelo (Binford, 1988).

demasiado vulnerables a la acción de los carroñeros, además de a todos los agentes destructivos externos (Binford, 1988; Brain, 1967).

Similar situación sucede con los cerdos, posiblemente en su mayoría domésticos¹¹² lo que no quita que pudieran ser consumidas ambas especies, la doméstica y la salvaje, como parece ocurrir en esta vivienda donde se ha localizado un metápodo de jabalí. El uso del cerdo para el consumo humano es especialmente representado y constatado, así podemos decir que es la terraza inferior donde se constata su mayor presencia tanto en esta vivienda como seguidamente por la casa I.

En un estadio inferior localizamos los restos de conejo¹¹³, consistentes, principalmente, en partes craneales (33.33% de la muestra) mientras que las partes axiales y apendiculares suponen el 50% respectivamente. El consumo de este animal es una constante en el poblado de Peñalosa.

La forma o técnica de preparar estos alimentos para ser consumidos puede realizarse en base a diferentes técnicas de descuartizamiento. Concretamente, entre los restos recuperados en esta casa (como en el conjunto de este poblado) se constata la utilización de dos técnicas. Una de ellas, consiste en trocear o partir la pieza ósea del animal en dos o más partes con un instrumento cortante por percusión. Y el otro método sería la técnica del seccionado que es similar a la anterior, la única diferencia sería que en este caso, el instrumento que divide completamente el hueso es consecuencia de una actividad totalmente controlada¹¹⁴.

Estos trozos de carne una vez fragmentados serían utilizados para el consumo de estas gentes mediante su transformación con diferentes técnicas de cocinado. Las principales, como ya hemos comentado, podrían ser mediante el hervido o cocido, de forma individual o acompañada con un preparado de cereal, consiguiendo así un alimento de carácter semisólido y un plato alimenticio dotado de un sin fin de nutrientes. Sin embargo, estas partes anatómicas también pudieron ser consumidas mediante la técnica a la brasa que consiste en su disposición directa sobre el fuego. Esta práctica también la hemos documentado en esta vivienda como nos lo muestra el hecho de documentar dos fragmentos de huesos de las partes apendiculares de vaca y ciervo que presentan señas directas de su exposición al fuego. Presentaban un aspecto completamente carbonizado, por lo que consideramos que estuvieron expuestas al fuego¹¹⁵ de manera directa y prolongada. En este caso, no siempre sucede que los huesos muestren marcas directas sobre su exposición al fuego dado que la carne protege al hueso de los efectos de una exposición directa durante el proceso de cocción, por lo que, a lo sumo, tan sólo percibimos quemaduras en los extremos no protegidos por el tejido óseos.

¹¹² Apuntar la dificultad que entraña la diferenciación entre el cerdo doméstico (*Sus scrofa domesticus*) y el jabalí o cerdo salvaje (*Sus scrofa scrofa*).

¹¹³ Es cierta la complicación que supone el reconocimiento arqueológico de los conejos del pasado.

¹¹⁴ En los huesos recuperados en Peñalosa y particularmente en esta casa, la mayor parte han sido troceados, pero puede que algunos de esos huesos que se han considerado que fueron troceados, en realidad hayan sido seccionados, pero han podido perder tal carácter debido a procesos erosivos de diversa índole (Morales y Sanz Bretón, 2000).

¹¹⁵ Debemos tener presente que no siempre sucede que los huesos muestren la marca directa de su exposición al fuego, ya que la carne actúa como defensa evitando así la exposición directa del hueso mediante el proceso de cocción, brasa, etc. es por ello que generalmente percibimos quemaduras en los extremos no protegidos del hueso (Morales y Sanz Bretón, 2000).

Todos estos elementos de fauna fueron hallados en su mayoría en la zona oriental de esta casa, asociándose así con una de las áreas principales de preparación de alimentos de esta vivienda. Esto nos está reflejando por un lado que en esta zona no solo se producía y transformaba el alimento listo para ser consumido sino que, como observaremos en párrafos posteriores, también serían servidos y consumidos.

En su conjunción todos estos alimentos conforman una gran cantidad de nutrientes que nos permiten apuntar que en esta vivienda, este grupo social se caracterizó por el consumo tanto de nutriente vegetales como animales. Cada uno de estas materias contiene un aporte nutritivo sin el cual no se podría sobrevivir. Los alimentos de aporte cárnico una vez cocinada nos remite entre un 14-40% de proteínas a nuestro cuerpo y los cereales por su parte entre un 2,5 a un 10%. Además recordemos que los alimentos con aporte cárnico contiene una gran cantidad de aminoácidos esenciales para nuestro organismo así como también componen una fuente de vitamina B₁₂ (Aranda, 2008: 111).

Una de las principales características y consecuencias que conllevan estos trabajos de preparación de alimentos es que su resultado en forma de comida y alimento puede compartirse, lo que permite crear unos potentes vínculos de cohesión social entre quién la ofrece y quién la recibe, tejiéndose así una amplia red de relaciones sociales a través de la cual se construyen y negocian relaciones de poder, de solidaridad, exclusión, etc. El acto de servir y consumir alimentos, es reflejo de cómo serían consumidos los alimentos, de dónde serían consumidos, pero también son indicadores de la técnica de cocinado empleada. Concretamente, será nuevamente en el área oriental de la vivienda donde se documenten una gran cantidad de estos elementos cerámicos destinados a formar parte de la vajilla doméstica de consumo. En esta zona encontramos diferentes cuencos, entre los que destacamos uno de ellos carenado y otro parabólico y hondo. Todos ellos son de medianas dimensiones y presentan un buen tratamiento superficial exterior e interior. Destacan también, sobre todo, los cuencos de perfil simple, semiesféricos, mientras que dos cuencos más de perfil parabólico se localizaron *in situ* sobre la estructura 14.12. En todos los casos presentaban pequeñas dimensiones y un buen tratamiento de sus superficies exterior e interior.

En sintonía con el área de almacenamiento y preparación de alimentos documentada en el centro de la estancia (entre los dos hoyos de poste, 14.11 y 14.10) se encontraban otros elementos relacionados con este proceso social y fisiológico, el consumo de alimentos. En este caso, se trataban de cuencos esféricos de paredes rectas y borde ligeramente entrante, mientras que uno de ellos presentaba características distintas consistente en una factura más tosca, sin presentar ningún tratamiento superficial lo que le da un aspecto muy rugoso a sus paredes externas e internas aunque presenta elementos decorativos como incisiones en el borde y mamelones en la cercanía del borde. Sin embargo, este no sería el único ejemplar, también contamos otros que presentan un mejor tratamiento superficial y destacan por ser de mayores dimensiones. Éste es el caso de un lebrillo de perfil sencillo y grandes dimensiones de una forma abierta, con las paredes rectas y salientes. Aunque este elemento también pudo estar relacionado con la preparación de alimentos. Junto a éste se recuperaron dos cuencos, uno de ellos semiesférico y de pequeñas dimensiones y otro de perfil simple. Ambos estaban apoyados directamente sobre la parte inferior de la estructura de lajas hincadas, donde también se encontraba una pesa de telar cilíndrica con dos perforaciones.

Sobre la propia estructura de molienda se localizó también un cuenco de perfil simple mientras que otro más se documentó en el interior de la estructura de lajas hincadas 14.5. Por

su parte, el único cuenco parabólico de medianas dimensiones con un rehundido en el fondo se documenta directamente sobre el banco longitudinal 14.6.

Al contrario de lo que sucedía con la casa anterior, donde las fuentes y platos de grandes dimensiones sobresalían sobre el resto de la vajilla doméstica, en este caso brillan por su ausencia. Sólo hemos localizado un ejemplar de estos grandes recipientes, posiblemente, comunales, destinados al servicio y consumo de alimento. Su localización puede estar relacionada con aquellos alimentos más elaborados o para el consumo de carne a la brasa o similar. Sin embargo, los elementos que predominan, son aquellos de medianas y pequeñas dimensiones (cuencos) que nos implica que el servicio sería directamente sobre estos recipientes, siendo consumido de forma individual. Un hecho que nos llama la atención es la gran cantidad de restos cerámicos relacionados con la preparación de alimentos y el almacenamiento en comparación con los pocos recipientes relacionados con el servicio y consumo de la comida, si tenemos en cuenta la cantidad de estos elementos que se han recuperado en las casas anteriores.

En este sentido debemos hacer referencia a otra zona de consumo detectada en el conjunto social de esta vivienda, sin embargo, en este caso debemos salir fuera (por la puerta) hasta la estancia que conforma el CE IVb. Justo en esta entrada documentamos fragmento cerámico decorado del “tipo Protocogotas” mientras que en el extremo opuesto, justo la esquina que origina el muro 14.1a, en el momento de su giro hacia el suroeste, localizamos una paleta, junto a un molino y diferentes dientes de ovicáprido. Sin embargo, será en el extremo opuesto justo en asociación con la cara interna del muro 14.17 donde documentemos una gran cantidad de restos cerámicos relacionados con el consumo pero en este caso dotados de unas características particulares. Todos los fragmentos recuperados presentan decoración protocogotas. Uno de ellos se trata una posible fuente carenada, decorada con impresiones formando un doble “zig-zag” a ambos lados de la carena y de la misma parte una línea incisa con impresiones cortas a ambos lados. Y otro fragmento se trataba de un cuenco que, nuevamente, presentaba en el borde impresiones formando “zig-zag” y sobre ella una línea de pequeñas impresiones. Asociadas a éstos elementos cerámicos se recogieron las únicas muestras de semillas documentadas en este espacio. En el centro-sur de este espacio recuperamos nuevamente los comunes cuencos localizados en el conjunto de esta casa, nada más que en este caso con otra particularidad, estos presentan mayores dimensiones como es el caso del cuenco carenado recuperado sobre lo que podría tratarse una estructura reutilizada en una estructura de molienda (14.22). En asociación a estos elementos, apoyada sobre la cara interna de la estructura 14.1a, se hallaban los restos de una olla ovoide con cuello marcado y fondo convexo. La íntima relación con todos los elementos cerámicos relacionados con el consumo localizado junto a la 14.1a nos indicaría que el alimento de esta olla fue consumido directamente sobre este espacio, eminentemente relacionado con diferentes fases de procesado de la metalurgia.

Comprobamos que nuevamente se puede argumentar la relación entre el procesado-servicio y consumo de alimentos en relación con la producción metalúrgica y en este caso particular podemos apuntar que los recipientes relacionados con el consumo presentan unas características particulares y es su decoración y tamaño. Esta actividad parece tener escasa incidencia en la organización de la vida cotidiana de este grupo social, sin embargo, como sucede con la mayoría de las viviendas su presencia es constatable arqueológicamente, sobre todo se concentran en el CE IVb y en su conexión con la estancia principal de esta vivienda. En los alrededores de la estructura 14.6 y sobre la propia puerta y escalón (14.9b). En este caso sobre el banco longitudinal documentamos restos de escoria, gotas de mineral esparcidas

hacia el oeste y en las cercanías de la estructura 14.7. Al oeste de los anteriores se hallaron dos crisoles hondos de cerámica muy interesantes en cuanto a su tipología. Así, el nº 14.589, colocado sobre la estructura 14.12, presentaba decoración en el borde a base de impresiones digitales y una perforación relacionada posiblemente con la tapadera. Por su parte, el cuenco de grandes dimensiones aparecido al este de la estructura 14.2, cerca de la concentración secundaria de pesas de telar, estaba muy mal cocido. Por último, resaltar por su escasez en este contexto doméstico, la presencia de una tercera mano de molino sobre la estructura 14.6.

La localización de estos restos metalúrgicos no debe extrañar en este espacio central, pese a su cercanía a los grandes recipientes de almacenaje, si tenemos en cuenta que mientras que todo el CE IVa estaba cubierto, el inmediato CE IVb permaneció descubierto y la relación entre ambos queda más que provada lo que.

Sin embargo, es precisamente en el espacio definido como vestíbulo (CE IVb) a través del cual se accedía directamente a la estancia principal de la vivienda donde documentamos la mayor y más clara variedad de elementos relacionados con la producción metalúrgica y con la realización de determinadas fases de su cadena de producción. Aquí documentamos esparcido por todo el espacio restos de mineral, gotas de metal de cobre, escoria ligera localizada sobre todo en la zona occidental mientras que en la zona sur-suroeste se han localizado dos moldes uno cóncavo y otro de lingotes.

Dado el carácter de los restos relacionados con la producción metalúrgica podemos decir que en esta zona de vestíbulo que, probablemente, estuvo descubierta tal y como nos indica la secuencia estratigráfica de este espacio, estuvo destinada a la realización principalmente de esta actividad. Si a esto le unimos la cercanía a la gran estructura hidráulica de la que pudieron aprovisionarse sin ningún tipo de problema de agua, tiene mucho sentido esta disposición espacial de las diferentes actividades de esta vivienda.

Por tanto, en este espacio se atestigua todo el proceso metalúrgico, desde la primera trituración del mineral hasta el vertido en moldes del metal, pasando por la fase de reducción, tal y como nos indican los restos de moldes, gotas de metal y de escoria. Concretamente, la escoria se extiende por todo este espacio, estando más presente en la zona occidental, sobre todo, en las proximidades de la estructura 14.22 a la cual se asocian tanto piedras de molino como la única mano de molino documentada en este espacio. Un aspecto destacable es que uno de los molinos localizados sobre esta estructura presentaba evidencias directas (incrustaciones de cobre) de haber sido utilizado como herramienta para la molienda y trituración de la masa resultante tras la primera reducción. Probablemente, los desechos tras este segundo proceso, las escorias o masa fuese desechada directamente al interior de la estructura 14.21 (fosa), lugar donde se han documentado diferentes restos así como también restos de mineral de cobre y hierro (óxidos).

Como podemos comprobar, nuevamente la producción metalúrgica y el consumo tiene una conexión directa, llevándonos nuevamente a apuntar la hipótesis de que se consumía el alimento allí donde se estaba realizando la actividad, aunque esto no quiere decir que no tuviesen lugares comunes de consumo de alimentos como, pudo ser el centro de la estancia, para lo que aprovecharían los diferentes bancos longitudinales como soporte a esta actividad y para dispensar sus cuerpos en momentos de descanso.

Hasta el momento hemos hecho referencia a una esfera de actuación de la preparación de alimentos y consumo sin embargo, estos trabajos conllevan otros significados y códigos

que van más allá de la esfera de lo cotidiano implicando aspectos sociales, simbólico e ideológico. En el apartado correspondiente con la cocina y la preparación de alimentos ya hemos explicado cuales son y cómo se producen y reproducen dichas implicaciones. Sin embargo, recordemos que estas actividades además de tener una función eminentemente fisiológica y nutritiva tienen y conllevan otras connotaciones que nos permiten acercarnos a una realidad determinada. Esto quiere decir que su valor también debemos relacionarlo con códigos de significado socialmente aceptados que son los que determinan cómo, dónde y cuándo se preparan y consumen determinados alimentos.

La comida constituye un medio universal para expresar sociabilidad y hospitalidad, por eso, compartir alimentos es una forma de crear y mantener un sentido de comunión dentro de un determinado grupo social. Precisamente estos sentimientos son los que reflejan las prácticas de comensalidad. En esta vivienda todo apunta que estas prácticas fueron llevadas a cabo con motivo o por motivo del enterramiento masculino adulto localizado en la sepultura 6. Como parte de su ajuar que se componía tanto por artefactos de metal como por diferentes vasitos cerámicos, una botella y copa como por ecofactos consistentes básicamente en un falange y húmero de ovicáprido. Estos elementos no solo nos dan muestras de elementos posiblemente relacionados con el individuo inhumado (marcadores de identidad) sino que también nos muestran todo un conjunto de prácticas que pudieron llevarse en el momento de su enterramiento y cuya dimensión podemos aproximar. La aparición de restos faunísticos como parte de un ajuar funerario en una cultura como esta, tan normalizada nos plantea que nos encontramos ante el reflejo de una actividad tan ancestral como moderna donde el consumo de carne posee una gran relevancia en el desarrollo de estas ceremonias, las denominadas ceremonias de comensalidad. Además, en este caso podemos saber que junto a estas deposiciones cárnicas como parte del ajuar, la comunidad o personas asistentes y participativas en dichas prácticas también realizaron la deposición de otro tipo de alimentos como frutos silvestres tal y como nos demuestra el hecho de que en el interior de la botella documentada en esta sepultura se hayan recuperado restos de semillas de bellota. Asimismo debemos hacer referencia a otro de los elementos que compone este ajuar, la copa con decoración de mameloncillos al borde. La destacamos porque este elemento cerámico relacionado directamente con el consumo de líquidos presenta señas de haber sido reutilizado, exhibe las marcas de haber sido lañado. El momento de su reutilización pudo ser con motivo de su deposición como elemento de este ajuar lo que nos indicaría que con anterioridad pudo ser utilizada en otros menesteres, probablemente cotidianos o ¿no?

Con la gran cantidad de actividad social y funcional lo lógico hubiera sido que encontráramos zonas de desecho o similares, sin embargo, esto no ha sido así. Ante esto podemos señalar que, además de todas las actividades ya mencionadas y las que quedan, estas gentes practicaron una limpieza periódica del espacio, de las estructuras y con seguridad también de la propia cultura material. Esta limpieza periódica de la vivienda también se observa muy bien en la propia secuencia estratigráfica, ya que en las zonas provistas de techumbre, el derrumbre de la misma se superpone directamente sobre el suelo de ocupación, mientras que en las zonas descubiertas, el nivel de derrumbre de las paredes se asienta sobre el suelo. Esta superposición, como ya hemos indicado en otros espacios sociales, es una prueba de una limpieza sistemática a la que era sometida el interior de estas estructuras de habitación. Unido a estas dos razones, encontramos una tercera y es la abundante presencia de restos de semillas de plantas destinadas a aromatizar el espacio, higienizar y adecuar éste para su habitabilidad. Estas plantas son, como ya hemos indicado, el *cistus sp.*, de las que se han

recuperado más de 20 semillas, *lavanda stoecheae*¹¹⁵ de las que se han registrado más de 260 semillas. La enorme presencia de estos restos materiales (teniendo en cuenta que la gran mayoría de estos restos carpológicos desaparecen cuando entran en acción con el fuego) nos pueden hablar tanto en este sentido como también de su utilización como un componente en la curación de determinados males (ungüentos, remedios, etc.) como por ejemplo dolores reumáticos, traumatismos, etc., o también de su uso como condimento en la preparación de alimentos, lo que le daría a los alimentos un olor y sabor característico.

Con respecto a la propiedades medicinales de estas plantas no podemos relacionarlas con las diversas patologías mencionadas porque en este caso particular, los escasos restos humanos recuperados en el interior de la sepultura 14.6 carecen de ellas. Esta carencia no parece responder a su realidad vital sino más bien al hecho de que de este individuo maduro prácticamente no se han documentado restos óseos, salvo algunos fragmentos que se encontraban muy erosionados.

Además de las actividades ya analizadas, en esta casa se documenta también la actividad textil que engloba entre otras tareas la producción de telas, el mantenimiento de las ropas, la realización de elementos relacionados con el descanso o, inclusive, como hemos documentado en otros yacimientos también argáricos, el calzado, cuerdas, etc. Esta actividad ha sido catalogada desde antiguo como “trabajos de dentro”, los cuales han estado relacionados directamente con los contextos domésticos y las actividades femeninas (Mirón, 2007: 112-113).

Ésta es la vivienda de la Terraza Inferior e, incluso de todo el poblado de Peñalosa, que mayor y mejor secuencia nos proporciona sobre la actividad textil. Es cierto que esta actividad aparece en otras viviendas como la casa VI, IX o X sin embargo, en ninguna de ellas parece tener la incidencia que presenta en ésta, tal y como nos muestra la gran cantidad de elementos materiales relacionados con ella, pesas de telar cilíndricas con dos perforaciones, punzones de hueso, metal, agujas, restos de semillas de *linus*, etc.

Por el contrario, como hemos señalado en las casas precedentes, la constatación arqueológica de esta actividad no ha sido posible en el resto de las viviendas de la Terraza Inferior a causa de la ausencia de restos arqueológicos producto de la mala conservación de esta zona del poblado, ya que tanto en la casa I, II y III se han recuperado determinados elementos que responderían a esta actividad. Sin embargo, su escasez o su casi nula presencia nos permiten indicar que en estas viviendas no se practicaría de forma sistemática esta actividad, aunque esto no implica que de forma puntual no se realizasen trabajos relacionados con ella, como puede ser el remiendo de ropas, producción de esteras, calzados, etc.

Sin embargo, como decimos, esta actividad se desarrollaría ampliamente en este espacio, la cual junto al almacenamiento de alimento acapararía gran parte del espacio social y cotidiano de dicha vivienda, dando muestras directas sobre las implicaciones sociales y relacionales que debió tener entre las mujeres de esta casa.

Arqueológicamente, esta actividad se ha podido constatar fundamentalmente en dos zonas. Una de ellas se localiza al fondo de la vivienda, en la zona oriental entre la estructura de molienda (14.2) y el hoyo de poste 14.11 (ubicado en la zona más oriental de la casa). En

¹¹⁵ Concretamente en la interpretación de la casa II ya hemos apuntado todas las propiedades y usos de ambas plantas tanto en el acondicionamiento de los espacios como en las prácticas de cuidado como suplementos médicos y características medicinales.

este lugar se puede apreciar una fuerte concentración de pesas de telar circulares con dos perforaciones (un total de 12). Al contrario de lo que sucede en otra zona de esta misma casa, su disposición no parecen responder a la estructura de un telar sino que más bien parece una zona de su almacenamiento, procesado y mantenimiento, tanto es así que una de éstas fue localizada en el interior de un pequeño cuenco esférico abierto. Asociados con estos elementos se recuperaron otro tipo de útiles que nos marcan gran parte de su proceso productivo como son los punzones en hueso trabajo (5) y metal (1) y agujas (2). Al menos dos de los punzones de hueso presentan un brillo intenso y general y las estrías finas de abrasión transversales en la punta sobre la zona lustrada parece indicar un posible reafilado de la pieza o incluso un cambio de uso. Por su parte, uno de los alfileres o agujas, contiene una perforación cilíndrica de 2 y 2,5 mm. de diámetro a modo de elemento de sujeción. Si bien, aunque hemos destacado estos rasgos, lo cierto es que todos los elementos presentan señas de haber sido muy bien manufacturados y de haber sido utilizados de manera prolongada y cotidiana.

La segunda gran zona donde se concentran y en la que probablemente se instaló el telar, es en la zona occidental, en íntima asociación con la estructura 14.9a. Es, como decimos, en esta zona donde se congregan una gran mayoría de pesas de telar, todas en muy buen estado de conservación. Un aspecto importante sobre su ubicación, es que ocupan el único espacio de la vivienda dotado de luz natural, en la cara interna de la estructura 14.9a y en las cercanías de la puerta 14.13. Todas las pesas presentan las mismas características, están cocidas, son circulares y tienen dos perforaciones. Su tamaño y peso también es similar, aunque este último difiere unas de otras. De forma completa se pudieron recuperar un total de 38 pesas de telar. La inclinación que presentaban en forma oblicua y parcialmente superpuestas entre sí, nos permite asociarlas como parte de una estructura de telar vertical. Estos elementos se encargarían de tensar los hilos pendientes sobre el listón vertical del telar. Además de las pesas en esta zona se recogieron diferentes restos de semillas de lino, concretamente de la especie *Linum usitatissimum*. El lino pertenece al grupo de plantas relacionadas con el origen de la agricultura en el Próximo Oriente (Zohary y Hopf, 1993). Sin embargo, las semillas de lino muy raramente se han documentado en contextos arqueológicos peninsulares y, sobre todo, andaluces (Buxó, 1993) aunque, los hermanos Siret (1890) señalan su presencia en 5 yacimientos de la Edad del Bronce en Andalucía: Campos, Lugarico Viejo, Zapata, El Oficio y el propio El Argar (Peña, 2000: 246), a los que podemos añadir el poblado de Peñalosa y el de Castellón Alto (Galera, Granada).

Entre todas estas pesas de telar se encuentra una de las tapaderas de pizarra documentadas en este contexto doméstico. Esta tapadera de pizarra recortada presenta una inclinación de sur-norte, lo que nos hace pensar que estaba en relación con las grandes orzas documentadas justo en el choque de las estructuras 14.1 y 14.9b (al sur de este extremo occidental). Esta tapadera de pizarra debió deslizarse en el momento de la caída de la techumbre e ir a parar a la esquina contraria de su ubicación cotidiana.

Las características y disposición de ambos conjuntos de pesas de telar junto con su interrelación con otros elementos materiales, nos hace suponer que en esta vivienda se realizaron tanto los trabajos de producción del tejido como el zurcido y cosido de las vestimentas. Es decir, por un lado, en la zona occidental se produciría el textil necesario para manufacturar las vestimentas mientras que este tejido sería trasladado hacia el fondo de la vivienda donde sería cosido, remendado y mantenido en el momento de su rotura. Sin embargo, entre la variedad de objetos recuperados en esta zona oriental, pesas de telar, agujas y punzones, encontramos otros elementos de particulares características, concretamente, un

brazalete de arquero de piedra que tan sólo conserva una perforación en uno de sus extremos, y una punta de flecha de pedúnculo largo realizada en metal la cual estaba fracturada en el extremo proximal. Ambos elementos fueron localizados en clara asociación. La conjunción de todos estos elementos nos hacen pensar en una zona de reparación y mantenimiento de herramientas así como también de su manufactura como podría ser el caso de las pesas de telar. Por tanto, en esta zona, en la cual recordemos que también se realizarían otras actividades como la molienda y la preparación de alimentos, sería el lugar escogido preferentemente por las mujeres de esta casa para realizar también las tareas de mantenimiento y manufactura de herramientas y la fabricación y reparación de las vestimentas, tejidos, esteras, cuerdas u otros elementos realizados con estos materiales. A las cuales debemos añadir la interrelación con las actividades de preparación de alimentos que se estaba generando en este mismo espacio.

Así pues es lógico pensar que en esta tarea se realizó de forma sistemática este trabajo textil ya que como bien hemos explicado en el apartado correspondiente (Ver Cap. III. 8) estos trabajos conllevan la característica de poder ser abandonados momentáneamente o esporádicamente, reanudados en cualquier momento e interaccionados con otro conjunto de trabajos sin que ello suponga una pérdida del valor y del rendimiento de esta actividad. En este caso podemos decir que esta tarea pudo estar en relación e interacción con otra actividad de mantenimiento que bien pudieron ser realizadas por las mismas mujeres o por otras del grupo. Esta segunda opción conlleva otro significado y es el grado de relación que crean ambas actividades. Con esto no queremos que se entienda que las mujeres del grupo ocuparían esta zona más interna de la casa sino todo lo contrario que las actividades de mantenimiento y en extensión las asociadas con las mujeres organizaron en gran medida el espacio interno de esta casa, incidiendo tanto en su ideación, construcción y conformación como espacio habitacional y social. Lo cual quiere decir ¿Qué las actividades de mantenimiento y con ellas las mujeres tuvieron una gran incidencia en este grupo social?, esto no lo sabemos y tampoco creemos que podamos saberlo nunca, sin embargo, lo que sí sabemos es que estas actividades fueron importantes para el grupo cuando entorno a ellas organizaron la vida cotidiana de este grupo social.

Lo cierto es que en esta vivienda podemos reconstruir completamente este proceso tecnológico, la producción textil. En el extremo occidental de la vivienda se manufacturaría el tejido mediante la imposición de un telar vertical sobre la estructura 14.9a, las pesas de telar estarían colgadas, tensando los hilos y presumiblemente una mujer se encargaría de engarzar los diferentes hilos hasta conseguir un tejido, este posteriormente sería retirado del telar, llevado al fondo de la habitación (extremo oriental) donde la misma mujer u otras mujeres del grupo se encargarían de realizar la manufactura de este tejido convirtiéndolo en vestidos, ropas etc. Esta actividad debió estar compartida con la preparación de alimentos que se ha documentado en esta misma área, quizás esta sea la razón de realizar estos trabajos en este extremo de la vivienda, ya que así las mujeres podrían estar realizando diferentes trabajos paralelamente (cocinar, cuidar de los infantes, vigilar, etc.). Probablemente, esta situación descrita en algún momento se pudo producir en esta casa, dada la estrecha relación que guarda la zona de manufactura de estos objetos con la producción de alimentos, ya que estos trabajos requieren de largas horas de trabajo y de conocimientos tecnológicos que necesitan de un largo proceso de aprendizaje.

Precisamente, como parte del proceso de aprendizaje y de juego de los niños podríamos interpretar una de las pocas fichitas de cerámica documentadas en este poblado que se encontraba entre todos estos materiales relacionados con la actividad textil. La asociación

de estos materiales nos hacen pensar en una escena tan recurrente en el tiempo y a lo largo del espacio como es un grupo de mujeres sentadas juntas, charlando y compartiendo experiencias y vivencias y alrededor de ellas, un grupo de niños y niñas jugando, algunos de ellos intervendrían en el proceso como parte de su proceso de aprendizaje mientras que otros (probablemente los niños) realizarían otros juegos. Esto pudo suceder así o no, sin embargo, ésta es una lectura posible y válida del registro arqueológico que queda atestiguada por la recreación de esta escena desde tiempos remotos en nuestra historia y que se mantiene hasta la actualidad (Ver Cap. III.8).

Con el análisis de la cultura material presente en este yacimiento no solo podemos reconstruir el proceso de la producción textil, sino que también podemos apuntar hacia la realización del mantenimiento de todos estos elementos como una tarea realizada en paralelo al conjunto del resto de actividades. Como ya hemos apuntado en el apartado de la producción textil, ésta es una actividad de largo recorrido y, como tal, tiene su reflejo en el conjunto de las sociedades conocidas. Este hallazgo nos ratifica en que la producción textil forma parte indisoluble de las actividades de mantenimiento, de la vida cotidiana de estas gentes y, por lo tanto, es una actividad de gran alcance social y humano, probablemente, tanto para los habitantes de esta casa como para el conjunto humano que integraba la Terraza Inferior ya que, recordemos, ésta es en la única vivienda del barrio bajo donde se documenta esta actividad.

V.3.5. GRUPO ESTRUCTURAL: LA CISTERNA

V.3.5.1. Presentación

Esta gran estructura hidráulica ocupa el espacio más al sur de la Terraza Inferior y se ubica a las espaldas de la Casa IV con la que comparte incluso estructuras de aterrazamiento (Lám. 115) (14.1 y 14.1a). Este gran contenedor de agua incluye la totalidad del sector A del corte 14, además de los sectores A y B del corte 24 ya referidos anteriormente (Contreras *et al.*, 2000; Contreras y Cámara, 2002) y la práctica totalidad del corte 43 (Contreras *et al.*, e.p.). Sus coordenadas UTM son 64.00-74.00 x; 97.00-101.40 y.



Lámina. 115. Panorámica de la gran estructura hidráulica ubicada en la Terraza Inferior del poblado de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).

En la actualidad sabemos que esta cisterna tiene una forma oval, orientada de oeste-este, y que en el pasado debió tener unas dimensiones excepcionales, que hoy conserva, con un mínimo excavado de 8,5 x 4 x 6 m. y un estimado que puede alcanzar los 14,6 x 4 x 7 m., es decir unos 400.000 litros alcanzando su cota máxima en el muro oeste (14.28), pudiendo ser mayor la capacidad al elevarse los muros perimetrales, aún cuando es obvio que el agua no debió cubrir casi nunca el último muro perimetral (14.1) (Lám. 115). Si bien la reducción en anchura se vio acompañada de un aumento equivalente en longitud.

Aunque es aventurado establecer los límites precisos de la misma, sí que se puede dibujar su trazado a partir del relieve del propio terreno y a la existencia, en este caso, de restos de estructuras aflorando en superficie, que parecen continuar las de la

propia cisterna ya excavadas. El límite sur, solo investigado en parte, lo constituiría el propio terreno natural, modificado, con una cubierta en visera, al que se le empotra literalmente una pared de mampostería, como límite oeste. Sin entrar en el análisis pormenorizado de las estructuras que marcan sus sucesivas reestructuraciones, que suponen sobre todo una reducción de las dimensiones del vaso, el límite norte coincide con el muro trasero de la casa IV, siendo el este, hasta el momento, el más confuso por ser también el menos investigado, aunque las excavaciones en el corte 24 (Contreras *et al.*, 1993) parecen mostrar que los límites marcados por la excavación de la roca fueron respetados por el diseño de las habitaciones posteriores del Grupo Estructural V. Los límites propuestos muestran una cisterna casi monumental en tamaño de lo que se infiere la importancia que tuvo para los pobladores de Peñalosa y, más aún, si a ello añadimos el esfuerzo y el tiempo gastado en su ejecución y mantenimiento.

Uno de los objetivos de la 6ª campaña de excavación en Peñalosa, realizada a lo largo del 2005, fue la localización y el estudio de la posible cisterna situada en la Terraza Inferior, al sur de la casa IV. Este espacio ya había sido interpretado en este sentido (CE IVd) en la Memoria Final del Proyecto Peñalosa (Contreras, 2000; Contreras y Cámara, 2002) en la que se argumentaba a partir de ciertos aspectos concretos cómo el tipo de relleno sedimentario, la inexistencia de estructuras o la propia delimitación y ubicación de este espacio en relación con el resto de estructuras que conforman el poblado, la existencia de un espacio destinado a la recogida de agua de lluvia canalizada a través de las empinadas y estrechas calles del poblado.

Con su excavación se pretendían solucionar algunos aspectos prácticos de su funcionamiento. En primer lugar, se intentaba determinar el momento de construcción y por tanto su relación contextual con el resto de estructuras que definen el área del poblado. En segundo lugar, buscar otras razones, entre las que destacaríamos las de tipo geológico, que sustenten y favorezcan su emplazamiento dentro del poblado. En tercer lugar, definir su sistema de acceso desde el exterior y las posibles remodelaciones/reestructuraciones que se muestran a lo largo del tiempo de su uso. En cuarto lugar, resolver la accesibilidad al agua independientemente de la cota de nivel que contuviese en cada momento y, por último, rastrear el sistema de construcción de la cisterna misma y su proceso final de abandono/destrucción.

La excavación de esta gran estructura se planificó dentro de la primera fase del Proyecto Peñalosa, en el año 1991, sin embargo, su intervención en esta campaña fue mínima, debido al gran volumen y a su monumentalidad la cual ya se intuía desde los primeros niveles (Moreno Onorato *et al.*, 2008: 298). Posteriormente, a esta cuarta campaña del Proyecto Peñalosa, no se volvió a actuar en esta área debido a las continuas subidas de las aguas del pantano que hacían innacesible esta zona, de ahí que en la siguiente campaña durante el verano de 2001 fuera imposible su intervención (ya en la segunda Fase del Proyecto Peñalosa). Sin embargo, debido al fuerte interés que despertó desde los primeros momentos esta obra arquitectónica, los investigadores a cargo de dicho proyecto dieron prioridad a su excavación en la siguiente campaña de excavación.

Por ello, en la campaña de 2005 (4 de julio hasta el 10 de octubre), se priorizó la investigación en esta zona mediante el planteamiento de un amplio sector de excavación al sur de la casa IV. Sin embargo, frente a las expectativas creadas, nuevamente sorprendió que, pese a las dimensiones del sector planteado inicialmente, no fue posible definir sus límites a pesar, de la profundidad alcanzada y al elevado volumen de tierra

extraída a través del proceso de excavación en profundidad y en extensión. Por otra parte, las estructuras localizadas, más que apoyar la hipótesis de la existencia de una cisterna de características similares a las aparecidas en otros yacimientos argáricos, se apartaba de ella mostrando una monumentalidad inusual en su técnica de construcción al tiempo que una complejidad estructural difícilmente comprensible. La excavación por tanto quedó inconclusa en esta campaña, retomándose nuevamente en la iniciada en los meses de Octubre y Noviembre del 2006. Esta campaña de excavación, sirvió entre otros objetivos, para ir completando la planimetría de la estructura de la cisterna al tiempo que se iban consolidando las áreas más expuestas a la erosión por las fluctuaciones del nivel de las aguas del pantano (Contreras *et al.*, e.p.; Moreno Onorato, *et al.*, 2008: 298).

Tampoco, con esta nueva actuación fue posible concretar y delimitar estructuralmente los límites de este particular contenedor de agua, como tampoco se ha podido ultimar el desmonte de un testigo de excavación¹¹⁶ que parcialmente impide la visión total del sector excavado. Los datos extraídos del registro arqueológico disponibles actualmente nos avalan la forma y volumen de esta gran estructura hidráulica, que viene a sumarse a otras estructuras de este tipo conocidas para el mundo de la Edad del Bronce dentro de la Cultura Argárica (Moreno Onorato *et al.*, 2008: 300).

A pesar de que no se ha excavado en toda su extensión, sí se ha podido definir una secuencia constructiva compleja. En un primer momento se realizó un corte en la roca, junto a una visera que actuó de protección parcial en una zona de especial impermeabilidad y ruptura de la pendiente global, quedando delimitada por muros adosados a la roca cortada y que mostraban la disposición de dos líneas paralelas en su cimentación. Éstos, posiblemente, estuvieron acompañados por muros más alejados del corte de la roca que delimitarían el área máxima de inundación, sea al norte sea al oeste donde, junto a los accesos, se han localizado también huecos excavados en la roca posiblemente relacionados con la techumbre y los sistemas de evacuación de agua. Aunque se puede discutir si el CE IVa se construyó antes o después que la cisterna, ya que se adapta perfectamente al recorrido de la muralla, las evidencias del CE IVc sugieren lo contrario e indican que la muralla es la que se adapta a la cisterna. En cualquier caso, pronto se les hizo necesario reforzar el muro meridional de la vivienda IV contra los empujes y filtraciones del agua, primero con un muro paralelo anterior (14.26) y después con estructuras (y parches parciales) sucesivas (14.31, 14.27, 14.19) que llegan a chocar contra el muro de cierre del poblado y que, en un determinado momento, implicaron el desmantelamiento del muro occidental sustituyéndolo por uno nuevo, ligeramente desplazado y trabado con los nuevos refuerzos, como una protección ineludible ante la presión de las aguas. De cualquier forma, tras el abandono de la cisterna, el colapso de los muros condujo estos rellenos hacia el interior, previo al desmoronamiento de la visera que tuvo lugar antes de la época altomedieval si atendemos a la sepultura de incineración (urna a torno con restos óseos calcinados nº 14.180) localizada en el año 1989 (Contreras *et al.*, 1991; Contreras, 2000: 274-106), aspecto que se puede relacionar con la acción de las fosas romanas sobre contextos erosionados de las terrazas superiores de la Ladera Norte, especialmente en los sectores 12 y 26 (Contreras *et al.*, 1991, 1993, 2004).

¹¹⁶ Este testigo, que ocupa el área central de la cisterna, se ha mantenido al sur de este espacio desde el inicio de su excavación tanto por motivos metodológicos como por seguridad en el desarrollo de la intervención arqueológica.

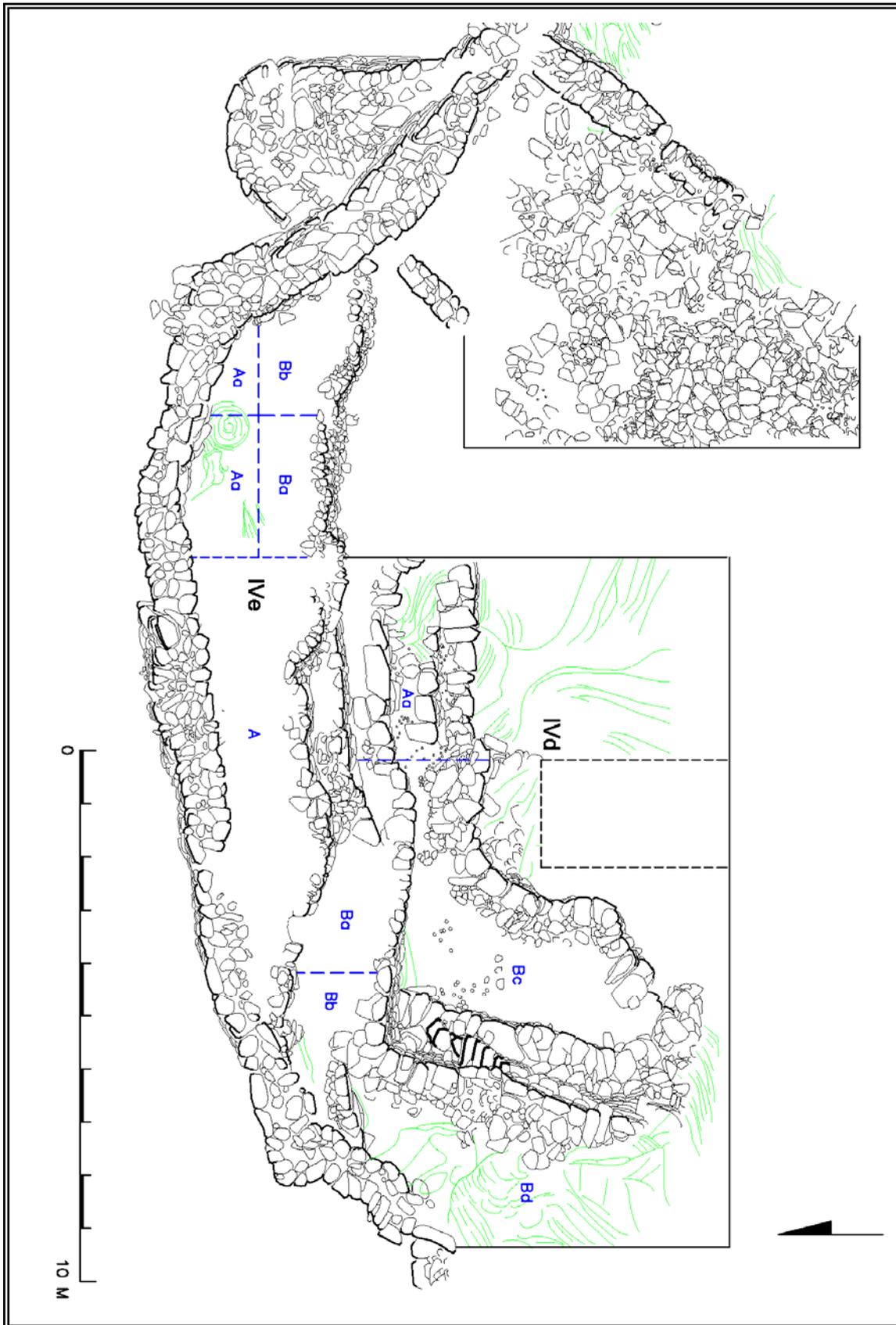


Figura 41. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Estructura Hidráulica IVd (Proyecto Peñalosa).

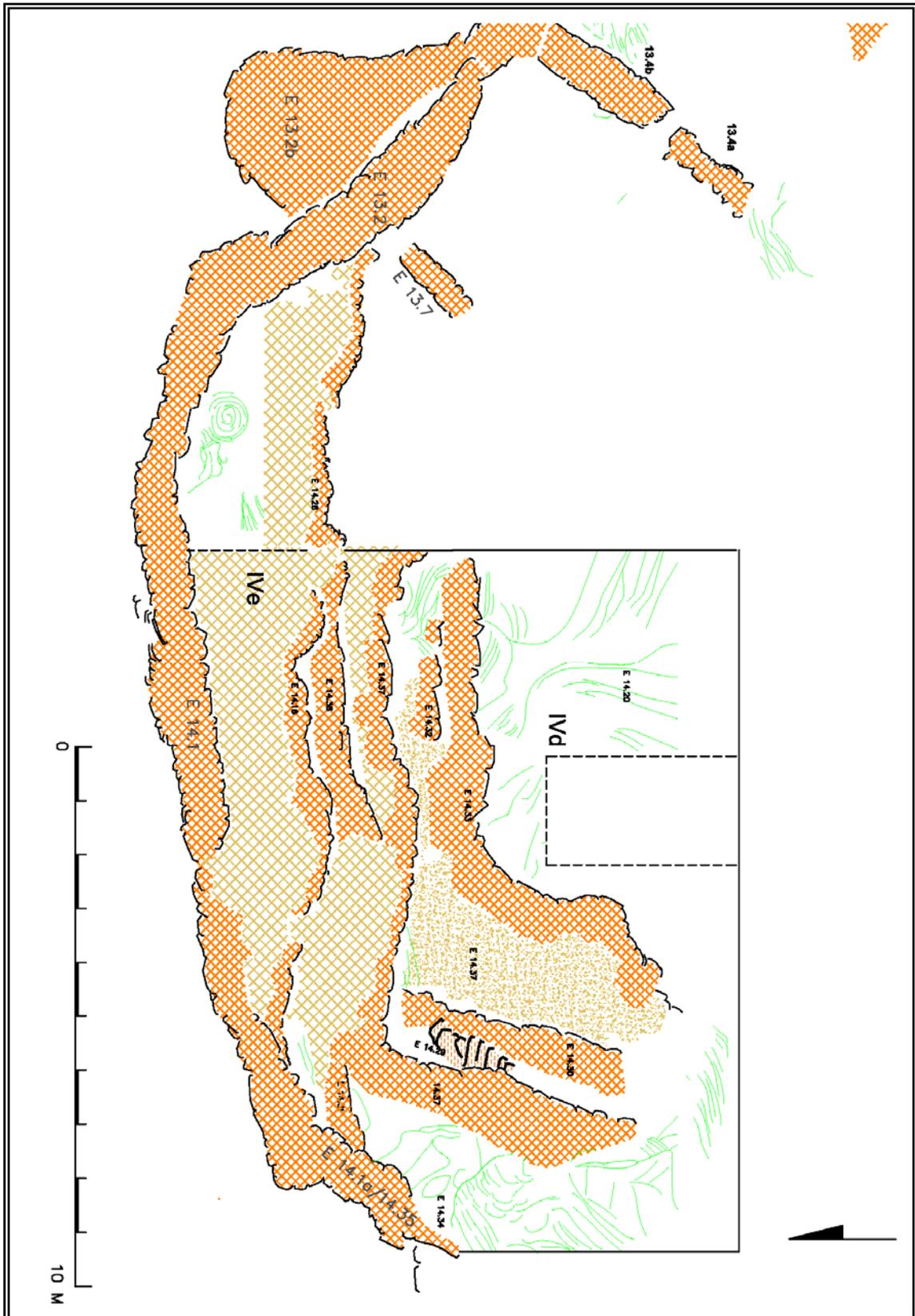


Figura 42. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural, la cisterna (Proyecto Peñalosa).

En este sentido, esta estructura hidráulica permaneció prácticamente limpia hasta su abandono, como también sucede con la que se ha localizado recientemente en El Castellón Alto (Galera, Granada) (Molina y Cámara, 2004). De igual modo tuvo que ocurrir con otras cisternas argáricas conocidas como la de Fuente Álamo (Cuevas del Almanzora, Almería) que, según los materiales localizados en ella y que anteriormente se habían atribuido al momento de abandono de esta construcción (Schubart *et al.*, 1985), ha pasado recientemente a ser adscrita a las fases IV y V (Schubart y Pingel, 1995; Arteaga, 2001). Otro ejemplo es la de la Illeta dels Banyets (El Campelló, Alicante) (Simón, 1997; Soler *et al.*, 2004).

Para su análisis se han mantenido las divisiones espaciales realizadas desde el primer momento (año 1991). Es por ello que se han definido dos Complejos Estructurales, el CE IVd en la zona occidental y el IVE en la más oriental. La determinación de su división en un primer momento estuvo motivado por criterios puramente estructurales aunque tras las últimas actuaciones podemos asegurar que tanto uno como otro forman una única entidad. Esta gran estructura arquitectónica datará ya de la primera fase de ocupación del poblado de Peñalosa, nos referimos a la IIIB, si bien en un momento avanzado sufrirá toda una serie de reestructuración que afectarán tanto a su capacidad, estructuras y accesos llegando ya a la fase IIIA con una reducción de su espacio.

V.3.5.2. Secuencia Estratigráfica

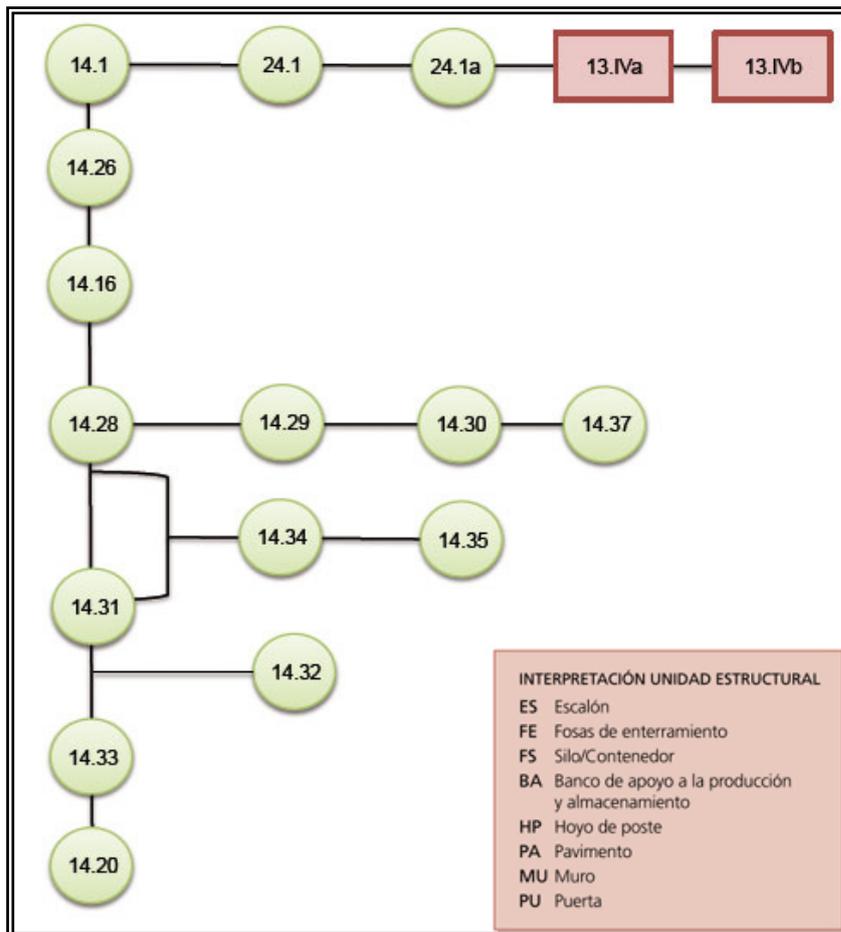


Figura 43. Diagrama estratigráfico del Grupo Estructural: la cisterna (Proyecto Peñalosa).

V.3.5.3. Complejo Estructural IVd

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 41)

Este Complejo Estructural ocupa la zona central-occidental de la gran estructura hidráulica, orientado en sentido este-oeste, presenta una forma ovalada. Recoge en sí los subsectores A y B del corte 14. Y sus coordenadas UTM son 63.00-75.00 x; 95.00-103.00 y; 25.10.

Para realizar la excavación de esta estructura hidráulica se planteó una gran área de excavación al norte de la casa IV, arrancando desde la pared sur de la misma. En un principio esta área quedó constituida por la adición a la zona de excavación de 1989-1991 de una nueva zona de intervención hacia el sur de unos 3 m., de ancho por 7,5 m., de largo, manteniéndose el límite este de la excavación de 1991. Marcándose así los dos subsectores que subdividirían su espacio. Al este, el subsector A y, al oeste, el subsector B en base a la sección stratigráfica S5 que actuaría a su vez en un primer momento como testigo stratigráfico de 1 m., entre ambos subsectores. Así, desde los primeros momentos (campaña de 1989) se establecieron diferentes zonas de intervención dentro de una misma área, cuyo objetivo estribaba en obtener la mayor cantidad y mejor recopilación de documentación de áreas de excavación tan extensas. Por ello, ambos subsectores fueron a su vez subdivididos tras la retirada de los niveles superficiales y tras la documentación de las hiladas superiores de las estructuras emergentes, quedando el organigrama de la zona de estudio de la siguiente manera: el subsector A que ocuparía la zona externa al muro de refuerzo 14.32, que a su vez fue subdividido en dos nuevas áreas, el A1 que englobaría la cara interna de la anterior estructura y la estructura 14.27 y el A2 que quedaría al oeste del subsector anteriormente delimitado por una nueva sección stratigráfica (S6). Por su parte, el subsector B, se dividió en cuatro nuevos subsectores. El subsector B ocupaba toda la cara interna de la estructura 14.33 y lo que posteriormente sería definido como la estructura 14.37; mientras que entre la cara interna de la 14.38 y la externa de la 14.16 se subdividirá el espacio en forma de rampa en los subsectores Bc y Ba. Este último estará delimitado por una nueva sección stratigráfica a partir de la cual hacia el oeste se conformará un nuevo subsector el Bb.

Gracias a este sondeo, que fue rebajado en alzadas artificiales de unos 20 cm., se pudo llegar hasta el fondo de la cisterna, existiendo una profundidad de 4,16 m. entre la parte más profunda de la misma y la hilada superior del muro 14.16/14.17. Con ello se documentó parte de los sucesivos muros que en diversos momentos formaron su cierre perimetral norte (14.26, 14.27, 14.32 y 14.33), y un pequeño tramo del muro perimetral oeste (14.28). También se pudo comprobar cómo el fondo del contenedor, por su lado Este lo formaba el propio banco de pizarra (14.20) impermeable y difícilmente alterable, mientras que al oeste la estructura se levanta sobre un estrato geológico conglomerático (14.37), más fácilmente erosionable, razón por la cual, fue acondicionado para su uso con un mortero impermeable, igual al utilizado para trabar las piedras de este frente oeste y su revestimiento posterior. El sustrato de conglomerados que define este frente oeste fue cortado intencionalmente para apoyarle el tramo de muro antes citado (14.28).

A partir de aquí se amplió hacia el oeste hasta cubrir la totalidad de la extensión

de la casa IV, y hacia el suroeste hasta alcanzar una cresta de roca bajo la que parecía que se empotraba el muro de cierre, quedando una superficie de excavación de 7,5 m., por 13 m., de largo. Posteriormente, en 2006, se amplió hacia el Este la excavación 5 m., marcándose como límite la prolongación de la muralla que cierra el espacio de la Terraza Inferior. Esta gran área de excavación se excavó mediante alzadas artificiales de entre 30 cm., y 40 cm., en función de la sección estratigráfica (S4) previamente obtenida. Al término de los trabajos se pudo delimitar al completo el muro oeste de cierre de la cisterna (14.28), que resultó ser el mejor conservado de la estructura hasta el momento.

b) Análisis: articulación de su espacio interno (Fig. 42)

La monumentalidad de esta cisterna queda expresada a través de su gran complejidad arquitectónica. *Grosso modo*, podemos decir que se trata de una gran fosa excavada en la roca de forma oval y delimitada por toda una serie de muros adosados a la estructura de cierre al norte (14.1/24.1). Ésta, no sólo es la encargada de cerrar su espacio al norte sino que también actúa como pared trasera de la Casa IV, actuando así con una doble vertiente.

Al oeste, esta gran estructura parece cerrarse con el muro 14.28. Éste reviste la roca recortada estando relleno el espacio intermedio con piedras de pequeño y mediano tamaño trabadas con barro. Se apoya directamente sobre un banco o cimientado (14.30) de mayor grosor, formado, al menos, por siete hiladas de grandes piedras aplanadas elevadas sobre la roca y trabadas por barro endurecido de color rojizo. Volviendo, al muro principal (14.28), fue construido con piedras de mediano tamaño trabadas con barro. Éste arranca desde la esquina noroeste, empotrada en lo que sería la cornisa de roca, y continúa su recorrido en ángulo hacia el este hasta conformar el cierre norte (14.27). En su avance hacia el este, esta estructura pierde parte de la entidad con la que se inicia, quedando bien marcada sólo su línea más externa. A nivel constructivo también difiere de cómo se inicia a como finaliza. Se ideó como una estructura maciza y se convirtió en una estructura que recrea formas de ondas compuestas por una línea exterior de grandes pizarras trabadas con barro y con un relleno interno de cascajo de pizarras y cantos de río de pequeñas dimensiones, adosado contra el muro que le antecede (14.26). La construcción de los diversos muros de refuerzo al exterior de la estructura 14.27¹¹⁷, (14.32 y 14.33) cimentados también sobre la roca y de similares características constructivas, se entienden si tenemos en cuenta que es esta zona norte la que recibe un mayor empuje de las aguas de la cisterna debido igualmente a la mayor inclinación del terreno por esta parte. Por otro lado, la existencia de lajas de pizarra equidistantes unas de otras que sobresalen de la línea de muro perimetral oeste, y de sur a norte a modo de escalones, nos indican cual pudo ser uno de los accesos al agua de la cisterna desde la superficie (14.29) (Moreno Onorato *et al.*, 2008: 301), aunque también pueden tratarse de mediciones de los niveles del agua.

¹¹⁷ Como resultado de las últimas intervenciones sabemos que esta estructura discurre en sentido Este-Oeste en forma de “zig-zag” hasta chocar directamente con el muro de cierre (24.1/14.1). Esto nos hace pensar que el resto de refuerzos bien pueden mantener este mismo recorrido. Sin embargo, como ya hemos expresado esta área aún no ha sido objeto de una intervención en profundidad por lo que no debemos realizar una tesis al respecto.



Lámina 116. Detalle de las estructuras occidental de la gran estructura hidráulica (14.27, 14.28, 14.30 y 14.33) (Proyecto Peñalosa).

Al interior del muro (14.28) y hasta su choque con la 14.33 encontramos una plataforma de roca degradada (14.37) de color amarillento sobre la que choca y reviste la última estructura (14.33) y a través de la cual posiblemente se accedería a la zona más baja de toda la cisterna (Lám. 116).



Lámina 117. Detalle de las dos cavidades excavadas en la roca próxima a la gran estructura hidráulica (Proyecto Peñalosa).

Mientras que al exterior al muro (14.28) y sobre la roca se documentan una serie de cavidades excavadas de forma más o menos circulares u ovals (14.34 y 14.35). La primera de ellas presenta unas dimensiones mayores (40 cm., de ancho x 70 cm., de largo por 80 cm. de profundidad) mientras que la segunda es la mitad de la primera. Éstas hipotéticamente pueden interpretarse de dos formas: que sirviesen como soportes de alguna estructura de madera que posibilitase la extracción de agua en momentos de mayor volumen de agua contenida, aún sin contar con restos antracológicos que lo demuestren por ser una zona muy afectada por la erosión del terreno. O bien que se tratase de aliviaderos propios de la cisterna evitando la inundación de las zonas de habitación anejas en periodos de fuertes y constantes lluvias (Fig. 117). A este respecto, no debemos olvidar que en el extremo opuesto (corte 24) nos encontramos con dos estructuras de similares características (24.2 y 24.3).

El sistema constructivo de los refuerzos al exterior de la estructura 14.28 (14.27, 14.32 y 14.33) implicaba sólo una cara externa de piedras de mediano y gran tamaño y rellenos de tierra apelmazada adosándose unos a otros. De esta manera disminuían los empujes e impedían las filtraciones de agua. Todos ellos se alzan directamente sobre el afloramiento rocoso. Por su parte al interior de la estructura principal (14.28), nos referimos a la estructura 26 se trata de una estructura que no ha sido posible documentarla en todo su perímetro pero si en su alzado documentándose 1,30 m., en su zona de mayor altura. Aunque, su sistema constructivo responde a los mismos criterios descritos anteriormente, es cierto que se le observa un matiz. Y es que parece presentar una mayor entidad que los casos anteriores y también que el 14.16 (Fig. 117) que se alza directamente sobre ella (14.26) siendo su construcción mucho más albarrana que todos los documentados hasta el momento en la construcción de la cisterna. Emplean pequeñas y medianas piedras, tanto pizarras como cantos de río trabadas por una tierra blanquecina y apelmazada. En éste último caso se ha documentado todo su recorrido en sentido este-oeste hasta su choque con la estructura de cierre 14.1/24.1 al sureste y que nuevamente responde a los sistemas constructivos descritos anteriormente. Mientras que al oeste del choque de esta estructura (14.16) (Fig. 117) con la 14.1 se ha documentado un cierre de todo este espacio a través de la estructura 14.31 en forma de V de la que conserva 1 m., de altura. Está construida a base de pizarras de mediano tamaño aplanadas y trabadas por barro apelmazado de color gris oscuro. Esta estructura es la encargada de cerrar el pequeño espacio originado entre el giro de la 14.1 (la 14.1 a) y la 14.28 que en un primer momento debió recrear el pasillo anteriormente dicho (14.13).

En cuanto a su extremo oriental, aunque no tenemos claro cuales serían sus límites físicos, todo parece indicar que sería la propia estructura 24.1/14.1 en su giro hacia el sureste, la encargada de cerrar el espacio al noreste. Sin embargo, en su extremo sureste y sur, en superficie parece vislumbrarse que sería la propia visera de la roca la encargada de cerrar todo el espacio restante. No obstante, debemos decir que toda esta área no ha sido objeto de excavación por lo que no podemos ni debemos realizar conjeturas al respecto.

Por su parte, la roca de la base (14.20) de la cisterna responde a dos litologías diferentes, conglomerática en la zona norte, más fácilmente erosionable, y un lecho de pizarra, más compacta e impermeable, en la zona sur. Este hecho hace que en todo el perímetro norte y oeste se recorte la roca y se forre con una serie de muros formados por grandes lajas de pizarra, mientras que el recorte del banco de pizarra por el sur busca darle una mayor profundidad a la cisterna modificando la pendiente natural. Un análisis

detallado sobre el terreno permite observar que es este mismo lecho de pizarra el que se extiende, alzándose, por el sur formando una visera que ayudaría a mantener el agua limpia, al evitar y frenar en parte los sedimentos procedentes de las zonas más altas del poblado.



Lámina 118. Detalle de las estructuras 14.16, 14.36, 14.37, 14.32 y 14.33 (Foto Proyecto Peñalosa).

Como ya hemos comentado anteriormente, uno de los objetivos principales de la 6ª campaña de excavación del poblado de Peñalosa consistía en la documentación y localización de esta gran estructura hidráulica. Entre los problemas que persisten con respecto a ella podemos hablar de la complejidad de su funcionamiento interno y cómo y de qué manera, sus constructores organizaron los accesos al agua articulando su espacio. Respecto a lo último, se ha comprobado (en las última campañas, 2005 y 2006) que los planteamientos realizados tras las excavaciones muy parciales de 1989 y 1991 (Contreras, 2000) han quedado refutados en parte. Se ha podido determinar que el acceso en los primeros momentos de utilización (Fase IIIB) tuvo lugar desde el noroeste a través de un posible pasillo (14.36). La posterior excavación ha mostrado que en esta zona, que sufre una mayor presión del terreno y del agua, fue reforzado sistemáticamente en varias ocasiones, lo que posiblemente obligó a desplazar el acceso al área oriental, que aún no está totalmente excavada. Otra posible vía de acceso, ya referida en líneas anteriores, pudieron ser los escalones del muro perimetral occidental, Lo que sí es importante en cuanto a la relación de la secuencia constructiva de la cisterna con la secuencia de ocupación del asentamiento es la constatación bajo el CE IVb de una fosa que podría estar relacionada con la cisterna, siendo esta fosa más antigua que la construcción de la casa IV¹¹⁸, por lo que parece evidente que la cisterna se construyó antes que las casas que conformaban la ampliación del poblado, aunque no sabemos el tiempo que transcurrió entre ambas construcciones (Contreras *et al.*, 1991).

c) Análisis Contextual (Fig.42 y 43)

¹¹⁸ Ver análisis Casa IV

El análisis contextual de este espacio estará condicionado en todo momento por no tratarse de restos de cultura material *in situ* ya que la sedimentación de esta estructura ha sido originada por el arrastre de las zonas altas del poblado provocadas por la erosión y la acción del pantano. Por tanto, el material recuperado durante el proceso de excavación de la cisterna, en su mayoría, pertenecen a restos descontextualizados. A pesar de ello continuaremos con nuestro sistema de trabajo planteado para esta tesis doctoral, realizando un análisis contextual de cada uno de los elementos materiales y su relación con los niveles sedimentarios y estructuras documentadas. De esta manera, observando el proceso de deposición y la cultura material asociada, podremos llegar a entender no sólo cómo se produce el sellado de esta estructura sino que además podremos determinar los diferentes momentos por los que ha pasado dicha sedimentación.

Los estratos más superficiales (US 14.16) del CE IVd muestran una variedad tipológica bastante amplia que contrasta con la escasa entidad de los restos. Este primer nivel se compone por una tierra marrón-grisácea de textura suelta originaria de la deposición postdeposicional del pantano. En la zona oriental (Subsector A) se localizaron los fragmentos de un crisol hondo (nº 14.008) y otro plano (nº 14.849) y restos de mineral de cobre y mineral de hierro (nº 14.843). Sin embargo, los elementos más abundantes son los realizados en piedra, sobresalen los molinos (nº 14.009, 14.297, 14.836-1, 14.845, 14.846-1, 14.846-2, 14.852-1, 14.852-2 y 43.007, 43.012 y 43.014) seguidos de los alisadores (nº 14.840 y 14.852-3), dos moldes univalvos de lingotes en piedra arenisca (nº 14.836-2 y 14.839) y un percutor (nº 14.837). También se localizan restos en arcilla como un elemento indeterminado (nº 14.844), los fragmentos de una orza de perfil indeterminado (nº 14.842-2) y cerámica a torno (nº 14.847, 43001 y 43.006). Mientras en la zona occidental (Subsector B) se documentó una muestra de mineral de cobre, como la malaquita (nº 14.146), con restos de carbón conservados en el sedimento y no en el mineral, lo que indica que la zona de horno no debía de estar muy alejada de esta posible cisterna (nº 14.146)¹¹⁹. Además de esta área se recuperaron un fragmento de galena, mineral de plomo (nº 14.700)¹²⁰, un fragmento de un crisol hondo (nº 14.145), los fragmentos de una pesa de telar (nº 14.140), una ficha de cerámica (nº

¹¹⁹ La presencia de crisoles hondos al interior de estas estructuras junto con esta muestra de mineral (nº 14.146) y con los restos de carbón conservados en el sedimento y no en el mineral indica que la zona de horno no debía de estar muy alejada de esta posible cisterna. Al respecto podemos decir que ésta se debió situar al exterior del poblado en la fase IIIB a la que en parte pueden corresponder los restos. En cualquier caso los alrededores de la cisterna (CE IVc y zona sin excavar al sur) presentan una gran plataforma natural dentro del cerro de Peñalosa, que en parte pudo seguir usándose para actividades especializadas en la fase IIIA aunque sólo con la extensión de las excavaciones futuras se podrá determinar si existe en esta gran área muros de compartimentación o no.

¹²⁰ Esta muestra fue analizada en tres laboratorios diferentes; en primer lugar, se realizó una probeta pulida para ser estudiada mediante microscopía. Dicho análisis cualitativo indica que se trata de galena con excelente exfoliación cúbica y transformada a cerusita (carbonato de plomo) en los bordes y a lo largo de los planos de exfoliación. Los minerales acompañantes de la ganga son principalmente cuarzo y calcita. La galena va acompañada de pequeñas cantidades de cobres grises (serie tetraedrita-tenantita) en pequeñas inclusiones de forma irregular. En segundo lugar, fue analizada por medio del SEM sobre tres áreas diferentes, en las que no se han cuantificado ninguna cantidad detectable de otros elementos como hierro, cobre o plata. Y, por último, se le está realizando un detallado análisis de isótopos de plomo en el Isotracer Laboratory de la Universidad de Oxford por la Dra. Stos-Gale. A la espera de los resultados, en este momento sólo podemos decir que se trataría de galena no argentífera.

14.081), dos alisadores en piedra (n° 14.131 y 14.136) y restos de fauna (n° 14.143 y 43.002). También en superficie pero sobre la estructura 14.I se documentaron similares restos, debiéndose destacar los fragmentos de crisoles hondos en la zona oriental (n° 14.295-1, 14.295-2).

En el subsector B tras este primer nivel se documenta un pequeño nivel (US 14.17) cuya génesis es una bolsada de tierra suelta producto de la descomposición de la roca de carácter muy pizarrosa. Este nivel es producto directo del desplome de la visera del afloramiento rocoso sobre el que choca la estructura 14.28. Este derrumbe se produce en un último momento cuando ya la gran fosa esta prácticamente cubierta.

Seguidamente, a nivel general en la sedimentación de esta gran estructura nos encontramos con el primer momento de derrumbe de piedra (US 14.18) originado en sentido oeste-este y este-oeste horizontalizado progresivamente conforme nos acercamos al centro de la gran fosa. Se trata de un nivel de arrastre de parte de los derrumbes de las estructuras adyacentes a esta estructura hidráulica, de la terraza media. Está compuesto por una tierra de color marrón claro de textura muy suelta y con abundantes pizarras de gran y mediano tamaño. Debido a ello todo el material localizado en este nivel provendrá, probablemente, de las partes altas del cerro. Entre los elementos más abundantes destacan, sobre todo, los realizados en piedra trabajada, es el caso de una pizarra circular perforada (n° 14.128), dos placas de pizarra recortada (n° 43.021-1 43.021-2), dos alisadores (n° 14.129 y 43.019), un artefacto en piedra arenisca de forma indeterminada (n° 43.028) y diversas piedras de molinos (n° 14.130, 43.020, 43.030, 43.031, 43.032 y 43.034). Junto a estos elementos localizados en la zona oriental (Subsector A) se encontraron los fragmentos de un crisol hondo (n° 14.144), restos de mineral de malaquita (n° 14.850), los restos de un vaso carenado (n° 43.016) (Fig. 44: 12), el borde de una orza que presentaba decoración incisa (n° 43.022) (Fig. 44: 39) diversos fragmentos cerámicos a torno (n° 43.017 y 43.018) y una pesa de telar circular de dos perforaciones (n° 43.027) junto a escasos restos de fauna (n° 14.855).

Por su parte, en el extremo occidental (Subsector B), será donde aparezcan los restos de metal (n° 14.298 y 43.046) y mineral de cobre (n° 14.701), los fragmentos de un crisol plano (n° 43.036) y, sobre todo, gran cantidad de piedras de molino (n° 43.037, 43.038, 43.043). Junto a estos elementos también se recuperaron, restos de algunos dientes de ovicápridos (n° 14.138), pequeños fragmentos de carbón (n° 14.300) y un cuenco de borde recto y saliente (n° 14.716).

La US 14.19 que corresponde al relleno de la estructura 14.19, incluye en ella una urna a torno completa (n° 14.180) y algunos molinos producto (n° 14.181 y 14.188).

En los niveles inferiores, en la US 14.17 se mantienen las mismas constantes de los restos materiales documentados. Este nuevo nivel se conforma por parte del derrumbe de las partes altas de los muros perimetrales sobre los que aparecían grandes bloques de roca desprendidos de un frente inmediato localizado a escasos metros al Sur de la misma cisterna y que formaría parte de la cubierta y de la pared trasera de la misma, junto con una gran cantidad de piedras de mediano a gran tamaño que procederían de las paredes de la estructura y de cantos rodados. La orientación de este nivel es en sentido suroeste-sureste y de sur a norte. En él se han documentado al este (Subsector A) restos de una posible pared de horno (n° 14.157), mineral de cobre (n°

14.880) aunque algunos puedan estar asociados con otros componentes metálicos (n° 14.151 y 14.152) y restos de mineral de malaquita (n° 14.862). Sin bien, en este nivel y en el extremo oriental de esta gran estructura hidráulica se localizan, sobre todo, elementos en piedra no tallada, este es el caso de los abundantes molinos recogidos (n° 14.859, 14.871, 14.876-1, 14.876-2, 14.879, 14.881, 14.883, 14.884, 14.886-1, 14.886-2, 14.886-3 y 14.886-4), una mano de molino (n° 14.150), dos placas de pizarra recortadas (n° 14.857 y 14.874) y una pequeña ficha recortada (n° 14.870) junto con diferentes elementos también en piedra de forma indeterminada (n° 14.153, 14.154, 14.155, 14.156 y 14.874) y abundantes cantos rodados (n° 14.860, 14.864 y 14.867). A pesar de la abrumadora presencia de estos elementos en piedra, también encontramos elementos cerámicos. Este es el caso de los fragmentos de dos cuencos carenados de borde entrante marcado (n° 14.169 y 14.875) (Fig. 44: 9) y los restos de dos ollas (n° 14.872 y 14.873-1) (Fig. 44: 5). La segunda de ellas se trata de una olla globular de cuello marcado y borde abierto. En cuanto a otros elementos, se documentan interesantes restos de fauna (n° 14.158, 14.858, 14.868 y 14.878), como un metatarso y un metacarpo de caballo. Mientras que en la zona occidental, los restos documentados se ciñen a dientes de ovicáprido, un molde de fundición de lingotes (n° 14.704) y un artefacto en piedra indeterminado (n° 14.703).

Del extremo occidental (Subsector B), al igual que en el Subsector A, se recuperaron gran cantidad de piedras de molino (n° 43.044-1, 43.044-2, 43.044-3, 43.047, 43.048, 43.049, 43.050, 43.051, 43.053, 43.057, 43.060 y 43.061), manos de molinos (n° 43.041-1, 43.041-2, 43.041-3, 43.054-1, 43.054-2, 43.054-3), un alisador (n° 43.054-4), una placa de pizarra recortada (n° 43.039), algunos recipientes cerámicos como un vaso carenado (n° 43.035-2) (Fig. 44: 11) y una orza (n° 43.035-4) y fragmentos de cerámica a torno (n° 43.024 y 43.056).

La US 14.21 corresponde con un nuevo nivel de derrumbe, esta vez bastante más horizontalizado que el caso anterior. Éste está formado por grandes cantidades de piedras de gran y mediano tamaño trabadas con barro rojizo de textura compacta. Este nivel, probablemente, esté relacionado con la estructura 14.28 al oeste y, al este, con la estructura 14.1, 14.16 y 26. Aún así, en el extremo oriental, concretamente en el extremo este del denominado subsector A, salvando el testigo mantenido en este subsector, donde se ha realizado una excavación en profundidad, se han documentado en éste nivel, sobre todo, restos de fauna (n° 14.893, 14.896, 14.898, 14.902, 14.905, 14.909, 14.912, 14.915 y 14.917) y elementos en piedra como molinos (n° 14.892-1, 14.906-1, 14.906-2 y 14.906-3) y manos de molino (n° 14.892-2). Aunque escasos, también se encontraron elementos cerámicos, concretamente, las piezas de un cuenco semiesférico de perfil simple (n° 14.895-1) (Fig. 44: 10), los restos de una olla de perfil indeterminado (n° 14.907-2) y los fragmentos de un crisol plano (n° 14.890). Todos estos elementos fueron recogidos prácticamente en el contacto con la roca o la estructura 14.20.

Por último, encontramos la US 14.22 en el subsector B cuya génesis es en forma de capa. Corresponde con el nivel de contacto entre el derrumbe anterior y el suelo de roca original de color blanquecina y bastante degradada (14.37). Presenta grandes cantidades de piedras hincadas que se extiende por toda la parte oeste sobre el banco de roca natural para continuar desde aquí en sentido suroeste a sureste.

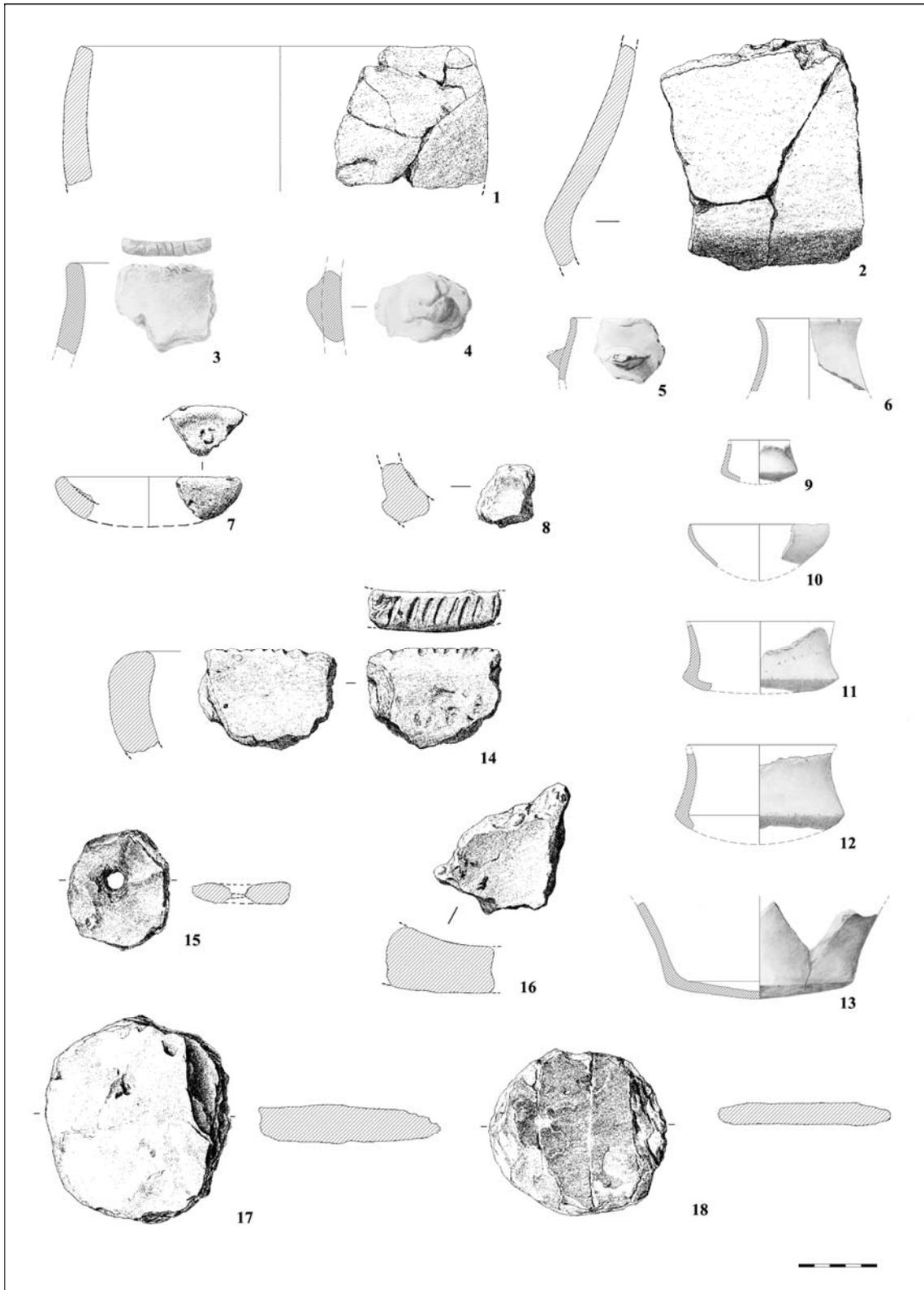


Figura 44. Restos de cultura material recuperados en el interior de esta gran estructura hidráulica (1:3) (Proyecto Peñalosa).

Entre los restos materiales documentados en esta unidad podemos destacar los elementos en piedra, sobre todo, cantos rodados de diferentes tamaños y formas, procedentes probablemente del derrumbe de las estructuras, piedras de molino (n° 14.945, 14.952, 14.956, 43.063, 43.064, 43.069-1, 43.074, 43.082-3 y 43.092), una placa de pizarra recortada (n° 14.924), un alisador (n° 43.082-1), dos percutores (n° 43.082-2 y 43.093) y una mano de molino (n° 43.69-2). También se localizaron restos cerámicos muy fragmentados de un molde de cerámica (n° 43.071-2), de un vaso carenado (n° 14.923) (Fig. 44: 13), de una orza ovoide de cuello marcado y borde abierto (n° 14.951), de una olla (n° 43.084-1) y abundantes fragmentos de cerámica a torno (n° 14.934, 43.072 y 43.078). En este nivel sedimentario, también, están presentes restos de fauna (n° 14.939, 14.946, 14.960, 43.073 y 43.088), de mineral de cobre (n° 43.068 y 43.081), mineral de plomo (n° 43.066) y mineral de cobre, como la malaquita (n° 43.067).

V.3.5.4. Complejo Estructural IVe

a) Descripción: formal y metodológica (42 y 43)

Este Complejo Estructural se ubica en la zona oriental de la gran cisterna. Se corresponde con los subsectores A y B del sector 24 definidos por las coordenadas UTM 57.80-63.00 x; 97.00-103.00 y; 24.20-26.75 z. La parte excavada tiene una forma trapezoidal y presenta una dirección en sentido oeste-este. En este caso nos encontramos con un espacio que parece originarse de la misma forma que el IVd con el que forma una única unidad estructural. Éste se origina en una terraza natural, de la Terraza Inferior, que debía presentar un cierto buzamiento hacia el sur (en dirección contraria a la pendiente general del cerro). En éste, la roca fue recortada con el fin de acondicionar un espacio apto para retener el agua. Junto a éste, cuyos límites no aparecen claros en este CE IVe pero sí en el CE IVd a partir de la estructura 14.16, aparecen otras estructuras como la 24.3, al parecer un silo situado en un escalón natural de roca inmediato a él. En esta zona posteriormente se realizó un desmonte parcial del sedimento para conseguir asentar sobre la roca la estructura 24.1 que sirve de muro de cierre del poblado en el área durante la fase IIIB y que continuaría en la estructura 14.1 (Contreras, 2000: 274-111). La existencia de la gran cisterna en el área sur de este CE y del CE IVd condiciona, en unión con el relieve del cerro, la orientación de las viviendas que se alzan en los aterrazamientos artificiales, al sur de ésta en sentido noroeste-sureste, mientras que a partir del CE IVa es suroeste-noreste o simplemente este-oeste.

El corte 24 o Complejo Estructural IVe se halla delimitado en su zona oeste por un testigo de 2,5 m., que lo separa del corte 14 o lo que es lo mismo de la zona central del gran contenedor. Al este encontramos el muro de cierre o fortificación 24.1 que es el encargado de cerrar también su espacio hacia el norte convirtiéndose en la estructura 14.1 en su recorrido hacia el oeste. Por último, los límites al sur están determinados por el nuevo corte 47 enlazando así directamente con el GE V.

Una vez delimitado el espacio objeto de intervención arqueológica de este sector se iniciaron los trabajos de excavación. Estos fueron desarrollados durante la cuarta campaña de excavación en el verano de 1991. Los planteamientos y metodología a

seguir estuvieron determinados por las características genéticas de este espacio. Así, se decidió realizar una primera alzada de limpieza superficial de todo este sector cuyo objetivo estribaba en retirar los niveles estériles y postdeposicionales ocasionados por la actuación de la erosión y las continuas fluctuaciones de las aguas del pantano. Con la idea de llevar a cabo unos trabajos de carácter microespacial se procedió al planteamiento de una sección o perfil estratigráfico en sentido este-oeste (atravesaba todo el corte en sentido horizontal). Esta tenía un doble objetivo, por un lado permitir la subdivisión de un mismo espacio en dos haciendo más accesible la documentación de su registro y, por otro, obtener una lectura estratigráfica de la formación del registro arqueológico en sentido este-oeste de este espacio sin la necesidad de realizar una excavación en extensión desde el primer momento. Así, se definieron dos nuevos subsectores, el subsector B que quedaba enmarcada en la zona sur y el A que ocupaba la zona norte.

Uno de los objetivos de la cuarta campaña de excavación en este corte fue la delimitación externa e interna de la línea del muro de cierre (24.1), que se encontraba totalmente vencido hacia su interior. Teniendo en cuenta este objetivo y con la idea de obtener una nueva lectura estratigráfica de sur-norte, se decidió plantear una segunda sección estratigráfica (S2) en este sentido que a la vez nos permitiría conectar el muro de cierre con las posibles estructuras que ya comenzaban a aflorar en el extremo opuesto. Se planteó la subdivisión en dos de cada uno de los sectores, encontrándonos así con los subsectores A2 y B2 en el extremo occidental y con los subsectores A1 y B1 en la zona más oriental hasta chocar directamente con el muro de cierre. De esta manera, se intervinieron en primer lugar los subsectores más cercanos a la línea de muro de cierre, el A1 y el B2, respectivamente. La excavación de éstos se inició durante la campaña de 1991 y finalizó en la intervención llevada a cabo en los meses de Octubre-
Noviembre de 2006.

Los objetivos iniciales para la intervención en esta última campaña de investigación consistieron, en la excavación microespacial hasta la roca de todo este corte, para así poder definir los límites orientales de la gran cisterna. Si bien, el tiempo empleado y las propias circunstancias que rodearon la intervención (retirada de los niveles superficiales depositados por el paso del tiempo y la actuación del pantano) ocasionaron que dicho objetivo no se alcanzara dejando para futuras intervenciones el rebaje hasta la roca de los subsectores más al sur, concretamente, el B2 y B1.

Como hemos expresado en párrafos anteriores, este complejo fue objeto de una excavación a nivel microespacial. En base a estos planteamientos, los niveles naturales se excavaron a través de alzadas artificiales. El espesor de estas alzadas artificiales fueron definidas en base a las características de cada uno de los estratos marcados ya desde la lectura de las distintas secciones estratigráficas, no obstante, podemos decir que se han realizado por medio de un rebaje medio de unos 25 cm. Este sistema de excavación ha estado acompañado en todo momento, tanto en los trabajos de campo como de laboratorio por el sistema de fichas de recogida de información creadas por los miembros del Grupo de Estudios de Prehistoria Reciente de Andalucía.

A nivel general, podemos decir, que este Complejo Estructural consta de tres elementos fundamentales que lo definen como tal. En primer lugar, los muros que cierran al este, norte y al menos parcialmente al sur (13.2a, 24.1 y 13.7). En segundo lugar, una fosa medieval (24.2) que debe corresponder a la localizada en el sector 14

(14.20). Y por último, la fosa misma en cuyo fondo apareció una estructura tipo silo (24.3). Esta fosa parece que fue cortada en la fase IIIA para embutir la estructura 24.1.

En este punto, en su análisis estructural sólo podemos referirnos a la estructura o muro de cierre del poblado al noreste, la 24.1, ya que la estructura 13.7, aunque actúa como muro delimitador al sureste de este complejo pertenece al Grupo Estructural V, el cual será analizado en el apartado correspondiente al Grupo Estructural V. Si bien, el primero de ellos, se compone por dos líneas de pizarras (externa e interna) cuyo interior es rellenado a base de pizarras de menor entidad, trabadas unas y otras por un barro endurecido que prácticamente había desaparecido en el momento de su documentación debido a la actuación de las aguas del pantano del Rumblar, las cuales, le han provocado una inestabilidad enorme, por alzarse entre otros motivos, de forma perpendicular al empuje del agua, de ahí que se encuentre vencido hacia su interior, aunque conserva un 1m., de alzado en gran parte de su recorrido.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la Unidad Habitacional (Fig. 42)

El espacio interior de este Complejo Estructural debemos relacionarlo íntimamente con la conformación estructural interna de la gran cisterna. A pesar de la homogeneidad que nos marcan tanto las estructuras individualmente y en conjunto toda la cisterna, es cierto que este complejo se compone por al menos dos estructuras claramente identificables a este espacio.

La primera de las mismas es la denominada como 24.1. Ésta se ubica en el subsector B1, en su extremo suroeste. Se trata de una fosa excavada en el sedimento. Su forma no llega a ser circular ni oval tal y como demuestra su sección de unos 1,60 m., por 2,30 m., mientras que su profundidad no supera los 50 cm.

En el subsector contrario (A1), encontramos la segunda de las estructuras que definen el interior de este espacio. En este caso se trata de un silo de forma circular de 80 cm., de diámetro, excavado en la roca con una profundidad aproximada de 1,28 m. Todo parece indicar que este silo corresponde a la fase de ocupación IIIB, momento de construcción del gran contenedor. Posiblemente, esta estructura en el momento de su construcción quedaría fuera, al exterior de la cisterna. De ahí que al construirse la estructura de cierre, la 24.I, quedase sellada con una tierra de cimentación que formaría una plataforma entre este muro y la cisterna. Con respecto a esta estructura (24.I) debemos decir que en este tramo presentaba un pésimo estado de conservación cuya explicación puede estar; bien por su relleno posterior a través tierra más o menos compactada artificialmente, o también por la presión de la cisterna, aunque otro hecho más importante puede deberse a su construcción en paralelo a las ondas de avance del pantano al contrario que sucede con otros tramos del muro de cierre que avanzan en diagonal hacia éste siguiendo las crestas del cerro¹²¹.

¹²¹ La resistencia diferencial de los muros según su orientación se pudo comprobar experimentalmente gracias a las diversas campañas de consolidación llevadas a cabo en el poblado y que se han centrado, especialmente, en esta área mucho más afectada por la erosión y el pantano.

Ambas estructuras recuerdan en gran medida a las 14.34 y 14.35, excavadas en la roca y documentadas en el extremo opuesto de esta gran cisterna, concretamente en el extremo occidental del corte 14.

c) Análisis contextual (Fig. 43)

La US 24.1 corresponde al nivel superficial, muy alterado por el pantano y que cubre todo el sector. Su genética consiste en tierra suelta de color gris oscura cuya matriz contiene grandes cantidades de pizarras descompuestas. En el material recuperado, y con la salvedad de algunos elementos poco definidos en piedra (nº 24.008 y 24.024) destacamos una pizarra discoidal no perforada (nº 24.002) y otra con perforación central de medianas dimensiones (nº 24.001). Sin embargo, destacan los elementos relacionados con la metalurgia como es el caso de unos fragmentos de crisoles hondos (nº 24.004), planos (nº 24.005) y un resto de mineral de cobre (nº 24.009). Elementos relacionados con las actividades de mantenimiento, sólo podemos mencionar los fragmentos de una olla ovoide (nº 24.007) de paredes ligeramente entrantes y gruesas carente de decoración. Por último, decir que se recogieron algunos restos de fauna (nº 24.003) que se caracterizaban por estar muy fragmentados no pudiéndose determinar su especie. Todos los restos culturales recogidos en este nivel estratigráfico destacan por concentrarse en los subsectores (B1 y B2) al Sur de este espacio.

La US 24.2 corresponde a una tierra anaranjada-amarillenta con abundancia de pequeñas pizarras descompuestas. Ésta se ha localizado en todo el sector a excepción de la zona de la fosa medieval (US 24.3). Por tanto, al igual que en la zona del CE IVd se puede sugerir que la posible cisterna estaba prácticamente colmatada en el momento de la realización de esta fosa. El material es aún más escaso que en el caso anterior y sólo destaca un fragmento de crisol indeterminado (nº 24.021), algún resto de fauna (nº 24.055) y una piedra de molino (nº 24.080), también, en la zona sur.

La US 24.3 corresponde al relleno de la referida fosa medieval (24.2) en el subsector B1 y en ella, lo más interesante son los restos de cerámica a torno (nº 24.010 y 24.018) y un fragmento de borde (nº 24.016) con decoración impresa a punzón en el mismo labio, aunque también aparecen restos de crisoles planos (nº 24.013), mineral de cobre (nº 24.012) y en piedra no tallada, dos pizarras discoidales no perforadas (nº 24.014, 24.017 y 24.067) (Fig. 44: 18) y un molino (nº 24.065). Destacamos, igualmente, que durante su última actuación se recogieron los restos de un fragmento de corcho (nº 24.064) y fauna (nº 24.062). Debemos referir, que al contrario de lo que sucede en el CE IVd, en éste sector sólo se han excavado los niveles superiores.

La US 24.4 corresponde a un nivel de tierra pardo oscura de composición fina, con mayor grado de compacidad que las anteriores. Por su parte, la US 24.5 es descrita como una tierra amarillenta de textura granulosa. Ambas carecen de material arqueológico significativo, exceptuando en la primera de ellas escasos restos faunísticos (nº 24.051) y algunas muestras de materia carbonizada (nº 24.052). De la segunda tan sólo resaltan tres piedras de molino (nº 24.070, 24.072 y 24.073), aunque estas pueden deberse al arrastre de las terrazas superiores. A nivel estratigráfico, ambos niveles, presentan una diferencia fundamental: la práctica ausencia de piedras en la US 24.4.

La US 24.6 vuelve a ser de color pardo oscura y es la que presenta, dentro de la escasez general de la secuencia estratigráfica de este espacio, más material, especialmente, restos de fauna (nº 24.031, 24.033, 24.034, 24.035, 24.036 y 24.040) (vaca y ciervo), un fragmento de orza carenada (nº 24.027) (Fig. 44:2), un fragmento de amorfo que presenta pequeños mamelones, probablemente se trate de un pequeño cuenco semiesférico (nº 24.026) y un fragmento de crisol hondo (nº 24.028) que presenta decoración impresa en el borde a base de líneas paralelas oblicuas. En cuanto a los restos en piedra no tallada destacan los abundantes elementos indeterminados (nº 24.029 y 24.030). Todos estos elementos fueron recuperados en el Subsector A1. Antes de la formación de esta US se cortaron los estratos anteriores. Si esto se relaciona con la construcción del muro 24.I se podría decir que parte de ese estrato corresponde a la tierra de cimentación que rellenaría la zanja en el que se incluye ésta (US 24.6b), mientras que el resto sería un relleno coetáneo al uso del mismo durante la fase IIIA en la que ya se ha ocupado esta área del poblado. Si bien, esta zona en concreto debía estar relacionada con el uso de la cisterna inmediata y no con ninguna actividad doméstica. Por tanto, todos los estratos a los que nos vamos a referir a continuación corresponden a la fase de ocupación del poblado de Peñalosa, IIIB.

Entre la US 24.6 y 24.7 se ha detectado un leve y fino paquete sedimentario de color verde caqui que contenía algunos restos de fauna exclusivamente (nº 24.041 y 24.042). Por su parte la US 24.7 se trata de un nivel de color anaranjado de gran compacidad. Paquete homogéneo en el que se traban algunas piedras del derrumbe del muro en la zona norte del corte, al interior de la estructura (24.I). Esta unidad sólo contenía algún resto faunístico (nº 24.043) y un crisol hondo (nº 24.044) (Fig. 44: 8) que conservaba restos de escoria de cobre sobre una de las roturas. Lo mismo sucede con la US 24.9 que incluye una capa superior con abundantes piedras (pizarras y calizas) de pequeño tamaño, descompuesta y un relleno inferior más homogéneo de color negruzco y textura limosa. Este nivel sólo incorporaba, como en el caso anterior, algo de fauna (nº 24.045, 24.047, 24.049 y 24.075) y abundantes restos cerámicas de características amorfas e indeterminadas imposibles de reconstruir así como numerosas piedras calizas de pequeños y medianas dimensiones. Estos restos fueron recuperados de la zona norte (subsector A1 y A2). Todo nos hace apuntar de que este nivel se trataría de un estrato de relleno o de nivelación del área, sin embargo, hoy por hoy no podemos precisar su genética con exactitud debido a que los subsectores B1 y B2 están inconclusos en su excavación en profundidad.

Por último, la US 24.8 que se corresponde con la capa inferior de la fosa circular excavada en la roca (24.3). Este paquete mantiene la constante del descrito anteriormente, aunque presenta una fortísima humedad. A excepción de los restos de fauna (nº 24.047) sólo merece destacar un fragmento de crisol hondo (Contreras, 2000: 274-111).

V.3.5.5. Interpretación (Lám. 119).

A pesar de que aún queda un gran volumen de excavación en esta monumental estructura hidráulica, es cierto que tras la realización de las últimas campañas, hoy podemos apuntar determinados aspectos sobre la cisterna de Peñalosa. Si bien su

interpretación solo puede realizarse en base a su carácter estructural ya que debemos recordar que los restos de cultura material documentados en su interior son provenientes del arrastre de la Terraza Media y Superior, debido a lo cual no podemos ni debemos verter hipótesis relacionadas con su análisis contextual.

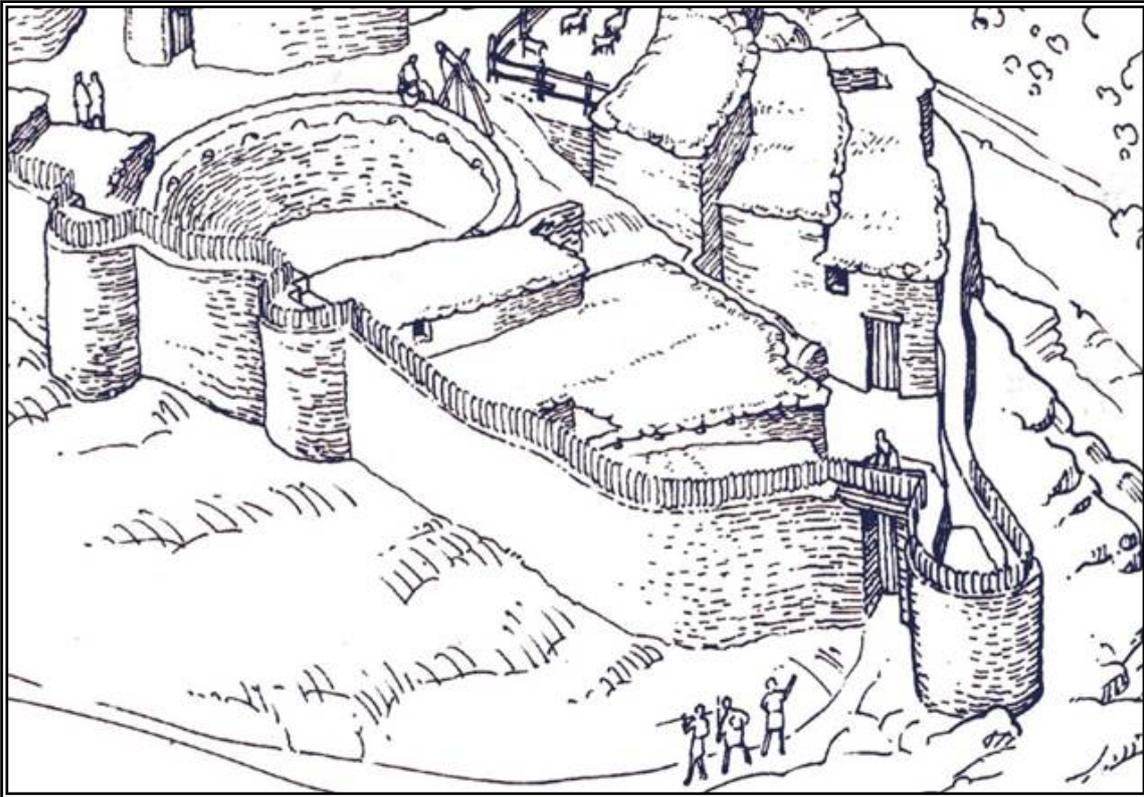


Lámina 119. Reconstrucción ideal de la ubicación y construcción de la cisterna de este poblado argárico (Proyecto Peñalosa).

En capítulos anteriores ya hemos explicado que el poblado de Peñalosa responde a los criterios generales de los yacimientos de la cultura argárica, sin embargo, es cierto que presenta toda una serie de innovaciones, cambios etc., que exponen las particularidades de este grupo social así como el fuerte potencial tecnológico, constructivo y de adaptación por parte de éstos.

La cisterna de Peñalosa destaca entre el conjunto de las cisternas argáricas por toda una serie de peculiaridades que la convierten en una estructura particular. Entre las cuales podemos destacar:

- ❖ Su ubicación en la parte baja del yacimiento, perfectamente adaptada al recorrido de la muralla en la zona este y adosada al norte a la vivienda IV, ya que por norma general, todas aquellas documentadas hasta el momento en el mundo Argárico se emplazan en las zonas más altas de los cerros.
- ❖ Su gran capacidad volumétrica, que junto con la presencia de fosas cercanas (14.34 y 14.35) a la misma delante de las casas de la Terraza Inferior, nos pueden hacer pensar en que parte del agua se utilizaría para la realización de diferentes labores artesanales, bien relacionadas con la producción metalurgia o

bien con la fabricación de la cerámica o, también, con la limpieza e higiene.

- ❖ Sus extraordinarias dimensiones, que hoy por hoy no tenemos constancia de cuales serían en realidad pero todo apunta a que serían desmesuradas al menos en cuanto a su complejidad arquitectónica (Lám. 119).
- ❖ Su complejo sistema constructivo en lo que respecta al uso de las estructuras naturales y al acondicionamiento de los accesos (Lám. 119).
- ❖ El cuidado puesto en su mantenimiento que estaría facilitado por las estructuras analizadas anteriormente (Ver análisis estructural del CE IVd y e).

Con respecto a la primera de las cuestiones, su ubicación en la parte central de la terraza inferior se entiende desde el punto de vista de su uso como contenedor de agua. Esta área es la única zona del yacimiento donde afloran junto con la pizarra, bancos de conglomerados, y donde es posible recuperar el agua de lluvia procedente de la zona superior del cerro la cual sería muy posiblemente conducida hasta la cisterna.

En cuanto a las siguientes cuestiones planteadas, debemos decir que el sureste y la Alta Andalucía a lo largo de la Edad del Bronce presentan un medioambiente particular, bien conocido a partir de las excavaciones y proyectos de investigación recientes que han centrado sus trabajos en la interpretación de las formaciones sociales que utilizaron este marco para su evolución. Los datos con los que contamos nos hacen referencia a un medio de clima similar al actual, pero más húmedo y sobre todo menos alterado, lo que facilitaría en gran medida el desarrollo de personas, animales y plantas en un contexto ecológico más variado que el que, actualmente, presentan estas regiones del sur peninsular. Estas condiciones medioambientales, junto con la gran variedad y riqueza de recursos mineros, hicieron que esta zona tuviera un gran desarrollo cultural y fuera un escenario posible para la evolución de las sociedades campesinas y ganaderas hacia sociedades jerarquizadas y estratificadas.

A pesar de la mayor humedad, sin duda alguna el agua jugó un papel importante en el desarrollo de la vida de estas sociedades prehistóricas, especialmente, en los momentos en que se está sugiriendo un relativo empeoramiento, sea climático o sea simplemente producto de la deforestación antrópica (Rodríguez, 1992). A la hora de referirnos a la importancia del control del agua en la Edad del Bronce, diversos investigadores se han centrado tradicionalmente en dos aspectos: por un lado, en el uso del agua para la irrigación de las cosechas agrarias y, por otro lado, en su consumo por parte de personas y animales, como elemento necesario para el mantenimiento y la reproducción de la fuerza de trabajo y los medios de producción móviles. Estos dos puntos se han puesto en relación con los conflictos sociales bien como objeto de competencia, al considerar el agua como un recurso espacialmente restringido (Chapman, 1982, 1991), bien al considerar el agua como un recurso que es necesario tener salvaguardado para disponer de él ya sea en el caso de asedios o revueltas (Lull, 1983; Popham, 1998) o el caso simple de tener que disponer de ella ineludiblemente para la supervivencia humana, lo que obligaba a su delimitación exclusivista (Nájera y Molina, 2004).

En ambas situaciones, debemos discutir varios aspectos. En primer lugar, qué causas conducen a las sociedades jerarquizadas, como las de la Edad del Bronce del sur

peninsular, donde la exclusión domina sobre la reciprocidad, aunque haya modelos que enfatizan ésta (Mathers, 1984), a controlar este recurso, suponemos que abundante en esta época, y si este control se puede explicar en función de una limitación de recursos o de cambios medioambientales, que constituirían factores impulsores de la transformación social (Gilman, 1976, 1987, 2001; Chapman, 1982, 1991). En segundo lugar, se debe contextualizar claramente la transformación ambiental en el tiempo y en el espacio e interpretar claramente el ritmo y amplitud de los cambios, dado que junto a las grandes transformaciones que parecen tener lugar por ejemplo entre el Calcolítico y la Edad del Bronce, o a principios del Neolítico (Yll *et al.*, 1994; Rodríguez *et al.*, 1999; Pantaleón-Cano *et al.*, 1999), se deben sumar las pequeñas oscilaciones que tienen lugar en cada periodo (Burakov *et al.*, 2005; Nachasova *et al.*, 2007) y que, sin duda, tendrían una incidencia más inmediata sobre las cosechas y las condiciones de vida humanas.

En relación con el primer punto, la discusión se ha centrado en la existencia o no de infraestructuras de tipo hidráulico que probaran claramente la necesidad de la irrigación ante un medio hostil. Las referencias en este sentido se han intentado rastrear en la Edad del Cobre a partir de dos yacimientos clásicos: por un lado, los trabajos de conducción de agua plasmados en la existencia de un acueducto y una gran cisterna en el poblado de Los Millares (Santa Fe de Mondújar, Almería) y, por otro lado, la existencia de una problemática acequia para el regadío en el yacimiento de El Cerro de la Virgen (Orce, Granada) (Siret, 1893; Schüle, 1966, 1986). Ambos ejemplos se han utilizado para demostrar la presunta necesidad de irrigación en el presuntamente árido y hostil Sudeste, independientemente del carácter atribuido a estas infraestructuras y del papel concedido a las élites en su creación y gestión, bien como impulsoras y benefactoras (Chapman, 1982, 1991) o bien como apropiadoras (Gilman, 1976, 1987). A estos ejemplos clásicos, bastante criticados, se ha venido a sumar un nuevo caso, que ha despertado nuevamente estos planteamientos. Nos referimos a la “macroaldea campesina” de Marroquíes (Jaén) donde la existencia de unos grandes fosos, claramente defensivos, se interpretaron, por una sección de los distintos equipos de arqueólogos que realizaron las numerosas intervenciones, como grandes canales que rodearían los poblados (Zafra *et al.*, 1999) y que convertían a Marroquíes, según la prensa local, en una Venecia prehistórica. Recientemente, y en una buena síntesis, Narciso Zafra (2007) ha matizado fuertemente esta interpretación, quizás en función de las críticas vertidas a las generalizaciones simplificadas que habían conducido a la reconstrucción de un medio ambiente inundable, drenado e irrigado en lugar de enfatizar la canalización de los barrancos naturales a favor de las defensas constituidas por los fosos que delimitaban cada una de las zonas del asentamiento en cada fase considerada (Lizcano *et al.*, 2004, 2005).

En definitiva, para afirmar el uso del agua en la irrigación no es suficiente con referir estructuras destinadas a su almacenamiento o canalización, y mucho menos enfatizar la cercanía de los asentamientos a los cursos fluviales (Gilman y Thornes, 1985). En primer lugar, porque el uso del agua acumulada en las estructuras podía ser diverso, y estar relacionado con oscilaciones medioambientales a corto plazo y, en segundo lugar, porque la existencia de un recurso no implica su aprovechamiento como materia prima por las comunidades prehistóricas. De esta forma lo que debemos es aproximarnos al estudio de la irrigación de las cosechas a partir de los productos carpológicos que nos han llegado, y en este sentido los análisis isotópicos realizados para el Sudeste (Araus *et al.*, 1997) han mostrado para los cereales que corresponden a unas condiciones de cultivo extensivo de secano mientras que para las leguminosas se

buscaron mejores condiciones de humedad, lo que no implica, tal y como había sido criticado tempranamente por Fernando Molina (1983), que se realizaran complejas obras de regadío como parece desprenderse de los trabajos en Marroquíes (Zafra *et al.*, 1999).

Por tanto, de las estructuras conocidas para el Calcolítico y que están relacionadas con el control del agua para abastecer a personas y ganado, tan sólo quedan, como infraestructuras destinadas a su almacenamiento, aquellas ubicadas en el asentamiento de Los Millares, gran complejo urbanístico prehistórico, claramente diferenciable en cuanto a su complejidad a otros grandes centros del sur peninsular. Aquí encontramos no sólo el acueducto y la gran cisterna de la ciudadela, sino también una cisterna de pequeñas dimensiones documentada entre las dos líneas de muralla del Fortín 1, claramente destinada a abastecer de agua a la comunidad que vive y defiende este enclave estratégico (Molina y Cámara, 2005).

A lo largo de la Edad del Bronce, atendiendo al segundo punto, debemos indicar que la preocupación por la restricción al acceso a las condiciones naturales de la producción (entre ellas el agua), como también a los medios de producción inertes, adquiere una doble dimensión. Por un lado se agudiza el control territorial lo que se traduce, en el caso que nos ocupa, en la preocupación durante este periodo por aproximar determinados yacimientos, como Peñalosa, a la cuenca del Rumblar donde agua, escasas tierras de cultivo y afloramientos mineros se convierten en los elementos en disputa-apropiación. El sistema implica además el control indirecto desde otros poblados situados en posiciones más estratégicas, como la Verónica (Cámara *et al.*, 2004, 2007), pero la cuenca sólo queda cerrada hacia el oeste y no hacia el Este, aunque existieran tempranos planteamientos que presentaron esta hipótesis (Nocete *et al.*, 1987). Por otro lado, y en segundo lugar, los recursos acuíferos, principalmente en la forma de sistemas de almacenamiento, quedan controlados al interior de los asentamientos y dentro de ellos en determinadas áreas especialmente defendidas.

Éste ha sido el aspecto más frecuentemente citado en relación a las cisternas o aljibes documentadas en el mundo argárico, normalmente ubicadas en las acrópolis o zonas mejor defendidas de los poblados. El caso mejor conocido es el de Fuente Álamo (Cuevas del Almanzora, Almería) (Schubart *et al.*, 1985; Schubart y Pingel, 1995; Arteaga, 2001), cuya cisterna ha sido documentada en su totalidad por el equipo arqueológico. Presenta una planta ovalada y fondo plano. Fue excavada en la roca de naturaleza esquistosa, estando revestida por un muro de mampostería, trabado con limos de filita, que actuaría como material impermeable. Las paredes de la cisterna formaban un talud, alcanzando una longitud máxima de 6,20 m., en el fondo y 9 m., en el borde. En cuanto a la profundidad podría oscilar entre 3 m., y 3,50 m., calculándose su volumen en unos 100.000 litros. Otro aspecto interesante de esta cisterna es que en la parte norte se encontraron vestigios de una construcción incorporada, que contaba con tres huecos para la colocación de postes verticales de madera. Estos palos se han interpretado como elementos de sustentación de una estructura o plataforma para desde ella sacar agua o limpiar la cisterna o bien para sustentar una techumbre que protegiera la limpieza del agua (Schubart *et al.*, 2000).

Similares características presenta la cisterna documentada por Luis Siret en El Oficio (Cuevas del Almanzora, Almería) (Siret y Siret, 1890; Leira, 1987). Al igual que la anterior es de planta ovalada, con 10 m., en su eje mayor y 8 m., en el menor y 2,6

m., de profundidad. Se construyó en una de las depresiones del cerro sobre el que se asienta el poblado, recortando la roca natural y revistiéndola de muros de mampostería. Siret plantea que posiblemente estuviera techada. En esta zona también se han documentado restos de posibles cisternas en La Bastida (Totana, Murcia) (Eiroa, 1986) y la Illeta dels Banyets en El Campelló (Simón, 1997; Soler *et al.*, 2004). Este último yacimiento presenta dos cisternas: la primera, en la parte más noroccidental del yacimiento, fue excavada en la costra caliza y recubierta por muros en talud, midiendo unos 10 m., en su eje mayor y 4,75 en el menor. La segunda cisterna se encuentra en la zona meridional y tiene una forma similar a la anterior, aunque de mayores dimensiones. Ambas presentan una característica peculiar y es que muestran el interior compartimentado por un muro que crea espacios más pequeños dentro de las cisternas que fueron interpretados como balsas de decantación (Llobregat, 1986). Otro aspecto interesante de la cisterna primera de este yacimiento es la documentación de una especie de canalización de lajas que se han interpretado como estructuras para recoger agua de la barranquera próxima y trasladarla a la cisterna, que se plantea que estaría techada mediante una cubierta de vigas de madera y ramaje.

Más reciente ha sido la excavación de la cisterna del Castellón Alto (Galera, Granada) (Molina y Cámara, 2004). Se sitúa en la Terraza Superior del cerro y al contrario que las anteriores está excavada en la roca pero no está revestida de muros de mampostería. Presentaba una cubierta de tablones de madera que facilitaba el mantener limpia el agua a la que se accedía a partir de una plataforma.

Esta misma interpretación, en relación con el aprovisionamiento humano y animal, se ha dado para cisternas y pozos localizados tanto en las áreas del hinterland argárico: yacimientos del Bronce Valenciano como Lloma de Betxí (Paterna, Valencia) (Pedro, 2004; Pedro y Martí, 2004), de la Cultura de las Motillas como El Azuer (Nájera y Molina, 2004) y del Bronce del Suroeste, como Cabezo Juré (Nocete *et al.*, 2004), esta última calcolítica; conociéndose el énfasis en su control también en otras regiones mediterráneas como el Egeo (Cultraro, 2007) y Cerdeña (Lilliu, 1982; Contu, 1990; Lo Schiavo y Sanges, 1994; Caputa, 2000; Santoni, 2001),

Más relacionadas con la defensa estarían las construcciones destinadas a acceder en secreto a los ríos desde el interior de las fortificaciones sea en el Egeo (Popham, 1998) sea en Gatas (Siret y Siret, 1890; Lull, 1983), o la inclusión de afluentes-cursos fluviales-fuentes en el mismo seno del asentamiento como sugieren determinados asentamientos dobles (Martínez, 1987-88) que en nuestra zona de estudio incluyen claros ejemplos como el Cerro de las Casas (Vilches, Jaén) (Pérez *et al.*, 1992) o el propio Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén).

Llegados a este punto, es necesario destacar un aspecto hasta el momento olvidado, nos referimos a la importancia que el agua tiene en el desarrollo de cualquier actividad artesanal, siendo necesario un fuerte aporte en determinadas partes del proceso de manufactura cerámica (para el modelado) o metalúrgica, en el lavado del mineral especialmente, así como para otras actividades de mantenimiento como sería la higiene humana, e higiene, lavado e incluso tintado de las ropas.

Referente al valor y el calibre que alcanza la actividad metalúrgica en Peñalosa nos permitir poder arrojar una hipótesis de empleo del agua almacenada en relación con esta actividad, a partir de la frecuencia de minerales que llegan al yacimiento (Moreno

Onorato, 2000) y que, en el caso al menos de la galena, quedan almacenados a la espera de su posterior tratamiento (Contreras *et al.*, 1991). En este sentido tanto algunas estructuras siliformes anejas a la cisterna, interpretadas como fosas de decantación, como las características de algunos sedimentos verdosos, lamentablemente fuertemente lavados por el pantano actual, junto a los restos de crisoles y molinos recuperados en los niveles más superficiales de su registro, procedentes del arrastre erosivo de las estructuras cercanas, abogan por el uso del agua de la cisterna en esta actividad¹²².

Esto no excluye que, especialmente en la fase de expansión del poblado, ubicándose en un lugar central para captar el agua de la lluvia y adaptándose perfectamente al trazado de la muralla y de las casas de la Terraza Inferior, el agua de la cisterna de Peñalosa no fuera usada para consumo humano y animal. La bajada considerable del pantano en 2008 muestra que por delante de las casas de la Terraza Inferior se encuentra un amplio acantilado que protege naturalmente la zona norte y Este del poblado y que aleja y dificulta el acceso desde el valle fluvial hasta el poblado. Es por ello que podemos pensar que la traída del agua desde el río hasta el poblado sería muy dificultosa en las épocas de estiaje en las que arroyo de Salsipuedes, también controlado por la estructura geminada de Peñalosa, bajaría seco. La preocupación por concentrar una cantidad de agua tan enorme se puede explicar si tenemos en cuenta estas dificultades topográficas, el aumento de la población que supuso la ampliación del poblado y como ya hemos apuntado el uso del agua en las tareas artesanales del poblado. También hay que tener en cuenta que aunque los estudios antracológicos (Rodríguez, 2000) y los restos de fauna, en especial los ácaros (Morales, 1996), muestran una mayor humedad, sería lógico pensar en ciclos climáticos (Burakov *et al.*, 2005; Nachasova *et al.*, 2007) que provocarían incluso el descenso del caudal del Rumblar (Jaramillo, 2005), lo que haría necesario disponer de agua almacenada, aprovechando todas las escorrentías de los techos de las viviendas del poblado inmediato gracias a canalizaciones de pequeña profundidad y anchura (Contreras y Cámara, 2000, 2002).

También encontramos indicios de la relación primordial con el consumo humano pueden ser encontrados en otras cisternas argáricas como:

- ❖ La preocupación por la limpieza, que invalidaría cualquier intento de fechar estas cisternas a partir del contenido de relleno tras el abandono y producto de la erosión, lo que explicaría las diferentes interpretaciones dadas para la de Fuente Álamo (Schubart, *et al.*, 1985; Schubart y Pingel, 1995).
- ❖ El carácter cubierto demostrado sea en el Castellón Alto por los tablones localizados (Molina y Cámara, 2004) sea en Peñalosa por la configuración original del cerro con una cornisa en la parte meridional de la cisterna (Contreras *et al.*, e.p.).

¹²² En la excavación de la fundición romana del Cerro del Plomo, situada a pocos kilómetros al Este de este yacimiento argárico, junto a El Centenillo, llevada a cabo por Cl. Domergue, se documentaron en los lugares donde se situarían los lavaderos del mineral, unos limos de color verdoso, conocidos en la zona como cisqueros, producto del lavado del mineral de galena argentífera previamente triturado. Estos sedimentos verdosos, de una textura y color muy semejantes a los documentados en Peñalosa, son el único testimonio de la existencia dentro de esta fundición romana de un lavadero de mineral. Por tanto, aún a pesar de las diferencias cronológicas de ambos yacimientos, estas similitudes documentadas en ambos nos permiten poder apuntar hacia esta tesis productiva.

En cualquier caso la situación, las estructuras anejas, los restos recuperados y las dimensiones excesivas para el tamaño de la población que viviría en Peñalosa y sin parangón con otras cisternas argáricas, abogan por un uso compartido del agua, tanto para consumo de personas y animales como para labores artesanales, reafirmando que no es el control de ninguna de las fases de la producción metalúrgica lo que garantiza el control social, dado que incluso algunas se realizaron en zonas comunales, sino el control de la distribución de los productos (y tal vez de ciertas materias primas) (Contreras y Cámara, 2002; Moreno *et al.*, 2003).

V.3.6. UNIDAD HABITACIONAL V

V.3.6.1. Presentación

Este grupo estructural se sitúa en una zona intermedia entre la Terraza Inferior y la Terraza Media de la ladera norte del Poblado de Peñalosa. Todo su frente noreste queda cerrado por el muro de fortificación que discurre desde la parte alta del poblado hasta el espolón final del mismo; hacia el oeste nos encontramos con la gran cisterna seguida por la Casa IV, mientras que al sur se supone que estaría limitado por la Casa VI, aunque, en la actualidad entre ambos espacios hay una gran zona (parte de la terraza que terminaría por unir la Terraza Inferior y la Terraza Media) que no ha sido objeto de excavación debido a lo cual no podemos reconstruir las relaciones ni espaciales ni estructurales entre ambas Unidades Habitacionales. Como sucediese con los Grupos Estructurales ya descritos de la Terraza Inferior (Casas I, II, III y IV), presenta su parte oriental cerrada por la línea de muralla, sin embargo, al contrario de ellos, su disposición es paralela a dicha muralla y no transversal como ocurría con las casas de la Terraza Inferior.

Interesa resaltar un aspecto importante en cuanto a la organización estructural de este espacio. Su composición difiere en cuanto a la propia orientación de este Grupo Estructural tanto con las casas de la Terraza Inferior como con las de la Terraza Superior. Los muros de aterramiento de este GE están dispuestos totalmente en función del muro de cierre 13.2a ya sea en paralelo o en perpendicular a éste, no como sucedía en la Terraza Inferior donde los muros de aterramiento seguían la línea de la pendiente. Esta disposición de las estructuras externas es mantenida incluso por las estructuras que componen sus compartimentaciones internas. Tanto es así, que dichas estructuras de compartimentación, en algún caso, dividen espacios a distinto nivel alzadas perpendicularmente al mencionado muro de cierre.

Lo cierto es que los y las constructoras de este poblado en todo momento tuvieron presente que querían mantener un equilibrio urbanístico en la construcción de su poblado, muestra de ello son las propias casas de la Terraza Inferior. En la construcción de éstas primó más el hecho de que éstas se pareciesen en la orientación y estructuración a las casas de la Terraza Superior que la propia adaptación al terreno. Sin embargo, es cierto que la gran cisterna y sobre todo sus reestructuraciones debieron condicionar los sistemas constructivos, al menos en alguna medida, de la Casa IV y creemos que también la Casa V. Si bien, con el exiguo grado de excavación al que se ha visto sometida esta parte intermedia, podemos apuntar que este cambio de orientación, entre otros condicionantes, pudo deberse a la inclinación de la ladera que se suaviza en ésta área, tal y como se puede apreciar en el leve buzamiento de la roca en la gran cisterna. Aún así, tras las últimas campañas (2005 y 2006) realizadas en la gran estructura hidráulica y en sus áreas circundantes, no queda claro la conexión (si la hubo) entre este Grupo Estructural y la estructura hidráulica, así como tampoco, podemos precisar el verdadero espacio ocupado por esta posible vivienda, sobre todo, en lo concerniente a su extremo occidental.

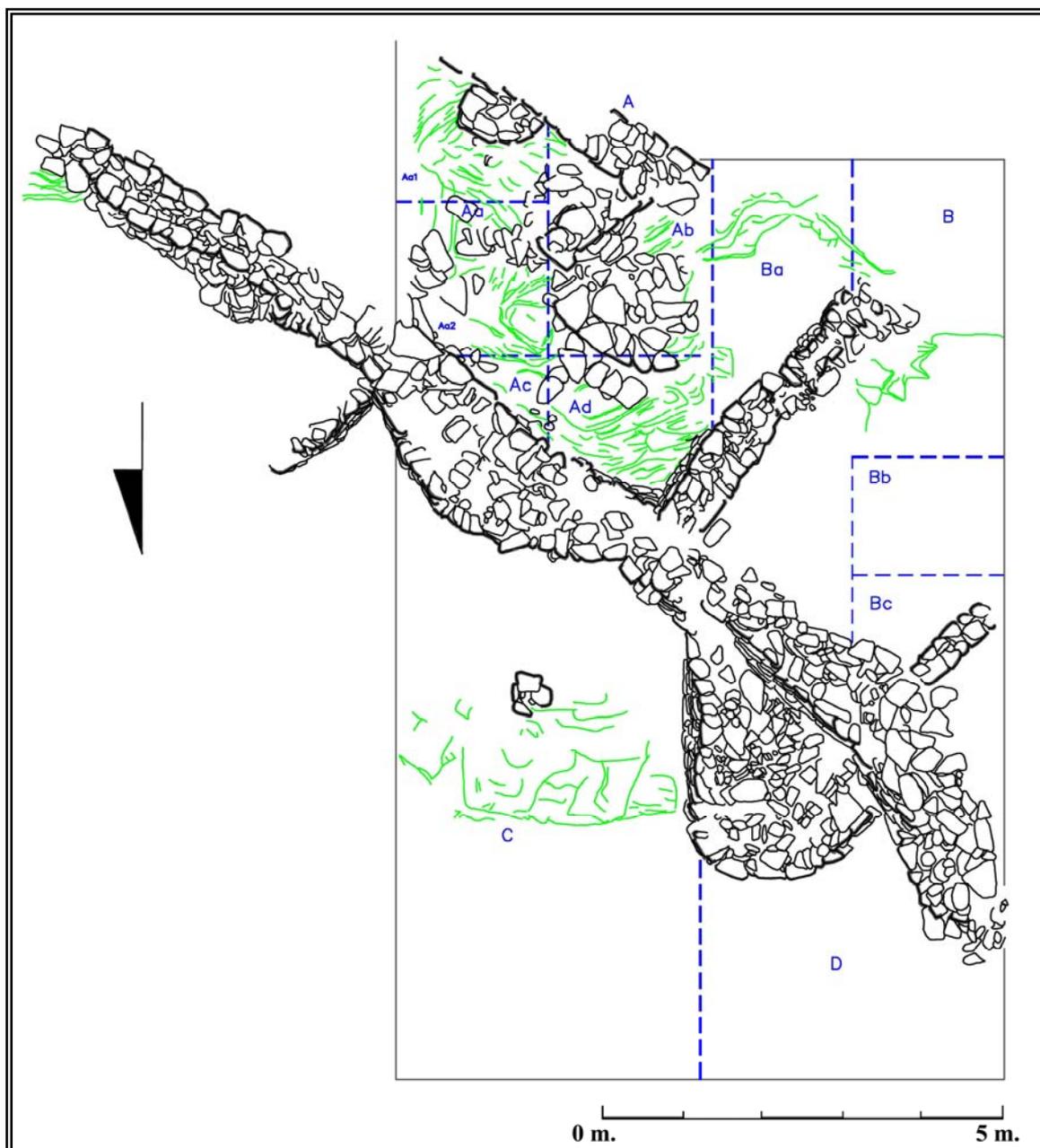


Figura 45. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).

Uno de los problemas que presenta este grupo estructural para el desarrollo de nuestra investigación es que no ha sido excavado en su totalidad. Lo que conllevará un conocimiento parcial de las relaciones espaciales y contextuales de todo este espacio. Esto ha condicionado la definición de las diferentes estancias, lugares de habitación, producción o complejos estructurales que lo integran ya que su definición no se puede completar hasta que toda esta zona sea objeto de una excavación en extensión y a nivel microespacial como el resto de áreas objeto de estudio del poblado.

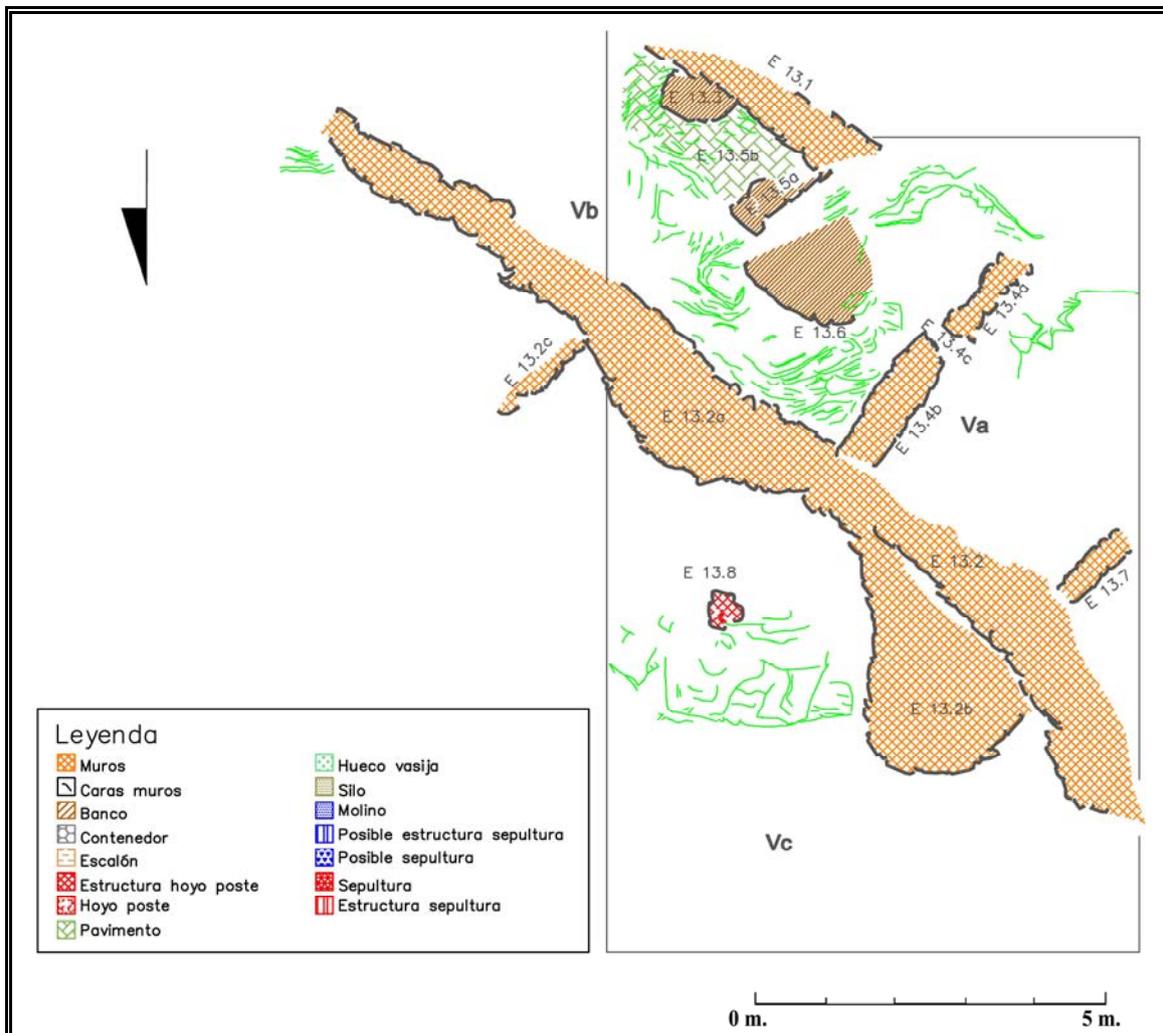


Figura 46. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).

De tal manera, hoy sólo podemos decir que el Grupo Estructural V muestra dos espacios completamente diferentes: un conjunto definido por los Complejos Estructurales Va (al sur) y Vb (al norte) ubicados al interior del muro de cierre y otro al este, configurado por el Complejo Estructural Vc (corresponde con el subsector C), situado al exterior de éste, en una plataforma de roca relativamente plana y marcado por los dos bastiones o estructuras de refuerzo de la muralla (Fig. 45). Esta organización es muy significativa con respecto a los planteamientos y comportamientos urbanísticos y sociales tanto de los constructores como de las personas que habitaban en este espacio.

Será durante la campaña de excavación de 1989 (correspondiente a la 3ª campaña de trabajos de excavación del poblado) cuando se inicien los trabajos en la Terraza Media. El objetivo inicial que se planteó consistía en la documentación de aquellas zonas que no

habían sido definidas arqueológicamente con anterioridad así como obtener un registro completo de las distintas Unidades Estructurales que compondría su registro arqueológico (Contreras *et al.*, 1990: 230). Los trabajos se inician en el mes de agosto de este mismo con la limpieza superficial de las zonas situadas en el extremo noroeste de la Terraza Media con el objetivo de delimitar y definir nuevas estructuras de aterrazamiento inferiores y comprobar el estado de conservación del relleno arqueológico de estas áreas, muy erosionadas por el efecto de las aguas del embalse que han provocado la destrucción de gran parte de las estructuras y alterado profundamente el relleno arqueológico que contenía. A partir de este momento se plantea el corte 13, que englobará todo el GE V. Sus dimensiones tienen una máxima de 15 por 10 m. y sus coordenadas UTM son las siguientes: 49.00-59.00 x; 89.00-102.5 y. Con motivo de obtener una exhaustiva y mejor recuperación del registro arqueológico se decidió desde un primer momento dividir el espacio del corte 13 en 4 sectores, predeterminados por el muro de aterrazamiento al noreste (muro de cierre) quedando definidos de la siguiente manera: al sureste, el sector A; al Suroeste, el sector B; al noroeste, el sector C y por último al noroeste, el sector D. Los primeros quedaban incorporados al interior del muro de cierre, mientras que los dos últimos resultaban a su exterior.

Los trabajos comienzan con la limpieza superficial hasta su llegada al nivel de derrumbe de los sectores y continuaron con la excavación en profundidad del sector A (al este) para terminar extendiéndose al conjunto de este corte (Fig. 45).

A nivel estructural, podemos decir hasta el momento que son dos tipos de estructuras las que marcan su espacio físico al exterior, el muro de cierre 13.2 y sus refuerzos o bastiones (13.2c y 13.2b) y el muro de aterrazamiento paralelo a este 13.1. Su interior es definido por una serie de estructuras de compartimentación perpendiculares al primero.

V.3.6.2. Secuencia Estratigráfica

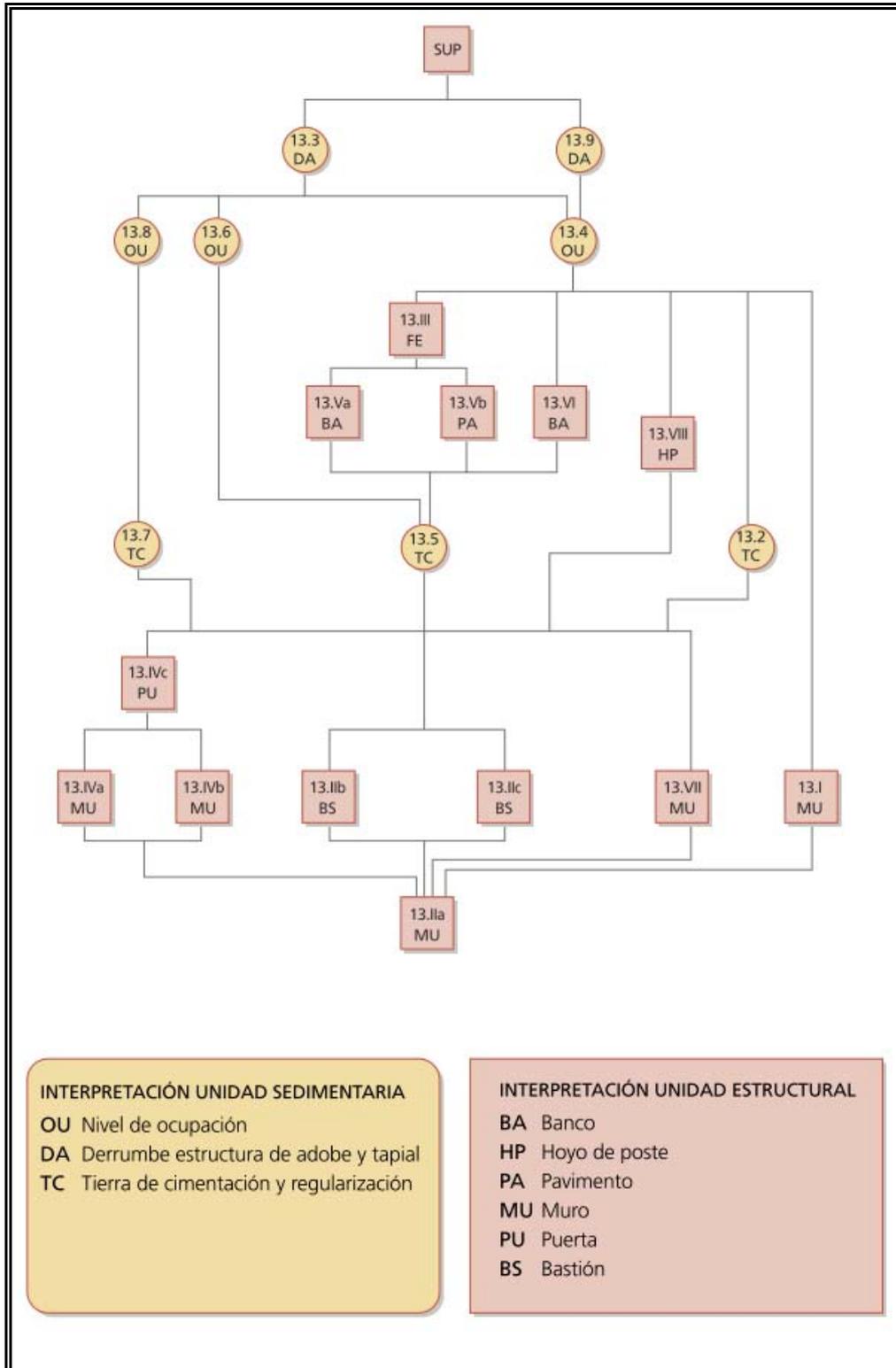


Figura 47. Diagrama estratigráfico de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).

V.3.6.3. Complejo Estructural Va

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 45)

Esta Unidad Habitacional se corresponde con los subsectores Bb y Bc del sector 13 al noroeste de esta casa. Tiene una ocupación territorial de unos 23 m², de forma rectangular y una orientación de sureste-noroeste, presenta las siguientes coordenadas UTM: 54.00-59.00 x; 89.00-97.90 y; 22.26-24.81 z.

Los límites estructurales de este espacio están marcados por el muro de cierre (13.2a) al noroeste; al sur, por el CE Vb, al norte la gran cisterna, mientras que al oeste no ha sido posible delimitar su espacio, debido a la falta de trabajo de excavación motivado por la gran erosión que presenta esta parte del terreno.

La metodología de excavación ha estado condicionada por las características erosivas que presentaba este espacio. A pesar de que se trata de un área que apenas ha sido excavada, excepto en su extremo norte (subsector Bc) donde el suelo aparecía casi en superficie y muy alterado (US 13.8), ha sido posible documentar la tierra de cimentación bajo el suelo de ocupación, concretamente, en la zona en la que el muro 13.IIa aprovecharía un desnivel natural de la roca para adosarse. La metodología utilizada responde a los sistemas de excavación diseñados para el conjunto de este poblado. Se mantiene el mismo sistema de registro y documentación (GEPRAN) así como la excavación de los estratos naturales a través de diferentes alzadas artificiales. En este caso concreto, la esterilidad de los primeros niveles motivó que dichas alzadas fuesen superiores a los 10 cm. Llegándose a alcanzar, en algunos casos, los 30 cm.

La condición básica para la formación de esta Unidad Habitacional es el gran muro de fortificación 13.2a hacia el que se disponen en perpendicular las estructuras internas de compartimentación 13.4 (al sur) y 13.7 (al norte). Concretamente, será la parte de este Complejo Estructural la que se conserve en peor estado, no pudiéndose localizar su cara interna, porque parte de este extremo se encontraba vencido hacia el interior debido a que este extremo occidental (el más cercano a la gran cisterna) el muro gira en dirección este-oeste con lo cual se halla más expuesto a los embistes de las aguas del pantano. Sin embargo, se trata de una gran estructura de forma rectangular construida de grandes y medianas pizarras dispuestas horizontalmente, directamente sobre la roca. A pesar de que en este tramo su conservación es bastante mala podemos asegurar que la magnitud del mismo sería muy considerable ya que se ha documentado su sección de 1,20 m. a 2,00 m. de diámetro.

Por el contrario, la gran cisterna al norte de este espacio (GE 24) no debió influir directamente en la creación y articulación de este espacio, aunque, sin duda, al estar condicionada ésta por la disposición natural de la roca, se pueden hallar causas semejantes para la dirección que toma el muro de cierre del poblado que, como vimos, en la zona más

cercana a la gran cisterna experimenta un quiebro en sentido este-oeste para volver a seguir después en dirección sureste-noroeste en su tramo final (Contreras *et al.*, 2000: 115).

Otro rasgo a destacar en la conformación de este espacio y en el que influye la estructura 13.2a sobre el relleno del CE Va es el resultado del adosamiento de esta estructura (13.2a) sobre el banco de roca recortado, siendo posteriormente cubierto su interior hasta cierto nivel con una tierra de cimentación que incluyó pequeñas pizarras y que en el subsector Bc se ha denominado US13.7. Este fenómeno se ha podido constatar también en el extremo norte del CE Vb que fue excavado en profundidad.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 46)

Teniendo en cuenta las salvedades con las que debemos afrontar el estudio estructural y contextual de este espacio, debido a los exiguos trabajos a los que ha sido sometido, debemos señalar que estructuralmente su espacio interior es definido a raíz de una serie de estructuras de compartimentación que se presentan perpendicularmente al muro de fortificación.

El acceso entre el CE Va y Vb sólo se conoce en la zona oriental donde la estructura 13.4c da paso al CE Vb. Esta estructura está conformada por el hueco creado por las estructuras 13.4a (al oeste) y 13.4b (al este). Como decimos, se trata de una puerta de comunicación entre las dos estancias al interior del GE V. Presenta una forma rectangular cuya sección no supera los 90 cm. y al igual que sucede en la mayoría de las Casas de la Terraza Inferior, no se han documentado restos de jambas ni goznes.

Las estructuras que dan origen a esta vía de comunicación entre ambos Complejos Estructurales son la 13.4a y 13.4b. La primera es el muro delantero u oeste de esta habitación. Su composición es rectangular formada por dos líneas de pizarras exteriores y su interior está relleno con escasas piedras de pequeño tamaño trabadas en ambos casos con barro rojizo simple que le han ocasionado una débil consistencia agudizada, sobre todo, en su extremo suroeste donde escasamente conserva una hilada de su alzado y ha perdido su punto y final en este extremo. Sin embargo, la 13.IVb presenta unos niveles de conservación más altos, probablemente, debido a su cercanía al muro de aterramiento 13.2a contra el que choca en su extremo noreste. Se alza directamente sobre el afloramiento rocoso, que en este extremo buza en sentido sur-norte, lo que hizo que su alzado se iniciase en la zona más baja del CE Vb, proporcionándole un mayor resguardo lo cual ha repercutido en que se conserven un mayor número de hiladas de piedra que en la 13.4a. Su composición y forma responde a los mismos criterios constructivos que la estructura anterior.

c) Análisis contextual (Fig. 48)

Debido a lo limitado de la excavación son pocas las conclusiones que se pueden extraer sobre las áreas de actividad en este CE. La mayoría de las afirmaciones que podemos hacer están en función de la comparación con el CE Vb del que parece separarle el registro material mueble hasta ahora recuperado.

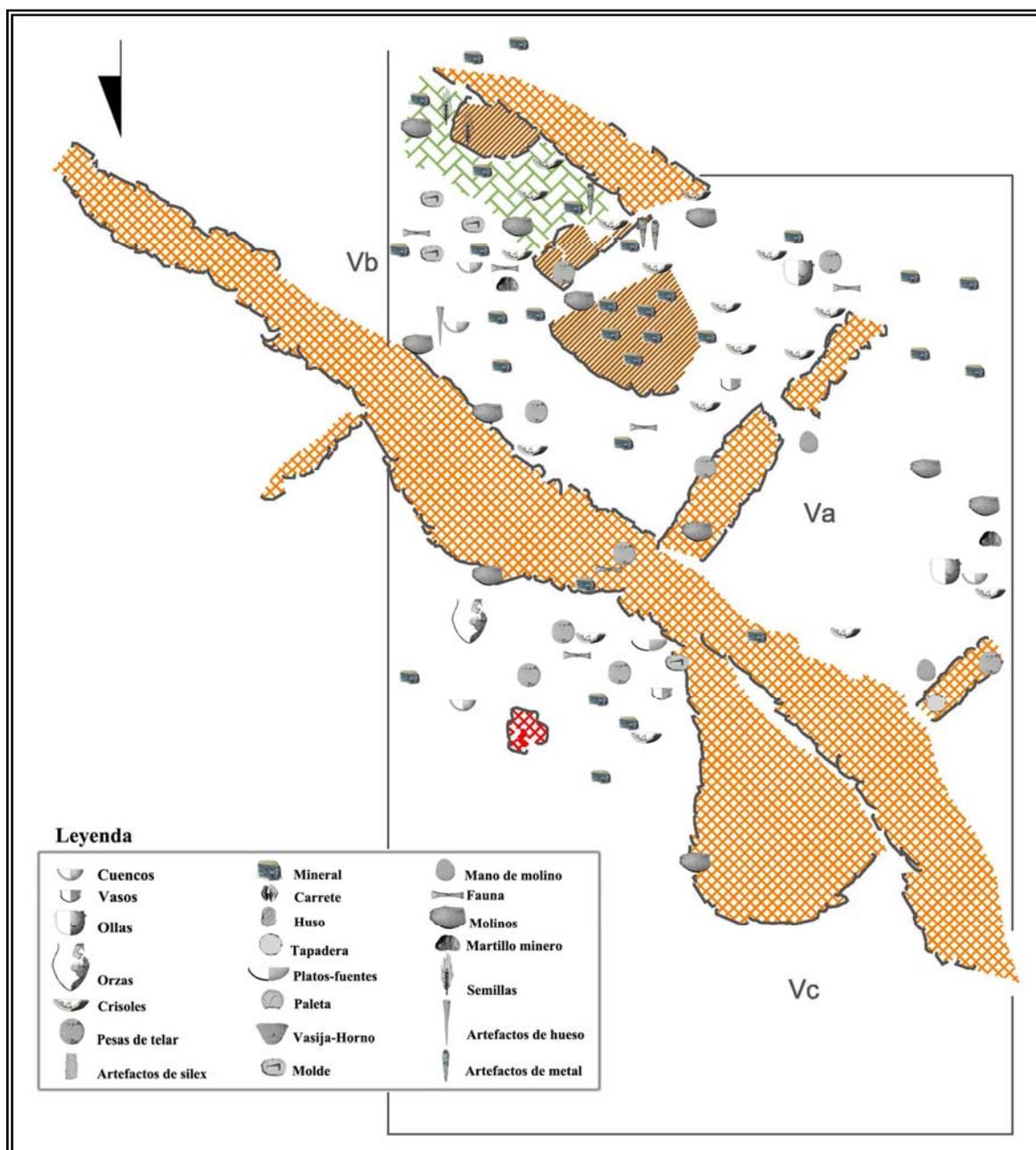


Figura 48. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional V.

El nivel superficial que se extiende por todo el Grupo Estructural V, está formado por parte de los restos de los derrumbes de los muros que lo componen en un momento

posterior al abandono. Su estado se encontraba muy afectado por la acción del pantano que lo habría alterado sobremanera. Se trata de un nivel compuesto por piedras de gran tamaño junto a tierra muy suelta y de estructura laminar de coloración gris-amarillenta. A pesar de los limitados trabajos a los que ha sido sometido este CE, esta Unidad Sedimentaria junto a los suelos de ocupación de cada uno de los sectores (B, Ba, Bc y Bd) han sido excavados en profundidad. Como resultado de lo cual la mayoría del material cultural recuperado, hasta el momento pertenece, a este primer nivel superficial.

En primer lugar, es interesante destacar la fuerte concentración de elementos en piedra pulida como una serie de molinos (nº 13.144, 13.149, 13.150, 13.151, 13.152, 13.160, 13.161, 13.166, 13.167, 13.188, 13.221, 13.222, 13.260, 13.261 y 13.262), alisadores (nº 13.142, 13.142, 13.153, 13.158, 13.159 y 13.220), una mano de molino (nº 13.223) y una pieza discoidal no recortada (nº 13.154). Todos estos elementos fueron localizados en el extremo sur de este CE, concretamente en los subsectores B y Ba acompañados por otros artefactos como restos de mineral de cobre (nº 13.147, 13.155, 13.156, 13.157, 13.164, 13.176 y 13.264) y escorias (nº 13.143). En este caso, estos restos de cultura material fueron recogidos en el extremo occidental del subsector B, no obstante, la distribución del mineral de cobre abarca, aunque en menor medida, el subsector Ba (nº 13.228 y 13.251) donde se localizaron, también, restos de escoria (nº 13.191) sobre el muro de fortificación (13.2a) y la estructura de compartimentación 13.IVb sobre la que se recuperó nuevamente una muestra de mineral de cobre (nº 13.197).

De entre todos los restos recuperados se han realizado dos análisis cualitativos: uno sobre una muestra de mineral de cobre (nº 13.264) mediante XRF dando como resultado su contenido en cobre y trazas de arsénico, no habiéndose detectado plomo ni estaño; y otro, sobre una muestra de escoria (nº 13.143) que ha dado contenido en cobre, arsénico y trazas insignificantes de plomo, tratándose, por tanto, de cobre arsenical (Moreno Onorato, 2000: 218-12). Entre los materiales recuperados relacionados con uno u otro proceso de producción metalúrgica destaca por su escasez en el registro arqueológico de Peñalosa, la localización de un interesante martillo de minero (nº 13.286). Éste apareció junto a una pizarra recortada con perforación central (nº 13.277) en el extremo occidental del sector Bb y a posibles restos de estructuras aún no definidas claramente. También en esta US se documentaron algunos crisoles hondos (nº 13.145-2 y 13.145-4) (Fig. 50: 4) que conservan el pico vertedera e incluso uno de ellos un rehundimiento circular en la zona del labio; crisoles planos (nº 13.175-2 y 13.175-3) (Fig. 50: 2 y 3) y un molde en cerámica de lingote (nº 13.165). Todos se hallaban en los subsectores B y Ba. Por último relacionado con la producción metalúrgica en éste extremo sur del CE debemos destacar por su escasez fuera de los contextos funerarios, el hallazgo de un arete simple de plata (nº 13.168).

Para concluir el análisis de este primer nivel sedimentario en los subsectores B y Ba, mencionar los restos de una pesa de telar circular que conserva una perforación (nº 13.199) (Fig. 53: 2) y los restos de una gran orza con decoración a base de incisiones de punzón en el borde (nº 13.163).

Por su parte, la US 13.2, correspondiente con un nivel de tierra arcillosa muy suelta, de estructura limosa y color verdoso tan sólo se documenta en el subsector B del CE Va. La

recuperación de restos culturales son mínimos en esta US, sólo incluía algunos fragmentos de cerámica amorfa junto a los restos de un pequeño crisol plano (nº 13.181-3) (Fig. 50: 5).

La US 13.5 corresponde a la tierra de cimentación y regularización de esta área. Ésta presenta una estructura laminar y está compuesta por una matriz arcillosa y arenosa de color marrón oscuro con inclusión de pequeñas pizarras. En ésta no han sido localizados restos culturales. Igual situación encontramos en la US 13.7, correspondiente a la tierra de cimentación depositada entre la estructura 13.2a y la roca, la cual, no ha ofrecido ningún resto de cultura material digno de mención.

La US 13.6 es el relleno de una posible estructura de fosa localizada en límite artificial establecido entre el subsector Ba (CE Va) y Ab (CE Vb), concretamente entre la puerta de acceso (13.4c) y la estructura 13.7. Esta unidad sedimentaria se compone por una matriz arcillosa con inclusión de pequeñas pizarras sueltas y presenta una coloración marrón muy oscura. Es, sin duda, uno de los niveles que contiene un registro de materiales más interesante. Entre los materiales recuperados encontramos elementos en piedra pulida como es una mano de molino (nº 13.192), un alisador (nº 13.193) y una pizarra recortada con perforación (nº 13.249). También localizamos restos de mineral de cobre (nº 13.187, 13.228, 13.251 y 13.259) y los restos de un posible crisol plano (nº 13.226) (Fig. 50: 7) que se sitúan más al Oeste junto a la estructura 13.4a. Pero destaca, sobremanera, la gran concentración de crisoles hondos localizados junto a la puerta de entrada (13.4c) (nº 13.225, 13.231, 13.232, 13.233, 13.239, 13.241, 13.254 y 13.257) (Fig. 50: 11, 16) o indeterminados (nº 13.243 y 13.250) (Fig. 50: 12, 15) a los que hay que sumar algunos restos de escoria ligera (nº 13.228) y un nuevo arete de plata (nº 13.242) encontrado en las cercanías de la estructura 13.1. Asimismo y referente al material cerámico debemos apuntar la abundante cantidad de fragmentos de amorfos recuperados, de cuales, algunos presentaban diferentes decoraciones (nº 13.241 y 13.253) (Fig. 50: 15), aunque no están ausentes los elementos cerámicos completos. Este es el caso de un vaso carenado (nº 13.196), un cuenco semiesférico con pequeños mamelones sobre el borde (nº 13.235) y, por último, los restos de una olla (nº 13.218). También encontramos elementos en arcilla, es el caso de una pesa de telar con perforación (nº 13.227) y un artefacto de forma indeterminada (nº 13.230). En último lugar destacar la abrumadora presencia de restos faunísticos, concretamente, de cérvidos y bóvidos (nº 13.219, 13.237, 13.244, 13.248, 13.269, 13.270 y 13.274) a pesar de que se encontraban alterados por la erosión.

El estudio de la estratigrafía de este nivel, muestra la existencia de una fosa o cubeta conformada no sólo por la roca sino por la disposición sobre ésta de la tierra de cimentación, lo que unido al material recuperado nos induce a pensar que podríamos estar ante la existencia de una zona de horno para la fundición del mineral (Contreras 2000: 274-123).

La US 13.8 se documenta, exclusivamente, en el subsector Bc (debemos recordar que éste es el único subsector que ha sido objeto de una excavación en profundidad). Esta unidad sedimentaria se trata del suelo de ocupación compuesto por numerosas manchas irregulares de adobe y tierra suelta de color negruzco que incluye pequeñas pizarras y material arqueológico. En esta zona destacan los restos de un crisol plano (nº 13.281), un alisador (nº 13.282) (Fig. 49:1), un cuenco de copa con mameloncillos en el borde (nº

13.283) (Fig. 52: 4) y dos restos de ollas ovoides con decoración en el labio (n° 13.284 y 13.285). Todos estos elementos fueron localizados en el extremo más noroeste de éste subsector.

V.3.6.4. Complejo Estructural Vb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 45)

Al sur del GE V, nos encontramos con el CE Vb. Se trata de un espacio parcialmente excavado que ocupa una extensión territorial no superior a los 30 m². Éste tiene una forma rectangular con una posible prolongación en su extremo suroeste y presenta una orientación sureste-noroeste. Sus coordenadas UTM son: 49.00-59.00 x; 87.20-95.50 y; 19.74-23.62 z.

Al contrario de lo que sucede con el conjunto de casas de la Terraza Inferior, el GE se extiende en sentido sur-norte, aunque debemos decir que su límite oeste, en la actualidad (debido a los mínimos trabajos realizados) tenemos que establecerlo en la estructura de aterrazamiento 13.1. Por su parte, al norte, linda directamente con el complejo estructural Va, concretamente por las Estructuras 13.4a y b y la puerta 13.4c que no solo actúan como vía de comunicación sino también como estructuras de compartimentación entre ambas estancias; mientras que al sur, todo indica que limitaría con el GE VI. Sin embargo, entre ambos grupos, queda un gran espacio que hoy por hoy no ha sido objeto de excavación, ante lo cual no podemos aventurarnos a mantener esta conexión espacial. Al este, como ya sucediese con el CE Va, será el muro de cierre o aterrazamiento el que marque su límite por este extremo (Fig. 46).

Su metodología de excavación ha estado condicionada por las características erosivas que presentaba este espacio debido a la acción del pantano. Aún así, toda el área ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial y, al contrario, de lo que sucediese en el CE Va, se ha llevado a cabo una excavación en extensión y en profundidad. Los trabajos iniciales consistieron en la limpieza superficial de todo el espacio dejando en superficie las últimas hiladas conservadas de las estructuras, las cuales serán las guías para determinar diferentes áreas de excavación (13.1, al oeste; 13.2, al este y la 13.4a y b, al norte). Seguidamente, se marcaron dos grandes áreas de excavación con el objetivo de poder realizar una mayor y mejor recogida de la información del registro arqueológico de este espacio; el subsector A, que corresponde a la parte más oriental de todo el CE y, el subsector B que ocuparía el extremo más occidental. Asimismo, se plantearon dos grandes secciones estratigráficas, una en cada uno de los subsectores. La S1 fue trazada en perpendicular desde el extremo de la estructura 13.1 hasta la cara Este de la 13.4b, mientras que la S2 se trazó en el extremo más oriental del Subsector A. Al igual que la S1, su trazado es en perpendicular y va desde el muro de aterrazamiento 13.2 hasta la cara este de la 13.1 (Fig. 45).

El sistema de excavación de cada uno de los subsectores, estuvo determinado por las propias características del registro arqueológico. De este modo, los trabajos en los primeros momentos se concentran en la parte oriental de este CE, el subsector A, que fue dividido en cuatro nuevos sectores quedando establecidos de la siguiente manera: el Aa y Ab, ocupan la zona más al este presentando una orientación de sur-norte mientras que el Ac y Ad quedaron establecidos en el extremo más occidental del subsector A, manteniendo la misma orientación de los dos primeros. Cada uno de los cuales ocupa un área de 2,5 m. por 3,3 m., salvo la anomalía del sector Aa, que tiene su lado sur en el muro 13.1 y, por lo tanto, tiene una longitud superior, concretamente de 5,2 m. Por esta razón se decidió subdividir el Sector Aa en dos nuevos sectores, Aa1 (al sur) y el Aa2 (al norte). En cuanto, al subsector B que presentaba un altísimo grado de alteración, se determinó que su actuación fuera posterior, fijando dos sectores: el sector Ba linda con el sector A, mientras que el B ocupaba todo el extremo occidental. Ambos subsectores A y B, fueron objeto de excavación durante la campaña de excavación de 1989, prolongándose los mismos tan sólo en el A durante la siguiente campaña de trabajo en 1991. Los sistemas de trabajo serán los mismos para ambos sectores. Se rebajaron los estratos naturales a través de alzadas artificiales, que en los casos de los niveles superiores (el estrato superficial) debido a su esterilidad serán superiores a los 10 cm. llegando a alcanzar los 20 cm. y 30 cm. Para la recogida de información del registro arqueológico se empleó el S.I.A (Sistema de Informatización Arqueológica) creado por el Grupo de Estudios de Prehistoria Reciente de Andalucía (GEPRAN).

Estructuralmente, este CE estará totalmente constituido por el muro de cierre 13.2a, como así sucediese en el CE Va. A partir de este muro se disponen en perpendicular la estructura 13.4a y b y en paralelo la 13.1 conformando una amplia sala rectangular similar a las que podemos encontrar en la Terraza Inferior y, sobre todo, en los CE incluidos en los sectores 6 y 8 del GE VI. A la vez este complejo está escalonado a través de una serie de estructuras en su interior.

Concretamente, la estructura 13.1 es un muro de aterramiento de forma rectangular de aproximadamente 1 m. de sección. Su composición estará marcada por el tipo de construcción de este CE, una línea exterior y otra interior de piedras cuyo interior se rellena de cascajo trabado con barro rojizo. El estado de conservación del mismo es bajo, ya que la erosión del pantano en su extremo occidental nos impide saber como cerraba la estancia al suroeste en la zona en que encontramos la estructura 13.4a. Situación similar ocurre con su extremo opuesto que también ha desaparecido impidiéndonos reconstruir la cara sureste de este CE como además tampoco nos permite establecer el espacio que ocuparía esta posible Casa.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la unidad social Va (Fig. 46)

El espacio interior se estructura en una serie de escalones aprovechando el ligero desnivel de la roca en dirección sur- norte. Como se ha indicado, es en la esquina noreste donde la roca presenta una mayor profundidad, pero aquí, al igual que sucedía en el CE Va,

ésta fue rellenada hasta un cierto nivel (US 13.5), siendo aprovechada como cimentación de la parte inferior del muro 13.2a que se adosa a la roca en este punto.

A pesar de la escasa conservación del Complejo Estructural y a nivel general de todo el Grupo Estructural, en el interior de este espacio hay numerosas estructuras que conforman un espacio rectangular escalonado de forma suave desde el suroeste al noreste. La primera de ellas se localiza en el centro de la estancia, concretamente ocupa los subsectores Ab y parte del Ad. Nos referimos a la estructura 13.6 junto a la cual en su extremo a su oeste encontramos un componente esencial de este CE, una posible estructura en fosa. Con ésta (13.6) se relacionan la mayor parte de los crisoles hondos recuperados donde, probablemente, se realizasen las actividades de fundición. A pesar de que su función no está clara, debido a su precario nivel de conservación, ésta podría tratarse de una plataforma o un banco intermedio que sirviese de apoyo al conjunto de actividades que se desarrollarían en el resto de estructuras, como veremos posteriormente. No obstante, podemos realizar su análisis estructural y constructivo. Se trata de una estructura de forma semicircular y bastante aplanada con una sección de 1,80 m. por 3,50 m., compuesta por lascas de tamaño mediano-grande dispuestas en posición horizontal, trabadas con mortero de color gris. Para su construcción se aprovechó un saliente de roca que fue recortado de forma artificial. En el momento de su localización presentaba su cara Este bien definido, mientras que la sur y oeste no fue posible determinarla. En la actualidad, esta estructura ha sido arrasada por la acción continuada del pantano, a pesar que en el año 1989 y 1991 fue objeto de diferentes trabajos de conservación.

Contiguo a esta estructura, en el extremo más oriental, se localizan un conjunto de estructuras que en definitiva hoy por hoy son las que determinan el significado de este espacio. Nos referimos a las estructuras 13.5a y b. Ambos muros están estrechamente ligados a la estructura de aterramiento 13.I. La primera, la 13.5a, se adosada a la cara interna del muro trasero 13.1 y choca con la cara interna de la 13.5a. El alzado de ésta tiene una orientación suroeste-noreste, discurrendo en su mayor parte por el subsector Ab aunque se prolonga hasta el subsector Aa2. Para su construcción se volvió a aprovechar el escalón natural de la roca recortada y preparada como plataforma elevada de forma rectangular. Dicha estructura fue construida de pizarras trabadas con barro de color rojizo. Su sección no supera los 0,60 x 1,75 m. En este caso, todo hace indicar que estamos ante una estructura de banco o poyete recubierto por una capa de barro de color anaranjado que la dotaría de una mayor consistencia y un mejor acondicionamiento para el desarrollo de determinadas actividades.

Inmediatamente a esta última estructura (13.5a), encontramos la 13.5b, localizada en el subsector Aa1 y parte del Aa y Ab. En este caso se trata de un pavimento compuesto por un barro compacto de color anaranjado dispuesto sobre la plataforma elevada de roca recortada. Presenta una forma rectangular con una sección de 1,75 m. por un mínimo de 4,00 m. (no sabemos si sería mayor su extensión porque ha desaparecido). Su orientación es de sureste-noroeste. Esta estructura es diferente, en primer lugar porque se compone exclusivamente por adobe, pero sobre todo porque su construcción debió condicionar la articulación del espacio. Sabemos que esta estructura precedió tanto a la 13.5a pero sobre todo a la 13.3 a la cual se accede inexorablemente desde este pavimento de barro endurecido (Fig. 45 y 46).

Por último, tenemos que hablar de la estructura 13.3, que como hemos dicho anteriormente se superpone a la 13.5b. Como el resto de estructuras analizadas anteriormente (13.5a, 13.5b) se adosa a la cara interna del muro 13.1 y se localiza exclusivamente en el sector Aa1. En este caso podemos confirmar que estamos ante un banco adosado, de forma semicircular, creado por una serie de lajas hincadas en su base y horizontales tanto en su interior como en un momento determinado de su alzado. Todas ellas presentan un tamaño homogeneizado, trabadas con mortero de color gris. Su sección no supera los 0,80 x 1,30 m.

Las tres últimas estructuras están íntimamente relacionadas no sólo a nivel espacial sino también funcional, como veremos posteriormente a través de la distribución de la cultura material sobre ellas.

c) Análisis contextual (Fig. 48)

La disposición del material en las diversas estructuras es muy significativa como veremos, aunque aquí debemos destacar su homogeneidad a lo largo de todo el relleno sedimentario que incluye restos de mineral de cobre, martillos mineros, crisoles hondos y planos, escorias, moldes de piedra, cerámica, restos de fauna y artefactos metálicos, acompañados de recipientes destinados al consumo y a la producción de alimentos. Al igual que sucedía en el CE 4a la cultura material es más abundante en la tierra de cimentación.

En el nivel superficial (a pesar de que se tratan generalmente de niveles estériles, debemos recordar que el sector A ha sido uno de los menos afectados por la acción del pantano debido a que en gran medida las estructuras que lo rodean han servido de parapetos a las aguas del pantano) encontramos ya los elementos que van a definir todo el repertorio formal del CE 5b. Entre ellos, se recuperaron los restos de mineral de cobre (nº 13.021 y 13.394), gotas de metal (nº 13.395), fragmentos de un crisol plano (nº 13.024) (Fig. 50: 3), un molde de cerámica completo de lingotes (nº 13.390) (Fig. 50: 10). Debemos destacar dos martillos mineros, el primero, presenta ranura de empuñadura (nº 13.053) (Fig. 51: 7) y el segundo se trata de un hacha reutilizada como martillo (nº 13.061) (Fig. 51: 6). Ambos fueron localizados en lo que ha sido denominado como subsector Ac. También encontramos, situados junto a la estructura 13.5, un percutor duro (nº 13.022) y un alisador (nº 13.392) (Contreras, 2000: 274-122). Por último, mencionar dos elementos en arcilla, en ambos casos se tratan de pesas de telar (nº 13.023 y 13.389), los fragmentos de una olla indeterminada con decoración de mamelones a los lados (nº 13.391), una orza igualmente indeterminada con decoración a base de incisiones en el borde (nº 13.315) y restos de fauna (nº 13.020 y 13.064).

En la US 13.1, como en el Complejo anterior, se trata de un nivel compuesto por las pizarras de los derrumbes de los muros. Esta unidad sedimentaria mantiene las mismas constantes con restos de mineral, aunque más escasos, sin embargo, debemos destacar la recogida de un crisol plano (nº 13.008-2).

Es la US 13.2 la que presenta una interpretación más problemática por la escasez de su material y por la relación que pueda mostrar con respecto a la US 13.4 (suelo de ocupación de este complejo estructural). Si bien la interpretación más factible es que se trate de un pavimento sobre el que se debieron realizar diferentes actividades de carácter domésticos.

La US 13.3 corresponde con el derrumbe de adobes de los techos de este espacio. Su composición es arcillosa de color rojizo y muy compacto que se distribuye por todo el complejo estructural, aunque donde mejor se conserva es en la parte sur del Complejo ya que la zona norte se encuentra más erosionada. Muestra de ello son los abundantes restos de materia orgánica carbonizada concentrados en esta zona (nº 13.045, 13.047, 13.048, 13.049 y 13.050). Este nivel cubrió los restos materiales del suelo y, por tanto, a continuación veremos algunos elementos que debieron pertenecer al suelo de ocupación (US 13.4). Será en este nivel donde se manifiesten ya todas las tendencias que caracterizaran el uso de este espacio, entre ellas la concentración de mineral de cobre (nº 13.014, 13.015, 13.034-1, 13.034-2, 13.038, 13.044, 13.069, 13.207, 13.208, 13.209, 13.210, 13.211 y 13.292), restos de escoria (nº 13.012, 13.017, 13.018, 13.291 y 13.293), alguna gota de mineral calentado (nº 13.011) y galena (nº 13.212). Todos estos restos materiales fueron recuperados sobre la estructura 13.6.

Sobre la estructura 13.5b encontramos la concentración de elementos de piedra pulida, fundamentalmente molinos (nº 13.041, 13.042, 13.294 y 13.295), una mano de molino (nº 13.217); dos piezas recortadas y perforadas (nº 13.036 y 13.290), y por último un elemento destacado, un molde de punta de lanza en arenisca (nº 13.039) (Fig. 50: 2). Posiblemente estos elementos estén en relación con el banco sobreelevado 13.3 donde se sitúa la piedra de molino nº 13.295.

Por su parte el suelo de ocupación (US 13.4) muestra aún con mayor claridad el carácter artesanal de las actividades llevadas a cabo en el CE Vb y relacionadas con la transformación del mineral hasta el punto que en él encontramos restos de mineral de cobre, crisoles planos y hondos, escoria, gotas de cobre, moldes en cerámica y piedra y elementos acabados. Asimismo en este mismo espacio se están llevando a cabo todo el conjunto de actividades domésticas, como es la preparación de alimentos, el almacenamiento del mismo y el consumo de éstos. Prueba de ello es el gran repertorio cerámico recuperado asociados con cada uno de los procesos alimenticios.

El mineral de cobre (nº 13.200, 13.308, 13.309, 13.310, 13.331, 13.332, 13.337, 13.338, 13.342, 13.356 y 13.357), los restos de metal de cobre (nº 13.314) se siguen concentrando sobre la estructura 13.6, mientras que los elementos en piedra pulida, como los molinos (nº 13.302), las piezas discoidales no perforadas (nº 13.301 y 13.341), dos moldes de hacha en arenisca que posiblemente fueron utilizados o reutilizados por ambas caras (nº 13.299 y 13.326) (Fig. 50: 1 y 3) se sitúan sobre la estructura 13.5b. También sobre esta estructura, concretamente en los límites occidentales de la misma aparecen los artefactos metálicos recuperados asociados al suelo de ocupación, como un puñal de dos remaches (nº 13.336) del que se conserva el extremo proximal y una punta de flecha en superficie desplazada sobre el muro 13 2a (nº 13.000).

Los crisoles planos se sitúan también sobre la estructura 13.5b (nº 13.303, 13.304, 13.305 y 13.333) (Fig. 50: 1, 2 y 5) y junto a ésta al oeste (nº 13.305 y 13.306) (Fig. 50: 6). El primero de los referenciados apareció completo. También encontramos algunos fragmentos de crisoles hondos incluso se recuperó algún crisol hondo (nº 13.340 y 13.330) (Fig. 50: 14). Más al este aparecieron, como ya se ha indicado anteriormente, las escorias, el mineral calentado y restos de fundición en forma de gotas más o menos redondeadas que pueden conservar el núcleo metálico.

Como se ha mencionado, ya hemos mencionado la interrelación del conjunto de estructuras que caracterizan el espacio del subsector Aa1 y Ab son la 13.Vb, la 13.3 y la 13.Va. Concretamente, sobre esta última, se dejan sentir una continuidad de los elementos recuperados directamente del pavimento de barro (13.5b) como son los restos de mineral de cobre (nº 13.370), los crisoles planos (nº 13.303 y 13.306) y algún elemento en piedra pulida como una pieza discoidal perforada (nº 13.313). Por último, y en relación con esta estructura y la 13.6 encontramos una punta de flecha de pedúnculo y aletas largas (nº 13.369).

Junto a éstos elementos se recuperaron los fragmentos de tres grandes orzas que presentaban decoración incisa en el borde (nº 13.307-1 y 13.316 y 13.335-2). La primera y última de ellas fueron localizadas sobre el pavimento de barro (13.5b) mientras que la segunda se encontraba junto a una olla de paredes abiertas e irregulares y fondo plano (nº 13.375) (Fig. 49:6) significativamente colocada en la esquina que origina el choque de la estructura 13.4b y el muro de fortificación (sector Ad). En el extremo este de la estructura 13.5b se recuperaron dos cuencos semiesféricos (nº 13.300 y 13.307-2) (Fig. 52: 2) y los restos de una ollita de fondo convexo (nº 13.361). Al igual que en el resto del Grupo Estructural, llama la atención de la presencia tan destacada a pesar de la fuerte acción del pantano sobre éste área de restos de fauna (nº 13.203, 13.205, 13.329 y 13.377).

En esta zona es donde la tierra de cimentación US 13.5 adquiere mayor potencia debido a la necesidad de cubrir el escalón de roca en la zona inmediata al gran muro 13.IIa. Se trata de un nivel de tierra arenosa de color marrón oscuro que contiene pequeñas pizarras, utilizada, como decimos para regularizar los huecos que deja la roca. Por ello aquí es donde se encuentran la mayoría de los elementos correspondientes a esta US, como crisoles planos (nº 13.343, 13.355-1) (Fig. 50: 8 y 9) y un crisol hondo (nº 13.382) (Fig. 50: 17), algunos restos de mineral de cobre (nº 13.318, 13.319, 13.321 y 13.387), restos de huesos correspondientes, como en el resto del sector, a bóvidos y cérvidos (nº 13.323, 13.346, 13.362, 13.366 y 13.381) y semillas (nº 13.338 y 13.342-1). Otra zona en la que esta unidad sedimentaria contiene abundantes restos es la que se sitúa inmediatamente al noreste de la estructura 13.Vb. En ella se ha podido recuperar restos de piedra pulida como molinos (nº 13.349 y 13.350), una pieza perforada (nº 13.368) y una cuenta de collar de mármol (nº 13.344), el fondo plano de un cuenco parabólico (nº 13.348), una ollita ovoide de medianas dimensiones con el borde cerrado (nº 13.384) (Fig. 49:2) donde presenta decoración a base de incisiones de punzón, un punzón de hueso (nº 13.365) (Fig. 53: 4) y una pesa de telar de dos perforaciones (nº 13.388).

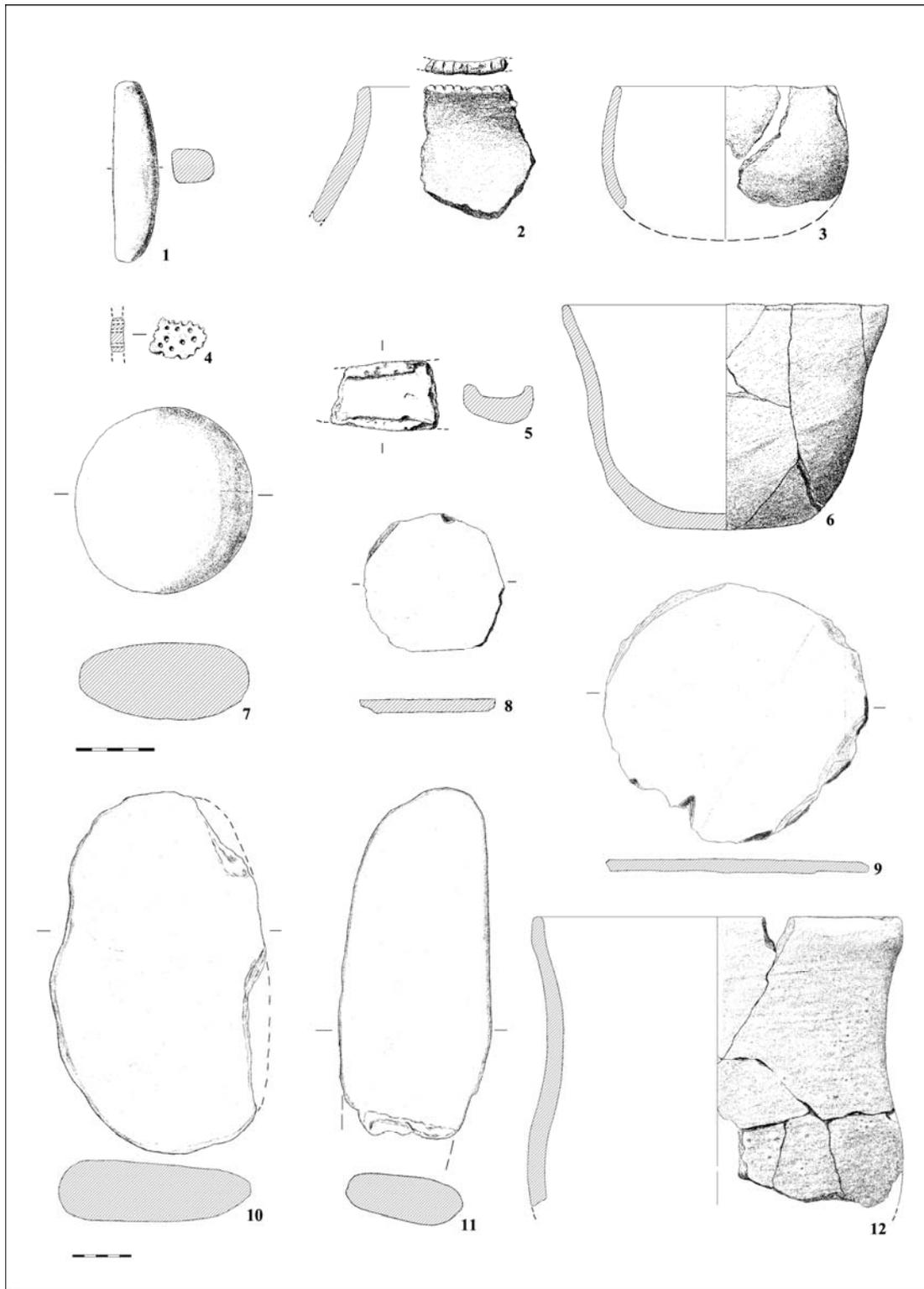


Figura 49. Piedra pulimentada (Escala 1:4) y recipientes cerámicos (Escala 1:3). Cultura material relacionada con el almacenamiento y la preparación de alimentos.

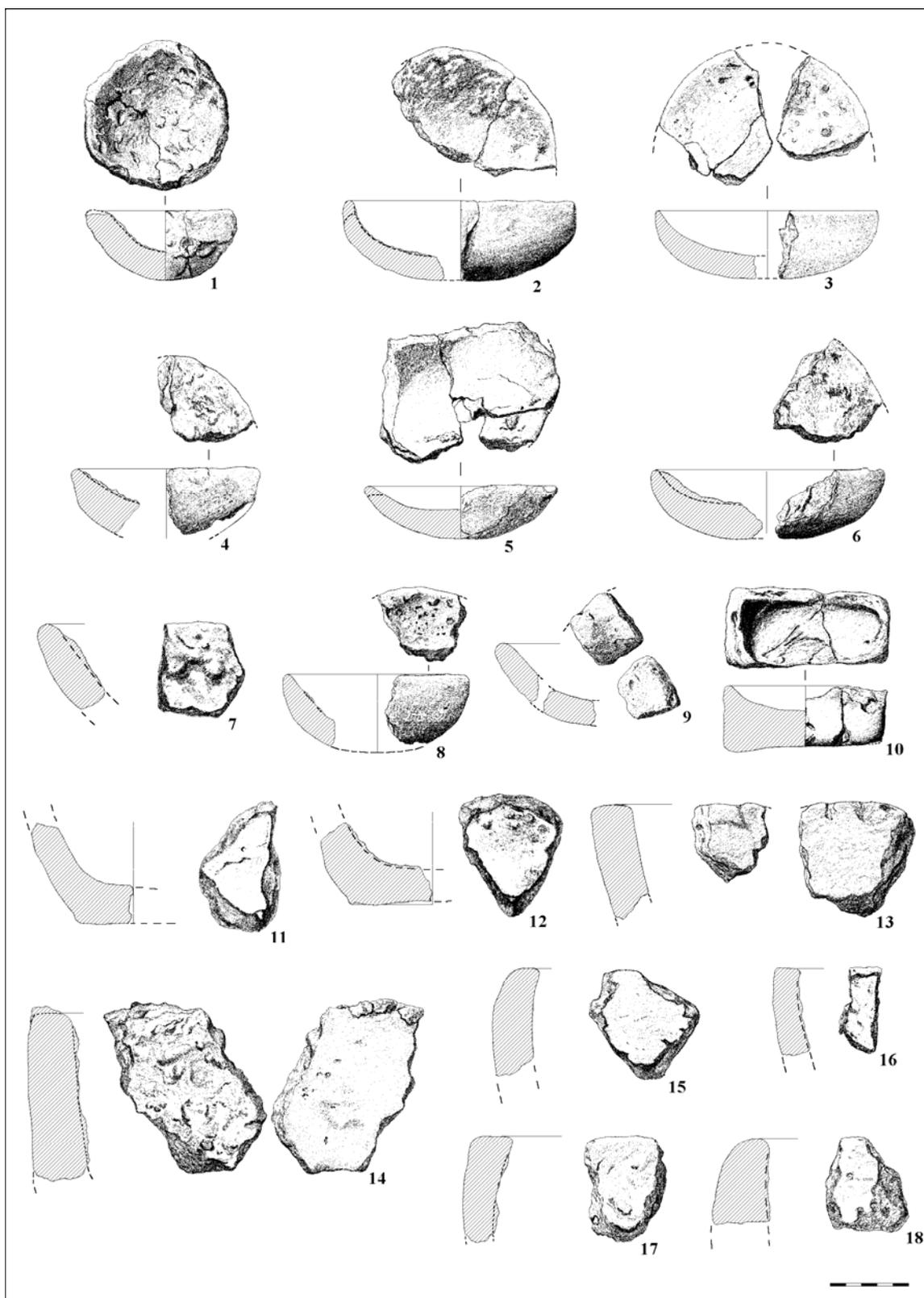


Figura 50. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).

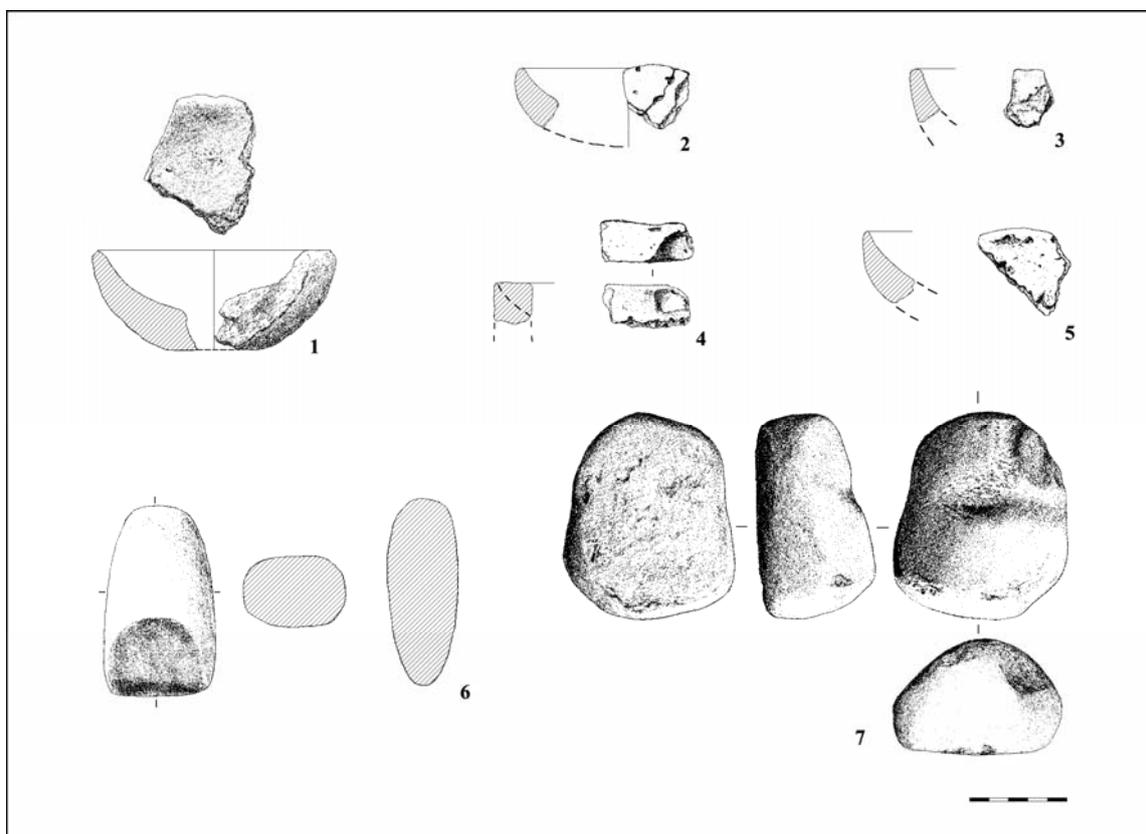


Figura 51. Restos cerámicos y piedra pulimentada relacionada con las fases de producción de la producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).

V.3.6.5. Complejo Estructural Vc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 45 y 46)

A lo largo del análisis del Complejo Estructural Vc este espacio iremos observando todas las particularidades que detectemos en él. La primera de ellas y quizás la más relevante no sólo para el análisis de este de GE sino para llegar a comprender la dinámica interna de este poblado y, probablemente, la dinámica externa de todo el Valle del Rumblar es que esta estancia se ubica al exterior del poblado de Peñalosa. Concretamente, en la cara externa del muro de cierre o fortificación que determina y configura no sólo la organización interna y estructural de las Casas de este poblado sino que nos marca determinadas pautas sociales y comportamientos humanos de este poblado y de toda la Cultura del Argar por ser una constante en la organización del espacio de sus poblados.

La parte excavada en la actualidad de este CE corresponde con un espacio no superior a los 23 m². Posiblemente, tuviera una forma rectangular formando un arco en paralelo a la estructura 13.2a pero su mala conservación y la falta de trabajos de excavación en extensión no nos permiten determinar el espacio originario de esta estancia. Su orientación es en sentido norte-sur y sus coordenadas son 49.00-54.00 x; 95.20-100.20 y; 24.50-25.60 z.

Sus límites espaciales son los siguientes: tanto el Este como Norte han sido ilocalizables debido a la falta de trabajos de excavación, aunque todo parece indicar que no existirían estructuras delimitadoras en ambos extremos tratándose más bien de un espacio abierto. Por su parte, en sus flancos suroeste y noroeste (las espaldas de este CE) nos encontramos con el muro de fortificación (13.2a) y el propio bastión (13.2b) que determinó los sistemas de excavación y las áreas de actuación.

Metodológicamente, como en el conjunto del poblado de Peñalosa, este CE fue excavado a nivel microespacial y en profundidad. Los trabajos iniciales consistieron en la limpieza superficial de todo el espacio acotado como parte de este CE, retirando los niveles estériles depositados y revueltos por el pantano. Para acometer unos trabajos rigurosos se decidió subdividir toda el área en dos zonas de excavación diferenciadas a partir del trazado de la sección estratigráfica (S3), cuya dirección es de sur-norte. Ésta arranca en el extremo externo del bastión (13.2b) y va en perpendicular a los límites externos del CE y la propia estructura de bastión. Así quedaron establecidas dos áreas de excavación, una al sureste (subsector C), desde los límites externos orientales del CE hasta la cara oriental del bastión; y, la segunda, al noroeste (subsector D), desde la cara exterior del bastión hasta los límites externos occidentales del GE (Fig. 45).

En cuanto a los sistemas de excavación, se han mantenido los criterios establecidos en los trabajos realizados en el conjunto del poblado. Se procedió a realizar una excavación microespacial, sistemática y en extensión en ambos subsectores. La intervención arqueológica estuvo precedida por los trabajos de limpieza superficial de los niveles estériles de ambas áreas a través de alzadas artificiales de unos 20 cm. mientras que las siguientes Unidades Sedimentarias fueron rebajadas en alzadas artificiales de 10 cm. máximo. Para la recogida de información del registro arqueológico se empleó el S.I.A (Sistema de Informatización Arqueológica) creado por el Grupo de Estudios de Prehistoria Reciente de Andalucía (GEPRAN). Los trabajos arqueológicos se llevaron a cabo durante la campaña de excavación de 1989.

Estructuralmente, este espacio se conforma a partir de la plataforma de roca. Se ubica entre los dos bastiones (13.2b y c) adosados al muro de fortificación (13.2a) que configuran un espacio de forma cuadrangular aprovechando el banco de roca recortada, que sirve para delimitar el espacio, y sobre el que se realizan diversas actividades. Con práctica seguridad, nos encontramos ante un espacio cubierto, techado posiblemente por una cubierta compuesta, mayoritariamente, por materia orgánica y sustentada por vigas de madera embutidos en hoyos de poste.

b) Análisis estructural: articulación del espacio interno de la unidad social Vb (Fig. 46)

Estructuralmente, aparte del banco de roca sobre el que se levanta todo el Complejo Estructural, sus componentes más importantes son las estructuras que lo cierran desde el sureste al oeste (13.2c, 13.2a y 13.2b) que son las encargadas de conformar un espacio cuadrangular. La articulación interna de su espacio no es definido tanto a nivel estructural sino en cuanto a la distribución de su cultura material ya que tan sólo hemos localizado una estructura de hoyo de poste (13.8) en el centro del subsector C. Esta estructura de sustentación se alza sobre el nivel de cimentación (US 13.5) (Fig. 46 y 47). Se trata de una estructura simple de forma circular, compuesta por una serie de piedras de pequeño y mediano tamaño dispuestas horizontalmente. En el momento de su localización conservaba aún los calzos interiores como el soporte de la viga que contendría.

Debemos señalar la importancia que reviste este espacio para la comprensión de la vida diaria del poblado de Peñalosa. Porque nos señala que numerosas actividades podrían llevarse a cabo fuera del recinto definido por el muro de cierre en plataformas de roca como ésta. En otros contextos, se ha señalado que durante la fase de ocupación IIIB en la Terraza Inferior de este poblado se podrían haber llevado a cabo actividades relacionadas con la primera fase de transformación metalúrgica que tendría su conexión con el uso en este periodo inicial de la gran cisterna. Esta podría ser la funcionalidad de este Complejo Estructural en la primera fase de ocupación en época argárica de este poblado. Sin embargo, durante la fase IIIA el CE Vc parece tener una actividad más variada y cotidiana, tal y como demuestra el hoyo de poste documentado ya que estaríamos delante de un espacio semi-cubierto. Este hecho nos llama poderosamente la atención y, a pesar de tratarse de un espacio cuyos resultados del registro arqueológico son bastante sesgados debido al alto grado de destrucción que presentaba, sus propias características estructurales así como el hecho de encontrarse a extramuros de la fortificación (que recordemos se trata de un elemento de defensa artificial) entre los dos bastiones, nos induce a pensar que, aunque estas poblaciones tuviesen la necesidad de defenderse (de ahí sus construcciones defensivas) no podemos ni debemos equiparar esta necesidad defensiva con inestabilidad continuada (Contreras *et al.*, 2000: 274-130).

c) Análisis contextual (Fig. 47 y 48)

Respecto a la distribución de la cultura material de este Complejo Estructural debemos apuntar varias cuestiones. Por un lado, todos los restos materiales se localizan de forma exclusiva en el sector C; y, por otro, la actividad del pantano ha incidido fuertemente sobre el relleno de este CE de forma que algunos de los elementos más interesantes que contiene se hallan en estratos superficiales removidos.

Entre el registro material mueble de los niveles superficiales contempla elementos diversos como un fragmento de una quesera (nº 13.001) (Fig. 49:4), un cuenco semiesférico de paredes abiertas (nº 13.027-8) (Fig. 52:8), los restos de una orza con decoración el labio a base de incisiones (nº 13.027-8), restos de mineral (nº 13.003, 13.025, 13.028 y 13.030) y

abundantes restos de fauna (nº 13.002, 13.031 y 13.062). Pero, quizás, lo más interesante son los restos de carbón alineados que pueden pertenecer a las vigas (nº 13.074, 13075-1, 13075-2 y 13076-1) destinadas a cubrir este espacio.

Entre las piedras correspondientes al derrumbe de los muros que rodean este CE se han recuperado restos de fauna pertenecientes a caballos, vacas y ovicápridos, los restos de una orza ovoide muy honda con el cuello ligeramente marcado y curvo y borde muy saliente (nº 13.183) (Fig. 49:12) y otra más con decoración en el borde a base de incisiones (nº 13.056). En ambos niveles (superficial y derrumbe de los muros) pueden estar incluidos materiales pertenecientes al CE Vb que han sido desplazados por la erosión. No sucede así con los niveles inferiores que se distinguen en este Complejo Estructural tanto por su registro material como por sus características sedimentológicas.

La US 13.9 corresponde a una tierra rojiza compacta que puede interpretarse ya sea como el derrumbe de la parte alta de la fortificación o como los restos de su revoco. Un aspecto interesante de este nivel que refleja el carácter funcional de este espacio es la singular muestra de elementos cerámicos que nos presenta, dejando en muy escaso porcentaje los restos de mineral de cobre recuperado (nº 13.054 y 13.120) y siendo nula la representación de crisoles, tanto hondos como planos. Aún así se localizaron restos de mineral de plomo (nº 13.126). Si bien, como decimos, entre este nivel se encuentran los restos materiales cerámicos, entre los destacan, fragmentos amorfos dotados de elementos decorativos como mamelones y elementos incisos en el borde, éste es el caso de una orza mediana de perfil ovoide que presenta un leve estrechamiento en el borde y un fragmento más en agujón (nº 13.080). Su presencia destaca frente a la ausencia detectada en el CE Vb. También destaca la existencia de algunos recipientes reconstruibles como un pequeño cuenco semiesférico de paredes tendentes a ser rectas y fondo plano, (nº 13.055) (Fig. 52: 1), una olla ovoide plana mediana con el borde entrante (nº 13.124-7) (Fig. 49:3) y otra olla más de forma indeterminada con decoración incisa en el borde (nº 13.092-2). Otros elementos destacables son la gran cantidad de restos de grandes orzas con decoración (nº 13.060-2, 13.094, 13.121-2) y carente de ella (nº 13.076-2) así como un lebrillo de paredes rectas y abiertas con el fondo plano (nº 13.127) (Fig. 52:9). Igualmente, se hallaron otros elementos en arcilla como los restos de una pesa de telar (nº 13.128) Todos estos elementos fueron recuperados sobre todo en las cercanías a la fortificación y distribuidos en sentido sureste-noroeste. Mientras que los restos de fauna continúan siendo muy abundantes en este nivel predominando nuevamente ovicápridos, équidos y bóvidos (nº 13.093, 13.115, 13.125, 13.129 y 13.130) y los restos de semillas (nº 13.125-1), su distribución espacial vuelve a concentrarse entorno al extremo Sur de este complejo estructural.

Entre los artefactos de piedra debemos resaltar una mano de molino (nº 13.134) (Fig. 49: 7), una serie de molinos (nº 13.065 y 13.085) (Fig. 49:10) y una serie de pizarras recortadas con perforaciones centrales (nº 13.058, 13.066 y 13.135) que se sitúan tanto en esta US como en la siguiente en los alrededores de la cara Este del bastión (13.2b).

La US 13.10 corresponde al derrumbe de los muros tras el abandono. Se compone por piedras de gran tamaño junto a tierra suelta de textura arenosa y color grisáceo. Este nivel ha cubierto otras zonas del suelo original al caer las piedras de los muros sobre éste quedando libre la zona más próxima como resultado lógico del desplome de las partes altas.

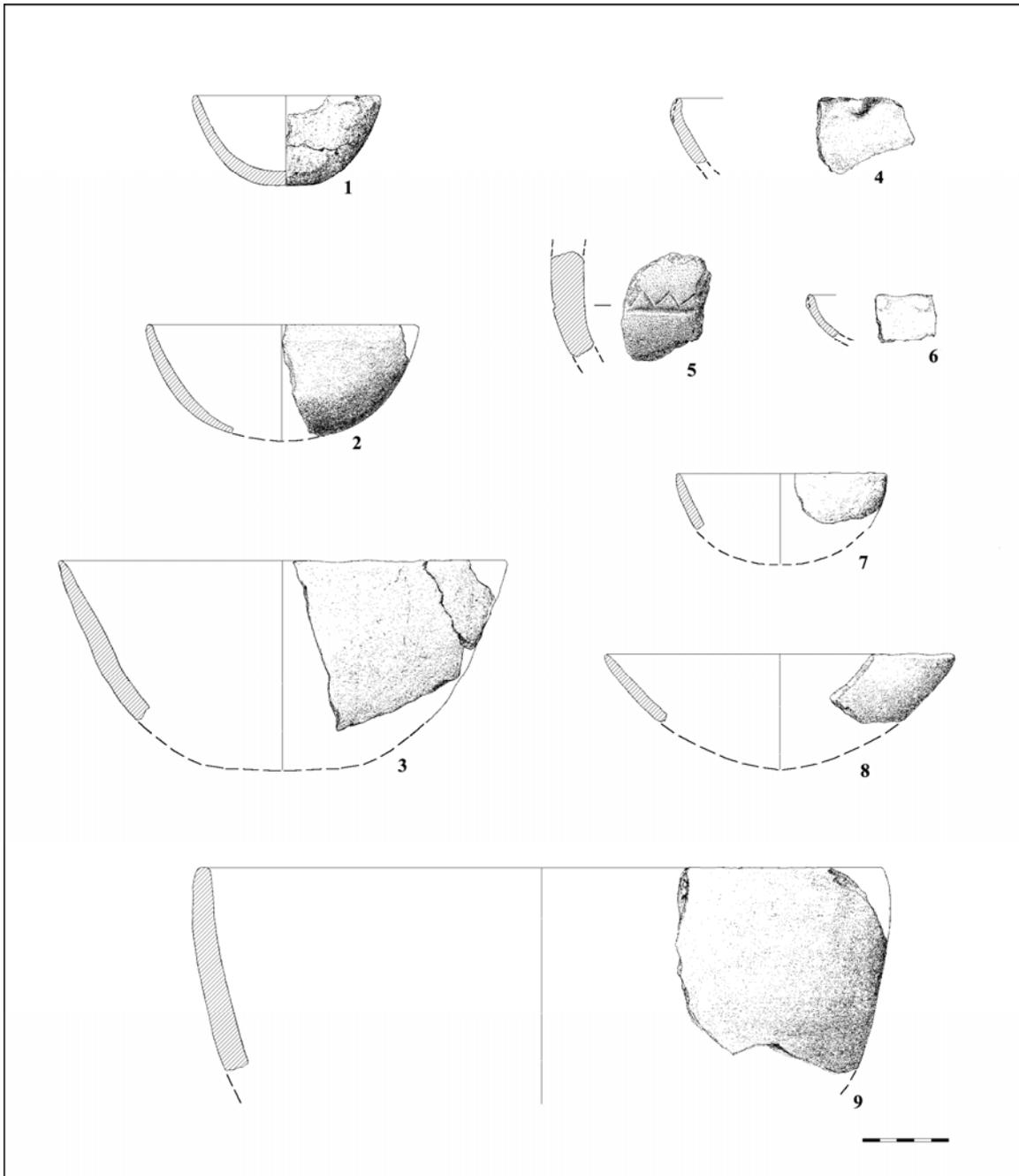


Figura 52. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).

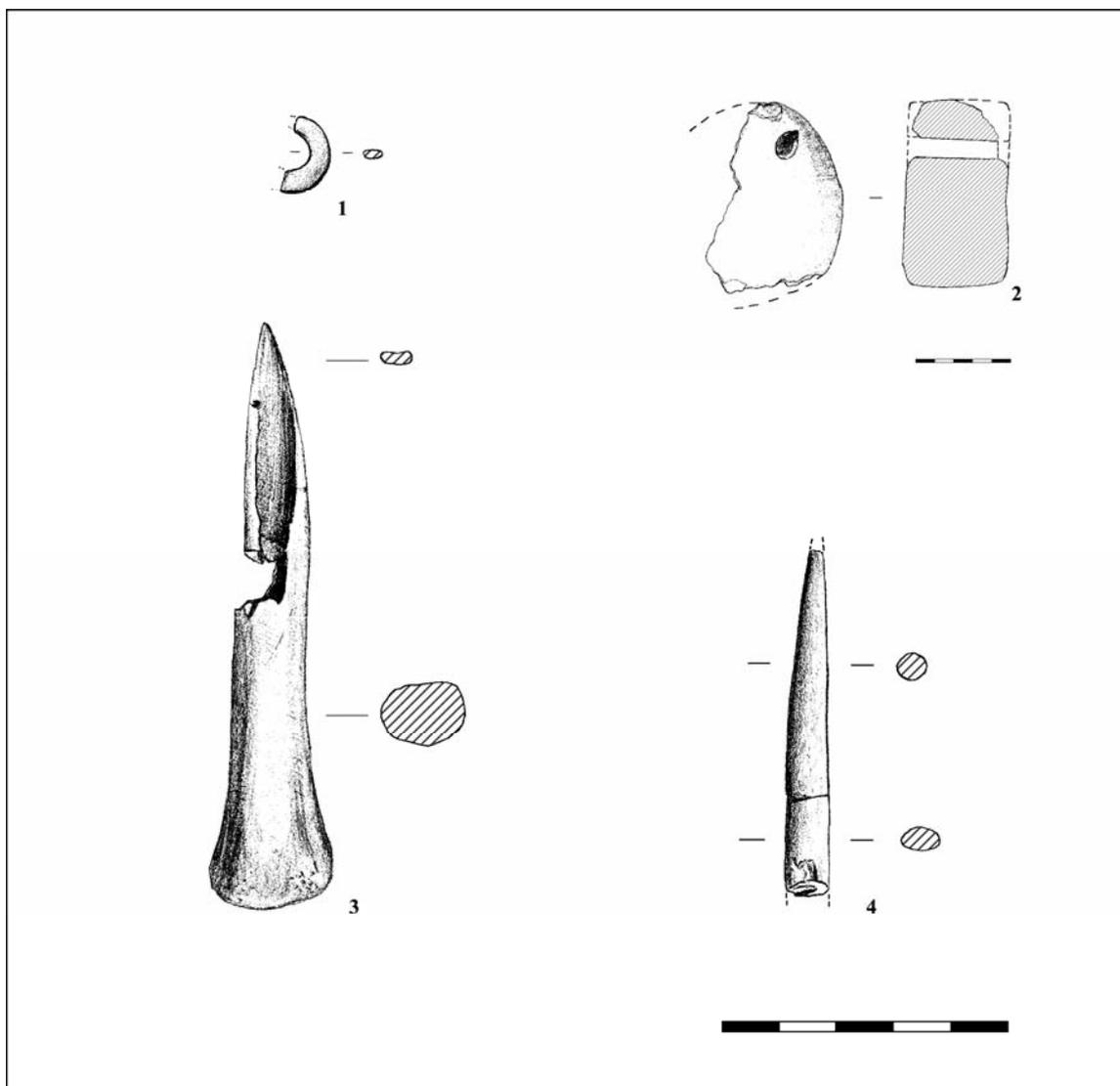


Figura 53. Cultura material relacionada con la producción textil y elemento de adorno (Escala 1-3/ 1-1).

Su material, como en el caso anterior, muestra elementos muy interesantes. Entre ellos podemos encontrar algunos fragmentos de crisoles planos (nº 13.096) (Fig. 50: 1), restos de mineral de cobre (nº 13.073, 13.082, 13.083, 13.098, 13.099, 13.100 y 13.112) y diferentes elementos en piedra pulida como molinos barquiformes de diferentes dimensiones (nº 13.085, 13.086, 13.087, 13.088, 13.097 y 13.108) (Fig. 49: 5 y 11), alisadores (nº 13.090 y 13.102) varias tapaderas de pizarra recortada (nº 13.077, 13.091 y 13.103) (Fig. 49:9) y una ficha pequeña en pizarra (nº 13.137-2). Todos estos elementos fueron recuperados en la zona occidental del complejo estructural.

Por su parte, en la zona oriental predominan los recipientes destinados a la preparación y consumo de alimentos. Entre ellos, encontramos elementos en piedra pulida

como algunas piedras de molinos (nº 13.081), manos para moler (nº 13.110) o pizarras con perforación (nº 13.077 y 13.131-2) y sin perforar (nº 13.131) (Fig. 49:8), localizados la gran mayoría muy cerca del muro de la fortificación. Pero, como ya adelantábamos, serán los elementos cerámicos destinados a diferentes actividades domésticas o de producción los que predominen en este espacio. Ese es el caso de una fuente honda semiesférica con el borde ligeramente entrante (nº 13.072-1) (Fig. 52:3), un cuenco semiesférico de medianas dimensiones (nº 13.140), dos pequeños cuencos carenados de borde corto y entrante muy bien tratados superficialmente (nº 13.118-4 y 13.105) (Fig. 52:6), presentando uno de ellos pequeños mameloncillos en el borde, otros elementos de mayor entidad, básicamente, fragmentos de grandes orzas (13.072-14 y 13.118-3). La primera de las orzas referenciadas está decorada en el labio a base de incisiones. También se recuperaron otros elementos muy característicos de este poblado asociados a otras actividades domésticas, nos referimos a la producción textil. Encontramos numerosos fragmentos de pesas (nº 13.078, 13.089, 13.108, 13.109 y 13.111) pero de escasa entidad, sin embargo, destaca junto a estos restos la presencia de un punzón en hueso trabajado (nº 13.136).

Manteniendo la tónica que se ha observado en todo este complejo estructural, los restos de fauna continúan siendo muy abundantes (nº 13.071, 13.106, 13.133 y 13.139) las mismas especies que en el resto de niveles y que en el CE Va, vaca, ciervo, caballo y ovicáprido, además de conejo. De igual forma se localizaron restos de semillas (nº 13.138).

V.3.6.6. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

Uno de los problemas que presenta este Grupo Estructural para el desarrollo de nuestra investigación es que no ha sido excavado en su totalidad. Todo apunta que esta posible vivienda se extendería hacia el sur hasta chocar con la casa VI en su extremo norte, manteniéndose así la armonía urbanística de la que se caracteriza este poblado de la Edad del Bronce peninsular. Esto ha condicionado nuestra definición de las estancias, lugares de habitación, producción y complejos estructurales que lo integran ya que su definición no se puede completar hasta que toda esta zona sea objeto de una excavación en extensión y a nivel microespacial como el resto de áreas objeto de estudio de este poblado. Aún así en nuestro análisis arqueológico hemos mantenido la descripción de este Grupo Estructural tal y como había sido definido en antiguo dado que existe una cierta relación entre el CE Va y Vb.

A pesar de lo exiguo de los trabajos realizados en este Grupo Estructural hoy sabemos tras las recientes excavaciones que parte de lo que nosotros hemos denominado como Unidad Habitacional estaría relacionada directamente con la gran estructura hidráulica localizada al norte de esta. Nos referimos concretamente al CE Vb. Este espacio parece actuar como vía de comunicación entre lo que sería esta Unidad Habitacional y uno de los accesos orientales de la cisterna, o bien una estancia aledaña a esta que actuarían como intermediaria de ambos espacios. Así podríamos explicar la relación que parece existir entre este Complejo Estructural y la cisterna con la construcción de los dos muros perpendiculares al muro de fortificación y la puerta creada por las estructuras 13.4a, b y c, respectivamente. Esto quedaría en gran medida constatado hasta el momento, dadas las

características que presenta el perfil oriental de la cisterna (representan un gran derrumbe en forma de cubeta en sentido norte-sur. Esto es importante porque, como ya hemos apuntando en el análisis realizado sobre la cisterna, esta presenta unas características constructivas que se salen de la norma y de las típicas construcciones argáricas con esta funcionalidad, sufriendo a lo largo de su vida numerosas reestructuraciones y modificaciones, sobre todo, centradas en los accesos hacia el fondo de la cubeta. Ciertamente, esto se trata de una hipótesis que no se ha constatado arqueológicamente que solo será despejada en el momento en que los trabajos de excavación se extiendan en toda esta zona. Pero si esto fuese así y en realidad la casa V se extiende desde esta entrada (13.4c) hacia el sureste-suroeste hasta enlazar con la casa VI (hecho que parece más que probable ya que sería la única manera de mantener la armonía espacial y urbanística de este poblado) debemos pensar que nos encontramos ante una vivienda cuyo conocimiento se restringe cuando menos al 50%.

Un rasgo distintivo de esta posible Unidad Habitacional con respecto tanto a las casas de la Terraza Inferior como Media o Superior es que en este caso se produce un cambio de orientación con respecto a la establecida para las viviendas del extremo septentrional del poblado. Este Grupo Estructural organiza su espacio de forma totalmente diferente a las viviendas de la Terraza Inferior pero también respecto a las casas de la Terraza Media y Superior. En este caso los muros de aterrazamiento están dispuestos en función del muro de cierre 13.2a, ya sea en paralelo o en perpendicular a éste, no como sucedía en la Terraza Inferior donde los muros de aterrazamiento seguían la línea o curvas de nivel. Esta disposición de las estructuras externas es mantenida incluso por las estructuras que componen su interior. Tanto es así, que dichas estructuras de compartimentación, en algún caso, dividen espacios a distinto nivel alzadas perpendicularmente al mencionado muro de cierre.

Las razones para este cambio constructivo pudieron ser varias. Una de ellas podría tener que ver con la pendiente de la ladera que en esta zona se acentúa, no debemos olvidar que nos encontramos en la zona intermedia (a media ladera) de la ladera Norte, siendo la zona baja donde dicha inclinación pierde fuerza. Otro aspecto que pudo influir en la organización de esta zona pudo ser la construcción de la gran estructura hidráulica, la cisterna. Recordemos que esta zona junto con la Terraza Inferior al norte y la casa VI al sur pertenecen a la fase de expansión del poblado de Peñalosa, lo que significa que si la cisterna pertenece a una construcción anterior (cuando menos fase de ocupación IIIB) y así parece ser tras su análisis estructural y contextual, todas estas construcciones posteriores debieron adaptarse a las propias condiciones que marcaba esta gran construcción. De esta manera los constructores de este espacio se vieran obligados a adaptar este espacio social a las condiciones que marcaba la cisterna primando en este caso no la adaptabilidad al terreno y a la propia cisterna.

Otro rasgo distintivo de este Grupo Estructural, en cuanto a la construcción y organización del espacio, es el único ejemplo que tenemos en este yacimiento que nos demuestra la adecuación de un espacio al exterior del muro de fortificación donde se están desarrollando diferentes actividades de mantenimiento marcadas por las relaciones sociales. Este es el caso del CE Vc. Este espacio se ubica en un saliente llano al exterior del muro de fortificación 13.2, encajado perfectamente entre los dos posibles bastiones que serpentean

este tramo del muro de fortificación. La conformación de este espacio queda atestiguada por la construcción particular de un hoyo de poste central en esta plataforma y entorno al cual tienen lugar una serie de actividades marcadas por el desarrollo de la vida cotidiana. Este es un rasgo muy importante porque nos demuestra que al menos en los últimos momentos de vida de este poblado sus habitantes también utilizaron el espacio exterior del poblado para la realización de diferentes actividades, formando parte de la vida cotidiana de estos grupos, hasta tal punto que este espacio está techado mientras que al interior de este Grupo Estructural tanto a nivel estructural como secuencial parece estar descubierto o semicubierto.

Otro aspecto que realza aún más si cabe el valor de este espacio (CE Vc), es que tal y como sugiere la instalación de un hoyo de poste central junto con la abundante presencia de restos orgánicos carbonizados, nos encontramos en un espacio provisto de techumbre. Aunque deberíamos esperar a los resultados de nuevas excavaciones, centradas sobre todo al exterior de la fortificación, la excepcionalidad no solo de la conformación de este espacio sino de la realización de diferentes actividades al exterior de los denominados poblados fortificados argáricos, como es este caso, nos pueden permitir establecer hipótesis sobre las conductas de estas gentes durante la fase del Bronce Pleno-Tardío, fase que en esta cultura argárica ha sido definida como el momento del encastillamiento de los poblados como muestra de la empatía motivada por el control del mineral de la zona. Lo que queremos decir, es que este espacio social al exterior del poblado nos está mostrando la perdurabilidad en el tiempo de este espacio en cuanto a su funcionalidad. Esto, a la vez, nos plantea que probablemente debemos pensar que los poblados no son herméticos y cerrados al exterior sino que tras su barrera continuaba la actividad física con la realización de diferentes actividades sociales como es este caso de las actividades de mantenimiento que trascienden más que en ningún otro sitio la esfera de lo privado y de lo doméstico. Así pues, quizás debemos plantearnos qué tipo de actividades se realizaron al exterior del poblado de Peñalosa durante la fase de ocupación IIIA, precisamente, en un momento que se ha considerado de encastillamiento del poblado. Esta condición es muy interesante y aclaratoria de los comportamientos sociales de estos grupos que nos marcan diferencias en cuanto a la organización del espacio pero también determinante en cuanto a la organización espacial a nivel funcional y productivo.

Si en este espacio que hemos denominado como Grupo Estructural V destaca alguna actividad productiva sobre el resto, esa es la producción metalúrgica. A pesar del escaso espacio excavado podemos determinar en gran medida todo el proceso metalúrgico desde su inicio. La selección y trituración del mineral, pasando por su proceso de reducción y posterior triturado de la masa resultante (escoria) para llegar al momento de su fundición y vertido en los moldes hasta la obtención de un producto final. Aunque esta actividad impregna todo el espacio al interior del bastión (13.2), tanto el CE Va como Vb, para este análisis sólo vamos a utilizar la organización y relación de la cultura material recogida del suelo de ocupación identificado en este caso sólo en el complejo estructural Vb (al sureste), porque aunque en el complejo estructural Va los restos culturales recuperados en su mayoría responden a las mismas características y relacionados con la actividad metalúrgica (mineral, metal, escoria, crisoles, moldes, etc.), estos proceden exclusivamente de los niveles de derrumbe de piedra y no del suelo de ocupación. Sin embargo, esta relación junto a los niveles sedimentarios donde se han recuperado unido a la pendiente de

esta zona podemos pensar que gran parte de los materiales recuperados en este contexto (CE Va) pudieron ser arrastrados por la acción de las aguas del pantano y de la erosión hasta esta zona, cuando en realidad pertenecerían a la estancia anterior. Así pues, para el análisis funcional de esta zona tendremos que esperar a los resultados de futuras intervenciones arqueológicas. No obstante si queremos reseñar el hallazgo de dos elementos particulares por su singularidad, por su localización y por su escasez en la mayoría de este registro arqueológico. Se tratan de dos aretes de plata localizados junto a la puerta 13.4c que creemos estarían en relación con el complejo estructural anterior. Sin embargo, como también han sido localizados entre el derrumbe de piedra no podemos determinar su asignación.

Pero, como decimos, donde si parece concentrarse la mayor parte de la cadena productiva de la actividad metalúrgica es en el sureste de este GE. Concretamente, sobre el pavimento de lajas planas y en relación con el banco semicircular se llevarían a cabo tareas de selección y trituración del mineral de cobre (también se ha documentado galena argentífera) y la trituración de la masa resultante de la reducción del mineral en las vasijas horno. La segunda de estas estructuras sería la encargada de soportar un molino móvil que se emplearía, seguramente, en este proceso de trituración y molienda, aunque estos también pudieron ser dispuestos directamente sobre el pavimento, e hincado o hincada de rodillas, generalmente, serían las mujeres del grupo las que realizarían esta actividad. La presencia de esta cultura material (escorias, mineral, restos de molino, etc.) corrobora que en esta zona suroeste del espacio, asociada a las mencionadas estructuras (banco semicircular), se llevaría a cabo la trituración y la selección de mineral y de la masa resultante de la reducción.

Seguidamente, una vez realizada la primera trituración, el mineral “desmenuzado” y previamente seleccionado, sería introducido en el interior de las vasijas horno junto con el combustible (seguramente, carbón vegetal) donde se reduciría hasta obtener una masa resultante que estaría compuesta por la propia escoria, en su gran mayoría, y por pequeños nódulos de cobre. Para la extracción del cobre sería necesario nuevamente triturar esa masa, una vez enfriada, separando así los pequeños nódulos de cobre que se introducirían en los crisoles para su posterior fundición. La realización de este segundo proceso de trituración parece compartir con el anterior un mismo espacio y una misma estructura, el pavimento 13.5b, donde también parece realizarse la última fase del proceso, la fundición tal y como atestiguan las abundantes gotas de mineral calentado y la presencia de crisoles. Culminando el proceso llegamos al momento de verter el mineral calentado en los moldes y conseguir con ello la pieza deseada. En este caso sabemos que este proceso de vertido se realizó también en este mismo espacio porque no solo contamos con los mencionados moldes (moldes de punta de flecha, de lingotes, barritas, etc.) sino también con las gotas de cobre y con los productos finales, los objetos metálicos. Entre ellos encontramos dos puntas de flecha, una de ellas con pedúnculo y aletas largas (más otra localizada en el nivel superficial) y un puñal con dos remaches, localizado en las cercanías del muro de cierre (13.2).

Como podemos comprobar, en un espacio relativamente pequeño hemos podido reconstruir toda la secuencia productiva de esta actividad. Sin embargo, este espacio no sólo estuvo destinado a esta actividad sino que en su análisis podemos documentar otro

conjunto de restos culturales relacionados sobre todo con la preparación y el consumo de alimentos. Concretamente, sobre el mencionado pavimento localizamos entre otros elementos los restos de tres orzas y dos ollas de mediano y pequeño tamaño, una de ellas presenta sus paredes muy irregulares (tecnológicamente es muy imperfecta) y fondo plano mientras que una segunda tiene el fondo convexo. Junto a estas ollas localizamos dos tapaderas de pizarra recortada y abundantes restos de animales entre los que se encuentran restos de caballo, vaca, ovis, cerdo, ciervo (mayoritariamente responden a astas de ciervo), conejo y perro.

Las partes anatómicas más consumidas por los habitantes de este espacio social fueron las zonas apendiculares mientras que las zonas más afectadas por procesos antrópicos, exclusivamente cortes, corresponden principalmente a los huesos axiales (costillas y vértebras), aunque también se han documentado ejemplos en las zonas apendiculares (Sanz Bretón y Morales, 2000). El predominio de estas huellas o cortes en las partes axiales corresponden fundamentalmente a las tareas previas al fileteado de la carne para el consumo así como, probablemente, a la preparación de los huesos para un proceso de cocción. Esto nos lleva a la interpretación de que el conjunto de estos restos fueron preparados para el consumo, llegando a formar parte de los desechos o restos de cocinado. La aplicación o utilización de esta técnica del cocido o hervido de los alimentos está corroborada a través de las dos ollas documentadas. También podríamos pensar en otra técnica de cocinado como es el asado o la disposición directa de la carne sobre las ascuas, sin embargo, ésta no se puede o podemos corroborar, ya que no contamos con restos óseos que presenten muestras de haber estado durante un periodo de tiempo expuestas al fuego. Si bien, el hecho de no documentar ningún resto no quiere decir que no se practicara sino que probablemente su desecho no nos ha llegado hasta nosotros ya sea por la limpieza periódica del espacio o por la propia erosión.

El consumo de un alimento asado o cocido/hervido difiere, no solo en la textura, el sabor y gusto sino también en el modo de ser consumido. El primero no tiene porque requerir un recipiente para su servicio mientras que el segundo tipo de alimento requiere siempre un recipiente o soporte para ser servido y desde el cual ser consumido. En este caso, contamos con tres cuencos semiesféricos, uno de ellos con pequeños mameloncillos en el borde y todos ellos dotados de un buen acabado que le impregna no solo al recipiente sino al propio alimento un sentido y significado cuando menos especial. Estos elementos de consumo son de medianas y pequeñas dimensiones lo que nos indicaría un consumo individual sin embargo, en este mismo espacio contamos con una fuente honda de paredes abiertas y grandes dimensiones. Esta pudo estar relacionada directamente con el servicio de alimento o con el consumo ya que no presenta evidencias de su exposición al fuego. Las características de este elemento nos vuelven a confirmar que el tipo de alimento consumido era preferiblemente semisólido y su consumo pudo ser grupal pero a su vez individual.

La constatación de esta práctica junto con la preparación de alimento y la producción metalúrgica sobre el pavimento de lajas planas 15.5b nos vuelve a ratificar, nuevamente, nuestra idea inicial de que se consume el alimento en el mismo espacio donde se están desarrollando otras actividades y particularmente donde se está realizando la actividad metalúrgica. Esto nos está indicando la estrecha relación en primer lugar entre ambas actividades y, en segundo lugar, entre las personas que participan en ellas no

estableciéndose una distinción social en el acceso a los recursos, cuando menos no creemos en esta vivienda, donde hemos podido comprobar que la metalurgia tenía una gran incidencia en la vida cotidiana pero que a su vez se ve interrelacionada con el conjunto de las actividades de mantenimiento. En medio de estas prácticas sociales, ya sea porque se hubiese realizado en ese momento o porque se llevase puesta y mientras se preparaba el alimento o se participaba en alguna de las fases de la producción metalúrgica o se estaba sirviendo la comida o consumiendo, a estas gentes se les perdió una cuenta de collar realizada en piedra. Este elemento de adorno que generalmente suele ser más asiduo como parte del ajuar funerario su aparición en un contexto de actividad social nos acerca a los sujetos sociales (hombres y mujeres) que construyeron, que habitaron, convivieron y se relacionaron en este espacio aunque en este caso no contemos con restos óseos de ellos. Personas que se encargaron de preparar el alimento, de servirlo, de realizar actividades de la metalurgia como podría ser la selección, limpieza y triturado del mineral, personas que se relacionaron, que charlaron y sobrevivieron, como serían las mujeres de este grupo sociales. Mujeres que participaron y realizaron actividades por si solas y en compañía de otras mujeres, como la preparación de alimentos y de hombres como por ejemplo en la práctica metalúrgica, ya que recordemos que tanto transcultural como transtemporalmente estas actividades mencionadas han sido asociadas con las producciones femeninas, aunque no quiere decir que los hombre no participaran en la preparación de alimentos.

Estas relaciones personales no solo quedan circunscritas al interior del muro de fortificación sino que saltan esta barrera constructiva y trasciende hacia el exterior. Son, precisamente, el conjunto de las actividades de mantenimiento las que tienen una mayor y más clara incidencia en la organización del espacio al exterior del muro de fortificación (13.2), quedando la actividad metalúrgica escasamente representada por dos fragmentos de crisol. La funcionalidad de este espacio al exterior del poblado llama poderosamente la atención, por un lado, porque siempre se ha considerado que los trabajos relacionados con las mujeres son aquellos calificados como domésticos cuando en realidad en este caso se tratan de todo lo contrario; también se ha considerado que los trabajos preferentemente femeninos se desarrollan al interior, en zonas oscuras y sucias cuando aquí podemos comprobar que son precisamente estos trabajos los que desarrollan al exterior, pero no solo de una Unidad Habitacional sino del poblado. Y, por último, y no por ello menos importante, este característico espacio nos pone de relevancia el carácter de las actividades de mantenimiento. Estas actividades trascienden la esfera de lo doméstico y de lo privado y abarcan el conjunto de los espacios sociales que conforman cualquier sociedad desde el pasado hasta el presente.

En este espacio queda constatada la realización de la preparación de alimentos para la que utilizaron al contrario que en el interior del espacio unas ollas ovoides de fondo convexo, donde nuevamente parece ser que el aporte cárnico tuvo una gran incidencia como muestra la fuerte presencia de restos faunísticos localizados en las proximidades del bastión 13.2b donde también fueron localizados la mayoría de los elementos relacionados con el consumo de alimentos. En este caso particular documentamos cuatro cuencos, tres semiesféricos de los cuales uno presenta pequeños mameloncillos en el borde y otro de fondo plano. Los tres primeros son de pequeñas dimensiones mientras que el segundo aumenta de tamaño pero todos coinciden en presentar un buen tratamiento superficial de su cara externa mediante la técnica del bruñido. Acompañando a estos elementos de menor

tamaño se localizaron dos recipientes de mayores dimensiones, por un lado una fuente honda de grandes dimensiones y, por otro, un lebrillo de fondo plano el cual pudo estar relacionado tanto con el servicio como con la preparación del alimento ya que sus superficies externas presentan señas de su exposición al fuego. Este elemento nos recuerda en gran medida a las formas recuperadas en la casa III y IV donde ya los hemos relacionado con la exposición de los alimentos, los cuales posiblemente presentarían un mayor grado de elaboración y mayor accesibilidad al propio alimento además de permitir realizar cocciones propensas a un alto grado de evaporación del líquido. La asociación de estos elementos, podría indicarnos que los segundos elementos serían los encargados de exponer los alimentos, los cuales posteriormente, serían servidos en recipientes de menores dimensiones desde donde serían consumidos por los hombres y mujeres. Estos alimentos, al interior del espacio volverían a ser semisólidos o líquidos dadas las características de estos recipientes, ollas y restos ecofactuales entre los que no se ha recuperado ni una sola semilla de cereal. La ausencia de este elemento no quiere decir que no se consumiera, que pensamos que si se hizo y así nos lo muestra el hecho de documentar elementos cerámicos relacionados con su almacenamiento como son las grandes orzas. De éstas se han recuperado diferentes ejemplares tanto en este espacio al exterior, como al interior, siempre relacionadas con la zona de preparación y consumo de alimentos.

Unido a estos elementos en esta zona también debemos mencionar las diferentes pesas de telar recuperadas en este espacio como el punzón de hueso. Estos elementos que podríamos asociar a la realización de las actividades textiles, en este caso creemos responden más bien a la manufactura de las vestimentas que a la producción del tejido ya que el número de pesas cilíndricas (en total 2) recuperadas son mínimas, no pudiendo presuponer que se encontraron asociadas a una estructura de telar sino que en este caso pensamos que más bien se trataba de una zona de su posible manufactura, almacenamiento, mantenimiento o cualquier otra situación que no podemos reconstruir.

En este caso particular, tanto al interior como al exterior, contamos con grandes cantidades de restos faunísticos los cuales por un lado nos indican un tipo de consumo de alimentos pero por otro nos indican su desecho. En este sentido podríamos pensar dos aspectos fundamentalmente. Por un lado, que las gentes que habitaron en este espacio no realizasen una limpieza periódica pero sin embargo, en las zonas que ha sido posible documentar el suelo de ocupación, este se ha localizado limpio de desechos. Por otro nos puede indicar que este espacio fue abandonado relativamente pronto desde el último momento en que se consumió alimento en su espacio. Pero también puede indicarnos otro aspecto que podríamos relacionar con el hecho de encontrarse ligado (en cierta medida) a la estructura hidráulica. Es decir, nuestro planteamiento consiste en que este espacio pudo tratarse de una zona anexa a la gran cisterna quedando intermedia entre ésta y la siguiente Unidad Habitacional que podría extenderse hasta el choque con la casa VI al sur y que arrancarían desde el CE Vb. Sin embargo, al no contar con los resultados de la excavación al sur de este espacio, no estamos en disposición, como investigadoras, de realizar ninguna valoración hasta que podamos contar con los restos materiales que avalen nuestras hipótesis.

En resumen, en este espacio no solo contamos con espacios compartidos tanto a nivel funcional como relacional sino que además es importante reseñar la dimensión que en

este caso alcanzan las actividades de mantenimiento conformándose como actividades externas y no internas, lo cual implica que todos los espacios sociales de un poblado son sociales porque son productos de la acción humana y de sus interrelaciones.

V.3.7. UNIDAD HABITACIONAL VI

V.3.7.1. Presentación

El Grupo Estructural VI es, hasta el momento, el que mejor se ha definido dentro del poblado de Peñalosa ya que ha sido objeto de una excavación casi completa en extensión y profundidad. Esto nos ha permitido alcanzar un buen conocimiento de la organización estructural de esta unidad de habitación. Esta casa destaca en el conjunto del poblado no sólo porque ocupa una posición central en la ladera norte, sino que además es una de las de mayor tamaño documentadas hasta el momento. En su interior se han podido definir áreas de carácter doméstico y de producción y un espacio funerario central alrededor del cual gira toda la organización espacial del GE.

Como señalamos, esta casa se sitúa en la Terraza Media y ha sido excavada casi en su totalidad, con excepción de la zona de entrada, al oeste. Está limitada al norte por el Grupo Estructural V y al sur por el gran muro defensivo de la fase IIIB que le sirve de pared trasera y que a su vez constituye el muro delimitador entre este GE y el nº VII. Al este, siguiendo la tradición de las casas inferiores, está delimitado por el muro defensivo de cierre, mientras que al oeste observamos la existencia de una calle que pone en contacto las distintas terrazas (Inferior y Superior).

Esta casa presenta una superficie documentada arqueológicamente que supera los 84 m². Su forma más o menos rectangular (presenta los extremos de los muros redondeados) y alargada conforman un Grupo Estructural de una gran complejidad urbanística, totalmente adaptado al sentido de la pendiente del cerro, con su eje en dirección este-oeste. Su construcción es originaria de la última fase (IIIA) de ocupación de la Edad del Bronce, momento en que se producen una serie de reestructuraciones urbanísticas y se desarrolla el avance del poblado hacia la parte más baja de la ladera norte.

La construcción de esta casa se llevó a cabo a partir de la construcción de los diferentes muros de aterramiento que van delimitando diferentes espacios sociales. En el extremo oriental de esta casa, la articulación de los CE VI_f y VI_g es de los más interesantes documentadas en Peñalosa, comenzando por el mismo origen del gran muro de aterramiento 6.1 (que corresponde con el 22.2 del GE VII) que sirve de pared trasera a ambos complejos. Se trata del muro de cierre original de la fase IIIB del poblado sobre el que apoyará la techumbre de los primeros complejos estructurales de la ampliación de éste, durante la fase IIIA. A su vez, sobre él se erigirán los muros delanteros de la terraza inmediatamente superior en la que también tendrán lugar transformaciones en esta última fase del poblado de la Edad del Bronce. Por su parte, en el extremo norte será el muro defensivo que en esta casa corresponde con la estructura 6.3, que prosigue hacia el noroeste con la 15.2 y finalizada con la 15.3, los encargados de cerrar su espacio al norte, aunque, siguiendo con la tónica de esta ladera, su extremo más occidental no ha sido posible detectarlo debido al alto grado de erosión que presentaba.



Figura 54. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).



Figura 55. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).

Uno de los objetos primigenios de la excavación sistemática del poblado de Peñalosa, se fundamentaba en realizar una primera valoración del estado real de los depósitos de este yacimiento que habían permanecido casi permanente bajo el agua y observar en qué medida habían sido afectados por las alteraciones que este medio puede producir. Asimismo, también interesaba realizar el análisis de las condiciones deposicionales de los ítems arqueológicos y las modificaciones que éstos han podido tener tras su deposición ya que estos factores post-deposicionales son los que más habrían podido incidir en su proceso de conservación. Para tales efectos, en la campaña de excavación realizada durante los meses de octubre y noviembre de 1986, se planteó un sondeo estratigráfico en la ladera norte, denominado corte 3, en un área donde era presumible poder analizar con detalle todos los datos anteriormente expuestos, así como, para responder a la necesidad de conectar secuencialmente los niveles de aterrazamiento de esta Terraza (explicados en el apartado correspondiente) y poder determinar su posible funcionalidad y compartimentación como espacio construido y social.

Este corte 3 se ubica en lo que posteriormente será denominado como CE VI_f, la zona más oriental de esta casa. Sus dimensiones de 22 x 3 m. y orientado de norte-sur simulaban una gran trinchera que al final terminaba por recorrer toda la estancia VI_f y se prolongaba hasta la casa siguiente, el Grupo Estructural VII. Éste, a su vez, se subdividió en varios sectores atendiendo a los diversos sistemas de aterrazamiento detectados en esta terraza durante la limpieza superficial a la que fue sometida en primer lugar. De esta manera el corte 3 quedaba dividido de la siguiente forma: un sector D que ocuparía la zona más meridional del mismo y que comprendería el interior del gran sistema de aterrazamiento al sur y el sector E que ocuparía la zona central del corte y que correspondería con los diversos aterrazamientos de menor envergadura, y que se adaptan orgánicamente a los anteriores. Ambos fueron objeto de una intervención superficial hasta alcanzar la masa de derrumbes de piedras, pretendiendo con ello completar la planimetría del sector así como dejar este espacio preparado para ser objeto de una excavación sistemática y en extensión en futuras intervenciones (Contreras *et al.*, 1985). Con esta primera intervención ya era apreciable por un lado, el buen estado de conservación de los depósitos arqueológicos y, por otro, la complejidad constructiva y funcional que presentaría esta casa.

En la siguiente campaña, llevada a cabo durante los meses de agosto y septiembre de 1987, se procedió a la ampliación del corte 3 hacia el oeste para completar su excavación en extensión y en profundidad a través de una metodología de carácter microespacial, mientras que su extremo este se mantendrá como testigo hasta la campaña de 1989. El espacio que llegaría a ocupar este corte es de 32 m² acogiendo así toda el área delimitada por los grandes muros de aterrazamiento que cerraban al exterior un espacio rectangular. Esta área pasó a denominarse en este momento corte o sector 6 (que incluirá el CE VI_f y VI_g). Manteniendo los mismos sistemas de trabajo anteriores, durante esta tercera campaña se prepararon dos nuevas áreas de excavación en línea con los trabajos anteriores. La primera, en la zona más occidental de esta Terraza Media y, concretamente, de esta misma casa. Nos referimos a la gran zona de excavación o corte 8. Éste presentaba similares características al anterior (Corte 6), si bien, es de menores dimensiones, unos 22 m². Aunque, igualmente es rectangular y tiene su eje de este-oeste. Entre ambos espacios

(Corte 6 y 8) apareció tras la limpieza y la retirada de los niveles superficiales una nueva construcción de forma cuadrangular con las esquinas redondeadas, pero de menores dimensiones que los dos casos anteriores (3 x 3 m.) y que se adosa al gran muro longitudinal que separa las dos grandes terrazas (Media y Superior). En principio, este tipo de estructura se pensó que respondía a una función de carácter defensivo o bien un refuerzo al gran muro longitudinal, pero como veremos más adelante su funcionalidad dista mucho de estas primeras hipótesis. Su estudio en profundidad y en extensión no será atajado hasta etapas de investigación posteriores y su análisis se realizara en el momento que nos ocupemos de la Casa VII, ya que, tras su excavación, este espacio quedó enmarcado en esta casa, al sur del GE VI. Así, los trabajos en esta segunda campaña se centraron en los dos primeros recintos.

Durante la campaña de excavación de 1989 (de julio a septiembre) la intervención se centró en esta misma Terraza y, por extensión, en la casa VI. Ésta tuvo como finalidad la documentación de aquellas zonas que no habían sido definidas en campañas anteriores y la obtención de un registro completo de las distintas unidades estructurales que se desarrollan en esta zona de la ladera norte. Así, se definen dos nuevos sectores o cortes estratigráficos, el 15 y 13. El primero de ellos ocupa un amplio espacio de aproximadamente 80 m² y se localiza entre los complejos estructurales de los cortes 6 y 8. Al sur está delimitado por la estructura absidal (anteriormente referida) mientras que al norte su delimitación se produce por un nuevo muro de aterrazamiento. El segundo de los cortes, con unas dimensiones máximas de 15 x 10 m., quedó planteado en el extremo noroeste al exterior de la Terraza Media, ocupando una zona muy erosionada por el efecto de las aguas del embalse que han provocado la destrucción de las diferentes estructuras y el relleno arqueológico que contenía.

Es también en esta Casa VI donde por el momento hemos podido determinar una mayor complejidad en la articulación de los CE que incluye y que hemos adscrito en su totalidad a una única vivienda (Unidad Habitacional VI) cuyo cierre al oeste no ha sido documentado a lo largo de las diferentes campañas realizadas hasta el momento. Son las conexiones a través de “estrechas puertas y sinuosos pasillos” entre los CE VI f, VI a y VI h las que definen esta unidad junto con la realización en un momento más avanzado del CE VI c, destinado a un uso exclusivamente funerario como estructura verdaderamente monumental (Contreras, 2000: 274-176).

La Casa VI presenta diferentes recintos definidos tanto estructural como funcionalmente pero articulados entre sí manteniendo el sentido de unidad y solidaridad familiar a través de sus conexiones internas, a través de puertas y pequeños pasillos. Éstos serían, en el extremo oriental encontramos el CE VI f y g, el espacio central lo ocupan los CE VI a, b, c, e y d y por último en su extremo occidental, encontramos el CE VI h. Cada uno de estos espacios presenta unas características propias y definidas.

La unidad habitacional VI destaca por presentar una gran compartimentación interna, definida principalmente por el carácter funcional de la misma originando varios espacios perfectamente separados, aunque en un mismo espacio, estancia o complejo tengan lugar el desarrollo de diferentes actividades de forma conjunta y transversal, tal y como veremos en el desarrollo de este trabajo. La división espacial, estructural y funcional

de esta zona queda establecida de la siguiente manera: en la parte oeste, encontramos la entrada o vestíbulo (CE VIe), en la zona central se definen varias zonas de actividad productiva (CE VIb, d y h) junto con un espacio funerario cerrado (CE VIc), y, una zona de pasillo (CE VIa) que da acceso a la zona oriental donde se alza una gran área doméstica con dos ámbitos separados (CE VI f y g) (Contreras y Cámara, 2000: 274-132).

V.3.7.2. Secuencia Estratigráfica

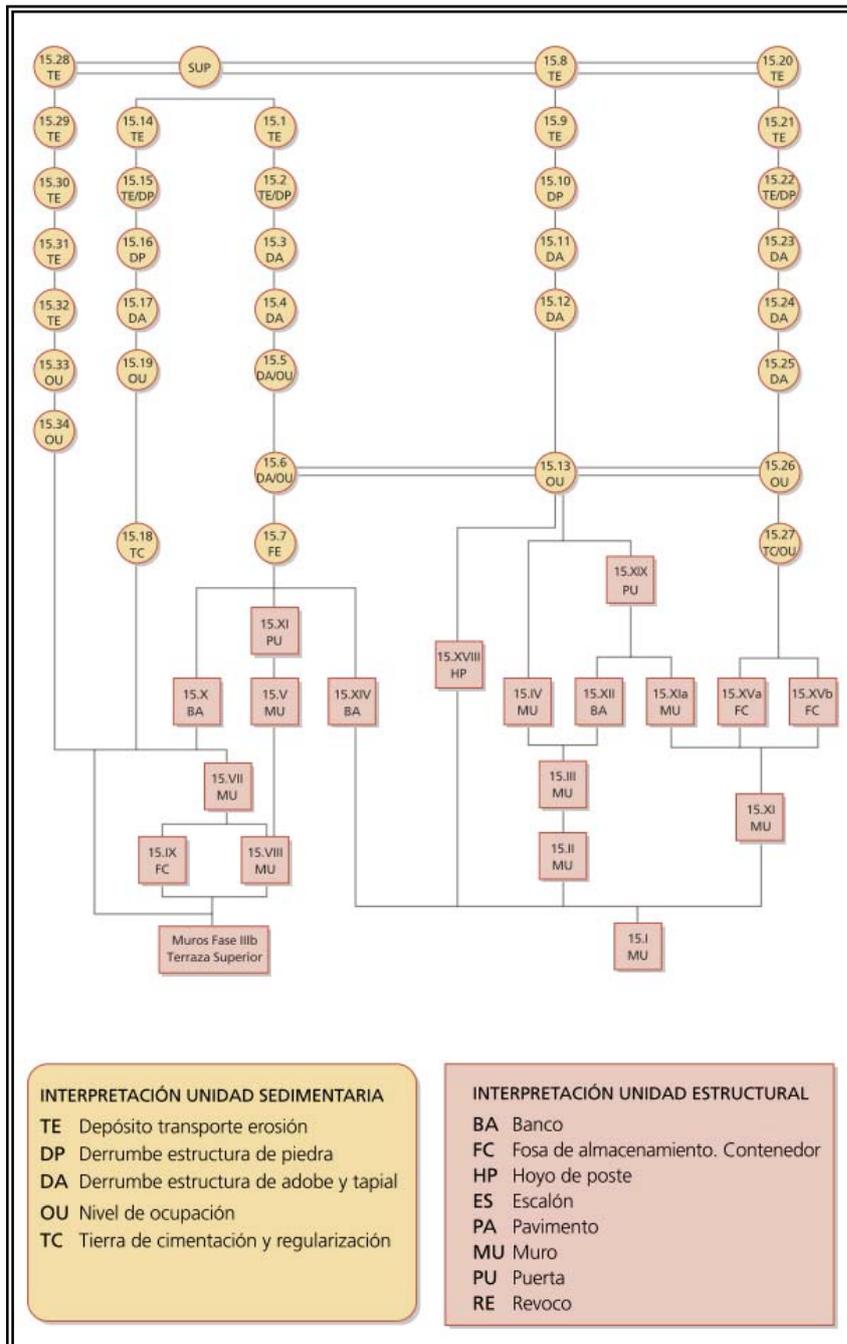


Figura 56. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VIa, b, c, d y e (Proyecto Peñalosa).

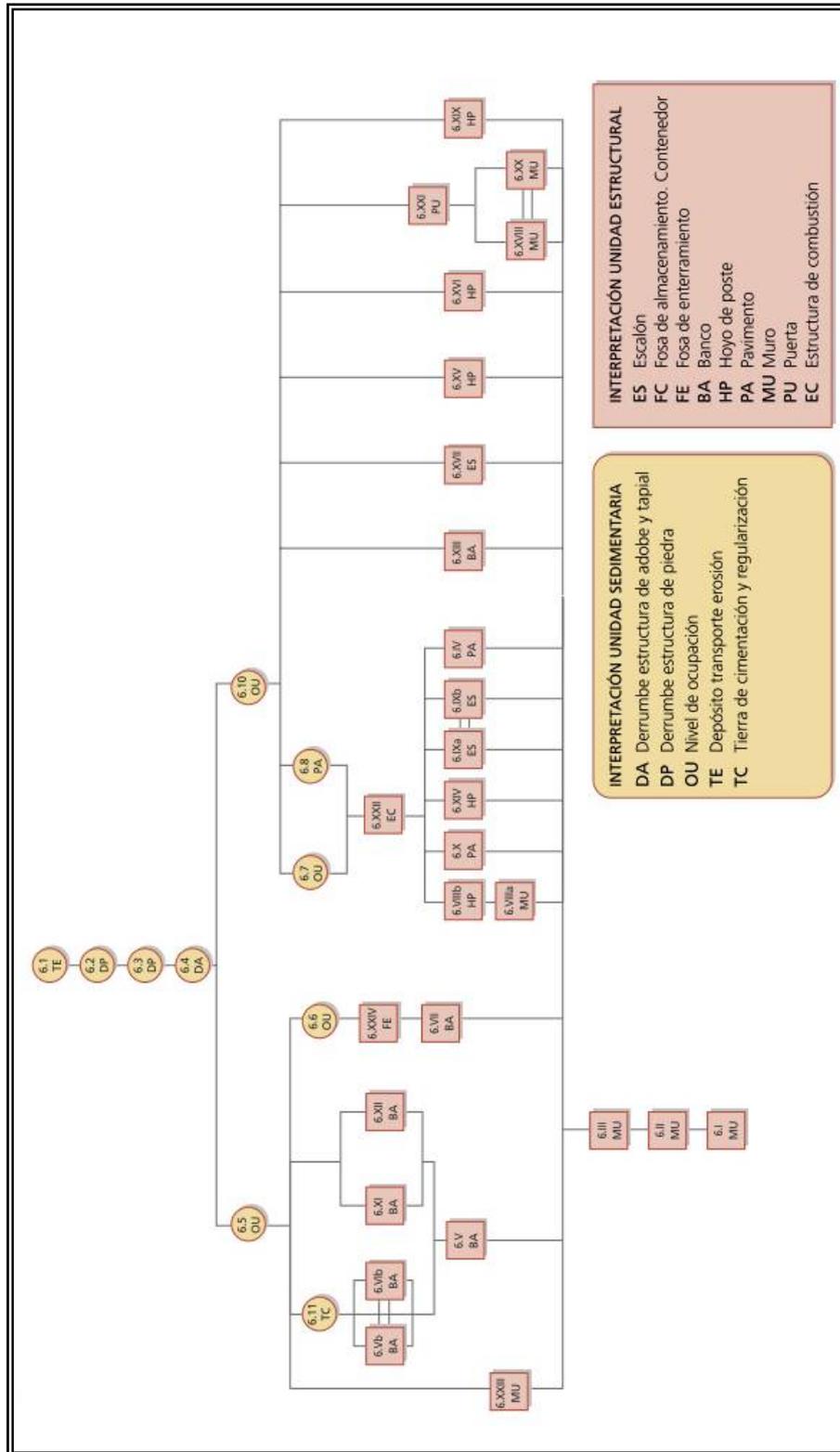


Figura 57. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VI f y g (Proyecto Peñalosa).

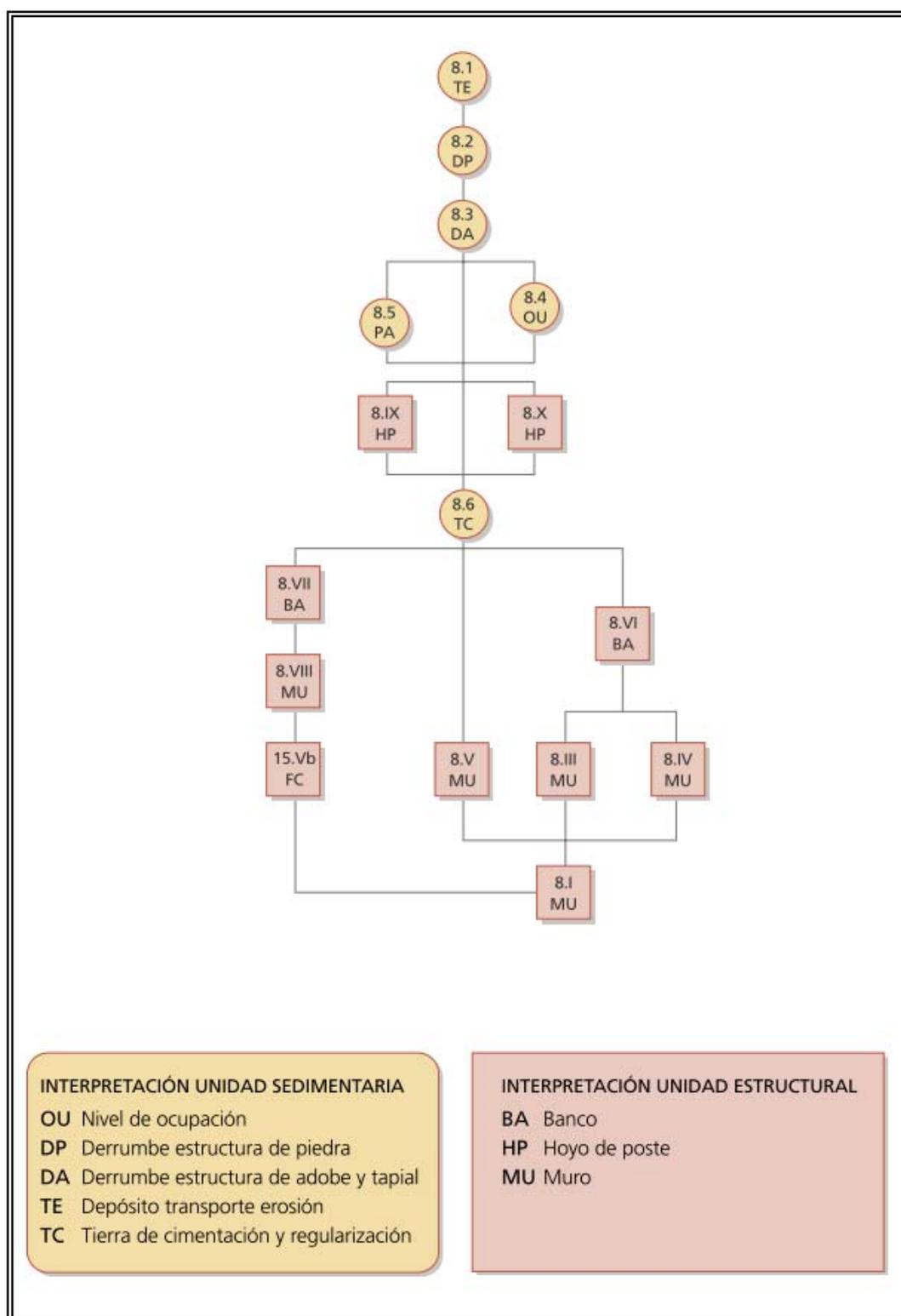


Figura 58. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VIh (Proyecto Peñalosa).

V.3.7.3. Complejo Estructural VIa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)



Lamina 120. Vista general del pasillo y Complejo Estructural VIa (Proyecto Peñalosa).

Este primer Complejo Estructural no se corresponde con una unidad de habitación tal y como se considera, sino que se trata de una zona de paso, pasillo o vestíbulo interno totalmente cerrado. Esto no quiere decir que no se trate de una zona de producción, de habitación y como no, de relación, como veremos en el desarrollo de su análisis. Se localiza en la zona central de esta casa, concretamente, en su parte más oriental, siendo el que directamente comunica con los, CE VI f y g. Sus coordenadas exactas UTM son las que siguen, 42.10-47.20 x; 78.30-83.10 y; 16.07-18.30 z. y su relación en metros cuadrados es de 7,28. Presenta una forma ligeramente trapezoidal con una orientación noroeste-sureste (Lám. 120).

Los límites de este complejo estructural están bien marcados al sur ya que el bastión de la fase IIIB forma la pared trasera del CE VIa durante la fase IIIA. Al norte también está bien delimitado por la estructura 15.1 y por la que se adosa a ella (15.11), mientras que al este la puerta 6.21 y sus jambas (6.18 y 6.20) lo separan del CE VIg. Al oeste los límites son más imprecisos, especialmente, con respecto al CE VIc del que solo le separa el escalonamiento 15.6. Al norte de este último, el estrechamiento producido entre las estructuras 15.5a y 15.11 da paso al CE VIb a través de lo que se ha denominado estructura 15.20.

La investigación de este espacio comenzó el día 27 de Julio de 1989 y finalizó durante la cuarta campaña de excavación en 1991. Desde un primer momento se denomina dentro del sistema de nomenclatura referida para la recogida del registro arqueológico como subsector A del sector 15 de Peñalosa. Su definición como subsector del sector 15 se determinó tras la realización de la limpieza superficial hasta alcanzar los primeros niveles de derrumbe de todo el área o corte 15 (recordar que ocupa toda la zona central de la casa con una superficie superior a los 80 m²). Con estos primeros trabajos se pudo observar que en este espacio quedaban bien definidas cinco zonas de excavación, denominadas 15A, B, C, D, y E. Cada una de ellas mantenía la disposición longitudinal de las terrazas a las cuales se adaptaban.

Este Complejo Estructural 15a fue excavado a nivel microespacial. Tras alcanzar los niveles superiores de los derrumbes de piedra (US 15.3), las características que éstos presentaban junto a los niveles de esterilidad de los estratos superficiales ya nos planteaban el hecho de que nos encontrábamos ante un espacio totalmente cerrado y sellado que no se había visto afectado por los embistes del pantano. Al oeste de este espacio se trazó el perfil estratigráfico (S1). Su trayecto es perpendicular a los dos grandes muros de aterramiento que definen este espacio al norte y al sur (15.1 y 15.5, respectivamente) y a las terrazas, pasando en su trayectoria por un banco existente al sur (15.10). El valor de este perfil estriba en poder establecer desde los momentos iniciales de los trabajos la correlación estratigráfica con el centro de la estancia o sector 15 así como permitir poder valorar los niveles de conservación de este espacio.

Los primeros trabajos se concentraron en el extremo oriental donde se llevó a cabo una excavación en profundidad y con carácter microespacial a través de alzadas artificiales de 10 cm. de cada uno de los niveles sedimentológicos detectados y documentados hasta la llegada al suelo de ocupación. En este momento, los trabajos se extendieron hacia el oeste, para proceder a la excavación en extensión y sistemática de todo el área, de tal manera que al final de los trabajos se alcanzara el nivel de ocupación de extensión con el objetivo de realizar una interpretación conjunta de la contextualización y sus relaciones espaciales. Durante el transcurso de la intervención se realizaron plantas de dispersión de artefactos y ecofactos por unidades sedimentarias hasta llegar a los suelos de ocupación. Asimismo, se tomaron muestras sedimentológicas y edafológicas de todas las Unidades y del contenido interno de los recipientes descubiertos, así como de aquellos lugares que presentaban la posibilidad de relacionarlos con una actividad en concreto. Por último, se excavó el suelo de ocupación hasta la roca con el fin de documentar tanto las fases anteriores como las posibles sepulturas existentes bajo los suelos de las casas.

En todo momento, los trabajos se han visto acompañados de un conjunto de fichas de campo y laboratorio diseñadas por el Grupo de Investigación GEPRAN (Universidad de Granada).

La formación de este espacio en la fase IIIA debió correr paralela a la de los Complejos Estructurales VI_f y VI_g a los que sirve de vestíbulo. Sin embargo, la disposición de la estructura 15.1 muestra que en términos constructivos ésta sucedió en el tiempo a la 6.3 y, a su vez, precedió a la 15.11 de manera tal que la secuencia muestra un alargamiento progresivo del pasillo. Para evitar pensar que hubiera un lapso de tiempo más o menos amplio entre cada uno de estos momentos constructivos hay que tener en cuenta también la disposición de las estructuras 15.2 y 15.3, que suceden a la 15.1. Sólo en el caso del CE VI_c podría hablarse de una construcción en momentos avanzados de la vida de la casa, aunque no existen pruebas estratigráficas para ello.

La construcción de cada una de las estructuras que conforman el espacio del CE VI_a es el resultado de una serie de decisiones conjuntas de sus habitantes. Como ya hemos explicado en el párrafo anterior, es la estructura 15.1 la primera que debería definir estructuralmente este espacio. Con respecto a ella podemos decir, que se trata de un muro de forma rectangular con un engrosamiento al este. Consta de una sección de 50 cm. (al oeste) a 1 m. (al este) de espesor. Fue construido por grandes lajas de pizarras dispuestas horizontalmente y trabadas con barro compacto de color rojizo. Esta estructura es el muro norte del sector A al cual se adosa, por el este al muro de aterrazamiento de los CE VI_f y g (6.3) mientras que en un momento posterior se le añade una nueva estructura en su extremo oeste, la 15.11.

La 15.11, se trata de un pequeño banco que, a continuación y anexo al muro 15.1, forma la puerta 15.20 de acceso desde el oeste al CE VI_a desde el CE VI_b conectando así con todo el extremo occidental de la casa. Con la idea bien marcada de mantener la armonía arquitectónica de la casa, esta estructura es similar a la anterior, de forma rectangular formada por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente y trabadas por barro endurecido. Tal es la preocupación por mantener el equilibrio de la construcción interna de este espacio, que este muro continua con el estrechamiento ya avanzado en el extremo oeste de la 15.1, no superando su sección máxima los 45 cm. de espesor. Aunque, su entidad como su altura máxima dista en gran medida de la anterior, ya que se han conservado sólo seis hiladas de piedra.

Al sur, ya hemos comentado que queda limitado por la estructura absidal denominada 5.A de la casa VII.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

A nivel estructural, los elementos interiores son los que tienen quizás más trascendencia a la hora de interpretar la función y su articulación espacial con el resto de la casa. El espacio interior queda organizado a través de un estrecho pasillo flanqueado por

dos bancos paralelos (15.10 y 15.14). El primero es un banco corrido que queda al sur, construido a base de grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente adaptadas perfectamente a las irregularidades de la roca natural (escalón de roca) creando una amplia plataforma de entre 60 cm. x 90 cm. Su sección es rectangular aunque la parte oeste es más amplia, rematando en forma redondeada (adaptándose perfectamente a la forma de la estructura 15.5) (Contreras *et al.*, 1991: 231; Contreras, 2000: 274-132). Como veremos posteriormente, no solo tendrá una funcionalidad determinada por su carácter como banco corrido en el apoyo para el desarrollo de numerosas actividades, sino que también, parece ser que fue utilizado como sustento de las vigas que techarían este espacio. Vigas que se levantarían sobre el banco de roca y se apoyaría en el paramento de la estructura 15.5.

El segundo de ellos, se alza en la zona norte junto a la puerta de acceso al CE VI f y g. Sus características constructivas son bien diferentes respecto a la anterior. Se trata de un pequeño banco adosado al muro norte (15.1), formado por grandes bloques de arenisca (en la base) sobre los que se disponen unas hiladas (dos hiladas) de lajas de pizarras totalmente horizontalizadas y trabadas con barro endurecido de color rojizo. Su sección es de 40 cm. x 80 cm. y su forma es prácticamente rectangular al menos en dos hiladas.

c) Análisis Contextual (Fig. 59)

El primero de los niveles sedimentarios documentados, US 15.1 se corresponde con la tierra de aluvión depositada por las crecidas del pantano, compuesta por una tierra arenosa muy suelta con abundantes restos de piedras. El segundo, por su parte, se corresponde con la parte superior de los derrumbes de piedras formado por la caída de las estructuras de pizarra situadas al sur. Este nivel buza en sentido sureste-noroeste, como consecuencia del proceso erosivo del pantano y de la inclinación de la ladera en esta área, lo que le ha ocasionado la falta de restos arqueológicos de cultura material. Lo que resulta perfectamente explicable teniendo en cuenta que la cercanía de los muros que lo delimitan ha evitado que la acción del pantano sobre los derrumbes fuera tan intensa que modificara la disposición del material revolviendo las capas superiores de éstos. Sólo en el nivel inferior del derrumbe de piedras (US 15.3) hemos encontrado algunos restos. El carácter y composición de éste se define por una tierra arenosa de color marrón claro con escasas piedras. En cuanto a su genética, por tratarse de un barro rojizo posiblemente proceda del revoco de los muros 15.1 y 15.10. Entre los escasos restos materiales recuperados debemos señalar, la presencia de abundantes restos de fauna, fundamentalmente, ovicápridos (nº 15.004 y 15.019), un elemento en piedra pulida, un alisador de medianas dimensiones (nº 15.024) (Fig. 61: 8), un fragmento de una gran orza ovoide con decoración el borde a base de incisiones (nº 15.003-3) y los restos de una posible fuente carenada con impresiones cortas en “zig-zag” sobre la línea de carenación (nº 15.031) (Fig. 66:5), siendo éste un motivo que se repite en algunas casas de Peñalosa. Por último, apuntar la recogida de un crisol plano con pico vertedero (nº 15.013), localizado sobre el banco corrido 15.10, mientras que el resto de la cultura material recuperada se concentraba íntegramente en la zona occidental del pasillo.

Bajo la unidad anterior documentamos la US 15.4., la cual se corresponde con la capa superior del derrumbe de adobes y tapial. Mantiene la misma geometría que en el nivel anterior (capa buzada en dirección sureste-noroeste). Presenta una composición granulosa de color marrón oscuro, con abundantes trozos de pizarra con una estructura bastante homogénea. Este nivel se genera por la caída tanto de la techumbre como de las paredes del bastión de la fase IIIB y la estructura 15.1, de ahí que se hayan podido recuperar numerosos restos de material de construcción y revoco (nº 15.008). Como en el caso anterior, los restos de cultura material que presentan son también escasos, aún así debemos destacar un fragmento de pizarra grabada con espirales (nº 15.028) (Fig. 68: 10), localizada en el centro del banco 15.10. Junto a este elemento encontramos, un vaso carenado de forma indeterminada (nº 15.025) y una orza de grandes de perfil ovoide, y grandes dimensiones con decoración en el borde (nº 15.015 y 15.021), esta última en el extremo más oriental del banco 15.10. Por último destacar, los restos de una posible vasija horno (nº 15.026) y mineral de cobre (nº 15.035) como también nuevos restos de fauna (nº 15.008 y 15.022).

En el extremo contrario, la parte más occidental de este pasillo, también encontramos restos materiales, como una mano de molino (nº 15.027) (Fig. 61: 6) junto a los fragmentos de un vasito carenado (nº 15.021.-1) y los fragmentos de mineral de cobre (nº 15.043).

Naturalmente, la capa inferior del derrumbe de adobes entra en contacto con el suelo y por ello incluye en su matriz recipientes procedentes de éste, por lo que merece la pena tratar juntas las US 15.5 y 15.6. La primera de ellas es un lentejón de tierra arcillosa, muy suelta y sin piedras de color anaranjado con un buzamiento sur-norte. Mientras que la segunda solo difiere de la primera en su composición. Ésta es arcillosa de color marrón oscuro, de estructura compacta y con abundantes restos de materia orgánica (carbón) (nº 15.036, 15.041, 15.056, 15.081 y 15.088). Los restos de mineral de cobre son tan abundantes que se distribuyen por toda la superficie del pasillo (en sentido este-oeste) (nº 15.037, 15.045, 15.071 y 15.074), llegando a impregnar las propias estructuras internas (nº 15.061 y los restos de posible mineral de cobre calentado (nº 15062) sobre la estructura 15.14) (Moreno Onorato, 2000: 218-15).

La mayoría de los crisoles recuperados son hondos (nº 15046 y 15047) y se sitúan sobre la estructura 15.10 al igual que el crisol plano completo con pico vertedero (nº 15.013) mencionado anteriormente y los fragmentos de otros (nº 15.085 y 15.094) (Fig. 69: 9), también sobre la misma estructura. En relación con ello hay que señalar los restos de adobes, pertenecientes tal vez a un horno (nº 15.079 y 15.084), situados al sureste de la estructura 15.14 (Contreras, 2000: 274-140).

También contamos en esta zona y, junto al mineral (nº 15.080 y 15.072), con los restos de moldes en piedra arenisca que debieron servir para la confección de hachas. Uno de ellos presentaba los negativos de tres de estas hachas confeccionando un triple molde (nº 15.058) (Fig. 69: 13) y un fragmento más de un posible molde de hacha (nº 15.053) (Fig. 69: 15). Un rasgo interesante para la futura interpretación de este espacio es la existencia entre las estructura 15.10 y 15.14 (en el extremo oriental) de un gran molino (nº 15.078) con restos de mineral en su parte superior y en relación directa con los restos de mineral

anteriormente referidos (Moreno Onorato, 2000: 218-15) y un alisador (n° 15.057). Junto a estos moldes y el muro norte (15.1) se documentó una gran concentración de huesos de fauna.

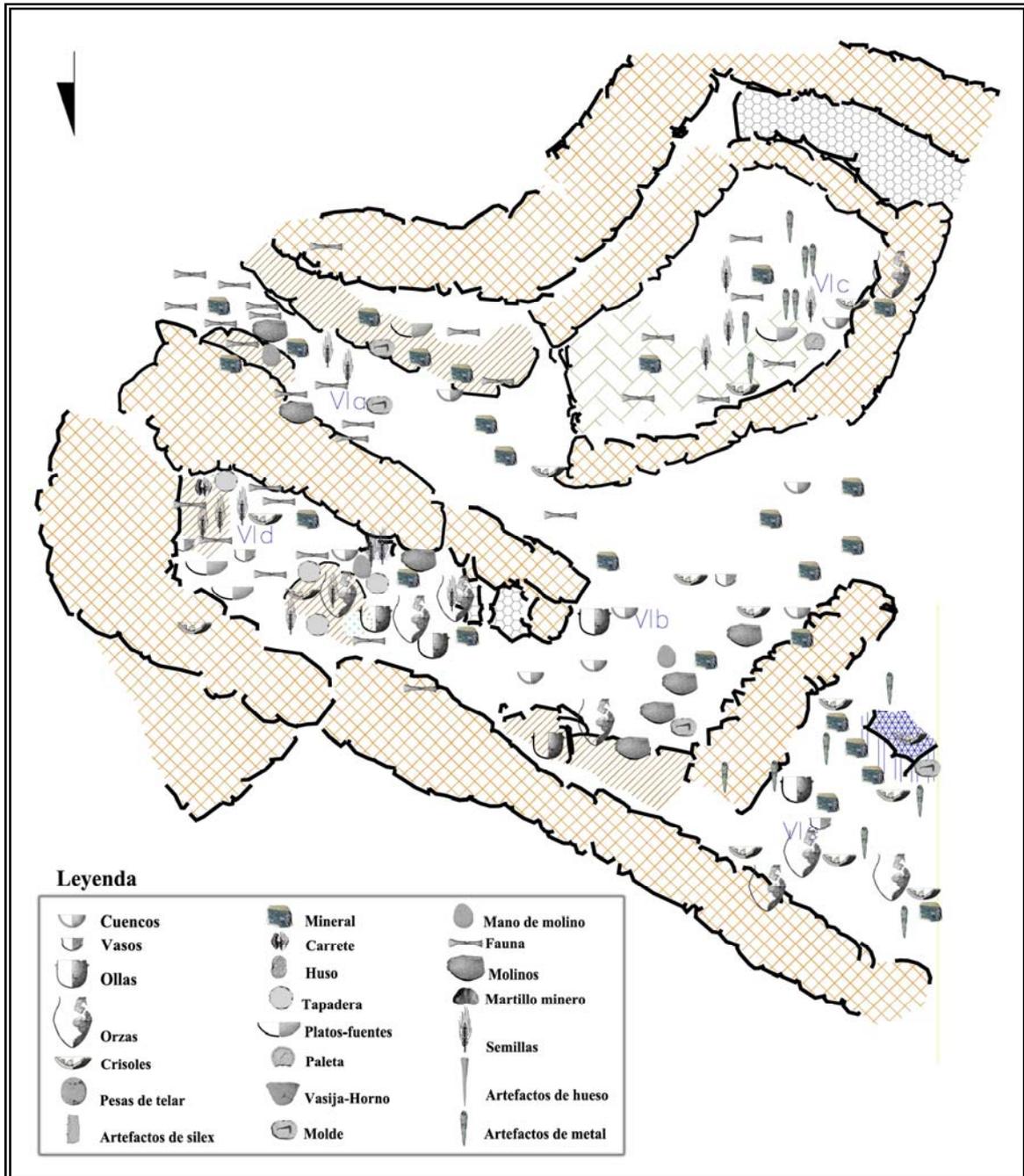


Figura 59. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VIa, b, c, d y e.

Por su parte, en cuanto a los recipientes cerámicos de tamaño medio y grande relacionados con la transformación y procesado de alimentos se concentran sobre el banco 15.10. Concretamente, en el ángulo sureste de este espacio. En el extremo más oriental del banco 15.10 se documentó colmatada una gran orza (15.035 y 15.069) de perfil globular y fondo plano de grandes dimensiones con mamelones y borde decorado con impresiones. En el momento de su localización se encontraba partida por la mitad esparciendo su contenido interno, compuesto por abundantes restos carpológicos (nº 15.033-1) y restos de fauna (nº 15.033-2), por el espacio utilizado como pasillo mezclándose con trozos de restos de mineral de cobre bruto (nº 15.033-3). Todo parece apuntar que esta gran orza encajaba perfectamente en el extremo este del banco 15.10 dispuesta sobre el banco rocoso. En las inmediaciones a ésta, se halló sobre el suelo del pasillo una gran olla ovoide de perfil ovoide y de paredes abiertas (nº 15.091), con elementos de sujeción, dos mamelones y decoración incisa en el borde. Junto a ésta, se localizó también el borde de una nueva olla que conserva las huellas de los mamelones a los lados (nº 15.048). Algo similar ocurre con la gran orza ovoide de borde marcado provisto de decoración incisa (nº 15.059) (Fig. 62: 1), sobre la que podemos apuntar que en su estado natural debió situarse sobre el banco 15.10, posiblemente, en la zona central, ya que en el momento de su localización se encontraba totalmente fragmentada en el suelo del pasillo y, sobre éste, esparcido su contenido compuesto por abundantes semillas (nº 15.064-1 y 15.065-1).

Por último, sobre el banco 15.10, debemos destacar también el hallazgo de al menos dos recipientes cerámicos más, relacionados con otras actividades como el servicio y consumo de alimentos. El primero de ellos es un pequeño cuenco semiesférico de paredes abiertas localizado en el centro de esta estructura, mientras que el segundo es un vaso carenado, igualmente, de pequeñas dimensiones. Este último estaría relacionado con la gran orza ovoide (nº 15.059).

Como podemos observar, los recipientes vinculados con la preparación, transformación y consumo de alimentos se concentran entorno a la estructura 15.10, mientras que los elementos asociados con el banco 15.14 son mayoritariamente, elementos relacionados con la producción metalúrgica. Si bien, ambas actividades comparten un mismo espacio y, como hemos apreciado en este análisis, comparten estructuras y cultura material.

Hay que señalar la aparición de elementos en el registro arqueológico que son importantes a la hora de realizar una interpretación de las actividades que se efectuaron en este espacio. Nos referimos a la recuperación, entorno a este espacio del CE VIa y en las proximidades de la estructura 15.10, de gran cantidad de fragmentos de fauna (nº 15.044, 15.051, 15.054, 15.060, 15.066, 15.073, 15.074-2, 15.082 y 15.092-2), entre los que destacan los restos de vaca, ovicápridos, caballo, ciervo y cerdo; y una gran variedad de restos carpológicos (nº 15.072-2, 15.074-1, 15.074-1b, 15.076, 15.083-1 y 15.092-1), trigo, cebada, avena, lino y habas, aunque de entre todas sobresale, la cebada. Un hecho relevante del excelente estado de conservación del CE VIa fue la aparición de un tapón de corcho (nº 15.086) (Contreras, 2000: 274-140). Este elemento parece relacionarse con alguna de las grandes orzas como tapadera.

Por su parte, la US 15.7 es una capa de adobe de textura arcillosa y estructura compacta de color anaranjado de unos 10 cm. de grosor aproximadamente. Parece haberse formado por la descomposición de adobes aunque también parece estar asociada a los niveles de ocupación como revoco de los bancos de molienda y como nivel de nivelación de la roca. En éste, predominan los restos de mineral de cobre (nº 15.064, 15.071, 15.095 y 15.097) junto con algunos amorfos cerámicos con gotas de cobre, situados sobre la estructura 15.10 (nº 15.094).

V.3.7.4. Complejo Estructural VIb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)



Lámina 121. Vista general de las estancias VIb y d (Proyecto Peñalosa).

Este complejo estructural ocupa la zona más septentrional de la Terraza Media. Se alza en el área central de la casa VI con unas coordenadas UTM de 46.90-50.50 x; 81.30-85.86 y; 17.30-19.60 z. Tiene forma trapezoidal abarcando una superficie de unos 15 m² y se orienta en sentido oeste-este dentro de la terraza (Lám. 121).

Como el resto de Complejos Estructurales referentes al corte 15 de esta casa VI los trabajos se iniciaron con la tercera campaña de excavación del poblado de Peñalosa durante el verano de 1989. Esta área presentaba un lamentable estado de conservación a causa del fuerte proceso erosivo del embalse, debido al hecho de encontrarse en la zona central de la

casa y por estar probablemente descubierta, no contando con estructuras que resguardasen su espacio interior. Aún los investigadores a cargo de realizar los trabajos de excavación mantuvieron los planteamientos metodológicos trazados para la excavación del conjunto de esta casa y en sí para el conjunto del poblado. Por ello, este espacio ha sido acometido a través de una excavación a nivel microespacial, en extensión y en profundidad, realizando toda la recopilación informativa de su registro arqueológico en el sistema de fichas ideado por el grupo de investigación, GEPRAN, de la Universidad de Granada.

Sus límites estructurales quedan definidos, en cierta manera, de forma arbitraria¹²³. Al norte se localiza gran parte del recorrido de la estructura 15.Va de la estructura absidal 5.A; al sureste se encuentra la puerta de entrada al pasillo que conforma el CE VIa y el complejo estructural VIId; mientras que su parte norte es cerrada por el recorrido en sentido sureste-noroeste de la estructura 15.3, aunque más concretamente por la propia estructura interna 15.12; y por último su zona occidental esta delimitada por la estructura o tabique 15.4 que prácticamente choca contra la estructura de aterramiento 8.4 (del CE VIh) en su giro hacia el sur, provocando así junto a la 15.5b la puerta de entrada (8.2) al CE VIh.

Este complejo, junto con el CE VIe, debió configurarse en un principio como una zona abierta o, quizás, parcialmente descubierta (al sur) limitada por la estructura 15.4 y muy conectada con el CE VIId. De esta forma, debió configurar la zona de entrada a la casa VI siguiendo la línea de la estructura 15.3, aunque los límites de la excavación nos impiden por el momento concluir esto.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

No existe ninguna estructura a excepción de la 15.12 que pertenezca específicamente a este CE, cuya separación del VIe es prácticamente arbitraria habiéndose realizado en función del gran pilar caído (15.4). Aún así, se han podido documentar los sistemas de accesos a los espacios de los sectores 8 y 5 situados a un nivel más alto. Dichos sistemas se realizaban mediante la disposición de plataformas a modo de escalones, contruidos mediante el relleno de las irregularidades más pronunciadas de la roca natural con cantos de cuarcita. Sobre este relleno se colocan lajas de pizarra adaptadas al hueco relleno, formando la huella y tabicación del escalón. Las juntas de las pizarras quedaban compactadas con arcilla, de este modo se obtenía una superficie perfectamente estable y habitable (Contreras, 1991: 231).

Si sucedió tal y como pensamos, el CE VIc, que incluye los enterramientos, cobraría mayor trascendencia al situarse en un punto de entrada y bifurcación (hacia el CE VIh) del espacio de esta casa (Contreras, 2000: 274-144).

¹²³ Nos referimos con el término arbitrario al hecho de que las estructuras que conforman el espacio del CE VIb no son propias, sino que este espacio se crea como resultado de la organización y planificación urbanística del conjunto de la Casa VI. Esta será también la razón de que dichas estructuras sean analizadas y estudiadas de forma pormenorizada en cada uno de sus complejos estructurales correspondientes.

La estructura 15.3, localizada junto al muro de aterrazamiento norte de la terraza y encajado perfectamente entre las estructuras 15.4 (al oeste) y la 15.19 (al este), se corresponde con un banco corrido de forma rectangular compuesto por lajas de pizarra de tamaño medio dispuestas horizontalmente y trabadas con barro endurecido de color rojizo. Su sección es de 50 cm. y sólo presenta dos hiladas de pizarra en su alzado. Debido a que las piedras en su hilada superior se encontraban totalmente trabadas nos hace pensar que su alzado original sería este mismo (Lám. 121).

c) Análisis Contextual (Fig. 59)

Al contrario de lo que sucedía en el complejo estructural anterior, éste se ha visto fuertemente afectado no sólo por la acción del pantano sino por la propia erosión desencadenada por la articulación del aterrazamiento de este espacio. Tanto es así que dicha erosión se manifiesta incluso en la distribución de la cultura material. El primer nivel sedimentario excavado fue la US 15.9. Se trata de una capa de tierra arenosa y pizarra de estructura muy suelta de color gris que contiene pizarras descompuestas. Este estrato es prácticamente estéril arqueológicamente. Si bien, los elementos más significativos se hallan relacionados con la metalurgia. Así contamos con mineral de cobre (nº 15.303 y 15.307), escoria pesada (nº 15.304), gotas de cobre (nº 15.306) y los fragmentos de crisol (nº 15.300-1 y -2).

Lo mismo puede decirse de la capa superior del derrumbe de piedras (US 15.10). Este nivel estaba compuesto por una tierra arenosa de color gris, originado por la caída de las estructuras de pizarra que conforma el complejo estructural VIb. En los niveles correspondientes a las partes superiores del derrumbe (US 15.9, 15.10 y 15.11) se han documentado sobre todo cultura material relacionada con la arqueometalurgia. Ejemplo de ello son los fragmentos de crisoles planos en cerámica (nº 15.321 y 15.326) (Fig. 69: 2), ambos localizados en las cercanías al tabique medianero 15.4, mientras que un tercero (nº 15.334) (Fig. 69: 3) fue encontrado más al este, en los alrededores a la puerta de entrada del CE VIa (15.20). A estos elementos se les unen restos de mineral de cobre en su mayoría, como también sucederá en las unidades sedimentarias sucesivas, mineral de cobre calentado (nº 15.322) y pequeños fragmentos de moldes de cerámica (nº 15.330 y 15.331) (Fig. 69: 10 y 11). Todos estos elementos se localizaban en la zona oriental-central del complejo, excepto el mineral de plomo (galena) (nº 15.327) que se encontraba al sur y el segundo de los moldes que se hallaba junto al banco 15.12.

Los restos de metal tanto en este nivel como en los sucesivos, sobre todo en este extremo oriental de la estructura 15.4, son una constante e, incluso llegan a impregnar restos de fauna como sucede con los dientes de ovicáprido del nº 15.323.

Los restos se diversifican en la US 15.11. Este estrato se formó, posiblemente, por la caída del revoco de los muros y está compuesto por una tierra arenosa y suelta que soporta escasas piedras. Los restos de mineral, sobre todo calentado, se convierten en elementos constantes en esta Unidad, impregnando restos óseos de animales, fundamentalmente, de vaca y ovicápridos (nº 15.319, 15.335, 15.349 y 15.350) que

aparecen entremezclados con numerosos restos de crisoles plano (n° 15.336-1, 15.343, 15.341 y 15.347) (Fig. 69: 1 y 7) en la zona sur, aquella que hemos mantenido que estaría posiblemente descubierta. Documentamos los restos de fundición en forma de posibles gotas de cobre más o menos redondeadas diseminadas por la zona oriental (n° 15.322, 15.337, 15.342 y 15.357) y escoria pesada (n° 15.338 y 15.346) de aspecto compacto, formas redondeadas, de color negro mate y con bastantes inclusiones de cobre metálico (bolitas). Destaca el tamaño mayor de estas escorias, sobre todo el n° 15.304, si se comparan con los restos de escorias encontradas en este yacimiento (Moreno Onorato, 2000: 218-18).

En el extremo sur del Complejo Estructural también encontramos elementos en piedra pulida como son dos alisadores (n° 15.315 y 15.340). Sin embargo, a parte de la abundante cantidad de restos relacionados con la producción metalúrgica también tenemos que incidir en la existencia de diferentes recipientes cerámicos debido a sus particularidades dentro del registro cerámico de Peñalosa y por su contextualización en este Complejo Estructural. Nos referimos por un lado, a un fragmento de galbo de un vaso con impresiones cortas paralelas que estaba decorado con impresiones en “zig-zag”, aunque el motivo estaba incompleto por la rotura del mismo (n° 15352-1); y, por otro, al fragmento del galbo de un vaso (n° 15358) con impresiones cortas formando ángulo paralelas y en vertical. Estos fragmentos cerámicos se recuperaron entre las estructuras 15.12 y 15.4, donde además se encontraron los restos de un vasito carenado (carena baja) plano (n° 15.339) y un cuenco semiesférico de perfil simple (n° 15.328). Como podemos observar todos estos elementos asociados con el consumo de alimentos están vinculados directamente a la zona de producción metalúrgica, una conducta constante en los contextos domésticos de Peñalosa.

Si alguna Unidad Sedimentaria destaca por la escasez de restos materiales, es la 15.12. Ésta corresponde a la descomposición y caída de adobes y revocos de los paramentos de las estructuras. Estaba compuesta por un barro arcilloso y compacto de color anaranjado. Este nivel demuestra que las estructuras de adobe y tapial que conformaban el techo de otros complejos estructurales se extendieron poco por el CE VIb.

En último lugar, se llegó al suelo de ocupación de este espacio, definido por la US 15.13. El suelo estaba compuesto por una capa de barro arcilloso endurecido de color rojo. En este caso, llama fuertemente la atención la gran cantidad de elementos en piedra pulida concentrados en la zona noroccidental (n° 15.373, 15.374, 15.375, 15.622, 15.623, 15.623, 15.264 y 15.625). Incluso, uno de ellos aparece sobre la estructura 15.12 (n° 15376) cerca de una de las pocas manos de molinos documentadas en esta área (n° 15.615), mientras que un alisador (n° 15.355) se localiza un poco más al sur. Por su parte, los restos de mineral de cobre (n° 15.612) están totalmente ausentes en este nivel, documentándose, únicamente, sobre la estructura 15.4.

Al contrario que en los niveles superiores, en éste predominan los fragmentos de orzas (n° 15.617 y 15.618) y ollas con decoración en el labio (n° 15.354 y 15.620) (Fig. 61: 7). Todo parece indicar que estos elementos estaban desplazados, proviniendo posiblemente de la estructura 15.12, presentándose en algunos casos alterados por la acción del pantano. También contamos con dos cuencos semiesféricos de perfil simple (n° 15.613 y 15.619),

recuperados en las cercanías de la estructura 15.19. Pero, si aún nos podía sorprender más este espacio, se produjo el hallazgo en la zona nororiental, junto al pilar caído (15.4), de restos óseos humanos aislados (nº 15.353) entre los restos materiales anteriormente citados. Estos han sido definidos como sepultura 8 dentro de la numeración asignada para las sepulturas documentadas en Peñalosa, a pesar de tratarse exclusivamente de un premolar superior derecho de un individuo adulto.

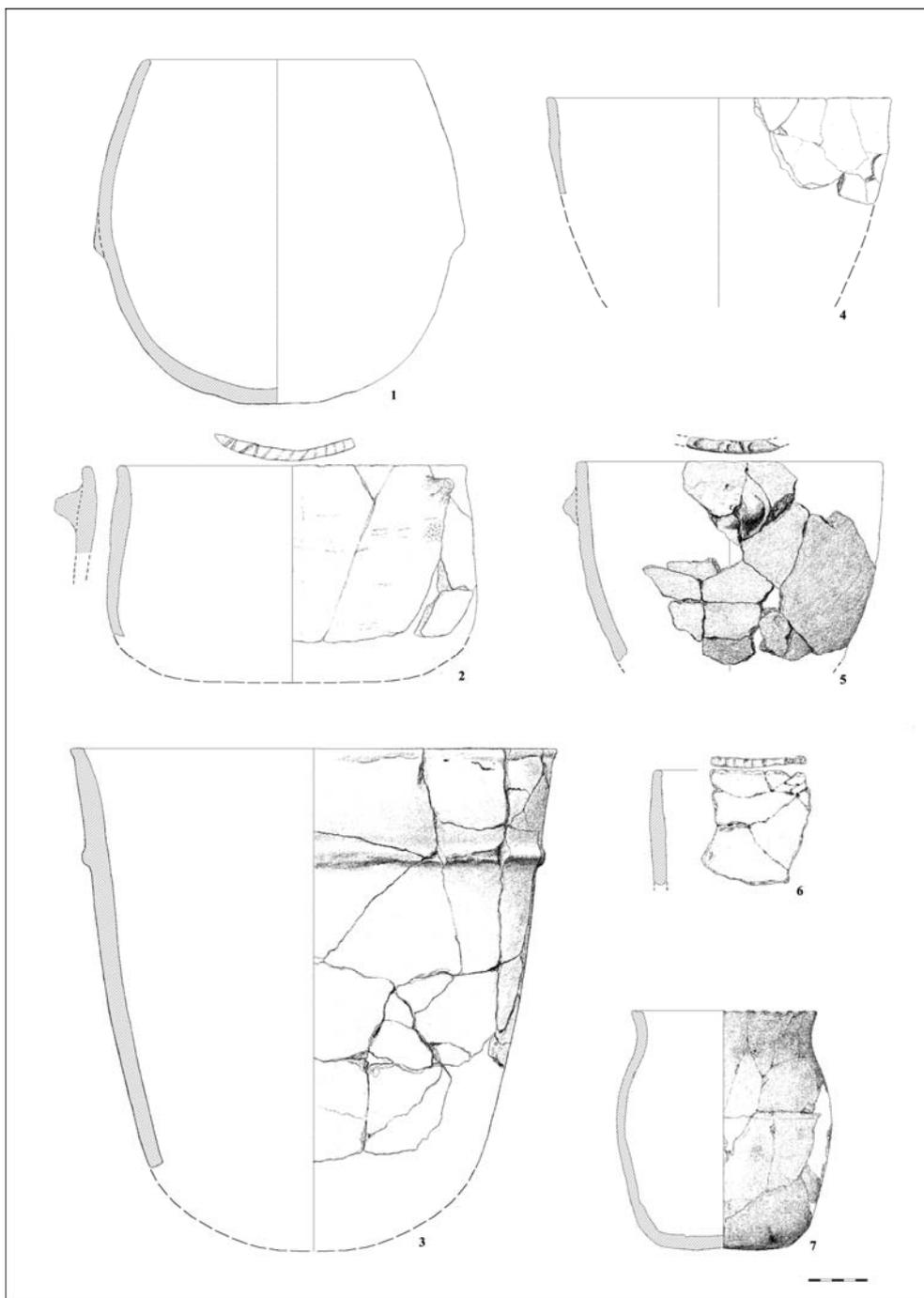


Figura 60. Grandes contenedores relacionados con el almacenamiento y preparación de alimentos (Escala 1:4).

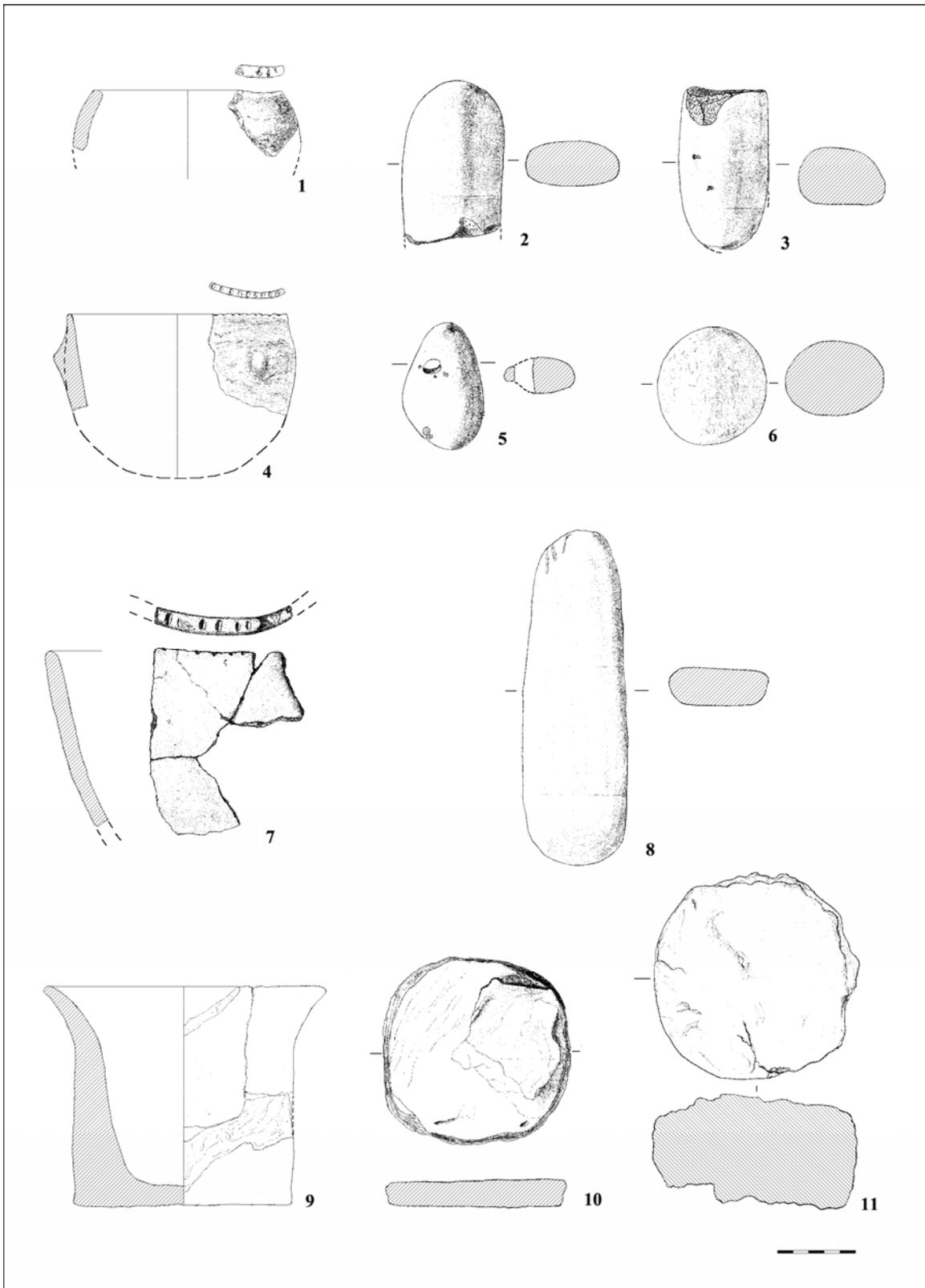


Lámina 61. Cultura material asociada a la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).

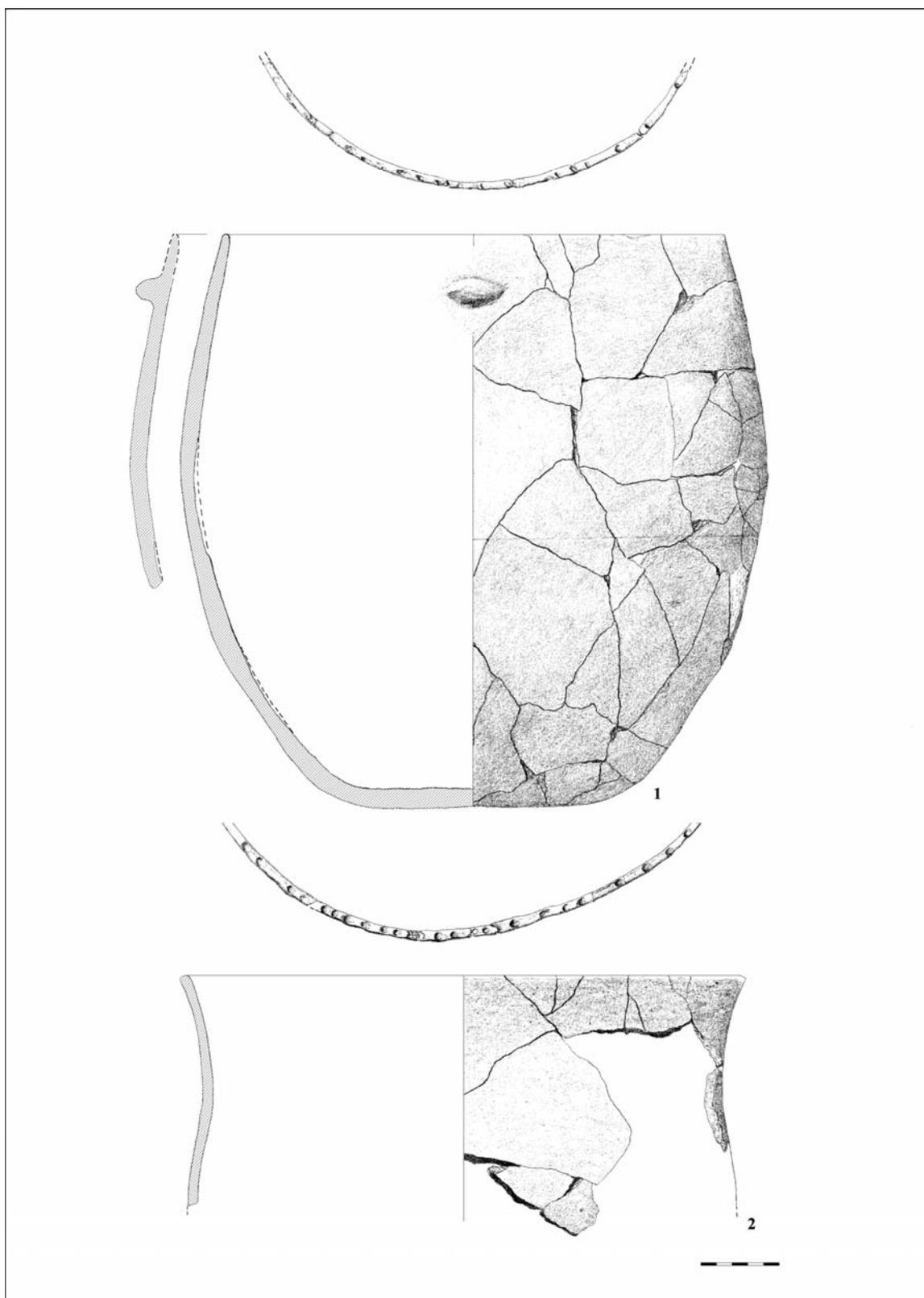


Lámina 62. Grandes contenedores de almacenamiento (Escala 1:4).

V.3.7.5. Complejo Estructural VIc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)

El Complejo Estructural VIc encierra un importante y complicado espacio funerario de unos 4,60 m², de forma casi pentagonal y orientada en sentido noreste-suroeste. Este se alza al sur del Complejo Estructural VIB a la vez que actúa como delimitador físico de la casa VII. Sus coordenadas UTM son, 46.36-51.26 x; 77.10-82.02 y; 16.13-17.51 z. (Contreras, 2000: 274-145).

Ocupa una posición central dentro de la casa VI, concretamente se ubica en la zona de entrada, perfectamente diferenciado del resto de las unidades de ocupación. Su construcción parece responder a un momento avanzado al inicio de la casa VI durante la fase de ocupación IIIA. Su construcción queda adaptada a una elevación del banco natural de roca que es a su vez rodeado por medio de fuertes muros de mampostería (Contreras, *et al.*, 1990: 232).

Este recinto funerario cerrado y sellado limita por el sureste con el CE VIa, con el que se comunica a través del acceso 15.6, al norte-noroeste, con el CE VIB, al oeste, con el CE VIh y, al sur, con el bastión de la fase IIIB (15.3), aunque esta estructura pertenece a la Casa VIII. Sin embargo, debemos decir que precisamente en este extremo entre las estructuras de formación de este gran recinto y el bastión de la fase IIIB encontramos una gran fosa de almacenamiento o contenedor (15.9).

En cuanto a la metodología y sistemas de trabajo realizados debemos comenzar señalando que este sector había sido objeto de una limpieza superficial (como toda el área de esta casa) y la sucesiva retirada de la capa superior de las masas de derrumbes de piedras durante la campaña de investigación de 1989. De esta manera, cuando se inician los trabajos sistemáticos, en profundidad y a nivel microespacial el 3 de agosto de este mismo año, ya se tenía perfectamente delimitado el espacio externo de este sector C del corte 15. Las primeras decisiones tomadas para llevar a cabo una mejor recuperación del registro arqueológico de este espacio fueron subdividir el área. Quedando establecido el sector C en los subsectores a, b y c:

- ❖ El subsector Ca, quedaba delimitado al sur por un testigo dejado, entre este y el subsector Cb, en las coordenadas X=47; Y=80/ X=51; Y=80 y una profundidad inicial de -17,18 m. El Límite norte de este subsector, es el muro de cierre (15.6) en su cara interna. Este subsector definirá el compartimiento funerario en el que se incluyeron parte de los restos humanos que integran este Complejo Estructural.
- ❖ El subsector Cb, situado entre el subsector Ca (al sur) y el Cc (al norte). Y, la cara interna del muro 15.17 que discurre en sentido este-oeste cierra todo el sector en este flanco.

- ❖ El subsector Cc, aparece delimitado al sur por la cara exterior del muro norte del Sector 5 y, al sur, por el muro anteriormente mencionado (15.8). Este subsector define un compartimento de lajas hincadas al sur (15.9) que se relaciona con el receptáculo de restos humanos, animales y otros elementos vegetales.

En un primer momento, por cuestiones espaciales y por los mismos sistemas de trabajos iniciales, se procedió a la excavación y rebaje de los niveles sedimentarios correspondientes a los dos derrumbes de piedra de las capas superiores del subsector Ca. Éstos fueron retirados a través de alzadas artificiales de unos 20 cm. realizando paralelamente dibujos en planta de lo documentado. En todo momento se mantuvo la sección estratigráfica o perfil sur del Ca (S2, con unas coordenadas de X=47/Y=80/Z=17,07) creada por el propio testigo entre este subsector y el Cb. Éste fue muy útil debido que en ella tras la retirada de los dos primeros niveles (superficial y derrumbes de piedra) se apreció que parte de los restos humanos y de la propia estructura funeraria quedaban separadas entre ambos, por lo que se determinó interrumpir la excavación del subsector Ca para iniciar así la excavación del subsector Cb. Con el objetivo de intentar obtener en planta toda la estructura funeraria y excavarla en las mejores condiciones manteniendo una metodología microespacial y una excavación en extensión y en profundidad de la misma.

Como en el caso anterior, este subsector Cb fue excavado con una metodología microespacial, realizando una primera limpieza superficial de apenas dos centímetros (desde -17,18 a -17,20 m.). Seguidamente, se rebajó el siguiente nivel, el derrumbe de piedras, a través de una alzada artificial de 20 cm., para proseguir excavando los sucesivos niveles en alzadas de 10 cm. como máximo. De esta manera y con la excavación de ambos sectores se finalizó la excavación de este sector Cb durante la campaña de 1989 cuando se realizaron los trabajos de excavación en profundidad y a nivel microespacial empleando el sistema de recogida de información creado por el GEPRAN.

Dos años más tarde (cuarta campaña de investigación durante los meses de agosto y septiembre de 1991), se volvieron a reanudar los trabajos en este sector Cc. Aunque este subsector Cc no fue objeto de excavación durante la campaña anterior debido a la falta de tiempo pero sobre todo dada la problemática que presentaba su excavación. Sin embargo, si se realizaron una serie de trabajos encaminados a su preservación hasta su próxima actuación. Es decir, este subsector fue tapiado a través de pizarra y cemento (no actuando en ningún momento sobre su registro arqueológico) con la idea de preservar su contenido interno ante la posible subida de las aguas del pantano y las actuaciones clandestinas a las que se podía ver sometido por presentar características externas que perfilaban un contenedor o sepultura. Debido a estos trabajos de preservación, su sistema de trabajo estuvo motivado en un principio, en la retirada de estos elementos externos para así proceder a su excavación en profundidad y a nivel microespacial y poder así finalizar los trabajos en extensión de todo este Complejo Estructural. Cada uno de los niveles sedimentarios fueron desmontados por medio de diferentes alzadas artificiales de un máximo de 10 cm. La aparición de gran cantidad de material arqueológico conforme avanzaba la excavación de este complejo hizo necesario que se dividiera en dos nuevos subsectores Cc1 y Cc2. La finalidad de esta subdivisión fue la de realizar una recuperación más minuciosa y exhaustiva de todo su registro arqueológico.

Debido al carácter excepcional de este recinto funerario, el primero documentado hasta estos momentos en el conjunto del poblado de Peñalosa, en todo momento se llevó a cabo una recogida de su información a través del fotografiado de cada uno de sus momentos de excavación, plantas de distribución tanto de las estructuras como de los artefactos y ecofactos presentes. Éstas se realizaron en base a los criterios metodológicos a escala 1:20 y 1:10 cuando los hallazgos lo demandaban. Asimismo, se tomaron muestras sedimentológicas de cada uno de los estratos documentados para su posterior análisis.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

En este caso particular, donde las características de este espacio recrean una única estructura, son las que nos hacen realizar un análisis estructural conjunto tanto del interior como exterior.

A nivel estructural lo único que podemos afirmar es que la estructura 15.7 se adosó al bastión de la fase IIIB (5.5, 5.3 y 8.1) y que a ésta se fueron uniendo sucesivamente diversos tramos de muro (15.8, 15.3b y 15.5a). El espacio se completaba con el escalón y pavimento 15.6 que lo separaba nítidamente del CE VIa. Todas estas estructuras fueron construidas específicamente para la composición de este espacio funerario y pertenecen a la fase de ocupación IIIA. Si pensamos que el CE VIc no existía al comienzo de la vida de la casa VI tenemos que señalar la existencia en ésta de un gran espacio abierto interior constituido por lo que hemos denominado CE VIc, VIb y VIe. Este espacio central se mantuvo en gran medida aún después de la construcción del CE VIc aunque los límites de la zona excavada al oeste nos impiden señalar sus características con claridad.

Como ya apuntábamos en el párrafo anterior, la estructura 15.7, sería la primera de las estructuras en construirse a la cual se irían añadiendo nuevos muros de mampostería hasta conseguir esta estructura funeraria. Se trata del muro oriental del Complejo Estructural VIc adosado a la cara externa del bastión 5.5 de la fase IIIB. Presenta una forma totalmente rectangular, construido a base de pizarras de mediano y gran tamaño dispuestas horizontalmente y muy bien trabadas a base de barro endurecido. Su sección no es superior a los 60 cm. y de su alzado se conservan unos 82 cm. Si bien, pensamos que esta podría ser su altura máxima disponiéndose sobre su parte superior la techumbre que cubriría este espacio. Esta estructura nos recuerda mucho a los numerosos bancos corridos tan presentes en las áreas domésticas de Peñalosa.

A esta estructura por su extremo sur se le adosaría la estructura 15.8 que ocupa todo el frente meridional de este Complejo Estructural VIc. A nivel constructivo, presenta similares características a la anterior, aunque su forma es más irregular (tiene una forma ligeramente arqueada hacia el norte) pero mantiene una composición rectangular. También parece variar en cuanto a su entidad ya que su sección no supera los 40 cm. y su alzado es de 1,25 m. Debido a la buena conservación que presentaban nos hace suponer (como en el caso anterior) que esta estructura se encontraba intacta desde el momento de su utilización, conservándose por tanto en su alzado y grosor original.

Cerrando el espacio de este recinto al oeste y separándolo físicamente del Complejo Estructural VIIh, se alzan las estructuras 15.5b y 15.5a. La primera de ellas es la que se adosa directamente al extremo oeste de la 15.8 que al principio de su recorrido es en sentido sur-norte para después girar hacia el este convirtiéndose en la 15.5a. La primera, la 15.5b, es el muro noroeste de este Complejo Estructural. Su sistema constructivo es el mismo que en las dos anteriores y su forma es rectangular y muy regular. Sin embargo, su sección oscila entre los 30 a 50 cm. y su alzado conservado es de 1,66 m. Por su parte, la segunda, la 15.5a, continúa manteniendo los mismos sistemas constructivos aunque su alzado es menor (67 cm.) y su sección es mayor (de 70 cm. a 80 cm.) (Fig. 54 y 55).

El espacio se completaba con el escalón (o muro de cierre de la estructura de enterramiento CE VIc) y pavimento 15.6 que lo separaba nítidamente del CE VIa y a la vez sellaba este recinto funerario. Se trata de un muro de unos 90 cm. de alzado y una sección que oscila entre los 1,20 m. x 90 cm. Tiene forma rectangular y está compuesto por pizarras de tamaño medio parcialmente trabadas con barro rojizo. Si bien, todo parece indicar que en un principio esta estructura en forma de escalón debió formar parte del acceso al enterramiento desde el resto de complejos estructurales hacia su interior. Posiblemente, durante un tiempo indeterminado, esta gran estructura de enterramiento permaneciese abierta, manteniendo así una íntima relación entre los difuntos y el resto de habitantes de esta casa. Esta hipótesis es lógica si pensamos que se trata de un enterramiento triple y donde no todos los individuos debieron recibir sepultura al mismo tiempo, aunque debido al estado interno de la misma, totalmente alterada por el derrumbe de la cubierta, no podemos precisar qué individuo fue el primero en ocupar esta sepultura como tampoco podemos realizar una asignación de los ajuares con los individuos enterrados. De ahí que planteemos que en su inicio esta sepultura pudo permanecer descubierta, procediéndose en un momento avanzado de la vida de esta casa y de la misma sepultura, a la disposición de su cubierta terminando por sellar al exterior este recinto una vez depositado los tres cadáveres que debería contener.

Referente a la cubierta de este recinto, podemos decir que se construye con grandes y gruesas lajas de pizarra. Estas son sustentadas por las partes superiores de los muros de mampostería laterales que rodean este recinto. En el momento de su descubrimiento, se encontraba totalmente desplomada hacia el interior, provocando la destrucción y dispersión tanto de los cadáveres como de los ajuares que yacían en su interior. Fue imposible documentarla en todo la extensión de este recinto, solo se conservaba en la parte oeste del subsector Ca (junto a la 15.5a y parte de la 15.5b). Sin embargo, si sabemos que esta cubierta esta sellada a través de un pequeño nivel de sedimento formado por una fina capa de tierra amarillenta, de textura limosa pero muy compacta (US 15.18).

Externo al recinto propiamente dicho, pero con toda probabilidad parte del mismo, encontramos una nueva estructura, la 15.9. Esta se ubica concretamente en un espacio dejado al momento de cerrar el recinto funerario, concretamente, cuando se construye el muro 15.8. Éste no se adosa al muro de fortificación de la fase IIIB, sino que se respecta un espacio entre ambas, de forma rectangular y alargado, con unas dimensiones concretas de 90 cm. de ancho x 1,70 m. de largo. Esta estructura conforma un gran contenedor formado por grandes lajas hincadas verticalmente aprovechando los paramentos de las dos estructuras que lo rodean como apoyos. Anteriormente hemos expresado la idea de que esta

estructura o gran contenedor forme parte del recinto funerario. Esta hipótesis nos lo ratifica el hecho de que queda totalmente sellada al exterior y completamente aislada de cualquier otro espacio y actividad relacionada con esta casa. Su cierre y aislamiento lo provoca el que el banco corrido (8.8) del Complejo Estructural VIh choque directamente contra ella, cegándola al mundo externo.

Por último, respecto a los sistemas constructivos de este recinto funerario nos gustaría realizar una breve aportación más referente a su interior, en el que se ha podido constatar que todo el perímetro de este recinto (todas las estructuras que lo componen, 15.7, 15.8, 15.5a y 15.5b) aparecían revestidas por un zócalo de delgadas lajas verticales, unidas a la base rocosa por calzos alineados alrededor del perímetro del enterramiento, constituidos por cantos rodados de diversa morfología (redondeados, alargados, triangulares, etc.). Este revestimiento interno vuelve a ratificar el carácter propio y singular de esta gran estructura de enterramiento donde sus constructores intentaron a pesar de la gran construcción recrear la forma de una enorme estructura tipo-cista tan comunes entre los enterramientos de este poblado.

c) Análisis Contextual (Fig. 59)

Aunque en la limpieza superficial (tierra de aluvión) aparecieron algunos crisoles planos (nº 15.106, 15.107 y 15.109) (Fig. 69: 4 y 8), gotas más o menos redondeadas de mineral calentado (nº 15.102) y los fragmentos de un molino (nº 15.112), dentro de los sectores Ca y Cb en los niveles correspondientes al derrumbe de piedra y adobes respectivamente (US 15.16 y 15.17, corresponden a la alteración de la cubierta) encontramos materiales que en muchos casos deben proceder de GE VII y que han sido desplazados tras el derrumbe de sus muros siguiendo el sentido de la pendiente y, en algunos casos, posteriormente alterados por el pantano. Existen restos de mineral de cobre (nº 15.111 y 15.119), en algunos casos calentado (nº 15.118 y 15.120), crisoles planos (nº 15.101 y 15.200) y hondos (nº 15.126 y 15.204).

Sin embargo, lo más destacable pueden ser los restos de cerámica decorada. El primero de los elementos que encontramos se trata de un plato carenado de tipo Monachil, con el borde corte y ligeramente entrante, con impresiones cortas formando un doble “zig-zag” alrededor de la línea de carenación (nº 15.104) (Fig. 67:9); el segundo consiste en un fragmento amorfo que presenta líneas incisas concéntricas o con círculos concéntricos (nº 15.115-1) (Fig. 67:10). Algunos restos pese a su estado fragmentario han permitido reconstruir los recipientes como el caso de una paleta de grandes dimensiones (nº 15.114) (Fig. 67:7). Todos estos recipientes cerámicos fueron localizados en el subsector Cb. Mientras que en el Ca, se pudieron reconstruir al menos tres cuencos. El primero, presenta un perfil simple (nº 15.203-1), el segundo es de cáscete esférico y fondo plano de muy pequeño diámetro (nº 15.203-2) (Fig. 65: 1); y por último, un cuenco semiesférico de borde entrante (nº 15.211). Lo más abundante son sin embargo los restos de piedra, como algunos alisadores (nº 15.103, 15.113, 15.117-, 15.117-2, 15.123) (Fig. 61: 2) y un percutor duro (nº 15.202) (Fig. 61: 3). Entre los restos de fauna, junto a las vacas y ovicápridos, destaca la

abundancia de huesos de conejo (nº 15.116, 15.121, 15.136 y 15.209) dispersos por todo este complejo estructural.

Los niveles correspondientes a la deposición de los tres cadáveres y su ajuar correspondiente bajo las grandes losas quedan incluidos en las US 15.18 y 15.19, respectivamente. El primer nivel, se compone por una capa de barro de textura arcillosa y compacta de color anaranjado que traba un pequeño enlosado (escalón 15.6) sobre el que se depositaron los cadáveres. Mientras que el siguiente, es la tierra suelta de textura arcillosa y color negruzco que contenía los cadáveres y ajuares. Su formación se debió por la descomposición del enterramiento y por la tierra filtrada en los procesos post-deposicionales. Este enterramiento, como decimos contenía tres individuos:

- ❖ Individuo número 1 (nº 15.207): se trata de un individuo masculino juvenil, que presentaba en el canino superior bandas de hipoplasia del esmalte y en el atlas doble carilla articular en el lado derecho y ausencia del resto de caracteres cualitativos analizados (foramen bipartito, puentes lateral y posterior) en ambos lados. A este individuo se asocian restos de microfauna y fragmentos de una mandíbula de ovicáprido (Robledo *et al.*, 2000: 287-17).
- ❖ Individuo número 2 (nº 15.207-10): se trata de un individuo masculino adulto que presentaba porosidad en una vértebra lumbar y el astrágalo presenta carilla media, extensión lateral y superficie articular doble, careciendo de hueso trígono.
- ❖ Individuo número 3 (nº 15.207-20): en este caso, se trata de una mujer sin ninguna patología observable.

Junto a ellos se encontraba un rico ajuar (Fig. 63) compuesto por un repertorio en metal de cobre. Incluía un puñal de cobre con dos remaches (nº 15.127) que conserva aún restos de madera en la zona de empuñadura y un alfiler de cobre con ambos extremos aguzados y muy fino (nº 15.132). Los elementos en plata son hilos enrollados en espiral si bien difieren en el tamaño y en el número de vueltas, así se recuperaron dos aretes, uno simple (nº 15.128) y otro en espiral de dos vueltas y media (nº 15.131); dos pulseras en espiral de vuelta y media y dos vueltas y media (nº 15.205 y 15.130) respectivamente. A esta panoplia de elementos se une un cuenco de borde ligeramente entrante y plano (nº 15.129).

Al sur, el relleno (US 15.32) de la estructura 15.9 está compuesto por una capa de tierra gris arcillosa y compacta conteniendo algunos restos de pizarra más o menos descompuesta. Sobre esta estructura se documentaron algunos crisoles planos (nº 15.137) (Fig. 69: 6) u hondos (nº 15.140) (Fig. 69: 5) y restos de mineral de cobre (nº 15.188) o gotas de metal (nº 15.135), elementos que, probablemente, procederían del GE VII, tal y como ya hemos explicado anteriormente. Sin embargo, si resalta su contenido interno por la abundante presencia de restos de fauna (nº 15.143, 15.149, 15.150, 15.151, 15.152, 15.153, 15.155, 15.156, 15.157, 15.158, 15.159, 15.160, 15.167, 15.168, 15.169, 15.175, 15.176, 15.179, 15.180, 15.181, 15.182, 15.183, 15.186 y 15.191), especialmente, extremidades de vaca, caballo y ciervo, también astas de ciervos y fragmentos de cráneo de perro. En la flotación del sedimento se han podido recuperar abundantes semillas, sobre todo, de trigo,

cebada, de malas hierbas e incluso una pipa de uva. Junto a todos estos ecofactos, se localizaron los restos de una gran orza con decoración en el borde a base de incisiones (nº 15.138) y los de una olla de similares características (nº 15.173).

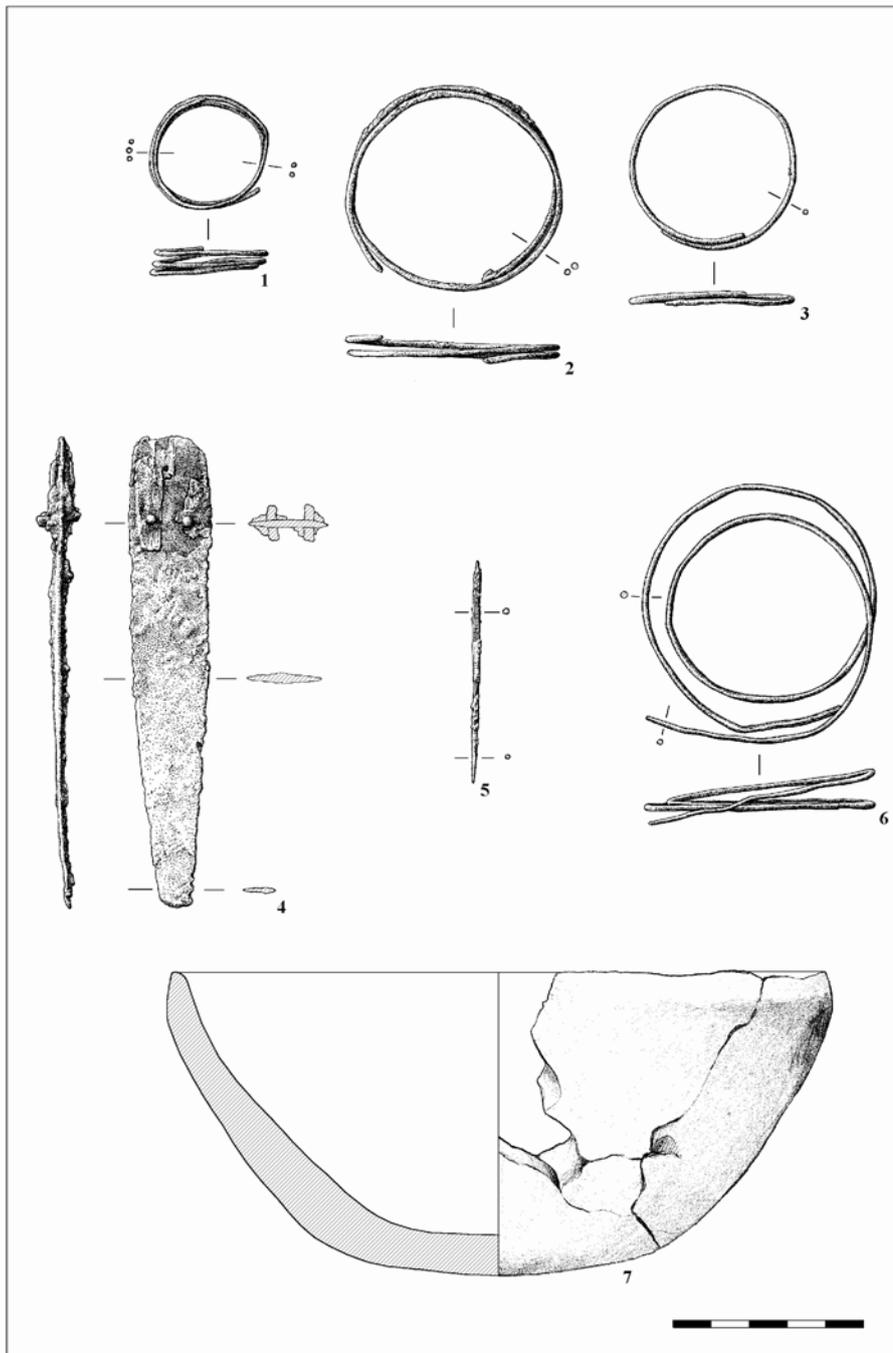


Figura. 63. Ajuar que acompañaba a los dos individuos masculinos y a la mujer de la sepultura 7 (VIc) (Contreras et al., 2000: 287-20).

V.3.7.6. Complejo Estructural VIId

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)

Ocupando la parte más oriental de la zona central de la casa VI encontramos el Complejo Estructural o unidad de Habitación VIId. Se trata de un espacio de forma pseudorectangular tendiendo a romboidal, de unos 7 m². Este tiene una orientación noroeste-sureste y se encuentra dentro de las coordenadas 40.90-47.26 x; 81.10-86.00 y; 16.98-19.59 z. En este caso, como en el anterior nos encontramos con un espacio techado o cubierto por lo que sus depósitos internos se han conservado bastante bien a lo que también le ha acompañado el hecho de no verse afectado por las subidas y bajadas del pantano.

Sus límites estructurales con el resto de la casa son los siguientes: al sur, tendría el CE VIa (concretamente el muro de compartimentación y aterrazamiento 15.1 y el banco o pequeño murete 15.11); al norte, está delimitado y cerrado todo su espacio por la estructura de aterrazamiento 15.2 y por la 15.3; al este, queda cerrado este espacio doméstico por el giro hacia el sur de la estructura 15.2; y, por último, el límite occidental lo marcaría el CE VIb al que se accedería a través de la puerta o vano (15.19). Esta vía de comunicación sería la única manera de comunicar esta estancia con el resto de la casa, tanto oriental como occidental, así como el único camino de salida de ella hacia el exterior, ya que su flanco Este está totalmente sellado por el muro 15.2.

El 7 de agosto de 1989 se inician los trabajos de investigación en este Complejo Estructural. Al comienzo de este análisis hemos apuntado que toda la casa fue objeto de una limpieza superficial dejando el nivel de intervención en las masas de derrumbes de piedra, de tal manera que desde estos primeros momentos ya eran apreciables los niveles superiores conservados de las diferentes estructuras que componían este espacio. Por ello, los primeros trabajos consistieron dibujar en planta de toda la extensión de este espacio, a una escala de 1:20. A partir de este momento y una vez desmontada la capa superior del derrumbe de piedra, se determinaron los sistemas de trabajo oportunos para llevar a cabo una excavación a nivel microespacial en extensión y en profundidad de todo este sector C. De esta manera se iniciaron el rebaje de todos y cada uno de los niveles sedimentarios naturales a través de alzadas artificiales de 10 o 15 cm. en función de su carácter, hasta la llegada al suelo de ocupación de la fase IIIA. En este caso particular no se ha subdividido (ni a través de testigos ni perfiles estratigráficos) el espacio ya que las propias estructuras internas nos delimitan zonas de actuaciones distintas, procediendo a la separación de la cultura material en cada uno de los estratos y zonas de excavación. Sólo se planteó en inicio un perfil estratigráfico en la zona de la puerta de entrada con la idea de poder correlacionar tanto estratigráficamente como estructuralmente este espacio con el conjunto de la casa y, especialmente, con el centro de la misma (CE VIb).

La recogida de la documentación resultante del proceso de excavación se realizó a través del sistema de fichas y registro creado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía.

Durante la fase IIIA se construyeron en esta zona diversos muros de aterramiento y compartimentación paralelos al gran muro de cierre de la fase IIIB. Los tramos de muro fueron adosándose sucesivamente y junto a ellos se levantaron las estructuras internas como los bancos y los hoyos de poste. Algunos de los compartimentos debieron quedar descubiertos pero no así el CE VIId donde se han recuperado no solo las partes de sus techumbres (piedras y partes de vigas) sino que contamos con la presencia de al menos un hoyo de poste así como la conservación de diferentes vigas de madera en gran parte de su trazo. Lo cierto es que esta estancia es originaria no solo de la fase IIIA sino que su construcción y ubicación fue totalmente consciente por parte de sus constructores. Es decir, se trata de un espacio de nueva planta, creado con un fin específico y concreto, dotado de una serie de características muy particulares, tanto a nivel constructivo y espacial como por el carácter que presenta su cultura material mueble, como observaremos más adelante.

Este Complejo Estructural queda definido por la construcción de tres grandes muros maestros y de aterramiento. El primero es el 15.1, al sur de este espacio. Esta estructura se adosa al muro superior (6.3) que delimita los Complejos Estructural CE VI f y g (Corte 6) y el CE VIa (Corte 15) en su zona norte. La unión entre ambos muros (15.1/6.3) maestros se realiza en el extremo oriental de esta estructura a partir de su esquina redondeada. Se trata de un muro macizo de forma rectangular (esquina oriental redondeada) con un engrosamiento al este. Éste está compuesto por lajas de pizarra de mediano y gran tamaño horizontalizadas y trabadas con barro compacto de color rojo oscuro. Su sección oscila entre los 50 cm. a 1 m. en su parte más gruesa. Mientras que de su alzado se conserva solo parte, aproximadamente unos 87 cm. En su extremo occidental se le adosa una nueva estructura 15.11, que le permitirá definir complemente y con claridad el espacio de este complejo. Ésta se trata de un pequeño banco que anexo al muro trasero 15.1, es el encargado de formar la puerta 15.20 que da acceso al CE VIa desde el CE VIb conectando así con todo el extremo occidental de la casa. A su cara interior se le adosa la estructura 15.11a dando lugar a la puerta o vano de la estancia VIId. Con la idea marcada por parte de sus constructores de mantener la armonía arquitectónica de la casa, el banco 15.11 repite el mismo esquema constructivo que la 15.1. Éste es de forma rectangular, formado por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente y trabadas por barro endurecido. Preocupados además, por mantener el equilibrio de la construcción interna de este espacio, este muro continua con el estrechamiento ya avanzado en el extremo oeste de la 15.1, no superando su sección máxima los 0.45 cm. de espesor. Aunque, su entidad como su altura máxima dista en gran medida del anterior, ya que se ha conservado tan sólo seis hiladas de piedra.

Como ya hemos expresado, la estructura 15.9a, adosada en ángulo recto al extremo occidental e interno de la 15.11, será la que termine por remarcar y definir el espacio ocupado por el complejo estructural VIId, al sur. Esta estructura constituye el giro de la estructura 15.11 hacia el norte con el objetivo de crear la puerta de entrada (15.19) al CE VIId. A nivel constructivo mantiene los sistemas de los anteriores, compuesto por piedras de medianas dimensiones y trabadas con barro endurecido de color rojo. Su forma rectangular, junto a su sección de 40 cm. y las cinco hiladas de su alzado, nos recuerda sobremanera a la estructura 15.11.

Cerrando el espacio de este Complejo Estructural al norte y este encontramos una serie de estructuras o muros macizos, cuya función es la de aterrizar toda la casa, de este complejo y de la propia Terraza Media.

Al este, encontramos el muro de aterramiento 15.2 que está formado en dos tramos, el primero de forma rectangular en dirección sur-norte y, el segundo, de forma trapezoidal con una dirección de sureste-noroeste. Su extremo occidental remata en forma ligeramente arqueada. El primero de los tramos tiene un espesor de unos 2,20 m., constituyéndose como un muro macizo. Este primer tramo se adosa al punto de unión de los muros 6.3 y 15.1. Como se aprecia en la planimetría se trata de un muro en forma de L, acodado que se prolonga hacia el noroeste a través de la estructura 15.3 para definir (ayudado por las estructuras 15.11 y 15.11a) en su conjunto el espacio del complejo estructural VIId. Esta última estructura (15.3) se prolonga hasta el CE VIe. A nivel constructivo responde a los criterios establecidos para las anteriores, sucesión de pizarras de mediano y gran tamaño dispuestas horizontalmente y trabadas con barro endurecido de color rojizo. Su forma rectangular va variando a lo largo de su tramo documentándose zonas en las que presenta estrechamientos que pueden oscilar entre los 80 cm. a 1,10 m. Con respecto a las anteriores debemos decir que ésta se encontraba muy erosionada sobre todo en su parte norte, quizás porque cerraba una zona parcialmente abierta, aún así se conserva de su alzado 1,60 m.

Por último, debemos hablar de la estructura 15.19 la cual se adosa a la cara interior del muro de aterramiento 15.3. Su forma rectangular y su sistema constructivo continúan con la norma marcada por las anteriores estructuras. Su sección no es superior a los 60 cm. mientras que su alzado se conservaba a ras de la estructura 15.3 (1,60 m.). Esta estructura junto con la 15.11a son las encargadas de formar la puerta o vano de unos 60 cm. que conecta esta estancia con el resto de la casa y directamente con el CE VIb. Como sucede en otras muchas casas de Peñalosa (CE IX, Xa o el mismo CE VIg) esta “jamba” queda estrechada por el banco exterior 15.12.

Respecto a este extremo estructural norte del Complejo Estructural CE VIId debemos decir, que en ningún momento se ha documentado el muro de fortificación que sí ha sido detectado en el conjunto de las casas de la Terraza Inferior y en la zona intermedia de esta y la Media. Por ello, estas estructuras, concretamente la 15.2 y la 15.3 nos hacen pensar que también actuarían como estructuras delimitadoras de una parte de la casa V. porque adosada a la cara externa de la 15.2 (en su punto de unión con la 15.3) hemos documentado el arranque de una nueva estructuras, que llamaremos 15.2a que bien podría chocar con el muro de fortificación (13.2a) creando así un nuevo espacio al norte de este complejo que en la actualidad no conocemos debido a la falta de trabajos de excavación en esta zona.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55) (Lám. 122)

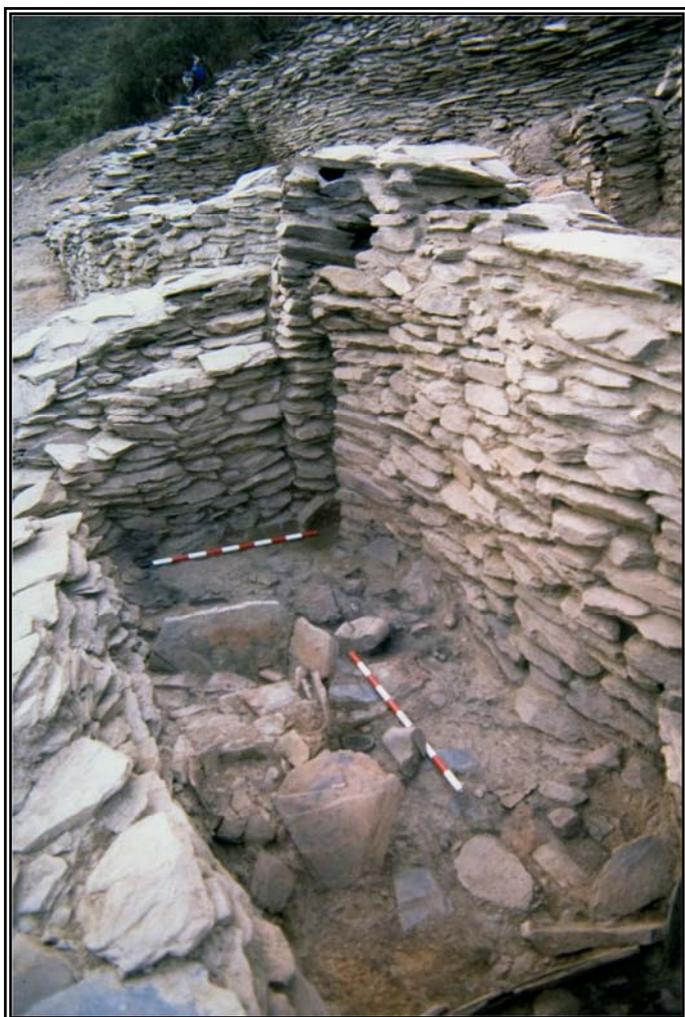


Lámina 122. Vista general de la estancia VIId (Proyecto Peñalosa).

Junto a la serie de muros que lo delimitan al norte y al sur (15.1 y 15.2 fundamentalmente) destaca en este CE la presencia de un banco elevado (15.13) (Lám. 123). Se localiza prácticamente en el centro de esta estancia adosado a los muros del norte (15.2 y 15.3). Éste tiene forma pentagonal y está construido por grandes lajas de pizarra, de las cuales se conservan tres, todas ellas de dimensiones superiores a los 50 cm. El interior del mismo se rellenó de barro endurecido y piedras de pequeño tamaño. Su sección oscila entre los 60 cm. y los 70 cm., mientras que su alzado no es superior a los 33 cm. Sobre él se han conservado restos de grandes recipientes (por ejemplo el n° 15.464).

En el extremo norte, en la pared interna del muro 15.2 (en su primer tramo), se hallan los restos, bien de un posible banco sobre elevado de lajas planas o, bien, de un soporte (o pilar) para la techumbre (15.17). Apuntamos estas dos hipótesis porque se han localizado asociado a éste numerosos restos cerámicos que con probabilidad cayeron desde su parte superior al suelo en el momento del desplome de los techos. Sin embargo, esta

hipótesis no descartaría el hecho de que tuviese una doble función como parte del soporte estructural de la techumbre ya que en todo el espacio no se ha documentado nada más que un hoyo de poste. Por tanto, pensamos que este banco sobre elevado pudo servir como soporte en el cruce de las vigas de madera. En cuanto a sus características constructivas, podemos señalar que se trata de una estructura de forma semicircular con una sección de 50 por 70 cm. y un alzado que supera los 60 cm. Éste fue construido con pizarras de mediano tamaño trabadas y cubiertas por un barro de color amarillento y de textura compacta.



Lámina 123. Estructura de molienda 15.13 del CE VIId (Proyecto Peñalosa).

Otro de los elementos constructivos documentados en este espacio es una gran estructura compartimentado en dos nuevas estructuras, 15.15a y 15.15b. Ambas se forman a partir de la 15.11. La primera se trata de un contenedor de forma pentagonal rodeado por lajas hincadas que mantienen un espacio central para la deposición de vasijas de cerámica. Su sección es de 34 cm. x 62 cm. y su alzado no supera los 20 cm. Al este de ésta, se encuentra la 15.15b, que es un pequeño contenedor junto a la estructura 15.1. En su construcción se aprovechó un hueco de la roca que fue revestida con pizarras de pequeño tamaño acondicionando el interior para contener un recipiente cerámico que aún se conservaba (nº 15.502). Tanto su sección (34 x 22 cm.) como su alzado (no supera los 10 cm.) son menores que los del caso anterior.

La existencia de un hoyo para poste (15.18) contiguo a la estructura 15.1 nos indica, junto con el relleno sedimentario (US 15.24 y 15.25), el carácter cubierto que debió tener este espacio, al menos, en su tramo oriental, mientras en la zona inmediata (CE VIb) debíamos encontrarnos con un espacio semicubierto que ayudaría a la ventilación del CE VIId. Este hoyo de poste se adosa en la mitad del tramo de la estructura 15.1, aprovechando el paramento de esta misma como soporte directo de la viga que debió contener. Cerrando el hoyo de poste se han documentado dos piedras en paralelo de mediano tamaño. Presenta una forma rectangular de 20 cm. de sección.

c) Análisis Contextual (Fig. 59)

En la Unidad Sedimentaria 15.20, correspondiente a la capa superficial, compuesta por tierra de aluvión (formada por tierra arenosa y suelta de color grisáceo junto con pizarras descompuestas) depositada por el pantano, el hallazgo más interesante fue una cuenta circular en arcilla (n° 15.400) (Fig. 68: 2) y diferentes fragmentos de piedras de molino (n° 15.401, 15.402 y 15.403).

Los hallazgos fueron también escasos en las US 15.22 y 15.23. La primera corresponde al nivel formado por la caída de las piedras de la estructura 15.2 (al norte) que ha conformado un estrato de textura arcillosa y compacta de color grisáceo. Entre los restos materiales recuperados podemos destacar dos ollas de perfil indeterminado con decoración en el borde a base de incisiones (n° 15.406-1 y 15.407); un cuenco carenado de borde entrante con pequeños mamelones decorativos cerca de éste (n° 15.406-5), por último, diferentes restos de fauna (n° 15.405 y 15.421).

La segunda unidad corresponde al desplome del revoco de los muros, sobre todo, de la estructura 15.2, que originó un estrato de tierra arenosa y suelta con escasas piedras de color marrón claro. El primer elemento que debemos destacar es la abundancia de restos de carbón procedentes de las vigas que sostendrían la techumbre (n° 411, 15.449, 15.450 y 15.451). Todos ellos concentrados sobre o en los alrededores de la estructura 15.17. Entre los elementos faunísticos recuperados se documentaron restos de vaca, ciervos, ovicápridos y un astrágalo de perro (n° 15.410-1) asociados a algunos restos humanos sueltos (n° 15.410). Los restos de mineral de cobre (n° 15.413) y galena (n° 15.417) estaban asociados a un fragmento de crisol plano (n° 15.408), otro hondo (n° 15.425) y a algunos molinos (n° 15.414 y 15.418) que por su posición estarían situados originalmente sobre la estructura 15.13.

En la US 15.24 sólo se han recuperado algunos restos de carbón procedentes de los niveles superiores del derrumbe de adobes y revocos de los muros (n° 15.430 y 15.437). También se recobraron los fragmentos de una orza de gran volumen (n° 15.453) que presenta decoración en el borde a base de incisiones y un cuenco semiesférico de perfil simple (n° 15.464) sobre la estructura 15.13 (en su extremo oeste).

Sólo en la capa inferior del derrumbe de adobes y tapial (fundamentalmente, en la zona oriental del complejo, donde incluso se documenta una gran torta de adobe sobre la estructura 15.17) y en contacto con el suelo, el material comienza a ser más abundante. Así, la US 15.25 incluye de nuevo gran cantidad de carbón, procedente de las vigas y postes de la techumbre, orientadas en sentido este-oeste (n° 15.423, 15.432, 15.436, 15.438, 15.439, 15.440, 15.441, 15.442, 15.445, 15.446, 15.454, 15.456, 15.457, 15.458, 15.459, 15.469, 15.471, 15.472, 15.480, 15.487, 15.490 y 15.503). Uno de estos restos (n° 15.455) ha ofrecido una datación de 3420 ± 100 BP. Aparecen, aunque muy escasos restos de mineral de cobre (n° 15.478 y 15.489), de plomo (n° 15.467) y fragmentos de un crisol plano en cerámica (n° 15.427), sobre todo en la zona más oriental. Por su parte, los restos de fauna son muy abundantes (n° 15.429, 15.435, 15.468, 15.474, 15.475-1, 15.475-2, 15.481, 15.485, 15.486-2 y 15.488), y, entre ellos, destacan los restos de ciervo (incluyendo 8

astas), vaca y conejo. Mientras, que entre los restos carpológicos (nº 15.431-1, 15.443-1, 15.460-1, 15.462-1, 15.463-1, 15.465-1, 15.475-1, 15.479-1 y 15.486-1) sobresalen, fundamentalmente, la cebada. Todos estos ecofactos fueron localizados en el extremo oriental-central de esta estancia.

Hay que resaltar la casi inexistencia de elementos en piedra no tallada, tan sólo cabe reseñar una mano de molino (nº 15.428-1), localizada en las cercanías de la 15.13, y dos tapaderas de pizarra sin perforación (nº 15.428-2 y 15.461) (Fig. 61: 5) encontrados en el extremo más occidental del complejo.

En cuanto a la cerámica, se recuperaron los restos de una olla de paredes abiertas, con mamelones y decoración en el labio. Ésta se halló en un nivel algo superior (nº 15.524) ya que estaba situada sobre la estructura 15.13. A escasos 40 cm. al oeste, encontramos los fragmentos del borde de una nueva olla de forma indeterminada con decoración de incisiones sobre éste.

Al referirnos a la US 15.26 y 15.27 hemos de tener en cuenta que se trata de los restos del suelo de ocupación y, por tanto, haremos una especial referencia a su posición concreta. Los restos de mineral de cobre (nº 15.493 y 15.516) son escasos y, en el caso del nº 15.526, podemos afirmar que se sitúan en el extremo occidental del CE. En esta zona también aparece un molino (nº 15.536) junto al contenedor 15.15b y algunos restos cerámicos muy fragmentados.

En relación a la estructura 15.13 (Lám. 123) hallamos un crisol plano completo (nº 15.483) (Fig. 70: 17) que presenta pico vertedero, junto al cual se recuperaron abundantes restos de fauna (nº 15.523-1a, 15.523-3a y 15.525) (Fig. 70: 1) y algunas semillas procedentes sin duda de la función originaria a la que estaba destinada la estructura 15.13 (semillas de cebada) la molienda (nº 15.507, 15.510, 15.523-2a, 15.523-4a, 15.523-5a, 15.523-6a, 15.523-7a, 15.523-10a y 15.523-11a). También se hallaron semillas (nº 15.511) junto a la estructura 15.17 a cuyos pies también aparecieron los restos de un crisol plano (nº 15.523-5b). Se documentaron, también en esta zona, concretamente sobre la estructura 15.17, algunas tapaderas de pizarra para recipientes (nº 15.509) y un alisador (nº 15.517).

En cuanto a los restos cerámicos, debemos señalar que, aunque los vasos de medianas y pequeñas dimensiones son muy abundantes en este complejo, los superan en cantidad, las fuentes de forma simple o semiesférica, hondas y de grandes dimensiones. Dos de ellas (nº 15.501 y 15.531) (Fig. 66:12) aparecieron junto a la estructura 15.17 al noreste del CE, mientras otras dos (nº 15.498 y 15.506) (Fig. 66:11; Fig. 67:5) se hallaron junto a un cuenco esférico de pequeñas dimensiones (nº 15.528) (Fig. 65. 9) y un pie de copa (15.497) en la zona centro-sur de éste. Este último recipiente tiene especial significación dentro del contexto de elementos exclusivos que se han ido recuperando de la casa VI y que incluyen también en este CE VIId una polea o carrete de arcilla (nº 15.532) (Fig. 67:12) situada también junto al pie de copa. Mientras que los fragmentos de dos orzas con decoración en el borde a base de incisiones se encontraban en el centro-occidental de esta estancia. Por último, reseñar la recuperación de restos de fauna (nº 15.512), aunque en menor cantidad, que los localizados en el extremo oriental de esta estancia.

V.3.7.7. Complejo Estructural VIe

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)

El extremo más noroeste de esta casa está ocupado por lo que hemos denominado como Complejo Estructural VIe que corresponde al subsector E del sector 15. Aunque al comienzo de la intervención en la zona central de la casa VI (sector 15) se pensó que se trataba de una zona anexa al CE VIb, por esta razón en un principio se le denominó como subsector Bb del CE VIb. Sin embargo, en el proceso de excavación se determinó que nos encontrábamos ante dos espacios funcionalmente distintos pero relacionados estratigráfica y constructivamente.

Se ha definido como un espacio aparentemente de forma triangular, no siendo posible determinar su orientación. El espacio objeto de intervención arqueológica estaba encuadrado entre las siguientes coordenadas UTM: 48.30-51.00 x; 83.00-88.40 y; 18.87-20.90 z. que responde a un área no superior a 4 m².

En cuanto a su genética, parece mostrar las mismas tendencias que el CE VIb, situándose en los límites de la zona cubierta que vendría definida por la estructura o tabique 15.4. Sin embargo, la erosión del pantano ha afectado considerablemente esta área hasta el punto de que prácticamente ha sido imposible recuperar restos materiales reconstruibles.

Como se desprende del párrafo anterior, este espacio no ha sido objeto de una excavación en extensión pero sí se han continuado manteniendo los criterios de trabajo planteados para todo el análisis de este yacimiento arqueológico. El área determinada como objeto de intervención fue sometida a una investigación de carácter microespacial y en profundidad. Esta última no supuso ninguna complicación ya que los depósitos arqueológicos presentaban una escasa potencia estratigráfica. Aún así, los niveles inferiores fueron rebajados a través de alzadas artificiales de un máximo de 10 cm. recogiendo toda la información en el sistema de fichas de campo y de laboratorio realizadas por el GEPRAN de la Universidad de Granada. El conjunto de los trabajos fueron llevados a cabo a lo largo de la tercera campaña de excavación de este poblado arqueometalúrgico en 1989.

Estructuralmente, el muro 15.3 cierra su espacio al norte mientras que el pilar 15.4 (enmarca completamente por el oeste al banquito 15.13) sirve de elemento de unión con el CE VIb. Los límites al oeste no se conocen al no haber sido excavada toda su extensión. Al suroeste linda con el CE VIh y por el este, el espacio de este Complejo Estructural está prácticamente cerrado por el choque de la 15.4 con el recodo del muro de aterramiento 8.4 y 8.3.

La estructura 15.4 es la que define y delimita el área del CE VIb. Ésta es un tabique medianero que debió tener una gran altura debido a que en el momento de su excavación se encontraba totalmente vencido hacia el este. Si bien, es posible remontarlo y reconstruir prácticamente su altura original de al menos 1,60 m. (recordemos que esta es la misma altura a la que conserva el muro de aterramiento 15.3 y la estructura 15.19). De sección

conservaba unos 60 cm. Constructivamente, se trata de una estructura de forma prismática compuesta por lascas de pizarras de mediano y gran tamaño dispuestas horizontalmente sobre el banco rocoso y trabado con barro apelmazado de color marrón-grisáceo. Esta estructura parece ser que estuvo en relación directa con la sustentación de la techumbre de la zona noroccidental del CE VIb, aunque también con el posible techado de este Complejo Estructural.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

Ya hemos dejado patente en el apartado anterior que esta zona se encontraba totalmente erosionada, lo que no nos permite poder realizar un análisis de cómo se articula su espacio interior. Dicha erosión no solo ha actuado directamente sobre los restos de cultura material sino también sobre las posibles estructuras físicas que pudiese contener este espacio, al menos, en el área que se ha intervenido arqueológicamente. No obstante, durante el proceso de su excavación fue posible documentar y analizar una estructura, nos referimos a la 15.16. Se localiza paralelamente a la 15.4, concretamente a mitad de su recorrido, al sur. Se trata de una estructura de forma semicircular excavada en la roca, revestida a su vez por pizarras planas de mediano tamaño y trabadas por barro endurecido de color anaranjado. Como podemos apreciar por sus dimensiones, una sección de 1,00 x 1,20 m. y un alzado de 93 cm., se trata de una estructura de una entidad considerable.

c) Análisis Contextual¹²⁴ (Fig. 56 y 59)

En la capa superior del derrumbe de piedras (US 15.10) sólo se han recogido algunos elementos de piedra no tallada como un molino (nº 15.361) y otro elemento indeterminado (nº 15.360). En su capa inferior (US 15.11) predominan los elementos relacionados con la metalurgia, entre ellos, crisoles cerámicos planos (nº 15.369, 15.372, 15.381, 15.381-2, 15.381-3 y 15.382) (Fig. 70: 2, 3, 5, 6), localizados todos ellos al norte de la estructura 15.16, excepto el primero de ellos que se encontraba sobre la propia estructura y un molde de cerámica (nº 15.381-4). En los niveles más superiores de este estrato se recuperó un crisol de cerámica hondo (nº 15.366) (Fig. 70: 4). Los restos de mineral de cobre (nº 15.367, 15.377, 15.380, 15.393 y 15.398) en esta zona se concentraban al norte de la estructura 15.16. Por su parte, uno de los elementos más destacables en este estrato fue el hallazgo de un punzón de cobre (nº 15.332), recuperado entre el propio derrumbe de la estructura 15.16.

En cerámica tan sólo resalta un fragmento de cuenco de borde corto y entrante (nº 15.387) (Fig. 65. 14) con decoración de pequeños mamelones en el mismo y un cuenco semiesférico con decoración en el borde a base de pequeñas incisiones (nº 15.368-3) ya que

¹²⁴ En el análisis contextual de este Complejo Estructural no haremos referencia explícita a las Unidades Sedimentarias ya que se corresponden con las del CE VIb, por esta razón remitimos a los lectores a su lectura.

el resto de elementos cerámicos se encontraban muy fracturados, aunque sabemos que corresponden a dos orzas (n° 15.385 y 15.389) y al menos a una olla (n° 15.378) que presentaba decoración en el labio a base de incisiones. Sin embargo, sí son destacables dos elementos de arcilla, uno de ellos se trata de una pieza cilíndrica (n° 15.371) (Fig. 68: 5) y otro de una cuenta de collar (n° 15.386). Ambos elementos se encontraban sobre la estructura 15.16 junto con el mencionado crisol plano y los restos de mineral (n° 15.370), donde se encontró también una piedra de molino con restos de mineral en su superficie superior (n° 15.364). Por último, simplemente puntualizar los escasos hallazgos de fauna (n° 15.363 y 15.388).

En la unidad correspondiente al derrumbe de adobes y tapial (US 15.12 y 15.13), muy exigua en la zona debido a las características ya comentadas, y al suelo se mantienen las mismas constantes en cuanto al repertorio de la cultura material registrada. Crisoles planos (15.602) (Fig. 70: 7), mineral de cobre (n° 15.605, 15.606, 15.645 y 15.604, éste último, localizado sobre la estructura 15.16), restos de gotas de cobre (n° 15.395) y galena argentífera (metal de plomo) (n° 15.642). Todos los elementos relacionados con la producción metalúrgica se concentran al norte de la estructura 15.16 y al oeste de la 15.4. Asimismo, se localizaron una gran cantidad de fragmentos de numerosas orzas decoradas (n° 15.608, 15.609, 15.610, 15.611, 15.629, 15.632, 15.638 y 15.639) y sin decorar (n° 15.627 y 15.633); un vasito carenado de carena baja (n° 15.634) (Fig. 6:3) y otro más indeterminado (n° 15.644). Como ya ocurre con los elementos asociados a la metalurgia, los restos cerámicos también se distribuyen por el norte de este espacio, compartiéndolo con los primeros. La excepción, como también sucedía con algún resto de metal, se encontraba sobre la estructura 15.4 donde también documentamos los restos de una olla de perfil indeterminado con decoración en el borde a base de incisiones (n° 15.626). Asociado a este suelo aparece la estructura 15.16 de la que se recuperó un diente humano y restos carpológicos (n° 15.399-1 y 15.600-1, respectivamente).

V.3.7.8. Complejo Estructural VI f

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55) (Lám. 124)

Esta unidad de habitación junto con la VIg, constituyen un gran espacio doméstico que ocupan la zona más oriental de la Casa VI. El espacio que ha sido designado como CE VI f supera los 15 m². Presenta una forma rectangular y una orientación de oeste-este con unas coordenadas UTM: 32.10-38.30 x; 73.20-80.30 y; 14.00-17.90 z.

Al comienzo del análisis de esta casa VI hemos realizado un estudio pormenorizado sobre los sistemas de excavación y metodología desarrollada en esta casa. Precisamente, la zona ocupada por este complejo estructural fue la primera en ser intervenida durante la segunda campaña de excavación (1986) donde se trazó el corte 3 que a su vez fue subdividido en dos sectores E y D. Ambos fueron objetos de excavación mediante sondeo estratigráfico, aunque manteniendo en todo momento los sistemas de trabajos de carácter microespacial. Prosiguiendo con la idea de realizar una recuperación minuciosa del registro

arqueológico durante la segunda campaña en 1987 se procedió a la subdivisión de ambos sectores en nuevos subsectores. De esta manera los sistemas de trabajo en esta área quedaron establecidos de la siguiente forma. El sector E que ocuparía la zona sur de este complejo, quedaba definido como Ea y Eb (este y oeste del sector E, respectivamente). Mientras que el sector D, que ocuparía la zona norte, quedaba definido en el Da, que recogía la parte proporcional a este sector de la estructura 6.6a y, el Db que ocupaba la zona externa a la misma estructura (este y oeste respectivamente del sector D).



Lámina 124. Panorámica de la estancia oriental de esta unidad compuesta por dos espacios interrelacionados, el CE VI f y el VI g (Proyecto Peñalosa).

Durante la campaña de 1989 se reanuda los trabajos en esta área con su extensión hacia el este no solo del CE VI f sino del propio sector E y D. Esta ampliación del área a intervenir fue denominada como sector G, que a su vez fue subdividido en función de las diferentes estructuras que afloraban en superficie. Quedando las áreas de intervención como Gb zona central del sector G, rodeado por las estructuras 6.11, 6.5 y 6.6a (Al sur, este y norte, respectivamente), mientras que el espacio proporcional al sector G de la estructura 6.6b fue denominada como subsector Ga.

Todos los subsectores fueron objeto de una excavación de carácter microespacial, en extensión y en profundidad hasta llegar al suelo de ocupación de este espacio, completando así la estratigrafía registrada durante la campaña realizada en 1986. Pero, los trabajos en este complejo estructural no finalizaron hasta el mes de septiembre de 1991. Cuando se procedió a rebajar el suelo de ocupación y el nivel de cimentación. La idea de llegar hasta

la roca tenía una doble vertiente, por un lado finalizar con la excavación en profundidad de todo el sector y por otro lado, certificar la no existencia de estructuras funerarias bajo el suelo de ocupación.

El CE VI_f se concibe, tal y como lo podemos ver hoy día, durante la fase IIIA del poblado de Peñalosa, en un momento en el que los límites de éste se amplían, perdiendo la estructura 6.1 su función defensiva original. Los bastiones que se sitúan a su este y oeste condicionan también el espacio utilizable y crean por ejemplo el estrechamiento o pasillo que supone el CE VI_a. También influye la disposición de la roca con pocos buzamientos, aprovechándose la parte más alta al Sur para el levantamiento de algunos bancos (6.11 y 6.12) o para compartimentaciones como la que le separa del CE VI_g (6.8a). En la genética de éste espacio también interviene en gran medida la estructuración de su techumbre, apoyada en diversos postes y en las propias estructuras de aterrazamiento 6.2 y 6.3 (al sur y norte, respectivamente).

Estructural y físicamente, este complejo se define en primer lugar por el gran muro 6.2 que formaba parte del cierre del poblado durante la fase IIIB (al norte). En la reestructuración que siguió se le superpuso la estructura 6.1. Entre ambas se debieron apoyar las vigas de la techumbre de este espacio así como las que rodean el CE VI_g. Al este será la estructura 6.3 y al oeste la estructura 6.8a la que determine el espacio ocupado por este complejo estructural y el del VI_g (Fig. 54).

A nivel constructivo, la primera estructura que debió definir este espacio al sur, es la 6.2. Ésta se trata del muro maestro de la terraza que configura la verdadera pared trasera del CE VI_f y g, aunque originalmente fue la encargada de cerrar el poblado al norte en la Fase IIIB. Construida a través de la disposición horizontal de pizarras de mediano y gran tamaño trabadas con barro de color gris, presenta una forma rectangular de 1,00 m. de sección. Su trazado bastante irregular, contrarresta con la conservación original de su alzado que supera los 2 m. (2,02 m.). A ésta, durante la fase IIIA se le superpone la 6.1, llegando a actuar en este momento como muro de refuerzo. En cuanto a su sistema constructivo y forma responde al mismo carácter que la anterior. Pero difiere de ella en cuanto a su sección que oscila de 1,00 x 1,30 m. y en su alzado conservado que la supera en más de un metro (3,32 m.).

Mientras, al norte la estructura 6.3 es la encargada de cerrar el espacio de este complejo y del VI_g. Como en los casos anteriores se continúa respetando los sistemas constructivos de este gran espacio doméstico. Esta estructura engarza directamente con la estructura 6.1 en su extremo sureste y se superpone igualmente a la 6.2. Como decimos, este muro de aterrazamiento es el encargado de cerrar el espacio al norte pero también al este, ya que en su recorrido suroeste-noroeste gira en las coordenadas 32.10 x, 77.20 y en dirección sureste-noroeste. Sobre esta estructura si que ha actuado fuertemente la acción del pantano, ya que de su alzado original apenas se conservan 2,09 m.

El conjunto de estas estructuras conforman un gran espacio doméstico (englobado en los CE VI_f y g) de forma rectangular que fue creado y acondicionado durante la fase de ocupación IIIA del poblado de Peñalosa. La relación entre ambos complejos la denota la construcción de los dos bancos longitudinales o corridos tanto al norte como sur (6.7 y

6.12, respectivamente) del espacio. Ambos fueron construidos en los primeros momentos de vida de este contexto doméstico siendo compartidos y comunes para los dos ambientes habitacionales.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

La singularidad de este espacio no sólo viene determinada por el tipo de estructuras que presenta y se alzan en su interior configurando un espacio doméstico totalmente articulado en relación al desarrollo de diferentes actividades de mantenimiento, sino por el tipo de cultura material y su contextualización y relación con estas estructuras. Lo cierto, es que sus constructores mantienen una gran armonía interna, aprovechando al máximo todos los espacios subyacentes de las propias estructuras de aterrazamiento (externas) y compartimentación (interna). Así, sobre el suelo de ocupación se alzan una serie de estructuras que van desde bancos corridos, adosados, grandes contenedores y hoyos de postes, que en su conjunto forman un contexto doméstico complejo.

En cuanto a su análisis constructivo y estratigráfico podemos decir que la primera de las estructuras en concebirse a su interior es la 6.5. Esta anterioridad la sabemos porque el resto de estructuras (6.6a, al norte y la 6.11, al sur) se adosan a ella. Si bien, al referirnos a su sistema de construcción debemos hablar en primera estancia de la estructura 6.5a., que consiste en la base de cimentación sobre la que se alza la propia estructura 6.5. Su sección es de 40 cm. x 2,00 m. de longitud mientras que su alzado es 29 cm. Sobre ella se alza la estructura o banco 6.5. Aunque se trata de un banco de forma rectangular, éste se adapta perfectamente al recorrido en forma de arco que realiza la estructura de aterrazamiento (6.3, al sureste-noroeste). Éste fue construido por pizarras de mediano tamaño trabadas con barro endurecido de color rojizo que le infiere una gran consistencia a esta estructura. Su sección supera en 10 cm. a su base o cimentación mientras que al alzado de su cimentación le debemos sumar los 48 cm. que aún conservaba en el momento de su localización. Así, el alzado original de esta estructura podría superar los 80 cm. en el momento de su uso.

Al norte de este espacio, concretamente, a mitad del recorrido del muro de aterrazamiento 6.3, se construye el siguiente banco longitudinal, el 6.7, adosado al primero. Difiere de los casos anteriores en cuanto a su sistema constructivo. Éste es construido a través de la deposición de una cara externa de piedras de pizarra de tamaño medio rellenando su interior con cascajo y pizarras de pequeñas dimensiones y barro apisonado de color anaranjado. Es un gran banco longitudinal, bastante regular en toda su sección que no supera los 80 cm. A esta estructura, en su extremo Este se le adosa parcialmente la estructura 6.6b. En este caso se trata de un banco de forma rectangular conformada por una sola hilada exterior de pizarras verticales (que delimitan todo su perímetro y su cara este y oeste) y otras horizontales y dispuesta horizontalmente en su interior. Todas ellas son selladas a través de un relleno de adobe rojizo que en su parte superior es utilizado para horizontalizar su superficie y homogeneizarla configurando un verdadero piso. Como en el caso anterior, este banco tiene una gran entidad tal y como lo demuestra su sección de 1,60 x 3,10 m. mientras que su alzado no supera los 20 cm. a particularidad de ambas estructuras, realzan aun más si cabe el carácter de este espacio. Pero si a este carácter

estructural le unimos la singularidad de los restos materiales asociados directamente con ellas, su valor aumenta.

Sin embargo, en los niveles superficiales de la 6.6a se convierte en un verdadero contenedor que llama la atención no sólo por la cantidad de restos carpológicos recuperados, sino por la gran variedad que presentan (Contreras, 2000: 274-161).

Al este de esta estructura y al noroeste de la 6.5, encontramos una nueva estructura que parece simular una continuidad oriental de la primera. La asociación entre ambas estructuras (6.6a y 6.6b) es más que probable no sólo por sus semejanzas constructivas (caras externas, este, sur y oeste, se componen por grandes lajas dispuestas verticalmente) sino por sus características funcionales. Se trata de un gran contenedor con una sección de 70 cm. x 1,00 m. y un alzado que supera los 30 cm. En el momento de su localización se encontraba completamente sellado por una gran laja de pizarra junto a dos más de menores dimensiones, trabadas todas ellas por barro endurecido.

Al sur, volvemos a encontrar otros dos bancos adosados a la pared trasera de este Complejo Estructural (6.2). El primero de estos es la estructura 6.11 y se adosa al extremo este del banco 6.5. Presenta una forma rectangular con la cara oeste ligeramente apuntada. Su sección es de 94 cm. x 1,48 m., mientras que su alzado no supera los 55 cm. Está compuesto por pizarras de tamaño medio y grande, trabadas con barro de color rojizo. Esta estructura o banco se asemeja a aquéllos documentados en los Complejos Estructurales III y V. Sin embargo, destacan sobremanera los recipientes que se sitúan sobre él que muestran una curiosa particularidad: su especial tratamiento decorativo. Uno de los casos más llamativos es la cazuela de carena media n° 6.351 (Fig. 66:13) y la orza ovoide n° 6.360 (Fig. 60: 3), ya que, aunque sí es frecuente que este tipo de recipientes de almacenaje muestren impresiones en el borde no lo es tanto que presenten cordones lisos como elemento decorativo.

Adosado a la cara oeste de este banco, encontramos el banco longitudinal, 6.12. Éste, como ya explicábamos anteriormente, se adosa a la estructura 6.2 e, incluso, su trazado se adapta a la forma de esta estructura, recreando un banco en forma de arco o sucesivos semicírculos, como demuestra su sección máxima en 50 cm. Fue construido con pizarras de tamaño medio directamente sobre el banco rocoso que es más pronunciado en esta zona sur. La orientación de esta estructura en sentido este-oeste junto con los más de 4 metros de recorrido que la hacen coincidir, como ya pasase con el banco 6.7, con los dos Complejos Estructurales que conforman el gran espacio doméstico al este de esta casa.

Por su parte, en el análisis inicial de esta estancia o unidad habitacional ya apuntábamos que nos encontrábamos ante un espacio cubierto. Dicha cubierta se sostendría además de por las estructuras 6.2 y 6.3 (como hemos incidido con anterioridad) por algunos postes embutidos en las estructuras 6.23 y 6.8b. El primero de estos se localiza en la zona más oriental de este complejo estructural, a escasos 10 cm. del gran contenedor de lajas hincadas y el banco adosado (6.6a y 6.6b, respectivamente). Este fue excavado en la roca y tiene forma circular cuyo diámetro no supera los 30 cm. No se han documentado ni los calzos exteriores ni interiores. Por su parte, el segundo de ellos se encuentra en la cara opuesta al anterior, cerca de la estructura central (6.22) y asociado directamente al flanco

oeste de la estructura 6.8a. Igualmente, se trata de una estructura excavada en la roca, en este caso si fue circundada en su exterior por pizarras de pequeño tamaño. En cuanto a su diámetro supera en 10 cm. al primero de ellos.

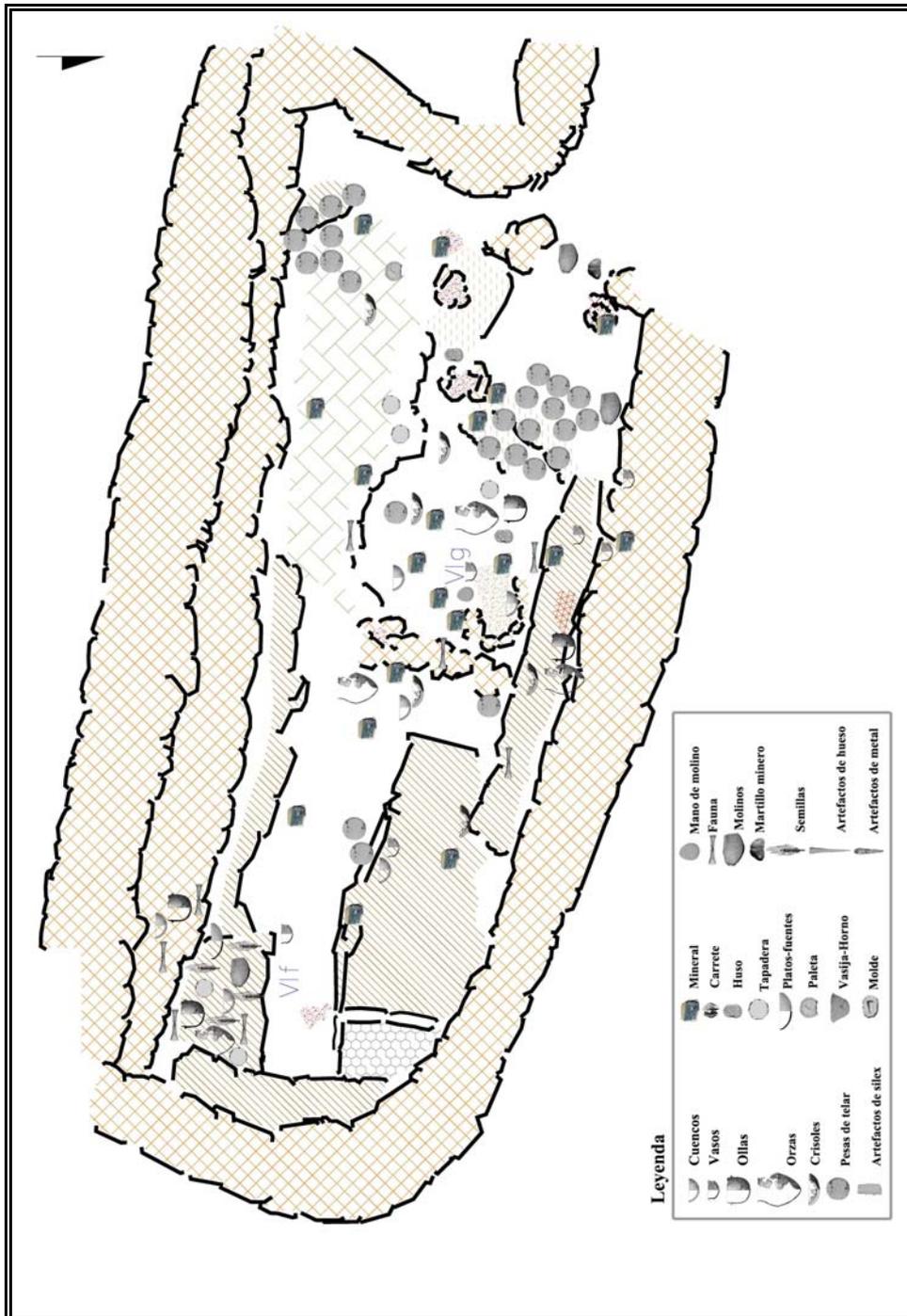


Figura 64. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias Vif y g (Proyecto Peñalosa).

c) Análisis Contextual (Fig. 57 y 64)

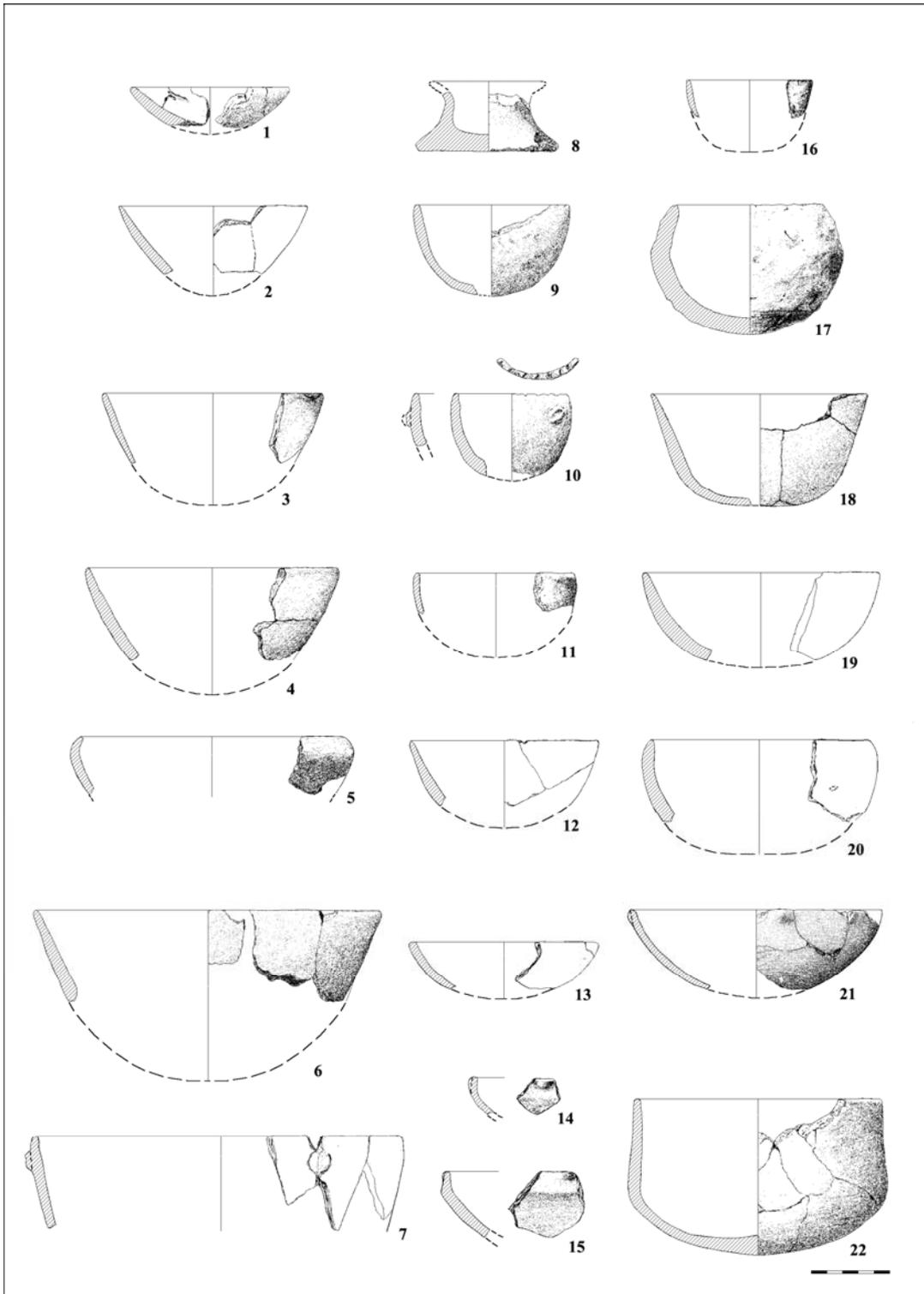


Figura 65. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).

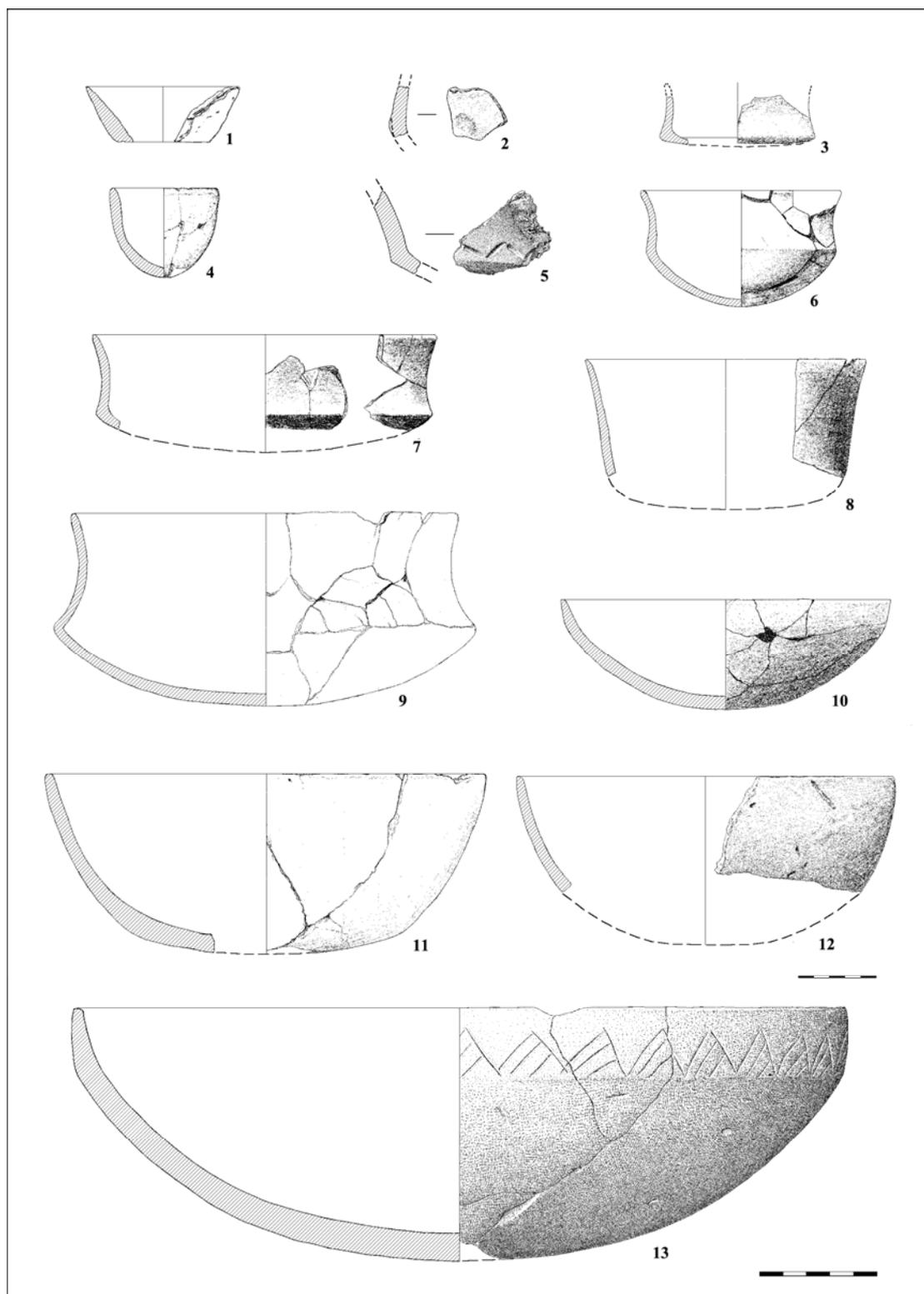


Figura 66. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).

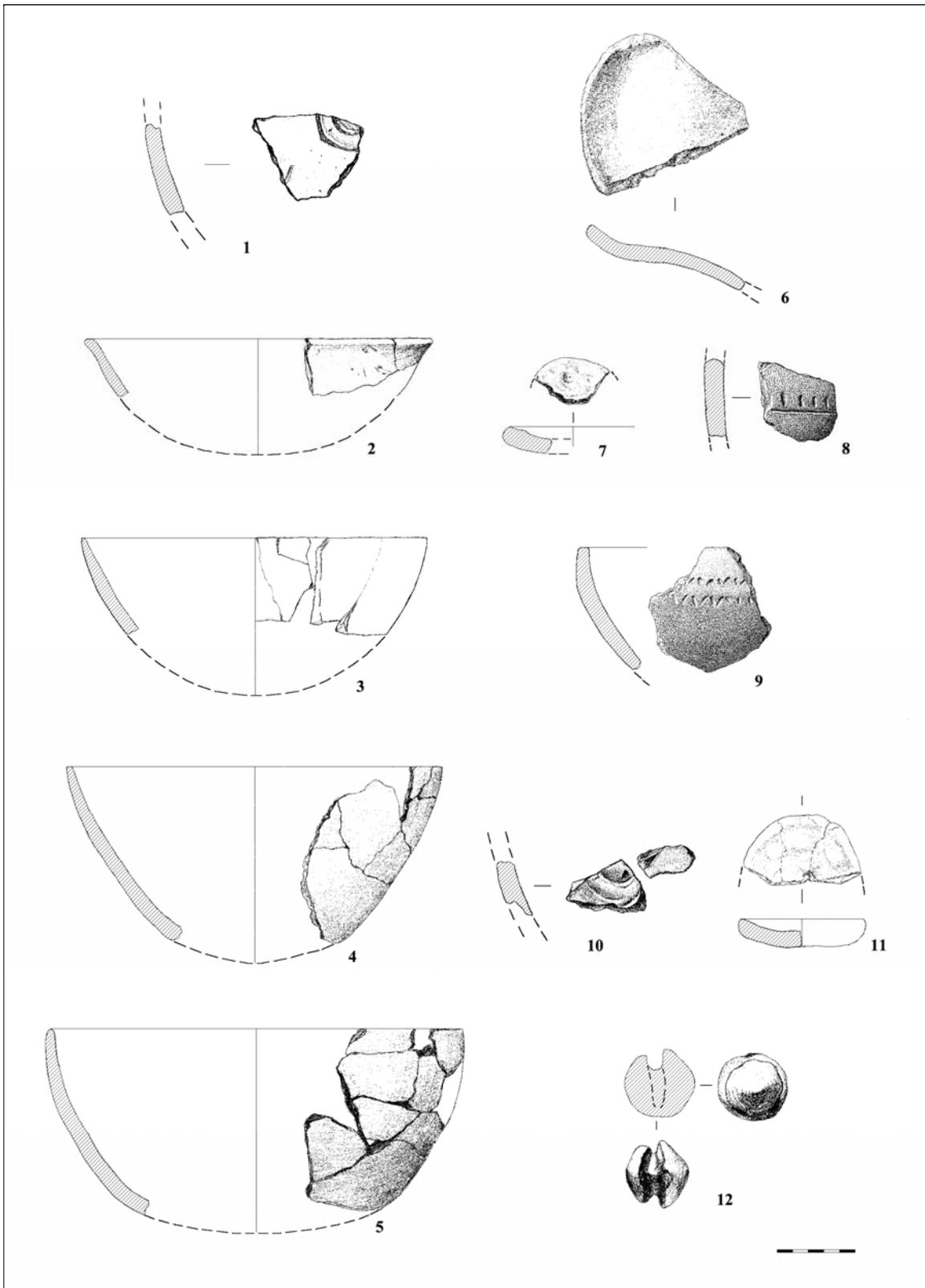


Figura 67. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).

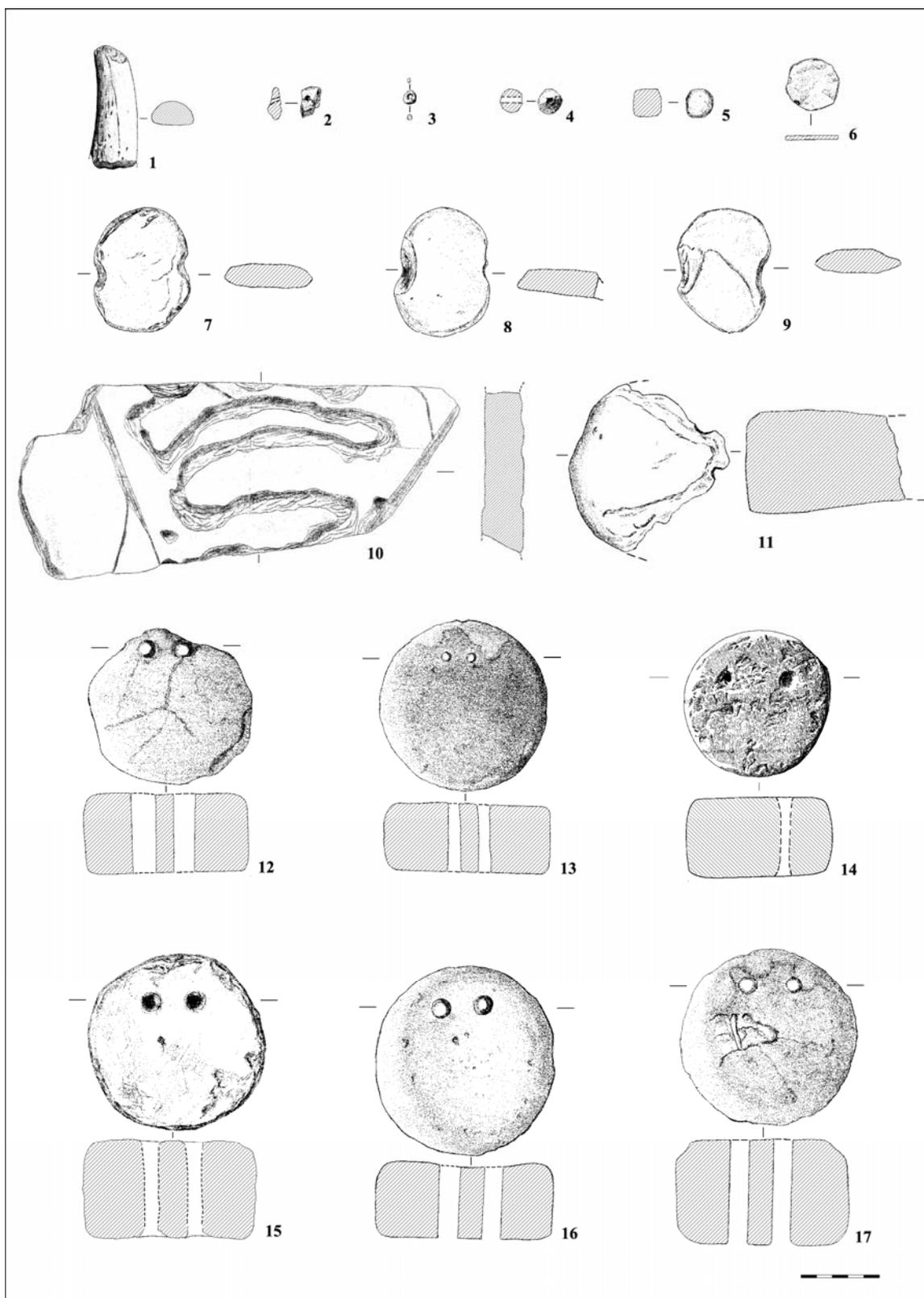


Figura 68. Cultura material relacionada con la producción textil, posibles juegos infantiles y adorno (Escala 1:3).

La US 6.1 corresponde a la tierra de erosión del pantano. Este nivel se extiende por todo el corte en láminas de tierra suelta de color grisáceo con grandes pizarras. En ella se han recogido pocos fragmentos cerámicos representativos, aunque sí hay que destacar la presencia de una ollita de perfil ovoide de grandes dimensiones con restos de impresiones en el borde (n° 3.002), un fragmento de un posible crisol plano (n° 3.007) (Fig. 70: 9) y un vasito de carena muy baja y el fondo totalmente plano (n° 6.411) (Fig. 65. 8), de cuerpo muy convexo y el borde muy saliente. Además, de referirnos a una interesante piedra grabada con motivos geométricos en damero (n° 6.317 y 6.318) en la zona que se sitúa la estructura 6.6b. Por debajo de ésta encontramos dos capas de derrumbe de piedras, mejor conservadas cuanto más al sur nos situamos de la misma.

La US 6.2, mantiene la genética de la unidad anterior, extendiéndose por todo el corte 6 en bloques de derrumbe con grandes pizarras trabadas por un barro de tierra suelta y color gris oscuro. Este nivel apenas contenía material arqueológico. Sólo podemos referirnos a los restos de una gran orza de perfil ovoide de borde marcado de medianas dimensiones (n° 3.001) y otra más de perfil indeterminado (n° 6.327). Ambas localizadas en el espacio central, entre las estructuras 6.12 (al sur) y la 6.6b (al norte) (Sector E).

Por el contrario en la tercera unidad, US 6.3, contamos con algunos restos de mineral de cobre (n° 3.008, 3011 y 3.012), un crisol plano (n° 3.009) (Fig. 70: 10) y fragmentos óseos humanos (n° 3.013) removidos procedentes, posiblemente, de los CE situados más al sur y que se hallan desplazados por la pendiente (Contreras, 2000: 274-155). En conjunto, todos los elementos relacionados con la producción metalúrgica se recuperan entre las mismas estructuras mencionadas anteriormente, en el espacio central del sector E, menos una gota de mineral de cobre que fue recuperada directamente de la superficie de la estructura 6.11.

Por su parte, en esta unidad como en las sucesivas predominan los restos culturales relacionados con las actividades de mantenimiento, concretamente con la preparación, servicio y consumo de alimentos. Continuando con el mismo espacio descrito anteriormente, en ese espacio central, que conforma un estrecho pasillo ocasionado por la situación de las diferentes estructuras y bancos que configuran este espacio, encontramos una olla de perfil indeterminado que presenta decoración de incisiones en el exterior del borde (n° 6.329). Muy cerca de este objeto, pero un poco más al noroeste hallamos un vasito (n° 6.326) (Fig. 65. 10) de fondo completamente plano y paredes muy abiertas provistas de un excelente tratamiento superficial a base de la técnica del bruñido, mientras que avanzando hacia el norte, encontramos los restos de un vaso carenado (n° 6.328) y dos cuencos de medianas dimensiones, uno de ellos de casquete esférico (n° 3.010-1) (Fig. 65. 21) y el otro semiesférico de borde entrante (n° 3.010-5) (Fig. 65. 20). Si bien, es cierto que muchos de estos elementos aparecen fragmentados y removidos, todo parece indicar que su posición de origen estaría relacionada con los bancos del sur, es decir, con las estructuras 6.11 y 6.12. Asimismo sobre estas estructuras y en relación con ellas fue donde se encontraron el mayor volumen de restos de cultura material cerámica. Con respecto a la primera de ellas podemos señalar que tanto sobre ella como en sus alrededores se recuperaron grandes cantidades de restos de fauna entre los que predominaban los ovicápridos (n° 6.334, 6.335, 6.336, 6.337, 6.339 y 6.410). En el extremo este del banco 6.11, se halló una gran orza de perfil (n° 6.360) ovoide con las paredes rectas y salientes y

borde abierto y en cuyo interior se encontraba su propia tapadera de pizarra recortada (nº 6.360-2) (Fig. 68: 6) y escasos restos de semillas (nº 6.350-1). Referente a este banco, debemos destacar también la aparición sobre el mismo de una cuenta de arcilla (nº 6.408) (Fig. 68: 4) y pequeñas placas de arcillas recortadas de forma circular (6.11). Por su parte, sobre la estructura 6.12 se recogieron restos materiales que nos indicarían cuales serían las pautas productivas de este espacio y estas estructuras. En primer lugar, se recuperan los restos de una olla imposible de reconstruir (nº 6.344), un cuenco semiesférico de tendencia parabólica de medianas dimensiones y un vaso carenado de similares dimensiones (nº 6.343).

Si bien los elementos excepcionales, no sólo aparecen relacionados con estas dos estructuras, sino también sobre el banco 6.5. Sobre éste se han recogido numerosos restos cerámicos de formas indeterminadas e imposibles de reconstruir, en muchos casos removidos por la erosión. Sin embargo, debemos destacar algunos elementos entre los que se encuentran los fragmentos de borde de una posible fuente, con impresiones cortas formando “zig-zag” tanto al exterior como al interior del borde (nº 6.354-2) (Fig. 67:8), un fragmento amorfo (nº 6.357-2) (Fig. 67:9) que presenta decoración de incisiones que forman círculos concéntricos. Como en los casos anteriores, también aquí podemos hablar de restos faunísticos (nº 6.355 y 6.356-2) y carpológicos (nº 6.353-1 y 6.356-1).

La US 6.4 corresponde al derrumbe de las estructuras de adobe e incluía diferentes lajas de pizarra de gran tamaño, especialmente en las proximidades del CE VIg, por lo que nos referiremos a ella en el citado complejo al igual que con los recipientes completos que incluía, los cuales quedaron inmersos en esta matriz sedimentaria. Sin embargo, si podemos aludir aquí a algunos fragmentos sueltos como los restos de mineral de cobre, documentados también en su extremo occidental, o los restos de un crisol plano en la estructura 6.6b (nº 3.062) o, incluso, una cuenta discoidal en piedra (nº 6.356-3) (Fig. 68: 3) recuperada de la misma estructura 6.5.

Los hallazgos más interesantes se encontraron lógicamente en el suelo de ocupación (US 6.5 y 6.10). Entre ellos debemos destacar la presencia de diversos tipos de cuencos, algunos de ellos semiesféricos (nº 6.252-3 y 6.308-7) (Fig. 67:11), localizados en el borde de la estructura 6.6b. El primero de ellos presenta una tendencia parabólica. También estaban presentes otros cuencos de borde ligeramente entrante y medianas dimensiones (nº 6.324), otros presentan el casquete esféricos y el borde ligeramente entrante de similar tamaño (nº 6.303) (Fig. 65. 17) u otros de casquete esférico y tendencia parabólica con el borde biselado (nº 6.268-8/9). Estos últimos poco frecuentes en el repertorio cerámico de Peñalosa fueron recuperados tanto en las cercanías de la estructura 6.12 como sobre ella. Recipientes de pequeño tamaño también son recuperados, este es el caso de un vasito de fondo convexo y borde entrante (nº 6.326) con decoración en el labio y situado sobre la estructura 6.11.

Por su parte, sobre la estructura 6.6b se encontraba un vaso troncocónico plano que presenta la línea de carenación muy suave con la parte superior del cuerpo recto y entrante

(n° 3.005-2) (Fig. 65. 22)¹²⁵ y a una paleta (n° 6.308-3) (Fig. 65. 12). Mientras que sobre la estructura 6.6a se hallaba un cuenco semiesférico con pequeños mamelones en el borde a modo de decoración (n° 6.417-3).

También contamos con recipientes de mayores dimensiones, relacionados tanto con la preparación como con el almacenamiento de alimentos. Este es el caso de los restos de ollas, aunque entre estos, destacan los ejemplares de orzas. Ejemplo de ello es una orza ovoide (n° 6.308-6), decorada con un cordón liso en el cuerpo. Pero sin lugar a dudas, uno de los elementos que más resaltan por su excepcionalidad entre el repertorio cerámico de Peñalosa, es una fuente carenada (n° 6.351) que podríamos definir como “tipo Monachil”, pero de las que aparecen en el Bronce Tardío (Molina, 1976). Presenta su borde corto y recto, marcado levemente con respecto al cuerpo y tiene una tendencia vertical, con una decoración tipo “Proto-cogotas” consistente en incisiones formando motivos triangulares en la parte superior de la carena, faltando la base de los triángulos y estando relleno el interior con dos líneas incisas paralelas, sobre la estructura 6.11.

Sobre esta misma estructura (6.11) y en sus inmediaciones, se encontraban diversos molinos (n° 6.413 y 6.414). Mientras que el almacenamiento del cereal ya triturado debía depositarse en contenedores construidos como la estructura 6.6a, en cuyo interior, se encontraban grandes cantidades de semillas de cereales (n° 6.416-1, 6.417-5, restos de lino y de malas hierbas junto con algunos restos de gotas de metal y de mineral de cobre (n° 6.416-3 y 6.417-4) y de fauna (n° 6.416-2 y 6.417-2).

V.3.7.9. Complejo Estructural VIg

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55) (Lám. 123)

Completando el gran espacio doméstico de la Casa VI al este, encontramos el siguiente Complejo Estructural, el VIg. Éste comparte más que espacio y estructuras físicas con el CE VI f, como veremos a lo largo de su análisis. Se ubica en la zona occidental del denominado corte o sector 6. Su localización exacta está determinada por las siguientes coordenadas UTM: 37.80-43.30 x; 74.30-81.20 y; 14.44-17.74 z. Se relaciona a nivel general con tres subsectores A, B y C.

Se trata de una gran área de carácter doméstico y productivo de más de 17 m², de forma rectangular y orientada en dirección oeste-este, que recrea cuando menos dos ambientes diferentes.

Este espacio se origina con la ampliación del poblado durante la fase IIIA, sobre las diversas estructuras defensivas que se localizaban en esta zona durante la fase IIIB se van a situar nuevas estructuras que van a modificar el espacio para su uso doméstico. Un ejemplo

¹²⁵ Hasta el momento es el único ejemplar recuperado entre el registro arqueológico de Peñalosa de esta tipología.

que ya hemos citado es el de la estructura 6.2 a la que se superpone la 6.1 constituyendo ambas la pared delantera (norte) del GE VII, mientras que la estructura 6.2 quedará de pared trasera de los CE VI_f y VI_g actuando al mismo tiempo como soporte de las vigas de la techumbre. Éstas, en el caso del CE VI_g, debieron contar con más puntos de apoyo a través de los hoyos de poste 6.8b, 6.14, 6.15 y 6.19 y también de los restos del bastión que queda al oeste de este espacio.

Uno de los elementos fundamentales, no sólo para este complejo sino también para el anterior es la estructura 6.8a. Esta estructura es elemental en la separación o división de dos ambientes relacionados, de este CE y del inmediato VI_f, que junto con la 6.4 y la 6.9 configuran un espacio central aproximadamente circular (estructura 6.22) que, según muestran los restos de lajas caídas, el derrumbe de adobes y la disposición de los postes, debía estar descubierto para facilitar la evacuación de los humos producidos por las actividades que en él se llevaron a cabo. La formación de este espacio debió ser coetánea o un poco posterior a la preparación del terreno rocoso para su uso humano a través de distintos pavimentos y bancos. En todo caso, si se piensa en una transformación en el uso del espacio durante la utilización del CE VI_g habría que pensar que esto también tuvo lugar en el CE VI_f donde las estructuras 6.6 y 6.11 son posteriores a la 6.5 y 6.7. Lo mismo sucede con las estructuras 6.8a y 6.9a con respecto a la misma estructura 6.7. Un apoyo de esto quizás vendría dado por la base de la estructura 6.5 en el CE VI_f y tal como se documentó al interior del contenedor 6.6a.

El CE VI_g viene definido, aparte de por los muros de aterramiento, al sur, por el antiguo bastión de la fase IIIB que lo cierra al oeste (5.5); al este por el propio Complejo Estructural VI_f o más bien por la estructura divisoria (6.8a)¹²⁶. Para estrechar aún más el vano de entrada de este espacio desde el pasillo longitudinal (CE VI_a) se construyeron dos pilares adosados a modo de jambas (6.18 y 6.20) que dan entrada a tres espacios diferentes.

Por un lado, al sur, nos encontramos con una plataforma de roca pavimentada con barro y lajas planas. Al noroeste queda un espacio trapezoidal que a través de unos escalones comunica con un espacio circular descubierto en el que tuvieron lugar importantes actividades relacionadas con el mantenimiento humano y económico de este grupo social tal y como manifiestan los restos culturales recuperados. Entre ambos y sobre los escalones que los separan (6.9a y 6.9b), se encontraron numerosas pesas que debieron formar parte de una estructura de telar. Otras estructuras se prolongan hasta el CE VI_f (Estructura 6.4 y 6.10) actuando la estructura 6.8a de separación.

Precisamente, esta división de tres ambientes en un mismo espacio doméstico fue ligeramente identificada en el inicio de su intervención, desde que en la campaña de excavación de 1987 se extendieran los trabajos centrados en el sector 6 hacia el este y oeste de su área inicial (sector 3). La excavación de esta área no finalizará hasta la tercera campaña de excavación en 1989. Desde los primeros momentos, las estructuras emergentes en superficie, de estos tres espacios o ambientes, ya nos denotaban una serie de espacios o

¹²⁶ El conjunto de estructuras que conforman el espacio exterior de este contexto doméstico ya han sido analizadas en el complejo estructural anterior, por lo que en este caso solo haremos un análisis de las estructuras externas e internas que correspondan directamente con éste complejo estructural.

áreas de actividad de diverso carácter. Prosiguiendo con el carácter metodológico de plantear grandes áreas de excavación, desde el primer momento se decidió subdividir este gran recinto de unos 17 m² en tres subsectores, A, B y C, para ello se intentaron trazar de forma perpendicular a los dos grandes bancos longitudinales al sur (6.12) y al norte (6.7). Sin embargo, conforme avanzaban los trabajos de excavación de estas grandes áreas hubo que sucumbir a la propia organización estructural interna para plantear su intervención. Es decir, el trazado de las áreas de excavación se vio fuertemente mediatizada por la compleja organización estructural que presentaba este espacio, siendo esta la verdadera realidad a la que había que adscribir la división de esta área.

El primero de los sectores (subsector A) quedaba en límite con el Complejo Estructural VI_f, concretamente a las espaldas del corte 3, ocupando la parte más oriental del mismo. Sus coordenadas UTM son, 38,00x; 75,50y; 44,00x; 75,50y; 38,00x; 80,00y; 42,00x; 81,00y. Orientado de norte-sur, englobaba la práctica totalidad de las estructuras 6.8a, 6.8b, 6.22a y parte de la estructura 6.10. Tras los trabajos de limpieza superficial, se decidió subdividir este sector en dos nuevos subsectores con el objetivo de realizar una recogida minuciosa de la cultura material y de las propias estructuras emergentes. Su trazado se realizó en base a la lectura anterior del perfil oeste del sector 3 y la propia estructura que era visible ya en los primeros niveles (6.8a). De tal manera, los sistemas y áreas de trabajo quedaban definidos de la siguiente manera en este subsector A. La zona al Sur fue definida como Ab mientras que la zona norte sería el Aa.

El segundo subsector, el B, comprende la zona central de este complejo estructural. Ésta quedaba definido por el este por el subsector A y por el oeste por el C. Con respecto a su definición, en este caso más que en ninguno, podemos decir que su trazado se realizó en función de las estructuras emergentes. Subdividiéndose en los nuevos Ba y Bb. El subsector Ba ocupa toda el área central-norte de este subsector B englobando las estructuras 6.9a, 6.9b, 6.14 y 6.4, mientras que el Bb sólo ocuparía la zona restante entre la estructura 6.4 y el muro de aterramiento al sur 6.2. De esta manera, se procedió al rebaje de los estratos naturales continuando la lectura del perfil este o S1 (entre el subsector Aa y el Ba). Los niveles concernientes a los derrumbes de piedra fueron atajados con alzadas naturales hasta la llegada al suelo de ocupación momento en que se extendieron los trabajos hacia el subsector Bb y el sector C.

En tercer y último lugar, tenemos el subsector C. Éste quedó definido en la parte más occidental del complejo. Ocupaba toda el área restante entre el B y el muro defensivo de la fase III_B. Como en el caso anterior, se mantiene la misma tónica en cuanto a sus sistemas de trabajos, se plantean tres grandes áreas de intervención, la Ca, Cb y Cc. El primero de ellos se trazó en sentido oblicuo a la estructura 6.4 y a la 6.19 (recordar que esté separa el Ca del Ba) y, al noroeste de éste, se traza desde la 6.20 a la 6.18 el Cc. Este último, ocuparía la zona de entrada a este gran recinto, englobando en sí la conexión entre el CE VI_g y el pasillo longitudinal que da acceso al mismo (CE VI_a). Por su parte el Cb, quedaría definido al sur, ocupando todo el área restante, concretamente, el espacio situado en el extremo occidental de la estructura 6.4 y 6.13.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55) (Lám. 123)

La articulación espacial y estructural de este Complejo Estructural VIg es bastante compleja. Como ya hemos mencionado anteriormente, todo parece apuntar a que su organización interna debió modificarse a lo largo de la fase IIIA. Las causas de estas posibles modificaciones pudieron ser de carácter productivo. En el origen inicial de ese gran recinto doméstico, no parece ser que estuviese subdividido en dos espacios de producción sino que más bien nos inclinamos a pensar que se trataba de una gran área de carácter totalmente doméstico. Si bien, en un momento determinado (que no podemos precisar, debido a que el carácter de la cultura material y de los propios sistemas constructivos no nos lo permiten) se construyen nuevas estructuras con un fuerte carácter productivo, aprovechando todos los espacios muertos que quedaban en el origen de su construcción.

Así, en el momento de su excavación, sobre el suelo de tierra apisonado, nos encontramos con un espacio doméstico, dotado de una serie de estructuras que caracterizan un complejo muy completo en cuanto a estructuras internas y, por extensión, a su planificación urbanística. Encontramos todo tipo de estructuras, realizadas en mampostería, excavadas en la roca y revestidas, etc.

La primera que vamos a describir no se alza sobre el suelo de ocupación sino que esta íntimamente relacionada con la estructura 6.7, nos referimos a la 6.24. Se trata de una estructura excavada directamente sobre el banco 6.7, de forma oval, con una sección de 50 cm. por 70 cm. Ésta ha sido denominada como sepultura 3 del poblado de Peñalosa. En el momento de su documentación se encontraba fuertemente alterada por la erosión y la acción del pantano, que llegaba a alcanzar a los restos óseos que contenía. Debido a ello no nos es posible determinar con precisión la morfología del receptáculo, aunque si podemos apuntar que se trataba de un enterramiento situado a un nivel alto en cuanto a la sedimentación de este espacio. Esto puede deberse o bien a que perteneciese a la fase última del poblado o momentos finales de la fase IIIA o bien que se tratase de una estructura adosada al muro 6.3 y sobre elevada con respecto al banco 6.7. Debido a la genética de este espacio, nosotros creemos más factible que se trate de una sepultura de la fase IIIA y que pertenezca a la vida de esta casa, ya que sino fuese así estaríamos hablando de una sepultura de la fase IIIB y por las características que presentaba este espacio (zona externa al muro de fortificación) en esos momentos, esta se encontraría fuera del poblado. Si bien como decimos, no ha sido posible determinar la morfología de la estructura. Continuando con la primera de las hipótesis y teniendo en cuenta la genética estructural de este espacio, esta estructura debió corresponder a los primeros momentos de vida de esta casa, incluso nos inclinamos a pensar que la deposición del difunto se realizó antes de finalizar la construcción de ésta. Esto nos lo apunta el hecho de que las estructuras o jambas relacionadas con la puerta de entrada 6.21 y la propia estructura 6.8a son construidas posteriormente (Fig. 55).

Respecto a la puerta 6.21 se conforma a través de la aproximación de las estructuras 6.3 (al norte) y 5.5 (el recodo originario del bastión de la fase IIIB). Con la idea por parte de los constructores de este espacio de estrechar aún más si cabía el espacio de ésta,

construyen dos muretes a modo de jambas. Tanto una como la otra (6.18 al noreste y la 6.20, al suroeste) presentan una forma trapezoidal. Éstas fueron construidas con pizarras de pequeño tamaño y trabadas con barro compacto de color anaranjado. La sección de la primera es de 50 cm. con un alzado de 1 m., Mientras que la segunda presenta una sección menor, de unos 40 cm. y un alzado ligeramente superior, 1,14 m, Esta diferencia se debe al desnivel de la roca que en este espacio buza en sentido sur-norte. Ambas estructura configuran un vano de unos 50 cm. de sección de forma rectangular. Creemos importante resaltar que fueron detectados los huecos para las maderas en los laterales de las jambas, a modo de goznes o marcos (estos también han sido localizados en la puerta de entrada del poblado a través del pasillo del CE IX).

La siguiente estructura, denominado como 6.8a, se trata de un tabique medianero (encargado de separar el espacio del CE VI f y g) perpendicular al muro de aterramiento 6.3, de forma rectangular (su sección es de 40 cm.). Compuesto por pizarras de pequeño tamaño, solo conserva dos hiladas de piedra dispuestas horizontalmente sobre el suelo de ocupación. En su extremo sur remata en forma semicircular dando paso al Complejo Estructural VI f, a través de un espacio a modo de puerta de unos 70 cm. Aunque la primera hipótesis de construcción nos inclina a pensar en un muro medianero entre dos espacios, es cierto, que también parece actuar como estructura delimitadora de la estructura 6.22a (hogar), cerrando así el espacio circular central del Complejo Estructural VI g.

Junto a esta estructura, en su extremo sur, encontramos asociado un hoyo de poste (6.8b) que su vez cierra prácticamente el espacio del CE VI g al sur, debido a su choque con el extremo suroeste del pavimento de lajas (6.4). Se trata de una estructura excavada en la roca de forma semicircular de 40 cm. de sección, circundada en su perímetro externo por pequeñas lajas de pizarra.

En el extremo sur del CE VI g encontramos la estructura 6.10. En momentos anteriores, ya hemos apuntado de la existencia del gran banco rocoso registrado en el sur de este gran recinto doméstico. Justamente, este banco fue recortado formando una especie de semicírculo que delimita la zona central (6.22) que a su vez fue rehundida. La cara externa de este banco fue provista de la deposición de una serie de lajas planas de mediano tamaño que revisten la roca en todo su perímetro. Este revestimiento se extiende hacia el sur, lo que concretamente ha sido denominado como sector Cb, originando en su extensión un pavimento superior (6.4) sobre el recorte de la roca.

Cerrando este espacio central del Complejo Estructural VI g, se alzan dos estructuras adosadas, la 6.9a y 6.9b. Ambas, perpendiculares a la estructura 6.7, aunque es la primera de ellas la que se asocia al extremo oeste de esta última, ya que la segunda se alza a mitad del recorrido de la 6.9a. En cuanto a su sistema constructivo, son estructuras que aprovechan los escalones de roca resultantes del rehundimiento central, que son revestidas en su extremo este por lajas de pequeño y mediano tamaño, que configuran un escalón o murete de forma rectangular con una sección de unos 40 cm. para el primero de los casos y 50 cm. para el segundo de ellos. Completando este ambiente intermedio del CE VI g, aparece un hoyo de postes en el extremo sur de ambas estructuras, concretamente, entre estas y la 6.4. Como en el ejemplo anterior, éste se compone por un hueco en la roca de

forma oval de unos 58 cm. de diámetro y delimitado en su perímetro exterior por pizarras de pequeño tamaño.

La localización de los dos hoyos de postes hasta ahora analizados parecen responder por su organización y ubicación al techado de gran parte de este ambiente central que, probablemente, necesitaría un mayor refuerzo en cuanto a su techumbre ya que su zona norte (alrededores de la 6.22a) podría estar descubierta, tal y como apunta la disposición de las grandes lajas de la techumbre, la sedimentación del nivel de derrumbe de adobes y, como ya hemos explicado, la disposición de estos dos hoyos de postes.

La disposición y articulación de todas estas estructuras parecen perfilar un espacio resguardado del resto de la casa o, al menos, de este recinto doméstico. El carácter que presentan las diversas estructuras, el aprovechamiento del espacio así como la dedicación, tiempo y esfuerzo empleado tanto en el acondicionamiento como en la construcción de un espacio particular como éste, hace que nos planteemos cuál fue su verdadero significado para este grupo familiar así como que carácter social y funcional tenían este espacio en la constitución de esta casa como entidad social. Probablemente, la respuesta la encontremos en la siguiente estructura. Nos referimos al hogar o estructura 6.22a. Se trata de una estructura circular, con un diámetro no superior a los 50 cm. Ésta se compone de piedras de pequeño tamaño (cantos de río) no imbricados entre ellas las cuales mantienen una abertura hacia el oeste, como si quisieran dibujar la forma de una herradura. Todo el perímetro (de 2,00 m. x 2,50 m.) que rodea esta estructura de combustión ha sido denominado como estructura 6.22b. En este espacio la roca es adecuada y rodeada de escalones y bancos como ya hemos explicado en los párrafos anteriores.

Respecto a nuestra hipótesis acerca de este ambiente central, pensamos que sería un espacio cerrado (con techumbre) con una abertura en la zona de la estructura de combustión de la cual inclusive hemos recuperado dicha abertura de material de construcción que presenta una particularidad que nos acercan a las manos de quién las realizó, contenía las huellas de los dedos como producto de su proceso de modelación¹²⁷. Esta tesis estaría avalada por la caída hacia el interior de esta estructura de las grandes lajas de la techumbre, la disposición de los escalones que la rodean y definen este espacio y, por último, los materiales ubicados en sus alrededores.

Completando la estructuración espacial del extremo más occidental de este complejo estructural se halla la estructura 6.17. Ésta se trata de un escalón de roca de unos 30 cm. de sección, revestido por una sola hilada de pizarras trabadas por una fina capa de barro rojo. Esta estructura de forma rectangular facilitaría el acceso al segundo plano (zona sur) del corte 6, salvando así el desnivel del área de aproximadamente 65 cm.

En este espacio de entrada, se encontraron una serie de hoyos de postes que configuran una especie de vestíbulo techado. El primero de ellos, se ha denominado como estructura 6.15. Se localiza en línea recta con el 6.14 hacia el suroeste y sobre el escalón de roca (6.17). Éste es un hoyo de poste, aproximadamente, circular (de unos 30 cm. de

¹²⁷ Comunicación directa de Juan Miguel Rivera Groneou quién se está encargando de estudiar el material constructivo de este poblado.

diámetro) excavado en la roca y rodeado de pequeñas piedras a modo de calzos exteriores. En línea con este último a apenas 25 cm. al oeste, encontramos el siguiente, 6.16. Éste responde al mismo patrón constructivo que el anterior, aunque su diámetro es menor (20 cm.). El último de ellos, se encuentra junto a la jamba 6.20 y presenta las mismas características que los tres anteriores, aunque su diámetro es el mayor de todos, 40 cm.

Para finalizar el análisis estructural de este espacio tenemos que referirnos a una nueva estructura, la 6.13 que se alza en el extremo suroeste del ambiente superior de este complejo estructural. Ésta tiene forma triangular o semicircular (con una sección de 1,10 m. por un alzado de 85 cm.) ya que aprovecha el rincón formado por el bastión (6.2 y 5.5). Se construyó con piedras de mediano tamaño, rellenando su interior con cascajo. Todo ello trabado por un barro apisonado de color anaranjado.

c) Análisis Contextual (Fig. 57 y 60)

De nuevo en esta zona la erosión ha lavado las capas superiores del derrumbe, especialmente al norte, lo que, unido a los diversos escalonamientos y, en algunos casos, al tamaño de los recipientes, ha hecho que estos quedaran adscritos a US diferentes del suelo. Si bien, sus bases estaban en mayor o menor medida apoyadas sobre éste excepto en casos en los que la alteración había sido muy pronunciada, especialmente en la tumba 6.24 (US 6.6).

Ya en la US 6.1, las capas de derrumbe más alteradas por el pantano, la mayoría de los materiales se relacionan con el proceso metalúrgico y se concentran en los alrededores de la estructura 6.22. Así sucede con los restos de mineral de cobre (nº 6.368, 6.390 y 6.393) y escoria (nº 6.378), crisoles planos (nº 6.375-1) y crisoles hondos (nº 6.401-1 y 6.402, localizados sobre la estructura 6.7, en su extremo más occidental), mientras al interior de la estructura 6.22 se encontraron restos de mineral de cobre calentado en forma de gota (nº 6.370). También se documenta un crisol plano con mucha escoria (nº 6.363) (Contreras, 2000: 274-165). Por su parte, en el extremo contrario (zona sur-oriental) en las cercanías de la estructura 6.4 se documentaron dos elementos de piedra no tallada, un alisador (nº 6.367) y una pizarra con grabados geométricos (nº 6.385). Asimismo, al sur pero, igualmente, en los alrededores de la estructura 6.22a, se localizaron también restos cerámicos de diferentes tamaños y funcionalidades. Destaca un cuenco semiesférico de perfil simple (nº 6.391), uno más de tendencia parabólica (nº 6.375) y dos vasitos carenados (nº 6.389 y 6.400-1). También se encontraron recipientes de mayores dimensiones. Este es el caso de una fuente simple honda y grandes dimensiones (nº 6.364) (Fig. 67:4) y los restos de una gran orza (nº 6.401). Por último, junto a estos elementos se localizaron restos carpológicos (nº 6.399-1) y faunísticos (nº 6.372, 6.381, 6.384, 6.398 y 6.399-2).

Los mismos patrones se mantienen en la US 6.2 destacando junto a los crisoles planos (nº 6.001, 6.119 y 6.174) otros hondos (nº 6.009 y 6.032) (Fig. 70: 12), uno de ellos presentaba pico vertedero (nº 6.178), el cual estaba situado al interior de la estructura 6.22. Dichos fragmentos presentan una particularidad general, y es que casi todos ellos presentan un amplio grosor de escoriación en la parte interna con bastantes impurezas. Una gotita de

metal de cobre no redondeada (n° 6013), mineral de plomo (galena n° 6.029) y mineral de cobre (n° 6.033, 6.036, 6.092, 6.093, 6.097, 6.098 y 6.105), concretamente, estos últimos elementos se encuentran bastante más dispersos por todo el ambiente central de este complejo estructura. Un ejemplo de ello es la muestra (n° 6.098) que se localizó entre las estructuras 6.4 y 6.2.

En este caso debemos enfatizar en la fuerte concentración de elementos de piedra no tallada en la zona norte de este espacio central, sobre todos, sobresalen, los alisadores (n° 6.007, 6.016, 6.017, 6.019, 6.028-1, 6.028-2, 6.087 y 6.089), pero también encontramos otros elementos como una mano de molino (n° 6.037), un molde de hacha en piedra arenisca (n° 6.006) (Fig. 69: 14) y un elemento bastante especial por su particularidad y excepcionalidad en el registro arqueológico de Peñalosa, nos referimos a un huso (n° 6.106) (Fig. 68: 7).

Por su parte, entre los elementos cerámicos, tenemos que destacar, un cuenco semiesférico hondo (n° 6.095) (Fig. 66: 8) y los restos de una olla de perfil indeterminado pero que presenta decoración incisa en el borde (n° 6.094-1).

En último lugar respecto a esta US, señalar que se recuperaron grandes muestras de materia orgánica carbonizada (n° 6.002, 6.004, 6.012, 6.014, 6.018, 6.020, 6.025, 6.030, 6.0031, 6.082, 6.083, 6.099, 6.100 y 6.124) distribuidas por todo este espacio central y extensibles hacia la zona más occidental (la zona de entrada o acceso a esta gran estancia). Mientras que los restos faunísticos (n° 6.003, 6.010, 6.021-2, 6.034, 6.0039, 6.096 y 6.103) y carpológicos (n° 6.011, 6.021-1 y 6.022-1) parecen concentrarse sobre todo en la zona central.

El panorama se repite en la US 6.3 que corresponde al nivel inferior del derrumbe de piedras y relacionado con todo el derrumbe que se produce de la techumbre de la estructura de patio anteriormente comentada (6.22b). Existe abundante material metalúrgico en el que predomina, fundamentalmente, los restos de mineral de cobre (n° 6.043, 6.045, 6.115, 6.136, 6.161, 6.162, 6.163, 6.169, 6.193 y 6.194), a veces calentado (n° 6.044 y 6.194), algunos restos de mena junto con escorias (n° 6.129, 6.130, 6.135 y 6.187) y restos de fundición como una gota no redondeada (n° 6.126 y 6.170). De nuevo se encontraron aquí alisadores (n° 6.186), una pizarra perforada a modo de tapadera (n° 6.118), un percutor (n° 6.182) (Fig. 68: 9) y algunos restos de pesas de telar (n° 6.117) (Fig. 68: 17) en la zona más noroccidental mientras que al sur de la estructura 6.22a se documentaron dos pesas más (n° 6.195 y 6.241) (Fig. 68: 16).

Sin embargo, en este nivel se localizaron una mayor cantidad de recipientes cerámicos de grandes dimensiones relacionados con el almacenamiento de alimentos. Este es el caso de las grandes orzas con decoración incisa en el borde (n° 6.041, 6.122-1, 6.122-3 y 6.134-1) y otra de perfil ovoide y borde entrante (n° 6.199) (Fig. 60: 1). Cerca de esta última fue localizada la anterior tapadera de pizarra mencionada (n° 6.118). En las proximidades de éstas también se documentó una olla de forma indeterminada por haberse recuperado solo parte del cuerpo y el borde que, como en los casos anteriores, presenta decoración incisa (n° 6.185). En cuanto a recipientes de menores dimensiones encontramos un vasito carenado (n° 6.108) y una fuente parabólica honda con el borde corto y saliente, muy marcado, de medianas dimensiones (n° 6.110) (Fig. 67:2). Como hemos expresado al

comienzo del análisis contextual de este nivel estratigráfico se ha observado una constante en la distribución tanto de ecofactos como artefactos en este complejo. De este modo no podía dejar de mencionar la abrumadora cantidad de restos de materia carbonizada localizados en su mayoría en la zona central (n° 6.047, 6.048, 6.061, 6.086, 6.0113, 6.114, 6.131, 6.132, 6.165, 6.171, 6.1779, 6.181, 6.192 y 6.240). Como también se concentran los restos faunísticos (n° 6.042, 6.085, 6.112, 6.125, 6.137, 6.167, 6.184 y 6.239), mientras que al contrario de lo que sucedía en los niveles superiores, en éste no se han localizado restos carpológicos. Todos estos restos culturales fueron recuperados de las inmediaciones más directas de la estructura 6.22a, concentrados en el área central de este espacio.

La US 6.4 corresponde al derrumbe de adobes y tapial en torno a la estructura 6.22 y es la que con más facilidad se puede relacionar con el suelo de ocupación. En ella, junto al mineral de cobre (n° 6.142), de nuevo se localizó un huso de piedra (n° 6.139) (Fig. 68: 8) junto a otros elementos indeterminados en este mismo material (n° 6.143-1, 6.143-2 y 6.158) y una mano de molino (n° 6.143-3). También encontramos una piedra con restos de almagra (n° 6.136). En cuanto a los restos cerámicos debemos destacar un interesante fragmento de un cuenco de borde entrante que presenta una decoración a base de impresiones cortas de punzón paralelas a lo largo de la línea inferior del borde con decoración impresa en el borde “tipo Cogotas” (n° 6.157), junto a dos recipientes más, un vaso de fondo convexo (n° 6.144-2) y un plato carenado “tipo Monachil” (n° 6.144-1).

Por su parte, el suelo de ocupación (US 6.5), que aunque se conserva de forma irregular en esta estancia podemos decir que se compone por una tierra de textura arenosa y estructura laminar de color negruzco como resultado de las diferentes actividades desarrolladas y la descomposición de la propia materia orgánica. Los elementos recuperados los podemos agrupar en tres tipos. En primer lugar, tendríamos aquellos relacionados con la actividad textil (n° 6.117, 6.153, 6.154 y 6.255) (Fig. 68: 12 y 15) que se sitúan en dos agrupaciones básicas: la primera, a la que corresponden algunas de las pesas de telar ya referidas, junto y sobre la estructura 6.13 (un total de 8); la segunda que debe constituir un verdadero telar se encuentra en posición escalonada entre las estructuras 6.9a y 6.9b (un total de 20 pesas completas, del n° 6.262-1 al 6.262-19 y 6.152) (Fig. 68: 13). Además hay que recordar que otras pesas aparecen dispersas entre los CE VI_f y VI_g (un total de 5).

En segundo lugar, tenemos aquellos elementos relacionados con la metalurgia y que se concentran al interior y en los alrededores de la estructura 6.22a, que incluyen crisoles planos (n° 6.204, 6.224 y 6.260) (Fig. 70: 18 y 21), mineral de cobre (n° 6.206 y 6.210), gotas de cobre sobre fragmentos cerámicos (n° 6.252-2) (Fig. 65. 2), a una torta de metal o lingote de metal retorcido (n° 6.261) y un molde de cerámica de lingote (n° 6.214). Aunque, tal vez, lo más llamativo sea la riqueza cuantitativa de algunas muestras, tanto en lo que se refiere a la presencia de fragmentos de cerámica doméstica con adherencias verdes del contacto con determinado material metalúrgico (n° 6.252-2), como parte del posible suelo de ocupación quemado con adherencias abundantes de mineral de cobre que ha estado en contacto con el fuego, escoriaciones propias de residuos de fundición junto con restos de carbón y del mismo terreno y mineral bruto, como galena, sulfuro de cobre, sulfuro de hierro (pirita) (n° 6.259). Da la impresión de ser una plataforma más o menos lisa formada por pizarras y cuarzos junto con tierra extendida, probablemente, al exterior de un posible

horno en donde queda solificada una fina capa, pero regular, de desperdicios de la fundición de cobre. La masa presenta, como ya se ha señalado, gran cantidad de impurezas (Moreno Onorato, 2000: 218-21). A ello hay que unir la abundante presencia de carbón (nº 6.140, 6.141, 6.150, 6.208, 6.209, 6.213, 6.217, 6.235, 6.248 y 6.256) y la especial forma de la estructura 6.22a que podría considerarse como un gran hogar con amplitud de funcionalidades.

Por último, debemos referirnos a los recipientes que encontramos en este suelo de ocupación y que en su mayoría se pueden relacionar con el consumo de alimentos. Sólo se ha recuperado una orza de medianas dimensiones de perfil ovoide y paredes entrantes con mamelones de sujeción en la mitad del cuerpo (nº 6.199), aunque, no debemos olvidar que, probablemente, las documentadas en la US 6.3, al sur de la estructura 6.22a, pertenecerían al suelo de ocupación, como otra más de perfil indeterminado (nº 6.053) localizada cerca de la puerta de entrada, concretamente junto a la jamba 6.20. Las ollas son también escasas en este espacio. Una de las recuperadas es de tipo globular que presenta el cuello marcado y el borde saliente. Ésta presenta pequeños mamelones para la sujeción así como decoración impresa en el labio (nº 6.253-2) (Fig. 61: 4). Otra de las ollas es ovoide de cuello marcado y fondo convexo (nº 6.134) (Fig. 60: 7), tecnológicamente, ésta está mejor cocida que la anterior pero con las superficies menos trabajadas. En este mismo lugar se han localizado los fragmentos de dos más que presentan decoración incisa en el borde a base de punzón (nº 6.252-4 y 6.253-1). Los elementos hasta ahora presentados se localizaron al noroeste de la estructura 6.22a.

Los cuencos tampoco muestran una gran variedad, quedando reducidos a los cuencos semiesféricos de tendencia parabólica (nº 6.252-3 y 6.375) (Fig. 65. 18). El segundo de ellos es de medianas dimensiones y se localizó junto a la estructura 6.8a. Vasos, fuentes y platos componen el resto del repertorio cerámico del CE VIg. Son elementos no muy frecuentes en el registro material de Peñalosa, sobre todo en algunas de sus variantes, pero como ya advertimos esto es un rasgo también aplicable al CE VI f. Entre los vasos de consumo contamos con uno de fondo convexo y de pequeñas dimensiones (nº 6.144-1) localizado en el extremo oeste de la estructura 6.7, un vaso de forma simple y fondo plano y paredes abiertas (nº 6.258) y dos vasos carenados (nº 6.200-1 y 6.200-2) (Fig. 66:7 y 9). El último de ellos, es de mayores dimensiones y presenta una carena muy marcada situada a media altura. Destaca, sobre todo, por su excelente tratamiento superficial. Ambos fueron localizados al interior de la estructura 6.22 junto con otro cuenco carenado de medianas dimensiones con pequeños mamelones decorativos cerca del borde (nº 6.202). Las fuentes son todas hondas de perfil simple (nº 6.252-2 y 6.254), la segunda de ellas, es de mayores dimensiones que la primera. Pero es en los platos donde encontramos un elemento más significativo, pues junto a un plato hondo (nº 6.110) hallamos un plato o fuente carenado "tipo Monachil" (nº 6.351) en completa asociación con el vasito anteriormente referido (nº 6.144-1). Asimismo, debemos reseñar la existencia en este espacio central de restos faunísticos (nº 6.145, 6.148-1, 6.197-1, 6.212 y 6.249-1) y carpológicos (nº 6.149, 6.160, 6.191 y 6.263), manteniendo así la presencia de los ecofactos desde los niveles superficiales.

Por último y en relación con el suelo de ocupación, decir, que la presencia o casi ausencia de elementos en piedra pulida es una realidad, ya que sólo se han localizado dos

elementos, una piedra de molino barquiforme (n° 6.056) y un martillo (n° 6.057) (Fig. 69: 12). Ambos fueron localizados justo en la puerta de entrada en lo que fue denominado como subsector Ca del complejo estructural VIg.

En relación a esta especificidad de los materiales recuperados en este CE y teniendo en cuenta la cercanía de la excepcional tumba contenida en el CE VIc, produce asombro la relativa pobreza de la sepultura n° 3 (6.24) contenida en este CE. Corresponde a un adulto masculino (n° 6.244), del que se han podido recuperar algunas piezas dentarias mandibulares, las cuales presentan un fuerte desgaste, fragmentos de algunas costillas, presencia de cavidad glenoidea fragmentada de omóplato y restos diafisarios de clavícula. Diáfisis incompletas de húmero, cúbito y radio izquierdos. Presenta fragmento del primer metacarpiano y una tercera falange de la mano. También se han podido identificar los restos de acetábulo y los escafoides derechos.

Ya hemos explicado anteriormente, las características de esta sepultura que se encuentra embutida en el banco corrido al norte (6.7), recordándonos a las sepulturas 15A y B de la casa III. En el momento de su localización se encontraba bastante alterada por la acción del pantano, ya que la erosión había roto el muro 6.3 (estructura de aterrazamiento) igualando su altura con el banco 6.7 y termina afectando considerablemente esta sepultura. Si bien su contenido interno ha sido denominado como US6.6. Se caracteriza por presentar una tierra suelta de color negruzco. Aunque no podemos precisar con exactitud su ajuar, sí podemos apuntar que muy cerca del individuo inhumado se encontraban diferentes elementos, como una pesa de telar circular con dos perforaciones (n° 6.068), una olla ovoide plana (n° 6.066) con decoración en el labio y mamelones para la aprehensión y restos de un cuenco esférico de paredes rectas y de pequeñas dimensiones (n° 6.064-2) (Fig. 65. 16). Entre el sedimento y junto al individuo se pudieron recuperar diferentes restos faunísticos (n° 6.072 y 6.076-2) restos carpológicos (n° 6.067-1 y 6.076-1), y mineral de cobre (n° 6.071). El origen de estos elementos en el interior de la sepultura deben ser producto de filtraciones externas, como producto de la fuerte erosión sufrida en esta área que ocasionaron la práctica desarticulación de la sepultura.

V.3.7.10. Complejo Estructural VIh

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 54 y 55)

El Complejo Estructural VIh presenta similares características al espacio que conforman los CE VI f y g, si bien es de menores dimensiones, aproximadamente unos 22 m², orientado en sentido este-oeste, presenta una forma rectangular. Éste se alza en la zona más occidental de toda la casa VI. Sus coordenadas UTM son 49.70-59.90 x; 78.10-83.72 y; 15.85-18.73 z.

Sus límites estructurales y físicos son, al norte por el muro 8.3; al sur por el muro de fortificación de la fase IIIB (8.1); al este por el Complejo Estructural VIc, concretamente

por la estructura 15.5b y al oeste por la estructura que cierra el espacio en este extremo la 8.5.

Su construcción responde al proceso de ampliación que sufre el poblado durante la fase IIIA hacia norte y al exterior del muro de fortificación representado en este caso en la estructura 8.1. Al interior de éste se realizaron diversas habitaciones como el propio CE VIh. En éste se construyó un refuerzo (8.8) que debió servir no sólo para contener los empujes de la estructura 8.1, sino también para apoyar las vigas que cubrirían parte del CE VIh, por lo que el muro no continuó hasta su extremo occidental. Por otro lado, la construcción del CE VIc debió modificar el sistema de acceso al espacio VIh, como ya se ha referido, de tal forma que este debió realizarse en oblicuo siguiendo la línea marcada por las estructuras 15.5, 8.7 y la dirección de los hoyos de poste del interior del CE VIh.

Sus rasgos fundamentales proceden del aterrazamiento durante la fase IIIA en la zona inmediata al muro 8.1, al que se adosa como refuerzo, pared trasera y apoyo de la viga, el muro 8.8. La pared delantera viene formada por la estructura 8.3 y los laterales por sus prolongaciones 8.4 y 8.5, mientras en la zona suroccidental la estructura 15.5 debió modificar el sistema de acceso al CE VIh tras su construcción. Este acceso se realiza en el último de sus momentos de uso a través de la puerta 8.2, muy estrecha y de dirección noreste-suroeste, donde un escalón (8.11) da paso al nivel de ocupación del CE VIh donde la roca muestra pocas oscilaciones, situándose el refuerzo 8.8 sobre la mayor de ellas (Contreras, 2000: 274-169).

En cuanto a su análisis estructural externo podemos decir que se trata de un espacio cerrado en tres de sus cuatro flancos por sendas estructuras de gran calibre, 8.1, 8.5, 8.2 y la 8.4.

La 8.1 es el muro trasero (en sentido este-oeste) de este Complejo Estructural y que a su vez es el muro de cierre del poblado en fase IIIB. Es un estructura de una gran consistencia con una sección de 80 cm. a 85 cm. de forma rectangular y un alzado que supera el 1,80 m., lo que nos hace pensar que en su origen su alzado debió superar los dos metros de altura. El sistema constructivo de ésta implicaba solo una cara externa y otra interna de piedras de mediano tamaño dispuestas horizontalmente y rellenos de tierra apelmazada de color grisácea y pizarras de mediano y pequeño tamaño. A lo largo de su trazado se han documentado diferentes agujeros que tal vez fueron realizados con la idea de encajar las vigas de madera que debieron cubrir gran parte del espacio del CE VIh.

Al oeste es la estructura 8.5 (su orientación es norte-sur) la encargada de cerrar este flanco formando un ángulo recto con la 8.1 (al sur) y la 8.3 (al este). Con esta última, prácticamente, forma una sola estructura acodada. En cuanto a su sistema constructivo mantiene el patrón explicado en el caso anterior. Su sección oscila de 70 cm. a 1 m. mientras que su alzado es 98 cm. Precisamente, es la 8.3 que engarza perfectamente con el extremo norte de la 8.5, la encargada de cerrar el espacio al norte. Configura así el muro delantero del CE VIh al que se le adosan perpendicularmente dos lienzos de muro, el ya mencionado 8.5 (al oeste) y el 8.4 (al este), cerrándose así todo el espacio de esta área casi rectangular que solo comunica el exterior a través de la puerta 8.2. Por lo que se refiere al sistema de construcción éste responde a los criterios explicados anteriormente. La única

diferencia estriba en el tamaño de su sección que oscila entre 74 cm. a 1,10 m. mientras que en su alzado es donde podemos detectar las mayores variaciones con respecto a las anteriores, no supera los 50 cm. Su explicación estriba en que esta parte de la Casa VI se ha visto muy afectada por la erosión.

Por último y cerrando todo el espacio, encontramos la estructura 8.4 que es definida como el cierre oriental de este complejo estructural. En ella continúan adoptándose los mismos criterios constructivos que en los casos anteriores. Por su parte, su sección es de 60 cm. y su alzado de 78 cm. En los primeros momentos de vida de esta casa y, concretamente, de esta estancia, esta estructura debió formar una puerta de entrada más amplia que la documentada en el momento de su excavación (8.2) como una orientación de este-oeste pero que posteriormente sería modificada por la construcción del CE VIc. Como podemos observar la construcción de este recinto funerario cerrado (CE VIc) no solo modificará la organización espacial central de esta casa sino que incidirá fuertemente en este CE.

Durante la segunda campaña de excavación (agosto y septiembre de 1987) del poblado de Peñalosa se inician los trabajos centrados en el denominado sector 8 o CE VIh. A pesar de que se trata de un área que se encontraba en una zona un tanto lamentable ya que había sufrido un fortísimo proceso de erosión por las aguas del pantano, fue posible llevar a cabo una intervención a nivel microespacial y con carácter sistemático de todo su espacio.

Los trabajos se inician como decimos en el mes de agosto de 1987. Una vez realizada la primera limpieza superficial de toda el área, esta quedó preparada para establecer los sistemas de excavación más propicios. Se procedió a la división de toda el área de trabajo en tres subsectores: A, B y C. Para ello se hizo coincidir los perfiles estratigráficos trazados con los de los cortes inmediatamente superiores, nos referimos a los cortes 5 (S1, con las coordenadas UTM: x 54`00 y 79`84/x 54`00 y 82`44) y 7 (S2, coordenadas UTM: x 56`00 y 82`44) (de la Casa VII). Asimismo en base a estas dos secciones estratigráficas se perfilaron la división de los mismos subsectores, quedando establecidos de la siguiente manera (Fig. 54):

- ❖ Subsector A, quedó delimitado al este del perfil 1, concretamente ocupaba la zona más oriental del sector 8.
- ❖ Subsector B, por su parte ocupaba el área central del sector 8 al oeste del perfil 1 y al este del perfil 2.
- ❖ Subsector C, se extendía por la zona más occidental de todo el sector 8, al oeste del perfil 2.

El subsector A fue el primero que se excavó, desmontando los estratos naturales a través de alzadas artificiales de 10 cm. hasta la llegada al pavimento o suelo de ocupación de esta estancia. En este momento se interrumpe la excavación en este subsector para iniciar los trabajos en el siguiente, el C. Al contrario del caso anterior y manteniendo en todo momento la referencia del perfil o sección estratigráfica 1 se decidió rebajar sus

niveles o estratos a través de alzadas naturales en función de la lectura que nos proporcionó la sección Este hasta igualar el nivel de este subsector con el dejado en el subsector A. En este caso particular se decidió tomar una columna sedimentaria que sirviese como referencia para todo el corte 8 (Fig. 54).

El tercer y último subsector (C) se excavó con la misma metodología que en el caso anterior. Siguiendo la lectura del perfil 2 se rebajaron los estratos por alzadas naturales. De esta manera se llevó a cabo una intervención de carácter microespacial, en profundidad y en extensión de todo el sector 8 hasta el nivel de suelo de ocupación. Esto permitió realizar una lectura completa de todo lo acontecido en el registro arqueológico de esta casa. Una vez documentados todos los restos culturales tanto del nivel de ocupación como de los niveles sedimentarios superiores a través del sistema de fichas de registro y documentación del GEPRAN, se prosigue con la excavación de todo el área hasta la roca, obteniendo así, una lectura completa no sólo de los patrones constructivos sino de los comportamientos sociales de este grupo familiar (Fig. 54).

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 55)

El espacio interior de esta estancia se articula por una serie de estructuras de genética diferente. Unas son los soportes físicos para la realización de diversas actividades productivas y otros elementos relacionados directamente con la conformación y las características constructivas de este espacio. En su mayoría estas se organizan entorno a la puerta de entrada en su zona oriental.

Referente a las primeras de ellas, nos encontramos a la izquierda de la puerta 8.2 el banco adosado (8.6) a las estructuras 8.3 y 8.4 (extremo norte). Se compone por una plataforma realizada a base de grandes pizarras dispuestas horizontalmente y trabadas por medio de un barro endurecido de color grisáceo. Su sección es 2,85 por 1,05 m. La conservación de esta estructura es pésima, habiendo perdido gran parte de su alzado, del que se conservan sólo algunas hiladas que llegan a los 30 cm. En el extremo contrario, en la zona sur de esta estancia, localizamos un nuevo muro que se adosa al muro de cierre del poblado (8.1) en la fase IIIB. En este caso nos encontramos ante un muro que posiblemente tuvo dos funciones diferentes pero complementarias. Por un lado, pudo concebirse como un muro de refuerzo (al muro de cierre del poblado) y, por otro, pudo servir como estructura de sostén o apoyo para la techumbre de las vigas sobre el CE VIh, siguiendo así el patrón registrado en estructuras que conforman los CE VI f y g. Con respecto a la primera de las posibilidades funcionales debemos decir que su sistema constructivo responde a los criterios utilizados en la construcción de las estructuras de cierre y aterramiento de todo el CE VIh. Mientras que para la segunda opción podemos apuntar que tanto su altura documentada (1,02 m.) como su sección de 3,85 m. por 65 cm., la posibilitan para estos menesteres. Además, el carácter de esta estructura va más allá, ya que es, la encargada de cerrar al exterior el receptáculo o contenedor 15.11.

A esta última estructura, se le adosan las estructuras 15.5b en su extremo noreste y la 8.7 que se adapta a las dos anteriores en sentido norte-sur. La estructura 8.7, se trata al

contrario de todas las anteriores, de un banco semicircular, formado por una línea de pizarras de mediano tamaño (línea externa porque utiliza la cara de la estructura 15.5b como cara trasera) y un relleno de barro apelmazado de color grisáceo conjugado con pizarras de tamaños diversos (medianas y pequeñas). La entidad de este banco se justifica por su propia sección que es de 95 cm. x 1,00 m., aunque su altura no supera los 40 cm. Esto nos hace pensar en un banco de apoyo al desarrollo de diferentes actividades ya que se han documentado restos materiales asociados directamente a él y su estado de conservación era bastante aceptable.

Este banco junto con las estructuras anteriores, parecen conformar la funcionalidad del espacio del CE VIh. Así crean un espacio interno de forma complemente rectangular definido en base a ellas y que sólo comunica con el resto de la casa VI a través de la puerta 8.2. En este caso se trata de una puerta bastante estrecha, su vano rectangular no supera los 50 cm. de sección. Se forma por la confluencia de los paramentos del CE VIc (15.Vb) y el punto final del muro 8.4. En el momento de su documentación y excavación, ésta se asemejaba más a un pasillo, estrechado por las estructuras 8.8 y 8.7. Sin ningún tipo de dudas, es en esta estructura o vano de puerta donde quizás mejor se puede intuir el carácter de reestructuración que conllevó la construcción del CE VIc, dado que su muro 15.5b sólo deja un angosto pasillo de acceso hacia el CE VIh (Ver CE VIc). Al interior del vano fueron apreciables la presencia de una serie de lajas de pizarras y calzos horizontales trabadas igualmente con barro apelmazado de color grisáceo que parecían formar una plataforma. Tanto su disposición como su organización nos hacen pensar que se trata de un escalón que facilitaría el acceso desde la zona exterior al piso de roca del interior del CE VIh. Su construcción debió ser previa al alargamiento en forma de pasillo del acceso tras la construcción de la estructura 15.5b y el CE VIc.

Además de los sendos bancos tanto al sur como al norte del espacio oriental de la estancia VIh, encontramos una alineación de hoyos de poste, de la que se han documentado dos claramente (8.9 y 8.10) y uno posible (8.13). Estos recorren el espacio en dirección noreste-suroeste, situándose posiblemente al sureste una estructura de patio descubierta sobre los restos de un hogar (8.12). Si bien, aquí la erosión de la zona noroeste especialmente ha impedido determinar perfectamente la estructura de grandes lajas de la cubierta.

El primero de los hoyos de poste (8.6a), es el que se localiza en la zona más oriental (subsector A), junto a la puerta y prácticamente adosado al banco 8.6. A nivel constructivo, se define como una estructura de forma circular, compuesta por una serie de lajas de pizarra de pequeño tamaño hincadas verticalmente en la roca y en el suelo de ocupación. A escasos un metro y medio, en línea recta hacía el sur de éste, se encontraba el siguiente denominado como estructura 8.9 que responde a los mismos criterios constructivos que el anterior. Estos dos hoyos de postes están en línea recta con la estructura sur (8.8), mientras que el tercero (8.10) se encuentra en el denominado subsector C, en la zona más occidental de todo el complejo junto al muro de cierre (8.I). En este caso, sólo se ha documentado un agujero excavado en la roca de unos 20 cm. de altura y una sección de 25 cm. x 25 cm. Si bien, por su posición pudo servir como hoyo de postes o bien para reforzar alguna viga en su apoyo sobre la estructura 8.1 si es que todo el espacio del CE VIh estuvo techado. Este tipo de soportes de techumbres posiblemente secundarios también fueron documentados en las cercanías de la estructura 20.4 en la Casa III.

Como explicábamos anteriormente, se han documentado al menos tres hoyos de postes con total seguridad, sin embargo, en el centro-norte de la estancia se registró una estructura que se semejaba fuertemente a los hoyos descritos hasta el momento. Si bien, su precisión como tal no ha sido posible constatarla debido a las malas condiciones en que se encontraba cuando fue documentado. Se trata nuevamente de una estructura circular excavada en la roca que carece de revestimiento de pizarras y sus dimensiones son considerables y semejantes al 8.10, de 20 cm. x 20 cm.

Por último, tenemos que referirnos a una estructura que destaca sobre el resto, tanto por su escasez como por su carácter y funcionalidad no sólo en el poblado de Peñalosa sino en el conjunto de la Edad del Bronce. Estamos hablando de uno de los posibles hogares documentados en este poblado argárico. La relevancia de esta estructura está íntimamente relacionada con su carácter calorífico y como elemento fundamental en una de las actividades prioritarias para el mantenimiento del ser humano, la preparación de alimentos, el cocinado. Sin embargo, su funcionalidad pudo ser variada, desde su utilización para la transformación de las materias primas alimenticias en alimento listo para ser consumido como alternándose también su función con la fundición del mineral en el proceso metalúrgico. Pero el carácter de esta estructura, parcamente en la entrada a la habitación y ocupando el centro del todo su espacio, dejando al sur la estructura 8.8 y al norte el banco 8.6 también debió ser un elemento de cohesión familiar y de la productividad de esta estancia.

c) Análisis Contextual (Fig. 71)

La US 8.1 se trata de un nivel de tierra limosa-arcillosa, de estructura laminar y color grisáceo formada por la actuación sistemática del pantano que incluye los elementos culturales más alterados. Aún así podemos apreciar con claridad los elementos materiales que van a predominar en el conjunto del registro sedimentario de este Complejo Estructural. Entre los que encontramos restos de mineral de cobre (nº 8.012), fragmentos de crisoles planos (nº 8.011) pero sobre todo, hondos (nº 8.007, 8.008 y 8.015) (Fig. 70: 15, 19) en cerámica. Como también, pequeños recipientes, como un cuenco semiesférico de borde entrante y medianas dimensiones (nº 8.001-3) (Fig. 65. 11), un vaso carenado con mamelón en la línea de carenación (nº 8.005-4) (Fig. 65:2) junto con otros recipientes de mayores dimensiones, es el caso de una gran orza (nº 8.001-1) y una olla (nº 8.005-1), ambas de perfiles indeterminados pero provistas de decoración en el labio a base de pequeñas incisiones. Así como, abundantes restos de fauna (nº 8.003, 8.006, 8.013 y 8.016). Todos estos ecofactos y artefactos fueron localizados en la zona oriental del CE VIh, en el subsector A.

Si bien, estos elementos, en su mayoría, son una constante también en el centro de la estancia (Subsector B). Donde, nuevamente, se localizaron los restos de una gran orza de características similares a la anterior (nº 8.067-1), los fragmentos de una pesa de telar de forma circular (nº 8.069) junto a restos faunísticos (nº 8.068) aunque en este caso más escasos que en el caso anterior. Por su parte en el extremo occidental (subsector C), destacamos sobretudo un elemento cerámico poco característico entre el repertorio de este

poblado, nos referimos a un vaso cilíndrico de fondo plano y las paredes rectas hasta cerca del borde que se abre de manera especial, siendo muy exvasado y abierto (n° 8.005-4). Éste presenta sus paredes muy toscas y con un tratamiento superficial bastante precario. Junto a éste recuperamos también algunos restos carpológicos (n° 8.152-1) y una piedra de molino (n° 8.159).

La mayoría de las evidencias metalúrgicas del CE VIh se han conservado en la zona suroriental, donde se concentran la mayor parte de las estructuras, siendo además la zona más alejada de los embistes del pantano desde el noroeste. Aún cuando no se han conservado con claridad los restos de las grandes lajas de la techumbre que nos indicarían qué parte del complejo podría estar descubierto, la distribución de los hoyos de poste y, sobre todo, la presencia de un posible hogar (8.12) nos sugiere que pudo existir al interior de este CE un espacio abierto similar al documentado en el CE VIg (6.22b) (Moreno Onorato, 2000: 218-22). De ahí que en esta área se hayan recuperado la mayor cantidad de restos de materia orgánica carbonizada (n° 8.032, 8.182, 8.161, 8.166 y 8.168-1) así como también en esta zona es donde se han recuperado el mayor número de restos faunísticos (n° 8.021, 8.026, 8.078 y 8.154).

Es, por ello, que ya entre el derrumbe de piedras (US 8.2, nivel compuesto por una capa de unos 40 cm. de espesor, formada por tierra suelta, arcillosa y de estructura laminar de color marrón que soporta los fragmentos de pizarra) encontramos más restos de mineral (n° 8.023 y 8.028) y gotas no redondeadas (n° 8.022, 8.031 y 8.033) de cobre, concentrándose, especialmente, en la zona occidental, donde los niveles de suelo se hallaban más alterados ante los embistes del pantano. Si bien, estos elementos se extienden hacia el centro de la estancia (n° 8.070, 8.073, 8.075, 8.081, 8.083, 8.086, 8.087) hasta impregnar vagamente el sector más occidental (n° 8.163, 8.165 y 8.168-2). Los crisoles se distribuyen igualmente en el Este y en el extremo oeste donde se documentan dos crisoles hondos (n° 8.024 y 8.155) (Fig. 70: 11 y 20). El segundo de ellos presenta pico vertedero.

Por su parte, los recipientes cerámicos en esta zona son numerosos y deben corresponder al suelo muy alterado, de este a oeste pero siempre en la zona occidental del CE VIh. Podemos señalar un cuenco carenado de borde muy corto y ligeramente recto o entrante con las superficies muy trabajada, bruñidas y con decoración de pequeños mamelones en el borde (n° 8.074) (Fig. 65. 15), un fragmento de cuenco semiesférico de tendencia parabólica (n° 8.076-3) (Fig. 65. 3), un vaso de pequeñas dimensiones y carena media (n° 8.160) (Fig. 66:6). También están presentes recipientes de mayores dimensiones, este es el caso de dos ollas de paredes abiertas y el fondo plano (n° 8.167-1 y 8.167-2) (Fig. 60: 2) con mamelones para la sujeción y decoración incisa en el borde y un fragmento de orza decorado (n° 8.029-1) (Fig. 60: 6), así como un cuenco de casquete esférico de grandes dimensiones (n° 8.182) (Fig. 65. 7) localizado junto a los restos de dos nuevas ollas con decoración en el borde a base de incisiones (n° 8.182-1 y 8.182-2) en el extremo occidental.

En el extremo oriental el suelo se hallaba mejor sellado por las estructuras circundantes. De aquí destaca, por su rareza entre el registro arqueológico de Peñalosa, un elemento de sílex (n° 8.030) (Contreras, 2000: 274-174). Al oeste también sobresale la abundancia de molinos (n° 8.164, 8.169 y 8.172), que tal vez habría que relacionar con la

molienda del mineral, aunque no debemos olvidar que desde los niveles superficiales se pudieron recoger también diferentes muestras de semillas.

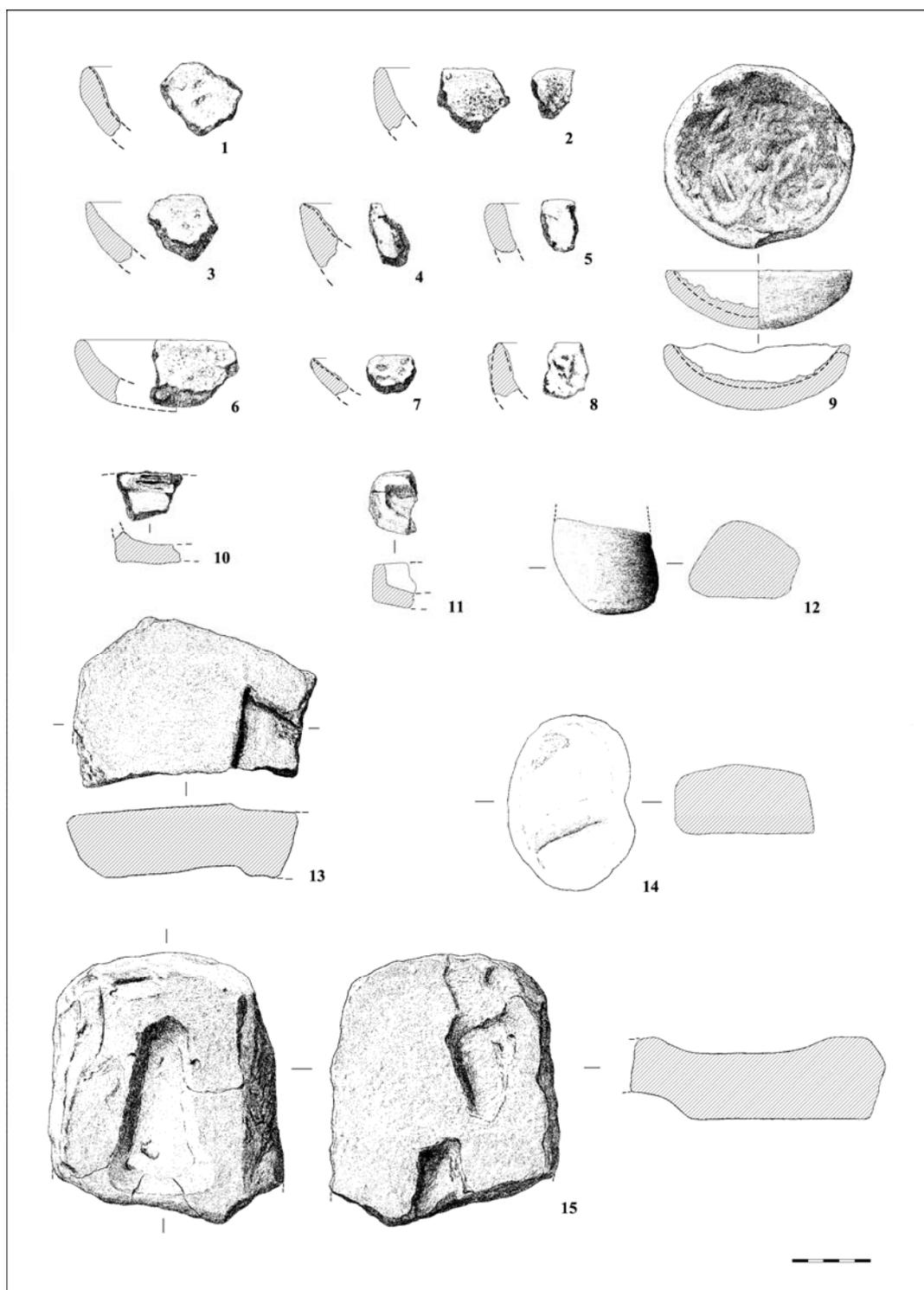


Figura 69. Cultura material (moldes, crisoles y piedra pulida) relacionada con la producción metalúrgica (Escala 1:3).

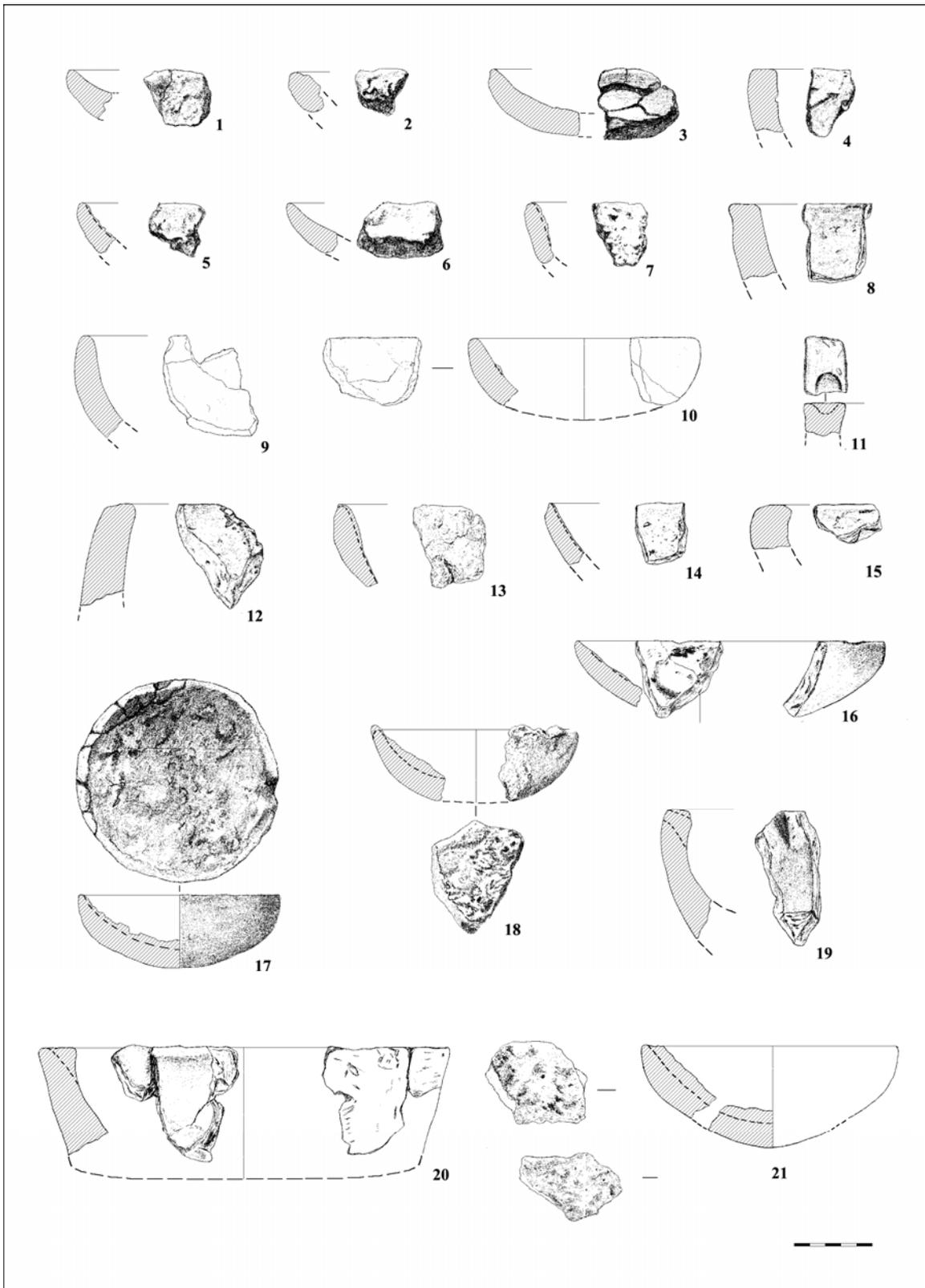


Figura 70. Cultura material relacionada con el proceso metalúrgico (Escala 1:3).

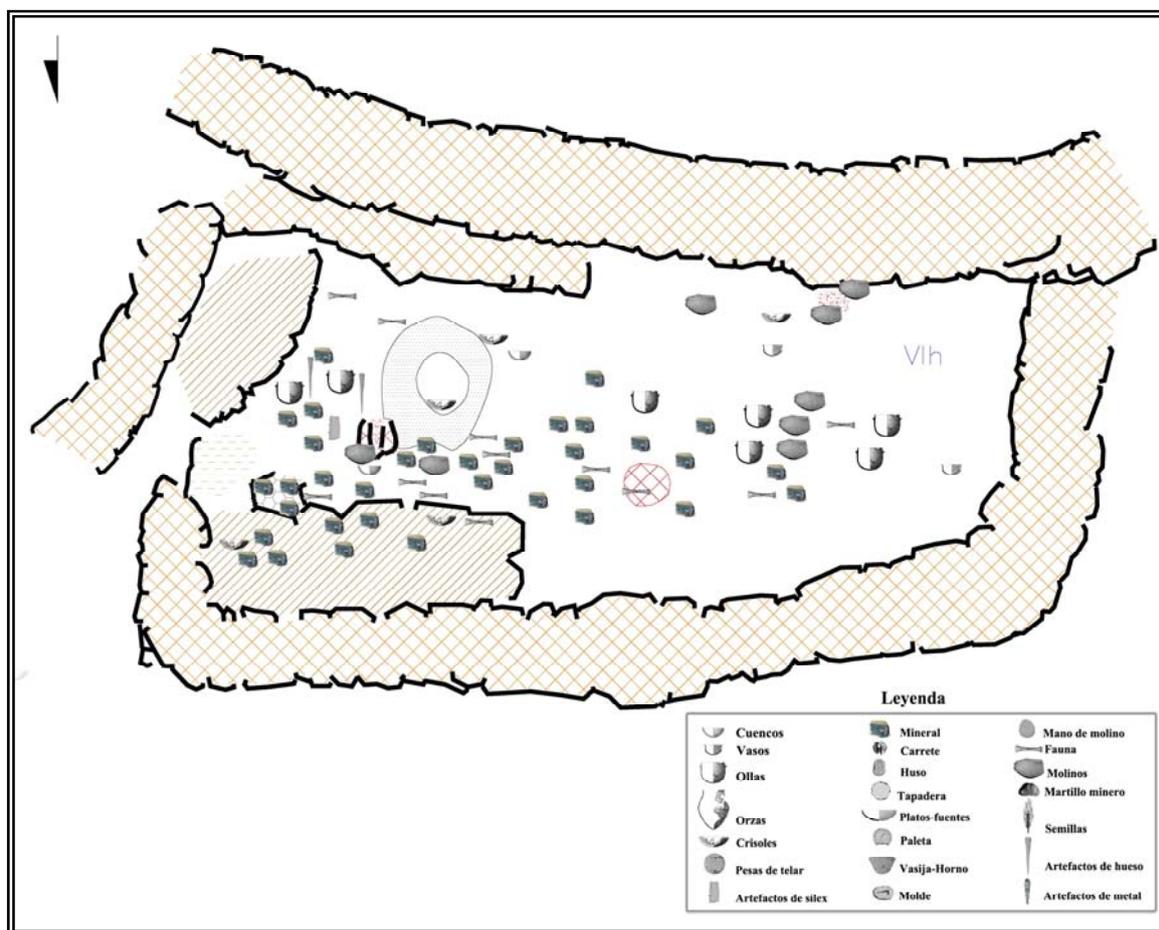


Figura. 71. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VIh (Proyecto Peñalosa).

Por su parte, la US 8.3 (derrumbe de adobes), compuesta por una capa de fino espesor formada por tierra compacta y arcillosa, con restos de adobes. Destacan los restos de mineral de cobre (nº 8.035, 8.036, 8.092, 8.093, 8.095, 8.098 y 8.099), algunas gotas de cobre, muy en relación con la estructura 8.6 y los restos de un crisol cerámico hondo (nº 8.175-7) localizado al oeste de este espacio. Será precisamente, en este espacio donde se documenten los escasos restos cerámicos de este nivel. Concretamente, nos encontramos con un fragmento cerámico que presenta decoración de pequeños mamelones que posiblemente pertenezca a un cuenco carenado de pequeñas dimensiones (nº 8.175-2), una olla ovoide con carena alta suave con las paredes muy finas (nº 8.175-4) (Fig. 60: 4) y los fragmentos del borde de otra más que presenta decoración a base de incisiones (nº 8.175-8). En fauna al igual que en el resto del CE VIh dominan los ovicápridos, lo cual supone un contraste con el resto de la casa VI.

Centrándonos en el suelo de ocupación (US 8.4) y teniendo en cuenta que el correspondiente a la parte occidental se encontraba muy alterado y sus restos ya han sido comentados al tratar la US 8.2, debemos señalar aquí la gran cantidad de restos

relacionados con la metalurgia al este, especialmente, en relación al posible hogar (8.12) donde se documenta una especie de plataforma de arcilla en la que existen escoriaciones de cobre y abundantes restos de mineral de cobre (n° 8.039, 8.045, 8.102, 8.103, 8.104, 8.106, 8.108, 8.109, 8.110, 8.111, 8.119, 8.125, 8.126, 8.127, 8.129, 8.130, 8.131 y 8.134) y de plomo (galena argentífera n° 8.035). Todos ellos fueron localizados en los alrededores de la estructura 8.6 y 8.6a extendiéndose hacia el centro de la estancia, donde también aparecieron abundantes muestras de la realización de la fundición en forma de gotas, unas redondeadas y otras no (n° 8.040, 8.046, 8.049, 8.052, 8.053 y 8.054). También documentamos restos de escoria ligera (n° 8.056) sobre la estructura 8.6 y numerosos elementos que no han sido determinados. Un crisol plano se relaciona, además, con la segunda estructura (8.6a) (n° 8.047) (Fig. 70: 13), un segundo es localizado un poco más al este, justo en la puerta de entrada a esta estancia (n° 8.121) (Fig. 70: 14). Además, en esta zona oriental aparece en hueso trabajado, un punzón (n° 8.187) (Fig. 68: 1) y otro más de metal de cobre (n° 8.192).

Entre todos estos elementos relacionados de forma mayoritaria con la producción metalúrgica, debemos reseñar también, la existencia de diferentes restos cerámicos de pequeñas y medianas dimensiones. Como un cuenco de cáscote esférico de tendencia parabólica (n° 8.183) (Fig. 65: 6); un vaso carenado (n° 8.132); los fragmentos de un gran cuenco de borde corto y marcado (n° 8.184-1) (Fig. 65: 5). Pero también encontramos, dos grandes ollas con mamelones para la sujeción (n° 8.038-1 y 8.184-2) (Fig. 61: 1). Y, por último, dos piedras de molino (n° 8.051 y 8.137), la última localizada sobre la estructura o escalón de la entrada (8.11).

En último lugar, tenemos que referirnos a la US 8.5, que corresponde al pavimento que debió cubrir la superficie del CE VIh, aunque, aparece bastante alterado habiéndose recuperado pequeñas capas del mismo. Éste se compone por una tierra arcillosa muy compacta de color rojo intenso, en el que no aparece material como es lógico, pues sobre él, se situarían los materiales descritos anteriormente en el suelo de ocupación. Sin embargo, en la tierra de cimentación (US 8.6) que se presenta poco compacta aunque su textura es nuevamente arcillosa, encontramos los restos de un crisol cerámico plano (n° 8.144) (Fig. 66: 10), restos de mineral (n° 8.136) y algún elemento en piedra pulida (n° 8.138). Pero, sobre todo, destacan los restos de fauna (n° 8.113, 8.135, 8.147, 8.190 y 8.195), concentrados en la zona oriental, que ahora sí, incluyen caballo y ciervo los cuales podrían relacionarse con los vertidos al exterior del poblado durante la fase IIIB por encontrarse en este nivel de cimentación y regularización del suelo de ocupación.

V.3.7.11. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

Esta vivienda, junto con la IX en la Terraza Superior, son las únicas que hasta el momento han sido excavadas en extensión y en profundidad. La vivienda VI se ubica en la Terraza Media y es la única casa construida en esta zona de paso entre la Terraza superior y la Inferior. Como en el resto de viviendas de la zona baja del poblado, su acceso sería directamente por su flanco noroccidental, el cual tampoco ha sido posible definirlo arqueológicamente ya que el complejo estructural VIe, que parece responder a esta

funcionalidad, prácticamente ha sido arrasado por la erosión. Sin embargo, al contrario que en las casas anteriores se encuentra cerrada tanto al este como al oeste lo que ha permitido una alta conservación de los restos culturales internos. Esto ha permitido que podamos conocer bastante bien tanto su organización estructural y espacial como las diferentes actividades que se realizaron en su interior.

Su construcción se inicia en un momento avanzado del funcionamiento de este poblado, concretamente, en la fase de ocupación IIIA, la misma que hemos señalado para toda la Terraza Inferior. Sin embargo, al contrario que las casas del barrio bajo del poblado, ésta se ve condicionada por las construcciones de la fase anterior IIIB. Concretamente, todo su flanco sur-central y occidental utilizará directamente el muro de cierre del poblado de la fase IIIB como pared trasera, mientras que en el extremo oriental los constructores y constructoras de este espacio decidieron construir nuevas estructuras adosadas a la mencionada estructura para conformar este espacio. La razón de ello pudo estar determinada con la intención de contener el propio empuje de la casa VII (ubicada a sus espaldas) y de sus estructuras, o bien con el fin de crear un pequeño espacio entre dicha estructura de la Casa VII y el muro trasero (6.1) del extremo oriental de esta casa (CE VI f y g). Este pequeño espacio, entre ambas estructura, pudo estar destinado a la colocación de diferentes vigas de madera que, dispuestas de manera vertical y apoyadas directamente sobre ambos muros, le darían una gran estabilidad a esta área.

Se trata de una vivienda compuesta por diferentes y variadas estancias o habitaciones que recrean a nivel global una casa de forma ovalada de grandes dimensiones dotada de una gran organización interna. Con ella asistimos a una primera redefinición del espacio doméstico con respecto a las viviendas de la Terraza Inferior. El espacio de habitación, de producción y convivencia se aumenta a la vez que aumenta el grado de compartimentación interna, recreándose grandes espacios dotados de un gran significado. Contamos en su interior con espacios descubiertos o semicubiertos, destinados al trasiego y al desarrollo de actividades relacionadas con el mantenimiento social y la metalurgia, y espacios completamente cubiertos como la estancia oriental (CE VI f y g), donde hemos podido determinar con claridad la disposición de una techumbre construida por un entramado de ramaje vegetal y losas de pizarras planas, todo ello trabado con barro. Dicha techumbre sería sostenida por vigas o pilares verticales de madera de las cuales solo se ha conservado en las distintas estancias de esta vivienda los hoyos de poste, donde irían embutidos y algo de carbón. Estos pilares estarían amarrados a las vigas horizontales del techo con cuerdas de esparto. En este poblado y, particularmente, en esta vivienda no hemos documentado restos de estos elementos de sujeción (cuerdas), sin embargo, si que tenemos constancia de su uso en estos menesteres constructivos en otros poblados argáricos como el Castellón Alto de Galera (Granada). La existencia de techumbre se ha detectado sobre todo en los espacios orientales de esta vivienda, quedando por el contrario un gran espacio central que parece que, en su momento de uso, estuvo descubierta excepto la zona de pasillo (CE VI a), que según la secuencia estratigráfica responde a las características de un espacio provisto de techumbre. Sin embargo, en este caso no hemos detectado hoyos de poste que nos confirmen esta hipótesis. Pero, si tenemos en cuenta los abundantes restos de materia orgánica documentados en la recuperación del registro junto con el hecho de que se trata de un espacio de forma rectangular y estrecho donde los muros perimetrales distan escasos metros unos de otros, podríamos pensar que dicha techumbre sería dispuesta

directamente sobre estas estructuras sin necesidad de colocar un hoyo de poste central, agilizando el paso por este espacio, ya que es la única vía de comunicación del exterior con la gran habitación (VI f y g) y viceversa.

Así pues contamos con una zona oriental compuesta por diferentes estancias y zonas de paso (CE VI a, d, f y g) que fue ideada desde el inicio de vida de esta vivienda como espacios cerrados y cubiertos. Esta intención de preservar el espacio no creemos responda a criterios de privacidad sino que más bien responden a la intención de construir una serie de espacios determinados con una funcionalidad particular, marcada por las actividades a las que iban a ser destinadas. Esto quiere decir que las actividades a las cuales se iba a destinar el espacio construido influyeron directamente en la composición, construcción y organización del espacio. Esto implicaría que cada una de estas estancias es una respuesta a la toma de decisiones por parte del grupo, convirtiéndose así en una muestra tangible de las relaciones, intenciones, pensamientos y realidades de un grupo social determinado. Por su parte, todos los espacios de la zona occidental (CE VI b y e) parecen carecer de esta particularidad que resguardaría su interior tanto en su momento de uso como en los procesos postdeposicionales posteriores. Esta diferenciación parece estar íntimamente relacionada con la funcionalidad del espacio y con el tipo de actividades que se desarrollarían en su interior, la transformación del mineral en metal, como se observará en el análisis que sigue a continuación.

Otro aspecto a destacar de esta vivienda con respecto a las casas analizadas hasta el momento es su aumento del espacio habitado y construido. En este caso se trata de una vivienda completamente compartimentada, construida por una serie de estancias o habitaciones interrelacionadas tanto física, funcional como socialmente, que llega alcanzar los 85 m² de superficie construida. Este aumento del espacio podría traducirse en una consiguiente segmentación y relativa especialización de las actividades que se desarrollan en su interior. Probablemente, esto fue así dado que contamos con espacios destinados fundamentalmente a unas actividades de mantenimiento como puede ser el caso del CE VI d, f y g, mientras que en el extremo opuesto de esta casa se encuentra un gran espacio (CE VI h) que parece estar relacionado básicamente con el trabajo metalúrgico. Sin embargo, nuevamente, como veremos a lo largo de este análisis, el conjunto de las actividades de mantenimiento y metalúrgicas se interrelacionan, interactúan en un mismo espacio, comparten estructuras, recreando unas relaciones de género complementarias que no rompen ni segmentan las relaciones de género que durante la vida de esta casa tuvieron lugar. Probablemente, esta separación de los espacios signifique, que es algo particular de esta vivienda, como veremos, que en determinados momentos hombres y mujeres no tuvieran un contacto tan directo y continuado como si parece suceder en la mayoría de las casas de la Terraza Inferior en el desarrollo de su vida cotidiana, pero no debemos equivocarnos hacia una posible segregación de género y funcional del espacio cotidiano.

En base a todo ello es posible que determinados espacios estuviesen ocupados más por hombres o por mujeres según las actividades que estuviesen realizando en cada momento. Sin embargo, pensamos que, en gran medida, el desarrollo de estas actividades estaría organizado en base a las necesidades diarias y, por tanto, si tenemos en cuenta que las necesidades subsistenciales son desarrolladas en el día a día y determinadas, precisamente, en este sentido, podemos creer que también serían éstas (las actividades de

mantenimiento), nuevamente, las encargadas de interrelacionar unos espacios con otros y de articular la vida cotidiana en su conjunto.

Otro rasgo distintivo que caracteriza esta vivienda y la contigua (VII), es, como hemos señalado, su gran compartimentación interna, definida principalmente por el carácter funcional de la misma, originando varios espacios perfectamente separados a nivel constructivo, aunque en un mismo espacio, estancia o complejo se llevan diferentes actividades tanto como transversal como paralelamente, por lo que en realidad conforman espacios compartidos y complementarios nunca diferenciales y segmentarios. Todos y cada uno de estos espacios tienen entidad propia, tanto es así que, prácticamente, cada una de las estancias que conforman esta vivienda contienen los elementos que generalmente definen a una sola vivienda, Como puede ser un banco corrido en la entrada, una estructura de molienda, bancos longitudinales, estructuras de lajas hincadas como contenedores, hoyos de poste y hogares. Ante la complejidad constructiva de esta casa llegamos a conclusión de que su construcción fue producto de una planificación urbanística no solo al interior sino, más importante, al exterior, donde en ningún momento perdieron de vista las actividades a las cuales se iban a destinar dichos espacios. En definitiva, podríamos decir que nos encontramos ante la casa ideal de cualquier poblado, dotada de una gran cantidad de elementos estructurales que nos recrean una activa vida cotidiana donde las actividades de mantenimiento jugarían un papel esencial, donde las relaciones de género debieron ser más fluidas de lo que presumiblemente siempre hemos pensado.

En un momento avanzado de la vida de esta casa, el grupo familiar o coresidencial que habitaba en ella decidieron realizar reestructuraciones del espacio y construir determinadas estructuras, concretamente, en las zonas que han sido definidas como CE VIc y g. Estas reestructuraciones y remodelaciones a nivel estructural y funcional condicionaron en cierta medida la vida cotidiana de estos grupos sociales. Concretamente, la incidencia de estas reestructuraciones fueron mayores en el CE VIc, ya que ocasionaron el cierre de un gran espacio central ideal para el trasiego, el establecimiento de relaciones sociales, etc., que en los momentos iniciales de vida de esta casa debió formar parte del área central de esta vivienda, compuesta fundamentalmente por una zona de vestíbulo, la cual con casi seguridad estaría en gran parte cubierta.

Una de las reestructuraciones llevadas a cabo en esta casa por sus habitantes fue la construcción de un nuevo espacio con unos fines muy específicos y particulares, funerarios. Entorno a éste, que ocupaba una posición central en la vivienda, giraba parte de la vida cotidiana e incluso la organización de esta casa en sus últimos momentos de vida. Para su construcción aprovecharon un recodo estructural realizado durante la fase IIIB, al cual se adosó todo un recinto funerario de enormes dimensiones construido de muros de mampostería. La principal particularidad de este espacio es que no se trata de una estructura propiamente dicha sino de todo un espacio dedicado exclusivamente a esta práctica funeraria. Su construcción recrea las estructuras cista tan comunes en este poblado argárico. Esta estructura que en el momento de su localización presentaba unas dimensiones y unos sistemas constructivos hasta el momento desconocidos para este poblado, cuando se construyó, debía presentar un carácter mucho más monumental que el que se aprecia en la actualidad. Se utilizó para su construcción la zona de entrada, perfectamente, diferenciada del resto de las unidades de ocupación, quedando adaptada a una elevación del banco

natural de roca que es a su vez rodeado por medio de fuertes muros de mampostería (Contreras *et al.*, 1990: 232).

El espacio de esta gran estructura funeraria se completaba con la construcción de un escalón a partir del cual se disponía el pavimento hacia el interior y exterior separando dos espacios contiguos (CE VIa y VIb), pero a la vez diferenciados funcionalmente. Si esto fuese así, nos indicaría que durante un tiempo indeterminado esta gran estructura de enterramiento permaneció abierta al exterior permitiendo así la entrada y salida de los habitantes de esta casa, manteniendo y confirmando una íntima relación entre los difuntos inhumados y el resto de habitantes de esta casa. Esta hipótesis es lógica si pensamos que se trata de un enterramiento triple y donde no todos los individuos debieron recibir sepultura al mismo tiempo, aunque debido al estado interno de la misma, totalmente alterada por el derrumbe de la cubierta, no podemos precisar qué individuo fue el primero en ocupar esta sepultura como tampoco podemos realizar una asignación de los ajuares con los individuos enterrados. De ahí que planteemos que en su inicio esta sepultura pudo permanecer descubierta, procediéndose en un momento avanzado de la vida de esta casa y de la misma sepultura, a la disposición de su cubierta terminando por sellar la misma una vez depositado los tres cadáveres que debería contener.

Pensamos que el CE VIc no existiría al comienzo de la vida de la casa VI siendo el mismo un gran espacio abierto interior constituido por lo que hemos denominado CE VIc, VIb y VIe. Este espacio central se mantuvo en gran medida aún después de la construcción del CE VIc, sin embargo, su espacio terminó siendo mucho más reducido de lo que fue originariamente, por lo que sus habitantes perdieron un gran espacio central destinado probablemente al trasiego y la comunicación. Además, la construcción de esta monumental estructura funeraria mimetizó y cerro al mínimo la entrada y vía de comunicación del espacio que quedaba más al oeste (CE VIh). Recordemos que este espacio occidental parece estar relacionado con la actividad metalúrgica y el consumo de alimentos, tal y como veremos a lo largo de este análisis. Con anterioridad a la construcción de esta sepultura su comunicación con el resto de la casa sería directa y amplia, a través de una gran puerta de comunicación que quedó cegada en gran medida por la imposición de una de las estructuras de mampostería que forman los cuatro lienzos que rodean este enterramiento, originando una entrada en forma de embudo a esta estancia. Será en este momento cuando también en este espacio se decidiese construir un nuevo muro que quedaría adosado a la cara interna de esta estructura occidental de la sepultura 15.5b, remodelando y aprovechando los espacios que se estaban produciendo.

Este tipo de sepultura nos habla de diferentes elementos muy importantes para conocer las relaciones de género de este grupo familiar. En primer lugar, se trata de una sepultura triple, compuesta por un individuo adulto masculino otro femenino y un juvenil. Rápidamente pensaríamos que nos encontramos ante un grupo familiar. Si esto fue así, este grupo familiar debió tener una fuerte influencia o, cuando menos, un carácter particular en este grupo social para ser agasajados con una construcción de estas dimensiones, ya que en el conjunto de esta vivienda no se han localizado más enterramientos a excepción de de la sepultura 3 de la que habían desaparecido prácticamente los restos óseos que contenía y las piezas dentarias dispersas por el conjunto de esta casa (CE VIb y g), probablemente, perdidos *ante mortem*.

Por otro lado, la sepultura 3 también presenta una particularidad y es precisamente que se trata de una estructura de forma oval totalmente embutida en el banco 6.7. Esta característica nos recuerda sobremanera a los enterramientos documentados en la Casa III. En el momento de su documentación se encontraba muy alterada por la erosión y la acción del pantano, que llegaba a alcanzar a los restos óseos que contenía. Debido a esto no podemos precisar las características del receptáculo, pero sí podemos apuntar que se trata de una estructura construida a un nivel alto en cuanto a la sedimentación de este espacio. Esto puede deberse bien a que perteneciese a la fase última del poblado o momentos finales de la fase IIIA, o bien que fuera una estructura adosada al muro 6.3 y elevada con respecto al banco 6.7, con lo cual fue construida en momentos posteriores de vida de esta casa. Si bien, también existe la posibilidad que esta estructura fuese construida en los primeros momentos de vida de la fase IIIA, momento en que se comienza a erigir este espacio. Si esto fuese así nos encontraríamos con una estructura funeraria totalmente embutida en un banco longitudinal de carácter doméstico. Precisamente, en este sentido parece apuntar la genética estructural de esta estructura en relación con el banco, por lo que nos inclinamos a pensar que se trata de una construcción de los primeros momentos de vida de esta casa, incluso barajamos la posibilidad de que la deposición del difunto se realizó antes de finalizar la construcción de ésta. Esto nos lo apunta el hecho de que las estructuras o jambas relacionadas con la puerta de entrada 6.21 y la propia estructura 6.8a son construidas posteriormente. Si bien, sea como fuere, sólo sabemos que su ubicación estuvo prefijada de antemano ya que, precisamente, esta área y la contigua son los espacios más amplios de toda la casa, por lo que su elección estaría predeterminada por algún tipo de elemento que quizás tenga algo que ver con el carácter simbólico, o con la ideología argárica o las creencias de este grupo familiar o corresidencial.

Precisamente la articulación espacial y estructural de este Complejo Estructural VIg es bastante compleja pero a la vez una de las más interesantes de esta casa y quizás del poblado. Anteriormente ya hemos mencionado que con seguridad este espacio se debió remodelar a lo largo de la vida de esta casa. Las causas o motivaciones de estas posibles modificaciones pudieron ser de carácter productivo. En origen, este gran recinto de hábitat parece que estaba formado por una sola gran estancia, sin compartimentación, recreándose un gran espacio donde las estructuras, básicamente bancos longitudinales, se adosarían a las caras internas de los muros perimetrales. Esto quiere decir que en un principio la articulación de este espacio sería mucho más sencilla, sólo se contaría con dos bancos longitudinales 6.7 y 6.5 a partir de los cuales comenzaron a articular un espacio mucho más complejo tanto a nivel constructivo como funcional. En esta reorganización, parte de estas estructuras iniciales quedaron incorporadas con las posteriores, como sucede con la 6.7 por la 6.6b o, en otros casos, como la 6.5 que verá reducida su funcionalidad y accesibilidad dado que se le comienzan a adosar otra serie de estructuras que son las que terminan conformando la complejidad de este espacio. Sin embargo, las remodelaciones y reestructuraciones no acaban con estas estructuras sino que comienzan. Hasta este momento parece no existir ningún tipo divisorio ni de compartimentación con lo cual se trataba de un amplio espacio social y cotidiano. Pero en un momento avanzado de la vida de esta vivienda esta casa sufre nuevas reestructuraciones que en este caso afectaron prácticamente a toda la zona occidental.

Dichas reformas consisten en la construcción de un tabique medianero a mitad de la estancia y adosado nuevamente a la cara del banco 6.7. Este tabique parece cumplir una doble función, por un lado se encarga de dividir este gran espacio de hábitat pero a la vez sirve de apoyo a la construcción de una gran estructura central que parece responder a un gran hogar. Si bien, en un momento determinado (que no podemos precisar, debido a que el carácter de la cultura material y de los propios sistemas constructivos no nos lo permiten) se construyen nuevas estructuras con un fuerte carácter productivo, aprovechando todos los espacios muertos que quedaban en el origen de su construcción como son pequeños salientes de roca que se transforman en escalones o estructuras destinadas al aposento, descanso o incluso ocio de sus habitantes. También Podemos señalar que es en este momento cuando se construyen las dos jambas que dan entrada a esta casa, estrechando el espacio de comunicación de esta vivienda. En ambas estructuras se han detectado huecos para las maderas en los laterales de las jambas a modo de goznes o marcos que también han sido localizados en la puerta de entrada del poblado a través del pasillo del CE IX. Esto nos indica que esta entrada estuvo provista de una puerta lo que impedía su acceso directo y condicionaba su espacio interior a una mayor intimidad y privacidad. Será en este periodo cuando también se acondicionen todo el afloramiento rocoso que emerge en esta zona a través de su revestimiento y su utilización funcionalmente.

A modo de resumen decir que la disposición y articulación del conjunto de estas estructuras perfilan lo que podríamos definir como un espacio resguardado de la casa. El carácter que presentan las diversas estructuras, el aprovechamiento del espacio, así como la dedicación, tiempo y esfuerzo empleado tanto en el acondicionamiento como en la construcción de un espacio particular como éste, hace que nos planteemos cuál fue su verdadero significado para este grupo familiar y qué carácter social y funcional tuvo esta zona en la constitución de esta casa como entidad social. Probablemente, la respuesta la encontremos en la siguiente estructura. Nos referimos al hogar o estructura 6.22a. Se trata de una estructura circular, con un diámetro no superior a los 50 cm. Ésta se compone de piedras de pequeño tamaño (cantos de río) no imbricados entre ellas las cuales mantienen una abertura hacia el oeste, como si quisieran dibujar la forma de una herradura. En este espacio, la roca es adecentada y rodeada de escalones y bancos que parecen servir de apoyo al desarrollo de diferentes actividades así como también serían elementos de soporte, descanso y relación.

Como en todas las casas analizadas hasta el momento, sobre los suelos de tierra apisonada y en asociación directa con las estructuras localizamos una variada y rica cultura material que nos da muestras de la incidencia de este grupo humano en el marco social de este poblado. Estructuras domésticas y elementos relacionados con la producción, que nos evidencian las prácticas relativas a la dimensión objetiva de las actividades de mantenimiento, asociadas con las necesidades biológicas. Uno de los ejemplos más claros de lo que significa la producción por parte de las mujeres es la producción de alimentos, la transformación de materias primas en alimentos listos para el consumo, producto final que será aprovechado como beneficio individual o del conjunto de la unidad familiar o comunal. Esta práctica, que requiere un enorme consumo de tiempo y energía así como toda una serie de conocimientos y habilidades que implican además el uso de tecnologías adyacentes, es fundamental para entender el desarrollo de la vida cotidiana de este grupo social (Montón, 2005).

La preparación de alimentos, es una actividad que comprende toda una cadena productiva que pasa por conseguir y obtener las materias primas, su procesado, en el caso del cereal a través de la molienda o su almacenamiento para su posterior transformación en un producto apto para el consumo. Por tanto, la preparación de alimentos requiere todo un conjunto de conocimientos, toma de decisiones, infraestructuras y utensilios. En el conjunto de estas actividades, los cereales juegan un papel esencial. Estas materias primas se han convertido desde el descubrimiento de la agricultura en un alimento básico de los seres humanos de ahí que su presencia sea una constante en las diferentes casas que integran el poblado así como los recipientes encargados para su almacenamiento y estructuras relacionadas con su procesamiento. Precisamente, a través del análisis estructural y contextual realizado de esta vivienda hemos podido determinar las diferentes áreas donde se llevo a cabo esta actividad, las diferentes fases previas a su realización y los lugares de procesamiento y consumición de los alimentos, además de observar la interrelación de estos trabajos con otras actividades de mantenimiento y con el trabajo metalúrgico.

El almacenamiento, el mantenimiento y la conservación de alimentos es una práctica generalizada (en mayor o menor grado) en el conjunto de esta unidad social. Concretamente, en esta vivienda podríamos determinar diferentes áreas donde se debió llevar a cabo esta actividad. Una primera fue en la zona de pasillo y acceso (CE VIa) al gran espacio oriental (CE VI f y g), en el extremo sur-oriental del banco longitudinal 15.10. Sobre éste se localizó una gran orza globular de fondo plano con decoración de mamelones e incisiones en el borde partida por la mitad esparciendo su contenido interno, compuesto por restos de semillas, sobre todo, de semillas de cebada y restos de fauna, tanto por la superficie de este banco como por el suelo de ocupación. Todo apunta que esta gran orza encajaba perfectamente en el extremo este del banco 15.10 dispuesta sobre la roca que emerge en esta zona. Junto a ésta, en las inmediaciones del banco, dispuesta en sentido norte-sur sobre el suelo de ocupación, se localizó otro ejemplar, en este caso de perfil ovoide dotada nuevamente por elementos de sujeción y decoración en el borde Asociados a ésta, se hallaron los restos de una olla. Por último, una tercera orza, que también debía de estar dispuesta sobre este mismo banco dadas las características y orientación en que se localizó, se encontraba sobre el suelo de ocupación donde esparcía su contenido interno consistente, como en el caso anterior, en cebada. Relacionado con todos elementos se documento uno de los pocos artefactos de corcho conservados en este poblado, se trata de una tapadera que se recuperó en las inmediaciones de estos grandes contenedores lo que nos lleva a pensar que bien pudo ser una tapadera encargada de preservar el contenido de estos recipientes.

Una segunda área podemos atribuirle al extremo norte-occidental del Complejo Estructural VIb donde se han documentando una gran cantidad de fragmentos de estos grandes contenedores que posiblemente su lugar de origen fuese sobre la estructura 15.12. Sin embargo, tal es el grado de su fracturación debido, probablemente, a la fuerte erosión que ha sufrido esta zona que no se ha podido reconstruir ningún recipiente al completo. Si bien, es importante reseñar que entre todos los fragmentos se han podido determinar al menos ocho orzas con decoración en el borde, mientras que dos más carecen de ella. Es importante puntualizar la cantidad ya que esta supera con creces al conjunto de estos grandes recipientes localizados en el conjunto de esta vivienda, lo que nos puede indicar

que la mayor área de almacenamiento se realizaría en esta zona occidental de la vivienda. Por el contrario, no pensamos que esto no sería así en un primer momento, ya que se trata de una zona en su mayor superficie descubierta y, en segundo lugar, porque no se han documentado restos carpológicos asociados a estos recipientes como tampoco sus asociadas tapaderas de pizarra. Por ello, Más bien creemos que estos grandes contenedores se encontrarían en esta zona por su asociación a las prácticas de molienda que se debieron realizar en la estructura 15.12.

Seguidamente tenemos que hablar de la zona más oriental de toda esta vivienda, los CE VI f y g. Esta área que, como ya hemos especificado, se encuentra compartimentada, será en su extremo oriental, al fondo de la habitación donde localicemos dos ejemplares de estos grandes contenedores. Uno de ellos presenta unas características decorativas bastante llamativas consistentes en impresiones en el borde y cordones lisos en el cuerpo, mientras que en la segunda de ellas, de perfil ovoide se halló como parte de su contenido su propia tapadera de pizarra recortada. Ambas se encontraban dispuestas directamente sobre el banco 6.11. En asociación con estos dos ejemplares encontramos otras más de perfil ovoide asentadas directamente sobre el banco longitudinal contiguo 6.12. Sin embargo, en esta gran estancia, esta actividad no solo está presente en esta zona oriental sino que también parece registrarse en la zona central. Recordemos que esta área es la de mayor actividad de toda esta estancia, al menos, en un momento avanzado de la fase IIIA. En esta zona se encontraban hasta cuatro orzas ovoides orientadas en sentido este-oeste lo que nos indica que su posición original sería apoyadas sobre el tabique de medianera en las proximidades del hogar junto a las cuales, se encontraban varias tapaderas de pizarra recortada que estarían relacionadas directamente con la protección de su contenido interior. En este caso tampoco podemos concretar las dimensiones de estos grandes contenedores, dado que presentaban un gran nivel de fragmentación lo que nos ha impedido reconstruirlas por completo.

Sin embargo, esta ubicación es importante, ya que el tabique medianero 6.8 se trata de una construcción posterior al origen de esta vivienda. Esto nos indica que si las orzas están asociadas directamente al interior de esta estructura, y en su extremo opuesto no se han documentado restos de estos grandes contenedores, por lo que su ubicación originaria sería esta, la cual estuvo determinada por la imposición de este tabique. Así pues, podríamos pensar que en un momento anterior (anterior a la construcción del tabique) esta área se pudo relacionar básicamente con una serie de actividades como pudo ser la preparación de alimentos y posiblemente la transformación del mineral en metal, pero en el momento que se construye dicho tabique, utilizan dicha estructura para soportar estos grandes contenedores. Estos, probablemente, contendrían las materias primas listas para ser transformadas en alimentos listos para el consumo, ya sea en grano o en subproductos como la harina, estableciendo así una conexión directa a nivel espacial entre dos actividades interrelacionadas, el almacenamiento y la preparación de alimentos.

Con lo expuesto hasta el momento podemos extraer ya una serie de conclusiones iniciales. La primera de ellas es la relativa escasez de grandes contenedores en esta vivienda, si tenemos en cuenta por un lado, la superficie ocupada por esta casa y si ésta se pone en relación con la cantidad de orzas recuperadas en la vivienda IV donde éstas impregnaban prácticamente todo el espacio social de su construcción. Una segunda

conclusión es que sólo en dos áreas hemos localizado restos de materia prima, ya sea cereal o fauna asociada con el contenido interno de estos recipientes, concretamente nos referimos a la zona central y al pasillo o vestíbulo (CE VIa), donde además encontramos una de las tapaderas que debían preservar su contenido. La tercera y última de las conclusiones tiene que ver con la ubicación de esta actividad en zonas de paso entre unas estancias y otras, como sucede en el CE VIa, lo cual indica la dimensión social de esta actividad.

Respecto a la primera de las conclusiones planteamos el hecho de que, probablemente, el almacenamiento del cereal en grano en esta vivienda no se realizase de forma mayoritaria en estos grandes contenedores cerámicos como si se venía haciendo en el resto de viviendas de la Terraza Inferior, sino que en este caso, dicha actividad de almacenamiento se realizaría conjuntamente utilizando las diferentes estructuras de lajas hincadas construidas como parte de los espacios de la zona oriental. Concretamente, en el extremo opuesto a las orzas localizadas en el CE VIc se documenta un gran contenedor 6.6.a de lajas hincadas donde en su interior se han recuperado gran cantidad de semillas de cereales, sobre todo, cebada junto a algunas malas hierbas y otras como el *Linum* y restos de animales. Por su parte, en la segunda área (CE VIc) contamos con dos ejemplares construidos contiguos (15.15a y 15.15b) y próximas a la única estructura de molienda documentada en esta vivienda (15.13) en el espacio VIc. en uno de ellos se han recuperado hasta ocho astas de ciervo mientras que en el contiguo se encontraban abundantes restos de cereal sin procesar. Este último caso es particular porque nos está hablando de dos tipos de contenidos en dos contenedores de iguales características constructivas. Uno de ellos destinado al consumo de alimentos mientras que el siguiente contenía materia prima, probablemente, para la manufactura de diferentes objetos. Este aspecto es muy característico ya que es la primera vez que localizamos esta actividad en estas estructuras de lajas hincadas (a excepción de los silos), cuando de forma generalizada en las casas de la Terraza Inferior estas estructuras estaban destinadas a la recogida del subproducto originado por el proceso de molienda.

Como podemos comprobar, en esta casa los cereales vuelven a tener una gran incidencia en el desarrollo de la vida cotidiana y, por supuesto y en consecuencia, en el patrón alimenticio de los habitantes de esta vivienda.

Como en las casas anteriores, los cereales se recuperaron por supuesto en forma de grano y acompañados de bajas o pequeñas proporciones de semillas de malas hierbas.

Esta situación de que los granos de cereal aparezcan sin apenas contaminantes es muy indicativa. En primer lugar porque nos señala que las tareas de limpieza previa al almacenamiento fueron sistemáticas y, en segundo lugar, que aunque probablemente estas tareas de limpieza pudieron ser realizadas en el poblado, no parece que fueran llevadas a cabo en el interior de los espacios donde iban a ser almacenados, sino que más bien el cereal podría ser limpiado fuera de la casa donde posteriormente según las necesidades de esta, se cribaría y almacenaría ya limpio en el interior de los diferentes contenedores de cada casa. Aunque es cierto que entre los granos de cereal almacenados localizamos la presencia, aunque escasa de malas hierbas como la *malva parviflora* entre otras, su localización la asociamos directamente con el hecho de que al presentar éstas unos tamaños tan pequeños, que es más que probable que durante el proceso de escarda su detección

pasase desapercibida. También debemos puntualizar la recuperación de hasta 15 restos de paja de cereal entre todas las muestras recuperadas. Este aspecto es indicativo de que las tareas de cribado grueso del cereal se realizaron *in situ* en el lugar. Sin embargo, en este caso, teniendo en cuenta la escasa muestra y que en la mayoría de los casos no aparecen otros elementos como plantas trepadoras o mayores cantidades de malas hierbas lo asociamos directamente con que las tareas de limpieza, a pesar de que éstas son bastantes sistemáticas. Debemos tener en cuenta que estas tareas son largas y conllevan la manipulación de grandes cantidades de cereal, por lo que estos elementos pudieron ser restos de estas tareas previas que se vieron mezclados con los granos de cereal en el momento de su transporte y posterior almacenamiento.

Por tanto, todos estos datos nos hacen pensar que las tareas de limpieza previas al almacenamiento del cereal serían realizados fuera de la zona de habitación. Esto es lógico si pensamos que por un lado, para la realización de estas tareas se necesitarían grandes espacios dotados con luz natural que permitiese, extender, agilizar y detectar la presencia de las malas hierbas y de sus semillas y, por otro, porque, como sabemos, el cereal suelta un "polvo" que en el contacto con la piel provoca picores incesantes que molestarían mucho.

Otro aspecto que debemos destacar sobre esta actividad de almacenamiento es su íntima relación con los espacios dotados de techumbre. Ésta es una tónica que también se repite en todas las casas hasta ahora analizadas. Esto es evidente si pensamos que para la conservación óptima del cereal en grano se deben dar unas condiciones de sequedad y humedad idóneas que favorezcan este hecho.

Como ya hemos explicado en otros capítulos de esta tesis doctoral, así como en las interpretaciones de las casas anteriores, los cereales son semillas que deben ser transformadas para ser aptas para el consumo humano. Estos procesos de transformación están en función del consumo que se quiera realizar de ellos. Si se pretenden conseguir un alimento semisólido, estos pueden ser cocinados en grano mediante la técnica del hervido mientras que si se quiere conseguir un alimento más sólido o, directamente, líquido estos deben ser con anterioridad procesados mediante la molienda.

Precisamente, la constatación arqueológica de esta fatigosa y extasiante actividad queda reflejada en esta vivienda mediante la construcción de estructuras propiamente dichas de molienda (15.13) o por la localización de diferentes piedras de molino de medianas dimensiones localizadas junto a bancos longitudinales que servirían de apoyo a esta actividad. Con respecto a la primera, decir que se localiza en el centro de la estancia VIId, relativamente cerca de los dos contenedores de lajas hincadas (15a y 15b) desde donde se abastecería sucesivamente de cereal para moler, el cual una vez reducido sería depositado en el interior de la orza localizada embutida en esta estructura de lajas hincadas (Lám. 123). Por último, desde este recipiente sería recogido para su transformación en alimento listo para ser consumido.

Todo apunta a que la realización de esta actividad de molienda debía realizarse día a día, de forma cotidiana ya que, como hemos señalado en otros apartados, el almacenamiento de su subproducto es perecedero. Así pues, esta actividad estaría

relacionada directamente con las necesidades básicas del momento lo que implica un tiempo prolongado dedicado exclusivamente a esta actividad de la vida, probablemente, de las mujeres de este grupo social. Para la realización de esta actividad, las mujeres generalmente, utilizarían las diferentes piedras de molino de forma barquiforme recuperadas sobre esta misma estructura, localizándose una de ellas *in situ* en el extremo occidental del banco. Este molino nos habla del propio carácter de esta actividad que en este caso, estaría fijo por lo tanto la actividad siempre se realizarían en este mismo lugar. Si bien, se han localizado otras piedras de molino asociadas con esta estructura que nos indica ante todo que este banco de molienda sería el lugar escogido y construido para desarrollar esta actividad, no llegando a documentarse en otras áreas de esta estancia.

Por el contrario, en otras áreas de la casa, como es en el pasillo o vestíbulo, CE VIa, esta actividad sería desarrollada utilizando molinos de menores dimensiones y móviles, como demuestra el hallazgo de diferentes piedras de molino y sus manos de molino sobre el banco 15.10. En este caso como en el anterior detectamos una asociación directa entre el almacenamiento de cereal y su procesamiento. Esta asociación agilizaría estos últimos trabajos ya que suponen no tener que acarrear con el grano de cereal hasta la zona de molienda. Sin embargo, esto si parece que sucedió en el centro de esta gran vivienda al norte, concretamente sobre el banco 15.12 donde no localizamos la asociación entre el almacenamiento y la molienda, dado que aunque si encontramos hasta seis ejemplares de los grandes contenedores, estos parecen estar vinculados a la recogida del cereal una vez triturado y no con su almacenamiento. Esta hipótesis se sustenta en el hecho de que no localizamos ningún resto carpológico en esta zona, mientras que en el resto de áreas donde se detecta la actividad de almacenamiento la presencia del cereal es más constante. Esto nos hace pensar que probablemente estas grandes orzas se encontraban en este lugar esperando que se realizase dicha actividad para acoger el subproducto de la molienda y ser trasladado hasta el lugar donde se iba a procesar mediante diferentes técnicas de cocinado. En este caso, dado que se encuentra en una zona de interacción con el vestíbulo o pasillo (VIa) y la estancia (VIId), el abastecimiento del cereal podría provenir desde cualquiera de estos dos sitios.

En último lugar, debemos referirnos a otra área relacionada con estos trabajos, la zona de entrada al CE VIg. Como en el caso anterior, en éste tampoco contamos con una estructura propiamente dicha, sino más bien con una serie de piedras de molino móviles que serían dispuestas sobre los diferentes escalones (6.9 y 6.17) que actuarían como auténticas estructuras de molienda. Todo indica que sobre estos escalones sería procesado tanto mineral como el cereal que, posteriormente, sería transformado mediante su imposición en el hogar central documentado en esta estancia (6.22a). Respecto al mineral, hay destacar el hallazgo de una piedra de molino con restos de almagra en su superficie activa, lo cual nos muestra la diversidad de esta actividad, ya que este tipo de mineral es muy utilizado para las decoraciones. Así pues, en este caso no solo podemos hablar de una convivencia de ambas actividades que bien pudieron ser realizadas por personas del mismo sexo, como las mujeres del grupo, y de forma paralela o alternada por una misma persona. Esto implica diferentes aspectos. La intensificación y diversidad de una actividad conlleva graves consecuencias para los sujetos sociales encargados de realizarlos. Les supone un incremento de tiempo, esfuerzo y dedicación a la vez que la pérdida de su tiempo y un enorme desgaste físico.

En último lugar, debemos mencionar el espacio del CE VIh, estancia donde no parece haberse realizado el almacenamiento, al menos, de cereal, tal y como nos demuestra la práctica ausencia de restos de grandes contenedores. En este caso, también localizamos uno de estos contenedores de lajas hincadas, sin embargo, aquí parece estar más bien destinado al contenido de otro tipo de elementos como podría ser el mineral. Sin embargo, aunque esta actividad de almacenamiento no se realiza lo que sí parece constatado es el proceso de molienda. Éste se concentraría en el extremo occidental de esta estancia, lugar donde se han recuperado grandes cantidades de piedras de molino, las cuales bien serían dispuestas directamente sobre el suelo y, por tanto, el procesado del cereal sería de carácter móvil. Por tanto, esta actividad que se realizaría con funciones nutritivas y fisiológicas, compartiría espacio con la trituration del mineral y de la masa resultante de la reducción.

Esta distribución de diferentes espacios destinados a la molienda nos indica que su funcionamiento en paralelo fue posible. Esto quiere decir que más de una persona podría realizar esta actividad que, generalmente, se asocia con los trabajos de las mujeres. Si tenemos en cuenta que para cubrir las necesidades nutritivas de un varón adulto se necesitaría aproximadamente un kilo de harina, si decimos que en una hora de molienda se puede obtener 0,8kg de harina, llegamos a la conclusión de que en una sola familia con seis miembros se necesitarían al menos de dos a tres horas de molienda para conseguirlos (Broshi, 2001: 125). Esto nos hace valorar cuánto tiempo dedicarían presumiblemente las mujeres de esta casa en procesar el grano necesario para alimentar a la familia. Muy probablemente la respuesta sea similar al caso anterior, Intensificación del trabajo

Así, si pensamos en un grupo familiar de mayores dimensiones que el representado en este caso-ejemplo, tendría sentido poner en funcionamiento diferentes zonas para su realización, ya que si tenemos en cuenta las dimensiones de la vivienda, que superan en más del doble de las viviendas de las casas de la Terraza Inferior, lo que supondría un aumento del grupo familiar y por lo tanto mayores cantidades de alimento.

A modo de resumen, señalar que se han podido determinar cinco grandes áreas para el almacenamiento de alimentos para lo cual se han empleado diferentes recipientes, bien de cerámica o bien contruidos de lajas hincadas. De estas zonas, tres coinciden directamente con el procesamiento de estos granos de cereal mediante el proceso de molienda. En su mayoría, salvo la excepción de la estancia VIb, todas estas áreas están relacionadas directamente con espacios cubiertos por techumbre. Sin embargo, estos lugares de actividad de molienda contienen otra relación, y es su asociación con determinadas fases de la producción metalúrgica, nos referimos como a la trituration del mineral antes de proceder a su deposición en las vasijas horno y a la trituration de la masa resultante del proceso de reducción. Concretamente, en la zona central sobre el banco 15.10 conviven ambas actividades hasta tal punto que se han localizado los restos de semillas mezclados con los restos de mineral de cobre, además de constatar un gran molino con impregnaciones de restos de mineral en su parte superior. Esto nos indica que sobre este banco se realizaron activos trabajos de molienda tanto de cereal como de mineral. Ambas actividades comparten espacio y probablemente en espacios como este también estructuras y en menor medida herramientas. Lo que queremos decir es que si la actividad de molienda de cereal generalmente se ha relacionado con los campos de actuación de una gran mayoría

de mujeres podemos pensar que dado que se trata de una misma actividad pero una materia prima diferente también serían las mujeres de este grupo social las encargadas de realizar dicho proceso o ¿no?

En esta casa, la actividad de almacenamiento y molienda guarda una estrecha relación con la preparación y cocinado de alimentos. Al contrario de lo que sucedía en las casas de la Terraza Inferior donde no hemos podido documentar las estructuras de hogar donde se debían llevar a cabo la transformación de alimentos en esta si que contamos con dos grandes estructuras destinadas a estos menesteres. Una de ellas se ubica en la zona central-occidental del CE VI_f y la otra en el CE VI_h. Con respecto a la primera de las áreas mencionadas, nos llama la atención que tan sólo hayamos podido recuperar dos ejemplares de estos recipientes relacionados con la transformación alimenticia. Uno de ellos se trata de una olla globular de cuello marcado y el borde saliente, dotada de pequeños mamelones para su sujeción, mientras que un segundo ejemplar presenta la forma más característica de este poblado, ovoide y fondo convexo. Ambas se encontraban en las inmediaciones de la estructura de hogar 6.22a y sus superficies externas presentaban fuertes señas de su exposición prolongada al fuego. Además, las dos son de grandes dimensiones y tienen una morfología más adecuada para la preparación de alimentos mediante la técnica del hervido o cocido de alimentos semisólidos y líquidos. Ambos casos presentan mamelones para la sujeción y la base redondeada lo que nos indica su disposición directa sobre las ascuas de los hogares sin necesidad de utilizar ningún tipo de soporte.

Por su parte, en la otra zona donde se documenta el otro de los hogares mencionados (VI_h), también se observa una escasa presencia de estos recipientes. En este caso, contamos con dos ejemplares de los cuales sólo hemos podido recuperar uno y éste presenta las mismas características que en el caso anterior.

Básicamente, éstas son las dos grandes áreas donde esta actividad podría estar asociada, sin embargo, en el resto del espacio social de esta vivienda recuperamos otros ejemplares de ollas que al menos nos indican que se encuentran en el lugar desde donde se aprovisionarían de las materias primas, o bien se hallan en las áreas en las que dichos alimentos cocinados iban a ser consumidos. Precisamente, nuestra hipótesis queda enmarcada en esta segunda opción. Pensamos que, dado el lugar y su asociación a las estructuras en que se encuentran, éstas se ubicaban en los lugares donde iban a ser consumidas. El primero de estos casos se localiza en la zona de vestíbulo, asociadas directamente con el banco 6.10. En este caso, creemos que la asociación de estos elementos con los grandes contenedores sería secundaria. Es decir, probablemente, en esta zona (teniendo en cuenta la cercanía con el hogar 6.22a) no se realizaría esta actividad sino que más bien sería el lugar donde se trasladaría el alimento para ser consumido desde su zona de transformación. Recordemos que esta posible actuación también se ha detectado en casas de la Terraza Inferior (casas II). De esta manera explicaríamos la presencia de los dos ejemplares de ollas ovoides, una de fondo plano y otra convexa. Ambas, dotadas de elementos que agilizaran su movimiento como son los mamelones, fueron recuperadas sobre el suelo de ocupación y en las cercanías del banco 6.10. Por su parte, el segundo de los casos se encuentra en la estancia Vid, asociada con la estructura de molienda 15.13.

La base de nuestra hipótesis es que en primer lugar, ambas zonas se tratan de una gran actividad. En estos lugares se llevaría a cabo tanto actividades de mantenimiento, como el almacenamiento y la molienda, como tareas asociadas a la producción metalúrgica, y en interrelación con ellas se documenta una gran cantidad de restos materiales vinculados directamente con el consumo de alimentos.

La abundante presencia de restos vegetales y faunísticos localizados en esta casa, sobre todo, en las zonas de preparación y consumo de alimentos, nos hablan preferentemente de dos tipos de alimentos principales. Por un lado, los cereales consistentes básicamente en cebada acompañada de algunas plantas silvestres y legumbres, fundamentalmente, habas y algunas semillas de la familia de las *Vicia*. Son muchos los autores que reconocen el papel de las leguminosas en la alimentación humana y animal, (Butler, 1990), sin embargo, por norma general su presencia en los yacimientos de la Península Ibérica está representada por escasas semillas, aunque es cierto que encontramos yacimientos arqueológicos como la Cueva del Toro (Málaga) donde su presencia es mucho más abundante. Por su parte, el haba debe ser la leguminosa más presente en los yacimientos arqueológicos de la Península Ibérica. Su consumo se conoce desde el Neolítico y en este poblado constituye, la leguminosa más común y más representada. También se encuentran algunos restos de *Lathyrus sp.*, es decir, guisante, otra de las leguminosas más representadas en el registro arqueobotánico de la Edad del Bronce de la Península (Peña, 2000).

Sin embargo, esta presencia de elementos vegetales y cerealísticos se vería complementada por el consumo de nutrientes cárnico. Precisamente, estos elementos son muy abundantes sobre todo en el CE VIa, d, f y g. Las especies animales mejor representadas son de la cabaña doméstica, concretamente vaca, caballo, cabras y ovejas, cerdo, ciervo (los ciervos no son domésticos), conejo y perro. Todos estos restos se localizan en asociación con las áreas de preparación, almacenamiento y consumo de alimentos, las cuales a su vez (como observaremos posteriormente) se interrelacionan y conviven con la producción metalúrgica.

Entre todos estos restos de fauna destacan los relativos a los caballos, ovicápridos y ciervos, mientras que el resto de la fauna nombrada alcanza niveles bajos en comparación con éstos. Sin embargo, entre todos ellos son los restos de bóvidos los que más sobresalen, alcanzando el 81 %, y las partes anatómicas más representadas son los huesos apendiculares y, entre estos, los extremos distales. Concretamente, de los 81 restos de vaca recuperados, un 75% de ellos eran apendiculares. Esta concentración o acumulación es muy llamativa, tal es así que se ha interpretado como producto de una actividad especializada dentro de este grupo social. Resulta razonable pensar que la actividad carnicera se llevase a cabo, para una gran parte de las reses, en estos dos GE. Los restos acumulados en el SO de la casa VI podrían indicar la existencia de tareas especializadas a la hora de manipular la carne de vaca, de manera que, en ciertos lugares, tendieran a acumularse más restos apendiculares que en otros.

La mayor parte de los restos apendiculares de vaca recuperados en esta casa compone un máximo de cuatro individuos (entre adultos y subadultos) y todos ellos muestran huellas evidentes de cortes. Pero lo interesante a este respecto no son solo las

huellas de cortes sino que se ha documentando una gran cantidad de cortes en los huesos que se repetían en idénticas posiciones y en el mismo tipo de restos óseos. Este es el caso de tres centrotarsales de vaca que mostraban incisiones en los mismos lugares y ello, lo mismo ocurría en dos astrágalos de vaca y dos torsales también de estos mismos animales. Lewis Binford (1981) apuntó que este tipo de incisiones en los centrotarsales, responden a un método alternativo de desmembramiento de las patas posteriores, complementario, en ocasiones, con la liberación de los metatarsos para la extracción de la médula. A este respecto se ha procedido al estudio de la posición de los cortes en los centrotorsales, torsales y astrágalos recuperados sobre el suelo de ocupación de esta vivienda con el objetivo de verificar los trabajos de desmembramiento de la pieza. Y, efectivamente, como conclusión se puede extraer que tales incisiones documentadas en estos restos óseos de bóvido responden a una operación de desarticulación (o desmembramiento) de los miembros apendiculares posteriores. Este proceso consiste en que antes de cortar con un útil se debe desencajar la articulación del cuerpo de manera que se consiga separar prácticamente el tarso en dos. Así pues, en opinión de los investigadores José Luis Sanz Bretón y Arturo Morales (2000), los restos apendiculares localizados en esta vivienda responden a esta actividad de desarticulación. Las extremidades fueron separadas del resto del cuerpo y, probablemente, la médula fue extraída de los metatarsos para, posteriormente, arrojar juntos todos los huesos apendiculares (tarsales y metatarsales).

En definitiva, las marcas de estos cortes en los bóvidos de esta vivienda parecen responder a las previas al fileteado de la carne. Esto quiere decir que la ingesta de carne roja por parte de los habitantes de esta casa debió ser importante. Así mismo, estas tareas y formas de preparar la carne, nos hablan de al menos dos formas de preparar los alimentos. Estos pueden ser consumidos a la brasa, disponiendo estos trozos de carne directamente sobre las ascuas o bien una vez fileteados podían ser troceados y preparados a modo de estofados, potajes, es decir, guisos de carácter líquido o semisólido.

Hasta el momento sabemos que existe una relación, al menos en el espacio, de la actividad de almacenamiento y molienda y que ambas están a su vez relacionadas con la preparación de alimentos. Sin embargo, aún no sabemos donde consumían los alimentos anteriormente mencionados. Tampoco sabemos si este consumo era individual, comunal o grupal, si era compartido o no.

Precisamente, es en cuanto al consumo de alimentos de lo que encontramos la mayor variedad y cantidad de restos culturales de esta casa. Esta actividad parece alcanzar una gran dimensión entre los habitantes de esta vivienda. Se documenta en prácticamente todas las estancias de la casa, exceptuando la zona central concretamente en el CE VIa, b y e¹²⁸. Curiosamente, en esta misma zona central es donde se documenta la menor cantidad de actividad social de la vivienda, probablemente debido a su construcción como zona de paso y relación entre las diferentes estancias o, también porque se trata de un espacio cuya

¹²⁸ Aunque, en este espacio, hemos recuperado dos fragmentos de galbo de un vaso, uno de ellos con impresiones cortas paralelas que estaba decorado en “zig-zag”, galbo de un vaso y otro con impresiones cortas formando ángulo paralelas y en vertical. Estos fragmentos cerámicos se recuperaron entre las estructuras 15.12 y 15.4, donde además se encontraron los restos de un vasito carenado (carena baja) plano y un cuenco semiesférico de perfil simple entre el derrumbe de la estructura 15.4. Sin embargo, hemos optado por no incorporar estos elementos por tratarse simplemente de fragmentos.

superficie estaría mayoritariamente descubierta. Sin embargo, como decimos en el resto de estancias, destaca sobremanera esta acción de consumir alimentos. En el caso de la gran estancia al este podemos decir que la mayor actividad se detecta entorno a la gran estructura de hogar 6.22a y en su zona sur, en las proximidades del banco de roca 6.4, y en la zona oriental donde se documentan los elementos más característicos para estos menesteres. En esta zona central vasos, fuentes y platos componen el repertorio cerámico destinado al consumo. Los vasos y cuencos suelen ser básicamente de perfil simple pero destacan sobre todo los de fondo convexo de medianas y pequeñas dimensiones, carenados, decorados o sin decorar, etc., mientras que las fuentes que se localizan son todas hondas de perfil simple y grandes dimensiones. Entre los platos encontramos un ejemplar muy característico que nos permite seguir atribuyendo a esta actividad un carácter particular en esta casa, se trata de un plato o fuente carenado “tipo Monachil” que fue localizado en asociación con un vasito de pequeñas dimensiones destinado básicamente a la bebida de líquidos. Junto a todos estos elementos destaca la abrumadora presencia de restos de animales sobretodo restos de vaca, algunos fragmentos apendiculares de ciervo y restos craneales de caballo, además de restos de semillas de cebada que presumiblemente provendrían del momento de la preparación.

Con respecto a la segunda zona (VI f) de esta gran estancia oriental volvemos a encontrar muy presente y particularizada la actividad de consumo. En este caso, los restos materiales se disponían distribuidos por el suelo de ocupación, en ese espacio central, que conforma un estrecho pasillo ocasionado por la situación de las diferentes estructuras y bancos que configuran este espacio. Sin embargo, dadas las características y orientaciones que parecen presentar la mayoría de los recipientes que vamos a mencionar, todo indicaría que estos se debían de encontrar en las inmediaciones de los diferentes bancos y sobre estos. Este es el caso de un pequeño vasito de fondo plano y paredes muy abiertas con un tratamiento superficial extraordinario que se encontraba asociado a la olla globular localizada sobre el banco 6.11. Este elemento, como en el espacio contiguo, está muy presente, tanto de perfil simple como carenados de medianas o pequeñas dimensiones; cuencos de casquete esférico de borde entrante o recto. Nuevamente el patrón se repite, todos estos elementos son localizados en asociación a grandes cantidades de huesos de animales, sobre todo, provenientes de las zonas craneales y apendiculares de ovicápridos fundamentalmente. Sin embargo, estos no son los únicos elementos con los que contamos sobre el banco 6.5, además se localizó un elemento muy indicativo del valor de esta actividad y de los propios alimentos a consumir en esta vivienda. Se trata de una fuente marcada por su decoración, compuesta por impresiones cortas formando “zig-zag” tanto al exterior como al interior del borde, junto a la cual se encontraban otros restos también decorados de los que no hemos podido determinar su tipología. Si bien, este aspecto es muy importante ya que el hecho de que este recipiente se encuentre dotado de decoración tanto en su interior como exterior, nos señala la intención de remarcar no solo el valor del propio recipiente sino también querían darle un significado especial al alimento que iban a contener. Esto quiere decir que dicha decoración no solo supone un elemento decorativo sino que además conlleva otras connotaciones que, posiblemente, deberíamos verla como una nueva forma de presentación de los alimentos.

Sin embargo, las particularidades en cuanto a esta actividad en esta vivienda no quedan en lo mencionado hasta el momento. Hallazgos interesantes también son

localizados en la zona y sobre las estructuras al sur de este espacio, donde destacan, sobre todo, la abrumadora presencia de cuencos de prácticamente toda las tipologías documentadas en este poblado, destacando un ejemplar que presenta el borde biselado y los vasitos de pequeñas dimensiones. Todos estos elementos presentaban sus superficies muy bien cuidadas y tratadas mediante la técnica del bruñido. Por su parte, sobre la estructura 6.6b (extremo opuesto) se encontraba uno de los pocos vasos troncocónicos planos que se han recuperado en el conjunto de Peñalosa. Nuevamente sobre esta estructura también están presentes los cuencos de perfil simple, con o sin decoración.

Como podemos comprobar, esta zona ha generado una enorme cantidad de restos culturales en relación con esta actividad. Sin embargo, ésta no es solo su particularidad o singularidad sino que ambas características vienen determinadas precisamente por las que presentan dichos materiales cerámicos. En la mayoría de los casos se tratan de recipientes de medianas y pequeñas dimensiones, exceptuando las diferentes fuentes o platos localizadas, las cuales presentan unas características particulares, mientras que entre los primeros (los cuencos) también detectamos otras singularidades, como es que en este gran espacio habitacional destaquen los cuencos y vasos de fondo plano y convexo.

También en la estancia VIId podemos detectar este acto fisiológico tan fundamental para la supervivencia humana, el consumo de alimentos. Nuevamente, en este espacio son los cuencos y los vasos de medianas y pequeñas dimensiones los que destacan, alternados con las fuentes, sobre todo aquellas de forma simple o semiesféricas, pero eso sí, ambas hondas y de grandes dimensiones. La mayoría de estos elementos fueron recuperados en la zona oriental de este espacio sobre la estructura 15.17 que, dado el carácter constructivo que ésta presenta, consideramos que actuó como poyete de almacenamiento de estos elementos y no tanto como una zona de consumo. Las características (ver análisis estructural anterior) que presenta esta estructura podrían hacer pensar que se trató más bien de un poyete o similar donde disponer dichos recipientes. Sin embargo, la gran cantidad de restos de animales documentados en sus inmediaciones y en la zona central de este espacio oriental de la estancia, entre los que destacan los huesos de vaca, conejo, perro y caballo, junto con elementos tan característicos y singulares como es el hallazgo de un pie de copa asociado a diferentes cuencos esféricos de pequeñas dimensiones, nos hacen apuntar que en esta zona se llevaría a cabo el consumo de alimentos, aunque de forma paralela dicha estructura pudo actuar, como hemos explicado en el análisis estructural previo, siendo esta su funcionalidad o una de sus funcionalidades.

En último lugar tenemos que referirnos a otro de los espacios donde el consumo parece estar complementemente presente e imbricado con la actividad productiva que se realiza en este espacio, la metalurgia (VIh, zona occidental). En este caso continua la constante que hemos observado en los espacios anteriores, se tratan sobre todo de pequeños y medianos cuencos de tendencia parabólica, carenados de borde corto, semiesféricos de perfil simple y vasos, básicamente, carenados de pequeñas dimensiones. Entre estos últimos destacamos un elemento que presenta unas características tecnológicas y morfológicas diferentes que los anteriores. Se trata de un vaso cilíndrico de fondo plano con las paredes rectas hasta cerca del borde que se abre de manera especial, siendo muy exvasado y abierto. A nivel tecnológico presenta sus paredes muy toscas dotadas de un tratamiento superficial muy precario en contraposición de lo que sucede con los elementos anteriormente mencionados,

todos dotados de unas características tecnológicas muy cuidadas. Estos elementos se encontraban en las proximidades de la estructura de combustión que se localiza en el centro-oriental de esta estancia, en íntima relación con la producción metalúrgica.

Las conclusiones que podemos extraer tanto de la localización de estos elementos como de sus propias características son varias. Por un lado, esta actividad está presente en la mayoría de los espacios de esta vivienda. Por supuesto, su mayor incidencia se localiza en la zona oriental concretamente en toda la estancia VIf y g produciéndose una mayor incidencia en las cercanías de la estructura de hogar. Esta relación entorno tanto a este hogar como al localizado en la zona occidental, que recordemos son entorno a estas dos estructuras donde en estos espacios se detecta una mayor actividades social. Esta interrelación con esta estructura es muy significativa ya que actúa como centro simbólico y material en la vida de este grupo social de forma particular. Por otro lado, la elección de esta vajilla nos habla de un consumo comunal lo que no quiere decir compartido, ya que pensamos que, dadas las características que presenta la mayoría de los recipientes cerámicos localizados en esta vivienda, se relacionan con el consumo de alimentos de forma individual, basado preferentemente en alimentos preparados mediante la técnica del hervido (recordemos la olla globular y ovoides de fondo convexo), consiguiendo generalmente alimentos de carácter líquido. En este mismo sentido nos hablan las diferentes fuentes recuperadas en esta casa, las cuales pudieron ser utilizados en otros momentos o acontecimientos donde dicho consumo fuese preferentemente comunal. Recordemos que la composición de una vajilla de consumo no sólo nos marca pautas de preparación y dieta sino que también nos revela señas de identidad, dado que son producto directo de las decisiones del grupo. Por tanto, la presencia u ausencia de determinados elementos cerámicos nos marcan señas de identidad, aspectos sociales, culturales y políticos así como las relaciones sociales entre los propios grupos sociales.

En la mayoría de las ocasiones, Tanto los restos vegetales como faunísticos deben ser tratados para ser transformados en alimentos aptos para el consumo. Hasta este momento, podemos decir que en esta casa emplearon varios procesos de transformación, la brasa y la cocción.

Este consumo de alimentos ha sido identificado en los estudios de paleodieta mediante los análisis de elementos traza realizados sobre dos de los individuos inhumados de la sepultura 7. Concretamente, en base a las características que presentaban los restos óseos fueron escogidos el cuerpo de la mujer adulta y del varón joven para este análisis. Realizar Este análisis a estos dos muertos consideramos que es muy importante porque, probablemente, se traten de dos personas (aunque de edad diferencial) que bien pudieron pertenecer a una misma familia o cuando menos a una misma categoría social dentro del grupo. Además, son los restos de un hombre y una mujer, lo cual nos puede proporcionar datos de la existencia o no de un patrón diferencial de la dieta según el sexo o un acceso diferencial de los recursos.

En general o a grandes rasgos, no parecen presentarse importantes diferencias entre ambos individuos (hombre y mujer). Sin embargo, si nos acercamos a los niveles concretos podremos observar que la mujer adulta (1930 ppm.) consumía mayores cantidades de

cereales que el individuo masculino (1710 ppm.), tal y como confirman sus niveles de magnesio.

Otro de los elementos que nos vuelve a marcar diferencias entre ambos individuos nos lo marca los niveles de estroncio. Este se trata de un elemento ampliamente distribuido en la naturaleza, con una estructura química similar a la del calcio, lo que le otorga propiedades muy parecidas al cuerpo humano. Su incorporación a nuestro organismo se ingiere especialmente mediante el consumo de vegetales en general, aunque también se relaciona con los nutrientes fluviales o marinos (Burton y Price, 1990). Estos niveles vuelven a ratificar los resultados relativos proporcionados por los elementos de magnesios. Nuevamente, la mujer presenta índices ligeramente más vegetarianos que el individuo masculino. Como podemos comprobar en la propia ingesta de elementos vegetales ya detectamos un dimorfismo sexual, lo que nos indica una tendencia clara por parte de la mujer hacia su consumo, mientras que en el caso del individuo masculino, aunque también realiza dicha ingesta, ésta es de menores cantidades.

Esta situación cambia en el momento en que comprobamos los niveles de otros oligoelementos relacionados con la ingesta cárnica como son el zinc, el cual forma parte de las enzimas deshidrogenasas y participa, junto con el cobre, en el control metabólico del pH ya que interviene en el mantenimiento del equilibrio de gases, de forma especial en el dióxido de carbono. En este caso detectamos que el zinc en el varón alcanza niveles de 215 ppm, mientras que la mujer madura hace una incorporación de prácticamente la mitad de carne (100 ppm).

Este dimorfismo sexual en cuanto al patrón alimenticio es nuevamente ratificado por los niveles de cobre registrados fundamentalmente en vísceras, moluscos, crustáceos y frutos secos. Los resultados obtenidos para estos dos individuos reinciden en la idea anterior de la existencia de un marcado dimorfismo sexual en cuanto a la ingesta de alimentos por parte de estos dos individuos pertenecientes, probablemente, a una misma familia. En este caso, todo parece indicar que el varón es a pesar de su menor edad más proclive al consumo de carne, mientras que la mujer durante su vida ingirió mayores cantidades vegetales. En su caso, el consumo de carne se reduce a más de la mitad de la incorporada por el varón, concretamente su nivel es de 0.3 cuando el límite del consumo cárnico en el conjunto de individuos analizados en todo el poblado se ha establecido en 0.5.

Dados los resultados obtenidos en esta vivienda, sin establecer conexiones y comparaciones con el resto del poblado podemos plantearnos o hablar de ¿un consumo de alimentos diferencial entre hombres y mujeres? Y un acceso diferencial a los recursos, tendría esto que ver ¿con la posición social alcanzada dentro del grupo?

Lo que comemos y lo que comieron nuestros antepasados, su forma de prepararlos y servirlos constituyen un vehículo que transmite memoria social y cultural, dado que forma parte de una red de elementos que construyen los fundamentos normativos de los grupos sociales. Por ello en sí, la alimentación supone un medio privilegiado para manifestar y reproducir formas de pensamiento, patrones de conducta, sistemas de creencias y comprensión simbólica de la realidad. Categorías de alimentos como saludables y no saludables, ordinarios y festivos, buenos y malos, femeninos y masculinos, infantiles y

adultos, sagrados y profanos, de señores y esclavos, puros e impuros etc. son la base sobre la que se construyen las normas que definen nuestra relación con otras personas, con nosotros mismos o con el entorno social y medioambiental del que se forma parte.

Hasta el momento nos hemos referido a la dimensión más objetiva de estas prácticas alimenticias, las que forman parte de la vida cotidiana. Sin embargo, estas actividades y trabajos conllevan una enorme carga de simbología e ideología que los convierten en auténticos transmisores de conocimiento de nuestras sociedades del pasado. En el apartado correspondiente a la cocina y la preparación de alimentos ya hemos explicado cuáles son y cómo se producen y reproducen dichas implicaciones. Sin embargo, recordemos que estas actividades, además de tener una función eminentemente fisiológica y nutritiva, tienen y conllevan otras connotaciones que nos permiten acercarnos a una realidad determinada. Esto quiere decir que su valor también debemos relacionarlo con códigos de significado socialmente aceptados que son los que determinan cómo, dónde y cuándo se preparan y consumen determinados alimentos.

Comer y beber son dos funciones básicas de la supervivencia humana, sin embargo, estos actos no solo tienen un carácter meramente fisiológico sino que están cargados de significados normativos. En este sentido, las prácticas de comensalidad constituyen una particular forma de ritual donde la comida y la bebida se constituyen en el medio de expresión y el consumo comensal convirtiéndose este acto fisiológico en el lenguaje simbólico de esta práctica. En este sentido, interpretamos el hecho excepcional de localizar en una estructura, anexa y completamente relacionada con la gran estructura funeraria documentada, repleta de restos faunísticos consistentes básicamente, extremidades de vaca, caballo y ciervo. Estos restos fueron acompañados de astas de ciervo y de fragmentos craneales de perro. Junto a estos ecofactos se localizaron hasta 1767 semillas de lavanda, pipa de uva y la presencia de otras plantas silvestres cuyas características principales es que son aromáticas como el caso de la lavanda. Completando estos elementos se localizaron por un lado una gran orza junto a una olla.

En otros apartados ya hemos comentado que la aparición de restos faunísticos como parte del ajuar funerario en una cultura como ésta, tan normalizada, nos plantea que estemos ante el reflejo de una actividad tan ancestral como moderna, donde el consumo de carne posee una gran relevancia en el desarrollo de estas ceremonias, las denominadas de comensalidad. Este acto es muy importante, la presencia de estos elementos nos pueden remitir a la celebración de las prácticas de comensalidad que recordemos (ver cap. III.4) son una forma de actividad ritual pública centrada en el consumo comunal de comida y bebida para un propósito u ocasión especial. La presencia en sepulturas de elementos cárnicos se considera como parte del ritual, su aparición es una característica ritual de gran relevancia ya que posee un alto grado de normalización (Aranda, 2006; 2007). Su integración, como parte del ritual, se ha constatado en comunidades etnográficas, convirtiéndose en una de las prácticas sociales más recurrentes como su implicación en los actos de comensalidad (Hayden, 2001). Probablemente, en el caso de esta vivienda estas prácticas se realizarían en el momento de la deposición de los cadáveres (que recordemos no se realizarían al mismo tiempo lo que supone que no sabemos en que momento, en base a qué enterramiento se realizan estas prácticas o si por el contrario se celebraron con motivo de los tres enterramientos).

Estos restos se vieron acompañados de otro tipo de elementos que sin duda también nos hablan de unas prácticas particulares. Como ya hemos dicho, en su interior, acompañando a estos restos de fauna se documenta la mayor cantidad de restos de lavanda de todo el poblado. Su presencia como parte de este contenido no es accidental sino todo lo contrario, formó parte de las decisiones de las personas que habitaron en esta casa (cuando menos) y su origen pudo estar en las propiedades de estas plantas. Recordemos que son plantas aromáticas que incluso en la actualidad en muchos pueblos andaluces se siguen quemando sus hojas secas en pebeteros como método aromatizador. Así pues, estas semillas de lavanda debieron formar parte de estas prácticas y ceremonias rituales donde no sólo se comía sino que también se bebía tal y como puede demostrar el único resto de pipa de uva documentado en este yacimiento arqueológico.

Sin duda, la magnitud que alcanza esta sepultura dentro de este grupo social es excepcional, extendiéndose al conjunto del poblado, ya que no existe paralelo en ninguna otra casa ni a nivel constructivo ni en cuanto al más que posible ajuar funerario que acompañó a estos tres individuos. Esta excepcionalidad alcanzaría incluso también a los propios individuos.

Comprobamos que nuevamente se puede argumentar la relación entre el procesado-servicio y consumo de alimentos en relación con la producción metalúrgica, y en este caso particular podemos apuntar que los recipientes relacionados con el consumo presentan unas características particulares y en su decoración y tamaño.

Hasta el momento hemos tratado sobre todo aquellas actividades que tienen un reflejo directo sobre la vida de los seres humanos, las actividades de mantenimiento. Sin embargo, las producciones de esta vivienda y de sus habitantes abarcaron otros trabajos productivos como fue la producción metalúrgica. Tanto es así que incluso podríamos hablar de que en esta casa le dedican un espacio “casi” propio para su desarrollo. Nos estamos refiriendo al extremo occidental de esta vivienda, el CE VIIh. En este espacio prácticamente se ha documentado todo el proceso metalúrgico apoyado en las diferentes estructuras construidas en este espacio. Concretamente, en la zona occidental parece realizarse la trituración y machado del mineral antes de proceder a la primera reducción del mismo, mientras que el banco longitudinal 8.6 se utilizaría para asentar los crisoles donde se introduciría el mineral reducido para proceder acto seguido a su fundición en la estructura de combustión ubicada en el centro de la estancia, donde se han recuperado enormes cantidades de mineral de cobre (ya tratado) e, incluso, galena argentífera. En este mismo espacio, pero en relación nuevamente con el banco longitudinal se han recogido restos de escoria ligera prueba de que en esta zona se realizó previamente el triturado de la masa resultante de la reducción antes de fundir la gotas de metal en los crisoles. Es curioso, pero en este espacio no se ha recuperado ningún resto de molde, ni de cerámica ni de piedra. Sin embargo, pensamos que esta fase del proceso también se debía llevar a cabo en esta área ya que no tiene sentido llevarse el mineral fundido hasta otra área del poblado, cuando en este lugar se cuenta con espacio suficiente. Toda esta actividad, como ya sucede en el resto de viviendas analizadas hasta el momento, tiene una íntima relación con el consumo de alimentos y bebida.

Esta relación también se mantiene en otras zonas del poblado donde además la actividad metalúrgica convive con otras actividades, como el almacenamiento, la molienda y la preparación de alimentos. Con respecto a la primera de las mencionadas (VIa) decir que son varias las zonas donde se documenta esta relación, la primera sobre el banco longitudinal 15.10 en el CE VIa donde el propio contenido interno de los grandes recipientes de almacenamiento (cereal y fauna) se encuentra entremezclado con fragmentos de mineral de cobre. Sobre esta misma estructura se debió realizar en los molinos móviles (también como con el cereal) la trituración del mineral que, probablemente, se encontrase almacenado en algún recipiente de los nombrados con anterioridad o, posiblemente, en otro tipo de recipiente, porque dadas las cantidades de mineral éste debió ser muy abultado, lo que implica su almacenamiento. Así pues, en este caso, la metalurgia, al menos una parte de su fase de producción, vuelve a coincidir en el tiempo y en el espacio con el conjunto de las actividades de mantenimiento llegando a compartir incluso herramientas y aplicación tecnológica como ocurre con la molienda. Sin embargo, en el banco contrario de esta misma estancia, el 15.14 se localizan restos de otras fases productivas de la metalurgia, concretamente relacionadas con alguna fase de reducción o fundición, del mineral y su conversión en metal. Probablemente, esta función esté relacionada con la gran cercanía que tiene esta estructura con la zona central del gran espacio oriental (VIg). Espacio éste donde nuevamente vuelven a coincidir las actividades de mantenimiento y los trabajos metalúrgicos. Concretamente, entorno a la estructura de hogar 6.22a se registra nuevamente gran parte de la fase de producción de esta actividad, desde la molienda del mineral (sobre los propios escalones de roca 6.9), su disposición al interior de los recipientes para su posterior reducción, la obtención de la masa resultante (escoria) y su trituración para proceder seguidamente a la fundición de los nódulos de cobre y realizar el vertido en los moldes consiguiendo así el objeto deseado. En este caso, la mayoría de los recipientes destinados a la fundición presentan pico vertedero y casi todos los ejemplares localizados en este espacio presentan un amplio grosor de escoriación en la parte interna con bastantes impurezas lo que nos indica la repetición de este proceso en este mismo recipiente.

Otra de las áreas donde esta actividad convive con las actividades de mantenimiento se da en el CE VIId. En ésta, la presencia de esta actividad metalúrgica es casi nula, sin embargo debemos reseñar un hecho que marca la imbricación tan fuerte que esta actividad tuvo con el conjunto de las actividades de mantenimiento. En relación a la estructura 15.13 hallamos un crisol plano completo que también presentaba pico vertedero, junto al cual se recuperaron abundantes restos de fauna y algunas semillas procedentes sin duda de la función originaria a las que estaba destinada la estructura 15.13, la molienda de cereal. En este caso no parece coexistir la molienda de cereal con la molienda del mineral, ya que no hemos localizado prácticamente ningún resto de mineral, salvando un pequeño fragmento de cobre y otro de plomo. Sin embargo, es cierto que esta ausencia no es indicativa de su no realización ya que probablemente su no presencia se pueda deber a la limpieza periódica a la que debían someter esta zona. Situación similar ocurre al fondo de esta habitación donde otro crisol es localizado a los pies del "poyete de cocina" 6.5, nuevamente junto a restos de la cultura material asociada al mantenimiento social del grupo.

En último lugar debemos referirnos a otra de las zonas donde si parece que la actividad metalúrgica tuvo una mayor incidencia. Nos referimos a la zona central, que recordemos se encontraba en gran medida descubierta o semicubierta. Concretamente, estos

restos materiales se relacionan con el centro del CE VIb (cercanía a la jamba y puerta del VIId) y entorno al banco 15.12. Entorno a este banco recordemos que se localiza una de la mayor concentración de piedras de molino de esta vivienda (que son escasas aunque parezca increíble) y sus respectivas manos. También encontramos otro tipo de elementos como son sobre todo grandes tortas de escoria, abundantes gotas de metal de cobre y moldes de piedra de hacha y lingotes, así como un objeto de cobre, un punzón. La presencia de estos elementos nos revela que en este espacio descubierto tuvo relación con el proceso de reducción del metal, su posterior enfriamiento y trituración de la masa resultante como su posterior fundición y vertido en los moldes, obteniendo el objeto final¹²⁹. Ciertamente no sabemos si los procesos que conlleva la exposición directa al fuego fueron realizados en este mismo espacio o, por consiguiente, se realizarían en la estancia casi conjunta al suroeste (VIh), ya que en este caso no hemos localizado señas que reflejen una actividad de combustión. Sin embargo, lo que si tenemos claro es que nuevamente esta actividad estuvo en sintonía con el consumo de alimento y, probablemente, la molienda del cereal. Con respecto a la primera, el consumo de alimentos, debemos recordar que en esta misma zona se han recogido la mayor cantidad de restos de elementos decorados de esta vivienda. Elementos decorados relacionados generalmente a espacios de consumo como ya hemos apuntado en otras momentos. Estos elementos estarían relacionados con los espacios de consumo, como ya hemos apuntado en otras momentos (Alarcón, 2005).

Como podemos comprobar, continuamos detectando la constante relación entre actividad de mantenimiento, preferente, la molienda, el proceso y consumo de alimentos con la actividad metalúrgica. Esta es una constante que cuando menos se mantiene a lo largo de toda la fase de ocupación IIIA que la que hasta el momento hemos detectado en todas las casas que llevamos analizadas.

Todas estas actividades fueron desarrolladas por hombres y por mujeres que coincidían en la vida cotidiana formando como tales un grupo social, ya fuese familiar o simplemente coresidencial. Pero lo cierto, es que esta gran vivienda estuvo ocupada por hombres y mujeres de diferentes edades que interactuaron no solo con la cultura material que crearon y construyeron, sino que además se relacionaron y convivieron y, por lo que hemos podido comprobar con este análisis de forma complementaria y compartida.

Acercarnos a estos seres del pasado ya hemos explicado es complicado, sin embargo, todas las actividades a las que hemos hecho referencia hasta el momento, toda la cultura material que hemos utilizado para este análisis y todo el espacio donde hemos atribuido su localización y asociación fue respuesta y producto directo de la toma de decisiones, de relaciones, de charlas, de prestaciones de ayuda, y de otras muchas acciones y realidades que debieron llenar sus vidas. En el último espacio (CE VIe) que hemos mencionado, encontramos uno de esos elementos que nos permiten acercarnos a ellos y ellas, ya no como entes abstractos sino como realidades sociales, como sujetos sociales. Nos referimos a un elemento de adorno que formo parte no solo de la vida sino también de su cuerpo y de su identidad como hombre o mujer en el grupo. Éste se trata de una cuenta

¹²⁹ Este es el segundo punzón localizado en esta vivienda, el primero se encontraba junto con otro de hueso en la puerta de entrada de la estancia VIh.

de collar realizada en arcilla que se encontraba junto con otro elemento de este mismo material, pero que presentaba una forma totalmente amorfa.

Sin embargo, en esta casa en particular tenemos la suerte de contar con los elementos que nos permiten acercarnos directamente a los seres del pasado, sus cuerpos. En el apartado correspondiente a los cuidados (ver cap. III.4) ya hemos explicado que el cuerpo humano contiene dos realidades paralelas, una social y otra subjetiva. Al tratarse de un producto social cuya definición y uso es aprendido socialmente, le convierte en un productor de sentido y significado en nuestro estudio sobre el pasado y, concretamente, sobre esta vivienda.

Como ya hemos indicado a lo largo de este texto, contamos con al menos cuatro individuos, tres de los cuales pertenecen a una misma sepultura, mientras que otro corresponde a una sepultura individual. Respecto a este último, no podemos determinar ningún tipo de patología que nos permita por un lado, acercarnos al desarrollo de su vida y, por otro, observar que tipo de actividad pudo llevar a cabo a lo largo de la misma. Algo similar ocurre con los tres individuos restantes. En este caso, sus restos óseos se vieron muy afectados por la caída de la cubierta de la sepultura por lo que su recuperación completa ha sido muy difícil, impidiendo por lo tanto el estudio antropológico de su cuerpo al completo. A pesar de ello podemos puntualizar algunos aspectos, como por ejemplo el caso del individuo varón juvenil que presenta hipoplasia dental. Esta patología se produce básicamente por la tenencia de enfermedades y, sobre todo, por la desnutrición durante los primeros años de vida. Sin embargo, aunque ésta es un indicativo de mortandad lo cierto es que debió agudizarse con otro tipo de enfermedades o deficiencias nutritivas prolongadas. Si bien, esta patología no debió ser el motivo por el que murió, ya que, como hemos observado, se trata de un individuo que llevo una dieta más o menos equilibrada en el consumo cerealístico y cárnico, de ahí que nos inclinemos por la primera opción porque, como expuso Inés Fregeiro (2005), *los huesos sanos en individuos infantiles y juveniles (documentados en sepulturas), lejos de señalar un estado saludable, nos hablan de una enfermedad aguda que no llegó a involucrar otras partes del organismo como el esqueleto. Esto indica que no existió superación de la enfermedad, ya sea por falta de conocimientos terapéuticos para curarla o porque hubo una decisión social para que no se dedicara tiempo de trabajo en el mantenimiento de su vida.*

Por su parte o por otro lado, en el caso del hombre adulto y la mujer madura no se han detectado patologías que nos indiquen en uno u otro sentido. Sin embargo, como decíamos anteriormente, esta ausencia no se debe a una realidad ya que no se han podido recuperar todos los restos óseos de estos individuos.

Con la gran actividad social y funcional de esta casa lo lógico hubiera sido que encontrásemos zonas de desecho o similares, sin embargo, esto no ha sido así, aunque es cierto que las cantidades mayores de restos de fauna son un indicador del desecho del proceso de consumo de alimentos, lo cual se podría considerar que en este caso, la limpieza periódica no fue tal. Sin embargo, esto no pensamos fuese así sino todo lo contrario. Si bien, pensamos que esto no debió de ser así, sino todo lo contrario. Los restos faunísticos se localizan concentrados y asociados directamente con zonas de consumo pero sus concentraciones no son tan numerosas como para considerar que estas áreas no eran

limpiadas periódicamente. Esto más bien nos inclina a pensar que el abandono del poblado (debido a razones que desconocemos en la actualidad) no debió ser muy lejano en el tiempo con respecto a la realización de estas actividades y que, probablemente, este tuvo un carácter repentino como ya ha sido planteado en otros trabajos (Contreras, 2000).

Además, la limpieza periódica de esta vivienda queda latente en la propia secuencia estratigráfica, donde en las zonas provistas de techumbre, su derrumbe se superpone directamente sobre los niveles de ocupación. Esta superposición, como ya hemos indicado en otros espacios sociales, es una prueba de una limpieza sistemática a la que era sometida el interior de estas estructuras de habitación. Por último, unido a estas dos razones, la presencia de restos de semillas de plantas destinadas aromatizar el espacio, higienizar y adecuar éste para su habitabilidad demuestra la limpieza periódica de esta casa. Estas plantas son, como ya hemos indicado, el *cistus sp.*, de las que se han recuperado pocas semillas, mientras que nuevamente de la lavanda¹³⁰ se han recuperado diferentes muestras sobre los suelos de ocupación. La enorme presencia de estos restos materiales (teniendo en cuenta que la gran mayoría de los restos carpológicos desaparecen cuando entran en acción con el fuego) nos pueden hablar tanto en este sentido como también de su utilización como un componente en la curación de determinados males (ungüentos, remedios, etc.) como por ejemplo dolores reumáticos, traumatismos, etc., o también de su uso como condimento en la preparación de alimentos, lo que le daría a los alimentos un olor y sabor característico.

En último lugar debemos reseñar un dato respecto a este tipo de prácticas y es que en el CE VIh entre la tierra de cimentación encargada de regularizar todo este espacio se han documentado entre otros abundantes restos de fauna, concentrados en la zona oriental que incluyen caballo y ciervo, los cuales podríamos interpretarlos como producto del vertido al exterior del poblado durante la fase IIIB desde la casa que queda a sus espaldas, la VII. Esto tiene sentido, si tenemos en cuenta que durante esta fase de ocupación esta casa no existiría con lo que nos encontraríamos al exterior del poblado.

Íntimamente relacionadas con las tareas de cuidar, educar y velar por los hijos para mantener su desarrollo se encuentran las tareas correspondientes con la higiene y la salud. Los campos que conllevan estos trabajos son diversos, desde procurar la alimentación necesaria e idónea en cada fase del crecimiento, pasando por la fabricación de ropas u otros elementos relacionados con la dimensión más objetiva de los cuidados, hasta el desarrollo de prácticas curativas, necesarias no sólo para mantener con vida a los miembros del grupo sino también para procurar una mejor calidad de vida a las personas de más edad.

En último lugar, tenemos que referirnos a otra actividad que tiene que ver con el cuidado y el mantenimiento del grupo social, como es la producción textil. En esta vivienda, concretamente, contamos con un telar y con lo que podríamos suponer se trata de una zona de deposición, acumulación, almacenamiento o, incluso, secadero de pesas de telar ubicado sobre el banco semicircular 6.13, donde se han recuperado un total de 8 pesas circulares con dos perforaciones, todas ellas cocidas y perfecto estado de conservación. Por otro e íntimamente relacionado con este espacio, justo en la zona escalonada que se localizada en la entrada a esta gran estancia encontramos un total de 20 pesas completas de

¹³⁰ Concretamente en la interpretación de la casa II ya hemos apuntado todas las propiedades y usos.

similares características a las anteriores, con pesos y tamaños similares. Con respecto a estas últimas pensamos que se trataba de la zona donde probablemente estuvo dispuesto el telar vertical, recordemos que en la zona central donde se encuentra el hogar donde la techumbre estaría abierta al exterior a través de un gran agujero de forma circular.

V.3.8. UNIDAD HABITACIONAL VII

V.3.8.1. Presentación

Con la vivienda VII nos enfrentamos al espacio más complejo de la Terraza Superior. Esta casa se abarca la mayor parte de lo que hemos considerado de esta Terraza, recorriéndola longitudinalmente (Lám. 125).

La parte occidental del mismo parece estar bien definida y estaría formada por los CE VIIa, VIIb, VIIc, VIId y VIIe que formarían una unidad habitacional (GE VIIA). A ellos habría que unir en la parte oriental una serie de recintos todavía no muy delimitados y que posiblemente formarían parte de otra vivienda (GE VIIB). Nos referimos a los complejos estructurales VIIf, VIIg, VIIh, VIIi y VIIj. Como nexo de unión entre las dos partes de la terraza existe una calle o pasillo que estaría formado por los complejos estructurales VIIk y VIII. El frente delantero de toda esta terraza se ha interpretado como la línea primigenia de la fortificación del poblado de Peñalosa durante la fase IIIB, siendo en la última fase de la Edad del Bronce (IIIA), con la ampliación del poblado hacia el norte, cuando se convierte en muro delantero de la terraza, integrando en la casa la serie de bastiones que fortalecían esta línea defensiva. Veamos a continuación la descripción y análisis de cada uno de estos complejos estructurales.



Lámina 125. Vista aérea de la Unidad Habitacional VII. En la zona superior de la foto, las zonas excavadas de la Unidad Habitacional 11 (Proyecto Peñalosa).

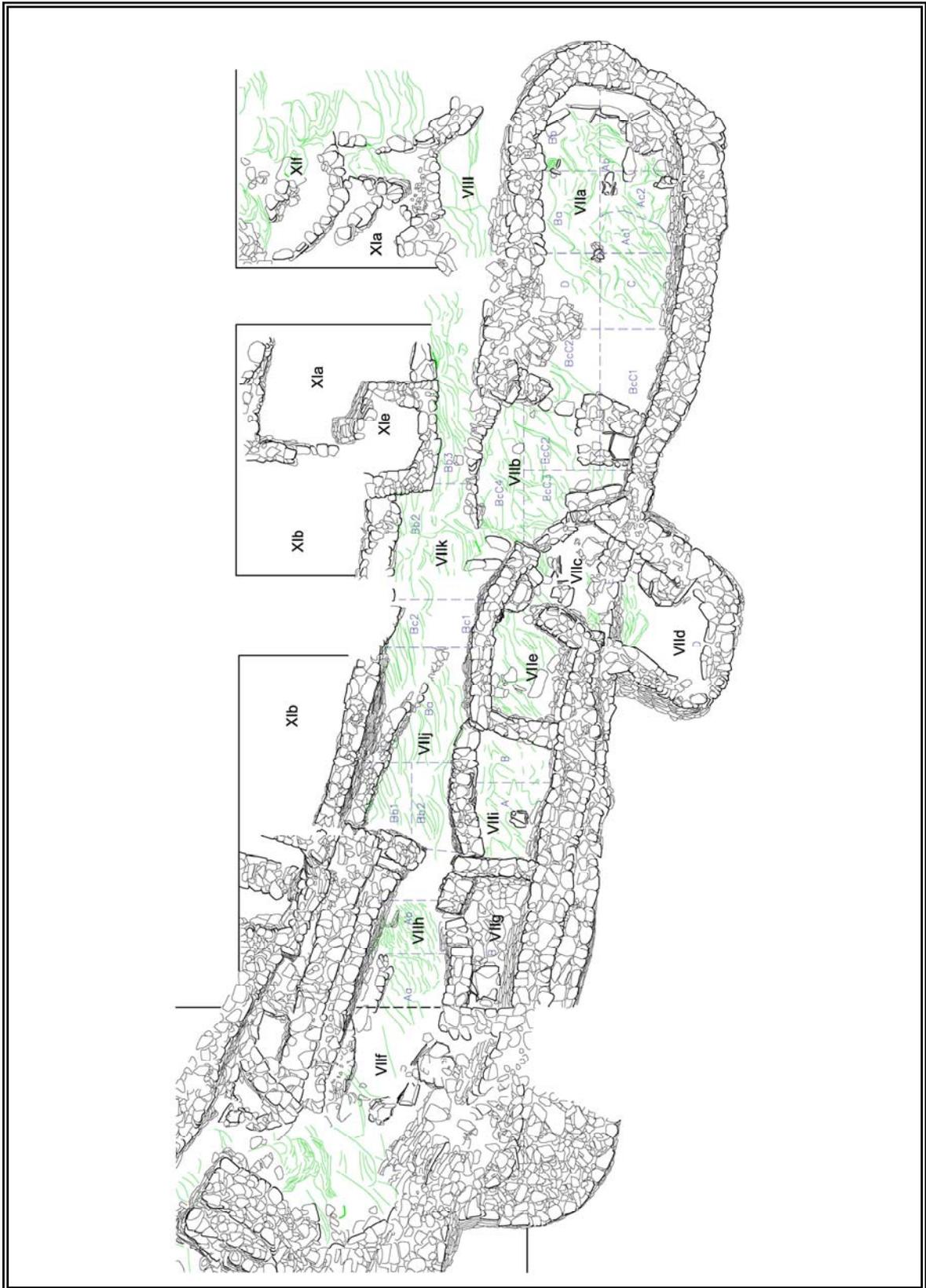


Figura. 72. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).

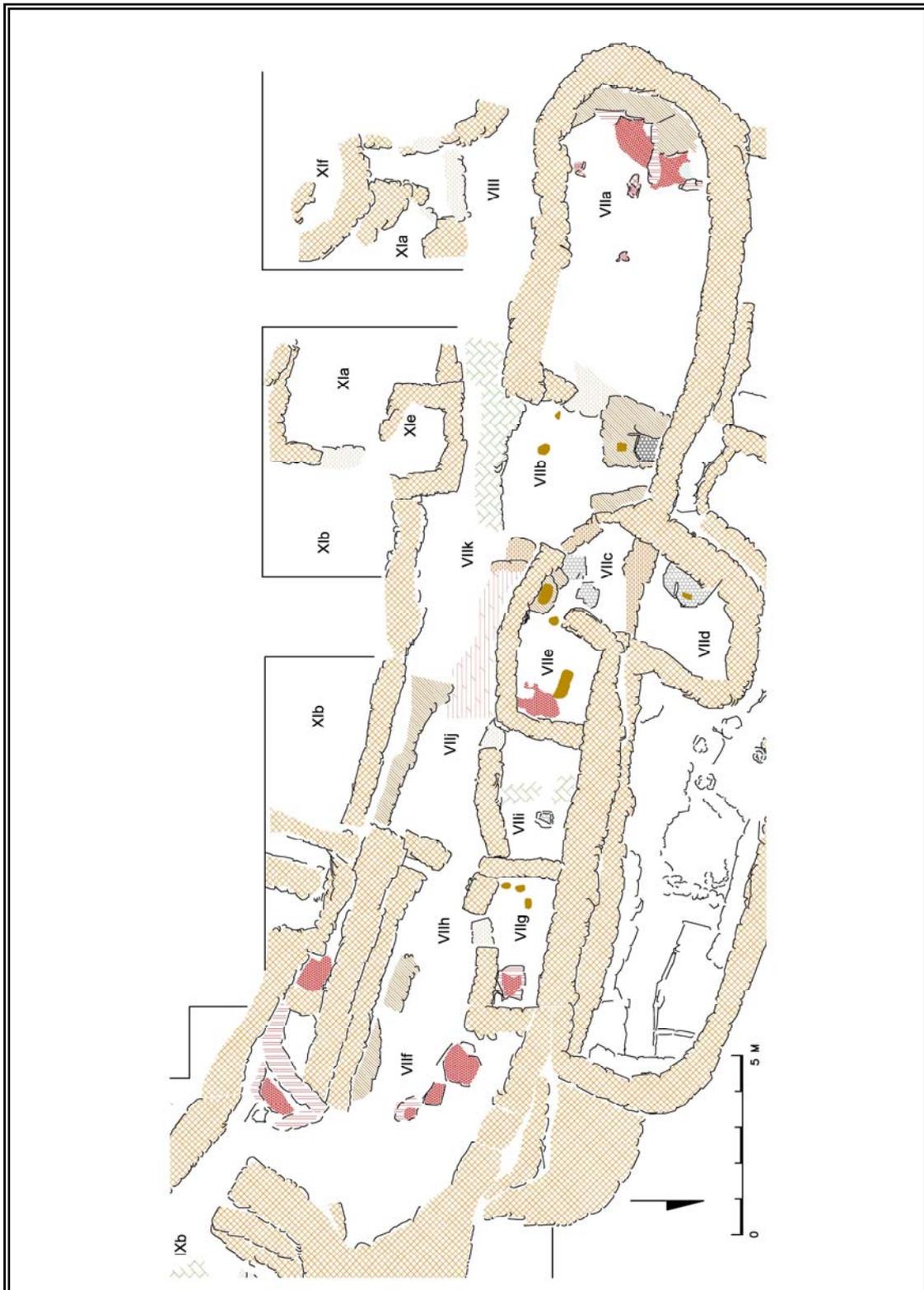


Figura 73. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).

V.3.8.2. Secuencia Estratigráfica

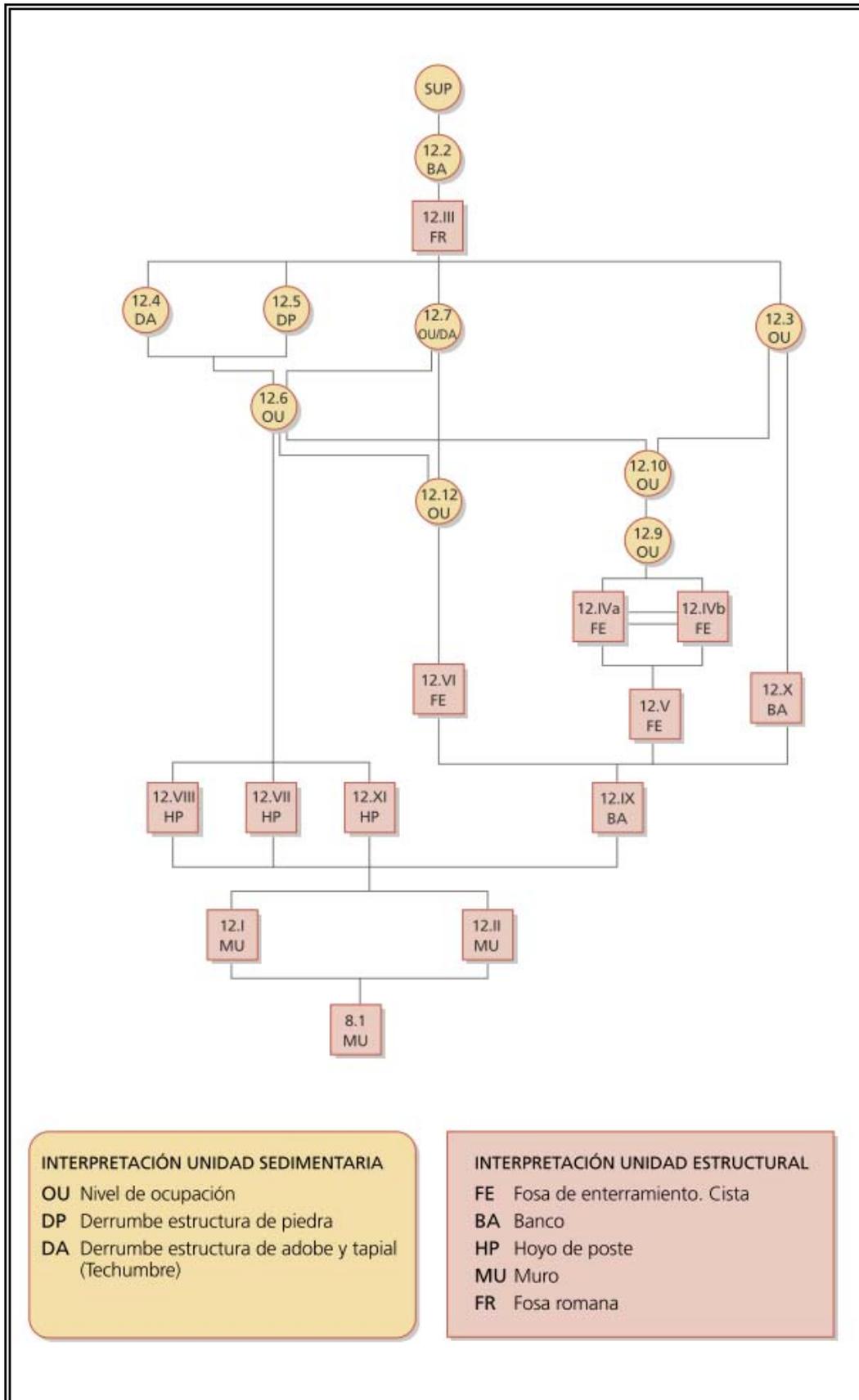


Figura 74. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIIa (Contreras *et al.*, 2000).

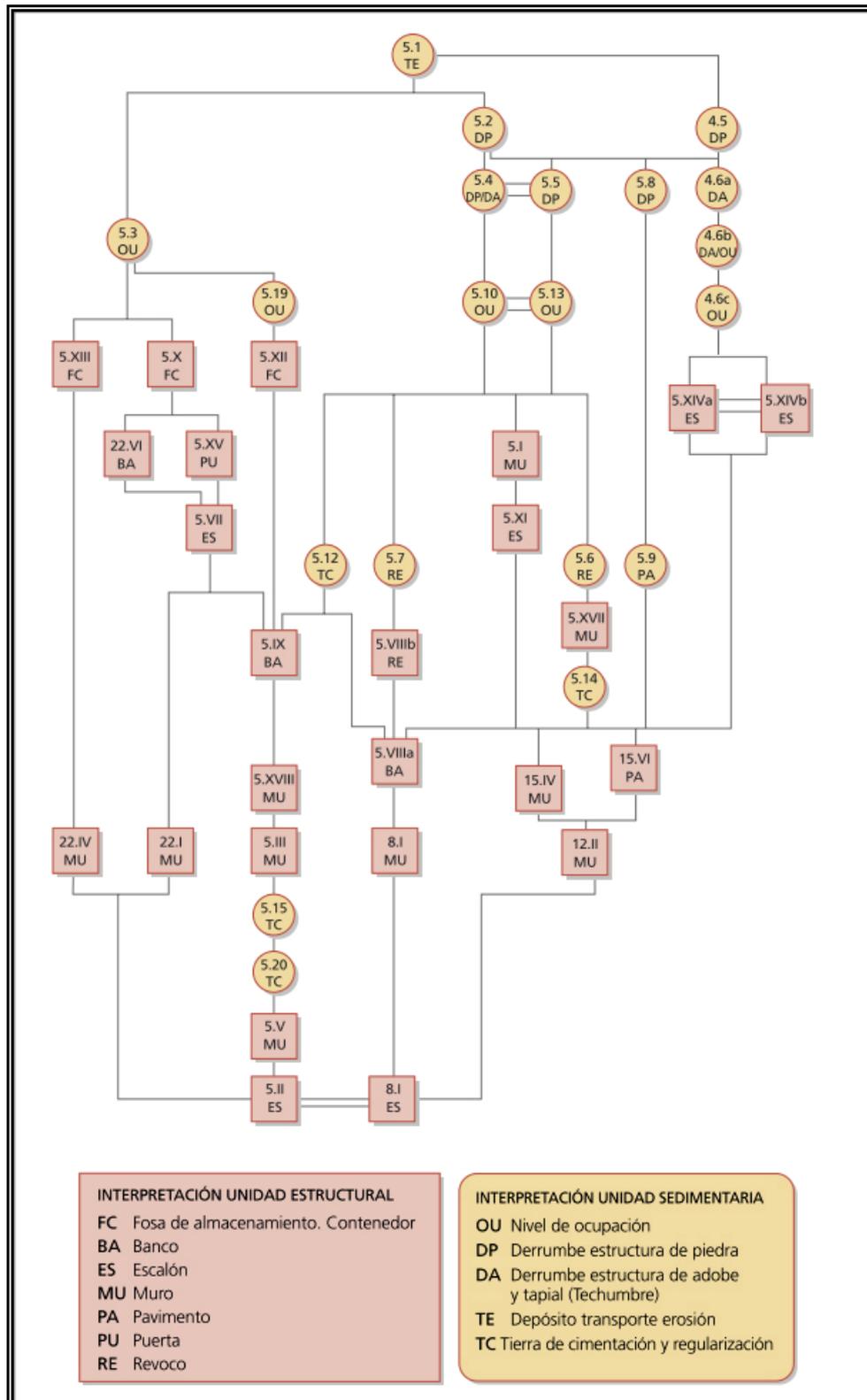


Figura 75. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VIIIb, c y d (Contreras et al., 2000).

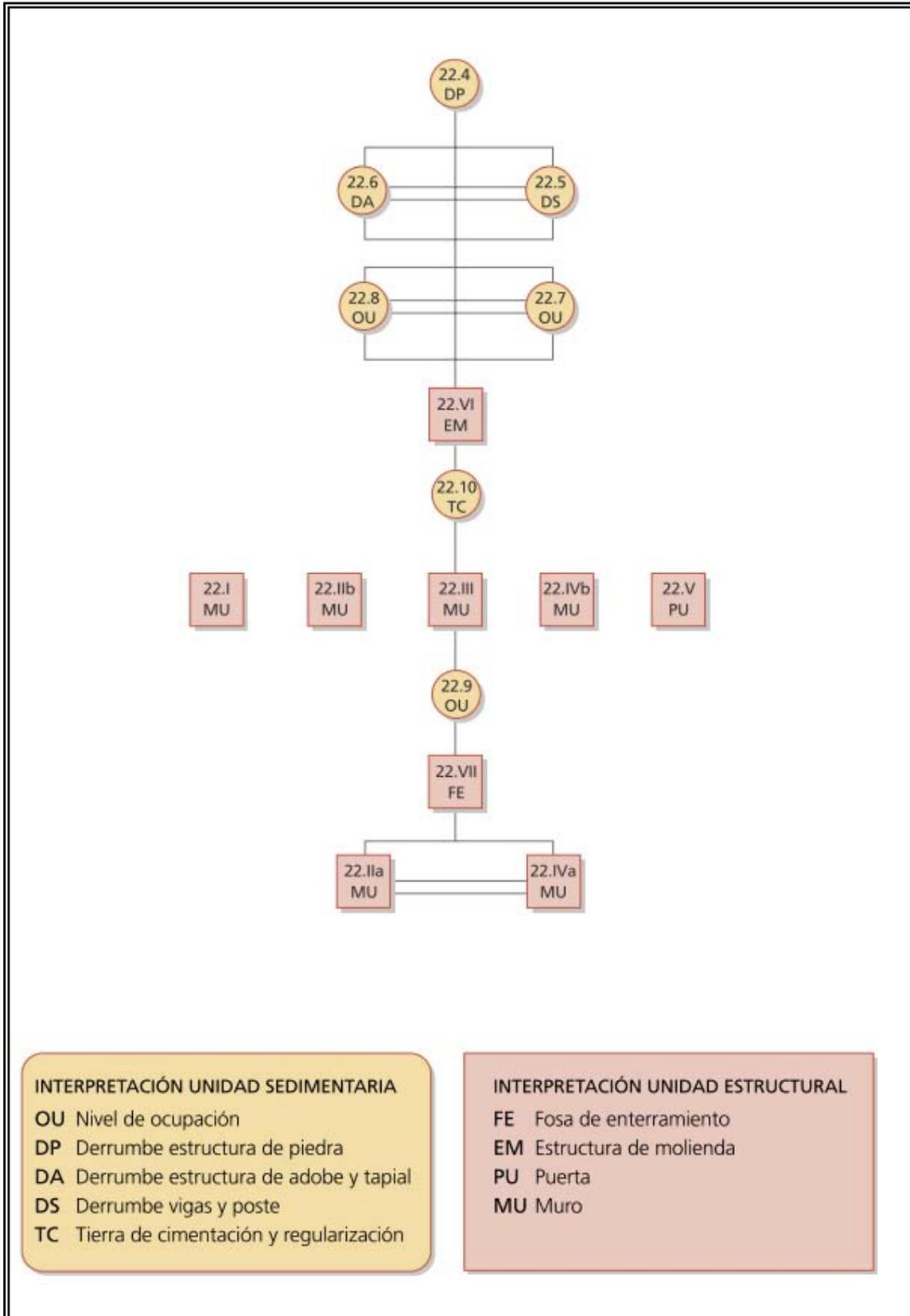


Figura 76. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIIe (Contreras *et al.*, 2000).

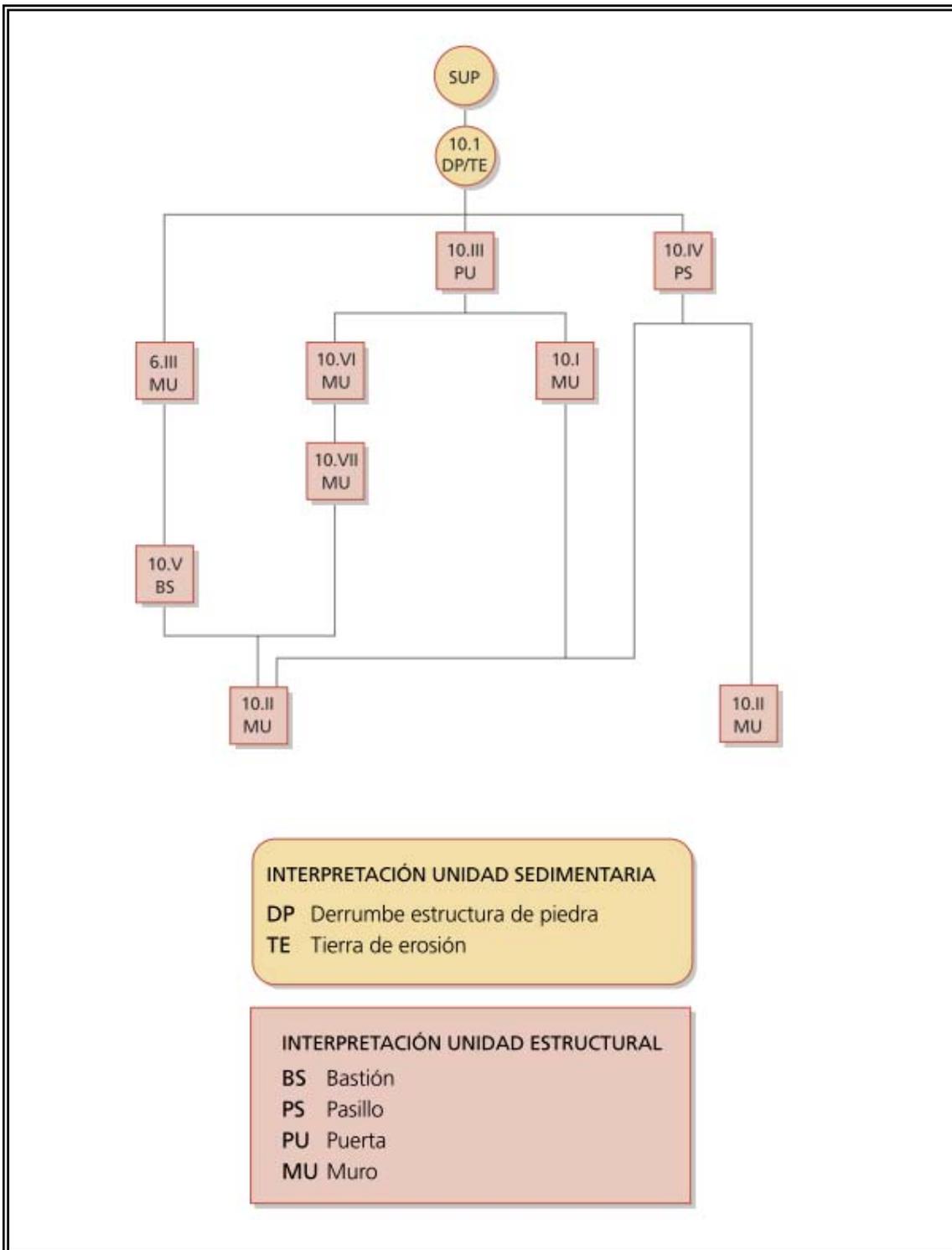


Figura 77. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VIII f (Contreras *et al.*, 2000).

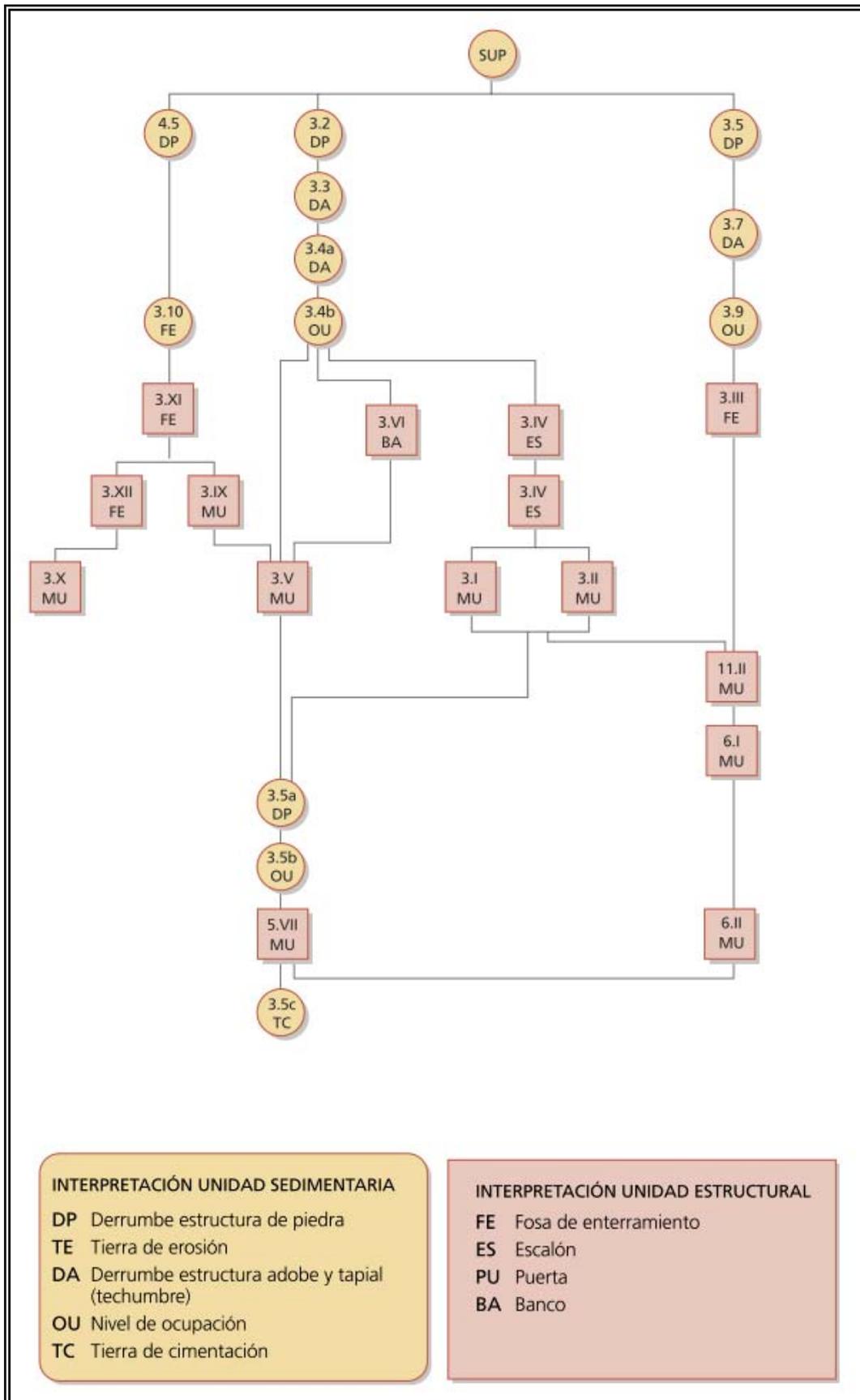


Figura 78. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIIg, h, j y k (Contreras *et al.*, 2000).

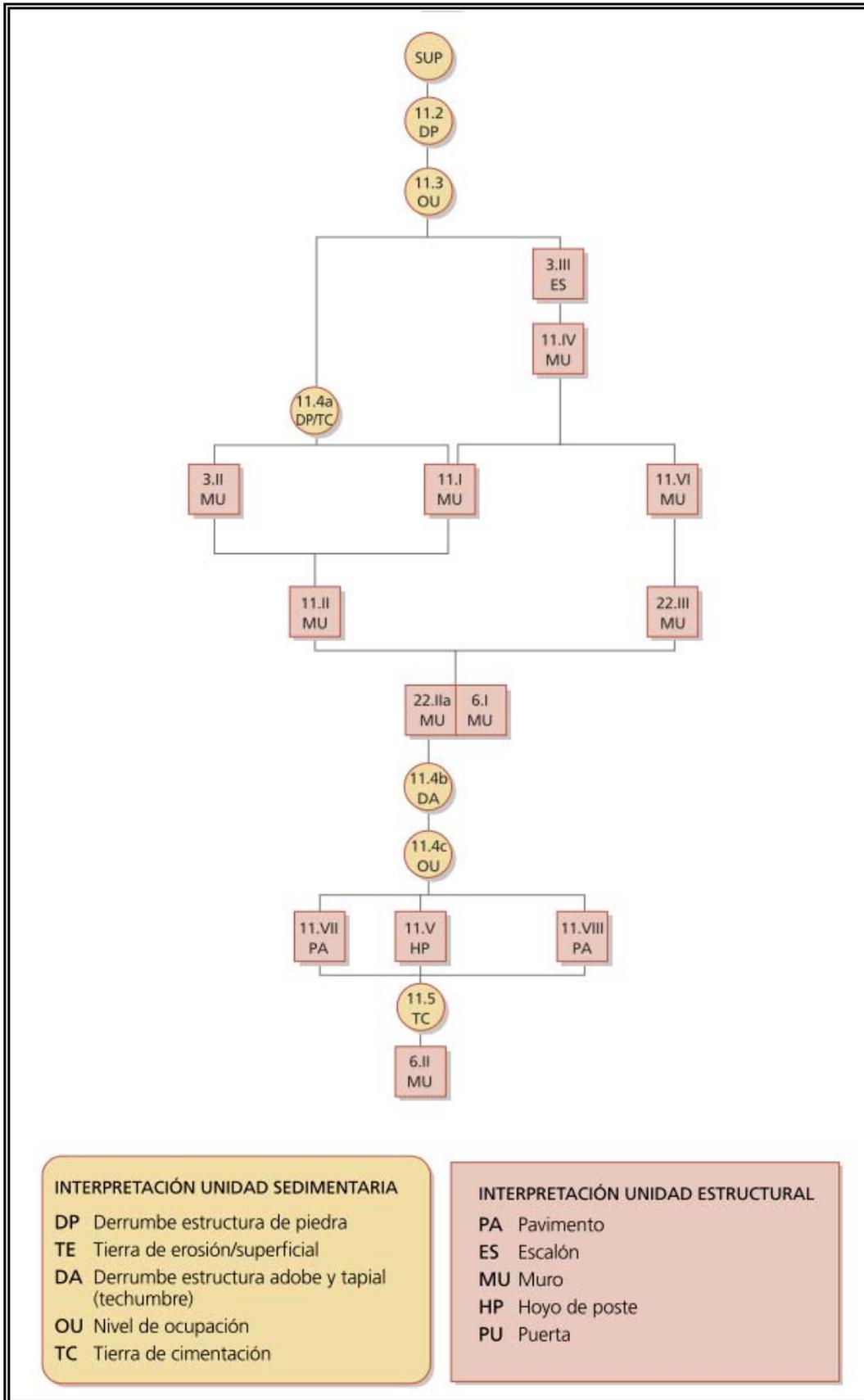


Figura 79. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIIg h, j y k (Contreras *et al.*, 2000).

V.3.8.3. Complejo Estructural VIIa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 72 y 73) (Lám. 124)

Este primer Complejo Estructural corresponde con la unidad de habitación más oriental de esta gran vivienda. La modificación del espacio en la fase IIIA inscribió el CE VIIa en el contexto más amplio del GE VIIA, perdiendo las funciones defensivas que esta zona probablemente tuvo durante la fase IIIB, las cuales no se han documentado. La utilización de su espacio interior, como veremos durante esta fase de ocupación, probablemente fue compartida por la realización de diferentes actividades dado que en un mismo espacio se han podido discernir dos zonas diferenciadas en cuanto a su sistema constructivo interno. Una de ellas ubicada dotada de techumbre al oeste y otra descubierta al este, definidas por la situación de los hoyos de poste y por el carácter que presentaba el relleno sedimentario posterior. Sin embargo, la situación de la gran fosa que ocupa gran parte de todo el extremo oriental de esta estancia ha impedido documentar las actividades que se llevarían a cabo en este espacio, si bien la abundante presencia de molinos y la relación con los espacios inmediatos nos sugiere la posibilidad de que se tratase de un área destinada al almacenamiento de grano.

Este espacio se corresponde con los subsectores A, B, C y D del sector 12 y con los subsectores BcC1 y BcC2 del sector 5. Se localiza en la Terraza Superior de la ladera Norte (zona A). Sus coordenadas exactas 51.50-61.90 x; 73.00-79.50 y; 14.65-16.67 z. y su relación en metros cuadrados es de 32 m², de forma preferentemente rectangular aunque con tendencia absidal orientado en sentido este-oeste (Fig. 72).

Sus límites estructurales están bien definidos. Por el oeste colinda y accede al Complejo Estructural VIIb a través de la puerta 5.1 con el que mantendrá una íntima relación tanto a nivel funcional, estructural como social. Al norte encontramos la construcción del muro de cierre del poblado durante la fase de ocupación IIIB, la cual es compartida como muro de aterramiento con la casa VI, concretamente con el espacio VIIh, mientras que al sur se crea un espacio indeterminado que comunicaría directamente con el Grupo Estructural VIII.

La investigación de este espacio se realizó durante la tercera campaña de excavación de este poblado en el año 1989. En realidad este sector 12 corresponde inicialmente con sector D del sector 7 planteado en la campaña anterior 1987 y correspondiente con la zona arqueológica que queda al sur de este espacio. Sin embargo, tras los resultados obtenidos durante la campaña anterior cuando se pudo delimitar perfectamente el perímetro del muro de aterramiento al sur de esta parte superior de la Terraza Superior se decidió modificar los límites de los sectores con el fin de realizar unos trabajos arqueológicos lo más centrados en las distintas unidades habitacionales que pudiesen contener este poblado. Así pues el día 14 de Agosto de 1989 se inician los trabajos en este nuevo sector que se plantea concretamente entre el sector 7 al sur y el 8 al norte.

Desde el inicio de la intervención se apreció que en la zona oriental se localizaba una gran fosa de donde provenían restos culturales realizados a torno lo que ya indicaba que nos encontrábamos ante un espacio cuando menos relativamente alterado por

presencia humana posterior a su momento original que corresponde con el mundo argárico. Aún así y teniendo en cuenta los planteamientos metodológicos iniciales de este poblado se procedió a realizar una excavación a nivel microespacial. Para ello, tras la retirada del nivel superficial o estéril de toda el área de excavación y retirada del nivel de derrumbe de piedra tras su posterior nivelado se procedió a la subdivisión del espacio en diferentes zonas de trabajo quedando el espacio del subsector 12 subdividido en dos grandes áreas de excavación principales de forma longitudinal por un lado el subsector A que quedaba enmarcado al norte y acogía la mitad del subsector 12 mientras que al sur se denominó como subsector B. A su vez conforme avanzaba la excavación y emergían las estructuras de su interior se volvió a subdividir los sectores anteriores. El A quedaba subdividido en Aa al este mientras que al oeste se llamó Ab. Por su parte con el B se hizo lo propio quedando el Ba en su zona oriental mientras que la occidental se definió como Bb. Por su parte la gran fosa que había sido documentada en el extremo oriental de este espacio quedaba recogida por los subsectores C y D, al norte y sur respectivamente.

Los primeros trabajos se concentraron en el extremo occidental donde se llevó a cabo una excavación en profundidad y con carácter microespacial a través de alzadas artificiales de 10 cm. de cada uno de los niveles sedimentológicos detectados y documentados hasta la llegada al suelo de ocupación. En este momento, los trabajos se extendieron hacia el oeste, para proceder a la excavación en extensión y sistemática de todo el área, de tal manera que al final de los trabajos se alcanzara el nivel de ocupación en extensión con el objetivo de realizar una interpretación conjunta de la contextualización y sus relaciones espaciales. Durante el transcurso de la intervención se realizaron plantas de dispersión de artefactos y ecofactos por unidades sedimentarias hasta llegar a los suelos de ocupación. Asimismo, se tomaron muestras sedimentológicas y edafológicas de todas las Unidades de aquellos lugares que presentaban la posibilidad de relacionarlos con una actividad en concreto. Por último, se excavó el suelo de ocupación hasta la roca con el fin de documentar tanto las fases anteriores como las posibles sepulturas existentes bajo los suelos de las casas. En todo momento, los trabajos se han visto acompañados por el un conjunto de fichas de campo y laboratorio diseñadas por el Grupo de Investigación GEPRAN (Universidad de Granada).

A nivel estructural, esta unidad de habitación se forma por el reelevamiento de los antiguos límites murarios del poblado de la fase IIIB, adquiriendo, al menos durante la fase IIIA, una forma absidal al adosarse la estructura 12.1 a la 8.1 que a su vez se eleva sobre el muro 8.2 originario de la fase IIIB. Respecto a la primera de las estructuras mencionadas (12.1) decir que se trata de un muro de mampostería compuesto por la aproximación de dos hileras de piedras, una exterior y otra interior relleno su interior con piedras de menor tamaño y cascajo trabadas por un mortero consistente en barro endurecido de color grisáceo. Presenta una sección bastante irregular probablemente determinado por su momento de construcción que le origina al sur una sección no superior a los 80 cm., mientras que en la zona norte presenta un ligero engrosamiento alcanzando 1.30 m. En el momento de su localización se documentaron tan solo 4 o 5 hiladas superpuestas, si bien gran parte del muro ha sido erosionado. Esta estructura es el encargado de unir los dos frentes del CE VIIa, uniéndose al sur con el muro 12.2 y al norte con el 8.2. Perfectamente adaptadas a su curvatura se encuentran toda una serie de estructuras 12.9, 12.10, 12.5 y 12.4 que articulan y definen la mayor parte del espacio de esta unidad habitacional. Su cara

exterior sirve para formar un pasillo calle que pone en contacto esta terraza superior con la media y con la ladera noroeste.

Al norte el espacio de esta unidad habitacional queda cerrado por el adosamiento de esta estructura 12.1 a la 8.1, la cual ya ha sido definida en el análisis realizado sobre la casa VI.

Al sur engarza directamente con 12.2. Nuevamente se trata de una estructura de mampostería construido en base al sistema anteriormente mencionado variando solo en su sección que en este caso oscila de 70 cm. a 1 m. Al contrario que en el caso anterior este se encontraba muy afectado por la fosa iberromana, sobre todo en su extremo oriental conservándose tan solo 4 hiladas de pizarras superpuestas en su zona occidental. Al exterior de esta estructura se forma un pasillo o calle que separa esta Unidad Habitacional del GE VIII.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73) (Lám. 12s)



Lámina. 126. Panorámica del CE VIIa.

Al interior de este espacio, cuya entrada será comentada al tratar el CE VIIb, encontramos diversas estructuras, especialmente concentradas en la zona occidental. Esta organización podría no ser la real del momento de vida de esta casa ya que recordemos que durante fases de ocupación posteriores esta área se ha visto afectada en gran parte de su espacio por una enorme fosa probablemente romana 12.3 como también ocurre en el GE IX. En este caso se trata de una gran fosa de 6 m x 3.60 m. de forma

ovalada, con forma de saco la cual ha roto gran parte de los estratos de la Edad del Bronce.

Sin embargo, en este espacio contamos con otra serie de estructuras que nos permiten realizar una aproximación al uso original de este espacio que unido al análisis contextual podremos determinar algunas áreas de actividad. La primera de las estructuras a las que haremos referencia debe ser al banco 12.9. Esta estructura se construye durante la fase de ocupación IIIA adosada a la cara interna de la estructura de aterrazamiento 12.1. Se trata de un gran banco corrido que arranca desde prácticamente la mitad de la estructura de aterrazamiento y finalizada en el choque de esta con 12.2. A nivel constructivo se trata de una estructura de lajas inclinadas y su interior relleno de barro endurecido de color grisáceo que forman una estructura de sección de 50 cm. x 2.60 m. Su conservación hasta el presente es bastante alta pese a que se sitúa en la zona occidental del espacio que recordemos es la más afectada por la acción de la erosión en esta ladera Norte.

Adosada a su cara norte encontramos la 12.10. Nuevamente se trata de una estructura banco compuesta por lajas planas alzadas directamente sobre el afloramiento rocoso y delimitado todo su perímetro por la imposición de otras lajas inclinadas que a su vez son las encargadas de delimitar esta estructura con las contiguas 12.4b y 12.9. Tras la construcción de estas estructuras uno al suroeste de la anterior estructura se acondicionó mediante la imposición de lajas verticales tras el recorte y vaciado de la roca y fue utilizado para la disposición de un enterramiento, concretamente se trata de un pithos la cual corresponde con la sepultura 5 de este poblado. Las dimensiones de esta estructura son de 80 cm. x 90 cm. Esta estructura se verá recubierta por la composición de dos muros de mampostería que la cierran en su flanco este y sur. (12.4a y 14b, respectivamente). La primera de ellas consiste en un pequeño murete formada por una línea de piedras de mediano tamaño trabadas con barro de color grisácea cuya sección no supera los 30 cm. y de alzado conservado no superaba los 25 cm. Por su parte la estructura 12.4b presenta prácticamente las mismas características nada más que en este caso la disposición de las lajas de pizarra presenta una disposición ligeramente inclinadas y apoyadas directamente sobre la roca. Ambas estructuras tenían un objetivo claro delimitar y proteger la estructura funeraria que acogían en su interior. Pese al mal estado de la cubierta de la estructura 12.5 podemos afirmar que sirvió de continuidad a la plataforma de bancos constituida por las estructuras 12.9 y 12.10, lo que implica su doble funcionalidad.

Si bien, esta no es la única estructura destinada al acogimiento de un enterramiento. La siguiente estructura que conforma el interior de este espacio se trata de una más de estas estructuras funerarias, concretamente corresponde con la sepultura 5 del poblado de Peñalosa. En este caso esta se construye directamente sobre la cara oriental de la estructura 12.9, en un hueco dejado entre un escalón de roca recortado y la propia estructura 12.9 acondicionado este también por la disposición de una serie de lajas verticales infrapuestas a las que delimitan la estructura 12.9. Su conservación ha sido bastante buena a pesar de que la cubierta se documentó desplazada lo que originó la presencia de filtraciones en su interior de sedimento produciendo tan bien unos efectos nefastos para la conservación de los restos óseos.

Cerrando la organización de este espacio localizamos aquellos elementos que nos indican ante todo que nos encontramos con un espacio cerrado, cubierto por una

techumbre que probablemente condicionó el desarrollo de la vida cotidiana de este grupo social. Se han localizado tres hoyos de postes, todos ellos ubicados en la zona centro-sur del extremo occidental de esta Unidad Habitacional. El primero de ellos se encuentra muy próximo a la estructura 12.6 y consiste en un hoyo cuadrado excavado en la roca circundado de pequeñas piedras trabadas con un mortero de color gris de sección no superior a los 20 cm. Alineado con este hacia el este localizamos el segundo de ellos (12.8). Este presenta tanto la misma forma, como tamaño como sistema constructivo. En último lugar tenemos que referirnos al localizado en las proximidades de la estructura de aterramiento 12.2. Este difiere de los anteriores tanto en su tamaño como en su forma. Se trata de un hoyo de forma triangular excavado en la roca y revestido por pequeñas piedras a modo de calzos circundan la cara interna de este. Su sección alcanza en este caso los 22 cm.

La existencia de estos elementos junto con la detección de la Unidad Sedimentaria 12.4 (derrumbe de adobes y tapial) es la que nos lleva a determinar que nos encontramos con una zona cubierta al menos en este extremo occidental ya que en la zona oriental esto es más complicado asegurarlo dado que no se han documentado restos de este tipo de construcciones así como también no se ha documentado arqueológicamente el paquete sedimentario correspondiente con el derrumbe de una posible techumbre sino que directamente sobre el suelo de ocupación se ha documentando las Unidades Sedimentarias 12.3, 12.5 y 12.7, que consisten en unas tierras de color más amarillentas producto más que probable del derrumbe de la parte alta de los muros perimetrales.

Todos estos elementos conforman un espacio social totalmente acondicionado para su habitabilidad y el desarrollo de diferentes actividades sociales como son las actividades de mantenimiento. En este espacio conviven las dos esferas que marcan la vida de toda persona, la vida de la muerte y la vida cotidiana. Ambas serán analizadas en el siguiente análisis estudiando de forma pormenorizada la organización espacial de las diferentes actividades a través de la dispersión de los restos culturales que un día formaron parte de la toma de decisiones y fueron respuesta de toda una serie de relaciones marcadas por hombres y mujeres de diferentes edades.

c) Análisis Contextual (Fig. 71 y 80)

El primer nivel sedimentario que documentamos en esta estancia consiste en un sedimento compuesto por una tierra suelta compuesta por pizarras de mediano tamaño compuesta por una matriz arenosa de estructura laminar de color gris amarillento. Esta es producto directo de la caída de la parte alta de los muros perimetrales. Al contrario de lo que pudiésemos pensar el espesor de este es mínimo dado que se ha visto muy afectado por la acción de la erosión de la ladera. A pesar de ello hemos podido recuperar algunos materiales adscritos a esta unidad, consistentes sobretudo en materiales de cerámica a torno relacionados con la fosa romana 12.3 referida con anterioridad. Aunque también podemos mencionar algunos elementos que nos marcan algunas posibles pautas de comportamiento y actividades en este espacio sobre todo oriental de la estancia que. Estos se relacionan con elementos del proceso metalúrgico como son algunos moldes de fundición (nº 7.004 y 7.031), restos de mineral de cobre (nº 7.007 y 12.152) y algunos fragmentos de crisoles hondos (nº 7.003-1 y 7.034). El

único recipiente recuperado y que ha sido posible reconstruirlo corresponde con vasito de carena media que ha podido ser reconstruido es un vaso de carena media (nº 7.001-1) (Fig. ++), que, como el resto de los elementos citados, se sitúa al oeste del CE VIIa, zona que ya se ha señalado que podía estar descubierta y donde se realizarían las actividades metalúrgicas referidas.

Merece destacar la presencia de varias piezas circulares de pizarra (nº 7.005-3, 7.005-1 y 7.005-2) (Fig. *).

Bajo este paquete, documentados el nivel correspondiente con la fosa romana 12.3 realizada durante la fase II del yacimiento. Esta consiste en tierra suelta de textura arenosa con presencia de mucha piedra. Entre ella se documentan tanto restos culturales realizados a torno entre los que destacamos abundantes fragmentos a torno con pies de anillo (nº 12.106 y 5.179) e incluso restos de una ánfora (nº 12.009) y un clavo de hierro (Fig. 9.14:5) así como restos prehistóricos que debieron ser removidos y que muestran características intermedias entre la zona occidental y oriental, aunque predominan los molinos (nº 12.001, 12.000 y 12.004), alisadores (nº 12.006) y las manos de molino (nº 12.004).

Seguidamente encontramos la US 12.3 corresponde a un suelo muy alterado sobre la estructura 12.10 debido a la actividad erosiva del pantano que incluso ha llegado a eliminar la casi totalidad del derrumbe de piedras, quedando sólo la parte superior de los muros que fue la que primero cayó y que incluía, dado el carácter amarillento de estos sedimentos, el posible revoco de estos muros. Éste se nos presenta en forma de manchas irregulares de color rojo-amarillento rellenando la estructura 12.10

Los recipientes localizados en torno a la estructura 12.10 son todos de pequeño tamaño y la mayoría muestran rasgos que nos llevan a pensar en un carácter especial de la estructura, máxime si tenemos en cuenta su proximidad a la tumba 12.5. Se incluye aquí una cuenta de mármol (nº 12.021) (Fig. ++), dos cuencos semiesféricos de tendencia parabólica (nº 12.017 y 12.047-1) (Fig. ++) y uno semiesférico simple (nº 12.014) (Fig. ++), así como otros elementos más comunes en el registro del CE, como son mineral calentado (nº 12.034), un fragmento de crisol plano (nº 4.416) (Fig. ++), una mano de molino (nº 4.4.22-12) (Fig. *) y una olla globular mediana (nº 4.153) (Fig. ++). La erosión que había destruido el muro delantero de la terraza (8.1) hasta el nivel de base de este banco (12.10) ha eliminado también la parte superior de algunos recipientes de los que nos ha quedado un fondo plano (nº 12.015-3) y 274-187 uno convexo (nº 12.054) perteneciendo ambos a recipientes pequeños. Esta misma erosión nos impide caracterizar la relación exacta que existió entre las estructuras 12.5 y 12.10. Aparece también una pieza circular de pizarra con una perforación, posiblemente una tapadera (nº 12.089) (Fig. +++).

Esta Unidad sedimentaria 12.4 se localiza concentrada en el extremo occidental de la estancia y corresponde con el derrumbe de adobes y tapial. Precisamente por sus características presenta los elementos mejor conservados de todo el suelo de ocupación al que se superpone directamente en esta zona (US 12.6). Se trata de un paquete sedimentario consistente básicamente en adobe descompuesto de textura arcillosa compacta. Lamentablemente en su extremo más oriental se vio afectada por la fosa 12.3 que la eliminó por completo, si existió. Si bien ofrece restos de mineral (nº 12.033) y 12.041), incluyendo galena, y crisoles hondos (nº 4.405, 4.094-2 y 4.153) (Fig. 85:12)

(Fig. 85:9), en su extremo occidental junto a los límites de la fosa, tanto al norte como al sur en los inicios del espacio cubierto y adosados a los muros se sitúan grandes recipientes relacionados con el almacenaje (nº 12.004-2 y 12.040) (Fig.``). También se ha recogido en esta US una pesa de telar (nº 4.306) (Fig. 81: 5).

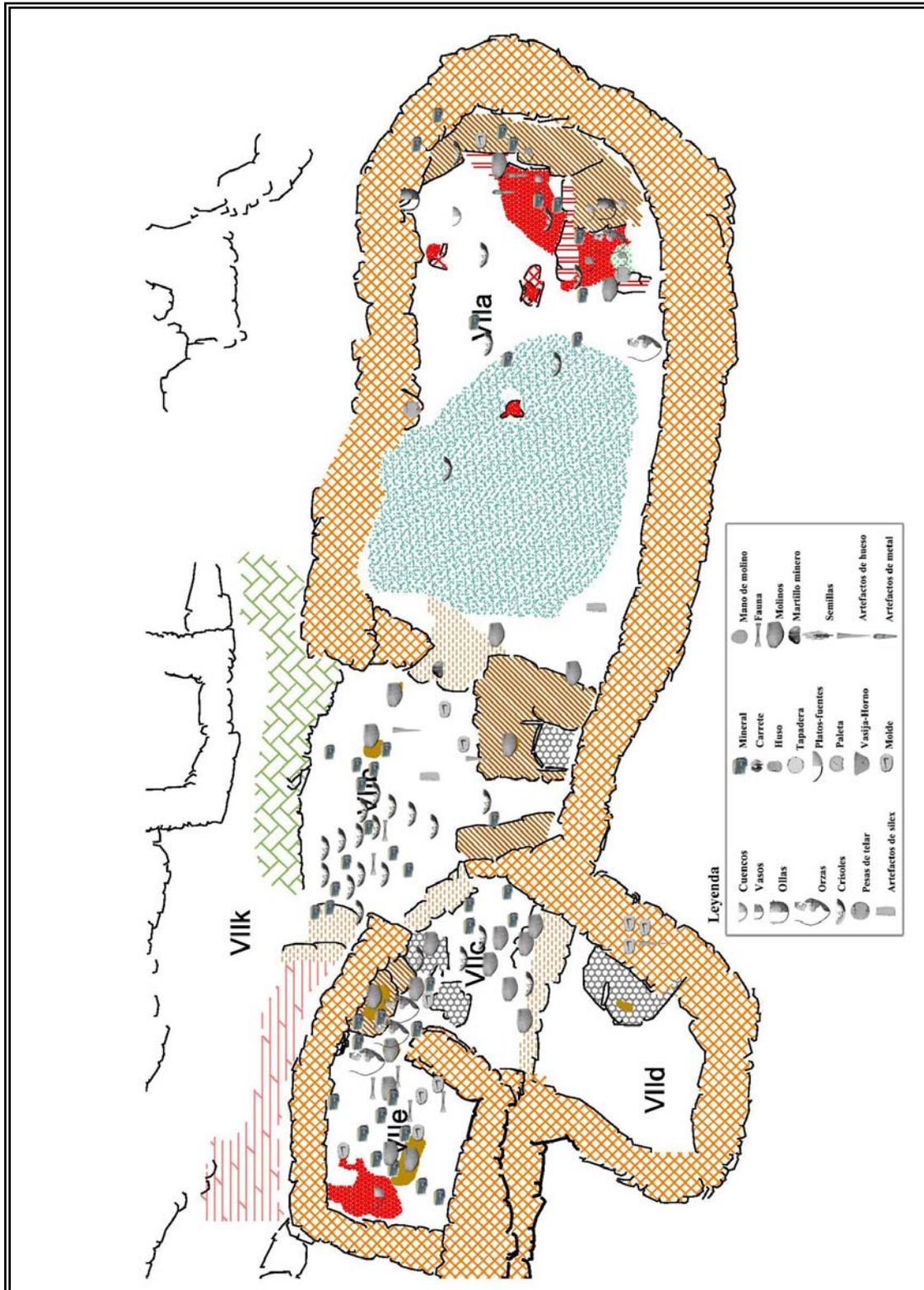


Figura. 80. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VIIa, b, c, d y e de la Unidad Habitacional VII.

En el extremo más meridional, donde se sitúa la US 12.5, los recipientes vuelven a ser de pequeño tamaño e incluyen un cuenco semiesférico de tendencia parabólica (nº 12.013) (Fig. ++), y una olla globular mediana (nº 12.134) (Fig. ++), así como el fondo plano de un pequeño vaso (Fig. 13.100:4). Se generalizan sin embargo aquí los elementos relacionados con la metalurgia, incluyendo un crisol hondo (nº 12.044), al que se asocian gotas de cobre (nº 12.050) y otros restos de mineral (nº 12.048 y 12.074), a veces calentado (nº 12.070), un molde fundición (nº 4.231) (Fig. 81: 8) y una punta de flecha de metal de pedúnculo largo (nº 12.077) elementos todos ellos situados al exterior de la estructura 12.9 y algunos sobre la cubierta de la estructura 12.6.

La US 12.7 equivale a la 12.5 pero sobre la estructura 12.9. Los restos conservados sobre ésta son escasos, aunque significativos, incluyendo mineral de cobre (nº 12.086), escoria (nº 12.082) y crisoles hondos (nº 4.420) (Fig. 85:14).

La US 12.8 corresponde al derrumbe de adobes y la tierra de cimentación afectados por la fosa en el extremo oriental del CE. Incluye sobre todo molinos (nº 5.185 y 5.195) y un fragmento denticulado de sílex (nº 5.180), elementos que nos hablan de actividades relacionadas con el cereal que se documentan en los CE inmediatos.

Las US 12.9 y 12.10 corresponden al relleno de la estructura 12.5 e incluyen los huesos humanos de un individuo infantil de cinco años con hipoplaxia del esmalte y su ajuar reducido a recipientes cerámicos como la orza ovoide que contenía los restos de un niño (Fig. 14.6), el vaso carenado que contenía ésta (Fig. 14.5:4) y otro vaso carenado situado al exterior (Fig. 14.5:3).

La US 12.11 corresponde a la tierra de cimentación utilizada para regularizar la roca, dado que en las zonas en que ésta era menos uniforme se realizaron estructuras de enterramiento esta US cubre muy poco espacio y el material que ha proporcionado es escaso y poco significativo.

La US 12.12 corresponde al relleno de la estructura 12.6, otra tumba cuyos restos humanos corresponden también a un individuo infantil de seis años también con hipoplaxia del esmalte.

Acompañando a este individuo infantil encontramos un cuenco semiesférico de fondo plano (Fig. 14.7:1) y un vaso carenado con ónfalo (Fig. 14.7:2), así como una cuenta tubular de jaspe (Fig. 14.7:4), una cuenta de cuarcita (Fig. 14.7:5), un punzón de metal (Fig. 14.7:3) y un fragmento de cristal de cuarzo (nº 12.166) debiendo pensarse que los restos de mineral de cobre (nº 12.167) se habrían filtrado desde la parte superior dada la actividad metalúrgica que se habría llevado a cabo en el área.

También debe referirse aquí algo sobre los enterramientos localizados en el sector 12. Hasta ahora solo podemos señalar la presencia de dos individuos infantiles, ambos con hipoplaxia del esmalte y uno de ellos introducido en un *pithos* que es el primero que se documenta en el poblado. El ajuar de ambos enterramientos no destaca por su calidad en el contexto de Peñalosa, aunque los recipientes introducidos, vasos carenados en su mayoría, sí contrastan con el homogéneo registro material del suelo de ocupación de este CE dominado por los cuencos semiesféricos y las ollas globulares. Por otro lado, en la valoración de la posición social de estos individuos hay que tener en cuenta que se trata de niños.

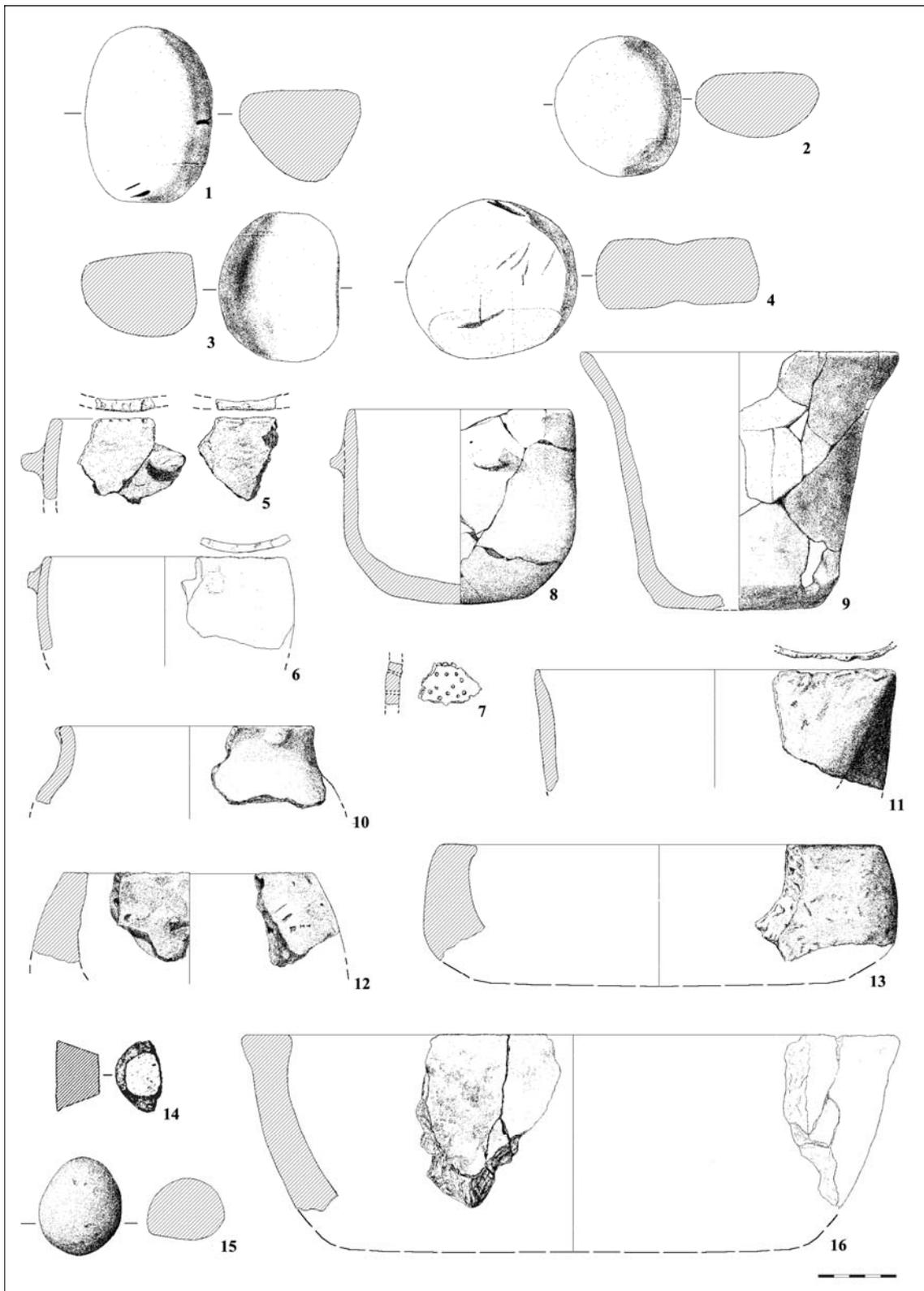


Lámina 81. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).

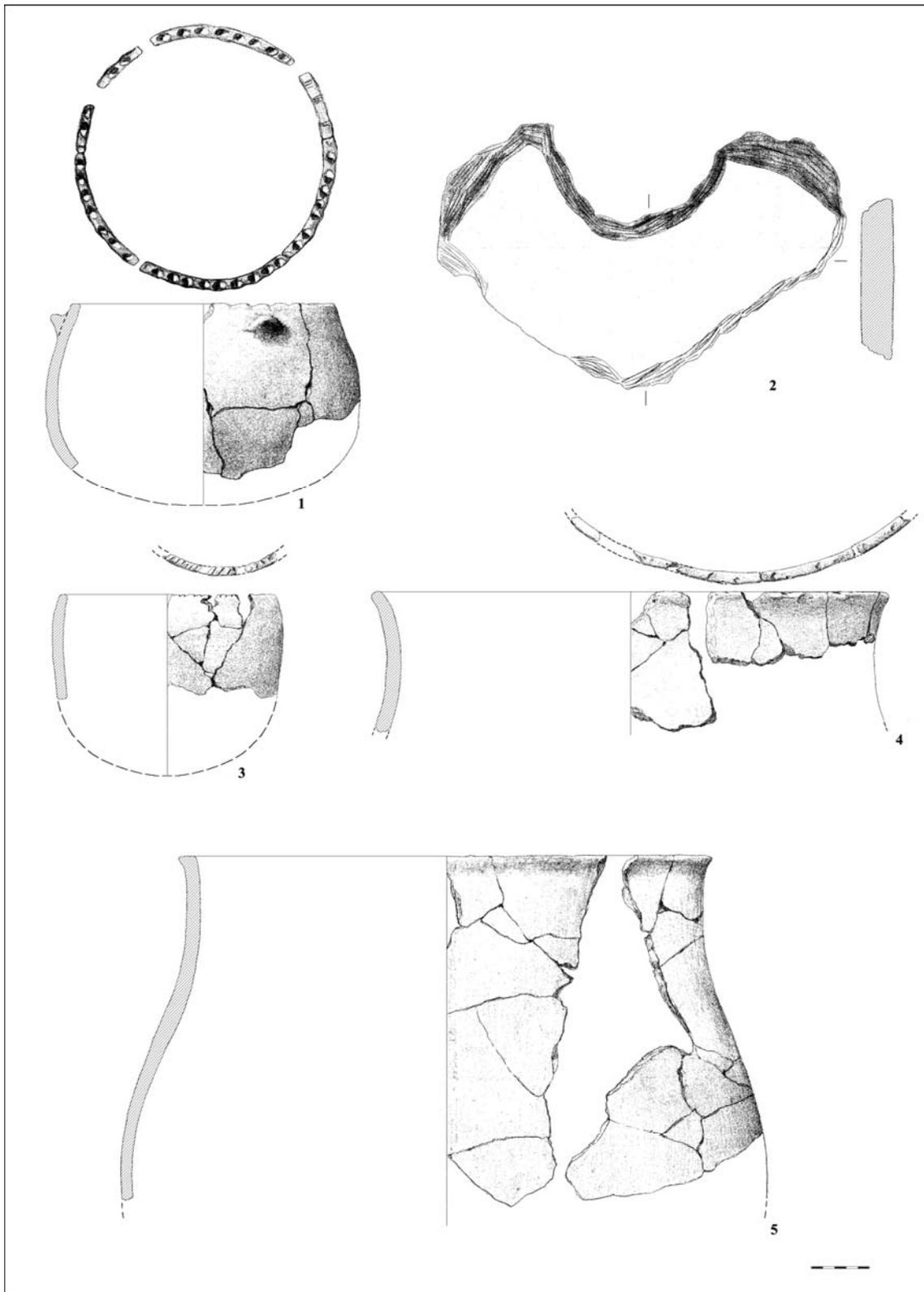


Lámina 82. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).



Lámina 83. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).

V.3.8.4. Complejo Estructural VIIIb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig.72 y 73)

Este complejo Estructural se ubica en paralelo y unido al anterior ocupando junto con éste la zona más occidental de esta gran casa. Se trata de un gran espacio de unos 15 m² de forma pentagonal e irregular cuya orientación parece responde a oeste-este. Se corresponde con los subsectores BcC2, BcC3 y BcC4 del sector 5. Cuyas coordenadas corresponde con 47.80-52.80 x; 72.70-77.20 y; 14.01-15.91 z.

Este espacio funciona como tal durante la fase IIIA en la que en perpendicular a la estructura 8.I una serie de pequeños muros, algunos de los cuales (5.8a) funcionan como bancos encargados de delimitar accesos en varias direcciones tanto al oeste por la 5.1, al noreste por la 5.15 y al sureste por 5.14. Podríamos decir que se encuentra perfectamente ubicado en una zona de paso, actuando como tal. Función que probablemente responda a la suya inicial durante la fase de ocupación anterior IIIB. Es decir, este espacio se conforma a partir de los muros perimetrales que fueron construidos cuando menos durante la fase IIIB, momento en que esta zona estaría actuación de paso y vía de comunicación con los diferentes complejos estructurales tanto de esta casa como de la que se alza al sur de ella. Sin embargo, durante la fase IIIA se producen una serie de cambios y reorganizaciones del espacio que se verán materializados mediante la construcción de toda una serie de estructuras internas que se encargan de modificar en gran medida el espacio inicial de este área social pero a su vez estas construcciones inciden en la organización de los espacios contiguos (tanto al norte como oeste, CE VIIc y a, respectivamente). Esto quiere decir que aunque este espacio de una fase de ocupación a otra no cambie básicamente de funcionalidad durante la fase IIIA sí se le dota de un nuevo sentido y significado social preferentemente doméstico y de mantenimiento humano.

Así pues podemos decir que al sur queda definido por la estructura 5.6 que es la encargada a su vez de unir con la zona de paso superior, entre esta vivienda y la XI. Al este se uniría con el CE VIIj que presenta prácticamente las mismas características que este espacio actuando como prolongación hacía el este de esta gran zona de paso o vía de comunicación tanto entre las distintas estancias que conformarían estos espacios sociales como con las que quedan al sur. Por su parte al norte quedaría encuadrado entre el CE VIIc y d.

De esta forma, parte del CE VIIIb sigue manteniendo el carácter de zona de paso, descubierta según veremos, que debió caracterizar a toda la zona durante la fase IIIB. La ausencia de techumbre no solo facilitó la organización de actividades metalúrgicas en esta área, sobre todo en su extremo sur, sino que también proporcionó iluminación a otros CE, especialmente el VIIc.

La estructura que define principalmente este espacio o pasillo de acceso que queda al sur y del que lo separa es la estructura 5.6. A su vez dos escalonamientos de roca lo separan del CE VIIa y del pasillo 5.16 (estructuras 5.11 y 5.14 respectivamente). A su vez otro nuevo vano (5.15) con su escalón correspondiente (5.7) lo comunica con el CE VIIc. De tal modo solo las estructuras 5.8, 5.9 y 5.18 adquieren entidad propia al

interior del CE VIIb. Se trata en todos los casos de bancos muy probablemente relacionados con la actividad de molienda.

Como en otros de los CE que hemos estudiado en Peñalosa, dentro de éste hemos podido distinguir una zona cubierta y otra descubierta dedicada a tareas productivas diferentes y reflejadas también diferencialmente en el registro sedimentario. Sin embargo, en cuanto a la distribución del material mueble la diferenciación no es tan nítida como en el CE VIg o en el IIa. Ello se debe sin duda al carácter reducido que tienen todas las compartimentaciones de la fase IIIA en esta área y al tránsito constante a que se verían sometidas.

De tal forma el CE VIIb sólo se entiende en su relación con los CE VIIa y VIIc y también con el pasillo que queda al sur y el pasillo 5.XVI. Los restos de la fase IIIB no han podido documentarse a nivel de cultural material mueble, aunque los elementos incluidos en la US 5.12 podrían corresponder a este momento. Junto a la evidente unión estructural con otros espacios de la casa VIIA, la presencia de abundante galena nos pone este espacio claramente en relación con el CE VIIe. La presencia de todos los elementos relacionados con el proceso metalúrgico incluyendo los crisoles hondos y los moldes para los artefactos sugiere que este espacio, abierto por sus propias características, fue utilizado para todas las tareas de esta actividad. Sin embargo, no se ha encontrado en él nada más que una barrita de metal como elemento acabado, aunque no se trata, como sabemos, de un espacio aislado sino de una habitación al interior de una casa. Elementos especiales parecen ser el fragmento decorado con incisiones en zigzag (nº 5264) y algunos recipientes pequeños bastante decorados con digitaciones y mamelones (nº 5256 y 5150-1), todos ellos en la zona sur del recinto cerca de las actividades metalúrgicas y del pasillo 5.XVI.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73) (Lám. 127)



Lámina. 127. Panorámica del CE VIIb.

Es interesante reseñar además que la comunicación entre las estructuras 5.8 y 5.9 se realiza a través de un relleno de tierra apisonado (US 5.12) y que al interior de la estructura 5.8 se encuentra un contenedor posiblemente para recibir el grano (5.8b). La zona al sur de estas estructuras quedaría más libre configurándose como un paso en el cual se llevarían a cabo diversas actividades que dieron como resultado diferentes US. Así por un lado, al norte las US 5.10 y 5.13 constituyen un suelo que muestra la actividad relacionada fundamentalmente con el almacenaje, mientras al sur el suelo situado bajo la US 5.5 muestra abundantes indicios de metalurgia.

Por otra parte, mientras la US 5.4 parece responder al derrumbe de las techumbres con una disposición de lajas planas en su límite, que se pueden relacionar con la estructura 5.17, la US 5.5 correspondería al derrumbe de las partes altas de los muros en zonas descubiertas, situándose además junto a la puerta que comunica con el CE VIIc (5.15) y cuyo abocinamiento proporcionaría una mayor iluminación del CE VIIc.

c) Análisis contextual (Fig. 80)

La US 5.1 corresponde a la capa superior del derrumbe de piedras, aquélla que ha sido afectada por el pantano y en la que la presencia de elementos de cerámica a torno no es extraña (nº 5.124 y 5.125). Existen algunos molinos dispersos por todo el CE (nº 5.174) (Fig. 88: 15) y sobre todo aparecen ya fragmentos de crisoles planos (nº 5.288-5.311, 5.184 y hondos (nº 5.127) (Fig. 88: 16) y los restos de un vaso carenado (nº 5.164) (Fig. 84: 10) que salió en el extremo sureste del CE.

La US 5.2 se relaciona con la primera capa de derrumbe de piedras no afectada por el pantano y en su material incluye ya restos de mineral de plomo (nº 5.155 y 5.156) y de cobre (nº 5.157), sobre todo concentrados al sur (nº 5.282) y a veces incluyendo galena y cobre calentado en niveles inferiores (nº 5.283) y algunos crisoles planos (nº 5.153) que también predominan al sur (nº 5.289) (Fig. +++), donde recuperamos un posible crisol hondo (nº 5.299) y restos de escoria pesada (nº 5.299). En cerámica también destacan algunos decorados interesantes como un fragmento de orza con el labio decorado (nº 5150-1) y un decorado con borde vuelto (nº 5151), así como algunos elementos que por su situación cercana al pasillo 5.16 cabe pensar que pertenecerían al suelo de ocupación, como un cuenco decorado (nº 5.263) (Fig. 84: 8) y un fragmento decorado con incisiones en zig-zag (Fig. 4.40:5).

Por debajo de este derrumbe se halla una diferenciación sedimentaria muy marcada entre la US 5.4 al oeste y noroeste y la US 5.5 al este. La primera corresponde al derrumbe de las estructuras que debían cubrir la parte occidental del CE, mientras la US 5.5 corresponde al derrumbe de la parte más alta de los muros en las zonas descubiertas y en las que éstos se desmoronaron más fácilmente pese a no contar con restos de estructuras de piedra. Bajo la US 5.4 aparecieron algunas lajas grandes y cuadrangulares que al igual que en el CE VIg debían formar parte de la techumbre. En cuanto al material, la US 5.4 incluye abundantes molinos al norte (nº 5.192 y 5.193) y en general, en las inmediaciones de la estructura 5.8 (nº 5.215), varios crisoles planos (nº 5.288-1, 5.291, 5.295 y 5.296) (Fig. ++) y una barrita de cobre (nº 5.241) muy cerca

de la zona afectada por la fosa 12.3. Otros elementos relacionables con esta US se relacionan con la estructura 5.17 y, por tanto, son englobables en la US 5.6, incluyendo molinos (nº 5.368) y sobre todo elementos relacionados con la metalurgia como posibles crisoles hondos (nº 5.268) (Fig. ++), un trocito de metal (Fig. 9.14:4), y mineral de cobre con hierro (nº 5.394) (Contreras, *et al.*, 2000: 274-197).

Es en la zona inmediata a esta estructura al este, y por donde se extiende la US 5.5, donde se sitúa la máxima concentración de elementos relacionados con la metalurgia presentes en toda la potencia (unos 30 cm.) de este estrato. Pese a que dentro de ella los materiales relacionados con la metalurgia ocupan toda la zona sur y este, puede verse cierta diferenciación entre la concentración de crisoles planos (nº 5.339, 5.301, 5.326, 5.331, 5.336, 5.337, 5.323 y 5174) (Fig. ++), y hondos (nº 5.311 y 5.302) (Fig.++) en el extremo sur y la concentración de mineral de cobre (nº 5.252), con hierro (nº 5.320) y a veces incluso mineral de hierro (nº 5.211), al norte; aunque aquí se encuentra el crisol plano mejor conservado (nº 5.218) (Fig. ++). También al norte de esta zona aparece un molde fundición de torta en piedra (nº 5.212) (Fig. ++). Un poco más al sur aparecen moldes de fundición de lingotes en cerámica (nº 5.333) (Fig. ++), y restos de escoria ligera (nº 5334), así como un alisador en el extremo sureste (nº 5315) y un poco más al norte un molino (nº 5.308). También en esta US aparecieron fragmentos de un cuenco semiesférico de tendencia parabólica (nº 5.312-4) (Fig. 84: 19)

La US 5.7 corresponde al revoco de la estructura 5.8a y, por tanto, incluye los elementos que se situaban fijos sobre ella, siendo los más interesantes un molino (nº 5.383) y una mano de molino (nº 5.237) que nos hablan de la actividad a que estaba destinado. Junto a ellos un fragmento decorado con moldura (nº 5.229) y restos de mineral de plomo (nº 5.440).

La US 5.10 corresponde a la capa superior del suelo, pero para valorar éste en conjunto incluiremos aquí también el análisis de la US 5.13. Estos suelos se extienden en la zona central del CE entre el banco de roca al sur y las estructuras 5.8 y 5.9 al norte. Mientras la US 5.10 incluye todos aquellos elementos que se situaban en el suelo de la zona cubierta y sus inmediaciones, la US 5.13 se sitúa parcialmente bajo la US 5.5 en la zona descubierta y bajo el derrumbe de lo que parecen pilares de refuerzo. De tal forma aún en la US 5.10 los materiales relacionados con la metalurgia como el mineral de cobre (nº 5.408), los amorfos con mineral (nº 5.391), los crisoles planos (nº 5.366-1) (Fig. 88) o los moldes de fundición de lingotes en cerámica (nº 5.404 y 5.434) (Fig. 89) se sitúan en todos los casos en la zona más oriental, en las inmediaciones de la zona descubierta y en relación a abundantes manchas de carbón. Por el contrario, los elementos cerámicos tienden a ocupar la totalidad de la zona más deprimida del CE en la que las ollas y orzas que componen su registro hallarían mejor soporte. Se incluyen aquí dos ollas (nº 5.410 y 5.396) (Fig. 82-1), ambas con decoraciones en el borde y la primera de ellas con mamelones, y dos orzas ovoides de borde indicado (nº 5.398 y 5.403) (Fig. 82: 5; 15) cuyos fragmentos estaban muy dispersos por la superficie. Los moldes de fundición en piedra (nº 5.405) (Fig. 88), uno de ellos para hachas (nº 5.413) (Fig. 88), se hallaban por el contrario en los límites occidentales de esta zona más hundida.

La presencia de más elementos relacionados con la metalurgia en la US 5.13 no hace sino apoyar lo que venimos refiriendo, aunque, si bien las gotas de cobre (nº 5.431) y los restos de mineral con manchas de cobre (nº 5.432) se sitúan al este, un fragmento

de molde de fundición de lingote (n° 5.423) (Fig. 88) lo hace más hacia el interior. Interesante es el hallazgo en esta US de un denticulado de cuarcita (n° 5.412) por su escasez en el registro material de Peñalosa y por la trascendencia que la dispersión de los restos silíceos por todas las viviendas tiene a la hora de explicar la funcionalidad de los elementos de piedra tallada del poblado.

La US 5.12 constituye un relleno sobreelevado entre las estructuras 5.8 y 5.9. Su material, por tanto, es escaso, mereciéndose destacar un fragmento de crisol hondo (n° 5.380) (Fig. 87) y restos de escorias pesadas (n° 5.382).

V.3.8.5. Complejo Estructural VIIc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 72 y 73)

Se trata de una estancia de aproximadamente 5,50 m² de forma trapezoidal irregular y orientación suroeste-norte. Se corresponde con el subsector C del sector 5 y sus coordenadas corresponde con las siguientes 45.40-48.24 x; 74.40-76.90 y; 15.24-15.83 z. La metodología de excavación para la recuperación de su registro arqueológico responde a los mismos criterios establecidos para el conjunto de esta vivienda, una excavación a nivel microespacial y en profundidad.

Este espacio se origina como resultado fundamental de la modificación del bastión que existía al norte de éste durante la fase IIIB (CE VIId), de tal forma que su muro occidental (estructura 5.3) se prolongó en una jamba (5.18) para formar, junto al muro 22.I, un acceso a un espacio reducido, relacionado básicamente con el CE VIIe. Por todo ello, al igual que el CE VIIb, este CE queda comunicado tanto al norte como al sureste y suroeste, aunque la circulación en éste es más restringida. Por ello no se entiende si no es en relación directa con el VIIe, especialmente en su zona de acceso, dedicada a actividades de molienda que prosiguen en la zona oriental del CE VIIc y a las que se asocia también un recipiente decorado dedicado, por su forma y características, al consumo de alimentos. Esta relación también viene determinada marcada por la presencia de numerosos moldes de fundición en el CE VIIc, aunque la actividad metalúrgica de éste se concentra en su zona occidental y no pareció ser muy importante, y sin duda excluía los primeros procesos de reducción del mineral constatados en el CE VIIb. Por otro lado, la relación con el CE VIId, queda evidenciada en la perfecta correlación estratigráfica, se establece a través de un escalonamiento que mantiene en alguna medida el relleno original del bastión macizo que constituía aquella zona en la fase IIIB.

Uno de los aspectos más interesante de su registro inmueble viene constituido por dos estructuras de lajas hincadas (5.10 y 5.13) en su zona oriental que deben estar relacionadas con la molienda lleva da a cabo en la estructura 22.6. Junto a esto hay que destacar que la luz procedería de la zona sur del CE VIIb a través de la puerta 5.15 y que, según el registro sedimentario, este espacio estaría posiblemente cubierto (US 5.3) no habiéndose llegado a separar nítidamente su suelo de ocupación que quedaría prácticamente al ras de la estructura 5.II sobre el relleno de cimentación (US 5.15), que continuaría tras un escalón en el CE VIId.

c) Análisis Contextual (Fig. 80)

La primera US corresponde al derrumbe de adobes (5.3) que cubre el suelo en este espacio, donde también se han documentado algunas lajas cuadradas procedentes de la techumbre. Los restos relacionables con la actividad metalúrgica se encuentran al oeste, como se documenta tanto en el caso de los crisoles planos (nº 5.347, 5464-3 5364-1 y 5349) (Fig. 88: 22) como en el mineral de plomo (nº 5.367) y la escoria (nº 5.461). Los moldes (nº 5.474) (Fig. 88:21) se sitúan sin embargo junto a la estructura 22.5 (puerta de acceso al CE VIIe) y también en el extremo noroccidental (nº 5.352 y 5.351) (Fig. 88:20) junto a un molde de fundición de lingotes en cerámica (nº 86: 1) (Fig.) situado en la misma zona. Los molinos (nº 5.444 y 5.453) (Fig. 81: 1) se dispersan desde el centro hacia el este del CE, apareciendo cerca alguna mano de molino (nº 5.467) (Fig. 81) y una tapadera de pizarra circular recortada con una perforación en el centro (nº 5.469) (Fig. 82: 2). En cerámica aparece una interesante fuente carenada con decoración impresa tanto en el exterior como en el interior del borde, también en la zona de paso hacia el CE VIIe junto a la estructura 5.10, y un cuenco semiesférico (nº 5.386-2) (Fig. 84: 1). Pero lo más interesante es la abundancia de restos faunísticos de vaca, caballo, oviscapridos y, muy significativamente, ciervo. Al elemento decorado antes descrito hay que sumar algunos fragmentos decorados con mameloncillos (nº 5.364 y 5.455) (Fig. 81: 10; Fig. 84: 10).

La siguiente Unidad Sedimentaria 5.15 que se documenta tan solo presenta restos de abundantes molinos destaca la presencia de molinos en la misma zona central junto a la estructura 5.13 (nº 5470 y 5471) y una pieza circular de pizarra (nº 5.463) (Fig. 88:4) unidas a restos de escoria y mineral de cobre calentado (nº 5.473) y un crisol plano (nº 5.479) (Fig. 88: 9) también en la zona occidental al igual que sucedía en la US 5.3.

V.3.8.6. Complejo Estructural VIId

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 72 y 73)

Se trata de un espacio orientado en sentido sur-norte de forma absidal que ocupa una superficie de unos 6,24 m². Corresponde con el subsector D del sector 5 del poblado y sus coordenadas corresponde a 43.04-48.80 x; 76.20-79.96 y; 14.20-16.90 z. Como todos los espacios de Peñalosa ha sido excavado de forma microespacial.

Este espacio es originario de la fase IIIB. En este momento este espacio constituye un bastión macizo para la realización del cual se levantaron una serie de muros perpendiculares a la estructura 5.2, cimentados con la ayuda de la US 5.20, rellenándose posteriormente el hueco con un barro rojizo que elevaría también la altura de los muros como muestra su superposición a la estructura 5.2.

A nivel estructural se define básicamente por las estructuras que cierran el espacio al norte, este y oeste (5.5 y 5.3) y por el escalón (5.2) que le da acceso desde el CE VIIc al sur. Al interior solo destaca la estructura de lajas hincadas y

compartimentada 5.12 en un contexto definido por la nivelación 5.15 correspondiente al bastión macizo de la fase IIIB. Durante la fase IIIA este relleno fue parcialmente desmontado estableciéndose un escalón hacia el norte y aprovechándose esa zona más baja que constituye el verdadero CE VIIId para realizar una serie de actividades que después se comentarán. Sobre este relleno 5.15 se realizó la excavación de un contenedor (5.12) en el que se localizó un molino y algunos recipientes. Posteriormente el derrumbe de la parte alta de los muros que se habían reestructurado, apreciable en la estructura 5.13, y la techumbre (US 5.3) cayeron sobre esta zona sellando el suelo que, pese a todo, fue localizado bastante alterado.

c) Análisis Contextual (Fig. 80)

Elementos materiales tan escasos como un vástago de copa fue recogido de los niveles superficiales (nº 6.409-5), constituyendo este un elemento destacado en el conjunto material recuperado en esta casa. Por su parte en la US 5.1, nivel con escaso nivel de conservación por la actuación del pantano corresponde con el derrumbe de las estructuras de piedra. En este destacan los hallazgos de piedras de molino y mineral de cobre.

Por el contrario en la US 5.3, que incluye el suelo cubierto por el derrumbe de la techumbre, junto a crisoles planos (nº 6.224) y otros elementos relacionados con la metalurgia como la escoria ligera (nº 6.278), el mineral (nº 6.232 y 6.278) y moldes de fundición de lingotes (nº 6.231) encontramos diversos recipientes de consumo, en su mayoría cuencos como los semiesféricos (nº 6.276-2, 6.268-2 y 6.229-3) (Fig. 84: 6 y 18 y 5) el último de ellos de tendencia parabólica, así como un cuenco de casquete esférico (nº 6.268-8) (Fig. 84: 17) y también restos de ollitas decoradas y otros cuencos. Merece destacarse la aparición de un fragmento de quesera (nº 6.266) (Fig. ++) y algunas piedras de molinos (nº 6-227).

Por su parte en la US 5.15 sólo encontramos algunos fragmentos de crisol tanto planos (nº 6.283-1) (Fig. 84: 4) como hondos (nº 6.283-2) (Fig. 84: 20) junto a abundantes restos faunísticos.

Más interesantes, si cabe, son los restos de la US 5.19, al interior de la estructura 5.12 que incluyen, aparte de algunos molinos, dos cuencos semiesféricos que pudieron servir para recoger el grano del contenedor como parece también suceder en el interior del silo de la casa II (nº 6.304 y 6.324) (Fig. 84: 3, 16). Mientras que en la siguiente Unidad Sedimentaria (5.20) volvemos a encontrar solo algunos ejemplares de piedras de molinos, fragmentos de posibles crisoles hondos (nº 6.322 y 6.298- 5) y un interesante fondo de vasito con ónfalo (nº 6.295). Sin embargo, en este nivel sobretodo sobresalen los restos de fauna entre los que destaca la presencia de bóvidos, ovicápridos y suidos.

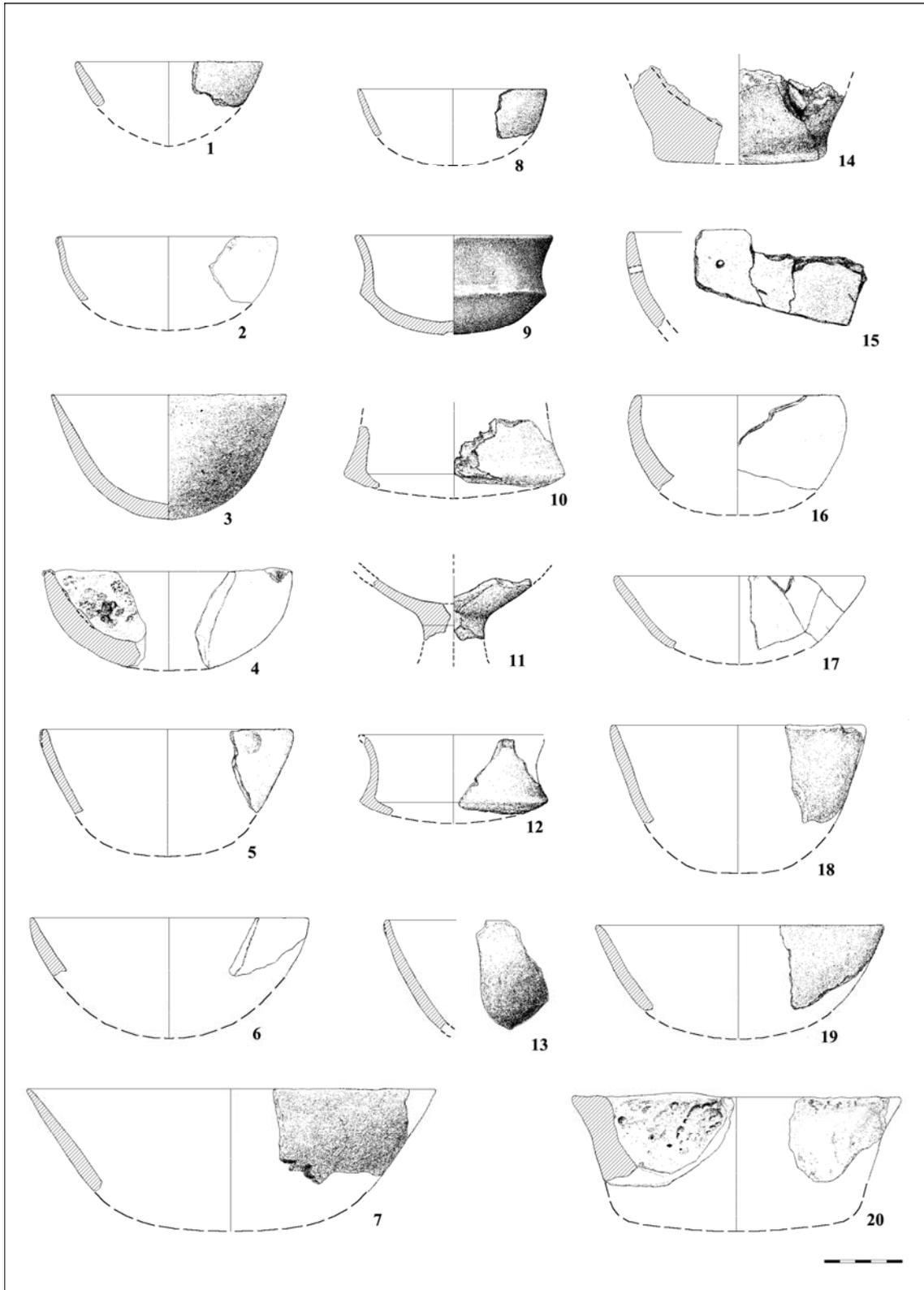


Lámina 84. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3).

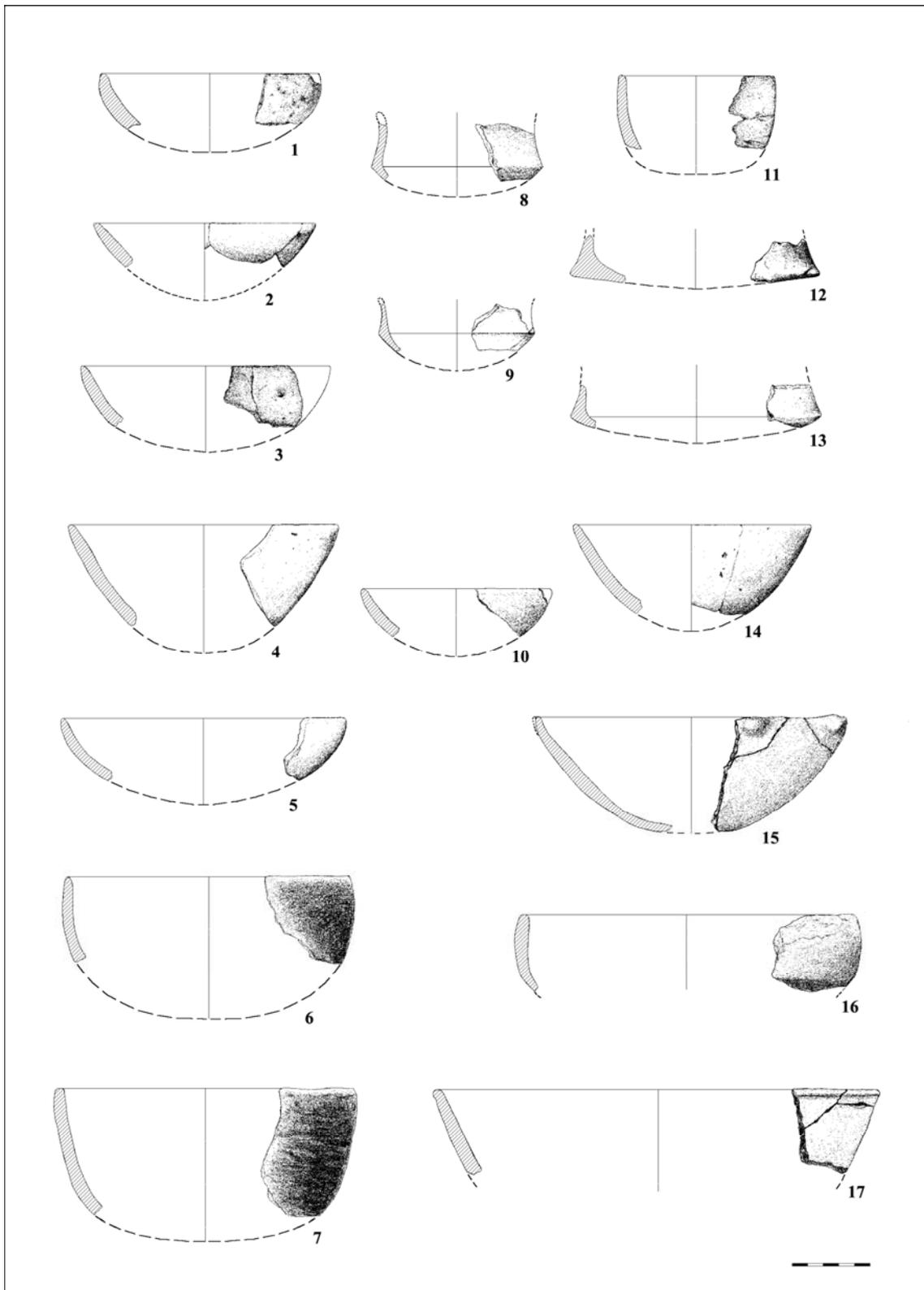


Lámina 85. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3).

V.3.8.7. Complejo Estructural VIIe

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 72 y 73; Lám. 128)

Este espacio presenta una forma cuadrangular de casi 8 m² con una prolongación en forma de pasillo hacia el oeste y orientado en sentido oeste-este. Corresponde con el sector 22 del poblado y sus coordenadas son las que siguen. 42.30-47.00 x; 72.50-76.00 y; 13.77-15.50 z.

A nivel estructural, este complejo estructural viene definido por una serie de muros (22.1, 22.2, 22.3 y 22.4) que definen un espacio cuadrangular al que solo se tiene acceso a través de la puerta 22.5, delimitada por uno de estos muros (22.4) y por un banco (22.7) que se adosa a la estructura 22.I. La actividad relacionada con este banco estaría entroncada fundamentalmente con el CE VIIc. Por el contrario, al interior del CE VIIe solo encontramos una estructura funeraria (22.7) correspondiente a la fase IIIB del poblado, como muestra el hecho de que el muro 22.3 la afectara.

Este espacio se levanta en la fase IIIA tras la reestructuración de los límites del poblado en ésta. Así sobre el muro 5.2 se levanta lo que sería la pared delantera (22.2) de un pequeño compartimento definido por dos muros perpendiculares a éste (22.3 y 22.4) y paralelos a la estructura 22.1. El acceso (22.5) quedaría entre este último y la estructura 22.4 si bien estrechada, probablemente en un momento avanzado de la vida de esta casa por la construcción de la estructura 22.6. Que consiste en un banco de molienda relacionado con la actividad llevada a cabo en el CE VIIc. Quedan sin embargo algunas evidencias del uso del espacio durante la fase IIIB como demuestra la estructura funeraria 22.7.

Por el momento no podemos realizar apreciaciones sobre la entidad del enterramiento (estructura 22.7) localizado al interior de este CE ya que no contamos con otras sepulturas coetáneas en el poblado de Peñalosa. Por otra parte, su ajuar puede haberse perdido en parte en el momento de construcción de la 22.3.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural durante la fase IIIA cabe plantearse la posibilidad de que sólo la parte sur estuviera cubierta, por ser allí donde se concentran los restos de vigas y postes que constituyen la US 5.5, pero dado lo reducido del espacio y la dirección que toma la estructura 22.4, que deja solo un estrecho vano de acceso (22.5), unido a la extensión de la US 5.6 correspondiente al derrumbe de adobes por toda la superficie pensamos que la presencia de los restos de vigas y postes al sur responde a una necesidad de reforzar al interior el muro 22.I que no se adosa contra ninguna pared trasera al quedar al sur de éste un pasillo (5.16) bastante amplio. La estructura 22.IV facilitaría así el cubrimiento de los CE VIIe y VIIc sirviendo como pilar central.



Lámina 128. Panorámica del CE VIIe.

El relleno sedimentario que lo colmataba responde a la secuencia típica de los espacios cubiertos de Peñalosa y así, sobre los estratos correspondientes al suelo de la fase IIIA (US 22.7 y 22.8), se sitúa un potente derrumbe de adobes y tapial (US 22.6) que cubre el material del suelo, destacando (274-206) la gran concentración de restos de galena. A su vez sobre éste se sitúa el derrumbe de la parte más alta de los muros (US 22.4), con una tierra amarillenta que podría proceder también de su revoco y abundantes piedras. En capas superiores encontramos los últimos derrumbes de estas estructuras murarias (US 4.1, 4.2 y 4.3).

c) Análisis Contextual (Fig. 80)

El primer nivel sedimentario (US22.4) que documentamos corresponde con el derrumbe de la parte alta de los muros inmediatos a la caída. El material se concentra en la zona sur, menos afectada por la erosión que actúa en dirección norte siguiendo la pendiente del cerro. Entre los hallazgos destacan los abundantes fragmentos de crisoles hondos (nº 22.003, 22.000, 22.004 y 22.008) (Fig. 84: 14) y algunos planos (nº 22.011) (Fig. 85), así como restos de galena (nº 22010), molinos (nº 22.005) (Fig.) o tapones de piedra en pizarra recortada (nº 22.001) (Fig. 81: 14) y placas de pizarra perforadas (nº 22.088) (Fig.) todos en la zona interior inmediata a la puerta, y restos de mineral de cobre (nº 22092) y elementos poco definidos en pizarra en la zona en que se sitúa la estructura 22.VI.

La US 22.5 corresponde al derrumbe de vigas y postes y se sitúa al sur del sector. En ella destacan los abundantes elementos decorados con incisiones e impresiones casi siempre en fuentes, carenadas o no, (Figs 4.40:3, 6, 8, 10 y 4.41:1), así

como una fuente hemiesférica reconstruible (n° 22.029) (Fig. 84: 12), todos en la zona interior inmediata a la puerta y un molino (n° 22.102) sobre la estructura 22.6. Más lejos de la puerta se sitúa el crisol plano n° 22.034.

La US 22.6 corresponde al derrumbe de la techumbre y su material procede en su mayor parte del suelo de ocupación (22.7 y 22.8). Destaca la abundancia de mineral de plomo (galena) (n° 22.019, 22.051, 22.053, 22.063, etc.) y de cobre (n° 22.045, etc.) junto a algunos restos de escoria (n° 22.018 y 22.045) y amorfos con gotas de cobre (n° 22.027), aunque la ausencia de crisoles planos y hondos, tanto en la US 22.6 como en la US 22.7, indican que la actividad metalúrgica no se llevó a cabo en el CE VIIe, que debió funcionar más bien como almacén, aunque la concentración de molinos, junto con algún machacador (n° 22.112) (Fig. ++), puede sugerirnos molienda previa de estos elementos (n° 22.085, 22.106, 22.107).

Además en la zona occidental junto a la estructura 22.4 aparecen dos moldes de fundición (n° 22.096 y 22.113) (Fig. 88), siendo el último doble, para pulseras y puntas de lanza con la coloración correspondiente al metal que se vertió en ellas. A partir de la estructura 22.5 la coloración del suelo cambia, haciéndose más oscuro por su mayor contenido en materia orgánica (US 22.8), apareciendo algunos crisoles planos (n° 22.120) (Fig.) y manos de molinos (n° 22.111) (Fig.). Destaca la asociación a la estructura 22.6 de algunos molinos, sobre todo el n° 22108 situado sobre ella, y una orza ovoide de borde entrante (n° 22.114) (Fig.). De la sepultura (Estructura 22.7, US 22.9) ya hemos señalado su adscripción a la fase IIIB (Contreras *et al.*, 200: 274-212).

Los restos humanos pertenecen a un individuo adulto masculino con bastantes enfermedades que sobre todo afectaron al esqueleto, peristitis estriada y artrosis, aunque también se documentan patologías en los dientes (caries), habiendo quedado además muy afectado por la construcción en la fase IIIA de la estructura 22.3 y conservando un ajuar muy escaso, si bien poco frecuente, consistente en un botón en piedra, con una perforación en un extremo y de sección triangular (Fig. 14.11:1).

En último lugar encontramos el nivel de cimentación que regulariza todo este espacios (US 22.10) donde no se conservan restos materiales.

V.3.8.8. Complejo Estructural VIII f

Este espacio ocupa la zona más oriental de esta vivienda definido como sector 10 del poblado. Sus coordenadas responden a 25.50-33.00 x; 64.00-76.50 y; 10.31-16.70 z. Se trata del único espacio que en la actualidad continua siendo objeto de trabajos de excavación, por lo que la información con la que contamos hasta el momento es bastante escasa.

Sabemos que este espacio constituye una de las vías de comunicación del exterior del poblado con el interior tanto durante la fase de ocupación IIIB como IIIA. Sin embargo, en este momento dicha entrada quedará estrechada a través de la construcción de las estructuras 10.6 y 10.7. Es en este momento al menos cuando se debió utilizar también el espacio al oeste de la estructura 10.2.

Por su parte la aparición de la roca casi en superficie, sin la presencia de derrumbes de estructuras de adobe sobre ella, sugiere un espacio descubierto al menos en parte. También parciales son las conclusiones que se pueden extraer en relación a las funciones defensivas de esta zona, aunque cabe asegurar que la reestructuración del poblado no las hizo desaparecer sino más bien al contrario, como muestra la preocupación en el estrechamiento del acceso.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural podemos decir que gran parte de las estructuras en su origen son defensivas. La parte interior excavada representa más de 12 m². Tiene forma de herradura y se orienta en dirección suroeste-noreste. Estructuralmente cabe distinguir dos zonas: la más al norte, 10.5, es un bastión macizo que con seguridad arranca de la fase IIIB tal y como muestra la reestructuración de su extremo occidental al construirse el CE VI f. La parte sur aún teniendo funciones también defensivas delimita un espacio, al interior de la estructura 10.2.

Entre la estructura 10.2 y 10.1 al sureste se sitúa una puerta (10.3) que comunica este CE con el pasillo 10.6 y, consecuentemente, con el exterior del poblado y con la zona central más fortificada. Los límites de la excavación impiden por el momento hablar de su conexión con otros CE al oeste. Las estructuras 10.6 y 10.7 además de reforzar la 10.2 sirvieron para estrechar el pasillo 10.4.

El material proporcionado ha sido escaso pues solo se ha excavado superficialmente. En el pasillo 10.4 que sí se ha excavado hasta la roca no se ha recogido mucho material debido a su condición de zona de paso.

c) Análisis Contextual (Fig. 81)

Dado que solo se han excavado los niveles superficiales y la capa superior del derrumbe es poco lo que se puede indicar sobre la distribución de materiales en este espacio. Destaca la abundancia de restos faunísticos de cerdo, vaca, ciervo, caballo y perro.

Además, aparte de los habituales restos de mineral de cobre y plomo (nº 10.015 y 10019) y de crisol hondo (nº 10.009) y uno con restos blanquecinos y de plomo (nº 10.023) aparecen un molde de fundición en piedra (nº 10.008) (Fig. 88), una mano de molino (nº 10.013-1) (Fig. 81: 4) y un percutor (nº 10.013-2) (Fig. 88) así como algunos elementos relacionables con la actividad textil como varios fragmentos de pesas de telar (nº 10.026) (Fig.) y un huso en piedra (nº 10.003-2) (Fig. 88:10). En cerámica solo un vaso de carena baja (nº 10.025) ha podido ser reconstruido.

V.3.8.9. Complejo Estructural VIIg

Este complejo estructural corresponde con subsector B del sector 3 y sus coordenadas son 35.00-39.20 x; 71.50-75.20 y; 13.58-14.56 z. Todo apunta a que se trata de un espacio eminentemente funerario de unos 5 m², de forma rectangular, orientado en sentido sur-norte.

La puerta de acceso (3.IV) que comunica este espacio con el resto de viviendas se realizan durante la fase IIIA apoyando sobre el relleno anterior (US 3.5a en el CE VIIh) o sobre los muros que cerraban el yacimiento durante la fase IIIB (estructura 6.II). Directamente en la tierra de cimentación (US 3.8), que no tiene material, se realiza la sepultura 3.III y posiblemente otras estructuras relacionadas con la finalidad funeraria y que aún no han sido excavadas

Los hallazgos materiales y su distribución así como las características de la techumbre caída (US 3.7) nos llevan a pensar que estamos ante una habitación destinada exclusivamente al enterramiento.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural solo podemos decir que los muros que lo delimitan 3.1, 3.2, 11.2 y 6.1) el rasgo más interesante es la presencia en el extremo oriental de la zona excavada de una cista (3.3) perfectamente encajada en todo el espacio disponible y a la izquierda de la puerta (3.4).

c) Análisis Contextual (Fig. 86)

En cuanto al análisis contextual decir que bajo los niveles correspondientes al derrumbe de la parte alta de los muros (US 3.1 y 3.6) localizamos escasos restos materiales. Estos consisten básicamente en un fondo rehundido de cuenco, n° 3.111-1, y una mano de molino, n° 3112. Asimismo debemos destacar la presencia de abundante materia carbonizada producto de la techumbre en la que debemos incluir la cubierta de la sepultura. En ella, aparte de los restos faunísticos de ovicápridos, destaca un punzón de hueso trabajado (Fig. 8.1:1) que puede corresponder al ajuar de la sepultura que también incluye dentro de la US 3.9 un punzón de metal (Fig. 14.3:1) y dos recipientes, uno de ellos se trata de un cuenco de casquete esférico con el fondo plano (Fig. 14.3:2) y otro, una olla carenada (Fig. 14.3:3).

En el interior de la sepultura se encontraban los restos óseos de un mujer madura que presentaba como indicadores patológicos, cribra orbitalia y caries.

V.3.8.10. Complejo Estructural VIIh

Este espacio como el anterior corresponde con el sector 3 del poblado de Peñalosa. Sus coordenadas son 35.00-38.00 x; 68.25-72.60 y; 12.93-15.09 z. como en los casos anteriores, éste presenta unas pequeñas dimensiones de aproximadamente 5.40 m² y es de forma rectangular con una orientación oeste-este.

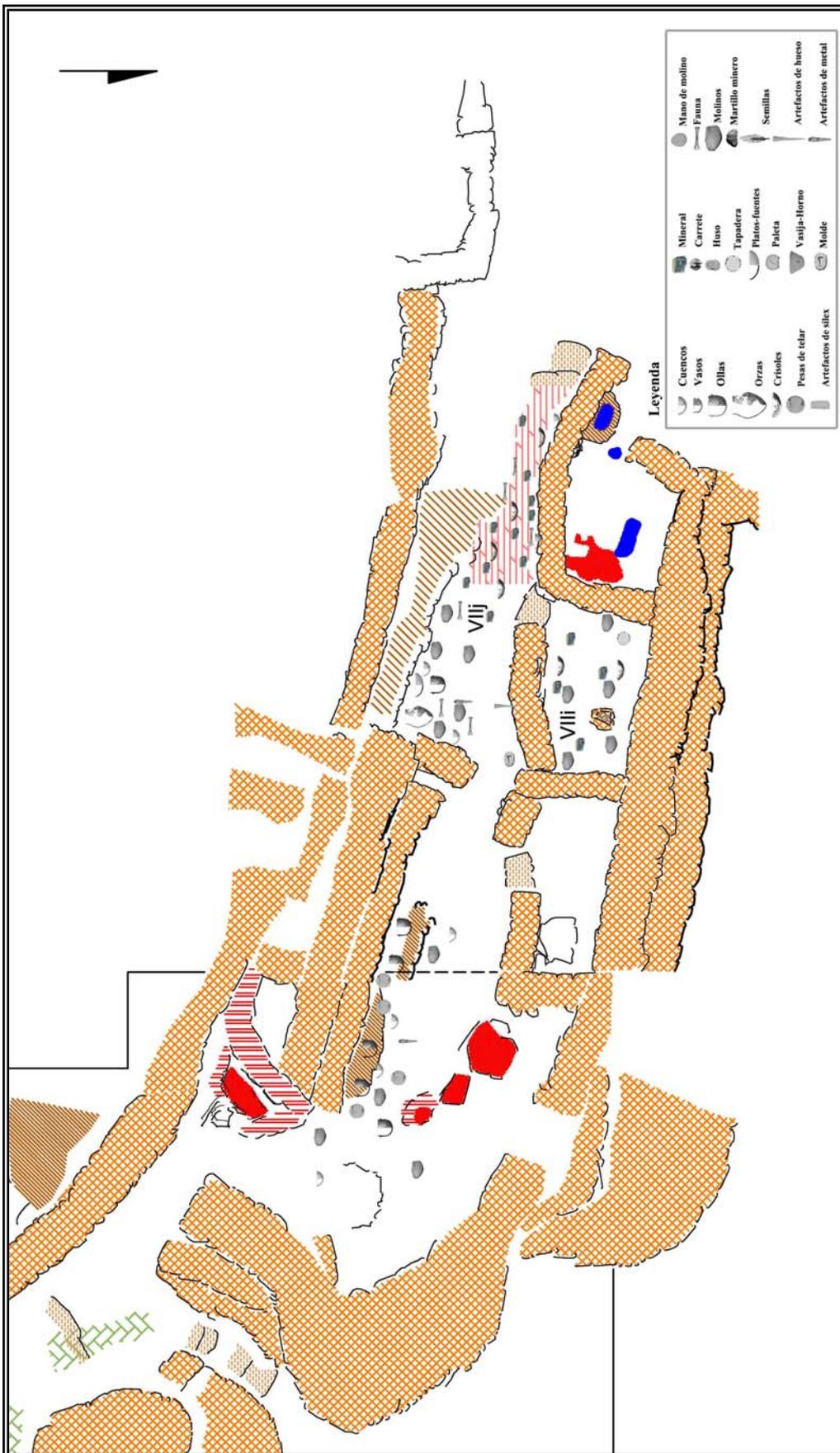


Figura 86. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VII f, g, h, i, j, k y l de la Unidad Habitacional VII.

Todo apunta a que en parte este espacio fue originario de la fase IIIB de la que se han conservado algunas Unidades Sedimentarias (3.5a, 3.5b y 3.5c) y sobre todo un pequeño tramo de muro de mampostería denominado como 3.7. Sin embargo, dado lo sesgado del espacio y de los restos que se conservan de esta fase no podemos reconstruir como sería este espacio durante la misma.

Por su parte, durante la fase IIIA se construyen toda una serie de muros de mampostería, paralelos de dirección este-oeste que conjunto con la construcción de pequeños muros perpendiculares al muro original se recrean toda una serie de espacios de pequeñas dimensiones como el que nos ocupa en este momento, el que parece estar eminentemente destinado a las prácticas de consumo de alimentos y a la circulación hacia la puerta de acceso al poblado.

Uno de los aspectos más interesante de este espacio es su posible utilización como espacio de circulación. Esta función vendría determinada por la techumbre y por la plataforma 3.9 que daría acceso a las terrazas superiores de Peñalosa.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel de estructuras, mientras los muros 3.1 y 3.2 lo separan del CE VIIg, al sur sobre el 3.V se situaba una plataforma conectada con la casa VIII, junto a la cual arrancarían las vigas que sustentarían la techumbre que constituye la US 3.3 y 3.4a. Destaca al interior del CE la presencia de un banco (3.6) así como los restos de muros de la fase IIIB (3.7).

c) Análisis Contextual (Fig. 86)

En este caso, los elementos más destacados corresponden a la fase de ocupación IIIA. De esta se han recuperado las capas de derrumbe de adobes y tapial que cayeron sobre el suelo e incluyen una amplia variedad de artefactos relacionados con la metalurgia o con el consumo de alimentos. En el primer caso contamos con fragmentos de crisol plano (nº 3.032-5, 3.047-1, 3.047-2 y 3.047-3), mineral de cobre (nº 3.034-3), placa metálica (nº 3.048-3), escoria y restos de barro con huellas metalúrgicas (nº 3.035) y moldes de lingotes (nº 3.046) (Fig.). Además también puede estar relacionado con la metalurgia un martillo en piedra (nº 3.034-1) (Fig. 88).

Sin embargo, esta actividad vuelve a convivir directamente con otra de las actividades de mantenimiento, el consumo de alimentos. Entre los recipientes destinados a este acto encontramos sobretodo fragmentos de varios vasos reconstruibles, en su mayor parte cuencos de borde vertical (nº 3.029-14 y 3.029) (Fig. 81: 6) (Fig. 85:6) o semiesféricos con mameloncillos (nº 3.029-15) (Fig. 85:7), un vaso de carena media con ónfalo (nº 3.056) (Fig. 84:9) y una olla globular (nº 3.029-17) (Fig.), así como otros fragmentos de recipientes de cerámica cuidada como un borde de cuenco de copa (nº 3.041-3) o un fragmento decorado con un cordón (nº 3.029-3). En los restos faunísticos contamos con ovicápridos, suidos, bóvidos, cánidos, cérvidos y lepóridos. También existen elementos interesantes en otros materiales, especialmente en arcilla, de la que, aparte de los fragmentos de pesa de telar (nº 3.071) (Fig. 88:18) referidos,

apareció una bola (n° 3.032-4). También contamos con un punzón de hueso trabajado (n° 3.037) y los habituales molinos (n° 3.036 y 3.058).

En las US correspondientes a la fase IIIB el material es menos abundante si bien aquí la relación se inclina mucho más en favor de la metalurgia con la presencia de gotas de cobre (n° 3087 y 3097), cerámica vitrificada con restos de escoria (n° 3088), un percutor (n° 3.100) (Fig. 81: 15) y un molde de fundición de barras (n° 3.081) (Fig.*). También aparecen restos de cuenco de borde vertical (n° 3.083-1) (Fig. 85:11) o de casquete esférico con tendencia parabólica (n° 3.083-2) (Fig. 85:3) y huesos humanos, tal vez correspondientes a una sepultura de la fase IIIB destruida al reestructurar el poblado.

V.3.8.11. Complejo Estructural VIIi

Nuevamente nos encontramos ante un espacio de pequeñas dimensiones, tan solo cuenta con 7,20 m² y presenta una forma ligeramente rectangular y orientada en sentido sur-norte. Se corresponde con el sector 11 y sus coordenadas son 38.40-43.40 x; 71.80-75.50 y; 13.56-15.67 z.

La metodología de recuperación del registro arqueológico ha seguido los parámetros establecidos para todos los espacios de este poblado. Así pues se ha desarrollado una excavación en profundidad, hasta la roca a nivel microespacial.

Todo apunta a que este espacio debió existir durante la fase IIIB sin embargo no ha sido posible reconstruir la organización del espacio de esta zona, aunque la ausencia de zócalos anteriores bajo los muros de la fase IIIA y el hecho de que se haya conservado pequeñas estructuras de la fase IIIB sugiere, como ya se planteó, que en los momentos iniciales del poblado la zona inmediata al muro de cierre configuraría un gran espacio abierto destinado, según la evidencia del sector 11, al menos, a la transformación metalúrgica (Contreras *et al.*, 2000: 274-228)

Durante la fase IIIA el muro 6.2 se debió relevar conformando la estructura (6.1) a la que se le fueron adosando varios muros perpendiculares encargados de conformar pequeñas estancias, todas ellas cerradas en su flanco sur la construcción de muros paralelos al cierre del poblado en la fase anterior. La proximidad al CE VIIe y la construcción simultánea de ambos pueden ayudarnos a comprender las funciones desempeñadas por el CE VIIi durante la fase IIIA. La gran concentración de mineral de cobre no viene apoyada por una actividad de fundición de entidad aunque sin duda esta existió.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural, aparte de los muros que la delimitan y la puerta que le da acceso (11.4), el resto de las estructuras pertenece a la fase IIIB. Se trata de dos restos de pavimentos o bancos bajos de adobe (11.12 y 11.8), el primero de ellos con un molino asociado. A ello se suma también en el momento inicial del poblado una estructura de lajas hincadas cuya funcionalidad no podemos precisar.

c) Análisis Contextual (Fig. 86)

Siguiendo la tónica de todo el poblado el primer nivel que documentamos corresponde con la US 11.1 corresponde al derrumbe más superficial de los muros muy afectado por el pantano. Entre su material sólo destaca la presencia de un brazalet de arquero (n° 11.034) (Fig.88: 3).

Seguidamente encontramos la US 11.2 corresponde al derrumbe de la parte alta de los muros y su revoco. Destacan en ella la presencia de numerosos elementos cerámicos decorados en con impresiones en zig-zag (Figs. 4.40:9 y 4.41:2), impresiones circulares de punzón (Fig. 4.41:3), una línea incisa con motivos impresos colgando de ella (Fig. 4.46:4). Junto a ellos aparecen molinos (n° 11.004-4) (Fig. 83: 3), manos de molino (Fig. 81: 2) (n° 11.022), un molde de fundición de barritas (n° 11.003), mineral de plomo (n° 11.008), mineral de cobre calentado (n° 11042) y gotas (n° 11009) distribuidos por toda la superficie del CE y especialmente en sus zonas sur y este.

En el extremo oeste aparecen los restos de un crisol hondo (n° 11.014), mientras en la zona de contacto entre las US 11.2 y 11.3 aparecen en el extremo occidental los restos de un crisol plano (n° 11.182). A estos restos cerámicos relacionados con la metalurgia les acompaña tan sólo un cuenco de casquete esférico (n° 11.051) (Fig. 85:10) situado cerca de la puerta, aunque el hallazgo más interesante sea un martillo en piedra volcánica (n° 11.037).

En la US 11.3 correspondiente al suelo de ocupación de la fase IIIA el elemento más abundante es el mineral de cobre (n° 11.070), a veces calentado (n° 11.070 y 11.076), aunque también aparecen restos de gotas de cobre (n° 11.0132), escoria ligera (n° 11.059), restos de un crisol indeterminado (n° 11.074) (Fig.) y algunos molinos (n° 11.082 y 11.141) y pizarras perforadas(n° 11.123), distribuido todo ello por la totalidad del espacio del CE VIII, aunque con ciertas concentraciones al sur.

Las US 11.4a y 11.4b corresponden al derrumbe de la fase IIIB y su nivelación posterior para elevar los muros de la fase IIIA. Dada su alteración y homogeneidad se ha preferido estudiarlas juntas con el suelo al que corresponde (US 11.4c). Los restos más abundantes corresponden al mineral de cobre (n° 11.145), a veces calentado (n° 11086) y restos de gotas (n° 11.096) lo que señala cierta continuidad en el uso del espacio entre las fases IIIA y IIIB. En relación a la metalurgia también aparecieron restos de crisoles hondos (n° 11.084-1 y 11.102), un martillo de minero (n° 11.093) (Fig. *), un trozo de galena (n° 11.095) y restos de escoria (n° 11.171). Lo más interesante es que, tanto en estas US como en la tierra de cimentación previa (US 11.5), los restos faunísticos incluyen bastantes huesos de ciervo, así como restos de corzo y perro bastante poco frecuentes en los registros materiales de Peñalosa hasta ahora excavados correspondientes casi en su totalidad a la fase IIIA.

En la tierra de cimentación (US 11.5) también aparecen los restos de un posible crisol hondo (n° 11.195-4) (Fig. 88) que puede apoyar la realización de actividades de fundición en la zona durante la fase IIIB. La relación del punzón (Fig. 8.1:3) en hueso trabajado con estas actividades metalúrgicas no queda clara. Tampoco podemos precisar

la función de la estructura 11.5, en la cual se han recuperado restos de mineral y junto a la que apareció un molino (nº 11.177) (Fig. 87).

V.3.8.12. Complejo Estructural VIIj

Con este complejo Estructural llegamos a los subsectores B y E del sector 4 cuyas coordenadas son 39.20-48.30 x; 68.70-73.60 y; 11.56-15.20 z. recreando un espacio de unos 53,5 m² de forma aproximadamente rectangular y orientado en sentido oeste-este. Como todos los espacios de Peñalosa, éste ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, en extensión y en profundidad hasta alcanzar la roca.

Como todos los espacios que estamos tratando el CE VIIj, éste configura también tal y como lo conocemos durante la fase IIIA, aunque en la zona que comprende y bajo los niveles correspondientes a esta fase se pueden encontrar materiales y niveles sedimentarios a la fase de ocupación anterior (IIIB) que nos señalan posiblemente un espacio abierto con alguna estructura de adobe. Sin embargo, durante la fase de ocupación IIIA este espacio es ideado dotado de una mayor complejidad. En este momento se constituye como un vestíbulo entre la zona de circulación que queda al oeste y los pequeños CE situados al norte y este, pero aun dentro de este CE podemos señalar una diferenciación entre la zona occidental dedicada a la transformación metalúrgica y la zona oriental donde se reúnen elementos de molienda y restos de recipientes como ollas, orzas y cuencos, así como abundantes restos faunísticos. El extremo oriental de esta zona estaría cubierto como muestra el derrumbe de adobes y tapial y puede suponer tanto el alero de la techumbre del CE VIIIh como una estructura de acceso hacia el CE XIId, situado en un nivel superior y destinado a enterramiento.

Las estructuras documentadas corresponden todas a la fase IIIA y la sucesión de aquéllas que conforman los CE VIIg, VIIIi y VIIIId ya se ha comentado. Podemos resaltar aquí la importancia de la estructura 4.6 como jamba de la puerta 4.7 y la posibilidad también de que facilite a través de estructuras de madera y adobe el acceso al CE XIId.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural el CE VIIj se define como un espacio de transición entre el amplia área de circulación que queda al oeste y los recintos especializados al este y norte. Sus límites se hallan por un lado en los escalones (5.14a/b) que lo comunican con el CE VIIb al noroeste, quedando al suroeste una zona de paso (5.6). Por otro lado la estructura 4.1 sirve de muro trasero de esta terraza y límite del área de circulación entre los espacios que configuran la casa VII. A él se adosa el banco 4.7, aunque son más interesantes las estructuras que delimitan el CE VIIj por el sureste y que, según el relleno sedimentario, podrían constituir un acceso hacia el CE XIId a través de estructuras de madera. Hay que tener en cuenta también que, sin duda, como muestra la estratigrafía, el extremo este es la única zona cubierta del CE VIIj, en los límites con el VIIIh, y que, por tanto, las estructuras referidas pueden formar parte de la techumbre.

En la cultura material mueble hay que distinguir los restos de la fase IIIA, a la que corresponden las estructuras antes comentadas, y que incluyen una amplia variedad

de recipientes y elementos en piedra al este y objetos relacionados con la metalurgia al oeste, de aquellos otros que corresponden a la fase IIIB y que en su mayoría están relacionados con las actividades metalúrgicas.

c) Análisis Contextual (Fig. 86)

Para comprender el uso del espacio en esta zona de paso puede ser útil separar el material en dos grandes bloques que corresponden a las dos grandes fases determinadas hasta ahora en el poblado.

Durante la fase IIIA es neta la delimitación de un espacio de transformación metalúrgica al oeste donde predominan los restos de crisol (nº 4.419, 4.444, 4.477 y 4.429) (Fig. 87), la mayoría de ellos planos, aunque también existen algunos hondos (nº 4.4352) (Fig. 87). En esta zona también aparece abundante mineral (nº 4.424, 4.425, 4.430 y 4.404) incluso de hierro (nº 4.127) y algunos restos de escoria (nº 4.412) y gotas de cobre (nº 4.410). Los restos faunísticos escasos corresponden todos ellos a vaca y los pocos restos cerámicos no relacionados con la metalurgia corresponden a restos de vasos carenados (nº 4.470) (Fig. 87), cuencos (nº 4.416, 4.405, 4.428) (Fig. 85:5) y algún fragmento de orza, pero ninguno de ellos reconstruible, siendo interesante que entre los restos de vasos carenados encontremos uno decorado con impresiones cortas alineadas sobre una línea incisa (nº 4.433).

En el extremo oriental de esta área y junto a la puerta de comunicación con el CE VIIi aparece una fuente carenada con el mismo motivo decorativo (Fig. 4.41:6) y asociada posiblemente a una cazuela no carenada (nº 4.277) (Fig. 81: 13). Es a partir de aquí donde dominan los fragmentos de recipientes relacionados con el almacenaje (ollas y orzas), aunque ninguno de ellos ha podido ser reconstruido a excepción de una olla ovoide plana (nº 4.231) (Fig. 81: 9) en el extremo suroriental junto a la estructura 4.7.

En esta zona oriental los restos relacionados con la metalurgia pertenecen a artefactos acabados como una punta de flecha (nº 4.175), aunque éstos no estaban ausentes de la zona occidental como muestran un punzón (Fig. 9.6:11), una lezna (nº 4.477) y un fragmento de puñal de dos remaches (nº 4.476). También en la zona oriental y junto a la puerta 11.4 se recuperó un molde de hacha en piedra (nº 4.233) (Fig. 86: 2) junto a su posible tapadera (nº 4.249) y numerosos elementos en piedra relacionados con la molienda (nº 4.215, 4.217 y 4.298). El molino más interesante es, sin embargo, el que se sitúa sobre la estructura 4.7 (nº 4.168). Junto a ésta además se hallaron los restos de algunas vasijas, siendo especialmente interesante un cuenco semiesférico de tendencia parabólica (nº 4.166) (Fig. 85:4).

Finalmente tenemos que reseñar la abundante presencia de restos materiales cerámicos dotados de decoración tipo Cogotas (los ya referidos y otros fragmentos con decoración en zig-zag así como otros más complejos). En cerámica también destacan las fichas pequeñas recortadas (nº 4.393-3, 4.396-2 y 4.422-12) (Fig. 88: 5, 7). Aunque, sin duda, a lo que más atención debemos prestar es a los objetos de piedra con escotaduras laterales (nº 4.104 y 4.254) (Fig. 88: 12) sobre todo por la aparición de dos más en los niveles correspondientes a la fase IIIB (nº 4.338 y 4.337) (Fig. 88: 11 y 8). Hasta ahora se habían considerado que estos elementos estaban relacionados con la actividad textil,

sin embargo apenas se han hallado en este CE pesas de telar (sólo una es reconstruible, nº 4.348, correspondiente a la fase IIIB).

En la fase IIIB la mayoría de los elementos están relacionados con la metalurgia y se concentran en la zona en que mejor se habían conservado los niveles de esta fase, el extremo nororiental.

Encontramos restos de crisol (nº 4.349 y 4.355), mineral calentado (nº 4.358), gotas de cobre (nº 4.332 y 4.359) y un poco más al oeste también mineral posiblemente calentado (nº 4.150 y 4.242) y gotas de cobre (nº 4.150). Los restos cerámicos se reducen a fragmentos de ollas decoradas (nº 4.278-1 y 4.278-2) y orzas (nº 4.314), siendo lo más destacable la concentración de molinos (nº 4.365) (Fig.) y otros elementos en piedra, como las referidas piedras con escotaduras (nº 4.338 y 4.337) (Fig. 88: 9) en el extremo oriental. Y sobre todo un elemento en sílex (nº 4.320) y una lezna de cobre (nº 4.431) así como restos de mineral de galena (nº 4.330).

V.3.8.13. Complejo Estructural VIIk

Este complejo Estructural se levanta en la zona centro-sur de esta vivienda a las espaldas del espacio definido como VIIe y c con los que incluso comparte muro de compartimentación. Se corresponde con los subsectores Bb2 y Bb3 del sector 5 y sus coordenadas responden a 47.00-54.00 x; 70.20-73.80 y; 13.74-14.57 z. Como en los casos anteriores la metodología de excavación ha consistido en realizar una recuperación del registro arqueológico a nivel microespacial. En este caso no se ha llevado a cabo una intervención en profundidad, por lo que por el momento no contamos con el suelo de ocupación. Sin embargo, si se ha podido determinar espacio de circulación de unos 11,20 m² de forma aproximadamente rectangular. Está orientado en dirección oeste-este.

La definición de este espacio a continuación del muro 12.2 durante la fase IIIA se realizó un acondicionamiento del escalón de roca situado al sur del CE VIIb para permitir la comunicación entre la zona oriental del Grupo Estructural VII y las zonas que quedaban al noroeste y al suroeste hacia las que conducía un estrecho pasillo que rodeaba el CE VIIa.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

Estructuralmente viene definido fundamentalmente por el escalonamiento de la roca y el adosamiento a ésta de una serie de piedras (estructura 5.16) que delimitan el espacio al norte. Sobre ellas la US 5.9 sirve de pavimento. El material es bastante escaso aunque predominan los restos relacionados con la metalurgia.

c) Análisis Contextual (Fig. 86)

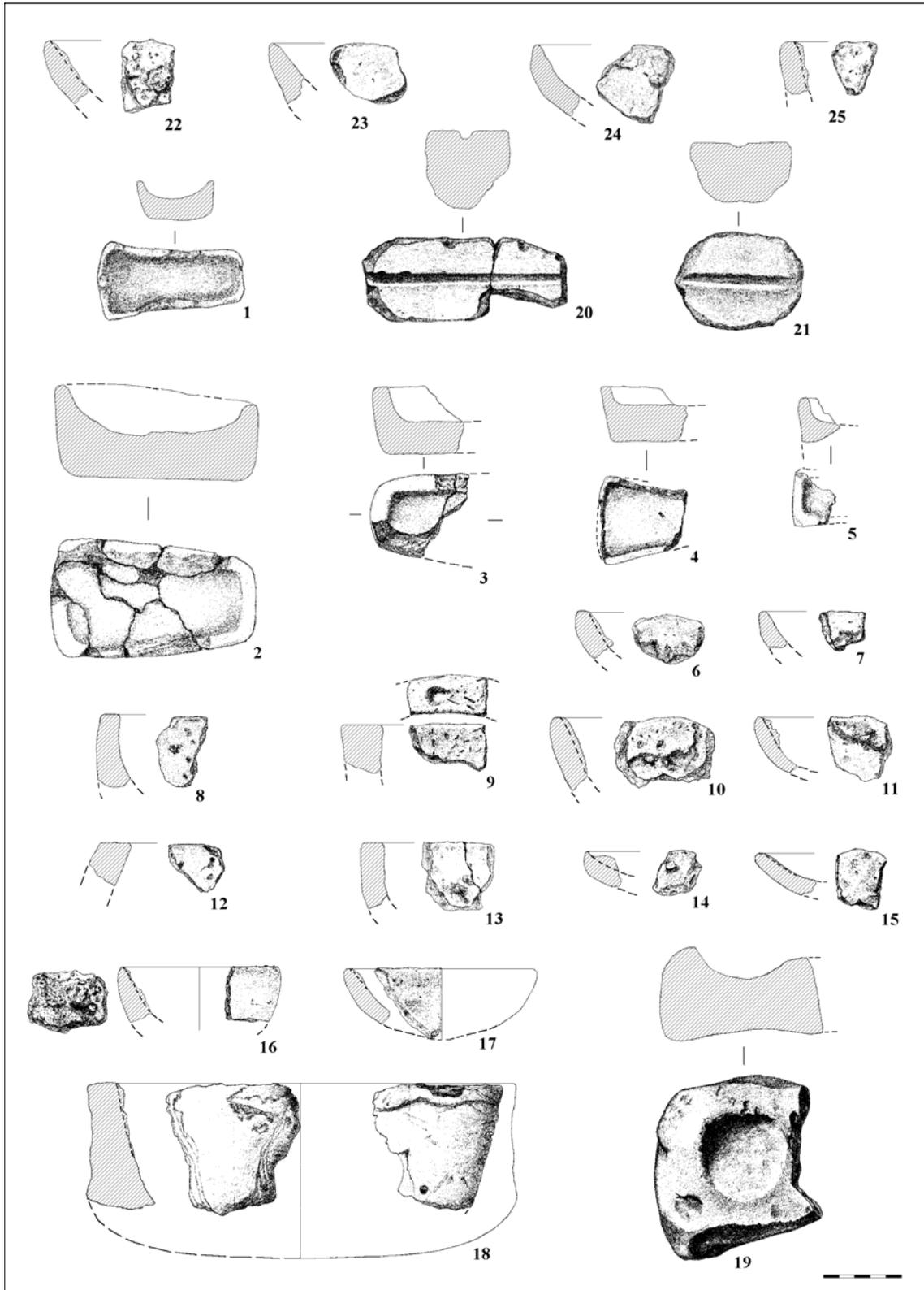


Figura 87. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).

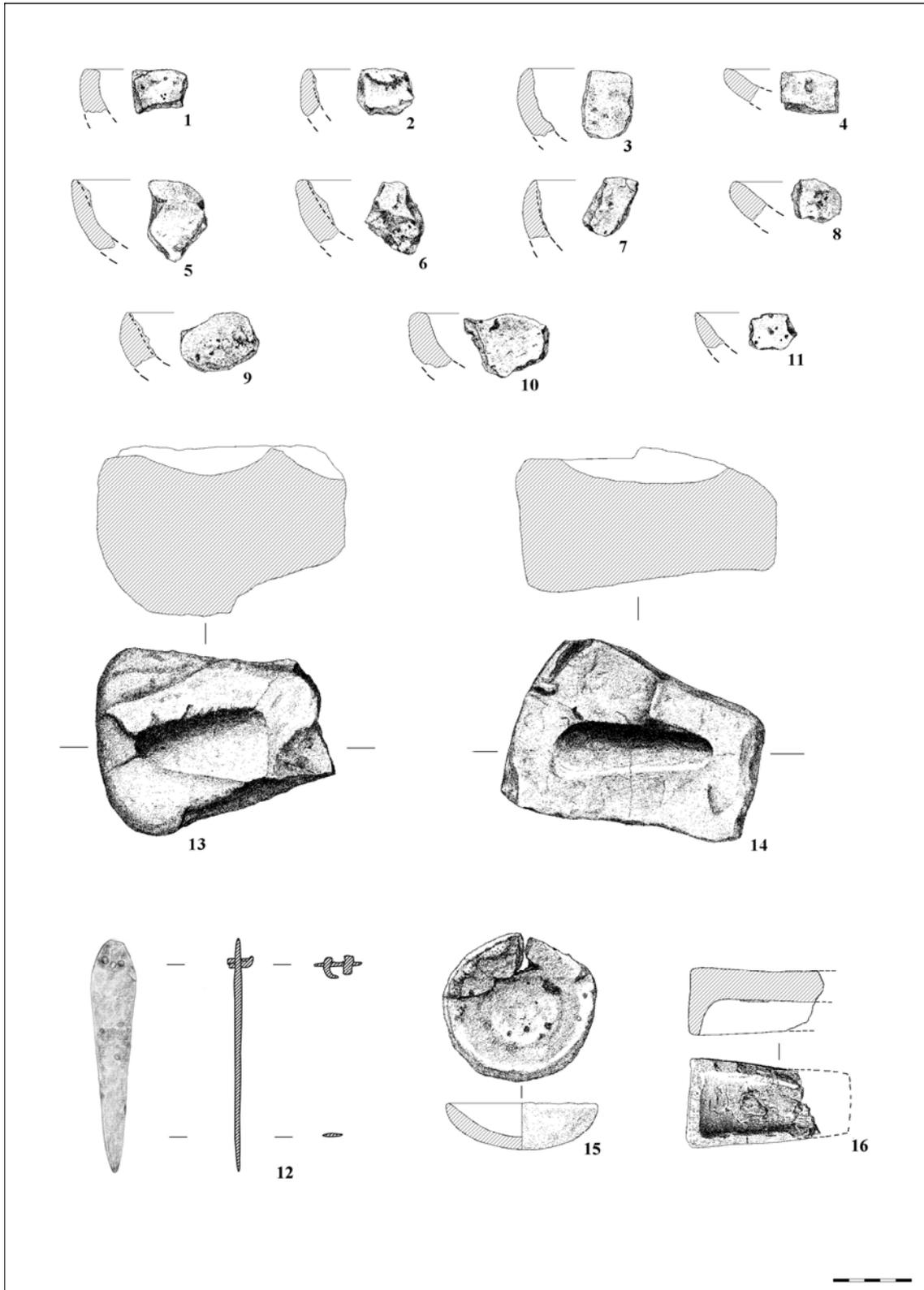


Figura 88. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).

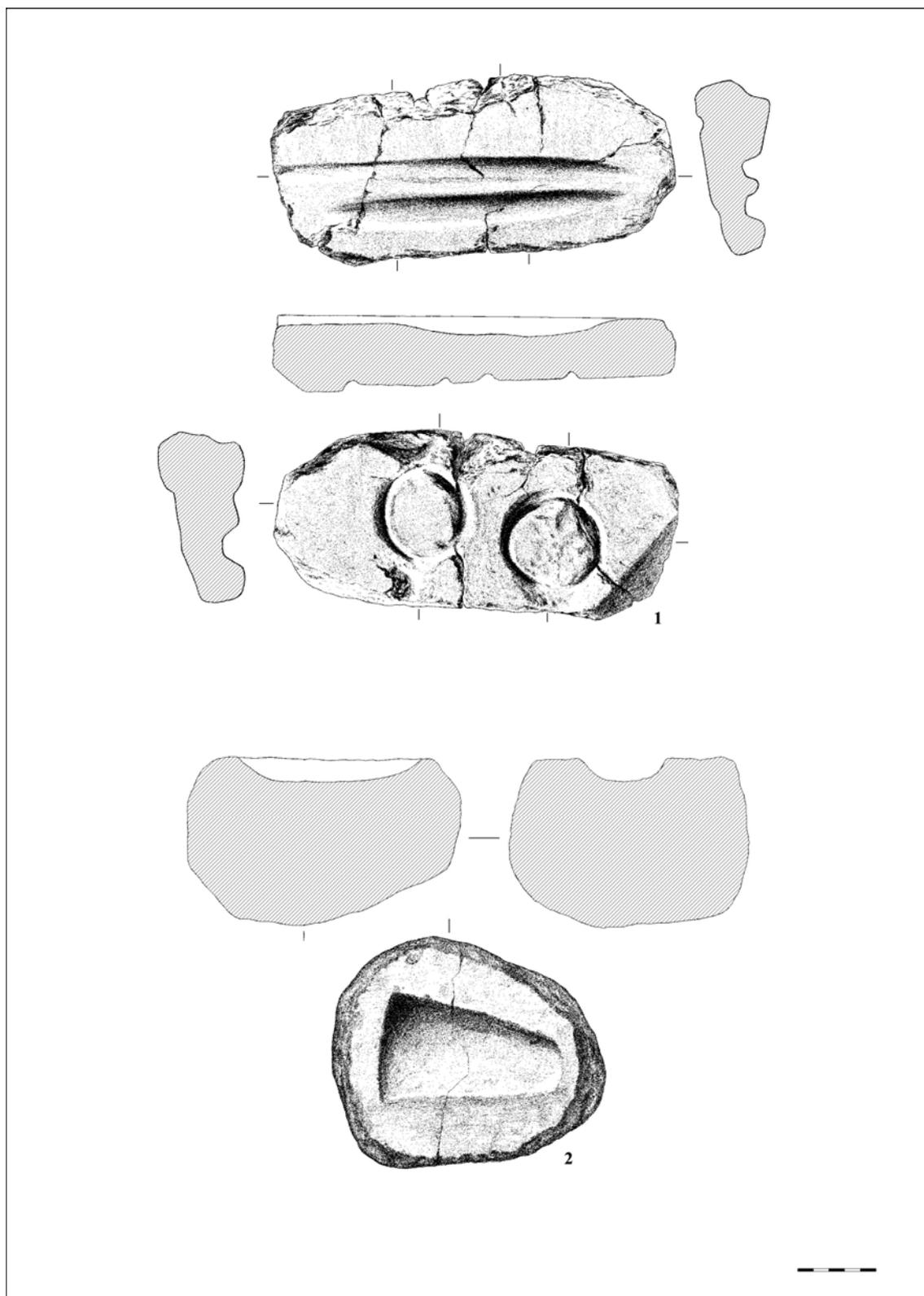


Figura 89. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3)

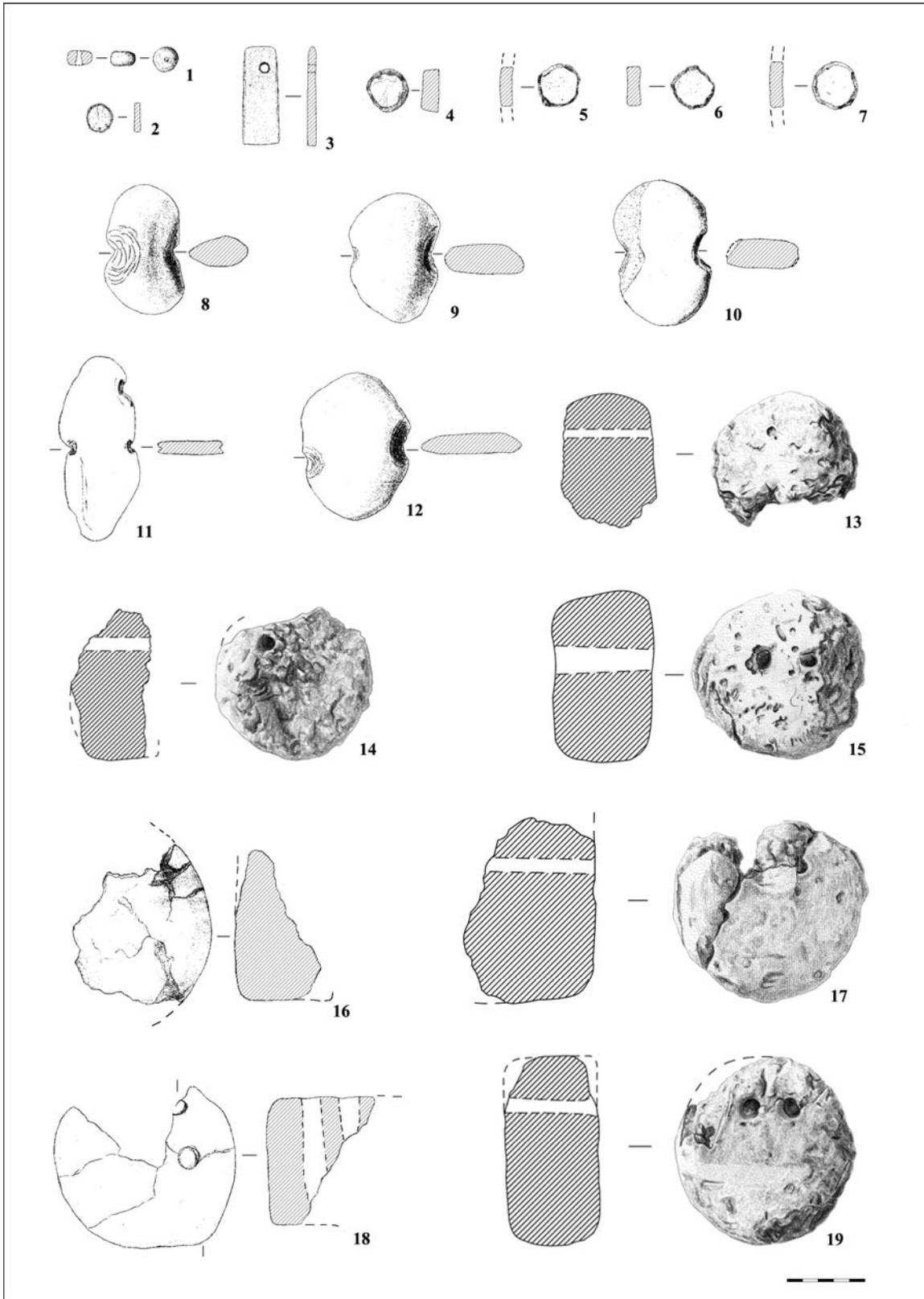


Figura 90. Restos de cultura material asociados a la producción textil (Escala 1:3).

En todas las US del CE VIII predomina el material relacionado con la metalurgia. Así en los niveles de derrumbe encontramos restos de crisoles hondos, escoria (nº 5.176), mineral de cobre (nº 5.147) y de plomo (nº 5.109) y algunos crisoles planos. Junto a ellos aparece algún cuenco. Los molinos también son abundantes especialmente en las capas superiores del derrumbe.

En los niveles correspondientes al suelo de ocupación sobre el pavimento (5.9) aparecen también estos elementos, destacando el hallazgo de un crisol plan), aunque también hallamos un plato carenado tipo Monachil con mamelones junto al borde.

V.3.8.14. Complejo Estructural VIII

Con este espacio probablemente nos enfrentemos al área más conflictiva de esta vivienda. se trata de una zona de pasillo localizada en el subsector C del sector 7, en el extremo más occidental de esta vivienda ocupando aproximadamente unos 11,5 m². Presenta forma trapezoidal con la zona oeste más ancha y una orientación oeste-este. Sus coordenadas responde a 54.00-60.70 x; 71.50-74.10 y; 13.70-15.33 z.

El aspecto más problemático del estudio de este CE es si permitía el acceso directo al CE XIa o por el contrario a éste solo se accedía a través de la estructura 7.V7b. Sí queda claro sin embargo a partir del estudio planimétrico que al oeste y siguiendo al línea del muro 7.7a el pasillo continuaba hacia la ladera oeste, y que al norte en paralelo al muro 12.1 bajaba en dirección a la cisterna ya referida.

En cuanto a la determinación de su construcción es compleja. Si presuponemos que la estructura exterior del CE VIIa deriva en parte del carácter de cierre del poblado que esta zona tendría en la fase IIIB, el pasillo VIII tendría su origen en esta primera fase del poblado aunque, sin duda, sin la presencia de muchas de las construcciones que se sitúan al sur, su papel quedaría relegado al de acceso al poblado encajonado entre el cierre exterior y el farallón rocoso que queda al este del sector 27. Una vez ampliado el poblado el encajonamiento permaneció aunque el pasillo pasó a desempeñar la función principal de acceso a los CE pertenecientes al GE VII poniéndolo en relación con los espacios abiertos que quedaban al norte, por ejemplo la posible cisterna (sector 14) (Contreras *et al.*, 200: 274-238)

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 73)

A nivel estructural viene definido básicamente por la roca ligeramente recortada y acondicionada, a través de lajas planas como las que forman la estructura 7.11 así como por medio de una tierra utilizada para pavimentarla (7.5). En su constitución también intervienen los límites de los CE cercanos, especialmente la disposición lobular del CE VIIa, a partir del cual el pasillo se bifurca girando hacia el norte y hacia el oeste-suroeste.

A nivel material los escasos restos suelen estar relacionados con la metalurgia, pero lo que más destaca es la concentración en la zona oriental, como resultado de las remociones efectuadas al realizar la fosa iberorromana 12.3 que ocupa no solo parte del CE VIII sino también gran parte del VIIa.

c) Análisis contextual

Debemos apuntar que en la zona occidental de este espacio la presencia de restos culturales, aunque predominan, sobre todo en la parte inferior del derrumbe (US 7.2), los elementos relacionados con la molienda como el molino nº 7.046 y la mano de molino nº 7.047, así como un pequeño vaso carenado mientras en los niveles superiores (US 7.1) aparece mineral de cobre (nº 7.023) y galena (nº 7.026), mineral de cobre posiblemente calentado (nº 7.027) e incluso un crisol hondo. En la zona oriental, afectada por la fosa romana, aparecen numerosos instrumentos de metal, como un puñal (nº 7.050), una barrita de cobre y un punzón de metal junto a los restos de cerámica a torno, crisoles planos e incluso escoria (nº 7.056).

V.3.9. GRUPO ESTRUCTURAL VIII

V.3.9.1. Presentación

Este Grupo Estructural se sitúa en los inicios de la ladera Norte de Peñalosa. Dado al pequeño espacio definido por el momento solo hemos podido detallar una pequeña estancia, limitada por el corte de la roca en la que se pensó podría haber algunos hornos de fundición metalúrgica. Así, aunque se trata de un pequeño espacio, los planteamientos metodológicos fueron enfocados para su posterior excavación a nivel microespacial. Esta zona conecta a través de un pasillo o calle con el Grupo Estructural VII y, en sí, con toda la Terraza Superior, bifurquizándose antes de llegar al CE VIIa, para dirigirse en un ramal hacia la Terraza Inferior¹³¹.

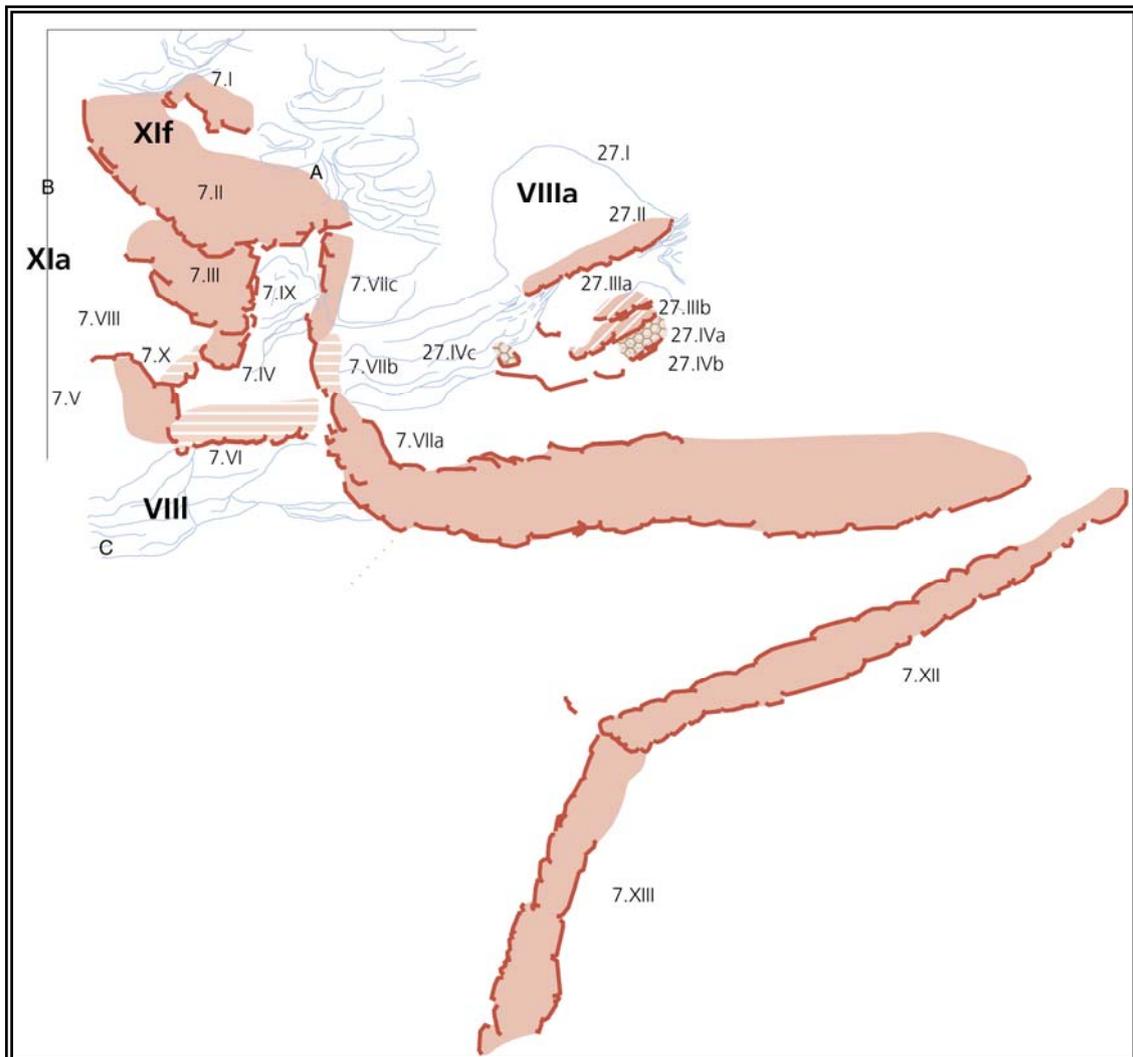


Figura 91. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural VIII (Contreras *et al.*, 2000).

¹³¹ Dado los escasos trabajos realizados en esta zona junto a la fuerte erosión que ha sufrido esta ladera y a que este espacio de circulación no se entiende si no es en conjunción con el VIII y XIf, la secuencia estructural de esta zona ha sido incluida en el último de los espacios mencionados, el XIf. Asimismo en este Grupo Estructural XI se ha incorporado la interpretación social de este espacio.

Del Grupo Estructural VIII sólo se ha excavado hasta el momento parte de un CE (VIIIa) cuyas dimensiones son de 10 m² aproximadamente. Dicha dimensión, con toda probabilidad, no debió corresponderse con las dimensiones reales de construcción de este espacio. Es decir, la definición de este grupo ha sido creada de forma artificial, ya que pensamos que este espacio debió extenderse, en mayor o menor medida, hacia el oeste por la prolongación suavizada del escarpe rocoso. Sin embargo, en la actualidad este extremo se encuentra totalmente afectado por la erosión tanto de la ladera Norte como por el propio cortado de roca que define el extremo occidental del poblado. Así pues, sus límites físicos están marcados en el extremo occidental por el perfil oeste del sector 27, mientras que en el extremo oriental y norte, se encuentran enmarcados por las estructuras 7.7c, 7.7b y 7.7a, respectivamente.

Los trabajos de investigación en este Grupo Estructural comenzaron durante la cuarta campaña de excavación del Proyecto Peñalosa en 1991, momento en que se planteó el nuevo corte 27. Éste se ubicaba en el extremo sureste de la ladera Norte del yacimiento. La idea de su planteamiento pasaba por intentar completar la planimetría a nivel espacial por un lado y, por otro, investigar a nivel microespacial esta zona del poblado, por donde se piensa que debió cerrar el yacimiento contra el afloramiento rocoso que define su extremo occidental. Su planteamiento se vio condicionado por la existencia de una oquedad en la roca, que había sido cortada deliberadamente (antrópicamente), ofreciendo un lugar, que en apariencia, parecía idóneo para la producción metalúrgica (Contreras *et al.*, 1993). Si bien, como veremos en los apartados siguientes, la funcionalidad de este espacio no responde al desarrollo de la actividad metalúrgica.

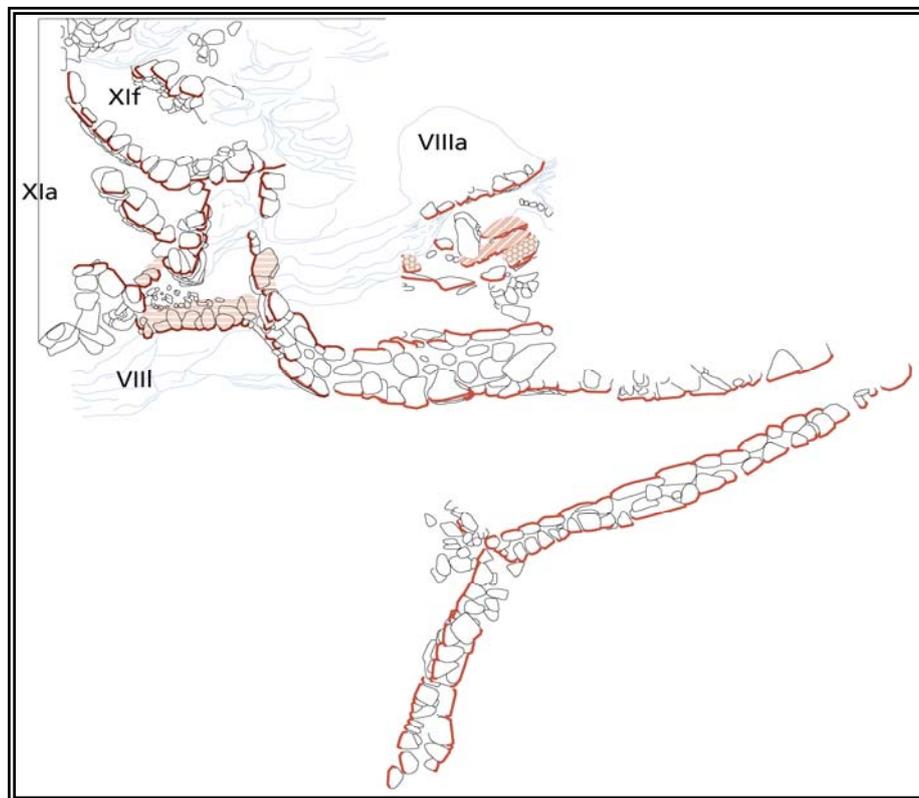


Figura 92. Planimetría general y sistema metodológico de excavación del Grupo Estructural VIII.

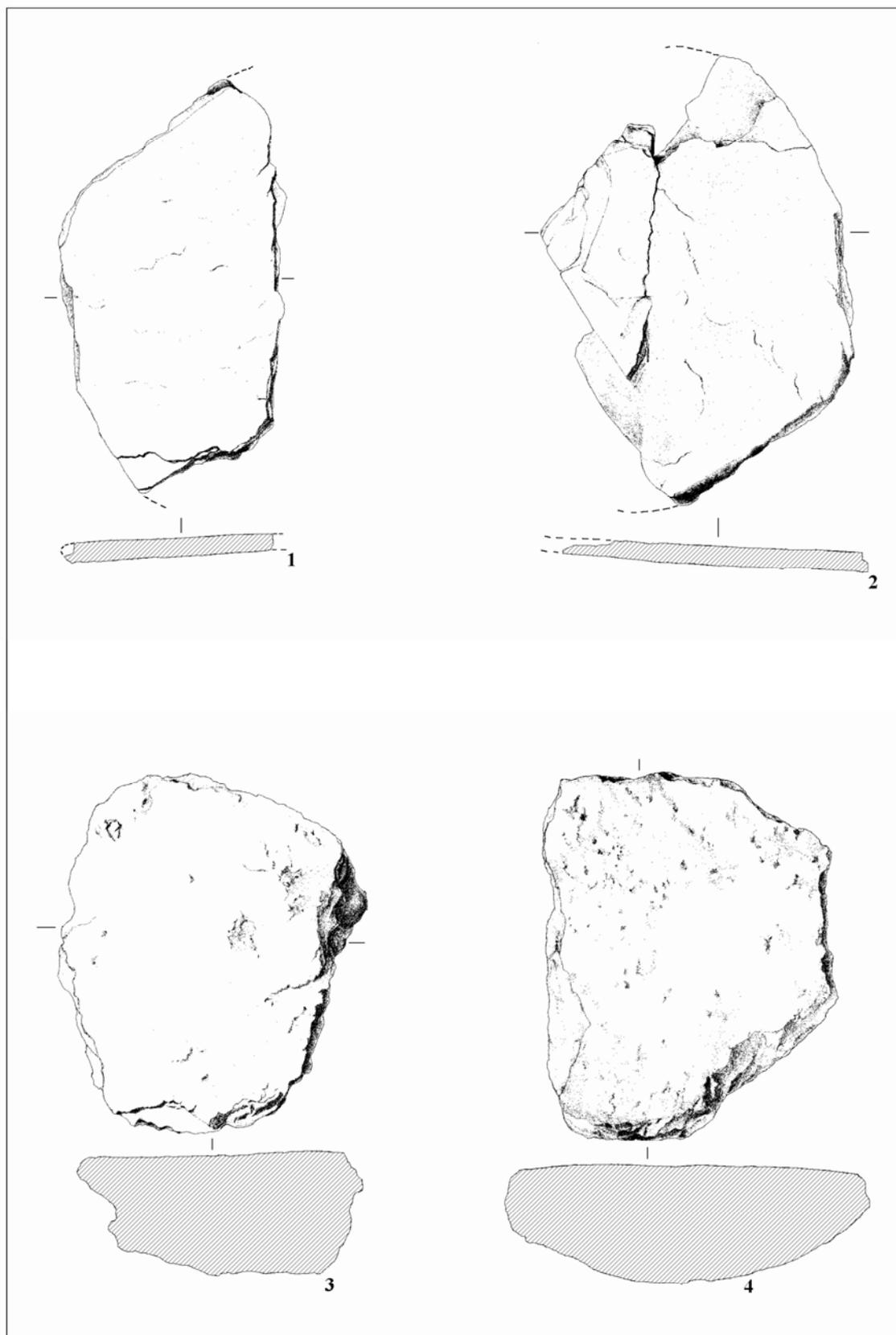


Figura 93. Cultura material relacionada con la producción de alimentos y la molienda (Proyecto Peñalosa).

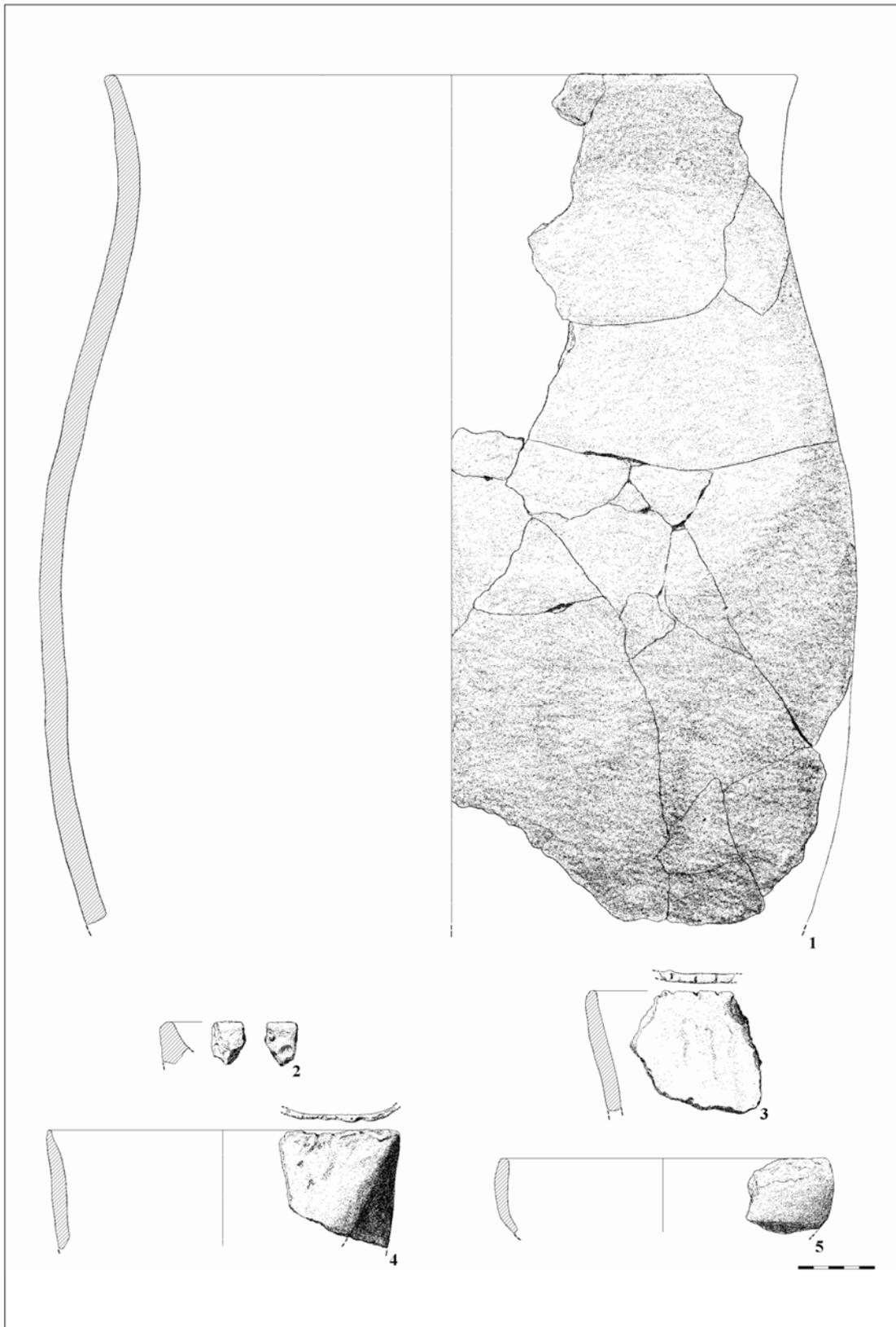


Figura 94. Cultura material relacionada con el almacenamiento y la producción de alimentos (Proyecto Peñalosa).

V.3.9.2. Complejo Estructural VIIIa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 91 y 92)

El primer y por el momento único Complejo Estructural definido en este Grupo Estructural VIII es el VIIIa que corresponde con el sector 27. Se trata de un espacio de aproximadamente 10 m² de forma rectangular con las esquinas redondeadas y orientado en sentido oeste-este y cuyas coordenadas responden a 61.50-64.00 x; 68.50-72.92 y; 14.47-15.62 z.

Los escarpes rocosos situados al este del límite de la zona habitada del poblado de Peñalosa durante la fase IIIB fueron acondicionados antrópicamente para la constitución de la Terraza Superior, preparando así el terreno para el levantamiento de las diferentes casas o viviendas que integran esta terraza. Este sistema constructivo basado en el aterrazamiento artificial de la ladera, les obligó por un lado a la erección de complicados sistemas de acceso a base de escalones (véanse los CE VIII y XI) y, por otro lado, a una compleja estructuración interna de las habitaciones para aprovechar al máximo el espacio del que disponían.

Tras una primera aproximación a este Grupo Estructural que consistió en la retirada en una sola alzada de 15 cm., de espesor del nivel superficial depositado directamente por la acción erosiva sucumbida en toda la Ladera Norte, se procedió a la delimitación espacial que sería acometida a través de excavación arqueológica. Dicha delimitación del espacio se determinó en base a la disposición del derrumbe de piedra (US 27.2) y a las estructuras que emergían en superficie. Así pues, se decidió la subdivisión del espacio en tres subsectores cuyo objetivo no era otro, que el conseguir un mejor control de los restos culturales; el primero de los subsectores, definido como subsector A, se localizaba en la zona centro-oriental; el subsector B ocupaba todo el extremo occidental (tanto al sur como al norte), mientras que el subsector C se extendía sólo por el extremo noreste de todo este espacio. Esta subdivisión se mantuvo tan sólo durante la retirada de los tres primeros niveles sedimentarios correspondientes con el estrato superficial, el derrumbe de piedra y el derrumbe de adobe, ya que conforme avanzaba la excavación y la recuperación del registro arqueológico de dichos subsectores, el espacio objeto de excavación se redujo considerablemente por la aparición de una serie de estructuras, lo cual hizo necesario la supresión de esta subdivisión. Por tanto, una vez identificadas las diferentes estructuras que integraban este espacio se decidió proceder a la excavación microespacial en extensión y en profundidad. Para ello, se contó con el sistema de registro SIAA ideado por el GEPRAN de la Universidad de Granada. Así, por todo ello, en este Complejo Estructural sólo se trazaron dos perfiles estratigráficos, uno al este (S2) y otro al oeste (S1). Ambos son el resultado de la delimitación externa y artificial de este CE.

El componente estructural básico del CE VIIIa es el hueco acondicionado (27.1) en el farallón rocoso que queda al sur. A partir de él, el espacio se estructura escalonadamente hasta quedar delimitado al norte por el muro de aterrazamiento 7.7a. En este espacio escalonado se ubican toda una serie de estructuras-banco (27.3a y 27.3b) que sirven de apoyo a la actividad de molienda, tal y como demuestra la localización de

una gran piedra de molino. Por su parte, en la plataforma localizada al norte de ésta (27.4a) queda un hueco (27.4c) que albergaba un gran recipiente de almacenaje.

Como ya apuntábamos anteriormente, el extremo oriental de este CE no ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, si bien, sabemos de la existencia de un paso o acceso, en una zona en la que el farallón rocoso forma una plataforma bastante plana, hacia el CE XIa (GE XI). Igualmente, la disposición de las estructuras 7.12 y 7.13 (GE VII), delimitan el acceso al interior del poblado en la zona occidental (paso de comunicación o calle que conecta la Terraza Superior y la Terraza Inferior), nos hablan de la comunicación que debió tener este CE con este pasillo por su extremo oeste.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 91 y 92)

Como explicábamos anteriormente, los límites estructurales reales de este espacio no han sido determinados durante el proceso de excavación sino que éstos se han fijado de forma arbitraria dentro de los planteamientos metodológicos desarrollados en su investigación. Todas las estructuras a las que haremos referencia en este apartado a pesar de no saber cuáles son sus límites, en base a su morfología estructural parecen responder a los criterios de las estructuras documentadas en el interior de los diferentes espacios domésticos de este poblado.

La primera de las estructuras a la que haremos referencia en este análisis será precisamente la 27.1. La cual fue la que originó el planteamiento inicial de este nuevo sector 27. Ésta se trata de una gran estructura excavada en la roca, concretamente, en el farallón rocoso occidental del poblado, de forma semicircular y abovedada con un pequeño surco de unas dimensiones precisas de 1.70 x 1.90 m. Su extremo norte fue revestido por lajas de pizarra, formando un escalón de mampostería que originaría la siguiente estructura la 27.2. Ésta estructura, a su vez, se trata de un pequeño murete de mampostería de forma rectangular construido en una sola hilada de lajas de pizarra de mediano tamaño trabadas por un mortero de color gris, que revisten parte de la estructura 27.1. Ésta presenta una orientación en sentido oeste-noroeste de aproximadamente 45 cm. de recorrido por 30 cm. de altura. Su conservación es buena, a pesar de haber perdido ambas esquinas. Su construcción pudo suponer el poder utilizar el espacio ocupado por la estructura 27.1 como un lugar techado cuya funcionalidad estaría relacionada con el almacenamiento de alimentos, actuando como silo o alacena. Dicha funcionalidad la podemos atestiguar dado el carácter que presentan el resto de las estructuras presentes en este espacio junto con el tipo de cultura material recuperado en cada una de sus Unidades Estratigráficas identificadas.

En un nivel inferior (recordemos que se trata de un espacio escalonado) de la 27.2 encontramos la tercera estructura de este espacio (27.3a). Nuevamente, se trata de una estructura de mampostería construida en una sola hilera de piedra adaptada perfectamente al escalón rocoso. Presenta una forma rectangular de unos 30 cm., de altura por unos 80 cm., de sección. En el momento de su localización exhibía una buena consistencia pese al peso soportado de la piedra de molino ubicado en su extremo oriental y por la fuerte erosión que la ha librado de sedimentos. Su construcción se realizó aprovechando un escalón recortado en la roca, constituyendo un banco sobre el que se encuentra un molino empleado para triturar el cereal. Esto lo sabemos porque el

resto de estructuras que documentamos al norte de ésta están relacionadas directamente con la actividad de molienda. Éste es el caso de la 27.3b que respecto a la 27.3a, se localiza y alza sobre un escalón o recorte inferior de la roca actuando muy probablemente como refuerzo de la primera, facilitando el trabajo de molienda y la recogida del cereal triturado. A nivel constructivo, esta última estructura, responde en cierta medida a las mismas características que la 27.3a. Se trata de una estructura de mampostería construida en base al escalón o recorte inferior de la roca, la cual es revestida a través de la disposición de lajas de pizarra de mediano tamaño, trabadas por un mortero de barro de color rojo intenso y de textura arcillosa y estructura compacta (US 27.4a). Su forma es rectangular de unos 25 cm. de sección y una altura máxima conservada de 24 cm. Además, ésta está orientada en sentido noreste-oeste o viceversa. Como sucede con las estructuras anteriores, ésta (27.3b) presenta un buen nivel de conservación exceptuando sus extremos (oriental y occidental) los cuales se encuentran muy alterados por la erosión, de ahí que tan sólo hayamos documentado unos 60 cm. de su recorrido.

Avanzando hacia el norte encontramos la estructura 27.4a. Nuevamente se trata de una estructura de escasa consistencia, construida sobre el recorte de la roca, la cual está revestida por lajas de pizarra de mediano tamaño recubierta por un mortero (US 27.4b) de las mismas características que el de la estructura 27.3b. Ésta tiene un forma rectangular de unos 35 cm. de sección por unos 55 cm., de altura. Discurre a lo largo de 1,10 m., en paralelo a la estructura 27.3b manteniendo la misma orientación que ésta última. Su función estaría ligada a facilitar la recogida del grano molido en la gran piedra de molino localizada al Sureste de esta estructura. Dicha funcionalidad queda atestiguada tanto por su cercanía con la estructura de molienda como por sus propias características constructivas, así como también por su cercanía y relación con la estructura 27.4c, destinada al soporte de recipientes cerámicos relacionados con el almacenamiento.

En un nivel inferior a la anterior (27.4a), localizamos la estructura 27.4b que mantiene la misma orientación que las anteriores. Si bien, en este caso, pasado un metro de su recorrido en sentido este gira hacia el sur, envolviendo en su trazado la propia estructura 27.4c. En este caso nos encontramos con una estructura de escasa consistencia dada la fuerte actividad erosiva de la zona norte del sector. Respecto a su sistema constructivo, podemos señalar que se trata de una estructura de forma rectangular, ligeramente desplazada en su centro hacia el norte, compuesta por lajas verticales que revisten otro recorte de la roca en su cara norte, mientras que su parte superior es acondicionada por la disposición horizontal o aplanada de piedras de mediano tamaño. En el momento de su localización conservaba escasamente 6 cm. de sección por 32 cm. de alzado y, como en los casos anteriores, todo parece indicar, tal y como muestra sus huellas en determinadas zonas de su trazado, que estaría revestido por un mortero de barro de similares características a los casos anteriores, generando en el momento de uso inicial un banquito de adobe o pavimento. Sin embargo, dado al grado de erosión al que se ha visto afectado, no podemos asegurar o certificar absolutamente esta hipótesis. Aunque, su genética constructiva de lajas verticales parece responder a una estructura que actuaría, posiblemente, como delimitadora de dos grandes espacios productivos relacionados, tal y como sucede en el CE VI del Grupo Estructural VI.

En último lugar debemos referirnos a la estructura 27.4c que se halla en el extremo más oriental de este Complejo Estructural. En este caso nos encontramos con

una estructura íntimamente relacionada con la 27.4a y 27.4c. Ésta está construida en base al recorte y vaciado de la roca que a su vez es revestido por la disposición de pequeñas lajas en forma vertical que configuran una estructura aproximadamente hexagonal cuya sección es de 40 x 30 cm., y unos 30 cm. de alzado original. Dichas lajas están recubiertas por barro de color marrón oscuro y de textura arcillosa y estructura compacta. Este mortero donde mejor se ha conservado ha sido en las lajas planas del fondo de esta estructura. Dadas las características constructivas así como su íntima relación con las estructuras indicadas al comienzo de este párrafo, todo parece apuntar que se trata de una estructura-contenedor destinada a sostener grandes recipientes relacionados con el almacenaje del cereal una vez triturado en el gran molino situado en sus inmediaciones.

A pesar de la escasa entidad de este Complejo Estructural por el escaso espacio ocupado (o excavado), éste presenta una gran complejidad en cuanto a las estructuras que lo integran. Todas ellas parecen estar relacionadas con una práctica habitual, cotidiana y familiar de la actividad de molienda del cereal. Nuestro interés por éste, se debe a que por el momento no hemos documentado en el poblado de Peñalosa un sistema tan complejo respecto a la construcción de espacios destinados a esta actividad. Generalmente se tratan de espacio integrados en la generalidad de una vivienda, formados por una estructura de molienda asociada a una estructura-contenedor de lajas hincadas o, bien asociada a grandes vasijas de almacenamiento. Sin embargo, en este caso nos encontramos con un espacio articulado de forma concreta y precisa para el desarrollo de esta actividad, donde todas las estructuras que lo integran están destinadas a facilitar su productividad.

c) Análisis contextual (Fig. 93 y 94)

Tras la retirada con una alzada natural del nivel superficial encontramos la primera de las Unidades Sedimentarias que definen este espacio, la US 27.1. Ésta consiste en el nivel de derrumbe de piedra de las estructuras laterales de este espacio. Su geometría se nos presenta en forma de capa en todo el CE, compuesto por lajas de pizarra en forma de bloque que contienen una matriz de tierra suelta de textura limosa y grano fino de color marrón-rojizo. Como en el nivel anterior, los restos culturales documentados en éste son bastante escasos, de los cuales sólo podemos destacar el fragmento de un cuenco semiesférico de medianas dimensiones (nº 27.017) (Fig. 94: 3) en el extremo occidental del CE sobre la 27.4a. Junto a éste, se encontraban restos de mineral de cobre (nº 27.003), de carbón (nº 27.004) procedente, probablemente, del nivel inferior y fragmentos de material de construcción o mortero (nº 27.007) que debió trabar las pizarras de los muros laterales.

Bajo estos niveles documentamos la US 27.2 que corresponde con el derrumbe de adobes provenientes del desplome de la techumbre. Como sucede en otros muchos espacios de este poblado de la Edad del Bronce, debido a la escasa potencia sedimentaria de este nivel y por su proximidad con el propio suelo de ocupación, se ha decidido realizar conjuntamente el análisis contextual de ambos, ya que la parte superior de la mayoría de la cultura material presente en esta Unidad Sedimentaria (27.2) corresponden directamente con el suelo de ocupación. No obstante, manteniendo la tónica de redacción de esta tesis doctoral procederemos a la definición sedimentaria de

cada uno de los niveles de forma individual, aunque la asignación de la cultura material será incorporada en el nivel de ocupación. Hecha esta aclaración, continuamos con el análisis de la US 27.2 que presenta una geometría sedimentaria en forma de capa con carácter más o menos homogéneo (cubriendo toda zona norte del sector 27). Ésta unidad se trata de un nivel de barro cuya matriz presenta una textura arcillosa y estructura en bloques de color rojo-anaranjado, con abundantes inclusiones de restos de vigas (material orgánica carbonizada). Por su parte, la US 27.5, corresponde con el pavimento dispuesto directamente sobre la roca, actuando a su vez como suelo de ocupación y nivel de regularización en este CE. Teniendo en cuenta que este espacio ha sufrido la acción de la erosión no es de extrañar que su conservación sea precaria, sobre todo, en su extremo Norte y en la zona donde se localiza la estructura 27.1. Por ello, no es de extrañar que su geometría sedimentaria haya sido definida en forma de “manchas irregulares”. Dichas “manchas” se componen por un barro de textura arenosa de color negruzco con inclusiones directas de materia orgánica, producto del desarrollo de la vida cotidiana en este espacio.

Tanto en uno como en otro caso, las mayores concentraciones de restos culturales se documentan en la zona centro-oriental. Precisamente, en esta zona y en las cercanías de la gran piedra de molino documentada se hallaba una gran orza ovoide (nº 27.008) (Fig. 94: 1) de gran profundidad y borde marcado en cuyo interior se localizaron abundantes restos de semillas. En contacto con este gran recipiente, concretamente, asociado con su fondo se localizaron restos de “terrones” de cal (nº 27.032). Sin embargo, tanto sobre el molino como sobre los restos cerámicos y directamente sobre el suelo de ocupación se documentaron grandes cantidades de granos de cereal, sobre todo, de cebada totalmente calcinados. Asociados a los granos de cereal, también, se recogieron grandes cantidades de restos de fauna entre los que destacan diferentes mandíbulas de oviápidos (nº 27.010-2, 27.024-2, 27.025-2, 27.027-2, 27.031-2, 27.037-2, 27.039-2 y 27.044-2). Precisamente, sobre la gran piedra de molino también se documentó su correspondiente mano así como una gran tapadera de pizarra recortada que nos fue imposible recuperar dado el fuerte grado de alteración y exfoliación que presentaba. Si bien, esto no nos priva de plantear su más que probable relación con los restos cerámicos documentados al este del molino. Por otro lado, ésta no es la única tapadera de pizarra documentada en este espacio. Junto al conjunto de restos cerámicos documentados al este del molino se encuentran otras dos tapaderas circulares de pizarra recortada (nº 27.043A y 27.043B) (Fig. 93: 1 y 2).

Otro elemento interesante localizado en el extremo sureste de la piedra de molino fue en un denticulado de sílex (nº 27.044-3). Además, en este mismo extremo documentamos también el único elemento de cerámica relacionado con la producción metalúrgica, nos referimos a los fragmentos de un crisol plano (nº 27.041) (Fig. 94: 2).

En el extremo contrario, concretamente en la zona noroeste, hallamos sobre una serie de lajas planas que podrían haber correspondido con algún tipo de suelo, aunque este no fue identificado ni definido durante el proceso de excavación, otras dos piedras de molino (nº 27.022 y 27.023) de menores dimensiones que el dispuesto sobre el banco 27.3a. En las cercanías de estos molinos documentamos el único recipiente asociado con la transformación alimenticia, una olla de medianas dimensiones (nº 27.040) (Fig. 94: 5) con decoración impresa de digitaciones en el borde, la cual no se ha podido reconstruir debido a que sólo se cuenta con el borde.

Todos estos hallazgos, como se ha señalado antes de su descripción, se sitúan sobre el suelo de ocupación (US 27.5) cubiertos por el derrumbe de las estructuras de adobe y tapial (27.2).

V.3.10 GRUPO ESTRUCTURAL X

V.3.10.1. Presentación

Este Grupo Estructural se sitúa en la parte superior del cerro, en concreto, en la zona más occidental y de mejor acceso desde el Cerro de la Peña Losa (Contreras *et al.*, 1990). No sólo ocupa la parte más alta del yacimiento, sino que además, la base litológica de esquistos sobre la que se alza fue recortada verticalmente, sobreelevando, aún más si cabe esta zona y diferenciando sus construcciones, claramente de las casas de la Terraza Superior (Contreras *et al.*, 1993a; Contreras, 2000: 274-254; Alarcón García *et al.*, 2008) (Lám. 129 y 130). En conjunto, presenta una defensa reforzada, tanto por la plataforma de roca cortada que sobreeleva este recinto como por los potentes muros que lo envuelven, cuyo alzado llega a alcanzar hasta los 3 m de altura. Precisamente, el desmoronamiento de parte del alzado de las estructuras que envuelven todo este espacio oriental del poblado, han provocado un mayor grosor de los depósitos sedimentarios y con ellos se ha conseguido una protección natural de los diferentes suelos de ocupación, gracias a los cuales hemos conseguido extraer de esta zona la más amplia secuencia estratigráfica documentada hasta el momento en este poblado de La Edad del Bronce.



Lámina 129. Vista aérea del Grupo Estructural X (Proyecto Peñalosa).

Como hemos dicho, este Grupo Estructural se alza en la parte más alta del cerro en el que se asienta este poblado de La Edad del Bronce. Sus límites físicos y estructurales están determinados por dos laderas de fuertes pendientes, tanto al norte

como al sur de su espacio. Precisamente, al sur no podemos precisar cuales serían sus límites estructurales, como tampoco podemos precisar si este espacio, originalmente, se encontró totalmente cerrado con la imposición de alguna estructura de fortificación. El problema que presenta esta zona del poblado (ladera sur) es que no ha sido objeto de intervenciones sistemáticas, sino puntuales, centradas en la limpieza superficial de los cortes (1 y 2) antiguos. Esto unido a la fuerte erosión que ha sufrido esta ladera del yacimiento, han provocado el parco conocimiento sobre la misma. Si bien, al norte, colinda directamente con la Terraza Superior. Entre ambos espacios encontramos un espacio sobreelevado nuevamente, que se desarrolla bajo los salientes de roca recortados de este Grupo Estructural (sector 44). Mientras que al oeste colinda directamente con la denominada recientemente como “Acrópolis Oeste”. Ésta se compone por toda una serie de cortes arqueológicos (35, 36, 38, 39, 40, 41 y 42) (Contreras *et al.*, e.p.) que se encuentran en los momentos iniciales de su investigación; en último lugar, su extremo oriental está delimitado por el cerro de La Peña Losa.

Cuando en 1985, los investigadores de la Universidad de Granada (Francisco Contreras, Francisco Nocete y Marcelino Sánchez), al frente de un proyecto de investigación, comenzaron los trabajos de reconocimiento superficial de toda la cuenca media y baja del Río Rumbiar, documentando este poblado argárico, ya vislumbraron el gran potencial arqueológico que esta zona del poblado iba a presentar. Tanto es así que, desde el inicio de los trabajos en este yacimiento los investigadores a cargo del proyecto, ya apuntaron que esta área sería primordial en el proceso de investigación para la comprensión general de la vida de este poblado de La Edad del Bronce. Se trata de un área localizada en la zona alta que recrea una especie de “Tell”, lo que hacía pensar en una amplia zona compuesta por estructuras de gran envergadura. A pesar de las grandes posibilidades que transmitía esta área, en la primera campaña de excavación no fue objeto de intervención, ya que como hemos expresado en los apartados correspondientes a la Terraza Media e Inferior, estas zonas eran las más afectadas por la acción del pantano lo que estaba promoviendo su desaparición y de ahí que durante las primeras campañas los trabajos fueran centrados en su documentación y recuperación. Así pues, no será hasta la segunda campaña de excavación (1987) cuando se inicien los trabajos sistemáticos en este “barrio alto” del poblado de Peñalosa.

Desde los primeros momentos en que comienza a desarrollarse el Proyecto Peñalosa (1986), los investigadores a cargo eran conocedores de que esta área del poblado había sido sometida a expolios clandestinos y a una intervención desafortunada en los años 60 por el Dr. García Serrano, quién vació gran parte del relleno de los depósitos sedimentarios de los Complejos Estructurales que lo integraban. Por ello, la metodología y sistemas de trabajo estuvieron condicionados, desde los primeros momentos, al “saneamiento” a base de una limpieza superficial de toda esta zona. En el desarrollo de estos trabajos se procedió a delimitar los trabajos antiguos e intentar, en la medida de lo posible, recuperar parte del registro arqueológico que aún permaneciese intacto. Con este propósito, durante la campaña de excavación de 1987 se plantearon los trabajos de limpieza y excavación superficial (retirada de los niveles superficiales, estériles arqueológicamente) de una zona de excavación cuyas dimensiones exactas eran de 17 m x 17 m. El objetivo de estos trabajos iniciales, pasaban por obtener la planimetría del GE y con ellos completar la planimetría general del poblado. Paralelamente, se documentaron, se definieron y se determinaron todas las intervenciones antiguas.

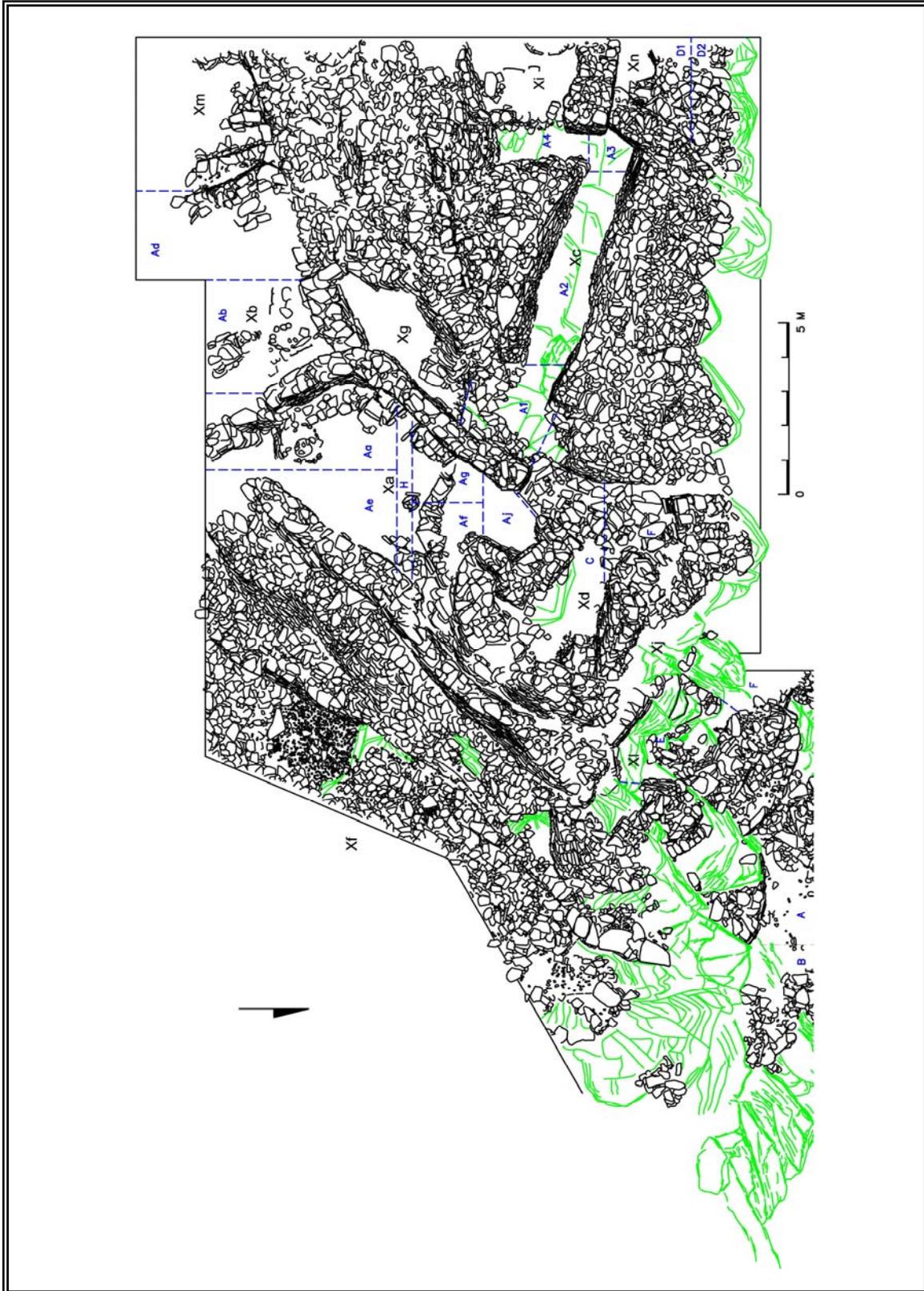


Figura 95. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).

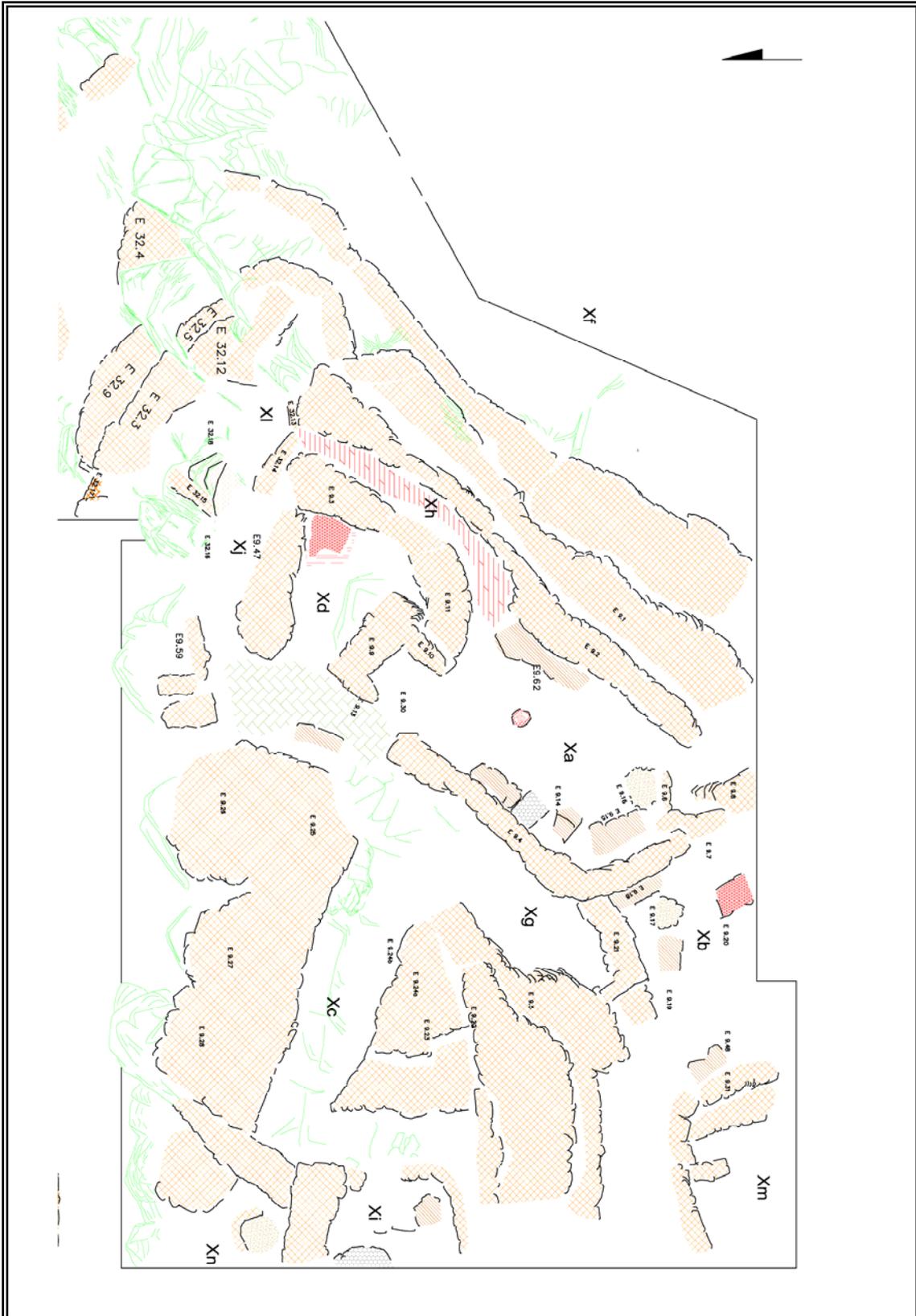


Figura 96. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional X (Proyecto Peñalosa).

Una vez recabada toda la información referente a las actuaciones antiguas, se decidió plantear un pequeño sondeo estratigráfico de 3,20 m x 5 m, concretamente, en la zona suroeste del futuro CE Xa, lugar donde García Serrano había realizado una desafortunada intervención que no solo había dañado los depósitos sedimentarios sino que había realizado el “vaciado” de parte del alzado de la estructura de aterramiento 9.4. Los frutos de este pequeño sondeo fueron muy esperanzadores para el grupo de investigadores de este proyecto, ya que, con él fue posible obtener una lectura estratigráfica de las diferentes fases de ocupación del poblado (IIIA, IIIB y IIIC), a la vez que documentar una pequeña parte del suelo de ocupación de la fase más reciente (IIIA), que apuntaba que esta zona no había sido alcanzada por las excavaciones antiguas ni clandestinas y por lo tanto su dispersión cultural se encontraba *in situ*. Así pues, una vez valorados todos los daños de las intervenciones antiguas se comprobó que este CE Xa ofrecía grandes posibilidades para su excavación a nivel microespacial dadas los buenos niveles de conservación de su registro arqueológico y a que dicho suelo de ocupación no había sido alcanzado por las intervenciones antiguas (Contreras *et al.*, 1990: 255-257).

Dos años más tarde, en 1991, aún inmersos en la primera fase del Proyecto Peñalosa, se retomaron los trabajos en esta zona del poblado. El objetivo de éstos suponían una continuación de los trabajos de limpieza de las excavaciones antiguas (concretamente en los denominados, CE Xc y Xd) procediendo a la definición a nivel estructural de los diferentes muros que componían esta área (CE Xf), y a su vez se inició el rebaje del testigo norte de este Grupo Estructural que comprendía los CE Xd y los sectores 30 y 31 y paralelamente se procedió a la excavación a nivel microespacial del CE Xb y Xa. Con respecto a este último CE, debemos decir que a pesar de que los trabajos de excavación se centraron sólo en el rebaje de una pequeña zona o un pequeño subsector (Ae) al suroeste del contexto doméstico Xa, los resultados que se obtuvieron no decepcionaron, sino todo lo contrario, confirmaban la hipótesis inicial de que el suelo de ocupación de este contexto doméstico no había sido afectado por las desafortunadas intervenciones antiguas. Sin embargo, no solo fueron fructíferos los resultados de este CE sino también del resto de áreas intervenidas, confirman así las tesis de partida de este proyecto de investigación, de que esta zona alta del poblado era fundamental para el conocimiento y la comprensión de la vida cotidiana de este grupo social particular así como para el conocimiento del urbanismo y de la vida cotidiana de esta zona alta del poblado.

A partir del conocimiento previo del urbanismo argárico en otras zonas regionales adscritas a este marco-cronológico, desde los primeros momentos de reconocimiento superficial (en 1985) de este yacimiento, todo parecía presagiar que esta área del poblado sería la “acrópolis” del asentamiento. Durante varias campañas de excavación esta zona del poblado había sido conocida de manera muy sesgada, ya que gran parte del espacio excavado ya lo fue en época moderna con las excavaciones del Museo de Jaén y además solo una pequeña parte del espacio investigado pudo ser excavado sistemáticamente. Por ello, se plantearon diferentes líneas de actuación que pasaban por el conocimiento de la organización estructural de esta zona dentro del poblado: tipos de contenido, articulación de las dependencias mayores y los recintos, y determinación de las actividades que tuvieron lugar en cada una de las diferentes estancias, especialmente qué elementos se producen y qué tipo de alimentos se almacenan y se consumen, llegando por último a determinar la presencia de diferentes áreas de producción especializada. Este análisis tiende a comparar esta área con las

casas ya investigadas en la ladera norte de Peñalosa. La comparación entre ambos espacios del poblado nos permitirá profundizar en los sistemas de organización social y conductual de las gentes que habitaron este poblado de la Edad del Bronce.

Así pues, en la primera campaña de intervención de la segunda fase del Proyecto Peñalosa (2001) fue cuando se plantearon de forma coordinada los trabajos de excavación a nivel microespacial, en extensión y en profundidad de todo este Grupo Estructural. Acometiéndose con rigor científico el estudio de cada uno de los Complejos Estructurales definidos hasta este momento. Para ello había que comenzar por desmontar el testigo H mantenido entre el CE Xa, Xf y Xg. Con este desmonte se pone en relieve la necesidad de ampliar el área de intervención, ya que en todo el recorrido de este Grupo Estructural hacia el occidente, los espacios documentados, parecían quedarse incompletos, tal y como se apreciaba en las secciones estratigráficas mantenidas (es el caso de los Complejos Estructurales compartidos por dos sectores diferentes, el 9, al este y el 25 al oeste). Así pues, tras barajar todas las posibilidades y siempre con la idea fija de realizar una interpretación y reconstrucción general y conjunta de este GE X se decidió ampliar los trabajos en dos direcciones; hacia el oeste (desde las coordenadas UTM 21,00-29,00 x; 49,00-37,00 y) unos 4 m y hacia el sur 12 m. (hasta las coordenadas UTM 33,00-33,00 x; 49,00-37,00 y) de esta manera se englobaba dentro del Grupo Estructural X, los sectores 9, 25 y 30 y 31; y hacia el este 8 m. y 15 m. hacia el norte (lo que sería posteriormente denominado como CE Xf y un poco más al norte como, XI). Con esta ampliación oriental y occidental se pudo delimitar todo el frente oriental de la zona de la posible “acrópolis”, caracterizando una triple defensa en este costado del poblado (Estructuras 9.2, 9.1 y 9.43b). Además, se ha podido documentar la existencia de una zona de circulación empedrada con cantos de río de pequeñas y medianas dimensiones (CE Xf) al exterior, lo que constituye una auténtica novedad en el conocimiento del urbanismo argárico.

A partir de este momento, comenzaron a desarrollarse los trabajos de carácter sistemático (a lo largo de dos campañas de excavación, 2001 y 2005) y a nivel microespacial en este Grupo Estructural, ampliando el área de excavación tanto en extensión como hemos explicado, anteriormente, como en profundidad (Contreras *et al.*, 2004: 28; Contreras *et al.*, e. p.). Todos los trabajos realizados han estado regidos por una gran exhaustividad, a lo cual debemos agradecer, en su parte correspondiente, la gran cantidad de documentación recuperada de su registro arqueológico, que motivó la recogida masiva de sedimento de cada uno de los suelos de ocupación documentados para su posterior flotación. Proporcionándonos, la posibilidad de realizar diferentes estudios y análisis, que nos han ayudado a determinar diferentes áreas de actividad. El conjunto de estos trabajos han estado acompañados, en todo momento, por el sistema de registro ideado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente (GEPRAN) de la Universidad de Granada.

Con este Grupo Estructural X nos enfrentamos a uno de los espacios más complejos y de mayores dimensiones de todo el poblado de Peñalosa. Debido a la complejidad que entraña junto a la gran cantidad de espacios que lo conforman, hacen que no nos sea posible definir a nivel general este Grupo Estructural, es por ello que cada uno de los Complejos Estructurales definidos han sido acompañados de una descripción somera. Este espacio consta de al menos 13 Complejos Estructurales totalmente diferenciados pero articulados entre sí que en su interrelación conforman un gran barrio o Acrópolis. Por el momento, solo podemos precisar que todos los

documentados pertenecen a fases constructivas y de ocupación correlativas, la IIIA y III0. Esto quiere decir que nuestro análisis, recogerá solo aquella información obtenida del registro arqueológico recuperado hasta este momento. Sin embargo, como ya apuntábamos anteriormente en esta zona del poblado se ha constatado la secuencia estratigráfica más amplia de todo el asentamiento, por lo que aunque tengamos constancia de la existencia de fases anteriores a las referidas anteriormente, éstas son imposibles de analizar por falta de trabajos de excavación que supondrían el desmonte de las dos fases documentadas hasta el momento (IIIA y III0).

Como decimos este Grupo Estructural consta de al menos 13 Complejos Estructurales o espacios habitacionales o productivos con entidad propia. Estos son el Xa, Xb, Xc, Xd, Xe, Xf, Xg, Xi, Xj, Xk, Xl, Xm y Xn. Entre ellos encontramos contextos domésticos (Xa, Xb, Xi, Xn), espacios anejos a éstos, dedicados a otras productividades como la actividad metalurgia (Xd, Xf, Xl y Xm), la circulación y el almacenamiento (Xc, Xk y, posiblemente a la espera de futuras intervenciones, el Xg). A su vez, debido a la escasa entidad de los trabajos desarrollados, nos encontramos con determinados espacios que hoy por hoy, no sabemos qué funcionalidad tuvieron. Éste es el caso del Xe y Xj. Precisamente, la riqueza documental e informativa de esta zona reside en la gran cantidad de espacios sociales recreados en un mismo recinto determinado y en gran medida cerrado.



Lámina 130. Vista general del Grupo Estructural X desde la Peña Losa (Proyecto Peñalosa).

V.3.10.2. Secuencia estratigráfica

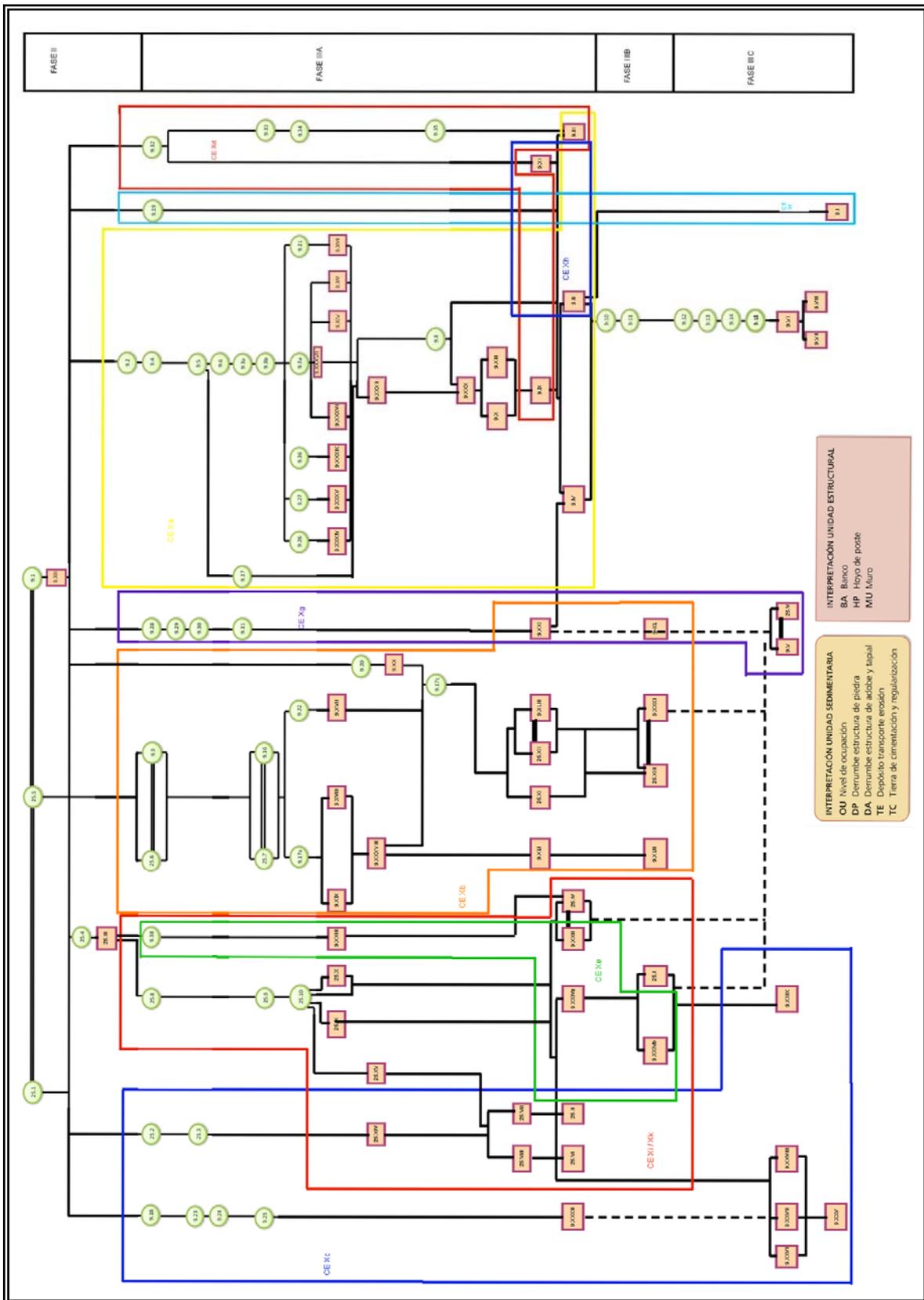


Figura 97. Diagrama estratigráfico del Grupo Estratigráfico X (Proyecto Peñalosa).

V.3.10.3. Complejo Estructural Xa

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

El Complejo Estructural Xa no solo fue uno de los primeros contextos domésticos identificados y definidos en el proceso de excavación de esta zona alta del poblado, sino que, además, es la estructura de habitación de la fase IIIA de mayores dimensiones documentada en este Grupo Estructural X. Ha sido objeto de diversas campañas de investigación y por el momento podemos asegurar que solo se ha documentado a nivel microespacial y en extensión, el suelo de ocupación referente a esta fase ocupacional IIIA¹³², antesala del momento de abandono del poblado. Se trata de una gran estructura habitacional de más de 34 m² orientada en sentido noreste-suroeste. Sus coordenadas UTM son las que siguen, 17,20-24,00 x; 38,20-46,00 y; 3,70-5,08 z.

Este contexto doméstico (CE) Xa se ubica en la parte superior del cerro, enmarcado en su zona más fortificada. Ocupa el espacio centro-oriental del GE X. Sus límites estructurales le hacen colindar al norte con el CE Xd, mientras que al este y oeste encontramos los Complejos Estructurales Xf y Xc y Xg, respectivamente. Como veremos en las apartados que prosiguen, su extremo sur, queda marcado por el inicio de la pendiente ocasionado por la conformación de la Ladera Sur, siendo precisamente, este CE Xa o concretamente la posible conexión entre la estructuras 9.4 y 9.2, las que cierran su espacio en este extremo.

La genética de este espacio, tal y como lo podemos definir actualmente en el momento de excavación en que nos encontramos, nos dice que se erigió al menos en la fase IIIB formando una terraza artificial por encima de los CE Xf y Xb. Sin embargo, tanto en esta área (junto con los CE Xd y Xe) como los espacios localizados más al oeste (CE Xi) pudieron coexistir mediante la realización de aterrazamientos artificiales.

Desde la primera toma de contacto con este asentamiento (gracias a los resultados de los trabajos iniciales), sus investigadores, apreciaron, que la conservación del registro arqueológico de este CE era bastante elevada, con lo que los resultados podrían ser bastante prometedores para el estudio de la Edad del Bronce del mediodía peninsular. Así pues, durante la segunda campaña de excavación en 1991 se iniciaron los primeros trabajos en esta zona. Estos consistieron en primer lugar, en la documentación de las desafortunadas excavaciones antiguas realizadas a finales de años 60.

Para ello se planteó un corte (sector 9) en la cima del yacimiento, lugar donde quedaban claras las huellas de los trabajos antiguos. Estos trabajos iniciales tuvieron diferentes vías de actuación, por un lado se procedió a realizar una limpieza superficial

¹³² Aunque todos los datos extraídos, tanto materiales como estructurales y sedimentarios apuntan a que este contexto doméstico responde a esta fase cronológica, no sería ilógico pensar que su mantenimiento como espacio social perviviese hasta el último momento de vida de este poblado. Precisamente, este tipo de cuestiones serán acometidos en el último de los apartados referente a la interpretación de este Grupo Estructural.

de todo el área a intervenir (retirada de hierbas, matorrales, etc., que impedían la clara definición de la zona más factible para intervenir). Por otro lado, se documentó, clarificó y definió, las zonas afectadas por los antiguos cortes realizados por el Dr. García Serrano en los años 60. Ya que éste había centrado la mayoría de sus actuaciones, precisamente, en esta zona oriental. Sin embargo, el paso del tiempo también había actuado sobre dichos “hoyos” o cortes quedando desdibujados totalmente en superficie. Por lo tanto, los objetivos se centraron en la limpieza y delimitación de las estructuras que afloraban en superficie para así poder calibrar la magnitud de estos sondeos antiguos, el estado real de conservación del registro arqueológico en esta zona y la definición a nivel estructural de las posibles estructuras que debieron componer todo este espacio. Para ello se planteó el mencionado “corte o sector 9”, que en un principio contaba con unas dimensiones de 17 x 17 m.

Así durante esta campaña de excavación (1987) los trabajos consistieron, básicamente, en la realización de la limpieza superficial, con el objetivo de definir las estructuras emergentes, cuyos resultados (a pesar de ser solo a nivel superficial) fueron muy satisfactorios. Ya que se documentaron los complejos trazados de muro (9.2, 9.1 y 9.43b), que responderían al potente sistema de fortificación con que fue dotada esta zona, dejándose entrever, ya en estas primeras actuaciones, las sucesivas reestructuraciones estructurales acontecidas, que cerrarían las zonas más vulnerables del asentamiento por su extremo oriental.

Paralelamente, se procedió al planteamiento de toda una serie de perfiles estratigráficos, necesarios para obtener una lectura estratigráfica completa, una vez, “vaciado” el relleno de los antiguos cortes. Así pues, se planteó un primer perfil estratigráfico (S1) en sentido longitudinal (de este a oeste) que atravesaba este CE Xa y remataba en el CE Xg, hasta chocar prácticamente con la estructura 9.5 (al oeste). A su vez, perpendicularmente a esta sección se planteó una segunda (S2). Su orientación es en sentido norte-sur, hasta el límite establecido en la Ladera Sur para el corte 9. Continuando la propia línea de esta segunda sección, pero en sentido sur-norte se trazó una tercera sección (S3). En este caso recorría perpendicularmente desde la S1 hasta el CE Xd. A su vez la primera sección quedaba establecida a modo de testigo estratigráfico (testigo H) de 1 m de espesor pudiendo así originar secciones estratigráficas a un lado y otro del mismo, procediendo a cuadricular el área que se deseaba intervenir. En resumen, este espacio quedaba establecido y delimitado por toda una serie de secciones acotándonos todo el espacio a nivel estratigráfico. Además de las mencionadas debemos apuntar un quinto perfil estratigráfico, que quedaba dibujado por la cara noreste del testigo H, es decir, la propia línea del testigo desde la estructura 9.2 hasta el choque con la S3 al oeste y, por última, la S8, que se corresponde como la S5 a la cara sur del testigo H, discurriendo en paralelo con ésta, al sur (Fig. 95). De esta manera, no solo se consiguió cuadricular una amplia área de intervención, sino que a través de esta metodología, se obtendría una lectura completa de los procesos postdeposicionales de este Complejo Estructural.

Tras haber trazado y puesto en marcha todos los planteamientos metodológicos con los que se iba acometer esta zona del poblado, los agujeros de los clandestinos y de las excavaciones antiguas fueron aprovechados para el planteamiento de un pequeño sondeo estratigráfico (de 3,20 x 5 m.). Éste, acompañado por las secciones (S1 y S2) (en sentido norte-sur y este-oeste), nos proporcionaron una lectura estratigráfica y una documentación material del momento de ocupación más reciente en esta zona. La

primera zona intervenida correspondía al subsector Aa del sector 9, concretamente, se trata del área más occidental de este Complejo Estructural, enmarcado por la S2 (al este) por la S1 y el testigo H (al norte) y por la propia estructura de aterrazamiento 9.4. A pesar de las pequeñas dimensiones de este subsector, fue posible documentar algunas estructuras correspondientes a las fases antiguas de ocupación de esta zona¹³³, confirmar el buen estado de conservación de la cultura material recuperada y su estado *in situ* sobre el suelo de ocupación documentado de la fase IIIA. Todos estos aspectos, convertían a este CE, en un espacio muy relevante para el estudio e interpretación de los comportamientos sociales y humanos de este poblado de La Edad del Bronce.

Como decimos, las escasas dimensiones de este primer subsector Aa, imposibilitaba la documentación del suelo de ocupación y por lo tanto el poder realizar una excavación en extensión de todo a plantear una ampliación del área de excavación. Así pues, el espacio objeto de intervención y por extensión, la definición de este CE quedaba establecida a partir de las dos estructuras de aterrazamiento que se identificaron desde los primeros momentos tanto al este (9.2) como al oeste (9.4). Será, a partir de este momento, ya en la cuarta campaña de investigación del poblado de Peñalosa (verano del año 1991) cuando se establecieron los criterios y planteamientos metodológicos a seguir en la excavación microespacial de este CE. Su forma rectangular y cerrada perimetralmente por dos estructuras de gran envergadura, permitió establecer cuatro subsectores de excavación (dos al sur y otros dos al norte), valiéndose de las secciones estratigráficas establecidas ya en la campaña anterior. Se procedió así, a la cuadriculación de este espacio de forma concreta de la siguiente manera.

El Subsector Aa quedaba al suroeste de este Complejo Estructural, enmarcado al este por la S2, al norte por la S1 y al oeste por la propia estructura 9.4; el subsector Ae quedaba recogido en el extremo oriental, al sur de este espacio, enmarcado a su vez por el norte por la S8 y al este por parte del recorrido de la estructura 9.2; un tercer subsector (Ag) se definió al norte, estando enmarcado por el sur, por la S10 y por el este por la S3 mientras al oeste continuaba siendo el muro 9.4 el que definía este subsector; en último lugar se definió el subsector Af englobando el espacio restante al este en esta zona norte del Complejo Estructural, enmarcado por la S5 al sur y por la S3 al oeste, mientras que al este y norte se encontraban el conjunto de estructuras 9.2, 9.3, 9.10 y 9.9, respectivamente. Estos cuatro subsectores o estas cuatro zonas de excavación quedaban separadas longitudinalmente (este-oeste) por el testigo H, que dividía el espacio por su mitad agrupando el subsector Aa y Ae al sur y el Ag, Af y Aj al norte. Durante esta campaña los trabajos de excavación solo se centraron en la documentación del suelo de ocupación del subsector Aa, paralizando los trabajos una vez llegados a este nivel, para proceder a realizar una excavación microespacial y en extensión del mismo, en futuras intervenciones.

Dicha intervención no llegó hasta diez años más tarde, inmersos ya en la segunda fase del Proyecto Peñalosa. Hasta este momento, se había excavado a nivel microespacial el subsector Aa y éste había proporcionado información arqueológica de gran relevancia para la reconstrucción cultural del yacimiento (Contreras *et al.*, 1990).

¹³³ Su definición estructural, hoy por hoy, no es posible ya que los trabajos de investigación se han concentrado en estos años en la recuperación del registro arqueológico perteneciente al suelo de ocupación de la fase IIIA-III0. Precisamente, éste será uno de los objetivos principales de las próximas excavaciones arqueológicas, en el intento de extraer no solo a nivel secuencial sino estructural la estratigrafía de este gran espacio domestico.

Si bien, sus escasas dimensiones en relación con la presumible extensión de este CE fueron las causas de que en la campaña del 2001, se procediese al desmonte general del testigo H mantenido hasta este momento. Dicho testigo, había sufrido un gran deterioro por el paso del tiempo, provocando su desmoronamiento parcial hacia la zona que ya había sido objeto de una excavación microespacial (subsector Aa), al sur. Secuencialmente el testigo H presentaba de arriba hacia abajo varios niveles sedimentológicos que fueron excavados por alzadas naturales. Una vez finalizada su excavación se consideró oportuno (en base a los criterios metodológicos establecidos) mantener una sección estratigráfica (S1-8), que dividía (como ya hemos explicado anteriormente) el CE Xa en dos subsectores al sur, el Aa al oeste y el Ae, al este (Contreras *et al.*, 2004: 28-29). Seguidamente, los trabajos se extendieron a la excavación del subsector Ae hasta alcanzar el nivel de suelo de ocupación, mantenido en planta todos los restos culturales para realizar las relaciones culturales entre los elementos documentados en el subsector Aa y éste. Conjuntamente, se consideró oportuno trazar una nueva sección (S7), dibujada desde la esquina norte de la estructura 9.4 hasta la esquina de la 9.13. Procediéndose durante esta campaña al levantamiento de esta esquina del Complejo Estructural, así se consiguió que toda la zona norte de este Complejo Estructural quedase a una misma cota de profundidad, preparada para su futura intervención. Bajo este paquete sedimentario se documentó lo que fue definido como la única vía de entrada a esta vivienda, la puerta 9.30, situada entre las dos estructuras mencionadas anteriormente, definida por una gran laja de piedra a modo de tranco de entrada (9.32). Ésta, precisamente, permite conectar internamente este contexto social a otros espacios productivos y de circulación del propio sector 9 y 25 (CE Xd y Xc).

A pesar de la intensidad de los trabajos realizados en este Complejo Estructural durante diferentes campañas de excavaciones, no será hasta la sexta campaña de intervención en el año 2005 cuando se consigan finalizar los trabajos de excavación a nivel microespacial y en extensión de todo este CE Xa. Recordemos que tan solo se había intervenido en la zona sur del espacio, quedando toda la zona norte aún por excavar. Precisamente, durante esta campaña de excavación el objetivo con respecto a esta área será la documentación en extensión del suelo de ocupación de la fase IIIA (Lám. 131). Para ello se vuelven a reiniciar los trabajos de limpieza de toda el área, ya que de una intervención a otra habían pasado cuatro años, y en este tiempo, el perfil estratigráfico (S1-8) mantenido desde campañas antiguas se había deteriorado gravemente, por lo que uno de los primeros trabajos consistieron en su retranqueo 10 cm. hacia el norte y su posterior dibujo (S9). A partir de este momento, contando ya con una lectura perpendicular a los dos muros principales (9.2 y 9.4) se procedió a la nueva subdivisión del espacio al norte. Para ello se decide retranquear el perfil estratigráfico (S3) porque en su trazado al oeste originaba un espacio de dimensiones muy escasas para proceder a su excavación, así pues se decide dibujarlo en línea recta y perpendicular al S1-8 (al Sur) hasta el choque con la estructura 9.13. De esta manera obteníamos dos subsectores de dimensiones similares factibles para su intervención. En resumen, el espacio a intervenir quedaba subdividido de la siguiente manera, al este el subsector Af y el Ag al oeste, ambos subsectores estarían relacionados a través del perfil estratigráfico (S10). De tal manera, no solo se contaba con una lectura estratigráfica horizontal sino también vertical. Durante la campaña anterior (2001), con el levantamiento de la S7, se consiguió definir el recodo estructural que presentaba este espacio al norte. Así durante esta campaña del 2005 se decidió plantear un nuevo y quinto subsector el Aj. Éste se trazó para enmarcar precisamente el espacio rectangular

que originaba la conexión de las estructuras 9.10, 9.9 y 9.13, al norte respecto a la puerta de entrada (9.30) de esta manera se mantuvo durante toda la excavación de este espacio una sección estratigráfica (S11) en sentido sueste-noroeste, desde la esquina de la estructura 9.10 hasta su choque con la cara interna de la 9.4. De esta manera conseguimos, no solo una lectura sobre el proceso sedimentológico de todo este espacio sino también establecer las relaciones estratigráficas entre dichas estructuras (Fig. 95 y 96).

Así pues el primer subsector a intervenir durante la sexta campaña de excavación fue el Ag. Se realizó una excavación a nivel microespacial y en profundidad, rebajándose los diferentes niveles sedimentológicos mediante alzadas artificiales de 10 cm. de grosor hasta la llegada al suelo de ocupación. Durante todo este proceso se procedió a la recogida de muestras sedimentarias para su posterior flotación y análisis. Una vez llegado al suelo de ocupación todos y cada uno de los restos culturales documentados fueron mantenidos *in situ* y la excavación se extendió hacia el subsector Af y seguidamente al Aj, donde se mantuvieron los planteamientos metodológicos ya indicados. De esta manera conseguimos mantener en planta la organización *in situ* de los restos culturales de la última fase de ocupación y de vida de este espacio doméstico, gracias a ello, hoy podemos realizar una reconstrucción social precisa sobre los modos de vida y comportamientos sociales de este grupo familiar y social.

En resumen, decir que los trabajos de este contexto doméstico han tenido un carácter sistemático, realizados a nivel microespacial, ampliando el área de excavación tanto en extensión como en profundidad (Contreras *et al.*, 2004: 28; Contreras *et al.*, en prensa). Su minuciosa excavación estuvo acompañada en todo momento por el sistema de registro ideado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente (GEPRAN) de la Universidad de Granada.



Lámina 131. Vista aérea desde el sur de la vivienda central Xa (Proyecto Peñalosa).

A nivel estructural, debemos decir, como ya indicábamos en párrafos anteriores, que la mayoría de las estructuras a las que nos vamos a referir en adelante pertenecen a la fase IIIA, esto no quiere decir que el inicio de su construcción no fuese anterior, sino que, su mayor relevancia la alcanzan durante este periodo. Hoy por hoy, no contamos con datos arqueológicos suficientes para referirnos a la organización de este espacio durante la fase IIIB, aún así, la información extraída del pequeño sondeo realizado en el extremo sur y centro a nivel estructural (9.6, 9.7 y 9.8, por un lado y la continuación del 9.45, por otro) parecen hablarnos sobre la preexistencia de espacios de dimensiones más reducidas y orientados en sentido este-oeste y norte-sur. Si estas primeras apreciaciones se confirmasen a través de futuras intervenciones arqueológicas, nos confirmarían en nuestra idea de que esta zona del poblado como ocurre también con las viviendas y espacios de la Terraza Superior, sufre toda una reorganización interna, al menos en el paso de la fase de ocupación IIIB a la IIIA. Aunque como apuntan las estructuras de esta zona parecen que las reestructuraciones y organizaciones espaciales son mucho más fuertes. No obstante, a este respecto no podemos ni debemos realizar consideraciones al respecto ya que para ello es necesario levantar todo el suelo de ocupación de la fase IIIA y el potentísimo derrumbe de piedra documentado bajo éste. Es por ello que en lo que resta de este apartado y respecto al análisis estructural perimetral de este espacio, nos referiremos a las estructuras claramente definibles, argumentando en la medida de lo posible y por supuesto siempre en base a lo que nos exprese el registro arqueológico su secuencia muraria y cronológica, apuntando su carácter y definición.

Así pues, estructuralmente, el CE Xa queda definido por dos grandes muros de aterramiento paralelos, uno al este (9.2) y otro al oeste (9.4), ambos con dirección noreste-suroeste. El muro de aterramiento 9.2 es el primero en construirse, su alzado arranca desde los primeros momentos de vida de este espacio en la Edad del Bronce (IIIC) y pervive hasta el último momento de ocupación de este espacio doméstico, aunque es cierto que su momento de mayor relevancia será durante la fase IIIA. A nivel constructivo, decir que se trata de un muro de mampostería de forma rectangular y orientada en sentido noreste-suroeste, formado por pizarras de mediano y gran tamaño dispuestas horizontalmente y de forma escalonada en dos hiladas (una interior y otra exterior y su interior relleno por cascajo). Su consistencia constructiva la consiguieron por medio de la disposición de un aparejo de color gris, encargado de trabar todas y cada una de las hiladas de piedra. En su recorrido hacia el Noreste se le adosa un nuevo lienzo (de más 9 m de recorrido) a la altura del arranque de la estructura 9.3, y en su unión conforman en sí una sola estructura. En este caso nos referimos a la 9.44 que parece responder al mismo sistema constructivo que en el caso anterior, al menos en su extremo norte, momento en que este muro se ensancha superando los 60 cm. de espesor de su extremo sur y llegando a alcanzar 1,20 m. de anchura rematando en forma rectangular. En cuanto a su alzado, como ocurrirá con todas las estructuras de aterramiento y compartimentación documentadas en la cima del poblado superaran por norma general los 2 m. de altura, en este caso concreto para ambos lienzos se ha constatado un mínimo de 2,31 m.

Sucesivamente, a esta estructura de aterramiento (9.2) se le van adosando al este diferentes estructuras o camisas de similares características a la anterior. Este es el caso de la 9.1, y adosada a esta última (9.1) la estructura 9.43b¹³⁴. Se tratan de

¹³⁴ Esta estructura ha sido incorporada como parte del CE Xf, por lo que en este apartado no incidiremos demasiado en su análisis, remitiendo a los lectores al apartado correspondiente.

estructuras de refuerzo a la 9.2 y con su construcción provocan que esta zona Este de la acrópolis oriental presente un potente amurallamiento. Ambas estructuras (9.1 y 9.43b) mantienen un mismo sistema constructivo. Construidas por una línea exterior de pizarras de tamaños regulares (grandes y medianas) y su interior, hasta su choque con la 9.2, se rellena con cascajo. Para su trabado, sus constructores utilizaron un aparejo consistente en barro apisonado de textura compacta de color grisáceo-anaranjado¹³⁵.

Aunque la estructura (9.1) o también calificada como “segunda camisa” de este sistema de fortificación responde a los mismos sistemas constructivos que la estructura de aterrazamiento 9.1, es cierto, que presenta diferencias con respecto a la segunda. Dichas diferencias las determina, por un lado, el grosor de su sección que supera los 1,30 m., en su flanco sur, conforme avanzamos hacia el norte, esta estructura remata en punta, mimetizándose prácticamente con el alzado de la 9.2; por otro lado, la diferencia de su alzado, que en el momento de su documentación, alcanzaba el 1,57 m. sobre la 9.43b.

El nivel secuencial de estas tres estructuras (9.2, 9.1 y 9.43b), lo hemos podido determinar tras el proceso de excavación realizado sobre las mismas en la campaña de intervención del 2005. Para obtener su definición hubo que levantar toda una serie de niveles sedimentarios y sobre todo un potente derrumbe de piedra que impedía su visualización en superficie. De ahí que a la vez que documentamos su recorrido completo y morfología constructiva, pudimos documentar el proceso de desmoronamiento, reconstrucción y construcción que afectó sobre todo a las estructuras 9.1 y 9.2 (o 9.44 al norte). Concretamente, pudimos observar como en un momento determinado de la fase IIIA, parte del trazado de la 9.2 se desmoronó “reventando” parte de su recorrido al norte y cómo inmediatamente sobre esta rotura, las gentes de este poblado, levantaron un nuevo lienzo de muro a modo de refuerzo (9.1). Posteriormente, volverán a reforzar esta zona oriental con la construcción de la siguiente estructura (9.43b) que será la encargada de contener el empuje de las dos anteriores (9.1 y 9.2). Aunque como en los dos casos anteriores, esta última estructura (9.43b) también terminará por desmoronarse, tal y como refleja la fosa 9.53, aunque este desplome se pudo producir ya, en el último momento de vida de esta zona alta del poblado o incluso tras su abandono.

El oeste de este Complejo Estructural está cerrado por una gran estructura de compartimentación y aterrazamiento, la 9.4. Ésta es la encargada no solo de definir este extremo de este contexto doméstico sino que también actúa como muro delimitador entre este Complejo Estructural y el ubicado en la Ladera Sur, el CE Xb. Hablar de esta estructura, es hablar de al menos dos sistemas constructivos correspondientes a dos fases de ocupación distintas, que son apreciables por un lado a través de su alzado, por otro lado, por las marcadas diferencias apreciables entre el paramento de su cara este y oeste. La conjunción de estas características son las que nos han llevado a plantear que esta estructura fue inicialmente construida en fases anteriores a la IIIA.

Como decimos, todas estas tesis han sido constatadas gracias a los últimos trabajos realizados en esta zona (campaña del 2005), a través de los cuales, se procedió

¹³⁵ En el caso de la estructura 9.1 y 9.43, remitimos a los lectores al análisis realizado sobre el CE Xf y l, ya que ambas estructuras han sido incorporadas en éste basados a los criterios establecidos en la división de los diferentes Complejos Estructurales expuestos en el apartado introductorio al análisis del Grupo Estructural X.

al levantamiento del suelo de ocupación correspondiente con la fase IIIA, gracias a ellos se documentaron dos momentos constructivos diferentes en el alzado de este muro. En su origen esta estructura arrancó, cuando menos, en la fase de ocupación (IIIB)¹³⁶, superpuesta directamente sobre el afloramiento rocoso que buza en sentido este-oeste. En este primer tramo de su alzado, alcanza aproximadamente unos 50 cm. de su total. Compuesta por grandes lajas de pizarra y bloques de roca madre, trabadas por un mortero de color anaranjado-blanquecino. La conservación de este primer alzado, no parece ser homogéneo en toda su sección, ya que en su cara oeste, parece haber sufrido en algún momento un desplome hacia el oeste. Tras este primer alzado (o sobre lo que quedaba de él en la cara oeste), se superpone un paquete de sedimento de unos 51 cm. Lo curioso es que este paquete no aparece en la cara este, sino todo lo contrario, en esta cara parece levantarse un muro de una gran consistencia y estabilidad. Lo que nos hace pensar que el alzado de esta cara este responde a una especie de camisa (de 9 hiladas de pizarra dispuestas de forma aplanada y trabadas por un aparejo de color anaranjado-blanquecino) anexionada directamente al paquete de sedimento, que en vez de retirarlo para rematar el alzado de la estructura lo incorporan como parte del mismo. Así, llegamos al último momento de construcción, que debió corresponderse con el mismo momento que el que podríamos considerar como tramo intermedio. Precisamente, esta última parte del alzado es el que corresponde con el suelo de ocupación IIIA, con la estructura de puerta (9.30) y con el suelo de lajas planas del CE Xd. Este tramo recrea una estructura de forma zigzagueante. De sección rectangular, de aproximadamente 75 cm. y rematada al menos en su extremo norte en esta misma forma, lo que propicia la construcción de la puerta 9.30 y la disposición del tranco de la entrada (9.33), correspondiéndose la vida de ambas estructura con la segunda fase del alzado de esta estructura y por extensión pertenecientes con la fase IIIA. Compuesta en todo su recorrido por lajas de pizarra de tamaño medio y grande dispuestas en dos hiladas (una exterior y otra interior) y su interior relleno de cascajo, trabadas por un aparejo compacto, de textura limosa y grano fino, de color anaranjado. Aunque presenta un buen estado de conservación, contando con unas 10 hiladas de pizarras superpuestas recreadas en 60 cm. de altura, de éstas sus dos hiladas superiores han perdido gran parte de la argamasa que trabaría las piedras, asimismo, su extremo sur se vio afectado por las excavaciones antiguas, al igual, que a mitad de su recorrido el Dr. García Serrano realizó un “vaciado” de la misma. Para finalizar, decir que esta estructura en su conjunto (contando tanto el primer momento de su construcción como el segundo) cuenta con al menos 2,27 m de altura.

Todo parece indicar que este contexto doméstico debió estar cerrado por el extremo sur. En la actualidad, este flanco aparece roto bien por la erosión o bien por los trabajos antiguos, por lo que, estratigráficamente aparecen desconectados los muros 9.2 y 9.4, sin embargo, como decimos, con toda seguridad esta habitación estaría cerrada por este flanco, teniendo su entrada por el norte, a través de la puerta 9.30. Esta hipótesis también explicaría la concentración de estructuras y restos materiales relacionados con las actividades de almacenamiento y procesado de alimentos documentados en esta área.

¹³⁶ Durante la campaña de excavación del 2005, tras el levantamiento del suelo de ocupación de la fase IIIA, se constató como la estructura 9.45 (de la fase IIIB) en su giro hacia el peste chocaba directamente con esta parte del alzado.

Como decimos, creemos que el acceso a este contexto doméstico Xa se haría a través de un vano de acceso o puerta (9.30), delimitada por sendas estructuras (9.4 y 9.13) que son las que originan un vano de forma aproximadamente trapezoidal de 1 m de sección y un alzado correspondiente al momento de su localización, de 64 cm. A su vez su definición como tal, está totalmente atestiguada arqueológicamente, por la conservación *in situ* de una gran laja de pizarra hincada (60 cm.) a modo tranco de entrada (9.33) (Contreras, 2000: 274 y Contreras *et al.*, 2004: 30). Dicho acceso comunicaría este Complejo Estructural con los demás espacios al interior de la fortificación (CE Xd y CE Xc) y con el resto de los espacios domésticos que se organizan en esta acrópolis sin necesidad de hacerlo por el exterior del recinto fortificado, excepto con el CE Xb, que su única vía de comunicación con éste y con el resto de espacios del interior de la fortificación debió ser en un primer momento a través del pasillo generado en el CE Xg, sin embargo, en el último momento de la fase de ocupación IIIA, este pasillo fue sellado a través de la construcción de la estructura 9.21. En el caso del CE Xc, el acceso al CE Xd se realizaría salvando una serie de escalones recortados en la roca (Fig. 95 y 96).

En el extremo noreste, encontramos un posible pasillo (9.11)¹³⁷, estrecho, que rodea el CE Xd aprovechando la continuación del muro 9.2 (al este) y la 9.1 y 9.45 (al oeste) ambas en su recorrido hacia la ladera Norte (Contreras *et al.*, 2004: 29-30). Este pasillo sería el paso de comunicación directa entre el espacio de habitación Xa con el exterior de la acrópolis en dirección norte hasta el CE Xj y l. Sin embargo, pensamos que su funcionalidad como pasillo solo pudo ser como tal en el último momento de habitabilidad de esta zona del poblado. Cuando se construye la estructura 9.3 superpuesta en parte del alzado de la 9.45 y adosada o adaptada complementemente al recorrido de la estructura 9.10, conformando en su confluencia en la cara sur, una sola estructura, reforzada en este punto por una pequeña camisa de una sola hilada que las envuelve en todo su alzado (Fig. 95 y 96).

Todo parece apuntar que ambos accesos (puerta de entrada 9.30 y el pasillo o CE Xh) tendrían una estrecha relación con la fase de ocupación IIIA documentada a nivel del suelo del CE Xa. Recordemos que es en esta fase cuando en el poblado se producen una serie de reestructuraciones, a nivel espacial y estructural, tendentes a fortificar aún más la zona más elevada del poblado, hecho que en general viene a coincidir con el replanteo y fortificación del resto de los espacios en uso del poblado.

En la zona Norte del CE Xa nos encontramos un espacio en recodo, de forma cuadrangular, constituida por las estructuras 9.3, 9.9, 9.10 y 9.13. Esta área nos plantea en la actualidad diferentes incógnitas. Por el momento, podemos asegurar que el conjunto de estas estructuras se cimientan sobre un nivel de derrumbe (50 cm.) superpuesto directamente sobre la roca, que viene buzando en sentido este-suroeste. Su construcción se asociaría a la fase de ocupación IIIA, mientras que la estructura 9.3 parece ser un adosado o refuerzo de la 9.10, construida en el mismo momento que el pasillo 9.11. Su conexión con el suelo de ocupación del CE Xa nos hace suponer que se corresponde igualmente con la fase de ocupación IIIA. Esta reducción del espacio plantea la posibilidad de que el CE Xd se trate de una estancia íntimamente relacionada con el CE Xa en esta fase IIIA, respondiendo así a criterios constructivos atestiguados en otras partes del poblado, donde se crean estancias adyacentes con fines diversos, es el

¹³⁷ Si éste espacio funcionó en algún momento como pasillo interior, como parece ser, dicha función solo la mantuvo durante la fase de ocupación IIIA y los últimos momentos de vida de este poblado, III0.

caso de uno de los espacios del GE VI, donde existen estructuras y espacios específicos usados exclusivamente como lugares de enterramiento.

Respecto a la primera de las estructuras que recrean este recodo del extremo norte del CE Xa, la 9.3. Tras observar la secuencia muraria de esta zona junto con los resultados obtenidos de las últimas intervenciones, todo parece apuntar que esta estructura se alza sobre parte del alzado de la antigua 9.45, en sentido norte-sur, ya que su funcionalidad, parece estar relacionada con el posible estrechamiento del pasillo 9.11, lo que también explicaría su trazado más menos semicircular (manteniendo el dibujo de la 9.45 hacia el suroeste) rematada en su extremo sur en forma de triángulo para abrirse en forma rectangular en su recorrido hacia el norte. Su conservación es buena, aunque, fue roto en su extremo norte por las actuaciones clandestinas, sin embargo, gracias a ellos, podemos determinar su sistema constructivo, que consiste en la disposición de dos hileras de piedra con relleno de cascajo en su interior, trabadas por un aparejo de color gris. Hasta el momento se han conservado unas 15 hiladas de piedras superpuestas, trasladables a 1,30 m. mientras que, de sección presenta 70 cm. x 1,50 m. en su punto de mayor grosor hacia el norte. Esta estructura se encuentra vencida sobre la cara oriental de la estructura 9.10 y adaptada perfectamente a su trazado.

Precisamente, la estructura 9.10 junto con la 9.9 son las encargadas de recrear dicho recodo en forma rectangular. Esta estructura se superpone sobre un paquete de unos 50 cm. del derrumbe de piedra de la fase anterior a la IIIA y éste a su vez levantado sobre la roca virgen que aflora en sentido este-oeste. Se trata de una estructura de 1,60 m. de longitud en sentido norte-sur de forma rectangular, compuesta por grandes lajas de pizarra dispuestas en una sola hilada de forma horizontal y aplanada. La altura máxima conservada, contando con el nivel de cimentación, es de 1,50 m., y 16 hiladas de piedra, mientras que, su sección oscila entre 60 cm., y 65 cm., en sentido norte-sur, respectivamente. En cuanto a su aparejo, y tipo de mortero presenta unas características similares a la estructura anteriormente descrita, la 9.3. Por su extremo norte se adosa a la estructura 9.9, habiéndose documentado solo las dos últimas hiladas superiores engarzadas con esta última, lo que nos corrobora su posterioridad constructiva.

Con respecto a la 9.9, decir que responde a los mismos criterios constructivos que la 9.3, sin embargo, muestra diferencias con respecto a ella. En este caso, nos encontramos ante una estructura alzada sobre uno de los salientes de la roca, al que se adapta perfectamente su recorrido en sentido este-oeste a lo largo de 1,60 m. Su forma completamente rectangular hace que tanto la estructura 9.10 (al este) y la 9.13 (al oeste) se adapten y engarzen perfectamente a ella, al menos en sus hiladas superiores.

Por último, tenemos que hablar de la estructura o jamba de puerta 9.30, la estructura 9.13. Como en los casos anteriores se trata de una estructura de mampostería construida en dos hiladas de pizarras superpuestas de mediano tamaño, trabadas por un aparejo de color rojizo, de textura compacta. Su conservación es buena, sobre todo en su extremo sur, ya que conforme avanzamos hacia el norte parte de su alzado ha ido desapareciendo debido a la erosión y los hoyos de clandestinos antiguos. Su longitud de 80 cm., y orientado en sentido norte-sur se adosa a la cara occidental de la estructura 9.9, recreando una forma ligeramente trapezoidal. Cuenta con una sección que oscila entre 40 cm., y al contrario que la estructura 9.10, ésta se engarza a lo largo de todo su alzado con la estructura intermedia 9.9, tal y como demuestra una gran losa de forma triangular documentada entre las hiladas superiores y en el punto de unión de ambos muros,

consolidando así, su íntima conexión no solo funcional sino también constructiva. Esta estructura o jamba (9.13) junto con el extremo norte de la 9.4 recrean la puerta o vía de comunicación (9.30) entre este contexto doméstico y el CE Xd y Xc (Fig. 96).

A nivel secuencial, las estructuras murarias que definen el espacio construido hacia el noroeste llegan a alcanzar la roca, como sería el caso de la cimentación del muro 9.2 y 9.4, aunque son apreciables dos momentos constructivos en su alzado, tal y como hemos explicado anteriormente. Aun así, la pervivencia de su trazado, respondería a una planificación en origen de este espacio, al menos en lo que supone la estructura en sí independientemente de las reestructuraciones internas habidas, desde su primera fase de ocupación hasta el momento de su abandono.

Redundando en esta idea, y teniendo en cuenta algunas otras estructuras que parecen corresponderse con el primer momento de uso, a nivel estructural, este contexto cambia sustancialmente a lo largo de la fase argárica, así como su organización interna también es visiblemente diferente y quizás bastante menos encastillada en las fases IIIB y IIIC. Prueba de ello, es que el pasillo (9.11), antes señalado, no existiría quedando así el CE Xh como una especie de adarve sólo a partir de un determinado periodo (Contreras *et al.*, 2004: 30). No obstante, para poder despejar todas las incógnitas sobre la definición estructural de las diferentes fases de ocupación del poblado, y concretamente del CE Xa, sería oportuno esperar a los resultados de próximas excavaciones arqueológicas.

Durante la última campaña de excavación (2005) desarrollada en este espacio, se procedió al levantamiento del suelo de ocupación de la fase IIIA. Uno de sus objetivos pasaba por la localización de posibles estructuras funerarias bajo éste. Sin embargo, estos planteamientos iniciales no llegaron a confirmarse, pero los resultados de dicha intervención fueron muy fructíferos, al menos, para comenzar a conocer la organización de este espacio en fases argáricas anteriores a la IIIA. Desde la documentación del suelo de ocupación se había observado que en la esquina recreada entre la estructura 9.3 y 9.10 aparecían una serie de lajas de pizarra en forma escalonada superpuestas al propio suelo de ocupación. Sin embargo, nuestra curiosidad se vio acrecentada porque junto a dichas estructuras se documentó sobre el suelo de ocupación una gran fosa provocada por el propio desplome del alzado superior de estos muros que originaron la rotura del suelo de ocupación y por lo tanto su práctica desaparición en el extremo norte. Una vez retirada la escasa capa del suelo de ocupación y rebajada la fosa documentada se comenzó apreciar la aparición de una estructura semicircular de escasa envergadura de unos 2,70 m. de longitud, orientada en sentido noreste-suroeste, chocando en este frente contra la 9.4 y sobre la que se alzaba el banco corrido 9.44a. Esta estructura se superponía directamente sobre el afloramiento rocoso, que como hemos indicado en otros párrafos, buza en sentido noreste-sueste. Se construye por la disposición de lajas de mediano y pequeño tamaño de forma aplanada, trabadas por escasa argamasa consistente en un mortero de barro de textura compacta y color grisáceo. Presenta una escasa conservación, de la que tan solo se ha recuperado su cara externa con un grosor de unos 60 cm., de media en todo su recorrido, mientras que su alzado oscila en sentido oeste-este entre 1 m. y 20 cm.

Respecto a esta estructura debemos decir que pertenece cronológicamente a una fase anterior, probablemente a la IIIB, sin embargo, esto no lo podemos afirmar ya que no contamos con una datación absoluta al respecto, pero su secuencia muraria y su

anterioridad tanto al suelo de ocupación, como al banco corrido nos apunta hacia esta tesis. Igualmente, nos ratifica en nuestra hipótesis sobre la construcción de la estructura 9.4, ya que esta estructura choca directamente contra el primer tramo de su alzado, lo que nos corrobora nuestra tesis de que dicha estructura 9.4 se alzada desde la fase anterior a la IIIA. Y por último, debemos hablar de que esta nueva estructura 9.45a, sea una prolongación hacia el sureste de la 9.45. Esta hipótesis nos ratificaría en nuestra teoría de que la organización de este espacio en las fases anteriores argáricas, sería muy distinto al panorama que nos encontramos en la fase IIIA. Ya que todo indica que esta estructura y su prolongación en paralelo a la 9.2 recrearían durante la fase IIIB un espacio orientado en sentido norte-sur, siendo precisamente este extremo Su en forma semicircular. No obstante, para proseguir indagando en esta teoría sería necesario ampliar la excavación hacia el CE Xd y por lo tanto proceder incluso al desmonte del recodo compuesto por las estructuras 9.3, 9.9 y 9.10.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)



Lámina 132. Estructura de molienda (9.14) con grandes contenedores asociados (Proyecto Peñalosa).

Sobre el suelo de tierra apisonada se documentan toda una serie de estructuras acompañadas de un gran repertorio de artefactos y ecofactos, relacionados con diferentes prácticas productivas (Alarcón, 2005: 176). Así, sobre el suelo de ocupación y adosado al muro maestro 9.4 se localizó un banco sobreelevado (9.14) de forma rectangular. Construido por la disposición de lajas verticales revestidas de dos capas

consecutivas de barro rojo y amarillento, que consolidaron su alzado. Precisamente contaba con un alzado que alcanzaba los 70 cm. sobre la cota del suelo de ocupación, mientras que su sección era de 65 x 90 cm. Sobre éste se documentó *in situ* una gran piedra de molino en arenisca, de grandes dimensiones y forma barquiforme (nº 9.030). Éste se asentaba sobre el banco a través de la disposición bajo el mismo de una capa de barro endurecido que propició su asentamiento y estabilidad. Este banco de molienda se completa con una estructura de piedra (9.36) que soporta dos compartimentos. El primero de ellos se documenta al Norte de la 9.14, y se trata de una estructura de lajas hincadas (9.34) cuya funcionalidad sería el almacenamiento previo del cereal que sería triturado en la estructura anterior. Esta estructura responde a los sistemas constructivos documentados para estos grandes contenedores de almacenamiento en el poblado de Peñalosa. Construido por grandes lajas de pizarra, hincadas en el suelo de ocupación. Para homogeneizar su alzado, sus constructores, utilizaron barro endurecido bastante depurado de color rojo y textura compacta, para trabar dichas lajas y darle consistencia a la estructura. Esta contenía encajada una gran orza ovoide de almacenamiento, de grandes dimensiones (Contreras *et al.*, 1990; 2004: 29).

Al sur de estas estructuras, y siguiendo en paralelo al muro 9.4, se documentó un banco corrido (9.15) de forma rectangular. Construido, exclusivamente, con mampostería de piedra trabada con barro anaranjado. Cuenta con una sección de 70 cm. x 1,80 m., mientras que de alzado solo mantenía tres hiladas de piedra correspondientes a 12 cm. de altura. Sobre este banco se encontraban *in situ* diversos elementos de hueso trabajado, restos de mineral y diferentes elementos cerámicos relacionados con la producción y consumo de alimentos (Lám. 132).

Continuando con este tipo de estructuras, en el extremo Norte de la estructura 9.36, localizamos un nuevo banco corrido (9.61) adosado a la cara interna de la 9.4, con el que comparte su recorrido. Construido por dos hiladas de piedras de medianas dimensiones dispuestas de forma horizontal y trabadas con barro rojo y amarillento, éstas se alzan por una pequeña cimentación de (10 a 15 cm.) de barro apisonado de las mismas características que el suelo de ocupación (9.37), aunque su nivel de cimentación es mucho mayor ya que se alza directamente sobre parte de la estructura (9.45) de la fase anterior (IIIB). Su delimitación norte la define una enorme laja de pizarra de más de 50 cm., de ancho colocada en vertical, en donde se localizaron diferentes artefactos, entre ellos un cuenco semiesférico y diferentes útiles en piedra tallada.

En el extremo opuesto, al noreste, junto a la cara interna del muro 9.2 se documentó un nuevo banco (9.62). En este caso nos encontramos con una estructura formada por una sola plataforma de lajas de pizarras planas levantadas sobre una superficie de barro apisonado de color anaranjado-rojizo. En este banco, que discurre en dirección norte-sur, encontramos diferentes elementos materiales, como una tapadera de pizarra, un molino de pequeñas dimensiones y numerosas pesas de telar con dos perforaciones. De ellas, las que estaban cocidas presentaban un buen estado de conservación, no así el resto que fueron localizadas totalmente aplastadas por el peso del derrumbe de la techumbre de la vivienda, en el extremo sur de este banco, que no contaba con la disposición de lajas planas en su parte superior, definiéndose exclusivamente por barro apisonado de color rojo intenso y textura limosa de grano fino. Presenta en su primera parte de recorrido una sección que llega a alcanzar los 90 cm., mientras que conforme avanzamos hacia el sur, esta va disminuyendo en 20 cm., con respecto a su punto de arranque. Asimismo, su alzado también varía, contando en la

zona norte con 17 cm., mientras que en la zona sur desprovista de la hilada superior de lajas de pizarra cuenta con escasamente 10 cm.

En el interior de esta vivienda se localizaron dos hogares o estructuras de combustión. Ambos responden a los dos sistemas constructivos documentados en el conjunto de este poblado (ver cap. III.1 y 2). El primero de los documentados (9.16), se localiza a escasos 40 cm. al sureste del banco corrido (9.15). Se constituye por la disposición en forma más o menos circular, con un diámetro de 1,10 m., de pequeños guijarros de pequeño tamaño y, posiblemente, trabados por barro durante su periodo de uso primario que suponen un alzado original de 10 cm. sobre el nivel de suelo de ocupación. En su interior se documentaron grandes cantidades de carbón junto con abundantes restos de cultura material (artefactos y ecofactos) de diversa índole. El segundo de ellos se localiza en el extremo opuesto de este contexto doméstico, al noroeste, y adosado al muro 9.4. Como en el caso anterior, se compone por pequeños cantos de río que forman un semicírculo de unos 50 cm. de diámetro adosado a la cara interna de la estructura 9.4. En su interior no sólo conservaba materiales cerámicos (una olla ovoide de pequeñas dimensiones (nº 9.769-1) junto con varios cuencos o vasos parabólicos de paredes abiertas) sino también restos óseos de fauna tanto sobre el sedimento o materia carbonizada de su interior como en el interior de una de las ollas documentadas sobre esta estructura. En las cercanías a esta estructura de combustión y en la esquina originada por la estructura 9.10, documentamos tres pequeños recipientes que imitaban las formas de la vajilla doméstica pero que por su factura y características podemos considerarlos como batería de niños.

En último lugar, debemos referirnos a un elemento que junto con el derrumbe de adobe y revoco nos ratifican en nuestra hipótesis de que este espacio doméstico, al menos en su gran parte, estuvo provisto de techumbre. Nos referimos a los típicos hoyos de poste, localizado en este caso, en el centro de la estancia (9.63). Se trata de una estructura sencilla, formada por un círculo con cinco pequeñas lajas de pizarra hincadas en el suelo de ocupación, con restos carbonizados de la viga en su interior. Su articulación espacial está en consonancia con la disposición del derrumbe de vigas (US 9.3a, 9.4, 9.5 y 9.6) cronológicamente anterior al suelo de ocupación. Como ya sucediese en la casa IV, en este caso junto a este hoyo de poste y a su correspondiente viga de madera que soportaría, encontramos los restos de una gran orza aplastada y una ollita, que presumiblemente, por su disposición sobre el suelo de ocupación, estarían apoyadas sobre el poste propiamente dicho.

c) Análisis Contextual (Fig. 98)

En la secuencia estratigráfica de todo el Grupo Estructural X encontramos un primer nivel sedimentario. Se trata de un estrato superficial US 9.1 documentado en forma de capa por todo este CE, incluso adentrado en determinadas zonas del siguiente nivel del derrumbe superior de piedra (US 9.2) de las estructuras adyacentes. Éste consiste en una tierra suelta de textura arcillosa y color gris-amarillento de tonalidad media que soporta una estructura en bloques de piedra de medianas dimensiones. Su sedimentación responde de forma exclusiva al paso del tiempo y al desmoronamiento de parte de los alzados de las estructuras que tras su abandono aun se conservaron en pie. En base a las características morfológicas de este nivel no es de extrañar que

prácticamente no se localizasen restos culturales, aunque debemos reseñar el hallazgo de una punta de flecha en metal (nº 9.001) (Fig.111: 13) que presenta a una de las aletas fracturadas y grandes concreciones terrosas.

Seguidamente, a este nivel nos encontramos con las capas superiores del derrumbe de piedra (US 9.2 y US 9.3). La primera Unidad Sedimentaria reseñada (9.2) corresponde con el relleno natural de una de las principales trincheras o excavaciones clandestinas realizadas en los años 60 por el Dr. García Serrano. Respecto a ella, es importante reseñar que se trata de una gran fosa que discurre en sentido longitudinal (este-oeste) y que engloba gran parte del CE Xa, Xg y Xc. En cuanto a su morfología decir, que, se compone por una tierra suelta de textura arenosa y color gris, sedimentada en forma de artesa que contiene abundantes piedras de pizarras de grande y mediano tamaño. Los únicos restos materiales documentados consistían en abundantes restos cerámicos a mano. Todos ellos muy fragmentados y carentes de forma por lo que no podemos realizar su adscripción tipológica.

Por su parte, la US 9.3 genéticamente, corresponde con el derrumbe de la parte alta de los muros perimetrales que definen este contexto doméstico (9.4 al oeste y el 9.2 al este, básicamente). La geometría de su sedimentación es en forma de capa cubriendo todo el espacio de este CE, compuesta por una tierra o barro de estructura compacta y textura arcillosa de color amarillento que soportan grandes pizarras. Un elemento a destacar en cuanto a su sedimentación es que este nivel se encuentra ausente en las zonas más próximas a los alzados de los muros perimetrales. Esto es lógico si recordamos que el alzado de estas estructuras llegaría a alcanzar una media en altura de 3 m. lo que supone que cuando se desplomasen sus hiladas superiores irían a parar al centro de este contexto doméstico. Como en los dos casos anteriores, en este nivel los restos culturales también son muy escasos, aunque muy interesantes. Entre ellos podemos incluir dos elementos en hueso trabajado (nº 9.010-1 y 9.010-2) (Fig.109: 4). El primero de ellos (nº 9.010-1) se trata de un punzón sobre metápodo realizado por corte longitudinal y abrasión de la cara interna, en la que conserva una parte de la epífisis proximal. Presenta una longitud de 116 mm. y una sección circular en el extremo distal, la mesial es cóncava-convexa. Conserva la punta, a pesar de su uso, una ligera facetación de manufactura, mientras que las estrías de abrasión finas se disponen oblicuas en la punta y en vertical en el lateral derecho hacia el fuste. Conserva un lustre de aprehensión que cubre su extremo proximal. También se han podido identificar sus huellas de uso, identificándose, con una ligerísima deformación o un pequeño hombro en la punta y una zona de lustre que cubre, aproximadamente, los tres cuartos de la superficie desde la punta, más acusado en los bordes del canal medular. El segundo de ellos (nº 9.010-2), se corresponde con el extremo distal de un punzón sobre un hueso largo indeterminado. De sección circular en el extremo distal y algo cóncava en el fuste. Se obtuvo por el corte longitudinal y la abrasión de los bordes con un elemento de grano fino aplicado en planos sucesivos que se suavizaron por el uso. La superficie está cubierta por un lustre general e intenso. Junto a estos elementos en hueso trabajado, también se localizaron otros elementos tanto en arcilla, como dos pesas de telar con dos perforaciones (nº 9.004 y 9.047) (Fig. 108: 12 y 13) como en cerámica. Precisamente, a estos pertenecen los restos dos pequeños vasitos, uno de ellos de paredes ligeramente verticales y fondo plano (nº 9.006-5) y otro semiesférico de tendencia parabólica (nº 9.006-4) junto a un cuenco semiesférico de mayores dimensiones (nº 9.022). En cuanto a los elementos materiales relacionados con la producción metalúrgica solo encontramos un molde de lingotes en cerámica (nº 9.002). Todos estos elementos fueron

localizados en el extremo suroeste de este CE (subsector Aa) y en la limpieza de la parte correspondiente al desmonte del testigo H, algo lógico si pensamos que las estructuras de soporte doméstico se concentran en este extremo. Así destaca el hecho de que en el resto del espacio solo se hayan recuperado abundantes restos de materia orgánica carbonizada (nº 9.363, 9.367, 9.370, 9.371, 9.372, 9.372, 9.373, 9.374, 9.375), un pequeño alisador fragmentado (nº 9.368) y los restos de solo dos ollas (nº 9.360 y 9.366) cuya morfología no ha sido posible reconstruir debido al alto grado de fragmentación que presentaba. La última de ellas presentaba decorado en su borde a base de incisiones de punzón.

Bajo este nivel sedimentario, nos encontramos con la US 9.4, que consta de un espesor máximo de unos 30 cm. y se define como un depósito natural entre dos momentos de derrumbe de piedra (9.3 y 9.5). Como en los casos anteriores este nivel se distribuye por casi todas las zonas del Complejo Estructural en forma de capa. Se caracteriza por presentar un sedimento de estructura suelta y textura limosa de color gris ceniciento. Contiene restos de fauna bastante alterados. En cuanto a los restos culturales recuperados en este nivel solo podemos destacar un posible alfiler (nº 9.009). Se trata del extremo distal y parte del proximal de una posible punta de alfiler con una antigua fractura sobre un hueso largo indeterminado. De sección semicircular, se ha obtenido por corte longitudinal y abrasión de la que se conservan finas estrías transversales en la cara superior y oblicua en la inferior con lustre de uso o de aprehensión. El color natural de la superficie está alterado por impregnaciones del suelo en forma de ligeras manchas de color marrón claro distribuidas de forma irregular. Una antigua fractura del lateral se cubrió de lustre de aprehensión lo que indica que la pieza continuó usándose después de su fractura.

Inmediatamente posterior a este nivel (US 9.4) encontramos el 9.5. Éste consta de unos 40 cm. de espesor y se define genéticamente como una segunda capa de derrumbe de piedras del alzado medio de las estructuras perimetrales y de los revocos y adobes que cubrieron dichos paramentos. Se distribuye en forma de capa formada por la descomposición del revoco de las paredes y por el desplome de las hiladas siguientes a las superiores de los muros que componen este espacio. Así pues, este nivel sedimentario se ha originado como una estructura compacta de color marrón claro conteniendo abundantes cantidades de pizarra. En cuanto, a los restos materiales recuperados debemos decir que todos ellos se encontraban muy fragmentados y dispersos, a pesar de ello, se pudieron recuperar dos orzas ovoides de medianas dimensiones con decoración incisa en el borde (nº 9.624 y 9.640-2) y una ollita de similares dimensiones y decoración (nº 9.640-1). A pesar de la escasez de restos culturales debemos destacar la abundancia de elementos materiales en piedra pulimentada, sobre todo, molinos (nº 9.331, 9.332, 9.334 y 9.335) aunque, también, se localizaron dos alisadores (nº 9.336 y 9.337) (Fig. 104: 10). Asociados a estos restos culturales también se encontraron otros elementos que ya nos evidenciaban la sedimentación de este espacio, ésta consistió básicamente, en materiales de construcción, producto de los tapias y revocos de las paredes (nº 9.626-3, 9.632, 9.633 y 9.639-3), junto a restos de materia orgánica carbonizada (nº 9.627, 9.628, 9.634 y 9.636) y restos de fauna bastante alterados (nº 9.630, 9.637 y 9.639-2). Todos estos elementos prácticamente fueron recuperados en su generalidad en el centro-sur de este contexto doméstico.

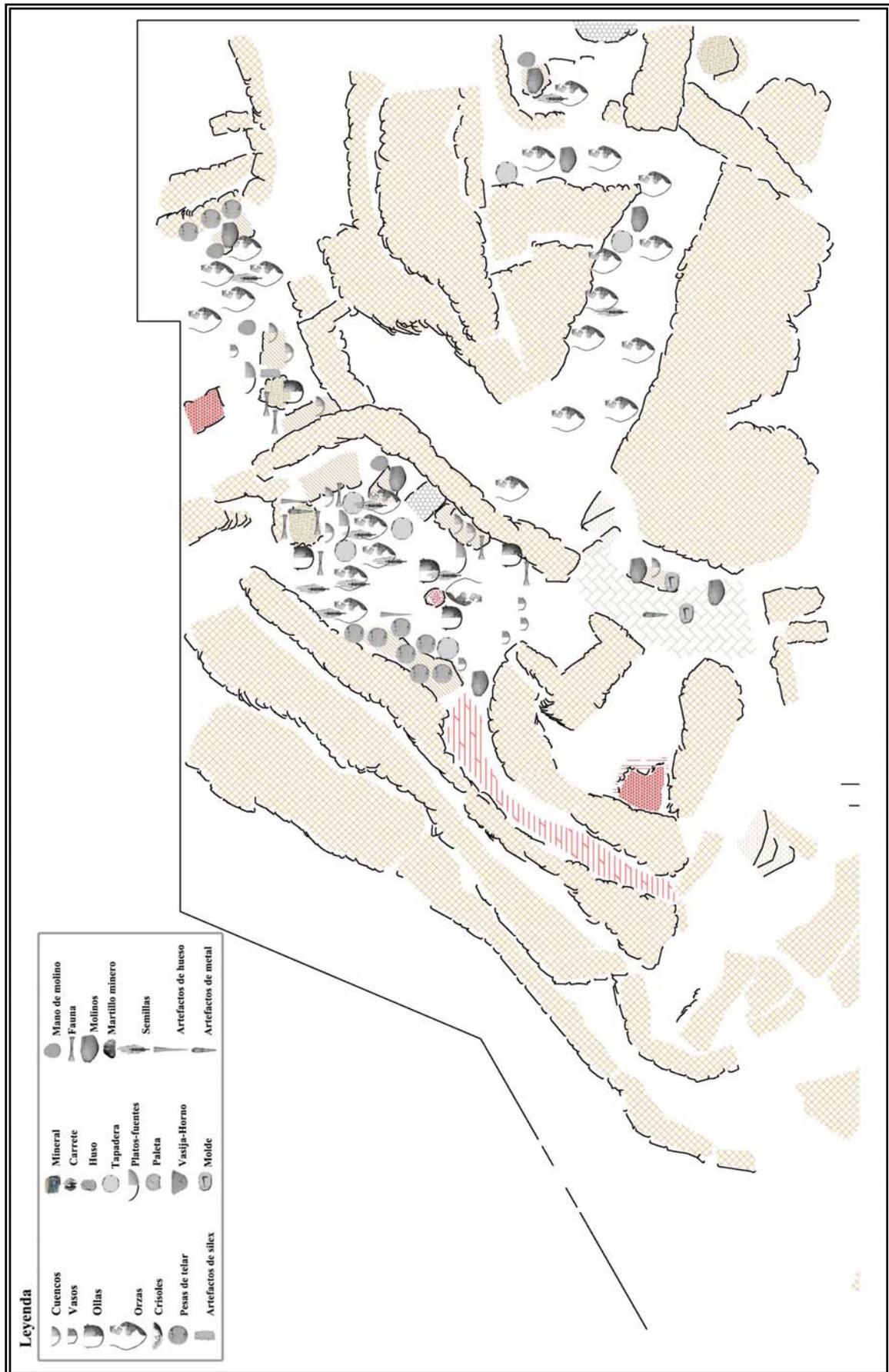


Figura 98. Distribución de la cultura material recuperada sobre los suelos de ocupación del Grupo Estructural X.



Figura 99. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:8).

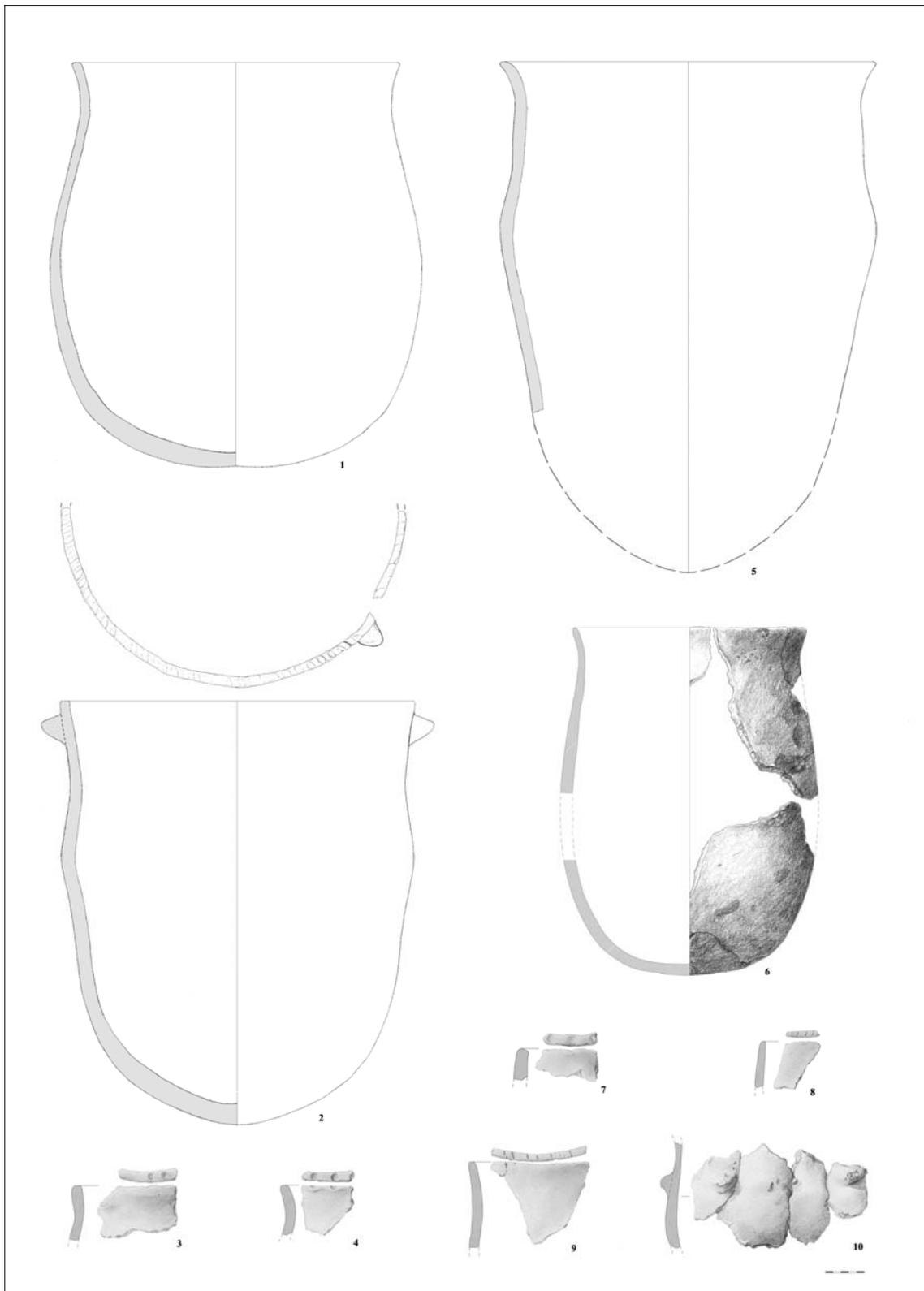


Figura 100. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).

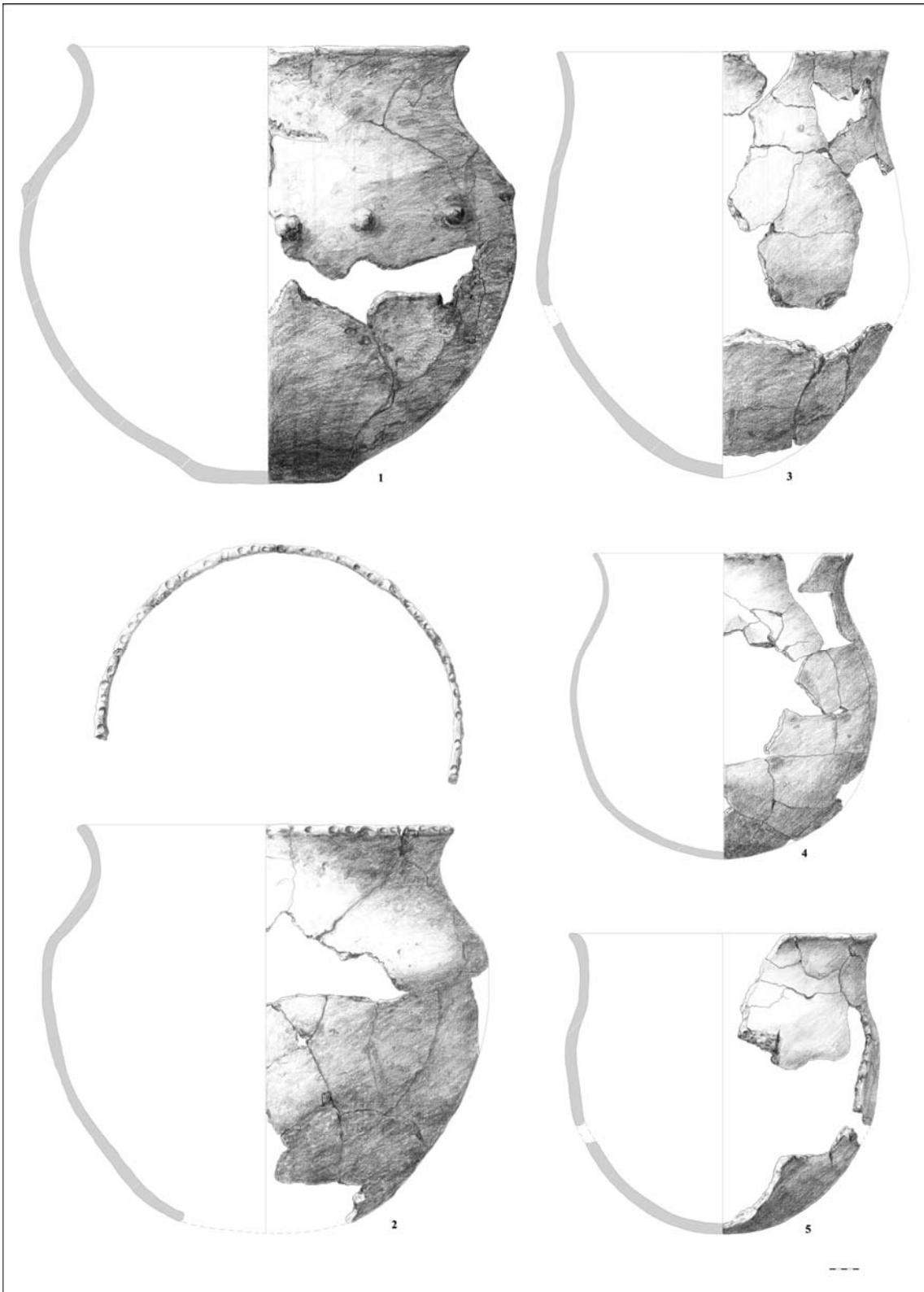


Figura 101. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).

Llegados a este punto y teniendo que afrontar el resto de niveles sedimentarios pertenecientes a la fase IIIA. Debemos decir que a partir de la íntima relación que mantienen con el suelo de ocupación (US 9.7a, correspondiente con la estructura 9.37) y por lo tanto con la distribución de la cultura material durante esta fase de ocupación, vamos a proceder a realizar el análisis conjunto de los niveles sedimentarios pertenecientes al derrumbe de adobes y tapias (US 9.105) y la US 9.6 procedente de la descomposición de las vigas caídas (Contreras *et al.*, 1990; 2000). No obstante, manteniendo la tónica del conjunto de esta tesis doctoral, realizaremos el análisis genético de cada una de las unidades sedimentarias a continuación.

La primera de ellas, corresponde con la denominación (US 9.105). Hasta el momento de los niveles analizados, éste es el que presenta un mayor espesor sedimentario, llegando a alcanzar dependiendo de las zonas, entre 40 y 60 cm. Se caracteriza por presentarse homogéneamente en forma de capa, cubriendo, prácticamente, todo este sector. En cuanto a su descripción podemos decir que se compone por un sedimento en forma de barro de textura arcillosa y estructura compacta de color rojo intenso. En su matriz contenía algunas pizarras, pero en este caso, son de menores dimensiones que en los casos anteriores (9.2, 9.3 y 9.5). Destacar, la gran cantidad de material de construcción, barro o tapial producto de los revocos de las paredes (nº 9.626-3, 9.632, 9.633, 9.639-3 y 9.726) estuco blanco (nº 9.379), junto a restos de materia orgánica carbonizada (nº 9.627, 9.628, 9.634, 9.636 y 9.720), los fragmentos de una orza ovoide que presenta decoración incisa en el borde (nº 9.708) (Fig. 99: 4) y los de una ollita de factura tosca de medianas dimensiones (nº 9.729) y restos de fauna bastante alterados (nº 9.630, 9.637, 9.639-2 y 9.721-2). Todos estos elementos prácticamente fueron recuperados en su generalidad en el centro-Sur de este contexto doméstico.

Lo que respecta a la US 9.6, debemos decir que su sedimentación se caracteriza por presentarse en forma de manchas alargadas de distribución irregular, concentradas la mayoría de ellas sobre todo en el extremo occidental y norte de este espacio, lógico si tenemos en cuenta que el hoyo de poste documentado en este contexto doméstico se ubica en el centro del mismo. Se compone por una matriz (de unos 25 a 30 cm. de espesor) formada por una tierra de color gris oscuro, de textura limosa y estructura ligeramente suelta. En este nivel se documentaron grandes lascas de pizarra originarias de la techumbre, presentando en su mayoría una inclinación de norte-sur y noroeste-sureste, algo lógico si pensamos que nos encontramos ante un nivel de descomposición de las vigas y postes caídas que soportarían la techumbre.

Ahora sí debemos referirnos al pavimento que conforma el suelo de ocupación de la fase IIIA (9.37) que a nivel sedimentario ha sido denominado como US 9.7. Éste responde a los criterios constructivos de los contextos domésticos del mundo argárico, es decir, se trata de un pavimento cuya geometría sedimentaria se caracteriza por presentarse en forma de capa más o menos regular de aproximadamente unos 7 cm. de espesor, en cuya composición no solo encontramos barro apisonado sino también restos de materia orgánica, producto del desarrollo de la vida cotidiana acontecida en este espacio. Sus características en cuanto a su composición genética, responde, a una estructura irregular y textura limosa de color rojo intenso con una fuerte mezcla de “manchas” de color grisáceo, lógico, si pensamos que éste apareció cubierto por el derrumbe de estructuras de adobe (US 9.105) y por el nivel de descomposición de las mismas (US 9.6).

En estos niveles de contacto con la parte superior de los restos culturales pertenecientes al suelo de ocupación se localizaron, sobre todo, restos de material de construcción (nº 9.730 y 9.747) y abundantes restos de materia orgánica carbonizada (nº 9.732, 9.733 y 9.738), restos de fauna (nº 9.734-2, 9.735, 9.741 y 9.746) y diferentes elementos en piedra pulida de formas indeterminadas (nº 9.737, 9.742 y 9.745) y una posible mano de molino (nº 9.728).

Frente a la escasee de restos culturales en estas Unidades Sedimentarias, sobre el suelo de ocupación US 9.7 documentamos toda una serie de áreas de actividad relacionadas con grandes cantidades de cultura material de originalidad diversa. Ésta va desde la presencia de material cerámico, restos metálicos, arcillas hasta ecofactos vegetales y faunísticos. Su disposición en el suelo de ocupación nos proporciona las bases para acercarnos a las pautas de uso que este grupo familiar utilizaron. Debido a la fuerte cantidad de restos materiales recuperados sobre el suelo de ocupación, hemos decidido realizar su análisis contextual por zonas. El objetivo no es otro, que llevar a cabo un análisis lo más exhaustivo posible de cada uno de los elementos para así posteriormente realizar una interpretación conjunta de todo este espacio.

Así pues comenzaremos por el extremo suroeste de este espacio, lugar donde se concentran la mayor parte de la cultura material recuperada en este contexto doméstico, debido, entre otras cuestiones, a la ubicación de diferentes estructuras de soporte a las actividades de mantenimiento, nos referimos a los diferentes bancos corridos, estructura de almacenamiento, de molienda, hogar, etc.

En primer lugar, vamos hacer referencia a uno de los elementos cerámicos más abundantes en esta zona de este contexto doméstico, nos referimos a las grandes vasijas de almacenamiento. En su mayoría responden a unas características similares, presentan un perfil ovoide o globular con el cuello muy marcado y el borde más o menos saliente y dotadas en la mayoría de los casos de una gran profundidad (Contreras *et al.*, 2000: 91-43). En el extremo suroeste de este espacio, muy cerca del banco de molienda (9.14) contra el que parecen estar apoyadas atendiendo a la inclinación que presentaban en su mayoría en sentido norte-sur, fueron localizadas hasta cinco ejemplares de estas orzas (nº 9.026, 9.058-2, 9.073 y 9.074) (Fig. 100: 1 y 5). Las dos primeras carecían de decoración, mientras que el resto presentaban incisiones en el borde e incluso la 9.073 exhibía dos mamelones a los lados y en las cercanías de la boca. A pesar de que la mayoría son orzas ovoides de cuello marcado, también encontramos ejemplos de una orza de perfil ovoide y el borde ligeramente entrante y fondo plano, es el caso de la orza 9.064. Esta fue localizada en las cercanías de la estructura de hogar (9.16) y junto con la anterior 9.074 (Fig. 99: 2) presentaba una inclinación en sentido oeste-este. Asociadas a ambos contenedores, encontramos dos grandes tapaderas de pizarra recortada (nº 9.123-2 y 9.129) (Fig. 103: 13 y 14). Asimismo, se documentaron numerosos fragmentos de otras muchas orzas cuya morfología ha sido imposible reconstruir debido al alto grado de fragmentación que presentaban (nº 9.058-3, 9.058-5, 9.058-9, 9.058-10, 9.058-11, 9.123-1, 9.123-2, 9.133, 9.624, 9.693-1 y 9.693-3 y 9.708), en su mayoría presentaban decoración incisa en el borde a base de punzón (Lám. 131:7, 8 y 9).

Al sureste y en las cercanías del muro 9.2 se registraron otro conjunto de siete grandes orzas de almacenamiento que responden a las mismas pautas morfológicas que las anteriores (nº 9.395, 9.398, 9.406, 9.445, 9.478, 9.494, 9.496-1, 9.496-2, 9.434 y

9.398) (Fig. 100: 2), junto a otra más pero de paredes rectas y fondo convexo (n° 9.858) (Fig. 102: 2) que exhibía decoración impresa de digitación en el borde y dos mamelones para la sujeción. En este caso, la mayoría presentaban sus bocas hacia el Norte. Igualmente, en el centro de este contexto doméstico se hallaba una gran orza de patrones estilísticos similares a las anteriores que por su disposición espacial, de la que podemos decir que se encontraba apoyada directamente sobre la viga de madera que contenía el hoyo de poste central (n° 9.862) (Fig. 101: 3) ya que presenta una inclinación en sentido sur-norte, coincidiendo su fondo con uno de los calzos externos (al norte) del hoyo de poste. Asociadas a estas, se recuperó un tipo de artefacto, poco frecuente en el registro arqueológico de este periodo cronológico, es una tapadera de corcho relacionada con una de las orza ovoides de borde ligeramente entrante (Contreras *et al.*, 2000: 274-259).

Por último debemos señalar que en el interior de la gran estructura de lajas hincadas o estructura de almacenamiento 9.36 se localizó otro gran contenedor cerámico (n° 9.405) que respondía a las mismas características morfológicas que las anteriores.

Todos estos grandes contenedores aparecieron repletos de semillas de cereal fundamentalmente trigo y cebada, sin procesar, por lo tanto no apto para el consumo. Asimismo debemos destacar la fuerte abundancia de restos de plantas silvestres dispersas por todo el suelo de ocupación que llegan a representar el 98% de las muestras analizadas, entre estas destaca, sobremanera, la presencia de la *lavandula stoechas*.

Junto a estos elementos cerámicos de almacenamiento, se evidenciaron también los recipientes cerámicos utilizados para la preparación de alimentos consistían, básicamente en dos tipos de grandes ollas tanto globulares como ovoides, las de cuello marcado y las de paredes entrantes de medianas y grandes dimensiones. Respecto a las primeras, encontramos hasta tres ejemplares (n° 9.341, 9.366 y 9.725). Las dos primeras presentan decoración incisa en el borde mientras que la tercera exhibe digitaciones. En el segundo de los casos encontramos hasta seis ejemplos (n° 9.058-2, 9.402, 9.640-1, 9.693-2, 9.781 y 9.850) (Fig. 102: 3). Como en los casos anteriores, también presentan decoración, en la mayoría de los casos esta consiste en incisiones realizadas a base de punzón, aunque también, contamos con ejemplos de impresiones de digitaciones y en el caso de las segundas presentadas, exhibían dos pequeños mamelones de forma puntiaguda. Tanto unas como otras se concentran en el extremo sur y noroeste de este contexto doméstico, relacionadas directamente con los dos hogares documentados (9.16 y 9.64) y en un caso particular asociada a una gran orza en el centro de la estancia (n° 9.850), tan solo hemos recuperado un ejemplar en el flanco sureste (n° 9.725). Estas se han localizado asociadas a tapaderas de pizarra. Estos tipos cerámicos nos muestran unas estrategias de preparación y procesamiento de alimentos donde cobran mayor peso los alimentos sólidos o semisólidos y líquidos (Alarcón García, 2006: 98) en la dieta de este grupo familiar.

El resto de los recipientes completos son de pequeño tamaño y todos ellos están relacionados con las prácticas de servicio y consumo del alimento. Entre ellos prevalecen los cuencos semiesféricos de tendencia parabólica y paredes muy bien cuidadas tratadas con la técnica del bruñido (n° 9.058-10, 9.403, 9.486, 9.784 y 9.855). Todos ellos se concentran en la zona sur y noroeste de este contexto, aunque debemos apuntar que el ejemplar, n° 9.487, se localizó asociado directamente con la gran orza ovoide (n° 9.398) concretamente en su extremo oriental y el n° 9.784, se encontraba *in*

situ sobre el banco corrido (9.61). Siguiendo, a estos muy cerca, encontramos dos cuencos semiesféricos de perfil simple de medianas dimensiones (n° 9.495 y 9.885), otro más de mayor tamaño (n° 9.059); tres más, parabólicos de medianas dimensiones (n° 9.019-1, 9.068 y 9.076); uno de paredes rectas (n° 9.061) y otro cuenco semiesférico hondo (n° 9.481). También cabe destacar otros recipientes de pequeñas dimensiones, entre ellos destacar dos vasitos de fondo convexo (n° 9.053-8 y 9474); un vasito carenado (n° 9.022) y dos más de paredes entrantes y fondo plano (n° 9.427 y 9.846) (Fig. 103: 2). En cerámica, sin embargo, los elementos más sorprendentes son dos fragmentos de peana estrecha de una copa (n° 9.099 y 9.849), el primero de ellos, localizado en las cercanías de la estructura de combustión (9.61).

Continuando con los recipientes cerámicos, justo en la esquina que configuran las estructuras 9.10 y 9.11 y en las cercanías del segundo hogar semicircular (9.61), se hallaron tres vasitos de muy pequeñas dimensiones, uno de ellos de fondo convexo (n° 9.760) (Fig.110: 3) y dos de fondo plano (n° 9.761 y 9.766) (Fig.110: 1 y 2). Un cuarto (n° 9.006) fue localizado en las cercanías del hogar 9.16 y responde a las mismas características tecnológicas y morfológicas que los anteriores. Como decimos, son recipientes muy pequeños, de factura muy tosca e irregular, con arcilla poco cocida.

Sobre las estructuras que conforman el espacio interior de este contexto doméstico se localizaron *in situ* toda una serie de restos culturales que nos precisan, aún más si cabe, las diferentes áreas de actividad que se desarrollan en este espacio. Precisamente, al Sur, sobre el banco corrido (9.15) construido, exclusivamente, con mampostería de piedra trabada con barro rojo, se documentaron diferentes elementos, sobre todo, de metal. Estos consistían en; una punta de flecha de pedúnculo y aletas (n° 9.035) (Fig.111: 14) cuya conservación era bastante alta y un punzón de pequeño tamaño con el extremo proximal redondeado (n° 9.037) (Fig.111: 5) junto abundantes de restos de fauna, materia orgánica carbonizada y elementos cerámicos de formas indeterminadas debido al alto grado de fragmentación.

Los hallazgos del extremo meridional, al interior de la estructura 9.16 que ha sido denominado como Unidad Sedimentaria 9.21 se caracteriza por presentar fuertes concentraciones de restos de ceniza con restos de materia orgánica, lo que le confiere a la genética de su composición una textura limosa de grano muy fino y estructura suelta. En su interior se han localizado en su mayor parte restos de fauna, especialmente cabra, caballo, oveja, conejo y cerdo. Continuando con los elementos en cerámica en las cercanías de esta estructura se localizaron dos moldes de lingotes, uno completo bastante alterado por el fuego, sobre todo por el exterior, conservándose al interior restos del ahumado de color blanquecino/negruczo desde casi el mismo ras del borde (n° 9.063) y el otro fragmentado (n° 9.002). En esta misma zona se recuperó, además, un molde de piedra arenisca (n° 9023) que tipológicamente se acerca bien a espada o bien a cuchillo largo. Aunque con estos elementos podríamos pensar en una zona de actividad metalúrgica todo parece presagiar que esto no fue así explícitamente, como veremos en el apartado correspondiente con la interpretación social de este espacio. A su vez, también, debemos indicar la presencia de dos fragmentos de dos piezas cerámicas de forma más o menos circular, poco profundas y con rehundimientos múltiples de forma circular de aproximadamente 2 cm., de profundidad que cubren todo el interior. Parecen estar quemados por el color negro que cubre la mayor parte de las superficies y en algunas zonas les han aflorado manchas de color blanco producto de las sales minerales (n° 9.038 y 9.061-1-2). Su relación con la actividad metalúrgica parece remota tal y

como demuestran los análisis de D. Hook (British Museum Research Laboratory), aunque no ha quedado descartada por los investigadores a cargo del Proyecto Peñalosa, si bien, en otros períodos posteriores aparecen evidencias de piezas similares a estas que fueron usadas como moldes de monedas¹³⁸, sin embargo, la pregunta que se realizan los investigadores de este proyecto de investigación es, ¿serían utilizadas para fabricar pesos que tensasen los hilos del telar? (Moreno Onorato, 2000: 218-33). Junto a estos elementos también encontramos una piedra de molino barquiforme de medianas dimensiones (nº 9.068) asociado a una mano de molino (nº 9.106) (Fig. 104: 1). Mientras que dos alfileres ornamentales fueron recuperados, uno en el extremo más oriental de este espacio al Sur y en las proximidades de la estructura 9.62 (estructura de secadero y fabricación de pesas de telar y lugar de la imposición *in situ* del presunto telar), mientras que el segundo se localizó un poco más al norte. El primero de ellos (nº 9.116) (Fig.109: 1) fue realizado sobre metápodo de 130 mm., de longitud y sección circular en la punta y en el fuste con un diámetro de 10 y 14 mm., respectivamente. Obtenido por corte longitudinal del soporte y abrasión intensa, conserva la parte del cóndilo de la epífisis distal modificada y parte del canal medular en el extremo proximal aunque los bordes están muy suavizados. Las estrías de abrasión finas se distribuyen de forma oblicua estando atenuadas por un pulido intenso y generalizado a lo largo de toda la pieza. El color marrón y homogéneo de la superficie es algo más claro hacia la punta por exposición a una fuente de calor acentuándose por ello el aspecto brillante y algo aceitoso de la pieza y un segundo (nº 9052) confeccionado sobre un hueso largo indeterminado, de 89 mm. de longitud y sección oval. Obtenido por el corte longitudinal del soporte y la abrasión intensa de ambas superficies de la que conserva estrías de trazo fino dispuestas transversalmente más perceptibles en la punta (¿ligero reafilado posterior?). El color natural está ligeramente alterado en la punta por la exposición a una fuente de calor estando además la superficie cubierta por manchas irregulares por efectos de los sedimentos y los ácidos de raíces. A su vez, se localizó lo que sería otra posible pieza en hueso trabajado (nº 9.042) aunque su forma quedó inconclusa, quizás por falta de tiempo o por fractura de la pieza. Asimismo debemos mencionar el hallazgo de dos cuernas (nº 9.393 y 9.480), sobre todo, queremos llamar la atención sobre la última, ya que esta presentaba marcas de cortes de forma intencionada.

En el extremo Noreste, junto a la cara interna del muro 9.2 y sobre el banco (9.62) formado por una plataforma de lajas de pizarras planas levantadas sobre una superficie de barro apisonado de color anaranjado-rojizo, se localizaron *in situ* toda una serie de restos culturales que iban desde una tapadera de pizarra (nº 9870) (Fig. 103: 12), un molino de pequeñas dimensiones (nº 9.977) probablemente portátil, mientras que un segundo presentaba mayores dimensiones (nº 9.751). El segundo de ellos se encontraba deslizado (boca abajo) sobre la cara oeste de este banco, lo que nos indica que presumiblemente, su posición en uso sería sobre dicha estructura. Junto a estos elementos se recuperaron (en algunos casos mimetizados con el propio barro anaranjado que recubre la estructura) numerosas pesas de telar con dos perforaciones cocidas (nº, 9.678, 9.680, 9.753, 9.868, 9.869, 9.887, 9.888, 9.901 y 9.902) (Fig. 108: 2, 3, 4 y 10) (Fig.109: 12, 10, 11 y 9). De ellas, las que estaban cocidas presentaban un buen estado de conservación, no así, el resto que fueron localizadas totalmente aplastadas por el peso del derrumbe de la techumbre de la vivienda (nº 9.369, 9.396, 9.439, 9.440, 9.441,

¹³⁸ Un resto de esta plataforma de arcilla fue muestreada mediante análisis cualitativo y examinado bajo microscopio binocular en el Laboratorio de Museo Británico por D.R. Hook y S.G.E. Bowman, Keeper. Los resultados no muestran metal asociado con la metalurgia de cobre y es por tanto improbable que este relacionado con la metalurgia.

9.473, 9.500, 9.503, 9.506 y 9.543) (Fig. 108: 7, 8, 9) (Fig.109: 4) en el extremo sur de este banco, precisamente en el tramo del banco que se ve desprovisto en su parte superior de lajas de pizarra planas. En asociación con estos elementos de la producción textil se recuperó el extremo distal de un posible punzón (nº 9.527) realizado sobre diáfisis de hueso largo de 3,8 cm., de largo mientras que de espesor contaba con 4 mm. en la parte mesial. De sección semicircular se ha obtenido por el corte longitudinal y abrasión de la que se conservan finas estrías en perpendicular y en oblicuo. Concretamente, en la cara derecha estas marcas son en oblicuo, mientras que en el borde izquierdo son más perpendiculares. Aunque todas estas estrías son producto de la propia manufactura del útil, en la cara izquierda del extremo distal se han detectado algunas muescas que parecen responder a su momento de uso. El color natural de su superficie presenta alteraciones físico-químicas en forma de ligeras manchas de color marrón claro, por el contacto con el sedimento.

En el extremo septentrional de este complejo estructural, se localizaron otra serie de elementos realizados en diferentes materias primas, que no aparecieron asociados, directamente, con una estructura en particular, sino que se encontraban dispersos por esta zona del suelo de ocupación. En primer lugar debemos referirnos a los artefactos de metal, destacando la cercanía de la estructura de molienda de una punta de flecha (nº 9.036) (Fig.111: 15) que presenta el extremo distal aguzado y retorcido sobre sí y de vástago ensanchado desde la mitad, aproximadamente, hacia la hoja propiamente dicha. En la zona de empuñadura presenta una marca clara en la que son fácilmente apreciables restos de madera quemada/carbonizada que, aun habiendo sido analizados mediante microscopio¹³⁹, no ha podido confirmarse la especie de que se trata, aunque se ha descartado que pertenecieran a encina, fresno o roble (Moreno Onorato, 2000: 218-33). Respecto a los restos materiales relacionados con la metalurgia en el extremo sureste se recuperaron diferentes restos de escorias ligeras de plomo (nº 9.448, 9.456, 9.465 y 9.499) y pequeños fragmentos de este mismo mineral. Estos elementos nos llaman poderosamente la atención, ya que nos encontramos ante un espacio que no parece estar destinado a la transformación metalúrgica, por lo que su inclusión en este espacio se deba precisamente a la cercanía con el CE Xd, al norte.

En cuanto a los elementos en piedra, sobresale el hallazgo de un brazalete de arquero (nº 9.077) realizado en piedra de esquisto, localizado en el extremo oriental del recinto. Este presenta una forma rectangular y plana, adaptada a la muñeca del arquero, y con perforación cilíndrica en los dos extremos para la sujeción, aunque en este caso particular solo conserva uno de sus extremos, debido a una fractura antigua. También en piedra se recuperaron diferentes elementos de forma indeterminada (nº 9.027 y 9.084) y otros de forma esferoide (nº 9.135) junto con dos alisadores en piedra (nº 9.368 y 9.368) y un percutor en cuarcita (nº 9.492). Todos estos elementos fueron nuevamente recuperados en la zona sur de este contexto doméstico. Mientras que los molinos se encontraban dispersos por todo el área (nº 9.737, 9.745, 9.751, 9.764-1, 9.764-2, entre otros).

En párrafos anteriores, hemos indicado que en la zona sur, sobre todo, al Suroeste, se documentó una fuerte concentración de restos de fauna concernientes especialmente a las partes axiales de los équidos. Sin embargo, la presencia de fauna es generalizada en todo el espacio, apareciendo dispersos por todo el suelo de ocupación e

¹³⁹ El análisis ha sido realizado por D^a. Oliva Rodríguez Ariza.

incluso, durante las últimas campañas, se obtuvo un hallazgo bastante característico, que no solo nos habla del carácter de este espacio, sino también del momento y actividades que se estaban desarrollando en el momento de abandono de este contexto, así como también nos indica determinadas pautas alimenticias. Se trata de la localización de parte de una extremidad de bóvido en el interior de la olla ovoide que se encontraba *in situ* sobre el hogar (9.64).

Por último, hay que destacar que sobre el suelo de ocupación se documentaron los restos de al menos dos esteras realizadas en esparto trenzado, una de ellas se encontraba en la zona sueste mientras que una segunda (que guardaba una mayor conservación) se localizó en centro de ésta habitación. Ambas, estarían relacionadas con el descanso y ocio de las mujeres, hombres, individuos infantiles y seniles que integraron este grupo familiar. Sin embargo, sobre la estera de esparto encontramos un hallazgo inesperado, los restos óseos de un individuo adulto. Según la disposición de los huesos todo parece indicar que debió sorprenderle el gran incendio documentado en todo este recinto para esta fase de ocupación. El nivel de caída de vigas y piedras pudiera demostrar que, al menos, en esta zona del yacimiento, la fase IIIA pudo terminar con un fuerte incendio. La posición del esqueleto, totalmente articulado y con una orientación de sur a norte, parece demostrar esta aseveración: el cráneo reposa sobre el brazo izquierdo y está literalmente aplastado por una de las vigas maestras de la techumbre de la vivienda, mientras que el brazo derecho quedaba igualmente aplastado por piedras de las paredes y vigas de la techumbre (Contreras *et al.*, 2004a; e.p.), cuestión que podría entrar en contradicción con la posibilidad de un abandono pacífico del asentamiento como se ha mantenido en trabajos anteriores (Contreras y Cámara, 2002), aunque en otras zonas del poblado no se documenta este incendio generalizado en la fase IIIA.

Bajo el pavimento que soporta el suelo de ocupación (US 9.7), cerrando todo el capítulo de vida de la fase de ocupación IIIA, se documenta un pequeño nivel de cimentación de aproximadamente 2 o 3 cm. de espesor. Éste se caracteriza por presentarse su geometría en forma de capa, compuesto por una tierra de textura limosa (compuesta por grano muy fino) y estructura muy compacta de color blanquecina. En este nivel no se documentaron restos materiales de ningún tipo.

A partir de ahora, nos centraremos en aquellas Unidades Sedimentarias concernientes a las fases anteriores o inferiores a la IIIA, concretamente, nos referimos a las fase IIIB y IIIC, a pesar de que somos conscientes de que la US 9.8 puede incluir materiales relacionados con el uso o funcionamiento de la estructura 9.16. Todos los restos culturales que indiquemos a partir de este momento, fueron recuperados en el extremo Suroeste de este contexto doméstico.

La primera de las US que documentamos es la denominada como 9.8. Consiste en una capa de derrumbe, de aproximadamente 90 cm. de espesor, que con toda probabilidad se extenderá por todo el espacio ocupado por esta Unidad Habitacional. Se compone una matriz constituida por una tierra de textura arcillosa de grano medio que soporta grandes bloques de piedra de mediano y grande tamaño. Este nivel correspondería con el derrumbe de los muros de la fase IIIB y del primer alzado de aquellas estructuras que perviven durante la IIIA, como es el caso de la 9.4. Prácticamente, excepto los fragmentos de una orza (nº 9.060), todos los recipientes cerámicos recuperados en este nivel pertenecen a elementos de consumo e incluyen sobre todo cuencos, entre ellos uno semiesférico de perfil simple (nº 9.053-2), otro de

paredes muy abiertas que le da un carácter casi parabólico (nº 9.053-7); dos más parabólicos (nº 9.060-1 y 9.068) y otro borde corto y marcado (nº 9.053-5). Todos ellos de medianas dimensiones, aunque también encontramos, elementos más pequeños, es el caso de un vasito de fondo convexo y paredes entrantes (nº 9.053-4). En este nivel sedimentario, abundan sin embargo también los molinos (nº 9.039, 9.040 y 9.067). Pero tal vez lo más interesante sea la aparición entre los restos de fauna de abundantes fragmentos de hueso de perro como ya vimos en esta misma fase en otros CE.

Bajo este nivel documentamos lo que sería el derrumbe de adobes, US 9.10, de la fase IIIB. Éste, como en la fase IIIA, parece extenderse en forma de capa por todo el área compuesto por una tierra de textura arcillosa pero de estructura suelta de color rosáceo. Consta de aproximadamente 65 cm., de espesor y a pesar de haberse documentado tras una breve intervención, todo parece indicar que no se encuentra alterado por las actividades antiguas. Por el momento, solo se ha recuperado los fragmentos de una pesa de telar (nº 9.046) (Fig. 108: 11) aunque continúa la fuerte presencia de restos de fauna.

Seguidamente, y aunque de forma muy escueta, durante las primeras campañas de excavación (1987 y 1991) también se documentó lo que presumiblemente sería el suelo de ocupación de la fase IIIB (US 9.11). Su geometría de sedimentación responde a los patrones anteriores. Mientras que su composición es determinada por una tierra de textura limosa de grano fino y estructura suelta mezclada con restos de materia orgánica y pequeños fragmentos cerámicos. Como en el caso anterior, a pesar de lo escaso de su intervención todo parece indicar que no se encuentra alterada por las desafortunadas intervenciones de los años 60. Sin embargo, debido al poco espacio intervenido y con la idea fija de proseguir de forma sistemática y en extensión la excavación de este espacio, no se procedió a recoger ningún resto cultural de este nivel, para así poder concluir con una extracción de forma microespacial de todo esta área en un futuro muy próximo.

V.3.10.4. Complejo Estructural Xb

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Con este Complejo Estructural nos trasladamos directamente a la ladera Sur de la cima del poblado de Peñalosa. Corresponde al subsector A del sector 9, en la corona del cerro (Zona C) cuyas coordenadas UTM son 21,50-29,00 x; 36,00-41,30 y; 3,66-6,54 z. En este caso nos encontramos con un contexto doméstico de menores dimensiones que el Xa, aunque supera los 16 m², de forma más o menos rectangular, orientado en sentido noreste-suroeste, dividido metafóricamente, en dos ambientes productivos interrelacionados. Su construcción se adapta perfectamente al trazado de las estructuras de los Complejos Estructurales superpuestos a éste como son el CE Xe y Xg así como también en su orientación parece proseguir con la línea que determina la estructura de cierre 9.21.

Aunque este contexto doméstico ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, hoy por hoy, no ha sido posible, definir su límite sur y por lo tanto su cierre por este flanco. En este extremo, y como ya hemos explicado en el caso del

Complejo anterior (Xa), presenta un alto grado de erosión, que ha afectado sobremanera el extremo sur impidiéndonos documentar los cierres estructurales en este flanco. Si bien, las alteraciones post-deposicionales que ha sufrido este espacio no han sido solo producto de la erosión, sino también de actividades arqueológicas clandestinas en décadas pasadas. A pesar de la afección de ambos aspectos, gracias a la documentación arqueológica recabada hasta el momento, podemos precisar sus límites estructurales en el resto de sus flancos. Así por el norte, nos encontramos directamente con la estructura de sellado del CE Xg, la 9.21 y parte del recorrido hacia el oeste de la estructura 9.48. Por su parte, su flanco occidental (suroeste) más directo lo encontramos de la mano del CE Xm, con el que incluso en un momento determinado debió compartir la estructura 9.31. Mientras que en el flanco oriental (al noreste) nos encontramos con la estructura de aterramiento 9.4. Esta estructura no solo actuará de aterramiento para el CE Xa sino como muro divisorio y de compartimentación entre un contexto doméstico y otro.

Los trabajos arqueológicos se iniciaron durante la primera fase de actuación del Proyecto Peñalosa (1985-1991), concretamente, en la cuarta campaña de intervención (1991), durante el mes de Septiembre. Las primeras actuaciones consistieron, lógicamente, en la realización de la limpieza superficial de toda el área seleccionada como zona de excavación. Para ello se retiró todo el nivel superficial a través de un alzada natural de 34 cm., en la que los restos de cultura material eran prácticamente inexistentes, probablemente, producto del mismo proceso de erosión. Una vez definido el espacio que se iba a intervenir arqueológicamente, se procedió a documentar a través del dibujo a escala 1:20 todo el nivel superior de derrumbe de piedra ocasionado por el desplome de los paramentos adyacentes. Seguidamente, se comenzó a retirar la parte superior de este derrumbe y con ello se consiguió ir vislumbrando las diferentes estructuras perimetrales que conformaban este espacio. Así desde los primeros momentos se pudo definir estructuralmente los muros 9.4 y 9.21, principalmente. Una vez que se tuvo definido estructuralmente el espacio a intervenir, comienzan a desarrollarse los planteamientos metodológicos a seguir. La primera medida fue dibujar una primera sección estratigráfica (S6). Ésta fue dibujada en sentido horizontal, de forma perpendicular a la cara externa de la estructura 9.4. El principal objetivo de su planteamiento fue porque, ya desde la retirada de la capa superficial del derrumbe de piedra, se apreciaba en el extremo norte de este Complejo Estructural una serie de estructuras internas que parecían articular un espacio totalmente organizado. Así pues, con ella se conseguiría obtener una lectura no solo de la sedimentación post-deposicional de este espacio sino también establecer la relación estratigráfica entre las estructuras internas y las externas. De esta manera, quedaba dividida el área de intervención en dos subzonas, al norte el subsector A y al Sur el subsector Ab. La excavación de ambos espacios fue acometida a nivel microespacial, realizando una excavación en profundidad mediante alzadas artificiales de los estratos naturales de unos 10 cm. Toda la documentación fue recogida tanto a nivel gráfico como textual, hasta la llegada al suelo de ocupación (9.38), momento en que se procedió a extender la excavación hacia el sur para mantener en planta las estructuras y la cultura material recuperada y poder, así, realizar una interpretación conjunta y general de este espacio.

Una vez documentado en extensión el suelo de ocupación, se observó que dicho espacio doméstico se extendía hacia el oeste, siendo de mayores dimensiones que las imaginadas al inicio de su intervención. Así pues, en la campaña del verano del 2005 se plantó la extensión de los trabajos de excavación hacia el oeste, planteándose un nuevo perfil estratigráfico, que nos permitiría interrelacionar ambas áreas de excavación, por

un lado los subsectores A y Ab (al este) y por otro lado el Ad (al oeste). En este caso, esta sección se planteó en sentido norte-sur, perpendicularmente a la cara sur y en el extremo más occidental de la estructura 9.21. No constituía una línea recta hacia el sur, sino que conforme avanzaba su recorrido hacia el sur iba adquiriendo un sentido oblicuo. El razonamiento de su planteamiento con estas características fue con el intento de salvar las estructuras documentadas en la campaña de 1991 (9.41 y 9.42) al sur de este espacio, a pesar de que su estado de conservación, era bastante precario, hasta el punto de que las estructuras 9.17, 9.18 y 9.19 habían perdido gran parte de su trazado, quedando incluso desarticuladas, en gran parte, la estructura funeraria, 9.20, documentada en las campañas anteriores (1991). El deterioro que presentaban tanto las estructuras y como el propio suelo de ocupación, es lógico, ya que entre una intervención y otra pasaron diez años.

Los planteamientos metodológicos durante esta campaña (subsector Ad) continuaban con los criterios establecidos en campañas anteriores, para la recuperación del registro del subsectores A y Ab. Así pues, se comienza retirando toda la capa superficial, mediante una alzada de 25 cm. hasta alcanzar la parte superior del derrumbe de piedra, momento en que comienzan a definirse las caras externas de las estructuras preexistentes en los Complejos superpuestos como la 9.5, así como también, comienza a perfilarse una nueva estructura en el extremo occidental de este espacio, la 9.43. Tras la retirada del derrumbe de piedra y adobes se llegó al pavimento del suelo de ocupación, que continuando con los criterios metodológicos trazados desde el inicio del proyecto de investigación, todos los restos culturales y estructuras emergentes eran mantenidos en planta para documentar su distribución espacial. Así pues, a pesar de haber pasado diez años para finalizar la excavación de este contexto doméstico, en todo momento se llevó a cabo una excavación a nivel microespacial. De esta manera, a pesar de tratarse de un espacio doméstico acometido en dos campañas de excavación con un intervalo temporal entre una y otra de 10 años, contamos con todos los elementos gráficos y textuales necesarios para proceder en la actualidad a su interpretación global, tanto a nivel de organización y distribución espacial de la cultura material y de las estructuras internas, de tal manera, que podemos establecer el grado de interrelación y productividad alcanzado.

En resumen, este contexto doméstico ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, en extensión y en profundidad. Precisamente, esta última característica de los planteamientos metodológicos fue ya iniciada en el campaña 2005 en el subsector Ab, cuando se procedió al levantamiento del pavimento del suelo de ocupación de la fase de ocupación IIIA, llegando a documentar bajo éste un potente derrumbe de piedra, que data de la fase de ocupación anterior, la fase IIIB.

En cuanto a la genética de este contexto doméstico, sólo podemos apuntar que la estructuración de este espacio, tal y como lo conocemos en la actualidad, se construyó durante la fase IIIA, momento también en que se procede al sellado del pasillo del CE Xg con la construcción de la estructura 9.21. Todo ello, nos revela que nos encontrábamos ante un contexto doméstico propiamente dicho. Que quedaría, sin embargo, una vez sellado el pasillo situado al norte a través de la estructura 9.21, como una casa independiente del conjunto formado por los CE Xa, Xc, Xd y tal vez del Xe, teniendo su comunicación con ellos por su exterior y no por el interior, al menos en la fase IIIA. Otro aspecto a tener en cuenta, es la riqueza, en cuanto, al ajuar se refiere, que acompaña a las dos personas enterradas en la sepultura 9.20. Este hecho, nos transmite,

entre otros aspectos que la conexión de sus habitantes con este espacio especializado era bastante fuerte.

Estructuralmente, este contexto doméstico se define por diferentes estructuras de mampostería, al menos en lo referente al suelo de ocupación de la fase de cronológica IIIA. Los constructores de este espacio utilizaron como paredes traseras (al norte) las estructuras preexistentes en la conformación de los espacios superpuestos, el CE Xa, Xe y Xg. Concretamente, con el primero de los Complejos Estructurales reseñados, comparte la estructura de aterrazamiento 9.4. Ésta es la encargada de cerrar este espacio al este. Mientras, que las estructuras 9.21 y 9.48 (de los CE Xe y Xg, respectivamente) son las encargadas de cerrar su flanco norte. Ambas estructuras con sus recorridos hacia el oeste actúan como paredes traseras de éste CE.

Es por ello que, en cuanto a este espacio construido se refiere, solo podemos hablar de una estructura propia, la 9.31, ya que su frente sur y por tanto las presumibles estructuras de cierre de este flanco, no han sido documentadas debido al fuerte grado de erosión que presenta esta zona del poblado. Respecto a esta estructura (9.31), decir que se localiza en el extremo occidental del espacio y consiste en un muro de delimitación o divisor de este espacio con respecto al CE Xm. Se trata de una estructura de forma rectangular en todo su recorrido, orientado en sentido norte-sur, adosado a la parte externa de la estructura de aterrazamiento 9.48. Se alza en parte sobre la estructura del sector 25, del CE Xm, la 25.13 y sobre el derrumbe de piedra de la fase de ocupación IIIB documentado bajo el suelo de la fase IIIA. Todo ello nos indica que esta estructura no solo es propia de este contexto doméstico sino que su edificación responde a un momento concreto de la vida de este poblado. Aunque la erosión (tan fuerte en esta Ladera Norte) le ha ocasionado la pérdida de parte de su alzado en el momento de su documentación durante la excavación del 2005, se constataron 2,5 m de recorrido. La altura máxima conservada supera 1 m (1,5 m) en su extremo norte mientras que disminuye conforme avanzamos hacia el sur, donde, no supera los 50 cm. y las seis hiladas superpuestas de lajas de pizarra de tamaño medio alternadas con otras de menores dimensiones, trabadas con un mortero de barro endurecido de textura limosa y color rojo intenso, sobre todo, en las hiladas superiores. Recrean, así, una estructura de 75 cm. de sección, construida en dos hiladas (una exterior y otra interior) y relleno interior por cascajo. Como ya hemos expresado su nivel de conservación no es alto ni en su recorrido o trazado ni en su consistencia, porque se encuentra vencido hacia el extremo oriental, es decir, hacia el interior del contexto doméstico.

La definición de este espacio como Complejo Estructural vino determinada entre otras razones por presentarse como un espacio compartido en la realización de diversas actividades de mantenimiento, así como la localización en el extremo oriental y bajo el suelo de tierra apisonada una de las dos sepulturas (Estructura funeraria 9.20) documentadas en el conjunto de este Grupo Estructural X. Ésta se trata de una de las pocas sepulturas dobles documentadas en el conjunto de este poblado. Sin embargo, al contrario, de lo que sucede con la construcción de su espacio exterior, en su interior se documentan toda una serie de estructuras relacionadas con determinadas producciones básicas, que recrean un contexto doméstico, complejo y particular.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

Sobre el suelo de ocupación de tierra apisonada (9.38) se documentan desde estructuras de mampostería, de lajas hincadas, o simplemente estructuras de combustión, etc. que conformaban un contexto doméstico complejo y autónomo con respecto al resto de Complejos Estructurales que lo rodean.

La primera estructura documentada en el proceso de excavación se hallaba entre las estructuras 9.19 (al oeste), 9.4 (al este) y la 9.21 (al norte). Se trata de un pequeño poyete de cocina construido en el rincón originado por las estructuras 9.21 y 9.4, aunque parece adosarse a la última de las estructuras mencionadas. Presenta una forma rectangular en su recorrido de 1,20 m, contando con una sección que no supera los 25 cm., de espesor y los 34 cm. de altura conservada. A nivel constructivo se trata de un banco construido a base de barro apisonado de color marrón, marcando su límite exterior (o cara oeste) encontramos pequeñas lajas de pizarra hincadas sobre el pavimento que conforma el suelo de ocupación, las cuales son las encargadas de delimitar su perímetro con respecto a la estructura de combustión documentada también en este extremo oriental del contexto doméstico Xb. Su conservación no es muy elevada, tal y como muestra la práctica desaparición de su extremo sur. En la actualidad, no es posible observar esta estructura, ya que el paso del tiempo y la potente erosión le han hecho mella, hasta el punto de que en la actualidad ha desaparecido.

Contigua a la anterior, a escasos 20 cm. encontramos uno de los ejemplos más claros de todo el poblado de Peñalosa de una estructura de combustión, un hogar (9.17). Éste se localiza entre la anterior estructura y la 9.19, ocupando el mencionado hogar el centro-norte de este contexto doméstico. Tanto su sistema constructivo como su forma responden a los criterios establecidos para este tipo de poblados de la Edad del Bronce. Se trata de una estructura completamente circular cuyo diámetro responde a 80 cm. circundada por toda una serie de pequeñas piedras (cantos de río y pequeñas pizarras) hincadas cuyo alzado no supera 40 cm. Su contenido interno consistía, básicamente, en cenizas y materia orgánica carbonizada, lo que le proveía un color negruzco al conjunto de la estructura.

Al oeste, a escasamente 40 cm. del hogar, volvemos a encontrar otra estructura, la 9.19. Nuevamente, nos encontramos con una estructura conformada por lajas verticales, trabadas con barro. Este mismo aparejo lo utilizan para dispensarlo por toda la superficie externa de esta estructura. Como podemos observar su técnica constructiva es similar al primero de los casos explicados, la estructura 9.18, incluso en este caso, como en el anterior, solo se conserva una cara de la estructura, la sur. Pero, al contrario, de lo que podríamos suponer no es que su cara norte se haya erosionado sino que ésta no existió en ningún momento. Es decir, se trata de una estructura construida en varias fases, primero realizaron una fosa en forma de cuña (abierta hacia el sur hasta alcanzar la cota del terreno al norte), debido a la leve pendiente que recrea el terreno natural hacia el sur, de esta manera lograron salvarla, rellenando dicha fosa con barro de textura limosa y color amarillento y lajas dispuestas, precisamente, en el extremo sur de forma hincada. De esta manera, no solo conseguían contener el empuje de dicha estructura, sino que además como ya la tenían a nivel del suelo de ocupación en toda su parte superior o norte, no les fue necesario revestir todo su perímetro. En el momento que se definió durante la campaña de excavación de 1991 presentaban un buen estado de conservación, sobre todo, en su extremo oriental, sin embargo, en la actualidad no es apreciable su presencia ya que prácticamente ha desaparecido quedando en superficie solo leves resquicios de ella. Pero como en el primero de los casos, esta estructura

también fue utilizada dentro del contexto doméstico como un auténtico poyete de cocina, donde se dispusieron diferentes vasijas cerámicas y donde con toda probabilidad fue utilizado en el momento de uso como estructura aledaña a los sistemas de cocinado y preparación de alimentos, tal y como recrea su cercanía a la estructura de combustión (9.17).

Para finalizar, con el conjunto de estructuras documentadas en el extremo Oriental del espacio de este contexto doméstico, debemos referirnos a la estructura funeraria documentada en el extremo sureste de este espacio, totalmente independiente al lugar de producción pero inmerso en el área de habitabilidad. Se trata de una cista de forma rectangular, orientada en sentido norte-sur. Esta estructura fue construida sobre el derrumbe de la fase anterior, la IIIB. En cuanto a su sistema constructivo, hay que decir que en primer lugar sus constructores realizaron una fosa de aproximadamente 70 cm. de profundidad rompiendo así el derrumbe de piedra la fase anterior (IIIB). Posteriormente, revistieron todo el perímetro de la fosa con la disposición en vertical de lajas de pizarra de gran tamaño, asimismo, el suelo de fosa fue recubierto por lajas de similares características dispuesta de forma plana y horizontal. Todas ellas fueron trabadas por un mortero de color gris, consiguiendo proporcionarle estabilidad. En su interior, se documentó el cadáver de una mujer y un individuo infantil junto a un rico ajuar. Esta sepultura doble responde cronológicamente a la fase de ocupación IIIA y por lo tanto corresponde al grupo familiar que habitó en este contexto doméstico durante este periodo. Como en los tres casos anteriores, esta estructura también se ha visto afectada por la erosión, sobre todo, en su zona meridional, pero al contrario que ellas, aún se conserva en superficie.

Adosado a la cara interna de la estructura 9.31, en el subsector Ad y asociada al suelo de ocupación (9.38) de la fase IIIA, encontramos la única estructura de molienda de este espacio doméstico, el banco 9.33. Ésta fue documentada durante la última campaña de excavación en el 2005. Como en el caso de la estructura funeraria (9.20), ésta se construye sobre el derrumbe de la fase de ocupación anterior (IIIB) y sobre el pavimento del nivel de suelo. Se trata de un pequeño banco de molienda construido a través de la disposición de lajas de pizarras planas de mediano y pequeño tamaño trabadas y revestidas por un mortero de tierra apisonada de textura limosa y color rojo intenso. Sus dimensiones son 1 m. de longitud por 60 cm. de grosor. Presenta un buen nivel de conservación aunque algo deteriorado en su extremo norte afectado por el derrumbe de piedra de las estructuras superiores (9.48 o 25.12). Sobre esta estructura se localizó *in situ* una piedra de molino barquiforme de medianas dimensiones (nº 9.794) al que encontramos asociada una pequeña mano (nº 9.805), junto a estos artefactos, también se encontraban numerosas vasijas de grandes dimensiones, de las cuales, su mayoría estarían destinadas al almacenamiento pero la más próxima a esta estructura seguramente sería la encargada de recoger el grano de cereal una vez triturado. En último lugar, nos gustaría señalar un hecho con respecto a esta estructura. Entre su alzado en su extremo sur se localizaron como parte del material de construcción utilizado al menos una pesa de telar (nº 9.678) junto a los fragmentos de otras dos más (nº 9.964, 9.965 y 9.966), que presentaban una gran consistencia, signo de que habían sido cocidas para el desarrollo de la actividad textil.

c) Análisis Contextual

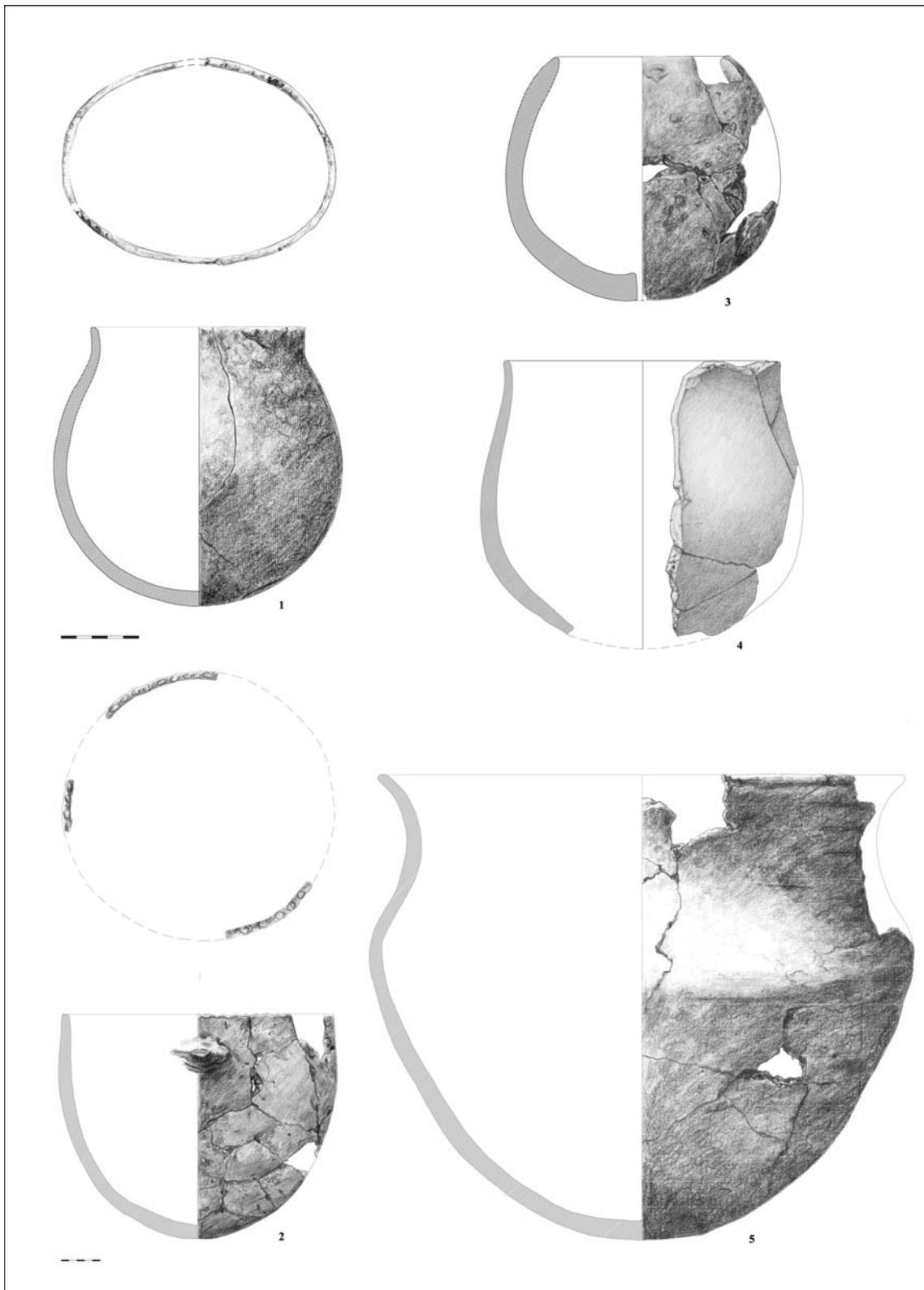


Figura 102. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:3 y 1:6).

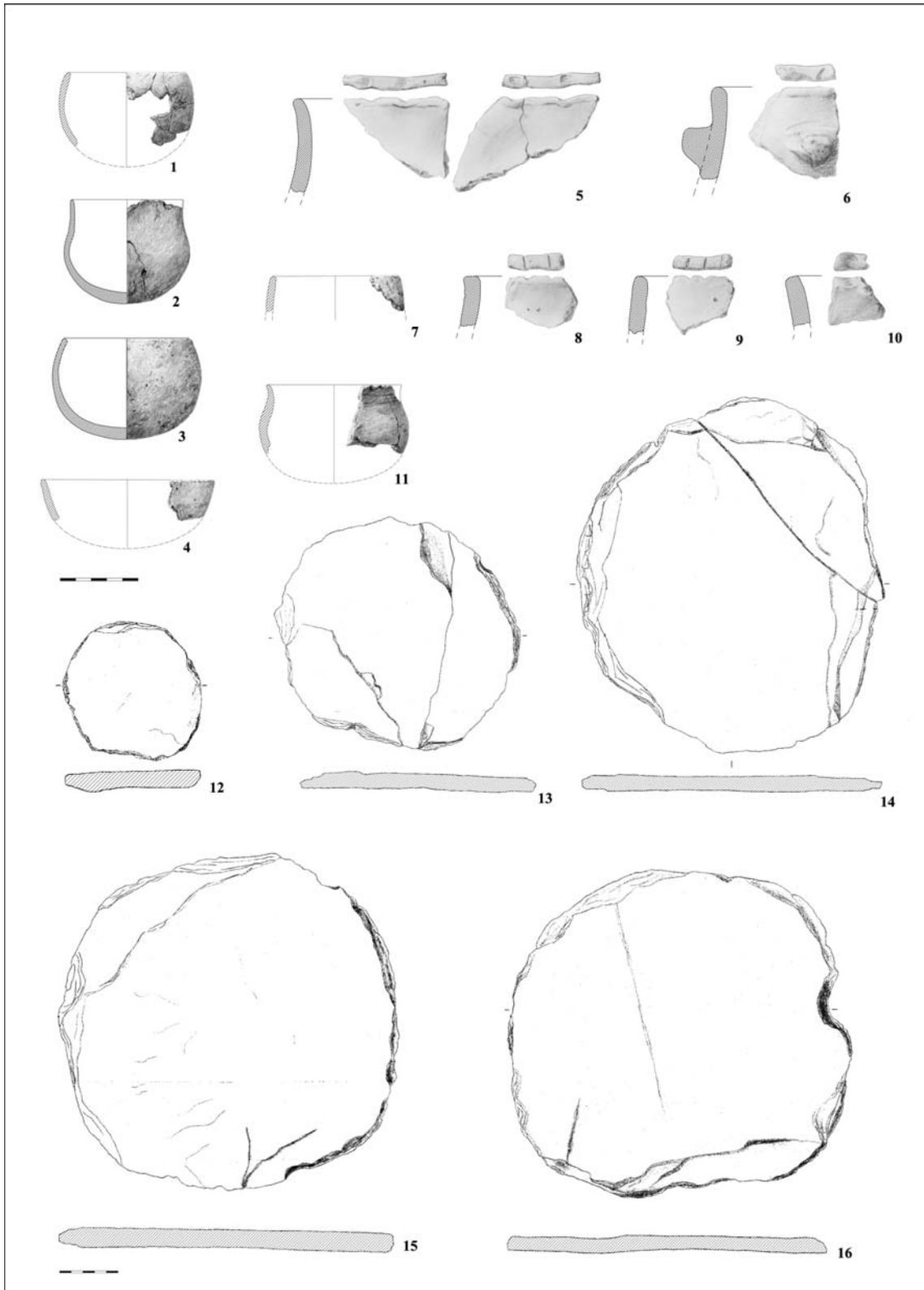


Figura 103. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos y su procesamiento (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3 y 1-4).

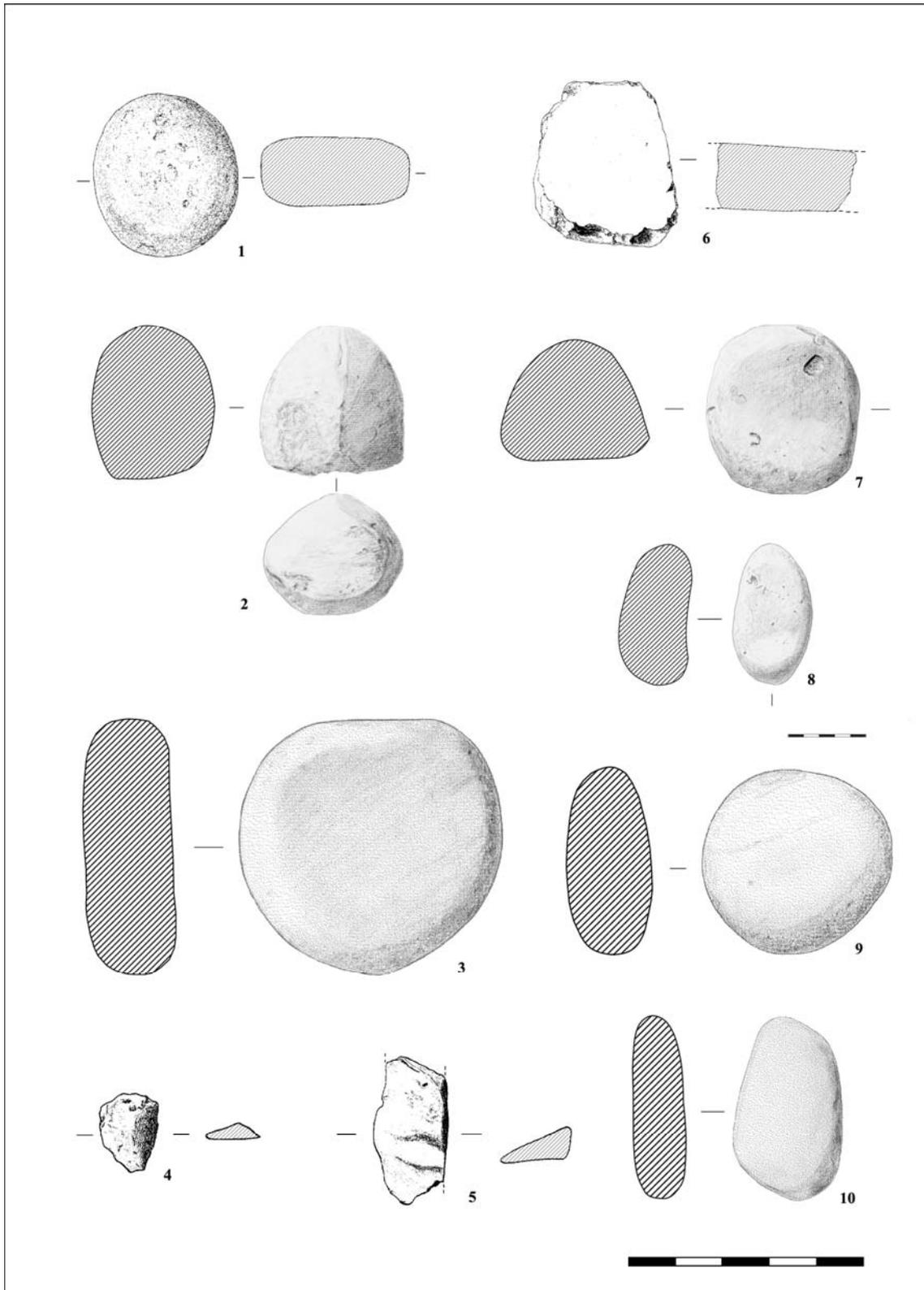


Figura 104. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala: 1-1 y 1-3).

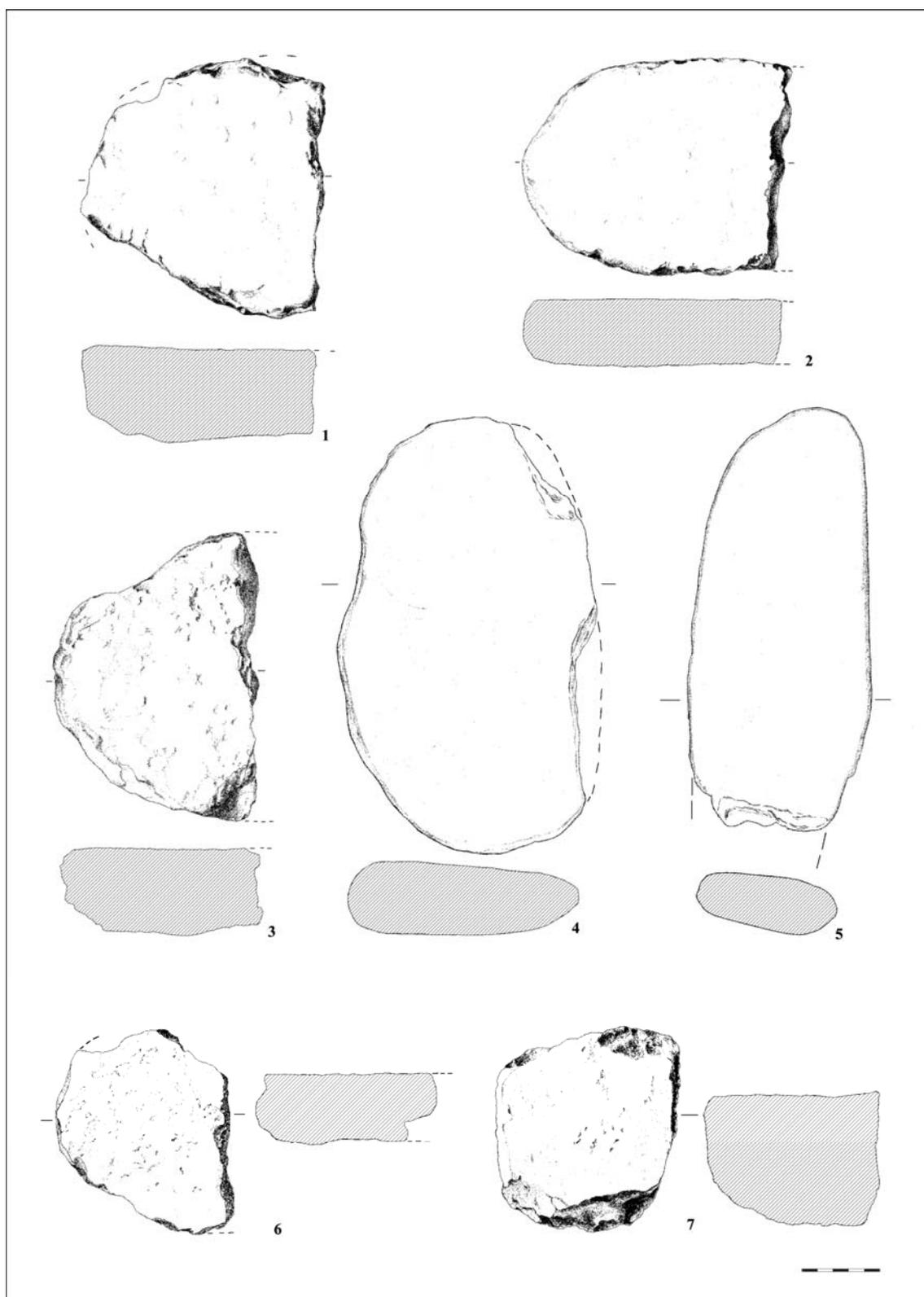


Figura 105. Cultura material relacionada con el procesamiento de alimentos, la actividad de molienda (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:3).

Como sucede en todo este Grupo Estructural X, el primer nivel sedimentario que documentamos (US 9.1) en la recuperación del registro arqueológico de este espacio doméstico será el nivel superficial. En este estrato no se han documentado restos culturales calificables, probablemente, debido a la erosión que presenta esta zona del poblado, particularmente, en su extremo meridional de este Complejo Estructural.

Seguidamente encontramos los niveles de derrumbe, que se han visto más afectados por la erosión sobre todo en el extremo meridional de este contexto doméstico. El primer nivel de derrumbe (US 9.9) que documentamos responde precisamente a la caída de las partes altas de las estructuras que los rodean al norte, este y oeste, y al contrario de que lo que podríamos pensar, escasamente se han conservado 20 cm. de espesor. Presenta una geometría de sedimentación en forma de capa, quedando exenta de las zonas más próximas al alzado de los muros. En cuanto a su composición se caracteriza por presentar una tierra en forma de barro de textura arcillosa de grano medio y estructura en bloques de pizarra que contienen la matriz de este nivel. En este nivel sedimentario solo se han recuperado elementos cerámicos, que a pesar de ser pocos, son bastante interesantes en cuanto a su morfología como piezas y recipientes de consumo. Hablamos de un vasito de forma simple, abierto y de fondo plano (nº 9.019-2) y un cuenco parabólico de grandes dimensiones (nº 9.019-1), así como el cuello de una posible botella de galbo carenado (nº 9.197).

Bajo el anterior, encontramos el siguiente nivel sedimentario, que corresponde con el derrumbe de las estructuras de adobe (US 9.16). Mantiene la misma geometría de sedimentación que en el caso anterior, mientras que su composición, como es lógico difiere. Consiste en un nivel de unos 30 cm. de espesor, formado, básicamente, por la descomposición de la arcilla utilizada tanto para el revoco de las paredes como en la construcción de la techumbre. Originando, una matriz de textura arcillosa y estructura muy compacta de color rojo intenso. A pesar haber llevado a cabo una excavación sistemática y a nivel microespacial, en este contexto doméstico, los restos culturales, continúan siendo escasos. Aun así se pudieron recuperar diferentes elementos en piedra no tallada, como son dos piedras de molino completas, de medianas dimensiones y forma barquiforme (nº 9.380 y 9.389) y numerosos fragmentos de molinos (nº 9.216-1, 9.216-2, 9.216-3 y 9.216-4) (Fig. 106: 6 y 7), dos alisadores (nº 9.383 y 9.385) y un gran yunque (nº 9.381). Entre los elementos en piedra debemos destacar el hallazgo de un denticulado realizado en sílex (nº 9.212) (Fig. 104: 4), debido a su escasez en el registro arqueológico de Peñalosa. En cuanto a los elementos cerámicos, se recuperaron diferentes recipientes, entre ellos destacar, un cuenco de casquete esférico (nº 9.210) localizados sobre la estructura 9.18 y un vaso carenado plano y fondo totalmente plano (nº 9.384). También se han recuperado tres pesas de telar con dos perforaciones (nº 9.387, 9.390 y 9.242) (Fig. 108: 1, 5 y 6). Como ya sucediese con los niveles sedimentarios de la fase IIIA del CE Xa, en este CE Xb tampoco destacan los restos relacionados con la actividad metalúrgica. Sin embargo, en el extremo oriental (Subsector Ab) se recuperaron diferentes elementos relacionados, en su mayoría, con restos de mineral de cobre (nº 9302), galena (nº 9.304) y sobre todo gotas de cobre de aspecto más o menos redondeadas (nº 9.214-2, 9.234 y 9.295), especialmente en relación al hogar 9.17. También en esta misma zona se localizó un molde de cerámica completo de lingote (nº 9.300) (Fig.111: 1) en el extremo suroeste de la estructura 9.19, en las cercanías de la estructura funeraria (9.20), mientras que en el extremo norte, en una zona bastante erosionada, se halló un vaso cilíndrico con tapadera perforada y relleno de

barro (n° 9.221-8 y 9.221, respectivamente). Por último, reseñar la fuerte presencia de restos de fauna y cereal desde estos primeros niveles.

Inmediatamente, al nivel de derrumbe de adobes (US 19.16) nos encontramos con el pavimento (US 19.17) y con toda una serie de ecofactos y artefactos *in situ* sobre éste. Se caracteriza por presentar una geometría de sedimentación en forma de capa de aproximadamente unos 20 cm. de espesor. Se compone por un barro de textura arcillosa y estructura compacta de color grisáceo alternado con un color amarillento, sobre todo, en las cercanías de la estructura 9.21, mezclado con residuos de materia orgánica. A pesar de que su conservación es alta, es cierto que prácticamente todo su frente se ha perdido debido a la acción de la erosión.

En comparación, con los niveles anteriores, en éste (US 19.17) sí que contamos con mayores restos culturales y en su mayoría de gran interés para la interpretación social de este espacio. Estos elementos son especialmente abundantes en la zona que queda al suroeste del banco 9.19, en la zona oriental de este contexto doméstico, donde localizamos los restos de una orza (n° 9.263-2) y un cuenco semiesférico de perfil simple y medianas dimensiones (n° 9.296) junto a una pesa de telar provista de dos perforaciones (n° 9.253). Asimismo, debemos destacar la presencia de restos de mineral de cobre (n° 9.229 y 9.234), abundantes restos de fauna entre los que destaca la presencia de cerdo junto a materia orgánica carbonizada.

Si bien será la zona noroeste la que destaque por la fuerte presencia de grandes contenedores, éstos se encuentran en las cercanías de la estructura de molienda (9.33). En su mayoría, y, de acuerdo con el grado de inclinación que presentaban en el momento de su localización, todo parece apuntar a que en su momento de uso estuvieron apoyadas directamente sobre este mismo banco y contra el muro 9.21. Todas las vasijas localizadas pertenecen a una morfología concreta, orzas ovoides de borde marcado y medianas y grandes dimensiones (n° 9.659, 9.660, 9.661 y 9.817 (Fig. 99: 6), en la mayoría de los casos presentan decoración incisa e impresa en el borde) (Fig. 99: 1) menos una de ellas que presenta (n° 9.592), un perfil ovoide con las paredes rectas y salientes o ligeramente verticales, junto a las que aparecieron numerosos fragmentos pertenecientes a otros grandes contenedores (n° 9.657, 9.664, 9.699, 9.682 y 9.800-3) (Fig. 99: 3 y 4) que en todos los casos presentaban decoración, bien incisa en el borde o bien pequeños mamelones (n° 9.657-1 y 9.668) (Fig. 99: 10) para la sujeción. Juntos a estos grandes contenedores, también en este extremo Occidental, documentamos numerosos restos de ollas (n° 9.651, 9.652, 9.661-1, 9.661-2 y 9.800-1) (Fig. 103: 5, 8, 9 y 10), sobre todo, se recuperaron los restos de los bordes (debido al alto grado de fragmentación no ha sido posible su reconstrucción), que en todos los casos presentaban decoración incisa o con digitaciones impresas en el labio. Sin embargo, este extremo occidental no solo destaca por la fuerte cantidad de recipientes cerámicos relacionados con el almacenamiento, procesado y preparado de alimentos sino que también documentamos recipientes relacionados con las prácticas de servicio y consumo de alimentos. Éste es el caso de una gran fuente honda de perfil simple (n° 9.797), localizado junto con los escasos elementos cerámicos de menores dimensiones. Estos consistían, básicamente, en un cuenco de perfil simple (n° 9.702) que presenta un pequeño agujero propio de la técnica del lañado y dos recipientes de pequeñas dimensiones. Uno de ellos consistía en un vasito de carena baja y fondo plano (n° 9.643) que se encontraba junto a un canto de río de forma romboide (n° 9.646) de medianas dimensiones, localizados en el centro de este contexto doméstico, mientras que, el

segundo vasito de borde entrante y fondo convexo (n° 9.706) (Fig.110: 11) se encontraba en uno de los salientes de la propia estructura 9.21. Este último recipiente, presentaba sus superficies muy irregulares y toscas y además no parece estar cocido, lo que nos recuerda en gran medida a los elementos cerámicos de pequeñas dimensiones documentados en el CE Xa, los cuales, hemos relacionado con la batería de individuos infantiles.

En esta misma zona, se volvieron a recuperar numerosos restos de fauna, y de piedra pulida, entre ellos destacaba un percutor (n° 9.588) (Fig. 104: 2) y un pequeño molde univalvo de lingotes (n° 9.675-1) asociado con algún resto de mineral de cobre (n° 9.658).

En el extremo contrario (oriental), y sobre el banco (9.19) localizamos los restos de dos ollas de perfil indeterminado (n° 9.255 y 9.256) junto a un borde (n° 9271) curvado y saliente con impresiones cortas de punzón formando “zig-zag” al interior. También encontramos: una posible pieza de huso (n° 9.305) (Fig.109: 8); el extremo distal de un punzón de hueso/alfiler trabajado (n° 9.306) (Fig.109: 6) de sección circular de 3,5 mm. de diámetro, que conservaba en su superficie ligeras estrías de abrasión finas y transversales y un aspecto lustrado que se acentúa por los efectos del fuego, junto a un martillo que presentaba las huellas del empuje (n° 9.309) (Fig.111: 3).

Por su parte, sobre el banco 9.18, se localizaron restos culturales como un pequeño fragmento amorfo (n° 9.275) que presentaba una decoración de múltiples “zig-zag” impresos en el exterior y en el interior alternando con bandas de líneas incisas con impresiones de punzón simulando una decoración campaniforme y un interesante carrete en piedra pulida (n° 9.257).

Destacar que a pesar de encontrarse en el extremo occidental de este contexto doméstico una estructura de molienda, en el extremo contrario también se localizaron numerosos molinos completos (n° 9.291, 9.292, 9.389, 9.601, 9.711, 9.794, entre otros.) (Fig. 105: 4 y 5) así como una mano de molino (n° 9.297) (Fig. 104: 6).

Si el registro faunístico se reduce prácticamente a ovicápridos sin determinar con escasa presencia de cerdos, los restos carpológicos han mostrado una gran abundancia de *Lavandula* (espliego), siendo también destacable, por su escasez en el yacimiento y su distribución por casi todas las viviendas, la presencia de un denticulado en sílex (n° 9.224) localizado al sur de las estructuras y en las cercanías de la estructura de combustión 9.21.

Por su parte, la US 9.20, corresponde con el contenido interno de la estructura funeraria 9.20. Este nivel presenta una sedimentación de aproximadamente unos 57 cm. y una matriz consistente en tierra de textura arenosa y estructura muy suelta de color gris de tonalidad media, que contenía los restos óseos de dos individuos y los restos materiales pertenecientes a su ajuar correspondiente. En su interior se han recuperado los restos humanos de dos personas. Una de ellas era una mujer adulta que presentaba una lesión de tipo infeccioso en el tercio medio superior del húmero sobre la V deltoidea. La mujer se encontraba en posición flexionada y mirando hacia el sur. Junto a ella se encontraban los restos humanos de un individuo infantil (Infantil I), del que solo se conserva un incisivo y un canino, ambos de leche, ante lo cual el análisis antropológico es prácticamente nulo. Ambos individuos estuvieron acompañados de un

gran ajuar dentro de la caracterización del mundo argárico, compuesto por elementos cerámicos, de metal y piedra. Estos se trataban de una olla globular de medianas dimensiones (nº 9.323-1); en piedra encontramos una pieza en sílex (nº 9.274-3) (Fig. 104: 5), pero serán los elementos metálicos los que destaquen no solo por su cantidad sino por su excepcionalidad. El conjunto lo forman tres piezas en cobre: un punzón con el extremo distal romo (nº 9.316) (Fig.111: 6) que apenas ha conservado la punta y un puñal de tres remaches (nº 9.325) del que llama la atención la placa de empuñadura trapezoidal y la disposición en triángulo de sus tres remaches. El elemento más destacado es sin duda un arete simple de oro (nº 9.327-7). En último lugar, decir que también se documentó un resto de mineral de plomo (galena, nº 9.322-4) pero en el proceso de flotación del sedimento interno, por lo que no podemos realizar ningún tipo de asociación ni contextualización, no obstante, este elemento podría ser intrusivo, como también puede suceder con el elemento en sílex, ya que hay que recordar, que el extremo sur de esta estructura se vio fuertemente alterada por la erosión de esta ladera.

Por último, tenemos que referirnos a la US 9.22, que corresponde con el contenido interno de la estructura de combustión. Como es lógico, se caracteriza por presentar una matriz limosa de grano muy fino y estructura muy suelta consistente básicamente en cenizas y desechos, que le infiere un color negruzco-blanquecino. En su interior se recuperaron toda serie de elementos, donde por supuesto, lo más abundantes eran los restos de carbón, seguidos de los restos de fauna. No obstante, debemos destacar también la presencia de dos elementos, uno en cerámica que consistía en un cuenco semiesférico de tendencia parabólica (nº 9.285) y otro elemento en sílex, concretamente, un denticulado (nº 9.212) (Fig. 104: 4).

V.3.10.5. Complejo Estructural Xc

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Con este Complejo Estructural podemos decir que nos encontramos prácticamente en la zona central del Grupo Estructural X. Se trata de un espacio que genera una zona de pasillo, cuya funcionalidad, como veremos posteriormente, no solo es de paso o vía de comunicación sino de almacenamiento. Algo habitual en el mundo Argárico, tal y como ocurre en otros yacimientos coetáneos cronológicamente, como el Cerro de la Encina en Monachil (Granada).

Es definido dentro de la división interna de la Zona Arqueológica C, como el subsector A del Corte 9, y posteriormente se ha incorporado el Corte 30 con la idea precisa en esta tesis doctoral de realizar un análisis lo más coherente posible y fiable para su consiguiente interpretación¹⁴⁰. Presenta una forma rectangular más o menos regular en todo su recorrido, de unos 18 m², orientado en sentido este-oeste para girar nuevamente hacia el sur, formando una L invertida. Este giro hacia el sur ha sido incorporado por los investigadores a cargo del proyecto como un nuevo Complejo

¹⁴⁰ Aunque en el análisis de este Complejo Estructural hemos incorporado el sector 30 en la metodología y en los sistemas de intervención se continúa su excavación de forma diferencial. Por supuesto, manteniendo en todo momento la correspondencia entre un sector y otro.

Estructural dentro de esta zona, el CE Xk. Sus coordenadas UTM son 20,60-29,00 x; 45,20-49,00 y; 2,79-5,00 z.

La definición estructural de este espacio viene dada, básicamente, por dos muros de mampostería que discurren en paralelo (9.25 y 9.29) en sentido este-oeste. Sobre el 9.29 se alza lo que podríamos denominar como una segunda fase constructiva que ha sido denominada como 9.24a, correspondiendo a un momento posterior en el tiempo, siendo la encargada de definir el CE Xe en su extremo norte. A nivel cronológico, creemos que este espacio data de las primeras fases de ocupación de este poblado (al menos está funcionando desde fase IIIB) perviviendo su uso y funcionalidad, hasta la fase IIIA siendo sellado en un último momento (tal y como demuestra el cierre establecido entre la estructura 25.2 y el extremo oeste de la 9.27) a través de la estructura 25.17 alzada directamente sobre parte del derrumbe de piedra que afecta a todo el Complejo Estructural Xc y Xk. Por todas las particularidades y por los procesos deposicionales que presenta, su interpretación y análisis debe realizarse, en relación, a los CE que lo rodean y particularmente a aquéllos que conforman las dos áreas más elevadas de esta zona del asentamiento (CE Xa, Xd y Xe), actuando como su conexión, no directa, por detrás de los bastiones 9.26, 9.27 y 9.28, especialmente cuando el pasillo que lo acompañaba en dirección noreste-suroeste (Complejo Estructural Xg) fue sellado por la estructura 9.XXI durante la fase de ocupación IIIA. Así pues los límites físicos y estructurales de este Complejo Estructural quedan enmarcados por el este por los CE Xa y Xd, por el oeste por los CE Xi y Xn; mientras que al norte encontramos los bastiones 9.26, 9.27 y 9.28 y con ellos el sector 30; por último al sur queda delimitado por el CE Xe.

El Complejo Estructural Xc, al igual que otras zonas del sector 9, fue objeto de desafortunadas intervenciones durante los años 60 por parte del Dr. García Serrano (Contreras *et al.*, 2000: 274-268), quién actuó sobre el extremo más oriental de este espacio generando una gran fosa que llegó a afectar a parte del alzado de la estructura 9.4 que queda en este extremo, y al punto de unión, que debieron tener, las estructuras 9.5 y 9.29 en sus extremos más orientales. Fue por ello que durante la campaña de excavación de 1991, uno de los principales objetivos de intervención, consistía en la limpieza superficial de este flanco del Complejo y la consiguiente excavación de la gran fosa (desde una profundidad de 2,60 a 4,67 m), en ese momento colmatada por el paso del tiempo.

Tras estos trabajos iniciales, esta zona no volverá a ser intervenida hasta años más tarde, concretamente, durante la quinta campaña en el verano del 2001, ya en la segunda fase del Proyecto Peñalosa. Debido al gran lapso de tiempo transcurrido entre una intervención y otra (10 años), durante esta campaña, los trabajos, consistieron nuevamente en la limpieza superficial (de todo el área ya intervenida en 1991) y en la delimitación de las dos grandes estructuras (sólo a nivel superficial) que lo conforman al norte y su (9.25 y 9.29, respectivamente).

Atendiendo a uno de los objetivos marcados por los investigadores a cargo del Proyecto, y al interés por esta zona del yacimiento, los trabajos, no solo radicaban en completar en planta las estructuras parcialmente definidas hasta el momento sino en tratar de asociarlas cronológicamente. Para ello, se decidió trazar una sección estratigráfica (S9) de forma transversal, de muro a muro (9.25 y 9.29) o de norte a sur. Con ella se intentaba obtener una lectura de los niveles inferiores de este espacio, que en

un principio, apuntaban a que no habían sido afectados por las intervenciones antiguas (años 60) y con ello poder definir los procesos deposicionales acontecidos en este espacio. La lectura que en principio ofrecía dicho perfil estratigráfico, parecía confirmar hipótesis lanzadas en campañas anteriores, ya que con él, se pensaba haber levantado todo el nivel de derrumbe fruto de las intervenciones antiguas y de expolio. Pero la realidad era bien distinta. Cuando se procedió a levantar la sección 9 y continuar con los trabajos en extensión se apreció que el fuerte derrumbe de piedra se extendía por toda la zona, al mismo tiempo, que continuaban aflorando las estructuras perimetrales (9.25 y 9.29) definiéndose claramente un espacio longitudinal hacia el oeste. Por motivos ajenos a los investigadores a cargo de los trabajos, la intervención se vio interrumpida nuevamente, y, con ella, la excavación quedó inconclusa.

Será ya durante la campaña de verano del 2005, desarrollada por más de cuatro meses de forma continuada, cuando se reinicien los trabajos y estos serán acometidos con carácter sistemático, microespacial, en profundidad y en extensión. Los planteamientos metodológicos estuvieron mediatizados en función a la información obtenida por la S9. En base a su lectura, en el mes de julio de 2005 se retoman los trabajos de este sector 9, centrados en un primer momento, entre la estructura 9.29 y 9.5, concretamente, en el punto de unión de ambas estructuras al este. La intención de reanudar los trabajos en este sector pasaban por encontrar el punto de unión de ambas estructuras, sin embargo, lo que se documenta es un potente derrumbe que afectaba a ambas estructuras en gran parte de su alzado en este extremo. Por ello, se decide ampliar los trabajos hacia el oeste trazando de nuevo un subsector el A₁, que comprendería el espacio intermedio entre la antigua S9 y el siguiente perfil estratigráfico (S1) trazado a 2 m del primero. Con esta ampliación del espacio a intervenir, se intentaba documentar al menos las primeras hiladas de ambas estructuras en su nivel inferior, para así, poder determinar si en algún momento tuvieron conexión o no. Tras estos trabajos los resultados fueron los esperados, documentándose el contacto de ambas estructuras así como la determinación de que es la estructura 9.5 la que se vence, en un momento determinado, sobre la 9.29.

La lectura estratigráfica ofrecida por la S1 era de un espacio cegado por un potente derrumbe producto de la caída del alzado superior de las estructuras perimetrales (9.29 y 9.25). En base a los planteamientos metodológicos establecidos desde el inicio de esta campaña se procede al rebaje de todo el paquete de derrumbe de piedra en dos alzadas artificiales, ya que la presencia de restos materiales son escasos en todos los sentidos, llegando a una profundidad de 5 m, profundidad en que ya nos encontramos con el nivel superior del pavimento del suelo de ocupación de este espacio que en un principio parecía exclusivamente de comunicación y que ya comienza a plantearse la hipótesis de que a la vez debió funcionar como lugar de almacenamiento. Así, de forma consecutiva y manteniendo la tónica de trabajo desarrollada hasta este momento, se vuelve a ampliar el área de excavación hacia el oeste. Para ello se vuelve a trazar una nueva sección o perfil estratigráfico (S3) a mitad del recorrido del pasillo hacia el oeste, conformándose un nuevo subsector A₂. Al contrario de los anteriores, el dibujo de esta sección es en sentido este-oeste, marcado entre la esquina formada por la estructura 9.29 y la 25.2. Ésta, nuevamente, nos vuelve ofrecer la misma lectura que los dos anteriores, un gran derrumbe de grandes lajas de pizarras. Sin embargo, la importancia de esta lectura es que nos marcaba que este gran pasillo giraba en forma de L invertida hacia el sur.

Así pues, podemos resumir diciendo que la metodología empleada ha mantenido la tónica desarrollada para todo el conjunto del poblado de Peñalosa. En primer lugar, se procedió a la limpieza superficial de toda el área, haciendo hincapié en aquellas zonas afectadas por las intervenciones antiguas. Seguidamente, se plantearon los trabajos necesarios para desarrollar su excavación a nivel microespacial, aunque, el rebaje de los estratos documentados han sido los que en realidad han marcado el grosor de las alzadas sobre los mismos, procediéndose, al rebaje en dos alzadas artificiales de 30 cm. de todo el derrumbe de piedra, llegando a la parte superior, del pavimento que genera el suelo de ocupación. Todo el espacio de este Complejo Estructural fue intervenido en extensión y en profundidad hasta pavimento de barro apelmazado. Una vez documentado éste y el conjunto de restos culturales en planta se procedió a su documentación (mediante, dibujo y fotografiado) y al levantamiento de toda la cultura material presente que, básicamente se trataban de grandes contenedores cerámicos, acompañados de sus tapaderas de pizarra y alguna piedra de molino. Tras la retirada de parte del suelo de ocupación se documentó como los grandes recipientes fueron apoyados directamente entre los recortes de la roca virgen. Sin embargo, los habitantes y usuarios de este espacio regularizaron todo este espacio mediante la disposición de mencionado pavimento, consistente en la aplicación de un barro de textura limosa y estructura muy compacta de color rojo intenso, seguido por el nivel de regularización o cimentación. Estos niveles parecen haber sido dispuestos una vez que muchos de los contenedores cerámicos ya estaban colocados sobre la roca virgen, ya que muchos de ellos al encontrarse totalmente fragmentados quedaban mediatizados con el propio suelo de ocupación, asimismo las muestras recogidas de sobre el propio pavimento nos apuntan hacia esta teoría. Como parte de la última fase de la metodología desarrollada, se procedió al rebaje del pavimento y de la tierra de cimentación para documentar, igualmente, en extensión la roca virgen que buza en sentido norte-sur.

En todo el proceso de excavación se ha utilizado el sistema de registro del Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía. Conjuntamente, se fueron tomando muestras sedimentarias de los niveles inferiores del derrumbe de piedra y del propio pavimento, así como, se ha recogido todo el sedimento interno de los diferentes contenedores para su posterior análisis. A su vez, se ha realizado la reconstrucción de todas las vasijas localizadas, su dibujado y digitalización para incorporarlas en la tipología morfológica del poblado de Peñalosa.

A nivel estructural, este espacio queda definido por dos estructuras de gran entidad que discurren en paralelo en sentido este-oeste y se alzan, directamente, sobre la roca virgen. A la primera a la que nos referiremos es la 9.29. En este caso nos encontramos ante una estructura de largo recorrido o trazado del que se ha constatado 6,40 m. (recordar que en su extremo este tanto sur trazado como su alzado fue afectado por las intervenciones antiguas). Precisamente, por la rotura que presenta en su extremo oriental se ha podido determinar su sistema constructivo. Este parece responder a la disposición de una línea de grandes lajas de pizarra dispuestas en dos hileras horizontalmente, una exterior y otra interior, rellenando su interior con cascajo y trabadas por un aparejo de textura compacta y carácter limoso, de color rojo-anaranjado. En su conjunto, conforman, una estructura de forma rectangular, más o menos regular en todo su trazado. Si bien, esto no lo podemos determinar con seguridad ya que debemos recordar que sobre ella se alza una nueva estructura, 9.24a, que define el CE Xe, por lo que sólo tenemos observación directa sobre la cara exterior. No obstante, sabemos que consta de un grosor de 80 cm. y un alzado relativo que oscila (en función

de los buzamientos de la roca) entre 1,60 m y 2,5 m. En su construcción sabemos que sus constructores no solo seleccionaron las pizarras idóneas sino que además las trabajaron, para obtener las formas deseadas. Esto queda constatado en el giro hacia el sur de esta misma estructura (ya en el sector 25 y por lo tanto en el CE Xk) que recrea una esquina perfectamente recortada, dando paso así al CE Xk, y contra la que choca la posterior estructura 9.66 (que es la encargada de cerrar el espacio del CE Xe). Mientras por su extremo oriental choca contra la estructura 9.5 que discurre en sentido noreste-suroeste, siendo esta última la que termina por vencerse sobre la 9.29 y originando así una nueva esquina de forma rectangular que daría paso al nuevo pasillo o CE Xg, al sureste.

En paralelo a la anterior discurre la estructura 9.25. Ésta mantiene la misma orientación que la anterior, y, al igual, que ella se alza sobre el afloramiento rocoso. Sin embargo, su arranque se localiza concretamente en el perfil oeste del CE Xd llegando su recorrido hasta la estructura 25.17 al oeste, rematada en ambos extremos en forma rectangular, mientras que su trazado parece simular una S. Es por ello que a pesar de no poder constatar en la actualidad su sección debido a que su cara norte se encuentra flanqueada por al menos tres bastiones (9.26, 9.27 y 9.28) que parecen superponerse a ella, reproduciendo en todo el sector 30 la forma de un gran derrumbe. No obstante, como en el caso anterior (9.29), esta estructura también se vio afectada por las excavaciones antiguas en su extremo oriental, habiéndose desmontado en parte esta esquina y dejando a la vista parte de su sección lo que nos permite acercarnos a su sistema constructivo. Éste parece responder a los mismos criterios que la estructura 9.29, creada por una hilada interior formada por grandes lajas de pizarras dispuestas horizontalmente y presumiblemente otra exterior, relleno su interior por pizarras de menores dimensiones, trabadas todas ellas, por una argamasa de textura compacta y carácter limoso, de color rojo-anaranjado. En este caso, también, documentamos como sus constructores seleccionaron las lajas más adecuadas para su alzado así como en los casos que eran necesarios, procedieron al recorte de las mismas. En cuanto a su alzado, nuevamente, estará determinado por el buzamiento de la roca, sin embargo, es el mismo que el documentado en la estructura anterior, llegando a alcanzar los 2 m. de altura.

Con respecto a ambas estructuras (9.29 y 9.25) todo parece indicar que en su momento de uso estuvieron revocadas por finas capa superpuestas, de barro de color rojizo y carácter muy limoso y depurado. Aunque es cierto que se han encontrado escasos restos de estas capas de revoco interno, concretamente en la 9.25, a mitad de su recorrido, sí se ha podido constatar su presencia, así mismo, entre el nivel inferior del derrumbe de piedra y el suelo de ocupación se documentaron durante el proceso de excavación grandes tortas de revoco afectado por el fuego que apuntan hacia esta hipótesis.

Cerrando el espacio al norte de la estructura 9.25, durante la campaña del verano del 2001, se procedió a la retirada del nivel superficial del testigo (1 m) mantenido entre la estructura 9.25 y el sector 30 al norte. Testigo mantenido como límite entre ambos sectores. Será en este momento cuando se constate que ambos espacios están conectados a través de la estructura anterior y los tres bastiones que se perfilan en el nuevo sector 30 en sentido este-oeste. El primero de estos bastiones es el 9.26, en el extremo oriental de la estructura 9.25, a sus espaldas. Consiste en un bastión o refuerzo macizo de forma aproximadamente semicircular compuesto por pizarras de diversos tamaños dispuestas directamente sobre la roca virgen, concretamente sobre uno de los

tres salientes puntiagudos de esta y trabadas por barro endurecido de textura granulosa, de color gris-amarillento. La diferencia en cuanto a la técnica constructiva de éste con respecto a la estructura 9.25, es que en este caso, sus constructores parecen no preocuparse por mantener un equilibrio estructural ni en su alzado ni en su sección. Precisamente, con respecto a su sección se ha podido determinar que giraría entorno a los 2,50 x 2,20 m mientras que su alzado hoy por hoy permanece mimetizado con el alzado de la segunda fase constructiva de la estructura 9.25 (Fig. 96).

El segundo de los bastiones o refuerzos macizos es el localizado en el segundo saliente de la roca y ha sido denominado como estructura 9.27. Tanto éste como el siguiente, 9.28, responden al mismo sistema constructivo descrito anteriormente. La única diferencia entre estos dos y el primero son las dimensiones de su sección. En el primero de los casos (9.27) presenta una oscilación entre los 2,40 x 1,40 m mientras que en el segundo (9.28) varía de 4,00 x 2,10 m. Como se puede apreciar el bastión intermedio es el de más pequeñas dimensiones respecto a los dos laterales. Su explicación es simple, en todos los casos se adaptan perfectamente a las dimensiones de los salientes de roca y en este caso particular (9.27) es el saliente más pequeño. Si bien, todos tienen una característica en común, salvando su sistema constructivo, y es que presentan un desplome hacia el norte (Fig. 96).

Esto nos muestra un patrón bastante de claro en cuanto al sistema constructivo y urbanístico de esta zona alta del poblado. Ya que como ocurrirá también en otros Complejos Estructurales como el Xf, XI y sobre todo en el CE XIII, las gentes de este poblado se adaptan perfectamente a la orografía que les presenta el terreno, adaptando sus construcciones al mismo y en estos casos construyen toda una serie de estructuras, en muchos casos macizas y de formas similares que engarzan y salvan los diferentes salientes y desniveles que presenta en este espacio la roca natural. De esta manera no solo consiguen la habitabilidad de este espacio sino también como nos hace pensar este caso concreto de estos tres bastiones, consiguen darle un aspecto mucho más encastillado a la vez que realzan aún más si cabe toda esta área con respecto a la Terraza Superior. Algo lógico si pensamos que al sur de estas estructuras se encontraba una de las zonas de mayor almacenamiento alimenticio de todo el poblado.

Sin embargo, la relevancia de estos tres bastiones no es solo a nivel urbanístico sino que también nos habla de dos momentos constructivos en la propia estructura 9.25. Anteriormente, ya hemos procedido a su análisis, sin embargo, su alzado, en un momento determinado y posiblemente debido a factores diversos, como derrumbes fortuitos, etc., continúan con la construcción de su alzado, realzándolo, aproximadamente 40 cm. Sin embargo, el sistema constructivo registrado en este caso difiere bastante del primer alzado construido. En este caso se trata de la disposición de pizarras de menores dimensiones dispuestas de forma más irregular recreando una sección rectangular, así mismo el trabado de las mismas es mucho más tosco, documentándose grandes cantidades de argamasa de carácter menos depurado y granuloso, de color amarillento y gris de tonalidad clara, entre una hilada y otra. Este sistema constructivo le confiere al remate superior de la estructura un carácter de cierta inestabilidad e imprecisión urbanística, al menos visual.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

En la articulación de su espacio interno no se han definido ningún tipo de estructuras. Como ya hemos explicado anteriormente se trata de un espacio que recrea un pasillo longitudinal en sentido este-oeste, de forma rectangular (más o menos regular). Éste fue dotado por un nivel de barro endurecido de color rojo intenso (debido a la actuación del fuego), precedido por un nivel de cimentación y regularización de textura compacta y color blanquecino. Aunque es la propia roca virgen la que actúa como suelo de ocupación, ya que los niveles anteriores parecen responder más bien a la idea de regularización de los desniveles que presenta la roca, en sentido norte-sur. Este pasillo ha sido definido con la nomenclatura de 9.65 y se caracteriza por presentar diferentes recortes intencionados de la roca a modo de calzos para el sostenimiento de grandes contenedores.

El suelo de ocupación que documentamos directamente sobre la roca virgen parece ser contemporáneo al del CE Xa, a la espera de nuevas dataciones, atendiendo a su relación en profundidad y antigüedad estratigráfica, al del CE Xa. Otro argumento en relación a la contemporaneidad entre ambas estructuras es el fuerte incendio que afectó también a todo este pasillo y que se manifiesta incluso en la alteración térmica de la mayoría de los paramentos, que ha provocado no solo la caída y desplome del revoco interno de estas estructuras sino que se han visto afectadas las propias lajas de pizarra que forman parte del alzado de dichas estructuras.

Aunque no sean las típicas estructuras internas a las que hacemos referencia en este apartado, debemos advertir que, durante la última campaña de excavación en 2005, se constataron una serie de escalones recortados en la roca que ponen en comunicación este CE con los CE Xd (al noroeste) y Xa (al este). Dichos escalones no quedan al mismo nivel del suelo de lajas planas documentado en el primero de los Complejos mencionados. Es por ello que sus constructores colocan dos lajas de pizarra de grandes dimensiones a modo de trancos o escalones artificiales, salvando a la vez el desnivel que presenta en este extremo la roca virgen. Así pues, la denominada como estructura 9.39, se compone en primer lugar de una laja de pizarra de gran tamaño, que muestra evidencias claras de haber sido recortada a modo de escalón, seguida de otra más que presenta igualmente señas de haber sido trabajada ya que tiene sus esquinas totalmente redondeadas y adaptadas al vano de la entrada. Ambas están dispuestas horizontalmente. La última de ellas se alza sobre un paquete de sedimento de 10 a 15 cm. y es la encargada de iniciar la bajada hacia el CE Xc (al sur) a través de los tres escalones de roca recortada, llegando tras ellos al suelo de ocupación del CE Xc. Cada uno de estos escalones salvan una altura media aproximada de entre 10 y 15 cm. de tal manera que consiguen una mayor accesibilidad entre unos espacios y otros.

Manteniendo la tónica de todo este Grupo Estructural X, el primer nivel sedimentario que documentamos corresponde con el estrato superficial (US 25.1). Éste se nos presenta en forma de capa. Consiste en una tierra suelta de textura limosa de color marrón-grisáceo de tonalidad media que soporta una estructura de bloques de piedras de medianas dimensiones y algunas raíces. Su sedimentación responde de forma exclusiva al paso del tiempo. Debido a las características morfológicas que presenta éste, no es de extrañar, que en su documentación prácticamente, no se hayan recuperado elementos culturales de interés, ya que los escasos restos materiales recuperados

presentaban un alto grado de fragmentación y alteraciones post-deposicionales. Entre ellos, podemos referir la documentación de un cuenco semiesférico de perfil simple (nº 9.159), los fragmentos de dos crisoles hondos (nº 9.173 y 9.170) y un fondo que igualmente, podría pertenecer a otro ejemplar de las mismas características, aunque su pasta parece del tipo definido como crisol plano (nº 9.181), junto a estos elementos cerámicos, también documentamos un resto de galena (nº 9.168) y restos de fauna, concretamente, de équidos.

c) Análisis contextual



Lámina 133. Distribución de los grandes contenedores en el suelo de ocupación del CE Xb (Proyecto Peñalosa).

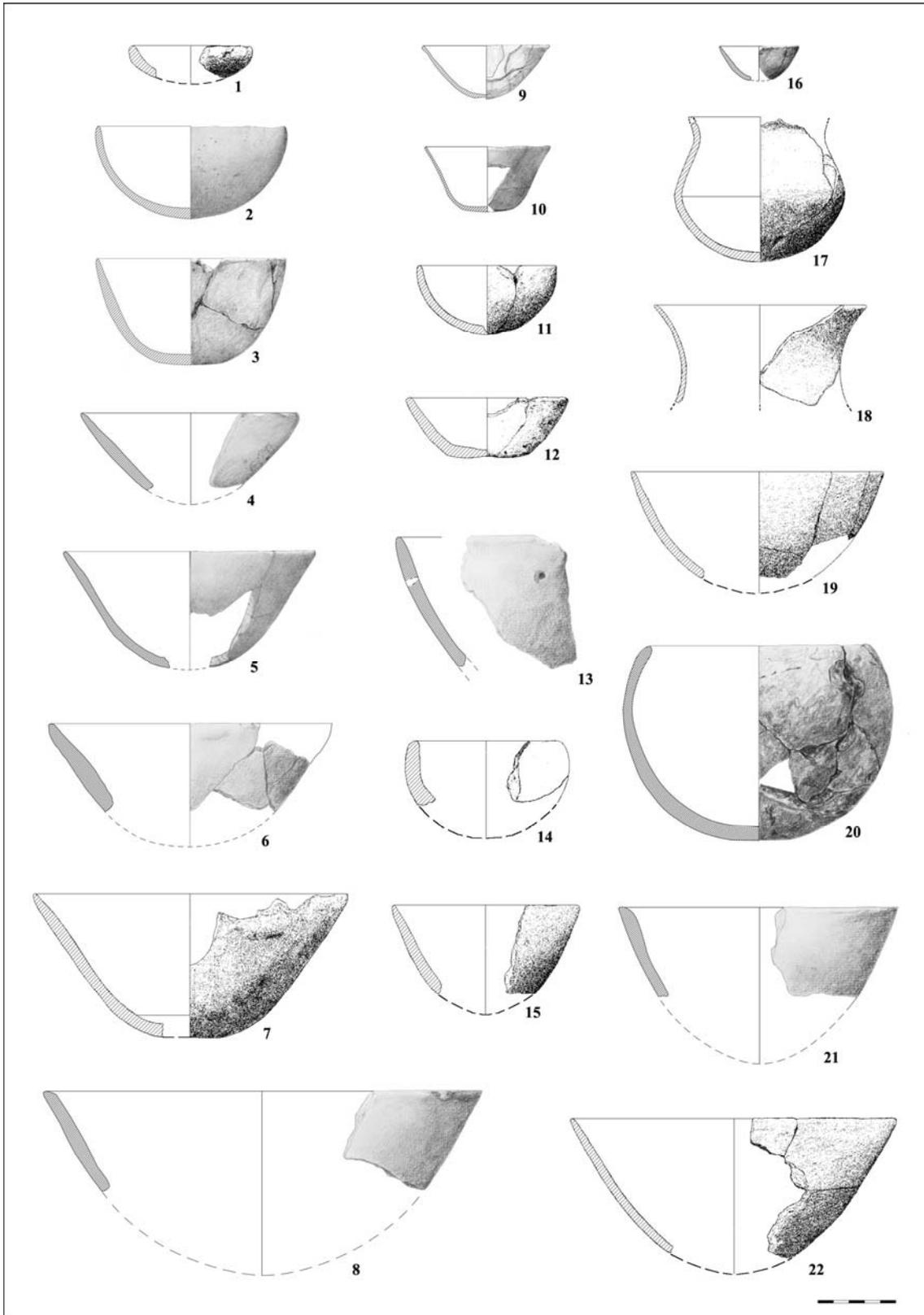


Figura 106. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).

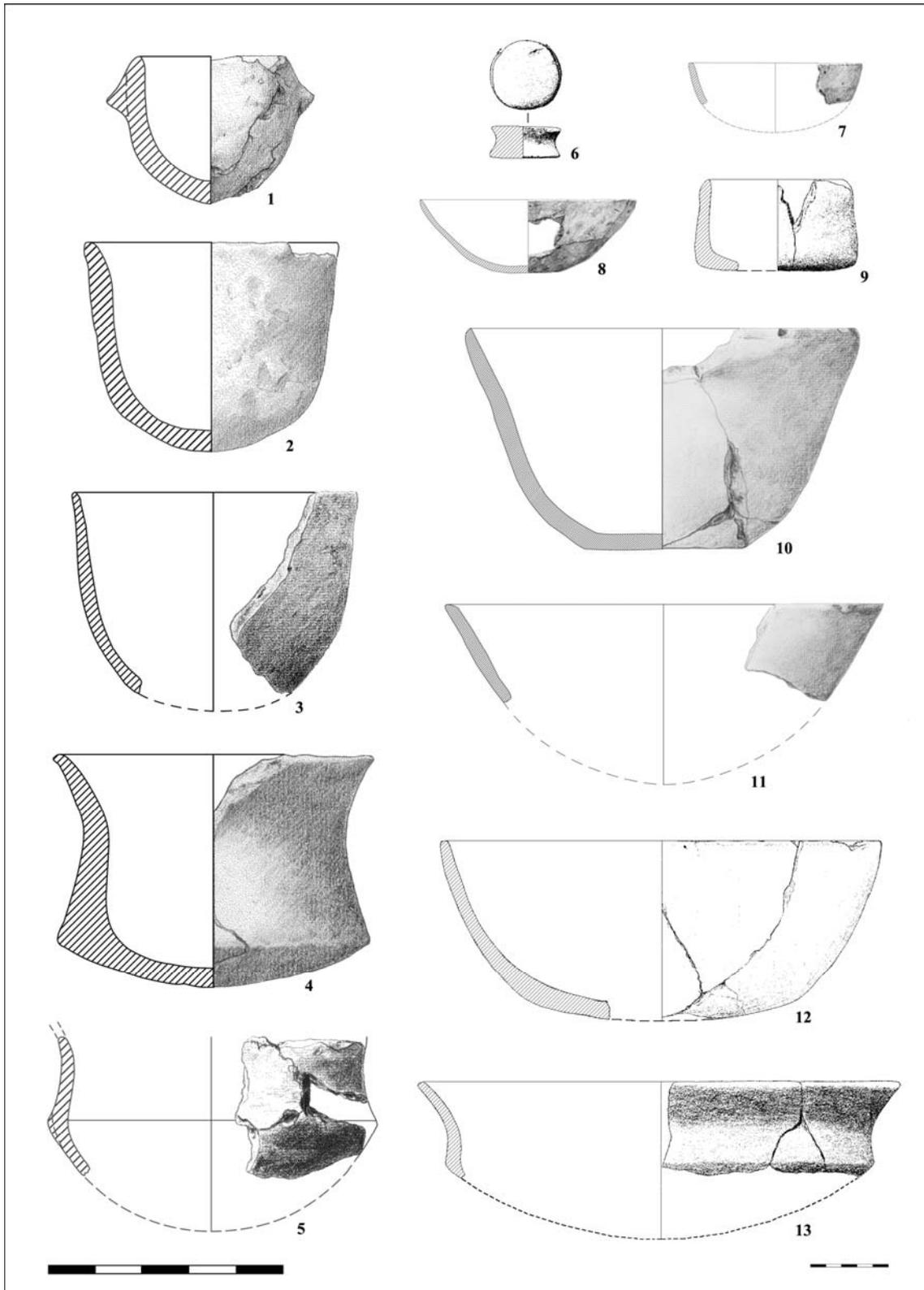


Figura 10. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).

Seguidamente, nos encontramos con la US 25.2 definido como el primer nivel de derrumbe de piedra, proveniente de las partes altas de las estructuras que definen este pasillo (9.29 y 9.25). Éste se caracteriza por presentar una matriz limo-arcillosa de textura suelta y color marrón-grisáceo de tonalidad media. Contiene inclusiones de pizarras de mediano y gran tamaño, en forma de bloques junto con algunos fragmentos de cuarzo y restos de raíces. Se aprecian pequeñas zonas anaranjadas producto de la descomposición de la argamasa utilizada para trabar las piedras de sus partes altas. Entre los materiales recuperados podemos destacar, los restos de una gran olla de paredes y borde recto (nº 25.006-2/4), con decoración en digitaciones en el borde y dos mamelones para su sujeción, un soporte de un alisador en piedra pulida (nº 25.012) y por último, se recuperaron escasos restos de escoria ligera de cobre vitrificado junto a diferentes fragmentos cerámicos con decoración y abundantes restos de carbón.

Bajo esta Unidad Sedimentaria documentamos el segundo nivel de derrumbe de piedra (US 25.3) que corresponde con parte del alzado de las estructuras adyacentes. En cuanto, a la geometría de la sedimentación, decir, que ésta se nos presenta en forma de capa, generalizada y extensible desde este Complejo Estructural hacia el CE Xk. Se compone por una matriz de textura limo-arcillosa y estructura compacta de color blanquecino-marrón de tonalidad clara, con inclusiones de tierra de carácter polvoriento de color blanquecino, dicha matriz es soportada por grandes cantidades de pizarras de grandes tamaños. Todas ellas presentan una inclinación en sentido norte-sur y sur-norte. A su vez, este nivel presenta inclusiones de abundantes restos de carbón y barro muy compacto de color rojizo, sobre todo, adheridos a la cara interna de la estructura 9.25, restos localizados en el nivel inferior de este estrato, lo que nos hacía presagiar que nos encontrábamos ante un espacio cerrado y provisto de techumbre. Aunque, también debemos apuntar que parte del revoco documentado, provendría de los propios paramentos que al verse afectados por el gran incendio¹⁴¹ generalizado documentado en todo este Grupo Estructural X, hicieron saltar el revoco de las paredes. En este nivel no se constataron restos culturales de interés resaltable.

Las siguientes Unidades Sedimentarias que documentamos son las 25.11 y 25.12. La primera de ellas, corresponde al nivel de descomposición de adobes, que aparece en parte roto por la presencia de grandes lajas de pizarra provenientes de la techumbre, es por ello, que realizaremos de forma conjunta su análisis. Con respecto al derrumbe de adobes, decir que se caracteriza por presentar una geometría de sedimentación en forma de capa en todo este Complejo Estructural como en el CE Xk, aproximadamente, cuenta con unos 15 cm. de espesor. Se compone, como es lógico, por una matriz de textura arcillosa y estructura compacta de color rojizo con alternancia de manchas de color blancuzco. En este nivel se continuó constatando la presencia de lajas de pizarra, aunque, en menor número que en los niveles anteriores, éstas se nos presentan de forma más o menos horizontales. Por su parte, el segundo de los niveles (US 25.12) de aproximadamente unos 25 cm. responde prácticamente a las mismas características genéticas que el anterior, con la única diferencia de un mayor volumen de lajas planas de pizarra con gran inclinación en sentido norte-sur y viceversa. Todas ellas parecen haberse resbalado desde la parte alta de las estructuras adyacentes, unido a la posición que ocupa en la conformación del registro arqueológico de este CE Xc, nos hace pensar que se tratarían de las lajas de pizarra colocadas como parte de la techumbre. En ambos

¹⁴¹ Todo parece apuntar que en toda la zona alta de este poblado argárico se produjo un gran incendio que llegó afectar incluso las propias pizarras que conformaron el alzado de las estructuras que conforman este pasillo, éstas aparecen con fuertes signos de exfoliación y alteración por el fuego.

niveles se ha documentado, como ya hemos expresado en el caso de la US anterior, una gran cantidad de pizarras de gran tamaño que parece haber estado expuestas durante un tiempo prolongado a un incendio de altas temperaturas, tal y como muestra el hecho de que se presenten con un alto grado de exfoliación y fragmentación.

Entre los materiales culturales recuperados, solo podemos mencionar la fuerte cantidad de cantos de río de pequeñas dimensiones aunque en la zona occidental de este Complejo Estructural se documentaron otros más de mayores tamaños. Entre ellos tan solo se recuperó una piedra de molino completa de forma barquiforme (nº 25.120) junto con abundantes restos de revoco que mantenían las improntas del cañizo, así como, grandes cantidades de restos orgánicos carbonizados. Destacar dos elementos más, no solo por su genética sino por su asociación y por haber sido localizados en el límite superior de este nivel y el inferior del segundo derrumbe de piedra documentado en este espacio. En el extremo oriental, prácticamente, en la esquina documentada de la 9.29, se encontraba en el centro de este pasillo un cuenco semiesférico de medianas dimensiones (nº 25.090) asociado a él (bajo éste), se encontraba un puñal de cobre con tres remaches (nº 25.089) (Fig.111: 8).

En último lugar, debemos referirnos al suelo de ocupación de este gran pasillo central, este ha sido denominado como US 25.13 (Lám. 133). Respondiendo a los criterios constructivos de este poblado, se compone por un barro apisonado de matriz arcillosa de grano muy fino y estructura muy compacta de color rojo intenso de 8 cm. de espesor. De este a oeste, en todo el recorrido de este gran pasillo central, documentamos no solo grandes contenedores incrustados en los salientes y recortes de la propia roca, sino también, otros elementos, sobre todo de piedra no tallada. Con respecto a los grandes recipientes encontramos diferentes ejemplos de orzas. Su distribución en sentido este-oeste, localizamos en uno de los salientes de la roca y junto a la cara interna de la 9.25, una gran orza de grandes dimensiones (nº 25.094) con pequeños mamelones en el cuerpo, aunque no podemos precisar su morfología, por el alto grado de fragmentación y degradación, llegando incluso a mimetizarse con el propio suelo de ocupación. En el extremo opuesto, junto a la cara interna de la estructura 9.29, localizamos una segunda orza de perfil ovoide y cuello ligeramente marcado de medianas dimensiones (nº 25.111), exhibe decoración incisa en el borde. La siguiente se encontraba, prácticamente, en el centro de este pasillo, al oeste de las anteriores. Se trata de una gran orza (25.110) (Fig. 101: 1) ovoide, de cuello marcado y saliente y fondo plano. Como en los casos anteriores, ésta también presenta decoración, en este caso se trata de pequeños mameloncitos en el cuerpo. En nuestro recorrido hacia el oeste, documentamos nuevamente apoyada sobre el muro 9.29, otra gran orza ovoide (25.134) (Fig. 102: 5) de similares características morfológicas a las anteriores, nada más que en este caso, la decoración es de incisiones y consiste en digitaciones en el borde. Asociada directamente a esta última localizamos una tapadera circular de pizarra (nº 25.138) (Fig. 103: 15) y una piedra de molino de apenas 20 cm. de longitud (nº 25.135). Al oeste de estos elementos, apoyada directamente sobre la propia esquina originada por la estructura 9.29, encontramos una nueva orza ovoide de cuello marcado de fondo convexo y medianas dimensiones (nº 25.132) (Fig. 101: 2), en éste caso, presenta decoración de pequeñas impresiones de digitaciones. A pesar de lo que pudiéramos pensar, estos grandes contenedores no parecen haber mantenido su contenido interno, al menos, en el proceso de excavación no se documentaron grandes cantidades de semillas, sino todo lo contrario, lo que nos apunta a pensar que el contenido interno de estos contenedores era bastante apreciado por parte de los habitantes de éste poblado ya que

cuando abandonan el poblado o al menos inutilizan este gran pasillo central con anterioridad retiran todo lo almacenado en el mismo. Manteniendo exclusivamente, aquellos elementos cerámicos (sobretudo) que en el momento de uso de este espacio fueron introducidos en los salientes de la roca y sellados por el propio suelo de ocupación, imposibilitando así su movimiento y promoviendo su estabilidad.

V.3.10.6. Complejo Estructural Xd

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Este Complejo Estructural se corresponde con los subsectores C del sector 9 en la corona del cerro (Zona C). Su delimitación espacial respecto a las coordenadas UTM son 12,70-20,50 x; 46,00-53,30 y; 3,18-5,19 z. Formalmente, tiene una forma más o menos rectangular-cuadrangular. Se trata de un espacio constituido por dos ambientes o espacios, constructivamente hablando, diferentes. Orientados en sentido norte-sur y este-oeste. Por su sistema constructivo, por su secuencia estratigráfica (relación estratigráfica con el suelo de ocupación IIIA de la casa Xa) y por la presencia de restos culturales documentados, parece responder a la fase IIIA. En sí, este Complejo se construye en la parte más elevada del poblado, al noreste del Grupo Estructural X, dominando el acceso al poblado desde el este (estructura 9.11) y franqueado por los muros de cierre con bastiones que surcan toda la ladera norte (sector 32). Éste junto con el CE Xe y Xi, son los espacios más elevados documentados en toda esta cima del poblado con respecto a los CE anexos, de tal forma que, el aterrazamiento del poblado se reproduce hasta su extremo más alto y artificial.

Sus límites estructurales quedan marcados por el Complejo Estructural Xa al sureste, al que se accede por la puerta (9.30) en el extremo sureste de este espacio, mientras que al suroeste encontramos el CE Xc al que se accede salvando los escalones de lajas planas dispuestos de forma intencionada por los constructores de ambos espacios, así como los construidos por el propio recorte de la roca virgen (9.39). Por su parte al norte, este espacio queda cerrado por la estructura 9.47 y por el posible sistema de desagüe documentado en el extremo noroeste (9.40a, 9.40b y 9.46) que en su confluencia conforman como un pequeño pasillo desde el que se accede a través de los escalones recortados en la roca (9.59) al CE Xj, colindando directamente con el cortado de conglomerado de la roca virgen y con el CE XIII.

Su metodología de excavación ha pasado por diferentes etapas. Todas ellas han estado mediatizadas a los trabajos realizados en los CE anexos o contiguos a él. Así pues, durante las campañas de excavación de 1987 y 1991 se realizaron trabajos de limpieza superficial, intentando definir las estructuras que lo delimitaban, al mismo tiempo se procedió a limpiar los restos de las excavaciones antiguas, que también afectaron esta zona. Sin embargo, no será hasta la campaña del verano del 2001 cuando se proceda al desmonte del testigo existente entre el sector 9 y los sectores 25, 30 y 31 al norte, hasta el nivel de derrumbe. Ello es debido a la complejidad de la superposición de estructuras en todo su recorrido y por el nivel tan heterogéneo de alteración de los depósitos y estructuras. Será en este momento cuando se planteen los planteamientos metodológicos a seguir. Lo primero fue la retirada total del nivel superficial, llegándose

al nivel superior del derrumbe de piedra. La zona en la que se intensificó el trabajo durante esta campaña fue el área denominada C (al oeste) del sector 9. Se procedió a desmontar el testigo existente entre este sector y el 31 (S4) que discurría en sentido este-oeste al norte de este Complejo Estructural. El objetivo era localizar el cierre por el norte de las estructuras que debían formar esta área de excavación. Así se localizó la estructura de cierre 9.47, a la vez que fue posible definir el cierre norte de la estructura 9.3. La falta de tiempo y medios económicos hicieron que la excavación no prosiguiese a todo el sector, quedando interrumpida nuevamente, continuándose en la siguiente campaña, ya en el año 2005. Momento en que se procede a la excavación sistemática de este espacio, practicando unos trabajos a nivel microespacial, en extensión y en profundidad. El objetivo, continuaba siendo el mismo que el de la primera campaña, definir tanto estructural, estratigráfica como contextualmente este Complejo Estructural.

Así durante esta campaña se procedió al levantamiento de la zona noroeste y con ella se retiró la sección S7 (zona de acceso al CE Xa). Estos prosiguieron con los trabajos de retirada del nivel de derrumbe de piedra, ya documentado en la campaña anterior. La disposición irregular de las grandes y medianas lajas de pizarra que en la mayoría de su geometría se encontraban hincadas verticalmente, nos impidieron realizar una excavación por alzadas completamente niveladas por lo que las profundidades, al menos de este nivel, deben tomarse con las debidas consideraciones. Paralelamente a estos trabajos se fueron definiendo a nivel estructural todas las estructuras perimetrales que ya comenzaron a emerger durante las campañas antiguas, así como también, se documentaron nuestras estructuras. Este es el caso de la sepultura en cista (Tumba nº 18) documentada en el extremo noreste del espacio. Su excavación se realizó de forma independiente al resto del espacio. Una vez finalizada su excavación los trabajos se extienden al resto del CE. Momento en que documentamos en este mismo Complejo Estructural dos pavimentos de características morfológicas totalmente distintas, pero coetáneos tanto a nivel cronológico como funcional. Concretamente, circundando y sellando la sepultura 18, en el extremo oriental hasta la altura de la 9.13, se documenta un suelo de ocupación compuesto por barro endurecido, orientado en sentido este-oeste, mientras que el espacio restante, en sentido norte-sur (en el extremo oriental), se compone por lajas planas de diferentes tamaños. Una vez que se tenían totalmente documentados ambos pavimentos se decidió para proseguir con la excavación en profundidad trazar un nuevo perfil estratigráfico desde la cara norte de la 9.13 a la cara sur de la 9.47, justo en el punto en que se comunicaban ambos pavimentos. El objetivo no era otro que definir claramente las relaciones estratigráficas entre ambos suelos de ocupación como definir claramente las relaciones estratigráficas entre ambas estructuras. De esta manera quedaba dividido el espacio de este Complejo Estructural para futuras intervenciones en dos ambientes diferenciados, tal y como nos lo marca el hecho de corresponderse dos suelos de genéticas tan distintas. Subsector C englobaría la zona noroeste o lo que corresponde con el suelo de barro endurecido, mientras que el subsector C₁ ocuparía el espacio restante y por lo tanto todo el enlosado de lajas planas.

A nivel estructural, este espacio queda conformado por toda una serie de muros de mampostería que lo cierran por todos sus flancos, al sur-sureste se define por un muro de tendencia semicircular (9.13) junto a otras estructuras rectos que chocan contra él (9.9 y 9.10¹⁴²), el último destinado tal vez a sostener la techumbre de alguna zona del

¹⁴² En su conjunto, estas estructuras pertenecen a la articulación espacial y física del contexto doméstico Xa, aunque como podemos observar es cierto que inciden sobremanera en este Complejo Estructural, sin embargo, su análisis pormenorizado ya ha sido acometido en el CE Xa.

CE Xa. Mientras que por el este, encontramos la primera de las estructuras propias de la conformación estructural de este espacio, se trata de la localizada en el extremo más oriental, el 9.45. Consiste en un muro construido en una sola hilada. Su aparejo viene definido por un mortero simple de piedras de pizarra de grandes dimensiones dispuestas en hiladas superpuestas horizontalmente y de forma organizada, alternando juntas. El mortero empleado para su trabamiento es de color rojo intenso alternando en sus hiladas superiores con otro de tonalidad más grisácea. Presenta un espesor de 1 m, aunque podría ser mayor conforme avanzamos hacia el sur. Se trata de un muro de aterramiento de forma rectangular rematado en forma semicircular en su extremo norte. Discurre a lo largo de más de 6 m de recorrido en sentido norte-sur. Presenta un buen estado de conservación como refleja el hecho de conservar 1,5 m de alzado, aunque se ha visto, a mitad de su recorrido, afectado por la actuación de las excavaciones antiguas en los años 60, donde por el momento solo se han podido recuperar dos hiladas de piedra, además, presenta un leve vencimiento hacia el interior del Complejo Estructural (al oeste). En la actualidad no podemos precisar si se alza sobre la roca virgen, como tampoco podemos determinar si su construcción responde a un momento anterior a la fase de ocupación IIIA, como ya hemos apuntado en el análisis del contexto doméstico Xa por su posible relación con la estructura de la fase IIIB documentada bajo el suelo de ocupación de éste.

Adosado a su cara oeste y prácticamente en su punto de arranque al norte, documentados otra estructura, la 9.47. Ésta es la encargada de cerrar gran parte de este espacio al norte, junto con las estructuras documentadas al noroeste (9.40a, 9.40b y 9.46). Por ello, ha sido definida como un muro de cierre que a nivel constructivo responde al mismo sistema constructivo descrito anteriormente, aunque presenta alguna diferencia; en su construcción sus constructores usaron mayores cantidades de mortero, consistente en barro endurecido de color rojo intenso en todo su trazado; se trata de un muro de mampostería de forma rectangular, aunque su extremo final u occidental es redondeado, orientado en sentido este-oeste a lo largo de 5,40 m. Presenta un buen nivel de conservación, aunque se encuentra vencido hacia el norte¹⁴³, en parte, este hecho le ha provocado que su grosor varíe desde su extremo oriental (donde cuenta con unos 45 cm.) al occidental (que alcanza el 1,60 m). Como en el caso contrario, tampoco sabemos si se alza sobre el afloramiento rocoso y si cuenta con un nivel de cimentación, sin embargo, si sabemos que su construcción se corresponde con el suelo de barro apisonado de la fase de ocupación IIIA de este Complejo Estructural.

En ambos casos, hemos indicado el buen nivel de conservación que presentan ambas estructuras, al menos en su alzado, sin embargo, debemos decir que tanto una como otra, presentan fuertes señales de haberse visto afectadas por el incendio (las pizarras aparecen bastante deterioradas y exfoliadas) que afectó a esta zona oriental del Complejo Estructural, tal y como ha quedado patente en el propio cuerpo inhumado en el interior de la estructura de cista (9.52).

Al oeste se dibuja un doble murete perpendicular (9.40a y 9.40b) a la estructura 9.25, orientado en sentido sur-norte, del que parte, en uno de ellos una canalización con desagüe al norte. Este doble murete se alza directamente sobre el suelo de lajas planas en su frente su mientras que en su trazado hacia el norte termina por levantarse, directamente, sobre el saliente de roca documentado en el sector 30. Aunque en su

¹⁴³ Parte de su alzado se ha documentado a modo de derrumbe de piedra sobre los salientes de la roca virgen que sobresalen en el sector 30.

frente su dibuja una doble estructura de forma rectangular, conforme avanzamos al norte va tornándose en un doble murete de forma rectangular, compuesto por una sola hilada de pizarras superpuestas de forma horizontal. El mortero que utilizan para trabarlas, consiste en un barro endurecido de textura limosa y grano fino de color rojo. Su conservación es bastante buena teniendo en cuenta, que la canalización documentada entre ambos se ha visto sellada por el paso del tiempo así, como su recorrido hacia el norte va perdiendo parte de su alzado a consecuencia de la erosión y del paso del tiempo. Teniendo en cuenta esto, podemos precisar tanto su alzado original como su grosor. Respecto al alzado, consta de unas seis hiladas de piedras superpuestas, lo que se traduce en 32 cm., mientras que de grosor presentan escasamente 20 cm. Lo cierto, es que no solo se trata de un doble murete, sino que sobre éste se han documentado tres hiladas más de lajas de pizarra superpuestas (supone un alzado de 39 cm.) que responden al mismo sistema constructivo que el doble murete. Esta nueva estructura, 9.46, es la encargada de unificar el conjunto de estas estructuras que parecen conformar un sistema de evacuación de aguas. Su orientación, por lo tanto, difiere del doble murete, siendo en sentido oeste-este, precisamente, va a morir su extremo oriental, en las proximidades de la estructura 9.47, ocasionándose, entre ambas un estrechísimo paso que accedía al exterior del poblado por esta zona norte a través de los ya mencionados escalones de roca (9.59) del sector 30.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

La definición como Complejo Estructural de este espacio no se le ha atribuido solo en base a la composición que recrean las estructuras y suelos que lo conforman sino también por su propia organización interna, que recrea, un espacio compartido en el desarrollo de diferentes actividades así como por la presencia de una sepultura en cista. No obstante, como veremos en el apartado correspondiente a la interpretación de todo este Grupo Estructural, este Complejo Estructural pudo formar parte, a modo de estancia aledaña al Complejo Estructural Xa, como lugar acondicionado para el desarrollo de actividades metalúrgicas propiamente dichas. Respondiendo así, a la construcción de un gran contexto doméstico provisto de dos estancias aledañas que comparten muchos momentos de la vida social.

La primera estructura a la que haremos referencia es precisamente, la 9.52, o lo que es lo mismo, la sepultura en cista documentada bajo los niveles de suelo de barro apisonado alterado por el fuego y de la fase IIIA (Contreras *et al*, 2005). Como ya hemos explicado, ésta fue localizada durante la campaña de intervención del 2005. Ha sido denominada dentro del organigrama de las estructuras funerarias de Peñalosa como tumba nº 18. Se localiza en el extremo nororiental de esta estancia del sector 9. Siguiendo el sistema constructivo más característico del poblado de Peñalosa, el tipo de enterramiento consiste en una cista formada por una fosa abierta bajo el suelo de ocupación. La cista presenta una forma rectangular, aunque, irregular, con unas dimensiones de 1,64 m de lado mayor y de 70 cm. de lado menor. En su construcción aprovechan tanto la cara oeste de la estructura de aterrazamiento 9.45 como la cara su del muro 9.47, como paredes propias de esta estructura funeraria. Así no solo sabemos que sus constructores, reaprovechan la preexistencia de estas dos estructuras, sino que la propia sepultura es posterior a la construcción de ambas. Al contrario, de lo que podríamos pensar, los flancos sur y oeste, al contrario de otros ejemplos documentados

en el poblado, no se encuentran recubiertos por lajas de pizarra dispuestas verticalmente, sino que nos encontramos con unas paredes totalmente irregulares donde solo se procedió a rebajar sobre el nivel del suelo de ocupación, rompiendo el potente derrumbe de piedra que deja entrever ambas paredes, para depositar el cadáver. Sin embargo, la base de la sepultura si se ha documentado totalmente formada por la disposición homogénea y aplanada de grandes lajas de pizarra sobre las cuales, fueron depositados los restos óseos de una sola persona. En cuanto, a la cubierta, ésta se ha documentado en el interior de la estructura funeraria, como parte de su relleno interno. Ésta se componía por grandes lajas de pizarra que tras su cierre totalmente fue sellada con la disposición del mismo pavimento de barro endurecido, enmascarándola hacia el exterior. Por último, apuntar que toda esta estructura e igualmente los restos óseos documentados en su interior, se encontraban muy alterados –fracturados y calcinados- producto de la acción del incendio generalizado que afectó a toda la zona oriental de este CE, y aplastados por el desplome, en primer lugar por las lajas de la cubierta y en segundo lugar, por la caída de parte de los muros adyacentes.

En segundo lugar, tenemos que referirnos a otra estructura que se localiza en el extremo contrario a la sepultura 18, concretamente, en el suelo de lajas planas. En este caso se trata de un pequeño banco 9.60, documentado en el flanco suroeste de este CE, adosado directamente con la cara oriental de la estructura 9.25, junto a los escalones de pizarra recortada (9.29) que dan acceso al CE Xc. Su sistema constructivo se compone por la disposición de una sola línea de lajas planas que sobresalen apenas 10 cm. del nivel del enlosado. Presenta una forma rectangular en cuanto a su sección y rectangular en cuanto a su trazado, sus dimensiones son 1,10 m. de recorrido por 40 cm. de grosor. Sobre él se localizaron restos de cultura material *in situ*, como un molde de barritas y una piedra de molino de medianas dimensiones.

Así, concretamos la organización interna de este espacio, que probablemente, no sea muy monumental en cuanto a estructuras internas. Sin embargo, la particularidad de este espacio esta determinado por la alternancia clara de dos suelos de ocupación de genética distinta pero coetáneos. Ambos nos marcan dos ambientes claramente distintos, marcados por la presencia de restos culturales particulares, escasos en este Grupo Estructural X, como son los relacionados con la producción metalúrgica. Sin embargo, su entidad como estructura habitacional o productiva queda totalmente atestiguada, por lo anteriormente expresado como por su importancia en el sistema de defensa y control del poblado en su flanco norte.

c) Análisis Contextual (Fig. 97 y 98)

Lo primero, decir, que este Complejo Estructural así como el CE Xa, se vio afectado parcialmente por la trinchera de las excavaciones de García Serrano (US 9.2)¹⁴⁴. En la limpieza de este relleno de fosa que atraviesa este CE en sentido norte-sur, se localizó un cuenco semiesférico de borde entrante y de medianas dimensiones (nº 9.003-13). Por su parte, el primer nivel sedimentario post-deposicional de este espacio,

¹⁴⁴ Sus características sedimentarias ya han sido explicadas en el apartado correspondiente al CE Xa. Así pues remitimos a los lectores a tal apartado.

corresponde con el estrato superficial¹⁴⁵ (US 9.1), donde se han recuperado entre otros elementos, fragmentos de piedras de molino, de los cuales, tan solo se recuperó uno completo (nº 9.423) (Fig. 105: 3). Si bien, los elementos que más destacan son los cerámicos. Entre ellos encontramos un cuenco parabólico (nº 9.176-3), una olla ovoide con el cuello marcado (nº 9.176-4) y una olla globular (nº 9.195) junto a un posible fragmento de crisol (nº 9196) que no podemos determinar si es hondo o plano. A éstos le acompañaban abundantes restos de caballo y vaca y algún resto de mineral de cobre (nº 9194).

Seguidamente, encontramos la US 9.32 o derrumbe de piedra. Éste se compone por grandes lajas de pizarra inclinadas en sentido norte-sur y este-oeste, presentando en su mayoría un alto grado de exfoliación, producto la actuación prolongada del fuego. Estas son soportadas por una matriz de tierra mixta, de color marrón-grisácea con inclusiones de raíces y escasos restos materiales. Su geometría en forma de capa ha generado un gran paquete sedimentario de 55 cm. bastante compacto y homogéneo. En este nivel tan solo recuperamos un vaso de pequeñas dimensiones de fondo plano (nº 9.427) y un cuenco semiesférico de perfil simple de similar tamaño (nº 9.428).

Continuando con la recuperación del registro arqueológico de este Complejo Estructural, encontramos la US 9.33, traducido como derrumbe de adobes. Un aspecto característico en cuanto a este nivel es que su geometría sólo se documenta en forma de capa en la zona oriental. Esta zona coincide con la disposición del pavimento de barro rojo mientras que en el área acondicionada con lajas de pizarra plana no se ha documentado, lo que nos indica que este extremo occidental del Complejo estaría descubierto. Se trata de un nivel de unos 30 cm. de espesor, compuesto por una matriz arcillosa con fuertes inclusiones de materia orgánica carbonizada (nº 9.605, 9.606 y 9.816) y escasas piedras de tamaño pequeño-mediano. Entre los materiales culturales recuperados sólo podemos mencionar un vasito (nº 9.433) de similares características a los documentados en la Unidad Sedimentaria anterior (nº 9.427) entremezclado con abundantes restos de material de construcción (nº 9.436 y 9.789) y restos de fauna (nº 9.435).

En último lugar, encontramos el pavimento (US 9.34). Como ya señalamos anteriormente este Complejo Estructural se caracteriza por la alternancia de dos tipos de pavimentación. Uno dispuesto por toda la zona oriental y otro al occidental orientado en sentido norte-su. En primer lugar, nos referiremos al primero de ellos. Se caracteriza por tratarse de barro apisonado. Compuesto por una matriz arcillosa y bastante depurada y estructura muy compacta, presenta señas de haberse visto afectado por el fuego que afectó incluso al individuo inhumado sepultado en el interior de la tumba 18. En esta zona solo se recuperaron restos de material de constructivo (nº 9.832 y 9.835). Sin embargo, será en el segundo de ellos donde se localicen la mayor cantidad de restos culturales. Estos consistían fundamentalmente en diferentes piedras de molinos de medianas y pequeñas dimensiones (nº 9.827 y 9.828 y 9.834) y un alisador (nº 9.833) (Fig. 104: 8). Junto a estos, se encontraban dos moldes en piedra arenisca, uno de ellos de barritas (nº 9.845) y otro de punzón (nº 9.826) (Fig.111: 2) asociados a los cuales documentamos restos de mineral de cobre (nº 9.838 y 9.835-5). Todos estos elementos se encontraban sobre el banco 9.60. En última estancia, sólo queremos reseñar la

¹⁴⁵ Las características morfológicas de este nivel sedimentario ya han sido descritas en el CE Xa, por ello no volveremos a incidir en estos aspectos, pasando en este caso a relatar los restos culturales documentados en éste.

presencia de abundantes restos de fauna, sobre todo, de ovicápridos (nº 9.835, 9.840 y 9.844) dispersos por toda esta estancia.

V.3.10.7. Complejo Estructural Xe

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Prácticamente en el centro del espacio de este gran Grupo Estructural X nos encontramos con un nuevo Complejo Estructural, el Xe. Este se corresponde con el subsector B₁ y B₂ del sector 9. Como veremos a lo largo de este análisis, se trata de un espacio particular, cuya función, en la actualidad no ha sido definida debido a que solo se le han realizado trabajos consistentes en una limpieza superficial y definición de las estructuras emergentes. Por el momento, solo podemos decir que se trata de un espacio conformado por una serie de estructuras que definen y constituyen a su vez otra serie de Complejos Estructurales relacionados entre sí como son el CE Xg, CE Xc y CE Xk. A nivel descriptivo y formal, se trata de un espacio sobre elevado, cuyo interior es compartimentado a través de dos pequeños tabiques. Presenta una forma triangular no superior a los 5,5 m² y una orientación en sentido oeste-este, cuyas coordenadas UTM son 23,60-29,00 x; 41,70-47,70 y; 2,94-4,22 z.

Aunque, hoy por hoy, no podemos ni debemos precisar la genética de este espacio, ya que solo ha sido objeto de una intervención superficial, sí que podemos apuntar que, el conjunto de estructuras que lo constituye parecen tener una pervivencia larga en la vida de este poblado, datando, probablemente desde la fase de ocupación IIIB o anteriores, aunque, el momento en que se elevan sobre los muros existentes y se construyen otros nuevos generando este nuevo espacio, será durante el último momento de vida de la Edad del Bronce de este poblado. Con ello queremos decir, que a pesar de que las estructuras que conforman este espacio, su erección como tal no se efectúa hasta la última fase de ocupación argárica, la denominada fase III0.

Anteriormente, ya hemos comentado que este Complejo Estructural se construye en base a la preexistencia de toda una serie de estructuras (9.5, 9.22, 9.29 y 25.1) que constituyen en sí gran parte de los Complejos Estructurales centrales de este GE X. Precisamente, estas estructuras serán las que conformen sus límites estructurales y físicos con el resto del Grupo Estructural X. Concretamente, al norte nos encontramos con el CE Xc, al sur, podríamos hablar del CE Xb, mientras que al este se alza el CE Xg y al oeste por el CE Xk.

La complejidad que ya a nivel superficial definían a los CE Xc y CE Xe, debido a la superposición o reestructuración de los muros que los forman, motivaron el planteamiento de la ampliación del sector 9 hacia el oeste, hasta su choque con el sector 25 en este extremo. Dicha ampliación no tuvo lugar hasta la quinta campaña de excavación del poblado de Peñalosa, como parte de la primera intervención arqueológica de la segunda fase del proyecto en el verano del 2001, *Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Ato Guadalquivir (Proyecto Peñalosa. 2ª Fase)*. Los trabajos en esta intervención solo estuvieron encaminados a la realización de una limpieza superficial con la que se intentó definir sus límites estructurales. Dichos

trabajos fueron reanudados durante la siguiente campaña en los meses de verano del 2005. Sin embargo, su leve intensidad junto a la problemática que conllevaba su excavación, ya la excavación en profundidad de este pequeño espacio triangular suponía el desmonte de gran parte de las estructuras adyacentes¹⁴⁶, hicieron que los resultados no difirieran demasiado de los alcanzados en el año anterior. Tan solo durante esta campaña se pudo comprobar como este espacio, al menos en el último momento o en el momento en que se constituye como un espacio sobre elevado, fue subdividido por la disposición de dos pequeños tabiques de mampostería. Precisamente, la excavación en profundidad de este CE se ha convertido en uno de los objetivos principales de próximas intervenciones en el poblado de Peñalosa.

A pesar de la escasez de trabajos o más bien de la escasa entidad de los mismos, éstos siempre han estado encaminados hacia la preparación de este espacio para una próxima intervención de carácter microespacial y en profundidad. Por ello se han definido dos subsectores, el Ba₁ y Ba₂. El primero de ellos ocupa la zona rectangular al oeste de este Complejo Estructural, concretamente entre las estructuras 9.23 y 25.1; mientras que el Ba₂ queda enmarcado en la zona más oriental, precisamente al este de la 9.23 y enmarcado al norte por la 9.24a y al sur por la 9.5, este subsector es el encargado de recrear la forma triangular de este espacio. Paralelamente a la subdivisión del espacio, se procedió a trazar una sección estratigráfica (S6) entre ambos subsectores, con el objetivo de conseguir una lectura completa de este espacio y en el futuro en profundidad, estableciendo, así, no solo sus relaciones sedimentarias sino también la estratigrafía muraria de que se compone este espacio.

Como decimos, este espacio presenta una forma triangular y viene definido por muros a dos niveles, unos primeros que sirven de base (9.5 y 9.24b)¹⁴⁷ y otros que se levantan sobre ellos (9.22 y 9.24a, respectivamente) y la 25.1, así como por un muro que compartimenta el espacio (9.23) en sentido norte-sur.

En función de esta superposición de estructuras, en este apartado solo nos centraremos en aquellas estructuras propias de este espacio, que son las referidas como 9.22, 9.24a, y la 25.1. La primera de ellas (9.22 que equivale a la 25.3 del sector 25) cierra este espacio al sur discurriendo en sentido este-suroeste. Se trata de una estructura de un gran calibre, aunque de escasa conservación en su extremo occidental, donde por el momento no ha sido definida claramente. Presenta una forma rectangular, rematada en esta misma en su extremo oriental. Compuesta por grandes lajas de pizarras dispuestas en dos hiladas (una exterior y otra interior) cuyo relleno se forma por cascajo. Tanto unas como otras son trabadas por un aparejo de barro endurecido de color gris. En cuanto a su génesis, en la actualidad, podemos decir que en su extremo oriental se apoya, en parte, sobre la estructura 9.5, mientras que en el resto de su trazado se alza directamente sobre la roca virgen habiéndose documentado 2,30 m. de altura.

¹⁴⁶ Dichas estructuras constituyen los soportes estructurales para toda una serie de complejos estructurales ya referidos anteriormente (CE Xk, Xc y Xg), transcendentales, también, en la interpretación del conjunto de éste espacio (GE X), por lo que se optó en por su excavación como parte de los objetivos fundamentales de la segunda fase del Proyecto Peñalosa.

¹⁴⁷ El análisis estructural de ambas estructuras ya ha sido realizado en el apartado correspondiente con el CE Xc, por ello, en este caso sólo haremos referencia a ellas, sin llegar, a realizar un estudio pormenorizado de las mismas.

En el extremo opuesto (al norte) encontramos la estructura 9.24a. Esta estructura constituye la elevación en un momento avanzado de la vida de este espacio de la estructura originaria 9.24b. Compuesto, posiblemente, por dos hileras de pizarra de pequeño y mediano tamaño dispuestas de forma irregular (al igual que su interior que se compone por cascajo formado por pizarras de pequeño tamaño), trabadas por un barro endurecido de color amarillento. El remate de su hilada superior la conforma a través de la disposición de lajas de pizarra de mayores dimensiones dispuestas de forma aplanada, aunque a pesar de ello, no consiguen, crear una estructura homogénea y sólida, como si lo hacen con la 9.24b. A pesar de la inestabilidad con la que fue construida, podemos decir que se trata de una estructura de forma más o menos rectangular, cuyo espesor o sección no supera los 30 cm. y su alzado propio no llega al 1 m. de altura (56 cm.) con un desarrollo de este-oeste. La conservación que presentaba en el momento de su documentación era escasa, sin embargo, ésta no solo estará determinada por una fosa producto de las excavaciones antiguas en los años 60 en su extremo este sino que en sí toda la estructura presenta una fuerte inestabilidad. Aun así ha sido posible definir su choque contra la cara interna de la estructura 9.5, con la que en el primer tramo de su recorrido ayuda a conformar este CE Xe.

Cerrando el espacio de este CE al oeste encontramos una nueva estructura, la 25.1. Ésta arranca desde la esquina que origina al oeste la 9.24b y se alza directamente sobre el nivel de derrumbe que acontece de forma generalizada en todo el CE Xc. Como en el caso anterior, se trata de una estructura de definición escasa. Compuesta por lajas de pizarra de mediano y gran tamaño alternadas con otras de menores dimensiones que parecen buzarse en sentido norte-su, manteniendo la misma orientación de la propia estructura en sí. El trabado de las pizarras lo realizan con un aparejo de barro de textura muy compacta que alterna una doble coloración, una amarillento claro, que trabaría las hiladas inferiores de la estructura, mientras que, las hiladas superiores son trabadas por un aparejo similar pero de color rojo intenso. La definición de su sección o espesor no está claro, ya que ésta, en el momento en que nos encontramos de la excavación, aparece mediatizada por el pavimento que presenta a su interior el CE Xe. Sin embargo, su alzado no es superior al 1,5 m.

En conclusión, esta estructura es la encargada de cerrar todo este espacio al Oeste en el momento en que se decide construirlo, generando este nuevo CE y cerrando un posible espacio triangular desarrollado o perteneciente a una fase anterior y que podría tener una funcionalidad particular. Con esta característica de particular, nos referimos a que es posible, tanto por la forma como la posición que ocupa dentro del Grupo Estructural X que nos encontremos ante un espacio destinado a menesteres funerarios o similares, ya que recuerda, sobre manera al CE VIc, quedando destinado su extremo más oriental a enterramientos quedando así en la parte más elevada del poblado, prácticamente al mismo nivel que el CE Xd (Contreras *et al.*, 2000: 274-271).

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

Dado la limitación de los trabajos de excavación en este Complejo Estructural, hoy por hoy, solo podemos hablar de una sola estructura en su articulación interior. Nos referimos a la 9.23. A nivel constructivo y en base a la genética que presenta podemos decir que se trata de un pequeño tabique, encargado de dividir el Complejo Estructural

en dos espacios (de los que no podemos referir su funcionalidad, al menos por el momento). Por lo tanto, se trata de una estructura de compartimentación, desarrollada perpendicularmente a las dos estructuras maestras que conforman este espacio, la 9.24a y 9.22 (al norte y su, respectivamente). Fijándonos, en el conjunto del poblado de Peñalosa, podríamos decir, que sus características constructivas responden a las documentadas en otros tabiques de las viviendas de las Terraza Media e Inferior, sin embargo, en este caso, su inestabilidad creemos que responde más a un sistema constructivo particular, entendible dentro de la última fase de ocupación de este yacimiento, la III0. Ya que para su construcción, utilizan la misma tónica documentada en las estructuras externas y perimetrales de este CE, es decir, forman una estructura de forma ligeramente rectangular a través de la disposición horizontal de pizarras de mediano y pequeño tamaño trabadas por una argamasa de textura muy compacta y color cuyas tonalidades varían en sentido norte-su de rojo a amarillo claro de textura suelta. Si bien, con respecto al sistema constructivo utilizado en las estructuras maestras, encontramos una diferencia, y es que esta estructura (9.23) se construye en una sola hilada de escasa consistencia. Dicha inestabilidad o inconsistencia nos la marca su escasa envergadura a través de su sección que no es superior a los 40 cm. y respecto a su alzado solo mantenía de forma irregular dos hiladas, traducidas en menos de 20 cm. (19 cm.).

Aunque no podemos ni debemos precisar nada más al respecto de este espacio, es llamativo el hecho de que en un espacio tan sumamente reducido se hayan podido definir claramente dos niveles de sedimento, claramente coetáneos en el tiempo, pero totalmente diferentes en su composición. Así en el extremo norte se documenta un nivel de sedimento, formado por barro rojo de color intenso y textura muy compacta, totalmente alterada por la actuación del fuego y en parte degradada por la fuerte inclusión de pizarras exfoliadas, probablemente, también afectadas por este mismo agente. Mientras, en el extremo opuesto (al sur), encontramos de forma paralela un nivel de sedimento compuesto por un barro de color amarillento y tonalidad clara, de textura muy suelta.

El porqué de reseñar este aspecto, que no tendría que ser trascendental es porque tras la última campaña de excavación y con la fuerte actuación desarrollada en el extremo occidental del Complejo Estructural Xc o lo que es lo mismo, el nuevo Complejo Estructural Xk, hemos podido comprobar como todo este Complejo Estructural se alza directamente sobre un potente derrumbe de piedra, al igual que lo hace también el CE Xi, ya en el último momento de ocupación de este poblado argárico. Sin embargo, este hecho, también nos inclina a pensar en ¿cual sería la funcionalidad de este espacio tan reducido? y ¿cual sería su relación con el resto de Complejos Estructural, por encontrarse donde se encuentra?, ya que con lo investigado hasta el momento, todo parece indicar que su vía de conexión con el exterior en este último momento debió estar en su extremo occidental, atravesando de forma perpendicular el CE Xk y pasando hacia el CE Xi. Pero para ello todo el CE Xk, debería estar a un mismo nivel y por lo tanto colmatado, al menos hasta la altura que alcanza el CE Xi. Por otro lado, el hecho de que éste espacio se alce sobre un gran derrumbe nos presupone la idea de que en una fase anterior al momento actual documentado, este debió estar abierto al menos en su extremo occidental, ya que es en esta última fase cuando se decide alzar la estructura de 1,5 m de alzado, definida como 25.1.

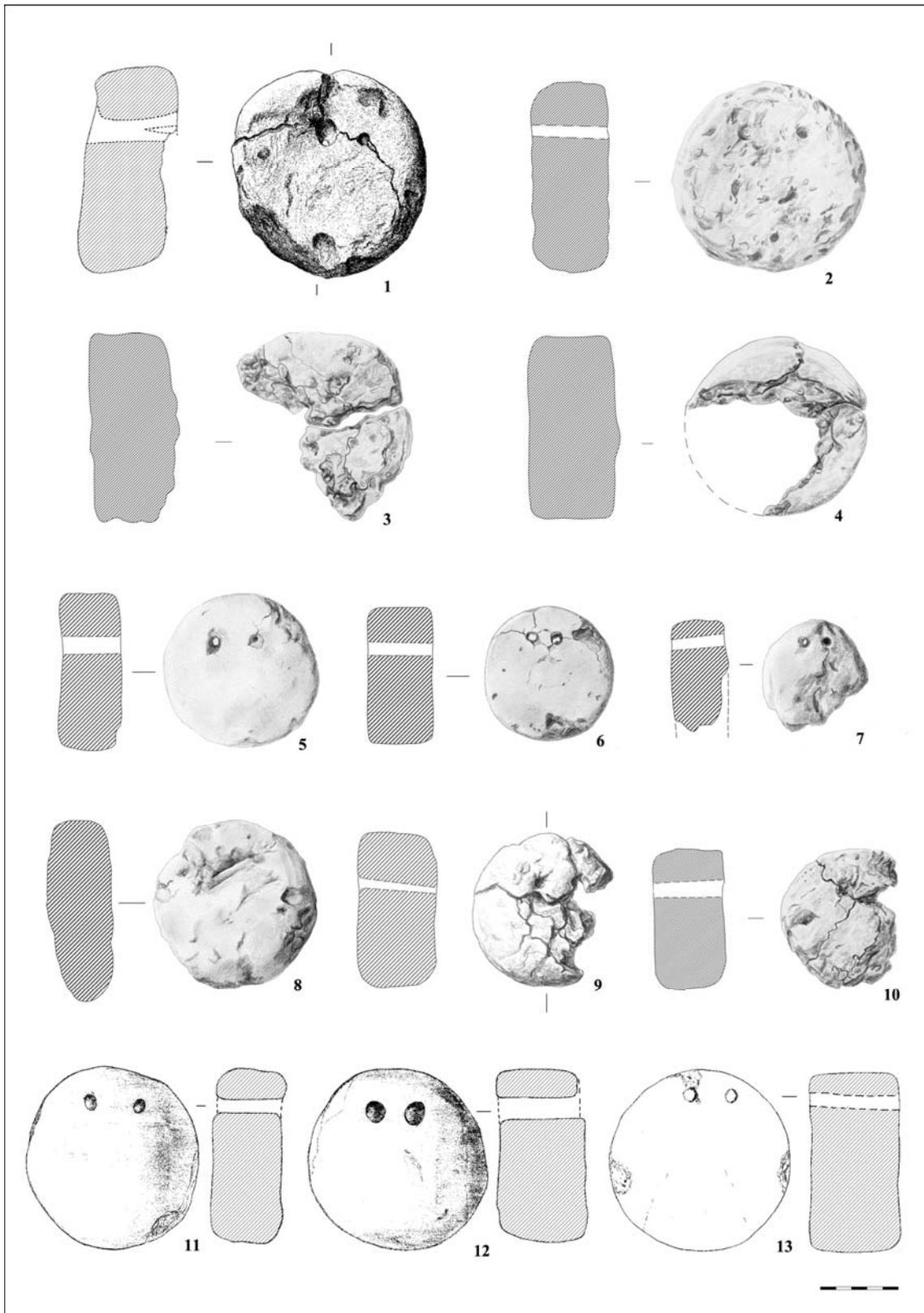


Figura 108. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).

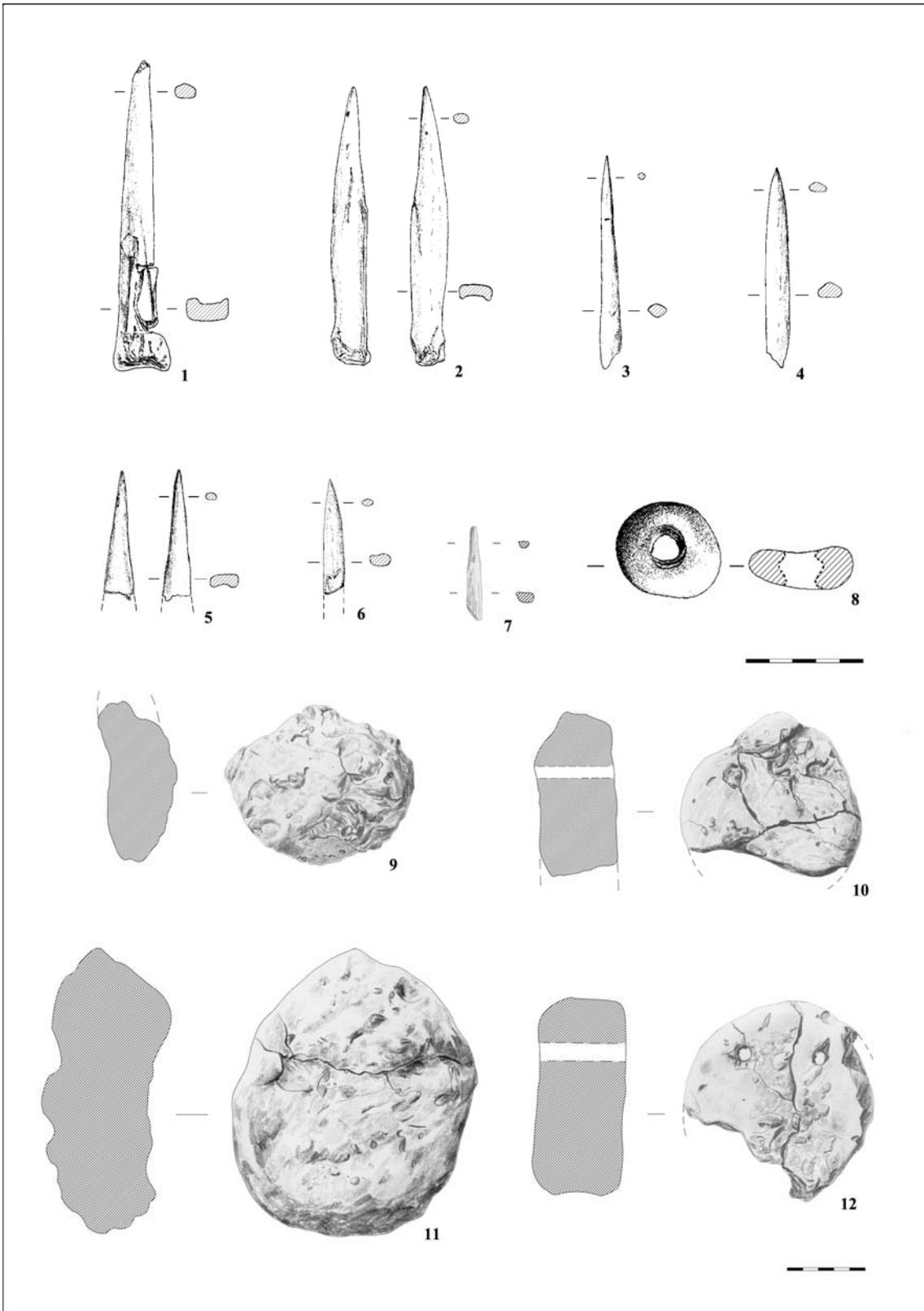


Figura 109. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-2 y 1-3).

c) Análisis contextual (Fig. 97)

Antes de realizar el análisis contextual de este contexto doméstico, debemos referir dos aspectos importantes; en primer lugar, que como sucederá con otros Complejos Estructurales (por ejemplo CE Xi), los niveles sedimentarios de este espacio, presentan un escaso grosor. Esto es debido tanto al proceso de sedimentación sufrido como por la propia altura que alcanzan estos espacios con respecto al resto de CE que conforman este Grupo Estructural. Y en segundo lugar, al volumen de excavación en este espacio, la cual, ha sido bastante breve, llegando solo a documentar dos niveles sedimentarios.

Así pues, y manteniendo la tónica de la geometría sedimentaria de esta área, en primer lugar encontramos un nivel superficial (US 25.1). Formado por una matriz limo-arcillosa con inclusiones de pizarra (medias y grandes) y fragmentos de cuarzo, de estructura bastante suelta. Habiéndose recogido en su rebaje restos de argamasa de color anaranjada. La matriz presenta inclusiones de raíces y de materia orgánica de color negruzco ofreciéndonos una coloración generalizada, marrón-pardo oscura.

A nivel de cultura material, en este nivel, solo podemos referir la aparición de una orza ovoide de cuello marcado con el borde decorado (nº 9.176-4), un crisol plano (nº 25.024) y una pesa de telar oval con escotaduras laterales. También encontramos, elementos en piedra, entre ellos podemos mencionar, un fragmento de molino (nº 9.159), un alisador (nº 25.017-1) y dos manos de molino (nº 25.017-2 y 25.017-3) (Fig. 105: 1) y por último, restos de fauna entre los que destacan los de vaca y cerdo.

El siguiente nivel que documentamos, se refiere al derrumbe de piedra (US 25.4) cuyo espesor no llega a alcanzar los 50 cm. con una geometría sedimentaria bastante irregular. Presenta una matriz limo-arcillosa de estructura suelta, con fuertes inclusiones de pizarras y raíces. Los restos culturales recuperados en este nivel son bastante escasos. Estos se reducen a dos elementos en piedra, alisadores (nº 25.037-1 y 25.037-2); restos de escoria de metal de horno indeterminado (nº 25.054) y por último, un elemento metálico, que consiste en un puñal de hoja simple (nº 25.040) (Fig. 111: 7).

V.3.10.8. Complejo Estructural Xf

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Este Complejo Estructural se corresponde con el Subsector D del sector 9 de la Zona Arqueológica C. Ocupa la zona más oriental de todo este sector, orientado en sentido sur-noreste presentando en su extremo sur y central una forma rectangular para terminar abriéndose hacia el este. Las coordenadas UTM de este complejo estructural, tal y como se entiende en la actualidad, en base a las últimas intervenciones realizadas en él, serían las siguientes, 12,20-20,50 x; 37,00-46,40 y; 5,01-7,01 z. así pues hasta el momento solo podemos apuntar una superficie aproximada de 20 m² a la espera de

futuras intervenciones donde se intentará definir claramente hasta donde se extiende éste y posiblemente el fin y cierre del poblado por este extremo.

En este caso particular, nos encontramos con un espacio indeterminado en forma de rampa ascendente hacia el norte, que debió actuar como zona de circulación al exterior de la fortificación, como veremos, más adelante, de forma pormenorizada. Sus límites físicos están definidos en función de una estructura principal, nos referimos a la 9.43b que queda al oeste, mientras que, al este, no han sido posible definirlos, como apuntábamos anteriormente, por falta de trabajos de campo quedando definido en la actualidad por el perfil este de este CE. Al norte linda con el CE XI con el que comparte, con toda seguridad, funcionalidad. La definición de ambos complejos estructurales (CE Xf y CE XI) se ha realizado en base a un elemento estructural que lo marca la propia orografía sobre la que se alza todo el conjunto de la cima del poblado. En el punto más álgido de la rampa (ausente de estructuras) que en sí define este complejo estructural, el sistema constructivo cambia, apareciendo toda una serie de estructuras de formas semicirculares junto a escalones de roca recortada que marcan el punto y final del afloramiento rocoso recortado sobre el que se asienta la cima del poblado para descender colina abajo (hacia el norte) creándose las diferentes Terrazas artificiales que ya conocemos (Terraza Superior, Media e Inferior).

Al comienzo de este apartado ya hemos explicado las complicaciones que presenta todo este espacio para su intervención arqueológica, debido a los fuertes y potentes derrumbes de piedra que se han originado con motivo de su abandono y el posterior paso del tiempo. Por lo que cuando se decide su intervención, el principal problema con el que nos encontramos fue precisamente el grosor de los derrumbes de las principales estructural que se encuentran al oeste de este espacio y por otro lado las actuaciones en determinadas áreas de esta acrópolis de excavaciones antiguas. Por ello no es de extrañar que durante diferentes campañas de excavación (1991 y 2001) los esfuerzos estuviesen centrados, exclusivamente, en la realización de la limpieza superficial, el saneamiento de las áreas afectadas por estas excavaciones y la retirada en parte del primer nivel derrumbe. El objetivo inicial consistía en definir a nivel estructural todo el perímetro de esta área. Y con esta intención se vuelven a plantear los sistemas metodológicos y de excavación durante la sexta campaña de excavación en los meses de verano del año 2005.

Como decimos, es en la sexta campaña de excavación del poblado de Peñalosa cuando se inician en este Complejo Estructural Xf los trabajos a nivel microespacial. Su excavación surge como una ampliación hacia el este del CE Xa, concretamente al exterior de la estructura 9.1. Tras esta estructura (9.1) y a modo de “camisa” se documenta la que ha sido denominada como 9.43b que es la encargada de marcar el exterior del poblado en esta zona y soportar el empuje de las estructuras que quedan a su interior (9.1, 9.2 y 9.44).

En los trabajos de inicio, el sector D era de pequeñas dimensiones y bajo él lo primero que nos encontramos fue la potente capa de derrumbe proveniente de la estructura 9.1. Tras la retira de ésta mediante tres alzadas artificiales¹⁴⁸ de 50 cm.,

¹⁴⁸ Como venimos explicando, uno de los problemas con los que nos enfrentamos en la excavación de toda la cima del poblado son sus potentes derrumbes. Estos llegan a tener entre 2 m. de espesor. Es por ello que aunque la metodología de excavación sea a nivel microespacial las alzadas o cavas en éste caso y

donde no se localiza ningún resto arqueológico, fue posible definir la estructura 9.43b. A la vez que se realizaron trabajos de saneamiento de la zona noreste asociada a la 9.2 o 9.44a y 9.45 llegando a documentar las esquinas de ambas estructuras, completando su recorrido por esta zona desde el sur al norte.

Una vez que ya se tenía documentado y definido gran parte del tramo de la estructura 9.43b se decide volver a ampliar 2 m. el área de excavación, nuevamente, hacia el este. De esta manera no solo se ha podido determinar todo el recorrido de esta estructura sino que fue posible definir todo su espacio externo al poblado. Precisamente, en esta ampliación, al exterior de esta línea de muralla (9.43b), bajo un potente derrumbe de más de 1,50 m., se localiza una rampa de circulación en tres niveles (9.55, 9.56 y 9.57) o tramos marcados por losas planas y cada uno de ellos pavimentado por guijarros, todos ellos, muy homogéneos en tamaño y color (pequeños y en colores blanco y gris). Cada uno de estos tramos constituye un nuevo subsector dentro del D. El primero de ellos (D₁) englobaría el interior de la estructura 9.50 al norte, el D₂ ocuparía el primero de los tramos (9.57), el D₃ el tramo intermedio (9.56) y por último en el extremo más al sur el D₄ (9.55). Precisamente, en este último se documentó una gran laja de pizarra de forma triangular dispuesta ligeramente inclinada que parece hablarnos del inicio (al sur) de esta calle exterior del poblado de Peñalosa, aunque esta bien puede extenderse en sentido sur-oeste rodeando en su perímetro a la estructura 9.43b.

En cuanto a la genética de este Complejo Estructural o lo que es lo mismo, esta gran calle “empedrada” al exterior del poblado, aprovecha los buzamientos de la roca que en este espacio asciende en sentido sur-norte y que tal y como se aprecia en el tramo central fue recortada. Si bien cuando llega a su punto más al norte, dicha rampa vuelve a descender recorriendo el camino paralelo al río y en dirección oeste-este

A nivel estructural, en este Complejo Estructural, por el momento y a falta de completar los trabajos al este, solo podemos hablar de una gran estructura de aterrazamiento que lo define al oeste. Se trata, como ya hemos apuntado de la estructura 9.43b que conforma la “tercer camisa” de paramento adosada a la estructura 9.1 se construye por la imposición de una línea exterior de pizarras que presentan unos tamaños regulares (grandes y medianas) que les dan a todo el tramo un carácter homogéneo. Su interior, hasta su choque la estructura interna u occidental (9.1) es rellenado por cascajo de escasa entidad, trabado en su conjunto por un aparejo compuesto por barro apisonado de textura compacta y color grisáceo y amarillento. Este muro de refuerzo (9.43b) presenta una orientación en sentido suroeste-noreste con un trazado bastante irregular o zigzagueantes aunque presenta una forma rectangular generalizada. Hasta el momento no ha sido posible determinar su punto de arranque, sin embargo, tras los últimos trabajos sí ha sido posible definir su punto y final, pudiendo afirmar que al norte remata en forma transversal a su recorrido. A pesar de tratarse de una estructura de refuerzo tiene una gran entidad (a pesar de que su espesor va disminuyendo conforme nos acercamos al extremo norte) tal y como demuestra tanto su grosor como su alzado. Concretamente, al su presenta un espesor que supera el 1,30 m. y al norte llega escasamente al 1 m., mientras que de su alzado, en el que ha incidido fuertemente la acción postdeposicional de dos capas de derrumbe con su consiguiente desplome y desmoronamiento hacia el este a lo que hay que sumarle el hecho de que para su definición hubo que desmantelar los niveles de derrumbe procediendo a su

como ya ocurriese en con la estructura hidráulica o cisterna en la Terraza Inferior, hayan sido de mayor potencia que en otras partes del yacimiento.

excavación, se ha podido documentar más de 1,00 m., de altura. Estas proporciones unido al potente derrumbe de piedra, nos inclinan a pensar, en que su alzado bien pudo igualarse al de la estructura 9.2, al oeste.

Por su parte, al contrario de lo que nos ocurre con la estructura 9.1, en este caso, sí podemos precisar que este muro se alza directamente sobre el afloramiento rocoso e incluso en determinadas zonas, como sucede a mitad de su recorrido hacia el norte, éste recubre a modo de “sábana” los recortes de la roca que sobresalen en esta zona. Esto ha sido posible determinarlo, gracias a los trabajos de saneamiento, cuando se documentó en su tramo central, una gran fosa de derrumbe en forma de bolsa (9.53) de más de 1 m., de altura, que llega a afectar, incluso, a la 9.1. A la vez, este banco de roca que aparece en este espacio en sentido norte-sur es utilizado como nivel de cimentación de las estructuras 9.45, 9.44a y la 9.49a.

En base a todo lo expuesto hasta el momento, podemos decir que esta estructura 9.43b, se trata de un gran muro de refuerzo que debe arrancar en la cima de la ladera Sur y que discurre hacia el norte salvando los desniveles de la roca, a la que llega a recubrir, en el afán de los constructores de mantener la homogeneidad y sintonía constructiva con la que dotan a todas las construcciones del poblado. Precisamente, el afloramiento rocoso es uno de los elementos que caracterizan tanto la morfología como el planteamiento urbanístico de esta zona. Sus constructores la recortan y trabajan con el objetivo de sobre elevar toda la cima del poblado con respecto al resto de Terrazas. El hecho de documentar esta gran calle empedrada, también parece hablarnos de que esta estructura es el muro de aterramiento más externo del poblado, en su extremo oriental. Aunque debemos esperar a los resultados de excavación de futuras excavaciones en esta zona, creemos encontramos en la zona no habitada más externa del poblado de Peñalosa.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

La definición de este Complejo Estructural está totalmente mediatizada por la estructura en rampa (9.55, 9.56 y 9.57) ascendente en sentido suroeste-noreste. Esta estructura de circulación se documenta bajo un potentísimo derrumbe de piedra de más de 1 m de altura. Su morfología estructural es la siguiente: como ya hemos explicado el afloramiento rocoso en esta área viene buzando en sentido norte-sur, precisamente, los propios desniveles o tramos que marcan la roca virgen serán regularizados (a través de su recorte) a través de imposición de lajas de pizarra planas. En su conjunto forman una rampa ascendente que en su tramo más álgido chocando con las caras externas de las estructuras 9.67 y 9.50. En su recorrido van salvando varios bancos de roca que se desarrollan en perpendicular desde la 9.43b y 9.49a hacia el este, formando escalones de acceso en la propia rampa. A su vez, cada tramo (definido como un conjunto de estructuras; 9.55, 9.56 y 9.57) es pavimentado por medio de “guijarros o cantos de río”, todos ellos muy homogéneos en tamaño, generalmente, circulares u ovalados y en menor medida, alargados, aunque eso sí todos presentan unas similares dimensiones y coloración, pequeños y de color blanco y gris. Tanto los guijarros como las lajas de pizarra planas son trabados por una capa de barro apisonado (US 9.122) de textura compacta y color rojo intenso. La orientación de esta gran calle es en sentido suroeste-noroeste.

En el tramo sur, también denominado, como subsector D₄ se localizó una gran laja de pizarra recortada de forma triangular y dispuesta, ligeramente, inclinada en sentido norte-su que parece apuntar el inicio de esta gran calle empedrada.

c) Análisis contextual

El relleno sedimentario que presenta este Complejo Estructural consiste tan solo en tres niveles estratigráficos. El primero como es lógico, se trata de un nivel superficial de aproximadamente 40 cm. de espesor. Éste presenta una geometría de sedimentación en forma de capa compuesta por abundantes pizarras medianas soportadas por una matriz compuesta por tierra de textura limosa-arcillosa de grano medio de color marrón-grisáceo, con inclusiones de raíces. En este nivel no se recuperó ningún tipo de restos culturales.

Bajo este nivel superficial encontramos el primer derrumbe de piedra (US 9.120) de las partes altas de las estructuras adyacentes (9.43b y 9.1) extendido por todos los subsectores que compone este espacio. Compuesto por grandes pizarras que sostiene una matriz de textura arcillosa y estructura compacta de color anaranjado, consta de 1m de espesor. Con la misma tónica que en el nivel superficial, los elementos culturales recuperados en este estrato consisten, básicamente, en algunos elementos cerámicos a torno de forma no definida (nº 9.146), los fragmentos de una orza indeterminada (nº 9.192). En otra materia prima, encontramos el soporte de un alisador en piedra, concretamente, de esquisto cuarzoso (nº 9.149). Y junto a todos ellos se recuperaron numerosos restos de materia orgánica carbonizada y restos de fauna.

Seguidamente, documentamos el segundo nivel de derrumbe de piedra generalizado de parte de las estructuras antes mencionadas (US 9.121). El relleno de este derrumbe consta de unos 59 cm. de espesor y se compone por grandes piedras de pizarra y tierra suelta marrón-grisáceo con abundantes raíces y muy escaso material arqueológico. En este caso, los restos culturales recuperados poco difieren de los niveles superiores. Así pues, sólo se recuperaron fragmentos de molinos (nº 9.534) y de algunos restos de fauna (nº 9.539). No obstante, debemos reseñar el hallazgo de una pizarra de grandes dimensiones con varios rehundidos (nº 9.537) que atribuimos como piedra de trabajo, utilizada, tal vez, como un yunque.

En último lugar, documentamos la Unidad Sedimentaria 9.122. Se trata de una capa de barro endurecido de color rojo intenso, compuesto por una textura arcillosa de grano muy fino y estructura muy compacta. Este nivel sedimentario es el encargado de trabar y regularizar el pavimento de cantos rodados. Respecto a este estrato, como ya hemos referido anteriormente, todo parece indicar que nos encontramos ante un espacio de no habitabilidad propiamente dicha, lo que no quiere decir, que no fuese un área donde se desarrollaron diferentes actividades, al menos, en determinados momentos, tal y como demuestran los siguientes restos culturales.

Respecto a los materiales arqueológicos documentados sobre el pavimento de la rampa (restos cerámicos (nº 9.560 y 9.808-1) (Fig. 103: 6), el segundo de los casos consiste en los fragmentos de una olla de forma indeterminada con decoración incisa en el borde, junto a los cuales, se recuperaron restos de fauna (nº 9.809) fundamentalmente aunque, muy alterados debido al incendio que quizás estuvo focalizado en esta amplia

área y que se extendió además por los CE Xd, Xa y Xj, y por el proceso de derrumbe inmediato. Si no en todo el tramo de la rampa, sí al menos en la parte central, el espacio se usó también como lugar de ocupación a juzgar por la cantidad importante de cerámica, restos de haces de esparto (nº 9.558, 9.559, 9.812 y 9.951) y elementos en piedra pulimentada consistentes, básicamente, en piedras de molinos (nº 9.572, 9.573, 9.811 y 9.814-1) y un molde univalvo de lingotes (nº 9.810) (Fig.111: 4) junto a los restos de mineral de malaquita (nº 9.571).

V.3.10.9. Complejo Estructural Xg

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Respecto a este Complejo Estructural, podríamos decir que se trata de una prolongación o punto de arranque del gran pasillo central (CE Xc y k), sin embargo, por el momento esto no está constatado arqueológicamente, aunque, todo parece apuntar hacia esta hipótesis.

Este Complejo Estructural se alza en el extremo oriental del CE Xe, justo a las espaldas del CE Xa. Se trata de un espacio, como en los casos de los CE Xc y Xk, de forma rectangular y alargada, orientado en sentido noroeste-suroeste, con unas dimensiones aproximadas de 10 m². Se corresponde con el subsector Ac del sector 9 de la cima del cerro de Peñalosa.

A nivel estructural, ocupa prácticamente la zona central de toda la “Acrópolis Este”, o lo que es lo mismo el extremo occidental del sector 9. Al noreste colinda directamente con el CE Xc, mientras que al sur y solo separado por un pequeño cierre, encontramos el CE Xb; por su parte al este y oeste, encontramos los Complejos Estructurales Xa y Xe, respectivamente.

Como sucede con otros tantos espacios de este poblado argárico, aunque ha sido objeto de trabajos a nivel microespacial y en extensión, éstos no han sido en profundidad. Sus trabajos se iniciaron durante la campaña de excavación del 2001. Aunque años anteriores, concretamente en la campaña de 1991, ya se realizaron trabajos de limpieza superficial. Si bien, como decimos no será hasta diez años más tarde cuando se comiencen establecer los planteamientos metodológicos propios de una excavación sistemática. Estos se inician a finales del mes de Julio de 2001 con tres objetivos claros. Uno, proceder al “saneamiento” de la estructura 9.21 (documentada ya en el año 1991); dos, definir toda la línea de muro externa de la estructura 9.4, encargada de dividir dos espacios bien diferenciados, el CE Xa y Xg, y, en tercer lugar, realizar el desmonte de la parte correspondiente a este sector del testigo H mantenido en sentido este-oeste que atravesaba todo el CE Xa y este mismo, desde 1987.

El planteamiento del primer objetivo conllevaba toda una serie de cuestionamientos previos marcados en todo momento por la definición funcional de la estructura 9.21. Estructura, como veremos en el desarrollo de este análisis, pertenece a un momento posterior del funcionamiento de este espacio y por lo tanto conlleva unas connotaciones muy importantes para el entendimiento y la interpretación de todo el

Grupo Estructural X. Es por todo ello, que tras su documentación en 1991, se procedió a su definición estructural y física. De esta manera se intentó definir claramente si se trataba de un “tapón” o cierre de esta parte del pasillo hacia el contexto doméstico Xb, durante la fase de ocupación IIIA. En definitiva, clarificar el momento de construcción, uso y/o abandono de esta estructura. Para poder conseguir tanto este objetivo como el siguiente, se hacía necesario el desmonte del testigo H. Así pues, se inician los trabajos de rebaje de los niveles sedimentarios de este testigo H hasta la profundidad alcanzan durante 1991 en el extremo noroeste de esta zona. Dicha excavación se realiza mediante alzadas artificiales de 10 cm. de grosor, documentando tanto a nivel sedimentológico como los restos materiales encontrados. Una vez que se llega al nivel de la excavación antigua es cuando se comienza apreciar el verdadero recorrido de la estructura 9.21. En este momento en que ya se tiene definida estructuralmente dicha estructura, se decidió abandonar, la excavación de este espacio, en un nivel sedimentario (US 9.5) caracterizado por un barro amarillento-anaranjado sobre todo en las zonas cercanas de las paredes internas de los paramentos. Su intervención, aun no ha sido realizada, por lo que no podemos precisar exactamente su carácter de pasillo como en los casos de los CE Xc y CE Xk. Sin embargo, debemos decir que, a partir de los trabajos centrados en la definición de los extremos o punto de encuentro de las estructuras 9.29 y 9.5, durante la campaña del 2005, se ha mantenido un pequeño perfil estratigráfico orientado en sentido este-oeste, en el que nos permite leer, entre otros aspectos, que por este extremo prosigue el derrumbe de piedra documentado tanto en el CE Xc y Xk. No obstante, no podemos asegurar que dicho nivel se extienda por todo el recorrido de este Complejo hasta que no se rebaje por completo dicho paquete sedimentario.

Así pues, en el punto que nos encontramos de excavación podemos decir en cuanto a su planteamiento metodológico, que se han mantenido los criterios establecidos en el resto del poblado. Procediéndose a realizar una excavación a nivel microespacial y en extensión, documentándose cualquier resto de cultura material y sedimentológica a través del sistema de fichas del Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía. Sin embargo, a este respecto, debemos decir que debido a la liviana intervención de este espacio, paralizando los trabajos arqueológicos en el segundo nivel de derrumbe de piedra de las estructuras adyacentes, la recuperación de restos culturales se resume escasamente a numerosos fragmentos cerámicos cuya morfología no ha sido posible reconstruir por el alto grado de fragmentación, junto a fragmentos de piedra pulida, básicamente, molinos. Es por ello que, en este caso particular, no procederemos a realizar el análisis contextual de este espacio ya que no contamos con su excavación en profundidad unida a la escasa recuperación de elementos materiales definibles y por extensión de vago intereses para nuestra interpretación.

A nivel estructural, este Complejo Estructural queda enmarcado por dos muros longitudinales, 9.4 y 9.5. Su recorrido es en sentido noreste-suroeste. La primera de ellas (9.4) ya ha sido definida en apartados anteriores, concretamente en el CE Xa, por lo que no vamos a incidir nuevamente. Con respecto a la segunda estructura (9.5) decir, que presenta una gran envergadura, no solo por su sección y altura conservada sino por su largo recorrido. Nace en el punto de confluencia con la 9.29, al norte de este espacio y en el punto de unión con el CE Xc y discurre en sentido suroeste para terminar girando hacia el oeste de forma perpendicular a la 9.22, perdiéndose su recorrido, en el límite occidental del sector 25. Constructivamente, parece componerse por dos hiladas de grandes lajas de pizarra, una exterior y otra interior, rellenando su interior de cascajo,

trabadas todas ellas por barro apelmazado de textura limosa y compacta de color rojo-anaranjado. Su sección rectangular, llega a alcanzar 1 m. de espesor. Mientras que de alzado, en el momento de su documentación, se constataron unos 3 m. a pesar de encontrarse vencida hacia el oeste¹⁴⁹. No obstante, su nivel de conservación es bastante alto, aunque, en su extremo norte fue afectada por las excavaciones antiguas, perdiéndose el punto de unión con la 9.29. Debido a ello no podemos precisar la forma de este extremo, aunque todo apunta, en base a las lajas de pizarra conservada de su base, que era de forma rectangular. Así mismo debemos apuntar que en el segundo nivel de derrumbe de piedra, se constata la presencia de restos de revoco de esta estructura, lo que nos indica que al menos parte de su alzado estaría revestido por una capa de barro endurecido.

A mitad del recorrido de esta estructura (9.5) y justo en el giro hacia el oeste se le adosa una nueva estructura o refuerzo la 9.68. Esta estructura nace ofreciendo una forma semicircular, totalmente adosada a la cara externa de la 9.5 y se adapta perfectamente al recorrido predeterminado por esta estructura. Las características constructivas de este nuevo muro o refuerzo de la primera, no las podemos precisar, ya que su cara su es la pared trasera de parte del CE Xb y sobre todo del CE Xm, en el sector 25 que es denominada como 25.11. No obstante, podemos decir que se compone por grandes y medianas lajas de pizarra trabadas por un aparejo de barro endurecido de textura limosa y compacta de color rojizo. La disposición de las piedras parece ser bastante uniforme y homogeneizado, al menos en su alzado, que llega alcanzar la altura marcada por la 9.5. Su definición y caracterización será mucho más intensa con los próximos trabajos que se persiguen desarrollar en el poblado de Peñalosa.

Con respecto a estas dos estructuras, debemos recordar que este sistema urbanístico basado en la construcción de una estructura principal, a la cual, se le adosa un refuerzo que mantiene la misma tónica, tanto constructiva como de trazado, se da, también, en el caso del Complejo Estructural Xe, con las estructuras 9.22 y 25.4. En su conjunto, tanto las definidas en el CE Xe como las analizadas en este Contexto, conforman un conglomerado estructural, totalmente compacto y hermético a las espaldas del CE Xe, lo que nos hace pensar que dicho espacio tuviese una funcionalidad particular en todo este espacio de la cima del cerro. Así mismo este conglomerado estructural es el encargado de dividir dos ambientes, probablemente, de la misma fase de ocupación, un pasillo central de almacenamiento, al norte y un contexto doméstico, al sur.

Respecto al nivel secuencial de estas estructuras, podemos decir que se alcanzan directamente sobre la roca virgen ya documentada en el extremo norte de este espacio. Lo que nos hace pensar que su construcción responde a un momento anterior, al menos, desde el momento de uso tanto del CE Xa y Xc y k. Sin embargo, nos encontramos con otra estructura la 9.21, que parece responder a un momento avanzado del uso de este posible requiebro hacia el sur del pasillo. Interviniendo ésta, no solo en la funcionalidad

¹⁴⁹ Sobre esta estructura, la 9.5, debemos decir, que hasta la profundidad alcanzada (-4,94 z) durante la excavación del año 2001, se observa como esta estructura se vence hacia el extremo occidental. Sin embargo, durante la excavación del 2005, cuando se procede al saneamiento de su esquina norte, en el perfil estratigráfico mantenido, podemos observar como hasta éste nivel (momento anterior) dicha estructura (9.5) se vence hacia el extremo contrario, el oriental. Este hecho documentado en esta estructura, nos hace pensar que la sedimentación de este espacio se produjo al menos en dos momentos bien diferenciados, siendo al menos uno de ellos, el primero, producido durante la vida de este poblado y con concreto de este gran Grupo Estructural X.

de vía de comunicación de este CE Xg sino también en la reorganización y cierre de todo el espacio central del Grupo Estructural X, impidiendo así, su paso directo a través de este Complejo Estructural hacia la Ladera sur y concretamente, hacia el contexto doméstico Xb. En base a todo ello, esta estructura será tomada en la interpretación global del GE X, como un elemento urbanístico de reorganización y reestructuración del espacio y de las vías de comunicación internas de este espacio.

Se trata de una estructura (9.21) construida perpendicularmente a la cara oeste del muro de compartimentación 9.4 que avanza hacia el suroeste para terminar chocando, a través de un pequeño requiebro o giro, contra la estructura 9.5. Su sistema constructivo responde al mismo tipo que el constatado en el caso anterior, se compone por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente y de forma aplanada trabadas por un aparejo de textura limosa y color anaranjado de tonalidad clara. De su alzado se conserva por su cara su, 1,20 m, mientras que por el extremo opuesto, al norte se han constatado unos 80 cm. Sin embargo, estas alturas son relativas, al menos en el caso de la cara norte, ya que por el momento no hemos documentado todo su alzado ni su nivel de cimentación, aunque al menos por su cara exterior parece alzarse sobre el suelo de ocupación del CE Xb, aún así debemos esperar, a futuras intervenciones en estos Complejos Estructurales ya que podrían hacer variar dichas dimensiones. Tampoco sabemos, a ciencia cierta, que la altura documentada en el momento de su definición fuese la real en el momento de su construcción ya que ésta, probablemente, se haya visto afectada por los derrumbes de piedra de las estructuras contiguas, dando así en parte respuesta al potente derrumbe de piedra atestiguado en el CE Xb. A rasgos generales, debemos decir que tienen un alto grado de conservación, sobre todo en su cara sur, aunque en el choque con la estructura 9.4, observamos una pequeña fosa que deja al descubierto, su compacto sistema constructivo. Precisamente, durante la limpieza de esta pequeña fosa hallamos un elemento cerámico bastante interesante, se trata de un pequeño vasito de borde entrante y fondo convexo (nº 9.706), de factura muy tosca y poco cuidada.

V.3.10.10. Complejo Estructural Xi

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Ocupando la zona central del sector 25, encontramos el Complejo Estructural Xi. Éste presenta una forma rectangular a cuadrangular (Contreras *et al.*, 2005:31) orientado en sentido este-oeste, y, ocupando una extensión aproximada de unos 15 m². Sus coordenadas UTM son 30,50-33,00 x; 44,00-49,00 y; 3,40-4,16 z. Su definición estructural como Complejo Estructural propiamente dicho, ha sido realizada, en base a, su funcionalidad como contexto doméstico.

Como decimos, éste ocupa una posición central en el denominado sector 25, quedando enmarcado al norte, por el CE Xn, mientras que al sur, encontramos la prolongación de las estructuras, posiblemente, de aterramiento 25.3, 25.4, 25.5 y más al sur la 25.11; por su parte, al este colinda directamente con el pasillo central de esta Acrópolis, el CE Xc y k, al oeste, el espacio entre este Complejo y el siguiente sector, el

35 queda una gran área por intervenir, impidiéndonos por el momento poder definir sus límites por este flanco.

En cuanto a su genética, tras las últimas campañas de excavación llevadas a cabo en el verano del 2005, podemos asegurar que su construcción es posterior al momento de uso y vida del pasillo central (CE Xc y k) como lugar de almacenamiento. Esto lo sabemos, porque se construye sobre el potente derrumbe de piedra documentado en toda la extensión de dicho pasillo, el cual, en este extremo sobrepasa los 2 m. de altura. Es decir, este espacio responde, como el CE Xe, a un contexto construido en un momento avanzado de la vida de este poblado argárico, caracterizado por presentarse a un nivel sobre elevado de las construcciones anteriores (fases constructivas y de ocupación). Unido a esto, sus constructores reaprovechan estructuras ya existentes, como también sucederá en el CE Xn, con la 25.2, que responde a un sistema constructivo totalmente diferente al que encontraremos en el resto de estructuras que conforman este espacio. Así pues, y a la espera de las nuevas dataciones radiocarbónicas, podemos decir, que tanto a nivel estratigráfico como constructivo este espacio responde a criterios constructivos y de uso, avanzados en la vida de este poblado argárico.

Desde los primeros momentos de las intervenciones arqueológicas en este yacimiento, ya eran apreciables en superficie toda una serie de estructuras, en este espacio, que parecían dibujar un espacio determinado e independiente. Sin embargo, no será hasta la quinta de excavación en el verano del 2001 cuando se decida intervenir en esta zona centro-occidental de la cima del poblado. El escaso grosor que presentaban los depósitos sedimentarios (ya que no se conservaba prácticamente el derrumbe de piedra), fue palpable desde el inicio de la intervención, ya que tras la retirada de la leve capa de tierra superficial (escasamente 8 cm. de grosor), ya fue posible vislumbrar la morfología de este espacio. Así pues, tras observar la escasa potencia arqueológica con la que se contaba, desde estos primeros momentos ya se plantearon los sistemas de trabajo (basados en los principios metodológicos establecidos en este proyecto de investigación, excavación microespacial, en profundidad y en extensión) que pasaban por subdividir el espacio con el que nos encontrábamos estableciendo una secuencia estratigráfica (S1) en sentido este-oeste a 10 cm. al norte de la estructura 25.8 hasta el punto y final de este CE hacia el oeste. De esta manera el espacio del CE Xi quedó establecido, al su por el subsector Bc y al norte por el subsector Ba. De esta manera se intentó obtener una lectura en vertical de los procesos postdeposicionales acontecidos en la colmatación de este espacio, intentando, a su vez, comprender la relación que debió existir entre este CE y el CE Xk, con el que se comunica de forma directa, a través de una puerta (25.15) durante la última fase de ocupación (III0).

A nivel estructural, este espacio se conforma por estructuras de mampostería, al menos en la construcción exterior de su espacio. La primera de ellas es la 25.2. Ésta se alza al norte de este espacio y se construye desde el primer momento de uso del pasillo central, CE Xc y Xk. A nivel constructivo, decir que se levanta directamente sobre la roca virgen que forma la estructura 9.65. Compuesta por pizarras de tamaño mediano y grande dispuestas de forma horizontal y aplanada, todas ellas presentan una gran homogeneidad, trabadas por un barro endurecido de textura limosa y color rojo intenso. Presenta una forma totalmente rectangular, tanto en su sección como sus esquinas, para las que sus constructores no solo seleccionaron las pizarras más idóneas, sino que, muchas de ellas presentan muestras de haber sido recortadas para conseguir una

estructura totalmente uniforme, orientada en sentido este-oeste. Al contrario, de lo que sucede con el resto de estructuras de este Complejo Estructural, este muro presenta una gran entidad, marcado por el hecho de haberse construido en una sola hilada de gran espesor (1 m.). En el momento de su descubrimiento, conservaba un alzado superior a los 2 m. de altura, al menos en su extremo este, ya que conforme avanzamos hacia el oeste, parece ir desminuyendo su altura provocada por la afección sufrida por la erosión. Precisamente, esta estructura, es uno de los tantos ejemplos encontrados en la composición urbanística del poblado de Peñalosa, de la reutilización de estructuras de fases anteriores al levantamiento de nuevo espacio. En este caso, dicho muro es utilizado como pared norte de este espacio doméstico.

Adosada a la cara su de esta primera estructura encontramos la primera de las estructuras propiamente dichas de este espacio, la 25.7. Como ya hemos explicado en el párrafo anterior, el sistema constructivo empleado para unas y otras estructuras difiere en gran medida. Es por ello que esta estructura responde más bien a los sistemas constructivos descritos para la última parte del alzado de las estructuras delimitadoras que recorren el pasillo central (como la 9.24b) o el conjunto de estructuras que conforman el CE Xe (9.22 y 9.66 o también la 25.16). Este sistema se caracteriza por transmitir, cuando menos, inestabilidad. Es decir, se trata de una estructura compuesta por una sola hilada de pequeñas y medianas lajas de pizarra dispuestas horizontalmente, trabadas por mayores cantidades de barro endurecido de textura granulosa y color rojizo. En este caso, solo se ha conservado la cara externa de la estructura, lo que puede haber incidido en el escaso grosor que presenta, no superior a los 20 cm. Aunque es cierto, que en el momento de su localización y definición, presentaba una escasa conservación, esta probablemente, no se deba tanto a motivos o agentes externos sino más bien al precario sistema constructivo, que unido al paso del tiempo han mermado gravemente, tanto su estabilidad, homogeneidad como el propio alzado, del cual, sólo se conservan unos 50 cm., desde el nivel del suelo de ocupación. Precisamente, las dimensiones de su recorrido en sentido norte-su son igualmente, 50 cm. Tanto ésta como las siguientes que definen perimetralmente este contexto doméstico, se alza directamente sobre el suelo de ocupación.

En línea recta a esta estructura (25.7), encontramos la siguiente, la 25.8. Sus características constructivas responden exactamente a las mismas de la estructura anterior la 25.7. Las únicas diferencias entre unas y otras, es por un lado, que su nivel de conservación es mayor, habiéndose conservado hasta el momento, ocho hiladas de pizarras de medianas y pequeñas dimensiones, lo que se traduce en unos 60 cm. de alzado y por otro que la cara de la estructura conservada es la interna y no la externa como sucedía en el caso anterior. Por último, debemos destacar por su particularidad, el hecho de que en la cara interna de esta estructura se documentase una gran laja de pizarra dispuesta horizontalmente, ésta parece actuar a modo de calzo del muro perimetral, ya que esta estructura se alza prácticamente sobre el nivel del suelo de ocupación y precisamente esta gran losa aparece totalmente hincada en el suelo de ocupación de forma *in situ*. Continuando el recorrido de esta estructura o jamba de puerta, encontramos la siguiente, la 25.10. Totalmente adosada a la anterior, tanto es así, que parecen constituir una sola estructura, que cuando su recorrido hacia el sur alcanza el metro, giro hacia el oeste, para iniciar su recorrido en este sentido, formándose así una nueva estructura en paralelo a la 25.3. Como en el caso de la estructura 25.8, ésta (25.10) responde a los mismos criterios constructivos que la 25.7, marcándose nuevamente la diferencia en que en este caso se vuelve a conservar su trazado interno y

no externo, a su vez que su recorrido es mucho mayor que en los dos casos anteriores, llegando a alcanzar, por el momento, el recorrido de la estructura 25.2 con la que también discurre en paralelo. De esta manera, podemos presuponer que esta última estructura se construye como un muro de delimitación de este espacio doméstico.

Por último, debemos referirnos a la puerta 25.15. Esta se origina por la confluencia de las estructuras 25.VII (al norte) y la 25.7 (al sur), que a su vez actúan como jambas. Compuesta por un vano de forma rectangular de aproximadamente, 45 cm.

A nivel secuencial, debemos decir que todas las estructuras se alzan sobre el suelo de ocupación, y éste (el suelo de ocupación) directamente sobre el potente derrumbe de piedra de 2 m. documentado de forma generalizada en los CE Xc y k. Esto quiere decir que la fundación de este contexto doméstico es posterior al momento de desuso del pasillo central, momento en que también se procede a su sellado, al menos el documentado a través de la 25.17. Perteneciendo, pues, este espacio aún momento posterior al funcionamiento¹⁵⁰ de toda la parte central y oriental de esta Acrópolis.

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 96)

Como en el caso del CE Xa y Xb en este caso nos encontramos con un contexto doméstico, totalmente articulado en su interior por una serie de estructuras levantadas sobre el suelo de tierra apisonada, que manifiestan intrínsecamente, la realización de dos actividades de mantenimiento en particular, el almacenamiento de cereal y su molienda.

De la primera de las estructuras que vamos a hablar es la 25.6. Se trata de un banco de molienda propiamente dicho, construido perpendicularmente a la cara interna de la estructura 25.8, en el extremo sureste de este espacio. En el Capítulo III.2., ya hemos explicado, que estas estructuras de molienda suelen ser construidas de mampostería y en ocasiones revestidos por un revoco de barro apisonado. Sin embargo, en el caso que nos ocupa se trata de un banco de barro apisonado de textura limosa y color rojo intenso¹⁵¹, que parece presentar las mismas características tecnológicas que el propio suelo de ocupación. Una de las principales características de este banco con respecto a los documentados en otras viviendas, es su gran aproximación con el suelo de ocupación, alzándose apenas 15 cm. sobre éste¹⁵². Presenta una forma rectangular, ligeramente inclinada en sentido este-oeste, dicha inclinación es también marcada por la disposición de la gran piedra de molino. A través de esta disposición, el proceso de

¹⁵⁰ Cuando hablamos de funcionamiento con respecto al uso del pasillo central (CE Xc y Xk) nos estamos refiriendo al uso originario, como lugar de almacenamiento. Sin embargo, esto no quiere decir que en los últimos momentos no fuese utilizado como zona de paso, tránsito o comunicación, sin el impedimento de tener que saltar los diferentes obstáculos que escenificaban la concentración de grandes contenedores.

¹⁵¹ Esta estructura nos recuerda mucho a los bancos de los telares, sobre todo el (9.62) documentado en el CE Xa.

¹⁵² Este aspecto es bastante curioso porque es la primera estructura molienda con estas características documentada en todo el poblado. Hasta este momento, todas las estructuras de molienda documentadas eran provistas de un banco que sobre elevaba dicha acción, sin embargo, en este caso, dicha estructura se encuentra a ras del suelo de ocupación.

fricción sería mucho más cómodo para la persona encargada de realizarlo. Para finalizar, debemos decir, que dicha piedra de molino se encuentra calzada por diferentes lajas de pizarra de pequeñas y medianas dimensiones al propio banco de barro apisonado.

En el extremo opuesto, al noroeste, encontramos la segunda estructura interna de este espacio, la 25.9. En este caso, se trata de un gran contenedor de lajas de pizarra de mediano y pequeño tamaño hincadas, de forma semicircular adosada, probablemente, a la cara interna de la estructura de cierre al oeste de este espacio. Sin embargo, por el momento no se ha realizado su excavación a nivel microespacial, quedando en superficie tan solo el extremo oriental de esta estructura que nos marca un diámetro de 1,30 m.

La relación entre ambas estructuras parece clara, sin embargo, al contrario de cómo sucede en otros contextos domésticos de Peñalosa, esta segunda estructura no parece ser el receptáculo utilizado para la deposición del cereal ya triturado sino más bien, el continente para el almacenamiento de dicha materia para su posterior trituración. Es decir, sería utilizado como un contenedor de almacenamiento de la materia prima, mientras que una gran vasija (nº 25.060) documentada en el extremo norte de la estructura de molienda y del propio molino, sería la encargada de recoger el resultado final del proceso de la fricción por el que pasarían los cereales, para su posterior manufactura y procesamiento en alimento listo para el consumo humano.

c) Análisis contextual (Fig. 97)

El primer nivel sedimentario que documentamos en este Complejo Estructural, vuelve a ser el superficial (US 25.1). Este responde a los mismos patrones de sedimentación explicados en Complejos anteriores, como el Xc, Xg y Xk. Por ello no volveremos a incidir nuevamente en sus características. Al contrario, que en algunos de los casos anteriores, en este espacio, no se recuperaron restos culturales de interés para este estudio, ya que en su mayoría consistían en fragmentos amorfos de cerámica y cantos de piedra.

Bajo éste, documentamos, un escaso nivel de apenas 50 cm. de espesor consistente en el derrumbe de piedra de las estructuras que en sí definen este contexto doméstico. Al contrario de lo que sucede en otros complejos Estructurales, en este caso este nivel sedimentario presenta una geometría en forma de bolsa. Su matriz se caracteriza por presentar un sedimento limo-arcilloso de color marrón-grisáceo de tonalidad media, con inclusiones de pizarras, en su mayoría, cuarteadas o fragmentadas, probablemente, debido a su alteración por exposición a altas temperaturas producto de un fuego prolongado. Aunque en el proceso de excavación se han asignado determinados restos culturales a este nivel sedimentario, lo cierto, es que estos corresponderían directamente al suelo de ocupación (US 25.10) y así van a ser atribuidos en este estudio. No obstante, debemos decir que a pesar de la escasa potencia estratigráfica y sedimentaria, se han recuperado fuertes cantidades de materia orgánica carbonizada junto con restos de material de construcción utilizado en la techumbre y un pequeño fragmento de escoria de cobre (nº 25.078).

Así pues, seguidamente, encontramos el pavimento que caracteriza al suelo de ocupación (US 25.10). Éste responde a los patrones constructivos documentados en el resto del poblado. Es decir, se compone por una tierra arcillosa, apisonada y bastante depurada. Geométricamente, se extiende en forma de capa. En este caso, tenemos que volver a hablar sobre las grandes cantidades de restos de materia orgánica carbonizada (nº 25.071, 25.072, 25.075, 25.077, 25.088), sin embargo, si por algún resto cultural destaca este espacio, es precisamente por la gran orza ovoide de borde marcado y fondo convexo nº 25.060 documentada en el centro de la estancia y asociada directamente con la estructura de molienda documentada al sueste de este espacio (25.10). Precisamente, junto a esta estructura también se documentó una pesa de telar de dos perforaciones (nº 25.076).

V.3.10.11. Complejo Estructural Xk

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

El Complejo Estructural Xk es una continuación del CE Xc. Ambos están relacionados intrínsecamente, tanto a nivel funcional como espacial. En el caso que nos ocupa, debemos decir que este espacio se origina por el giro que da el pasillo en su extremo occidental hacia el sur del cerro. A pesar de encontrarnos con dos complejos relacionados espacialmente, éste en concreto se corresponde con el subsector Ba del sector 25 de la zona Arqueológica C de la cima del cerro. Presenta una forma rectangular, orientado en sentido norte-sur, cerrado en ambos extremos por las estructuras 25.5 y 25.2, respectivamente. Sus dimensiones aproximadas son 7 m². Ubicado en el extremo centro-oriental del sector 25 por lo que sus límites estructurales son al Este por el CE Xe, al oeste encontramos, en un nivel superior, el CE Xi, mientras que al sur y al norte, ya hemos expresado que se encuentra flanqueado por dos grandes estructuras.

En cuanto a su genética, todo parece indicar que se definió en el mismo momento que el CE Xc. Ya que los sendos contenedores cerámicos documentados responden tanto en su ubicación, distribución como morfología a los localizados en el CE Xc. Por lo que nos atrevemos a plantear una coetaneidad temporal y simultaneidad funcional entre ambos espacios con respecto al Xc.

Como el CE Xc, este Complejo, fue objeto de una excavación sistemática, a nivel microespacial, en profundidad y en extensión, durante la campaña de excavación del verano del 2005. Fue en este momento cuando, tras la ampliación del sector 25 hacia el oeste y al sur, y con la documentación en extensión del suelo de ocupación del CE Xc, se decidió ampliar los trabajos de excavación hacia el sur. El espacio a intervenir quedaba ya desde los primeros momentos establecidos por el propio afloramiento superficial de las estructuras que lo circundaban, nos referimos, al este por la estructura 25.1 y al oeste por el propio Complejo Estructural Xi. Si bien, antes de proceder a rebajar todo este sector central del corte 25, se procedió a documentar una estructura que aparecía adosada a la cara oeste o externa de la estructura 25.1 del CE Xe. Se trata de la estructura 25.16, la cual, ya ha sido analizada a nivel estructura el apartado correspondiente al CE Xe. Tras su documentación, se procedió a su desmonte, ya que el

objetivo principal consistía en el conocimiento en profundidad de todo este espacio. En base a ello, se tomó la decisión de desmontar dicha estructura ya que entrañaba un grave peligro en el desmonte y rebaje de los diferentes niveles sedimentarios del CE Xk.

Continuando con los planteamientos metodológicos de excavación iniciados ya en el CE Xc, se traza un perfil estratigráfico (S3) en sentido este-oeste con las siguientes UTM 30,24 x; 47,65 y/29,55 x; 47,43 y, dibujado en la misma esquina o giro de la estructura 9.29 hacia el sur hasta su choque con la cara oriental de la estructura 25.2. Ésta nos ofrecía la misma lectura estratigráfica que la documentada en el relleno sedimentológico del CE Xc. Así pues se decidió mantener el mismo número de cavas que en el Xc, procediendo a rebajar el nivel sedimentario correspondiente al derrumbe de piedra mediante alzadas naturales, debido a la escasez de restos culturales localizados, hasta la llegada al pavimento que suscribía el suelo de ocupación. Momento en que se mantienen en extensión todos los restos culturales para su documentación tanto gráfica como escrita. Posteriormente, se procede a su recogida del mismo modo que la practicada en el CE Xc, y se prosigue con la excavación en profundidad hasta documentar la roca virgen. De esta manera, se procedió a la documentación sistemática en extensión y en profundidad de todo el gran pasillo que recorre en sentido este-oeste y norte-su de la cima del poblado de Peñalosa.

A nivel estructural, debemos hablar al menos de dos estructuras principales. Nos referimos a la estructura 25.1 y a la 25.3. La primera de ellas es la encargada de cerrar este espacio al este, formando parte del CE Xe. Se trata de una estructura que se alza sobre un potente nivel de derrumbe, más o menos uniformado de forma artificial, adosada a la cara sur de la esquina recreada por la estructura 9.29 y 9.24a. En su trazado en sentido norte-sur parece recrear una estructura de forma rectangular, compuesta por lajas de pizarra de mediano y pequeño tamaño dispuestas más o menos de forma aplanada y horizontalmente. Por el momento, no podemos precisar si fue construida en una sola hilada o en dos, sin embargo, todo parece indicar que sería en una sola hilada, respondiendo así, al sistema constructivo de las estructuras 9.24a que se alza sobre la 9.29. Asimismo, se ha constatado que la argamasa utilizada para el trabado de las piedras utilizadas, es bastante tosca, de carácter granuloso y textura menos compacta que el utilizado, por ejemplo en el caso de la estructura 9.29, aunque la coloración si parece responder a la misma tonalidad, rojo intenso. Esta estructura presenta el mismo grado de alteración, que en conjunto, todo el CE Xe, debido a su afección por la actuación del fuego, habiendo dejado muchas de las pizarras de su construcción totalmente degradadas y con un fuerte grado de exfoliación.

Esta primera estructura (25.1), choca directamente contra la cara norte de la siguiente estructura que define este espacio, la 25.3 que en el sector 9, es definida como 9.22. Ella es la encargada de cerrar el espacio de este pasillo al sur. Sabemos que su construcción se realizó desde el primer momento de uso del pasillo, ya se alza directamente sobre la roca. Su recorrido se inicia al este del CE Xe (sobre elevándose en este extremo sobre la estructura 9.21) discurriendo hacia el oeste, perdiéndose, por el momento, por falta de excavación, su remate final en este extremo a la altura del límite occidental del sector 25. En el momento de su documentación se constató un alzado de 2,5 m. de altura y un nivel de conservación bastante alto. Sin embargo, como sucede con la estructura 9.29, parece presentar dos momentos constructivos. Un primero, sería el sistema constructivo descrito para la estructura 9.29 (aproximadamente 2 m. de altura)

mientras que un segundo respondería a las mismas características constructivas descritas para la estructura 25.1 que correspondería con los 50 cm. restantes.

Para finalizar, nos gustaría apuntar la siguiente idea o hipótesis marcada por los siguientes condicionantes; el primer aspecto a tener en cuenta es el hecho de que el CE Xi, se alce directamente sobre el potente derrumbe documentado tanto en este CE como en el Xc; y el segundo consiste en que las estructuras 25.2 y 25.3 discurren en paralelo en sentido este-oeste (precisamente en este extremo, en la actualidad no hemos documentado su finalización) y se alcen directamente sobre el afloramiento rocoso unido a que el espacio originado entre ambas es el aprovechado para construir el nuevo espacio doméstico sobre elevado (CE Xi). Estos aspectos nos inclinan a pensar que este espacio en el momento de uso del pasillo Xc y Xk estaría abierto hacia el oeste, probablemente provisto de varias entradas en este mismo sentido comunicando directamente esta zona con la parte occidental alta del poblado.

c) Análisis contextual (Fig. 57)

La sedimentación de este Complejo Estructural responde directamente a la misma tónica documentada en el Complejo Estructural Xc. Debido a ello, en este apartado, concretamente, no señalaremos a la morfología de cada uno de los niveles sedimentarios documentados sino que nos centraremos exclusivamente en la exposición de la cultura material hallada, con el fin de no duplicar la documentación e información. Así pues, el primer nivel que documentamos vuelve a ser el (US 25.1). Como ya expresábamos en el Complejo Estructural Xc, en este caso no encontramos elementos culturales destacados para el interés de esta tesis doctoral, ya que todos los elementos cerámicos recuperados presentaban un alto nivel de fragmentación.

Seguidamente, nos encontramos con la US 25.2 y 25.3. Ambos niveles corresponde con derrumbe de piedra que en este caso presenta unas mayores inclusiones de pizarras de grandes tamaños, con una fuerte inclinación en sentido este-oeste y viceversa. En este caso, hemos decidido unir ambos niveles sedimentarios, ya que en este Complejo Estructural Xk se presentan unificados y bastante compactados lo que nos ha impedido en el proceso de excavación y recuperación del registro arqueológico diferenciarlos. Aun así, los materiales culturales son bastante escasos ciñéndose, básicamente, a restos de materia orgánica carbonizada, material de construcción (producto del revoco de las estructuras adyacentes tanto al sur-este y oeste) (nº 25.200 y 25.209), elementos en piedra tallada, consistentes, básicamente, en piedras de molino de tamaños bastante regulares, medianos y por lo tanto portátiles (nº 25.202 y 25.212) (Fig. 105: 2). Pese a la escasez de datos recuperados debemos destacar la presencia de una vasija horno

Las siguientes Unidades Sedimentarias que documentamos son las 25.11 y 25.12. La primera de ellas corresponde al nivel de descomposición de adobes, mientras que el segundo de los niveles (US 25.12) se relaciona con las piedras de la techumbre. En ambos no hemos documentado restos culturales de interés, tan solo, reseñar algunos restos de fauna bastante fragmentados.

En último lugar, encontramos el pavimento denominado como US 25.13. En el centro de este giro del pasillo, prácticamente, en línea con el Complejo Estructural Xi documentamos una gran orza ovoide de borde marcado y grandes dimensiones (n° 25.197) (Fig. 101: 5) al norte de ésta documentamos una segunda orza (n° 25.283) aunque de menores dimensiones, y, entre ambas se hallaba una piedra de molino (n° 25.213), igualmente de mediano tamaño. Mientras una segunda piedra de molino y los restos una tercera orza se encontraba prácticamente, apoyada contra la estructura 25.1, al este. Acompañando a estos elementos culturales, documentamos, restos de fauna (n° 25.214) y gran cantidad de materia orgánica carbonizada (n° 25.201).

V.3.10.12. Complejos estructurales XI, Xj y XIII

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

Al norte de la rampa referida (9.55, 9.56 y 9.57), los cierres del poblado quedan constituidos por una serie de plataformas de formas semicirculares o bastiones que podrían servir de acceso a través de “escaleras de madera” dirigidas hacia un pasillo que conducía por unos escalones cortados (9.58) en la roca desde el CE Xj al XI. Precisamente, esta zona es la que ha sido denominada como Complejo Estructural XI. En el análisis del Complejo Estructural anterior (CE Xf) ya hemos explicado cuales fueron los motivos de la distinción estructural entre éste y el anterior, por lo que no volveremos a incidir nuevamente en los criterios de su adscripción. Debido a su íntima relación no solo a nivel espacial sino, probablemente, por su interrelación funcional, ambos Complejos Estructural comparte la denominación de subsector. De ahí que en este caso hablemos de nuevo del subsector D del sector 9 del poblado de Peñalosa. A pesar de que la excavación en este sector está inconclusa, podemos decir, a partir de la documentación actual, que su orientación es en sentido noreste-sureste, presentando una forma ligeramente trapezoidal, abierto hacia el norte, conectando así con el CE XIII. Esta área de excavación queda definido por las siguientes coordenadas UTM *****.

Los límites físicos y estructurales de esta área de intervención son: al sureste colinda directamente con el CE Xf y al suroeste con el CE Xd, mientras que, al norte encontramos el CE XIII.

Su excavación se inicia, como en el caso anterior (CE Xf), durante la sexta campaña de intervención en los meses de verano del año 2005, como parte de la ampliación hacia el este de la 9.1. Manteniendo la tónica de los planteamientos metodológicos desarrollados para todo el yacimiento, se procedió a realizar una excavación a nivel microespacial, retirándose los niveles superficiales y por tanto estériles arqueológicamente. Seguidamente, tras la retirada del nivel de derrumbe, que en este caso, presentaba un espesor menor que el documentado en el CE Xf, se detectan tres estructuras (9.50, 9.54 y 9.51). Precisamente, este descubrimiento será el que determine la definición de dos nuevos subsectores con la intención de poder definir a nivel estructural los diferentes muros documentados en superficie y a su vez realizar una documentación mucho más minuciosa tanto de éstas como de todos los niveles estratigráficos de que se compone este espacio. Así pues esta área quedó dividida en el subsector D₅ que abarca el espacio que ocupará la nueva estructura semicircular 9.54, a

su vez el exterior de ésta fue denominado como D₆ y el D₁ que abarcaba el interior de la estructura 9.51 y la 9.67 hasta la cara externa de la estructura 9.49a.

A nivel estructural podemos hablar, hasta el momento, de cuatro estructuras de mampostería. Precisamente, la documentación de estas nuevas estructuras nos condujo a definir este nuevo Complejo Estructural, aunque su relación física y funcional con el CE Xf está más que atestiguada arqueológicamente. La primera de ellas (9.67) se localiza al noreste de la zona de ampliación, adosada a la cara externa (oriental) de la 9.43, precisamente en el punto en que dicha estructura gira hacia el oeste para terminar conformando una nueva estructura la 9.49a. Se trata de una plataforma o bastión de forma semicircular, alzado directamente sobre el pavimento de guijarros (9.57) en su extremo más álgido y norte. Construida por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente y trabadas por una argamasa de textura compacta y color rojo claro. En el momento de su documentación, sólo se han constatado cuatro hiladas de alzado, llegando a contar con poco menos de 50 cm. de altura. Al contrario de lo que sucederá con el resto de estructuras documentadas en este Complejo Estructural, creemos que esta altura podría ser la real para su momento de uso, ya que su límite superior lo presenta bastante bien rematado en cuanto a la disposición de las lajas, totalmente aplanadas. Además sobre ella se alza la siguiente estructura, la 9.50. Es por todo ello que pensamos que su altura máxima podría ser esta, y, cuando más, podría contar, con un par de hiladas más. Ello no es problema para su definición como plataforma o bastión, ya que su funcionalidad no sería tanto la de defensa como la de contener las estructuras que se alzan sobre ella y la propia estructura 9.63b, así como también su disposición y relación con el resto de estructuras de este Complejo Estructural pueden hablarnos de la imposición y estructuras precederas como “escaleras” de madera dirigidas hacia el pasillo conformado por las estructuras 9.51 y 9.49a habilitando así el paso hacia el CE Xd.

La siguiente estructura con la que contamos es la 9.50. En el análisis del Complejo Estructural anterior (CE Xf), ya hemos explicado, que la estructura 9.43b en su tramo final al norte, reviste el afloramiento rocoso, y la 9.49a se alza directamente sobre él, creando toda una camisa exterior encargada de cerrar las tres grandes estructuras de aterramiento que se construyen en esta zona alta del poblado (9.2, 9.1 y 9.44a, 9.43b). Esto lo sabemos porque precisamente la estructura la 9.50, que técnicamente en sus alzadas superiores choca contra la cara exterior de la 9.44a mientras que en su alzada inferior se levanta directamente sobre el puntiagudo afloramiento rocoso, incluso en su construcción mantienen la inclinación que le marca el buzamiento de la roca en sentido su-norte (de forma exclusiva en este tramo del afloramiento). A nivel constructivo, podemos decir que esta estructura se desarrolla en perpendicular desde la cara exterior de la 9.44a, orientado en sentido suroeste-noroeste, precisamente, en este último sentido, presenta un desplome que cayó directamente sobre la 9.67. Se compone por grandes lajas de pizarras dispuestas horizontalmente y de forma aplanada, aunque, en su segunda alzada, se ha documentado un gran bloque de cuarzo ajeno a la materia prima localizada en el entorno más inmediato del yacimiento. Trabadas por barro endurecido de textura compacta de color rojo, más intenso, que en la estructura anterior (9.67). Esta estructura presentaba una gran consistencia en todo su alzado, a pesar de, presentar un derrumbe de sus hiladas superiores hacia el norte y sobre uno de los afloramientos de la lastra. Precisamente, las hiladas superiores son más inestables, presentando las lajas de pizarra más exfoliadas y deterioradas. Si bien, en el momento

de su documentación se registraron 8 hiladas de alzado, generándole, más de 1 m de alzado y un espesor de diámetro de más de 1,5 m.

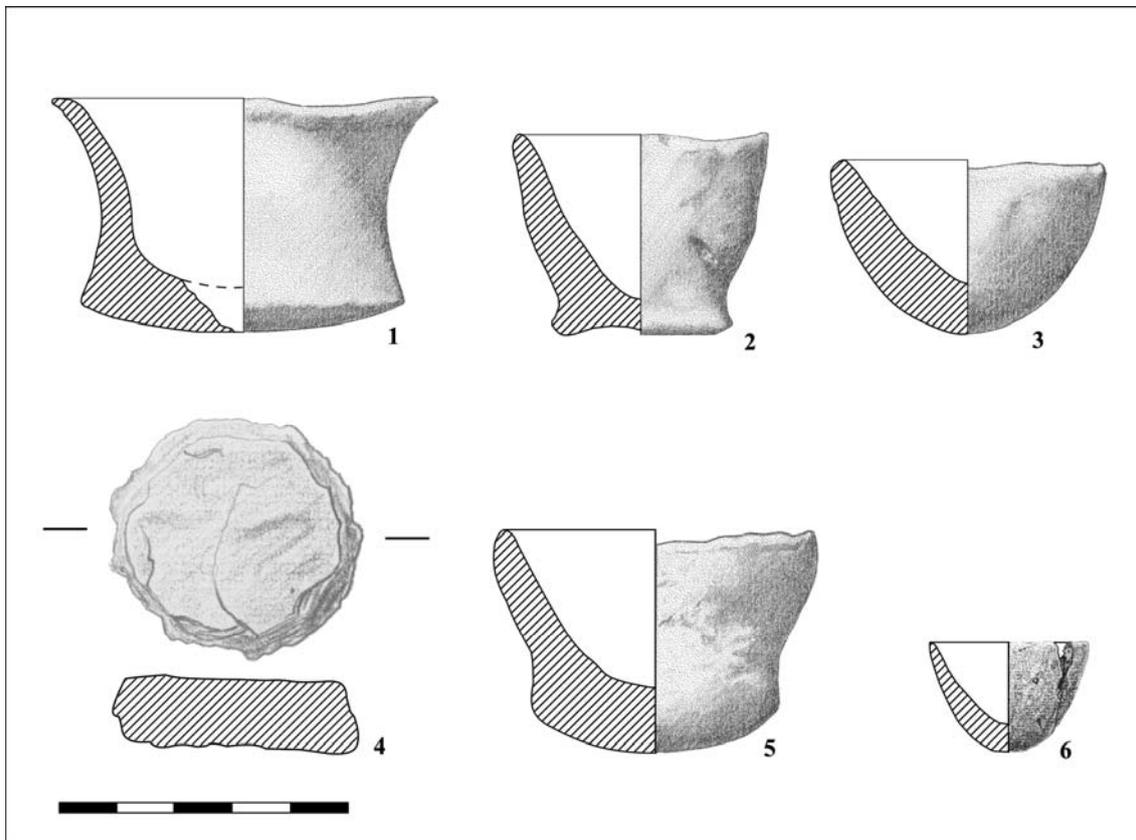


Figura 110. Cultura material probablemente relacionada con las fases de aprendizaje infantil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:1).

Desde la esquina este de esta estructura (9.50) y hacia el noroeste documentamos lo que sería una nueva estructura, de características constructivas similares a la anterior, la 9.51. Su recorrido nace desde la esquina este de la 9.50, pero, al contrario, de lo que sucede con el resto de estructuras de este Complejo Estructural, ésta (9.51) presenta una forma rectangular y un recorrido en sentido este a oeste, de forma paralela a la 9.49 y perpendicular a la 9.50. A nivel constructivo, presenta las mismas características que las anteriores. Habiéndose conservado en el momento de su localización, 15 hiladas de alzado. Compuestas por pizarras de mediano y pequeño tamaño dispuestas horizontalmente que se van perdiendo conforme se prolonga su recorrido hacia el oeste, punto en el que no se ha documentado su posible choque con los escalones de roca (9.59) al oeste, documentados en este espacio que comunican este Complejo y CE XIII con el CE Xd. Por el momento no se ha localizado la cara exterior de esta estructura, aunque, con la extensión de los trabajos al sector 32, creemos que la estructura 32.3, al su de este nuevo Complejo Estructural podría ser la cara externa de la 9.51. Ésta nuevamente, presenta una forma semicircular y su recorrido arranca desde el afloramiento rocoso en el que se asienta la 9.50. Todo parece indicar que tendría su desarrollo hacia el suroeste cerrando contra el farallón rocoso en el que se asienta la 9.47.

Precisamente, entre esta estructura 9.51, al norte y la 9.49, al sur, conforman un espacio superior de más de 1 m. que parece definir un espacio de circulación a modo de pasillo (9.68). Este posible pasillo se caracteriza por presentar una forma en rampa

orientada en sentido este-oeste, buzando levemente hacia el extremo occidental. En el momento de su excavación no se documentó ningún nivel de cimentación o regularización de la roca. Esto no quiere decir que en su momento de uso no lo tuviese, sino que la fuerte erosión provocada por los potentes derrumbes superiores de las estructura 9.49a y en sí de la 9.45 y 9.44b, lo afectarían fuertemente, llegando a provocar su práctica desaparición durante el proceso de excavación en que se procedió a la retirada del derrumbe de piedra. Si bien, este hecho no es trascendental para su adscripción funcional como pasillo estrecho, lo que nos hace pensar en la posibilidad de que este podría poner en comunicación a través de los escalones de roca (9.59) tanto de este Complejo Estructural como el CE XIII y el superior CE Xd.

En cuanto a los escalones de roca (9.59), debemos decir que en total son seis. Todos ellos presentan una orientación horizontal, en sentido este-oeste y ascendente en sentido norte-sur. Aunque todos se conforman por el recorte de la roca, concretamente, en uno de los escalones intermedios (el cuarto comenzado por abajo) se ha podido constatar como regularizaron su trazado a través de la disposición de lajas de pizarra de mediano tamaño. De esta manera consiguieron homogeneizar, en la medida de lo posible, su trazado en un escalón que les debió presentar imperfecciones, no sabemos si por las propias características de la roca o debido al proceso de su recorte.

La siguiente estructura que documentamos es la 9.54. Esta nace paralelamente a la 9.50, choca directamente sobre la esquina de la 9.67 en la que se alza la 9.50, y choca (al noroeste) contra uno de los tantos salientes del afloramiento rocoso que se agudizan en este extremo norte del poblado de Peñalosa. Se alzada directamente sobre el afloramiento rocoso (concretamente, sobre dos salientes de la “lastra” que le infiere a esta estructura un carácter escalonado en su alzado) definida por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente y aplanadas, trabadas por barro de textura compacta y color amarillento. Aunque, presenta una buena definición estructural exterior recreando una forma semicircular, la disposición de las lajas a su interior hasta su choque contra la 9.50, no se ha documentado, verificándose el alto afloramiento rocoso sobre el que se asienta. Al igual que la estructura 9.67, ésta conserva un máximo de cinco hiladas (unos 1 m.) de pizarra y un mínimo de tres hiladas (unos 50 cm.). Su sistema constructivo responde a los criterios especificados en el caso anterior 9.54. Su desarrollo es en sentido suroeste-noroeste, aunque pierde su trazado justo en el punto en que se inicia el desarrollo de escalones recortados en la roca (9.54) comenzando ya el descenso de las estructuras del poblado cerro abajo en busca de las aguas del pantano del Rumblar.

Este sistema de cierre con bastiones apoyados en la roca, como demuestran las estructuras, 9.50, 9.67 y 9.64, se encuentra también en el sector 32 o Complejo Estructural XIII con las superposiciones de varias estructuras correspondientes a las primeras fases de ocupación cuando el CE IXa formaba parte de las defensas del poblado, aún con niveles internos de ocupación, previas a la ampliación del poblado, cuando en el extremo oriental se pudo reproducir el mismo sistema enlazando con el sistema de murallas y bastiones más externo.

En último lugar y como fruto de la nueva ampliación del subsector D hacia noreste encontramos una nueva estructura 9.68. Ésta vendrá a reafirmar la hipótesis inicial sobre este Complejo Estructural: se trataría de un espacio externo al poblado, conformado por diferentes elementos constructivos de circulación y paso, marcado porque en el extremo más oriental se presenta toda una serie de grandes recortes de la

roca que conforman unos grandes escalones (9.58). Estos se inician desde el punto más álgido del Complejo, paralelos, al afloramiento rocoso sobre el que se asienta la estructura 9.54, continuando su recorrido en sentido noroeste, en sentido al pantano del Rumblar. Estos grandes escalones parecen cerrar tanto el perímetro del Complejo Estructural XI como también el nuevo sector 32 y con él, el CE XIII.

c) Análisis contextual (Fig. 97)

El primero de los niveles sedimentarios documentados es la US 9.119. Corresponde al nivel superficial. Se compone por una matriz limo-arcillosa de color marrón-grisácea de tonalidad oscura y estructura suelta. Su geometría es en forma de capa. En cuanto a los materiales recuperados en su mayoría pertenecen a piedra pulida. Consisten en una placa de pizarra recortada (nº 9.585) (Fig.110: 4) junto a dos molinos (nº 9.586 y 9.602). Mientras que en elementos cerámicos, solo se han recuperado los fragmentos de un crisol plano.

El segundo de los niveles es la US 9.120 o derrumbe de piedra de aproximadamente 1 m de espesor. Presenta un relleno compuesto por grandes piedras de pizarra y tierra de color gris oscura y estructura suelta. Los restos culturales recuperados, pertenecen en su mayoría a piedras de molinos (nº 9.545 y 9.546), a un fragmento de mineral de malaquita (nº 9.546) y otro artefacto de cobre de forma indeterminada (nº 9.542) (Fig.111: 11). Frente a estos elementos, debemos destacar el hallazgo de un pequeño anillo de cobre de forma simple (nº 9.543), localizado en las cercanías de la estructura 9.54.

Seguidamente, encontramos la US 9.122 correspondiente al pavimento de barro apelmazado, encargado no solo de trabar los chinos y lajas planas dispuestas en todos estos complejos estructurales y el CE Xf, sino que además es el encargado de salvar los desniveles de la propia roca virgen. En cuanto a su descripción, debemos decir que se trata de un nivel compuesto de barro apelmazado de color rojo intenso con inclusiones de cantidades de materia orgánica carbonizada que le impregna una tonalidad oscura. Presenta una textura arcillosa de estructura compacta. Respecto a los elementos culturales recuperados, al contrario de lo que sucede en los niveles superiores, en este caso en su mayoría corresponde a elementos cerámicos, entre los cuales podemos destacar los fragmentos de un cuenco semiesférico de perfil simple (nº 9.556-1) y una ollita ovoide que exhibía pequeños mameloncitos en el cuerpo (nº 9.808). Asociados a estos elementos, también, se recuperaron dos molinos portátiles de medianas dimensiones (nº 9.811 y 9.841-1) y un molde univalvo de lingotes en piedra arenisca (nº 9.810). Mientras que entre los ecofactos documentados, destacan escasamente, los restos de fauna y la abundante materia orgánica carbonizada. Todos estos elementos fueron localizados en las proximidades de la estructura 9.54.

V.3.10.13. Complejo Estructural Xm

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

El conocimiento de este Complejo Estructural es producto de la ampliación del corte 25 hacia el oeste, durante la campaña de excavación del 2001. Con él, nos encontramos en el extremo más suroeste de la Acrópolis Este. Como sucede con otros Complejos Estructurales, en este caso, nuevamente el espacio intervenido está mediatizado por los límites físicos establecidos en la ampliación anteriormente referida. Por ello, en este momento en que se encuentra la excavación, podemos decir que se trata de un espacio de forma rectangular, correspondiente con el subsector E del corte 25, orientado en sentido norte-sur, cuyas dimensiones no superan los 6 m².

Este espacio social, colinda al este con el contexto doméstico Xb, con él, incluso comparte una estructura la 9.3; al norte será la propia estructura 9.5/9.68, en su prolongación hacia el oeste la que actúe como muro trasero de este espacio; por su parte su límite su está determinado por la 25.2, mientras que al oeste, su espacio está determinado por el perfil estratigráfico occidental que define los límites de este subsector.

La genética de este espacio no está clara tras los resultados de las últimas excavaciones y a la falta de análisis de C-14 este espacio parece datar cronológicamente de la fase IIIA. A pesar de mantener una estrecha relación física con el CE Xb, lo que nos podría hacer pensar, que nos encontramos ante dos espacios relacionados, esto no parece ser así, tras los resultados de las últimas excavaciones. Sino que, tanto uno como otro parecen tener una entidad y autonomía propia que los convierten en espacios relacionados a nivel espacial pero no a nivel funcional y al menos durante la fase de ocupación IIIA, tampoco a nivel cronológico. Otro hecho que nos inclina a pensar en la no relación entre ambos Complejos Estructurales, es la gran diferencia de profundidad de uno a otro, en este sentido podemos hablar de aproximadamente 1,5 m. de diferencia entre uno y otro, lo que nos permite hablar claramente de que en este espacio (CE Xm) nos encontramos en niveles de uso inferiores a los documentados en el suelo de ocupación del CE Xb, al menos por el momento.

Su intervención a modo de excavación, se inicia con unos livianos trabajos durante la quinta campaña de trabajos en el poblado de Peñalosa, en el año 2001. Éstos, consistieron, básicamente, en la realización de la limpieza superficial de todo el sector, dejando el nivel de intervención, en la capa superior del nivel del derrumbe de piedra. Gracias a estos trabajos iniciales, fue posible la definición estructural de una serie de muros (25.11, 25.12 y 25.5) que parecían incidir directamente en la conformación estructural de este espacio. Si bien, no será hasta cuatro años más tarde, cuando se proceda a la excavación sistemática de este CE a nivel microespacial y en profundidad. Durante la sexta campaña de trabajos en el yacimiento, en el año 2005, será cuando se proceda a rebajar a través de alzadas artificiales, de 10 y 15 cm. el nivel del potente derrumbe que acontecía de forma generalizada en todo este espacio, hasta nuestra llegada al suelo de ocupación, momento en que se ha paralizado la excavación, para proseguirla en campañas posteriores y poder así documentar e interpretar el suelo de ocupación en extensión. Para ello será necesario ampliar el área de intervención, tanto al oeste como al sur.

Durante esta última campaña de excavación se localizaron nuevas estructuras que nos marcan y definen un espacio particular. En base a una de ellas en particular, nos referimos al tabique (25.20) levantado sobre el nivel de suelo, se plantearon dos nuevos

subsectores del sector E. Al extremo este de esta estructura se denomina como subsector E₁, mientras que al oeste de ésta, se define el subsector E₂. A su vez se cuenta con dos nuevos perfiles estratigráficos marcados por los propios límites físicos de este espacio, nos referimos al S1, al oeste y el S2 al sur. De esta manera mantenemos los planteamientos metodológicos establecidos para la recuperación del registro arqueológico de este poblado argárico, haciendo uso en todo momento del sistema de fichas creadas por el GEPRAN.

Estructuralmente, este espacio es definido, por el momento, por dos estructuras directamente, una al norte (25.11 o 9.5) y otra al este (25.12 o 9.31). Si bien, en su extremo norte debemos hablar e incorporar otras dos estructuras más, las 25.4 y 25.5, ambas, posiblemente, de aterrazamiento, aunque también parece caracterizar muros de refuerzo sobre las estructuras longitudinales como la 25.3 y 25.5. De tal manera, se recrea en el extremo norte de este CE un conglomerado de estructuras, donde parecen existir unas iniciales que serían en sentido norte-sur, la 25.3 y 25.5, a las cuales, se les añaden una serie de refuerzos 25.4 y 25.11, respectivamente (Fig. 1

Lo cierto, es que a nivel estructural, sobre estas estructuras no podemos precisar demasiado, ya que como apuntábamos en el párrafo anterior, estas fueron construidas adosadas a otras formando un conglomerado totalmente compacto que por el momento no se han definido con claridad. Con respecto a la primera de ellas (25.11) localizada al norte de este CE, podemos decir que es la encargada de definir este espacio al norte. Compuesta por grandes lajas de pizarra dispuestas horizontalmente (al menos en lo referente a su cara sur, ya que su extremo norte no se puede definir ya que se encuentra adosada a la 25.5) trabadas por barro apelmazado de textura compacta y color rojo intenso.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

Como sucede en otros Complejos Estructurales, su articulación interna a nivel estructural no puede ser acometida en este estudio, ya que su excavación se encuentra inconclusa. Sin embargo, en su interior se han documentando una serie de estructuras de diferente calibre que nos permiten calificarlo como un complejo particular. Podemos hablar, al menos, de dos estructuras de mampostería y una tercera, como un posible horno metalúrgico o similar 25.21.

La primera de las estructuras que definen este espacio es la 25.13. Ésta se localiza en el extremo oriental y se construyó perpendicularmente a la estructura 25.11 o 9.48 (9.5), en sentido norte-sur. Se trata de una estructura de mampostería de forma rectangular, compuesta por lajas de pizarra de mediano y gran tamaño dispuestas horizontalmente. Se alza sobre el paquete de derrumbe de piedra (US 25.2), de aproximadamente unos 50 cm. A nivel constructivo parece haber sido construido en una sola hilada, habiéndose, trabado las piedras por barro de textura compacta y limosa de color anaranjado. En el momento de su documentación conservaba cinco hiladas de grandes lajas de pizarra superpuestas, ofreciéndonos un alzado aproximado de unos 70 cm., mientras que de sección presentaba unos 50 cm. Con respecto a esta estructura, decir, que su alzado es utilizado, en parte, para levantar la estructura delimitadora 9.31 del CE Xb. Precisamente, el hecho de que la estructura 25.13, se encuentre bajo la 9.31

y que fuese utilizado parte de su alzado como nivel de cimentación de la segunda, es uno de los elementos que nos permite apuntar hacia la tesis de que éste espacio fue construido con anterioridad a la conformación del CE Xb (nos referimos al suelo de ocupación de la fase IIIA) y por lo tanto, debemos rehusar la contemporaneidad relacional de ambos espacios. Esto, no quiere decir en una fase anterior (IIIB o IIIC), ambos espacios no pudieran estar relacionados, como estancias adyacentes o subsidiarias del contexto central (CE Xb) de esta zona sur de la Acrópolis este. Sin embargo, para su esclarecimiento, es necesario concluir en profundidad y en extensión los trabajos de los dos Complejos Estructurales, el Xb y Xm.

Si bien, esta estructura 25.13 no será la única documentada en este espacio. Bajo el derrumbe generalizado de piedra documentado en todo este CE, en los últimos momentos de su excavación, se localizó un tabique medianero, la 25.20. Esta estructura parece dividirnos dos espacios, que hoy por hoy, no podemos precisar si tenían funcionalidades diferentes, ya que en su extremo occidental prosigue en su secuencia estratigráfica el nivel de derrumbe, mientras que en el extremo opuesto si fue posible documentar otra estructura de función calorífica. En cuanto, al sistema constructivo utilizado en esta estructura o tabique, todo indica que responde a los mismos criterios constructivos de estas estructuras, ya expuestas en otras casas de este poblado, como la vivienda I, VI y VII. Ésta al igual, que la anterior (25.13) arranca desde la cara su de la 25.11 y se desarrolla hacia el sur, perpendicularmente, al muro de aterramiento. Construido por grandes lajas de pizarra (sobre todo en el centro de su recorrido) y de menores dimensiones, en el choque con el muro 25.11, trabadas por barro apelmazado de textura compacta y limosa de color rojizo-anaranjado. Las características del aparejo utilizado para trabar su alzado y sección, son las mismas que presenta el nivel de barro rojizo y apelmazado, documentado en los niveles inferiores de esta estructura y sobre el que se alza la propia estructura, actuando como nivel de cimentación. Así pues, sus constructores, crearon una estructura de mampostería, de forma rectangular en todo su recorrido. A pesar de localizarse bajo el potente derrumbe de piedra, presenta un buen estado de conservación, al menos, en las dos hiladas de piedra superpuestas documentadas en su momento, traducidas en 25 cm. de alzado. Mientras que de recorrido hacia el sur alcanza 1,20 m., perdiéndose parte de su recorrido hacia el sur, donde no se ha documentado su final, por lo que no podemos precisar que esta fuese la longitud real en el momento de su uso. Por el contrario, si podemos precisar su sección, que no superó los 40 cm.

Al este, del tabique (25.20), encontramos los restos de una estructura conformada, básicamente, por barro endurecido de textura muy granulosa y forma indeterminada, la 25.21. Su ubicación en la esquina recreada por la confluencia entre la estructura 25.11 y la 25.20 junto con la forma que recrea, semicircular, y relacionada directamente con elementos y materiales metalúrgicos (abundantes restos de mineral en bruto y mineral parcialmente reducido), nos hace suponer que nos encontramos, al menos, ante una estructura de combustión relacionada con la transformación metalúrgica. Sin embargo, el carácter de esta estructura debió ser bastante limitado, tal y como demuestran sus escasas dimensiones, de apenas 25 cm. de diámetro. A nivel constructivo, responde en cierta medida a los hogares relacionados con la preparación de alimentos, sin embargo, en este caso no utilizan cantos de río para generar la estructura, sino lajas de pizarra de medianos tamaños hincadas, cuyo interior contiene una estructura compuesta, básicamente, por barro endurecido. En su interior, también se documentaron las lajas de pizarra, sin embargo, éstas son producto del derrumbe de

pedra de la estructura 25.11. Dicha estructura, presenta fuertes cantidades de adherencias metálicas tal y como se puede observar en la siguiente imagen.

b) Análisis contextual

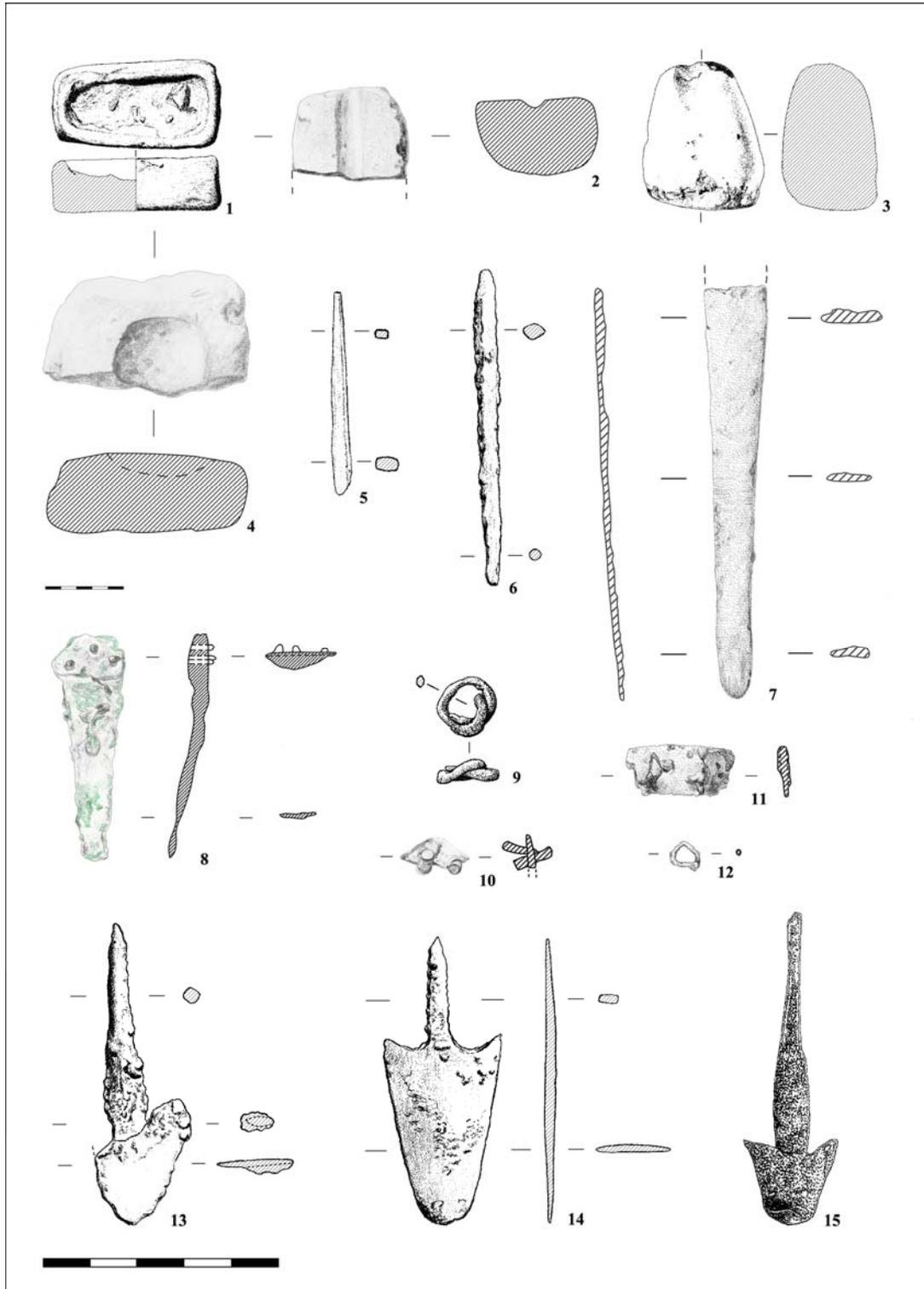


Figura 111. Cultura material asociada a la producción metalurgia (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).

En este espacio, a falta de concluir no solo los trabajos de recuperación del registro arqueológico, sino también de su definición estructural, solo podemos hacer referencia a dos niveles sedimentarios documentados hasta el momento. El primero de ellos como es lógico, se trata del superficial (US 25.1)¹⁵³. Al igual que en el resto de Complejos analizados anteriormente, éste destaca por la práctica ausencia de restos materiales documentados, en este caso, tan solo recuperamos una piedra de molino de medianas dimensiones (nº 25.157). Lógico, porque recordemos que toda la ladera sur ha sufrido a lo largo del tiempo un fuerte proceso de erosión, por lo que los restos culturales han debido ser arrastrados ladera abajo.

Bajo éste, documentamos la US 25.2. Ésta consiste en el derrumbe de piedra, compuesto por grandes pizarras de gran y mediano tamaño que soportan una tierra de color marrón-grisáceo de tonalidad media y estructura ligeramente suelta. Si bien, esto no quita que no se documentasen restos de revoco o barro endurecido originario del trabado del alzado de las estructuras adyacentes. Hasta el momento, se ha documentado un espesor de al menos 1,5 m., porque el proceso de excavación de este nivel no ha finalizado, por lo que a los elementos culturales que expongamos a continuación tendremos que añadir los resultados que se obtengan de futuras intervenciones. Aún así, podemos apuntar la fuerte cantidad de elementos en piedra pulida, sobre todo, piedras de molino de diferentes tamaños (nº 25.160-1, 25.160-2, 25.160-3, 25.160-4 y 25.181) junto a dos manos de molinos (nº 25.171 y 25.178), dos alisadores (nº 25.162 y 25.180) y una pequeña ficha de pizarra recortada (nº 25.167). En lo que respecta a los elementos cerámicos, destacar, dos ollas ovoides de medianas dimensiones (nº 25.164-2 y 25.164-3) (Fig. 103: 4 y 7); dos fuentes hondas de perfil simple y medianas dimensiones (nº 25.164 y 25.184). El conjunto de estos artefactos estaban acompañados de restos de ecofactos, consistentes básicamente en fauna (nº 25.161 y 25.183 y 25.189). Por último debemos decir, que desde las partes altas de este derrumbe de piedra ya se constataba la presencia de restos materiales relacionados con la producción metalúrgica. Éstos consistían fundamentalmente, en fragmentos de mineral de plomo y abundantes gotas de metal, sobre todo concentradas al este de este Complejo Estructural.

Precisamente, estos elementos relacionados con diferentes fases del proceso metalúrgico, quedan constatado con la localización de la estructura 25.21. Relacionada con esta estructura (en su interior), o presumiblemente, horno de fundición, se localizaron abundantes restos de mineral y gotas de metal de plomo (nº 25.262, 25.264 y 25.266), sin embargo, el elemento más destacado es una gran torta de mineral de cobre (nº 25.267)¹⁵⁴. No obstante, en el interior de este presunto horno, también se encontraban restos de fauna y un elemento más particular, una concha (nº 25.223).

V.3.10.14. Complejo Estructural Xn

a) Descripción: formal y metodológica (Fig. 95 y 96)

¹⁵³ No incidiremos en las características morfológicas de este nivel sedimentario ya que ha sido reiteradamente indicado en Complejos Estructurales anteriores, como el Xc, Xg, Xi, Xk, etc.

¹⁵⁴ El conjunto de todos elementos relacionados con la producción metalúrgica están siendo estudiados profundamente por la Dra. Auxilio Moreno Onorato.

Adosado al extremo occidental del cierre de la acrópolis, en las primeras fases, se genera una habitación paralela al norte y contemporánea al CE Xi. Este Complejo Estructural surge como producto de la ampliación desde la S9 hacia el oeste del Corte 25 y tras observar que el pasillo central 9.65 se encontraba taponado por medio de una nueva estructura alzada sobre el derrumbe de piedra extendido por todo el pasillo o CE Xc. Por el momento, solo podemos verter sobre este CE planteamientos iniciales, debido a que su excavación se encuentra en fase inicial. Tanto es así que no podemos determinar claramente ni su forma, ni sus coordenadas y por supuesto tampoco, los metros cuadrados que pueda tener este espacio. Es por ello que para este tipo de datos utilizaremos de forma exclusiva los límites artificiales de su sector para poder realizar, por el momento, un análisis lo más completo posible. En base a ellos, decir que, nos encontramos con un espacio de forma, ligeramente, triangular, orientado en sentido noreste-suroeste, correspondiente con el subsector D de esta zona arqueológica C. Esta recreación de la forma nos la marca en cierta medida la estructura 25.17 que discurre en sentido suroeste-noreste. Actualmente, solo podemos decir que el espacio excavado no supera los 4 m.² con unas coordenadas UTM de 29,00-33,00 x; 49,00-53,00 y; 3,40-5,37 z. Para su definición completa se deben volver a ampliar los límites establecidos para el sector 25 en la campaña del 2001.

Se trata de un espacio alzado directamente sobre los salientes de la roca (tal y como se constata sobre todo en su extremo norte), que mantienen la misma tónica que sobre los que se alzan las estructuras 9.26, 9.27 y 9.28, y que por lo tanto nos lo anexiona al Grupo Estructural X formando parte de su articulación, aunque sea en un momento avanzado de su vida.

Los límites físicos y estructurales de este Complejo Estructural quedan enmarcados por el norte el sector 44 y la Terraza Superior; al su el CE Xi; mientras que al este encontramos el pasillo 9.LXV y más concretamente por las estructuras 9.25, 9.28, 9.27 y 9.26.

Como bien hemos explicado en anteriores apartados, el sector 25, es definido en la campaña del verano del 2001 como producto de la ampliación de 4 m. de la S9, hacia el oeste y 12 m. en sentido norte-sur. Si bien durante esta quinta campaña de excavación simplemente se procedió a una liviana limpieza superficial como parte de los trabajos iniciales en el vecino CE Xi. Con el objetivo claro de definir el recorrido completo de la estructura 25.2. No será hasta cuatro años más tarde, (campaña del 2005) cuando se decida intervenir en este subsector D del sector 25. Su intervención estuvo mediatizada por los buenos resultados obtenidos tras la excavación del pasillo central donde en el perfil S4, establecido entre la estructura 25.3 y 9.28 se observaba como sobre el nivel de derrumbe que aparecía generalizado en todo el pasillo central se levanta tímidamente una serie de hiladas de piedra que parecían apuntar a un cierre intencionado de este extremo del pasillo (9.65). Fue entonces cuando se planteó que era necesario definir esta tímida estructura en su cara exterior para poder documentarla desde su momento inicial y a su vez también podríamos determinar estructuralmente el muro 25.2.

Los planteamientos metodológicos, mantuvieron la tónica de los complejos pasados y en general de todo el poblado. Se procedió a realizar una limpieza superficial de todo el sector hasta su contacto con el derrumbe de piedra. Ambos niveles fueron

rebajados a través de alzadas artificiales de 10 cm. de grosor. Tras la retirada de parte de este nivel de derrumbe y en función a la aparición de dos niveles sedimentarios coetáneos pero diferentes, se decide subdividir el espacio de este nuevo Complejo Estructural en dos subsectores, el D₁ y el D₂. El primero de ellos queda definido al norte, desde la cara oeste de la nueva estructura 25.18 en línea recta hacia el oeste hasta chocar con el perfil oeste del subsector. Por su parte, el segundo, engloba toda la zona sur y central de este Complejo Estructural. Tanto uno como otro subsector fue acometido a una excavación a nivel microespacial, rebajándose los distintos niveles sedimentarios por medio de alzadas artificiales de unos 10 cm. de media hasta alcanzar el suelo de ocupación, dejando éste en planta y en toda su extensión para su documentación completa una vez se amplíen los límites de este sector. A su vez conforme lo demandaba los hallazgos de la excavación, se procedió a la recogida de muestras sedimentológicas, sobre todo, de la estructura interna la 25.19 (hogar).

Así pues, los trabajos en este Complejo Estructural, tuvieron un carácter microespacial, fueron realizados en profundidad y en extensión hasta los límites del subsector. Todo este proceso estuvo acompañado en todo momento por el conjunto de fichas de registro materializadas por el GEPRAN.

A nivel estructural, este Complejo esta definido por dos estructuras principales. La 25.2 al sur y al este por la 25.17. La primera de ellas (25.2) ya ha sido analizada en el CE Xi. Si bien debemos decir que esta estructura actúa como muro divisor entre los dos espacios. Con respecto a este Complejo Estructural, asociada a su cara norte, encontramos la estructura 25.17. Esta estructura es la encargada de cegar, la posible salida recreada en fases de ocupación de la Edad del Bronce anteriores al momento de construcción de este Complejo Estructural. Al contrario, que en el caso anterior, sabemos que ésta se alza sobre el nivel de derrumbe de 1 m. de altura, que es el mismo que se documentó de forma generalizada en todo el CE Xc. Sobre este nivel de derrumbe se levantan una serie de hiladas de piedra de tamaño mediano, trabadas por barro apelmazado de color rojo intenso. Esta estructura arranca desde la cara norte de la 25.2 y continua su recorrido hacía el noroeste perdiéndose, o más bien, mimetizándose con la cara oeste de la estructura 9.28. Mientras en su cara este solo se ha conservado escasamente tres hiladas de su alzado en su cara oeste (al interior del CE Xn) se han constatado, al menos, 40 cm. de altura sobre el nivel de suelo de ocupación. Esto nos hace suponer que por la cara Este aprovecharon, como ya hemos explicado el derrumbe de piedra para su alzado, mientras que su cara oeste construyeron una hilada de piedra revistiendo el derrumbe, recreando al menos por este extremo una estructura en armonía con el resto de muros que conforman este espacio.

b) Análisis estructural: articulación de su espacio interno (Fig. 96)

A pesar de que la excavación de este Complejo Estructural está inconclusa por el momento debido a lo cual, no podemos realizar una articulación de su espacio interior. Sin embargo, a pesar del escaso espacio intervenido, nos ha sido posible documentar al menos dos estructuras de diferente índole. Por un lado, un pequeño muro o plataforma de forma semicircular, que parece simular, los bastiones que encontramos en su extremo oriental. Por otro lado, encontramos una de las pocas estructuras de combustión u hogares registrados de forma explícita en el poblado de Peñalosa.

La primera de las estructuras que encontramos, la 25.18, se localiza en el extremo oriental del espacio excavado, adosado directamente a la cara externa de la estructura 25.17, en dirección noroeste, a 1 m aproximadamente éste gira hacia el este formando así un muro cuadrangular con las esquinas redondeadas, con una sección media de 1,40 m. Presenta un sistema constructivo, un tanto irregular, conformada por pizarras de mediano y grande tamaño trabadas por un barro apelmazado de color rojo. Parece levantarse sobre un pequeño paquete de sedimento y éste a su vez se alzaba sobre dos pequeños salientes de roca virgen que presentan la misma orientación que sobre los que se levantan los tres bastiones (9.26, 9.27, 9.28) del corte 30. Su parte superior parece rematada por una serie de lajas de pizarra aplanadas. En el momento de su documentación solo se consiguieron diferenciar cuatro hiladas superpuestas de piedra, infiriendo un alzado aproximado de 50 cm., si bien, aunque hayamos documentado en su parte superior una serie de piedras de dispuestas horizontalmente, es probable que su alzado en el momento de uso fuese superior.

La estructura 25.19, es la segunda de las estructuras documentadas como parte de este Complejo Estructural. Se localiza en el extremo contrario, a la anterior, concretamente, en el extremo suroeste del espacio intervenido. En este caso, se trata de una estructura de hogar de al menos 1 m. de diámetro. Por el momento¹⁵⁵, presenta una forma semicircular, anexo a la cara norte de la estructura 25.2, en el momento de su arranque al suroeste mientras que no ha sido posible documentar todo su recorrido ya que en su giro hacia el suroeste queda enmarcado por los límites físicos del corte 25 y en sí de este Complejo Estructural.

Es por todo ello que por el momento, podemos decir que nos encontramos ante un potencial contexto doméstico, donde se ha realizado una excavación a nivel microespacial hasta el suelo de ocupación, momento en que se han parado los trabajos, a esperas de futuras intervenciones y con ellas la documentación en extensión de todo este espacio, para así, poder realizar un análisis exhaustivo de la articulación estructural interna.

c) Análisis contextual (Fig. 97)

Nuevamente, será la US 25.1 la primera de las Unidades Sedimentarias documentadas en este Complejo Estructural. Ésta corresponde con el nivel superficial que responde a las mismas características descritas en apartados anteriores, ya se trata del mismo estrato sedimentario documentado en todo este Grupo Estructural. Manteniendo la tónica de todo este GE, en este caso, tampoco recuperamos restos culturales de interés en este primer nivel, debido entre otras cosas por la escasa potencia que presentaba, apenas 6 cm. de espesor.

¹⁵⁵ Por el momento, debido a la escasez de espacio intervenido, no podemos precisar ni la forma ni las dimensiones exactas de esta estructura, ya que, en su giro hacia el suroeste, dicha estructura queda marcada por los límites físicos establecidos para el Corte 25. es por ello, que para la documentación e interpretación final de este espacio es necesaria la realización de nuevas excavaciones y con ellas la ampliación, no solo de éste CE sino del Corte 25 en su cara oeste.

Bajo éste documentamos la US 25.2, que, como es lógico, corresponde con el derrumbe de piedra. Al contrario que en el resto de los casos, se trata de un nivel compuesto por escasas lajas de piedra¹⁵⁶ provenientes de las estructuras adyacentes, ya que es la matriz la que soporta estas inclusiones. Precisamente, la matriz se compone por una tierra limo-arcillosa de textura compacta de color marrón-anaranjado de tonalidad media. Este nivel, queda conformado por escasos 20 cm. de espesor. A pesar de la escasa potencia estratigráfica, fue posible documentar diferentes en piedra pulida, como diferentes fragmentos de molino (nº 25.240 y 25.245), una mano de molino (nº 25.236) y un percutor (nº 25.239).

En último lugar, bajo el anterior, documentamos un pavimento (US 25.3) de barro apisonado de color rojo intenso, textura arcillosa y estructura compacta. Se trata del suelo de ocupación que presenta una geometría en forma de capa de gran regularidad y homogeneidad. Aunque debido a la escasa área de intervención, solo podremos realizar una aproximación su análisis contextual, ya que debemos esperar a futuras intervenciones para poder realizar un estudio mucho más conciso y preciso. No obstante, por el momento podemos afirmar que prácticamente, todos los restos culturales documentados se encontraban en las cercanías del hogar (25.19). En su mayoría correspondía a restos de fauna (nº 25.238, 25.241, 25.244, 25.251, 25.254 y 25.255), mientras que solo se recuperaron los fragmentos de un cuenco semiesférico de perfil simple (nº 25.235).

V.3.10.15. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

Para la interpretación social de este gran espacio del poblado de Peñalosa debemos tener en cuenta varios aspectos. En primer lugar, se trata de la zona con mayores dimensiones de todo el poblado. Aunque ha sido objeto de varias campañas de excavación de forma sistemática, en la actualidad no se ha concluido su excavación ni en extensión ni en profundidad, lo cual incide en gran medida en nuestra interpretación. En segundo lugar, debemos tener presente que en el momento en que nos encontramos de excavación hemos detectado al menos tres fases de ocupación diferentes, la IIIB, IIIA y una tercera que hemos denominado para esta tesis doctoral como III0 que correspondería con los momentos inmediatamente anteriores al abandono del poblado. De entre estas fases de ocupación en este análisis sólo nos vamos a referir a las dos últimas, dado que la primera solo ha sido documentada a consecuencia de un sondeo realizado en el interior del espacio habitacional definido como Xa y el derrumbe de piedra de la vivienda Xb, sobre el cual se construye el siguiente momento de ocupación (IIIA).

Una situación similar sucede con el último momento de vida de este espacio III0. En esta zona alta del cerro, esta fase de ocupación ha quedado constatada a través del recrecimiento de los paramentos murarios y por la construcción de un espacio de carácter doméstico en el extremo occidental. Este espacio se levanta directamente sobre

¹⁵⁶ La sedimentología de este Complejo Estructural nos recuerda sobremanera a la documentada en el CE Xi. Se trata de un estrato de escasa potencia estratigráfica, compuesto por escasa presencia de piedras, lógico si observamos que en su interior prácticamente no se han documentado restos estructurales, producto también por el escaso espacio objeto de excavación y porque las estructuras adyacentes se desplomaron en su mayoría hacia el interior del CE Xc.

el derrumbe de piedra de la fase IIIA y tiene como objetivo cerrar la conexión que, seguramente, existiría en momentos anteriores entre la zona oriental de este espacio (Xa) la parte más occidental del poblado a través del pasillo central (Xc), Estableciéndose así una única vía de comunicación entre lo que se ha denominado como acrópolis oriental y occidental del poblado de Peñalosa. En base a estas razones y con el objetivo de establecer posibles interrelaciones o rupturas sociales y funcionales de los espacios, a continuación iniciaremos nuestro análisis centrándonos en los primeros momentos de la vida cotidiana identificados en zona alta del poblado para, posteriormente, establecer patrones de continuidad o discontinuidad con las fases finales de la ocupación de esta misma área.

Este gran espacio estructural y social encierra una enorme complejidad tanto a nivel constructivo como a nivel secuencial, alcanzándose en este espacio junto con la vivienda IX la secuencia más amplia de todo el poblado. Nos encontramos ante la zona más fortificada de todo el poblado donde sus conexiones internas darían acceso tanto a la zona occidental, a la Terraza Superior a través del espacio central de circulación y almacenamiento, a la zona oriental se accedería a la vivienda que debe situarse entre esta zona alta y la casa IX por el espacio originado durante la fase IIIA, unos escalones en la roca y unos corredores internos. A pesar de estos apuntes y aunque el nivel de excavación es bastante alto, el conocimiento que tenemos sobre el funcionamiento de este gran espacio es aun bastante escaso. Esta zona entraña una complejidad añadida y son los potentes derrumbes de piedra que acoge lo que ha hecho que durante varias campañas sólo se hayan llevado trabajos de definición estructural y secuencial, sin poder llegar a los suelos de ocupación. Aún así, estamos en condiciones de realizar algunos apuntes sobre el funcionamiento de este gran espacio.

En base al análisis estructural y secuencial realizado en el texto anterior podemos decir, que durante la fase de ocupación IIIA, todo este espacio estaría determinado por el funcionamiento de la habitación denominada como CE Xa. Se trata de una gran vivienda recogida por la construcción de hasta tres lienzos de muro exteriores orientada en sentido noreste-suroeste de forma ovalada. Esta vivienda se encuentra cerrada en su flanco sur por las diferentes camisas murarias que arranca desde la zona norte (Xf y XI) y recorren todo su perímetro hasta cerrar su perímetro al sur. esta vivienda, tal y como la conocemos, se debió construir durante la fase IIIA como demuestra tanto la secuencia estratigráfica documentada como la documentación del suelo de ocupación excavado durante las campañas 2001 y 2005. Esto quiere decir que, probablemente, durante las fases de ocupación anteriores (IIIB y IIIc), su organización pudo ser muy diferente tal y como parece apuntar el pequeño sondeo realizado en su extremo sur. Sin embargo, en este análisis solo podemos hacer referencia a la organización espacial y funcional de su espacio durante la fase IIIA.

Esta vivienda (Xa) se organizada en base, como mínimo a dos espacios (el propio espacio definido como Xa y el Xd) contiguos y comunicados por la única vía de comunicación que se genera al sur (9.30). Un gran espacio con un fuerte carácter de mantenimiento se organiza ocupando toda su zona centro-sur que estaría provista de una techumbre compuesta por la superposición de vigas de madera, ramaje y lajas de pizarra planas trabadas y revestidas por barro endurecido. En la zona centro norte de este espacio habitacional encontramos la construcción de una serie de estructuras que forman una especie de recodo, en forma cuadrangular que separarían en dos espacios a nivel funcional esta vivienda. El primero de ellos actuaría como centro y marco social

del conjunto de las actividades de mantenimiento (Xa), mientras que el segundo (Xd) estaría destinado a la realización de actividades vinculadas con algunas fases de la producción metalúrgica, aunque debido a lo exiguo de su registro no ha sido posible reconstruirlas.

Con todo esto lo que planteamos es que el espacio Xa y Xd durante la fase IIIA formarían una única vivienda, compartimentada en este caso por la construcción de diferentes estructuras que convergen y recrean una puerta de entrada bastante particular y estructurada, no documentada en ninguna otra vivienda de este poblado, al menos por el momento. Este espacio sería originario de la fase IIIA ya que tanto la compartimentación en forma de recodado (9.3, 9.9 y 9.10) como las estructuras propias de la estancia Xd se alzan sobre los niveles de derrumbe de fases anteriores, mientras que su definición estructural externa dataría de momentos anteriores, al menos desde el inicio del poblado (IIIC). Así pues, en el interior de este gran espacio durante la fase IIIA nos encontraríamos con una gran vivienda compartimentada, techada y cerrada en todos sus flancos comunicándose con el exterior solo a través de la puerta 9.30 y el pasillo central Xc hacia el oeste, mientras que hacia el norte podría hacerlo a través del Xc y los escalones de roca recortada que comunicarían toda esta zona oriental con el exterior del poblado.

Este espacio debió ser coetáneo en el tiempo tanto a la construcción como a funcionamiento del espacio habitacional definido como Xb. Este segundo gran espacio, el Xb, se localiza en la zona sur compartiendo la estructura de aterramiento 9.4 con el espacio Xa. A pesar de la proximidad entre un espacio y otro, estos no tendrían, al menos, durante la fase de ocupación IIIA una comunicación directa. Su única vía de unión sería a través de la salida del poblado y entrando directamente a cada uno de los espacios deseados. Sin embargo, como en el caso anterior, no podemos asegurar que esto también fuese así durante las fases anteriores (IIIB y IIIC), dado que en los momentos anteriores posiblemente el pasillo Xg que se construye entre ambos espacios pudo actuar como vía de comunicación. Lo cierto es que ambos espacios comparten fases de ocupación pero no mantienen una conexión directa a lo largo de este momento. Otra diferencia con respecto al caso anterior es que en esta vivienda aunque documentados dos zonas, al menos, de actividad, ésta no conlleva la imposición de una compartimentación interna lo que nos indica una relación directa entre el conjunto de sus actividades que, como veremos posteriormente, están basadas fundamentalmente al mantenimiento del grupo.

Hasta el momento podemos resumir diciendo que al menos durante la fase IIIA al interior de este gran espacio solo documentamos una vivienda que este funcionando como tal. Esta característica le da a este espacio habitacional un carácter muy particular con respecto al resto de viviendas de este poblado, características que quedarán reflejadas en el desarrollo de su vida cotidiana y que se reflejara en el comportamiento funcional de este espacio. A su vez, aunque interrelacionada con estos espacios, encontraríamos un segundo espacio social denominado Xb pero este quedaría fuera del interior de esta gran construcción que hemos denominado como acrópolis este.

Este hecho no solo lo sabemos por los datos extraídos de la secuencia estratigráfica que en este sentido es bastante específica, mostrándonos como el Xi se construye en el momento en que el pasillo central deja de funcionar como zona de almacenamiento y trasiego de personas para convertirse exclusivamente en una zona de

paso sino que en el caso del Xa en la última campaña se localizó un hallazgo poco habitual. Sobre el pavimento se localiza no sólo la tierra con materia orgánica sino restos de esteras y, sobre una de estas esteras un esqueleto al que le sorprendió un gran incendio. Este nivel de caída de vigas y piedras pudiera demostrar que, al menos, en esta zona del yacimiento, la fase IIIA pudo terminar con un incendio fuerte que quizás vaya en contradicción con lo mantenido en trabajos anteriores sobre la posibilidad de un abandono pacífico del asentamiento (Contreras y Cámara, 2002). La posición del esqueleto, totalmente articulado y con una orientación de sur a norte, demuestra claramente esta aseveración: el cráneo que reposa sobre el brazo izquierdo está literalmente aplastado por una de las vigas maestras de la techumbre de la vivienda, mientras que el brazo derecho quedaba igualmente aplastado por piedras de las paredes y vigas de la techumbre. En sus análisis de patologías se ha podido determinar que este individuo masculino adulto (entre 30-40 años) murió debido a un fuerte traumatismo craneal a la vez que presentaba la fragmentación de varias costillas. Unido a estos traumatismos se ha podido determinar que sus restos óseos presentaban signos de cremación, lo que nos lleva a ratificar que este individuo probablemente fue sorprendido por el derrumbe de los techos y el consiguiente incendio. Lo curioso es que tal y como fue localizado, no parece que éste saliera de la casa sino todo lo contrario, parece que entraría a la misma. Probablemente, la caída de la techumbre le sorprendió en el momento en que se entraba en la vivienda con la intención de recuperar algún tipo de elemento de su interior.

A grandes rasgos podemos decir que esta zona alta del poblado se puede definir como un gran espacio de habitación, dotado de al menos dos viviendas correlacionadas en una misma fase de ocupación, donde se desarrollaron sobre todo las actividades mantenimiento, el almacenamiento, la preparación de alimentos, el consumo, el trabajo textil, la socialización de individuos infantiles y en menor medida queda representada la actividad metalúrgica. Todas estas actividades convergen en el espacio y tiempo y, por supuesto, fueron desarrolladas por los miembros de estos grupos familiares o corresidenciales.

Sus espacios interiores (Xa y b y por otro lado el Xb y el espacio Xi) quedan determinados por la presencia del conjunto de las actividades de mantenimiento recreándonos así espacios completamente relacionados con el desarrollo de la vida cotidiana. Una de las actividades mejor representada en esta vivienda es aquella relacionada con la preparación y transformación de materias primas en alimentos listos para el consumo (Montón, 2002; 2005:162, Alarcón, 2005; 2006:94). Estos trabajos como ya hemos explicado en su apartado correspondiente, son ejemplos claros y explícitos de las actividades de mantenimiento y de las catalogadas como actividades productivas femeninas que mejor y mayor testimonio físico han dejado en la cultura material de cualquier poblado (Hastorf, 1991:133; Brumfiel, 1991; Hendon, 1997; Meyer, 2003, Montón, 2005: 162).

Como sabemos, la preparación de alimentos consta de una serie de procedimientos básicos donde es determinante el establecimiento de redes personales y de género que están marcadas por el aprendizaje y el conocimiento (Montón, 2005:164). Estas actividades son básicas y elementales para el desarrollo de las sociedades ya que, por un lado, son vitales para la nutrición humana (Hastorf, 1991, Colomer *et al.*, 1998; Curia y Masvidal, 1998; Montón, 2000; 2005; Carrasco, 2003;

Sánchez Romero, e.p. a); y. por otro, son importantes para mantener el equilibrio económico y cultural de cualquier grupo humano (Hartmann, 1981; Hastorf, 1991:134).

El alimento tiene un significado social ya que las materias primas sólo son convertidas en alimento con la intervención de los trabajos característicos de las actividades de mantenimiento que implican un proceso tecnológico que supone entre otros aspectos: conocer las propiedades de los recursos que se utilizan en cada caso (Hendon, 1996:50; Colomer, 1996:47; Montón, 2005:164-165); saber cuáles son las materias primas más aptas para ser cocinadas; conocer las diferentes técnicas de cocinado dependiendo del sistema culinario empleado, el hervido, asado, guisado, etc. ... al igual que los alimentos más aptos para ser sometidos en cada proceso. Como consecuencia, requieren un sin fin de conocimientos que imbricaran la toma de decisiones individuales o colectivas, la utilización de infraestructuras y utensilios, etc., en definitiva, la implicación de una fuerte aplicación tecnológica en su realización (Montón, 2005).

El almacenamiento de alimentos es una práctica habitual en el poblado de Peñalosa, tal y como venimos observando a lo largo de los diferentes análisis e interpretaciones sociales. Sin embargo, en este Grupo Estructural alcanza unos niveles no constatados en ninguno de los espacios anteriormente descritos. Esta actividad no sólo se localiza en el interior de las Unidades de Habitación como sucede en el CE Xa y Xb, sino que en esta zona ocupa todo un espacio dedicado exclusivamente a su producción. Este es el caso del gran pasillo central (CE Xc) donde se documentaron hasta cinco grandes contenedores de almacenamiento junto algunos ejemplares de tapaderas de pizarra recortada y un pequeño molino de forma barquiforme. A pesar de lo que pudiéramos pensar, estos grandes contenedores no conservaban la mayoría de su contenido interno. Durante el proceso de excavación sólo se recuperaron pequeñas cantidades de cereal exclusivamente, que en comparación con las dimensiones de los contenedores y sus cantidades está es mínimo. Este aspecto nos hace pensar que probablemente en el momento en que este espacio es inutilizado como zona de almacenamiento retiran el contenido interno de estos recipientes.

Sin embargo, la particularidad que tiene este espacio es aún mayor. La ubicación de estos grandes recipientes en esta zona fue producto de la toma de decisiones ya que en el momento de su disposición se procedió a recortar la roca, creando así pequeños salientes o rincones exclusivos donde fueron introducidos estos grandes contenedores y sellados por el propio suelo de ocupación, imposibilitando su movimiento y promoviendo su estabilidad. Así pues, la disposición, funcionalidad y organización de este espacio fue producto directo de la decisión de este grupo social para quienes esta actividad era fundamental para la supervivencia humana.

Otra de las zonas donde esta actividad parece alcanzar unos altos niveles es en el interior del espacio central de este Grupo Estructural, el CE Xa, durante la fase de ocupación IIIA. En este contexto habitacional, esta actividad se concentra en el extremo suroeste y central de la estancia, donde se llegaron a documentar hasta cinco grandes orzas ovoides y globulares de cuello marcado o entrante (formas que propician un mayor resguardo del contenido si le unimos que generalmente aparecen asociadas a tapaderas de pizarra), que por la inclinación y disposición en que se encontraban, estarían apoyadas sobre la cara oriental del banco de molienda (9.14). Su contenido ante todo eran granos de cereal sin procesar básicamente trigo (representado en un 98%) y

cebada (un 1%), el cual se encontraba en cierta medida esparcido sobre el suelo de ocupación, pero en su mayoría éste permanecía aún en su interior gracias, probablemente, a que en su momento de uso se encontraban tapadas por las diferentes tapaderas de pizarra localizadas en sus proximidades. Por tanto, tenemos un gran espacio localizado en la zona sur de la estancia destinado al almacenamiento del grano del cereal en íntima asociación con la estructura de molienda y uno de los hogares de esta estancia. Por su parte, sólo se ha localizado un ejemplar fuera de esta área, el cual estaba apoyado directamente sobre la viga o pilar de madera situado en el centro de esta estancia, ya que su fondo se encontraba sobre uno de los calzos exteriores de este hoyo de poste, mientras su boca miraba hacia el norte. Lo destacado de estos grandes contenedores no es sólo su ubicación en el espacio, sino también su cantidad que se asemeja al número que fueron recuperadas en la casa IV de la Terraza Inferior. Y en segundo lugar subrayar que prácticamente todas responden a unas mismas características morfológicas, tipológicas y ornamentales.

Al sureste de éstas se encontraba el otro conjunto de siete grandes orzas de almacenamiento que responden a las mismas pautas morfológicas que las anteriores. Junto a ellas se hallaba otra orza pero ésta, de paredes rectas y fondo convexo que exhibía decoración impresa de digitación en el borde y dos mamelones para la sujeción. En este caso, la mayoría presentaban sus bocas hacia el norte lo que nos indica que se encontraban almacenadas sobre todo en el extremo sur de la estancia.

En último lugar tenemos que referirnos al espacio situado en la ladera sur que conviviría con los dos anteriores, el espacio habitacional Xb, el cual no tendría comunicación interna con los anteriores. En este caso tenemos que hablar de un espacio doméstico que recrea dos grandes zonas de actividad, por un lado, una oriental centrada sobre todo en la producción de alimentos mientras que en el extremo opuesto encontramos nuevamente evidencias de la actividad de almacenamiento de alimentos. En estancia se documentan un total de doce orzas de almacenamiento (cinco de las cuales solo hemos conseguido recuperar y reconstruir parte de las mismas). Por su grado de inclinación en el momento de localización, todo apunta a que estarían directamente apoyadas en su mayoría sobre la cara oriental de la estructura de molienda documentada en este espacio, mientras que las otras se localizan en el centro de la estancia. Todas los contenedores recuperados presentan a una morfología concreta, orzas ovoides de borde marcado y medianas y grandes dimensiones, en la mayoría de los casos presentan decoración incisa e impresa en el borde) menos una de ellas, que es de perfil ovoide con las paredes rectas y salientes o ligeramente verticales. En este caso, como ocurría en la zona de pasillo, se encontraban prácticamente sin su contenido interno, recuperándose escasamente algunas semillas carbonizadas producto de su ruptura.

Resumiendo, en este gran espacio de la zona alta del poblado de Peñalosa documentamos para la fase IIIA tres grandes zonas de almacenamiento, dos de ellas inmersas dentro de la dinámica interna de la vida cotidiana de dos unidades de habitación que no tienen conexión física y visual entre ellas (CE Xa y Xb), mientras que una tercera ocupa la zona central de este Grupo Estructural (Xc), concretamente la zona de paso que enlazaría la zona oriental con la zona occidental del cerro.

Sólo en las dos primeras hemos podido constatar la relación entre esta actividad y la molienda del cereal. En ambos casos (CE Xa y Xb) el almacenamiento y el proceso

de molienda vuelven a guardar una estrecha relación conviviendo en un mismo espacio y en un mismo tiempo social. Esto confirma por un lado, la relevancia de estas actividades no sólo a nivel familiar sino también grupal (Alarcón, 2006: 97) y, por otro lado, la importancia de los cereales en la dieta de este grupo humano. Los cereales, necesitan ser tratados y procesados para conseguir un producto apto para el consumo. El proceso por medio del cual se consigue esta transformación es la molienda, actividad que consiste en triturar los granos de cereal liberando así la parte que contiene el valor nutritivo (Watts, 2002: 11).

En el contexto Xa documentamos los restos materiales de la realización de este proceso. Concretamente, en la parte suroeste de este espacio doméstico se localiza un gran estructura de molienda, compuesta por un banco sobreelevado que soportaba una gran piedra de molino donde con toda probabilidad serían procesadas grandes cantidades de grano, el cual, una vez triturado a través del proceso de fricción sería depositado y almacenado en la estructura de lajas hincadas documentada junto a este banco. Sin embargo, esta estructura de molienda presenta determinadas características que no sólo inciden en esta actividad sino también en los sujetos sociales que las realizan, que seguramente serían las mujeres del grupo. Por otro lado y en este mismo espacio documentamos dos piedras de molino más. Éstas presentan menores dimensiones que la anterior y se ubicaban sobre el banco (9.62). Uno de ellos se encontraba *in situ* mientras que el segundo se localizó deslizado (boca abajo) sobre la cara oeste de este banco, lo que nos indica que presumiblemente, su posición en uso sería sobre dicha estructura.

Por su parte, en la segunda vivienda de este espacio GE X (CE Xb) contamos con un pequeño banco de molienda cuya piedra de molino también es de pequeñas dimensiones. Situado levemente inclinado hacia el sur del espacio nos sugiere que los contenedores de almacenamiento serían los utilizados tanto para el almacenamiento del cereal como para recoger el subproducto obtenido tras el proceso de fricción.

En el capítulo 2 de esta tesis doctoral ya hemos hecho referencia a las características de estas prácticas sociales y a las implicaciones que conlleva la realización de esta actividad en base al utillaje empleado, es decir, las piedras de molino y manos de moler. Como venimos observando a lo largo de estos análisis, las dimensiones de los molinos suelen variar tanto en su tamaño como peso y un claro ejemplo lo encontramos entre estas dos unidades habitacionales. Ambas variables son muy importantes porque intervienen tanto en el espacio como en el movimiento de gestión y producción de dicha actividad. Por ejemplo, el uso de molinos móviles permite llevar a cabo esta actividad en cualquier espacio, sin atadura a una estructura, lo que a su vez concede una mayor movilidad a los sujetos encargados de realizarlos, mientras que el uso de estructuras como la documentada en esta vivienda condiciona tanto la movilidad de la persona como de la actividad. Asimismo, la utilización de uno u otro método guarda relación con la eficiencia y la productividad. Los de mayores dimensiones, como es el caso del espacio Xa, son más productivos ya que permiten ahorrar tiempo en el proceso de molienda, dado que la superficie para la fricción es mayor pero a su vez estos requieren un mayor esfuerzo para su realización y ejercen una menor movilidad y mayor dependencia al espacio. Por el contrario, con la utilización de un molino de menores dimensiones se requería más tiempo pero a su vez menos esfuerzo. Probablemente con este tipo de variables podamos asociar las patologías que presenta la mujer madura enterrada en la sepultura 18. Ésta, entre otras muchas lesiones

(que detallamos posteriormente), presenta señas de osteofitos marginales de grado Sager I y II en las vértebras lumbares. La frecuencia y localización anatómica de estas lesiones inducen a pensar que esta mujer realizó a lo largo de su vida una fuerte actividad física, transportando objetos pesados sobre los hombros y, en algunos casos, apoyados sobre la cabeza.

Lo verdaderamente cierto es que tanto en un caso como en otro, el trabajo de molienda es incesante, extenuante, lento, laborioso y mecánico que requiere el empleo de una gran cantidad de tiempo (Meyers, 2006: 28). Algunos investigadores han realizado cálculos del tiempo que debería estar moliendo cereal una persona para alimentar a una familia o grupo de 6 miembros y se ha llegado a la conclusión de que se necesitaría entre dos y tres horas diarias (Broshi, 2001: 125). Esto nos hace valorar cuánto tiempo dedicarían presumiblemente las mujeres de esta casa en procesar el grano necesario para alimentar a la familia. Muy probablemente la respuesta sea similar al caso anterior.

La interpretación que podemos extraer de esta actividad es que por un lado en el caso de la unidad habitacional Xb sería una actividad autosuficiente, donde su desarrollo se realizaría de forma diaria marcada por las necesidades básicas de sus miembros, mientras que en el caso de la Xa podríamos pensar que su producción sería mayor pudiendo estar en relación con las grandes vasijas documentadas en el espacio de circulación Xc. con este último espacio tiene el primero durante toda la fase IIIA (y probablemente en fases anteriores) una comunicación directa, hasta tal punto que podríamos pensar que esta zona de paso y comunicación pudo estar pensada como parte de la propia construcción de esta gran vivienda central durante gran parte de la vida de este poblado. A su vez, teniendo en cuenta la gran cantidad de restos de cereal almacenado en grano junto con las características que presenta la estructura de molienda, nos hace pensar en el significado que tendría esta práctica entre los miembros de este grupo, que presumiblemente sería realizada diariamente, determinada por las necesidades subsistenciales de la familia, ya que sólo hemos localizado una estructura de almacenamiento (9.36) de cereal ya procesado. Esto nos lleva a pensar en la capacidad de decisión que tendrían las personas encargadas de llevar a cabo esta actividad de molienda, entre las cuales podría estar distribuir, organizar y gestionar el consumo diario de estos alimentos.

En relación al espacio destinado exclusivamente al almacenamiento, el CE Xc, podríamos sugerir dos hipótesis de su funcionalidad con respecto a esta actividad. Una primera que se tratase de una zona de abastecimiento para el grupo social de este poblado, dado que se localiza en la zona central de esta gran fortificación donde los lienzos de muro llegan alcanzar los 3 metros de altura. Su funcionamiento como zona de almacenamiento se debió iniciar desde el origen de este poblado y se extendió como tal, al menos, hasta la fase IIIA del poblado, inutilizándose incluso en el último momento de vida de este poblado, la fase III0. En este momento (fase III0), esta zona de paso recobra su funcionalidad en base a su sistema constructivo y sirve de vía de comunicación entre la zona oriental (Xa y Xd) hacia la occidental (acrópolis oeste) pasando por el espacio doméstico (CE Xi) que es originario de este último momento. En este caso (Xi) ya hemos explicado que en estos momentos no se ha llegado a documentar el suelo de ocupación, sin embargo, a pesar de los sesgados trabajos realizados podemos decir que esta actividad de almacenamiento y molienda del cereal estuvo más que presente. Ésta está demostrada por la presencia de otra gran estructura

de molienda conformada por un pequeño banco (en cuanto a su alzado) que soportaba una gran piedra de molino de forma barquiforme y ligeramente inclinado en sentido este-oeste semejante al documentado en la vivienda Xa. Esta inclinación de la piedra de molino nos indica que la persona encargada de realizarla tendría que ubicarse en la zona oriental de esta estructura, mientras que el subproducto obtenido sería depositado en el interior de una gran orza ovoide localizada en asociación a esta estructura, inclinada en sentido sur-norte. Esto avala su vinculación directa con esta estructura de molienda como posible contenedor del subproducto obtenido tras dicho proceso. Esto es muy importante porque durante esta fase de ocupación III0 (momentos anteriores al abandono del poblado), este grupo aunque no tenía una preocupación especial por la construcción de grandes estructuras, lienzos de muro dotados de gran estabilidad y marcados por una organización urbanística, etc., como si parece suceder en las fases anteriores, por el contrario, si procuraron construir una gran estructura de molienda donde con toda seguridad procesarían también grandes cantidades de cereal. En segundo lugar, podríamos pensar que esta zona central (Xc) podría ser una zona de almacenamiento y abastecimiento para el interior de este gran espacio (Grupo Estructural X) dado que en el resto de viviendas del poblado se trata de una actividad ampliamente representada.

Con respecto a ambas posibilidades debemos decir que fuese cual fuese su origen y función en el conjunto de este poblado, lo cierto es que se trata de una zona totalmente cerrada al exterior, cubierta por una techumbre y recubierta la cara interna de los lienzos de muro por diferentes capas de revoco (o enlucido) lo que le daba un carácter particular a este espacio.

En este espacio, como en los anteriores, no se han documentado restos de los procesos previos al almacenamiento, la limpieza, la criba etc., sino que todo el material carpológico se encontraba en buenas condiciones con escasa presencia de malas hierbas lo que nos vuelve a indicar que los procesos previos de limpieza se debieron realizar en las zonas externas del poblado o en los lugares de su recolección.

La relación que se establece en las dos unidades de habitación (Xa y Xb) entre el almacenamiento, procesamiento, cocinado y consumo de alimentos es directa. Con respecto a la primera de las estancias (Xa), debemos destacar que el área de mayor productividad en estas actividades se localiza en el extremo sur-suroeste de este espacio. En ésta se han registrado un mayor número de restos cerámicos no sólo relacionados con el almacenamiento, sino también con el cocinado, como demuestra la gran cantidad de restos de ollas grandes y medianas de cuello marcado o de paredes entrantes halladas junto a las estructuras de hogar.

Todos estos elementos nos permiten realizar una serie de consideraciones sobre la base subsistencial de los miembros de esta casa. En primer lugar, nos acerca al tipo de dieta, en la que el trigo, en su mayoría perteneciente a las especies desnudas, jugaría un papel primario en la constitución de la dieta particular de estos individuos. Para el caso de la Unidad Habitacional localizada al interior del espacio del Grupo Estructural, decir que el principal cereal documentado es el trigo mientras que la cebada ocupa un lugar secundario en esta vivienda, al contrario de lo que sucede en el resto del poblado (Peña, 1995). Teniendo en cuenta tanto los altos porcentajes de restos carpológicos documentados en el interior de los contenedores cerámicos como la estructura de molienda de esta casa, nos lleva a plantear que estos materiales vegetales estuviesen

dedicados a la producción de harina (Peña, 1995: 162; Contreras *et al.*, 1995). No obstante, la dieta vegetal estaría completada con la explotación de frutos y plantas considerados silvestres (semillas de *Sorbus/Pyrus*, *Quercus*, *Vitis* sp., *Olea*) y el aprovechamiento de otro tipo de recursos como raíces y rizomas que empiezan a vislumbrarse a través del estudio de los restos de parénquima (Contreras *et al.*, 2000: 338).

Esta diferencia con el resto del poblado y con el resto de espacios domésticos que integran este gran Grupo Estructural quedará aún más patente con las particularidades que presentan los restos faunísticos documentados sobre todo en la vivienda Xa (Contreras *et al.*, 1995). Los restos óseos faunísticos más presentes en esta vivienda corresponden con los équidos, los cuáles suponen el 78% del total de la muestra para el conjunto del yacimiento. Seguidamente aparecen los ovicápridos con un porcentaje menor, el vacuno con apenas el 2,5 % de representatividad y los ciervos y cerdos en las últimas posiciones, configurando así un peculiar espectro faunístico para un yacimiento peninsular de estas características (Contreras *et al.*, 1995).

Sobresalen de igual manera los porcentajes de los restos óseos, fundamentalmente, de caballos que han sido expuestos a la manipulación antrópica. Hemos constatado en un 44% de un total de 178 muestras de restos con marcas de desmembramiento y manipulación intencionada, así como un 62,88% del total, presentan señas de cortes y un 7,5% de exposición al fuego. Muestra de ello son los diferentes restos faunísticos localizados entre las propias cenizas del hogar del sur de este recinto y en el interior de la olla ovoide localizada en el hogar junto a la 9.2, en el extremo noroeste. Las partes anatómicas de los caballos más afectadas por estos procesos antrópicos son sus huesos axiales (costillas y vértebras), aunque también se han documentado ejemplos de las zonas apendiculares (Sanz y Morales, 2000: 223-233).

Todas estas huellas corresponden fundamentalmente a las tareas previas al fileteado de la carne para el consumo así como, probablemente, a la preparación de los huesos para un proceso de cocción. Esto nos lleva a la interpretación de que el conjunto de estos restos fueron preparados para el consumo, llegando a formar parte de los desechos o restos de cocinado (Sanz y Morales, 2000: 223-233). Igualmente, nos muestra la preponderancia de la cabaña doméstica (équidos, ovicápridos, etc.) quedando representada en un 70% en este espacio doméstico frente a un 30% de la cabaña salvaje (ciervo, jabalí, etc.), marcándonos así el sistema ganadero y económico de este grupo social.

Tanto los restos vegetales como faunísticos deben ser tratados para ser transformados en alimentos aptos para el consumo. Hasta este momento, podemos decir que en esta casa emplearon varios procesos de transformación, la brasa y la cocción.

Los recipientes cerámicos utilizados para la preparación de estos alimentos consistieron, básicamente, en dos tipos de grandes ollas, las de cuello marcado y las de paredes entrantes. En ambos casos suelen ir provistas de decoración, bien de incisiones en el labio o bien con mamelones en cada uno de los extremos. En ocasiones, éstas se han localizado asociadas a tapaderas de pizarra. Ambos casos han sido localizados junto a los hogares y en un caso particular asociada a una gran orza en el centro de la estancia. Estos tipos cerámicos nos muestran unas estrategias de preparación y procesamiento de

alimentos donde cobran mayor peso los alimentos sólidos o semisólidos y líquidos en la dieta de éste grupo familiar.

Estos alimentos promueven una menor movilidad de los comensales y convierten este espacio doméstico (Xa), en un contexto de reunión familiar e interacción social. Debido al tamaño de los elementos cerámicos pensamos que los alimentos serían consumidos preferentemente de forma individual, aunque también encontramos ejemplos de consumo colectivo. Por otro lado, el tratamiento superficial, unido a la morfología que presenta la vajilla de consumo, nos da muestras de la posición social de los individuos que habitaron en esta casa, que cuando menos ostentaron una posición identitaria diferencial con el resto del poblado, como muestra la inclusión en su vajilla doméstica de un elemento cerámico como es un pie copa, que en las sociedades argáricas suelen estar asociadas a los ajuares funerarios y su funcionalidad ha sido asociada con la bebida de líquidos. En su conjunto, estas características nos revelan que las personas encargadas de realizar y servir el alimento estaban interesadas en su exposición pública, imprimiéndole así un carácter especial al momento de servicio y al propio alimento.

En este caso, el conjunto de estas prácticas alimenticias no parecen tener un reflejo en la dieta seguida por la mujer madura localizada en la sepultura 18. Esta mujer presenta la menor incorporación de nutrientes cerealísticos (por debajo de las 180 ppm) de todos los muertos analizados de este poblado, confirmando que se trata de la persona que ingirió menos alimentos vegetales. Probablemente sus pobres niveles de estroncio pueden relacionarse con la osteoporosis que presenta, casi con seguridad postmenopáusica. Esta idea quedaría apoyada por la reducida densidad ósea detectada en la columna y la presencia de aplastamientos por microfracturas en los cuerpos vertebrales torácicos y lumbares, lesiones que actualmente pueden prevenirse mediante el tratamiento por vía oral con ranelato de estroncio (Rizzoli, 2007; Reginster *et al.*, 2008).

A pesar de esta rica dieta que parecen tuvieron los habitantes de esta casa Xa, la mujer madura de la sepultura 18 presenta una pauta alimenticia en la que los vegetales se incorporan de forma poco frecuente, además de ser la persona de todas las analizadas para este tesis doctoral, que consume menos cantidades de carne. Presenta los niveles mínimos de bario (frutos secos), magnesio (cereales), zinc (carne roja) a la vez que es de las que menos vanadio (lácteos) presenta, aunque *ante mortem* incorporó un 4% de calcio y sus índices Sr/Ca c y Zn/Ca, lo que la aproximaría al tipo mixto (agropastoril). El consumo de nutrientes piscícolas implica la explotación de proteínas distintas de la carne roja. Siguiendo la lógica de un aprovechamiento integral del medio, resulta lícito pensar que los niveles del índice Sr/Ca corregido estuviesen afectados por una alimentación que incorporase ese tipo de alimentos (pescado), que en este caso pudiera provenir del propio río Rumblar. Burton y Price (1990) sitúan en -1.6 el valor medio del índice en poblaciones americanas con consumo evidente de pescado. El promedio obtenido en Peñalosa (-0.50 ± 0.4) indica que el consumo de pescado no era habitual ni abundante. Tan sólo esta mujer presenta una ingesta reiterada de este tipo de proteínas al alcanzar un valor de -1.55. El resto de muestras analizadas presentan una dieta claramente basada en productos terrestres, lo que no significa que, ocasionalmente, no pudieran incorporar alimentos de este tipo. En opinión de los antropólogos encargados de realizar el análisis, la reducida ingesta de productos fluviales integraba los crustáceos.

Esta idea explicaría sus valores de cobre (55 ppm) a pesar de su pobre alimentación cárnica.

Este es un aspecto curioso con respecto al resto de resultados obtenidos para los hombres y mujeres de este poblado, quienes no parecen presentar un patrón similar. A su vez nos llama poderosamente la atención ya que en el registro arqueológico no hemos documentado restos materiales de pescado en el material, lo cual no quiere decir, que no estuviesen incorporados en su dieta. Según los datos actuales en la cuenca del río Rumbler se incluyen especies de macroinvertebrados acuáticos como la gamba de río (*Atyaephyra Desmaresti*) y el cangrejo americano (*Procambarus clarkii*), especie que sustituyó desde finales de los 70 al cangrejo autóctono (*Austropotamobius pallipes*), muy frecuente en España y presente en toda la cuenca del Guadalquivir. La gamba era un crustáceo muy común en los ríos españoles, desafortunadamente, los efectos de la contaminación han recluido esta especie a lugares muy concretos del Ebro, los ríos de Sierra Morena en Jaén (el Grande entre otros), las marismas de Hueva, la cuenca del Júcar y algunos ríos de Galicia. El cangrejo autóctono se vio afectado por la afanomicosis hasta casi su extinción. Podría ser que ambas especies se incorporasen, ocasionalmente, en la dieta de algunos habitantes de este poblado, aunque si tomamos en cuenta los niveles presentados por esta mujer tendríamos que pensar que al menos ella tuvo un consumo más continuado que el resto de individuos de este poblado argárico.

Otro aspecto curioso de esta mujer madura (sepultura 18) es que es la fémina que menos productos vegetales comió de todo el poblado, cuando en realidad la mayoría de las patologías que presenta parecen corresponderse con la práctica cotidiana y prolongada de la actividad de molienda. Pero a su vez es también la persona de toda la población analizada que menos carne ingirió, si bien en su alimentación incluyó habitualmente proteínas procedentes del pescado y los crustáceos. La posición del resto de casos analizados es mucho menos definida. En realidad, su alimentación se basaría también en una dieta mixta, formada por vegetales ricos en fibra y un aporte significativo de frutos secos y leche.

A través del estudio morfológico y funcional del repertorio cerámico documentado en esta casa podemos observar no sólo los procesos tecnológicos de procesado de alimentos y la dieta (Colomer, 1996: 50) sino también las señas de identidad, los marcadores políticos, sociales y culturales (Sánchez Romero y Aranda, 2005: 81), ya que la elección de una determinada vajilla doméstica puede ser entendida como reflejo de la identidad de un grupo familiar (Goldstein, 2003), siempre y cuando, se conciba el consumo como un acto cargado de significados normativos, más que como un mero acto biológico (Sánchez Romero y Aranda, 2005: 81; González y Picazo 2005:142).

En ambas casas, estas actividades de consumo se desarrollan entorno a las estructuras de hogar documentadas. Para lo cual, posiblemente utilizaran los bancos corridos (9.15 y 9.61 para el caso de la vivienda Xa y el 9.19 y 9.18 para la vivienda Xb) como soportes donde posicionarse en el momento de consumir los alimentos, ya que en ambas estructuras hemos localizado restos de cuencos y vasos destinados a esta práctica.

La vajilla de presentación y consumo de alimentos, de la primera de las viviendas (Xa), se compone por vasos y cuencos semiesféricos de tendencias

parabólicas o parabólicas, de paredes abiertas y borde entrante. Sus tamaños suelen variar entre medianas y pequeñas dimensiones, carentes de ornamentaciones externas e internas, recibiendo eso sí, un fuerte tratamiento de bruñido que proporcionan a las piezas cerámicas un aspecto metálico, diferenciándose su tecnología de la utilizada en los grandes recipientes de procesamiento, cocinado y almacenamiento. Por su parte, en la segunda estancia (Xb) contamos con recipientes de pequeñas dimensiones, pequeños vasitos carenados, cuencos semiésféricos de los cuales, uno de ellos presenta señas de su mantenimiento y reutilización como es el lañado de su cuerpo. Pero en este caso debemos destacar prácticamente el único ejemplar de fuente honda recuperada en todo este espacio del GE, que nos podría hablar de un consumo de carácter más comunal o, cuando menos, que la comida ingerida era mucho más líquida que en la consumidas en la vivienda (Xa). En este caso, el número de restos de fauna es bajo, lo cual puede ser indicativo de una limpieza periódica o que, directamente, su consumo era menor, si bien, para ello no contamos con análisis de paleodieta que nos permitan apuntar hacia una u otra hipótesis.

Por su parte, otra de las actividades reflejadas en el registro arqueológico de ambas viviendas es las prácticas de cuidado y socialización infantil. Con respecto a éstas contamos con sus signos en los diferentes individuos documentados en los distintos espacios que integran este Grupo Estructural.

La mujer madura (mayor de 40 años) inhumada en la sepultura 18 presenta toda una serie de patologías que debieron condicionar su vida, aunque ello no le impidió con toda probabilidad desarrollar toda una serie de actividades fundamentales para la supervivencia del grupo, como pudo ser el abastecimiento de alimentos, la molienda, la preparación de alimentos, la limpieza e higiene del espacio, la manufactura del textil tanto en forma de vestimentas como en esteras, etc. Una de las fuentes de información más importantes de las que disponemos a la hora de aproximarnos a la organización del trabajo por sexos en la Prehistoria, son los datos paelopatológicos. En este caso contamos con el cuerpo de una mujer, el cual nos permite reconstruir gran parte de su vida. Esta mujer madura presenta el aplastamiento secundario de varios cuerpos vertebrales debido a su osteoporosis, fractura cicatrizada en un fragmento de la parrilla costal y marcado engrosamiento en la epífisis proximal de una falange distal de mano, lesión compatible con una fractura en dicha zona articular. También presenta fractura en el segundo metacarpiano.

El marcador de la osteoporosis produce la disminución de la altura de los cuerpos vertebrales. La presencia de vértebras en cuña, la menor densidad del tejido óseo de la columna y la existencia de algunas fracturas leves son síntomas que inducen a pensar que sufría dicha osteopatía metabólica postmenopáusica. Los aplastamientos vertebrales son muy dolorosos y a esas edades suelen aparecer de forma brusca, motivados por pequeños traumatismos o ante la realización de esfuerzos físicos de distinta intensidad, agacharse, levantar algún objeto pesado, etc. El aplastamiento progresivo de la columna da lugar a una disminución de la estatura del paciente. Se calcula una pérdida aproximada de un centímetro por cada vértebra afectada. Se pueden llegar a perder de 10 a 15 centímetros con respecto a la altura inicial, cuando el individuo era adulto joven. La pérdida de altura de la columna lumbar hace que las costillas se aproximen a la cintura pelviana, llegando ocasionalmente a contactar con ella, provocando molestias y/o dificultades respiratorias. Dado que el aplastamiento suele producirse en la parte anterior el cuerpo vertebral, la persona tiende a curvarse

hacia adelante, apareciendo con frecuencia una *joroba* en las personas seniles. Todo apunta a que esto fue lo que le sucedió a esta mujer, pero en este caso no se trata de una mujer anciana, con sesenta años, pero esto no impidió para que manifieste algunos de los síntomas más graves de la enfermedad. La disminución de la densidad del tejido esquelético comienza a producirse a partir de los 40 años, perdiéndose anualmente un 0.5% de masa ósea. Esta cifra pasa a ser del 2 al 3% de déficit anual tras la menopausia. La presencia de tres vértebras torácicas afectadas, dos con aplastamiento de tipo medio y una muy severo, con aplastamiento en forma de cuña, junto a tres vértebras lumbares, una de ellas también con aspecto de cuña, permite asegurar que con dicha edad su columna ya se curvaba parcialmente hacia delante generándole la mencionada *joroba*.

Estas lesiones originadas por la debilidad trabecular de la columna facilitaron la aparición de alteraciones como los nódulos de Schmörl, lesiones que reflejan la presencia de hernias discales que afectaron a la cara superior o inferior de algunos cuerpos vertebrales. Esta mujer tiene nódulos de grandes dimensiones en vértebras dorsales y lumbares, lo que implica que dichos segmentos de la columna se sometieron a una compresión intensa y gradual, que no lesionó las fibras periféricas del anillo fibroso, sino que provocó la fractura de los platillos, con la consiguiente hernia del núcleo pulposo del disco hacia el interior del cuerpo vertebral. La deducción lógica es que esta mujer sufrió durante mucho tiempo tanto una enfermedad degenerativa articular que le provocó la aparición de osteofitos en algunos puntos de su esqueleto axial, concretamente en columna, codo, muñeca, mano, cadera y pie, al igual que presentaba un severo deterioro de la columna, especialmente a nivel de la región torácica y lumbar. Esta última como consecuencia directa de la actividad física realizada a lo largo de su vida y la pérdida de la masa ósea por la osteoporosis (Trancho *et al.*, inédito).

Asimismo presenta fractura de costilla y fractura de falange de la mano derecha. Si unimos todos estos datos llegamos a dos conclusiones relacionadas con dos actividades de mantenimiento principalmente. La primera de ellas nos dicen que la presencia de estas lesiones está relacionada directamente con una actividad física intensa y prolongada en el tiempo, vinculado sobre todo al ejercicio de los miembros superiores. Trabajos como el transporte, la molienda o la preparación del alimento coincidirían con estos patrones de lesiones presentados en los que el mayor esfuerzo se realiza con los miembros superiores del cuerpo. Además en este caso contamos con dos fracturas posiblemente producidas como resultado de su desarrollo continuado de una de las actividades de mantenimiento, la molienda. Esto quiere decir, que podemos situar a las mujeres como los sujetos sociales encargados de realizar las actividades de mantenimiento. Creemos que si a estos análisis les unimos los datos etnográficos, históricos y actuales que ya hemos expuesto en el apartado correspondiente a la preparación y cocinado de alimentos (ver cáp. III.4) pero si además tenemos en cuenta que desde el neolítico se han documentado malformaciones óseas ocasionadas muy probablemente por el continuado desarrollo de esta actividad, también esta puede ser la razón de ser en la Prehistoria. Dependiendo de la situación del molino en el suelo o sobre un banco de piedra, las mujeres pueden presentar diversas lesiones en los codos, la región lumbar (provocando lesiones discales y aplastamiento), los dedos de los pies y las rodillas (en las que aparecen muescas en las rótulas). Estas lesiones suelen aparecer en el transcurso de actividades en las que el peso del cuerpo es usado como palanca (Molleson, 1994). Aunque en este caso se ha podido constatar su presencia desde una

edad temprana, éstas no impidieron que dicha mujer prosiguiera realizando sus trabajos durante toda su vida y continuase contribuyendo a la supervivencia del grupo.

A su vez estas patologías nos permiten relacionarlas con otro tipo de actividades basadas fundamentalmente en la dimensión más subjetiva de las actividades de mantenimiento. Las prácticas de cuidado que, probablemente, esta mujer debió recibir a lo largo de su vida. Las lesiones que presenta son progresivas lo que no quiere decir que fuesen indoloras sino todo lo contrario, estas lesiones debieron ocasionarle a esta mujer unas molestias continuas, agudizadas por unos dolores lumbares incesantes que debieron determinar en cierta medida tanto su movilidad como su vida. Sin embargo, éstas se verían acrecentadas en el momento en que se realiza la fractura de la costilla y de la falange de la mano derecha. Ambas lesiones, como hemos explicado, pudieron ser producto de su actividad e impidieron durante algún tiempo a esta mujer desarrollar su actividad diaria. Esto implica la colaboración y solidaridad de otros miembros del grupo ya que la lesión de costilla impide en gran medida el movimiento, requiriendo la ayuda y el cuidado de otros miembros del grupo para poder sobrevivir.

Por su parte, junto a esta mujer yacía un individuo varón también de la misma edad (superior a los 40 años) que nuevamente presenta una serie de lesiones patológicas que, por un lado nos permiten reconstruir gran parte de su patrón de actividad y, por otro, nos acerca a las prácticas de cuidados que debió requerir durante su inhabilitación normal. En este caso, éste presenta unas lesiones más leves, pérdida de las piezas dentales *ante mortem*, cuyos tres posibles agentes causales fueron: caries, destrucción del soporte óseo por paradontolisis (piorrea) y traumatismos. En este caso particular parece más probable que se deba a una lesión relacionada con factores cariogénicos que alcanzaron la cavidad pulpar, provocando la pérdida de las piezas dentales. Sin embargo, sus lesiones van más allá y presenta como en el caso anterior una enfermedad degenerativa (artrosis) centrada en la columna cervical, hombro, mano, cadera, tobillo y pie.

Como en el caso anterior, éstas no fueron las únicas lesiones que sufrió a lo largo de su vida este hombre maduro (sepultura 18), ya que también presenta periostitis tibial cicatrizada de naturaleza estriada. Este tipo de lesiones se inicia como respuesta vascular inflamatoria del periostio ante contusiones traumáticas, enfermedades infecciosas, deficiencias nutricionales y trastornos hemodinámicos. La lesión evoluciona para finalmente generar la formación de nuevo tejido óseo e incrementar el espesor cortical de la zona dañada (Platzer, 1991). Y, por último, debemos referirnos a la fractura consolidada que presenta en el segundo metacarpiano, la cual fue reosificada. Este dato es significativo porque supone que durante su padecimiento éste recibió o se profesó así mismo una serie de atenciones que originaron su reosificación. Sin embargo, estos no debieron ser los adecuados, bien por falta de conocimiento, medios, etc., ya que su reosificación está mal alineada.

El hecho de que ambos individuos (hombres y mujeres) continuaran realizando sus actividades demuestra un proceso marcado por las prácticas de cuidados que implicaron, por un lado, cubrir todas las necesidades básicas de estos individuos, como alimentarse, higiene, movilidad, hidratación, etc., u, por otro, también el conjunto de necesidades más subjetivas de las actividades de mantenimiento, atenciones, relaciones, charlas, ánimos, etc., en definitiva, solidaridad personal que como tales no dejan huella

en el registro arqueológico pero que no implica que no se realizaran, ya que la supervivencia de un individuo está determinada por la decisión del grupo.

Sin embargo, la mujer adulta de la sepultura 13 (Xb) que presenta un proceso infeccioso en el tercio medio superior del húmero derecho sobre la V deltoidea que le provocó un engrosamiento de la diáfisis y periostitis en la placa de la zona de la articulación inferior con el peroné le provocó la muerte. Dos de estas lesiones son de morfología estriada y dos en forma de placa. La reacción ante estas lesiones por parte del grupo social al que pertenecía, podían ser varias, por un lado actuar a través de las prácticas de cuidado, ayudándola y manteniéndola con vida o bien no interferir en su supervivencia lo que le pudo provocar la muerte. Esta última reacción a su vez pudo tener dos connotaciones, por un lado que se tratase de una decisión del grupo o bien por la imposibilidad por falta de conocimiento y medios necesarios.

Asimismo tampoco dejan huella en el registro arqueológico los trabajos relacionados con la relación, la comunicación, el aprendizaje y la socialización de los individuos infantiles. Sin embargo, tanto niños como niñas, al igual que los adultos, juegan un papel económico y social dentro del grupo en el que se insertan, por lo tanto, es importante valorar tanto sus actividades como actitudes (Sánchez Romero, 2004; 2007: 26; e.p. b). Las niñas/os se incorporan en las sociedades a través de mecanismos como el aprendizaje (Nájera *et al.*, 2004). El uso de juguetes y la interacción de los individuos infantiles con los objetos que les rodea forman parte de su aprendizaje, a través del juego¹⁵⁷ (Sofaer, 2000: 7) aprenden a producir y a introducirse en la esfera económica, promoviendo su introducción como miembros de una comunidad en la que las categorías sociales (género, sexo, edad, estatus o clase social) deben ser reproducidas (Lillehammer, 1989: 94; Sánchez Romero, 2004; e.p. b).

En Peñalosa, la compartimentación, complementariedad e interacción de actividades desarrolladas en los contextos domésticos, tal es el caso de la casa Xa, recrean escenarios inestimables de aprendizaje para los niños y niñas que forman parte de estos grupos familiares. Estos parten de sus juguetes y juegos para construir su mundo. Un mundo marcado por la repetición de acciones y las imitaciones del mundo adulto, actuaciones que generan el aprendizaje de forma continua, recreando las normas, deberes, obligaciones y actividades a desarrollar cuando alcancen la edad adulta. Es por ello que la continua sintonía entre los individuos infantiles, los contextos domésticos y su cultura material, marcará su identidad como parte de este grupo familiar.

Como decimos, los individuos infantiles forman parte de estas comunidades y, por lo tanto, tienen su reflejo en el registro arqueológico (Sánchez Romero, 2006; 2007: 26; e.p. b). En el caso que nos ocupa, hemos documentado diferentes elementos de la cultura material que bien pudieron ser utilizados por los niños y niñas en la vivienda Xa con un fin específico, el juego y el aprendizaje. Nos referimos al hallazgo de diferentes vasitos asociados de muy pequeñas dimensiones, de manufactura tosca e irregular, desprovistos de tratamiento superficial. Estos pudieron ser fabricados por los adultos para contribuir al juego de los infantes, o bien pudieron ser creados por los propios individuos infantiles como parte de su aprendizaje y socialización, imitando tanto los trabajos como los artefactos utilizados y creados por los adultos (Politis, 1998: 10;

¹⁵⁷ Los juguetes y la cultura material presente en el conjunto de un poblado forman parte de los sistemas de juego de los niños y niñas de una sociedad, convirtiéndose en mediadores entre el mundo infantil y adulto, siendo transmisores de conocimiento y mensajes culturales (Sofaer, 2000).

Sánchez Romero, 2004; e.p. b). Respecto a esta última posibilidad debemos señalar que el proceso de producción cerámico es laborioso, costoso y requiere un largo proceso de aprendizaje demandando mucha práctica para conseguir la pieza deseada (Rice, 1999). Teniendo en cuenta esto, hay tesis que apuntan a que estas cerámicas de carácter asimétrico y diferencial de la norma argárica, formarían parte del proceso de aprendizaje de los individuos infantiles de las poblaciones de la Edad del Bronce del sureste peninsular (Aranda, 2001; 2004).

Estudios psicológicos del desarrollo cognoscitivo y de habilidades motoras han demostrado que los niños/as atraviesan en su proceso de aprendizaje por diferentes etapas. En cada una de estas etapas los niños/as son capaces de desarrollar y aprender determinadas técnicas de cada proceso tecnológico. Al respecto, Elizabeth Bagwell, defiende que es improbable que un niño/a menor de cuatro años de edad pueda realizar formas cerámicas concretas y que sólo a partir de los cinco años, éstos son capaces de manufacturar formas cerámicas reconocibles, quedando afianzada esta habilidad a partir de los nueve años (Bagwell 2002: 91). Por lo tanto, si tenemos en cuenta estos estadios del aprendizaje, en una producción cerámica tan estandarizada como la de las sociedades argáricas, el hecho de encontrar restos de vasos cerámicos de muy pequeñas dimensiones, asimétricos y carentes de tratamientos superficiales tanto en contextos funerarios (Sánchez Romero, 2004; 2007) como domésticos (Alarcón, 2005; 2006) nos pueden referir a que éstos formasen parte de esos procesos de aprendizaje y adquisición de habilidades de los niños/as en la tecnología cerámica, siendo instruidos desde edades muy tempranas por los adultos y especialistas a través de la observación e imitación, la instrucción verbal y la demostración práctica de esta tecnología (Crown 2002: 108-109; Sánchez Romero, e.p. b).

Lo cierto, es que los niños y niñas formaron parte de este poblado argárico y que sobre estos recayeron una serie de trabajos como son los cuidados físicos y emocionales, alimentarios, de socialización y aprendizaje, etc. y que todos estos trabajos, seguramente fueron realizados paralela y simultáneamente al resto de actividades de mantenimiento documentadas en el interior de esta casa. Estas labores serían llevadas a cabo por los miembros del grupo social con identidades de género y edad diferenciadas, aunque la figura femenina tanto etnográfica como etnohistóricamente ha sido relacionada con estas tareas (Mirón 2005, Wallace-Hadrill 1996). Por otro lado, gracias a los datos y comportamientos actuales, sabemos que a través de los procesos de socialización y aprendizaje, los individuos infantiles reciben información y conocimientos relativos tanto a la producción como a la tecnología que les permiten poder introducirse en la esfera productiva de las sociedades así como construir su propia identidad en el grupo al que pertenecen (Sánchez Romero, 2006: 132-135; 2007).

Además de las actividades ya analizadas en este Grupo Estructural, en la vivienda Xa durante la fase de ocupación IIIA también se documenta la actividad textil que engloba entre otras tareas la producción de telas, el mantenimiento de las ropas, la realización de elementos relacionados con el descanso o, inclusive, como hemos documentado en otros yacimientos también argáricos, el calzado, cuerdas, etc. Esta actividad se encuentra interrelacionada espacial y temporalmente con el conjunto de las actividades de mantenimiento.

Como hemos podido comprobar en el análisis anterior del espacio Xa en el extremo noreste, junto a la cara interna del muro 9.2 documentamos los restos

arqueológicos de esta actividad textil. Sobre la 9.62 se han hallado innumerables pesas de telar con dos perforaciones, muchas de ellas se encontraban en mal estado de conservación debido, probablemente, a que este espacio no sólo era utilizado como soporte para la imposición de un telar¹⁵⁸, sino como lugar de secado de las pesas tras su manufactura. Esto nos explicaría la gran concentración documentada así como su nivel de conservación diferencial. Sin embargo, la producción textil se sirve de otro utillaje particular, compuesto por punzones y leznas, las cuales pueden ser realizadas tanto en hueso como en metal (en este contexto han sido documentados en los dos materiales). Encontramos punzones dispersos por este contexto doméstico, si bien su mayor concentración se ha registrado junto a la estructura de hogar del extremo suroeste. Entre estos elementos hallamos en uno de ellos señas de un proceso de abrasión intenso sobre ambas superficies en las que se conservan estrías de trazo fino, dispuestas transversalmente, que son más perceptibles en la punta. Estas huellas parecen sugerir un ligero reafilado posterior al momento de su manufactura lo que nos podría indicar que este elemento fue utilizado durante largos periodo de tiempo, lo cual, a su vez, podría demostrar una gran intensidad de la actividad textil. Además se documentó lo que podría ser otra posible pieza en hueso trabajado aunque su forma quedó inconclusa, quizás por falta de tiempo o por fractura de la pieza. Asimismo debemos mencionar el hallazgo de dos cuernas de ovicáprido, una de ellas presentaba marcas de cortes de forma intencionada lo que nos está marcando parte de un proceso productivo en la realización de artefactos y herramientas.

Sin embargo, entre la variedad de objetos recuperados en esta zona oriental, pesas de telar, agujas y punzones, encontramos otros elementos muy particulares, un brazalete de arquero de piedra que tan sólo conserva una perforación en uno de sus extremos, y una punta de flecha de pedúnculo largo realizada en metal la cual estaba fracturada en el extremo proximal. Ambos elementos fueron localizados en clara asociación. La conjunción de todos estos elementos nos hacen pensar en una zona de reparación y mantenimiento de herramientas así como también de su manufactura como podría ser el caso de las pesas de telar. Por tanto, en esta zona, en la que también se realizarían otras actividades como la molienda y la preparación de alimentos, sería el lugar escogido preferentemente por las mujeres de esta casa para realizar también las tareas de mantenimiento y manufactura de herramientas y la fabricación y reparación de las vestimentas, tejidos, esteras, cuerdas u otros elementos realizados con estos materiales. A éstas debemos añadir la interrelación con las actividades de preparación de alimentos que se estaba generando en este mismo espacio.

Todos estos elementos nos hacen pensar que esta vivienda Xa, además de todas las acepciones ya expuestas, también sería un espacio de mantenimiento y reparación de diferentes objetos como es el caso de los punzones, puntas de flecha, etc. La asociación de estas actividades y la estructura hogar¹⁵⁹ documentada, convierte a esta área en

¹⁵⁸ Los telares son estructuras construidas en madera, por lo que debido al carácter perecedero de esta materia prima no nos han quedado restos arqueológicos directos de estas estructuras en el poblado de Peñalosa.

¹⁵⁹ Los hogares son calificados como elementos centrales, no solo conceptual sino también físicamente por su localización generalizada en el centro de las viviendas (Picazo, 1997: 59; Sørensen, 2000: 161). Los hogares son elementos de luz, de color, de vida y como tal a su alrededor se originan no solo actividades productivas sino relaciones sociales que lo convierten en un marcador de relaciones personales.

generadora de relaciones sociales en torno a la cual giraría gran parte del desarrollo de la vida cotidiana de esta familia. Situación similar pudo sucederse alrededor de la estructura de hogar documentada en la casa Xb, alrededor de la cual se debió generar una serie de relaciones sociales y humanas marcadas no sólo por el desarrollo de diferentes actividades sino por la interrelación de los diferentes sujetos que integraran este espacio.

Por su parte en el extremo noreste de la vivienda Xa, junto a la cara interna del muro 9.2 y sobre el banco (9.62) formado por una plataforma de lajas de pizarras planas levantadas sobre una superficie de barro apisonado de color anaranjado-rojizo, se localizaron *in situ* (en algunos casos mimetizados con el propio barro anaranjado que recubre la estructura) hasta nueve pesas de telar con dos perforaciones cocidas. Estas presentaban un buen estado de conservación, no así, el resto (diez) que fueron localizadas totalmente aplastadas por el peso del derrumbe de la techumbre de la vivienda en el extremo sur de este banco, precisamente, en el tramo del banco que se ve desprovisto en su parte superior de lajas de pizarra planas. En asociación con estos elementos de la producción textil se recuperó el extremo distal de un posible punzón.

Por tanto, no sólo podemos demostrar arqueológicamente el calibre de la actividad textil en esta casa sino que podemos afirmar que la producción de las pesas así como, al menos, el mantenimiento de los punzones y leznas era realizado en el interior de este mismo espacio doméstico, actividades compaginadas e interrelacionadas en el conjunto de las actividades de mantenimiento.

La producción textil formaba parte de la vida cotidiana integrada completamente dentro de las actividades domésticas y de mantenimiento de esta casa. Su realización cubriría parte de esas necesidades básicas que integran las actividades de mantenimiento, a través de la manufactura de ropas, realización de esteras como soportes para el descanso, etc. Precisamente, con respecto a estas últimas debemos decir que concretamente en este espacio social hemos documentado dos esteras de esparto prácticamente completas. Ambas se tratan de esteras de esparto realizadas mediante la técnica del trenzado simple. La primera de ellas se localiza en la zona noroeste de esta vivienda en relación con el banco longitudinal 9.61 y, la segunda, se halla en las cercanías de la estructura de hogar al sur. La primera de las mismas parece que se trata de un estera de descanso mientras que la segunda parece responder más bien a un elemento destinado a acoger algunos recipientes cerámicos como es el caso de la única fuente documentada en todo este espacio social que se halló *in situ* sobre la misma.

Por último, tenemos que referirnos a otra actividad de mantenimiento que parece tal y como nos indica el registro arqueológico y la secuencia estratigráfica fue realizada de forma periódica y sistemática durante la vida de estos espacios. Se trata de la higiene, adecuación y mantenimiento de los espacios de vivienda. En el interior de la vivienda Xa se ha documentado como sus habitantes recubrieron hasta en 4 ocasiones el paramento interior de sus estructuras murarias.

El objetivo de estos enlucidos sería en primer lugar obtener un espacio lo más acondicionado posible, sin embargo la superposición de hasta cuatro enlucidos sucesivos nos indica un mantenimiento del espacio, una adecuación de éste, pero a la vez una preocupación por la higiene y la salubridad y, por lo tanto, una intencionalidad que parece responder a unas necesidades básicas. Recordemos que este es uno de los

pocos métodos utilizables en el interior de las viviendas con el objetivo de prevenir y aislar el espacio ante la presencia de bacterias u otros elementos que produzcan enfermedades, infecciones, etc.

Además, en este espacio se han documentado hasta 783 semillas de lavanda, la cual, como ya hemos repetido en diversas ocasiones, bien pudo utilizarse para estos menesteres como acondicionadote y aromatizador, pero también pudo estar relacionado con alguno de los momentos de cuidados sobre las personas que integraban esta vivienda, como es el caso de la mujer madura que a lo largo de su vida debió tener graves y fuertes dolores.

Por último, en este caso y de forma muy particular, no encontramos la realización de la actividad metalúrgica en relación con todas estas actividades de mantenimiento. Su localización sólo se detecta, en cierta medida, en la zona del CE Xd, definida como una estancia anexa al CE Xa. Los indicadores de su actividad se concentran exclusivamente en la zona pavimentada con lajas planas y se caracteriza principalmente por la presencia de abundantes piedras de molino, dos moldes y un punzón. Con estos elementos tan escasos no podemos determinar cuál fue en realidad el grado de su actividad. Sin embargo, esta ausencia es un dato importante porque recordemos que la actividad metalúrgica está presente en mayor o menor grado en prácticamente todos los espacios de este poblado.

V.3.11. UNIDAD HABITACIONAL XI

V.3.11.1. Presentación

El Grupo Estructural XI se localiza inmediatamente al sur de la vivienda VII, en una terraza de habitación intermedia entre la corona del cerro (GE X) y la Terraza Superior (Vivienda VII). Esta gran vivienda se levanta en la zona de mayor pendiente de la Ladera Norte y donde el afloramiento rocoso es más pronunciado. Para la construcción de la misma sus constructores mantienen la orientación marcada por las curvas de nivel del terreno, en sentido este-oeste. Para ello, construyen un gran muro de aterramiento paralelo a las curvas de nivel. Éste no está construido en un sólo cuerpo ni por una sola estructura, sino que será la confluencia y engarce de diferentes estructuras, las que en su unión terminan por recrear una gran estructura que delimita esta vivienda al sur. Dichas estructuras son las 26.5, 3.10, 4.3 y 4.1.

Así pues, los límites estructurales de esta gran vivienda quedan establecidos al sur, por la cima del cerro o lo que es lo mismo el GE X; al oeste, por la Unidad Habitacional VIII; mientras que el este, colinda con el contexto doméstico IXa y al norte con el muro trasero de la Casa VII.

Al contrario de lo sucedido en los Grupos Estructurales analizados con anterioridad, éste apenas si ha sido objeto de intervenciones arqueológicas, salvando el caso del Complejo Estructural XIg que sí ha sido objeto de una excavación sistemática. Durante las primeras campañas de excavación, concretamente, en los años 1987 y 1991, se plantearon grandes áreas de excavación, con el objetivo de obtener la planimetría general del poblado, así pues se trazaron una serie de sectores (3, 4, 5, 7) en la Terraza Superior y Media separados por tres testigos intermedios de 2 y 3 m de espesor. Con la apertura de estos grandes sectores aparecieron los restos de grandes construcciones que indicaban la existencia de una terraza de habitación intermedia entre la corona del cerro (GE X) y la Terraza Superior (GE VII). Durante los primeros trabajos sólo se excavó una mínima parte de su espacio, los resultados obtenidos sí confirmaban la hipótesis inicial de que se trataba de una terraza de habitación con grandes posibilidades de ser estudiada a nivel microespacial, ya que se pudo comprobar que su relleno sedimentario estaba prácticamente intacto al no haberse visto afectado por las aguas del pantano. Prueba de ello era el gran espesor que presentaban los derrumbes de piedra junto con la altura máxima documentada de las estructuras emergentes. Esto elementos nos indicaban que esta área del poblado debía permanecer en un buen estado de conservación.

A pesar de estos buenos resultados iniciales, tras el largo intervalo de tiempo sufrido entre la última intervención en 1991 y la siguiente en el 2001, unido a que los objetivos de la segunda fase del Proyecto de Peñalosa pasaban por centrarse sobre todo en la recuperación del registro arqueológico de las zonas altas del yacimiento, originaron que este Grupo Estructural quedase inconcluso tanto a nivel de recuperación de su registro arqueológico como de investigación. Así los trabajos en esta Terraza se concentraron en la vivienda VII y el Grupo Estructural IX, actuando de forma exclusiva en este Grupo Estructural, en el Complejo Estructural XIg. Al contrario que en el resto de espacios de este Grupo Estructural XI, este CE si ha sido excavado de forma

microespacial y en profundidad durante las últimas campañas de excavación (2001 y 2005), aunque no en extensión, ya que hoy por hoy se mantiene un testigo intermedio de 4 m, de espesor entre este espacio y los contiguos (sectores 33, 34 y el CE XIc).

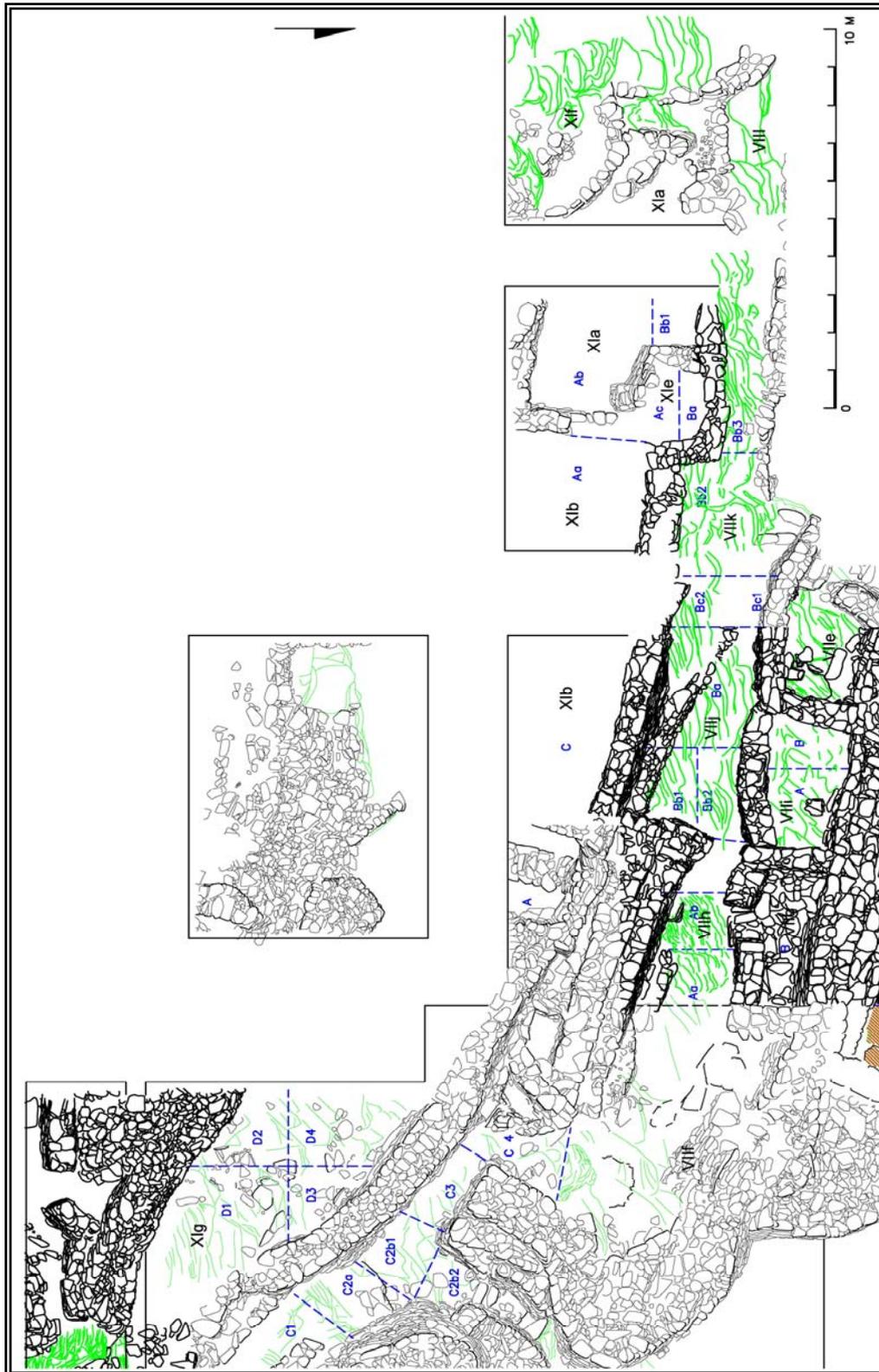


Figura 112. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).

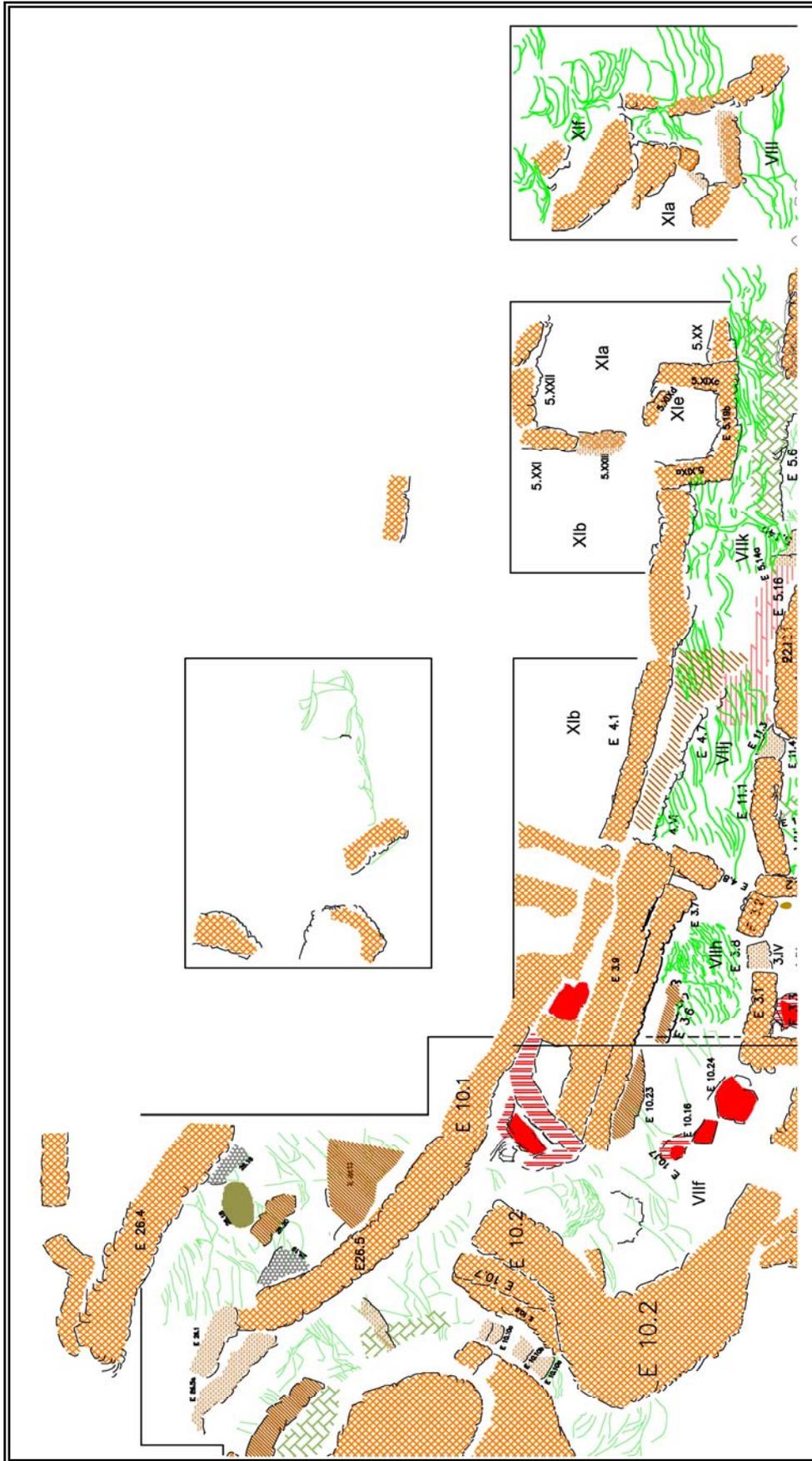


Figura 113. Planimetría estructural de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).



Figura 114. Dispersión de la cultura material del suelo de ocupación IIIA en la Unidad Habitacional XI.

En resumen, en este espacio se han desarrollado dos modelos o dos criterios metodológicos específicos. Por un lado, se realizó una excavación superficial sobre todos los espacios que integran este Grupo Estructural, procediéndose a su definición estructural sin llegar a documentar los suelos de ocupación, mientras que por otro lado, en uno de los contextos domésticos sí se ha cometido una excavación de carácter microespacial, realizada de forma sistemática y en profundidad. Sin embargo, a nivel general, los trabajos de recuperación del registro arqueológico se realizaron a través de alzadas artificiales determinadas por el carácter y la potencia arqueológica que presentaban cada uno de los niveles sedimentarios a los que había que enfrentarse. Acorde con el planteamiento minucioso de la investigación, toda la información del registro arqueológico se recogió empleando el sistema de registro SIAA. Asimismo se procedió a la flotación de gran parte del sedimento recuperado, aspecto fundamental para la recuperación de elementos carpológicos.

La forma rectangular y alargada de este Grupo Estructural XI, responde a los criterios planimétricos concretos del poblado, marcados por la planificación urbanística de este grupo humano durante la fase de ocupación IIIB de este poblado (Fig. 112 y 113). Para ello, construyen un muro delantero paralelo a las curvas del nivel sobre el que chocan toda una serie de estructuras perpendiculares, encargadas de recrear diferentes estancias destinadas a diversas funciones. Al interior de este espacio, las estructuras internas se disponen perpendicularmente al muro de aterramiento manteniendo así un equilibrio constante del urbanismo de este poblado durante la fase IIIA, entre esta vivienda y la VII. Sin embargo, tal y como apunta la estructura 4.5¹⁶⁰ en el CE XIc de la fase IIIB, este espacio ya estuvo construido y, por lo tanto, habitado en fases estratigráficas anteriores. Por el contrario, respecto a la fase IIIA sí se han documentado espacios de comunicación reutilizados como áreas funerarias (CE XIe) y diferentes espacios domésticos compartidos entre el desarrollo de las básicas actividades de mantenimiento como del procesado de diferentes fases de producción metalúrgicas (CE XIa, XIb, XIc, XI d y XIg). Dichos espacios fueron conectados a través de diversas puertas como la 5.23 y la 7.10. Esta última, posiblemente conecte la vivienda VIII con el CE XIa, aunque es cierto que esta idea solo se trata de una hipótesis ya que entre ambos Complejos continua existiendo un testigo intermedio.

En base a todo ello se ha considerado que este Grupo Estructural se componía por diferentes Complejos Estructurales, estancias o espacios sociales. En definitiva, esta apreciación ha sido realizada en base a las compartimentaciones internas, a la existencia de un espacio destinado de forma exclusiva a labores funerarias y a la presencia de determinadas estructuras que articulaban un espacio social dedicado a diferentes actividades. De este modo, han quedado establecidos un total de seis Complejos Estructurales, seis espacios interrelacionados pero con autonomía propia que recrean una gran vivienda de gran una complejidad constructiva. Éstos son, en sentido este-oeste, el CE XIg, XIc, XIb, XIa y el XIe que queda entre el espacio del CE XIc y el CE VIIIh de la vivienda VII. A continuación, describimos y analizamos cada uno de estos complejos que en su articulación e interrelación son el reflejo de la vida cotidiana de un grupo familiar concreto.

¹⁶⁰ Con respecto a esta estructura, por el momento solo podemos precisar que se trata de un muro de mampostería construido en un momento anterior a la fase de ocupación IIIA de este poblado argárico, ya que el escaso espacio intervenido unido a la falta de una excavación en profundidad y en extensión nos imposibilita el poder precisar como se conformaría este espacio en momentos anteriores a la fase IIIA.

V.3.11.2. Secuencia Estratigráfica

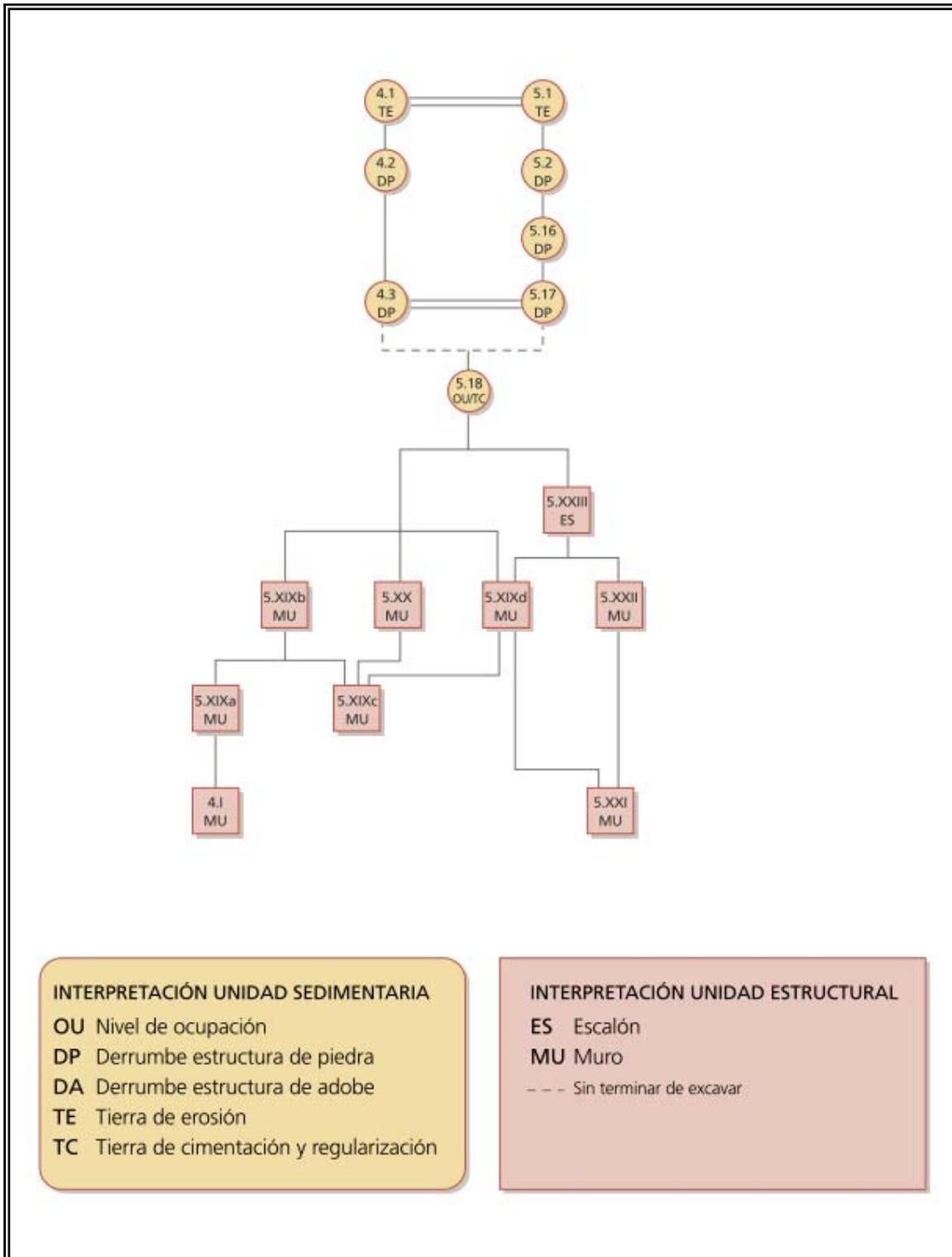


Figura 115. Diagrama estratigráfico del CE XIa (Proyecto Peñalosa).

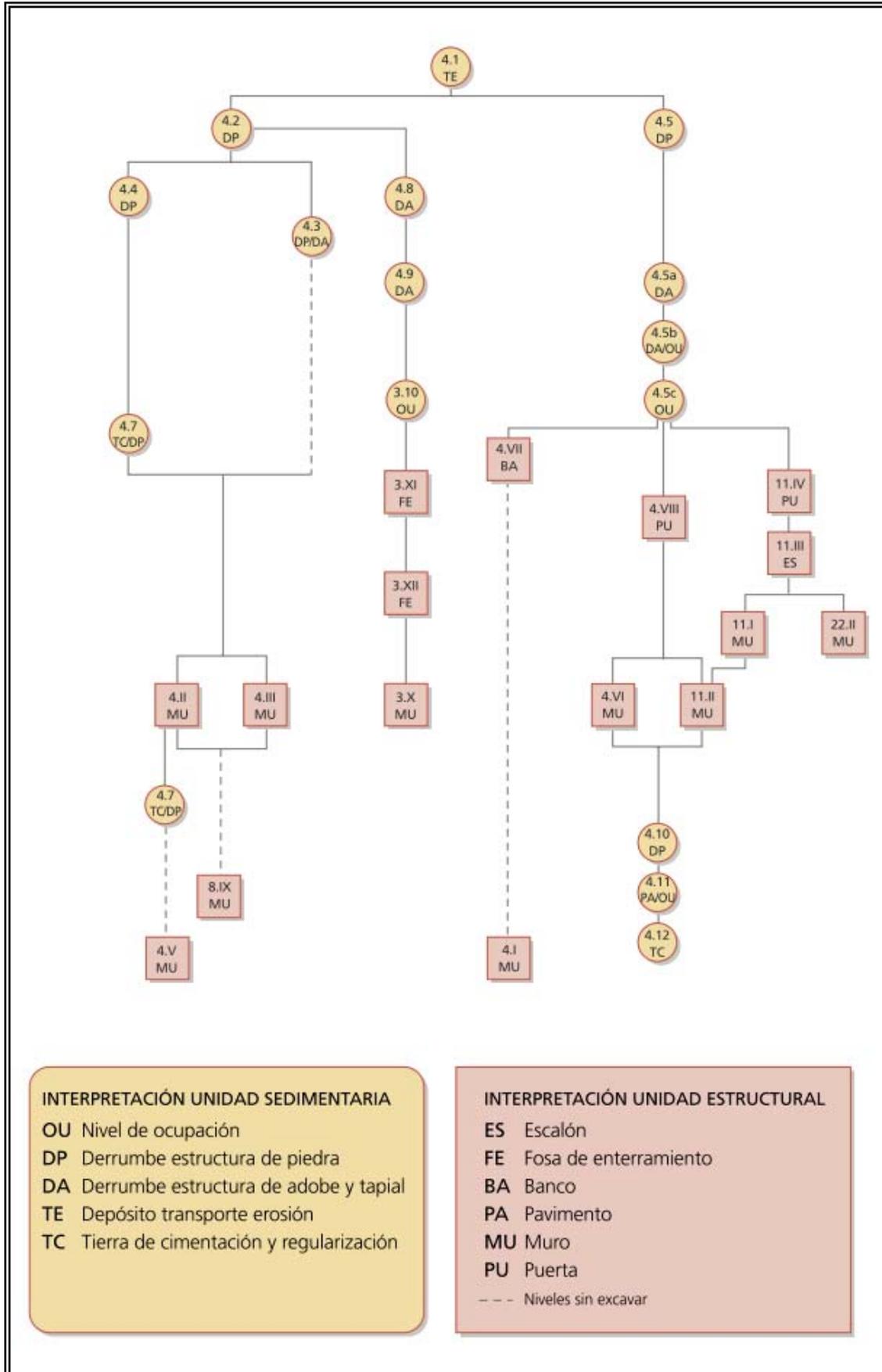


Figura 116. Diagrama estratigráfico del CE XIb (Proyecto Peñalosa).

V.3.11.3. Complejo Estructural XIa

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Este Complejo Estructural ocupa un espacio de unos 30 m², aunque una pequeña área permanece sin excavar. Éste, con una orientación suroeste-este, es de forma rectangular con un ensanchamiento al norte y un estrechamiento al suroeste. A nivel de definición arqueológica se corresponde con los subsectores Ab y Bb1 del sector 5 y el subsector B del sector 7 dentro de la Terraza Superior (Zona A). Sus coordenadas relativas responden a 50.30-59.30 x; 47.00-52.40 y; 11.10-14.60 z.

Todo parece indicar que este CE XIa se origina en la fase IIIA tras la construcción de algunas estructuras perpendiculares a los muros de aterrazamiento e, incluso, de un pequeño espacio cuadrangular (CE XIe) al norte, cuya función aún no podemos determinar por no haber sido intervenido arqueológicamente.

Sus límites con el resto del Grupo Estructural están marcados al sur por el muro de mampostería 5.22, encargado de separarlo de la Terraza Superior, mientras al noreste conecta con el CE XIIb y con el XIe a través del escalón 5.23. Su límite al noroeste viene definido por la puerta 7.8, delimitada por las jambas 7.4 y 7.5, y el pasillo que queda sobre la estructura 7.6. Al suroeste, la estructura 7.2 sería su límite y, sobre ella, podría apoyar la techumbre si es que la hubo. En el espacio intermedio queda aún el testigo entre los sectores 5 y 7.

Metodológicamente, este espacio se ha excavado a nivel superficial hasta alcanzar la capa inferior del derrumbe de piedra. Evidentemente, esto indica que no se ha realizado una excavación en profundidad aunque sí a nivel microespacial. A pesar de que no se haya alcanzado el suelo de ocupación, se ha conseguido definir este espacio a nivel estructural. Así pues, este espacio ha sido encuadrado dentro del sector 7 que originariamente, se trataba de una de las grandes áreas de excavación de esta ladera norte junto con el sector 3, 4 y 5, y que, tras la retirada de la capa superficial y la identificación de la gran estructura 4.3, se procedió a subdividir este sector en dos subsectores el A y B (al norte y sur, respectivamente). Por tanto, este Complejo Estructural quedaba encuadrado como el subsector B del sector 7 utilizando como línea divisoria entre ambos subsectores el gran muro de aterrazamiento (4.3). De esta manera, en este espacio, solo contamos con dos perfiles estratigráficos (S1 y S2) correspondientes con los límites al sur y oeste del propio sector 7.

Al igual, que la mayoría de los Complejos Estructurales de este Grupo Estructural, en este espacio la metodología desarrollada ha consistido en la limpieza superficial de los primeros derrumbes sin llegar a documentarlo en extensión ni en profundidad hasta llegar al suelo de ocupación.

b) Análisis estructural

Estructuralmente, este espacio queda definido y está formado por una serie de estructuras de mampostería (5.21, 5.22, 5.19d, 5.19c y 5.20) y una vía de entrada (5.23) que se origina gracias a la confluencia de la 5.21 al sur y la 5.19d al norte, respectivamente. Además este espacio está comunicado al Este con el contiguo CE XIb. Respecto a las estructuras, las dos primeras (5.21 y 5.22) se localizan al sur mientras que el resto se alzan al norte de este espacio. La primera de todas, la 5.22, presenta un trazado más o menos regular con una orientación en sentido este-oeste. De ella sólo, se ha documentado su cara interna¹⁶¹, lo cual nos indica que se trata de una posible estructura de sección rectangular construida por lajas de pizarra de mediano y pequeño tamaño dispuestas en una sola hilada, trabadas por un mortero de carácter franco arenoso de color gris y tonalidad media. Conservaba escasamente cinco hiladas de piedra superpuestas, aproximadamente unos 70 cm. de altura por 3 m.¹⁶², de recorrido hacia el oeste. Todo parece apuntar que se trata de una estructura de compartimentación y no tanto de aterramiento de la parte superior de la Terraza ya que sobre ésta se vislumbra la cara interna de una nueva estructura (5.24) con una orientación noroeste-sureste que responde a las mismas características constructivas que la anterior. La particularidad de esta última (5.24) es que se levanta sobre el alzado de la anterior (5.22) confirmándonos, por un lado, que el alzado máximo de la primera (5.22) es el documentado durante el proceso de excavación y por otro lado, que esta última (5.24) fue construida posteriormente. Como sucede con la 5.22, esta estructura 5.24 no se ha documentado por completo, debido a falta de trabajos de excavación, así pues, habrá que esperar a futuras intervenciones para poder definir las.

Adosada al extremo oriental de la 5.22, se levanta la estructura 5.21 que al contrario de las dos anteriores presenta una orientación totalmente distinta, en sentido sur-norte. Por el momento, podemos decir que se trata de una estructura de mampostería compuesta por pizarras de mediano tamaño trabadas por un mortero de las mismas características que en los casos anteriores. En este caso, hemos documentado toda su sección, que nos describe una estructura de forma rectangular de aproximadamente unos 60 cm. de espesor máximo y una altura similar a la indicada en el caso de la estructura 5.22. Sin embargo, por el momento no podemos determinar si se trata de un muro de largo recorrido (perpendicular a las curvas de nivel que aterrazan la Ladera Norte) hacia el sur, porque, como hemos advertido anteriormente, esta zona no ha sido objeto de excavación. Si esto no fuese así y su recorrido se ciñese exclusivamente al documentado hasta el momento, podríamos hablar de una jamba y no de una estructura de compartimentación o perimetral, ya que su extremo norte remata en forma rectangular dando lugar junto con la estructura 5.19d a la puerta 5.23.

Precisamente, la estructura 5.19d es la encargada junto con la 5.22 de recrear la entrada a este Complejo Estructural, adosada al extremo sur de la tercera estructura construida para este espacio, la 5.19c. La 5.19d se trata de una pequeña estructura de

¹⁶¹ Por el momento no se ha localizado su cara externa debido, por falta de trabajos de excavación ya que sobre esta estructura se establecen los límites del sector 5.

¹⁶² Este recorrido no es real. Por falta de trabajos de excavación no ha sido posible documentar todo su recorrido hacia el oeste quedando delimitada en este flanco por el testigo preexistente entre este sector 5 y el 7.

mampostería orientada en sentido noroeste-sureste que responde a los mismos criterios constructivos que los explicados en los casos anteriores. Como decimos, ésta (5.19d) se adosa a la cara sur de la 5.19c con un recorrido de norte-sur. En este caso, al contrario de lo que sucede con todas las descritas anteriormente, si hemos podido documentar toda su sección, por lo que podemos afirmar que se trata de un estructura de mampostería de forma rectangular de 70 cm., sin embargo, de su alzado, apenas si se habían conservado diez hiladas (80 cm.) de piedra de mediano tamaño superpuestas y trabadas por un mortero de textura franco arenosa de color gris. La construcción de ambas estructuras (5.19d y 5.19c) y en su unión con la estructura 5.22 recrea la puerta (5.23) que comunica este espacio con el CE XIe y XIb. La determinación de esta puerta se consolida con la construcción de la jamba (5.19e) que recrea un pequeño recodo en su punto de unión con la 5.19d. Dicha estructura responde a los mismos patrones constructivos que el resto de estructuras descritas anteriormente.

La 5.23, como señalamos se trata de una puerta. Por el momento es la única vía de comunicación documentada en este Complejo Estructural y la primera de este GE. Su valor radica en que ésta sea con toda probabilidad la única comunicación que tienen los espacios en el extremo central-occidental de este GE, aunque debemos esperar a futuras intervenciones para aseverar esta hipótesis. Ya que en el extremo occidental de este espacio es posible que se encuentre otra entrada y vía de comunicación (ya sea puerta o pasillo) con el extremo más occidental de esta terraza y por extensión con el GE VIII. A nivel descriptivo podemos indicar que se compone por un vano de 1 m. de sección. Para su determinación como tal, sus constructores dispusieron cuatro lajas de pizarra plana a modo de escalón 5.33b.

En último lugar, tenemos que referirnos a la estructura 5.20¹⁶³. Ésta se construyó tras la construcción de la 5.19c, a la cual, se adosa en su cara oeste. Todo parece indicar que nuevamente nos encontramos ante una estructura de mampostería construida en un solo cuerpo (como el resto de las documentadas en este CE).

Nuevamente, tenemos que señalar que este espacio no ha sido objeto de una excavación a nivel microespacial, sino todo lo contrario, tan sólo se ha intervenido a nivel superficial. Por ello, no se ha podido definir claramente algunas de las estructuras que determinan este espacio así como tampoco ha sido posible identificar estructuras internas que nos permitan reconstruir su organización interna.

c) Análisis Contextual (Fig. 114)

Como es lógico, el primer nivel sedimentario al que haremos referencia es el 5.1 correspondiente a la tierra de erosión del pantano. Este estrato presenta su geometría sedimentaria en forma de capa que se extiende por toda esta Terraza de forma más o menos irregular. Consiste en un sedimento de textura arenosa y estructura laminar de color gris que, exclusivamente, soporta lajas de pizarra de pequeño tamaño sin presencia de restos culturales. Bajo ésta, se encuentran los niveles superiores del derrumbe de piedra (US 5.2). Como en el caso anterior, este nivel se extiende por toda la superficie del sector 5 en forma de capa con más de un metro de espesor. Se compone por un

¹⁶³ Como el resto de estructuras documentadas al sur, en este caso tampoco se ha localizado todo su perímetro dado que hoy por hoy se mantiene el testigo establecido entre el sector 5 y 7.

sedimento de textura arcillosa y estructura en bloques que soporta pizarras de gran tamaño y barro descompuesto proveniente, probablemente de la techumbre y del revoco de las partes altas de los muros. Precisamente, dicho barro le ha conferido una textura bastante compacta de color marrón. Al contrario que en el caso anterior, en éste si se recogieron diferentes y diversos restos culturales de gran interés, a pesar de tratarse de un nivel de derrumbe de piedra y adobe.

En la parte alta de este derrumbe aparecen materiales relacionados con el proceso metalúrgico, como son los restos de mineral de cobre (nº 5.005, 5.028, 5.065 y 5.112), galena (nº 5.001, con impregnaciones de color verde, 5.030), mineral de cobre posiblemente calentado (nº 5.005-2 y 5.028), un fragmento de crisol plano (nº 5.005-1) y hondo (nº 5.032), algunos de ellos conservaban el pico vertedero (nº 5.077), así como un fragmento en piedra arenisca de un posible molde o crisol¹⁶³ con concreciones de escoria de cobre adheridas en la superficie interior (nº 5064) y un molde de lingote en cerámica (nº 5.094) con restos quemados, sobre todo al exterior, y con señales blanquecinas de ahumado al interior casi bajo la zona de borde (Moreno Onorato, 2000: 218-36-218-37). Sin embargo, serán los elementos cerámicos los que predominen por encima de éstos. Entre ellos debemos destacar el hallazgo de diversos restos de cerámica a torno (nº 5.003, 5.058 y 5.059) y otros muchos materiales, posiblemente, procedentes del derrumbe y proceso de arrastre de la Terraza Superior. Así podemos destacar aquellos relacionados con el almacenamiento de alimentos, nos referimos a diferentes orzas de grandes dimensiones (5.007-1, 5.009, 5.027-1, 5.027-3 y 5.078). Todas ellas están dotadas de elementos decorativos, como mamelones e incisiones en el borde. Juntos a estos elementos se encontraban restos de dos ollas de morfología indeterminada (nº 5.046-6 y 5.090-1) y los restos de un vasito de medianas dimensiones de perfil en S y fondo plano con un pequeño mamelón en el cuerpo (nº 5.007-3). Sin embargo, si en cerámica destaca algún elemento, por su escasez en el repertorio de Peñalosa, esos son los restos de una quesera (nº 5.047) acampanada.

Por último, en arcilla encontramos los fragmentos de una pesa de telar circular (nº 5.063) y otro elemento de morfología indeterminada (nº 5.083) junto a estos materiales se encontraban diferentes elementos en piedra, entre los que destaca un percutor (posible martillo o mano de molino) (nº 5.048) y dos fragmentos de molinos de medianas dimensiones (nº 5.051 y 5.052).

Mientras todos estos elementos se localizaron en la zona oriental, sobre todo en las cercanías a la puerta 5.23, en la zona occidental se hallaron los elementos metalúrgicos más destacados. Éstos consisten en dos artefactos metálicos: un punzón (nº 7.010) y otro elemento que, posiblemente sería una cuenta, de forma circular, aplanada y con perforación central (nº 7.011). Pese a que esta zona se encontraba muy alterada se pudieron documentar también un fragmento de mineral de cobre (nº 7.015 y 7.044) y los restos de dos crisoles hondos (nº 7.019, amorfo, y 7.043). Asimismo, se localizaron diferentes elementos en cerámica, como un vaso/cuenco parabólico hondo (nº 5.025) de grandes dimensiones y fondo plano, una gran orza ovoide de borde abierto y gran profundidad (nº 5.012), una pesa de telar (nº 5.063) y un interesantísimo colgante de arcilla (nº 5.082). Entre todos estos elementos aparecieron algunos restos de fauna (nº 5.010, 5.069 y 5.080).

¹⁶³ De confirmarse que se trata de un crisol sería el único ejemplar localizado en este tipo de material en todo registro de Peñalosa.

Todos los restos de cultura material recogidos en los párrafos anteriores posiblemente, no pertenecieran a esta zona ya que la misma se encontraba muy alterada por la erosión, por lo que su existencia en este espacio puede responder al proceso de arrastre de las áreas más elevadas de la ladera. Si bien, los restos culturales que corresponden sin duda a este CE XIa, son aquellos incorporados en el nivel inferior del derrumbe de piedra (US 5.17). Las características morfológicas de este nivel sedimentario no difieren en gran medida de las indicadas en el caso anterior. Éste contenía escasos hallazgos, reduciéndose los mismos a restos de mineral de cobre (n° 5.111, 5.112, 5.512 y 7.044) y galena (n° 5.116), un crisol hondo con pico vertedero (n° 5.120), un molde en cerámica (n° 5.094). Entre los recipientes destinados a la preparación de alimentos y el almacenamiento, encontramos dos ollas de forma indeterminada con decoración incisa en el borde (n° 5.097-1 y 5.119) y los fragmentos de una orza ovoide de borde recto (n° 5.107-3). Respecto a los recipientes relacionados con el consumo y servicio de alimentos sólo se han localizado los restos de algún cuenco semiesférico de perfil simple (n° 7.041-1). Por su parte, también se recuperaron dos piedras de molino (n° 5.093 y 5.105), dos alisadores (n° 5.102-1 y 5.102-2) y algunos restos óseos de animales (n° 5.024, 5.095 y 5.108). Mientras que al pavimento del suelo de ocupación de la fase IIIA deben corresponder los restos de un plato hondo (n° 7041-1) recuperado en la zona occidental, que es por otro lado, donde más se ha profundizado.

V.3.11.4. Complejo Estructural XIb

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Aunque este Complejo Estructural no ha sido sometido a una excavación en profundidad, todo parece indicar que ocupa el mayor espacio de este Grupo Estructural. Se localiza en la zona central de este GE, correspondiéndose con el subsector C del sector 5 y los subsectores A y Aa del sector 4, en la Terraza Superior de la ladera Norte del cerro (Zona A). Sus coordenadas relativas son: 39.22-51.15 x; 66.00-70.40 y; 10.64-12.69 z, las cuales recrean un espacio de 32 m² de forma más o menos rectangular cuya orientación es sentido oeste-este.

Todo apunta que este CE se formó a partir de los grandes muros de aterramiento de la fase IIIA que se localizan en el extremo norte de la zona excavada, creándose un amplio espacio rectangular delimitado por estructuras cuadrangulares especializadas al este (CE XIId y XIc) y al oeste (CE XIe), con un acceso directo al CE XIa a través de la puerta 5.23.

En un párrafo anterior, apuntábamos que este Complejo Estructural corresponde a diferentes sectores, concretamente, al 4 y 5. Con respecto al primero de los sectores (sector 4) ya hemos explicado el origen de su planteamiento en el análisis de la Casa VII. Por ello, en este caso, sólo incidiremos en cómo conecta y se relaciona con el sector 5, para centrar nuestra atención en éste último. Sin embargo, recordaremos, que en su origen, el sector 4 comprendía dos subsectores el A y el C. El primero de ellos quedó incorporado dentro de la vivienda VII, al norte de su espacio (CE VIIj), mientras que el

C ocupaba el área más al sur y, por tanto, corresponde a parte de este Complejo Estructural. Concretamente, éste se localiza en el extremo oriental del mismo hasta la estructura 4.2. Ambos sectores (4 y 5) se plantearon durante la campaña de excavación de 1987, dejando un testigo estratigráfico de 2 m, de espesor, que originó dos perfiles estratigráficos, el S3 (al este) y el S2 (al oeste) del mismo. De esta manera, se controlaba toda la correlación sedimentaria entre ambos subsectores. En lo que se refiere al sector 5, éste fue concebido como una gran área de excavación de 7 m de longitud (de este a oeste) mientras que en sentido sur-norte sus medidas oscilan entre los 10 y 12 m, ya que no tiene una delimitación artificial, sino que es el recorrido del gran muro de aterrazamiento de la terraza y de la habitación inferior de los sectores 3 y 4 el que actúa de límite al norte. A su vez este sector fue dividido en diferentes subáreas de excavación o subsectores, concretamente, en 6 (subsector A, Aa, Ab, Ac, Ba y Bb1), de los cuales, los dos primeros son los que corresponde a este Complejo Estructural, mientras que el resto pertenecen a los CE XIa y XIe, respectivamente.

De los tres subsectores que engloba este CE, en el que primero se iniciaron los trabajos fue en el subsector C (del sector 4), para posteriormente extenderse hacia el extremo occidental (A y Aa del sector 5), momento en que, también, se procede al desmonte del testigo existente entre ambos. Todos los trabajos fueron desarrollados durante la segunda campaña de excavación en 1987. Por motivos de tiempo y objetivos previos de la segunda fase del proyecto Peñalosa no se ha vuelto a intervenir en este CE. Pese a que no se ha excavado en su totalidad (no se ha llegado al nivel de suelo de ocupación), ni siquiera los niveles correspondientes a la fase IIIA, este espacio muestra especial relevancia con respecto a la diferenciación de la cultura material en el poblado de Peñalosa, siendo sólo paralelizable a los CE VI f y VI g de la vivienda VI. Ello no sólo es porque contiene muestra de todos los elementos de la fase final del proceso metalúrgico sino porque en la recuperación de su registro arqueológico se ha documentado toda una serie de recipientes particulares tanto por sus características morfológicas como decorativas que los convierten en especiales dentro del repertorio material de este poblado. Entre ellos destaca una gran concentración de elementos decorados bastante interesantes. Esta información ha sido posible conseguirla gracias a que se llevó a cabo una excavación a nivel microespacial, para la que se contó con todo el sistema de registro y fichas ya mencionados en otros apartados.

b) Análisis estructural

A nivel estructural, este espacio está construido a partir de diferentes muros de aterrazamiento y otras estructuras de mampostería que lo conectan directamente con el Complejo Estructural CE XIa al oeste. En su interior, por el momento, no se han identificado restos estructurales, debido a que los trabajos realizados no han sido en profundidad. Sin embargo, dadas sus características, no descartamos el localizar diversas estructuras internas como tabiques, hoyos de postes, sepulturas, bancos, etc., en futuras intervenciones. Aunque, por el momento, las únicas estructuras a las que podemos hacer referencia son aquellas que tras el proceso de excavación han sido definidas con claridad, y estas responden, por un lado, a dos muros de aterrazamiento

(4.1 y este 4.2¹⁶⁴) localizados en su extremo norte y este, respectivamente, y al oeste el escalón 5.23, que es el encargado de comunicar este gran espacio con el CE XIa.

La primera y en este caso la única estructura¹⁶⁵ a la que haremos referencia, es la 4.1. Se trata del muro de aterrazamiento norte de este CE, que en su unión con la 4.3 (al este) y la 5.19 (al oeste), conforman todo el muro de aterrazamiento de la parte sur de la Terraza Superior, además de actuar como muro trasero del CE VIIj. Ésta es una estructura de mampostería de forma rectangular, construida por la superposición desde el afloramiento rocoso, de lajas de pizarra de mediano y grande tamaño trabadas por un mortero de textura arenosa y estructura compacta de color gris y tonalidad media. En su extremo oriental arranca desde la cara occidental de la 4.1 recorriendo un espacio superior a los 9 m. de longitud en sentido este-oeste. A pesar de tratarse de una estructura de gran consistencia su sección oscila desde los 60 cm., (en su extremo oriental) a los 80 cm., (en el occidental). Precisamente, en el extremo occidental (en la zona donde se alza el testigo que separaba los cortes 4 y 5) se hallaba vencido hacia el sur, lo que ha impedido documentar la cara interior del mismo. No obstante, este vencimiento no altera su definición de muro maestro de la terraza, ya que conservaba en el momento de su documentación una altura máxima de 2,21 m.

c) Análisis Contextual (Fig. 114)

Aunque no se han documentado los niveles de ocupación, este espacio debió ser de especial relevancia en el desarrollo de la vida social de este grupo familiar, tal y como parecen indicar los restos cultural material que se han recuperado en los niveles de derrumbe de piedra y revoco de dichos paramentos. En los primeros niveles correspondientes al derrumbe de piedra (US 4.2 y US 5.2¹⁶⁶) aparecen ya algunos fragmentos de recipientes significativos, destinados sobre todo a la preparación de alimentos, ejemplo de ello son las tres ollas localizadas (nº 4.018-2, 4.037 y 4.069), de las cuales sólo la última ha sido posible reconstruirla. Ésta se trata de un gran olla ovoide honda de paredes rectas y gruesas y fondo plano (nº 4.069) carente de decoración. Sin embargo, son los recipientes de pequeño y mediano tamaño relacionados con el servicio y consumo de alimentos son los que más abundan. Entre ellos destacamos, un pequeño cuenco semiesférico (nº 4.028), un cuenco de borde vertical con decoración en bandas paralelas formadas por impresiones de punzón

¹⁶⁴ Para el análisis estructural y constructivo de esta estructura 4.2 remitimos a los lectores al apartado correspondiente del CE XIc. El hecho de que no hayamos procedido al análisis de este muro de aterrazamiento en este apartado, es porque consideramos que corresponde al Complejo anteriormente mencionado. Esto lo hemos extraído a través del proceso de excavación en el que hemos podido comprobar y confirmar como la estructura 4.2 es construida con anterioridad a la 4.1, siendo esta última la que se adosa a su cara occidental.

¹⁶⁵ Para el resto de estructuras que convergen para la conformación de este espacio remitimos a los lectores a los apartados correspondientes de los Complejos Estructurales aledaños, es decir, el CE XIc (este), CE XIa y e (oeste), ya dichas estructuras como la 4.2, 5.21, 5.19 y 5.23, fueron originariamente construidas para la definición de dichos espacios. Por ello, y manteniendo la línea inicial de este trabajo en este CE solo las hemos referido ya que éstas han sido y serán analizadas a nivel estructural y constructivo en sus apartados correspondientes.

¹⁶⁶ Ambos niveles han sido ya descritos en los apartados correspondientes al CE XIb y c y VIIj (la US 4.2) y al CE XIa (la US 5.2).

delimitadas por dos líneas incisivas paralelas (nº 5.060) ((Fig. 117: 7) que se relacionan con otros elementos decorados como el fragmento de una fuente carenada (nº 5.070) con impresiones muy cortas formando espiga en la carena o, el nº 4.075 que pertenece al cuerpo superior de un vaso, que presenta una decoración en impresiones cortas de punzón formando “zig-zags” de impresiones cortas verticales con cuatro trazos, que forman líneas paralelas (Fig. 117: 4). Si bien, aún más especial es un fragmento (nº 5.071) ((Fig. 117: 9) que presenta la decoración sobre un mamelón de botón, que consiste en impresiones cortas dispuestas aleatoriamente.

En relación con la actividad metalúrgica documentamos algunos restos de mineral de cobre (nº 4.010 y 4.038) así como de crisoles (nº 4.019). En piedra destacan un martillo (nº 5.086) y varias manos de molino (nº 5.067 y 5.089) junto a restos de mineral (nº 5.013 y 5.104), a veces calentado (nº 5.020), galena (nº 5.129) e incluso una barrita de metal (nº 5.022) que pudo ser utilizada como punzón pero que se conserva desgastada y con el extremo distal roto. Además también se hallaron dos alisadores (nº 4.032 y 5.026) y un molde de cazoleta/lingotes cóncavos (nº 5.061). Por último, aparecieron los restos de pesas de telar (nº 4.043 y 5.017) que conectan con las US inferiores.

Bajo esta unidad encontramos en forma de capa las US 4.3 y US 5.17 con un espesor de 1,32 m. Éstas corresponden al derrumbe de la parte alta de los muros, incluyendo restos de adobes, resultado tal vez de su revoco interno. Este nivel sedimentario está compuesto por importantes bloques de pizarra que soportan la matriz arcillosa de color amarillento la cual contenía gran cantidad de cultura material, entre la que sobresale los recipientes cerámicos como son los cuencos parabólicos de borde ligeramente entrante y fondo plano (nº 5.132-4 y 5.132-3), un vasito de muy pequeñas dimensiones de fondo convexo (nº 5.139) y otro más carenado (nº 4.041). Entre los elementos no decorados destaca sobre todo la presencia de una copa de peana estrecha (nº 4.029). En cerámica la especificidad de los elementos que se hallan en este espacio viene confirmada no sólo por la abundancia de recipientes, sino también por sus particularidades con respecto a su morfología y tipología. Entre ellos destacan una fuente de fondo plano y cuerpo estrecho de superficies muy cuidadas (nº 4.058 y 4.023) junto algunos elementos materiales decorados a los que hay que sumarle los ya referidos en los niveles superiores. Entre estos últimos destacamos dos fragmentos (nº 5.018 y 5.070) (Fig. 117: 6 y 8) de un vaso carenado, aunque posiblemente pertenezcan a una fuente, que exhibe impresiones muy cortas de punzón formando espiga junto a la carena, pero destaca sobre todo la riqueza decorativa del fragmento (nº 5.011) (Fig. 117: 5) que pertenece al cuerpo convexo de una vasija que exhibe una decoración a base de impresiones largas de punzón que van formando un “zig-zag” con doble línea y sobre cada una de las líneas superiores se montan en paralelo nuevas impresiones. Además, de todos estos recipientes tan particulares y excepcionales se documentaron los restos de una gran orza ovoide que con decoración incisa en el borde (nº 5.130) junto a tres ollas de forma indeterminada (nº 5.015, 5.085 y 5.097) pero todas ellas provistas de dos pequeños mamelones para la aprehensión.

Junto a todos estos elementos cerámicos se localizaron abundantes restos de fauna, que destacan por su variedad y sobre todo por la presencia de especies poco frecuentes: caballo, ciervo, vaca y cerdo (nº 4.008, 4.013, 4.020, 4.022, 4.026, 4.031, 4.035, 4.051, 4.052, 4.057, 4.059, 4.066, 5.099, 5.108 y 5.133).

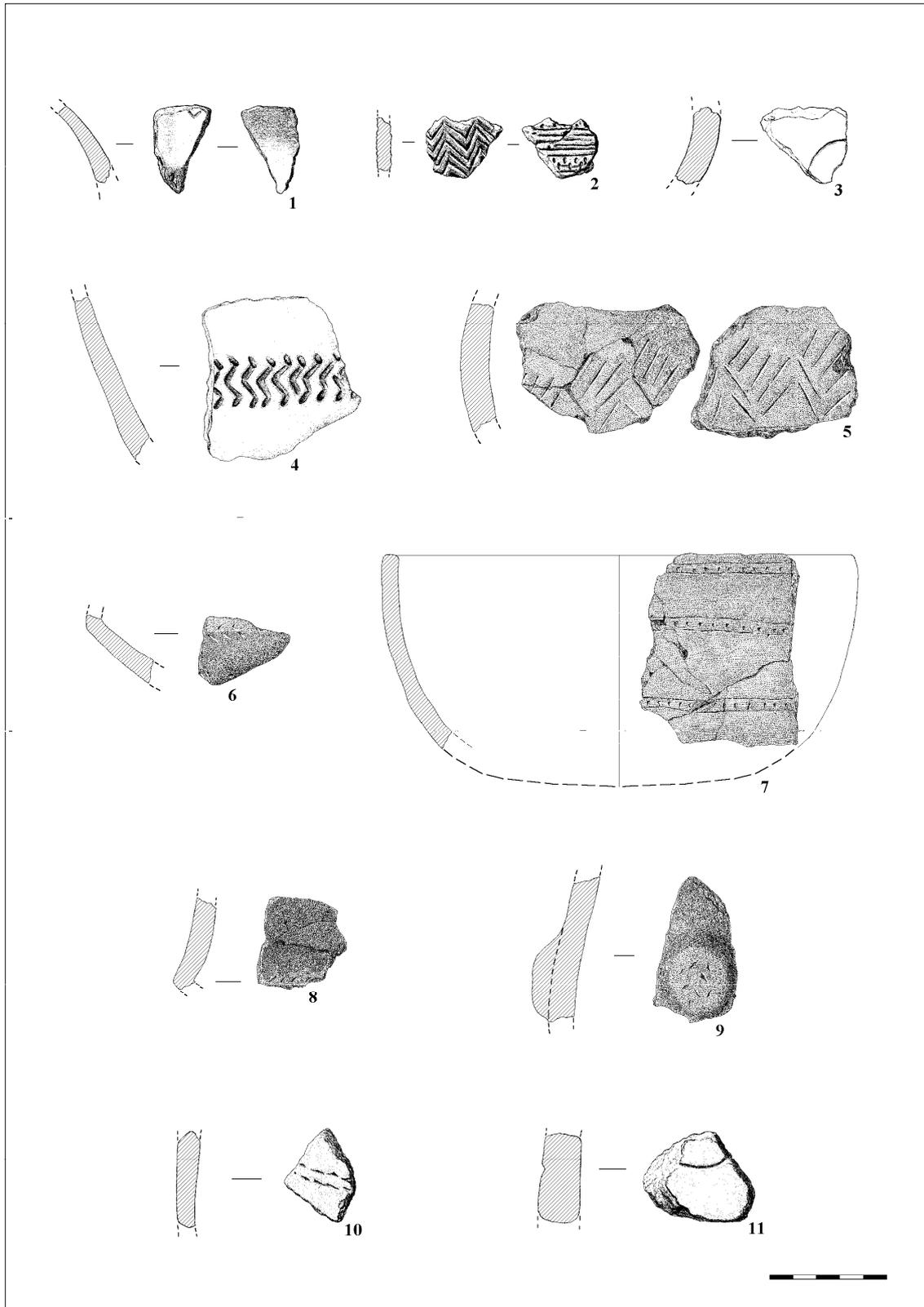


Figura 117. Cerámica decorada tipo *Cogotas*: GE X (1) y GE XI (3 a 11). Cerámica decorada tipo *Campaniforme*, GE X (2) (Alarcón, 2006).

El mineral también está presente en esta Unidad Sedimentaria (nº 4.015, 4.025, 5.013, 5.020, 5.104 y 5.137) junto a restos de gotas de cobre (nº 5.091) y galena (nº 5.129) encontramos dos moldes de fundición de hachas en piedra (nº 5.084 y 5.075), el primero de ellos doble, y otro molde más de lingote en cerámica (nº 4.017). Sin embargo, destacan sobremanera la aparición en éste mismo espacio de un lingote convexo de cobre (nº 4.021) y los fragmentos de un crisol plano (nº 4.077) y otro hondo (nº 5.107-3). En cuanto a los elementos metálicos se reducen a una barra de metal (nº 5.022), que tal vez originariamente fuese un punzón que por su uso y desgaste haya degradado en un barra

En piedra destaca la abundancia de molinos (nº 4.054, 5.016, 5.026, 5.076, 5.093 y 5.105), manos de molino (nº 4.042, 4.067, 4.083 y 5.089), percutores (nº 5.081-4 y 5.081-1) y abundantes alisadores (nº 4.039, 5.073, 5.081-2, 5.081-3, 5.102-1 y 5.102-2) junto a los que se encontraban un elemento tallado (nº 5.088) y una pieza discoidal no perforada (posiblemente una tapadera) (nº 5.014), relacionada probablemente con alguna de las ollas mencionadas anteriormente. Por último, es de resaltar por su excepcionalidad en el registro material de este yacimiento, ya tanto sólo contamos con otros ejemplos en las viviendas o CE IVa, VIIi, XIb y en la fortificación (sector 9), la aparición de la mitad de un brazaete de arquero (nº 5.017).

A todos estos elementos tenemos que unir el hallazgo de dos punzones en hueso (nº 4.014 y 4.055). El primero de ellos (nº 4.014) se trata de una punta de punzón de sección oval en el extremo distal y con ligera depresión central por el canal medular. Se obtuvo sobre un hueso largo por corte longitudinal y la abrasión intensa de un elemento de grano fino-medio en sentido oblicuo. Éste conserva aún un lustre general. El segundo (nº 4.055) de los mismos, consiste en un pequeño alfiler sobre un fragmento de hueso largo indeterminado fracturado en la punta, conserva 35 mm. de longitud aunque no debió de superar los 50 mm. De sección circular con 2 mm. de diámetro en la punta y casi rectangular en el extremo proximal. Éste presenta estrías de abrasión finas dispuestas en sentido oblicuo salvo en la cara inferior. La superficie no se pulió y el lustre ligero que cubre la pieza es de uso o aprehensión. Estos dos elementos en hueso trabajado pueden relacionarse con algunas pesas de telar (nº 5.062, 5.068, 5.072 y 5.074) y con aquellas que quedan en los niveles no excavados de este complejo así como en su testigo intermedio.

Todos los restos culturales documentados y expuestos a lo largo de este apartado fueron localizados sobre todo en la zona sur de este Complejo Estructural, concentrándose mayoritariamente en la zona suroeste los elementos asociados con la actividad metalúrgica.

V.3.11.5. Complejo Estructural XIc

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Este espacio se localiza en la zona centro-oriental de este Grupo Estructural XI, entre las coordenadas relativas: 37.30-40.90 x; 66.00-68.74 y; 10.64-12.05 z. Su área corresponde al subsector A del sector 4 en la Terraza Superior de la ladera Norte de

Peñalosa (Zona A). Aunque se trata de un espacio parcialmente excavado, podemos aventurarnos a apuntar que recrea una forma, más o menos cuadrangular de mínimo 4 m², cuya orientación no podemos, ni debemos determinar por el momento. Si bien, si podemos concretar sus límites físicos y estructurales. Al este linda con el CE XIId, al oeste con el CE XIa, al norte con el CE VIIIh y, por último, al sur no ha sido posible definir los límites por falta de trabajos de excavación.

Los componentes estructurales que hasta ahora han sido definidos en este CE son el muro 4.2 que lo cierra al oeste y las estructuras 4.3 y 4.4 que, adosándose a otras o montándose sobre ellas, configuran un espacio cuadrangular que supone una importante transformación espacial con respecto a los CE que debieron existir en la fase IIIB y de los que el muro 4.5 (en el CE VIIIh) es un resto.

Todo parece indicar que los restos más antiguos documentados en este CE XIc hasta el momento corresponden a la fase IIIB e, incluyen un gran muro de aproximadamente un metro de grosor de dirección sur-norte (4.5) que quizás tenga su prolongación en la estructura 3.7 documentada en el CE VIIIh. Posteriormente, cuando se levantó el muro 4.1 al oeste formó la base de una nueva terraza que en esta zona se encontraba compartimentada por una serie de estructuras, especialmente, la 4.2 en cuyo extremo nororiental parecía existir una puerta, la cual fue sellada a posteriori por la estructura 4.3. Posiblemente, esto sucedería en el momento en que ya había sido utilizado el CE XIId como zona de enterramiento y el acceso a él dejaba de tener sentido por su carácter funerario. Si bien, cabe también la posibilidad de que se pudiera acceder al CE XIId desde el VIIj a partir de una estructura de madera en forma de escalera o rampa.

Aunque la excavación de este espacio no está finalizada, si ha sido intervenido en diferentes campañas, tal y como veremos a continuación. Como ocurre con prácticamente todos los sectores de esta Terraza Superior, en este caso se empezó a trabajar a partir de la segunda campaña (1987) de excavación de la primera fase de actuación del Proyecto Peñalosa. Desde la campaña de 1986 ya se apreciaba en toda la Ladera Norte grandes zonas aterrazadas, que se articulaban a distinta altura a lo largo de la ladera, donde en superficie, se observaban claramente una serie de estructuras. Es por todo ello que en la campaña de 1987 con el objetivo de completar la planimetría del poblado se plantearon tres grandes cortes estratigráficos entre los que se encontraba el número 4. Este sector quedó definido en dos unidades mínimas de excavación o subsectores, el A y el C (al sur y al norte, respectivamente), precisamente, será el primero de los mencionados el que corresponda con este CE.

Una vez delimitado todo el espacio a intervenir, comenzaron los trabajos de limpieza superficial de todo el sector hasta llegar a los primeros niveles de derrumbe de piedra, momento en el que se pudieron delimitar dos grandes líneas constructivas (4.3 y 4.1) que recorrían de manera continua el corte en sentido este-oeste. Como ya hemos apuntado, se trata de un Complejo Estructural cuya excavación a nivel microespacial se encuentra inconclusa por lo que podemos definir la metodología empleada como una intervención a nivel superficial, en extensión y a nivel microespacial de las Unidades Sedimentarias documentadas, para cuyo trabajo se contó, nuevamente, con el sistema de fichas del SIAA.

Aunque se trata de un espacio excavado a nivel superficial, tenemos que indicar que los trabajos efectuados han proporcionado una gran cantidad de información tanto a nivel estructural como de cultura material mueble. En este sentido, hay que destacar la buena conservación de los niveles de la fase IIIB en las terrazas que se extienden en el límite sur de la zona excavada lo que abre interesantes perspectivas para futuros trabajos.

Estructuralmente, este Complejo Estructural es definido por tres muros que cierran su espacio. El primero de ellos ha sido denominado como 4.2 y se localiza en la zona occidental conectado perpendicularmente en este extremo con la estructura 4.1 mientras que por su extremo oriental se adosa a la 4.3¹⁶⁷. Por tanto, ésta es definida como un muro perpendicular a las curvas de nivel de la terraza superior utilizado como delimitador del CE XIc. Presenta un desarrollo en sentido norte-sur¹⁶⁸ a lo largo de al menos 2,80 m. La misma se trata de una estructura de mampostería, de forma rectangular, rematada en forma trapezoidal en su extremo norte la cual fue construida por la superposición de lajas de pizarra planas trabadas por un mortero de textura arenosa y color gris de tonalidad media. Su consistencia en el momento de su localización era buena, tal y como demuestra su altura conservada (1,41 m.) y su sección que oscila entre los 50 y 70 cm.

La segunda de las estructuras documentadas y no por ello queremos decir que su construcción sea posterior en el tiempo con respecto a la anterior, es la 4.3. Ésta engarza en su extremo occidental con la 4.2, alzada sobre parte de la estructura 4.5 de la fase de ocupación IIIB. Todo parece indicar que la 4.5 fue en parte desmontada durante la fase IIIA cuyo propósito no era otro sino cambiar y reestructurar este espacio, ya que como veremos posteriormente, la 4.5 discurre perpendicularmente al centro de la 4.3. Constructivamente, la 4.3, responde a un muro de mampostería compuesto por pizarras de mediano y pequeño tamaño superpuestas y trabadas por el mismo mortero que la 4.2. Presenta una forma más o menos semicircular contando con 51 cm., cuya sección es de 80 cm., y un recorrido máximo de 2,00 m., en sentido sureste-noroeste. Dichas características no parecen responder en sí a las adquiridas en su momento de construcción y uso. Esto es lógico si pensamos que esta estructura se ha visto muy afectada por la erosión de la ladera que le ha provocado su vencimiento hacia el norte.

En último lugar debemos referirnos al muro 4.4 que junto con las dos anteriores, recrean un espacio completamente rectangular y cerrado, al menos en los tres flancos que conocemos por el momento. En cuanto a su sistema constructivo, poco difiere de las dos anteriores, excepto en su forma, que en este caso es rectangular y orientada en sentido norte-sur. Presenta un alzado conservado que poco supera el metro de altura mientras que su sección escasamente excede de los 60 cm.

b) Análisis estructural

¹⁶⁷ Aunque no lo podemos asegurar debido a los escasos trabajos realizados, todo parece indicar que esta estructura es contemporánea a la 4.3 e incluso nos atrevemos a apuntar que ambas estructuras son construidas en un mismo momento, tal y como, se ha podido observar en la planimetría general donde se puede observar que ambas estructuras están totalmente engarzadas.

¹⁶⁸ Ésta estructura se mete en el perfil sur de este Complejo Estructural, es por ello que hasta que no se amplíen los trabajos en este flanco no podremos determinar por completo su recorrido.

Aunque hemos podido definir este conjunto de estructuras no podemos precisar si este espacio queda definido con ellas o si por el contrario en su extremo este y sur cuenta con alguna otra. Dicha incógnita solo será resuelta con la ampliación de los trabajos de excavación en estos extremos. A pesar, del carácter sesgado de los trabajos realizados, podemos apuntar que las tres estructuras descritas anteriormente son originarias de la fase de ocupación IIIA y que éstas son las encargadas de recrear un espacio doméstico al menos durante esta fase de ocupación. Por otro lado, no podemos precisar el carácter que tendría este espacio durante la fase IIIB, si bien parece claro que tanto este Grupo Estructural como el VII, IX y X son los espacios que sufrieron una mayor cantidad de reestructuraciones espaciales y, con probabilidad, también funcionales entre una fase y otra.

El interior de este espacio queda totalmente condicionado por la estructura (4.5) perpendicular a las curvas de nivel de la terraza y sobre la que se alza la estructura 4.3, de la fase de ocupación IIIB. Aunque dicha estructura interna fuese construida en un momento anterior al que corresponde las demás estructuras, durante la fase IIIA queda incorporada por el momento como integrante y articuladora del espacio de este CE.

Dicha estructura ha sido denominada como 4.5. Se trata de un muro perpendicular a la estructura 4.3 y a las curvas de nivel de la terraza. Esta estructura de mampostería está compuesta por lajas de pizarras de gran y mediano tamaño superpuestas y trabadas por el mismo mortero que en los casos anteriores. A pesar de encontrarse en parte desmontada tras la reestructuración de este espacio (como ya hemos explicado), en el momento de su documentación aún conservaba toda su sección de entre un metro y 1,10 m, sin embargo, su alzado, como es lógico, se vio más afectado conservándose solo tres hileras en dirección sur-norte, las que se traducen en 25 cm. Como ya hemos explicado para el caso de la 4.2 y 4.4 no podemos determinar su recorrido ya que se encuentra cortada (artificialmente) por el perfil estratigráfico del sector 4 en su extremo sur.

Por el momento no podemos referirnos a otras estructuras internas, ya que la excavación de este espacio no ha concluido y prácticamente nos encontramos en los niveles sedimentarios correspondientes con el derrumbe de piedra y adobe. Esto no quiere decir que tengamos que documentar estructuras internas de forma física ya que por la cultura material mueble recuperada sabemos que este espacio debió constituir un espacio social integrado completamente en la vida no sólo de esta gran casa compuesta por diversas estancias o habitaciones sino en el conjunto global del poblado.

c) Análisis Contextual (Fig. 114)

El relleno sedimentario hasta ahora excavado y recuperado corresponde casi en su totalidad a la fase de ocupación IIIA. La primera de las Unidades Sedimentarias documentadas corresponde a la US 4.1 definida como el derrumbe de piedra producido por la erosión de la pendiente que cubre todo este CE en forma de capa y se nos presenta como un estrato de tierra suelta de textura arenosa y estructura laminar de color gris que soporta inclusiones de pizarra de mediano tamaño. En ella se han encontrado algunos elementos interesantes quizás procedentes de los CE superiores, entre ellos un

punzón o alfiler en hueso trabajado (n° 4.002) de cabeza redondeada sobre fragmento de hueso largo indeterminado de 120 mm., de longitud y sección circular ligeramente oval hacia el extremo proximal. Este elemento se obtuvo por el corte longitudinal del soporte y aplicándole una abrasión intensa. De esta operación conserva las estrías de un abrasivo de grano fino-medio dispuestas de forma oblicua. Su superficie no sufrió posteriormente ningún tipo de tratamiento de pulido, presentando un carácter natural de color tostado ligeramente alterado por el efecto del calor (Mérida González, 2000). Junto a éste se encontraba el fragmento de un vaso de carena baja y fondo plano (n° 4.001-1). Ambos elementos se encontraban en las proximidades del CE XIb, sobre el muro 4.II, mientras que en el resto del CE sólo encontramos algunos restos de mineral de cobre (n° 4.004) y una placa de escoria adherida a un minúsculo fragmento de crisol (n° 4.005) y fauna (n° 4.003).

Los niveles correspondientes al derrumbe de piedras (US 4.2 y 4.4) no son de mucha entidad lo que, ante la ausencia de grandes arrastres en el área y la inexistencia de la actividad erosiva del pantano, lleva a suponer que los muros, bastante bien conservados, no habrán perdido más de cuatro o cinco hiladas de su alzado. La primera de las Unidades referidas (US 4.2) corresponde con la parte superior del derrumbe de piedra de las estructuras perimetrales de este CE, conservándose un espesor de 1,26 m. Se nos presenta en forma de capa, sobre todo, concentrado en la zona Sur de este espacio, compuesto por un sedimento de textura arcillosa que soporta bloques de pizarras de pequeño y mediano tamaño con inclusiones de restos de adobes de color rojizo. Por su parte, el segundo de los niveles corresponde con la parte inferior del derrumbe de piedra. Al contrario que la capa superior, ésta se nos presenta de forma irregular compuesto, sobre todo, por una matriz arcillosa de textura compacta de color anaranjado. Como inclusiones soportadas por la matriz, podemos mencionar la gran abundancia de cantos rodados, concentrados, sobre todo en las cercanías de la estructura 4.2. Precisamente, este nivel se encuentra en íntima conexión con el pavimento del suelo de ocupación (US 4.7). En este se encontraron restos de fauna (n° 4.016 y 4.074) y de mineral de cobre (n° 4.073), sin embargo, los elementos que más destacan por su particularidad y abundancia son los recipientes cerámicos. Respecto a los grandes recipientes o contenedores, encontramos tres orzas ovoides, una de ellas de grandes dimensiones y de borde entrante y fondo convexo (n° 4.011) con dos mamelones en la parte superior de su cuerpo. Este mismo motivo lo exhibe otra de las orzas documentadas. Sin embargo, serán los recipientes relacionados con el consumo de comida los más abundantes en este nivel. Entre ellos, se recuperaron un cuenco esférico de pequeñas dimensiones y paredes rectas con borde ligeramente saliente (n° 4.078-1); dos vasitos carenados, uno de ellos de carena baja y fondo plano (n° 4.085); y, por último, un plato hondo de gran tamaño y forma simple (n° 4.082). Aunque no está relacionado con el almacenamiento y el consumo de alimento, cabe destacar por otro lado los fragmentos de un crisol hondo de forma simple (n° 4.084-2). Todos estos elementos se encontraban en el extremo occidental del CE, en el espacio originado por la 4.2 (oeste), 4.3 (norte) y por la estructura de la fase IIIB 4.5 (este).

El pavimento del suelo de ocupación ha sido designado como US 4.7. Es cierto, que su identificación clara en el proceso de excavación ha sido muy reducida, sin embargo, sabemos que nos encontrábamos ante él dadas las características que presentaba. Se trata de un barro con inclusiones de pequeñas pizarra descompuesta de textura arcillosa y estructura compacta de color amarillento. Como decimos, no ha podido definirse con claridad dado lo reducido del espacio, aunque todo apunta que bajo

él, encontraríamos los niveles sedimentarios correspondientes con la fase IIIB. Es por todo ello que creemos que a este nivel no sólo corresponden los restos culturales que vamos a mencionar, sino que también pueden estar relacionados con los localizados y asignados dentro de la capa inferior del derrumbe de piedra. Entre la cultura material recuperada sobresalen los elementos cerámicos y, particularmente, aquellos relacionados con la transformación de alimentos, nos referimos a las ollas. En este nivel se han documentado un total de cinco restos de ollas, todas ellas exhiben decoración incisa en el borde (n° 4.107-1, 4.0107-2, 4.107-5, 4.107-7 y 4.107-8), no habiendo sido posible definir las tipológicamente dado al grado de fragmentación en que se encontraban. Seguidamente, los elementos que continúan con una mayor presencia son aquellos relacionados con el servicio y el consumo de alimentos. El primero de los elementos se trata de un cuenco semiesférico (n° 4.107-3) y, el segundo, es otro de perfil esférico que exhibe dos pequeños mamelones cerca del borde (n° 4.109). Éstos aparecieron junto a un vaso bitroncocónico (n° 4.084-4) y abundantes restos óseos de animales, sobre todo, de ciervo, vaca y caballo (n° 4.102 y 4.108).

V.3.11.6. Complejo Estructural XIId

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Hoy por hoy este Complejo Estructural es el único del Grupo Estructural XI que ha sido objeto de una intervención en extensión y en profundidad a nivel microespacial. En parte, se debe a las escasas dimensiones que presenta y a su particular funcionalidad como un espacio de enterramiento específico que conecta con los CE VIc y VIIg, sobre lo que incidiremos a lo largo de este apartado. Sin embargo, antes de adentrarnos en su análisis debemos hacer referencia a su localización y morfología como tal. Respecto a ello, decir que se corresponde con el subsector C del sector 3, localizado en la Terraza Superior de la ladera Norte (Zona A). Sus coordenadas relativas que responden a 35.00-40.40 x; 66.00-69.92 y; 10.93-12.81 z. crean un espacio con una doble funcionalidad por un lado, se trata de un espacio funerario de unos 3 m² más un pasillo de acceso de unos 4 m² (4 x 1 m) recreando un espacio total de 7 m². Presenta una forma rectangular en todo su recorrido, orientado en sentido oeste-este. Sus límites espaciales quedan definidos al norte por el muro 3.9 y por extensión por el CE VIIh. La unión de la estructura 3.9 y el muro 4.1 conformarían su extremo occidental, mientras que el oriental estaría constituido por el perfil estratigráfico fruto del planteamiento del propio sector 3 y al sur encontramos el CE XIc.

Genéticamente, este espacio parece responder a la fase de ocupación del poblado, IIIA. Esto queda constatado arqueológicamente debido a la superposición de la estructura 3.9 a la 3.5 (correspondiente con el CE VIIh). Si bien, este espacio plantea un problema y es que durante el proceso de excavación no ha sido posible delimitar el sistema de acceso desde éste al CE XIc definido en su extremo occidental. Para la resolución de dicho problema, se han planteado diferentes alternativas: una primera que éste tuviera lugar a partir del CE XIc antes del sellado con la estructura 4.3 y, una segunda, que dicha conexión se realizara a partir de la imposición de estructuras de madera desde el CE VIIj y apoyando en la estructura 4.6. Como decimos son dos alternativas factibles, sin embargo, también es posible que ambos sistemas no fueran excluyentes (Contreras *et al.*, 2000).

Como decimos, este espacio se corresponde el subsector C del sector 3. En el análisis correspondiente a la casa VI ya nos hemos referido a la definición y planteamiento de este sector 3. Recordemos que dicho sector se creó en la primera campaña (1986) de intervención de la primera fase del Proyecto Peñalosa y que su planteamiento responde a un corte o sector longitudinal en la terraza superior de la ladera Norte del mismo que fue definido en diferentes subsectores entre los que se encontraba el C que correspondía con su extremo más al sur. Precisamente, este subsector no fue objeto de una excavación a microespacial en extensión y en profundidad hasta la segunda campaña de excavación programada para el verano de 1987. Será en este momento cuando los investigadores a cargo del proyecto tomen la decisión de intentar definir todo el punto de unión entre el CE VIIIh y el CE XIc (norte-sur, respectivamente) y concretar las diferentes estructuras que se superponían cuando tras la retirada del nivel superficial de este subsector C se observó que entre las estructuras 3.10 (al sur) y la 3.9 (al norte) permanecía un pequeño espacio compuesto por bloques de derrumbe de piedra que era necesario retirar para poder definir en sus diferentes caras ambas estructuras de aterramiento. Con esto, comienza la excavación de este pequeño espacio que tras la recuperación de su registro arqueológico resultó ser un lugar con una doble funcionalidad, como ya comentábamos, así como un punto de inflexión para comprender el desarrollo y el paso de la fase de ocupación IIIB a la IIIA a través de las diferentes reestructuraciones espaciales y estructurales.

Dado que se contaba con un pequeño espacio rematado en su extremo occidental en forma triangular, para la recuperación de su registro arqueológico se decidió proceder con una excavación microespacial en extensión (hasta los límites orientales del sector) y en profundidad utilizando, en todo momento, el sistema de registro creado por el Grupo de Estudios de la Prehistoria Reciente de Andalucía. Así pues, cada uno de los niveles sedimentarios fueron rebajados a través de alzadas artificiales de 10 cm. tomándose muestras sedimentológicas para su posterior análisis.

Estructuralmente, este espacio está definido básicamente por tres estructuras. La primera de ellas, la 3.10, localizada al sur, actualmente, se encuentra sin excavar bajo el testigo mantenido durante todo este tiempo entre este sector y el 10. Sin embargo, a pesar de su escasa intervención podemos aproximarnos a su sistema constructivo y más que probable composición. Respecto al primer aspecto, podemos señalar que se trata de una estructura de mampostería alzada directamente sobre el afloramiento rocoso, compuesta por la superposición de lajas de pizarra planas trabadas por un mortero de textura arenosa y color gris. En cuanto a su composición, presenta una planta rectangular y alargada de la cual se ha constatado un recorrido de 1,60 m., y una altura 1,63 m. Por estas características todo parece indicar que se trata de un muro de gran entidad y de largo recorrido en sentido sureste-noroeste.

Asociada al extremo occidental de la estructura 3.10, documentamos la estructura 4.3, la cual es la encargada de estrechar este pasillo en su extremo occidental hasta el choque con el banco longitudinal 4.7 documentado en el CE VIII¹⁶⁹.

¹⁶⁹ Dado que se trata de una estructura que corresponde directamente con la conformación del espacio social del CE XIb, en este apartado no vamos a incidir en su análisis estructural, así pues, remitimos a los lectores de esta tesis al apartado correspondiente de la casa VII (Ver cap. III.1.8).

En último lugar, referirnos a la estructura o muro que con su conexión a la 3.10 configuraron este espacio. Se trata de la 3.9 que como en el caso de la 3.10 es de mampostería. Está construida con lajas de pizarra superpuestas de tamaño medio y grande trabadas con barro gris formando dos hileras cuyo interior fue rellenado con cascajo de pizarras de menor tamaño. En su conjunto, esta estructura adquiere consistencia con la aplicación del mismo mortero descrito en el primero de los casos para trabar las pizarras. Ésta es una estructura de forma rectangular cuyo recorrido u orientación es la misma que en el caso de la 3.10, de ahí que se traten de muros paralelos. La altura máxima conservada en el momento de su documentación era un poco inferior (99 cm. concretamente) a la de la 3.10, situación similar acontece con su sección que responde a 80 cm. x 1,00 m. En cuanto a su funcionalidad, a pesar de su gran entidad, parece responder a una plataforma elevada de circulación que pondría en comunicación el CE VIIh y la vivienda XI, al menos por este extremo. Sin embargo, también cabe otra posibilidad que pasaría porque este espacio estuviese cubierto, es decir, esta estructura no se alza sobre la roca sino sobre la estructura de la fase anterior IIIB (3.5). Este hecho nos hace suponer que aunque la 3.5 no quedase inutilizada en la fase siguiente (IIIA) si es cierto que su sección se vería bastante reducida por la imposición en un segundo nivel de la 3.5, pudiendo responder también a una estructura de contención, delimitación y a la vez de sustento de la techumbre. Como ya hemos indicado en párrafos anteriores, todo este espacio occidental de la ladera Norte (es decir, tanto las viviendas VII como XI) no ha sido objeto de trabajos arqueológicos en extensión, por lo que tan sólo nos centraremos en recoger las diferentes teorías e hipótesis relativas a los sistemas constructivos y planificación urbanística de este espacio hasta que se realicen futuras intervenciones centradas en esta área que nos permitan despejar todas las incógnitas sobre las conexiones internas entre ambas viviendas.

b) Análisis estructural (Fig. 112 y 113)

Al comienzo de este apartado ya hemos explicado que nos encontramos ante un espacio con una doble función: de circulación y funerario. Precisamente, con el análisis anterior ya hemos enfatizado en su función de pasillo y ahora lo haremos en la segunda de las funciones, la funeraria. Ésta viene atestiguada por la localización de una estructura funeraria denominada como 3.9. Ésta se localiza en la esquina originada por la confluencia de la estructura 3.10 y 4.4. Esta última estructura sobresale de su contacto con la primera y es ese espacio el que fue aprovechado para la deposición de tres cadáveres en el interior de una cista de mampostería. Así pues, con la construcción de esta estructura funeraria se reaprovechan las caras externas (sur y oeste) de las estructuras mencionadas anteriormente, aunque en el extremo occidental la cista no quedaba totalmente embutida con la estructura 4.3, por lo que sus constructores disponen una pequeña hilera de piedras¹⁷⁰ que termina por cerrar todo este flanco. Cerrando el resto de sus flancos (norte y oriental) construyen dos muros de mampostería

¹⁷⁰ La construcción de esta estructura-cista nos proporciona una gran información. Por un lado nos habla de su posterioridad constructiva con respecto a las estructuras perimetrales. Esto lo explicamos teniendo en cuenta que los constructores de esta estructura reutilizan los muros preexistentes, e incluso en su extremo occidental como las dimensiones de la sepultura superaban los aprovechados de la 4.3, continúan esta pared hasta cerrar toda la cista funeraria en este extremo.

compuestos por la disposición en una sola hilada de lajas de pizarra de mediano tamaño trabadas por un mortero de iguales características que el documentado en las estructuras que definen este espacio. Así, la longitud de la cista es de 1,30 m. mientras que la anchura varía de 70 cm. a 90 cm.

En el momento de su documentación se constató su cubierta, sin embargo, ésta estaba afectada por la erosión, lo cual no impidió que en su interior se documentasen tres individuos con su correspondiente ajuar. Respecto a ellos, queremos destacar el hecho de que el último individuo enterrado presenta una forma de deposición encogida y apoyado claramente sobre el enlosado de pizarra que recubre la parte inferior de la cista.

c) Análisis Contextual (Fig. 114)

El primero de los niveles sedimentarios documentados responde a la US 3.1 producto de la erosión y arrastre que ha afectado a toda la Terraza. Consiste en un nivel compuesto por una tierra suelta de textura limo-arcillosa y estructura laminar de color gris, con inclusiones de pizarras de mediano tamaño. Éste se extiende por todo el sector en forma de capa de unos 46 cm de espesor. No se han documentado restos culturales de significativo interés ya que éstos se reducen exclusivamente al relleno sedimentario de la estructura-cista 3.21 (Sepultura nº 3) la US 3.10. Esta unidad incluye 3 individuos, dos varones (nº 3.106 y 3.107.00) y una mujer (nº 3.107.10), todos de edad adulta. Como ocurre en la mayoría de las sepulturas dobles y triples, los individuos inhumados no se encontraban completamente articulados, por lo que nos ha sido imposible determinar el modo de su deposición al interior de la sepultura.

Respecto a las patologías de los individuos inhumados indicar que el individuo varón adulto (nº 3.106) presenta fractura de la epífisis distal en el radio derecho, además de exostosis en el borde posterior del tercio medio correspondiente a la zona de inserción del músculo pronador redondo. La epífisis proximal del cúbito derecho presenta artrosis, patología que también se aprecia en el reborde acetabular del coxal. Se le ha detectado afloramiento del tejido esponjoso en el cuerno de la facies lunata. La tibia izquierda presenta periostitis en placa en el tercio inferior de la cara interna. Además, se le ha podido determinar que presenta lesiones periostíticas estriadas en el tercio medio de dicha cara así como en el tercio inferior de la cara posterior.

Por su parte, el segundo de los individuos masculinos (3.107.00) presenta diferentes patologías que pasan por caries en las piezas dentales de la maxila que afecta a la dentina del cuello de la región distal del M2 derecho y M1 izquierdo. El M2 de la maxila izquierda y los M1 derecho e izquierdo mandibulares muestran abscesos bucales. El M2 de la maxila izquierda y el M1 de la mandíbula derecha se han perdido *ante mortem*. Todas las piezas observables presentan paradontosis. Por otro lado, tenía una fractura de la clavícula izquierda con reducción incorrecta y alteraciones osteofíticas en las seis costillas izquierdas. Probablemente ambas afecciones fueron producto de un mismo traumatismo. En las superficies articulares de la primera costilla derecha se observa porosidad y pulimiento consecuencia de un probable proceso artrósico. La epífisis proximal del cúbito derecho presenta exostosis en la zona articular de origen artrósico. Igualmente se puede atribuir a este tipo de lesión los rebordes del contorno de

ambos acetábulo y el afloramiento del tejido esponjoso e hiperostosis de la facies lunata del acetábulo derecho. La tibia derecha tiene periostitis estriada en la cara interna tercio medio-inferior. En el calcáneo derecho se observa exóstosis en la zona de inserción del tendón de Aquiles. En último lugar, la mujer adulta (nº 3.107-10) era la que presentaba menores patologías. Éstas se ceñían exclusivamente a exóstosis en la zona de inserción del tendón de Aquiles en el calcáneo. Si bien debemos puntualizar, que con probabilidad la ausencia de mayores patologías no son reflejo de su realidad ya que de esta inhumada apenas si se han conservado restos óseos.

Acompañando a estos tres individuos, encontramos una serie de elementos tanto de cerámica como de metal que componía su ajuar. El ajuar metálico consiste en un puñal de escotaduras junto a un remache (nº 3.102) y una lezna de cobre (nº 3.030); mientras que en cerámica se documentaron los restos de un vaso carenado (nº 3.109), un cuenco esférico (nº 3.075-1) de pequeñas dimensiones y un vaso de carena baja y marcada (nº 3.075-2). Estos tres recipientes cerámicos destacan por presentar sus superficies muy bien trabajadas a través de la técnica del pulido y bruñido, que les da un aspecto casi metálico. Todos estos elementos fueron hallados en el interior de la estructura 3.11 que en el momento de su localización se encontraba perfectamente sellada por lo que los podemos asociar sin ningún tipo de duda con dicha tumba 2.

Tanto de esta sepultura como de los individuos inhumanos podemos indicar que ni el ajuar ni el estado físico de los individuos inhumados nos permite relacionarlos con un nivel social alto dentro de las categorías sociales establecidas para el mundo argárico. A este respecto una de las sepulturas que si responde a los criterios establecidos por Lull y Estévez (1986) es la sepultura triple número nº 7 (CE VIc). Hasta ahora el estudio de la casa VII ha mostrado diversas estancias muy especializadas aunque también debemos señalar que su ajuar doméstico no es tan variado como el de la casa VI aunque si mayor que el de otras viviendas. Si bien, incluso en las zonas de molienda y almacenaje, la concentración de estos elementos no se acerca a la de las casas III y IV, aunque en relación a este problema hay que tener en cuenta que el CE VIIa había sido casi totalmente arrasado por una fosa romana. Por otro lado, vemos que el GE XI con elementos prometedores en lo que a variedad tipológica y decorativa se refiere (CE XIb) también contiene una sepultura en un espacio específico sin ajuar relevante, así como elementos metálicos muy característicos, este es el caso de una lezna (nº 4.064) que apareció retorcida en el extremo oeste del CE XIId, sobre el muro 3.9 que constituye la plataforma de acceso a la estructura de sepultura. Puede proceder así de la erosión de las viviendas situadas al sur y en concreto del CE XIc ya referido.

V.3.11.7. Complejo Estructural XIe

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Al norte del CE XIa se levanta este espacio que ha sido denominado como CE XIe. Éste debió originarse durante la fase IIIA inmediatamente después de la erección del Complejo Estructural XIb y poco antes del XIa (Contreras *et al.*, 2000: 274-291). Se corresponde con los subsectores Ac y Ba del sector 5, al Sur de la Terraza Superior. Sus coordenadas relativas responden a: 49.40-52.74 x; 68,52-71.58 y; 12.08-13.80 z. recrean

un espacio de funcionalidad incierta de unos 4 m² de forma cuadrangular, orientado en sentido sur-norte.

Este complejo viene definido básicamente por los muros exteriores (5.19) adosados a la estructura 4.1, aunque debemos destacar también el acceso que debía quedar cercano al escalón 5.23 (que comunica los Complejos Estructurales XIa y XIb) y que aún no se ha documentado. En cuanto a su posible funcionalidad, dado que se sitúa en la zona de acceso a la casa XI, muy cerca de la puerta 7.8 y en los límites de esta terraza proyectándose hacia abajo, pudo estar asociada al control del espacio.

Metodológicamente, esta zona fue excavada hasta alcanzar el nivel de derrumbes durante la segunda campaña de excavación (1987). Como ya hemos indicado anteriormente este CE XIe recrea un espacio cerrado, delimitado por unas estructuras de mampostería perimetrales. Así pues, la excavación se inició con la retirada del nivel superficial procediendo seguidamente al levantamiento de la capa de derrumbe de piedra. En este punto de la intervención se decidió plantear la única sección estratigráfica (S1) dibujada en sentido este-oeste (desde la estructura 5.19c a la 5.X19a). De esta manera, este espacio quedaba subdividido en dos zonas de excavación preparadas para futuras intervenciones.

Estructuralmente, este CE se conforma por la disposición de diferentes muros de mampostería (5.19a, 5.19b, 5.19c y 5.19d). De éstos, los dos últimos ya las hemos analizado profundamente en el apartado correspondiente al CE XIa, por ello, en este caso nos referiremos, exclusivamente, a las dos primeras. Como hemos indicado anteriormente, este espacio debió erigirse con anterioridad a la conformación del XIa pero se construyó posterior al XIb, tal y como señala el hecho de que la 5.19a se adose al extremo occidental de la 4.1. En este caso, su orientación, de norte-sur, es construido perpendicularmente a las curvas de nivel de la Terraza Superior, con un recorrido máximo documentado de 1,90 m. (de recorrido) por 70 cm., de sección (de espesor). Ésta está construida en un sólo cuerpo de lajas de pizarra de pequeño y mediano tamaño trabadas con barro de textura arenosa y color grisáceo-marrón. Engarzada al norte de ésta, construyeron la estructura 5.19b que discurre en sentido este-oeste, a lo largo de 2 m., para unirse en su extremo occidental con la 5.19c, cerrándose así todo el espacio de esta pequeña estancia rectangular en su flanco norte abriéndose solo al sur para comunicarse con los CE XIa y XIb. Ésta presenta las mismas características constructivas que la anterior, la única diferencia es que presenta una mayor irregularidad en cuanto a su sección, oscilando ésta desde los 80 cm. a 50 cm., en su extremo occidental. Sin embargo, ambas presentaban un estado de conservación bastante bueno.

A pesar de tratarse de un pequeño recinto, sus características constructivas nos informan que este espacio fue concebido como tal desde el momento de su construcción. Concretamente, sus constructores optaron por construirlo con estas características y particularidades para a partir del mismo construir el resto de los espacios documentados al oeste de éste.

b) Análisis Contextual (Fig. 114)

En el primero de los apartados del análisis de este CE ya hemos apuntado que este espacio solo fue intervenido a nivel de limpieza superficial quedando pues su excavación inconclusa a nivel de derrumbe de piedra (US 5.17)¹⁷¹. Así pues dado lo reducido del espacio junto a la escasez de trabajos, sólo se han documentado restos de mineral de cobre (nº 5110).

V.3.11.8. Complejo Estructural XI_f

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

En el extremo más occidental de este Grupo Estructural encontramos el último de los espacios definidos, el Complejo Estructural XI_f. Éste se corresponde con el denominado subsector 7. Este Complejo Estructural no se corresponde con una unidad de habitación tal y como se considera, sino que se trata de una zona de paso, pasillo o vestíbulo accesorio de aproximadamente 11 m² de forma semicircular orientado en sentido sur-norte, cuyas coordenadas relativas responden a: 56.00-61.00 x; 66,00-69.02 y; 9.75-11.84 z.

En cuanto a su genética, podemos decir que contra el bloque rocoso que queda al sur y al oeste se erigieron toda una serie de muros en relación al CE XI_a siendo el superior el 7.2. Posteriormente a éste se construyó el 7.1 que debió servir para contener el empuje de la roca como paralelamente habilitar este espacio como zona de circulación y paso hacia las zonas más meridionales y, sobre todo, control con respecto al acceso que representa la zona occidental del pasillo VIII.

Por el momento, este complejo se encuentra delimitado hacia el oeste por el propio afloramiento rocoso que lo separa del GE VIII; por el este limita con el CE XI_a o, más concretamente, por el testigo de 5 m., mantenido entre ambos, mientras que al norte encontramos directamente los salientes de la roca y al sur, hasta la actualidad, no han sido definidos por falta de trabajos de excavación en este extremo.

Estructuralmente, este CE se compone por el farallón rocoso que lo limita al oeste y los muros 7.1 y 7.2 que chocan contra él. Entre ambos y sobre todo por encima del muro 7.2 queda un espacio de circulación que pudo servir para controlar el acceso desde la zona oeste del poblado.

En agosto de 1987, durante la segunda campaña de excavación en el poblado de Peñalosa, se iniciaron los trabajos en el sector 7 y por extensión en este CE XI_f. Este sector 7 tenía 14 m. de largo por 5 m. de ancho. Uno de los problemas que presentaba esta área era que la roca se encontraba muy cerca de la superficie, sobre todo, al Sur. Esto no supuso un impedimento para los planteamientos metodológicos trazados para la recuperación del registro arqueológico de todo el poblado. Por ello, este espacio se llevó a cabo una excavación a nivel microespacial, en extensión y en profundidad, empleando

¹⁷¹ Este nivel sedimentario es el mismo que el documentado en el resto del CE por lo que su morfología sedimentaria ya ha sido referida en otros apartados de este Grupo Estructural. Por ello, en este caso no volveremos a incidir sobre ellas, remitiendo a los lectores a los apartados correspondientes como el CE XI_a

para la recogida de los datos de campo el sistema de fichas ideado por el grupo de investigación, GEPRAN, de la Universidad de Granada.

Los primeros trabajos estuvieron encaminados a la limpieza superficial de todo el área retirando todo el paquete sedimentario superficial. Tras esto se procedió al dibujo del primer derrumbe de pizarras a una escala de 1:20 tras lo cual se retiró parte del mismo, momento en que se pudo definir a nivel superficial las diferentes estructuras que componían este espacio. Tras la documentación del nivel superficial se subdividió la zona en 4 subzonas de excavación. Estas se distribuían en sentido Sur-Norte acaparando todo el espacio. De esta manera, el primer subsector definido fue el A. Éste correspondía con la zona Sur del espacio y acaparaba principalmente el interior de la estructura 7.1 y 7.2. El segundo de ellos ocupaba la zona externa de la estructura 7.II hasta chocar directamente con la estructura 7.3. Precisamente, esta última será la que marque la llegada al tercer subsector, el C que finaliza con la cara sur de la estructura 12.2 (del CE VIIa del GE VII) llegando así al último de los subsectores o subzonas trazadas dentro de este sector 7 que englobaría precisamente el CE VIIa. Con respecto a este último, debemos indicar que tras la definición estructural tanto de este Complejo Estructural como del VIIa se observó que dicho espacio no correspondía con el CE XI^f sino que pertenecía a la vivienda número VII. Es por ello que a pesar de seguir manteniendo este espacio la denominación como sector 7, éste (VIIa y el correspondiente subsector D) fue incorporado en dicha vivienda.

En la siguiente campaña de excavación (1989) se prosiguieron con los trabajos en este CE. Durante la misma, se decidió ampliar el espacio del sector 7 hacia el este del subsector C (que recordemos es el que ocupaba la zona más al norte del mismo) creándose así un nuevo subsector el E. dicha ampliación afectaba, como era lógico, al testigo de 5 m., mantenido entre este CE y el CE XIa (o sector 5). Con la definición de este nuevo sector se intentaba delimitar toda la cara externa de la estructura que delimitaba el sector D de este corte, que como ya hemos explicado pasó a corresponderse con el sector 12 y, por tanto, con el CE VIIa, situado al norte del nuevo subsector E. Por otro lado, también se pretendía definir el extremo sur intentando a su vez localizar la cara del muro que delimita al sur el subsector Bb3 del sector 5 y que parecía ser el mismo muro que el encargado de delimitar el subsector C del sector 7. De esta manera, se obtuvieron dos perfiles estratigráficos. Un primer perfil (S1) definido entre las estructuras 7.4 y 7.5. Su planteamiento contenía un objetivo claro, poder secuenciar los procesos post-deposicionales sufridos en el pasillo de acceso entre este CE y CE XIa. Por su parte, un segundo (S2) fue trazado y documentado antes de realizar la ampliación hacia el Este del sector 7. Con él se consiguió no sólo una lectura de la sedimentación de este CE sino que permitía establecer las pertinentes relaciones estratigráficas con el CE XIa.

b) Análisis estructural (Fig. 112 y 113)

En los apartados anteriores de este CE ya nos hemos referido a la importancia que adquiere en éste el afloramiento rocoso. La principal intención de los constructores y constructoras de este poblado era habilitar en la medida de lo posible todo el espacio disponible donde desarrollar su vida cotidiana. Por ello, como veremos en el análisis posterior, las principales estructuras que integran este espacio están encaminadas

precisamente al objetivo anteriormente referido, acondicionar el espacio del que disponen a través de una gran planificación urbanística y con una idea constructiva muy desarrollada en base a la construcción de muros de contención y aterramiento perpendiculares a los terrazas artificiales, así como estructuras que salvan los propios desniveles de la roca tan presentes en esta Terraza Superior en la cima del cerro.

En base a lo dicho, tenemos que hacer referencia a la primera de las estructuras documentadas y probablemente una de las primeras construcciones de este espacio. Se trata de la 7.1 localizada en el extremo sur del CE y asociada directamente con el afloramiento rocoso. Está compuesta por una sola hilera de pizarras de mediano tamaño, de la que se conservaban unas seis hiladas trabadas por un mortero de textura arenosa y estructura compacta de color gris claro. Aunque más o menos regular presenta una forma semicircular cerrando el espacio o encajada perfectamente entre dos salientes del afloramiento rocoso. A pesar de que se ha visto afectada sobre todo en su alzado por la acción de la erosión, que como decimos, conservaba escasamente unas seis hiladas traducidas en 98 cm. de altura, parece que su construcción fue ideada como una estructura de gran envergadura tal y como demuestra su sección de 1,10 m. x 1,50 m. Todas estas características constructivas nos inducen a pensar que se trata de un muro de contención y cimentación de la Terraza Superior.

Asociada a ésta (7.1) se encuentra el segundo de los muros que componen este espacio, la 7.2, alzada en la cara norte de la primera y, como ella, también parece tener una estrecha relación con el afloramiento rocoso occidental. Ésta es una estructura de mampostería de forma semicircular (en su extremo oriental) compuesta por la superposición de forma aplanada de lajas de pizarra de mediano y gran tamaño trabadas por el mismo mortero que el identificado en el caso de la 7.1. Su consistencia en el momento de su documentación era bastante alta si la comparamos con la mencionada 7.1, constatándose un paramento de 1,21 m., de altura con una sección de 3,90 m. x 1,20 y unos 3,80 m. de recorrido. Aunque parece responder, como en el caso anterior, a un muro de contención ya que engarza tanto al sureste como noroeste con dos salientes de roca salvando así el cortado natural entre ambos, también pudo haber funcionado como plataforma desde la que se pudo controlar el acceso al poblado desde el oeste. Tanto esta estructura como la anterior presentan el mismo sentido de orientación así como ambas fueron construidas en una sola hilera. Dicho sistema constructivo y dichas características urbanísticas han sido documentados en el extremo contrario (oriental) del poblado, concretamente, en sector 32.

Adosada a la cara externa de la estructura 7.2 documentamos la estructura 7.3. Ésta como en los casos anteriores presenta los mismos patrones constructivos. Se trata de una estructura de mampostería compuesta por pizarras de mediano y gran tamaño superpuestas en una sola hilada y trabadas por barro de color gris, que configura una estructura más o menos rectangular en todo su recorrido. A pesar de que en el momento de su documentación presentaba una buena consistencia, conservando, un alzado de 1,06 m. y una sección de 2,25 m. x 0,85 m., no se ha conservado todo su trazado. Concretamente, la zona más afectada por la erosión fue su extremo oriental. A ésta estructura se le adosa en su extremo occidental, una vez que se ha logrado escalar todo el espacio a través de la construcción de las diferentes estructuras referidas (7.1, 7.2 y la propia 7.3), una nueva estructura la 7.4. La cual parece funcionar a modo de jamba en relación con la puerta 7.8 que da acceso al CE XIa. En cuanto a su sistema constructivo (7.4), debemos decir que se vuelven a reproducir los esquemas

anteriormente descritos para las estructuras de contención 7.1, 7.2 y 7.3. Su única diferencia es que se trata de una estructura completamente rectangular cuyo alzado es de 80 cm. orientada en sentido suroeste-noreste, levantada sobre el propio afloramiento rocoso.

A pesar de la cercanía (a escasamente 80 cm.) con el afloramiento rocoso al norte construyeron una nueva estructura que parece responder a los mismos criterios funcionales que la anterior. En este caso se trata de la 7.5 que se nos presenta en forma casi triangular (salvando los salientes de la roca) cuya sección es de 1,30 x 1,60 m., mientras su alzado es de 1,19 m. Aunque en apariencia, recrea una estructura de gran estabilidad, ésta se vio muy afectada por la erosión de la ladera. Sin embargo, esto no impidió que en su confluencia con la 7.4 se pudiese definir claramente la puerta y su correspondiente vano de entrada (7.8).

Como hemos indicado, dicha puerta está creada por la confluencia de dos estructuras, la 7.4 al sur y la 7.5 al norte. Ambas actúan como jambas que la definen como tal, originando un vano rectangular aunque en forma de recodo provocado por la morfología de la estructura 7.5. Dicho vano presentaba una sección de 90 cm. x 1,70 m. mientras que de alzado conservaba 1,32 m. Aunque en muchos casos no ha sido posible documentar los escalones o escalón que facilitarían su acceso, en este caso sí se consiguió. Éstos fueron designados como la estructura 7.10 y consistían básicamente, en la disposición de tres lajas de pizarra directamente sobre la roca trabadas entre sí y, las dos jambas con un mortero de las mismas características que el utilizado para trabar los diferentes muros de este espacio. Es por ello que su alzado no superaba los 12 cm. mientras que su sección marcaba 20 x 60 cm.

Con el compendio de estas últimas estructuras se organizaba todo un espacio en íntima relación con el CE Xa afianzando aún más si cabe, la relación entre los diferentes CE de este Grupo Estructural XI.

Sin embargo, la noción ideal de los constructores de este poblado por mantener su “idea urbanística”, les llevó a construir la estructura 7.6. Esta estructura se adosa a la cara occidental de la 7.5 y a la oriental de la 7.7a, volviendo a revestir el afloramiento rocoso al norte. Se trata nuevamente de un muro de aterrazamiento que origina una plataforma al norte no definiendo así un espacio cerrado (CE XI_f) sino una superficie abierta junto al pasillo del Grupo Estructural VIII con el que comunica al oeste. A nivel constructivo nada difiere del sistema descrito en los casos anteriores, salvo en el alzado conservado, que alcanza los 78 cm. mientras que su sección es de 2,00 m., x 1,10 m.

Definiendo todo el espacio occidental de este Complejo Estructural encontramos las estructuras 7.7a, 7.7b y 7.7c. Todas ellas presentan una orientación en sentido nortesur, correspondiendo ésta precisamente con la localización de las mismas. En base a ello, la 7.7c es la que se localiza en el extremo suroeste de este espacio. Consiste en una estructura de mampostería de más de 1,80 m. de recorrido y una sección de 2,60 m. Ésta está construida en una sola hilada adosada directamente al afloramiento rocoso, actuando como un revestimiento de la misma además de como un muro de contención y delimitación con respecto al CE VIIIa. Entre esta estructura y la anterior 7.4 originan un espacio de, prácticamente, 1 m² de forma rectangular que bien pudo funcionar como una alacena o lugar de almacenamiento de alimentos. En línea recta a esta estructura (7.4c) y en paralelo a la puerta 7.10 documentamos unos nuevos escalones que han sido

definidos como 7.7b. Éstos consisten en la superposición sobre la roca de dos hiladas de lajas de pizarra planas (traducidas en 30 cm., de altura) cuya sección supera los 50 cm., (60 cm.). Con probabilidad dichos escalones estarían recubiertos por un pavimento de regularización, sin embargo, éste había desaparecido por completo en el momento de su documentación. Este paso actuaría como vía de comunicación en este CE y el CE VIIIa.

En último lugar tenemos que referirnos a la estructura 7.7a. Ésta se alza en el extremo más nororiental de este Complejo Estructural. Su sistema constructivo responde a los mismos criterios descritos en las estructuras anteriores, salvo en la forma que recrea, que en este caso no es de forma rectangular sino de tendencia semicircular, cuyo recorrido se extiende a lo largo de 2,20 m. y conservaba prácticamente 1 m. de altura. Dicho escalón se asienta directamente sobre la roca a la que reviste como en el caso de la 7.7c. También como en este último caso (7.7c), en la 7.7a, sólo se ha conservado su cara exterior.

c) Análisis Contextual (Fig. 114)

Manteniendo la tónica de todo el poblado el primer nivel sedimentario documentado correspondía con el estrato superficial (7.1) el cual se encontraba bastante alterado debido a la erosión. Su geometría sedimentaria en forma de capa se extiende por todo el CE. Este nivel estaba compuesto por pizarras de mediano tamaño que soportaban una matriz de textura arcillosa de color gris. La excavación reducida y el grado de erosión que había sufrido esta estructura de circulación hacen que sólo pueda destacarse un fragmento de crisol hondo (nº 7.038).

V.3.11.9. Complejo Estructural XIg

a) Descripción (Fig. 112 y 113)

Con este Complejo Estructural llegamos a la zona más oriental de este Grupo Estructural. De todos los espacios que conforman este GE XI, éste es el único que ha sido objeto de una excavación microespacial y en profundidad (Contreras y Cámara, 2002). Este complejo se corresponde con el antiguo subsector A, posteriormente, redefinido como subsector D del sector 26 cuya delimitación espacial corresponde a las coordenadas, 26.40-33.00 x; 57.00-55.60 y; 7.31-10.80 z, recreando un espacio doméstico de unos 21,5 m² de forma oval y orientado en sentido noroeste-sureste (Contreras *et al.*, 2000: 274-292).

En cuanto a su genética, todo parece apuntar que los espacios inmediatos al muro de cierre, durante la fase IIIA pasaron a ser ocupados por diversas estructuras de habitación entre ellos, este espacio. Probablemente, durante la fase de ocupación IIIB este espacio pudo ser concebido más bien como zona de paso o vía de comunicación entre esta Terraza Superior y la zona superior del poblado (sector 9 y 25). De este momento, datan las dos estructuras de aterrazamiento que definen este espacio (26.5, al norte y la 26.4, al sur). Posteriormente, esta zona se convertiría en un espacio dedicado

a actividades domésticas. Quizás esta sea la razón por la cual en este sector no se han documentado la sucesión de niveles de ocupación identificadas en el CE IXa. El único nivel existente parece no mostrar signos de abandono repentino por lo que se asemejaría más a los niveles intermedios del CE IXa para los que hemos mantenido el término de fase IIIB aunque será necesario, para la correlación, atender, al menos, a las dataciones radiométricas sino a las arqueomagnéticas, dado además que la lectura del CE VIII puede sugerir otras interpretaciones (Contreras *et al.*, e.p.).

Este Complejo Estructural mantiene desde los primeros momentos de su construcción una intrínseca relación con los CE IXa y IXb al este y norte, respectivamente, mientras que, al oeste se define por el testigo de 3 m., mantenido entre este espacio y el Grupo Estructural XIV (correspondiente con los sectores 33 y 34). Por su parte, al sur, posiblemente, encontremos¹⁷² un acceso interno entre esta Terraza Superior y la parte más alta del cerro (sector 9), convirtiéndose, este espacio en un contexto doméstico intermedio entre ambas zonas arqueológicas a la vez que, actuaría como una zona de paso o vía de comunicación entre esta terraza y la cima del cerro por el interior, tal y como nos plantea la construcción de dos grandes escalones de mampostería (26.1 y 26.5a) al este de la estructura 26.5.

Metodológicamente, este espacio fue concebido como una gran área de excavación (de 8 x 7 m) durante la campaña de intervención de 1991 (cuarta campaña de excavación del Proyecto Peñalosa, 1º Fase). Durante este año la actuación se limitó a su limpieza superficial y subdivisión en dos áreas de excavación, el subsector A (al oeste) y el B (al este). De esta manera, se preparó este espacio para futuras intervenciones, retomándose los trabajos en el verano del 2001. Sin embargo, durante esta campaña sólo se procedió a la retirada parcial de los derrumbes de piedra y a la definición con mayor claridad los dos muros de aterramiento (26.4 y 26.5) que delimitaron, con toda probabilidad, este espacio desde sus primeros momentos de vida. A pesar de los livianos trabajos desarrollados durante esta campaña de excavación, los resultados de los mismos nos mostraron que estábamos ante un espacio cerrado por lo que los límites establecidos para el sector 26 quedaban reducidos al espacio que demarcaban las dos estructuras perimetrales definidas (26.4 y 26.5). Sin embargo, no será hasta la sexta campaña de excavación, en el verano del 2005, cuando se excave este espacio de forma sistemática en extensión, profundidad y a nivel microespacial. Para ello, el primer paso fue retirar el sedimento del nivel superficial originario por el paso del tiempo entre la campaña del 2001 y la del 2005.

El procedimiento de intervención tuvo como punto de partida los trabajos desarrollados en campañas anteriores (1991 y 2001), cuando ya habían sido definidos a nivel superficial sus dos estructuras perimetrales (26.4 y 26.5) que mantenían un recorrido en sentido este-oeste, cerrando un espacio de forma oval. Precisamente, ambos muros fueron los que determinaron durante la campaña de 2005 la redefinición de las áreas a intervenir, quedando subdividido este Complejo Estructural en cuatro nuevos subsectores, el D₁, D₂, D₃ y D₄, organizados los dos primeros en el extremo sur (correspondiéndose respectivamente al este y oeste) mientras que los segundos quedaban al norte. Los trabajos a nivel microespacial y en profundidad se iniciaron en primer lugar sobre los subsectores localizados al sur extendiéndose seguidamente hacia

¹⁷² Esta idea no la podemos ni debemos aseverar ya que esta zona correspondiente con el sector 44 sólo ha sido objeto de una excavación a nivel superficial.

el norte. Cada uno de los niveles sedimentarios se rebajaron por alzadas de 10 y 15 cm., de espesor.

Completando los planteamientos metodológicos de este espacio, se dibujaron, básicamente, dos secciones estratigráficas; la primera de ellas dibujada longitudinalmente el espacio, atravesando este CE en sentido sur-norte (S3) (correspondiendo con los perfiles de los subsectores D₁ y D₃) y la segunda de ellas se originó por el testigo intermedio (localizado al oeste de este espacio) entre este sector y el 33. La conservación de dicho testigo junto con la planificación de ambas secciones nos permitió obtener una lectura completa sobre los procesos postdeposicional de este Complejo Estructural.

A nivel estructural, ya hemos adelantado en párrafos anteriores, que este espacio queda definido por dos estructuras o muros de aterramiento de gran calibre. Al norte encontramos el 26.5 que parece tener continuidad en sentido este-oeste en toda la Terraza Superior. Esta incógnita por el momento no puede ser despejada porque se mantiene el testigo intermedio entre este espacio y el sector 33, por lo que no contamos con su prolongación hacia el oeste (en los 3 m., que mantiene el testigo) como tampoco se ha podido determinar su conexión con el muro 3.10 y 4.3. Sin embargo, dadas las características que presenta este muro (el 26.5), todo parece apuntar que cuando se levante dicho testigo nos encontraremos con la mencionada conexión entre esta estructura y la 3.10 y la 4.3. Si esto es así, estaríamos hablando de un gran muro de aterramiento paralelo a las curvas de nivel de la Terraza Superior, encargado de cerrar y aterrizar la zona sur de la misma cerrándose así todo el perímetro sur de la Terraza Superior, delimitando el espacio funcional entre la casa VII y la vivienda XI del poblado.

Otro aspecto destacable sobre este muro (26.5), como ya hemos apuntado anteriormente, es que parece originaria de los primeros momentos de vida de este poblado. Esta hipótesis la lanzamos en base a dos hechos; por un lado, su construcción se levanta sobre el afloramiento rocoso, aunque por su cara externa se levanta sobre un pequeño paquete de cimentación de sedimento que oscila de los 10 a los 50 cm., salvando así el desnivel y recorte de la roca en sentido este-oeste; y, por otro lado, por su intrínseca relación cultural con las estructuras adyacentes que datan desde esta fase así como por su relación con la conformación y definición del Complejo Estructural que queda al norte de este espacio, el Complejo Estructural IXb¹⁷³. Así pues, creemos que este muro de aterramiento es originario, cuando menos de la Fase IIIB, manteniéndose su funcionalidad al menos hasta los primeros momentos de la fase IIIA, porque como ya hemos indicado en la recuperación del registro arqueológico no se ha advertido un abandono repentino como si se ha documentado en la mayoría de los espacios de este poblado, lo que nos plantea la incógnita de la funcionalidad de este espacio y, por extensión, de esta estructura en los últimos momentos de la fase IIIA.

Respecto a su sistema constructivo señalar que se trata de un muro de aterramiento de mampostería de forma rectangular, construido en dos hiladas de pizarra de mediano y gran tamaño (una exterior y otra interior) trabadas por un mortero de tierra arenosa de color rojo-anaranjado de tonalidad media cuyo interior está relleno por medio de cascajo. Esta estructura presenta una orientación en sentido de

¹⁷³ Para advertir dichas relaciones remitimos a los lectores al apartado correspondiente del CE IXb.

las curvas de nivel de la terraza y discurre a lo largo de más 5 m., contando en el momento de su definición con unas 16 hiladas de pizarra que se traducen en más de 2 m. de altura, mientras que su sección oscila de los 80 cm. al metro de espesor máximo. Conservaba un alto grado de estabilidad aunque es cierto que en su extremo occidental se encuentra ligeramente vencido hacia el sur. Dicho vencimiento es lógico si tenemos en cuenta que su recorrido recrea una forma más o menos semicircular.

Asociada al muro anterior (26.5) hallamos la denominada como 26.I. Esta ha sido definida como escalón originado tras el desmonte de parte del extremo oriental de la estructura 26.5, del que se conservó sólo la línea externa de su conformación ya que la interna en este caso es el propio afloramiento rocoso el que actúa como tal. A rasgos generales, podemos decir que su sistema constructivo responde a los mismos criterios indicados ya en el caso de la 26.5, por lo que no volveremos a incidir sobre el mismo. Sólo remarcaremos que en el momento de su documentación se constataron 4 hiladas de lajas de pizarra (50 cm.) de mediano y gran tamaño superpuestas, trabadas por un mortero de color rojizo de textura compacta que recrean una estructura de forma rectangular que discurre en sentido sureste-noreste a lo largo de 2 m. de recorrido. La construcción de este escalón provoca, como ya hemos explicado, parte del desmonte de la 26.5 sin embargo, acorde con la idea de homogeneidad en las construcciones de este poblado, sus constructores remataron el extremo oriental de la 26.5 en forma semicircular pero de bastante menos grosor o sección.

En un nivel superior a este escalón 26.1 documentamos un segundo (26.**). Éste responde a las mismas características que el primero, lo único que varía es su recorrido que responde a 1,90 m., mientras que su alzado es superior a los 50 cm. (60 cm.). Éste se superpone al afloramiento rocoso y se aproxima a la estructura 26.5. Tanto este escalón como el anterior, parecen responder a un momento posterior de la construcción del muro de aterramiento 26.5. Esto quiere que en cierta manera la funcionalidad de este espacio vario desde el momento en que se construye este espacio con las dos estructuras de aterramiento (26.5 y 26.4). Las razones pudieron ser varias, entre ellas barajamos el hecho que tras las reestructuraciones estructurales realizadas en el CE IXb, los habitantes de este espacio se vieron obligados a establecer un paso o vía de comunicación en este extremo oriental de la Terraza que comunicase directamente ésta con las viviendas del Grupo Estructural X y la “Acrópolis Oeste”. Así pues, creemos que estas dos estructuras, junto con las reestructuraciones y el origen de la puerta o vía de comunicación responden cronológicamente a los últimos momentos de la fase IIIB o principios de la fase IIIA, aunque con la ampliación de los trabajos tanto al sur como al este de este espacio podríamos concretar con mayor firmeza e incluso podríamos llevarnos la reestructuración de este espacio en la fase IIIB. Tanto esta estructura como la 26.1 se vieron afectadas por la fosa romana, 26.3 (equivalente a la estructura del CE IXa 28.8).

La conjunción de estas tres estructuras en el extremo oriental recrea la puerta o vano de entrada (26.23) a este espacio. Dicho vano consta de más de 2,50 m., de sección originando así una de las puertas internas de mayores dimensiones de todo del poblado de Peñalosa.

Cerrando el espacio de este Complejo Estructural al sur encontramos el muro de aterramiento 26.4 en mampostería y de forma rectangular. Todo indica que éste responde a los mismos planteamientos cronológicos señalados para la estructura 26.5,

arrancando directamente sobre el afloramiento rocoso que, en este caso, buza en sentido sur-norte. La estructura 26.4 está construida en dos hileras de grandes pizarras superpuestas horizontalmente y trabadas por un mortero de color amarillento de textura compacta. Presentaba una sección de 70 cm. más o menos regular en todo su recorrido mientras que de altura máxima conservaba 2,20 m. y de su recorrido (recreando una forma más o menos semicircular) se han constatado por el momento 6,30 m. ya que debemos recordar que éste como el anterior se encuentran separados por el testigo intermedio entre este sector 26 y el contiguo 33. Sin embargo, al contrario que ocurría con el caso anterior en el que todo indicaba su continuidad hacia el oeste, en este caso esta idea no parece tan clara. No obstante, debemos esperar a futuras intervenciones en los sectores 33 y 34 para poder despejar todas las incógnitas referentes tanto a este muro como para esta zona central del Grupo Estructural XI. El paso del tiempo y las condiciones meteorológicas sufridas en los últimos años le han ocasionado graves daños entre los que se cuenta parte de su vencimiento hacia el norte y desplome de las hileras superiores de su alzado, habiendo sido necesario su entibación. Dicho vencimiento hacia el norte no sólo se ha originado en la actualidad sino que también debió vencerse en el momento de su uso. Esto explicaría la construcción de la estructura 26.9 adosada a la cara interna de la 26.4. Esta estructura se trata de un refuerzo del muro de aterrazamiento (26.4) y, como tal, responde a los mismos criterios constructivos que la 26.4. La erosión de esta terraza también ha afectado a este refuerzo desmontando parte de su alzado, tal es así, que se ha documentado de forma escalonada no pudiendo determinar su alzado máximo, aunque presuponemos que este debió alcanzar gran parte del alzado del muro de aterrazamiento.

Así pues, este espacio queda definido por estas dos grandes estructuras de aterrazamiento que recrean un espacio cerrado, en cuanto a sus delimitaciones, pero que como toda esta Terraza también se vio afectado por las reestructuraciones internas tan patentes en esta zona del poblado entre la fase IIIB y IIIA. De esta manera, podríamos explicar el hecho de que en un momento determinado de la fase IIIB se desmontó parte de la estructura 26.5 en su extremo oriental creándose así un escalón (de más de 2 m. de recorrido) y, por lo tanto, la consiguiente vía de entrada (26.23) entre este Complejo y los IXa y IXb que quedan al este y norte, respectivamente.

b) Análisis estructural (Fig. 114)

Como ya sucediese con el extremo occidental del CE IXa y oriental del IXb, este espacio también se vio afectado por la fosa romana (26.3, equivalente a la estructura 28.8) que rompió el relleno sedimentario de esta zona del CE, vaciando parte del derrumbe de piedra (26.4 y el propio nivel de ocupación y su pavimento 26.11) aunque esto no afectó directamente a las estructuras que lo conforman, tanto en su interior como exterior. Ésta se trata de una estructura de forma indeterminada y grandes dimensiones, en cuyo relleno interno se documentaron, básicamente, restos materiales en cerámica realizada a torno de formas indeterminadas.

El interior de este espacio queda organizado por toda una serie de estructuras internas, tanto de mampostería como por los recortes de roca creando silos o estructuras de almacenamiento, encargadas de recrear un contexto doméstico destinado a diferentes actividades de mantenimiento. Todas ellas datan de la fase de ocupación de IIIA

correspondientes con el pavimento (26.11), levantadas sobre la tierra de cimentación (US 26.61 y 26.62 y 26.57). La primera de ellas (26.16) se localiza en el subsector D₂ adosada a la cara interna de la 26.4 y relativamente cerca del refuerzo 26.11, en el extremo suroriental de este espacio doméstico (Lám. 134). Se trata de una estructura rectangular de lajas planas y dispuestas en forma horizontal trabadas por un mortero de color amarillento de textura compacta y grano fino. En cuanto a sus características, decir que consta de un 1 m. de recorrido en sentido este-oeste por 50 cm. de sección y apenas 13 cm. de alzado máximo.

Asociada íntimamente con ésta se encuentra la 26.18, definida como silo o contenedor de almacenamiento de forma circular de 70 x 80 cm. de diámetro por 40 cm. de profundidad, carente de revestimiento interno (Lám.134). A escasos 10 cm. de distancia al norte se halla la siguiente de las estructuras vinculada a esta silo o contenedor (26.18), la 26.20. En este caso, esta estructura consiste en un pequeño banco de mampostería, compuesto por lajas de pizarra de mediano y pequeño tamaño trabadas por el mismo mortero que en la 26.18. Este banco se asienta directamente sobre la tierra de cimentación (US 26.20) con una orientación en sentido sureste-noroeste a lo largo de 1,20 cm., x 60 cm. de sección por 60 cm. de altura. Todo parece apuntar que esta se trata de una estructura auxiliar al silo o contenedor al sur (26.18) y al norte por la estructura de lajas hincadas 26.19. Esta última estructura, la 26.19, se localiza en el extremo suroeste de este espacio, junto al muro de aterrazamiento 26.5. Ésta corresponde con una fosa la cual utiliza el paramento interno de la estructura 26.5 como pared norte de esta misma mientras que el resto de caras de dicha fosa son revestidas por la disposición de grandes lajas de pizarra hincadas mientras que en su parte superior se documentaron otras dos grandes losas de pizarra horizontales que demarcaban su límite superior y a su vez debieron proteger su contenido interno, ya que su forma semicircular nos recuerda, sobremanera a los silos tan característicos en este poblado. Sus dimensiones son bastante variables ya que no presenta una forma homogénea, su diámetro oscila de 40 a 60 cm. mientras que de recorrido presentaba 1,20 m.



Lámina 134. Detalle de las estructuras de almacenamiento (26.16, 26.18 y 26.19) excavadas en el CE XIg (Proyecto Peñalosa).



Lámina 135. Banco de pizarra (26.20) al que se asocia un molino barquiforme y una orza (Proyecto Peñalosa).

En último lugar, tenemos que referirnos a la estructura 26.17, localizada en el extremo noroeste de este espacio. Su forma irregular no nos permite describirla fielmente a como debió ser en su momento de uso, aunque si podemos decir que se trata de un banco de forma semicircular adosado a la estructura 26.5, construido con grandes lajas de pizarra hincadas que definen su perímetro exterior mientras que en su nivel superior se disponen losas de pizarra planas revestidas por un mortero de color naranja de textura arcillosa de grano fino y estructura compacta. Al contrario de todos los casos anteriores, las dimensiones de esta estructura parecen ser bastante mayores. Tanto es así, que no se ha podido determinar su sección ya que el extremo occidental de este CE se encuentra sin intervenir bajo el testigo intermedio de 4 m. Por tanto, sólo podemos apuntar que su sección debe ser mayor a 1,90 m. y su alzado no supera los 25 cm. de altura y se extiende en sentido norte-sur alcanzando los 2,40 m.

Como podemos apreciar el conjunto de estructuras internas recrean un espacio posiblemente destinado al procesado de alimentos así como a su almacenamiento actuando como espacio anexo al gran espacio doméstico IXa.

c) Análisis Contextual

El proceso sedimentológico de este espacio responde a los criterios de aquellos espacios descubiertos carentes del característico nivel de derrumbe de adobes. Sin embargo, su sedimentología es la característica para toda esta Terraza, comenzando por un primer nivel superficial (US 26.1) originario de la tierra de arrastre de la ladera cuya

composición responde a un sedimento de textura limo-arcillosa de grano muy fino y color marrón-grisáceo. Su espesor oscila entre los 20 cm., en la zona sur del espacio a los 10 cm., en la zona norte. Su matriz soportaba pequeñas pizarras bastante degradadas y exfoliadas junto a restos de raíces de pequeños matorrales. A pesar de tratarse de un nivel superficial se han recuperado abundantes restos materiales de diversa índole, si bien, éstos podrían ser producto del proceso de arrastre de la ladera. Entre ellos destacan algunos recipientes cerámicos, como los fragmentos de dos orzas ovoides con decoración incisa en el borde (n° 26.026 y 26.061), dos ollas de forma indeterminada provista de dos mamelones (n° 26.045-1 y 26.076-1), dos recipientes de menores dimensiones destinados al consumo de alimentos, uno de ellos un vasito carenado (n° 26.034) y un cuenco carenado con pequeños mamelones decorativos cerca de su borde (n° 26.060-3). Sin embargo, junto a estos elementos cerámicos destacan aquellos recipientes provistos de una decoración del “tipo Cogotas”, como el fragmento n° 26.029-1 (Fig. 117: 10) con un círculo impreso y el n° 26.062 (Fig. 117: 11) con incisiones cortas formando una doble línea paralela en dos líneas paralelas y un fragmento cerámico con un cordón liso (n° 26.074-1).

Otros restos interesantes recuperados en los trabajos de limpieza y en la capa superior del derrumbe de piedra son los elementos relacionados con la actividad de molienda. Estos consisten, básicamente, en piedras de molino (n° 26.048, 26.049, 26.052, 26.065, 26.066 y 26.068) y una mano de molino (n° 26.047) además de diversos fragmentos de pesas de telar (n° 26.038, 26.039, 26.040 y 26.044). También aparecieron otros elementos especiales como una fichita recortada en piedra (n° 26.050).

La metalurgia sólo está representada por algunos restos de mineral de cobre (n° 26.028-1 y 26.077 muy mineralizado), un trozo de mineral de plomo (n° 26.074), un fragmento de molde cerámico de lingote (n° 26.055) fracturado y con restos en la parte interior del ahumado a 0,5 cm. aproximadamente del borde, una pieza de metal incompleta en forma de placa más o menos regular de pequeño tamaño junto con un resto de escoria de color gris brillante con inclusiones de color ocre, probablemente, de mineral de hierro (n° 26.028-2).

En último lugar debemos decir que también se recuperaron restos de material de construcción (n° 26.027, 26.030 y 26.031) procedentes, posiblemente, del revoco de los paramentos internos de las estructuras 26.4 y 26.5 junto a restos de materia orgánica carbonizada y abundantes restos de fauna (n° 26.035, 26.044, 26.056, 26.067 y 26.080).

Seguidamente, encontramos los restos de la fosa romana (26.3) documentada en el extremo oriental del espacio, la cual, también afectó la zona occidental del Grupo Estructural IXa. Dicha fosa no llegó a romper los niveles de ocupación de ninguno de los dos espacios aunque sí afectó las capas de derrumbe de piedra y el alzado de algunos muros como el 26.5. El relleno interno de esta fosa ha sido definido como la Unidad Estratigráfica no Construida 26.5. Su geometría sedimentaria se presenta en forma laminar en artesa compuesta por una tierra de color negro y textura arenosa de grano fino de unos 80 cm., de espesor. La matriz de la misma soportaba abundantes lajas de pizarra de pequeño tamaño que presentaban un alto grado de exfoliación. Entre éste relleno sedimentario sólo se recuperaron escasos restos materiales de cerámica a torno (muy fragmentados) (n° 26.041 y 26.059), junto con restos de cerámica a mano indeterminados e irreconstruibles y un fragmento de mineral de malaquita (n° 26.351) y materia orgánica carbonizada (n° 26.355).

A pesar de que la fosa romana 26.3 rompe los niveles de derrumbe de piedra en el extremo oriental de este espacio, este nivel ha sido documentado en extensión por todo el Complejo Estructural. En la secuencia estratigráfica de este espacio este nivel se corresponde con la US 26.4 (equivalente con a la US 26.14 y 26.20). Se trata de un gran paquete sedimentario de aproximadamente 1,20 m., de espesor aunque su geometría es en forma de capa, ésta no se nos presenta de forma regular, ya que tenemos que tener presente la gran pendiente que presenta esta parte de la ladera Norte, por lo que su espesor en la zona sur es mayor que disminuye conforme avanzamos hacia el norte. Esta unidad está compuesta por una gran abundancia de lajas de pizarra de mediano y gran tamaño que soportan una matriz terrosa de textura limo-arcillosa de color gris-amarillenta de tonalidad media.

En este nivel los materiales más abundantes son aquellos elementos relacionados con una de las fases metalúrgicas, concretamente, al tratamiento del mineral, de ahí que encontremos restos de mineral de cobre (nº 26.133 y 26.171) y malaquita (26.138) y al proceso de fundición como crisoles hondos (nº 26.126-1, 26.126-2, 26.137-1, 26.282-1 y 26.282-2) (Fig. 118: 3, 6 y 7) y planos (nº 26.115 y 26.170) (Fig. 118: 1 y 2). Casi en su totalidad estos elementos fueron localizados en el extremo noroeste del espacio, donde se levantaba la estructura 26.17. Probablemente, también estén relacionados con estas actividades los diferentes fragmentos de molinos documentados (nº 26.110, 26.131, 26.136, 26.158-1 26.158-2 y 26.156-4), aunque uno de ellos (nº 26.204) pudo estar destinado a otras actividades como la molienda del cereal, ya que éste de forma barquiforme y medianas dimensiones se encontraba en las proximidades del banco 26.20 (Lám. 135) junto al que se hallaban dos manos de molino (nº 26.130-3 y 26.158-4) y un alisador (nº 26.152).

Entre los elementos en piedra, también, documentamos una placa de pizarra recortada (tapadera) (nº 26.133) aunque ésta, probablemente, estuvo relacionada con alguna de las ollas de forma indeterminada con decoración incisa en el borde (nº 26.135-1 y 26.212) y una olla globular de cuello marcado y fondo convexo (nº 26.163) (Fig. 118: 11) o con alguna de las grandes orzas (nº 26.161-2 y 26.161-3) que se encontraban en las cercanías de la estructura 26.20 junto a una pesa de telar (nº 26.151). Todos estos elementos se encontraron en las proximidades de las estructuras 26.16, 26.18, 26.19 y 26.20, mientras que los restos de materiales de construcción, como revoco (nº 26.198, 26.200 y 26.209) y un fragmento de mortero de barro, de forma irregular, asociado a mortero de fábrica (nº 26.165), carbón (nº 26.105, 26.111, 26.139, 26.157, 26.189 y 26.199) y restos de animales (nº 26.108, 26.104, 26.113, 26.121, 26.127, 26.134, 26.150, 26.156, 26.162, 26.188, 26.197 y 26.211) aparecían dispersos por todo este sector. Dado que en este espacio no se ha documentado el nivel correspondiente con el derrumbe de adobes que estratigráficamente se encontraría bajo éste, muchos de los restos materiales documentados en esta Unidad Sedimentaria (26.4) podrían pertenecer al nivel de ocupación. Este aspecto debemos tenerlo en cuenta ya que en muchas ocasiones es muy complicado discernir los límites superiores de cada una de las Unidades Estratigráficas que conforman el registro arqueológico, hallando un buen ejemplo en este CE. Así pues este aspecto debemos tenerlo en cuenta a la hora de abordar la interpretación global de este Grupo Estructural.

Bajo este nivel, encontramos directamente el estrato correspondiente con el nivel de ocupación (US 26.21) y su respectivo pavimento o suelo (US 26.22). Todo el espacio de este CE se encuentra recubierto por una capa de 22 cm de espesor de media de barro

endurecido. Dadas las irregularidades que presenta este espacio por los salientes de la roca, éste, se nos presenta recreando ondulaciones. Su matriz es de textura mixta, de color marrón anaranjado de tonalidad media, con escasas inclusiones de pizarra pero con abundantes restos de materia orgánica carbonizada y restos culturales de diversa índole.

Precisamente, en este espacio destacan sobre manera los elementos relacionados con las actividades de mantenimiento frente a las actividades metalúrgicas. Ejemplo de ello es el hallazgo de uno de los pocos vasos bitroncónicos (nº 26.305) (Fig. 118: 9) localizados en este poblado junto con una fuente de borde recto de medianas dimensiones (nº 26.336-3). Ambos elementos se relacionan con el consumo y servicio de alimentos los cuales se localizaron en las proximidades de la estructura 26.20. Por su parte, fue en las cercanías de la estructura 26.16 y 26.18 donde se documentaron la mayor cantidad de fragmentos de orzas ovoides (nº 26.331-1, 26.333-3, 26.334, 26.397 y 26.425) (Fig. 118: 8), sin embargo, de ollas, sólo se recuperó un ejemplar muy fragmentado (nº 26.333-2).

En este mismo nivel continúan apareciendo abundantes fragmentos de piedra de molino (nº 26.414, 26.423, 26.426 y 26.436-1), el último de ellos fue localizado junto a su mano de molino (nº 26.436-2), en las proximidades de las estructuras centrales (26.16, 26.18 y 26.19). Asociados a estos elementos cerámicos se vuelven a recuperar abundantes restos de fauna (nº 26.243, 26.244, 26.306, 26.334, 26.337, 26.358, 26.410, 26.411, 26.394, 26.398, 26.409, 26.418, 26.434 y 26.439), carbón (nº 26.335, 26.362, 26.395, 26.400, 26.421 y 26.427) y revoco (nº 26.399). El resto de elementos registrados están vinculados a la actividad metalúrgica, como los restos de mineral de cobre (nº 26.412-1, 26.416, 26.420, 26.435) y los fragmentos de crisoles planos (nº 26.429) pero, sobre todo, abundan los hondos (nº 26.422-1, 26.432, 26.433-3, y 26.438) (Fig. 118: 4 y 5).

Inmediatamente, bajo el suelo de ocupación se encontraba en forma de cuña una serie de tierras de cimentación. Recordemos que en este espacio el afloramiento rocoso buza en sentido sur-norte y es bastante irregular presentándose diferentes salientes, por lo que para conseguir su habitabilidad era necesario regularizarlo. Para ello, sus constructores superponen sobre la roca diferentes tierras de cimentación desde el norte (US 26.61 y 62) al sur (US 26.57) para así conseguir nivelar y regularizar la superficie que permitiese la instalación de diferentes estructuras internas, como ya hemos explicado, básicas en el desarrollo de la vida cotidiana.

Dadas las características de este espacio procedemos al análisis morfológico de cada uno de los niveles correspondientes con las tierras de cimentación. Como es lógico, la zona más baja, en cuanto a cotas relativas, era el área norte, junto a la estructura 26.5. Este hecho junto a que en la mitad de esta zona sobresaliera un saliente de la roca obligó a los constructores/as de este espacio a regularizar y nivelar el mismo con varios niveles de cimentación para así hacer habitable esta zona. Así, para ello dispusieron directamente sobre el afloramiento rocoso un primer nivel de tierra de cimentación (US 26.62) que responde a un estrato en forma de bolsa bastante irregular, de un espesor máximo de unos 30 cm., de textura franco-arenosa. Algunos de los elementos mencionados anteriormente, se adentraban en la tierra de cimentación, este es el caso de algunos de los fragmentos de las orzas. Sin embargo, dado que estos fragmentos cerámicos consistían básicamente en los fondos de las vasijas los hemos considerado

como parte del suelo de ocupación ya que los mismos estarían insertos en el propio suelo y, en muchos casos, en la capa superior de la tierra de cimentación.

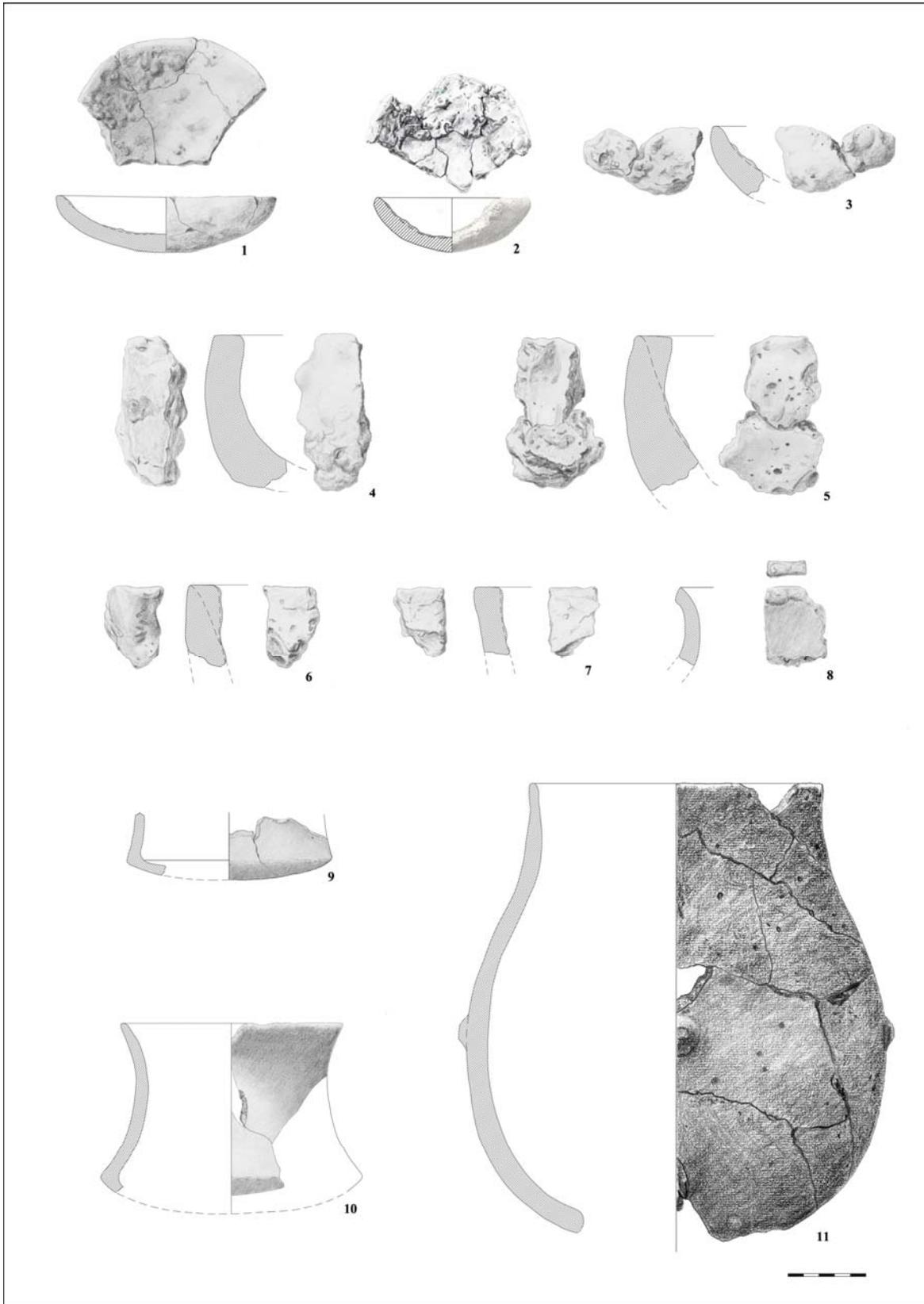


Figura 118. Elementos de cultura material asociados a diferentes actividades documentados en el suelo de ocupación del Grupo Estructural XI.

En último lugar, debemos referirnos al relleno interno del silo 26.16, donde se han localizado los fragmentos de un molino (nº 26.406), y un crisol plano (nº 26.403) junto con diferentes restos de fauna (nº 26.405) y carbón (26.407).

V.3.11.10. Interpretación: marco social y desarrollo de la vida cotidiana

Este Grupo Estructural se sitúa en la zona intermedia de la Terraza Superior y la cima del poblado, lo que ha sido denominado como “acrópolis”. Por el momento no ha sido objeto de excavación en extensión y en profundidad por lo que nuestro conocimiento sobre la articulación de su espacio, la realización de actividades y sus posibles interrelaciones es muy exiguo. En este sentido, sólo conocemos parte del CE XIg que en este caso si ha sido objeto de una intervención en profundidad pero no en extensión, lo que implica que nuestro conocimiento sobre el mismo se reduce como al 50%. Sin embargo, a pesar de los inconclusos trabajos a los que ha sido sometida esta área (GE XI) si podemos puntualizar algunos aspectos sobre el mismo. Una de las cosas que sabemos sobre este espacio es que para su construcción emplearon una gran cantidad de tiempo y esfuerzo para adaptar y habilitar un gran espacio en sentido este-oeste, donde el afloramiento rocoso se muestra de forma más pronunciada. Así pues, estas gentes tuvieron que idear una serie de construcciones que revistieran el afloramiento rocoso que emerge al sur de esta zona y que se presenta en forma de salientes. Estas construcciones consistieron en una serie de muros de mampostería encargados de revestir dicho afloramiento con la idea clara de acondicionar un gran espacio para su habitabilidad. Este tipo de construcciones se ha constatado en el extremo contrario de este poblado, concretamente en la zona denominada como sector 32 y al que hacemos referencia en el análisis del Grupo Estructural X dada la relación que guarda con éste.

La forma rectangular y alargada de este Grupo Estructural XI responde a los criterios planimétricos concretos del poblado, marcados por la planificación urbanística de este grupo humano durante la fase de ocupación IIIB. Para ello, construyen un muro delantero paralelo a las curvas del nivel sobre el que chocan toda una serie de estructuras perpendiculares, encargadas de recrear diferentes estancias destinadas a diversas funciones. Al interior de este espacio, las estructuras internas se disponen perpendicularmente al muro de aterramiento manteniendo así un equilibrio constante del urbanismo de este poblado durante la fase IIIA, entre esta vivienda y la VII a la que se adosa en su cara norte.

Como decimos, se trata de un espacio que originariamente debió ser definido durante la fase de ocupación IIIB, sufriendo remodelaciones sobre todo en su interior durante la fase IIIA. Con respecto a estas reestructuraciones solo hemos podido determinarlas en dos de los espacios excavados en este Grupo Estructural. Uno de ellos se ha sido excavado a nivel de derrumbe de piedra con lo que sólo podemos realizar algunas puntualizaciones sobre las mismas y corresponde con el espacio definido como CE XIc. En este caso conocemos las reestructuraciones a partir de la superposición que se produce entre la estructura (4.5) que quizás tenga su prolongación en la estructura 3.7 documentada en el CE VIIh construida durante la fase de ocupación IIIB y el muro 4.1 al oeste. Esta estructura fue la encargada de formar la base de una nueva terraza que en esta zona se encontraba compartimentada por una serie de estructuras, especialmente, la

4.2, en cuyo extremo nororiental parecía existir una puerta o vía de comunicación entre la casa VII y esta vivienda por el interior. Esta puerta que originaría dicha estructura (4.2), debió de existir entre ambas viviendas pero fue sellada durante la fase IIIA, momento en que se construye una sepultura tipo-cista y su funcionalidad cambia por completo, siendo utilizada como una zona de enterramiento. La construcción de esta sepultura, como ocurre en el resto del poblado, condiciona, determina y cambia la organización original de este espacio, tanto es así que en este momento se rompen las conexiones internas de ambas casas al menos por el interior del espacio de la casa VII. Este hecho debió tener repercusiones en la organización y en las relaciones sociales de las personas que habitaron ambos espacios, que aunque debieron mantenerse a través de otro tipo de conexiones que por el momento desconocemos. Éstas fueron, al menos en parte, modificadas, reorganizadas y renegociadas dado que ambas unidades de habitación fueron dotadas con un mayor carácter privado. Esto no quiere decir que no continuase existiendo durante la fase IIIA conectando con la casa VII. Sin embargo, por el momento, esto lo desconocemos, dado a lo exiguo de las excavaciones en el extremo occidental de este espacio y la conexión entre el CE XIc y el contiguo al este (XIId) y al oeste (XIb). Si bien, caben otras posibilidades que se han barajado en el análisis anterior y es la posibilidad de que el acceso entre esta zona y el CE VIIj se realizase durante la fase IIIA mediante otros mecanismos como serían rampas o escaleras. Sin embargo, tenemos que decir que éstas no han sido documentadas en el registro arqueológico por lo que nosotros nos remitimos a la secuencia estratigráfica y a las propias características del registro.

Por tanto, respecto a este espacio se puede indicar que la estructura funeraria es la encargada de remodelar no a nivel constructivo y estructural sino a nivel funcional y social de esta gran construcción de una fase de ocupación a otra. Este aspecto es muy importante porque, como ya hemos indicado en el análisis de anteriores casas, las sepulturas son fundamentalmente las estructuras encargadas de reestructurar, modificar y cambiar el espacio hasta tal punto que, sus constructores y constructoras prefieren perder espacios sociales para su imposición o construcción. En este caso particular, dicha reestructuración coincide con una fase de ocupación, lo que implica otros aspectos (además de los ya referidos en otros apartados de esta tesis doctoral) como pueden ser cambios en las relaciones sociales y modificación de los parámetros de coexistencia o, una mayor privacidad de los espacios, al menos en esta Terraza Superior, ya que, como observamos en las casas de la Terraza Inferior esta característica no parece detectarse.

Otra de las reestructuraciones documentadas de una fase de ocupación a otra se detecta en el espacio definido como CE XIg. En el origen, la construcción de este espacio parece definirse como una zona de paso o vía de comunicación entre la Terraza Superior y la cima del cerro, zona a la que nos referiremos como “Acrópolis”. Esta comunicación vendría determinada inicialmente al interior de la estructura de aterramiento 26.5 que sería a su vez la encargada de cerrar el espacio con de la Terraza Superior con respecto a la zona Alta del poblado. Sin embargo, durante la fase de ocupación IIIA se produce un cambio en la organización del espacio y éste, que en un principio parecía carente de funcionalidad, se convierte en una zona de habitación. Durante la fase de ocupación IIIB al interior de la estructura 26.5 sólo se localizan dos niveles superpuestos de tierra de cimentación y regularización del suelo sobre el que se dispone un pequeño nivel de barro endurecido que podríamos interpretar como un nivel de pavimento con la intención clara de acondicionar una zona donde los salientes de la

roca son bastante pronunciados, generando un espacio bastante irregular, con ausencia total de estructuras asociadas y restos materiales.

En este momento, esta misma estructura de aterrazamiento 26.5 sería la encargada de cerrar al máximo el espacio de comunicación entre esta Terraza Superior y la cima del cerro, quedando un pequeño espacio entre esta estructura y la 28.1 por donde, a través posiblemente de una pequeña rampa de lajas planas se accedería hacia la zona alta. Sin embargo, durante la fase de ocupación IIIA toda esta organización cambia. Parte del muro de aterrazamiento (26.5) es desmontado en su extremo oriental para conformar un espacio de gran amplitud formado por dos grandes escalones, uno superpuesto sobre otro. De esta manera se consigue no solo una conexión directa entre la Terraza Superior y la cima del cerro sino que también se abre una enorme vía hacia el interior de la estructura 26.5 donde en estos momentos se ha construido un espacio eminentemente habitacional y doméstico. Las razones pudieron tener que ver con las reestructuraciones estructurales realizadas en el CE IXb. Los habitantes de este espacio se vieron obligados a establecer un paso o vía de comunicación en este extremo oriental de la Terraza que comunicase directamente ésta con las viviendas del Grupo Estructural X y la “Acrópolis Oeste”. Así se originaba una vía de comunicación con el extremo oriental y occidental de la parte alta de la Terraza Superior a la vez que, probablemente a través de la zona oriental, se accedía directamente a la parte alta del poblado.

Este cambio funcional y estructural es muy importante ya que genera no solo vías de comunicación más amplias y directas entre la Terraza Superior y la cima del cerro sino que además los habitantes de este poblado en un momento de expansión de construcción del poblado hacia norte el norte (momento en que construyen todo el barrio bajo del poblado) se vieron en la necesidad de dotar con un nuevo carácter funcional un espacio que hasta el momento no había sido pensado y considerado para tales fines. Las razones se han apuntado en el análisis de otras casas de la Terraza Inferior. Probablemente, esta reestructuración se debió a un aumento de la población, a la llegada de personas de otros lugares¹⁷⁴ o aun aumento de la producción que obligó a dotar de nuevo carácter funcional espacios que hasta el momento permanecían como zonas de paso o circulación.

El funcionamiento de este espacio sería pues como una zona de paso que enlazaría directamente con la puerta de entrada del CE IXb al norte y por medio de rampas construidas bien de lajas planas o estructuras de madera o similares se accedería a la zona alta. Esto último se trata de una hipótesis ya que hasta el momento esta zona inmediatamente superior a este espacio no ha sido objeto de excavación. Sin embargo todo apunta a que esta no sería la única entrada con la contaban los habitantes de esta vivienda. En el extremo oriental, el CE XI^f (correspondiente con la fase IIIA) también ha sido definido como la zona de entrada más occidental de esta vivienda. Concretamente, esta entrada comunicaría la Terraza Media e Inferior con la Superior por el interior del poblado. Esta comunicación se debía realizar a través de estrechas calles y zonas de paso como podría ser en este caso el Grupo Estructural VIII que se encuentran en íntima relación tanto con este espacio como con el resto de la Terraza Superior en este flanco occidental. Si bien, debemos señalar que el conocimiento que tenemos en estos momentos sobre esta zona del poblado es mínimo debido por un lado,

¹⁷⁴ Recordemos que en este Grupo Estructural se recupero gran cantidad de restos cerámicos dotados de las características decoraciones de tradición Protocogotas (Alarcón, 2005)

al poco espacio excavado y, por otro, a la alteración que ha sufrido por los envites del agua del pantano. Por tanto, las hipótesis que aquí se proponen deben ser contrastadas en el futuro con los trabajos de excavación.

En cuanto a la organización funcional del espacio hay que señalar en este análisis sólo vamos a utilizar aquellos elementos culturales localizados *in situ* sobre los suelos de ocupación y los estratos sedimentarios inmediatamente posteriores, manteniendo así la tónica de esta tesis doctoral. Por ello, este análisis girará entorno principalmente al espacio oriental de este Grupo Estructural (CE XIg) ya que es el único que se ha llegado a excavar (en parte) el suelo de ocupación, siendo por lo tanto el único que nos permitir establecer pautas de actividad, comportamientos sociales y posibles relaciones de género. Sin embargo, dado el carácter tan especial que presentan los restos culturales del resto de complejos estructurales, mencionaremos sólo aquellos que fueron localizados en las zonas bajas de los derrumbes de piedra ya que los que se encuentran en las zonas altas es probable que provengan del arrastre de la propia ladera y su lugar de origen puede ser la cima del cerro.

Grosso modo podemos decir que en todo este Grupo Estructural (al nivel en que se encuentra de excavación), la mayoría de los restos culturales recuperados están destinados a la realización de las actividades de mantenimiento. El almacenamiento, preparación y servicio de alimentos.

Respecto a la primera de las actividades señalar que en el único espacio de este Grupo Estructural donde podemos identificar su desarrollo es en el CE XIg. En este caso localizamos hasta dos estructuras silo, una al norte (26.18) y otra al sur (26.19) este espacio. En ambos casos se tratan de estructuras semicirculares encargadas de contener la materia prima (cereal) para ser transformada en alimento. Sin embargo, en el momento de su documentación se encontraban completamente vacíos, por lo que no podemos determinar cual fue su destino final. Si bien, si podemos aproximarnos a su funcionalidad dada la cultural material recogida en sus inmediaciones y su interrelación con una estructura central que se trata de un banco que bien pudo ser utilizado de apoyo para la molienda. Sobre este banco se ha localizado una gran piedra de molino de forma barquiforme acompañado de su respectiva mano de moler y asociado a éste se encontraban los fragmentos de hasta cinco orzas, todas ellas situadas entre esta estructura y el silo 26.18 al norte del espacio. Como ya ocurriese en las casas de la Terraza Inferior (Casa II), probablemente, dicha estructura fuese la encargada de contener las semillas de grano de cereal mientras que estos ejemplares de orza serían los encargados de recibir el producto del proceso de molienda. La realización de esta actividad de molienda se realizaría en este caso de forma arrodillada, directamente sobre el suelo de ocupación y mediante el continuo proceso de vaivén obtendría su resultado en forma de harina u otra variante del cereal listo para ser transformado y consumido por los integrantes del grupo. Este resultado final sería depositado en alguna de las orzas documentadas desde donde pasaría directamente a ser transformado en alimento listo para el consumo mediante alguna técnica de cocinado como el hervido, cocido, tostado o similar. Este proceso de molienda probablemente se realizó en la estructura de lajas planas localizada en las inmediaciones de este silo que pudo actuar de soporte para las diferentes piedras de molino que se han recuperado en las proximidades de estas estructuras. Esto nos indica que, aunque la actividad de molienda pudo tener una estructura fija, las herramientas utilizadas serían móviles lo que significa que las personas encargadas de realizar dichos trabajos no estarían sujetas a una única

estructura o espacio, dotando a estos trabajos de una gran adaptabilidad, no quedando condicionada ni por una estructura ni por un espacio determinado.

Será precisamente entorno a la estructura 26.20 donde se detecte la mayor concentración de actividad social de esta estancia. Entorno a ella no solo se detecta, como hemos observado, las prácticas relacionadas con el almacenamiento y procesado de cereal sino que también queda atestiguada arqueológicamente su relación con la preparación de alimentos. En sus inmediaciones contamos con uno de los pocos ejemplares de ollas localizados en esta estancia. Ésta presenta unas características concretas, se trata de una olla globular de cuello marcado y fondo convexo, Precisamente, dicha olla es uno de aquellos elementos que podemos relacionar con el procesado de alimentos de tipo líquido a base de cereales (aunque no se haya recuperado ningún elemento de este tipo), como podían ser la realización de purés, sopas o similares realizados mediante la técnica del hervido o cocido. Asociada a ella se localizó también la única tapadera de pizarra recuperada en todo este espacio que nos podría estar indicando una técnica de cocinado ya que ésta actuaría no solo como protector del contenido ante la inclusión de posibles agentes externos sino también sería ideal para mantener el aporte calorífico en el interior del recipiente.

En base a las técnicas de cocinado y preparación de alimentos debemos tener presente que en esta misma área central y entorno a estas estructuras y restos de cultura material se recuperaron gran cantidad de fauna, sobre todo referentes a las partes apendiculares de ovicápridos y vaca. Estos elementos nos podrían indicar otro tipo de técnicas de cocinado como sería el asado o la disposición directa de la carne sobre las ascuas. Sin embargo, como sucede en otras casas, esta técnica no puede ser corroborada ya que carecemos de muestras faunísticas con señas directas de su exposición prolongada en el fuego, pero recordemos que el hecho de no documentarlas, no quiere decir que no se practicara sino que probablemente su desecho no ha llegado hasta nosotros ya sea por la limpieza periódica del espacio o por la propia erosión.

Todos estos datos señalan que la preparación de alimentos no debía realizarse lejos de esta zona. Ciertamente, en este caso tampoco podemos precisar su ubicación ya que no contamos con estructuras de hogar o similar, sin embargo, en la zona occidental del espacio se ha documentado fuertes lentejones de ceniza que podrían estar indicándonos la realización de este proceso en esta área. Si esto fuese así podríamos pensar, como ya ocurriese para otras casas de la Terraza Inferior y Media, que una vez realizado el proceso de cocinado estos recipientes serían apartados del fuego y dejados en el lugar donde muy posiblemente se fuese a consumir. Esto tendría que ver con una forma de preparar los alimentos que consistía en el reposo de los mismos, consiguiendo así una textura particular de ellos y, por lo tanto, conseguir de esta manera una textura particular y un gusto singular. Sin embargo, a este respecto no podemos precisar ni realizar su comparación con otros ejemplares porque no contamos con más recipientes relacionados con la preparación de alimentos en este espacio. Por ello tampoco podemos puntualizar, hasta excavar su zona occidental, que se trate del único ejemplar utilizado en esta estancia.

Aunque no podemos atribuir ni hacer un uso comparativo entre este espacio y el resto de estancias que integrarían esta vivienda, respecto a estas actividades si podemos apuntar que entre el derrumbe de piedra en el XIb se recuperó una olla ovoide honda, de

paredes rectas y fondo plano mientras que en el XIc se recuperaron los fragmentos de hasta cinco ollas más.

Por el momento, de estas actividades solamente podemos anotar que convivieron entre ellas tanto en el tiempo como en el espacio durante la fase de ocupación IIIA, al menos en la estancia XIg.

Por el momento, el servicio y el consumo de alimentos sobresale destacadamente sobre el resto de las actividades documentadas en esta posible vivienda XI. Es muy significativo que en prácticamente todos los complejos estructurales de lo que podría ser la vivienda XI destaquen aquellos recipientes de pequeñas y medianas dimensiones dotados de una gran calidad a nivel ornamental y técnico (cuencos parabólicos, semiesféricos, de borde entrante, etc., vasos simples, carenados, bitroncocónicos, etc.). Estos están marcados por la tan característica decoración tipo Protocogotas que en esta zona está más presente que en ningún otro espacio de Peñalosa. Asimismo destacan, por su número todos aquellos recipientes que tienen que ver con la presentación y el servicio de alimentos, las fuentes de perfil simple o carenadas de fondo plano o convexo las cuales están dotadas de un excelente tratamiento superficial y de elementos decorativos y similares a los anteriores. Como decimos, todos estos materiales acompañados de restos de fauna han sido recuperados de los niveles de derrumbe de todo el extremo central y occidental de este Grupo Estructural. Estos no los hemos incluido en este análisis aunque si quedan recogidos en el análisis contextual de cada uno de los espacios, ya que no podemos asociarlos entre ellos ni determinar su organización espacial como tampoco precisar su interrelación con otros elementos relacionados posiblemente con otras actividades productivas como sería la metalurgia. Es decir, sólo se ha hecho referencia para referir el gran interés que despierta ésta área del poblado, tan cercana a la zona alta y, con lo cual, a la zona de acrópolis de este grupo social.

En el único espacio donde hemos podido documentar parte de esta actividad de consumo a través de la presencia de restos culturales ha sido, como en los casos anteriores, en el XIg. Los elementos recuperados en este llegan a confirmarnos nuestras sospechas de que en este caso nos encontramos ante un espacio donde con toda probabilidad el servicio y presentación de alimento adquirió un gran significado social para estas gentes, dada la abundante presencia de fuentes y su caracterización mediante elementos decorativos muy particulares. El consumo sería individual y, teniendo en cuenta los recipientes cerámicos donde sería depositado el alimento, éste sería preferentemente líquido, así lo demuestra el hecho de documentar un segundo ejemplar de los vasos bitroncocónicos y una fuente de similares características a las expuestas con anterioridad.

Por su parte, estos elementos fueron nuevamente recuperados entorno a la estructura de lajas planas o banco 26.20 en el centro de la estancia. Ello nos indica que gran parte de la vida cotidiana de este espacio (al menos lo que conocemos) giró entorno a esta estructura, la cual también pudo estar relacionado con el descanso y aposento de las gentes de esta vivienda junto con la estructura 26.14, actuando así como estructuras auxiliares en la realización de las actividades de mantenimiento.

Por último, En cuanto a la producción metalúrgica poco podemos indicar, tan sólo que gran parte de los restos materiales recuperados con esta actividad en la zona

central-occidental responden a los primeros momentos del derrumbe de piedra en el CE XIa y Xb. En ambos casos se tratan de aquellos elementos relacionados con la trituración y machado del mineral, su deposición en los crisoles cerámicos o de piedra, mientras que además, en el segundo de los mencionados, el proceso parece ampliarse hasta la fundición y su vertido en los moldes. Sin embargo, esta relación entre los niveles sedimentarios donde se han recuperado unido a la pronunciada pendiente que se genera en esta zona de la ladera podemos pensar que gran cantidad de los restos materiales recuperados en estos contextos (CE XIa y Xb), en realidad pertenecen a la zona alta del poblado que por la acción de la erosión se han visto envueltos entre estos niveles superficiales y de derrumbe de piedra.

Capítulo VI
Conclusiones
generales/ Conclusions

VI. I. CONCLUSIONES GENERALES

Uno de los objetivos principales de esta tesis doctoral ha consistido en poner de relieve la gran dimensión social, económica y cultural que las mujeres vienen desarrollando a lo largo de la historia; demostrar a través del análisis del registro arqueológico, las fuentes escritas, las fuentes etnográficas y la observación de nuestra propia sociedad que la mayoría de las construcciones sociales realizadas sobre los comportamientos humanos y las relaciones de género no tienen un sustento histórico prefijado por el sexo, sino que son meras construcciones humanas realizadas desde el presente con la clara intención de ratificar comportamientos y conductas culturalmente aprendidas.

A continuación, se recogen, a modo de recapitulación, las primeras consideraciones y valoraciones a las que se han llegado tras el análisis de las fuentes y de la documentación de campo, que son imprescindibles para el conocimiento de la actividades realizadas por las mujeres en la Prehistoria Reciente, concretamente en este caso en el yacimiento de Peñalosa. Conclusiones y observaciones que seguiremos planteando y analizando de manera más extensa en los próximos años, dentro de los proyectos de investigación en los que estamos inmersos.

Teniendo en cuenta que a lo largo del trabajo se han ido incluyendo, dentro de cada capítulo, algunas de las valoraciones y conclusiones a las que hemos llegado, entendemos que no es necesario volver a reiterar determinados temas, por lo que nos limitaremos a efectuar un breve y somero comentario de los aspectos más relevantes de cada uno de los puntos analizados.

Así pues el presente trabajo partía desde su inicio con un objetivo claro, el estudio de la experiencia vital e histórica de una gran mayoría de mujeres a lo largo de la historia, para ello hemos tomado como sujeto de conocimiento a las mujeres de la Prehistoria, concretamente del poblado argárico de Peñalosa. Para conseguirlo hemos utilizado una categoría de análisis basada en el conjunto de trabajos y producciones que a lo largo de la historia se han asociado con las mujeres. Las actividades de mantenimiento.

Las actividades de mantenimiento o lo que es lo mismo los trabajos relacionados con el reemplazo generacional, como la preparación de alimentos, el cuidado de los individuos indefensos ya sea por enfermedad o edad, el cuidado de los espacios de vida, los trabajos relacionados con producciones elementales para la supervivencia como es la producción y manufactura de ropas, de utillaje y herramientas y su mantenimiento etc.

Tradicionalmente, estas actividades han quedado relegadas al campo marginal de la investigación fuera de la explicación histórica. De hecho han sido catalogadas como actividades ahistóricas, lo que significa que quedan fuera de cualquier explicación histórica, equivalente a definir las como actividades sin tiempo por lo que es imposible su consideración y definición a lo largo de la historia. Cuando encontramos el reconocimiento de su presencia estas siempre son situadas fuera de los aportes de significación social en la dinámica histórica. Y es que la investigación histórica y arqueológica ha confundido inmovilidad y continuidad en el tiempo, con resiliencia social y ubicuidad. En definitiva ha confundido el carácter necesario y básico de estas actividades con la inmovilidad. Cuando

en realidad lo que ocurre es que resultan imprescindibles para la vida de una comunidad, hasta el punto de proporcionar la capacidad de sobrevivir a cambios sociales traumáticos y facilitar, así la resiliencia de las sociedades humanas.

Recordemos que las actividades de mantenimiento se caracterizan por tener unos objetivos en común definidos por su indispensabilidad en cualquier grupo social y humano, dado que su principal función es mantener y posibilitar la reproducción social, humana y económica de los grupos sociales, lo que las convierte en las únicas actividades transversales tanto en el tiempo como en el espacio. Todos estos trabajos comparten una temporalidad marcada por la constante repetición, reiteración y recurrencia de acciones, lo que las convierte en actividades constantes, periódicas, puntuales, estacionales, etc., que necesitan para su desarrollo el empleo de conocimiento adquirido o aprendido y la utilización y aplicación tecnológica determinada funcionalmente y por el contexto socioeconómico en que se desarrolla. Pero además, las actividades de mantenimiento comparten, en la mayoría de las ocasiones, unos sujetos sociales encargados de proporcionarlas y realizarlas, básicamente las mujeres y unos sujetos sociales perceptores y beneficiarios de estos trabajos, el conjunto del grupo humano donde se desarrollan.

Todos estos elementos, características y rasgos comunes de las actividades de mantenimiento son los que nos han permitido examinarlas, estudiarlas y analizarlas a nivel transhistórico y transculturalmente en el desarrollo de esta tesis doctoral. Las actividades de mantenimiento están presentes en todas las culturas a lo largo del tiempo. Precisamente, la transversalidad en el tiempo y en el espacio de las actividades de mantenimiento las ha convertido en aquellas actividades exentas de cualquier explicación y significación histórica. Sin embargo, pensamos que precisamente en esta característica radica su valor. Porque son los únicos trabajos que se mantiene a lo largo del tiempo y del espacio, reflejando así su importancia y consideración dentro de cada uno de los grupos sociales, ya sean pasados o presentes. Si bien esto no quiere decir que éstas no sufran cambios o más aún, que no sean reflejos de los cambios que acontecen en los grupos humanos, sino todo lo contrario. Porque estos trabajos han tenido, irremediablemente, que influir y ser influidos por el resto de cambios acontecidos en cualquier sociedad (Sánchez Romero y Aranda, 2005).

En el poblado de Peñalosa, las actividades de mantenimiento se caracterizan por presentar una serie de particularidades que las definen dentro de este marco social particular. Su principal característica y más destacable es su continuidad a lo largo del tiempo en las dos fases de ocupación (IIIA y IIIB) identificadas en el conjunto de este poblado. Sin embargo, Las actividades de mantenimiento, no sólo están presentes en el marco de la vida cotidiana de este grupo humano sino que además en estas actividades participaron e incidieron en la propia organización social y espacial como en el propio sistema constructivo de las diferentes viviendas. Es decir a lo largo de este análisis hemos identificado una serie de rasgos como es el hecho de que gran parte de las actividades de mantenimiento generalmente se asocian a unos espacios determinados dotados de unas características constructivas particulares.

Por ejemplo, el almacenamiento y preparación de alimentos. Ambas actividades las hemos documentado siempre asociadas directamente con estancias dotadas de techumbre o en áreas de las habitaciones principales cubiertas o semicubiertas. Muchos espacios utilizados e ideados en un primer momento con una funcionalidad determinada

como por ejemplo zona de paso o vía de comunicación (XIg) en el paso de una fase de ocupación a otra IIIB a IIIA podemos encontrar como su cambio de funcionalidad es hacia su acondicionamiento como un espacio eminentemente doméstico marcado por la realización de diferentes actividades de mantenimiento (el almacenamiento y la preparación de alimentos). En otro caso se ha documentado a la inversa. Un espacio destinado inicialmente al almacenamiento en el paso de una fase de ocupación a otra (de la fase IIIA a la fase III0) cambia su funcionalidad para convertirse en una zona de comunicación entre dos grandes espacios sociales (acrópolis este y oeste) (Xc). Similar situación sucede en otras áreas o estancias del poblado donde se ha podido detectar un cambio en el significado social y funcional determinados espacios, este es el caso del VIc o VIII f. Ambos espacios forman parte de las dos viviendas de mayores dimensiones del poblado. La primera ocupa la Terraza Media mientras que la segunda discurre por toda la Terraza Superior en su parte central-occidental. Ambas viviendas ocuparían una posición central en las categorías sociales de este poblado. Y en ambas casas documentamos un cambio en la organización y en el patrón funcional de dos de sus espacios, remodelación y reorganización del espacio social y doméstico para convertirse de uso exclusivamente funerario.

Este cambio no quiere decir que las actividades de mantenimiento que se estuviesen desarrollando en estos espacios desaparecieran. Lo que ocurre es que se produce su cambio en cuanto a la localización. Por ejemplo este aspecto lo hemos detectado claramente en la casa II (IIa) donde hemos podido observar como la construcción de una posible sepultura ha condicionado y determinado en cierta manera la organización del conjunto de actividades sociales. Esto no significa que dichas actividades desaparezcan o que sean sustituidas por otras sino que simplemente se remodela su espacio, su localización, eso sí siempre moviendo (por lo tanto sufriendo los cambios) el resto de actividades antes de intentar ajustar en cierta medida la ubicación de las sepulturas. Este aspecto es curioso, en la mayoría de las casas, sobre todo de la Terraza Inferior y Media, donde hemos documentado la construcción de estructuras funerarias posteriores a la construcción e ideación de la casa observamos que la construcción de las estructuras funerarias deben obedecer algún tipo de patrón de carácter simbólico e ideológico, ya que aunque en dichas casas tengan espacios desprovistos de estructuras que recrean áreas de escasa actividad, estas generalmente son construidas en las proximidades (o en todo el centro) de las zonas donde se localiza una mayor actividad de la vida cotidiana. Este es el caso precisamente del ejemplo mencionado (casa II, Terraza Inferior) o de la monumental construcción de la casa VI que ocupa el espacio central de la vivienda. Esto no es sólo significativo de la importancia que para los pobladores argáricos tenían sus difuntos, porque esto ya está marcado por la propia localización de las sepulturas, en el interior de los espacios de habitación sino que en este caso parece ir más allá queriendo establecer una conexión un poco más íntima con el desarrollo de la vida cotidiana. Este aspecto solo forma parte de una reflexión individual que deberemos seguir trabajando en futuros trabajos tal y como es nuestra intención.

Los espacios en el poblado de Peñalosa son compartidos lo que nos indica que las relaciones de género debieron ser fluidas manteniéndose una gran complementariedad tanto a nivel espacial como funcional. Al menos así nos lo muestra el registro arqueológico dada la interacción, interactividad e interrelación de las actividades de mantenimiento con otro tipo de actividades como, la metalurgia.

En este sentido son varias las cuestiones que podemos plantear. En primer lugar, en el poblado de Peñalosa contamos con lo que podríamos denominar dos tipos de vivienda. Unas caracterizadas por su organización simple, dotadas por un espacio central entorno al cual giraría gran parte de la vida cotidiana y otros espacios anejos a estos que en determinadas ocasiones se han podido determinar como soportes al conjunto de actividades que se estaban desarrollando en el espacio central pero en otros casos dotados de entidad propia que en su interrelación tanto espacial como funcional conforman grandes Unidades de Habitación totalmente relacionadas a través de puertas de acceso. En estos casos las compartimentaciones internas, se reducen a la construcción de tabiques medianeros de escasa entidad. Si bien, al contrario de lo que sucede en la Terraza Inferior conforme subimos la ladera norte, nos encontramos con viviendas cuya organización y construcción es más compleja. Se tratan de grandes viviendas, dotadas de diferentes espacios sociales y funcionales pero como en el caso anterior totalmente interrelacionados por las diferentes vías de paso y comunicación que homogenizan el espacio convirtiéndolas en una única vivienda. En ambos casos no se ha determinado una separación del espacio a nivel funcional sino todo lo contrario se tratan de espacios relacionales y completamente imbricados en el desarrollo de la cotidiana.

Lo cierto es que la primera diferencia entre la Terraza Inferior y el resto del poblado es el aumento del espacio ocupado por las viviendas. Las segundas son de mayores dimensiones, más complejas en cuanto a su construcción y organización espacial, con mayores subdivisiones del espacio. Este cambio en el patrón y organización del espacio nos podría hacer pensar que es resultado de una intensificación social y especialización del espacio en base a su relación funcional que en consiguiente conllevaría una segmentación tanto del espacio como de los agentes sociales que lo integran y desarrollan las diferentes actividades. Sin embargo, en nuestro caso pensamos que esto no sucede o al menos no con la misma intensidad que se puede dar en otras zonas o culturas como sucede en el mundo griego durante el periodo clásico (González Marcén *et al.*, 2007). En nuestro caso el registro arqueológico nos habla de una íntima relación entre las distintas actividades de mantenimiento y la actividad metalurgia. Hasta el momento no hemos documentado ningún espacio en el poblado de Peñalosa donde la actividad metalúrgica actúe en solitario sin estar en comunión con el conjunto de las actividades de mantenimiento, sin embargo, si que tenemos ejemplos al contrario. Contamos con Unidades de Habitación donde las actividades de mantenimiento son las principales y prácticamente los únicos trabajos desarrollados, donde la actividad metalúrgica queda escasamente representada.

Ante esta situación pensamos que a pesar de establecer una mayor complejidad espacial y constructiva de las viviendas (VI VII) no significa que el grado de especialización de las actividades fuese mayor, ya que en ambas viviendas no hemos documentado ni una intensificación de las diferentes producciones ni hemos comprobado una ruptura de las relaciones que en las casas de la vivienda de la Terraza Inferior se establecen entre actividades de mantenimiento y producción metalúrgica. Sin embargo, si puede significar una intensificación del trabajo. Si tenemos en cuenta el grado de actuación de la producción metalúrgica en la Terraza Inferior este es relativamente menor que el constatado en la Terraza Media y Superior dado al grado de cultura material recuperada y relacionada con esta actividad tanto en unos espacios con en otros. Este aspecto sí es sintomático, porque no sólo es la producción metalúrgica la que parece aumentar su producción o al menos su presencia en estas viviendas sino que

también lo hacen las actividades de mantenimiento ocupando amplios espacios los cuales quedan determinados por su actuación como es el caso del (VI_f, VI_g y VI_d, VII_a).

Así pues en base a la localización, asociación e interacción de las actividades de mantenimiento y la producción metalúrgica, podemos decir que en el poblado de Peñalosa no se puede hablar de espacios segregados en base a la categoría de género. Probablemente podemos decir que en algunos casos determinados espacios serían durante más tiempo ocupado por hombres y otros por mujeres pero nunca podremos hablar de una separación del espacio a nivel funcional porque ambos conjunto de actividades se encuentran totalmente interrelacionados entre ellos compartiendo en determinados momentos y fases productivas tanto espacio, estructuras, en algún caso probablemente también herramientas de trabajo y sujetos sociales que las realicen. Este es el caso de la molienda de cereal y la molienda del mineral, ambas actividades parecen compartir mucho más que el desarrollo de una misma actividad, general e históricamente asociada con las producciones de las mujeres, llegando en muchos casos a estar tan relacionada, que ambas materias primas (granos de cereal y mineral) aparecen entremezcladas en un mismo espacio y en completa asociación. O como también sucede con el consumo de alimentos y las diferentes fases productivas de la metalurgia. En este sentido tenemos que decir que en todo el poblado hemos localizado una constante y es precisamente esta asociación. Como ya apuntábamos en algunas de las interpretaciones sociales de las viviendas esta asociación nos podría hacer pensar que los alimentos se consumen principalmente en aquellos lugares donde se esta realizando el trabajo, trasladándose el alimento hasta las zonas de trabajo y no los sujetos a las zonas de consumo. Este aspecto es muy característico porque nos está hablando de un tipo determinado de recipientes de preparación de alimentos, de un tipo de recipientes para el consumo y de la gran adaptabilidad que esta actividad de consumo de alimentos tiene entre estas sociedades.

Una de las actividades de mantenimiento que mejor testimonio nos han dejado en el registro arqueológico de Peñalosa es sin lugar a dudas la preparación y el consumo de alimentos. Estas actividades se documentan en todas las viviendas de este poblado formando parte de la vida cotidiana de este grupo social y en muchos casos su actuación es tan amplia que determinan tanto la construcción del espacio, su organización y distribución. Su localización en cada uno de los espacios es central y a la vez centralizadora dado que se documentan en las estancias principales de cada una de las viviendas y entorno a ellas se genera gran parte de la actividad social de cada vivienda. Así pues, podemos decir que estas actividades son centralizadoras de las relaciones sociales, marcadoras de las relaciones de género y de la posición social de cada vivienda en el conjunto de este poblado argárico por lo que tienen la característica de coordinar y vertebrar el desarrollo de su vida cotidiana.

Dentro de estas actividades, la preparación de alimentos, tenemos que hablar del almacenamiento de alimentos. Esta actividad está ampliamente representada en el conjunto de este poblado. Ambas actividades ocupan, en ocasiones el mismo espacio físico siendo localizadas totalmente interrelacionadas sin embargo, en otras ocasiones el almacenamiento de alimentos ocupan estancias determinadas y específicas. Esta actividad siempre aparece relacionada con espacios provistos de techumbre, resguardados del exterior dado que el principal nutriente al que parecen estar destinados es el cereal, el cual necesita unas condiciones óptimas e ideales para su conservación y preservación en el tiempo. En la mayoría de las ocasiones esta actividad recurre a la

utilización de grandes recipientes, con una gran capacidad volumétrica asociados a tapaderas de pizarra documentándose escasamente otro tipo de tapaderas como el corcho.

Estos grandes contenedores suelen estar dispuestos directamente sobre los suelos de ocupación, apoyados unos sobre otros, sobre las vigas de madera que soportarían los hoyos de poste o aprovechando recortes o puntos ciegos originarios de la confluencia de varias estructuras, también han sido documentados dispuestos sobre los bancos longitudinales.

No en todas las ocasiones se eligen este tipo de contenedores los cuales son móviles y dotados de características morfológicas que facilitan su movilidad en el espacio, sino que en encontramos casos donde esta actividad sería fija y determinada por la construcción de una estructura para su realización, como sería los silos o alacenas de almacenamiento. Este tipo de estructuras son bastantes escasas en el conjunto del poblado, tanto solo hemos documentado su presencia de una casa de la Terraza Inferior y en otra de la Terraza Superior. Su escasa representatividad nos habla de dos cuestiones principales. Una primera que generalmente se utilizarían recipientes cerámicos para esta actividad y otra que esta actividad

La presencia continuada y constante de esta actividad en todas las viviendas de este poblado la convierten en una actividad propia de la vida cotidiana y esencial para estos grupos familiares o corresidenciales. Sin embargo, debemos puntualizar un aspecto que tiene que ver con el grado de su intensidad. En el registro arqueológico de Peñalosa hemos detectado una serie de viviendas donde sobresale su presencia y donde dicha actividad parece determinante tanto en la organización espacial como en la vida cotidiana de estos grupos. Estas viviendas son la casa IV, VI y Xa. Cada una de estas viviendas corresponde respectivamente con la Terraza Inferior, Media y zona de fortificación. Las razones de esta concentración pueden ser varias, una de ellas podría ser que una vivienda de cada terraza fuese la encargada de realizar la distribución y el almacenamiento de estas materias primas al resto de casas de la terraza lo que implica un alto grado de concentración y centralización de esta actividad así como un control sobre dicha producción por parte de estas viviendas. Sin embargo, aunque esto fuese así lo cierto es que esta práctica se documenta en todas las viviendas teniendo en todos los casos una abultada presencia lo que nos indica que la administración diaria, cotidiana y subsistencial dependería directamente de los miembros de cada unidad corresidencial

Estas actividades guardan una estrecha relación en los poblados prehistóricos y particularmente en Peñalosa con las zonas destinadas a la preparación de alimentos y al cocinado de alimentos. Con respecto a la primera actividad (preparación de alimentos) tenemos que decir que en la mayoría de los casos se ha determinado que la materia prima principal de almacenamiento sería el cereal, tal y como demuestra el hallazgo de semillas carbonizadas tanto en el interior de los contenedores como en sus cercanías. Este nutriente sería almacenado en grano y podría ser consumido en dos formas, una en grano directamente y otra obteniendo un subproducto de este, en forma de harina, sémola u otros. Para la consecuencia de este subproducto, el cereal debía ser tratado mediante el proceso de fricción que conlleva la molienda. Este proceso de molienda puede ser realizado mediante la construcción de estructuras de molienda, consistentes en bancos semicirculares que albergan por lo general una piedra de molino de grandes o muy grandes dimensiones. O bien realizarla con en molinos móviles. Ambas herramientas se han documentado en

Peñalosa. Con respecto a los primeros podemos decir que contamos hasta el momento con cuatro viviendas dotadas con esta estructura de molienda (casa IV, VI, VII y X), mientras que los molinos móviles o portátiles de menores dimensiones son documentados por cientos en todo el poblado. Estos últimos no tienen porque utilizar una misma estructura en cada proceso de molienda lo que permite una mayor adaptabilidad de esta actividad y movilidad a los agentes encargados de desarrollarla, básicamente las mujeres. Sin embargo, estos conllevan otras consecuencias y es que su producción es más lenta pero a la vez requiere menos esfuerzo mientras que las primeras tienen una producción rápida y mayor cantidad pero necesitan la inversión de mayores cantidades de esfuerzo.

Con respecto a las estructuras de molienda en todos los casos mencionados excepto la casa VI documentamos asociados las típicas estructuras de lajas hincadas encargadas de recoger el subproducto del grano aunque como parece suceder en la casa IV también serían utilizados los propios contenedores cerámicos destinados al almacenamiento (¿doble funcionalidad?), aunque a este respecto hemos detectado una cierta asociación a estas estructuras y zonas de molienda de los recipientes de preparación de alimentos. En estos casos las piedras de molino son dispuestas con una leve inclinación hacia esta estructura agilizando así el proceso de molienda. En el interior de estas estructuras de lajas hincadas se han documentado en todos los casos grandes contenedores cerámicos los cuales nos están informando de que su estado es fijo y determinado por dicha estructura. Solo en el caso de la vivienda VII hemos documentado asociado a este banco de molienda una piedra imbricada en su propia construcción ubicada en un nivel inferior sobre la que se colocaría la persona encargada de realizar dicha actividad en posición arrodillada.

Si recordamos los datos ofrecidos anteriormente referentes a la actividad de molienda donde hemos expuesto que en cuatro viviendas sobresale su producción y unimos al hecho de que en estas mismas viviendas es donde por el momento sólo se han documentado las estructuras de molienda fija ¿se trata realmente de una coincidencia? O ¿tendríamos que buscarle otra serie de significados sociales?, en este momento de nuestra investigación sólo podemos apuntar hasta este punto sin embargo, pretendemos seguir trabajando en esta línea intentando buscar respuestas a través del registro arqueológico en futuras intervenciones de este poblado.

En cuanto a ¿quién realizaría esta actividad de molienda?, el registro arqueológico como sabemos carece de textos escritos que nos explican quién (hombre o mujer) realizaba cada una de las actividades que éste recoge. Sin embargo, en nuestro caso contamos con los cuerpos de los individuos inhumados que a través del análisis patológico podemos llegar a establecer patrones de actividad desarrollados durante su vida.

Quince de los treinta y tres individuos (hombres y mujeres adultos) identificados en el poblado de Peñalosa presentan algún tipo de lesión, es decir, el 74.3% de la muestra con la que contamos hasta el momento sufrieron enfermedades que les dejaron dejar huella en el esqueleto. La patología más frecuente entre estos individuos tanto hombres como mujeres corresponde a la enfermedad degenerativa articular. El 43% de los individuos recuperados tiene este tipo de lesión. La región anatómica más afectada es la columna, nueve individuos que presentan la enfermedad tienen comprometidas sus vértebras, en especial la región cervical y lumbar, lesiones que suelen desarrollarse a partir de la edad adulta como consecuencia de sobrecarga funcional y una actividad prolongada en el tiempo. La mitad de los afectados (6/9) también presentan alterada la

articulación del hombro y la cadera. Con una frecuencia menor (4/9) la afección se localiza en la articulación temporomandibular, codo, muñeca, mano, pie y tobillo.

En la utilización de estos índices debemos tener en cuenta la categoría de edad ya que este es un valor añadido que incrementa la probabilidad de padecer algún tipo de enfermedad articular. Por tanto, es lógico que los individuos de edad más avanzada presenten mayor número de lesiones en distintas zonas anatómicas, por ejemplo, los dos individuos maduros (hombre y mujer) de la sepultura 18 tienen signos patológicos en seis zonas articulares, al igual que la mujer de la sepultura 24. A este respecto debemos destacar la presencia de osteofitos marginales de grado Sager I y II en las vértebras lumbares de la mujer de la sepultura 18, y Sager II en las tres últimas lumbares de la 24, Sager I en el varón de la sepultura 25 y Sager II-III en las cervicales del varón 27. La frecuencia y localización anatómica de estas lesiones nos inducen a pensar que estos individuos a lo largo de su vida realizaron una fuerte actividad física relacionada muy probablemente con el transporte de objetos pesados apoyados sobre sus hombros y en algunos casos sobre sus cabezas. Como podemos comprobar en la columna vertebral las diferencias entre ambos sexos no son significativas a excepción del sector dorsal, atañen a tres individuos masculinos mientras que su presencia sólo se constata en una mujer madura. Sin embargo, el estudio de las articulaciones y conjuntos articulares anatómicos si permiten establecer diferencias significativas en la incidencia de la artrosis. Para ello se han analizado de forma individualizada las articulaciones: hombro, codo, muñeca, cadera, rodilla y tobillo y los conjuntos articulares columna lumbar, dorsal y cervical. En el miembro superior los varones muestran una afectación del hombro muy acusada ya desde edad adulta, mientras que en las restantes articulaciones, sobre todo en el codo, las diferencias entre sexos no son muy destacadas. En el miembro inferior, los valores de los varones tampoco exceden de forma considerable a los de las mujeres, con la excepción del conjunto del pie y hombros, donde de nuevo, la diferencia resulta estadísticamente significativa para el caso de los hombres de Peñalosa.

En la determinación de los patrones de actividad contamos con otro indicar extraíble del estudio de los cuerpos de los individuos de Peñalosa, el estrés músculo-esquelético. Este indicar consiste en los cambios que se observan en las inserciones de ligamentos y tendones como consecuencia de un incremento en el desarrollo muscular. Suelen estar localizadas en zonas concretas y asociadas a la realización continuada de determinadas actividades durante la vida de un individuo aunque también están influidos por el sexo, edad, niveles hormonales y diferencias genéticas. En Peñalosa hemos detectado la presencia de una de estas lesiones, concretamente la que se manifiesta en la parte posterior del calcáneo y que afecta a la inserción del tendón de Aquiles, en dos individuos de la sepultura número 2 del CE XIId, un varón y una mujer, el individuo masculino adulto de la sepultura 12 presenta exóstosis en la carilla articular del peroné y la mujer madura de la sepultura 24 presenta entesopatía en el calcáneo. Estas patologías indicarían que estos individuos debían de andar frecuentemente por terrenos ondulados o escarpados, lo cual concuerda perfectamente con la orografía del territorio en el cual se enclava este poblado. Como podemos comprobar en cuanto a esta patología no detectamos un dimorfismo sexual.

Tampoco en este sentido parecen indicativos los índices detectados sobre otro tipo de patologías relacionadas con los patrones de actividad. Seis individuos, la mujer y hombre maduro de la sepultura 18, la mujer de la tumba 24, dos hombres maduros de la sepultura 2, los individuos masculinos adultos de la sepultura 10 y 12, presentan

periostitis tibial cicatrizada de naturaleza estriada. Este tipo de lesión se inicia como respuesta vascular inflamatoria del periostio ante contusiones traumáticas, enfermedades infecciosas, deficiencias nutricionales y trastornos hemodinámicos. La lesión evoluciona para finalmente generar la formación de nuevo tejido óseo e incrementar el espesor cortical de la zona dañada.

La tibia es uno de los huesos más afectados por periostitis debido a la escasa protección que ofrece el tejido muscular, especialmente en la cara interna, por lo que esta más expuesta a la producción de traumas directos y localizarse en una zona anatómica donde es más frecuente el éxtasis venoso. Como podemos comprobar entre la población recuperada de Peñalosa esta afección afecta de manera más evidente sobre el cuerpo de los hombres (4 de los seis individuos identificados). En este caso no podemos confirmar la etiología de estas lesiones a un cuadro infeccioso dado que en el resto de individuos no se han documentado señas de esta enfermedad por lo que nos inclinamos a pensar que estas patologías fueron producto de sus patrones de actividad probablemente relacionados con largas caminatas, desplazamientos reiterativos, y lo escarpado del terreno donde se asienta el poblado. Así pues, estas lesiones estarían directamente relacionadas con una mayor movilidad de los hombres quienes a su vez se suelen relacionar con labores de pastoreo, minería o transporte de carga, trabajos estos que implican un mayor riesgo de caída y un mayor ejercicio físico.

El hecho de que esta patología se identifique sólo en una mujer puede volver a estar relacionado con la actividad que ésta pudo desarrollar a lo largo de su vida. Anteriormente ya hemos indicado que dada la concentración de patologías que esta presentaba (mujer de la sepultura 18) Como ya hemos indicado con anterioridad probablemente estuvo relacionada con la molienda del cereal, actividad totalmente testada arqueológicamente en el conjunto de la unidad habitacional a la que debía pertenecer (Xa). La deducción lógica es que la mujer 18.0 sufría no sólo de una enfermedad degenerativa articular que le provocó la aparición de osteofitos en algunos puntos de su esqueleto axial, tenía un severo deterioro de la columna, especialmente a nivel de la región torácica y lumbar pero dicha enfermedad degenerativa se vio fuertemente marcada por su actividad física durante su vida lo que le ocasionó pérdida de masa ósea provocada por la osteoporosis.

Conjugando todos estos datos e información extraída del registro arqueológico de Peñalosa podemos apuntar que el almacenamiento en entre este grupo social es una actividad eminentemente cotidiana, en íntima relación con los espacios domésticos asociada tanto a las zonas de transformación alimenticia como de consumo. El almacenamiento en culturas conocidas es un elemento de distinción o poder sin embargo, en nuestro caso al encontrarse distribuido por todo el poblado e incluso su fuerte presencia en varias casas del poblado no nos permite hablar de distinción o poder de las clases sociales ya que estas viviendas se encuentran distribuidas entre el barrio bajo, medio y alto del poblado con lo que no encontramos una concordancia entre almacenamiento y estatus social que nos permita apuntar en este sentido, así como tampoco la cultura material nos permite barajar esta hipótesis. Las mujeres pudieron controlar el almacenamiento al menos en la escala cotidiana administrando los recursos disponibles y por lo tanto influyendo en el desarrollo y escala económica tanto familiar como grupal. A su vez sus cuerpos y patologías nos indican que estas debieron realizar trabajos donde la columna vertebral, las manos, caderas, rodillas y pies, articulaciones relacionadas directamente con el procesado del cereal, la molienda, a su vez presentan

menores indicadores de patologías de estrés músculo-esquelético, lo que nos indica una menor movilidad.

Las áreas de esta actividad suelen encontrarse en sintonía con los espacios dedicados a la segunda fase del proceso de preparación de alimentos. El cocinado. En el conjunto del poblado hemos documentado una preponderancia hacia la utilización de ollas ovoides de medianas y grandes dimensiones de paredes rectas, aunque en viviendas como la IV y VI también localizamos pequeños ejemplares de estos recipientes. Entre las ollas de fondo plano destacan en las casas I, II, III, IV y VI por su presencia superando en muchas ocasiones aquellos ejemplares de fondo convexo. A este respecto debemos puntualizar un aspecto y es que en la casa III parece haberse dado un cambio en el patrón y técnica de producción de alimentos. En el conjunto de esta vivienda destacan las ollas ovoides de fondo convexo sin embargo, en la única estructura de basurero documentada en este poblado que se localiza al interior de este espacio documentamos los restos de ollas globulares. Este aspecto sería significativo si su razón de ser fuese precisamente el sustitutivo o cambio en el patrón de la preparación de alimentos. Los segundos ejemplares son más propensos para la realización de alimentos semisólidos y líquidos con menor grado de elaboración ya que presentan su boca más cerrada lo que condiciona también el acceso al contenido. En todos los casos presentan sus superficies exteriores con señas de su exposición directa sobre el fuego, lo que nos indica y ratifica la utilización de estos recipientes con anterioridad a su desecho en esta estructura de basurero pero además nos habla de cómo sería realizado este proceso. Estos recipientes serían dispuestos directamente sobre las ascuas sin contar con ningún tipo de elemento que le sirviese de soporte a modo de brasero, trébedes o similar. A rasgos generales y en base a la cultura material documentada en el registro arqueológico podemos decir que entre este grupo humano prevalecen las técnicas de cocina basadas en el hervido y cocido de los alimentos. Los tiempos de cocción serían variados tal y como nos muestra la alternancia de ollas de paredes finas y gruesas. Sin embargo, con respecto a la técnica empleada si observamos una continuidad y una generalidad en el poblado de Peñalosa.

Estos no son los únicos recipientes que este grupo humano debieron utilizar para el preparado de alimentos, también contamos con formas completamente abiertas y profundas ideales para la preparación de alimentos de carácter líquido, como son las cazuelas y lebrillos. Estos recipientes son idóneos para la preparación de alimentos que requieran un alto grado de evaporación del líquido que contiene el preparado alimenticio. En su mayoría presentan dimensiones grandes con lo que tenemos que relacionarlos con la preparación grandes cantidades de alimentos. Además a través de los análisis realizados sobre la fauna localizada en el conjunto del yacimiento hemos podido detectar al menos otra técnica de cocinado la brasa, consistente en la exposición directa de la pieza cárnica sobre las ascuas. Esta se ha detectado a través de huesos quemados producto de esta actividad en al menos cuatro viviendas.

Otro de los elementos documentados y relacionado con la preparación de alimentos en este caso consistentes básicamente en lácteos son las queseras, su presencia se reduce expresamente a diferentes fragmentos recuperados en tres viviendas, una en la Terraza Inferior, otra en la Terraza Media y otra en la Terraza Superior. En todos los casos parecen responder a una misma morfología, forma acampanada, con la base amplia y la boca estrecha. En este caso tenemos que hablar de otra técnica de

preparar el alimento tal y como indican los estudios etnoarqueológicos, la elaboración como su propio nombre indica de queso, un alimento sólido (Fernández Martí, 2008).

En cuanto al tipo de elemento que estas gentes consumieron contamos con los datos materiales del registro arqueológico, es decir, los restos carpológicos y faunísticos. En cuanto a los cereales a nivel global del poblado se observa una preponderancia hacia el uso del cereal de cebada en su variante de vestida mientras que el trigo en sus dos variantes (vestido y desnudo) queda en una posición secundaria. Los niveles de estas materias primas oscilan entre el 22% de la casa III hasta el 87% de las viviendas IV, VI mientras que el trigo sólo supera el 50% en la vivienda VII donde además la presencia de frutos como bellotas se acentúa sobre el resto del poblado.

Por su parte, la presencia de plantas silvestres es constante en todas las viviendas oscilando sus porcentajes entre el 13% al 54% y alcanzando el 71% y el 98% en las zonas altas del poblado. Estos niveles son significativos porque por un lado, nos muestran una preponderancia hacia la utilización de la cebada como materia prima cerealística en el conjunto del poblado detectándose una continuidad de su uso en la terraza inferior, mientras que por otro, nos determinan unas diferencias con respecto a la terraza superior donde es el trigo el que tiene una mayor presencia, sobresaliendo sobre el resto del poblado (recordemos que en ambas casas constatamos una intensa actividad de almacenamiento y molienda). Sin embargo, estos porcentajes debemos tomarlos con cautela, ya que estos restos se tratan de elementos perecederos que tras su transformación no dejan huella de su presencia en el registro arqueológico, unido a que en estos momentos no contamos con el análisis de todas las muestras recuperadas en Peñalosa, sobre todo las de las últimas campañas que aunque escasas aumentarían en cierta medida el grado de presencia. Esta relativa ausencia de estos restos es especialmente significativa en la zona alta. En el pasillo central de esta zona los grandes contenedores recuperados *in situ* se encontraban vacíos, mientras que en el interior del espacio Xa la mayoría de las vasijas se encontraban asociadas con su contenido interno que era básicamente cebada y trigo, indistintamente.

Por otro lado, sólo documentamos restos de frutos en la terraza superior, aunque este dato no debemos tomarlo en comparación con la zona alta ya que el volumen de excavación que aún falta podría depararnos sorpresas. Sin embargo, si que la podemos comparar con las viviendas de la Terraza Inferior donde no se ha documentado este consumo a excepción de las semillas de una bellotas (escasa muestra) localizadas en el interior de una botella que conformaba parte del ajuar funerario de la sepultura 6.

Así pues, aunque podemos establecer diferencias en cuanto a la localización de unas especies u otras en el conjunto del poblado entre las que sobresalen los cereales estas gentes debían de consumir otro tipo de alimentos como frutos, plantas silvestres carne, lácteos y otros completando así su dieta alimenticia. Con respecto al aporte cárnico este grupo social consumió de forma mayoritaria animales domésticos frente los salvajes, sin embargo, nos encontramos con un caso particular donde esta distinción ha sido más complicada realizarla dado al alto porcentaje de consumo de cerdo, el cual es muy difícil de diferenciar del cerdo salvaje (jabalí), esto sucede en la vivienda V. En cuanto al consumo de carne debemos destacar tres aspectos. El primero de ellos es que en el conjunto del poblado se ha detectado una escasa presencia de estos restos lo cual pudo deberse a procesos postdeposicionales o bien a actividades de limpieza sistemáticas de las áreas de consumo. En segundo lugar hemos podido establecer al

menos dos diferencias en cuanto al consumo cárnico en el conjunto del poblado. Por un lado destacamos la abundante presencia de équidos recuperados en la zona alta del poblado llegando a alcanzar niveles que suponen el 78% del total de la muestra para el conjunto del yacimiento mientras que muy por detrás aparecen los ovicápridos, el vacuno con apenas el 2,5 % de representatividad y ciervos y cerdos en las últimas posiciones, configurando así un peculiar espectro faunístico para esta vivienda (Contreras *et al.*, 1995).

En esta vivienda (Xa) sobresalen de igual manera los porcentajes de los restos óseos preferentemente, de caballos que han sido expuestos a la manipulación antrópica. Se ha constatado en un 44% de un total de 178 muestras restos marcas de desmembramiento y manipulación intencionada, así como un 62,88% del total, presentan señas de cortes y un 7,5% de exposición al fuego. Las partes anatómicas de los caballos más afectadas por estos procesos antrópicos son sus huesos axiales (costillas y vértebras), aunque también se han documentado ejemplos en las zonas apendiculares (Sanz y Morales, 2000: 223-233).

Por otro lado, debemos destacar la abundante presencia de restos apendiculares de vaca localizados en la terraza media. Lo interesante a este respecto no son sólo las huellas de cortes que presentaban sino que dichos cortes se repetían en idénticas posiciones y en el mismo tipo de restos óseos. Esto nos indica que las personas que realizaron dicha desarticulación conocían perfectamente la técnica y el modo de realizarla.

Estas huellas corresponden fundamentalmente a las tareas previas al fileteado de la carne para el consumo así como, probablemente, a la preparación de los huesos para un proceso de cocción. Lo que nos lleva nuevamente a la utilización de diferentes técnicas de cocinado, las cuales actuarían de forma conjunta e intercaladamente en las diferentes viviendas.

Todos estos datos ha sido posible contrastarlos a través de los análisis de paleodieta realizados sobre la población de Peñalosa. Los cuales no sólo nos han permitido confirmar los diferentes aportes alimenticios mencionados sino que además nos ha permitido establecer diferencias en cuanto al consumo de alimentos en base al género. Entre los individuos analizados encontramos que los varones de las sepultura 12 y 27 presentan unos altos niveles de estroncio, magnesio y bario que se traduce en los individuos con mayor ingesta vegetariana de toda la muestra analizada mientras que el resto de individuos masculinos presentan unos niveles que se corresponden con un consumo más rico en carne y leche. Sólo un individuo masculino (sepultura 2) queda fuera de estos dos grupos que parecen existir entre los hombres argáricos de Peñalosa detectándosele la menor ingestión de productos lácteos del poblado. Los varones con mayor aporte de proteínas animales basadas en la carne roja serían el 16, 7.0 y 6. Entre ellos divergen porque el primero incorpora menos cereales y frutos secos, patrón diferenciador que también aparece en los dos últimos.

Por su parte, entre las mujeres analizadas se detecta un comportamiento más heterogéneo. Las mujeres de las tumbas 1 y 18 se separan del resto debido a sus menores niveles de vanadio y especialmente de zinc. Ambas se diferencian entre sí porque la primera es mucho más vegetariana, ingería más fibra, frutos secos, legumbres, fruta y cereales, recordemos que esta mujer pertenece a la vivienda VII, espacio donde

se han documentado los mayores niveles de estos nutrientes. La mujer de la sepultura 18 por su parte era la de menor ingesta en productos vegetales de toda la población analizada, también era la que menos carne consumía, pero en su alimentación incluyó habitualmente proteínas centradas en el pescado y los crustáceos. La posición del resto de casos analizados es mucho menos definida. En realidad, su alimentación también se basaría en una dieta mixta, formada por vegetales ricos en fibra, en la que incorporaban una cantidad significativa de frutos secos y leche. La mujer adulta de la tumba 7.2 se diferencia de la mujer de la tumba 24 y de la joven de la sepultura 28 por ser menos carnívora, ingresar más cereales y vegetales verdes, mientras que las dos últimas pueden distinguirse entre sí porque la juvenil 28 era menos vegetariana y tenía una dieta mucho más rica en lácteos. Así podemos concluir diciendo que entre el grupo de mujeres parece detectarse dos grupos, tres mujeres (18, 7.2 y 1) que presentan una ingesta cárnica pobre; mientras que otras dos (24 y 28) presentan una ingesta alta, más del doble de la detectada en las anteriores. ¿Acaso estos *grupos* tienen significado social, representan algún tipo de jerarquización? ¿Existe algún patrón diferencial en su alimentación en función del lugar de enterramiento?.

Con respecto al primer grupo decir que estas tres mujeres corresponden respectivamente a las viviendas X, VI y VII, recordemos que estas se localizan en la Terraza Superior y la primera de ellas en el interior del espacio fortificado en la zona alta del poblado. En todos los casos se tratan de sepulturas dobles en cista excepto la segunda que es triple y monumental, por lo que su determinación social a través del ajuar funerario no es posible dado que no podemos asignar un elemento de ajuar directamente con un individuo, sin embargo, si podemos destacar la presencia en las tres sepulturas de elementos de metal, concretamente en la primera un puñal de cobre y en la segunda y tercera, estos elementos metálicos consisten en punzones. Con respecto al segundo grupo decir que la primera (24) corresponden a sepulturas individualizadas, la primera depositada en una cista nuevamente y la segunda en una estructura cuya construcción se asemeja a una covacha. Ambas corresponden a la Terraza Superior. Respecto a sus ajuares decir que a la primera le acompañaba un puñal y una botella mientras que a la segunda eran tres cuencos semiesféricos.

Las diferencias no sólo se han podido establecer entre la propia muestra femenina sino que además a través de los resultados de análisis de dos individuos pertenecientes a la misma sepultura hemos podido determinar diferencias de género claras. Concretamente para este análisis contamos con un individuo femenino adulto y otro masculino juvenil de la sepultura 7. Tumba triple, que sobresale del resto de sepulturas del poblado por la propia construcción de la sepultura como por los elementos de ajuar que les acompañaban (tanto cerámico, metálico y cárnico). Las diferencias entre ambos individuos vienen determinadas porque el individuo juvenil masculino incorpora prácticamente el doble de aporte cárnico que la mujer. Niveles estos que son significativos si tenemos en cuenta el factor edad y por otro lado la categoría social, a la que todo apuntaría que sería la misma para ambos individuos perteneciendo muy probablemente al mismo grupo corresidencial. Esta diferencia en el aporte dietético no sólo establece un dimorfismo sexual entre este grupo corresidencial sino que además nos confirma el patrón general del poblado de Peñalosa. De forma similar, el estudio multifactorial permite diferenciar a los varones de mediana edad 2 y 2.0 depositados en la tumba 2. El primero era algo más vegetariano y consumía más productos lácteos al incorporar mayor cantidad de magnesio, bario, estroncio y vanadio;

es decir, de nutrientes ricos en fibra, cereales, legumbres, frutos secos, vegetales verdes y leche.

En conclusión, podemos decir que estos análisis nos confirman que la población de Peñalosa se corresponde con una sociedad de economía mixta con una alimentación rica en productos vegetales y un aporte significativo de carne roja. Cereales, frutos secos, legumbres, tubérculos y fruta fueron los vegetales que formaban parte habitual de su dieta. El elevado consumo de carne permite deducir que procedía mayoritariamente del consumo de grandes mamíferos, esencialmente ovicápridos y bóvidos ya que entre los nutrientes también está presente de forma significativa la leche o sus derivados. Tampoco debe olvidarse el consumo de fauna silvestre, ciervos, corzos y quizá súidos, dado el tipo de hábitat de la zona.

Una parte muy reducida de la población, tan sólo conocemos el ejemplo analítico de la mujer de la tumba 18, incorporó en su ingesta habitual proteínas en forma de pescado y crustáceos. Este tipo de nutrientes era potencialmente accesible como consecuencia de la proximidad del curso fluvial que corre al pie del yacimiento.

La ingesta habitual de cereales podría enmascarar la dosis real de carne, ya que los fitatos presentes en el grano impiden parcialmente la absorción del zinc por el tubo digestivo. Este comportamiento podría significar que el aporte de carne roja fue realmente superior al detectado en el estudio paleoquímico, aunque en ningún caso la interpretación final sería la de transformar a Peñalosa en una población de tipo pastoril. La disponibilidad de frutos secos, muy probablemente bellotas, estaba asegurada dada la presencia en el entorno de condiciones favorables a los encinares, lo que explicaría también la presencia de súidos en la dieta.

En general puede afirmarse que la población de Peñalosa tenía una alimentación basada en los vegetales y rica en proteínas animales. Los varones incorporarían mayores cantidades de productos cárnicos y presentan un tipo de dieta más homogéneo que las mujeres. Por su parte la heterogeneidad femenina no solo parece manifestar un comportamiento diferencial respecto a la elección de nutrientes, sino que ésta podría estar asociada con factores sociales, de salud y lo que es más significativo, con un origen geográfico distinto¹⁷⁵ (Trancho *et al.*, inédito).

Las actividades de mantenimiento conllevan y atañen otro grupo de trabajos que no suelen dejar una huella directa en las personas que los realizan pero en muchas ocasiones si lo hace en las personas que los reciben, nos referimos a los cuidados y sus prácticas sociales. Su estudio a través del registro arqueológico es complicado sin embargo como hemos observado a lo largo del capítulo III.4 este es posible y así lo hemos dejado patente en el análisis de cada una de las viviendas analizadas en el bloque temático anterior. Así pues en el poblado de Peñalosa encontramos una serie de huellas de su producción. Éste es el caso de los bebés, los cuales en sus primeros años de vida necesitan cuidados y atenciones constantes que se ven reflejados a través de su

¹⁷⁵ Los datos han sido extraídos del informe “Peñalosa: caracterización bioantropológica, paleopatológica y paleonutricional de los habitantes de un poblado minero de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir”, redactado por Gonzalo Trancho, Beatriz Robledo y María Soledad Martínez Ávila de la Universidad Complutense de Madrid. Agradecemos a los autores del mismo y a los directores de la excavación de este yacimiento arqueológico Francisco Contreras Cortés y Juan Antonio Cámara Serrano su permiso para utilizarlos.

supervivencia mientras que también son evidentes en el cuidado de miembros del grupo de mayor edad afectados por algún tipo de lesión de carácter traumatológico, infeccioso u otro carácter.

Respecto al primero de los grupos referidos decir que en Peñalosa su población presenta una alta mortandad infantil, generalmente con edades comprendidas entre los 18 meses y los tres años. Este periodo de edad ha sido asociado con los periodos de destete, momento en que los individuos infantiles cambian su patrón alimenticio abandonando la leche materna y consumiendo otro tipo de alimentos como pueden ser gacha o similares. Este momento en la vida de cualquier ser humano es muy importante porque en gran medida su supervivencia depende de la superación de esta fase de edad. Así pues podemos decir que en el caso de Peñalosa la decisión social de realizar este cambio alimenticio se debía tomar entorno a los dos años de edad, prolongándose al menos hasta los tres años de edad. La determinación de esta edad responde a unos criterios y decisiones del grupo por lo que este dato es muy significativo en relación a la toma de decisiones de este grupo social.

En su mayoría, los individuos infantiles presentan señas de criba orbitalia y de hipoplasia dental. Ambas lesiones también afectan otro segmento de la población con respecto a la primer afecta de forma mayoritaria a las mujeres la hipoplasia dental atañe prácticamente por igual a ambos sexos alcanzando a 11 de los 18 analizados. Estos niveles confirman que las condiciones de vida durante la infancia no fueron óptimas y podría explicar la elevada frecuencia de muertes infantiles.

En cuanto al segundo de los casos, los individuos de edad más avanzada que requieren en algún momento de sus vidas atención por parte de otros miembros del grupo la lesión que mayor reflejo deja en el cuerpo de quien la padece son los traumatismos. Estas lesiones se nos presentan en forma de reosificaciones óseas, las cuales nos indican que los individuos que las padecieron necesitaron atenciones y cuidados y a su vez que estos la recibieron. Esta patología la detectamos en diferentes individuos sobre todo masculinos aunque en nuestro caso debemos detenernos en dos mujeres de este grupo las cuales destacan por el grado de sus lesiones las cuales requirieron de determinados cuidados por parte del grupo. La primera de ellas es la mujer adulta de la sepultura 18. Ésta presenta signos inequívocos de sufrir osteoporosis junto con toda una serie de problemas (que hemos explicado en apartados anteriores por lo que no volveremos a incidir nuevamente sobre ellos) que le hicieron requerir toda una serie de cuidados por parte del grupo además de necesitar algún tipo de alimento que le mejorara su calidad de vida en el día a día.

Se han observado seis individuos (entre hombres y mujeres) con lesiones traumáticas, todas ellas consolidadas. Una de la más afectada vuelve a ser la mujer 18.0, con aplastamiento secundario de varios cuerpos vertebrales debido a su osteoporosis, también presenta fractura cicatrizada en un fragmento de la parrilla costal y marcado engrosamiento en la epífisis proximal de una falange distal de mano, lesión compatible con una fractura en dicha zona articular. También aparece una fractura en el segundo metacarpiano del varón 18.1 y en la falange medial del pie izquierdo de la mujer 24; lesiones todas ellas que en ningún caso comprometían la supervivencia de la persona pero que si requirieron de un cierto nivel de cuidados por parte del grupo.

Mayor importancia presentan los traumatismos craneales del varón adulto de la tumba 27 y de la joven de menos de 18 años depositada en la sepultura 28. El primero tuvo una lesión que afectó a la parte posterior del parietal derecho, muy cerca de la sutura lambdática que presenta completamente cicatrizada. El impacto produjo el hundimiento de la tabla externa, pero no existen evidencias de otros signos patológicos que hagan pensar en el desarrollo de graves complicaciones postraumáticas, lo cual nos indica que recibió un conjunto de cuidados y atenciones, prueba de ello es su supervivencia al impacto producido por un elemento contundente y tras su cicatrización, desplegó una actividad física normal.

El otro individuo que presenta señas de que a lo largo de su vida recibió abundantes atenciones y cuidados es la joven de la sepultura 28. Esta presenta fractura del peñasco del temporal. Este tipo de lesiones aparece en pacientes con antecedentes de traumatismo craneoencefálico de severidad variable, pero son especialmente comunes en los casos de gravedad moderada e intensa. El origen etiológico de la lesión en Peñalosa es desconocido, pero las causas más probables, dado su edad y sexo, es que se produjese como consecuencia de una caída, quizá por precipitación desde una cierta altura. También podría haberse generado mediante una agresión física que afectase a la región del temporal, junto al oído. Creemos más probable la primera hipótesis porque esta joven presenta también una subluxación de la cadera derecha, con aplastamiento de la cabeza femoral, lesión que modificó de forma importante sus movimientos y la cual se podría haber generado al mismo tiempo que el trauma craneal. Las secuelas tras la lesión son variables, en función de la severidad del traumatismo, pero suelen implicar la presencia de otorragia, acúfenos, vértigo, hipoacusia, neuralgia postraumática, disfunciones del oído interno vómitos repetidos, alteraciones de la visión, e incluso parálisis facial.

En Peñalosa, con la compartimentación, complementariedad e interacción de actividades que se dan en la configuración de su espacio interno, promueve el aprendizaje y el desarrollo de identidades, a través de la imitación de los comportamientos del mundo adulto, aprendiendo así de forma continua las normas, deberes, obligaciones y las actividades a desarrollar cuando se alcance la edad, los individuos infantiles reproducirían y construirían su identidad en directa conexión con el mundo adulto.

Sin embargo, es cierto que la visualización en el registro arqueológico del desarrollo de éste proceso es difícil. Debemos prestar especial a la cultura material y a su contexto de aparición, por ejemplo, en muchas ocasiones se han asociado las miniaturas de objetos cerámicos a individuos infantiles cuando en realidad pueden estar funcionando como elementos de ritual o simbólicos. Pero debido a que su actuación estaría en continua sintonía con los espacios domésticos, con la cultura material, etc. no se debe olvidar que en el registro arqueológico existe una gran diversidad de elementos que pudieron estar manejados por estos individuos, como elementos fabricados por adultos para el juego de los individuos infantiles, o bien materiales desechados desde el mundo adulto o los propios elementos que pudieron fabricar los mismos individuos infantiles (Politis, 1998: 10).

En Peñalosa, es curioso porque dentro de su extensa tipología argárica, encontramos como una de las formas han sido asociadas a éste proceso de aprendizaje y juego de los/as niños/as se tratan del tipo 5 de las formas de Peñalosa, son unos vasitos

de muy pequeños tamaño carenados. Aparecen en contextos domésticos. Este tipo en el análisis morfométrico aparece claramente separado del resto de tipos. Su factura tecnológica es tosca, con arcilla poco cocida. Sus dimensiones métricas son, diámetro de la boca 35 mm., diámetro de la carena 29 mm., altura total 28 mm., altura de la carena 22 mm. y ángulo del borde 121°. Dentro de la tipología ha sido considerado como un juguete infantil. Ejemplos de estos elementos los hemos documentado en diferentes viviendas de la que queremos destacar el caso de la vivienda Xa donde se documentaron hasta tres pequeños vasitos en asociación que responden a esta tipología.

Las conclusiones que se pueden extraer son diversas, siempre teniendo en cuenta que la muestra utilizada es muy pequeña para establecer generalizaciones pero sí podemos realizar unas aproximaciones. En primer lugar, la ausencia de ajuares entre los individuos infantiles menores de un año, nos hace pensar en que estos aunque son reconocidos como miembros del grupo social, porque sino no los enterrarían (probablemente tenga que ver con la categoría social del grupo familiar al que pertenece), sin embargo, es cierto que su consideración como miembro integrante y participador no está del todo reconocido. En segundo lugar, podemos decir que los individuos que logran sobrevivir varios años de vida (aunque probablemente su causa de la muerte esté relacionada con el destete, tal y como veíamos anteriormente), ya comienzan a definirse dentro del grupo familiar, pero siempre en relación directa con sus individuos adultos, como podría interpretarse el hallazgo de la sepultura 13 (individuo infantil y mujer madura) que presenta un rico ajuar compuesto por elementos cerámicos, metálicos y adorno especialmente un arete de oro. Los individuos infantiles enterrados superiores a 3 años y presentan sobre todo elementos relacionados con el adorno (Sepultura 5) al igual que la sepultura 4 con la presencia de pequeños vasitos carenados, los cuales pueden ser interpretados como parte de los juegos y de los procesos de aprendizaje de los individuos infantiles, lo que nos plantean que incluso en este caso ya se introduce en el mundo funerario la categoría social y posible actividad realizada por el individuo enterrado. Sin embargo, cuando parece indicarse una mayor adscripción al grupo y a la categoría social es a partir de la edad de 12 años, tal y como demuestra el hallazgo de la sepultura 7, considerada entre las sepulturas más ricas y monumentales documentadas hasta el momento en el poblado, se trata de una sepultura triple con dos individuos adultos uno femenino y otro masculino junto con un individuo infantil que presentan un ajuar de gran prestigio. Sin embargo, esta sepultura lo que si nos viene a confirmar es el carácter familiar y social de los miembros del Grupo Estructural VI y que la integración al grupo es por herencia familiar.

Además de todas estas prácticas de cuidado del cuerpo, de la vida y de los individuos sabemos que este grupo social tuvo una gran preocupación por mantener la higiene y salubridad al interior de sus espacios habitacionales. Para su identificación contamos con diferentes datos que nos remiten a esta afirmación. En primer lugar en diferentes espacios ha sido posible documentar restos de enlucidos y evidencias de actividades de mantenimiento en el acabado de los muros que definen las distintas viviendas, espacios sociales o de habitación. Estos enlucidos se nos presentan en forma de finas capas de barro muy decantado encargados de revestir los paramentos interiores de las viviendas. Concretamente sus huellas están presentes en las casas de las distintas terrazas que componen este poblado. Entre ellos podemos encontrar desde dos niveles de revoco superpuestos como ocurre en el Id hasta cuatro en el caso del Xa lo que nos indica una recurrencia y reiteración tanto de esta actividad como de una preocupación constante por mantener en óptimas condiciones el habitación donde se está

desarrollando la vida cotidiana. Estos datos nos muestran que no existe una distinción en función de la localización de las viviendas, si se encuentran en la Terraza Inferior, Media, Superior o acrópolis del poblado con lo cual podremos decir que se trata de una práctica totalmente generalizada y normalizada dentro de las prácticas sociales de este grupo humano a lo largo de todo su periodo de ocupación. Porque recordemos que sobre todo las viviendas de la Terraza Superior y acrópolis del poblado son espacios construidos desde el primer momento de vida de éste lo que nos indica que esta práctica es transversal al conjunto de actividades que se desarrollan tanto en una fase de ocupación u otras. La realización de estas actividades incide en la vida, en la salud y en la supervivencia de los hombres, mujeres y niños que integran cada uno de estos espacios evitando infecciones, previniendo complicaciones en los cuadros de enfermedades en definitiva ayudan a una mejor y mayor calidad de vida y bienestar.

Este no es el único indicador de la realización de estas prácticas de mantenimiento de las viviendas de este poblado de la Edad del Bronce. Contamos con datos directos de la realización de la limpieza de las viviendas a nivel del suelo de ocupación. Uno de estos indicadores es que la realización de estas prácticas ha impedido la acumulación de sedimentos, provocando que el nivel de destrucción se colocara directamente sobre el nivel de ocupación de la vivienda. Esto es indicativo ante todo de una limpieza sistemática a la que era sometido el interior de las estructuras de habitación, hecho que no sólo es relevante en este yacimiento argárico sino que también se ha constatado en otros poblados del Bronce Final como es el yacimiento de Cabezuelos (Jaén). Otro indicador sería la localización de estructuras destinadas exclusivamente a acoger los desechos producidos durante el desarrollo de la vida cotidiana. En este caso concreto contamos con una sola estructura de este tipo documentada en el conjunto del poblado, pertenece a la casa III y concretamente se localiza en su espacio o estancia central (IIIa). El hecho de no documentar estructuras asociadas con estas prácticas no quiere decir que no se realizase.

La mayor parte de los desechos humanos son materia orgánica marcadamente perecedera y biodegradable lo que nos indica su corto periodo de tiempo en el registro arqueológico donde incide sobradamente la actuación de los procesos postdeposicionales, sobre todo en sociedades como esta que cuentan con más de 4000 años de antigüedad. El hecho de no documentar basureros comunes o individuales en áreas externas e internas del poblado no significa que no los hubiese. Recordemos que la erosión en este poblado argárico ha sido muy fuerte tanto por la provocada por sus fuertes pendientes como por la actuación del pantano, que ha incidido en la conservación sobre todo de las zonas externas del poblado. Precisamente en el nivel de cimentación y regularización de una de las casas documentamos abundantes restos de fauna de diversa índole junto con restos de recipientes cerámicos muy machados. Estos elementos inmersos en la propia matriz de esta unidad sedimentaria nos informan que estos elementos probablemente se encontraban en el lugar cuando se fue a construir este espacio y que en el proceso de construcción estos quedaron inmersos como parte de este nivel sedimentario. La pregunta es como llegaron hasta aquí. Pensamos que muy probablemente estos elementos sean producto de estas tareas de desecho y limpieza del interior de los espacios. Durante la fase IIIB, en el espacio VIIa y en el resto del extremo occidental de esta vivienda se estarían llevando a cabo diferentes actividades entre las que se encontraría la preparación y el consumo de alimentos. Los desechos de estas producciones pudieron ser vertidos al exterior del poblado evitando así las acumulaciones de desechos en el interior de su espacio e higienizando todo el espacio

previniendo diferentes enfermedades de carácter infecciosos. De esta manera podríamos darle respuesta a una serie de ecofactos y artefactos presentes en un nivel sedimentario que poco o nada tiene que ver con su nivel de uso y funcionalidad.

Todas estas tareas se verían acompañadas de una serie de plantas aromatizantes y antibacteriales como es el *cistus* y la *lavanda*. Estas dos plantas silvestres son las que se han documentado en el conjunto del poblado relacionadas con estas prácticas de mantenimiento del interior de los espacios de habitación. La primera de ellas se trata de una planta destacada sobre todo por sus capacidades aromáticas aunque tienen otras tantas propiedades sobre las cuales incidiremos en función del contexto donde se han localizado. Tal es así que en la actualidad, en España es todavía costumbre quemar sus ramas con el objetivo de perfumar el ambiente. Mientras que la segunda, la *Lavandula stoechas*. Sus principales características y propiedades como en el caso anterior son aromáticas. También se continua utilizando en la actualidad en Andalucía es aún costumbre quemar sus hojas en pebeteros con la intención de aromatizar y perfumar las habitaciones. Además esta planta tiene otras capacidades como su propiedad antiparasitaria y antibacterial, funciones que sería muy útiles entre este grupo humano que recordemos su principal seña de identidad es el enterramiento de los individuos muertos en el interior de los espacios de habitación, lo que requerían mecanismos y sistemas que garantizase un mínimo de salubridad.

La presencia de ambas plantas es dispar entre las diferentes viviendas en cuanto a las cantidades de semillas recuperadas y en cuanto a su representatividad por especies. Las viviendas que destacan por presentar mayores cantidades son sin lugar a dudas las casas II, III y IV de la Terraza Inferior y la VI de la Terraza Media del poblado y en el interior de la zona denominada como acrópolis Xa, mientras que en el resto de poblado su presencia es minoritaria yendo desde las 7 semillas localizadas en la vivienda VII hasta ninguna en la vivienda XI. Entre todas ellas destaca sobremanera la presencia de la lavanda sobre el *cistus*, localizándose éste sobre todo en la zona de la Terraza Inferior. Como podemos comprobar su presencia aunque dispar y desequilibrada se localiza en prácticamente todos los espacios habitacionales de este poblado. El vacío que se documenta en la zona de la Terraza Superior puede deberse a la actuación de la erosión por un lado, la limpieza continuada, o bien que en esta zona donde la producción metalúrgica tiene una mayor incidencia que en el resto del poblado intervenga en este proceso de limpieza. La pregunta es si podemos responder ante esta ausencia mediante la relación que existe entre esta vivienda y la producción metalúrgica. Esta cuestión no ha sido posible responderla ya que la ausencia de estos restos materiales simplemente puede deberse a una pérdida de información durante el proceso de excavación.

En este punto llegamos a la producción textil, la actividad de mantenimiento que mayor valor e importancia ha ostentado a lo largo de la historia, dado que se ha catalogado como artesanía y, por lo tanto, caracterizada con implicaciones tecnológicas. En Peñalosa contamos con toda una serie de restos culturales que nos permiten asegurar la realización de esta actividad y muy probablemente también la manufactura de ropas, vestimentas así como los trabajos de cestería. Aunque en la mayoría de las casas hemos podido comprobar la presencia de pesas de telar, punzones de hueso trabajado, restos de semillas de lino, etc., no en todas podemos asegurar su producción. La determinación de la producción textil en cada vivienda la hemos realizado en base a la recurrencia que estos materiales presenta en el registro arqueológico de cada casa. Así pues en la mayoría de las viviendas documentamos uno, dos o tres fragmentos de pesas de telar sin

embargo, solo en tres viviendas hemos identificado grandes concentraciones de estos elementos que junto a su ubicación en el espacio, siempre cercanos a puntos de luz nos ha permitido determinar la imposición de un telar probablemente vertical. De esta manera llegamos a la conclusión de que la producción textil es la única actividades de mantenimiento que no podemos decir que esté presente en todas las viviendas de Peñalosa. Sólo en tres de ellas hemos constatado su presencia, concretamente en la casa IV, VI y la Xa. Particularmente esta distribución es muy interesante ya que la primera se localizada en la Terraza Inferior del cerro, la segunda, en la Terraza Media y la tercera en el interior de la zona de fortificación sobre la cima del cerro.

Este hecho podría responder a una ¿centralización de la producción textil?, lo cierto es que no sabemos cual puede ser la razón de ser pero lo que si sabemos es lo que nos dice el registro arqueológico, y es que es sólo en estas tres viviendas donde esta producción tuvo una incidencia mayor que en el resto del poblado. Además en estas mismas viviendas hemos podido identificar otro tipo de actividades referentes a esta producción, como es la manufactura de las propias pesas de telar (Xa) útiles de hueso trabajado o también la manufactura y el mantenimiento de las vestimentas o ropas. Con respecto a estos últimos trabajos, no queremos decir que no se realizasen en otras viviendas de Peñalosa, pero nuevamente la incidencia de estas prácticas parece concentrarse en las tres viviendas anteriormente mencionadas o cuando menos dichos trabajos fueron más recurrentes dejando una mayor huella en el registro arqueológico como se ha identificado en el caso de la vivienda IV donde además los punzones de hueso presentan marcas de haber sido reiteradamente pulidos y abrillantados. Este también aspecto es muy significativo porque nos habla de la reiteración y repetición de acciones, hechos y trabajos que conlleva esta actividad y que en este caso ha quedado registrada en el registro arqueológico.

Todos estos aspectos nos llevan a plantear la posibilidad de que estas tres viviendas fuesen las encargadas de realizar dichos trabajos de forma abasteciendo a su vez al resto de viviendas que se localizan en cada una de las terrazas del poblado. Es decir, que estas viviendas fuesen las encargadas de realizar de forma centralizada estas actividades y a su vez las encargadas de distribuir y abastecer sus productos al conjunto de viviendas que integran su grupo social más directo que en este caso serían las diferentes terrazas o zonas en que se distribuye el poblado.

Si esto fuese así podríamos hablar de ¿especialización de una actividad? Y de ¿especialistas en estas actividades?, lo cierto es que igual que hemos expuesto anteriormente son aspectos que no podemos ni debemos precisar, lo único que podemos hacer es puntualizar estas hipótesis de trabajo que probablemente retomemos con futuras investigaciones donde intentaremos comparar esta situación con la que se pueda dar en otros poblados del mismo marco cronocultural.

A su vez debemos señalar el aspecto de que esta producción en las tres casas documentas se encuentran en las estancias principales de las viviendas, complementa interrelacionadas e interactuando directamente con el conjunto de las actividades de mantenimiento, particularmente se mantiene una recurrencia entre esta actividad y la preparación y consumo de alimentos como deja constancia el registro arqueológico de las tres casas mencionadas. Recordemos que la principal características de estos trabajos es que pueden abandonarse y reanudarse sin que su producto se vea afectado por dicha interrupción a la vez que son completamente compatibles con la realización de otro tipo

de trabajos como puede ser vigilar a los individuos infantiles, cuidar y vigilar la cocción de los alimentos, etc. lo que la convierte en una actividad completamente transversal al conjunto de las actividades de mantenimiento.

Sin embargo, la producción textil no sólo se refiere a la manufactura de tejido y a la consecuente manufactura de ropas y vestimentas, sino que su tecnología es aplicable para la realización de otros muchos objetos como pueden ser esteras para el descanso, los recipientes de fibras vegetales o las cuerdas. Estos trabajos de cestería y cordelería han sido identificados en el conjunto de Peñalosa por medio de dos esteras de esparto documentadas en el interior y sobre el suelo de ocupación de la vivienda Xa. Ambos ejemplares están realizados en esparto mediante la técnica del cruzado o trenzado simple, presentan sus esquinas rematadas con un nudo presentando una pequeña cañita en este cuyo objetivo sería conseguir darle mayor resistencia al trenzado evitando así su deshilachado con el paso del tiempo. La localización de solo dos ejemplares no quiere decir que en el resto de viviendas no contaran con ellos, sino que probablemente, dado que se trata de una materia perecedera, no ha llegado hasta nosotros. Similar situación ocurre con el trabajo de cordelería. En Peñalosa no hemos documentado restos de estos elementos destinados generalmente al sostenimiento de la techumbre de las casas como ocurre en otros poblados argáricos, sin embargo, damos por hecho su utilización y por lo tanto su manufactura ya que en nuestro caso la mayoría de los espacios son espacios cubiertos dotados de techumbre compuesta por abundante ramaje, barro endurecido y lajas de piedra.

Como el resto de las actividades, su asignación sexual es complicada ya que el registro arqueológico no nos ofrece datos directos sobre la participación o no de determinados los sujetos sociales en estos trabajos sin embargo, los datos etnográficos y las fuentes históricas apuntan a que son las mujeres las que generalmente se encargan de llevarlos a cabo hasta tal punto que en la Grecia clásica estos trabajos son rasgos de la propia identidad de las mujeres independiente de su clase social. Pero en como en los casos anteriores, concretamente en el registro funerario de Peñalosa vuelve a darnos información sobre estos trabajos. En el conjunto del poblado documentamos punzones de cobre como parte del ajuar funerario que acompaña a los individuos enterrados, en nuestra caso donde hemos podido documentar estos elementos se tratan de tres sepulturas dobles la 1 (vivienda VII), 2 (vivienda XI), y 13 (vivienda Xb), compuestas dos ellas por un hombre y una mujer mientras que la tercera se trata de una mujer e individuo infantil; una triple (sepultura 7) (vivienda VI), por un hombre adulto, una mujer adulta y un individuo masculino juvenil y por último una sepultura individual (Sepultura 9). Como podemos comprobar al tratarse en su mayoría sepulturas dobles, no podemos ni debemos realizar una atribución a uno u otro individuo los diferentes elementos de ajuar que le acompañada. Sin embargo, si que es significativo que en todos casos encontremos a una mujer y que en uno de ellos esta aparezca directamente asociada con estos elementos relacionados con la producción de una gran mayoría de mujeres. Con esto no queremos decir que fuesen las mujeres de estos grupos sociales las que realizasen estos trabajos porque además no existe una concordancia entre la presencia de estos elementos en el registro funerario con las casas donde dicha producción tiene una mayor incidencia. Por ello esta posible asociación en el mundo funerario la podríamos interpretar más bien como reflejo de su identidad como mujeres y miembros del grupo.

Sin embargo, en nuestro caso particular, contamos con una muestra extremadamente pequeña que no nos permite realizar asociaciones individuo/ajuar dado que en su mayoría estos elementos se presentan en sepulturas dobles sin embargo, como ha quedado patente a lo largo de esta tesis, concretamente en el análisis realizado sobre la producción textil (ver apartado III.8) en recientes trabajos realizados sobre el mundo argárico donde se cuenta con una amplia muestra del registro arqueológico si es apreciable un patrón en cuanto a la recurrencia de estos elementos en el registro arqueológico y su asociación en todos los casos, con mujeres.

En el conjunto de este poblado encontramos una actividad totalmente transversal a las producciones de mantenimiento, la actividad metalúrgica. En Peñalosa, un poblado argárico que ha sido definido como eminentemente metalúrgico encontramos que esta actividad no está restringida a un espacio en particular, ni individualizada al resto de las actividades que nos hagan pensar en verdaderas áreas especializadas sino más bien todo lo contrario. Ésta producción es desarrollada en el interior de las unidades de habitación y en el marco de la vida cotidiana por lo que se encuentra inmersa en la vida social de los hombres, mujeres e individuos infantiles.

Su representación alcanza prácticamente a todas las viviendas de Peñalosa tal y como se ha constatado a través del registro arqueológico. Sin embargo, como en todos las reglas siempre hay una excepción y este es el caso de la vivienda Xa, localizada en el interior de la zona fortificada de la cima del cerro, donde esta actividad parece haber tenido una escasa incidencia al menos durante la fase de ocupación IIIA, tal y como nos demuestra el registro arqueológico ya que prácticamente sus restos se reducen a los localizados en la estancia Xd consisten exclusivamente en dos moldes de barritas y algunas piedras de molino junto algún artefacto manufacturado. Esto no indica que en fases de ocupación anteriores como la IIIB o IIIC esta actividad tuviese una mayor incidencia en este espacio. Si esto fuese así sería muy significativo que durante esta fase de ocupación su producción se viese reducida o al menos discriminada de la mayoría de los espacios que compone el interior de dicha fortificación.

Es obvio que la importancia de la producción metalúrgica en poblados como el de Peñalosa influiría indiscutiblemente en el resto de actividades y en las relaciones sociales del grupo sin embargo, en base a su organización no hemos detectado una diferenciación en cuanto al espacio ocupado por lo que podríamos pensar que no existió una segregación espacial en relación al género en cuanto a su participación. Sin embargo, la actividad metalúrgica generalmente ha sido considerada como una producción eminentemente masculina tanto en sus aspectos técnicos como rituales (Sørensen, 1996). Si bien, en nuestro caso de estudio pensamos que todos los habitantes del poblado, hombres, mujeres e incluso niños y niñas participarían de una manera u otra en la producción del metal, diferenciándose así de la producción de la Edad del Cobre (Moreno Onorato, *et al.*, 1994: 39). Entendemos la producción metalúrgica de la Edad del Bronce como un esfuerzo de grupo, en el que la producción dependió de la cooperación de los distintos géneros y cuya planificación y desarrollo implicó la negociación entre mujeres y hombres. Por esta razón, sería muy arriesgado afirmar que la mitad de la población (al menos) no formara parte de ninguna de las fases del proceso de manufactura, teniendo en cuenta además que en este poblado la producción está vinculada a una distribución que supera el marco del propio asentamiento.

La actividad metalúrgica como otras actividades como la preparación de alimentos conllevan un amplio abanico de actividades y trabajos que se intercalan en el trabajo del metal incluyendo actividades como la prospección geológica para la búsqueda del mineral, su extracción, procesamiento, a través del lavado, triturado, etc., a la fabricación de crisoles, vasijas-horno y moldes ya sean de cerámica o de piedra, la obtención del combustible, el proceso de producción de útiles propiamente dichos (Sørensen, 1996). Relacionada con estas fases de la producción metalúrgica, constatamos en el registro arqueológico de Peñalosa la doble funcionalidad e incluso reutilización de la cultura material propia de las actividades de molienda, nos referimos a las piedras de molinos en ocasiones dispuestas sobre bancos de molienda, o sobre otras estructuras anejas que son utilizados para el triturado del mineral, tanto en la fase previa a la reducción como tras ésta que en ocasiones se compagina con el almacenamiento, la preparación y consumo de alimentos (Contreras *et al.*, 1997: 85). Particularmente tenemos que referirnos a la práctica de la molienda. Actividad con la que la metalurgia y la preparación de alimentos comparten tanto tecnología como la utilización de herramientas y utillaje. En el conjunto del poblado hemos documentado determinadas viviendas donde ambas actividades llegan a compartir un mismo espacio, la utilización de las mismas herramientas, estructuras y probablemente también compartan a los mismos sujetos sociales encargados de realizarlos que como ya hemos repetido podrían ser generalmente las mujeres del grupo, al menos en este sentido nos hablan las lesiones claramente establecidas y reconocibles que presentan sus cuerpos (Jiménez-Broebil *et al.*, 2004; Alarcón García, 2005; 2006).

En el caso de la vivienda VI, documentamos tanto restos de mineral producto de la trituración inicial mezclados con restos de semillas, como instrumentos de molienda impregnados por la metalurgia como puede ser molinos, bancos, restos de desechos, etc. igualmente también documentamos restos materiales relacionados con la producción metalúrgica impregnados de restos relacionados con las actividades de mantenimiento, este es el caso de un crisol que presentaban restos de semillas de cereal en su interior. Una especial relación es la que hemos detectado entre las diferentes fases del proceso metalúrgico y el consumo de alimentos. Esta asociación y relación se ha documentado en prácticamente todas las viviendas de Peñalosa. Ambas actividades suelen compartir un mismo espacio, llegando inclusive en muchas ocasiones la metalurgia a impregnar restos culturales producidos por el desarrollo de las actividades de consumo como pueden ser restos de fauna. Esta estrecha interrelación (producción metalúrgica-consumo de alimentos) documentada en todas las viviendas, excepto en la Xa, nos podría estar indicando que el consumo de alimentos en determinados momentos se realizaría en las mismas áreas donde se estaban desarrollando estos trabajos.

Sin embargo, el consumo de alimentos no es la única actividad de mantenimiento con la que la metalurgia parece compartir tanto un espacio como en muchas ocasiones tiempo sino que con la actividad de molienda además de estas relaciones espaciales y temporales también comparte herramientas y utillaje. En Peñalosa ambas actividades parecen entremezclarse en el conjunto de los espacios sociales documentados, hasta tal punto que es común documentar a través del registro arqueológico espacios destinados tanto a la molienda de cereal como de mineral en su primera fase de triturado como en el machado de la masa resultante del proceso de reducción.

Por todas estas cuestiones, sobre las que ya hemos incidido a lo largo de la interpretación social de cada vivienda, no parecen detectarse áreas de segregación sexual en Peñalosa, llegamos a la conclusión de que no hay razones objetivas, científicas ni empíricas que excluyan a las mujeres de este particular proceso tecnológico en las sociedades de la Edad del Bronce peninsular. A esta circunstancia hemos de sumar otro factor de gran importancia: la propia transformación que supuso para las sociedades prehistóricas la metalurgia. La introducción del trabajo del metal, sobre todo a partir de la Edad del Bronce, supuso no sólo la innovación tecnológica que obviamente influyó en el desarrollo de muchas de las actividades de la vida cotidiana de estas poblaciones sino que además, cambió con toda seguridad muchas de las estructuras sociales previas (Sánchez Romero y Moreno Onorato, 2003; 2005); aunque autores como Robb y Shennan defienden que este cambio tecnológico sólo benefició a los hombres y mermó aún más la situación de desigualdad de las mujeres (Robb, 1994; Shennan, 1993). Sin embargo, no se han considerado como algunas mujeres, ya sea individualmente o inmersas en la clase social a la que pertenecían, se beneficiaron de esta situación reafirmando su identidad en términos de riqueza o estatus, tal y como demuestran los ricos ajuares metálicos de muchas de las sepulturas femeninas de éste poblado argárico (Sørensen, 2000:178; Contreras, 2000; Aranda, 2006).

En nuestra opinión, la apropiación por parte de unos pocos de los sistemas productivos o de los productos finales no afecta a la sociedad en términos de género sino en términos de estatus, poder y jerarquía. Por ello consideramos que, el avance tecnológico producido por la experiencia cotidiana en la elaboración de productos metálicos o en el uso de los mismos no puede ser considerado sólo como fruto de la experiencia y la práctica en exclusividad de los hombres (Sánchez Romero y Onorato, 2003; 2005). Lo cual no impide la participación de una parte de la población en el proceso productivo, en este caso la metalurgia.

Todas estas actividades se complementan e interconectan en el conjunto social de Peñalosa, de tal forma que el espacio social de este poblado presenta diferentes usos y aspectos donde se integran elementos de diferente orden: aspectos de orden simbólico, actividades de producción y consumo y un lugar para la reproducción de las relaciones de sociales marcadas por la intercomunicación, es decir por los intercambios y conversaciones que pueden producirse entre los distintos miembros de la unidad familiar cuando están realizando actividades como el consumo de alimentos, descanso, producción metalurgia, preparación de alimentos o la manufactura textil. Por tanto las actividades de mantenimiento juegan un papel esencial, influyendo y siendo influidas por el conjunto de los cambios sociales que acontecieron a este grupo humano a lo largo de su vida.

VI. 2. CONCLUSIONS

The purpose of this study is to show the need for analysing everyday life activities and the relevance of conducting archaeological research on the scale of everyday-related aspects and activities. Historical experiences acquired throughout the life cycle are cumulated and expressed through everydayness. Memories, experiences, knowledge, works, creations, etc., cumulate and leave traces that are recovered in archaeological studies. They belong to material remains found in any past or present site (González and Picazo, 2005:148). For this reason, they are necessary to manage to understand social dynamics within a human group that existed in the past. According to Agner Heller (1972), everyday life is not separate from history, but the core of historical events. Great non-everyday achievements (...) are based on everyday life and have an effect on it. Every historical achievement becomes a particular and historical achievement precisely due to its subsequent effect on everyday life (Heller, 1972). Thus, any social, political and economic machinery must be operative in everyday life, since everydayness is the context where interpersonal networks develop. These, in turn, are the portrait of continuity or change, which are expressed by means of the creation, recreation or extinction of relationships (González and Picazo, 2005: 147-148).

The cross-directional character of maintenance activities throughout time and space has been widely used in order to avoid considering these activities from the viewpoint of social interpretations. However, we consider that the cross-directional character of maintenance activities makes them valuable. These are the only activities that are maintained throughout time and space, thus showing their prominence and consideration within social groups, both past and present. Nevertheless, it does not mean they do not go through changes or do not show changes occurred within a human group. On the contrary, these activities influenced and were influenced by the rest of changes occurred within a given society (Sánchez Romero and Aranda, 2005).

In this study, different maintenance activities have been identified as having occurred in the framework of household Xa. These activities have been identified on the basis of household organization and cultural remains found. In particular, we refer to social practices, such as storing, preparing and cooking food; textile production; fixing and maintaining tools and utensils; and children's socialization and learning practices. These activities are not only interrelated within the same space, household Xa in this Bronze Age village, but also within time, since they have persisted and been present in every social fashion and culture known so far. This fact is only possible if interrelation and interaction exist, since they imply that societies were able to perpetuate through processes existing in the framework of everyday life.

For all the reasons mentioned above, we claim the need to give importance, consider and reflect on the value of domestic contexts as a source of information. These spaces produce and reproduce social relationships and practices (Bourdieu, 1977); they are the places where essential habits are structured and reproduced (Richards, 1990:113); where gender, sex, age and status differences become evident; where the linkage between different generations and the network of social and gender relationships are built up (Gilchrist, 1999:100); and because it is in these spaces where maintenance activities are most clearly visualized (Sørensen, 2000:158), and thus women presence and production are most clearly visualized (Tringham, 1991: 101).

Índice

de láminas y figuras

ÍNDICE DE LÁMINAS

Lámina 1. Dos opciones de representar y transmitir la evolución de la especie humana sin embargo las ciencias sociales, la propia historia y la arqueología generalmente han optado por la primera de ellas (Fuente: González Marcén, 2008b: 92).....	40
Lámina 2. Recreación de cómo fue y con qué sexo fue reconstruida la imagen de Ebu (Fuente: Adovasio <i>et al.</i> , 2008).....	41
Lámina 3. Recreación de una escena donde sólo participan hombres en la realización de diferentes actividades tecnológicas y en la producción artística.....	42
Lámina 4. Organigrama de las actividades de mantenimiento: la preparación de alimentos (Fuente, a partir de González Marcén <i>et al.</i> , 2007).....	139
Lámina 5. Reconstrucción ideal de la vida de un grupo humano, siendo el hogar uno de los elementos principales (Fuente: Exposición Las Mujeres en la Prehistoria. Museo de Valencia).....	143
Lámina 6. Mujer Baule cocinando sobre unos trébedes fijas a las puertas de su vivienda.....	145
Lámina 7. Recipientes cerámicos destinados al procesamiento y consumo de alimentos de la Edad del Bronce (Fuente: Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	145
Lámina 8. Algunos ejemplares de recipientes cerámicos destinados al servicio y consumo de alimentos (Fuente: Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	146
Lámina 9. Sirvienta del antiguo Egipto moliendo el cereal en un molino barquiforme.....	152
Lámina 10. Mujer Guatemalteca moliendo cereal.....	153
Lámina 11. Molino de grandes dimensiones adscrito a una estructura de molienda del Poblado de Peñalosa (Fuente: Proyecto Peñalosa).....	155
Lámina 13. Mujer Farzin Malawi moliendo preparando pan.....	157
Lámina 14. Figura de terracota que recoge el proceso de panificación conjunto.....	158
Lámina 15. Reconstrucción de una posible escena de las prácticas de comensalidad en el mundo argárico (Fuente: poster del congreso internacional “ <i>Rituales de comensalidad en las Sociedades Prehistóricas</i> ”).....	168
Lámina 16. Escena madre enseñando a su hija la preparación de tortitas de cereal (Fuente: Brumfield, 1991).....	176
Lámina 17. Mujer navajo cocinando junto bajo la mirada de una niña de edad corta edad.....	177

Lámina 18. Organigrama de las actividades de mantenimiento: prácticas de cuidado, higiene y salud (Fuente, a partir de González Marcén <i>et al.</i> , 2007).....	182
Lámina 19. Figurita de Kostenki 1 (Rusia) con 22.700 años de antigüedad.....	194
Lámina 20. Exvoto de una mujer embarazada realizado en piedra procedente del santuario ibérico de Torreparedones (Córdoba) (Fuente: García Luque, 2008: 207).....	195
Lámina 21. Representación de mujer embarazada en exvoto de bronce (Fuente: García Luque, 2008: 208).....	196
Lámina 22. Mujer y bebe muertos durante el parto a causa de la distocia pélvica (Malgosa <i>et al.</i> , 2004).....	199
Lámina 23. Representación pictórica de época medieval de la realización de una cesárea.....	200
Lámina 24. Relieve recreando la escena del momento del parto ayudado por una comadrona.....	201
Lámina 25. Grabado de un parto nuevamente ayudado por una comadrona y acompañada por otra mujer encargada de prestarle apoyo emocional.....	202
Lámina 26. Figurilla femenina de cerámica localizada en el yacimiento de la Edad de Cobre de Kissonerga-Mosphilia en Chipre (Bolger, 1992).....	205
Lámina 27. Representación pictórica de los cuidados tras el nacimiento. Ejemplo entre las sociedades chinas.....	207
Lámina 28. Terracota de la tumba F-100 y L-127A de la necrópolis ibérica de La Albufereta (Alicante). Ambas representan a una mujer amantando a sus bebés.....	209
Lámina 29. Exvoto de bronce. Mujer sosteniendo a su bebe en brazos (García Luque, 2008: 2006).....	210
Lámina 30. Enterramiento infantil menor de 3 años con signos desnutricionales del yacimiento de la Edad del Bronce de Cerro de la Encina (Monachil, Granada).....	211
Lámina 31. Biberón Prehistórico y biberón actual (Fuente: Taylor, 1996).....	214
Lámina 32. Terracota de Puig dels Molins (Ibiza) de mujer amantando a su bebé con la utilización de un biberón-paloma (Fuente: García Luque, 2008: 201).....	214
Lámina 33. (Izquierda) Mujer Kalinga realizando el proceso de manufactura cerámica mientras sostiene a su hijo de corta edad en brazos.....	215

Lámina 34. (Derecha) Mujer Massai recolectando algodón con su hijo colgado en su espalda.....	215
Lámina 35. Plaqueta de Gonesdorf (Alemania) (Fuente: Sánchez Romero, 2006: 129).....	216
Lámina 36. Individuo infantil realizando la actividad de molienda.....	239
Lámina 37. Sepultura 34 del yacimiento arqueológico de la Motilla del Azuer (Ciudad Real, Daimiel) (Sánchez Romero, 2007).....	243
Lámina 38. Mujer africana modelando la arcilla bajo la atenta mirada de los individuos infantiles de su comunidad.....	244
Lámina 39. Joven Massai al cuidado de su hermano menor.....	249
Lámina 40. Niño recolectando caña de azúcar.....	251
Lámina 41. Niña boliviana preparando una gallina para ser cocinada.....	252
Lámina 42. Niños banama cuidando del rebaño familiar.....	253
Lámina 43. Niño de corta edad transportando a sus espaldas los útiles necesarios para trabajar en el interior de la mina.....	256
Lámina 44. Niño trabajando en el interior de la mina.....	257
Lámina 45. Niña brasileña realizando trabajos de cantera fuera de la mina.....	258
Lámina 46. Niños realizando trabajos de criba del mineral al exterior de las minas.....	259
Lámina 47. Mujeres Farzin Malaki, campesinas encalando la fachada de sus casas con barro y estiércol.....	265
Lámina 48. Escena de mujeres de diferentes edades reunidas tejiendo (http://www.la-caracola.es/biografias.html).....	269
Lámina 49. Terracota de La Serreta de Alcoy (García Luque, 2008: 231).....	270
Lámina 50. Pequeña estela funeraria de la sepultura nº 100 de la necrópolis de la Albufereta (Alicante) con representación de un hombre y mujer con huso en la mano.....	270
Lámina 51. Representación de mujeres tejedoras de la Edad Media europea. (http://www.la-caracola.es/biografias.html).....	273
Lámina 52. Representación de Mujeres recolectando capullos de seda y al tejido (http://www.la-caracola.es/biografias.html).....	274

Lámina 53. Mujer mapuche tejiendo en un telar vertical. (http://www.google.es/imgres?imgurl=http).....	275
Lámina 54. Mujeres tejiendo en grupo en el pueblo de Don Fabrique (Granada) (Foto de Pilar Gutiérrez Talavera).....	275
Lámina 55. La fábula de Aracné o El sueño de Aracné, popularmente conocido como Las hilanderas es un lienzo de Diego de Velazquez (http://es.wikipedia.org/wiki).....	276
Lámina 56. El burka, seña de identidad religiosa (cedida por Begoña Soler).....	281
Lámina 57. Mujeres de luto en la Almería de principios de siglo XX.....	282
Lámina 58. Manojos de esparto puestos a secar.....	286
Lámina 59. Restos de un cesto de esparto en el poblado argárico del Castellón Alto (galera, Granada) (Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	289
Lámina 60. Arte rupestre levantino. Representación pictórica de una mujer recolectora de miel La Araña de Bicorp (Valencia).....	290
Lámina 61. Fragmento de esparteña realizada en esparto trenzado (Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	291
Lámina 62. Mujeres españolas realizando esteras de esparto trenzado (http://acestaciondehuesa.com).....	292
Lámina 63. Joven guatemalteca tejiendo con un telar de cintura (http://www.la-caracola.es/biografias.html).....	298
Lámina 64. Mujer azteca enseñando a su hija a tejer en el telar (Brumfield, 1991).....	300
Lámina 65. (Izquierda) Mujeres Búlgaras reunidas tejiendo.....	300
Lámina 66. (Derecha) Mujeres tunecinas tejiendo juntas.....	300
Lamina 67. Reconstrucción del proceso de manufactura de la estera de esparto recuperada en Cueva Sagrada (Ayala, 1987: 17).....	303
Lámina 68. (Izquierda) Restos de tejido de lino que Conformaba el vestido recuperado en Cueva Sagrada (Ayala, 1987: 23).....	304
Lámina 69. (Derecha) Reconstrucción del vestido (Ayala, 1987: 15).....	304
Lámina 70. Enterramiento 121 del yacimiento argárico de Castellón Alto (Grupo de Investigación GEPRAN).....	306
Lámina 71. Reconstrucción de la indumentaria del individuo adulto de la sepultura 121 de Castellón Alto (Grupo de Investigación GEPRAN).....	307

- Lámina 72.** Representación de un telar vertical en la Edad del Bronce Final y Hierro. Losa de Capote (La Higuera, Badajoz) (Cardito, 1996).....309
- Lámina 73.** Urna Hallstättica de Sorpon en Òdenbur (Hungría) (Cardito, 1996).....309
- Lámina 74.** Mujer tunecina tejiendo en telar horizontal (<http://www.la-caracola.es/biografias.html>).....311
- Lámina 75.** Fase del proceso de producción en un horno de fundición de hierro Pangwa (Barndon, 2004).....316
- Lámina 76.** Maestro fundidor Barongo y su consejero ritual aplastando la tierra del horno tras la deposición de los elementos rituales medicinales que aseguran el éxito de la fundición (Schmidt, y Mapunda, 1997).....317
- Lámina 77.** (Izquierda) Horno primario de los Fipa (Barndon, 2004).....320
- Lámina 78.** (Derecha) Horno Pangwa (Barndon, 2004).....320
- Lámina 79.** (Izquierda) Horno secundario de los Fipa (Barndon, 1999).....321
- Lámina 80.** (Derecha) Objetos Masona decorados con senos y escarificaciones (Childs, 1991).....321
- Lámina 81.** Partes de un fuelle para el horno considerado como masculino (Lanning, 1954: 168).....322
- Lámina 82.** Sección de horno actual en el que quedan reflejadas las partes mencionadas en el texto con la vasija medicinal enterrada (Schmidt y Mapunda, 1999).....324
- Lámina 83.** Estela perteneciente al Imperio Medio egipcio con la representación de la diosa Hathor y el rey Amenemhat II (Bloxam, 2006).....329
- Lámina 84.** Minera (siglo XV) miniatura perteneciente al manuscrito francés (Les douze dames de rhetorique, en www.minrec.org).....332
- Lámina 85.** Mujer trabajando en las labores de lavado y cribado del mineral (Agrícola, 1556).....333
- Lámina 86.** (Izquierda) Representación de grupos de mujeres, lavando, seleccionando y triturando el mineral (Anónimo, 1882).....334
- Lámina 87.** (Derecha) Representación de niñas recogiendo combustible (Anónimo, 1882).....334
- Lámina 88.** Mujeres mineras de época Victoriana (Hiley, 1979).....336
- Lámina 89.** (Derecha) Mujeres trabajadores en las minas en Lancashire. (© NCMME copy photograph. En National Coal Mining Museum for England).....337

Lámina 90. (Izquierda) Niña porteadora de carbón (ilustración perteneciente al Children's Employment Commission Report, 1842 © NCMME copy photograph)....	337
Lámina 91. (Derecha) Mujeres porteadoras trabajando en las minas de carbón de Abergorki Colliery, Treorchy (http://www.glamorganwalks.com/local_features_mid.htm).....	338
Lámina 92. (Izquierda) Grupo de mujeres empleadas en la Oliver Iron Mining Company durante la Segunda Guerra Mundial (www.ironrangerresearchcenter.org/)..	338
Lámina 93. Localización geográfica de la Cultura del Argar. Detalle del grupo argárico del Alto Guadalquivir (Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	343
Lámina 94. Localización geográfica de la cuenca del Rumblar y del poblado argárico de Peñalosa (Contreras, 2000).....	356
Lámina 95. Fotografía aérea del poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén) (Proyecto Peñalosa).....	362
Lámina 96. Patrón de asentamiento en la cuenca del Rumblar en la Edad del Bronce (Contreras <i>et al.</i> , 1997).....	384
Lámina 97. Patrón de asentamiento y urbanismo argárico. Castellón Alto (Galera, Granada).....	389
Lámina 98. Reconstrucción ideal del poblado de Peñalosa.....	394
Lámina 99. Reconstrucción ideal a partir del registro arqueológico de una de las casas de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).....	404
Lámina 100. Panorámica de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).....	407
Lámina 101. Vista general del Complejo Estructural Id y detalle del banco longitudinal 17.18.....	433
Lámina 102. Vista general del Complejo Estructural IIa.....	460
Lámina 103. Detalle del momento de documentación de la estructura silo 21.16.....	481
Lamina 104. Panorámica del proceso de excavación del Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).....	503
Lámina 105. Panorámica general del Complejo Estructural IIIa.....	509
Lamina 106. Sepultura-cista 9, estructura 20.7 (Proyecto Peñalosa).....	511
Lámina 107. (Izquierda y Derecha) Detalle desde dos perspectivas diferentes de la estructura horadada 20.5 en el Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).....	512

Lamina 108. Detalle de dos cuencos in situ en el banco 20.5 localizados entre las dos oquedades destinadas a la ubicación de dos enterramientos (Proyecto Peñalosa).....	513
Lámina 109. Detalle del conjunto de orzas localizadas en el extremo oriental del banco 20.8 en el Complejo Estructural IIIa (Proyecto Peñalosa).....	518
Lámina 110. Panorámica general de la casa IV (Proyecto Peñalosa).....	551
Lámina 111. Detalle de la estructura de molienda 14.2 y el gran contenedor de lajas hincadas 14.5 en el CE IVa (Proyecto Peñalosa).....	560
Lámina 112. Vista general del suelo de ocupación de la zona central del complejo estructural IVa (Proyecto Peñalosa).....	561
Lámina 113. Detalle de la zona donde presumiblemente estuvo impuesto telar en esta vivienda (Proyecto Peñalosa).....	580
Lámina 114. Reconstrucción ideal a través del registro arqueológico del desarrollo de las diferentes actividades llevadas a cabo en la vivienda IVa.....	588
Lámina. 115. Panorámica de la gran estructura hidráulica ubicada en la Terraza Inferior del poblado de Peñalosa (Proyecto Peñalosa).....	608
Lámina 116. Detalle de las estructuras occidental de la gran estructura hidráulica (14.27, 14.28, 14.30 y 14.33) (Proyecto Peñalosa).....	616
Lámina 117. Detalle de las dos cavidades excavadas en la roca próxima a la gran estructura hidráulica (Proyecto Peñalosa).....	616
Lámina 118. Detalle de las estructuras 14.16, 14.36, 14.37, 14.32 y 14.33 (Foto Proyecto Peñalosa).....	618
Lámina 119. Reconstrucción ideal de la ubicación y construcción de la cisterna de este poblado argárico (Proyecto Peñalosa).....	628
Lamina 120. Vista general del pasillo y Complejo Estructural VIa (Proyecto Peñalosa).....	675
Lámina 121. Vista general de las estancias VIb y d (Proyecto Peñalosa).....	682
Lámina 122. Vista general de la estancia VIg (Proyecto Peñalosa).....	699
Lámina 123. Estructura de molienda 15.13 del CE VIg (Proyecto Peñalosa).....	700
Lámina 124. Panorámica de la estancia oriental de esta unidad compuesta por dos espacios interrelacionados, el CE VIh y el VIg (Proyecto Peñalosa).....	706
Lámina 125. Vista área de la Unidad Habitacional VII. En la zona superior de la foto, las zonas excavadas de la Unidad Habitacional 11 (Proyecto Peñalosa).....	764

Lámina 126. Panorámica del CE VIIa.....	775
Lámina 127. Panorámica del CE VIIb.....	785
Lámina 128. Panorámica del CE VIIe.....	794
Lámina 129. Vista aérea del Grupo Estructural X (Proyecto Peñalosa).....	821
Lámina 130. Vista general del Grupo Estructural X desde la Peña Losa (Proyecto Peñalosa).....	827
Lámina 131. Vista aérea desde el sur de la vivienda central Xa (Proyecto Peñalosa).....	833
Lámina 132. Estructura de molienda (9.14) con grandes contenedores asociados (Proyecto Peñalosa).....	840
Lámina 133. Distribución de los grandes contenedores en el suelo de ocupación del CE Xb (Proyecto Peñalosa).....	876
Lámina 134. Detalle de las estructuras de almacenamiento (26.16, 26.18 y 26.19) excavadas en el CE XIg (Proyecto Peñalosa).....	978
Lámina 135. Banco de pizarra (26.19) al que se asocia un molino barquiforme y una orza (Proyecto Peñalosa).....	979

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Planimetría general del poblado de Peñalosa.....	376
Figura 2. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).....	410
Figura 3. Planimetría general y sistema de excavación de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).....	411
Figura 4. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional I.....	414
Figura 5. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional I.....	418
Figura 6. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:4). 3 (Ia); 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 21 y 22 (Ib); 1,2, 5, 6, 9, 19, 20 y 23 (Id), 7 (Ic).....	425
Figura 7. Piedra pulimentada y recipientes cerámicos. Cultura material relacionada al almacenamiento y la preparación de alimentos (Escala 1:3). 1, 2, 6, 7, 8 y 9 (Ib); 3, 4 y 5 (Id).....	426
Figura 8. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos en la Unidad Habitacional I. 1-19 (Ib); 15 (Ib).....	438
Figura 9. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional I. 1, 2, 3, 7, 10, 14, 15, 16 (Id); 4, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 13, 17, 18 y 19 (Ib).....	439
Figura 10. Planimetría espacial y sistema de excavación de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	455
Figura 11. Planimetría espacial y estructural de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	456
Figura 12. Secuencia estratigráfica general de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	459
Figura 13. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional II.....	467
Figura 14. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3).1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 (CE IIa).....	468
Figura 15. Cultura material relacionada con el almacenamiento y preparación de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:6). 1, 2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 (CE Ia); 4 (CE Ib).....	471

Figura 16. Cultura material relacionada con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3).1, 2, 3 y 5 (CE Id); 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15 y 16 (CE Ia); 14 (CE Ib).....	472
Figura 17. Cultura material relacionada con la preparación y transformación de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3). 1, 4, 5, 6, 7, 8 (CE Ib); 2, 3, 9 (CE Ic).....	486
Figura 18. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	505
Figura 19. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	506
Figura 20. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional III.....	507
Figura 21. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	508
Figura 22. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:6).1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).....	516
Figura 23. Cultura material relacionada con el procesado y almacenamiento de cereal junto a los dos unicos elementos recuperados relacionados con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3).1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).....	517
Figura 24. Ajuar funerario de la mujer de la sepultura 9 que acompañaba los restos humanos de una mujer (Escala 1:3) (Contreras, 2000: 282-22).....	520
Figura 25. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).....	526
Figura 26. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3).....	529
Figura 27. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos y la producción textil recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).....	532
Figura 28. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	553
Figura 29. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	554
Figura 30. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional IV.....	555

Figura 31. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	557
Figura 32. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	570
Figura 33. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	571
Figura 34. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	572
Figura 35. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa y b (Escala 1:3).....	573
Figura 36. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).....	574
Figura 37. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).....	575
Figura 38. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3). 1-11 (CE IVa).....	577
Figura 39. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3/1:2/1:1) 1-11 (CE IVa).....	578
Figura 40. Cultura material relacionada con la producción metalurgia en la Unidad Habitacional IVb/c (Escala (1:3/1:1).....	587
Figura 41. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Estructura Hidráulica IVd (Proyecto Peñalosa).....	611
Figura 42. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural, la cisterna (Proyecto Peñalosa).....	612
Figura 43. Diagrama estratigráfico del Grupo Estructural: la cisterna (Proyecto Peñalosa).....	613
Figura 44. Restos de cultura material recuperados en el interior de esta gran estructura hidráulica (1:3) (Proyecto Peñalosa).....	622
Figura 45. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	636
Figura 46. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	637

Figura 47. Diagrama estratigráfico de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	639
Figura 48. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional V.....	642
Figura 49. Piedra pulimentada (Escala 1:4) y recipientes cerámicos (Escala 1:3). Cultura material relacionada con el almacenamiento y la preparación de alimentos.....	651
Figura 50. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).....	652
Figura 51. Restos cerámicos y piedra pulimentada relacionada con las fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).....	653
Figura 52. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	657
Figura 53. Cultura material relacionada con la producción textil y elemento de adorno (Escala 1-3/ 1-1).....	658
Figura 54. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	668
Figura 55. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	669
Figura 56. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIa, b, c, d y e (Proyecto Peñalosa).....	672
Figura 57. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VI f y g (Proyecto Peñalosa).....	673
Figura 58. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VI h (Proyecto Peñalosa).....	674
Figura 59. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VIa, b, c, d y e.....	680
Figura 60. Grandes contenedores relacionados con el almacenamiento y preparación de alimentos (Escala 1:4).....	686
Figura 61. Cultura material asociada a la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	687
Figura 62. Grandes contenedores de almacenamiento (Escala 1:4).....	688

Figura 63. Ajuar que acompañaba a los dos individuos masculinos y a la mujer de la sepultura 7 (VIc) (Contreras et al., 2000: 287-20).....	693
Figura 64. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VI f y g (Proyecto Peñalosa).....	710
Figura 65. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	711
Figura 66. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	712
Figura 67. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	713
Figura 68. Cultura material relacionada con la producción textil, posibles juegos infantiles y adorno (Escala 1:3).....	714
Figura 69. Cultura material (moldes, crisoles y piedra pulida) relacionada con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	734
Figura 70. Cultura material relacionada con el proceso metalúrgico (Escala 1:3).....	735
Figura 71. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VI h (Proyecto Peñalosa).....	735
Figura 72. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).....	765
Figura 73. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).....	766
Figura 74. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII a (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	767
Figura 75. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII b, c y d (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	768
Figura 76. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII e (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	769
Figura 77. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII f (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	770
Figura 78. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII g, h , j y k (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	771
Figura 79. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII g h, j y k (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	772

Figura 80. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VIIa, b, c, d y e de la Unidad Habitacional VII.....	779
Figura 81. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	781
Figura 82. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	782
Figura 83. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	783
Figura 84. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3)...	791
Figura 85. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3)...	792
Figura 86. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VII f, g, h, i, j, k y l de la Unidad Habitacional VII.....	798
Figura 87. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	805
Figura 88. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	806
Figura 89. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	807
Figura 90. Restos de cultura material asociados a la producción textil (Escala 1:3)...	808
Figura 91. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural VIII (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	811
Figura 92. Planimetría general y sistema metodológico de excavación del Grupo Estructural VIII.....	812
Figura 93. Cultura material relacionada con la producción de alimentos y la molienda (Proyecto Peñalosa).....	813
Figura 94. Cultura material relacionada con el almacenamiento y la producción de alimentos (Proyecto Peñalosa).....	814
Figura 95. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	823
Figura 96. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	824

Figura 97. Diagrama estratigráfico del Grupo Estratigráfico X (Proyecto Peñalosa).....	828
Figura 98. Distribución de la cultura material recuperada sobre los suelos de ocupación del Grupo Estructural X.....	845
Figura 99. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:8).....	846
Figura 100. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	847
Figura 101. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	848
Figura 102. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	862
Figura 103. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos y su procesamiento (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3 y 1-4).....	863
Figura 104. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala: 1-1 y 1-3).....	864
Figura 105. Cultura material relacionada con el procesamiento de alimentos, la actividad de molienda (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:3).....	865
Figura 106. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).....	877
Figura 107. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).....	878
Figura 108. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).....	891
Figura 109. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-2 y 1-3).....	892
Figura 110. Cultura material probablemente relacionada con las fases de aprendizaje infantil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:1).....	811
Figura 111. Cultura material asociada a la producción metalurgia (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).....	817
Figura 112. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).....	943

Figura 113. Planimetría estructural de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).....	944
Figura 114. Dispersión de la cultura material del suelo de ocupación IIIA en la Unidad Habitacional XI.....	945
Figura 115. Diagrama estratigráfico del CE XIa (Proyecto Peñalosa).....	947
Figura 116. Diagrama estratigráfico del CE XIb (Proyecto Peñalosa).....	948
Figura 117. Cerámica decorada tipo <i>Cogotas</i> : GE X (1) y GE XI (3 a 11). Cerámica decorada tipo <i>Campaniforme</i> , GE X (2) (Alarcón, 2006).....	957
Figura 118. Elementos de cultura material asociados a diferentes actividades documentados en el suelo de ocupación del Grupo Estructural XI.....	984

ÍNDICE DE FIGURAS

Figura 1. Planimetría general del poblado de Peñalosa.....	376
Figura 2. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).....	410
Figura 3. Planimetría general y sistema de excavación de la Unidad Habitacional I (Proyecto Peñalosa).....	411
Figura 4. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional I.....	414
Figura 5. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional I.....	418
Figura 6. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:4). 3 (Ia); 7, 8, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 21 y 22 (Ib); 1,2, 5, 6, 9, 19, 20 y 23 (Id), 7 (Ic).....	425
Figura 7. Piedra pulimentada y recipientes cerámicos. Cultura material relacionada al almacenamiento y la preparación de alimentos (Escala 1:3). 1, 2, 6, 7, 8 y 9 (Ib); 3, 4 y 5 (Id).....	426
Figura 8. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos en la Unidad Habitacional I. 1-19 (Ib); 15 (Ib).....	438
Figura 9. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional I. 1, 2, 3, 7, 10, 14, 15, 16 (Id); 4, 5, 6, 8, 9, 11, 12, 13, 17, 18 y 19 (Ib).....	439
Figura 10. Planimetría espacial y sistema de excavación de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	455
Figura 11. Planimetría espacial y estructural de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	456
Figura 12. Secuencia estratigráfica general de la Unidad Habitacional II (Proyecto Peñalosa).....	459
Figura 13. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional II.....	467
Figura 14. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3).1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 18, 19, 20 (CE IIa).....	468
Figura 15. Cultura material relacionada con el almacenamiento y preparación de alimentos de la Unidad Habitacional II (Escala 1:6). 1, 2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12 (CE Ia); 4 (CE Ib).....	471

Figura 16. Cultura material relacionada con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional II (Escala 1:3).1, 2, 3 y 5 (CE Id); 4, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 15 y 16 (CE Ia); 14 (CE Ib).....	472
Figura 17. Cultura material relacionada con la preparación y transformación de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3). 1, 4, 5, 6, 7, 8 (CE Ib); 2, 3, 9 (CE Ic).....	486
Figura 18. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	505
Figura 19. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	506
Figura 20. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional III.....	507
Figura 21. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional III (Proyecto Peñalosa).....	508
Figura 22. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:6).1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).....	516
Figura 23. Cultura material relacionada con el procesado y almacenamiento de cereal junto a los dos unicos elementos recuperados relacionados con la producción metalúrgica de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3).1, 2, 3, 4, 5 y 6 (CE IIIa).....	517
Figura 24. Ajuar funerario de la mujer de la sepultura 9 que acompañaba los restos humanos de una mujer (Escala 1:3) (Contreras, 2000: 282-22).....	520
Figura 25. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).....	526
Figura 26. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos de la Unidad Habitacional III (Escala 1:3).....	529
Figura 27. Cultura material relacionada con la preparación de alimentos y la producción textil recuperada en el registro arqueológico de la vivienda III (Escala 1:3).....	532
Figura 28. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	553
Figura 29. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	554
Figura 30. Análisis de dispersión de la cultura material y su interrelación con las diferentes estructural del suelo de ocupación de la Unidad Habitacional IV.....	555

Figura 31. Diagrama Estratigráfico de la Unidad Habitacional IV (Proyecto Peñalosa).....	557
Figura 32. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	570
Figura 33. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	571
Figura 34. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:6) 1-11 (CE IVa).....	572
Figura 35. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa y b (Escala 1:3).....	573
Figura 36. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos de la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).....	574
Figura 37. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IVa (Escala 1:3).....	575
Figura 38. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3). 1-11 (CE IVa).....	577
Figura 39. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos en la Unidad Habitacional IV (Escala 1:3/1:2/1:1) 1-11 (CE IVa).....	578
Figura 40. Cultura material relacionada con la producción metalurgia en la Unidad Habitacional IVb/c (Escala (1:3/1:1).....	587
Figura 41. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Estructura Hidráulica IVd (Proyecto Peñalosa).....	611
Figura 42. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural, la cisterna (Proyecto Peñalosa).....	612
Figura 43. Diagrama estratigráfico del Grupo Estructural: la cisterna (Proyecto Peñalosa).....	613
Figura 44. Restos de cultura material recuperados en el interior de esta gran estructura hidráulica (1:3) (Proyecto Peñalosa).....	622
Figura 45. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	636
Figura 46. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	637

Figura 47. Diagrama estratigráfico de la Unidad Habitacional V (Proyecto Peñalosa).....	639
Figura 48. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de la Unidad Habitacional V.....	642
Figura 49. Piedra pulimentada (Escala 1:4) y recipientes cerámicos (Escala 1:3). Cultura material relacionada con el almacenamiento y la preparación de alimentos.....	651
Figura 50. Cultura material asociada con las diferentes fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).....	652
Figura 51. Restos cerámicos y piedra pulimentada relacionada con las fases de producción de la actividad metalúrgica (Escala 1:3).....	653
Figura 52. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	657
Figura 53. Cultura material relacionada con la producción textil y elemento de adorno (Escala 1-3/ 1-1).....	658
Figura 54. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	668
Figura 55. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	669
Figura 56. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VIa, b, c, d y e (Proyecto Peñalosa).....	672
Figura 57. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VI f y g (Proyecto Peñalosa).....	673
Figura 58. Diagrama estratigráfico de las estancias habitacionales VI h (Proyecto Peñalosa).....	674
Figura 59. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VIa, b, c, d y e.....	680
Figura 60. Grandes contenedores relacionados con el almacenamiento y preparación de alimentos (Escala 1:4).....	686
Figura 61. Cultura material asociada a la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	687
Figura 62. Grandes contenedores de almacenamiento (Escala 1:4).....	688

Figura 63. Ajuar que acompañaba a los dos individuos masculinos y a la mujer de la sepultura 7 (VIc) (Contreras et al., 2000: 287-20).....	693
Figura 64. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VI f y g (Proyecto Peñalosa).....	710
Figura 65. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	711
Figura 66. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	712
Figura 67. Cultura material relacionada con el servicio y consumo de alimentos (Escala 1:3).....	713
Figura 68. Cultura material relacionada con la producción textil, posibles juegos infantiles y adorno (Escala 1:3).....	714
Figura 69. Cultura material (moldes, crisoles y piedra pulida) relacionada con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	734
Figura 70. Cultura material relacionada con el proceso metalúrgico (Escala 1:3).....	735
Figura 71. Análisis de dispersión de la cultura material y su asociación con los restos estructurales internos de las estancias VI h (Proyecto Peñalosa).....	735
Figura 72. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).....	765
Figura 73. Planimetría general y estructural de la Unidad Habitacional VII (Proyecto Peñalosa).....	766
Figura 74. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII a (Contreras et al., 2000).....	767
Figura 75. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII b, c y d (Contreras et al., 2000).....	768
Figura 76. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII e (Contreras et al., 2000).....	769
Figura 77. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII f (Contreras et al., 2000).....	770
Figura 78. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII g, h , j y k (Contreras et al., 2000).....	771
Figura 79. Diagrama estratigráfico de la s estancias habitacionales VII g h, j y k (Contreras et al., 2000).....	772

Figura 80. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VIIa, b, c, d y e de la Unidad Habitacional VII.....	779
Figura 81. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	781
Figura 82. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	782
Figura 83. Cultura material relacionada con la preparación y procesamiento de alimentos (Escala 1:3).....	783
Figura 84. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3)...	791
Figura 85. Cultura material relacionada con el consumo de alimentos (Escala 1:3)...	792
Figura 86. Dispersión de la cultura material sobre el suelo de ocupación de los CE VII f, g, h, i, j, k y l de la Unidad Habitacional VII.....	798
Figura 87. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	805
Figura 88. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	806
Figura 89. Restos culturales relacionados con la producción metalúrgica (Escala 1:3).....	807
Figura 90. Restos de cultura material asociados a la producción textil (Escala 1:3)...	808
Figura 91. Planimetría general y estructural del Grupo Estructural VIII (Contreras <i>et al.</i> , 2000).....	811
Figura 92. Planimetría general y sistema metodológico de excavación del Grupo Estructural VIII.....	812
Figura 93. Cultura material relacionada con la producción de alimentos y la molienda (Proyecto Peñalosa).....	813
Figura 94. Cultura material relacionada con el almacenamiento y la producción de alimentos (Proyecto Peñalosa).....	814
Figura 95. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	823
Figura 96. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional VI (Proyecto Peñalosa).....	824

Figura 97. Diagrama estratigráfico del Grupo Estratigráfico X (Proyecto Peñalosa).....	828
Figura 98. Distribución de la cultura material recuperada sobre los suelos de ocupación del Grupo Estructural X.....	845
Figura 99. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:8).....	846
Figura 100. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	847
Figura 101. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	848
Figura 102. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:6).....	862
Figura 103. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos y su procesamiento (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3 y 1-4).....	863
Figura 104. Cultura material relacionada con el almacenamiento de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala: 1-1 y 1-3).....	864
Figura 105. Cultura material relacionada con el procesamiento de alimentos, la actividad de molienda (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:3).....	865
Figura 106. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).....	877
Figura 107. Cultura material relacionada con el servicio y el consumo de alimentos (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).....	878
Figura 108. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-3).....	891
Figura 109. Cultura material relacionada con la producción textil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-2 y 1-3).....	892
Figura 110. Cultura material probablemente relacionada con las fases de aprendizaje infantil (Proyecto Peñalosa) (Escala 1:1).....	811
Figura 111. Cultura material asociada a la producción metalurgia (Proyecto Peñalosa) (Escala 1-1 y 1-3).....	817
Figura 112. Planimetría general y sistema metodológico de excavación de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).....	943

Figura 113. Planimetría estructural de la Unidad Habitacional XI (Proyecto Peñalosa).....944

Figura 114. Dispersión de la cultura material del suelo de ocupación IIIA en la Unidad Habitacional XI.....945

Figura 115. Diagrama estratigráfico del CE XIa (Proyecto Peñalosa).....947

Figura 116. Diagrama estratigráfico del CE XIb (Proyecto Peñalosa).....948

Figura 117. Cerámica decorada tipo *Cogotas*: GE X (1) y GE XI (3 a 11). Cerámica decorada tipo *Campaniforme*, GE X (2) (Alarcón, 2006).....957

Figura 118. Elementos de cultura material asociados a diferentes actividades documentados en el suelo de ocupación del Grupo Estructural XI.....984

Bibliografía

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV. (2006): *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante*. Museo de Prehistoria de Valencia. Valencia: Diputación de Valencia http://www.museuprehistoriavalencia.es/ficha_publicacion.html?cnt_id=1429
- AFSHAR, H. (1985): *Women, Work, and Ideology in the Third World*. New York. Tavistock.
- ADAMS, J. 1999: Refocusing the role of food-grinding tools as correlates for subsistence strategies in the U.S. southwest. *American Antiquity* 64: 475-498
- ADOVASIO, J.M., SOFFER, O. y PAGE, J. (2008): *El sexo invisible. Una nueva mirada a la historia de las mujeres*. Barcelona: Lumen
- AGUAYO, P. y CONTRERAS, F. (1981): El poblado argárico de la Terrera del Reloj (Dehesas de Guadix, Granada), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 6: pp. 257-286.
- AGUIRRE, R (2005): Los cuidados familiares como problema público y objeto de política, en: *Reunión de expertos, políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*, Cepal, 28 y 29 de Junio: 2005, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- AGRÍCOLA, G.: *De re metallica*.- New York, 1550. Traducción por Herbert Clark Hoover y Lou Henry, 1556.
- AIXELÁ CABRÉ, Y.: Las mujeres desde la antropología una revisión desde la producción etnográfica. En SOLER MAYOR, B. (Coord.): *Las Mujeres en la Prehistoria*. Valencia: Museu de Prehistoria, 2006. pp. 151-160.
- ALARCÓN GARCÍA, E. (2005): *Las actividades de mantenimiento en el yacimiento de Peñalosa: una aproximación a la vida cotidiana de las poblaciones argáricas*, Trabajo de Investigación Inédito (DEA).
- ALARCÓN GARCÍA, E. (2006): Aproximación al estudio de las actividades de mantenimiento en el poblado argárico de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Arqueología y Territorio* 3, <http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Indice3.htm>, pp. 89-116.
- ALARCÓN GARCIA, E. (2007): Las prácticas de cuidados en las sociedades prehistóricas: la Cultura Argárica, *Arqueología y Territorio* 3, <http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Indice3.htm>, pp. 233-249.
- ALARCÓN GARCÍA, E.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; MORENO ONORATO, A.; CONTRERAS CORTÉS, F. y ARBOLEDAS MARTÍNEZ L. (2008): Las actividades de mantenimiento en los contextos fortificados de Peñalosa, en

- Aranda, G. (ed.) *Cuadernos de Prehistoria*. Universidad de Granada, pp.265-296
- ALARCÓN GARCÍA, E. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (En prensa): Relaciones de género y organización del trabajo metalúrgico en la Edad del Bronce del sureste Peninsular, en el *V Simposio Internacional, Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo: Homenaje a Claude Domergue*. Universidad de León.
 - ALFARO GINER, C. (1984): *Tejido y cestería en la Península Ibérica. Historia de su técnica e industrias desde la Prehistoria hasta la romanización*. Biblioteca Praehistorica Hispana, vol. XXI. Madrid.
 - AL-OUMAOUI, I. y JIMÉNEZ-BROBEIL, S. (2004): Lesiones traumáticas de un individuo de la Edad del Bronce, en J.E. Egocheaga (ed.): *Biología de Poblaciones Humanas: Diversidad, Tiempo, Espacio*, Universidad de Oviedo, Oviedo, pp. 67-74.
 - ALONSO TEJADA A. y GRIMAL NAVARRO A. (1999): *Introducción al Arte Levantino a través de una estación singular: La Cueva de la Vieja (Alpera, Albacete)*, Editado por la Asociación Cultural Malecón de Alpera, Alpera.
 - ALVAREZ, M.C., BÓVEDA, M.J., GÓMEZ, E.T. y VILASECO, X.I. (1998): “A muller: ¿sexo secundario?”, *Gallaecia* 17, pp. 471-480.
 - AMBROSE, S.H. (1993): Isotopic analysis of paleodiets: methodological and interpretive considerations, *Investigations of ancient human tissue* (M.K. Sanford, ed.), Gordon and Breach, Langhorne, Pennsylvania, USA, pp. 59-130.
 - ANÓNIMO.: Descubrimiento importante. En *Revista Minera Científica. Industrial y Mercantil*, Año XXXIII, 1882.- Madrid, Tomo 8, pp. 338-339.
 - APPADURAI, A. (1981): “Gastro-Politics in Hindu South Asia”, *American Ethnologist* 8 (3), pp. 494-511.
 - ANDERSON P. (1992): *Prihistoire de l'agt'l'culture: nouvelles approches expmmentales erethnographiques*. Monographies du Centre de Recherches Archeologiques 6. Ed.CNRS. Paris.
 - ARANDA, G. (2001): *El análisis de la relación forma-contenido de los conjuntos cerámicos del yacimiento arqueológico del Cerro de la Encina (Granada, España)*. British Archaeological Reports. Internacional Series 927. Oxford.
 - ARANDA, G. (2004): Craft specialization in pottery production durign the Bronze Age in south-eastern Iberia, *Journal of Iberian Archaeology*, 6: 167-179
 - ARANDA, G. (2008): Cohesión y distancia social. El consumo comensal de bóvidos en el ritual funerario de las sociedades argáricas, *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada* 18, pp. 107-123.

- ARANDA, G. y ESQUIVEL, J.A. (2006): Ritual Funerario y Comensalidad en las Sociedades de la Edad del Bronce del Sureste Peninsular: La Cultura de el Argar, *Trabajos de Prehistoria* 63 (2), pp. 117-133.
- ARANDA, G. y ESQUIVEL, J.A. (2007): Poder y prestigio en las sociedades de la cultura de El Argar. El consumo comunal de bóvidos y ovicápridos en los rituales de enterramiento, *Trabajos de Prehistoria* 65 (2), pp. 95-118.
- ARANDA, G. y MOLINA, F. (2006): Wealth and Power in the Bronze Age of South-east of Iberia Peninsula: the Funerary Record of Cerro de la Encina, *Oxford Journal of Archaeology* 25 (1), pp. 47-59.
- ARANDA, G., MONTÓN, S., SÁNCHEZ, M., y ALARCÓN, E. (2009): “Death and everyday life: the Argaric societies from South-East Spain”, *Journal of Social Archaeology*, 9
- ARANDA, G, MONTON, S., SÁNCHEZ ROMERO, M. y ALARCÓN GARCÍA, E. (2009): Death and everyday life: the Argaric societies from South-East Spain. *Journal of Social Archaeology* Vol. 9(2), pp.139-162
- ARAUS, J.L., FERRERO, A., RODRÍGUEZ, M^a.O., MOLINA, F. y CÁMALICH, M^a.D. (1997): “Identification of ancient irrigation practices based on the carbon isotopes discrimination of plant seeds: a case study from the SE Iberian Peninsula”, *Journal of Archaeological Science* 24, pp. 35-48.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (2005): *Fuentes para el conocimiento de la minería y metalurgia romana en el Alto Guadalquivir*. Electrónica Arqueología y Territorio nº 2, revista electrónica del Programa de Doctorado “Arqueología y Territorio”, ISSN: 1698-5664. Universidad de Granada. Granada, pp. 81-105.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L.: La minería y metalurgia romana en el Alto Guadalquivir: Aproximación desde el registro arqueológico y las fuentes clásicas.- Granada: Universidad de Granada, 2007. Tesis doctoral inédita.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (2008): *Aspectos sociales y fiscales en las minas romanas del Alto Guadalquivir*. Revista Pyrenae, pp.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. (e.p.): *La minería prerromana y romana en el Alto Guadalquivir*. Actas del V Simposio Internacional sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Suroeste Europeo, León, 19-21 de Junio de 2008.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. y CONTRERAS CORTÉS, F. (e.p.): *Las técnicas extractivas en la minería antigua del Alto Guadalquivir*. IV Reunión de Trabajo sobre Aprovechamiento de Recursos Líticos en la Prehistoria, Villamartin (Cádiz), 26-28 de Octubre 2007.
- ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., CONTRERAS CORTÉS, F., DUEÑAS MOLINA, J., PÉREZ SÁNCHEZ, A. A. y MORENO ONORATO, A. (2008): *La minería romana en la cuenca del río Rumblar: la mina de José Martín*

Palacios. VII Congreso Internacional sobre Patrimonio Geológico y Minero, Puertollano (Ciudad Real) 22-24 de Septiembre, pp. 391-406.

- ARBOLEDAS, L., CONTRERAS, F., MORENO, A., DUEÑAS, J. y PÉREZ, A.A. (2006): La mina de de José Martín Palacios (Baños de la Encina, Jaén). Una aproximación a la minería antigua en la Cuenca del Rumblar, @rqueología y Territorio 3, pp. 179-195.
- ARENDT, H. (1993): *La condición humana*. 1ª Edición Paidós. Barcelona.
- ARGELÉS GARCÍA, T., PIQUÉ, R., VILA, A. (1991): La importancia de llamarse hombre en Prehistoria, *Revista de Arqueología*, 121, pp. 6-9.
- ARNANZ CARRERO, A. (1991): Materiales carpológicos del yacimiento de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Trabajos de Prehistoria* 48, Madrid, pp. 405-420.
- ARNOLD, B. (1991): The Deposed Princess of Vix: The Need for an Engendered European Prehistory, en D. Walde y N.D. Willows (eds.): *The Archaeology of Gender*. The University of Calgary Archaeological Association, Alberta, pp. 366-374.
- ARNOLD, D.E. (1985): *Ceramic theory and Cultural Process*. Cambridge University Press. Cambridge.
- ARNOLD, K., R., GILCHRIST, P., GRAVES y S. TAYLOR (eds.) (1988): Women in Archaeology. *Archaeological Review From Cambridge* 7 (1), pp. 2-8.
- ARNOLD, K. y WICKER, N.L. (eds.) (2001): *Gender and the archaeology of death*. Altamira Press, Walnut Creek.
- ARRIBAS PALAU, A. (1976): Las bases actuales para el estudio del Eneolítico y la Edad del Bronce en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 1, pp. 139-154.
- ARTEAGA, O. (1987): Excavaciones arqueológicas sistemáticas en El Cerro de los Alcores (Porcuna, Jaén), Informe preliminar sobre la campaña de 1985. *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, II: pp. 279-288.
- ARTEAGA, O. (2001): La sociedad clasista inicial y el origen del estado en el territorio de El Argar, *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 3 (2000), pp. 121-219.
- ARWILL-NORDBLADH, E. (1999, orig. 1989): Oscar Montelius y la liberación de las mujeres. Un ejemplo de arqueología, ideología y el primer movimiento de mujeres suecas, en L. Colomer *et alii* (eds.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*. Barcelona, Icaria: 357-374.

- BABOT, M. (1999): Recolectar para moler: casos actuales de interés arqueológico en el noroeste argentino. En *Los Tres Reinos: Prácticas de Recolección en el Cono Sur de América*, editado por C. Aschero, A. Korstanje y P.M. Vuoto. Instituto de Arqueología y Museo, Universidad Nacional de Tucumán.
- BAGWELL, E. (2002): Ceramic form and skill. Attempting to identify child producers at Pecos Pueblo, New Mexico, *Children in the Prehistoric Pueblo an Southwest*, en KAMP, K.A. (ed.), University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 90-107.
- BAHN, P.G. y VERTUT, J. (eds) (1999): *Journey through the Ice Age*. Seven Dials. Londres.
- BALAGUER, P., FREGEIRO, M.I., OLIART, C., RIHUETE, C. y SINTES, E. (2002): Indicadores de actividad física y cargas laborales en el esqueleto humano. Posibilidades y limitaciones para el estudio del trabajo y su organización social en sociedades extintas, en I. CLEMENTE, R. RISCH, Y J.F. GIBAJA (EDS.) *Análisis Funcional. Su aplicación al estudio de sociedades prehistóricas*. pp. 97-108.
- BALAGUER, P. y OLIART, C. (2002): “Una revalorización del trabajo femenino: análisis de la reproducción biológica desde una perspectiva socio-económica”. En M^a. D. Molas y S. Guerra (eds.): *Morir en femenino. Mujeres, ideología y prácticas funerarias desde la Prehistoria a la Edad Media*. Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 53-80
- BARRIERE. C.; CARCAUZON, C.; DELLUC, B. y DELLUC, G. (1990): “La grotte ornée de La Font-Bargeix”. *Travaux de l’Institut d’Art préhistorique de l’Université de Toulouse*, 32, pp. 9-47.
- BEAUSANG, E. (2000): “Childbirth in prehistory: an introduction”. *European Journal of Archaeology*, 3, pp. 69-87.
- BALAGUER, P. y OLIART, C. (2002): Una revalorización del trabajo femenino: análisis de la reproducción biológica desde una perspectiva socio-económica. En M^a. D. Molas y S. Guerra (eds.): *Morir en femenino. Mujeres, ideología y prácticas funerarias desde la Prehistoria a la Edad Media*. Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 53-80
- BALLESTER MORÓN, B. (2005): *Hilando pasado y presente... tejiendo futuro, Cuaderno de Etnografía Canaria. Asociación Cultural Día de las Tradiciones Canarias*. Pinolere. II Época, n° 20, Agosto, Anual, La Orotava, Tenerife.
- BAMFORTH, D. y FINLAY, N. (2008): Introduction: Archaeological Approaches to Lithic Production Skill and Craft Learning. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 15(1), pp.1-27.
- BARDAVIO, A. y GONZALEZ MARCEN P. (1996): La vida cotidiana a la prehistoria. L`estudi de les activitats de manteniment, *Balma* 6, pp. 7-16.

- BARTHES, R. (1975): Toward a Psychosociology of Contemporary Food Consumption. En R. Foster y O. Ranum (eds.): *European Diet from Preindustrial to Modern Times*, Harper Row, New York, pp. 47-59.
- BARTHES, R. (1979): Toward a Psychosociology of Contemporary Food Consumption. En R. Foster y O. Ranum (eds.): *Food and Drink in History. Selections from the Annales. Economics, Sociétés, Civilisations*, vol. 5, John Hopkins University Press, Baltimore, pp. 166-173.
- BAXTER, J.E. (2005): *The archaeology of childhood*. Altamira Press, Walnut Creek.
- BEAGLEHOLE, E. (1937): *Notes on Hopi Economic Life*. Yale University Publications in Anthropology No. 15. Yale University Press, New Haven.
- BEAUSANG, E. (2000): Childbirth in prehistory: an introduction. *European Journal of Archaeology*, 3, p. 69-87.
- BEECHEY, V. (1988): Rethinking the definition of work. Gender and Work. En Jenson, J.; Hagen, E. y Reddy, C. (Eds.): *Feminization of the labour force. Paradoxes and promises*. Polity Press, Cambridge, pp. 45-61.
- BELTRAN, A. (1989): *El arte rupestre aragonés. Aportaciones de las pinturas prehistóricas de Albalate del Arzobispo y Estadilla*. Zaragoza.
- BENTLEY, G.R. (1996): "How did Prehistoric Women Bear "Man the Hunter"? Reconstructing fertility from the Archaeological record". En R.P. Wright (ed.): *Gender and Archaeology*. University of Pensilvania Press, Philadelphia, p. 23-51.
- BEN-SHLOMO., D., SHHAI, I., ZUKERMAN, A. y MAEIR, M.A. (2008): "Cooking identities: Aegeanstyle cooking jugs and cultural interaction in Iron Age Philistia and neighboring regions", *American Journal of Archaeology* 112, pp. 225-246.
- BELEN, M., ESCACENA, J.L. (1992): Las comunidades prerromanas de Andalucía Occidental, *Actas de la Reunión sobre Paleoetnología de la Península Ibérica*, Madrid, 1989, *Complutum*, 2-3, pp. 65-88.
- BELLAMY, C.V. (1995): *Pontefract priory excavations 1957-6*. Theoresby Society Publications, 49.
- BENDER, D.R., (1967): A refinement of the concept of household: families, co-residence, and domestic functions, *American Anthropologist* 69, pp. 493-504.
- BENHABIB, S., (1990): El otro generalizado y el otro concreto: la controversia Kohlberg-Gilligan y la Teoría feminista, en S. Benhabib. y D. Cornell (comps.): *Teoría feminista y teoría crítica*, Alfons el Magnànim, Valencia, pp. 119-149.

- BENTLEY, G.R. (1996): How did Prehistoric Women Bear “Man the Hunter”? Reconstructing fertility from the Archaeological record. En R.P. WRIGHT (ed.): *Gender and Archaeology*. University of Pensilvania Press, Philadelphia, p. 23-51.
- BERTELSEN, R.; LILLEHAMMER, A.; NÆSS, J.R. (eds.) (1987): *Were they all men?: An examination of sex roles in prehistoric society*. Stavanger: Arkeologisk museum i Stavanger.
- BINFORD, L.R. (1981): *Bones, Ancient Men and Modern analysis*, Academic Press, New York.
- BIRKET-SMITH, K. (1945): *Ethnographical Collections from the Northwest Passage. Report of the Fifth Thule Expedition 1921-24*, 6. Gyldendalske Boghandel, Nordisk Forlag, Copenhagen.
- BLOCH, M. (1982): Death, women and power, En M. BLOCH, y J., PARRY (eds.): *Death and the regeneration of life*. Cambridge: Cambridge University Press, pp. 211-230.
- BLOXAM, E. 2006 : Miners and mistresses: Middle Kingdom mining on the margins. En *Journal of Social Archaeology*, vol. 2, n.6, pp. 277-303.
- BLURTON JONES, N.; HAWKES, K. y DRAPER, P. (1994): Differences Between Hadza and !Kung Children’s Work: Original Affluence or Practical Reason? *Key Issues in Hunter-Gatherer Research*, (E.S. Burch, Jr.; L.J. Ellanna, eds.), Berg, Oxford: 189-215.
- BOAS, F. (1888): The Central Eskimo. *Annual Report of the Bureau of American Ethnology*, 6, pp. 399-669.
- BOAS, F. (1901): The Eskimo of Baffin Land and Hudson Bay. *Bulletin of the American Museum of Natural History*, 15(1), pp. 1-370.
- BOGAARD, A., HEATON, T.H.E., POULTON, P. y MERBACH, I. (2007): The impact of manuring on nitrogen isotope ratios in cereals: archaeological implications for reconstruction of diet and crop management practices, *Journal of Archaeological Science* 34, pp. 335-343.
- BOLEN, K.M. (1992): “Prehistoric construction of mothering”. En C.P. Claassen (ed.): *Exploring gender through archaeology. Selected papers from the 1991 Boone Conference*. Prehistory Press, Madison, p. 49-62.
- BOLGER, D.L. (1992): “The archaeology of fertility and birth: A ritual deposit from Chalcolithic Cyprus”. *Journal of Anthropological Research*, 48, p.145-164.
- BONET, H y MATA, C (2002): Testimonios de apicultura en época ibérica, *Verdolay*, 7 Murcia, pp. 277-285.

- BOURDIEU, E. M., (1985): *La distinction. Critique social du jugement*, Minuit, Paris.
- BOURDIEU, E. M., (1988): *La distinción: criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- BRADLEY, C. (1987): Children's Work and Women's Work: A Cross-Cultural Study. *Anthropology of Work Review*, 8(1), pp. 2-5.
- BRADLEY, C. (1993): Women's Power, Children's Labor. *Cross-Cultural Research*, 27, pp. 70-96.
- BRAY, F. (1997): *Technology and gender. Fabric of power in Late Imperial China*, University of California Press, Berkeley.
- BRAY F. (2003): Genetically modified foods: shared risk and global action. In *Revising Risk: Health Inequalities and Shifting Perceptions of Danger and Blame*, ed. BHHarthorn, L Oaks, pp. 185-207. Westport, CT: Praeger
- BRIGGS, J.L. (1974): Eskimo Women: Makers of Men. *Many Sisters: Women in Cross-Cultural Perspective* (C. J. Matthiasson, ed.). The Free Press, New York, PP. 261-304
- BROSHI, M. (2001): The diet of Palestine in the Roman period: Introductory Notes, en Bread, Wine, Walls y Scrolls, *Journal for the study of the Pseudepigrapha, Supplement Series* 36, pp. 121-143.
- BRUMFIEL, E.M. (1991): Weaving and cooking: Women's Production in Aztec Mexico, en J. Gero y M.W. Conkey (eds.): *Engendering archaeology*, Oxford, Blackwell, pp. 224-254.
- BUDD, P. y TAYLOR, T. (1995): The faerie smith meets the bronze industry: magic versus science in the interpretation of prehistoric metal-making. En *World Archaeology*, vol. 1, n. 27, pp. 133-143.
- BURAKOV, K.S., NACHASOVA, I.E., NÁJERA, T., MOLINA, F. y CÁMARA, J.A. (2005): "Geomagnetic Intensity in Spain in the Second Millennium BC", *Izvestiya. Physics of the Solid Earth* 41:8, pp. 622-633.
- BURCH, E. S., JR. (1988): *The Eskimos*. University of Oklahoma Press, Norman.
- BURIN, M. (1996): Género y psicoanálisis: subjetividades femeninas vulnerables, en M. Burin y E. Dío Bleichmar (Comp.): *Género, psicoanálisis, subjetividad. Psicología Profunda* 192, Paidós, Barcelona, pp. 61-99.
- BURTON J.H. y PRICE T.D. (1990): The ratio of barium to strontium as a paleodietary indicator of consumption of marine resources. *Journal Archaeology Science* 17, pp. 547-557.

- BUSS, H. (1991): Concepts of health and stress. En *Health in past societies*, BAR International Series, 567, Oxford.
- BUTLER, A. (1990): *Legumes in antiquity: a micromorphological investigation of seeds of the Viciae*. PhD Thesis, Institute of Archaeology, University College London.
- BUXO, R. (1993): *Des semences et des fruits. Cueillette et agriculture en France et en Espagne méditerranéennes du néolithique à l'âge du fer*, PhD Thesis, Université Montpellier II.
- BUXÓ, R. (2008): La explotación de los vegetales como recurso alimenticio durante la Prehistoria: datos y reflexiones. En Aranda, G. (ed.), *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social e consumo de alimentos y bebidas*, 41–54. Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada. Granada.
- CABALLERO, C. (2003): *El Libro de Amor de Mujeres*. Editorial de la Universidad de Granada, Granada
- CABALLERO, J. PORRES, F., SALAZAR, A. (1993): El campo de fosas de El Cogote (La Torre, Ávila), *Numantia, Arqueología en Castilla y León 1989/1990*, 4 pp. 93-110.
- CABRÉ AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en Las Cogotas. Cardeñosa (Ávila). I. El Castro*. Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, nº 110, Madrid.
- CANNING, K. (1999): La història feminista després del gir lingüístic. *Historiar el discurs i l'experiència*, *Afers* 33-34, pp. 103-341.
- CÁMARA, J.A. (1998a): *Bases teóricas y metodológicas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la Prehistoria Reciente en el sur de la Península Ibérica*, Tesis Doctoral, Microfilmada Universidad de Granada.
- CÁMARA, J.A. (1998b): El control del territorio en la Edad del Bronce. Una comparación entre las situaciones sarda y andaluza, en Moravetti, A., Pearce, M. y Tosi, M. (eds.): *Papers from the EAA Third Annual Meeting at Ravenna 1997. Volume III: Sardinia* British Archaeological Reports. International Series 719, Oxford, pp. 67-71.
- CÁMARA, J.A. (1998c): El control del territorio en la Edad del Bronce. Una comparación entre las situaciones sarda y andaluza, *Papers from the EAA Third Annual Meeting at Ravenna 1997. Volume III: Sardinia* (A. Moravetti, M. Pearce, M. Tosi, Eds.), British Archaeological Reports. International Series 719, Oxford, pp. 67-71.
- CÁMARA, J.A. (2000): Bases teóricas para el estudio del ritual funerario utilizado durante la prehistoria reciente en el sur de la península Ibérica,

Saguntum (Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia) 32, Valencia, pp. 97-114.

- CÁMARA, J.A. (2001a): *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica*, British Archaeological Reports. International Series 913, Oxford, 2001.
- CÁMARA, J.A. (2001b): *El ritual funerario en la Prehistoria Reciente del sur de la Península Ibérica*, British Archaeological Reports. International Series 913, Oxford, 2001.
- CÁMARA, J.A. y LIZCANO, R. (1996): Ritual y sedentarización en el yacimiento del Polideportivo de Martos (Jaén), I *Congrés del Neolític a la Península Ibérica, Formació e implantació de les comunitats agrícoles (Gavà-Bellaterra, 1995)*. Actes. Vol. 1, Rubricatum 1,1, pp. 313-322.
- CÁMARA, J.A. CONTRERAS, F., LIZCANO, R. (1996): Enterramientos y diferenciación social II. La problemática del Alto Guadalquivir durante la Edad del Bronce, *Trabajos de Prehistoria*, 53, 1 pp. 91-108.
- CÁMARA, J.A., LIZCANO, R., CONTRERAS, F., PÉREZ, C. y SALAS, F.E. (2004): “La Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir. El análisis del patrón de asentamiento”, *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes* (Hernández, L. y Hernández, M.S. eds.), Ayuntamiento de Villena/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Villena, pp. 505-514.
- CÁMARA, J.A., MILA, M.S., ARANA, R. y CONTRERAS, F. (2005): Estudio arqueométrico de diversos materiales cerámicos procedentes de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2003, II, Sevilla, pp. 37-50.
- CAMPOS LÓPEZ, D., DUEÑAS MOLINA, J., CONTRERAS, F., PÉREZ SÁNCHEZ, A. A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. y GARCÍA SOLANO, J. A. (2005b): *Pr-A 260. Un ejemplo de puesta en valor*. Actas del II Simposio sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Sudoeste Europeo (Madrid, 24 a 27 de Junio de 2004), Madrid, pp. 621-627.
- CAPUTA, G. (2000): *I Nuraghi della Nurra. Il Triangolo della Nurra. Il circuito archeologico della Sardegna nord-occidentale*, Soprintendenza Archeologica per le Province di Sassari e Nuroro/Imago Media Editrice, Sassari.
- CARIDE, C. (1978): *Historia de las minas del Centenillo*. En Colegio Oficial de Ingenieros de minas de Levante, Madrid.
- CARO, A. (1989): Consideraciones sobre el Bronce Antiguo y Pleno en el Bajo Guadalquivir, en M^aE. Aubet (Coord.): *Tartessos. Arqueología Protohistórica del Bajo Guadalquivir*, AUSA, Sabadell, pp. 85-120.
- CARRASCO, C. 1991: *El trabajo doméstico y la reproducción social*. Instituto de la Mujer, Ministerio de Asuntos Sociales, Madrid.

- CARRASCO, C (2001): Hacia una nueva metodología para el estudio del tiempo y del trabajo, *Taller Internacional Cuentas Nacionales de Salud y Género 18 y 19 de Octubre 2001*, Santiago de Chile. OPS/OMS-FONASA.
- CARRASCO, C (2003a): La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?, en M. León. (ed.): *Mujeres y Trabajo: cambios impostergables*, OXFAM, GB Veraz Comunicaçao, 2001, Porto Alegre, Brasil, pp.11-50.
- CARRASCO, C (2003b): El cuidado: ¿Coste o prioridad social?, *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*, Emakunde 13 y 13 de Octubre, 2003, Donostia.
- CARRASCO, C (2005): Tiempo de trabajo, tiempo de vida: ¿reorganización o conciliación?, *ponencia en pág web: www.ciudaddemujeres.com* .
- CARRASCO, C., MAYORDOMO, M. (2000): Los modelos y estadísticas de empleo como construcción social. La encuesta de población activa y el sesgo de género, *Política y Sociedad*, 34.
- CARRASCO, C., ALABART, A., COCO, A., DOMINGUEZ, M., MARTÍNEZ, À., MAYORDOMO, M., RECIO, A., SERRANO, M. (2003b): *Tiempos, trabajos y flexibilidad: una cuestión de género*, Instituto de la Mujer. Ministerio de Asuntos Sociales. Madrid.
- CARRASCO RUS, J., MEDINA, J. (1983): Excavaciones en el complejo cavernícola de El Canjorro (Jaén). Cueva 3, *XVI Congreso Nacional de Arqueología (Cartagena 1982)*, Zaragoza, pp. 371-381.
- CARRASCO RUS J., PASTOR, M., PACHÓN, J., CARRASCO, E., MEDINA, J., MALPESA, M. (1980): *Vestigios argáricos en Alto Guadalquivir*, Publicaciones del Museo de Jaén 6.
- CARRASCO RUS. J., PACHÓN, J.A. (1986): La Edad del Bronce en la provincia de Jaén, En *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 361-377.
- CARRIAZO, J. DE M. (1925): La Cultura del Argar en el Alto Guadalquivir. Estación de Quesada, *Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria* 41, IV, pp. 173-191.
- CARRIAZO, J. DE M. (1975): La Edad del Bronce. En Menéndez Pidal (Dir.): *Historia de España*, Madrid, pp. 755-852.
- CASADO MILLÁN, P. (2001): *El valle medio y bajo del Rumblar durante la época romana. Análisis del poblamiento y captación de recursos. El medio y los yacimientos*, Trabajo de Investigación de Doctorado, Universidad de Granada.
- CASTILLO, A. DE., (1928), *La Cultura del vaso campaniforme. Su origen y extensión por Europa*. Barcelona.

- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., LULL, V., MICO PEREZ, R. (1996): Cronología de la Prehistoria Reciente de la Península Ibérica y Baleares (c. 2800-900 cal ANE), *Tempus Reparatum, BAR Internacional Series 652*.
- CASTRO. P., CHAPMAN R., GILI S., LULL V., MICÓ R., RIHUETE C., RISCH R., SANAHUJA YLL, M^a E. (1996): Teoría de las prácticas sociales, en *Complutum Extra, 6 Homenaje a Manuel Fernández-Miranda*, pp. 35-48
- CASTRO, P., GILI, S., LULL, V., MICÓ, R., RIHUETE, C., RISCH, R., SANAHUJA YLL, M^a E. (1998): Teoría de la producción de la vida social. Mecanismos de explotación en el sudeste ibérico, *Boletín de antropología americana, n° 33*, pp. 25-78
- CASTRO MARTÍNEZ, P.V., ESCORIZA MATEU, T., SANAHUJA YLL, M.E. (2002): Trabajo y espacios sociales en el ámbito doméstico. Producción y prácticas sociales en una unidad doméstica de la prehistoria de Mallorca, *Revista electrónica de geografía y ciencias sociales VI num. 119 (10)*, Universidad de Barcelona.
- CEREIJO PECHARROMAN, M.A. (1993): Las rapaces nocturnas como acumuladores potenciales de restos faunísticos en yacimientos arqueológicos: los micromamíferos de Peñalosa, *Archaeofauna 2*, Madrid, pp. 219-230.
- CHAPA BRUNET, T., RUIZ RODRIGUEZ, A., PEREIRA SIESO, J. (1985): Excavaciones en el Yacimiento Ibérico de los Castellanes de CEAL (Hinojares, Jaén), Campaña de 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía, II Actividades Sistemáticas*, 1985, pp. 353 -356.
- CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J. (1986): Excavaciones Arqueológica Sistemática en los Castellanes de CEAL, Hinojares (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía, II Actividades Sistemáticas*, 1986, pp. 392–394.
- CHAPA BRUNET, T., PEREIRA SIESO, J. (1992): Poblamiento Ibérico del Valle del Guadiana Menor. Campaña 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía, II Actividades Sistemáticas, 1990 II*, pp. 182–184, Sevilla, 1992.
- CHAPA, T. (2005): Espacio vivido y espacio representado: las mujeres en la sociedad ibérica, en I. MORANT (ed), *Historia de las mujeres de España y de América Latina*. Madrid: Cátedra, pp. 117-137.
- CHAPMAN, R.W. (1982): “Autonomy, ranking and resources in Iberian prehistory”. *Ranking, resources and exchange. Aspects of Archeology of Early European Society* (Renfrew, C. y Shennan, S. eds.), New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge, pp. 46-51.
- CHAPMAN, R.W. (1991): *La formación de las sociedades complejas. La Península Ibérica en el marco del Mediterráneo Occidental*, Crítica, Barcelona.

- CHILDE, V.G.: Archaeological ages as technological stages. En *Journal of the Royal anthropological society*, 1944, n.74, pp. 7-24.
- CHILDS, T.S. (1991): Style, Technology, and Iron Smelting Furnaces in Bantu-Speaking Africa. En *Journal of Anthropological Archaeology*, 10, pp. 332-359.
- CHILDS, S.T. (1998): Social identity and craft specialization among Toro iron workers in Western Uganda. En COSTIN C. L y WRIGHT, R. P. (Eds.): *Craft and social identity. Arlington: Archaeological papers of the American Anthropological Association*, n.8, pp. 109-121.
- CHILDS, T. S. y KILLICK, D.: Indigenous African Metallurgy: Nature and Culture. En *Annual Review of Anthropology*, 1993, n.22, pp. 317-337.
- CIRILLO, L. (2005): Virtualidades pedagógicas del feminismo para la izquierda, en *Revista Internacional de Filosofía Política* (UNED-MADRID/UAM-México), n° 25, 2005.
- CLAASSEN, C. P. (2002) : Mothers' workloads and children's labor during the Woodland Period. *In pursuit of gender: worldwide archaeological approaches* (S. Nelson y M. Rosen-Ayalon, eds.), Altamira, Walnut Creek, pp. 225-234.
- CLARK, D. (2004): The raw and the rotten: punk cuisine, *Ethnology* 43, pp. 19-31.
- COBO BEDIA, R. (2005): El género en las Ciencias Sociales, *Cuadernos de Trabajo Social*, n° 18, Madrid.
- COHEN, A. (1993): Análisis demográfico e historia social: trabajo, salud pública y práctica médico-patronal. En *Bulletin d'Histoire Contemporaine de l'Espagne* (17-18), pp. 194-205.
- COLOMER, L. (1994), Significació social simbólica en arqueología: cerámica simbología, *Revista d'arqueologia de Ponent*, 4, pp. 139-147.
- COLOMER, E. (1996): Contenidors ceràmics i processament d'aliments a la prehistoria, *Cota Zero*, 12, pp. 47-60
- COLOMER, L., GILI, S., GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN, S., PICAZO, M., RIHUETE, S., RUÍZ PARRA, M., SANAHUJA, M^a E. (1993): Género y arqueología. Las mujeres en la prehistoria, *Arqcrítica* 6, pp. 5-7.
- COLOMER, L., GILI, S., GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN, S. (1998): Maintenance Activities, Technological Knowledge and Consumption Patterns: a View of Northeast Iberia (2000-500 Cal Bc), *Journal of Mediterranean Archaeology*, 11 (1), pp. 53-80.
- COLOMER, L., GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN, S. y PICAZO, M. (1999): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria, Barcelona.

- COLOMER, L., (2005), Cerámica prehistórica y trabajo femenino en el Argar: una aproximación desde el estudio de la tecnología cerámica, en M. Sánchez Romero (ed.) *Arqueología y Género*, 2005, pp. 177-217.
- COUNIHAN, C.M. (1999): *The anthropology of food and body. Gender, meaning and power*, Routledge, New York.
- COUNIHAN, C.M. (2004): *Around the Tuscan Table: Food, Family, and Gender in Twentieth Century Florence*, Routledge, Nueva York.
- CONKEY, M.W y GERO, J. (1991): Tensions, Pluralities, and Engendering Archaeology: An Introduction, en J. Gero y M.W. Conkey (eds.) *Engendering archaeology*, Oxford, Blackwell, pp. 1-30.
- CONKEY, M.W (1982): Archaeological Research. Gender paradigms and invisible behaviour. Comunicación presentada en *81st Annual Meeting of the American Anthropological Association*. Washington D.C.
- CONKEY, M.W. (2001): Epilogue: Thinking about Gender with Theory and Method, en KLEIN, C.F. *Gender in Pre-Hispanic America*, Dumbarton Oaks Research Library and Collection Washington, D.C., pp. 341- 362.
- CONKEY, M.W. 2003: Has feminism changed archaeology?, *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 28 (3), pp. 867-880.
- CONKEY, M.W.; SPECTOR, J. (1984): "Archaeology and the Study of Gender". *Advances in Archaeological Method and Theory* 5: 1-38.
- CONKEY, M.W.; GERO, J.M. (1997): "Programme to practice: gender and feminism in archaeology". *Annual Review of Anthropology* 26, pp. 411-37.
- CONTU, E. (1990): Il nuraghe, *La civiltà nuragica* (Atzeni, E., Barreca, F., Bernardini, P., Contu, E., Fadda, M^a.A., Ferrarese Ceruti, M^a.L., Lo Schiavo, F., Moravetti, A., Sanges, M., Santoni, V., Tronchetti, C. y Ugas, G.), Electa, Milano, pp. 35-99.
- CONTRERAS, F. (1982): Una aproximación a la urbanística del Bronce Final en la Alta Andalucía. El Cerro de Cabezuelos (Úbeda, Jaén), *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 7, pp. 307-329.
- CONTRERAS, F. (1983): Peñalosa: Un proyecto de investigación de la edad de Bronce en el alto Guadalquivir, *Ier Congreso de arqueología peninsular*, (Porto 1993). *Actas No 5, Trabalhos de Antropologie et Etnologie* 35, Tomo I, pp. 143-145.
- CONTRERAS, F. (1986): *Aplicación de métodos y análisis estadísticos a los complejos cerámicos de la Cuesta del Negro (Purullena, Granada)*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.

- CONTRERAS, F. (1991): *Informe para la consolidación de urgencia del poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, Informe presentado a la Delegación de Cultura y Medioambiente de Jaén.
- CONTRERAS CORTES, F. (1995): "Peñalosa. Un proyecto de investigación de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir", *Trabalhos de Antropología e Etnologia*, vol. 35 (1), Porto, pp. 143-158.
- CONTRERAS CORTÉS, F. (1999): La Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir: una aproximación a través del registro arqueológico, en Salvatierra, V. y Rísquez, C. (eds.): *De las sociedades agrícolas a la Hispania Romana. Jornadas Históricas del Alto Guadalquivir, Quesada (1992-1995)*, Universidad de Jaén, Jaén, pp. 7-32.
- CONTRERAS CORTES, F. (Coord.) (2000): Proyecto Peñalosa. Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén, *Arqueología Monografías 10*, Consejería de Cultura, Sevilla.
- CONTRERAS, F (2001-02): El mundo de la muerte en la Edad del Bronce. Una aproximación desde la Cultura Argárica, *Y acumularon Tesoros. Mil años de Historia en nuestras tierras*, Caja de Ahorros del Mediterráneo, Valencia, pp. 67-85.
- CONTRERAS, F (2004): El grupo argárico del Alto Guadalquivir, en Hernández, L. y Hernández, M. (eds.) *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Villena, Ayuntamiento de Villena e Instituto Alicantino de Cultura, pp. 493-504.
- CONTRERAS, F., CAMARA, J.A. (2001): Arqueología interna de los asentamientos. El caso de Peñalosa, en M. Ruiz-Galvez Priego (Coord.): *La edad del Bronce, ¿primera edad de oro de España?*, *Sociedad, economía e ideología*, Crítica, pp. 217-255.
- CONTRERAS, F., CAMARA, J.A. (2002b): Peñalosa, la edad del Bronce en Baños de la Encina. Las excavaciones llevadas a cabo en este yacimiento han aportado nueva luz al conocimiento de la Cultura del Argar, *ARQUEO, la aventura de la Arqueología*, 6, pp. 66-73.
- CONTRERAS, F.; NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M. (1987): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce de la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Sondeo estratigráfico en el Cerro de Plaza de Armas de Sevilleja (Espelúy, Jaén), 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1985*, II, Sevilla, pp. 141-149.
- CONTRERAS, F.; NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M. (1989): Primera campaña de excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía 1986*, II, Sevilla, pp. 342-352.

- CONTRERAS, F.; NOCETE, F. y SÁNCHEZ, M. (1990): Segunda campaña de excavaciones en el yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1987, II, Sevilla, pp. 252-261.
- CONTRERAS, F.; CÁMARA, J.A.; MOYA GARCÍA, S. y SÁNCHEZ SUSI, R. (1992): Primer avance metodológico al estudio de la cultura material del poblado de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1990, II, Sevilla, pp. 281-290.
- CONTRERAS, F., MOLINA, F., ESQUIVEL, J.A. (1991a): Propuesta de una metodología para el estudio tipológico de complejos arqueológicos mediante análisis multivariante, *Aplicaciones informáticas en Arqueología* 1, *Complutum*, pp. 65-82.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R., PÉREZ, C., CASAS, C., MOYA, S., CÁMARA, J.A. (1991b): Tercera campaña de excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989, II Actividades Sistemáticas, Sevilla, pp. 227-236.
- CONTRERAS, F., SÁNCHEZ, M., CÁMARA, J.A., GÓMEZ, E., LIZCANO, R., MORENO, A., MOYA, S., NOCETE, F., PÉREZ, C., PREJIGUEIRO, R., SÁNCHEZ, R. (1993a): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y estribaciones meridionales de Sierra Morena. Actuaciones en 1991, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991, II Actividades Sistemáticas, Sevilla, pp. 289-294.
- CONTRERAS, F., NOCETE, F., SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R., PÉREZ, C., CÁMARA, J.A., MOYA, S. (1993b): Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce en la Depresión Linares-Bailén y las estribaciones meridionales de Sierra Morena, *Investigaciones arqueológicas en Andalucía (1985-1992). Proyectos*, Consejería de Cultura, Huelva, pp. 429-440
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., LIZCANO, R., PÉRES, C., ROBLEDO, B., TRANCHO, G. (1995): Enterramientos y diferenciación social I. El registro funerario del yacimiento de la edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Trabajos de Prehistoria*, 52 (1), pp. 87-108.
- CONTRERAS, F. RODRÍGUEZ, M^a.O., CAMARA, J.A. y MORENO, A. (1997): *Hace 4000 años. Vida y muerte en dos poblados de la Alta Andalucía*. Junta de Andalucía. Consejería de Cultura.
- CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., MORENO, A., ARANDA, G. (2004): Las sociedades estatales de la Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir (Proyecto Peñalosa. 20 fase). Quinta campaña de excavaciones (2001), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2001: II, Sevilla, pp. 24-38.
- CONTRERAS, F., DUEÑAS, J., JARAMILLO, A., MORENO, A., ARBOLEDAS, L., CAMPOS, D., GARCÍA, J. y PÉREZ, A.A. (2005a):

- “Prospección Arqueometalúrgica de la cuenca media y alta del río Rumblar (Baños de la Encina, Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2003, II: Sevilla, pp. 22-36.
- CONTRERAS, F., DUEÑAS, J., JARAMILLO JUSTINICO, A., MORENO ONORATO, A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., CAMPOS LÓPEZ, D., GARCÍA SOLANO, J. A. Y PÉREZ SÁNCHEZ, A.A. (2005b): *Prospección arqueometalúrgica en la cuenca alta del río Rumblar*. Anuario Arqueológico de Andalucía, 2002. Vol. II. Actividades Sistemáticas. Sevilla, pp. 22-36.
 - CONTRERAS, F., GARCÍA SOLANO, J. A., CAMPOS LÓPEZ, D., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., MORENO ONORATO, A., JARAMILLO JUSTINICO, A., DUEÑAS MOLINA, J., y PÉREZ SÁNCHEZ, A.A. (2005c): *Minería romana en el distrito minero de Linares-La Carolina. Estado de la cuestión y nuevos hallazgos*. Actas del II Simposio sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Sudoeste Europeo (Madrid, 24 a 27 de Junio de 2004), Madrid, pp. 295-302.
 - CONTRERAS, F., MORENO ONORATO, A., DUEÑAS MOLINA, J., JARAMILLO JUSTINICO, A., GARCÍA SOLANO, J. A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., CAMPOS LÓPEZ, D. y PÉREZ SÁNCHEZ, A.A. (2005d): *La explotación minera de la cuenca del río Rumblar (Baños de la Encina, Jaén) en la Prehistoria Reciente*. Actas del II Simposio sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Sudoeste Europeo (Madrid, 24 a 27 de Junio de 2004), Madrid, pp. 115-120.
 - CONTRERAS, F., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., CAMPOS LÓPEZ, D., GARCÍA SOLANO, J. A., CASADO MILLÁN, P. J., MORENO ONORATO, A., JARAMILLO JUSTINICO, A., DUEÑAS MOLINA, J. Y PÉREZ SÁNCHEZ, A. A. (2008a): *Minería romana en el Alto Guadalquivir: prospecciones en el valle del río Rumblar*. IV Congreso de Arqueología Peninsular (Faro, 14 a 19 de Septiembre de 2004) pp. 75-88.
 - CONTRERAS, F., MORENO ONORATO, A., JARAMILLO JUSTINICO, A., DUEÑAS MOLINA, J., CAMPOS LÓPEZ, D., GARCÍA SOLANO, J. A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L. Y PÉREZ SÁNCHEZ, A. A. (2008b): *Minería y metalurgia argárica en el Alto Guadalquivir*. IV Congreso de Arqueología Peninsular (Faro, 14 a 19 de Septiembre de 2004).
 - CONTRERAS, F., CÁMARA, J.A., MORENO, A., ALARCÓN, E., ARBOLEDAS, L., SÁNCHEZ, M. y GARCÍA, E.I. (en prensa): Nuevas excavaciones en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén). Informe de la 6º campaña, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 2005, Sevilla.
 - CONTRERAS, J. y GRACIA, M. (2005): *Alimentación y cultura. Perspectivas antropológicas*, Ariel, Barcelona.
 - CONTRERAS, J. (1993): *Antropología de la Alimentación*, Eudema, Madrid.

- CORTES SANTIAGO, H. (2007): *El papel de los elementos cerámicos en los procesos metalúrgicos. El caso de Peñalosa, Grupo Estructural VI. Arqueología y Territorio* 4, <http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Indice4.htm>, pp. 47-69.
- COSTIN, C.L. (1998): Introduction: craft and social identity. En COSTIN, C.L. y WRIGHT, R.P. (Eds.): *Craft and social identity. Arlington: Archaeological papers of the American Anthropological Association.*
- COWAN, R.S. (1989): *More Work for Mother. The ironies of Household technology from the open hearth to the microwave*, Free Association Books, London.
- CRAWFORD, S.; LEWIS, C. (2008) Childhood Studies and the Society for the Study of Childhood in the Past. *Childhood in the Past*, 1, pp. 5-16.
- CROWN, P.L. (1999): Socialization in American Southwest Pottery Decoration. *Pottery and People: A Dynamic Interaction* (J.M. Skibo; G.M. Feinman, eds.), University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 25-43.
- CROWN, P.L. (2002): *Learning and teaching in the Prehispanic American Southeast, Children in the Prehistoric Puebloan Southwest*, en Kamp, K.A. (ed.), University of Utah Press, Salt Lake City, pp. 108-124.
- CUNNINGHAM, H. (1996): The History of Childhood. *Images of Childhood* (C. P. Hwang; M. E. Lamb; I. E. Sigel, eds.), Lawrence Erlbaum Associates Publishers, Mahwah, pp. 27-35.
- CULTRARO, M. (2007): *I Micenei*, Carocci, Roma.
- CURIÁ, E., MASVIDAL, C. (1998): El grup domèstic en arqueologia: noves perspectives d'anàlisi, *Cypsela* 12, pp. 227-236.
- CURTIN, D. (1992): Food/ Body/ Person, en D. Curtin y L. Heldke (eds.): *Cooking, Eating, Thinking: Transformative Philosophies of Food*. Bloomington, Indiana University Press, pp. 3-22.
- CURTIS, R.L. (2001): *Ancient food technology (Technology and change in History, vol. 3)*, Leiden, Boston, Köln: Brill.
- DAUNE-RICHARD, A.M. (1988): Gender relations and female labor: a consideration of sociological categories. En Jenson, J.; Hagen, E.
- DAVIS A. (2008): Remembering Awatovi: The Story of an Archaeological Expedition in Northern Arizona, 1935-1939, Peabody Museum Monographs.
- DE BEAUVOIR, S. (1987): *Segundo Sexo*. Traducción de Pablo Palant, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires.
- DE MIGUEL, M^a. P. (2004): Aproximación a las manifestaciones funerarias durante la edad del bronce en tierras alicantinas, a través de los restos humanos,

- en. L. Hernández Alcaraz y M. S. Hernández Pérez (eds.): *La Edad del Bronce en tierras Valencianas y zonas limítrofes*, pp. 213-225.
- DE MIGUEL, M^a.P. (2006): Las mujeres en los contextos funerarios prehistóricos. Aportaciones desde la osteoarqueología, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 91-104.
 - DE PEDRO, M^a.J. (2006): El grupo doméstico y las actividades de mantenimiento en una aldea de la Edad del Bronce. La Lloma de Betxí (Paterna, Valencia), en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 105-118.
 - DE VAULT, M.L. (1991): *Feeding the Family. The Social Organization of Caring as Gendered Work*, The University Chicago Press, Chicago.
 - DELGADO, A. (2008): Alimentos, poder e identidad en las comunidades fenicias occidentales. In: Aranda, G. (ed.), *Poder y prestigio en las sociedades prehistóricas peninsulares: el contexto social e consumo de alimentos y bebidas*, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada, Granada. pp. 163-188.
 - DELGADO, A. y FERRER, M. (2007): Cultural contacts in colonial settings: The Construction of New Identities in Phoenician Settlements of the Western Mediterranean. En *Stanford Journal of Archaeology*.
 - DELLUC, B. y DELLUC, G. (1991): L'art pariétal archaïque en Aquitaine. *28e supplément à Gallia Préhistoire*, CNRS, pp. 393.
 - DENNIS, W. (1940): *The Hopi Child*. D. Appleton-Century Co., New York.
 - DENIRO, M.J.; EPSTEIN, S. (1981): Influence of diet on the distribution of nitrogen isotopes in animals, *Geochim. Cosmochim Acta*, 45, pp. 341-351.
 - DÍAZ-ANDREU, M. (1994): Género y cultura material de la Prehistoria hasta nuestros días, *Revista de Arqueología* 161, pp. 60-61.
 - DÍAZ-ANDREU, M., (2005), Género y Arqueología: una nueva síntesis, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp. 13-51.
 - DIAZ-ANDREU, M., y STIG SØRENSEN, M.L. (Eds.) (1998). *Excavating women: A history of women in European archaeology*. London: Routledge.
 - DIAZ-ANDREU, M. LUCY, S. BABIC, S. Y EDWARDS, D.N. (2005): *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*. Routledge. Londres
 - DIETLER, M. (2001): Theorizing the Feast: Ritual of Consumption, Commensal Politics, and Power in African Contexts, en M. Dietler y B. Hayden (eds.): *Feasts*,

Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power. Smithsonian Institution Press. Washington and London, pp. 65-114.

- DIETLER, M. (2005): "Alcohol: Anthropological/Archaeological Perspectives", *Annual review of anthropology* 35, pp. 229-249.
- DIO BLEICHMAR, E. (1998): *La sexualidad femenina. De la niña a la mujer.* Paidós, Buenos Aires.
- DiQUINZIO, P. (1999): *The impossibility of motherhood: feminism, individualism, and the problem of mothering.* Routledge, New York
- DOBRES, A.M. (1992): "Reconsidering Prehistoric 'Venus' Figurines: a Feminist Inspired Re-analysis" En A. Goldsmith (ed.): *Ancient Images, Ancient Thought: The Archaeology of Ideology.* University of Calgary, Calgary, p. 245-261.
- DONLEY-REID, L.W., (1982): House power: Swahili space and symbolic markers, en I. Hodder (ed.): *Symbolic and Structural Archaeology*, Cambridge University Press. Cambridge.
- DONLEY-REID, L.W. (1990): The Power of Swahili Porcelain, Beads and Pottery. *Powers of Observation: Alternative Views in Archaeology* (S.M. Nelson; A.B. Kehoe, eds.), Archaeological Papers of the American Anthropological Association 2, Washington D.C., pp. 47-59.
- DOMMASNES, Liv. H. (2006): Su corazón se modeló sobre una rueda: las mujeres entre la ideología y la vida en el pasado nórdico, *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, (González Marcén, P., Montón Subias, S. y Picazo Gurima, M. eds.), *Treballs D'arqueologia* 11, pp. 91-114.
- DOUGLAS, M. (1966): *Purity and Danger: An Analysis of Concepts of Pollution*, Praeger, New York.
- DOUGLAS, M. (1984): *Food in the Social Order*, New York: Russell Sage Foundation.
- DUEÑAS MOLINA, J., CONTRERAS CORTÉS, F., PÉREZ SÁNCHEZ, A. A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., GARCÍA SOLANO, J. A. Y CAMPOS LÓPEZ, D. (2005): *Estudio de la minería industrial en la cuenca de río Rumbera*. Actas del II Simposio sobre Minería y Metalurgia Históricas en el Sudoeste Europeo (Madrid, 24 a 27 de Junio de 2004), Madrid, pp. 475-486.
- Durán, (1986):
- DUHARD, J.P. (1993): *Réalisme de l'Image Féminine Paléolithique.* CNRS, Paris

- EBELLING, J y ROWAN, Y.M. (2004): The archaeology of the Daily Grind: Ground Stone tools and food production in the southern Levant. *Near Eastern Archaeology* 67, pp. 108-117.
- EHRENBERG, M. (1989): *Women in Prehistory*, British Museum, Londres.
- EIROA, J.J. (1986): Aproximación a los modelos sociales de la Edad del Bronce en el Sureste, *Historia de Cartagena* (J. Mas, Dir.), Murcia, pp. 353-404.
- ELÍAS, N., (1990): *La sociedad de los individuos*. Barcelona: Península.
- ELÍAS, N., (1992): *Time: an essay*. Basil Blackwell, Oxford-Cambridge.
- ENGELSTAD E. (2007): Much More than Gender, *Journal Archaeological Method Theory* (14), pp. 217-234.
- ESCORIZA, T. (1995): Una introducción a la mujer a través de los estudios prehistóricos”, en *A la memoria de Agustín Díaz Toledo*. C. Martínez Padilla, (ed.). Almería: Universidad de Almería, pp. 145-152.
- ESCORIZA, T. (2001): Una fragmentación intencionada: el análisis de las representaciones arqueológicas del cuerpo de las mujeres, en *Luchas de género en la Historia a través de la imagen*. T. Sauret Guerrero y A. Quiles Faz, (eds). Diputación Provincial de Málaga, Málaga, pp. 283-304.
- ESCORIZA, T. (2002a): Representation of women in Spanish Levantine rock art. An intentional fragmentation”, *Journal of Social Archaeology* 2, pp. 81-108.
- (ESCORIZA, T. 2002b): *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica*. BAR International Series 1082. Oxford: Archaeopress.
- ESCORIZA, T. (2007): Desde una propuesta arqueológica feminista y materialista en *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*. M. Sánchez Romero, (ed.) Complutum 18, pp. 201-208.
- ESCORIZA, T. ESCORIZA, T.; LÓPEZ, M^a J., QUERO, I., HERNÁNDEZ, NAVARRO, A. (2006): Crónica del II Encuentro de Mujeres y Arqueología, *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 8, pp. 255-260.
- ESCORIZA MATEU, T., SANAHUJA YLL, M.E. 2005: La Prehistoria de la autoridad y la relación. Nuevas perspectivas de análisis para las sociedades del pasado, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp. 109-140.
- ESCORIZA MATEU, T., SANAHUJA YLL, M.E. (2002): El pasado no es neutro: el cuerpo femenino como materialidad y forma de representación social *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. La Mujer*, Tomo I, pp. 243-258

- ESCORIZA MATEU, T. (2002a): Representation of women in Spanish Levantine rock art. An intentional fragmentation, *Journal of Social Archaeology* 2, pp. 81-108.
- ESCORIZA MATEU, T. (2002b): *La representación del cuerpo femenino. Mujeres y arte rupestre levantino del arco mediterráneo de la Península Ibérica*. Archaeopress, Oxford.
- ESPANTALEÓN, R. (1960): La necrópolis en Cueva artificial de Marroquíes Altos. Cueva III, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 26, pp. 35-51.
- ESPARZA ARROYO, A. (1990): Sobre el ritual funerario de Cogotas I, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología*, 56, Valladolid, pp.106-143.
- ESQUIVEL, J.A. y ARANDA, G. (2007): De cazadores recolectores a agricultores y ganaderos. La prehistoria reciente en la costa de Granada, en *Patrimonio Arqueología de la costa de Granada. De la Prehistoria a la Edad Moderna*, ayuntamiento de Gualchos-Castell de Ferro y Diputación de Granada, pp.16-79.
- EZZO, J.A. (1992): Dietary Change and Variability at Grasshopper Pueblo, Arizona, *Journal of Anthropological Archaeology* 11, pp. 219-289.
- FALCÓ MARTÍN, R. (2003): *La arqueología del género: espacios de mujeres, mujeres con espacio*. Trabajo de investigación becado por el centro de estudios de la mujer de la Universidad de Alicante, Alicante.
- FALK, P. (1994): *The Consuming Body*. London, Sage.
- FARB, P. y ARMELAGOS, G. (1980): *Consuming Passions: The Anthropology of Eating*. Boston Houghton Mifflin Company.
- FERNANDEZ, M., Y WILDING, F. (2003): Situating Cyberfeminism, en Fernandez, M. Wilding F. y M. Wright M.M. (eds.), *Domain Errors! Cyberfeminist Practices*. Autonomedia, New York, pp. 17-28.
- FERNÁNDEZ, S., (2008): *Análisis tipológico y tecnológico de los conjuntos cerámicos de la Motilla del Azuer*, Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada 18, pp. 317-356
- FERNANDEZ-POSSE, M.^aD. (1980): *El Final de la Edad del Bronce en la Meseta Norte: La Cultura de Cogotas I*, Tesis Doctoral (inédita), Universidad de Granada.
- FERNANDEZ-POSSE, M.^a D., (1986): La Cultura de Cogotas I, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 475-487.
- FISCHLER, C. (1988): Food, self and identity, *Social Science Information*, 27, 2, pp. 275-292.

- FINLAY, N. (1997): Kid knapping: the missing children in lithic analysis. *Invisible People and Processes* (J. Moore; E. Scott, eds.), Leicester University Press, London, pp. 203-212.
- FLAX, J. (1987): Postmodernism and gender relations in feminist theory, *Signs* 12 (4), pp. 621-643.
- FOGEL, M.L.; TUROSS, N.; OWSLEY, D.W. (1989): Nitrogen isotope tracers of human lactation in modern and archaeological populations. *Annual Report of the Director, Geophysical Laboratory, Carnegie Institution of Washington, 1988-1989*. Carnegie Institution of Washington, Washington, D.C., pp. 111-117.
- FRANCALACCI P. (1989) Dietary reconstruction at Arene Candide Cave (Liguria, Italy) by means of trace element analysis. *J. Archaeol. Science*. 16, pp. 109-124.
- FRANKEL, R. (2003a): The Olynthus Mill: Its Origin, and diffusion: typology and distribution, *American Journal of Archaeology*, 107, pp. 1-21.
- FRANKEL, R. (2003b): Mills and querns in Talmudic Literature- A reappraisal in Light of archaeological evidence. *Cathedra* 110, pp. 43-60
- FREGEIRO MORADOR, M^a.I. (e.p.): La dimensión social de la Paleopatología, *Actes del VII Congrés Nacional de Paleopatologia*. Mahón.
- FULLER, B.T.; FULLER, J.L.; HARRIS, D.A.; Y HEDGES, R.E.M.; (2006): Detection of breastfeeding and weaning in modern human infants with carbon and nitrogen stable isotope ratios. *American Journal of Physical Anthropology*, 129, pp. 279-293.
- GAILLEDROT, E. (2007): La stratigraphie de la zone 2, en L`etablissement protohistorique de La Fonteta (fin VIIe-fin Vi av. J.-C) : fouilles de la Rábita de Guardamar II, ROUILLARD, P., GAILLEDROT, E y SALA SELLES, F. (eds). Collection de la Casa de Velázquez 96, Casa de Velázquez, Madrid, pp. 23-97
- GARCÍA GUIXÉ, E. (2005): Aplicación de los análisis de isótopos estables en la reconstrucción de la dieta de poblaciones humanas antiguas (paleodietas), en P. Alcorlo, R. Redondo y J. Toledo (eds.): *Nuevas técnicas metodológicas aplicadas al estudio de los sistemas ambientales: los isótopos estables*, Universidad Autónoma de Madrid, Madrid: 213-233.
- GARCÍA LÓPEZ, M.M (1992): *La Bastida de Sotana: Estudio de materiales arqueológicos inéditos*. Murcia.
- GARCÍA LUQUE, A., RÍSQUEZ, C. (2005): Historiografía de los estudios de género en la Cultura Ibérica. Superando el complejo Peter Pan en Archaia, *Actas del III Congreso Internacional de Historia de la Arqueología: El nacimiento de la Prehistoria y la Arqueología científica*, pp. 18-32.

- GARCÍA LUQUE, M.A. (2008): *Arqueología del género en la Cultura ibera: Una lectura desde la muerte*. Tesis doctoral inédita.
- GARCÍA SAINZ, C., (2002): Trabajo no remunerado versus mercantilización: hacia un reparto de responsabilidades entre hogar, mercado y Estado, en *Res. Revista Española de Sociología*, nº 2, pp. 139-149.
- GARINE, I. (1995): Los aspectos socioculturales de la nutrición, en CONTRERAS, J. (eds): *Alimentación y cultura. Necesidades, gustos y costumbres*. Universidad de Barcelona, Barcelona, pp. 129-170.
- GARLAND, Billie Jean. *Gynaikonomoi: An Investigation of Greek Censors of Women*. The Johns Hopkins University, Ph.D. Diss., 1981. Ann Arbor: UMI, 1981.
- GERO, J.M (1985): Socio-Politics and the Women-at-Home Ideology, *American Antiquity* 50(2), pp. 342-350.
- GERO, J.M., (1991): Genderlithics: Women`s Roles in Stone Tool Production, en J.M. Gero y W.M. Conkey (eds.): *Engendering archaeology women and prehistory* Bloctewell, Oxford. pp. 163-193.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. (1993): Gaps in zooarchaeological Analices of Butchery: Is Gender an Issue?, F. Hudson (ed.): *From Bones to Behaviour: Ethnoarchaeological and Experimental Contributions to the Interpretation of Faunal Remains*, Carbondale, Southern Illinois University, pp. 181-199.
- GILCHRIST, R. (1999): *Gender and archaeology: contesting the past*, Routledge, London.
- GILCHRIST, R. (2005): Nurturing the dead: medieval women as family undertakers. *Mujeres y actividades de mantenimiento en tiempos de cambio*. Barcelona.
- GILCHRIST, R., y SLOANE, B. (2005): *Requiem: the medieval monastic cemetery in Britain*. Londres: Museum of London Archaeology Service Monograph.
- GIFFORD-GONZALEZ, D. (1993): “You can hide, but you can’t run: representation of women’s work in illustrations of palaeolithic life”. *Visual Anthropology Review* 9, pp. 3-21.
- GILMAN. A. (1981): The development of social stratification in Bronze Age Europe. En *Current Anthropology*, vol. 22, n.1, pp. 1-23.
- GILMAN, A. (1976): Bronze Age dynamics in South-east Spain, *Dialectical Anthropology* 1, pp. 307-319.
- GILMAN, A. (1987): Regadío y conflicto en sociedades acéfalas, *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología* LIII, pp. 59-72.

- GILMAN, A. (2001): Assessing Political Development in Copper and Bronze Age Southeast Spain, en Haas, J. (ed), *From Leaders to Rulers Fundamental Issues in Archaeology*, Kluwer Academic/Plenum Publishers, New York, pp. 59-81.
- GILMAN, A. y THORNES, J.B. (1985): *El uso del suelo en la Prehistoria del Sudeste de España*, Fundación Juan March, Serie Universitaria 227, Madrid.
- GRIMAL A. y ALONSO A. (2007): Catálogo de Cataluña, Cuenca, Albacete, Guadalajara y Andalucía, *Catálogo del Arte Rupestre Prehistórico de la Península Ibérica y de la España Insular. Arte Levantino*, Real Academia de Cultura Valenciana, Serie Arqueológica, nº 22, Valencia, I-II Vols, pp. 113-252 (Vol I), pp. 41-85 (Vol II).
- GRIMM, L. (2000): Apprentice flintknapping: Relating material culture and social practice in the Upper Palaeolithic. *Children and Material Culture* (J. Sofaer, ed.), Routledge, Londres, pp. 53-71.
- GOODY, J. (1994): *Cooking, Cuisine and Class. A Study in Comparative Sociology*. Cambridge, Cambridge University Press.
- GOODMAN, A.H., PELTO, G.H. y ALLEN, L.H. (1988): Socioeconomic and nutritional status correlates of enamel developmental defects in mild to moderately malnourished Mexican children, *Am. J. Phys. Anthropol.* 75, pp. 215
- GONZÁLEZ DE CANALES, F., SERRRANO, L y LLOMPART, J. (2004): *El emporio fenicio precolonial de Huelva (ca. 900-770 a.c)*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- GONZALEZ MARCÉN, P., LULL, V., RISCH, R (1992): *Arqueología de Europa, 2250-1200 a. C. Una introducción a la Edad del Bronce*, Madrid.
- GONZALEZ MARCÉN, P. (2005): Redes de complicidades y objetos vividos: una oportunidad de mediación para la Arqueología en M. Sánchez Romero (ed.). *Arqueología y género* Granada: Universidad de Granada), pp. 491-499.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., (2000): Mujeres, espacio y arqueología. Una primera aproximación desde la investigación española, en P. González Marcén (ed.): *Espacios de género en Arqueología*. Arqueología Espacial. Teruel, pp. 11-22.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., (2006): Mujeres y prehistoria: vivir el presente, pensar el pasado, en *Las mujeres en la Prehistoria*. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 15-26.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MASVIDAL, C., MONTÓN, S., y PICAZO, M. (2007a): Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities, en *Interpreting household practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. P. González Marcén, C. Masvidal, S. Montón, y M. Picazo (eds), *Treballs d'Arqueologia*, 13. Barcelona: Universidad Autónoma de Barcelona, pp. 29-68.

- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MASVIDAL, C., MONTÓN, S., y PICAZO, M. (eds) (2007b): *Interpreting households practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. Treballs d'Arqueologia,13. <http://seneca.uab.es/arqueologia/publicacions.htm>
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., (2008a): Tiempos de mujeres. Escala de análisis y metodología arqueológica, en L. Prados y C. Ruiz (eds). *Arqueología del Género. I Jornadas Internacionales de Arqueología del Género*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 61-76.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., (2008b): La otra prehistoria: creación de imágenes en la literatura científica y divulgativa, *Arenal* 15 (1) Granada, pp. 91-109.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN, S., y PICAZO, M. (2008c): Towards an archaeology of maintenance activities, en S. Montón y M. Sanchez ROMERO (eds) *Engendering social dynamics: The archaeology of maintenance activities*. BAR International Series, 1862, Oxford
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., PICAZO GURINA, M. (2005): Arqueología de la vida cotidiana, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp.141-158.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN, S. y PICAZO, M. (eds) (2005): *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs d'Arqueologia, 11. <http://seneca.uab.es/arqueologia/publicacions.htm>
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S., PICAZO GURINA, M. (2006): Movilidad y vida cotidiana: la construcción del espacio doméstico en las comunidades de la prehistoria reciente del Nordeste de Iberia, en P. González Marcén, S. Montón Subias, M. Picazo Gurima (eds.): *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs D'arqueología, 11 Barcelona, pp. 135-161.
- GONZÁLEZ MARCÉN, P., MONTÓN SUBIAS, S., PICAZO GURINA, M. (2007): Continuidad y cambio en la cultura material de la vida cotidiana, en M. Sánchez Romero (eds.): *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género Complutum* 18, Madrid
- GONZÁLEZ PRATS, A. (1992): El proceso de formación de los pueblos ibéricos en el Levante y Sudeste de la Península Ibérica. En M. Almagro y G. Ruiz (Eds.): *Paleoetnología de la Península Ibérica (Actas de la Reunión celebrada en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense, Madrid, 13-15 diciembre de 1989)*, *Complutum* 2-3, pp. 137-150.
- GONZALEZ-TABLAS SASTRE, F.J. (1984-85): Proto-cogotas I o el Bronce Medio de la Meseta: La Gravera de Puente Viejo (Ávila), *Zephyrus*, XXXVII-XXXVIII, pp. 267-276.

- GOODY, J. (1982): *Cooking, cuisine and class: a study in comparative sociology*, Cambridge University Press, Cambridge.
- GOLDSTEIN, P. (2003): From. Stew-Eaters to Maite-Drinkers: The Chicha Economy and the Tiwanaku Expansión, Bray, T.L. (ed.), *The Archaeology and Politics of Food and Feasting States an Empires*, Plenum, New York, pp. 143-172.
- GOSDEN, C. y MARSHALL, Y. (1999): The Cultural Biography of Objects *World Archaeology*, Vol. 31, No. 2, pp. 169-178
- GOSSELAIN, O. (1999): In Pots We Trust: The Processing of Clay and Symbols in Sub-Saharan Africa. En *Journal of Material Culture*, vol. 2, n.4, pp. 205-230.
- GREGOIRE, P. (1992) : Les grandes unites de transformation des cèrèales. L'exemple des minoteries de la Mesopotamie du sud à la fin du IIIe millènaire avant notre ère», en ANDERSON P. (Ed) *Prèhistoire de l'agriculture: nouvelles approches experimentales et emhographiques* en Monographies du Centre de Recherches Archeologiques 6. Ed.CNRS. Paris. pp.321-339.
- GRIÑÓ, (1992): Imagen de la mujer en el mundo ibérico, en R., OLMOS, T. TORTOSA, P. IGUACEL (eds.): *La sociedad ibérica a través de la imagen*. Ministerio de cultura. Madrid, pp. 194-205
- GROENEN, M. (1994): *Pour une histoire de la prèhistoire*, ed. Jerome Million. Grenoble.
- GRONENBORN, D. (1994): Elhnoarchlllogisehe Unlersuchungen zur rezente Herstellung und Nutzung von Mahlsteinen in Nordost-Nigeria, *Experimentel, Archäologle Bilanz*, Isense, Oldenburg, pp. 45-55.
- GUEMPLE, L. (1979): Inuit Socialization: A Study of Children as Social Actors in an Eskimo Community en K. Ishwaran, (ed.) *Childhood and Adolescence in Canada*, McGraw-Hill Ryerson, Toronto, pp. 39-53
- GUEMPLE, L. (1988): Teaching Social Relations to Inuit Children en T. Ingold; D. Riches; J. Woodburn (eds.) *Hunters and Gatherers 2-Property, Power and Ideology* Berg, Oxford, pp. 131-149.
- GUERRA PALMERO, M. J. (2000): Género: debates feministas en torno a una categoría, *Arenal* 7:1, pp. 207-230.
- HACHUEL, E., y SANAHUJA, M.E. (1996): La diferencia sexual y su expresión simbólica en algunos grupos arqueológicos del Paleolítico Superior, *Duoda. Revista de estudios feministas* 11, pp. 61-76.
- HADDON (2004): *The curiuos incient of the dog in the night-time*. Vintage

- HAGER, L.D. (1997): Sex and gender in palaeoanthropology. En HAGER, L.D. (Ed.): *Women in Human Evolution*. London, Routledge, pp. 1-28.
- HAMILAKIS, Y. (1999): Food Technologies/Technologies of the Body: The Social Context of Wine and Oil Production and Consumption in Bronze Age Crete, *World Archaeology* 31, pp. 38-54.
- HAMLIN, C. (2001): Sharing the Load: Gender and Task Division at the Windover Site. En K. Arnold y N.L. Wicker (eds.): *Gender and the archaeology of death*. Altamira Press, Walnut Creek, p. 119-135.
- HARAWAY, D. (1995). Conocimientos situados: La cuestión científica en el feminismo y el privilegio de la perspectiva parcial. En D. Haraway (Ed.), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza* (pp. 313-345). Madrid, España: Cátedra. (orig. Situated Knowledge: The Science Question in Feminism as a Site of Discourse on the Privilege of Partial Perspective. *Feminist Studies* 14.3, 1988)
- HARDING, S. (1987): *Feminism and methodology*. Bloomington: Indiana University.
- HARDING, S. (1993). *Ciencia y feminismo*. Madrid, España: Morata.(orig. *The science question in feminism* 1986)
- HARRIS, M. (1987): *Vacas, cerdos, guerras y brujas*. Madrid: Ed. Alianza.
- HASTORF, C.A. (1991): Gender, Space and Food in Prehistory, en J. Gero y M.W. CONKEY (eds.): *Engendering archaeology*, Oxford, Blackwell, pp. 132-159.
- HASTORF, C.A. (2003): "Andean luxury foods: special food for the ancestors, deities and the elite", *Antiquity* 77, pp. 110-119.
- HAYDEN, B. (1987): *Little studies among the contemporary Highland Maya*, 11 University of Arizona Press, Tucson.
- HAYDEN, B. (2001): Fabulous Feasts. A Prolegomenon to the Importance of Feasting, en M. Dietler y B. Hayden (eds.): *Feasts, Archaeological and Ethnographic Perspectives on Food, Politics, and Power*, Smithsonian Institution Press, Washington and London, pp. 23-64.
- HELLER, A. (1972): *Historia y vida cotidiana*, Grijalbo, Barcelona.
- HENDON, J.A. (1996): Archaeological approaches to the organization of Domestic Labor: Household practice and Domestic Relations, *Annual Review of Anthropology*, 25, pp. 45-61
- HENDON, J.A. (1997): Women`s Work, Women`s Space, and Women`s Status Among the Classic-period Maya Elite of the Copan Valley, Honduras, en C.

- Claassen and R.A. Joyce (eds.): *Women in Prehistory. North America and Mesoamerica*. Philadelphia, University of Pensilvania Press, pp. 17-32.
- HERRING, D.A.; SAUNDERS, S.R. y KATZENBERG, M.A. (1998): Investigating the Weaning Process in Past Populations. *American Journal of Physical Anthropology*, 105, p. 425-439.
 - HERBERT, E. (1993): *Iron, Gender and Power. Rituals of Transformation in African Societies*. Bloomington: Indiana University Press.
 - HERBERT, E. (1998): Mining as microcosm in precolonial sub-Saharan Africa. An overview. En KNAPP, A. B.; PIGOTT, V. C. y HERBERT, E. W. (Eds.): *Social Approaches to an Industrial Past*. Londres: *The Archaeology and Anthropology of Mining*, Routledge. pp. 138-154.
 - HERNÁNDEZ PÉREZ, M.S. (1985): La Edad del Bronce en el País Valenciano: panorama y perspectivas, *Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas*, Anejo de Lucentum, Alicante, pp. 101-119.
 - HERNANDO, A. (1999a): El espacio no es necesariamente un lugar: entorno al concepto de espacio y a sus implicaciones en el estudio de Prehistoria, *Arqueología Espacial*, 21 Teruel, pp. 7-27
 - HERNANDO, A. (1999b): Percepción de la realidad y prehistoria. Relación entre la construcción de la identidad y la complejidad socio-económica en los grupos humanos, *Trabajos de Prehistoria*, 56, nº 2, Madrid, pp. 19-35.
 - HERNANDO, A. (2000): Hombres del tiempo y Mujeres del espacio: individualidad, poder y relaciones de género, *Arqueología Espacial*, 22, Teruel, pp. 23-44.
 - HERNANDO, A. (2002): *Arqueología de la Identidad*, Akal, Madrid.
 - HERNANDO, A. (2005): Mujeres y prehistoria. En torno a la cuestión del origen del patriarcado, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada, Granada, pp. 73-108.
 - HERNANDO, A. (2006): ¿Por qué la historia no ha valorado las actividades de mantenimiento?, en P. González Marcén, S. Montón Subias, M. Picazo Gurima (eds.) *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, *Treballs D'arqueologia*, 11 Bellaterra, Barcelona, pp. 115-134.
 - HERNANDO, A. (2007): Sexo, género y poder. Breve reflexión sobre algunos conceptos manejados en la arqueología del género, en Sánchez Romero, M. (ed.) *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género* Complutum 18, PP.
 - HERRING, D.A., SAUNDERS, S.R., KATZENBERG, M.A. (1998): Investigating the Weaning Process in Past Populations, *American Journal of Physical Anthropology* 105, pp. 425-439.

- HESLOP, D.H. (1995): Excavations within the church at the Augustinian Priory of Gisborough, Cleveland, *Yorkshire Archaeological Journal* 67, pp. 51-125.
- HIGGINS, R.A. *Catalogue of the Teracottas in the Department of Greek and Roman Antiquities. British Museum. Greek: 730-330 B.C.* London: British Museum, 1954.
- HILLMAN G.c. (1981): Reconstructing crop husbandry practices from charred remains of crops, en MERCERR. (Ed.) *Farming Practice in British Prehistory*, Edinburgh University Press. Edinburgh, pp.123-162.
- HIMMELWEIT, S. (2003): La economía de la atención, *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*, Rev. Emakunde 13 y 13 de Octubre, Donostia.
- HOOKS, B. (1981): *Ain't I a Woman: Black Women and Feminism*, Boston: South End Press.
- HOLTZMAN, J. (2006): Food and Memory, *Annual Review of Anthropology* 35, pp. 361-78.
- HOLT, S. B. (1968): *The Genetics of Dermal Ridges*. Charles C. Thomas, Springfield.
- HORSFALL. G.A. (1987): Disign Theory and grinding stones, en HAYDEN B. (ed) *Lithic studies among the contemporary Highland Maya*, University of Arizona Press, Arizona, pp. 323-377.
- HORNOS, F., y RISQUEZ, C. (2000): Paseando por un museo y buscando el lugar de la mujer, en P. González Marcén (ed) *Espacios de género en Arqueología*. Arqueología Espacial, 22, pp. 175-186.
- HORNOS, F., y RISQUEZ, C. (2005): Representación en la actualidad. Las mujeres en los museos, en *Arqueología y género*. M. Sánchez Romero (ed.). Granada: Universidad de Granada, pp. 479-490.
- HORNOS, F., SÁNCHEZ, M., LÓPEZ, J. (1987): Excavación de urgencia en el sector Saludeja-Redonda de Miradores de la muralla de Úbeda (Jaén), 1985, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1985, III *Actividades de Urgencia*, Sevilla, pp. 199-205.
- HOUGH, W. (1915): *The Hopi Indians*. The Torch Press, Cedar Rapids, Iowa.
- HÖGBERG, A. (2008): Playing with Flint: Tracing a Child's Imitation of Adult Work in a Lithic Assemblage. *Journal of Archaeological Method and Theory*, 15(1), pp.112-131.
- HUTCHINSON, D.L. y NORR, L. (2006): Nutrition and Health at Contact in Late Prehistoric Central Gulf Coast Florida, *American Journal of Physical Anthropology* 129, pp. 375-386.

- IBORRA, M.P., GRAU, E y PEREZ JORDA, G. (2003): Recursos agrícolas y ganaderos en el ámbito fenicio occidental: estado de la cuestión, *Ecohistoria del paisaje agrario. La agricultura fenicio-púnica en el Mediterráneo* (Gómez BELLARD, C, (Ed), Universitat de València, Valencia, pp. 33-55
- JAMES, A.; JENKS, C.; PROUT, A. (1998): *Theorizing Childhood*. Teachers College Press, New York.
- JARAMILLO JUSTINICO, A. (2005): *Recursos y materias primas en la Edad del Bronce del Alto Guadalquivir, Medioambiente y el Registro Arqueológico en la Cuenca del Rumblar*, Tesis Doctoral (Inédita), Departamento de Prehistoria y Arqueología, Universidad de Granada.
- JENNESS, D. (1922): *The Life of the Copper Eskimos*. Report of the Canadian Arctic Expedition, 1913-18 Vol. 12(A). F.A. Acland, Ottawa.
- JIMÉNEZ BROBEIL, S., AL-OUMAOUI, I., ESQUIVEL, J.A. (2004): Actividad física según sexo en la Cultura Argárica. Una aproximación desde los restos humanos, *Trabajos de Prehistoria* 61, pp. 141-153.
- JIMÉNEZ-BROBEIL y GARCÍA SÁNCHEZ, (1989-1990): Estudio de los restos humanos de la Edad del Bronce del Cerro de la Encina (Monachil, Granada), en *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada*, 14-15, pp. 157-180.
- JIMENO MARTÍNEZ, A. (1978): Aportaciones al Bronce Final y Primer Hierro. Los Tolmos de Caracena, (Soria), *Revista de Investigación del Colegio Universitario de Soria*, I, pp. 55-66.
- JIMENO MARTÍNEZ, A (1984): Los Tolmos de Caracena (Soria), (Campañas de 1977, 1978 y 1979). Nuevas bases para el estudio de la Edad del Bronce en la zona del alto Duero, *Excavaciones Arqueológicas en España*, 134, Madrid.
- JIMENO MARTÍNEZ, A., FERNÁNDEZ MORENO, J.J. (1991): Los Tolmos de Caracena (Soria), (Campañas de 1981 y 1982), *Excavaciones Arqueológicas en España*, 161, Madrid.
- JOHNSON, I. (1984): Cell frequency recording and analysis of artefacts distribution, en H.I. Hietala (Ed.): *Intrasite spatial analysis in Archaeology*, Cambridge University Press, Cambridge, pp.75-96.
- JONES, S. y PAY, S. (1999): El legado de Eva, en COLOMER, L., GONZALEZ. P., MONTÓN. S. y PICAZO, M. (Coord.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre las mujeres y la cultura material en arqueología*, Icaria, Barcelona, pp. 323-340
- JOYCE, R.A. (1992): Images of gender and labor organization in Classic Maya society. En C. Claassen (ed.): *Exploring Gender through archaeology: Selected Papers from the 1991, Boone Conference Monografie World Archaeological* 11, Prehistory Press, Madison, pp. 63-70.

- JOYCE, R.A. (2000): Male sexuality among the ancient Maya, en R.A. Schmidt and B.L. Voss (eds.) *Archaeologies of Sexuality*, London: Routledge, pp. 263–83.
- JOYCE, R. A. (2002). *The languages of archaeology*. Oxford: Blackwell
- JOYCE R. A. Y TRINGHAM, R. E. (2007): Feminist Adventures in Hypertext, *Journal Archaeology Method Theory* 14, pp. 328-358.
- JULIANO, D. (1998): *Las que saben... Subculturas de mujeres*. Madrid: Horas y horas.
- KAPLAN, E.A. (1992): *Motherhood and representation: the mother in popular culture and melodrama*. Routledge, Londres.
- KAMP, K.A. (2001): Prehistoric Children Working and Playing: A Southwestern Case Study in Learning Ceramics. *Journal of Anthropological Research*, 57, pp. 427-50.
- KAMP, K; TIMMERMAN, N.; LIND, G.; GRAYBILL, J.; y NATOWSKY, I. (1999): Discovering Childhood: Using Fingerprints to Find Children in the Archaeological Record. *American Antiquity*, 64, pp. 309-315.
- KAMP, K.A.; J. C. WHITTAKER (2009): An Acropolis of the Sinagua: Architectural Adaptation at New Caves, Arizona. *Kiva* 74(3), pp. 281-304.
- KAMP, K.A. (En prensa): Entre el trabajo y el juego: perspectivas sobre la infancia en el suroeste americano, SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed) *Complutum*.
- KATZENBERG, A., HERRING, D.A. y SAUNDERS, S.R. (1996): Weaning and Infant Mortality: Evaluating the Skeletal Evidence, *Yearbook of Physical Anthropology* 39, pp. 177-199.
- KATZENBERG, M.A.; HERRING, D.A. y SAUNDERS, S.R. (1996): Weaning and infant mortality: Evaluating the skeletal evidence. *American Journal of Physical Anthropology*, 101, p.177-199.
- KEITH, K. (2005): Childhood Learning and the Distribution of Knowledge in Foraging Societies *Children in Action: Perspectives on the Archaeology of Childhood*, en BAXTER, J.E. (ed.), *Archaeological Papers of the American Anthropological Society* 15, Washington D.C., pp. 27-40.
- KELLEY, M.A. (1979): Parturition and pelvis changes. *American Journal of Physical Anthropology*, 51, p. 541-546.
- KENT, S. (1999): Egalitarianism, equality and equitable power, en T.L. Sweely (ed.): *Manifesting power. Gender and the interpretation of power in archaeology*, Routledge, London, pp. 30-48.

- KERN, S. (1983): *The culture of Time and Space*, 1918-1980, Harvard University Press. Cambridge, Massachusetts.
- KILLEBREW, A.E. (1999): "Late Bronze and Iron I cooking pots in Canaan: a typological, technological, and functional study", *Archaeology, history and culture in Palestine and the Near East: Essays in memory of Albert E. Glock* (Kapitan, T., ed.), ASOR books 3, Scholars Press, Atlanta, pp. 83-126.
- KLOPFER, L. (1993): Padang restaurants: creating ethnic cuisine in Indonesia, *Food and Foodways*, 5, 3, pp. 293-304.
- KNAPP, A. B. (1998): Social Approaches to the Archaeology and Anthropology of Mining. En KNAPP, A. B.; PIGOTT, V. C. y HERBERT, E. W. (Eds.): *Social Approaches to an Industrial Past. Londres: The Archaeology and Anthropology of Mining*, Routledge, pp. 1-23.
- KRAMER, C., (1985a): Ceramic production and specialization, *Paléorient*, vol. 11/2, 1985, pp. 117-118.
- KRAMER, C., (1985b): Ceramic ethnoarchaeology, *Annual Reviews Anthropology*, 1985, 14, pp. 77-102.
- KRAMER, C. (1997): *Pottery in Rajasthan: Ethnoarchaeology in Two Indian Cities*. Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- KRISTIANSEN, K.: Ideology and Material Culture: An Archaeological Perspective. En SPRIGGS, M. (Ed.): *Marxist Perspectives in Archaeology*. Cambridge: Cambridge University Press, 1984.- pp. 72-100.
- KROLL, E. M. y ISAAC, G. (1984): Configurations of artifacts and bones at early Pleistocene sites in East Africa, en H.J. Hietala (Ed): *Intrasite spatial analysis in Archaeology*, Cambridge University Press, pp. 4-31.
- KUNTER, M. (2000): Los restos de esqueletos humanos hallados en Fuente Álamo durante las campañas de 1985-1988 y 1991. In Fuente Álamo. Las excavaciones arqueológicas 1977-1991 en el poblado de la Edad del Bronce, ed. H Schubart, V Pincel, O. Arteaga, Consejería de Cultura de la Junta de Andalucía, Sevilla, pp. 265-282.
- LAGARDE, M (2003): Mujeres cuidadoras: entre la obligación y la satisfacción, en *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*, Rev. Emakunde 13 y 13 de Octubre, 2003, Donostia, pp. 1-5.
- LAMAS, M., (1997): El género: la construcción cultural de la diferencia sexual. PUEG-UNAM Editorial Porrúa. México.
- LANNING, E.C. (1954): Genital Symbols on Smiths' Bellows in Uganda. En *Man*, n.54, pp. 167-169.

- LATORRE GARCÍA, J. Y LÓPEZ CORDERO, J.A. (1996): La industria jiennense en la ilustración: los molinos de aceite y harina, *En Actas I Congreso "La Ilustración y Jaén". Diciembre 1994*. Universidad de Jaén/Real Sociedad Económica de Amigos del País /Centro Asociado de la UNED de Jaén. Jaén, pp. 261-282.
- LAWRENCE, S. (1998): Gender and community structure in Australian colonial goldfields. En KNAPP, A.B.; PIGOTT, V.C. y HERBERT, E.W. (Eds.): *Social Approaches to an Industrial Past: The Archaeology and Anthropology of Mining*. Londres: Routledge, pp. 39-58.
- LEE-THORP, J.A., SPONHEIMER, M. y VAN DER MERWE, N.J. (2003): What do Stable Isotopes tell us about Hominid Dietary and Ecological Niches in the Pliocene?, *International Journal of Osteoarchaeology* 13, pp. 104-113.
- LEIRA, R. (1987): El yacimiento argárico de El Oficio, Cuevas (Almería), *Trabajos de Prehistoria* 44, pp. 201-222.
- LEONE, M. (1984): Interpreting ideology in Historical Archaeology: using the rules of perspective in the William Paca Garden in Annapolis. Maryland, en MILLER D. y TILLEY Ch (eds.), *Ideology, power and Prehistory*, Cambridge, Cambridge University Press, pp. 25-35.
- LEOPOLD, A., ARDREY, R. (1972): Toxic substances in plants and the food habits of early man, *Science*, 176, pp. 512-514
- LEROI-GOURHAN, A., BREZILLON, M. (1973): Fouilles de Pincevent: Essai d'analyse ethnographique d'un habitat magdalénien (la section 36), *Gallia Préhistoire VII*, Paris.
- LEROI-GOURHAN, A.; DELLUC, B. y DELLUC, G. (1995): *Préhistoire de l'art occidental*. Mazenod, Paris.
- LIESEN, L.T. (1998): The legacy of Women the Gatherer: the emergence of evolutionary feminism. *Evolutionary Anthropology* 7/3, pp. 105-113.
- LEVI-STRAUSS, C. (1958) : *Anthropologie Structurale*, París, Librairie Plon.
- LEVI-STRAUSS, C. (1965): Le triangle culinaire. *L'Arc*, 26, pp. 19-29.
- LILLEHAMMER, G. (1989): "A Chile is bom: The Child's world in archaeological perspective", *Norwegian Archaeological Review* 22, pp. 89-105.
- LILLIU, G. (1982): *La civiltà nuragica*, Sardegna Archeologica. Studi e Monumenti 1, Carlo Delfino Editore, Sassari.
- LIZCANO PRESTEL, R. (1989): Consolidación urgente de Peñalosa en Baños de la Encina, [Memoria de gestión de las actividades arqueológicas de la provincia de Jaén, 1989, (F. Hornos Mata)], *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1989, I:28, Sevilla 1991.

- LIZCANO PRESTEL, R. (1990): Actuación de urgencia en el solar de la calle Gómez de Ilano nº 10. Iznatoraf, Jaén, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987, III, Actividades de Urgencia*, Sevilla, pp. 354-357.
- LIZCANO PRESTEL, R.; NOCETE CALVO, F.; PÉREZ BAREAS, C.; CONTRERAS CORTES, F. y SÁNCHEZ RUIZ, M. (1990): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca alta del río Rumblar, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987, II Sevilla*, pp. 51-59.
- LIZCANO PRESTEL, R.; NOCETE, F.; PÉREZ, C.; MOYA, S. y BARRAGÁN, M. (1988): Prospección arqueológica superficial en la Depresión Linares-Bailén, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1988, I, Sevilla*, pp. 96-98.
- LIZCANO PRESTEL, R., NOCETE, F., PÉREZ, C., CONTRERAS, F., SÁNCHEZ, M. (1990): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca alta del río Rumblar, *Anuario Arqueológico de Andalucía 1987, II Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 51-59.
- LIZCANO PRESTEL, R., PEREZ, C., NOCETE, F., CÁMARA, J.A., CONTRERAS, F., CASADO, O. y MOYA, S. (1996): "La organización del territorio en el Alto Guadalquivir entre el IV y III milenios (3300-2800 a.c.), *Rubricatum 1*, pp. 305-312, Gavá.
- LIZCANO PRESTEL, R., CÁMARA, J. A., CONTRERAS, F., PÉREZ, C. y BURGOS, A. (2004): Continuidad y cambio en comunidades calcolíticas del Alto Guadalquivir, *Simposios de Prehistoria Cueva de Nerja. II. La problemática del Neolítico en Andalucía. III. Las primeras sociedades metalúrgicas en Andalucía*, Fundación Cueva de Nerja, Nerja, pp. 159-175.
- LIZCANO PRESTEL, R., CÁMARA, J.A., PÉREZ, C. y SPANEDDA, L. (2005): Continuidad en hábitat y continuidad ritual. Hipogeísmo en el Alto Guadalquivir, P. Arias, R. Ontañón y C. García-Moncó (Eds.), *Actas del III Congreso del Neolítico en la Península Ibérica (Santander, 5-8 de octubre de 2003)* Monografías del Instituto Internacional de Investigaciones Prehistóricas de Cantabria 1, Universidad de Cantabria, Santander, pp. 653-662.
- LO SCHIAVO, F. y SANGES, M. (1994): *Il Nuraghe Arrubiu di Orroli*, Sardegna Archeologica. Guide e Itinerari 22, Carlo Delfino Editore, Sassari.
- LYONS, D. (2007): Integrating African cuisines: rural cuisine and identity in Tigray, highland Etiopía, *Journal of social Archeology 7*, pp. 356-371
- LUCY, S. (2005): The archaeology of age, en Díaz-Andreu, M., Lucy, S., Babic, S. y Edwards, D.N. (eds.), *The archaeology of identity. Approaches to gender, age, status, ethnicity and religion*, Routledge, Londres, pp. 43-66.
- LULL, V. (1983): *La Cultura del Argar. Un modelo para el estudio de las formaciones sociales prehistóricas*, Ed. Akal, Barcelona.

- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 441-452.
- LYON, D. (2007): Integrating African cuisines: rural cuisine and identity in Tigray, highland Etiopía, *Journal of Social Archaeology* 7, pp. 346-371.
- LUPTON, D., (1996): *Food, the Body and the Self*, London, Thousand Oaks and New Delhi, Sage.
- MACLEAN, R. (1998): Gendered Technologies and Gendered Activities in the Interlacustrine Early Iron Age. En KENT, S. (Ed.): *Gender in African Prehistory*. Walnut Creek: AltaMira Press, pp. 163-178.
- MANGAS, J. (1994): Niños esclavos en la Hispania Altoimperial: Bética y Alto Guadalquivir. En González Román, C. (Eds.): *La Sociedad de la Bética. Contribuciones para su estudio*. Granada, pp. 365-380.
- MANGAS, J. y OREJAS, A. (1999): El trabajo en las minas en la Hispania Romana. En RODRÍGUEZ NEILA, J.F. y GONZÁLEZ ROMÁN, C. (Eds.): *El trabajo en la Hispania Romana*. Madrid, pp. 207-335.
- MARINSEK, E. A. (1958): *The Effect of Cultural Difference in the Education of Pueblo Indians*. Manuscript prepared for the University of New Mexico Research Study, The Adjustment of Indian and Non-Indian Children in the Public Schools of New Mexico, Albuquerque, New Mexico.
- MARTIN, D.L. (2000): Bodies and Lives: Biological Indicators of Health Differences and Division of Labor. En P.L. Crown (ed.): *Women and Men in the Prehispanic Southwest*. School of American Research Press, Santa Fe, pp. 267-300.
- Magallón, C. (1999). Privilegio epistémico, verdad y relaciones de poder. Un debate sobre la epistemología del feminist standpoint. En M.J. Barral, C. Magallón, C. Miqueo y M.D. Sánchez (eds.), *Interacciones ciencia y género. Discursos y prácticas científicas de mujeres*. pp. 63-80, Icaria, Barcelona.
- MAGALLÓN PORTOLES, C. (2001): “El pensamiento maternal. Una epistemología feminista para una cultura de paz”. En F.A. Muñoz (ed.): *La Paz Imperfecta*. Editorial de la Universidad de Granada, Granada, p. 123-141.
- MALGOSA A. y SUBIRA M.E. (1996) Antropologia i dieta: metodologies per a la reconstrucció de l'alimentació de poblacions antigues. *Cota Zero*, 12, pp. 15-27.
- MALGOSA, A.; ALESSAN, A.; SAFONT, S.; BALLBÉ, M. y AYALA, M.M. (2004): A dystocic childbirth in the Spanish Bronze Age. *International Journal of osteoarchaeology*, 14, Pp.98-103.
- MASSEY, D. (1992): Politics and space/time, en *New Left Review* 196, pp. 65-84.

- McDERMOTT, L.D. (1996): Self-representation in Upper Paleolithic female figurines. *Current Anthropology*, 37, pP. 227
- MASVIDAL, C. y PICAZO, M. (2005): *Modelando la figura humana. Reflexiones en torno a las imágenes femeninas de la antigüedad*. Quaderns Crema, Barcelona.
- MESKELL, L. (1999): *Archaeologies of social life*. Blackwell, Oxford.
- MERGELINA, C. (1944): Tugia. Reseña de unos trabajos. Haza de Trillo, *Boletín de la Sociedad de Amigos de la Arqueología X*, pp. 27-29.
- MERLEAU-PONTY, M. (1994): *Fenomenología de la percepción*, Península, Barcelona.
- MEURERS-BALKE J, y LUNING J. (1992): Some aspects and experiments concerning the processing of glume wheats, en ANDERSON P. (Ed.) *Prihistoire de l'Agriculture: Nouvelles approches experimentales et ethnographiques*. Monografie du CRA n06, Ed.CNRS, pp. 341-362.
- MEYER, C. (1988): *Discovering Eve: Ancient Israelite Women in Context*. New York, Oxford University Press.
- MEYER, C. (2003): Having their space and eating there too: Bread production and female power in ancient Israelite Households. *Nashim* 5, pp. 14-44.
- MEYER, C. (2003): Material remains and Social Relations: Women`s Culture in Agrarian Households of the Iron Age. En G. W. Dever Y Seymour Gitin (eds.): *Symbiosis, Symbolism and the power of the past. Canaan, Ancient Israel, and Their Neighbors from the Late Bronze Age Through Roman Palestina*, Winona Lake, Indiana Eisenbrauns, pp. 425-444.
- MEYER, C. (2005): Harina de otro costal: género y cambios tecnológicos en la producción de harina en la Galilea romana, E P., González Marcén, S. Montón y M. Picazo, (eds.), *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, Treballs D`Arqueologia 12, pp. 25-50.
- MILL, B.J. (1999): CERAMICS AND THE Social Contexts of Food Comsumption in the Norhern Southwest, en J.M. Skibo y F.M. Feinman (eds.): *Pottery and People. A Dynamic Interaction*, Salt Lake City, University or Utah Press, pp. 99-114.
- MILNE, S. B. (2005): Palaeo-Eskimo Novice Flintknapping in the Eastern Canadian Arctic. *Journal of Field Archaeology*, 30(3), pp. 329-345.
- MINNICH, E., (1982): A devastating conceptual error: How can we not be feminist scholars? *Change Magazine*, Abril, pp.7-9.

- MASVIDAL, C. (2006): La imagen de las mujeres en la prehistoria a través de las figuritas femeninas paleolíticas y neolíticas, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 37-50.
- MASVIDAL, C. (2007): Bases para una nueva interpretación de las mujeres en la Prehistoria, en *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*. M. Sánchez Romero (ed) Complutum, 18, pp. 209-215.
- MASVIDAL, C., y PICAZO, M. (2005): *Modelando la figura humana. Reflexiones en torno a las imágenes femeninas de la antigüedad*. Barcelona: Quaderns Crema.
- MIRÓN, M.D. (2005): La casa griega antigua: género, espacio y trabajo en los ámbitos domésticos, Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología y género*, Universidad de Granada, Granada, pp. 335-363.
- MIRÓN, M.D. (2007): Los trabajos de las mujeres y la economía de las unidades domésticas en la Grecia Clásica, en Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum 18, pp. 111-120.
- MIRÓN, M^a.D., DÍEZ, E., y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2003): Génesis y evolución de conceptos y símbolos de las mujeres y la paz en los inicios de la historia: una propuesta de investigación, en F. Muñoz, B. Molina y F. Jiménez (eds). *Actas del I Congreso Hispano-americano de Educación y Cultura de Paz*. Granada: Universidad de Granada, pp. 143-152.
- MIRÓN, M^a.D., DÍEZ, E., y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2005): Mujeres y la paz en los inicios de la historia occidental, en *Arqueología y género*, M. Sánchez Romero (ed), Granada: Universidad de Granada, pp. 421-440.
- MIRÓN, M^a.D., MARTÍNEZ, C., DIEZ, E., SÁNCHEZ ROMERO, M., y MARTÍN, A. (2004): *Las mujeres y la paz. Génesis y evolución de conceptualizaciones, símbolos y prácticas*. Madrid: Instituto de la Mujer, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- MILLOTE, J. P. (1989): L`âge du Bronze moyen en Europe occidentale: bilan et perspectives, *Dynamique du Bronze Moyen en Europe occidentale, Actes du 113 Congrès national des Sociétés savantes*, París, pp. 21-32.
- MOHEN, J. P. (1989): Les relations Bronze atlantique, Bronze continental à l`âge du Bronze Moyen, *Dynamique du Bronze Moyen en Europe occidentale, Actes du 113 Congrès national des Sociétés savantes*, París, pp. 39-46.
- MOGGI-CECCHI, J.; PACCIANI, E. y PINTO-CISTERNAS, J. (1994): Enamel hypoplasia and age at weaning in 19th century Florence. *American Journal of Physical Anthropology*, 93, pp. 299-306.

- MOLINA, F. (1978a): Definición y sistematización del Bronce Tardío y Final en el Sudeste de la Península Ibérica, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 3, pp.159-232.
- MOLINA, F. (1983): La Prehistoria, *Historia de Granada I. De las primeras culturas al Islam*, (Molina, F. y Roldán, J.M.), Granada, pp. 11-131.
- MOLINA, F., DE LA TORRE, F., NÁJERA, T., AGUAYO, P., SÁEZ, L. (1978): La Edad del Bronce en el Alto Guadalquivir: Excavaciones en Úbeda, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 95, pp. 3-2
- MOLINA, F., DE LA TORRE, F., NÁJERA, T., AGUAYO, P., SAEZ, L. (1979): Excavaciones en Úbeda la Vieja y Cabezueros (Jaén), *XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977)*, Zaragoza, pp. 287-296.
- MOLINA, F. y CÁMARA, J.A. (2004a): Urbanismo y fortificaciones en La Cultura del Argar, en García, R. y Morales, J. (coords.), *La Península Ibérica en el II Milenio A.C. Poblados y fortificaciones* Colección Humanidades 77, Ediciones Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 9-56.
- MOLINA, F., ESQUIVEL, J.A., CONTRERAS, F. (1991): Sistema integrado de catalogación y análisis de información arqueológica, *Complutum* 1, pp. 243-246.
- MOLLESON, T. (1994): La lección de los huesos de Abu Hureyra, *Investigación y ciencia* 217, pp. 60-65.
- MONTÓN SUBIAS, S. (2000): Las mujeres y el espacio: Una historia del espacio sin espacio en la historia, en P. González Marcén (ed.): *Espacios de género en Arqueología, Arqueología Espacial*, Teruel, pp.45-59.
- MONTÓN SUBIAS, S. (2002): Cooking in zooarchaeology. Is this issue still raw, *Consuming passions and patterns of consumption*, Miracle P. y Milner, N. (ed.), McDonald Institute, Cambridge, pp. 7-15.
- MONTÓN SUBIAS, S. (2005): Las prácticas de alimentación: cocina y arqueología, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp. 159-176.
- MOORE, H. (1986): *Space, text and gender*, Cambridge: Cambridge University Press.
- MOORE, H. (1988): *Feminism and Anthropology*, Polity Press, Cambridge.
- MORALES MUÑIZ, A. (1996): Algunas consideraciones teóricas en torno a la fauna como indicadora de espacios agrarios en la Prehistoria, *Trabajos de Prehistoria* 53, 2 pp. 5-17.
- MORALES MUÑIZ, A. y SANZ BRETÓN, J.L. (1994): Arqueo-acarología: potencialidades y limitaciones de una prácticamente inédita subdisciplina arqueozoológica, *Pyrenae* 25, pp. 17-29.

- MORENO, M^a.A. (2000): La metalurgia de Peñalosa, *Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén. Proyecto Peñalosa* (Contreras, F. coord.), Arqueología Monografías 10, Consejería de Cultura, Dirección General de Bienes Culturales, Sevilla, pp. 167-222, incluye 218/1-218/38 en CD-Rom.
- MORENO ONORATO, A.; MOLINA GONZÁLEZ, F. y CONTRERAS CORTES, F. (1995): La investigación arqueometalúrgica de la Prehistoria Reciente en el Sureste de la Península Ibérica, en Vaquerizo, D. (Coord.), *Minería y metalurgia en la España Prerromana y romana*, Córdoba, pp. 13-54.
- MORENO, M^a.A., CONTRERAS, F., CÁMARA, J. A. y SIMÓN, J.L. (2003): Metallurgical Control And Social Power. The Bronze Age Communities Of High Guadalquivir (Spain), *Archaeometallurgy in Europe 2003 (Milán, 24-26 Septiembre 2003), Proceedings. Vol. 1*, Associazione Italiana di Metallurgia/Fondazione Museo Nazionale della Scienza e della Tecnologia "Leonardo da Vinci"/Archeologia Viva, Milano, pp. 625-634.
- MORENO ONORATO, A., CONTRERAS CORTÉS, F., CÁMARA SERRANO, J. A., ARBOLEDAS MARTÍNEZ, L., ALARCÓN GARCÍA, E. y SÁNCHEZ ROMERO, M. (2008): *Nuevas aportaciones al estudio del control del agua en la Edad del Bronce. La cisterna de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén)*, en Aranda, G. (2008), Cuadernos de Prehistoria y Arqueología de la Universidad de Granada, nº 18, Granada, pp. 297-316.
- MORSS, N. (1954): Clay figurines of the American Southwest. Papers of the Peabody Museum of American, *Archaeology and Ethnology*, vol. 49 (1) Harvard University Press, Cambridge.
- MOSER, S. (1998): *Ancestral Images: The Iconography of Human Origins*. Sutton, Stroud.
- MORITZ, L.A. (1958): *Grain-mills and tour in Classical Antiquity*. Oxford: Clarendon Press.
- MROZEK, S. (1989): Le travail des homes libres dans les mines romaines. En C. Domergue (Coord.): *Minería y Metalurgia en las Antiguas Civilizaciones Mediterráneas y Europeas*. Madrid: Ministerio de Cultura, Tomo I, pp. 157-169.
- MUHLY, J.D. (1988): The beginnings of metallurgy in the Old World. En MADDIN, R. (Ed.): *The beginnings of the Use of Metals and Alloys*. Cambridge: Mass. MIRT Press, pp. 2-20.
- MUÑOZ COBO, J. (1976): Poblado con necrópolis del Bronce II Mediterráneo en Peñalosa, término de Baños de la Encina, *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses* 90, pp. 45-54.
- MURDOCK, G y PROVOST, C. (1973): Factor in division of labor by sex: A cross-cultural Analysis, *Ethnology* 12, pp. 203-225.

- MURILLO, S., (1996): *El mito de la vida privada. De la entrega al tiempo propio*, S.XXI. Madrid.
- MURILLO, S (2003): Cara y cruz del cuidado que donan las mujeres, en *Cuidar cuesta: costes y beneficios del cuidado*, Rev. Emakunde 13 y 13 de Octubre, 2003, Donosita.
- NACHASOVA, I.E., BURAKOV, K.S., MOLINA GONZÁLEZ, F. y CÁMARA SERRANO, J.A. (2007): Archaeomagnetic Study of Ceramics from the Neolithic Los Castillejos Multilayer Monument (Montefrío, Spain), *Izvestiya. Physics of the Solid Earth* 43:2, pp. 170-176.
- NÁJERA, T. (1984): *La Edad del Bronce en La Mancha Occidental*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- NÁJERA, T. y MOLINA, F. (2004): “Las Motillas. Un modelo de asentamiento con fortificación central en la llanura de La Mancha”, *La Península Ibérica en el II Milenio A.C. Poblados y fortificaciones* (García, R. y Morales, J. coords.), Colección Humanidades 77, Ediciones Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 173-214.
- NÁJERA, T., MOLINA, F., SÁNCHEZ ROMERO, M. y ARANDA, G. (2006): Un enterramiento infantil singular en el yacimiento de la Edad del Bronce de la Motilla del Azuer (Daimiel, Ciudad Real), *Trabajos de Prehistoria* 63(1), pp. 149-156.
- NÁJERA, T.; JIMÉNEZ-BROBEIL, S.; MOLINA GONZÁLEZ, F.; SÁNCHEZ ROMERO, M.; AL OUMAOU, I.; ARANDA JIMÉNEZ, G.; DELGADO-HUERTAS, A. Y LAFFRANCHI, Z. (EN PRENSA): **La población infantil de la Motilla del Azuer: Un estudio bioarqueológico**
 - NARANJO, T. (1992): *Social Change and Pottery-Making at Santa Clara Pueblo*. PhD Dissertation, Department of Sociology, University of New Mexico, Albuquerque, New Mexico.
 - NELSON, S.M. (1993): Diversity of the Upper Palaeolithic “Venus” Figurines and Archaeological Mythology. En C.B. Brettell y C.F. Sargent (eds.): *Gender in Cross-Cultural Perspective*. Upper Saddle River, Prentice Hal, pp. 67-73.
 - NOCETE, F., SÁNCHEZ, M., LIZCANO, R., CONTRERAS, F. (1987): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca baja/media-alta del río Rumbalar (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986, II Actividades Sistemáticas, Sevilla, pp. 75-78.
 - NOCETE, F.; SÁNCHEZ, M.; LIZCANO, R. y CONTRERAS, F. (1989): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca media/baja-alta del río Rumbalar (Jaén), *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1986, II: Sevilla, pp. 75-78.

- NOCETE, F., CRESPO, J.M^a, ZAFRA, N. (1986): Cerro del Salto. Historia de una periferia, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 11, Granada, pp. 171-198.
- NOCETE, F., LIZCANO, R., NIETO, J.M., ÁLEX, E., INÁCIO, N.M., BAYONA, M.R., DELGADO, A., ORIHUELA, A. y LINARES, J.A. (2004): “La ordenación espacio-temporal del registro arqueológico de Cabezo Juré”, *Odiel. Proyecto de Investigación Arqueológica para el Análisis del Origen de la Desigualdad Social en el Suroeste de la Península Ibérica* (Nocete, F. coord.), Arqueología. Monografías 19, Consejería de Cultura. Dirección General de Bienes Culturales, Sevilla, pp. 129-232.
- OAKLEY, A. (1972): *Sex, Gender, and Society*, Temple Smith and New Society, London.
- OAKLEY, A. (1974): *The Sociology of Housework*, Martin Robertson, Oxford.
- O'BRIEN, P. (1995): Taxonomic determinism in Evolutionary Theory: Another Model of Multilinear Cultural Evolution with an Example for the plains, en P. Duke y M. C. Wilson (eds.): *Beyond Subsistence: Plains Archaeology and the Postprocessual Critique*, University of Alabama Press, Tuscaloosa, pp. 66-89.
- OCHSENSCHLAGER, E. (1974): Mud Artifacts from Al-Hiba. *Archaeology*, 27(3), pp. 162-74.
- O'CONNELL, T.C.; HEDGES, R.E.M. (1999): Investigations into the effect of diet on modern human hair isotopic values, *American Journal of Physical Anthropology*, 108, pp. 409-425
- O'DONNELL, E. (2004): Birthing in Prehistory. *Journal of Anthropological Archaeology* 23:1 pp. 63-171.
- OLIVER, J.S. (1993): Carcass Processing by the Hadza: Bone Breakage from Butchery to Consumption, en J. Hudson (ed.): *From Bones to Behaviour: Ethnoarchaeological and Experimental Contributions to the Interpretation of Faunal Remains*. Carbondale, Southern Illinois University, pp. 200-227.
- Oldenziel, R. (1996): Object/ions: Technologie, Culture and Gender, En Kingery, W.D. (ed.): *Learning from things. Method and Theory of Material Culture Studies*, Smithsonian Institution, Washington-Londres, pp. 55-72.
- OSTER O. (1988) The diagnosis of disease by elements analysis. En G. Grupe y B. Hermann (Eds), *Trace elements in environmental history*. Springer-Verlag.
- OROZCO, T. (2005): Cultural material y actitudes de género: el utillaje lítico pulimentado, en *Arqueología y género*. M. Sánchez Romero (ed). Granada: Universidad de Granada, pp. 245-260.

- OROZCO, T. (2006): Reflexiones sobre las herramientas de piedra, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 139-149.
- ORTEGA, JA. JIMÉNEZ SA, BOTELLA M. (1995): Paleopathology in the “Terrera del Reloj necrópolis, Dehesas de Guadix, Granada (Spain), *Presented at IXth European Meeting of the Paleopathology Association*, Barcelona.
- ORTNER, S., (1974): Is female to male as nature is to culture, en M.Z. Rosaldo y L. Lamphere (eds.): *Woman, Cultura and Society*, Stanford University Press. Stanford, pp. 67-87.
- ORWELL, G. (1949): *Nineteen eighty-four*. Harmondsworth, Penguin. (trad. Cast. 1984, Barcelona: Destino).
- PANTALEÓN-CANO, J., YLL y R., ROURE, J.M. (1999): Evolución del paisaje vegetal en el sudeste de la Península Ibérica durante el Holoceno a partir del análisis polínico, *Actes del II Congrès del Neolític a la Península Ibérica (Universitat de València, 1999)*, (Bernabeu, J. y Orozco, T. eds.), *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia Extra 2*, pp. 17-23.
- PALLARÉS, M., (2000): Género y espacio social en arqueología, en P. González Marcén (ed.): *Espacios de género en Arqueología*, Arqueología Espacial, Teruel, pp. 61-93.
- PARK, R., (En prensa): Descubriendo la infancia en el registro arqueológico del Canadá ártico, en SÁNCHEZ ROMERO, M. (ed.) Complutum.
- PARKER-PEARSON, M. (1993): The powerful dead: relationships between the living and the dead. *Cambridge Archaeological Journal*, pp. 203-229.
- PARKER-PEARSON, M. (1996): Food fertility and front doors in the first millenium BC, en T.C. Champion y J. R. Collis (eds.) *The from Age in Briotain and Ireland: Recent trends*, J. R. Collis Publications, Sheffield.
- Parker Pearson, M. (1999): *The archaeology of Death and Burial*. Sutton Publishing. Stroud.
- PARKER-PEARSON, M (2000): Eating money. A study in the Ethnoarchaeology of food, *Archaeological Dialogues* 7 (2), pp. 217-232.
- PARKER-PEARSON, M. (2003), Food, Culture and Identity: an introduction and overview, en M. Parker (ed.): *Food, Culture and Identity in the Neolithihic and Early Bronzeze Age*. Oxford: British Archaeological Reports 117, pp.1-30.
- PATEMAN, C. (1995): *El contrato sexual*, Anthropos.
- PEACOCK, D.P.S. (1989): The Mills of Pompeii. *Antiquity* 63, pp. 205-214.

- PEDRO, M^a.J. de (2004): La cultura del Bronce Valenciano: consideraciones sobre su cronología y periodización, en Hernández, L. y Hernández, M.S. (eds.): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Ayuntamiento de Villena/Instituto Alicantino de Cultura Juan Gil-Albert, Villena, pp. 247-252.
- PEDRO, M^a.J. de y MARTÍ, B. (2004): Los poblados de la Cultura del Bronce Valenciano, en García, R. y Morales, J. (Coords.): *La Península Ibérica en el II Milenio A.C. Poblados y fortificaciones*, Colección Humanidades 77, Ediciones Universidad Castilla-La Mancha, Cuenca, pp. 299-333.
- PENROSE, L.S. (1968): *Memorandum on Dermatoglyphic Nomenclature*. Birth Defects Original Article Series, vol. 4(3), The March of Dimes National Foundation, New York.
- PEÑA CHOCARRO, L. (1995): Avance preliminar sobre los restos vegetales del yacimiento de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Trabalhos de Antropologia e Etnologia*, vol. 35 (1), pp. 1159-168, Porto.
- PEÑA CHOCARRO, L. (1999): *Prehistoric Agriculture in Southern Spain during the Neolithic and the Bronze Age. The application of ethnographic models*, British Archaeological Reports. International Series 818, Oxford.
- PEÑA CHOCARRO, L. (2000): Agricultura y alimentación vegetal en el poblado de la Edad del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Complutum* 11, pp. 209-219.
- PÉREZ DE PERCEVAL, M. y SÁNCHEZ PICÓN, A. (2005): El trabajo infantil en la minería española, 1850-1940. En VIII Congreso de la AEHE
- PEREDO BELTRÁN, E. (2003): Mujeres, trabajo doméstico y relaciones de género: reflexiones a propósito de la lucha de las trabajadoras bolivianas, *OXFAM. GB Veraz Comunicao*, 2001, Porto Alegre, Brasil, pp. 97-116.
- PETREQUIN P. & PETREQUIN A.-M. (1988).- *Le Néolithique des lacs: préhistoire des lacs de Chalain et de Clairvaux*. Ed. Errance. Paris.
- PEREZ DE BARRADAS, J. (1936): Nuevos estudios de Prehistoria Madrileña. La Colección Bento, *Anuario de Prehistoria Madrileña*, IV-VI pp. 1-90.
- PÉREZ, C., AFONSO, J.A., CÁMARA, J.A., CONTRERAS, F. y LIZCANO, R. (1999): Clasificación cultural, periodización y problemas de compartimentación en el Neolítico de la Alta Andalucía, *Saguntum Extra-2*, pp. 485-492.
- PÉREZ, C., LIZCANO, R., MOYA, S., CASADO, P., GÓMEZ, E., CÁMARA, J.A. y MARTÍNEZ, J.L. (1992): "Segunda campaña de prospecciones arqueológicas sistemáticas en la Depresión Linares-Bailén. Zonas meridional y oriental", *Anuario Arqueológico de Andalucía 1990:II*, pp. 86-95.

- PÉREZ, C.; LIZCANO, R.; MOYA, S.; CASADO, P.; GÓMEZ, E.; CÁMARA, J.A. y MARTÍNEZ, J.L. (1993): II Campaña de prospecciones arqueológicas sistemáticas en la Depresión Linares-Bailén. Zonas meridional y oriental, 1990, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991, I: Sevilla, pp. 86-95.
- PÉREZ, C.; NOCETE, F.; MOYA, S.; BURGOS, A. y BARRAGÁN, M. (1993): Prospección arqueológica sistemática en la cuenca del río Jándula, *Anuario Arqueológico de Andalucía* 1991, I, Sevilla, pp. 99-109.
- PICAZO, M. (1997): Hearth and home: the timing of maintenance activities, en J. Moore y E. Scott (eds.): *Invisible people and processes. Writing Gender and Childhood into European Archaeology*, Leicester University Press, London, pp. 59-67.
- PLATZER W. (1991): *Atlas de anatomía. Aparato locomotor*. Ed. Omega. Barcelona.
- POMEROY, S.B. (1987): *Diosas, rameras, esposas y esclavas. Mujeres en la Antigüedad Clásica*. Madrid: Ed. Akal. Traducción realizada por Ricardo Lezcano Escudero.
- POLITIS, G. (1998): Arqueología de la infancia: una perspectiva etnoarqueológica, *Trabajos de Prehistoria*, 55, pp. 5-19.
- POLLOCK, S. (2003): "Feasts, funerals, and fase food in the early Mesopotamian States, the archaeology and politics of food and feasting in early status and empires, en Bray, T.L. (ed.), *Kluwer Academic/Plenum Publishers*, New York, pp. 17-38.
- POPHAM, M. (1998): El colapso de la civilización egea y el final de la Edad del Bronce, en Cunliffe, B. (ed.): *Prehistoria de Europa Oxford*, Crítica, Barcelona, pp. 278-304.
- POTTIER, E. (1900) : Les sujets de genre dans les figurines archaïques de terre cuite. *BCH*, 24, pp. 510-523.
- POULTON, R. y WOODS, H. (1984): *Excavations on the site of the Dominican Friary at Guildford in 1974 and 1978. Guildford: Research volume of the Surrey Archaeological Society* 9.
- PRADOS, L., y IZQUIERDO, I. (2002-2003): Arqueología y género: la imagen de la mujer en el Mundo Ibérico, *Boletín de la Asociación Española de Amigos de la Arqueología* 42, pp. 213-229.
- PRADOS, L. (2007): Mujer y espacio sagrado: haciendo visibles a las mujeres en los lugares de culto de época ibérica, en *Arqueología y género: vida cotidiana, relaciones e identidad*. M. Sánchez Romero (ed) Complutum, 18, pp. 217-225.

- PRADOS, L. y RUIZ, C. (2008): *Arqueología del Género. I Jornadas Internacionales de Arqueología del Género*. Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid.
- PRICE T.D. y KAVANAGH M. (1982) Bone composition and the reconstruction of diet: examples from the midwestern United States. *Midcontinental J. Archaeol.* 7, pp. 61-79.
- PRICE, T.D., BURTON, J.H. y BENTLEY, G. (2002): The characterization of biologically available strontium isotope ratios for the study of prehistoric migrations, *Archaeometry* 27, pp. 903-913.
- PRINGLE, J. (1993): Hittite Birth Rituals. En A. CAMERON Y A KUHRT (eds.): *Images of women in antiquity*. Routledge, Londres, pp. 128-141.
- PROUT, A. (1999): Childhood bodies: construction, agency and hybridity, en PROUT, A. (ed.), *Body, childhood and society*, Palgrave Publisher, London, pp. 1-18.
- QUEROL, M^a.A. (2000a): El espacio de la mujer en el discurso sobre el origen de la humanidad, en *Espacios de género en Arqueología*. P. González Marcén (ed) Arqueología Espacial, 22, pp. 161-174.
- QUEROL, M^a.A. (2000b): El lenguaje utilizado en el tema del origen de la humanidad: una visión feminista, *IIas Jornadas internacionales sobre toles sexuales y de género. Mujer, ideología y población*, pp. 221-238.
- QUEROL, M^a.A. (2001a): *Adán y Darwin*. Madrid: Síntesis
- QUEROL, M.A., (2001b): De maravillosos hombres y pobres monos. Análisis del fenómeno antropocentrista en la bibliografía española sobre orígenes humanos, *Complutum*, 12, pp. 237-248
- QUEROL, M^a.A. (2001c): La formación de la identidad femenina a través de la arqueología: el contexto de los orígenes, *Arqueoweb* 3.
- QUEROL, M.A. (2005): El origen del hombre” y la identidad femenina: los mitos duraderos, en SÁNCHEZ ROMERO, M., (de.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada, pp. 441-456.
- QUEROL, M.A. (2008): La imagen de la mujere en las reconstrucciones actuales de la Prehistoria, en L. Prados y C. Ruiz (eds.): *Arqueología del Género, I^{er} Encuentro Internacional en la U.A.M.*, Madrid, pp. 27-42.
- QUEROL, M^a.A. (2005b): Las mujeres en los relatos sobre los orígenes de la humanidad”, en *Historia de las mujeres de España y de América Latina*. I. Morant (ed). Madrid: Cátedra, pp. 27-77.

- QUEROL, M^a.A. (2006): Mujeres y construcción de la Prehistoria: un mundo de suposiciones”, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 27-36.
- QUEROL, M^a.A. (2008): La imagen de la mujer en las reconstrucciones actuales de la Prehistoria”, en *Arqueología del Género. I Jornadas Internacionales de Arqueología del Género*. L. Prados y C. Ruiz (eds). Madrid: Servicio de Publicaciones de la Universidad Autónoma de Madrid, pp. 27-42.
- QUEROL, M.A. Y TRIVIÑO, C. (2004): *La mujer en “El Origen del Hombre”*, Bellaterra, Barcelona.
- REGINSTER J.Y., FELSEBERG D., BOONEN S., DIEZ-PEREZ A., RIZZOLI R., BRANDI ML., SPECTOR T.D., BRIXEN K., GOEMAERE S., CORMIER C., BALOGH A., DELMAS P.D. y MEUNIER P.J. (2008): Effects of long-term strontium ranelate treatment on the risk of nonvertebral and vertebral fractures in postmenopausal osteoporosis: Results of a five-year, randomized, placebo-controlled trial, *Arthritis Rheum.* 58(6): 1687-1695.
- REID, A y MACLEAN, R. (1995): Symbolism and the social context of Iron production in Karagwe. En *World Archaeology*, vol. 1 (27), pp. 144-161.
- REINHARD, K.J., AMBLER, J.R. y SZUTER, C.R. (2007): Hunter-Gatherer Use of Small Animal Food Resources: Coprolite Evidence, *International Journal of Osteoarchaeology* 17, pp. 416-428.
- REITER, R. (Ed.) (1975). *Toward an anthropology of women*. New York: Monthly Review Press.
- RICE, M.P. (1999): Mujeres y producción cerámica en la prehistoria, en L. Colomer, P. González Marcén, S. Montón y M. Picazo (eds.): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología, Icaria 75*, Barcelona, pp.215-231.
- RICHARDS, C. (1990): The late Neolithic house in Orkney, en R. Samson (ed.): *The Social Archaeology of Houses*. Edinburgh University Press, Edinburgh, pp. 111-124.
- RICHARDS, M. P.; MAYS, S.; FULLER, B.T. (2002); Stable Carbon and Nitrogen Isotope Values of Bone and Teeth Reflect Weaning Age at the Medieval Wharram Percy Site, Yorkshire, UK, *American Journal of Physical Anthropology*, 119, pp. 205-210.
- RIVERA GARRETAS, M. (2003): *Nombrar el mundo en femenino, Icaria 75*, Barcelona.
- RIVERA GROENNOU, J.M. (2007): Aproximación a las formas constructivas en una comunidad de la Edad del Bronce: el Poblado Argárico de Peñalosa (baños de la Encina, Jaén). *Arqueología y Territorio* 4, <http://www.ugr.es/~arqueologyterritorio/Indice4.htm>, pp. 5-21.

- RIHUETE HERRADA, C. (2002): Esqueletos humanos en la investigación arqueológica de la diferencia sexual. En M^a D. Molas y S. Guerra (eds.): *Morir en femenino. Mujeres, ideología y prácticas funerarias desde la Prehistoria a la Edad Media*. Ediciones de la Universidad de Barcelona, Barcelona, p. 19-50.
- RISCH, R. (1998): Análisis paleoeconómico y medios de producción líticos: el caso de Fuente Álamo, en DELIBES CASTRO, G. (coord.), *Minerales y metales en la prehistoria reciente: algunos testimonios de su explotación y laboreo en la Península Ibérica*, pp. 105-154.
- RISQUEZ, C., y HORNOS, F. (2005): Mujeres íberas. Un estado de la cuestión, en *Arqueología y género*. M. SÁNCHEZ ROMERO (ed), Granada: Universidad de Granada, pp. 261-282.
- RIVERA GARRETAS, M. (2003): *Nombrar el mundo en femenino, Icaria 75*, Barcelona.
- RIZZOLI R. (2007): Osteoporosis: non-hormonal treatment. *Climateric* 10: 78-78.
- RODRÍGUEZ, M^aO. (1992): *Las relaciones hombre-vegetación en el sureste de la Península Ibérica durante las edades del Cobre y Bronce a partir del análisis antracológico de siete yacimientos arqueológicos*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- RODRÍGUEZ, M^aO. (2000): “Análisis antracológico de Peñalosa”, *Análisis Histórico de las Comunidades de la Edad del Bronce del piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailen. Proyecto Peñalosa*. (Contreras, F. coord.), Arqueología. Monografías 10, Consejería de Cultura. Dirección General de Bienes Culturales. Sevilla, pp. 257-272.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M^aO. y CONTRERAS CORTES, F. (1991): Contrastación antracológica entre dos complejos estructurales del yacimiento del Bronce de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), *Arqueología Medioambiental a través de los macrorrestos vegetales*, Madrid.
- RODRÍGUEZ ARIZA, M^aO. y MORENO ONORATO, M.A. (1997): El viaje de Aral. Vida y muerte en dos poblados argáricos, Junta de Andalucía, Granada.
- RODRÍGUEZ, M^aO., NÁJERA, T. y ROS, M^aT. (1999): Una valoración paleoecológica de la Motilla del Azuer a partir del análisis antracológico, en Capel, J. (ed.), *Arqueometría y Arqueología* Monográfica Arte y Arqueología 47, Universidad de Granada, Granada, pp. 11-23.
- ROGERS, J., WALDRON, T., DIEPPE, P. WATT, I. (1987): Arthropathies in palaeopathology: The basis of classification according to most probable cause, *Journal of Archaeological Science* 14, pp. 179-183.

- ROGOFF, B. (1990): *Apprenticeship in Thinking: Cognitive Development in Social Context*. Oxford University Press, New York.
- ROTH, A.M. (2000): Father Earth, Mother Sky. Ancient Egyptian Beliefs About Conception and Fertility. En A.E. Rautman (ed.): *Reading the body. Representation and remains in the archaeological record*. University of Pennsylvania Press, Philadelphia, p.187-201.
- ROSALDO, M.Z. (1974): Woman, Culture and Society: a theoretical Overview. En M. Z. Rosaldo y L. Lamphere (eds.): *Woman, Culture and Society*, Stanford University Press, Stanford, pp. 17-42.
- ROSALDO, M.Z. (1980): The Use and Abuse of Anthropology: Reflections on Feminism and Cross-Cultural Understanding, *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 5 (3), pp. 389-417.
- ROSALDO, M.Z. y LAMPHERE, L. (eds.) (1974): *Women, Culture and Society*. Stanford: Stanford.
- ROSE, P.W. (1993): The case for not ignoring Marx in the study of women in Antiquity, en N. S. Rabinovitz y A. Richlin (eds.): *Feminist theory and the classic*, Routledge, Londres, pp. 211-237.
- RAUTMAN, A.E. y TALALAY, L. (2000): Introduction: Diverses Approaches to the Study of Gender in Archaeology, Rautman, A.E., (ed.) *Reading the body. Representation and remains in the archaeological record*, University of Pennsylvania Press, Philadelphia, pp. 1-12.
- ROUSSEAU, J.J. (1762): *Emilio o De la educación*. Alianza, Madrid, 1990.
- RUEDA, C. (2007): La mujer sacralizada: la presencia de las mujeres en los santuarios (lecturas desde los exvotos de bronce iberos), en *Arqueología y género: vida cotidiana, relaciones e identidad*. M. SÁNCHEZ ROMERO (ed), Complutum, 18, pp. 227-235.
- RUBIN, G. (1975), The traffic in Women: Notes on the political Economy of Sex, en R. Reiter (ed.): *Toward and Anthropology of Women*, New York-London, Monthly Press, pp. 157-210.
- RUIZ, A., NOCETE, F., RUIZ, M. (1986): La Edad del Cobre y la Argarización en tierras Giennenses, *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Sevilla, pp. 271-286.
- RUIZ, A., MOLINOS, M., NOCETE, F., CASTRO, M. (1983): El Cerro de La Coronilla (Cazalilla, Jaén): Fases de la Edad del Cobre, *Cuadernos de Prehistoria de la Universidad de Granada* 8, pp.199-249.
- RUNIA L. (1988): Discriminant factors on different trophic levels in relation to the trace element content in human bones. En G. GRUPE y B. HERMANN (Eds) *Trace elements in environmental history*. Springer-Verlag.

- RUSSELL, P. (1993): The Palaeolithic mother-goddess: fact or fiction?. En H. du Cros y L. Smith (eds.): *Women in Archaeology. A Feminist Critique*. Canberra: The Australian National University., pp. 93-97.
- SHERRAR, A. (1981): Plough and pastoralism: aspect of the secondary products revolution, en G. Hodder y N. Hammond (eds.), *Pattern of the past. Studies in Honour of David Clarke*, Cambrigde, pp. 261-305.
- SAHAGÚN, B. (1950-69): *Florentine Codex: General History of the Things of New Spain* (1957), 11 vols. A. Anderson and C. Dibble, tr. Santa Fe: School of American Research.
- SALVATIERRA, V. (1990): *Cien años de Arqueología Medieval. Perspectivas desde la periferia: Jaén*, Monográfica Arte y Arqueología 7, Universidad de Granada.
- SANTONI, V. (2001): *Il nuraghe Su Nuraxi di Barumini*, Guide e Studi 2, Soprintendenza Archeologica per le province di Cagliari e Oristano, Cagliari.
- SANAHUJA YLL, M^a. E. (1997): Marxismo y feminismo, *Boletín de Antropología Americana*, núm. 13, julio de 1995-diciembre de 1997, pp. 7-14.
- SANAHUJA YLL, M^a. E. (2002): *Cuerpos sexuales, Objetos y Prehistoria*, Ed. Cátedra, Universitat de València.
- SANAHUJA YLL, M^a.E. (2007): *La cotidianeidad en la Prehistoria*. Barcelona: Icaria.
- SANAHUJA YLL, M^a.E. (2006): Mujeres, hombres y ajuares funerarios, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 79-89.
- SANAHUJA YLL, M^a.E. (2007a): ¿Armas o herramientas? El ejemplo del mundo argárico, en M. Sánchez Romero (ed) *Arqueología y género: vida cotidiana, relaciones e identidad*. Complutum, 18, pp. 195-200
- SANAHUJA YLL, M^a.E. (2007c): Mujeres y violencia en la Prehistoria, en M.D. Molas (ed), *Violencia deliberada. Las raíces de la violencia patriarcal*. Barcelona: Icaria, pp. 27-37.
- SÁNCHEZ, M. (1984): *Estudio arqueológico de los yacimientos del Valle del Guadiana Menor y la zona de confluencia con el Guadalquivir desde el Neolítico al Bronce Final*, Memoria de Licenciatura, Granada.
- SÁNCHEZ LIRANZO, O. (1999): La Prehistoria andaluza: una ciencia social que reproduce el discurso histórico androcéntrico, *Revista Atlántica-Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* 2, pp. 274-276.

- SANCHEZ LIRANZO, O. (2000): Algunas reflexiones para la prehistoria y arqueología: Las mujeres en la construcción de la Historia, en *Spal* 9, pp.495-505.
- SANCHEZ LIRANZO, O. (2005a): Hacia una arqueología más social, en *Arqueología y género*. M. Sánchez Romero (ed). Granada: Universidad de Granada, pp. 53-72.
- SANCHEZ LIRANZO, O. (2005b): La investigación prehistórica en Andalucía occidental. Un estudio historiográfico, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*. Universidad de Granada, Granada, pp. 457-479.
- SANCHEZ LIRANZO, O. (2008): El debate teórico en los estudios de la arqueología del género y su incidencia en la prehistoria, en L. Prados y C. Ruiz (eds.): *Arqueología del Género, I er Encuentro Internacional en la U.A.M.*, Madrid, pp. 43-60.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2002): Espacios domésticos y mujeres en la Prehistoria Reciente de la Alta Andalucía, *Actas del III Congreso de Historia de Andalucía. La Mujer*, Tomo I, pp. 275-288.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2004a): Propuesta para el análisis de género en las sociedades argáricas: Las mujeres en el yacimiento de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), en L. Hernández y M. Hernández (eds.): *La Edad del Bronce en tierras valencianas y zonas limítrofes*, Villena, Ayuntamiento de Villena e Instituto Alicantino de Cultura, pp. 525-529.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2004): Children in south east of Iberian Peninsula during Bronze Age, *Ethnographisch-Archäologische Zeitschrift* 45, pp. 377-387.
- SANCHEZ ROMERO, M (2005), Cultura material y actitudes de género: el utillaje lítico tallado, en M. Sánchez Romero (ed.): *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp. 219-245.
- SÁNCHEZ ROMERO, M (2006): Maternidad y Prehistoria: prácticas de reproducción, relación y socialización, en Soler Mayor, B. (Coord.), *Las Mujeres en la Prehistoria* Museu de Prehistòria de València, Valencia, pp. 119-138.
- SÁNCHEZ ROMERO, M. (2007): Actividades de mantenimiento en la Edad del Bronce del sur Peninsular: El cuidado y la socialización de individuos infantiles, Sánchez Romero, M. (ed.), *Arqueología de las mujeres y de las relaciones de género*, Complutum 18, pp. 185-194.
- SÁNCHEZ ROMERO, M (2008a): Actividades de mantenimiento, espacios domésticos y relaciones de género en las sociedades de la prehistoria reciente, en L. Prados y C. Ruiz (eds.): *Arqueología del Género, I er Encuentro Internacional en la U.A.M.*, Madrid, pp. 93-104.
- Sánchez Romero, M., (2009): La arqueología de las mujeres y las relaciones de género en España: una revisión bibliográfica, en Fernández Fraile, M.E., Romo

- Avilés, N., Bonaccorsi, N. y Lagunas C. (eds.), Los Estudios de las mujeres de España y Argentina, Prometeo, pp. 79-102
- SÁNCHEZ ROMERO, M., y MORENO ONORATO, A. (2003): Metallurgical production and women in Bronze Age societies: the Peñalosa site (Baños de la Encina, Jaén), *Archaeometallurgy in Europe*. Milán, Associazione Italiana di Metallurgia, pp. 415-422.
 - SÁNCHEZ ROMERO, M., y MORENO ONORATO, A. (2005): Mujeres y producción metalurgia en la prehistoria: el caso de Peñalosa (Baños de la Encina, Jaén), en Sánchez Romero, M (ed.) *Arqueología y género*, Universidad de Granada. Granada, pp. 261-282.
 - SÁNCHEZ ROMERO, M. y ALARCÓN, E. (2004-2005): Crónica del curso Arqueología y género: Vida cotidiana, relaciones e identidad, *Revista Atlántica-mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social*, 7, pp. 245-250
 - SÁNCHEZ ROMERO, M. y ARANDA JIMENEZ, G. (2006): El cambio en las actividades de mantenimiento durante la Edad del Bronce: Nuevas formas de preparación, presentación y consumo de alimentos, *Dones i activitats de manteniment en temps de canvi*, (González Marcén, P., Montón Subias, S. Picazo Gurima, M. eds.), *Treballs D'arqueologia* 11, pp. 73-90.
 - SÁNCHEZ ROMERO, M., ARANDA, G., y ALARCÓN, E. (2007): Gender and age identities in rituals of comensality. The argaric societies, en P. González Marcén, S. Montón y M. Picazo (eds) *Interpreting households practices: reflections on the social and cultural roles of maintenance activities*. *Treballs d'Arqueologia*, 13, pp. 69-89.
 - SANZ BRETÓN, J.L. y MORALES, A. (2000): Los restos faunísticos, en Contreras, F., (coord.) *Análisis histórico de las comunidades de la Edad del Bronce del Piedemonte meridional de Sierra Morena y Depresión Linares-Bailén*, Arqueología Monografías 10, Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 223-233.
 - SAVAGE, J.A. (1992): *Duelo por la vidas no vividas*. Luciérnaga, Barcelona.
 - SCHAEFER, J. (1986): Decorated Ceramics and Unfired Clay Objects. *Archaeological Investigations at Antelope House*, (D.P. Morris, ed.), National Park Service, Washington, D.C., pp. 398-431.
 - SCHOENINGER, M.J.; DENIRO, M.J. (1984): Nitrogen and carbon isotopic composition of bone collagen from marine and terrestrial animals, *Geochim. Cosmochim. Acta*. 48, pp. 625-639
 - SCHÖN, W. y HOLTER, U. (1988): Zum Gebrauch von Reib-und Mahlsteinen in der OStsahara, *Archologische Informationen* 11 (2), pp. 156-160.
 - SCHLANGER, S. (1991): On manos, metates, and the history of site occupations. *American Antiquity* 56 pp. 460-474.

- SCHUBART, H. y PINGEL, V. (1995): Fuente Álamo -Eine bronzzeitliche Höhensiedlung in Andalusien, *Beiträge zur fünfzigjahrfeier des Deutschen Archäologischen Instituts in Madrid im Juni 1993*, (AA.VV.), *Madridrer Mitteilungen* 36, pp. 150-164.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. y PINGEL, V. (1985): Fuente Álamo. Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de la Edad del Bronce, *Ampurias* 47, pp. 70-107.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O., PINGEL, V. (1985): Fuente Álamo (Almería). Informe preliminar sobre la excavación de 1985 en el poblado de Edad del Bronce, *Anuario de Arqueología de Andalucía, 1985, II Actividades Sistemáticas*, Sevilla, pp. 305-312.
- SCHUBART, H., ARTEAGA, O. (1986): Fundamentos arqueológicos para el estudio socioeconómico y cultural del área de El Argar, en *Homenaje a Luis Siret (1934-1984)*, Consejería de Cultura, Sevilla, pp. 289-307.
- SCHWARCZ, H. P., SCHOENINGER, M. J. (1991): Stable isotope analysis in human nutritional ecology, *Yearbook of Physical Anthropology* 34, pp. 283-321.
- SCIMA, L., (1993): The problem of privacy in Mediterranean Anthropology, en S. Ardener (ed.): *Women and Space. Ground Rules and Social Maps*, Berg Publishers. Oxford, pp. 87-11.
- SCOTT, E. (1999): *The archaeology of infancy and infant death*. Archeopress, Oxford.
- SCOTT, J.W. (1990): El género: una categoría útil para el análisis histórico, en J. S. Amelang y M. NASH (eds.): *Historia y Género: las mujeres en la Europa Moderna y Contemporánea*, Edicions Alfons el Magnànim. Institució Valenciana D'estudis I Investigació, Valencia, pp. 23-56.
- SCOTT, J. (1993): El género: una categoría útil para el análisis histórico. *De Mujer a Género*. Estudio preliminar y selección de textos (M. C. Cangiano, L. Du Bois) Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.
- SCOTT, J. W. (1993): Igualdad versus diferencia: los usos de la teoría postestructuralista, *Debate Feminista* n°. 15, México.
- SEIFERT, D. J. (1991): Introduction. *Historical Archaeology* 25(4), PP. 1-5.
- SILLAR, B. (1997): Engendrar la vida y vivificar la muerte: arcilla y miniaturas en los Andes, en ARNOLD, D. (Comp.) *Más allá del silencio. Las fronteras de género en los Andes*, ILCA-CIASE. La Paz, pp., 513-529.
- SILLEN A. y KAVANAGH M. (1982) Strontium and paleodietary research: a review. *Yearbook Phys. Anthropol.* 25, pp. 67-90.
-

- SILVERSTONE, T., HIRSCH, E. (eds) (1992): *Consuming technologies: Media and information in domestic spaces*. London: Routledge.
- SIRET, L. (1893): L'Espagne préhistorique, *Revue des Questions Scientifiques* XXXIV, pp. 537-560.
- SIRET, H. y SIRET, L. (1890): *Las primeras edades del metal en el Sudeste de España. Resultados obtenidos en las excavaciones hechas por los autores de 1881 a 1887*, Barcelona.
- SHENNAN, S.J.: Commodities, transactions and growth in the central-European Early Bronze Age. En *Journal of European Archaeology*, 1993, vol. 2, n.1, pp. 59-72.
- SHENNAN, S.J.: Producing copper in the eastern Alps during the second millennium BC. Social Approaches to an Industrial Past. En KNAPP, A. B.; PIGOTT, V. C. y HERBERT, E. W. (Eds.): *The Archaeology and Anthropology of Mining*. Londres: Routledge, 1998. pp. 191-204.
- SHERRAT, A. (1996): Alcohol and its Alternatives: Symbol and Substance in Pre-Industrial Cultures, en J. Goodman, P. Lovejoy, A. Sherrat (eds.): *Consuming Habits: Drugs in History and Anthropology*, London, pp. 11-46.
- SCHMIDT, P. (1997): Ideology and the Archaeological Record in Africa: Interpreting Symbolism in Iron Smelting Technology. En *Journal of Anthropological Archaeology*, n.16, pp. 73-102.
- SCHMIDT, P. (1998): Reading Gender in the Ancient Iron Technology of Africa. En Kent, S. (Ed.): *Gender in African Prehistory*. Walnut Creek: AltaMira Press. pp. 139-162.
- SMITH, M.F. (1998): Function from whole vessel shape: a method and an application to Anasari Black Mesa, Arizona, *American Anthropologist* 90, pp. 912-923,
- SOFAER DEVERENSKI, J. (1997): Age, gender at the site of Tiszapolgar-Basatanya, Hungary, *Antiquity* 71, pp. 875-889.
- SOFAER DEVERENSKI, J. (2000): Material culture shock: confronting expectations in the material culture of children, en *Children and material culture*, SOFAER DEVERENSKI, J. (ed.), Routledge, London, pp. 3-16.
- SOLER GARCÍA, J.M. (1987): *Excavaciones Arqueológicas en el Cabezo Redondo (Villena, Alicante)*, Instituto de Estudios Juan Gil-Albert, Alicante.
- SOLER, B. y PASCUAL, J.L. (2006): Mujeres, hombres y objetos de adorno, en *Las mujeres en la Prehistoria. Exposición Itinerante. Museo de Prehistoria de Valencia*. Valencia: Diputación de Valencia, pp. 63-78.

- SØRENSEN, M.L.S. (2004): The Archaeology of Gender, en J. Bintliff (ed.): *A Companion to Archaeology*, Blackwell, London, pp.75-92
- SØRENSEN, M.L.S. (1991): The Construction Of Gender Through Appearance, en D. Walde y N.D. Willows (eds.): *The Archaeology of Gender*, The University of Calgary Archaeological Association, Alberta, pp.121-129.
- SØRENSEN, M.L.S. (1997): Reading dress: the construction of social categories and identities in Bronze Age Europe, *Journal of European Archaeology* 5, pp. 93-114.
- SØRENSEN, M.L.S. (2000): *Gender archaeology*, Polity, Cambridge.
- SØRENSEN, M.L.S. (2004): The Archaeology of Gender, en J. Bintliff (ed.): *A Companion to Archaeology*. Blackwell, London, pp.75-92.
- SØRENSEN, M.L.S. HERG AJ. (eds) (1991): Technology and everyday life: trajectories and transformations. Oslo: Nor. Res. Counc. Sci. Humanit.
-
- SLOANE, B; MALCOLM, G., (2004): *Excavations at the priory of the order of the hospital of St John of Jerusalem*, Clerkenwell, Londres: Museum of London Archaeology Service Monograph, 20
- SPANEDDA, L., LIZCANO, R., CÁMARA, J.A. y CONTRERAS, F. (2004): El poblado de Sevilleja y la Edad del Bronce en el valle del Rumblar. En García-Huerta, R. y Morales, J. (coords.), *La Península Ibérica en el II milenio A.C.: poblados y fortificaciones*, Colección Humanidades nº 77. Ediciones de la Universidad de Castilla- La Mancha, Cuenca, pp.
- SPANÓ, A (2005): I loughi della morte: impianti funerari nella Sicilia fenicia e púnica, El mundo funerario, en GONZÁLEZ PRATS, A (ed), *Actas del III semineraio internacional sobre temas fenicios*, Oficina de ciencia y Tecnología Generalitat Valenciana, Alicante, pp. 205-251
- SPECTOR, D.J. (1983): Male/Female task differentiation among the Hidatsa Toward the development o fan archaeological approach to the study of gender, en ALBERS, P. y MEDICINE, B. (eds.), *The Hidden Half: studies of Plains Indian Women*, Washington, University Press of America, pp. 77-99.
- SPECTOR, D. J. (1999): ¿Qué significa éste punzón?: Hacia una arqueología feminista, en L. Colomer, P. Gonzalez Marcén, S. Montón, y M. Picazo (eds): *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultural material en arqueología*, Icaria, 1999, Barcelona, pp. 233-256.
- SPENCER, F.C. (1899): *Education of the Pueblo Child: A Study in Arrested Development*. Columbia University Contributions to Philosophy, Psychology, and Education Vol. 7 (1). The MacMillan Co., New York.

- STEADMAN, S. R. (1996): Recent Research in the Archaeology of Architecture: Beyond the Foundations, en *Journal of Archaeological research 4 (1)*, pp. 51-93.
- STOLLER, S. (1968): *Sex and Gender*, Science House, London.
- STORCK, J. y TEAGUE, W.D. (1952): *Flour for Man`s Bread Minneapolis*: Universtity of Minnesota Press.
- STRATHERN, M. (1972): *Women in Between: Female Roles in a Male World*, Mount Hagen. London: Seminar Press.
- SUTTON, D.E. (2001): *Remembrance of repasts: an Anthropology of food and memory*, Blackwell, Oxford New York.
- TABET, P. (1986): La procréation comme travail, *Côte Femmes*. Approaches Ethnologiques. Paris, L`Hasmattan.
- TALALAY, L.E. (2000): Archaeological Ms.conceptions: Contemplating gender and the Greek Neolithic. En M. Donald y L. Hurcombe (eds.): *Representations of Gender from Prehistory to the Present*. MacMillan, Londres, p. 3-16.
- TAYLOR, T. (1996): *The Prehistory of sex. Four million years of human sexual culture*, Fourth State, Londres.
- THOMAS, J. (1991): *Rethinking the Neolithic*, Cambridge University Press, Londres.
- THOMPSON, E.P., (1970): Time, work-discipline, and industrial capitalism, *Past and Present*, 38, pp. 55-97.
- TILLEY, C. (1990): *Reading material culture, structuralism, hermeneutics and post-estructuralism*. Blackwell, Oxford.
- TILLEY, C. (1994): *Places, paths and monuments. A phenomenology of landscape*. Berg Publishers, Oxford.
- TRANCHO, G., y ROBLEDO, B. (2008): El patrón alimenticio de las poblaciones humanas ¿Qué comían las poblaciones del pasado?, *Acercándonos al pasado. Prehistoria en 4 actos* (Cacho, C., Maicas, R., Martos, J.A. y Martínez, M.I., eds.), Museo Arqueológico Nacional y Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- TRANCHO G.J., ROBLEDO B. y LOPEZ-BUEIS I. (1995) Necrópolis celtibérica de Numancia: determinación de la dieta mediante elementos traza. (*Informe correspondiente a la campaña de 1993*). *Plan Director de Numancia. Dirección General de Patrimonio y Promoción Cultural de la Junta de Castilla y León*.

- TRANCHO G.J., LOPEZ-BUEIS I. y ROBLEDO B. (1997) Paleodieta de la población ibérica de Villasviejas del Tamuja. Análisis de la necrópolis de El Mercadillo (Botija, Cáceres). *Informe elaborado para la Junta de Extremadura. UCM.*
- TRANCHO, G. J., ROBLEDO, B., LÓPEZ DE LOS BUEIS, I., CAMPILLO, D. (1993): Periostitis tibial: evidencia y distribución en población española, *Actas del II Congreso Nacional de Paleopatología.*
- TREHERNE, P. (1995): The warrior's beauty: The masculine body and self-identity in Bronze Age Europe, *Journal of European Archaeology* 3, pp.105-144.
- TRINGHAM, R. (1991): Households with Faces: The Challenge of Gender in Prehistoric Architectural Remains, en J.M. Gero y W.M. Conkey (eds.): *Engendering archaeology: women and prehistory*, Basil Blackwell, Oxford, pp. 93-131.
- TRINGHAM, R. (1999): Casas con caras: el reto del género en los restos arquitectónicos prehistóricos, en L. Colomer, P. Gonzalez Marcén, S. Monton y M. Picazo (Comp.): *Arqueología y Teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria, Barcelona, pp. 97-141.
- TRINGHAM, R. (2000): Lugares con género en la prehistoria, en P. González Marcén (ed.): *Espacios de género en Arqueología*, Arqueología Espacial, Teruel, pp. 187-225.
- TYLECOTE, R. F.; CHAZNAVI, H. A. y BOYDELL, J. P. (1977): Partitioning of trace elements between ores, fluxes, slags and metal during the smelting of copper. En *Journal of Archaeological Science*, n.4, pp. 305-333.
- VARELA, N. (2005): *FeminismoPara Principiantes*, B.S.A, Barcelona.
- VILA, A. (2002): Viajando hacia nosotras, *Revista Atlántica Mediterránea de Prehistoria y Arqueología Social* V, pp. 325-342.
- VIÑAS, R., 1982: *La Valltorta. Arte rupestre del Levante español*, Ed. Castell, Barcelona.
- VITAL, J., (1989): La dynamique du Bronze Moyen dans la Vallé du Rhône: Nature et impact des courants culturels exogènes, *Actes du 113 Congrès national des Sociétés savantes*, París, pp. 305-329.
- VOSS, B. (2000). Feminisms, queer theories, and the archaeological study of past sexualities. *World Archaeology* 32, pp. 180–192.
- WALDE, D., y WILLOWS, N.D. (1991): *The Archaeology of Gender: Proceedings of the Twenty-Second Annual Conference of the Archaeological Society of Calgary*, University of Calgary, Calgary.

- WALLACE-HADRILL, A. (1996): Engendering the Roman house, en D.E. Kleiner y S.B. Matheson (eds.): *I Claudia. Women in Ancient Rome*. University of Texas Press. Austin, pp. 104-115.
- WARREN, C. (1988): *Gender Issues in Field Research*. London: Sage Publications.
- WATSON, P. J. (1979): *Archaeological Ethnography in Western Iran*. Viking Fund Publications in Anthropology, No. 57, Tucson, Arizona
- WATTS, M., (2002): *The archaeology of Mills and Milling Stroud y Charleston: Tempus*.
- WEISMANTEL, M.J. (1994): *Alimentación, género y pobreza en los Andes Ecuatorianos*. Quito, Abya-Yala.
- WHITE, C. (2005): Gendered food behaviour among the Maya, *Journal of Social Archaeology* 5, pp. 356-382.
- WHITE C.D. y SCHWARCZ P. (1994) Temporal trends in stable isotopes for Nubian mummy tissues. *Am. J. Phys. Anthropol.* 93, pp. 165-187.
- WILEMAN, J. (2005): *Hide and seek. The archaeology of childhood*. Tempus, Stroud.
- WILK, R., RATHJE. W.L. (1982): Household archaeology, en *American Behavioural Scientist*, 25, 6, pp. 317-340.
- WILK, R.R., McC NETING, R. (1984): Households: Changing Forms and Functions, en R. McC Netting, R.R. Wilk y E.J. Arnold (eds.): *Households. Comparative and historical studies of the domestic group*, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, pp. 1-21.
- WILKIE, L.A. (2005): *The archaeology of mothering*. Routledge, New York.
- WILKIE L.A. y HOWLETT HAYES, K. (2006): Engendered and Feminist Archaeologies of the Recent and Documented Pasts, *Journal Archaeology Res* 14, pp. 243-264.
- WOOD, L. (1996): Frequency and chronological distribution of linear enamel hypoplasia in a North American colonial skeletal sample. *American Journal of Physical Anthropology*, 100, p. 247-260.
- WRIGHT, M.P. (1991): Women`s labor and pottery production in Prehistory, en J. GERO y M.W. CONKEY (eds.): *Engendering archaeology*, Oxford, Blackwell, pp. 194-223.
- WYACO, V. (1998): *A Zuni Life: A Pueblo Indian in Two Worlds*. University of New Mexico Press, Albuquerque.

- WYLIE, A. (1989): Matters of Fact and Matters of Interest. In *Archaeological Approaches to Cultural Identity*, edited by Steven Shennan, Unwin Hyman, London, pp. 94-109.
- WYLIE, A., (1992): Interplay of Evidential Constraints and Political Interests: Recent Archaeological Research on Gender. *American Antiquity* 57 (1), pp. 15–35.
- WYLIE, A. (1997a): Good Science, Bad Science, or Science as Usual?: Feminist Critiques of Science, *Women in Human Evolution*, edited by Lori D. Hager, Routledge, New York, 1997, pp. 29-55.
- WYLIE, A. (1997a): The engendering of archaeology: Refiguring feminist science studies. *Osiris* 12, pp. 80-99.
- WYLIE, A. (1998) (orig. 1991). The Interplay of Evidential Constraints and Political Interests: Recent Archaeological Research on Gender. In *Reader in Gender Archaeology*, edited by Kelley A. Hays-Gilpin and David S. Whitley, pp. 57-84. Routledge Readers in Archaeology, David S. Whitley, general editor. Routledge, London and New York. (trad. cast. en Colomer et alii, *Arqueología y Teoría Feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología* 1999)
- WYLIE, A., (1999): La interacción entre las limitaciones de la evidencia y los intereses políticos: investigaciones recientes sobre el género, en COLOMER, L., GONZALEZ, P., MONTÓN, S. y PICAZO, M. (coord.) *Arqueología y teoría feminista. Estudios sobre mujeres y cultura material en arqueología*, Icaria editorial S.A. Barcelona, pp. 25-68.
- WYLIE, A. (2002): The constitution of archaeological evidence: Gender politics and science, en WYLIE, A. (Ed.), *Thinking from things: Essays in the philosophy of archaeology* Berkeley: University of California Press. (pp. 185–199).
- WILLIAMS, J. S., WHITE, C.D., LONGSTAFFE, F.J. (2005): Trophic level and macronutrient shift effects associated with the weaning process in the postclassic Maya, *American Journal of Physical Anthropology*, 128, pp. 781-790.
- YANAGISAKO, S.J. (1979): Family and Household: the analysis of Domestic Groups, *Annual Review of Anthropology* 8, pp. 161-205.
- YANAGISAKO, S.J., COLLIER, J.F. (1987): Toward a Unified analysis of gender and kinship. En S.J. Yanagisako y J.F. Collier (eds.) *Gender and Kinship. Essays toward a Unified Analysis*. Stanford University Press, pp. 14-50.
- YATES, T. (1993): Frameworks for an archaeology of the body, en C. Tilley (ed.): *Interpretative Archaeology*, Oxford, pp. 31–72.

- YOUNG, M. I., (1990): Imparcialidad y lo cívico público. Algunas implicaciones de las críticas feministas a la teoría moral y política, en S. Benhabib y D. Cornell (eds.): Teoría feminista y teoría crítica. Alfons el Magnànim. Valencia, pp. 89-117.
- ZELIZER, V.A. (1985): *Pricing the Priceless Child: The Changing Social Value of Children*. Princeton University Press, Princeton.
- ZOHARY, D. Y HOPF, M. (1993): *Domestication of plants in the Old World*, Clarendon Press, Oxford.
- ZUMKLEY H. y SPIEKER C. (1988) The bioavailability of trace elements and age-specific trace element metabolism. En G. GRUPE y B. HERMANN (Eds) *Trace elements in environmental history*. Springer-Verlag.

